Manuel Azaña

DIARIOS COMPLETOS

MONARQUÍA, REPÚBLICA, GUERRA CIVIL

Introducción de Santos Juliá

Lectulandia

He aquí todos los diarios que escribió Manuel Azaña durante la República y la Guerra Civil. Su valor histórico es inmenso, ya que sus páginas nos ofrecen el testimonio inmediato de un gran estadista sobre los desiguales avatares de la historia de España en la turbulenta primera mitad del siglo XX. Pero al margen de ese valor histórico, estos Diarios son, además, un documento humano único y excepcional, que nos permite conocer la experiencia política de Manuel Azaña vivida día a día, a través de las anotaciones personales tomadas en el momento mismo en que sucedieron los acontecimientos, y publicadas sin retoques ni correcciones posteriores. Un testimonio que nos da una imagen insólita de las complejidades y las miserias del poder y de las soledad a que condena a aquellos que lo ejercen.

Lectulandia

Manuel Azaña

Diarios completos

Monarquía, República, Guerra Civil

ePub r1.0
Titivillus 15.09.2019

Título original: *Diarios completos*
Manuel Azaña, 2000
Introducción: Santos Juliá

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

AZAÑA EN SUS DIARIOS

El día 22 de febrero de 1911, Manuel Azaña Díaz, de treinta y un años de edad, doctor en Derecho y residente en Madrid, calle de Alcalá, 99, entresuelo, dirigió al presidente de la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas, que lo era desde su fundación en 1907 Santiago Ramón y Cajal, una solicitud de pensión para seguir cursos de Derecho Civil en la Universidad de París, por un período de seis meses, a razón de 300 francos cada mes y seiscientos más para viajes y matrículas. El solicitante aducía como mérito conocer los idiomas francés e inglés, según había acreditado en los ejercicios de oposición para proveer las plazas vacantes de oficiales-auxiliares en la Dirección General de Registros y del Notariado, celebrados en junio del año anterior. Por Real Orden de 25 de septiembre, al recién estrenado funcionario del Ministerio de Gracia y Justicia se le concedió una pensión de 350 pesetas mensuales y 400 para viajes, que podía utilizar desde el 1 de noviembre[1].

A pesar de haber comunicado a la Junta su disposición para disfrutar la pensión desde ese mismo día, Azaña no llegó a su destino hasta el 24 de noviembre. La estancia en París, después de unos años dedicados a perder «por bobería y sin malicia» su patrimonio[2], debió de sentarle tan bien que el 1 de mayo de 1912, cuando solo quedaban veintitrés días para la expiración de su beca, se animó a presentar la solicitud de una prórroga por otros seis meses, acompañada de un «Plan o programa razonado para el estudio de la historia del derecho francés. Las épocas, las fuentes y la bibliografía». Denegada esta vez la solicitud por la Junta en su sesión de 6 de julio, Azaña permaneció, como tenía pensado, en París, con una escapada a Bélgica, hasta el 28 de octubre de 1912. Su primera salida al extranjero habrá durado, pues, once meses, de los que han quedado algunos artículos enviados bajo el seudónimo de Martín Piñol a *La Correspondencia de España*, unas cartas a su amigo de Alcalá, José María Vicario, y el comienzo, en tono íntimo, de unos diarios llamados a crecer con la obra política de su protagonista[3].

Los diarios

Porque la escritura de estos diarios comenzó, hasta donde sabemos, en París un 24 de noviembre de 1911 y no terminó, con grandes períodos en blanco, hasta el 19 de enero de 1939. Durante esos años, España conoció una monarquía, primero constitucional, luego dictatorial, una república y una guerra civil. A cada uno de estos períodos corresponde un desigual volumen de cuartillas o de cuadernos en los que Manuel Azaña iba apuntando los sucesos del día, sus impresiones, las conversaciones mantenidas, las visitas recibidas, las sensaciones suscitadas por un paisaje, por un recuerdo. Y aunque con la denominación de «Diarios» solo aparecen en la edición de *Obras Completas* preparada por Juan Marichal las notas escritas entre noviembre de 1911 y septiembre de 1927, los textos titulados «Memorias políticas y de guerra», que cubren los años de la República y de la guerra civil, son también diarios, no memorias, como lo son igualmente los «cuadernos robados»: notas escritas día a día y no reconstrucciones en las que la memoria se interpone entre el tiempo del suceso y el tiempo de su narración[4].

El contenido del primer bloque, que corresponde a los años de la Monarquía, es de un alcance muy diferente al de los bloques segundo y tercero, que tratan sucesos de la República y de la guerra civil: ni los hechos, personales casi siempre en el primer caso, políticos en el segundo; ni el autor, situado en muy distinta posición, son los mismos[5]. Cuando marchó a París, Azaña, que ya no era realmente un joven, solo había publicado, bajo seudónimo, varios artículos en periódicos de escasa circulación y dos o tres folletos. Los diarios de la República y de la guerra civil los escribió, sin embargo, un personaje principal de la política española de los años treinta, ministro de la Guerra y presidente del Consejo en los años 1931-1933, y presidente de la República desde mayo de 1936 hasta enero de 1939. Pero el diferente contenido de los textos y la distinta posición de su autor no basta para definir a los primeros como «diarios» y a los segundos como «memorias», aunque el mismo Azaña se haya referido a estos textos como «notas», «memorias» o «borrador», y no como «diarios»[6], queriendo indicar probablemente que se trataba de un material destinado a ser revisado como memorias en una futura publicación: escribe las cosas que pasan «para intentar recordarlas y ordenarlas»[7].

El hecho de que Azaña, porque no lo considerara oportuno o porque las penalidades del exilio y su pronta muerte se lo impidiera, nunca haya escrito

unas *memorias*, invita a unificar como *diarios* los «diarios íntimos», los «cuadernos robados» y las «Memorias políticas y de guerra». Aconseja esta denominación común diferenciar la singular condición de estos textos de las numerosas memorias —esta vez sí— publicadas por otros dirigentes republicanos[8] y llamar la atención sobre un hecho que pocas veces se tiene en cuenta cuando se juzga su contenido: es muy posible que si Azaña hubiera publicado él mismo estas notas, escritas al calor de los hechos y de las impresiones recibidas cada día, como memorias reelaboradas con la calma que solo el tiempo proporciona, los juicios sobre personas habrían sido más matizados: ante todo, porque no siempre se repiten en público las cosas que a cada cual se le ocurren de pronto y en privado sobre amigos, colegas o conocidos; además, porque la primera impresión derivada de un debate, de una conversación, de un encuentro, se matiza siempre con el paso del tiempo y la acumulación de nuevas experiencias. Azaña nunca seleccionó ni corrigió para su publicación lo que escribió como notas y borradores: llegan a nosotros con la inmediatez entre lo vivido y lo escrito; ahí radica precisamente su singular valor.

Cuando se comparan con los diarios de la República y de la guerra, los primeros «diarios íntimos» carecen de interés político y tampoco brillan por lo que pudieran tener de observaciones sobre la vida parisina. Azaña, como tantos españoles antes que él, quedó deslumbrado por la capital francesa y dedicó un año de su vida a *flanear* sin rumbo; a pasar mañanas o tardes enteras en la biblioteca de Santa Genoveva, entregado al «vicio antiguo de roer papel»; a recibir todo tipo de clases y conferencias, picado más que nada por la curiosidad, tan alejada a veces del motivo principal de su viaje, el estudio del derecho francés; a perder el tiempo sentado en el banco de un parque, asomado al pretil de un puente, viendo pasar las gentes o discurrir las aguas; a las tertulias con los amigos españoles, Daniel Alarcón, Joaquín Álvarez Pastor, Juan Pujol; a asistir a espectáculos de toda índole; a quedarse embobado, él, que ya no cumpliría 30 años, ante el encanto de Mercedes, un niña de quince años, hija de don Luis de Hoyos, con quien divaga tantas tardes por París y a quien se volverá a encontrar años después, «melquiadista recalcitrante y a prueba de desengaños, inscrito sin querer en el lerrouxismo»[9]. Y poco más, aunque de vez en cuando envía artículos para *La Correspondencia*, escribe a su amigo José María Vicario largas misivas para que despida a la criada si exige más de lo convenido, y toma en su «cuadernillo de apuntes», algunas notas sobre lo que verdaderamente le interesa: Azorín, la joven generación española, la literatura del desastre, sobre

la que ya había echado un vistazo y a la que piensa dedicar trabajos más amplios que quedarán, como tantos otros, en esbozos de estudios que pudieron haber sido y nunca fueron: un motivo más para la melancolía[10].

No hay más diarios hasta el iniciado, como quien se aplica a un menester de todos los días, el 1 de enero de 1915. Sin abandonar todavía el tono íntimo, este de 1915 comienza a tener un interesante contenido político. Azaña cumple 35 años, se siente cada vez más solo y lamenta que los años más generosos de la vida se van quedando atrás, que los amigos van desapareciendo o se encastillan en sus intereses y que algo se le escapa: soledad interior y despego de las cosas, dos de las constantes que resurgirán siempre, hasta los últimos días, como notas definitorias de lo que es, o de lo que cree ser. Ahora aparece ya un sujeto que se tiene por indolente, siempre haciendo planes de trabajo, como cuando tenía veinte años, pero incapaz de continuar, no ya de rematar alguno. Es, o se tiene, por un indeciso, enfermedad que atribuye a su deseo de acertar y al maligno influjo de su tertulia de amigos. No le queda del pasado ni siquiera los últimos rescoldos de la religiosidad que le habían infundido los frailes y solo recuerda de sus tiempos de estudiante en El Escorial un comienzo de tristeza por el tiempo allí perdido.

Pero si este diario de 1915 permite explorar la representación de sí mismo que comienza a construir Azaña, interesa también como primera muestra de su evolución política que, para estos años, será preciso indagar luego en otros materiales. De regreso en Madrid, a finales de octubre de 1912, en febrero del año siguiente fue elegido secretario del Ateneo. Su «falta de pretensión y el interés que se tomaba por todas las cosas» de aquella Casa le rodearon, como recuerda Sagarra, de un «prestigio estimable y amable» e hicieron de él «ese hombre simpático y sencillo que no tenía enemigos, porque no se proponía hacer la competencia a nadie», una opinión que compartiría Josefina Carabias, cuando lo encontró, también en el Ateneo, quince años después: «un hombre amable, al que le gustaba reír y gastar bromas»[11]. Desde la secretaría del Ateneo, se adhirió al proyecto de Ortega, firmó el prospecto de la Liga de Educación Política y se inscribió como tantos otros intelectuales de su generación en el Partido Reformista, de Melquíades Álvarez.

Sin embargo, la principal iniciativa de Ortega, la publicación de la revista *España*, le deja más bien frío: no se encuentra capaz de meter allí un artículo sobre nada; el tono no le sienta[12]. De hecho, no escribió nada para *España* hasta julio de 1919, aunque la revista le publicó en marzo de 1917, con una entradilla que le saludaba como «uno de los hombres jóvenes de más talento

que se asoman al horizonte de nuestra política», un extracto de su conferencia «Reims y Verdun», «uno de los trabajos más hermosos que se han hecho sobre Francia»[13]. La misma lejanía que sentía respecto a Ortega acabará por dominar su relación con el Partido Reformista y con Melquíades Álvarez, aunque por el momento solo atisba los motivos que años después le llevarán a la ruptura: la excesiva complacencia de su jefe con el sistema que pretendía reformar y esa especie de distancia despectiva hacia las masas, esa pereza por buscar el apoyo popular que definió la política reformista. Y todavía M., a quien ve salir de un concierto en el Ateneo, con otros, con otras, sin mirar, sin fijarse y, claro, depresión, tristeza. Ortega no le pide insistentemente un artículo, Melquíades no hace de él un diputado; y Merceditas, que no se fija en él…

El siguiente «diario íntimo» es de 1918, año clave en la historia de Europa y decisivo para la pervivencia del sistema de la Restauración en España. Como secretario del Ateneo, Azaña había visitado en 1916 los frentes de guerra en una misión que devolvía la visita que un grupo de intelectuales franceses había realizado pocos meses antes a España. A la vuelta de esta primera salida a los frentes, en enero de 1917, pronunció en el Ateneo su conferencia «Reims y Verdun», a la que seguirá, cuatro meses después, «Los motivos de la germanofilia». Simultáneamente, en el número de enero-marzo de 1917 del *Bulletin Hispanique*, publicó su articulo «Nuestra misión en Francia», en el que además de complacer a sus huéspedes franceses reiteraba algunos de los puntos tratados en sus dos conferencias. Mientras tanto, se dedicó a documentar su más ambicioso proyecto de investigación, del que solo publicó la primera parte: *Estudios de política francesa. La política militar*, un libro académico, con una bibliografía de más de 500 entradas, que en España, según posterior confesión de su autor, no interesó a nadie. No acabó ahí su intensa dedicación a reflexionar y escribir sobre la Gran Guerra: aparte de los artículos en *El Imparcial*, envió varias crónicas políticas a la revista *Hispania*, editada por el Institut d'Études Hispaniques de la Universidad de París, en las que abordó el impacto de la Gran Guerra sobre aspectos fundamentales de la política española en 1918 y 1919: la evolución de la opinión pública, el régimen político, la cuestión catalana, el problema militar, la asamblea de Parlamentarios, la huelga general.

Nada de eso, sin embargo, encuentra el más mínimo reflejo en las páginas del diario correspondientes a 1918. Azaña reanudó su escritura, pero sin dedicar ni una línea a la política, nacional ni francesa, sus dos grandes preocupaciones públicas del momento. De la nacional, había quedado algo

escaldado después de su aventura como candidato por el Partido Reformista en las elecciones generales de 24 de febrero de 1918. No se sentía muy allá de salud, comenzaba a cansarse de su trabajo como letrado de la Dirección general y deseaba salir otra vez de España: en febrero de 1919 presentará todavía una nueva solicitud de pensión a la Junta para Ampliación de Estudios para terminar sus estudios sobre política francesa, que también le fue denegada, aunque se le concediera la «consideración de pensionado»[14]. Meses antes, en el verano de 1918, Rafael Altamira le había pedido que le presentara a algún joven para organizar una serie de conferencias que debía impartir un profesor norteamericano y Azaña le indicó como la persona más apropiada a su amigo Cipriano de Rivas, que había conocido en el Ateneo y con quien emprende una gira que les lleva de Galicia al País Vasco, materia única de este diario. Son los comienzos de una gran amistad, que acabará por convertirse en una «amitié particulière» y finalmente, desde 1929, en estrecho parentesco: por su boda con Dolores de Rivas Cherif, se convirtió en cuñado o, como dirá ella, en hermano de su amigo[15].

Diarios ya no habrá más hasta el año 1927, un día en que se tropieza con Julián Besteiro que le dice algo sobre *El jardín de los frailes*, su novela autobiográfica que acababa de aparecer y lucía aún en los escaparates de las librerías madrileñas. Como si se excusara, Azaña responde con una pregunta: «¿qué va uno a hacer en estos tiempos, como no sea dedicarse a la literatura?». Es la dictadura y, en política, nada ocurre. Aprovechando esa forzada quietud, acababa de publicar como novela lo que había adelantado en la revista de la que fue fundador y director, *La Pluma*, allá por los comienzos de los años veinte. El libro fue recibido con respeto y cálidos elogios por la crítica y Azaña tomó nota de los comentarios que, en reseña o de palabra, le dirigieron críticos y escritores de los que Madrid andaba en aquella década bien servido. Su dedicación a la política, como comentarista semanal desde las páginas de *España*, de la que fue director en su última época, a partir de enero de 1923, y como miembro del Partido Reformista quedó truncada por el golpe de Estado de Primo de Rivera, que le indujo a romper con el reformismo y a emplear sus ocios en la crítica y en la creación literaria, asistiendo con una indolencia de la que solo su amigo Enrique Martí Jara le arrancaba, a las reuniones del grupo Acción Política, pronto llamado Acción Republicana. Pero desde que desapareció *España*, en marzo de 1924, ahogada por la censura, biblioteca, investigación y literatura serán sus refugios: termina sus trabajos sobre Ganivet, que valen sobre todo por su interpretación de la revolución de las Comunidades de Castilla; escribe un libro sobre Juan

Valera, que le valió el premio nacional de literatura; remata *El jardín de los frailes*, que había adelantado, a lo largo de 1921, en *La Pluma*.

Entre la última anotación de 1927 y la primera de 1931 todo ha cambiado. El letrado de la Dirección General de Registros, elegido en junio de 1930 presidente del Ateneo de Madrid a propuesta de un selecto grupo de socios, entre los que se encontraban Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Ossorio, Marañón y Pedregal, se convierte en flamante ministro de la Guerra desde el mismo día de la proclamación de la República y pasará a ser de forma inopinada presidente del Consejo de Ministros tras la renuncia de Alcalá Zamora, exactamente seis meses después de aquella tarde de abril en la que comenzó a poner en marcha sus planes de reforma militar. Este doble encumbramiento disipó todas las dudas que le habían impedido definir su vocación, si literaria o política: haría política a la vez que hacía literatura. Y como siempre que había intentado hacer lo segundo su personaje resultaba ser él mismo o sus antepasados, ahora no tendría más que escribir de sí mismo como actor de la política republicana para realizar una obra literaria con un dramático argumento político. Confiando a sus cuadernos cada día lo que le pasaba, Azaña resolvía el problema de su vacilante vocación, de la que había hablado con Juan Uña un día de junio de 1927, cuando este amigo lamentaba que se hubiera malogrado su «brillante carrera política» en el Partido Reformista.

Reanudó, pues, la escritura de su diario, utilizando esta vez «cuadernos comerciales de los llamados diarios, de cuatrocientas páginas foliadas, con divisorias y casilleros para los arqueos, cubiertas negras, imitando a piel y conteras y lomo amarillo claro», poco después de las elecciones a Cortes Constituyentes, cuando la República parecía haberse asentado. Inicia el primer cuaderno el 2 de julio y termina el octavo y último el 26 de agosto de 1933**[16]**. Tanta voluntad de escritura demostró Azaña durante todo el período que desempeñó responsabilidades de gobierno que solo hay en estos dos años largos una interrupción digna de notarse, la que va del 10 de septiembre al 28 de noviembre de 1932. Era el mejor momento de su vida y, después de haber sacado adelante la ley de Reforma Agraria y el Estatuto de Autonomía de Cataluña, emprendió una larga gira por varias capitales, asistió a unas maniobras militares y recibió al presidente del gobierno francés, Édouard Herriot. Pero, por lo demás, fresco o cansado, después del paseo en coche o de la sesión de Cortes, en días tranquilos o turbulentos, con montones de visitas o sin ver a nadie, Azaña sacaba tiempo para dejar en su cuaderno fiel relato de lo sucedido.

Toda la afición que había mostrado a sus diarios cuando estaba en el poder, la perdió nada más pasar a la oposición. De la crisis del gobierno de Lerroux y de las elecciones de 1933 presididas por Martínez Barrio; de sus relaciones con los socialistas en 1934 —desde la visita de Fernando de los Ríos a principios de enero hasta la reunión con Largo Caballero y otros comisionados del PSOE a mediados de julio y el encuentro con Prieto y de los Ríos en Barcelona a finales de septiembre, días antes de la revolución de octubre—, solo escribirá años después, cuando la publicación de unas memorias de Alcalá Zamora le muevan a dejar por escrito su versión aprovechando que encuentra a Martínez Barrio «en vena inusitada de confidencias»[17]. Aunque *Mi rebelión en Barcelona* supla con creces la falta de un diario para explicar su conducta antes y durante la revolución de Octubre y aunque contemos con sus declaraciones ante los jueces que instruían contra él la querella por rebelión militar[18], diarios no escribirá otra vez hasta esos dos días decisivos en los que volvió a la presidencia del Gobierno tras las elecciones de febrero de 1936. Azaña dice entonces a un azorado Manuel Giménez Fernández, que por unos días se presenta como primera figura de la CEDA, «tienen ustedes que convencerse de que la verdadera derecha de la República soy yo, y ustedes unos aprendices extraviados». Esta vez, sin embargo, no quedará escrito de su acción de gobierno, salvo posibles apuntes perdidos, más que las cartas que dirige a su cuñado, de viaje por México y Cuba con la compañía de Margarita Xirgu, que son en realidad el diario de ese período. De escritura interrumpida y reanudada en días sucesivos, esas cartas van dando cuenta, en un tono de camaradería que contrasta con sus dramáticos llamamientos en el Congreso, de todo lo ocurrido desde el triunfo electoral de la coalición de izquierdas hasta la destitución de Alcalá Zamora, su elección como presidente de la República y su posterior traslado a la Quinta del Pardo, donde se ocupa de cuidar los rosales destrozados por una lluvia incesante[19].

Pero Azaña no continúa la escritura de sus cuadernos, ni ahora ni al comienzo de la guerra: se limita a tomar lo que él mismo titula «Apuntes de memoria», en ocasiones solo la anotación de un nombre, de un lugar, de una escena, que abarcan de modo fragmentario, e incomprensible para el no especialista, los principales «huecos» de este período: de mayo de 1936 hasta abril de 1937 y de diciembre de este año hasta abril del siguiente[20]. De nuevo, otros documentos hacen las veces de diario: *La velada en Benicarló* es, en realidad, una dramatización de conversaciones mantenidas entre Azaña, Prieto, Ossorio, algunos de sus cercanos amigos republicanos, con la

presencia de dirigentes sindicales y comunistas, a los que sin embargo había tratado menos. Ni siquiera durante los dos meses largos que residió en el monasterio de Montserrat —aunque como recuerda a su amigo Ossorio, bajando todos los días a Barcelona— volvió Azaña a este menester tantas veces predilecto, construir su personaje en el escenario del drama que fue durante los años treinta la política republicana. No volverá a reanudar el hilo roto de su escritura diaria hasta el 20 de mayo de 1937, cuando ha resuelto la crisis del gobierno de Largo Caballero y se siente capaz de influir de nuevo en la marcha de los acontecimientos. Lo hará en el llamado «cuaderno de La Pobleta», cuartillas con el membrete oficial de la presidencia de la República, que contienen las densas conversaciones sobre el destino de su generación, Cataluña en la guerra, crímenes y lógica de la historia, intelectuales huidos, o política general mantenidas con Fernando de los Ríos, Carles Pi i Sunyer, Ángel Ossorio, Claudio Sánchez Albornoz, Diego Martínez Barrio… y cuyo último apunte es de 5 de diciembre del mismo año.

En el «cuaderno de Pedralbes» reanudó por última vez su diario después de la crisis de abril de 1938, que dejó fuera del gobierno a Indalecio Prieto y concentró los asuntos de Defensa en manos de Negrín, con anotaciones progresivamente breves, sincopadas, hasta su final en enero siguiente. Este último diario es como el acta de ruptura del presidente de la República con el presidente del Consejo y la expresión dramática de su creciente desolación al comprender que no puede modificar los datos de la política interior y que finalmente ni Gran Bretaña ni Francia harán nada por mediar en la guerra. Azaña emprendió «el camino del destierro» el domingo, 5 de febrero de 1939 a las 6 de mañana, y atravesó la frontera a pie, acompañado por los presidentes del Gobierno, Juan Negrín, y de las Cortes, Diego Martínez Barrio, y varios amigos: el relato de sus últimos días en España, impresionante, ya no quedará en forma de diario sino en una carta de 28 de junio dirigida a Ángel Ossorio, con quien había mantenido dos años antes una de las conversaciones más dramáticas contenidas en estos diarios[21].

Estos son los diarios que se publican ahora reunidos por vez primera. En una aproximación a esta obra monumental, lo que más poderosamente llama la atención es la absoluta fidelidad del relato a lo realmente sucedido: Azaña nunca se confunde en el minuto en que ocurren los hechos ni en las palabras pronunciadas por sus diferentes interlocutores. Por eso, su insustituible importancia como fuente de primera mano sobre ese período crucial de nuestra historia. Gracias a estos diarios podemos asistir con la absoluta seguridad de no engañarnos a una reunión de la junta nacional del Partido

Reformista, sabemos cómo se desarrollaron los consejos de ministros durante el primer año de República, seguimos paso a paso la gestación del estatuto de autonomía de Cataluña, participamos en las discusiones políticas que aquel reducido grupo de hombres mantenía casi diariamente, el estilo de vida que llevaban, sus horarios, sus gustos por la tertulia y la vida noctámbula. Conocemos también sus discrepancias y sus enojos, lo que pensaban unos de otros, la impresión que les causaban los acontecimientos de los que ellos mismos eran principales responsables políticos. Podemos seguir la historia de sus ministerios, el aturdimiento o la energía con la que se enfrentaban a la cuestión religiosa, la reforma agraria o las transferencias a la Generalitat, los indultos a los militares sublevados; los vemos en sus dudas y vacilaciones, en su afán por hacer cosas, por hacer algo grande de la República. Asistimos a la solución de la crisis de poder provocada por las prisas de Portela Valladares después de su derrota en febrero de 1936; contamos con el mejor relato sobre la crisis de mayo de 1937, y no es preciso acudir a ninguna teoría conspirativa para entender el callejón sin salida en el que desde abril de 1938 se metieron las relaciones del presidente de la República con el presidente del Consejo.

Relato, además de fiel, pormenorizado, en ocasiones hasta un detalle que hoy puede parecer irrelevante y que su autor tal vez hubiera podado antes de darlo a la imprenta. A pesar de su «implacable e insoportable» memoria, Azaña tomaba «nota de todo»[22] y lo trasladaba, en escritura fluida, sin apenas tachaduras, a sus cuadernos o a sus cuartillas. Especialmente en los dos años de su presidencia del Gobierno, no quiso dejar nada en el tintero: lo anotó todo, excepto la visita del presidente del gobierno francés, de la que no escribe nada, excepto que le preocupa y no le gusta y luego, una vez pasada, que había aleccionado a Madariaga diciéndole que la política internacional la dirigía el Gobierno y que no aceptaría compromisos con Francia ni con nadie[23]. Por muy sorprendente que pueda parecer en alguien que despertó a la política española estudiando la francesa, nada le sugiere tampoco ningún acontecimiento de la política internacional: ni siquiera de la llegada de Hitler al poder, que le pilla enfrascado en la crisis provocada por la matanza de Casas Viejas, dice nada. Tampoco se encontrarán observaciones penetrantes sobre la oposición antisistema, la católica y la monárquica: Azaña vivió esos años enfrascado en la política republicana y le preocupaba mucho más Lerroux que Gil Robles, el Partido Radical que la CEDA. Estas ausencias contrastan con su interés, como literato que era, por dejar noticia de los actores en el escenario, qué tal estaban de voz, cómo sonaba su acento. Sus anotaciones sobre las sesiones parlamentarias, con los apuntes irónicos o

irritados sobre lo que unos y otros van diciendo y sobre el tono en que lo dicen, sin ahorrar alabanzas, ni siquiera a Alcalá Zamora, cuando encuentra que su discurso ha sido «felicísimo, muy hábil, contundente»[24], son tan vivaces como la ensoñación en la que conversa con el exrey Alfonso XIII, la construcción de esa pieza de teatro en la que convirtió la rebelión de agosto de 1932, o las angustias pasadas durante los días de su cerco en Barcelona.

Detallado también al dejar testimonio de su propio estado de ánimo, si decidido o fatigado, si triste o alegre, de las emociones que le despertaba el paisaje, las nostalgias que le traían unos olores, la impresión que le producía un encuentro inesperado, como el de ese mendigo fabuloso que recibe indiferente su limosna o el del padre Serra que en su delirio le transporta de golpe al calor de la adolescencia: «¡Manolito!, ¡Manolito! ¿Cuándo vienes a visitarme?»; la tristeza que le embarga al ver a antiguos amigos políticos lanzarse sobre la carnaza de Casas Viejas con el único propósito de presentarlo ante la opinión como un déspota sanguinario; o la desolación que impregna su conversación con Fernando de los Ríos cuando se tiene por hombre de otro tiempo o de ninguno, cuando piensa que el único destino de su generación es vivir, o ser enterrados, o quedar de pasto para los grajos, «persuadidos de que nada de esto era lo que había que hacer». Pero no hay que confundirse: aunque su yo ande siempre por medio, estos de la República y de la guerra son diarios políticos, no íntimos, pues no revelan nada de su vida familiar, de sus sentimientos respecto a las personas que le acompañan, que acuden a darle conversación por la noche, ese pequeño círculo de familiares y amigos con fácil acceso a su intimidad y a sus confidencias de impenitente noctámbulo, de «antiguo trasnochador» como se definirá en plena guerra[25].

En los diarios de la República y de la guerra, Azaña solo bucea en su propia intimidad cuando le interesa para construir su papel en el drama político del que le ha tocado ser principal protagonista y confrontarlo con lo que supone que la gente piensa de él o con las imágenes que de él se han formado, y hacen circular, periodistas y adversarios políticos: resentido, déspota, frío exterminador de valores tradicionales. En estos casos, es invariable la presentación de su personaje como el de un actor ajeno a la obra que le ha tocado representar: su antiguo hábito de vivir para sus adentros le obliga a sentir que «esto de ser la *vedette* parece que no va conmigo»; su encumbramiento a la presidencia del gobierno es lo sumo de lo imprevisto y le parece estar presenciado lo que le sucede a otro; su «convicción íntima es que ahora no soy yo, ni mucho menos el que los demás creen que soy»[26]. A

ese propósito se deben las reiteradas evocaciones de sus estados de ánimo, sus impulsos de inhibirse y renunciar, su indolencia habitual, sus confesados intentos de alcanzar el cuarto de hora de lucidez, esa vivisección de lo que él es, lo que cree ser, lo que en él ven los demás. Rara es en la literatura política una introspección similar a la que Azaña emprende en fecha tan propicia a los abandonos melancólicos como las Navidades, cuando confronta en las de 1932 la irrenunciable decisión de permanecer en su ser recio y entero con los manejos de cada día y con su propósito de ayudar a instaurar una democracia en España, como no es menos rara en la literatura política encontrar una definición de sí tan redonda como la escrita en junio de 1937: «No habiendo sido nunca arribista, pedante, histrión, pedigüeño, ni menos adulador o envidioso, sino más bien despreciativo de los tontos, burlón y bastante despachado en mostrar mis preferencias o mis repugnancias, la vulgaridad de la gente, que no encontraba donde morderme se resistía a creer en mi naturalidad». Azaña no saldrá nunca de su asombro al comprobar que, estando tan a la vista su modo de vivir, muchos desocupados se hayan entretenido en descifrar un enigma que no existe y atribuirle «un pasado más o menos novelesco, cuando no tenebroso»[27].

La intrusión del yo en sus diarios políticos va siempre acompañada de su salida de la ciudad en la que acontecen los hechos narrados. El viaje al interior se completa con el hábito, inconcebible en un político de hoy, de salir a menudo a la sierra o de paseo por Alcalá o El Escorial, que es un retorno a lo que fue, a las raíces de su ser, con evocaciones de su infancia y primera juventud, y una toma de distancia respecto a lo que hoy es y hace. Va mezclando así Azaña la crónica de visitas o quehaceres políticos con las descripciones de un paisaje o con el apunte de una sensación al reencontrar entero un lugar de su juventud. En este punto, el tiempo también hace su labor: cuando sale de paseo en los años de poder, el paisaje le devuelve siempre un sentimiento de identificación con el lugar, de encuentro con las raíces de su ser; cuando se enfrenta al paisaje en los años de guerra, lo que encuentra es siempre signo de destrucción, de aniquilación de su ser, de desaparición de un mundo que tuvo alguna vez sentido y lo ha perdido. «Yo viviría aquí», escribe en julio de 1931, cuando pasa por delante de La Zarzuela, en el Pardo y contempla el «maravilloso anochecer en tan gran silencio» y le llegan los «olores de campo». Algo similar ocurre con El Escorial y el jardín de los frailes, cuando se encuentra «en perfecta comunión con este lugar», o con Alcalá, cuando da una vuelta por el pueblo y el ambiente le repone en veinte años atrás. Después, ya en la guerra, nada queda

de esta identificación: una tarde tranquila, en Valencia, tras cinco días de fuertes tormentas, observa el espectáculo de la destrucción: un alcotán destroza a la ocsa, los mastines descuartizan a las gallinas, el murciélago se atasca de mosquitos. Pero los bichos no lo saben; quienes lo saben muy bien son los que vienen de noche, con rayos y llamas, a incendiar pueblos. Y cuando viaja a Madrid, en noviembre de 1937, al pasar por Alcalá solo percibe lo que fue y ya no está: el quemadero de caballos, la gran industria de Paco el Loco, la huerta del tío Cayo. Todo ello se va, desaparece para siempre jamás[28].

Acción, sujeto y paisaje se encuentran así inextricablemente unidos por la pluma y la palabra que los llena de sentido: ese Azaña que describe una nevada y que siente el rumor del aire, que esponja su espíritu saliendo de paseo a La Morcuera o que se queja de una fuerte neuralgia y que se mete en sí mismo hasta encontrar los motivos de su actitud, es el mismo que recibe visitas sin cuento y sin interés, que charla con un grupo de políticos en los despachos del Congreso, se irrita por la estupidez o las cortas luces de algunos de sus más cercanos colaboradores en los consejos de ministros, o discute agriamente con Negrín a propósito de la destitución de su cuñado como cónsul en Ginebra. Con sus diarios, además de producir una obra literaria construyendo su propio personaje, Azaña trataba de ponerse ante los ojos su proyecto político, de indagar en su yo confrontado a cambiantes situaciones de poder y explicarse ante los que habrían de pedirle cuentas de sus iniciativas. Se creerá o no su explicación, pero sea cual fuere la discrepancia que con ella se pueda mantener es de todo punto imposible negarle grandeza, la misma que conserva aún el propósito de la República de establecer un marco de convivencia democrática para una sociedad atravesada por múltiples conflictos.

Los diarios de la República y de la guerra tienen otro valor añadido: al escribir lo ocurrido día a día, Azaña va como destilando la sustancia de lo que serán sus discursos; son como una reconcentración hacia sus adentros para luego salir hacia fuera con la palabra hablada que se ha ido previamente forjando en la escritura. El mismo propósito que le mueve a escribir diarios, con idéntica intrusión de su yo y la misma salida al paisaje, guía también sus discursos políticos, que abundan como nunca durante estos años y que deberían leerse con los diarios, pues son como su emanación pública. A falta de un poder propio, de un gran partido o de una disciplinada organización paramilitar como era moda en los años treinta, los discursos constituyeron su principal instrumento de acción, más exactamente, fueron su principal acción.

«Felizmente, en política, palabra y acción son la misma cosa», dijo Azaña en uno de sus más emocionados discursos, pronunciado en Valladolid poco después de haber culminado los trabajos de elaboración de la ley de Reforma Agraria y del Estatuto de Autonomía de Cataluña. Puesto que la República ha establecido un régimen legal, «la primera acción política está concentrada en la palabra en todas sus manifestaciones, y la palabra crea, dirige, gobierna»[29]. Y así fue en su caso: lo que llama su ensalzamiento no se debió a que fuera el líder de una imponente fuerza política, ni a que se impusiera a los demás por su astucia o sus malas artes, ni desde luego a cuestiones de carácter, a que bajo una apariencia oscura se ocultaba un déspota, un resentido o un frustrado capaz de hundir a la misma República en aras de una política de cerril exclusión. El salto de Azaña desde una secundaria posición en el rutilante Madrid de 1930 al primer lugar de la escena en 1931 se debió al poder de su palabra, a su capacidad para encontrar en la conversación o en el discurso soluciones de compromiso entre las diferentes y a veces contradictorias fuerzas políticas que formaban la coalición republicano-socialista.

Dispuesto a llevar a cabo una obra que «en la concepción es gigantesca y en la ejecución dificilísima», presumía sin embargo de no contar con más medio que «la efusión mía en lo que tenga de comunicativa». Por una exigencia interior cuyo origen cada cual juzgará como le dicte su razón o sus manías, Azaña necesitaba comunicar su obra no como si se tratara de un programa abstracto, o de unas simples medidas de gobierno, sino como una efusión de su espíritu, de sentirse vivo en la fascinación de hacer cosas. A esa compulsión interior de encontrarse a sí mismo para mostrarse en su obra política se deben sus diarios y a esa misma exigencia obedece que su yo anduviera siempre entrometido en sus discursos[30]. La necesidad de efusión servida por una calidad comunicativa insólita en un político profesional, y de la que él mismo era el primer convencido cuando percibía el revuelo y la emoción que despertaba su palabra, constituía su máxima fuerza pero fue causa también de su más peligroso espejismo. La facilidad de su nombramiento como presidente del Consejo le llevó al convencimiento práctico de que el poder político consiste ante todo en el ejercicio de la razón por la palabra. A ese espejismo se debe que sean sus discursos los únicos pronunciados en su tiempo —un tiempo de política en la calle y, por tanto, de mítines, discursos, arengas y movilizaciones— que han llegado indemnes hasta nosotros, los únicos que todavía se pueden leer hoy, que todavía nos llegan como si dichos directamente a nosotros; pero ahí radica también su

congénita debilidad, pues la palabra que ilumina como un fogonazo una intrincada situación nunca cambia, como Azaña era propenso a dar por seguro, la situación misma. Capaz de rendir voluntades, la palabra nunca basta para destruir obstáculos; es preciso también el poder, y hasta la fuerza, y Azaña nunca anduvo sobrado de ninguno de ellos.

En todo caso, sin esa palabra, lo que es decir, sin sus diarios, como sin sus discursos, y a pesar de sus muy estimables ensayos sobre política francesa, sus estupendos artículos sobre política española, sus trabajos de crítica literaria, sus novelas autobiográficas, la obra de Azaña ocuparía un lugar secundario en esa edad de oro de las letras españolas que fue el primer tercio del siglo XX. Son sus diarios y sus discursos, tomados como un conjunto unitario, su gran obra político-literaria porque es en ellos donde se manifiesta todo el poder y la debilidad de la palabra como guía de la acción, un singular experimento pocas veces dado contemplar en la política. Lo que se dice a sí mismo en la intimidad de las cuartillas y del cuaderno y lo que dirá luego en el salón de sesiones del Congreso, en el mitin multitudinario, en sus discursos de guerra, mantienen hoy esa profunda unidad que deriva de la coherencia entre lo pensado y escrito para sí y lo dicho para su auditorio y lo que intenta realizar en la acción política de cada día. A esa unidad, y no a cualquier ensoñación totalitaria ni a una pretensión de legitimidad excluyente, obedece que Manuel Azaña haya quedado para la historia, por una parte, como encarnación de la República, por otra, como testigo impotente de su destrucción.

En la Monarquía: de la reforma a la revolución

Entre 1911 y 1931, Azaña fue forjando sus posiciones políticas, ante todo, en intermitente pero nunca abandonada polémica con la generación del 98; además, como militante, primero entusiasta y luego crítico, del Partido Reformista; por último, en una relación compleja, primero de adhesión y luego de distancia, con las iniciativas de Ortega. Para reconstruir este proceso, que le llevó de la defensa del reformismo dentro de la Monarquía a propugnar una revolución por la República, los diarios correspondientes a este período prestan escasa ayuda. Será menester, por tanto, recurrir a sus conferencias y artículos para seguir una trayectoria sin la que resulta difícil entender el proyecto político del que darán cuenta sus diarios y discursos de la República.

Ya en vísperas de su primera salida a Francia, en 1911, Azaña había dejado claro testimonio de que, frente a la generación anterior, no veía otra salida al problema español que la democracia; ninguna otra tarea más acuciante que hacer política; ningún instrumento de transformación que no fuera el Estado. «La democracia es una mentira inicua», había escrito Azorín en 1901. «¿Democracia hemos dicho? Pues democracia», afirma Azaña diez años después. «Nosotros, alejados y desdeñosos de la política y de sus medros», proclamaba el manifiesto de protesta firmado por un grupo de intelectuales el 28 de junio de 1905. «Hagamos todos política», exclama Azaña como en respuesta a sus mayores. «El Estado es el mal», afirmaba también Martínez Ruiz. Y Azaña parece replicar cuando dice: «El otro instrumento de transformación que deseamos es el Estado… pero hay que arrancar sus resortes de las manos concupiscentes que lo vienen guiando»[31]. Quizá basten estos tres pensamientos para mostrar de un brochazo la distancia que separa a Manuel Azaña, nacido en 1880, de las actitudes políticas predominantes entre los intelectuales de la generación anterior, la que ha pasado a la historia como del 98.

Esa distancia viene de antes, de los años en que Manuel Azaña se establecía por vez primera en Madrid y mostraba su malestar ante la «peste reinante de acabamiento y desesperanzas [y] la infinita turba de agoreros que nos rodea y en quienes toda calamidad tiene su vaticinador»[32]. Su nula predisposición a las estéticas de la decadencia le empujó desde muy pronto en dirección opuesta a la emprendida por los escritores del 98. Preocupado también, como todos los intelectuales, por la irrupción de la masa, en lugar de una novela, escribió una tesis doctoral, un breve ensayo que se ocupaba de la responsabilidad política de las muchedumbres. Lejos de considerar a la masa con los estigmas de la inercia, la pasividad, la irresponsabilidad y de adornarla con los atributos femeninos tan corrientes en la literatura de la época, Azaña establece que la multitud es responsable de sus actos. Es significativo, por lo demás, que prefiera medir sus habilidades oratorias en la Academia de Jurisprudencia antes que en el Ateneo, que sin embargo comenzó muy pronto a frecuentar. Y de nuevo su interés se centra en una de las cuestiones más candentes en los primeros años del siglo con un argumento que lo distancia del fervor anticlerical en el que hervían los literatos de su tiempo. Mientras «Los Tres» andaban en su campaña de ridiculización de los sermones cuaresmales del año 1902, Azaña presentaba su trabajo sobre la libertad de asociación introduciendo una clara diferencia entre órdenes y asociaciones: las primeras sirven los intereses de la Iglesia universal,

reguladas por disposiciones de esta, y carecen de los rasgos que definen a la asociación en sentido estricto. Piensa el joven Azaña que las órdenes religiosas tienen una personalidad propia ante la que el Poder civil no puede ni debe ser indiferente; sin embargo, cuando se trata de asociaciones, «el Estado solo puede aspirar a conocerlas para darse cuenta de la personalidad naciente y obligarla a cumplir las fórmulas legales dictadas para seguridad de todos». Una distinción que le permitía mantenerse en un terreno intermedio, defendiendo a la vez la regulación de las órdenes religiosas por el Estado y la libertad de enseñanza para las asociaciones constituidas con este fin[33].

Tesis doctoral sobre la muchedumbre, debate en la Academia de Jurisprudencia sobre la libertad de asociación: son dos actividades a las que difícilmente podría dedicarse ninguno de los literatos que por entonces bullían en Madrid. Pero hay más en esta distancia de sensibilidad. No se le da mal escribir al joven Azaña y opta por probar fortuna en una publicación que desde su mismo título se sitúa de espaldas a la emergente generación. Si los del 98 escribieron en *Juventud, Germinal* o *Vida Nueva*, Azaña escribirá en *Gente Vieja*, el mismo periódico que en 1904 convoca el homenaje nacional a Echegaray, contra el que Azorín, Unamuno, Baroja, Maeztu organizaron en marzo de 1905 una protesta colectiva, ahogada inmediatamente en el homenaje nacional al laureado Premio Nobel[34]. Al año siguiente, la candidatura de Menéndez Pelayo a la dirección de la Real Academia Española es también apoyada por Manuel Azaña, en este caso junto a las firmas de Castrovido, Morente, Baroja, Salillas, Felipe Trigo, Albornoz, que ruegan muy respetuosamente a Alejandro Pidal tenga la bondad de retirar la suya[35]. Pero, frente a lo que sucede con Ortega, que no deja de crecer en estos años, esta firma es la última presencia pública de Azaña hasta que reaparezca, en febrero de 1911, para hablar, como cada cual, del problema español.

Un año después de que Ortega hubiera tratado de lo mismo en Bilbao, Manuel Azaña pronunciaba una conferencia con ese nada original título en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares. Azaña no era Ortega, Alcalá no era Bilbao, ni la casa del pueblo era la sociedad El Sitio, pero salvadas todas las distancias de notoriedad del conferenciante, modernidad de la ciudad y relevancia social del lugar, el diagnóstico de Azaña no difiere del de Ortega ni se aleja del liberalismo español del siglo XIX. El problema español, peculiar, especialísimo, único, dice, se formula en pocas palabras de este modo: «¿Podrá España incorporarse a la corriente general de la civilización europea?». Esa había sido la pregunta de Valera, de Giner, de Costa, y era también la de Ortega, con quien volverá a estar de acuerdo al criticar a los

literatos del 98 como bárbaros que lo derribaron todo y luego se sentaron a contemplar las ruinas. Azaña comparte con estos ilustres antecesores la idea de que el problema de España es la incultura generalizada. Lo habían dicho todos, pero no todos habían propuesto la misma medicina. Para Giner y para Costa, el remedio radicaba en la escuela; para Ortega será la educación superior, la universidad, la ciencia. A Azaña no le preocupaba tanto la escuela, ni la Universidad, como el Estado. Cierto, el problema es que España se ha quedado fuera de esa corriente de la cultura europea; por supuesto, hacen falta escuelas y, más allá de la escuela, es precisa esa minoría de intelectuales que den organización a un pueblo atomizado. Nada de eso está en discusión. Pero con eso no basta, porque además de un problema de educación, el de España es un problema de constitución del Estado. Y eso no se arregla solo con escuelas ni con los cien hombres que andaba buscando Ortega. Eso únicamente se arregla con democracia[36].

Democracia, acción política y Estado no eran los terrenos más propicios para un cordial encuentro con las gentes del 98, que abominaron de la política y despreciaron la democracia. Por eso, cuando ya cumplidos los treinta años eche un «vistazo a la obra de una juventud», denunciará como grandes móviles de aquella generación la egolatría y el exhibicionismo alimentados por la inoculación del «virus pernicioso del desengaño»: solo se desesperan en público los ególatras que pretenden llamar la atención sobre su propia persona. En el mar en que se hundían tantas cosas, escribió entonces, el esfuerzo se dirigía a que sobrenadasen al menos la estimación y la fama personal. Y es significativo que al rememorar aquellos años y a la «gente moza, innovadora y audaz» que entonces saltó a escena, recuerde sobre todo a Costa, que era en realidad de otro tiempo, cuando en el Ateneo prorrumpía en apostrofes violentos y el salón de hundía de aplausos: por los años del fin de siglo todos sufrían «el sarampión del mesianismo político»[37].

Este vistazo a la obra de una juventud es el primer indicio de que Azaña va a construir en el futuro una posición política propia en intermitente, pero nunca abandonada, polémica con aquella gente moza, innovadora y audaz que saltó a escena con el fin de siglo. De momento lo que busca es un lugar institucional para su actividad política y literaria. A poco de regresar a Madrid, se presenta como secretario primero de una candidatura a la junta directiva del Ateneo. En la misma candidatura figuraba, como presidente, el conde de Romanones, aunque nada permite atribuir esta coincidencia a no se sabe qué conexiones entre ambos dada su condición de terratenientes. En realidad, la candidatura era oficial, elaborada en una reunión de expresidentes

del Ateneo y de presidentes de todas sus secciones. Azaña, que no debía de sentirse muy feliz en tan cercana vecindad, sugirió a sus amigos que borraran de ella el nombre de Romanones. Tal vez su indicación no fuera más que parte de una campaña entre socios para impedir la elección del conde; en todo caso, los socios escribieron en mayor número de papeletas el nombre de Ramón y Cajal, que no se presentaba y que no aceptó el cargo. Después de los consabidos recados y de muchas idas y venidas, convocada una nueva votación, resultó elegido presidente Rafael María de Labra, que triunfó con holgura sobre Carracido, una vez que Romanones hubiera retirado su candidatura[38].

Desde su incorporación al Ateneo, la trayectoria política de Azaña se acerca a la de Ortega, que había irrumpido en la vida cultural madrileña con el envidiable aplomo, la «bienhumorada arrogancia… la insolente seguridad» que le proporcionaba haber nacido en «el corazón mismo de la burguesía más vivaz de la Restauración»[39]. Ortega, un *teenager* del desastre, como lo ha definido Vicente Cacho, entendía que la labor de destrucción, de romper ídolos, de irrumpir como salvajes en el páramo español, estaba ya realizada y era preciso pasar a otra cosa[40]. Había que hacer algo, y hacerlo colectivamente: tal era la propuesta de Ortega a la juventud intelectual de su misma generación. Azaña, que le llevaba tres años, escuchó la llamada y se adhirió de inmediato: firmó el prospecto de la Liga de Educación Política, asistió a los banquetes en homenaje a Melquíades Álvarez y se inscribió en el Partido Reformista. Son los mismos pasos que da un buen número de intelectuales muy diferentes, por su formación y su ocupación, a los de finales de siglo. No son solo «los intelectuales», que en el uso anterior denotaba sobre todo a artistas y literatos, sino «la intelectualidad», con su pretensión de totalidad y su connotación más profesional que artística o literaria.

Francia, Ateneo, Liga de Educación Política, Partido Reformista: todas sus experiencias hasta 1915 le van a conducir a la radicalización democrática de aquel templado liberalismo de sus trabajos de juventud. En Buenavista, como parte de un ciclo de «Conferencias Reformistas», Azaña se incluye entre la gente nueva que «vio en el nuevo partido una organización de moldes tan modernos y amplios que sintió renacer en su alma la esperanza y vislumbró la posibilidad de que sus ideas radicales, radicalísimas, encontraran campo donde holgadamente pudieran desenvolverse». Él, por su parte, cree que la tarea política consiste en instaurar un régimen parlamentario que sea expresión perfecta de la democracia y en el que la voluntad soberana del pueblo tuviera su perfecta representación. Pero es significativa, además de

esta afirmación de la democracia parlamentaria, su insistencia en un Estado soberano, laico, órgano de la cultura e instrumento de la justicia social. El problema consiste en decidir con quién podrían los reformistas llevar a cabo la construcción de tal Estado. ¿Con los socialistas y republicanos?, se pregunta. Y la respuesta es, por el momento, negativa: «A ellos nos unen vínculos sustanciales, lazos poderosísimos, empeños comunes», admite, «pero nos separa el no subordinar a un eventual cambio de régimen la obra de renovación que queremos realizar urgentemente, inaplazablemente. Se puede ser revolucionario 24 horas; es ridículo, a más de ser estéril, titularse revolucionario 24 años». Azaña considera que la revolución, «que es santa cuando destroza a un régimen que denigra y oprime a un pueblo, es inicua, criminal, cuando no se acopla al poder que le brinda su colaboración». El reformismo es ahora «la revolución sin sangre», esto es, una revolución realizada por los medios legales[41].

Pero 1915 es el año en que Melquíades Álvarez pretende acercarse a los liberales con el propósito de participar, también él, en el sistema del turno. A Azaña, como tampoco a Ortega, no le convence esta nueva deriva de un partido que se había presentado como una opción alternativa y que había tenido como un deshonor mezclarse con el Partido Liberal. En la reunión plenaria de la junta nacional, Ortega dice que la menor aproximación a Romanones «nos desprestigia ante la opinión pública y nos anula como fuerza política». Azaña, por su parte, en la asamblea del partido expresa su descontento y le reprocha no haber hecho nada «por ganarnos la opinión»: no entiende la «repentina ternura que nos ha entrado por el Partido Liberal». Sin entrar decididamente en el turno y sin pelear por la opinión, el reformismo está «muy disminuido», agotados el impulso y las grandes expectativas que acompañaron su fundación[42]. Los acontecimientos de los años siguientes no hacen más que confirmarle en esta opinión hasta llegar a la conclusión de que, con una burguesía convertida al conservadurismo, ser liberal no podía consistir ya únicamente en «batirse por la Constitución del 12 sino en satisfacer las justas aspiraciones de los trabajadores, dando a cada individuo el espacio moral suficiente para la plenitud de su desarrollo»[43]. Todo lo que Azaña será políticamente en los años veinte, un reformista que tiende a hablar el lenguaje de revolución, está ya aquí algo más que esbozado: hacer política, democracia parlamentaria, liberalismo social, Estado reformador, atención a las justas aspiraciones de los trabajadores. Quedaba tan solo para completar sus propuestas la apelación por la república y la coalición con la clase obrera organizada. Pero todo se andará.

Mientras se anda, tendrá ocasión de acercarse a los frentes y reflexionar sobre el significado de la Gran Guerra. Fue tan inmensa la catástrofe que muchos intelectuales le atribuyeron contenidos religiosos: la guerra era, como escribió Croce, una «acción divina», un castigo de Dios del que los combatientes habrían de salir como regeneradores de la política[44]. Por lo que respecta a Azaña, la carga redentora del sufrimiento y de la guerra le trae sin cuidado. Lejos de cantar las excelencias y la belleza de la guerra, extrema su carácter horrendo, sus estragos, la calamidad que significa, la catástrofe que entraña. No se permite la más mínima ilusión mística con los sufrimientos que soportan los soldados, en los hospitales y en las trincheras, encerrados bajo el suelo, enervados, cansados. Si lo hace así es porque el propósito de sus conferencias y escritos de 1917 y 1918 consiste en contraponer la destrucción y los horrores al despliegue de energía y la observancia de una dura disciplina militar que, sin embargo, no aniquila la libertad de conciencia. Horror y sufrimiento, que contrastan con la energía y la disciplina en la defensa de la patria sin renunciar por eso a la libertad individual: esta es la cuestión que plantea en «Reims y Verdun», en «Los motivos de la germanofilia», en «Nuestra misión en Francia» y esta es la cuestión a la que dedicará un libro entero. Su obsesión, lo que repite una y otra vez para sus oyentes y lectores, consiste en demostrar con el ejemplo de la resistencia de Francia ante el ataque alemán que es posible «armonizar libertad con seguridad, libertad de hombres con independencia de la nación». Esa era la lección de alcance universal impartida por la República Francesa en tiempos de paz y eso es lo que la guerra pone en cuestión y resuelve de manera positiva[45].

A su visita a los frentes, siguió «una intensa dedicación al estudio» con la lectura «durante semanas y semanas [de] una serie de libros referentes a la historia de la organización del ejército en Francia»[46]. Su interés por los temas militares, que no era nuevo, quedó ratificado al recibir el encargo de preparar la ponencia sobre Guerra y Marina para la asamblea del Partido Reformista de noviembre de 1918. Allí emergen las mismas preocupaciones que guiarán años después su política de reforma militar: alejar al ejército de las contiendas políticas, reducir la jurisdicción militar a lo estrictamente necesario para mantener la disciplina interior, impedir que siga aumentando el número ya excesivo de oficiales, respetar los derechos adquiridos al amparo de las leyes, reducir el tiempo del servicio en filas[47]. Pero más allá de este programa de reformas, sus *Estudios de política francesa. La política militar* pretenden rastrear no solo la política militar, sino la base moral y cívica sobre la que se asienta esa política. Azaña investiga sobre el ejército francés con la

vista fija en el español: la organización militar del Estado plantea un grave problema político: la dificultad de «armonizar la autonomía de la conciencia individual con las exigencias del grupo nacional». Hay Estados que suprimen el problema, bien porque sacrifican la libertad individual y entonces el Estado es víctima del ejército, como de un órgano monstruosamente desarrollado; bien porque el ejército se reduce a unos pocos hombres y la mayoría de la población ignora la servidumbre militar. Francia es, por el contrario, ejemplo de Estado civil, con los derechos individuales garantizados y dotado de una eficaz y poderosa fuerza militar: esa es la lección política de la Gran Guerra. España ofrece, sin embargo, el caso inverosímil en que se ha sacrificado al mismo tiempo la libertad y la seguridad: un ejército ineficaz para la defensa nacional, costoso para el erario, privilegiado entre los ciudadanos, pero al mismo tiempo amenazador de la libertad personal y obedecido por el poder público[48]. Azaña, que critica la neutralidad del Estado español en la Gran Guerra, se guarda mucho de proponer la intervención, consciente como es de «la indefensión, de la carencia absoluta de medios militares capaces de medirse con los ejércitos extranjeros» que imponen a España una «neutralidad forzosa», producto de la impotencia[49].

Apuntados entre 1911 y 1919 los temas predilectos de la crítica al 98, extraídas las lecciones de la Gran Guerra, y radicalizada su posición dentro del reformismo, habrán de pasar todavía unos años, y una experiencia política decisiva, para que todo confluya hacia el mismo rechazo: el golpe de Estado de 1923 es la ocasión para la crítica radical del 98 y la ruptura total con el reformismo y el definitivo alejamiento de Ortega. Su renovada y más sistemática atención al 98 fue provocada por una opinión de Ramiro de Maeztu aparecida en *El Sol* unas semanas después del golpe de Estado de Primo de Rivera. Decía Maeztu que lo importante del 98, en política, no fueron él ni sus compañeros de generación, sino Macías Picavea y Joaquín Costa, cuyas ideas «son las que ahora inspiran al directorio la serie de golpes que está asentando a la hidra caciquil»[50]. ¿Ideas?, se pregunta Azaña, en un artículo que comenzaba: «Opina el señor Maeztu», para que quedara claro el propósito polémico de su intervención. Y la respuesta es rotunda: en lo político, no las tuvieron: «dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias». Tal es la sustancia de la crítica, que ahora no evita el sarcasmo hacia esa generación, a la que el tema de la decadencia nacional «sirvió de cebo para su lirismo». Les reprocha haberse dejado llevar por la corriente general de «egolatría y antipatriotismo desencadenada en otros climas», pero les echa en cara la inconsistencia de su posición crítica. En el orden político,

«lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98, está por comenzar»[51]. La dictadura nada tiene que ver con ellos.

Este artículo polémico le dio pie para ocuparse de la «empresa de reconstrucciones» propuesta por Costa, a quien Maeztu presentaba como directo inspirador de Primo de Rivera. Azaña volverá a criticar lo que desde joven tenía como mayor insuficiencia de su pensamiento, su «criatura más imponente», el cirujano de hierro[52]. Pero lo que reprocha ahora con más énfasis a Costa es su conservadurismo, su historicismo, el afán arqueológico que le incita a buscar en las ruinas del siglo XVI las piedras para construir el futuro. Asimilando la crítica de Costa a la de Picavea, Azaña apunta en su haber la compilación de cuanto se sabía de los males de la patria hasta comprobar que en España nada permanecía en pie: en el museo de ruinas no falta ni una pieza, pero de tanto pasearse entre escombros, ellos mismos se convirtieron en «naturalistas arqueólogos». Lógico que de tanto acumular ruinas pretendan construir el futuro con los pedazos del pasado y sacar las libertades populares de «una costumbre local momificada». Y con eso llega Azaña al corazón del problema: la tragedia de Costa «es la de alguien que quisiera dejar de ser conservador y no puede».

Costa, en definitiva, es un pesimista radical que, de tanto mirar atrás, pierde el futuro. No ha percibido «el movimiento ascensional del proletariado», le reprocha Azaña, que acababa de identificar democracia con república y de postular como base de una acción por la república el retorno a la conjunción republicano-socialista. Esa es ahora la razón política de su nueva crítica, pues de esa actitud historicista, conservadora, se deriva la incapacidad de Costa para plantear y responder políticamente las cuestiones que Azaña juzga fundamentales. Ningún pueblo, escribe, «es regla única y suficiente de sí mismo». Los republicanos de la segunda mitad del siglo XIX sabían de las deformidades del Estado español tanto como Costa, Picavea y Mallada. Pero, a diferencia de estos, aprendieron en Michelet, en Proudhon, en Mill y en los radicales ingleses «mucho más que hubiesen aprendido pescando cangrejos en el Duero». Fueron a la raíz «por deducción de principios generales», mientras que los reconstructores de fin de siglo «desnudaron de ideas políticas a su política». Su «despensa y escuela no pasa de ser una fórmula previa, preñada de cuestiones capitales, de los verdaderos problemas», había escrito en 1921 y dos años después, con el dictador ya en el poder, vuelve sobre idéntico pensamiento para preguntarse: «¿Quién ha de costear el pan y las obras?, ¿quién regentará la escuela?, ¿de quién será la tierra, esté seca o regada?». Ahí, añade, se abre la perspectiva sobre los fines

y comienza la política. Costa, sin embargo, al no plantearse siquiera estas preguntas, «cortó las raíces a los programas de regeneración» porque, de espaldas a toda ideología política, renunció a los resortes de acción[53].

Azaña volverá de nuevo sobre los temas que le impulsaron a rechazar la conexión establecida por Maeztu entre las ideas del 98 y la dictadura de Primo de Rivera cuando someta a una durísima crítica el *Idearium español*, de Ángel Ganivet, objeto de un segundo «rebrote de gloria póstuma» al llegar sus restos a Madrid en marzo de 1925. Libre de ocupaciones, había emprendido una biografía de Juan Valera que le metió de lleno en el estudio de la sociedad española del siglo XIX. Su interés por la historia, sin detenerse en los orígenes de la tradición liberal, se remontó aguas arriba, hasta el siglo XVI, de donde aquella tradición había derivado la gran anomalía de España, la distorsión de una historia de libertad interrumpida en la batalla de Villalar y la entronización de un rey extranjero. Y ahí es donde Azaña, que había comenzado años antes sus trabajos sobre Ganivet, decide esperarle de nuevo porque es ahí, dilucidando el significado histórico de la rebelión de los comuneros donde podía, por una parte, hacer añicos el montaje del *Idearium* y, por otra, alimentar con sustancia histórica la acción por la república que desde 1923 había decidido emprender[54].

La crítica del *Idearium* estaba guiada por el mismo interés que le llevó a rechazar la opinión de Maeztu y el conservadurismo de Costa: sustraer a la Dictadura cualquier legitimación basada en las ideas del 98 y mostrar las limitaciones de la generación anterior en su manera de plantarse ante la política. Pero este opúsculo le ofreció también la ocasión de elaborar una visión de la historia de España construida como contradicción directa a la de Ganivet y distinta en aspectos sustanciales a la mantenida por la historiografía liberal. Estudiando las recopilaciones de documentos de la época, haciendo por tanto «obra de historiador», Azaña rechaza la afirmación de Ganivet sobre la supuesta ignorancia de sus intereses que afectaría por igual a los dos bandos combatientes y la atribución a los comuneros de la defensa de la política tradicional mientras Carlos V representaría la tendencia innovadora y europea. Los comuneros, escribe, sabían lo que querían y se organizaron para defenderlo. Contra ellos se levantó, no un monarca extranjero que habría venido a desviar el curso de la historia de España, sino la clase nobiliaria, brazo militar del Emperador para aplastar la rebelión. «El tercer estado y, en general, las llamadas clases productoras, habían cobrado conciencia de su fuerza y de su inferior condición en el reino» y se rebelaron contra la nobleza. Pero a los nobles «les importaba que el César venciese, que no venciese

demasiado, y que no venciese enseguida». Fue «una guerra social, una contienda de clases», pero también un intento de encontrar un nuevo equilibrio de poder entre la nobleza y la Corona. Percibida a esta luz, Azaña ve en la rebelión de las Comunidades un antecedente de los alzamientos del tercer estado. Las actas de las Cortes revolucionarias de Castilla «anticipan algunos temas políticos que al advenimiento de la República estaban sin resolver», dirá años después[55].

Con su teoría de las Comunidades, Azaña va más allá de la tradición historiográfica liberal y pulveriza las lucubraciones de Ganivet. Si lo hizo fue porque construyó esa teoría en el marco de la acción política que en aquellos años trataba de impulsar. En septiembre de 1923 rompió de forma expresa con el reformismo, dando por liquidada la posibilidad de avanzar hacia la democracia dentro de la monarquía: su carta a Melquíades Álvarez días después del golpe no dejaba resquicio alguno para volver a intentarlo: «el triunfo de la dictadura militar, y más que el triunfo, ciertos modos de preparar y de recibir el advenimiento del dictador, hieren, sin remedio en opinión mía, la base doctrinal y moral del partido. Mejor fuera decir que la destruyen». Pero una vez destruido el reformismo, no quedaba más que romper filas[56] y tomar el camino de la república. Y Azaña sacará también todas las consecuencias de su nueva posición escribiendo y propagando un opúsculo de *Apelación a la República* en el que proponía una alianza de las clases medias y la clase obrera con objeto de derrocar la monarquía, sostenida en la aristocracia[57]. Su teoría de la revolución de las Comunidades como primera revolución moderna debe leerse en este contexto, muy lejos del lamento liberal por la pérdida de las libertades medievales y en terreno distinto al de una anomalía española y muy cerca de la revolución francesa y de la fundación del Estado moderno.

Desprendido de cualquier vínculo político con el 98, rotos los que aún le ataban al reformismo, Azaña mostrará sus distancias con Ortega con ocasión del aniversario de la muerte de Francisco Giner y de un homenaje a Pablo Iglesias. Pretendía Ortega, «o tal se engañaban sus primeros adeptos», entre los que él mismo se contaba, hallar la «fórmula reconstructora de una identidad nacional salvada del desastre contemplado por los profetas del *finis Hispaniae*». La conjunción ideal de estos dos «santos laicos», la confluencia entre la Institución Libre de Enseñanza y el Partido Socialista soñada entonces por Ortega constituía, si no un programa, «el índice posible de una acción social determinada»: las herencias de Giner y de Iglesias unidas en un proyecto común. Pero la Liga de Educación Política, que pretendía «encauzar

las vagas aspiraciones de unos cuantos jóvenes intelectuales deseosos de afirmarse sobre el nihil de sus inmediatos predecesores», naufragó «muy luego en el puerto engañoso de la abstención». El ensayo no pasó de conato y aquella juventud quedó dispersa y desorientada: unos, los pocos cuyo temperamento político necesitaba lucha electoral, se adscribieron a los partidos históricos o a los que aspiraban a serlo, esto es, al reformista; otros, los arbitristas literarios y los aficionados a ver los toros desde la barrera, siguieron al margen[58].

Tal era la posición de Ortega: seguir al margen y, con él, todos los que habían engrosado efímeramente sus ligas. De manera que si los intelectuales del 98 nunca habían tenido política, los del 14 habían naufragado en la abstención. Si se quería salir de esa postración, estaban obligados a renovar el impulso de su ya lejano «arrebato juvenil». Azaña invita entonces a Julián Besteiro y a Fernando de los Ríos, dos destacados socialistas procedentes de la Institución, a convertirse en «los batidores de ese movimiento conjunto, de esa acción positiva a que concurran, exentos de bizantinismos, los intelectuales con los obreros organizados». Parece como si no viera otra fórmula de futuro que afirmar para los intelectuales una acción política específica, aunque, rompiendo el molde de Ortega, esa acción no pudiera ser otra que una alianza con el partido obrero. Ahora, una vez postulado ese «movimiento conjunto, esa acción positiva» en la que habrían de encontrarse intelectuales y obreros, la fórmula concreta no podía ser otra que la de una «nueva conjunción republicano-socialista capaz de oponer al bloque avasallador de las fuerzas oscurantistas coligadas, la resistencia primero, la contraofensiva después de la voluntad liberal latente so la mentida resignación del país»[59].

De su inmersión en la historia y en la crítica política y de su preferente dedicación a la literatura saldrá Azaña en 1930 para aparecer a la cabeza de su grupo de Acción Republicana, situarse en la presidencia del Ateneo y formar parte de la conspiración contra la monarquía. Cuando el 20 de noviembre de 1930 pronuncie su conferencia «Tres generaciones del Ateneo», el centro que preside acogía las reuniones del comité revolucionario constituido en agosto del mismo año en San Sebastián y ampliado en octubre con la incorporación del PSOE y de la UGT. Pretende en esa circunstancia recabar los mayores apoyos para esa acción por la república y se remonta a la primera generación ateneísta como punto de arranque de un proyecto político truncado por la defección de la burguesía, que prefirió buscar refugio en manos militares y bajo el manto protector de la Iglesia y no llevó a término la revolución liberal.

De lo que se trata ahora, a finales de 1930, es de culminar esa revolución, que sin embargo ya no podrá ser como en sus primeros pasos, liberal y burguesa, sino que necesita el entronque con aquellas fuerzas populares evocadas en los primeros años de dictadura. La acción política propuesta no puede limitarse ya a una restauración de las viejas libertades con el reconocimiento de la Corona. Los revolucionarios liberales, dirá Azaña, se empeñaron hace un siglo en demostrar que su revolución restauraba instituciones arcaicas y no dudaron en torturar «la tradición para autorizar su obra política». En tiempos más recientes, «un apóstol, casi un mártir de la regeneración española, estaba también poseído del mismo afán». Pena perdida: había que liberarse de ese morbo histórico. Ni Toreno ni Costa sirven como guías de la acción propuesta, que es nada menos que el derrocamiento de la monarquía como condición de la instauración de una democracia. Por eso, el edificio que se trata de construir no se puede «fundar en las tradiciones españolas sino en las categorías universales humanas»: hay que liberarse del pasado, de los intentos de regeneración de lo español. La empresa que aguarda es otra: unir la inteligencia y los «batallones populares» para el último asalto a la monarquía. Abundar en lo español lleva a «risibles anacronismos y mascaradas (…) El porvenir será nuestro como obra del pensamiento, del trabajo, de la energía, no de la providencia ni de un vago Destino»[60].

En este punto, y con este propósito, Azaña no podía recordar de la tercera generación del Ateneo sus ideas políticas, que las había dado ya por no tenidas, ni tampoco su consigna de sumergirse en los campos de Castilla para encontrar la roca sobre la que construir la democracia y la república. Buen conocedor del pasado, sabiéndose de memoria las limitaciones del liberalismo español, poco dado a la construcción de mitos historicistas, no podía reivindicar en ese momento la llamada noventaiochista a la regeneración. Sin embargo, a la acción política de ruptura con la monarquía le venía bien alimentarse de la negación radical del presente, antes denostada por exhibicionista. Cuando en su discurso le llega el turno a la tercera generación, Azaña recuerda que a principios de siglo el Ateneo se hizo numeroso, bullicioso y libre como nunca y que «los hombres del 98 instauraron la actitud de repulsa, trazaron el ángulo crítico y abrieron así el cauce al movimiento inaugural de una edad nueva». Rompieron con cuanto el Estado representaba: esa resulta ahora su mejor contribución a la conspiración republicana. Si la tarea que aguardaba era la de liquidar el morbo histórico negando el presente, entonces el manantial primero del que surgió la ola de protesta que estaba a punto de sumergir a la monarquía había que buscarlo en la aurora del siglo.

Y así, Azaña se declaraba dispuesto por vez primera a compartir esa actitud de rechazo de todo lo existente y se dejaba contagiar por la protesta del 98, aunque siguiera teniendo en nula estima sus ideas políticas. El mismo político que en 1923 había lamentado que los españoles no se aprovechaban del esfuerzo ni del saber de sus antepasados, que no heredaban ninguna sabiduría, que cada cual aprendía que el fuego quemaba cuando ponía las manos en las ascuas; el mismo que había rechazado por «primitiva, un poquito salvaje y fastidiosa en demasía» esa actitud[61], no teme proclamar ahora: «Si me preguntan cómo será el mañana, respondo que lo ignoro; además, no me importa. Tan solo que el presente y su módulo podrido se destruyan». «*Delenda est Monarchia*» había escrito cinco días antes Ortega en *El Sol*, en un artículo que originó un sensacional alboroto[62]. En medio de la movilización por la república que crece imparable, el 98 y su protesta, Ortega y sus ligas, Azaña y su acción política confluyen en el idéntico propósito: destruir la Monarquía. Los ecos de la protesta del 98, con la tan esperada y algo tardía «definición» de Ortega por la República, alimentaban así el discurso de la revolución popular elaborado por Azaña a medida que avanzaba el año 1930 y la monarquía iba perdiendo, uno tras otro, sus apoyos sociales y políticos. Luego, cuando la República se haya instaurado y no falten voces que ataquen al presidente del Consejo como si fuera la cabal representación de la antipatria, todo su esfuerzo consistirá en enraizar la República en la mejor tradición española, la que habría sufrido una monstruosa digresión cuando la Corona católica e imperial desvió en los campos de Villalar el curso de su historia.

En la República: enseñar cómo se gobierna en democracia

Letrado de la Dirección general de Registros y del Notariado, director de revistas desaparecidas, político de comité y de rebotica, jefe de un «partidito», escritor exquisito, solo conocido por una minoría, encerrado durante años en el Ateneo, asiduo —siempre en segundo plano— de las tertulias del Regina y de Granja el Henar, enamorado a edad más que madura de la hermana pequeña de su amigo particular: esta es la variada materia en la que beberán admiradores y detractores cuando, sorprendidos por su fulgurante ascensión, se lancen a inventar una biografía de la que Azaña carece y establezcan, para el futuro, varios inconmovibles estereotipos: el oscuro funcionario henchido de soberbia, del que hablaba González Ruano, o ese «escritor sin lectores»

que decía Madariaga que dijo Unamuno de él para explicar su resentimiento y juzgarlo capaz de cualquier cosa, hasta de «hacer la revolución para que lo leyeran»; una «personalidad oscura o secundaria», un político con «ambiciones literarias insatisfechas», de quien podía sospecharse, allá por el año 20, que le resultaran molestas las grandes famas literarias del momento, como escribe Julio Caro Baroja. Un frustrado, en suma, por su misma condición funcionarial y por lo reducido del círculo de sus lectores, un alma ensombrecida por no se sabe bien qué «decepciones primarias», por no se sabe qué «fracasos iniciales»[63].

No es sorprendente que esta serie de estereotipos hayan servido en su tiempo para proporcionar munición a sus adversarios políticos, especialmente a los dirigentes del Partido Radical, que exprimieron la imagen del déspota aferrado al poder, y a los líderes de la CEDA, que atribuyeron a pasiones desordenadas su propósito de arrancar de los tiernos corazones infantiles los sentimientos religiosos y de amor a la Patria. Más llamativo es, sin embargo, que unos estereotipos construidos en el fragor de la lucha política hayan pesado tanto sobre la historiografía posterior que busca y encuentra en ciertas cualidades del personaje la razón de su política como de su inevitable fracaso. Historiadores por lo general ecuánimes, y hasta serios y solventes, de los que apoyan cada afirmación en su correspondiente cita, no dudan en atribuir a las malas pasiones alimentadas por Azaña durante los largos años de su encogimiento, de su crecer tanto hacia dentro, tan poco hacia fuera, a su presunta frustración y resentimiento en suma, sus más significadas iniciativas políticas[64]: como si su presunto odio, naturalmente ciego, a la institución militar; y su anticlericalismo, rápidamente adjetivado de feroz, bastaran para dar cuenta de su política militar o religiosa.

Este acercamiento al personaje ofrece la evidente ventaja de la comodidad: si Azaña era así, como aparece en esas citas, ¿qué necesidad hay de buscar otra explicación ni a su obra ni a su derrota? De este modo todo está claro: él y nadie más es la causa del hundimiento de la República. Esta personalización extrema de la República, esta identificación de la República con Azaña, que fue moneda corriente en aquellos años y que no ha dejado de serlo hoy, como si la República no hubiera sido gobernada también por los radicales en coalición con los católicos, guarda una estrecha relación con su inesperado crecimiento de 1931, con el hecho de que los demás llegaran a ver en él al único político capaz de mantener en pie la coalición fundadora de la República. Azaña concentró en torno a su persona toda clase de expectativas, pero también todos los ataques, precisamente porque se elevó desde un

«apartamiento voluntario» a la presidencia del Consejo de ministros sin estar sostenido por un partido con fuerte arraigo en la sociedad y porque desde ese lugar definió un proyecto de construcción del Estado y de refacción de la sociedad sin contar con más instrumento de poder que su palabra y una mayoría parlamentaria formada por una heterogénea mezcla de partidos de los que el suyo era el menor: si su palabra le pertenecía solo a él, la mayoría parlamentaria no era suya, sino prestada. Su elevación de la nada política a la presidencia del gobierno se debió a lo que él era, no a la fuerza política con la que contaba. Así, al atacar a Azaña como personaje de pasado oscuro y de presente resentido, se pretendía liquidar en su persona una coalición política y un programa de gobierno que sin él carecía de sustento.

La fragilidad de Azaña como dirigente político, y su vulnerabilidad a los ataques de tantos psicólogos de andar por casa, se origina precisamente en la distancia entre la ambición de su proyecto expresada en un lenguaje diáfano y las bases sociales y políticas de que disponía para llevarlo a término. En 1930, pronunció el discurso de la revolución popular contra la monarquía, pero ni hizo ni dirigió revolución alguna. Formó parte de Alianza Republicana, fue a San Sebastián en agosto de 1930, acogió en el Ateneo las reuniones del comité revolucionario, aceptó en el llamado gobierno provisional, antes de que la República se instaurase, el «ministerio» de la Guerra, pero cuando la revolución, o lo que fuese aquel 14 de abril de 1931, aconteció y el pueblo urbano salió a la calle a festejar el triunfo de la República sin dejar a la monarquía más salida que la fuga, Azaña estaba de nuevo apartado, escondido, solo, escribiendo la última novela de su vida. La monarquía se hundió y Azaña se encontró literalmente arrancado de su apartamiento y depositado en el ministerio de la Guerra. No hay nada metafórico en esa transición: el mismo Azaña, particularmente bien dotado para expresar hechos históricos con frases afortunadas, se vio con sus compañeros de gobierno «llevado en brazos de la revolución popular» a tomar posesión del ministerio. Llevado en brazos: a Lenin jamás se le habría ocurrido expresarlo así, ni a Mussolini, ni a nadie que haya conquistado, más que recibido, el poder. A Azaña sí, porque en efecto así fue: se dejó llevar por esa revolución que luego calificaría como la más extraordinaria, hecha entre alegrías, como si la gente hubiera salido aquel día de romería. Fue ese tipo de revolución —o como se quiera llamar a la caída de la Monarquía y el «advenimiento» de la República — lo que llevó a Azaña al poder.

Llegó así al gobierno sin haber hecho política, sin compromisos, libre y ligero: «Nosotros hemos venido al gobierno traídos por una revolución»,

«hemos venido al poder impelidos por el alzamiento nacional de la democracia republicana contra la tiranía», repetía durante el primer año de República cada vez que la ocasión se presentaba. En este sentido, Azaña es una creación de la República, más que su creador. La República explica a Azaña, más que él no la explica a ella, producto suyo como fue. Y porque así había venido la República, no solo por el sufragio, sino porque «antes ha habido revolución», entendió su entrada en el palacio de Buenavista como resultado de una revolución que obligaba a la República a ser radical, a rehacer desde la raíz el Estado y la sociedad. La cuestión no ofrecía dificultad insuperable tratándose del ejército, una burocracia por definición disciplinada, que necesita ser mandada y cuya reforma puede emprenderse sin mayor problema por medio de decretos y leyes. Azaña, que estaba acostumbrado a redactar informes jurídicos y que se había forjado algo más que una idea de lo que debía ser un ejército profesional, puso enseguida manos a la obra: uno tras otro se sucedieron los decretos encaminados a disminuir las dimensiones de la oficialidad, reducir efectivos, suprimir las capitanías generales, reorganizar las unidades, establecer las divisiones orgánicas. En muy pocos meses, la reforma estaba rematada; José Ortega, que nunca había tenido una relación cordial con él, levantó a los diputados de sus asientos para tributarle una ovación por la corrección, sin rozamiento grave, con la que había llevado a cabo «una maravillosa e increíble, fabulosa, legendaria reforma radical del ejército». Y Ortega no era hombre de elogio fácil, como no lo era tampoco Francisco Franco, que llegó a reconocer a su primo en una de sus conversaciones privadas que «la ley de retiros no estaba mal proyectada ni era tan mala como se decía en aquella época». Franco solo se confundía en una cosa: en aquella época, la ley de retiros —pieza central de la reforma— fue recibida con una «impresión fundamental de satisfacción» por *La Correspondencia Militar*[65].

Esa fue la clase de revolución que llevó a la práctica desde el ministerio del Ejército: reformar por medio de decretos y leyes. Por supuesto, no fusiló a nadie; pero es que ni siquiera acometió ninguna purga en el ejército, no destituyó a sus mandos, no prescindió de sus servicios por el hecho de que hubieran servido antes lealmente a la Monarquía. Es más, tuvo que defender a militares monárquicos, entre otros, a su subsecretario, de las ansias depuradores del círculo de militares republicanos, que le reprochaban su blandura. Cuando pronuncia discursos dedicados a temas militares, cuando defiende ante las Cortes su política militar e interviene en los debates para aprobar los presupuestos de defensa, su famoso antimilitarismo no luce por

parte alguna. Azaña se siente algo más que molesto por la actuación de la Comisión de Responsabilidades del Congreso y opina que la «prisión colectiva de los generales», decretada por aquella, «es un acto impolítico»; no le gusta nada que anden trayendo y llevando a Sanjurjo y considera que el ejército necesita «calma y quietud para echar piel nueva». Su experiencia de la Gran Guerra le había enseñado que no hay nación libre sin ejército eficaz y que no se puede aspirar a desarrollar una política internacional sin fuerzas armadas dotadas de un presupuesto suficiente: a Angel Marvaud, que le hacía una entrevista para *Le Temps* y le preguntaba sobre la gestión de Madariaga en la Sociedad de Naciones, le contestó: sería mucho más eficaz si estuviese apoyada en una poderosa escuadra. Sin duda, cuando se trata de política internacional, Azaña nunca pasará de proponer una «continencia decorosa», pero incluso para ese tipo de presencia se requiere un ejército eficaz[66].

Hasta octubre de 1931, no tuvo que pensar en llevar este tipo de «revolución» que había acometido y culminado en el ejército a otros órdenes de la vida social y política española. El problema fue que, cuando se encontró al frente del gobierno, su programa de rehacer el Estado y la sociedad desde la raíz siguió exactamente la misma pauta: mayoría parlamentaria y medidas legislativas para poner en marcha reformas sociales, pensando que la sociedad obedecería como ya había obedecido el ejército y que, en el caso de tropezar con alguna fuerza díscola, como sin duda iba a ocurrir con el sindicato anarquista, bastaría el cumplimiento de la ley y el uso de la fuerza legítima, para que el díscolo aprendiera a obedecer. Podría decirse de otra manera, como lo dijo Antonio Ramos Oliveira cuando escribió que su fracaso radicó en el hecho de pretender realizar una revolución en un sistema de libertad[67]. Este espejismo, esto que Aldo Garosci llamará haber descuidado el problema del poder, fatal para cualquier político que pretenda introducir reformas profundas en la sociedad y en el Estado, se reforzó por su «ascensió rapidíssima, rutilant», por la aparente facilidad con la que alcanzó la presidencia del gobierno, de la misma manera que su decisión y energía al emprender la reforma militar se debió a la extrema facilidad con la que llegó al ministerio de la Guerra[68].

Pues, en verdad, su llegada a la presidencia del gobierno ocurrió por las vías más lejanas posibles de lo que en política es tradicional y hasta obligado. A nadie pasó desapercibido lo que Maura, con indisimulada sorpresa, le hizo notar a principios de septiembre de 1931: «¿quién iba a pensar que de los doce hombres del gobierno solo usted crecería tanto?». Usted es el único que ha triunfado, le dijo Prieto, muy abatido por creerse un fracasado en su intento

de contener la depreciación de la peseta: nadie más que usted podrá presidir un futuro gobierno[69]. La ocasión se presentó con la irrevocable dimisión de Alcalá Zamora, incapaz de aguantar en su puesto hasta que se promulgara la Constitución, como había sido el compromiso de las fuerzas políticas coligadas para instaurar la República. Al dimitir Alcalá Zamora, todos los ministros acordaron celebrar una reunión en casa de Indalecio Prieto para ver qué se hacía. Maura, también dimisionario, no tuvo inconveniente en abrir el turno de palabra: aquí hay solo dos presidentes posibles, dijo, Lerroux y Azaña. Inmediatamente, Lerroux, que se consideraba el republicano de más «abolengo, experiencia y autoridad», pero que no quería presidir un gobierno que dependiera de los votos socialistas, radical-socialistas y «autonomistas de Cataluña y Vascongadas», renunció a toda pretensión, expuso con «sincera emoción y sin alarde alguno de sacrificio o generosidad los motivos de [su] actitud» y propuso para la presidencia del Consejo a Manuel Azaña. Todo el mundo estuvo de acuerdo y Azaña se encontró con que con un solo discurso le habían hecho presidente del Gobierno. Exageraba, como siempre que pretendía dar cuenta de una compleja situación con una frase. Algo y aun mucho había valido aquel discurso, que será célebre desde la misma noche en que se pronunció, un discurso, como lo calificó Josep Pla, «terriblement esquerrista per tal de promoure una fòrmula moderada», pero había razones de otra índole para aquel «ensalzamiento» que Azaña juzgaba prematuro por lo que tenía de «matar una reserva para el porvenir»[70].

La razón era muy simple: los socialistas no podían presidir el gobierno ni aceptaban la presidencia de un radical; los radicales no querían adelantar su hora en aquel trance difícil para verse condenados a bregar con una mayoría parlamentaria que no les pertenecía, a depender por tanto de votos ajenos y «afrontar crisis sobre crisis». Excluidos los socialistas y autoexcluidos los radicales, había que buscar al candidato en alguno de los ministros de los partidos minoritarios y, entre estos, no había mucho donde elegir: los radical-socialistas, Álvaro de Albornoz y Marcelino Domingo, carecían de consistencia y de autoridad sobre el resto de los partidos; el nacionalista catalán, Nicolau d'Olwer, no representaba a la Esquerra, y el gallego, Casares, no había tenido ocasión de darse a conocer desde su cómodo ministerio de Marina; el «autonomista vascongado» solo existía en la imaginación de Lerroux, pues ninguno había de semejante condición en aquel gobierno. Quedaba Azaña, que además de haber acometido con decisión la reforma militar acababa de solventar el arduo problema planteado por el artículo 24 del proyecto constitucional con un discurso que sirvió para que la

coalición gobernante no saltara hecha pedazos. Todos estuvieron de acuerdo en su elección aunque algunos, Lerroux de manera especial, entendieran que se trataba de un nombramiento interino: Azaña, como líder de un partido minoritario, volvería al lugar secundario que por su fuerza le correspondía inmediatamente que se promulgara la Constitución, se eligiera presidente de la República y se procediera a investir al presidente del primer gobierno constitucional[71].

Esas eran las cuentas que casi todos se hacían a mediados de octubre de 1931: Azaña estaría dos meses al frente del gobierno. Pero cuando la Constitución se hubo promulgado, y, en un intento de reforzar las bases del nuevo régimen incorporando otra vez a la derecha liberal católica, Alcalá Zamora fue recuperado para la presidencia de la República, la estatura de Azaña había crecido lo suficiente como para que, permaneciendo la sorda hostilidad entre radicales y socialistas, fuera a los ojos del presidente de la República el mejor situado para recibir el encargo de formar gobierno. Así fue, y Azaña inició con buen ánimo las consultas con objeto de mantener con un similar peso político la participación de todos los partidos que habían integrado el gobierno provisional. A las primeras de cambio comprobó, sin embargo, que las cosas no estaban en diciembre como en octubre y que Lerroux se negaba a incorporarse a un gobierno del que formara parte el partido socialista. O yo o los socialistas, vino a decir a Azaña, en el buen entendido de que si este formaba un gobierno con los radicales excluyendo a los socialistas, al cabo de tres meses habría de dejarle el puesto a él, como le llegó a proponer después del golpe de Sanjurjo. Carecía de sentido, en efecto, que Azaña, siendo líder del más pequeño de los partidos republicanos conservara la jefatura de gobierno si los socialistas se iban a la oposición. Lerroux reivindicaba su mejor derecho a la presidencia en un gobierno de concentración republicana y por nada del mundo aceptaba que Azaña, un republicano nuevo, líder de un partido sin gran arraigo en la opinión, se consolidara como presidente con la fuerza de unos votos prestados.

Azaña tomó entonces, con el apoyo del presidente de la República, que pudo haber pasado el encargo de formar gobierno al líder del Partido Radical y no lo hizo, una decisión cargada de consecuencias para el futuro: prescindió de Lerroux y se quedó con los socialistas. Esta decisión dio lugar a todo tipo de comentarios acerca de la pretensión de Azaña de construir un poder personal, casi dictatorial, sobre la única base de un partido con escaso número de afiliados y con un grupo parlamentario que, con las nuevas adhesiones, no pasaba de 30 diputados. Más adelante, se ha llegado a ver en la ruptura de

Azaña con Lerroux nada menos que el origen de la guerra civil y, todavía hoy se repite como si fuera un axioma, que el hundimiento de la democracia republicana no fue el resultado de la sublevación militar sino de la traición de Azaña que le habría llevado a rechazar a los radicales como socios del gobierno[72]. No ha faltado tampoco quien haya atribuido a un choque de personalidades la aparente imposibilidad de que ambos políticos continuaran sentados en el mismo gobierno. En fin, y como era también de esperar, no pocos han acusado a Azaña de ser desde entonces prisionero de los socialistas, acusación ampliada más tarde, durante la guerra civil, presentándolo como prisionero de los comunistas. De esta manera rodando, el Azaña prisionero de alguien o de algo —de sus pasiones, primero, de los socialistas y de los comunistas, después— se ha convertido en el talismán que abre todas las puertas a la comprensión de lo ocurrido con la República y en uno de los tópicos destinados a gozar de mejor salud entre nuestros ensayistas e historiadores políticos[73].

Sea lo que fuere de esa vana discusión sobre los efectos últimos de la ruptura con Lerroux, lo cierto es que Azaña tenía sólidas razones políticas para mantener a los socialistas en la coalición. Desde su discurso de 1911 en Alcalá de Henares, había identificado «el problema español» con la democracia, prescindiendo de si la forma de gobierno debiera ser monárquica o republicana. Pero desde su *Apelación a la República*, de 1924, había argumentado que la instauración de una democracia en España no podría llevarse a cabo como si se tratara de repetir la revolución liberal del siglo XIX: la democracia no era solo cuestión de burguesía y clase media sino de una coalición en la que tuviera cabida lo que entonces llamaba «movimiento ascensional del proletariado». Entre su discurso de 1911 y su folleto de 1924, el golpe de Estado de Primo de Rivera de septiembre de 1923 le había empujado a abandonar el reformismo monárquico y a identificar democracia con república. A partir de ese momento, consciente de la debilidad de los partidos republicanos de clase media, la incorporación de la clase obrera a la gobernación del Estado fue una de las claves del proyecto político de Azaña, que en este punto no respondía a un afán decimonónico, sino a otro muy del siglo XX, muy del período de entreguerras, cuando en Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia los partidos obreros se incorporaron con mejor o peor fortuna final a las instituciones democráticas. Además, los socialistas habían sido el cimiento de la coalición fundacional de la República y eran el partido con mayor número de diputados. Por otra parte, Azaña percibía a la sociedad española atravesada por una profundísima crisis social, con las clases en lucha

abierta por sus intereses y aunque este hecho no le parecía necesariamente desastroso, entendía que para convertir esa lucha en un instrumento de «fusión nacional» necesitaba, además de crear un campesinado próspero, contar con la colaboración socialista[74].

En fin, pero no lo menos importante, el programa de gobierno que Azaña presentó en su discurso de investidura, determinado en parte por mandato de la Constitución, preveía profundas reformas en asuntos tan sensibles como la propiedad de la tierra; las relaciones laborales, con una legislación encaminada a garantizar a los sindicatos un papel institucional en la negociación de las bases de trabajo; la Iglesia católica, con el proyecto de ley de Confesiones y Congregaciones religiosas; el estatuto de autonomía de Cataluña, que había sido presentado por los diputados catalanes; la reforma educativa y del código civil, la concesión del voto a la mujer, la introducción del divorcio, la secularización de los cementerios. Con un programa de esa envergadura, era una temeridad lanzar a los socialistas a la oposición; más aún, desprenderse de los socialistas habría llevado a disolver el Parlamento. Juzgó, pues, prematura la ruptura de la coalición exigida por los radicales, aunque no descartaba desprenderse del PSOE cuando hubiera culminado toda la legislación reformista y su paso a la oposición pudiera realizarse sin traumas para ninguno de los partidos.

Decidido a mantener a los socialistas en el gobierno, Azaña hizo de la necesidad virtud y percibió una nueva razón para dejar que los radicales se fueran. Su propósito no consistía únicamente en desarrollar un programa de gobierno sino en acabar con las peores herencias de la vieja política, lo que en alguna ocasión había llamado el «despotismo ministerial», la subordinación del Parlamento al ejecutivo, y lo que calificaba como «favor político», la toma de decisiones motivada por favorecer a los correligionarios o los intereses de su propio partido[75]. «Vengo a saber cómo es usted y a que hablemos de tantas cosas» le dice Alfonso XIII en una ensoñación que fabula una tarde de mayo de 1932, mientras contempla cansado su imagen en el espejo. ¿Adónde va usted, qué se propone hacer de España?, le pregunta el exrey. Y el hombre del espejo, en quien Azaña ha visto a otro, al presidente, le responde: «Gobierno una democracia, y enseño cómo se gobierna una democracia. Es difícil». El hombre del espejo no quiere ser Napoleón ni Pericles, sino «preparar a los pueblos para los tiempos (que son los más de los siglos) en que no hay Pericles ni Napoleón. Enseñar el gobierno de una democracia es habituarla a prescindir del genio»[76].

Gobernar una democracia es, sobre todo, gobernar sostenido en una mayoría parlamentaria. Si alguna preocupación política alcanza en Azaña la categoría de obsesión es la de contar siempre con la confianza parlamentaria, que solicita una y otra vez para cada una de sus propuestas de gobierno. Ahora bien, puesto que no hay Parlamento sin oposición, prefería que fuese republicana antes que monárquica o católica, a la que de todas forma no concedía demasiada atención por la insignificancia de su representación parlamentaria. Si los radicales aceptaban de buena gana ser una oposición en reserva de la República, el sistema de partidos se habría configurado en torno a una izquierda republicana, —en sí misma un mosaico formado por Acción Republicana, los radical-socialistas, los federales, la Esquerra, la ORGA y algunos republicanos independientes, lo que daba un total de 150 a 160 diputados— que podría coligarse alternativamente por su izquierda con los socialistas o por su derecha con los radicales y otros republicanos de centro y de derecha.

Esta era una fórmula plausible de estabilizar la República, dotar al Parlamento de una oposición leal al régimen, asegurar la posibilidad de formación de otros gobiernos republicanos y controlar la tendencia centrífuga del socialismo. Pero era una fórmula basada en dos supuestos políticos: que el Partido Radical aceptaría el papel de oposición leal y que las fuerzas no leales al régimen, la derecha católica y los monárquicos, nada tenían que hacer en la República. Si estos dos supuestos funcionaban, el sistema de partidos se configuraría en torno a su propuesta de federación parlamentaria de izquierdas republicanas, que actuaría en la práctica como un eje de centro a cuya derecha quedarían los radicales, con la izquierda ocupada por los socialistas. En adelante, no todos ellos serían gobierno, pero al no serlo quedaba garantizada la existencia de una oposición leal al régimen y quedaría abierta la posibilidad de formar nuevos gobiernos sin necesidad de recurrir al decreto de disolución ni de solicitar el apoyo de las oposiciones semileales o manifiestamente desleales a la República.

La coalición de republicanos de izquierda y socialistas dio en los primeros meses unos resultados sorprendentes, sobre todo si se recuerda que representaban distintos intereses y partían en casi todo de distintas posiciones. La fórmula, sin embargo, se reveló más estable de lo que sus adversarios habían esperado: gracias sin duda a la capacidad política demostrada cada día por Azaña, nada grave ni irreparable perturbó el acuerdo entre los partidos coligados. Además, y por su menor heterogeneidad, permitió acelerar los debates de las leyes pendientes: el de la ley de reforma agraria avanzaba como

también lo hacía el Estatuto de Cataluña, objeto de apasionados discursos en los que la llamada «masa encefálica» de aquellas Cortes echó todo su cuarto a espadas. Las reformas educativas iban a toda prisa y la Hacienda, con Carner al frente, parecía por fin al abrigo de los sobresaltos que la intemperancia de Prieto, más que su inhabilidad, le había ocasionado en los meses anteriores. La reforma militar había sido aceptada en sus líneas fundamentales, aunque comenzara a levantar reticencias y reproches la revisión de ascensos por méritos de campaña. Largo Caballero no tuvo mayor reparo en echar el freno a sus más ambiciosos proyectos y dejar para mejor ocasión la temida ley de control obrero de las industrias. Azaña había logrado moderar la política religiosa de sus socios entregándoles, como le recordará años después un fraile agustino, la Compañía de Jesús; apenas había tocado a los mandos militares, y había conseguido que el PSOE y los republicanos catalanes entraran en vías de acuerdo para sacar adelante el Estatuto.

Pero a medida que su fórmula de gobierno parecía asentarse, fueron surgiendo los diversos obstáculos en los que finalmente vendría a encallar y zozobrar. El primero, protagonizado por un puñado de militares azuzados por los medios monárquicos y caldeados en la permanente denuncia de católicos y radicales contra el gobierno acusándole de no representar a la opinión, significó sin embargo un triunfo aparentemente fácil y muy personal de Azaña y despejó el camino para la rápida aprobación de dos leyes principales del nuevo régimen. El intento de golpe de Estado del general Sanjurjo rodeó en agosto de 1932 al gobierno del calor y hasta del entusiasmo popular, tapó por unas semanas las bocas de sus adversarios y enemigos, impulsó los debates sobre la Ley de Reforma Agraria y del Estatuto de Autonomía, rindió a la prensa más reticente y acabó por elevar a Azaña a la categoría de gran estadista. Para él, fue el momento de mayor armonía, de identidad entre lo que se había propuesto y lo que se encontraba ahora realizado, la seguridad de haber «contribuido modestamente a hacer de España un pueblo mejor». Tan optimista y de buen humor llegó a sentirse que se aplicó también a la tarea de construir el Gran Madrid con el que soñaba desde sus años mozos y cuyas líneas de crecimiento, diseñadas por Secundino Zuazo, encontraron en Prieto el impulso necesario para su primera ejecución[77].

Azaña aprovechó esa oleada de entusiasmo para reafirmar el valor de la fórmula política vigente desde diciembre de 1931 y renovar su decisión de mantener a los socialistas en el gobierno. Lo hizo en varios discursos que tuvo ocasión de pronunciar durante los viajes a La Coruña, Santander, Barcelona y Valladolid emprendidos poco después de la aprobación del Estatuto de

Cataluña y de los que no queda rastro alguno en los diarios, interrumpidos precisamente de septiembre a noviembre de 1932, el momento más dulce de su actividad política. En Santander, advirtió a los radicales que seguiría gobernando con los socialistas y que no estaba dispuesto a iniciar el juego de la vieja política a base de acuerdos entre partidos para conseguir del jefe del Estado el decreto de disolución. Eso se acabó, vino a decir. Para gobernar hay que tener mayoría en las Cortes, no el favor presidencial. En Barcelona, con un discurso que *El Sol*, entonces muy amigo, calificó de histórico, dijo a los catalanes que ya no había reyes que pudieran declarar la guerra a Cataluña y proclamó el triunfo de la revolución al tiempo que gritaba —fue el último que lo hizo, escribirá dos años después— ¡viva España! en la plaza de Sant Jaume como cierre de sus vibrantes palabras. España será también, con Castilla, el motivo central de su memorable discurso de Valladolid, en el que identificó República y España y suscitó con las evocaciones de la «tierra eterna» y la «raza perdurable» la profunda emoción en su auditorio. Azaña conocía bien las resistencias con que había tropezado su política de autonomía para Cataluña y no ignoraba los ataques de que era objeto en la prensa monárquica, católica y militar como déspota decidido a romper España con tal de mantenerse en el poder. Afirmar en Valladolid, simultáneamente, la autonomía de Cataluña y la «resurrección de España» de manera que apareciera como un recio castellano capaz de construir un Estado en el que Cataluña se sintiera cómoda solo podía conseguirse en el mismo lenguaje historicista de raíz romántica que en ocasiones anteriores había rechazado con el gesto de impaciencia característico de su crítica política a la generación del 98 y de su invocación a principios universales, abstractos, para construir un Estado democrático[78].

La palabra, sin embargo, no basta como guía de la acción política: a medida que se asentaba el recuerdo del golpe y se diluía el fuerte impacto causado por esta serie de discursos, las dificultades con que tropezó su política no solo no disminuyeron sino que llegaron a hacerse insoportables. Lerroux no se resignó al papel que le había reservado; no aceptó ser leal oposición republicana a la espera de las siguientes elecciones y comenzó a conspirar para que el presidente de la República retirara su confianza al del gobierno y le entregara el encargo de formar uno nuevo. En un sistema pluripartidista como el de la República, socavar las bases parlamentarias en que se asienta un gobierno con objeto de cambiar la mayoría y formar otro de distinto signo es una iniciativa perfectamente lógica. En este sentido, la estrategia de Lerroux entraría dentro de lo normal en la lucha política y Azaña

llega a preguntarse, en una meditación muy navideña, si al afincarse en el gobierno no estaría dejándose captar por su papel. En la pausa impuesta por la festividad y la holganza, siente o dice sentir «el anhelo de un cuarto de hora de lucidez, al fin del cual barrunt(a) la ruptura voluntaria de estas prisiones»[79]. Pero fueran cuales fuesen sus anhelos íntimos, la cuestión era que no perdía ninguna votación en las Cortes y que, con aquel Parlamento, Lerroux no podía formar un gobierno de mayoría, lo que en definitiva quería decir que solo buscaba el encargo de formar gobierno para proceder de inmediato a su disolución. Si Azaña no renunciaba voluntariamente, si rechazaba de plano entenderse con Lerroux para sellar entre los dos «un pacto del Pardo», su sustitución exigiría la intervención directa del presidente de la República que le debía retirar en tal caso su confianza aunque mantuviera la de las Cortes y pasar el encargo a Lerroux[80].

Eso fue lo que ocurrió, no sin que quedaran gravemente dañadas las relaciones entre los distintos partidos republicanos. Los grupos de la derecha y los radicales «vorazmente se han arrojado sobre la sangre» derramada en la insurrección anarquista de Casas Viejas a comienzos del nuevo año de 1933, «la han revuelto y nos han querido manchar», escribe en su diario. La «saña terrible» de los radicales le indigna, pero sintiéndose fuerte con el apoyo de los ministros socialistas, y a pesar del movimiento de desafección iniciado entre los radical-socialistas, se apresta a hacer frente a todas aquellas acusaciones. Casas Viejas tuvo, sin duda, un efecto decisivo en la política republicana, pero no porque los socialistas retiraran su apoyo a Azaña, sino porque la concordia republicana, muy deteriorada ya por lo sucedido el año anterior, se hizo de todo punto imposible. Por lo que a él personalmente respecta, las injurias de que fue objeto y la falta de escrúpulos de sus atacantes que no dudaban en recurrir a la calumnia con tal de obtener un triunfo a corto plazo, dejaron un profundo poso de amargura y tristeza en su ánimo pero le reforzaron en su convicción de no abandonar el gobierno si no era por las vías previstas en la Constitución: pérdida de la mayoría parlamentaria o retirada de confianza del presidente de la República. A la vista de esa determinación, los radicales arreciaron en sus ataques y comenzaron sus maniobras presionando al presidente de la República para que le retirara su apoyo y fomentando la división dentro del partido radical-socialista[81].

A la insurrección anarquista y a la obstrucción radical, con los problemas de orden público y la parálisis parlamentaria que de ellas se derivaba, se añadió la pérdida del favor de la prensa y la declarada hostilidad de

destacadas figuras del firmamento intelectual madrileño. Su amigo Guzmán, que se había hecho con la gerencia de *El Sol*, no pudo evitar que, al no acceder el presidente del Gobierno a la subida de cinco céntimos en el precio de venta al público, siempre rechazada por los socialistas, Luis Miquel entrara en tratos con Juan March y pusiera los tres periódicos, *El Sol*, *Luz* y *La Voz*, un poco precipitadamente adquiridos, al servicio de sus adversarios. De la gloria de los editoriales del otoño de 1932, el presidente del gobierno cayó en picado al infierno de los que le dedicaban en el verano de 1933. Azaña tomaba buena nota de esta creciente hostilidad de periodistas e intelectuales: Manuel Aznar, por ejemplo, que después de la rebelión de agosto lo ponía «todo a la carta Azaña» y le «llenaba de incienso», parecía haber cambiado de sentimientos cuando naufragó su candidatura para un cargo diplomático. Unamuno había proclamado en el Ateneo, en una conferencia que Azaña juzgó «lastimosa, una estupidez, o una mala acción», su gran pesimismo ante la presente situación política. «Me duele la República», dijo muy en serio el rector de Salamanca, añadiendo así un nuevo dolor a los muchos que desde joven padecía. Ortega también se sentía despegado de tiempo atrás de los republicanos y ahora ejercía todo su influjo para desacreditar su política, escribe Azaña, a quien llegaron noticias de que algunos colaboradores se habían alejado de la tertulia de *Revista de Occidente* por lo que allí se decía de él**[82]**.

A todas estas «pasiones adversas» se añadió, desde la reapertura de las sesiones parlamentarias, el progresivo deterioro de las relaciones entre los dos presidentes, el de la República y el del Gobierno. Nunca esas relaciones fueron cálidas, pero al menos hasta diciembre de 1932 se mantuvieron dentro de lo cortés, sin que se suscitaran graves malentendidos. La presión de los radicales y el evidente malestar patronal hicieron mella en el espíritu de Alcalá Zamora respecto a un punto crucial de la política de Azaña: la conveniencia de mantener a los socialistas en el gobierno. El Presidente comenzó a dar muestras de nerviosismo ante los ministros socialistas y a reprocharles las inconveniencias con él cometidas por su periódico o por algunos de los dirigentes del partido o de la Unión General. Su creciente malestar llegó a su punto álgido con el debate de la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas, que prohibía a las órdenes religiosas «ejercer comercio, industria ni explotación agrícola por sí ni por persona interpuesta» y «dedicarse al ejercicio de la enseñanza» excepto de la «que organicen para la formación de sus propios miembros». La nueva presión, familiar y episcopal, a la que fue sometido Alcalá Zamora y sus personales escrúpulos

de conciencia le indujeron a demorar hasta el último día el plazo permitido por la Constitución para sancionar la ley, aprobada por las Cortes el 17 de mayo con el apoyo del partido radical por 278 votos contra 50, pero no promulgada hasta el 2 de junio[83]. No fue una casualidad que la primera retirada de la confianza del presidente de la República al del Gobierno tuviera lugar solo unos días después de que el episcopado español hubiera publicado una declaración conjunta denunciando el «trato durísimo» que se daba a la Iglesia y el papa Pío XI hubiera mostrado su inquietud por el rumbo que las cosas iban tomando en su dilectísima España[84].

Y así fue como Azaña vino a caer por vez primera no tanto como resultado de una ofensiva de la derecha o porque se le rompiera en las manos la coalición republicano-socialista y perdiera la confianza de las Cortes, sino porque perdió la del presidente de la República; por problemas derivados de la ruptura de unidad de propósito de los partidos republicanos y de una Constitución que dejaba amplio margen de iniciativa al jefe del Estado para intentar modificar las mayorías parlamentarias. Cayó a causa del resquicio que la nueva política parlamentaria había dejado a la vieja política monárquica cuando exigió la doble confianza, del parlamento y del presidente, para mantenerse en el gobierno. La Constitución republicana había limitado drásticamente las posibilidades de disolución de las Cortes por el presidente de la República, pero limitarlas no fue suprimirlas: la posibilidad de que la República se encaminase hacia un «presidencialismo bastardo» no era una especulación carente de sentido. Al contrario, la doctrina parlamentaria sobre la que reflexiona en su diario permitía que el presidente disolviera las Cortes si estimaba «modificada la opinión pública, o adversa al Gobierno». Azaña nunca coartó esa prerrogativa presidencial. Pero lo que no podía soportar, porque socavaba los fundamentos mismos del régimen parlamentario y le devolvía a los peores tiempos de la Monarquía, era que el Presidente «sin disolver las Cortes, pretenda poner en pie un Gobierno que no corresponda a lo que representa la actual mayoría». Alcalá Zamora, en efecto, había entrado en conversaciones con la oposición radical para analizar la mejor manera de acabar con la presidencia de Azaña aunque no hubiera perdido la confianza de las Cortes y aunque el Partido Radical no pudiera sostenerse luego en una mayoría parlamentaria. Eso significaba volver a las prácticas monárquicas porque implicaba nombrar jefe de gobierno con el único objeto de concederle el decreto de disolución para que organizara las siguientes elecciones. Y eso era precisamente lo que Azaña no estaba dispuesto a facilitar porque lo juzgaba «mortal para las Cortes y para la

política republicana» y porque cuanto sucediera en aquel momento «marcará una doctrina y una práctica en el modo de entender la Constitución, y en la extensión de los poderes del Presidente». No podía imaginar cuánto acertaba[85].

«Desde el jueves [8 de junio] estaba yo de muy buen humor», escribe en su diario, para dejar constancia de que la alegría de la liberación le inundaba. Quizá debió haberse dejado llevar por esa emoción placentera de «soltar este fardo, y soltarlo sin responsabilidad ni culpa [suya], sin que nadie le pudiera reprochar una huida»; tal vez si se hubiera atenido a la perspectiva de recluirse en casa, y vivir apartado y en silencio, como en sus mejores tiempos[86], no se hubiera consumado el deterioro de las relaciones con el Partido Radical garantizando así un futuro menos inestable a cualquier futuro gobierno republicano. Azaña era el primer convencido de que para gobernar en aquellas circunstancias era mejor un hombre «con cualidades de zorro y que no descollase demasiado». Él no era un zorro y había descollado en exceso. Quizá mejor retirarse a su «abandonada intimidad». La crisis le había deparado la efímera oportunidad de hacerlo sin brusquedades ni rompimientos que hubieran causado mucho daño. Prieto recibió del Presidente el encargo de formar gobierno y llamó a Azaña para pedirle que permaneciera como ministro de la Guerra. Azaña aceptó la propuesta con el único propósito de no aparecer como un obstáculo para la formación de un gobierno de presidencia socialista. Pero cuando las gestiones de Prieto fracasaron y la pelota volvió otra vez a su tejado, aceptó el encargo: quizá hubiera sido mejor, a la vista de lo que vino después, haber atendido el consejo de Martínez Barrio y reservarse para la gloria de «presidir a los republicanos reconciliados»[87].

No se reservó. Azaña se había propuesto, al aceptar la presidencia del primer gobierno constitucional, dos objetivos fundamentales: construir un sistema democrático con un Parlamento como centro de la política e incorporar a los socialistas y a su representación sindical a la gobernación del Estado. Eran dos objetivos situados en las antípodas de lo que había sido política de la monarquía restaurada, basada en la fabricación de mayorías gracias a la concesión por la Corona del decreto de disolución alternativamente al partido liberal y al conservador y en la exclusión fraudulenta de los demás. No podía pensar en un sistema parlamentario sometido al albur del decreto de disolución y se negó a burlar al Parlamento entrando en tratos con los radicales para decidir cuando le tocaría a Lerroux presidir las siguientes elecciones. Creía, además, que no se podía hacer política en España sin incorporar a la clase obrera, lo que exigía mantener la

coalición con los socialistas al menos hasta cumplir el mandato constitucional de promulgar las leyes complementarias. Ambas opciones —negarse a turnar con los radicales y mantener a los socialistas— eran arriesgadas y él mismo se las planteó en múltiples ocasiones para acabar siempre negándose a «cargar personalmente con la responsabilidad de apartar del Gobierno a los socialistas»: ya eran suficientes los anarquistas para poner en dificultades a la República. Es legítimo pensar que se equivocó, pero de nada sirve achacar a resentimientos y oscuras frustraciones su decisión de mantener la coalición en los mismos términos que en 1931 y no abandonar la presidencia del gobierno mientras contara con la confianza del Congreso.

En todo caso, si Azaña pensó durante los días de la crisis de junio que sería posible formar un gobierno estable y alejar así la perspectiva de disolución de las Cortes Constituyes, muy pronto hubo de convencerse de su error: la fórmula de 1931 se había agotado. En junio de 1933 la paradoja apuntada por Josep Pla en febrero se hacía cada vez más evidente: cuantos más éxitos tenía Azaña en el Parlamento, más débil era su situación ante el país[88]. Los socialistas le mantenían como siempre su apoyo y los radical-socialistas, después de la catarsis sufrida en su emotivo congreso, habían evitado la escisión. Por el lado de los apoyos parlamentarios no había, por tanto, mayor dificultad, pero la reforma agraria no salía adelante, la falta de trabajo seguía golpeando a la clase obrera, la Iglesia católica había pasado a la ofensiva, los militares se mostraban más que inquietos por la revisión de ascensos, la protesta patronal contra los socialistas arreciaba, la prensa de Madrid, que tanto le había ensalzado, estaba ocupada ahora en su destrucción y con el Presidente casi no podía hablar sin que surgieran recelos y desavenencias. Así no había manera de continuar. Azaña analizó la situación y llegó a «una resolución; o, mejor dicho, se me ha cuajado lo que en estos últimos tiempos venía fraguándose en el ánimo: la resolución es de acabar». Seis semanas después de haber comenzado su segunda etapa al frente de gobiernos constitucionales, Azaña tomaba la resolución de acabar. Y como era un literato, decidió hacerlo «al vado o a la puente»[89].

No lo hizo, sin embargo, presentando la dimisión. El resultado adverso de las elecciones para vocales del Tribunal de Garantías Constitucionales le obligaba a presentar una moción de confianza ante el Congreso. La presentó y la ganó, pero con un resultado que ponía bien a las claras el estado agónico de su gobierno. En el debate parlamentario suscitado por los resultados de estas elecciones, Alejandro Lerroux se dirigió al presidente del gobierno para recordarle que había dos clases de dictadura, «la que puede conceder tácita o

expresamente un Parlamento y aquella otra que el prestigio personal recaba para sí», dándole a entender que era dictador por partida doble. Le rogó, en consecuencia, que considerase si no había llegado la hora de plantear «la cuestión de confianza ante el Sr. Presidente de la República». «¿Dictadura? De nadie», respondió Azaña, y volvió a reiterar, entre las interrupciones de los señores diputados, la sana doctrina: «Sufragio universal, régimen de libre discusión, responsabilidad en los Poderes públicos, Cámara legislativa. Poderes constitucionales; fuera de eso nada». Plantear ante el presidente la cuestión de confianza, tampoco, pues un gobierno siempre la conserva «mientras no tenga indicación en contrario», sino ante el Congreso: obtuvo el voto favorable de 146 diputados contra tres. Los radicales no votaron: habían dado por muerto al gobierno. Y así era, en efecto: después de que el presidente de la República hubiera hecho saber al del Gobierno su intención de abrir consultas, una manera de indicarle que le retiraba la confianza, las Cortes recibieron una comunicación que decía: «Hallándose en crisis el Gobierno que me honro en presidir, tengo el honor de participárselo a V. E. con el ruego de que se sirva ponerlo en conocimiento de las Cortes Constituyentes en la sesión de hoy, a los fines procedentes. Madrid, 8 de septiembre de 1933. Manuel Azaña»[90].

Al poco de abandonar el gobierno, Azaña levantó el balance de la obra realizada: los españoles de 1931 habían cambiado el régimen político e instaurado una República; después, los gobiernos y el parlamento habían cambiado la estructura orgánica del Estado; hemos cambiado —dijo— el régimen de la familia, las relaciones de los padres y los hijos, las relaciones entre los cónyuges, la relación económica en el matrimonio; hemos cambiado el régimen de propiedad y variado el estatuto religioso del país; hemos instalado en su esfera propia a poderes y fuerzas del Estado que no siempre estuvieron en su lugar. Y esto, ¿qué es?, se pregunta. «Esto ¿no es una revolución?». Quizá, pero si lo era y se había llevado a cabo sobre aquel fondo histórico de violentos contrastes y divisiones de clase y dentro de las clases, en un momento de crisis y por medios parlamentarios, habría sido necesario disponer de un fuerte instrumento de poder. Azaña no solo no lo tuvo sino que presumía de no tenerlo. Propuso al pueblo español una obra que «en la concepción es gigantesca y en la ejecución dificilísima. Y ¿con qué medios contaba? Ah, pues con casi ninguno. Yo, por mí, no tengo ninguno; no tengo más que la efusión mía en lo que tenga de comunicativa». ¿Se puede acaso dirigir una obra de esta envergadura con solo efusión comunicativa? Azaña creía que sí, aunque lo considerase una locura: «Quijotismo mayor no

cabe. Acometer una empresa de esta especie con una celada de cartón y montando un caballo flaco, ya sería quijotismo. Pues bien, yo ni siquiera tengo celada de cartón ni caballo. Pero esa es nuestra locura, esa es nuestra vocación y ese es nuestro propósito»[91].

Pero las locuras en política acaban por costar un alto precio, el de la soledad. Los instrumentos sobre los que apoyó su gigantesca ambición no le pertenecían y aunque las cualidades del personaje y los mismos términos de la coalición de republicanos y socialistas demoraron durante un tiempo su relativa debilidad, al final era inevitable que apareciese ante todos que Azaña, abandonado a sus propias fuerzas, no era nada. En la inminente confrontación electoral, se encontró con que carecía de un partido capaz de medirse a sus adversarios. Cuando los socialistas, que sí tenían un partido y, sobre todo, un gran sindicato, no le necesitaron en su nueva estrategia de alcanzar solos el poder, y los radicales le consideraron un estorbo que era preciso liquidar, Azaña quedó reducido hasta el punto de que solo gracias a la mano que le tendió Prieto pudo conseguir un escaño en las elecciones de noviembre. No exageraba nada cuando en la última sesión de las Cortes Constituyentes tranquilizaba a Lerroux, diciéndole: «Como no aspiro a nada, ni quiero ser nada, ni me propongo ser nada, no tengo que solicitar el concurso de nadie para nada. Yo sé cuál es mi horóscopo; lo ha hecho persona de autoridad y como soy crédulo y algo tímido, me atengo a él: en la oposición no significo nada»[92].

En la guerra: defensa en el interior para no perder en el exterior

A pesar de haber tranquilizado a Lerroux diciéndole que en la oposición no era nada, Azaña desarrolló durante 1934 y 1935 una intensa actividad política encaminada a unificar a los partidos republicanos de izquierda en una nueva formación, Izquierda Republicana, y reconstruir luego la coalición republicano-socialista con el propósito de reincorporar de nuevo al PSOE a la política parlamentaria, cortada desde la revolución de octubre de 1934. Su negativa a considerar la posibilidad de un gobierno de unión republicana con los radicales; sus ásperas denuncias de los planes del presidente de la República para revisar o reformar la Constitución; sus gestiones para unir en torno a un programa político y a un plan de gobierno a los partidos republicanos de izquierda; sus esfuerzos para conseguir que los socialistas aceptaran y apoyaran ese plan dejando de lado sus propias reivindicaciones;

sus discursos en campo abierto que impulsaron un movimiento de opinión de una magnitud y alcance desconocidos en la República; la aceptación, en fin, de los comunistas a la firma de un pacto que en sus orígenes no pasaba de ser una coalición con los socialistas, fueron algunos de los elementos básicos sin los que no habría sido posible que las distintas fuerzas de izquierda —políticas y sindicales— concurrieran unidas a las elecciones de febrero de 1936.

La firma del pacto electoral de las izquierdas, del que Azaña fue personalmente responsable, sorprende todavía más si se recuerda la dispersión, desmoralización y recíproca hostilidad que reinaba entre los partidos y sindicatos obreros después de la revolución de octubre de 1934. Pero si es cierta la importancia de su liderazgo hasta febrero de 1936, y el aplomo con que volvió a hacerse cargo del gobierno ante la precipitada renuncia de Portela, es común la convicción de su irrelevancia desde que asumió la presidencia de la República en mayo de ese mismo año y, sobre todo, a partir de la sublevación militar. Existe una opinión muy extendida sobre este Azaña presidente de la República que lo tiene como un político huido, acobardado, incapaz de asumir sus responsabilidades en los momentos decisivos. Es una imagen que quedó grabada en las jornadas de octubre de 1934, cuando la prensa monárquica, y muy señaladamente *ABC*, lo presentó como huido por la alcantarilla y detenido en poco airosa circunstancia. Más adelante, la misma aceptación de la presidencia de la República fue juzgada por muchos de sus amigos, y así ha pasado a la historia, como una muestra de cansancio y abandono, cuando no como resultado de una operación maquiavélica que en verdad solo existe en el posterior sentimiento de culpa de Luis Araquistáin: Azaña fue presidente de la República porque, con razón o sin ella, así lo decidió y así lo impuso a sus correligionarios y a los principales adversarios de su elección, los amigos de Araquistáin, que querían en la presidencia a Álvaro de Albornoz porque temían lo que desde ella planeaba Azaña: llamar a Prieto para ofrecerle la presidencia del Consejo y ampliar la base del gobierno con la reincorporación de los socialistas a responsabilidades ministeriales. Ante el embajador francés que le visitaba, Azaña reconoció las ventajas que Francia derivaba de contar con un gobierno en el que figuraban los socialistas mientras que en España la división del PSOE hacía imposible aplicar esa fórmula. La tendencia personificada por Indalecio Prieto, le dijo, parecía ganar terreno, pero Azaña consideraba una pérdida de tiempo que las diferencias entre los socialistas no pudieran

resolverse hasta su anunciado congreso. «¿Para qué estos cuatro meses de espera?» se preguntaba ante el embajador francés[93].

El congreso socialista nunca se celebró, Azaña no pudo encargar a Prieto la presidencia del Gobierno, y la imagen del huido de mayo de 1936 se convirtió en la del prisionero desde el mismo inicio de la guerra: un presidente encerrado, marginado, cautivo de quienes lo utilizaban para sus propios fines, marioneta de los comunistas, prisionero de Negrín, que solo consiguió liberarse de sus ataduras cuando dimitió en febrero de 1939 la presidencia de la República. Indudablemente, quienes reducen la política republicana durante la guerra a un enfrentamiento entre anarquistas y comunistas, entre revolución protagonizada por la CNT y la contrarrevolución dirigida por el PCE, aparte de olvidar a socialistas y republicanos, limitan el papel de Azaña a una función decorativa. La suya habría sido, en esta visión, una presencia puramente testimonial desde julio de 1936, irrelevante desde la formación del gobierno de Largo Caballero a principios de septiembre, y cautiva desde que Negrín asumió la presidencia del Consejo en mayo de 1937[94].

Azaña mismo suministra abundante material para tener su presidencia como la de un político paralizado, más que por el miedo, por la desolación y decidido a una renuncia para la que no carecía de abundantes motivos morales y políticos. El primer testimonio de su desesperación y de su horror se remonta a la terrible noche el día de la matanza de la cárcel Modelo, cuando estuvo muy cerca del abandono al conocer la muerte de algunos de sus antiguos amigos y jefes políticos allí encarcelados: «yo también hubiese querido morirme aquella noche o que me mataran», dice por medio de Garcés en *La velada*, sin que le sirvan de consuelo las palabras de Ángel Ossorio sobre la lógica de la historia cuando le visita esa misma noche a instancias de Cipriano Rivas[95]. En la misma obra, pone en boca del doctor Lluch un recuerdo que refleja quizá una experiencia personal, de los días que pasó en el Palacio Nacional, cuando se fusilaba en las tapias cercanas: «una noche, a fines de agosto, mientras de codos en la ventana de mi cuarto tomaba el fresco, sonaron en el cementerio tres descargas». De allí a poco, el médico oyó un gemido que creció hasta ser alarido, intermitente, desgarrador; no pudo convencer a nadie para que recogiera al moribundo, todo lo más enviar un recado a la alcaldía. «Pasó el tiempo ¡Tac, tac! Dos tiros en el cementerio. Dejó de oírse el gemido». Es indudable que Azaña sintió que algo se desmoronaba en su interior cuando pudo comprobar que la crueldad y la

venganza, hijas del miedo y de la cobardía, definían también a su propio campo[96].

No le faltaron para renunciar motivos estrictamente políticos: una vez formado el gobierno de Largo Caballero y, sobre todo, una vez ampliado con la participación de los sindicalistas, Azaña llegó a la conclusión de que nada tenía «que hacer ya en la vida política». Desde el primer momento de la guerra, fue un crítico severo de lo ocurrido en la República como respuesta a la rebelión militar, que definía como impotencia para reemplazar un orden antiguo por un nuevo orden revolucionario. Lo que muchos llamaban revolución no era para él sino «abundancia de desorden», inevitable cuando la revolución carece de contenido político, de pensamiento, de autoridad, de capacidad organizadora y de eficacia con respecto a los fines que la desatan. Azaña no echaba en cara a los revolucionarios que lo fueran, sino que se mostraran incapaces de llevar a término la revolución que proclamaban. Una revolución —escribe— necesita apoderarse del mando, instalarse en el gobierno, dirigir al país según sus miras. No lo han hecho. Por falta de fuerza, de plan político, de hombres con autoridad, por lo que sea, lo cierto es que se ha creado esa situación propia de los alzamientos que empiezan y no acaban, que infringen todas las leyes y no derriban al gobierno para sustituirse a él; una situación de «indisciplina, anarquía, desorden», de los que se ha derivado «la impotencia y el barullo» ante los que el nuevo gobierno no ha podido nada, sino comprobar que en todos los servicios públicos se ha producido «un derrame sindical paralizante como un derrame sinovial»[97].

Adversario por convicción de abandonar en manos de los sindicatos la dirección de la política, Azaña se resistió hasta el último momento a la entrada de la CNT en el gobierno y cuando Giral le comunicó en una «dramática conversación» que el gobierno en pleno opinaba que debían entrar, intentó al menos que no fueran de la FAI y que «quiten a Oliver» o, en caso contrario, que le dieran las razones de su incorporación por escrito. La respuesta de Largo, en una carta «anodina y taimada», le hizo pasar una «noche trágica» en la que adoptó la «resolución de abandonar»[98]. Pi i Sunyer, alcalde todavía de Barcelona, acudió a verle, tras recibir de él una llamada telefónica, y lo encontró «deshecho, con la moral en ruinas». Le dijo que quería marcharse, salir de España, renunciar a la presidencia de la República. Azaña, según recuerda Pi, no quería refrendar los nombramientos, publicados en la *Gaceta*. Hablaron largamente y cuando ya muy tarde, se fue, «parecía conformado a no abandonar el cargo al que lo había atado el destino»[99].

No acaban ahí las manifestaciones del mismo Azaña sobre su voluntad, casi su decisión, de abandonar. Prieto recuerda que cuando le comentó la salida del oro del Banco de España a Rusia, Azaña se puso «a pasear colérico y demudado por su despacho». Nunca le había visto tan fuera de sí. «Me anunció que iba a dimitir inmediatamente. Aunque dándole la razón, procuré calmarle. La dimisión de usted —dije— equivaldría al hundimiento de la República, pues valdría a las demás naciones para desconocerla, ya que el reemplazo presidencial, dadas las circunstancias, resultaría constitucionalmente imposible». Es el mismo requerimiento, recuerda también Prieto, «con el que tiempo después y en otro trance, le induje asimismo a desistir de la dimisión»[100]. El trance debe de ser cuando, sitiado en Barcelona durante los sucesos de mayo de 1937, estableció con él una conversación telegráfica y le anunció una «determinación irreversible» si el Gobierno no tomaba la decisión de bombardear las posiciones de los anarquistas. Prieto, como había hecho Ossorio la noche de la matanza de la cárcel Modelo, Pi i Sunyer la noche de la entrada de la CNT en el gobierno, le tranquilizó, como habría de tranquilizarle todavía en otras ocasiones. En la crisis de marzo y abril de 1938, cuando Negrín obligó a Prieto a dimitir como ministro de Defensa, Azaña le anunció el propósito de renunciar a un cargo que no podía seguir ejerciendo con autoridad por ver mermada su prerrogativa constitucional para resolver la crisis según su criterio. «Usted no puede dimitir, le dije secamente. Por qué, me preguntó entre curioso e iracundo. Porque su dimisión lo desmoronaría todo; porque usted personifica la República que respetan los países no aliados de Franco». Además, añadió, no se pueden celebrar elecciones para sustituirle. Entonces ¿qué debo hacer?, preguntó Azaña. Resignarse. Y después de un intercambio de argumentos, «calló un instante. Me resignaré a todo, dijo luego»[101].

En otras ocasiones, la desolación que antecede a sus deseos de dimitir no está relacionada con una concreta circunstancia política, sino con la magnitud de la catástrofe que contempla impotente desde la Presidencia. La destrucción llegó a alcanzar tales proporciones que a veces se pregunta si acaso prolongar la guerra puede compensarlas. Una noche, en Valencia, lee en los periódicos que los aviones facciosos habían arrasado el Museo del Prado, y comenta, por boca de Morales, en *La velada*: «no recuerdo haber recibido en la vida golpe tan fuerte ni padecimiento comparable». Desamparo y perdición: ni la Monarquía ni la República valen para España lo que le cuestan. Ese día, reconoce, «mi moral de guerra se quebrantó y no se ha repuesto»[102]. Y año y medio después de sentir lo que en agosto de 1936 anotó como «veleidades de

dimisión», vuelve otra vez a suscitar la idea con motivo del hundimiento del frente de Teruel, con la desesperante pasividad de las grandes potencias, con la evidente imposibilidad de ganar la guerra: «no estaré ni veinte minutos», dice a Negrín, debe haber un límite a todo esto y yo sé cual es mi límite[103].

En todas esas circunstancias, en agosto de 1936, cuando se hace palpable la crueldad de la guerra; en noviembre de ese mismo año, cuando tiene que aceptar a los sindicalistas en el gobierno; en mayo de 1937, cuando reconoce que su moral se ha quebrantado; en marzo y agosto de 1938, cuando es ya evidente la imposibilidad de triunfo, Azaña siente la tentación de abandono, pero siempre la rechaza. Y esto es precisamente lo que necesita explicación, que haya permanecido en la presidencia; no el abatimiento, la repugnancia, la indignación, el horror que en ocasiones le produce ser testigo de la destrucción y la muerte, sino que sintiendo todo eso se quedara. Quedarse no fue lo normal entre quienes pensaron desde el primer momento que la guerra había escindido a los españoles en dos bandos irreconciliables y que nada tenían que hacer en esa lucha. Desde septiembre de 1936 era evidente que la República no estaba ante un golpe de Estado tradicional, sino ante una rebelión militar que, adueñándose solo de una parte del territorio, había desencadenado simultáneamente una contrarrevolución y una revolución e iniciado una guerra que se preveía larga en el tiempo e incierta en el resultado. Muchos, entre ellos los más cercanos a Azaña por su biografía, su formación, sus gustos y su clase social, no se sintieron capaces de optar por la rebelión ni por la defensa de aquella República y abandonaron la partida, algunos de ellos con la pretensión de situarse en una tercera España que no sería la de los rebeldes ni la de los leales, sino una especie de reserva para el futuro.

No solo permaneció en su cargo sino que tuvo palabras durísimas para los huidos. Lluch, el médico de *La velada*, encuentra en París a un amigo barcelonés a quien le comenta que algunos opinan que España se ha dividido en dos bandos feroces, ninguno de lo cuales podrá ganar y que cuando se reconozca así, los que se mantienen lejos se encargarán de gobernar. Azaña, por boca de Lluch, replica entonces que cuando oye estas vanidades, siente que le penetra «el espíritu intransigente del miliciano». Y fuera de la ficción, recuerda a su amigo Ángel Ossorio: todos se han ido sin mi anuencia, sin mi consejo y algunos engañándome. Se han marchado, incumpliendo su obligación de servir a la República, porque daban todo por perdido o por miedo a los rebeldes o a los revolucionarios. Y todavía echará un rapapolvo a Sánchez Albornoz por lo que considera su errada conducta y deplorable

ejemplo; pretende justificarse por la masa de los republicanos que encontró en París[104]. Incluir a Azaña en esa tercera España a la que no habría podido sumarse hasta el final de la guerra por estar prisionero de los comunistas es falsificar la historia. Siempre rechazó la idea de una fantasmagórica tercera España y se quedó en la que había porque así lo decidió libremente.

Se quedó, pero, como es patente por sus diarios y por las conversaciones de que otros dan testimonio, no sin grandes vacilaciones y angustias interiores que al final cedieron ante las poderosas razones, políticas pero también morales, que le determinaron a quedarse. De las que el mismo Azaña explicita, la primera fue su claro y contundente repudio a la rebelión, que define como una agresión sin ejemplo y que califica de horrenda culpa, echando en cara a sus responsables el delito de haber desgarrado el corazón de la patria. Nunca encuentra justificación alguna para ese delito: «aunque hubiesen sido ciertos todos los males que se cargaban a la República no hacía falta la guerra. Era inútil para remediar aquellos males. Los agravaba todos, añadiéndoles los que resultan de tanto destrozo». La segunda, tantas veces evocada, es su respeto por los combatientes. Siempre manifiesta, en público y en privado, admiración, agradecimiento y respeto hacia quienes sacrifican su vida en el combate por la República. De las dos cosas respetables y hasta sagradas que suceden durante la guerra, una es «el sacrificio de los combatientes que arrostran la muerte o la padecen abnegadamente». Me aguanto —dirá a Negrín en abril de 1938— por el sacrificio de los combatientes, lo único respetable. Lo demás vale poco. En fin, la tercera razón es la causa misma de la República, aunque en este punto tampoco se llama a engaño: jamás compartió la euforia de las primeras semanas de revolución. Desde el primer momento se mostró desolado por el fracaso de la República y descorazonado por el futuro de España. Pero la República es la ley, el orden, la convivencia, la democracia y a esos valores ha entregado su vida. El poder legítimo de la República ha sufrido una agresión sin ejemplo. Resistimos el mal, dice Azaña, oponiéndonos a la rebelión, a la dictadura militar. Es nuestro deber: Hacemos una guerra terrible, pero nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen[105].

¿Se quedó inútilmente, por cumplir un deber moral, o desempeñó, por el contrario, su papel constitucional, sus funciones como presidente de la República? Azaña proporciona de nuevo en sus diarios material suficiente para tenerle no más que por un presidente desposeído, sin capacidad para cumplir su función. Con motivo de la entrada de la CNT en el gobierno, escribe una frase muy similar a la que dirá a Negrín en el curso de una

violenta conversación: Soy —apunta a finales de 1936— «un valor amortizado desde julio, y un presidente anulado desde la crisis» y mucho tiempo después repite a Negrín: «desde el 18 de julio de 1936 soy un valor político amortizado; desde noviembre del 36 un presidente desposeído»[106]. En realidad, Azaña fue durante toda la guerra un valor político imprescindible y, aunque solo en ocasiones, un presidente muy activo. Si hubiera huido, la República se habría desmoronado en el mismo verano de 1936 pues nadie, entre los dirigentes republicanos, habría sido aceptado por los sindicatos y partidos obreros para ocupar la vacante; ni a nadie, entre esos partidos y sindicatos, con las armas en las manos, le hubiera importado: en las primeras semanas de guerra, no se batían por la República precisamente, sino por la revolución. Además, al estar formado el gobierno de la República por una coalición de sindicatos y partidos obreros con participación de partidos republicanos, una persona en la presidencia, que gozara de un mínimo de autoridad para resolver las crisis políticas abiertas por esa misma heterogeneidad, era imprescindible.

Por supuesto, la capacidad de acción y el ejercicio de su prerrogativa presidencial sufrió notorios altibajos en el curso de la guerra. En su primera iniciativa como presidente, cuando ya estaba en marcha el golpe militar, introdujo un sistema de consultas colectivas, que Martínez Barrio atribuyó a su «horror instintivo a resolver por sí mismo [y al] propósito, más recóndito, de afianzar su autoridad personal mediante la pugna de los partidos», y consideró dudosamente constitucional, opinión compartida por Palmiro Togliatti[107]. Lo que Azaña califica como «fugacísimo gobierno» de Martínez Barrio se formó en la noche del sábado 18 al domingo 19 de julio, pero tres o cuatro horas más tarde, resignó los poderes. Azaña convocó entonces una reunión a la que asistieron varios dirigentes de partidos políticos y, tras discutir los acontecimientos, se acordó el nombramiento de José Giral, que accedió a distribuir armas entre las organizaciones políticas y sindicales del Frente Popular[108]. El encargo de formar gobierno no emanó directamente del presidente de la República, sino de los reunidos a iniciativa del presidente. Giral fue una elección en la que el margen de maniobra de Azaña se estrechó considerablemente porque la tomó forzado por las circunstancias: solo un republicano dispuesto a repartir armamento a las milicias obreras podía formar un gobierno que fuera aceptado por los partidos del Frente popular y por los sindicatos.

El estrecho margen que le quedó en julio para cumplir su función presidencial se esfumó entre septiembre y noviembre: de ahí la afirmación de

ser un presidente desposeído. En la sustitución de Giral por Largo Caballero, Azaña no tuvo parte alguna: cuando su cuñado le decía que debía obedecer la voz pública y llamar a Largo al gobierno, aunque no fuera más que por realizar la experiencia, porque si era el Lenin español, ganaría la guerra, y si no, se hundiría, Azaña contestaba: «no es el Lenin español, y se hundirá; pero la República con él». Finalmente, el mismo Giral le hizo saber que había llegado el momento de «entregar a S. E. el Presidente de la República los poderes que recibió de él y con ellos la dimisión de todos los ministros». Añadía Giral en su misiva que debía formarse un gobierno capaz de representar «a todos y cada uno de los partidos políticos y organizaciones sindicales u obreras de reconocido influjo en la masa del pueblo español, de donde nacen siempre todos los poderes»: una manera cortés de mostrarle la única solución posible a la crisis[109].

A partir de ese momento, desapareció prácticamente de la vista o, como dijo un año después al embajador francés, permaneció en la reserva. Lo hizo, mes y medio más tarde, de manera física, eligiendo el Monasterio de Montserrat como lugar de residencia. A Montserrat subió el domingo 29 de octubre, y le pareció al comisario de la Generalitat, Carles Gerhard, «fresco, bien conservado, de buen humor», acompañado de Lola, «toda fina, toda grácil, parecía una novia de 20 años», de sus secretarios y de sus ayudantes militares. Un Azaña de aspecto muy distinto, «envejecido, abatido y amargado» se instalaba en el monasterio cuatro días después, el 2 de noviembre, cuando el gobierno decidía abandonar Madrid «picando suela». Azaña dio instrucciones a Giral sobre el modo de resolver la anunciada crisis de gobierno y cuando el día 4 Giral llamó desde Madrid, le contestó enérgico que aquello no era lo que le había encargado: «¿cómo quedo yo?, ¿qué papel hago yo ahora?», le preguntó exasperado. Habló también con Largo Caballero que le comunicó la publicación del decreto. Protestó cuanto pudo, pero solo para tropezar con la fría e inconmovible determinación de Largo, ratificada en carta que le dejó abatido. Largo se limitaba a confirmar por escrito los términos de la conversación telefónica: «si se había visto en el trance de pedir autorización para publicar los decretos designando a los nuevos ministros, sin esperar a que estuvieran firmados, se debía solo y exclusivamente a la urgencia del caso». Y en cuanto a los nombres de la CNT, le hacía constar que habían sido designados libremente por su organización y que él, Largo, «los había aceptado siguiendo el mismo criterio que observé con los partidos políticos, es decir, que todos los ministros del gobierno han sido propuestos por los partidos y organizaciones que representan». Al presidente no le

quedaba más remedio que admitir el hecho consumado y firmar los decretos después de haber sido publicados[110].

Azaña tocaba así el fondo de su desposesión como presidente, pero a partir de la relativa estabilización de los frentes y de la reconstrucción del ejército de la República que siguió a la defensa de Madrid, recuperó cierto margen de actuación, del que hará pleno uso en la crisis de mayo de 1937. No se trata solo de una permanencia pasiva con objeto de mantener las instituciones republicanas sino de su intervención en una crisis política de fondo para resolverla de la forma que estimó más adecuada, de modo que sin ella, la crisis no habría tenido aquella solución y hasta es posible que no hubiera tenido solución alguna. Fue Azaña quien, a la vuelta de Barcelona, donde había bajado a residir desde finales de enero de 1937 y donde le habían sorprendido los hechos de mayo, tomó en manos la solución de la crisis de gobierno para la que enseguida comprendió que existía un clima favorable entre los partidos del Frente popular. Y fue él quien pensó en Juan Negrín como la persona más indicada para sustituir a Largo Caballero en la presidencia del Gobierno.

El sindicalismo, que se había adueñado de la economía y de los servicios públicos, era para Azaña causa principal de la desastrosa situación por la que atravesaba la República. No era el único que lo pensaba. El comité nacional del PSOE había llamado la atención de sus militantes sobre los peligros inherentes a la «sobrestimación de los sindicatos» reafirmado la doctrina tradicional que situaba al partido político como rector y al sindicato como auxiliar en la lucha política: era un error atribuir al sindicato, como a un nuevo Saturno revolucionario, la misión de «disminuir, sustituir y devorar a los partidos políticos». Exigir que los sindicatos se limitaran a su función y dejaran la política en manos de los partidos era, para el comité nacional del PSOE, el comienzo de una nueva estrategia encaminada a desplazar del gobierno a las organizaciones sindicales. En esa estrategia, los socialistas buscaron el apoyo de los comunistas y, a tal fin, la comisión ejecutiva del PSOE calibró, en una reunión celebrada en los primeros días de 1937, «la necesidad y la urgencia de un contacto especialmente estrecho entre nuestro partido y el comunista, de igual raigambre marxista y de coincidencias cada día mayores en la apreciación del momento». Los dirigentes del PSOE, bajo la inspiración de Indalecio Prieto, acordaron celebrar reuniones y conversaciones con el «partido hermano» con objeto de llegar a «acuerdos concretos de coordinación de esfuerzos hacia objetivos comunes»[111].

El enfrentamiento entre sindicatos y partidos hizo objetivamente posible que Azaña pudiera recuperar la capacidad de iniciativa perdida en septiembre y noviembre de 1936, y asumir un decisivo papel en la búsqueda de una solución a la crisis abierta con la «insurrección anarquista» en Barcelona. Cuando comenzó la lucha en la calle, en los primeros días de mayo de 1937, se encontró aislado por completo del gobierno y privado de la libertad necesaria para el ejercicio de su función. A través de su gabinete telegráfico pretendió de forma reiterada e insistente establecer contacto con el presidente del gobierno, entonces en Valencia. Largo Caballero, ocupado en negociar con los dirigentes de la CNT una salida al conflicto, no encontró tiempo o no juzgó necesario acudir a los requerimientos del jefe del Estado. Fue Prieto quien atendió sus llamadas y le anunció el envío a Barcelona de dos destructores y de algunas fuerzas de aviación que llegarían por tierra. Poco después, hacia el mediodía del 5 de mayo, Azaña aseguró al presidente de las Cortes, Martínez Barrio, que «solamente una acción de gobierno rapidísima y aplastante» podría evitar que tomase aquella «determinación irreversible» que había evocado a Prieto. Por rapidísima y aplastante acción pretendía sugerir lo que después pedirá ya abiertamente: un bombardeo de la aviación leal que despejara el camino de su residencia hasta el puerto con objeto de abandonar Barcelona. Azaña llegó a proponer a Prieto que diera la «orden a la aviación de que bombardee el foco de la estación». A Prieto, ministro de Marina y Aire, le pareció la orden «demasiado extrema a título de episódica y podría complicar las cosas». Algo más tarde, en la conversación telefónica que mantuvo con Sandino, y que relata en su diario, Azaña le habría dicho que «ni siquiera hace falta bombardear. Con que les vean a ustedes volar bajo y les disparen las ametralladoras, huirán». Sandino le contestó lo mismo que Prieto: «no serviría para nada y podía empeorarse la situación». Finalmente, pudo salir de Pedralbes y llegar el día 7 a Manises sin que el gobierno de la República tuviera que ordenar el bombardeo de su propio territorio[112].

Azaña marchó a Valencia dispuesto a romper el nudo de aquella situación. Ya había comunicado a Largo Caballero, en su conversación de 19 de febrero, que un gobierno con las dos sindicales lo podría formar Martínez Barrio, no él, que nunca presidiría una «república sindical»[113]. El mismo día de su llegada a Valencia recibió, por la tarde, a Largo Caballero que «entró en conversación como si nos hubiésemos visto todos los días o como si yo llegase de una excursión de recreo». Conteniendo la irritación acumulada por lo que juzgaba «abandono efectivo» e «insolente conducta» de Largo Caballero, no evocó los sucesos de Barcelona porque no veía modo de que

una vez iniciada la conversación sobre ese asunto, pudiera salir Caballero de la entrevista como presidente de Gobierno. Desde noviembre, había resuelto no relevarlo de su cargo por una decisión personal y aún no sabía realmente cómo hacerlo cuando lo tuvo delante aquel día de mayo. Fue el mismo Largo Caballero quien al presentarle la propuesta de cesar al general Miaja puso en sus manos la caja de los truenos. Azaña vio claramente que despedir a Miaja podía crear a Largo algún problema con los comunistas[114].

El desarrollo de la crisis, abierta cuando los ministros comunistas abandonaron el gobierno y Prieto obligó a Largo, que quería seguir como si tal cosa, a suspender la reunión, puso de manifiesto que si existía un acuerdo previo entre los partidos políticos, no ocurría lo mismo entre los sindicatos. UGT y CNT no habían llegado a establecer una unidad de acción en los niveles de dirección ni a imprimir al gobierno de la República una común dirección política. En esas condiciones, la ofensiva de los partidos políticos contra Largo Caballero no desembocó en una lucha entre los partidos y los sindicatos, sino en el progresivo aislamiento del viejo dirigente sindical, que no pudo contar, en el momento de la crisis, con el apoyo de su propio sindicato ni con la CNT. El plan de gobierno que presentó a Azaña parecía ideado para aumentar más su aislamiento político: no intentó formar un bloque obrero o sindical ni exploró la posibilidad de encontrar un camino intermedio que le evitara la confrontación directa con comunistas y socialistas de Prieto. Quiso tener razón él solo contra los partidos sin reforzar previamente su flanco sindical y hasta debilitándolo. Estaba realmente acabado, lo que dejaba libres las manos de Azaña que, de pronto, se encontró con el mayor margen de iniciativa posible.

Todo el mundo esperaba que ofreciese el encargo a Prieto, como ya había sido su intención en mayo de 1936. Eligió, sin embargo, a Negrín aunque cuidando de no desairar a Prieto, que recibió por indicación suya los ministerios militares reunidos en un nuevo Ministerio de Defensa. La razones, él mismo las dejo escritas y no hay motivos para no creerlas. La primera, porque no se fiaba de Prieto en la presidencia y nadie mejor que él para ocuparse de Defensa: «Estaba mejor Prieto al frente de los ministerios militares reunidos, para los que fuera de él no había candidato posible», mientras que en la presidencia, sus altibajos de humor, sus «“repentes” podían ser un inconveniente». Azaña conocía a Prieto de antiguo y estimaba sus cualidades y su capacidad de trabajo, pero ya en 1931 había tenido que trasladarlo de un ministerio muy sensible debido a esos «repentes»: en Hacienda, Prieto podía reunir a los directores de los bancos y decirles que no

tenía ni idea de por dónde debía seguir y que la situación de la peseta era desesperada con lo que contribuía a extender el sentimiento de alarma en los medios financieros. «Me parecía más útil —sigue Azaña— aprovechar en la presidencia la tranquila energía de Negrín», un político más completo y más idóneo que Prieto para presidir un gobierno de coalición. «Si no se puede gobernar con el Frente Popular, no hay gobierno», le había dicho a Martínez Barrio cuando desechó la idea de encargarse él mismo personalmente del poder[115].

Y este era, en efecto, el núcleo de la cuestión. Negrín tenía buenas relaciones con todas las fuerzas —o no las tenía malas con ninguna— del Frente Popular. Aunque amigo de Prieto y colaborador suyo, no había sido protagonista de ningún enfrentamiento con Largo ni con la UGT; mantenía además buenas relaciones con los comunistas, aunque había sido el único socialista que reforzó un cuerpo armado —el de Carabineros— cuidando de que no entrara ni un solo comunista en él. Ni que decir tiene que por su formación y energía gozaba de mucho aprecio entre los republicanos, que lo consideraban desde antiguo como uno de los más cercanos a sus mismas posiciones políticas. Podía obtener quizá, pero seguramente no Prieto, la colaboración o, en su defecto, la neutralidad del otro gran sindicato, la CNT, como así fue en efecto cuando los dos grandes sindicatos optaron por no participar en el nuevo gobierno. En resumen, Negrín era el único de los políticos de relieve de la República que en mayo de 1937 no concitaba el rechazo de ninguno de los partidos ni sindicatos que formaban el Frente Popular.

Todo esto debió de pesar en el ánimo de Azaña para optar por él. Pero la razón decisiva fue la misma que le movió a permanecer en la presidencia: no veía ninguna salida posible a la guerra que no pasara por una mediación internacional. Azaña partía del supuesto de que era imposible el triunfo militar de la República: la victoria es una ilusión, dijo a Ossorio ya en septiembre de 1936. Y como Ossorio le replicara que entonces había que tratar con Franco, le contestó: «no lo creo; hay que defenderse y procurar que no perdamos la guerra en el exterior»[116]. En octubre de 1936, había encargado a Bosch Gimpera que explicara al embajador de la República en Londres, Pablo de Azcárate, siempre escéptico ante cualquier propuesta de mediación, que «la situación interior es muy peligrosa y que era indispensable conseguir urgentemente que el gobierno británico tomara la iniciativa de una mediación que pusiera término a la guerra». Poco antes de que Ossorio marchase a Ginebra, le habló de su proyecto «de mediación y plebiscito» que

consideraba dificilísimo pero el único camino y del que también habló a Besteiro, Sánchez Román, Prieto, Vayo y Araquistáin[117]. En mayo de 1937, ofreció a Julián Besteiro la representación oficial de la República en la ceremonia de coronación de Jorge VI con objeto de explorar de nuevo las posibilidades de una gestión de paz de la que se encargaría el gobierno británico[118]. Durante todo el tiempo de la guerra, la política de Azaña no tuvo ningún otro objetivo que no fuera convencer, con previo conocimiento o no del gobierno de la República, a Francia y Gran Bretaña de la necesidad de una mediación. Con los frentes restablecidos, era el momento más propicio y Negrín le parecía el presidente más capaz para avanzar en esa dirección, pues, al contrario de Prieto, tenía una amplia experiencia internacional, había establecido relaciones sólidas con la Unión Soviética, se había movido de incógnito por el extranjero, y su cultura y amplio dominio de lenguas podían ser de gran utilidad en la búsqueda de la mediación.

«El nuevo gobierno ha sido recibido con general satisfacción; la gente ha hecho ¡uf!, y ha respirado», escribió en su diario. Sobre todo, respiró él, que después de recuperar y ejercer sus prerrogativas presidenciales, tan decaídas desde la crisis de septiembre de 1936, tan anuladas desde la de noviembre, podía contar por fin con un presidente del Consejo con quien hablar. Estaba realmente encantado de su elección: Negrín, joven aún, es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas; algunos creerán que el verdadero jefe de gobierno será Prieto; se equivocan, dejó anotado. Y en efecto, quien acertó, muy para su pesar, fue él: el gobierno nunca fue de Prieto-Negrín sino de Negrín-Prieto y, luego, de Negrín en exclusiva. Pero eso todavía no se sabía. Lo que deseaba Azaña era que al nuevo gobierno, con el que se reunió enseguida, le acompañara el acierto. Para colaborar, insistió en sus dos máximas preocupaciones: consolidar la autoridad en materia de Orden Público y de Guerra y buscar la mediación internacional. Lo primero exigía ante todo restablecer en Cataluña la autoridad del Gobierno, respetando y haciendo cumplir el Estatuto de Autonomía; lo segundo exigía partir de la convicción, antigua en Azaña, de que «la guerra no puede desenlazarse a nuestro favor por la fuerza de las armas». Había que preparar políticamente el desenlace de la guerra, empezando por los medios que pudieran alterar la situación a favor de la República: la retirada de extranjeros, que podría ir acompañada de acuerdos entre las potencias. El Gobierno, sin necesidad de firmar también tales acuerdos, permitiría la presencia de comisiones de neutrales para comprobar la retirada y la suspensión de hostilidades para

realizar. Conseguida esta suspensión, el cansancio de la gente haría todo lo demás: sería muy fácil no reanudarlas[119].

Azaña expresaba así de nuevo el único propósito que le mantenía en la presidencia de la República. Motivos para no huir tuvo varios; metas para quedarse solo tuvo una: convencer a las potencias europeas de la necesidad de una mediación. Por supuesto, en cuestiones de política internacional, jamás se había hecho ilusiones y, a partir del comienzo de la guerra civil, menos que nunca: cada cual actuaba según le dictaban sus intereses, y la República, como ya era el caso en 1931, carecía de una poderosa escuadra para que su voz se oyera en la Sociedad de Naciones o en las cancillerías de las grandes potencias. Tuvo desde el primer momento a la política de No Intervención y a la actitud de la Sociedad de Naciones como un crimen, el peor cometido en Europa desde el reparto de Polonia; como una puñalada en la espalda propinada a la República juzgó en varias ocasiones la política franco-inglesa, en la que vio el primer enemigo de la República, siendo el segundo la intervención armada de Italia y Alemania, el tercero, los desmanes, la indisciplina y los fines subalternos que habían menoscabado la autoridad de la República y el cuarto y último, las fuerzas propias de los rebeldes. «Nuestro mayor enemigo», escribió, es el gobierno británico[120].

Con todo, Azaña nunca cejó en sus iniciativas para que Gran Bretaña y Francia intervinieran como potencias mediadoras en la guerra española. Como nunca creyó en la suficiencia de los motivos humanitarios, todo su esfuerzo se dirigió a convencer a los gobiernos británico y francés de que su interés consistía en levantar el embargo de armas, primero, y en mediar para lograr un fin negociado, después. Azaña se aferró contra toda esperanza hasta el otoño de 1938 a dos firmes convicciones: la primera, que Francia y Gran Bretaña no podían permitir en España el triunfo de los rebeldes sostenidos por Italia y Alemania, pues «si la República española pereciese a manos de extranjeros, Inglaterra y Francia (sobre todo Francia) habrían perdido la primera campaña de la guerra futura»[121]; la segunda, que si Italia y Alemania así lo decidían, Franco no tendría más remedio que suspender las hostilidades. Con Mussolini enviando cuerpos de ejército e Hitler aviones y armas, Azaña no podía creer que Francia contemplara impasible la posibilidad de un Estado aliado de Alemania e Italia a sus espaldas y mantuviera las fronteras cerradas al tránsito de armas y la prohibición de su venta a la República, a la que asistía perfecto derecho de realizar compras en el mercado internacional. Por otra parte, convencido de la capacidad del Reino Unido para forzar a Alemania a una mediación, y de la capacidad alemana para

obligar a Franco a la firma de una paz si así lo decidía, Azaña tendió siempre a estimar en nada las posibilidades de Franco para continuar la guerra si alemanes e italianos le retiraban su ayuda y le obligaban a sentarse en una mesa de negociación.

De manera que si el Reino Unido y Francia se lo proponían con firmeza, no habría mayor obstáculo para poner en marcha las sucesivas etapas de un plan de paz que fue elaborando desde finales de 1936: retirada de extranjeros, suspensión de armas, presencia de una delegación internacional capaz de garantizar su cumplimiento, intercambio de prisioneros de ambas zonas, reconstrucción de familias con la progresiva libertad de desplazamiento de una zona a otra y, en fin, celebración en un lejano día y bajo supervisión internacional de un plebiscito sobre la forma de gobierno que los españoles quisieran darse. Ese fue el mensaje de Bosch Gimpera en noviembre de 1936; eso fue lo que Julián Besteiro propuso en su nombre a Anthony Eden, secretario del Foreign Office, en mayo de 1937; y ese fue el encargo que el presidente de la República transmitió al nuevo presidente de gobierno en junio: reconstruir el Estado, levantar un ejército, defenderse, garantizar el orden interno, pero no para el quimérico objetivo de ganar la guerra sino para forzar una paz negociada bajo los auspicios de las potencias democráticas.

Los esfuerzos y advertencias habían sido en vano: Blum respondía que no podía pensar en una intervención sin Inglaterra y los ingleses, aferrados a la No Intervención, respondían que las propuestas de mediación no eran prácticas[122]. Pero en mayo de 1937, la situación había cambiado considerablemente: Madrid había resistido, los italianos acababan de sufrir la derrota de Guadalajara y los frentes parecían estabilizados. Había razones para esperar una salida negociada y así se había expresado el diputado conservador Winston Churchill, que meses antes había negado el saludo a Pablo de Azcárate. Eden necesitaba pruebas de la buena voluntad italiana para seguir con su política de seguridad. Tal vez por estas circunstancias, prestó más atención de la acostumbrada al encargo de Azaña, el secretario del Foreign Office preguntó a los embajadores concernidos que sondearan ante los gobiernos la posibilidad de una mediación en España, y aprovechó la presencia en Londres del enviado de Pío XI a la coronación de Jorge VI, Giussepe Pizzardo, para preguntarle si Italia se uniría a una llamada conjunta de las potencias en favor de un armisticio. Deseoso de no aparecer identificado en exceso con los gobiernos fascistas y de mantener buenas relaciones con Francia y Gran Bretaña, el Vaticano acogió el plan, juzgó que

merecía la pena poner en marcha una iniciativa internacional y sondeó al gobierno italiano sobre la eventualidad de un armisticio[123].

A pesar de su favorable acogida, el plan no fue mucho más allá. Los embajadores británicos repitieron de nuevo su escepticismo y el enviado del Vaticano, Pizzardo, hubo de escuchar la radical negativa que, de parte de Franco, le transmitía el cardenal Gomá. Las autoridades insurgentes no comprendían las cautelas y vacilaciones del Vaticano para establecer plenas relaciones diplomáticas con el nuevo Estado ni su política contemporizadora con los nacionalistas católicos del País Vasco y no ocultaban su irritación ante lo que consideraban un efecto de la propaganda roja. La remota posibilidad de que el Vaticano se incorporara a una iniciativa de las potencias para poner fin a la guerra por medio de un armisticio fue acogida con no disimulada irritación por el representante oficioso del gobierno de Burgos ante la Santa Sede, Antonio Magaz, y por el mismo Franco, que había encargado al cardenal Gomá la difusión de un escrito colectivo del episcopado español al mundo católico sobre la verdadera naturaleza de la guerra y la imposibilidad de que acabara de otra forma que no fuera la victoria total, la rendición incondicional del enemigo. Es lo que Gomá transmitió a Pizzardo en una entrevista mantenida en Lourdes: la guerra no podía terminar más que con la victoria sin condiciones de la España nacional y católica. A mediados de 1937, la propuesta de un plan de mediación que dejara la guerra en tablas, con una ardua tarea de reconstrucción de la convivencia nacional en perspectiva, estaba condenada al fracaso[124].

Sin progresar nada la mediación en el exterior, la defensa o resistencia en el interior únicamente podía conducir al auge del papel político de los militares y a la hegemonía de los comunistas dentro de la coalición de Frente Popular. El PCE propuso la creación inmediata de comités de unificación y sometió a los socialistas a una continua presión para que disolvieran sus agrupaciones. Contra esa acción avasalladora, Prieto opuso una política de profesionalización del ejército, restando atribuciones al comisariado frente a los mandos y prohibiendo el proselitismo político. Estas tensiones, más o menos larvadas, estallaron con ocasión de la batalla de Teruel, en diciembre de 1937, que en sus primeros días llenó de euforia al gobierno, convencido de haber pasado de la defensa al ataque, como dijo Prieto en un juego de palabras con la denominación de su ministerio. Pero a estos entusiasmos siguió sin solución de continuidad el mayor desaliento y confusión. La ofensiva sobre Teruel acabó en el derrumbe del frente de Aragón, con el

inicio el 9 de marzo de la maniobra de ruptura hacia el mar y la llegada del ejército de Franco al Mediterráneo el 15 de abril.

Antes de que el derrumbe del frente se consumase, Azaña volvió a llamar al embajador de Francia y mantuvo con él una conversación de tres horas en las que repasó los grandes temas políticos del momento: sus primeras advertencias a Blum, el sentido que tenía su permanencia como presidente de la República, la naturaleza del régimen que se construía en la zona rebelde, el lugar inesperado que los rusos habían ocupado en España como consecuencia del abandono de las potencias occidentales. Al fin, llegó a lo que le interesaba: la política de no intervención. Nadie comprende en España que Inglaterra y Francia olviden sus intereses estratégicos esenciales y adopten, con la neutralidad y el bloqueo, una política de suicidas. Azaña fue esta vez más lejos y propuso la firma de un acuerdo que pusiera a disposición de Francia y Gran Bretaña las bases navales de Cartagena y de Mahón con objeto de equilibrar las de Ceuta, Málaga y Palma. ¿Qué harían ustedes si esas bases cayeran en manos de los invasores de España?, preguntó al embajador. Azaña añadió todavía que, después de la dimisión de Eden, Inglaterra parecía dispuesta a aprobar concesiones a las potencias totalitarias y que Francia la seguiría por el mismo camino. Entre las contrapartidas a esas concesiones figurarían la búsqueda de un apaciguamiento en España. «¿Debemos resistir? ¿Debemos oponernos o permanecer inertes? No lo creo. Hay que entrar sinceramente en estas perspectivas y en este juego». Para cerrar el trato, Azaña desmintió que el gobierno y la organización social de la España republicana pudieran asimilarse al comunismo. «Este mito desaparece cada día más. Ya casi se ha desvanecido. Próximamente, quizá se haya desvanecido del todo»[125].

A esta conversación, única para conocer la exacta posición de Azaña a finales de febrero de 1938, siguió el derrumbe del frente y la convicción, compartida por el presidente de la República y el ministro de Defensa, de que era preciso reconocer la derrota y terminar la guerra cuanto antes. A los ojos de Azaña y Prieto, el curso de las operaciones mostraba que el ejército republicano nunca podría ganar y que la continuación de la defensa no tenía sentido. El gobierno, como Giral y Negrín comunicaban a Labonne, se había dividido, seis a favor y cinco en contra, acerca de una propuesta de mediación efectuada por el gobierno francés[126]. Conocido este estado de ánimo, el PCE, que defendía la política de resistencia, convocó una gran manifestación el 16 de marzo de 1938 ante el palacio de Pedralbes mientras Azaña presidía una reunión del gobierno. Azaña pregunta a los ministros: «¿se puede ganar

con los recursos actuales? Alguno dice, no; los demás callan». Repite la pregunta, añadiendo que él no lo cree. «Vuelven a callar. Pero quien calla, otorga». Tal era el clima de la reunión ministerial, mientras los manifestantes exigían una actitud firme en la continuación de la guerra y el rechazo de cualquier intento de negociación y acusaban de capitulacionismo a los ministros tildados de derrotistas. Prieto entendió que el blanco de los ataques era él y le pareció oír gritos que le acusaban de traidor. Es lo de menos: habiendo declarado su convicción de que la guerra estaba perdida, Prieto era el peor de los ministros de Defensa posible, aunque no fuera más que porque su opinión la conocían los mandos militares y corría por calles y cafés. Negrín resolvió a finales de marzo apartarle de ese ministerio, pero un incidente con Jesús Hernández, ministro comunista, complicaba la ya difícil solución. Pidió, pues, al PC que retirase a Hernández y redujese su presencia a un solo ministro y, necesitado como se confesaba de la presencia de Prieto, le propuso que renunciase a Defensa y aceptase otro ministerio[127].

Los comunistas accedieron, Prieto rechazó la oferta, y Azaña mantuvo durante algún tiempo abierta la crisis. Se entrevistó de nuevo con Labonne para repetirle que «la partida estaba jugada, y de forma definitiva, desde que las potencias totalitarias afirmaron su voluntad de intervención y las democráticas las observaron, inmóviles». Le recordó lo que había ocurrido en el consejo de ministros del día 16 y se preguntó qué debía hacer. Si provocaba una crisis ministerial tendría que hacerse cargo personalmente del poder, cambiar de política y ser responsable de un inmediato derrumbe de la resistencia. Es imposible, dijo. Y como toda mediación de carácter político no se adecuaba a las circunstancias, le instó a promover un esfuerzo internacional de carácter exclusivamente humanitario[128]. En el orden interno, Azaña quería prescindir de Negrín pero, como en el caso de Caballero, no por una decisión personal. Muchos le habían venido «con el cuento al oído de que no es posible seguir así, que Negrín es un dictador, que está entregado a los comunistas, que la guerra va mal, que la gente está muy descontenta». ¿Cuándo nos quita a este don Juan?, le repetía sonriente Lluís Companys. Azaña convocó a los dirigentes de los partidos y sindicatos, para que le dijeran lo mismo, ahora ya con «la responsabilidad cada cual de sus propios actos». Pero bastó que Negrín se levantara a hablar para que todos callaran y dejaran solo a Prieto, que se resignó a marcharse sin protestar, descubriendo así la profundidad de la crisis de abril de 1938 comparada con la de mayo de 1937. En esta, la oposición a Largo había fraguado en una coalición que proponía como alternativa a las sindicales un gobierno de

partidos para desarrollar una política de reconstrucción de la República. Ahora, la oposición a Negrín no pudo cristalizar en ninguna propuesta diferente de gobierno[129].

Pese a los peores augurios, se recompuso el frente gracias a la apertura de la frontera francesa conseguida por Negrín en un viaje relámpago a París, y se reorganizó el gobierno con la reincorporación de los dos sindicatos. Negrín se quedó con Defensa y nombró para Exteriores a Álvarez del Vayo, a la vez que tomaba una nueva iniciativa política destinada a fijar las posiciones del gobierno tanto hacia las fuerzas leales como hacia sus enemigos, con vistas a unas posibles negociaciones de paz. En una declaración de trece puntos, el gobierno anunciaba que sus fines de guerra consistían en asegurar la independencia de España y establecer una República democrática cuya estructuración jurídica y social sería aprobada en referéndum; afirmaba su respeto a la propiedad legítimamente adquirida, la necesidad de una reforma agraria y de una legislación social avanzada, y anunciaba una amplia amnistía para todos los españoles que quisieran cooperar a la inmensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España. En su intento de aparecer ante las potencias extranjeras con la situación interior controlada, Negrín inició gestiones infructuosas con el Vaticano para restablecer relaciones diplomáticas y abrir las iglesias al culto.

Todo esto iba en la dirección de continuar la guerra aunque las perspectivas de mediación internacional se hubieran evaporado. «¿Espera usted todavía algo bueno del exterior?» le preguntó el 22 de abril de 1938 un exasperado Azaña recordándole que esa «era una de las razones de la resistencia». La respuesta de Negrín no dejaba lugar a dudas: Muy poco, pero no se puede hacer otra cosa. «Alto, no es usted presidente porque no haya otra política posible; otra política no es solo posible, sino urgente», replicó Azaña, aunque a la hora de concretar a qué política se refería, debió admitir que no aconsejaba la rendición sino aprovechar la resistencia para preparar la solución final[130]. Pero eso era lo que hacía Negrín, resistir para negociar un armisticio que evitara represalias y fusilamientos. En el fondo, y por lo que respecta a las consecuencias prácticas, aunque otra fuera la retórica, una posición similar a la de Azaña, metido también en el círculo vicioso en que veía preso a su primer ministro, pues la única posibilidad de preparar esa solución final no dependía del gobierno de la República sino de la capacidad de Francia y del Reino Unido para presionar a Alemania e Italia con objeto de que estas a su vez impusieran a Franco una salida negociada.

Con el propósito de retirar cualquier obstáculo a una hipotética y cada vez más improbable mediación de Francia e Inglaterra, que seguían considerando peligrosa para la paz interna de las naciones europeas un triunfo de la República con los comunistas en el gobierno, Azaña comenzó a pensar en la posibilidad de retirar la confianza a Negrín y nombrar un jefe de gobierno con la única tarea de acabar la guerra. De la formación de un gobierno, sin presencia comunista, formado en torno a Martínez Barrio, Prieto y Negrín, ya se había hablado con el gobierno francés durante los días de euforia por el éxito republicano en Teruel, aunque Negrín, que conocía la idea, la rechazó por prematura «porque era deseable que asumieran responsabilidad en las duras medidas necesarias para la disciplina en el trabajo, la distribución de productos, el control policial y el reclutamiento»[131]. De nuevo, a las pocas semanas de la solución de la crisis con la salida de Prieto, volvió a considerarse la posibilidad de un cambio de política bajo su jefatura. Azaña, después de una tormentosa entrevista con Negrín a propósito de la destitución de su cuñado como cónsul en Ginebra, retuvo a Prieto en Madrid, contra el acuerdo del gobierno de nombrarle embajador en México, con el argumento de que no podía quedar «prisionero de Negrín», de que quizá necesitara a Prieto en un futuro cercano para encargarle la formación de un gobierno capaz de negociar una paz honorable[132].

Volvieron de nuevo a correr rumores de que algo se tramaba durante el verano de 1938: el 29 de julio Azaña mantuvo una larga conversación con el representante inglés, John Leche, para informarle de que estaba dispuesto a forzar la salida de Negrín y de los comunistas si Inglaterra se decidía a intervenir imponiendo la suspensión de armas, como primer paso para una retirada de extranjeros. Azaña insistió ante Leche en que él era un burgués profundamente anticomunista y que respetaría en el futuro la decisión del pueblo si votaba monarquía. Toda España estaba cansada de una guerra que podía continuar años. Él, por su parte, que siempre había considerado la guerra no solo un desastre, sino una desgracia nacional, había pronunciado un discurso de paz con objeto de preparar a la opinión pública para que aceptara una mediación[133]. Como su popularidad y prestigio habían aumentado, proponía la completa retirada de voluntarios de acuerdo con el plan de Londres y aprovechar las negociaciones para una «suspensión de armas» y no un armisticio (una diferencia que Leche no acababa de entender), seguida de una desmovilización tan amplia como fuera posible y de un intercambio general de prisioneros. Él lo forzaría con el apoyo de todo el país y si fuera necesario pronunciaría un discurso desde Madrid con el que convencería a los

dubitativos. Si el gobierno no lo quiere, lo despediría y nombraría otro. No temía a los comunistas, que eran unos *bugbear*. Quedaba, desde luego, la dificultad de inducir a Franco a negociar. Pero Franco era un muñeco en manos de Italia y las grandes potencias podían presionar a Roma. El último paso, lejano en el tiempo, sería un plebiscito, con la presencia de comisarios extranjeros[134].

Todo el Azaña de la guerra está en esa entrevista: la convicción de que era vital para Inglaterra intervenir; la seguridad de que la República no podía ganar; la confianza en su propia palabra; la hartura y el cansancio; la creencia de que los comunistas, y con ellos los rusos, eran un injerto extraño que podía podarse sin mayor problema; la inveterada afirmación de que Franco por sí mismo no era nada. En conjunto, una política que fallaba en su supuesto inicial: Inglaterra se había atenido a la No Intervención y nada podía inmutar su decisión, mucho menos un presidente español, carente de poder, por más que le insistiera en el peligro que Inglaterra corría si Alemania ganaba. Los británicos, como desde hacía dos años, pensaban que no había nada particularmente nuevo en las propuestas de Azaña y que el principal problema consistía en tratar con el general Franco. Al Presidente se le debía contestar que el Gobierno de Su Majestad estaba sumamente interesado y agradecido de conocer su opinión y que tendrían en cuenta sus observaciones.

Ni los británicos respondieron más que con palabras corteses a los requerimientos de Azaña ni el Estado Mayor Central del Ejército republicano había dado por perdida la guerra. Mientras Negrín y Rojo creyeran posible pasar de nuevo a la ofensiva, los comunistas eran, como siempre, imprescindibles para mantener la disciplina en el frente y el orden en la retaguardia. Formar un gobierno contra los comunistas para iniciar, sin garantías firmes de apoyo internacional, una negociación que Franco siempre había rechazado, era de todo punto imposible sin que antes se produjera la ruptura entre los comunistas y los jefes del ejército republicano. Y eso fue lo que ocurrió como resultado de la batalla del Ebro, iniciada el 25 de julio con un espectacular despliegue del ejército de la República y terminada, después de tres meses de duros combates y siete contraofensivas del ejército rebelde, con un nuevo descalabro.

Mientras tanto, las perspectivas de mediación acabaron por cerrarse con el abandono de la República perpretado por Chamberlain el mismo día, 30 de septiembre de 1938, en que entregó a Hitler Checoslovaquia. La conversación sobre España contenida en esta entrevista es desoladora: Chamberlain pretendió convencer a Hitler de que Mussolini estaba ya tan cansado de

España que acogería positivamente cualquier intento de mediación. Hitler soltó, al oír aquello, una gran carcajada y después de decirse las habituales generalidades y de asegurarse mutuamente que prestarían atención al asunto pasaron a otra cosa[135]. Ante este abandono y el derrumbe de las defensas republicanas en el Ebro a principios de noviembre, fue tomando cuerpo la única alternativa posible al gobierno de Negrín, que ya no era Prieto, mucho menos Besteiro, con quien sin embargo departió Azaña un día de noviembre, por «conocer su opinión y su ánimo»[136]. Negrín fue la última posibilidad de la República; después de él, la única alternativa no era ya política, sino militar: que los jefes del Ejército de la República rompieran con el PCE y con Negrín y pusieran fin a la guerra tras negociar con los jefes del Ejército de lo que por entonces se llamaba Estado Español los términos de una rendición sin represalias y una entrega ordenada de armas y hombres, como en vano soñaba y escribía el coronel Casado, jefe del ejército del Centro, al modo en que terminó la guerra carlista[137].

Al Presidente de la República solo le quedaba emprender por su cuenta angustiosas gestiones ante los representantes diplomáticos francés y británico para urgir su intervención con objeto de poner cuanto antes fin a la guerra. El día antes de cruzar la frontera francesa logró mantener una dramática entrevista con el embajador de Francia, Jules Henry, a quien dijo con toda claridad que estaba en completo desacuerdo con Negrín y que era preciso hacer lo que fuera para acabar de una vez: «Hemos perdido la guerra, hemos sido vencidos y no nos queda más que aceptar las consecuencias». Le pidió entonces una iniciativa franco-británica ante los gobiernos de Franco y de Negrín con una propuesta de tregua inmediata para arreglar en primer lugar las cuestiones humanitarias. Los dirigentes políticos y los jefes militares quedarían libres para marcharse y se formaría un comité de republicanos que entraría en contacto con representantes del gobierno de Franco. A continuación se discutirían las condiciones de paz y el fin de la guerra en todo el territorio, incluyendo el sur. Si Negrín rechazaba la tregua, Azaña dimitiría la presidencia de la República. Después de ver al embajador francés, mantuvo una entrevista en idénticos términos, y con las misma propuestas, con el representante británico Skrine Stevenson[138].

Fue la última gestión para conseguir una paz negociada realizada por el presidente de la República. Para eso se había quedado Azaña en la presidencia y a eso dedicó sus limitadas posibilidades, en el ejercicio de su función presidencial, intentando convencer a sus gobiernos, o al margen de ella, por iniciativa propia ante Francia y Gran Bretaña. La última gestión, según

comunicaba el embajador francés al inglés, «planteaba delicadas cuestiones de carácter constitucional»[139], exactamente igual que la primera. Si esta se propuso sin conocimiento del gobierno, aquella lo fue expresa y claramente en contra. De todas formas, esas delicadas cuestiones constitucionales que unos y otros enarbolaban para recomendar calma y observar cómo se desarrollaban los acontecimientos, no pesaban nada ante la fuerza de los hechos. Negrín tuvo desde el principio razón en un punto fundamental: Franco jamás aceptaría ni una paz negociada gracias a una mediación internacional, ni una capitulación en regla, con representantes de ambos gobiernos sentados a la misma mesa firmando papeles, a no ser que fuera obligado a ello por la superioridad del ejército de la República. Como eso nunca ocurrió, la guerra de Franco, que era de conquista y exterminio, no podía acabar más que con el enemigo derrotado y huido.

Azaña había anunciado a los embajadores francés e inglés su intención de dimitir si Negrín no aceptaba la tregua que una presión franco-británica lograra arrancar a Franco en los primeros días de febrero de 1939. Mientras los diplomáticos de las dos potencias pesaban las delicadas cuestiones constitucionales y medían las ventajas que para sus respectivos Estados se derivarían de tal gestión, Negrín y Álvarez del Vayo, reducidas ya las condiciones de una posible rendición a las garantías de que no habría represalias, insistieron ante el Presidente de la República para que regresara a España. Sin Azaña en España, su gobierno quedaba a la intemperie. Azaña, por su parte, alojado en la embajada de España en París, hizo saber el 15 de febrero al gobierno francés, por medio de Cipriano de Rivas, que su vuelta a España significaría un aliento al gobierno de Negrín y a su política de resistencia y que dimitiría en el mismo momento que le hicieran conocer su intención de reconocer al general Franco[140]. Fue lo que ocurrió el 27 de febrero: los gobiernos francés y británico reconocieron al gobierno de Franco y Azaña hizo llegar al presidente de las Cortes su dimisión como presidente de la República. Había dejado de tomar notas desde el día 19 de enero anterior cuando apuntó: «Oímos el bombardeo de Igualada…»; ya no volvería a sus diarios nunca más.

SANTOS JULIÁ

Madrid, septiembre de 2000.

No me propongo contarle al público mi vida personal entera. Narrada por modo directo, según los epígrafes usuales, importaría poco. Elaborar observaciones y experiencias, como ahora puedo verlas por reflexión en mi espíritu, y transportarlas a una versión más amplia, más libre que el relato biográfico, me forzaría a meter estrechamente en estas páginas la materia de los libros que no he escrito. Mi designio es otro. Las violentas fortunas de la política me han arrebatado tarde y por breve tiempo. Desquite de la brevedad, su violencia.

MANUEL AZAÑA

MONARQUÍA

PARÍS: 1911

24 de noviembre. Viernes

Llegada. El día nublado, blanco y sereno.
El primer paseo por los muelles.
Decepción. La *rue* St. Honoré.
Compro un Baedeker.
La Place Vendóme.
La *rue* Royale, la Madeleine, los *boulevards*: Enorme emoción.

El primer aturdimiento del forastero: ¿Dónde echo estas cartas?

El café de la Paix.
Los Duval son una cosa ridícula. Parece que las sirvientes van a darle a uno de mamar.
No me decido a entrar en Olympie.
El Teatro de Cluny junto a mi fonda.
Le Canard Jaune; la Cochonnette.
El hombre que grita al pie de la escalera del *fumoir*.
Hermosa mujer.

25 de noviembre. Sábado

Prosigo mis exploraciones callejeras. El Louvre; prestigio de las piedras negras.
Recorro los *boulevards* Madeleine-Bastille.
Mal tiempo.
Voy al consulado. El señor Congosto y sus gafas de concha. Amabilidad de este señor, al parecer desusada. Se ofrece a infringir un reglamento.
El pobre obrero que pedía ingresar en un hospital. No le admiten porque no tiene domicilio. ¡Qué inadvertencia la de este obrero! Memorables

palabras de *Mr. le Consul*:

—No tengo nada que darle a usted (al obrero); ¡como no le dé esta levita que llevo puesta…!

Vuelvo al centro. Admirable anochecer. La Madeleine borrándose en la niebla. La ópera *Valkiria*.

Me equivoco en el metro al volver a mi casa.

26 de noviembre. Domingo

El jardín del Luxemburgo.

La amiga de los gorriones.

Comen en su mano.

Almuerzo en Britannia. He cometido la imprudencia de consultar mi Baedeker. El camarero me toma tal vez por un prusiano y me da en las vueltas un peso que no circula. ¡Se ha vengado de Sedán!

También se han vengado hoy Déroulède, Barrés *and company*. Depositan coronas en la tumba de Turena y luego visitan la de Napoleón; frase de Barrés: ¡Vamos a beber un vaso de gloria!

La plaza de la Concordia, por la tarde. Público dominguero. La adivinadora de pensamientos. Paseo hasta los Inválidos. Antes: Visita a la galería de pinturas del Louvre. Mala luz, aunque entre las nubes aparece un sol como una naranja. Gentío. Desisto. Un Greco y el *Niño mendigo*, de Murillo. Las vírgenes no están. Visito despacio la plaza del Carrousel. Las estatuas.

El teatro *Fémina*. Elegante. *Accord parfait*, de T. Bernard. *N' t'promène (donc) pas toute nue*, de Feydeau. La avenida de los Campos Elíseos, de noche, por primera vez.

27 de noviembre. Lunes

Sorbonne.

Foulché-Leclerc. (Bas Empire).

La *nonchalance* de *Mr. le proff.*

Croisset. Morale grecque. Dulce elocuencia, finura.

Voy a un café del centro a encontrarme con un pensionado español. Hace cuatro días que no leo los periódicos de España. Este muchacho me habla de

Canalejas y de la subida de los conservadores. Entonces le darán una plaza bien retribuida.

Quiere quedarse en París haciendo información para la prensa católica de España (con seudónimo) y viviendo la vida *menos católica* (dice así) posible. Como este hay muchos.

El café de Cluny. El viejo matrimonio que juega a las damas. *Soufflée!* Gesto gracioso del marido que pierde y revuelve las fichas.

28 de noviembre. Martes

Louvre. Salas griegas. La profesora y las alumnas en un rincón de la Sala de Anguiz. *Sorbonne*: De Faye, *Hellénisme et christianisme*.

El friso (fragmento) del Partenón. Emoción. ¿En qué consiste esto?

El *Concert Rouge, rue* Tournon. Beethoven. Este nos une a todos.

Los periódicos comentan el suicidio de Lafargue y su mujer.

Por más que diga Jaurès, se me figura que ese modo de *retirarse* de la vida no le ha convencido. ¡Diablo!, que no se convierta en dogma socialista que al sentirse gastado debe uno inyectarse ácido cianhídrico. Qué pocos sentimientos despierta el suceso. Después de todo, a un hombre que da tanta importancia a ese acto y lo prepara con tanta minuciosidad y anticipación, no hay más que decirle: «Váyase, señor, ya que se empeña».

29 de noviembre. Miércoles

Louvre; salas griegas.

Sorbonne: Mr. Haumont, *Littérature russe*.

Palais Royal; otra vez Tristan Bernard. «*Petit Café*».

Frase de *La Patrie: «… le coup de pied de la mule espagnole…»*. Estos son los que se emborrachan con *vasos de gloria*.

30 de noviembre. Jueves

Sorbonne: Mr. Gazier, *les Moralistes français*.

Mr. Lemonnier, *Histoire de Part au XIX^{ème} siècle*.

Meeting en la *rue* Danton (S. G. S). en favor de la Córcega. Sembat, Albert Thomas, etcétera.

La oratoria de Sembat. Fácil, firme, precisa. Timbre sonoro. Gracia seria. Ironía. Su facha es un poco ruda, o más bien áspera; corresponde a su modo de hablar: martillazos sobre un yunque.

El nombre de Napoleón lanzado en un discurso alborota la asamblea. Gritos y silbidos. Un viejo corso sube a la tribuna. Gordo, calvo, rojo, bigote blanco, habla mal el francés. ¡Jamás renegará, aunque no es imperialista, de la memoria de Napoleón!

Una mujer madura, enlutada, pobremente vestida, tripuda, con un gran bolso raído sube a la tribuna, entre las risas del público. Dice que es fulana de tal, de Monceau-les-Mines, que ha conocido muchos períodos, la reacción, la libertad, la revolución, la reacción, y que ha pedido la palabra para *devolver toda su gloria a Napoleón*.

1 de diciembre. Viernes

Louvre. Escultura. El *San Juan Bautista*, de Donatello.

Observación sobre el sepulcro del Senescal de Borgoña.

Sorbonne: Mr. Guignebert, l'Église et l'État de Julien à Théodose.

El público de los cursos y conferencias. La irradiación de la Universidad. Valor *científico*; educación.

El *magasin* de la *rue* Réaumur.

2 de diciembre. Sábado

Collège de France. Mr. Loysi, *Le sacrifice dans l'ancienne religion romaine*.

La mañana entoldada de diciembre; el colegio solitario.

La figura y el tono de este profesor. Ancho de cráneo, calvo, boca un poco sumida, tiene el mentón cubierto por una corta barba blanca. Decir suave, voz un poco apagada, que de vez en cuando se aviva, ¿es una preocupación? Tonillo untuoso. La chispa de malicia que de vez en cuando brilla en su agudo mirar. Rápidas inflexiones irónicas. La clase de público.

Museo de Cluny. Los retablos y santos españoles.

Sorbonne. Mr. Strowski, *Nouvelle poétique en France au XIX*ème *siècle*. Insignificante señor. Inmensa aglomeración. Reflexiones sobre los oradores de la Sorbona y sobre su público.

Presentación a Renée. La eterna historia: *l'Espagne, c'est un pays arriéré!* Carmen: «¿Hay en Madrid autobús?».

Los periódicos afirman que el Parlamento francés debe aprobar *con dignidad* el acuerdo con Alemania, puesto que no puede reformarlo ni rechazarlo. ¿En qué consiste esa dignidad? Al parecer en aprobarlo sin discutirlo. Cómo va reduciéndose la eficacia activa de los Parlamentos. Choque, en este caso, de los principios del derecho público, de los fundamentos de la organización democrática, con la realidad política. Relacionar este hecho con otros, para la «Impotencia de los Parlamentos para la vida jurídica».

3 de diciembre. Domingo

Visita a Notre-Dame. ¡Aquel pabellón del altar mayor! Es gusto de monja. Concierto. *Colonne, au Châtelet*.

Cena en la T. Pascal.

Renée, Jeannette y J. P.[1]

La *Grande Taverne*. Rigo.

Renée: *Je m'amuse follement*.

4 de diciembre. Lunes

Collège de France. Mr. Loisy.

Sorbonne: Mr. Croisset.

Día de sol. El puente de Passy. Vista: la cúpula blanca.

El café Métropole.

El español vividor. ¡Hostias divinas!

El pleito de Anatole France.

Juicios sobre los Tribunales franceses. La prensa y los jueces.

5 de diciembre. Martes

Collège de France. Mr. Izoulet. Conferencia sobre Gouverneur Morris. ¡Qué hombre tan ridículo es *Mr*. Izoulet! *Sorbonne*. *Mr*. de Faye. ¡Cómo llueve! Hoy no he hablado con nadie.

6 de diciembre. Miércoles

Museo de Cluny, toda la mañana.

Sorbonne. Conferencia de *Mr*. Aulard sobre la *Convention*.

Renée quiere jugar a la mujer complicada. *Pas d'histoires, mon enfant!*

Hoy he leído *El Imparcial*. ¿Para qué? Me encuentro con que Buendía ha sido nombrado hijo predilecto de Alcalá. Es cosa de pedir que rompan mi partida de bautismo.

Juanito me ha preguntado esta noche si el Loira pasa por Burdeos. Paréceme que este pensionado no ha venido a estudiar geografía.

El prusiano del café Métropole.

7 de diciembre. Jueves

Sorbonne. Mr. Séailles.

Collège de France. Mr. Izoulet. Cómo *representa* este señor: de pie en la plataforma. Sus inflexiones de voz. Los latiguillos: alusiones a la política actual.

El cráneo picudo. El occipucio aplastado.

Renée s'en va.

Me encuentro a L. Presentación de cuatro bilbaínos. ¿Cuál es más torpe?

8 de diciembre. Viernes

Louvre: Sala de escultura (Renacimiento). Otra vez el *San Juan Bautista*.

Las policromías de A. della Robbia.

Los «esclavos».

La Porte Maillot. «Muset». El monumento a los aeronautas, en la Place des Ternes.

Regreso. Friedland, etcétera. *San Agustín*. Entro ya casi de noche. Los espantosos letreros de la puerta: ¡noventa y siete muertos por minuto!

Otra «Juana de Arco».

9 de diciembre. Sábado

Cambio de fonda.

Explicación con la dueña. Fórmula diplomática. Me parece bastante cínica. La obligo a explicarse y a que se ruborice un poco.

Comienzo a asistir al curso de *Mr*. Lelong. Tengo que leer un documento latino del siglo XI; cómico incidente. El irlandés.

El bedel con el «Toisón de Oro».

La polaca del restaurant.

Soirée d'art en la Sala de los Agricultores, *rue* d'Athènes. Beethoven, Bach, Mendelssohn.

El clavecino.

La dama morena.

10 de diciembre. Domingo

Museo de Cluny.

Los esmaltes de Limoges. El retrato de Claudio de Lorena, duque de Guisa, el de Antonia de Borbón, duquesa de Guisa y el de Catalina de Médicis (orante).

El Cristo imberbe.

Toda la tarde lloviendo. En casa. El café *des Deux magots*.

Las algaradas contra *Mr*. Nicolas. Crisis de la Universidad. La montaña de reglamentos.

11 de diciembre. Lunes

Collège de France. Mr. Loisy.

Este *Mr*. Loisy es un hombre simpático. No es orador, no es pedante. Habla en tono familiar no exento de gracia.

El sol en la cúpula del Panteón. Un entierro en St. Étienne du Mont. Qué aparatoso es todo esto.

Entro en la iglesia. No me parece de un estilo muy puro.

Bustos de Racine y de Pascal en sendas capillas.

La tumba de santa Genoveva y los devotos.

El letrero explicativo: «Para reemplazar la antigua basílica de santa Genoveva se construyó *el edificio conocido por el Panteón*».

Conferencia de Pierre Janet en el *Collège*.

Entierro de un militar por la *rue* Saint-Jacques. Los tambores enlutados. Los redobles. Trofeos.

Admirable conferencia de A. Croisset en la Sorbona. Decididamente, este hombre es un maestro.

Se empeña Juanito en hablarme de los tipos españoles más grotescos. Es una desdicha. Va a destruir el encanto de no acordarme de nada. ¿No es bueno romper, aunque sea temporalmente, con *aquello*?

Un español no mal vestido y que se decía pintor, me ha pedido limosna esta noche en la *rue* Montmartre.

12 de diciembre. Martes

Visito la gran sala de fiestas católicas que llaman la Madeleine. Otra Juana de Arco.

Cobrar en el *Crédit Lyonnais* es una cosa complicada.

Trabajo en casa.

Voy por la noche a la *Pie qui chante*, y oigo una graciosa conferencia sobre la medicina. He aquí la verdadera extensión universitaria.

Diez céntimos más de propina al mozo del restaurant le tienen esclavizado.

Otro pensionado que parece tonto y estudia sociología, me ha dicho: «Es por eso que yo voy…, etcétera».

Un cobrador del autobús me ha dicho esta tarde al pasar por el Carrousel, que sobre el Arco del Triunfo debían poner un automóvil. Estas son las

plaisanteries que circulan de mano en mano como monedas de cobre. ¿A quién le habrá oído decir lo mismo, el majadero?

13 de diciembre. Miércoles

Visito el Panteón. No acabo de definirme la impresión que me produce la exiglesia. No puedo prescindir, cuando contemplo un monumento, de tener presente su destino. ¿Es este un vicio? La obra es grandiosa; cuando me he paseado una hora por sus naves, no he podido menos de preguntarme: ¿A qué viene todo esto? El primer efecto es de una iglesia vacía. Parece que no ha bastado un decreto del Gobierno para sustituir el culto antiguo por otro. Aquí, dentro de esta magnificencia, no se rinde culto a nada, a pesar del letrero del frontispicio. Pero esto debe ser una preocupación, porque al bajar de la cúpula, me ha convencido más el antiguo templo. De todos modos, esto no tiene prestigio. Es demasiado monumento para estar tan vacío. Y el pobre Juan Jacobo y Voltaire (*le philosophe prosateur*, como dice el guía) allá en lo hondo, un poco en ridículo. (¡Pero ese guía…!). Voltaire, cobijado por los muros en que está pintada la historia de la *Pucelle*.

He vuelto a Cluny.

Recibo la visita de García Martí. Voy a buscar a Lacoste, al otro extremo de París. No le encuentro en su casa. Me mojo y pierdo la tarde.

Por la noche voy al Petit Casino. No me ha divertido.

14 de diciembre. Jueves

Mal principio de día. He salido a las doce.

Cartas de España. Las tonterías veraniegas colean.

Visito el Museo Naval del Louvre; no me interesa ni pizca.

Aprovecho la tarde de sol para pasear. Compro unos libros.

García Martí me ha dicho: «¿Usted se encuentra bien solo?». No sé cómo decir a este chico que yo nunca me encuentro solo.

¿Quién será Eugénie?

Me encuentro al alemán y vamos juntos al café. Al parecer, este individuo tampoco está nunca solo. Mi vanidad me obliga a creer que es por razones diferentes.

15 de diciembre. Viernes

Conferencia de *Mr*. Vuilliard en el *Cercle du Luxembourg*, sobre las poesías religiosas de fray Luis de León. Conoce bien las obras de fray Luis y ha tratado el asunto con cariño, pero con pobreza de ideas y además de un modo incompleto.

Público de señoras devotas. He contado cinco que dormían.

Voy al consulado, pero ya habían cerrado.

La *brasserie* de la avenida Clichy. ¡Qué horror de *mademoiselle* Rétif!

Conferencia de la Société des Savants: Massaguier, *Crisis de la idea republicana*. Quiere una república donde puedan entrar todos los franceses reconciliados.

Su catolicismo.

Me inspira un profundo recelo esta monserga de «aprovechar todas las fuerzas morales útiles del país para trabajar en pro del bien común».

Los contradictores: el realista. Levita larga, *col-cravate* negro, barba clara, frente pálida, pelo lacio. Dice unas cuantas estupideces y nadie le hace caso. Otro de voz atiplada. Quiere saber los medios que hay para entenderse cuando se profesan ideas distintas.

El socialista.

Massaguier es buen polemista. Es verdad que sus contradictores eran unos porros.

Un rato en el Café de Cluny a leer los periódicos.

Las cosas que el ministro de las Colonias ha dicho en la Cámara a propósito de la mala administración francesa en el Congo. Así quiere tal vez consolar a los que se duelen de la cesión a Alemania de una parte de aquel país: ¡No sabíamos qué hacer con él! O quizá ha querido insinuar que por su inacción Francia se había incapacitado para conservarlo.

16 de diciembre. Sábado

Voy a la conferencia de *Mr*. Loysi en el *Collège de France*.

Envío a *La Correspondencia* un artículo: «El prestigio de las piedras negras».

Ya sé quién es Eugénie. También recibo carta de *mademoiselle* Rétif.

Voy al consulado. No se puede entrar allí sin ver algún cuadro triste. Hoy era un mozalbete, marmitón de oficio, que ha venido a ganar su comida en

París aderezando la de los demás. Ha dicho que lleva no sé cuántos días sin comer. Este contratiempo debe de ser mucho más doloroso para un marmitón. El escribiente, o lo que sea, le ha preguntado: «¿No has visto a las monjas?».

Voy a la facultad a la clase de Lelong.

Me encuentro con J. P. y mientras tomamos un *bock* me revela un secreto para hacemos millonarios.

Fracasa lo de la *avenue* de l'Opéra.

Por la noche voy a la Plaza de la Bastilla y comprendo que *mademoiselle* Rétif se ha enfadado. Menos mal si no escribe, para vengarse, un libro contra España. Café Métropole. Ejemplos de la confusión de clases.

17 de diciembre. Domingo

Día espléndido de sol.

Desagradable manera de pedir el aguinaldo: me despierta el cartero.

Voy por la tarde al *concierto espiritual* en la iglesia de la Sorbona. *El Mesías*, de Händel. Una gran cosa. El tenor desafina, y la soprano. Una gran contralto.

A mi lado hay un inglés que llora. Su amiga le contempla un poco sorprendida.

Hay señoras que hablan durante el concierto. ¡Ah!, si lo supiera Arteta.

He vuelto a casa a leer y a escribir un rato.

18 de diciembre. Lunes

Visito Saint Séverin. Bella iglesia.

Los exvotos por *succès d'examen*.

Voy a Saint Julien le Pauvre.

¡Sí que es pobre!

El sacristán razonador. El archimandrita.

Conferencia de *Mr*. Croisset.

Eugénie. El café de Belfort. La Porte d'Orléans.

Carta de Ramón[2]. No me da ninguna mala noticia.

Por la mañana una carta de *mademoiselle* Rétif, y por la noche una tarjeta; esto es insoportable.

He ido a los porches del Louvre por lo de la *rue* de la Prévoyance (!) sin resultado.

Museo y teatro Grévin. *Le passe-partout*. Los muñecos del museo. Las *catacumbas*. ¡Si vieran estas cosas en mi pueblo! «¡Lo que es la civilización!», dirían.

19 de diciembre. Martes

Voy por primera vez al museo del Luxemburgo. La escultura. Me contraría este amontonamiento de obras. Cuesta mucho más trabajo fijar la atención; esta no es manera de colocar las estatuas. El estado, protector y almacenista.

Impresión del cuadro de Sorolla. Los de Zuloaga. Una señora se detiene ante *El enano* y exclama: «*Pouf!, quelle horreur!*». Huye. Otro género de crítica: dos pintores jóvenes (o aspirantes a pintores) pasan ante el cuadro de Sorolla. «*Pché!* —dice uno—, *c'est un naturaliste*…».

Degas-Manet-Monet: reconstruir esta impresión. *La catedral de Rouen* y *La gare Saint Lazare*.

¡Cómo llueve! Al *Narciso* que hay a la entrada le *destila* la nariz.

Voy a buscar a Pujol al café Cluny y el joven no comparece.

Me voy a casa a leer.

Acudo a la *taverne* de la *rue* Royale y por fin conozco a Jeanine.

Por la noche voy a un *meeting* «antizarista» en *la rue* Danton. Este local es el hospital de los descontentos.

Casi todos los oradores franceses inscritos se han excusado de asistir. Me trago tres discursos en ruso. Esto es una defraudación.

Discurso de Grünewald, en alemán. Hablan cuatro franceses desconocidos para mí. El polaco me ha parecido el mismo que me presentó García Martí. Lo siento, pero me ha parecido un tontaina.

¡Cuánta rusa fea y mal alimentada! A los pueblos oprimidos hay que amarlos a distancia. Durante el *meeting* me han pedido (y a todos) cinco veces dinero.

Todos han reprobado el atentado contra la libertad *de la Persia*, y al final *hemos* dirigido un telegrama al Parlamento de aquel país haciéndole saber nuestra protesta. ¡Están salvados!

20 de diciembre. Miércoles

Voy a la Monnaie a cambiar unas monedas que no circulan. Después entro en el Louvre. Salas egipcias. Encuentro a mi antiguo amigo el Escriba *accroupi*.

Compro unos libros en las galerías del Odéon. Estas galerías son una tentación para los bibliómanos.

Acudo al café Belfort. Pongo en práctica lo que pensé anoche y me despido de Eugénie. He tenido la debilidad de inventar un pretexto.

Con la lluvia y las barracas de Navidad, las calles de París parecen de la jurisdicción de Francos Rodríguez.

Aplanamiento; disgusto. No quiero perder la línea recta.

Vuelvo a casa a leer.

21 de diciembre. Jueves

Comienzo a cumplir mis deberes oficiales y voy al curso de *Mr*. Colin. El tono de su voz, sus ademanes y su toga son igualmente ridículos. Las cosas que dice no tienen sustancia. Es un comentario parsimonioso del Código civil. El hombre cree haber hecho este descubrimiento: que las dificultades para entender la ley y aplicarla rectamente crecen a medida que se la examina más de cerca. También se permite sus chistes de vez en cuando y sus *punzantes* ironías, que los estudiantes subrayan con una discreta risa de adulación. Esta propensión a encajar ingeniosidades en los discursos, como una obligación ritual, empieza a cargarme. Al final de la lección, aplausos. El imponente bedel, con su collar, al lado del profesor. ¡Cuánto debe de saber este bedel!

He vuelto por la tarde al museo del Luxemburgo. He avanzado poco. Repaso las esculturas y descubro nuevas cosas en Rodin. Otra vez Manet y Monet.

Bonnat. El cardenal Lavigerie. ¿Es esta la *gran pintura*?

Entre las medallas expuestas hay una de tamaño colosal (por Chaplain) con los retratos de Lázaro Galdiano y de su mujer. ¡Ah! ¡Este Lázaro es un Médicis!

Vuelvo a casa. Tiempo infernal. Gran sesión de lectura.

Voy, con ese médico que habla a voces, a Pascal; un momento.

22 de diciembre. Viernes

He ido a la exposición de arte cristiano moderno, en el pabellón Marsan (Louvre). Pocas cosas bellas, aunque mucha erudición. Una *pasión* en madera tallada. Hay una capilla que parece una alcoba nupcial. Nada de España. ¿Por qué?

Doy un vistazo al Museo del Mobiliario. Esto es para más despacio. Veo a García Martí. Entre otras cosas, me dice que *Mr*. Ch. Gide no sabe quién es Azcárate.

Sigue el mal tiempo. Me encierro en casa y escribo un artículo. ¡Peligros de la soledad! Lo que escribo es malo, pero conozco mi vocación por el placer que me causa escribir.

Por la noche voy un rato a un *cine* junto a mi casa. Los parisienses no tienen esta graciosa palabra: *cine*. Vuelvo a casa a leer. Carta de *Jeanine*.

A propósito de ese estupendo aforismo de Hesíodo: era muy fácil ganar fama de sabio en la antigüedad, cuando todo estaba por decir, ¡hasta las tonterías!

23 de diciembre. Sábado

Día despejado, día de holganza. Nada de libros ni de conferencias. Paseo hasta la Plaza de la Bastilla y subo a la columna de Julio. Sigo hasta el puente de Austerlitz. Magnífica tarde. Vuelvo embarcado hasta la Concorde. Paseo por los Campos Elíseos y la *avenue* Gabriel. Voy a los bulevares. Espectáculo siempre vistoso. Compro en la *rue 4 Septembre* el *cadeau* para L. Vuelvo a casa. Conviene distraerse, pero no hasta el punto de equivocarse de autobús con un error aproximado de tres kilómetros.

Envío una felicitación de pascuas a L. Me encuentro a dos compatriotas y se empeñan en llevarme a un *concert;* deshacen mi plan.

Ocurrencias de *Mr*. Charles Benoist a propósito de España: Don Quijote y Sancho. ¿Están condenados los franceses de nuestros días a no entender nada de lo que se refiere a España? ¡Cuánta vulgaridad se le ha ocurrido a ese señor para regocijo de la Cámara! Compadezco a los que no pueden leer *El Quijote* en castellano y a les que, españoles o no, son incapaces de saborear los primores de la ejecución y el *acierto continuo*, la finura de pensamiento y de

forma. ¿Don Quijote, el ideal; Sancho, el sentido práctico…? ¿Cuándo se acabará esta canción?

24 de diciembre. Domingo

He ido por la tarde a las Vísperas en Notre-Dame. Bello espectáculo. Una iglesia gótica, un órgano y unos niños de coro forman un conjunto que está para siempre incorporado al número de las cosas bellas. He permanecido una hora sentado en la base de una columna, oyendo y viendo. Yo sé de qué especie son las emociones que estas escenas me producen y me deleito en ellas porque no las creo peligrosas. Sobre todo tan de tarde en tarde.

Si el culto católico desapareciera, los Gobiernos deberían subvencionar una catedral.

Culto al misterio de nuestra alma. Conviene no cegar ninguna fuente de sensibilidad.

Paseo un poco por las calles. Vuelvo a casa. Envío a *La Correspondencia* el artículo que escribí el otro día: «Crisis del Parlamento».

Gran junta de españoles; vamos a cenar reunidos porque es *Noël*. Asiste Jeannette.

Hemos estado después en Pascal y en la misa del gallo en Saint-Roch. No me ha entretenido.

Esta tarde en Notre-Dame he oído un sermón. Discreto y como para salir del paso. Muestra del estilo: hablaba de lo que debe ser un apóstol y comenzó: *D'abord, au sens étymologique du mot*… ¡Basta!

25 de diciembre. Lunes

Me levanto muy tarde. Emprendo una *excursion*, pero comienza a llover y me refugio en el Palais Royal.

Estatua de Camilo Desmoulins. Aquí era donde perorabas.

El *Víctor Hugo* de Rodin.

Ojeada al Museo Comercial. Vuelvo a casa a leer.

Por la noche voy al *Carillon*. Divertidísimo.

26 de diciembre. Martes

Visita a Saint-Germain des Prés.

Encuentro a Guijarro y le acompaño al Bon Marché.

Por la tarde voy al Louvre. Cerradas las salas de antigüedades. Veo otra vez los «Bronces Antiguos».

Entro en el Museo de Pinturas: *David*, y el *Bonaparte*, de Gros.

Visita detenida a los primitivos italianos. Siempre la mala luz. Fra Angélico y Chirlandajo.

En la Sala de Enrique II no se ven los cuadros. La ventana sobre el Carrousel: contemplación.

Entrevista con J. P, que me expone sus proyectos.

Vuelvo a casa a leer. Por la noche voy a los Noctámbulos. Estupidez de las «sombras napoleónicas». Ridícula lamentación patriotera sobre la vida del Emperador. No puedo imaginar el efecto que causarán estas cosas en un francés con sentido común.

27 de diciembre. Miércoles

Carta de Ramón con malas noticias.

Voy a Saint-Sulpice y visito la iglesia. Este género de arquitectura me deja frío. Una *Virgen*, de Pigalle. Buenos frescos.

En todas las iglesias me encuentro preparado un *servicio* fúnebre.

Por la tarde vuelvo al Louvre. Cerámica antigua; tanagra. Entro en la galería de pinturas. Prud'hon: *Psyché*.

Más cuadros de Gros. Los italianos.

Vuelvo a casa. Gran sesión con Pujol. Ceno con ellos y vamos a Métropole. Discusión sobre la pintura.

Estoy un poco pesaroso de haber hablado tanto y del compromiso que he contraído para mañana. Hoy ha sido un día poco fértil.

28 de diciembre. Jueves

Con Daniel Alarcón en el Louvre. Salas de Asiría y Persia. Los maravillosos relieves. El dibujo.

La estela del rey Mesa. Otras salas: los restos del templo de Apolo en Mileto. La columna estriada.

Una muchacha alta y morena en el *magasin* del Louvre.

Volvemos a Notre-Dame.

Gran sesión de *boulevard* al anochecer. Llovizna. El *camelot* de las tarjetas. Compra de un impermeable.

El batallón de las *midinettes* en la Plaza de la Ópera. Vuelvo a casa. El ascensor de la Place Saint-Michel (metro) guarda una sorpresa. Me inhibo desde el primer momento. Daniel también, pero admiramos. En la *rue* Saint Séverin nos hemos hablado. ¿Por qué he hablado yo? Datos para el estudio de un carácter: vanidoso y tímido. Daniel se va.

La cita es para mañana, Place Pigalle. Esperemos.

El café d'Harcourt. Vuelvo a casa a leer.

29 de diciembre. Viernes

Salgo temprano. Quiero ver el Instituto, pero no es día para ello. Voy al Quai d'Orsay a ver a Guijarro. No está. Vuelvo a casa.

Hermoso día, sin sol, pero sin agua. Pocas nubes. Una luz igual y suave. Un día para divagar. El jardín de las Tullerías. Perspectiva del Louvre. Los amigos de los pájaros. El monumento a Waldeck-Rousseau. Civismo.

Un banco donde me siento *porque quiero*. Esto tiene importancia. Aquí, solo, no veo ningún límite.

La *gasa* del Louvre. Este rato llena mis veinticuatro horas. Recorro todo el jardín. El monumento a Perrault.

Un recuerdo del misticismo de Robespierre. Este hombre que asoma entre andamios debe de ser Ferry.

Vuelvo a casa a leer.

Voy a la Place Pigalle. ¡Qué bien! Todavía me impaciento alguna vez. Ha venido y se llama *Lucienne*. Es rubia pajiza. Los ojos muy grandes, de un verde claro. Divino cuerpo. *On me dit que y que j'air l'air farouche*. Cena en la Taverne Alsacienne. El teatro Moderne. Revista: *Le boulevard tuot nu*. ¿Qué es un *journaliste*? Yo sé lo que me ha gustado esta mujer. ¿Se divertirá conmigo?

30 de diciembre. Sábado

Otro viaje inútil para pagar a Guijarro su visita. Entro en el Louvre. Salas susiana y caldea, piso alto. Los «arqueros» de Darío. Reliquias del palacio de Artajerjes.

Dos horas en la colección Campana, hasta que me harto de ver cacharros. Los sarcófagos etruscos. No sospechaba yo esto. En la sala caldea, la *Dama de Elche*.

Voy a los bulevares. Buena tarde. Vuelvo a casa y escribo un artículo. Visto desde cerca parece una obra maestra.

He reñido con *Mr*. Fabre, insigne peluquero. Es un hombre demasiado convencido de su importancia profesional.

Voy con Daniel a *Le Grelot*, Place Blanche. Un tipo inmenso en la mesa de enfrente. El espectador taciturno. ¡He ahí *nuestro hombre*!

La bronca callejera, artículo de París. Serenidad en el insulto. *Circulez!*

Los argentinos van a fundar un «hotel de conferenciantes» frente a su hotel de emigrantes.

31 de diciembre. Domingo

He perdido el día, no sé si como despedida del año que se va o como anuncio del que viene. Mala noche. Salgo tarde. Almuerzo con el alemán y Daniel y paseo con ellos. Vuelvo a casa. No sé cómo se han ido estas horas. Mando a *La Correspondencia* el artículo que escribí ayer: «El hospicio de los descontentos».

Por la noche voy a la Gaîté Rochechouart y veo una revista graciosa. Pero mi mal humor es hoy más *gracioso* que la revista misma.

Carta de Elorrieta en que habla de mis artículos atribuyéndolos a García Martí[3].

Carta de L. Comparo esta impresión con la que me produce la de aquí. Dos mujeres bien diferentes. ¡Qué obra perfecta si pudiera fundirlas en una! Dos caminos, dos vidas, dos hombres diferentes; tal vez ninguno de los dos laudable.

¿Y lo de aquí? ¿Voy yo mismo a echarme la cuerda al cuello? No acierto con la vena de la sinceridad; no sé lo que quiero. Estoy contrariado.

PARÍS: 1912

1 de enero. Lunes

Todos los museos están cerrados hoy, porque es el *día de mi santo*. Me engancha la partida española y perdemos el tiempo a uso madrileño.

Voy con Pujol a la Place de Passy. Paseo. La vuelta. Magnífico espectáculo al hacerse de noche. El himno de triunfo que canta París.

Escenas en el restaurant. Un señor que ha bebido; su mujer histérica. La mujer morena del rincón. Comentarios. Nos hacemos amigos a la salida. Cita en la Tour St. Michel. ¡Qué simpática y qué… *maternal*! La llevo en coche a su casa. Parece que se hacía otras cuentas.

El paso por la plaza de la Concordia.

2 de enero. Martes

Por la mañana gran sesión de Louvre. La pintura italiana. Después de repasar los primitivos, continúo la gran galería. Portentoso. El cuadro de Palma el Viejo, *Annonciation aux Bergers*, me ha dejado absorto. Todos los venecianos. El Tintoretto no destruye la impresión que ya me habían producido las obras suyas que he visto en España.

Mantegna: *San Sebastián*.

Por la tarde me encuentro a Raymonde. Leemos la primera carta del caballero de la Tenaza.

Voy al *Crédit Lyonnais* y no me pagan.

Vuelvo a casa a leer. Excursión a la Place Pigalle. En balde.

Después de comer me encierro en casa. Cartas de Vicario y de Besteiro. Leo.

3 de enero. Miércoles

De mañana voy al Louvre. Acabo de ver las escuelas italianas. Un rato a Murillo.

Visito las salas de Morgan y de la Mastaba. Los relieves en color. La cacería, de Cosroes.

Voy al Crédit y por fin me pagan.

Visito el Museo de *madame* Cahen, en el Instituto de Francia. Ningún interés. Un cuadro. Envíos de Roma, medianos y mal colocados.

Compro unos libros en el Quai Conti. Vuelvo a casa.

Carta de P. Disgusto consiguiente. Al parecer nunca me desprenderé de esta cruz. Pero ¿no tengo yo razón? Ahora estoy pagando el error de un momento. No quise ser sincero entonces conmigo mismo ni examinar los verdaderos móviles. ¿Cómo seré yo? La costra de indiferencia con que quiero defenderme contra estas preocupaciones, ¿es monstruosa, o no llega a la medida corriente y soy más imaginativo y preocupado que la mayoría de los hombres? Después de todo, ¿qué me importa la manera de ser de los demás?

Para disipar mi mal humor he ido a reunirme con los españoles. Conversación tirada, hasta las dos.

4 de enero. Jueves

Hoy no ha sido un día muy provechoso. Salir tarde, comprar unos libros en las galerías del Odéon y ver a Rousseau, el editor de Saleilles. Rousseau tira la sonda. Creerá que he venido de la Turena. Yo me hago de piedra. Escribo a casa. Carta de Saleilles. Me parece que no haremos nada.

Raymonde; no aparece. Se ha convencido.

A leer, en casa.

5 de enero. Viernes

Con un tiempo horrible he ido al Petit Palais. Veo las esculturas, que no tienen mucho que ver.

Las medallas.

Comienzo a ver la galería de pintura. Ziem y Henner.

Hay un retrato de *madame* Récamier: comparación con el de David.

La *Égloga*.

Se hace tarde. Quedo en volver.

En casa. Escribo unas cartas. Quiero asistir a la inauguración del curso de Bergson. Imposible entrar. La gente llena hasta los pasillos. Contrariedad.

Voy al *magasin* del Louvre.

Después en la *gare* Saint Lazare. ¡Qué desorden! El material de los trenes es como el de las *carretas*, en España. En el «metro» hasta Raspail. *L'amour voyage*…

No conviene ir tarde al restaurant. Vuelvo a casa temprano. Lectura.

Los días comienzan a confundirse unos con otros.

6 de enero. Sábado

Me despierta Pujol, que viene a despedirse. Va a España. Llueve a mares y no salgo hasta muy tarde.

Voy a la conferencia de *Mr*. Bergson en el *Collège de France*, sobre la *Ética*, de Spinoza. Hoy he podido encontrar sitio. El tipo del profesor. Tiene la manera de todos, pero con más rigor y precisión en las ideas y en la forma de exponer que ninguno.

Vuelvo a casa a leer.

Voy a Raspail y me prometo que será la última vez.

Hoy me encuentro torpe y de mal humor: no me interesan los libros ni tengo deseos de ir a ninguna parte. Me encierro en casa. ¡Fastidiémonos a solas!

Cada vez que vuelvo a mi cauce normal, pienso con más afección en L.; o mejor, paro en esto la imaginación sin darme cuenta. Luego todo pasa, porque *la razón* me obliga a ahuyentar lo que se le antoja una debilidad. ¡Qué enredo! Y ninguna solución en absoluto tranquilizadora; ¡ni aun la que parecería más egoísta! O es que la más egoísta sería la más *criminal*. ¡Qué palabrota! ¡Y a propósito de qué, señor…! Sin embargo, ponte en su caso y verás.

7 de enero. Domingo

Intento visitar la Escuela de Bellas Artes y está cerrada. ¡Ya no se puede tener fe ni en Baedeker! Voy al Louvre y visito la colección Chauchard.

Corot-Millet-Meissonnier.

Hoy paréceme que *he llegado a un acuerdo* con Corot. Esta manera de sentir el paisaje es la mía. El campo es grande, abrumador, y está solo. La

pobre pincelada humana: ¿qué hace ese pastor, qué hace ese barquero? Infeliz criatura. Toda esa alma *pesa* sobre tus hombros.

La *Venecia*, de Ziem.

Comparo los paisajes de Corot con los de Rousseau. En este, los árboles *están más parecidos*, pero…

Si Corot *es* lo que yo siento de él, debe de tener muchos falsos admiradores.

Viendo los cuadros de Meissonnier, dice uno ¡*bien*!, o ¡*muy bien*!, pero nos deja como estábamos.

Henner y la *Liseuse*.

Los cuadros de Millet o están oscurecidos o la luz les da mal.

De paso en las salas pequeñas, holandesas y flamencas. Los holandeses, cuando se ponen a retratar, son admirables; fuera de esto, me agradan poco. Y Van Ostade, que retrata a su familia, sin olvidar la cama, ¡para que se sepa de dónde ha salido tanta gente!

Van Eyck y Memling. ¡Veremos otro día!

He vuelto a casa y trazo el plan del «Miedo del rico» y emborrono unas cuartillas. Por la noche voy al Châtelet. *La course aux dollars*. ¡Bailes, procesiones, volcanes en erupción, batalla naval, incendio de bosques…!

Al salir del Louvre, esta tarde, he contado en la puerta Denain catorce automóviles particulares.

8 de enero. Lunes

En el termómetro del bulevard un grado sobre cero a las once de la mañana. Pero no sopla *el viento de la sierra*.

Visito las Arenas de Lutecia, *rue* de Navarre.

Rué Monge. Estatua de Louis Blanc. Un rincón del viejo París: la *rue* Mouffetard, la calle «del puchero de hierro», de «la espada de madera», y el *marché des patriarches*. Este pasaje, pintoresco y sucio.

Entro en San Medardo. Cuando salgo, un cadáver a hombros de cuatro individuos con sombreros de copa de hule. ¡No podía faltar!

La *avenue* des Gobelins.

Voy a la conferencia de Pierre Janet. Me ha interesado. El *descubrimiento* de la obediencia y del mando. La esclavitud, revolución progresiva. La palabra hablada. Pocos hombres sabían hablar. La *frase*. La escritura.

El chiste inevitable: las señoras que se quejan de sus criados tienen una enfermedad mental; han perdido la facultad de hacerse obedecer. Extraordinarios aplausos.

Por la tarde, conferencia de A. Croisset. Vuelvo a casa a escribir unas cartas. Con Daniel[4], en el café d'Harcourt.

9 de enero. Martes

Voy por la mañana al Luxemburgo. Otra visita a Monet.

En el cuadro de Zuloaga el cielo es una cortina colocada detrás de los personajes. Puvis de Chavannes no es mi pintor.

Más cuadros de Henner. Un *Idilio*.

Una comparación a establecer entre B. Constant, Carolus-Durand y Bonnat.

¿Qué diremos de Henri Martin? Esta pintura no me dice nada.

Por la tarde visito el Instituto de Francia. En la Secretaría hay, sobre una caja de cartón, escritas estas palabras: *Vertu-Eloquence-Poésie*. Tuve intención de quitarme el sombrero.

La sala de sesiones de las Academias y la de la Academia Francesa. El otro visitante, francés, exclama: *C'est imposant, dans sa simplicité*…!, y luego: *Tous ces messieurs sont des illustrés*…!

La sala de la Academia Francesa, recinto sagrado.

El gran salón, *sous la coupole*. Todo esto es feo y pobre. El *poteau* del recipiendario.

Vuelvo a casa y se me va la tarde en escribir unas cartas. Voy después hasta la Plaza de la Ópera. Ceno con el capitán y con el médico y vamos al café d'Harcourt, donde Daniel nos cuenta sus aventuras.

Vuelvo a casa a leer. Me encuentro una tarjeta de L., que me felicita porque mañana es mi cumpleaños. ¡Oh, corazón vigilante!

10 de enero. Miércoles

Por la mañana he visitado la Sainte Chapelle, en el Palais. Es, de verdad, una joya. Después he entrado en el Palais, y asisto a una audiencia. Hay más libertad de maneras que en los tribunales de España.

Por la tarde voy a la conferencia de *Mr*. Aulard, sobre la Convención.

Vuelvo a casa a leer. Voy por la noche a la *rue* Danton, a oír a Jaurès: *La défense de l'armée nouvelle*. Me ha recordado un poco a Costa; pero Costa era mejor orador. Jaurès habla con cierta lentitud que fatiga, *estirando* las palabras, y en un tono declamatorio continuo; no tiene matices. Su voz me parte la cabeza. No sé si será siempre así. El ejército que quiere Jaurès está muy bien, ¡como que no es ejército! Pero tiene que implantarlo antes Alemania, si no… Jaurès conoce esto y dice que la transformación del ejército francés *obligaría* a Alemania a una variación igual. La prueba sería arriesgada. Una división de las de ahora daría buena cuenta del *ejército civil*. Mientras pueda haber guerra yo creo que es inevitable un instrumento lo más eficaz y lo más rápido posible para los fines de destrucción, y que si llegásemos a suprimir los actuales ejércitos reemplazándolos por *milicias defensivas*, el ejército profesional y especial *renacería* en cuanto se abriese una campaña, por muy defensiva que fuese; y tendería a perfeccionarse para sus propios fines.

Un día vamos a decir: como no pueden suprimirse los acorazados, ¡hagámoslos de cartón!

Coraceros y guardas republicanos en el Châtelet, al anochecer.

He estado con Daniel en d'Harcourt y vuelvo a casa a leer y a acostarme.

11 de enero. Jueves

Por la mañana voy a Saint-Germain l'Auxerrois. La escuela catequista de niñas. El cura: *C'est difficile, ça*.

El carillón.

Entro en el Louvre. Los ingleses. *Constable*. El retrato del capitán Hay, por Raebum, frente a Goya.

¡Qué extraño hombre es Durero!

Un retrato de mujer.

Jordaens y Rubens. El color de fuego. Entro después en las salas francesas. Los primitivos. Hay que seguir el rastro a esta escuela franco-española. El retrato de Carlos VII, rey de Francia. Llego hasta Le Sueur.

Vuelvo a mi barrio. Parece que el Sena quiere desbordarse.

Por la tarde, conferencia de *Mr*. Andler, *Geografía intelectual de Alemania*.

Más me ha gustado mi vecina, también alemana. Compro unos libros. En casa, escribo y leo.

Daniel me cuenta su historia de ayer. D'Harcourt. Una mujer que espera. El perrito. Ya está ahí. Se colocan cerca de mi mesa; creerán que me hacen rabiar.

En casa temprano a leer.

12 de enero. Viernes

Voy por la mañana al Luxemburgo y acabo de pasar revista a las pinturas. Todo lo que he visto hoy no me ha llegado. Otra vez será.

Las galerías del Odéon. Compro un libro. Vuelvo a casa y leo un rato. Voy a la conferencia de *Mr*. Bergson. Enorme aglomeración. Batalla por entrar. Encuentro allí a García Martí. En la sala, de bote en bote, dos señores se levantan airados y se dan unos cuantos mojicones. Después se sientan, como antes, uno al lado del otro y se disponen a oír al profesor. Una oyente a quien no veo la cara, eso que está junto a mí.

Voy al correo. Después Place de l'Opéra. La estación del metro. Jeannette; ¿otra Jeannette? Va a la *rue* Saint-Martin, junto al *impasse* Clairvaux.

Por la noche, un momento al café Cluny, a leer los periódicos. Tienen que leer estos días. La caída de Caillaux en un pozo negro. ¿Quién es peor?

Vuelvo a casa temprano a leer.

13 de enero. Sábado

De mañana conferencia de *Mr*. Loisy. Día de sol. Lo aprovecho para una excursión. Voy hasta la Porte d'Orléans. Sigo las fortificaciones. El parque de Montsouris. El estanque y los cisnes. Llego hasta la Porte d'Italie. Vuelvo en el metro hasta Saint-Michel. Sobre la plaza un dirigible; el sol en la tela. En casa me encuentro a Guijarro.

Clase de *Mr*. Lelong. Al final le hablo de mis proyectos y promete ayudarme. Parece que se ha puesto muy contento.

Salimos tan tarde que he llegado a la Place de l'Opéra con diez minutos de retraso. Viaje inútil.

Un momento en Cluny (café) donde me encuentro al médico. Vuelvo a casa a leer.

Carta de J. P. Ya no puedo ser de la partida. Está visto que nunca degeneraré en millonario.

¡Qué depresión, hoy! Así se van los días y yo con ellos.

14 de enero. Domingo

Amanece un buen día. Estoy contento, tal vez porque he dormido bien. Voy al Louvre. Salas francesas; siglos XVIII y XIX. La sala de retratos.

Boucher, Fragonard, Greuze… todo esto sigue siendo extraño a mí. En la sala del siglo XIX vuelvo a encontrar a Corot. *Castelgandolfo*. Aquel pastor.

La gran *Olympia*. Prim, en lo alto de una puerta no se deja ver bien.

No acabo de *explicarme* con Millet. El *Baño turco*, de Ingres, en la sala de retratos. Ensueño de un colegial o el esportillo de carne fresca.

Daubigny: *La primavera*.

Queda para más días.

El sol hace brillar las piedras. Esa gasa blanca y azul. Qué dulce alegría. Los pescadores de caña en el Sena crecido.

Veo al capitán por la tarde y vuelvo a casa. Gran sesión de lectura hasta la hora de comer. Me visita García Martí y hablamos de España. Me parece que no siente como yo la decadencia ni la atribuye a las mismas causas.

Francia nos aventaja por su situación y por su suelo privilegiados. Pero no creo que sea la suya una raza mejor dotada. ¿Y el trabajo? En España se trabaja menos. ¿Tan poco como parece? No se puede medir solo por los resultados. El esfuerzo rinde menos. ¿Por qué? Hay que pensar si el hábito y el amor al trabajo se pierden por la inutilidad del esfuerzo.

¿A qué llama Martí una *edad espiritual*? Cuando nos encontremos en otra dice que tal vez seamos de nuevo *grandes*. Mejor será decir, cuando tengamos otra vez espíritu. Por ahí habría que empezar: la reconstrucción moral.

Daniel y yo vamos, en calidad de forasteros, al Cabaret du Néant. Dudoso gusto. Entramos en la Lune Rousse; nos hacen reír mucho.

15 de enero. Lunes

Me levanto temprano. Día de frío. Conferencia de Loisy. El profesor se frota las manos.

Voy al consulado. Después de la conferencia de A. Croisset. Creo que es la mejor que le he oído.

Asisto a la inauguración del curso de Morel Fatio sobre Historiografía de C. V. Nunca me había yo imaginado así a Morel Fatio. ¡Las cosas que ha dicho del señor Laiglesia! Esto me interesa desde el primer día.

Después de comer encuentro al alemán en el café Cluny. Las noticias que leo sobre la salida y la entrada de Canalejas me dejan asombrado. ¡Siempre por los aires! Vuelvo a casa a leer; término pacífico de una jornada mansa.

16 de enero. Martes

Salgo tarde a la calle. Voy al Louvre. Entro en la sala de pintura francesa del siglo XVII. Todo esto es frío o dulzón. Un cuadro de Poussin: *La inspiración del poeta*. Retratos por Largillière y Lefèvre.

Apenas alcanzo a ver las *Batallas* de Le Brun. Los asuntos religiosos de Le Sueur; compararlos con la manera de tratar los mismos temas los pintores españoles e italianos.

Los retratos de Felipe de Champaigne.

Visito las salas del Mobiliario. Ojeada a los dibujos, a la colección Thiers, marfiles, etcétera. Hay que volver.

En casa. Escribo unas cartas. Voy por la noche al *boulevard* Port Royal y trabo conocimiento con *Mr*. C. Noury. Cómo son los ingenieros de las *culturas* tropicales. Vuelvo a casa a leer.

La Revolución, época clásica por excelencia.

17 de enero. Miércoles

Ha vuelto el mal tiempo. Salgo para ir a la facultad, pero llego tarde. Dedico todo el día a la lectura, después de oír la conferencia de Aulard. Viene a verme J. M. Paréceme que este chico se aficiona a que yo le predique. Se me figura que me está *estudiando*; creo también que le sorprende la diferencia entre lo que tal vez sospechaba y lo que encuentra. No puedo explicarme de otro modo su creciente asiduidad.

Por la noche voy con Daniel a la Taveme du Panthéon y después hacemos tertulia en su hotel. Un francés *chauvin* que desea la guerra con Alemania. El

italiano. La *demoiselle* de Monaco, fea, doctora y *sedienta* de amor. Habla de *su príncipe* con adoración. Cita los economistas alemanes y sabe quién asesinó al pintor Steinheil. Vuelvo a casa. No me escriben. Ya creo que no tengo que hacer *amende honorable*. La idea de conducirme como un *buen chico* y consultar el semblante de los demás para tenerlos contentos a mi costa (intereses o inclinaciones) no me seduce. Tienen que dejarme o tomarme como soy, con mis cualidades y mis defectos. Yo he sido siempre tan sabio como el que más para juzgar las acciones ajenas, en frío y después de saber el resultado. Pero eso no tiene gracia; la cuestión es llevar el timón *a través* de los sentimientos propios.

La otra pobre… ¿por qué pobre? A veces creo que esto no tiene importancia; a veces creo que es una picardía; una picardía de la que yo mismo he podido o puedo aún ser la víctima. He aquí la razón última de mi conducta. Tengo el presentimiento de que me arrepentiría pasado mañana. Hay razones serias para que a mí no me parezca bien; a mi *entourage* le parecería igualmente un desacierto. ¡Oh, de seguro no me *envidiarían*!, porque el público juzga las apariencias. ¿Cuál de estas dos clases de consideraciones pesa más en mí? ¡No lo sé! ¿Son de igual valor? Tal vez; también las preocupaciones que nos infunde el mundo son parte de nuestra vida y cuando contentamos a los demás nos contentamos (satisfaciendo esa preocupación) a nosotros mismos.

18 de enero. Jueves

De mañana voy un momento a la Sociedad de Conferencias, *boulevard* Saint-Germain, a informarme, y después a la *rue* Racine. Conferencia de Pierre Janet. Me interesan mucho las cosas que dice este hombre.

Dedico toda la tarde a la lectura.

Por la noche voy a casa de *Mr*. Noury y después a la *reunión* de la *demoiselle* abogada. Vuelvo a casa tarde.

La escritura: lucha de la inteligencia contra el tiempo.

El lenguaje del gesto y el de los sordomudos. Lévy-Brühl; Leroy; Ribot.

19 de enero. Viernes

Día de sol. Salgo tarde a la calle. Con Daniel, gran paseo. Llegamos a los Inválidos; entramos en la iglesia; y después en el *gran tabernáculo*. Un rayo de sol poniente, a través de la vidriera, sobre la tumba de Napoleón. Vamos hasta el campo de Marte y plaza del Trocadéro. El regreso. Entramos en el Printemps y en las Galeries Lafayette.

Por la noche, sesión en la casa de Daniel. Siempre la monegasca. Tengo que hablar de España.

Vuelvo a casa a divertirme con mi neuralgia.

20 de enero. Sábado

Me levanto temprano. Voy al curso de Morel Fatio. Las conferencias de este señor empiezan a parecerme hechas para *aficionados* franceses. Esperemos.

Por la tarde en el Louvre. Otro vistazo al mobiliario y visito despacio los dibujos.

La sala de marfil.

La colección Rotschild. Cosas de España. *La Virgen y el Niño*, de Ducio.

Quentin Latour. Isabey.

Voy a clase con *Mr*. Lelong. Somos ocho. Apenas si hay un rostro inteligente. Pero esto es demasiado; ¿qué impresión causaré yo en los otros? ¡Si juzgan por mi manera de descifrar los documentos…!

Por la noche voy a casa de *Mr*. Noury. Después, encuentro a Daniel en su fonda y vamos a la T. del Panteón. Le dejo allí.

El español es un hombre escarmentado de todo, menos de sí mismo.

21 de enero. Domingo

Carta de Joaquín, contándome sus aventuras.

Voy por la mañana al Louvre. Paso un rato en la colección La Caze. Después subo a la sala de pintura del siglo XIX; románticos, Segundo Imperio.

Por la tarde, en casa, quiero escribir y no puedo. Cada día sé peor el oficio. Salgo a dar mi paseo. Entro en la iglesia de Saint-Germain, ya de noche. Como con el médico. Encuentro a Daniel. Voy al café Cluny y luego a casa. Escribo un poco y leo.

22 de enero. Lunes

Mal día: enfriamiento, fiebre, gripe. Salgo a almorzar. Me decido a ir a la Sorbona, conferencia de Croisset.

O Croisset o yo, no estamos hoy para ello. Voy a la clase de Morel Fatio. Hoy ha estado mejor. Justas observaciones sobre Guevara.

Vuelvo a casa y leo; por la noche voy un rato a casa de Daniel Alarcón. Y luego a la mía. Llueve.

23 de enero. Martes

Levantarse tarde. Todavía la flojera de ayer. Salgo a almorzar y vuelvo pronto a casa. Escribo y leo. Ceno con el capitán y con Daniel. Voy a casa de Noury. Luego con Daniel a la T. del Panteón. Los italianos. La tertulia. Una sugestión que luego me pesa.

24 de enero. Miércoles

He pasado mala noche. También hoy salgo muy tarde. Paseo después de almorzar, por los muelles hasta la *gare* d'Austerlitz. Cruzo por el *Jardin des Plantes*. Vuelvo a casa. Escribo. Voy a la Biblioteca de Santa Genoveva; un momento, porque no me sirven.

Ceno solo. Voy a casa de M. Luego a la tertulia de la monegasca. En casa.

25 de enero. Jueves

Paso toda la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva.

Después de almorzar voy a la conferencia de Pierre Janet. Es muy ingenioso este señor. Vuelvo a casa y termino un artículo para *La Correspondencia*; lo envío. «Las letras: su templo y su culto».

Doy un paseo antes de comer, por la calle de Rivoli.

Por la noche voy con Daniel a la Taverna Lorraine. Vuelvo a casa y leo un poco.

26 de enero. Viernes

Por la mañana y durante *l'après-midi* estoy en la Biblioteca de Santa Genoveva. Es desagradable que cierren a las tres. He recordado la desenfrenada libertad de la biblioteca del Ateneo.

El día está de color de plomo.

Para tener sitio en la conferencia de Bergson he tenido que apechugar con la de Leroy-Beaulieu. Me parece que no me cogen en otra.

Vuelvo a casa a leer. Carta de Vicario. Después de comer voy a casa de C. N. y luego a la tertulia de la monegasca. Me retiro temprano y leo un rato. Los días se suceden y se parecen.

27 de enero. Sábado

Salgo de mañana para ir a la conferencia de Morel Fatio. Día despejado, de mucho frío; el viento sale de la misma caja que el de Madrid. Es un día *castizo*.

Morel Fatio nos habla largamente de Ginés de Sepúlveda. La verdad es que todo esto ha podido decirlo en quince minutos.

Después de almorzar voy a Santa Genoveva. Cuando nos echan me refugio en el Colegio de Francia y oigo la primera conferencia de A. Franck sobre *El pensamiento independiente en el siglo XVI*.

Un rato en casa. Carta del procurador, aquello de Alcalá no anda.

Voy a la clase de Lelong, en la facultad.

Ceno con D. y T. Después vuelvo a la biblioteca. A la salida voy con Daniel a la T. del Panteón. Luego a su hotel y por fin al mío, a leer.

28 de enero. Domingo

Un día de frío, como ayer. Salgo tarde. Voy después de almorzar a visitar la Escuela de Bellas Artes. El *château* de Diana de Poitiers. Reproducciones.

El patio del *mûrier* tiene mucho carácter; los claustros, el árbol desnudo, el boj, el estanque y la fuente. El sol. Estoy un gran rato solo.

Otras salas: más reproducciones.

El *Anfiteatro,* de Delaroche, y el *Romulus vencedor,* de Ingres.

Después he ido a visitar la exposición de avicultura en el Grand Palais. Mucha gente, muchas gallinas y muchos conejos. El público contemplaba los

animalitos expuestos y se reía. En cambio, los protagonistas del certamen parecía que nos despreciaban. Quisiera yo ver a algunos seres humanos metidos en una jaula y con una tarjeta al cuello. ¿Harían papel más lucido que estos pavos? El mirlo blanco.

Vuelvo a casa con los primeros ataques de la jaqueca, gracias al frío. Leo hasta la hora de comer.

Después estoy de tertulia en casa de Daniel. Me retiro pronto. Ni siquiera puedo abrir los ojos.

29 de enero. Lunes

Salgo a la hora de almorzar y paso toda la tarde en la Biblioteca de Santa Genoveva. Después voy a la conferencia de Fatio. ¡Qué fuerza tienen estas cosas españolas tan bellas! Aunque *Mr*. Fatio no es lo que llamamos un artista.

El caso de los hermanos Juan y Alfonso Díaz. Acuña. Ronquillo.

La descripción de Valencia por Ginés de Sepúlveda.

Vuelvo a casa. Escribo unas cartas y leo. Después de comer voy, por no variar, a casa de M. y a la tertulia de la monegasca. En casa y a dormir.

30 y 31 de enero. Martes y miércoles

En estos dos días la misma vida de siempre. Grandes estadas en Santa Genoveva. Cada pedido de libros cuesta media hora de paciente espera.

He ido al Louvre a ver la galería Mollien, reorganizada. Mosaicos bizantinos; reproducciones. *La victoria de Brescia*.

He visitado también las salas de Rubens, Van Dyck y Rembrandt. El retrato de Carlos I de Inglaterra. Moneada, generalísimo de las tropas españolas.

Después de vagar por las librerías y defenderme contra la tentación, acabo siempre por comprar lo que menos me gusta. He vuelto a la conferencia de Lefranc. Arte de no decir nada durante una hora.

Se acaba el mes… y el cuaderno.

1 de febrero. Jueves

Por la mañana en Santa Genoveva. Voy después de almorzar a la conferencia de Pierre Janet. Vuelvo a casa y dedico la tarde a escribir.

Por la noche, de tertulia con Daniel y *mademoiselle* Charlotte; me ha asaltado de pronto un despego, una fatiga y un horror por todo esto, que he tomado la puerta dejándolos con la palabra en la boca. No sé lo que podrá ser. Me he encerrado en casa y he estado leyendo cuatro horas. Esto es insufrible. Vuelvo al vicio antiguo de roer papel, como si mi destino fuese devorar medio millón de volúmenes.

Me parece que, sin querer, me he reducido demasiado.

2 de febrero. Viernes

He estado en Santa Genoveva. A media tarde voy hasta el final de la Saint-Jacques, local de la Schola Cantorum; adquiero mi localidad y vuelvo a casa. Escribo y leo. En la calle hace un frío vivísimo.

Después de comer voy a la sala Gaveau, al concierto de la Schola. Oímos íntegro el *Freischütz*. Dirigía D'Indy. Desde que le vi dirigir en Madrid, hace ya años, se le ha puesto la cabeza casi blanca.

Vuelvo a casa. La noche es terrible. Cielo despejado. Luna clara. El viento trae nieve en sus remolinos. Algunos rincones y las aristas del pavimento blanquean. Hoy era la Candelaria.

3 de febrero. Sábado

Cuando he salido esta mañana, a las nueve y media, el termómetro de la esquina marcaba siete grados bajo cero. Fui a la conferencia de Morel Fatio; estábamos cuatro.

Después de almorzar he ido a Santa Genoveva; luego a la conferencia de Lefranc, que sigue pareciéndome muy mediano. Vuelvo a casa a hacer tiempo y me dirijo después a sufrir un rato a *Mr.* Lelong y sus granizadas bibliográficas. Quiere hacerme un chiste y no le resulta porque no le entiendo.

Por la noche voy otra vez a la biblioteca y luego a la tertulia de la monegasca. Cuando vuelvo a casa la noche es espléndida, pero, infelices los que no tengan abrigo.

4 de febrero. Domingo

Por la mañana voy al Louvre a la exposición de estampas japonesas. Utamaro. Lacas del Japón y China. La historia de Kinkadi (?), Hércules del Japón. Un prodigio de gracia. Los dibujos en negro.

Paso a la exposición de dibujo de Urrabieta Vierge. Las ilustraciones al *Quijote*. Hay tipos españoles muy bien entendidos. Sancho, en general, es un acierto. Se ha limitado a copiar un labriego manchego y eso ha sido bastante. Con don Quijote mismo se me figura que ha estado menos feliz.

Doy un vistazo a algunas salas del Museo de Artes Decorativas.

Después de almorzar, ya tarde, me refugio en casa, huyendo del frío, y paso la tarde en escribir.

Después hago una visita a García Martí y salgo. Cena. Café Cluny. Tertulia con los Issastel. A casa.

5 de febrero. Lunes

Salgo un poco tarde. Voy después de almorzar a la biblioteca y después a la conferencia de Croisset. Prometeo.

Conferencia de Fatio. Nos habla de Pero Mejía. Al salir un oyente, que también va al curso de Lelong, me dispara unas cuantas frases hechas sobre el siglo XVI español.

Vuelvo a casa y leo.

Por la noche voy a casa de P. N. y luego a casa de Daniel. Vuelvo a la mía.

6 de febrero. Martes

Paso la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva.

Después de almorzar voy al Crédito Lionés, de los bulevares. Regreso y voy al Odéon. Compro un libro. No encuentro localidad para la noche.

En casa; escribo un artículo.

Después de comer voy con Daniel al concierto Touche, *boulevard* Strasbourg. Una vieja que se duerme y un viejo que se parece a Giner son los más entusiastas.

Regresamos a pie. Hay tanto barro como en la Puerta de Atocha.

7 de febrero. Miércoles

Después de estar en la biblioteca por la mañana, he ido de paseo hasta los grandes bulevares. Bella tarde. En cuanto asoma un poco el sol ya cree uno ver llegar la primavera. Este mes de febrero no es como aquellos de Madrid, con aquel sol de la Moncloa.

Se me ha ocurrido comprar los periódicos de España. Los mismos que hace dos años rasgaron sus vestiduras por la aprobación de la ley de Escuadra, dedican hoy larguísimas columnas al relato de la botadura de un barco. Quieren hacer de esto un feliz suceso nacional; tal vez buscan un motivo para soltar dentro de poco el chorro de la prosa patriotera, los párrafos de vieja histérica con que se adorna nuestra gran prensa. La insensatez de ayer, ramplonería de hoy, necedad de mañana.

He comprado también el primer número de *La Tribuna*. Mesa cree que los artículos de fondo pueden escribirse contrahaciendo la prosa del señor de Batres, verbigracia; me parece que no es eso.

Tovar quiere comprar un coto de millón y medio para divertir al rey. Y a Tovar, ¿no hay quién le divierta? ¡Sí! Mi amigo Federico, de Daganzo.

Sensatas palabras de Alfonso XIII a propósito del periodismo. ¡Este Capeto discurre como un socio de la Gran Peña! *Le Gaulois* le parece un periódico de terrible oposición, pero que en las cuestiones *nacionales* apoya al Gobierno. Todo esto lo va a realizar en Madrid el señor Milá, barnizado por Mesa.

Otra idea: el rey dice que los catalanes son *nuestros productores*. Entonces, el resto de España, ¿qué hace?

He vuelto a casa; leo un poco y escribo. Mando a *La Correspondencia* el artículo «Palabras y plumas». Mejor podía estar.

Después de comer voy a casa de Noury, y luego un rato *chez* Issastel.

8 de febrero. Jueves

Un día templado, con chubascos de primavera y sol.

Lo de siempre: biblioteca y conferencias. Hoy me ha tocado Janet. He pasado la tarde en casa porque tengo un pie lisiado. ¿Será de tanto leer? Escribo unas cartas.

Me retiro temprano, después de comer.

La estrella que da nombre a España.

9 de febrero. Viernes

Después de perder la mañana en la biblioteca he ido hacia el Grand Palais, con ánimo de ver un salón de pintura. He gastado tanto tiempo en revolver los libros de los muelles y tomar el sol que se me ha hecho tarde. Los hombres pescando en el Sena y la muchachita rubia que los contempla. Yo contemplo a los pescadores y a la muchacha.

Visto desde el puente Alejandro III: un cielo anubarrado; chorros de sol; el río verde. Un aire tibio. El hombre que trabaja en los muelles es cogido por una vagoneta. ¡Ay!, ¡ay! Cómo corren. La grúa vuelve también su brazo rápidamente hacia el herido.

Paso un gran rato sentado en los Campos Elíseos. Un chiquillo que toma confianza.

Por la *rue* Royale. Dos aeroplanos sobre la Magdalena. No sé qué aire de novedad tenían hoy los bulevares. Más despejados, más claros, rientes, más elegantes. Es el tiempo. Comparar su aspecto de hoy con los anocheceres de fin de noviembre.

Desde una cervecería de la Place Saint-Michel he visto los últimos rayos del sol sobre Notre-Dame.

En casa. Escribo a L. ¡Cuántas bobadas le digo! Es difícil sostenerse así.

Después de comer me veo con M. y luego con Daniel y su comparsa. Vuelvo a casa y leo un poco.

10 de febrero. Sábado

Voy por la mañana a la clase de Fatio en el *Collège de France*. Después de almorzar voy hasta los Inválidos con ánimo de ver el museo. Está cerrado. Doy una vuelta por el patio y entro otra vez en *le Dôme*.

Vuelvo a mi barrio. Voy a la Sorbona y entro por primera vez en el curso de Fatio en la Escuela de Estudios Superiores. Parece que están a caza de alumnos, según le instan a uno para que se inscriba. Veremos lo que es esto. Estudian a Garcilaso. Hoy no han hecho más que traducir algunos fragmentos al francés.

Después he ido al curso de Lelong. Esto marcha. Hoy éramos trece. Pero en cuanto hemos llegado a la paleografía la mitad ha huido.

Por la noche, un momento en Santa Genoveva; tertulia en el hotel de Daniel y después a mi casa.

11 de febrero. Domingo

Paso la mañana en mi casa y escribo unas cartas.

Después de almorzar voy al Odéon a ver *Le Bourgeois Gentilhomme*. He pasado una gran tarde. La música de Lulli es deliciosa.

He vuelto a casa y leo.

Por la noche voy con Daniel al baile Buher. Conozco a Romero Espinóla, el pianista. Muchos tipos ridículos. No me he divertido.

12 de febrero. Lunes

Un día bastante vacío. Salgo de casa con intención de ir a muchos sitios y no voy a ninguno.

Después de almorzar vuelvo a casa y escribo unas cartas. Voy a la conferencia de Croisset y después a la de Morel Fatio.

En la *grande poste* me hacen perder media hora. Ya no hay Pirineos.

Después de cenar he ido a casa de Noury y he vuelto temprano a la mía, a leer.

13 de febrero. Martes

Paso la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva.

Después de almorzar voy al Hotel de Inválidos y veo dos salas del Museo Militar. Armaduras.

Después, sigo hasta el Puente de Alma y paseo dos horas después de ir a la *rue* La Boétie a comprar localidades para un concierto. Voy a pie hasta la Plaza de la Ópera. Me encantan estas caminatas.

Por la noche voy al teatro Sarah Bemhardt a ver *Lucrecia Borgia*. Es la ciento y tantas representación en la temporada y el teatro está lleno. ¡Desde que vi a esta buena señora hacer *Hamlet* en Madrid ya ha llovido! Al oírla hablar me ha parecido que tiene la dentadura postiza.

Vuelvo a casa y leo un poco.

14 de febrero. Miércoles

Día consagrado al trabajo, o, por lo menos, que ha transcurrido en los sitios en que se trabaja; Biblioteca de Santa Genoveva por la mañana; biblioteca de la facultad por la tarde, y, después que cierran, vuelvo a la primera. Un rato en casa después de almorzar para escribir unas cartas. Después de comer voy a casa de M., que tiene mucho sueño.

Vuelvo a casa. Me encuentro estos días muy lejos de la literatura.

15 de febrero. Jueves

Mañana y tarde en la Biblioteca de Santa Genoveva y de la facultad. He ido a la conferencia de Janet. Después compré unos libros y volví a casa. Por la noche un momento en el café de Cluny a leer los periódicos y me retiro temprano. Todavía leo un poco.

16 de febrero. Viernes

Por la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva.

Después de almorzar voy al consulado. Magnífica tarde. Sigo la *avenue* Hoche y entro en el Parc Monceau. Estatuas de Chopin y de Maupassant.

Sigo a pie por la *avenue* Messine y *boulevard* Haussman. En la *gare* Saint Lazare tomo el auto y vuelvo a casa. Pierdo un par de horas.

Por la noche voy a la *salle* Gaveau. Concierto de la Sociedad. J. S. Bach. La Cantata de Caza. Los solistas cantan medianamente.

El primer concierto brandenburgués.

La cantata *Wachet auf* Me han gustado de ella dos números.

17 de febrero. Sábado

Salgo para ir a la conferencia de Fatio, pero se ha hecho tarde y voy al Louvre. Me entretengo en la sala La Caze y en las dos siguientes.

Por la tarde quiero ir a los Gobelinos. Entro en Saint-Jacques du Haut-Pas y en la iglesia del Val de Grâce. Sigo por el *boulevard* Port-Royal y cuando llego a los Gobelinos es ya tarde. Continúo hasta la Place d'Italie. Todo este París es tristón y sin carácter.

Vuelvo. Compro un libro en la *rue* de la Sorbonne y entro en el curso de Fatio sobre Garcilaso. Me aburro mucho en esta salita. Creo que a los demás

les ocurre lo mismo. Un muchacho y una estudiante *flirtean* a nuestro lado, mientras un señor de buena fe lee con mal acento la égloga segunda.

Después voy al curso de Lelong. Por la noche a casa de M. y luego a la mía. Leo un poco.

18 de febrero. Domingo

He ido por la mañana al Louvre, arte decorativo. Veo tres salas y entro en la colección Moreau-Nélaton. El cuadro de Manet *me deja en el sitio*. Esto es algo grande. Media hora de contemplación no me ha bastado.

Los cuadros de Corot. De esto salió *aquello*. ¿Cuándo hubiera salido si hubiese dejado dormir sus facultades? Esta perogrullada convendría repetirla a todos los que sienten sus fuerzas, pero desmayan porque no las sacian todas en sus primeros tanteos. Verdad es que aquí hay más que tanteo. ¿Cómo se *encontró* luego?

He vuelto a mi barrio y después de almorzar pierdo media hora sin encontrar un vehículo utilizable. ¡La muchedumbre por todas partes! ¡Por fin! Pero ya no era hora de ir donde pensaba. Entro en el Grand Palais, salón de pintura de la escuela francesa. He visto algunas acuarelas muy buenas. De lo otro casi es mejor no acordarse.

Al anochecer vuelvo a casa. Linda tarde. Veo a García Martí. Por la noche voy a la *rue* d'Athènes, sala de los agricultores. Espectáculo curioso. Conferencias de evangelización. *La religion qu'il nous faute!*, dice el cartel. Sala casi llena. Cantan himnos. Un señor que habla bien y se da un aire a C. [*ilegible*] (!) pronuncia una conferencia sobre un texto de san Pablo: la fe es racional. ¡Bueno! Después cantan otra vez. Seguidamente, un señor anciano, que está en el estrado, dice, con mucha pausa, una plegaria. Parece que la improvisa. El público escucha, ocultando la cara entre las manos. Después el conferenciante dice que aceptará cualquier cuestión que se le proponga. Silencio. «Mejor es —continúa— cuestionar directamente a Dios. ¡Si existes, revélate a mí! ¡Ea!, pregúntenme». Silencio. Continúa hablando, en tono familiar, confidencial, algo paternal, sugestivo. ¡Son los pases preparatorios! Después nuevos cánticos. Luego otra plegaria. El público está ya *en su punto*. Comienzan los *entretiens*. Se levanta un sujeto, luego otro, a veces una señora, y en voz baja, entrecortada, recordando el día que para ellos se hizo la luz, piden a Dios que bendiga a la reunión, que convierta a los pecadores. Responden todos: *Amén*. El señor presidente, al levantar la sesión, dice que responderá a cuantas preguntas se le dirijan por escrito.

No podía faltar un detalle. En medio de una conferencia en que hablaba de san Pablo, de Cristo, de la Salvación, ha encontrado manera de hacer una alusión irónica a Fallières.

Nunca había yo visto una cosa como esta y me ha entretenido.

He vuelto a casa por los grandes bulevares. Todavía la batalla de los *confetti*. Paso luego por el Palais Royal; iluminado el patio, triste, solo.

19 de febrero. Lunes

Por la mañana he ido al Grand Palais a ver una exposición de agricultura. No hay nada que sea extraordinario. Hay una sección titulada de los «jóvenes bueyes».

Después de almorzar he ido a las galerías del Odéon. Compro un libro. Vuelvo a casa. Escribo. Por la noche voy a casa de M. a la tertulia de la monegasca. Vuelvo a casa. Carta de Alcalá. Recapitulación de desastres. ¡Cuándo se acabará esto!

20 de febrero. Martes

He salido un poco tarde. No sé qué especie de manía ambulatoria me ha atacado hoy. En *l'après-midi* tomo el camino del Grand Palais para ver una exposición de pintura. He subido tres peldaños de la escalinata y al pisar el cuarto me arrepiento. Sigo la avenida d'Antin. Entro en Saint Philippe du Roule. Salgo enseguida. *Rue* La Boétie. *Boulevard* Malesherbes. *Rue* Madrid. No sé por qué voy por estas calles. Llego a la Plaza de Europa. Me entretengo en ver el barullo de la *gare* Saint-Lazare. Reanudo el paseo, siguiendo la línea. Cruzo Batignolles. Golpe de vista del Sacré-Coeur, todo blanco, sobre los nubarrones pardos.

Llego a la Porte d'Asnières; sigo la *rue* Hugo, ya en Levallois; después por una calzada que no sé cómo se llama. ¿Qué mosca me ha picado? Regreso a la Porte d'Asnières y el autobús me trae al centro.

Desde el café Americano contemplo la muchedumbre que se anega en los *confetti*. Al anochecer voy hasta el teatro de la Porte Saint-Martin, a comprar una localidad.

Por la noche veo *La Flambée*. No me gusta esto. Pero sí Marta Brandès y Jean Coquelin. ¡Lástima de talentos!

Vuelvo a casa. Unos españolitos bromistas en la imperial del tranvía. Estoy rendido, no sé si de la caminata o del dramita.

21 de febrero. Miércoles

Se reanuda la vida *libresca*. Voy por la mañana a la Biblioteca de Santa Genoveva.

Por la tarde hago unas compras, escribo cartas y otras cosas. Salgo al anochecer y voy, inútilmente, a la Comedia francesa.

Después de cenar voy a la *avenue* Wagram. En la sala de este nombre se celebra un *meeting* por la libertad de opinión. Se anuncia bajo la presidencia de Anatole France; pero no asiste y envía unas cuartillas; lo mismo ocurre con Mirbeau y con Buisson. Oigo unos cuantos discursos. Gran concurrencia. En el otro salón se celebra un baile. Me canso y salgo antes de que concluya. Vuelvo a casa.

22 de febrero. Jueves

Paso la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva. Después de almorzar voy con Daniel a ver la exposición de los futuristas. ¡Qué broma tan pesada! Y luego, vaya unos revolucionarios, mientras no inventen una pintura sin líneas y sin color estarán en ridículo.

Pasamos por los *boulevards* cuando más llueve. En casa escribo un rato.

Por la noche voy al teatro de la Scala; la revista consabida.

En la exposición de los futuristas había unas señoras que pretendían *enterarse* de todo. ¡Qué graciosas!

23 de febrero. Viernes

Salgo tarde y voy a la Biblioteca de Santa Genoveva hasta que cierran. No tengo más gana de trabajar, pierdo un rato en el café y después un par de horas divagando por esas calles. Subo por el *boulevard* hasta Montparnasse; llego a la estación y entro. Sigo la vía adelante y me entretengo en ver maniobrar los trenes. La tarde está como para tenderse en una hamaca y que las moscas vengan a posarse sobre nuestra nariz. Regreso por la *rue* de Rennes y Vaugirard. En el Odéon compro unos libros. Al anochecer entro en

casa. ¡Qué pereza! Escribo un poco. Salgo para comer. Entrevista con C. N. Me retiro pronto. ¿Qué tengo? ¿Es fatiga? Estaría bueno que ya empezase a cansarme.

24 de febrero. Sábado

Por la mañana voy a la conferencia de Fatio. Cuando llegué había dos oyentes. A primera hora de la tarde vuelvo a casa. Escribo. Voy después al curso de Fatio sobre Garcilaso. Una señorita que traduce y no comprende bien. Esta morucha coqueta que había enfrente de mí debe de ser española. El curso de *Mr*. Lelong para concluir.

Después de comer voy a la tertulia de la monegasca. Otra señora joven, no fea, que diserta sobre las delicias conyugales. El dolor de tener hijos. Este género de criaturas comienza a cargarme. No saben de qué color es la vergüenza.

Discusiones añejas traen una explicación un poco violenta con la monegasca. ¡A ver si voy a disgustarme!

Hoy he tenido carta de L. Quiéralo o no, todo el día he pensado en este asunto. ¿Será capaz de liarme? Lo peor de este pleito consiste en que si me retiro, los motivos (algunos) no son muy honrosos para mí (vanidad); y si me entrego, me parece que cedo al cansancio, al compromiso, y esto tampoco es muy laudable. ¡Qué fastidio!

25 de febrero. Domingo

Salgo un poco tarde. En *l'après-midi* voy al Louvre, Museo de Arte Decorativo. Un momento al gran cuadro de Monet y después recorro un piso y parte de otro, de este *pavillon*. Me marea ver tanto cacharro. Cosas españolas.

Salgo a la calle. Dulce tarde en el Carrousel. Divago. Tomo el vapor y voy hasta el puente de Auteuil. Sigo a pie hasta el de Issy. Cinco aeroplanos. El río. El sol sobre los arcos del puente de Auteuil. La calle por donde pasa el tranvía. Impresión. Barrizal. Una casa de [*palabra ilegible*], nuevos. El hervidero. Música de violín y guitarra. Una pareja que baila. En la ventana del tercer piso, aparece una mujer enlutada. Grupos negros de gente en el fondo de la calle. Un coche fúnebre que vuelve de vacío.

Regreso; al anochecer. Hora magnífica. El cielo cubierto de nubes rojas en poniente. El agua del río, antes del puente de los Inválidos, es de color escarlata. Como un velo de este tono, bajo el que hirviese una vena de azogue. ¡Qué matices, qué destellos!

Voy a casa y leo.

Después de comer acudo al local de las Sociétés des Savants; oigo una conferencia práctica sobre magnetismo y espiritismo. No me entretiene. También estos hacen colectas.

Vuelvo a mi casa. Estoy molido; la dulce cama del hombre soltero.

26 de febrero. Lunes

Paso la mañana en casa. Escribo un artículo que mando a *La Correspondencia*: «El valor de la sanción». Trabajo perdido, probablemente, porque no le querrán publicar.

Por la tarde voy a la Biblioteca de Santa Genoveva. Después asisto al curso de Fatio en el *Collège de France*. Vuelvo a casa y leo.

Por la noche voy a casa de M. Me retiro temprano. Encuentro en la calle un sujeto un poco *gris* que me aborda y me expone un programa político para contrarrestar el poder de Alemania. ¡Me habla de la guerra del 70, de Turena, de Hoche, de Napoleón…! ¡Las retretas militares comienzan a producir efecto!

27 de febrero. Martes

Voy por la mañana a la Biblioteca de Santa Genoveva. Luego almuerzo con Daniel y Pujol, que llega de España. Un rato a madrileñerías.

Voy con Daniel a Charenton. Nos embarcamos en Châtelet. El canal; los troncos verdes; las barcazas tiradas por los caballotes; trallazos; el Marne; los pescadores; la otra orilla. El restaurant de la Isla de los Corbeaux. Famoso vino. Volvemos en el tranvía hasta el Hotel de Ville. Voy al Odéon. No encuentro localidades. Compro unos libros y vuelvo a casa.

Por la noche voy al Petit Casino a matar unas horas. Bien muertas están.

28 de febrero. Miércoles

Cuando salgo a la calle me encuentro con que es mediodía. Desagradable sorpresa. He perdido media jornada. La tarde la paso en la biblioteca de la facultad. Al anochecer voy a la *rue* d'Ulm a inscribirme en la clase de psicología. Después a casa un poco de tiempo. Por la noche voy al concierto Touche. Este local, casi lóbrego, se me viene encima. Es una impresión entristecedora, que no se disipa con la música.

Palabras e ideas que oigo y veo profanar: ayer, J. P. se contaba entre los jóvenes que quieren ¡*hacer la España nueva*! ¿Qué entenderá él de eso? Si todos los reclutas son como este, me paso al bando contrario, ¡ea!

29 de febrero. Jueves

Por la mañana en Santa Genoveva. Almuerzo con P. Después vamos a casa de Daniel. Abandono la idea de ir a la biblioteca de la facultad y vuelvo a casa. Leo. Por la noche voy otra vez a Santa Genoveva. Al salir me encuentro en un café a P y su amiga. Estamos un rato juntos. Vengo a casa y leo un poco. Tengo la impresión de que he perdido el día.

1 de marzo. Viernes

Salgo temprano y voy a Santa Genoveva. Gran sesión. Dificultades para conseguir un libro.

Por la tarde doy un paseo con Daniel. Después vuelvo a casa, escribo unas cartas y leo. Al anochecer *me restituyo* a Santa Genoveva a dar otro empujón. Un rato de tertulia con los Issastel. Me retiro a medianoche.

Hoy he tenido carta de Vicario.

La frecuentación de los chicos ateneístas que hay aquí me destruye. Enrarecen el ambiente y plantean unas cuestiones de colegiales.

2 de marzo. Sábado

Tempranito a la conferencia de Fatio en el *Collège*. Hoy ha estado muy bien. Después almuerzo con Daniel y vamos a visitar las catacumbas, espectáculo *plutôt* desagradable. Hacer dibujos decorativos con las tibias y las calaveras para que vaya la gente a visitarlas me parece una exageración. Ni siquiera a los muertos dejan en paz.

He vuelto a casa. Escribo unas cartas y se me hace tarde para ir al curso sobre Garcilaso. No me he afligido mucho, porque hasta ahora no hacen nada. También llego tarde a la clase de Lelong. La manera de hablar de este hombre hará que yo me desespere.

Voy por la noche a Santa Genoveva y temprano a casa.

3 de marzo. Domingo

Por la mañana voy al Louvre. Doy un vistazo a la colección La Caze. Siempre Largillière y Champaigne. Después veo otra vez los cuadros de David, Prud'hon, Gros, etcétera.

Bajo a las salas de escultura griega. La *Venus de Milo* tenía hoy muy buena luz.

Encuentro a *Telésforo, hijo de Esculapio*, importante personaje.

He estado después en el salón *carré*.

Cuando me cansé salí al Carrousel y al jardín de las Tullerías. He tomado el sol en un banco. Era la una. Magnífica tarde; los surtidores, un viento tibio, los brotes nuevos.

Almuerzo con toda la *troupe*. Daniel y yo queremos ir de paseo. J. y su J. quedan esperando a Renée. Rompe a llover. Daniel y yo nos separamos. A los cinco minutos voy a buscarlos. ¡Ah, ah!, ¡qué tontería! Ni en los mejores tiempos de *Demetrio Garcés*. Pasamos la tarde juntos los cinco. Cenamos en los *boulevards*.

Voy con P. y su J. al teatro Antoine. Génier, buen actor; Lavallière, graciosa actriz; *Les Petits*, comedia ridícula.

4 de marzo. Lunes

Por la mañana voy a los *grands boulevards, Crédit Lyonnais*. Después vuelvo a casa y escribo un poco. Después de almorzar voy a la facultad. Dificultades para obtener una tarjeta de biblioteca. Digo que no hay Pirineos. Me entero de la muerte de Saleilles.

Paso la tarde en Santa Genoveva. Asisto a la conferencia de Fatio en el *Collège*. Un hombre fino que no me ofrece el paraguas.

En casa hasta las ocho; leo y escribo una carta. Como con esa tropa. Voy a casa de M. al cabo de muchos días; después *chez moi*. Leo.

5 de marzo. Martes

Temprano a la biblioteca donde estoy hasta las dos. Almuerzo con Daniel y Pujol. Vamos juntos a la *rue* Caumartin a ver una exposición de acuarelas. Vale bien poco. El joven periodista que trata de instruirse y alarga el oído.

Llueve. Volvemos al barrio. Voy al teatro Sarah y no encuentro localidades. Compro unos libros en las galerías del Odéon. Vuelvo a casa y leo. Por la noche otra vez a la Biblioteca de Santa Genoveva.

Malísimo tiempo. Me retiro temprano. Todavía leo un poco.

6 de marzo. Miércoles

Como siempre, paso la mañana en Santa Genoveva.

Después de almorzar me encuentro decaído. La mojadura de ayer, una visita de la gripe. Vengo a casa y trato de escribir. Imposible. Paso la tarde leyendo. Por la noche salgo un momento y voy a casa de M. Me retiro temprano y leo.

7 de marzo. Jueves

Salgo un poco y voy al *boulevard* de los Italianos. Después a los almacenes del Louvre. Hago unas compras. No estoy mejor que ayer. Por la tarde voy de paseo por la plaza de la Bastilla y el *faubourg* Saint-Antoine hasta la Place de la Nation. El grupo de la fuente y los cocodrilos. Los dos candeleros del Cours de Vincennes. Regreso en el tranvía del *boulevard* Voltaire. Place de la République. A casa. Leo. Por la noche voy al teatro Sarah Bemhardt y veo *L'Aiglon*. En un entreacto, después de buenas estrofas patrióticas, las cómicas hacen una cuestación para la compra de aeroplanos. *Madame* Sarah, seguida del *príncipe de Metternich*, recorre el patio de butacas. Apenas descubro sus facciones debajo del *maquillage*.

8 de marzo. Viernes

Por la mañana en Santa Genoveva. Doy un paseo por los muelles después de almorzar y vuelvo a casa; empleo la tarde en escribir. Un momento por la

noche en casa de Daniel y se me hace tarde para ir a casa de M. Vuelvo a casa y leo.

Título de una conferencia que he visto anunciada: *El porvenir de Francia está en el aire*. No puede ser más equívoco.

9 de marzo. Sábado

Voy por la mañana al curso de Fatio. Me hago amigo del señor Ballester; paseamos juntos.

A primera hora de la tarde en casa. Después voy a la conferencia sobre Garcilaso a la clase de Lelong. Mando a *La Correspondencia* un artículo: «Los oradores de la Sorbona».

Por la noche voy con D., P. y J. al teatro Déjazet. Vemos *Tire au Flanc*/, que lleva cuatro o cinco años en el cartel. Es el único mérito que tiene la obra; el teatro y el público no valen más.

10 de marzo. Domingo

He tenido la debilidad de acceder a las iniciativas de Pujol. Vamos a la revista militar de Vincennes. La muchedumbre. ¿Hemos visto algo? Sí: los *bravos troupiers*.

Rendidos. Dolor de cabeza. Terrible día. Aún nos queda humor para disertar en casa de Daniel sobre política.

11 de marzo. Lunes

Salgo por la mañana y doy un paseo, *rue du Louvre*, plaza de las Victorias. La estatua de Luis XIV.

Visito la iglesia de San Eustaquio, *que fue general de Tito*, según dice la guía. El sepulcro de Colbert. Sigo la *rue* Turbigo. Entro por la *rue* Saint-Martin y visito también la iglesia de San Nicolás des Champs. Después doy un vistazo *al exterior* del Conservatorio de Artes y Oficios.

Una vuelta por los *boulevards*.

Después de almorzar voy a la Biblioteca de Santa Genoveva, donde paso la tarde. Luego a la conferencia de Fatio. Un paseo con el señor Ballester por

el *boulevard* Saint Germain.

Voy por la noche a casa de M.

Esta tarde en la biblioteca tres monjas. Un tipo raro: el erudito. El sombrerillo hongo, ala de mosca. Grandes gafas. Cuencas enormes. Americana de corte caprichoso. Frente aniñada. Maxilar aplanado, bigote corto hirsuto. Millares de papeles, de vario color, algunos quemados por el borde. Gesto despreciativo con que toma las notas. Lee un libro de los que nadie se avergüenza de no haber leído.

12 de marzo. Martes

Por la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva. Después de almorzar paseo desde la Concorde. Espléndida tarde. Luz, el río, el tráfico, los vaporcitos, el humo de los trenes y barcos. Gran alegría. El Trocadéro detrás de una gasa.

Visito el Museo Galliéra. Bellas cosas. Artes aplicadas. Bronces, telas, encuadernaciones, etcétera.

Sigo mi paseo. Place Jéna. Washington. En el Trocadéro compro unas localidades. Vuelvo por la *avenue* Jéna. La plaza de los Estados Unidos.

Salgo a l'Étoile. Se me ocurre subir al Arco de Triunfo. El sol se pone *al final* de la avenida del Bosque. Todo el piso de la calle parece una plancha de oro bruñido. A lo lejos el Sacré-Coeur todo blanco. Hay niebla y humo. Voy en *tramway* a los bulevares. Compro una localidad en la Renaissance y vuelvo a mi barrio. En casa un rato.

Por la noche veo en la Renaissance *Le Docteur Amour*, corramos un velo, y *Pour vivre heureux*. Tiene mucha gracia. Tarride, gran actor.

Me encuentro en el teatro a García Martí y a un amigo suyo: me asegura este que *ni aun Mendoza* lo haría mejor. También nos han pedido dinero para los aeroplanitos.

Después, a casa. El día me ha salido redondo.

13 de marzo. Miércoles

Voy por la mañana a Santa Genoveva. Después en *l'après-midi* al asilo de Villejuif a la primera conferencia y trabajos prácticos de psicología experimental del doctor Pieron. Dos docenas de alumnos. Casi ningún tipo

normal. Las señoras en mayoría. ¡Y qué señoras, cielos! El doctor es incansable; tres horas de conversación. Yo me he fatigado más que él. Villejuif es feo y triste. Los campos. Había niebla. Tarde turbia.

Vuelvo a París. Un momento en casa y luego a Santa Genoveva hasta las diez. Carta de L.

14 de marzo. Jueves

Hoy es la *mi-Carême*. Otra vez *la foule*. Por la mañana he dado un paseo por el *boulevard* Saint Michel y veo una cabalgata. Por la tarde desfile de mascarones. Voy con Daniel a los *grands boulevards*. La multitud. Cabalgata de las reinas. Total, nada.

Un momento en casa. Escribo una carta. Por la noche voy al teatro Grévin. *Le coup de fouet.*

Al regresar a casa hierven todavía los *boulevards*.

15 de marzo. Viernes

Por la mañana en la biblioteca. Por la tarde, después de pasar por la comisaría a recoger un certificado, voy al consulado. Encuentro allí a Hoyos y a Salmerón. Paseamos hablando de las cosas de España. Vamos al bar *Criterion*, frente a la *gare* Saint Lazare, porque quieren ver a Bonafoux. No estaba.

Llueve. Volvemos al barrio. Después he estado yo en los *boulevards*.

En casa, leyendo.

Voy a ver a M. Me retiro pronto.

Lo peor no fue perder el poderío, sino el carácter y la reputación.

16 de marzo. Sábado

Por la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva.

Después de almorzar voy con Daniel al museo del Luxemburgo. Rodin siempre está bien, pero *La mano de Dios*, o *La creación*, o como se llame, no me convence. La idea sí; pero no la obra.

Asisto al curso de Fatio sobre Garcilaso. Siempre traducir. Hoy ha *trabajado* el pollo que tontea con la española. ¡Ah!, ¡el amor!, ella le *apuntaba* en los pasajes dudosos.

La señorita que va a editar las *Guerras civiles de Granada*. ¿Con qué dudoso acento ha contestado a mis preguntas?

Voy después al curso de Lelong. Este es una paliza. Al salir estoy cansadísimo.

Por la noche voy a Folis Bergère. Muchas cosas bonitas.

17 de marzo. Domingo

He salido un poco tarde. Mal tiempo. He dado una vuelta, después a casa. Escribo unas cartas.

Después de almorzar voy al Trocadéro. *Matinée* benéfica. La inmensa sala está llena. Conferencia de *madame* Séverine. Hay tales ecos en este salón que apenas me entero de lo que dice esta señora. Después *Polyenete*, por la *troupe* de la Comedia. Me encanta oír recitar estos magníficos versos por estos magníficos actores. Adquieren los alejandrinos una ternura inesperada. Me afirmo en lo que ya sospechaba. Por mucho que se lea a Racine y a Corneille, si no se *les oye* no se aprecia su valor. Quien no tenga hecho el oído a la prosodia francesa, ¿cómo se atreve a hablar de ellos?

Es de notar que los seis mil espectadores han aplaudido muchísimo y, al final, con gran entusiasmo.

Unos coros han cantado; han representado una obrita de Zamacois, *Bohemios*, y Mounet-Sully ha dicho: *La grève des forgerons*.

A la salida, llueve.

Desde el gran balcón del Trocadéro, sobre el Sena, a media tarde. Una vista.

He ido después a los *grands boulevards*, desde allí a comer y a casa. Malísima noche. Leamos.

18 de marzo. Lunes

Un día de pereza. Me levanto tarde y a poco de salir vuelvo a casa a escribir unas cartas. En *l'après-midi* voy a Santa Genoveva a recoger mi tarjeta de entrada en la sala reservada. No tengo gana de leer. Vuelvo a casa y

escribo. Después voy al curso de Fatio en el *Collège*. La palabra difícil de Fatio le obliga a ser un poco lento y machacón. Es una lástima.

Al anochecer he estado en los *boulevards*. Antes fui a la prefectura de Policía a buscar un certificado. Mal éxito. Creo que esto no se arreglará nunca.

Por la noche veo a M. Llueve a mares.

19 de marzo. Martes

Por la mañana he ido a la biblioteca

Después de almorzar he estado en los *grands boulevards*, y luego he vuelto a casa. Escribo.

Después de comer voy a la sala Gaveau a oír un concierto de Casals, pero… ¡me he equivocado de martes! Oigo otras cosas menos interesantes.

Barullo que produce el exceso de *tifus*[5]. Un señor de aspecto ridículo que no quiere ser amable con las damas.

Regreso a casa y leo un poco.

20 de marzo. Miércoles

No estoy contento del día. He salido muy tarde, creyendo que salía temprano. El tiempo justo de almorzar y de tomar el tranvía para Villejuif. Clase de psicología. Allí estaba Hoyos. Tarde despejada. El apacible patio del asilo. En la clase hay inscritos diecisiete rumanos y rumanas.

He vuelto con Hoyos. A casa.

Por la noche un rato a la Biblioteca de Santa Genoveva. Me retiro pronto. Leo.

Hoy estoy un poco fuera de mi centro.

21 de marzo. Jueves

Me encuentro hoy más *encajado*; mejor humor. He pasado la mañana en la biblioteca. Después de almorzar he estado con Daniel y Pujol en el café. Un corto paseo con Daniel y vuelvo a casa. Escribo.

Al anochecer voy otra vez a Santa Genoveva. Por la noche me siento cansado. Es tarde para ir al teatro. Me refugio en el concierto Touche. Solo he

podido prestar atención un momento, a pesar de emplear todos los recursos.

El día de hoy no lo podría condenar ni mi austero amigo el señor Castillejo.

22 de marzo. Viernes

Voy a la Biblioteca de Santa Genoveva. A media tarde vago un poco por las calles, aprovechando un rayo de sol. Me proveo de localidades en el teatro Sarah. Compro unos libros. Vuelvo a casa.

Carta de L. ¡Qué admirable constancia! Pero no quiero reírme, porque la verdad es que esto no me hace gracia.

He vuelto al anochecer a Santa Genoveva. Después de comer veo a M. Me retiro temprano.

23 de marzo. Sábado

He ido esta mañana a la conferencia de Fatio en el Colegio de Francia y después de almorzar a la Biblioteca de Santa Genoveva. Luego pierdo la hora de costumbre en el curso de Fatio sobre Garcilaso. Y voy por último a la clase de Lelong. Desde que le tomo notas (inútiles, *d'ailleurs*) se me figura que está más contento conmigo. Puede que sea aprensión. ¡Y qué lengua más estropajosa tiene el hombre! No he tenido suerte.

Por la noche he ido al teatro Sarah Bemhardt. Veo *Esther*, ya hacía años que leí esta pieza; apenas me acordaba. Le han puesto *un marco* «de Saint-Cyr» y además la música de Reginaldo Hahn. Todo ello es endeble, efectivamente. La música no carece de inspiración en algunos pasajes. Han pedido para los *aero*.

Esta tarde en la biblioteca: «La decadencia científica en que se halla España desde fines del siglo XVIII…». A propósito de los estudios históricos. Toda la tarde y toda la noche ha estado royéndome esta idea. ¡Como si fuera un descubrimiento! Pero digo mal, porque lejos de acostumbrarse uno a estas desdichas, cada día se mide un poco mejor la magnitud del daño y se aprecia la dificultad creciente del remedio. ¡Y aquellos *intelectuales* tan… castizos!

Neuralgia.

24 de marzo. Domingo

He salido un poco tarde. Paso gran parte del día en el Museo Carnavalet. Los dos patios me placen. El guerrero «merovingio» en su sarcófago.

Las huellas de la Revolución en los usos de la vida. Los pequeños detalles.

La calle de los *Francs-Bourgeois*. Las dos casas antiguas: el *pignon*. Carácter de todo este barrio.

Voy al caer la tarde a los *grands boulevards* y estoy un rato en un café. Leo un periódico de España. ¡Pero, señor, qué desdicha! Siempre he de encontrar alguna majadería. Mariano de Cavia ha propuesto que las señoras saluden a la bandera… Quiere que se busque el medio. Doña Emilia quiere que sea enviándole *besitos*. ¡Lástima de prosa! ¿Serán también estas personas de talento de las que hablan de *nuestra querida patria*…? Parece que se trata de una sobrinita. Bueno. He estado en casa un rato. Por la noche voy al teatro de 1'Athénée. Veo *Le coeur dispose*. Es gracioso y halaga los instintos mediocres de *vita beata*.

Es preciso que el público de Madrid fuese idiota hace veinte años para que le pareciesen revolucionarias en la moral las comedias de Benavente. ¡Revolucionarias! Pienso en *lo cursi*.

25 de marzo. Lunes

En la biblioteca desde mediodía hasta las cinco. Voy después al curso de Fatio en el *Collège de France*. Hoy ha hecho una conferencia muy bonita a propósito de Galíndez de Carvajal.

He dado un paseo con Ballester, que me expone sus proyectos. Me parecen muy bien y hasta me gustaría tomar parte en ellos; pero no me falta más que preparación y disciplina. ¡Nada!

Por la noche voy al concierto Touche, dedicado a Beethoven. ¡Esa Octava Sinfonía!

26 de marzo. Martes

Por la mañana en la biblioteca. A la hora de almorzar encuentro a Daniel. Decidimos pasear porque la tarde es espléndida. Vamos al *Bois de Boulogne*.

La dama vienesa. Regresamos a los *grands boulevards* al anochecer y después a casa. Después de comer todavía vagamos por esas calles. ¿Quién se encierra en ninguna parte, con esta noche? Al volver a casa estoy rendido. Todavía escribo a L. una larga carta.

27 de marzo. Miércoles

He dormido muy mal. Salgo tarde. Hago unas compras, después de vagar un poco por las calles.

Voy por la tarde a Villejuif, al curso de Pieron. Las señoras están encantadas con estas manipulaciones del laboratorio. El doctor Pieron es simpático, inteligente, instruido. Lleva muy sucio el cuello de la camisa, mal anudada la corbata. La blusa de trabajo tiene un roto. Su mujer (debe de ser su mujer) le ayuda en sus experiencias.

Vuelvo a casa. Me ataca la neuralgia. Tengo el proyecto de ir a un *meeting* a oír a Jaurès y otros, pero Danielito no quiere entrar. Me contraría, pero accedo. Estamos en los *grands boulevards*. Vuelvo yo solo al barrio.

28 de marzo. Jueves

Por la mañana voy a la biblioteca. A primera hora de la tarde hago unas cuantas diligencias y llego a los *grands boulevards*. Sentado en un café, leo los periódicos de España.

Vuelvo a casa. Leo un poco y me traslado de nuevo a la biblioteca hasta la hora de comer. Luego me distraigo un poco por esas calles. Estoy cansado *por dentro*.

Nosotros los españoles decimos que no se nos hace justicia porque los demás países no nos aplauden. Doble error. Creer que sea plausible nuestra conducta y esperar (cuando lo fuera) que las gentes extrañas nos hagan justicia. Solo debemos esperarla, o mejor dicho, recibirla cada día, de nosotros mismos.

29 de marzo. Viernes

Toda la mañana en Santa Genoveva. Es deliciosa la sala baja de la biblioteca.

Día espléndido. Después de almorzar voy a la facultad un momento. Luego compro unos libros. Tomo el tranvía y voy al Museo Guimet. Solo tengo tiempo de ver la sala de cerámica china. El humorismo.

A la salida me embarco y voy a Saint-Cloud. Paseo un poco por el parque. Poca gente. El fragor de los autos y de los trenes que no veo resuena entre los árboles. Huele el boj y el césped.

Subo a un alto desde donde veo ponerse el sol. Enfrente, París. Desciendo por la calle donde están las estatuas.

Tomo el tranvía y vuelvo a casa. Me encuentro con García Martí en la esquina. Cada vez que veo a este chico me dice una tontería.

Por la noche voy al *boulevard* Port-Royal a ver a M.

Dícenme que la *Société Générale*, víctima de los bandidos en automóvil, es *católica*, constituida con fondos de católicos practicantes, y que no admite más que hombres pertenecientes a la misma religión como empleados. Ha pagado siempre menores sueldos. Mal mirada.

30 de marzo. Sábado

Asisto por la mañana al curso de *Mr*. Fatio. Hoy lleva su *carrick* amplio, de color marrón a cuadros. Nos habla de don Luis de Zapata.

Ballester me lleva después por esas calles a buscar un editor que no encontramos.

Por la tarde voy a Santa Genoveva hasta la hora de cerrar y luego doy un paseo por los muelles. Compro unos libracos que no me hacían falta para nada.

Asisto al curso de Lelong. Hemos hecho hoy muy poco. Por la noche vuelvo a Santa Genoveva. Después paseo hasta la avenida de la Ópera. Un rato en un café y regreso a casa. Trazo el borrador del trabajo que he de enviar a Madrid. Esto me ha devuelto el buen humor. Estaba contrariado porque se me ha ocurrido, cuando andaba por ahí, *recapitular*, y, en efecto, no he encontrado nada. Y así vamos tirando, ni carne ni pescado.

El caso es que mañana o al otro día sentiré que se despierta en mí una vocación, que será ya la séptima o la octava de mi vida. Me parece que seré singular en el arte de no hacer nada.

31 de marzo. Domingo

He ido al Louvre y pasado la mañana en la sala de los primitivos italianos y comienzo de la gran galería. Botticelli. Andrea del Sarto.

Por la tarde voy al Museo de Víctor Hugo. La Plaza de los Vosges, antigua Place Royal. Los portales bajos; las casas simétricas de ladrillo colorado; los techos de pizarra muy pendientes. Una estatua de Luis XIII. Tiendecitas.

En el museo, muchos recuerdos del poeta. Dibujos suyos y de otros, cuadros, bustos, muebles, libros, cachivaches de toda especie.

Un hombre delgado, que se escapa por el cuello de la camisa, con luchana de color marrón, explica la historia y significación de cada objeto a una veintena de personas, hombres y mujeres, casi todos jóvenes y que deben de pertenecer a alguna escuela, o mejor, asociación. Algunos llevan niños pequeños en brazos. Repasa la vida literaria de Hugo, sus andanzas políticas, los argumentos de sus obras, su existencia privada, etcétera; gran atención y curiosidad de sus oyentes.

Vuelvo a casa y paso el resto del día leyendo. Después de comer, un momento en el café de Cluny y después a mi casa.

1 de abril. Lunes

Comienza el día con una copiosa nevada; lo que no ha hecho en todo el invierno y después de dos semanas de calor.

He estado en la biblioteca mucho tiempo, toda la tarde. A las cinco voy a una cita que me había dado Ballester y no acude.

Me refugio en casa y leo.

En el restaurant me encuentro a esos, pero los dejo para ir al concierto Touche. La Novena Sinfonía. Los coros cantan mal, pero no importa; la obra *me coge* por la mitad. Después el oratorio *Cristo en el huerto de los olivos*. Es la primera vez que lo he oído. Me ha parecido magnífico a ratos, pero ya no tenía fuerza de atención.

2 de abril. Martes

No salgo de casa hasta cerca del mediodía. Voy a la biblioteca hasta las tres y luego al *boulevard des Italiens*, al *Crédit Lyonnais*. Regreso y voy a las

galerías del Odéon. Compro unos libros. Vuelvo a casa y leo. Después de comer estoy un momento en Santa Genoveva. Después me encuentro con Daniel y Pujol y perdemos la noche de café en café.

Hemos insistido mucho sobre la conducta del capitán Trucharte; su estancia en Gambain. Los motivos. Todo ello es irritante. El caso merece ser estudiado y divulgado.

3 de abril. Miércoles

Hoy he visitado el Conservatorio de Artes y Oficios. He visto todo lo que hay en el piso bajo. La antigua iglesia. En ella el aeroplano de Blériot.

Carta de Vicario. He estado todo el resto de la tarde en casa. Leo.

Por la noche voy a casa de M. También a la de los Issastel. Toda la antigua patrulla.

4 de abril. Jueves

Se me ha ido el día mirando las musarañas. Salgo tarde. Suceso importante: en el *boulevard des Italiens* me encuentro a Francos Rodríguez. En los muelles compro unos libros. Se me ocurre entrar en Notre-Dame a la hora de vísperas, por oír la música solemne del día. Era ya tarde. Una hilera, o mejor, un reguero de gente entra por una de las puertas de la catedral, da la vuelta por el trasaltar y sale por la otra puerta; a mí me ha parecido que no se detenían en ninguna parte.

En casa. Escribo un poco.

Por la noche voy un momento al café de Cluny y vuelvo a leer.

5 de abril. Viernes

Se va apoderando de mí la pereza. Me levanto tarde. Casi todo el día lo he perdido vagando por las calles. He paseado por los bulevares, contemplando los escaparates de las librerías y leído los periódicos en la terraza de un café. A media tarde se me ha ocurrido entrar en la *Trinité*. Oigo todavía los últimos

números de *La Pasión según San Mateo*, de Bach. Regreso a casa. Empleo dos horas en ordenar papeles. Leo un rato. En el restaurant tardan tanto en servirme que se me hace tarde para ir al concierto. Estoy de mal humor. Entro en la *Pie qui chante*. Los mismos chistes que en noviembre y en un palco la misma *bacante* que la primera vez.

A mi lado una familia que es de provincias, pero muy de provincias. Una de las señoras saca un cuadernito y un lápiz, y apunta el gasto, después de pagar la consumición.

A propósito de las últimas ejecuciones capitales que ha habido en Francia los periódicos de la cuerda nea inventan cosas muy divertidas. Casi todos los reos se convierten a última hora y escriben una carta, o se la dictan al *aumônier* de la prisión, diciendo que su caída la deben al alcohol… y a la escuela laica.

Hoy, como viernes santo, los periódicos de Madrid *más radicales* y populacheros traerán las cuatro planas dedicadas a comentar, en varios tonos, los cultos que conmemoran la Pasión. Por lo visto, este suceso no ha perdido *actualidad*. Y aquellos periódicos lo tratan como el *crimen del día*.

6 de abril. Sábado

Muy descontento del día. Esto no puede continuar. ¿No me he levantado a la una?

He visto la exposición de los «humoristas», *rue* de la Boétie. Cosas divertidas. Excelentes dibujos.

Flaneo por ahí. Al caer la tarde, en casa; trabajo un poco. Por la noche un rato con Pujol y Daniel. Total, día perdido.

7 de abril. Domingo

Hoy he ido por la tarde al teatro Sarah Bemhardt y veo *Phèdre*. He pasado un gran rato. Magnífica obra y admirable intérprete. En ninguna ocasión me ha convencido tan de veras como hoy. Pasión, ternura, rabia, gritos de dolor y de furia. Gran actriz. Además, ni un momento ha caído en *la manera*, bastante desagradable, de decir los versos como quien machaca, a la carrera, sin matices. En fin, un trabajo admirable.

La dicción de los otros cómicos se me figura que está algo lejos del estilo puro de la *Comédie*.

Después he paseado por el Carrousel y los *Champs*, hasta la Rond-Point. Bella tarde. Anochece cuando estoy en una cervecería de la *avenue* Marigny.

Llega un auto particular y se detiene al borde de la acera. Un caballero se acerca, abre la portezuela y ayuda a descender a una dama, un poco ajada ya. En el coche queda un muchacho que debe de estar tullido, a juzgar por las muletas que veo en un rincón. Gran parecido con la dama. El caballero entra en el coche y recibe dos besos del baldado. Después se aleja con la dama y los dos se *attablent*.

Vuelvo a casa en el metro. Desde el Pont-au-Change: el Sena que brilla bajo la luz crepuscular. A mi izquierda la Conserjería negra. Los vaporcitos que surgen a mis pies y pasan batiendo el agua. Lucecitas blancas y rojas en los puentes. Ojos sangrientos en los barcos, a popa.

Por la noche voy un momento al café de Cluny a leer los periódicos. Estoy cansadísimo. Vuelvo a casa y leo.

8 de abril. Lunes

Hoy he ido a ver el salón de los pintores independientes. Más de tres mil cuadros. Habrá diez o doce que valgan el trabajo que han costado. Uno de Hubert Hessart me gusta.

El cubismo, el futurismo y el *infantilismo* hacen estragos. Anoto: *El crepúsculo*, un hombre que se ha cortado él mismo la cabeza sobre un tajo con un hacha. La cabeza ha caído al suelo (menos mal) y mira al espectador con cara de pocos amigos. El tronco se yergue todavía y con un brazo sujeta el arma mortífera. *Los jugadores de damas*, cuadro que yo compraría para ponerlo en la alcoba y recibir todos los días al despertar una impresión regocijante. Uno de los jugadores arroja por la nariz algo que parece una sanguijuela. Un sujeto que contempla la partida ha puesto un codo sobre la mesa y después, al cambiar de postura, ha *prescindido* de él. El tablero de la mesa va a cerrarse como el cáliz de una flor. *Rêves et sérénité*. Un cielo de color verde profundo, espeso y unido, como el de una puerta cochera o el de la muestra de una tienda. Un círculo ocre, que representa el sol o la luna. Tres fajas de color como los que en los mapas geológicos señalan las capas del

terreno en un corte vertical. Dos figuras de mujer que se lanzan, juntas las manos sobre sus cabezas y el tronco rígido, a un abismo desconocido.

El público asiste con mucha risa; a ratos me ha parecido que con demasiada. No sé por qué; en realidad esto es absurdo.

Vuelvo a casa y trabajo en mi *Memoria* para Madrid. Por la noche como con el médico Salvador y vamos un rato a un café de los *grands boulevards*. Me retiro temprano.

Escenas en la *rue*. Órdenes para sitiar a los bandidos. Asisten los fotógrafos, los periodistas y numeroso público. Los bandidos esquivan tanta exhibición.

Corovy, el asesino, ha pedido en la cárcel que le den a leer libros de filosofía.

9 de abril. Martes

He pasado la mañana en el Museo del Louvre. Me detengo un poco en la sala La Caze, con Largillière y Rigaud. Veo también otra vez los Watteau y Fragonard de esta colección. La pincelada *larga* de Fragonard.

Después estoy un rato en la *Grande Galerie*. Ticiano: *Los discípulos de Emaús*. El Tintoretto me sigue siendo antipático; duro y seco.

Por la tarde he ido con Daniel a la galería Georges Petit, exposición de los pastelistas franceses. Hay algunos cromos. Un gran retrato por [*en blanco en el original]*. Otros de Léandre: un niño con el traje verde.

Pasamos un rato en un café del *boulevard* Montparnasse y vuelvo a casa. Escribo un poco. Por la noche estoy un rato con Pujol en el café y vuelvo a casa. Leo.

10 de abril. Miércoles

Anoche desvelado hasta las cinco. Me levanto tarde. Almuerzo y estoy un rato en el café con Pujol y Daniel. Voy a la Secretaría de la Facultad; cerrado. Compro unos libros y vuelvo a casa. Paso la tarde escribiendo y leyendo. Por la noche veo a M. y luego me retiro a mi casa. Leo un rato. Hoy ha vuelto el invierno.

11 de abril. Jueves

He almorzado con Daniel, Pujol y Camba. Después he ido a la Biblioteca de Santa Genoveva hasta las tres. Voy al Odéon y a la Comedia francesa a proveerme de billetes. Después doy un paseo por la avenida de la Ópera hasta los bulevares. Me siento un rato en un café.

Vuelvo a casa y pierdo el resto de la tarde hojeando papeles. Leo un poco. Por la noche voy un rato al café con esos y me retiro temprano. Día poco aprovechado.

12 de abril. Viernes

Ir a la Biblioteca de Santa Genoveva, volver a casa y pasar la tarde escribiendo, comer con toda esa tropa y luego ir un rato al café es todo lo que he hecho hoy. También he escrito a L. Tenía que ir a ver a M., y por última vez, pero he hecho rabona. Esto era una pesadez.

13 de abril. Sábado

He asistido hoy a la sesión de clausura del Congreso de las *Sociétés Savantes*, en el gran anfiteatro de la Sorbona. Presidía Steeg, ministro del Interior, que ha leído un discurso. Antes, un señor Lacroix ha leído otro discurso sobre los volcanes de Madagascar. Una banda militar *ameniza* el acto. Poca gente. El ministro me parece un hombre insignificante. He ido por ver la sala y las pinturas de Puvis de Chavannes.

Después he ido a los grandes bulevares. Paseo. Compro la prensa de España. Leo un artículo de Gasset. Vanidad, torpeza. ¡Qué prosa! Un sendero pedregoso.

Vuelvo a casa. Acabo de perder la tarde escribiendo cartas.

Por la noche voy al Odéon. Veo la *Arlésienne* y oigo la música de Bizet.

14 de abril. Domingo

Me levanto muy tarde. El tiempo amenaza lluvia y limito mi excursión al *boulevard* Montmartre.

He estado casi toda la tarde en casa. Tomo unos apuntes. Leo.

Por la noche voy un rato al café de Cluny a leer los periódicos. Vuelvo a casa. Leo.

Hoy ha sido un día de monólogo perpetuo.

15 de abril. Lunes

Por la mañana voy al Colegio de Francia y oigo la conferencia de nuestro antiguo amigo Loisy. La clase estaba hoy llena; hace mejor tiempo. Predominan las señoras.

Biblioteca de Santa Genoveva hasta las tres. Hago luego unas compras y vuelvo a casa.

A las cinco voy al *Collège de France* otra vez, al curso de Fatio; pero me encuentro con que hasta el sábado no empieza. Doy un paseo por esas calles y vuelvo a casa. Escribo. Después de comer voy al café Cluny y luego a casa. Leo.

16 de abril. Martes

Hoy he estado en la *avenue* Hoche, consulado. Antes, un paseo con Daniel por la Ópera y los *boulevards*. Espléndida tarde. En el consulado pierdo media hora. El señor Quintana.

Después voy al Trocadéro a comprar unas entradas. Vuelvo a casa y escribo. Por la noche voy a la *Comédie française*. Veo *Iphigénie*, de Racine. *Madame* Barthet. Actriz incomparable. La dicción, la entonación; la ternura. La melodía. *Madame* Weber tiene la voz opaca. Paul Mounet me gusta menos; pero con Lambert, *fils*, ha hecho en el cuarto acto una escena con gran fuerza.

La tragedia, para mi gusto, tiene un defecto capital, nacido del asunto: los sentimientos de Agamemnon nos son un poco extraños. ¿Qué nos importa el mandato de los dioses? Si sacrificase a su hija heriría demasiado nuestra piedad; no nos causaría horror, sino repugnancia. Por eso *acaba en boda*. Y la triste *Eriphile* no nos ha conmovido nunca.

Tipos. La inglesita que admira a los españoles. La encuentra C. en un bar de Montmartre. «¿Tú eres español? ¡Cómo me gustan las cosas de España! Este gabán lo he comprado en la calle de la Montera. ¿Tienes ropa que

repasar, botones, calcetines? Cómprame hilo y agujas y yo te lo coseré». Lo hace así. Va a su casa. Pasa tres o cuatro horas cosiendo. Después se acuestan. A la mañana siguiente entra Javier Bueno: se saludan como amigos antiguos. «¿Tan la conocías?». «¡Sí! Me dijo que si tenía ropa que coser, etcétera».

Monseigneur. El joven príncipe de la *Abbaye*. Español. Derrocha quinientos mil francos en pocos meses. Ofrece cerillas a los concurrentes enhebrándolas en billetes de mil francos. A la entrada, a la salida, el dueño, los camareros, las *filles*, se inclinan hasta el suelo: «¡*Monseigneur*!». Era arquitecto.

Descendientes de Luis XVI. Un *yanqui* riñe con su amiga en un bar; quiere pegarla. Un español se interpone y, cortésmente, llama a la razón al *yanqui*. Otro señor, grave, anciano, con *monocle*, que ha contemplado en silencio la escena, se levanta y felicita al español, estrechándole la mano. «¡Es usted un gentilhombre! ¡Mi opinión vale mucho, porque soy alteza real!» (?). «Sí; descendiente de Luis XVI». «*Alors, Monseigneur*…». «No, aquí puede usted apear el tratamiento». Las *filles* cacarean: «*Mais oui, mais oui; c'est vrai! Il descend de Louis XVI!*».

17 de abril. Miércoles

Por la mañana he paseado en el jardín de Luxemburgo. Eclipse de sol. ¿Será porque llega hoy P. del Río?

Después de almorzar he dado un paseo con Camba y luego vengo a casa. Paso la tarde escribiendo.

Por la noche un rato en d'Harcourt con Camba y el médico. Asiste un señor Guixé, profundamente preocupado.

Tropezamos con Nicolás Salmerón. Hablar a gritos en una terraza.

Vuelvo a casa.

18 de abril. Jueves

Por la mañana *me lleva* Pujol a la *gare du Nord* a despedir a Prieto. Después de almorzar damos un paseo por el Luxemburgo todos los hidalgos. Vengo a casa y escribo.

Por la noche voy con Muela al Trocadéro. Concierto. Otra vez la Novena Sinfonía. Luego un rato a los *grands boulevards* y a casa.

19 de abril. Viernes

He querido salir temprano, pero es imposible. Hoy he perdido el día por completo. Se me ocurre ir a ver el entierro de Brisson a su paso por la Concordia. Tomo calor; neuralgia. Imposible hacer nada. Después de comer, un rato con P. y J. en el café; me retiro en seguida. Busquemos la cama.

Desde el 20 de abril al 10 de mayo

He aquí veinte días que, o los he perdido o me han *hecho daño*. Durante ellos he terminado la *Memoria* para la Junta de pensiones; trabajo ingrato, tiempo escaso, apresuramiento, cansancio y mal humor. Obra chabacana, que me ha perjudicado. He vuelto, por unos días, al estado de *opositor*. He perdido también *el hilo* de otras muchas cosas; ahora, vuelta a empezar, y siempre lo mismo.

Ha pasado por París un señor Muela; formamos pandilla con él Camba, Álvarez Pastor y yo. Diferentes excesos. Afortunadamente Camba y Muela se han ido a Alemania; podremos volver a nuestro cauce.

He leído pocos libros estos días y he visto algunas cosas nuevas; he estado en Variétés, a ver *Le Roi*; Brasseur y Lavallière son una pareja admirable. En Bataclan, he visto una revista bastante mala. En el *caveau de la République*, canciones; una cancionista gorda que tenía gracia. Una noche en el *cabaret des Noctambules*.

He estado en *l'Araignée*; un hombre gordísimo, con traje de terciopelo y camisa roja insulta a los que van llegando; no carece de gracia. El género debe de estar en decadencia. Cuando llegamos no había nadie; después cinco *clientes*.

En la *Comédie française* he visto *Britannicus* (Lambert, *fils; madame* Weber) y la *Mère confidente*, de Marivaux.

Dos o tres veces en Luna Park y Magie-City. Una noche en el *bar* de la Grande Taverne. *Madame Regine*. La galleguita fea y las dos catalanas que cantan y bailan flamenco. Los cantaores y guitarristas de la orquesta.

La Taverne d'Olympia. Mucho humo, mucha gente. Un señor de Málaga.

El restaurant Royal, *rue* Pigalle. *Nuestro amigo*, el *barman* Paul. Las artistas cobran su duro, firman en una lista y se van al amanecer.

La *Taverne* del Elefante. La salida del Tabarin, al amanecer.

Una mañana tempranito en el *Bois de Boulogne*. Nos embarcamos. La luz y los colores del lago en aquella hora.

El bar Critérion. El médico no quiere bromas y se va. *La Chope Lorraine*, en el *faubourg*.

He seguido asistiendo a Villejuif, y al curso de Fatio en el *Collège de France*; el de Garcilaso lo he dejado completamente. Un día he ido con Camba a la conferencia de Croisset, para que conociera estas cosas; también le llevé al de Fatio. Le he enseñado la *Sainte Chapelle, Saint-Étienne du Mont* y el *Panteón*. Camba ha estado en París más de dos años.

Hemos paseado muchas tardes por el jardín de Luxemburgo. La loca del pelo.

11 de mayo. Sábado

He salido cerca del mediodía. He almorzado con esa gente y después voy con Álvarez Pastor al *boulevard des Italiens* a comprar unas localidades. Perdemos una hora en el *Brebant*. Vuelvo al barrio y asisto al curso de Lelong. Es el último día; nos despedimos con muchos ofrecimientos; casi patético.

Después un momento en casa. Por la noche voy con Daniel y Álvarez Pastor al *Concert des Ambassadeurs*; tomamos el fresco. Gran paseo nocturno por los *boulevards*, *avenue* de l'Opéra, etcétera. En el *quartier*. Un rato en d'Harcourt y luego vagamos hablando de literatura y del arquitrabe. Mucho calor.

12 de mayo. Domingo

Esto va de mal en peor. ¡Cómo pierdo estos preciosos días! Son las tres de la madrugada cuando me pongo a escribir estas líneas. He salido de casa muy tarde. He paseado por el Luxemburgo; después en casa leyendo, hasta la hora de comer, pero no es esto lo que yo quiero.

Por la noche he ido con Daniel y Pastor al *Nouveau Cirque*. Bonito local y espectáculo insignificante. Un gran rato después en la *brasserie de l'Univers, rue Rohan*. Divago con Pastor hasta el *quartier*, y por el *boul' Mich'* hablando de las cosas de España.

Gran cansancio. ¿Cuándo volveremos al carril?

13 de mayo. Lunes

He perdido la mañana, como ya es costumbre. Por la tarde en la Biblioteca de Santa Genoveva, hasta la hora del curso de Fatio. Oigo a este señor decir cosas sobre Sandoval. Después un rato en casa. Por la noche voy con Pastor a la Ópera Cómica. Oímos *Don Juan*; deliciosa es la música de esta obra, pero la interpretación no me ha parecido excelente.

Perdemos un rato en un café y venimos a pie al barrio. Demasiada conversación.

14 de mayo. Martes

Salgo poco antes del mediodía. Después de almorzar voy a las galerías del Odéon y compro unos libros. Toda la tarde en casa leyendo. Al anochecer voy al Luxemburgo. Bella hora. Meditación sobre… ¿qué? El surtidor; monólogo del agua.

Por la noche un momento en el Panteón. Vamos luego todos a los grandes bulevares. Óscar Esplá. Un rato en un café con la inglesa loca. Vuelvo con Álvarez Pastor.

16 de mayo. Jueves

Hoy, con Álvarez Pastor y Hoyos toda la tarde. Gran paseo. Hemos ido a los grandes bulevares y por la *rue* Royale, Concorde, al *boulevard* Saint-Germain. Entramos en Santa Clotilde. Iglesia muy bella. Predicador que cecea. Mucha gente. Las luces, los cánticos de los niños de coro, el órgano. Los dos *suizos*. Muchos autos a la puerta. La plaza y el *square* de enfrente. El barrio tranquilo.

Un rato en la cervecería y después en casa.

Por la noche voy con Pastor a la Ópera Cómica. *Orfeo y Les petits riens*; baile, con música de Mozart. La bella espectadora, vestida de azul. El *foyer*; la salida. Toma su auto. La despedida muda. Volvemos al barrio. Conversación sobre proyectos absurdos.

17 de mayo. Viernes

Por la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva. Después de almorzar he ido con Hoyos y Pastor al consulado; viaje inútil; es fiesta. Volvemos al

barrio. En casa trato de escribir. Después leo un poco. Por la noche con Pastor y la inglesa loca en un café de Montparnasse. Me retiro temprano. Leo un poco.

22 de mayo. Miércoles

He estado tres días enfermo. Enfriamiento, anginas.

Anoche fuimos a los Bouffes Parisiens, *La cote d'amour; Xantho chez les courtisanes*. Manojo de desvergüenzas. Cora Laparcerie. Un español que se impacienta en el guardarropa. Le conozco la procedencia al oírle mascullar palabrotas.

Me entero de que ha muerto Menéndez y Pelayo.

Hoy me he levantado tarde. Después de almorzar, un rato en el café con Esplá y Pastor. Vengo a casa y escribo.

Por la noche voy con Esplá a la sala Gaveau. Concierto de [*ilegible*]. Sonatas de Brahms, Lazzari y Franck.

Después un rato en d'Harcourt. Reaparece el señor Guixé.

27 de mayo. Lunes

Durante tres días no he hecho casi nada, fuera de escribir un artículo sobre don Marcelino; ayer le mandé a *La Correspondencia*. Anoche fuimos al Gymnase. Vimos *L'Assaut*, obra de Bernstein, bastante mediana. Guitry, admirable cómico. Comparece el señor Morente, joven a quien acaban de hacer catedrático de ética en la Universidad Central. Inexperto, pero muy cargante. También sabe estética; tanta, que adivina los argumentos de los dramas desde el primer acto.

Hoy he salido tarde. Un rato en La Source con Hoyos y Pastor. Este y yo hemos ido después a la Butte. Visitamos el Sacré-Coeur. Es más bonito desde lejos. Gentío. Estrepitosa música en la iglesia. Visitantes que entran y salen. Luz mal repartida y falta de recogimiento. El panorama de París desde el Dome.

Por la noche hemos ido al cabaret de Quaf'z-Arts. Muy divertido.

29 de mayo. Miércoles

Tanta conversación me desorienta y me destruye. Siento la necesidad de estar solo otra temporada. Hoy he vuelto a hacer el *turista*. Visito el Pére Lachaise. Casi toda la tarde dando vueltas por el cementerio. El muro de los federados. En este cementerio hay muchas piedras y casi ningún monumento artístico.

Después he recorrido algunas calles inmediatas. *Rué du Chemin Vert*; arroyos de agua sucia; una mujer que hila; montones de ropa.

Vuelvo al barrio. Después de comer, un rato en el Panteón con Pastor y Alarcón; vuelvo a casa temprano. Leo un poco.

30 de mayo. Jueves

He pasado la mañana en Santa Genoveva. Después de almorzar voy al Museo Guimet, a continuar la visita que comencé hace tiempo.

Pinturas japonesas (fotografías) sobre asuntos europeos: desembarco de los portugueses en un puerto japonés.

Pinturas persas.

Esculturas en madera. Taoísmo.

Los cetros chinos; porcelana y lacas.

Veo las momias; hay una que se parece a Sarah Bemhardt.

Vuelvo a pie. Hermosa tarde. Un rato en un banco del *Cours la Reine*. Exploro los puestos de libros del *Quai Voltaire*. En el barrio hago unas compras y después a casa un rato.

Después de comer voy a La Source, encuentro al capitán y a Pujol. Me retiro muy temprano y leo.

31 de mayo. Viernes

Por la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva. Después de almorzar, un rato en el café con Hoyos y Pastor. Luego voy con Alarcón y Pastor a Saint-Denis. Visitamos la basílica; la cripta; los sepulcros. El deambulatorio.

Saint-Denis parece todo carretera. Salimos al campo. Gran paseo. Un rato tirados sobre la yerba, junto a un foso o cauce seco, ancho y muy verde, bordeado de buenos árboles. El paisaje de perspectivas cortas. Las masas de arbolado.

Un fuerte; una fábrica de cañones.

Tomamos el tranvía para regresar. Después de comer, al café del Panteón. Paseamos un rato por el *boulevard*. Vengo a casa y leo.

4 de junio. Martes

Toda la mañana en la biblioteca. Por la tarde voy con Pastor y Rivera a la exposición de pintura. Damos un vistazo a todo y nos detenemos mucho tiempo ante los cuadros de Zuloaga. La impresión es fuerte. La gente no se para, como quien rehuye un problema; este pintor preocupa, hace pensar en cosas que angustian. Después de mirar estas obras, todo lo demás parece de confitura. Yo estoy un poco desconcertado.

Por la noche hemos ido al Olympia. Bonita sala. Vistosa revista, pero pesada. Lo único bueno: las canciones de Fragson.

6 de junio. Jueves

Hoy he ido al Odéon a ver *Le Cid*. Reproducción del teatro del Marais. Los cómicos no han estado muy bien; *Rodrigo* eleva el tono demasiado, hasta una altura en que no puede sostenerse sin falsedad o sin ridículo. Punto de vista para juzgar esta obra. ¿Vamos a buscar en ella el color local? Sería un disparate. Los versos.

La moitié de ma vie a mis l'autre moitié au tombeau.

Recitan una poesía de Gautier: *Le soulier de Corneille*.

El amigo de Rousseau: Mussard, el joyero retirado en Passy.

7 de junio. Viernes

Hemos hecho una excursión a Suresnes. En el vaporcillo por el Sena. El río está espléndido. Más allá de Auteuil, el monte de Meudon al fondo, los bordes frondosos. La luz; el agua azul brillante. Después el brazo tranquilo del Sena. Las márgenes de Longchamp. En Suresnes hemos seguido por una calle o carretera, dejando la *gare* a la derecha; remontamos una altura; después a nuestra derecha, rectos hacia la fortaleza del *Mont Valérien*. Huertecillos a una parte y otra. De pronto, entre una casucha y un cercado de

árboles, una vista incomparable sobre París. A nuestros pies las casitas desperdigadas de Suresnes, los tejados rojos. Un poco de río. La masa profunda de verdor del *Bois de Boulogne*, que sube en ligero declive. Corónalo el caserío de París, que se extiende como una faja blanca, entre la arboleda del bosque y el cielo azul. Líneas suaves, difusas. Unas nubes posadas serenamente. Aparece el Arco de la Estrella, destacándose con una majestad sublime, macizo, solemne, sobre los tejados. A la izquierda, en el fondo, surge la Butte; el fantasma blanco del Sacré-Coeur, sobre la colina oscura. El sol lo hiere a veces, otras se oculta. La basílica aparece o desaparece a nuestros ojos, como en una obra de magia. Vemos correr las manchas de sombra, brillar y extinguirse los rayos de sol, según la marcha de las nubes. Todo de ensueño, entre gasas aparece en una calma divina. ¿Es ahí donde millones de gentes se atropellan por las calles? La torre Eiffel rompe un poco la armonía de estas líneas; pero se alza muy gallarda.

Seguimos andando, descendemos un poco por la avenida principal, que arranca de la entrada del fuerte. Umbría y soledad en sus alrededores. Desde un ribazo vemos Puteaux y todo el valle del Sena cubierto de innumerables casas rojas. Más a la derecha queda París, y siempre la Butte. Frente a nosotros, muy en el fondo, un gran recuesto cierra el horizonte; suave declive iluminado. A nuestra izquierda, detrás del *Mont Valérien*, horizonte inmenso, como el mar. Tres o cuatro *vallons* creemos percibir; líneas de sombra señalan las honduras; líneas de luz los altos, un poco brumosos. El horizonte bajo se junta con el cielo, azul y verde. El sol detrás de unos nubarrones; vemos el haz de sus rayos.

En un bosquecillo que sube hasta el fuerte, unos soldados cortan yerba. La nota de los uniformes.

Todo jugoso, impregnado de olor a flores, húmedo; cantan pájaros; senderillos umbríos, entre los hotelitos, entre los huertos. Silencio. Sube hasta nosotros el resuello de un motor a gas que trabaja en la falda de la montaña, y de vez en cuando el fragor de los trenes que pasan en lo hondo.

Descendemos porque se hace tarde y comienza a llover. Un rato sentados en la plaza del pueblo. Suresnes es muy lindo, limpio, coquetón. Árboles enanos frente a la *mairie*; un tablado para la música.

Comemos (mal y caro) en un restaurant, junto al río. Buena vista. Se hace noche. Esperamos la hora del tren tomando café en una *buvette* junto a la estación. En la plaza, una veintena de obreros hacen instrucción militar, dirigidos por otro. Extraños ejercicios.

El silencio del pueblo me hiere, por el contraste. Se oyen ladridos; como antes hemos oído cacareos. A las diez, el tren. Trajín de estas líneas y reposo de los pueblecitos que cruzamos. El silencio en las estaciones; un empleado que pasa con un farolillo. La complicación de la *gare* Saint Lazare.

Esta tarde, antes de tomar el *bateau*, hemos visto la exposición Monet, en la *galerie* Bernheim. Asunto: Venecia. Algunos cuadros son lindísimos. No me importa nada el procedimiento. Pero me ha gustado más lo que he visto después.

9 de junio. Domingo

Anoche estuve en el Châtelet; bailes rusos. «Bailaron» *L'après midi d'un faune*, *Scheherazada*, *Dafnis y Cloe*. Novedad en la disposición de las figuras, en los colores y en las decoraciones. Exotismo de algunas danzas. Pero no acabo de encontrar justificados los extraordinarios elogios y el *engouement* del público.

Esta tarde en el Museo Cernuschi. Arte japonés y chino, pero menos interesante que el Museo Guimet. Vasos de cristal con su género de relieves en color muy lindos.

En el Parc Monceau, con Pastor. El público dominguero. Música. El sol en la *pelouse*. Los gorriones y las palomas.

Por la noche vamos a la Comedia francesa. *Ifigenia*, de Moréas. La obra es fría; versos bien trabajados, pero sin emoción. Demasiado razonadores algunos personajes. *Madame* Barthet presta a ciertas escenas el calor que les falta.

Después el *Malade imaginaire*. Una niña muy graciosa y bien parlada. Los otros, un poco bufones; pero no creo que haya otra manera de hacer esta obra.

12 de junio. Miércoles

Voy con Pastor a la Malmaison. Las barriadas inmediatas a París, por esta tarde, son feas y destartaladas. Después de Nanterre, el camino es más pintoresco. Las proximidades de la Malmaison son lindísimas. El camino que va desde la carretera a la entrada del parque. Otros jardines.

La Malmaison tiene mucho carácter; muy cerca de nosotros. Gente burguesa, que lo pasa bien. La sala del arpa. Ventana del fondo, sobre el parque, entre dos grandes espejos.

La capilla de la reina Cristina. El parque. Arte de distribuir los árboles. Dulzura y suavidad de tonos. Un canal; agua quieta y verdosa; comunica con otros parques inmediatos; túnel de verdor.

Desde un banco del fondo, en la parte más sombría. Cómo se destacan los árboles del último término; gradaciones de la luz.

Anécdotas sobre Josefina.

Continuamos el viaje hasta Saint-Germain-en-Laye. El museo. Está cerrado. El *château* no me gusta; abigarrado.

La gran terraza sobre el valle del Sena.

Damos un largo paseo por el bosque. Lluvia reciente. Soledad. Hachazos de leñadores invisibles. Paso de un auto por los caminos que tapan los árboles. Caída de una rama. Humedad. Silencio. Truenos muy lejanos.

Volvemos a París en tren. *Le Vésinet* nos ha parecido encantador. Siempre el caos de la *gare* Saint Lazare.

Por la noche en el café con Noury, Salmerón y un joven, L. Camacho.

13 de junio. Jueves

Excursión a Fontainebleau, con Pastor y Alarcón.

Incomparable es la belleza del camino. Los valles, las casitas rojas, las alturas suaves y las ondulaciones del terreno. Las florestas espesas; los campos cultivados y los bosquecillos, como ramilletes. Las hileras de árboles de los caminos que cruzan las extensiones abiertas; unas finas, altas, separadas; otras una faja espesa y profunda de verdor; las líneas, sin embargo, siempre acusadas.

Las flores de los jardincillos de las estaciones. Vista sobre el interior de los cercados. Alguna casa opulenta.

Fontainebleau es un pueblo de mucho carácter; blanco, silencioso; al fondo de las calles, el bosque.

El *château*. Siempre ha sido rica Francia.

El parque; los cisnes y las carpas.

Paseo por el bosque.

Solemnidad al caer la tarde.

Oímos la música de una *foire* que hay a la salida del pueblo. La tranquilidad del campo se comunica al pueblo.

15 de junio. Sábado

Anoche estuve con Álvarez Pastor en la Comedia francesa. Vimos *Les affaires sont les affaires*. La obra me interesó. El primer acto me pareció un poco difuso y la preparación un poco lenta. ¿A quién se ha propuesto zaherir Mirbeau? El banquero es… ¿un canalla? Tal vez; pero es un tipo con fuerza. Todos los que andan a su alrededor son unos majaderos y, algunos, más canallas que él, con menos energía. No comprendo esta familia; todos, padres, hijos, hermanos, ignoran lo que sea la… ¿cómo diré?, pondremos ternura. La sangre, ¿no establece un lazo de piedad natural? Quisiera haberlos visto luchar con ella, aunque fuere para vencerla, si tal es la inclinación del autor. Me parece que es en todas sus obras implacable por demás.

Féraudy está admirable. Un reparo le pondría yo: en el primer acto le encuentro demasiado charlatán, demasiado movido. Tal vez sea la única manera de conducirse a través de tantas escenas puramente *habladas*, en las que nada ocurre.

Hoy apenas he visto a nadie. Me encuentro mejor así. En cuanto estoy solo me recupero.

Por la noche, después de salir de la biblioteca, un rato de contemplación en el *square* de la Tour Saint-Jacques.

17 de junio. Lunes

Ayer domingo fui por la tarde con Álvarez Pastor a la Comedia francesa. Vimos *Comediante*, un acto insignificante; *Poil de Carotte*, sacado de una novela de Régnard. Tiene gracia y está bien hecho. Después *Tartuffe*.

Esta mañana he ido a la Biblioteca Nacional a ver las salas de exposición. He visto los viejos *bouquins* que hay expuestos en el piso principal. La *Doctrina Breve*, del obispo Zumárraga.

Preciosas miniaturas. La escena del martirio, o lo que sea. Suplicio de unos hombres y de varios niños en el interior de una fortaleza. En las aguas del foso, rojas de sangre, flotan cadáveres. La *gaucherie* del dibujo presta una

expresión infantil a las figuras. Un sujeto *se come* la pierna de un niño como si paladease una golosina.

Por la tarde he ido al consulado. Después en casa, leyendo. Por la noche, un rato en el café y después a casa. Leo un poco.

Sylvain, el vicedecano de la Comedia francesa, ha traducido del griego la *Andrómaca*, de Eurípides, y mañana la representa en el Odéon.

18 de junio. Martes

Esta noche, en un café de los bulevares, he pasado un malísimo rato. ¿Por qué? Lo ignoro. Tenía una tristeza inmensa, un abatimiento… Nada me parecía digno de interés, nada me sostenía. Es la consecuencia del despilfarro de las energías, que se dispersan sin concentrarse en nada. ¿Dónde encontraré yo un estímulo?

20 de junio. Jueves

He pasado la mañana en la Biblioteca de Santa Genoveva. Después de almorzar he tomado el tranvía de Saint-Germain-en-Laye. Visito el Museo de Antigüedades Galas instalado en el *château*.

Mucha cerámica, armas, joyas, etcétera. Hachas y martillos de sílex.

Los bajorrelieves de la época del reno; en hueso. *Desfile de renos*; unos salmones entre las patas. Figuras de hombres en otros trabajos.

La tumba del jefe galo.

Los trabajos de César.

Otras reminiscencias de lo remoto; dólmenes, etcétera. Variaciones sobre la edad fabulosa; el hombre de las cavernas.

Al volver he dado un gran paseo a pie hasta el puente de Bougival. De Saint-Germain he salido por la carretera y tomado luego unas empinadas escalerillas que hay a la izquierda y descienden al valle del Pecq. La vista desde aquellas.

Brujuleo por los caminos muertos, por las sendas, por entre los huertos. Un arroyo en lo hondo. Álamos, sargas. Mucho sol. Los caminos blancos.

Salgo a la carretera otra vez. Sigo una corta avenida muy frondosa y umbría que desemboca en el Sena.

En los hotelitos, risas y voces de mujeres. En la margen, cubierta de altas yerbas, tres o cuatro personas tumbadas. Una lancha pasa, a remo. Suena.

Continúo por la orilla. Tejares, depósitos de carbón. La opuesta es muy linda; muy baja, frondosa; quietud.

Paso la estación de Port-Marly. Impresión: los grandes parques a mi derecha. A la izquierda, al borde del río, casitas pequeñas; jardines; arriates; flores en las escalinatas; desbordan sobre el camino; aromas; umbríos recatados; figuras mujeriles que se vuelven un instante al sentir mis pasos.

La Machine. Entro. Las seis grandes azudas trabajan. Los enormes esqueletos de hierro.

Llego a las esclusas. Cruzo la pasarela, paso por encima de los comportones y estoy en la isla de Croisy. Dos hombres gordos y rubios siegan hierba. Montones de heno ya seco, sobre el césped verde. Casas joviales, nuevas. Líneas suaves. La orilla opuesta, muy baja, es un jardín que se pierde en el agua. Serenidad del río represado.

Me entretengo viendo la maniobra de la esclusa; salen diez o doce *péniches*. Acodados sobre la barandilla, un empleado habla con su amigo. Silencio. Mientras, las *péniches* van pasando; el remolcador remonta el río y se pierde en la curva. Humo. Sirenas lejanas. Los hombres de las *péniches* dicen, al pasar, unas palabras amistosas a los empleados.

El que maniobra la esclusa cuenta lo que ha costado cada comportón (20 000 francos), lo que pesa (26 toneladas), de qué están hechos y quién los hizo. «Si no hubiéramos llamado más que al carpintero de Bougival aún estaríamos aguardando». Y luego: «*C'est quelque chose, hein?*».

Los de las *péniches*: algunos hablan en flamenco. Las viviendas en las barcazas. Las mujerucas hacen labor. Los chiquillos brujulean. En algunas: cunetas con flores. Los *marinos*: mestizos de gente de tierra y de mar.

El contraste entre las dos orillas: por donde voy hay trabajo, desembarcaderos, un tranvía, gente. En la otra (Croisy) maravillas de luz, de verdor, de regocijo campestre. Esto me agrada. A pesar del tráfico, conserva su distinción y su belleza, su finura. Claro que estos pobres hombres sudan y se mortifican lo mismo, pero esto parece un mundo por venir, en que todo sea fácil, todo se desenvuelva en un ambiente bello.

Anochecer; oro en el cielo y en el agua. Nubes rosas. Alegría del campo que se comunica; emoción y entusiasmo. ¿Cantar? ¿Llorar? Ser buenos y felices.

23 de junio. Domingo

Esta tarde he ido a los Inválidos, a continuar la visita del Museo Militar. Vistas las salas de artillería. ¡Muchos muchos cañones!

En armaduras, etcétera, muchas cosas buenas. Espadas españolas.

Vistas las salas «etnográficas». El Museo Histórico quedará para otro día.

Me encuentro allí al capitán; acabamos la tarde sentados en los Campos Elíseos, viendo volver la gente de las carreras.

El viernes estuve en la galería Manzi; exposición de impresionistas.

Hay un *Argenteuil*, de Monet, que es una maravilla.

El *Bar des Folies-Bergére*, de Manet. ¡Qué expresión singular e inconfundible tienen todas las figuras de Manet!

En Francia hay cuarenta y cinco condecoraciones distintas.

Hace veinte años había en Francia cincuenta mil poetas o portaliras, si creemos lo que dicen ciertas estadísticas.

Francia concede sesenta y cinco millones de subvención a unas compañías marítimas cuyos barcos desplazan, en junto, millón y medio de toneladas. Italia, a un tonelaje próximamente igual, concede veinte millones. Inglaterra, a diecisiete millones de toneladas, cuarenta millones.

Carreras de automóviles en Dieppe. *Le Matin* da cuenta del resultado con grandes titulares: «Una victoria francesa».

El mismo periódico, a propósito del choque de dos aeroplanos en los aires, se ha creído en el caso de marcar con líneas de puntos la trayectoria que seguían los aparatos por el espacio. ¡Demasiada información!

La mujer de Camus tiene una amiga… amorosa. El marido lo sabe y no se enfada. Tan no se enfada que su mujer va a buscarle al laboratorio y al no encontrarle le deja recado citándole para casa de su amiga.

Un colega de Camus asegura a los que se asombran de esto que el caso es corriente y que no llama la atención.

—¡Si fuese un amigo —dice— sería otra cosa!

Millerand ha restablecido las retretas militares, el derecho de castigar a los *sous-off*, y los toques de corneta en el cuartel. Parece que esto ha devuelto a *l'armée* «la confianza en sí misma». Y que el patriotismo renace en Francia…

Si esas medidas bastan, la crisis no debía de ser muy grave. Ensalzan a Millerand como si fuese un Louvois.

30 de junio. Domingo

Hoy han festejado el bicentenario de Rousseau. Anoche, con este motivo, estaba iluminada la *rue* Soufflot. Enorme gentío en el *boulevard* Saint-Michel aguardaba el paso de una retreta… que no pasó. Bailes públicos en la *rue des Écoles* y en la Plaza de la Sorbona.

En la terraza de La Source estuve con Salmerón y otros españoles desconocidos. Dos músicos ambulantes se acercaron. Uno vestido de negro, con un fieltro echado sobre las cejas y un pañuelo liado al cuello. Hacían música de voz y bandurria. Cantaba el uno con voz de bajo. De pronto, el otro atacó la misma canción y descubrió una voz de contralto maravillosa.

Esta mañana, en la *rue* Soufflot, muchos curiosos, pero sin exceso. Silbidos al paso de los personajes. «*Hou, hou, hou, les métèques*». Insultos; detenciones.

He ido un momento a los grandes bulevares y después vuelvo a casa, donde paso la tarde escribiendo. Ha llovido de un modo espantoso. Hoy se corría el *Gran Prix*.

1 de julio. Lunes

He ido por la mañana a la Biblioteca Nacional a visitar el gabinete de medallas. Magníficos camafeos, monedas, etcétera. La espada «de Boabdil». También he visitado hoy la iglesia de Saint Méry y las callejuelas inmediatas: Brise-Niche, Taillepain, etcétera, y he entrado un momento en la iglesia de Saint-Leu.

Por la tarde he ido con Hoyos al *boulevard* Filles du Calvaire a hacer unos encargos y después en casa escribo.

Por la noche, con Hoyos en la Grande Taverne. El hombre que brinca; *détraqué*.

3 de julio. Miércoles

Toda la mañana he *flaneado* por esas calles. Primeramente he estado en la isla de San Luis. Recorro la calle principal (Saint-Louis-en-l'Île). Estrecha y larga. Casas viejas, tiendecitas: un herborista, un sillero, carpinterías, agencias de nodrizas; hortalizas. Grandes patios oscuros; algunos con plantas y flores. De un jardín sale un griterío de niños; debe de ser un colegio. En una tienda, una mujer festeja a un niño. Pasa un hombre empujando un carrillo chato; dentro de él ollas de cobre, jarros de latón; clama un pregón sonoro que no puedo entender. Entro en la iglesia; una vieja rezando; en la sacristía, ruido de una máquina de escribir. El día entoldado, amenaza lluvia.

Me entretengo un rato en el puente. Pescadores que tiran el anzuelo en el agua verde. Los vaporcitos que pasan.

Voy hasta la Bastilla; sigo por la *rue* Saint-Antoine. Barullo, tráfico.

Las filas de *chars-à-bras*. Entro en San Luis y San Pablo. Veo un gran patio señorial, bastante lindo, que hay en la acera de enfrente. Fachadas negras. Una escalera flanqueada por dos leones conduce a una hojalatería. Martillazos.

Llego al Hôtel de Ville; entro en San Gervasio; la iglesia es bonita. Paso un rato en el *square* Saint-Jacques leyendo el periódico.

Después de almorzar, en La Source, con el médico y Pujol. Descarga una tormenta acompañada de un aguacero espantoso. Vuelvo a casa y escribo; pero no me cunde.

17 de julio. Miércoles

Pocas impresiones he recogido en esta quincena. Ha comenzado a hacer calor; hemos pasado tres o cuatro días muy rigurosos. Tengo mucha pereza; me levanto tarde; no voy a casi ninguna parte; apenas leo, porque me duelen los ojos; escribo algo y mando a *La Correspondencia*, de tarde en tarde, un artículo. No me trato más que con Hoyos, tomamos café juntos, paseamos. La otra noche estuve con él y su familia divagando por los muelles.

He ido una noche a Variétés. Vimos *Un soir de Pâques* y *Les amours d'Ovide*, dos piezas en que *monsieur* de Max *luce* sus facultades de actor dramático y cómico; me parece que no es una eminencia en aquel género. He asistido a una velada franco-italiana en la Sorbona, en honor de Leonardo de Vinci. Habló Poincaré; también pronunció un discurso Tittoni, embajador de Italia.

Una o dos veces he ido al Louvre; otro día he vuelto al Petit Palais. Hoy he estado en el Luxemburgo. Los cuadros de Sorolla, Zuloaga, Beruete y

Rusiñol no están ya en su sala. Ahora han puesto allí *La Carmencita*, de Sargent, y *El contrabandista*, de Daunat.

Todavía me suenan en los oídos las murgas del 14 de julio. En cada esquina un baile; debajo de mi balcón seis músicos, subidos en un tabladillo, estuvieron tocando el domingo hasta las cuatro de la mañana. He advertido que esta fiesta provoca una especie de resurrección de todos los miserables: titiriteros, prestidigitadores, músicos, cantantes, etcétera. ¿De dónde saldrá tanta gentuza?

El efecto de las iluminaciones sobre el río es magnífico. Recuerdo la silueta de la catedral, vista desde el puente Enrique IV, destacándose sobre el cielo rojizo. Pero los franceses bailan muy mal.

He ido una mañana hasta Pantin, a pie, siguiendo el canal de l'Ourcq. Este barrio de la Villete es destartalado y maloliente. Depósitos de carbón y materiales a lo largo del canal. Una parte de este en seco. Plantas acuáticas melenudas en el fondo del cauce se secaban al sol. Olor salino y a podredumbre. Las grandes barcazas inmóviles en el agua muerta. Un remolcador surcaba el *bassin* de la Villete. Tipos de descargadores. Hombre alto, cabeza chica, brazos larguísimos, quebrado de cintura, pantalones bombachos. El canal atraviesa entre los mataderos y el mercado de ganados. Antes, frente a la bifurcación del canal San Denis, piso desigual, empinado; escombros, tablones para cruzar. Debajo del puente un pescador. Un ciclista pasa corriendo; hace sonar el timbre de la máquina. Después de las fortificaciones. Apacible mañana de julio. Sol entrevelado. El terreno sube hacia la Puerta de Alemania. La faja verde de los fosos y contraescarpa, aterciopelada y blanda, brilla. Unos muchachos cazan grillos y unas cabras pastan; unas mujeres siegan hierba en lo alto del parapeto; oigo los silbidos y veo los torrentes de humo blanco de los trenes que, sin cesar, pasan, en lo hondo, detrás de unas canchas. Depósitos de madera junto al canal; terrenos vagos hasta Pantin.

Un anochecer tempestuoso de julio desde el Pont des Arts. Nubes plomizas hacia Versalles, y sobre el Trocadéro, cubren la mitad del cielo. Relámpagos. La superficie del río unida y brillante, como plata. Humos pesados, amarillentos, se alzan de una orilla. Quietud. Los perros se bañan; sus ladridos resbalan sobre el agua. Notre-Dame sobre el cielo pálido. Una luz se enciende, otra, otra. Pasa el vaporcito derramando su chorro de luz áurea sobre el río. Las aguas se ríen, susurran; ¡qué alegres, qué regocijadas! El

estruendo y el bullicio vuelven al cerrar la noche. Caen las primeras gotas. Vuelvo al barrio.

En la Plaza de la Sorbona me siento una mañana de domingo a tomar cerveza. Mediodía. Todas las tiendas están cerradas. Sol pálido. Viento suave. No pasa gente. En un piso tocan el piano. Una cortina blanca y roja ondea en un balcón.

Varias noches he ido al Carrousel. Es lo más bello de París. Serenidad, dulzura, tibieza. Los tapices verdes del césped y el festón de flores. Las estatuas desnudas y los jarrones con sus guirnaldas de flores vivas surgen en medio. La luz fría y rojiza de los arcos voltaicos cae como una niebla, como una gasa. Los bosquecillos junto a la verja de las Tullerías. Rincones sombríos, otros iluminados. La luz pasa entre las hojas; sobre un macizo, alumbra un banco; fondo de abanico, de Watteau. Espera uno ver las damas con sus faldas pomposas y su faz ovalada, oyendo los galanteos de un marqués rizado. Las que pasan llevan otro traje y otro cortejo, pero es igual. Llegan los ecos del concierto de las Tullerías; los acordes de la música, dispersos en la noche.

29 de julio. Lunes

He ido esta noche a la Comedia francesa con Hoyos. Vemos *Le médecin malgré lui* y *Le barbier de Séville*. Mucho calor. Un cómico bastante malo hace el papel de Almaviva; estropea el cuadro.

8 de septiembre. Domingo

Voy a cerrar este diario (que ya no lo es) de mi estancia en París. Pasado mañana salgo para Bélgica. Si he dejado pasar todo un mes sin estampar aquí ni una nota es debido a las pocas impresiones recibidas y a las pocas cosas nuevas vistas durante este tiempo, y además, y sobre todo, a la vida especial que he hecho, vida laboriosa aunque infructífera. Se me ocurrió, a fines de julio, matricularme en el curso de vacaciones de la Alianza Francesa. Hoyos me dijo que, según sus noticias, estos cursos son muy intensos y provechosos. He ido a ellos porque, en otro caso, hubiera tenido el remordimiento de no haber hecho todo lo posible por mejorar mi francés. Casi todo el mes de

agosto he estado preso de esta ocupación, que me obligaba a madrugar y me tenía el día entero «de clase en conferencia». Rousselot nos ha dicho cuatro cosas sobre fonética. Todo ello poco útil. Su colega, Laclotte, nos ha dado lecciones de pronunciación más prácticas. Doumic ha discurseado sobre el realismo en la literatura francesa del siglo XIX. No he oído orador más premioso. Sus lecciones han sido muy elementales y preparadas para quien no hubiese saludado la literatura francesa. Sin embargo, yo no las he perdido del todo, porque me han ayudado a mi trabajo personal de organización.

De los otros profesores de literatura (Le Roy, Dedarnelle) más vale no hablar. El primero es un ente ridículo; el segundo es un tipo muy mediocre. Las lecciones de explicación de textos me han servido más, ayudándome, o enseñándome al conocimiento más exacto del francés. Pongo en primer término a Frey, que ha explicado *François le Champí*. Después Huguet, que explicaba el *Nicomède*, de Corneille. El otro Huguet, con su gramática histórica, podía haberse quedado en su casa.

El señor Privat-Deschanel es un hombre muy divertido. Habla bien, con gracia y humor. Sus conferencias sobre el comercio de París no me han llegado al alma, precisamente, pero las he oído con gusto, porque el señor es muy ameno.

Con *monsieur* Carl «Stuataire» nos hemos ocupado de historia de la arquitectura. Este señor Carl nos ha acompañado al Louvre, a Notre-Dame, al Trocadéro, etcétera, sitios que yo conocía; Carl me ha hecho notar algunas cosas que se me habían pasado inadvertidas.

De los demás, recuerdo a *mademoiselle* Boüler, lectora, que se creía obligada a hacer apreciaciones críticas sobre los textos que leía, y *madame* Antoine, «gramática», vieja pedante, a cuya clase no he ido más que dos veces. *Mademoiselle* Fayolle, de la Comedia, ha venido a leernos poesías. He conocido en estos cursos una rusa judía muy guapa, y dos italianitos muy dulces; con estos dos visité «los altos» de Notre-Dame.

Los ratos que me han dejado libres estas ocupaciones los he empleado en leer, a veces en la biblioteca, siguiendo mis libros de viajes por España, a veces en casa; pero hago poco, porque me duelen los ojos, y, sobre todo, no he escrito ni una línea. Supongo que ya se me habrá olvidado lo poco que sabía del oficio.

Han pasado por París algunos madrileños, entre ellos Creagh, con sus hermanos, y Atard.

Con aquellos he ido a los museos y al teatro. He visto *Marigny*, que no conocía aún; hicieron una revista muy pesada; pero hay un excéntrico americano que tiene mucha gracia. También estuvimos en el «Vaudeville» y vimos *Le Dindon*, bastante divertido. Con Atard he ido a visitar una vez más Cluny, el Panteón, Louvre, etcétera, y ayer Sèvres, es decir, el museo de porcelana. Hay obras maravillosas, como todo el mundo sabe, pero vi un jarrón moderno, firmado si no recuerdo mal por D'Aublame, que es un prodigio. Escenas clásicas; algo así como un desfile de amazonas. Los jarrones y vasos adornados con flores y ramajes me gustan más que nada. A mi parecer esta industria gana en sobriedad y en gusto. Atard, excelente muchacho, dice siempre cosas sutiles; tiene la manía de desdoblarlo todo y de buscar repliegues hasta donde no los hay. Esto fatiga un poco. Además, es excesivamente serio; no se ríe nunca; no le he visto soltar una carcajada. Es fúnebre y un tanto meticuloso.

También ha pasado por aquí Alejandro Miquis y su mujer. Este Miquis me parece, en fin de cuentas, un hombre bastante infeliz, en todos los sentidos de la palabra. Para pensar así no tengo más que ver cómo es su mujer y cómo la aguanta. No he visto en mi vida persona más ordinaria, más grosera e inconveniente. Es fea, celosa, habla a gritos. Hay muchas porteras más distinguidas.

También se encuentra en París Sánchez-Ocaña, que vuelve de Alemania. Este chiquillo es simpático, y si hablase menos y más despacio, sería encantador. No viene *borracho* de Alemania. Es una compensación de los Morentes y Riveras. Está un poco alucinado con la revolución futura de España; cree que la cosa es inminente; con esta convicción es, sin embargo, melquiadista. Todos los días me habla de Cohén; ha estado estudiando a Kant y ahora va a Madrid a ejercer la abogacía; cosa que me sorprende. Me ha dicho que Barcia estudia también a Kant y que una noche descubrió «que no hay juicios analíticos a priori». Es para morirse de risa. Parece que Cohén les dijo que también él había hecho este descubrimiento. Si yo fuese pintor haría un cuadro en el estilo de Delacroix: *Augusto Barcia descubriendo que no hay juicios analíticos a priori*. ¿Es posible que el arribismo lleve a tales cosas? Pero acaso se haya convertido; necesitaré verlo para creerlo.

He ido algunas noches con Ocaña y con Guixé. Este muchacho me desconcierta por la desigualdad de su humor y por la incoherencia de sus gustos literarios. No le sobra finura ni educación social. Al tontuelo de Pujol también le he visto. Ahora me dice que sueña con entrar en una casa de comercio inglesa. No he visto criatura más vanidosa ni destartalada.

He conocido otros españoles: un señor Urbano, y a Ciges Aparicio. Además, los vendedores de botijas, que tienen más agudeza que muchos de estos intelectuales. Por lo menos a mí me hacen más gracia. Esta tarde, en el café, decía uno de ellos a un grupo de franceses que le regateaban un botijo: «No sean ustedes *asina*».

Más tipos de la galería española: el señor Gutiérrez-la-Raya, santanderino joven con acento catalán; dibujante, periodista y muy hablador. Viene huyendo de Barcelona por un proceso que le siguen a causa de un artículo. Es de tercera categoría.

El señor Eugenio d'Ors, intelectual barcelonés. Han sido necesarias dos presentaciones para que se fije en mí. Es alto y corpulento. Habla en voz muy tenue, sin mover los dientes ni los labios. Cuida mucho la manera de mirar, que procura hacer interesante, unas veces por su vaguedad *soñadora*, otras por su fijeza *perçante*. Me dio su tarjeta y yo le di la mía; la miró con disimulo por si debajo del nombre había algo que denunciara «una personalidad». Su decepción habrá sido muy grande.

Todavía he visitado durante este mes algunos puntos de los alrededores de París. Un día estuve en Vincennes, solo. Subí al *donjon* y visité la capilla del fuerte. Desde el *donjon* hay una vista muy bella sobre el bosque; las planicies verdes, los espesares de arbolado, la luz suave del cielo tenían el encanto que ya me es familiar. Después anduve a pie, a lo largo de la vía férrea, después de atravesar la plaza del pueblo, a la sazón ocupada por una feria. Todo aquello es muy lindo; las calles bordeadas de hoteles, en las orillas del bosque, son encantadoras; muchas flores, sombra, quietud, dulzuras de la vida. La tarde se entoldó. Había una gran calma, debajo de las nubes bajas suspensas. En la plaza de Fontenay-sous-bois una música militar tocaba los valses de *Les cloches de Corneville*. Familias sentadas en tomo del quiosco. Los sones de la música rasgaban el aire dormido. Volví por una gran avenida que se pierde en el bosque. Grandes casas. Parques. Familias que vuelven del paseo. Muchachas jugando en los claros del bosque. Hombretones que retozan como chiquillos, junto a los restos de una merienda.

Otro día he ido con Hoyos a Creteil. Hasta este pueblo fuimos en tranvía. Después, a pie por un valle delicioso hasta llegar al Marne. Caminos bien cuidados, con bellos árboles. Campos recién segados; mieses amontonadas; en el rastrojo una sabana de yerba nueva comenzaba a verdeguear. Contraste de los colores pajizos del suelo con el marco de arbolado; pequeñas colinas; pueblecitos entre los árboles. *L'île d'amour* en el Marne. Frondosidad, recato,

agua mansa corriente. Esquifes en la orilla. Un gran merendero; músicas; voces. Comienza a lloviznar; salimos a la carretera. Cruzamos el río y nos sentamos en un merendero. Muchachas que reman. Volvemos a pie por Adamville, etcétera, hasta el puente que lleva a Creteil. Los barquilleros montañeses que nos cuentan sus desdichas. Vista *en amont* del Marne. Árboles espléndidos, en una orilla, forman muralla. La otra, en declive. Praderas; casas desperdigadas.

Desde Creteil a París en tranvía; nos llueve.

Fui a Enghien. Entré en el casino; sala de juego. Una orquesta en la terraza sobre el lago.

El pueblecito muy lindo, muy limpio el barrio de hotelitos. Subo a pie hasta Montmorency por la *rue* de París; una vista sobre París y la *plaine* Saint Denis, al caer la tarde, entre nieblas y humos. La calle serpentea entre casas de campo; senderillos umbríos; misterio, plácida soledad. Atravieso Montmorency y sigo el camino del Ermitage; llego hasta la casa de Rousseau, enclavada hoy en una finca que llaman el Pausilipo. Toda esta montaña de juguete es una delicia. Los tonos del verde. Mujeres en el interior de los jardines, cuidando y cogiendo flores. Vuelvo en tren a París.

Con Hoyos y sus dos hijas mayores a Robinson. Fuimos en tranvía hasta Fontenay-aux-roses. Luego a pie. Subimos por un camino desde Sceaux, todo bordeado de merenderos viles. En lo alto, una vista espléndida. Tempestad; lluvia torrencial; nos guarecemos en una cervecería, que tiene un gran balcón sobre el valle. Yo estoy en mis glorias.

Todo este tiempo M. ha ido ganando dentro de mí. Algunos días me ha tenido embobado. ¡Qué luz tienen sus ojos! ¡Qué dulcemente habla y ríe! Una tarde la ha visto Atard y después me dijo unas palabras que me han hecho pensar con más franqueza en lo que me pasa con esta niña. Creo que si no estoy enamorado de ella completamente es que temo que les parezca absurdo a todos, empezando por ella misma.

Desde hace quince días voy todas las tardes a su casa, y hago por encontrarla en el Luxemburgo. Me pasaría las horas enteras mirándola, oyéndola hablar, sintiendo el ir y venir de su persona cerca de mí. Tengo la seguridad de que se da cuenta de mis atenciones; verdad es que yo lo disimulo poco, y rara vez la confundo, en mis conversaciones, con sus hermanas.

Ayer fui a la *gare* de Lyon a despedir a su padre, que se iba a Ginebra. Tuve la alegría de encontrarla allí. En la despedida se conmovió y cuando

regresábamos tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Qué ojos y qué lágrimas! Es divina. Es la gracia y la pureza juntas.

En Chantilly con Creagh y Echevarría. Tiempo espléndido. Visitamos el museo y después paseamos por el bosque. Esta excursión no me ha dejado una impresión fuerte.

9 de septiembre. Lunes

El último día de mi estancia en París ha sido muy semejante al primero: entoldado, gris, frío. Varias idas y venidas para conseguir que se lleven mis libros. Un viaje a casa de Atard; paseo con él por el Palais Royal y antes por los muelles. Vuelvo al barrio y en el jardín de Luxemburgo me encuentro a M. Está sola con sus hermanas. Un cuarto de hora de conversación mano a mano. Se me ha figurado que estaba muy contenta de dejar el aire de niña que conserva delante de su madre; ha puesto una gracia, una seriedad, un interés en la conversación, que me hubiera estado muchas horas oyéndola hablar y mirándola en los ojos. Después ha llegado su madre y nos hemos ido todos a su casa. Media hora más de charla. Hemos bromeado mucho, con motivo de mi ausencia próxima. Hemos prometido escribirnos algo. A lo último, observándola sin que lo notara, me ha parecido que estaba triste y que hacía esfuerzos por no llorar.

Dejo París (por unos días) con estas impresiones y entristecido por las noticias que me manda Gregorio.

VIAJE A BÉLGICA: 1912

10 de septiembre. Martes

Salgo de París con Atard en el tren de las ocho. Vagón lleno. Un matrimonio viejo holandés; el marido lee una novelita: *Les combats de l'amour*. Atisbo esta frase: «*Helas! s'écria Dolorès*». Conversación continua con Atard. El paisaje cambia. Praderas. Cielo más negro. Llueve. La frontera. Discreta visita de los aduaneros. Humo y agua. Pirámides de escoria. El *paisaje industrial*. Llego a Bruselas a las doce. Atard sigue hacia Amberes.

Me dirijo a casa de Ballester, donde me alojo; Ballester ha salido ayer para España.

Después de almorzar salgo a la calle. Ya llueve. Recorro una parte de los bulevares altos; me asomo al balcón junto a la estatua de Belliard; entro en el café de la Régence y escribo unas cartas. Después voy a Sainte Gudule. Me gusta esta iglesia; vidrieras; el púlpito barroco. Toda la capilla mayor está enlutada y en el crucero hay un gran catafalco. Piedra sepulcral de don Juan de Arrazola y Oñate.

Devotos en oración, inclinados casi hasta el suelo.

El vendedor de tabacos que me pondera el favor de venderme unos sellos. Bajo al *boulevard* Anspach. Le recorro hasta la *gare du Midi*. Veo la Plaza Rouppe. Llego a la Grande Place. Un rato viendo los edificios.

Vuelvo al *boulevard*. Un rato en un café. Animación. Regreso a mi casa por la Monnaie y la *rue* de la Madeleine. La *rue* de la Régence, de noche y solitaria. Después de comer paso por el parque para ir al teatro, pero no entro. En un café. Me retiro temprano.

11 de septiembre. Miércoles

Casi todo el día lo he pasado en el Museo de Pintura. No ha cesado de llover ni un momento.

En la galería de escultura, las obras de Meunier: *Mineros*, etcétera.

En la sala de pintura extranjera hay un cuadro que dicen ser de El Greco, aunque el letrero lo atribuye al Tintoretto.

Es del mismo pincel que la *Gloria*, también del Tintoretto, que está en el Louvre. El *Marat*, de David.

Subo a la galería de pintura antigua. Entre la mañana y la tarde la he recorrido casi toda. *El duque de Alba*, de Moro.

Cuadros de Rubens en los que creo ver una fuerza en la expresión de las actitudes y una sobriedad en el color que no había encontrado hasta ahora. Me gusta así.

Un cuadrito de González Coquer: *El dúo*. Es lo que se puede hacer en Bruselas: tocar el laúd en un interior bien abrigado, en compañía de una mujer bonita. Sin broma: la vista del país y la experiencia de su clima me ayudan a entender la pintura.

Un Van Dyck: *Imperial, dux de Venecia*.

Los Brueghel: *Belén bajo la nieve. La caída de los ángeles*. Este cuadro me recuerda uno futurista que vi en París titulado *La révolte*. Los dos cuadros de Metsys, sobre todo la *Casta Susana*. Recorro aún otras salas, pero mi fuerza de atención está agotada.

Tomo un tranvía en la *rue* Royale para ver algunas calles. Me lleva hasta la Jette. Vuelvo en otro hasta la Bourse. Un momento en el *boulevard*. Gentío. Paso por las galerías San Huberto. Subo a casa por la Montagne de la Cour.

No salgo después de cenar. Llueve todavía; he tomado mucha humedad y mucho frío.

12 de septiembre. Jueves

Me he levantado hoy un poco tarde. Por fortuna hace sol. He visitado el Palais de Justice. No me gusta este edificio. Todo lo que el guía sabe decir es: «Esta sala tiene cuarenta metros; esta bóveda ochenta, etcétera». Después he ido al Museo de Pintura Moderna. No me he detenido mucho tiempo, pero no he visto nada sobresaliente. Un cuadro de Zuloaga: *La víspera de la corrida*.

Paseo por *l'Avenue des Arts*. Tomo el tranvía en la *rue* de la Loi y llego a las afueras. Luego por un bulevard de *ceinture*, al Bois de la Cambre. Doy un corto paseo y me siento un rato en una cervecería. Frondoso parque; magníficos árboles. Vuelvo por la *avenue* Louise. Me agradan estas casitas. A mi izquierda lindas perspectivas.

Por la noche en un café de Anspach; oigo un poco de música y vuelvo a casa. Hoy me ha gustado más Bruselas.

13 de septiembre. Viernes

Otro día despejado. Por la mañana he visto Saint-Jacques, en la Place Royale; Notre-Dame de Sablon, la plaza del *petit* Sablon, con sus estatuas, el gran Sablon, donde hay un mercado, y luego he ido a la Biblioteca Real; he visto los manuscritos que hay expuestos.

He pasado casi toda la tarde en Laeken. El parque es muy lindo. He subido al monumento de Leopoldo I. Vista la casa china, etcétera. Vuelvo hacia el canal; me entretengo un rato viendo el tráfico del puerto y llego al Puente de Laeken, donde tomo el tranvía para regresar a casa. Por la noche en el Vaudeville. *Les soeurs Zigoteau*. La obra es estúpida, los actores no son buenos; el público, tan mediocre como lo demás, ha reído mucho.

4 de septiembre. Sábado

Día de color de plomo. Vuelvo al Museo de Pintura Antigua y paso en él la mañana. Maes.

Por la tarde he visitado el Hôtel de Ville. Después he ido al *Bois*; doy a pie un «gran paseo»; me detengo un rato en uno de los merenderos. Vuelvo a casa. Por la noche en el Teatro de las Galerías. *Le Bonheur sous la main*. Max Dearly.

15 de septiembre. Domingo

Me levanto tarde. Visito el Museo de Armas en la Porte de Hal. Vale poco. Después de comer voy al Parque del Cincuentenario. No me gusta el monumento, ni el palacio. Veo el Museo de Reproducciones y el de Artes Decorativas. En este hay cosas muy buenas; está instalado con poco gusto.

Vuelvo por la *rue* de la Loi y después de entrar un momento en casa y en un café voy a la *gare du Nord* a tomar el abono al tren. Regreso a casa; después de comer salgo un rato y me retiro temprano.

Bruselas me cae bien, después de tantos meses de París. Es apacible, es sedante; acaso demasiado. Me sugiere ideas de bienestar, de vida comodona y tranquila; creo que aquí llegará uno muy pronto a ser *bête*. Una sola calle de París es más fuerte que todo esto.

16 de septiembre. Lunes

Me he levantado a las siete y media y he tomado el tren para Amberes. Llegué a las nueve y media. Sigo la avenida que parte de la estación y entro en Saint-Jacques. Bella iglesia ojival; ornamentación barroca.

Visito después el Hotel de Ville. Un guía muy pintoresco. El interior de la casa me gusta más que el del Hotel de Bruselas. Doy un vistazo a la Grande Place.

Voy a Saint-Paul. El Calvario, entrando por la *rue des Soeurs noires*. Una niña me sirve de guía. No sabe más que flamenco. Al final me dice «*Santime…!*». Entro en la iglesia. Tallas en madera.

Un tipo entre sacristán, cicerone y funcionario público se me acerca. «¿Quiere que descubra los cuadros?». Los descubre y veo *La flagelación*, por Rubens. Portentoso. Es para mí un Rubens nuevo. También he visto el cuadro del altar mayor.

Salgo a los muelles; me asomo al «balcón» del Lloyd. El río.

Voy al museo y paso en él el resto de la mañana. He visto muchas cosas buenas, pero de prisa.

El tríptico de Memling, que fue de los benedictinos de Nájera.

La cena, de Jordaens. Las pinturas de asunto religioso de Van Dyck. Los Rubens *La comunión de san Francisco*. Algunos están tapados con una tela, porque hay albañiles en la sala. Descorremos la tela, pero no veo a gusto. *La lanzada*.

Un Rembrandt.

La pintura moderna no me ha atraído.

Almuerzo en un restaurant de la Place Verte y voy a la catedral. Veo los tres cuadros de Rubens. *La crucifixión, El descendimiento* y el del altar mayor.

Un gran rato de contemplación ante *El descendimiento*. Pero la impresión que me ha hecho el de Saint-Paul ha sido más fuerte, tal vez por inesperada.

Después visito el Museo Plantin. El patio. Retratos de Nonius, de Arias Montano (que no lleva la melena larga) y de don Alfonso de Aragón. Guardianes vestidos de máscara.

Voy a los muelles. Visito las dársenas del norte. En la orilla del Escalda, donde hace una gran curva, estoy un gran rato. Haz brillante del rio, anchísimo, que parece desbordar sobre las riberas bajas. Golpe de vista sobre Amberes. Veo entrar un gran barco, el *Lapland*, de la Red Star Line.

Regreso cuando se hace tarde. El conductor del tranvía, a quien interrogo, se niega a contestarme. En un café, cerca de la *gare*, escribo unas postales. Al tren.

En Saint-Paul he visto un cuadro de Teniers, grande: *Las obras de misericordia*.

Sepulcro del marqués del Pico de Velasco, «gobernador y castellano de este castillo de Amberes».

18 de septiembre. Miércoles

Ayer estuve en Lieja y hoy en Gante. En Lieja hay pocas cosas notables que ver. La entrada de la población, por la estación de Guillemins, es muy hermosa. Bulevares muy anchos, jardines, terrazas sobre el Mosa. Pasé de largo por Saint-Jacques y entré en la catedral (San Pablo). No tengo ninguna impresión saliente de esta visita. Después vi el Palais de Justice, que tiene un patio negruzco muy lindo y característico. Fui al museo. Vale poco. Un cuadro de Mezquita: tres ciegos tocando la guitarra y al fondo parejas bailando. Un cuadro de Ingres: Bonaparte, primer cónsul; uniforme rojo. Una *Dolorosa*, de Delaroche; parece un cromo. Fui embarcado por el Mosa hasta Seraing. Tarde entoldada. Muchas fábricas, mucho humo, muchos trenes. Detrás, las formas graciosas de los montes; praderas, árboles. El palacio de los obispos (hoy Cockerill) es muy hermoso. Volví en tranvía. El tren de bote en bote; yo de pie.

El viaje de ida a Gante muy rápido. He visto allí cosas que me han gustado mucho, pero la población, fuera de sus monumentos históricos y de algunos rincones, es destartalada y feota. Parece un Valladolid. Entro en San Bavon. La catedral es bonita. Bóvedas (no las nervaturas) y gran parte de los muros, de ladrillo desnudo. Granito azulado. Alrededor del coro, una construcción del siglo XVIII, en mármol blanco y negro. Sepulcros de obispos. Veo el políptico de Van Eyck, que es, en efecto, una cosa magnífica. Paso la

vista a las otras capillas, donde hay un Rubens. Visito San Nicolás, vieja iglesia que se está cayendo. Quiero entrar en San Miguel, pero está cerrado y luego se me hace tarde. El *beffroi* está en reparaciones, así como la *maison des draps*. El conserje del Hôtel de Ville no aparece y renuncio a visitar el interior; no me pesa; estoy cansado de ver salas de *échevins*. Brujuleo por las calles de los alrededores; veo las casas de los gremios, el *granero*, sobre el canal, y la plaza de Santa Pharaildes o cosa así. Visito también el *château* de los condes. He ido después a las ruinas de la abadía San Bavon; el claustro y la «sala gótica» son muy notables. Subo luego al Grand Béguinage. Yo nunca había visto una cosa como esta. Pueblo de conventos, con sus callecitas y sus puertucas; hornacinas con santos pequeñines pintorreados, en actitud beatífica. Soledad completa. Un pequeño *square* junto a la iglesia. Arquitectura imitación medieval. Por algunas ventanas se alcanza a ver las cortinas blancas de los lechos. Silencio sepulcral. Bajo al pueblo en el tranvía que me lleva hasta el museo. Una vuelta por el parque, donde están construyendo los edificios de una exposición y entro en el museo. La visita ha sido demasiado rápida. Me fijo en los cuadros de Crayer: *Juicio de Salomón*, y otros. Dos «cabezas de hombre», de Jordaens. Una *Mujer de edad*, por Frans Hals, admirable. Este sujeto pintaba con tizne. Hay un Van Dyck que no me ha gustado. Pintura moderna: buenos cuadros de Winne, entre otros, un retrato de Leopoldo I. Muchas tonterías de *pompieristas*. Un Zuloaga: *Campesinos españoles en el mercado*. Cuadros de historias, sobre episodios de las Cruzadas inclusive. Algún paisaje que otro hubiera llegado a gustarme, si me hubiese detenido más. Me paro un poco en la escultura y ante los tapices, y al tren. He sacado buena impresión de mi visita a Gante; como a Amberes, me gustaría volver. Me equivoco de tren y tomo el «ómnibus», que tarda dos horas y pico hasta Bruselas.

He *constatado* que *Bure(e)l* en flamenco es lo mismo que *bureau*.

Mucho ladrillo innoble en este país. Bélgica, ¿es un país anodino? Ayer en Lieja me preguntaba yo qué se proponen los belgas con tanta actividad industrial: vivir bien. ¿Y después?

26 de septiembre. Jueves

Estoy de regreso en París desde el día 23. En Bélgica continué mis excursiones y fui a Brujas. Pasé un magnífico día. El pueblo me hizo gran

impresión y de regreso en Bruselas aún estaba yo emocionado. El ambiente de Brujas me encantó; no la llamaría yo «la muerta»; para mí está más viva que Lieja con toda su industria. Pondría yo en parangón esta ciudad, fina y con alma, con el bullicio fabril y el aburguesamiento de otros lugares belgas.

Visité la catedral y Notre-Dame; vi el sepulcro de María de Borgoña y el de su padre «El Temerario». Pero me detuve poco en las dos iglesias. Paseé por las calles desiertas. Encrucijadas desde las que se descubre un barrio en que no hay un alma. Casitas bajas, pintadas de amarillo. Plazas y rinconadas solitarias.

Almorcé en un restaurant de la Gran Plaza, bañada por el sol. El reloj de la torre del mercado hace jugar un órgano de campanas; toca cada quince minutos; y al dar las horas una larga melopea, que cae suavemente sobre el pueblo en calma. La cadencia es melancólica. Estuve en el hospital San Juan a ver el Museo Memblin. Es una colección de maravillas. La *châsse* de santa Úrsula, con la leyenda de la santa. El retablo del altar San Juan. *La adoración de los magos*, y el díptico: *La Virgen con el Niño*, y el retrato del donador, Martín van Nieuwenhove. De este último me he traído un recuerdo. Un gran rato de contemplación.

Después al Museo Comunal.

El «Van Eyck (Juan)», *La Virgen, San Donatiano, San Miguel* y el donador, Jorge van der Paele.

Hugo van der Goes: *Muerte de la Virgen*.

Memling: *San Cristóbal*.

Gerard David: *Juicio de Cambises*.

Obras sublimes. Son la perfección de una estética. Salí del museo en un estado de ánimo muy apacible. Visité luego el Palacio de Justicia, donde guardan una gran chimenea del Renacimiento. Vi algunas otras cosas y gasté el resto del día en pasear por las calles. El *quai del Rosario*, el *quai des Herbes*, etcétera. Hay un patio junto al Museo Gruuthuse que es una delicia, tan silencioso, tan tranquilo. Anduve mucho por la orilla del canal exterior; tarde de sol, serena. Algunas familias paseaban. Se oía, a lo lejos, el toque de unas cometas militares. Paz. Desanduve el camino. Un rincón del canal, hondo, que entra en la ciudad, donde bogaban los cisnes. Después un brazo de agua muerta, toda cubierta de verdín. Llegué al *Lac d'amour*. Entro en las calles otra vez. Desiertas. El pregón lejano de un vendedor. El ruido de bolillos de las encajeras en algunos portales. Campanas. Me parecía andar por tierra conocida.

Con ser este lo que se llama un pueblo triste, yo estaba contentísimo y así volví a Bruselas, en una situación próxima al entusiasmo.

MADRID: 1912

2 de diciembre

Estoy de regreso hace ya un mes. Salí de París el 28 de octubre. Es ya un poco tarde para recordar mis impresiones de los últimos días que pasé allí. En el mes de octubre llegué a desear que sonara la hora de venirme, puesto que inevitablemente había que pasar por ese trance. Estaba un poco abandonado; me dejaba ir; este deseo que hay en mí de concretarme en algo, me hizo creer que cambiando de vida podría coger la caña del timón nuevamente. Además las impresiones que podía yo recibir allá estaban un tanto agotadas. La vida allí me parecía cada vez más agradable, pero hubiera necesitado yo, para continuarla, organizar mis días de un modo que no está a mi alcance. En fin, comenzaba a creer que estaba abusando, y que lo mismo me daba un mes más que menos.

He vivido agradablemente desde mi regreso de Bélgica en casa de una *madame* Bailly, *rue* Notre-Dame des Champs. Vida más casera, más recogida, donde me hallaba muy a gusto.

Frecuenté la Biblioteca Nacional para acabar de leer unos libros. Bastantes noches fui a los teatros y cabarets. Estuve en la Porte Saint-Martin y vi a Huguenete hacer *La robe rouge*. Este actor me gustó mucho por la naturalidad de su juego. Estuve una noche en el Teatro Imperial con Hoyos y su amigo Gregorio; vimos allí algunas tonterías y al vejestorio de Marguerite Duval. Fui a la Boîte à Fursy; a la Cigale, donde vi bailar a Regina Bodet; al Moulin Rouge, del que no recuerdo más que mi aburrimiento; en la Comédie Mondaine, teatrillo malo, cómicos detestables, y una adaptación de *Le Rêve*, de Zola; dos veces estuve en la Lune Rousse; siempre me he reído allí muchísimo; en la Comedia a ver *Sapho* y a Cécile Sorel.

Una tarde estuve con Hoyos, Gregorio y Martínez Conde en el *Bois*. Tarde espléndida, que parecía madrileña por el sol. Llegamos al campo de carreras, donde se corría el premio de otoño. Después estuvimos en Suresnes

y volvimos en el vaporcito, ya de noche; magnífico espectáculo el del río a tales horas.

Dos veces fui a Versailles. Recuerdo mis paseos por los jardines, ya alfombrados de hojas secas, y la apacible soledad del *hameau*. Vagué por los alrededores del Trianon.

Una tarde fui de paseo con la familia de Hoyos; estuvimos en Boulogne y pasamos a Saint-Cloud, donde había una feria. Volvimos embarcados, también de noche ya; este viajecito me ha encantado siempre.

En el Museo Guimet una tarde en que venía M. Recuerdo aún la conversación que llevábamos por el *Cours la Reine*, los dos mano a mano, hablando de cosas serias; recuerdo que yo iba en mis glorias. En el museo tuvimos algunos apartes. Yo buscaba mil rodeos para hacerme entender, pero esta criatura o se asusta cuando me ve venir, o no quiere oírme.

Otra vez estuvimos en Galliéra; yo ya me sabía esto de memoria, pero lo mismo me daba. Hicimos también una visita un domingo al Conservatorio de Artes y Oficios. Esta tarde fue magnífica para mí. Sobre todo un rato de conversación que tuvimos sentados en un banco del *square*.

Los últimos días buscaba yo a todo trance tener cinco minutos de conversación aparte. Me fue imposible. Pero una mañana nos encontramos en el Luxemburgo; estaba sola con sus hermanas y unas amigas. La hablé de mi viaje y creo que me entendió. Pero esta es la hora que no sé qué pensar.

La víspera de mi partida fuimos a su casa después de comer. Tuve la suerte de encontrármelos cuando salían para el circo. Fui con ellos y con unos señores cubanos.

Me pareció en el teatro más admirable que nunca. Los acompañé luego hasta la puerta de su casa y allí nos despedimos hasta Madrid. Creo que me dijo adiós con los ojos más expresivamente que con la boca. Pero la noche siguiente, cuando yo no lo esperaba ya, apareció en la *gare d'Orsay*, acompañando a su padre que iba a despedirme. Salí de París contentísimo con esto.

Desde entonces no he vuelto a saber nada; aunque he escrito no he tenido aún contestación.

Pasé algunas inquietudes en París por la suerte de mis libros, que han tardado no sé cuántas semanas en llegar a Madrid; pero, al fin, llegaron.

Qué triste, qué desolada me pareció España al salir de las Provincias Vascongadas. ¡Qué lento el tren! Los campos desnudos y desiertos. Todo agrio. En el vagón, unos sujetos hablando de la temporada taurina.

Desde la frontera vengo en conversación con un portugués que subió en Burdeos y que va a Lisboa. También entro en conversación con otro madrileño que viene de París, Nicolás Martín, exconcejal y cuasi personaje. En el vagón restaurant me ha tocado el puesto junto a una dama aristocrática y su hija, joven rechoncha, que hablan en francés con una aya o institutriz. Me han examinado de pies a cabeza y después creo que les parecí muy mal; iba yo muy poco chic.

Madrid me pareció despoblado. Este efecto es inevitable. Lo que más me desagradó al día siguiente de llegar fue la lentitud de los tranvías y los ásperos modales de la gente.

Pero los primeros días no estuve descontento, porque todo era encontrar gente conocida, hablar de mi viaje, referir impresiones, etcétera. Estuve un día en Alcalá y ya no he vuelto; ninguna gana tengo de aportar por allí; aquello, además de empequeñecerle a uno, me entristece; *et pour cause!* La energía y el tiempo (¡el precioso e irreemplazable tiempo!) que yo he malgastado allí me pesarán toda mi vida.

MADRID: 1915

1 de enero

He pasado el día en Alcalá. Lluvia torrencial. El pueblo mustio e inhospitalario. Por la tarde fui al Círculo. El mismo humo, los mismos tacazos, los mismos cazurros de hace veinte años, cuando yo venía del Escorial a pasar las Pascuas en el pueblo. Pero ahora hay menos gente y parece más pobre. Veo a Jaramillo con su eterna sonrisa, la sonrisa del hombre que nunca ha comprendido nada.

El año pasado, por ahora, hervíamos en política. Si hubiéramos salido adelante, todos estos caciquillos que guardan delante de mí una *actitud reservada* se habrían agolpado hoy a mi puerta.

4 de enero. Lunes

Hoy ha tomado posesión nuestro nuevo ministro, el señor Burgos Mazo. Gran golpe de burócratas en el despacho; desde la puerta columbro al catecúmeno, un hombre alto y pálido, con una banda amarilla sobre el pecho. Oigo el mosconeo de la voz de Dato, que hace la presentación. Sale; nos da la mano. Carrasco dice: «Vámonos, ya nada tenemos que hacer aquí».

—Ni antes tampoco —le contesto

Por la tarde voy a casa de H. No están. Me hace la visita M. Larga charla. Sigue pareciéndome encantadora esta criatura. Pero me emociona esto cada vez menos. Algunas veces me he dicho: «Ya lo tienes conseguido, aquello que pensabas hace tiempo. Y ahora, ¿qué?». Me produce esta idea menos contento del que podía esperarse. ¿Es que no habrá nunca medio de descubrir lo que hay de vanidad, de empeño del amor propio en estas cuestiones?

Llegó después su madre. Salieron y las acompañé un rato. Volví a mi casa. No pude trabajar, por la neuralgia.

5 de enero

Toda la tarde consagrada al Ateneo. Junta, con Labra y demás señores. Dos horas perdidas en divagar gravemente. Si yo no los empujase, no acabarían nunca. Labra se entera tarde de las cosas y no siempre bien. Cuando habla, habla…, siempre en el mismo tono, parece que las palabras se le vierten de la boca derramándose por su barba. Es como el agua de un puchero puesto a la lumbre y que se sale a borbotones; pero agua sola.

Por la noche he ido con Enrique Amado y otros amigos al Español. Vemos *La cena de las burlas*. Borrás lo hace muy bien. La obra no me gusta. Los versos de la traducción me parecieron duros, difíciles… Lluvia de consonantes en *ía*; esto es lo que más sonaba al oído. ¡Y qué cómicos! No sabían moverse. Uno de los más importantes recitaba como si su garganta fuese de esparto; mascaba las palabras, soplaba…

A nuestro lado, la mujer de Linares Rivas se pasó la noche contándole a una amiga los disgustos que les ha ocasionado a *Manolo* y a ella el estreno de *La garra*, obra *atrevida*. Parece que han urdido contra esta comedia una conjuración varias señoras que a creer a la de Linares son unos *pendones*.

Amado me dice que Linares no tiene razón, que su obra no daba dinero. Pero ambas cosas no son incompatibles.

7 de enero

Por la mañana, después de dar mi lección de alemán, al Ministerio. Papeles, conversación, fastidio. Este desierto no se acabará jamás.

Al salir de comer me encuentro a Consuelo. Un rato de palique. Hacía meses que no nos veíamos. Está mejor que la última vez que la vi. Su gracia de siempre, que me hace pensar *au temps jadis*. ¡Oh, tiempo de emoción continua, dónde has ido…! Esta vida, por ser *menos* vida que aquella, tiene que ser peor. O tal vez me haga pensar así la vista de esta mujer singular, que tanto se me clavó y tantas tempestades levantó dentro de mí.

Yo no sé si es posible juzgar con acierto de un período distante de la vida, cuando todo lo que entonces nos llevaba en volandas está muerto. Se ve de otro modo, pero ¿es más exacto? Ahora, el hombre que yo era entonces me es casi impenetrable, incomprensible.

10 de enero

Esta mañana la he pasado en la Moncloa. Largo paseo, mucho sol, cansancio saludable. La sierra toda blanca. ¡Qué hermoso aire, frío y puro!

Por la tarde, un rato en el Ateneo, donde he visto a Guixé, que me habla de la *Revista* de Ortega, próxima a salir. Este Ortega, ¿quiere que le pidan las cosas varias veces? Hace meses le hice una indicación y aceptó con gusto que me encargase yo de una sección de la *Revista*. Volvimos a hablar después un gran rato, este verano, haciendo planes. Luego ya no me ha vuelto a decir una palabra, como si se retrajera. No lo entiendo.

He venido a casa a media tarde y escribo hasta las ocho. Ahora me encuentro muy animado para terminar el trabajo sobre Ganivet; ¡el tiempo que han dormido las notas y borradores en un rincón de mi mesa! Quiero llenarlo hasta el fin, poco a poco; no tengo prisa, para no desanimarme. Al fin siempre vuelvo a este refugio que consiste en emborronar cuartillas. La atención y recogimiento que la tarea exige parece que me devuelve a mí mismo y me cura un poco de la dispersión y aturdimiento en que las circunstancias me tienen metido. Siempre me faltará constancia en la vida. Pero esta charca de Madrid, donde ninguna emoción da valor a las horas, el cultivo de este hilito literario es el último recurso.

¿Cuántos planes de trabajo habré yo hecho en mi vida? ¿Con qué fruto? Hoy cumplo 35. Atrás quedan los años más generosos. Siento que algo se me escapa. Cada vez me siento más solo. Los amigos van desapareciendo o se encastillan en sus intereses. De día en día trato más gente, pero amigos nuevos, no. Ni me interesan ni nos entendemos. Pero esta soledad interior y este despego de las cosas, ¿son buenos? Ponen a prueba la serenidad para afrontar el declinar de la vida.

15 de enero

Varios días de dispersión y ajetreo ateneísta. Sujeto por el cargo que obliga a penetrar en un mundo de infusorios. Oí el miércoles una conferencia de Cossío. Es gran conferenciante, caluroso, fino, persuasivo. Los defectos que tiene son resabios de la cátedra y de la *manera* de la Institución; demasiadas salvedades, demasiados distingos. Su «Bosquejo del arte español» me parece bien, sobre todo la *violencia* como rasgo de nuestra pintura.

También oímos ayer a Carracido. Este gallego oblicuo, solapado, trepador, parece que es hombre de cuidado. Nunca se comprometerá abiertamente en nada, no se indispondrá abiertamente con nadie. Cuando le veo pasar junto a mí, un poco encorvado, frotándose con suavidad las manos, andando a pasos lentos y con el mirar *desparramado* a derecha e izquierda, parece la encarnación de la desconfianza. En los discursos tiene la palabra abundantísima, elegante, clara y muy correcta. Pero la dicción no es cabal por defecto físico; el timbre de voz es demasiado agudo, un poce chillón.

La otra noche estuvimos en Romea a ver bailar a la *Argentina*, que se despedía Estaban Pérez de Ayala, Beruete, Amado y otros. La *Argentina* es una artista maravillosa. Al final, el conde de Mendoza Cortina, que estaba en las butacas de orquesta, arrojó al escenario un gran rollo de papel. Desplegado por la bailarina vimos que decía en letras muy gordas: «*La Argentina, maravilla. La Argentina, única. Fenómeno! Fenómeno!! Fenómeno!!! Baila más que Dios!!*».

Esta noche en el Ateneo, concierto por Turina y Falla. Enorme gentío. En una de las tribunas estaba M. Nos vemos y nos saludamos al mismo tiempo. A mí se me ha debido de conocer en la cara el contento de verla. Ella me envió un saludo muy afectuoso y familiar. Todavía me emociona esta criatura. Un gran rato me dejo ir… Luego, depresión, tristeza, viéndola bajar, con otras y otros, sin mirar, sin fijarse. Lo pongo aquí, porque si no, dentro de algún tiempo yo mismo no creería esto.

Ha cantado Luisa Vela; ha cantado con música de Turina, unos versos de Bécquer que dicen: «… yo soy incorpórea…». Pero es gorda, de poca estatura, lleva diecisiete kilos de esmeraldas.

25 de enero

El sábado, 23, fue día festivo. Pasé gran parte de la mañana y de la tarde en la biblioteca del Ateneo. Al anochecer, junta del Comité nacional reformista. Yo estoy allí un momento, y salgo con Coronas y Pérez de Ayala, porque me esperaba Labra en el Ateneo. Estas reuniones del Comité nacional son un poco ridículas. La mayoría de los que a ellas asisten conocen la política de *oídas* o por lo que leen en los libros. Además, muchos son o se creen sabios, y creen que pueden transmutarse estos valores; quieren disfrutar de la misma autoridad en política que en la ciencia. Posada es el tipo del Beocio; hay que imaginárselo envuelto en un manto pardo y recostado en una

pared. Habla con tono de suficiencia y con acento asturiano; se soba las pantorrillas al hablar, como si de ahí le brotaran las ideas, plantea cuestiones previas. Cuando se trató de la actitud del partido en la cuestión de Marruecos, nos hizo una disertación preliminar explicándonos las cuatro maneras o motivos que pueden llevar a un país a adquirir colonias: nos quedamos yertos.

Estas reuniones parecen torneos en que cada señor va a demostrar que es más culto, más ingenioso y más elocuente que los otros.

Según me han contado, en la reunión del sábado pronunció García Morente, después de marcharme yo, un discurso *violento*. Paseaba su figurilla por la sala, manoteando y gritando. Dijo que nuestra obligación era legar a nuestros hijos una España más bella. Todo esto para pedir que el partido apoye la intervención de España en la guerra. Estos son, a mi parecer, reflejos de Ortega; pero el pobre Manolito Morente, que es hechura suya, no tiene el mismo talento. Se apega a cosas oídas; discurre en pos de una frase retórica, y pide cosas tan descaminadas como esa.

Simarro ya no asiste a estas reuniones.

Ayer domingo, me levanté tarde. Estuve en casa desde las cuatro hasta las ocho, trabajando en mi Ganivet. No quedé descontento de lo que hice; pero esto no quiere decir que no me vea obligado a romperlo dentro de unos días. Esto va muy despacio; pero poco a poco voy recuperando la costumbre de escribir.

Hoy, después de la clase de alemán, he ido al Ministerio. Malísimo día; frío y nieve. Por la tarde en la biblioteca del Ateneo.

Conferencia de Elorrieta sobre «La guerra y los sistemas políticos». Elorrieta siempre es superficial, nada artista; resbala sobre los asuntos hábilmente. Hoy ha tenido un gran éxito. La conferencia estaba mejor compuesta que todas las demás que le he oído, y la ha dicho con más calor.

Por la noche, un rato de tertulia con Hoyos y otros amigos. Vuelvo a casa. Durmamos, y vayan pasando los días, en blanco, sin objeto.

15 de febrero

Mi vida es ahora tan monótona, que los días pasan sin dejar nada notable o siquiera pintoresco, digno de consignarse aquí. Siempre veo las mismas gentes, trato iguales asuntos. *Por dentro*, también estoy como aplastado, ahogado por el ambiente; entre él y yo hay un desacuerdo cada vez mayor e irremediable. El fondo de tristeza que advierto ahora en todos mis momentos, viene de eso. ¿Dónde aquella tensión, aquella ligereza, aquella serenidad de

hace dos años, al volver de Francia? Es verdad que el trasplante estuvo a pique de costarme una neurastenia; ¡tan solo, tan lejos de lo que había llegado a ser mi centro me vi!

Después, estos meses de vida activa, en el empeño de administrar el Ateneo, y en los tanteos políticos, me han entretenido salvándome de la desesperación; pero a costa de empobrecer mi sensibilidad.

Ahora que vuelvo al trabajo noto cuanto se han gastado mis recursos. Y menos mal, si no tuviera que luchar con mi indolencia; yo creo que esto es una enfermedad. Me sorprendería la vejez haciendo los mismos planes que a los veinte años, sin haber continuado la realización de ninguno. Desde que estoy en mi nueva casa de la calle de Hermosilla, ya no tengo el pretexto de la antipatía que me inspiraba mi cuarto de trabajo en la calle de Villanueva. Mi nueva habitación es alegre, ventilada, con buena luz. Todo el verano último estuve aplazando el comienzo de nuevos trabajos, hasta que me mudase. Y ahora, casi cada día tengo que librar una batalla para sentarme ante la mesa, coger la pluma y escribir. ¡Y eso que me causa una satisfacción sin límites ver terminada una cuartilla! Influye mucho en esto, a mi parecer, el no haberme encauzado a tiempo en lo que pedía mi inclinación, y el no haber dado antes muestras públicas de ella; así me hubiera *comprometido* a seguir hasta donde mis aptitudes, pocas o muchas, hubieran consentido.

Alguna vez he pensado de dónde ha podido venirme esta indecisión, que ahora pago a alto precio, ocupando una situación falsa. Estimo que fue debido, junto con la desconfianza natural originada por mi deseo sincero de acertar, a la falta de consejero o maestro que me ilustrara sobre lo que verdaderamente prometían mis ensayos, y al influjo esterilizante de aquella reunión o tertulia, que nosotros mismos llamábamos en son de burla «las fuerzas vivas». El efecto último de aquella reunión era paralizar la iniciativa. El buen gusto, la corrección en las maneras, la aversión al arribismo, el ridículo prodigado sobre los vanidosos, la falta de acicate de la necesidad, el ocio disimulado con lecturas dispersas dominaban en nuestra tertulia de «detrás del biombo».

El mejor de todos era Guillermo Pedregal, la inteligencia más poderosa, más sagaz, más cultivada que he conocido. Todos estos polluelos que ahora andan por ahí haciendo de filósofos, de críticos, etcétera no servían para descalzarle. Jamás hizo nada para el público. Pero yo disfruté de su amistad durante doce o trece años y supe apreciar lo que valía. Esta amistad se trabó por la atracción de su talento, porque era el hombre más reservado y retraído del mundo; había que asaltarle, molestarle. Puesto a discurrir en voz alta,

maravillaba. Su palabra tenía una precisión absoluta, reflejo o molde de sus ideas, tan claras como bien ordenadas. Su pulcritud moral era tan perfecta como su cultura era vasta. Ya casado, más en reposo, alejado un poco de la *vagancia*, se murió a los treinta y tantos años, cuando quería hacer el doctorado para ser catedrático. Le echo de menos todos los días, a cada momento. Hubiera sido un gran maestro, y para mí era ya un ejemplo. Tengo la seguridad de que se murió sin creer la admiración que yo le tenía; aparte de que nunca nos decíamos cosas ridículas, él era tan modesto, o mejor, tan circunspecto y tan considerado, que ni pretendió ejercer sobre nadie ascendiente alguno, ni hubiera permitido que se insistiera sobre su superioridad.

De los otros, los más notables eran Vega, un calavera, ya retirado, muy leído y graciosísimo. El conversador más ameno de la cuadrilla; atroz en las caricaturas, Y Femando Bango, el asturiano, ingenio muy feliz, a pesar de los ríos de cerveza que bebía; esta reunión, con los otros que no cito, fue la única que frecuenté durante algunos años. Hartos de reírnos de todo —la materia sobraba— no nos quedaba tiempo para pensar en lo demás. No era este el medio más favorable para cultivar una vocación vacilante.

16 de febrero

La otra noche —mejor tarde— asistí en el teatro de Lara al estreno de una comedia de Enrique Amado: *Aguas termales*. Fui porque el autor es amigo mío. Es un muchacho muy simpático, muy bueno y muy correcto. Pero es un poco apagado, no creo que haya leído mucho y su experiencia de la vida debe reducirse a lo que haya observado en los campos de Galicia, y en los escenarios y saloncillos de los teatros de Madrid, que es el mundo que frecuenta. Es íntimo de Jacinto Benavente. Está enfermo: pierde la memoria y cada día, según afirma, se le agrava su enfermedad.

La comedia no «rompe moldes» precisamente; pero a mí me sorprendió agradablemente, no porque yo tenga por tonto a su autor, sino porque no esperaba que supiese hacer ni eso. ¿Razón? No la sé; es pura impresión; tal vez porque nunca le oigo hablar de cosas literarias, y mucho de historias de entrebastidores.

También asistí al estreno de un drama de Pinillos en el Español: *La otra vida*. La segunda mitad del primer acto prometía una comedia o un drama, que podía ser bueno. Pero el tal Pinillos se lanza plenamente a la película emocionante, y todo fue muy malo.

En el estreno de la obrita de Amado estuvimos muchos del Ateneo. Allí estaba también Hoyos con su familia en un palco inmediato al nuestro. Pasé un rato de conversación.

17 de febrero. Miércoles

Se acabaron hoy los carnavales. En otro tiempo me divertía más, y cuando las *circunstancias* me obligaron a cambiar de vida, estuve dos o tres años viendo pasar estas fiestas con alguna melancolía. Esto era una asociación de recuerdos fácil de descubrir, no un capricho necio que se quedase sin saciar; a los bullicios del Carnaval iba unida, como a su marco obligado, la evocación de aquellos días tremendos en que por causa de C. sufrí yo la convulsión interior más grande de mi vida. Todavía estoy asombrado de aquella esclavitud mía, de las torpezas que cometí por mi ceguera, del desorden que puso en mi vida y del dolor, del inmenso dolor que me costó la ruptura.

18 de febrero

Hemos celebrado en el Ateneo una función necrológica en honor de Víctor Said de Armesto. Serafín Quintero ha leído unas cuartillas; Amado, otras de Unamuno; y Cipriano Rivas, otras de Galdós. Parece que Amado y Rivas fueron a casa de don Benito a pedirle un corto trabajo para esta velada. Don Benito se puso a dictarles, y al cabo de una hora habían hecho una cuartilla inservible: parecía la gacetilla de un periódico. Acabó por decirles que escribieran lo que quisieran y él lo firmaría. Así lo han hecho, escribiendo Rivas lo que ha leído y firmándolo Galdós.

El señor Onís ha leído también un trabajo, que era, al parecer, el plato de resistencia; oí un poco del comienzo, y eso no me gustó. Luego, la señorita Felavert, que es muy linda, ha recitado poesías de Armesto, y la capilla isidoriana cantó un motete italiano, *Per un morto*.

Armesto era un hombre excelente, trabajador tenaz hasta el punto de causarse la muerte; sabía mucho de su oficio y su saber era bello, porque era artista y sabía exponer con gracia, con emoción, el fruto de sus estudios. Era además un orador de primer orden, salvando el defecto de pronunciación que nacía de su mala dentadura. Hablaba con una elegancia, un fuego, una sinceridad cautivantes. Daba a los períodos de sus discursos una amplitud majestuosa, sin caer en la ampulosidad ni en retóricas de trapo. Era un gran

corazón, según pude apreciar en el corto tiempo que le traté. Lo más notable en él es que parecía haber conseguido mantener cierto equilibrio en el desarrollo de su espíritu; a pesar de cultivar con ahínco una especialidad, conservaba una armonía interna; no se había deformado por el desarrollo excesivo de una facultad a costa de las otras.

19 de febrero

Ayer murió don Francisco Giner de los Ríos y hoy ha sido el sepelio. Este hombre extraordinario fue el primero que ejerció sobre mí un influjo saludable y hondo; con solo asistir a su clase *de oyente* (*de gorra*, decía él con gracia) comenzaron a removerse y cuartearse los posos que la rutina mental en que me criaron iba dejando dentro de mí. Se equivocarían Treviño y el notario Arizcun, mis antiguos camaradas de colegio, tan equilibrados y tan perfectos mauristas, si creyeran que Giner de los Ríos me hizo *descreído*, como ellos dirían. Cuando yo comencé a frecuentar la clase de Giner ya se habían apagado los últimos rescoldos de la religiosidad que me infundieron los frailes. Por cierto, se apagaron sin yo sentirlo, sin luchas; la crisis violenta la tuve en Alcalá, a los once o doce años.

Giner no me enseñó nada, si por enseñar se entiende hacerle a uno deglutir nociones fabricadas por otro. Pero el espectáculo de su razón en perpetuo ejercicio de análisis fue para mí un espectáculo nuevo, un estímulo. Me di cuenta del progreso conseguido mucho tiempo después, cuando ya no asistía a su curso, y me vi con nuevos hábitos que solo de él podían venir.

Recuerdo ahora que a sus clases asistíamos aquel año —además de Guillermo Pedregal, otro *gorrón*— Barcia, Elorrieta y Castillejo.

Castillejo era entonces bastante afectado. Le conocía yo muy bien desde El Escorial; su única cualidad como estudiante era la constancia para el trabajo. Giner le desconcertó enteramente. Se entregó a él sin reservas. Si yo hubiera sido capaz de hacer otro tanto —era excesivo entonces mi aturdimiento—, suprimiendo las ridiculeces de que Castillejo no supo evadirse, me encontraría hoy más satisfecho de mí mismo y mejor encarrilado. Castillejo llegó a imitarle los ademanes, la entonación y los tranquillos.

Barcia y Elorrieta, que van para personajes, dieron ya allí la medida de lo que valen, o de lo que no valen. Entre las notas tomadas en la clase conservo algunas hechas por Barcia; son otros tantos ejemplos de incomprensión, de

cerrazón; ristras de vocablos dificultosamente ensartados y cuyo sentido se ignora. Elorrieta era ya el *facilitón* de ahora.

Aquellas tardes pasadas en una salita de la Universidad maloliente, oyendo la conversación —porque conversaciones eran sus lecciones— de Giner con los discípulos, no se me olvidarán jamás.

La obra de Giner es tan considerable que hoy cuanto existe en España de pulcritud moral lo ha creado él. Por el contrario, no se concibe un espectáculo de barbarie mayor que el que ofrecen los de *la otra banda* cuando hablan de este hombre. En ningún país de Europa puede darse un caso de obtusidad semejante, no se tomará en boca el nombre de un grande hombre con tan grosera ligereza como estos lo hacen.

No he querido ir al entierro porque me figuraba algo de lo que ha sucedido: los de *la casa* parece que son los únicos que pueden medir la inmensa pérdida que hemos sufrido. Los más tontos de la compañía adoptan una actitud de duelo singular; rostro fúnebre, aire reservado, parece que rehuyen hablar de este suceso con los frívolos.

El primer miércoles siguiente a la muerte de don Francisco se ha celebrado en la Institución una reunión plenaria de la corporación de antiguos alumnos. Según me ha contado Beruete, que lo vio, asistieron más de trescientas personas. La casa estaba llena; muchos se quedaron sin oír nada, porque tuvieron que colocarse en los pasillos y en el piso bajo. Habló Cossío, que lloraba, haciendo un diseño de la figura de don Francisco. Era Sócrates, con la ternura de san Francisco de Asís. Se leyó una poesía de Machado.

Habló también Cossío de los trabajos que últimamente hacía Giner. Parece que se ocupaba en ordenar sus escritos, la mayor parte inéditos. Ha dejado un armario lleno de manuscritos, muy bien ordenados. La explosión de la guerra le produjo una alteración tal, que hubo de suspender toda labor continuada. Con este motivo se ha sabido un hecho curioso. Don Francisco creía conveniente la derrota del militarismo alemán; pero al dividirse aquí los campos y al leer lo que sobre esto se escribía, se alarmó por la suerte de Alemania —intelectual— en el concepto y opinión públicos. Parece que Ortega y Gasset le escribió una carta al comienzo de la guerra, pidiéndole consejo, y don Francisco le contestó abundando en su adhesión al ideal notorio que representan los aliados, pero advirtiéndole que no se debía ir demasiado lejos, que no se podía desear el aniquilamiento de Alemania, cuya grandeza está por encima de cualquier error político. Rogaba a Ortega que ayudase a orientar la opinión en este sentido. La respuesta de Ortega se leyó

en la reunión; opinaba como don Francisco, pero creía prematuro adoptar determinaciones públicas de la significación que pretendía Giner.

26 de febrero

Por fin se publicó *España*, el semanario que dirige Ortega. El primer número tuvo una venta extraordinaria, más de cincuenta mil ejemplares. En los corrillos y tertulias de gente del oficio el periódico es muy criticado. Dicen que son las cosas de siempre de Ortega y Gasset; que han adoptado un tono demasiado enfático y pedante para decir cosas vulgares. Se desatan contra *Xenius*, este catalán —personalmente insoportable—; Pérez de Ayala le ha dicho a Ortega que lo que escribe *Xenius* es un vomitivo. Al periódico, realmente, le falta nervio y significación; no sé si lo irá adquiriendo. No me parece que Ortega sea —hasta hoy— un escritor político. Ignoro la opinión del público. Canedo, que es secretario de la redacción, me dice que sigue vendiéndose mucho. A mí me han puesto entre los colaboradores, pero la verdad es que no me encuentro capaz de meter allí un artículo sobre nada; el *tono* no me sienta.

5 de marzo

Hoy he asistido en la Princesa al estreno de la comedia de Benavente, *El collar de estrellas*. El anuncio del estreno había despertado una curiosidad enorme. Diez días antes estaba vendido el teatro; el día del estreno se han pagado butacas a doce duros; Beruete ha dado siete duros por la suya. Yo no contaba ya con ir; pero a última hora han venido a mi casa Rivas y García Herreros a decirme que tenían puesto en un palco principal reservado por Benavente para algunos amigos. La obra no me gustó. Todo me ha parecido en ella confuso, esbozado nada más, lento, sin interés de ningún género. Hay en ella *cosas* galdosianas y de Echegaray: el obrero, el *pueblo*, el género mismo de la sátira que quiere hacer, de Echegaray parecen algunas cosas que dice el protagonista, sus discursos, sus *símiles* de quince minutos, sus frases brillantes. La comedia tiene muchas pretensiones, pero no las colma. El público pasó la noche *esperando* la comedia, y la comedia no llegó. Aplaudieron, es claro, pero Benavente se negaba en el saloncillo a recibir felicitaciones.

Los amigos del autor nos habían atronado los oídos con alabanzas de la nueva producción. Parece que se decidió a escribir en vista de que la compañía de la Princesa —que está muy mal de dinero— no encontraba obra que diese entradas. La ha escrito en unos quince días; hemos sabido por Amado como iba la *confección*. «Hoy ha terminado el primer acto», nos decía, «mañana leerá a la compañía el segundo». «Ha decidido dividir en dos el tercero» y así lo demás. Ensayaban el segundo acto antes de terminar de escribir el tercero. La obra se resiente de esto; por lo menos yo no sé a qué atribuir algunos de los defectos más importantes de la obra, si no es a la precipitación y a la falta de haberla dado a retazos. Las ideas que apuntan en la obra —si pueden llamarse ideas— son muy ridículas. Es verdad que no es ese el fuerte de Benavente. No hay sino leer sus artículos en *El Imparcial*. ¡Cuánta cominería, cuánta pequeñez, qué tono de hombre receloso, sin cordialidad, parapetado detrás de su desconfianza, para que no *se la pegue nadie*! En cuanto se le saca del escenario, se acaba; cierto que esto último es mucho, y que nadie debería pedirle que salga de él.

7 de marzo

He ido después de almorzar al Escorial con Donoso Cortés y García Herreros. El día, espléndido; precursor de la primera. He recordado allí mis tiempos de estudiante, pero no me produce ninguna emoción la vista de aquellos lugares; todo lo más un comienzo de tristeza por el tiempo que allí perdí; pero esto es puramente reflexivo y de *añadidura*. El edificio de la *Universidad* (como la llaman) está ahora mucho mejor que entonces; menos desamparado, menos frío; la fachada principal está cubierta de yedra.

Hemos pasado por la Herrería; me he atracado de agua en las Arenitas; hemos subido a la Silla. Allí estaban unos novicios agustinos con un padre veterano, el cual hablaba a los pobres muchachos de Felipe II, de Herrera, de Antonio Pérez, de lo que dijo aquel rey en tal día y en tal sitio; las mismas cosas que nos contaban a nosotros hace veinte años. Después hemos vuelto a pasear; yo he gritado, cantado y corrido por el campo como si fuera un chiquillo; mis compañeros de viaje estaban asombrados y se reían. En la Galería de Convalecientes tropezamos con el padre Montes, que fue profesor mío y me quería mucho; es de los pocos que quedan de aquella época. Parecía enterado de mis andanzas y no dejó de decir que siempre he sido un indolente. No faltó una alusión a la Institución Libre. Es la obsesión.

20 de marzo

Reunión plenaria de la junta nacional del Partido Reformista, para tratar del discurso que Melquíades ha de pronunciar en Granada. Discutimos dos puntos: actitud del partido respecto de la guerra; contestación a Romanones, que en su discurso de Palma hace *un llamamiento* a las izquierdas, y nominalmente a los reformistas. Sobre lo primero, rápido acuerdo. Todos aliadófilos, ratifícanse otras declaraciones anteriores. Con Inglaterra y Francia vencidas antes que con Alemania vencedora. El otro punto, mucho más arduo. Dos criterios: Ortega sostiene que la menor aproximación a Romanones nos desprestigia en la opinión pública y nos anula como fuerza política. No debemos aspirar a un triunfo inmediato —que conseguido por esa alianza no sería triunfo— ni a traer más diputados valiéndonos de medios tortuosos. La propaganda, que no se ha hecho; la diafanidad, la sinceridad en la conducta, el acierto en el planteamiento de las cuestiones ante la opinión, etcétera, etcétera, esos son los medios de adquirir la autoridad y la fuerza. Dos o tres señores más se suman abiertamente a la opinión de Ortega. Lo más opuesto es lo que sostuvo Miró, el diputado catalán: debemos sumarnos a Romanones y cotizar (ríe) nuestro concurso; así se expresa también el diputado por Oviedo, Álvarez Valdés, gordo, petulante y violento. Entre ambas opiniones muchos criterios atenuados. Gran discusión. Los *políticos* están en contra de Ortega. ¿Quién espera fundar nada por los *meetings* y conferencias? La gente no hace caso. Aparte de que esto se puede hacer siempre. Hoyos me dice que eso de Ortega estaría bien si todo fuera Madrid; pero que en las provincias la gente reformista recibe los palos de conservadores y liberales y no tiene dónde cobijarse; muchos comienzan ya a desfilar. Al final —como de costumbre—, Melquíades interviene para obtener la opinión media dominante y consultarla. Opina que la discusión ha ido demasiado lejos; no se trata de sumarse a nadie; si el Partido Liberal realiza desde el Gobierno una política *progresiva* (¡Dios mío!, ¡cuánto tópico!), el reformismo le prestará un apoyo *desinteresado*.

—¡Nos aborrecerán los romanonistas! —dice Ortega.

—¡A mí no me aborrece nadie! —exclama Melquíades un poco fosco.

A mí se me figura que en esta cuestión los dos grupos aciertan… en lo malo. Por no haberse aprovechado del primer entusiasmo, por no haber dado bastantes garantías a la opinión, se han perdido las mejores ocasiones de extender la fuerza del partido, de darle autoridad como tal, y de desvanecer los recelos de la gente que desde el primer día teme que se trata de un modo rápido de ganar el poder. Ha habido demasiada parsimonia, demasiado miedo

a comprometerse, demasiados miramientos con los demás partidos, con el Gobierno, con la prensa del trust. ¿Cómo se hace un partido sin periódico? El tiempo perdido ya no se recupera; entre otras razones, porque no hemos perdido solo el tiempo. Ortega, desde su punto de vista, tiene también razón. Unidos al romanonismo, estamos muertos. Seguirán siendo muy morales, muy cultos, muy bien intencionados los reformistas; pero el reformismo habrá desaparecido.

Melquíades, en estas discusiones, tiene el talento de suprimir de sus razonamientos toda apreciación terminante sobre el porvenir; así no se compromete y tapa la boca a los que, como Ortega, hacen argumento de lo que va a ocurrir mañana. Yo no sé qué pensar de Melquíades en este punto. ¿Quiere llevarnos poquito a poco *al punto de fusión*, previsto y deseado por él? Lo que hace parece encaminado a eso. Cuando discute estas cosas habla con tal calor y sinceridad que me inclino a creer en esos momentos que no son fórmulas y valores entendidos las respuestas que quiere dar a Romanones, sino que cree de veras en el desinterés y patriotismo de su actitud.

Sigue el mismo asunto

Ignoro si Melquíades Álvarez será el día de mañana un gobernante, y un gobernante bueno; estoy cierto de que no es un jefe de partido. Hasta ahora, metido en el republicanismo y en la conjunción, no tenía responsabilidad personal directa, sobre todo en las cuestiones, tan importantes, de propaganda y organización. Era el *gran orador* (y lo es maravilloso); cada cierto tiempo, eligiendo bien la ocasión, pronunciaba un discurso en el Congreso. Gran éxito; a veces, resultados inmediatos en la política parlamentaria. Después se borraba, desaparecía en su tertulia del Casino, entre sus pleitos o «en Asturias». Podía pasar así cuando no era más que un diputado; ahora, como jefe, no puede ser lo mismo. Pero se le resiste todo ese manejo de paciencia y atención cotidiana que requiere la dirección de un grupo político, sobre todo cuando está naciendo. ¿Es por pereza? ¿Es por elevación? Yo no lo sé todavía, se me figura que es más por lo primero y además por la seguridad que tiene en su triunfo personal; no he visto hombre con más confianza en sí mismo.

Algunas veces, oyéndole hablar y discutir en la junta del partido, noto en sus palabras un no sé qué que suena a falso; algo hay allí sobre que se pasa rápidamente, como por ascuas, algo sobre lo que, por tácito convenio, no se debe hablar. ¿Será esto un recelo, una aprensión mía? Esta impresión debe

nacer de que la situación de Melquíades, políticamente, es un poco falsa. También, ha vuelto ya las espaldas a los republicanos (a los que pone verdes) y aún no sabe la gente si es monárquico. Puso condiciones para ingresar en la Monarquía, y sin que ninguna de esas condiciones se haya cumplido (bien lejos de eso) está hablando ya de colaborar con Romanones. En fin, no sé: yo creo que si fuese enemigo de Melquíades encontraría razones muy fuertes en contra suya, manera de ridiculizar su evolución; pero esto iría exclusivamente contra su persona (y eso disminuiría su importancia), pero no contra la gran idea de constituir un partido radical dentro de la Monarquía. El fracaso sería encontrarse Melquíades en la Monarquía sin haber hecho el partido y habiendo deshecho la conjunción.

Hoy he ido a la Academia de Medicina, donde ingresaba el doctor Pittaluga. Oigo gran parte del discurso de este, y todo el de Gómez Ocaña; una obra bien ridícula, necia, la de este boticario-cervantista.

He ido a la Academia para entregar a Pittaluga el original de un manifiesto que va a publicarse como adhesión a la causa de los aliados; Pittaluga es el encargado de recoger la firma de Ramón y Cajal. Es una historia característica la de este manifiesto. En octubre, poco después de publicarse el manifiesto de los noventa profesores alemanes, Simarro quiso escribir una respuesta que había de ir firmada por *notabilidades* españolas. Para los trabajos de organización y colecta de firmas nos reunió varias veces en el Ateneo; asistíamos diez o doce. Una noche nos expuso el plan de su contestación, que estaba verdaderamente bien pensado. Pasaron días y no volvió a reunirnos más; el proyecto quedó abandonado. Según me han dicho después, los primeros tanteos hechos por Simarro fueron desconsoladores; pocos se atrevían a firmar, y ante la probabilidad de un fracaso, desistió. Ahora han vuelto a pensar en este asunto Valle-Inclán y Pérez de Ayala, pero ya no como respuesta a los alemanes, sino como manifestación de lo que piensan las gentes de alguna valía en España, y para contrarrestar fuera de nuestro país la opinión de que aquí todo el mundo es germanófilo. El primer borrador de manifiesto lo ha escrito Armando Palacio Valdés; no gustó, porque era demasiado violento. Pérez de Ayala ha escrito otro, que es el que va a publicarse. Cuesta trabajo reunir las firmas; aun los que más obligados están por sus ideas a firmarlo, ponen reparos, fundándolos en su *posición*, o en los términos del manifiesto, o en la falta de la firma de fulano, etcétera. Cada uno quiere que quiten alguna frase, que varíen un concepto… ¡Así va a quedar el pobre! Detrás de la firma de Cajal llevamos no sé cuántos días.

Carracido se ha negado a poner la suya; resulta que es germanófilo. ¡Su cuenta le traerá!

Ahora se activan las gestiones porque ha estado unos días en Madrid Chaumié, y nos ha dicho que esta es la ocasión más oportuna si se quería contrarrestar la opinión que se iba formando en París respecto de España.

Asisto a la conferencia que ha dado Maura en el Teatro Real. Dificilísimo procurarse entradas. Gracias a Goicoechea e invocando el nombre del Ateneo consigo dos invitaciones. He ido con Donoso Cortés; gentío enorme. Excelente organización. Nos colocan en un palco entresuelo, donde ya ocupan las dos primeras filas varias damas elegantes. Todo está lleno, colmado de público. Han levantado una plataforma en medio del recinto, y sobre ella una tribuna cubierta por una bandera y las insignias del partido. Un rayo de sol caía sobre la tribuna, hiriendo una botella y una copa que allí había.

Cuando Maura atraviesa las filas de gente que llena el escenario y sube a la tribuna, le tributan una ovación *kolossal*; todo el público, puesto en pie, le aclama. Es magnífico.

La conferencia no me ha gustado. Dos horas y media habló, con menos facilidad que otras veces. Es muy castizo este sistema de convencer al auditorio no solo por el razonamiento, sino por el cansancio, dejándole quebrantado y exánime. Ha empleado demasiado tiempo en describir los males de España (caciquismo, corrupción, compadrazgo, etcétera) que otros han descrito antes y mejor que él. Sobre esto ya todo está dicho.

Su política es la de siempre: él es muy liberal… con tal que nadie toque a las cosas que estima intangibles, la Corona, la Religión, la Constitución, y no sé cuál otra. Son los *muebles buenos* que se ponen fuera del alcance de los chicos revoltosos, a los que se permite alborotar en cuarto aislado y apartado. Para él, la marcha normal de la política se detuvo en 1909; todo lo ocurrido desde entonces *no vale*; recuerda a lo de «los tres mal llamados años…». Le han aplaudido con furia; en algunos momentos las señoras lloraban. El entusiasmo se apagó cuando vino a tratar de la guerra y sostuvo la necesidad de mantener los pactos de Cartagena (que se enorgullece de haber firmado) y la concordia con Francia e Inglaterra. Puso aquí, en sus palabras, infinita precaución, mucho mimo, timidez en la forma (él, que es tan aficionado a los contrastes violentos) para no disgustar a sus partidarios. No lo consiguió; el fondo estaba claro, y en cuanto lo percibieron se concluyó el entusiasmo y apenas volvieron a aplaudir. El efecto fue muy visible. Tal es el desenfreno de la germanofilia de estos mauristas. A la salida he hablado con algunos que censuraban a su jefe; no lo encontraban, al parecer, bastante maurista.

Este don Antonio es un hombre soberbio. Sus amigos son de lo más majadero que nunca ha habido en España.

Blasco Ibáñez ha pasado por Madrid, con no sé qué supuesta misión de propaganda francófila. Cuando lo supieron en el Ateneo se empeñaron algunos en que diese una conferencia. Yo sabía las dificultades que esto iba a encontrar en el presidente. Cuando Mauricio Wilmotte estuvo en Madrid hace unas semanas y quiso hablar en el Ateneo la primera respuesta de Labra fue negativa. ¡Peligraba la neutralidad del Ateneo, que Labra entiende de un modo singular! Wilmotte vino a verme y se me quejó de esto. Le prometí que hablaría en el Ateneo, costara lo que costara. Reuní la junta de gobierno, y planteé la cuestión, y antes de que hablase Labra expuse con bastante violencia las razones que había para acceder a los deseos de Wilmotte y el ridículo en que caíamos negándonos. Labra, junto a mí, estaba pálido, y los ojos parecía que se le achicaban; le brillaban mucho, creo que de cólera. Todos estuvieron conmigo, y Labra cedió; dijo que él no se había opuesto, pero que si tal, o cual; un aluvión de palabras.

Wilmotte dio su conferencia (por cierto, pocas horas antes de que en la misma sala bailaran La Argentina y *mademoiselle* Felyne Verbist, compatriota de M. W.). Yo hice la presentación del profesor y pronuncié una arenga en pro de Bélgica, que fue aplaudidísima, mientras Labra se pasaba una mano por la calva y bajaba la cabeza, muy descontento. Wilmotte estuvo discreto, dándonos un *repaso* de historia de Bélgica (saltándose los siglos XVI y XVII) hasta llegar a la situación actual; le aplaudieron. En los pasillos le hicieron una ovación. Él estaba muy emocionado. Labra, en presencia de Wilmotte, me dijo que había yo ido demasiado lejos en mi discurso.

Por todo esto supuse que la conferencia de Blasco nunca la aceptaría. Provocamos en junta general un acuerdo invitándole a hablar. Cuando yo di cuenta de esto a Labra se puso de mil colores y en seguida se puso a combinar un plan, que consistía en enterrar la conferencia de Blasco Ibáñez *dando largas*. Pero yo no tuve más remedio que visitar al valenciano. Fui al hotel Palace, donde se hospedaba; me acompañó García Sanchiz, que se había ofrecido a presentarme a Blasco, de quien parecía ser muy amigo. En efecto, Blasco no le conoció.

Nos recibió en el *hall*; se excusó del poco tiempo que podía dedicarnos: rehusó dar la conferencia por marcharse de Madrid al día siguiente. Visto esto, yo no tenía nada más que decirle, y callé. Él se lo dijo todo. Es un personaje desagradable; gordo, fofo, abolsados los párpados; su manera de

hablar es muy desagradable, desgarrada, con un acento valenciano que le encanalla la dicción. Nos habló de mil cosas que tienden a probar su importancia: comía con Delcassé todos los jueves, ¡che! Después se puso a hablar en valenciano con García Sanchiz; yo estaba un poco mohíno. Por fin nos fuimos, después de cambiar nuestras tarjetas.

Escena grotesca en la Presidencia del Consejo, una tarde de este mes de junio. Reúnese la Comisión del Centenario de Cervantes, en la que figuro representando al Ateneo. Nos recibe Dato; allí están Rodríguez Marín, el alcalde Prast, y otros personajillos. Rodríguez Marín, con su voz atiplada y débil, va dando cuenta al jefe del Gobierno de *sus* proyectos. Dato asiente a todo. Me parece que este don Francisco es hombre aprovechado y mangoneador. Antes de la sesión, Rodríguez Marín y Prast han sostenido un diálogo admirable. Hablan de la instalación de la Biblioteca Nacional y de los peligros de un incendio. Rodríguez Marín elogia al cuerpo de bomberos de Madrid, «*el primero del mundo*». (¿Cuánto tiempo hacía que no oía yo llamar así a una cosa nuestra?). Prast sonríe con algo de incredulidad. Pondera Rodríguez Marín el desastre que sería un fuego en la Nacional y lo que él sentiría que se quemasen algunos incunables que son de valor incalculable…

—¡Por eso se llaman incunables! —exclamó Prast, como quien comprende.

Pero la tarde era preciosa, y el jardincillo de la Presidencia, entre lluvia y sol, olía a flores frescas.

Mi viaje a Asturias. Agradable descanso. En Oviedo, F. Bango y A. Velasco me acompañan a todas partes. Los asturianos, hospitalarios y locuaces. Pravia, San Esteban, Luiña (el huerto de Coronas), Trubia y Proaza, Gijón, Luanco, Avilés (la casa de Pedregal), Cangas y Covadonga. En Gijón, melquiadismo lugareño. Rafaelito, director de *El Noroeste*. Me explica Bango su fracaso inevitable. Datos sobre el reformismo local. Oviedo bajo la lluvia. Marcelo. Los álamos. El Casino negruzco. El café Español y la tertulia de Melquíades. Mi actitud con este, comentada por sus acólitos.

El paisaje asturiano me fatiga. La angostura me ahoga. Cuando veo las llanuras de Palencia, no sé qué sensación de bienestar y reposo. El paisaje que yo prefiero es la llanura con árboles, la vega.

15 de abril

Pierre París viene a verme al Ateneo para concertar las fechas de las conferencias de Bergson, Imbart de la Tour, etcétera. Me dice París que Imbart hablará de Juana de Arco y del misticismo, *el cual interesa siempre mucho a los españoles*… Y esto me lo dice un señor que vive en la calle del Marqués de la Ensenada.

Al entrar anoche en el Ateneo me encontré con Azcárate, que salía. Hablamos unos instantes. Azcárate está abatido. Parece una sombra. Entre el disgusto por su derrota electoral y el asunto del testamento de Sierra y Flores Posada, le van a quitar la poca vida que le queda. Triste fin el de este excelente hombre, tan noble. Difícil es representarse su pesar al ver que termina su carrera por el fracaso de su última idea política, y que a él mismo le han excluido de las Cortes, donde pensaría morir.

—Ni Dato, ni Romanones ahora —me dijo— han comprendido lo que es el reformismo.

16 de abril

Tengo que hacer un esfuerzo y apelar a todos los recursos de equilibrio que poseo para no perder la serenidad, para no dejarme invadir por el *rencor sin objeto*. Siento perfectamente que esto nace del vacío de mis horas. ¿Qué arreglo de mundo es este o cómo estoy yo hecho, que siendo dueño de una energía proporcionada a mis años y a mi salud, no encuentro en qué emplearla? Una experiencia ruin me sobrepasa y anega; yo estoy como distraído, incapaz de dominarla. Es por falta de reflexión, a lo que creo. Un día de retiro al mes, una hora de meditación al día, esa es la higiene que más necesito.

29 de abril

Nos reunimos en el Ateneo unos cuantos señores para preparar el recibimiento de los académicos franceses. Asisten Blay, Beruete, Valdeiglesias, Barcia, Gómez Baquero, Hoyos, Francés, Ribera, Pittaluga, Morente y algún otro. Valdeiglesias nos cuenta cosas de su viaje a las trincheras y como resumen de su impresión nos dice que está convencido de la necesidad de que los hombres políticos españoles vayan al extranjero, lo mismo en la guerra que en la paz. Nos separamos después de trazar un programa.

30 de abril

Bajamos a la estación a esperar a los académicos unas veinte personas. Presentaciones, fogonazo y a casa.

1 de mayo

Voy con José Francés a casa de Fernando Díaz de Mendoza a proponerle que se haga una función de gala en la Princesa dedicada a los viajeros franceses. Don Fernando, que me parece un poco tonto, se excusa, luego de declararse francófilo. En resumen dice que no *quiere comprometerse*; tiene que vivir de su público, en su mayoría germanófilo; consultará con María, etcétera…

Por la tarde, recepción de los académicos en la Residencia de estudiantes. Gran golpe de personajes. Están Maura y García Prieto. Unas palabras de Bergson saludando a los profesores y estudiantes. Contesta Royo Villanova en representación del ministro. Deplorable. Vulgar, zafio. Un cacique romanonista respondiendo a un artista filósofo. Saca a relucir a fray Ceferino González. Efecto lastimoso en la concurrencia.

2 de mayo

Conferencia de Bergson en el Ateneo. Éxito inmenso. Sala atestada. Ovación estruendosa al final. Un sujeto grita: «¡Viva Francia!» y le contestan con entusiasmo. El público está bajo la emoción de los últimos párrafos de Bergson dedicados a la situación de ánimo de los franceses. En medio de los aplausos, Labra, que ocupa un puesto en el estrado, extiende un brazo, como imponiendo silencio, y habla. Dice bastantes tonterías: el Ateneo, ochenta años de historia, la Holanda del pensamiento, la verdad, los profesores de todo el mundo, América. Se repite, se enreda; el público se impacienta. Otro efecto deplorable. La gente, irritada contra él, salvo los germanófilos. Su intención manifiesta fue echar agua al vino para que no tomase nadie por manifestación francófila lo que acababa de ocurrir. Después, en su despacho, habla con Bergson y dice que el *viva* a Francia le asustó. Bergson se muestra encantado del público, de la atención y perspicacia con que le ha seguido.

3 de mayo

Nos invitan a una *soirée* que en Tourníe dan los directores del *Instituto* de Madrid en honor de sus compatriotas. Risible. Los académicos llegan tarde. Parece que no saben quién da la fiesta ni en honor de quién. Discurso de Mérimée en castellano (leído) sobre lo que vienen a buscar en España y lo que aman en España. Nadie le contesta. Después música, que nadie escucha. Baile, por una niña de diez años; yo denuncio a Posada esta infracción legal. Luego, una bailarina gorda patalea. Veo a Pierre París acercarse al tablado y ofrecerle un ramo de flores.

11 de mayo

Se averigua que el Tribunal Supremo ha anulado el acta de diputado por Santander que traía Luis de Hoyos. Gran escándalo. La Sala, compuesta de cuatro mauristas, de dos neos más y de un liberal, ha sido trabajada por los curas, movilizados por el obispo de Santander, por los jesuitas y por los mauristas. El expediente electoral ha ido a casa de Maura para que don Antonio lo vea. La reina madre ha intervenido en favor del candidato católico, derrotado. Han estado a punto de proponer la proclamación de Solana; la intervención de Alba lo ha evitado. El mismo Alba y el magistrado Gotarredona han dado a Hoyos detalles del asunto. Contra Hoyos han hecho en Santander una campaña tremenda, fundándose en que es *darvinista* y francófilo. También le acusaban de *ser de la Institución*. En la propaganda católica afirmaban que la colonia escolar de San Vicente, dirigida por un *cura renegado* (Zulueta), es un centro de corrupción religiosa. El cura renegado congregaba a los niños en torno de un crucifijo tendido en el suelo y decía: «¡Escupamos al Cristo!», y los niños le escupían. Tal idea tienen en algunas aldeas de la Montaña de la Institución Libre.

Melquíades no hará nada; no hará como Lerroux, que al enterarse por telégrafo de la anulación del acta de Moreno Mendoza, elegido en Jerez, ha hecho en Sevilla unas declaraciones amenazando con motines. Al saberlo, el Gobierno ha intervenido. El dictamen, que estaba ya en el Congreso, ha vuelto al Supremo, y los señores magistrados han hecho otro confirmando la validez de la elección. Indudablemente, Lerroux es un gran estadista: conoce las armas que hay que emplear en este mundillo político español: la corrupción y la amenaza.

14 de mayo

Se celebra (días 12 y 13) una asamblea del Partido Reformista, la primera en tres años, que ha terminado hoy con un banquete en el hotel Ritz. Después de las elecciones, Melquíades, como yo me figuré, no sospechaba el descontento y la desanimación que había en el partido. Como su centro está en Asturias, el éxito local que allí han tenido sus candidatos le llena de satisfacción; no ve lo demás. Algunos de sus íntimos —Uña, Zulueta— le sugieren la idea de celebrar esta reunión de la junta nacional, que se amplía por iniciativa de Zulueta citando a algunos de los representantes del partido en provincias. Han venido unos treinta. Todos han pronunciado sus discursos —algunos bastante ridículos— al plantearse la cuestión de la actitud que debe guardar el partido en la política general y en sus relaciones con el Gobierno. Casi todos estos hombres venían a proclamar —más o menos vigorosamente — la necesidad de que el reformismo se declare francamente monárquico. Melquíades, que presidía, dijo en voz baja al doctor Pinilla: «¡Qué ganas traen de hacerse romanonistas!». Pero en cuanto a sus relaciones con el Partido Liberal, todos menos uno han proclamado la necesidad de permanecer apartados de él, y muchos han votado por hacerle la guerra. No ha faltado la nota de la adhesión personal al jefe indiscutible, la propuesta del voto de confianza, la declaración de que se estaba con Melquíades fuere a donde quisiera. Esto fue muy desagradable. No lo fue menos la perorata de un señor de Sevilla, antiguo posibilista, que se entretuvo en repetir con mucho énfasis el tópico —abominable en boca de un liberal— de que en el siglo XIX se ha perdido el tiempo luchando por cosas fútiles. En la primera sesión, ya al final, se me ocurrió hablar, para decir lo que es opinión de muchos: que la situación del partido es dificilísima y que se encuentra en un callejón sin salida. Fundé mi opinión: de un lado en la reserva del rey, que por muy buenos deseos que tenga (si los tiene, como asegura Azcárate), no puede dar una especie de golpe de Estado en favor nuestro, y de otro, en que la oligarquía liberal y conservadora forma el cuadro contra nosotros. Corno no podemos mezclamos con el Partido Liberal sin deshonor —así lo ha reconocido siempre Melquíades— ni hemos hecho nada por ganamos la opinión, el partido está hoy disminuido con relación al día que se fundó. Esta idea, ampliándola, fue expuesta, según me han dicho después, con una crudeza de tono extraordinaria. Desagradó, sobre todo cuando hice consistir en gran parte nuestro descenso a la opinión en la aproximación —significada en alianzas electorales— al Partido Liberal. Azcárate, que habló después, me dirigió una

suave reprimenda; insinuó que yo era un impaciente; insistió en lo de los obstáculos tradicionales —tal como él los entiende— arguyendo con ejemplos del reinado de Isabel II, etcétera. Melquíades, que cerró la sesión con un discurso, no podía disimular el mal humor que le produjo mi intervención. Si hubiese sido posible y oportuno rectificarle, me daba ocasión de meterle el resuello dentro del cuerpo, delante de todos, pero eso habría sido excesivo, contraproducente. Me callé, haciendo como que me tragaba cosas enormes; por ejemplo: asegura que el partido no está disminuido, porque después que el rey le llamó a consulta recibió centenares de cartas y telegramas de adhesión y felicitación (más recibiría yo, si me diesen la *Gaceta*), como si un partido que aspira a lo que el reformismo quiere ser pudiera esperar su engrandecimiento de la protección regia; explicó que las masas republicanas no nos odian, pero que los cabecillas republicanos sí, y que las engañan; en cambio, los liberales sí nos odian, porque nos temen; todo esto para asegurar a continuación que hay que estar bien con el *Partido* Liberal, cosa distinta del *Gobierno* liberal. Una cosa me desagrada profundamente: la repentina ternura que nos ha entrado por el Partido Liberal, y el excesivo menosprecio que algunos reformistas —Melquíades entre ellos—, habiendo hecho su carrera con los republicanos y militado hasta ayer en la república, sienten por las consabidas masas.

Terminada la reunión, muchos señores me expresaron su descontento por lo que había dicho yo; a otros les pareció bien, por ejemplo, a don José Zulueta. Sé que muchos piensan como yo, aunque no lo digan en público. Melquíades, que, como los demás parlamentarios reformistas, tiene cierta prevención contra los del Ateneo (sin llegar al odio que profesa a los *pedagogos*), debió de ver en mi actitud una continuación de lo que hacía Ortega.

No asistí a la reunión de la noche. Me fui al concierto. Según cuentan, la sesión estuvo bastante bien. Se trató de puntos del programa. Se nombraron ponencias o comisiones. Me agregaron a la de reformas sociales. Todo eso está muy bien, pero ya veremos como no se hace nada. Incidentalmente se habló del periódico, conviniendo todos en que es indispensable fundar uno; pero esta cuestión ha sido escamoteada una vez más.

En la reunión del día siguiente se habló de política internacional. Protestas de aliadófilos. Barcia pronuncia un discurso pesadísimo, a grito herido, hablando de América. Baraja cifras, que de seguro no entiende, pero que a él le deben de tener persuadido de su competencia. Parece que hereda la facundia y el americanismo de su padre político.

En el banquete caigo al lado de Corujedo, que con la anulación del acta electoral ha visto entenebrecerse el universo. Todo el tiempo hablando a gritos, a la asturiana, del despojo que ha sufrido.

Discurso de Zulueta, en el que propone, entre otras cosas, la protección a los párrocos.

Muchos otros discursos de los hombres de provincias. Al final habla Azcárate, que se enreda en explicaciones acerca de sus derrotas electorales. Hablando de la de Madrid exculpa a Maura, que había sido rudamente atacado momentos antes por el senador Pou. El maurismo de Azcárate no tiene remedio.

Al final habla Melquíades. Una arenga dedicada a Azcárate, y, principalmente, a los aliados, perfecta de forma, de entonación, de brío. Es un orador formidable.

Melquíades es poco delicado. Cuando excitado por lo que yo había dicho, prometió inaugurar una gran campaña de propaganda, dijo que los reformistas ricos tendrían que sacrificarse para comprar entre todos un billete kilométrico destinado a los propagandistas *necesitados*.

GALICIA: 1918

26 de junio

Salida de Madrid para La Coruña. Voy con Cipriano. En Madrid, calor pegajoso, amago de tormenta. Desmadejado. Barullo de la estación. Tren, copado por los favoritos de la Compañía. Llegada de familias grotescas. Andaluza —gruesísima, empolvada, reluciente de sudor, charlatana, con tres niñas, equipaje enorme; susto y prisa—. Se pasan a otro coche. Familia enlutada; niña enfermiza, bonita, que va a Las Navas. Un general (Ampudia) y *Don Dimas*, el hombre que va a Marín. A la media hora de instalarse en el vagón pregunta: «¿Es este el tren de La Coruña?».

Salimos. El Escorial; recuerdo del viaje del otro día (reconciliación con El Escorial). La Herrería, suave y brillante; fresca. Paz. Subida de la Sierra. Fresco, lentitud. Las mujeres que oigo hablar tienen una voz argentina, perlada. Desolación de los lugares. Valles, más allá de Las Navas, hondos, desiertos. Vertientes amoratadas, ribetes de granito acerados, manchas verdes suaves, luz oblicua. Una sierra a mi izquierda, en primer término, a través de una gasa morada, enseña sus pardos y grises. Al fondo, asomando por un puerto: macizo montañoso azul crudo; perfil limpio. Los matices, muy suaves y diluidos; soledad; serenidad. En las paradas, silencio; zumba ligeramente el aire. Cantan grillos.

Salida de la luna, antes de Medina. Nubes bajas en el Levante. Pincelada rojiza leve raya el horizonte. Un fulgor va subiendo, estriado por las fajas de nubes. La luna sale, roja, entre celajes; de pronto, ya muy alta, se lanza a un espacio libre, y se ve *subir* su cara ovalada, de oro, entre dos nubarrones de borde inflamado. Luna de teatro.

Los anémicos pinares de Valladolid están muy bien esta noche, heridos de través por la luna; más aéreos los pinos, parece que sus copas flotan.

Lentitud del tren. En Valladolid se atesta el departamento, y así hasta La Coruña, nos dicen. Humo, sueño, incomodidad.

Me despierto en León; todavía es noche. Luna espléndida. Estas alamedas de León me encantan. Árboles altos, escuetos, negros, en hileras separadas; sordo zumbar de las hojas; cabeceo de las copas; los troncos parece que avanzan sobre la tierra, con majestad.

La última parte de la jornada es la más penosa, gracias a nuestra fatiga. ¡Qué modo de viajar! Y no hay otro remedio. Parece que llevamos quince días en el tren. ¡Qué tren! ¡Cuánta suciedad!

Hasta Sarria, no encuentro el paisaje gallego que me ponderaban. Dos o tres valles. Lugares agrestes, luego. Desde Lugo muy bello. ¿Cuál es aquí la nota dominante? ¿Solo podría hacer una enumeración? Tener en cuenta: los montes de los fondos, siempre pelados, de formas redondeadas; son macizos importantes; en sus laderas, cultivos y casuchas; las colinas y montecillos de la cuenca; más arbolado, muy claro, mancha verde uniforme, salpicada por los cuadros amarillos del centeno ya seco; humaredas blancas, muy espesas, muy pesadas, que suben de los montes, con lentitud. Impresión de *distancia*; ríos verdes, muy claros; *lo cristalino*, como en las playas de La Riviera (aquellas olas que sonaban y relucían); pobreza general; casucas muy toscas, con sus techos de pizarrón sin desbaratar.

En La Coruña, después de un aseo costoso: paseo a la aventura. Caemos en la parte vieja de la ciudad. Sucio, triste. La plaza donde está el Ayuntamiento nuevo, empezada y no acabada. El Ayuntamiento tiene unas torres que parecen traídas de la *Ciudad Condal*. En la parte alta, con una vista espléndida sobre el mar, un cuartel, cerca el cementerio; polvoriento el lugar, viejo, espacios vacíos destartalados.

Vamos hasta la torre de Hércules. Espléndida vista de mar. Sol oblicuo, mar quieto, de estaño. En las faldas del promontorio donde está la torre: prados y maizales. Campesinos trabajan, cargando una carreta tirada por dos vacas rubias. Luz dorada sobre los verdes. Azul en el mar a la entrada de la bahía. En la otra costa, orillas altas, oscuras, una torre blanca, línea ondulada, borrosa entre brumas.

Dos barcas llegan a remo. Vemos desde lo alto las palas zambullirse a compás y salir chorreando agua brillante: *los hombres que vencen una resistencia*. Esos hombres hacen eso para ganarse la vida. Recuerdo de cuando era niño: ¿por qué algunos hombres *siguen* oficios muy penosos?

Olor salino y campestre en la vertiente del promontorio. Voces de los campesinos llamando a un niño. Paz. Silencio, con el fragor atenuado del mar. Cantan los pájaros.

De noche, desde el balcón del hotel Palace, el puerto delante de mí. Decoración de *último acto*. La curva de los muelles, al borde de un espejo negro, bruñido, sobre el que resbalan, prolongándose, los haces de luz de los faroles en la orilla. Músicas. Sirena de un vapor. Temple de primavera. Una felicidad de *music-hall* de opereta.

27 de junio

He recorrido casi toda la población. Puerto desanimado. Los jardines del muelle *ocultan* —insuficientemente— varios monumentos: es extraordinario el de Concepción Arenal. También el de Linares, aunque *por otro estilo*. Y aquí está la gran Condesa, convertida en piedra, único modo de que *no* sea impertinente. Estatua *chiquitita* del señor Da Guarda. Las casas son de un gusto perverso. Riqueza del siglo XX que se abre camino entre la podre y la tristeza antigua; pero sin saber orientarse; ostentosa.

Una hora sentados en un banco, frente al mar, en la terraza que hay junto a los jardincillos de la playa. Calma en el mar; sol intenso: juegos de agua entre las peñas, a nuestros pies. Unos golfos registran con un pincho las hendiduras. Abandono de todo. Insistencia de la caricia del viento, de la luz, del olor. Ponerse el mundo por montera. Cipriano cree que si fuese rico tendría más sentido común y *mejor gusto* que casi todos los ricos actuales.

La costumbre de cubrir las fachadas de las casas con *cierros* de cristales, hace imposible que Coruña sea monumental. Parecen filas de enormes jaulas. Una careta detrás de la que acechan las viviendas.

Por la noche, en los pabellones del puerto, un sexteto toca unos trozos de los *Maestros Cantores*, y un órgano de «Berbería», la *Viejecita*. En uno de los pabellones, este letrero: «Aviso: en obsequio a los renombrados profesores que componen el sexteto y de lo escogido del repertorio, en los conciertos del mediodía los jugadores de dominó deberán suspender el juego durante la ejecución de las piezas. En los demás conciertos no se servirán dominós».

Creo que mañana, 28, nos vamos a Santiago. Algunos republicanos, que *estuvieron a punto* de ser presos en agosto del año pasado, le han dicho a Cipriano que aquí apenas hay germanófilos, y que los alemanes *no pueden moverse*.

28 de junio

Salimos a las ocho de la mañana en el automóvil público, para Santiago. Camino sin interés. Montañas y valles están poco poblados. Un solo pueblo, Órdenes. Las aldeas se componen de chozas fétidas. Nos detenemos un momento en un parador. Varios viajeros entran a beber. Por un pasadizo (a la derecha el mostrador) entro a reconocer el sitio. Una puertuca da a un cobertizo, cuadra, patinillo (yo no sé) fangoso, oliendo a establo, a pocilga, a berzas pútridas. Allí viven revueltos hombres y bestias. En todo el camino de La Coruña a Santiago (64) no se ve ni una sola casa de campo, quinta, habitación o lo que sea que denote bienestar, holgura, limpieza; no hay más que las viviendas de los esclavos.

Los mendigos de Órdenes. En la parada de este pueblo, echamos pie a tierra. Nos paseamos tomando el sol. Día espléndido, suave; olor del campo a heno. Se nos acerca una vieja, con un *promontorio* de ropas o trapos sobre la cabeza, a modo de bicornio. Limosna. La cantilena. Desaparece. A poco llega capitaneando a otros tres; luego otros. Avanzan en ala imperiosos. Uno parece un chino, pequeñuelo, carirredondo, ojuelo vivo, raso. Más limosna de Cipriano. Desaparecen. Vuelven de nuevo después de examinarnos desde lejos, y me piden a mí. No he visto mendigos tan mendigos como los gallegos.

Primera visita a Santiago. Llegamos al mediodía. Una vuelta antes de comer. Entramos en la catedral. Impresión: olor a incienso y húmedo; la luz: parda; austeridad y angostura de las formas románicas; el frenesí barroco superpuesto. Una exaltación enfermiza; el retablo, las columnas; el oro, retorcido, flameante. Bizantino, doliente; *el perdón de los pecados de los peregrinos*.

El Pórtico de la Gloria. Ampliar.

La Plaza del Hospital. Consideraciones sobre la estatua de Montero. Plaza de los *Literarios*. El muro del convento, mudo, y las ventanas.

Volvemos por las calles de porches. Desiertas.

El seminario. Gran patio. Han puesto en él cuatro urinarios; es lo mismo que la estatua de Montero. La visita a la iglesia. Vuelvo al patio. Nos han guiado dos curas que, como siempre, ponderan los muchos metros que tiene de largo la fachada, etcétera.

Tarde entoldada; calles desiertas; el *desfiladero* de piedra formado por la catedral, subiendo junto al convento de San Pelayo.

La española. Oímos sonar una campanilla. Aparece un monaguillo llevando un estandarte negro. De vez en cuando sacude una campanilla. Detrás, un coche de muerto, con un ataúd forrado de baqueta negra. Con la cara pegada a la trasera del coche, una mujer enjuta, toda de negro, con un pañuelo caído sobre las cejas, gime y va llorando a moco y baba. Detrás, el cura; debajo de la capa pluvial negra, lleva los brazos en jarras; la capa aparece torcida, como al desgaire. Nos dicen que es un entierro del Hospital. Suben por la calleja adelante y se pierden los sones de la campanilla.

Un morí s'en allait tristemente etcétera.

La primera visita a Santiago nos ha satisfecho plenamente. Una especie de entusiasmo. Unidad de carácter. Permanencia. ¿Qué hace el Renacimiento en esta Compostela lúgubre y atormentada? ¿Cómo sonarán las voces de los peregrinos en la catedral?

Malísimo camino para ir a la estación. La estación misma es una barraca de madera, sucia y vieja. Más mendigos.

El viaje a Pontevedra. Calor y polvo asfixiantes hasta Padrón. Luego refresca. Cambia el aspecto del país. Más suave de contornos, más poblado, más rico. Los parrales, verde claro, forman unos planos elevados sobre el verde oscuro del suelo. El Ulla. La ría de Arosa. Brilla el sol. Veleros la surcan. Un mercante alemán, refugiado. Dificultad de reducir a un *orden* el paisaje. Todo parece disperso, como las viviendas. Esplendor de la bahía.

Pontevedra, al anochecer. Ciudad pequeña, limpia, silenciosa. Metida en el fondo de un circo montañoso, al borde de una ría.

Las montañas del fondo son masas azules, moradas, de contornos borrosos entre las nubes y nieblas. Las colinas más próximas se destacan con sus líneas suaves, arboladas, de un verdor oscuro, profundo, con manchas verdes claras. Las casas dispersas, agazapadas bajo los bosquecillos de pinos. Aterciopelado todo, suave, sin excesiva frescura.

Sobre el borde de las montañas más alejadas, las nubes plomizas, oscuras, una faja indistinta. A trechos surge sobre ellas, destacándose sobre el cielo, un nubarrón espeso, blanco, denso, inflamado de oro por el poniente. Debajo de la cortina de nubes, en la garganta por donde viene el ferrocarril, chorro de rayos de sol, *gloria* luminosa vertiendo sobre el valle. Disminución de la luz y fusión en azul gaseoso mientras paseamos por los malecones de la ría. Un barquichuelo tripulado por unos muchachos y señoritas desciende; ruido de

remos, risas. El gran silencio. Ráfagas del mar. Apacible melancolía; minoración de *la luz* y lentitud progresiva de *un ritmo*.

Arriba, en un paseo, música. Escena multiplicada por todas las ciudades de provincias. Arcos voltaicos entre arboledas, humedad, *señorío*, arrastre de pies, girones de conversación, uniformes militares.

El hotel Méndez Núñez es una casa de huéspedes grande. No hay agua en los retretes.

29 de junio

Está lloviendo recio. Nos calamos al ir a ver una iglesia que no nos importa. En Pontevedra, edificios públicos grandes, costosos, obra de la *protección* caciquil. Mientras hacemos tiempo esperando la salida del tranvía de Marín, estamos en un café. Eugenio Noel contempla la calle.

Tranvía de Marín. Incómodo, deficiente, lento. Hemos recorrido el pueblo y el puerto. Almorzamos en una fonda (las *pequeñas fondas* de Azorín) frente a la dársena. Una dama rubia come sola allí. Conversa luego con un sujeto en una galería. Niños corren por el pasillo y vienen a asomarse a la puerta del comedor.

A pie, vamos por la orilla hasta un saliente de la costa, y allí subimos a la carretera, desde una playita; salimos a un sitio donde hay una casita que se llama *Porto Celo*. Volvemos a pie por la carretera, hasta Pontevedra, a tiempo para tomar el tren de Vigo.

Nuestro paseo por la orilla de la ría de Marín, lo mejor del viaje hasta hoy, como espectáculo natural. Relación del paisaje a nuestro estado de ánimo. Sensación de *anchura*; de *luz*; de *color* (azul). De *olor*, salino y campestre. Mezcla del mar y de los pinos y de las praderas en el olfato. Quemazón de la piel por el viento. Excitación nerviosa; alegría en exclamaciones admirativas. Energía. Apetito de andar. No se siente fatiga.

Más para los ojos: el contorno de la costa arbolada; los pinos hasta el agua. El azul del mar a través de los troncos de los pinos. *Recortar* el paisaje y proyectarlo sobre un plano. Ausencia de todo motivo *sentimental*. Es vigoroso y energético.

La garganta o valle angosto, en vertiente, que sube desde una playa a Porto Celo, es tórrido. Humedad ardiente. Aire del mar que quema. Arriba, en

la carretera, posición de primera orden. Vista dilatada. Resumen de todo.

30 de junio

(Vigo). La naturaleza ha sido aquí buena para los hombres. Nada *violento*. Nada excesivo, ni el clima, ni los montes; profundas y fáciles ensenadas; mares interiores, portadores de riqueza. De *cara* al mundo, por el océano. ¿Qué debería de haber producido este país en la civilización española? Medir su aportación: en arte, en ciencia, en comercio. ¿Por qué se habla tan poco de Galicia? Aislamiento de las cuatro provincias. Parecen un coto adonde van a *veranear* unos politicones (cosa suya), y en el que, ya se sabe, nadie tiene que intervenir.

Los propietarios no han dejado aquí más que a los esclavos.

Ahora, que se habla en todas partes de renovación, la renovación gallega (que solo puede ser: anticaciquismo y reforma agraria) quiere revestir formas pedantes y estériles, y comienza a *reivindicar* su idioma. (Artículo del tonto Ribalta diciendo que el castellano *no viene* del latín sino del gallego).

La ría de Vigo, precisamente por ser tan hermosa, y por no ser más que eso, es una acusación.

Vigo, novísimo, rico, anglófilo, se construye a todo lujo sobre el trazado roto de la ciudad vieja. Restos. En la Ribera: las casas de porche bajo, pilar robusto, pintadas de color chillón. En el interior: otras casucas en la *calle de Elduayen*. ¡Estos nombres de las calles de Vigo! Elduayen, Urzaiz, etcétera.

Cuando se inauguró la estatua de Elduayen, apareció con grillos en las manos y en los pies.

Viaje en tranvía a Bonzar y a Cabral. Los tranvías son buenos. Bonzar, pueblo de pescadores, una placeta, calles de casas bajas, enlosadas de piedra, fachadas azules o rojas.

Una cruz en el fin de la calle que da al puerto: Cristo de un lado, una *Pietà* al otro.

Estamos en el espigón viendo la puesta del sol. Nubes le tapan. Las Cíes envueltas en polvo de oro. Chorros de luz sobre el mar; quieto, de plata gris. El sol aparece debajo de las nubes, como una bola de fuego. Se le puede mirar. Todo se incendia: el agua, las casas de Bonzar, las cimas sobre Vigo, las vertientes desnudas del Castillo. Levantan llamas en el agua los remos. Se

apaga. Ruido hondo, hosco, de las olas pequeñas en unas playitas, al pie de la iglesia que hay al borde del mar.

1 de julio

Cabral. Hemos ido en tranvía, al anochecer. Unos cuantos kilómetros al interior. La carretera, pésima. Población pululante. Valle amplio, en vertiente, gracioso, apacible. Son siempre los mismos elementos, poco fuertes, que en este punto no aumentan en intensidad, sino en número.

En la parada de Cabral los empleados del tranvía se entretienen leyendo un folleto de propaganda protestante.

El paisaje más fino, más *urbano* que la gente. Un escenario de Campos Elíseos habitado por pobres.

Antes de ir a Cabral hemos estado en la otra orilla de la ría. Pasamos embarcados. Hora de sol brillante. Ni una nube. El tono: azul vivísimo, líquido. La quemante brisa. *Cangas*. Puertecillo de pesca. Andamos por una carretera que va hacia la costa, y sube a la derecha. Últimas casas de Cangas. En lo alto. Sol deslumbrador. La bahía: enfrente Vigo; la desnudez de la montaña del Castillo. Las Cíes, azules, *próximas*, separadas. La tierra, maizales, patatas, viñas en parral. Bosquecillos de pinos. En un cerro, una ermita. Mujeres y niños limpiando la tierra. Echamos a la derecha, por un sendero. Retorcido entre vallados, setos, pinos; una *calleja* pedregosa. Salimos a un pinar espeso. Después, monte bajo, granito gris acero, rápida pendiente, el mar, abajo; borde de peñas negruzcas. Temple delicioso. Tumbados, al pie de unos pinos.

Reconocemos el terreno. No hay playa ni baño posible. Andamos hacia la derecha. Laderas desiertas, granitos y hierbas. A nuestros pies, barquichuelos en el azul. Soledad. Pinar en lo alto. Baño de sol. Tumbado, contemplo la bahía oblicuamente. Se inclina el plano del mar. Calidad que adquieren unas montañas picudas que hay en la otra orilla. Si se estuviera solo en el mundo, así, sin que las cosas ni los hombres nos molesten.

LEÓN, ASTURIAS Y SANTANDER: 1918

2 de julio

Salimos en el tren de la mañana para León. Viaje, como siempre. Lentitud de los trenes, agravada por el retraso. Calor. Suciedad. Comer en las estaciones es una temeridad. Después de Monforte, la pereza del tren adquiere caracteres de suplicio. Nos sofocamos. Estos trenes obligan a cosas bárbaras y a actitudes de ineducación; hay que quitarse la chaqueta y el cuello; no se puede uno lavar en doce horas; ¡qué lavabos! Y el buen público se aguanta.

Qué desolación y silencio en estas montañas, desde Ponferrada a Astorga. Formas redondeadas, vegetación rala, oscura; tierra roja, a veces negra, pizarrosa. En el Bierzo hay unas planicies, con praderas, y centenos espesos, dorados. Una línea de álamos al borde de un río. Y las lomas azules de los montes cierran el horizonte. El sol de julio, poniente, dora el suelo. Hay un vientecillo fresco; sutileza del ambiente fino. Melancolía de la distancia.

Rápido cambio del terreno al salir de Galicia. Reaparecen los espacios abiertos, los altozanos y alcores de tierra desnuda, los barbechos, las alamedas lejanas.

Antes de llegar a Astorga. Las praderas bien olientes. Las alamedas en las lindes; altos árboles, sonoros, cabecean; terciopelo del suelo verde. Frescor que sube de él.

¡Por fin! León.

Estación negra, mal alumbrada, angosta. Un mozo nos saca las maletas y se le olvida venir a cobrar. Nos vamos al hotel París. Habíamos preguntado en el camino cuál es el mejor, y nos contestaron: «El Hotel de París», con un tono que decía: «¡Hombre, qué pregunta!». Es posible que sea el mejor, pero… ¿cómo son los otros? En la escalera, un linóleum agujereado. El cuarto, pintado al temple, tiene rayas y manchas en la pared, y muchas señales de haber secado cartas en ella. La funda de la almohada, manchada; la colcha, dos chafarrinones oscuros. La mando cambiar. «Le cambiaré a usted esta

funda», me dice la criada. «Cámbielo todo. Y además, la colcha, que está manchada, al parecer de sangre». «Si es chocolate…», replica. La mesa de noche, sobre la tabla, redondeles de copas. Extrañeza porque pedimos más toallas y más agua. Hacemos una investigación: hay un cuarto con un letrero que dice BAÑO pero está cerrado con un gruesísimo candado; miramos por el ojo de la cerradura: ropas amontonadas, un catre, cestos, etcétera.

La comida: entre renuncias *voluntarias* e inmanducabilidad manifiesta, es un simulacro; como en la venta. En una mesa, un grupo numeroso, donde predominan las señoras, habla a voces.

Paseo nocturno. Damos con la catedral: dos formas pardas, borrosas, lanzadas en el cielo negro. Rodeamos por la izquierda de la fachada, a lo largo de una calle dilatadísima. Volvemos, por la plaza, y el palacio obispal, al ábside.

Olor de los prados. Silencio. Rinconadas insólitas. Tinieblas; y luces rojizas, débiles. En la calle principal (F. Merino), cafés y ruido de dominós.

3 de julio

Visita a la catedral, por la mañana. La luz en la altura. La elevación frustrada por el coro. Primer atisbo de la vetustez. La continuidad: unas termas, encima una *i*. románica; encima la catedral. El recinto militar por el ábside. Un caballero oyendo misa. Parece uno del XVII.

Visitas: en el casino; caserón viejo. En la redacción de *La Democracia*. A casa de Octavio. Nos lleva con Cárdenas a Mansilla de las Mulas. Los alrededores de León. Planicie, prados, lindes de álamos. Vega del Esla. Ancho de cauce, delgada vena. Igual entonación de las riberas arboladas. Sol brillante. Un pueblecito de tierra roja (¿Arcahueja?). El puente *torcido* sobre el Esla. La carretera recta hasta Mansilla. Murallas de almenas picudas ya muy derruidas a trechos. Calles anchas, rectas en general. Parece un barrio de Alcalá. La semejanza de los pueblos de Castilla hasta el Tajo.

Nos tiene Octavio en su molino toda la tarde, haciéndonos admirar sus gallinitas. Consideraciones sobre el señorito millonario, aburrido, metido a campesino.

Al regreso, en León, Cárdenas nos guía en una excursión por la ciudad. Visitamos primero la Diputación. La fachada, del mismo autor que la Universidad de Alcalá. Espléndida; deshonrada por cables y palomillas del

alumbrado. El patio: menos gracioso, más pesado que el del Archivo alcalaíno.

La casa de Gaudí me parece mal. Ya podían haberla puesto en otro sitio y dejar despejado el frente de la Diputación. Los balcones de ángulo de esta. Las barandas de hierros y las *eses*.

Vamos por los barrios, a la Plaza del Mercado, cuando anochecía. Magnífico sitio. La iglesia a un lado. Casas con porches (postes de madera) a la izquierda. Un caserón de ladrillo rojo, alero saliente en el ángulo frontero. Callejón. Una casa azul. A la derecha, en alto, un convento, y la tapia blanca, desnuda, que desciende cerrando la plaza. Unos árboles, y una casa, sobre peldaños. El silencio, la luz, la soledad. No hay igual en Toledo. La plaza Mayor, estropeada por un mercado de hierro. Es una plaza *pensada*; luz de un farolillo en la fachada del Ayuntamiento. Subida por una calleja a la izquierda de este.

Por la noche, paseamos solos, a la aventura. Seguimos la carretera al pie de San Isidoro. Fila de casas con porche (poste de madera) a un lado. La torre de San Isidoro y una calle en cuesta. Seguimos los muros. Este es el León que yo me figuraba. Rudeza, vetustez, pobreza, frialdad. Los cubos redondos y la alternativa de los lienzos planos. *Fuga* del muro en las tinieblas. Soledad. Misterio de los rincones.

Entramos por una puerta a la derecha. Rumores y olor del campo. Calle que nos conduce a la Plaza de San Isidro. Planta irregular. Rinconadas. Casas desiguales y grandes. Muros macizos. Árboles. Callejuelas que se alejan. Una familia de tres se pasea delante de su casa y nos mira con curiosidad. Divagamos mucho. No falta nada, ni el novio pelando la pava. Una placita sin salida ni luz. Árboles, humedad, casas cerradas a piedra y lodo. Algunas ventanas iluminadas, de vez en cuando. ¿Será un muerto?

La Plaza de la Veterinaria.

Hemos pasado por un cuartel, esta tarde, al oscurecer. Centinelas. Una mecedora vacía, para el oficial, en la calle.

En el hotel, ningún timbre suena. Hay que llamar desde el pasillo, a voces y palmadas, y no viene nadie. Hay que bajar al escritorio a quejarse. La dueña, antipática, riñe con las criadas. ¿Qué gente se hospeda aquí? No dan ningún recado, o los dan mal. Parecen alelados.

4 de julio

Visitamos San Isidoro y San Marcos. San Isidoro es uno de los monumentos que más me han emocionado hasta ahora. Qué deplorables los altarcitos y los santitos que hay en la iglesia. El panteón. Parece demasiado, por la instalación, un museo de los sepulcros. Buscar la emoción histórica: las vidas —lo invariable—, lo que nos identifica con ellos.

El abad, [*ilegible*]; acento, ademanes de campesino. Dos canónigos más, viejos, que nos reciben con sus bonetes puntiagudos, y sus caras chupadas, astutas *en vano*; olor (en la colegiata) como en San Felipe de Alcalá. Dos curas se pasean por la muralla, tomando el sol. Nos enseñan el tesoro. *La mandíbula de san Juan Bautista. Un dedo de san Isidoro*. Piezas magníficas. El abad nos dice cuánto ofrecen por cada una.

San Marcos: La *exaltación* de la fachada. Color de oro. Riqueza. Movidísima. El coro. El patio. El museo, muy mal instalado.

En San Marcos, hay un cuartel de caballería.

Importancia del Renacimiento en León. Es una de las ciudades más *destrozadas*; pero tiene *unidad* de carácter. No hay casas superpuestas.

¿Cómo sería una civilización española sin lo árabe?

La gente aquí habla bien, pero parece un poco *parada*.

Para no madrugar, decidimos irnos en el mixto, a las dos de la tarde. Solo una hora de retraso. Nos instalamos en un departamento que solo tiene dos manchas.

La subida hasta el puerto nunca la había hecho de día. La cuenca del río que sigue el tren, iguales caracteres: prados, alamedas. Penosa subida.

El terreno, cada vez más abrupto. Montañas de granito; valles verdes, solos, fríos; *cimas alpestres*. Brusquedad de los cortes; horadamiento que hace el río.

La entrada en Asturias es sedante. La descripción del valle, desde lo alto: nubes, cimas, vertientes, hondura, casas, tonos de prado y bosque, color de aldeas, ganado, lejanías azules, brillantez en el ocaso entre dos montañas, chorros de sol, gasas moradas; humos; disminución de la luz; enciéndense las lámparas en los pueblecitos; humaredas de las fábricas y del ferrocarril; brumas del río. Olor del campo. Grupos de obreros en los andenes. Lentitud desesperante del tren. Paradas eternas. Farolillos que van y vienen en las estaciones. Impaciencia. Llegada a Oviedo con cuatro horas de retraso.

5 de julio

Oviedo me produce la misma impresión apacible, sedante, que la otra vez. Es cómodo, fresco, tranquilo. Un pueblo con las ventajas de una ciudad rica y antigua. La placidez de Oviedo es ya para mí mayor porque me recuerda la de hace tres años.

Oviedo parece una ciudad donde hay *pocas cosas*, pero están bien hechas.

Tal vez es una ciudad donde me encuentro bien porque es la más castellana, fuera de Castilla, y por el clima y el terreno es grata a los del interior. Estos asturianos, ¿no son todos castellanos? Los apellidos.

Los asturianos son muy locuaces: la vendedora de periódicos me explica en un kiosco por qué no tiene más números; la estanquera me refiere lo que pasa con el papel y las cerillas; el revisor del tren (Marcelino, dicen todos) comenta con los viajeros, haciendo chistes, los retrasos.

El viaje a San Esteban. Mucho sol a la ida. El mar, desde el espigón del puerto. Ruidoso oleaje en la arena. Una vista de la costa a la izquierda. Bravio. El borde de espuma.

Las praderas recién segadas en la vega de Pravia, orilla del Nalón. El color, verde claro. La igualdad de nivel, sacudida por la alegre luz. Las montañas de heno.

Las casas son negruzcas. Los balcones de maderas labradas.

Las praderas sin segar todavía, con flores numerosísimas y variadas. Tienen un tono leonado, por los tallos secos. Contraste con las ya cortadas. Espesor de la pación. La guadaña afilada.

La luz suave del anochecer va mejor al paisaje. Adquiere nuevas calidades el color verde. Así, al regresar de San Esteban; antes, el sol lo igualaba todo. Ahora, ambiente apacible, fresco, sereno; resurrección de los matices.

Todos los árboles están abandonados a sí mismos; o podados de un modo absurdo. Todos parecen retorcerse, en lugar de la grandeza serena que pudieran tener.

La colocación artística de los árboles en el campo asturiano pediría aislarlos; destacar la individualidad de cada uno. Diferencia entre un jardín de Aranjuez y uno asturiano. Inútil formar espesas frondas. Las masas se confunden con el suelo. Mejor una fila sola, de árboles separados, que poner una línea vertical flexible, sobre el plano.

Tristísimo *hoyo* de Cangas de Onís. Cerrazón de los montes en tomo del Sella. Bruma, oscuridad. Las casuchas campesinas de piedra parduzca y negra.

Covadonga es un lugar para epopeya.

Los picos que asoman sobre la altura de la garganta, iluminados por un sol que no vemos.

La catedral es mezquina, fea. ¡Qué santos han puesto en los altares! La devoción ostentosa. El patio de la hospedería. Las *tarjetas* a Don Pelayo. Sepulcros antiguos en el patio.

Un río verde y alegre: Sella. Juegos de luz en el agua hasta Ribadesella. Pardo, como el cauce, en los fondos bajos. Esmeralda profundo en los remansos.

Cambia el terreno. Menos frondoso; en cuanto se deja el Sella y se pasa de Llanes, ya es otra tierra, otras casas.

10 de julio

Desde Unquera —donde dejamos el tren— se sigue el curso del Deva hasta La Hermida, donde pasamos la noche.

Apenas tocamos al andén nos encontramos *en los brazos*, por decirlo así, o más bien en las redes, de un sujeto gordillo, chato y locuaz, que después de ponderar los inconvenientes del coche *de la línea* (de que luego resultó ser propietario) nos ofrece otro carruaje mejor, por doble precio. Reconocemos los vehículos y aceptamos. Mientras enganchan, me paseo por la carretera, de una blancura deslumbradora, bajo un sol brillante y cielo azul. Esto ya no es Asturias. Casas y posadas grandotas, de dos pisos, como en las poblaciones del interior. En una especie de patio o corralada: coches vacíos, arreos, estiércol, gallinas. Entrada a los establos. Ropas al sol. Chiquillos revolcándose en el suelo. En el zaguán de una de las casas: conejos dentro de un redil metálico. Mal olor. Mucha luz.

Salimos. El sujeto chato tiene un modo de hablar muy falso, con un tonillo metálico, y un modo de llevar la conversación escurridizo. Se llama Bernabé.

La carretera sigue la orilla del Deva. Dos cerros desnudos guardan la desembocadura. En el lado oeste, sobre lo alto, Vimiango. Un primer valle, hondo, plano, entre montañas no muy altas. Cuestas ligeras. Se pasa un primer pueblo. Después Panes. Buenas casas. Fresco. El río es admirable. Color verde profundo. Juegos del agua en los pedregales. Moderada vegetación en los bordes. Planicie estrecha cultivada en la margen.

Desde Unquera se ve la cumbre de los Picos, iluminada por el sol, con manchas de nieve.

La vega se va estrechando. La carretera entra de nuevo en terreno asturiano y sale de él algunos kilómetros después.

Descendemos a las gargantas; van solos el río y la carretera entre las peñas. Color gris de acero. Corte vertical. Fragor del río. *Cueto de Ave*, aparece como si cerrara el paso. La carretera y el río se enhebran entre los montes. Igualdad de todo. Piedra dura. Soledad. Los colores: el oro del sol poniente en lo alto. Tinte rosa, herida de través. Nimbos gaseosos. La niebla en lo alto lejano. Azules: violeta, negruzco plomizo, claro marino en la raya del cielo.

Espumas y claridad del agua. Frescor. ¡Nadie! Carros de Cabezón: reatas polvorientas. Es la entrada a los infiernos, dibujada por Doré. Es lo grandioso triste. Llegamos con rapidez a La Hermida. Es una fila de casas a lo largo de la carretera, entre esta y la montaña. Un borde de álamos negros, el río, y la otra barrera de granito: la Peña de la Hermida. Al fragor del agua, el temblor de los álamos. Umbría. Sensación de profundidad.

Bernabé detiene el coche frente a una fonda. Aunque le habíamos dicho que nos llevara al balneario, dice que si queremos podemos quedar allí, que estaremos tan bien o mejor, que es familia suya, que el balneario está más lejos y más incómodo para la subida… Previa visita a los cuartos, accedemos. Suben nuestras maletas. Desenganchan. Conferencia con la patrona, Carmen, mujer chata, antipática, que pone una sonrisa falsa sobre su rostro *hideux*. Conseguimos que nos diga ahora cuánto nos va a llevar. Es barato. No hay caballos hasta mañana. Imposible subir a dormir al casetón.

Merendamos en el soportal, junto a la carretera. Un grupo de hombres juega al tute a nuestro lado; nos han visto llegar, pero ni siquiera nos han mirado. Cuando se ha tratado de buscar los caballos, hablábamos con la fondista allí mismo, y estos tipos daban su opinión, respondiendo a nuestras observaciones, pero no nos miraban, y como si no hablaran con nosotros.

Después de las seis, vamos hasta el balneario. ¡Qué triste! Dos mujeres sentadas en el jardín. Parece desierto. Volvemos sobre nuestros pasos, cruzamos un puente que está en la misma Hermida y empezamos a subir por una carretera.

Aquí la tierra es roja. La carretera parece muy reciente. La subida es empinadísima. Largos rodeos del camino. Trepa en zigzag por la Peña de la Hermida. A nuestros pies: las casas, la cinta espumosa del río, praderas en flor pendientes, o ya segadas. Vaquerillos apacentando una vaca; unas cabras mordiendo los arbustos, esquilas.

En un altozano, a mitad de camino, a plomo sobre la carretera, una aldea: *Caldas*. Casas de mampuesto, negras, bajas. Olor a establo. Olor a heno.

Frescor.

Subiendo, a nuestra izquierda, el pico de las Horcadas, praderas en escalones, casi vertical, de donde bajan voces, ruidos de campo, el rasgar de la guadaña. Más alto: la caliza negruzca, *de cartón*, y los derrumbamientos de piedra desmenuzada; a nuestra espalda, se ve en lo *muy alto* un pueblecito (al día siguiente estuvimos en él: Bejes) casi borrado. Nubes entre los picachos. Ascenso y descenso del capuchón negruzco. Tono amenazador.

Creemos que vamos a alcanzar una cuesta dominante, y eso nos anima. La carretera deja de subir, y se tiende horizontalmente. Sigue faldeando las Horcadas. Entra por lo alto en un valle elevado: Peñarrubia. A la entrada, izquierda, está una aldea, Linares, donde acaba la carretera. Otro monte en el fondo haciendo garganta con las Horcadas: Oban, y en su falda sur, una aldea: Piñeres. Siguiendo hacia la derecha, el Hozanco. Su vertiente, cortada en la roca, se hunde bruscamente en las profundidades por donde van el río y la carretera general a Potes. Detrás, los picachos del fondo, dentellados, soleados, brillantes sobre el azul, son los que dominan a Liébana.

Todo este anfiteatro, visto desde el collado por donde asoma la carretera de Linares, es delicioso de color, de silencio, de frescura.

El verde terciopelo de los robledales y castaños pone un fondo muelle a los despeñaderos. El rojo oscuro, *húmedo,* de los tejadillos, el negruzco de los tapiales. Mujeres labran los maizales. Las gargantas de los rincones. Cortaduras en el granito, que interrumpen el verdor, en la salida al pie del Hozanco.

A nuestra espalda, o envolviéndonos de cara al camino que subimos desde La Hermida, gran contraste. Es el reino del granito y caliza. Nada o poco verdor. Las Peñas desnudas, algunos castaños crecen en sitios inaccesibles; gris. Lejanía de Bejes. Encima: sin cielo por la bruma.

Vamos hasta Linares. Entramos en el pueblo y reconocemos una torre almenada (Piedrahita), sola, encima de la aldea. Cerdos y chicuelos. Grandes castaños. Un chico muy gordo. Una mujer, desde una ventana, nos dice: «Con la gracia de Dios, se crían así con solo borona y leche».

El segador de hierba, junto a Linares.

Un chico, que apacienta una vaca; no podemos hacerle hablar, ni por dinero.

Volvemos muy contentos, con una gran paz, como la de este valle.

11 de julio

Desde La Hermida a Andara hay unas cuatro leguas de subida. Salimos a eso de las siete y media. Los caballos se han hecho esperar y uno de ellos no ha comido. Nuestro guía es un muchacho de quince años, llamado Facundo, que va a pie, con el cuévano de las provisiones a la espalda. El día está despejado.

Se deja la carretera en La Hermida y se sube por un camino en zigzag, que es por donde sacan el mineral de las minas de Andara. Los cinco o seis primeros kilómetros se hacen en una garganta, a uno y otro lado de un arroyo de márgenes profundas, que baja de Bejes, el *Ribejes*.

Grandes cortes a la caliza y derrumbaderos de piedras rodadas. Después se sale al valle de Bejes, al pie de *los Columbros*.

Está Bejes a media hora. Dividido en dos barrios: la aldea y la Quintana, este más nuevo. La iglesia entre ambos, en medio del campo, porque entre los dos barrios hay gran trecho. El arroyo, en medio.

Son praderas, setos de fresno, avellana, olmos y castaños. Aire fino, de altura.

La campana toca a misa. El camino serpentea, da largos rodeos, pasa por medio de Bejes, y empieza a escalar los Columbros, donde están los hornos de calcinación del mineral. Este cerro de los Columbros es pelado y rocoso. Surge como un paredón, tapando el valle. En los hornos, la mitad del camino; nunca se llega…

A la derecha del camino en este sitio, el valle de *Tresvizo*. Espléndido. Muy hondo. En nuestro lado no se puede mirar el fondo. *El salto de la cabra*. Al otro lado gargantas verticales, arboladas. A media altura, Tresvizo; en unos collados, con sus praderas y sus álamos al pie. Más alto, la gran montaña por donde va el camino antiguo del mineral, y por donde se pasa a Covadonga. Al fondo de este valle, en lo alto, las majadas verdes, frías, solas, cerca del puerto.

A nuestra espalda y en bajo: la Peña de la Hermida, la salida del valle de Tresvizo hacia la carretera. Azul claro de las montañas; rompimiento hacia el lado del mar. Suavidad. Sobre nuestra cabeza. Picos en niebla.

Seguimos. El camino sigue una recta, un poco pendiente, en la falda, hasta llegar a una fuente, en un rincón. Allí comienza un hayedo; por en medio va el camino. Olor del bosque. Pequeños o jóvenes los árboles. No los dejan crecer.

Subimos. Nos acercamos a la niebla. Cuando empieza a envolvernos, volvemos la vista atrás y hacia abajo. Efecto extraordinario de un haz de luz azul suavísimo, que cae sobre las gargantas.

El camino empieza a enroscarse en un pico de piedra. Se acaba el hayedo. Se nos echa encima la niebla. No vemos nada a seis pasos. Frío. Silencio. Piedra azulada, labrada por las aguas. «Hemos llegado a la región del cartón», dice Cipriano. El camino sube ahora audazmente. Entre la niebla vamos viendo surgir los palos del teléfono, y ellos nos anuncian los rodeos que damos. Cortado en la roca, el camino cae sobre un abismo.

Es muy larga esta parte. Deja de subir, y sigue recto, recto, abriéndose entre imponentísimos derrumbamientos de caliza. Los *escombros* de la montaña cubren extensiones en declive enormes. Sobre un lecho de piedras como el puño, bloques tremendos han rodado, y ruedan, desmenuzándose. A nuestra izquierda, sin ver nada, oímos rumor de agua; un torrente. La impresión es glacial. El ambiente, muy frío. Esfuerzo por ver. Fatiga que produce la niebla.

Los errores visuales: andando, atisbo entre las nieblas dos figuras oscuras, como suspendidas en el aire. ¿Aquellas dos rocas parecen dos formas humanas, dos mujeres sentadas cara a cara, verdad? ¡Pero de qué tamaño! De pronto, una de aquellas formas empezó a moverse, se balanceaba, como para tomar ímpetu, y se incorporó. Era como una mediana torre. La otra se levantó también. Yo quieto; estupefacto. Parecían andar en el aire. Eran, en efecto, dos mujeres, dos tresvizanas, de las que suben con sus ganados.

A nuestros pies se abre un barranco. Un momento la niebla le descubre. Un arroyo corre por él. Unos terraplenes, unas vagonetas, la boca de una mina.

Andamos un poco más. Subimos. Todo es piedra. Alguna braña. Espesor de las tinieblas. Es cerca de la una. Montones de nieve. Camino abierto entre ella. Corre por bajo una fuente: la Ramazosa. Agua frígida. Una corraliza desportillada. Nadie. De vez en cuando, ruido de pasos, un hombre, un minero, que pasa, con sus zapatones y su lámpara. Comemos allí. Soltamos los caballos, que meditan sobre la carestía y la escasez de las subsistencias. Frío. Después de almorzar avanzamos a pie, por entre la nieve, a buscar las minas y el casetón. Lamentamos la poca suerte que tenemos, por estar el día nuboso.

Vamos por el fondo de una pequeña cañada. A nuestra espalda queda el pico de [*en blanco en el original*] que hemos rodeado para subir hasta aquí. Es mediodía, ¿*verdad*? Corre un poco de viento. La niebla se agita un momento, se clarifica y nos deja entrever la altura del pico de nuestra subida. ¿Se disolverá?

De pronto, ¡cosa espléndida, inolvidable!, la niebla se rasgó, se atenuó, se disolvió, y en breve vimos surgir, como si Dios en aquellos momentos los creara, los picos y vertientes de un circo maravilloso. Brilló un cielo azul, esplendoroso, limpio, suavísimo, *nuevo*; y sobre el azul se colocaron recortándose limpísimas las cimas de Pico de Cierro, y sus hermanos. ¡Despliegue y despilfarro de color después de dos horas de gris ciego! Las peñas, azuladas, con venillas verdeantes, y el regocijo de las formas precisas, angulosas, rígidas, después de la imprecisión de la niebla. Luz, limpieza del aire. Chorros de niebla entraban por las quebradas de los picos, como humo de un incendio. Flameaban las cimas, y un resplandor de sol cubría todo el cráter. ¡Qué holgorio! Y allá en el fondo, a unos cientos de pasos a nuestros pies, una cosa trágica, una cosa de misterio, bella y terrible, por su soledad, una hoja de agua verde, el verde más intenso, más espeso, profundo y de metal que se haya visto. ¡Y una quietud! Es una *tapa* de metal. Es el fondo del cráter, laguna muerta, alimentada por las nieves.

(Señalar la alternativa de los manchones de nieve en las paredes del cráter).

Sobrecogidos de admiración y de pasmo, guardamos silencio. Alegría como por una resurrección. Damos la vuelta, y llegamos al casetón. Allí están las minas de calamina y blenda, de Mazarrasa, que trabajan seis meses al año. Reconocemos el lugar. La desolación infinita de un paisaje lunar, agravada por las huellas del trabajo penoso. Las bocas de las minas. Los hundimientos. Las vagonetas, y un lavadero. Poca gente. Extraño silencio. No hay la animación de una gran masa de hombres. Parece un presidio, un círculo del infierno, ¡qué sé yo!

Las casucas de los mineros, la ranchería, y las casas de las tresvizanas. Las mujeres escogiendo mineral. Los hombres ganan dos pesetas y el rancho.

Subimos más. Tomamos el camino de *la Providencia*, la otra mina. Roca viva. Ardor del sol. Viento. Suben girones de niebla. De pronto, nos encapucha a todos, montes y minas, y hombres queda sepulto.

Gigantescos tamaños de nuestros caballos, cuando los encontramos. Estamos a dos mil metros.

La laguna antes era permanente. Una galería de la mina ha producido un desagüe, y se vacía del todo en agosto.

La niebla se hace más densa. Vista la hora no creemos que ya el día se aclare. Es inútil subir más. Nos volvemos. Yo tengo ganas de andar y le cedo el caballo al guía. Bajo a pie hasta La Hermida; tenía gana de cansarme.

Flores amarillas de la gándara; violáceas del colchico. Flor de malva, retama, árgoma, árnica.

Le pregunto a Facundo: «¡Florucas del campo!».

Es muy graciosa la manera de hablar de este chico. Su mundo: las minas, los *lobus*, la yerba, los *gallegus*, la Guardia civil. Es francófilo. Conoce franceses y alemanes; en La Hermida había de todo; los alemanes eran *mejores*, pero eso no importa, él es francófilo, porque son sus ideas.

No cree que debemos ir a la guerra. Pero si vinieran los alemanes, ¡*a peñazus los podíamos*! Es el espíritu de los cántabros.

Nos cuenta el poder de los lobos. En cuanto ven a una persona, aunque esta no los vea, pierde el tino, se le ponen los pelos de punta, se le cae la gorra, y ya no sabe adonde va ni lo que hace. Testigo, su mismo padre: que yendo un día de nieve desde la aldea a la Quintana, empezaron los lobos a hacerle *visiones*, y volvió a la aldea creyendo que seguía el camino de la Quintana.

Nos habla muy mal de un jefe de puesto de la Guardia civil. Se ve que Facundo tiene una idea altísima de lo que debe ser un cabo de la Guardia civil, y siente un profundo desprecio para el que no está a la altura de su misión.

Nos cuenta —sin creer que acusa de algo— cómo la Guardia civil daba palizas a unos individuos para que declarasen.

Nos metemos por un atajo para llegar antes a Bejes. Guía un viejo de 76 años que viene de segar. Difícil camino y poca ventaja. Los lumiacos pululan. Gusanos negros, gordos, parecen de seda estriada o raso.

Hago sin dificultad todo el camino, que me obliga a una posición molesta, por ser cuesta abajo. Al llegar a la carretera, que es casi horizontal, no puedo apenas andar; parece que se pega a mis pies el suelo.

12 de julio

Mientras nos desayunamos, Bernabé, que ha oído nuestro propósito de marcharnos en el coche de la línea, viene a decirnos que nos puede llevar en

el mismo que nos trajo, y que como tiene otro viajero del balneario (nada menos que un consocio de la empresa de los coches, nos dice) nos lleva por poco dinero, un poco más que en el de línea. Nos dejamos convencer, por ir más cómodos.

—Saldré —dice— media hora después que el coche de línea.

Son las diez menos cuarto. Llega el de línea. Desde el balcón de nuestro cuarto vemos que cargan nuestros equipajes. Yo protesto y digo que los bajen, que Bernabé nos llevará en otro coche. Así lo hacen; se van.

Aparece otro coche. «¿Es usted el nuestro?». «No, no; Bernabé vendrá luego».

Pagamos. Bronca. Nos ponen más de lo convenido. Y nos quieren cobrar el pienso (?) de los caballos. Yo me niego a dejarme robar. La cuenta la ha traído la criada. Hacemos presente nuestra reclamación y pedimos que venga el ama. No viene. Aparece su hijo, un chiquillo de doce años. Nos mira y se calla. Le decimos que si es él el amo. Tenemos que bajar. Comparece un hombre alto, grueso, vestido con traje de hilo crudo. Chato, afeitado, de labios finos. Es el amo, marido de la patrona. Cuestión. Se enfada. Dice que no quiere cobrar nada, que *nos convida*. Por fin se conforma. Bajan nuestras maletas al portal y esperamos. Pasa media hora. El coche no viene. ¿Iremos a perder el tren? ¿Serán capaces de dejarnos aquí? Aparece la hostelera, Carmen, y nos dice, por *nuestro bien*, que Bernabé no va a la estación, que estamos en una mala inteligencia, que al bajar le ha dicho que nos fuéramos en el de la línea, etcétera. El marido, sentado en un taburete, escucha, mirando a otro lado. Indignación. ¿Y lo convenido? ¿Y por qué no nos lo dijo al pasar el de la línea? Palabras fuertes. La mujer chilla. El marido, sin moverse: «Déjalos, déjalos; no tienes tú que *escomar* ese asunto».

Manda al chico, por orden nuestra, y vuelve con un papel de Bernabé, diciendo que él tiene que ir a otra parte, y que su cuñado Isidoro —el fondista gordo— ajuste con nosotros el viaje a Unquera.

—Yo puedo llevarles a Unquera —dice, con aire indiferente.

—Quien tiene que llevarnos es Bernabé, u otro por él, en el precio convenido, 12,50.

—Por ese dinero, yo no engancho.

—Ahora veremos —decimos, echando a andar en busca de Bernabé.

—Si pierden ustedes una hora en discusiones, no llegan al tren.

Vemos claro que nos quieren robar otro poco. A medio kilómetro, en una casa cochera, está Bernabé. Se adelanta a nuestro encuentro. Nuestra actitud es tal, y le decimos tales cosas, que palidece y se ofrece a enviar otro papel a

su cuñado para que enganche y nos lleve por cuenta de él, de Bernabé. Le cogemos de un brazo y le llevamos a nuestra fonda. Aceptamos la farsa de *lo de por su cuenta*:

—Isidoro —dice muy serio—, ¿quieres hacer el favor de llevar a estos señores a Unquera? Sobre el precio convenido con ellos, yo te abonaré lo que sea.

El otro, baja la cabeza y se dispone a enganchar. Lo hace lentamente.

Salimos por fin, y rápidamente nos pone en Unquera. Le pagamos lo justo, y se va sin decir adiós.

Comemos en Unquera. Tomamos un tren hasta Puente San Miguel. Vamos a pie a Santillana. Grandes agujetas mías me hacen penoso el camino. Por la noche llegamos a Santander.

13 de julio

En Santander, unas horas triviales. Visitamos el Sardinero, donde tanto me aburrí hace diecisiete años. Todo ha mejorado mucho. Imitación de San Sebastián.

En un «hotel de Europa» con pretensiones, un comedor donde le obligan a uno a compartir la mesa y donde familias numerosas hablan a voces.

El *master* del buque inglés tomando café en la borda.

Salimos por la noche para Bilbao.

En el tren, la mujer armenia (¿cantante?) que habla en *americano* con italianismos. No es aliadófila. Un *fino* que le da conversación se queja de que ya se le ha puesto el c… maduro de ir sentado; y luego: «¡Qué mal habla usted el español, para llevar aquí dos años!».

PROVINCIAS VASCONGADAS: 1918

13 de julio

Bilbao. Paseo nocturno, el día de nuestra llegada. Por la plaza de López de Haro pasa un hombre solo que canta una canción con este estribillo:

Los de Achuri por aquí,
los de Achuri por acá
¡bofetada viene, bofetada va!

El progreso de Bilbao es enorme desde que yo no lo veía. Voy a las Arenas y Algorta, a recordar mis años de chico. ¡Qué cambio! Riqueza en los *chalets*, pero mal gusto.

Paseo por Portugalete. La calle mayor, en cuesta, estrecha, muy pintoresca, con sus tiendas y sus escaparates. Predominan las de calzado. En la plaza, un mercado.

Calor asfixiante. Regresamos en el tranvía. (Una estatua o monumento a Martínez Rivas, de Blay, me pareció malo; hay una figura de hombre, a la derecha, que no está mal). Barullo, polvo, suciedad, en todos estos arrabales.

En el café nos encontramos a Quadra Salcedo, que nos habla del nacionalismo. No tienen cosa mejor en que pensar.

Esto del nacionalismo es como el dominó en Valladolid, un fruto del aburrimiento provincial.

14 de julio

Salimos de Bilbao a las cinco para San Sebastián. Calor asfixiante en la estación. En el vagón, matrimonio americano. Y un señor, llamado Modesto, de San Sebastián, que viene de América, y sabe la historia de cada piedra de Guipúzcoa.

Llegamos a San Sebastián con retraso. Al pasar en coche por la esquina de Easo, camino del hotel, luz rosa en el poniente. Hospedados en Hotel Royalty. Por la noche, paseo habitual por la ciudad. Vamos hasta la Zurrióla y seguimos el paseo nuevo contemplando el mar.

San Sebastián es enervante, suave; demasiado blando el clima para mí. Reposo por la buena organización. Las cosas son fáciles. No hay mendigos ni cuestas; comparar con Madrid, donde hay que ir *abriéndose paso* a través de lamentaciones y maldiciones. Además: la edificación igual, discreta, *reposa* la vista. Contraste también con Madrid, donde todo es molesto. Influjo, aquí, de Francia.

Me recuerda la tristeza que de niño me produjo abandonar por primera vez San Sebastián.

Viaje a Fuenterrabía, con el proyecto de instalarnos allí. Calor, carestía; tranvía de mulas desde Irún, absurdo. Cocean y descarrilan. Desistimos. Buscamos casa en San Sebastián y nos mudamos a ella por la noche.

En San Sebastián lo mejor es el mar. Hemos visto diez puestas de sol, desde la Zurrióla o desde Igueldo. Todas diferentes, todas admirables. Nueva melancolía (agradable) al ponerse el sol.

Una noche hemos ido al teatro Victoria Eugenia, para mí nuevo. Es feo el edificio, con pretensiones de *estilo español*, como ahora dicen. Estaba vacío.

Dos noches en el Casino. Aburrido. Público mediocre. Orquesta cursi. Una noche, la Argentina, que ha engordado. Me encuentro a Ortega. Sala de juego. Virtud espartana.

Hernani. El viaje por el valle es muy agradable. El valle es fresco, bello, jugoso. Casa municipal grande, monumental, en la plaza, con arco de salida a la carretera. ¿Renacimiento? ¿Emperador? Iglesia. Igualdad de los campanarios en Guipúzcoa. Iglesita pesada. Una *Soledad* con paños negros, cara demacrada, lágrimas, al pie de una cruz de la que pende un sudario. Un ecce homo en una urna. La iglesia, una nave y un crucero.

La terraza, sobre el valle. Jardines en terrazas; ciprés solo a la derecha. Hondonada por donde va el tren. Formas redondeadas de las colinas próximas. Frescor, somnolencia, paz.

El preso. En la arcada del Ayuntamiento que da salida a la carretera, una verja, oscura; es la cárcel. Un grupo de chicuelos y chicuelas habla con alguien que está tras la reja, zahiriéndole. «Si no hubierais hecho lo que habéis hecho…». Los de dentro contestan dándose importancia sobre su vida pasada. Pregunto. Es la cárcel. Hay dos presos porque han comido en una

taberna y *pedido hasta puro* y se han ido sin pagar. Son de Valladolid y Santander.

¿Interrogar al preso y que me cuente una historia?

El cura. Por la carretera, al atardecer, suben tres curas: dos jóvenes, uno de ellos altísimo, de frente estrecha; el de en medio viejo. El alto manotea y vocea. Cuando el viejo habla, él escucha sonriente, inclinado.

—Es que no hay religión —dice el alto.

Busca un pretexto para conversar. Se explaya. Fonética, bizcaitarra; queda gesticulando en la carretera, bajo aquella luz fría, del ocaso.

Viaje a Pasajes. El puerto, los veleros; las casitas del otro lado. Las *escapadas* entre las casas hacia el mar. Barcas, un árbol, agua negruzca, brillante. Atracadero.

Salimos por el borde hasta la boca del puerto. Rocas, rocas, rocas. Aspereza. Subimos a una altura, sobre el faro; en la casa del faro, una mujer sola, con ojos de loca, cose a máquina. Contemplación desde lo alto, en la rápida cuesta de un prado hacia el mar. Leñadores en la lejanía. Bravura del mar. Soledad.

Al regreso nos cruzamos, antes de Pasajes, con Pío de Saboya, los de la Mina, otros aristócratas.

En la carretera, junto a los astilleros, obreros que han dejado el trabajo y juegan a las chapas, beben sidra. Quietud del astillero y puerto. Alegría de los que juegan. Tipos y caras. Vestidos de azul. Olor a comidas en los figones.

Cosas viejas en el fondo del puerto: hélices, mástiles, pedazos, hierros, etcétera. Barcazas y gánguiles.

Otra tarde en Tolosa. Camino agradable, a lo largo del río.

Tolosa es negro, estrecho, feo; calles largas, rectas, oscuras. Una plaza que parece el patio de un cuartel.

La iglesia de columnas pesadas, fea, como todas.

Una casa bonita, la del Casino; y otra *casona* de nobles, buena y agradable. Con su *Corazón de Jesús*. Una vista sobre el río, a la salida del pueblo, donde han construido un paseo cubierto, que parece un mercado, y es feísimo.

Una tarde en Zarauz, a ver a los de Palomares. Nos enseñan la playa y las casas principales. Una torre del XV. Me encuentro a Pérez Caballero. Al ir, Sánchez de Rivera.

Mareo, humo del tren, suciedad. Al regreso, Thuillier y su compañía. La Gelabert en el mismo coche, pero *hacen* que no se hablan.

En el museo de pinturas de San Sebastián un Regoyos (paisaje de árboles) y un Beruete (alrededores de Madrid).

La etnografía. Atraso del País Vasco hasta medio siglo XIX. Su desquite. En qué se funda.

San Sebastián y la industria del hospedaje. Tregua de partidos políticos durante el verano. Quieren echar a los pescadores a Pasajes.

Una tarde en el puerto, vemos entrar en la bahía al *Villamil* Una canoa trae a tierra a dos negros y un francés y un inglés. Son los supervivientes del *Indian*, torpedeado frente a Zumaya. Han estado dieciocho horas en el agua, sobre maderas. El convoy de dieciocho barcos que vimos esta mañana no los encontró.

Los negros lloran. No saben francés. Me recuerdan a los tres negros de Mentón, sin piernas. El oficial español parece muy indignado.

Al día siguiente el mar arroja cantidades fabulosas de cacahués, que llevaba el *Indian*. Todos los golfos y pescadores hacen provisión.

La «semana social»; discurso de Pradera.

25 de julio

Por la tarde nos vamos a Zumárraga. Lluvioso. Plomizo. En Zumárraga, Hotel Urola, junto a la *gare*, mejor llamado «Chinchilla Palace».

Instalados, vamos por la carretera alta hasta Villarreal.

En el frontón, partido a mano: el hombre del blusón que juega bien. Un tamborilero y gaitero toca en la plaza, sin más oyentes que cuatro o seis chiquillos. Se escucha una música, lejos. Rincón característico: una casona, de color de *canela*, grandota, unos porches, una calle larga, oscura, que se pierde, unas casucas negras. El «círculo jaimista», colgaduras; es Santiago.

Seguimos por una calle transversal. Estamos en Zumárraga. En la iglesia, con claustro en tomo, de arcos pesados, un cura reza solo, oscura, columnotas, pesada. Subimos por una carretera. Mimbreras. Una fila de chopos. Llegamos a una aldea, en un collado. Negra, leña por todas partes, cerdos, establos,

chicuelos. Preguntamos, creemos que nos dicen *Márraga* (?). Bella vista, pasada esta aldea, desde un collado, sobre el valle de Ormáiztegui. A mi derecha, montañas arboladas, por donde corre la vía férrea. Al fondo, el valle. Alternan las manchas amarillas de los trigos y el verdor de los maíces y arboledas. Montañas azules en lo último, rojizas a veces, fulgores rosa. *Encaje* de la bruma plomiza sobre las cúspides que tapa.

Vacas en las laderas. Solas. Mujeres que apacientan. En lo hondo: siegan trigos, haces largos y bien colocados. Verdean los rastrojos. Voces de chico en el silencio.

Un grupo de mozas, y dos *ellos*, endomingados. Conversación bárbara. «Efectos de las diversas cosas que come».

Volvemos a Zumárraga. Plaza triangular, con plátanos bien podados. Una bolera en el borde. Los tipos que juegan. Uno flaco, de cráneo aplastado. Apuestas. En el centro, kiosco. Banda municipal. ¡Qué desafinados! Bailan las muchachas unas con otras. Otras, más señoritas, pasean. Vendedoras de golosinas.

El hombre viejo que contempla desde el interior de un balcón-galería de su casa, que da a la plaza. ¿Unos setenta años? Barba militar, perilla ancha, ojos pequeños, gorra, frente y cara carnosas, un poco anchas, manos cruzadas. Así está horas inmóvil, contemplando los bolos y oyendo la música, resguardado de la humedad. *Su historia*: guerra carlista. «Desde entonces no he vuelto a ser nada».

26 de julio

Salimos para Loyola en el auto de Cestona. Demasiados viajeros. Una señora de Medina o Salamanca está ya en el fondo del auto, y dispone a su antojo. «Esto está tomado». «Dámaso, ven aquí». Es gorda, prominente, y unas cestas que lleva sobre las rodillas la prolongan sobre el auto, como una proa. Es una Isabel la Católica. Don Dámaso es un pobre hombre.

Otros: la mujer del pueblo, de cara trágica, que hace dengues y se marea. La mujer gorda que huele mal.

Penosa marcha del auto, siguiendo la margen del Urola. No nos detenemos en Azcoitia. Nos deja en Loyola.

El convento, inmenso cuadro de piedra, severo y desnudo. Cúpula demasiado baja, que aplasta; linterna florida, que con sus pináculos parece, desde largo, un bonete. Todo *bajo, manqué*.

Un tipo cabezudo, que apenas habla castellano, nos dice algo del hotel y de las capillas.

Vemos la iglesia. Redonda. Barroquismo. En la bóveda, doseles de piedra rosada abrigan los escudos. Terciopelos granate cuelgan de los arcos. El altar mayor, sin elegancia ni grandeza, muy rico de piedras brillantes, columnas salomónicas, etcétera.

Comemos en el *Hotel Loyola*. Al lado del convento. En el vestíbulo hay un cromo grande del Corazón de Jesús y una lámpara encendida al pie. Tipos del comedor.

La señora enérgica, de ademanes resueltos y mirada dura, con gafas montura de hierro, que se parece en los rasgos y en los gestos a Posada. Parece doña Perfecta. Va acompañada de una muchacha (sobrina o así) gordezuela, ojinegra, pelinegra, ojerosa, tez de aceituna. Baja los ojos con mucha compostura.

La señora con dos hijas. Tiene en el semblante una especie de sonrisa esbozada, como Imbart de la Tour. Un poco encorvada de espaldas. Habla animadamente con sus hijas: una muy rubia, ya anchota, jamona. Otra más flaca, castaña, boca grande, ojeras, tipo escrupuloso. Cortan la conversación y la señora, juntando las manos en oración, reza. Contestan las hijas.

El tipo flaco, sacristanesco, entrecano, afeitado, gafas, de negro, cuello bajo, aguileño, que acompaña a dos señoritas o señoras jóvenes. Él es vasco; ellas no.

El marido cincuentón, atildado, que acompaña a su esposa mucho más vieja que él.

La familia elegante; señoritas guapas, muy jóvenes, con su *gouvernante*, y el matrimonio, de aspecto *distinguido*, y aire displicente. Otro grupo de gente tosca en un rincón.

Visitamos las capillas de la Casa de san Ignacio. La torre ha quedado englobada en el convento. En el patinillo que hay a la entrada, una estatua de san Ignacio, bronce, la cara de mármol, en éxtasis, parece ofrecer a Dios su lanza. Actitud *outrée*.

La torre o Casa de Loyola ha sido convertida en una especie de *chalet* de la religión jesuítica, por el adorno, por el gusto, por las pinturas, color, etcétera. En cada habitación una capilla, cuya *importancia* va creciendo en gradación hábilmente calculada. Purpurinas, mármoles, luz eléctrica, telones. Abajo dos capillas. En la escalera, al pie, un grupo en bronce. En los pisos superiores: la capilla que *semeja un panteón*, según nos dice el jesuita que nos guía. Hierros labrados dividen la estancia y forman en el interior un espacio

recubierto de mármoles con divisiones por hierros figurando nichos. Luces eléctricas se encienden a nuestro paso, y alumbran suavemente el lugar. Es para las reliquias.

Casullas de san Francisco de Borja. Un cuadro bien conocido (copia); «está san Francisco *abrazando al emperador*, de quien era muy amigo, puede decirse que su más íntimo amigo», dice el jesuita. El altar de los Loyola. Un cuadrito milagroso, que representa a la Virgen, «y que ha sudado sangre varias veces», nos dice.

Así vamos poco a poco hasta la *capilla de la conversión*, dividida en dos por una verja. En la primera mitad, artesonado bajo que oculta la armazón antigua.

Se pasa luego a la segunda mitad, donde está el altar. El jesuita toca un botón y en la semioscuridad se enciende una luz eléctrica en el interior de una urna de cristal, al pie del altar. Ilumina un maniquí vestido de calzón y casaca de seda, que representa a san Ignacio, echado en su cama, herido. Una pierna desnuda muestra una herida, más abajo de la rodilla, y un vendaje a la altura de la pantorrilla. Esta herida se le curó milagrosamente, según el guía.

Al aparecer esta figura, las señoras se ponen de rodillas, arrimadas a la urna. En este momento, toca el jesuita otro botón, y se encienden otras luces. Se descorre un teloncito, y aparece en el retablo la imagen de san Ignacio, con traje talar, ya canoso y santo.

Representaciones de la vida de san Ignacio en una de las capillas. El milagro de Azpeitia, cuando volvió en olor de santo y se puso a predicar. Una muchacha, a quien no dejaron ir a escuchar el sermón, le oyó desde una distancia inverosímil.

Después vemos el convento, que no ofrece nada notable a la curiosidad.

Vamos a pie a Azpeitia. Dos conventos de monjas, nuevos, en el camino. Hay kilómetro y medio. Obras que realizan para construir la gran avenida al convento.

Azpeitia es una población de planta ovalada, una calle que da la vuelta por el mayor perímetro y tres calles que cortan a lo largo. Estrechas calles, oscuras. Algunas casonas antiguas, ahora de vecinos. Nos asomamos al interior de una, toda de piedra, con escudo y portalón. Hay allí una cochera. Un patio interior, central, estrecho, altísimo, de tres pisos, negro.

Dos o tres casas con fachada de ladrillo, mudéjar. ¿De dónde ha venido esto?

Entramos en la iglesia. Hay un buen retablo en una capilla, y el sepulcro del obispo don Martín Zurbano (siglo XVI).

El hijo del sacristán nos enseña esto, algunas ropas en la sacristía, y la pila en que fue bautizado san Ignacio.

El pueblo se ha gastado cinco mil pesetas en un estandarte para el santo.

El chico nos dice que en el pueblo hay carlistas, integristas, bizcaitarras. «¡Liberal, ni uno!».

Tres chicuelos en la puerta de la iglesia nos piden perras. Van a la escuela. Hay dos maestras y dos maestros. Les enseñan doctrina y cuentas, leer y escribir.

¡Echan a correr en cuanto reúnen unos céntimos! Muchos niños con lentes.

Llovizna. Salimos para Azcoitia. A nuestra derecha la mole gris ceniza del Izarraitz o Izarraix. Coge todo el valle por ese lado. Vida agrícola. Recolección de los trigos. Carros tirados por vacas lo llevan a las casas. Dobles parejas de vacas alzan el rastrojo. El color: apagado por la llovizna, con los matices del verde, praderas y árboles, y las manchas del rastrojo.

Azcoitia. Mucho más bonito que Azpeitia. Viniendo de Azpeitia, se cruza el río. Vistoso efecto de las casas viejas de Azcoitia que caen sobre el cauce; postes de madera, galerías, cerramientos, todo oscuro, carcomido. Al otro lado del puente el cauce sin casas, apenas, árboles que se miran en la vena escasa, limpia. La iglesia, en tinieblas, nos pareció como todas las que hemos visto por aquí. La calle principal, por la que va la carretera, llena de alpargateros, que trabajan a las puertas de sus casas, en sus bancos. Chicos y grandes. Por los balcones, mujeres en lo mismo, cosiendo.

Ensañamiento que ponen en el trabajo. Golpean, golpean. Aspecto pintoresco de la calle con esa animación.

A la salida, camino a Zumárraga, otro puente donde se disfruta una bella vista. El río lame una casa importante, con gran parque. La casa, blanca, con balaustres y rejas y puertas oscuras. Voladizos. Río abajo, olmos, *árbol rojo*, castaños. Una colina con una ermita. Nieblas rodando monte abajo. Gotean los árboles. Silencio y rumor del río.

Andamos hacia Zumárraga. Desde Azpeitia son diecinueve kilómetros. De un convento o colegio en las afueras de Azcoitia vemos salir dos *hermanos* franceses. Sombrero casi tricornio y babero blanco. Uno muy viejo, melena blanca, cura de Pérez Escrich; otro joven. Van delante de nosotros. Oímos la voz del joven, monótona, como si rezaran.

—No, no: ¡es que leen!

—¡Algún rezo!

—No, no: llevan un papel. Leen los periódicos.

Apresuramos. Sintiéndonos llegar, suspenden lectura. Alcanzo a ver un periódico muy doblado, reducido a media cuartilla, que el joven se guarda.

Los dejamos adelantarse. Vuelven a leer. Oímos esta frase: *les prisonniers alle-mands*. ¡Son dos franceses que leen noticias de la guerra!

Escena: buscar motivo de conversación. Llanto del viejo, que tiene un rostro duro. Silencio y palidez del joven. Sentimientos sugeridos.

Seguimos. Llueve. Una casa junto al Urola, con un gran letrero. Preguntamos a una chica que pasa: «¡No sé leer!».

A poco más de dos kilómetros de Azcoitia el valle se acaba. El camino y el río caben apenas por el fondo de estas gargantas. Cesa la lluvia. Magnificencia de los bosques de castaños y hayas. Remansos del río, en las presas. Humedad. Escurren agua las peñas y gotean las yerbas sobre el regato que va por un lado de la carretera.

La niebla se va marchando. Manchas azules en el cielo. Nubes espesas, blancas, inflamadas de rosa y oro por el poniente.

La luz en el fondo de la garganta; oscuro; *individualidad* de los árboles. Así, muchos kilómetros. El camino parece que va a acabarse a cada momento, cerrado por los montes.

Descanso en la venta, a mitad del camino. Casa con un portalón o tienda, de techo bajo, almenado. Fogón bajo, en desuso. Fogón de hierro, luz eléctrica, cierto bienestar. Merendamos. El casero, hombre alto, afeitado, aguileño, habla bien castellano. Su mujer, muy callada, no fea, hostil. Dos criadas, risueñas. El ama las reprende.

Entran dos campesinos. Uno muy alto, con su hacha grande al hombro. Otro, parece boyero. Nos saludan al entrar. Beben vino. Se van sin decir adiós. Llueve de nuevo. Cuando cesa continuamos. Placer de andar.

El anochecer. Lenta extinción de la luz. Cielo cárdeno; a nuestra espalda, un monte, con un caserío en lo alto. Colores verdes y rojos. Fuga de los senderos; parejas de vacas enganchadas. Vacas rojas.

Los trigos segados. Llovidos, el color de los haces es cobrizo. Hombres y mujeres siegan aún, casi en tinieblas. Humaredas. Brillan luces frente a nosotros. Es Villarreal. La torre barroca, sobre el cielo violeta. Toca las nueve. Unos olmos se perfilan, solos, sobre el horizonte. Pasa un hombre conduciendo al trote un carrillo. Nos ofrece asiento y rehusamos.

Solemnidad del momento. Atravesamos Zumárraga de noche y vamos a la fonda.

27 de julio

En el tren hasta Bríncola. Allí tomamos un coche para Oñate. Dificultades por el exceso de viajeros. El cochero, Andrés, hombre maduro, rollizo, locuaz. En la delantera, con nosotros, el señor Garay, fabricante de cerillas, enriquecido por el monopolio. Se ha hecho una casa en las afueras de Oñate, negra, que parece una estación de ferrocarril; y estropea el valle.

La carretera, hasta Oñate, es muy interesante; a la izquierda, en un hondo, se desarrolla todo el valle de Oñate, suavemente ondulado. Lo cierra al sur el *Aloña* (?). Al fondo se ve la Peña puntiaguda, aislada, que parte aguas entre Guipúzcoa y Vizcaya.

Oñate es de lo más característico. La plaza, con una casa Ayuntamiento Renacimiento, brillante, de color ocre. La Casa del duque de Sotomayor (de Aztazcos) al lado, con un torreón a la espalda englobado, y un parque. Es la más bonita.

Un ala (claustro) de la iglesia, también plateresco. Un claustro murado. El río pasa por bajo. La iglesia no vale nada. Enterramiento de don Rodrigo de Mercado.

La Universidad. Bella fachada, un poco recargada; y de proporciones menguadas. El conjunto, falta de grandiosidad, de *gracia* o de riqueza. El patio, mejor. Los artesonados de la escalera. El río, al pie de una de las fachadas laterales. Una *allée* umbría, de plátanos.

La Plaza de Santa María: allí las casonas solariegas de Madinaveitia, de Morentines, etcétera. Lo más característico, como conjunto.

Nos cuentan maravillas de la plata que hay almacenada en la Casa de Sotomayor, y de los tesoros escondidos, desde *la Inquisición*. En ella vivía Carlos V.

El comedor de la fonda Catalina: se sube desde la calle por una escalera muy pina, rojiza. Habitación alargada. Balcón a un patio. En el otro frente una vidriera con visillos. Dos aparadores, de madera pintada de oscuro, adosados a la pared. Una chimenea. Un espejo y un cromo (paisaje) con tarjetas de viajantes en los marcos. Un canario alborotador. Un diploma de la Asociación de Viajantes del Norte de España, en un marco.

Por la tarde hacemos a pie la subida a Aránzazu. Bella vista sobre el valle de Oñate, al trasponer una altura. Cambia el paisaje. Lo abrupto montañoso sucede al valle. Dejamos este a la derecha, muy hondo; caseríos y ermita, en la falda del macizo frontero, por donde va un canal. En lo hondo, un cauce. La carretera, que parece no tendrá salida, tuerce a la izquierda. Rodeamos así el macizo que cae frente a Oñate (¿el Aloña?). Magníficas montañas a nuestra derecha. Es un gran macizo, de cimas suavemente onduladas, que corre de oeste a este, próximamente. Hacia el oeste una cresta de roca desnuda. Bosques de hayas. Todo cubierto.

Sube la carretera cada vez más. Y los dos macizos tienden a juntarse. Nos alcanzan coches con peregrinos y curas. Las capillas con los misterios del rosario. Grandiosidad del paisaje. Los bosques. La humedad. Nieblas. A nuestra espalda, la Peña divisoria, herida por el sol.

En la última capilla, reunión de devotos. Seguimos. El convento no se ve hasta que estamos encima. En una garganta. Edificado en la vertiente. Iglesia, convento, hospedería, etcétera.

El ambiente frío de montaña. Instalación en la hospedería. Los comedores con mesas largas. Los pasillos de las celdas. Por una galería, nos asomamos. Las cimas humosas. Los hayedos, que huelen a humedad de catedral.

La iglesia nada notable. Aguardamos la subida de los peregrinos. Llegan unos doscientos y treinta o cuarenta mujeres, capitaneados por tres curas y dos frailes. Cantando. La comunidad en el atrio, con cruz. Entran en la iglesia. Cánticos de todos. Sermón en vascuence de un fraile proceroso, de voz potente, furibundo. Rosario. Después los frailes cantan solos, muy bien, canto gregoriano. Magnífico efecto.

Es la hora de cenar. Cenamos solos en un cuarto, cerca del comedor donde están los devotos. Nos acostamos pronto. Risas, conversaciones, ruidos de los peregrinos por los pasillos hasta muy tarde.

Salimos para Aizgorri después de pagar una cuenta cara en la hospedería. Llevamos un caballo. Un guía, llamado Bernardo, pastor de veinte años, de Cegama, que se explica muy mal en castellano y nos entiende con dificultad.

La salida es penosa por las piedras. Después se cruza un bosque de hayas hermosísimas, robustas, frondosas, muy viejas. Los troncos blanquecinos, con manchas de musgo, solemnes en sus fustes redondos, contorsiones humanas en las ramas. El color de las piedras y el de los troncos, sobre su ancho pedestal de raíces, se confunde.

Todo desaparecerá; va a ser carbonizado, por treinta mil duros. Sentimiento religioso que las hayas suscitan.

Se atraviesa una cortadura, dejando a la izquierda un picacho, y se está en las praderas de Urbia. Vastísima *cazuela*, o circo, cuyo fondo y paredes tapizados de verdor. Miles de ovejas, manchas blancas.

Al fondo, Aizgorri, barrera gris, pedregosa, caliza, con hayas hasta cierta altura.

Las chozas de los pastores al empezar la subida de Aizgorri: allí dejamos los caballos.

Dificultades de la subida por el piso de piedras afiladas. Hemos salido de Aránzazu a las ocho. A las doce llegamos a la ermita. Todo el camino, nieblas, como en Andara. Vendaval que amenaza tiramos.

Un balcón de hierro, junto a la ermita.

Al subir hemos visto, rota la niebla, la llanada de Álava, amarilla por los rastrojos, y Salvatierra, Araya y otros pueblos. Unas sierras a la izquierda limitan la llanura.

Desde el balcón, aguardamos, descansando, media hora. Se descorre la niebla dos o tres veces y vemos el valle de Cegama.

MADRID: 1927

2 de mayo

Hoy está Madrid muy bello. Gruesas nubes bajas, pardas, henchidas de agua; desgarrones azules. Bocanadas húmedas. Los árboles frescos, esponjosos. Es agradable callejear.

Encuentro a Julián Besteiro. Qué estropeado está, qué flaco. Ha venido a mí riéndose y me ha dicho algo del *Jardín de los frailes*[6]. Nos hallábamos en la calle de Cedaceros, y Besteiro acababa de pasar por delante de la librería del gordo, donde me tienen expuesto en efigie, entre ejemplares de mi libro, rodeado de estampas antiguas de El Escorial, y codeándome con una caricatura de Azorín y ejemplares de su *Brandy*.

—¿Qué va uno a hacer en estos tiempos, como no sea dedicarse a la literatura? —he dicho a Besteiro.

—Usted hace bien —responde—, porque usted tiene madera.

Hablamos de política. Nada ocurre. «Aunque si vamos a creer a don Ramón, a quien acabo de ver en Los Italianos con Pepe Villalba, ocurren muchas cosas». Nos reímos.

Besteiro cree que se ha operado un gran cambio en la conciencia política del país. A su parecer, si en 1923 se hubiere abierto el Parlamento en octubre y proseguido la campaña de las responsabilidades, el país hubiera respondido. El golpe de Estado ha convencido a mucha gente de la razón y justicia de aquella campaña, puesto que se dio para acabarla. Confía en que veremos mejores tiempos. Pero es menester que los demócratas expliquen al país lo que harán cuando esto se caiga, y cómo será la organización, y que no se consentirá que los españoles se coman los unos a los otros. «Los que se han pasado la vida estudiando derecho político, ¿no son capaces ahora de esbozar la organización futura?», pregunta. Debieran hacerlo los antiguos reformistas.

—Yo no sé cómo estará *el país*, porque no lo frecuento; pero de los numerosos conciliábulos a que he asistido saco la impresión de que casi nadie tiene sensibilidad política. Podríamos encenderla, y pronto, si hubiese vida

pública: prensa y tribuna, como ya se iba haciendo en 1923. Pero, bajo esta campana de bronce, ¿qué se promueve? Solo es posible la conspiración y la fuerza; y para eso falta ardimiento, y tino: como se vio en la conspiración de *Pancho y mendrugo*. (Tal ha sido en suma mi respuesta).

Hoy no estaba Lola guillotinada por un collar que tenía puesto ayer tarde, que le separaba la cabeza del tronco. Expresión más tranquila. Tú posees, pequeña, una varita para hacer que brote un raudal de un *vieux cœur*. Viejo, y todavía ansioso, quimérico.

Larga conversación en El Henar con Pedro Salinas. Presente Fernández Almagro. Salinas me felicita por mi libro y lo alaba minuciosamente: más que nada, el lenguaje y el análisis. Austeridad española y formación literaria francesa. Le sabe a castellano genuino, sin aliño mediterráneo o gallego o andaluz, y sin el engolamiento de Pérez Ayala. Le parecen magníficos los capítulos XIII y XIV. Precisamente los que me daban a mí más temor. Estoy muy contento de que le guste a Salinas.

También he sabido que le gusta a Espina. Me sorprende agradablemente. Creía yo que estos jóvenes innovadores hallarían mi estilo arcaizante.

No puedo quejarme de las opiniones que verbalmente me dan los literatos. Esto me anima. ¡Temía yo tanto haber hecho una obra pueril, de aficionado! A ver si ahora no caigo en la flaqueza de confiarme o en el error de imitarme. Lo que tengo que hacer, cuando escriba otro, es ponerme a ello como si yo no supiera nada del arte, y combatir a brazo partido con la materia, igual que un principiante.

Salinas me ha hablado del proyecto de historia de la literatura que van a hacer en el Centro de Estudios Históricos. Ya me había hablado Américo Castro para colaborar en la historia de España que pretenden hacer allí también. Yo preferiría colaborar en la historia literaria, y así se lo he dicho.

3 de mayo

Leído el primer tomo del Ruedo Ibérico, *La Corte de los Milagros*, que antes se llamaba *La Corte isabelina*. Valle ha cambiado el título para no alarmar a la censura. Aunque otra cosa haya dicho Gómez de Baquero, no puede compararse este libro a *Tirano Banderas*. *La Corte* se resiente de falta de observación, y no viene compensada por la fantasía. Valle censura mucho a Galdós porque en los *Episodios* tejía una leve acción novelesca con personajes inventados, colocándola más o menos arbitrariamente sobre un

fondo de historia. «Hay que hacer la novela con los mismos personajes históricos —dice Valle— y ponerlos en acción». Muy bien. Pero en *La Corte de los Milagros* los personajes son muñecos inventados que hacen gestos. Sin profundidad, sin humanidad. Vasto cuadro descriptivo, demasiado pintoresco y superficial. Narváez no sale sino por alusiones. (Talega no es Talega, sino Bodega). Torre Mellada es un monigote. Su mujer, un paquete de perifollos y cintajos.

—Los campesinos andaluces hablan en gallego valleinclanesco.

—Por otra parte, ¿no había en la corte, en la ciudad y en el campo más que mamarrachos?

—La motivación de la conducta sin analizar seriamente.

—Profuso. Cabía todo en cien páginas.

—Cansado ritmo. Con el tranquillo del «tenía» y del «ponía». Repeticiones. Adjetivos atraillados.

—La página del Ateneo está muy mal. Redúcese a unos nombres evocativos. Trozo de un *vu dans la salle*. Valera no estaba en Madrid.

—Me ha dicho Valle que en el marqués de Redin quiere poner a Valera.

—Acaso sea lo mejor el comienzo, *La rosa de oro*.

Anoche con Cipriano en el Fontalba. Vimos *La galerie des glaces*. Mme. Gèniat lo hace bien. Los demás, mal. No va gente. Ahuyentada acaso por las comedias de Sarment, bastante aburridas. Sarment no es buen cómico. Está furioso por el poco caso que le hacen.

Esta tarde en la Comedia: la Argentina. Está mejor que nunca. Es maravillosa. Había muy poca gente. No hay gusto en Madrid. Ella muy enojada. Se le saltaban las lágrimas. «¿Para qué vendré yo aquí, si no lo necesito?».

4 de mayo

Cordialísima carta de Unamuno. Me habla del encuentro de su soledad con la mía.

Hemos visto en el Fontalba la presentación de Emma Gramática. En *Il sogno di un motivo di primavera* me gustó poco. La obra, menos. En los tres cuadros de Barrie (*The medals*…), admirable. Poco público.

Por la tarde, fatigosa reunión de la Junta de reforma judicial en Gracia y Justicia. ¡Qué de tontunas!

5 de mayo

Artículo de Álvarez del Vayo en *El Sol*; más que sobre mi libro, sobre *mi caso*. Resulta que soy un caso. Vayo se conduce muy amistosamente conmigo.

Se oye decir por ahí que el choque del expreso de Sevilla con unos vagones en Palma del Río es resultado de un complot dispuesto contra el tren real.

Toda la tarde en casa trasegando libros. Rendido.

Ricardo Baroja está muy triste porque no va gente a su exposición en el Círculo de Bellas Artes. Y eso que cuenta con la aprobación de Pérez de Ayala, que parece más aficionado a la pintura de Ricardo que a la literatura de Pío.

Hoy no he tenido tiempo de hacer nada.

7 de mayo

Encuentro a Fernández Almagro, que viene de la comida con que se han festejado los redactores y colaboradores de *La Gaceta Literaria*. Muy enojado viene: mala comida, y peor conversación. Chistes groseros a costa de personas ausentes; disparates y chocarrerías. Era de suponer. «¿Por qué ha ido usted?». También ha asistido Gómez de Baquero. Sorprendente: ¿querrá ser camarada de los *jóvenes*?

¡Qué jóvenes! Yo creía que la literatura se acababa en J. C.; los hay peores; lo hay más bajo. C. no es más que tonto y cursi. Pero estos dos que he tenido delante de mí en el café (también venían de la comida) parecen escapados del colegio de anormales. Sus papás debieron engendrarlos en estado de embriaguez.

En el café, el pintor Néstor, y su primo Nestorito, o sea Claudio, con sus hermanas Sofía y Josefina. Sofía es muy guapa, y agradable. Josefina, que escribe y canta, es menos bonita. Venían de comer ¡en la posada del Segoviano!, con la Argentina, que al fin ha llenado hoy el teatro. Yo no he estado más que una vez en el Segoviano, cuando el banquete que Pérez de Ayala se empeñó en organizar en honor de Grandmontagne. Fueron pedantes en la redacción de la lista de la comida, y horrenda la comida misma, a fuerza de ser típica. Éramos más de un centenar. En mesa aparte, varias señoras norteamericanas miraban el espectáculo de los intelectuales españoles engullendo bacalao al ajo arriero. No me quedaron ganas de volver por allá.

Esta noche han estado en *petit comité*. La Argentina ha bailado un garrotín sentada, con acompañamiento de acordeón.

8 de mayo

He salido tarde. Unas cuantas horas en casa de Cipriano, que está malo. Después en la mía, trabajando un poco. De noche, la tertulia en casa de Ricardo Baroja.

9 de mayo

Salinas, Díez-Canedo y yo hemos comido en el Círculo de Bellas Artes con M. Albert Thibaudet y con M. Guinard. M. Thibaudet está en Madrid dando conferencias en el Instituto francés, conferencias triviales, según he oído decir, para señoras aficionadas.

En la comida se ha hablado de literatura francesa. Montherlant ha hecho el gasto. Thibaudet lamenta la industrialización de la literatura, que agota prematuramente a los ingenios, sometiéndolos a una producción forzada. De ese peligro estamos libres en España, al menos por ahora.

Físicamente, M. Thibaudet corresponde al tipo de *gendarme embêté*. Su conversación no es brillante. Ha ido a los toros. No son lo que él esperaba. *Il s'attendrait*… a un combate. Es el triunfo de la destreza y de la elegancia…

Se propone visitar El Escorial, *sans préjugés*.

Costumbres. En la elegante sala de té, Sakurka, calle de Alcalá, entró la otra tarde *La Montenegrina*. El camarero se negó a servirla. La Montenegrina se fue al mostrador, y a grandes voces, dijo a la encargada:

—Si ustedes no quieren servirme porque creen que no tengo dinero, se equivocan. Tengo quince mil duros de renta, y un millón de pesetas en alhajas. Si no quieren servirme por puta, bien está; pero ahí tienen ustedes a esa señora, la duquesa de Dúrcal, que está liada con aquel caballero. Y esa otra señora (la nombró, y no recuerdo su nombre) es tan puta como yo —gran escándalo. Los bigardos vestidos a la rusa tocaban la balalaika.

En otro elegante colmado, favorecido en sus comienzos por gente de iglesia y de la nobleza, instalado en la calle de Olózaga, una mañana varias señoras tomaban (como otras mañanas otras señoras) el aperitivo. La duquesa

de Alba se mareó absolutamente; tuvieron que llevarla a su casa. Grave descrédito del establecimiento, que ha perdido, al parecer, sus elevadas protecciones. Han suprimido la expedición de licores.

Cuentan y no acaban de las groserías y desaires que ha hecho en Sevilla el príncipe de Gales. No le ha gustado nada, y no lo ha disimulado.

Le llevaron a una tienta. Un becerro de Guadalest se encojó. El príncipe dijo que era penoso ver padecer al animal y que era preferible matarlo. Con gran contrariedad de Guadalest salió el puntillero, y no acertó a matarlo hasta después de muchos golpes. «Esto es salvaje y repugnante», dijo el príncipe en correcto castellano; y se fue.

En las bodegas de González Byas, donde le tenían preparada una gran merienda, se negó a probar los vinos, pidió whisky, y sin esperar el agasajo, se marchó con la reina. Fue a recibir a la colonia inglesa de Jerez, compuesta de ocho institutrices.

De la gran fiesta de Aviación se retiró, diciendo al rey:

—¿No tenías un Consejo de Ministros para esta tarde? Pues vámonos. Yo tengo que visitar a una señora.

De la cacería de jabalíes desapareció, con su hermano. Le buscaban, temiendo que le hubiera ocurrido algo. Se lo encontraron acostado en la casa.

Dispusieron en Sevilla una suntuosa fiesta andaluza, con cante y baile flamencos. El príncipe bostezaba. «¿No hay un jazz? Pues que toquen el jazz, lo prefiero».

En compañía de su hermano hizo una escapada para visitar a una señorita. Se emborrachó. La señorita es la única sevillana que ahora habla bien del príncipe. Dice que es muy amable. La señorita lleva envuelto en un papel uno de sus propios zapatos, que tiene un desgarrón: es un bocado que le tiró el príncipe.

Habían echado la casa por la ventana para amueblar el Alcázar, e iluminar los jardines.

El rey, en el tiro de pichón, ha dicho a Ortueta, que ha presenciado las andanzas del príncipe en Sevilla: «A mí no me extraña. Ya sabía yo cómo es».

Los sevillanos, que son muy obsequiosos y amigos de lucirse, están que bufan.

10 de mayo

Reunión en casa de don Alejandro. Conversaciones. Nada. Se habla otra vez de movimientos de los artilleros. Y hasta se dice que quieren dar un golpe antes del 17 de mayo. Después del ridículo que hicieron este verano, lo mejor sería que se retirasen a un convento.

Ayer dijo Indalecio Prieto que desde hace cinco o seis días no se sabe dónde para Martínez Anido.

Como yo me figuraba, el joven estentóreo, señor Chabás, no sabe lo que es *metáfora*.

En la *Revista de Occidente* han tenido en suspenso la publicación de una novela del mismo joven, porque no había en ella «bastante número de metáforas». ¡Oh, Dios! ¡Cuando nos ponemos a ser tontos…!

La «generación del 98», el «98», viene a ser ya, para disertar de literatura, como los «tercios de Flandes» para la historia.

Es muy grave poner en circulación por Madrid una palabra, una fórmula, un comodín. ¡Qué pretexto para no discurrir en medio siglo!

Prefiero estar quejoso de mi suerte.

¡Si al menos pudiera uno estar satisfecho de su conducta!

De joven, el desviarse de como uno quisiera ser, parece que importa menos, aunque dé pesadumbre. ¡Queda tanto tiempo para enmendarse! Con esta obra de la formación propia, sucede lo que con las obras del entendimiento: se espera que un día han de hacerse.

No así ahora, pasada la juventud. Ya me es urgente no desestimarme por mi propia conducta. Cuanto más me considere acreedor de la vida, y cuanto más me duela dejarla, otro tanto me es necesario, si he de salvarme de la desesperación, poder tornar los ojos hacia unos cuantos años vividos con entereza, con dignidad íntima; si el dejar tras de sí una obra acabada puede ser consuelo en el *desnacer*, como dice Unamuno (porque augure cierta supervivencia; porque persuada que no se ha perdido todo el tiempo), esa otra obra de la formación y mejoramiento propios —que desaparece con uno mismo— se me antoja en algunos momentos más deseable y calmante que todos los frutos del trabajo intelectual.

17 de mayo

En el Retiro, esta mañana. Sentado, solo, en una glorieta. Luz verdosa, calma, pájaros. Breve Arcadia. Los gorriones brincan a mis pies. Un tordo cruza a peón la plazoleta. Los gorriones se meten entre los arbustos, a brinquitos. Madrid tiene tres o cuatro días como este, de plenitud primaveral. Un brío que no parece aún agotado, una novedad triunfante, un esplendor que no fatiga; equilibrio de frescura y luz, de fuerza y de gracia.

20 de mayo

Pérez de Ayala dice a Luis Calvo, redactor de *ABC* que ha ido a tomarle una *interview* para un periódico americano, que se abstiene por ahora de opinar largamente sobre Ortega, porque tiene el propósito de escribir un ensayo demostrando que es nefasto el ejemplo del «joven filósofo», ensayo —dice Ayala— que hará más ruido y le acarreará más enemigos que los artículos que dedicó al teatro de Benavente. Ayala pretende que Ortega no puede soportar su presencia. Cuando asiste, y no de buen grado, a alguna reunión mundana (en las que el escritor representa, en opinión de Ayala, el papel de bicho raro) y se encuentra con Ortega, permanece este callado, hasta que Ayala se retira.

En realidad, Ortega recela de los sagaces, y nunca ha podido ni querido alternar con sus iguales. Cuando se fundó la hoja literaria de *El Sol* y se trató de buscar director para ella, Ortega dijo: «De ningún modo un astro de primera magnitud».

22 de mayo

Concluido el nuevo prólogo de la *Pepita Jiménez*[7] que publicará *La Lectura*. Es un resumen (la cuarta parte) de otro prólogo que no sirvió por su desmedida extensión. Esperemos que este sirva.

28 de mayo

Voy con Cipriano a Cercedilla, a visitar a Tenreiro, retirado otra vez en la Sierra por su mala salud. Hemos comido en su casa, y pasado la tarde

sentados en un pequeño robledal, conversando. Tenreiro nos ha leído unos trozos de su novela *La esclava del Señor*.

Día hermoso, tonificante. He vuelto muy contento. Soñaba que era libre de rutinas.

30 de mayo

Encuentro con Salinas y Guillén, de quien había recibido por la mañana una carta muy afectuosa, felicitándome por *El jardín*, que aplaude mucho. Guillén está de paso para Murcia. Hemos ido con Cipriano a un café. Allí estaban Néstor y otros amigos. También Dámaso Alonso, a quien no conocía.

Hemos hablado de la trifulca gongorista. Algunos jóvenes poetas y aficionados mueven ruido con motivo del centenario de Góngora. Y como Valle-Inclán ha dicho, no sé a quién ni para qué periódico, que Góngora le parece muy mal, el gongorino militante Gerardo Diego ha entrado en malsana cólera y trazado un programa, en el cual figura el proyecto de apedrear la casa de Valle-Inclán. Como la casa no es suya, supongo que la amenaza no le dará cuidado. Gerardo Diego ha enviado una lata de zotal a Valle, para que se desinfecte las barbas; un puñado de alfalfa a Astrana Marín, y unas herraduras a García Soriano, que, por lo visto, también se han manifestado poco amigos de Góngora. Gerardo Diego es hombre poco atrayente. Sus amigos dicen que es muy fanático. Tiene un hermano jesuita. Lo que ha hecho con Valle es una tontería.

Entre las conmemoraciones de Góngora se cuenta una misa que estos mismos jóvenes han mandado decir y que han oído devotamente. Eso hace la Academia con Cervantes. Me parece a mí que lo mejor de Góngora no sería el decir misa.

31 de mayo

Estos días, muchas conversaciones políticas, originadas de los malos pasos en que anda el *hábil* conde de Romanones. Su escrito al dictador, pidiendo que le devuelvan las quinientas mil pesetas que le quitó el Gobierno, es una desdicha. Hace una vez más protestas de monarquismo, y como la causa instruida por la *sanjuanada*, ha probado que él no tomó parte en aquel complot, cree que procede la condonación de la multa. Se comprende que Romanones proteste ahora, y protestase antes, contra la confiscación, que es,

en efecto, un atentado. Pero es una torpe habilidad fundar su demanda en que no tomó parte en el complot. Falso. Tendría merecido que los militares ahora presos en Montjuich publicaran su intervención en aquella intentona.

Debajo de estos escritos de Romanones al dictador, y del dictador a Romanones, andaba una intriga del conde con el rey, dirigida al parecer a derribar a Primo de Rivera. El general llegó a temerlo todo, y estuvo unos días muy preocupado; tanto, que lo ha confesado en una nota oficiosa. El conde se creyó en vísperas de gobernar, y ha cometido la candidez de publicar en un periódico unas declaraciones prometiendo el perdón, el olvido por todo lo que viene ocurriendo. (¿Y a usted, quién le perdona?).

El general, respondiendo al conde, y amenazándole con un juicio de responsabilidades, y lanzando como trágala el anuncio de la Asamblea consultiva, a quien realmente replicaba era al rey. ¿A quién engaña el rey? A todos, probablemente. El conde de Torre Vélez, que fue a ver a Primo de Rivera el otro día, con motivo de un Congreso internacional a que debe asistir, oyó decir al dictador:

—Ayer ha sido para mí un día de seria preocupación, la más grave. Pero hoy estoy ya tranquilo. Vengo de Palacio. El rey me ha abrazado y me ha dicho: «Está muy bien tu nota. Es la respuesta que merece la impertinencia y la estupidez del conde de Romanones».

En una función conmemorativa de los ingenieros militares muertos en África, presente la condesa de Romanones, uno de cuyos hijos, ingeniero, murió en la guerra, Primo de Rivera fue besando la mano a las señoras, y al llegar a la condesa, esta cruzó los brazos para eludir el beso. Y al poco tiempo, en otra ceremonia por igual motivo, presente la condesa, que no creía que asistiese el dictador, después de lo ocurrido, el general la saludó y le besó la mano, diciendo: «Aunque usted no quiera, condesa».

Esto ha irritado más al conde.

Por otra parte, el marqués de Villabrágima, hijo de Romanones, no sale de Palacio. Y dice Víctor Pradera —el carlistón que apoyaba a este Gobierno— que Villabrágima y el rey hacen juntos un negocio suministrando carbón a la Compañía Transmediterránea, y ganando un duro en tonelada.

Eduardo Marquina ha puesto letra a la Marcha Real. ¡Qué estupidez! ¡Qué versos! Podían haber buscado un poeta que supiese manejar el castellano. Fernández Almagro está muy indignado, y se acusa del pecado de haber dado un bombo a la comedia de Marquina *La ermita, la fuente y el río*.

No he podido menos de decir a Almagro que eso era pecado antes de escribir Marquina la letra para la Marcha Real, y lo sería aunque no la hubiese

escrito.

1 de junio

Hoy se cumplen diez años (rebelión de las Juntas militares en Barcelona) del comienzo de este desquiciamiento del régimen político español. ¡Quién verá lo que traiga consigo la década siguiente!

Más gongorismos. *La Gaceta Literaria* de hoy viene consagrada al centenario de Góngora. Resulta que han escrito cartas a cierto número de escritores pidiéndoles opinión sobre Góngora, y, o no lo han leído, o no tienen tiempo de escribir sobre él. Publican la respuesta de Valle. Y un artículo de Gerardo Diego en el que asegura que Valle no es poeta, ni lo ha sido nunca. El tarambana de Jiménez Caballero inserta un profuso artículo, en el que la evolución literaria se explica por Góngora. De paso, adulaciones a Ortega. ¿De dónde habrá sacado Jiménez que Valera tenía consideración por Góngora, ni que le admire, o restaure su importancia?

2 de junio

Artículo de Díez-Canedo en *El Sol*, que me satisface plenamente. Valle comenta: «Ahora ya saben lo que tienen que decir».

3 de junio

En casa de Lerroux acordamos, en vista del anuncio oficial de que se reunirá una Asamblea consultiva, realizar el acuerdo ya antiguo, de invitar a los expresidentes de las Cortes a que convoquen en asamblea a todos los exdiputados y exsenadores, y formulen la protesta pertinente, haciendo un llamamiento a la opinión pública. Firmamos la carta dirigida a Melquíades, Villanueva, Romanones, Sánchez Guerra, Bugallal, García Prieto y Sánchez Toca. Total: siete. Número místico.

4 de junio

Lerroux, Domingo, Ayuso y yo visitamos a Villanueva. No le conocía personalmente. Viejo seco, nariz ganchuda, prognata, ojos vivos. Se parece mucho a mi amigo Amós. Lo mejor del despacho, donde hay (¡cielos, qué ilación!) una gran fotografía de Sagasta, es el balcón. Por encima del Botánico, se descubre el campo, y un horizonte lejano, de azules prodigiosos. Villanueva conserva aires de riojano. En seguida nos dice: «No lo creáis, hijos». Varias veces nos llama hijos. Se muestra dispuesto a todo. En su opinión el rey está muy satisfecho. Ha restaurado el absolutismo de la Casa de Austria, con régimen de valido. El papel del valido es hacer lo que place al rey. Y debajo de esto, en todo lo demás, carta blanca. El rey no quiere ni Cortes ni Asamblea. Los artículos que ha publicado *ABC*, y de los cuales se ha tenido el cuidado de decir al oído que estaban aprobados por el rey y que expresaban su pensamiento, son para engañar. (Tales artículos, escritos por Cuartero, y de los que en efecto se asegura que han sido remitidos previamente a Palacio, pedían la *devolución* de la libertad al país y el restablecimiento de la Constitución). Afirma Villanueva que el rey no ha tenido nunca, desde que empezó a reinar, otro designio que el de gobernar personalmente. Cuenta esta anécdota: el mismo día que juró la Constitución, y estando la comitiva de regreso en Palacio, Sagasta, muy achacoso, se disponía a retirarse a su casa, cuando el rey tuvo la ocurrencia de celebrar en el acto su primer Consejo de Ministros. Eran las dos de la tarde. En el Consejo, el rey manifestó que, con arreglo a la Constitución y siendo jefe supremo de las fuerzas de mar y tierra, le correspondía disponer de los ascensos, honores, condecoraciones, etcétera, y que entendía hacerlo así. Era difícil —continúa Villanueva— hacer entender al niño coronado que estaba en un error. El ministro duque de Veragua tomó el primero la palabra, animado de la esperanza de hacerse escuchar, *porque era grande de España*, y le explicó que en la Constitución había un artículo según el cual ningún acto del rey es válido si no va refrendado por un ministro.

¡Bravo defensor de la libertad! A su hijo, la dictadura le ha dado más de un millón por ciertos papeles de su apócrifo abuelo, el primer duque de Veragua.

Hemos ido luego (menos Ayuso, que no se trata con Melquíades) a casa de mi antiguo jefe político. Le encontramos paseándose al sol en el jardín de su hotelito. Al subir al anejo donde tiene la biblioteca y el despacho, prorrumpe en las voces, tantas veces oída por mí: «¡Pepee!, los cigarros».

—Ahora —me digo— vendrá el *Roscu* con una caja de puros.

En efecto. (Es el rito de las audiencias de Melquíades).

Larga conversación. Me ha tocado, por encargo de los otros visitantes, exponer nuestro propósito. Observo, como otras veces, que Lerroux se achica delante de algunos magnates políticos. No los trata de igual a igual, ni con el imperio que debería corresponder a su papel público. ¿Qué es ello? Acaso siente su falta de autoridad moral.

Como creo conocer a Melquíades, y sé los rodeos de que se vale para disimular una negativa u ocultar una vacilación, me parece que nuestro propósito le desagrada, o porque lo juzgue una tontería o porque no desee comprometerse. Habla de la *eficacia*, y de no hacer sino cosas eficaces. Cree que no habrá asamblea, y que el anuncio de convocarla solo es para ganar tiempo. La dictadura solo acabará por un acto de fuerza. Pero si el rey fuese bastante hábil para devolver por su iniciativa la libertad al país, se aseguraría en el trono. Todo se reduciría a que le discutieran —dice Melquiades— durante unos días en las Cortes. En este país sentimental, perezoso y olvidadizo no pasaría más. (Me parece que esto es lo que en el fondo espera y desea Melquíades). La monarquía se acabará con Alfonso XIII, porque no tiene sucesión: todos sus hijos están enfermos.

Melquíades ya no sostiene, como sostenía, que el rey es *prisionero* de Primo de Rivera, ni habla de proclamar rey al tercer infante.

Pondera mucho la importancia de lo que hagan Sánchez Guerra y sus conservadores. Al parecer, esto sería decisivo. Si los conservadores se pusiesen frente al rey, los liberales no tendrían más remedio que hacer lo mismo. (De modo que aquí estamos esperando a que los conservadores hagan la revolución). Cree posible llegar a una Unión Liberal como el año 66. Arrastrado por *su verbo*, llega a decir que las revoluciones las han hecho siempre los conservadores.

Mi impresión, respecto del propósito de nuestra entrevista, es que Melquíades no hará nada por sacarlo adelante, como no vaya comprometido entre Villanueva y Sánchez Guerra.

Después de cenar he ido con Cipriano a casa de Margarita Nelken. Además de su Martín, estaban el archivero Ferrándiz, otro amigo, y un literato francés, convertido al catolicismo, y, al parecer, convaleciente de esta grave operación: M. Schwov. Mucho palique. Fuertes risotadas de Margarita. Chocolate y a casa.

5 de junio

Por la tarde he ido a visitar a Luis Bello. En su último viaje por Andalucía, ha tenido un accidente de automóvil. Ya está bien. En casa de Bello, Álvarez del Vayo, Juan Echevarría y su mujer. Estaban enzarzados en una discusión muy fuerte sobre lo dicho y hecho por Maeztu estos días: se ha afiliado a la U. P.[8], y ensalza a Martínez Anido y sus métodos.

Echevarría estaba defendiendo a Maeztu. «Porque es sincero», dice Echevarría, que no es muy agudo.

—También es sincero el verdugo de Burgos —replicaba Vayo.

Nos hemos acalorado. Echevarría, además de la solidaridad vasca, tiene el punto de vista patronal. Su padre es un multimillonario bilbaíno, senador liberal, de los que aprovechan la sustancia de todos los regímenes, viejos y nuevos. Lo cual no impide a su hijo abominar de lo que Primo de Rivera y comparsa llaman «antiguo régimen».

Conozco muchos vascos, de los que bullen en Madrid, enteramente desprovistos de sentido moral. La generalidad de los vascos, que desde la guerra civil acá han amontonado millones, son unos bárbaros. Al primitivismo de su raza, tardíamente incorporada a la civilización, juntan una soberbia insoportable. No son finos. Sus abuelos, y a veces sus padres, cavaban la tierra. La inyección de vasquismo arribista en la vida española se deja sentir mucho.

Son además estrechos de mollera. Del fanatismo católico y fuerista, a que debemos las guerras civiles, han pasado a un amoralismo invasor, como si al perder la fe se hubieran quedado sin alma.

Tipos: el insustancial E., y el cínico L.

No he tratado a Maeztu. Me lo presentaron en casa de Baroja, poco después de haber publicado yo en *España* un artículo poniéndolo en ridículo. Cambiamos pocas palabras. No sé fundadamente cómo será en su persona. Por sus escritos, y desde lejos, me parece algo loco, fanático, *poseur* y un mucho farsante. Carece de buena instrucción, y descubre mediterráneos.

Recuerdo de él, hace muchos años, en el Ateneo. Entonces Maeztu era anarquista. Decía en los corros de jóvenes arbitrariedades inmorales, con la voz campanuda que le ha valido de parte de Unamuno el mote de «bajo de zarzuela».

Visitas a Sánchez de Toca y García Prieto. Don Joaquín nos recibe con mucha cortesía. Habla mucho, cuenta anécdotas, y se ríe con una risa maliciosa, entre lugareña y episcopal. Hay un no sé qué de clérigo en su porte. Físicamente, parece muy bien conservado. Empieza a ponérsele blanco el pelo.

No cree pertinente convocar a los parlamentarios. Sería un fracaso, y daría más fuerza al Gobierno.

Refiriéndose a la intromisión de los militares en la política, cuenta que cuando fue nombrado, a principios de siglo, ministro de Marina, recibió, antes de tomar posesión, un anónimo, diciéndole que los marinos no podían admitir que un paisano rigiese el ministerio, y que no le darían posesión del cargo. En el acto de la toma de posesión no ocurrió nada. Todos muy ceremoniosos. Uno de ellos se quedó en el despacho, por ruego de Sánchez Toca, y le confesó que era el autor del anónimo, escrito por acuerdo y delegación de sus compañeros.

Sánchez de Toca dijo a este y otros jefes del ministerio que pensaba realizar las mejoras y aumentos de la Marina preconizadas por la Liga naval en que figuraba Sánchez de Toca, y que todos los decretos sobre personal que estaban pendientes (que habían sido causa de agravio para los marinos) los firmaría sin leerlos.

Se los llevaron, y los firmó.

—Y ya fui ministro de Marina efectivo, por más que no querían darme posesión —dice don Joaquín.

García Prieto está muy ancianito. Apenas ha dicho más que monosílabos, con sus dos voces ridículas. Está dispuesto a ir donde sea preciso. Pero la convocatoria debe firmarla también algún conservador. Si la firmasen solo liberales, no tendría fuerza, dice. Cree que ahora hay más republicanos que nunca.

Este don Manuel es un señor insignificante.

No he ido a visitar a Sánchez Guerra. Parece que ha dicho que él no se concierta con nadie, ni siquiera con su partido. Tiene tomada la resolución de publicar un manifiesto, si se convoca la Asamblea, declarando faccioso al Gobierno; y se irá de España. Él es monárquico constitucional; pero entre una monarquía absoluta y una república parlamentaria, prefiere la república.

Se toma un plazo de ocho días para resolver si persiste en su determinación de proceder solo, o se suma a lo propuesto por los republicanos.

10 de junio

El rey y la reina se echan recíprocamente en cara la miseria fisiológica de sus hijos. Él a ella, por la hemofilia; ella a él, por otras taras. Los dos se dan

por engañados.

La reina hizo llamar, pocos días hace, al doctor Pittaluga, que asiste también al príncipe, y le dijo: «Vea usted estas manchas que le han salido a mi hijo (*no sé cuál era*), y dígame si esta preciosa criatura tiene también una herencia de Femando VII».

Se ha dado en decir que la hija de Carmen Moragas (se llama Teresa Alfonsa) es sordomuda, y que la reina se ha puesto muy contenta al saberlo, porque es demostración de que no es suya la culpa de la degeneración de sus hijos.

11 de junio

En *El Heraldo* no escriben artículos de crítica literaria (o que parezcan tales) si no se inserta uno o más anuncios de pago del libro criticado. Lo sé por Margarita Nelken.

15 de junio

Fernández Almagro escribe de mi libro en *La Gaceta Literaria*. Dice que soy «encumbrado y difícil» en el trato personal.

Es creíble que yo produzca esa impresión. Pero estoy seguro de que no se la produzco a todos. No se la produzco a los que me tratan íntimamente, ni a los que me tratan superficialmente; lo más penoso es la *zona media* de la amistad. Nadie se complace tanto como yo en la amistad verdadera, ni se abandona a ella tanto como yo me abandono. Pero es superior a mis fuerzas, a mi gusto, y contrario a mi razón admitir a cualquiera que frecuenta el mismo café a un trato confidencial.

Las muchas personas a quien he de recibir todos los días no suelen irse descontentos de mi acogida, ni del despacho que les doy.

Lo que ocurre es que en Madrid hay demasiada camaradería y muy poca urbanidad. Pocos entienden ni practican una relación limitada, que la cortesía y la tolerancia suavizan, partiendo de la convención tácita de reservarse la intimidad. En seguida pretenden invadirle a uno, y si se quiere dejar a cada cual en su puesto —en el puesto que designan las preferencias, las inclinaciones, la simpatía— se logra reputación de huraño. Hay que darlo todo a todos, pena de ser altivo.

El tipo de amistades agradables sin intimidad es mi relación ya antigua con Valle-Inclán, que sabe ser urbano y cortés con las personas a quien respeta. Nunca nos hemos enfadado, a pesar de que él se ha enfadado con casi todo el mundo alguna vez. Yo no le adulo, ni le incensó; él sabe que sería vano el intento de imponérseme o de dominarme. Su orgullo, y lo que en mí puede pasar por tal, y que es solo *formalidad*, se avienen en un terreno neutral para la conversación, donde yo le disimulo las más graciosas arbitrariedades y él soporta lo que en mi modo de pensar le parecerá seguramente errado y desagradable. Porque Valle, que es muy pueril y muy fantástico, tiene en política, en literatura y en otra porción de asuntos, opiniones que no casan con las mías. Y es tan cortés conmigo, que muchas veces las disimula, o me objeta muy de soslayo, interrogándose.

En el fondo, ¿quién sabe lo que piensa Valle acerca de nadie ni de nada? Le he oído sostener, siempre con brillantez y muchísima gracia, las opiniones más contradictorias. Realmente, Valle es por inclinación natural un tradicionalista. Su carlismo no fue una posición estética, como se ha dicho después. Cuando no está muy sobre sí (casi siempre lo está), me divierte sorprender aquella inclinación.

Lo mejor de Valle es su fantasía, y su gusto; su pasión por lo bello. El carácter vale menos, o muy poco. Y siendo hombre notable y descomunal, el único modo posible de tratarle es el que yo empleo.

Mil veces se lo he dicho a Cipriano, que, con su irrefrenable generosidad, ha estado todos estos años asistiendo a Valle fervorosamente en cuantos caprichos ha tenido, tomando su defensa cuando era menester, bombificándole en los periódicos, y prodigándole atenciones y finezas que no habrá recibido Valle de ningún otro amigo. «Le concedes demasiado», solía yo decir a Cipriano, que al parecer confía hallar dondequiera una correspondencia tan cordial.

Yo no me equivocaba. Porque no le salió bien la empresa teatral que acometió a principios de año en el Círculo de Bellas Artes, Valle, que dirigía solo y despóticamente aquel empeño y traía de cabeza a todos sus amigos y colaboradores desinteresados, resolvió enojarse con estos, y más que con ninguno con Cipriano, ya que no podía confesar su fracaso personal ni hacer ceniza al Círculo ni provocar ningún escándalo del que pudiera salir airoso y soberbio.

—¡Me han abandonado…! —decía a contertulios de aluvión, refiriéndose a Cipriano y otros amigos. Adoptó un enfado pueril, y en rigor, muy poco delicado; pues sus amigos habían puesto en el empeño un trabajo enorme,

algún dinero, y afrontado el mal éxito, que de haber sido bueno solo habría aprovechado a Valle.

Tres o cuatro meses ha estado sin querer presentarse donde podía encontrarse con Cipriano. Algunas personas estaban muy escandalizadas con lo que hacía y decía Valle. Cipriano, con buen sentido, no le dio importancia. Para en adelante ya sabe lo que tiene que hacer. «Ya se le pasará», decía. En efecto, se le ha pasado. Con motivo de la enfermedad de la madre de Cipriano, ha ido a visitarle a su casa. Fue conmigo y con Luis Bello. Estuvo tan afectuoso como si Cipriano no hubiese sido nunca *ingrato* con él.

Esto es característico de don Ramón.

17 de junio

Juan Uña estaba esta tarde en casa de Cipriano, y comentando mi libro ha hecho (no hallándome yo presente) grandes elogios de mí. Asegura que me *admira* y me quiere «a pesar de los pesares». Estos *pesares* son las conversaciones y disputas, a veces agrias, que he sostenido con él sobre la política española, cuando ambos éramos reformistas, y, sobre todo, las frescas que le solté una tarde de septiembre de 1923, paseando juntos con Miguelito Moya, a los pocos días del golpe de Estado. Juzgué como se merecía la conducta de Melquíades y de su *entourage*; Uña me recitó de buena fe las patrañas que Melquíades ponía en circulación entre sus íntimos. A Uña no se le ha olvidado aquella conversación; y no hace mucho, cenando en su casa, me dijo que tenía yo razón. Pero esto lo reconocía más de tres años después. Mi irritación de aquella tarde provenía de que no supiese ver lo que se me aparecía tan claro.

Uña decía en casa de Cipriano que yo no le quiero ni le estimo en nada. Su mujer, que es más lista, le ha rectificado diciendo que yo digo las verdades a la gente. Ahora que despunto por literato, Uña deplora que, por causa de la supresión de la vida pública en España, se haya malogrado mi carrera política. Opina que tenía yo un brillante porvenir en el reformismo. Si estas cosas me importaran algo todavía, y si yo me hubiera hallado en la conversación, Uña habría escuchado de mí alguna respuesta que no le gustase. Si tan alto me gradúa, debió ilustrar a tiempo la opinión de Melquíades, o hacerle que fuesen de acuerdo su opinión y su conducta para conmigo. Yo nunca pedí nada, ni pretendí protección personal; fuese modestia, o fuese orgullo. Pero me dejaron embarcarme en aventuras que me costaron lo que no tenía, y serios disgustos, dejándome —singularmente en las elecciones de 1923—

abandonado. Yo no me quejé, ni me di por enterado de lo que conmigo se había hecho. Y cuando llegó lo de septiembre de 1923, mi deseo más vivo era que Melquíades hubiese tomado la actitud pública que mis sentimientos pedían, en lo que le hubiese ayudado y secundado con fervor. Recuerdo que hacia 1904 escribí yo una novela y se la di a leer a Guillermo Pedregal. Su reserva habitual no le permitió hablarme detalladamente de mi obrita; a fuerza de instancias para conocer su opinión, me dijo: «Si sigue usted trabajando, llegará a ser un gran escritor». (El caso es que no he trabajado).

Guillermo, sin contar conmigo, prestó el manuscrito a Uña, que me encontró un día en el Ateneo y me *reprobó* como escritor. Quiero recordar que me desalentó el juicio de Uña más que no me animó la opinión de Pedregal.

Muchas veces he pensado que yo valgo más para la política que para la literatura. Esto depende quizás de cierta propensión *realística* que hay en mí, con dos formas: una, que consiste en ver las cuestiones tal como verdaderamente se plantean, desterrando de mis juicios la influencia de los deseos y de la imaginación, y tomando muy en cuenta el valor (o la mengua) de las personas que incorporan aquellas cuestiones y la importancia de los elementos secundarios, que a veces no entran en la *definición*. Es una especie de tino, como si yo tuviera una gran experiencia antigua; que en realidad no tengo. La otra forma es la comezón pragmática, el desasosiego organizador, un rigorismo puntual que exige de mí que cada cosa a mi cargo esté como deba estar, y la facultad de descender a detalles, que otros creen indignos de su atención. Esta cualidad, si no es congénita, acaso la debo a mi temprana condición de jefe, de *amo*. Desde los dieciocho años tenía yo muchos asuntos que dirigir y ordenar, muchos criados, muchas responsabilidades. Ya entonces me empeñaba en que todo estuviera como yo me representaba la perfección. Aquello acabó mal, no enteramente por mi culpa. Pero de aquello proviene un dominio que no se adquiere en las bibliotecas, ni en los salones, ni en el café.

Otros han creído también que mi destino era la política; por ejemplo, Ortega y Gasset. En 1913, cuando me hicieron secretario del Ateneo, tuve que sostener —siendo yo allí hasta entonces casi desconocido— una campaña ruidosísima, que consistió en esclarecer la gestión de Moret (que acababa de morir) al frente de la casa, y convencer a la mayoría de los socios de cuál era la verdad, cuál la justicia. No querían creerme, muchos no querían ni oírme; y concluí por llevarme a todo el Ateneo detrás de mí. Al salir de una de aquellas sesiones, Ortega me dijo:

—¿Lo ve usted? Usted no se ocupaba más que de cosas literarias. Entra usted en el papel de parlamentario, y ¡véase!, con sobrantes por todas partes. ¡A los hombres hay que ensayarlos!

La verdad es que resulta mucho más fácil brillar en política (periodismo, oratoria, etcétera) que en las buenas letras. Digo más fácil mirando al esfuerzo mental y a la aplicación necesarios para una cosa y otra. Pero la política tiene para mi carácter muchísimos inconvenientes. La gente procede en política por subordinación, no por crítica ni adhesión libre. Y hay además los intereses subalternos. Yo no soy capaz de subordinarme a nadie, ni puedo renunciar a mi libertad de juicio. Tampoco tengo gusto en que nada se me subordine; los elogios me sonrojan, y la adulación me encoleriza. Porque veo la bajeza que los dicta.

Por otra parte, el tono medio del mundo político español es demasiado bajo; sus hombres demasiado ignorantes, o groseros, o picaros. En España se está alrededor de cuestiones cuya sola enunciación ofende al entendimiento. Hay que contar, además, con la intriga, ya sea de gran estilo, ya la menuda y baja intriga pueblerina. Es cosa que me repugna. Me consideré destinado a fracasar cuando vi que mis tentativas para ser diputado me forzaban a procurar que fuesen jueces municipales el señor Alegrete, o el señor Acevedo, y a gestionar un destino al hijo del alcalde. Nada de esto me interesaba, y estaba cierto de no hacerlo, o de hacerlo con desgana y mal. En realidad, mis supuestos para tantear la obra política eran otros. Cualquier hombre de buen gusto que quiera distinguirse, sin amargor ni desdoro, en una democracia, necesita habérselas con la democracia, no con las mesnadas de lugareños que a mí me encargaron de acaudillar. En Madrid, yo podía haber hecho otra cosa.

En fin, la política bajo las formas liberales es toda polémica, contradicción. A mí me gusta la polémica. Pero temería obcecarme, alucinarme, y llegar a creer que tenía más razón yo solo que todos los demás juntos. Eso es lo que le pasaba a Maura, y no dejó de parecerme mal. La política es un ir haciendo y deshaciendo, con una derivación enorme de la línea ideal; el profetismo se excluye de su campo; y el amor propio puede llevarle a uno a creerse un profeta desconocido por el ingrato pueblo.

En política nada se acaba; es una onda tan vasta, un devenir tan lento, que la obra personal se diluye en una aparente ineficacia. Los que prefieren el brillo, la notoriedad, el poder, por lo que tales prendas son en si mismas, estarán a gusto en la vida política. Yo no lo estaría nunca. Echaría de menos algo; incluso me echaría de menos a mí mismo. Disperso y disminuido. Es preferible consagrarse a lo que puede hacer uno solo.

22 de junio

Origen de la asignatura de Terminología. Sus provechos.

En un Consejo de Ministros se examinaban las reformas de la segunda enseñanza inventadas por Callejo. Ponderaba este ministro la conveniencia de que los bachilleres estudiasen griego, y entre otras cosas dijo que el lenguaje de las ciencias saca su vocabulario, en todos los países, de aquella lengua, que facilita la inteligencia de no pocos conceptos.

Entonces, Martínez Anido propuso que hubiera una asignatura especial destinada a enseñar aquel vocabulario. Y se acordó crear la Terminología científica.

Apenas publicada la reforma, Dantín Cereceda[9] confeccionó un texto, dictando a su mujer, que las escribía a máquina, unos cientos de cuartillas. Al mismo paso iba remitiéndolas a la imprenta. Al comenzar el curso, el libro de Dantín estaba en las librerías. El autor ha ganado doce mil duros.

3 de julio

Por la noche, con Cipriano, en casa de Carmen Valera, que nos ha invitado para presentarnos a Alfonso Danvila. Allí estaba con su mujer, que es argentina. Y las Taracenas. Danvila ha cambiado poco desde que yo le veía en el Ateneo, hace veinticinco años. La verdad es que esas novelas que publica *El Sol* valen bien poco. Así es que no hubo manera de elogiarle por ellas.

Danvila me ha recordado los modales de los señoritos literatos de Madrid en principios de siglo: Zayas, Miguel del Val, Beruete, y otros muchos que pululaban por el Ateneo. La verdadera literatura se hacía en otra parte.

—Todo lo que soy —ha dicho Danvila— se lo debo a don Juan Valera.

Fue su contertulio en sus últimos años. Han hablado bastante de don Juan. Pero no me han contado nada aprovechable. Me parece que le conozco yo mejor que ellos, aunque nunca le hablé. Pintan un Valera bondadosísimo, patriarcal, bonachón. Es falso.

4 de julio

En un banquete ofrecido a Giral, que ha ganado la cátedra de química, se ha apagado la luz. Más de una hora hemos estado a oscuras, y el banquete

interrumpido, con lo que no se perdía nada. Detalle: en cuanto se apagó la luz, sonaron *vivas* a la República, *mueras* a Primo de Rivera, y algunos cantaron *La Marsellesa*. A oscuras, se creían en salvo.

10 de julio

¿De qué estoy yo tan tiernamente enamorado? ¿Es de una graciosa persona, es del amor, es de mi capacidad de ternura que busca empleo, y con él, una dicha comunicable, quizás la postrera en mi vida? Yo no lo sé.

Anoche pasé un momento angustioso. Las conveniencias sociales —que ni aun para descifrar el enigma debo romper— me impiden una explicación, un diálogo, contraste de la realidad y el ensueño. Y yo no podía más. Temí que iba a decirlo a voces, delante de todos. Estaba transido. Ella lo sabe, tiempo ha. Y es cruel, sin darse cuenta.

¿Será locura, y me tratará como a un loco? Desde mi conveniencia personal, es cuando menos una extravagancia, una aventura imprudente. Trastornaría mi modo de vivir. Ciertos consejos del egoísmo me inducen a retirarme a mis trincheras. Pero la dicha de revelarle el amor, siendo ella tan sensible, tan capaz, vale más que todo.

La situación es absurda. Yo no tengo la libertad que tendrá otro cualquiera para salir de ella. No sé qué hacer. Y entre tanto, divago, me atormento y me entristezco.

11 de julio

Malas costumbres.

En *La Nación*, periódico fundado y amparado por el Gobierno, han despilfarrado cuatro millones de pesetas. El periódico tira ocho o diez mil ejemplares, y las cuentas se ponían como para una tirada de cincuenta mil.

El suceso no ha sorprendido a nadie.

13 de julio

Primo de Rivera y Martínez Anido han estado juntos en las oficinas de una «sociedad de prospección y explotación de petróleos», de que es accionista el infante don Fernando. La sociedad está en quiebra. Posee, o dice

poseer, unos yacimientos de petróleo en Venezuela, a los que parece referirse el Gobierno cuando dice que cuenta con ofertas de mineral extranjero. La sociedad tiene sus oficinas en la Gran Vía; y la visita de los ministros ha sido conocida de algunas personas porque el ascensor se ha descompuesto cuando los subía al piso. Han estado un rato colgados.

Hasta hoy no he leído la carta que Lerroux ha escrito a un amigo suyo (Alius), contándole las gestiones de la Alianza Republicana para formar una asamblea de parlamentarios. De la primera mitad de la carta (que corre impresa) nada tengo que decir, salvo que desde el comienzo respira vanidad, y salvo también que la referencia de la conversación con Melquíades es equivocada. La segunda mitad de la carta, consagrada a lo que Lerroux creerá que es política internacional, me parece deplorable. Lerroux hace juegos malabares con los imperios y los continentes, y proyecta nuevos arreglos del mundo. El texto parece copiado de una nota oficiosa de Primo de Rivera. La inspiración es de una calidad patriótica que agradaría en la U. P. Yo no sé cómo el general no recorta estos párrafos y los publica, para autorizarse con su doctrina.

Cosas de tal fuste se las he oído decir, además de a Primo de Rivera, a Bentabol y al coronel Villegas, que son dos guillados. ¿Tendrá también Lerroux parálisis general?

Agosto y septiembre

Mes y medio de estancia en La Coruña, como en el año 1924, *engendrando notarios*. La Coruña me enerva. ¡Es tan suave!

Del paisaje solo me es grato el mar, y trozos de la costa brava. La tierra no me place. Desde el balcón del Atlantic descubro toda la bahía, que solo está bella a media luz. Hay días de intenso azul, que la vuelven insoportable. No tiene carácter.

Los perfiles de tierra costeña, estragados por las casas que van levantándose aquí y allá, pierden gracia.

Estar en un Tribunal de oposiciones deprime el ánimo, como visitar un hospital. Los más de estos opositores son enfermos de la inteligencia. ¡Qué horrendo espectáculo!

Torpes; no saben ni expresar sus cortas nociones; amanerados por los malos libros; vomitan la bazofia universitaria, sin darse bien cuenta de lo que

dicen. Apenas si, de cada cien, hay uno o dos con entendimiento despejado.

Para mí es insufrible oír todos los días a estos notarios discutir sus asuntos profesionales como si fuesen cosas de importancia. Para ellos no hay otra cosa en el mundo. ¿Qué puedo parecerles yo?

He procurado estar lo más solo que ha sido posible. Muchas horas en la fonda, leyendo en la cama. Me recogía temprano. Alguna tarde he ido de paseo, solo, hasta la torre, y allí me he estado horas viendo el mar.

Inevitables excursiones. Betanzos, El Ferrol; otros pueblos.

Este año no he visto a Ramón Tenreiro; solo a su hermano Antonio.

He escrito muchas cartas a Lola, que no recibirá.

La suavidad coruñesa me lleva los pensamientos por este lado con más insistencia que de costumbre. Me habituaba tanto a su presencia, como si fuese real.

¡Cuánto he leído! Y he combinado además el plan de una novela, prolongación de *El jardín de los frailes*. Si no se me olvida, la escribiré.

Aquí tengo *correligionarios*. Hay el entusiasta y el escéptico. Aquel es A. C.; este, S. C. Más listo parece S. C., a quien conozco de tiempo atrás. Estuvo preso en el castillo de San Antón cuando la huelga de 1917. Parece que ahora no está *conforme con nada*. Y solo se ocupa de sus negocios.

Rehuyo el trato de mi agrio colega, y esto me induce más a soledad.

Por aquí ha pasado Juan Cristóbal, a fallar en un concurso de proyectos para elevar un monumento a Curros Enríquez. Han promovido no sé qué cuestión reglamentaria, y Juan Cristóbal quería que yo se la resolviese.

Trae el pedacito de vara que le sirve de bastón, o mejor, de batuta.

El director de *Alfa* ha venido a verme. Es un joven solícito. Me ha pedido algo para su revista, y yo le he dado un trozo del prólogo a *Pepita Jiménez*, que estoy corrigiendo en pruebas.

Fines de septiembre: Coruña encharcada, mares foscas. Volvemos a Madrid.

REPÚBLICA

MADRID: 1931

2 de julio

Ayer tarde, un poco menos atareado, fui al Ateneo cerca de las ocho. Metido en mi despacho, no vi a nadie más que al conserje. Arriba había una conferencia, de las de mírame y no me oigas. Vi unos papeles y aburrido llamé a Guzmán[1], que estaba en el Regina. Le recogí en la calle de Alcalá y dimos un paseo hasta El Pardo, ya de noche. Tronaba y relampagueaba. Fresco en las orillas del río. Guzmán me cuenta las ocurrencias de Valle-Inclán, que acaba de ser derrotado como candidato lerrouxista en Galicia. Recordamos el furor antiguo de Valle contra Lerroux, y su tema: que solo los sinvergüenzas podían ser republicanos. Volvemos de prisa, y dejo a Guzmán en casa de Juan Echevarría, que está gravísimo. La familia de Echevarría, que hace pocas semanas quería cortarle los víveres, ordena ahora que se gaste todo el dinero preciso, y mucho más del preciso, en médicos eminentes.

Estoy un rato en casa, después de cenar. Es uno de los pocos días que ceno a hora regular. Vienen a buscarme a las once. Salimos juntos, me acompañan al ministerio. Despacho algunos asuntos con el Gabinete, firmo cartas, preparo cosas para el día siguiente, y nos vamos con ánimo de dar un paseo. Buscamos a otros amigos, porque siento que la conversación se me acaba. Solo encontramos a Luis Bilbao, paseando por la acera del Círculo de Bellas Artes. De negro, barba de dos días, sombrero disforme. Carretera adelante, llegamos a Alcalá. Dejamos el coche en la Puerta de Madrid, y entramos a dar una vuelta por el pueblo. Plazas de Palacio y de San Bernardo. Soledad absoluta. Ambiente que me repone en veinte años atrás. El silencio inquietante, el olvido, una incitación, y una tristeza despavorida. La impresión resucita otras, de personas y escenas tan antiguas. Las de P. N., las rejas, sus voces, el bullicio de aquella compañía. Todo pasó. Solo queda este escenario. El rincón de la plaza de San Bernardo está como hace cuarenta años. Curiosa coincidencia: ayer se me presentaron en el ministerio, a pedirme una recomendación, dos señoras, de pelo blanco. Eran Rosalía y Petra de la Cruz,

a quienes yo no había vuelto a ver desde que jugábamos a los novios en esta plaza, siendo niños. Llegamos a la Plaza Mayor, por la que se pasean seis personas. Es la una y media de la madrugada. Nos miran de soslayo, y me reconocen. Sentados en la puerta de casa de Salinas, tomamos un refresco; allí están Pepito, y Cecilio Casas, y otro alcalaíno, desconocido para mí. Un grupo nos observa con curiosidad desde la puerta de la posada del Vizcaíno. Es la posada de Blas Acebrón, importante personaje novelesco. También creo que es correligionario mío, y, según dice, me admira. Al levantamos, se me acercan en la plaza antiguos conocidos: El Andresillo, un barbero, un mozo de billar, y otras gentes que me llamaban entonces señorito Manolo, y ahora don Manuel. Volvemos a Madrid, y yo, a casa.

Con retirarme tarde, hoy no he podido ir al ministerio hasta las once. Me estaba esperando el comandante aviador Romero Vasar, que ha hablado una hora y veinte minutos sin interrupción, contándome su historia en África desde que se proclamó la República y su situación en Tablada con motivo de los sucesos a que Maura ha dado demasiado aire. Este Romero está algo loco, y acaso bastante. Se imagina que era en África el defensor de la República contra no sé qué tenebrosos complots. Todo lo quería arreglar con bombardeos y muertes. Habla como un descosido, tan pronto de su novia como de Sanjurjo. Le escucho con paciencia, por ver si atisbo algo de la verdad. Es imposible. No me cuenta más que alucinaciones. Me asegura que todo ha sido un complot urdido por los monárquicos para derribar la República, y quiere hacer partícipe en él a Sanjurjo. Yo sé que esto no es verdad, porque conozco cómo y por qué fue Sanjurjo a Sevilla, enviado por nosotros después de la conversación que tuvimos el Presidente, Maura y yo. Me dice también que querían formar un Ministerio presidido por Lerroux y con Sanjurjo de ministro de la Guerra. Todo es una patraña, y como yo lo sé, no puedo hacer caso de nada de lo que dice Romero. Me asegura también que Sanjurjo es muy enemigo mío, y muy amigo de Lerroux. Que Sanjurjo haya sido elegido diputado por Lugo, sin conocimiento suyo, lo achaca a una maquinación, para que Sanjurjo tenga «inmunidad parlamentaria». Romero no sabe lo que es esto, ni para qué sirve. En manos de este hombre está la escuadra de aviación de Marruecos. Quedamos en que volverá allí a recoger sus cosas y en que le concedería dos meses de licencia para que venga a descansar en Madrid. Con este motivo, cesará en el mando. Tan loco está, que ayer, cuando llegó, tomó el teléfono para convocar el Consejo de ministros.

La entrevista con Romero me hace perder la mañana. Despacho con el subsecretario[2]. Recibo muchas visitas. Salgo del ministerio cerca de las tres,

reventado. En casa, apenas puedo hablar mientras comemos. Después llegan Cipriano y Ramón[3]. Estoy tan cansado, que me quedo dormido en un diván, y no me entero de cuándo se marchan. A las cinco, dentista. Después, otra vez al ministerio. Despacho de asuntos. Papeles. Consultas. Visitas. A las ocho, puedo volver a casa. Todavía en el coche, el ayudante me plantea no sé cuántas cuestiones. No le oigo. Se empeña en que salga de paseo. Me quedo en casa. Tengo que hacer el preámbulo del decreto reorganizando el ministerio. Después de cenar, me pongo a ello. Viene Cipriano. Por fin me quedo solo, y concluyo el trabajo. Cerca de las dos me acuesto.

3 de julio

Me he levantado sin haber descansado lo necesario. A las once en el ministerio. Despacho con el subsecretario. Perfilamos los decretos para el Consejo de la tarde. Despacho con Goded, tan pedantuelo. Conferencia con «El Perro», general de la octava división, que me anunció que ya hay tranquilidad en La Coruña. (Anoche me llamaron por teléfono para decirme que en La Coruña estaban quemando un convento). Conferencia con Ruiz Trillo, general de la segunda división. Me dice que el auditor impondrá dos meses de arresto a R. Franco, por el telegrama que me dirigió protestando contra la llegada de Sanjurjo. Y que no pide ahora el procesamiento de Franco por lo de Tablada, para no complicar la causa con una cuestión de competencia y una de inmunidad parlamentaria, hasta que lo tenga todo bien esclarecido.

Innumerables visitas. El general Bermúdez de Castro, que su gratitud será eterna. Comisiones que protestan por la supresión de las Academias. Comisiones que van a pedir cosas raras. Oficiales en demanda de destinos y de favores. Una mujer sablista. Dos señoras que piden gollerías. Los periodistas. Dos alcalaínos tontos. Gentes de Toledo. Royo Villanova, que será, dice, ministerial mío «porque es agrario». En fin, la rueda de siempre. Memoriales, cartas, distracción buscada de propósito, para no marearme, cuando me cuentan sandeces, etcétera, etcétera.

Salgo a las dos para almorzar en el Ritz con el Gobierno, que ofrece un banquete de despedida al embajador de Francia, M. Corvin, que cesa. El Nuncio, a quien conocí el otro día en la legación de Polonia. Los embajadores de Bélgica, Chile, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, etcétera. Me corresponde estar junto al de Inglaterra. Compara a los embajadores que no

son de la *carrière* con los «espontáneos», que se tiran al ruedo. A su Gobierno no le ha sorprendido la revolución española, por los despachos que le enviaba desde hacía año y medio. El español es muy hermoso idioma para echar discursos. Y debe de ser muy bonito para hablar los novios.

Con el grotesco Mello no he hablado apenas. «A mí no me gusta hablar ni escribir», me decía hace pocas noches en la embajada de Francia.

Después de comer, voy al ministerio. Incidencias del despacho con el Gabinete militar. Firma del correo. Recomendaciones. Consultas. *Pegas y discos*, como dicen los militares.

A las cinco y media, Consejo. En Hacienda, Lerroux no asiste. Está en Baños de Montemayor. Habíamos quedado en vernos hoy con Giral, para hablar de la orientación de la Alianza. No ha venido.

En el Consejo, Martínez Barrio comienza por hablarnos del asunto de la huelga en la Telefónica. Todos opinan que la huelga está vencida de antemano, y que no estallará. Ha comenzado la readmisión de los telefonistas despedidos.

Al aprobarse unos decretos que lleva Largo Caballero, empleamos una hora en discutir el texto. El Presidente, que todo se lo estudia, analiza según costumbre cada párrafo, hace muchas observaciones. Infinidad de palabras.

Por incidencia, se habla de la situación en Andalucía. Martínez Barrio asegura que la insurrección de los campesinos es inevitable, para dentro de quince o veinte días. Yo lo dudo.

Esta mañana se me presentó en el ministerio Gómez Chaix, presidente del Tribunal de Cuentas, a quejarse de que el general Rodríguez del Barrio, que hemos enviado a Málaga, *tampoco es enérgico*; el saqueo de Málaga puede empezar esta misma noche. «¿Quiere usted que bombardeemos Málaga para que se acabe la huelga?», le pregunto.

Este viejecito y Armasa, viejo y malagueño también, vienen de vez en cuando, temblorosos, a contagiarme sus temores. No les hago caso. Con tanta más razón cuanto que lo que ocurre en Málaga se debe, al parecer, a los caciqueos electorales de estos señores y de sus amigos. Los vaticinios de Martínez Barrio pudieran ser también nacidos de la impresionabilidad andaluza.

Dificultosa aprobación de un decreto de Nicolau reorganizando el Consejo de Economía Nacional. A nadie le gusta. Por fin, que sea provisional, y que no tenga el nombre y carácter aparatoso de Consejo de Economía, sino de junta consultiva.

Decretos de Albornoz para liquidar la concesión de los altos del Alberche. No tienen pies ni cabeza. A medida que se examinan, aparecen más claros sus errores. Situación difícil. Acalorada discusión de Maura y Albornoz.

Albornoz quiere hacer una *que sea sonada*, como corresponde *a su significación de revolucionario*…, pero le demuestran que lo que propone con el Alberche ni defiende el interés del Estado, ni castiga a los concesionarios que se aprovecharon de la dictadura, sino a los accionistas de buena fe. Habla Albornoz de la dimisión fulminante del director de Obras Públicas. Pifia. Dice que él no dimite porque no puede, según lo convenido. Más de una hora dura la discusión. Maura se va del Consejo para tomar el tren. Por fin, lo que no quería aceptar, que era llevar el asunto a las Cortes, lo acepta, cuando Prieto propone que los cuatro ministros más interesados en las concesiones otorgadas por la dictadura (Hacienda, Fomento, Marina y Comunicaciones) presenten en la primera sesión hábil de las Cortes un proyecto para que el Estado se incaute de todas las concesiones irregulares de la dictadura. Aceptado esto, porque va en compañía de otros ministros, demuestra que lo que le lastimaba era no hacer bastante el papel de demoledor y de terrible revolucionario.

Por Prieto nos enteramos de que Bauer (Alfredo) ha hecho una estafa librando cheques al descubierto contra el Comité de Cambios. Alcanza a dos millones. Al Banco le debe siete. Acordado presentar mañana la querella contra Bauer.

Se aprueban mis decretos de Guerra sin discusión, como siempre.

De los Ríos da cuenta de que el Supremo propone la convalidación de todos los nombramientos hechos por la dictadura. Dolor de Fernando. El Presidente dice que cualquier medida radical que le proponga se la firmará. Pero ya veremos como no se la propone; son los resultados de los paños calientes de don Fernando.

—Disuélvalos usted —le digo.

—Si cayéramos del poder, nos procesarían, el primero nuestro fiscal — Prieto se ríe y asiente.

A las once se acaba el Consejo.

Cansadísimo llego a casa, ceno rápidamente, viene Cipriano, vuelvo al ministerio, porque he de redactar para el *Diario Oficial* de mañana una orden declarando que no ha terminado el plazo para convalidar los ascensos por méritos de guerra.

Corrijo las bases para el escalafón de los aviadores, expido unos telegramas, reparto papeles en el Gabinete militar, converso un momento con

Ernesto [*ilegible el apellido*] y un ayudante, y salgo con Cipriano a dar una vuelta en coche por la carretera de Francia.

Regreso a casa a las dos. Estoy cansado. Me duele la cabeza.

Cuando me ponga a descansar después de esta temporada, descansaré dos meses.

4 de julio

Aún no me he levantado cuando el Presidente me llama para decirme que asista a la toma de posesión de la presidencia del Consejo de Estado por don Carlos Blanco. No podré. Se hace tarde. Llego al ministerio cerca de las doce. Largo despacho con el subsecretario. Convinimos que el traslado de Berenguer al Alcázar de Segovia sea el lunes por la noche. Le acompañará mi ayudante el comandante Menéndez.

Firmo la denegación del ascenso a capitán general que al pasar a la segunda reserva solicita Burguete, por ser caballero de San Fernando. Es una pretensión ridícula, hija de su vanidad.

Hablo por teléfono con el general Cabanellas. El loco del comandante Romero ha llegado a Tetuán y se ha hecho cargo del mando de la escuadra. Cabanellas dice que Romero está en mala disposición con los oficiales del aeródromo, y que tiene orden del juez militar de Sevilla para retenerle la correspondencia. Le contesto que hoy concederé a Romero un permiso de dos meses y cesará en el mando mientras se sustancia la sumaria.

También hablo con Rodríguez del Barrio, que me anuncia la conclusión de la huelga de Málaga. Las autoridades civiles se oponen al levantamiento del estado de guerra, propuesto por los generales. Le autorizo para que vuelva a su guarnición el batallón que se envió desde Algeciras. El saqueo que me anunciaba Gómez Chaix no se ha producido, como yo suponía.

Entre otras visitas, la de los diputados por Guadalajara que acompañan a una delegación del Ayuntamiento y «fuerzas vivas» de la ciudad, y vienen a protestar contra la supresión de la Academia de Ingenieros. Los diputados, con quienes hablé ayer, y están convencidos, representan un papel: el de hacer que hacemos. No así el alcalde, que se empeña en discutir conmigo y en darme razones «morales» para que continúe la Academia. Sin dejar de sonreírme y de estar amable, le contesto con alguna severidad. No corresponde a los Ayuntamientos decidir cómo debe organizarse el ejército ni las academias. Alega como un mérito el haber derrotado el romanonismo. «Para ustedes han hecho», le respondo.

La conversación es un poco viva y yo no apeo el tono inflexible. Se van, con la esperanza de que, al desarrollarse la aviación, las fábricas que allí existen prosperen.

También el Presidente, electo diputado por Zaragoza, me habló esta mañana de que Honorato Castro, diputado como él por Zaragoza, le había propuesto la cesión del edificio de la Academia para hospital. Supongo que no pensarán regalárselo a la ciudad.

Esto de ser diputado crea, por lo visto, muchos compromisos. Anoche en el Consejo, el Presidente se oponía a que la recaudación de contribuciones en Zaragoza se hiciese directamente por la Hacienda, y quería que volviera a arrendarse a la Diputación. Prieto afirmaba que, si se tomaba ese acuerdo, no volvería a hablar de restablecer la recaudación directa, como lo teníamos acordado. Fernando apoyaba a Prieto suavemente. Una intervención mía venció la resistencia del Presidente.

He recibido también hoy a varios candidatos de Acción, triunfantes. Acordamos reunirnos la semana próxima. Lerroux no ha venido a conferenciar conmigo, aunque lo teníamos acordado.

Al volver a mi despacho encuentro al general Sanjurjo; también estaban el general Queipo y el general Caminero, tan guillado; como les he permitido que vuelvan a usar fajín, Caminero llevaba uno como una colcha.

Sanjurjo me cuenta sus impresiones del campo andaluz, que son malas. Agitación, cosechas perdidas, ganado abandonado, etcétera. Dice que es urgente dar trabajo. Como son más de las dos acordamos hablar el lunes de lo de Tablada.

Queipo, está a dos pasos, aguardando a que terminemos. Me cuenta pequeñas cosas, y su disgusto con el teniente coronel Mangada, del regimiento 1, que quiere dar conferencias en el Ateneo y en la Casa del Pueblo. Le autorizo para que las dé en el Ateneo, si no son políticas, pero no en la Casa del Pueblo.

Caminero (eran ya las dos y media y me estaban aguardando para almorzar), que acaba de ser derrotado en las elecciones (¡qué de militares con ambición parlamentaria!), me pide que lo destine a cualquier parte menos a Valladolid, adonde tiene que incorporarse mañana. Dice que la razón me la revelará dentro de un mes. Supongo que está mal con Villegas.

Antes he recibido al general Villegas, que manda la división séptima. Me explica los trabajos de acuartelamiento.

La resistencia de Plasencia a dejar salir el batallón que la guarnece y que va a Cáceres fue promovida, según Villegas, por los jefes y oficiales del

batallón, y por algunas clases. Están casados en Plasencia, o tienen allí intereses y no les conviene salir. A Villegas le digo que el batallón hay que llevárselo, y así lo hará.

Llego retrasado al Palace; invita el agregado militar de México, con motivo de haber terminado sus estudios en la Escuela de Guerra algunos oficiales de aquel país. Tengo al lado a Torres Bodet y hablamos agradablemente. Enfrente está Goded, tiesecito y pedantuelo. Como yo no me franqueo con él, se le nota que algo le escarba por dentro. Ese algo es su ascenso en entredicho. Y quizás echa de menos una explicación del porvenir o le molesta hallarse en postura poco airosa. Siempre que despacha conmigo me habla de las maniobras de la Lorena y de sus amistades en el ejército francés.

Discurso del agregado mexicano. Discurso mío, y al ministerio.

Hablo por teléfono con el Presidente sobre la situación de Málaga, y con el ministerio interino de la Gobernación. Se dirá a las autoridades civiles que vuelvan a deliberar mañana. Lo mismo se le dice al general Rodríguez del Barrio, y que puede regresar a Madrid.

Recibo a Fernando Morales, candidato de Acción derrotado en Almería. Me explica y casi me demuestra que, si hubiera obtenido ciertos votos que le han faltado, habría sido elegido. Me dice que toda la provincia de Almería puede ser para Acción[4], porque allí nadie tiene nada. Solo hace falta que se envíe un gobernador del partido. También me piden destino para el jefe de los afiliados a Acción en Almería, para que se vea que no están desamparados del favor oficial. También asegura que Augusto Barcia no espera más que una indicación mía para incorporarse a Acción.

Visita de Joaquín Álvarez Pastor, con el vicerrector de Valencia, que ha ingresado en Acción. Hablamos largo de *mi obra* en el ministerio. Anécdotas. Más tarde me dice Álvarez Pastor que su amigo el neófito es algo tímido y que algunas cosas que le he dicho le han asustado.

Conversación con el teniente coronel Soto sobre la cuestión de las fábricas militares. Tenemos en estudio un proyecto para darles autonomía administrativa, y que puedan desenvolverse sin carga para el Presupuesto.

Llegada de Giral. Para hablar tranquilamente salimos en coche. En la escalera me encuentro a Enrique Ramos, diputado electo por Málaga, de Acción. Hablamos unos minutos. Confirma mi impresión sobre Málaga, y lo que me dijo el otro día el general Urbano Palma: que los huelguistas tienen razón.

Paseo con Giral. Llegamos hasta Guadarrama. Examinamos la situación. Alianza Republicana es el grupo más numeroso de las Cortes. Debemos

mantener la Alianza, e impedir que Lerroux derive hacia la derecha. Acción, dentro de la Alianza, debe proceder con independencia, conservar su fisonomía de partido. No aceptar combinaciones prematuras. Estima, como yo, que el Gobierno debe continuar hasta que se apruebe la Constitución, si es posible. Las declaraciones de Prieto contra Lerroux han perjudicado a Prieto, que acredita su impremeditación y su ligereza. Reconoce Giral que la confianza en Prieto ha menguado. Como casi todos los ministros, habla demasiado con los periodistas. Lerroux ha estado más hábil que Prieto. Desde que se formó la Alianza estoy asistiendo a los ataques contra Lerroux, y a los esfuerzos por desmontarlo. Casi siempre gana él por cauto y experto. Frente a Lerroux no puede hacerse hoy otra cosa más que adquirir autoridad y peso en la opinión pública. No se le puede frenar con pequeñas maniobras. Repasamos algunas de las diabluras que ha hecho Lerroux en las elecciones, incluso con sus más adictos. Torres Campañá, que lleva veinte años a su lado, ha tenido con Lerroux una escena violenta, porque lo sacó de Toledo, donde era seguro su triunfo, para llevarlo a Cáceres, donde lo han derrotado.

Vengo a casa a las nueve. Después voy a buscar a Lola[5] en casa de su padre, y nos vamos con Joaquín Álvarez a cenar en la terraza del Hotel Nacional.

Se me acerca don Carlos Blanco, tan redicho, y tan refitolero, para darme las gracias porque le he resuelto favorablemente un expediente de reclamación de pagas. Incienso. Alaba mi gestión con entusiasmo. Habla mal de Burguete, que ha maltratado en los periódicos al general Aguilera, después de muerto, porque le hicimos capitán general, y a él no le hemos hecho otro tanto.

En Málaga se ha descubierto una organización de soldados, de tipo soviético, dirigida por un capitán, creo que de la Escala de Reserva, cuyo nombre no recuerdo; algo así como Paiva, o Piavia. Se sigue causa.

En Madrid, los cabos se han organizado para gestionar mejoras que «dignifiquen a la clase». El general Queipo ha montado en cólera al saberlo.

El teniente coronel Mangada, a quien he recibido esta tarde, quita importancia al caso, en el que no ve ningún mal propósito. Se queja de los modos de Queipo, con quien está disgustado también el coronel del regimiento 1. Mangada habla de pedir el retiro. Mangada tiene rostro y maneras de frailecito. No dará las conferencias en la Casa del Pueblo.

A última hora de la tarde, por telegrama cifrado del general de la sexta división, que me trae el subsecretario, me entero de que en el batallón de zapadores de San Sebastián han ocurrido actos de indisciplina. Propone que

una veintena de soldados sean enviados a África. Mañana sabré lo que ha sido esto.

También me informan de que a un capitán de Artillería le han propuesto que ingrese en una organización dirigida por Barrera, Orgaz y no sé qué otro general para derribar la República. Hasta que no nos carguemos a uno no se quedarán tranquilos.

Los periódicos publican mi decreto de reorganización del ministerio. Solo uno, *La Voz*, lo publica íntegro. El público sigue las reformas de guerra con más interés que la prensa.

El general Mola ha sido puesto en libertad.

Algunos periódicos protestan porque vamos a llevar a Berenguer a Segovia.

He vuelto a casa a la una y media. Me llaman por teléfono desde el Gabinete militar. El general Rodríguez del Barrio ha dispuesto para mañana una revista de la guarnición de Málaga. No formará la Guardia Civil. El gobernador civil se queja de esto, porque se tomará a desaire a la Guardia que ha prestado buenos servicios. Me figuro que el general no quiere revistar a la Guardia Civil, para evitar que el pueblo le haga demostraciones hostiles.

Sea como quiera, me encojo de hombros.

Como he autorizado ayer a los del cuerpo de Estado Mayor para que vuelvan a usar la faja azul, están contentísimos, y asegura mi ayudante Peyre que he conquistado al cuerpo. El general Sánchez Ocaña, director de la Escuela de Guerra, me ha dicho hoy en el almuerzo, que se hablaba de hacerme una demostración de gratitud. Puerilidades del espíritu de cuerpo. Parece que el rey, por aversión al cuerpo de Estado Mayor, le privó de usar la elegante faja azul.

5 de julio

Me levanto tarde. Pensaba que hoy sería de descanso completo. Pero he tenido que ir al ministerio a la una. El subsecretario me lee un telegrama del comandante militar de Córdoba, anunciando para mañana huelga general. No tiene fuerzas bastantes para mantener el orden. Cree que pararán dieciséis mil obreros. Se dispone que un batallón de Cádiz esté dispuesto a salir.

Lo del batallón de zapadores en San Sebastián ha sido un plante de rancho. Los oficiales tuvieron que imponerse revólver en mano con la tropa para que bajase al comedor. No probaron el rancho. Lo mismo para hacerles volver a las compañías. Sumaria. Conversación con el capitán Ordiales, del

Gabinete militar, y con el comandante Riaño, acerca de la situación en Aviación.

Tropas y clases están muy indisciplinadas. Sobre todo, la Escuela de Mecánicos de Cuatro Vientos. Los oficiales van a los aeródromos con pistola en el bolsillo. Todo esto viene de los sucesos de diciembre; todo lo que se preparó en Cuatro Vientos tenía por base la Escuela de Mecánicos. Y de la actitud de media docena de jefes (Franco[6], Camacho, Romero, Ortiz y algún otro), que han favorecido el espíritu de rebeldía en sus propios subordinados. El noventa y ocho por ciento de la oficialidad está en contra de esa corriente, y se hallan además un poco desmoralizados para imponer su autoridad.

Durante tres meses, no se han comunicado conmigo más que a través de Franco. Dicen ahora que por respeto, no se atrevían a decirme nada.

Que Romero haya vuelto a Tetuán les desconcierta. Han creído que el Gobierno apoyaba a los indisciplinados y locos. Ignoran que Romero ha cesado ayer en el mando de su escuadra. Pensaban reunirse y ofrecer al Gobierno su retiro colectivo. Ordiales les ha dicho que no hagan semejante cosa, que podrían parecer una junta de defensa, y que seguramente el ministro les mandaría a donde no quisieran ir. En suma, que la mayor parte del cuerpo es adicta y disciplinada, y está nerviosa por la situación de la tropa y por las locuras de unos cuantos.

Yo recuerdo que en estos tres meses, el jefe de Aviación, Pastor, que es de los buenos, apenas si ha pisado mi despacho, y siempre para incidencias insignificantes. Nunca me ha hablado de cuestiones de importancia. Resulta que Franco les tenía prohibido verme. Cuando he querido enterarme de algo de Aviación, en vista de la obtusidad de Franco he tenido que llamar a otros, como Sandino, Menéndez y alguno más de confianza, que me han hablado con más franqueza, aunque siempre algo cohibidos o por el respeto o por el compañerismo.

En el fondo de todo esto, lo que hay es que en Aviación se ha desarrollado un espíritu de aventuras, y casi desaparecido el militar. Deportistas, mecánicos, etcétera; pero pocos militares. Y lo que se trabaja no es con fines de guerra ni con miras de campaña. Ahora los oficiales *buenos* están como desarmados, y no tienen ánimo o resolución para levantar la voz e imponerse. Todo ello conducirá a hacer una *limpia* general y a cambiar los métodos de trabajo.

Me visita Vergara, de Acción, subsecretario de Hacienda, electo por Valladolid, que me habla del asunto de la Academia. Le explico el caso. Claro

que él no deja de secundarme. Calmará los ánimos provincianos. Y pensamos hacer allí un acto de propaganda, para reorganizar el partido en Valladolid.

Comentamos la situación de Prieto. Vergara emplea la misma expresión que yo: *Está derrumbado*. Prieto repite que el ministerio se le viene encima, y que no acaba de penetrar en los problemas. Ya lo sabía yo, por habérselo *oído* y conocido en los Consejos de ministros. Insiste en dimitir.

De tarde, en El Escorial, con la familia. Panorama boscoso y ambiente fresco.

Después de cenar han venido Cipriano y Martín Guzmán. Salimos a pie. Rara vez piso la calle, y me agrada divagar como en otros tiempos.

Paseamos por la Castellana y nos sentamos en un café de Recoletos. Echo de menos el incógnito.

6 de julio

En el ministerio, apenas llego, despacho con el Gabinete militar. Se reanuda la conversación sobre el malestar de los aviadores *formales*. He recibido hoy una larga carta del loco de Romero Vasar, que aún no he leído. Ayer se le quitó el mando, y supongo que mañana protestará. También desea ser oído Camacho, que mandaba en Tablada. Aplazo el recibirle.

Rumores, que no llegan a noticia, sobre proyectos de conspiración. Señalan a los generales Orgaz y Barrera. Es positivo que un capitán de Artillería ha sido invitado a entrar en una conjura. Me hablan de muchos telegramas cifrados que se cursan desde la Guardia Civil y que Sanjurjo también ha recibido la misma invitación que el capitán; dicen que ha contestado que él está con el vencedor. No lo creo. Otros dudan de Queipo. Le achacan que nunca fue republicano, sino despechado. Y que le han tentado también para que se erija en dictador. Acerca de esto, recuerdo que me han referido auténticamente una conversación de Queipo, que decía: «yo podría ser dictador, soy el más indicado, y podría gobernar siete u ocho años; pero después el pueblo me arrastraría». (El general Queipo es muy optimista). Hace un mes me dijo que querían elegirlo diputado en ocho o diez provincias. «Así empezó Napoleón III», le dije riendo.

También me aseguran que el general Orgaz estuvo a ver a Melquíades Álvarez, para *ofrecerse*; y añaden que Melquíades los despidió con cajas destempladas. Otros afirman que Melquíades se ha comprometido a combatir en las Cortes la anulación de los ascensos por méritos de guerra. ¿Será posible?

Algunos generales, como González Carrasco, vienen a pedirme un mando, y se van al café a despotricar contra la República y el Gobierno. A González Carrasco tuvo que hacerle callar el teniente coronel Golmayo.

El teniente general Casademunt, que mandaba en Canarias, y a quien quité el mando, es ahora presidente del Consejo Director de las Órdenes de San Hermenegildo y San Fernando. Vino a preguntarme hace dos días qué criterio tendría el Gobierno en cuanto a los asuntos del Consejo, y como yo no le entendiese, añadió: «si un criterio de legalidad o no». Este Casademunt, cuando era capitán general de Canarias, convirtió en huerta el jardín de la capitanía, y vendía las hortalizas.

Dos oficiales agraviados por la cuestión de los destinos vienen a verme. Sin duda han cometido alguna arbitrariedad los encargados de estos asuntos, sin darme parte de lo que hacían. Imposible evitarlo.

Luis Bello viene a decirme que ya está designado como candidato por Madrid en la elección complementaria del domingo.

Por la tarde, a las tres y media, salgo para Segovia, con el subsecretario, ayudantes, parte del Gabinete, etcétera. Parece que he de entregar a la Academia de Artillería la nueva bandera, y que dan mucha importancia a que vaya el ministro. A las cinco llegamos. Formación, revista, música, presentaciones, un obispo, un general con barba blanca, que es gran prestigio artillero; y una gran ceremonia en el patio de la Academia, lleno de militares. Las damas de la población ocupan las galerías. El coronel director suelta un discurso, en el que hay galanterías para las señoras, como usaba Primo de Rivera. Le entrego la bandera. Dice otro discurso. Yo contesto con otro. Después una exhortación del coronel, una descarga, desfile en columna de honor, etcétera, etcétera.

Le tour du propriétaire. No me perdonan ni un rincón. Los talleres son algo anticuados. El de mecánica se parece a lo que se estilaba cuando yo cursé el bachillerato. *Lunch*. Melifluas cortesías con el obispo, a quien no había hecho ningún caso, y lo han traído y llevado por la Academia detrás de mí.

Visita a la Escuela de Automovilismo. No es gran cosa. Lo poco que hay es nuevo. Esto de la Escuela es una gran cuestión entre los artilleros y los ingenieros, que están como perros y gatos como todas las armas y cuerpos. Los ingenieros tienen otra Escuela de Automovilismo en Madrid. Por si han de refundirse o no, y sobre quién ha de encargarse de ella, me tienen aturdido, y cada bando dice del otro lo peor que puede.

Es claro que ninguno de los jefes y oficiales que me han hablado particularmente ha dejado de pedirme algo sobre destinos y vacantes.

Durante la merienda me comunican desde Madrid que en Barcelona se teme para mañana la huelga de los servicios de agua y luz. El general López Ochoa pide que le manden maquinistas de la armada, y que se guarden las centrales de los saltos en la provincia de Huesca que dan luz a Barcelona.

Regresamos por Riofrío, que estaba muy hermoso de luz vespertina, en su abandono. Encinas y corzos, como en un tapiz. Un anochecer prodigioso, sobre Castilla la Vieja, y al doblar el Alto del León, los cerros sobre Villalba, cadavéricos y oro viejo, finísimos de temple, apagándose, son de un patetismo desgarrador. La tragedia perenne.

Paso por el ministerio a saber las últimas noticias. El subsecretario me comunica que la huelga de Melilla está peor. El general Sanjurjo ha enviado un recado (no viene porque se ha torcido un pie) aconsejando que no se disuelva el batallón de Ronda ni se retire el regimiento de caballería de Jerez porque pueden ocurrir cosas graves. A lo de Ronda, se llega tarde. Lo de Jerez me parece inútil. Le digo que hable mañana con el general de la división, para conocer sus impresiones, pero que me parece inútil retener en Jerez un regimiento en cuadro con el intento de reprimir un movimiento social. No hay que dejarse impresionar por los terrores de los pudientes.

Regreso a casa, con ánimo de no salir ya; pero caigo en la cuenta de que he dejado sin despachar cartas urgentes, y vuelvo al ministerio. Hago lo que tenía que hacer. Cipriano me acompaña. Hablamos después largamente con algunos del Gabinete militar. Examinamos la situación en que me encuentro: he creado importantísimos cargos militares (Estado Mayor Central y Consejo Superior de la Guerra) y no tengo con quién proveerlos. Apenas puedo encontrar dos o tres personas discretas.

7 de julio

Me visita en el ministerio el ministro de Comunicaciones con el director de Correos, para contarme que un juez militar ha metido en la cárcel a un funcionario de Correos, por un artículo al parecer injurioso contra el general Queipo. El articulista se ha negado a declarar ante el juez militar, por no ser competente, el cual, irritado, mandó que lo detuvieran. Encargo al subsecretario que llame al auditor, para que intervenga en el caso, y haga saber al juez que ya no rige el antiguo fuero, y ponga en libertad al preso. Lo achacan a una intervención personal de Queipo, y parece que no se ha enterado aún de que ya no es capitán general y que no tiene potestad judicial.

Numerosa comisión de Ávila, que viene a protestar contra la supresión de la Academia. Preside el gobernador, y dos diputados, el alcalde y otros personajes. Vienen más de cien. Uno se pone a discutir conmigo, o pretende discutir, el porqué y el cómo de la reforma. Corto el diálogo. Buenas palabras de los otros; pesadez de todos, saliva gastada sin objeto. Se van, creo que descontentos, pero allá ellos.

Visita del candidato alicantino derrotado, señor Devesa, que viene a anunciarme lo que va a decirme esta tarde la Comisión, y de paso me lo dice ya todo, con su hablar gangoso y soñoliento.

El general Queipo, con un elegante fajín rojo, me consulta unas cuantas menudencias.

Laca, consejero de Estado, del cuerpo jurídico-militar, viene a consultarme las reformas que convendría introducir en él. Yo le digo que lo primero es desmilitarizarlo.

Dorrién viene a decirme que los gastos electorales de Toledo ascienden a unas veinte mil pesetas. Valdés, el de Talavera, conforme con pagar su parte. El de Quintanar, Ugena, que abonará la suya cuando pueda. Bello no tiene dinero, por lo menos tanto como hace falta. Se le advirtió que le costaría siete u ocho mil pesetas, y aceptó. Sé que anda lamentándose por ahí, como una víctima, de que le hayan presentado una cuenta de dieciséis mil pesetas. De todo esto va a resultar que el haber ido yo dos días de propaganda electoral a Toledo, principalmente a defender y reforzar la candidatura de Bello-Valdés-Ugena, va a costarme unos miles de pesetas.

Almuerzo con Giral y Honorato Castro en el Palace, donde estamos citados con Lerroux para hablar de la situación política.

Después de comer, en el *hall*, está Lerroux, con *su* embajador en Portugal, Rocha, y otros satélites menores.

Lerroux, Castro, Giral y yo hablamos aparte. Convenimos en reunir el Consejo de Alianza Republicana el viernes, para resolver lo que haya de hacerse.

Coincidimos en opinar que la Alianza Republicana debe subsistir y que como tal será la agrupación más numerosa de las Cortes, unos ciento cincuenta diputados.

A preguntas de Giral, Lerroux declara que el federalismo está aceptado por su partido, como por el nuestro, y por tanto lo acepta la Alianza, y que hay que llevar a término lo convenido en San Sebastián. Tampoco va a retroceder en la separación de la Iglesia y el Estado.

—Yo no me he hecho conservador —dice Lerroux—, hablo como gubernamental.

—La diferencia que advierte el público está en el tono —le digo yo.

Lerroux asiente. «Tengo facilidad —añade— para adaptarme a la realidad. Pasar de los mítines de la oposición a los que ahora celebramos estando en el Gobierno, era difícil». «También me adapté —dice— a la tribuna parlamentaria, cuando yo era un orador de la calle».

Convenimos también en que el Gobierno provisional debe continuar hasta que haya Constitución y Presidente de la República. Todo depende acaso de que el ministro de Hacienda deponga su resolución de dimitir, si sus colegas socialistas o el partido le convencen de que debe continuar, o se lo ordenan.

Hablo con los de Alicante. En suma, su preocupación era saber si el partido se suma o no al de Lerroux, como algunos han hecho creer en Alicante, diciendo que yo seré, o soy, un lugarteniente de Lerroux. En caso tal, el partido de Acción Republicana en Alicante se disolvería, porque allí no pueden transigir con los radicales.

Les explico cuáles son nuestros propósitos, de absoluta independencia como partido, y que mi situación personal con Lerroux no puede ser más que la de un colaborador, en las condiciones que se pacten cuando llegue el caso, y nunca en forma que nos haga perder nuestra significación.

A las veinticuatro actas que tenemos, van a sumarse algunas más, de gentes desprendidas del Radical-Socialista, y de diputados elegidos con nombre de independientes. Algunos radicales-socialistas han venido a hablarme ya de esto.

Me anuncian otras presentaciones.

De nuevo en el ministerio. Continúa la broma de las comisiones locales. Les toca el turno a los de Ronda y Almería. Estos cursis amedrentados de Ronda pretenden hacerme creer que en cuanto se ha sabido la disolución del batallón de Ronda, los obreros han comenzado a presentar nuevas exigencias a los propietarios. Dicen cosas mezquinas y tontas. No menos que los almerienses, que se ponen a echarme la cuenta de si he suprimido más o menos en Granada, Málaga o Almería. Que la población está nerviosa… «¡Qué quieren ustedes!, si me dicen que va a arder una manzana de casas…, que arda». José Salmerón, que les acompaña, y es el único que no participa de estas mezquindades de pueblo, me apoya, les aconseja que se den por contentos con mis buenas palabras, y me los quita de delante.

En el Palace me han hablado unos amigos de Sevilla, para pedirme que les dé un nombre, a ser posible ilustre, que se presente diputado por allí el

domingo próximo, en la elección complementaria. Proclamado Bello por Madrid, ya no nos queda ningún otro que pueda parecerles bien.

Se les ocurre la extravagante idea de presentar a don Antonio Zozaya. Yo les digo que bueno, que lo presenten. Comparece Rocha, le preguntan si va a ser candidato de Lerroux por Sevilla. Responde que lo ignora. Si lo fuese, estos amigos míos de Sevilla le apoyarían.

En el Consejo, desde las seis. Pequeños asuntos de varios ministerios.

Acordamos no entrar a fondo en la discusión del anteproyecto de Constitución, puesto que no podemos presentar, dada la hechura del Gobierno, un texto que aceptemos todos. Irá la Comisión de las Cortes, con todos los votos particulares que han formulado en la junta redactora.

Mientras estamos en esto, Maura nos traslada la despampanante noticia de que un aeroplano vuela sobre Jerez arrojando bombas incendiarias y que ya han ardido cinco cortijos. («¿No sabe usted lo de Jerez?», me dice Maura. «¡Ah!, ¿pero no lo sabe usted?»). Como yo les había hablado antes de lo que pasa en Aviación, la noticia que da Maura les impresiona. Conjeturas sobre el carácter del suceso, procedencia del avión y su género civil o militar. Si es militar, y se trata de alguna locura, se pronuncia una corriente de severidad en el Consejo: Habrá que fusilar al criminal. Fernando de los Ríos esboza ya una oposición a este propósito. Yo pregunto si no sería mejor aplazar la discusión, para cuando se complete la noticia. Así lo hacemos. Me permito insinuar a Maura que los cinco cortijos son muchos, y que quizá no haya ardido ni medio. Me fundo para creerlo así, en los movimientos de terror imaginario que veo producirse en las gentes de Andalucía.

Maura se sulfura: «No puedo hacer más que transmitir lo que me comunican de Sevilla».

Ya hay órdenes para que salga de Tablada una escuadrilla de caza. Llegan del ministerio dos ayudantes a traerme la noticia. Les digo que hablen por teléfono con Tetuán, para averiguar si ha salido de allí el avión.

Continúa el Consejo. Entra R. Sánchez Guerra, subsecretario de la presidencia, derrotado en tres circunscripciones (¡fuerza de la derecha republicana!), cuchichea con Maura, que le responde en voz alta: «Díselo a este —por mí—, que es el *amo* de Albacete…». Lo que quiere Sánchez Guerra es que le saquemos diputado el domingo, porque en aquella provincia hay un puesto vacante. Le digo que desde hace dos días está proclamado Coca, y ya está en la provincia.

Más tarde, al final del Consejo, le he oído hablar con Maura de telegramas enviados por Lerroux y Domingo a Barcelona, para que le den un puesto por

allá.

Examen de la cuestión Bauer. Está detenido en su casa, con policía en la puerta.

No se ha presentado la querella ni lo han llevado a la cárcel, en espera de que haga algunas gestiones para reponer los dos millones que ha birlado al Centro de Cambios.

La mujer de Bauer ha ido a París a suplicar el auxilio de los Rothschild, y no la han recibido.

Un pariente de París le ha proporcionado 500 000 pesetas que, con las alhajas y el cuadro de Goya entregados al Banco como prenda, se cree que cubrirán la suma adeudada al Tesoro.

Parece que el objeto de todo esto es procurar que el Tesoro no pierda esa suma. Hay en el Consejo quien opina que no debiera procederse así, sino dar curso a la querella, aunque se pierda ese dinero. Se perdería si las prendas dadas por Bauer ingresan en el activo de la suspensiva, y se prorratean entre los acreedores. Al Banco le debe siete millones.

Opino que como el Tesoro no cobre, y además se escape Bauer, vamos a quedar lucidos. El otro día se acordó cursar la querella. Ignoro en qué momento Prieto resolvió aplazarla. Debió de ser aconsejado por Sánchez Román, defensor de Bauer en la suspensiva de pagos. Sánchez Román le ha dicho que si antes no salda su descubierto con el Centro de Cambios, no podrá defenderlo. Y por esta presión se espera, o espera Prieto, que Bauer pague el importe de su estafa.

Después se habla de la supresión del Banco de Cataluña. Suceso previsto y que también le cuesta al Estado unos cuantos millones. Prieto suelta una rociada de insultos al Banco de Cataluña, que ha estado gestionando arreglos, sobre la base de préstamos del Banco de España, y sobre el aval del Estado.

Prieto propone la clausura del *mercado libre*, de Barcelona, del cual dice por lo menos que es una madriguera de estafadores, y que la banca barcelonesa está podrida. Nicolau, que oye siempre impasible los exabruptos de Prieto en las cosas de Cataluña (todo lo más, se pone un poco colorado), dice que el cierre del mercado libre sería un acto de hostilidad, ante el cual no le bastaría votar en contra.

Después de alguna discusión, se acuerda suspender el mercado libre hasta que los interventores del Banco de Cataluña redacten la memoria sobre la suspensión.

También está en mala situación el Banco Central.

El Ayuntamiento de Barcelona no puede pagar el cupón, y ha pedido dinero al Banco, que se lo niega, porque las firmas (una de ellas, el Banco de Cataluña) no le ofrecían confianza. La suspensión del Banco de Cataluña prueba que no andaba descaminado el Banco de España.

Mientras barajamos todos estos asuntos, Maura me dice por lo bajo que con tales suspensiones y quebrantos bancarios, el problema catalán pasa a segundo término, y que siempre se le podrá dominar, por esta situación tan comprometida, de la banca catalana. Al oírle, diríase que ya no hay cuestión catalana.

Se averigua que lo de los cinco cortijos quemados era falso. Se han quemado cuarenta hectáreas, y se debe a que un avión militar, procedente de África, ha dejado caer un bote de humos, y se ha producido el fuego. El incidente acaba en burlas.

Mientras se despachan asuntos que no me interesan, hablamos Maura y yo de la situación parlamentaria. Le explico la posición de Alianza Republicana, que podrá ser el grupo más numeroso, y dentro de la Alianza, la de Acción Republicana, que mantiene su color propio, y hará lo posible para que Lerroux no se *despegue*, y se vaya a la derecha. Una combinación de Lerroux con los partidarios de don Niceto y Maura, la juzga inaceptable el propio Maura. El cual me asegura que no quiere tener partido, y que en cuanto Alcalá-Zamora sea elegido Presidente, liquidará su situación con la derecha republicana.

A propósito de una exención de impuestos a la sal que exporta Torrevieja para Yugoslavia, propuesta por Nicolau, Prieto vota en contra y se desata en improperios contra los catalanes dueños de las salinas. Nicolau se calla, y obtiene la aprobación del decreto.

Después de cenar he vuelto al ministerio. Despacho asuntos. Larga discusión entre mis colaboradores, que descubre las pequeñeces del espíritu de cuerpo.

8 de julio

Se ha muerto Juan Echevarría. El pobre acaba tristemente, todavía en buena edad, y sin haber logrado emanciparse de los caprichos de su padre, el nonagenario y archimillonario don Federico. Juan Echevarría era hombre bien educado, fino, artista, aunque no un gran pintor, bondadoso, y con muchos prejuicios de bilbaíno. La indecisión en persona. Tímido. No me parece que ha sido feliz.

Hoy era día de audiencias en el ministerio, que me han rendido. Cada cual cuenta su majadería, y yo procuro ahorrarme fatiga, prestando la menor atención posible.

Anoche fue trasladado al Alcázar de Segovia el general Berenguer, que no podía soportar las incomodidades de la prisión militar de Madrid. Ordené que le preparasen habitación en el Alcázar. Su hermano Federico vino a pedirme que le llevasen a Guadalupe, donde estaría más fresco. El Gobierno se negó, porque parecería que se le acercaba a la frontera para que se escapase. Maura dijo que el general pedía ir a Guadalupe porque cuando lo tuvo allí preso Primo de Rivera, dormía en un hotel de Fuenterrabía, y quizás esperaba que ahora sería lo mismo.

Cuando llamé a Federico Berenguer para comunicarle que había decidido poner a su hermano en Segovia, me dio las gracias y me pidió consejo sobre si debía él pedir o no el pase a la segunda reserva. Le contesté que yo no podía aconsejar a nadie sobre el particular. Insistió en averiguar si el Gobierno emplearía o no a los tenientes generales; con la timidez que siento para decir cosas desagradables a las gentes, me limité a responder que por ahora no. El general debió de advertir la verdad del caso, porque al día siguiente envió la solicitud de pase a la reserva.

El 14 de abril había diecisiete tenientes generales. Ya no quedan más que cuatro. ¡Qué limpia!

A don Dámaso Berenguer le ha sacado de la prisión y le ha llevado a Segovia mi ayudante el comandante Menéndez, el mismo que con el comandante Flórez lo prendió por mi orden, después que el Consejo Supremo de Guerra y Marina le hubo puesto en libertad; de la cual libertad vino una exasperación del sentimiento público que favoreció a la quema de conventos.

Hace cinco o seis meses, cuando estaban en la prisión militar de Madrid algunos oficiales republicanos, se quejaron al entonces capitán general, Federico Berenguer, de algunas molestias e incomodidades innecesarias que les producía el régimen de la prisión. «Ustedes olvidan —respondió don Federico— que están presos». Pudiéramos haberle contestado lo mismo a su hermano.

Los ministros hablan por los codos. Nicolau da una nota a la prensa, diciendo que si no fuera por el compromiso de honor de llegar juntos a las Cortes, hoy no sería ministro, en vista del acuerdo de cerrar el Centro de Contratación Libre de Barcelona, que es un acto de agresión, aunque realizado de buena fe. Nicolau necesita salvar su posición en Barcelona.

Prieto da otra nota; asegurando que si hasta ahora no ha pensado en la estabilización es porque creía que no continuaría de ministro; pero que ahora, como el comité directivo de su partido le manda continuar, será otra cosa, y se propone preparar la estabilización de la moneda. Es una ligereza después de otra.

Recibo un telegrama del gobernador civil de Gerona, acusando al general López Ochoa, que manda la cuarta división, de estar en franca oposición al Gobierno, por las reformas militares, y de prepararse a restablecer la antigua supremacía del ejército. López Ochoa maltrató neciamente a este gobernador, hace pocos días. Me propongo seguir el hilo de este asunto, para desmontar al general, si hay caso, de lo que tengo muchas ganas. Le he hecho ya algún desaire grave, y se calla.

Me visitan don Pedro Armasa y el marino Roldán, para darme cuenta de lo que pasa en Málaga. Aseguran que la tropa está en las mejores relaciones con los sindicalistas, que el general Palma los trata muy bien y *parlamenta* con ellos, y que los huelguistas han acordado terminar la huelga mientras haya estado de guerra, para empezar otra vez en cuanto se levante. Algunos soldados, bromeando, han apuntado con los fusiles a las espaldas de los guardias civiles. Que el comercio está paralizado, etcétera, etcétera… Me piden el relevo del general Palma. Pero yo no tengo otro mejor.

Algunas de las noticias que me da Armasa resultan exageradas, según compruebo en una conferencia telefónica con Málaga. Ordeno que salga de Sevilla el auditor y vaya a Málaga a instruir sumaria por lo ocurrido, en vista de que se acusa a los jueces instructores de cerrar los ojos ante los hechos.

El gobernador civil ha venido a ver a Maura, que le ha ordenado volver allí y levantar el estado de guerra. Veremos ahora lo que pasa.

Reunión con el jefe de Aviación Pastor y otros aviadores, para seguir estudiando la organización de este servicio.

Como he variado el ministerio, pretendo que se incorporen a él los servicios de contabilidad, material, etcétera, que hasta ahora llevaba la Aviación, como un cantón independiente. No les hará mucha gracia, pero qué remedio tienen.

Reunión con los diputados electos de Acción Republicana y el Consejo Nacional. Trazamos nuestro plan para la reunión del Consejo de Alianza Republicana, señalado para el viernes. Mantener la Alianza, retener a Lerroux en la izquierda, y, en todo caso, sostener nuestra posición propia.

Después de cenar he salido con Cipriano y Guzmán, que van a casa de Echevarría. Estoy tan fatigado, que apenas puedo sostener la conversación. En

algunos momentos me parece que estoy *haciendo el primo* con tanto trabajar. Y nunca se me olvida que podía estar escribiendo tranquilo en mi casa, sin meterme en estas aventuras. Guzmán y Cipriano se ríen un poco de mí.

En Recoletos encuentro en torno de una mesa a Prieto con otros amigos. Se me acerca Sánchez Román, que en un largo aparte me explica las líneas generales del primer proyecto de reforma agraria que está elaborando la Comisión, y que entregará al Gobierno esta semana. El proyecto me parece bien. Convenimos en que habrá que promulgarlo por decreto, porque la urgencia es grandísima.

Pasa también Casares, ministro de Marina. Coincidencia de Gabinete. Hablamos los cuatro unos minutos. Sánchez Román ve el porvenir con confianza. Prieto opina que vamos al caos.

Me vuelvo a casa, solo.

9 de julio

Me traen al despacho un telegrama cifrado de López Ochoa, con la indicación: «Descifre vuestra excelencia personalmente». Después de referirse a otro telegrama cifrado urgentísimo que dice haberme puesto esta mañana y que aún no he recibido, me comunica que el general Barrera organiza y dirige unas juntas de defensa, y que en el norte hay un grupo de hombres preparados para rebelarse contra la República: cree que son veinte mil hombres. Encargo al subsecretario que hable por el *Hughes* con López Ochoa y le pida ampliación de estas noticias y el fundamento que tienen. Me traen la cinta de la conversación telegráfica. Resulta que López Ochoa no sabe dónde anda Barrera, y que lo de las juntas procede de unas palabras oídas a un oficial que estaba algo *mareado*. Al mismo tiempo recibo el telegrama «urgentísimo» a que se refería en el anterior. Contesta a otro que ayer le puso el subsecretario por mi orden. Leí en los periódicos de ayer que López Ochoa había dispuesto que los jefes y oficiales retirados estuviesen prontos a prestar ayuda en caso de proclamarse la huelga de los servicios de luz y de agua. Ordené al subsecretario que le preguntase por la exactitud y alcance de esa disposición anunciada en la prensa. El general, en su telegrama urgentísimo, explica que en previsión de la huelga había pensado utilizar el concurso de cierto número de personas, entre ellas los jefes y oficiales retirados, que se han ofrecido a servir donde la República los necesite. Añade, y este es el caso, que la pregunta hecha por mí le agravia, y pide que el texto

del telegrama expedido por el subsecretario, y el suyo, sean vistos por el Gobierno.

Pensado el asunto, pido por teléfono una entrevista al Presidente del Gobierno, para proponerle la solución y me contestan que el Presidente se ha ido a Miraflores hasta mañana.

El capitán Carrillo viene a verme, y me cuenta cosas de Aviación, quejoso de los revolucionarios. Cuando ya estaba en mi despacho, un ayudante me desliza al oído: «es un indeseable».

El general Cabanellas me ha dicho esta mañana por telégrafo que entre los comandantes de Aviación cunde el propósito de formar tribunal de honor a los que se mezclen en política.

Conferencia con el subsecretario, el comandante Pastor, jefe de Aviación y otro, para convenir el enlace de los servicios de aviación con el ministerio. Esto va a resolverse más fácilmente de lo que creí.

Hablo con el interventor general del Estado, que me trae acabado el proyecto de decreto para dar autonomía a las fábricas militares.

Mateo Carreras me entrega el acta de diputado por Baleares, y de paso refiere las diferencias de su hermano, el gobernador de aquellas islas, con Maura. Según Mateo, su hermano lo hace muy bien. Cuando estamos en esto, Maura me llama por teléfono y dice que traslada a León al gobernador de Baleares.

Carreras hace una mueca muy rara. En resumen, yo le aconsejo que su hermano acepte.

He estado de cinco a nueve y media en el ministerio, revolviendo papeles, y he dejado hecho el decreto suprimiendo la escala de reserva retribuida.

El auditor de Sevilla, que por mi orden ha ido a Málaga, me dice que instruye sumaria y que probablemente tendrá que procesar a un teniente coronel.

También me han comunicado hoy la copia del acta de entrega de la caja y cuentas del regimiento 17, en la que aparecen irregularidades, de las que habrá de responder un coronel Barbudo que casi a diario me visita para pedirme un mando. A este coronel tuve que destituirlo, y todo el viejo republicanismo de Málaga (Armasa y Gómez Chaix), el que ahora pronostica horrores, se colgó del teléfono para pedirme la suspensión de la orden.

El coronel Pareja, que manda ahora el regimiento 17, me escribe pidiéndome un mando en otra parte, porque no quiere verse en el trance de encargarse otra vez del mando de la plaza. Hoy han levantado allí el estado de

guerra. Veremos si se plantea otra vez la huelga, como profetiza Armasa, «porque así lo tienen concertado la guarnición y los sindicalistas».

Hoy ha sido un día relativamente descansado. Por fortuna, no ha habido Consejo.

Después de cenar no he salido de casa. Hay un silencio veraniego. Lejanos bocinazos de automóvil. En el garaje inmediato, canta un hombre cosas tristes.

10 de julio

Muchas visitas. Apruebo la organización interior del ministerio. Me deja mala impresión la visita del coronel director de la Escuela de Gimnasia, a quien he destinado a África, y que se lastima de ello, como de una destitución. Yo he creído que le complacía en una aspiración. Algunos del Gabinete quieren satisfacer enconos del tiempo de la conspiración, y tengo que andar con mucho cuidado para no servirles de instrumento sin saberlo.

Voy a ver al Presidente en su despacho y le llevo los telegramas de López Ochoa. Acordamos relevarlo. Lo haré el lunes. Consideramos la dificultad de proveer los cargos militares, y no acertamos todavía con una solución que nos satisfaga. Ni acertaremos con ella, que es peor. Tal es la penuria de hombres capaces y útiles. Le dejo el decreto de anulación de las *leyes* de la dictadura en el ministerio de la Guerra.

Por la tarde, Teodomiro Menéndez. Conversación política. Después Pastor, jefe de Aviación. Acordamos enviar al auditor el artículo que publicó anoche en *El Heraldo* el teniente coronel Camacho, exjefe de la base de Tablada. Este Camacho, que ahora hace de revolucionario, era gentilhombre de su majestad.

Me visitan Carner, Hurtado y Campanals, que me entregan el Estatuto de Cataluña. Larga conversación. Están muy contentos conmigo.

Consejo de ministros en Hacienda. Prieto y Nicolau, que ayer se disparaban en los periódicos notas polémicas (agria y dura la de Nicolau), a propósito del cierre del mercado libre de Barcelona, se dicen palabras amistosas. En este asunto, Nicolau no ha procedido bien. Cuando Prieto propuso la supresión del mercado libre, Nicolau declaró que lo estimaría como un acto de agresión. Surgió la propuesta de clausurarlo temporalmente, y el Presidente preguntó a Nicolau si también esto lo consideraría agresivo. Nicolau respondió que no. En su nota a la prensa, sin embargo, vuelve a decir lo de la agresión, y hoy, en el Consejo, Prieto se admiraba de que hubiera

insistido en ese aprecio, después de la respuesta que dio al Presidente. El cual, en efecto, ha recordado cómo pasaron las cosas. Nicolau lo ha negado, queriendo decir que pasó de otra manera; pero no tiene razón. Con su nota ha buscado causar buen efecto en Cataluña. En rigor, lo procedente habría sido dispensarle su compromiso de continuar en el Gobierno.

Me aprueban los decretos de supresión de la escala de reserva y de reforma del régimen de las fábricas militares.

La mayor parte de la sesión se emplea en examinar y rehacer un proyecto de reglamento de las Cortes, que ha hecho el señor Posada, y que es inaceptable. Llegaba hasta poner bajo la dependencia del Presidente de las Cortes la fuerza pública.

El asunto Bauer se ha arreglado en lo que importa al Tesoro público. Un pariente de Bauer ha depositado un millón para cubrir el saldo de las operaciones en descubierto.

Al discutir el reglamento del Congreso, se plantea la cuestión de la retribución de los diputados. Maura propone que sea de mil quinientas pesetas mensuales. La mayoría opina que sean mil. También se habla de la instalación del Presidente de la República. Vagamente se fija la atención en el Palacio de Larios, de la Castellana. Se había pensado hacer la sesión de apertura de las Cortes sin solemnidad interior, y sin otra ceremonia que la presencia de las tropas desde la plaza de Neptuno hasta el Congreso. Prieto dice que «como ha sido comparsa de teatro», le parece mal tanta sencillez, y que a un suceso tan importante debe dársele gran solemnidad. Convinimos en que el Presidente no debe limitarse a decir unas palabras, sino que debe pronunciar un gran discurso. «Un discurso histórico», dice no sé qué ministro. Casi todos afirman que el momento es histórico. El Presidente pregunta qué tiempo creen que debe durar el discurso, y que a su parecer no debe pasar de una hora. Estamos conformes.

Formarán las tropas en toda la carrera, desde la presidencia del Consejo. Prieto quería que los coches del Gobierno fuesen escoltados por la Guardia Civil de gala, «con esos pantalones blancos que muestran tanto los c…», dice el ministro.

Después de las diez se levanta el Consejo. Martínez Barrio y yo vamos a Acción Republicana, donde ya nos espera Lerroux, para la reunión del Consejo Nacional de Alianza. Todos están conformes en mantener la Alianza, como bloque parlamentario. Yo planteo las cuestiones que nos importan: la de libertad de organización y propaganda de cada uno de los dos partidos, y la del izquierdismo que no podemos abandonar. En lo primero, que es resultado

de contiendas locales, el señor Marraco me interrumpe con un exabrupto poco delicado para Castro, que acaba de ser elegido diputado por Zaragoza, donde, según Marraco, no había más que un voto de Acción. Este Marraco es muy brutote.

Lerroux se muestra conforme con mis puntos de vista, y vagamente afirma su radicalismo de siempre. Que le quieran secundar otras gentes, no es culpa suya; no ha rectificado. No tiene por qué echarlas. Quizá se vayan más pronto de lo que se piensa, cuando llegue la ocasión.

Acordamos reunir las minorías el lunes. Votar juntos en la elección de mesas y comisiones.

Vuelvo a casa a las doce y media a cenar. Carta que Ramón Franco me dirige en *El Heraldo* disintiendo de la fórmula aprobada para formar el cuerpo de Aviación. Todavía me respeta. Veremos cuánto le dura. Haberme quitado esta mosca del ministerio es una gran ocurrencia.

11 de julio

Salgo de casa para la presidencia, y asisto a la presentación de credenciales de *monsieur* Herbette, nuevo embajador de Francia. Llego detrás del coche del embajador, cuando la música le toca el Himno de Riego. Para no llegar después que él, echo escaleras arriba, mientras le ponen el ascensor. No están más que el Presidente y Lerroux. Este Gobierno se mofa de las ceremonias. Presentes los altos funcionarios de la presidencia, y mis cuatro ayudantes, que el Presidente me rogó que asistieran, para que hubiese más uniformes; dijo que la brillantez de los uniformes era indicación procedente de los franceses. *Monsieur* Herbette ha leído su discurso, temblándole un poco la mano al comenzar, y después tanto y tan fuerte, que yo no sé cómo podía tener el papel. Ceremonia excesivamente sencilla. Después un *ratito en el sofá*, diciendo trivialidades. Don Niceto pronuncia mal el francés, como es natural; pero tiene rasgos muy originales: *séance* lo pronuncia *sans*.

Voy al ministerio. Recibo al general Rodríguez del Barrio, que me pide dos favores para dos amigos suyos; entre otros, que le permita nombrar ayudante a Lacerda, que fue secretario de Primo.

El general Castro Girona, a quien he vuelto a activo, por resultas de la amnistía, viene a darme las gracias, y a pedirme que le nombre inspector general. Cuando se despide y le doy la mano, se inclina para besármela. Qué no harían con el rey.

Notas que me envía Simó, gobernador de Gerona, sobre las palabras de López Ochoa contra el ministro. Ya es cosa juzgada.

Almuerzo en la embajada de Alemania. Asiste Lerroux, el subsecretario Agramonte con su mujer, Méndez Vigo y la suya, recién apeados de la embajada en Cuba, y cierto número de alemanes. El embajador es agradable e inteligente; su mujer, chilena, es guapa y discreta. El secretario me habla largamente de cosas de España, que entiende muy bien. Méndez Vigo, que está a mi lado en la mesa, me dice tonterías. Al excesivo pudor que reina en algunas playas españolas y al escándalo que produce el desnudo lo llama *falta de civismo*. Agramonte me da consejos sobre lo que debo hacer. Se los agradezco.

Dejo a Lola en casa de su padre, y voy al ministerio. Conversación con el comandante Pastor y el comandante Barrón, jefe de Tablada, que me cuentan más detalles de lo sucedido allí. Los oficiales están muy molestos porque su exjefe Camacho se pone a expedir en los periódicos patentes de republicanismo, o negarlas. (Anoche Franco decía en *El Heraldo* que los aviadores, cuanto más viejos más brutos). Dice Barrón que Franco había tendido un *hilo directo* entre él y la tropa saltándose a la oficialidad. Inadmisible la *adhesión* al jefe. ¿Adhesión por qué y para qué?

Otras visitas, y más tarde, dos aviadores, Legórburu y Spencer, que vienen a decirme su opinión adversa a la fórmula adoptada para formar el escalafón. Legórburu es antiguo amigo mío. Estos dos son partidarios del criterio de antigüedad absoluta. Legórburu me dice que lo mejor sería disolver el cuerpo; lo mismo me había dicho Riaño. Yo no puedo aceptar esto, que es disparatado, y no haría más que alejar la dificultad.

Vengo a casa a las ocho y media y trabajo en la redacción de un decreto.

Los periódicos dan cuenta de la reunión de la Alianza y refieren mi coloquio con Lerroux. Así leído, el caso parece de más bulto, y como esta es la impresión que llega al público, el efecto político está conseguido. *Crisol* aplaude mi pregunta a Lerroux, y se felicita de la permanencia de la Alianza.

Esta tarde me ha visitado el teniente coronel Puig, nombrado para un cargo de la policía internacional de Tánger. Ha trabajado mucho por obtener el destino, y yo le apoyé, por quitarlo de Madrid y de la Península. Es de los de Cuatro Vientos, y continuaba haciendo una propaganda desagradable y molesta en Madrid. Se pidió el placet, y a los pocos días vino el teniente coronel Mangada a decirme que Puig es un inmoral y que dará un escándalo. Yo no podía hacer nada. Recibido el placet, y ante el nombramiento ya firme, Mangada y el teniente coronel Arronte han dirigido una carta a Puig

diciéndole que dimita, para evitar las consecuencias que seguramente han de venir. Me han enviado copia de la carta, que no parece haber impresionado a Puig. Manejará en Tánger fondos reservados, de alguna cuantía. Yo le he echado un sermón, que no servirá de nada.

12 de julio

El Socialista publica un largo artículo sobre el pacto (dice él) Azaña-Lerroux. Resulta que yo era el eje de la política republicana, y podía haber desbancado a Lerroux, y resulta que le apoyo. *El Socialista* recuerda lo mucho que ha aplaudido mis reformas en Guerra. Pero en vista de lo que he hecho ahora, ya no le parezco un gobernante, y mis aciertos en Guerra se deben sin duda a que tenía «un criterio técnico».

A los socialistas no les ha hecho gracia que la Alianza resulte con más votos que ellos en las Cortes. Y además, la animosidad contra Lerroux les hacía esperar que yo lo suplantaría.

No salgo de casa en toda la mañana. De tarde voy con la familia al Paular, triste ruina, que encantaba a Enrique de Mesa. Volvemos a las nueve. Ya no salgo. Escribo. Día tranquilo. No he tenido que acordarme del Gobierno, y nadie me ha llamado «señor ministro».

13 de julio

Pocas cosas hoy. Me visita Simó, tronando contra López Ochoa. Se propone interpelar en las Cortes. «Ya verá usted cómo no interpela». «¿Por qué?». «Ya lo sabrá».

Comen en casa los Torres Bodet y los Guzmán. He llegado tarde a comer, tal era la cantidad de gente que había en el ministerio. Para hablar con alguno, lo he traído en el coche.

Desde casa, al Congreso. Reunión de la minoría de Acción. Candidatura para los cargos de la Mesa y comisiones. Asiste Castrovido; hasta hace pocos días no he sabido que está inscrito en nuestro partido.

Después pasamos a la reunión plenaria de Alianza Republicana. Lerroux vuelve a soltar lo de «unidad parlamentaria», a lo que inmediatamente opongo la rectificación aclaratoria que conviene. Insistimos: aliados, pero sin confusión. También asisten cuatro federales, y anuncian que se adherirán más. Somos hasta ahora ciento trece.

Consejo de ministros en el Congreso. Ningún asunto importante. Preparativos de la sesión de apertura. Se acuerda suprimir la instalación de radio. Marcelino Domingo promueve esta medida, porque radiar las sesiones podría ser peligroso: gente en los cafés y en los círculos, oyendo los discursos que en una sesión agitada o violenta pudiera ir sobre el Congreso.

Durante el Consejo se celebra la sesión preparatoria. Me asomo un momento a la puerta del salón. Eduardo Ortega está protestando contra el reglamento publicado por el Gobierno. Le contesta Maura. Fresco en el salón, oquedades sonoras en las tribunas.

Hablo unos minutos con Unamuno. Está muy aviejado; tiene una delgadez senil, que contrasta con la robustez sanguínea de hasta hace poco.

Terminado el Consejo, vuelvo al ministerio, y estoy despachando asuntos con el secretario hasta las diez y media.

En casa, vienen Cipriano y Guzmán. Guzmán me trae una papeleta portuguesa, imposible.

La estancia en el Congreso me ha dado la impresión física de que entramos en otra cosa.

14 de julio

Cuando llego al ministerio, me anuncian que está esperándome el general López Ochoa, a quien hice llamar ayer por telégrafo.

Antes de recibirlo, despacho con el subsecretario y con el Gabinete militar.

Entra el general. Saludos. «No parece que lleva usted con paciencia el haber dejado de ser capitán general». Así entro en materia. López Ochoa me dice, que en efecto, descartado todo interés personal, porque él ha conseguido ya cuanto ambicionaba, que era ser capitán general de Cataluña, la reforma de las regiones y capitanías le parece mal, y que he ido demasiado lejos, porque si al ejército, donde no se disfruta ninguna ventaja económica, por la cortedad de los sueldos, se le quita toda representación y prestigio sociales, ¿qué le queda?

—Le queda —replico— cumplir con su deber.

—Eso es lo mismo para los civiles que para los militares —dice.

Reconoce que pensó presentarse diputado para combatir las reformas.

Un poco jactancioso, y pagado de sí mismo, dice que para el público él sigue siendo el capitán general de Cataluña, y que todo el mundo sigue

llamando Capitanía a su residencia, porque lo de «cuartel general de la cuarta división» *es muy largo*.

Paso a lo del *agravio*. Dice que mi pregunta telegráfica sobre la noticia de los oficiales disponibles le agravió, porque suponía una duda.

—A juicio de usted, el ministro no puede preguntar a un subordinado lo que significa una determinación relativa al servicio.

Insiste en que se lastimó en su susceptibilidad.

—Y usted se alzó de una pregunta del ministro ante el Consejo.

Me explica que, según las ordenanzas, los militares, con la debida subordinación y respeto, podían acudir ante el rey («ante Nos») con la exposición del agravio.

—Esas son cosas del tiempo de Carlos III —le digo—. Antes de la República y con la República, el Gobierno es quien debe gobernar y mandar.

Me insinúa que, como yo no contesté a su telegrama de queja y apelación ante el Gobierno, el agravio subsiste. Esperaba por lo visto que yo le diese explicaciones.

—He llevado su telegrama al Gobierno, como usted deseaba. Siento decirle que no puede usted continuar en el mando de la división.

—Bien, bien. Acato las órdenes del Gobierno, y nada más.

En seguida me anuncia que se tratará el asunto en las Cortes, porque por encima de todos está la opinión pública y el Parlamento.

—En ese caso, me abstendré de utilizar sus servicios en otra parte, hasta que usted haya hecho valer lo que cree su derecho.

Dice que, en efecto, prefiere quedarse disponible, porque eso hará ver que no acepta el criterio del Gobierno en la cuestión. Claro que si le nombro para otro cargo obedecerá, pero que su gusto no es ese.

Hacemos muchas protestas de consideración personal mutua; la cuestión consiste en el diferente modo de entender nuestras respectivas funciones. El general repite que el Gobierno se equivoca. Respondo que cada cual conoce su responsabilidad.

A lo largo de la conversación me repite que el ejército está resignado, pero que hay mucho descontento, y que no me fíe de lo que opinan los que me rodean.

Quiere marcharse esta noche a Barcelona, a esperar el relevo, y yo le retengo en Madrid hasta mañana, con pretexto de que he de hacer una combinación de mandos, y quiero resolver con el Gobierno si contamos o no con su nombramiento para otro cargo. Al oírme que se quede en Madrid, se enfurruña. Cree que desconfío de él, o de lo que puede hacer en Barcelona.

Nos despedimos hasta mañana.

Al salir, se encuentra en el Gabinete militar al capitán Pedro Romero.

—Siempre a sus órdenes, mi general —le dice Romero.

—¿Siempre? ¿De veras? Pronto hemos de verlo.

Romero ha venido a contármelo, muy preocupado.

Por la tarde voy al ministerio, a las cuatro. Visita de los diputados catalanes, Companys, A. Xirau, y otro cuyo nombre no recuerdo. Vienen oficialmente, en representación de la minoría catalana a hablarme del Estatuto, y a pedir el apoyo de Acción Republicana. Y el de mi influencia en la Alianza. Hacen grandes protestas de lealtad, de cordialidad, etcétera, y confían mucho en mí, recordando mi discurso de Barcelona el año pasado. Yo les ofrezco que contribuiré cuanto pueda a resolver este problema, que no debe durar más tiempo. Recalco mucho que, como español, no estoy dispuesto a que el país lleve abierta esa llaga en el costado; y que el asunto debe resolverse con criterio de libertad. Les repito algo de lo que dije a Carner y a Hurtado: que los castellanos debemos dar ejemplo de magnanimidad, y que si Cataluña no supiese corresponder, peor para ella. Como les digo que algunos puntos pueden ser objeto de discusión, Companys se acalora un poco, y descubre la pretensión de que las Cortes aprueben el proyecto tal como viene. Habla de «agresión disimulada bajo la apariencia de reparos». Considero inútil discutir esto, y desvío la conversación a la política general, indicándoles la conveniencia de que la izquierda catalana se incorpore, después de aprobado el Estatuto, a la acción de los partidos nacionales. Me aseguran que ya han pensado en ello y han hablado con Domingo. Estarían dispuestos a colaborar como se les pidiera con la izquierda del republicanismo. La conversación se prolonga; nos despedimos con muchas cortesías.

Nuevas visitas de aviadores, en queja de perjuicios probables por su colocación en la escala.

A las seis salgo con mis ayudantes para la presidencia. Ya está allí todo el Gobierno. Les cuento el relevo de López Ochoa, que todos celebran. Preparativos de marcha.

A las seis y media empezamos a tomar los coches. Van a la cabeza los ayudantes de Guerra y Marina, los funcionarios de la presidencia, y luego los ministros, de dos en dos, por orden de antigüedad de los ministerios. Yo voy en el penúltimo coche, con el ministro de Justicia. La Castellana y Recoletos, cuajados de gente, detrás de las hileras de tropa. Muchas espadas, saludos militares, músicas, vítores, aplausos atronadores. Aclaman al ministro de la

Guerra, que por lo visto va algo serio o indiferente, porque Ríos me dice: «No sea usted sequerón». Ríos va emocionadísimo, sonriendo y saludando a diestro y siniestro, y haciéndome ponderaciones de la hermosura del acto. El coche va despacio, a la velocidad de la escolta. Miro atrás: el general Queipo, flaco y gigante, se luce en la yegua del rey, a la derecha del coche presidencial.

En Recoletos, un hombre sale de las filas, se precipita sobre nuestro coche, sube al estribo, y nos estrecha las manos frenéticamente. Lo mismo pudo darnos de puñaladas.

Otro individuo, en primera fila, me hace con la cabeza signos negativos, como advirtiéndome que no está conforme con tanto aplauso.

La plaza de la Cibeles es un mar de cabezas. Tocan las trompetas de Artillería. La tarde está fresca, con un poco de viento, y flotan muchas banderas. El público es muy mezclado. Obreros de blusa azul, señores, mujeres de clase modesta. Todos se rompen las manos, y vitorean a la República.

Los jardines del Prado desaparecen bajo una masa humana apretadísima. Todas las bandas tocan. Las espadas se rinden. En Neptuno, el espectáculo es grandioso. Los techos de los tranvías invadidos por la gente, y los árboles, y la fuente. Nos apeamos en la escalinata del Congreso. Saludos a la comisión de diputados, y rehacemos la comitiva en orden inverso, hasta el salón. Todos los diputados y el público de las tribunas, en pie, aclaman. Subimos al estrado, estrechamos la mano al Presidente, hacemos una reverencia al cuerpo diplomático, y ocupamos el banco azul. Los diputados vitorean a la República. Hay uno que grita: «¡Viva el Gobierno!». Rodrigo Soriano, chato como siempre y gordo como nunca, dice: «Viva la República, pero no el Gobierno». Las protestas le hacen callar.

Sentados todos, y ya en silencio, Alcalá-Zamora pronuncia el discurso de salutación a las Cortes.

El estilo oratorio de Alcalá-Zamora nunca me ha gustado. Es profuso, circuelocuente, impreciso, y de una holgura de palabras desproporcionada con el vigor del contenido. Lo sublime y lo ridículo andan revueltos en su acento y en su inspiración. Sobre todo son temibles sus imágenes. Las dilata, las desarrolla, las esquilma. Cuando salen el «hacha», el «cincel», la «escultura», etcétera, no lo suelta. Hoy ha hablado del «cauce de la escultura». Con todo, en esta ocasión se ha lucido. Dentro de su estilo, ha estado más sobrio, ha dicho cosas acertadas, con buen sentido político, y ha comunicado al auditorio su emoción. No ha sido inferior a su encargo, aunque otro hombre hubiera

encontrado acentos de más verdadera grandeza interior. Al final del discurso estaba de color de plomo, con un poco de espuma en la comisura de los labios. Le han aplaudido en dos o tres puntos, y al concluir, muchísimo. Mientras hablaba, Prieto le ha hecho decir por Lerroux que invitase a los diputados a que, suspendiéndose la sesión, salieran a ver el desfile del ejército y su homenaje a las Cortes.

La sesión se suspende. Salimos a la escalinata. Muchedumbre frente al Congreso, y a todo lo largo de la carrera hasta el Prado. Aparece Queipo, con su fajín encarnado, y se sitúa a la derecha de las Cortes. Empiezan a pasar tropas. El primer grito de ¡*Viva la República*! que lanza un capitán, contestado por la tropa, arranca exclamaciones de entusiasmo, que se repiten al paso de cada sección. Las banderas, al inclinarse delante del Gobierno, son saludadas con aplausos y vivas. El público va estrechando la calle, y se produce una especie de gollete retorcido a la altura del Palace, que desorganiza un poco la formación.

Los diputados que me rodean se maravillan del estado de los cuerpos. ¡Cuántos soldados! Me dan muchas enhorabuenas, y el entusiasmo con que vitorean los soldados, les llena de regocijo y de admiración. Marañón es de los más expresivos. Algunos oficiales gritan con furia el viva de ordenanza. El teniente coronel Mangada, que viene por el regimiento 1, prorrumpe en un viva estentóreo. Muchos soldados se ríen al pasar y un cabo se fija en mí, y mueve muchas veces la cabeza, afirmando, con energía. Tantas músicas, tambores, gritos, el paso cadencioso de las secciones, con la silueta uniforme del oficial al frente, que tiende la espada, forman un conjunto impresionante. Todos los que están alrededor de mí están conmovidos. Martínez Barrio me ha dicho después que a su paso por la plaza de Neptuno se le saltaron las lágrimas.

Más que lo vistoso y clamoroso del acto, nos impresiona la consideración de cuanto el hecho significa. Un ejército español aclamando a la República, prestando este acatamiento a las Cortes republicanas, nos resume los grandes acontecimientos de que hemos sido actores. Veo asomar en lo que está pasando un poco de mi obra personal, todavía muy tierna y rodeada de peligros. En el rigor de esta ceremonia oficial se introduce un aliento sentimental, que le da en algunos momentos un aspecto grandioso. Parece que ya está todo conseguido. Anochece, y continúan pasando tropas. Le toca el turno a la Guardia Civil, y de los jardinillos de la plaza sale una silba estrepitosa. La gente quiere ahogar los silbidos con aplausos, pero no lo consigue. El momento es muy desagradable. Me dicen que los autores de la

silba son los huelguistas de Teléfonos. El incidente, previsto, me contraría. Cuando, ya casi de noche, asoma por lo bajo de la cuesta la Guardia Civil de caballería, se reproduce la pita. Concluye el desfile. Queipo se aleja caracoleando en su bonita yegua y volvemos a la sesión. Todo el mundo está contento y admirado.

El día, por otro estilo, ha sido comparable al 14 de abril. El Gobierno no ha perdido nada en el aprecio público, y es manifiesto el fervor con que el pueblo protege a la República.

Hay mucha gente impresionable, y algunos amigos, entre ellos el capitán Romero, me instan a que disuelva *en seguida* la Guardia Civil.

En el salón, votaciones. A las diez se suspende la sesión. Voy con el ministro de Marina a cenar en Sicilia-Molinero, carretera de La Coruña, invitados por la comisión de médicos militares que ha estado en el Congreso Internacional de La Haya. La comida tiene todos los caracteres de una encerrona, preparada para que yo oiga los méritos del doctor Van Bauberghen, contados por él mismo. Al acabar la cena, los criados traen una mesa cargada de libros, revistas y periódicos, y de fotografías de gran tamaño. Es el historial del doctor y teniente coronel que implacablemente me lo explica todo, hasta los puestos que ocupaba en los banquetes; y así, hasta las doce de la noche. Todo ello para que no prescinda de él en la organización del Congreso que debe celebrarse en Madrid, dentro de dos años.

Van Bauberghen, que es teniente coronel, pidió el retiro al día siguiente de publicarse el decreto del 25 de abril. Me confiesa que lo creyó obligado, por su modo de pensar, que no oculta (sería vano que lo ocultase; era monárquico y dictatorial). Cree que si hubiese estado aquí, en vista de las demostraciones que le hace el cuerpo de Sanidad Militar, no se le hubiera concedido el retiro. Ahora me entero de la petición y de la concesión. Uno de los médicos presentes se arranca a decirme que todo el cuerpo de Sanidad vería con gusto que se anulase el retiro del teniente coronel. Están frescos.

Volvemos a las Cortes. Aún están eligiendo la Mesa. Poco después toman posesión Besteiro y los secretarios. Besteiro, a quien veo con gusto en el puesto, pronuncia un breve discurso, limitado a dar las gracias y a proponer el plan de trabajo. La sesión se acaba y vuelvo a casa a las dos.

Esta tarde me ha visitado en el ministerio el auditor de Sevilla para darme noticias del proceso por los asuntos de Tablada. Me deja una nota. Asegura que está probada la culpabilidad de algunos sargentos, la de Rada y la de Franco, para cuyo procesamiento se ha enviado ya el suplicatorio al Supremo. Esta cuestión, agrandada por Maura, va a darnos algún disgusto. También me

habla el auditor, entregándome una nota reservada del general Ruiz Trillo, de no sé qué vagos manejos que se hacen en Ronda por «un general muy conocido», pero que no sabe quién puede ser.

El auditor dice que si tuvieran policía, todo esto y más cosas se averiguarían pronto, pero que la policía no secunda o es infiel.

Me propone ir unos días a Ronda, donde tiene familia, y enterarse de lo que pasa. Lo acepto, encargándole que me informe.

15 de julio

Me despierto con una neuralgia muy fuerte. Debe de ser la conversación con Van Bauberghen.

En el ministerio, apenas llego, recibo a López Ochoa, que viene a recibir órdenes, como le dije ayer. Nos damos los buenos días. «Puede usted volver a Barcelona cuando quiera. Así tiene usted más libertad». «Usaré de ella», responde. Nos decimos adiós, le vuelvo la espalda, y se va.

El subsecretario, al despachar, vuelve a hablarme de un asunto que ya me apuntó anoche, al acabarse la cena de los médicos. Me dijo, y repite, que en Artillería e Ingenieros hay vivo malestar por la fusión de la escala de reserva y la activa. «Me han dicho cosas que me impresionan», exclamaba anoche. «Tranquilícese», le dije. «Ya hablaremos». Hoy me cuenta que los artilleros (tenientes y capitanes) hablan de pedir el retiro en masa. En todas las armas ha habido siempre pugna entre los oficiales de *colegio* y los de la reserva. Pero en Artillería, sobre todo, esa pugna es agudísima, por las pretensiones de los artilleros como cuerpo *sabio*.

Fundirlos con sus *inferiores* les molesta en grado sumo. El subsecretario me refiere que el comandante Vidal, tan adicto al régimen, asegura que este golpe a la Artillería es tan rudo como el que le descargó Primo de Rivera, si bien reconoce que mi intención no era esa. El subsecretario trae esbozadas una serie de medidas que desvirtúen un poco la fusión decretada, y satisfagan a los artilleros.

Yo le digo que si los artilleros piden el retiro en masa, puedo hacer dos cosas: admitírselo, o bien negárselo y formarles sumaria. Que no se preocupe ni tenga prisa, y que antes de tomar ninguna determinación, me entere del resultado que ha dado en la escala de reserva el decreto de retiros, para ver la importancia de lo que queda.

Del mismo asunto me habla también el capitán Merino, artillero. Dice que podrá ser que los artilleros dejen de ser republicanos. Yo me echo a reír, y

respondo que si el republicanismo de los artilleros dependía de estar o no fusionados con la escala de reserva, poco valía su República. El comandante Pérez Salas, artillero, que viene de Valencia a hablarme de varios asuntos, toca esta cuestión, pero suavemente, y con alusiones nada más; yo le tranquilizo respecto de los resultados que para ellos puede tener. Le digo palabras afectuosas, y se va contento.

Precisamente hoy vienen a visitarme tres jefes de la escala de reserva, a darme las gracias por la reforma, y a decirme que no les contenta si no se les añaden estas o las otras ventajas. «¿Aún no están ustedes satisfechos?». «Moralmente, sí. Pero además, etcétera, etcétera».

El capitán Romero, en el Congreso, me habla del asunto. Romero es impresionable y ponderativo. Me asegura que el asunto está muy feo. Mi impasibilidad le desconcierta un poco. Luego resulta que sus noticias proceden de Pérez Salas. «¡Ah! Pérez Salas —le digo—, yo también le he visto».

—Bueno, señor ministro, yo no puedo hacer más que transmitirle lo que sé.

—Yo lo agradezco.

Visita de dos comandantes aviadores, Ortiz y Burguete. Muy *rrrevolucionarios*, y amigos íntimos de Franco: Hablan del escalafón y se muestran descontentos de la fórmula adoptada. Después de muchos comentarios y ejemplos para demostrar que la fórmula es injusta, acaban diciendo que para seguir así, vale más disolver la Aviación y convertirla en civil. Es curioso. Ya son muchos los que me han propuesto lo mismo, partiendo de opiniones muy diferentes. Me sorprende que estos me lo propongan también. Creo descubrir su motivo (no quisiera calumniarlos) cuando me dicen que desde la salida de Franco la Aviación se ha hundido. Después me preguntan si no habría una fórmula de arreglo en el asunto de Franco; yo me hago el tonto, y les pregunto qué asunto es ese. La vuelta de Franco al puesto que tenía, u otro equivalente. Yo les digo que es imposible. Que Franco ha tomado un camino incompatible con la disciplina militar, y que por eso le he relevado, no por lo de Tablada (como es verdad), cuyo contenido exacto ignoro todavía. Indican que ellos aconsejarían a Franco que renunciase a ser diputado, y creen fácil conseguirlo. Reconocen que Franco no estaba en su terreno y que hacía mal en lo que hacía. Les desahucio en sus pretensiones, que son muy significativas, y a las que quizá no sea ajeno el propio Franco.

Les encargo que me hagan una memoria con sus puntos de vista para la supresión del cuerpo general y cambiarlo en civil, sin otro alcance que el de informarme.

Hoy hemos comido todos los ministros en El Pardo, en La Zarzuela. El sitio es muy hermoso. Una casita muy graciosa, un jardín con árboles espléndidos, aunque mal cuidado, y un bello panorama de oscuras encinas. La tarde, primaveral. Todos muy contentos. Invitado Besteiro. Hemos hablado de política, del porvenir y planes de gobierno, que Prieto se ha apresurado a contar a los periodistas, según veo en los periódicos de esta noche. Prieto ha hecho el gasto diciendo gansadas y tirándole zarpazos a Fernando de los Ríos, contándole anécdotas obscenas, etcétera. Fernando toma el partido de reírse a carcajadas. Cuando la conversación estaba en este tono, Prieto, en un silencio, dice: «Pues, con todo, somos el Gobierno de España».

Prieto ha dicho en la comida que los mejores oradores de las Cortes son Alba y Lerroux.

Don Niceto quiere instalar la presidencia de la República con mucha modestia. Todos le han llevado la contraria.

Hemos estado de sobremesa hasta cerca de las cinco. Al salir, Maura y Fernando de los Ríos me dicen: «Usted es el único que está atornillado al Gobierno».

Yo les respondo, como lo pienso, que se engañan, y que posiblemente no habrá combinación en la que yo pueda estar a gusto.

He estado un rato en el ministerio, me sigue el dolor de cabeza; voy después al Congreso, donde no pasa nada.

Conferencias con comisiones de diputados sobre traslados de servicios militares.

Vuelvo a casa a las ocho y media y ya no salgo. Después de cenar viene Cipriano. Entre otras cosas me cuenta que Valle-Inclán, que siempre me había tratado con respeto, ha tenido una agarrada con Unamuno y Luis Bello porque Valle les dijo que soy un mediocre, y lo he sido siempre, que no tengo imaginación, como lo prueban mis escritos, de los que nadie ha hecho nunca caso, salvo ahora que soy ministro. Unamuno le ha respondido que él no ha necesitado de eso para enterarse, etcétera. Bello también le ha replicado. Este cambio en la actitud de Valle quizá provenga de que Lerroux, de quien es ahora *muy amigo*, le haya trasladado mi juicio sobre esta *amistad*. Todos estos dimes y diretes me tienen sin cuidado. De Valle-Inclán, como no lo fundan de nuevo, nunca podrá hacerse un hombre respetable.

16 de julio

Me levanto tarde, cansadísimo. En el ministerio tratamos de la cuestión de la escala de reserva, suprimida, y del efecto causado, sobre todo en Artillería. Al subsecretario le digo que el ejército estaba muy necesitado de que lo mandasen y que yo no estoy dispuesto a dejarme impresionar por lo que digan unos ni otros. Los artilleros tuvieron que guardarse su aristocratismo, y amoldarse a la nueva situación. Tengo la opinión de que nunca ha habido ministros de la Guerra, y que mis predecesores se han limitado a contemporizar entre los embates encontrados de los cuerpos y armas rivales y de los mandarines con entorchados. El general baja la cabeza, y cuando nos quedamos solos me dice que si me ha dicho ciertas cosas era con intención de informarme. Yo estoy seguro de que se había asustado, y así se ha gobernado siempre aquella casa, de susto en susto.

Vienen Sandino, Pastor y Collar, aviadores, citados por mí, y luego llega Legórburu. Tratamos del asunto de Aviación. Se adelanta un poco en el trabajo de aplicación de la fórmula.

Todos los militares que me rodean quieren ir al banquete de mañana, y se lo prohíbo. El subsecretario me ruega que lo inscriba en mi partido, «porque siempre ha tenido ideas liberales». Se conoce que el pobre se las aguantaba.

Alocución del general Franco a los cadetes de la Academia General, con motivo de la conclusión del curso. Completamente desafecto al Gobierno, reticentes ataques al mando; caso de destitución inmediata, si no cesase hoy en el mando. Le paso la alocución al asesor, para que vea si hay materia punible. Me entrega un informe escrito, diciendo que se puede proceder en forma judicial; que cabría gubernativamente corregirlo.

Los periodistas están empeñados en hacerme dialogar en sus periódicos con López Ochoa. Me niego a decirles nada. Detrás de mi firma en el decreto de cese, no hacen falta comentarios.

Cuando vuelvo a mi despacho, después de recibir la audiencia, encuentro al general Queipo. En el Gabinete militar se ha encontrado con el capitán Salinas, que fue de los de Jaca y está algo loco. El general se ha permitido tratarlo amistosamente, y bromeando le ha tocado la cara, a lo que Salinas ha contestado con un bofetón o un puñetazo. Queipo se ha contenido, y le ha dicho que no quería dar importancia al suceso, añadiendo: «El que con niños se acuesta…». A lo que respondió Salinas: «El que con imbéciles anda…». Queipo me decía que le serviría de lección, para no familiarizarse con nadie. «Eso es —le respondo—, hay que ocupar su puesto».

He estado en el Congreso. Nada de particular. Me he vuelto a casa y no he salido.

17 de julio

He ido tarde al Consejo de ministros, que se ha reunido en Hacienda. Cuando llegué, estaban Maura y Prieto hablando de Franco, con motivo de las actas de Sevilla, que se discutirán pronto. Como siempre, Maura bramaba ya de coraje, y prometía *desnudar* a Franco con un ataque personal, recordándole sus aventuras personales y políticas. Le hemos recomendado que no pierda autoridad descendiendo demasiado en la polémica.

A propósito de Franco, me ha contado Arturo Menéndez, artillero y aviador, que comiendo con otros amigos en casa de *Ramón*, como ellos le llaman, el glorioso le dijo a su mujer: «Calla, imbécil, que te voy a dar una paliza como la del otro día».

Menéndez y los demás invitados miraban distraídamente al mantel.

El mismo Menéndez y otros me aseguran que todo lo que le pasa a Franco es una cuestión de dinero. No necesita menos de cinco mil pesetas al mes, y no tiene de dónde sacarlas. Su mujer parece que también es muy manirrota. Además de lo que insinuaron el otro día Ortiz y Burguete, hay señales de que Franco quisiera la paz. Por mi parte, estoy dispuesto a separarlo del ejército, y a todos sus amigos.

En el Consejo, Prieto nos lee un informe del director del Banco de Crédito Exterior, del que resulta una situación desastrosa. Hay que liquidar el Banco, pero no puede procederse a la liquidación inmediata, porque el Banco tiene en cartera valores dudosos, como los del corcho, y otros, a consecuencia de haberse desviado el Banco de las funciones para que se creó. También aquí se han cometido irregularidades y delitos.

Mucho antes de acabarse el Consejo, me voy con Vergara al banquete de Acción Republicana. Hay mucha gente, cerca de quinientos, mucho calor. Para empezar tocan un himno de que es autora una señorita Anaya, que estuvo en el ministerio para pedirme protección. La música es ratonera. Durante la comida, el sexteto no descansa, y una trompeta me horada los sesos. Pronuncio el discurso de rigor. A la mitad, se me van las ideas, me canso, me inhibo absolutamente de lo que estoy haciendo, las palabras me suenan sin sentido. Extraña impresión de haberme quedado de pronto vacío, y como tonto. Debe de ser la fatiga y que en realidad estoy pensando en otras cosas. Tengo que interrumpirme un rato, porque realmente no sé lo que hago,

ni para qué estoy allí. El auditorio se asusta y cree que me va a ocurrir lo que a Melquíades. Muchos me hablan, me aconsejan que me siente, pero yo decido continuar en pie, hasta que recobre el dominio y la atención. Si me hubiera sentado, imposible volver a comenzar. Mientras tanto, desconectan el micrófono ante el cual venía hablando. No sé cómo, recobro la energía, y reanudo el discurso. La segunda parte me ha salido más briosa que la primera y ha gustado mucho más. No me acuerdo ahora de nada de lo que he dicho. Al final me aplauden muchísimo[7].

Terminado este paso, he ido hasta El Pardo, y allí hemos estado un rato tomando el fresco. He vuelto a casa a las tres.

18 de julio

Mi discurso de ayer ha gustado mucho y ha causado impresión, por lo de las autonomías. Como lo transmitió la radio a toda España, recibo telegramas de muchos pueblos, y de Madrid cantidad de llamadas de teléfono, interesándose por mi salud. Han creído que estuve moribundo.

Maura les ha dicho a los periodistas, que mi discurso era muy bueno. Esta tarde he ido un momento al Congreso, y al sentarme en el banco del Gobierno, Maura me ha felicitado muy sonriente, y me ha dicho que lo suscribiría todo, si no hubiera puesto yo, por sectarismo, algunas notas violentas contra la derecha. Yo le digo en broma «que estamos llamados a entendernos».

Esta tarde he ido al cine Royalty, invitado por el agregado naval italiano, a ver la película del viaje de Balbo desde Italia a Río de Janeiro. El agregado era uno de los tripulantes de los aviones. Se llama Longo, según creo. Será el papá de Dafnis y Cloe.

He comido en el Palace con los hermanos Menéndez. A tomar café han ido Sandino y Tourné, que es un muchacho muy simpático, muy entendido y muy desinteresado. Hablamos largamente de nuestros asuntos.

He trabajado en el ministerio hasta las ocho. Hora en que he ido a las Cortes.

Cenamos Lola y yo con Álvarez Pastor en Sicilia-Molinero. Volvemos a casa a la una y media. Estoy muy cansado.

19 de julio. Domingo

Holganza. Me levanto tarde, no salgo de casa. A las dos y media me voy con Lola al Escorial. Hemos estado allí hasta las diez de la noche, con los de Giral. Buscamos casa sin resultado.

ABC de hoy publica un artículo comentando un inciso de mi discurso de ayer, que califica de importantísimo. Me combate, por antiliberal, y me teme, porque soy «autoritario y resuelto». Mucho han cambiado. En noviembre querían hacer una campaña contra mí, por las cosas del Ateneo, tachándome de insignificante, y lo mismo cuando publicamos la proclama de diciembre.

20 de julio

Hoy he trabajado con menos agobio. Mejor organizada la recepción de audiencias, me cansan menos. Convengo con el subsecretario la redacción de un texto corrigiendo al general Franco por su alocución de despedida a los cadetes de la Academia.

Una comisión de obreros despedidos del Establecimiento Industrial de Ingenieros viene a quejarse. Sospecho que en algunos de estos centros se complacen en crear dificultades. Instrucciones al jefe del Gabinete militar, para que llame a los directores de los establecimientos y les conmine a que procedan a normalizar el trabajo.

Un coronel, Prats, destituido del mando del regimiento de Ceuta, y a quien acabo de dar otro mando, me visita para darme las gracias, y quejarse de la destitución, que es «una deshonra para él, promovida por murmuraciones de cuatro zorras».

Se lamenta de que el general Cabanellas le ha engañado, diciéndole que yo le ordené por teléfono la destitución. Y que Cabanellas le repuso: «Neurosis de la revolución». La verdad es que no he tenido arte ni parte en el relevo, y que Cabanellas lo embarcó para la Península, como ha hecho con otros, tildados de desafectos al régimen. Parece ser que este coronel estaba liado con la mujer de su ayudante.

Me visita Sanjurjo. Larga conversación. «Ya no se sabe de qué pie cojeo», dice, aludiendo a su pasada luxación. Me trae papeles relativos a un teniente de la Guardia Civil trasladado de Palma del Río, a petición del Presidente. Hablamos de lo de Tablada. Para Sanjurjo, el complot de Franco y los sargentos y soldados es indudable. Lo atribuye a cuestiones de dinero, de que está muy ansioso Franco. Me cuenta que Berenguer quiso quitarse de encima a Franco enviándolo de agregado a Nueva York. Franco aceptó. Pero el rey no

quiso, y al decirle Berenguer a Sanjurjo la negativa del rey, contestó Sanjurjo: «Ya le pesará».

Hablamos también del otro Franco, el general, y de su alocución. Sanjurjo le quiere mucho, dice —como otros— que es muy buen general («no es que sea un Napoleón, pero dado lo que hay…», añade) y él lo ha protegido. Cree que está molesto por la supresión de la Academia, que ya se intentaba en tiempo de Berenguer: «Como un chico a quien le quitan un juguete».

Me habla de que le ha escrito Franco sobre este asunto, y que le ha contestado que es preciso resignarse. «También está molesto —le digo yo— por la revisión de ascensos». «Sí, también por eso», responde, un poco inseguro.

Le pregunto si por fin aceptará el acta de diputado. Que de ningún modo. Está más tranquilo en su cargo. «Me hablarían de la Guardia Civil… podría dar un mal paso… hacer el ridículo…». «¡Si le dieran a uno las mil pesetas!». Quiere decir que le gustaría cobrar la indemnización de diputado.

Se despide con grandes muestras de afecto, diciéndome que me quiere mucho, y dándome un medio abrazo.

Por la tarde, trabajo en el ministerio de cuatro a ocho, dejo hecho un decreto suprimiendo en el ministerio el servicio de cría caballar, que cuesta dieciocho millones, para comprar cada año cuatro mil caballos.

Voy al Congreso. Ya se ha acabado la sesión, en la que Maura, al discutirse las actas de Sevilla, le ha dado una pateadura a Franco.

Doy un paseo en coche con Cipriano. Vuelvo a casa. Después de cenar vienen otros amigos.

21 de julio

En la mañana, despacho de expedientes y preparación de asuntos para el Consejo. También me entretengo en disponer obras en los locales del ministerio, y renovar los muebles y el decorado de unos salones, que están horrendos. Raro caso: el comandante Menéndez, que es el ayudante con quien trabajo estos días, es el único que no me ha pedido nada, ni para sí ni para otros. Tampoco me ha pedido nada el comandante Saravia, jefe del Gabinete. Todos los demás se han buscado colocaciones, excepto los que se han retirado.

Después de comer he vuelto al ministerio hasta las cinco y media. Voy luego al Consejo, que se reúne en el Congreso, en un despachito muy caluroso, a pesar de que hace fresco en la calle. Me han aprobado seis

decretos, y el texto de la reprensión al general Franco, que publicaré pasado mañana. Este asunto puede tener consecuencias…

Hemos hablado del anteproyecto de reforma agraria. El Presidente le opone objeciones bastante serias, de las cuales la que me parece más grave es que no se dirige el proyecto, franca y exclusivamente, contra la gran propiedad. Para impugnar el proyecto, el Presidente ha comenzado por contarnos cuántas hectáreas de tierra posee y de qué clases. Largo Caballero tampoco aprueba el proyecto. Yo no lo he leído aún, y solo sé lo que me contó Sánchez Román. Acordamos que el Gobierno se reúna con la Comisión pasado mañana, para oír sus explicaciones.

El paro forzoso en Andalucía es gravísimo. Están en Madrid todos los alcaldes de la provincia de Jaén, a pedir dinero, y no se atreven a regresar a sus pueblos. Parece que hay necesidad de gastar dos millones diarios, durante tres meses, para que la gente no se muera de hambre y no se insurreccione. Martínez Barrio vuelve a hablar del peligro de que *arda* Andalucía. Se adoptan algunos paliativos, mientras se discurren los modos de encontrar dinero y obras en que invertirlo. Temo que este sacrificio no será más que una limosna disimulada, y se gaste el dinero sin utilidad. «Por más que —dice un ministro—, si se evita un trastorno social grandísimo, ya es bastante utilidad». Albornoz trae un sobre abultadísimo, que contiene un plan de obras públicas. Pero no habla de él porque aún no lo conoce, y se queda para otro Consejo.

Con motivo de las huelgas que por todas partes suscita la Confederación Nacional del Trabajo, se examina largamente la situación, y convenimos que se ha de poner remedio urgente y severo. Maura expone las líneas generales de un decreto, para combatir a los patronos y obreros que infrinjan las leyes sociales, decreto que se someterá a las Cortes para tener —dice Maura— un instrumento jurídico de represión. Largo Caballero dice que él es más radical que Maura, y que iría más lejos, por el peligro en que ponen a la República los movimientos del sindicalismo. El Presidente pregunta a cada uno si cree llegado el momento de adoptar una política enérgica y de lucha contra la Confederación. Todos opinamos que sí. Largo lee unas cuartillas con un proyecto de decreto sobre la ilegalidad de las huelgas. Se acuerda que Maura refunda los dos proyectos, y los traiga al próximo Consejo. Maura cree que con estos proyectos podrá cerrar la mayoría (o todos) los centros sindicalistas. Prieto asegura que esas disposiciones no asustan a los sindicatos.

El Presidente encarga al ministro de Justicia que redacte un decreto para impedir y corregir la cobardía de los jueces, que no se atreven a proceder contra el Sindicato Único.

Maura asegura que en Cataluña las autoridades se rinden todas al ambiente sentimental que allí existe, y como los niños besan a Macià, los gobernadores se impresionan como ante un santón, y no se atreven a contrariarlo. Unos creen que en Barcelona se producirá una reacción contra los sindicalistas, y otros que no.

Hay una discusión característica entre el ministro de Hacienda y el de Marina, que propone la construcción de dos buques planeros. Prieto asegura, con anécdotas pintorescas, que los planos no sirven, que no saben hacerlos, que la marina es inútil, etcétera, etcétera. Es el derrotismo arrollador y simplista de siempre.

A las nueve y media, todos ya en pie, menos el Presidente y el ministro de Justicia, que discuten línea por línea un decreto sobre oposiciones a la judicatura. Yo intervengo en algunos detalles. Nadie de los demás hace caso de esto, y cuando acaban el Presidente y Ríos están solos. Periodistas en los pasillos, que piden «ampliación» y no se la doy.

Vuelvo a casa a cenar. Luego viene Cipriano. Salimos a dar un paseo. Se me ocurre subir a Gobernación en busca de noticias. Encuentro a Maura en su despacho disputando con Roldán, un marino, diputado por Málaga. «En Archidona correrá sangre», dice Roldán. «¡Hombre!, en Archidona nunca ha corrido nada», dice Maura, congestionado, manoteando. Este Roldán es uno de los que venían a anunciarme el saqueo de Málaga. Por lo visto, estos malagueños ven correr la sangre. El señor Roldán se pone pesado, pidiéndole a Maura no sé qué intervención del gobernador en un asunto de Archidona. «Lo que yo le digo a usted —replica Maura con su calor habitual— es que yo no amparo una ilegalidad ni hago intervenir al gobernador para sacarle tres mil pesetas a una vieja». La conversación es pesadísima. Roldán repite sus argumentos, que se reducen a pronósticos sombríos (colijo que se trata de una exacción de dinero decretada por el Ayuntamiento de Archidona para dar jornales), y Maura bufa y se enciende, reprimiendo su impaciencia.

Nos quedamos solos y se habla de política. Maura, con la urgencia que pone en cuanto dice, me exhorta a que sin perder día me ponga a trabajar un acuerdo de la Alianza y los radicales-socialistas, para que haya mayoría posible que sostenga un Gobierno en cuanto se vote la Constitución. Los socialistas no pueden ni deben gobernar, porque el poder los quebranta y les quita afiliados. No pueden dar lo que les piden. Los jefes del partido están en retirarse del poder cuanto antes. La Alianza, con sus ciento cuarenta votos, no basta. Los radicales-socialistas no pueden ver a Lerroux, como los socialistas, «pero con usted irían encantados». Maura insiste en que el próximo Gobierno

solo puede presidirlo Lerroux, pero que yo he venido a ser el eje de la combinación, porque puedo atraer a los radicales-socialistas y otros elementos que no transigen con don Alejandro. «Aunque usted no haga nada, las cosas se le vienen a usted a la mano. En la izquierda es usted el único. Pero entre el modo de pensar y de sentir de usted y el de Lerroux hay un abismo. Bastantes radicales-socialistas están esperando un pretexto para irse del partido y afiliarse a Acción». Todo esto tengo que componerlo y ordenarlo yo, según Maura, y muy de prisa, porque en septiembre podemos encontrarnos ya con la necesidad de constituir el nuevo Gobierno, y pudiera verme obligado a hacerlo en muy pocos días.

Maura insiste en que hay que pasar por la experiencia de Lerroux.

22 de julio

El general Goded viene a despachar, y cuando terminamos, le planteo el caso personal de su empleo y de su destino. «Resulta que usted está comprendido en la revisión de recompensas, ¿cuál es su situación exacta?».

Goded dice que es coronel conforme a la ley, y que recibió los ascensos a general de brigada y a divisionario por el sistema de Primo de Rivera. «Aunque usted me quitase dos empleos…». «Yo no pienso quitarle a usted nada», le interrumpo. «Bien, aunque deba perder esos dos empleos, sería general de brigada por antigüedad, el número tres o cuatro de la escala, y podrían ascenderme a general de división».

—Le digo a usted esto porque pienso utilizar sus servicios como general de división, y podría usted verse, en el caso de un probable descenso de empleo, en la situación desagradable de quien pierde categoría, con relación al destino.

Me agradece mucho que le plantee el caso y que le hable francamente. Muchas veces hubiera querido hablarme él (se lo había conocido), pero no se decidió.

—Creo —me dice— haberle comprendido a usted, y que cuando usted no quiere hablar de un asunto, lo mejor es no hablarle. Cuando el señor ministro no me dice nada, será que no quiere o que no le conviene.

Me dice que preferiría no tener mando de tropas, y la indicación de que probablemente iría al Estado Mayor Central le regocija.

Me habla de que el asunto de las recompensas suele mirarse mal, pero que cuando alguien quiera inclinarme en contra, que le pida la hoja de servicios. En los recompensados está lo mejor del ejército, «y lo escogimos para acabar

la campaña de Marruecos, e incluso para acabarla contra la voluntad de Primo de Rivera, que quiso pararnos dos o tres veces. Tengo documentos que lo prueban». A un ejército no se le puede llevar a una guerra colonial sin el aliciente del premio.

Los empleos son propiedad de los oficiales que los disfrutan, según la ley.

Ellos *no tienen la culpa* de que el procedimiento instituido por el poder público fuese irregular.

La junta de generales fue más rigurosa de lo que se piensa, y más rigurosa que el sistema anterior, dentro del cual, «se nombraba juez instructor a un amigo del oficial a quien se quería favorecer, y se buscaban las declaraciones de testigos parciales».

Algunos ascensos se han concedido por regalo de boda, uno al hijo de Jordana, y otro a Muñoz Grandes, buen oficial, que pudo y debió ser recompensado de modo más digno.

Goded reconoce, a preguntas mías, que el primer apartado de recompensas, o sea las *desenterradas* por Primo de Rivera, después que el Consejo Supremo de Guerra y Marina y el Consejo de ministros las hubieron denegado, «son escandalosas», una francachela. «Pero no diga usted a nadie que esto se lo ha dicho el general Goded porque son compañeros míos».

Cree que las Cortes no le quitarán su ascenso a divisionario, porque tiene buen ambiente entre las izquierdas, donde es conocido por sus ideas. Muchos de los agraviados por la revisión de recompensas, *han ido a buscarlo*. Pero él los ha rechazado, porque nunca ha sido traidor. Cuando se puso contra Primo de Rivera, comenzó por avisárselo. En sus conversaciones con Maura, en noviembre («las conozco», le digo yo), le dijo que estaba persuadido del triunfo de la República, pero que no le pidiesen una traición. A los que le solicitaban ahora, incitándole a que no tolerase las medidas del Gobierno, les ha contestado aconsejándoles la calma y el silencio, como único medio de que pueda llegarse a una solución que restablezca la paz interior del ejército. No ha hecho caso de bravucones, que hablaban de pegar un tiro al ministro. La conversación, que es muy larga, concluye con decirme que está escribiendo la historia de la campaña de África, y que era durísima para Primo de Rivera, pero que como se ha muerto, suavizará todo lo posible para ser piadoso.

Hoy he firmado la reprensión para el general Franco.

He asistido a una comida al capitán Pedro Romero, diputado de mi partido. Con esta ocasión, les he dado algunas lecciones de historia militar y de buena política militar, que no todos han comprendido.

Después de cenar voy a Gobernación. Maura quiere hablar conmigo. Me figuro que es sobre los sucesos de Sevilla, donde han andado hoy a tiros con los sindicalistas. Maura está hablando por teléfono en su despacho, y en un diván, Lluhí, el diputado, antiguo conocido mío del tiempo de la conspiración. Lluhí es simpático e inteligente.

Cuando Maura termina su conferencia telefónica, reanuda una discusión con Lluhí. Se trata de lo siguiente: preparando un decreto para reprimir los desmanes de los sindicalistas revolucionarios, Macià no está conforme con que se tomen medidas de excepción. Ocurre que Macià no quiere indisponerse con los sindicatos, de quienes espera votos para el referéndum del Estatuto. Envía desde Barcelona una especie de embajador, para tratar de este asunto. Lluhí pretende que todo podría arreglarse si Macià, con su enorme autoridad moral en Cataluña, solicitase o aconsejase a los sindicalistas una tregua de tres meses. Maura opone que si mañana, como se anuncia, estalla en Barcelona la huelga general revolucionaria, no habrá más remedio que darles la batalla. ¿Qué hace Macià? ¿Ampara desde la Generalidad a los sindicalistas? Entonces, dice Maura, habría que asaltar la Generalidad. La burguesía catalana, que ya ha declarado por medio del Fomento, que se atiene a lo que disponga el poder central respecto al Orden público, se apartaría de Macià.

Se ve que esta perspectiva preocupa a Lluhí, pero que no le preocupa menos la ruptura del catalanismo con los sindicatos. Quisiera encontrar medios de aveniencia, de ir tirando, hasta que se vote el Estatuto. Reconoce que Maura, en el fondo, tiene razón; pero como en otras muchas ocasiones ha hecho el ministro Nicolau, reconociendo que el Gobierno tiene razón, pretende no secundarlo ni admitir las consecuencias de esa razón en Cataluña.

Cree Lluhí que el obrero catalán se opondría a los manejos revolucionarios del sindicalismo, si Macià les advirtiera que hay peligro para la República.

«¿Pero es que el obrero catalán —le interrumpo yo— está esperando a que Macià se lo advierta para saber que estas cosas pueden destruir la República?».

Maura le hace observar, cómo va a recibir la Generalidad la economía de Cataluña, si esta continúa como hasta aquí, y de qué medios va a disponer para conservar el orden, si se encuentra con el sindicalismo desbordado, y con la industria paralizada, como ya lo está.

La conversación es muy larga.

Nos quedamos solos Maura y yo. Hablamos un poco de la situación en Sevilla, de las fuerzas militares de que se puede disponer, y de las órdenes dictadas al declararse esta tarde el estado de guerra.

Mañana van a hundir a cañonazos una casa vieja y vacía, desde la que hoy se ha hecho fuego a la tropa. No sé bien si van a fingir mañana que hay gente dentro. Este programa le entusiasma y llega a decirme que influirá ventajosamente en la cotización de la peseta.

Yo me admiro un poco de la ocurrencia; él insiste en que cuando se sepa que la República cañonea a sus adversarios en armas, el efecto en el extranjero será muy bueno. Le pregunto si no teme que pueda ser, por el contrario, muy malo. «¡Que no! —replica—, ¡déjelo usted!». Yo me encojo de hombros y hablamos de otras cosas, de los militares, de la necesidad de completar la obra que estoy haciendo, etcétera. A las dos y media vuelvo a casa.

23 de julio

Me acosté tarde, he dormido poco, me levanto con neuralgia. El Consejo de ministros está convocado para las diez y media en el ministerio del Trabajo. Cuando llego, son cerca de las doce. Está todo el Gobierno, más Flores de Lemus, Sánchez Román y Carrión. Está en el uso de la palabra don Niceto, formulando objeciones al proyecto de reforma agraria. Unas se las desvanecen, de otras toman nota. Flores le contesta algunas veces, a media voz con un tono *detaché* y algo irónico. Nadie más hace observaciones. Largo Caballero pregunta si no va a llegarse a la nacionalización, sin indemnización, de las tierras procedentes de los antiguos señoríos. La Comisión dice que eso se queda para más adelante, cuando se haga la verdadera ley Agraria, porque esto de ahora no es más que una medida provisional.

Hace mucho calor, abro un balcón, hay tormenta y llueve un poco.

Se retiran los señores de la Comisión, y continúa el Consejo. Se examina el proyecto de decreto «de Defensa de la República». Los más opinan que no debe promulgarse sin que lo aprueben las Cortes. Entonces caen en la cuenta de que no vale la pena promover esta cuestión. Maura hace observar que el no promulgar el decreto parecerá que es timidez del Gobierno, y que ha bastado que un diputado protestase ayer contra el propósito de promulgarlo, para hacernos retroceder.

A lo cual se me ocurre pensar que si no se hubiera precipitado ayer y anteayer a anunciar un terrible decreto, no tendría ahora necesidad de

embaulárselo. Ayer Maura vomitaba decretos draconianos. Como siempre, se embravece hablando. Lo más chusco es que venga a reconocer hoy que un Gobierno de plenos poderes no necesita adoptar por decreto medidas extraordinarias, sino aplicar las que necesite.

En esto de la Defensa de la República hay una sugestión de lo hecho en Alemania hace años. Como allí hicieron una ley así, mejor dicho, con ese nombre, aquí se nos tarda ponernos fieros y copiarla en apariencia.

Es demasiada precipitación y ligereza, y un hablar desbocado que solo sirve para crear dificultades. ¡Quién me dé hombres de hielo para gobernar!

Se acuerda no publicar el decreto, y tenerlo en reserva como proyecto de ley, por si hace falta.

Después discuten la posibilidad de permanecer con los plenos poderes, hasta que se vote la Constitución. Oposición que incita la tesis de Maura, partidario de la plenitud de poderes; no obstante, hace pocas semanas dijo, sin venir a cuento: «hoy se acaba la dictadura republicana».

Necesidad de armonizar las atribuciones de las Cortes, con la rapidez de la aprobación de la Constitución, que padecería si se intercala la discusión de leyes.

Desde el Consejo vengo a casa, a recoger a Lola, y vamos a almorzar a la embajada de Francia. Están Lerroux y su mujer, su sobrino y la suya, Nicolau, los embajadores de Inglaterra y Bélgica, y otras personas de menos cuenta.

El embajador *monsieur* Herbette es inteligente y agradable. Cortésmente se interesa por mi gestión. Hemos hablado largamente de la política republicana y de la situación parlamentaria. Se muestra muy esperanzado sobre el porvenir. Me indica que es muy conveniente reformar la política arancelaria de España, y tratar con Francia, para que los exportadores franceses tengan interés en sostener la peseta y pueda España encontrar crédito en el exterior.

También hablo mucho rato con el embajador de Bélgica, que me pide protección para las fábricas Solvay en Suria. Es muy chistoso este embajador, que me parece algo camastrón.

A las cinco voy a las Cortes. Apenas entro por el pasillo me encuentro a Besteiro, precedido de sus rojos maceros, que vuelve a su despacho. Ya se ha terminado la sesión, que ha durado cinco minutos.

Zulueta me dice que va a separarse de don Melquíades, estimando que el Partido Liberal Demócrata, sucesor del Reformista, ha sido repudiado por los electores. Él, Zulueta, ha salido por los votos de los socialistas.

Cree Zulueta que el partido debe disolverse. Yo le respondo, y se lo repito a Besteiro, que me habla de este asuntillo, que eso debió hacerlo en 1923. Zulueta cree que don Melquíades, solo, podría ser más útil, en llegando la ocasión, que con un partido sombra.

Zulueta me habla de las reformas que «estoy realizando». Y Besteiro dice que don Melquíades debió en 1923 recoger la protesta contra la dictadura, y con la bandera de las reformas militares y alguna otra cosa hubiera sido el director del movimiento contra la monarquía, virtualmente concluida desde el golpe de Estado.

Estos dos participan, por lo que se ve, de la opinión que pensaba publicar don Melquíades en el discurso que repentinamente le cortó su enfermedad, a saber: que todo lo que yo estoy haciendo figuraba en el programa reformista.

Tendré que recordarles: primero, que si figuraba en el programa reformista un capítulo de reforma militar, yo lo redacté y lo hice aprobar en la asamblea del partido, contra el parecer de muchos; segundo, que aquel capítulo no se parecía sino de lejos a lo que yo he hecho; tercero, que lo de menos es escribir un programa, y lo de más hacerlo; y cuarto, que nada de lo hecho era posible sin la República y sin ser republicano.

Besteiro me dice que don Melquíades, «como todos los pseudorrepublicanos», ha tenido siempre el tino de no afrontar el problema realmente planteado cada día. Si había una cuestión militar, hablaban de la cuestión religiosa; si había una cuestión religiosa, hablaban de Hacienda, etcétera, etcétera.

He ido con Cipriano y Lola a La Zarzuela, en El Pardo. Delicioso sitio y maravilloso anochecer en tan gran silencio, y una paz montés, y olores de campo. Yo viviría aquí. ¡Qué majaderos eran en esa familia real, que tenía abandonadas las cosas más bellas!

Después de cenar hemos ido los tres a casa de María Cardona. Están Fernández Almagro, José Bergamín, García Valdecasas, y dos señoras. Valle-Inclán era esperado y no ha ido.

Valle-Inclán ha publicado una carta insultando a su amigo, paisano y admirador Ramón Tenreiro, electo diputado por La Coruña. Tenreiro replica. Le contesta Valle-Inclán. Fernández Almagro cree que Valle tiene razón, yo se lo niego. Y creo que cuando se es viejo y manco no se debe agraviar a nadie.

Conversaciones de política. María Cardona me pide protección para que la nombren directora de la Casa-retiro de intelectuales que, según Tomás Borrás, debe crearse en el palacio de Aranjuez.

Por fin hoy han disparado en Sevilla los cañonazos que tanto le gustaban a Maura. Han destruido una casa, después de hacerla desalojar por sus moradores, el principal de los cuales se llama Cornelio. Han bombardeado un almacén de jamones, embutidos y conservas. Y se han quedado tan contentos. Cuanto más lo considero, más disparatado me parece lo que han hecho.

Extraña muerte de cuatro pistoleros en Sevilla, que eran conducidos a la cárcel, y que otros han pretendido poner en libertad a la fuerza. Tiene la apariencia de una aplicación de ley de fugas.

24 de julio

Al levantarme, leo en la prensa que los sindicalistas de Sevilla han matado a un capitán de la Guardia Civil. Mal asunto.

Apenas llego al ministerio, un poco tarde, me enteran de que el general Ruiz Trillo comunica que están siguiendo juicio sumarísimo por la muerte del capitán, y que si bien entra en las atribuciones del general ejecutar la sentencia que recaiga, no hará nada hasta conocer el criterio del Gobierno. Y desea que se le haga saber antes de la una. Ya ha salido un ayudante mío a hablar con el Presidente, que desea verme. Me pongo a despachar con el subsecretario que está impresionado por el suceso que se avecina. Apenas comenzado el despacho vuelve mi ayudante; el Presidente quiere que vaya en seguida a su despacho, y que se pregunte, al general de Sevilla, los fundamentos de la resolución judicial, que parece inminente, y su parecer. Los dos oficiales que están enterados de lo que ocurre se afanan gravemente, como pide el caso.

Voy a la presidencia. Encuentro a don Niceto paseándose por su despacho. Nos sentamos. «Vamos a ver. Supongo que estaremos de acuerdo». (Yo lo celebraré mucho, pienso entre mí). Lo primero en que estamos de acuerdo es en que no podemos eludir la responsabilidad del Gobierno, escudándonos en las facultades del general, y haciendo como que ignoramos el fallo. Eso hizo Canalejas (don Niceto se acuerda de todo) cuando el fusilamiento del *Numancia*. En seguida convenimos que no podemos fusilar por rebeldías sociales. Si se tratara de una rebelión militar, no habría más remedio que ser inexorables; o si se hubiera cometido un crimen especialmente espantoso. Quedamos en que si hay condena a muerte, se indultará, y que repetiré a Ruiz Trillo la orden de no hacer nada sin consultar con el Gobierno, que se reunirá por la tarde. Vuelvo al ministerio, y así se lo dice el subsecretario en conversación por el telégrafo.

Concluyo el despacho, recibo la audiencia militar. El teniente coronel Puig, que fue nombrado para un puesto de confianza en Tánger, viene a verme, muy cariacontecido, porque su nombramiento no acaba de salir en la *Gaceta*, y en la Dirección General de Colonias le dicen que el expediente se ha perdido. Me pregunta si sé yo algo. Me da lástima, y le contesto que nada. Pero sí sé: que Mangada y Arronte le amenazan con un tribunal de honor.

Después de comer vuelvo al ministerio.

Larga conversación con el comandante Pastor. Voy al Consejo, que se reúne en el Congreso. Están hablando de lo de Sevilla, y comentan con censura lo de los cañonazos. Me admira que Maura también lo critique, y le recuerdo que la víspera del suceso me anunció lo que iba a ocurrir. ¡Pero él ya no se acuerda! Con gran calor me dice como réplica una cosa al margen de la cuestión, que él, contra la rebelión, emplearía la artillería o lo que fuese. Le hago observar que él me contó, como convenio con las autoridades militares, lo que se iba a hacer…; pero, muy impetuosamente y sofocado, dice que no fue así. Me encojo de hombros; este hombre es un torbellino; simpático, y a mi parecer ingenuo y candoroso, pero un torbellino. Se le puede aplicar un poco lo que Unamuno decía de Primo: que dispara, y después apunta.

El Consejo se ha interrumpido varias veces para los ministros, entre ellos, yo, que hemos ido un rato al salón de sesiones.

Lo de la aparente aplicación de la ley de fugas nos preocupa. Maura, a borbotones, y dándose palmadas en el pecho, afirma que él no sería ministro si en sus narices alguien pretendiera volver a esos procedimientos. En la última parte del Consejo se acuerda que una comisión de diputados, formada por Sánchez Guerra (Rafael), Barnés y no recuerdo cuál otro, vaya a Sevilla a informarse sobre el terreno. Este acuerdo se toma porque el ministro de Comunicaciones habla por teléfono con Sevilla, y nos refiere que en opinión de Sicilia, diputado por allí, se ha aplicado en efecto la ley de fugas, y que así lo asegura Olaguer, jefe de Policía de aquella ciudad. El testimonio de Olaguer es sospechoso porque está mal visto de todas las autoridades de Sevilla, y Galarza me dice que quiso destituirlo, y no lo hizo porque los diputados mismos de Sevilla le rogaron que no lo relevase. Parece que Olaguer cometió hace años una irregularidad que le costó un tribunal de honor. Cuando Galarza, que había colocado a Olaguer en Sevilla, por recomendación del capitán Pedro Romero (ignorante de esos antecedentes), hizo saber a los diputados sevillanos la tacha que acababa de descubrir en su subordinado, le contestaron que era cosa antigua, y que su conducta posterior era intachable.

El anterior gobernador de Sevilla, Montaner, de quien Maura hacía elogios atronadores, parece que estaba entendido con los sindicalistas, y que para no tener dificultades con ellos les concedía cuanto le pedían. Ahora Maura truena contra Montaner. El actual gobernador sigue otra política, de rigurosa autoridad, que merece por ahora la aprobación del ministro, y a este cambio de sistema atribuye Maura la rebelión de los sindicalistas.

Por su parte, el ministro de Comunicaciones atribuye al gobernador actual el pecado de haberse echado en brazos de los aristócratas y señoritos de Sevilla, lo mismo que el general, y a sugestiones de estos señoritos achaca Martínez Barrio la tartarinada de los cañonazos, para poner en ridículo a la República.

Maura se queja de que las pasiones políticas en Sevilla están muy enconadas. Afirma que el interés político de Martínez Barrio no puede impedir que se restablezca el orden allí.

Estoy en el salón de sesiones, después que el Consejo ha aprobado todos los expedientes que he llevado, cuando el comandante Riaño me trae los despachos cruzados con el general de Sevilla y la conversación telegráfica del mismo general con el subsecretario. El primer despacho dice que «pedido informe de la casa, auditor me dice que por no haberse podido capturar cuatro acusados como autores y directores del atentado, cuyas manifestaciones son del mayor interés, no solo en las actuaciones mismas sino también en otras derivaciones que parecen deducirse, continúa la tramitación del sumario con rapidez, pero sin carácter sumarísimo». No hay, pues, nada inminente.

Acompañando a este despacho viene la conversación confidencial: «Si quieres oírme ya particularmente y rompiendo cinta te diré algo más». «Bien, venga lo que sea». «Parece que apuntan responsabilidad de alguna persona conocida y de categoría social que dicen incluso daba dinero a los pistoleros para que hicieran sus faenas. Como esto es de mucha trascendencia, porque implicaría que no es solo complot de izquierdas, sino de derechas, y pudiera ser que esto fuese mentira y por despistar… (palabra ininteligible)… las responsabilidades en otra dirección, se busca con todo interés la captura de los otros complicados que parecen ser los principales autores para poner en claro todo esto, que de ser verdad, lo que no creemos, le daría un giro muy distinto, pero enérgico a las actuaciones». «Dime si crees acertado esperar». «Enterado». «Dime si hago presente al ministro estas últimas manifestaciones tuyas». «Sí, pero con carácter reservado, porque lo tomo a título de información por lo que me ha dicho el auditor. Mañana puedo escribir más

detalles y con carácter también reservado». «Enterado». Tal es la cinta telegráfica.

Doy cuenta al Consejo de estos telegramas. Al mismo tiempo, y comentando el cañoneo de la «casa de Cornelio», expongo una vez más al Consejo los inconvenientes que resultan del abuso del estado de guerra, y a la incongruencia de que, una vez declarado, el ministro de la Guerra no tenga nada que hacer, en virtud de haberse conferido al ministro de la Gobernación la dirección exclusiva de las cuestiones de orden público. Me extiendo largamente en el asunto, el Presidente baja la cabeza y nadie se opone a lo que digo, pero tampoco se acuerda nada. Me limito a un «que conste», porque si ahondo en ello saldría la ruptura.

En cuanto se acaba el Consejo, Domingo se apresura a decir a los periodistas que en Sevilla no hay fusilamientos *ni los habrá*. Lengua larga, dificultad en puerta.

En la sesión, Barriobero pregunta por los sumarísimos de Sevilla. Soriano aprovecha la ocasión para gritar y escandalizar. El Congreso le insulta, llamándole *clown* y chulo. Entre dos discusiones de actas, Besteiro, después de hablar conmigo, anuncia al Congreso que en Sevilla se siguen procesos por la jurisdicción militar, pero que ninguno es sumarísimo. Los diputados respiran y se oyen muchos *¡muy bien!* ¿Muy bien a qué? Porque el ser o no sumarísimos depende de las circunstancias del caso y no de una medida del Gobierno. Algunos periódicos han dicho que el Consejo de ministros «había acordado» que no se tramitase la causa por ese procedimiento. Yo me he apresurado a desmentirlo oficiosamente, agregando que el Gobierno no tiene por qué intervenir en los trámites de la causa.

Suspendida la sesión se ha continuado después de cenar. Hemos hablado los ministros nuevamente sobre la cuestión de Sevilla, y sobre el envío de la Comisión. Parece que su llegada disgustaría a las autoridades locales, que seguramente dimitirían. Por último, quedamos en que la información sobre la aparente aplicación de la ley de fugas, la haga Fernández Castillejo, diputado por Sevilla, y sevillano él también, que ha salido de Madrid esta noche y cuya presencia en Sevilla no puede llamar la atención. También irá el jefe superior de Policía de Madrid, con pretexto de inspeccionar los servicios, pero con encargo confidencial de enterarse de lo que ha sucedido.

En el Consejo, Fernando de los Ríos nos lee, con mucha solemnidad y atildamiento, la carta que le ha escrito Elola, fiscal de la República, diputado electo por Lugo, y comprendido por tanto en la discusión que las actas de esta circunscripción han promovido. Parece que estas elecciones de Lugo han sido

muy irregulares y escandalosas. El fiscal pretende que se le deje fuera de la discusión personalmente, porque él no ha estado presente en la contienda electoral. No recuerdo ahora si él lo propone claramente, pero sí que el ministro indica la conveniencia de hacer en la sesión, cuando se discuta el dictamen, una declaración en ese sentido, que deje a salvo el «prestigio» de tan alto funcionario. El cual, en su carta, sin dimitir, dice que su cargo está a la disposición del Gobierno. Cuando el Presidente pide parecer a los ministros sobre el caso, yo me adelanto a decir que no puedo opinar, porque tengo desde antes el criterio, que no he expuesto, porque nadie me lo preguntó, de que el fiscal no debió mezclarse en contiendas electorales, o dimitir de antemano, si quería ser diputado. Y que el fondo de la carta es una habilidad demasiado burda, porque equivale a poner al ministro en el compromiso de dimitirlo o de dar por bueno lo hecho por Elola, lo cual no puede aceptarse. Y que estimo una oficiosidad que el fiscal ponga su cargo a disposición del Gobierno, porque siempre lo está. Todos asienten, en silencio, y nadie opina más. Ríos se guarda la carta. A última hora de la sesión, cuando yo me he marchado del Congreso, los diputados acuerdan anular la elección de Lugo, con lo cual Elola queda lucidísimo. Supongo que dimitirá.

Por cierto, que con esta ambición, no solo se queda sin acta Elola, del partido de Maura, sino Recasens, director de Administración, también correligionario de Maura. El cual lo ha tomado por donde quema, y como la minoría de derecha republicana ha votado la anulación, Maura ha declarado que eso es un acto de indisciplina, y que ya no tiene nada que ver con esa minoría. «Me quedo en las Cortes solo como un hongo», ha dicho. A esto han venido a parar las esperanzas de hace un mes, cuando Maura me decía que vendrían a las Cortes ciento veinte diputados de la derecha, «porque hay en el país una gran reacción conservadora».

Creo que han traído dieciocho diputados.

25 de julio

La facundia ministerial continúa causando molestias y situaciones desagradables. Como Maura anunció a trompetazos la publicación del decreto excepcional en Defensa de la República, antes de saberse a fondo si convenía o no, y después se ha desistido de publicarlo, hoy dice el *ABC*, con apariencia de razón, que «nos lo hemos tragado» porque a Macià no le gustaba el decreto, dirigido contra los sindicatos.

Anoche, en un café, fueron detenidos por un capitán de la Guardia Civil el comandante Luis Burguete y otro militar, que hablaban mal de la Guardia Civil y del Gobierno. Conducidos a la Dirección General de Seguridad, y hecho el atestado, fueron puestos a disposición del juez de causas de la plaza. Me telefonea Galarza que esta mañana se le ha presentado el secretario del juez con la pretensión de que se rompa el atestado. Galarza se ha negado, es claro, y me lo comunica. Tendré que corregir al juez.

Larga carta confidencial de Ruiz Trillo al subsecretario, que este me traslada. Describe los sucesos, está muy satisfecho de lo del cañoneo, insiste en lo de la participación de los monárquicos, etcétera.

De esto último ya estamos enterados.

Anda en ello el general Franco. Se han hecho detenciones, y se busca al conde de Arcentales. Precisamente en el Consejo de anoche expuse la necesidad de organizar un servicio de información, para estar al tanto de lo que ocurre, porque la Policía no nos sirve, o por inepta o por desleal. Federico Berenguer se ha negado, según me dicen, a tomar parte en estos negocios, «porque me está agradecido».

Por la tarde salgo de paseo con Lola y Cipriano, y vamos a Navacerrada.

Llegamos ya casi anochecido. Allí me encuentro a Prieto y a Queipo de Llano, con sus familias. Regresamos a Madrid, y ya no vuelvo a salir.

Hoy me anuncian que la revolución en Portugal será mañana. La noticia viene de parte de Corteçao, que le ha dicho a Guzmán cuán agradecido me está. La otra noche me presentaron en la calle de Alcalá, un ex Presidente del Consejo de Portugal, que creo se llama Domínguez, no recuerdo bien. Estaba muy esperanzado.

26 de julio

Domingo campestre. Almorzamos Lola y yo solos en el hotel Victoria del Escorial. Visito mi jardín de los frailes, a pleno sol. Nadie, siempre en perfecta comunión con este lugar. La sinfonía es hoy grandiosa.

Vamos a La Herrería. En unos peñascales, más allá del Castañar, pasamos unas horas sentados a la sombra, con el panorama completo del Escorial a la vista.

Aplastamiento del paisaje inundado de sol. Silencio, qué silencio. La majestad de las cumbres en reposo. Un cielo azulino entre las ramas de un roble. Y nada más. Ni de ayer, ni de mañana. Siempre, y nunca. Oigo cada

quince minutos el reloj del monasterio que me contó muchas horas. El metal me suena muy bien: por esta sensación podría sacar un mundo de ellas.

El antiguo manantial de la tristeza parece cerrado. ¿Pero no hay una parte profunda en mi vida que se remueve a estos acordes? Como se removió hasta los poros cuando escribí *El jardín*[8]; o más bien, cuando para escribirlo lo resentí.

Considero cómo me he despegado de cuanto amaba en estos sitios, y ahora me creo incapaz de emocionarme con los valores que El Escorial representa; ni de polemizar sobre ellos. Me doy cuenta de que *somos* ya otra cosa, y que todo ello pasó, irrevocablemente. Es extraordinario que yo haya sido testigo, en mi vida interior, y actor (literario y político) de aquella ruptura.

Hay infinito número de gentes que no sabrán nunca lo que «eso» significa; no lo sabrán ni los que se han quedado del lado de allá, ni los que solo han conocido ni van a conocer más que el de acá de la ruptura.

Temo que la revolución cometa aquí algún vandalismo inconsciente; que me degraden El Escorial con miras culturales, o sanitarias, o… turísticas. El Escorial debiera conservarse tal como está, con frailes y todo; igual que se conserva un hermoso bosque, o se protege un paisaje. Cosa única, que bien valdría una excepción. Me horroriza pensar que esto pudiera verse en el estado en que se ve El Paular. La idea parecería seguramente descabellada y reaccionaria.

¡Cómo ha resucitado y se ha impuesto el monasterio al declinar la luz!

Hemos vuelto a Madrid a las diez y media.

27 de julio

En *El Sol* de ayer leo un artículo de Menéndez Pidal sobre los proyectos de estatutos autonómicos. Su criterio es unitario e historicista. Teme la dispersión. Argumenta con que Cataluña y Galicia nunca han sido independientes. Cita, en el modo de las revistas técnicas, lo que «ha notado A. Castro». Este A. es Américo. El artículo me parece embarullado, porque no va a la raíz de la cuestión, que es como debe atacarla un político: la existencia real (por mucho que contradiga a la historia) de una voluntad secesionista en varias regiones. Y esto no se resuelve con textos de Estrabón.

En el ministerio, preparo la reforma del depósito de la Guerra, y la combinación de altos cargos militares.

Recibo la visita del general Benito, que manda en Ceuta y viene a presentárseme. Larga conversación sobre asuntos de Marruecos. Está conforme con mis propósitos de repatriar tropas peninsulares. Las reducciones de servicios necesarias tropiezan allí, como era de suponer, con dificultades de carácter personal. No todos tienen mi desenvoltura.

El teniente coronel Puig viene a hablarme del propósito de formarle tribunal de honor que tienen Mangada y otros tenientes coroneles. Quieren impedir que vaya a ocupar el destino para que ha sido designado en Tánger. Me dice que han ido a pedir permiso al general Queipo para proceder y que el general los ha mandado a paseo.

También me visita el coronel de Seguridad, Bermúdez de Castro, que me hace muchas protestas de adhesión «porque estoy llamado a ser una figura», y me pide la Dirección General de Seguridad.

El capitán de complemento, Valles, a quien he dado de baja el viernes, por publicar en un periódico un artículo, que es reproducción exacta de sus declaraciones en el sumario por lo de Tablada, viene a quejárseme, y de paso a poner de oro y azul a los oficiales de aquella base. Le canto las cuarenta y se va.

Enrique Ramos viene a consultarme el proyecto de Estatuto para la Iglesia.

Por la tarde, todavía estoy en el Ministerio, con Pastor, ocupado en los proyectos de Aviación. Después voy al Congreso.

Innumerables votaciones. Discurso de Besteiro. Creo que no ha estado como pedía la ocasión. Frío, sin acentos; reanudar las Cortes, y Cortes republicanas, después de ocho años de dictadura, debiera haberle elevado. La primera parte del discurso ha sido la peor. Indalecio Prieto ha dicho en el banco azul, a media voz, «es un churro». Todos los ministros me parece que opinan lo mismo. En la segunda mitad, hablando de Iglesias y de Giner, ha estado mejor. El punto de vista económico, que sería a su juicio el más útil, ha merecido silenciosas muestras de aprobación del señor don José Ortega. Con el cual me he tropezado en los pasillos, ha venido a saludarme y hemos cambiado muchas cortesías. También he saludado en el salón a don Melquíades, con quien no hablaba hacía años. Está consumidito.

La proposición de Royo, para que se eligiera inmediatamente un Presidente de la República, ha concitado en contra la casi totalidad de las Cortes. Era una habilidad de los monárquicos, que ahora se llaman agrarios, para dejar al Gobierno reducido a la impotencia. Besteiro ha dirigido este incidente mal. El Presidente ha intervenido para rechazar la proposición de

Royo. Ha improvisado un discurso magnífico. El Congreso, puesto en pie, le ha aplaudido con entusiasmo.

Fernando de los Ríos es partidario de que se vote aparte, y antes de todo, el título de la Constitución relativa al Presidente. A mí esto me parece mal. Después de la sesión, y en vista de cómo ha rechazado el Congreso la proposición de Royo, me dice Ríos que, políticamente, su preferencia está también muerta.

28 de julio

El día ha sido completamente político. Por la mañana, Consejo en Hacienda. Lo más notable para mí ha sido la carta que nos ha leído Prieto, en respuesta a la que le ha escrito el doctor Madinaveitia. Este doctor anarquista, algo pedante y bastante soberbio, le ha escrito a Prieto una carta que no conozco, apelando a su honradez y rectitud para que se haga justicia en el hasta ahora dudoso caso de aplicación de la llamada «ley de fugas» en Sevilla. Prieto, que tiene algo de plebeyo, se ha impresionado mucho con la carta y le responde en términos excesivos. Lo notable de la respuesta es la reiteración de su hundimiento moral, a causa de las dificultades del mando y del fracaso en el Gobierno. «Reconozco que valgo mucho menos de lo que creía valer antes de ser ministro», viene a decir en la respuesta. Es de una ingenuidad aplastante. Y lo más lejano de un estadista. Recuerdo que hace años me decía Prieto que se creía con dotes sobradas para gobernar a España.

En la sesión de esta tarde ha estado muy feliz replicando al sinvergüenza de Barriobero, que ha hecho un discurso de «oposición moderada», como él dice, pero de un arcaísmo parlamentario lamentable. El Congreso se lo ha hecho notar a veces violentamente. Ha venido a las Cortes una especie de energúmeno, Ángel Samblancat, que se ha pasado la tarde vociferando y gesticulando. A Maura le ha dicho que era cómplice de los supuestos asesinatos de Sevilla, que él da por ciertos. Hemos tenido que sujetar a Maura que se lanzaba fuera del banco. Don Niceto ha estado bien en el discurso de resignación de poderes. Mi supuesto atacante, el general Fanjul, no ha dicho más que simplezas, entre el griterío de los diputados, y ni siquiera le he contestado.

Se ha acordado nombrar una comisión parlamentaria que vaya a Sevilla a investigar. Ya me figuré que este asunto daría que hacer. Con este motivo, algunos periódicos se alarman, temiendo que las Cortes puedan convertirse en convención. Este comodín circula bastante. No se discurre. Se vive de

reminiscencias, de lecturas, lo mismo quienes temen ese resultado que quienes sueñan con jugar a hacer el Danton.

29 de julio

La sesión de las Cortes ha tenido interés. El debate político ha ido a parar al conflicto existente entre la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo. Esta es una de las cuestiones más graves y más vivas. Así, en la discusión, ningún otro tema ha prendido hasta ahora, fuera de este, y con pretexto de examinar la conducta del Gobierno, quienes estaban frente a frente en el Congreso eran la UGT y la CNT. Las cuestiones que promueven los «agrarios» y demás monárquicos disfrazados no interesan.

La cuestión se complica en Cataluña, donde los amigos de Macià y la Izquierda Catalana en general se apoyan en la CNT y quieren un trato especial para ella. Maura ha estado muy hábil en la respuesta a Companys; poniéndolo en el trance de declarar o, que colaboraría la Izquierda en una política de respeto a la legislación social vigente, aunque no le guste a la CNT, o que aceptaría la responsabilidad de lo que ocurra a la economía catalana, si por el amparo que la Izquierda y la Generalidad prestan a la CNT, fuese imposible, como ya está siéndolo, imponer a la CNT la observancia de las leyes sociales.

Companys y un capitán Jiménez, abogado de los sindicalistas y granuja conocido, han descargado fuertes golpes contra Largo Caballero, acusándolo de favorecer desde el ministerio a la UGT. Largo se ha defendido muy bien. No han podido probarle nada. Jiménez ha sido «gritado» por el Congreso.

Manuel Cordero ha pronunciado al final de la sesión un gran discurso que no tenía más defecto que lo violento del ademán y lo estentóreo de la voz. Excelente de concepto, lleno de buen sentido político.

He estado en el Ateneo, con Amós y el secretario, a despachar asuntos y ver si tengo medios de continuar las obras comenzadas el año pasado.

Por el Congreso corre este chiste: La Alianza es el haz; el Partido socialista, la hoz, y el Partido Radical-Socialista, la hez.

30 de julio

Como hoy ha aparecido en el *Diario* la combinación de mandos militares, y el cese del general Fanjul en el cargo que tenía, este buen señor, que tan brillantemente interpeló al Gobierno en la sesión del otro día, ha ido a

moverle bronca al subsecretario, «porque no le ha defendido» ante el ministro y ni siquiera le ha avisado de su cese; dice que le ha despedido como a una criada, y que ahora me ajustará las cuentas, en el Congreso, atacando las reformas militares. Si alza la voz en las Cortes, tendré que darle un recorrido en serio.

Queipo está contentísimo con su nuevo cargo. Y el subsecretario se me deshace en cortesías, porque le he confirmado en el cargo.

La sesión de las Cortes ha sido muy impresionante, en su conclusión. Toda la primera parte, gastada en ventilar pequeñas rencillas de los vasco-navarros. Todo feo, y mal dicho. Me dicen que durante mi ausencia del salón ha hablado el excapitán Sediles, que, como fue condenado a muerte por lo de Jaca, se cree un grande hombre. Es un héroe de *El Heraldo*. Creo que no le han hecho caso.

Por último, ha hablado José Ortega. Pronuncia (no sé si recita) un bello discurso. Dice a las Cortes cómo deben ser y portarse. Nadie debe hacer aquí «ni el payaso, ni el tenor, ni el jabalí». Deplora la pequeñez de los temas tratados y lo rastrero de los puntos de vista; una anécdota policíaca y un incidente de las luchas sociales en una ciudad. Se lamenta de que las buenas cosas hechas por el Gobierno no se hayan tratado, por ejemplo, la reforma del ejército (la cubre de adjetivos, el menor de los cuales es el de «fabulosa»), y que no se haya tributado al ministro de la Guerra el aplauso que merece. Entonces, los diputados se ponen en pie y me hacen una ovación clamorosa. Bien: sin despegar los labios he tenido «un triunfo parlamentario».

El discurso ha impresionado al auditorio y ha puesto en tensión a las Cortes. Sin este discurso, la conclusión de un debate tan importante habría sido mezquina, como todo él.

La proposición de confianza en el Gobierno se ha votado por aclamación. Habíamos decidido retirarnos del salón, mientras se votaba, y habíamos empezado a hacerlo, creyendo que la votación sería nominal, pero no nos ha dado tiempo para salir. Ya estaban los demás ministros cerca de la puerta, y quedaba yo solo en la punta del banco azul cuando los aplausos nos han hecho volver. Gran ovación, puestos en pie los diputados. En la tribuna diplomática, el embajador de Francia se sonreía.

Don Niceto ha pronunciado un discurso, resumen del debate y de «acción de gracias». Ha estado bien, pero quizás un poco bajo de inspiración. Y la holgura del caudal verboso se hacía notar mucho, en relación con el contenido, quitándole precisión. Muchos aplausos. Besteiro propone que se levante la sesión, porque nuestra sensibilidad no toleraría ahora entregarse a

la elección de comisiones y otras prácticas de la mecánica parlamentaria. Con esto nos vamos.

Me acerco a Ortega, a felicitarle, y darle las gracias. «Ya sé que a usted los aplausos no le importan», me dice. Yo, creyendo que se refiere a sus palabras, le digo: «¿Cómo puede usted pensar eso?». «No, si digo los de la Cámara», replica. La conversación, difícil ya por la mucha gente que le rodea, se acaba ahí. Por lo visto, entre este hombre y yo, toda cordialidad es imposible.

31 de julio

Toda la mañana en Consejo de ministros. Se discute la forma de plantear en las Cortes la revisión de los contratos escandalosos de la dictadura: Telefónica, Alberche, etcétera.

Se desecha la idea de pedir una autorización.

Fernando de los Ríos nos informa de sus planes en la cuestión de la Iglesia. Lo que prepara es un proyecto de separación, con un período transitorio, para la supresión del presupuesto de culto y clero. En cuanto a las órdenes religiosas, es contrario a la expulsión, incluso a la de los jesuitas. «Hace un mes o mes y medio —dice—, pudo haber un motivo político para expulsarlos; pero ya no lo hay». Piensa hacer un estatuto sometiendo a las órdenes religiosas a una estrecha inspección del Estado, obligándolas a presentar relaciones de bienes, etcétera, etcétera.

En los días de la quema de conventos, Fernando de los Ríos instaba que se expulsara a los jesuitas. El Consejo llegó a acordar la expulsión y se demoró unos días para que, practicándose algunas averiguaciones, se encontrara algún hecho demostrativo de sus ingerencias en la política. Pasaron algunos días y ni la información llegaba ni hablaba nadie de la expulsión. Resucité yo el asunto, y casi todos me apoyaron. Maura dijo que no se averiguaba nada. Yo insistí, haciendo ver al Consejo cuál sería la situación del Gobierno si nuevos asaltos a los conventos nos forzaban a la expulsión porque la impusieran los alborotos. Maura dijo que ya no quedaban jesuitas en casi ninguna parte de España, que se habían concentrado todos en Loyola, y que se disponían a pasar la frontera. Dio a entender que una negociación oficiosa había conseguido, o iba a conseguir, el mismo resultado que la expulsión. El asunto no quedó aquí todavía. Marcelino Domingo me dijo una tarde, antes de empezar el Consejo, que insistiese de nuevo. También Albornoz me secundaba cada vez que ponía yo el tema a discusión. Pero era clarísimo que

se iban enfriando todos, que el Presidente, decidido en un principio, y Maura daban largas; el propósito, que fue firme 24 horas, se desvaneció por consunción. Ahora, Fernando de los Ríos busca caminos jurídicos…

El duque del Infantado ha ido a pedirme las rectificaciones del decreto que suprimió las órdenes militares. Quiere que se les permita rehacerse como asociaciones de derecho común, «sin nada de real ni de militar», según se les ha permitido a las maestranzas. Les voy a complacer, para que sigan ejerciendo el patronato de unas fundaciones que tienen a su cargo. Pero no va a gustarles nada que les ponga bajo la dependencia del ministerio de la Gobernación, como asociaciones de beneficencia.

Casi toda la tarde en el ministerio, y buen rato con el comandante Pastor, que me trae asuntos de Aviación, muy enredosos y fastidiosos. Paso un momento por el Congreso. Ya se ha terminado la sesión, sin importancia, y me vuelvo a casa.

Visita del rústico estadista de Valdeverdeja, Alberto Moreno. Es un personaje de novela de Cervantes. Me gusta hablar con él, o más bien oírle hablar; desde hace quince años le conozco. Ya va para viejo. Su parla es fluida, concreta, llena de experiencia y de buen sentido. Socialista. Muy influyente no solo en la «sociedad», sino en todo el pueblo. Hoy me explicaba las cosas que se le han «pasado por la imaginación» mucho antes de que viniera la República. «¿Por qué ha de ser individual la propiedad de la tierra, si es un cuerpo que no ha creado el hombre?». Describe la diferencia entre el egoísmo con que se nace y el que se adquiere por el afán de las pesetas. Para Alberto Moreno el hombre es lo más hermoso de la naturaleza. Después me da una conferencia sobre la distribución de tierras en proyecto y, naturalmente, sabe más del asunto que Fernando de los Ríos.

¡Cómo hablan los ministros! Tener en el Consejo a Prieto (y a otros) es como si el Gobierno deliberase delante de los reporteros. Por otra parte, Prieto, convencido de su incapacidad para la cartera de Hacienda, resultante de su absoluta falta de preparación, no hace más que vocearlo a diestro y siniestro, como si pretendiera excusarse a fuerza de sinceridad. Esto del Consejo de los técnicos, y el mar de confusiones en que está sumido, es deplorable. No se puede hablar con más ligereza[9].

1 de agosto

Desde que Ortega ha desatado sobre mí la catarata de sus elogios y desde que las Cortes me han hecho la ya sabida demostración, los periódicos que más fríos se me mostraron siempre no saben ahora dónde ponerme. Ejemplo: *La Voz*, que en otros tiempos ni siquiera estampaba mi nombre, sale diciendo que van a rendir un homenaje a «mi figura». Y a continuación publica mi figura, que tal como me ha *sacado* el dibujante, da lástima. Espero que eso del homenaje nacional no cunda; tendría que oponerme y no sé cómo lo haría para no parecer descortés. Si ahora se pone de moda alabar al adusto señor Azaña, ¡me he divertido! Claro está que los amigos personales de Ortega han perdido los estribos en punto a adulación. Heliófilo publica un suelto en *Crisol* muy repugnante. No sé por qué Ortega consiente estas cosas. En el antiguo *Sol*, también consentía que lo adulase bajamente Aznar, que le llamaba «maestro». ¿Cómo podría haber sido Ortega maestro de Aznar[10]?

2 de agosto

Hoy publica *El Liberal* otro larguísimo artículo poniéndome en las nubes. Y *El Heraldo* de anoche insiste en lo del homenaje. Concluirían por echarme a perder, si yo no fuese naturalmente impermeable a estas cosas. Al parecer, soy el hombre más popular de la República. Lo comprobé en la campaña electoral. Hasta en las pequeñas aldeas que visité, la gente parecía entusiasmada, y todos repetían lo mismo. (Luego dirá Ortega que el *país* no se ha enterado de lo que he hecho). Hoy, en El Escorial, me han abordado personas desconocidas para estrecharme la mano. Y en Navacerrada, un excursionista montés se ha acercado a la mesa donde merendaba con los Giral y me ha soltado un discurso. No puedo ir a pie a ninguna parte. Pero yo no siento con todo esto, no ya embriaguez, ni siquiera gusto. Estoy absolutamente inhibido. No me penetra la popularidad ni el aplauso. Necesito ponerme a reflexionar, a establecer mediciones y comparaciones, si quiero percatarme de la importancia de lo que ocurre, y de la importancia que me dan. De ningún modo *me siento* hombre importante y admirado. Y además, no me importa a mí. Estoy tan habituado a vivir para mis adentros toda mi vida, que esto de ser la *vedette*, parece que no va conmigo. Por fortuna, aborrecida siempre toda representación, mi sencillez no corre peligro alguno, ni mi naturalidad. Como no sea que a fuerza de tiempo, si el buen viento dura, concluya por marearme. Esperemos que no ocurra así, y que continúe tan aprendiz como siempre.

En El Escorial, adonde me fui anoche con Lola, he pasado muy bien el tiempo. Hacía fresco; la luz, templada por nubarrones. Estuve por la mañana en la basílica, solo. Cantaban la misa mayor. ¡Cuántos recuerdos!, treinta y tres años han pasado. ¡Qué de cosas adquirí y perdí aquí! Alcalá y El Escorial: he aquí las raíces primeras de mi sensibilidad, como París fue más tarde la escuela donde se afinó. Es extraordinario lo poco que le debo a Madrid, como no sea mi reacción, es decir, el ejercicio de mi espíritu de oposición. Jamás he asentido en Madrid, ni por las letras ni por la política. Con estas canciones de coro, mi alma adolescente subía en otro tiempo al cielo. El colegial ya no existe, y ellos siguen cantando lo mismo. ¿Para quién? Nadie lo ha exprimido como yo.

Estoy un rato con Lola en las salas capitulares. El prodigioso San Mauricio, que me inspiró una página del *Jardín*. Se me ocurre después ir a «la universidad», es decir, al ex Real Colegio de Estudios Superiores de María Cristina, a visitar al padre Montes. Este fraile fue mi profesor de derecho romano en… ¡1894! Me quería entrañablemente. Le vi por última vez hace unos veinticinco años. Cuando subí al Gobierno, recibí una carta de felicitación, firmada Jerónimo Montes, sin lugar ni fecha y sin la indicación P., que los agustinos suelen poner como antefirma. Además, me trataba de vuestra excelencia; no acabé de creer que fuese de mi antiguo amigo. El cual padre Montes, es el padre Mariano que interviene en el último capítulo del *Jardín*, y el coloquio reproduce algunas de las frases que cambiamos la última vez que le vi, precisamente en la Galería de Convalecientes, como allí digo. He sentido hoy la curiosidad de ir a visitarlo. Me habían dicho que estaba muy viejo y acabado, y como si dieran a entender que tenía la cabeza perdida. He llegado a la Universidad, con Lola; pregunto al portero: «¿El padre Montes?». «Le avisaré. ¿Quién le digo?». «Un antiguo discípulo». «Querrá saber el nombre». «¡Azaña!». «¡Ah!, voy en seguida». Entramos en la sala de visitas, que está como estaba, salvo que han puesto algunos cuadros. En el fondo, bajo un dosel, conservan una fotografía de la reina Cristina. Llega el padre Montes. Le habría reconocido al punto. Está igual, solo que amenguado, canoso y terroso. Pero las facciones no han cambiado ni sus movimientos suaves de gatito. Me abraza, se le saltan las lágrimas. Sentados, me da palmaditas. «¡Cuánto me gusta verte!», dice. Habla de su carta; le explico por qué dudé de que fuese suya y que no tenía data, ni lugar. «Como el papel tiene membrete, no me atreví a escribir a un ministro de la República con el encabezamiento de la corona real». Esto me hace conocer que tiene la cabeza un poco débil. Le alabo su buen aspecto. Se queja

de debilidad nerviosa. Ya no enseña. «Aquí estoy esperando a salir de la escuela». Con esto quiere decir, aludiendo a un cuentecillo que no acierta a referirme, que está esperando a morirse. Conferimos nuestros pequeños recuerdos, el pobre está muy contento y emocionado. Le pregunto por los frailes de *nuestro tiempo*. «Aquí están el padre Isidoro, que es rector, y el padre Norberto. Se alegrarían de verte. También está el padre Serra, pero vive en el monasterio». Después de esto, quién se niega a verlos. Mientras llegan, el padre Montes me convida a comer. «Has de venir un día que haya pichones. El domingo que viene, y habrá pichones», repite, con fruición. En estas, llega el padre Isidoro, que era *inspector*, es decir, lo más humilde, cuando yo era estudiante. No recuerdo si le miento o le aludo en *El jardín*. Nunca me fue simpático. A menudo ampuloso, aguileño, un poco taimado, y con pretensiones de rapaz. Le di mucha guerra. Y una vez que volví al colegio, pocos años después de marcharme de él, a la consagración del padre Valdés como obispo, creo recordar que le dije algunas insolencias risueñas. El padre Isidoro está muy amable conmigo. A las pocas palabras, me dice: «Tengo que darle a usted una explicación, Azaña. Ramón Cordero (un antiguo compañero del colegio), me dijo que estaba usted molesto conmigo, porque fue usted a visitarme en Portugalete y usted creyó que me había negado a recibirle…». «Ni yo he visto a Ramón Cordero desde que salí de aquí, ni he sabido nunca que usted haya estado en Portugalete», le replico, como es verdad. (No añado más, aunque pudiera, por no ser descortés). Al poco rato, me convida a comer. «Ya le he dicho que venga un día que haya pichones», interrumpe el padre Montes. Isidoro interrumpe a su vez, como si se percatase de un desvarío del otro fraile.

Salimos al patio central, para que vea el jardín que han formado en él. Allí nos alcanza el padre Norberto. Este padre, que se apellida Vicioso, es el padre V., de quien hablo con alguna violencia en *El jardín de los frailes*. Si me ha leído, me querrá poco. Estaba de rector del Colegio de Agustinos en Málaga, quemado en el mes de mayo último. Me cuenta a qué circunstancias debió el escapar con vida, y por qué no hubo víctimas entre los niños acogidos en el establecimiento. Se lamenta de las desgracias y pérdidas, sobre todo del incendio del *Cristo* de Mena. «Si llega a perecer alguien, te crucifico», me dice, sonriendo. «A los redentores crucifican, a mí no, que no soy redentor», le respondo. Hablamos todavía otro rato, y el padre Norberto se despide.

Con Isidoro y Montes pasamos a la Galería de Convalecientes, para que Lola la conozca. Isidoro le dice a Lola, lo mucho que el padre Montes me ha

querido siempre, no menos que el padre Valdés. «Cuando leí en *El jardín de los frailes* —dice el padre Isidoro— la escena con el padre Valdés, después de comulgar, me conmoví». (¡Hola!, digo entre mí, lo habéis leído). En la Galería, que está hermosísima, exclamo, al entrar: «Este olor de los bojes me restituye al tiempo pasado». «Es verdad —dice el padre Montes—, los olores nos reponen en las cosas que fueron». Allí hablamos un poco de política. El padre Isidoro me pregunta un tanto angustiado, qué va a ser de ellos, porque nada de lo que hay allí les pertenece, todo es del Patrimonio y no sabe cuál podrá ser el mañana inmediato. Respondo que tampoco lo sé yo, y que las Cortes lo resolverán, pero le aseguro que por mi gusto, El Escorial permanecería tal como está.

—¿Y los colegios?

—No sé.

—¿Quitarán la libertad de enseñanza?

—Me parece probable.

El padre Montes asegura que eso sería ir contra lo que en toda Europa se hace y se consiente, y empiezan, o quieren empezar a ponerme ejemplos.

—Si quitan la libertad de enseñanza —dice Isidoro—, habrá que cerrar los colegios, y será un fastidio.

Después se muestra conforme con que para enseñar se exija título, y le parece muy razonable que el vestir un hábito o una sotana no sea bastante para enseñar. (Lo mismo decían el siglo pasado).

Isidoro cree que los más terribles son los radicales-socialistas, y que el «más exagerado» (¡oh!, ¡cuánto eufemismo, en consideración al ministro de la Guerra!) es Domingo.

Volviendo a la cuestión de las órdenes, les digo que los agustinos quizá corren menos peligros que otros, por ejemplo, que los jesuitas.

—Somos más liberales.

—No es por eso. La gente cree que se conducen ustedes de otra manera.

Yo no quiero asustarlos; me dan lástima y no he venido a decirles exabruptos.

Respecto de El Escorial, y de la conveniencia de que los agustinos continúen encargados de su custodia, el padre Montes aduce dos argumentos bien distintos: el uno es que la biblioteca, magnífica, sirve a la cultura universal; el otro, que cuando ellos se hicieron cargo de El Escorial, había cerdos en el monasterio.

Cuando vamos en busca de la salida, me habla de mi gestión ministerial, que aplaude. Era necesario, dicen los dos, y el padre Isidoro añade que ha

discutido el caso con el coronel de Carabineros, el cual argüía a la defensa que Isidoro se atribuye: «Defienden ustedes al discípulo».

Cuando entramos en la Galería de Convalecientes, el padre Isidoro exclamó, con acento ponderativo: «¡El jardín de los frailes, el jardín de los frailes!», mirándome con aire de inteligencia. Esta, y la del padre Valdés, son las únicas alusiones que han hecho a mi libro.

También el padre Isidoro me ha dicho que conocía mi libro sobre la política militar francesa, porque se lo dio o se lo mostró un abate francés amigo suyo.

Antes de separarnos, insisten en el convite, el padre Montes en lo de los pichones, quedamos en que probablemente vendré el domingo próximo, y entregándole el portero a Lola un ramito de flores, nos vamos, no sin que el padre Montes me haya dado algunos cachetitos, arrasándosele los ojos de lágrimas.

Me ha hecho una extraña impresión ver ante mí, vivos, a los personajes auténticos de mi novela, que en mi existencia estaban desde tanto tiempo muertos. Parecen resucitados de otra vida. Toda una historia espesa de por medio, olvido, hacerse uno otro hombre, y aquí los encuentro, conservados como el día que los dejé.

El encuentro con el padre Montes me ha satisfecho, y estoy contento de haberle alegrado una hora. No así el encuentro con los otros dos. El uno no es más que una sombra afectuosa. Los otros, fuertes aún, están en plena actividad y perpetúan cuanto me pareció insoportable en su juventud. El picajoso y suspicaz Isidoro, el brutote Norberto no pueden tener conmigo ninguna comunicación agradable, ninguna expansión real. Y este desagrado ha ido acentuándose a medida que transcurren las horas. Antes de salir del Escorial, le digo a Lola, que de ninguna manera iré a comer el domingo con los frailucos. Lo siento por el padre Montes, pero le enviaré unas líneas cariñosas, aplazándolo para otra vez, y se quedará contento. ¡Pobre fraile! ¡Cómo recordaba mis *triunfos* de colegial! Si quieren *estar amigos* de un ministro de la República, «que tanto puede hacer por ellos», dice Isidoro, a mí no me agrada.

Isidoro me ha dicho que oyó por la radio mi discurso del hotel Nacional.

Y, ¡basta de frailes!

Hemos ido a merendar en Navacerrada con los Giral. La mujer de Giral no ha visto el monasterio. Es probable que tampoco lo haya visto su hijo mayor, que viene de pasar unos meses en Alemania, estudiando química, y que es partidario de suprimir el ejército, adonde le toca ir a servir ahora; le

interesa más la química. «Si una nación nos invadiera —dice—, nos defenderían *con piedras*». Esta joven generación está poco instruida. Pero los Giral son muy simpáticos y él es un gran amigo mío.

En Navacerrada nos hemos encontrado a última hora con Queipo *and family*. También han pasado por allí José Bergamín y el querubín García Valdecasas.

Hace frío. Nostalgia de una chimenea cargada de leños.

He dejado a los Giral en su casa. Cena en El Escorial, y regreso a Madrid.

4 de agosto

Se cometió la ligereza de aceptar el proyecto de fiestas, ideado en San Sebastián, para conmemoración del pacto político del año pasado. En el Consejo en que se acordó el viaje del Gobierno a Bilbao y San Sebastián, yo no estuve presente; de estar, me habría opuesto al programa. No creo que el Gobierno deba prestarse a ser un número de feria ni a servir para atracción de forasteros. Todo lo proyectado tenía un aire de bullanga, de inspiración reporteril. A Prieto le parecía bien, repitiendo lo que su experiencia de antiguo «comparsa de teatro» le aconseja en cuanto a los efectos teatrales… Como estaba mal pensado, no podía salir airosamente el Gobierno de este paso. La discreción estaba en no meterse en él. Ayer han comenzado a protestar en San Sebastián, porque también se hacían festejos en Bilbao, y «se le quitaban» a San Sebastián. El alcalde ha dicho una grosería al Gobierno. En el Consejo de esta mañana se ha tratado del asunto. Yo he dicho mi opinión, contraria al viaje desde un principio, y decidida porque se suspenda en definitiva, advirtiendo que yo de todos modos no iría.

Han opinado por suspenderlo el mismo Prieto y otros. El Presidente y Lerroux querían suspenderlo, pero no publicar el acuerdo, suponiendo que todo podría arreglarse. He insistido en que el Gobierno no podía ser tratado como una compañía de cómicos contratada, y que si demorábamos el acuerdo o la publicación, las groserías irían creciendo, y al fin tendríamos que adoptarlo menos libremente. Por fin se acordó la supresión del viaje, diciéndolo en seguida. Aún el Presidente añadía: «Creo que todavía iremos a San Sebastián».

Cosas más importantes han ocupado después al Consejo. Todos los informes coinciden en que se reproducirán en Sevilla los motines sindicalistas y anarquistas. Según Martínez Barrio, la diferencia está en apreciar la inminencia del estallido. Maura opina lo mismo, y añade que *la fuerza*

pública flaquea y está amedrentada por el exceso de celo de la Comisión parlamentaria que investiga los orígenes de la pasada revuelta. Según Maura, la Comisión se extralimita, las autoridades están achicadas, no se atreven a hacer nada, y hasta suspenden o revocan órdenes cuando la Comisión les pide explicaciones sobre ellas. Parece que ante la Comisión no han declarado hasta ahora más que los sindicalistas. Antonio Jaén, que la preside y es algo loquinario, como se probó en los motines de Málaga, en mayo, arenga a los sindicalistas, les promete «la justicia social» en nombre de las Constituyentes, etcétera, etcétera. Han mandado desenterrar los cadáveres de los cuatro que murieron en la plaza de España, para averiguar cómo fueron las heridas. Según se dice, no se descubre nada hasta ahora respecto de la supuesta aplicación de la ley de fugas.

Martínez Barrio asegura que todo lo que ocurre en Sevilla podría prevenirse si hubiera policía. Pero no la hay. Es gente inepta o pasiva y algunos vendidos a los sindicatos. Esto último lo confirma Maura. Es inútil aumentar allí el número de agentes, que no se enteran o no quieren enterarse de nada. Los sindicatos los tienen fichados y no pueden mezclarse en los medios sindicalistas para informarse. Martínez Barrio insiste en que se manden a Sevilla tres o cuatro policías, desconocidos en el país, y que sin aparecer por las comisarías ni presentarse a las autoridades, etcétera, hagan el espionaje. Al final del Consejo, Galarza da los nombres de los cuatro comisarios que pueden ir.

También había propuesto Martínez Barrio hace tiempo que se organizase en Sevilla una guardia cívica, formada con socialistas y republicanos, que sea la encargada de sujetar a los sindicalistas y sostener el primer choque en caso de motín. Maura y el Presidente se resistían, por lo peligroso que es «armar a las masas». Yo les he preguntado que a qué llaman *masas;* que armar a cuatrocientos o quinientos afiliados a los partidos, gente de confianza, no ofrece peligro, y que en todas partes donde lo hemos ensayado, la guardia cívica ha dado buen resultado. Discutido mucho el caso, prevaleció el propósito de crear la guardia cívica.

Se examina detenidamente los indicios de una acción catalanista, por medio de los sindicatos, en el origen de los sucesos de Sevilla. Los periódicos de hoy reproducen una información del de Córdoba, *Política*, en la que se atribuye lo ocurrido en Sevilla a una confabulación de Macià y Pestaña. La información no tiene base sólida y no convence. Los ministros enterados de ciertos antecedentes aseguran que Sevilla es, desde hace muchos años, una reproducción en pequeño de la situación social de Barcelona y de sus

agitaciones, y que los agentes catalanes revolucionarios han trabajado siempre con predilección en Sevilla.

Más puntual es la información que envía al ministro de la Gobernación, Arturo Menéndez, jefe de Policía en Barcelona. Arturo Menéndez es el capitán que me acompañó a tomar posesión del Ministerio de la Guerra, el 14 de abril; hermano de mi ayudante del mismo apellido.

Según Menéndez, Macià escribió a un fabricante de Tarrasa, amigo suyo, rogándole que recibiera en depósito una caja que, por no tener Macià casa puesta en Barcelona, y carecer de persona de más confianza, no sabía a quién confiar. La caja fue enviada al fabricante.

Resultó ser un bulto de más de una tonelada de peso, que hubo de ser descargado con la grúa de la fábrica. Admirado del envío, el fabricante abrió la caja, que apareció llena de fusiles máuser. Temeroso, el fabricante escribió a Macià, diciéndole que por equivocación habían abierto la caja, y que como podía comprometerle el depósito, le suplicaba que se lo llevasen. Macià ha contestado que no tuviera miedo, que no era posible llevárselo a otra parte, y que depósitos iguales había constituido en diversas localidades de Cataluña.

Se recuerda, a propósito de ello, los anuncios que hizo Macià sobre el armamento de Cataluña.

A Menéndez se le encarga que con el mayor sigilo procure seguir la pista del asunto, y apoderarse de la caja, que sería un gran golpe. A Maura se le dice y aconseja, no sin motivo, que la cuestión se lleve muy discretamente, sin producir alarmas. A Nicolau no se le encarga nada. Pero ¿en qué relación estarían los hombres de su partido con Macià, si se produjera una situación de fuerza?

Una nota desagradable en el estado de la negociación comercial con Francia, que pretende acogotarnos. El Consejo se muestra decidido a afrontar la ruptura de relaciones comerciales y la guerra de tarifas, a sabiendas de sus consecuencias, para no aceptar una solución impuesta por Francia, que además de ser perjudicial, dejaría al Gobierno sin autoridad para todos los tratos de ese género.

Doy lectura a una memoria sobre la disolución de la Aviación militar, que tal vez sea la única solución del conflicto pendiente y la única cortapisa a las pretensiones de los aviadores.

Por la tarde, he recibido en el ministerio al teniente coronel Camacho, que era jefe de la base de Tablada, cuando la supuesta o real conjura revolucionaria de Franco, y a quien Sanjurjo destituyó. Camacho, andaluz, hijo de un jefe de Infantería ya muerto, que fue compañero de juergas y

francachelas de Sanjurjo, ha sido en otro tiempo muy protegido de este general, que le dio, o le regaló, dos ascensos. Sin eso, Camacho sería capitán.

Se explica con calor y simpatía. Me cuenta todas las cosas buenas que hizo en la base para restaurar la disciplina y los hábitos de trabajo, relata a su modo las visitas de Franco, etcétera. Asegura que es inocente, y que el haberlo procesado «por indicios de negligencia», es una iniquidad.

¿Tiene razón? Quién sabe. Pero repasando en frío sus explicaciones, me dejan una impresión de inconsistencia y levedad.

Una cosa me ha dicho Camacho, *ex abundantia cordis*, que demuestra el estado de la Aviación y la crisis de su disciplina.

Cuando las idas y venidas de Franco a Sevilla, Camacho, no recuerdo por qué incidente, reunió a los capitanes de la base y les dijo que si no les parecía bien su conducta, pediría un permiso, y que se encargase otro del mando; los capitanes dijeron que estaban conformes con su proceder y que *tenía toda su confianza*. Que los subordinados otorguen actas de confianza al superior es peregrino.

Una de las causas que contribuyen a esta situación es la camaradería entre los jefes y oficiales. Todos son jóvenes y compañeros, muchos de las mismas promociones, y no se tienen respeto.

Camacho me expone también su pleito personal en cuanto al proyectado escalafón. Que le saltan otros más modernos, que nadie ha volado tanto, etcétera, etcétera. Se me figura que esto le interesa sobremanera.

He ido a las Cortes. Sesión insignificante. Estoy un rato en el salón, porque está más fresco que los pasillos. Se aprueba «por aclamación» la propuesta que por la mañana hemos firmado los ministros: que se graben los nombres de Galán y García Hernández en el salón de sesiones.

Salgo del banco azul, y en recorrer los pocos metros que me separan del pasillo tardo hora y media: tal es el acoso de los diputados, que vienen a pedirme cosas, las más de ellas tonterías. Tengo que «regañar» a uno. El capitán Romero, diputado de mi partido, me pregunta qué pienso hacer con la solicitud de retiro de Franco. Le respondo que concedérsela. Insiste en saber si no habría benevolencia para los que se arrepienten de haberlo pedido; le respondo que no. Se refiere al comandante Ortiz, «una fierecilla», muy secuaz de Franco.

Romero me dice que Franco está muy frío con él; «sin duda», añade Romero, «porque contra lo que Franco creía, no hago todo lo que a él se le antoja y no voy por donde él quiere».

Franco hace en las Cortes un triste papel. Está solo en su banco, y cuando más le rodean pájaros como Sediles, Jiménez y Samblancat. Nadie le hace caso. La caída de este tipo, en cuanto ha abierto la boca en las Cortes, ha sido tan definitiva como yo lo esperaba. Siempre aconsejé a Maura que le protegiese para sacarlo diputado, y al mismo Franco le recomendé que viese a Maura. No se vieron, con lo cual mi primer propósito, que era evitar que Franco cayese en los partidos extremistas, no se logró. Pero en uno o en otro partido, la anulación del glorioso comandante en el Congreso era fatal.

El auditor de Sevilla pide ahora su procesamiento y vendrá a las Cortes el suplicatorio.

Después de la sesión voy al despacho de ministros que está solo. Detrás de mí, llega Fernando de los Ríos. La conversación empieza con un «¿qué hay?». Ríos me dice que tenía gana de hablar conmigo. «Nosotros, los profesores, propendemos sin querer a la pedantería, y esto es muy ridículo, y yo lo deploro», añade, riéndose con una risa angelical que se le desparrama por las barbas, cubriéndolas de miel. «Estoy seguro de que, situando las cuestiones en un terreno objetivo y científico —prosigue—, nos entenderemos en seguida».

Ríos está hoy muy mal impresionado, tal vez las conversaciones del Consejo, esta mañana, le han puesto así. Es un hecho evidente que las reuniones del Consejo nos deprimen; yo, cuando estoy solo con mis asuntos, sin hablar con los ministros, a quienes solo veo en los Consejos, me encuentro tranquilo y bastante despreocupado.

Tengo una seguridad que, probablemente, carece de fundamento racional y proviene de mi indolencia.

Ríos se preocupa de la situación económica, que es muy negra. Falta la confianza. El capital, con razón o sin ella, está alarmado. Del Banco Hispano Americano se han retirado cuatrocientos millones de pesetas y se retiran cada semana treinta y cuatro millones. Si el Hispano se *sienta*, el Banco de España caerá después. La Bolsa está, aunque en baja, sostenida artificialmente: si no fuera por eso, el interior se cotizaría a veinte. Cree, o sabe Ríos, que esta situación no puede durar hasta más allá de noviembre. Entonces, si no se consigue rehacer la confianza, se producirá la catástrofe.

Quedamos conformes en que nos falta una política económica y financiera. Yo me aventuro a decir que Prieto ha hecho mal en empeñarse en atacar principal y exclusivamente el problema del cambio, que depende de causas que no se han tocado. Ríos asiente. Y se lamenta de las ligerezas de Prieto, arremetiendo contra la técnica y los técnicos, siendo así que la

República debiera ya de haberse preocupado de incorporar la ciencia a la política.

Ríos cree que debe invitarse al capital a que colabore en la transformación de la economía, y darle medios para ello. Ha requerido a Nicolau para que sin pérdida de tiempo organice un verdadero Consejo Nacional de Economía, con las representaciones que debe tener, no como los antiguos organismos de esta clase.

Le hablo del presupuesto, cuya urgencia y gravedad me parecen, por el momento en que estamos, mayores que los de la Constitución.

Ríos me dice que en uno de los últimos Consejos (por lo visto, no estando yo) propuso que en Hacienda vayan ocupándose del presupuesto, porque el Gobierno no puede mantener el régimen que estaba en vigor sobre esta materia.

Después hablamos del porvenir político. Ríos parte del supuesto de que el Partido Socialista no continuará gobernando después de votada la Constitución. (Antes me ha dicho que al venir la República, el Gobierno debió decretar un aumento del 25 por 100 en las contribuciones, lo que nos hubiera despejado la situación de la Hacienda).

No gobernando los socialistas, el llamado a formar gobierno sería Lerroux. Se lamenta de la ligereza de Prieto, poniendo el veto a Lerroux. Si los socialistas no quieren o no pueden gobernar, deben dejar que gobiernen otros para que dure la República.

Le hago notar que la Alianza Republicana, aun con la colaboración de mi partido, no tendría votos bastantes, porque los radicales-socialistas no entrarán en una combinación presidida por Lerroux. Ríos cree que se nos sumarán otros. «La Alianza —dice Ríos— es ahora una organización bicéfala: usted y Lerroux». De momento, no ve más que la solución Lerroux, y dejarle que se gaste. «Usted —añade— es la única esperanza en el campo republicano». De estos otros amigos, los radicales-socialistas, no se puede esperar nada: con dos representantes en el Gobierno (Albornoz y Domingo), son dos bellísimas personas, pero no sirven para nada. «Albornoz —prosigue Ríos— no está en el mundo, no se entera de nada. En cuanto Domingo no tiene la menor idea del problema de la instrucción pública en España». (En esto íbamos cuando Albornoz cruza, impávido como una sombra, el despacho).

A poco, entra Indalecio Prieto, redondo, vagarosas las pupilas. «¿Secreteo?», pregunta.

—No —le responde Fernando—, estamos esperando un refresco.

—Se puede esperar un refresco, y secretear.

—Hablamos del futuro Gobierno.

—El futuro Gobierno tiene que presidirlo usted —me dice Prieto.

La conversación vuelve al tema de antes.

Prieto dice que como soy el ministro que ha tenido mejor fortuna, debo presidir el Gobierno que suceda al actual.

Contesto que desde el 14 de abril, las pocas veces que he parado la atención en este asunto, preveía como cosa natural un nuevo Ministerio de coalición, con socialistas y republicanos de izquierda. En este Ministerio, sería yo con gusto hasta portero de cualquier cosa. Pero que comprendo las ventajas para el Partido Socialista y para la República, que resultarían de retirarse los socialistas del poder, retirada que viene casi impuesta por la situación social, por la guerra civil de la Unión y la Confederación. (Me callo una cosa: que si alguno de los tres ministros socialistas hubiese realizado una obra plenamente acertada y popular, su retirada del Gobierno no solo no sería necesaria, sino que sería imposible).

Apartados los socialistas del poder, es inevitable un Gobierno Lerroux.

Fernando insiste en que Prieto ha hecho mal poniéndole un veto.

—En eso he de insistir con todas las fuerzas de mi alma —replica Prieto.

—Lerroux no es hombre para dejarse anular —le digo.

Prieto presenta el panorama de las inmoralidades que acompañarían a un Gobierno Lerroux. Asegura que Lerroux le es simpático en el fondo, porque es un tipo de aventurero muy español; pero que no es dueño de la gente que le rodea. Y calentándose un poco, agrega: «y para qué disimular, él mismo no se pararía en barras. Hace una vida fastuosa (no empleó esta palabra, pero no la recuerdo), necesita dinero, y lo sacará de donde pueda. Los chanchullos de la monarquía serían, por comparación, cosa de querubines».

—Los demás republicanos —digo—, no contando con la colaboración de ustedes, no podemos tener mayoría sin Lerroux. Quizá ni estando él.

—Lerroux podría estar en el Gobierno, aunque no lo presidiera —opina Prieto.

—No lo creo posible.

—MacDonald gobierna sin mayoría —dice Ríos.

—Pero aquí no hay la experiencia ni la disciplina de los partidos ingleses.

—Es preciso inculcárselas —responde Ríos.

Prieto habla de una política de apoyo. Tengo la impresión, en este momento, de que la no colaboración de los socialistas en el futuro Gobierno no es cosa decidida, o por lo menos, no es decisión irrevocable. Tocado este

punto, Prieto dice que Besteiro debe de estar ahora satisfecho en su vanidad. «Es un vanidoso con un *stock* inagotable. Y, después de haber hecho hasta última hora todo lo posible por torpedear el movimiento revolucionario, el cargo de Presidente de las Cortes le tiene muy contento». Deduzco que Besteiro es el más opuesto a la continuación de los socialistas en el Gobierno, y que Prieto espera que flaquee, por el motivo que ha dicho.

—Usted puede hacer mucho —me dice Fernando.

—Lo que yo pienso hacer, si Lerroux es llamado a formar Gobierno, y quiere contar, como es natural, conmigo y mi partido, es oponerme a que forme un Gobierno de lerrouxistas. En eso no entro, aunque me dijeran que iba a caer la República. Porque no quiero desacreditarme por acciones ajenas. Y entonces, con solo sus radicales, no podría formar Ministerio.

—Un Gobierno —dice Fernando— controlado por cuatro ministros de Acción Republicana, en Hacienda, Justicia, Instrucción y Guerra, ya sería mucho.

—Pero le dejan ustedes Fomento —replica Prieto— y sería temible.

—Como es listo —opino yo— quizá se le ocurra contar, además de con Acción Republicana, con alguno de estos intelectuales que Prieto llama la masa encefálica.

—Sí, eso tendría mucha fuerza, si fuese posible contar con Ortega y Sánchez Román.

Prieto opina que Ortega es un *camelista*. Todos convinimos en que estos hombres tendrán que salir pronto de su posición de espectadores, y ponerse a prueba.

Como yo insisto en que la combinación mejor sería sobre la base de la colaboración de los socialistas, Fernando llega a decir que acaso pudiera ocupar un socialista la cartera del Trabajo.

Prieto opone con calor que la cartera del Trabajo no puede ocuparla un socialista en un gobierno burgués, ni hubiera debido ocuparla por tanto en este. Es un compromiso terrible y le hace perder terreno al socialismo. «Quizás estaría mejor un socialista en Fomento», opino yo.

Volviendo al Ministerio Lerroux, y a su falta de mayoría, Prieto afirma que lo primero que haría sería disolver estas Cortes, para traerse una mayoría por los antiguos procedimientos.

—Pero eso no dependería de él solo, sino del Presidente y también de los partidos —dice Ríos.

Prieto repite y amplía sus pronósticos.

En un inciso de la conversación, Fernando dice que un gobierno de republicanos podría dar la batalla a la CNT. (¡Es un encargo!).

Hablamos todavía mucho. Fernando me dice al final: «Hable usted con Besteiro, hable usted con Besteiro».

5 de agosto

Larga conversación con Sanjurjo, que charla conmigo muy animadamente y con gran franqueza. Se conoce que le he sido, por fin, simpático. Se expresa a trompicones, atragantándose para buscar las palabras, que yo me adelanto a decir, para abreviar, y que luego repite él, como aliviado de un gran trabajo. Entre otras cosas me cuenta el estado en que ha encontrado el parque de la Guardia Civil. Abusos que, si se abriera una sumaria, producirían un escándalo. Me dice que él es en parte responsable de esto, porque lleva dos años al frente de la Guardia Civil y hasta ahora no había *metido mano* a los del parque. Cuando le nombraron director general, tomó el cargo a beneficio de inventario. Por lo visto, ahora lo toma más en serio. No sé bien por qué, pero me lo figuro.

Me cuenta que en el parque hay instalada una preciosa sala de máquinas, con varios motores de 85 caballos cada uno, que podrían dar luz a Chamartín, pero que como la Guardia Civil no va a dedicarse a eso, las máquinas están paradas y no sirven para nada.

Toda la fuerza que el parque necesita, la da un motor de 15 caballos. «Estas son cosas de Burguete —afirma Sanjurjo—, para justificar gastos o cobrar comisiones. Yo no sé si Burguete será un buen general, pero es un general caro».

Cree Sanjurjo que al venir la República se debió cambiar los puestos de la Guardia Civil en muchos pueblos, porque ahora los guardias ven de alcaldes a las personas a quienes antes perseguían.

Hoy es día de audiencia militar. Muchos generales, con sus fajines, a lo largo del salón de visitas.

Viene a verme el general Lacerda, nombrado para la división de Valladolid. Sé que está descontento, porque pedía nada menos que una inspección general. Este general es muy desastrado y fachoso. Le atribuyen lo de los dos dilemas. Se les saca de un rincón, y todavía les parece poco.

Me ha pedido que le lleve pronto a otro destino, en clima más suave que el de Castilla, porque su mujer tiene bocio.

El comandante Pastor, a última hora, me trae papeles de Aviación, y me hace una pregunta a la que no doy importancia. Que cómo se da de baja, en el aeródromo de Los Alcázares, al *material* que falta, y que se extrajo hace unas semanas con volantes para un fin reservado. Resulta que el *material* es más numeroso de lo que yo creía. Pastor dice que lo darán de baja como gastado en ejercicio.

Estoy en casa hasta las seis. A esa hora voy al Congreso, donde había Consejo de ministros. Sin llegar al salón de sesiones, entro en el despacho del Gobierno. En el Consejo se examina la comunicación de Calvo Sotelo al Presidente de las Cortes, preguntándole si puede contar con las seguridades necesarias para venir a ejercer su cargo de diputado y defender su gestión. Besteiro le ha contestado, en lo que a él le concierne, que dentro del Parlamento y en el ejercicio de sus funciones, le amparará como a todos los diputados. Y traslada la comunicación al Gobierno, para que este resuelva en lo demás.

Como el escrito no viene dirigido al Gobierno, se acuerda no contestar a Calvo Sotelo, sino a Besteiro.

Se discute qué haremos con Calvo Sotelo cuando pase la frontera: si prenderlo, y comunicárselo a las Cortes para que resuelvan, o dejarlo venir a las Cortes y que ellas resuelvan si se le prende o no, como el Gobierno tiene acordado hacer con todos los exministros de la dictadura, por precaución.

Las opiniones se dividen: la mayoría vota porque se le prenda en cuanto pase la frontera. El Presidente, Barrio, Largo y yo opinamos que no se debe prender a un diputado. Como yo he votado el último, porque empezamos a votar por mi derecha, el voto mío sorprende un poco, lo conozco, y no deja de impresionar a algunos señores. Hemos dado cien vueltas al asunto, y yo les digo que siendo la cuestión tan difícil, políticamente, ni unos ni otros estamos satisfechos de nuestro voto. Todos asienten.

Por último, se aplaza la respuesta a Besteiro, en la que habríamos de consignar nuestra decisión, en espera de que en las Cortes se plantee un debate sobre lo que debe hacerse con los presos políticos, y que las Cortes resuelvan, incluso el caso de Calvo Sotelo. La verdad es que dejar libre a Calvo y tener preso a don Galo es un absurdo.

Con este motivo, se habla de otros presos, entre ellos del general Mola. Sobre esto me escribió hace días Ruiz y Benítez de Lugo, pidiéndome que intercediera por el general, y se le permitiera quedar en prisión en su casa, donde tiene a su mujer sola, próxima a dar luz.

El Consejo acordó entonces no soltarlo, y así contesté a Benítez de Lugo. Hoy estaban más blandos. Sanjurjo había hablado con Maura, en favor de Mola. Prieto ha llegado a decir que la prisión de Mola le parecía una iniquidad, y que por su parte pondría en libertad a todos. Lerroux también cree que Mola puede quedar arrestado en su casa. Solamente Largo sonríe y mueve la cabeza. Yo pregunto por qué no se acordó eso el otro día.

—Pero, querido Azaña —me dice el Presidente—, estos acuerdos son rectificables.

Total, queda convenido dejar a Mola en su casa. Maura quería decírselo en seguida a Sanjurjo. Después opina que debo dar yo la orden. Ignoro a disposición de quién está Mola en prisiones. Por el sentido de la deliberación, habrá que averiguar cómo va el parto de la mujer para que llegue a tiempo. Lo mejor será que mañana mismo le envíe arrestado a su casa.

Prieto exclama, no sé con qué ocasión: «Con el Estatuto catalán, los sucesos de Sevilla y el control obrero en las fábricas, la libra se ha puesto a 55. El desastre es inevitable». Prieto y Largo se dirigen algunas réplicas sobre lo del control obrero.

Se vuelve a hablar de lo de Sevilla. La huelga general parece inevitable y según Martínez Barrio no se limitará a Sevilla. Todo el que tiene dos pesetas ha huido de la ciudad, y la gente que queda está encerrada en sus casas.

Cuando regreso a casa, me avisan del Gabinete militar que el capitán Romero quiere hablarme con urgencia. Le digo que venga, y se presenta con el comandante Muñoz, también diputado a Cortes.

Mientras están en camino, el comandante Saravia me dice, desde el Gabinete, que vienen a contarme cosas de Sevilla, y que los encuentra aterrorizados.

Romero y Muñoz me informan, por referencias de Ramón Sicilia, de que la guarnición de Sevilla no está tan decidida a defender la República como fuera de desear. Romero trae la cara seria y alarmada de los días de la conspiración. Les pido datos precisos. No los tienen. Resuelvo en mi interior no hacerles caso. Todo son conversaciones, rumores y los eternos *discos* militares, que no tienen congruencia entre sí, ni con la desafección a la República. Dejándolos hablar, Muñoz opina que la guarnición de Sevilla estaría dispuesta a resistir al pueblo insurreccionado, pero que no haría nada contra los patronos, si hubiese necesidad de ir contra ellos, cosa tal vez conveniente a juicio de Muñoz, porque son los principales causantes de la mala situación.

Añade Muñoz que los sujetos a revisión de empleos están muy trabajados y cunde entre ellos la desafección, sobre todo por la espera hasta que se resuelva el asunto. Pero que si las Cortes decretasen la anulación de ascensos la acatarían. Total, nada.

También me dice que hay descontento porque continúa Ruiz Fornells en la subsecretaría.

A esto observa Romero que él no ha oído decir nada contra Ruiz Fornells, lo que me da motivo para creer que Romero es algo distraído, porque contra Ruiz Fornells se desatan muchos, sobre todo los artilleros. Esto le desacredita como informador.

Y de la extensión de los informes de Muñoz me formo pobre idea, cuando dice que, si bien se alaba la política del ministro, produce extrañeza que no se atreva a tocar a «la casa grande», o sea al ministerio. Por lo visto, ni Muñoz, ni sus informadores, leen el *Diario Oficial*. En el ministerio no queda ninguno de los jefes de sección que yo encontré, y he separado a diez generales que había en la casa. Solo permanece Ruiz Fornells, de cuya permanencia en el cargo me felicito cada día más. Lo he tenido, como sigue, contra la camarilla del Gabinete militar, y censor de sus iniciativas en cuestión de personal. Así los he contrapesado, librándome de ser prisionero de un grupo de oficiales.

A Muñoz y Romero les digo que no tengo inconveniente en que vayan a Sevilla a informarse personalmente, como desean.

Ya de pie, Romero me anuncia gravemente que aún le queda algo por decir. «Creo que Franco, Ortiz, y esos, piensan dar una campanada en la prensa contra usted, hablando de un *material* facilitado a los revolucionarios portugueses, y de un avión para Italia».

Todo ello, de despecho porque han oído que voy a admitirles la instancia de retiro.

Le contesto a Romero, que no me impresiona el caso; que mi posición política y ministerial no está pendiente de lo que pueda decir en la prensa Franco; que el asunto no me concierne personalmente, y que si Franco hubiese recibido una misión confidencial y ahora lo revelase por encono personal, sería peor para él, porque le calificaría de hombre sin honor. Y los militares juzgarían su conducta, como la juzgarían las Cortes republicanas.

Apretando a Romero, deduzco que traía encargo de decirme eso, y le pregunto cómo se llama lo que Franco pretende.

—Un chantaje —responde.

—¿Y usted se presta a ser emisario?

La conversación se endurece por el tono que le doy, y los despacho pronto. Antes de marcharse, dicen que como su presencia en Sevilla pudiera llamar la atención, es preferible que primero concrete Ramón Sicilia sus informes y que ellos irían más tarde, si es preciso. Les digo que está bien, y se van.

Pensando en esto, lo relaciono con mi conversación con Romero en las Cortes, la otra tarde, y me doy cuenta ahora de que no hizo más que explorarme, por cuenta de Franco. Y si añado a esto su pronto desistimiento del viaje a Sevilla, me imagino que su alarma por el estado de la guarnición no es más que un pretexto para venir a verme y colocarme el encarguito de Franco. Contra esta suspicacia mía no hay más argumento que el hecho de haber llegado esta misma mañana de Sevilla, Muñoz, según creo haber entendido. ¡Qué gente!

Por la noche, después de cenar, voy a casa de Guzmán. Acaba de llegar de la sierra. Le entero de lo que sucede, haciéndole ver con qué razón he desatendido las últimas peticiones de Corteçao y sus amigos. Le explico cuánto me interesa saber dónde para el material. Guzmán acaba de hablar por teléfono con Corteçao y se han citado para cenar juntos mañana. En vista de lo que yo le cuento, Guzmán envía un recado a Corteçao para que venga a verle. Estamos comentando la botaratada que proyecta Franco y sus posibles consecuencias, cuando se presenta Corteçao, a quien Guzmán hubiera querido recibir a solas. La situación es un poco embarazosa. A Corteçao me lo presentaron hace dos meses en El Henar; es alto, de nariz larga, los ojos de mirar duro, la barba roja, crecida en un mazo primitivo y afeitadas las mejillas. Hombre solemne, ceremonioso, habla con dificultad el castellano, muy despacio, lo que aumenta su solemnidad.

Está muy cortés conmigo, me da las gracias muchas veces, y preguntándole yo por la marcha de los trabajos revolucionarios, averiguamos lo que Guzmán quería preguntarle a solas. El material está en España, cerca de la raya, y es tan numeroso como Pastor me ha dicho. Solo una pequeñísima parte ha pasado a Portugal. Me habla después del barco cargado de armas que tiene detenido en Copenhague, porque el Gobierno danés no le deja salir sin un permiso de tránsito por ese país. Ese permiso fue expedido por la Dirección de Aduanas, de orden de Prieto. Resulta ahora que el permiso es insuficiente y que se necesita otro admitiendo el cargamento. Para mañana tiene citado Prieto a Corteçao.

Es evidente que este portugués no se explicará bien mi presencia en casa de Guzmán, coincidiendo con la llamada de este. Se le ve un poco cohibido.

Guzmán se decide a disipar su extrañeza diciéndole que deseaba él adquirir noticias de un movimiento que parecía inminente, y que yo he llegado por casualidad.

El movimiento republicano portugués se ha detenido por acuerdo de los emigrados, hasta que tengan reunido el material suficiente para apoyar el movimiento de las guarniciones con que cuentan. Cree que aún puede tardar un mes o dos. Y están decididos a no *salir* sino cuando el buen éxito sea seguro.

Corteçao está indicado para ministro de Instrucción en el futuro Gobierno, pero él prefiere la embajada en Madrid. «Se puede hacer más historia en Madrid que en Lisboa», dice.

Corteçao es historiador. Tiene grandes miras respecto de su país y España. Hablando esta noche de la situación en que está Inglaterra, dice que la decadencia del poder inglés favorecería la verdadera libertad de Portugal, que ha sido desde hace un siglo un protectorado británico. Inglaterra, fiel a su política tradicional, ayuda a mantener la división peninsular, y ha favorecido a la dictadura portuguesa. Establecida la República en España, las dos democracias se entenderían fácilmente. Eso dice Corteçao, hay que prepararlo desde lejos, comenzando por las cuestiones económicas y de cultura. Poco a poco, los dos países podrán llegar a una unidad política, por lo menos, a cierta unidad política. Hay que contrarrestar muchos prejuicios seculares.

La conversación me interesa mucho, y aunque ya me disponía a marcharme, permanezco aún un rato largo. Como yo abundo en las opiniones y planes de Corteçao, sonríe satisfecho. «Juntos seríamos una gran cosa en el mundo», le digo. «Eso es, y no solo por el número, dado que tendríamos el acuerdo con la América hispana, sino en el orden moral», corrobora Corteçao.

«Los países europeos están dominados por el egoísmo. Francia no piensa más que en el franco, Inglaterra en la libra. Los pueblos ibéricos aportarían el desinterés, la nobleza, la elevación de miras, el idealismo que siempre les ha distinguido en la historia». Esto último me gusta mucho menos, y me suena a provinciano.

Corteçao está muy contento de Prieto y de mí, y también de Domingo. Poco o nada, de Lerroux.

Nos despedimos con muchas cortesías. Yo le digo que espero continuar esta conversación cuando él sea ya embajador de su país.

6 de agosto

Esta mañana he recibido en el ministerio una carta del general Mola, pidiéndome que bajo palabra de honor se le deje ir arrestado a su casa.

Me expone su situación de familia, y se cree exculpado de todo cuanto se le acusa, porque no hizo sino obedecer las órdenes de los ministros.

Como esto viene después de la conversación en el Consejo de anoche, me dispongo a complacer a Mola, y hago preguntar a disposición de quién está. Me dicen que a la del director general de Seguridad. A poco llega el general Queipo, a comunicarme que ha recibido del director general de Seguridad la orden de poner en libertad a Mola, bajo palabra de honor de no intentar escaparse. Queipo le ha enviado a su jefe de Estado Mayor para que le tome la palabra.

Yo le encargo a Queipo que por conducto del mismo jefe le diga a Mola que he recibido su carta, que no creo necesario contestarla por escrito y que la contestación está en el encargo que lleva el jefe.

Recibo la visita del general Cabanellas, que llega de África. Hablamos largo rato. Me cuenta la situación de la Zona, donde no hay ningún peligro. Solo están armadas unas cabilas del territorio sin delimitar entre la Zona española y la francesa. Pero si allí ocurriese algo, en pocas horas podrían ponerse sobre el lugar diez mil hombres.

Convenimos en un plan de reducción de personal. Repatriamos ahora dos batallones y se disuelven pequeñas unidades. Se suprimen servicios inútiles. En algunos destacamentos hay quince obreros contratados para fabricar cuarenta raciones de pan, y así todo.

Villa Sanjurjo y Villa Jordana son dos equivocaciones costosísimas. A Villa Sanjurjo ha tenido que enviar el otro día desde Ceuta quinientas toneladas de agua.

Me propone variaciones en la contribución de suministros, que ahorrarán bastantes millones. Y me asegura que si las cosas de Andalucía se ponen serias, me puede enviar, en cuanto se los pida, unos miles de hombres.

Con este motivo hablamos de Sevilla, y se ríe a carcajadas al recordar el cañoneo de la casa de Cornelio.

Le pregunto si el alto comisario planea reducciones de gastos y, un poco vacilante, me dice que cree que no, porque la gente que le rodea se lo come.

El general está contentísimo de mi recibimiento y no lo disimula.

Para no ser menos que otros generales, me pide que traiga a su hermano a la Península, y que a él le reserve la Dirección General de la Guardia Civil cuando la deje Sanjurjo.

Le despido con muchas palabras de afecto, que le hacen dichoso.

Recibo hoy audiencia general. Oigo incontables simplezas. Un pobre señor, muy ridículo, viene a mostrarme su admiración y su simpatía, y dice que ya tuvo el gusto de serme presentado y de estrechar mi mano en un banquete… en que yo no estuve.

Las industrias parásitas del presupuesto de la Guerra me acosan: Béjar, los fabricantes de aeroplanos en Getafe. Todos perecen, los obreros están parados, piden dinero al presupuesto para sostener unos establecimientos que no pueden subsistir.

Estoy en casa hasta última hora de la tarde.

7 de agosto

Por la mañana, Consejo en Hacienda. Cuando llego, encuentro a los ministros cuchicheando en corrillos. Hablo con Maura, y me dice que estoy «en candelero». No entiendo lo que eso significa y Maura me explica que ayer, en los pasillos del Congreso, se tenía la impresión de que se urdía una conjura para provocar la crisis, apartar del Gobierno a los socialistas y levantar otro, presidido por mí. Le contesto que el propósito me parece desatinado y que no tenía noticia de él, porque ayer no estuve en las Cortes. No sé si Maura me habrá dicho todo lo que piensa, y si creerá que yo andaba en el ajo. Vuelvo a repetirle que mi opinión es la de siempre, que el Gobierno debe continuar como está, y que es absurdo el pensamiento de elegir un Presidente provisional, así como el de poner en vigor una especie de epítome de Constitución transitoria. Maura asegura que el propósito viene de Ortega y otros, y que a Fernando de los Ríos le parece bien. «Es cosa de la Institución Libre de Enseñanza», agrega, con un tópico bastante tonto, y que me hace entrever la inconsistencia de los datos que posee.

«Yo hablé con Fernando la otra tarde, y con Prieto, sobre lo que puede ser el futuro Gobierno, cuando haya Constitución, y sobre lo que vamos a hacer con Lerroux; pero de nada más. Como hablamos usted y yo de ello en Gobernación». «Eso sí, eso sí, pero les vieron a ustedes reunidos, después Fernando se marchó con Ortega, y de ahí viene todo».

En el Consejo, después de despachar los asuntos de varios ministerios, el Presidente plantea la cuestión de que me ha hablado Maura.

El Presidente dice que hay alguna nerviosidad o impaciencia entre los grupos republicanos, trabajados por alguien que no tiene representación en el Gobierno, en el sentido de que conviene constituir un Ministerio estrictamente republicano; que con el pretexto de crear un órgano capaz de resolver las crisis, se insiste en el propósito de elegir Presidente provisional, reproduciendo en otra forma lo que quiso hacer Royo Villanova con la proposición que se desechó, y que desea oír la opinión de todos.

Lerroux: que debe continuar el Gobierno de coalición; que en el Partido Radical, no hay nerviosidad ni indisciplina, y que todos están conformes en apoyar a este Gobierno. Es contrario a la designación de un Presidente provisional.

A continuación hablo yo: que desde el 14 de abril tengo la convicción de que este Gobierno de coalición debe durar hasta que se vote la Constitución, y

la convicción de que durará, a pesar de todo. Que nunca he hecho caso de las habladurías circulantes sobre la disgregación del Gobierno, y que estoy seguro de que el buen sentido y la realidad se impondrán. Que la creación de un Presidente provisional me parece un desatino; el Presidente provisional sería un personaje desmedrado, sin autoridad ni seguridad alguna y solo serviría, creado el órgano de resolver la crisis, para provocarlas, en vista de que se podrían resolver. Que las crisis no pueden producirse ahora, si estamos resueltos a que no las haya y la mayoría de las Cortes es del mismo parecer. Que la especie circulante por el Congreso hay que relacionarla con las declaraciones de Ossorio en *El Sol* de hoy, en que habla de la necesidad de excluir a los socialistas del Gobierno; se conseguiría con eso anular a la mayoría, hacer casi imposible el voto de la Constitución, y de la ley Agraria, gastar rápidamente un Ministerio o dos, para caer en una nueva coalición apoyada en la derecha. Que yo no estoy dispuesto a *ossorizar* la República, ni aceptar para ella protectores, sean militares o paisanos, aunque parezcan ilustres, y que menos dispuesto estoy aún a dejarme impresionar por las opiniones y manejos de los que están fuera de las organizaciones y de la disciplina de los grupos representados en el Gobierno.

Los demás han opinado como yo. Largo Caballero, manteniendo la misma opinión, dice que después del acuerdo del Partido Socialista y de la votación de confianza de las Cortes, está dispuesto a ir con nosotros hasta las tapias del Retiro a que nos fusilen; pero que como hay contra él cierta hostilidad, por ser secretario de la UGT (aunque no ejerce el cargo desde octubre), está pronto a dejar su cartera, si eso puede contribuir a la tranquilidad y mejor marcha del Gobierno.

Prieto, por su parte, coincidiendo con el criterio general, vuelve a hablar de su caso. Está derrumbado moralmente, dice, se considera fracasado, aunque no le remuerde la conciencia por ningún error capital, y no quiere, ante la rápida baja de la peseta, presidir el desastre de la Hacienda española. Quiere ser sustituido, y saldrá del Gobierno proclamando a voces su solidaridad con él.

(Antes de comenzar el Consejo, Maura me ha leído la nota tomada taquigráficamente de las declaraciones de Prieto a los periodistas en el día de ayer. Intercaladas algunas blasfemias, y ciertas chuscadas como la de poner un pie encima de la mesa, preguntando a los periodistas si él es un ungulado, como le dice Ortega en un artículo de *Crisol*, Prieto afirma que su ilusión es *fallecer*).

Fernando de los Ríos se une al criterio general; si tenía otro, como supone Maura, se lo ha guardado. El Presidente siente como todos. Rechaza las ofertas y deseos de dimisión de Largo y Prieto.

Discutimos después, porque Prieto lo suscita, la conveniencia de discutir la Constitución por títulos aislados, según vayan dictaminándose, o esperar a que esté todo el proyecto. Prieto cree que lo primero es un disparate, que producirá un conflicto en cuanto esté aprobado el título relativo a la elección de Presidente, porque querrán ponerlo en vigor separadamente. Don Niceto quiere conciliarlo todo. En resumen, solo cabe dar prisa a la Comisión.

Lerroux ha hablado nuevamente sobre el tema de la crisis y de la conjura. Por lo visto, ha creído, o temido, que algunos de los ministros le imputaban participación en esos planes. Muy enérgicamente los ha repudiado, invitando a todos a que dijeran con claridad su pensamiento, y que él estaba dispuesto a comparecer «como acusado», si alguien tenía recelos de su conducta. Eso del «acusado» se lo he oído decir muchas veces a Lerroux, en ocasiones parecidas, y hace mal efecto, como de un hombre que no está seguro de su autoridad. Lerroux, tras de afirmar su desinterés en el tiempo que corre hasta la aprobación de la Constitución, ha dicho que, logrado esto, vendrá el momento de hacer valer sus aspiraciones. Este es el concepto; las palabras han sido otras, y con más rodeos.

Por el Congreso circulaban esta tarde unas hojas con las licenciosas declaraciones hechas ayer por Prieto a los periodistas.

He estado un momento en la sesión. Asisto a la disputa, mejor que discusión, de Prieto con los diputados navarros de la derecha. Prieto les dispara palabras como cantazos, los diputados se lo celebran, ríen, aplauden. Los navarros gritan y manotean. Después, calma y deserción casi general. Leo cuatro proyectos de ley, uno de ellos que levantará ampollas a los ingenieros militares, porque les quito el manejo de las obras y reparaciones de que ahora viven las comandancias, y de que engordan los «fondos particulares».

Reúno a la minoría de Acción Republicana para hablar de la situación política. Les digo que el Gobierno ha acordado recomendar disciplina a los grupos. La opinión unánime es la de que el Gobierno continúe.

Los diputados de Acción que forman parte de la Comisión de Responsabilidades nos traen, con muchas recomendaciones de secreto, el dictamen aprobado por mayoría. La Comisión se erige en instructora y acusadora, con facultades omnímodas, y atribuye a las Cortes la facultad de imponer penas. El proyecto causa sensación, y es mal recibido por casi todos los presentes. Solo el capitán Romero está en aceptarlo, si se quiere llevar

adelante la cuestión de las responsabilidades. Uno de los que más chilla contra el proyecto es Castrovido. A su parecer, los que sean delitos comunes deben ser juzgados por los tribunales; las responsabilidades de orden político han quedado liquidadas por la revolución, que ha expulsado del poder a los culpables. El alcalde Pedro Rico también se enardece contra el proyecto de la Comisión. Cree que habiendo dejado marcharse al rey, no es posible ensañarse con sus servidores. Vale más dar una amnistía. Llega a decir que los señores de la Comisión no han hecho más que tonterías. Se discute mucho y con pasión. Los más estiman que las Cortes van a convertirse en Convención, y que la sola lectura del proyecto es peligrosísima. Rico afirma, exagerando, que si eso se aprueba, pensará en marcharse de España, porque se inicia una época en que los partidos se matarán unos a otros. Las objeciones principales vienen de los que tienen escrúpulos jurídicos.

El vocal de la Comisión, Serrano Batanero, se levanta, y muy airado dice que él no consiente que le llamen tonto, y que se da de baja en la Comisión y en la minoría. Intervengo para calmarlo. Todos reconocen también que no se puede dejar morir el asunto de las responsabilidades, porque todo el país las pide.

Se conviene en que, antes de dar cuenta a las Cortes, se comunique el proyecto al Gobierno y que se reúnan los jefes de las minorías para estudiar más el caso.

Yo tengo la impresión de que las Cortes aprobarán el proyecto. La prensa de esta noche lo da a conocer en sus líneas generales. Tal es el secreto.

Después de cenar, salgo a dar un paseo en coche con Lola. Llegamos al Alto del León, y al regreso, ya tarde, nos detenemos en Sicilia-Molinero. Hace frío. El lugar está desierto. Los músicos, en su tabladillo, bostezan, tiritan y tocan para nosotros solos. Volvemos a casa a las dos y media.

He tenido una conversación algo áspera con el señor Marraco en los pasillos del Congreso. El señor Marraco es un baturro tan duro como su apellido. No es más que terquedad. Obtuso como nadie. A propósito de lo que voy a hacer con la guarnición de Zaragoza, ha dicho, rodeado de una comisión aragonesa, un sinfín de abundidades. No sabía lo que quería, ni consigo entenderlo. El hombre me irrita por su brutalidad. Le contesto duramente, aunque riéndome de vez en cuando, por no llegar a la violencia. Empezaban a juntarse diputados y periodistas, y corto la discusión. ¡Qué tío!

Rasgo del general Cabanellas: Le ofrezco un cigarrillo, lo toma, se lo acerca a la nariz, lo olfatea, y me lo devuelve: «No, no; este tabaco no me gusta». Extrae del bolsillo una petaca de cuero y tira un cigarro muy gordo.

8 de agosto

Después de despachar con el subsecretario, recibo al general Villegas, que ha tomado hoy mismo el mando de la primera división. Supongo que la escena con su antecesor, Queipo, no habrá sido muy elegante. No se pueden ver. Queipo me dijo el otro día que Villegas es un indeseable. Cuando estoy oyendo las protestas de gratitud y adhesión de Villegas, se abre la puerta de la secretaría y entra Queipo. Villegas se pone rojo. Queipo no le mira siquiera. Hablamos unos minutos, despido a Villegas; él y Queipo se hacen un saludo frío y ceremonioso.

Luego celebro la primera sesión con el Consejo Superior de la Guerra. Están todos. Masquelet, siempre callado y enigmático, parece hoy de yeso. Debe de ser la impresión que le causa mi proyecto de ley sobre obras militares, porque él es ingeniero.

Les dirijo unas cuantas palabras, diciéndoles cuánto espero de ellos, y de sus consejos y orientaciones. Especialmente les encargo que empiecen a trabajar en los proyectos de material. Les hablo también de la moral del ejército, de la satisfacción interior, etcétera, y les indico algo sobre el problema de la aviación. El vicepresidente, Rodríguez del Barrio, responde por todos.

Ha ocurrido una cosa chusca. Hablándoles yo de las obras de fortificación, les digo cuánto me preocupa la situación de Baleares, y lo conveniente que sería hacer de las islas una gran base militar, que las pusiera en defensa para el caso de una guerra en el Mediterráneo, e hiciesen subir el valor potencial de España en caso de conflicto y en la paz. Goded, primer jefe del Estado Mayor Central, asiente. Pero Rodríguez del Barrio opina que las Baleares, ni corren peligro, porque no las necesita nadie, ni sirven para nada militarmente, porque en Mahón no puede formarse una base naval, dada la poca profundidad de la bahía. Se enredan en una discusión, que me divierte mucho. ¡Los técnicos!

Gil Yuste me habla después del descontento que reina en la oficialidad por el modo que se ha seguido para dar los destinos. Goded asiente: «Hay casos que seguramente el señor ministro no conoce». «Llega a decirse —añade Gil Yuste— que algunos destinos se han vendido». «No creía yo que hubiera oficiales capaces de hacer eso». «Aquí, como en todas partes, hay gente capaz de venderlo todo», agrega Goded. Yo también lo creo, pero les replico, como es verdad, que en mi opinión el caso no se ha producido. Comoquiera que sea, el malestar no tiene remedio. Gil Yuste cree que podría arreglarse permitiendo que se solicitase ahora de nuevo los destinos, pidiendo

cada cual el que le conviniese. No se da cuenta de la ensalada que esto produciría. También Gil Yuste me habla del descontento por la fusión de las escalas.

«Eso es lo más grande que ha hecho el ministro», interrumpe Queipo. Goded y Rodríguez del Barrio aprueban también la reforma. Masquelet, como siempre, se calla.

En suma, me doy cuenta de que estas gentes son «el otro ejército», que casi he disuelto por la desbandada de los generales. Salvo Queipo, todos (como no sea Rodríguez del Barrio, al que no conozco bien todavía) deben creerme un demonio, un entrometido, un demoledor, y si se comprimen es por disciplina y respeto.

Goded ha hablado de los dramas que hay en los hogares de los disponibles, con el 80 por 100 de sueldo…

Levantada la sesión, nos hacen una foto, y se van.

Todavía recibo comisiones y pretendientes y la visita del coronel norteamericano que dirige la Telefónica y ha venido a Madrid con motivo de los proyectos de revisión del contrato. El comandante Vidal, representante del ministerio en la Telefónica, me habló esta mañana de la llegada del coronel yanqui. Han tenido una entrevista, en la que el yanqui quería averiguar las intenciones del Gobierno. Dice Vidal que el coronel ha insinuado la amenaza de una mayor presión de la banca norteamericana sobre la peseta. A mí, el coronel no me ha dicho más que unas cuantas palabras corteses, y me ha preguntado si el Gobierno, antes de resolver nada sobre la Telefónica, consentiría en oírla. Yo le he dicho que la cuestión no se me había ocurrido, de tal modo me parece natural lo que desea.

Últimamente llega el comandante Pastor, jefe de Aviación. Le firmo unos papeles, y en seguida me dice que la situación es cada día más delicada. Que *La Tierra* hace una campaña injuriosa contra los jefes del servicio, y que ayer tuvo que contener a un oficial que pretendía ir a desafiar a Franco, considerándole inspirador de la campaña.

Yo les digo que si los artículos de *La Tierra* son delictivos, se los envíe al auditor, y que si no lo son, no hagan caso. No me corresponde enviar notas oficiosas de rectificación, ni a ellos los aviadores tampoco.

Como vuelve a hablar de la nerviosidad, inquietud y desmoralización por la espera y la interinidad hasta que salga la escala, le replico que aconseje a los nerviosos que tomen duchas frías, y que me imiten a mí, que nunca me pongo nervioso, no obstante las preocupaciones que me agobian.

Por último, Pastor me dice lo que había insinuado al principio: que desea abandonar la Jefatura de Aviación, en la que, al desgaste natural de cuantos ejercen el mando, se junta la oposición de los alborotadores: de los amigos de Franco, porque no «revienta» a los demás; y de los enemigos de los revolucionarios, porque no revienta a estos. Me indica a Buruaga para sucederle. No le contesto a ninguna de las dos cosas, le recomiendo que tenga calma, y le despido.

Precisamente esta mañana ha estado a verme Joaquín Gallarza, teniente coronel de Infantería, a quien, según me dice, no quieren readmitir en Aviación, como tiene derecho, y a su instancia le han dado carpetazo. Él cree que por quitárselo de delante. Sus empleos y servicios en Aviación le pondrían a la cabeza de la escala.

9 de agosto

Ayer nos fuimos al Escorial. Día de sol, ventarrón frío. Esta mañana, sentados en los pinos, oíamos las campanadas del monasterio ahogarse en el vendaval. Después de comer, en el jardín de los frailes, que estaba muy en calma, aunque estropeado por las pandillas de pazguatos visitantes.

Todos pasaban hablando mal de los frailes. En la Galería de Convalecientes diviso al padre Montes, que va y viene leyendo en un breviario.

A última hora de la tarde hemos ido a casa de Giral, que nos invitó ayer a merendar. Estaban también el ministro de Comunicaciones, y Guerra del Río. Hemos hablado, naturalmente, de política. El ministro y Guerra hablan como de una cosa prevista e inevitable, de la disolución de estas Cortes al formarse el nuevo Gobierno. Yo les adelanto mi opinión contraria. Creo que las Cortes no pueden disolverse mientras no hayan hecho un presupuesto y votado las leyes orgánicas.

Martínez Barrio, que es sevillano y masón, y por ambos lados tiene buenas informaciones de lo que ocurre en Sevilla, me dice que en la muerte de los cuatro sindicalistas, en la plaza de España, la fuerza pública no aplicó la «ley de fugas», y sin embargo, hubo «ley de fugas». Asegura que las cosas ocurrieron de esta manera: había detenidos algunas docenas de sindicalistas. Durante todo el día, estuvieron trasladándolos en una camioneta a otra prisión. A las ocho o nueve de la noche, cortaron en seco los traslados, cuando ya quedaban muy pocos. De madrugada, los metieron en la camioneta, y emprendieron el viaje. La suspensión de los traslados, y el

reanudarlos a aquellas horas, produjo alarma en los detenidos, algunos de los cuales habían sido presos en una plaza, encontrándoseles una pistola y, al lado, cargadores vacíos. Conducían la camioneta individuos de la Guardia cívica, no sé si organizada de antes o improvisada aquellos días, bajo la dirección de un capitán procedente del Tercio que se llama Criado y de mote «Criadillas». Al llegar a la plaza de España, un neumático de la camioneta se pinchó (o dijeron que se había pinchado).

No es cierto que en la plaza, ni escondida entre las plantaciones, hubiese gente. Hicieron descender a los detenidos. Los pusieron entre la Guardia Civil, la fuerza de Seguridad y la policía, y emprendieron la marcha a pie. Los de la Guardia cívica se quedaron detrás, junto a la camioneta. Cuando llevaban andados unos veinte pasos, sonaron tiros a retaguardia de la pequeña columna, que no hirieron a nadie. Los detenidos, que ya iban alarmados, salieron corriendo, y la fuerza de escolta hizo fuego, matándolos.

Antonio Borbolla, que vive por ahí cerca, le ha dicho a Martínez Barrio que sonaron setenta u ochenta tiros. Uno de los guardias de Seguridad que iban en la escolta se ha confesado, no sé si con el mismo Martínez Barrio o con un íntimo suyo, y ha dicho, jurando por lo que más quiere, que no llevaba orden alguna de hacer daño a los presos, que al oír los tiros y ver correr a los detenidos, perdieron la cabeza y dispararon contra ellos.

Todo ha sucedido, según Martínez Barrio, por la estratagema de los cívicos de Criado, y lo han hecho, no por castigar a los pistoleros, sino por deshonrar la República.

El mismo Martínez Barrio asegura que el comisario de Policía de Huelva cobra de los sindicalistas.

Al oír el relato de Martínez Barrio, Guerra ha preguntado: «¿Y por qué no nos metemos con esa gente?». «¡Es muy difícil de probar!», contesta el ministro.

Guerra del Río nos ha contado este suceso. Cuando Arlegui era jefe de Policía en Barcelona, y andaba en toda su fuerza la ley de fugas, Guerra y Puig d'Aspirer, concejales de Barcelona, estaban presos en Montjuich. Por reclamación del Colegio de Abogados, Arlegui consintió en trasladarlos a la cárcel. Dispuso que el traslado se hiciera a las cuatro de la tarde, llevándolos a pie, esposados, por medio del Paralelo, y con una sola pareja de la Guardia Civil por escolta. Los presos eran tres, los dos dichos, y un abogado que se llamaba Del Río. Al cruzar por el Paralelo, el público los reconoció, se agolpó gente, y en gran tumulto se pusieron en actitud de liberarlos. Entonces la Guardia Civil los arrimó a una pared y los apuntó con los fusiles. El público

alborotado se dio cuenta de lo que podía ocurrir, y se estuvo quieto. La conducción pudo hacerse sin más novedad. Llegados a la cárcel, preguntaron a la pareja: «¿Qué habrían hecho ustedes, si la gente no se calma?». «Disparar sobre ustedes».

Del Río, que se había medio desmayado al verse encañonado, decía después humorísticamente «que había visto salir la bala».

10 de agosto

De mañana, en el ministerio, viene a despedirse el general Cabanellas. Me dice que tenga cuidado con los aviadores locos, que preparan una cosa revolucionaria para fines de septiembre, cuando estén preparados.

El alto comisario de África ha debido de leer en los periódicos las reducciones de fuerzas en África que he anunciado y momentos antes de recibir a Cabanellas leo un telegrama del comisario diciéndome que la reducción de fuerzas militares forma parte de un plan general de economía, que está preparando. Por lo visto, son piques y celos de las dos autoridades. Encargo mucho a Cabanellas que evite estos rozamientos.

Por la tarde recibo a Fernández Clérigo, diputado de Acción Republicana, que ha formado parte de la Comisión parlamentaria que se envió a Sevilla. La impresión de Fernández Clérigo sobre los sucesos de la plaza de España se asemeja a la de Martínez Barrio. La mayoría de la Comisión parece que viene dispuesta a decir que se aplicó la ley de fugas, aunque no puede decir quién sea el culpable. Fernández Clérigo cree que hay indicios de haberse cometido el crimen, pero que no se llega a una convicción firme. Opina también que el gobernador es ajeno al caso. El relato de los sucesos hecho por Fernández Clérigo añade algunos detalles al de Martínez Barrio. Se ignora quién dio la orden para el traslado de los presos, a las cuatro de la mañana. Los presos trasladados fueron cuatro. Iban en una camioneta, precedida y seguida por dos automóviles. Cuando se detuvo la camioneta, y apearon a los presos, no los metieron en los automóviles, como parecía natural, sino que los hicieron continuar a pie, sin esposarlos, aunque la Guardia Civil llevaba esposas. Dice Fernández Clérigo que junto a los coches se quedaron la Guardia cívica y la Guardia Civil. Los muertos y los heridos fueron conducidos al hospital militar. Estaban acribillados a balazos.

Después recibo a Gabriel Franco, también diputado de Acción Republicana y director del Banco de Crédito Exterior. Me dice que va a dimitir ese cargo porque el Banco está en malísima situación, merced a los

gatuperios que en él se han cometido: Los Recasens, que lo han utilizado para hacer operaciones en favor del Banco de Cataluña, que acaba de suspender pagos. Sobre este Banco nos leyó Prieto en Consejo una memoria hecha por Franco.

Consejo de ministros, en Hacienda, desde las cinco y media hasta las diez y cuarto. Importante, y grave, como la situación.

Un incidente grotesco, chabacano, ejemplo de cómo se hacen aquí ciertas cosas: Apenas reunido el Consejo, nos dice Prieto que van a llegar dos camareros, que han venido a pie desde Barcelona, para ofrecer al Presidente una copa de champaña. Don Niceto ha aparecido en los periódicos, retratado con los dos camareros, uno de los cuales le servía la copa. Hoy vienen a repetir el obsequio con todo el Gobierno.

Llegan los camareros al despacho inmediato a nuestra sala de reunión. Hay sus bromas respecto del contenido de las botellas; alguien ha dicho que el vino está envenenado, y, riendo, dice Prieto que se ha procurado cambiarlas. El Presidente y Prieto se disponen a salir, y salen; los demás ministros se ponen en pie, para seguirlos. Yo me quedo sentado, y digo que el caso es grotesco, y que no me presto a la diversión. El ministro de Marina me imita. Y el de Comunicaciones, que había puesto mala cara también, se queda en el salón.

Maura vuelve a entrar, llamándonos; y al decirle yo que no salgo, se queda con nosotros. Don Niceto entra dos veces, dando voces para que salgamos, pero al vemos reunidos en corro en el hueco de una ventana, no insiste y se va. Tardaron poco en regresar, después de haber cumplido con los camareros.

Se discute el proyecto de Reforma Agraria. Sin dilación, queda desechado el sistema de ocupación temporal que proponía la Comisión; sistema que no atenuaba la expropiación y que por su denominación de temporal no podía satisfacer a los campesinos. Perdemos no poco tiempo buscando nombre y situación jurídica al estado intermedio y transitorio que resulte entre la expropiación u ocupación primera y el régimen definitivo. Pasamos al fondo de la cuestión. Se acepta la expropiación de las tierras del señorío de las grandes fincas, etcétera, etcétera. Sobre si se ha de dar o no indemnización a los dueños de bienes de señorío hay gran debate. Se resuelve en votación, por mayoría, que se conceda una indemnización mínima a los señoríos. Han votado en contra de la indemnización Largo, Prieto, Ríos, Albornoz y Domingo. Yo no me he decidido, porque las observaciones de Nicolau, sobre

el influjo del despojo puro y simple en el crédito y en el cambio, me han hecho impresión.

He preguntado a Fernando de los Ríos a cuánto ascendía próximamente la extensión de los bienes de señorío. No se sabe. Esto me ha producido mal efecto, y me ha puesto de mal humor. Después de tantas comisiones, tantos peritos, y después de la actitud suficiente y doctoral del ministro, resulta que se ignora una de las bases de lo que vamos a hacer. Claro está que también se ignora la cabida total o aproximada de la categoría de fincas sometidas a expropiación. Me he permitido decirle al ministro que tal como va el proyecto nos apoderaremos de una tal masa de tierras que no tendremos braceros a quien dárselas, ni dinero ni crédito para que las labren, ni organización administrativa ni técnica para hacer la distribución.

Discutimos mucho todos y con calor. Las dificultades del problema pesan sobre nosotros, y sin notarlo acaso, nos deprimen. No hay más remedio que dar una solución, y sin embargo, cualquier solución está llena de peligros enormes y tropezará con obstáculos inmensos. Flores de Lemus, uno de los técnicos que han elaborado el proyecto de la Comisión, ha dicho que si llegaba a cuajar el cinco por ciento de todo lo que se proponía sería un gran triunfo.

En la cuestión de saber qué se hace con los gravámenes reales que pesan sobre las fincas expropiadas, tardamos mucho en entenderlo. Algunos no perciben la dificultad, y me parece que tampoco la percibía Fernando, que propuso pagar a los acreedores hipotecarios, singularmente al Banco, con las inscripciones *intransferibles* e *inalienables* que el Estado entregará a los propietarios desposeídos. Por fin, acordamos que los gravámenes sigan pesando sobre los bienes que pasen a propiedad del Estado, el cual será deudor hipotecario de los dueños de los gravámenes.

Tengo una discusión bastante viva con Fernando sobre el tipo máximo de la extensión de la propiedad que no sea expropiable. Viene fijado en trescientas hectáreas. Le digo que en Castilla, donde la propiedad territorial suele estar fraccionada en *tierras*, un hombre con trescientas hectáreas, dispersas en ochenta o cien fincas, como suele suceder, no es un gran propietario rico, y que el quitarle una o dos tierras que tenga de exceso, nada resuelve y representa una injusticia, con relación a lo que ocurre en otras regiones, donde la propiedad está menos fraccionada. Dice Fernando que los propietarios que estén en esa situación podrán elegir dónde quieren conservar, en un solo lote, el máximo de tierra que permite la ley. Se imagina que los

propietarios castellanos van a entrar en un sistema de permutas y que se conformarán con lo que los *peritos* les den.

Como resumen de los acuerdos, que han sido laboriosos, el Presidente redacta una nota oficiosa para los periódicos, encaminada a llevar la tranquilidad a los pequeños terratenientes y a la clase media, alarmada por los proyectos de reforma.

Después de esto les pregunto si no conocen el dictamen de la Comisión de Responsabilidades. Muchos no lo conocen, y el Presidente solo de un modo vago. Les refiero el contenido que conocí en la reunión de Acción Republicana. El Presidente, Maura, Lerroux, y otros se muestran alarmadísimos. Convención. Confusión de poderes. Peligro de la República. Amenaza de terror. Maura tiene una emotividad contagiosa, y a su lado, oyéndole, se vive en constante alarma. Ha habido un momento, largo, en que todo parecía comprometido. Albornoz se muestra partidario de los poderes omnímodos de la Comisión y de que las Cortes juzguen, definan las penas y sentencien. Invoca la revolución, cita palabras de Robespierre…

El Presidente expone que solo puede admitir que las Cortes nombren un tribunal que juzgue y sentencie, con entera separación de la función legislativa, y que la Comisión no puede ser fiscal y juez. Maura describe, con su pintoresca pasión, los peligros de que la Comisión se ponga a investigar personalmente en bancos, ministerios, etcétera.

Se duda si los grupos parlamentarios querrán escuchar los consejos o las indicaciones del Gobierno, para que modifiquen el dictamen. A Ríos le parece bien lo que han hecho. El Presidente insiste en su opinión, y añade «que cada cual medite el voto que haya de dar, y después sabrá cada uno también lo que tiene que hacer». Claramente indica que dimitirá. Lerroux añade algo parecido. Y me parece recordar que don Niceto subraya con vigor: «no puedo admitirlo», a lo que Lerroux responde: «ni yo tampoco».

Estamos bajo una impresión penosa. Consideramos las probabilidades de un conflicto con las Cortes, a las que veo inclinadas a aprobar el proyecto de la Comisión. Algunos lamentan que no se haya tenido más cuidado en elegir los componentes de la Comisión. Otros observan que el Gobierno descuida demasiado la dirección de los debates de las Cortes. Y como alguien insiste en recomendar que los ministros se dirijan a sus partidos, marcándoles una línea de conducta en esta cuestión, Prieto comenta: «¡Para que no nos obedezcan!».

Prieto estima que al Gobierno no le secundan sus agentes. «A mí no me obedece nadie fuera de este salón», dice encogiéndose de hombros. Maura le

replica que él sabe hacerse obedecer. Durante la mayor parte de la discusión, Prieto está como adormilado.

Durante el examen del proyecto agrario no ha dicho una palabra, y como al final le he llamado yo la atención sobre ello, ha dicho: «¡Psché! ¿Para qué? Todo esto me parece que no sirve para nada…».

Esta salida se parece mucho a la que yo he tenido discutiendo con Fernando. Acalorándome un poco, he dicho que me fastidiaba opinar sobre un proyecto de cuya eficacia no estaba aún convencido. Cuando el Presidente ha propuesto que forme yo en la Comisión de ministros encargada de redactar los acuerdos, me he resistido, porque el proyecto «no me dice nada». Esto es exagerado, y luego he sentido haberlo dicho tan crudamente. Lo que pensaba es que, a mi ver, el proyecto va retrasado con respecto de los acontecimientos, y que dado por decreto hace tres meses, quizás hubiera conseguido lo que se propone. Después del Consejo, mientras esperábamos los coches, Fernando, que debe creerse objeto de una hostilidad especial de mi parte, me ha dicho: «¡Qué gracioso! ¡Qué desprecio siente por la reforma agraria!».

Parece ser que en algunas comarcas andaluzas, los braceros, en grupos de cien o doscientos, entran en los cortijos, los arrasan y se van. «Mire usted —le digo a Fernando—, esos podrían resolvernos la cuestión, quedándose en el cortijo. Ya solo faltaría que los protegiéramos con la Guardia Civil en su nueva propiedad, y la reforma quedaba hecha».

Fernando me asegura que aquellos campesinos son capaces de entrar y de arrasar un cortijo, pero no de quedarse en él.

Mucho más se ha hablado, hasta las diez y cuarto. Nos despedimos. Yo, bajo una impresión desagradable, veo amontonarse los obstáculos. Si me pongo a considerar lo que puede ocurrir en caso de conflicto con las Cortes y dimisión del Presidente, el caso me parece insoluble, y a favor de esta preocupación, todos los demás problemas se me agravan. Es el contagio del Consejo de ministros.

Por la noche, después de cenar, he paseado por la Castellana.

Esta mañana se me ha presentado Rufino Blanco Fombona, a pedirme una cosa necesaria para la liberación de Venezuela. «Sería usted el libertador de mi país». La petición se acompaña de ofrecimientos de servicios; alguno de ellos afecto no oírlo. Lo que pide es una locura y una extralimitación.

11 de agosto

Consejo en Hacienda. Despacho ordinario de los ministerios. Según Nicolau, la negociación con Francia va a terminar con una componenda aceptada por los franceses, que han retirado su ultimátum al convencerse de que estábamos dispuestos a la ruptura. Conflictos de paro forzoso en todas partes: en las fábricas de Béjar, en La Hispano, de Guadalajara. Tienen la pretensión de que el presupuesto de Guerra vaya en su socorro.

Maura cree saber que la Comisión de Responsabilidades no se mostrará intransigente y que aceptará que el proyecto vuelva a la Comisión para redactarlo de nuevo. No me fío de las impresiones de Maura. En efecto, esta tarde decía en el Congreso Teodomiro Menéndez que los socialistas están dispuestos a sacar triunfante el proyecto.

Hemos llamado a Jiménez de Asúa, presidente de la Comisión de Constitución, para acelerar la redacción del dictamen. Asúa dice que no tiene medios de imponer a la Comisión un criterio ni un método de trabajo más expeditivo. Anuncia que si se presenta en las Cortes la proposición de que se habla, invitando a la Comisión a reunirse en sesión permanente, la Comisión dimitirá. Cree que en doce o catorce días podrá estar hecho el proyecto. Convenimos en que si para el lunes no está terminado, comenzará el martes la discusión del título primero. Prieto es partidario de que se suspendan las sesiones una semana, hasta que la Comisión termine su trabajo, para impedir que las Cortes se entreguen a debates estériles o perjudiciales. Se hablará con Besteiro, para que explore la opinión de los grupos.

Volvemos a tratar de la formación del Consejo de Economía Nacional. Largo Caballero dice que es muy conveniente hacerlo, pero de ningún modo tal como lo ha propuesto Ortega y Gasset. No sé quién propone que nombren a Ortega miembro del Consejo de Economía; creo que ha sido Largo; de todos modos, apoya el propósito, para que exponga sus planes y no se limite a críticas fáciles.

«Es preciso que esos señores trabajen por la salvación de España, o enmudezcan», dice con energía. Fernando baja la cabeza y se calla.

En el ministerio, adonde he ido un momento, antes de almorzar, recibo una gran comisión de Alcalá y otra de Navalucillos.

También a Jesús Coronas, consejero del Banco de España, que viene a contarme la situación del Consejo con el ministerio de Hacienda.

Coronas está furioso con el ministro y sumamente disgustado de la situación. Cree que no va a ser posible crear una República burguesa. Quería llamarme la atención sobre la conducta de Prieto, que quiere obligar al Banco

a que resuelva por sí solo el asunto del cambio. «Lo que quiere Prieto es bajar un poco la libra al tiempo de marcharse».

Por la tarde, en las Cortes, proposición y discurso de Ossorio para que el Gobierno respete los derechos individuales. Mala tarde para Ossorio, a cuyas no buenas intenciones han respondido las Cortes con una frialdad glacial. Ossorio ha buscado el aplauso muchas veces, tronando contra la dictadura y los dictadores; pero no le han hecho caso, y no le han aplaudido.

El discurso de Niceto, muy discreto, pero con poco brío y sin atacar. Otros han hablado.

La tarde se ha perdido.

Extraña pregunta del comandante Pastor, esta mañana. Que si no estoy convencido de la necesidad de una organización, sea cual fuese. Tenía yo mucha prisa, y no he seguido la conversación. Mañana le llamaré, para saber qué es esto y sus intenciones.

Cada día recibo noticias confirmando que algunos del Gabinete militar, a quienes yo di toda mi confianza, han hecho mal uso de ella, en la cuestión de destinos. Y esto es lo que más duele a la gente, de todo cuanto se ha hecho. Difícil remedio.

He mandado al auditor un número de *La Correspondencia Militar* que hace una furiosa campaña contra mí. Este periódico tenía una subvención de mil pesetas mensuales de los fondos secretos del ministerio. Yo se las quité, como a todos, y ahora están que trinan.

Me dicen que anda en esa campaña el general Orgaz.

12 de agosto

Toda la mañana se me va en despachar con el subsecretario y en la audiencia militar. Algunas quejas por la cuestión de los destinos. He firmado una orden concediendo preferencia para colocarse en sus antiguas guarniciones a los oficiales separados de ellas con motivo de la reorganización.

Me dicen que el general Riquelme está muy resentido porque no le he hecho inspector general.

También recibo información de los manejos del general Franco y Orgaz. Franco es el más temible. Me hablan de esto Ramón Sicilia y el comandante Muñoz, ambos diputados andaluces; Muñoz me garantiza que el coronel Varela, que manda el regimiento de guarnición en Cádiz, es absolutamente leal, a pesar de los rumores que circulan contra él. También me trae noticias

de la actitud de algunos jefes militares de Sevilla, entregados a los aristócratas de la ciudad. Insisten en que Ruiz Trillo es tonto. El propio subsecretario, que es amigo suyo, me dijo que no tiene sindéresis. Esta conversación ha sido en el Congreso. También hablo con Galarza, sobre las medidas que conviene tomar, y acordamos reunimos el sábado. El Gobierno se ha congregado antes de la sesión. Hablamos de la llegada de Macià, anunciada para el viernes, con propósito de entregar el Estatuto. A los catalanes se les había ocurrido que don Niceto fuese a Barcelona «con cualquier pretexto», y allí recibiría el Estatuto.

Propósito descabellado, que don Niceto desechó al punto. La venida de Macià es un compromiso, porque hay gentes en Madrid que proyectan darle una silba. El comercio había proyectado cerrar, en señal de protesta. Parece que se ha conseguido que no lo hagan. El Presidente queda en hacer lo posible para conseguir que aplacen el viaje.

Hoy ha regresado mi ayudante Menéndez, a quien envié a Barcelona, para que me informase sobre la actitud de aquella guarnición respecto del catalanismo y el Estatuto. Un sujeto bastante necio, que fue secretario de don Niceto, me dijo que los oficiales de Barcelona eran todos de Macià. La información me pareció absurda. Menéndez me trae noticias enteramente contrarias. Más bien, dice Menéndez, pecan por incomprensión. También me asegura que en los oficiales domina una especie de miedo o de inquietud, por lo que aún puede ocurrirles. «¡Son tantos golpes seguidos…!», parece que dicen.

La sesión de las Cortes no ha tenido interés. He entrado en el salón, pero no me han dejado llegar al banco azul. Tantos encarguitos y recomendaciones han venido a hacerme en el camino.

Larga conversación con S. Madariaga, embajador en Washington. Hablamos de Ginebra, del desarme, de lo que España puede presentar allí como obra de la República. Después la situación política y el futuro. Le cuento mi impresión personal, y los obstáculos a la colaboración con Lerroux.

Que para mí, el Gobierno debiera ser de socialistas e Izquierda Republicana, siempre sobre la permanencia de estas Cortes.

Madariaga me dice que él y otros del grupo de la Federación gallega están dispuestos a ingresar en Acción Republicana; y, muy en secreto, me revela que lo mismo hará Casares Quiroga.

López Ochoa publica en *El Heraldo* un artículo sobre las reformas militares, pidiendo que en las Cortes se abra una información pública, para que «sea oída la voz del ejército». ¡Absurdo!

Hemos almorzado Lola y yo en el Palace con Lili Álvarez, la campeona de tenis. Durante unos días, ha sido la *vedette* en el mundillo periodístico. Viene enviada por *Daily Mail*. Un periódico decía, burlándose, que deberíamos enviar a Inglaterra a Paulino Uzcudun, como corresponsal. Esta Lili viene muy recomendada por Pérez de Ayala, que desde su embajada de Londres escribe una carta muy superferolítica, advirtiendo que se la reciba bien, y «que es un astro necesitado de un cielo para brillar». Llevaba quince días persiguiéndome para hablarme de política, pero yo me he negado. Un día, en El Escorial, me la encontré en el hotel, y se me presentó ella misma. Se empeñó en invitarnos para pocos días después, y pude eludir el convite. El de hoy, era ya inexcusable. Es una señorita bastante tonta, con pedantería galaica, que es muy molesta, habla siempre de sí misma, no entiende de nada, y usa un estribillo insoportable: un «¿qué?» chillón y pedante, puesto al final de cada frase, como si en tal momento volviese de un arrobamiento y fijara la atención en quien la rodea. Yo no he contestado nada de lo que quería saber. Y le he dicho que no entiendo más que de caza. Se lo ha creído.

Después ha llegado Luis Calvo, el del *ABC*, y ya he tenido quién me ayude a soportar este fastidio. Hablando con Calvo he dicho una porción de gansadas, que probablemente Lili se habrá tragado. ¡Si las publica en el *Daily Mail*, qué golpe!

En el Palace estaban los Méndez Vigo; la mujer, alemana, es monísima y muy agradable. Nos invitan a comer el lunes.

13 de agosto

Cuando estaba despachando con el subsecretario, se presentan Maura y Martínez Barrio. Hablamos largo rato a solas. A Martínez Barrio le han dicho, en las logias, que se prepara un golpe monárquico para la próxima semana. Me hablan del coronel Varela, y como yo les digo que Muñoz asegura que es fiel, Martínez Barrio replica que Muñoz es muy apasionado y ciego por sus amigos. Se sabe que Varela ha tenido una conferencia de hora y media con Carranza, exalcalde de Cádiz y acérrimo monárquico, muy rico, que ha hipotecado ahora todos sus bienes. En la conversación suenan Franco y Orgaz. Franco es el único temible. Examinamos la situación y estamos de acuerdo en que un suceso militar solo podrá venir de Navarra o de Andalucía. Hay que acudir con medios informativos, y en el Consejo de mañana pediremos los medios necesarios. Maura hablará con Sanjurjo, respecto de la Guardia Civil. Yo voy a dar hoy instrucciones al general Goded, para que no

esté desprevenido. Me callo cuáles son las instrucciones, que se me ocurrieron anoche, o por cavilosidad o por buen instinto.

A última hora viene al despacho el general Goded. Mientras firmamos, le ordeno que el Estado Mayor Central me estudie rápidamente el plan para que entren en campaña las divisiones quinta, sexta y séptima, más las dos medias brigadas de montaña, suponiendo que fuese necesario ocupar militarmente Navarra. Al general le hace impresión el encargo, aunque lo disimula.

Al mismo tiempo le rechazo un proyecto de trabajos cartográficos, que tendía a deshacer mi reciente supresión del Depósito de la Guerra.

Cuando ya estoy cansado de visitas, recibo al general Villegas, que me da cuenta de lo que ha hecho para ir restableciendo los hábitos de trabajo y de disciplina en la división, un poco relajados con todo lo que viene sucediendo.

Por la tarde, pensaba volver pronto al ministerio; pero se me presentan en casa mi primo, el general García Benítez, y su hijo, artillero. Me tienen aquí hasta cerca de las cinco. Benítez ha sido siempre muy palatino; ayudante del rey, coronel de la Escolta real; su mujer, mi prima, muy devota y con algo de manía de grandezas palaciegas. Les gustaba mucho al principio Primo de Rivera. Cuando empezábamos con los planes republicanos, mi prima me tenía casi lástima, y llegó a decirme que en algunas casas ocultaba que fuéramos parientes. Me daba mucha risa. Con aires de dama catequista, me aconsejaba una vez la conformidad: refiriéndose a la realeza, etcétera, decía poniendo la boca chiquita: «Son cosas que debemos respetar». Ahora mismo tiene la casa llena de retratos de la familia real. Benítez se enfadó con Primo de Rivera cuando la disolución del Cuerpo de Artillería; porque tiene dos hijos en él. Un día, en casa de mi hermana, me confesó que era muy inconveniente vivir sin Cortes. Este general es típico: necesita su experiencia personal para convencerse de una cosa que una mediana ilustración le habría hecho conocer desde el primer momento. Mi prima, su mujer, cree que el diablo se aparece en las reuniones de los masones, bajo la figura de un señor respetable y distinguido, vestido de frac. Y en una de estas reuniones, un creyente que se había deslizado en ella sacó un crucifijo, y el diablo de frac huyó dando alaridos.

Ahora me admiran mucho. Benítez manda la brigada de Caballería que está en Alcalá, enteramente seguro de que me será muy leal.

Estoy un corto rato en el ministerio, y me marcho al Congreso. Cuando llego al banco azul, el Presidente me hace sentar a su lado y me habla largo rato. Va a discutirse el proyecto de la Comisión de Responsabilidades, que trae las facultades omnímodas ya conocidas. Me dice el Presidente que la

minoría socialista se opone a que ningún ministro socialista hable sobre esa cuestión en nombre del Gobierno.

El propósito está claro: como los socialistas quieren sacar adelante el proyecto, que un ministro de su partido lo combata los pondría en el caso de votar contra él, o de renunciar a su propósito. «Fernando no puede hablar, a pesar de lo que habíamos acordado. Domingo se excusa, porque dice que no conoce la técnica jurídica, y yo creo que no debo estar interviniendo a todas horas; por eso opino que debe usted estar atento al debate, para que intervenga usted a nombre del Gobierno». Así me ha dicho el Presidente. En el banco azul, hablamos vivamente Maura, Ríos, el Presidente y yo. El encargo me fastidia sumamente. Veo en él, no un lazo, claro está, sino una situación dificilísima para mí.

Les digo que si hay o no un criterio y un acuerdo fijo de Gobierno, cosa de que no estoy seguro. Que el Gobierno solo puede tomar dos caminos: u oponerse al proyecto, presentando la cuestión de confianza, y este sería un punto de vista aceptable, que yo podría defender, o declarar la cuestión libre. Lo que es inadmisible es intervenir con una finta, para retirarse luego; dar consejos u opiniones, y no proponer nada terminante. Esto no puede ser. Maura y Ríos asienten, y añaden que debe hablar en nombre del Gobierno el Presidente, porque esta es la cuestión más grave que se nos ha planteado hasta ahora en las Cortes. No se resuelve nada y el Presidente parece contrariado.

Cualquier intervención aconsejando la prudencia, parecería a los grupos de la mayoría una maniobra *impunista*. Y quieren que yo la personifique. Tanto más absurdo, cuanto que el Gobierno no está unánime en la cuestión. A Fernando, el criterio de la Comisión le *repugna*, pero no lo dice en la sesión, porque a su partido no le conviene. Largo piensa casi como la Comisión, aunque prefiere otra solución menos radical. Albornoz está de acuerdo con el dictamen, y supongo que Domingo, aunque no piense así, no se atreve a decirlo. Y habiendo estos pareceres, ¿quién habla *en nombre* del Ministerio? Don Niceto quiere que sea yo, sin duda porque no *soy sospechoso*; él mismo me ha dicho que Maura, por su significación, no debía hablar en el debate. Y no pasamos de ahí.

Mientras, un periodista llamado Antonio de la Villa pronunciaba una especie de discurso acerca de las apariciones de la Virgen en Navarra, y afirmaba que el congregarse tanta gente en el lugar de las apariciones era un pretexto para conspirar. Muy chabacano ha sido todo. Hablaba Antonio de la Villa y Unamuno brincaba en su asiento.

En la discusión del proyecto de la Comisión, las Cortes aparecen perplejas y preocupadas. Aplauden al socialista Cordero, que defiende el proyecto, de que en parte es autor, y que anuncia al final su propósito de transigir con algunas enmiendas. Escuchan con profunda atención a Sánchez Román, que ha estado bien, aunque frío en demasía, lo que ha amenguado el efecto de su discurso. Creo que aún no se ha formado una mayoría sobre el caso, por más que el fervor y el ruido están del lado de los intransigentes.

Como yo suponía, las informaciones de Maura sobre el ánimo de la Comisión han resultado vanas. Después de la sesión, hablo con Ríos y Largo. Les hago ver lo falso de nuestra posición y la necesidad de echar por un camino cualquiera. Fernando se agita entre «la repugnancia» de adoptar el criterio de la Comisión y la conveniencia de que los ministros socialistas se callen. Largo sonríe, con la sonrisa fina que le es peculiar, que le baila en los ojos azules, dice unas cosas ambiguas, y se marcha. En el Consejo de mañana, pienso plantear a rajatabla la cuestión.

14 de agosto

En el Consejo de esta mañana ha comparecido el señor Carabias, gobernador del Banco de España, para informar sobre el problema del cambio. Es un hombre de corta estatura, de pocas carnes, algo sordo, de faz aguileña e inteligente. Habla con precisión y mucho tino. Es la primera vez que las cuestiones financieras se tratan en Consejo sin los habituales aspavientos, desmanes oratorios y procacidades de Prieto. ¡Qué diferencia! Las chocarrerías de Prieto y su irresolución han concluido por hacerme desagradable el simple planteamiento de aquellos asuntos en el Consejo. De antemano se sabe que no vamos a oír más que confesiones de impotencia, ni a ver más que encogimientos de hombros y manoteo, para ilustrar algunas desgarradas ocurrencias. Este Carabias me ha hecho incluso ameno y entretenido el relato de la situación, con la amenidad de una operación inteligentemente expuesta. El contraste ha sido muy fuerte, y, en mi opinión, desfavorable para Prieto. Ignoro lo que habrán pensado los demás. Carabias dice que los consejeros del Banco se alegran, aunque aparenten otra cosa, de la baja de la peseta; se alegran por espíritu de oposición al Gobierno. «Únicamente, cuando entrevé la posibilidad de las ganancias con las operaciones de intervención en el cambio, o con las fabulosas que pueden deducirse de la estabilización, *el Banco sonríe*». De la estabilización a un tipo alrededor de cincuenta pesetas por libra, resultaría para el Banco dos mil

cuatrocientos millones de pesetas, próximamente. El Banco cree, o mejor, quiere que esas ganancias han de ser para él solo. El gobernador opina que habrá de compartirlas con el Estado.

Carabias ha explicado muy bien las dos políticas que hubieran podido seguirse: o la inflación sin límite, dejando que la peseta se hundiera definitivamente, política que hubiera arruinado a los ricos, o la contención y defensa del cambio, mostrándonos dispuestos a no consentir que el tipo de cambio lo fijen en el extranjero. Opina que debería crearse un estado de opinión nacional sobre el problema, y desde un punto de vista nacional, no le parece ningún disparate la primera de las dos políticas. Pero eso era para haberlo hecho desde el principio.

Lo que él propone ahora es una táctica para impedir la especulación a la baja de la peseta, que ahora se realiza por la impresión dominante de que España no se decide a poner en juego los medios de que dispone para defender su moneda. Si no tuviera esos medios, la peseta estaría ya hundida; la especulación a la baja opera con prudencia; temiendo que esos medios puedan jugar.

Carabias dice que hay que ponerlos en juego, y que el comienzo de esta táctica, o la simple seguridad de que va a emplearse, bastará para detener la especulación, retrayendo el cambio a poco más del tipo de convertibilidad en oro. Propone que el Banco compre todas las pesetas que salgan al mercado mientras el cambio se mantenga sobre 51,90 que es el tipo actual de convertibilidad; y que los billetes recogidos se amorticen.

Cree que en el extranjero hay trescientos millones de pesetas, de los cuales ciento cincuenta están en *dobles*, que se van recogiendo ahora normalmente.

Conviene detener el alza del cambio en poco más del tipo de convertibilidad, a 54, para no hacer imposible la estabilización a 45 o 46, como se tiene calculado.

El informe ha sido largo, y hemos acordado celebrar un Consejo especial el martes para dedicarlo al asunto y tomar una resolución.

Del asunto político pendiente, hemos hablado, pero sin llegar a una conclusión. No estaban Albornoz ni Domingo, a los que yo quiero oír, para que sepamos si se lleva en esto un criterio común o no, para hacer frente al dictamen de la Comisión de Responsabilidades. La discusión de esta tarde en las Cortes ha sido de poco interés, y los diputados no han concurrido en gran número.

Me han dicho que el general Franco ha llegado hoy a Madrid, desde Asturias. Se lo he dicho a Galarza, que ya lo sabía y lo tiene vigilado. En el Consejo se ha acordado concedernos los medios necesarios para el plan defensivo que tengo en estudio. Por su parte, Maura dice que va a suspender *La Correspondencia Militar*, que hace contra mí una campaña desaforada. El lunes envió dos números al auditor de la división, porque traía unos párrafos subversivos.

Después de cenar voy al ministerio.

Hablo con el jefe del Gabinete militar, que, siguiendo mis instrucciones, ha empezado a buscar los oficiales que deben prestarme servicios especiales en provincia. Mañana sale ya uno para Cádiz.

Salimos a dar un paseo, llegamos al Pardo. Nos apeamos. Delante del palacio, hay tropa en disposición de marcha. Son los ingenieros, que salen de práctica. Cuando nos cansamos de pasear, ordeno que el coche siga por el camino que han tomado los soldados. Al cabo de un buen rato damos alcance a un grupo de caballos. El coche se para, y se nos acerca un comandante. «¿Quién es?», pregunta al sargento. Al enterarse, se queda un poco sorprendido. Me apeo y hablo con él un rato. Es el jefe de la fuerza. Me explica el trabajo que van a hacer. Le interrogo sobre el acuartelamiento de la fuerza y la instrucción; después, sobre su carrera. El comandante está muy satisfecho. Le despido, siguen su camino, y yo vuelvo a Madrid. Seguramente, el pasmo del jefe lo compartirán sus subalternos, que nos miraban un poco apartados, y hoy será la comidilla en los centros militares de Madrid esta súbita aparición del ministro en medio del monte. ¡Cualquiera sabe a qué lo atribuirán! No es la última que pienso hacer, ahora que la división realiza marchas nocturnas.

15 de agosto

Día tranquilo en el ministerio, por ser festivo. Pero no me libro enteramente de las visitas. He aprovechado la mañana para dictar cartas de las que no puedo confiar la respuesta a la inspiración de la secretaría. Algunas, sobre todo las políticas, son ya muy atrasadas. Me piden gobernadores y otras gangas. No he hecho ninguna de las recomendaciones que desean. Esta clase de cartas suelen estar sobre mi mesa revueltas algunas semanas. Tengo la resolución de no caciquear ni intrigar, y si alguien quiere ayudarme o seguirme en política será por otros estímulos.

17 de agosto

El sábado y el domingo en la sierra. Pasamos la noche en El Escorial. El domingo, de mañana, vamos a Navalperal. Comemos en casa de Sicardo, con otros oficiales que han venido directamente de Madrid. Por la tarde, visitamos los altos del Alberche, junto al Tiemblo. Minuciosa explicación del ingeniero.

En Cebreros, por donde pasamos, es día de toros. Han matado un toro a pedradas. Junto a esta barbarie, la perfecta instalación de la central eléctrica del Alberche. Un hombre solo, en un cuarto silencioso, forrado de aparatos, dirige una fuerza enorme. Contraste.

Hemos ido a los toros de Guisando. Increíble anochecer, de morados y oros. Otra visita a otra fábrica. Pasamos de nuevo por Navalperal, y por el puerto de Guadarrama, al Escorial. Regresamos a Madrid a la una de la noche.

Hoy he tenido poco quehacer. Hemos almorzado Lola y yo en el Palace invitados por los Méndez Vigo. Concurren un matrimonio cubano, banquero él; un cónsul, Sierra, antiguo conocido mío, y el señor Danís, también cónsul, una de las criaturas más cargantes que conozco.

Después del almuerzo voy al Ateneo, donde me espera Fernando Salvador, para acordar un proyecto de obras, que tengo pensado, como continuación de las que hice el año pasado. Larga conversación, y más tarde al ministerio. Estoy allí hasta las diez menos cuarto. Como no tengo hoy Consejo ni Cortes, he trabajado tranquilamente despachando muchos papeles, y conversando con Riaño sobre los asuntos de Aviación, en los que voy formando un propósito ya decisivo. La tarde en el ministerio ocupado no más que en mis asuntos, y al cabo de tres días de no ver a los ministros ni a los diputados, me recuerda los *buenos tiempos* de mi actividad solitaria en esta casa. ¡Qué pronto se hace todo historia!

Después de cenar estamos paseando dos horas por la Castellana, hasta la una.

18 de agosto

Hoy hace un año que se murió Enrique Martí Jara. Unos cuantos amigos han ido al cementerio, pero yo no podía asistir, por tener Consejo, y me ha representado un ayudante. Martí Jara murió joven; tendría cuarenta años o menos. Era muy buena persona, tenaz hasta la terquedad, bastante propenso a «sulfurarse», y muy entusiasta por la «causa». Cuando lo de «la noche de San

Juan», me lo encontré en el vestíbulo del Ateneo y me dijo, casi perdida la razón: «Valencia es nuestra». La verdad es que allí no se movió ni una rata; pero él, durante unas horas, *veía* la revolución triunfante. Estos ímpetus le hacían chocar conmigo con frecuencia y nuestro respectivo mal genio se encrespaba. Pero me tenía mucha estimación, y aunque alguna vez le trataba con aspereza y aun con dureza, no me lo llevaba a mal y me lo toleraba. Martí Jara es el que me llevó, casi tirando de mí a la fuerza, a los primeros trabajos para organizar la Alianza Republicana. Yo estaba entonces muy desanimado y en desacuerdo con casi todo el mundo, porque casi todo el mundo acataba la dictadura de Primo de Rivera, o la encontraba muy buena; sin exceptuar a los escritores y redactores de *El Sol*, que ahora, en su forma mínima de *Crisol*, expiden patentes de republicanismo. Al quedarme sin *España*, sin *La Pluma* y con el horizonte cerrado como por losa de plomo, no sabía qué hacer, y entré en una especie de interinidad expectante, parecida en cierto modo a lo que nos ocurría durante la gran guerra. Estaba además deprimido y muy a disgusto por haberme tenido que ir a vivir en familia, perdiendo el «espléndido aislamiento» a que desde hacía muchos años venía habituado.

Ni siquiera iba al Ateneo, del que me había separado por las tonterías que empezaron a hacer en cuanto salí de la secretaría, y por la feísima acción que cometieron conmigo algunas gentes que no podían soportar mis aciertos en aquella casa. Recuerdo que, por esas causas, y, sobre todo, por *la soledad* en que vine a encontrarme de pronto, el año 1925 es probablemente el más triste de mi vida. Entonces estuve a punto de hacer una tontería gigantesca. Yo creo que la soledad me indujo en error; la soledad y la absoluta carencia de ambición que siempre he tenido (facilidad para contentarme con lo presente y no creerme *con derecho* a más, ni a nada. ¿Será el freno de la indolencia?). Entré en unos devaneos que al punto no fueron entendidos, y que al serlo, fueron rechazados. ¡Qué suerte! ¡Lo que me habría pesado después! Lo chusco es que ya por entonces pensaba en otra cosa, pero me parecía inasequible, y la cultivaba nada más que como un cebo de la imaginación. Si aquello hubiera salido a medida de mis momentáneos deseos, mi aburrimiento y mi enojo ahora no tendrían límite, y la situación habría sido insostenible. Por entonces también me refugié en la afición a escribir. Concluí *El jardín de los frailes* y comencé el libro sobre Valera[11].

¿Por dónde he venido a recordar estas cosas? ¡Ah!, sí: por Martí Jara. De mi apartamiento huraño me sacaba Martí Jara llevándome casi a empellones a formar en los comités y consejos políticos preparatorios de la revolución. Cuando había que destacar a alguien en algún puesto, me destacaba a mí, con

la extrañeza de algunos o con desdén de otros. Por entonces conocí personalmente a Lerroux, con quien tantas migas estaba yo llamado a hacer: y no sé aún si serán buenas o malas migas. Por Martí Jara fui al comité ejecutivo de la Alianza, y de ahí vino que fuese al Pacto de San Sebastián, y que me incluyesen en el comité revolucionario convertido después en Gobierno de la República.

El 17 de agosto del año pasado se hizo el convenio que llaman Pacto de San Sebastián. Al día siguiente, por la noche, fuimos a un banquete republicano en Irún; yo veraneaba con Lola en Fuenterrabía. Estábamos en un hotel, lleno de burgueses y aristócratas sevillanos. Una marquesa viuda que allí vivía le dijo a la fondista: «¡Qué lástima que una muchacha tan bonita (por Lola) se haya casado con un republicano!». Este era el personal. También vivía en el hotel Ruiz y Benítez de Lugo, subsecretario de la presidencia con Berenguer, y Matos, hermano del ministro de la Gobernación que sucedió a mi inolvidable adversario el general Marzo.

Al llegar a Irún, la noche del banquete, me dio Galarza la noticia de la muerte de Martí Jara. Al banquete no asistió Lerroux, pero sí don Niceto, y Miguel Maura, y Eduardo Ortega (de cuya indiscreción desconfiaban todos los conspiradores), y Victoria Kent, y no sé quién más. Había trescientos iruneses, algo bárbaros. La policía había prohibido que hubiese discursos, pero los hubo. A don Niceto, en su florido discurso, se le ocurrió hablar de la maternidad, dirigiéndose a la Kent. La autoridad, porque se quebrantaba la prohibición de echar discursos, quiso echarlo del local. Entraron los guardias, sable en mano. Creí que se reproducía lo del hotel Nacional, cuando el banquete a M. Domingo. Pero tal fue la actitud de aquellos bárbaros, que el comisario, pálido de cólera, optó por retirar a los guardias. Los republicanos ocuparon lo alto de la escalera, pistola en mano, para que ya no subiese nadie. ¡Cuántas emociones, desde entonces hasta hoy!

El Consejo de esta mañana ha sido muy movido, a ratos. Comenzó por el examen de los papeles que le ha quitado la policía de la frontera al vicario de la diócesis de Vitoria; se los llevaba a su obispo, que está emigrado en Anglet. Son principalmente: un dictamen del señor Martín Lázaro, de la extrema derecha católica, sobre la manera de poner en salvo los bienes eclesiásticos. Aconseja la venta de las fincas, y que el producto o los valores que ya posean se inviertan en fondos extranjeros, o se coloquen a nombre de un titular; que los cupones y rentas no los cobre nunca la misma persona, etcétera.

Y después: una carta, al parecer circular, del arzobispo de Toledo, Segura, diciendo que, con la autorización del Papa, aconseja que se hagan aquellas

operaciones para cobrar los bienes de la Iglesia. La epístola es larga.

Se ha discutido mucho el caso. Fácilmente se llegó al acuerdo de publicar mañana un decreto prohibiendo la enajenación de los bienes de la Iglesia. También se convino en pedir al Gobierno francés el internamiento de los obispos de Vitoria y Toledo.

Después se pasó a examinar lo que se hacía con el arzobispo Segura. Querellarse contra él ante el Supremo, procesarlo por los delitos que contiene el documento, se desechó a propuesta del Presidente, porque la querella y el procesamiento implican la venida a Madrid del arzobispo, que estará deseando parecer mártir, y tenerlo aquí es un compromiso para el Gobierno; incluso podría provocar un movimiento violento contra los conventos y otra quema.

El punto de discusión, y lo que ha prevalecido, ha sido este: suspender las temporalidades al arzobispo, y una vez hecho, enviar al Nuncio un ultimátum, para que, en plazo de cinco días, Roma destituya al personaje; y si no lo destituye, romper las relaciones diplomáticas.

El Presidente quería a todo trance que no se hiciese la suspensión de temporalidades antes de pasar el ultimátum al Nuncio. Decía que no siendo así, se le daba un argumento al Nuncio, que alegaría el acto unilateral realizado por el Gobierno de la República, como un imposible para tratar, lo que malograría el buen éxito de la gestión. Cada uno hemos ido votando, y todos por la solución contraria a la que proponía el Presidente. Y a cada uno que votaba, don Niceto le repetía su argumentación. Prieto ha propuesto que el asunto se llevase hoy a las Cortes, a lo que nadie ha asentido. Fernando de los Ríos, al dar su opinión, ha hablado vagamente de la dificultad de llegar a un criterio homogéneo en el Gobierno (u otra expresión por el estilo, a la que nadie dio importancia), y se sumó al parecer de todos. Entonces el Presidente, después de sostener una vez más su opinión, y de salvar su voto, dijo que, en vista de lo dicho por Fernando, se consideraba Presidente dimisionario y que nosotros «administraríamos» su dimisión por unos días. Pasmo de todos. Azoramiento de Fernando, que realmente no había querido decir nada de lo que entendía el Presidente. Le hacemos ver que todas las cuestiones graves se han resuelto por votación, y que nunca se han molestado los que resultaban en minoría; que todos teníamos puesta en él nuestra confianza, etcétera, etcétera. Nada valió. Don Niceto, con un enojo verdaderamente pueril, semejante al que sintió cuando ya dimitió otra vez por el caso de la expulsión del obispo Múgica, decía que lo dicho por Fernando revelaba su disconformidad con la composición del Gobierno, y que él se eliminaba, etcétera, etcétera.

Todos han hablado, quitándole la razón. Yo también lo he hecho, diciéndole que estaba ofuscado, que no tenía derecho a proceder así y que pensase bien que no habría posibilidad de Presidente dimisionario, que si él dimitía, nos iríamos todos, y que esta misma tarde daríamos cuenta de ello a las Cortes, poniendo en peligro a la República. Han asentido los demás. La conversación ha continuado, y yo por último he dicho que creía resumir la opinión del Consejo, dando por no dichas las palabras del Presidente. El incidente parecía terminado, y no se ha vuelto a hablar más de ello, porque estaba esperándonos el gobernador del Banco de España, a quien se ha hecho pasar al salón del Consejo.

Examinamos la cuestión del cambio. Maura y don Niceto hacen observaciones, que Carabias desvanece. Sin embargo, algunas veces, su argumentación me parece menos sólida que el otro día. Carabias afirma que su fórmula solo puede fracasar en el caso de que ocurra algún gran suceso imprevisto que afecte a la economía nacional.

Don Niceto le pregunta si, en el caso de preverse para dentro de doce o quince días algún hecho impresionante, no sería conveniente aplazar la aplicación de la fórmula. Carabias dice: «En ese caso, sí».

Le pregunta también si sería posible aplicar las ganancias de la operación (comprar pesetas por encima del tipo de convertibilidad) a reforzar las existencias de oro. Responde que sí. Se delibera mucho la eventualidad de que, empleando el oro del Banco en comprar pesetas, y retirados los billetes de la circulación, haya que ponerlos de nuevo en circulación, por otra crisis como la pasada, pero habiendo disminuido las reservas de oro.

Carabias me dice que esta misma mañana ha sabido que el Banco tiene quince millones de pesetas en monedas de oro, propiedad del Tesoro. Y que no se lo han dicho hasta hoy, porque ahora el Banco ve en peligro su oro.

Después de dar muchas vueltas al asunto y de preguntar veinte veces a grandes voces don Niceto, si se aplicarían las ganancias a la compra de oro, se llega a una solución.

Con los quince millones de pesetas en oro, más el millón y medio de libras, sobrante del crédito abierto por el Banco de Francia para el rescate de las dobles, y otro tanto dinero que deberá poner el Banco, el Centro de Contratación comprará, mientras estén sobre el tipo de 54, cuantas pesetas salgan al mercado. Pero como si se supiese que no se dispone más que de esa cantidad, el remedio no produciría efecto, y sí lo producirá, según Carabias, en cuanto los especuladores crean que van a emplearse todos los recursos de que el Banco dispone, se acuerda aprobar la fórmula de Carabias, y decírselo

así al Banco, para producir esa impresión, si bien con el propósito de no aplicar la fórmula a fondo, mientras no desaparezca la inquietud o la posibilidad de suceso «impresionante» de que hemos hablado. Siempre queda flotando la promesa y la seguridad de Carabias de que basta llevar al ánimo de los banqueros, dentro y fuera de España, el convencimiento de que se va a manejar el oro, para que no sea preciso manejarlo.

Después se habla de la situación en Navarra. Les doy cuenta de las medidas que tiene en estudio el Estado Mayor Central. Como esto sería de gran monta, les propongo que por el momento se concentren en Navarra los ocho batallones de montaña, para hacer «escuelas prácticas». Prieto y otros opinan que el momento crítico será el de la votación de la Constitución. También propone Prieto que se nombre (que le nombren a él, dice) un gobernador general de las Vascongadas.

La Guardia Civil de Navarra, según Maura, es toda carlista. Se conviene en variarla.

Se aprueba el proyecto del aumento del haber de los soldados, y hablo un momento de la necesidad de hacer cuarteles modernos en Madrid, para lo que me propongo arbitrar recursos vendiendo los viejos.

Fernando no puede resistir la tentación, y con una sonrisa suavísima y pedante, dice: «No dejo de lamentar que tengamos que hacer cuarteles…». Ha dicho una tontería y todos lo comprenden. Largo Caballero dice que mientras no se suprima el ejército, hay que alojar bien a los soldados. Yo insisto en que la República debe ocuparse de ello, y que si han de suprimirse las cuotas, la exigencia será mayor, aunque ya está bien justificada.

Aunque no se suscita ninguna discusión, Fernando habla de la necesidad de poner en serie los problemas, que hay escuelas sin ventilación y sin luz, etcétera. Largo Caballero me decía luego: «Es un criterio anarquista».

Por la tarde, antes de la sesión del Congreso, veo a los ministros. Todavía colea lo de la dimisión del Presidente, que, al parecer, insiste. Nos mantenemos en nuestro criterio. Maura opina que el Presidente está disgustado por el proyecto de Constitución, que estima disparatado, lo mismo en lo de los poderes del Presidente, forma de elección, etcétera, que en la parte religiosa. Y que este es el origen de su dimisión. Prevé la guerra civil por la cuestión religiosa, y quiere apartarse, para ser una reserva de paz. Esto es opinión de Maura.

Dicen algunos ministros que es preciso tranquilizar al Presidente ofreciéndole que estaremos a su lado para corregir los desmanes del proyecto de Constitución.

Más tarde, en el banco azul, Fernando me dice que ha hablado con el Presidente y que está «muy entregado». No me preocupa la cuestión.

A Fernando le apunto lo que tiene que contestar a un diputado que le pide la derogación del artículo 20 de la ley hipotecaria. Era muy gracioso para mí ver el convencimiento con que repetía lo que yo acababa de decirle.

Hoy he hablado en las Cortes por primera vez, contestando a una pregunta de un diputado socialista. Necesitaba yo este pequeño ensayo, para saber cómo suena la voz en aquel salón. Creo que lo dominaré. El debut no me ha impresionado nada. La sesión, sin interés.

20 de agosto

Ningún incidente en el ministerio. Ayer me visitó Macià, en compañía de Amadeo Hurtado. Conversación reducida a palabras corteses. Por la tarde me reuní con la ponencia de la Comisión de Guerra, encargada de dictaminar sobre mis proyectos. El diputado socialista Bolaños, comandante de Ingenieros, que acaba de retirarse, me hizo algunas observaciones encaminadas a utilizar en servicios civiles a los oficiales retirados. Quería que fuese por obligación, y le convencí de que era imposible, sin deshacer lo hecho, porque la opción ofrecida era otra. Hablamos largamente de mis planes, que le parecieron bien.

Anoche, después de cenar, estaba yo muy deprimido por las dificultades interiores del Gobierno y por los rumores alarmantes que me llegan de varias partes. Hablar con un amigo me alivia. Recibiendo tantas visitas y tratando de la mañana a la noche con tal número de gentes, resulta que vive uno en gran soledad y aislamiento.

Hoy por la tarde he estado largo rato en casa, arreglando papeles. He rasgado muchos, que se amontonaban en mi escritorio. Dejado de todos encuentro el capítulo de *Fresdeval*[12], que estaba escribiendo cuando vino la República. Lo he releído, y descubro que se me ha olvidado todo lo que tenía pensado y proyectado para esta novela, que se me iba cuajando tan bien. Difícil me sería ahora reconstituirlo. En la tranquilidad de casa, me he hecho la ilusión de que iba a ponerme a escribir como antaño, y realmente tenía ganas de hacerlo.

Después, un rato en el ministerio, y voy al Congreso, persuadido de que la tarde va a ser de emociones; hoy le toca hablar al Gobierno en el debate de las responsabilidades.

Sánchez Román ha hecho un buen discurso, mejor que el del primer día. Detrás de mí, en el banco de la Comisión, Eduardo Ortega y Gasset dice de Sánchez Román: «Es un tonto hinchado».

Ha hablado don Niceto. Yo había salido del banco del Gobierno y no tenía ninguna gana de estar en él mientras hablase el Presidente. Para mí, la situación es delicada, porque estaría de acuerdo con el proyecto de la Comisión, si estuviese pensado y redactado con más inteligencia, y defendido con más agudeza y cordura. Cuando empieza a hablar el Presidente me acerco al banco azul y ya no se puede entrar en él, porque el orador está en pie y obstruye el paso. No me atrevo a llamar la atención saliendo al hemiciclo y penetrando en el banco del Gobierno por una puertecilla que tiene en el centro. Me quedo al pie de la tribuna presidencial, con veinte o treinta diputados. Estos detalles los recuerdo porque el Presidente, con lo que ha dicho y hecho después, me los ha traído a la memoria.

Las Cortes han oído el discurso del Presidente en profundo silencio, con frialdad y, en mucha parte, con hostilidad callada por el respeto. Todos los bancos, llenos. El Presidente ha sostenido: autoridad de las Cortes para juzgar el delito de alta traición; nombramiento de un tribunal especial, o diferir el caso al Tribunal Constitucional cuando esté nombrado; aplicación del Código penal a los ministros y a todos los partícipes en la dictadura, con excepción del rey, que está fuera de la ley; que la Comisión sea fiscal, y se desdoble para instruir el proceso; que se levante la vigencia de las leyes procesales que estorben, pero diciendo cuáles son, y que se haga la categoría de las personas y de los delitos que por su importancia merezcan someterse al fallo de las Cortes. Ha producido desconcierto lo que ha dicho sobre su personal creencia de que las Cortes no tendrían que convertirse en tribunal.

Me ha parecido —y a otros— extemporáneo y de poca enjundia el elogio del derecho procesal, el «diamante» del derecho, según ha dicho. Completamente fuera de lugar la defensa de Elola, el exfiscal de la República.

El discurso, bajo de inspiración y lleno de arabescos y períodos abundantes y floridos, con pasajes de *fort en thème* —que siempre lo es un poco don Niceto—, no era apropiado a las circunstancias. Algunos ministros opinan que las Cortes no se han enterado bien de lo que el Presidente proponía, y otros han echado de menos al final una recapitulación clara.

Lo más notable ha sido que, sin plantear redondamente la cuestión de confianza, el Presidente ha dicho que si había censura, recaería sobre él solo, y que aunque hablaba en nombre del Gobierno, el Gobierno quedaba fuera de

la cuestión, siendo él únicamente quien pagaría las consecuencias, si la Comisión no aceptaba «sus consejos».

Estas palabras del Presidente me han sorprendido mucho; primero, porque yo no recuerdo que se haya acordado por fin en el Gobierno presentar la cuestión de confianza, y segundo, porque si se ha acordado así, pretender que él solo pagaría las consecuencias, es una precaución inútil para salvar al resto del Gobierno, que no iba a aceptar que dimitiese solo el Presidente, y un acto de extraña soberbia o despecho, porque implica un sacrificio que nadie le había pedido, ni servía para nada. La impresión en las Cortes ha sido enorme. Poco después, se ha suspendido la sesión «por unos minutos», a petición del presidente de la Comisión. Yo había vuelto ya al banco azul, y tan contrariado estaba por lo que parecía y me parece una torpeza del Presidente, que no paré mientes en felicitarle por su oración. Muchos diputados hacían corro en torno de don Niceto en la punta del banco, y unos socialistas —recuerdo entre ellos a Negrín— discutían acaloradamente, apoyados en nuestros pupitres, con Fernando de los Ríos. Omitir la felicitación ha sido también cosa grave. Mientras no iba a felicitarlo, yo sentía vagamente que estaba faltando a algo, pero no tuve ni el menor impulso de corregirme: tan disgustado estaba.

Albornoz, cuando nos retirábamos del salón, me dice: «Ha sido una jornada política deplorable».

Mucha gente en los pasillos. Encuentro a Martínez Barrio rodeado de periodistas, a los que está diciendo la solidaridad de los ministros con el Presidente. Los periodistas no me preguntan nada, porque ya saben que no les contesto. En el despacho de ministros encuentro al Presidente, a Casares y a Martínez Barrio. Lerroux se ha ido del Congreso. Domingo no ha asistido a la sesión. Y el Presidente, con este motivo, dice que Domingo es más escurridizo que una anguila.

Sabemos que Albornoz está disconforme con lo dicho por don Niceto, y que no recuerda que se haya convenido el planteamiento de la cuestión de confianza. Comentando esto, Martínez Barrio asegura que a Albornoz le engaña la memoria, y que eso era lo convenido. A mí, por lo visto, también me engaña. Esta cuestión nunca se ha tratado con decisión y franqueza en Consejo. Después averiguo que el miércoles, a última hora, no estando yo en el Congreso, los ministros, no sé cuántos, tuvieron una «reunión ocasional», en la que acordaron lo que el Presidente iba a decir.

Don Niceto, con muchos *¡bueno, señores!* y muchos *¿qué hay, querido Azaña?*, va diciendo que ha hecho un gran sacrificio, a sabiendas de que saldría perdiendo; que no quería hablar, y que ha hablado, porque el Gobierno

estimó que debía ser él quien lo hiciera. Aunque pensó que pudiera hablar yo, después ha comprendido que no era conveniente, por mi especial significación.

Todos convinimos en que le correspondía hablar al ministro de Justicia, y que es intolerable que el grupo socialista haya prohibido a sus ministros que intervengan en la discusión, para no verse desautorizados por ellos o no tener que desautorizarlos.

Nicolau está presente en la conversación, está de acuerdo con esto y con todo lo dicho por el Presidente.

Insinúa después el Presidente que él ha hecho de «cortafuegos» y que sacrificándose él, salva al Gobierno; podría continuar el Ministerio con otro Presidente, que podremos ser Lerroux o yo. No le dejo continuar, haciendo un gesto de repulsa y echándolo a broma. En tanto, los ministros socialistas están reunidos con su grupo. Albornoz hace una rápida aparición, y dice que la cuestión que se discute debía dejarse a la libre opinión de los diputados. «Pero ya es tarde para eso —le dicen—. El conflicto está planteado». Yo me persuado que el Gobierno está en el suelo y me preocupa mucho el caso porque no veo solución. Puede ser el fin de la República.

Don Niceto entra y sale en el despacho. Durante una de estas salidas llega Domingo, que no está enterado de nada. Le imponemos rápidamente de lo que sucede, y se va a la reunión de su grupo.

El tiempo pasa, la Comisión sigue deliberando, la sesión no se reanuda y no se adivina la conclusión. Don Niceto nos dice que está muy satisfecho de su conducta, que todos los «prestigios» del Congreso se han acercado a felicitarle: Sánchez Guerra, Ossorio, Ortega, Alba, Marañón… (que está en Santander), etcétera. Se hacen cómputos de votos, yo digo que el 80 por 100 de los diputados están por la Comisión; el Presidente cree que solo un 60 por 100, y el subsecretario de la Presidencia, Sánchez Guerra (Rafael), opina que el Gobierno tendrá mayoría.

Alguien hace notar que muchos diputados se han marchado ya. Son las diez de la noche. Propongo que veamos al Presidente de la Cámara, para que se reanude la sesión y se levante en seguida hasta mañana. Voy con Martínez Barrio a ver a Besteiro, que está solo en su despacho. Le exponemos nuestro propósito, que le parece bien, pero necesita que la Comisión dé algún resultado de sus deliberaciones. Se envía un recado al presidente de la Comisión. En tanto, viene a verme Giral, para que suba yo a la reunión de nuestro grupo, que está alarmado, a fin de darle alguna orientación. Le contesto que nada hay que hacer, sino aguardar a que la Comisión resuelva si

mantiene o no su dictamen, y si lo mantiene, que los diputados se resuelvan a sostener al Gobierno o a derribarlo. «La Comisión —dice Giral— no modifica su dictamen».

Con Besteiro convenimos en la necesidad de que pase esta noche para que los diputados tengan tiempo de reflexionar y de calmarse, y que el debate continúe el martes de la semana próxima. Besteiro ha subido a hablar con su grupo. «Les he dicho lo que pienso y lo han recibido bien», nos dice. Adivino que ha ido a trabajar por la paz, en favor del Gobierno.

Llega don Carlos Blanco, presidente de la Comisión. Trae escrito a lápiz en un papel la fórmula que con gran trabajo ha conseguido arrancar a la Comisión. Es una declaración en que la Comisión, afirmando que mantiene lo esencial del dictamen, ofrece admitir enmiendas que recojan los puntos capitales del discurso de don Niceto, cuando la Comisión los estime aceptables. Blanco recitará la declaración en la sesión, y el Presidente, en vista de lo avanzado de la hora, levantará la sesión. Llamamos a don Niceto, para que diga si le parece bien lo acordado. Llega Indalecio Prieto, y nos dice que en la reunión del grupo socialista se ha acordado autorizar a los socialistas que forman parte de la Comisión, para que retiren el dictamen; pero que esto ha llegado tarde, porque mientras el grupo deliberaba, la Comisión ha redactado su declaración.

Don Niceto, sonriente, entra, lee la fórmula propuesta, dice que bueno, pero como quien se reserva para más tarde (tenemos Consejo convocado para las once de la noche), y todos vamos al salón, menos don Niceto, que nos pide que le excusemos de asistir, si no creemos necesaria su presencia.

Antes de esto ha venido Saborit, a decir que el grupo radical-socialista pide que don Niceto hable para dar una explicación o satisfacción a ese partido. Don Niceto se indigna, todo lo que él puede indignarse. En la sesión —a la que asisten todavía casi todos los diputados— don Carlos Blanco recita su declaración, olvidándosele algunas frases. Al punto, Eduardo Ortega, que es de la Comisión, y otros radicales-socialistas hablan para recalcar que la Comisión no ha retrocedido. Y cuando Besteiro empieza a decir que se aplaza la discusión, no le dan tiempo para proponer que continúe el martes. Muchos diputados protestan. Eduardo Ortega insiste en que continúe mañana. Besteiro así lo anuncia. Y nos vamos. Los ministros, que conocemos la decisión de don Niceto, tenemos la impresión de la ruina ministerial inminente.

A las once voy al Consejo, en Hacienda. Este Consejo estaba convocado para examinar el proyecto de ley agraria; pero nadie piensa que podamos ocuparnos de este asunto. Cuando llego, solo están el Presidente, Lerroux y

Fernando de los Ríos. El Presidente se ocupa en corregir las cuartillas de su discurso. Hablando de cosas indiferentes, llegamos, no recuerdo cómo, a tratar de la cuestión de Navarra y de las amenazas de conspiración. Han ido llegando Nicolau y Largo Caballero. Mientras hablo de lo que voy a decir, vienen Maura y Casares. Después Prieto y Domingo. El último es Albornoz. Algunas de las cosas que se me ocurrieron en la conversación primera, las he repetido después ante todos, ya como propuesta que han aprobado.

Les digo que se hace en los periódicos católicos del norte una propaganda subversiva, en la que francamente se incita a la rebelión, y se anuncia el alzamiento. Que en los mismos periódicos, y en otros de Madrid y en hojas clandestinas, se injuria gravemente a los ministros, singularmente al de la Guerra. Que esto crea un estado de alarma e inquietud, aumentado por los rumores alarmantes, y se da una impresión de debilidad e indefensión, muy perjudicial. Les comunico las noticias que tengo sobre fabricación y contrabando de armas en el norte, así como de los conciliábulos de señoritos monárquicos en Sevilla. Que yo no estoy dispuesto a que la República se nos vaya de entre las manos por indefensión y descrédito, y que si hemos de caer, caigamos con dignidad, y no dando lugar a que encima se rían de nosotros diciendo que los abogados no han sabido repeler la agresión. Propongo una política enérgica, que haga temible a la República, en la seguridad de que, en cuanto empiece a ponerse en práctica, el volumen ahora creciente de la inquietud y la alarma se reducirá a nada. Lerroux y Largo Caballero asienten vigorosamente. Todos los demás aprueban. Les digo que hay que comenzar suprimiendo todos los periódicos derechistas del norte, y quizá los de Madrid, como *La Nación* y *La Correspondencia Militar*. Maura cree que podría presentarse a las Cortes una «ley de Defensa de la República» (sigue con el tópico), en la que podrían incluirse prevenciones contra la prensa. Le contesto que eso no sirve para nada; que de las Cortes no puede salir una ley que fuese o pareciese represión de la libertad de imprenta, y que las Cortes aprobarán cuanto haga el Gobierno como medida de seguridad. Entonces dirigiéndose a Albornoz, le pregunta:

—¿Usted me garantiza que ningún diputado radical-socialista no va a protestar?

—Los radicales-socialistas no se opondrán a eso —responde Albornoz— ni a cosa parecida, siempre que se trate a los monárquicos y conspiradores como se ha tratado a los sindicalistas de Sevilla.

Con aprobación de todos, se acuerda suspender unos cuantos periódicos en Bilbao, San Sebastián y Pamplona. Queda en puertas la suspensión de

otros en Madrid y Barcelona.

Después les propongo la incautación de las fábricas de armas de Guernica, Éibar y Plasencia. Toda la producción quedará en manos del ministerio de la Guerra.

Insisto en la necesidad de asegurarse de unas cuantas gentes *distinguidas*. Se acepta la necesidad y se conviene en hacerlo, pero no se llega a concretar más por el momento.

Mañana mismo haré lo de las fábricas.

Entramos en la cuestión política planteada por el discurso de don Niceto de esta tarde.

El Presidente habla largo rato y se va emocionando con lo que dice. Ha realizado un sacrificio, del que está muy satisfecho, y un acto de solidaridad con el Gobierno, cumpliendo el encargo —a que se resistía— de hablar en nombre de todos. Ha podido apreciar que no cuenta ni con la adhesión de las Cortes, ni con la del Gobierno. En las Cortes, frialdad y hostilidad. En el Gobierno, indiferencia, falta de calor y simpatía. Mientras hablaba, ha observado las caras de los ministros. Lo que revelaban ya sabe lo que significa. Solo Lerroux, Nicolau y Casares le han expresado su aplauso y su adhesión. Es un Presidente dimisionario, es un hombre acabado, y el Gobierno puede deliberar sobre su sustitución, ausentándose él de la sala.

—Si usted sale por esa puerta —le interrumpo— yo salgo detrás, y lo mismo creo que harán estos señores.

Todos asienten.

Continúa el Presidente quejándose de la actitud de los radicales-socialistas, que tienen dos ministros en el Gobierno. El secretario de Albornoz, que es diputado, despelleja al Presidente en los pasillos, y extrema la oposición en las sesiones. «El Gobierno que se forme puede estar presidido por uno de tres de los actuales ministros…».

—No siga usted por ese camino —le digo—. De eso no hay que hablar.

El Presidente continúa diciendo que va a dar los nombres de los posibles presidentes por orden alfabético.

Yo protesto. Él insiste. Protesto nuevamente, diciéndole que todo lo anterior, aunque equivocado, puede decirlo, pero no lo que anuncia a continuación. Como el Presidente, con calor, recaba su derecho a proseguir, le replico con mucha viveza:

—Está usted ofuscado. De la dimisión hablaremos; pero le ruego que respete también nuestra delicadeza no hablando de nombres para la sucesión.

Esto le impresiona y se calla. Todos se pronuncian en contra de la dimisión, y coincidimos en que si él dimite, todo el Gobierno cae.

Yo le digo:

—Aquí no hay más que un deber que cumplir, al cual me atengo desde el 14 de abril, y no nos ha ido mal observándolo. El deber es continuar juntos hasta que se vote la Constitución y haya Presidente. A esto debe subordinarse todo, pase lo que pase, aunque nos tiren pellas de fango. Hoy le toca a uno sufrir, mañana a otro. Pero conocido el deber, no hay más que acomodar a él la conducta. Y no se hable más del asunto.

Unánime el Consejo me da la razón.

El Presidente, tras algunas palabras y controversias breves, asegura que será un prisionero del Gobierno, y que como tal continúa; que de nada puede servirnos un hombre en su estado de ánimo, reducido a una máquina de firmar decretos, y que no volverá a levantarse en el banco azul o hablar en nombre del Gobierno. «Estaré a la merced de cualquier diputadillo, porque no pienso defenderme». «Bueno —dice Maura—, ya le defenderemos nosotros».

Este es el resumen de una discusión que ha durado hora y media. Don Niceto, irritadísimo con los radicales-socialistas; Albornoz se ha limitado a decir que la admiración y el afecto no tienen nada que ver con la libertad de criterio de cada cual. Es opinión de todos los ministros que Albornoz ha debido destituir a su secretario.

Lo del examen de las caras de los ministros ha sido muy gracioso. «¿Qué quiere usted que expresen nuestras caras, sino la preocupación por lo que estaba sucediendo?», dice Maura. «¿Y qué le decía a usted la mía?», le pregunto. «Querido Azaña: Como siempre: un gran entendimiento».

—No acepto el piropo. Yo estaba en pie detrás de usted y no podía usted verme.

Todo esto prueba la mella que le ha hecho el que no hayamos ido todos a felicitarlo. En don Niceto hay siempre algo de pueril y de irritable, aunque se domina. Y un resabio sentimental, que esta noche se siente herido en el amor propio.

Como Maura, Prieto y no sé quién más le dicen que no se precipitaron a saludarle, porque se habían «echado al ruedo» a discutir con los diputados, don Niceto, sacando la voz de abonado al tendido de sol, replica:

—¡Querido Miguel! ¿Usted cree que yo busco esas vanidades? ¿Ni que las necesito?

En el arrechucho (y es el tercero) del Presidente puede haber un deseo, más o menos claro, de abandonar el puesto antes del conflicto con Roma. Y

un magullamiento de su vanidad de orador, que no consigue un triunfo. Y un quebranto más serio al ver que su autoridad personal no le ha bastado y se le quebranta; y un pique de amor propio. La insistencia que ponía en dar los nombres de sus tres sucesores probables no me gusta nada. Había en ello como un despecho.

Levantado el Consejo, Lerroux se marcha el primero. Maura se cae de risa, porque le digo, apuntando al Presidente: «Es una petenera».

Y Prieto se le acerca, lleno de risa también y le pregunta: «¿Puedo saber si estaba yo en la lista de los tres presidentes?».

Entonces, con su terquedad habitual, don Niceto dice que sus sustitutos podríamos ser Lerroux, Largo o yo. «¡Y lo soltó!», decimos. Prieto afecta bromeando sentirse lastimado porque no le conceden categoría de presidente.

Y así nos vamos. Maura, Prieto, Casares y yo nos citamos en el café Lyon, donde también está Sánchez Román, y pasamos un rato comentando la jornada. Todo queda aún pendiente de lo que haga mañana la Comisión. Vuelvo a casa cerca de las tres.

21 de agosto

En el ministerio, firmo la orden de incautación de las fábricas, elijo la comisión de artilleros que ha de intervenirlas. La preside el comandante Moltó, uno de los que se sublevaron en Ciudad Real. Salen esta noche.

Recibo a un teniente coronel, jefe accidental del regimiento 31, que viene a dar parte *por escrito* contra el general de la división, Villegas. Se queja de que los trata con dureza, de que los hace trabajar demasiado, de que pone a los jefes de cuerpo en situación desairada; me dice que el general se ha hecho incompatible con los jefes de cuerpo. Atribuye a Villegas la diabólica intención de provocar el descontento y la indisciplina. Este teniente coronel es un republicano antiguo, que anduvo en las cosas de la conspiración, y que, como otros militares del mismo color, es algo inseguro y ligero de carácter, entrometido y locuaz y poco paciente con la disciplina. Me pide que levante el arresto de un soldado, que tiene quince días de calabozo, impuestos por el general. Me niego. Le digo que estudiaré su caso y que no pienso desautorizar al mando. Ya tenía yo vagas noticias de que en la guarnición se quejaban de que les hacían trabajar demasiado. Llaman «demasiado» a hacer una marcha nocturna por semana. Uno de mis ayudantes me dice que los oficiales están habituados a no hacer nada, y que les costará trabajo cambiar de costumbres.

Recibo también al general Franco, a quien no había visto desde que se me presentó, a poco de venir la República. Ayer estuvo a visitar al subsecretario, quien le recordó que es obligatorio presentarse al ministro, y se lo aconsejó como compañero.

He recibido muy bien al general. Le digo que me dio un disgusto con su proclama y que no la pensó bien. Pretende sincerarse, un poco hipócritamente. Le aconsejo que no se deje traer y llevar por sus amigos y admiradores, porque en la vida pública no se es lo que uno quiere, sino lo que los demás se empeñan en hacer de uno. Hace protestas de lealtad, y aunque le han buscado, ha dicho que respeta al régimen constituido, como respetó a la monarquía. Me hace una gran defensa de la Academia General, que he suprimido, contra la que había muy mal ambiente en el ministerio.

Como yo le dejo entrever que cambiando las circunstancias del momento, me sería grato utilizar sus servicios, me responde con una sonrisita: «¡Y para utilizar mis servicios me ponen policía que me sigue a todas partes en automóvil! Habrán visto que no voy a ninguna parte».

(En la Dirección de Seguridad han hecho, pues, una tontería. Le dije a Galarza que vigilaran lo que hacía este general, y se les ocurre ponerle detrás un auto, con tres agentes. Esta tarde le he dicho a Galarza que se lo quite).

Le recuerdo el ejemplo de su hermano, que tuvo toda mi confianza, y a quien la popularidad le ha llevado adonde quizá no pensaba ir, y adonde quizás esté arrepentido de haber llegado. La entrevista concluye con las cortesías de uso.

Almuerzo en el Savoy, con casi todo el Gobierno (Maura y Prieto se han negado a asistir y Largo está enfermo) y los catalanes que estuvieron en el Pacto de San Sebastián.

A don Niceto no se le ha pasado el disgusto. Antes, parece agravado por una declaración de Albornoz a los periodistas, acerca del discurso presidencial de ayer: «Cuando un hombre se tira por la ventana, no hay más que lamentarlo», parece que ha dicho Albornoz.

Y don Niceto me murmura al oído: «¡Quién iba a pensar, querido Azaña, que fuese Álvaro el primer ministro que me hiciese objeto de una agresión!».

Cuando llega Domingo, el Presidente, lastimado por la ausencia de ayer, dice muy sonriente: «¡Ea! Aquí está Marcelino. Todo va bien, porque su presencia es de buen augurio».

La comida, sin incidentes.

Al final, Carrasco Formiguera saca un libro escrito por él, creo, donde comenta la historia del Pacto y las cláusulas de lo convenido, nunca hasta

ahora reducidas a escrito, y nos pide que le digamos si la transcripción que ha hecho es exacta. A mí no me lo parece enteramente, por ciertos giros de la frase, pero no digo nada, porque ya lo mismo da. El propio Carrasco dice que no le interesa mucho, porque con la presentación del Estatuto en las Cortes está cumplido el Pacto. Todos los presentes están conformes con lo que lee Carrasco, y cuando todos asienten, tendrán razón o mejor memoria que yo. Pero nadie les dice, sin duda por no disputar, que los catalanes se comprometieron a no hacer nada hasta que las Cortes votasen el Estatuto, y no lo han cumplido.

Esto se lo dijo Prieto a Macià y a Aiguadé el otro día en el despacho de Besteiro, acusándoles de deslealtad y mala fe. La conversación tuvo tono de disputa.

En el Congreso, la tempestad se calma porque la Comisión, por unanimidad, adopta unas enmiendas, un poco inspiradas en el discurso del Presidente, de las que resulta, como es natural, un texto nuevo. Pero los radicales-socialistas no quieren reconocer que es nuevo texto o dictamen, y con este motivo, tienen una pequeña discusión con el Presidente de las Cortes, bastante irritado porque no le habían dado comunicación del nuevo texto. La discusión se aplaza para el martes. La tarde empleada en discutir los sucesos de Sevilla.

En el despacho de ministros me encuentro con Domingo, que se queja de su partido y de Albornoz. Dice que Albornoz está loco, y que los radicales-socialistas son indisciplinados y juegan a las revoluciones. «Uno no ha sido criado a los pechos de ese partido. Lo que uno es no se lo debe al partido, al contrario, es uno el que ha dado al partido lo que uno tiene. De manera que puedo mandarlos a hacer puñetas cuando quiera». Censura a Albornoz porque permite los desmanes de su secretario.

Los periódicos tratan hoy mal a Lerroux por unas declaraciones que ha hecho sobre el episcopado, y que yo no he leído.

Paseo con Guzmán por la Castellana, y nos sentamos en un café de Recoletos, juntándosenos luego Sánchez Román.

Me dice que es opuesto al Estatuto catalán, en la parte de Hacienda, Justicia y Enseñanza. La conversación cae en los sucesos de diciembre, en los que Sánchez Román era nuestro delegado en Burgos, donde debía esperarle el general Núñez de Prado. Sánchez Román fue a Burgos, y se encontró con que el general se había marchado hacía muchas horas, antes de saber que Alcalá-Zamora estaba detenido. El general se detuvo en Lerma. Sánchez Román fue a Lerma y se negó el general a intervenir en nada, porque en Burgos había

cambiado la actitud de la guarnición, y solo se contaba con cien caballos, y no quería hacer una cadetada.

22 de agosto

Lo primero que veo al abrir los periódicos es que Maura echando una vez más la lengua a paseo ha contado anoche a los periódicos lo de la incautación de las fábricas de armas. De modo que la noticia habrá llegado antes que los comisionados. Me produce un despecho profundo, y me cuesta trabajo contenerme para no llamarle al teléfono y decirle lo que se merece por su charlatanería. Es insoportable este vicio. Con tal de dar noticias a los reporteros, y tenerlos suspensos de su boca unos minutos, no reparan en nada. Toda la mañana he estado de mal humor por esta causa, y por fortuna no me he tropezado con Maura. Pero en el Consejo de esta tarde, pienso despacharme a mi gusto.

A los periodistas que me visitan en el ministerio, y que me han interrogado sobre esto, les he rogado que no hablen del caso, y que no le den importancia; y que cuando sea oportuno, les facilitaré la información. Y no es eso lo peor: también me han preguntado si hay tres divisiones preparadas para ir a Navarra. Yo solo he hablado de esto con los ministros, pues ni el subsecretario ni mis ayudantes lo saben. Yo no estoy dispuesto a gobernar de esta manera, que es jugar al peón.

Recibo al general de la división, Villegas, y hablamos del incidente con el teniente coronel del 31. Villegas asegura que el hacer trabajar a las tropas produce contrariedad, aunque el trabajo consista en una marcha nocturna semanal. El teniente coronel me había dicho que eran dos días por semana. Respecto de los castigos a los soldados, se propone evitar que anden por la calle sin permiso y en un estado de policía lamentable. Villegas me refiere su conversación con el teniente coronel, jefe del cuerpo, y asegura que estuvo muy paciente, porque debió quitarle el mando. «De todos modos —me dice —, usted me da sus instrucciones, y yo las cumpliré». Me limito a recomendarle moderación en la forma y que no vaya demasiado aprisa.

Otras visitas, entre estas la del secretario del Ateneo, que me trae una petición de varios socios pidiendo junta general extraordinaria para tratar de la cuestión de las Responsabilidades, «en vista del estado parlamentario que tiene el asunto». Sin duda estiman que las Cortes y el Gobierno se han hecho impunistas. El secretario es hombre impresionable, confusionista y asustadizo. Buen eco de los aspavientos y rumores de la gente de café. El

secretario no cree en la República desde el día 14 de abril. Asegura que yo tampoco creo. Sostiene la extraña doctrina de que cuantos más cambios de Ministerios haya, mejor; porque daremos la impresión de que la República dispone de muchos hombres.

También opina que en período constituyente no debía haber poder ejecutivo, limitándose el Gobierno al despacho de los asuntos corrientes, y concentrado el poder en las Cortes.

Como no cree en la República democrática, y a muchos les sucede lo mismo, habrá que pensar en la revolución social. Cree que yo he debido encargarme del Gobierno. Tengo un gran prestigio, pero ese prestigio puede bajar. «Entonces —le replico—, me sentaré». «Lo que pasa es que usted no tiene ambición». «Es posible, ¿y qué?». «Que usted es el único que puede salvar la República, y aunque usted no quiera, tiene que responder a lo que el público espera de usted. Si no lo hace, dentro de treinta años, la historia dirá que usted pudo salvar la República, y no quiso». «Dentro de treinta años, estaré muerto, y lo que diga la historia me trae sin cuidado».

La conversación se ha mantenido en ese tono cerca de una hora: él, vomitando obtusidades, con un acento de urgencia y de apremio muy desagradables, y yo ejerciendo la paciencia, dominando la cólera. Estos tipos que no saben gobernar el Ateneo me vienen a dar consejos sobre cuestiones que ignoran totalmente.

Ha despotricado mucho contra Sánchez Román, de quien dice que no tiene alma, y le llama *Don Preciso*. Este mote, «que empieza a darle todo el mundo», me lo repite como un síntoma grave de peligro para la República. También zarandea al partido de Acción Republicana, a cuyo Consejo Nacional pertenece. Dice que he fundado un partido «lerrouxista», es decir, que se inclina al conservadurismo de don Alejandro. Me incita a que yo lo encauce y lo reorganice. Le aseguro que estoy resuelto a no ocuparme de la dirección del partido, para lo que no tengo gusto ni tiempo; y que yo no he fundado nada todavía. Entre otras cosas peregrinas me declara que este Gobierno debiera quedar incurso en el proceso de las Responsabilidades. También está muy furioso porque se ha nombrado para un cargo al señor Ruiz y Benítez de Lugo, que fue subsecretario de Berenguer. Esto le tiene fuera de sí. Pero el nombrado no es tal, sino su primo, Félix Benítez de Lugo, que siempre estuvo a nuestro lado en las conspiraciones. No me tomo el trabajo de sacar de su error al secretario del Ateneo, y para mis adentros, me río.

Por la tarde, voy desde casa al Consejo, en Hacienda. Encuentro a cinco o seis ministros ya en el salón, entre ellos a Maura. Apenas nos saludamos, le

digo: «Estoy muy incomodado con usted». «¿Por qué?». «Porque me ha chafado el asunto de las fábricas de armas, contándoselo todo a los periodistas». Al principio, Maura no comprende el fundamento de mi queja. Se lo hago entender, por la importancia del secreto. Confiesa que no había creído que fuese un asunto reservado. «Pues si había armas depositadas en las fábricas y papeles de interés, vaya usted a buscarlos». Sale diciendo que en las fábricas no *había armas almacenadas*. Yo me mantengo firme, y se lo reprocho muchas veces, y a medida que van llegando los ministros, me dan la razón. Protesto contra la manía de hablar, y añado que los periodistas me han preguntado por lo de las tres divisiones, cosa ignorada de todo el mundo, menos de los ministros. «Eso sí que no es cosa mía», afirma Maura con ímpetu. Como no tengo datos sobre ello, me callo; pero los he adquirido más tarde, y resulta que también es Maura el que se lo ha dicho a los periodistas.

Toda la razón justificativa de su locuacidad es que necesitaba calmar la ansiedad reinante anoche en Madrid por los rumores que corrían acerca de Navarra, y que le pareció oportuno revelar las medidas tomadas por el Gobierno. Esto me irrita más aún. Llaman ansiedad a los chismes y cuentos corrientes en los corrillos de prensa y en tres cafés, y para callar estas estupideces, un ministro descubre los planes del Gobierno. La conversación ha sido dura, y he acabado por poner colorado a Maura, convenciéndolo de su imprudencia y su ligereza.

En el curso del Consejo, tratando de otros asuntos, no se cómo hemos venido a hablar Maura y yo, que nos sentamos en puestos contiguos, y me ha dicho no sé qué gracia, sonriendo con simpatía. «Bueno —he dicho yo—, con este hombre no se puede». «Claro, claro». «A cualquier hora riño yo con usted». «Ande, muérdame ahí», decía, presentándome un codo. «Si usted cree que esto consiste en reñir o no reñir, no adelantamos nada». Más tarde, se ha vuelto a mí, y me ha dicho por lo bajo que estaba preocupadísimo con lo que yo le contaba, y que no estaría tranquilo hasta saber que no se había estropeado nada por su culpa. (Hay que matarlo o dejarlo, como suele decirse).

El Consejo ha sido muy jovial, por causa de don Niceto. Le dura el resquemor del otro día, pero se desahoga en burlas y cuchufletas, como si quisiera marcar con ello su despego del cargo y del Gobierno. Con cualquier pretexto nos decía chistes, y ha habido momentos en que todo el Consejo reía a carcajadas. Prieto, comentando una cuchufleta del Presidente, ha añadido una atrocidad de las suyas y le ha dado tal risa al propio Prieto que le ha ido por la narices un sorbo de la horchata que estaba bebiendo.

Despachados los asuntos corrientes, se lee y es aprobado el proyecto de ley Agraria, al que he prestado poca atención. Lerroux, ausente, y Largo, enfermo, no han asistido. Cuando nos íbamos, Albornoz me ha dicho que desea hablar conmigo de cuestiones políticas.

Después de cenar, Guzmán y Vicente Sánchez-Ocaña vienen a buscarme. Sánchez-Ocaña quiere escribirme una biografía, sobre todo de la infancia y juventud. Me ha dicho Guzmán que la intención de Sánchez-Ocaña es contrarrestar la campaña canallesca que se hace contra mí en hojas clandestinas. La biografía se publicará en *Estampa*. Yo les digo que para contarles cosas de mi infancia, lo mejor sería que fuésemos a Alcalá. Les parece de perlas; tomamos el coche, y nos plantamos en mi pueblo. Está solitario y sombrío, como siempre. Plaza de San Bernardo, calle Nueva, calle de la Imagen, calle de Escritorios y de Roma: sobre los lugares, les repito los recuerdos que me acuden. Después estamos un rato en casa de Salinas, y volvemos a Madrid, después de las dos.

Por el camino, Sánchez-Ocaña me dice que Maura, después de contarles a los periodistas lo de la incautación de las fábricas, añadió: «Y ahora, fuera de las cuartillas, hablemos fumándonos un cigarro». Y les soltó lo de las tres divisiones preparadas.

También en el viaje le he encargado a Guzmán que haga una gestión diplomática cerca de Valle-Inclán. Valle está muy apurado por la suspensión de pagos de la CIAP, que le pagaba tres mil pesetas mensuales. Ha pensado irse a América, y ya tiene pasaporte y pasaje. En el Consejo de esta tarde, he dado cuenta del caso, y he opinado que no podía consentirse que Valle se fuese a mendigar por América, con el decoroso pretexto de dar conferencias. Todos han asentido. Discurriendo lo que se podría hacer por él, y convencidos todos de que, por su carácter, es peligroso darle un cargo de responsabilidad, he propuesto que se invente uno: el de Conservador General del Patrimonio Artístico en España, con veinticinco mil pesetas de gratificación, y que se provea en Valle. Conformes todos, querían extender el decreto al momento; pero yo les he dicho que esperen, hasta tener la certidumbre de que Valle aceptará, porque si el decreto sale sin esta seguridad, don Ramón se daría el gusto de rehusar, y además insultaría al Gobierno. De esta gestión he encargado a Guzmán.

Sánchez-Ocaña me dice que el inspirador de la campaña de *La Correspondencia Militar* es Federico Berenguer.

También hemos hablado de política general. Me asegura que tengo un prestigio inmenso. Y que no debo exagerar mis escrúpulos. Como yo le

muestro mi extrañeza, explica que no es que me aconseje la dictadura, sino que por grandes que sean nuestros buenos deseos, la situación del país no consiente más que partidos personalistas, etcétera, etcétera. Estas insinuaciones han quedado un poco oscuras.

Los periódicos de esta noche dan mucha importancia a lo de las maniobras militares en el norte. Y algunos, como *La Voz*, me dicen «¡muy bien!» y que soy un ministro de la Guerra de cuerpo entero. Lamento que se haga tanto ruido sobre ello. Y me da risa y me pasma el acelerado disparatar de la impresionable fantasía periodística. *La Voz* trae un artículo en el que pinta a los ocho batallones de montaña (*ocho mil* hombres, dice, bien pertrechados, aguerridos, «no hay quien pueda con ellos…») recorriendo las sierras, con sus ametralladoras y «sus reflectores…». Los representan recorriendo las aldeas, las caserías, desarmando a los habitantes, y como si todo estuviera sucediendo ya y lo hubiesen visto. Ahora bien: ni siquiera están dadas las órdenes, y los batallones empezarán a moverse el día 1. Para todo somos lo mismo.

Han salido para Sevilla, Cádiz, Pamplona, San Juan de Luz, y otros puntos, diversos emisarios personales, con instrucciones mías. Hoy sale para Navarra, con la misión de *pasearse*, el comandante de la Guardia Civil que he hecho venir desde Logroño. Y he mandado a Orihuela otro capitán de la Guardia Civil, con el encargo de descubrir el centro de difusión de hojas clandestinas que, según parece, existe allí.

24 de agosto

Todo el día de ayer, lo pasé quieto en casa, hasta las siete, que salí con Lola a dar un paseo por la carretera de Francia. A las nueve volvimos. Pensaba no moverme ya, pero los Guzmán nos invitaron al teatro. Hoy por la mañana recibo en el ministerio al comandante Moltó, que preside la Comisión que se ha incautado las fábricas de armas. Acaba de llegar. Me informa de cómo han pasado las cosas. Le doy instrucciones para los diversos puntos. En Guernica había diez o doce mil bombas de mano y de mortero, parte de ellas para el ejército. En Éibar existen ciento diecisiete mil armas de fuego, principalmente pistolas. Hablamos largamente del asunto. Esta noche se vuelve a su Comisión.

El alto comisario, López Ferrer, me visita en el ministerio. Larga conversación. En resumen: la situación es delicada, pero no grave. El campo está tranquilo; la rebeldía ha pasado a las ciudades. Hay foco de nacionalismo

musulmán en nuestra Zona, pero no tan grave como en la francesa. Los franceses miran esto con mucha severidad y preocupación. Benuna, que pretendía ser gran visir, es el jefe del nacionalismo en Tetuán. Como los franceses conocieron sus pretensiones, enviaron al ministerio de Estado una nota diciendo que si se nombraba al Benuna, «quedarían rotas las relaciones entre España y Francia». Así lo afirma López Ferrer, por más que en el Consejo nunca se ha hablado de esto, y bien valía la pena; y por más que no ha precisado el valor de la frase: si se refiere a las relaciones diplomáticas entre los dos países, que sería enorme, o a la colaboración marroquí.

En la Zona hay una crisis muy fuerte, por el atraso de su economía. Todo el mundo vivía del ejército de ocupación. Cree López Ferrer que puede fomentarse la colonización, y que en cuatro o cinco años la Zona cubriría sus propios gastos, exceptuando los de las tropas. Ahora tenemos allí 60 000 hombres. En dos o tres años podrían reducirse a 20 o 25 000, de los cuales diez mil serían peninsulares. Depende de las vías de comunicación.

López Ferrer no cree que se haga contrabando de armas. Se burla un poco de las informaciones policíacas que le envía desde Tánger el teniente coronel Puig.

Por la tarde, gasto el tiempo en tres visitas: la de Vicente Gaspar, que viene a hablarme de la Asamblea de Acción Republicana; de Valle-Inclán y Guzmán; y del comandante Pastor. Valle ha venido a decirme que acepta el cargo para que le he propuesto, «si yo no creo que eso suscitará dificultades ni protestas». Hemos estado de conversación casi dos horas, haciéndome perder un tiempo precioso. Política, arte, planes que piensa desarrollar, etcétera, etcétera. Todo ello concluirá probablemente en una dimisión ruidosa. Con el comandante Pastor, el eterno tema de Aviación. Luego estoy hasta las nueve leyendo cartas y papeles, y firmando lo que me trae el Gabinete.

Hoy he averiguado que en 1919 el Gobierno vendió a Elío y al duque de la Vega 1000 fusiles remington y 100 000 cartuchos. ¿Para qué sería?

Esta noche no salgo. Estoy un poco fatigado y aburrido, y con grandes ganas de dejar de ser ministro.

Los periódicos publican el discurso de Lerroux en Valladolid. Reconoce que la mayoría de España es católica, y asegura que es muy conveniente la colaboración de Alba, Sánchez Guerra y Melquíades Álvarez en la República.

25 de agosto

Llego un poco tarde al Consejo de ministros. El Presidente ha dado ya cuenta de los proyectos del alto comisario en Marruecos, de los que solo conozco aún la parte militar. Pero la discusión queda para otro día. Lerroux explica lo que se propone hacer y decir en Ginebra. Lee los índices de ideas para el discurso político y el discurso económico. Se ve que lo han trazado los que conocen aquellos asuntos mejor que el ministro. Muy discreto, en su trivialidad protocolaria. Doy cuenta de mis informaciones sobre Navarra. También se aprueba el proyecto de ley de cuadros y efectivos del ejército.

Y las líneas generales de la reforma de la Aviación, que es una solución interina e intermedia, que a nadie contentará, como me cuido mucho de advertírselo al Consejo.

Esta tarde hay una interpelación al ministro de la Gobernación, por la suspensión de los periódicos católicos. Maura revuelve ejemplares de la prensa suprimida. «No me han traído lo que pedía», dice.

El Consejo transcurre sin incidentes, con pesadez, entretenido don Niceto en analizar un proyecto de reglamento para los accidentes del trabajo, que presenta Largo.

Les informo de que Valle-Inclán acepta el cargo que inventé para él, y se acuerda extender el decreto. Por cierto que esta tarde, en el Congreso, Marcelino Domingo me pregunta si le había yo dicho a Valle la cuantía del sueldo. Le respondo que sí. Domingo lo lamenta, porque encuentra demasiado que cobre don Ramón mayor sueldo que el subsecretario. Esto deben de habérselo sugerido en el ministerio. Es una mezquindad. Pero como ya lo sabe Valle, el ministro no se atreve a modificar el sueldo.

A las cuatro, reunión del Consejo de Acción Republicana. Se acuerda convocar la Asamblea Nacional para el día 12, y para esta noche una reunión del grupo parlamentario con el Consejo, para llegar a un criterio común en los debates de Constitución, y evitar que, como ha sucedido en lo de las Responsabilidades, salga cada uno por distinto registro. Ahora mismo, un diputado de Acción Republicana ha presentado un voto particular en contra de la totalidad del proyecto, y otro ha pedido un turno en pro. Giral, a quien nombramos jefe del grupo parlamentario, no quiere continuar en su puesto, porque no le obedecen. Asegura que cuando yo asisto a las reuniones del grupo parlamentario, todos aceptan mi autoridad. Pero en faltando yo, es otra cosa. Giral explica esto diciendo que muchos de los diputados del partido han ingresado en él recientemente y no tienen la misma disciplina que los antiguos. A Giral le han dicho algunos que están en el partido por

consideración o «admiración» hacia mí, pero que no comparten las ideas del partido.

A esto he dicho que no estoy dispuesto a que haya diputados azañistas, y que el único azañista soy yo.

Estiman los reunidos esta tarde que en el partido hay una derecha y una izquierda, bien definidas.

Todo esto puede ser una dificultad en plazo próximo, cuando haya de resolverse la crisis política. ¿Qué hago yo con estos hombres, casi todos conservadores, si la gente se empeña en que soy el único revolucionario?

En el Consejo de hoy he sabido que en Barcelona hay casos de peste bubónica, seguidos algunos de defunción. Hasta ahora se mantiene en el mayor secreto.

Por la noche, desde las once hasta las dos, reunión de los diputados de Acción Republicana con el Consejo nacional del partido. Se examina la conveniencia de establecer una disciplina en el grupo parlamentario. Se dan explicaciones a Giral, que ya no dimite. Después tanteamos el debate sobre la Constitución. Sánchez Albornoz, que es castellano y unitarista, quiere pronunciar un discurso basado en sus conocimientos de historiador. Que en España nunca hubo naciones. Antifederalista. Gabriel Franco también es unitarista, y defiende la igualdad tributaria. Ansó, alcalde de Pamplona, protesta. Defiende la ley paccionada de 1839, y sostiene, con los derechos de Navarra, la teoría de que Navarra fue *independiente* hasta ese año. Unos son autonomistas, otros federales, como Palanco, que quiere hablar en las Cortes para introducir esa palabra en el artículo 1.º Las diferencias son grandes. Gran discusión, hasta que se consigue convencer a unos y a otros para que adopten la línea general del partido, y se sometan a ella. El más duro es Sánchez Albornoz, que tiene sus convicciones de sabio, y cree que no puede pasarse sin decirlas, y decirlas redondamente, como en una disertación académica, sin reparar en las consecuencias políticas. Yo les digo que no deben hacer nada que comprometa el porvenir del partido, innecesariamente, adelantándose a tomar posiciones hostiles al autonomismo. La discusión se suspende hasta mañana, y pasamos a examinar el discurso de Lerroux.

Ha sentado muy mal. Yo les digo que no hay por qué refutar el discurso de Lerroux ni tomarla con él personalmente. Acción Republicana debe conservar su carácter mediante las declaraciones y discursos que vayamos haciendo sin necesidad de polémica, y mucho menos de ruptura de la Alianza. Lerroux, u otro cualquiera, es muy dueño de hacer cábalas para después de votada la Constitución. La Alianza tiene otros fines actuales: mantener la

coalición gobernante hasta aquel momento. Como Lerroux ha declarado en otro discurso pronunciado anoche, que con estas Cortes solo puede gobernar Alcalá-Zamora, nuestro criterio, decidido en favor de la permanencia de estas Cortes hasta que haya votado el presupuesto y las leyes complementarias, nos da una posición firme y *objetiva*, como se dice ahora, para oponernos a un manejo encaminado a poner en pie un Gobierno lerrouxista con decreto de disolución. La disolución es el bello ideal del lerrouxismo. No habían caído mis amigos en que la plataforma que nos conviene es la de la permanencia de las Cortes, además de ser la justa.

Formar un Gobierno que no tuviese mayoría en las Cortes, y disolverlas, sería un golpe de Estado.

El discurso de Lerroux de anoche es deplorable. «No me moriré sin haber presidido un Gobierno». Parece de Romanones.

26 de agosto

El auditor de Sevilla viene a consultarme qué hace con una denuncia suscrita por un capitán aviador, que está en Los Alcázares, en la que cuenta que el suegro de Franco se presentó en Los Alcázares con una orden para que se le entregasen ciertas bombas. Orden de Franco. El gobernador de Murcia, enterado del paso de las bombas, quiso detenerlas, y se le dijo que salían por orden del ministro de la Guerra para un movimiento revolucionario en Portugal. El auditor me pregunta qué ha de hacer. Le respondo que no haga nada, y que el Gobierno ya conocía el asunto, habiendo sido secuestradas las bombas por la policía.

Visita del general de la división, que me cuenta, entre otras cosas, sus dimes y diretes con el teniente coronel que vino a quejárseme el otro día. Dice que lo enviará a un castillo.

Almuerzo con el Presidente, el alto comisario y el ministro de Marina, invitados por mí en el Savoy. La conversación es poco interesante. Anécdotas que cuenta López Ferrer acerca de Burguete, que quiso aplicar en Marruecos, cuando fue alto comisario, las ideas del doctor Maestre.

Castro Girona y el coronel Cerdeira fueron los autores del concierto con el Raisuni; Castro, por aturdimiento o torpeza. Cerdeira por traición. Esta palabra la ha dicho el Presidente.

El doctor Maestre abrazaba a los moros, llamándoles «hermanos de raza». Asegura López Ferrer que eso irrita mucho a los moros.

Continúa la reunión del grupo parlamentario de Acción Republicana. Como no hay manera de que se reduzca Sánchez Albornoz, pretenden que sea yo quien hable el primer día en el debate de Constitución. Me niego, alegando que yo no soy más que político, y que solo cuando pueda hacer un discurso político intervendré. La verdad completa es que deseo conocer las posiciones que se vayan tomando, mejor que lanzarme a ciegas, para situar a nuestro partido entre los bandos contendientes.

He estado poco tiempo en la sesión. Casi toda la tarde la empleo en zurcir voluntades: Valle-Inclán se ha enfadado después de conversar con el director de Bellas Artes (Orueta), que ha tenido la falta de tacto de decirle que su gran cargo de conservador general, etcétera, lleva como obligación principal la de escribir monografías. «Eso se da a los escritores fracasados». Se fue dando gritos, diciendo que no es él un mendigo de la República, etcétera.

Llevo a Valle a conversar con el ministro de Instrucción Pública y todo se arregla. Quedará encargado de organizar en el Palacio Real el Museo de la República. Valle lo describe como si estuviera viéndolo.

Nunca había estado yo en el ministerio de Instrucción Pública. Es horroroso.

El resto de la tarde, en los pasillos del Congreso, sin poder evadirme. Asalto de diputados, recomendaciones, tonterías. Habrá que tomar el partido de no ir por allí.

Después de cenar me trae Guzmán a casa a un señor García, director del *Diario de Navarra*, uno de los periódicos suspendidos en Pamplona. Habla por los codos, con cierta incoherencia, durante dos horas. Yo estoy un poco mareado. Me describe la política de Navarra. Es católico, españolista, adversario de la República. Su gran enemigo, los bizcaitarras. Insiste mucho en que en Navarra no puede haber guerra civil. Ignora si hay armas, aunque cree que no; pero bien pudiera haberlas sin que lo supiese. Pero está seguro de que no hay organización, pues si la hubiera no podría serle desconocida. Y empeña sobre ello su palabra de honor.

El más grave error político sería favorecer la unidad política de las Vascongadas y Navarra. Entonces el nacionalismo sería peligroso. A eso tiende el Estatuto de Estella. Califica de filibustera a la Sociedad de Estudios Vascos.

Aborrece a los bizcaitarras y por su gusto se prohibirían las romerías de los mendigoroles. Cree también que los republicanos y socialistas se bastan para dominar a los nacionalistas. Pero entre los mismos republicanos, hay algunos que llevarían muy a mal una política anticatólica. Una política de este

carácter, o que pareciese tal, concitaría contra la República muchos odios. Aunque también pudiera suceder que las órdenes religiosas se marchasen y todos lo viesen con indiferencia.

El aldeano navarro está tranquilo, siempre que no le quiten su caserío.

En el Congreso me han dicho esta tarde que ha estallado la revolución en Lisboa, y que han matado a Carmona. Cuando llego a casa, me telefonean del ministerio que han aterrizado en Sevilla y Huelva unos aparatos que vienen huyendo de Portugal, después de bombardear la capital. Lo cual es señal de fracaso. Lo siento.

27 de agosto

Nada notable en el ministerio, por la mañana. Despacho con Goded; al final me dice que, como yo me he conducido con él muy caballerosamente, quiere corresponder en el mismo tono. «Me han dicho —prosigue— que han venido a contarle a usted que en la casa del Escorial, adonde voy yo a jugar al tresillo, se habla mal del Gobierno. Y eso es falso». «Nadie ha venido a decirme semejante cosa, y si me lo hubiesen dicho, habría respondido lo que le voy a decir a usted: que si hablan mal del Gobierno, lo encuentro natural, porque si no, ¿de qué se va a hablar?». Goded se tranquiliza, y me dice que me está muy agradecido, y al Presidente, y a Lerroux, «que hace muy buenas ausencias de Goded». Está agradecido al Gobierno.

Creo que le he dado bien la impresión de que no me importa lo que diga.

Por la tarde, llamo al jefe de Aviación, Pastor, y le comunico las líneas generales de lo acordado por el Gobierno en el asunto de la Aviación. Le causa poca o ninguna impresión, y sospecho que ya lo sabía, o se lo figuraba.

En el Congreso, gran polémica de Prieto con los nacionalistas vascos. Prieto ha estado muy bien; aplastante, tomando por blanco a un Urquijo (J. María) y a March. El periódico de March en Madrid es, dice, la jaca de un contrabandista. Una interrupción de un señor Madariaga, diputado por Toledo, en que habla del *capital* de Prieto, desata una tempestad tremenda. Creí que se comían a Madariaga. El griterío ha sido ensordecedor. Gran función parlamentaria, con descarga de nervios.

Ha comenzado el debate de la Constitución. Jiménez de Asúa, presidente de la Comisión, ha hecho un discurso bastante bien, pero pedantísimo, y en suma, superficial. ¡Qué tono, qué apostura, qué modo de triplicar las erres!

Mi correligionario Sánchez Albornoz ha hablado por fin en nombre del grupo de Acción Republicana. Ha gustado a los pocos diputados que

quedaban en el salón. Discreto, algo premioso, golpes de erudición histórica, castellanismo, etcétera. Nada que disuene ni nos comprometa. Ha citado lo menos seis veces a Ortega, que le oía con atención. Le han aplaudido. Menos mal.

Fernando de los Ríos me cuenta su conversación con el Nuncio. Cree que en Roma están aterrados por el proyecto de Constitución. Aceptan la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos, etcétera, y estarían dispuestos a destituir al cardenal Segura, si el Gobierno ofreciese su mediación para que las Cortes aceptasen un reconocimiento de la personalidad de la Iglesia que garantice la existencia de sus escuelas confesionales. Ríos estaba muy contento.

Después de cenar voy al ministerio. Carta del emisario de Pamplona, asegurando que allí no pasa nada ni puede pasar nada.

Carta del emisario de Orihuela, que prosigue sus averiguaciones, y ahora se fija en un convento de franciscanos. Precisamente ha sido un franciscano el que ha dicho a Valle y a Guzmán que en Orihuela se reproducía *El Murciélago*[13].

28 de agosto

El día ha dado poco de sí. Toda la mañana en Consejo de ministros. Me aprueban cuatro o cinco decretos de poca importancia. Al final, el Presidente nos refiere la conversación con el Nuncio. Y pregunta al Gobierno si puede transmitir al Nuncio alguna impresión de lo que opina el Ministerio acerca de la situación en que ha de quedar la Iglesia en España, sin que ello implique compromiso colectivo alguno, sino simplemente la disposición personal de los ministros respecto del asunto, y la posibilidad de que influyan con sus grupos para que no se incurra en una política de persecución y de desconocimiento de la personalidad de la Iglesia. El punto se discute mucho, por la misma vaguedad de lo que se pretende. Largo Caballero dice que si el Nuncio reconoce que procede la destitución del arzobispo de Toledo y que tenemos derecho para pedirla, no comprende por qué pide ninguna clase de seguridades ni siquiera de esperanzas. Alcalá-Zamora repite que los artículos *energuménicos* del proyecto de Constitución, que aterran al Nuncio, son una buena arma en nuestras manos, y que sobre ello puede fundarse un gran triunfo diplomático de la República.

Se pone el caso a votación. Me toca hablar el primero. Digo que ninguna gestión puede aprobarse si no empieza por dejar fuera de debate, como puntos ya adquiridos, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos, el matrimonio civil, en suma: la entera potestad del Estado para legislar unilateralmente sobre esas cuestiones. Que el triunfo diplomático de obtener la destitución del arzobispo tendría para la política interior de la República una importancia imponderable; que el Nuncio, con una impresión de templanza obtenida del Gobierno, quizá quiera disimular una derrota diplomática; y que siempre que eso no implique compromiso ni oferta de seguir una política determinada, y que advirtiendo que yo no respondo de lo que resuelva mi partido, no hay inconveniente en transmitir al Nuncio esa impresión de templanza personal.

Maura y Nicolau aceptan lo que proponen el Presidente y Fernando de los Ríos, que están ensimismados totalmente en el asunto. Albornoz hace algunos distingos sobre sus doctrinas y principios, para estar al fin conforme conmigo. Me dice que la expulsión de las órdenes religiosas le repugna, porque es un acto de brutalidad. (Esto parece una réplica a un inciso mío, en que he lamentado que no se expulsara en mayo último a los jesuitas). Largo se limita a decir que «vota con Azaña», y lo mismo dice Casares. Entonces el Presidente y Fernando preguntan qué hay en el voto de Azaña que no haya en los demás. Repito y amplío lo que he dicho, por lo que se reduce a casi nada, a poco más que una cortés esperanza de paz, lo que se dice al Nuncio.

Prieto, rotundamente, se opone a que se le complazca en su pretensión «porque soy —añade— profundamente anticatólico».

Domingo acepta simplemente lo propuesto por el Presidente.

Todavía hago la salvedad de que nada de lo dicho va con la enseñanza. Y con esto se acaba el Consejo.

Araquistáin me ha invitado a comer en su casa con el doctor Negrín, también diputado socialista. Querían hablar conmigo de política. En suma: lo que desean es que yo forme Gobierno al ser elegido Presidente de la República don Niceto. De ninguna manera quieren a Lerroux. Los socialistas me apoyarían con lealtad, fuera del Gobierno. Yo les digo que esos apoyos son precarios. Y que si al ocupar ahora la cartera de Trabajo se han atraído los odios de los sindicalistas, podrían dar a ese problemático Gobierno un solo ministro, que ocupase otra cartera. Araquistáin dice que eso no podría ser, y que lo único que pudiera decidir a los socialistas a participar en el Gobierno sería precisamente la posibilidad de desarrollar desde esa cartera una vasta política de legislación social.

Yo les pregunto si los socialistas estarían dispuestos a apoyar la política militar que tengo iniciada y que tiende a dotar al ejército de medios de acción y a dar satisfacción moral a los militares, haciéndoles agradable su carrera. Relaciono esto con el papel que España puede hacer en la política internacional, y con lo que podría hacerse si en Portugal se instaurase una República como la nuestra; Araquistáin y Negrín dicen que sí la apoyarían mientras no se llegue al desarme en Europa.

Araquistáin dice que Albornoz aprueba el proyecto de un Ministerio bajo mi presidencia, y que Ortega lo ve muy bien, pero que mi discurso de Valencia flota todavía por ahí, por aquello de «cortar cabezas», y que convendría que yo hiciese algún discurso, no de propaganda, sino constructivo y gubernamental. Aquel discurso me da fama de demagogo.

Recuerdo a Araquistáin que yo no he hablado en Valencia, ni en parte alguna, de cortar cabezas. Lo que dije textualmente fue: «que a las Comisiones de sabios y juristas encargados de redactar una Constitución, preferiría trescientos hombres decididos que hiciesen caer el rayo de la responsabilidad sobre la cabeza de los culpables».

—Me sorprende —añado— que tenga yo ahora reputación de demagogo, habiéndola tenido casi siempre de autoritario y déspota.

—No son cosas incompatibles —replica Araquistáin.

—Primo de Rivera —agrego— ha desacreditado el sistema de dictadura. ¡Qué lástima! —y me echo a reír.

—Yo soy partidario de la dictadura —responde Araquistáin—, cuando conviene.

—Una dictadura personal sería un pensamiento ridículo; pero necesitamos una mayoría compacta que apoye ciegamente una política de profunda renovación.

Negrín asiente y añade que se necesita una dictadura bajo formas y apariencias democráticas que haga posible la preparación del pueblo para el futuro.

Volviendo al asunto principal, les digo que mi subida a presidir un Gobierno sería prematura, y podría quitarnos reservas para el porvenir. Yo soy un recién llegado a la política, y carezco de autoridad. Araquistáin me rebate. Precisamente porque soy recién llegado inspiro más confianza. Lerroux ha dicho de mí que soy todavía joven para Presidente. También les aseguro que con el Partido Radical-Socialista no podría entenderme; no por diferencia de ideas, puesto que todos los republicanos de izquierda decimos lo mismo, sino por disparidad de temperamentos, que es más grave, porque para

mí gobernar es cuestión de tino, de tacto, de conocimiento del mundo, y ese partido está lleno de gentes díscolas y arrebatadas. Araquistáin cree que están muy domesticados, y que lo ocurrido el otro día con el discurso de don Niceto ha servido de lección a muchos.

Después hemos hablado de reformas posibles en el Estado. Yo apunto unas cuantas cosas. Ambos amigos me dicen que Largo, don Niceto y yo somos los únicos del Gobierno que conocemos la administración; los demás no estaban preparados y no saben por dónde se andan.

Su conversación ha durado hasta las cinco. Voy al ministerio. Hablo largamente con los directores de las fábricas de Trubia y de Toledo. Estas fábricas son un lío inextricable. Poco a poco, voy viendo claro en ello; le pregunto al director de Trubia cuántas baterías de 75 podrían hacer al año. Contesta que el primer año doce, y después veinticuatro al año. Les pregunto si, en vista de que el material de campaña es anticuado, hay adoptado ya un tipo de cañón de esa clase. No lo hay. Así estamos en todo.

En las Cortes la discusión con los vasconavarros carece de interés. En el debate de Constitución, un discurso graciosísimo del cura Basilio Álvarez. Tiene de orador la figura y la voz; la voz es tan buena, que se ha hecho oír, aunque no ha proferido más que desatinos. ¡Qué lenguaje! ¡Qué incongruencias! Los diputados se han divertido mucho. En la tribuna diplomática estaba el Nuncio, que habrá palidecido más de una vez ante el estilo de su correligionario.

Después, Zulueta pronuncia un discurso, en tono de conferencia. Bien. Liberal: que al fin, habrá paz y tolerancia en España. Desaprueba los rigorismos contra las órdenes por injustos e ineficaces. Maura me decía en el banco azul, que suscribe el discurso de Zulueta. También Marañón y Ortega hacían signos de asentimiento. Asisten al debate pocos diputados.

Hoy han tirado una bomba al despacho del embajador de Portugal, donde estaba Mello con su mujer. Al notar que era una bomba, han tenido tiempo de huir. Seguramente habrían perecido. *El Heraldo*, que es muy su enemigo, *regaña* al embajador porque no ha tenido serenidad para acercarse a la bomba y arrancar la mecha. Si hubiera arrancado la mecha, «no habría pasado nada». Estos salvajes de *El Heraldo* son los grandes tipos.

29 de agosto

Esta mañana me ha visitado en el ministerio don Ángel Herrera, director de *El Debate*. Hace meses, cuando la quema de conventos, fue suspendido *El*

Debate, y, declarado el estado de guerra, el señor Herrera me visitó para pedirme que se levantase la suspensión. En aquella entrevista, el señor Herrera me dijo que él estaba dispuesto a colaborar con la República, trayendo a ella las masas de católicos que siguen la política de su periódico. Temía una política anticatólica, sectaria, y me anunció que ellos se organizaban para la protesta, y que creían contar en el norte con ochenta mil hombres; «pero sin salirse de las vías legales, es claro», añadió.

El señor Herrera es un jesuita de capa corta, de mediana edad, delgado, nariz ganchuda, ojos sepultados en las órbitas, habla sin mirar al interlocutor, puesta la mirada en un punto vago del espacio. Habla con tono precavido, midiendo mucho los términos, y cargándolos de sutileza, con la intención. Yo no sé si realmente se cree sutil y astuto y temible, o si adopta un *estilo*, por escuela. En cualquier caso, es risible y sin ningún interés. Tanta recámara, se explora a la primera ojeada, y estamos al cabo de la calle.

Ha venido a conocer mis impresiones sobre el proyecto de Constitución. Parece que ha hablado con otros, como don José Ortega y Gasset, que le ha dicho que ciertos artículos de la Constitución deben ser quitados de ella «con pinzas». También me ha soltado Herrera que se habla mucho de mí como jefe del futuro Gobierno, y que, según Ortega, tengo mucho favor entre los intelectuales.

Me dice Herrera que algunos artículos de la Constitución denotan una política de persecución a los católicos. Que él era monárquico, porque la monarquía representaba esos principios de unidad, que tanta falta hacen en España, y un instrumento de prestigio para la expansión de nuestra cultura, sobre todo en América; «los herederos de Isabel la Católica» significaban todavía mucho. Pero instaurada la República, está dispuesto a servirla con buena fe y voluntad, siempre que se haga posible la vida de los católicos en el régimen. Muchos artículos de la Constitución equivalen a expulsar a los católicos de la República. Él tiene interés en separar la idea católica de la idea monárquica, y que será una inhabilidad de la República empujarlos a que se confundan.

A preguntas mías, enumera hasta seis o siete puntos «nefandos». La separación, la expulsión de las órdenes, el divorcio, la supresión del presupuesto del clero, y no recuerdo cuál más. Me pregunta si será reconocida la «personalidad de la Iglesia». Yo le contesto, como impresión personal mía, que en las Cortes no se observa ninguna saña anticatólica, y que todos quisiéramos llegar a un régimen con la Iglesia que pueda durar. Le aseguro que la separación y el divorcio me parecen puntos ganados ya por la opinión

dominante en las Cortes; que en mi opinión, el artículo que prescribe la disolución de las órdenes será suprimido para llevarlo a una ley especial; que cualquiera que sea el régimen venidero no parece probable que la personalidad de la Iglesia sea desconocida; que el sistema concordatorio (este era otro punto) no tiene partidarios, y que lo de las procesiones quizá se arregle. Lamento tener que decirle la especial situación de los jesuitas, en malísimo aprecio de la opinión general; que el sentimiento público es muy diverso según de qué órdenes se trata, y que yo mismo he dicho a mis amigos los frailes del Escorial que celebraría que les permitiesen continuar allí. En suma, que yo tengo deseos de paz, después que la República haya implantado lo esencial de su sistema, pero que de nada le puedo dar seguridades, ni siquiera esperanzas, porque todo depende del rumbo de los sucesos y de la voluntad de la mayoría. Para nosotros los republicanos, hay cosas en las que no podemos transigir. Herrera me dice también, como prueba de su voluntad de colaboración con la República, que le parece bueno el proyecto de reforma agraria, y hace todo lo posible porque sea aceptado. Lo mismo opina del «control» obrero. Cree que es el único camino de la paz social. Él va a proponer también en *El Debate* que los redactores, empleados y obreros participen en la dirección de la empresa, y que el periódico sea de todos los que lo hacen.

Todavía hablamos un rato; pero lo esencial es eso. Se despide con frías ceremonias.

Por la tarde hemos ido los ministros a visitar el Palacio Real. Idea e invitación de Prieto, que tiene a su cargo en el ministerio los bienes del Patrimonio. Incidente típico: hay una nube de periodistas y fotógrafos. Cuando han llegado los ministros, y andamos por las habitaciones que fueron del príncipe de Asturias, los periodistas envían un recado diciendo que quieren ver el Palacio al mismo tiempo que el Gobierno. Don Niceto vacila; Domingo dice: «que pasen». Algún otro y yo nos oponemos. El director de Propiedades, que nos acompaña, vuelve con otra embajada: «que si no se les deja pasar, se marchan». «Pues que se marchen», dicen ya algunos. «Yo no les había dicho que viniesen», añado por mi cuenta. Y seguimos la visita. Don Niceto todavía tiene tiempo y palabras para comentar el caso con alguien, diciendo que ha habido «un pequeño conflicto». Tal es la *reporteritis* que padecen estos ministros. Algún periódico de esta noche refiere el caso, e insiste mucho, con la vanidad propia del gremio, en que se les dieron «reiteradas explicaciones de parte del Gobierno».

Durante la visita, algunos —casi todos los ministros y sus acompañantes — consideran lo muy tonto que ha sido el rey para dejar perder tanta magnificencia.

Maura, que llama a todos a admirar las arañas y los relojes, según es de tradición en las visitas a los palacios reales, dice que, en una residencia así, el aislamiento es inevitable, y sus moradores no pueden oír lo que sucede en el país, ni pueden creer en ningún peligro, por la impresión de grandeza que reciben.

A Albornoz, le llama más la atención lo del aislamiento que no lo de la grandeza o fortaleza.

Largo Caballero, el estuquista, palpa los mármoles: «Este es mármol italiano; este es mármol español».

En el gran comedor de gala, que es una monstruosidad arquitectónica, Domingo dice: «Esto es… regio. Ya se sabe lo que se dice con esa palabra».

Algunos, no sé si Maura y Domingo, aseguran que en Versalles no hay nada comparable. Se ve que no entienden.

También hemos visitado la capilla, que es muy fea, y la sacristía donde se guardan las joyas y reliquias, de que no son la menor parte los stradivarius. El hijo de Prieto ha hecho abrir los estuches y ha pulsado las cuerdas de un violín.

En toda la visita, don Fernando colocaba pequeñas papeletas de historia del arte.

Grandeza de alma y caballerosidad: uno de los jefes de Aviación, destinado en la jefatura, me escribe anónimos insultantes y amenazadores, porque tardo en publicar el escalafón. El mayor número de estos anónimos no llega hasta mí, porque el comandante Riaño, que lleva la secretaría, los retiene. Pero uno me lo ha enviado a casa. Me cubre de insultos vergonzosos. Dice que va a publicar los vicios de que me supone adornado. La simple lectura del papel me ha hecho comprender que procedía de persona muy cercana a mi despacho, porque alude a conversaciones tenidas por mí el día antes con Riaño. No sabe el contenido de la conversación, pero sí que hemos conversado. Asegura que solo Pastor puede mandar la Aviación. Delata a los que le parecen malos, y nombra, asimismo, a los que tiene por buenos. Venía escrito en un volante del ministerio, arrancado el membrete. Le he dado el anónimo al comandante Menéndez, para que se viera conmigo. Menéndez se ha escandalizado. Poco después, Riaño me ha mostrado otros anónimos, de la misma letra, y escritos en papel de cartas de la jefatura de Aviación, con su membrete y todo. Dice Riaño que está casi seguro de saber quién los escribe.

Es un íntimo de Pastor, a quien supongo ajeno a esta vileza. No he querido preguntar su nombre. Los anónimos que guarda Riaño son aún más procaces que el recibido por mí. Riaño ha comparado la letra de ellos con la del jefe de quien sospecha, y las encuentra semejantes en algunos rasgos. Ha observado que la llegada de los anónimos sigue al regreso del jefe sospechoso a Madrid, y cesan cuando se ausenta. Si encuentro una prueba segura, le sentaré la mano.

Estas cosas encubre el honroso uniforme militar.

30 de agosto

Con Martínez Dorrién y su mujer, vamos a Riofrío, invitados por Cándido Bolívar, que nos esperaba con su mujer en San Rafael. Visitamos el palacio, en parte ocupado por las colonias escolares de Segovia y Madrid. El palacio es muy hermoso, y me apena verlo estragado y desmantelado. Todavía hay en él muchos muebles, y gran número de cuadros, casi todos sin valor. Es lastimoso cómo tenían los reyes estas cosas. Y también lo es que no se puedan aprovechar ahora con refinamiento y gusto. Emplearlo en una obra humanitaria está bien; pero salta a la vista la desproporción del marco con su destino actual. En Francia, la República hace las cosas de otra manera.

Comemos en Navacerrada. Llega Besteiro con su mujer. Luego vamos nosotros a El Escorial, ya casi de noche, a la finca del doctor Poyales, cerca de Valdemorillo. Allí estaba Fernando Coca. Hacía una hermosa noche de luna.

1 de septiembre

Salgo temprano, y voy al ministerio, antes que al Consejo. Despacho con el subsecretario y llego el primero al ministerio de Hacienda. No hay todavía ningún ministro. Me entretengo en conversar con el subsecretario Vergara. Hablamos de la necesidad de activar los trabajos de la secretaría de nuestro partido, y de lo ocurrido la otra noche en el Ateneo: Rodrigo Soriano y el señor Balbontín han dado allí una especie de *meeting* contra el Gobierno. Se han llevado un público especial, extraño a la casa, que ha invadido el local, desalojando a los socios. El Ateneo está allanado, material y moralmente, por estos energúmenos, y los señores de la directiva que, en ausencia mía, dirigen la casa, no tienen energía para encarrilarla. Los disertantes dijeron algunas

mentiras, por ejemplo: que los aviadores portugueses que, después de la intentona revolucionaria de Lisboa, se refugiaron en España, se hallan presos. Esto es tan falso, que lejos de prenderlos, el ministerio de la Guerra les paga los gastos de estancia.

Poco antes de comenzar el Consejo, me llama Prieto, que está con el director accidental de Carabineros. El general Soler acaba de llegar de Valencia, adonde le envié hace dos días a que pusiera orden en la comandancia de Carabineros; unos oficiales monárquicos castigaban a las clases y soldados que les parecían republicanos. El general ha destituido a unos cuantos oficiales, y ha repuesto en su destino a los sargentos castigados.

El Consejo se ha pasado casi todo en discutir cómo va a tramitarse el asunto de la Telefónica. El ministro de Comunicaciones lleva el proyecto de ley, declarando la nulidad del contrato. Se trataba ahora de saber si se oía o no a la empresa antes de presentar el proyecto. A mí me visitó hace tiempo el coronel norteamericano Bent, director de la compañía, para decirme que no se resolviese la cuestión sin oírlos. También visitó a otros ministros, y al de Comunicaciones parece que le insinuó los peligros que para España implicaría el ponerse enfrente del capitalismo americano.

El Consejo ha discutido lo que podía significar darle audiencia al empresario antes de presentar el proyecto de ley: parecería una negociación, y una mengua del poder público español. Algunos ministros, entre ellos el Presidente y De los Ríos, opinan que el no dar audiencia a la empresa, a más de colocarla en una aparente indefensión, desencadenaría una *ofensiva* contra la peseta. El Presidente añade que esta no es una ley general, sino particular, y que en casos tales, es partidario siempre de oír al interesado, cualquiera que sea la importancia del caso.

La discusión se ha resuelto por votos: Seis contra cinco (Lerroux en Ginebra) han decidido que no se oiga a la empresa.

El Presidente, como siempre que es derrotado en un asunto grave, ha escrito un volantito, con notas de lo ocurrido.

—Hemos hecho una barbaridad —decía por lo bajo—. Tengo la impresión de que el asunto no está resuelto definitivamente.

Prieto ha hablado de la actitud hostil al Gobierno en que se pone el consejo de administración del Banco. Han celebrado algunas reuniones extraordinarias, una de ellas a espaldas del gobernador. En una visita al ministro, le han propuesto que sea el Banco quien compre oro en el extranjero para el Estado. Pero eso haría subir el cambio, que es precisamente lo que se pretende evitar. También se resisten a hacer al Estado el préstamo de 350

millones de pesetas en oro, que previene la ley de Ordenación Bancaria. Prieto les ha amenazado con modificar la ley, aumentando la participación del Estado en los beneficios del Banco, y mermándole un privilegio: Resulta que este año el Banco lleva ganados treinta millones más que el año anterior. El Banco medra cuando la penuria del país crece. Asegura Prieto que los periódicos financieros de Madrid, subvencionados por el Banco, van a emprender una campaña contra la política monetaria del Gobierno; el Banco le ha abierto un crédito de cien mil pesetas a Daniel Riu, para que dirija la campaña.

Hemos acordado mantenemos firmes, y apretar al Banco, e incluso tener preparado un proyecto de reforma de la ley de Ordenación Bancaria.

Ya de pie, hemos hablado de la necesidad de resolver sobre la instalación del Presidente de la República. Una vez más, don Niceto quiere que se instale la presidencia en algún ministerio, y hablaba del de Estado, llevándose este al piso bajo de Palacio. No se admite la propuesta. Maura queda encargado de hacer gestiones para conseguir que nos vendan el palacio de Larios, en la Castellana.

Por la tarde he estado otra vez en el ministerio, viendo papeles. Voy luego a las Cortes. Sesión sin interés. Mucho antes de que se acabara, abandono el banco azul con Maura. Ya esta mañana en el Consejo me dijo Maura que tenía una cosa que contarme, interesante para mí. Durante la primera parte de la sesión me cuenta, en efecto, que Lerroux, a su paso por Bayona, le ha dicho a un íntimo suyo que se alegrará mucho de que se forme un Ministerio bajo mi presidencia, que duraría dos meses, el cabo de los cuales él sería el amo.

Con don Niceto, también en el banco azul, he cambiado unas palabras sobre lo que son estas Cortes, y me ha dicho que con ellas habrá «un Ministerio Lerroux, un Ministerio Azaña y un Ministerio Largo Caballero». Entonces yo le he apuntado algo de lo que Lerroux parece desear en cuanto a disolución, y se ha mostrado opuesto al propósito. «No creo que Lerroux tenga opinión para que pueda disolver las Cortes», ha dicho don Niceto, con esas o muy parecidas palabras.

Aburridos de los discursos que estábamos oyendo, Maura y yo hemos vuelto a hablar de política, y entonces, por indicación mía, salimos del salón para continuar el diálogo en el despacho de ministros.

Resumo una conversación larguísima: Maura dice que sin yo proponérmelo, tengo en mis manos la llave de la situación política. Que en estos asuntos la voluntad no sirve de mucho, y que a veces, sin quererlo uno, tiene que meterse en las situaciones más absurdas. Que mi éxito en el

ministerio y la falta de hombres en el campo republicano hacen de Lerroux y de mí los dos «únicos presidenciables». «¡Quién iba a pensar que de los doce hombres del Gobierno solo usted crecería tanto!». «De manera —prosigue— que solo hay Lerroux y usted. Que usted se encargue del Gobierno descartando a Lerroux, es una temeridad; sin Lerroux, aunque no hiciese oposición, y sin los socialistas, presidir un Gobierno es una aventura terrible. El público espera de usted cosas que nadie le puede dar —me dice Maura—, y que haga usted en ocho días la revolución. Si usted hiciera política desde el banco azul, tendría usted, sin duda, el grupo más numeroso de la izquierda. Pero usted no hace política, y a pesar de eso, en torno de usted, se forma ese ambiente, y lo llevarán a usted, aunque no quiera, a presidir un Gobierno, si continúa cruzado de brazos».

Opina Maura que la carta de Lerroux es para una vez sola, pero que hay que jugarla, para que se gaste. Dejarlo fuera del Gobierno, frente a un Gabinete de extrema izquierda, conduciría a reforzar su posición con toda la parte conservadora del país. A Lerroux hay que llevarlo al Gobierno, y tenerlo en él cercado. Sin radicales, y con ministros de importancia sacados de los grupos de las Cortes, permaneciendo yo en Guerra, un poco apartado de la política, completando mis reformas. La preparación de ese Gobierno debo hacerla yo, hablando con unos y con otros, tomándolo con anticipación. Si Lerroux se dirige el día de la crisis a Sánchez Román y a Ortega, por ejemplo, ofreciéndoles carteras, le dirán que no; pero a mí no me negarían su concurso para realizar el plan, concertado de antemano. Maura asegura que Sánchez Román y Ortega se lo han dicho así.

Maura está conforme conmigo en que estas Cortes no deben disolverse, y que don Niceto no dará a Lerroux el decreto de disolución. Las Cortes deben votar las leyes complementarias, habiendo un Gabinete de izquierda. De esa manera, podía ser yo el llamado a disolverlas. Maura dice también que las próximas elecciones deben ser aún mejores y más legales que las pasadas, que ya son un gran progreso. En esto repite casi las mismas palabras que le he oído a don Niceto una hora antes.

Por lo que a él se refiere personalmente, y a propósito de una supuesta combinación Lerroux-Maura de que han hablado los periódicos, afirma que desengañó a don Alejandro, diciéndole que no pueden ir juntos a ninguna parte, y que hasta los apellidos son incompatibles. Piensa irse a la oposición en cuanto salga del Gobierno, y organizar a la «cerril» clase media conservadora, que sin eso se entregaría a los monárquicos.

Maura dice también, con referencia a su hermano Gabriel y a Matos, que estos señores están ya convencidos de que el Gobierno actual permanecerá hasta el día que se tiene marcado, y que se defiende. Pero que cuando caiga este Gobierno se formará otro extremista, y vendrá la anarquía. Estos mismos señores hablaron con el general Sanjurjo, preguntándole qué haría, si «España caminase a la deriva». Parece que el general contestó: «Si España fuese a la deriva, yo serviría a España; pero muchos de los actuales ministros, la mayoría de ellos, piensan lo mismo, y yo estaría a su lado».

Por mi parte, he sostenido en la conversación estos puntos: que si todos sus argumentos se encaminaban a quitarme de la cabeza la idea de presidir un Gobierno, estaban de más; porque nada estaba más lejos de mis gustos y de mi conducta; que no me ocupo de política, ni siquiera de la de mi partido, ni hablo con nadie de política; a los ministros no los veo más que los días de Consejo; y a los diputados, cuando vienen a pedirme cosas al ministerio o al banco azul; a los periodistas les repito a diario que no soy más que un ministro «técnico», aunque esto desata las iras de *La Correspondencia Militar*. Que la gente me trae y me lleva, a pesar mío, y que, por lo visto, lo mejor que yo podría haber hecho era fracasar en el ministerio de la Guerra. Que muchos me hablan del asunto, y quieren que yo desbanque o elimine a Lerroux, operación que no me parece útil, ni hacedera. Que mi buen sentido natural me permite ver las cosas con claridad, porque no tengo ambición que me ciegue (Maura no podrá medir hasta qué punto es esto verdad), pero que las consultas, los consejos y los argumentos me perturban el juicio y me desorientan: si me dejasen solo, seguir mi camino, acertaría más fácilmente. Que así como nunca he dudado de que el Gobierno provisional llegaría al término de su tarea, y lo veía clarísimo, sin necesidad de montar un razonamiento, así me parecía natural e inevitable que Lerroux presida el próximo Gobierno, quedándome yo donde estoy, y rodeando a Lerroux de personas que lo reduzcan a ser inofensivo. Que lo único nuevo para mí en esta conversación es que la preparación del Gobierno Lerroux sea incumbencia mía. Y pareciéndome bien lo que dice, debe considerar que yo tampoco puedo estar dispuesto a perderme en un Gobierno lerrouxista, en caso de que la otra combinación fracase. También le digo que a una disolución de Cortes por Lerroux me opondré, y que si la lograse sería un golpe de Estado, que provocaría una conmoción.

En el curso de la conversación, y hablando de las «personalidades» que podrían formar el Gobierno con Lerroux, Maura ha dicho que don Alejandro se lamenta de no tener un ministro de Hacienda de gran relieve, y ha

insinuado el nombre de Alba, como si Lerroux hubiese pensado en él. Creo que Maura lo ha dicho por explorarme. Yo he contestado que con Alba, de ninguna manera, aunque dependiese de ello la República. «¡Qué me va usted a decir a mí! —replica Maura—, ¡ya sabe usted la opinión que tengo yo de Alba!». A continuación me hace un elogio de Alba, asegura que en cuanto hable se llevará tras sí a la Cámara, y que tiene un gran porvenir.

Otras cosas curiosas me ha contado Maura. Por ejemplo, a cuenta de las «altas personalidades» que deben formar el Gobierno Lerroux; Ortega le ha dicho que, después de haber predicado una República conservadora, incluso Domingo, nos vio en los primeros tiempos del Gobierno inclinarnos a la *demagogia* y que entonces, Ortega y sus amigos decidieron *retirarse a sus tiendas*. Después han observado que hemos vuelto a la legalidad.

Maura concluye apremiándome para que no continúe cruzado de brazos. «Usted —dice— es el árbitro de la política, y probablemente no se ha encontrado nadie en España en una situación semejante a la de usted».

En todo lo que me ha dicho y aconsejado hay mucho de buena fe, y excelentes propósitos. Pero no dejo de sospechar que su temple conservador se alarme un poco pensando que yo pueda hacer la *locura* de tomar el poder en octubre o noviembre.

Y el caso es que cuando yo le pregunto cuál sería, en su opinión, mi deber para el caso de que no se realizasen sus previsiones, contesta: «Pues apechugar con el Gobierno, y tomar sobre sí la tarea de consolidar la República, requiriendo a los socialistas para que colaborasen con usted».

«¡Eso es! —replico riendo—. ¡Y con todos los horrores que acompañarían a una situación presidida por mí!».

2 de septiembre

Al leer los periódicos por la mañana, me entero de que han ingresado en Prisiones los generales de los directorios militares, por orden de la Comisión de Responsabilidades. Las detenciones se han hecho esta madrugada. El suceso es importante, no para el curso del sumario, sino por los incidentes a que pudiera dar ocasión en el ejército. Temo que la Comisión se deje embriagar por el gusto del sensacionalismo, y como la ley le otorga facultades propias y extraordinarias, un día podemos despertarnos en pleno conflicto, sin que el Gobierno haya sido prevenido. Los señores de la Comisión se han juramentado para no decir nada de sus acuerdos, ni siquiera a los jefes de los partidos a que pertenecen. Sin embargo, ayer llamé a uno de los diputados de

Acción Republicana que están en la Comisión, y pregunté si tramaban algo contra el general Sanjurjo. Tenía yo el recelo de que alguno, queriendo buscar conflictos al Gobierno, propusiese y obtuviese una medida violenta contra el general, que era gobernador militar de Zaragoza cuando Primo de Rivera dio el golpe de Estado. Mi correligionario oyó lo que tenía que decirle, y más tarde me comunicó que toda la Comisión estaba acorde en que no había motivos para molestar al general Sanjurjo. Esto no ha sido obstáculo para que, durante el día, los bocazas hayan ido por ahí propalando que sería detenido el general. Y en la propia Dirección de Seguridad, con la manía reportista que padece el director, también han hablado de «detenciones sensacionales» inminentes, con lo que se daba pábulo a los rumores.

Por la tarde, poco antes de concluir la sesión del Congreso, Martínez Barrio y Maura me han llamado al despacho de ministros para hablarme de este asunto. Están muy quejosos del papel que la Comisión de Responsabilidades reserva al Gobierno, porque todas estas medidas son al fin y al cabo políticas y de lo que pudiera resultar de ellas se pediría cuentas al Gobierno. Martínez Barrio nos dijo que iban a detener a Sanjurjo, y yo le tranquilicé, diciéndole que me constaba lo contrario. Estaba muy enojado porque los diputados radicales de la Comisión le hubiesen guardado el secreto, y añadió que si los demás partidos opinaban lo mismo, podría llegarse a destituir a los diputados que los representan en aquella: «Cuando se eligió la Comisión —dice Martínez Barrio—, nadie pensó que se le darían las atribuciones que tiene. De pensarlo, se habría designado a otras personas».

Llegó en esto Galarza, y continuó la conversación. Martínez Barrio dijo que, según sus noticias, la Guardia Civil no consentiría que se tocase a Sanjurjo. Esto me pareció una impresión ligera e inventada, porque desde la mañana de hoy hasta la tarde, no hay tiempo de que la Guardia Civil se haya puesto en esa actitud y de que se sepa. Galarza ofreció que si la Comisión le ordenase detener a Sanjurjo, no lo cumpliría y avisaría al Gobierno. Pero también lo tiene por inverosímil. Galarza es miembro de la Comisión. El mismo Galarza propuso que él hablase a Sanjurjo para tranquilizarle. Yo opiné en contra, teniendo el paso por indiscreto. Otros creyeron que debía hacerse una rectificación, y lo desaprobé. Creo lo mejor, callarse.

Sin embargo, en los periódicos de la noche, don Carlos Blanco, presidente de la Comisión, dice ya que no se piensa en hacer nada contra Sanjurjo. Lo peor es traer y llevar a las gentes con tanta ligereza.

Galarza me comunica que esta tarde, a las siete, han detenido en Irún a Cavalcanti. Se conoce que ignoraba las prisiones de sus compañeros, y ha

pasado la frontera imprudentemente, como no sea que la haya pasado para entregarse.

¡El hombre quería ser jefe del Estado Mayor Central, y estaba algo atufado en nuestra última entrevista, porque no se lo prometía!

De lo que hayan dicho los presos, nada sé. Me figuro el humor que tendrá el soberbio Federico Berenguer. Estas semanas últimas, don Federico iba a su antigua tertulia del café Regina, muy engrosada por los descontentos que le hacían corro. Decíase por Madrid que don Federico y unos cuantos oficiales pensaban dar un golpe de mano en Segovia para libertar a don Dámaso, y llevarlo a Portugal. Me pareció una fantasía, pero ordené que extremasen la vigilancia.

Del que me da mucha lástima es de mi antiguo ministro de Gracia y Justicia, don Galo Ponte, preso desde hace meses; como le hicieron renunciar a la carrera sus propios compañeros después que cayó del poder (habiéndole aguantado sumisamente todas sus impertinencias), y no tiene cesantía de ministros, por decreto del Gobierno de la República, don Galo está en la miseria, y no hay nadie de sus antiguos colaboradores y sicarios que le socorra. Come del rancho de los presos. Ahora, el cagatintas López Pérez, empleado de Gracia y Justicia favorito de don Galo, debería ayudarlo, en pago de aquella protección. El tal López Pérez, finchado y cerdoso, no se dejaba ni hablar cuando era peón de confianza de don Galo. Probablemente, ahora, presumirá de republicano. En las covachuelas de la Administración se alberga la gente más abyecta.

En los cuatro años que tuve de ministro a don Galo, cruzamos la palabra dos veces, que me llamó a su despacho para asuntos oficiales. Nunca le saludaba cuando nos cruzábamos en el zaguán. No se atrevió a meterse conmigo, a pesar de que mis manejos políticos eran conocidos. Don Galo era muy antipático a todo el mundo, autoritario sin gracia, y al cabo irresoluto e incompetente. No se hizo ni un amigo. ¡Y había que ver a sus auxiliares o colaboradores oficiales! El director de Prisiones, un señor Mendiluce, del cuerpo jurídico-militar, alto, barbudo, con la pipa entre los dientes, hubiera parecido una figura de madera si no supiésemos que en su despacho pateaba y blasfemaba cuando daban las dos y la dos y media de la tarde y el ministro continuaba en el ministerio. El otro director general, el de Justicia, un tal Ramón G. del Valle, asturiano, casado con una andaluza rica, la más rica del partido judicial donde él había servido de juez, era muy torpe, muy vano e ignorante. Era magistrado de Guadalajara al ser nombrado director general.

Cuando se murió su mujer, me preguntó cómo tenía que hacer las particiones. Supongo que habrá vuelto a administrar justicia.

En la sesión de las Cortes ha habido un incidente muy ruidoso. Los radicales-socialistas han presentado una proposición para dar por terminada la interpelación que sostenían los diputados vascos con motivo de la suspensión de periódicos. Se ha ganado la votación por los votos de los socialistas, radicales-socialistas y Acción Republicana (menos tres). Han votado en contra los radicales de Lerroux y todas las derechas. La gente ha querido sacar punta a esta votación, diciendo que es la primera de carácter político que se hace en las Cortes, y que marca dónde está la verdadera mayoría.

Después de esto, se han leído y puesto a discusión dos proyectos de ley, de los que tengo presentados, y han sido aprobados sin que nadie los discuta ni los oiga. Tal era el barullo.

Por la noche hemos ido Lola y yo con Cipriano y los Méndez Vigo a cenar en Fuentelarreyna. No había casi nadie.

3 de septiembre

Día de audiencia para diputados. Me han vuelto tarumba. He llegado a casa en un estado de postración lastimoso. Lo peor de esto es que los diputados, por cumplir con sus electores, me llevan una porción de comisiones a pedir cosas imposibles, como saben bien los mismos diputados que las presentan y recomiendan. Por ejemplo: Ayer, en el Congreso, me dijo un diputado por Asturias: «Mañana iré a verle con una comisión de obreros de Oviedo, a ver si me los quito de encima». Pues bien: hoy se me presenta el diputado, con dos más, y media docena de obreros, y han gastado media hora haciéndome argumentos calurosos en favor de las pretensiones de los obreros, a sabiendas de que yo no las puedo satisfacer.

Y así todos.

Una comisión de fabricantes de calzado me denuncia los manejos de un comandante en la junta de vestuario.

Durante la audiencia me traen un telegrama del general de la división, participándome que el general Cavalcanti ha ingresado en Prisiones.

En el despacho con el subsecretario, me ocupo del caso Martínez Anido, y acuerdo que sea dado de baja en el ejército. Barrunto que al general subsecretario no le gusta, y lo ha demorado cuanto ha podido. También creo haber sorprendido un pequeño engaño del general subsecretario: le autoricé para admitir diez o doce mecanógrafas y ha admitido treinta y cuatro. Asegura

que me lo dijo, pero yo creo estar cierto de lo contrario. Como me pasan mil pequeños asuntos por la atención, puedo estar equivocado. Precaución.

El general Gil Yuste, inspector de la sexta división, está en Navarra, dirigiendo las maniobras de los batallones de montaña. Ha publicado una alocución a las tropas, muy discreta en sus dos terceras partes. Pero luego, como prueba del respeto que el ejército tiene a la voluntad nacional, afirma que, así como sirvió lealmente a la monarquía, y ahora a la República, volvería el ejército a servir mañana a otro régimen si la opinión de los contrarios ganase la mayoría.

El general Gil Yuste es de lo mejorcito que tenemos.

El general de la primera división, Villegas, ha venido a verme muy emocionado, porque se siente sin autoridad en el cargo: «El sillón me pincha». Se ha divulgado por Madrid el parte dado por el teniente coronel del 31, y como aún no se ha tomado ninguna providencia, su prestigio padece. El general me dice que si necesito sacrificarle para no tener disgustos, que lo sacrifique. Yo le prometo que tramitaré el asunto, pase lo que pase.

Me fastidian estas majaderías, teniendo tantas cosas en qué pensar, y durante varios días no he puesto atención en el asunto, que se me resistía. Es una lástima no poder echarlo todo a rodar, y enviar a paseo a unos y a otros. Pero así son las cosas de la milicia. De un grano de arena, hacen una montaña. No es imposible que de este incidente salga un disgusto. Lo mejor será que se sientan tratados con rudeza, según lo tienen acostumbrado. Toman por debilidad las observaciones de simple buen sentido. Lo chistoso será que el teniente coronel vaya a un castillo y Villegas quede destituido. En el fondo de esta intriga hay la enemistad de Villegas y Queipo. El teniente coronel es íntimo de Queipo, y se sospecha que esté instigado por este general.

Y a todo esto, preocúpese usted de organizar en serio el ejército.

En las Cortes, oigo el discurso de Fernando de los Ríos. Ha estado bien. Claro que en el libre campo de las generalidades filosóficas e históricas. Le han aplaudido mucho. Como orador, le encuentro árido de vocabulario, y el tono, más de conferenciante que de político. No habla de la cuestión religiosa, lo cual, según el señor Sánchez Guerra, es gran mérito. El mismo Sánchez Guerra ha vuelto a decir que esta sesión le recuerda las de las Constituyentes del 69, que relee continuamente. Es su *Biblia* parlamentaria.

He cenado con el ministro de Marina[14]. Él y hasta diez o doce diputados de la Federación gallega van a ingresar en Acción Republicana. Examinamos la situación política, y coincidimos en todos los puntos de vista, así como en las soluciones posibles.

4 de septiembre

Consejo de ministros en la presidencia. Lo más notable es la cuestión con el Banco, que se resiste a aceptar la orden dada sobre su intervención en los cambios. Prieto nos ha leído un proyecto de comunicación del Banco al Gobierno de que le han dado conocimiento oficiosamente, en la cual se propone un aplazamiento, hasta que se agoten las reservas del Tesoro, y si el caso llega, el Banco cooperaría a la defensa de la peseta. Pero no dice siquiera en qué iba a consistir la cooperación, y todo se reduciría a entablar entonces negociaciones. No se acepta la evasiva del Banco. Se le dice que la orden anterior subsiste. Y se encarga al ministro que redacte un proyecto de ley modificando la de Ordenación Bancaria.

Vuelve a tratarse del asunto de la Telefónica. El Presidente telegrafió a Lerroux el acuerdo del otro día. Lerroux contesta que, de haber estado presente, habría votado con la que resultó minoría, y salvado además su responsabilidad personal por lo que pudiera ocurrir, si se dejaba a la compañía indefensa. Con este voto de Lerroux estamos empatados.

Por otra parte, Prieto dice que Sánchez Román, presidente de la Comisión Jurídica Asesora, se ha quejado de que el proyecto de ley haya sido redactado, y aprobado en Consejo, sin oír a la Comisión, que tiene encargo del Gobierno para estudiar este problema. En conclusión, se decide que el proyecto pase a la Comisión Asesora, y que sea esta, como iniciativa suya, la que dé audiencia a la Telefónica. Al oír esta propuesta de Maura, Albornoz la ha acogido con gran alegría.

Albornoz habla luego de las peticiones de los ferroviarios, entre los que hay síntomas de huelga. Las peticiones supondrían un mayor gasto de 91 millones de pesetas. Y esto es todo lo que nos dice y al parecer todo lo que sabe el ministro acerca de la cuestión. Añade, por toda información, que «está siempre al habla con Trifón» (el secretario del sindicato), que tienen el mismo criterio, que: «para mí…», «mi posición en este asunto…», etcétera, etcétera. A esto lo llama Albornoz «plantear el problema ante el Consejo de ministros». Y aún tenía la pretensión de que se dijera en la nota oficiosa que lo había planteado, en efecto, quedando pendiente de solución. El Presidente le ha dicho que eso no puede hacerse. Que la cuestión debe traerla madurada, y con una propuesta de solución; y que dar la nota oficiosa que pretendía era como si una propuesta del ministro hubiese quedado atascada en el Consejo. Los demás ministros, unos de palabra, otros en silencio, han asentido a lo dicho por el Presidente.

Mucho me temo que en este asunto, Albornoz repita, en proporciones gigantescas, lo que ya hizo en el asunto de los ferroviarios militares. Él quiere *quedar bien* con los obreros, saliendo por delante a decir que ha traído el asunto al Consejo. Y no sería imposible que se hubiera arriesgado a hacer promesas, imposibles de cumplir. Se ve que no se entera de nada, y todo el mundo lo percibe así.

Hoy he firmado en el ministerio, después del Consejo, la orden dando de baja en el ejército a Martínez Anido.

También recibo una comunicación del teniente coronel del batallón de montaña n.º 1, diciéndome que el general Gil Yuste lo ha destituido. Es de los que están en maniobras. Dispongo que se le corrija, por dirigirse a mí en forma irreglamentaria.

El ministro de España en Varsovia envía al Gobierno una carta que le ha escrito la fábrica de armas de Unceta, en Guernica, pidiéndole que le ponga en relación con el Gobierno polaco para comprarle tres mil fusiles máuser. Unceta se presenta como mandatario de un comprador serio y con urgencia. La carta es de 21 de agosto, día en que se dio la orden de incautación de las fábricas de armas, que Maura tuvo la candidez de adelantar a los periodistas. Envío a Guernica un oficial de mi Gabinete militar con instrucciones para averiguar quién es el comprador de los tres mil fusiles.

En las Cortes, discurso de Ortega. Dicho con elegancia, compuesto de retazos de los artículos políticos que ha publicado estos últimos años: las provincias en pie, la comarca, la monarquía de Sagunto; muchas imágenes («el hocico del tiempo se mete entre mis tobillos», dice cuando le conceden una prórroga), y una idea sobre la fuerza creadora e impulsora de la ley y de la Constitución, que contradice cabalmente todo lo que se ha venido diciendo contra el régimen político del siglo pasado. El discurso no ha gustado, en general. Le han aplaudido una vez. El Congreso estaba algo nervioso. De los ministros, solo a Fernando de los Ríos le ha parecido bien. Prieto ha dicho algunas atrocidades. El Presidente declara a Fernando de los Ríos: «En este debate, la copa sigue teniendo la ronda».

Pequeñeces de la vanidad: Esta noche leo, en *Crisol*, una información con dibujo y todo, según la cual Teodomiro Menéndez, diputado asturiano, es el autor del proyecto de reforma de las fábricas militares. Gracias a sus gestiones, Menéndez ha conseguido «llevar el convencimiento a las esferas oficiales». La verdad es que Menéndez sabe del proyecto lo que yo le conté ayer ante una comisión de obreros, y el hombre no ha perdido una hora y se lo

ha apropiado, por presumir un poco, además de cotizarlo en Oviedo y Trubia como un tanto político-electoral. La gente está hambrienta de notoriedad.

Hemos ido de paseo hasta Villalba después de cenar Guzmán, Cipriano y yo. Había ya en el campo un olor otoñal, pero sin lluvia. Estoy de mal temple, a causa de la fatiga. Empiezo a sentir ahora los efectos de una temporada tan penosa. No tengo fuerza para posar la atención en nada y se me ocurren muy pocas cosas. Lo que me aturde es el hablar con tanta gente cada día; todos traen su jeroglífico, que he de resolver en el acto. En ciertos momentos, la conversación me irrita, sin motivo, y como hay que poner buena cara a todo el mundo, me enojo contra mí mismo. Una cura de holganza y soledad me hace mucha falta.

5 de septiembre

A las ocho de la mañana me despierta el teléfono oficial. Es Galarza. Me dice que el general de la tercera división le participa que ha surgido un movimiento comunista en Jaca; cortadas las comunicaciones, ha salido de Zaragoza un tren militar. Las confidencias dicen que en esto anda el capitán Rexach, y el general pedía que se le detuviera. La policía lo ha detenido a las cinco de la mañana, cuando salía de su domicilio para tomar un automóvil. Hablo con el jefe de servicio en el ministerio, que, con mucha torpeza, me da cuenta de lo mismo, comunicado a las 3 de la mañana por el general de Zaragoza. Me han llamado a esa hora, pero no lo hemos oído. Parece que el suceso ha sido, o se espera, en Ayerbe. Más tarde, hablo con Maura. Ha hablado con los gobernadores. No saben nada; las comunicaciones están expeditas. A Maura le digo que no me ha impresionado la noticia, porque no sé yo qué pretenderían hacer los comunistas en Ayerbe. Hablo también con el general de Madrid, y le recomiendo que esté alerta y se entere de si pasa algo en los aeródromos. Total: nada.

En el ministerio, al mediodía, hablo con el general de Zaragoza. Las dos compañías han ido hacia Ayerbe, *de prácticas*. No han encontrado nada. El general recorrerá esta tarde la comarca. Se ha detenido a un teniente, relacionado con Rexach y señalado por las confidencias, que proceden de los mismos oficiales del regimiento que hay en Jaca.

El gobernador de Zaragoza ha tenido a bien decir a los periodistas que las confidencias delatoras del movimiento proceden de un capitán del regimiento 19.

El general Queipo viene a verme, y me cuenta que un coronel le ha solicitado para adherirse a un movimiento militar contra el Gobierno, en el cual están comprometidos Goded y Barrera. Le respondo que no creo en brujas, pero que de todos modos le agradezco la noticia. «No me lo agradezca usted —contesta el general— porque, después de todo, es interés mío. Yo sé que cualquiera que fuese la tendencia del movimiento, me machacarían».

Al general Queipo le he negado estos días una rectificación y mejora de su antigüedad, que tenía solicitada. No sé si ha querido demostrarme —puesto que en el curso de la conversación ha sacado a relucir mi orden resolutoria— que no está enfadado y que me hace ese favor.

Por la tarde me entero de que al general Núñez de Prado, que solicitaba el pase a la reserva, le han devuelto la instancia desde mi Gabinete militar, porque no traía fecha, y han interpretado mal, supongo que de buena fe, lo que dije para que se la pusieran. Es la segunda vez que le devuelven al general Núñez de Prado su petición de pase a la reserva, y acabaré por creer que tiene protectores en mi mismo *entourage*.

Hemos tenido asamblea del grupo de Madrid del partido de Acción Republicana. He presidido con paciencia. Discusión de los estatutos, que se quedan para otra sesión. Protestas contra la secretaría, que no anda bien. Y algunos creen que no ha habido democracia en la designación de candidatos para diputados. ¡Allí hubiera querido yo verles!

7 de septiembre

Ayer no salí de casa hasta después de comer, y fuimos a pasar la tarde en El Paular.

Esta mañana en el ministerio, he suprimido las audiencias citadas para hoy, y que me agotan. Despacho con el subsecretario y con el general Goded.

De Zaragoza, dice el general que lo de Jaca era serio, y que ha abortado porque se ha acudido a tiempo. La policía, torpe como siempre, detuvo a Rexach en Madrid, en vez de dejarlo salir para su destino. Así, al menos, habríamos sabido algo sobre sus propósitos.

Riaño me habla de que al comandante Anaya le ha invitado un coronel (como a Queipo) a que se sume a un movimiento dictatorial. Resulta que el coronel es Góngora, de Caballería, malísimamente reputado en el arma, y a quien me he negado a colocar después de la reorganización. Se las da de republicano, y Lerroux lo recomienda. Góngora le ha dicho a Riaño que han hablado a Sanjurjo, y que Sanjurjo está indeciso; y por eso también él lo está.

Que si Sanjurjo se decide, no lo dudará más. Añade que creen contar con apoyos en la Guardia Civil. Los periódicos han dicho que Sanjurjo ha visitado a los generales presos. No es muy discreto. A Sanjurjo no le dejan en paz unos ni otros, y parece que hay empeño en que rabie el perro. Algunos de los generales procesados han dicho en sus declaraciones que Sanjurjo estaba tan comprometido como ellos en el golpe de Estado. Con eso buscan crear dificultades al Gobierno y ampararse en la situación de Sanjurjo; puede ser que alguno lo haga sencillamente por molestarlo.

Regresa el emisario que envié a Guernica, y se pone en claro lo del pedido de fusiles a Varsovia; eran para el Gobierno chino.

8 de septiembre

El general Gil Yuste, que dirige las maniobras militares en Navarra, ha ido a comer con Burguete, en casa del jefe carlista.

El Consejo de ministros de esta mañana no ha tenido interés. Prieto, como siempre, pesimista y descorazonado, se queja de que nadie nos obedece, y de que, a pesar de estar las Cortes abiertas, tenemos menos fuerza que antes. Nos dice que ayer citó, para hoy a las diez de la mañana en el ministerio, a Flores de Lemus, y no ha acudido a la cita, no obstante ser subordinado suyo. Flores está como siempre, despreciativo y maldiciente. Dice pestes del Gobierno, como las decía de Primo de Rivera, que le nombró asambleísta. Flores es un caso típico de sabio español, que conoce algunas o muchas cosas, y no sirve para nada útil.

Hoy ha llevado Ríos al Consejo un proyecto de resolución para autorizar a unos curas a que contraigan matrimonio, según desean, «porque atraviesan —dice Fernando— una crisis de conciencia». Prieto ha definido esa crisis con otras palabras. Se le ha dicho al ministro que, para eso, presente un proyecto de ley reformando el Código Civil.

El Consejo Superior de la Guerra me presenta el acta de su primera sesión, con el informe que les encargué sobre el armamento del ejército. La situación es desastrosa. Conservaré el papel, que es importante.

La sesión de las Cortes no ha dado nada útil. Cuando se ha levantado a hablar Sainz Rodríguez, que fue asambleísta, casi todos los diputados se han marchado del salón.

En el banco azul he hablado de política con don Niceto. Coincidimos en que hay que jugar la carta de Lerroux, antes que ninguna otra; pero que no es posible un Ministerio lerrouxista. El Presidente cree que estas Cortes deben

durar, y que de ellas pueden salir dos o tres Ministerios. Como yo le digo que Lerroux aspira a disolver las Cortes, don Niceto dice que eso no es posible. «Dónde pensará encontrar Lerroux un Presidente que le dé el decreto de disolución en esas condiciones —exclama don Niceto—. Hay que mejorar los métodos electorales; volver a las mayorías *homogéneas*, sacadas a la fuerza, sería destruir la República».

Me voy pronto de las Cortes al ministerio, y allí estoy hasta las nueve y media. Le doy instrucciones a Lizarza sobre la compra de caballos, para acabar con las confabulaciones.

Me ha visitado una vez más don Luis Palomo, que no me deja ni a sol ni a sombra. Es un viejo sevillano, senador vitalicio de la monarquía y muy metido en la farándulas del hispanoamericanismo. Me repite continuamente que es incondicional mío, y que no desea más que servirme. He aquí la manera de servirme que me ha propuesto hoy: que el ministerio de Instrucción Pública le dé una subvención para el Centro de Cultura Hispano Americano; que le nombren consejero de Instrucción Pública; que adquieran ejemplares de un libro que editó hace años; que yo le otorgue a una sociedad anónima, fundada por él, la exclusiva de la venta del material de guerra; y que, como voy a formar Gobierno, que le nombre ministro de Marina. Esta petición se funda en que Canalejas le ofreció esa cartera.

9 de septiembre

El general subsecretario me dice, muy preocupado, que circulan hojas invitando a formar comités de oficiales, muy parecidas a las antiguas juntas de defensa. Parece ser que el asunto tiene origen en Zaragoza. Mi ayudante Menéndez me ofrece buscar una de las hojas, y, en efecto, esta tarde me ha llevado una al Congreso, recibida por un comandante llamado Barba.

Las hojas, impresas en letra menuda, son muy extensas, y no llevan firmas, contra lo que habían dicho. La he leído por encima, y tropiezo con un párrafo, relativo a la conducta del mando, que me hace sospechar que anda en ello Mangada.

La sesión de las Cortes ha tenido el interés de dejarnos oír a Melquíades Álvarez. Está viejo, y se le ha rajado la voz de tenor; pero conserva muchas facultades. Su discurso ha sido malo. De un moderantismo sin fundamento, con una de cal y tres de arena; lleno de lugares comunes y de expresiones muy manidas, agotadas por él mismo. Sobre todo aparece aumentada su falta de gusto, que siempre fue grande. Y su falta de autoridad, comprometida y

perdida en los años de la dictadura, por su ambigua posición. Cuando yo le escribí, el 17 de septiembre de 1923, invitándole a reunir al Partido Reformista, para adoptar sin reservas la política republicana, y no me hizo caso, Melquíades se jugó y perdió su porvenir. Si entonces hubiera hecho lo que era un clarísimo deber e hicimos otros muchos, Melquíades habría sido el hombre de la República, en vez de serlo Alcalá-Zamora. Verdad es que probablemente lo hubiera hecho peor que don Niceto. Hoy está solo don Melquíades. En las Cortes no cuenta más que con su fiel escudero, Filiberto Villalobos, diputado por Salamanca. Y Juanito Uña, exdiputado reformista, le oía absorto, apoyado en la barandilla de los escaños.

El discurso de Melquíades no ha gustado a nadie. Mientras hablaba, Prieto hacía comentarios brutales en el banco azul, en voz bastante alta: «Ya está aquí el tenor hemorroico», y cosas parecidas. Hemos tenido que decirle varias veces que se calle. Melquíades ha dirigido grandes elogios a Fernando de los Ríos; pero tan inconsiderados y violentos, que Fernando me decía: «Este hombre le sonroja a uno cuando elogia».

Después de la sesión, hemos coincidido, en el despacho de ministros, Prieto, Maura, Martínez Barrio, Casares, Domingo y yo. Después llegó Galarza. Hemos hablado de la composición del futuro Gobierno. Se ha discurrido sobre la necesidad de formar un Gobierno Lerroux. Prieto ha repetido que el Presidente debo ser yo, porque soy el único ministro que ha triunfado en el Gobierno. Añade que ya suponía él que, de esta etapa de Gobierno, unos ministros saldrían exaltados y otros aplastados; pero que nunca sospechó que él fuese de los aplastados, y reconoce que lo está. Después se ha marchado Prieto.

Martínez Barrio dice que, lamentando tener que hablar de esto en mi presencia, «tengo una gran opinión…», etcétera, etcétera, y que llegará mi momento. Pero que no debe pensarse en un Gobierno de concentración republicana que no esté presidido por Lerroux, porque eso sería extender a don Alejandro una patente de indignidad, que el Partido Radical no toleraría. Los radicales no se opondrían a un Gobierno con mayoría socialista, presidido por un socialista, entrando en él republicanos; pero sí a la otra combinación, de republicanos solos, y sin Lerroux de Presidente.

Yo les digo que un Ministerio presidido por un socialista y con mayoría de ministros del partido sería una aventura gravísima, y un fracaso casi seguro; primero, por la cuestión de orden público, y segundo, por la cuestión hacendística. Un Ministerio de concentración republicana, con participación socialista, presidido por mí, con la hostilidad de los radicales, no podría durar,

y conduciría a agotar prematuramente la reserva socialista y la de la izquierda republicana, para dejar, al cabo, dueño de la República a Lerroux, a quien lanzaríamos a un poder personal.

Maura asiente y añade que, a Lerroux, lo mismo le da la derecha que la izquierda, y que solo le interesa mandar; y que en las condiciones dichas, se lanzaría a una dictadura, más o menos disimulada con unas Cortes amañadas.

Martínez Barrio sonríe, y a unas cosas asiente cerrando los párpados, y a otras opone una denegación débil.

Yo insisto en que me parece un error político poner vetos a Lerroux, empujándolo hacia la derecha. Más bien hay que retenerlo.

Lo dicho por Martínez Barrio despeja una incógnita.

Domingo cree que el Partido Radical-Socialista, aunque costase algún trabajo, colaboraría en un Gobierno de Lerroux, en que participasen todos los grupos republicanos. Galarza lo duda. Albornoz ha dicho a Maura que estaba conforme; pero Galarza pone en duda el valor de esa conformidad.

Marcelino hace muchas exclamaciones sobre la conducta de Albornoz, y llega a decir que, si este no formara parte de su grupo, la minoría radical-socialista no daría el espectáculo que vemos.

11 de septiembre

Me dice Maura que hay entablada una batalla entre el Nuncio y el cardenal Segura. El Nuncio está conforme con la destitución del primado, y trata de obtenerla de Roma. El cardenal se defiende y, para estorbar la gestión del Nuncio, ha ido a Roma don José María de Urquijo. La intervención de este señor ha retardado por lo menos la conclusión del asunto. A su vez, para secundar la política del Nuncio ha ido también a Roma Ángel Herrera, el jesuita de capa corta, director de *El Debate*. Maura está que echa lumbre contra el Urquijo, y hablaba de meterlo en la cárcel en cuanto vuelva a España. Supongo que se le pasará.

Una vez más, Bugeda y Eduardo Ortega, de la Comisión de Responsabilidades, vienen a hablarme de Sanjurjo. Estaban decididos a no molestarlo para nada. «Somos también políticos», me decía Ortega, satisfecho de su prudencia. Pero, en *La Tierra*, se han publicado unos artículos queriendo probar la participación de Sanjurjo en el golpe de Estado. Dos de los generales presos, Jordana y Muñoz Cobos, le han implicado en la preparación de aquel hecho. A la Comisión de Responsabilidades han llegado los ecos de algunas bravatas que se atribuyen a Sanjurjo contra la Comisión.

Y Ortega y Bugeda dicen: «¿Qué hacemos? ¿Vamos a desviar la justicia porque tropieza con un personaje de fuerza? El caso se planteará en las Cortes, seguramente por los defensores de los generales, o por otro. ¿Daremos la impresión de que la República es tan frágil que no puede chocar con un teniente general?». Por otra parte, ambos señores de la Comisión aseguran que, si hay peligro en tocar a Sanjurjo, lo dejarán en paz. Para este caso se le ocurre a Ortega lo conveniente que sería una declaración, hecha por la Comisión misma, diciendo que, lo hecho por Sanjurjo en 1923, no le carga con la misma culpa que a los generales que entraron en los directorios, y que la conducta del general el 14 de abril, gracias a la cual la República vino sin sangre, le hacía merecedor de un trato especial.

Quieren estos dos señores que yo les dé la solución del caso, porque mi entendimiento, etcétera, etcétera.

Les hago notar las dificultades de la situación, que no ha sido creada por el Gobierno, sino más bien a espaldas suyas y un poco contra su voluntad. Si la exacción de las responsabilidades por el golpe de Estado era ineludible, como lo es, han podido hacerse las cosas de otra manera. La prisión colectiva de los generales es un acto impolítico. De la mayoría de estos hombres ya nadie se acordaba. Ahora hemos creado una representación colectiva de la contrarrevolución y le hemos dado caudillos. Vienen a ser, guardadas las proporciones, lo que los miembros del comité revolucionario presos en la Cárcel Modelo. Respecto de Sanjurjo insisto en la inconveniencia de traerlo y llevarlo. Creo que, hasta ahora, su actitud es correcta, y que ha rechazado todas las proposiciones que le han hecho los conspiradores. Pero creo que el deseo o el propósito de demostrar que la República no es frágil no debe llevarnos a someterla a una prueba en que se rompa. Nadie es más opuesto que yo a que la República tenga protectores, paisanos ni militares, y he procurado siempre no dar importancia oficial a Sanjurjo, al revés de lo que hace Maura; pero es menester mucho tino, y algún tiempo, para que las cosas vayan consolidándose. El ejército, después de las reformas, está en carne viva, y se necesita calma y quietud para que eche piel nueva. Cualquier incidente podría estropearlo todo.

Los de la Comisión desean en concreto que Sanjurjo declare ante la Comisión, para evacuar las alusiones que le han hecho Jordana y el otro. Pretenden que yo hable con Sanjurjo, para disponerle a prestar declaración. Les digo que si han previsto la posibilidad de que Sanjurjo eche por el camino de decir toda la verdad de lo que pasó en Zaragoza en 1923, cuando él era gobernador militar, caso en el cual no tendrían más remedio que procesarlo y

prenderlo como a los otros, o hacer la vista gorda y en peores condiciones que ahora. Añado que Maura ha quedado con el encargo de hablar a Sanjurjo, y es mejor, porque Maura es más amigo suyo, y aunque yo estoy en muy buenos términos con él, prefiero no tratar mano a mano ciertas cuestiones, porque al fin es mi subordinado.

Poco después hablo con don Carlos Blanco, presidente de la Comisión, y me dice que, en las declaraciones de los generales, no hay nada que signifique una acusación contra Sanjurjo. Me indica que pida copia de la declaración, para convencerme. También añade que ha vertido en la Comisión la idea de poner en libertad provisional a los generales, y que hará su camino.

En el banco azul, Maura me dice que ha hablado con Sanjurjo esta mañana, y que «el general está muy bien»; me lo dice haciendo un ademán de seguridad y confianza, con su arrebato peculiar, como si el asunto no valiese ya la pena de nuestra atención. Claro que no han hablado de la relación de Sanjurjo con la Comisión de Responsabilidades, sino, por lo que puedo colegir, de su disposición personal.

Ortega y Gasset me trae una nota con la declaración de los generales referente a Sanjurjo. Acusación no hay.

En el Consejo de esta mañana, nada de particular. El Presidente, un poco picado porque su enmienda al proyecto de Constitución ha caído mal entre la parte más conservadora de las Cortes (incluido don José Ortega), y porque Maura ha dicho a los periodistas que el Gobierno no la patrocina, se ha entretenido en decir cuchufletas al ministro de la Gobernación: «Cuando vivía don Antonio Maura, usted le daba un disgusto diario; y ahora que ya no vive me lo da usted a mí».

En el Consejo se ha acordado ceder a las peticiones de Francia para concertar un *modus vivendi*. Se accede, por salvar la exportación de la fruta, que representa 500 millones. Comentando las exigencias de Francia, don Niceto dice que ese país está en un período napoleónico. Y que las dos causas principales de su soberbia actual son: el triunfo del general Weygand en Polonia, y el préstamo a Inglaterra.

El director de Seguridad me telefonea, diciendo de parte de Martínez Barrio, que es urgente sacar el material depositado en una finca fronteriza. Galarza me pregunta que adónde lo lleva. Yo le digo que a un parque del ejército no puede ser. Decide traerlo a un almacén de la Dirección General.

Por conducto de Galarza doy aviso de lo que ocurre a los presuntos dueños del material.

12 de septiembre

El general Rodríguez del Barrio me trae el expediente que ha formado con motivo del parte de Sánchez Casas contra Villegas.

El dictamen final es un camelo: que sí, que no, etcétera.

Este general quiere, además de dos automóviles para la inspección, que le habiliten una oficina en las divisiones, para cuando él vaya.

El general subsecretario me cuenta que el general de la primera brigada ha publicado en la orden de la plaza el plan de trabajos de su brigada para los ejercicios en curso. Dice el subsecretario que el plan es un disparate, una herejía. Con este motivo hablamos de la situación del mando. Es desastrosa. Nadie sabe ni estudia. Están habituados a aprender la táctica en conferencias orales del profesor. Y no hay posibilidad de *regenerar* a este personal. Sobre los inspectores generales, Ruiz Fornells tiene opiniones bastante duras, que coinciden con las mías. El mejor es Gil Yuste. Rodríguez del Barrio es un «erudito a la violeta». Queipo, una buena persona y una nulidad. Para Ruiz Fornells, el único que sabe es Goded.

El mismo Ruiz Fornells me dice que en las escuelas prácticas de Navarra, las dos brigadas de montaña están perdiendo el tiempo, impresión que ya tenía yo, solo con leer los partes de los movimientos de tropas. Por el director del *Diario de Navarra* he sabido que las fuerzas pasan por todas partes muy aprisa, para no hacerse notar demasiado y no molestar a los pueblos.

Esta tarde, hallándome en casa ocupado en preparar mi discurso de mañana en la asamblea del partido, Maura me telefonea, diciéndome que ha hablado de nuevo con «aquel personaje» (Sanjurjo), y que ha oído cosas de tal gravedad que necesita decírmelas en seguida. Convenimos en que venga a casa, y a los quince minutos se presenta aquí.

Maura, con el acento perentorio y el calor que pone en todo lo que dice, de manera que sus conclusiones y sus razonamientos parecen siempre una conminación urgente, me relata por lo menudo su conversación con el general. Viene impresionadísimo. Yo creía al principio que el general se había sublevado o poco menos. En resumen: el general le ha hecho una pintura negra de la situación de España: descontento en todas partes y en todas las clases sociales, paralización de los negocios, «el comercio está echando las muelas», inseguridad del porvenir, pánico que produce la gestión de Prieto, que es un loco, según el general, impresión de falta de autoridad del Gobierno. Sanjurjo desprecia a don Niceto: «¿Qué se habría dicho —parece que preguntó el general— si el rey hubiera querido resolver la situación de la

monarquía llamando a Alcalá-Zamora?». (Este argumento le parece bueno a Maura). Opina el general que la República está rodeada de peligros, y que el Gobierno no se entera: «No se hagan ustedes los sordos». El ejército también está descontento. Todas las guarniciones están minadas. Si esta opinión encontrase un hombre en torno de quien agruparse, se produciría inmediatamente un movimiento dictatorial.

Maura ha interpelado a Sanjurjo, *mirándole a los ojos*: «¿Sería usted ese hombre?». (Al repetírmelo, Maura dramatizaba la expresión). Creo recordar que Maura me ha dicho que ha advertido alguna vacilación antes de responderle el general, que él no se ha sublevado nunca y que es leal al régimen. «¿Y me responde usted de la Guardia Civil?». «Hasta ahora no tendrán ustedes queja». En este punto, Maura se extiende en reflexiones sobre la difícil situación de la Guardia Civil, que ahora ha de obedecer a las autoridades republicanas y socialistas de los pueblos, encarnadas en los hombres que la Guardia Civil perseguía durante el régimen monárquico. Además, están poco pagados, y Maura me propone todas las razones urgentísimas que hay para crear intereses.

Prosigue la conversación con el general. Ha ido a ver a los generales presos porque le une con alguno de ellos (no recuerdo cuál) muy buena amistad. Eligió para ir a verlos la hora en que hubiese más gente, y así solo cambió palabras triviales y apretones de manos. La mujer de uno de los presos le preguntó: «¿Y usted consiente esto?». Sanjurjo repuso sencillamente que todo acabaría pronto y que se trata de una cosa pasajera. El almirante Magaz le ha dicho que el asunto será largo y el desenlace funesto.

El general se siente lastimado por la actitud de la Comisión, y sobre todo por la falta de autoridad de sus miembros. «¿Es admisible que Eduardo Ortega se convierta en juez?».

Volviendo a la falta de un hombre en torno del cual cristalice el descontento, Sanjurjo le ha dicho que ese hombre podría ser el propio Maura. El cual me dice: «Bueno: no quiera usted saber cómo me he puesto».

Lo que en definitiva ha inculcado Sanjurjo a Maura es que no resiste la República una interinidad prolongada por la lentitud con que se discute la Constitución.

Bajo esta impresión, Maura me propone que hagamos una tentativa, en el próximo Consejo, para que el Gobierno intervenga acelerando el debate. «Si usted y yo vamos de acuerdo, lo conseguiremos». Yo también estoy convencido de la necesidad de apresurar la discusión, y muchas veces he dicho ya que las Cortes trabajan poco. Opino que deben celebrarse sesiones

dobles y suprimirse la tontería de los ruegos y preguntas. Para este propósito, le ofrezco a Maura mi cooperación, siendo además evidente que la mayoría del Gobierno, si no todo, es de igual parecer.

Maura quiere, además, que Prieto deje la cartera de Hacienda. Tiene un plan. Que Albornoz sea presidente del Tribunal Supremo, Prieto ministro de Fomento, y Barcia de Hacienda, que sería tranquilizador para los bancos, etcétera. Le hago observar las dificultades que eso tiene, desde lo de convencer a Albornoz para que salga del Gobierno, a la de conseguir de Prieto (empezando por el trance penoso de pedirle la dimisión), que continúe en otro ministerio. Aparte de que los radicales-socialistas no se conformarían con tener un ministro solamente. «¿Y quién le dice a Prieto que dimita?». «Sánchez Román lo haría», responde Maura, con un aplomo desconcertante.

No he salido de casa en el resto del día, absteniéndome de asistir a la asamblea del partido, que se celebra en el teatro de la Princesa. He pensado mi discurso, y estoy fastidiadísimo de tener que pronunciarlo. Se me han pasado intenciones de avisar que estoy malo y pedir que se suspenda el acto de mañana. Siento los antiguos impulsos de inhibirme y de renunciar, con mucha fuerza, y veo claramente cómo he renunciado y me he inhibido muchas veces en la vida, desdeñando ocasiones que otros se hubieran apresurado a prender por un pelo. Mi indolencia habitual se agrava ahora por la fatiga, y el esfuerzo de girar bruscamente la atención a una cosa distinta de las de cada día y de someterme a una prueba difícil, me es penoso.

13 de septiembre

He ido al teatro de la Princesa a las once. Mal organizado el acto, el teatro se llena con dificultad. Asomarme al escenario me da una impresión de frialdad en la concurrencia.

Me dicen que la asamblea duró anoche hasta las tres de la madrugada, que hubo incidentes ruidosos en la discusión de los estatutos, y que el alcalde, Pedro Rico, estuvo muy inhábil y muy «reaccionario». Se planteó una maniobra contra el secretario del partido, por cuya desafortunada gestión hay mucho descontento. No tuvieron tiempo de elegir el nuevo Consejo Nacional. El discurso ha durado hora y cuarto. Yo no creía que llevaba materia para tanto. Han aplaudido mucho. Observo que he perdido facundia, y he ganado en precisión. Estoy bajo el recuerdo de la campaña electoral, en que me abandonaba a la improvisación, y ahora me es molesto encontrar el tono de estas oraciones. Es chusco esto de que yo tenga que pronunciar «grandes

discursos». El de hoy les ha parecido muy bueno; el mejor de cuantos me han oído[15]. Las felicitaciones y los abrazos acababan conmigo. La verdad es que si me hubieran dicho que les parecía mal, también se lo hubiese creído.

Por la tarde hemos vuelto al teatro a concluir la asamblea. Todo ha sido votaciones y más votaciones. Se han salido con la suya, derrotando al secretario. De noche, en el Ateneo, he corregido las cuartillas taquigráficas, que tenían poco que enmendar, y he vuelto a casa muy tarde.

15 de septiembre

Ayer no hice casi nada. Despachar en el ministerio y por la tarde me dediqué a la holganza. Salí con la familia de paseo, y antes de cenar estuve en el Regina, por donde no había aparecido desde hace tres meses.

De noche, paseo con Guzmán y Cipriano.

Los periódicos conceden extraordinaria importancia a mi discurso. *El Sol* lo da íntegro, y el artículo de entrada, que parece de Mourlane Michelena, me proclama caudillo de la izquierda republicana. Bueno va, todos me ponen por las nubes. Y esta tarde, en el Congreso, he recibido muchos abrazos y enhorabuenas. Los radicales-socialistas están muy tiernos conmigo. No así los radicales (salvo Martínez Barrio, que me alaba en los periódicos), porque la posición mía de sostener la duración de las Cortes contradice sus planes de disolución prematura. Esta mañana, al llegar al Consejo, el Presidente me ha dicho, con mucha sonrisa, pero yo creo que con segunda intención: «Ya sé que en su discurso me ha tratado usted piadosamente».

En el Consejo del viernes, Prieto nos dijo que para el de hoy traería el proyecto de reforma de la ley de Ordenación Bancaria, para cercenar privilegios al Banco. Pero no lo ha traído ni ha hablado del asunto. Se ha hablado, de pasada, de la interpelación que para esta tarde le tiene anunciada Alba, y Prieto ha dicho que estaba dispuesto a reconocer desde el banco azul que es un ministro fracasado. Trabajo nos ha costado quitárselo de la cabeza.

Respecto de la celeridad de los debates de Constitución, pronto hemos estado de acuerdo. El Presidente, que todo lo puntualiza, ha hecho el cálculo del tiempo que nos queda hasta fin de año para celebrar sesiones y del número de artículos que deben aprobarse cada día para terminar en diciembre. Haría falta aprobar dos artículos diarios. Y llevamos varios días con el artículo primero. Se ha convenido en trabajar cerca de los grupos parlamentarios, para que a cada parte de la Constitución se le señale una fecha, dentro de la cual

deba quedar aprobada, y que si no lo estuviera, se haga para cada caso una sesión permanente. Ha disentido Albornoz, diciendo que la Constitución no puede discutirse a la ligera, que su partido no se prestará a una precipitación en los debates, etcétera.

Durante el Consejo, no recuerdo ahora con qué ocasión, Martínez Barrio se ha lamentado de que el diputado Pérez Madrigal, secretario de Albornoz, haya dicho, en un mitin celebrado el domingo en Guadalajara, que es preciso «electrocutar» a Lerroux. Ha habido algunas contestaciones sobre esto, por más que Albornoz no ha salido de su impasibilidad. Recuerda, sin embargo, replicando a Martínez Barrio, que un diputado de su grupo, Sigfrido Blasco, ha maltratado a Prieto. Martínez Barrio opone que Sigfrido Blasco no es radical, sino del Partido Autónomo Valenciano, y que le han dicho que esas cosas no pueden hacerse estando en el grupo de Alianza.

Después, por indicación mía, Maura expone cuanto sabe acerca de lo que podemos llamar «las conspiraciones», y de que ya me habló en nuestra entrevista del otro día. Dinero aportado por los monárquicos. Un señor de Sevilla ha dado un millón. Comité en París, en el que figura el duque de Alba. «El idiota de mi hermano —dice Maura— también ha dado dinero». Compras de armas, que tienen depositadas en Francia, en espera de una ocasión para pasarlas. Idas y venidas de emisarios a conferenciar con el general Orgaz, que reside en Deva. El general Orgaz ha pasado revista a un batallón de mendigoroles. El dinero lo maneja una señora, cuyo nombre tenemos. El teniente coronel Ortiz de Zárate trabaja mucho en ello. Era muy de Palacio, donde lo casaron. Ascendió por elección, o por méritos de guerra (no recuerdo bien), ha perdido o va a perder el empleo. Mandaba el batallón de cazadores que había en Alcalá, y que trasladé a Castellón para transformarlo en batallón de ametralladoras. Por entonces, hace lo menos tres meses, Ortiz de Zárate se me sentó en el ministerio, un día de audiencia, y si no recuerdo mal, me pidió un destino con mando, porque si descendía de empleo le era penoso servir a las órdenes de otro. Le coloqué en un centro de movilización, o cosa así, y desde entonces no he vuelto a verlo. Si se me pone por delante, no le reconocería. Pues bien: este sujeto anda diciendo por ahí que un día vino a verme al ministerio, que se cansó de hacer antesala, que dio un puntapié a la puerta de mi despacho, y que al adelantarme yo a recibirle tendiéndole la mano, se cuadró y rehusó darme la suya. Después me dijo no sé cuántos disparates. Esta patraña circula entre los monárquicos, y se celebra con entusiasmo. Aseguran que ha recibido Ortiz de Zárate muchos telegramas de felicitación por su actitud.

Examinadas las noticias que hay, y como por varios caminos se ha llegado siempre a Orgaz, creemos que es preciso tomar una determinación. Maura opina que debía aplazarse, para reunir más datos. Largo y el Presidente son de otro parecer. Propongo enviarlos a Canarias, y así lo acuerdan.

En relación con esto y con la aceleración de los debates, se habla de Sanjurjo, y de sus impresiones. Hay noticia de que en algunos puntos, la Guardia Civil permanece pasiva ante ciertos desmanes populares. Esto se ha notado, sobre todo, en los oficiales.

Le hago notar a Maura que, impresionarse tan vivamente por lo que diga Sanjurjo, me parece mal, y que si le pidiera opinión al cardenal Segura sobre la situación de España, la descripción sería más fea todavía. Largo y yo coincidimos en apreciar que hay gentes, o categorías de gentes, irreconciliables con la República, y que hoy por un motivo, mañana por otro, hallarán siempre ocasión para mostrarse descontentos. Largo insiste en la necesidad de adoptar rápidamente medidas de prevención, y no estarse bajo la impresión de noticias desagradables y de actitudes rebeldes, que debilitan al Gobierno. El Presidente es el que más ha insistido en la urgencia de confinar a los tres militares sospechosos.

Albornoz propone que, para tener una fuerza incondicional de la República, se dé armas a los radicales-socialistas, que por lo visto constituyen para Albornoz una especie de la fauna republicana. Cuando se levantaba el Consejo, Albornoz ha dicho que se iba con la impresión de que algún día tendrá que andar a tiros para defender la República.

Por la tarde, ha sido la interpelación de Alba sobre la situación de la Hacienda. Maura, que padece un poco el resabio de acatar con exceso las antiguas categorías políticas, me tenía anunciado un gran triunfo parlamentario de Alba, que «con su gran palabra se llevaría detrás a las Cortes». Y que no tendría nunca el gran fracaso de don Melquíades la otra tarde. Yo le he dicho que Alba parece más hábil que Melquíades, porque para su primer contacto con las Cortes, ha elegido el tema económico, que domina, y en el que puede apartarse de las cuestiones que apasionan a los diputados; pero que si tentara un debate político, saldría descalabrado.

El discurso de Alba, mesurado de tono, estaba lleno de mala intención, primero contra el Presidente, porque achacaba la depresión económica a la falta de un hombre que inspire confianza al país; después contra el Gobierno todo y la República (de la que se ha declarado leal servidor), cargando de negro la pintura de la situación. Me recordaba las lamentaciones de Sanjurjo que Maura me ha transmitido, y en ocasiones parecía un mandatario de los

bancos. No ha dicho nada que no supiéramos, ni ha propuesto remedio que no consista en vagas generalidades. Para que no le falte la nota provinciana, Alba ha repetido varias veces, comparando la crisis del cambio español con la del francés en tiempos de Herriot, que él lo sabía muy bien y estaba bien enterado porque a la sazón «se hallaba en París».

Los diputados le han aplaudido al final, y le han oído con mucha atención. Tiene la palabra fácil y la entonación agradable. Maura me decía por lo bajo: «¿Ve usted? ¿No se lo decía yo a usted?».

El triunfo de Alba, que ha consistido principalmente en hacerse oír con respeto por una Cámara que debiera serle hostil, ha resultado mayor por la réplica de Prieto.

Nunca ha estado peor. Ha dado tres o cuatro gritos para empezar, se ha hecho un lío, ha entendido al revés algunas de las cosas de Alba, y por no verle tan mal, me he marchado del banco azul. Me daba rabia que desperdiciase una ocasión de zarandear a don Santiago.

En el despacho de ministros estaba Maura, que también se ha marchado del banco azul por no oír a Prieto. Vuelve a hablarme de la necesidad de modificar el Gobierno; pero ya ha concebido otro plan, y me lo propone con la urgencia habitual. No es necesario que salga del Gobierno ningún ministro. Prieto pasaría a Fomento, Albornoz a Marina, Casares a Gobernación, y el propio Maura a Hacienda. Entreveo, por algunas palabras de Maura, que Sánchez Román, gran admirador de Prieto, se ha negado a aconsejarle la dimisión. Maura dice que su entrada en Hacienda inspiraría confianza a las clases adineradas y se restablecerían los negocios. Me habla como si ya estuviese en ese puesto, y cuenta las horas que va a pasar estudiando el Presupuesto. Prieto en Fomento podía hacer alguna cosa que le rehabilitase, etcétera.

Le hago notar que Albornoz en Marina sería peligroso, porque chocaría inmediatamente con los marinos, o provocaría la indisciplina, etcétera, por la falta de tacto y de dotes de mando.

Resulta que el Presidente le ha hecho la misma objeción. Lo más probable es que Maura no vuelva a acordarse de su proyecto.

Por la noche, asisto a una reunión del nuevo Consejo Nacional de Acción Republicana, para tomar posesión, y a la del grupo parlamentario del partido. Todos están conformes en aceptar las medidas que el Gobierno propone para acelerar los debates de Constitución. Más difícil ha sido ponerse de acuerdo sobre lo que vamos a hacer con la enmienda al proyecto de Constitución presentada por los amigos de Alcalá-Zamora, que él mismo va a defender y

que es fruto de sus conversaciones con los diputados catalanes. La enmienda ha producido mucho efecto, y malo, en general, entre los grupos. El señor Ortega ha dicho «que no es tolerable». El argumento principal es que introduce en la Constitución el Estatuto y prejuzga la cuestión. No me convence, porque al votar la enmienda, o el texto del proyecto, que es incompatible con el Estatuto, la cuestión también se prejuzga. En mi partido predomina la hostilidad al Estatuto, y a la enmienda. Con gran trabajo se consigue encargar a nuestro representante en la Comisión de Constitución, que vote por la admisión de la enmienda, a reserva de discutir una por una las facultades de la región autónoma.

16 de septiembre

Se han dado las órdenes para que el general Orgaz, el teniente coronel Ortiz de Zárate, y el comandante Sanz Vinajeras vayan a Canarias.

Esta tarde, en un pasillo del Congreso, me aborda Eduardo Ortega y Gasset, secretario de la Comisión de Responsabilidades, y me pregunta qué hay del asunto Sanjurjo. Le digo que el general está dispuesto a declarar, y ruego que se le permita declarar por escrito. Ortega me dice que el diputado Gil Robles, defensor de algunos de los generales presos, ha pedido esta mañana ante la Comisión que sea citado a declarar Sanjurjo, y que la Comisión, que no quiere ni puede aparecer como a remolque de las defensas, le ha contestado que la citación estaba hecha desde el día antes. Hoy se lo comunican al general, citándolo para mañana. En cuanto a que declare por escrito, Ortega no se opone, pero juzga indispensable que el general comparezca ante la Comisión, trayendo la declaración escrita, o redactándola, según lo que diga la Comisión misma, como ha hecho con otros.

Opina Ortega que lo mejor es que el general se limite a decir que él tenía, en Zaragoza, un segundo puesto, y que se limitó a ir con todos sus compañeros, caso en el cual, como la Comisión no va a procesar y a encarcelar a todos los militares, y solo busca las responsabilidades personales bien definidas, Sanjurjo quedaría descartado. Le respondo que eso no podrá ser, porque el general ha dicho que no miente, y relatará los sucesos en esta forma: Que el general Primo de Rivera le había anunciado, desde tiempo atrás, su propósito de sublevarse, y que él contestó que mirase lo que hacía; que la noche de la sublevación, a las dos de la madrugada, recibió un telegrama de Primo de Rivera, comunicándole lo que había hecho, y preguntándole si contaba con la guarnición de Zaragoza; que Sanjurjo,

gobernador militar de Zaragoza, estaba en funciones de capitán general, por enfermedad del titular; que recibido el telegrama, fue a Capitanía general, y se lo comunicó al titular, y con su venia reunió a los jefes de la guarnición, preguntándoles si se ponían enfrente o al lado de la guarnición de Barcelona; que todos los reunidos votaron por sumarse al movimiento de Barcelona, y así se lo comunicaron a Primo de Rivera; que Sanjurjo, como todos los gobernadores militares, fue nombrado gobernador civil de la plaza, etcétera.

Al conocer este resumen, Ortega dice que si Sanjurjo declara así, quedará patente su intervención en el golpe de Estado, y no habrá más remedio que procesarlo y prenderlo como a los demás. Repite que ellos también son políticos, y que por eso quieren conocer mi opinión. «La Comisión —añade— es una espada y corta. La Comisión es fuego y quema. Conviene encausarlo». Le contesto que yo no puedo arbitrar una solución, y que me limito a exponer los peligros del caso. Ortega no cree en el peligro. Se trata de un fantasma. Y ahora puede presentarse la ocasión de quitar a Sanjurjo el mando de la Guardia Civil, que antes puso al servicio de Primo de Rivera como después al de la República. Hablamos todavía mucho rato, yo sin salir de mi reserva, y él encargándome que me ocupe en preparar al general para que declare en forma que no obligue a la Comisión a tomar una providencia contra él.

Voy al despacho de ministros, y encuentro a Maura y Martínez Barrio. Les cuento lo que pasa, y les pregunto si no es llegado el momento de impedir un conflicto serio. Mientras hablamos, se busca al Presidente y a otros ministros. Con don Niceto llegan Largo, Ríos y Casares. Recapitulo todo lo hablado. Aunque no tengo motivos serios para creer que el procesamiento y prisión de Sanjurjo produjeran un movimiento militar, y aún calculando todas las razones que hay para que no se produzca, todavía es necesario reconocer la probabilidad contraria, y me pregunto si es prudente arrostrar ese peligro, que de salir cierto, acabaría con la República. Añado que yo no puedo cargar con la responsabilidad de tener que afrontar, desde el ministerio de la Guerra, un hecho de indisciplina militar posible provocado por actos ajenos al Gobierno. Y que antes de ponerme a tanto, dejaría la cartera. Martínez Barrio y Maura suscriben lo dicho por mí. Largo también está conforme en que no puede pasarse por lo que quiere la Comisión. El Presidente es el más acalorado de todos.

Convinimos en que se llame a los miembros de la Comisión y que cada ministro hable con los de su partido, para obtener, primero, que admitan la declaración por escrito y, segundo, que no hagan nada sin conocimiento y anuencia del Gobierno. Como Eduardo Ortega es el más fiero, y los ministros

radicales-socialistas, además de no hallarse presentes, no tienen autoridad sobre Ortega, me encargan a mí que hable con su hermano, el filósofo, para que le llame a capítulo y le haga entrar en razón.

Todo se hace rápidamente. Don José Ortega viene al despacho, llamado por mí, le explico lo que ocurre, y accede a hablar con su hermano, aunque poniendo un poco en duda la eficacia de su gestión. Hablando estoy con Ortega, cuando veo llegar a los diputados socialistas de la Comisión, Cordero y Bugeda, que vienen a oír a Ríos y Largo. Salgo a los pasillos, me encuentro al diputado de Acción Republicana que es miembro de la Comisión, y le hago los mismos encargos, con los que estaba conforme.

Dudoso entre marcharme del Congreso al ministerio, a despachar papeles, o asistir a lo restante de la sesión, concluyo por entrar en el salón y ocupo mi sitio en el banco azul, donde está solo Maura. En cuanto me ve, dice que él se marcha y que me quede yo representando al Gobierno. Poco después me he visto en una situación bastante difícil.

Durante nuestros cabildeos de la tarde, se había aprobado una enmienda de los socialistas, defendida por Araquistáin, diciendo que «España es una República de trabajadores». Nadie había dado importancia a la enmienda, y nadie, creo yo, esperaba que se aprobase, pero se ha aprobado, con gran irritación de los radicales. Estos, y los socialistas, andan muy a la greña: Votada la enmienda, los radicales se han reunido, y muy enfadados han querido algunos que el partido pasase a la oposición. «Que gobiernen ellos», decían, y llegaban hasta pedir que los dos ministros radicales se retirasen del Gobierno. En la reunión que hemos tenido en el despacho de ministros para hablar de lo de Sanjurjo, Martínez Barrio me ha dicho que le ha costado trabajo contenerlos. Movidos por el enojo, los radicales han acordado votar en favor de una enmienda presentada por los federales, pidiendo que en la Constitución se diga que la República es «federal». Votando así, querían molestar a los socialistas, enemigos del federalismo.

Cuando yo llegué al banco azul, que sería sobre las ocho, había pocos diputados en el salón. Estaba defendiendo su enmienda un federal. Yo asistía distraídamente, sin enterarme de lo que hablaban. Los escaños se poblaron rápidamente, al regresar de su junta los radicales en masa. Otros muchos diputados entraron, y pronto estuvo todo lleno e hirviente. El diputado que hablaba mentó el pacto de Alianza Republicana, en el que se decía que nos uníamos para establecer la República *Federal*. (Más exactamente esta palabra se introdujo en unas bases de coalición, firmadas en mayo de 1930, entre la Alianza, el Partido Radical-Socialista, y los federales). Otro diputado, que

perteneció a la Alianza, y que firmó con nosotros las bases de coalición, gritó: «¿Qué dice a eso el ministro de la Guerra?». Otro federal, que habló después, desde los bancos de Alianza Republicana a que pertenece, volvió a nombrarme, y a recordarnos el compromiso firmado. Después, Guerra del Río se levanta y en nombre del Partido Radical proclama que votarán en favor de la enmienda, cumpliendo lo pactado con Alianza Republicana. La tensión llegó en este momento a su punto más alto.

Entonces vi el apuro en que me encontraba y me arrepentía de haberme metido allí, ignorando lo que podía pasar. Eran dos preocupaciones: una de Gobierno, otra personal y de partido. De Gobierno, porque después de lo dicho por los radicales, era posible y aun probable que la enmienda se aprobase. Y teníamos convertida la República en federal, sin comerlo ni beberlo, ausente el jefe del Gobierno y los más de los ministros (en estas llegó Fernando de los Ríos), muy ajenos a que pudiera ocurrir un caso tan importante. Personal y de partido, porque no pudiendo aprobar semejante maniobra, y siendo mi deber votar por el proyecto de Constitución elaborado por la Comisión (compuesta con gente de todos los partidos, incluso del Radical, que nunca propusieron un texto federal), tenía que desautorizar a Guerra del Río, romper allí mismo la Alianza, y aguantar por añadidura el griterío de los federales, que me reclamarían la observancia de las bases de coalición, olvidándose, o aparentando olvidarse de lo convenido después en San Sebastián.

Yo le daba vueltas a todo esto, viendo acercarse con temor el momento de los votos, mientras iban y venían sobre mi cabeza los discursos. Se me arremolinaban delante del banco los diputados de Acción Republicana, preguntándome qué hacían y qué iba a hacer yo. Cada cual tenía un parecer distinto. Pero Giral, que había firmado los convenios de Alianza, me declaró que él no podía votar en contra de los federales, sin ponerse en una situación desairada y ridícula. Yo había pedido la palabra, para explicar mi voto, y la verdad es que, cuando la pedí, no sabía aún qué explicación daría, porque no acertaba a ver claro lo que convenía votar. Y las idas y venidas de todos, la confusión, no me dejaban pensarlo serenamente. En el curso de la discusión había pedido la palabra Santiago Alba. Lo mejor era suspender la sesión, aplazando la votación para mañana, y así se lo indiqué a Fernando de los Ríos; pero él se opuso, como si le propusiera una cosa vitanda y me dijo que se movería un gran escándalo. Cuando el Presidente me concedió la palabra estaba yo tan distraído que no lo oí. Tuvieron que llamarme la atención. Y

entonces tuve la ocurrencia, fecunda en buenos resultados, de decir: «Hablaré después que el señor Alba».

Alba estaba persuadido, desde su interpelación sobre Hacienda, de que se había hecho dueño de las Cortes. Los aplausos que oyó al final de su discurso y la desdichada réplica de Prieto le engañaron. Y hoy ha descubierto un poco más las baterías. Ha censurado que se pretenda resolver una cuestión tan grave casi por sorpresa. Y tomando pie de esto, se lamentaba de que el Gobierno estuviese casi ausente, y de que no hubiese presentado una *ponencia* a las Cortes sobre el proyecto de Constitución, porque el régimen parlamentario es un *diálogo* entre el Ministerio y el Parlamento. Acabó advirtiendo a los republicanos que no asesinasen a la República.

Cuando inmediatamente me levanté a contestarle, ya estaba yo seguro de la situación. No había necesidad de entrar en la contienda con los radicales. Hablé con el salón de bote en bote, y en medio de un silencio sepulcral. No había en la sala los molestísimos ecos que advertí en otras dos veces que he hablado brevísimamente. Y el oírme bien, así como la expectación general, me pusieron en mi terreno. Me encontré tan dueño de mí y del auditorio como en el Ateneo. Hablé muy poco tiempo, con el asentimiento de todos, y desde el primer momento hallé el tono parlamentario, y el aplomo y la tranquilidad que habían faltado durante la sesión.

Alba me interrumpió —descubriendo todavía un poco más sus intenciones — para preguntarme mi interpretación del Pacto de San Sebastián. Yo me puse muy contento, porque estaba seguro de *machucar* a Alba en ese terreno.

Besteiro debió de asustarse de las proporciones que iba a tomar el debate, y me interrumpió para aconsejar calma, e indicar la conveniencia de aplazar la discusión para mañana. (Era lo que yo le había propuesto a Fernando de los Ríos). Concluí yo mi pequeño discurso, ofreciendo explicar lo de San Sebastián con más espacio. Me aplaudieron mucho. La sesión se levantó. Fernando Valera, que había advertido mi preocupación anterior, me dijo: «Habrá usted visto que tiene autoridad en la Cámara». Otros diputados se congratulaban de que, con mis palabras, había logrado restablecer la serenidad y la claridad. Prieto y Nicolau habían llegado mientras yo hablaba, y me felicitaron. Martínez Barrio llegó cuando se levantaba la sesión. Entonces me dijo Sánchez Guerra que acababa de hablar por teléfono con el Presidente, que está en Miraflores, y que le pedía detalles del caso. Yo le contesté que podía estarse en Miraflores hasta mañana, y que todo quedaba bien.

Las espadas permanecen en alto para mañana, en que deberé continuar mi discurso.

Largo Caballero dice *blincar*, por *brincar*. Luis Companys se asea los dientes con la uña del meñique. Lo he visto hoy en el Palace.

El general Burguete viene a despedirse de mí, porque sale para Alemania a una conferencia internacional pacifista, a la que asistirán, me dice, Herriot, Einstein y no sé quién más. Con lo cual, Burguete se cree uno de ellos. Está muy quemado porque al retirarse no le hicimos capitán general. Me cuenta otra vez su resentimiento con Aguilera, etcétera, etcétera. «El Gobierno ha estado duro conmigo», dice. Yo le sigo el humor, mientras nos dirigimos hacia la puerta.

—El Gobierno me ha dado una patada.

—El Gobierno no le ha dado a usted una patada, porque no tiene con qué darlas —le respondo.

Se queda parado, titubea: «Bueno…, bueno…».

Después me anuncia que entablará un recurso contencioso para pedir que le reconozcan el empleo de capitán general, y espera ganarlo «si el Gobierno no interviene en la decisión del Tribunal Supremo».

—El Gobierno no se mezcla en eso —se sonríe, guiña los ojos, picarescamente, como quien está al cabo de la calle, y como yo insisto, pregunta—: ¿Me lo dice el hombre de honor?

—Se lo dice a usted Manuel Azaña —y con esto se fue.

El comandante de Infantería, Fuentes, que estuvo en mi Gabinete militar, intervino personalmente en los destinos del arma de Infantería y cometió, según he sabido después, no pocas arbitrariedades. Cuando advertí su conducta decidí separarlo. Se había creído el árbitro de los destinos en el ejército, y un día que nombré a uno que no le gustaba, se enfadó, y pidió el retiro. Luego anuló su instancia de retiro. Todo esto pasó sin que me enterase hasta después. Lo destiné al ministerio, en un buen puesto, y se enojó mucho, según creo, diciendo que lo había despedido como a una criada. Comencé a darme cuenta de lo que sucedía porque no se presentó a despedirse.

Pues ahora, este sujeto que ha abusado de mi confianza, se ha ido a Valencia y ha hablado con dos jefes, Pérez Salas y Pacheco, concertando con ellos que trabajen a la guarnición de Valencia para que haga una demostración colectiva de desagrado contra el ministro. El motivo de esta intriga es que he vuelto, a la guarnición de Valencia, a un comandante Guillén, que fue separado por enemistad de Fuentes. El general Riquelme me da cuenta de esto. He dispuesto que se anule el permiso de verano que estaba

disfrutando Fuentes, y que se presente en el ministerio para ajustarle las cuentas.

17 de septiembre

El Presidente me llama por teléfono al ministerio para hablarme de lo de ayer en el Congreso. Me anuncia que va a intervenir, y que ya es demasiado lo que hace Alba. Está dispuesto a darle «un zarpazo».

El Presidente está algo quemado desde que Alba, en su discurso hacendístico, echó de menos en el Gobierno un hombre como Poincaré, que inspire *confianza*.

Por la tarde, antes de la sesión, me reúno con el grupo parlamentario de Acción Republicana y cambiamos impresiones sobre la situación creada por los radicales. Opinan todos que yo deberé comenzar la sesión, continuando el discurso que comencé ayer. Yo creo que no será así, por el propósito que tiene de hablar don Niceto. Para el caso de que hable yo, les expongo las líneas generales del discurso que estuve pensando anoche en el banco azul, y que he perfilado después, y se muestran todos conformes.

En el banco azul está ya Alcalá-Zamora cuando yo llego. Me dice, conozco que por cortesía, que debo hablar yo primero.

Rehúso el honor, diciéndole, como creo, que puesto que la intervención de Alba anoche iba contra todo el Gobierno y su Presidente, nadie con más autoridad que el Presidente mismo para replicar, y que hay cuestiones que solamente él puede tratar a fondo.

El Presidente, con muchas cortesías hacia mí, resuelve hablar desde luego.

Ha pronunciado un gran discurso. Ha estado felicísimo, muy hábil, contundente. Se ha tirado a fondo sobre Alba, y el efecto ha sido fulminante, enorme, abrumador. Todos los diputados, en pie, le han aclamado en un pasaje del discurso y, con estruendosos vivas a la República, han mostrado su repulsa a Alba. El espectáculo ha sido tremendo. Muchos diputados lloraban. Algunos se han abrazado. Alba, que se sonreía nerviosamente en su asiento, ha perdido la serenidad, y en una réplica infeliz ha concluido por descubrir la mezquindad de sus móviles y lo que valen sus sentimientos republicanos. El griterío ha sido atroz. Le han insultado. Le ahogaban el discurso con imprecaciones y denuestos. Una escena violentísima. El fracaso de Alba, sin precedentes. Y dicen que tiene mucho talento.

Casi todos los diputados han desfilado por delante del banco azul para abrazar a don Niceto. Corominas le ha gritado: «Visca Espanya». En torno de

Alba había cuatro personas.

La situación se ha despejado. Los diputados estaban muy contentos estimando que lo sucedido era una buena jornada. ¡Lástima que no la haya presenciado Lerroux!

18 de septiembre

Consejo de ministros en la presidencia. Siguen las felicitaciones al Presidente. «Alegría y reconocimiento de los pastores después de la tempestad», como en la Sexta Sinfonía.

Don Niceto es tan corto de vista que, hoy, ha metido los dedos en el tintero, buscando una pluma para firmar. A veces habla con un ministro que ha abandonado su sitial y salídose del salón. En el discurso de ayer se dirigía a Sánchez Guerra, diciéndole una porción de cosas, y no estaba presente. Todo lo que hace don Niceto para remediar esto es calarse, de vez en cuanto, unas gafas de zapatero.

La prensa de hoy disimula, cuanto puede, el increíble fracaso de don Santiago. Y *El Sol* llega a decir que se ofreció en holocausto. Un cronista de *El Sol* llama *greñuda* a la asamblea.

En el Consejo se ha tratado, entre otras cosas, del problema ferroviario.

—Vamos a ver, Albornoz —dice el Presidente—, qué día podemos reunirnos, usted, Fernando y yo, para estudiar este asunto y buscar la solución.

—Pues, a fines de la semana próxima —responde tranquilamente Albornoz.

—Pero ¡hombre!, ¿y la huelga?

—¿Qué huelga? —replica el ministro. No recordaba (o no se había enterado) la inminente huelga ferroviaria.

La Comisión de Responsabilidades ha accedido a que Sanjurjo declare por escrito. En el Consejo, Maura me ha dicho que anoche estuvo él con Sánchez Román y no sé quién más (creo que Casares) redactando la declaración, y que el trabajo fue difícil, porque midieron todas las palabras y las comas. Concluyeron a las dos de la mañana.

Hoy, cuando estaba yo acabando de comer, se ha presentado en mi casa el coronel Azpiazu (don Ubaldo), que es muy correveidile, y llama Pepe a Sanjurjo. Este Azpiazu zascandileó mucho, el día de la proclamación de la República, entre Sanjurjo y nosotros. Indalecio Prieto dice que Azpiazu era el encargado de repartir las propinas de la Constructora. Azpiazu me ha traído la

declaración ya firmada por Sanjurjo, para que yo dijera si me parecía bien. Y me ha asegurado, muy sereno, que la ha escrito y compuesto el mismo Azpiazu. Yo no me he dado por enterado de nada. Le digo que la declaración está muy buena y se va… Azpiazu acaba de ser elegido nuevamente diputado por Lugo; lo fue ya en las elecciones generales, que se anularon en aquella provincia; y estas segundas elecciones parece que han sido tan nulas como las primeras. Pero se han aprobado; sin duda porque se considera a Lugo incapaz de enmienda. En la sesión de esta tarde, discurso de Unamuno, sobre las lenguas regionales. Divertido a ratos. Recita poemas en gallego, catalán y valenciano, dice versos en vascuence. Su tesis: que estas lenguas desaparecen, y que entre todos estamos haciendo el *español*. Los diputados le han oído con curiosidad y muchos con interés (los catalanes con enojo).

Es notable que, discursos como este puedan hacerse en las Cortes, y eso denota el cambio ocurrido, tanto como el fracaso de Alba.

El discurso de Unamuno es muy antirregionalista.

En los pasillos converso un rato con Sánchez Román, Ortega (don José) y otros señores. Se me figura que Sánchez Román está algo mosqueado conmigo por lo que dije, en mi discurso del domingo, sobre los que temían ver a estas Cortes convertidas en una convención y a la Comisión de Responsabilidades en un comité de salvación pública; peligros que nunca he podido tomar en serio.

Ortega me lleva aparte y hablamos de política. Me pregunta si no habrá manera de tapar el boquete de Hacienda poniendo otro ministro. Todo lo demás marcha bien, pero lo de Hacienda es desastroso. Hago mención de las combinaciones de Maura, y sus dificultades, que Ortega reconoce.

De Maura me dice que él no lo trata, pero cree que tiene condiciones y temperamento de político, aunque «le falta el último piso». Ortega añade que yo, por ahora, no debo salir de Guerra, aunque convendría que más adelante me separe de mi obra, como un cirujano, para ir *acabando mi figura*, con la mira puesta en el porvenir. Llegan otros señores y nos separamos.

21 de septiembre

El sábado no hice más que despachar los asuntos del ministerio, que eran muchos y fastidiosos. Por fin he conseguido que se publique el concurso para la construcción de un nuevo cuartel en Madrid, asunto que vengo impulsando desde junio o mayo, y que la burocracia ha detenido.

Por la tarde, Consejo de Acción Republicana, que, con el cambio de secretario, parece que va a entrar en actividad.

Luego me paseé, y de noche salí con Cipriano a verme con Antonio Cruz, antiguo amigo que regresa de Chile, donde estaba de cónsul.

El domingo no salí de casa hasta la tarde. Fui de paseo al Escorial con la familia. De noche asistí, con Lola, al banquete oficial de clausura del congreso de Estadística. Muchas gentes han venido a saludarme en esta ocasión y a decir su entusiasmo por el ministro de la Guerra. Fabra Ribas me dice que no me doy cuenta del efecto producido por mis reformas en el extranjero. Yo le digo que es posible; pero que muchos españoles, o casi todos, tampoco se dan cuenta de la verdadera situación del asunto, que no es tan definitiva ni tan favorable como ellos piensan.

Al final del banquete, discursos de rúbrica. Los extranjeros de Europa hablan de *l'hospitalité espagnole*; los de América, de la madre patria. Don Niceto echa un discurso que comienza en castellano y luego prosigue en francés. La pronunciación francesa del Presidente es algo de jocundo y sainetesco. Pero él se mantiene impertérrito, satisfecho de su proeza.

Hoy, lunes, despacho copioso en el ministerio. Resuelvo una porción de expedientes de recompensas, pisándole una preferencia al subsecretario que se inmuta. Me entregan un informe del general Ruiz Trillo, explicándome el origen de un *plante* ocurrido en un regimiento de artillería, en Sevilla, y haciendo sombríos pronósticos sobre la disciplina, minada por los anarquistas. Cree que hay que ahogarlo en sangre. Este general, que parecía una mosquita muerta, está tremendo desde que bombardeó la «casa de Cornelio».

También recibo de África una información confidencial, sobre el estado de ánimo de los jefes y oficiales, entre los cuales cunde la opinión favorable a la dictadura. Eso dice el informante. *La Correspondencia Militar* envía, dentro de sus ejemplares, hojas subversivas, incitando a la formación de juntas de defensa.

Viene a mi despacho el general Sanjurjo, a quien no he visto hace tres semanas, lo menos, y me trae una pejiguera de los generales de la Guardia Civil sobre si las divisas han de ser estas o las otras, porque no les gustan las que recientemente se les han asignado. Yo me encojo de hombros, y acabo por decir a Sanjurjo que me tiene sin cuidado el asunto, y que se pongan todos los oropeles que quieran. Estas majaderías me cansan y aburren más que todos los problemas graves. De su asunto, Sanjurjo no habla ni palabra; no le toco yo, y prefiero que no sepa que estoy enterado de sus conversaciones con Maura.

Por la tarde he salido a pie con Cipriano. Hemos ido por la Gran Vía, y la Puerta del Sol. Hemos entrado en casa de Lizárraga, en la Carrera, y en la librería de Meléndez, calle de Cedaceros, a escoger unas litografías que me interesaban.

Después hemos bajado por la calle de Alcalá, y me he quedado en el ministerio, a eso de las seis. Madrid estaba precioso, con sus luces de otoño, aunque un poco caluroso todavía. No sé cuántos meses han pasado desde que no ando a pie por las calles, de día, y sin propósito. Así no me veo de ministro y creo que pronto se me olvidaría.

En el ministerio, cosas fastidiosas. En un regimiento de artillería de Burgos, se apagó de pronto la luz, y cuando se encendió, veinte minutos después, aparecieron por el cuartel muchas proclamas monárquicas. En este regimiento el coronel es nulo; el teniente coronel, Jevenois, era monárquico y lo sigue siendo. El general que allí manda no me ha hablado del asunto. He dispuesto que se abra una información.

Voy al Ateneo, a presidir la junta de gobierno.

En casa, cuando estoy acabando de cenar, me anuncian la visita de Queipo de Llano. Me maravilla su venida a tales horas. El general dice que se ha creído en el deber de molestarme por la urgencia del caso y que me ha buscado en vano en el ministerio. Se trata de lo siguiente: ha sabido, por unos individuos de no sé qué partido revolucionario, que *pasado mañana* se producirá un movimiento militar, al que llaman la *sanjurjada*, que tiene por fin implantar: ¡una república conservadora! El general Sanjurjo es el director del movimiento, y Maura anda en el ajo. El fundamento es que Maura y Sanjurjo han comido juntos varias veces estos días. ¡Y no tengo derecho a decir a Queipo que esto es una majadería! Dice que su celo por la República le impulsa a prevenirme y a ponerse a mi disposición y que, como el general Villegas (ya apareció aquello) se ha indispuesto con toda la guarnición de Madrid, él está dispuesto a tomar el mando de un batallón que sea, y a servir al Gobierno. Se lo agradezco mucho, le doy una palmadita en el brazo y le aseguro que conozco el motivo de las conversaciones de Maura y Sanjurjo. Después hablamos de otras cosas y me cuenta que está haciendo la visita de inspección que por su cargo le corresponde, y que ¡echa muchos discursos! a los regimientos. Es para aburrirse de tanta estolidez. Yo le mando a que se entere del estado de los cuerpos, del funcionamiento de los servicios, del acuartelamiento e instrucción, etcétera, y él lo arregla todo con discursos. Luego creerá Fabra Ribas que ya está arreglado el ejército.

De pie, el general me pregunta si me parece bien que se presente por Valladolid. Al pronto, creo que me habla de su inspección y le digo que Valladolid no está bajo su jurisdicción. Pero resulta que se refiere a su presentación como diputado a Cortes, de lo cual ya me habló el otro día. Dice que todos le apoyarán, si Lerroux y yo le apoyamos (precisamente esta tarde, en el Ateneo, Vergara, diputado por Valladolid, me ha contado cómo está allí la situación, dividido el Partido Radical, parte del cual se pasa a Acción Republicana, y resuelta, la coalición republicano-socialista, a votar por un candidato del país, que no sea lerrouxista). Yo le digo a Queipo que, quizá, se hace ilusiones, pero que si sus amigos le proclaman y la organización local lo acepta, lo veré con gusto. Y se va, no sé si contento o disgustado. Después he pensado que el verdadero objeto de la visita de Queipo pudiera ser el de su ilusión parlamentaria, y que lo de la sanjurjada no era más que un pretexto, y quizás un mérito para atraerse mi protección. Por inocente que me parezca la cosa, no es inverosímil; Queipo es un simple y su frente muy angosta.

Cuando estoy escribiendo estas notas, Maura me llama por teléfono. Dice que, si yo no tengo inconveniente, va a cerrar esta noche *La Correspondencia Militar*, porque ha recibido, de África, unos ejemplares del periódico que llevaban dentro las hojas sediciosas. Le digo que haga lo que le plazca, pero que si van a suspender el periódico, lo mejor es que hagan un registro, a ver si encuentran ejemplares de las hojas, lo cual nos daría motivo sobrado para reventarlos.

22 de septiembre

Consejo en la presidencia. No hallándose presente Albornoz, don Niceto y Fernando de los Ríos han dicho algo de su reunión de ayer con el ministro de Fomento para examinar la cuestión ferroviaria. Fernando parecía «desolado». Nos comunican la impresión de que Albornoz no estaba enterado de nada. Cuando el director de Ferrocarriles, Velao, diputado de mi partido, iba leyendo ante los tres ministros reunidos lo hecho por el consejo ferroviario, se convencían de que Albornoz ignoraba el asunto, y que le eran desconocidos los acuerdos mismos del consejo ferroviario. Fernando de los Ríos se lamenta de que, en estos últimos tiempos, se hayan hecho cosas más favorables a las compañías de ferrocarriles que las de hace ocho o diez años.

Nicolau lee un proyecto de decreto, reglamentando la ley de laboreo forzoso de las tierras, que hoy aprobaron las Cortes. El Presidente había salido del salón del Consejo para telegrafiar a Lerroux, que sigue en Ginebra.

Nicolau no le daba importancia al decreto, y casi nadie se había fijado en él. Pero a preguntas de Maura ha venido a resultar que en el proyecto de Nicolau se disponía lo siguiente: cuando un propietario no pueda labrar su tierra, y el arrendatario la abandone, se entregará la finca a la comunidad de cultivadores, con los aperos que tuviese el arrendatario, y la comunidad labrará la finca sin pagar nada ni al arrendatario ni al propietario. Al ponerse esto en claro, Maura ha pegado un bote. Cuenta el caso del conde de Floridablanca, dueño de cinco fincas en Toledo, de las cuales labra dos por su cuenta, y las otras tres las tenía arrendadas. Los arrendatarios las han abandonado y aunque el conde les ha ofrecido rebajarles la renta de cuarenta mil a diez mil pesetas, no las quieren; ni encuentra quién quiera labrarlas. El conde no tiene dinero para tomar sobre sí la labranza de las cinco fincas, ni le dan crédito para ello.

Argumentando sobre este caso, Maura preguntaba si era justo dar esas fincas a la comunidad y que el propietario no cobre nada. Ampliándolo a términos generales, ese criterio sería la implantación del comunismo por decreto. Ha movido gran estrépito sobre esto. Fernando ha leído el decreto y ha dicho: «Pues yo no encuentro nada…». Por fin, Nicolau ha accedido a entregar una copia de su proyecto a Maura para que lo estudie. Como Nicolau es un hombre tan frío, apenas ha discutido con Maura, que se lo ha hablado todo él solo. Y yo no sé bien si la actitud de Nicolau era simplemente frialdad o que él mismo no sabía o no se había dado cuenta de lo que encerraba el decreto.

Antes de este incidente, Maura me había hablado en voz baja, de silla a silla, declarándose muy preocupado por la situación de la economía española, cada día peor. «¿Cree usted que España puede estar dirigida por un loco?», me pregunta refiriéndose a Prieto.

Poco después se ha producido un incidente violento entre Maura y Largo Caballero, que ha podido tener consecuencias muy graves, y no es seguro aún que no las produzca. Maura hablaba de los conflictos de orden público que continuamente se producen al aplicar las leyes sociales, y de la intervención de los gobernadores en la formación de los contratos de trabajo. Largo Caballero ha interrumpido a Maura, para quejarse de que los gobernadores se propasen a redactar contratos de trabajo y los impongan en sus provincias, haciendo caso omiso de la legislación social. Maura replica que no hay en muchas provincias delegados del Trabajo, que la legislación social no se cumple en Andalucía, y que los gobernadores no van a limitarse a esperar, cruzados de brazos, a que estallen los motines para reprimirlos después a tiros. Largo asegura que si en alguna parte no hay delegados de Trabajo es

porque aún no le han concedido el crédito de ciento cincuenta mil pesetas que hace tiempo tiene pedido para pagarlos.

Sobre quién se excedía en sus atribuciones, se ha movido un altercado, muy bravo por parte de Maura, y harto firme de expresión por parte de Largo. Se ve que a Largo le enoja mucho la intervención de la autoridad gubernativa en estos asuntos, sospecho yo que por no producirse esa intervención en el sentido que a Largo le parecería mejor. Y Largo, que rara vez se altera, se congestionaba en esta disputa, y a Maura, a quien generalmente llama Miguel, le decía hoy una vez y otra «el señor ministro de la Gobernación». Maura ha insistido mucho en que si bien los gobernadores no están para eso, ni les gusta, tampoco pueden dedicarse a sestear mientras ocurren ante su vista cosas serias, y que su papel de ministro no va a ser el de acudir con la fuerza pública a sofocar desmanes. Estaba en vena de discutir, y la cuestión ha durado mucho, picados ya los dos ministros.

El Presidente ha intervenido para zanjar la disputa, estimulando el pronto nombramiento de los delegados del Trabajo. Cuando nos levantábamos del Consejo, al pasar junto a Largo, no sé qué palabra le he dicho alusiva a la discusión anterior y me ha contestado: «Si no fuera por mil razones, ya habría yo liquidado esto, para no estar a las consecuencias de sus genialidades». El altercado ha tenido otras consecuencias esta tarde.

Lo más del Consejo se ha empleado en calcular las consecuencias que va a tener en España la crisis de la moneda inglesa. Estiman todos que será desastrosa, porque pone en peligro la exportación de frutas. Y si esto sucede, como por ahí viene casi todo el oro que adquiere España, nos encontraríamos en una situación muy comprometida, además de la consecuencia inmediata de la paralización en Levante. Sobre esto ha hecho Maura los más sombríos pronósticos. Se ha convenido en reunir una conferencia económica, con representantes de los productores más lastimados por la baja de la libra. Una de las complicaciones que se temen es la competencia del carbón inglés, ahora precisamente que se acaba de rebajar en las minas españolas la jornada de trabajo.

Prieto ha dicho que la conferencia no servirá para nada, ni la junta o comisión de técnicos que se propone para asesorar al ministro de Hacienda. Y Maura le ha increpado, porque no tiene fe en nada ni en nadie, porque todo le parece inútil y todos son ladrones, en su sentir.

Pasadas todas estas cosas se ha tratado del viaje a Andalucía, de Maura y Nicolau, para ver de cerca la situación del trabajo en aquella región. Se ha dudado mucho sobre la manera de hacer el viaje, sobre si llevarán o no dinero

para las cosas más urgentes, etcétera, etcétera. Al acabar el Consejo, para continuarlo esta tarde, quedaban acordes en salir para Andalucía pasado mañana.

En el Congreso, mientras discutían no sé qué artículo de la Constitución, he salido al pasillo porque me llamaba Valle-Inclán. Le acompañaba Fernando Salvador, hermano de Amós. Venían a decirme que Fernando Salvador, arquitecto del ministerio de la Gobernación, había recibido del subsecretario la orden de hacer desaparecer de la fachada del ministerio el escudo grande de los Borbones. Parece que la orden procede de una comunicación del alcalde, dirigida a todos los ministerios, pidiendo que desaparezcan los emblemas reales. Fernando Salvador ha tenido la ocurrencia de acudir en consulta a Valle-Inclán, investido del resonante título de Conservador del Patrimonio Artístico Nacional. Y Valle y Fernando han venido a mí, para que intervenga. Hablamos en el antedespacho de ministros y yo les propongo que llamemos a Maura, para que resuelva. Mientras viene, les digo que soy opuesto a que se cometan actos de vandalismo, y que los escudos reales deben respetarse cuando tengan un valor artístico, histórico o monumental; no es cosa de estragar La Puerta de Bisagra de Toledo arrancando el escudo de Carlos V, por ejemplo, ni de picar la fachada del monasterio del Escorial, etcétera. Valle echa a volar la fantasía y puesto a «conservar» opina, entre otras cosas, que el Palacio de Riofrío debiera restaurarse como palacio de caza, y mantener en el monte jaurías de alanos, podencos y sabuesos, etcétera, etcétera. Maura llega y le dice a Fernando que de ninguna manera quite el escudo del ministerio. Maura se mete en el despacho de ministros, Valle y Fernando se van, y yo entro en el despacho, detrás de Maura, a quien estoy oyendo hablar con alguien. Anoto esto, porque merced a este incidente se ha producido una reunión impensada y una conversación sumamente seria.

Maura estaba en el despacho hablando con Casares. Se paseaba agitadamente, rojo, hablando alto y con los terminantes ademanes que le son propios. Cuando pregunto qué pasa, responde: «Que yo no soy ministro de la Gobernación; no continúo en el Gobierno. Dentro de dos horas el Presidente tendrá en su poder una carta oficial comunicándoselo, y esta noche me voy a dormir a mi casa como un particular».

Es indescriptible la firmeza, la resolución, la energía que Maura ponía en sus palabras; como para creer que antes perdería la vida que volverse atrás. A poco, han llegado otros ministros: Fernando, Largo, Prieto, Casares, Domingo y el Presidente. La conversación se ha repetido muchas veces, a medida que

llegaban los ministros. Cuando ya estaba el Presidente, se ha mandado recado al banco azul para que viniera Martínez Barrio, dejando allí solo a Albornoz. Nicolau ha llegado cuando la cuestión estaba ya, si no resuelta, definitivamente planteada y discutida mil veces. Resumo la posición de Maura, y la reacción de los demás. La discusión ha durado dos horas.

Maura dice: la situación es cada día más grave; tenemos enfrente a la Banca, al comercio, a la industria, a los propietarios, a no pocos militares; el Gobierno dicta muchas disposiciones que alarman; la desconfianza cunde; hay un ambiente muy hostil; bastará que un día cualquier osado se lance contra la República, para que todos esos elementos le secunden; se hace una política desatinada en Hacienda, Economía y Fomento; este último ministerio no funciona; hay que rectificar la orientación que se sigue en los otros dos; el ministro de Hacienda no tiene confianza en nada ni en nadie, sus palabras mismas siembran el desaliento y la intranquilidad; la política social del Gobierno es equivocada; no podemos durar ni dos meses; y como él prevé la catástrofe, no quiere aguardarla impasible en el ministerio, donde nada tiene que hacer; su discusión de por la mañana con Largo ha sido la gota que ha colmado el vaso; los errores del Gobierno, o su desorientación, provocan conflictos que vienen a caer sobre el ministro de la Gobernación, obligado a reprimir sangrientamente los desórdenes; que a él no le importa cargar con esta responsabilidad, siempre que sea útil y justo, pero que no puede resignarse a pasar por sanguinario, simplemente por mala política ajena; en esta situación nada tiene que hacer en el ministerio, y se va irrevocablemente; no causa daño, porque no tiene detrás a nadie; no dirá una palabra de los motivos de su salida, y está dispuesto a marcharse de España unos cuantos meses, para no estorbar.

(Todo ello con una verbosidad, un calor, un derroche de energía que aturden. Galopaba a rienda suelta. Nunca se ha parecido más a un caballo brioso desbocado).

Yo le opongo la imposibilidad de que nadie se vaya del Gobierno. Le recuerdo que esta decisión sirvió para detener al Presidente cuando quiso dimitir, y él mismo la esgrimió entonces; no sería admisible que él pretendiera evadirse de una norma aceptada por todos. Casares me secunda, así como Fernando de los Ríos y el Presidente.

Obstinación de Maura. El Presidente, muy sereno, dice que el ministro sobre quien tiene menos influencia es Maura. Le rebate la afirmación de que marchándose no causaría daño. «Todos, en política, como en la vida, tenemos

mayor capacidad para causar daño que para hacer el bien», dice don Niceto. Si Maura se fuese, él quedaría como un prisionero.

En el curso de la discusión, Maura dice que considera indispensable hacer una rectificación en Hacienda, suprimiendo todas las restricciones a la circulación del capital, con lo que renacería la confianza, y saldrían los mil millones que están retraídos; que Fomento debe preparar, en brevísimo plazo, un plan de Obras Públicas que abarque a toda España, para entrar en el invierno dando trabajo; y que este plan debe costearse con impuestos nuevos, sobre los ricos, para obtener trescientos o cuatrocientos millones.

El Presidente se apodera de estas indicaciones de Maura, y, como para encauzar la discusión fuera de la crisis anunciada, las pone a discusión y votación.

Como yo estoy el primero junto a Maura, me pregunta qué opino. Pero yo antes, sospechando, por conversaciones anteriores, a qué resultado quiere llegar, le pregunto a mi vez, qué idea tiene del Gobierno llamado a hacer esas cosas. Maura, que tan urgentemente quería modificar el Gobierno hace pocos días, ha abandonado el propósito, o le falta decisión para enunciarlo, y me contesta evasivamente que él no tiene que decidir eso.

Entonces respondo yo al Presidente, que estoy conforme con lo del plan de obras, y con los impuestos nuevos, que son absolutamente necesarios; pero que las medidas sobre exportación de capitales no pueden derogarse sin más estudio que este debate acalorado. Y que todo lo que digo y propongo es sobre el supuesto inviolable de que nadie se vaya del Gobierno. Casares opina aproximadamente lo mismo.

Le llega después el turno de opinar a Prieto (así hemos quedado sentados en el despacho), y dice tranquilamente, casi sin abrir los ojos, que él nada tiene que opinar, porque dimite la cartera y esperará dimitido a que vuelva Lerroux; si Lerroux se retrasa, irá a pasar unos días en Baños de Montemayor, que le hace falta.

Esta resolución de Prieto parece sorprender mucho a Maura. Todos le rebaten. Y Prieto replica: «Si me hostigan ustedes mucho, me voy ahora mismo al salón y lo digo desde el banco azul».

Añade Prieto que desde hace tiempo se considera fracasado, y conoce el mal ambiente que tiene; pero que ahora, habiendo ganado ese ambiente a una parte del Gobierno, no continuará ni un momento más.

Los dos ministros socialistas, reconociendo la gravedad de la determinación de Prieto, e insistiendo, sobre todo Fernando, en que no debe mantenerla, anuncian que si Prieto se marcha, ellos también.

Yo le pregunto a Maura qué le ha ocurrido desde esta mañana para tomar una resolución tan grave, porque a las dos de la tarde, cuando se levantaba el Consejo, se convino en que fuera a Andalucía con Nicolau, y él no opuso reparos. Contesta que nada le ha ocurrido, pero que ha meditado dos horas sobre la situación, y que el resultado es dimitir irrevocablemente.

La discusión entre Maura y Largo Caballero es muy viva, y toda ella ventajosa para Largo, que no ha perdido ni un momento la tranquilidad y casi nunca la sonrisa; una sonrisa burlona e inteligente que cuadra muy bien con la frialdad de sus ojos azules. Largo ha atacado a Maura, convenciéndole de que el motivo de su dimisión era el altercado de esta mañana; y cuando andaban en réplicas, Largo le pregunta: «¿Y la combinación?». «¿Qué combinación?», contesta Maura.

—La que tenía usted preparada para reformar el Gobierno. Hace ocho o diez días que la conozco, y anoche aludía a ella un artículo de *Crisol*.

Resulta que Maura, con su inconsiderada locuacidad, ha debido de contar en secreto sus planes a varias personas. Maura sale diciendo que eso era opinión personal suya, que no es más, en el fondo, que lo ya dicho por él en esta reunión, y que la solución que buscaba por aquel camino ya no sirve, y por eso ha decidido marcharse él. Durante mucho tiempo se ha sostenido en su opinión y, al parecer, nada podía reducirle. Maura tiene un fanatismo elocuente por la firmeza de carácter, siendo como es, muy versátil.

El Presidente ha estado pacientísimo. No se ha alterado ni un momento, y aunque es muy propenso a picarse y enojarse por niñerías, en este conflicto se ha portado con mucho tino y prudencia. Ha apurado todos los argumentos, y ha hablado incluso de la consideración y respeto que cree merecer. Y como yo había dicho que si se marchaba algún ministro nos marcharíamos todos, don Niceto lo corrobora. Viene a decir que él no está para quedarse echando remiendos al Gobierno. Más me he impacientado yo, recordándoles que desde el 14 de abril estoy convencido de que no puede haber más Gobierno que este, y que como no puede haber otro, no lo habrá, por mucha tonterías que se hagan; que la caída de este Gobierno sería el fin de la República, porque no se podría votar la Constitución y habría que clausurar las Cortes o disolverlas: tan imposible es que nos sustituyan. Y siendo esto así, y tratándose de cosas serias, no era admisible conducirse como chiquillos.

Maura ha cedido por fin, no recuerdo ya por qué gradaciones; pero el daño estaba hecho, o sea la dimisión de Prieto, con todas sus enormes consecuencias. Prieto se marchó del Consejo dimitido y de tal modo que se negó a dar cuenta de los asuntos que llevaba en la cartera. El Presidente quiso,

más de una vez, tratar la cuestión en tono de broma, dándola por concluida; pero Prieto le atajaba siempre diciendo que no estaba de humor para bromas.

Ido Prieto, y con el temor de que dijese a los periodistas y a los diputados su dimisión, salieron tras él, para hablarle en el banco azul, Fernando y Largo. Prieto, al llegar al banco del Gobierno, le dijo a Albornoz que se fuese al despacho donde estábamos, y que Maura había pedido que salieran del Gobierno los tres ministros susodichos.

Albornoz vino al despacho, y se habló del nuevo plan de Obras Públicas que tenía que improvisar. Explicó a su manera que no es posible preparar un plan de obras, si, con arreglo a sus convicciones, han de estudiarse estas cosas en relación con las condiciones sociales y económicas de cada comarca, etcétera. Quedó en impulsar unos proyectos de caminos y riegos. Naturalmente, se habló de lo que hizo la Tercera República francesa, etcétera. El Consejo acabó leyéndonos Albornoz un documento sobre la concesión de la autovía Madrid-Irún, que nos pareció bien.

Nos dispersamos. En la sesión de Cortes de esta noche, he hablado con Maura y Casares en el banco azul. Afectuosamente le he reprochado a Maura su ligereza. «Ha estado usted a punto de derribar la República —le digo—. Y si el conflicto no se arregla, de usted será la responsabilidad». «¡No! ¿Cree usted?», me responde con cara de susto. «Pues claro está. ¿Con qué se sustituye a este Gobierno?». Casares se suma a mi parecer. Maura se ensombrece un poco. «Hombre, yo no creía… la verdad, estoy fastidiado si eso es así…».

Me cuentan los trabajos que se hacen para reducir a Prieto. Han tenido una nueva reunión casi todos los ministros, y Casares me dice que se han dado a Prieto todas las satisfacciones y se le han hecho todos los desagravios posibles. Pero aunque ya vacila, no acaba de ceder. En esa reunión, Fernando de los Ríos, humorísticamente, ha llegado a hincarse de rodillas ante Prieto, suplicándole que retirase la dimisión. «Levántese usted, que se desplancha», le ha contestado Prieto.

Así han quedado las cosas, yo confío en que al fin no ocurra nada. Tan desatinado es el propósito de Prieto.

26 de septiembre

Estos días han sido de gran trabajo, de mucha tensión política y de apasionados debates en las Cortes, concluidos por hoy con una sesión empezada ayer viernes a las cuatro de la tarde y levantada esta mañana a las ocho, sin más descanso que una hora y media para cenar. He perdido un poco la noción de la marcha del tiempo, y no podría relatarlo con orden. Estoy además cansadísimo. Pondré aquí algunas indicaciones de las cosas más notables.

La dimisión de Prieto se desvaneció. Creo que a la sesión del miércoles por la tarde asistió ya como si tal cosa, aunque todavía algunos ministros y el propio Maura me dijeron que no era seguro que volviese de su acuerdo. Aquí se ha visto un efecto a punto de ser desastroso de la impresionabilidad de Maura. Habla con muchas gentes de la otra cuerda, o con personas que, más o menos intencionadamente, le empujan a decisiones extremas. Felipe Sánchez Román tiene sobre él gran influjo. Si se tratase con el cardenal Segura o con los jesuitas, viviríamos bajo la acción indirecta de estos señores. Más de una vez he sentido pesar sobre el Gobierno (en ocasiones por conducto de Maura, en ocasiones mediante Fernando de los Ríos) la opinión de personas extrañas que no tienen, ni han querido aceptar, la responsabilidad del poder.

En una de las sesiones nocturnas de estos días, se resolvió conceder el suplicatorio para procesar a Calvo Sotelo. La sesión fue secreta. Se habló demasiado de este impenetrable personaje, criatura de don Antonio Maura en sus comienzos, niño prodigio hace doce o catorce años, que militaba en el Ateneo al frente de los germanófilos, y siempre hombre rapaz e insolente, del que se asegura que se ha enriquecido en el ministerio de Hacienda. Todos estaban por conceder el suplicatorio para procesarlo. El diputado Gil Robles se levantó a proponer que se concediese; pero que se otorgara a Calvo Sotelo la seguridad de que no sería reducido a prisión, ofreciendo él palabra de honor de conservarse a disposición de la autoridad y de la policía. En suma, Gil Robles proponía que las Cortes pactasen con Calvo Sotelo; lo rechazaron, y como es de presumir no vendrá a Madrid el hacendista de Primo.

En la misma sesión el excapitán Jiménez propuso que se enviara a Barcelona una comisión de parlamentarios para investigar si se había aplicado la «ley de fugas» en el curso de la última huelga. El flaco resultado que dio la comisión enviada a Sevilla para fines análogos me parece que les habrá quitado a los diputados las ganas de repetir. La propuesta de Jiménez fue

desechada. Pero en el curso de la discusión salieron a relucir algunas proezas de ese sujeto, de quien yo tenía antecedentes por el capitán Arturo Menéndez, actual jefe de Policía en Barcelona. Jiménez cobró cincuenta duros a una golfa por sacarla de la cárcel donde estaba detenida. En la sesión de las Cortes se lo han dicho, y Jiménez, por toda exculpación, ha declarado que se trataba de un trabajo profesional (es abogado) por el que puso minuta. Ni el colegio de abogados de Barcelona ni las Cortes mismas han tomado ninguna determinación contra ese granuja. Era, o es, muy amigo de López Ochoa.

Prieto ha tenido una tarde poco feliz en las Cortes. Le ha interpelado Sigfrido Blasco, que cometió la imprudencia de pedir para su suegro la delegación de Petróleos en Valencia (más de veinte mil duros de emolumentos al año) y Prieto se la negó. Sigfrido Blasco, enojado, emprendió contra Prieto una campaña en un periódico valenciano, y en alguno de Madrid, insultándole. El discurso (llamémoslo así) de Sigfrido en las Cortes ha sido risible a fuerzas de barbarie. Los diputados se reían a carcajadas. Blasco soltaba cosas como esta: «En una asamblea de fuerzas vivas de Valencia dije yo, para no engañar un vez más al país…». Este Sigfrido tiene ocho patas. Prieto no ha sabido contestarle. Con gracia y finura, le habría hecho trizas. Se ha obstinado, con gusto perverso, en echar en cara a Blasco que le haya acusado de *robar* en el ministerio. Y estaba tan mal de palabra que, por un lapsus deplorable (aunque inmediatamente lo rectificó), dijo algo que parecía molesto para el ministro de Comunicaciones. Por fortuna Martínez Barrio no estaba en el banco azul. Al siguiente día, y cuando andábamos aún comentando la dimisión de Prieto y su enojo, Martínez Barrio nos dijo, a algunos ministros, que todos teníamos que devorar amarguras como le sucedía a él con lo dicho por Prieto al contestar a Sigfrido Blasco.

El jueves le tocó el turno de enojarse y disgustarse al Presidente. Las cosas pasaron de este modo:

Salí yo del salón de sesiones y me fui al despacho de ministros. Allí estaba don Niceto, y el subsecretario de la presidencia le ponía, a la firma, unos decretos. Paseándome yo por el despacho, le oí decir a Sánchez Guerra: «Decreto nombrando al gobernador civil de Jaén…».

«¡Hombre! —pregunté por curiosidad, puesto que en Jaén hay elecciones y se presenta un candidato de Acción Republicana—, ¿quién va de gobernador a Jaén?». «Un señor llamado Vázquez Humasqué». «¡Ah!, es de mi partido». El Presidente firmó el decreto sin proferir palabra, y en seguida se lamentó de la desconsideración de Maura, que le enviaba el decreto sin consultárselo antes, ni haberle hecho indicación alguna respecto del

propuesto, siendo así que en Jaén es donde tiene don Niceto sus intereses políticos y sus relaciones personales y familiares más íntimas. El Presidente hizo de todo ello gran argumento, y amontonó las quejas, y se dolió mucho de que nadie le hace caso, y trajo a colación otros casos semejantes, etcétera, etcétera. Parecía muy triste, muy lastimado en su autoridad de Presidente y en su vanidad. Yo le dije, como es cierto, que no había hablado con Maura de semejante asunto, ni le había pedido nada para el señor Vázquez ni para Jaén, que me traían igualmente sin cuidado. Vi al Presidente como no le había visto nunca, salvo el día famoso en que dimitió porque Maura expulsó de España al obispo de Vitoria.

Poco más tarde, el Presidente y yo estábamos en el banco azul. Se discutía la enmienda a la Constitución que el mismo Presidente había elaborado de concierto con los catalanes y defendido con bastante tino. Los catalanes habían venido a Madrid con la pretensión de que su proyecto de Estatuto es intangible y que había de aprobarse sin quitarle punto ni coma. El proyecto de Constitución, por su parte, cerraba el camino al Estatuto. Don Niceto, en largas conversaciones con los diputados catalanes, había conseguido que cediesen de sus pretensiones en muchos e importantes puntos, que él, con su prodigiosa memoria, enunció al pronunciar su discurso, y elaboraron un texto constitucional que hacía posible discutir después el Estatuto, al paso que ya consignaba en la Constitución (articulando las facultades del Estado y de la región autónoma) todas las atribuciones mermadas a las aspiraciones catalanas. Pero las Cortes eran hostiles a la enmienda de don Niceto. Los socialistas querían votar en contra, y hecho un escrutinio dentro de su grupo parlamentario, resultaron solo cuatro votos de mayoría a favor de la enmienda. Los del grupo Ortega también eran contrarios. En mi partido solo a regañadientes lo aceptaban, y eso solo en principio, para discutir después número por número. Los radicales iban a votar en pro, porque Lerroux se lo ordenaba desde Ginebra. Creo que los radicales-socialistas también estaban en contra. Y todos los diputados de la antigua política, como Alba, Royo, Melquíades, etcétera, etcétera, y sus amigos. La situación era difícil. Cuando volvimos al salón de sesiones don Niceto y yo, aquello estaba como el día de la enmienda de los federales: hirviendo. Yo tenía el pensamiento de hablar esa tarde, en cuanto viese un momento oportuno para intervenir. Emiliano Iglesias pronunció un discurso anticatalanista, con el designio de envenenar la cuestión, barajando una vez más el Pacto de San Sebastián, la conducta de Macià, la República catalana, etcétera. Las tribunas aplaudieron a Iglesias, pero no los diputados. Es hombre desacreditadísimo.

En estas, Jiménez Asúa, presidente de la Comisión, se acercó al banco azul, y le dijo a don Niceto que había el propósito, de acuerdo ya con los catalanes, y aceptado por Besteiro, de suspender la sesión para que, la Comisión reunida con los presidentes de los grupos y con don Niceto, estudiasen un nuevo texto que pudiera satisfacer a todos. El Presidente dijo que le parecía bien; pero que con él no contasen, porque nada tenía que hacer en esa reunión y no subiría a ella.

—Que suba el gobernador de Jaén —añadió muy enfadado, respirando por la herida del nombramiento.

Entonces entablamos un diálogo muy vivo el Presidente, Ríos, Asúa y yo. Todos los diputados nos miraban, dándose cuenta de que ocurría algo raro. Maura me preguntaba: «¿Qué pasa? ¿Qué dice?». Yo le sujeté para que no hablase con don Niceto, temiendo alguna tontería.

El Presidente estaba muy enfadado, y aseguró que él no podía concurrir a una reunión con el señor Bugeda, diputado socialista, miembro de la Comisión, que había combatido la enmienda de don Niceto atribuyéndole un artículo que no era de la enmienda, sino del propio texto elaborado por la Comisión. Esto que era una ligereza o una distracción de Bugeda, lo atribuía don Niceto a una perfidia. Enterado Bugeda del enojo del Presidente, acudió solícito a darle muchas excusas, con grandísimo respeto. Yo intervine, apoyando a Bugeda, y con alguna brusquedad procuré demostrar a don Niceto que todo ello era una niñería. Bugeda es un joven socialista, de voz ronca, que echa discursos a la velocidad de ciento ochenta palabras por minuto, y al que es imposible seguir en sus razones, no por la velocidad, sino por lo incorrecto del lenguaje, la absurdidad de la intención, y lo inaudito de las imágenes. Por lo demás, hombre simpático y de buena fe, como lo ha probado en esta ocasión.

La escena duró un rato largo, y hablamos tan fuerte, que nos llamaron la atención. El Presidente al fin se convenció; habló con Besteiro, y la sesión se suspendió, para el objeto dicho. Algunos diputados, creo que Soriano, decían: «¡Pastel! ¡Pastel!». Les parecía mal que, dividido el Congreso en dos bandos, y siendo indispensable entenderse, los delegados de los grupos buscasen en común un texto nuevo para someterlo después a discusión y aprobación.

La sesión se suspendió a eso de las siete. Fuimos al despacho de ministros, y allí se habló, entre otras cosas, del enojo del Presidente con Maura. Sánchez Guerra contó que el Presidente se proponía no volver a saludar a Maura. Ya se había enterado Maura del incidente, y allí se lo explicaron con más detalles, principalmente Sánchez Guerra. Maura montó en

cólera y derrumbó sobre el pobre Presidente, que estaba recibiendo en otro lugar un nuevo disgusto, un cerro de denuestos: «¡Pues claro está que no se le consultó! —exclamaba—. ¡Qué quiere! ¿Qué envíe a Jaén a un amigo suyo para caciquear a gusto teniendo como tiene en la provincia ocho diputados socialistas frente a él? ¡Que me lo diga a mí! ¡Que se me queje! ¡Me va a oír!», etcétera, etcétera.

Se comentó la escena del banco azul, y todos se maravillaban del vidrioso humor del Presidente, que algunos días parece un niño mimado.

La sesión estuvo suspendida hasta las nueve o cosa así. Había en los pasillos del Congreso, donde toda necedad hace tertulia, gran *expectación*, y no pocas idas y venidas, rumores disparatados, sensacionalismo.

Algún periódico de la noche, como *La Voz*, explota con mala intención esas circunstancias. Publica una *última hora* muy inquietante, alarmista: «¿Qué va a suceder? ¿Qué pasará?», etcétera. Demasiado saben que no va a pasar nada, y que estas situaciones son propias de un gran debate en cualquier Parlamento.

Pero estas gentes, cautelosos monárquicos hasta el 12 de abril, que después se presentan como los «grandes órganos de las izquierdas», hacen a la República todo el daño que pueden, y no se atreven a hacerlo mayor, porque la ven segura; si algún día creen que se tambalea, acudirán presurosos a hundirla, y encima cubrirán de denuestos a los republicanos. Estos periodicuchos madrileños no tienen más inteligencia que un poste, ni más ilustración que un patán. Y ellos hacen y deshacen. Con qué desvergüenza, a veces. Tal en el caso de Alba.

Al reanudarse la sesión para suspenderla en seguida, porque no estaba aún logrado el acuerdo, y anunciar que se proseguiría a las diez y media, hubo gran chasco. Todos los diputados estaban presentes, como por la tarde. Las tribunas llenas; y en la diplomática, los embajadores de Francia, Bélgica, México, Checoslovaquia, y otros, que se habían aguantado toda la suspensión.

Volvimos a las once. Se leyó el nuevo texto. Prieto y Largo Caballero anunciaron ya su disconformidad, que iba a producir, al día siguiente, una tormenta nocturna; Asúa estuvo un poco áspero y demasiado seco al contestar a Prieto, y nos fuimos del salón algunos ministros, reuniéndonos en el despacho, donde el Presidente me contó su más reciente pesadumbre. Se la ha proporcionado un joven diputado, García Valdecasas, director general de no sé qué cosa en Hacienda, de quien sus amigos cuentan que tiene mucho talento y de quien aseguran, los que no lo tratan, que es algo presuntuoso y muy *supuesto*, como dicen en Andalucía. Yo apenas lo conozco, no he

cambiado con él más que el saludo, y me ha llamado la atención por las incontables veces que cruza y recruza el hemiciclo y por el aire *affairé* con que se enhebra por entre los corrillos del Congreso. Es catedrático y del grupo de Ortega. Con todo esto hay de sobra para que mire con desdén al Presidente.

La reunión de esta noche ha tenido lugar en una sección. Cuenta el Presidente que todos se habían sentado en las sillas adosadas a las paredes, y cuando en el curso de la discusión se negó a no sé cuál párrafo, de los propuestos por Alcalá-Zamora, el joven García Valdecasas se levantó de su asiento, se puso en otro de espaldas a don Niceto, y arremetió contra el párrafo, diciendo que su autor no sabía derecho, y que se reirían los sabios extranjeros al leerlo, etcétera, etcétera.

Cuenta don Niceto que él respondió con gran humildad, diciendo que cuando el señor García Valdecasas tuviese el pelo blanco y cincuenta años, sabría cosas que ahora no se le alcanzan por su inexperiencia; que la tradición jurídica española no era la alemana; que el caso de España es diferente, y no sé qué otras razones, que no hacen al caso. Añadió que después del suspenso que le había dado Valdecasas no se atrevía a opinar.

—Ni sobresaliente ni suspenso —parece que respondió Valdecasas, y se marchó del salón.

Toda la Comisión, y los demás señores presentes, aceptaron lo propuesto por don Niceto, el cual ponderaba su asombro y su dolor de verse tratado con tan poco respeto.

Inmediatamente acudió al archivo de las anécdotas para explicarse la hostilidad del joven Valdecasas, ya advertida antes por don Niceto. Asegura que cuando iba a la presidencia por asuntos oficiales, Valdecasas le trataba con gran altanería. Lo atribuye don Niceto a que hace años, cuando Valdecasas ganó su cátedra, uno de los opositores derrotados, a quien echaron también (no sé por qué ni por quién) de la carrera judicial, interpuso un recurso que don Niceto defendió. Y en la defensa, después de hacer grandes ponderaciones del mérito de Valdecasas y de dejar a salvo su derecho a la cátedra, hubo de decir que, en el expediente contra el opositor derrotado, había intervenido ilegítimamente un tío carnal del mismo Valdecasas. Cree don Niceto que por esto le guarda rencor.

Estas pequeñas cosas de entre bastidores nos han divertido un poco de asuntos más graves, y, comentándolas, hemos salido del Congreso el ministro de Marina y el primer secretario Ramos, y nos hemos ido a un café de Recoletos, adonde también han acudido Maura y Sánchez Román. Después se

ha presentado allí el joven García Valdecasas y otros diputados. Pero no se ha hablado del suceso. Sánchez Román es muy amigo, y un poco maestro y protector de Valdecasas. Recuerdo que, el verano pasado, este joven estuvo una temporada en Fuenterrabía, en casa de Felipe.

En la reunión del café se ha tocado la cuestión catalana. Sánchez Román es muy intransigente. Creo que hablará en las Cortes contra los proyectos de Estatuto y Constitución; me han dicho que deseaba hablar después que yo. Volví a casa cerca de las dos. Y aún tardé en dormirme. A la mañana siguiente, viernes, teníamos Consejo de ministros, y llegué con media hora de retraso. Por esta causa, me privé de lo pintoresco, que fue la actitud del Presidente, todavía lastimado y enconado por los disgustos del día anterior. Cuando tomé asiento en la mesa del Consejo, algunos ministros me miraban y se sonreían, indicándome al Presidente.

—¡Qué! —le pregunto a Maura—. ¿Ha dicho algo?

—Ha habido para todos, menos para usted.

En el Consejo, Prieto cuenta que Valdecasas le ha presentado la dimisión, y que él, ignorando lo que había ocurrido, no ha querido admitírsela; pero Valdecasas le ha dicho que persiste en ello, y que no volverá más a la Dirección General. Don Niceto ha vuelto a contar toda la historia, y la anécdota de las oposiciones, y después de todo ello ha concluido por decir que de ningún modo firmará el decreto admitiendo la dimisión de Valdecasas, por lo mismo que se origina en un incidente personal, y no quiere que se diga que coarta la libertad de un diputado para opinar.

El Consejo entero opina en contra, y le dice que, habiendo existido falta de respeto, no solo debe admitirle la dimisión, sino que debió destituirlo. Don Niceto se obstina, y se niega en redondo. Prieto pregunta que qué va a hacer si el otro no piensa volver más. Y no se da ninguna solución. Yo me figuro que estas determinaciones tan fieras no durarán mucho.

Al tratar de la denuncia del contrato de Tabacos con Canarias, el Presidente nos cuenta cómo se hizo dueño de la compañía de Tabacos Juan March, el millonario contrabandista que fue cargador en el muelle del puerto de Palma de Mallorca y hombre el más inteligente de España, según don Niceto.

Parece ser que Ruiz Senén, el gerente de los negocios de la casa Urquijo, dio ochenta mil duros a los concejales del Ayuntamiento de Madrid para que votasen no sé qué concesiones relativas a los tranvías y a la electricidad. El intermediario repartidor de los ochenta mil duros se quedó con diez mil.

El día del reparto del dinero, que se celebró con un guateque, Romanones les dijo a los concejales: «Bueno, granujas, a ver cuándo hacéis algo de balde». Y de este envite, salió la alcaldía de Madrid para el hijo de Romanones, Villabrágima.

March conocía este fregado, y se fue a una junta de accionistas de la Tabacalera y pronunció un discurso contra Ruiz Senén, con alusiones que solo este podía entender; pero que le demostraron que March estaba al cabo de la calle. Ruiz Senén se asustó, y la casa Urquijo capituló con March.

De este Consejo ya no recuerdo nada más. La sesión de las Cortes me ha borrado de la memoria lo que hice por la mañana. Solo me queda el detalle de que ya en pie, y despedido el Presidente, me contaban cosas de la primera parte de la reunión, a la que no asistí, y que uno de los ministros, no acierto a decir cuál, creía saber que don Niceto tiene, o ha tenido, un hermano loco. Es una exageración. El Presidente tiene una susceptibilidad quebradiza, y los disgustos, la fatiga, han de ponerlo a veces de muy difícil condición. Él es modesto y no se da importancia; pero tiene conciencia de lo que significa y, como a todos los modestos, le agradaría que no tomasen su modestia muy al pie de la letra. Vamos, que es vanidoso, y en tocándole ahí, se quiebra.

La sesión permanente ha sido además de fatigosa, dramática en algunos momentos, y, en lo más del tiempo, aburrida. Los discursos de Unamuno y Sánchez Román en la sesión de la tarde no me han gustado, por motivos diferentes. El de Unamuno es continuación de su táctica «contra esto y aquello». No sabría uno qué hacer aceptando las tesis de Unamuno. Como una conferencia en el Ateneo, bien estaría; pero dicho en las Cortes, y en tal ocasión, carece de valor político. No ha gustado. Se le ocurren cosas tan triviales como que la República no la han traído los republicanos sino Alfonso XIII. (Lo mismo opinó el general Fanjul en una de las primeras sesiones de Cortes). Y ha incurrido en un tópico, que he oído siempre que se plantean cuestiones políticas que llegan a lo vivo: el tópico de que el problema no interesa y que hay otros más urgentes, como el de la ley Agraria.

En el fondo, Unamuno opina que la República la ha traído él. Y ha tratado el Pacto de San Sebastián con reticencias y sobreentendidos misteriosos, dignos de *ABC*. Sánchez Román ha hecho un discurso de abogado, tratando la cuestión fuera de sus límites políticos reales y verdaderos. Si la dejásemos reducida a los buenos, tendríamos: los catalanes son *nacionalistas*. Si no son descaradamente separatistas (y muchos lo son), débese a que no pueden separarse por la fuerza o no les conviene. Puestas así las cosas, el problema consiste en decidir si conviene y es posible resistir e imponerse por la fuerza,

en caso necesario, o transigir con moderación, buscando una postura en la que podamos estar cómodos. La asimilación de Cataluña es ya imposible, ni por la fuerza ni por la expansión del Estado. Tenerlos sojuzgados: ¿de qué sirve? La política de Primo de Rivera condujo a envenenar la cuestión. Exterminar a los catalanes no parece hacedero, por muy unitario y españolista que se sea; en tales condiciones, lo prudente es procurar un acuerdo que pueda ser principio de una reconciliación, problemática. ¿Y qué le hemos de hacer, si hay que dar, para conseguirlo, alguna torsión a los puros principios jurídicos?

Jiménez de Asúa ha contestado bien a Felipe, que, en su réplica, ha estado poco feliz.

Ha hablado también Carrasco Formiguera, uno de los más exaltados catalanistas, que en un mitin habló, este mes de abril, de declarar la guerra a España. Esta intervención, así como la de Carner, han sido muy impolíticas, y más les han hecho perder que ganar. Otro diputado catalán, Lluhí, amigo mío, y el más inteligente, al parecer, de su grupo (por lo menos de cuantos han hablado hasta ahora), se me lamentaba después de la intervención de Carrasco, a quien trata de idiota.

Besteiro daba mucha prisa para acabar esta parte de la discusión, y obtuvo del Presidente que no hablase; así es que yo tampoco he podido hablar, y se ha pasado a discutir los artículos y párrafos del nuevo texto, elaborado en la reunión tan amarga para don Niceto.

Al comenzar la sesión de la noche, el Presidente me dijo que si tenía que retirarse vencido por el cansancio, contaba con que yo me quedaría, porque solo confiaba en mi prudencia y serenidad. Estas son, pues, las cualidades que me regala don Niceto. Por suerte, ha resistido toda la noche, y me alegro.

Los dos momentos de apuro han sido los de discusión y votación de una enmienda de Largo Caballero y otra de Prieto, que ya habían anunciado, un día antes, su disconformidad con el proyecto.

Los sindicatos de la CNT vienen negándose a cumplir en Cataluña la legislación social. No acatan a los comités paritarios ni aceptan la inspección del trabajo. En el Consejo de ministros hemos tenido bastantes dificultades por este motivo, y Largo Caballero ha pugnado mucho por no ceder a las pretensiones de los catalanes y por someter a los indisciplinados sindicalistas a la acción de los órganos del ministerio del Trabajo. Siempre que se ha hablado de la cuestión catalana, Largo ha dicho que se opondría a que la legislación social y su aplicación se dejasen para la región autónoma. Palpita además en esto la profunda discordia entre dos partes del proletariado, y Largo representa en el Gobierno a la UGT.

Admitido en el proyecto de Constitución que la legislación social sea del Estado, ha presentado Largo una enmienda para que la aplicación de las leyes sociales le pertenezca también. Largo ha hablado desde su escaño de diputado, siguiendo la costumbre iniciada por Ríos, y continuada por el Presidente, de marcharse del banco del Gobierno para defender las proposiciones personales o de partido. Los argumentos de Largo, basados en que la legislación social es objeto de convenios internacionales, y que el incumplimiento casi seguro de estos convenios en Cataluña nos colocaría en mala situación ante el mundo, no me han convencido del todo. Durante la discusión, el alcalde de Barcelona, Aiguadé, me ha encontrado en los pasillos, y me ha dicho que si la enmienda se aprobaba, los diputados catalanes se marcharían de las Cortes. Este propósito era conocido de todos, y en algún momento pareció que iban a ponerlo en ejecución.

Había que evitar este conflicto, que hubiera sido gravísimo, a reserva de buscar un terreno de acuerdo. Los partidos estaban muy divididos, salvo el Socialista; yo no quería votar contra mi compañero de Gobierno, y me marché del salón; pero los diputados de Acción Republicana y los radicales tenían instrucciones para votar contra la enmienda. Muchos diputados de Acción Republicana, viendo que yo me marchaba, hicieron lo mismo, y también bastantes radicales. El resultado fue que la enmienda quedó aprobada por pocos votos de mayoría. La confusión fue grande, y los mismos socialistas parecían un poco temerosos de lo que pudiera ocurrir. El caso es que los catalanes protestaban y se agitaban, y entonces Saborit se levantó para decir que no querían aprobar la enmienda por sorpresa, y puesto que había pasado a ser dictamen, podía discutirse ahora como tal, lo que daría ocasión de oír la opinión de los catalanes. Así se ha hecho, contra el reglamento de las Cortes, y con alguna resistencia de parte de Besteiro, pero la verdad es que nadie se atrevía a dejar por concluida una cuestión tan seria. Lluhí intervino discretamente, y dio a entender que aceptarían la inspección del Estado en las leyes del Trabajo. La votación definitiva se dejó para después de la del artículo del proyecto que estaba discutiéndose, y así se dio tiempo para buscar una transacción. Los ánimos estaban muy calientes. Largo parecía algo fosco, don Niceto había intervenido para explicar su voto, y dijo que estaba conforme con la doctrina de Largo; pero que votaría en contra, para mantener el texto convenido en la reunión de la víspera.

Con algunos diputados de Acción tuve yo un coloquio algo vivo. Habían venido a preguntarme al banco azul qué votaban, y yo les transmití con Giral la consigna de votar en contra de la enmienda. Pero como en el grupo

parlamentario de Acción Republicana predomina un sentimiento de hostilidad al catalanismo, solo cuatro diputados siguieron la consigna; los demás se salieron, y al preguntarles yo por qué, contestaban que al verme salir a mí creyeron que eso era lo que habían de hacer. Por su parte, Giral, que dirige el grupo, vino a quejárseme de que no le hubieran hecho caso. Yo les hice ver el compromiso en que por su abstención nos habían puesto, y que si se producía la retirada de los catalanes, ellos me dirían lo que procedía hacer; que para el caso, ninguna falta hacía que me consultasen sobre su voto, y que ya habían visto cuál había sido el del Presidente del Gobierno. Que en tales condiciones, yo no podía seguir siendo presidente del Consejo del partido, y que en lo restante de la sesión votasen lo que les pareciese a cada uno, porque no pensaba mezclarme en la dirección del grupo. Los cuatro o cinco que me oían se quedaron un poco perplejos, y se dieron entonces cuenta del alcance de la votación. Yo corté la conversación y los dejé entregados a sus reflexiones.

La retirada de los catalanes, con el subsiguiente motín en Barcelona, se habría producido probablemente, porque dependen mucho electoralmente de los votos de los sindicalistas, y no podrían pasar por una resolución que a los sindicatos les parece inaguantable. La discordia entre sindicalistas y socialistas, entre la CNT y la UGT, ha estado a punto, una vez más, de producir un conflicto tremendo, y acaso la dislocación del Gobierno. Desde que se han abierto las Cortes, las polémicas que han apasionado más han sido aquellas en que de un modo más o menos directo estaba implícita la rivalidad y la enemiga de las dos agrupaciones. Esa guerra civil es acaso la realidad política más vigorosa de España en estos tiempos; más vigorosa y temible sin duda que los separatismos y autonomismos, como lo que complica el problema catalán es su cruce con la cuestión sindical.

Esa discordia terrible ha asomado hoy en las Cortes una vez más, con motivo de la enmienda de Largo y de la de Prieto. Al discutirse aquella, Companys, cuyas concomitancias sindicalistas son conocidas, ha dicho que en la conducta de la minoría socialista respecto de los catalanes había una inclinación inconsciente al engaño. Esta acusación, sin duda injusta, la ha recogido Prieto, al defender su enmienda, y ha originado otro choque que ha podido costarnos mucho.

Prieto, también desde su escaño, ha propuesto que el régimen de las Bolsas de valores dependiese del Estado, y no de la región. La enmienda tenía en sí menos importancia que la de Largo, y el Presidente del Gobierno, contestando a Prieto, ha procurado convencerle de que su enmienda era innecesaria, porque atribuida la legislación mercantil al Estado, nada había

que temer por ese lado. Pero el carácter de Prieto y su violento rencor anticatalanista, y un poco su amor propio, empeñado en la cuestión desde que ordenó la clausura del mercado libre de Barcelona y luego tuvo que reabrirlo, han envenenado la cuestión. Prieto ha preguntado a Companys, si mantenía su acusación de engaño, dirigida a los socialistas. Companys ha repetido sus palabras. Entonces, furioso, Prieto se ha desatado contra los catalanes, diciendo que, en 32 años de vida política, no ha conocido un caso de deslealtad semejante al de aquellos, en cuanto se refiere al cumplimiento del Pacto de San Sebastián. Y ha desfogado toda la cólera que desde abril viene almacenando contra la política de Macià y compañía, así como contra la política del Gobierno. El choque ha puesto a las Cortes en una tensión violentísima. Emiliano Iglesias, que estaba de pie junto a la tribuna, se ha lanzado a su escaño pidiendo la palabra a grandes voces. Era probable que, continuando la disputa, se hubiera acabado a golpes, o quién sabe cómo.

Besteiro intervino a tiempo, y con gran energía, diciendo a Prieto que ya tendría ocasión de hablar del Pacto de San Sebastián, y que el deber urgente era votar la Constitución. Pronunció una pequeña arenga, y es la primera vez que le he oído emplear el tono oratorio. Estuvo afortunado; de todas partes le aplaudieron, y el primero que se puso en pie para aplaudir al Presidente fue Saborit, a quien Prieto aborrece, y casi toda la minoría socialista le siguió. Los demás diputados también se pusieron en pie para aplaudir a Besteiro, y yo con ellos, porque lo hecho por Prieto me pareció un dislate y casi una salvajada. El Presidente y Maura se estuvieron quedos, y Largo Caballero se cruzó ostensiblemente de brazos.

La enmienda fue rechazada, y no por muchos votos. Creo que todo el Gobierno, menos Largo, votó en contra (no estaba presente Ríos, enfermo; Albornoz se había marchado tranquilamente a las once y media, diciéndome que no pasaba nada). Los diputados de Acción votaron todos en contra, menos uno, que había firmado la enmienda con Prieto.

Lo que ha hecho Prieto me parece condenable, porque no hay derecho a satisfacer una pasión personal comprometiendo toda la situación política. Que los catalanes se aprovecharon de la proclamación de la República para crear un hecho consumado es innegable. Pero el ministro de Hacienda sabe que las cosas no han podido pasar de otra manera. Cualquiera puede atacar por eso a los catalanes, menos un ministro de este Gobierno, que ha aprobado y aceptado casi todo lo hecho en Barcelona, y solo en parte lo rectificó. Al proceder así, era porque la conducta de los políticos le parecía buena o porque no podía estorbarla. En cualquiera de ambos casos no le corresponde a un

ministro de este Gobierno censurarlo ni desprenderse, o pretender desprenderse, de la responsabilidad que le alcanza por aquella política. Aunque en Consejo de ministros Prieto consiga su voto adverso, o su mal humor, la solidaridad con los acuerdos del Ministerio no se rompe por eso. Ahora ocupa, con su discurso en el Congreso, una posición simpática en ciertos medios, y desde luego agradable a los anticatalanistas; pero debió añadir que la solución, propuesta por él al Gobierno para acabar con lo que sucedía en Barcelona, era emplear la fuerza.

Me parece que el incidente provocado por Prieto, con todos sus riesgos, no es inspiración suya exclusivamente. Hace días, Maura venía anunciándome que se proponía «tirar de la manta» en el asunto del Pacto de San Sebastián, precisamente para acusar a los catalanes de deslealtad. Me dijo que Sánchez Román pensaba aludirnos en su discurso, y que él recogería la alusión, para hablar desde su escaño y despacharse a su gusto. Durante toda una tarde estuvo resuelto a intervenir, aunque don Niceto, con un gesto de resignación, le rogaba que fuese prudente. Por mi parte le dije que si él hablaba en ese sentido, me vería obligado a contestarle. Maura desistió de hablar, o se le pasó el arrechucho como otras veces. Pero Sánchez Román hizo alusiones en su discurso que, sin nombrarnos, se encaminaban a Maura y a mí. Maura había hablado con Sánchez Román, cuyo criterio en este punto es conocido, y estaba influido por él. No lo estaba menos Prieto, que siente por Felipe la sumisa admiración de Calibán por Próspero. No es que Prieto haya obrado por encargo, ni siquiera por incitación directa, de Sánchez Román; pero es indudable que, viéndose a diario, como se ven, la opinión de Felipe ha soliviantado el enojo de Prieto y le ha animado a lanzarse por un camino que tal vez no habría tomado en otro caso. El influjo de Sánchez Román sobre la conducta de Prieto aparece en otro síntoma que se ha declarado en el Consejo de hoy. Después lo contaré.

Terminado el incidente de Prieto, la sesión no ha sido más que aburrida, hasta el final. Lo creíamos muy lejano a las cuatro de la madrugada, porque faltaba por discutir y votar cuarenta y tantas enmiendas. (Anoto que al salir a los pasillos, Prieto le ha dado un abrazo a Lluhí, diciéndole: «No haga caso de lo que nos decimos ahí dentro»). Por fortuna, votado el artículo 14, y un texto transaccional, sobre la enmienda de Largo, que parece algo y no será nada, muchos diputados han retirado las que tenían presentadas. El número de diputados presentes no ha sido nunca inferior a doscientos. Algunos dormitaban en su escaño. Abad Conde ha dormido tres horas, soñando sin duda que lo derrotaban en Lugo: tal cara tenía. Don José Ortega se paseaba

por los pasillos, con su gabán colgado de los hombros, aguardando la hora de decir el discurso que había de pronunciar por la tarde y no lo pronunció.

En el salón de conferencias han aparecido Valle-Inclán, Julio Camba, Juan Cristóbal y otros trasnochadores de Madrid, y han puesto allí su tertulia; pero el cansancio ha podido más que ellos. De madrugada nos desayunábamos en el bar. Por allí entró Prieto, y en una mesa donde había diputados y periodistas le aplaudieron. «Vengo buscando aplausos afirmativos», dijo Prieto. Circulaba ya a estas horas la noticia de su dimisión.

A estas horas, Domingo y yo decidimos no ir a Pamplona esta noche, donde nos esperaban para un mitin en la plaza de toros. Estamos rendidos, y al alcalde de Pamplona, diputado de mi grupo, le decimos que no cuente con nosotros. Se pone muy triste.

Cuando he vuelto al salón, ya se había votado el título primero. La tarea se abrevia más de lo que esperábamos. Últimamente se ponen a discusión los dos artículos del título preliminar que fueron aplazados. Se trata de saber si somos una República de trabajadores, o qué. Lo más oportuno sería decir que somos una República de trasnochadores. Cuando apagan las luces y hay en el salón una luz cenicienta, como la que había ayer a las cuatro de la tarde, el señor Ortega se levanta a decir su discurso. En gran parte es ya añejo, porque se refiere a la cuestión, ya resuelta, de la autonomía y del Estatuto. Todos estamos muy pálidos, pero no de emoción, sino de insomnio. También habla Araquistáin. Se conviene en suprimir del artículo aquello de que España es una República «de tendencia federativa». Esta frase me parecía una desdicha. ¿Qué es una Constitución que *tiende* a ser algo y no llega a serlo? Muchos de los inconvenientes del proyecto vienen de que está mal escrito. En fin, votamos que el idioma oficial es el *castellano*, como yo prefería. Y nos vamos todos a casa, muy contentos, porque no son más que las ocho de la mañana.

He dormido tres horas, y he ido al ministerio. Por la tarde, he estado un rato otra vez en el ministerio, hasta la hora del Consejo, convocado para tratar de la dimisión del ministro de Hacienda.

A Prieto le enojó profundamente la intervención de Besteiro cortando la disputa con los catalanes, y más que nada le molestó el tono de las palabras del Presidente y su resultado. Prieto dice que Besteiro le «echó la Cámara encima», y que su situación viene a ser la de Alba, cuando discutió con Alcalá-Zamora. Está muy irritado con el grupo de su partido, sobre todo con Saborit, a quien no puede ver, y que se adelantó a ponerse en pie, aplaudiendo a Besteiro. Anoche publicó Prieto su dimisión en los pasillos del Congreso. Supongo que también estará enfadado con los ministros que aplaudimos a

Besteiro, pero de eso no dice nada. De quien sí está quejoso es del subsecretario de Hacienda, que pertenece a mi partido, y votó, como todos los de Acción, contra la enmienda de Prieto.

En el Consejo se ha reproducido una vez más la contienda por dimitir y por no admitirle la dimisión. Es ya muy cansado este juego. Todos han acorralado a Prieto, que entre otros disparates ha propuesto que se sometiese a la junta ejecutiva del Partido Socialista el caso de su dimisión. Como todos le decíamos que en el Gobierno solo puede haber vacantes por defunción, y Maura, riendo añadiera que no tenía más recurso, si quería dejar de ser ministro, que pegarse un tiro, Prieto replicó:

—Pues si no es más que eso, poco trabajo me cuesta, sobre todo algunos días. Tengo curiosidad por penetrar en el misterio del otro mundo, porque este, ya está visto.

Mientras le hacían argumentos para que retirase la dimisión, Prieto ha dicho que antes de venir al Consejo había ido a casa de Sánchez Román, a contarle el caso, y que Felipe le había aconsejado que mantuviese su resolución. El consejo es notable, y da que pensar, porque Sánchez Román no ignora que la retirada de Prieto sería la caída del Gobierno.

Don Niceto se ha maravillado mucho de la opinión de Sánchez Román, y ha dicho que le deseaba mayor tino en sus dictámenes de letrado.

El Consejo ha terminado resignándose Prieto a continuar. Se ha confeccionado una nota oficiosa dando cuenta de la dimisión y del acuerdo de rechazarla; pero el encono de Prieto con sus correligionarios no se apaga por eso.

Por fin, esta noche me han dejado tranquilo en casa. Los de Pamplona insistían en que fuésemos allá mañana. Durante el Consejo han hablado con nosotros por teléfono; pero yo me he negado terminantemente a ponerme en camino. Prieto estaba dispuesto a ir.

29 de septiembre

El general Rodríguez del Barrio, que vuelve de su viaje de inspección, me trae malas impresiones de la situación del regimiento que hay en Jaca, que es el antiguo de Galicia, en el que se produjo el levantamiento de diciembre. Hay gran tensión entre los oficiales del cuerpo, porque unos fueron fieles al Gobierno y otros participaron más o menos en el movimiento. Los «republicanos», o que se llaman tales, se quejan de que están mal mirados por los jefes y por los compañeros. Hace días recibí a un capitán de aquel

regimiento, a quien el general de la división había aconsejado que pidiera el traslado a otra guarnición. El capitán me decía que salir así del regimiento, sospechoso por creérsele implicado en el fantástico complot comunista, de que ya he dicho algo en estos apuntes, era una tacha que le haría imposible la vida en cualquier guarnición. Este capitán, cuyo nombre he olvidado ahora, me recordó un poco, por no sé qué acento y expresión, al infeliz Galán. El nuevo jefe del regimiento, que acaba de tomar posesión, distingue a este capitán con su frialdad, y en el acto de posesionarse del mando no le dirigió la palabra. Rodríguez del Barrio me asegura que el jefe no sirve.

Hablando del trabajo de las inspecciones, y como yo le felicitase por su diligencia, el general Rodríguez del Barrio me ha dicho que pondrá su mayor celo en servir, primero por lealtad y deber, y además por agradecimiento, porque la República le ha distinguido como nunca le distinguió la monarquía.

El teniente coronel del 31, Sánchez Casas, a quien he impuesto quince días de castillo por su incidente con el general de la división, salió del cuartel para el arresto diciendo en voz alta que sufría contento el castigo que se le había impuesto por defender a la tropa.

Por su parte, el teniente coronel Mangada, del regimiento 1, esperantista y vegetariano, ha escrito unas cuartillas acusando a Goded, a Ruiz Fornells y no sé a quién más, de conspirar contra la República. Ha leído sus cuartillas a los tenientes coroneles que están en las inspecciones, que inmediatamente se lo han contado a Ruiz Fornells y a Goded. El subsecretario me ha hablado de esto, un poco asustado, y muy dolido por la calumnia. Yo le he tranquilizado, y le he dado la seguridad de que si las cuartillas llegan a mi poder (porque Mangada se propone enviármelas) sentaré la mano al autor.

También Goded me ha hablado del asunto, y, en general, de los gérmenes de indisciplina que hay en el ejército. De Mangada dice que es un cobarde y que cuando los sucesos de diciembre se apresuró a escribirle haciendo protestas de lealtad, y le visitó en su casa para probar la coartada. Goded alude al comandante Fuentes, de cuyos manejos en Valencia estoy enterado y al que voy a formar causa. Y me anuncia que las clases de tropa de Aviación están muy trabajadas por los comunistas y por Franco y que se disponen a hacer una barbaridad.

Dice Goded que los generales y jefes de cuerpo están muy acobardados, y no se atreven a imponer con rigor la disciplina, creyendo que el Gobierno no va a ampararlos.

Ayer tuvimos Consejo de Acción Republicana. Me contaron que corre por ahí el rumor de que se trata de formar un Gobierno presidido por Sánchez

Román. Verdad es que otros hablan de un Gobierno presidido por Ortega y Gasset, y aseguran que ha hecho tanteos con algunas fuerzas políticas para averiguar si lo apoyarían. Todo ello me parecen tontunas.

En el Consejo de hoy, nada notable. Se prolonga la ausencia de Lerroux, y todos ven en ello una astucia, para eludir compromisos en las Cortes. He recibido una carta de Carlos Esplá, diputado de mi grupo, que está en Ginebra con don Alejandro, en la que después de felicitarme por mi discurso en el teatro, me informa de la disposición en que se halla Lerroux respecto del soñado Ministerio presidido por mí. Según Esplá, Lerroux lo veía con mucho agrado y está dispuesto a apoyarlo.

Por la tarde he estado en las Cortes. Se discutía el título de la Nacionalidad. Algunos disparates se han propuesto. Cansado de la sesión, me he venido a casa a eso de las nueve. Cuando comenzaba a cenar, me llama por teléfono Sánchez Guerra, y de parte de don Niceto me dice que vaya en seguida al Congreso, porque están discutiendo una enmienda de Barriobero en la que se pide la supresión de la pena de muerte en el ejército, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, y quiere don Niceto que yo esté presente.

Voy en el acto al Congreso. Han aplazado la discusión hasta que yo llegue, y están discutiendo otra cosa. En cuanto la despachan, el Presidente me concede la palabra. Yo enjareto un discurso, oponiéndome a la enmienda y al texto del proyecto de Constitución y pidiendo que la cuestión se deje, en todo caso, para el Código de justicia militar por lo que se refiere al ejército[16].

Me escuchan con profunda atención, y advierto que el discurso les impresiona. Muchas muestras de asentimiento. Aplausos al final. Don Niceto me felicita con entusiasmo y sale a los pasillos haciendo grandes elogios de mí. Fernando de los Ríos, Domingo, Casares y Martínez Barrio también me felicitan. Ha cambiado la opinión de las Cortes. La sesión se suspende, quedando la votación para mañana.

Vuelvo a casa a cenar, y aún tengo que salir de nuevo. El Consejo Nacional de Alianza Republicana se reúne en el Congreso. Esta mañana, en Consejo de ministros, hemos examinado la situación electoral de Madrid, donde se celebrará el domingo una elección parcial. Se presenta el hijo de Primo de Rivera y un comunista. Los partidos republicanos no han podido ponerse de acuerdo y cada uno presenta candidato. Son tres. En tales condiciones, ninguno puede triunfar, y la lucha estará entre Primo de Rivera y el comunista. No habiendo candidato de la coalición, los socialistas han dejado a sus afiliados en libertad de votar a quien quieran, y estima Largo

Caballero que muchos votarán al comunista. Malo sería que triunfase, pero aún sería peor que triunfase Primo de Rivera. Si a los tres meses de las elecciones generales, y estando las Cortes españolas empeñadas en la cuestión de las Responsabilidades, resulta que la capital de la República envía a las Cortes el hijo del dictador, parecerá que Madrid se ha vuelto dictatorial, o que absuelve a los dictadores. Ante esta situación hemos considerado indispensable acudir con el remedio, gestionando cerca de los partidos republicanos que retiren las diversas candidaturas y se proclame un solo hombre. Quedamos en que Martínez Barrio y yo reuniríamos a la Alianza Republicana y que los radicales-socialistas hablarían con sus amigos. Albornoz ha dicho que le parecía una barbaridad la presentación del candidato de su partido, Lezama.

Nuestra reunión de Alianza ha durado hasta la una. Presente estaba el candidato que habíamos proclamado, Marsá, radical. En cuanto yo he expuesto la situación, que todos reconocen, Marsá se ha apresurado a desistir de su candidatura. Hemos llamado al doctor Juarros, del Partido Republicano Progresista, que con autorización de su consejo ha retirado también la candidatura de Rafael Sánchez Guerra. Después, convocados los representantes socialistas, han dicho que votarían al candidato único de la coalición propuesta por nosotros, que es el señor Cossío. Los radicales-socialistas han tardado en venir. Por fin llega Francisco Barnés y otros dos. Les proponemos el caso, hacen algunos mohínes, relatan todo lo sucedido los días pasados, buscando un poco de querella a los radicales, y como son un partido democrático, dicen que no pueden resolver nada sin consultar con su asamblea. Por lo que dice Barnés, conozco que está conforme con nuestra propuesta. Es además discípulo y muy amigo de Cossío. Los otros representantes radicales-socialistas preguntan quién les resarciría de los gastos hechos para su candidatura. Y habiéndoles indicado yo la solución se retiran.

Hacemos una nota para los periódicos, y con lo ya acordado, es seguro que el Partido Radical-Socialista tendrá que retirar su candidato.

También se ha reunido esta noche el grupo parlamentario de Acción Republicana. He estado con ellos un momento.

El grupo socialista estaba en otra sala deliberando y se oían grandes voces. Debían de estar tratando la cuestión promovida por Prieto. Ello es que han reformado el comité que dirige al grupo parlamentario, y en el nuevo comité no figura Saborit.

1 de octubre

En la sesión de ayer no tuve ya que hablar de nuevo. No solo se desechó la enmienda, sino que se retiró todo el articulo del proyecto constitucional. Después se discutió si se daba o no el derecho electoral a las mujeres. Mucho griterío. Chocarrerías de Hilario Ayuso, y combate oratorio entre la señorita Kent y la señorita Campoamor. Muy divertido. La señorita Kent está porque no se conceda ahora el voto a las mujeres, que en gran número siguen las inspiraciones de los curas y los frailes, y si votasen se pondría en peligro la República. La señorita Campoamor es de la opinión contraria. La Campoamor es más lista y más elocuente que la Kent, pero también más antipática. La Kent habla para su canesú, y acciona con la diestra sacudiendo el aire con giros violentos y cerrando el puño como si cazara moscas al vuelo. La Campoamor es radical, pero todo su partido, y el Radical-Socialista, se oponen a que las mujeres tengan voto. En cambio los socialistas quieren que lo tengan. Yo creo que tiene razón la Campoamor y que es una atrocidad negar el voto a las mujeres por la sospecha de que no votarían a favor de la República.

Los radicales perdieron la votación, y delante de mí le dijo Martínez Barrio a don Niceto que el Partido Radical estaba muy disgustado porque los progresistas (o sea el grupo a que pertenece el Presidente) habían votado contra aquellos, y que tenían intención de tomar represalias en la cuestión de las órdenes religiosas.

En la sesión de hoy se ha votado el artículo y han perdido definitivamente el pleito los radicales y radicales-socialistas. Han votado juntos los socialistas y los católicos. Se han enfurecido mucho los perdidosos y, como decía ayer Martínez Barrio, han amenazado con grandes voces no dejar un solo fraile en España. De suerte que los radicales, enfadados porque los socialistas les han ganado una votación, se disponen a votar el artículo 24 del proyecto de Constitución, que antes no les gustaba y que es obra de los mismos socialistas. Extraño agradecimiento.

La sesión ha continuado por la noche. No he asistido, porque a la misma hora teníamos una reunión para organizar la elección del domingo y evitar que Cossío tenga una votación poco airosa; del triunfo no duda nadie. Han asistido Besteiro, Cordero, el alcalde, Bello, Sánchez Román, Tapia, Ovejero (que por fortuna no ha dicho nada, limitándose a ponerse la mano en la oreja para oír mejor), y algunos más. Bello ha redactado un breve manifiesto. Se han hecho carteles y pasquines. Se ha averiguado que apenas teníamos

intervención en los colegios electorales, y que solo había disponibles cuatro o cinco mil pesetas para una elección que costará sesenta mil. Y todo esto en la noche de un jueves, cuando la votación es el domingo.

Entre los republicanos es muy corriente la opinión de que se está haciendo una Constitución socialista, aunque los socialistas no quieren gobernar; pero que los republicanos tampoco podrán gobernar con ella. Algunos estiman que el haber concedido el voto a las mujeres hace por ahora imposible disolver las Cortes, y se felicitan de ello, porque así creen contrariar los planes de Lerroux.

Un diputado de mi partido me decía esta noche que es inadmisible que la Constitución de España la hagan Cordero y Guerra del Río, y que por piques de amor propio de este o el otro partido se tomen *represalias* en otras cuestiones, variando los votos.

Maura me decía que esta Constitución es inaplicable, que nadie puede gobernar con ella y que habrá que reformarse en seguida.

2 de octubre

Lo más importante del Consejo de hoy ha sido la discusión sobre si se presentaba o no el proyecto de ley reformando la del Banco. No ha llegado a leerse el proyecto en Consejo. Maura opina que es un disparate, que producirá desastrosas consecuencias en la economía española meterse ahora a molestar al Banco. Particularmente me ha dicho Maura que el proyecto es debido al gusto que tendría Prieto en el fracaso de todos y en que se lo llevase todo la trampa, porque está herido en su vanidad. Dice también Maura que estando Prieto dimitido no tiene autoridad para plantear esa reforma. En el Consejo se ha acordado esperar a que se halle presente Lerroux.

Recibo informes reservados de lo que se trabaja en Huesca por introducir el comunismo en el ejército. He llamado a Madrid al general de la división.

El general Goded me dice que los plantes por la calidad del rancho, que vienen repitiéndose, serán el «que bailen» de esta República. Asegura que no está tranquilo, y que le parece estar sentado y fumando sobre una caja de pólvora. A los generales y al Gobierno nos va la cabeza en ello, dice.

En la sesión de esta tarde se ha desechado el artículo en que se autorizaba la sindicación de los funcionarios públicos. Una vez más se ha visto el caso de diputados que no se atrevían a votar en contra de lo que les parecía mal, y se han marchado del salón por no oponerse al tono dominante en su grupo o por no ganar fama de «reaccionarios». En el fondo, estas Cortes son mucho

menos «avanzadas» de lo que a primera vista parece, y si el voto fuese secreto, veríamos grandes cosas. Se exceptúa la materia «clerical»; preponderan los frailófobos. Sin embargo, ya esta tarde se decía que los radicales no estaban tan fieros como ayer, y se supone (lo supongo yo también) que Lerroux, cuando venga, los amansará.

En la votación sobre los sindicatos de funcionarios, Martínez Barrio ha votado en contra del derecho de sindicación, no obstante ser presidente del sindicato de Correos. Lo ha hecho así, me dicen, por no discrepar de su partido.

Ayer se le ocurrió decir a Albornoz que el grupo parlamentario de su partido era una olla de grillos. Algunos radicales-socialistas lo increparon en los pasillos y le dijeron que cada uno de ellos valía tanto como él, y juntos más que él, y que su gestión en Fomento era desastrosa. Parece que en el Partido Radical-Socialista no están muy entusiasmados con Albornoz. Mi ayudante les ha oído en los pasillos del Congreso hablando mal de su ministro, tachándole de vago, etcétera, etcétera.

En el Partido Radical, también hay descontento entre los jóvenes, por el tono conservador que ha tomado Lerroux. Creo que son quince o veinte los que hablan de separarse del partido e ingresar en Acción Republicana.

En el Consejo de esta mañana he hablado aparte un momento con Marcelino Domingo. Comentamos la declaración hecha en la sesión de ayer por los radicales-socialistas, sobre que votarían la disolución de las órdenes religiosas y confiscación de sus bienes. Domingo dice que él hará que sus amigos personales se salgan del salón de sesiones en el momento de votar.

Aún estamos lejos de aprobar la Constitución, y ya hablan algunos de reformarla apenas esté votada.

3 de octubre

Me dicen que el Nuncio está muy disgustado porque los obispos españoles no le secundan en sus propósitos de llegar a una política de conciliación con la República. Vidal i Barraquer, y algún otro, son los únicos que piensan como el Nuncio. Sin embargo, yo he leído una carta circular, impresa y firmada por todo el episcopado español, incluso Vidal i Barraquer, que tiene muy poco de conciliadora, si no de agresiva. Después he sabido que el cardenal Segura pidió a sus «hermanos» autorización para estampar las firmas de todos al pie de una pastoral (que debe de ser la que yo he leído) y que ellos concedieron, si bien indicaron que les placería mucho conocer el texto.

Segura la publicó sin comunicárselo de antemano, e incluyó entre los firmantes a dos obispos ya fallecidos. Este desliz, que no puede atribuirse más que a una distracción, le da motivo a Maura para decir que Segura es «un falsario». El Nuncio ha hecho venir de Roma a un padre Pinedo, benedictino, que antes de ser fraile fue… cocinero; es decir, *hombre malo*. Este Pinedo creo que es el amigo de Cipriano, a quien le contaba hace años su desencanto respecto de la orden benedictina. Hombre aficionado a libros y al estudio, se imaginaba que en el claustro podría cultivar su afición. Estuvo en Silos, y le pusieron a cavar en la huerta. Ahora el Nuncio quería hacerle obispo de Vitoria, y Pinedo le ha dicho: «¿Cómo voy a ser obispo de Vitoria, con la vida que yo he hecho en Bilbao?».

Del padre Pinedo se ha valido el Nuncio para ciertas gestiones oficiosas, entre otras para procurarse una entrevista conmigo. Al Nuncio le interesaba conocer mi opinión personal respecto de las órdenes religiosas. Pinedo le ha hablado del caso a Amós Salvador, y Amós me lo ha dicho a mí. Yo no he querido tener la entrevista, que me parecía indiscreta y tal vez comprometedora. El que ha hablado con el Nuncio ha sido Amós. Aún no tengo referencia directa de su conversación. Guzmán me ha dicho que el Nuncio temía una actitud demasiado radical de mi parte, y le interesaba saber si rompería la Alianza Republicana. Aguardo informes directos de Amós. El día antes de saberse que el cardenal Segura dejaba de ser arzobispo de Toledo, el Presidente del Consejo tuvo una conversación con Vidal i Barraquer, y aunque no nos dio noticia puntual de lo tratado, el Presidente estaba muy satisfecho del espíritu transigente del arzobispo de Tarragona. De ello nos habló en el Consejo que tuvimos por la tarde en el Congreso, y temiendo todos que Roma se negase por fin a destituir a Segura acordamos llamar por telégrafo a Lerroux, para que como ministro de Estado se encargase de comunicar al Nuncio el ultimátum del Gobierno. Todo el mundo se da cuenta de que la prolongada ausencia de Lerroux es una habilidad, para eludir compromisos políticos y mantenerse al margen de los debates parlamentarios. La habilidad de don Alejandro a nadie le parece bien, y menos bien que a nadie al Gobierno. Don Niceto dijo esa tarde que era justo requerir la inmediata vuelta de Lerroux para que cargase con la parte de responsabilidad correspondiente en la ruptura con Roma, a que estábamos dispuestos a llegar inmediatamente. Se le puso un telegrama a Ginebra, rogándole que emprendiese el retorno.

Al día siguiente por la mañana se supo que Segura había «dimitido» la silla de Toledo. Yo no me enteré hasta por la tarde, que me lo dijo el

Presidente en las Cortes. Estaba muy contento, y ponderaba el gran triunfo diplomático alcanzado por la República. No estaba menos satisfecho Fernando de los Ríos, que en el banco azul me pasó el papel en que el Nuncio le trasladaba la noticia de la renuncia presentada por Segura «siguiendo el ejemplo de san Gregorio Nacianceno». Me dio mucha risa el precedente. ¡Qué bueno es tener detrás veinte siglos de historia! Fernando recabó para sí la prioridad de dar la noticia a los periodistas. Don Niceto se la cedió, en cuanto al fondo. Dijo a los periodistas lo que pasaba y en seguida se calló para que don Fernando les hablase, comentando el valor del suceso. Don Fernando les hizo un erudito comentario. Y al volver al banco azul me dijo que Fernando había estado bien, pero que probablemente los periodistas no habían recogido mucho de lo que había dicho, porque hablaba muy aprisa. Yo tengo otra manera enteramente contraria de entender la publicidad oficiosa y gubernamental, que no debe ser muy errada porque todos los días me alaban mi sobriedad. Y los periodistas están tan habituados ya a ella, que nunca me preguntan nada.

El Gobierno daba mucha importancia a que antes de comenzar el debate sobre la cuestión religiosa estuviese favorablemente resuelto el incidente del cardenal Segura. Estiman que eso nos dará autoridad para adoptar una posición más templada que la del proyecto de Constitución. Don Niceto se propone echar el resto en la disputa, y es de temer que se estrelle.

Ayer he recibido al general Gómez Morato, que manda la quinta división, llamado por mí. No concede importancia a la situación de Jaca y Huesca. Asegura que los regimientos están muy bien, y que él los visita frecuentemente.

Le entrego la nota reservada sobre los manejos en Huesca, y se pone un poco colorado, como si le hubiese cogido en falta. Dice que ignora el suceso, y que si hubiera algo de particular, el coronel del regimiento le habría avisado. No cree necesario tomar ninguna determinación con el regimiento que está en Jaca.

Esta tarde me ha visitado el coronel del regimiento 31, al que pertenece Sánchez Casas, y me ha pedido que lo perdone; en la oficialidad hay «marejadilla», dice el coronel, y se proponían ir a recibirlo a la estación cuando volviese de cumplir el arresto. El coronel se lo ha prohibido, y dice que responde de su regimiento, pero cree conveniente que perdone al teniente coronel, y que venga a Madrid sin que se entere nadie.

9 de octubre

He perdido el hilo de este diario, y un poco la noción del tiempo, gracias a que los días seis y siete han estado llenos de quehaceres, y de acontecimientos, y me he pasado una noche en claro. No me es posible recordar lo que hice el lunes y el martes. Estos días tuvimos Consejo y asistió Lerroux, que hizo una somera relación de su estancia en Ginebra. No sé por qué se me figura que no vuelve muy contento. Salvador de Madariaga, embajador de España en los Estados Unidos y diputado gallego, ha estado con Lerroux en Ginebra, y parece ser que es el único de la delegación española que ha sabido desempeñar su papel. Madariaga me habló en los pasillos del Congreso ese mismo martes, y me dijo, en el mayor secreto, que la acción de Lerroux en Ginebra había sido un «desastre». La causa es que Lerroux no solo no sabe hablar francés, sino que «no se entera» de lo que oye. En estas condiciones ha presidido las reuniones del Consejo. Madariaga me ha dicho también que Lerroux le ha ofrecido la cartera de Estado, y que él se ha limitado a darle muchas gracias, pero sin entrar en conversación de política general. Me confirmó también que se propone ingresar en Acción Republicana. Para la Conferencia del Desarme, que se reunirá en febrero, a la que él asistirá, quisiera que designásemos desde ahora algún miembro del partido, que hable bien francés, para formar parte de la delegación española. Ayer, en la reunión del grupo, pensamos en nombrar a Carlos Esplá.

Ahora recuerdo que el lunes por la tarde, a última hora, estuve en el Ateneo a presidir una junta general extraordinaria, que se celebraba para que el Ateneo elevase a las Cortes una exposición, protestando contra la acumulación de empleos y sueldos de una misma persona, como sucede con algunas muy conocidas. Yo no tenía por qué ir a presidir semejante reunión, pero los vicepresidentes encargados de ello no aparecieron, y a las siete de la tarde estaban los ateneístas reunidos en el salón de sesiones, esperando que alguien los presidiera. El secretario, que es muy asustadizo, empezó a llamar por teléfono a todas partes en mi busca y dio conmigo en el café Regina, adonde había ido yo, no teniendo nada que hacer, para hablar con los amigos. Me habló por teléfono, me dijo lo que ocurría, me pidió que fuese a presidir, y aunque yo le dije que me parecía inconveniente, y que podría crearme una situación difícil o desairada, insistió tanto, que accedí. Me presenté en el Ateneo, subí al estrado, muchos me aplaudieron; pero unos cuantos sujetos, que hacen allí de comunistas terribles, taconearon en señal de desagrado. Después me dijeron que eso era debido a que les molestaba que llegase yo

tarde. Lo atribuía yo al gusto de manifestarse contra un ministro. Cualquiera de las dos explicaciones me dejaba indiferente.

La junta fue de lo más chocarrero e ininteligente que he visto en aquella casa. Sucede que los ateneístas más distinguidos son ahora diputados, ministros, gobernadores, subsecretarios, etcétera, y están en sus quehaceres, no van por allí. Queda una gran masa de socios anodinos y, revueltos con ellos, unos cuantos que pretenden continuar la agitación política del año pasado, creyéndose los verdaderos representantes de la revolución. Nosotros, los partidos del Gobierno, «le hemos hecho traición». Son los inútiles y fracasados que en todo tiempo se han refugiado en el Ateneo; antes esta clase de gentes danzaban en el campo de las letras, y eran *iconoclastas*; ahora, como la política priva, y el tono es la revolución, son políticos y rrrevolucionarios con muchas *erres*. En realidad son unos pobres diablos, torpes casi todos, pedantes *ratés* algunos, guillados otros. Hay alguno que hace el comunista tremebundo y gasta camisa de seda y vive de lo que le dan sus hermanas.

En realidad el Ateneo está muy perdido. Y si yo no lo sostuviera, un poco por rutina y otro poco por lástima, de ver que se deshace una cosa que pudiera ser útil, no sé quién podría manejar aquello. De todos modos, parece ya imposible que el Ateneo vuelva a ser una gran sociedad literaria.

En esta junta del lunes no se atrevieron conmigo, aunque algunos tenían buenas ganas de hacerlo. Un sujeto, empleado que la dictadura dejó cesante, hijo de un antiguo cacique, y que en la elección del domingo votó a Primo de Rivera, se puso a defender una proposición para que se prohíba la acumulación de sueldos y cargos. Se dio el gusto de sacar a relucir a Pérez de Ayala, Aiguadé, y no sé quién más, que están en ese caso. Yo desarmé a los que tenían ganas de ruido, proponiendo que, pues nadie pedía la palabra en contra, y como la proposición formulada era de muy sana doctrina, se aprobase por unanimidad. Lo chusco del caso fue que los «revolucionarios» no querían que se aprobase; lo que les gustaba era que se hablase mucho y se dijesen barbaridades. Como prevaleció mi proyecto, les dio mucha rabia. Después quisieron escaramuzar en torno mío, sacando a relucir las reformas de Guerra, y la competencia que hacen en el Trabajo los oficiales retirados. Con este motivo, se produjo un incidente chistoso, característico del Ateneo y por eso lo cuento. Un «admirador», con mejor intención que buen acierto, dijo no sé qué cosa del «ministro de la Guerra». Entonces otro señor afirmó que allí no estaba el ministro de la Guerra, sino el presidente del Ateneo. Galán, que hasta hace pocos días fue oficial de la Guardia Civil, y es hermano de

Fermín Galán, sostenía que sí estaba el ministro, y él lo estaba viendo. Dos grupos de socios se encresparon un rato, por decir si estaba o no estaba el ministro, sosteniendo unos que sí y otros que no. Fue cosa de risa.

Con la intervención de Galán se produjo otra demostración inesperada. Galán dijo que, en efecto, él había sido guardia civil, pero de aquellos que no se mezclan en política y se atienen al cumplimiento de su deber, etcétera, etcétera. Entonces muchos socios, casi todos, ¡aplaudieron a la Guardia Civil! Y aplaudieron los extremistas. Los mismos que hace pocos meses, en otra junta, me pedían la disolución del instituto.

Dejo de contar otras majaderías, que abundaron. Reunido luego con unos amigos en el despacho, teníamos todos una impresión penosa por el estado del Ateneo. Y todos también reconvenían al secretario, por haberme llevado a presidir.

Aquella misma tarde hubo, en Acción Republicana, elección de la junta municipal de Madrid. Tuve que intervenir para evitar que derrotasen al alcalde, contra el que había muy mala voluntad desde la asamblea. Me pasé gran parte de la tarde en la oficina del partido, y luego estuve en el ministerio hasta las siete. Estando allí me trajo el comandante Riaño un ejemplar de un periódico en que me injurian del modo más grosero y siguen explotando la paparrucha de que yo he sido cadete de artillería en Segovia, expulsado de la Academia por mis vicios. Quien haya puesto en circulación esta estupidez ha tenido mucho acierto, porque ha dado gusto a las bajas inclinaciones de la gente. Parece ser que es muy crecido el infundio. Tengo dos sobrinos oficiales de artillería y me cuentan que han discutido mucho con sus compañeros, empeñados en afirmar que, en efecto, estuve en aquella Academia. Y como los sobrinos alegaban su condición de parientes míos para probar que estaban bien enterados, les contestaban que «quizás a ellos se lo habrían ocultado». Mis amigos se asustan un poco de estas calumnias, y Vicente Sánchez Ocaña, para desmentirlas, ha hecho en *Estampa* una información sobre mi infancia en Alcalá, con el solo objeto de poder decir que desde Alcalá pasé al Escorial, sin haber tenido nunca vocación de militar ni pasado por Segovia. Por cierto que lo escrito por Sánchez Ocaña tampoco está muy bueno; me atribuye una visita a mi madre muerta, completamente imaginaria, escena de un gusto perverso.

El lunes o el martes llegó de Valencia la información que mandé instruir en averiguación de lo hecho por el comandante Fuentes. Resulta, de las declaraciones recogidas en Valencia y Alcoy, que Fuentes tanteó a unos

oficiales para provocar una protesta de la Infantería contra el ministro. He pasado los papeles al auditor, para que instruya diligencias previas.

En la sesión del martes ocurrieron cosas extraordinarias. Por la tarde discutían el artículo 42, en que se habla de la propiedad, y por si había de socializarse de este o del otro modo, aprisa o despacio, con indemnización o sin ella, se movió gran ventolera. Habló Besteiro desde los bancos de diputados, y habló bien. El artículo del proyecto parecía demasiado radical. Según don Niceto envolvía una amenaza que desvalorizaría más la propiedad en España, sin provecho para nadie. Se convino en votar otra cosa, por la Alianza y otros grupos. Y a la hora de votar, cinco diputados de Acción Republicana votaron contra lo convenido, y los socialistas ganaron la batalla por *nueve* votos. Es decir, que los de Acción les dieron el triunfo. Yo me disgusté mucho, llamé a los diputados, y les dije que así no podíamos continuar ni un día más. Giral dimitió el cargo de representante del grupo, y se marchó del Congreso diciendo que no volvería más. El autor de la gracia había sido Luis Bello, que convenció a otros para que hicieran como él. Todos estos amigos creen que el Congreso es el Ateneo y que lo mismo da una cosa que otra. Mi recriminación no se fundaba en el sentido del voto, sino en que habiéndose acordado algo por el grupo, luego se faltase a ello, porque sí. Esta ligereza, como sucedió con la enmienda de Largo Caballero en la sesión permanente, ha traído consecuencias, aunque no tan enormes como en ciertos instantes pudo parecer. Triunfantes los socialistas, es decir, el texto del proyecto, comenzaron a discutirse enmiendas. Aburrido de este juego, me marché del salón de sesiones y, estando en el despacho de ministros, vinieron a contarme que entre los individuos de la Comisión había surgido una trifulca, y que Botella y Castrillo habían estado a punto de pegarse en el propio banco. Prieto decía que Botella, bizco como es, estaba horrible de furor, y que Alomar, bailándole la chalina de embajador demócrata, había separado a los contendientes. No sé qué me ocurría a mí aquella tarde que ni por esas me entraron ganas o curiosidad de volver al banco azul. Lo sucedido fue que don Niceto habló defendiendo no sé qué texto, cuando ya se iba a votar, y Botella se destapó diciendo que las intervenciones del Presidente del Consejo, en tales momentos, eran una coacción. De aquí vino la protesta de Castrillo, del partido de don Niceto, y la bronca consiguiente. Sin hacer más averiguaciones, me vine a casa después de las nueve, con el propósito de no asistir a la sesión nocturna, porque al día siguiente tenía que madrugar para marcharme a Toledo; digo madrugar porque había de levantarme a las ocho; estaba falto de sueño, y muy cansado, y tenía que pensar dos discursos para el

día siguiente. Estaba en casa muy tranquilo, tratando de coordinar unos cuantos temas para los actos toledanos y ya me disponía a acostarme, cuando me llamó por teléfono, desde el Congreso, Fernando Coca, diputado de Acción Republicana, y me dijo que el Presidente del Gobierno acababa de presentar la dimisión delante de las Cortes, y que se había retirado del banco azul. Me lo decía porque juzgaba indispensable que fuera yo por allí. Tomé el portante, llegué al Congreso y entré en el salón de sesiones. Estaba de bote en bote. En el banco azul todo el Gobierno, menos don Niceto, que aparecía en los bancos de su grupo, y Lerroux, que estaba acostado y llegó mucho más tarde. Prieto estaba pronunciando un discurso. Muy enérgico, muy afortunado de palabra, trataba de convencer a don Niceto de que no era posible dimitir, y que así como a él no se le había permitido marcharse, tampoco podían irse los demás, y el Presidente menos que ninguno. Habló de que estamos amarrados al Gobierno, etcétera. A mí me costaba trabajo «entrar en situación». Maura me dijo en dos palabras lo que pasaba; pero no la causa, y quedamos de acuerdo en que aquella salida de don Niceto no podía sorprendernos. En efecto, más de una vez habíamos pronosticado que los nervios y piques del Presidente que padecemos en el Consejo darían cuando menos lo pensásemos un espectáculo público. Pero la verdad es que yo no le creía capaz de hacer una tontería tan grande. El aspecto del Presidente, sentado de medio lado, con el codo en el respaldo del escaño inferior, la cara en la palma de la mano, el semblante torvo, de color plomizo, extraviada la vista, y con un gesto de niño enfadado, era risible. Y no sé cómo no advertía el ridículo de su situación, suplicándole y aplaudiéndole todo el Congreso para que volviese a su puesto, y él, erre que erre, sin dar su brazo a torcer.

La causa inmediata de este barullo fue que Jiménez de Asúa, presidente de la Comisión de Constitución, después de reunir a sus compañeros para tratar del incidente entre Botella y Castrillo, se levantó en su banco para leer una nota en la que declaraba la Comisión solidarizarse con Botella, y afirmar que había hablado en representación de todos. La nota secamente leída por Asúa produjo estupor en las Cortes. Todos entendieron que la declaración se dirigía a aprobar públicamente, y en nombre de la Comisión, lo que Botella había dicho al Presidente en la sesión de la tarde; también lo entendió así el Presidente, que huyó del banco azul y se dirigió a su escaño pidiendo la palabra a grandes voces. Allí pronunció el discurso presentando la dimisión, al que contestaba Prieto cuando yo llegué a la sesión.

A Prieto le aplaudieron mucho, y seguidamente todos los diputados hicieron una ovación a don Niceto. Todos, menos yo, y no sé si algún otro,

porque lo que estaba haciendo el Presidente me parecía tan disparatado y tan necio que no me daban ganas de aplaudir. Lo que hice fue reírme con alguno de los de la Comisión que se sientan detrás de nosotros.

Don Niceto, callados los aplausos, en lugar de ceder y ocupar su puesto (como tuvo que hacer más tarde) y de excusarse por su *boutade* moduló con voz cantarina y tremante una nueva queja insistiendo en su dimisión; dijo que él ya no podía colaborar con Jiménez de Asúa, y puso las cosas peor que estaban. Los diputados parecían muy asustados. La disolución del Gobierno parecía inevitable. En muchas caras se veía la expresión de disgusto y contrariedad por la torpeza de don Niceto, que se ha dado a sí mismo un golpe tremendo. En fin, después de otros discursos, y de una exhortación de Barnés, que presidía, don Niceto volvió al banco azul, no sin declarar que ya era otro hombre, que era una sombra, una cosa muerta, y no sé qué más. Para hacer niñerías hasta el final, no se sentó en la cabecera del banco azul, sino en la otra punta. Me ha dicho Martínez Barrio que al sentarse entre los ministros don Niceto lloraba. Entonces, contra los ruegos del Presidente, se levantó a hablar Asúa. Durante todo lo anterior, como Asúa, sentado detrás de mí, anunciaba a sus compañeros el propósito de hablar, Araquistáin le recomendaba que fuese sobrio y «objetivo».

Asúa se levantó, y más redicho que nunca, explicó el alcance de la nota. Dijo que no la había redactado él, y que quizá no reflejaba su personal criterio. Que no se había tratado de apoyar lo dicho por Botella contra el Presidente, sino de solventar la cuestión, surgida entre varios miembros de la Comisión, que se acusaban unos a otros de no hablar en nombre de ella ni con su representación. Finalmente, en vista de lo dicho por don Niceto, presentaba la dimisión de su cargo, y sin más palabras se fue del salón.

Por entonces llegó Lerroux, con la cara de un hombre a quien le han interrumpido el sueño.

La nota, según se supo después, la había redactado Valdecasas; detalle que por fortuna ignoraba don Niceto cuando habló. De saberlo, no sé qué habría pasado.

Los socialistas y los radicales-socialistas eran los que más empeño ponían en aplaudir a don Niceto, porque tenía enojo particular contra esos dos partidos, que habían aplaudido por la tarde a Botella. En cambio, los radicales parecían más tibios, porque su representante en la Comisión, Samper, había sido el causante de la disputa con Botella.

Tan enojado estaba don Niceto con los dos partidos que, no recuerdo bien en qué momento, llamó a los dos ministros radicales-socialistas y a los tres

socialistas y les dijo que en sus manos ponía el Gobierno, y que arreglasen otro nuevo, en vista de que sus correligionarios habían amparado con sus aplausos a Botella que lo desautorizaba.

Se suspendió la sesión y el Gobierno se reunió en su despacho. Estuvimos todos presentes, y luego llamamos a Besteiro. Se le hicieron a don Niceto reconvenciones por su determinación. Él respondía tirando golpes irónicos o de despecho contra sus ofensores supuestos. Insistía en no continuar en el Gobierno: que ya no era nadie, que era una sombra, un cadáver, etcétera, etcétera. Sarcasmos contra Botella, Asúa, los radicales-socialistas, etcétera, y gana de meterse con todo el mundo. Unas palabras de Maura, excepcionalmente tranquilas, le dieron pie para desfogar su enojo, y ponerse en pie de batalla contra Maura; puso mucho empeño en demostrar que él no había dado pretexto para la agresión de Botella, y mandó que trajesen de la imprenta las cuartillas de su discurso de por la tarde. Mientras no venían, entró Besteiro, y propuso que él hablara con Asúa, a quien estaba seguro de persuadir que retirase la dimisión, conseguido esto, se reanudaría la sesión, declarando el Presidente de las Cortes que el suceso había terminado, continuando ambos en sus puestos. Salió Besteiro, no tardó en volver con la noticia de que Asúa ya no dimitía, y después de más palabras, se fue a reanudar la sesión. Las cuartillas del discurso de don Niceto estaban sobre la mesa de despacho, y en el calor de la conversación nadie paró la atención en ellas.

Entonces comenzó una escena algo ridícula:

—Vamos allá, Presidente —le dijimos.

—No, no. Vayan ustedes, yo iré después.

—Pero están esperando.

—Bueno, bueno. Vayan ustedes. Yo me quedo aquí con alguno. Quédese, don Alejandro.

Salimos encogiéndonos de hombros y un poco maravillados de lo que sucedía. Llegué al salón de sesiones, donde no había un asiento vacío. El Gobierno ocupó su banco. Besteiro, en la presidencia, aguardaba el retorno de don Niceto para reanudar la sesión, y los diputados se miraban unos a otros. Yo me impacienté un poco y volví al despacho de ministros, en busca del Presidente. Allí estaba, con don Alejandro, y con un disgusto nuevo. Le había molestado mucho que no hubiésemos leído las cuartillas, sobre todo que no las hubiese leído «el sabio don Fernando». Repetía mucho lo de «el sabio don Fernando».

Por fin nos lo llevamos al salón; pero se negó a ocupar su puesto en la cabecera y se sentó en el centro. Lerroux le dio a Ríos las famosas cuartillas, que se apresuró a leerlas.

Besteiro hizo la declaración convenida, y prosiguió el debate de Constitución. Hubo nuevas votaciones, un enredo reglamentario, promovido por la interpretación que Besteiro quería dar a no sé qué artículo, y al fin, a las cuatro de la mañana, se convino en que la Comisión redactase un nuevo texto, que pudiera ser aceptado por todos.

La radio difundió por Madrid y por toda España la noticia de la dimisión de don Niceto.

En la reunión que tuvo el Gobierno durante la suspensión, don Niceto me dijo que él no iba ya al banquete organizado para el siguiente día en el Palace, y al que estaba invitada la oficialidad de la guarnición de Madrid, por ser la fiesta del ejército. No iría, porque ya no tenía autoridad, ni ánimo, etc. Le contesté que no hiciese niñerías, que seguramente asistiría, como era su deber, pero que si de verdad estaba resuelto a no ir, que me lo dijese, para suspender el banquete en aquel mismo momento.

Cuando ya estábamos en el banco azul, volvió a decirme lo mismo, y la respuesta fue idéntica. Y como al poco tiempo, cansado de la sesión, me salí al pasillo, don Niceto preguntó a Casares:

—¿Adónde va Azaña?

—No sé. Ya lo conoce usted. Quizás a ordenar la suspensión del banquete.

Ignoro si hablaron más. Casares salió al pasillo y me preguntó si había yo dado esa orden, y al contestarle que no, me refirió ese breve diálogo con don Niceto.

Volví a casa, a las cuatro.

El miércoles 7 me levanté a las ocho, con solo tres horas de sueño. A las nueve llegué al ministerio; allí se me incorporaron el subsecretario, el general de la división, el general Queipo, otros personajes militares, un cortejo de ayudantes, y, en brillante caravana, salimos para Toledo. Era el «día del ejército», con el que he sustituido a las diversas fiestas de las patronas de las armas. En Toledo tenía que entregar la nueva bandera a la Academia, que ya no es solo de Infantería sino de Caballería e Intendencia, además. Esta fusión, y la clausura de la Academia General Militar de Zaragoza, les ha venido muy bien a los toledanos. Recuerdo que un periódico de Zaragoza dijo, con ocasión de las elecciones, que yo había quitado la Academia de allí y llevándola a Toledo, para ganar votos en esta provincia, por la que era

candidato. Ese periódico ignoraba que el decreto de disolución de la Academia General Militar estaba firmado desde mayo, y no lo quise publicar hasta que pasaran las elecciones.

En Toledo habían cerrado los comercios. Mucha gente en las calles aplaudía. En la puerta del Alcázar, las autoridades militares, y en el patio formados todos los alumnos. Revisté la formación, como era mi deber. Eso de revistar cuerpos formados es una de las cosas que más me chocan. Todo consiste en pasar dando zancadas por delante de las filas de hombres, tiesos como palos; yo los miro apenas, y alguno me mira con el rabillo del ojo. Además de los militares había en el patio muchísimo público; las galerías altas, atestadas. Habían colocado en ellas no sé qué colegios, y sonaba un rumor de colmena. Toque de cometas, presentación de la nueva bandera. Discurso del exalcalde de Toledo, señor Ballester. Este señor Ballester ha sido concejal romanonista y ahora hace de jabalí radical-socialista.

Habló el coronel de la Academia, y luego pronuncié yo una alocución bastante vigorosa, pero que apenas se oyó: tal era el ruido.

Me impusieron una visita detenida a las instalaciones de la Academia, que ya conocía. Las vi el año 17, acompañando a Bergson y otros franceses que vinieron a Madrid durante la guerra europea. Los alumnos han desfilado, después, delante de mí en la explanada. Cuando estábamos en esto, llega el obispo, administrador de la archidiócesis en reemplazo de Segura. El desfile produce alboroto entre los toledanos. Y un político local, que está junto el estrado grita: «¡Esto es ya Toledo! ¡Viva el ministro de la Guerra!».

Gran banquete en el comedor de alumnos. Les digo otro discurso, y se entusiasman. Ciertamente no será porque les haya lisonjeado.

A las tres salimos para Madrid. Poco antes de las cuatro, estábamos en la nueva plaza de toros, donde se celebraba una fiesta para la tropa. En el palco del Gobierno están el Presidente, Ríos, Casares y Martínez Barrio. Me ha dicho después Casares que el Presidente se había instalado en un palco con su familia, y que les ha costado mucho trabajo hacerle ir al palco oficial. Cuando llego con mi cortejo, el pueblo soberano me aplaude. Hay banda republicana, masa coral, bailes, carrousel… Pero todo va de prisa, y no se acaba muy tarde. Cuando los del cuadro aragonés cantaban coplas, Casares me dice: «Si le cantan a usted una hay crisis». Por suerte, todas han sido para don Niceto. Todavía, en el curso de esta fiesta, don Niceto ha vuelto a decirme que fuésemos preparados para hablar, porque él no estaba con ánimo de nada, y que quizá pidiesen que hablase el ministro de la Guerra; yo le he replicado:

«¿Cree usted que en un banquete oficial, los militares van a ponerse a decir que hable el ministro?».

Después de la fiesta he ido al Congreso. Poca atención he puesto en lo que sucedía dentro del salón. Ya no me acuerdo. A las ocho nos fuimos a casa el ministro de Marina y yo. Don Niceto andaba todavía coqueteando con el puesto que le corresponde en el banco azul.

A las nueve y media en el Palace. Banquete ofrecido por el Gobierno a la guarnición de Madrid. Preside don Niceto, y a su lado Casares y yo. Todos los generales de la división, y los de las dependencias y centros militares, y unos seiscientos jefes y oficiales, porque no cabían más. Cuando estábamos empezando, llega un criado con unos sobres que contienen hojas clandestinas en las que me insultan del modo más soez y se incita al ejército a que no siga tolerando los «agravios» que le hace el ministro. Recoge los sobres el general Villegas, y con uno de ellos se queda Sanjurjo.

Al final, discurso del Presidente. Parece ser que los militares esperaban que yo hablase. Pero estaba indicadísimo un discurso de don Niceto, que posee la oratoria adecuada para tal público y tales actos. Los ha enloquecido con su discurso, que no ha estado falto de tino y habilidad. Muchos se ponían en pie braceando con entusiasmo, y algunos estaban conmovidos. El Presidente nombró a Sanjurjo, recordando lo que hizo el 14 de abril, y además le dio ocasión de ser sagaz. Cuando don Niceto habló de Lepanto, Sanjurjo le dijo a Casares: «Ahora va a hablar de Cervantes». Y, en efecto, habló de Cervantes. Al final, aplaudieron con frenesí y vitorearon a la República. Todos ponderaban lo inteligente y lo gran orador que es don Niceto. Y el general Nieves, que es gordo y pacífico y algo monárquico, dijo que se sentía orgulloso de ser español.

Me entero de que al prepararse, en la Escuela de Equitación, el carrousel para esta tarde, un capitán se negó a tomar parte en la fiesta, diciendo que la República y el ministro se habían portado mal con el arma de Caballería; otros dos oficiales le secundaron en la negativa. He dispuesto que se haga una información para corregirlos.

En la sesión del jueves comenzó el debate sobre el artículo 24 de la Constitución, en que se propone la disolución de todas las órdenes religiosas y la incautación de sus bienes. Habló el ministro de Justicia, que tenía gran interés en ser el primero, para hacer, decía, un discurso «informativo». Habló largo, y bien casi siempre. Pero no se limitó a informar, sino que combatió a fondo la enmienda presentada por Enrique Ramos en nombre de Acción Republicana y que habían aceptado los radicales y otros grupos de la Cámara.

Esta enmienda proponía una solución más templada, y la situación de «corporación de derecho público» para la Iglesia. Esta idea había surgido en la Comisión misma que nombró Ríos para preparar el Estatuto de la Iglesia; pero en vez de esperar a que se discutiese la enmienda para descubrir su oposición, la fusiló por adelantado, haciendo así casi imposible encontrar un término de concordia. Parece que Ortega, también partidario de la Corporación de Derecho Público, está muy disgustado con don Fernando por lo que ha hecho, que es, en efecto, una ligereza y un acto poco leal.

Dice Ramos que Fernando ha procedido así por vanidad. El caso es que oído su discurso, los diputados ya no eran partidarios de la Corporación de Derecho Público.

Fernando tuvo, en su discurso, pasajes muy cursis, como aquel en que hizo una semblanza de la hermana de la caridad, que parecía arrancada de una novela de Pérez Escrich, y, luego, arengando a los católicos, les aseguró que él estaba «prosternado ante lo Absoluto». Cosa que a nadie le importa, ni, probablemente, al Absoluto mismo.

A Fernando de los Ríos le parece muy mal el dictamen de la Comisión y en la segunda parte del discurso lo insinuó. Los socialistas no querían dejarle hablar, porque ellos sostienen a toda costa el dictamen y se lo permitieron a condición de que se limitase a «informar». No lo cumplió ciertamente. Pero si tan mal le parece, no sé por qué se prosterna también ante la voluntad de su partido en cosa tan grave y que toca a la conciencia.

También me pareció cosa extemporánea lo de pedir un aplauso para los sefarditas, descendientes de los judíos expulsados por los Reyes Católicos. Los diputados aplaudieron; estoy seguro de que Bruno Alonso no sabe quién son.

Ayer viernes habló Albornoz. Estuvo muy mal. Sin conceptos su elocuencia. Hizo un discurso de mitin, pero de los malos, y lo agravó con el tono de su oratoria. Albornoz tiene un acento asturiano muy marcado, y entona una salmodia con altos y bajos en los timbres que se suceden, a intervalos iguales y regulares, sin ninguna relación con la importancia de la palabra correspondiente; así unas veces se le oye elevar el timbre para decir «ministerio», u «opinión», sin que se sepa por qué se engalla. Resulta ese énfasis huero, muy ridículo. Su discurso no gustó a nadie, y menos que a nadie a Marcelino Domingo, que comparte con Albornoz la jefatura del Partido Radical-Socialista. En el banco azul, Domingo tenía la cara verde. Estaba sordamente furioso y, como sus correligionarios le han exigido que antes de hablar explique ante el grupo parlamentario sus intenciones,

Domingo me dijo «que está dispuesto a mandarlos a hacer puñetas». Albornoz, naturalmente, declaró su conformidad con el proyectado artículo 24. El haber resuelto los radicales-socialistas votar el artículo tal como está, es lo que ha decidido a los socialistas a mantenerlo también, para no quedarse a la «derecha» de aquellos; antes de eso, los socialistas estuvieron vacilantes. No es solo Fernando de los Ríos el que encuentra mal el artículo, también Besteiro y Largo Caballero y creo que algunos más.

Domingo también se opone al artículo, disintiendo de Albornoz; él mismo me lo ha dicho. Y hasta me aseguró, en el Consejo de ayer, que lo proclamaría así desde el banco azul. Pero dudo de que se atreva. También me ha dicho que si se pone a votación el artículo tal como está, hará que se marchen del salón unos quince diputados de su grupo.

En el Consejo de ayer se leyó por fin el proyecto de Prieto sobre reforma de la ley del Banco. Maura volvió a oponerse a que se llevase ahora a las Cortes, y también don Niceto. Se había aplazado esta cuestión hasta que regresara Lerroux. Quizá don Niceto esperaba que Lerroux sería de su opinión; pero se llevó chasco. Lerroux masculló unas palabras de aprobación, y quedó resuelto que se leyese por la tarde en las Cortes. Claro es que don Niceto, con el mal gusto de mezclar sus cosas personales en las públicas, no dejó de decir que él no había vendido ninguna de las pocas acciones del Banco que posee.

Esta mañana hemos ido los ministros a la inauguración del Congreso Postal Panamericano, en el Senado. Ceremonia fría. Discurso de Alcalá-Zamora, que es inagotable. Cuando estábamos en el despacho presidencial, alhajado según el gusto de Montero Ríos, Fernando me decía: «Esto es precioso, esto es precioso». No sé por qué. Cortinas y divanes forrados de gruesos terciopelos, y retratos de generales y ex Presidentes del Senado.

El general Villegas viene a decirme que los jefes de cuerpo de la guarnición no le dan cuenta de los incidentes que ocurren en los cuarteles. El día de la fiesta del ejército, los suboficiales y sargentos del regimiento 1 se negaron a tomar el *lunch* que había dispuesto en su obsequio. También he sabido que asistieron muy pocos a la función de teatro con que se les convidó ese mismo día. «Están de monos» con el ministro porque, al suprimirse la escala de reserva, se les ha cortado el paso a la categoría de oficial. No quieren enterarse de que la reforma favorece a su clase, como que les abrirá las academias y las escalas activas.

11 de octubre

Ayer sábado fue el discurso —sacrificio de don Niceto—. Tenía resuelto combatir el artículo 24, defendiendo la tesis de su liberalismo católico. Las nueve décimas partes de la Cámara le son hostiles en esto. Cuando Fernando de los Ríos dijo su discurso, don Niceto exclamó: «Usted, vuelta al ruedo, y la cornada para mí».

Don Niceto estaba persuadido de que las Cortes le tratarían mal, y todos temíamos que hiciese otra barrabasada como la del otro día, que hubiese tenido peor arreglo. Como estaba tan reciente el suceso, yo confiaba en que no se atrevería a repetirlo tan pronto. Las Cortes le han oído con sepulcral silencio, y eso que ha dicho algunas cosas ásperas. Al final le han aplaudido su grupo y algunos diputados más. Los suficientes para que oyese un ruido agradable. El discurso ha sido de noble intención, pueril a ratos, ondeante y caracoleante de elocución, de tal manera que no puede uno seguir sus razonamientos. Lo mejor, y lo más político, ha sido la conclusión, anunciando que acaudillará a los católicos dentro de la República.

Yo le decía esta tarde a Pérez de Ayala que don Niceto posee una falsa abundancia de palabras, falsa, por su imprecisión.

—No —dice Pérez de Ayala—. Es el tanteo del orador. Es como el agua vertida en el suelo, que va de una parte a otra, indecisa, buscando el camino.

Nada tengo que oponer.

Cuando empezaba a hablar don Niceto, y como nadie podía estar seguro de lo que iba a resultar de su discurso, ni menos aún del debate, Lerroux me dijo en el barco azul unas palabras significativas.

Ya en el Consejo (es decir, el viernes), Lerroux nos anunció que probablemente tendría que marcharse de nuevo a Ginebra, a presidir el Consejo de la Sociedad de Naciones, por la agravación del conflicto chino-japonés. Este anuncio nos escamó un poco. Y ayer sábado se dijo en firme que se marchaba. Por la tarde supimos que tenía retenidas las plazas en el tren de la noche. Este viaje ha parecido a todos muy mal. A nadie se le oculta que Lerroux hace tanta falta en Ginebra como los perros en misa, y que el marcharse en estos días es una habilidad más para no comprometerse en el debate. A don Niceto le ha sentado el viaje peor que a nadie.

Pues bien, ayer, en el banco azul, Lerroux que casi nunca habla, y que estos días anda algo torvo y preocupado, se inclinó hacia mí, y me dijo: «Supongo que si se produjera aquí una situación angustiosa, estaríamos conformes en que deben gobernar los que tienen más votos en las Cortes».

Yo no comprendí al pronto a quién se refería, si a los socialistas o a la Alianza Republicana, porque eso de tener más votos depende de cómo se haga la cuenta. Me limité a contestar: «Claro, claro».

Añadió:

—Después podríamos gobernar los demás.

Se refería pues a los socialistas. No dijo ni una palabra más, y no le pregunté tampoco.

Cuando terminó el discurso, Lerroux fue a dar un abrazo a don Niceto, y poco después se marchó. En el despacho de ministros, el Presidente comentaba con enojo la huida de don Alejandro. A última hora, me dijo que le había enviado un volante, muy respetuoso y bastante seco, representándole la responsabilidad que podía acarrearle su ausencia de las Cortes en estos momentos. Don Alejandro, que había aplazado su salida para la mañana de hoy, domingo, ha desistido del viaje.

Maura nos leyó ayer tarde un proyecto de nueva redacción del artículo 24. Dice que lo ha hecho él, y que anoche estuvo trabajando en ello siete horas; pero yo creo que no es suyo, y debe de venir del lado de Ossorio. Se propone defenderlo en la sesión próxima, y está decidido a marcharse del Gobierno si se vota el artículo tal como lo presenta la Comisión. También Maura quiere acaudillar a las masas católicas, para evitar que se vayan a la monarquía. Don Niceto le disputa esta bandera.

Asisto al Congreso después de cenar. La sesión está desanimada. Hacemos tertulia unos cuantos amigos en el salón de conferencias, y allí nos llegan noticias muy divertidas del discurso que está pronunciando, en nombre de los socialistas, Andrés Ovejero. Ha dicho, entre otras cosas, que Caín fue el primer agrario.

Entro en la sesión para divertirme un poco oyendo a Samblancat, un bárbaro natural de Graus, y diputado revolucionario por Barcelona, donde tiene, en el barrio chino, una tienda de condones. Ha dicho mil atrocidades. Los curas diputados se han marchado del salón.

Conversando con unos y otros en los pasillos, me dan las dos. Me marcho con Cipriano, que ha llegado hoy de Barcelona. La sesión se acabó cerca de las cuatro de la mañana.

Hoy me he pasado todo el día en casa, hasta las ocho. He salido a juntarme un rato con unos amigos, y ya no he vuelto a salir después de cenar. Así se me olvida que soy ministro, que hay política y hasta que hay República. Divago y fumo, como en los tiempos en que solo era literato; tiempos que el poeta Domenchina sigue lamentando que hayan pasado, quizá

para no volver. Yo también lo lamento a veces, porque me quedaban muchas cosas que hacer. Pero, esta experiencia de la revolución y del Gobierno primero de la República valía la pena de vivirla por dentro.

Lo que me molesta en el hablar de don Niceto son las dos *ces* que pone donde no hacen falta: discrección.

A Largo Caballero, cuando va pisando el mármol del hemiciclo del Congreso, le rechinan las botas, y todo el Congreso lo oye.

La embajada de Cuba tenía invitado al Gobierno a un banquete hoy domingo, por la fiesta nacional de su república. Todos los ministros, menos el Presidente, nos habíamos excusado. El banquete se ha suspendido.

12 de octubre

Fiesta de la raza. No salgo tampoco de casa. Tranquilidad, olvido. Me he negado a hablar por la radio a los pueblos de América, como vinieron a pedírmelo Rodrigo Soriano y Alberto Ghiraldo. Con esta ocasión, Soriano tuvo la amabilidad de decirme que soy «lo más tolerable» del Gobierno.

Esta noche, banquete del Ayuntamiento al cuerpo diplomático, por ser la fiesta de la raza. Recibo la invitación a las seis. No iré.

Entre las cosas que inventan por ahí para «desacreditarme» figura esta: *que estoy casado con la hija de una mora*.

A las ocho y media recuerdo que tengo cita para el Consejo Nacional de Acción Republicana. Asistimos diez o doce. Entre ellos Amós, que viene de presidir una junta extraordinaria del Ateneo, donde se ha despotricado contra Alcalá-Zamora y contra los frailes. El secretario nos da buenas noticias de la organización. El partido aumenta, sobre todo en Madrid. Pero averiguamos que tenemos catorce mil pesetas de trampas. La reunión ha durado hasta las diez y cuarto. Salgo con Enrique Ramos, y hablamos de lo que se va a hacer mañana.

13 de octubre

Consejo de ministros en la presidencia. Asuntos de poca importancia. Conversamos ligeramente sobre el asunto del día: lo que podrá ocurrir en las Cortes al votarse el artículo 24. Ya se sabe que los socialistas mantienen el

artículo como está en el proyecto. Van un poco a remolque de los radicales-socialistas, que están muy intransigentes, y quieren ocupar el puesto de extrema izquierda; los socialistas no se atreven a dejarse adelantar por aquellos. Si la Comisión modificase el dictamen, los socialistas lo mantendrían por su cuenta, como voto particular. A casi todo el Gobierno le desagrada el texto presentado por la Comisión; tan solo Prieto y Albornoz lo encuentran bueno, más sinceramente Prieto que Albornoz. A Domingo le parece mal, pero no se atreve a decirlo. Otro tanto les sucede a varios diputados de su partido. Maura sigue decidido a hablar, para defender un proyecto de artículo, que nos leyó el otro día. Y anuncia su resolución de dimitir, si el de la Comisión prevalece. En vano le doy consejos, y le exhorto a la prudencia. Se pone rojo, se le inyectan los ojos, se le cierra el entendimiento, no escucha a nadie. Yo estoy muy disgustado, pensando que pueden ocurrir desastres. Pero ya no pensamos en la dimisión de don Niceto, porque tiene dicho en su último discurso, que pase lo que pase continuará en el Gobierno mientras las Cortes no le echen.

—Quizá sea este el último Consejo que celebremos —dice Maura.

—Hoy es martes 13 —comenta otro, riéndose.

Largo Caballero escucha y se sonríe. ¿Por qué ha de pasar nada? Ya veremos.

Cuando estábamos reunidos, me pasan recado de Ruiz Funes, el diputado de Acción Republicana que forma parte de la Comisión de Constitución, para que salga a hablar con él. Ruiz Funes me presenta una hoja con un nuevo texto, que es el que nos leyó Maura el otro día, con ligeras variantes. Me dice que la Comisión va a reunirse, esta misma mañana, para decidir si mantiene o no el primer dictamen, y que él piensa someterles esta nueva redacción, pero que desea saber si yo la apruebo. Leído nuevamente el texto, doy mi conformidad y le pregunto si cree posible que lo acepte la Comisión; Ruiz Funes me dice que probablemente lo aceptará la mayoría. Yo tengo, en el fondo, una gran indiferencia por la hechura que se dé al artículo, si al menos se consigue evitar el precepto de la expulsión de todas las órdenes religiosas, medida repugnante, ineficaz y que solo encierra peligro. Examinándome bien, encuentro, en mi repugnancia, un motivo de humanidad y de estética. Cada vez que me acuerdo del Paular siento mucha lástima por las cosas bellas que pierden su carácter tradicional. Me parece mal desalojar de Silos a los benedictinos, no porque la comunidad haga cosas estimables, sino por lo que es la abadía en la historia de España, y otro tanto siento del Escorial. Resulta que mis repugnancias provienen de lo que he visto y sentido. En cambio, no

me dicen nada otros lugares ni otras comunidades que, a lo mejor, son más dignas de consideración. También se me antoja estúpido que vayamos a cerrar conventos de monjas por esos pueblos de España, las Úrsulas de Alcalá, las bernardas de no sé dónde, etcétera.

La disolución total e instantánea me hace el efecto de una acción ininteligente.

Confieso que estas preocupaciones me duran poco. Además, la confianza en que pasaremos este desfiladero, como hemos pasado otros, no me abandona; por mi interior circula, como si dijéramos, un encogimiento de hombros.

Esto viene, en parte, del espectáculo de la obtusidad ajena. Si tuviesen la inteligencia más afilada, no dirían las cosas que oigo, ni se enredarían en arrebatados vaticinios, que ahuyentan el buen juicio. La propensión a vaticinar y a dar por inminente la realización del vaticinio suele estar, aunque no lo parezca, en razón inversa de la claridad del entendimiento y del fruto sazonado de la experiencia. Y al retraerse de estos vicios, y renunciar a convencer a los arrebatados, parece que acaba uno también por retraerse del asunto que provoca el arrebato y renunciar a considerarlo en serio.

Durante el Consejo se ha hablado de los ferroviarios. Y cuando Albornoz, con el acento huero que le es propio, decía sobre el asunto cosas vagas, Maura le ha interrumpido, preguntándole con afectada seriedad:

—Pero usted estaría de acuerdo con Trifón.

—¡Ah! Sí, sí. Siempre estoy de acuerdo con él —es el estribillo de Albornoz. Maura se ha sonreído con la mitad de la cara, y un relámpago de malicia ha brillado en el semblante de otros ministros. Albornoz no se ha enterado.

Tampoco se ha enterado del asunto ferroviario. Su manera de expresarse y lo que decía me recordaban exactamente al estudiante desaplicado a quien le preguntan la lección y no se la sabe, pero no quiere callarse, y mete embuchados.

Después del Consejo he venido a casa, y antes de comer escribo estas notas. Por la tarde fui a las Cortes, y ocurrían cosas extraordinarias. Tanto, que han variado totalmente mi situación en la política.

Tuvimos reunión de los diputados del partido, para diversas cuestiones interiores, entre ellas, la de apretar los lazos de la disciplina en los debates y votaciones. Después estuve en el despacho de ministros, y encontré a Maura un poco más calmado, pero todavía con propósito de hablar: hablaría después de la votación, para dimitir, si el dictamen de la Comisión era aprobado.

Entonces supe que la Comisión había aceptado el nuevo texto que llevó Ruiz Funes, y que los socialistas y los radicales-socialistas mantenían el antiguo. Los radicales-socialistas se habían retirado de la Comisión. Me dijeron también que si se aprobaba el artículo, tal como quedaba en la nueva redacción, los radicales-socialistas exigirían a sus ministros que se retirasen del Gobierno. De modo que por todas partes era de prever un desmoronamiento.

Marcelino Domingo no había asistido al Consejo de la mañana, por estar viajando, y su ausencia se comentaba con alguna sorna, porque se creía que era un modo de esquivar el conflicto. Domingo se presentó a media tarde en el despacho del Gobierno, sonriendo y feliz. Le pregunté si pensaba hablar en la discusión del artículo, y respondió que no. Valor cívico se llama esto.

Cuando don Niceto pronunció su discurso del día 10, frente a la hostilidad de casi todo el Congreso, Lerroux le dio un abrazo y le dijo: «Es un acto de valor cívico».

—Muy poco imitado —le respondió un diputado amigo de don Niceto. Aludía al también obstinado silencio de don Alejandro, que hasta ahora no ha abierto la boca en las Cortes.

Creo recordar que estuvo con nosotros en el despacho Angel Galarza, radical-socialista, y que también mostraba su desagrado por el texto que mantenía su partido.

Alguien (no sé si el mismo Maura) le dijo a Largo Caballero que los socialistas debían tener la habilidad de dejarse derrotar; a lo que Largo se opuso.

Me fui al salón de sesiones, donde discutían el artículo 3, que declara que el Estado no tiene religión oficial. Inmediatamente iba a empezar la discusión del 24 y, como los socialistas presentaban en forma de voto particular el texto antiguo (disolución inmediata de todas las órdenes), sobre el voto particular se daría inmediatamente la batalla, votándose en seguida, con un solo discurso en pro y otro en contra.

Yo estaba tranquilo, casi indiferente, incierto aún sobre si se me presentaría ocasión oportuna de hablar. Se acercó Giral al banco azul, preguntándome si conocía el nuevo texto adoptado por la Comisión, y el grupo de Acción Republicana lo votaba. Le contesté que me habían consultado el texto, que Ruiz Funes lo había llevado con mi aprobación y que a mi juicio debía votarse; le encargué que diese instrucciones en ese sentido a los diputados del partido. Al poco rato, vino Carlos Esplá y me dijo que no le parecía bien que Acción Republicana votase con la Comisión, porque sería

interpretado como un paso atrás de nuestro partido, que se distanciaría demasiado de la opinión «izquierda». Comprendí que Esplá no hablaba solo por su cuenta, y dominando la contrariedad que ello me producía, le contesté que al momento se reuniesen los diputados del partido para examinar la cuestión. Me levanté del banco azul, salí del salón, todos los diputados de Acción Republicana me siguieron, suscitando alguna expectación en el Congreso, y nos reunimos en una sección. Asistieron todos, menos Ruiz Funes, que no podía abandonar el banco de la Comisión, y Ramos, que como secretario estaba en la mesa. Ramos me envió un volante adhiriendo su voto al mío. Pero llegó también a la reunión a última hora.

La discusión fue muy viva y difícil. Se habló incluso, por algunos, de la necesidad de romper el grupo. Estaban en favor del voto de los socialistas Castrovido, Esplá, y dos o tres más. Esplá sostenía que el voto de los socialistas es inadmisible, y no puede aplicarse, pero que, en la actitud de socialistas y radicales-socialistas, había una maniobra para quedarse con una bandera popular, y aunque no estaban muy convencidos (sobre todo los socialistas) de la conveniencia de ese voto y les gustaría que fuese rechazado, querían que lo rechazasen otros, no ellos. A esto, según Esplá, no debíamos prestarnos; era mejor, vista la imposibilidad de un acuerdo, votar con ellos, haciéndoles antes ver la responsabilidad que adquirían. Otros diputados querían votar con los socialistas, porque era lo más «avanzado», y suponían que nuestro partido iba tomando un tinte derechista. Así lo probaban muchos mensajes recibidos de provincias, protestando contra la enmienda que presentó Ramos.

Hablaron muchos; yo procuré retardar mi opinión personal, para que no se creyesen sometidos a mi criterio, y me limité a apuntar los peligros de las soluciones que iban proponiendo. Alguno me preguntó:

—¿Hay peligro para el Gobierno en votar con los socialistas?

—Seguramente. La suerte de la votación depende de nuestro grupo. Si votamos con los socialistas, la votación se gana y el Gobierno caerá, porque Maura dimite y, probablemente, Alcalá-Zamora, que no quiere quedarse en el Gobierno como único «derechista». Esto, a mi juicio, es una contrariedad enorme y sus consecuencias, imprevisibles.

Por gran mayoría de votos se acordó aceptar el dictamen de la Comisión. Los que resultaron en minoría pretendieron que se les autorizase para votar en el salón contra el dictamen, a lo que yo me opuse. Costó trabajo reducirlos. Por fin, Castrovido dio el ejemplo de prometer que se abstendría, por

disciplina. Otros le imitaron, y solo quedó uno irreductible: es tontiloco, y no se puede hacer carrera de él.

Entonces yo les expuse las líneas generales del discurso que me proponía pronunciar, en nombre del partido, si había ocasión propicia. Les parecieron muy bien mis ideas, y dijeron que a toda costa hablase, sin dejarlo en un «veremos». Castrovido aprobó mucho lo que me proponía decir, y lo mismo Esplá. Todos convinieron en que con mi discurso el partido quedaría muy bien. Todavía hubo algún pedante que se reservó hasta que oyese el discurso. Nos avisaron que había empezado la discusión del artículo 24, y nos fuimos al salón. Estaba hablando Jiménez de Asúa, socialista, presidente de la Comisión. Asúa hablaba en apoyo del voto particular de los socialistas, y contra el nuevo dictamen de la mayoría de la Comisión. Mucha gente, curiosidad viva, intranquilidad por lo que iba a suceder.

Al sentarme en el banco azul, le dije a Maura: «Voy a hablar. Lo hemos acordado en la reunión del partido».

—Me parece muy bien, usted es el único que puede arreglar esto. Me evitará usted que hable yo.

También se lo dije a Fernando, que estaba a mi izquierda.

—¡Ah!, muy bien. Cuanto antes; al terminar Asúa pida usted la palabra.

Jiménez de Asúa, detrás de nuestro banco, me apedreaba los sesos con su voz metálica y su dicción superferolítica. No me era posible concentrar la atención en nada. El discurso no pasaba de discreto, y no convencía a nadie. Tomaba las cosas por un lado poco tangente con el problema político.

Se sentó Asúa, hubo rumores y aplausos; pedí yo la palabra, y el Presidente no me oyó. Insistí, y se hizo un silencio enorme. Cuando me puse en pie, la tensión subió; todos los escaños se poblaron, al pie de la tribuna presidencial se arremolinaron muchos diputados. Como siempre que rompo a hablar, yo estaba absolutamente sereno y tranquilo; hubiera podido entretenerme en decir chistes. Pero las consecuencias del discurso no podían presentárseme ya todas y de golpe.

El discurso me salió muy bien, como una seda, y fui midiendo el efecto que hacía casi palabra por palabra[17]. Los ministros contiguos a mí aprobaban por lo bajo. Los socialistas estaban pendientes de lo que decía, como que de ello iba a resultar una postura nueva de su partido, y que les tomaba de sorpresa. No contaban con que yo hablase. El señor Ortega, cada vez que miraba yo hacia su banco, daba cabezadas de aprobación, sobre todo cuando le dije a Fernando de los Ríos, suavemente, lo mal que había procedido al combatir de antemano la enmienda de Ramos. Recuerdo a Santiago Alba,

echado de codos sobre el respaldo del escaño, y sin quitarme ojos. También recuerdo la cara de Teodomiro Menéndez, con su expresión de bobería asturiana, que denotaba sorpresa y deleite. Cuando me lancé, sabiendo que arriesgaba un golpe decisivo, a preguntarles a los socialistas si querían gobernar, y ofreciéndoles en este caso la aprobación de su voto particular, el efecto político del discurso quedó al descubierto, y todo el Congreso, menos los radicales-socialistas, rompió a aplaudir. Cuando terminé, casi todos los diputados se pusieron en pie para aplaudirme. Todos los ministros, menos Albornoz, me felicitaron con efusión. Lerroux se agitaba en su asiento, riendo de satisfacción y muy emocionado. Me dijo: «¿De modo que se tenía usted eso guardado?». Y me cubrió de elogios. También don Niceto estaba contento, y me dio las gracias porque le había tratado con mucha consideración. Esto me lo repitió después en el despacho, yo me sorprendí un poco, porque nada estuvo más lejos de mi pensamiento que don Niceto, y no me acordé de él para nada. Luego he pensado si se trataba de una ironía del Presidente. De todos modos, le contesté: «Me alegro de que lo reconozca usted así». Maura estaba entusiasmado y me aseguró que había yo prestado un gran servicio a la República.

Cuando se calmó un poco el alboroto, pidió la palabra Cordero y dijo que, después de lo que acababan de oír, los socialistas necesitaban reunirse para meditar lo que convenía hacer. Esto hizo notorio el resultado de mi intervención. Era ya seguro que los socialistas retirarían su voto particular. A los radicales-socialistas les contrarió mucho la intervención de Cordero, y se levantó el señor Baeza Medina, jefe de la minoría radical-socialista, para reprochar a los socialistas su actitud. Baeza Medina es un hombre tan inteligente que no se le ocurrió decir sino que le parecía muy mal que se atendiese a razones, y que no había más camino que votar conforme a lo acordado por los partidos. El Congreso le demostró con voces y rumores la pifia que acababa de hacer; el Partido Radical-Socialista quedó en muy mala situación y un poco más desprestigiado y desautorizado que antes.

En mi discurso, defendiendo el texto adoptado por la Comisión, en contra del voto particular de los socialistas, introduje dos novedades, que lo agravaban. Una, la prohibición de enseñar (añadida a la prohibición de ejercer el comercio y la industria, ya propuesta) por las órdenes religiosas. Esto vino acordado desde la reunión de mi partido, y lo propuse yo, porque es la clave del problema. Otra fue la disolución inmediata de la Compañía de Jesús, que en el proyecto de la Comisión se dejaba para una ley especial. Cuando yo bajaba del salón, después de la junta de mi partido, me encontré con Zulueta,

a quien le dije algo de lo que pensaba hacer. Zulueta me declaró que estaba conforme con la nueva propuesta de la Comisión; pero que, a su juicio, debía pronunciarse desde luego la disolución de los jesuitas, y no aplazarlo para una ley, porque esta amenaza podía volverse contra las Cortes mismas, si dejábamos a mucha gente poderosa interesada en que las Cortes no legislasen más.

Comprendía que esto tendría mayor fuerza con los socialistas, y siendo a la larga lo mismo, les facilitaría de momento avenirse a mi propuesta. Y así lo dije en mi discurso y no me equivoqué.

Zulueta me dijo después que suscribía palabra por palabra todo cuanto yo había dicho.

Se suspendió la sesión, para dar lugar a que los socialistas se reuniesen. Todos los diputados vinieron a felicitarme al banco azul, menos los radicales-socialistas y los vasco-navarros. Sánchez Guerra y Alba se acercaron a darme la mano; don José Ortega me dijo que no había oído nunca un discurso parlamentario mejor. Tardé más de media hora en poder salir del banco azul y en reunirme con los ministros. Todos estaban contentos.

Indalecio Prieto, después de decirme que mi discurso era magnífico, la emprendió con la minoría socialista, y los puso de borregos, etcétera, etcétera. Dijo que yo los había llevado en el pico de la muleta, y que le había dado ganas de echarse al medio del hemiciclo a decir blasfemias. Aseguró que al grupo socialista ya no le queda nada por perder. No opinan así todos sus correligionarios. Besteiro me dio la enhorabuena «más cordial»; y Trifón Gómez, que forma parte de la Comisión, estaba muy alegre, porque yo les había dado una salida. Después se vio que esta era la opinión dominante.

Muchos abrazos, muchos vivas y la repetición de que había prestado un servicio inmenso al Gobierno y a la República. El efecto del discurso se extendió velozmente por Madrid. Comencé a hablar poco antes de las ocho, y a las nueve ya se comentaba en las tertulias de los cafés. El contento era general, porque se estimaba que el Gobierno había salido de un trance muy difícil. Yo también estaba contento, porque había acertado con lo que quería y porque había pasado un rato muy divertido.

Mientras estábamos oyendo a Cordero, me pasan un papel firmado por unos cuantos ateneístas. Trae la mención de «urgentísimo», y me piden que salga a recibirlos. Me niego a salir. Resulta que el Ateneo está «reunido en sesión permanente» para ocuparse en los asuntos que discuten las Cortes. Ayer celebraron una junta extraordinaria para «fijar la actitud del Ateneo en la cuestión religiosa». Después de no pocos escándalos aprobaron una

proposición adhiriéndose al dictamen de la Comisión de las Cortes. Después quisieron acordar que se organizase una manifestación pública, y Amós Salvador, que presidía, levantó la sesión. Se movió un gran alboroto y unos cuantos majaderos, que hacen el papel de *revolucionarios*, continuaron la junta, ocupando la presidencia, constituyéndose en «convención» y representando «la soberanía del Ateneo». A tales pueriles necedades se llega en aquella casa. Entre los que armaron el barullo figura principalmente el exteniente de la Guardia Civil, Galán, hermano del fusilado. La gente le llama «la viuda de Galán».

En la tarde de hoy han promovido un nuevo alboroto, y han llevado al Ateneo una manifestación de obreros que han invadido el salón. Querían hacer un llamamiento al pueblo y «sacar el Ateneo a la calle» para hacer presión sobre las Cortes. El escándalo ha debido de ser regular. Pero yo me he desentendido de estas simplezas, y a las comisiones que han ido al Congreso les he mandado a decir que se las arreglen como puedan.

Volví a mi casa para cenar. Me llamaban continuamente al teléfono. Los diputados que habían asistido a la sesión difundieron el suceso, como ya lo había hecho el público. Se formaba una especie de ola que crecía por momentos.

A las diez y media salí de nuevo para el Congreso. Los socialistas terminaban en aquel momento su reunión. Supe que habían acordado retirar el voto particular, y aceptar el dictamen de la Comisión, con algunas adiciones. Me buscó el doctor Negrín, socialista, para que le acompañase a la sección donde estaban los de su partido. Habían votado por gran mayoría adherirse a lo propuesto por mí. En la sección estaban Fernando de los Ríos, Cordero, Menéndez y otros. Me mostraron un papel. Se consignaba, como adición al dictamen, la disolución de los jesuitas y la prohibición de enseñar, como yo había dicho. Además, discutimos el plazo para la supresión del presupuesto del clero, y convinimos en que el plazo fuese de dos años.

Redactadas las adiciones me encargaron que hablase con los de Alianza Republicana, para saber si las aceptaban, y que después las diese a la Comisión, para que manifestase si las incorporaría o no a su texto.

Bajé al despacho de ministros, y convoqué a Martínez Barrio y al representante de los federales. Por allí andaba don Niceto, llegó Martínez Barrio, le di el papel, le pedí opinión, y don Niceto, un poco picado, dijo:

—Bueno, que opine Martínez Barrio; yo soy muy insignificante para opinar.

Esto me puso en guardia, y repuse:

—Perdone usted don Niceto. Tengo encargo de averiguar si la Alianza Republicana acepta o no las adiciones de los socialistas, y es natural que se lo pregunte a quienes la representan. Pero eso no excluye que opine usted a su vez, con la representación que tiene.

Martínez Barrio estuvo conforme con la adición propuesta, y me dijo que Lerroux estaba en el Congreso. Yo no lo sabía. Le llamamos, y se mostró también conforme. Llegó el diputado federal Valle e hizo lo propio. Di el papel a Ruiz Funes, para que lo llevase a la Comisión y resolvieran.

Desde entonces, don Niceto empezó a torcerse y a amostazarse, y a dar señales de impaciencia. No sé cuándo ni por dónde llegó hasta mí el rumor de que no se conformaba con la solución y que iba a votar en contra. Más tarde supe que antes de votar, explicaría su voto. Todos temimos que provocase una dificultad nueva, quién sabe si una crisis. Maura, aunque decía que el nuevo texto es sectario, pensaba limitarse a votar en contra sin hablar, y no deseaba, ni mucho menos, provocar una situación difícil. Se prometía trabajar con don Niceto que no hablase.

Cerca de las doce se reanudó la sesión. Se leyó el dictamen de la Comisión con las añadiduras últimas. Quedó retirado el voto que defendió Jiménez de Asúa y se pasó a discutir enmiendas, con el propósito, ya anunciado, de votar aquella misma noche el artículo. Se estimaba que no debía prolongarse una inquietud que ya empezaba a manifestarse con agitaciones callejeras.

Pasaron muchas horas discutiéndose enmiendas. Hablaron, entre otros, Leizaola, Carrasco Formiguera, Pildaín y Gil Robles. Leizaola es un pobre diablo, fanático y entontecido, que adujo razones pueriles, de primer año de colegio. Carrasco Formiguera es un catalán separatista. Está casado con una señora muy rica. Él ha sido alumno de los jesuitas, «a los que les debe todo», según dijo, y al parecer les debe hasta el ventajoso matrimonio. Su mujer ha venido desde Barcelona para hacerle presentar una enmienda y echar unos discursos en defensa de la religión. Este Carrasco formaba parte del comité revolucionario; estuvo en el Pacto de San Sebastián, y, hace por ahora un año, vino a una de nuestras reuniones en el Ateneo y hubo que darle trescientas pesetas para el viaje. Por eso me ha sorprendido ahora saber que es rico.

El cura Pildaín ofreció un espectáculo lamentable. Hacía buenas las caricaturas del *Motín* o del *Cencerro*. Es increíble tanta grotesquez y tan baja mente.

Después de amanecer se llegó a votar el artículo. El resultado no ofrecía dudas; pero muchos diputados se quedaron hasta el final, para oír lo que diría

don Niceto. Los radicales-socialistas acordaron abstenerse para conservar su «bandera».

Don Niceto estaba cada vez más fosco y malhumorado. No hablaba con nosotros en el banco azul. Ya rayaba el sol en el tragaluz del salón, cuando vi al Presidente, echado atrás en su asiento, mirando al techo y hablando solo, en voz baja. Estaba como en un desvarío.

Cuando iba a votarse, habló brevemente para explicar su voto en contra. Lo que más interesó fue el pronóstico de las consecuencias que tendría la votación. No dijo claramente cuáles serían y les quitó importancia, fingiendo modestia. Después dijo: «no». Y Maura también. Al proclamarse el resultado de la votación, estalló un aplauso clamoroso. Las tribunas del público también aplaudieron vivamente. Los diputados rompieron en vivas a la República, y las tribunas hacían coro. Fue un momento de gran confusión, mientras nos poníamos en pie para marcharnos. El hemiciclo estaba lleno de gente, y en los escaños circulaban los diputados y formaban grupos que gritaban. En tanto, el Presidente leía el orden del día para la sesión siguiente. Entonces, vi que a Leizaola, que estaba en pie, solo, en una de las escalerillas entre los escaños, increpando a los republicanos, le daban un puñetazo en la nuca. Espantoso griterío y barullo. Los diputados se echaban unos contra otros. Me han dicho que Sigfrido Blasco sacó una pistola. Pudieron llevarse a Leizaola, mientras Besteiro se desgañitaba queriendo imponer orden. Leizaola apareció por otra parte, y quiso hablar. Besteiro consiguió que callase, diciéndole que pasara por su despacho para poner en claro lo sucedido y darle las satisfacciones a que tuviese derecho.

La sesión se levantó y nos fuimos. No vi cuándo se marchó don Niceto. Recuerdo haberle encontrado cerca de la puerta del salón, entre un pelotón de gente. Pero no hablamos nada. Llegué a casa después de las ocho; esta relación que comencé ayer 13, concluye ahora, día 14. No tengo sueño, aunque sí mucho cansancio.

14 de octubre

Han continuado las cosas extraordinarias y la menor no es la que me ha sucedido a mí. Cuando acabe estos apuntes voy a ver cómo se duerme de Presidente de Gobierno. Antes de que me acostumbre, consigno que todo esto es lo sumo de lo imprevisto, y que al parecer estoy presenciando lo que le sucede a otro.

Esta mañana no dormí arriba de tres horas, y aunque tenía citada a mucha gente en el ministerio de la Guerra y hacía tres días que no despachaba, me quedé en casa, para reposar un poco. Leí los periódicos, que venían llenos de mi discurso. Empiezo por ellos a medir el efecto, que ha sido tremendo. Y en general, de alivio y contento por haber salido de una situación comprometida. Me disponía a comer, cuando Casares me llamó por teléfono.

—¿Sabe usted lo que ocurre? —me preguntó.

—No. No he salido de casa.

—Pues que tenemos otra vez la petenera.

(Aludía a don Niceto, porque una vez dije yo, con ocasión de uno de sus pueriles enfados, que parecía una petenera).

—¡Ah! ¿Sí? Volvemos a las andadas.

No me dio más detalles, no supe por tanto de qué se trataba en concreto. Supuse que tendríamos un Consejo agitado, hasta calmar al Presidente, y no volví a pensar en el asunto.

Más tarde me llamó Largo Caballero.

—¿Sabe usted lo que ocurre? —me preguntó.

—Algo me ha dicho Casares.

—El Presidente dimite, y ha mandado recoger sus papeles. Haga usted el favor de ir esta tarde a casa de Prieto, a las cuatro. Se reúne allí todo el Gobierno.

Esperé tranquilamente hasta las cuatro, sin llegar a preocuparme. ¡Tantas veces habían dicho: *al lobo*, *al lobo*!

A las cuatro, voy a casa de Prieto. Llegan todos los ministros, menos el Presidente, y al poco tiempo Besteiro.

Me cuentan el caso. Don Niceto ha llamado esta mañana a los ministros socialistas y les ha entregado un papel, donde constan los motivos de su irrevocable dimisión. Todo lo que le han dicho ha resultado inútil para hacerle desistir. Ha dado a los periodistas la noticia, y ya la sabe todo Madrid. Hay pues que discurrir sobre lo inevitable, y proveer a la urgencia del caso.

Leo el papel, que es disparatado. Hay un párrafo que me concierne personalmente. Me acusa de deslealtad, de haberle sorprendido con mi intervención, etcétera, y anuncia que se coloca «fuera de la Constitución», para pedir su reforma.

Ayer atribuían muchos, incluso los ministros, el mal humor del Presidente, a pequeños celos, porque su discurso cayó en el vacío y el mío produjo un resultado y fue recibido clamorosamente. Pero ahora resulta, según dicen los ministros, que don Niceto se cree víctima de una conjura,

urdida por Maura y por mí para derribarlo del Gobierno. En la conjura entraban también los socialistas, y dice don Niceto que una de las tribunas del público le hizo una demostración hostil «preparada». Por nosotros, sin duda. También se duele de que al salir de la sesión, ningún diputado le hizo caso. Solo se le acercó uno, mal vestido, que debía de ser socialista o radical-socialista y le dio la mano.

Cuando Santiago Alba le dijo a don Niceto que padecía manía persecutoria, creía yo que se trataba de una salida polémica. Al parecer, Alba tiene razón. Todo lo que está haciendo estos días don Niceto es propio de un perturbado. Los celos de orador no pueden llegar a tanto.

Examinamos prolijamente la situación. Maura dice que él también se retira del Gobierno. Nueva discusión, bastante viva. Resultado nulo. Después pasamos a establecer el procedimiento para tramitar la crisis. Prontamente lo convinimos. Besteiro dará cuenta a las Cortes. El ministro de Estado propondrá que, siendo las Cortes, dimitido el Gobierno, el único poder soberano, asuman el nombramiento de nuevo Ministerio, y que para eso den un voto de confianza al Presidente, encargándole que designe la persona que ha de formar nuevo Gobierno.

Después se pasó a acordar quién se encargaría de formarlo. Hubo un silencio penoso. Yo dije:

—Que hable quien tenga más imaginación.

(Desde que supe cómo estaba el asunto, comprendí lo que se me venía encima, y procuré acopiar argumentos para defenderme).

—Pues hablaré yo —dijo Maura— aunque tenga menos títulos que nadie. Aquí no hay más que dos presidentes posibles: Lerroux y Azaña.

Entonces habló Lerroux, para descartarse. Dijo que ya había cambiado impresiones con algunos de sus amigos, y estaban conformes con lo que iba a decir. Él no podía encargarse del Gobierno ahora. Ha sido muy discutido, tiene detrás un partido muy numeroso, se le ha achacado recientemente una inclinación a las derechas, etcétera. No puede ser una solución. Y aunque él desea algún día presidir un Gobierno, no es este el día. Y si nunca puede presidirlo, porque la salud le falte, o por otro motivo, pues no lo presidirá. No hay más presidente que Azaña, por su obra en el ministerio, por su discurso de ayer, que ha reunido a la mayoría, etcétera. Para ello, Lerroux y el Partido Radical están a mi total disposición, sin condiciones, etcétera. No creía posible encargar del Gobierno a otra persona ajena al Ministerio actual, escogida entre las notabilidades de las Cortes.

Yo me negué resueltamente. Y casi con violencia. Durante un rato, creí que tendría bastante fuerza para convencerlos, o para encerrarme en un *no* indiscutible. La escena fue a ratos dramática. Y, últimamente, abrumadora. Aquello no se podía resistir. Últimamente, quise poner por condición inexcusable que Maura continuase; pero no logré nada. Les hice ver que era un ensalzamiento prematuro; que a mí me hundían, quizá sin provecho para la República, y que mataban una reserva para el porvenir. Yo sentía vivamente la enormidad de la aventura, y que se malograba un mañana más seguro. Nada me valió. No se habrá hecho con nadie lo que allí se hizo conmigo. Estaba disgustadísimo y de un humor negro, desesperado. Lo que habíamos calculado tantas veces, y pensado preparar con prudencia y oportunidad, llegaba de improviso, en las peores condiciones posibles; con un Gobierno gastado, y unos colaboradores que yo no he elegido, muchos de ellos fracasados. ¿Se puede entrar así a gobernar?

Cada vez que he visto venir sobre mí esta carga, me distraía pensando que aún estaba lejos y que habría modo de alejarla. Ahora, el golpe era terrible. ¿Qué es ello? Una reacción de mi indolencia, ¿o el barrunto de un fracaso seguro, en que estúpidamente van a arruinarse las esperanzas que he hecho concebir, sin que pueda yo hacer nada para evitar que se arruinen?

Dando vueltas a estos pensamientos, salí de casa de Prieto. Antes, Albornoz me dio muchos abrazos. «Manolo, usted cuenta conmigo para todo, incondicionalmente, etcétera, etcétera». Parecía conmovido.

En la calle había mucha gente; la noticia de la reunión había corrido. Fuimos al Congreso. Se había dado cuenta a don Niceto, por teléfono, de lo ocurrido, y lo aprobó. Y tres ministros fueron a visitarlo, en nombre de todos. El portero de don Niceto no los dejó pasar; el portero es un ente prodigioso de brutalidad; se lo encontró don Niceto en el solar que compró para levantar su casa, y lo ha conservado de portero. Parece un perro rabioso, y es un anuncio de inelegancia y de mediocridad. Los tres ministros volvieron al Congreso algo amoscados, y al enterarse Rafael Sánchez Guerra de lo que ocurría, telefoneó a don Niceto, que ni siquiera se había enterado de la frustrada visita.

Cuando llegué al Congreso, avisé a Cipriano y a Amós, para que viniesen a verme. No sé por qué. A Cipriano para que viese lo que iba a ocurrir. A Amós, porque tenía pensamiento de nombrarle para algo. Había muchedumbre en el Congreso y en la calle, grupos alborotados, intento de manifestación, carreras y estacazos.

Reuní a los diputados de Acción Republicana y les conté lo que pasaba. En tanto, Besteiro reunía a los jefes de grupo, para someterles el plan

acordado. Algunos diputados de Acción se pusieron un poco tristes, considerando lo prematuro de mi elevación. Son los mejores.

Dejo de contar las idas y venidas, la ansiedad, las fantasías. Los periodistas me encerraban en grandes grupos. Pero yo, siguiendo mi estilo, los desahucié.

La sesión se abrió a las seis o cosa así. Lleno hasta el techo, como para alegrar a un empresario. Primero, el diputado que pegó a Leizaola le pidió perdón. Ridículo. Después se cumplió el programa. Palabras de Besteiro, otras de Lerroux, las primeras que dice en las Cortes; voto de confianza por aclamación, para que Besteiro designe el nuevo jefe del Gobierno, y se suspende la sesión. Lerroux vitorea a la República y a España. Besteiro vitorea a la República y al pueblo español. Estruendosos vivas. Agitación y un poco de susto. ¿Qué va a pasar?

Para mí ya no hay misterio. Y estoy como un condenado, esperando que me pongan en capilla. El suceso es formidable para mí. Con un solo discurso en las Cortes, me hacen Presidente del Gobierno. Empezaré a creer en mi estrella.

Estoy con los ministros en el despacho, y les digo que cuento con todos. Nueva contienda con Maura, en la que al fin cedo. Nicolau había puesto reparos a su continuación, ya en casa de Prieto. Más tarde, Albornoz viene a buscarme y me dice que aseguran en los pasillos que va a ser ministro de Marina, cosa que no le gusta. Le respondo que no he pensado nada semejante, y que me propongo que continúe en Fomento.

Besteiro está reunido con los jefes de grupo, para proponerles mi nombre. Yo me paseo por el despacho, queriendo desentenderme de la conversación, para ver si logro coordinar unas ideas que formen el discurso de presentación del nuevo Gobierno. También esto es raro. Le hacen a uno Presidente del Gobierno, y a los cinco minutos: «Anda, a las Cortes, que están reunidas esperándote». Y hay que ponerse en la cabecera del banco, delante de una muchedumbre, y salir por donde se pueda. El trance es fuerte. Mi única emoción en estos momentos es un poco de susto, al pensar si acertaré a decir un discurso digno; un susto como el que tuve al examinarme de primero de latín.

Los diputados de Acción están reunidos y subo a estar con ellos. Hay una gravedad notable en los semblantes. Enrique Ramos viene a decirme, también gravemente, que Besteiro me llama. Es que van a encargarme de formar Gobierno.

Besteiro me da cuenta de que todos los grupos han recibido bien mi nombre. Como yo tengo el propósito de que cada ministro continúe donde está, he de buscar un sustituto para Maura. Llamo a Casares, y le digo que va a encargarse de la cartera de Gobernación. A Casares le hace poca o ninguna gracia. Accede porque se trata de mí. Entonces hay que buscar un ministro de Marina. No sé por dónde tirar. Desecho la idea de nombrar a un marino. Nos ponemos a repasar la lista de diputados de Acción Republicana y me detengo en Giral. ¡Ya está! Giral es ministro de Marina. Le hacemos venir, y antes de que se siente, le suelto el encargo. Giral se pone a chillar como si le desollaran vivo. Por un momento, temo que me va a ser imposible convencerlo. Cuando se entera de que va a Marina, se calma un poco. Doy por hecho que acepta, y venzo su última resistencia, invocando lo que han hecho conmigo. Todavía queda hablar con los catalanes, que no están muy contentos con que Nicolau siga en el Gobierno. La Esquerra no se siente representada. Después de dos breves conversaciones con Companys, queda arreglado. Yo haré en el discurso una mención elogiosa del desinterés de la Esquerra.

Escribo la lista del Ministerio, y voy al despacho del Consejo. Los llamo a todos, y les doy cuenta del nuevo Gobierno. A Maura le digo una porción de cosas amables, en despedida. Y nos disponemos a ir a la sesión. Maura se despide de cada uno de nosotros con abrazos, va emocionándose, y al llegar a mí, rompe a llorar. Se retira al cuarto inmediato, sollozando como una criatura. «Esto es muy fuerte, muy fuerte», le oigo decir.

Salimos; los timbres llaman a sesión. Besteiro sube a la presidencia. En el salón no cabe un alfiler. Entro, seguido de todo el Gobierno, y nos hacen una ovación, todos en pie, que dura un minuto.

Besteiro reanuda la sesión, dice cuatro palabras, y me la concede a mí. Cuando oigo: «El señor Azaña tiene la palabra», y me pongo en pie, me parece que nada de ello va conmigo y que estoy observando lo que hace otro.

Hago un discurso en que acentúo la nota enérgica. Gusta mucho. Grandes aplausos. Yo no sé realmente si he estado bien o regular. He procurado hacer grandes elogios de don Niceto, para que le aplaudan. Y de Maura[18].

Levantada la sesión, me dejo estrujar. Todos están maravillados de la prontitud con que se ha resuelto la crisis. Mi discurso ha dado la impresión de autoritarismo y seguridad.

Romanones le ha dicho a un diputado: «Que no se crean que gobierna un general Azcárraga o un Allendesalazar».

Alude con esto, apelando a sus recuerdos, a los Gobiernos interinos que se formaban durante la monarquía.

Lerroux está también muy contento, y todos los ministros. Prieto ha cambiado de humor, y a Largo le relucen los ojillos. En cuanto se ha sabido que yo formaba Gobierno, las manifestaciones que andaban por Madrid se han disuelto, y cada mochuelo se ha ido a su olivo. Tengo, pues, una excelente reputación.

Después de la sesión, ha ido todo el Gobierno, con Besteiro, a visitar a don Niceto, avisando previamente por teléfono, para que el portero nos deje pasar.

Don Niceto estaba muy risueño y algo impertinente. Prieto ha intentado una vez más que no publique el documento en que explica su dimisión, o para que lo modifique, y le ha contestado despectivamente. Como Prieto aludía a las creencias y a su compatibilidad con el régimen de la Constitución, don Niceto ha dicho:

—Le conocía a usted como blasfemo, pero no como definidor de dogmas.

Y otras cosas por el estilo.

Desde allí he venido a casa para cenar. Después he ido al ministerio de la Guerra, he recibido visitas y felicitaciones, y me he vuelto a casa, diciéndome que soy Presidente del Gobierno; pero que yo no lo noto, si apenas lo creo.

18 de octubre

Hoy no he salido de casa. Estoy resfriado, porque en la sesión nocturna del 13 al 14 me quedé helado en el banco azul. Tengo mucha tos y ronquera. ¡De qué depende la suerte de los hombres y de los pueblos! Si hubiera ido más aprisa el enfriamiento y hubiese estado el día 14 como estoy desde hace tres días, no hubiera podido hablar. ¿Qué habría pasado? Pero esto se deja para los filósofos de la historia.

Tomé posesión el día 15 por la mañana. Sin ceremonia, según convinimos, y un rato antes de reunirse el Consejo de ministros. Don Niceto estuvo algo jocoso, como cuando se disgusta y lo disimula; no me enteró de ningún asunto, me dio unas llaves de su mesa, en la que no se guarda nada, un pase del ferrocarril, y nos despedimos con medio abrazo. Yo le dije que como los ministros iban a venir, pasarían a saludarle. Pero él se marchó mucho antes de que vinieran. Yo me había ido al ministerio de la Guerra, y no asistí a su despedida.

Resulta que el argumento grueso de don Niceto es que no hemos sido leales con el Nuncio, como si hubiese habido ningún convenio sobre el particular. Es cosa sabida, y seguramente consta en estos apuntes, que cuando el Nuncio rogó a don Niceto que el Gobierno influyese para que las Cortes procedieran con moderación, se le dijo expresamente a don Niceto que eso no podría ser un compromiso, ni para el Gobierno ni para cada uno de sus miembros, y que quedaban a salvo los designios de los partidos.

Ayer se ha encontrado don Niceto con un periodista, bastante tonto, conocido mío. El periodista se acercó a saludarle, y le dijo que lamentaba su salida del Gobierno. Don Niceto repuso: «¿Qué iba a hacer yo, cuando un ministro se levanta en el banco azul, sin previo aviso, y pide el poder?».

Don Niceto lo yerra gravemente. Pero es posible que haga aún alguna tontería; por ejemplo, tratar el asunto en las Cortes. Y alguien habrá que, por hacerle daño a él o al Gobierno, plantee la cuestión. Besteiro me dijo ayer que Alba, Ossorio y Melquíades querían discutir las causas de la crisis. Si el caso llega, y don Niceto sale por esos registros, habrá que zarandearlo. Maura lo desea, y ya se relame de gusto pensando en las desvergüenzas que va a decirle.

El primer Consejo de ministros ha empezado más tarde que de costumbre y ha concluido mucho antes. Es la ausencia de don Niceto, que con sus anécdotas, sus voces, sus comentarios, y su incontenible verbosidad nos hacía perder mucho tiempo. Me he limitado a presidir como se debe. Los ministros lo han notado; Albornoz decía por la tarde en el Congreso que por fin había Presidente. En la reunión parecía que faltaba algo: faltaban los torrentes de palabras de don Niceto y de Maura, que también es caudaloso, aunque por otro estilo. No estoy descontento de que se haya marchado Maura. Es simpático y con gran temperamento; pero de un arrebato que fatiga, y de una impresionabilidad morbosa; siempre está uno con el alma en un hilo. Da una falsa impresión de energía; pero todo se le va por la boca, y versátil hasta marear. Como la experiencia no le enseñe mucho, dará muchos tumbos. Hay un contraste bastante cómico en el temperamento de Maura: con abundantes palabras, encendidas, briosas y fruncido el ceño, inyectados los ojos, manoteando, se pasa un cuarto de hora explicando cómo hay que proceder con prontitud, con decisión, con método, con autoridad, y parece dotado de un realismo vigoroso, si no supiéramos que todo ello no es más que oratoria, y que para realizar cuanto predica, lo que estorba son precisamente las palabras.

Hemos hablado en el Consejo de la necesidad de mantener el orden y restablecer a toda costa la tranquilidad. Yo les he dicho que lo anunciado en

mi discurso de presentación del Gobierno hay que traducirlo en actos, y que conviene llevar a las Cortes un proyecto de ley concediendo al Gobierno facultades extraordinarias. Todos se mostraron conformes.

Reiteré a todos los ministros el encargo de confeccionar el Presupuesto, y procuré estimular a Prieto para que trabaje en los planes de Hacienda. Examinamos esta cuestión, en líneas generales.

Por la tarde, en el banco azul, recordando la sensación de alivio que teníamos todos, le dije a Fernando de los Ríos:

—¿No tiene usted la impresión de haberse librado de una pesadilla?

—En efecto, así es —contestó.

Si hubiera podido prever que la crisis se resolvía tan pronto y tan bien, se hubiera planteado antes. Pero ha sido preciso que don Niceto concluya de fatigar a las mejores voluntades y ha sido preciso que cometiera la pifia del otro día, cuando dimitió públicamente, para que la gente le deje marcharse con indiferencia. Ya lo pensábamos entonces. «Hoy —decíamos— no le admiten la dimisión; pero si repite, lo mandarán a paseo». Es notable que no se haya levantado una voz en las Cortes, ni se haya escrito un artículo pidiendo su continuación. La mayoría estaba harta de disimular la flaqueza y la incoherencia del Gobierno. La tempestad de la otra tarde lo ha barrido todo.

Ahora es posible que no tarden en averiguar otros que algo ha cambiado. Y es posible que ya Lerroux se dé cuenta de que la jugada no es tan clara como pudo parecerle. Algunos radicales ya lo presienten y el bárbaro de Emiliano Iglesias ha dado a la prensa una nota, como si fuera la opinión del Partido Radical, en que asoma la oreja. Trata el caso como si se hubiera cometido una postergación con Lerroux. El propio Lerroux y Martínez Barrio me han buscado en los pasillos del Congreso para darme excusas, haciéndome saber que la nota de Iglesias es una mixtificación; la minoría iba a reunirse para desautorizar a Iglesias y, en efecto, lo ha desautorizado. Yo le agradecí mucho a Lerroux la cortesía y le dije que no era necesario que me dijese nada, porque no le he dado importancia, y soy, en punto a suspicacias, lo opuesto a don Niceto.

Es creencia general que don Niceto ha perdido la presidencia de la República. Él había dado a entender que si la Constitución no le gustaba, no sería candidato a la presidencia. Ahora, aunque le gustase (que no le gusta), difícilmente podría serlo. Debe de ser esa su opinión personal. Cuando me dio posesión del cargo, me dijo: «Usted se queda aquí, y yo me voy como reaccionario. Si alguna vez vuelvo a gobernar…, etcétera». También nos dijo

que por ahora no piensa abrir el bufete de abogado, mientras pueda sostenerse con sus recursos; pero que si algún día lo necesita, trabajará como abogado.

Descartada la candidatura de don Niceto, se hacen cábalas sobre quién podría ser el Presidente de la República. El viernes por la tarde hablamos de ello, en el despacho de ministros, Maura, Casares, Ríos y yo. Todos convinimos en que Lerroux sería el más indicado, porque resolvería el problema de los partidos republicanos. Entonces podría formarse un gran partido de izquierda, bajo mi dirección. Maura se ofreció en seguida a tantear a Lerroux «como cosa suya». Supliqué a Maura que no lo hiciese, y él insistió; no comprendía que eso pudiera ser una falta de tacto y producir el efecto contrario. A poco llegó Indalecio Prieto, le dijimos de qué se hablaba y se mostró también partidario de elevar a Lerroux a la presidencia de la República, precisamente para que no presida un Gobierno. Dijo que había apuntado algo de ello a Martínez Barrio, que no lo encontró mal; pero que Martínez Barrio había dicho que convenía «no manosear el asunto». «¿Lo ve usted?», le dije yo a Maura. Entonces hizo una señal de asentimiento.

La conducta de Lerroux, disimulándose cuanto puede y no tomando parte en las cuestiones candentes, no tiene explicación, si no es que aspira a la presidencia. Tiene un partido numeroso, y para no desbandarlo tiene que repetir continuamente que está seguro de gobernar y gobernará. Pero esto puede ser una habilidad de caudillo, simplemente. Opinaban algunos de los reunidos, que teniendo ya sesenta y ocho años, la presidencia de la República es para Lerroux una jubilación magnífica y su situación económica, bastante averiada, se la hace más apetecible. Prieto decía que el pasado de Lerroux es un peligro, porque se expone a que le descubran chanchullos antiguos. Contó cómo se había apoderado de Baños de Montemayor, y los líos subsiguientes.

Ya muy tarde me visitaron, en mi despacho del Congreso, Amadeo Hurtado y Luis de Zulueta. Traían una consulta. El cardenal de Tarragona, Vidal i Barraquer, le ha dicho a Hurtado que le gustaría hablar con Zulueta sobre los asuntos de Roma. Vidal i Barraquer es el único obispo español con quien el Nuncio se entiende bien. Parece que es hombre transigente. Vidal quisiera saber si el Gobierno español, en el caso de que Roma concediese por fin el *placet* a Zulueta, accedería a enviarlo aún de embajador. Vidal aconsejó que se admitiera a Zulueta, cuando se dio su nombre, pero el Vaticano desoyó el consejo. Zulueta ha venido a preguntarme si yo veo algún inconveniente en que hable con Vidal; le he contestado que no veo más que ventajas. También me preguntó si hay algún asunto de especial interés sobre el que convenga

explorar al cardenal. Yo le indico las asociaciones diocesanas; conviene averiguar si están dispuestos a implantarlas con lealtad.

El catalanismo de los catalanes llega a extremos muy chistosos. Vidal i Barraquer no ve con malos ojos la disolución de los jesuitas; pero estima que ha podido hacerse una excepción con los jesuitas de Cataluña, «que son de otra manera, y, por supuesto, mejores».

La conversación con Hurtado y Zulueta dura mucho rato. Hurtado me dice que Macià tiene una hermana monja, en Madrid, que le abrasa con quejas y lamentaciones, y que Macià, si bien no es devoto, está muy apurado y preferiría no ahondar en estos asuntos.

Me divierte mucho oír la opinión que Vidal i Barraquer tiene de mí. Cree que soy un feroz tragacuras, una especie de salvaje ¡qué sé yo! Hurtado ha querido sacarle de su error. Si tengo que hablar con Vidal, me prometo divertirme mucho.

No me divertí poco el viernes, cuando me visitó el Nuncio. Es hombre fino y cortés. Esto de la diplomacia es cosa nueva para mí, aunque se me figura que todo consiste en un poco de gramática parda. Resulta que el Nuncio está hablando de una cosa cuando parece que está hablando de otra, o de nada. Y hay que andarse con cuidado para que una palabra cortés no parezca ni resulte un compromiso o una oferta. Venía a pedirme que los jesuitas no se marchasen todos, ni se cerrasen sus colegios, que han empezado a funcionar en octubre «con autorización del ministro de Instrucción Pública». Pero es tan sutil, que si ahora le preguntasen la materia de nuestra conversación, podría el Nuncio asegurar que no me ha hablado de nada de eso. ¡Gran tipo este italiano!

Yo le he dicho sin rodeos que pienso aplicar lealmente la Constitución, y que no puede esperar la Compañía de Jesús un trato de favor ni un disimulo. Respecto de los colegios de frailes, no pienso cerrarlos inmediatamente, sino a medida que no vayan haciendo falta. Y le hago entender que la conducta del Gobierno y la de las Cortes al elaborar la ley especial dependerá de lo que hagan los católicos. Una campaña violenta producirá una reacción implacable y la ley será más dura. Yo deseo conducirme con humanidad, pero es menester que sea posible.

Lo que he dicho al Nuncio el viernes ha producido efecto el sábado. *El Debate* ha salido mansísimo. He sabido después que el Nuncio llamó al director, señor Herrera, y algo ha debido de decirle.

Entre las visitas de diplomáticos, anoto la del embajador de Francia, muy afectuosa y cordial. Se interesa enormemente por la política de España y la

sigue al día. No pierde sesión de Cortes. Dice que oyó mi discurso, y que está orgulloso del régimen parlamentario. Me puso en los cuernos de la luna. Hablamos del tratado comercial pendiente, y yo le indiqué la conveniencia de acabar ya cuanto antes. También me transmitió la ansiedad de los franceses poseedores de acciones de ferrocarriles españoles.

Entre las cosas que dicen por ahí, en contra mía, figura la de que he sido «ordenanza», no sé si de un casino o de un general.

Al parecer, Melquíades Álvarez no disimula el enojo que le ha producido mi subida al poder. Melquíades me tuvo *diez años* en su partido (1913 a 1923) y no supo hacer de mí ni un concejal.

Se han recibido en la presidencia diez mil telegramas de felicitación; al ministerio de la Guerra han llegado también muchos.

Tengo una prensa favorabilísima: ¡qué artículos!, ¡qué ditirambos! La opinión general está más que contenta, entusiasmada. Me cuenta detalles reveladores. Y en toda España ocurre lo mismo, sobre todo en Cataluña. Ayer, grandes manifestaciones en Lérida, de adhesión al Presidente. En Barcelona, según me escriben de allá, gran alegría y confianza. Esto me asusta un poco, porque la gente espera milagros y yo no puedo hacerlos. Han dado en decir que soy el Cánovas de la República. No me gusta nada la comparación ni el propósito. También los ricos están contentos. Lo sé por Ortueta. Y hasta el marqués de Urquijo está entusiasmado. Como alguien le ha hecho notar que yo soy un enemigo (es decir, de lo que él representa), ha contestado: «Mejor. Hará algo, y sabremos lo que hace. Pero como estábamos no se podía seguir».

Todo el mundo ansia orden y paz. Y han dado en presentarme como un hombre de puños, de voluntad de acero, impasible, inflexible, etcétera, etcétera. Esto es muy gracioso y bastante instructivo. La gente se cree los mitos que le hacen falta, y es posible que uno concluya por ser como la gente quiere o necesita.

El día que tomé el poder llovió un poco por la noche. Y los entusiastas decían, por exageración: «¿Lo ven? Hasta la lluvia nos ha traído». Lo que esta disposición revela es admirable; pero temo que se pierda por falta de medios para utilizarla. No sé yo cómo voy a sacar partido de este Ministerio.

La sequía es tal, que ya no queda agua más que para un mes en los depósitos del Lozoya. Y no tiene trazas de llover. Sería una broma pesada que los madrileños pasaran sed.

23 de octubre

Estoy ahora tan ocupado que no me queda tiempo para llevar este diario, que va dejando de serlo. Apunto lo más saliente de estos días, bastante agitados.

El domingo estuve en casa todo el día, haciéndome la ilusión de que era libre. Salí después de cenar y fui al ministerio de la Guerra, a firmar cartas. Me acompañaban Guzmán y Cipriano. Desde allí fuimos a Gobernación. Estuve con el ministro y el subsecretario hasta después de las dos. Nos dedicamos a hacer el borrador de un proyecto de ley, que se ha dado en llamar «de defensa de la República». Le fui indicando artículos al director de Administración, allí presente, que los redactaba en un idioma raro, propio de un gallego catedrático, porque el joven director posee ambas cualidades.

El lunes devolví visitas a los diplomáticos. Estuve en la embajada de Francia de palique con *monsieur* Herbette, que está muy simpático conmigo. Volvió a poner en las nubes mi discurso sobre el artículo 24. Tuve la suerte de no encontrar en sus casas a los otros embajadores. En la presidencia recibí la visita del general Sanjurjo y del subdirector de la Guardia Civil, Pardo, que es muy bruto. Hablamos de cosas indiferentes, me presentaron sus cumplidos por mi nombramiento, y luego Sanjurjo me preguntó cuándo saldrían de prisiones los generales, añadiendo que sería mejor ponerlos en libertad, «porque la gente está nerviosa». Le contesté que eso incumbe a la Comisión de Responsabilidades, y que, según noticias particulares, se propone concluir pronto.

Por la tarde, Consejo de ministros. Di lectura al proyecto de ley de Defensa de la República, con el cual sabía yo que estaban conformes Ríos y Largo Caballero; Casares les había comunicado el texto. Todos los ministros presentes (Domingo no asistió) lo aprobaron, menos Prieto. Dijo que le parecía mal y reservaba su voto. Entonces se produjo un incidente bastante duro, aunque sin ruido, entre Prieto y Largo. Decía Largo, con enojo, que habiéndose acordado en el Consejo anterior, por unanimidad, hacer esta ley, no comprendía cómo ahora podía votarse contra ella. A esto replicaba Prieto, que no se le podía exigir de antemano la conformidad con un texto desconocido. La discusión se prolongó mucho, y la resistencia de Prieto parecía invencible. Temí que el proyecto fracasara, poniéndome en ridículo. Los ministros, con su incurable afán de hablar, habían dicho ya el sábado a los periodistas lo que se intentaba; el propósito había caído muy bien en el público, y se estimaba que correspondía a lo dicho por mí al presentarme a las

Cortes con el Gobierno. La indiscreción de los ministros (creo que el más indiscreto fue, como siempre, Prieto) me había puesto de mal humor y algo les dije sobre ello.

En el Consejo, estuvimos hablando del asunto cerca de una hora. Largo dijo una cosa de cuya intención y alcance no me di cuenta hasta después: «Como hay aquí tres ministros socialistas, que estaban de acuerdo para hacer esta ley, y ahora uno de ellos disiente, yo llevaré la cuestión adonde debo llevarla».

Prieto afirmaba que los socialistas no votarían la ley en las Cortes. Propuso que se sometiese a consulta del grupo parlamentario. No sé si fue Ríos quien propuso que se consultara solamente al comité directivo del grupo. Largo y Prieto contestaron que el comité consultaría al grupo entero.

Albornoz observó, no sin razón, que de consultar a un grupo, había que consultar a todos. Yo repliqué: «Eso supone una discusión previa en los grupos acerca de un proyecto del Gobierno, y acaso una votación, y en tanto, el Gobierno, ¿qué significa? Los grupos no gobiernan; gobernamos nosotros. No puedo admitir la consulta previa».

Se fue formando, por influencia de Prieto, la opinión de que difícilmente se aprobaría en las Cortes el proyecto. Yo tenía la intuición de que no sería así. Pero sobre la posibilidad de la derrota se discurrió mucho. Yo insistí en que si habían de derrotarnos, que fuese en la sesión, y con responsabilidad, no en votaciones previas. Era indudable que el único modo de hacer fracasar el proyecto sería llevarlo a esas antevotaciones, en las cuales se atreverían a ciertas cosas que en el salón de sesiones no podrían pasar.

Prieto me preguntó que si presentaría sobre el proyecto la cuestión de confianza. Respondí que sí. Entonces añadió que no podía continuar en el Gobierno, haciéndose cuestión de confianza un proyecto que le parecía mal. Con este motivo, Prieto volvió a decir que le urge marcharse del Gobierno; que no puede asistir al desastre del Presupuesto, aumentado por iniciativas de los ministros; que la cartera de Hacienda, de no tenerla el Presidente del Consejo, debería desempeñarla un hombre de gran autoridad, ante quien los ministros tuvieran que someterse. Él se encuentra tan harto y tan sin fuerzas, que un día cualquiera me escribirá una carta enviándome la dimisión, y cuando yo la reciba habrá él tomado un coche y salido de Madrid. El día de la caída del otro Gobierno y formación de este, no quiso decir nada por no agrandar el desgarrón. Para no perjudicar al Gobierno y no estorbar la aprobación del proyecto, se mostró dispuesto a fundar su retirada en que no

está conforme con aumentar los sueldos a los ferroviarios, medida que le parece injusta y ruinosa.

Sobre todo ello platicamos largamente, empeñado Prieto en enredar su propósito de dimitir con la disconformidad acerca del proyecto de ley. Con mucha calma, pero muy firme, le dije que de su dimisión hablaríamos cuando quisiera, pero que en tal momento, la cuestión primera no podía ser otra que la aprobación o la repulsa del proyecto. Y que sobre ello había de pronunciarse el Consejo. Al poco rato advertí el efecto de las palabras de Largo Caballero y de la severidad con que habló. Prieto, sin que se adujera ninguna razón nueva, se mostró dispuesto a suscribir la ley. No recuerdo quién propuso que el proyecto fuese firmado por todos los ministros, y se aceptó. Así se desvanecían los escrúpulos de Largo Caballero en cuanto a las reservas formuladas por Prieto, y se evitaba él, «tener que llevar la cuestión a otra parte». De esa manera acabó la discusión, y quedamos en que yo leería el proyecto a las Cortes para su inmediata discusión.

Hablamos también del asunto de los ferroviarios. Albornoz hizo el papel de siempre: Balbució, divagó, barajó papeles, no adelantó nada; nadie sabía a qué atenerse.

La impresión dominante es que no puede accederse a lo que piden los ferroviarios. Importarían sus mejoras unos ochenta millones. Quedamos en que Ríos, Albornoz y yo nos juntaríamos para estudiar el asunto.

El martes fui temprano a las Cortes y hablé con Besteiro, para ordenar la tramitación del proyecto. Le dije que deseaba aprobarlo la misma tarde. Besteiro vacilaba un poco, y habló de aplazar la discusión hasta el día siguiente. Le hice ver los inconvenientes, y convinimos por fin en que la Comisión dictaminase rápidamente, que se pusiese a discusión, y que si se armaba mucha gresca, se dejase la votación para otro día.

Al comenzar la sesión leí el proyecto, en medio de un silencio sepulcral. Muchos diputados se agolpaban al pie de la tribuna. Encargué a mi subsecretario que se ocupase en reunir prontamente a la Comisión de Presidencia, para dar dictamen, y fui a presidir la Junta Central Agraria. De ella forman parte mi antiguo compañero de la Dirección de Registros, Jerónimo González, hoy presidente de Sala del Supremo; Vicente Cantos, que fue director general mío en aquella casa, hace muchos años, diputado «republicano» por Castellón, después de haberlo sido monárquico, y García, prietista, y siempre tonto. Este sujeto es uno de los que están más *abasourdi* con mi elevación. En la Junta hay otros señores insignificantes, patronos y obreros, y sobresalen Lucio Martínez Gil, de la Casa del Pueblo de Madrid,

diputado por Jaén, y un señor Huesca, ultraderecha, antipático y, según aseguran, persona poco recomendable. Acaban de derrotarlo por pocos votos, en las elecciones complementarias de Sevilla. Discutían mucho Martínez Gil y Huesca. Varias veces vinieron a interrumpirnos, trayéndome noticias de la reunión de la Comisión y haciéndome consultas. Otra vez me llamaron para un asunto urgente: Pedro Romero, capitán de Artillería y diputado de Acción Republicana, vino a decirme que para la misma noche se preparaba un golpe de Estado, urdido por Lerroux y Sanjurjo. Solté una carcajada, y Romero se quedó algo desconcertado. (Después he sabido que, a su juicio, me reí de dientes afuera). Le alabé su celo y le dije que viviera tranquilo, reintegrándome a la junta. Más tarde me llamó Galarza, director general de Seguridad, y me informó de que por todo Madrid corría la noticia de que iba a darse un golpe aquella misma noche, y que varios oficiales del ejército habían ido a decírselo, cumpliendo su deber. Galarza había llamado a un coronel de la Guardia Civil, que manda un tercio, para interrogarle. Yo me acordé de que otro coronel de la Guardia Civil es muy amigo mío desde la infancia y le mandé a llamar. También hice venir al general que manda la primera brigada.

Otras gentes vinieron, con igual canción, incluso algunos ministros, y aunque todo me parecía una fantasía, pensé que no debía echarlo todo sobre mí y descansar con excesiva confianza. Mandé que diesen orden al general de la división, que estaba en Badajoz, para que regresara a Madrid en automóvil. Llamé por teléfono a mi primo Benítez, que manda la brigada de Alcalá (una de las comprometidas), y le pedí informes, dándole instrucciones. También me habló Azpiazu, coronel retirado, diputado por Lugo, feo, con dentadura de oro; es muy entrometido, aseguran; íntimo de «Pepe» (Sanjurjo), y correveidile del general. Azpiazu es tan ganso que hace pocos días le dijo a Casares que podía contar con los veintiocho mil hombres que le siguen. Los veintiocho mil hombres no son los electores de Lugo, como podría creerse, sino la Guardia Civil. Azpiazu me aseguró que respondía de Sanjurjo, de su lealtad; que si hubiera advertido algo, él sería el primero en venir a contármelo, y que antes de todo son la República y el servirme a mí. (Lo mismo me daría oírle esto que lo contrario). Para tranquilizarme del todo, me prometió que aquella noche se llevaría a Sanjurjo para cenar juntos y no lo soltaría hasta la madrugada. Le deseé buen apetito, y repitiéndole que la lealtad de Sanjurjo es para mí un artículo de fe, le despedí. Entre las cosas que Galarza me dijo, como indicios de un próximo suceso, se cuenta esto: el día que Sanjurjo y Pardo me visitaron en la presidencia en visita de protocolo, los periodistas oyeron decir a Pardo, cuando bajaba la escalera: «No, no, mi

general; las cosas hay que plantearlas sin rodeos». Al parecer, se decía que los dos generales habían ido a hacerme «una conminación».

A todas estas, vinieron a buscarme porque iba a discutirse el proyecto de ley. La Comisión había dado dictamen por unanimidad. Antes pasé al despacho de Besteiro. Allí estaba Ossorio, que deseaba hablar en contra. Ossorio, muy suave y sonriente, me apuntó las dos modificaciones que pensaba pedir para el proyecto; eran insignificantes y, reservándome el consultarlo con los demás ministros, le dije que probablemente las aceptaría. Ossorio me anunció que llevaba en su cartera un papel con un párrafo sacado de *Plumas y palabras* para leérmelo en el salón de sesiones, si alguna vez me oye decir que creo en algo. «El párrafo es admirable… etcétera». Estuvimos bromeando sobre esto y al fin extrajo el papel y me lo leyó. Es uno en que digo que me parece «estar sumergido inteligentemente en la nada».

La discusión fue rápida. Habló en contra Alba, como era de esperar; estuvo muy desafortunado. Las intervenciones parlamentarias de Alba suelen consistir en repasar sus recuerdos de gobernante monárquico. Nadie le hizo caso. Habló Ossorio, y Barriobero, disparatado. Contesté a todos, y tuve la inconsciente destreza de encaminar toda la respuesta a Ossorio, limitándome a una ligera mención de los discursos de Alba y Barriobero[19]. Parece que Alba estaba sofocadísimo a causa de esto. En cambio Ossorio era todo mieles y rebosaba satisfacción. La ley se aprobó por aclamación. Los periódicos han acogido bien la ley, excepto *La Libertad*, donde imperan Alba y March.

Después de la sesión recibí al general Caballero, de la 1.ª brigada, que acudía a mi llamamiento. Es viejo, flaco, andaluz; parece un cantaor jubilado; de su competencia técnica me tiene dicho horrores el general subsecretario. Le di instrucciones para la vigilancia de los cuarteles aquella noche, pero me guardé muy bien de decirle el motivo verdadero; le achaqué todo a conjuras comunistas. También recibí al coronel del 27 tercio de la Guardia Civil. Respondía con su cabeza de la lealtad de su fuerza y antes se dejaría cortar la mano derecha que desenvainar la espada contra la República. El mismo coronel le ha dicho a Galarza que a él no le maneja Sanjurjo ni nadie.

Después de cenar fui al ministerio de la Guerra y allí me encontré al subsecretario, muy preocupado con los anunciados sucesos. Me confesó que había estado estudiando movimientos de tropas, por si estallaba en Madrid una sublevación. Le tranquilicé y le dije que se fuera a acostar.

Más tarde fui a Gobernación y estuve con Casares hasta las dos y media. Sobre esto forjaron al día siguiente una novela: que nos habíamos reunido allí con el ministro de Justicia para tratar cuestiones gravísimas, y que luego

habíamos ido los tres a Guerra para examinar unos documentos de mucha importancia que tenía yo en mi despacho. Todo eso se publicó en *La Libertad*. Lo que realmente hicimos fue tomar chocolate.

Recibí en la presidencia la visita de mi colega el Presidente de la República de Andorra. Es un rústico, que luce una costra en la nariz. Le acompaña otro dignatario andorrano, que me tendió su mano callosa y nudosa. Estaban contentísimos de que los recibiese y me pidieron papeletas para la tribuna del Congreso, que era su gran ilusión.

Recuerdo la visita de una comisión de «accionistas de ferrocarriles», que forman por lo visto una fauna especial. ¡Qué extrañas cabezas! ¡Qué barbas! ¡Qué prognatismos! Si hubiese habido en aquel momento un fotógrafo a mano, me habría hecho retratar con ellos para conservar el friso horrendo que formaba la hilera de sus caras.

Las señoras católicas han organizado una manifestación ante la presidencia para pedir la derogación del artículo 24. Afortunadamente, ese día, comenzó a llover y la manifestación se deslució. Una comisión de señoras subió a mi despacho. Eran por lo menos tan estrafalarias como los accionistas de ferrocarriles. Las recibí amablemente, les dije algunas cuchufletas, parlotearon mucho, pidiéndome la derogación inmediata del artículo 24, y, como yo les decía que no estaba eso en mis atribuciones, me respondieron: «Usted lo puede todo, todo…». Así entienden estas ciudadanas el gobierno. Lo chistoso fue que, de pronto, una señora comenzó a decir que de un Presidente tan amable nada había que temer, y que creían ganada su causa. «¿Pues con quién pensaban ustedes encontrarse? ¿Con un demonio colorado? ¿O pensaban que yo estaría aquí en mangas de camisa y con dos bombas de dinamita en las manos?», les pregunté.

Una cosa así esperaban porque otra señora gorda y con gafas alzó la voz y con grandes aspavientos me dijo: «Desde que tengo la honra de estar en presencia de vuestra excelencia siento una gran alegría, porque estoy segura de que vuestra excelencia es nuestro, es de nuestra causa, y no es un ogro como yo creía…».

Después hablaron del voto de la mujer y empezaron a disputar; unas eran partidarias, otras adversarias de la reforma. Por fin se marcharon, un poco desconcertadas y al parecer contentas.

Visita de los consejos de administración del Norte y de MZA que vienen a trabajar *pro domo*. Visita del consejo de administración del Banco de España, que está muy asustado con el proyecto de reforma de la ley bancaria. Cambiamos palabras corteses y ambiguas, que esconden grandes recelos.

Entre los consejeros está el señor Prats, el confitero, que siempre ha sido tonto, y que en 1923, al subir Primo de Rivera, se dejaba retratar en *El Sol* como «hombre nuevo» y hacía declaraciones favorables a la dictadura. Debe de ser de los más irreconciliables. También estaba el conde de Limpias, antiguo maurista. Al Conde le hiede el aliento desde un metro de distancia. Esta fetidez de las gentes es uno de los mayores suplicios para un ministro que da audiencia. Cuando yo la tenía numerosísima en el ministerio de la Guerra, llegaba a levantárseme el estómago, y algunos días me era imposible comer.

Con los asuntos de la presidencia se me hace muy difícil ser asiduo en el ministerio de la Guerra. Sin embargo, ningún día dejo de ir, y algunos, dos veces. Lo que más tiempo me roba es la necesidad de asistir a todas las sesiones de Cortes, por si ocurre algo imprevisto. Antes iba poco. En el ministerio de la Guerra no hay ahora nada extraordinario que hacer, aunque el despacho diario es muy copioso, y ningún día deja de saltar algún asunto desagradable. Del comandante Fuentes, el mismo a quien se sigue expediente por lo que intentó hacer en Valencia, ha dicho el general Goded que es comunista y que ha entregado la clave telegráfica del ministerio a sus amigos. El general no me lo ha dicho a mí, sino al subsecretario, y asegura que le consta el hecho. Fuentes venía prestando servicio de guardia en el ministerio, por lo que una noche de cada ocho se quedaba allí solo y dueño de todos los telégrafos. Lo he destituido, sin perjuicio de lo que le resulte del expediente.

En Valencia, el general Llanos, que manda la brigada de Infantería, tenía un coche sin matrícula y sin pagar contribución. Un guardia lo ha parado en la calle, lo ha llevado a la inspección y le han impuesto una multa. La prensa local comenta el suceso; el mismo general ha hecho no sé qué embrollo para quedarse con unos muebles por menos dinero de lo tasado para la subasta. Creo que se trata de unos muebles procedentes de un edificio militar. El general de la división va a imponerle, me dicen, un correctivo. Pienso decirle el general Llanos que pida el pase a la reserva.

En Vitoria, unos soldados recorrieron las calles vitoreando a la revolución social y al ejército rojo. Un capitán, creo que artillero, entró en ellos en una taberna, les convidó a unas copas, y les hizo blasfemar con él a coro. El comandante militar, teniente coronel de Caballería, no dio parte a sus superiores. Conocido el hecho por un anónimo, el general de Burgos envió a un coronel de Artillería a Vitoria, en visita de inspección, y volvió diciendo que no había sucedido nada de particular. Los hechos han sido comprobados por el inspector general. El comandante militar ha sido enviado a un castillo, a

cumplir un mes de arresto, y destituido del mando. También los oficiales de la taberna han sido destituidos.

La orden que he publicado, obligando a hacer prácticas de instrucción durante dos meses a todos los generales, jefes y oficiales, aunque estén disponibles, ha sentado muy mal a algunos, que piensan pedir el retiro; entre ellos dicen que hay un general de división.

El general Caballero vino a darme cuenta de su visita a los cuarteles en la noche del martes. Nada anormal. En el parque de artillería estaba de guardia el alférez Manzanares, que tomó parte en lo de Jaca. Es un jovenzuelo muy *rrrevolucionario*. Comunista, creo. Cuando está de guardia en el cuartel, le da una silla al centinela y le convida a cerveza. El general, al encontrárselo de guardia en el parque, descubrió que el alférez no sabía dónde estaba, ni cómo era el recinto, y que no había tomado ninguna de las precauciones reglamentarias. Arresto al canto. Al oficial de guardia, en no sé qué otra dependencia, se lo encontró acostado en la cama y durmiendo. Esta relajación no se acabará más que a fuerza de palos. Estoy terminando el Presupuesto de Guerra, enteramente transformado. Hay en el ministerio un coronel, jefe de presupuestos, que lleva allí muchos años, y que es el autor de todos los embrollos tradicionales en la confección de este presupuesto. Me trajo un primer proyecto en que se burlaban las instrucciones que yo le había dado. Se lo devolví, hizo otro, y apenas lo hojeé, descubrí cosas enormes. Por ejemplo, uno de los capítulos importaba doce millones. Le obligué a cifrarlo analíticamente y el capítulo resultó importando nueve millones solamente. Volví a examinar el presupuesto, me fijé en otro capítulo, importante treinta y ocho millones, le encargué al subsecretario que hiciese la misma operación que en el anterior y el capítulo ha quedado con diez millones menos. Así se hacían aquí las cosas. Al coronel de los presupuestos voy a echarlo a la calle.

El miércoles por la tarde estuve, de cinco a ocho, presidiendo la Junta Central Agraria. Se aprobaron, no sin grandes discusiones entre Lucio Martínez y Huesca y fuerte derroche de palabras, tres decretos.

Mientras yo estaba en eso, discutían en el salón el artículo 48 de la Constitución. Es el relativo a la enseñanza en las regiones. La opinión dominante en las Cortes es contraria a las pretensiones de los catalanes en este punto. Los radicales habían presentado una enmienda, que cerraba el camino al Estatuto catalán y desahuciaba enteramente a los catalanistas. La defendió mal y bárbaramente Emiliano Iglesias; tan mal que su correligionario Guerra del Río se levantó para rectificarle. Yo llegué al banco azul cuando andaban en eso. Como siempre que hay una situación difícil, Lerroux había

desaparecido y también su ministro Martínez Barrio. Esto me dio muy mala espina. Vista la situación, era evidente que si los radicales y los socialistas (que también son muy poco catalanistas) votaban juntos, se aprobaría la enmienda y se produciría un conflicto en Cataluña y en las Cortes, porque los diputados catalanes quizá se retirasen y el ministro de Economía dimitiría.

Se levantó Cordero para decir que los socialistas estaban de acuerdo con el espíritu y el propósito de la enmienda de los radicales, pero que ellos iban a votar en contra, porque tenían presentada por su cuenta otra enmienda que reflejaba mejor su criterio. «Menos mal», dije entre mí. Extraña manera de dar batallas: quererlas ganar cada uno con su cuadrilla. Si a los socialistas les importaba verdaderamente ganar el punto, debieron haber votado con los radicales. Pero no, tenía que ser la suya. A no ser que se tratase de una habilidad para defender teóricamente una posición y dejarse derrotar. No los creo tan finos; aparte de que estaban muy empeñados en ganar.

Se desechó la enmienda de los radicales, y como para el día siguiente quedaba la de los socialistas, era evidente que si aquellos, muy encorajinados contra el catalanismo, la votaban, se produciría el conflicto.

Después de la sesión pasé al despacho de Besteiro, y le di cuenta de mis temores, que él compartía. A Besteiro le pareció un error la enmienda propuesta por sus correligionarios; pero nada podía hacer, porque ese era el criterio del partido. «Llamaremos a Cordero», dijo Besteiro. Vino Cordero. Cabeza de león, melena de plata, hombros llenos de caspa. Le expuse la situación. Dijo, en resumen, que no podían hacer nada; que los socialistas estaban cediendo en todo, sacrificando siempre su programa, y que en este punto estaban irreductibles. Por lo demás, añadió, yo no represento aquí más que mi opinión personal. Desistí y nos despedimos.

Estuve muy preocupado aquella noche con lo que pudiera ocurrir. El jueves por la mañana, después de estar en la presidencia, fui al ministerio de Estado a ver a Lerroux; le dije mis aprensiones y las consecuencias probables. Estimaba yo que, salvado ya por los radicales su criterio de partido, debían considerar la cuestión desde el punto de vista del Gobierno, y no originar una dificultad invencible. Y puesto que había una enmienda suscrita por Acción Republicana, radicales-socialistas, Agrupación al Servicio de la República, y minoría catalana, convenía que el Partido Radical votase con todos los republicanos, en un solo frente, para no depender siempre, en estas cuestiones, del voto decisivo de los socialistas. Lerroux asintió a todo lo que yo dije y prometió hablar a su partido, aunque no podía responder del resultado. Después me he dado cuenta de la importancia de esta entrevista,

que estuve a punto de no buscar; pero una preocupación profunda, más que una determinación deliberada, me llevó a ello.

La enmienda o texto de que yo le hablaba a Lerroux era un proyecto de nueva redacción del artículo 48. La habían elaborado penosamente Sánchez Albornoz y los catalanes, cediendo muchas cosas que hace dos meses no habrían cedido. Suscrita por mi partido y por la Esquerra, la aceptaron los radicales-socialistas y la «masa encefálica» con las firmas de Ortega y Gasset y Pérez de Ayala. Aunque yo tenía mi criterio formado sobre ello, la aprobación de estos dos me tranquilizaba del todo, porque son por lo menos tan literatos y tan intelectuales y tan españoles como Fabián Vidal, director de *La Voz*; para quien, la aprobación del artículo 48 tal como ha quedado, es cosa funesta para la República y para España. Por la tarde fui a las Cortes y entré en el despacho de ministros. Había algunos, y llegó también Miguel Maura. Hablamos del asunto del día, y me dijo que en modo alguno votaría la enmienda de Sánchez Albornoz y que apoyaría otra presentada por Unamuno.

Con el furor peculiar suyo, despotricó contra los catalanes, contra la cultura catalana, formuló los más negros pronósticos, y se mostró alarmadísimo por el porvenir de la «cultura castellana» y del espíritu castellano. Me preguntó si pensaba plantear la cuestión de confianza sobre la aprobación de la enmienda; respondí que no, porque no había acuerdo de Gobierno sobre el asunto, pero que me parecía necesario aprobarla.

Ahora que hemos pasado el atranco, y que he visto cómo estaban apasionados unos y otros (nadie lo había visto antes), me doy cuenta de que aquella tarde, yo no sentía pasión alguna y ni siquiera me importaba profundamente el fondo de la cuestión, sino la dificultad gravísima que podría presentársele al Gobierno. La disputa por el salvamento de la «cultura castellana», garantizándola en la Constitución, me parece, en el fondo, una tontería. La futilidad de la disputa agravaba mi fastidio.

Me fui al salón de sesiones sin ningún plan, esperando ver lo que pasaba, y no tenía ningún propósito de hablar. Cuando llegué al banco azul me enteraron de que los radicales iban a votar contra la enmienda de los socialistas; ya no había, pues, peligro de que se aprobase; y supe también que la Comisión había acordado, por mayoría, aceptar la enmienda de Sánchez Albornoz. Para que siguiese la confusión había esto: que los diputados radicales-socialistas de la Comisión se negaron a esa aceptación, por más que su partido suscribía la enmienda.

Con estas noticias consideré desvanecido el peligro, y vi con gusto que ya no seria necesaria mi intervención. Subí a la presidencia para convenir con

Besteiro el orden en que se discutirían las enmiendas. Besteiro se puso muy contento al saber la decisión de los radicales.

Se discutió y se desechó la enmienda de los socialistas. Los radicales se resistían a votar contra ella. Lerroux tuvo que salir al pasillo para empujar a sus huestes. Largo Caballero se puso algo fosco porque los ministros republicanos votaron contra la enmienda socialista. Decía Largo (a mi no me lo dijo) que se había convenido en la abstención de los ministros; no tenía yo noticia de tal convenio. Fernando de los Ríos se marchó del banco azul antes de empezar la votación, por no ir contra su partido ni contra sus convicciones personales.

Se leyó la enmienda de Sánchez Albornoz, etcétera, que apoyó su autor, y Jiménez de Asúa, socialista, presidente de la Comisión, se levantó para decir que la aceptaban y se convertía en dictamen. A Largo Caballero le supo muy mal lo hecho por Asúa. Al poco rato se encontraron en los pasillos y disputaron. Las voces se oían desde el salón.

Pasando a ser dictamen la enmienda Sánchez Albornoz, se entró a discutir las otras, presentadas contra ella. Unamuno defendió la suya, salmodiando un discurso medio leído, medio recitado, bastante triste y sin ninguna eficacia política. No le hicieron caso. Habló Miguel Maura, y se produjo un incidente inesperado y muy penoso.

Maura, plantado a lo jaque en las escalerillas de los escaños, en jarras, con tono insolente y retador, comenzó apostrofando a los radicales, que se le encresparon. No dijo nada de sustancia, y sí muchos lugares «españolistas», de los que gustan a la galería. Su arremetida a los radicales conducía nada menos que a soliviantarlos, y ya que habían aceptado votar el nuevo artículo 48, hacerlos volverse atrás, sonrojarlos, descomponer la mayoría y crearnos el conflicto que tanto trabajo había costado evitar… Yo estaba muy contrariado, y me enojaba por momentos la insolencia de Maura, que se presentaba como árbitro de la Cámara, y como un hombre que ha estado mucho tiempo guardando un secreto penoso y al fin se decide a tirar de la manta. Que viniese a descomponerme la mayoría un hombre que hasta hace cuatro días había gobernado con ella me irritaba como una deslealtad. Y dijo sobre todo una cosa intolerable: se adelantó a explicar lo que significaba el voto que íbamos a dar sus contrarios: significaba que nos era indiferente que el Estado tuviese o no la enseñanza en Cataluña (contra la evidencia del texto de la enmienda), y que al votar así «entregábamos el alma y el porvenir de España en cabildeos y cambalaches». Estas palabras, como lo del españolismo, que todos oyeron, están cambiadas o mutiladas en el texto del Diario de Sesiones.

No podía yo tolerar lo que estaba haciendo Maura y pedí la palabra. Le traté con dureza. Tenía yo razón sobrada. Si lo hubiera hecho cualquier otro diputado, quizá yo no habría despegado los labios; pero que Maura viniese a denunciar los cabildeos y los cambalaches… era demasiado[20].

Le dije que enarbolaba bandera de españolismo, y se indignó. Pues es la pura verdad, aunque quizás él no lo sepa. En realidad, Maura se ha ido del Gobierno para disputarle a don Niceto la bandera del «derechismo» en la que pretende alistar a los católicos republicanos.

Las tribunas, sobre todo la de la prensa, acogieron mis palabras con un *¡oooh!* repetido. También en las Cortes el ambiente me era poco favorable. Desfogado mi enojo con Maura, no tardé en hacerme con el auditorio, que acabó aplaudiendo mi discurso. La rectificación de Maura no valió nada, y nadie la aplaudió. Ya en su primer discurso noté que al pedir yo la palabra cambió de tono y de rumbo, y hasta parece que lo cortó.

Se desecharon las enmiendas, y se aprobó el artículo. Votó con nosotros Ossorio y Gallardo, que desaprueba fuertemente lo hecho por Maura. Ortega y Gasset discutió también con él.

Cuál no sería mi sorpresa al enterarme de que Maura se había enojado personalmente conmigo; ha dicho a los periodistas que no volverá a saludarme en su vida.

Al pronto, me disgusté, más que nada porque Maura es injusto. Además le tengo simpatía y algún afecto, por más que su temperamento me subleva. Yo creo que en mi discurso (digo en el comienzo) hay una explosión de todas las impaciencias que Maura me ha hecho devorar durante seis meses, a fuerza de imprudencias, de ligerezas y de arrebatos. Es opinión común, y yo estoy cerca de compartirla, que Maura no tenía mala intención, y que no se dio cuenta del daño que hacía. Esto explicaría su enfado conmigo, porque mi respuesta no le parecía proporcionada con lo que pensaba estar haciendo. También opinan, los que andan cerca de estos hombres, que Maura obró un poco manejado por Sánchez Román, que con su frialdad se pinta solo para influir en Maura y en Prieto, dos impulsivos.

Después, he ido consolándome del disgusto, y todo se reduce ahora a encogerme de hombros.

La prensa, menos *Crisol*, me es contraria en este asunto. Y algunos amigos timoratos están asustados. Entre ellos Amós, que al día siguiente vino a verme y advertí su cara sombría. «Hay una gran reacción españolista», me dijo. «Será la suya; porque no sé cómo ha podido observar y medir esa reacción en tan pocas horas».

No hay que decir si los catalanes me habrán abrazado. Gracias a mí, no lo echaron a perder. Cuando empezaba la discusión, les envié un recado con Xirau, diciéndoles que pasara lo que pasara y oyesen lo que oyesen, no pidieran la palabra.

25 de octubre

Ayer, reedición del diluvio universal. Estuve en el ministerio de la Guerra por la mañana, después en la presidencia, y a las doce fui a la Telefónica, en visita oficial, para inaugurar la comunicación con Baleares y Canarias. Allí estaba Pérez de Ayala, que me habló del incidente con Maura. Desaprobó lo hecho por Miguel, y opina que no se dio cuenta del alcance de sus palabras. Opina también que Felipe Sánchez Román ha sido inductor de Maura, y como yo decía que Sánchez Román ha tomado muy mala actitud en este asunto, Ayala corrigió:

—Y en todos.

Me encomió mucho la buena disposición de Ortega para conmigo. Dice que Ortega está muy cambiado desde que ha venido la República y que es ahora muy «modesto». Se habló de la conferencia que Maura iba a dar por la noche en el Círculo Mercantil. Yo dije que probablemente Maura «se soltaría el pelo» contra el Gobierno, y que, si lo hacía, estaba yo dispuesto a darle un recorrido. Pérez de Ayala estimó que sería un nuevo mal paso de Maura, y dañoso también para el Gobierno, y que para impedirlo hablaría con Maura aquella tarde. «En mi opinión —le dije—, si Maura continúa como empezó el otro día en las Cortes, tendrá que irse de la política o de la República».

Todavía volví a la presidencia, y después fui con Lola a almorzar en la embajada francesa. Muy amables y muy cordiales los señores de Herbette. Estuvimos allí hasta después de las cuatro.

A prima noche estuve en el ministerio de la Guerra, trabajando en el presupuesto. No salí de casa después de cenar.

Hoy he leído la conferencia de Maura. Es muy vacía. Todo se reduce a decir que es muy conservador, y que deben agruparse los conservadores, etcétera. Maura persigue la misma ilusión que su padre: la masa neutra. Hay una reticencia injusta en la conferencia de Maura, acerca de la dejación del principio de autoridad, en que supone ha incurrido el Gobierno, y de la que no quiere hablar, «por deberes de compañerismo». («¡Que hable, que hable!», le decía el auditorio). Ahí aparece el Maura de la otra tarde en el Congreso, que es el auténtico; el Maura del maurismo y del «nosotros somos nosotros». ¡Y

pensar que en la noche del 9 de mayo, cuando la algarada de la Puerta del Sol, Prieto, Ríos y yo tuvimos que sujetarle por los brazos para que no se lanzara a dar órdenes que hubieran ocasionado un desastre memorable!

No he salido de casa hasta la tarde. Han venido a comer con nosotros los de Guzmán. Anochecido, he ido a casa de Cipriano, que está enfermo. Después he vuelto a encerrarme, y a leer papeles.

26 de octubre

He pagado esta mañana unas visitas diplomáticas. En el ministerio de la Guerra he recibido la visita del gobernador del Banco de España y la del alto comisario en África. El gobernador del Banco me informa de los manejos del consejo de administración contra el ministro. Le han abierto una cuenta de 75 000 pesetas a un señor Ceballos Teresí, para que haga campaña contra Prieto.

El alto comisario viene a decirme que el Banco se niega a tomar los títulos del empréstito de la Zona de Marruecos, a no ser en condiciones desventajosas (solo ofrece seis millones), y que en vista de ello habrá que paralizar las obras en Marruecos, dejando sin trabajo a más de tres mil hombres.

La operación había sido propuesta por el gobernador, pero el consejo no la acepta. Después de despachar en Guerra, voy a la presidencia y hago venir a Coronas, amigo mío, consejero del Banco, para recomendarle la operación. Visitas.

Por la tarde, Consejo, dedicado al presupuesto. Prieto da cuenta de la situación: seiscientos millones de déficit y las rentas en baja.

Expongo mi criterio para la formación del presupuesto, que es de restricción. Claro está que si todos hubieran hecho lo que yo en Guerra, la cuestión estaría resuelta. Pero en vez de hacerlo así cada ministro trae, sin enmendar los yerros antiguos, gastos nuevos y aumentos en el personal. Estoy decidido a ser «avaro». Les propongo aumentos en algunos tributos, la supresión de la caja ferroviaria, la reducción de las obras de ferrocarriles, etcétera, y doy instrucciones al ministro de Hacienda para el próximo Consejo.

Prieto ha dicho que si Viñuales quisiera aceptar la cartera de Hacienda, él estaría dispuesto a ser director del Timbre (que es el cargo actual de Viñuales).

No nos ha quedado tiempo para entrar en el asunto de los ferroviarios.

Prieto cuenta las «picardías» que hace el consejo del Banco y, sobre todo, el subgobernador, señor Pan. Este señor ha hecho algunas cosas sucias en el Banco de Crédito Exterior, en las cuales está también comprometido el «profesor» Olariaga. Mi correligionario, Gabriel Franco, dirigía ese Banco, y ha dimitido hace pocos días porque, al poner en orden la administración de la casa, se ha encontrado con responsabilidades graves para Olariaga y Pan, y le ha dado reparo acometer a Olariaga, que es compañero suyo.

27 de octubre

He querido prevenirme para el caso de una crisis fulminante anunciada por el ministro de Hacienda, e incluso estaba decidido a provocar yo esa crisis, haciendo salir a Prieto del Gobierno, en el caso de que mis trabajos preliminares hubieran resultado bien. La impresión tranquilizadora que ha producido la formación del Gobierno en la cuestión de orden público se habría reforzado y extendido al orden económico eliminando a Prieto, que con sus palabras, más que con sus actos, siembra la alarma, y con sus ligerezas, se priva de autoridad.

Para mi propósito era indispensable encontrar la persona. Pensé en Pedregal. Está en Asturias. Se me ocurrió explorar la voluntad de Pedregal, y hacerle alguna fuerza, valiéndome del señor Cossío. Envié al subsecretario a visitar a Cossío, a quien dio cuenta de mis planes. Cossío los aprobó y se ofreció a influir cuanto pudiese sobre Pedregal, empezando por llamarle a Madrid. Pedregal llegó anoche, y esta tarde a las cuatro he ido a la Institución Libre de Enseñanza a conversar con él.

Nos hemos visto en la alcoba del señor Cossío, que está en cama, enfermo de cuidado hace ya muchos meses. La alcoba es monacal, blanca, chiquita. Unas flores. El señor Cossío acostado, risueño y melifluo como siempre me saluda con gran emoción, y me retiene una mano entre las suyas, mucho rato, diciéndome mil cosas amables. Cuando me suelta, puedo volverme a saludar a Pedregal, que me abraza.

Hablamos largo rato de los sucesos últimos. Repasamos lo ocurrido con la crisis. Pedregal está resentido por lo que ocurrió en Asturias con las elecciones; pero su resentimiento es con Maura, y él sabe bien que yo no tuve arte ni parte en el asunto. Por ese disgusto, dimitió la presidencia del Consejo de Estado, y se fue sin decir nada.

Le propongo la cuestión de su entrada en el Gobierno, y el efecto que busco, que es tranquilizar a la clase media, y poner su autoridad personal al

servicio de la política de nivelación del presupuesto que me propongo acometer. El resumen de su respuesta es la negativa a aceptar mi ofrecimiento. Estima Pedregal que si bien su entrada en el ministerio podría determinar una reacción favorable en el orden financiero, eso sería solamente momentáneo. Cree que es injusta la campaña que se hace contra Prieto, que no ha hecho nada en su departamento que pueda producir la depresión actual. A juicio de Pedregal, esa depresión procede de lo hecho en otros ministerios, como son Justicia y Trabajo. Una rectificación de política, como la que representaría su presencia en Hacienda, no podría sostenerse, continuando las cosas igual en los otros departamentos. Cree que Prieto debe continuar, y que lo más útil sería crear un ministerio del Tesoro, al que podría ir un especialista, descargando a Prieto de esa parte de la gestión. En lo que se refiere a la Hacienda, Prieto está bien. Añade Pedregal que más adelante podría pensarse en la combinación que yo propongo, pero que ahora es prematura. Insiste mucho en su buena voluntad para conmigo; si yo le necesito en cualquier otro puesto, para mostrar que colabora con el Gobierno, está a mi disposición. Yo le digo que me frustra la mitad del éxito, y eso le impresiona un poco; pero no lo vence. El señor Cossío me dice que todos los argumentos que tenía preparados para convencerle han resultado inútiles. Poco después, nos despedimos. En el curso de la entrevista se ha quebrantado un poco la confianza que yo tenía en el resultado de esta solución, y he barruntado las dificultades que surgirían de la presencia de Pedregal en el ministerio.

Desde la Institución, he ido a las Cortes. Por el camino, recordaba yo, traído a la memoria por mi entrevista con el señor Cossío, el encuentro que tuve hace muchos años con don Francisco Giner, el día que subió al poder Canalejas. Íbamos por los altos de la calle de Serrano Guillermo Pedregal, otro amigo y yo. Por una bocacalle apareció don Francisco, con su abriguito color ala de mosca. Nos detuvimos a hablar con él, y la conversación giró sobre Canalejas y la combinación un poco turbia que lo elevó al poder. Don Francisco dijo:

—Si lo viese, después de ponerlo como un trapo, reconocería que es el único que puede gobernar.

Ahora, en vez de Giner, Cossío; en vez de Guillermo, su hermano; en vez de Canalejas… ¿Yo? Pero a mí no pueden ponerme, ni me ponen, como un trapo.

En las Cortes, discurso de don Niceto en defensa del Senado. Se apoya mucho en las «virtudes» del Senado francés. No me convence. Y me parece

bastante pobre, y algo provinciano, este modo de tratar las cuestiones fundamentales de la Constitución. Estoy tan cansado que en el banco azul me he quedado dormido. Pocos minutos ha debido de ser. Unos aplausos me despertaron. Nadie lo advirtió (es decir, sí, Tenreiro; me lo contó luego en los pasillos).

Me reúno en mi despacho del Congreso con el ministro de la Gobernación y con el subsecretario de la presidencia. Anoche estuve componiendo, de memoria, el decreto sobre amortización de plantillas en la Administración. Y, en la reunión de esta tarde, se lo voy dictando al subsecretario, completando mi proyecto con las observaciones que se nos ocurren. Queda hecho todo, y le encargo a Ramos que, para el Consejo de mañana, lo ponga en limpio. Como los ministros no saben guardar secreto sobre lo que se habla en los Consejos, ya se trae y se lleva por todo Madrid lo que pensamos hacer con los funcionarios y va a formarse con esto un ambiente desfavorable para la realización de lo que nos proponemos. Así es que lo mejor es apresurarlo.

28 de octubre

Consejo de ministros en la presidencia. Lo principal ha sido el examen y discusión del proyecto sobre los funcionarios. Se habían sacado copias. Cada ministro tenía la suya. Leí todo el decreto, que parecía bien en general, y luego Prieto fue leyéndolo párrafo por párrafo, discutiéndose todos, e introduciéndose algunas modificaciones. El Consejo acordó suprimir el artículo en que se exigía a los funcionarios la promesa de fidelidad a la República. También se acordó, en contra de la propuesta, que las excedencias forzosas se concedieran por decisión del ministro, en vez de concederse por orden inverso de antigüedad. Largo Caballero, después de repetir que el decreto le parecía bien, obtuvo algunas modificaciones por lo que respecta a los consejos técnicos del ministerio del Trabajo. Lerroux preguntó en qué situación quedaba el personal del ministerio de Estado; se lo expliqué, y así se aprobó el decreto. Los ministros que habían instado más porque se hiciera esta reforma eran Prieto y Nicolau.

Todos nos comprometimos a no decir nada de esto a los periodistas, y que la primera noticia se tuviese por la *Gaceta*, como debe ser.

Fernando de los Ríos propuso que se aumentase el descuento a los empleados públicos. Yo me opuse con toda energía, estimando que la medida era injusta, irritante, y de poca utilidad fiscal. «Los que deben pagar más —exclamé— no son los empleados, sino los propietarios de los palacios de la

Castellana». Largo Caballero asentía con la cabeza; se desechó la propuesta de Fernando.

No concluimos los asuntos pendientes. Se discutió mucho la necesidad de permitir que los obreros del campo puedan ir a trabajar fuera de su término municipal. La cosecha de aceituna en Andalucía es tan enorme que no hay brazos para recogerla, y se teme que, en mucha parte, se pierda. En algunos términos no hay braceros, y en otros sobran, pero está prohibido que se trasladen. Sobre esto, Largo Caballero y Martínez Barrio disputaron. Largo se dolía de que ya no va quedando nada del decreto (convertido en ley) que estableció la prohibición. «Cuando se acercaban las elecciones», decía Largo, el decreto pareció muy bien, porque con él se quitaba a los caciques la posibilidad de fijar a su antojo los jornales y de dar o no dar trabajo y, por tanto, de disponer de los votos. Ahora, todo son quejas y protestas.

A duras penas se logró que Largo consintiese que un decreto de la presidencia levante la prohibición para la recogida de la aceituna.

Acordamos continuar el Consejo por la tarde en el Congreso.

En el Congreso nos hemos reunido a las seis. Pero no ha sido posible aprovechar el tiempo. Algunos ministros permanecían en el banco azul, y hemos despachado poco, y asuntos sin importancia. No ha podido entrarse en el asunto de los ferroviarios, que se deja para otro día.

En la Alianza Republicana hay tempestad. Los radicales, que están de mal humor porque yo presido el Gobierno, se han enfadado mucho porque Acción Republicana ha votado la Cámara única, de acuerdo con los socialistas y radicales-socialistas. A los radicales les contraría mucho quedarse en compañía de la derecha republicana. Estas cosas me las cuentan los diputados, a la sordina; pero Lerroux y yo hacemos como que las ignoramos y nunca hacemos conversación de ello.

La sesión ha durado hasta las once de la noche. Se discutía el referéndum, y hemos estado desechando enmiendas y armándonos un pequeño lío sobre la confección definitiva del artículo. Con este motivo arrecia el malestar entre radicales y Acción Republicana.

A las once y media llego a casa, con Cipriano, que estaba invitado a cenar con nosotros. A eso de la una, llaman por teléfono desde el periódico *Ahora*. En su imprenta se tira la *Gaceta*, y han visto en el sumario que va el decreto de funcionarios. Piden que les dé el texto, a lo cual me niego.

29 de octubre

Aparición del decreto de funcionarios en la *Gaceta*, y consiguiente escándalo en Madrid, sede del funcionarismo. Me cuentan que la agitación es enorme en los ministerios. Se ha agotado la *Gaceta*. Yo he estado casi toda la mañana en Guerra, ocupado en el despacho y no me he enterado ni he hecho caso de nada. Recibo la visita del Colegio de Agentes de Cambio y hablamos de la situación de la Bolsa, que es bastante mala. Los agentes de Madrid sostienen artificialmente las cotizaciones, arrastradas a la baja por las acciones de ferrocarriles. La baja de los valores ha hecho perder a los Bancos una parte muy considerable de su cartera, y los pone en punto de quiebra.

Por la tarde, en los pasillos del Congreso, no se habla más que del decreto. Como aquí todo el mundo es funcionario, la hostilidad es casi general. No todos se atreven a decírmelo, pero lo descubro fácilmente en el tono de las preguntas y de los comentarios que se arman. Me hacen perder mucho tiempo rodeándome para hablar del caso. Algunos diputados me felicitan, como Companys; otros barbarizan a mis espaldas, como Emiliano Iglesias, que ahora resulta defensor de la pureza parlamentaria, y Eduardo Ortega.

García Valdecasas se me acerca para decir que desea hacer una interpelación esta tarde sobre el asunto. Yo le digo que proceda como guste, pero que acaso no sea discreto dar estado parlamentario a la cuestión, cuando los funcionarios se encuentran soliviantados. Discutimos un poco el asunto, y se queda todo en que me hará un «ruego».

También el joven Sacristán, director de Aduanas, se muestra muy contrario al decreto, y dice que no lo cumplirá, porque es imposible. Es algo pedante este joven, y acaso tenga talento; aún no he tenido ocasión de comprobarlo.

Hay una curiosa coincidencia entre la rutina burocrática alarmada, y los jóvenes más o menos ilusos, encaramados a los puestos superiores de la Administración, y que se figuran que su *centro* es el del mundo. El barullo es tal, que cuando Marcelino Domingo viene a hablarme de otros asuntos al despacho de ministros, le veo todo asustado de lo que ayer aprobó alegremente, y tengo que tranquilizarle. Estos hombres, acostumbrados al halago de la prensa, y a moverse a favor de la popularidad, no pueden resistir la menor amenaza de una campaña de oposición.

Marcelino Domingo se marcha a su ministerio, a trabajar en el presupuesto, y a poco llega Valle-Inclán. Viene a enseñarme un suelto de un periódico anunciando que el lunes se inaugura, en lo que fue Palacio real, el Museo de la República. Protesta, con razón; porque nada se ha organizado

aún allí con seriedad. Le digo que no había oído hablar de semejante museo, y le cito para mañana en la presidencia, a la hora del Consejo.

Largo, Prieto y Fernando vienen a plantearme una cuestión política. Me aseguran que los radicales, enojados con los socialistas, obstruyen en las comisiones los dictámenes sobre los proyectos presentados por aquellos ministros. Especialmente, el proyecto de reforma del Banco no adelanta nada. Los tres ministros creen indispensable que se haga una declaración por el Gobierno, afirmando la solidaridad con la obra de todos y, singularmente, con el ministro de Hacienda. Creo que tienen razón, y quedamos en plantear el asunto en el Consejo de mañana.

Contra Prieto se hace una campaña muy violenta; el Banco ha dado dinero para esta campaña, que alcanza a *La Tierra*, a *La Nación* y no sé si a otros periódicos.

También hace campaña, contra Prieto, *Crisol*. Nadie que yo sepa puede decir que este periódico está vendido al Banco, pero la coincidencia es fastidiosa para él.

Ortega y Gasset (José) estaba tan seguro de que Prieto salía del ministerio, que se lo ha dicho a un redactor de *El Sol*, anunciándole que la crisis sería el lunes. Alguien, creo que el mismo Ortega, ha deslizado el nombre de Pedregal; lo sabrá por los de la Institución, y particularmente por el yerno de Cossío, que estaba allí cuando me entrevisté con Pedregal. El caso es que el redactor de *El Sol* me abordó en un pasillo y me dijo: «¿Cuándo viene el nuevo ministro de Hacienda?». Yo le respondí que eso era fantástico, y como él me recordase la campaña de prensa contra Prieto, le respondí: «Ahora no se derriba un ministro con un artículo». Esta conversación fue ayer, anocheciendo. Pocas horas después leí en *Crisol* un nuevo artículo contra Prieto, y pensé: «En este periódico van a creer que lo he dicho por ellos, siendo así que no había salido a la calle el número, cuando hablé con el reportero».

En efecto, se lo han creído. Hoy publica un entrefilete, reproduciendo mi respuesta al redactor de *El Sol*, y diciendo que tiene sabor «primorriverista». Es inaudito. Estos periodistas de *Crisol*, que estuvieron dos o tres años amparando a la dictadura en *El Sol*, se ponen ahora a dar patentes de «primorriverismo». La pedantería y el engreimiento de este periódico, porque va agarrado a los faldones del señor Ortega, son insoportables.

Con esta salsa ha transcurrido la tarde, mientras se discutía en el salón el procedimiento para elegir Presidente de la República. Estando en el banco

azul, y cuando se acercaba la votación, Lerroux me preguntó: «¿Usted vota lo que propone la mayoría de la Comisión?».

—Sí, lo voto. Mi partido lo ha defendido en la Comisión, y me han consultado el texto definitivo, que he aprobado.

—Entonces, me voy, para no votar contra usted.

Y se fue del banco azul.

Una vez más, hemos votado en contra de los radicales. Están furiosos. Dicen que Acción Republicana es una querida que les ha salido infiel, etcétera, etcétera.

La prensa de la noche viene furiosa contra el decreto. Es natural. Casi todos los periodistas son funcionarios. *La Voz* se limita a dar una patada.

La Tierra, en cambio, lo defiende. Poco es.

Vuelvo al Congreso, después de cenar con Guzmán y con Cipriano, por si se produce la interpelación de Valdecasas. Al comienzo de la sesión se aprueba el acta de Baleares, que trae el joven Carreras, de Acción Republicana.

Después se entra en lo que llaman *ruegos y preguntas*. El espectáculo que ofrece el Congreso es deplorable. Hay un señor Algara, socialista aragonés, que barbariza a boca llena. También hace payasadas Soriano, que me interpela sobre el «monarquismo» del general subsecretario. Por cierto que cuando hablaba Soriano, un obrero diputado socialista, le interrumpe diciendo:

—¡Ya te hemos conocido, ya!

Este es el tono.

Después me ha dicho Cipriano que Valle-Inclán, presente en una tribuna, le ha dicho:

—No creo en Azaña como político si no publica un decreto diciendo: *Este Congreso no vale*.

Besteiro me ha llamado a su despacho, donde había una comisión de funcionarios de Hacienda, que deseaban verme. Hablamos largo rato. Me dicen que les anima un «espíritu ciudadano», y el interés público. Creen que el decreto, aplicado en Hacienda, produciría la baja de la recaudación. Les explico el alcance del decreto, y la prudencia con que pensamos aplicarlo.

Siendo ya las dos menos cuarto de la madrugada, se levanta a hablar García Valdecasas. No ha estado muy feliz. Dice cosas bien intencionadas, habla de la burocracia prusiana, etcétera, etcétera, y no se mete a fondo en la cuestión.

Le contesto, le trato bien, mi discurso gusta, y es aplaudido por todos, salvo por algunos radicales, que están de monos. García Valdecasas tiene la cortesía de aplaudirme.

Un redactor de *El Sol* viene a decirme que, en su periódico, no atacaron el decreto por ser cosa mía; así se lo ha dicho el director, y le ha encargado, además, que yo haga una cuartilla sobre el caso. Es lo de siempre. Que los periódicos los hagan otros, y excusarse de opinar. Contesto al redactor que no haré cuartilla alguna y, que como voy a hablar contestando a Valdecasas, que tomen mi discurso.

Los radicales-socialistas se han dividido públicamente en la votación de esta tarde, y no solo en los votos, sino en los discursos. Cada bando ha hablado de separarse del partido. Barnés ha dimitido la vicepresidencia de las Cortes.

Hemos salido del Congreso cerca de las tres de la madrugada.

30 de octubre

Consejo en la presidencia. Llego un poco retrasado, a causa de no haber dormido. La prensa de la mañana también ataca. El más moderado es *ABC*, sin duda porque en su redacción hay menos funcionarios que en otras. Incluso *El Sol* ataca. Observo que conmigo no se atreven personalmente.

En la presidencia, Valle-Inclán, esperando a Domingo. Resulta que Domingo tampoco sabe nada del famoso Museo de la República. Y poco después, en Consejo, se averigua que el ministro de Hacienda, de quien dependen los bienes del patrimonio, tampoco está enterado. Vuelve Prieto a lamentarse de que su amigo Cueto, administrador de los bienes de la Corona, no sirve para nada. Cosa prevista por mí. Prieto, que no conoce a nadie más que a gentes del café, no puede elegir bien sus colaboradores.

En el Consejo, tratamos del asunto de los ferroviarios, que piden mejoras «mínimas» del orden de setenta millones. Todos convienen en que es imposible concederlos, y no solo imposible, sino injusto, en opinión de Prieto, Ríos, Albornoz y Largo.

Se acordó otorgar aumentos a los salarios más bajos, mediante un arbitrio. Es posible que tengamos huelga. Ríos, Largo y Prieto tratarán de convencer al sindicato para que se conforme.

Planteo la cuestión de la solidaridad ministerial que interesa a los socialistas. Todos aceptan el principio, los socialistas callan como muertos, y

quedamos en que yo haré a los periodistas una declaración en este sentido. Del decreto de funcionarios no se ha hablado más que vagamente.

Por la tarde, en las Cortes, se ha votado el artículo 66, que se aprueba con los votos de Acción Republicana, socialistas, catalanes y gallegos. Estamos en contra de radicales y de radicales-socialistas; estos, desorientados desde ayer. Lo más notable de esta tarde ha sido la sesión secreta. Se ha tratado de la incompatibilidad del cargo de diputado con los destinos públicos retribuidos. Creo que hay cerca de ciento cincuenta diputados que tienen empleos.

Las Cortes, al aprobar su reglamento, introdujeron un artículo suspendiendo la legislación sobre incompatibilidades, pero hay, por lo visto, más de una manera de entender ese artículo. El caso es que el ministerio de Hacienda se ha negado a pagar los sueldos de los que, siendo diputados, tienen un empleo público, y solo quiere abonarles los dos tercios, como excedentes forzosos. El Presidente de las Cortes envió un escrito al Gobierno, pidiendo que decidiese la cuestión. En un Consejo de ministros se acordó sostener la opinión del ministerio de Hacienda, y así se le comunicó por escrito a Besteiro. Esta determinación ha molestado mucho a los diputados que son funcionarios. Algunos, cerca de cuarenta, han dicho que renunciarán al acta porque les interesa más el otro cargo; creo que Unamuno ya ha presentado la renuncia. En la sesión secreta, al discutirse el caso, se ha dado un espectáculo deplorable, que por fortuna no ha visto el público; verdad es que si la sesión no hubiera sido secreta, no se habrían puesto así. Aglomerados en los escaños bajos, y en medio del hemiciclo, gritaban y manoteaban. Prieto ha defendido la buena doctrina, es decir, la de la incompatibilidad. He llegado al salón cuando estaban en esto, y me ha dado un poco de vergüenza. Algunos han venido a mí, entre ellos Xirau, muy alterados «por lo que hacía el Gobierno». Junto a mí, estaba Unamuno, y le he preguntado: «¿Y usted qué opina don Miguel?». Y Unamuno, con un gesto característico, me dice: «Yo renuncio al acta. Me interesa la cátedra más que *esto*». Es notable que la cátedra, que no desempeña desde hace tres meses, le interese más, porque le van a restar un tercio del sueldo.

Como esta mezquindad es la que se discute, buscan argumentos retorcidos para disimularlo. Por ejemplo, Xirau dice que ir los sábados y lunes a la Universidad de Barcelona es muy importante para la cultura.

A todos ellos podría preguntárseles quién les ha mandado ser candidatos o diputados, y, que estando retribuido el cargo de diputado, qué importancia tiene perder un tercio del sueldo en los destinos que realmente no pueden desempeñar.

Esta cuestión es más agria porque se censura mucho a ciertos personajes republicanos que ocupan embajadas y no están en ellas, sino en las Cortes. Tales, Madariaga, Pérez de Ayala, Alomar y Rocha. El caso de Alomar es verdaderamente grande. Nombrado embajador en el Quirinal desde mayo o junio, no ha salido de Madrid y cobra el sueldo. Pérez de Ayala sí ha estado en Londres y su presencia en Madrid es pasajera; pero ocupa la Dirección del Museo del Prado; no cobra el sueldo, pero ni la desempeña él ni la desempeña otro.

En la sesión secreta no se ha acordado nada. Después de mucho barullo, se encomienda a Besteiro que busque una solución, y si no la halla, que se discuta el asunto en sesión pública. Si no lo resuelven como es debido, las Cortes perderán autoridad ante el país.

Esta tarde he estado en el Ateneo a firmar los libramientos del mes, y, con este motivo, he perdido allí una hora hablando con algunos compañeros de la junta. Los *rrrevolucionarios* están bajo la amenaza de expulsión, propuesta contra cuatro de ellos. El señor Balbontín, recientemente elegido diputado por Sevilla, ha publicado un artículo en *La Tierra*, diciendo que los ateneístas son «los zuavos pontificios del señor Azaña»; que soy un reaccionario y que debo dimitir. Este Balbontín comenzó su carrera pública escribiendo versitos a la Virgen.

Desde el Ateneo —donde un socio, que es funcionario, se me ha acercado para felicitarme por el decreto de funcionarios— he vuelto al Congreso. A primera hora había yo hablado con don Niceto, rogándole que me concediera una entrevista. Don Niceto no había encontrado ocasión de acercarse al banco azul desde que soy Presidente, hasta ayer que vino a mí y estuvo hablándome muy sonriente.

Esta tarde, en cuanto me ha visto volver al salón, ha venido a decirme que estaba a mi disposición, y hemos salido juntos, llamando un poco la curiosidad de la gente. Nos hemos metido en mi despacho, y le he planteado la cuestión de su candidatura para la presidencia de la República.

Para dar este paso había yo antes contado con algunos ministros y con Besteiro.

He dicho a don Niceto que al Gobierno le interesaba saber cuál era su propósito respecto de la presidencia, porque acercándose el día de la elección, no podíamos llegar a él desprevenidos. Que si persistía en ser candidato a la presidencia, lo veíamos muy bien y que sería un acto de justicia votarlo. (Se le subió el pavo al oírme esto). Pero, como últimamente se ha colocado en

actitud revisionista y ha levantado su bandera, convenía saber si persistía en ella y cuál era su pensamiento definitivo.

Don Niceto responde que no puede desde ahora decir en definitiva lo que hará. Que algunos de los artículos ya votados le parecen mal, y que falta por discutir otros que también combatirá, incluso el transitorio sobre elección del Presidente por estas Cortes, porque estima que debe exigirse un *quorum* muy alto. Que su actitud revisionista no puede ser un obstáculo a su candidatura y me cita el caso de que en Francia, Grévy, que no votó la Constitución, fue Presidente. Si no se hace incompatible con las Cortes, podría ser que aceptase la candidatura. «¿Usted cree que soy incompatible con ellas?», me pregunta. «De ningún modo». Le hago ver que si piensa en ser candidato, lo mejor sería que no intervenga en los debates; pero a eso no se presta. En suma: todo queda en veremos. Mi impresión es que don Niceto desea la presidencia; pero que no quiere renunciar a su posición revisionista. Lo que no está claro aún es hasta dónde pretende llevar esa posición; no sería posible hacerle Presidente si antes no manifiesta públicamente que la abandona. En el documento que dirigió a los ministros, el día de la crisis, dice que está «fuera de la Constitución».

Capítulo de conjuras: parece que está en marcha una conspiración monárquica. Las confidencias son muchas y coincidentes. Señalan a un comandante de un regimiento de Madrid, a otros oficiales, a un canónigo de la Catedral, a un diputado vasco, a un abogado, amigo de La Cierva, y a varios aristócratas. He hablado largamente con Galarza sobre ello, y acordamos *darles cuerda* hasta que el asunto esté maduro y se pueda dar un golpe. Llegaban incluso a decir que se proponían alzarse el martes próximo.

El único periódico de la mañana que defiende el decreto de funcionarios es *El Socialista*. Y, esta noche, *La Tierra*, que dice claramente la razón de la campaña de prensa. Los periodistas suelen ser funcionarios.

31 de octubre

He ido temprano al ministerio de la Guerra, donde tenía muchos asuntos pendientes. A media mañana, Largo Caballero me pregunta por teléfono si puede venir a visitarme con los otros dos ministros socialistas. Les digo que vengan inmediatamente.

Se me presentan los tres. No están contentos con lo acordado ayer en Consejo sobre la solidaridad ministerial, y, sobre todo, no lo están porque no se acordó nada práctico para que cese la obstrucción que se supone dirigida

por los radicales contra los proyectos socialistas. Tampoco les ha satisfecho la declaración mía, como aparece en los periódicos. A mí me satisface menos que a ellos. La hice de palabra a los periodistas, quienes, preocupados con la actualidad del decreto de funcionarios, creyeron que se refería a ese asunto, y así lo han dado a entender al transcribir mis palabras. Estimo que es conveniente despejar la situación y les propongo reunir el Consejo para las siete de la tarde. Así lo concertamos y se van. Poco después me visitó Albornoz, para hablarme de los ferroviarios andaluces.

Estas visitas, como yo suponía, han producido en Madrid una emoción extraordinaria. Todo el mundo ha creído que se planteaba la crisis, y que se planteaba por la cuestión de los funcionarios. Pero, ocupado en mis asuntos, no me he dado cuenta, hasta la hora de empezar el Consejo, de lo que pasaba. Estamos en un mundillo de parlanchines impresionables, que por tontería se aturden, o por malicia difunden el aturdimiento. Mandé poner las citaciones para el Consejo, y a poco rato me telefoneó Lerroux, diciendo que pensaba salir de Madrid a las dos, y que si era indispensable su presencia o si no podía aplazarse el Consejo. Contesté que preguntaría a los compañeros que habían pedido esa reunión; Largo me dijo por teléfono que a su juicio no podía demorarse el Consejo, y que, naturalmente, la presencia de Lerroux era indispensable. Así se lo dije a don Alejandro, que no parece haberse quedado de buena gana.

En tanto, el notición de la crisis corría por Madrid, y lo telegrafiaban a provincias.

Cuando a las seis y media fui a la presidencia, me encontré al pie de la escalera con un batallón de periodistas. Me hablaron de «expectación», y yo sin fingimiento, quise decirles que no estaba justificada. Hablé con ellos un rato, diciéndoles cosas «sensatas» sobre el decreto de funcionarios. *La Voz* las ha reproducido bastante bien.

En el Consejo todo ha ido a las mil maravillas. Primero les comunico la noticia confidencial de que Alemania va a pedir la moratoria el lunes. La noticia viene de la Casa Dreyfus. Acordamos que por la noche se reúnan en Hacienda, con el ministro, los directores de la finanza en Madrid, para considerar lo que conviene hacer ante un hecho de tal monta.

No quiero que me suceda con esto lo que con la supresión del patrón oro en Inglaterra. Pérez de Ayala lo supo algunos días antes, lo comunicó al ministerio de Estado y no dieron cuenta al Gobierno.

Hemos tratado de otros asuntos y, después, de la cuestión promovida por los socialistas. Han hablado todos; todos han aceptado la solidaridad con la

obra de cada ministro, con mención especial de la de Hacienda; se ha ventilado la actitud del grupo radical, y Lerroux, que es «el hombre malo», ha estado franco y explícito, mostrándose dispuesto a que su partido no obstruya nada. Ha hecho grandes protestas de lealtad a la obra común. Fernando de los Ríos se ha encargado de redactar la nota para la prensa, declarando categóricamente el acuerdo del Consejo.

Se ha producido, entre los ministros, un movimiento de simpatía, despejándose los recelos acumulados estos días. Lerroux ha dicho que se alegraba mucho de no haber emprendido el viaje. Y que este género de Consejos «políticos» le parecía el más interesante de todos.

El Heraldo da una información errónea y no bien intencionada sobre la causas del Consejo. Dice que los tres ministros socialistas habían ido a notificarme la imposibilidad de aplicar el decreto de funcionarios, y que, o saldrían los tres ministros o saldría yo. Me ha enojado la intención. He llamado por teléfono a *El Sol* y a *Ahora*, y les he dicho lo que realmente había pasado, para que no me levanten falsos testimonios. El director de *El Sol* me dice: «Está bien; así lo contaremos. Pero ¿por qué hablan tanto los ministros?». Tiene razón.

Hoy han dicho demasiadas cosas.

Pequeñas perfidias de Lerroux: les ha dicho a los periodistas que al redactarse y discutirse el decreto de funcionarios, él defendió al personal diplomático y consular. Y que si los demás empleados no han tenido tan buen patrono…

Es falso.

Portugal. En casa de Guzmán. Corteçao y More Pinto. (Voy solo, después de cenar). Me dan cuenta de sus conversaciones con H. E[21]. Les había ofrecido dos millones a cambio de que el Gobierno revolucionario respetase el contrato para la construcción de una escuadra, que don H. gestiona con el Gobierno actual. La mayor parte de la suma quedaría en poder de E. para la compra de material. Últimamente, H. E. aplaza la conclusión del convenio; dice que está apurado de dinero. Según los portugueses, H. E. contaba con que se constituyera un Gobierno Lerroux, y que sea yo el Presidente puede haberle retraído. Me propongo hablar con E. para ver si puedo animarlo.

Que este asunto se me lograse colmaría todas mis ambiciones, y ya podría decir que había hecho un servicio a España.

1 de noviembre

En el reposo dominical, recapacito sobre los sucesos de estos días, y pasada la fatiga y calmados los enojos momentáneos, averiguo que me he divertido locamente.

He dado un paseo en coche por El Prado, con Cipriano. Después de cenar, voy con Lola al teatro Alcázar, invitados por los embajadores de Francia. Representa *madame* Piérat una obra de Bernstein, *La Rofale*, bastante mala. Poca gente en el teatro. La última vez que estuvo en Madrid, *madame* Piérat ganó mucho dinero. Venía recomendada por su amigo Viviani y por Quiñones. El rey la protegió y tuvo el teatro atestado.

A la salida, los embajadores nos han llevado a su casa a tomar chocolate. Total: cerca de las tres vuelvo a casa. A la embajadora le gustan las horas irregulares de Madrid.

Monsieur Herbette habla demasiado bajo. Ha resuelto que el Presidente de la República voy a ser yo.

2 de noviembre

En el Consejo del sábado propuse a los ministros que deliberásemos sobre la continuación de las Cortes. Hace meses, no se hubiera podido tratar sin peligro el tema, porque Lerroux no disimulaba su plan de subir al poder después de votada la Constitución; pero disolviendo él las Cortes, para gobernar con un Ministerio «homogéneo», es decir, lerrouxista. Desde el comienzo me opuse a este proyecto, y ya en el discurso del hotel Nacional lo dije. En el discurso de la asamblea de Acción Republicana lo remaché con más fuerza, afirmando que esa disolución prematura equivaldría a un golpe de Estado.

Lerroux se ha dado ya cuenta de que, por ahora, no puede pensar en eso; pero algunos amigos suyos, menos perspicaces y más impacientes, andan diciendo por ahí que la disolución ha de seguir inmediatamente al voto de la Constitución. En eso coinciden con Romanones.

Para ventilar esta cuestión y dejar clara la actitud de cada partido, invité a los ministros a que diesen su parecer. Rápidamente lo dieron algunos, pero Lerroux dijo que, como era muy tarde y el asunto grave, valía más aplazarlo. Entonces les dije que los convidaba a almorzar hoy lunes, en celebración de que me habían hecho Presidente del Gobierno. Así podíamos tratar con toda holgura lo que nos importaba. Nos hemos reunido a almorzar en Lhardy. Antes, he estado en el ministerio de la Guerra y en la presidencia. En Guerra, cuando me disponía a despachar con el subsecretario, me dijeron que acababa

de llegar el general Losada. Venía llamado por mí. Losada, exayudante del rey, fue el brazo derecho de Primo de Rivera. Cuando yo ocupé el ministerio, tenía un mando en Baleares. Al hacerse la reorganización, quedó disponible. Lleva cerca de medio año sin empleo, y, poco afecto a la situación, se le acusa de participar en el reparto de hojas clandestinas. Cuando recibió mi citación, vino al ministerio y habló con el subsecretario. Creía que iba a darle un mando; el general subsecretario no le sacó de su error.

Hoy ha entrado muy sonriente en el despacho. Pausada y fríamente le he soltado una receta muy amarga. Yo estaba en pie, de espaldas al balcón, y, al general, frente a mí, le daba de lleno el sol en la cara. Me ha pedido permiso para cambiar de sitio. Para un hombre que venía con la esperanza de una colocación, oír que lo invitan a pasar a la reserva es un golpe fuerte. El general se ha inmutado, se ha conmovido, ha empezado a hablarme mal del rey, me ha dicho que no tiene más ilusión que su carrera militar, etcétera, etcétera. Por fin, le he dicho que se tome cuarenta y ocho horas para pensarlo.

Nuestra reunión en Lhardy ha durado hasta las cinco, porque hemos dejado la política para la sobremesa. Sobre la duración de las Cortes, todos han ido opinando; el primero, Fernando, que estaba a mi izquierda, y el último, Lerroux, a mi derecha. Las opiniones coinciden: las Cortes deben continuar hasta que voten las leyes orgánicas complementarias. Largo Caballero ha repetido que, la disolución prematura de estas Cortes, sería recibida por los socialistas como un golpe de Estado. Lerroux, que ya ha tenido tiempo, desde el sábado, de consultar a sus amigos y de disciplinarlos, ha opinado como el resto del Consejo. Se ha trazado una lista provisional de las leyes que deben aprobar estas Cortes.

Después hemos hablado de la elección presidencial. Les he dado cuenta de mi conversación con don Niceto, y de mi impresión personal. Para salir de dudas, quedamos en que cuatro ministros le hagan una visita y le planteen definitivamente la cuestión de su candidatura, en relación con sus propósitos revisionistas. La reunión de Lhardy ha suscitado mucha curiosidad. En los pasillos del restaurante nos aguardaba una nube de periodistas; en la calle se agolpaba, en ambas aceras, mucha gente, que me ha aplaudido y vitoreado. No serían funcionarios.

Aunque parecía natural guardar secreto sobre lo tratado, Fernando de los Ríos ha ido al Congreso y se lo ha contado todo a los periodistas. El provincianismo en este Gobierno es incurable.

3 de noviembre

El general Gil Yuste, inspector de la sexta división, me dijo que en Vitoria habían ocurrido actos de indisciplina el día de la fiesta del ejército. Los soldados, borrachos, vitoreaban en las calles al soviet; algunos oficiales alternaban con la tropa en una taberna, y un capitán de Artillería los incitaba a blasfemar con él. También me dijo que habían desarmado a un sargento. Me propuso algunas sanciones, que aprobé. Pero noté que el general Gil Yuste no debía de estar muy bien enterado de los sucesos, porque se equivocó al darme el nombre del comandante militar de la plaza, y hasta pasados dos días no supo decirme fijamente quién era este oficial. Después vino a verme el capitán Martínez de Aragón y me contó que todo era una patraña, urdida por las señoras de Vitoria, que no se acostumbran a oír vitorear a la República. La señora de Gil Yuste es de Vitoria, donde reside, y él atribuye, a influencias de las vitorianas sobre la mujer del general, las resoluciones que adoptó. En vista de esto, resolví informarme mejor, y envié a Vitoria al general Benito, que manda en Ceuta, y está en Madrid de paso para París, adonde va para asistir a un curso. Al regresar de Vitoria, el general Benito dice que lo sucedido no tiene nada de particular; que no han desarmado a ningún sargento, que no se ha vitoreado más que a la República, y que solo hay de lamentable la conducta de un capitán de Artillería, borracho de costumbre.

Cuando envié al general Benito a practicar esta información, le dije al subsecretario que, si resultaba que el general Gil Yuste había cometido una ligereza, se dejarían sin efecto los castigos. Y al volver hoy por la mañana al ministerio, el subsecretario me dice que ya los ha anulado. Esto me produce alguna sorpresa, porque yo no recordaba haberle dado la orden en firme; pero como los informes del general Benito me habrían, de todos modos, decidido a darla, no digo nada.

También he tenido hoy que bregar con el general Queipo de Llano, gran promovedor de cuestiones. Es de una ligereza e indiscreción notables. Porque le dije, hace muchos días, que debía procurarse suprimir las irregularidades en la uniformidad de las clases de tropa, dictó una orden rigurosa, que obligaba a variar muchas prendas del equipo a los sargentos y suboficiales. Se han amoscado mucho, y ya lo estaban bastante desde que, por la supresión de la escala de reserva, se les ha cortado un poco su porvenir. La orden, inoportuna, no era tampoco de la competencia de Queipo, que, como inspector, no tiene mando. Se enojó el general de la división, que no se habla con Queipo. Le dije que procediera con pausa al imponer la uniformidad reglamentaria.

Parece ser que se le ha ocurrido decir en su despacho que la orden no se cumplirá.

He tenido que convencer hoy a Queipo de que había hecho una tontería.

Observo, en los jefes militares, una precipitación rara: en su presencia, debe uno abstenerse de opinar, porque, además de propalarlo, convierten fácilmente las opiniones en órdenes. No están habituados a madurar con calma las cosas; el principio de la obediencia ciega les hace además extremar la diligencia, y el gusto de tener una orden que cumplir, que es también un modo de mandar a otros, resulta demasiado vivo.

Anoche, estando en el teatro Fontalba con Lola y Cipriano (veíamos una comedia de Benavente, *La melodía del jazz*), me llamó Casares por teléfono. Al salir del teatro fui a Gobernación. Estaba allí también Galarza.

Me dijeron que el diputado por Sevilla, Balbontín, que se propone interpelarme por los sucesos de Tablada, posee un documento emanado de un ministerio, relativo al material de guerra que se sacó de los alcázares. Casares estaba muy preocupado, temiendo que el documento lo hubiese expedido yo. Le tranquilizo en absoluto. Yo no he firmado nada, ni ordenado nada. Todo pasó en una conversación con Franco. Le cuento la visita que me hicieron los diputados Muñoz y Romero, indudablemente *echados* por Franco.

Los propósitos de Balbontín los conoce Casares, porque ha ido a contárselos el capitán aviador Bayo. Dice Bayo que el documento se lo ha entregado a Balbontín el comandante Ortiz, también aviador, que está furioso porque le he quitado el mando de la escuadra de Getafe. El tal Ortiz es un toro bravo. Una vez alardeaba en un café de que iba a ir al ministerio para hacerme salir de mi despacho.

En las Cortes, este asunto no puede causar daño al Gobierno, que no ha desmentido en ello su significación política. Pero podría crearnos dificultades con Portugal, y dañar a la República. A Casares le digo que el mejor modo de contestar a Balbontín sería echarse sobre él, tomando el asunto por ese lado.

Hoy he interrumpido el Consejo de ministros en la presidencia para recibir a *monsieur* Saint, residente francés en Marruecos, acompañado del embajador Herbette. Visita puramente protocolaria de quince minutos. Cuando interrumpí el Consejo para recibir la visita, estábamos hablando del decreto de funcionarios. Resulta que Fernando de los Ríos, al tratar de aplicarlo en su departamento, ha hecho tal plan que aumenta los gastos en 90 000 pesetas… Para este viaje…

Casi todos los ministros están asustados de lo que hemos hecho, simplemente por la algarada de los periódicos. Difícil es realizar nada de

provecho con hombres así, tan fáciles de intimidar, excepto Largo. ¡Si hubiesen caído en el ministerio de la Guerra! A estas horas no habría República, o el ejército nos habría comido crudos. Comienzo a darme cuenta de la audacia y de la tranquilidad con que he procedido en el ministerio.

Cuando he vuelto al Consejo, he podido colegir que, en mi ausencia, se ha hablado de derogar el decreto.

Almuerzo en la embajada francesa, en honor de *monsieur* Saint. El director de *El Heraldo*, Fondevila, llega a mitad de comida. Este Fondevila, según me ha contado el doctor Negrín, cobraba más de veinte mil pesetas anuales como agente de propaganda de la Ciudad Universitaria para la colocación de los billetes de la lotería especial.

Estamos en la embajada hasta después de las cuatro. El embajador de Inglaterra me dice que estamos en tiempos de penitencia: le han rebajado mil libras del sueldo. Me declara también que el pueblo madrileño es muy castizo.

En las Cortes, hablo con Prieto del asunto portugués, en relación con H. E. Resulta que Prieto no está enterado de los tratos de E. con Corteçao y los otros. Prieto cree que E., para asegurar un contrato naval con el Gobierno portugués actual, desea que los revolucionarios se lo respeten, si llegan al Gobierno; pero ignora, y lo pone en duda, que E. les haya ofrecido ayuda de ninguna clase. No tiene medios para ello; está muy mal de dinero; ha hipotecado la finca de su hermana en Málaga, y el contrato portugués sería lo único que pudiera ponerlo a flote. De esta conversación resulta que, para abordar a H. E., no puedo decirle que estoy enterado por Prieto de sus conversaciones con los lusos.

Hablamos del asunto Balbontín. Vagamente se me ha dicho que ya le han quitado el documento. Casares tiene una copia. Es un salvoconducto a nombre del suegro de Franco, para que transporte material de guerra. Lo firma Pardo, subdirector de la Guardia Civil.

Como yo no adivino quién puede haberle pedido el salvoconducto a Pardo, Prieto me dice: Azpiazu.

Es lo más verosímil.

Continúa dando que hablar nuestra reunión de Lhardy. Algunos radicales protestan, como Salazar Alonso, presidente de la Diputación Provincial de Madrid y diputado a Cortes, y Emiliano Iglesias. Iglesias quiere interpelar inmediatamente. He hablado con Besteiro; llamamos a Prieto, y se acuerda que mañana haga Iglesias su interpelación.

4 de noviembre

Ya se consolida la candidatura de don Niceto para la presidencia. Él está dispuesto a marcharse a Priego, para no intervenir en los debates y no hacerse imposible. Los periódicos reproducen con exactitud lo que yo dije en la reunión de Lhardy: que el Presidente debería ser un hombre político avezado a estos problemas, y no un extravagante sabio Alquife.

La candidatura de don Niceto es la más llana, la más fácil de sacar. ¿Es la más conveniente? Lo dudo. Temo que don Niceto haga en la presidencia de la República cosas parecidas a las que hizo en el Gobierno, y, en caso tal, durará poco. Por otra parte, en la situación de los partidos republicanos, lo más útil sería elegir Presidente a Lerroux, que despejaría el campo, disolviéndose el Partido Radical y unificándose todos. Los radicales nunca aceptarían eso, y si Lerroux no ha hecho nada directamente para ser candidato, débese sin duda a que teme a su partido. Lerroux en la presidencia estaría un poco a merced de algunos chantajistas.

Ya habrá comprendido don Niceto la tontería que hizo dirigiéndonos aquel mensaje de dimisión, y el favor que le hemos hecho no publicándolo. Su publicación lo habría eliminado de la presidencia.

Banquete en el ministerio de Estado a *monsieur* Saint, ofrecido por el jefe del Gobierno. Cosa de poco interés. Pérez de Ayala habla un francés horroroso.

Esta noche ha sido la interpelación de Emiliano Iglesias. Ha versado sobre la visita que me hicieron los ministros socialistas el sábado último y sobre lo que él llama «pacto de Lhardy», parangonado con el de San Sebastián. Iglesias es muy bruto, y ha estado una hora atronando el salón con sus acentos tribunicios. Su fracaso ha sido total. En primer término, Martínez Barrio se ha levantado para desautorizarlo en nombre del Partido Radical. Después he hablado yo. Discurso corto. Me ha salido bien. Han aplaudido mucho al final[22]. He observado que las Cortes no perciben la ironía ni el sarcasmo, cuando son un poco finos; hay que decirles las cosas directamente. Es el desquite de su ingenua honradez. Prieto ha hecho un gran discurso contestando a Iglesias y, de paso, a Alba. Al final, una terrible coz a March. Prieto está muy rehecho estos días. Si tuviese más disciplina, más hábito de trabajo y fuese menos improvisador y periodista, podría haber sido muy útil. Le han hecho una ovación atronadora. En realidad, la ley del Banco ha quedado aprobada esta noche.

Iglesias ha sido aplastado. No podrá ni contestar.

5 de noviembre

Recepción del ministro de Bolivia, que me presenta sus cartas credenciales. Solo el introductor de embajadores, con su gran uniforme, recuerda vagamente los esplendores del antiguo régimen. No ha habido discursos. Unas palabras de cortesía, con los tópicos de la fraternidad hispanoamericana, y luego la «escena del sofá» con el nuevo ministro y el de Estado, mientras hablamos de cosas que a ninguno nos importan y de cuya veracidad no estamos seguros.

Ya han sacado a relucir en las Cortes las necias palabras que el general Rodríguez del Barrio pronunció en Jaca ante el regimiento de Infantería: «Que se había cubierto de vergüenza por lo del 15 de diciembre». Lo peor del Gobierno es hallarse a la merced de la estulticia de los colaboradores. Y tener que ampararlos oficialmente. De nada me sirve hacer una organización, si no tengo quién la maneje. Ahora mismo, debería destituir a los tres inspectores generales; pero no tengo con quién sustituirlos. El Consejo Superior de la Guerra no puede ser provisto con gente capaz.

Esta palabra me trae a la memoria al coronel del mismo apellido, jefe de las intervenciones en Marruecos, y que ha sido destituido por el alto comisario. Capaz es un coronel muy joven, de los ascendidos velozmente en África. Militarista, autoritario, dicen que valiente, y cacique. Tachado de desafecto a la República, me están pidiendo su relevo desde el 14 de abril. Por fin, López Ferrer se ha decidido. Se corre por ahí que Capaz se jactaba de continuar en el puesto porque nadie se atrevía a destituirlo, y que, si lo destituían, contaba con algunos caídes para darnos un disgusto.

En las Cortes gran revuelo. El grupo radical-socialista quiere retirar a sus representantes de la Comisión de Responsabilidades, porque resulta que alguien de la Comisión le cuenta a March todo lo que pasa en ella. Galarza ha venido a vernos a Besteiro y a mí, para anunciarnos ese propósito. De paso nos cuenta que tanto él como Bugeda han recibido amenazas de muerte y que, según los confidentes, se trata de una instigación de March. Besteiro y yo le decimos a Galarza que deben plantear la cuestión ante la Comisión de Responsabilidades y que, con los resultados, se celebrará una sesión secreta, si es que resulta algo de positivo.

Más tarde me entero de que, reunida la Comisión de Responsabilidades, el diputado radical Simó ha dicho que Emiliano Iglesias le ofreció cinco mil duros si conseguía que dejaran tranquilo a March. Por su parte, no recuerdo quién ha dicho, en la Comisión, que Guerra del Río, por medio de su pasante,

comunicaba a March cuanto se preparaba contra él. La escena en la Comisión ha sido muy fuerte. Cuando han venido, a última hora de la tarde, a darnos cuenta del resultado, Cordero y otros dos colegas suyos estaban aún muy impresionados.

Han careado a Simó con Iglesias. Después Iglesias esperaba en otra habitación, y cuando han ido a buscarlo, dicen que lloraba.

El que está que no cabe en su pellejo con estas cosas es Galarza.

Los jefes radicales están que bufan. Supongo que Lerroux tendrá un disgusto tremendo. El caso daña a su partido y confirma el descrédito del lerrouxismo. Martínez Barrio no dice nada, pero está pálido y preocupado.

En principio está convenido que mañana se celebre sesión secreta.

Hoy, en la sesión nocturna, March ha tenido la desventurada ocurrencia de hablar, para defenderse de las imputaciones que en varios discursos le ha hecho Prieto.

Parece que le ha incitado y decidido a hablar el señor Ruiz Albéniz, médico y periodista y hombre bastante turbio, que siempre ha estado a la sombra de influencias oscuras. Fue muy privado de Berenguer en África, y lo es de March. Este hombre es de una intrepidez nada vulgar. Es inteligente. Perfil de grulla. Voz cascada. Habla solo, en el último banco. El diputado radical-socialista Muñoz se le pone al lado, «para que no se escape».

El choque con la Cámara, y con Galarza después, que lo ha maltratado, ha sido violentísimo. March, con toda su serenidad, sudaba a chorros. Su primer discurso estaba hábilmente hecho. Ossorio me ha dicho, después de la sesión, que lo ha compuesto Canals. Pero Ruiz Albéniz reclama para sí la paternidad del discurso. Las gentes alocadas creen que se lo ha hecho Alba.

En la rectificación, March estaba ya completamente desconcertado.

Un momento le he visto de perfil, destacado sobre el muro de estuco, cuando se ha vuelto a discutir, a disputar, manoteando, con el diputado Muñoz, en quien él quizá creía tener un amigo (pues era el único que se había sentado a su lado), y que pronto le interrumpió agresivamente.

March parecía un gallo viejo y desplumado, cohibido por los enemigos, pero furioso. He tenido la impresión de ver a un hombre en el filo de recibir una muerte violenta. Azoramiento y rabia. Durante el debate, Alba tenía cara de pocos amigos. Emiliano Iglesias, pálido, parecía de piedra.

Se ha concluido todo cerca de las dos de la madrugada. Casares, Galarza y el subsecretario de la presidencia hemos ido a restaurar las fuerzas a un café de Recoletos.

6 de noviembre

En Guerra, visita del general Federico Berenguer. Si yo le separo por la fuerza, se aguantará; pero él, voluntariamente, no se pasa a la reserva, porque eso parecería aceptar una sanción que no merece. Cree que «todo esto» es transitorio y que, después, le harán justicia.

El Consejo de ministros en la presidencia no ha tenido interés.

Recibo la visita del embajador de Alemania. Hemos hablado largo rato. Se lamenta de que los asuntos van mal en su país y que la crisis lo arruina poco a poco.

También recibo al ministro de Colombia.

He comido con Barahona y Jerónimo González, antiguos compañeros míos en Gracia y Justicia, y con Vicente Cantos, quien nos invitaba. Vicente Cantos fue director general mío en el ministerio, y es de los que más han tardado en habituarse a verme donde estoy.

Desde la comida he ido a la plaza de toros vieja, donde se celebraba una novillada benéfica, organizada por el Ayuntamiento. Llego lo bastante tarde para no ver la cogida de Belmonte, que rejoneaba dos toros. Me dicen que no lo han matado porque el alcalde había tenido la precaución de ordenar que serrasen la punta de los cuernos. El antiguo palco regio está ahora destinado al Gobierno. Cuando entro, no hay nadie, y por no estar allí solo, me voy a otro palco. Luego veo llegar al ministro de Marina, y me decido a hacerle compañía. El público se percata de mi presencia en el palco oficial, y me aplaude. Himno de Riego, etcétera. Todavía no soy impopular.

Me marcho de la plaza al mediar la corrida, y espero en el ministerio de la Guerra al ministro de la Gobernación. Juntos vamos a visitar La Huerta, casa que fue de Cánovas; se trata de adquirirla para residencia del Presidente de la República.

Allí nos reciben un hijo de la marquesa de Argüelles, actual propietaria, y un señor Gordón, a quien conozco, porque fue estudiante en El Escorial; pero él ya no recuerda de mí, o no quiere acordarse, y nos tratamos como desconocidos.

En La Huerta estamos en el cogollo del alfonsismo primorriverista. La casa es suntuosa, con muebles y objetos de adorno de gran valor. No del mejor gusto. El conjunto, falto de estilo puro y de grandeza. Más la casa de un millonario que la de un jefe de Estado.

Como la venden amueblada, incluso con vajillas y mantelería, convendría comprarla, porque así tendremos dónde meter al Presidente, al día siguiente

de elegirlo.

Esta mañana, al leer en el Consejo una hoja descriptiva de la finca, no he podido contener la risa, pensando en que iba a vivirla don Niceto. Y esta tarde, en la casa, se me ha acentuado la comicidad del contraste. Hay jaula; lo que falta es pájaro que la aproveche.

¿Se llevará don Niceto a La Huerta el feroz caníbal que tiene de portero en su hotelito? El local de la antigua biblioteca de Cánovas es ahora salón de juego.

Hemos estado en La Huerta más de una hora. Luego vamos al Congreso. La sesión de esta tarde ha sido inútil; toda dedicada a lo que llaman *ruegos y preguntas*. El debate de Constitución está en suspenso porque, al llegar al título de los Consejos Técnicos, nadie está conforme con el proyecto y llueven enmiendas que se trata de estudiar y acordar.

Hasta el comienzo de la sesión secreta, he pasado el tiempo en recibir visitas y en soltar una *interview*, que el director de *Ahora*, aliado con su taquígrafo, ha ido arrancándome a pedazos.

La sesión secreta ha sido dramática en su primera parte, cuando Simó, emocionadísimo, ha repetido la acusación contra Iglesias. Simó es un gran tipo; parece un republicano revolucionario de 1848. Yo le conozco desde 1929; en Valladolid me lo encontré, estando yo en el Tribunal de oposiciones a notarías. Simó vivía en Valladolid porque Martínez Anido lo había expulsado de Cataluña. Estaba instalado en una especie de blocao en las afueras de Valladolid, y un perro gigante se abalanzaba a la verja del cercado en cuanto alguien llamaba. Estaba yo entonces en vísperas de casarme y andábamos metidos en el fregado que terminó con el desembarco de Sánchez Guerra en Valencia. Lo que *no ocurrió* en Valladolid fue muy cómico. Por aquellos días, Simó, que lucía una luenga barba negra, hermosa y romántica, se escondió. Dos meses más tarde, estando yo con mi mujer en la terraza de un café de París, se me acercó un caballero alto y rasurado. El acento catalán lo denunciaba y a pesar de ello tardé en reconocerle: era Simó, que había sacrificado su opulenta barba. Ahora se la deja, pero corta. Es aguileño, de grandes ojos, la voz potente y pronto al enfado. Sin quererlo, toma un gesto torvo; voy creyendo que es un niño.

Iglesias ha tenido el *culot* de aguantar con su presencia la acusación. Y ha echado un discurso para defenderse. Un discurso bruto. Dice que Simó padece una confusión. Iglesias estaba solo en su banco, y la única persona con quien ha cruzado la palabra después del discurso ha sido Alba, que se sentaba detrás

de él. Mientras hablaba, le he visto cruzar algunas frases con Pita Romero, gallego como él.

Estando en esto, le dije a Fernando de los Ríos que el caso debía sancionarse prontamente, y que para evitar que el Presidente tuviera que proponer la sanción, lo mejor sería nombrar una comisión de diputados que trajese un dictamen. Ríos lo aprobó, y subí a proponérselo a Besteiro a la presidencia.

—Estaba esperando que alguien tomase la iniciativa —me dice Besteiro.

Convinimos en que debía hacerlo un diputado, y no el Gobierno. Al volver a mi sitio encargué a Ruiz Funes que pidiese la palabra. Así lo hizo. En tanto, los radicales-socialistas redactaron y presentaron una proposición en ese sentido, que se aprobó, nombrándose la Comisión.

Como las Cortes habían acordado que la sesión secreta fuese permanente, hasta concluir el asunto, se suspendió para cenar, mientras la Comisión deliberaba.

Yo estaba invitado desde hacía días por Salvador de Madariaga para cenar juntos esta noche. Me había dicho que necesitaba hablarme. Suspendida la sesión, salimos hacia el Palace.

En sustancia, Madariaga me pregunta cómo veo el porvenir político para después de que se elija Presidente. Yo lo veo así: dimisión del Gobierno; ofrecimiento del poder a los socialistas, que lo rechazarán; ofrecimiento del poder a Lerroux, que lo aceptará si puede formar Gobierno con los socialistas. «¿Con usted? —me pregunta Madariaga—. No sé. Lo pensaré. Depende de las circunstancias».

Madariaga me dice que Lerroux cree seguro que formará Ministerio en cuanto haya Presidente, y que lo desea. Yo no lo rebato. Pero de nuestra conversación en Lhardy parece deducirse que con un Ministerio de coalición republicano-socialista, no querría la presidencia. Y falta también averiguar si los socialistas lo admitirían. Nada de esto le digo a Madariaga.

Todas las averiguaciones que pretende hacer conmigo vienen de esto:

Hace tiempo me dijo formalmente que iba a ingresar en Acción Republicana. Y esta noche me dice:

—Lerroux me asegura que yo seré ministro de Estado con él. Y como le declaré que pensaba inscribirme en Acción Republicana, Lerroux me ha aconsejado que no lo haga: no porque le parezca mal que yo me haga del partido de usted (*del mío*), sino porque al formar Ministerio tendrá que tomar dos ministros de Acción Republicana, y si yo también perteneciese a ese partido, ya no podría nombrarme, porque serían demasiados.

Estos técnicos internacionales son así de tranquilos. Yo no le he replicado nada. En suma: quería averiguar si, en caso de seguir presidiendo el Gobierno, le nombraría ministro de Estado. Pero se ha quedado con la curiosidad. Después me ha hablado de su propósito de dimitir la embajada de Washington. También le gustaría que se crease, en Madrid, una comisión interministerial para entender en los asuntos de Ginebra, que él presidiría y en la que podría tener un sueldo.

Ha vuelto a contarme el mal papel que hace Lerroux en Ginebra. Coincide en eso con lo que me contó la otra noche Américo Castro. Me ha dicho también que Carlos Esplá no le parece hombre de fuste para meterlo en los asuntos de Ginebra. Cree que está bien en Gobernación pero no en los asuntos internacionales. Yo le digo que Lerroux tiene grandes miras sobre Esplá, en ese respecto. (No le digo cuáles: Lerroux me ha dicho que piensa nombrarle embajador en París).

Madariaga insiste en que se necesitan lingüistas para ir a las comisiones de Ginebra. Me cita varios nombres de diputados. Resulta que todos ellos visten bien; en lo que veo un argumento diplomático.

A nuestra mesa se acerca Américo Castro. La conversación que tuve con él hace unos días le ha decidido a volverse a Berlín. Pero quiere dejarlo. Se despide de mí.

Luego comparece Pedro Salinas, que está muy simpático conmigo. Hablamos un rato. Y nos volvemos al Congreso.

La Comisión tarda en dar dictamen. Hasta las doce no se reanuda la sesión. Esta parte ha sido muy pesada. Regateo de enmiendas, y modificaciones del texto. Hasta sobre el modo de votar se discute. Y cuando se decide que sea por bolas, todavía se plantea una discusión bizantina sobre lo que significa la bola blanca y la bola negra.

Hecha la votación, algunos diputados quieren que inmediatamente se tome la misma resolución con March. Por fin, se acuerda dejarlo para otro día.

Al salir de la sesión, Casares me pregunta qué hace con March, si lo detiene o no, porque tratará de escaparse. Yo le contesto que hable con la Comisión de Responsabilidades, y que le den, si bien les parece, una orden de detención. Cuando me dirigía a la calle, me aborda otra vez Casares, dice que no hay nadie de la Comisión, y que ha dado orden de detener a March, cargando él solo con la responsabilidad. Yo le digo que es muy expuesto, porque es diputado y podrían llevarlo a mal las Cortes.

7 de noviembre

Recibo en el ministerio de la Guerra al general Saliquet. Bruto es, aunque diplomado. Tampoco quiere pasar voluntariamente a la reserva. Conversación inútil, que termino de cualquier modo. El caso es que este hombre parece que se va contento con lo que le he dicho.

Casares me dice por teléfono que ha dado marcha atrás en el asunto de March, y que se limita a ponerle vigilancia. Lo celebro mucho.

Me visita Lerroux, para proponerme que se aplace el envío de unos telegramas denunciando el tratado comercial con Italia y los Estados Unidos, en virtud de haberse firmado el *modus vivendi* con Francia.

Las explicaciones que me da Lerroux son muy confusas, y comprendo que no está enterado del asunto, ni sabe bien lo que dice. Accedo, porque creo comprender que se trata de un aplazamiento de horas, para prevenir a los embajadores. Pero me queda un cierto malestar.

En la presidencia, visitas hasta las dos y media. Entre ellas, la viuda de Canalejas, que me llama «mi Presidente». Quiere que se repare el desaguisado que hizo Primo de Rivera, cuando repartió la pensión votada por las Cortes entre esta señora y sus hijas. La duquesa habla por los codos, llora un poco, etcétera.

Toda la tarde la empleo en despachar en la presidencia y en Guerra. Vuelvo a casa después de las diez de la noche, y ya no salgo. Me acuesto temprano. Estoy muy cansado y con sueño atrasado.

Emiliano Iglesias le ha ofrecido cinco mil duros a Simó por cuenta de March. Pero según ha dicho Sarradell, exdirector de *Informaciones*, la cantidad que March había puesto en la oferta era de doscientas mil pesetas. Iglesias cobra buena comisión.

En la visita que me ha hecho Lerroux esta mañana, hemos tocado, de refilón, el asunto Iglesias. Lerroux, un poco sofocado y la voz insegura, me ha dicho: «Sí, una amputación necesaria, dolorosa. Una de esas amarguras que trae la vida pública».

8 de noviembre

Esta mañana a las once ha venido a buscarme el doctor Negrín, secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria. Ahora presido yo esta junta, como jefe del Gobierno. Me ha llevado a visitar las obras. La mañana

era muy fría, con mucho viento. Hemos ido en un cochecillo minúsculo, en que apenas cabíamos los dos.

Hacía año y medio que yo no iba por aquellos lugares, y desconocía lo que han adelantado las obras. Mi sorpresa ha sido grande cuando al llegar al final de la calle de la Princesa me he encontrado con la desolación de la Moncloa destruida. De aquel punto arrancaba un paseo de pinos viejos, tortuoso y rústico, hasta la escuela antigua de ingenieros.

Toda esta parte de la Moncloa, con el paisaje hasta el río, era bellísimo, dulce, elegante; lo mejor de Madrid. Ya no queda nada: «una gran avenida», rasantes nuevas, el horror de la urbanización.

Yo veía con gusto que se hiciese la Ciudad Universitaria; pero no podía imaginarme, que en esta parte anterior de la Moncloa fueran a hacer tamaño destrozo. Ni podía imaginarme tampoco que la destrucción me causara tristeza; porque realmente he estado triste toda la mañana y aún ahora no se me ha pasado la impresión. ¡Cuántas tardes de otoño pasadas en aquel lugar! Su punto perfecto era en otoño. Finura, suavidad, grises admirables. Y aquella luz serena, cariciosa, melancólica. Si Madrid fuese un pueblo artista no se hubiera dejado quitar la Moncloa; pero aquí se pasaron semanas entonando trenos cursis y madrileñistas por el derribo del teatro de Apolo y nadie ha hecho, que yo sepa, la elegía de la Moncloa.

Hoy he advertido cuánto me gustaba. Allí aprendí yo a emocionarme ante el paisaje. Dentro de quince o veinte años será aquello sin duda muy hermoso; no lo dudo: parques, arboledas, etcétera. Pero el candor luminoso y la elegante rustiquez de la Moncloa abandonada, ¡quién nos los devolverá! Y los que no la han conocido no sabrán nunca lo que Madrid ha perdido.

De la Ciudad Universitaria he visto cuatro o seis enormes edificios en construcción; masas rojizas y grises, como de cuarteles y fábricas. Ignoro lo que saldrá de todo ello.

El doctor Negrín ya piensa en colocar en la Casa de Campo la Escuela de Montes y no sé qué otro establecimiento. Es fatal. Y después, o al mismo tiempo, El Pardo. De aquí a medio siglo, Madrid se habrá quedado sin nada de lo bueno que tiene. Por suerte, yo no lo veré.

9 de noviembre

Toda la mañana en el ministerio de la Guerra, despachando con el subsecretario y Goded. Después, a última hora, voy a la presidencia. Comisiones. Por la tarde, vuelvo a Guerra, y a las siete, en la presidencia,

presido la Junta Central Agraria, hasta las nueve y media. Me vuelvo a casa y ya no salgo.

Pérez de Ayala me ha visitado para recomendarme que se le compre a la Bermejillo su palacio, con destino a la presidencia de la República. Dice que La Huerta es cursi.

Observo que tomo naturalmente con calma las «preocupaciones» de gobierno. Eso es bueno. ¿Inhibición o indolencia? No sé. Y el caso es que me he pasado trabajando todo el día.

13 de noviembre

El cansancio es hoy extraordinario. Llevamos tres sesiones nocturnas, saliendo del Congreso a las dos de la madrugada o después. Se me borran de la memoria los sucesos recientes, y ya no sé con quién hablé ayer, ni lo que hice. La fatiga me envenena un poco el humor, y hoy es el primer día de desánimo y contrariedad.

Esta mañana he llegado con retraso al Consejo, a consecuencia de haberme acostado ayer después de las tres. Tenía yo muchos asuntos de la presidencia. Fácilmente se ha acordado suspender los mítines de los católicos, que con pretexto de pedir la revisión del artículo 24, atacan a fondo a la República, y originan choques, a veces sangrientos, como los de Burgos el domingo pasado. Después se ha aprobado el decreto para la recogida de armas de fuego, que redacté ayer tarde en el banco azul, mientras discutían la Constitución. Casi nadie entregará las armas; pero tendremos medios de sentar la mano a los que la tienen.

He obtenido de los ministros que para el día 20 estén los presupuestos en poder del ministro de Hacienda. Esto nos ha llevado a hablar, entre otras cosas, de los funcionarios. Prieto ha dicho que el decreto es inaplicable, que nos hemos equivocado y que vale más derogarlo. Añade que ha resuelto en contra la petición de retiro voluntario de algunos jefes superiores de su ministerio, porque de otra manera solo se aplicaría lo beneficioso para los empleados, y no lo ventajoso para el Estado. Prieto cuenta esto con el acento de irascibilidad que le es peculiar, y que le da un falso aspecto de hombre enérgico. Es violento, y cuando no tiene una pasión que le mueva, se está como una marmota. Dijo un día en Consejo que sus funcionarios no le obedecen. Y hoy ha dicho que los funcionarios «pueden más que nosotros». Yo le he rebatido con firmeza. Pero comprendo que con hombres así, no se va a ninguna parte. Desconocen la administración, no tienen hábitos de trabajo,

han de improvisarlo todo, y, además, concurre en Prieto la desconfianza en todos y en todo, singularmente en sí mismo. Es tímido y pesimista, y buena persona, que acaso sea su mérito menos reconocido.

Todo esto me tiene hoy de mal humor. Arrastrar la torpeza o la incapacidad ajena es la peor carga.

Nos hemos demorado en analizar algunas economías que pueden hacerse. Y al pasar revista al excesivo gasto que representan los coches oficiales, como alguien haya dicho que los directores generales no deben tener coche, Albornoz lo ha llevado muy a mal, y ha dicho que si le quitan el coche al director de Obras Públicas, él despedirá también el suyo. Al fin, impaciente, Albornoz sale diciendo: «Es la una y cuarto, no hemos despachado ningún ministerio, y la *huelga ferroviaria a la vista*». Para todos los miembros que conocen y han comentado conmigo la apatía de Albornoz, esta salida ha resultado sorprendente y cómica. ¡Ahora le entran prisas! Muy bien.

En uno de los Consejos pasados convinimos en la imposibilidad de acceder a la petición de los ferroviarios, «72 millones según los cálculos del sindicato», y se convino también en aumentar los salarios más bajos, mediante un arbitrio de 2 por 100 en las facturaciones. Prieto, Largo y Ríos quedaron en avistarse con el comité del sindicato, para mostrarle la situación de las compañías y la del Tesoro. Me dijo Fernando la otra tarde, que se había celebrado la entrevista, y que el comité del sindicato había quedado «muy impresionado». El domingo se reúne el comité para deliberar, y aunque se había acordado que el ministro de Fomento redactara una nota explicando los motivos del acuerdo del Gobierno, Albornoz no la ha hecho aún, y al parecer se le había olvidado el encargo. Ha quedado en tenerla hecha para mañana y entregársela a los socialistas ministros, que se la darán a los ferroviarios. La cuestión está en si podrá o no evitarse la huelga. Claro que la situación de los ministros socialistas, miembros de la UGT, es muy difícil, y más difícil aún la del comité del sindicato. Si la huelga se plantea: ¿qué harán los tres ministros, sobre todo Largo Caballero, el más obrerista?

Estos tres días han sido muy agitados en las Cortes. Hemos tenido la *ejecución* de March, la absolución de Guerra del Río, y el comienzo del debate sobre la ley del Banco.

La Comisión especial presentó un dictamen declarando, como para Emiliano Iglesias, la incompatibilidad de March con las Cortes. De la Comisión forma parte Rodrigo Soriano. Que Soriano sea juez de la conducta de nadie no deja de parecer sorprendente. Los demás miembros de la Comisión son buenas personas. March no ha tenido la cara dura que Iglesias y

no ha comparecido a defenderse. Lo ha defendido un diputado oscuro por Baleares y ¡Santiago Alba!, que se empeña por lo visto en acreditar todos los malos pensamientos que se forman sobre él. La defensa de Alba ha consistido simplemente en pedir dilaciones, oponiéndose a que se votara en seguida del dictamen. No le han hecho caso.

Por cierto que Alba, después de hablar con el Presidente de las Cortes en el estrado, ha pasado por delante del banco azul y me ha dicho con sonrisa de mieles:

—Señor Presidente, se le saluda con todo respeto.

Ha hablado Guerra del Río, aunque su caso no era objeto de la sesión, para exculparse de la acusación de haber revelado los secretos de la Comisión de Responsabilidades, que formuló Iglesias. En general, Guerra del Río produjo buena impresión, y como se emocionaba al defenderse se ganó muchas simpatías. Le reprochó a Simó que hubiera callado durante dos meses la acusación que en secreto le formuló a Iglesias, y que no se la hubiese comunicado por lo menos al jefe del partido. Simó se defendió de esto como pudo, diciendo que acaso haya hecho mal, pero que debe achacarse a su torpeza, y que no ha sabido proceder de otra manera.

El asunto de Guerra del Río debió y pudo resolverse allí mismo, después de votar el dictamen contra March. La Comisión especial decía en un escrito que su cargo estaba terminado. Pero las Cortes no pasaron por ello, y la obligaron a que estudiase también el caso de Guerra del Río y trajese un dictamen. Los que más empujaban en este sentido eran los socialistas y los radicales-socialistas, y más que nadie, los miembros de la Comisión de Responsabilidades.

Al día siguiente *El Socialista* publicó un artículo suelto diciendo, sobre poco más o menos, que el Partido Radical, por su falta de ética, no puede ocupar el poder, y que si lo ocupase, los socialistas estarían en guerra con él. El caso Iglesias y el caso Guerra del Río han tenido más importancia política por ser ambos radicales, y confirmarse con ello la mala reputación del partido, sobre el cual se repiten, en voz baja, los pronósticos de *El Socialista*. Se estiman estos incidentes como estorbos serios para la política de Lerroux, que por diversos motivos, está muy en baja.

Por la tarde fui a las Cortes, y hablé con Besteiro de diversos asuntos, entre ellos, este de Guerra del Río. Besteiro estaba muy preocupado y me dijo que toda la noche había estado pensando en los líos de la Comisión de Responsabilidades. «Las Responsabilidades acabarán por devorarnos a todos», opinó Besteiro.

Había el temor de que unos partidos se lanzasen contra otros; singularmente el Socialista y el Radical, que no se tragan. Pero yo no tenía tal temor, porque el tono de estas Cortes no sube a lo trágico.

A media tarde vinieron a decirme que el asunto se había puesto mal para Guerra del Río, porque algunos testigos declaraban haberlo visto en repetidas conversaciones con March. Nadie concretaba más, ni se sabía cuál iba a ser la propuesta de la Comisión.

En estas, se presentó en mi despacho Martínez Barrio. Por él supe que si el dictamen de la Comisión era condenatorio para Guerra, el Partido Radical pediría que se suspendiese momentáneamente la sesión, para examinar las diligencias hechas en el expediente, y que, si del examen salían convencidos de la culpabilidad de Guerra, no lo defenderían. Y, además, me dijo que el suelto de *El Socialista* había indignado a los radicales, dispuestos, después que se resolviese el asunto de Guerra, a plantear a fondo la cuestión a los socialistas, preguntándoles en la sesión si se solidarizaban o no con lo escrito en *El Socialista*; caso afirmativo, los radicales no colaborarían con aquellos; es decir, la dimisión del Gobierno.

Llamé a los tres ministros socialistas y les expuse el caso. Ninguno había leído *El Socialista*. Me dijeron que el periódico está en manos de unos cuantos jóvenes entusiastas, pero sin dirección fija. Fernando se lamentó de que estas cosas ocurran. Largo recordó que algunos periódicos radicales, como *El Pueblo*, de Valencia, ponen de oro y azul a los socialistas, que no se quejan. Estimó imprudente que un diputado radical se levantase a hacer a los socialistas una pregunta que parecería una conminación, y podría originar réplicas agrias, que empeorarían la situación. Lo mejor era que un diputado socialista se levantase a alabar la conducta de la minoría radical en estos enojosos incidentes, y con esa ocasión podía decir algunas palabras amables, que calmasen los ánimos. Porque desautorizar al periódico le parecía imposible.

Llamé entonces a Martínez Barrio y, juntos los cuatro, convinimos en lo que podría hacerse. Largo se marchó para hablar de ello con el ciudadano Cordero.

La sesión secreta en que se discutió el asunto de Guerra del Río fue muy lastimosa; torpeza, bajeza, barullo, chismes, indiscreciones. En primer término, la Comisión ha estado muy inhábil. Presentó un dictamen en que declaraba perfectamente honorable la conducta de Guerra del Río; después afirmaba que había indicios para creer que había cometido una indiscreción, y, por último, a modo de consejo, decía que era conveniente que Guerra

dejase de pertenecer a la Comisión de Responsabilidades. Todo ello sentó muy mal en las Cortes. Un diputado radical, al oír la lectura del dictamen, gritó: «Es una cobardía». El efecto del «consejo» contenido en la última parte del dictamen fue desastroso. A nadie le gustó.

Cuando las Cortes se enteraron de que se había tomado declaración a las criadas y al portero de Guerra, el desagrado fue unánime. Rumores, protestas, gritos. Y cuando se supo que el director de Seguridad había enviado un policía a enterarse, por el portero de la casa, de si Guerra recibía o no a March, vi perdido a Galarza. Con una tranquilidad poco común, Galarza dijo en su discurso que había enviado al policía por interesarle la justificación de Guerra del Río, en cuya inocencia creía, y para aportar datos que le libraran de una posible maquinación. Con esto y con adelantarse a declarar que le parecía mal el dictamen, lo que pudo costarle la dimisión, le ha valido aplausos. La verdad es que Galarza envió el policía con ánimos de aportar pruebas para hundir a Guerra, de cuyas relaciones con March está convencido, según me ha dicho el propio Galarza.

Como a Guerra no ha podido probársele nada, el dictamen era absurdo, era una *demi-mesure*, una exculpación reticente, con la que se quería satisfacer a todos. La Comisión no se ha atrevido a absolver, ni a condenar. Y ha tardado demasiado tiempo en darse cuenta de su error y en retirar el dictamen. La Comisión (sentada detrás de mí) estaba furiosa y se sentía sacrificada, abandonada por la Cámara. Esto revela lo que había pesado en su ánimo, no el resultado del expediente, sino la preocupación general, hostil a Guerra.

La intervención de Fernández Castillejo, de la Comisión, que se levantó para decir «toda la verdad», como si el dictamen no lo fuese, fue desastrosa. Apenas se le oyó, de tanto como le gritaron. Fernández Castillejo estaba irritadísimo con Galarza. (En el Consejo de ministros oí que algunos alababan la habilidad dialéctica del director de Seguridad).

Por los socialistas habló Cordero, que dijo algunas palabras de paz a los radicales, según lo convenido para resolver el incidente provocado por *El Socialista*. Las dijo mal, con trabajo, midiendo los vocablos, pocos e inexpresivos. Yo temí que los radicales no se conformaran; pero Martínez Barrio se levantó a decir que estaban satisfechos, y que nada se oponía ya a que continuasen colaborando. La verdad es que se han contentado con poco, y se ha visto claro que Lerroux y Martínez Barrio solo buscaban un pretexto para poder decir que estaban desagraviados.

La sesión ha consistido en dar «estado parlamentario», digámoslo así, al ambiente de murmuración, de habladurías, de indiscreciones en que se vive. El afán de hablar y de murmurar tenía que traer esta consecuencia, y si cada cual procediese seriamente, no habría pasado nada de eso.

Los socialistas han moderado públicamente su inquina contra los radicales, por no agravar el incidente de *El Socialista*; pero, individualmente, están muy irritados. Sanchís Banús, en vista de la absolución de Guerra, se fue del salón, diciendo que se daría de baja en el partido.

Entre los radicales-socialistas, Eduardo Ortega se levantó para dimitir públicamente su puesto en la Comisión de Responsabilidades. Y la comisión dictaminadora también dimitió, y se levantó para marcharse del salón. Desistieron porque Besteiro les dio unos gritos.

También Eduardo Ortega retiró la dimisión.

En vista de la torpeza de la Comisión, Ossorio y otros diputados presentaron una proposición, dando por terminado el asunto. Se aprobó, y nos fuimos.

Los radicales-socialistas, miembros de la Comisión de Responsabilidades, dicen que, si Guerra vuelve a ella, se levantarán para no volver.

No menos que estas cuestiones han agitado a los políticos y al público las noticias del complot. Las confidencias recibidas en la Dirección de Seguridad han ido precisándose y confirmándose. No ha sido posible hacerles caer en un garlito para cogerlos *in fraganti*; cosa que nos importaba, porque entre los conspiradores hay un diputado, Oreja Elósegui.

Se detuvo al sochantre de la Catedral, que es también sastre. Incomunicado dos días, concluyó por contar lo que sabía. Las declaraciones corroboran las confidencias. Se ha detenido a unas veinte personas, entre ellas algunos oficiales en activo, como Elitella, comandante del regimiento 1. El que hacía papel principal de organizador es Rosales, comandante retirado, exayudante de Orgaz, a quien se ve detrás de la cortina.

Complicados están unos aristócratas, militares retirados, un fraile, un abogado (Sol) y no sé quién más. Nada inminente parece que tengan organizado. Pero dejarlo crecer sería peligroso y, sobre todo, aumentaría la nerviosidad del público, que es ya excesiva, y recuerda un poco a lo que ocurría por ahora hace un año. Las sanciones gubernativas darán una impresión de seguridad muy conveniente. Claro es que algunos periódicos, como *El Heraldo*, abultan el caso para hacer información sensacional, y hablan de la «pobre República, contra la que se alzan muchas manos».

Por su parte, Galarza, a fuerza de intempestivas declaraciones a la prensa, contribuye, para su lucimiento personal, a dar más bulto a los nonatos sucesos.

Uno de los que andan en estos líos es el capitán o comandante Méndez Vigo, que está destinado en la presidencia del Consejo. Se le detuvo por alborotador el día del estreno de *A. M. D. G.* en el teatro Beatriz. Y han vuelto a encontrarle en la iglesia de la Concepción, de madrugada, con otros cuantos señores que allí se reunían para defender la iglesia en caso de ataque. De este Méndez Vigo los confidentes decían que se jactaba de poder aprisionar al Gobierno entero, en un día de Consejo, si le ayudaban tres o cuatro oficiales más.

Ha estado a las órdenes del general Nougués a su paso por Madrid con el residente francés, y después Méndez Vigo ha ido diciendo que el Gobierno y yo, singularmente, le habíamos hecho pésimo efecto a *monsieur* Saint.

No sé qué efecto le habremos hecho a *monsieur* Saint; pero no es creíble que *monsieur* Saint fuese a confiar sus impresiones a un oficial español.

Algunos detenidos por causa del complot aseguran que contaban con el general Sanjurjo y con Goded. Pero ninguno lo afirma como de ciencia propia; lo han oído decir. Y seria posible que estos nombres sonaran porque los organizadores hayan dicho, para inspirar confianza, que contaban con ellos. También suena Millán Astray. Los reporteros son tan indiscretos que a alguno se le ocurrió ir a casa de Millán, a preguntarle si estaba complicado, o si lo habían detenido, o registrado la casa.

Al conocer las primeras detenciones, varias personas conocidas se han ausentado de Madrid, entre ellas el conde de Vallellano. También está preso el marqués de Albaida, a quien se supone tesorero del comité conspirador. Creo que uno de los detenidos le acusa de haberse quedado con veinte mil duros reunidos para los trabajos de la conspiración.

La ley de Reforma Bancaria puede darse por aprobada desde que habló Prieto la semana pasada. Prieto está muy incomodado con Besteiro, a quien acusa de retrasar la discusión del proyecto. Dice que Besteiro es muy vengativo, y que como en una reunión de la minoría socialista, Prieto le censuró por haberse abstenido en la votación de un artículo de la Constitución que interesaba al partido, Besteiro «se la tiene guardada». Irascible, Prieto me decía la otra tarde que acabará, y no tardando, por reñir públicamente con Besteiro. A Prieto le cargan mucho la sonrisa y las maneras corteses de Besteiro, «propias de la Institución Libre de Enseñanza».

En la discusión del proyecto hemos oído un discurso poco importante, aunque mal intencionado, de Alba; otro, no mejor, de Corominas, y otro, pesadísimo, de Carner. Es el «honrado zapatero», según De los Ríos. Carner fue una de las lumbreras de la Solidaridad Catalana; sus amigos dicen que ya está muy viejo. A lo que no me he decidido es a oír al señor Marraco. Esta noche habla Prieto. Pero estoy tan cansado, que no voy a las Cortes.

Prieto es muy bárbaro. Al discutirse y votarse el asunto de Guerra del Río, quiso todavía Alba echar un cuarto a espadas en defensa de March y, al rechazarse lo de los «indicios» de indiscreción, Alba recordó que a March se le había condenado por indicios. Entonces Prieto le gritó desde el banco azul: «Debieron ahorcarlo en la Puerta del Sol. Y yo me habría colgado con mucho gusto de sus pies».

Estas salidas son las que dan a Prieto fama de hombre enérgico.

Alba, al oírlo, se sonríe, con sonrisa de conejo. Con un hombre así, es peligroso para un Alba incomodarse.

El señor Balbontín, diputado revolucionario por Sevilla, está empeñado en interpelarme por los sucesos de Tablada. Yo no sé bien lo que allí pasó, porque entonces Maura llevaba, por delegación expresa del Gobierno, los asuntos de orden público. Entre él y Sanjurjo se lo guisaron todo. Y siempre he sospechado que lo de Tablada se abultó por las vociferaciones de Maura, que es otro «falso hombre enérgico».

Lo que Balbontín busca es ponerme en situación difícil, hablando de la saca del material de los alcázares. Se decía poseedor de un documento ministerial, que ha resultado ser un salvoconducto, expedido por el subdirector de la Guardia Civil, a favor del suegro de Franco. No sé quién diablos puede haber pedido tal documento.

Después averigüé que Balbontín ya no lo tenía.

Besteiro estaba empeñado en que aceptase yo esa interpelación, y lo fui aplazando. Por fin, señalamos la sesión del miércoles por la noche. En el Consejo del martes, tocando la situación de los militares, hablé de este asunto, y de los inconvenientes que tenía, así como de la torpeza de que Soriano hablase, como tiene anunciado, del monarquismo de algunos oficiales. El Gobierno acordó no admitir estas interpelaciones, a lo que se cree con derecho, como ha sucedido siempre en las Cortes, y sucede en otros Parlamentos.

Por la tarde, Besteiro me habló otra vez de la interpelación Balbontín, yo le dije el acuerdo del Gobierno, y me repuso que, con gran sorpresa suya, había encontrado en el Reglamento, aprobado por las Cortes, un artículo en

que no se da facultad al Gobierno para aceptar o rechazar una interpelación; pedida por escrito, la presidencia debe señalar fecha dentro de ocho días. Le dije a Besteiro que eso es un disparate, él convino en ello, pero insistió en que tal es el Reglamento.

Entonces yo le dije, con toda firmeza, que lo dispuesto en el Reglamento partirá del supuesto de que el Gobierno acepte la interpelación, derecho a que no puede renunciarse, y que, si Balbontín insistía y el Presidente ponía la interpelación en el orden del día, iba a levantarme para decir que no lo aceptaba, y que si la mayoría estaba conforme, no se explanaría la interpelación y si no estaba conforme que hiciesen ministro a Balbontín.

Como yo había hablado de este asunto con Guzmán, respecto al «documento» y al «material», Guzmán, por su cuenta, habló con los portugueses, que se disgustaron mucho. Corteçao, sin contar con nadie, se fue a ver a Balbontín, y le dijo que por unos periodistas se había enterado de sus propósitos, que podrían ser dañosos para la República y para los emigrados portugueses. Balbontín le aseguró que no tenía tales intenciones, y que se proponía únicamente pedir la libertad de los presos por los asuntos de Tablada y la reposición de Franco en la Dirección de Aviación. Añadió que, por razones de alta política, no le convenía reñir conmigo. Añaden los portugueses que Balbontín les ha parecido tonto.

En la sesión de aquella tarde, Balbontín presentó una proposición pidiendo que se destinase una hora diaria a interpelaciones. Besteiro tenía mucho miedo a esta proposición. Me recordaba los tiempos del Ateneo, cuando el mismo Balbontín presentaba proposiciones que amedrentaban al señor Dubois. Al defender esta su proposición, Balbontín aludió a lo que el señor Azaña había dicho «el día que comenzó *su reinado*». Le gritaron. La proposición se desechó sin pena ni gloria. Besteiro me dijo después, una vez más, que Balbontín es antipático y tonto.

Empiezan a salir contradictores a la candidatura de don Niceto para la presidencia de la República. La facilidad con que se ha cuajado el propósito desconcierta un poco a la gente. Lo que pasa es que, en las negociaciones iniciadas por el Gobierno para saber si don Niceto *desistía* claramente de su candidatura, tropezaron con un «sí quiero», que no permitió más dilaciones. La impresión anterior, de desistimiento, era puramente externa.

El primero que se propone combatir la candidatura de don Niceto públicamente es don José Ortega. Se anuncia que dará una conferencia sobre ello.

También Miguel Maura está en contra. Me crucé con este loquinario en el pasillo del Congreso acompañado de Sánchez Román. Maura se puso morado al verme; Felipe y yo nos saludamos como siempre, y pasé de largo.

Al siguiente día Maura le dijo, a un amigo de los dos, refiriéndose a este encuentro:

—Me dieron ganas de decirle: «¡Adiós, don Manuel!». Pero no lo hice por temor a que me diera un bufido.

Ahí se ve cómo es Maura, un chico pequeño.

Al mismo amigo le ha dicho que siempre le ha parecido mal la candidatura de don Niceto, pero que, después de las cosas que le ha dicho la última vez que se han visto en el Ayuntamiento, le considera peligrosísimo en la presidencia de la República, y que no durará tres meses siendo yo Presidente del Consejo.

Maura opina que el Presidente de la República debiera ser yo; pero al mismo tiempo cree que no hay por ahora quien me sustituya en la presidencia del Gobierno. Y que esa es la tragedia.

Por donde puede venir un alboroto que corte el paso de don Niceto a la presidencia es por los artículos que su amigo y correligionario, R. Sánchez Guerra, ha empezado a publicar en *Ahora*. Son sus impresiones políticas de estos meses. Y uno de los artículos anunciados se titula: «La crisis por dentro. El 14 de octubre». Como, según parece, Sánchez Guerra propala por ahí la fábula de mi conjura para derribar a don Niceto, no es inverosímil que la repita en ese artículo, caso en el cual llegaría a las Cortes, y de nada nos habría servido no haber publicado el mensaje de dimisión de don Niceto.

La fábula concebida por don Niceto ha hecho camino. Gil Robles, en el mitin de Palencia, dice de mí que soy «un político audaz, que he echado una zancadilla a don Niceto para colmar mi ambición».

Y el tal Giménez Caballero, en unos artículos lunáticos que publica en *El Heraldo* para «explicarme» a los lectores, habla de mi «salto de tigre sobre el poder».

Por mi parte, estoy seguro de que la presidencia de don Niceto será espinosa, y aun peligrosa; pero yo no debo hacer nada para estorbarle la elección, desde el puesto en que estoy. La eliminación de don Niceto sería ventajosísima, si con ella pudiéramos conseguir hacer presidente de la República a Lerroux, liquidando una situación política difícil y que empieza a preocuparme por ciertos indicios concurrentes.

14 de noviembre

En el ministerio de la Guerra, recibo al general Rodríguez del Barrio, que me da cuenta de su inspección en Vitoria, adonde le envié por el incidente del general Gil Yuste, que se considera desautorizado, y quiere pasar a la reserva. Según Rodríguez del Barrio, confirmando lo que me informó el general Benito, allí no ha ocurrido nada grave, ni siquiera importante, y el general Gil Yuste ha sido inducido a error por el auditor, que es muy de la derecha.

Este general Rodríguez del Barrio es muy escurridizo, y me asalta la duda de si querrá complacerme en extremo, creyendo que así lisonjea al ministro. Después de contarme su visita, me pide un favor difícil para un jefe amigo suyo. Como siempre.

En la presidencia, me visita el embajador de Francia. Hablamos del *modus vivendi*. Alguien ha anunciado una interpelación, que no me inquieta, y así se lo digo. Estima Herbette que si el convenio hubiera de someterse a ratificación por las Cortes, habría que hacer otro tanto en Francia, y se produciría una gran confusión. «¿No le preocupa a usted el complot?». «¡Oh, nada! Es cosa sin importancia». Tocamos el punto de los créditos exteriores para la estabilización. Herbette cree que sería útil hacer algo parecido a lo que hizo Poincaré cuando dio fuerza de ley constitucional a la Caja de Amortización. Eso nos evitaría que al hablar de empréstito nos pidiesen prendas especiales.

Ha leído mis declaraciones en *Ahora*, y las ensalza, claro está. Dice que tengo el tono de Waldeck, y un poco el de Clemenceau. En la Cámara francesa gustaría mucho. Me pregunta si no voy a hacer un discurso en las Cortes el día que se termine la Constitución. «Naturalmente», contesto. Entonces, sonriendo, me dice que no todo el público es intelectual, y que a muchos les agrada más dejarse conducir por el sentimiento; si tocase esa cuerda, la Cámara vibraría más.

No sé si a *monsieur* Herbette le habré parecido un ingenuo. O si peco de caviloso cuando atribuyo en parte sus finezas al propósito de ganar ascendiente sobre mí. De todas suertes, estoy prevenido.

Por la tarde, en la presidencia, recibo a Coronas, antiguo y buen amigo mío, que estuvo en el partido de Sánchez Guerra, y hoy figura en Acción Republicana, seguramente por consideración personal hacia mí; Coronas es profundamente conservador y hombre de orden.

Desde hace meses pertenece al consejo de administración del Banco. Me había hablado varias veces de los proyectos de Prieto, queriendo convencerme de su violencia y de la injusticia con que trata al Banco. Ahora, ya en vísperas de aprobarse la ley, Coronas no me dice nada en cuanto al fondo del asunto. Él tiene la impresión de que soy un «prisionero» de los socialistas. En cuanto a Prieto, le trata de bárbaro: «Me recuerda su actitud el dicho de un personaje de Clarín: "avena se escribe con hache y lo hago cuestión personal"», dice Coronas.

Respecto de la subvenciones dadas por el Banco a Ceballos Teresí, para que hiciese campaña contra Prieto, y de cuya concesión ha hecho armas Prieto contra el consejo del Banco, me dice Coronas que después de todo lo que ha despotricado el ministro, su amigo Carabias, gobernador del Banco, ha concedido otro crédito al propio Ceballos Teresí.

Después presido la Junta Central Agraria, hasta las ocho. Mucho se discute en esta Junta, y se adelanta poco. El señor Huesca es muy desagradable. De antemano se sabe lo que va a votar cada parte. Lo que hemos hecho hoy en dos horas de sesión podría haberse despachado en quince minutos entre el ministro y un secretario.

Todavía voy al ministerio de la Guerra, antes de cenar. Queda ultimado el proyecto sobre las clases de tropa.

Después de la cena voy con Lola y Cipriano al cine de La Opera (antes Real Cinema). Los días que no hay Cortes me queda tiempo hasta para distraerme.

15 de noviembre

No he salido hasta la tarde. Voy con Luis Bello, Guzmán y Cipriano a Aranjuez. Pasamos dos horas en los jardines, que están maravillosos. Puesta de sol, desde el cabo del jardín de la Isla, al borde del río. Regreso de anochecido. Llueve. En Madrid, merendamos juntos, y largo rato hablamos de política. A Guzmán le interesa la política española más que a mí.

Guzmán se preocupa mucho de las calumnias que me levantan por ahí y que en innumerables hojas clandestinas han inundado a toda España. Como yo no hago caso de esto, Guzmán me reconviene; dice que una campaña calumniosa fue el origen de la caída de Madero.

Por la noche voy con los Casares al teatro de Lara, a ver una comedia medianeja de Arniches.

16 de noviembre

Casares viene a verme al ministerio de la Guerra, para hablar de las «suspicacias» que despierta en nosotros el complot, el cual, por sí mismo, es poca cosa todavía. Su descubrimiento, y el castigo, calmarán por una temporada a los inquietos. El rumor público ha venido señalando desde hace tiempo al general Sanjurjo como un posible director del movimiento, en el que también se quiere ver implicado a Goded. Yo no creo en la aquiescencia de estos dos, aunque no es inverosímil que cuando les han propuesto algo (porque se lo han propuesto, y ellos no lo ocultan), se hayan limitado a una negativa cortés, aconsejando que no se hagan locuras; pero, en el fondo, poco o nada afectos al régimen, les debe de quedar siempre una disposición *militarista* y añoranzas del pasado. Si se están quietos, será por temor, y porque no ven fácil la salida. Entre tanto, procuro dar a Goded y a Sanjurjo la impresión de la más absoluta y tranquila confianza en ellos.

Algunos de los detenidos a causa del complot han declarado que contaban con Sanjurjo. Pero ninguno lo dice por conocimiento propio. Pueden creerlo así porque los directores del complot lo propalen para inspirar confianza, sin otro fundamento; o porque la repulsa de los generales no haya sido todo lo enérgica y terminante que debiera.

Hace ya semanas, vinieron a decirme que se preparaba un golpe dirigido por Sanjurjo y don Alejandro. Me reí (de dientes afuera, según dijo Romero). Ahora, algunas de las declaraciones ante la policía afirman que no se trata de un complot monárquico, sino que iba dirigido a implantar una República *de orden*. Para eso contaban (dicen) con Sanjurjo. ¿Con quién más? Porque Sanjurjo no iba a ponerse a dirigir nada.

Hace tiempo, Azpiazu, coronel retirado, íntimo de «Pepe», y diputado radical, reunió a comer en Alcalá a Sanjurjo y su querida con Galarza. Azpiazu, como de pasada, le dijo a Galarza que le convenía encontrarse con Lerroux en París, en uno de sus viajes a Ginebra, para hablar libremente con él y orientarse acerca del porvenir político.

Lerroux se ha marchado a París el sábado, a reunirse con Briand, etcétera, por lo del conflicto manchuriano.

El domingo, Martínez Barrio, íntimo de Lerroux y su segundo en el Gobierno, envió a preguntar a Casares los nombres de los detenidos que hubieran mentado a Sanjurjo en sus declaraciones. Casares se guardó de dárselos.

Y hoy ha ido Sanjurjo a ver a Casares, diciéndole que piensa ir a París ocho o diez días.

Por su parte, Lerroux, al cruzar la frontera ha dicho a unos periodistas que estas Cortes no pueden durar hasta el verano.

Estas coincidencias, ¿son solo aparentes?

En la presidencia, he recibido a Galarza, que me informa de lo averiguado en el asunto del complot. Decidimos que recoja la indicación de Azpiazu, y que vaya a París a *orientarse*.

Antes he tenido una larga conversación con Trifón Gómez y una delegación del sindicato ferroviario. Este asunto va de mal en peor. Me dicen estos hombres que el acuerdo del Gobierno es inaceptable, hasta el punto de que no pueden presentárselo a sus compañeros como base de discusión. Han convocado un Congreso extraordinario para el primero de diciembre. Me indican la conveniencia de que el Gobierno mejore notablemente sus concesiones antes de esa fecha.

La situación de estos *meneurs* es difícil ante sus masas. No creo que Trifón Gómez pueda dejar de comprender, como lo comprenden los ministros socialistas, la imposibilidad de hallar el dinero que piden para jornales. Y, sin embargo, lamenta la probabilidad de verse convertido en organizador y director de un conflicto, la huelga, que él no hace nada por evitar. Sería anularse, claro está.

Lo que me irrita más en este asunto es que al cabo de siete meses de Gobierno, Albornoz no haya formado ninguna idea fundamental acerca de él, ni tomado ningún camino. Su nulidad nos aboca a un conflicto tremendo.

Trifón me ha dicho, con ligera reticencia, que este asunto no ha sido aún bien estudiado. Verdad es que a continuación me ha hecho argumentos poco sólidos, que prueban contra él mala fe o poco estudio. Hemos convenido en vernos los dos y considerar el problema mano a mano.

Estoy resuelto a tomarlo por mi cuenta, a ver si descubro un remedio provisional.

Trifón Gómez pide que se nacionalicen los ferrocarriles, como si tuviéramos medios para ello, y pudiera hacerse en quince días. Cierto es que en tantos meses ha podido planearse esta solución.

Por la tarde he estado en el ministerio de la Guerra y en la presidencia. Después he ido al Ateneo, a presidir la Junta directiva. En aquella casa no se hacen más que tonterías, desde que yo no puedo dirigirla personalmente. La Junta está aturdida. Y ahora están pagando las consecuencias de lo que hicieron contra mi terminante oposición (entonces estaba yo oculto) en el mes

de marzo, cuando se reabrió la casa. Tengo un modo elegante de salir de la presidencia, en la que no quiero estar, a las resultas de la incapacidad ajena: la Constitución ha hecho incompatibles el cargo de ministro y el de presidente de sociedades particulares. ¡Qué gran idea!

Después de cenar voy al teatro Beatriz con Lola a ver *A. M. D. G.*, que tanto escándalo ha movido. Vamos invitados, y otros ministros. A nuestro palco llega Pérez de Ayala, y se queda con nosotros todo el tiempo. Himno de Riego al llegar y al salir, palmas, vítores, curiosidad impertinente. Estamos haciendo el gran personaje. ¡Qué horror!

17 de noviembre

Consejo en la presidencia. Don Niceto ha venido a Madrid, desde Priego. Todos le habían recomendado que se retirase a su pueblo, para estar alejado de las Cortes y de la política, y no poner en peligro su candidatura. Yo le escribí el otro día, preguntándole si le parecía bien el general Ruiz Trillo para jefe del Cuarto militar del Presidente de la República. Ruiz Trillo es amigo de don Niceto, y él lo sacó del Consejo Supremo de Guerra y Marina para llevarlo a la Capitanía General de Zaragoza. Nombrarlo para la casa del Presidente es un modo de quitarle el mando de la división de Sevilla, donde ha hecho algunas tonterías. Don Niceto se ha cruzado en el camino con mi carta, y hoy ha venido a explicarme por qué no la ha contestado. Cuando yo creía que mi propuesta le pareciese buena me sale diciendo que Cabanellas aspira a ese puesto. «A mí no me ha dicho nada. ¿Se lo ha pedido a usted?», le pregunto. «No. Lo sé indirectamente por un jefe amigo suyo».

Le explico a don Niceto que si me es fácil y ventajoso sustituir a Ruiz Trillo, todo lo contrario me sucede con Cabanellas, porque no tengo a quien enviar a Marruecos. Don Niceto insiste en que tales son los deseos de Cabanellas, y agrega que está mal con López Ferrer, el cual le ha dicho que es incompatible con el general. Creo adivinar que don Niceto desea traerse a Cabanellas, porque su insistencia es demasiada para una simple referencia indirecta. Yo mantengo mi criterio, y añado que Cabanellas únicamente me tiene hecha una indicación de sus aspiraciones a ocupar la Dirección General de la Guardia Civil. La conversación termina diciéndome don Niceto que irá a verme en el ministerio para tratar de estas cosas.

Larga conversación con Trifón Gómez, diputado socialista y secretario del Sindicato Nacional de Ferroviarios. Yo quería encontrar, en las opiniones y propuestas que en nuestra conversación anterior me insinuó Trifón, algo útil

que me sirviera para proponer una avenencia. Es hombre listo, pero no procede en este asunto con la lealtad de un colaborador. Preso de sus compromisos con la organización ferroviaria, no puede ayudar al Gobierno demostrando a sus compañeros la imposibilidad de lo que piden. A él no se le oculta, aunque diga otra cosa; como se prueba por lo disparatado de los remedios y arbitrios que propone para sacar dinero con que subir los salarios; del problema previo: a saber, si es justo subir los salarios, no habla siquiera: para ellos es indiscutible.

Llega, sin embargo, a decirme, que este problema está planteado desde los tiempos de la monarquía, y por eso lo mantienen; que no siendo así, no se lo habrían planteado a la República, cuando menos, con esta urgencia y poca oportunidad.

Trifón Gómez dice que los sesenta millones que importarían las mejoras mínimas pedidas por los ferroviarios pueden sacarse de un recargo de tarifas, de una aportación del Tesoro público, de una aportación de las compañías y de otros arbitrios semejantes; cree Trifón que los ferrocarriles pueden nacionalizarse por decreto, y se imagina que el rescate produciría grandes economías en la administración de las redes; también me propone, muy serio, que las compañías suspendan el pago de las obligaciones hipotecarias, y otras cosas por el estilo.

Haciendo muchos cálculos llegamos a que el Gobierno, todo lo más que puede hacer, es arbitrar recursos hasta veintitrés o veinticinco millones de pesetas. Y acordar la intervención en las empresas (consejos de administración, contabilidad y vías y obras) para saber lo que en ellas ocurre.

Claro que Trifón Gómez no se satisface con esto. Necesitan más del doble. Nos separamos, para hablar otro día. Yo quedo mal impresionado. Es un asunto en que no valen razones. Se tropieza con una muralla.

Hemos tocado el punto de la huelga. Lo notable es que el propio Trifón no cree en su utilidad. «La huelga —me dice— sirve para todo, para traer el régimen bolchevique, o para otra cosa, menos para aumentar los salarios». (Se refiere a la huelga probable de los ferroviarios).

Y un hombre que habla así estará, si llega el caso, a la cabeza del movimiento huelguista.

Un periódico ha publicado el informe que dio el general Cabanellas al alto comisario, sobre la reducción de las Intervenciones militares en la Zona de Marruecos. El informe es contrario a los planes del alto comisario. No tenía por qué publicarse, y ni siquiera lo conocía el Gobierno. Su publicación ha producido cierto escándalo.

Como en estos días López Ferrer ha destituido al coronel Capaz, jefe de las Intervenciones militares, los maliciosos han atribuido a López Oliván, jefe de sección en el ministerio de Estado, y cuñado de Capaz, la publicación de ese documento. *El Heraldo* lo ha afirmado categóricamente. Yo estaba también disgustado por la publicación, y no sabía a quién atribuirla. Cabanellas llamó por teléfono desde Ceuta al ministerio, encargando que me dijesen que él no tiene arte ni parte en la publicación, y que había enviado un ejemplar de informe al alto comisario, otro al ministerio de Estado y otro a la presidencia del Consejo.

Por su parte, Agramonte, subsecretario de Estado, ha venido a verme, y me ha dicho que López Oliván protesta contra la aseveración de *El Heraldo*. Y añade Agramonte que el informe se lo ha enviado directamente Cabanellas a un periodista de Madrid (cuyo nombre me ha dicho y ya no lo recuerdo), que lo ha dado a *El Sol*. El periodista, al ver la afirmación de *El Heraldo,* le ha escrito a Agramonte una carta, contándole la verdad del caso. Esto dice el subsecretario. Y ha hecho que *El Heraldo* rectifique la información.

El alto comisario, que está en Madrid, se queja de Cabanellas. No sabe la historia del periodista, que me cuenta Agramonte, y echa la culpa a Capaz. Confieso que también fue mi primer pensamiento.

Este Capaz es un coronel muy joven, que ha hecho una carrera veloz en África. Un articulista de *ABC*, que desaprueba el relevo de Capaz, le llama «héroe del romancero». Capaz se había creado en África una posición muy personal. Desde que se proclamó la República, me pedían su relevo los republicanos. Yo lo he mantenido, mientras el alto comisario no me ha propuesto quitarle. Dícese que Capaz se jactaba de que nadie se atrevería con él y hasta aseguran que amenazaba con sublevar a unos caídes amigos suyos si era relevado.

En el anterior viaje de López Ferrer, le autoricé para que lo relevase, porque no encontraba en él un colaborador decidido. Al relevarlo, López Ferrer ha destituido también a unos caídes que pasaban por muy adictos de Capaz.

Está muy sordo, a consecuencia de una campaña. El día que se me presentó en el ministerio, me pidió un regimiento de Zaragoza. Y definió su situación diciéndome que él no es más que un soldado de España.

López Ferrer me dice que Cabanellas es muy intrigante, y que está absolutamente dominado por su cuartel general. Añade que no me pide su relevo, porque comprende que eso sería una complicación para el Gobierno, y que está dispuesto a tener paciencia.

Yo le indico que acaso modifique la organización militar de la Zona, para no dejar allí más que un general, que podría ser de brigada, en lugar del divisionario y los dos de brigada que aún hay. Hace meses suprimí otros dos.

18 de noviembre

Recibo en el ministerio de la Guerra la visita de don Niceto. Viene a hablarme del «cuento de la lechera», es decir, de la organización de la casa presidencial. Pide que seamos parcos, y no vaya a hacerse una opereta. A su entender, no urge comprar casa al Presidente para su residencia oficial; podría estar unos meses viviendo en su casa particular, y «yendo a la oficina» para los actos oficiales, que podría instalarse en el Senado, o en los bajos del Palacio real.

Respecto de la cuestión de que hablamos ayer, me ha traído una indicación, que estimo útil: don Niceto me pregunta si creo yo acertado que el jefe del Cuarto militar sea Sanjurjo. Le respondo en el acto que sí, porque de ese modo saldría elegantemente de la Dirección de la Guardia Civil, en la que puede llegar a ser un estorbo. Don Niceto queda en hablar de ello con Sanjurjo, dentro de unos días. De política hablamos un poco. En el asunto de la duración de estas Cortes, que ahora se trae y se lleva, opina que deben durar todo lo posible, y que no puede pensarse en que las disuelva un partido solo, para hacer unas elecciones amañadas, que serían el fin de la República. Si, disueltas las Cortes, el Gobierno se lanzase a una política electoral sucia, lo dimitiría, para formar un Ministerio «de funcionarios», que presidiese la elección con desinterés.

El proyecto de ley que leí anoche a última hora en las Cortes, reorganizando las clases de tropa y concediéndoles notables mejoras, ha producido, contra lo que se esperaba, revuelo y agitación de protesta entre los sargentos y suboficiales. Por lo menos entre los de Madrid, que se reúnen en el llamado Casino de Clases, una de las invenciones más absurdas de Primo de Rivera. Me dijeron esta mañana en el ministerio, con referencia a noticias del general de la primera brigada, que los sargentos estaban contentísimos, y que celebraban mucho el suceso. Pero esta tarde a eso de las seis, me telefonearon desde el ministerio al Congreso que estaba celebrándose una junta tumultuosa en el Casino de Clases, y que tenían el propósito de protestar, etcétera. Yo les dije que no se asustaran y que avisasen a la división, para que se enterasen de lo que sucedía, y tomasen las prevenciones convenientes.

Por los pasillos del Congreso cundía cierta alarma entre los periodistas, que en cuanto oyen hablar de cosas militares se asustan y se precipitan en busca del notición. Todos me abordaron. Yo les calmé. Pero el asunto no dejaba de contrariarme. Supe que los suboficiales habían ido a los periódicos a consignar su protesta. Casi ninguno la acogió, y los corresponsales se abstuvieron de telegrafiarlo a provincias. Aproveché la ocasión para dar a los periodistas una especie de conferencia sobre las cuestiones del ejército, y principalmente sobre esta de las clases. Como yo no hablo casi nunca con ellos, estaban muy interesados en lo que yo les decía, y no les será inútil.

No he estado apenas en el salón de sesiones. A las once de la noche he vuelto a las Cortes. Después de asistir un rato a la discusión, salgo a los pasillos, y en un corro de periodistas y diputados «pongo cátedra» sobre los asuntos del día. Salgo a las dos. Los periodistas están muy contentos con lo que les he dicho. «¿Se puede dar esto como información?», me pregunta uno. «No».

19 de noviembre

Recibo al general de la división, que está muy alarmado por la «excitación» que reina entre los sargentos y suboficiales. Como todos los «mandos» que ahora se usan, es asustadizo y no tiene don de autoridad. Se transparenta que está de parte de los sargentos y que, por su gusto y para ahorrarse dificultades, les daría cuanto pidiesen. Me dice que los sargentos y suboficiales quieren demostrar que el proyecto los perjudica en los sueldos, y presentar además un escrito con sus aspiraciones. Yo le digo que, respecto de lo primero, no tengo inconveniente en autorizarlo, si lo hacen por el conducto reglamentario; pero que se abstengan de exponerme sus «aspiraciones».

Voy a la presidencia, después de despachar en el ministerio de la Guerra, y entre muchas visitas recibo la de don H. E., que viene sin que yo le haya llamado. Ha hablado con Prieto que, como se usa, le ha contado todo lo que yo le dije de su asunto con los portugueses, incluso lo que E. parecía esperar de un Gobierno Lerroux. Sobre esto quiere darme don H. una «satisfacción». Le opongo que no es necesario. Me describe las dificultades financieras que le impiden atender ahora a los portugueses. Protesta que ni la dictadura ni el rey le ayudaron en el asunto de los arsenales ni en lo del submarino, que se construyó por orden de Primo y ahora no se lo quiere comprar el Estado. Yo le planteo las cosas con toda claridad, y le digo el interés que tengo, por considerarlo ventajosísimo para España, en que se ayude a los portugueses.

Como él me ha hablado de sus dificultades actuales, yo me atengo a lo que ya pensé cuando Corteçao me habló del caso: «Será que pide algo», dije entonces. Y hoy le disparo a boca de jarro: «¿Qué habría de hacerse para que esas dificultades desapareciesen?». «Comprarme el submarino», responde don H.

—He aquí el precio del servicio —me digo.

E. añade que estaría dispuesto a cobrarlo en varios años, y se contentaría con que ahora le diesen dos millones. Con eso, reanudaría su trato con los lusos.

Tocando otros puntos, hablamos del cargamento de Copenhague y me dice que él tiene un capitán de confianza que puede trasbordarlo en alta mar, y llevarlo adonde se quiera. También, si le dejo las manos libres, puede llevar de Cibas a Portugal cuanto se quiera. Quedamos en que lo estudiaré, y al retirarse me ruega que no diga nada de su visita a los periodistas. Pero difícil será ocultarlo, porque le han visto cien personas.

Por la tarde, en el Congreso, prolegómenos de la discusión del dictamen de la Comisión de Responsabilidades, sobre la culpabilidad del rey. Gran curiosidad. Algunos dicen que la discusión se aplaza. Ayer se habló de esto, en el despacho de Besteiro, al trazar el plan parlamentario de la semana. Prieto asegura que Besteiro hace cuanto puede por estorbar la discusión de la ley bancaria, y está muy incomodado. Cuando supo que iba a discutirse lo del rey, se enfadó porque le robaba tiempo para su asunto. Y delante de mí decía, muy excitado y violento, que todo eso de las Responsabilidades es una pamplina y que no cree en ellas. Fue opinión dominante en estas conversaciones que el aplazar el debate sobre la acusación contra el rey produciría malísimo efecto.

Desde que se publicó el dictamen de la Comisión de Responsabilidades, sobre el caso del rey, todo el mundo encontró malo el documento. Mal escrito, mal pensado, declamatorio, pueril. Contiene disparates como acusar al rey de un delito de lesa majestad… contra el pueblo. Lo ha hecho Eduardo Ortega, y está muy enamorado de su obra. Han pasado días y, hasta esta tarde a última hora, no se les ha ocurrido poner remedio. Cerca de las ocho me llaman al despacho de Besteiro. Allí están Jiménez de Asúa, Giral, Ruiz Funes, y otros dos diputados. Jiménez de Asúa, con su hablar engolado y superferolítico, dice que el dictamen es risible y que, cuando lo lean los profesores extranjeros, las Cortes quedarán en ridículo. Razona largamente, como catedrático de derecho penal, su opinión, que comparten todos los presentes. Yo lo creo, por fe; no he tenido tiempo más que para dar un vistazo

al dictamen y, solo ahora, en el curso de esta conversación, lo leo de punta a cabo. En efecto, es detestable.

Lo que los diputados reunidos quieren de mí es que yo llame a la subcomisión de Responsabilidades que ha entendido en el asunto, y que la convenza de que su dictamen no es pasadero y que debe modificarlo. Yo rehúso. El sonrojo internacional que tanto teme Asúa me deja indiferente. Y les hago ver que carezco de título para ir con ese encargo a Ortega y consortes. Todo lo más, podría hablarse con el presidente de la Comisión, Cordero, y que él se encargase de convencer a sus compañeros.

Mientras se busca a Cordero, traen un papel con un nuevo texto, preparado por Sánchez Román y otros. Lo trae mi correligionario Sánchez Albornoz. Es breve, discreto y contundente. Con sabor añejo, por aquello de «la paz jurídica», que le gusta a Sánchez Albornoz. La declaración de poner a don Alfonso «fuera de la ley» le parece poco a algunos de los presentes.

Llega Cordero, y le pintan la situación. Dice que él no es abogado y que creía que estaba bien lo hecho. Se advierte pronto que él se halla dispuesto a firmar otra cosa. Pero hace notar que son más de las ocho, que muchos de los diputados de la Comisión no están ya en el Congreso, y no podrá reunirlos. Todo esto sucede dos o tres horas antes de comenzar la discusión, que es inaplazable.

Como la conversación se prolongaba sin resultado y estoy rendido desde ayer, opto por dejarlos, y me vengo a casa, a ver si puedo reposar una hora. Tengo esa especie de velo que se me pone en el entendimiento cuando estoy fatigado, sobre todo si es por dormir poco.

20 de noviembre

A las cuatro de la mañana acabó anoche —o mejor dicho, hoy— la sesión. Uno de mis ayudantes, que me acompañaba a casa en el coche, le dijo a otro, resumiendo sus impresiones: «Ya decía yo que esta sesión sería histórica». Para mi ayudante, echar esta calificación sobre un suceso es una ponderación gigantesca.

El Congreso estuvo atestado. En las tribunas, llenas desde las nueve y media, racimos de gentes, en gran número monárquicos, que iban a oír a Romanones. Muchedumbre en los escaños, y muchos diputados apelotonados al pie de la Mesa presidencial. Yo estoy completamente inhibido, de puro cansancio. Me preguntan si voy a hablar, y respondo que no, porque se trata

de una sentencia que dictan las Cortes a propuesta de la Comisión, sin que el Gobierno intervenga. Mi deseo cierto era no hablar.

Al principio, no supieron decirme con certeza si la Comisión había aceptado o no un nuevo texto. Me anuncian que Balbontín se propone hablar acusando al Gobierno por haber dejado que el rey se fuese de España el 14 de abril. Ese propósito suscita mucha emoción, como si de él pudieran salir cosas tremebundas. Pero yo me río. No me hace reír tanto la noticia de que Alcalá-Zamora contestará a Balbontín, si por último habla. Temo que don Niceto dé un resbalón.

Lectura del triste dictamen. Silencio sepulcral. Lectura del voto particular de Royo Villanova, aún más chocarrero que el dictamen; reproduce lo que cantaban por las calles de Madrid: «no se ha *marchao*, que le hemos *echao*». ¡Espléndido!

El discurso de Romanones ha parecido en algunos momentos hábil. En realidad, como a Romanones nadie le toma en serio y él mismo no cree ni jota de lo que estaba diciendo, el espectáculo es de una comicidad profunda, seria, y, a ratos, cuando el conde se abandonaba a su natural, bufo. Viejo y gordo, mal asentado sobre su pata coja, y, con aquella voz que fue clara, el Conde, cuando se enojaba y levantaba a duras penas el tono, me dejaba ver el ojo izquierdo, fulgurante y rotatorio, y su cólera parecía una caricatura de la cólera. ¡Lo que es la falta de autoridad! Las Cortes se han reído de buena gana en algunos pasajes del discurso. Y no se reían del Conde. Reían sus agudezas, a veces involuntarias. Y, sobre todo, yo creo que se reían porque al actor y a la escena les faltaba grandeza. Romanones defendiendo al rey destronado ante las Cortes republicanas es toda una conclusión de la historia de un tercio de siglo.

Y no tuvo ni un acento elevado. La defensa de la dinastía y del rey suscitó risas. Son tal para cual.

Cuando Romanones acabó de hablar no se oyó ni un murmullo. Las tribunas se aclararon. Y los escaños. Galarza, que siempre ha de estar en todo, se levantó a sostener la acusación. Por la tarde le oí decir que se marchaba a su casa a estudiar el dictamen de la Comisión, porque tenía que defenderlo y no lo conocía aún. Seguro de lo que iba a ocurrir, me marché del salón. Al poco rato, los pasillos del Congreso se llenaban de diputados. Venían huyendo de Galarza. Era voz unánime que estaba haciéndolo muy mal. Y los periódicos de hoy lo certifican. Estuve por los pasillos, y en el bar, con amigos. Pasó una hora, y Galarza seguía hablando. Yo no volví al salón hasta que terminó.

Mientras Royo Villanova defendía su voto particular, hubo muchas idas y venidas al banco de la Comisión, al del Gobierno, y a la Mesa. La Comisión había aceptado el nuevo texto, redactado por la tarde, añadiéndole algunas expresiones de su cosecha. Eduardo Ortega aceptó este sacrificio por intervención de su hermano don José, que anduvo por la tarde complicado en las gestiones de Sánchez Román y Sánchez Albornoz. Cuando se leyó la enmienda, algunos diputados de mi partido protestaban furiosos. Les parecía un «pastel». Vinieron a consultarme. Yo les dije que autorizaba que se leyera si llevaba firmas de todos los partidos; pero que si no era así, y en lugar de conseguirse la unanimidad, solo se lograba dividir a los republicanos, no podía presentarse como iniciativa de Acción Republicana. Les dije además que debía dejarse a la Comisión que se desenvolviera sola, y no subrayar demasiado la repulsa del primer dictamen. Se leyó la enmienda, y el alcalde, Pedro Rico, que también se perece por estar en todo, se apresuró a pedir la palabra. Le envié recado, diciéndole que no hablase en nombre del partido. Así lo hizo. Dijo cuatro cosas, que no hacían falta ninguna. La Comisión, con una docilidad insospechable en este presunto «comité de salvación pública», hizo suya la propuesta.

La discusión se rebajó aún más cuando hablaron Gil Robles y Balbontín. Este Gil Robles, de voz metálica, inalterable, un poco cargado de hombros, sin ideas ni talento, es la estampa del abogado cínico. Iba a promover un escándalo, quizás a provocar una agresión, y a poco si se sale con la suya. Tal es la ingenuidad de las Cortes. El diputado Muñoz se agitaba como un energúmeno y se puso en pie, como para arrojarse sobre Gil Robles. Costó trabajo sujetarlo.

Balbontín se cree un gran parlamentario y un polemista temible. Tiene frenillo en la lengua, y eso le hace parecer cuando habla un niño bobo. Brazos largos, que no saben accionar y se despegan de la figura. Cursi. Los diputados se lo decían a gritos. Sacó el tema de la huida del rey, protegido por el Gobierno. Maura vociferaba desde su asiento. Balbontín creía producir un gran efecto, y debió quedarse sorprendido al ver que nadie hacía caso. Yo estaba resuelto a no discutir con él, dijera lo que dijese. Y haciendo memoria de lo que ocurrió con el rey aquella noche, descubrí que no me acordaba de casi nada; así estaba yo de fatigado. Cuando Alcalá-Zamora se levantó a hablar, muchos diputados le instaban para que no lo hiciese. Le instaban, o por menospreciar a Balbontín, o por evitar que el relato de don Niceto provocase contra él una reacción de las Cortes. Esto último no era ya de

temer, visto lo que acababa de ocurrir. No había apenas *régicides à retardement*.

Don Niceto estuvo bien, y a pesar de su insufrible oratoria, acertó a ser conciso (cuanto puede serlo), certero y, a ratos, irónico. Pero dijo que reclamaba para él solo la responsabilidad de lo ocurrido aquel día, y esto me impulsó a hablar en nombre del Gobierno. Le hicieron una ovación clamorosa, en que había ya una antevotación para la presidencia.

Maura había pedido la palabra, y mientras se apagaban los últimos aplausos a don Niceto hacía gestos y ademanes como diciendo que hablaba el Gobierno o hablaba él. Yo me había puesto ya en pie y me volví a sentar. Dudé, y Fernando de los Ríos me instó a que hablase. Cuando empecé, no estaba muy seguro de lo que iba a decir, fuera de proclamar la solidaridad de todo el Gobierno en cuanto se hizo el 14 de abril. Me dejé llevar del discurso, que no tenía otro fin que el de poner término decorosamente a un debate ya gastado, y acerté[23]. Me aplaudieron a rabiar, puestos en pie. Y ya no hubo más. Se votó el texto por aclamación. En la hora de las felicitaciones, los ministros y los diputados me daban enhorabuenas, y Prieto, al salir del banco azul, pasó por delante de mí, me estrechó la mano y profirió una blasfemia. De puro entusiasmo. En los pasillos todavía nos aplaudieron. Al salir, como eran las cuatro, convinimos en suspender el Consejo convocado para las once de hoy.

He ido al ministerio a las once y media. Antes me había llamado por teléfono Pérez de Ayala, a quien había citado para hoy, antes de esa hora, y que me aguardaba en la presidencia. Ha ido a verme al ministerio para despedirse. Se vuelve a Londres. ¡Un embajador menos en Madrid!

Me felicita por lo de anoche. Cuenta sus escaseces de embajador. Y me pregunta si es cierto que el Gobierno piensa declarar incompatible el cargo de director del Museo del Prado con el de embajador. Son los cargos que él tiene. Respondo que no. Se prepara una ley general de incompatibilidades, en la que podría encontrarse incluido ese caso. Ayala me endereza una disertación aflautada para demostrar que el ser embajador, y vivir por tanto en el extranjero, lejos de ser un inconveniente para desempeñar la Dirección del Museo, es una condición muy favorable, porque lo mejor que puede hacerse en este cargo es viajar por el mundo, y ver cómo se hacen por ahí lo cosas. En esta situación, él dirige perfectamente el Museo desde Londres por carta. Se queda muy tranquilo, y yo también, que nunca le llevo la contraria. Es la única manera de no reñir con él, o por lo menos, de no incurrir en su desprecio.

Después me cuenta que sus suegros vienen de América y van a desembarcar en Gijón dentro de dos días. Me pide que le preste uno de mis coches oficiales para que vaya a buscar a sus suegros a Gijón y los traiga a Madrid. Me niego, y siento un poco de vergüenza y apuro al decirle que eso no está bien, y daría lugar a críticas, *por lo mismo que somos tan amigos*.

Sin alterarse, dice que le parece bien mi respuesta, y que ya se la figuraba.

Hablamos después de política. Me pronostica que yo seré el jefe de la derecha republicana española.

En fin, como para premiar mis servicios, me anuncia que en un futuro lejano acabará por ser de mi partido.

En la presidencia, recibo al general de la división. Me trae la demostración, hecha por los sargentos, de que el proyecto de ley les perjudica. «La excitación continúa». Entonces yo alzo el tono y le doy al general la inyección que merece. Dentro de lo regular y reglamentario estoy pronto a ser benévolo y tolerante, pero le prevengo que no me da cuidado expulsar del ejército a todos los sargentos de la guarnición de Madrid si se ponen pesados. Le increpo por su transigencia y amilanamiento, poco disimulados, así como por los de los jefes de cuerpo. En la República no mandan los sargentos, sino el Gobierno, y en el ejército mando yo, etcétera, etcétera. El general se pone un poco sofocado, y lo dejo marchar, con palabras amistosas, para que se le pase el susto.

En este asunto, hay dos periódicos que hacen tonterías: *Crisol* y *El Heraldo* publican, como editoriales, artículos escritos por los sargentos y suboficiales, atacando, claro está, al ministro. No saben lo que se hacen.

21 de noviembre

El Consejo de ministros suspendido ayer se ha celebrado hoy. Antes, he recibido una comisión de obreros metalúrgicos de Barcelona, que vienen a pedir protección para el trabajo de las industrias del automóvil. Muy simpáticos y muy respetuosos, me llaman «su Presidente», dicen que en Cataluña me quieren mucho, y confían en mí para que resuelva este asunto. Hablamos un rato, estoy cortés y risueño con ellos, y uno se destapa diciendo «que me creían un ogro», por la fama de hombre enérgico que tengo. Y que, por el temor que les inspiro, no se han atrevido a darme un abrazo al entrar, como lo deseaban. Este incidente me recuerda al de las señoras católicas.

Añaden estos obreros que ya el señor Nicolau les había dicho que yo soy una bella persona.

El Consejo se ha dedicado casi todo a la cuestión ferroviaria. Les doy cuenta de mis trabajos e impresiones. Anoche hablé con el director de Ferrocarriles, que es diputado de mi partido, y me deshizo todos los planes que yo había imaginado. Es un círculo de hierro.

Resumo la situación. Todo lo más podrán arbitrarse recursos por veintitantos millones. Y puede presentarse a las Cortes un proyecto estableciendo la intervención del Estado en los consejos de administración de las empresas y en la contabilidad y en vías y obras.

Los ministros están conformes con esto. Les hago ver que al acordar esto como máximum deben tener presente que nos arriesgamos a la huelga, y que lo consideren al votar, porque habrá que afrontarla.

Van votando una tras otro, comenzando por Domingo. Todos, sin excepción, aceptan lo propuesto y, si hay huelga, se afrontará. Largo añade que el Gobierno tiene conciencia de haber cumplido con su deber, y que no puede hacerse más.

Al votar, conforme con lo anterior, Ríos y Prieto dicen que la situación de los ministros socialistas va a ser dificilísima y que acaso no puedan resistir la huelga desde el Gobierno. Tendrían que marcharse de él, afirmando antes públicamente su solidaridad con todo el Gobierno. (La cosa es absurda. Votan una cosa, creen que el Gobierno tiene razón, y, sin embargo, se irían. La verdad es que si la presencia de los tres ministros socialistas no nos sirve para evitar el conflicto, ¿para qué sirve?).

Martínez Barrio quiere recoger esta indicación de Prieto, pero yo le atajo, diciendo que no es el momento de tratar esa cuestión, y si el conflicto surge, hablaremos. (La razón es que metiéndonos en ese asunto, podría plantearse desde ahora una crisis, y no me conviene; es preciso que los socialistas estén en el Gobierno, precisamente si el conflicto estalla). Largo, al votar, recoge de pasada la indicación de sus camaradas para mostrarse disconforme con ella.

En este Consejo se ha acordado suspender el *ABC* por tres días, como sanción del artículo que publicó ayer contra las Cortes.

Domingo entrega el Presupuesto de Instrucción Pública.

Ríos recibe de mí el encargo de redactar un documento explicando al país la cuestión ferroviaria, y la imposibilidad de acceder a lo que piden los obreros. Y Albornoz queda en redactar el proyecto de intervención en las empresas.

De esta manera he echado una mano al ministro de Fomento, y, además de la presidencia y Guerra tengo, desde hace días, la cartera de Estado, porque Lerroux está en París ocupándose de los chinos. ¡Da gusto!

He nombrado al coronel Capaz para un mando en Las Palmas. Va en plaza de general. Así le contento, y me lo quito de encima. Ha venido a darme las gracias porque no lo tengo en mal concepto.

Ayer me visitaron los arzobispos de Tarragona y de Sevilla, para exponerme la situación en que se deja a ciertas clases humildes del clero al suprimirse el presupuesto. Me dejaron una nota, con sus aspiraciones en ciertos puntos. Vidal i Barraquer tiene un rostro que parece sacado de una tabla antigua. Muy catalán. El de Sevilla es un cura grueso y *renfrogné*. Apenas habló. Barraquer se expresa con gran mansedumbre, acentuando lo paternal.

Les traté con gravedad afectuosa y me lo agradecían mucho; pareció sorprenderles.

Diferencia entre los dos: se quejaban de que se exija a la Iglesia que pida autorización al ministerio de Justicia para vender bienes, incluso cuando se trata de fincas insignificantes. Esto, además de los perjuicios que ocasiona, es contra el fuero de la Iglesia. «Podría adoptarse el procedimiento —dijo Barraquer, buscando un rodeo para transigir— de que el permiso *lo solicitase* el comprador». Cuando yo admiraba para mis adentros esta sutileza, el cardenal de Sevilla hizo una mueca de desagrado, que cortó la palabra a su colega. Cuando terminaba la conversación, Barraquer me dijo que, a pesar de las ideas, todos los días pedía a Dios por mí y que me iluminase. Yo se lo agradecí. «No ignoro lo que es la caridad cristiana».

Poco después se fueron. Desde la puerta del salón los vi pasar el vestíbulo y ganar el ascensor, brincando sobre las luengas figuras negras el rodete colorado del solideo.

En algunas cosas sería prudente acceder a lo que piden. Fernando de los Ríos no es político, y con pequeñas resoluciones irrita más que con grandes golpes. Le recomendaré algunos casos. Votado el artículo 24 la política con la Iglesia hay que llevarla de otra *manera*. En el Gobierno, es decisiva la manera de tratar a las gentes y los problemas.

Estos días, como se aproxima el término del debate constitucional, se hacen muchas cábalas políticas sobre la sucesión de este Gobierno. Del lado radical, Martínez Barrio ha tenido, con el subsecretario de la presidencia, algunas conversaciones, sin duda para que me las contara después. Parece que Martínez Barrio sería partidario de una gran concentración republicana, para

gobernar sin los socialistas, y que si se fijaba una larga duración a las Cortes, Lerroux no tendría inconveniente en que el Gobierno lo presidiese otro, es decir, yo.

Largo Caballero ha disparado un cañonazo tardío: que la disolución de Cortes, prematura, sería tomada por los socialistas como una provocación a la guerra civil. Gran escándalo ha producido esto. La animosidad contra los radicales lo inspira; pero Lerroux hace tiempo que no sueña ya con disolver las Cortes ahora.

24 de noviembre

El sábado por la tarde me fui en coche a Granada, con Lola y Cipriano; venían también los diputados Romero y Palanca y el subsecretario Ramos. Me había invitado el ingeniero Santa Cruz, diputado por Granada, a visitar la nueva carretera que sube al Veleta. Pensaba ir en tren, pero luego cambié de parecer, para evitar honores y recepciones. Yo llevaba el designio de hacer un viaje puramente particular, pero se me frustró y tuve que pagar el tributo de ostentación propio de mi altísimo cargo.

El domingo subimos hasta el final de la carretera, que es muy pintoresca, y el paisaje espléndido. Comimos en el hotel de la Sierra, que estaba muy frío. En el comedor tiritábamos. Había unas cien personas en el banquete. Para acompañar a Lola fue la mujer del gobernador, Perico García de la Barga, un loquinario, a quien conozco hace treinta años y en el que nunca pude sospechar cualidades de gobernante. Él se jacta de que lo hace muy bien y de que en su provincia no hay problemas graves.

Había alguna otra señora. Entreví que este banquete había originado cuestiones de etiqueta y piques personales.

Fuimos después al Generalife, hasta que anocheció. Maravilloso. Después, todos al Ateneo. Té, música de guitarras y bandurrias, discursos. Y en el hotel, recepción de militares, de comités políticos, etcétera. Banquete ofrecido por el Ayuntamiento.

Ruidosa despedida en la estación. Bayonetas, músicas, aclamaciones. Gentío.

Al entrar en el andén y pasar junto a la cabeza del piquete que rendía honores, unos sargentos me dijeron en voz baja: «Las clases aplauden a vuestra excelencia».

En los pueblos donde pasaba el tren, salían obreros a aplaudir y a gritar. En Deifontes me asomé a la puertecilla del coche y los que chillaban y

vitoreaban se callaron. Se apartaron un poco, dejando un gran claro delante del vagón, y permanecían en un silencio que llegó a serme penoso. Pregunté por el alcalde y se adelantó un bigardo, con quien conversé amistosamente; los demás se animaron. Esta gente, que pintan levantisca y revolucionaria, aparece más bien respetuosa y tímida.

En el viaje de retorno se me presenta un comandante, que era jefe del aeródromo de Granada, recién suprimido. Me dice, como tantos otros, que en la Aviación se ha perdido el espíritu militar.

Esta tarde, en el Congreso, Tenreiro me ha traído el original inglés y la traducción de una *interview* dada por Alcalá-Zamora a una agencia de Londres. En la *interview* Alcalá-Zamora se declara revisionista, y afirma que estas Cortes no representan la voluntad ni la opinión del país, merced al sistema electoral y al que se tuvo para formar las listas de candidatos. Cree que los radicales no debieran tener más de treinta y tantos diputados y los socialistas cuarenta. También habla de su dimisión.

La *interview* se ha recibido en *El Sol*, la ha traducido Aznar, el director, que quiere publicarla, y me envía a preguntar con Tenreiro si yo opino que debe publicarse. Aznar y Tenreiro creen, como otros muchos, que es un disparate elegir Presidente a don Niceto. La publicación de la *interview* daría al traste con su candidatura.

Respondo a Tenreiro que yo no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de frustrar la elección de don Niceto, y mucho menos no habiendo, como no hay, nada preparado para sustituirle. Tenreiro quiere que me guarde los documentos y le conteste mañana.

Nos ha interrumpido un momento Luis Zulueta, que me habla de las deportaciones a Fernando Poo, decretadas por el ministro de Gobernación, con motivo del complot. Dice que como buen liberal, le lastiman, y que si no fuese tan adicto al Gobierno, habría escrito contra ellas. «Mañana podrían hacer lo mismo con todos nosotros». Cree que los confinados no debieran pasar de Canarias. Yo le digo que se tranquilice, que aún falta un mes para la salida de los confinados. «¡Ah! Bueno», exclamó Zulueta. Y se va, más tranquilo, en efecto.

Don Niceto nos ha reunido en el despacho de ministros a Ríos, Domingo, Casares, Martínez Barrio y a mí, para someternos algunos proyectos de enmiendas a los artículos adicionales a la Constitución. Sobre todo le importa el procedimiento de reforma. Se trata de rebajar el *quorum* a medida que pase el tiempo. Los ministros se muestran conformes. También hay un nuevo intento de Senado, que no creemos posible, y algunas medidas sobre la

supresión del presupuesto del clero, y sobre la enseñanza, que es desechada, por creerla peligrosa.

Don Niceto dice que quiere hablarme en el ministerio.

Anoche estuve en la embajada de Portugal, con Lola. *Dîner de Son Excellence le Président du Gouvernement de la République*… Gran comilona. Este Mello Barreto trata muy bien. El Nuncio, el embajador de Francia, el de Italia, los ministros de Polonia, de Checoslovaquia, otros diplomáticos, algunas señoras, el general Sanjurjo.

Sobre la mesa, tres canastillas de flores, cada una con un color de la bandera republicana; el general Sanjurjo me dice en voz alta desde su asiento, aludiendo a esa fineza: *Très delicaté*.

El ministro de Polonia, después de comer, me da una lata horrible hablándome de las condiciones de fertilidad del suelo español.

Mello nos obsequia con un oporto de 1815, verdaderamente notable.

Cosas de los militares. Se trataba de acuartelar el escuadrón de Escolta Presidencial, para el que va a ser nombrado jefe uno de mis ayudantes. Provisionalmente, y mientras se organiza, el escuadrón está en el viejo cuartel del Conde Duque. Pero a mi ayudante y a los oficiales que van a estar a sus órdenes se les ha antojado volver a los locales del cuartel de la Montaña, donde estuvo la Escolta Real: dicen que hay en esto una «parte espiritual». Yo no les hacía caso, pero se conoce que mi ayudante ha trabajado al subsecretario, el cual me propuso el otro día que el escuadrón se fuese, en efecto, al cuartel de la Montaña. Y el cuerpo de ingenieros que ocupa esta parte pasase al Conde Duque. Dije que bueno, y no volví a pensar en ello.

Mas, por lo visto, la orden desató una tormenta. Los ingenieros estaban disgustadísimos, estimando que se les *hacía de menos*. En la división ponían dificultades. Todo eran comentarios e intrigas. Yo no estaba enterado.

Al volver de Granada encontré, en mi casa, una carta del comandante López Ochoa, jefe del grupo de ingenieros que ocupa el local disputado. Es hermano del general a quien destituí de la Capitanía General de Cataluña, y debe de tener la misma propensión a las impertinencias que comprobé en el general. Me decía una cosa que tuve por sensata: se han gastado 25 000 pesetas, dadas por el ministerio, en arreglar los locales del grupo; habría que gastar más dinero en llevar el grupo al Conde Duque, y más aún en acomodar la Escolta en la Montaña. Omitiendo la mudanza, se ahorraba uno de estos gastos; y se *hacía intérprete* del dolor que la orden de traslado habría producido en los oficiales y en la tropa. Añadía otras reflexiones francamente

necias e inadmisibles. Concebí el propósito de sentarle la mano al comandante, y al propio tiempo el de poner en claro lo que hubiese en este asunto. Ayer, a las cuatro, me presenté en el ministerio, llamé al subsecretario, y con él y un ayudante, me presenté en el cuartel de la Montaña, sin avisar.

Por el empeño de los de la Escolta en ir allí y por el de los ingenieros en no salir, yo me había imaginado que este alojamiento sería muy bueno, o siquiera cómodo y decoroso. No tal. Son unos pabellones bajos, contiguos al cuartel, sucios, viejos, incómodos. El gasto hecho no luce por parte alguna, como no sea en el cuarto de banderas, que lo han pintado en el gusto cubista. Un horror. Recorrí los locales, acompañado de López Ochoa, que acudió jadeante a mi encuentro. Estuve muy seco y despegado con él, y le dije lo que pensaba de su magnífica instalación. Me enseñó los almacenes de material, donde se veía cantidad de carros y máquinas que, según dijo después mi ayudante, no son más que chatarra. Luego fui al Conde Duque. Esto es peor. Inmenso local, que debió de ser muy bueno y capaz en su origen. Está ruinoso, sucio, destartalado; enormes bóvedas sobre pilares de sillería. Lobreguez. Fango. Cosa de novela romántica. Aquí estuvo, hasta que la disolví, la brigada de húsares. Ahora residen aquí la Academia de Sanidad, un escuadrón de caballería, que espera su traslado a Alcalá, unos zapadores, y un grupo de artillería, que también aguarda la terminación de su cuartel en Carabanchel. Y, además, la Escolta. Sobre el terreno, conseguí arreglarlo, gracias principalmente a que el jefe de mi Gabinete, el comandante Saravia, está de prácticas en el grupo de artillería, y me facilitó la solución. Era un pique de amor propio, y una rencilla de vecindad. Ahora solo me falta cantarle las cuarenta al López Ochoa. Volví al ministerio; en una hora quedó arreglado un asunto del que llevaban hablando una semana y que ya había causado algunos disgustos. Este es un botón de muestra.

El señor Rahola, de la Lliga, no me deja en paz, pidiéndome que, cuanto antes, se haga la interpelación que tiene anunciada sobre el *modus vivendi* con Francia. Yo le digo que no estando en Madrid el ministro de Estado, deben aguardar hasta que vuelva; pero no se conforma. El diputado García Berlanga, jefe del grupo vitivinícola, que cuenta con ochenta diputados, también me habla del asunto, y me insta para que se despache la interpelación. Me asegura que es un perfecto ministerial y que no creará dificultades al Gobierno, pero que tiene que cumplir con la opinión de sus electores, etcétera. Quiere persuadirme que esta interpelación dará armas al Gobierno para discutir con

Francia. En suma, que él no trae malas intenciones, pero que Rahola y Alba aprovecharán la interpelación para hostilizar al Gobierno.

Largo Caballero ha tenido la fineza de decir que lo de menos es la persona que pueda presidir el futuro Gobierno, porque en uno de esta clase, eso no tiene importancia. Otro periódico dice que el único Presidente posible soy yo, «porque no suscito recelos». ¿Pensarán que soy un Allendesalazar o un Azcárraga?

27 de noviembre

Ayer comimos con los Méndez Vigo en el Palace, donde viven. La *Viki* muy graciosa. Estaban la embajadora de Alemania, el ministro de Economía, un hijo de Romanones, Yebes, con su mujer que es muy guapa y de ideas *avanzadas*, los Casas Rojas, el propietario de *Ahora*, Montiel, que es un simple ciervista, y otras personas insignificantes. Me divertí poco. El señor Montiel me dio la lata, tratando de demostrarme que los socialistas son los causantes de la revolución social.

He escrito a Tenreiro una carta devolviéndole la *interview* de don Niceto y aconsejando que no la publique.

Hace dos días envié un recado a *El Heraldo*, por mediación de Sánchez-Ocaña, diciendo que no diesen aire a las protestas de los sargentos. Ha venido a verme al ministerio un redactor, para que *le oriente*. Le he dado una conferencia sobre el asunto, y me ha prometido que no lo harán más. También le he dicho algunas cosas sobre política general que aprovecharán para darlas como información del periódico, sin decir que son mías.

Anoche hubo en las Cortes una sesión deplorable. Se discutía un proyecto de Fomento creando la Dirección de Ganadería. El subsecretario de Fomento, Gordón, es veterinario. Y dicen algunos que al redactar esa ley ha hecho grandes beneficios a sus colegas sacrificando a los ingenieros agrónomos. El proyecto no podía salir de la Comisión por ese motivo, y fue menester que el Gobierno interviniese. Se ha dado el caso de que el dictamen de la Comisión haya sido contrario al proyecto del ministro. Anoche se discutió, y Albornoz anunció que se iría del Gobierno si se aprobaba el dictamen; se desechó, aprobándose un voto particular de Gordón, que era el proyecto primitivo.

La discusión fue agria. Se movió un alboroto colosal, porque un diputado del partido de Albornoz interrumpió groseramente a un radical. La cuestión se complicó, hasta el punto de que varios diputados estuvieron a punto de

pegarse. El grupo radical se retiró del salón. Más tarde volvió, después que hubimos perdido una hora.

Después de muchas conversaciones, quedó convenido que la interpelación de Rahola sería hoy, viernes; pero al percatarse de que por ser viernes habría muy pocos diputados, desistió, y se aplaza hasta el miércoles.

No teniendo nada que hacer en las Cortes, y cansado de lo de ayer, hoy no he ido al Congreso. Y he estado tan ausente de él, como si nunca hubiera puesto allí los pies ni tuviera que volver. La Constitución va ya cuesta abajo. Los artículos se aprueban a toda velocidad. Fijamos la conclusión para el 22 de noviembre, y solo nos equivocaremos en una semana. Don Niceto, en sus horas de pesimismo locuaz, nos auguraba que ni en marzo habríamos concluido.

He aprovechado la tarde para trabajar en el ministerio y en la presidencia.

Por la mañana, Consejo. Se ha aprobado un proyecto de ley del ministro de Comunicaciones, que ya habíamos examinado en otros Consejos. El primer proyecto lo rechazamos, porque entregaba el correo y el telégrafo a los sindicatos. El nuevo proyecto ha pasado, contra el voto de Prieto, que pretendía que no se autorizase al ministro para leerlo. Martínez Barrio se ha dolido, y ha insinuado que dimitiría. El ministro tenía razón, y se la hemos dado.

Prieto ha comenzado a decir violencias sobre los funcionarios y el decreto: que no se aplicaría más que en lo favorable, y que en lo adverso a ellos no se cumpliría.

—No se cumplirá si ustedes no quieren que se cumpla —le he dicho, muy serio, pero sin alterarme.

—Eso es un cargo —replica.

—Es una realidad.

—En mi departamento no puede cumplirse.

—Porque usted oye la opinión de los funcionarios, a quienes usted pretende por otra parte meter en cintura. Somos nosotros los que gobiernan y no ellos.

—¿Se cumple ya lo de la jornada de trabajo?

—Debiera usted saber que, por acuerdo de todos nosotros, se ha publicado un decreto fijando la fecha en que comenzará la jornada. Los decretos de la presidencia no han hecho más que expresar acuerdos del Consejo, no una idea mía personal.

El diálogo ha ido subiendo en severidad por parte mía, retirándose Prieto ante mis réplicas, en las cuales, sin violencia de palabra, pero con un acento

que por fortuna me ha salido muy firme y de autoridad, he desahogado el malhumor y el despecho que me produce la indisciplina de Prieto, que padece un *derrotismo* del que no se da cuenta, y que va del impulso colérico e irrazonable al abatimiento y la huida.

Cuando he cortado el coloquio con un *¡bueno!*, muy expresivo, ha habido unos segundos de silencio, penoso para los ministros, no para mí que estaba muy satisfecho.

Ayer jueves estuve en la Academia de Jurisprudencia a presidir la sesión inaugural. Don Niceto, que es presidente de la Academia, leyó el discurso de apertura. Desde el Congreso fuimos en el mismo coche don Niceto, Besteiro y yo. Esta es una de las cosas más inesperadas: venir a presidir esta casa, de la que falto hace casi treinta años, y de la que me aparté al ingresar en el Ateneo. El ambiente abogadil de la Academia nunca me fue agradable. Cuando yo ingresé en ella, estaba en la calle de Colmenares, y allí me hice amigo de Piniés, de Goicoechea, de Ródenas y otros, que también han ocupado altos puestos en lo más conservador de la política monárquica; allí también oí hablar por vez primera a Ossorio, y vi presidir una sesión al señor Carrasco, a quien diez años más tarde me encontré en la Dirección de los Registros y le he padecido muchos años. En el edificio en que ahora está la Academia no he entrado arriba de media docena de veces. La Academia antigua, siendo yo un chico de veinte años, me imponía con su remedo de parlamento; eran los primeros debates que yo presenciaba. Recuerdo el olor a gas del salón de sesiones, y recuerdo a Villaverde, presidiendo los debates. Allí pronuncié yo mi primer discursito, aprendido de memoria. (La carrera con que allí se soñaba era de lo más ortodoxo: gran bufete, acta de diputado, ministro, etcétera, por los pasos seguros de la protección de un personaje. Allí, más que nada, se aprendía *a ser pasante*).

Ayer me he encontrado en la Academia con Piniés, que es de la directiva. No se ha despegado nunca de esta casa. Y he oído al secretario hacer mención funeral de otro de mis amigos de aquel tiempo, López González, a quien llamaban el *duro falso*, por su extraordinario parecido con Alfonso XII, por lo menos, tal como aparecía en las monedas de cinco pesetas.

Don Niceto leyó un discurso, ni más malo ni más bueno que cualquier otro de los suyos. Sudaba a chorros, y yo temí que se derritiera como un cirio, dejándonos un cabo de orador.

A propósito de pasantes: yo también lo fui. Hace pocos días me tropecé con Ossorio, en el despacho de Besteiro, y, departiendo sobre no sé qué, me dijo Ossorio que yo quería mal a los abogados. Le rebatí, y le dije que yo

tenía en la familia gente de toga y que yo había comenzado siendo pasante de don Luis Díaz Cobeña; Ossorio se sorprendió. Al bufete de Cobeña me llevó, apenas concluí la carrera, mi tío Félix, que había sido compañero de Cobeña en casa de un abogado famoso en su tiempo, don Luis Díaz Pérez. (Con esto se llega a mediados del siglo XIX). Díaz Cobeña era muy seco y muy tieso. Feo como un demonio, y con espesas cejas negras, que resaltaban entre una barbita corta y un pelo hirsuto muy blancos. Gran abogado y hombre a la antigua. Me presentó mi tío, que creía en mi porvenir en el foro. A mí no me importaba nada. Cobeña estuvo muy despegado. «Para ejercer en Alcalá…», dijo. No sé de dónde sacaba que yo ejercería, y en Alcalá. La petulancia juvenil se lastimó. Cobeña no hacía caso ninguno de sus pasantes, y allí íbamos de tertulia. Solo trabajaban dos o tres. Entre ellos, había un joven andaluz, de blanquísimos dientes, el pelo negro muy rizoso, que hablaba con una facilidad deslumbradora: se llamaba Niceto Alcalá-Zamora. Desde que yo dejé de ir, sin despedirme, al bufete de Cobeña, no había vuelto a encontrarme en ninguna parte con don Niceto. El año pasado, le hablé en el Ateneo cuando fue a dar una conferencia, ya cerca del verano. Después en julio, entramos en las conspiraciones, y ya en octubre, un día que estaba reunido el comité revolucionario en la sala del Ateneo donde nos juntábamos, don Niceto cayó en la cuenta de quién yo era, y se acordó de nuestra asistencia al bufete de Cobeña. Yo no le había dicho nada. Habían pasado treinta años.

También iba al bufete de Cobeña don Pablo Garnica, que después ha sido ministro con el Partido Liberal. A Garnica no he dejado de verlo de vez en cuando. Es cacique en Puente del Arzobispo, por donde yo luchaba en 1918.

Ossorio, sabedor de mi pasantía en el bufete de Cobeña, me abordó en un pasillo del Congreso el otro día, y me invitó a la ceremonia de inaugurar un busto de Cobeña en el Colegio de Abogados. Quería que asistiésemos todos los que fuimos pasantes de aquel señor. Yo le dije que iría. Es mañana, pero no iré. Me aparté del bufete de Cobeña sin decir adiós a nadie. Me aburría mucho, y no sacaba ningún partido de aquello. Sería que me faltase preparación. Yo era el más joven de todos, y bastante tímido. No me hacían caso ninguno. Recuerdo que sentía por todos un gran desdén, y que me creía tratado con poca justicia. ¡Pero quién se iba a figurar que don Niceto y yo…!

He derogado un decreto de Primo de Rivera, que dividió entre la viuda de Canalejas y sus hijos la pensión que le votaron las Cortes. Legalmente no podía hacerse otra cosa. Parece que la viuda es de cuidado. Y que lo hecho por Primo era una determinación de buen padre de familia, pero que no estaba

en sus atribuciones. La viuda, en cuanto vio mi decreto en la *Gaceta*, llamó a sus hijos al teléfono y les cantó el trágala. Don José Sánchez Guerra está muy atribulado por esta decisión mía: ha ido a ver a Besteiro, y ha llorado, como suele hacer con cualquier motivo, por la situación en que están las hijas de Canalejas.

Después ha venido a verme. Yo le he dicho que el Gobierno no podía hacer sino lo que ha hecho; pero las Cortes podrían remediarlo modificando la ley. Y que si él lo promovía, no tendría oposición por parte del Gobierno.

La viuda de Canalejas, cuando era soltera y planchadora, fue novia de un amigo mío, Nilo Fabra, que ya murió. Parece que ahora vive amontonada con Pedro Vicente Buendía, sujeto de malos antecedentes, exdiputado romanonista, y que fue apoderado de no sé qué infante, de don Antonio, creo; al que explotó.

Herbette ha mostrado hoy vivos deseos de hablarme con urgencia, pero no quería ir a la presidencia, para que no lo comentasen los periodistas. Lola, que había pasado la tarde con *madame* Herbette, me trajo el recado. Yo le he dicho que pasaría por la embajada. Y, en efecto: después que los Casares, que han comido en casa, se han marchado, he ido a la embajada. Herbette ha empezado por hablarme de la situación en Alemania, leyéndome con mucho misterio unos telegramas, y suplicándome que no hiciera uso de ello, porque son noticias confidenciales de los embajadores. Anuncian el pronto triunfo de Hitler, cosa que todo el mundo sabe. Yo me figuraba el objeto de la entrevista, y estos rodeos me producían algo de risa, y para seguirle el humor me he puesto a hablar de la CLASA, que no tiene nada que ver con su propósito. No sé yo si será de ritual empezar las conversaciones diplomáticas saliéndose por los cerros de Úbeda, o si este señor me cree tan ingenuo o tan bobo que no iba a descubrir yo lo que le importaba. Por fin, me ha hablado del *modus vivendi*. No le agrada que se discuta en las Cortes, y menos aún que se someta a la aprobación. Si aquí se hiciese eso, habría que hacer lo mismo en Francia, y entonces sería el *gâchis*. Yo le he dicho que la interpelación no puede evitarse, ni nos produce ninguna inquietud; que sobre el caso de llevarlo o no a la aprobación de las Cortes, el Gobierno no ha tomado ninguna resolución, pero que si se presentara, sería aprobado.

Después hemos hablado de la situación política, y del restablecimiento de la confianza. Se ha tocado el punto del «control» obrero, que el embajador desaprueba, por lo que toca a los intereses de las empresas francesas establecidas en España. Así como lo referente a la expropiación forzosa, tal como queda en la Constitución, le parece más moderado que la actual

legislación francesa; eso del «control» puede ser grave. Si en toda Europa se estableciese, no habría nada que decir; pero haciéndose solo en España, nos pondría en condiciones de inferioridad para la concurrencia, etcétera, etcétera. Por último, me ha deslizado que si el proyecto sigue adelante, tendría que hacer una reclamación diplomática. Yo, al oírlo, me he quedado mirándole y, con la cara más ingenua que he podido y como quien se cae de un nido, le he dicho:

—*Une réclamation diplomatique? Mais à quoi cela servira-t-il?*

Si este señor se figura que soy bobo, mejor es que siga creyéndolo.

Esta noche hemos ido Lola y yo a presenciar el estreno de una comedia, *Tolín, Tolón*, parto de un señor García Hidalgo, diputado socialista por Córdoba. Me invitó el autor con gran empeño. La obra es una tontería. En el palco inmediato estaba don Niceto, que por lo visto quema sus últimas jornadas de persona particular.

Anoche, poco antes de acabarse la sesión, los periodistas me vieron salir de mi despacho con un gran pliego y un sobre. Me rodearon, preguntándome si llevaba algún proyecto.

—Sí. El decreto de disolución de Cortes que voy a leer ahora mismo. He pensado que para nada necesito aguardar a que haya Presidente de la República. ¿No presido yo? Pues me firmo el decreto a mí mismo, y hecho.

Se reían.

—Asómense, y verán a la guarnición de Madrid formada en torno al Congreso. Ya está aquí el golpe de Estado… —se reían mucho, pero no lo quisieron creer.

30 de noviembre

Después de despachar en el ministerio de la Guerra, voy a la embajada de Italia a devolver la visita al embajador. Conversación sin interés, presentación del personal. Me voy a la presidencia por la calle de Alcalá, que está radiante de sol. Hermoso día, para divagar por las calles. Yo no puedo.

En la presidencia recibo al Consejo de Estado en pleno, que viene a darme las gracias por una carta que les he escrito, no admitiéndoles la dimisión y diciéndoles además que son muy buenos chicos de quien el Gobierno está contento. Se habían enojado, y querían dimitir, porque al discutirse la Constitución un diputado dijo que el Consejo de Estado es una reminiscencia como las caballerizas reales.

También me visitan los directores de *El Debate*, *El Heraldo* y *La Época*. Vienen a interceder por *La Correspondencia Militar*, que lleva suspendido dos meses. También piden que se establezca una gradación en las sanciones que se impongan a la prensa al aplicar la ley de Defensa de la República, comenzando por el apercibimiento.

Me es agradable afirmar delante del director de *El Debate* mi resolución de «romper el espinazo» al que toque a la República.

Les doy un jabón sobre el asunto de los ferroviarios; *El Debate* y *La Época* se mostraron prudentes, aconsejando transigencia a los del sindicato. Conozco que el director de *El Heraldo* se reserva. Aguardará a saber qué es más popular.

Por la tarde he tenido junta de Acción Republicana. Se han reunido el Consejo Nacional y el grupo parlamentario. Se ha examinado la situación política. Han votado contra la colaboración del partido en un Gobierno en que entren los socialistas. Todos prefieren que se forme un Gobierno de concentración republicana, pero algunos creen que eso será imposible.

Desde esta reunión he ido a la presidencia, donde me esperaba la Junta Agraria. Ha durado la sesión hasta las diez de la noche. Empleamos todo el tiempo en discutir si debe accederse o no al arrendamiento colectivo de un soto de 30 hectáreas, parte de la dehesa de un pueblecito de la provincia. A este paso, la vida es un soplo. La discusión ha sido a ratos violentísima entre el socialista Martínez Gil y un señor Lleó, ingeniero de montes, que es de la derecha. «Falta usted a la verdad», gritaba Lleó. «Usted es el que falta», replicaba Martínez. Yo estaba distraído pensando en otra cosa, en el asunto de los ferroviarios. Opino que si la junta va a funcionar así, habrá que darle otra hechura.

Cuando llegué a la presidencia encargué que llamasen a Trifón Gómez. Se me ocurrió por el camino que debía llamarlo, y darle cuenta del acuerdo del Gobierno, temiendo que Albornoz no se hubiera ocupado de ello.

Estando en la sesión de la Junta Agraria me dijeron que acababa de llegar Trifón y salí a hablar con él.

Le dije los acuerdos del Gobierno, para que se los comunique al congreso de ferroviarios, que empieza mañana: Ley estableciendo la intervención del Estado en los servicios de las compañías; tres por ciento de recargo en las facturaciones, y traspaso del producto del seguro ferroviario. Trifón estaba muy angustiado y preocupado, y me dijo que pasaba muy mal rato. Había ido por la mañana al ministerio de Fomento, llamado por Albornoz, y resultó que no tenía nada que decirle. El ministro le preguntó qué ambiente había.

Todavía regateó Trifón algunas cosas, para allegar más recursos. Pero yo me cerré a la banda, diciéndole que el Gobierno estaba seguro de haber cumplido con su deber, y que no se podía hacer más.

Me dijo que los delegados al Congreso son gente nueva; no ha venido casi ninguno de los que solían venir, y eso prueba que en las asambleas locales ha dominado otra tendencia. Se ve que esto le preocupa.

«Mi situación es muy difícil. Si encontrara el medio de dejar la secretaría del sindicato…». Este hombre conoce que el Gobierno tiene razón, y no se atreve a declararlo; menos aún a decírselo a sus camaradas.

Se me queja de que el Gobierno los trata mal. «¿Cómo?», le pregunto. Echa de menos una comunicación del Gobierno al sindicato. (Puede ser que la eche de menos como un parapeto. Esperará que los argumentos del Gobierno hagan impresión en los obreros). Yo le digo que está equivocado, que se está haciendo un documento para enviárselo. «Si lo está haciendo el ministro de Fomento, no hay que contar con él», me dice. «Lo hace Ríos». Llamo por teléfono al ministro de Justicia, y me dice que lo está terminando, para traerlo mañana al Consejo. «Ya lo oye usted», le digo a Trifón.

Saco la impresión de que a Trifón le parecen bien las determinaciones del Gobierno, y que hay probabilidades de que no estalle la huelga. Aunque no suelta prenda, se me figura que el asunto no está tan perdido como yo creía. Pero queda la incógnita del Congreso, y sus reacciones inesperadas.

Luego Trifón me dice una cosa notable: «Si en el Gobierno no hubiese tres ministros socialistas, estas concesiones serían recibidas por los obreros con aplauso y gratitud; pero habiendo ministros socialistas, creen que han de entregarles el ferrocarril…».

(Yo me pregunto: ¿Para esto me sirven los ministros socialistas?).

Después hablamos de política general. Le pregunto su opinión sobre el futuro Ministerio. Cree que los socialistas deben retirarse del poder, y que gobiernen los republicanos. Ahora podemos separarnos amistosamente, mientras que más adelante pudiera ocurrir lo contrario. Gastarse en el poder republicanos y socialistas puede dejar a la República sin una fuerza de reserva.

—No todos opinan así en su partido —le contesto.

—En la minoría parlamentaria, puede ser; pero una cosa es el parlamentario y otra el partido. Si se reuniera el Congreso, seguramente se acordaría retirarse del poder.

Ayer domingo, por la tarde, estuve en El Escorial. Delicioso de luces. En la punta del jardín de los frailes estuvimos hasta la puesta de sol. Allí se nos

acercaron Sancha y Antonio Robles. Después fuimos a la Casita de Arriba. Hacía frío. Al tomar el coche en los Alamillos, el padre Isidoro asomaba la cabeza a la ventana de la rectoral, curioseando.

1 de diciembre

Consejo de ministros. Fernando de los Ríos lee el borrador del documento que se dirige al Congreso de ferroviarios. Está mal escrito, y así lo hace notar repetidamente Prieto al autor. Con algunos retoques se aprueba, con el voto en contra de Largo. Opina que es demasiado extenso, y que en él se hacen afirmaciones que darán lugar a controversias. En cambio, la parte de la nota oficiosa para los periódicos, dedicada a este asunto, le parece bien. Hemos tardado mucho en aprobarla. Durante el Consejo, salgo al teléfono llamado por Lerroux desde París. Me dice que hasta el sábado no podrá volver, porque el viernes es la sesión plenaria del Consejo; pero que si su presencia aquí es necesaria para cualquier determinación política, vendrá en cuanto yo se lo diga; Martínez Barrio conoce su opinión en el asunto de las leyes complementarias. Le contesto que no necesita adelantar el regreso, y que si algo ocurriese le llamaría.

Leo y es aprobado el proyecto de organización de la casa presidencial.

Y unos decretos cortándole el revesino al turismo.

Después hablamos de la cuestión de las leyes complementarias. En la comida que tuvimos en Lhardy, todos los ministros convinieron en que las Cortes no concluían su misión votando el texto constitucional. Se encargó a Fernando de los Ríos que hiciese una lista de las leyes cuya aprobación por estas Cortes parecía indispensable. Fernando se ha retrasado en cumplir el encargo, y de eso ha nacido una complicación. Si en pocos días nos hubiéramos puesto de acuerdo sobre ello, y se hubiera publicado la lista de leyes complementarias adoptada por el Gobierno, todo el mundo habría estado conforme.

A falta de esto, cada cual se ha puesto a hacer lo suyo, mirando el caso desde el punto de vista de la duración de las Cortes. Los que quieren que las Cortes duren mucho, o temen que algún partido quiera disolverlas en su provecho, hacen una lista larguísima, como los socialistas, que incluyen hasta el Código Civil. Otros, los radicales, reducen la lista todo lo posible. Ha habido propósito de hacer votar por las Cortes una resolución, diciendo que no se disolvería hasta dejar votado todo aquel gran programa. Un disparate. Todo ello ha movido gran revuelo, al que he permanecido ajeno, en virtud de

que, naturalmente, no me percato de las marejadillas tontas. Parece ser, según he visto más tarde en la prensa, que el Consejo había despertado lo que llaman «expectación». Y como no ha pasado nada, ni podía pasar, y como la evidencia se ha impuesto por sí sola, *El Heraldo* clama que es «un gran día para la República».

La cuestión se ha puesto a debate en el Consejo, y yo la he resuelto, sin darme cuenta de que desataba un nudo tan prieto. Al comenzar a hablarse de esto, algunos semblantes estaban sombríos y recelosos.

He leído la lista hecha por Fernando. Y he añadido que la determinación de las leyes complementarias que deben votar estas Cortes no puede hacerse mediante otra ley, porque eso coartaría al Presidente de la República; ni tampoco mediante una resolución de la Cámara, porque no tendría ningún valor.

A mi juicio, esta es una cuestión de orden político y de gobierno, y la lista de las leyes complementarias u orgánicas debe ir en el programa del Ministerio que reemplace al actual. Se presentará a las Cortes con ese programa, y si las Cortes lo ven bien, votarán la confianza al Gobierno. Si lo ven mal, no le darán su confianza, y se formaría otro Ministerio. Naturalmente, al formarse el Gobierno que nos suceda, ya procurará, quien lo forme, llegar a una coincidencia sobre ese punto fundamental con los partidos que entren en el Gabinete, y si no llega a ella, no formará Ministerio.

También es erróneo fijar plazos máximos y mínimos de duración a la Cortes. Subsistirán mientras sean un instrumento de Gobierno, es decir, mientras pueda colegirse dentro de ellas una mayoría para sostener a un Ministerio. Cuando no pueda reunirse esa mayoría, las Cortes tendrán que desaparecer.

Con todas las listas de leyes complementarias y con todos los programas de gobierno, si no se puede gobernar con ellas, no habrá más remedio que disolverlas.

Todos han estado conformes con mi doctrina, y especialmente Largo Caballero. Y al hacerse la nota oficiosa, Prieto ha dicho que bastaba reflejar las palabras del Presidente. Todos también han quedado contentos, y un poco maravillados de que fuese tan sencillo.

He ido al Congreso a primera hora y he leído el proyecto de ley sobre la casa presidencial, y el de organización de las fábricas militares. Me siento en el banco azul, y oigo, con sorpresa, que se ponen a discusión unos proyectos de Guerra. Uno es un crédito, que pasa sin que nadie se entere. El otro es el proyecto de creación del cuerpo de suboficiales. Entonces, el diputado

valenciano Calot pide la palabra, y dice que en nombre de unos suboficiales de Valencia tiene que hablar, pero como no se ha enterado bien del proyecto desea que quede sobre la Mesa. Intervengo, de mal talante por la indiscreción estúpida de Calot, y quedamos en que se discutirá mañana. Después se me acerca Calot, con otro diputado, a hacer protestas de ministerialismo, y les echo una filípica por haber mentado a los suboficiales. Estos brutos de diputados no se dan cuenta de lo que han hecho, y tengo que explicárselo. Se ponen algo mohínos.

Conferencia con Alcalá-Zamora. No ha oído bien la ley que acabo de leer (quizás echa de menos una consulta previa), y le explico su contenido. Está conforme, y le amplío lo que pensamos hacer por decreto para completarla. Hablamos del Cuarto militar, y don Niceto me propone de nuevo que sea nombrado Sanjurjo. Yo lo veo bien, porque eso es un modo elegante de quitarle la Dirección de la Guardia Civil. Quedamos en que don Niceto le hablará.

Tratamos un poco de política. Estamos conformes en que no puede continuarse con un Gobierno de republicanos y socialistas. «Esto no es un Gobierno —le digo—, es un comité».

—Hay que hacer política de gabinete —responde.

Antes de esta conversación, don Niceto buscaba al diputado que iba a presentar y defender una propuesta de artículo adicional a la Constitución, suavizando al artículo 24, en cuanto al cobro de sueldos por los curas. Como el diputado no aparecía, don Niceto se puso a hablar por teléfono con Casares, a cuyo grupo político pertenece aquel. No escuché la conversación, pero sé que le llamó al Congreso.

En estas apareció el diputado, y me dijo que no encontraba apoyo para su propuesta en casi ningún grupo. El proyecto de artículo nos lo había dado don Niceto el otro día a varios ministros, entre ellos Domingo y Ríos, y todos estimaron que suscitaría mucha oposición. Ríos declaró que lo estimaba, personalmente, justo, pero que su partido difícilmente lo aceptaría. Como no era conveniente que don Niceto mismo lo presentase y defendiese, pareció mejor buscar un diputado de otro grupo, y se le encargó a un gallego. Esta mañana, en Consejo, se volvió a hablar del asunto, y todos los ministros dijeron que era muy peligroso querer atenuar un artículo de la Constitución, y que no debía correrse esa aventura. Prieto añadió que no era obligatorio hacer la Constitución a gusto de don Niceto. En ningún partido querían tomar la iniciativa que don Niceto deseaba. Martínez Barrio decía esta tarde, cuando

ocurrían estas cosas, que los radicales votarían el artículo adicional, pero a condición de que no los dejasen solos frente a todos los grupos republicanos.

Don Niceto se marchó, y yo salí a los pasillos. Hablé con Valdecasas y le encargué que preparase una proposición declarando que la disolución de las Constituyentes no se computaría en las dos disoluciones que el Presidente de la República puede hacer. Este es un asunto muy importante, y que puede tener, según sea la solución, consecuencias graves.

En tanto, discutían en el salón otro artículo adicional, presentado por los radicales, y otros grupos, aplazando hasta después de las elecciones municipales, el ejercicio del sufragio por las mujeres en las elecciones legislativas. La cuestión apasionaba mucho, porque temen que el voto de las mujeres sea, o de extrema izquierda o de extrema derecha, acabando con la posición templada de los partidos republicanos. La votación la han ganado los «feministas» por cuatro votos, votando juntos los socialistas y las derechas. Don Niceto decidió la votación, llamando a sus amigos que faltaban del salón. Los radicales estaban furiosos.

Yo no asistí a esta votación, y en los pasillos me habló don Carlos Blanco, del grupo progresista, presentándome el texto del artículo adicional referente a los curas, que por fin iban a presentar ellos. Me preguntó cuál sería «nuestra» actitud. Yo entendí que me preguntaba por la de mi partido, y le contesté que a mi parecer no se opondría. De las confusas preguntas de Blanco, colegí más tarde que pudiese referirse al Gobierno, cosa que no tenía sentido, porque demasiado sabían que el Gobierno no podía tomar posiciones en el asunto. Le contesté algunas vaguedades, que no comprometían a nada, y se fue.

Más tarde entré en el salón y vi que un diputado del grupo progresista estaba defendiendo el artículo adicional. Le escuchaban poco. Cuando terminó, desecharon con gran ruido el artículo. Los radicales se distinguieron por el vigor de los *noes*; yo no había dado gran importancia a nada de esto. Cuando Martínez Barrio pasó por delante de mi sitio en el banco azul, me llamó aparte.

—Tenemos *petenera* —me dijo, recordando el mote que yo puse a los enojos de don Niceto.

—¡Ah! ¿Sí?

—Mírelo allí en su banco. Es preciso que usted lo llame y le hable, antes de que se ponga en comunicación con los periodistas.

No recuerdo bien lo que hice después en el salón de sesiones; recuerdo que estuve un rato en el banco azul, atendiendo a no sé qué discusión, o

pensando en las musarañas, y que por dos veces vinieron a decirme que los ministros de Instrucción Pública y de Comunicaciones me llamaban.

Fui al despacho. Me cuentan el furor en que ha caído don Niceto. Le ha dicho a Martínez Barrio que sus relaciones personales con Fernando y con Domingo quedan rotas, y que den por no recibidas las cartas suyas que tengan. Y que el compromiso presidencial ya no existe. Temía Martínez Barrio que don Niceto se lo contase todo a los periodistas y se produjese un escándalo y un daño irreparable.

Voy en busca de don Niceto. Está en su escaño, rodeado de diputados de su grupo, con quienes habla acaloradamente. Me acerco, todos se callan, y lo extraigo del salón. En mi despacho, don Niceto se despotrica contra los dos ministros: le han hecho traición, le han tratado como a un pelele, han faltado a su palabra, no les hablará jamás, etcétera; su posición es insostenible, porque no puede tratarse con dos hombres que son dos ejes de la política. Me devuelve la candidatura a la presidencia. No será candidato, el Gobierno queda en libertad. Él ha sacrificado su posición revisionista, ha dejado de intervenir en los debates, y, a cambio de eso, se le niega hasta la limosna que representaba el proyecto de artículo adicional. Su furor viene de que Domingo y Fernando habían prometido ayudarle, y no lo han hecho. De los diputados que se sientan detrás del Gobierno han salido las voces más fuertes gritando *¡no!* al votarse el artículo.

Cuando estamos en lo más fuerte de la conversación se entreabre la puerta y aparece el rostro de Casares, que, al vernos, se retira. Un momento la faz de Casares se pinta en el cristal esmerilado de la cancela. «¿Quién *é*?», pregunta don Niceto, con voz destemplada.

—Casares.

—Que entre, que entre, también habrá un refilonazo para él. ¿Por qué no entra? ¡Es que no quiere estar donde estoy yo!

—No ha entrado, porque nos ha visto de conversación y se retira. Usted habría hecho lo mismo.

La entrevista ha sido larguísima, con manifiestas señales de rencoroso extravío por parte de don Niceto. Yo le digo que, en lo personal, está engañado y exagera. Si Marcelino y Fernando no le han ayudado más es porque en sus grupos no han encontrado apoyo para el artículo dichoso.

—*Pué entonce*, ¿para qué lo aceptaron?

Añado que, sea cual fuese la justicia de su cuestión personal, no puede mezclarla con la cuestión política, ni crear una situación difícilísima a la República, abandonando su candidatura en vísperas de la elección. Se pone

muy pesado. Tiene atravesado un recelo enconado. Le hablo unas veces afectuosamente, otras con severidad. Consigo poco. Retrocede en la discusión, bufando, espumante, sin darse por vencido, con una terquedad de chico malcriado. No logro suscitar en él un sentimiento cordial y generoso. Lo que más me admira es la fuerza de su rencor.

Le han contado cosas que no sé si serán chismes, pero que le impresionan enormemente: que Fernando de los Ríos dijo en Granada que íbamos a satisfacer la vanidad de pavo real de don Niceto para quitárnoslo de en medio. «A mí no me quita nadie de en medio —exclama— mientras haya una provincia que me elija, desde mi escaño demostraré, etcétera, etcétera». Cuando cambiaba el tono, salía con un sarcasmo falso: «Yo ya he dado cuanto tenía que dar en la vida. No sirvo para nada, etcétera».

En fin, se marcha hablando a voces, sin quedar en nada, insistiendo él en que el Gobierno ya no tiene ningún compromiso para su elección, y que mañana pedirá la palabra en el primer proyecto de ley que se discuta. Se va, pues, como quien hace una notificación, pero en la que no se atreve a decir la última palabra irreparable.

En la sala contigua me esperan reunidos todos los ministros, y permanecemos juntos, desde las nueve hasta después de las diez de la noche. Les doy cuenta de mi entrevista, y de los términos en que ha quedado el asunto.

Ríos y Domingo se maravillan del enfado de don Niceto.

Todos convienen en que está loco, y que un hombre así es peligrosísimo, porque de Presidente nos creará de seguro un conflicto cada día. Se nos plantea el problema de si conviene llevar adelante su elección, o buscarle sustituto. Faltan poco más de ocho días para la elección, y el caso es dificilísimo. ¿Qué hacer?

Lo de menos es eliminarlo. Casi todos los diputados le votan de mala gana. Ha habido grupos, como el socialista, en que ha tenido cincuenta votos a favor y treinta en contra. Lo de más es sustituirle. Se repasan nombres. Martínez Barrio, que Lerroux ya no puede ser, después de sus declaraciones de estos días. Yo hablo de Altamira. Ríos propone a Ortega; otros a Marañón o a Pedregal. Ninguno gusta a todos.

El más decidido a abandonar la candidatura de don Niceto es Prieto.

Como la cuestión ha quedado indecisa, se piensa en que una comisión de ministros visite al enojado, y sepamos de una vez si desiste en serio de ser Presidente, y en caso de que no, plantearle claramente su responsabilidad y prevenirle de lo que puede ocurrir cuando se voten las leyes orgánicas, si por

ventura no le gusta alguna. Renunciamos a que vaya la comisión, porque es delicado formarla en condiciones de que los recelos del candidato no se aumenten, y me encargan que vaya yo solo mañana a verle.

También esta tarde he hablado con Companys. Me habla, hecho unas mieles, del recibimiento que me preparan en Barcelona cuando vaya al estreno de *La Corona*[24].

Después tratamos de *política*. Todo lo que me dice se funda en el supuesto de que presidiré el futuro Gobierno. La Esquerra está dispuesta a colaborar (¡claro!), pero él no quiere nada para sí, aunque si se pidiera un ministro al partido, darían su nombre. Él quiere atender a la política en Cataluña, donde su posición, y la de la Esquerra, según la describe, es preponderante e incontrastable.

De ningún modo puede admitirse que Nicolau represente auténticamente a los partidos catalanes. El partido de Nicolau se deshace; Corominas va a pasarse a la Esquerra, etcétera (de paso me dice que Amadeo Hurtado tampoco les merecía confianza).

La Esquerra podría considerarse representada en el Gobierno mediante Marcelino Domingo, que si bien es radical-socialista, en Cataluña pertenece a un partido republicano adscrito a la Esquerra.

Todo esto lo tiene hablado con Macià y están de acuerdo. El modo de «cubrirse» sería este: Se invitaría a la Esquerra a dar un ministro al nuevo Gobierno. La Esquerra preguntaría si el Gobierno está dispuesto a incluir en su programa la aprobación del Estatuto catalán. El Gobierno contestaría que, una vez presentado el Estatuto a las Cortes, a ellas les corresponde decidir. Entonces, la Esquerra renunciaría a dar un ministro. En compensación, se le darían a la Esquerra los altos cargos, que reharían el partido y probarían su importancia.

2 de diciembre

Por la mañana, voy a casa de don Niceto. Está muy fresco y sereno. Ya se le ha pasado casi todo el arrechucho de ayer. Y cuando yo le pregunto por sus definitivas intenciones me responde: «Ustedes están en libertad».

Pero aún eso, lo dice con la boca chiquita. Todavía le guarda rencor a Fernando de los Ríos y a Domingo. Dice que tiene el sentimiento de que un amigo a quien quería le haya salido falso: «¡*Y na más*! ¡Eso le habrá pasado a usted cien veces en la vida!».

—¿A mí? No, señor…

—Bueno, pues cuarenta.

(La verdad es que no recuerdo que me haya pasado nunca).

Total: queda el asunto en nada. Como una resaca, todavía le zumba el enojo personal con los ministros.

Don Niceto saca un envoltorio y me enseña unos cestillos de palma, tejidos y enviados por un indígena de la Guinea al rey y la reina, y recibidos por el Presidente después de proclamada la República. Ya nos habló de esto hace tiempo, y fue una de las anécdotas más pesadas de las muchas que nos contó en los Consejos. Me dice que va a ir en persona a entregárselos al subsecretario de la presidencia, para que los devuelva al remitente.

(En efecto: Ramos me ha dicho, más tarde, que don Niceto se ha presentado en la presidencia llevando un envoltorio de papel de periódicos, que contenía los famosos cestillos).

Después de esta visita voy a Guerra y despacho hasta las doce. A esta hora tengo cita con los ministros en el Palacio Real para visitar las habitaciones de la planta baja, donde por fin parece que vamos a instalar la presidencia de la República. Se ha desistido de comprar La Huerta, que ya nos vendían en cinco millones y medio. Los ministros se conformaban con esta solución, pero algunos periódicos han comenzado a decir que era una mala cosa dar tanto dinero a un aristócrata, que seguramente lo sacaría de España, y eso ha bastado para que muden de opinión. Nos decidimos por el Palacio, contra el parecer de Albornoz.

También protesta *El Liberal* que halla desatinado, y casi impuro, que la República se instale donde estuvo la realeza.

Hemos estado hora y media en Palacio. Visitamos toda la planta baja, las cocinas y los sótanos de la «tapicería» donde hay almacenados muchos muebles, algunos buenos y de valor.

No veo yo aquí la vida doméstica de don Niceto.

Vuelvo a la presidencia. Comisiones y más comisiones.

Por la tarde, en las Cortes, se discute el proyecto de ley creando el cuerpo de suboficiales. Dos o tres diputados radicales persisten en presentar enmiendas y vinieron a consultármelas. Les digo que no las acepto y se quedan muy contrariados. Unos diputados socialistas me dicen que como los diputados radicales van a hablar, ellos hablarán también, para exponer los puntos de vista de su partido. (Esto, después de haber firmado el dictamen de la Comisión). Le hago una indicación a Martínez Barrio, que se encarga de hacer desistir de su propósito a los radicales, que desisten, en efecto; pero los

socialistas vuelven con una proposición pidiendo que se aplace la discusión del proyecto. Entonces yo me pongo serio y les pregunto si pertenecen o no a la mayoría; en este caso, no pueden entorpecer un proyecto del Gobierno, y que si se empeñan en leer su proposición, yo presentaré contra ella la cuestión de confianza; si ganan la votación, yo dimitiré, y en paz. Con esto, se van, y no presentan la proposición. Al ponerse a discusión el dictamen, el presidente de la Comisión dice cuatro palabras, y ruega al ministro que explique el proyecto a las Cortes como ya se lo ha explicado a la Comisión. Después habló un socialista, dice cuatro vaciedades, y me dirige la misma invitación. Entonces habla Eduardo Ortega, combatiendo el proyecto, bastante inhábilmente. No tengo más remedio que levantarme. Todo esto me ha sorprendido, no llevaba ni un apunte, ningún dato, y me veo precisado a ir improvisando un discurso, que se alarga más de una hora[25]. He tenido un éxito muy bueno. La gente se ha quedado con la boca abierta. El proyecto se ha aprobado sin más discusión. Después, todo ha sido felicitaciones y aplausos.

Por la noche, no salgo de casa. Me traen noticias de los portugueses. Y ecos de mi discurso.

3 de diciembre

Recibo una carta del embajador de Italia, protestando contra un artículo de *El Socialista* en que llaman bandido a Grandi, el ministro italiano.

En la presidencia se me presenta el subsecretario de Estado, diciéndome que ha recibido la visita del mismo embajador, que ha ido a quejarse de que Giral, ministro de Marina, haya firmado una protesta contra Mussolini, que publicó anoche *Crisol* ¡Qué ministros! Creen que están en el Ateneo, o en el café, como antes. Le encargo al subsecretario que me haga una carta para el embajador, deplorando el incidente.

Me ha visitado el general Sanjurjo. Don Niceto, como habíamos convenido, le ha ofrecido la jefatura del Cuarto militar. Y Sanjurjo viene a decirme que no quiere el puesto, pero que tampoco quiere quedar mal con don Niceto a causa de su negativa, y que yo puedo sacarle de este apuro, como me lo suplica. Está muy agradecido a la distinción, que es muy grande; servirá donde le manden; si quiero enviarle a otro puesto irá gustoso; no tiene empeño en seguir en la Dirección de la Guardia Civil; la Guardia Civil le tiene sin cuidado, él nunca ha sido guardia civil; pero el Cuarto militar no le

gusta: primero, porque nunca ha sido ayudante de nadie; segundo, porque no sabe francés, y haría el ridículo en un cargo que obliga a tratarse con diplomáticos, etcétera; tercero, porque vive con una mujer sin estar casados, circunstancia que, para tan alto puesto puede ser molesta y comprometida. «Todos somos hombres», me dice, cuando empieza a confesarme esta tercera razón. Cuenta que el rey le mandó a decir, por Dámaso Berenguer, que le parecía mal que viviese de ese modo, y que fuese a todas partes con su querida. Y Sanjurjo contestó que en eso no mandaba nadie. El general aprovecha la ocasión para decirme que él no debe nada al rey, y que una vez quiso darle la llave de gentilhombre y la rechazó.

Le prometo sacarle del compromiso, y dejarle a bien con don Niceto. El ofrecimiento del cargo le ha hecho buena y profunda impresión, y creo ahora me será fácil sacarlo de la Guardia Civil.

Por la tarde, en el Congreso, hacemos un aparte Ortega y yo, y luego se nos acerca Marañón. Se viene anunciando desde hace muchos días un discurso político de Ortega, del que conocemos el título: *Rectificación de la República*, y ya los periódicos se hacen lengua de lo bien que va a estar y de la importancia del discurso. Ortega me habla de la próxima crisis y de que es gran lástima que no puedan quedarse fuera del Gobierno los mejores. «Juntos, con otros grupos (el suyo, por ejemplo) podríamos inaugurar una política de gran volumen», «de alto bordo», etc. Ortega prodiga los símiles náuticos. Después habla con desdén del Partido Radical.

También hablo más tarde con Luis de Zulueta, que me reitera su adhesión personal y política. No se inscribe ahora en Acción Republicana porque estoy en el poder y podría parecer ambición bastarda.

He visto a Largo Caballero en el banco azul hablar acaloradamente con otros ministros. Parecía muy enojado. Después, hablando con Casares y otros ministros en el despacho me dicen que Largo está muy irritado porque pretende obligarle a que se vista de frac el día de la promesa del Presidente. Y dice que a él no le impone nadie esa vestimenta. Estima que sería la rechifla de los obreros y que se desacreditaría. (Repugnancia del señor Paco, el estuquista). Se habla mucho del festejo de la semana próxima y esto del vestir no es de lo que menos se habla. Los periódicos hacen chistes a costa de Prieto, que es muy gordo y muy ordinario, y le pintan vestido de frac. Prieto no se ha decidido aún a hacerse la ropa. Me ha dicho que su hija no se lo consiente, y que le amenaza con no dejarle salir de su casa vestido de etiqueta. Prieto trabaja con gran ardor en la organización de las ceremonias de la promesa. Parece un chiquillo. Y él, en persona, se ocupa de los detalles más

nimios. Yo le considero con un poco de fastidio; este hombre no cree en nada, ni en sí propio, y se afana locamente por esa frivolidad. Si hubiese puesto el mismo ardor y la misma fe en las cosas de su departamento, mejor nos hubiera ido a todos.

Por la noche voy al Español con Lola, a ver bailar a la Argentina. Esta mañana me indicó Agramonte que acaso fuese oportuno condecorarla, como han hecho en Francia. A mí se me había pasado por las mientes la misma idea, y no volví a pensar en ello. Acepto la propuesta de Agramonte, y firmo el decreto. La he llevado las insignias al teatro, y en un entreacto se las he impuesto. Muchas lágrimas de la Argentina. Por el saloncillo del Español pululaba el mundo minúsculo que llena con sus agitaciones la cuarta plana de *El Heraldo*.

La prensa da a mi discurso de ayer una resonancia que yo no esperaba. Sin exceptuar a *Crisol*. Este periódico me escatima la publicidad desde que ha advertido que en *El Sol* soy favorito. Y ayer, el director del *Crisol*, que todos los días publica una crónica de las Cortes, la suprimió, porque no podía en otro caso evitar mencionarme. Se conoce que la opinión de Ortega, muy alabanciosa para mí desde hace una temporada, les ha hecho ceder hoy en su terrible enojo.

4 de diciembre

Consejo de ministros. Fernando lee los proyectos de ley de Divorcio y el de Secularización de Cementerios. El primero me parece bien, y es aprobado sin discusión. En el segundo Fernando proponía que se autorizase la creación de cementerios «confesionales». Le hago notar que eso no resuelve la cuestión y que, al cabo de unos años, volveríamos a estar como ahora. Es preferible el cementerio único, definitivamente. Se acuerda así, suprimiéndose del proyecto el artículo correspondiente.

Hablo de los petróleos mexicanos y de la posibilidad de obtener concesiones en México. Prieto dice que ya sabía algo de esto. Me autorizan a que prosiga las conversaciones oficiosas.

Planteo la cuestión de conservar la ley de Defensa de la República, después de votada la Constitución. Todos los ministros, sin excepción, opinan que debe prorrogarse la vigencia de la ley. Encargo a todos que consulten con sus grupos, para llevar el asunto a decisión de las Cortes.

—¿Qué opinión tienen ustedes sobre las conclusiones del Congreso ferroviario? —pregunto a continuación.

—¡Vaya una preguntita! —responde Prieto.

Largo Caballero dice que lo acordado por el Congreso es un modo de eludir el conflicto. En el grupo socialista, parece que los ferroviarios «rehuyen hablar de esto». Pero el próximo Gobierno deberá ocuparse del problema seriamente, sin lo cual estallará el conflicto.

También se ha hablado, bromeando, de la indumentaria de Prieto para el día de la promesa del Presidente. Ya parece decidido a hacerse un frac. Largo permanece irreductible. «¡Qué dirían los obreros si me viesen de frac!», exclama.

Por la tarde, al comenzar la sesión, Largo Caballero me comunica el acuerdo del grupo socialista en cuanto a la vigencia de la ley de Defensa de la República. Han resuelto que el asunto se aplace para cuando haya nuevo Gobierno. El propósito es que si en el futuro Gabinete no entran los socialistas, votarán en contra de la ley de Defensa. Largo, con su sonrisa astuta, me dice que los socialistas temen que un Gobierno de Lerroux utilizaría contra ellos esa ley. El temor es absurdo, y la maniobra demasiado burda. Le digo a Largo que no me conformo con esa solución. Largo sonríe y se va a su puesto.

A última hora de la tarde me encuentro con Galarza. Me dice que el grupo radical socialista se ha reunido para deliberar sobre la proposición que ha presentado Santa Cruz, por indicación mía, pidiendo que las Cortes declaren que la disolución de las Cortes Constituyentes no se computará en las dos disoluciones que el Presidente de la República puede hacer con arreglo a la Constitución. Han acordado que el Presidente no pueda disolverlas más que cuando se conviertan en ordinarias, y entonces la disolución se contaría entre las que el Presidente puede hacer. El acuerdo me parece desatinado, y así se lo digo a Galarza. Este afán de jugar al extremismo, de que están atacados los radicales-socialistas, es una desdicha. Si prevaleciese su criterio, podríamos encontrarnos en una grave dificultad el día de mañana, y los primeros en arrepentirse serían los republicanos. Vuelvo a casa de muy mal humor.

En este Gobierno, tener el voto de los ministros no es tener el voto de los partidos.

En el Congreso he tenido una larga conversación con Pittaluga. Antiguo reformista, está ahora en las Cortes como alma en pena, clasificado de republicano independiente. Me dice que sus inclinaciones son hacia la Acción Republicana o hacia el grupo de Ortega; pero que Ortega no haría nunca nada eficaz en política, y que su grupo se parece demasiado al reformismo. Concluirá por venir con nosotros, pero estima que debiera yo considerar la

conveniencia de atraernos al grupo Ortega. Le contesto que por mi parte no hay inconveniente, y que lo recibiríamos con mucho gusto. La gestión de Pittaluga tiene todo el carácter de un tanteo oficioso, por más que él me asegura que habla solo por su propia cuenta. Insisto en que no puede pensarse en disolver el partido de Acción para fundirlo en otro.

También a última hora de la tarde me ha hablado con prisa y mucha emoción Sánchez Albornoz, que va a cenar con Ortega, quien lleva ya varios días *trabajando* a este amigo con exploraciones sobre una fusión posible. Sánchez Albornoz me pide instrucciones. Yo le aconsejo que oiga con mucha simpatía, pero que no suelte prenda, y que se mantenga en el punto de vista de que Acción Republicana no quiere desaparecer, y que en último caso lo que yo decida no significa nada mientras la asamblea del partido no resuelva.

5 de diciembre

En la presidencia recibo la visita del conde Sforza. Se aloja en la Residencia de Estudiantes, donde dará esta tarde una conferencia a la que me ha invitado y a la que no asistiré por no aumentar la tirantez con la embajada italiana. Esta consideración no se la hacen todos los ministros: Marcelino Domingo va mañana a Alcalá a almorzar con Sforza y otros amigos. La conversación con Sforza no ha tenido gran interés. En cierto modo ha desautorizado a los italianos que vinieron hace meses con el propósito de comprar un avión militar. Me ha dejado un nombre de persona de su confianza, por si tiene que decirme algo.

También he recibido al marqués de Cortina, presidiendo una comisión de la industria hotelera, que piden un préstamo de 900 000 pesetas, para que no se cierren el Ritz y el Palace.

Después llega Felipe Benítez de Lugo, y me hace grandes protestas de adhesión y lealtad, de admiración, etcétera. Luego me habla del coronel Góngora, que va a ser su consuegro y a quien tengo sin destino hace meses. Góngora es hombre mal notado entre sus compañeros, y yo sé que van a obligarle a que pida el retiro. En sus ratos de mal humor y de fantasía ha hablado a veces de conspirar contra el Gobierno de la República. Según me dijo hace tiempo el general Queipo, Góngora le propuso que «se fuese con ellos», que tenían mucho dinero, etcétera.

6 de diciembre

He ido a comer en Villa del Prado, región tan desconocida para mí como el centro de África, y está a sesenta kilómetros de Madrid. Me ha llevado allí el teniente coronel Sicardo, antiguo conocido mío del Ateneo, y a quien he nombrado agregado militar en Italia. Sicardo tiene un amigo ricachón en Villa del Prado, de Acción Republicana, que deseaba mucho recibir la visita del Presidente. Me acompañan los ayudantes y Barroso, director de Telégrafos.

El país es bonito; muchos montes todavía. La casa del rico, grande y destartalada: patios, corrales, una especie de jardín; bodegas, cuadras; por el aspecto y el olor a heces de vino me recuerda la casa de Vicario en Alcalá, la casa de Millana, o sea, «la casa de Budia», como yo la llamo en *Fresdeval*. Frío horroroso en toda la vivienda, ¡y los dueños tienen automóvil!, pero no estufas. Por las paredes cuelgan muchos retratos de gentes brutas, que deben de ser los antepasados. Comida atroz. Vinos viejos del país, riquísimos.

Vuelvo a Madrid a las cinco. Llamo a casa a Fernando de los Ríos para examinar juntos la situación política y saber a qué atenerse sobre las intenciones de los socialistas. Mi conversación con Fernando ha sido larga. Estamos de acuerdo en que hay que prorrogar la ley de Defensa de la República, y en que la disolución de estas Cortes no debe computarse en las que el Presidente de la República puede decretar, según la Constitución.

Fernando de los Ríos opina que los socialistas deben retirarse ahora del Gobierno.

Le expongo mis planes: suprimir el ministerio de Economía, dividir el de Fomento y distribuir las carteras de otro modo, usando para esto de absoluta libertad, así como en cuanto al número de las que deben ocupar los socialistas. Está conforme con todo, y para el caso de que él continúe en el Gobierno, no se resiste a abandonar la cartera de Justicia.

Está también conforme con que el futuro Gobierno siga en régimen de gabinete, presentando proyectos elaborados por él y que comprometan su responsabilidad colectivamente, poniendo fin a las iniciativas personales de los ministros, que tanto han abundado durante el régimen provisional.

El futuro Gobierno, en sentir de Fernando, solo yo puedo presidirlo.

Le comunico el propósito de quitar a Prieto de la cartera de Hacienda, entre otros motivos, porque deseo *tranquilizar al burgués*, dándosela, a ser posible, a un hombre como Pedregal. También lo aprueba. Prieto se ha indispuesto con todo el mundo, no tanto por lo que hace como por lo que dice.

Fernando me habla de la conferencia de Ortega esta mañana, a la que ha asistido. Le ha producido, y a casi todos, desilusión. Se ha inclinado demasiado a la derecha. Lo mismo opina Herbette, según refiere Fernando; el

embajador cree también indispensable que continúen los socialistas en el Gobierno.

El ministerio de Economía, por sí y ante sí, había redactado un telegrama a nuestro embajador en París, con instrucciones que conducían a la guerra de tarifas con Francia. Enviado el telegrama al ministerio de Estado para su transmisión, he resuelto, cuando me han dado cuenta de él, detenerlo. Una cosa tan grave pretendían que pasara sin acuerdo del Gobierno. El Ministerio que presido es «heterogéneo», pero no tanto.

Han ocurrido algunos casos de incongruencia ministerial muy notables. Pendientes unas negociaciones comerciales con el Uruguay, el ministerio de Fomento, por iniciativa de la Dirección General de Ganadería, permitió la importación de carne congelada. Y a las pocas semanas, sin que se sepa el motivo, la prohibió. Y cuando yo hablé de esto en Consejo, Albornoz se quedó maravillado.

7 de diciembre

Largo despacho en el ministerio de la Guerra con el general Goded. Hablamos sobre todo de armamentos; el general aprovecha la ocasión para puntualizar la historia del «cañón cortado», que yo conté en mi discurso. Se conoce que no le ha hecho gracia.

En la conversación estábamos, cuando entró en mi despacho Alcalá-Zamora. En aquel momento decía yo a Goded:

—Yo creo…

Lo oyó don Niceto y dijo:

—Pues si usted lo cree, tiene razón…

Ido el general, don Niceto y yo examinamos el borrador del decreto organizando la casa presidencial. También convinimos, en vista de lo que dice Sanjurjo, nombrar a Queipo de Llano para jefe del Cuarto militar del Presidente.

Después voy a la presidencia. Recibo al consejo de administración del Banco de España, que se queja de la conducta de Prieto: le han pedido autorización para celebrar junta general de accionistas, y ni siquiera les contesta.

Me visita el encargado de negocios de Hungría, para presentarme a una periodista de su país. Está maravillada del orden que reina en España, siendo

así que en Hungría nos pintan como anegados en sangre. Esta señorita me pide una *interview* y un billete de ferrocarril para viajar gratis por España.

Visita de López Lago, que se pone muy contento cuando sabe que voy a nombrarle introductor de embajadores en la casa presidencial. La mujer de López Lago es monárquica, hija de Calamarte. Habla mal del Gobierno.

Ruiz Castillo, el editor, viene a pedirme para su hijo la administración del Pardo.

Por la tarde, hago una visita a Lerroux, que ha regresado de París esta mañana. Hablamos mucho tiempo. Examinamos la situación y el desenlace probable. Él no quiere de ninguna manera gobernar con estas Cortes. Los votos del Partido Radical serán para el Ministerio que yo forme. Él ya no tiene «horizonte físico», porque cuenta 68 años. Su aspiración es gobernar algún día, reservándose ahora, y si no fracasa, esperar a la puerta de la presidencia de la República por si don Niceto «da alguna *espantá*». «Eso es lo que me queda», añade, con acento que me impresiona, porque adivino una profunda tristeza. Me dice además que nunca será Presidente de las Cortes, aunque se pensara en ello: «no me dejo encajonar».

(Me persuado que Lerroux habría aceptado la presidencia de la República, de la que le ha apartado su partido).

Lerroux cuenta las andanzas de Galarza en París. Se ha llevado a su querida, una mecanógrafa de la Dirección General de Seguridad. Ha visitado a Chiappe, el director de la Seguridad General, y, según Lerroux, Galarza ha hecho el ridículo, porque no entendía a Chiappe ni logró hacerse entender.

En fin, Galarza le ha dicho a Danvila que iba a París para vigilar a Lerroux, por encargo del Gobierno. Claro que Danvila se ha apresurado a contárselo a Lerroux; el cual ha despreciado magníficamente a «ese botarate de Galarza».

8 de diciembre

Consejo de ministros. Planteo la cuestión de la prórroga de la ley de Defensa de la República, que los socialistas quieren dejar para después de constituido el nuevo Gobierno. Con esto, pretenden reservarse un arma, y precaverse de la eventualidad lerrouxista. Les hago ver que, promulgada la Constitución, la ley de Defensa y la ley que instituye la Comisión de Responsabilidades son inconstitucionales y no pueden aplicarse; pero, como ambas son necesarias, plantearé el caso en las Cortes. Yo no cargo con la

responsabilidad de mantener en vigencia esas leyes ni veinticuatro horas después de votada la Constitución.

Si en las Cortes no recae acuerdo, pondré en libertad a todos los detenidos por orden de la Comisión de Responsabilidades, y daré por disuelta la Comisión, enviando sus papeles a los tribunales ordinarios.

Si hay votación, y es adversa a la prórroga de las dos leyes, dimitiré esta misma tarde, y deberá encargarse del poder la mayoría triunfante. Plantearé la crisis en el acto, sin aguardar a que sea elegido el Presidente. Pudiera ocurrir que la mayoría adversa se compusiese de socialistas y vasco-navarros, que son los más hostiles a la ley de Defensa.

Los ministros socialistas bajan la cabeza y dicen que reunirán esta tarde el grupo parlamentario para resolver. Lo mismo harán los otros partidos.

Por la tarde, los socialistas se reúnen y acuerdan votar la prórroga de la ley de Defensa, como artículo transitorio de la Constitución.

La cosa se ha hecho mediante una proposición presentada por el Gobierno. Barriobero, Jiménez y no sé quién más han dicho tonterías. Solo he tenido un forcejeo con Ossorio. Mi discurso ha sido breve y ha gustado[26]. Se aprobó.

9 de diciembre

El Sol, con la doblada intención que pone en su política, inserta hoy un artículo, comentando con elogio mi discurso sobre las reformas militares, y tirando pérfidamente a soliviantar a los artilleros. Al leerlo, pego un bote. ¡Este es el periódico que dice estar a mi disposición! No habría hecho más *La Correspondencia Militar*.

Despacho en el ministerio de la Guerra, y a las doce voy al cuartel del Conde Duque a revisar el nuevo escuadrón de Escolta presidencial. Está formado en un patio. Honores, desfiles, relampagueo de sables. Mi antiguo ayudante, Jiménez Orge, a quien he dado el mando del escuadrón, está tan tremendo, de coraza y casco, que he tardado en reconocerlo. Con sus bigotes rubios enhiestos parece un coracero de Murat.

Después, vino, etcétera. Muchos oficiales y generales. Me hacen visitar la Academia de Sanidad Militar. En otra pieza, celebran fiesta los sargentos. Entro un instante a verlos, les digo dos palabras y me voy.

Por la tarde se ha votado la Constitución. Royo Villanova ha hecho un discurso y se ha marchado del salón. También se han salido otros diputados,

entre ellos el excapitán Sediles, a quien sin duda el rigor de sus principios políticos no le consiente aprobar la Constitución.

Besteiro ha pronunciado un discurso. No ha estado a la altura de la ocasión. Frío, y largo. Besteiro no tiene la emoción comunicativa. Le han aplaudido mucho.

Esperaban quizás un discurso mío, y algunos diputados me lo han dicho después. Pero yo no he encontrado el momento oportuno, y, después de hablar Besteiro, ya no era correcto. Lo prefiero así, porque con la vida que me han dado estos días, no he tenido ni cinco minutos para pensar algo que decir, y seguramente habría estado mal; tan cansado estoy.

Después he tenido una conversación con Tenreiro, que es consejero de *El Sol*, acerca del artículo de esta mañana. Le he expuesto mis quejas, y le he apuntado de dónde podría venir el artículo. Tenreiro me ha dicho que el artículo había llegado al periódico en ausencia del director Aznar, y que quizá por eso se ha publicado. Yo le digo que entre los propietarios de *El Sol* figura un exartillero monárquico, y que quizás a él, o a su influencia, se deba el malintencionado artículo. Me he puesto bastante serio, y Tenreiro insiste en las protestas de adhesión del periódico a mi persona. ¡Dios se lo pague!

Por la noche, reunión de la junta Nacional de Alianza Republicana, en el local de Acción Republicana. En nuestra entrevista del lunes, Lerroux me preguntó si no creía conveniente reunir al Consejo de Alianza, a lo que accedí desde luego.

Han asistido muchos radicales de Acción y federales. El asunto era examinar la situación política y decidir si en el futuro Gobierno podría o no admitirse la colaboración con los socialistas.

Las opiniones han estado muy divididas. En general, los radicales han acumulado muchas quejas contra los socialistas por cuestiones de política local, que tienen aspecto electoral. Uno de los más agrios es el señor Marraco, aragonés tremendo. Pero entre los mismos radicales no han faltado quienes, reconociendo lo fundado de las quejas, estimaban que no convenía romper la coalición, y que si los socialistas pasaban a la oposición, las Cortes serían ingobernables. Entre los de Acción Republicana, también se han pronunciado algunos por la formación de un Gobierno sin socialistas; los más decididos en este punto eran los gobernadores de Albacete y Ciudad Real, ambos de Acción. Asistíamos cuatro ministros: Giral, Martínez Barrio, Lerroux y yo. Giral y Martínez Barrio han opinado por la ruptura de la coalición. Después he hablado yo, largamente. He examinado las ventajas y los inconvenientes de las dos soluciones, y he concluido por aconsejar que continúen gobernando

los republicanos y los socialistas, como único medio de sacar fácilmente a las Cortes la legislación complementaria y los presupuestos; y les he mostrado los inconvenientes que tendría para nuestra posición electoral futura dejar que los socialistas disfrutasen de las ventajas de la oposición en toda esta etapa. Mientras yo hablaba, algunos radicales, muy afectos a Lerroux, hacían signos de asentimiento.

Después habló Lerroux, a quien por cortesía dejé que cerrase el debate, no obstante ser yo el Presidente. Estuvo enteramente conforme conmigo. Amplió mis observaciones, y acabó de convencer a la Junta. Se acordó dar un voto de confianza a los cuatro ministros, para que procedieran según aconsejan las circunstancias del momento.

Los periodistas estaban en la habitación inmediata, que es el vestíbulo, y yo no lo sabía. Al salir, me los encontré. No sé quién ha tenido la debilidad de dejarlos llegar hasta allí.

Después he ido a Gobernación, para hablar con Casares del supuesto intento que se prepara para el día de la elección de Presidente. Estando yo esta noche en casa, antes de salir para la reunión de la Alianza, me llamó Besteiro por teléfono y me dijo que un diputado gallego, López Varela, acababa de contarle cosas que me convenía saber. He citado a López Varela en el local de Acción Republicana y allí me ha contado lo que cree saber. Vagas noticias recogidas en algunas casas que frecuenta, y a las que van monárquicos, anunciando fieros males para mañana o pasado. Como estas cosas llegan con menos frecuencia a Besteiro, le han impresionado más que a mí. Incluso se anunciaba que *estaban* (¿quiénes?) haciendo un escalo para volar el salón de sesiones.

En mi conversación con Casares, averiguo que le han llegado confidencias análogas a las de López Varela, que son como para tomadas a beneficio de inventario.

10 de diciembre

La prensa da una importancia extraordinaria a la reunión de la Alianza y a lo que algunos periódicos llaman su reconstitución. Como incluso muchos que siguen la política a diario ignoran las cosas más sabidas, hay quien cree que la Alianza nace ahora, o poco menos. En general, los comentarios son favorables, y se entiende el acuerdo como la formación de «un instrumento de gobierno» republicano. Me parece que se olvida demasiado que se acordó

mantener la coalición con los socialistas. Y hay quien pretende utilizar ese acuerdo como un arma contra los socialistas.

Los radicales-socialistas parecen verlo también así, y como son muy amigos de los socialistas y se jactan de un extremismo acentuado, se ponen algo foscos.

Despacho en Guerra con los generales.

Viene Queipo de Llano a dar las gracias por su nombramiento para el Cuarto militar.

Me llegan ecos del artículo de *El Sol*, que ha soliviantado a los artilleros. El general Loriga trae unos documentos para probar que la historia del «cañón cortado» es fabulosa; que el cañón se cortó en los planos.

También me visita Fernández de la Poza, artillero, diputado radical, que está dolido, y desearía que no se lastimase a los artilleros. Ayer tarde, en los pasillos del Congreso, Poza tuvo una cuestión con el capitán Romero, artillero y diputado también. Romero, que es de Acción Republicana y muy afecto a mí, soltó una porción de atrocidades, todas ciertas, a lo que creo, pero de las que yo no puedo decir siendo ministro de la Guerra.

En la presidencia recibo una comisión de moros *notables* de Tetuán, que vienen invitados al festejo de la elección presidencial.

También me visita Galarza, que me cuenta sus impresiones del viaje a París. Ha hablado de política con Lerroux; lo que refiere coincide con lo que el propio Lerroux me ha dicho.

Por la tarde, celebramos Consejo de ministros en el despacho del Congreso. Ayer, en la sesión de las Cortes, se me acercó Martínez Barrio con la pretensión de que le firmase el decreto para presentar a las Cortes el proyecto anulando el contrato con la Telefónica. Este proyecto ha estado unos cuantos meses en poder de la «comisión jurídica asesora». Lo ha devuelto hace pocos días. Martínez Barrio quiere presentarlo, porque es una oferta del Gobierno, y en vísperas de crisis, lo apresura, por si tuviese que salir del Ministerio. Yo le dije ayer a Martínez Barrio que una cosa tan grave debía pasar por el Consejo, antes de llevarla a las Cortes, y que no me parecía bien presentarlo sin más que una conversación entre los dos. Por eso se ha reunido el Consejo esta tarde. Han oído el proyecto y, sin ninguna objeción, se ha acordado leerlo en las Cortes.

Después han continuado hablando de las ceremonias de mañana.

Terminado el Consejo, vamos al salón de sesiones, donde iba a hacerse la elección de Presidente. Todos han votado a don Niceto, menos unos cuantos

que han echado papeleta en blanco; proceden, según dicen, de los federales y de algunos radicales-socialistas.

La candidatura de don Niceto tuvo mucha oposición dentro de ese grupo, y lo mismo en el socialista. Tampoco los diputados de Acción estaban todos conformes en votarla. En general, le han votado sin entusiasmo, y muchos a disgusto. Se hacen presagios poco placenteros sobre el resultado de su gestión.

La elección ha durado mucho tiempo. A un diputado se le ocurrió acercarse a mi banco para pedirme que pusiese la firma en un folleto que contiene el texto de la Constitución. Al verlo, todos los diputados han querido hacer lo mismo; y hemos estado los ministros una hora echando firmas. Los diputados, que hacían cola, decían invariablemente la misma tontería para excusarse por la molestia que causaban.

Terminado todo esto, el Presidente de las Cortes ha ido a casa de don Niceto a comunicarle el resultado. Yo he ido a la presidencia; después, vengo a casa y ya no salgo esta noche.

11 de diciembre

He ido esta mañana al ministerio, un momento. Pensé que quizás estuvo mal no ir anoche mismo a casa de don Niceto, y le llamé por teléfono, preguntándole si podía recibirme. En seguida, me dirigí a su casa. Le di la enhorabuena, estaba un poco desconfiado y algo frío, sin duda por la resaca de los sucesos pasados, y hablamos un rato examinando la situación. Me descubre el propósito de que todo continúe como está, hasta aprobar el presupuesto de una ley económica; después, sería la crisis.

Yo le hago observar que eso sería una situación interina, falta de autoridad. Me habla de los trabajos para la confección del presupuesto, y del punto en que se hallan; yo le cuento lo que sé, y no es mucho. Desconozco los trabajos de Prieto.

A la una y media, salgo de casa para las Cortes. Desde La Cibeles, tropas formadas. El día, esplendoroso. Los ministros vamos reuniéndonos en el despacho de Besteiro. Por fin, llega Prieto, dentro de un frac inmenso. Largo Caballero se presenta de chaquet. Bromeamos sobre su resistencia a vestirse de frac, y responde: «Dentro de tres meses, cuando elijamos otro Presidente, vendré de frac».

Salgo con el Gobierno a la escalinata del Congreso para recibir a don Niceto. Clarines, música, banderas, aplausos.

Le acompañamos al estrado del salón de sesiones, y le entregamos un papelito con la fórmula de la promesa. Hasta anoche, estuvimos redactando fórmulas, comparándolas, y ninguna parecía bien. Se le envió a Besteiro la que podía ser definitiva, y aún hizo alguna objeción, reservándose para modificarla hoy, de acuerdo con el Gobierno. Pero hoy, cuando llegamos al Congreso, ya no era ocasión de hablar de ello. El caso es que nadie se había ocupado de dar a conocer a don Niceto la fórmula acordada. Y al recibir en el estrado el papelito con la fórmula, no sabía el texto, y se puso a descifrarlo, con sus ojos de miope, delante de la expectación general. Pasó medio minuto, que empezaba a hacérseme eterno, y don Niceto no concluía de leer el papel. Por fin, se acercó a la Mesa del Presidente, y recitó la fórmula, que se le había quedado en la memoria con una sola lectura.

Después hemos ido a Palacio. El Gobierno, en sus automóviles. Yo me he opuesto a que los ministros hiciesen este recorrido en las carretelas abiertas de Palacio: era una ridiculez. Desde el Congreso a Palacio me han aplaudido continuamente; todavía soy popular, aunque gobierno.

Pero la comisión de diputados que fue en esas carretelas a buscar al Presidente en su casa y llevarlo al Congreso no se ha resignado a dar allí por concluida su función, y contra el parecer de Prieto y mío, ha continuado en la comitiva, exhibiéndose, con sus chisteras despeinadas y poco a la moda.

Hemos presenciado el desfile desde el balcón principal de Palacio. Una muchedumbre inmensa en la Plaza de Oriente. Oleadas de gente, que me han hecho temer una catástrofe. El desfile, muy lento, a causa de la multitud que cortaba el paso. Se ha echado la noche encima y aún quedaban muchos soldados por pasar. La Guardia Civil ha sido aplaudida. También la han silbado, pero mucho menos que el día de la apertura de Cortes; los que aplaudían eran casi todos. De noche ha pasado la Guardia Civil y las fuerzas de Marruecos. Muy bonita cosa. Lo morisco, reinjertado en la vida española, trae sabores antiguos.

Cerca de las siete he salido de Palacio, muy cansado. Y he ido a casa de Pedregal, al que pedí hora esta misma mañana.

Me recibe muy afectuoso, y después de hablar de los asuntos del día, pasamos a la política. Como todo indica que me encargarán de formar Gobierno, le digo que quisiera contar con él para Hacienda. Cortésmente, se niega, con firmeza. Opina que no sería bien recibido en las Cortes. Está al lado del Gobierno, y desea que se le presente ocasión de demostrarlo,

ocupando un puesto en que pueda serme útil. Pero en un ministerio, cree que no estaría bien. Probablemente, lo que él propusiera no gustaría a los ministros y él *es un hombre que dimite*.

En el curso de la conversación, recordando cómo es Pedregal, he tenido el atisbo de que quizá fuese una dificultad su presencia en el Gobierno, porque sería improbable acordarlo con algunos, por ejemplo, con Albornoz, si es que continúa. Y fácilmente me dejo convencer por sus razones.

Pedregal me dice que le gusta un puesto: el de presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales. «Daría dinero por ocuparlo». Sabe que hay otro aspirante: Fernando de los Ríos. Yo también lo sé, por esto:

Hace dos o tres días, estando en el banco azul, se me acercó Martínez Barrio, y me dijo que Lerroux y él, buscando un modo de ser agradables a los socialistas, habían discurrido allí mismo que fuese Fernando de los Ríos, presidente de ese Tribunal; y que si yo lo autorizaba, iba al instante a proponérselo a los socialistas. Ya se lo habían indicado al propio Fernando.

Me quedé maravillado de la ligereza, y me puso de mal humor una iniciativa, que no era para tomada en un cuchicheo. Vi claramente que la cosa estaba mal, y como me ocurre muchas veces en asuntos políticos, lo veía, sin poder de momento dar una razón en qué fundar mi juicio. No me gustaba, era indiscreto, prematuro y comprometido. Como pude, le di a Martínez Barrio algunas confusas razones para disuadirlo de su intento y lo conseguí.

Pedregal conocía esto, por Besteiro. Ignoro quién se lo había contado a Besteiro, quizás el propio Ríos. (Lo que Pedregal sabía era el propósito de lanzar la candidatura de Fernando, no sin oposición). También sabía que a Fernando le gusta. Y me dice que a Besteiro le parece un disparate que Fernando ocupe ese puesto, que no debe tener un socialista. Del mismo parecer es Pedregal. Un socialista presidiendo el Tribunal haría imposible la vida del Gobierno.

Por cierto que, al día siguiente de mi conversación con Martínez Barrio, tuvimos Consejo, y Fernando de los Ríos me habló del asunto. Me dio muchas explicaciones para convencerme de que él no había tomado ninguna iniciativa para subir a ese puesto, ni lo deseaba, aunque le lisonjease mucho, etcétera, etcétera. Yo le respondí que no era opuesto a su candidatura, sino que me parecía poco delicado, en consideración a su propia persona, que se hiciese de ello una prenda de transacción, o una componenda formulada en conciliábulos de partido, etcétera, etcétera.

En mi conversación con Pedregal, le expuse mis propósitos, siendo el principal sacar a Prieto de Hacienda, porque entre sus intemperancias y su

incompetencia me tiene muy contrariado. Todo es violencia verbal, y luego, nada. Pedregal sigue creyendo que no es mal ministro, y que creando el ministerio del Tesoro, para un técnico, podría arreglarse todo. También le digo que voy a quitar a Fernando de Justicia, primero, para que no haga más reformas, y segundo, para llevarlo a Instrucción Pública, donde no puede continuar Domingo.

Respecto de la cartera de Trabajo, que quisiera quitar a Largo, me pregunta para quién la reservo:

—Para Domingo.

—Eso es muy hábil. Pero… ¡sea usted flexible, sea usted flexible! —añade.

Vuelvo a casa, y ya no salgo después de cenar. Cuando estoy escribiendo, don Niceto me llama desde su casa. Mañana es la recepción del cuerpo diplomático en Palacio.

El Nuncio, como decano, leerá un discurso. Acaban de enviarle a don Niceto desde el ministerio de Estado el texto del discurso del Nuncio, y al leerlo, ha visto que es «tendencioso» y un poco comprometedor. Como entre sus defectos personales, dice don Niceto, no se cuenta el de improvisar, ha dictado una respuesta, en que cree haberse zafado del maquiavelismo del Nuncio. Pero antes es preciso que el Gobierno vea los dos discursos: Lerroux ha dicho que no necesita él verlos, si los veo yo y los apruebo.

Del ministerio de Estado me envían los discursos. Paso la vista por ellos. No veo el maquiavelismo del Nuncio. Untuosidad apostólica y lugares comunes. Ninguno de los dos textos tiene importancia. Los devuelvo, diciendo que pueden imprimir el de don Niceto.

12 de diciembre

He ido a Guerra por la mañana, y después de firmar, a Palacio. Es la recepción del cuerpo diplomático por el Presidente de la República. Los ministros nos reunimos en el piso bajo, y en un pasillo me tropiezo con las señoras de la familia de Alcalá-Zamora. Subimos a la sala de Gasparini. No han encendido la calefacción. Temperatura glacial. Dos técnicos, el introductor de embajadores y el jefe del protocolo del ministerio de Estado, discuten sobre la colocación de los diplomáticos. ¿Deben colocarse por orden de antigüedad?, ¿o deben ir por delante los que tienen credenciales extraordinarias para el acto de la promesa? Cuestión grave.

Pasamos al salón de columnas. Más frío aún. Los diplomáticos están en tres hileras, formando tres lados de un cuadro. En el lado abierto nos colocamos nosotros. El Nuncio se adelanta al centro del cuadro y declama, y casi baila, el discurso de marras.

Habla del amadísimo cuerpo diplomático, al que supone animado de vivos sentimientos cristianos: el turco, el chino y el japonés no han dicho nada.

Contesta don Niceto, y luego, el Presidente y yo, vamos estrechando manos y diciendo una palabra amable a cada señor de aquellos.

El embajador de Italia aprovecha la ocasión para decirme que no le ha convencido la carta que le escribí sobre el incidente Giral. Le contesto fríamente (como pide el local) y el embajador de Francia que se percata del penoso incidente me saluda y corta la conversación.

Al volver a Gasparini, don Niceto nos dice que mañana hará decir en la capilla de Palacio una misa en sufragio de Galán y García Hernández. Esto será, además de un acto piadoso, una toma de posesión del lugar por la revolución. La misa la dirá *un cura republicano*. Me hace mucha gracia lo del «cura republicano», como si fuese menos misa, o atenuase algo la manifestación de religiosidad.

La misa en Palacio ha disgustado a casi todos. A la gente *del bronce* por ser misa; y a los de enfrente, porque lo diputan una profanación.

Don Niceto habla demasiado de las misas que oye.

Me cita para las cuatro y media en Palacio, y acabo la mañana en la presidencia.

Por la tarde, a las cuatro, recibo a Prieto en la presidencia, para donde lo cité esta mañana. Quiero enterarme de los asuntos del presupuesto porque, le digo, supongo que don Niceto me preguntará algo sobre ello.

Yo creía que en el ministerio de Hacienda estarían estudiando el problema, y que los *técnicos* tendrían alguna idea sobre los ingresos, y que el ministro les habría sugerido o encargado algo. No es así. No han hecho nada. Prieto me dice que han estudiado y planeado lo que yo le indiqué hace mucho tiempo sobre tabacos, cervezas y otras cosas. Nada más. Me quedo admirado.

Sobre los presupuestos de gastos, de los que aún faltan algunos, se limita a repetirme lo que ya sé: todos con grandes aumentos.

La minoría socialista está reunida «en sesión permanente».

Voy después a Palacio. Me recibe el Presidente en un precioso saloncito amarillo, donde hay cuadros del Tiépolo. Le doy la dimisión de todo el Gobierno. «¿No podría continuar el Gobierno hasta la aprobación del presupuesto?». Tal ha sido la primera idea de don Niceto. Al ampliarla, me

dice que el Gobierno continuaría provisionalmente. Yo tengo la impresión, clarísima, de una confianza *limitada*. No acepto la indicación. Don Niceto entonces me pregunta si el planteamiento de la cuestión de confianza es un puro acto de cortesía y formulario, en virtud de haberse elegido jefe del Estado, o si en mi intención la crisis es de fondo y debe tramitarse. Insisto en que, a mi parecer, la crisis es *de fondo*; el Gobierno no puede continuar como está constituido. Y así piensan todos los ministros, creo yo. De todos modos, como el Presidente repite lo de la crisis «por cortesía», para no rechazar la suya, me brindo a reunir el Consejo de ministros. Cosa inútil, porque aunque los demás pensaran otra cosa, como estoy decidido a no continuar así, basta mi dimisión para que el Gobierno caiga.

La conversación ha durado tres cuartos de hora, muy afectuosa por parte del Presidente. Aviso a los ministros por teléfono y reúno el Consejo en la presidencia a las seis. Les doy cuenta de mi conversación, de la pregunta del Presidente, y de mi parecer: que no continúo con el Gobierno actual, y que la crisis *es de fondo*. No disimulo el mal humor que me ha causado la insinuación de una confianza limitada y condicionada. Todos los ministros van opinando y votando, el primero Lerroux, y están conformes conmigo. Convinimos en que yo vuelva a ver al Presidente para insistir en la dimisión y que se tramite la crisis.

Como Albornoz me oye decir que he estado *en Palacio*, se opone a que se diga «Palacio». De extremistas que somos.

A las ocho voy a casa del Presidente y le doy cuenta del resultado del Consejo. Tenemos larga conversación, examinando las soluciones posibles. Me dice que mañana empezará las consultas, y que, terminadas, me avisará.

Vuelvo a la presidencia. Telefoneo a los ministros diciéndoles que mañana domingo no los necesito y que pueden irse al campo, entrego a los periodistas una nota muy concisa y me retiro a casa. Ya no salgo.

13 de diciembre. Domingo

Por la tarde he salido en coche con Lola. Vuelvo a casa después de anochecer y recibo un recado de Sánchez Guerra citándome para Palacio a las ocho.

El Presidente me recibe en su despacho amarillo. Me cuenta el resultado de las consultas, que yo, en parte, conocía. Todos han aconsejado que continúe yo al frente del Gobierno; varían los pareceres en cuanto a la

composición del Gobierno: unos piensan que deben continuar los socialistas, otros que deben irse.

El Presidente me encarga de formar Ministerio. Puntualizo las condiciones en que acepto: trataré de formar un Gobierno de coalición republicana y socialista. Si la combinación se frustrase, y hubiera que formar un Gobierno de concentración republicana, yo no sería el hombre para presidirlo.

Estoy un poco irritado con la negativa de Lerroux a presidir el Ministerio. En todo caso, para conciliar a los republicanos y socialistas, yo puedo servir, y servir para una cosa difícil, pero inevitable. Lanzar a los socialistas a la oposición sería convertir las Cortes en una algarabía. Es pronto para desprenderse de ellos. Y nunca se dejarían presidir por Lerroux. Pero si no pudiera yo constituir ese Gobierno, uno de carácter republicano tendría que presidirlo Lerroux, le guste o no, le convenga o no, porque para eso tiene cien diputados en las Cortes. Un Ministerio de concentración republicana tendría la vida dura en las Cortes, pero mejor ambiente en el país. Ahora que conciliar a los radicales-socialistas y a los radicales sería casi imposible.

Lerroux quiere seguir *reservándose*. ¿Para cuándo? Para cuando pueda disolver las Cortes. Sueña con unas elecciones dirigidas por él, y que le den 200 diputados. Pero se me figura que esa eventualidad no llegará a ser.

He insistido mucho con el Presidente en que mi encargo lo tomo para un Gobierno de coalición. El Presidente cree que no puede ahora dejarse fuera del poder a los socialistas. Estamos, pues, de perfecto acuerdo.

Al salir de Palacio, voy al ministerio de la Guerra. Ramos me recuerda la conveniencia de comenzar mis trabajos hablando con Lerroux, y al punto le anuncio mi visita. Lerroux me recibe con su aire importante de siempre, mitigado por la cortesía. Le informo del encargo que acabo de recibir y del plan que tengo. Lo aprueba, no me hace ninguna observación, ni me pone ninguna condición; repite que cuento con él para todo. Hace días, cuando hablábamos de la crisis y del probable encargo de formar Gobierno que se me haría, le pregunté si tenía interés especial por algún miembro de su partido que pudiera ser ministro. Soltó el nombre de Marraco, pero añadió que como Marraco acababa de tener un encuentro muy vivo con Albornoz, hacerlo ministro podría enojar a los radicales-socialistas como una provocación. También me dijo que él prefería continuar en el ministerio de Estado.

También repite que él no gobernará con estas Cortes, *que le son hostiles*.

Poco más hablamos, y me despedí.

Me he propuesto proceder rápidamente y en silencio, esquivando la curiosidad, los cabildeos y las impertinencias. Al salir de casa de Lerroux me encuentro con que me han seguido los periodistas en un taxi. Esto me fastidia. Voy a la presidencia y tomo mis disposiciones para la noche. Hago llamar a De los Ríos, a Domingo, y comienzo a dar vueltas al problema de encontrar un ministro de Hacienda. Quitar a Prieto es mi decisión irrevocable. Pero todo el día he estado pensando en el sustituto, y no doy con él. Descartado Pedregal, empiezo a pensar en *los técnicos*. El diputado de mi partido, Franco, es demasiado joven.

Pienso en Viñuales, director general del Timbre. Y hago que lo busquen. Fernando de los Ríos está con la minoría socialista, que para no romper, sin duda, su sesión permanente, se ha ido a comer reunida.

Vengo a casa a cenar, ya cerca de la once, y en seguida vuelvo a la presidencia. Allí está Viñuales. Le digo que cuento con él para Hacienda, y se niega. Insisto, le ruego; en vano. Dice que no tiene autoridad para eso. Conozco que su decisión es irrevocable, y lo dejo, para no perder tiempo.

Viene Fernando de los Ríos. Muy sonriente, meloso como nunca. Le expongo mi plan de Ministerio, y que deseo contar con los socialistas. Me reservo la designación de las personas y la atribución de las carteras. Surge la cuestión de la cartera de Trabajo. Asegura que los socialistas no consentirán en abandonarla. Mi plan era llevar a Largo Caballero al ministerio de Comunicaciones y agregar a este ministerio la Dirección de Ferrocarriles, para que sea un socialista el que afronte a los ferroviarios. Esto no se lo digo a Fernando. Él me ruega que no sea terco, y que no haga de eso una cuestión. Enumero mi programa parlamentario, que contiene las principales leyes orgánicas que pide la Constitución. Le parece muy bien. (Lo mismo le ha parecido a Lerroux, que «no disputará por una ley de más o de menos»; pero advirtiendo que no está conforme con el dictamen sobre la reforma agraria). Quedamos en que Fernando comunicará a los socialistas mi ofrecimiento, mi programa, y que les reservaré tres carteras, que yo designaré. Transijo con que diga que *es probable* que una de ellas será la de Trabajo.

Se marcha Ríos y recibo a Domingo. Repito mi exposición y les pido colaboración. Domingo me hace los más extremosos ofrecimientos. Cuando paso a decirle que le voy a sacar de Instrucción Pública, se inmuta, y se resiste. Me ruega que le deje donde está: «porque *uno* está encariñado con su obra». Le convenzo pronto, haciéndole ver que las necesidades del presupuesto no consienten realizar sus planes, y que se verá con el deslucido caso de abandonarlo; mientras que marchándose ahora, se lleva una bandera.

El argumento le deja callado, y acepta. Irá a uno de los ministerios en que se dividirá el de Fomento.

Tratamos de la exclusión de Albornoz. Domingo reconoce que Albornoz ha fracasado hasta un extremo que raya con lo cómico; pero dejarlo fuera del Ministerio, enojaría a los radicales-socialistas, se dividiría el partido, y, poniéndole a él mismo en una situación imposible, dejaría de ser útil su colaboración, porque ni contaríamos con los votos necesarios.

Yo le digo que, en todo caso, le quitaré de Fomento y le llevaré a un puesto que le sea menos extraño. Ya se lo diré.

Se marcha Domingo, y sigo pensando en un ministro de Hacienda que sirva. Se me ocurre el nombre de Madariaga, que está en París, y le llamo por teléfono.

Hablamos, le digo lo que pasa, se queda un poco admirado de la oferta, pide tiempo para pensarla, y para que lo piense yo. Y así quedamos.

Ya muy tarde, vuelve Fernando de los Ríos, y me comunica la aceptación de los socialistas, que están contentísimos.

Virtualmente, tengo ya formado el Ministerio, a falta del de Hacienda. A los radicales pienso dejarlos donde y como están, así como a Giral y Casares, a ninguno de los cuales he consultado.

Al salir de la presidencia, los periodistas me asaltan. No les contesto nada. Y me retiro a casa, a la dos.

14 de diciembre

Domingo me llama por teléfono, pidiéndome una entrevista. Viene a casa. Me hace nuevas observaciones sobre su salida de Instrucción Pública, que le contraría mucho, pero yo me mantengo firme. No puede continuar en aquel ministerio el desbarajuste actual. Vuelve a hablarme de Albornoz, y del conflicto que sería, dentro del Partido Radical Socialista, no conservarlo en el Gobierno. En la conversación salta el nombre de Carner, y lo retengo, como una inspiración buena.

Se marcha Domingo. Me encuentro al salir con una nube de periodistas en el portal de mi casa. No les digo nada; observo que vienen detrás de mi coche en taxis, y me molesta la persecución.

Voy al ministerio de la Guerra y mientras firmo, le doy vueltas al caso de la cartera de Hacienda. Pienso en Carner nuevamente, y considero que su nombre caerá muy bien en el mundo financiero y bancario, tan maltratado por Prieto, y que contribuirá a la confianza. Además, con un catalán de este fuste,

me libro de tratar con la Esquerra y de darles nada. Porque a Carner, aunque no es de la Esquerra, no pueden ponerle reparo alguno.

Llamo a Carner, que no tarda en venir. Se sorprende un poco de la llamada, que ya se supone lo que significa, y se sorprende más aún cuando le digo que voy a nombrarle ministro de Hacienda.

Me objeta: su posición en el asunto del Estatuto, porque siendo lo más difícil la cuestión de la Hacienda, parecerá incompatible su posición con la cartera. Yo le rebato diciéndole que conoce de sobra su deber para que se dé cuenta de que es ministro de la República Española. Me pone otros inconvenientes: su criterio rígido en materia de presupuestos, que han de nivelarse a toda costa. Cuando me expone sus puntos de vista sobre el particular, me convenzo de que he encontrado al hombre que necesitaba, capaz de llevar a cabo con verdadera energía lo que yo estimo indispensable hacer, y que Prieto no era capaz de afrontar por debilidad de carácter. Resuelvo interiormente no soltar a Carner.

Cuando estábamos hablando llega Domingo, que me trae la respuesta favorable de los radicales-socialistas. Domingo me ayuda a convencer a Carner.

Quedamos en que consultará a la minoría catalana, y si le dan su aprobación, aceptará la cartera.

Me voy al ministerio de la Gobernación a ver el desfile de las tropas marroquíes, que vuelven a su país.

Después, salgo con Casares a dar un paseo en coche, para tomar el sol y distraerme. Caigo en la cuenta de que aún no le he dicho a este amigo fiel cómo va la crisis ni lo que me propongo hacer, y aprovecho el paseo para contárselo.

De regreso, voy con Casares y Ramos a almorzar en el Palace. Allí se hospeda toda la minoría catalana. En cuanto terminamos el almuerzo y salimos al *hall* a tomar café, todos los diputados catalanes caen sobre mí en aluvión y me rodean. (Cuando llegué, estaban reunidos deliberando sobre el ofrecimiento hecho a Carner). Con poca urbanidad me acosan. Están todos, desde Macià hasta Grau, del que dicen que fue pistolero. Me plantean la cuestión del Gobierno Civil de Barcelona. La Esquerra quiere que se destituya a Anguera de Sojo. No están contentos de su política, y pretenden hacer una jugada, sacando, a cambio de la aceptación de Carner, el relevo de Anguera.

Macià y Companys me acosan. Yo me encierro en esto: que el gobernador de Barcelona podrá o no ser sustituido si el Gobierno lo estima conveniente, pero que me niego terminantemente a pactar el nombramiento de un ministro,

ni hago cambalaches de ese tipo. Dicho esto, me limito durante una hora a oír con paciencia lo que me dicen, y a contestar con un *psché*… o un *sí, sí, claro*, que les aburre. Companys habla de la tenacidad del Presidente. Yo les digo que resuelvan lo que quieran en lo de Carner, y que lo resuelvan pronto, porque necesito la respuesta antes de las cinco.

Cuando nos ponemos en pie, Hurtado me dice de refilón: «Resistan todo lo que puedan». El propio Carner es contrario a la destitución de Anguera, y Domingo, y Nicolau. Es una cuestión electoral de la Esquerra.

Me voy a la presidencia y llamo a Nicolau, para la penosa cortesía de decirle que prescindo de sus servicios. Realmente, Nicolau deseaba dejarlo. La entrevista es afectuosa. Nicolau es el mejor educado de todos los ministros. Cuando todavía está en la presidencia, llega Carner, que acepta la cartera. Los diputados catalanes le han dado su confianza, y no insisten en lo de Anguera. También me visita Domingo, que viene a saber noticias. Con todo esto, creo tener constituido el Gobierno.

Voy al ministerio de la Guerra, donde tengo recepción de coroneles que han asistido al curso para el ascenso. Les he invitado a un té, y estoy con ellos poco tiempo, porque he citado a los socialistas para concluir la formación del Ministerio.

(A media tarde vinieron a decirme en la presidencia que, interrogado por los periodistas sobre la solución de la crisis, Lerroux les había contestado que no sabía nada, fuera de lo que leía en los periódicos. Se creyó advertir en esto una queja de Lerroux, pero yo no le di importancia).

Los tres socialistas citados por mí, Largo, Prieto y Fernando, llegaron al ministerio de la Guerra, y en mi despacho les di cuenta de lo que había conseguido y les dije que ocuparían tres carteras. Les comuniqué mi propósito de dividir el ministerio de Fomento, creando el de Obras Públicas, que ocuparía Prieto; suprimiendo el de Economía, que con lo separado de Fomento sería ministerio de Agricultura, Industria y Comercio, para Marcelino Domingo; Ríos pasaba a Instrucción Pública y Largo continuaba en Trabajo.

Largo me oyó muy complacido. También Fernando. Prieto se enfurruñó, y después de decir que el nombramiento de Carner le parecía de lo más impolítico, se negó a aceptar la cartera.

Con el inimitable malhumor que le es propio (comprendía yo que salir de Hacienda le contrariaba), dijo que no podía continuar en el Gobierno por motivos particulares. Él vivía de lo que ganaba en *El Liberal* de Bilbao, propiedad de Echevarrieta. Echevarrieta está a punto de quebrar, es cosa de

días, y cuando eso ocurra, *El Liberal* naufragará, o pasará a otras manos, y Prieto se quedaría en la calle. «Cuando salga del ministerio tendré que tocar la guitarra por las calles». Dejando de ser ministro, podrá hacer lo necesario para que unos cuantos amigos compren *El Liberal*; desde el Gobierno no puede hacerlo. Y cree tener derecho a mirar por el mañana.

Yo le rebato cuanto dice, pero lo decisivo es el parecer de Largo. Le recuerda la disciplina de partido y asegura que no tendrá más remedio que aceptar.

He querido ser amable con Prieto, prediciéndole que será un gran ministro de Obras Públicas. Largo me dice que mi mayor acierto es llevar a Prieto a ese ministerio. Pero don Inda permanece anubarrado y fosco. Nos despedimos.

Terminado esto, voy a casa de Lerroux a darle cuenta de la solución de la crisis. La primera visita fue para él, y lo mismo la última. Llego a casa de Lerroux poco antes de las nueve. En el vestíbulo me tropiezo con su sobrino y con el secretario; por las caras que ponen, adivino que ocurre algo grave.

Paso a ver a don Ale, que está en su tercer despacho. Se levanta del sillón, acude a mi encuentro. Le veo algo sofocado. Yo, con toda naturalidad, le cuento el resultado de mis trabajos y el Ministerio que he formado. Me deja hablar sin interrumpirme, y cuando acabo, dice:

—Amigo Azaña, me ha puesto usted con esa solución en un trance muy difícil.

—¿Pues?

Considera que el Partido Radical ha sido objeto de una desconsideración, dejándole en las carteras que tenía; y que se mantiene, peor aún, se agranda, la preponderancia socialista. Su partido va a reunirse mañana para decidir si en esas condiciones puede continuar en el Gobierno.

Yo le respondo que he hecho lo mejor que he podido con los elementos de que se dispone.

—Claro, claro. Usted ha hecho lo que ha podido —me dice.

—Y he dejado a la Alianza Republicana con las mismas carteras y los mismos hombres que tenía. Usted, por otra parte, no me hizo la menor indicación sobre personas y ministerios.

—No hubiera sido correcto —responde—, usted recabó, en uso de su derecho, la plena libertad para formar el Gobierno, y yo la he respetado.

Después me dice que Martínez Barrio está quejoso porque se ha enterado por los periódicos del ministerio que se le adjudicaba; y más quejoso aún,

porque se pretendía llevar a Comunicaciones los Ferrocarriles, para que se estrellara con los del sindicato.

(No trato siquiera de sacarle del error en que está, nacido de una fantasía periodística. Cuando pensé hacer esa variante era para Largo Caballero, y entonces Martínez Barrio habría ido a otro ministerio).

Le digo a Lerroux que yo no he hablado de la crisis más que con los ministros, y no con todos; de las habladurías y reportajes vanos no respondo.

Me parece comprender que desde ayer a hoy, los radicales han hecho una gran presión sobre Lerroux para convencerle de que se retire del Gobierno. Anoche, nada me lo hizo sospechar. Y que me tuviese preparado este golpe es poco verosímil, porque no lo necesitaba.

Comprendo que su resolución es definitiva, puesto que mañana se reúne el partido *para deliberar*. Dada la relación de Lerroux con sus parciales, si la solución que buscan no le gustase, la habría hecho abortar y no habría reunión.

—Pues si ustedes se retiran, devolveré los poderes al Presidente, y le llamarán a usted.

—Es inútil. Usted es el único que puede formar Gobierno. Así se lo diré al Presidente, si me llama. Ya sabe usted que yo no quiero gobernar con estas Cortes. Si llegase un caso de apuro, y fuera preciso sacrificarme, me sacrificaría; pero para disolverlas a la menor dificultad.

Esto es lo esencial de nuestra conversación.

Los radicales, en pugna con los socialistas, quieren estar en la oposición, para ser la *reserva* y disolver las Cortes. Quieren que nos *gastemos* los demás, y venir un día al poder como garantía del orden, etcétera, etcétera.

Puede pensarse que si anoche me hubiera descubierto Lerroux su propósito de retirarse del Gobierno, yo no habría intentado formar Ministerio, y hubiese tenido él que apechugar con la carga. Esto es: que han pensado cogerme en una trampa. También esperaban, quizá, que fuese yo el que cargase con la responsabilidad de romper con los socialistas y echarlos del Gobierno, arrostrando solo los peligros y las consecuencias de la operación. Pero no sé cómo habrían podido esperarlo, si es que lo esperaban; porque Lerroux y los radicales sabían, desde la reunión de la Alianza, que yo había modificado mi opinión sobre ese particular, y que, habiéndome inclinado durante muchos días a que se hiciese un Ministerio de republicanos, me decidí por otra cosa, ante la casi imposibilidad de gobernar útilmente con los socialistas enfrente.

Al salir de casa de Lerroux, una nube de periodistas.

—¿Y la lista del Gobierno?

—Espérenla sentados en un banco —les dije.

Voy a casa de Alcalá-Zamora. Le cuento lo sucedido. Don Niceto se queda *de una pieza*, como suele decirse. Nos entretenemos en buscar todas las explicaciones posibles al caso, y como no hay otra cosa que hacer, decidimos esperar a que mañana los radicales den la respuesta oficial, después de su reunión.

Vuelvo a casa. Después de cenar, voy al Español, con Lola. Aviso a Casares, para que me acompañe. En el teatro, que está desierto, comentamos Casares y yo el suceso, y hacemos cábalas sobre lo que pasará mañana.

Todavía a la salida del teatro hay periodistas que me preguntan simplezas, en virtud de lo que ellos llaman «información». Les contesto del modo más desabrido que sé, y nos volvemos a casa.

15 de diciembre

Giral se presenta en mi casa a las diez. Viene a poner a mi disposición la cartera de Marina, para dársela a los radicales, y contentarlos. Le digo que el problema no es ese, sino mucho más grave, y que, en todo caso, nunca accedería a hacer esas modificaciones bajo la presión de un partido.

En el portal de mi casa, periodistas. En el ministerio de la Guerra recibo la visita de Lerroux, que me trae una hoja con los acuerdos del Partido Radical. No continúan en el Gobierno. La leo.

—Esto ya es indiscutible —le digo.

—En efecto, así es.

Poco más hablamos. Me pone a la firma un decreto nombrando a Madariaga embajador en París.

Lerroux está violento, y deseando marcharse. No tiene bastante mundo para llevar estas escenas con elegancia.

En mi antedespacho, los fotógrafos tienen la pretensión de hacerme un retrato con Lerroux. Pero no les hacemos caso.

Viene Domingo, después Ríos. Están maravillados de lo que sucede. Ambos me instan para que forme Gobierno de todos modos y cuanto antes.

También me visita el general López Ochoa, para ofrecerme sus servicios. Por lo visto, como no le he hecho ningún caso, desde que lo destituí en mi propio despacho, se ha convencido de que conmigo no vale jugar al enfadado.

Voy a Palacio y le cuento al Presidente el estado de los asuntos. El Presidente estima que es inútil repetir las consultas. La situación

parlamentaria es clara, y el Gobierno que puedo formar sin los radicales tendrá mayoría en las Cortes. Por tanto, me encarga nuevamente de constituir el Ministerio. El Presidente está conforme con mi plan parlamentario, pero expresa el deseo de que se *suavice* el proyecto de reforma agraria, para no indisponer con la República a la clase media terrateniente.

Desde Palacio voy al domicilio social de Acción Republicana. Allí está reunido todo el grupo parlamentario. Les hago la historia de la crisis, y aprueban mi proceder. Muchos se regocijan de la ruptura con los radicales. Les digo que no quiero hacer ningún ministro nuevo de Acción Republicana, y que así se lo he dicho —como es verdad— al Presidente de la República, para dar ejemplo de desinterés. Lo aprueban fuertemente.

Vengo a casa, y después de comer, recibo a Guzmán y a Ramos. Estoy muy fatigado y bastante disgustado, y un mucho asqueado. De todo esto resulta un placer la inacción. Por mi gusto, lo dejaría aquí todo plantado. Pero no es posible. Las circunstancias me tienen preso. Guzmán y Ramos me cuentan las cosas que se dicen por ahí, que son innumerables y absurdas. Los pasillos del Congreso están convertidos en un mentidero de porteras. Todos los intereses y todas las pasioncillas desatadas. ¡Un asquito! En fin, hay que sobreponerse, y llegar a un resultado. Necesito buscar un ministro de Estado y un ministro de Comunicaciones, para dejar resuelta la crisis esta noche.

Pienso en Zulueta para la cartera de Estado. Y quiero hablar con don José Ortega, para averiguar qué se propone el grupo que preside y si puedo contar con él. Abrumado por el espionaje de los periodistas, que lo echan todo a perder con sus indiscreciones (el enfado de los radicales proviene en parte de una falsa noticia que ha molestado a Martínez Barrio), resuelvo esquivarlos. Ramos va en busca de Zulueta, dándole cita para casa de su cuñado Besteiro. Guzmán va en busca de Ortega, citándolo para casa de mi suegro. Cuando sé, a media tarde, que Ortega ha llegado a la casa, salgo con Lola en el coche, y a los periodistas que aguardan en el portal les digo que no me ocupo todavía de la crisis, y que voy a tomar el té con la familia. Llego a casa de mi suegro, seguido de una legión de reporteros. Allí me espera Ortega. Le expongo la situación y le pregunto cuál es su actitud. Ortega, en sustancia, me dice que el Grupo al Servicio de la República desea permanecer apartado del Gobierno, porque no conviene que el Partido Radical sea el único de carácter gubernamental que esté en la oposición; así ellos podrán recoger fuerzas que de otro modo se irían con Lerroux. Después de esto, no hay para qué ofrecerle una cartera. Hablamos un poco más, y me despido, saliendo yo el primero, para llevarme detrás a los periodistas.

Voy a casa de Besteiro, donde está Zulueta. Besteiro se ha ido a las Cortes. Zulueta acepta desde luego la cartera de Estado, y me hace, emocionado, los mayores extremos de gratitud. Yo le digo cuánto estimo su colaboración, y tras de hablar un buen rato, me marcho. A los periodistas les digo que he venido a hacer una visita de cortesía a Besteiro y a darle cuenta de la crisis.

Zulueta me ha dicho, entre otras cosas, que debiendo variar la composición del Ministerio, quizá convendría proponer a los socialistas que dejasen la cartera de Trabajo. Yo estimo que eso sería contraproducente, y lo llevarían a mal. De todos modos, quedamos en que se lo consultaré a Besteiro.

Vuelvo a la presidencia. Entrevista con Carner para decirle el nuevo Ministerio, y saber si cuento con él, a pesar de todo. Sí cuento.

Pero aún no hay ministro de Comunicaciones. Como no puedo hacer un ministro socialista más, ni radical-socialista, ni quiero hacerlo de Acción, ni hay que pensar en más catalanes, ni en el grupo de Ortega, he de buscarlo entre los neutros. Repaso inútilmente la lista de diputados. Pienso en nombrar uno de fuera de las Cortes, y se nos ocurre el nombre de un consejero de Estado, Carande, republicano, que se distinguió como rector de la Universidad de Sevilla. Encargo a Ramos que haga una gestión cerca de él.

De todos modos, la crisis ha de quedar resuelta esta noche, aún sin ministro de Comunicaciones.

Todavía estoy un rato largo en la presidencia. Me llegan noticias de que lo de Carande ha trascendido, y que en el Congreso, los radicales socialistas, los socialistas y otros diputados lo ven mal, y protestan, diciendo que estuvo al lado de la dictadura. Creo que es falso.

Ramos viene a decirme que ha hablado con Carande y que acepta, a reserva de consultar antes con Ortega, a cuyo grupo pertenece; yo no lo sabía.

A las nueve hablo por teléfono con el Presidente de la República, para llevarle la lista del Gobierno. Como el vestíbulo de la presidencia está lleno de periodistas, salgo por la puerta de servicio, sin que me vean. El Presidente me recibe, aprueba la lista, y convenimos que mañana a las once será la presentación oficial del nuevo Gobierno.

Vuelvo por última vez a la presidencia. No se han enterado aún de mi salida. A las diez y media, entrego una nota a los periódicos, tan sucinta como la primera, publicando la solución de la crisis. Estas dos notas han sido mis únicas comunicaciones con la prensa. No he hablado más, ni soltado una palabra. Ojalá hubieran seguido todos mi ejemplo. Pero, el terrible

charlatanismo de la gente, lo embarulla y lo entorpece todo. Regreso a casa, quebrantadísimo de cuerpo, pero más aún de ánimo.

16 de diciembre

He salido de esta crisis profundamente amargado. Es cosa innoble y torpe el espectáculo de este mundillo político y periodístico, y eso que lo he visto de lejos, porque he procurado aislarme todo lo posible.

Algún periódico dice que la crisis no ha sido parlamentaria; otro la califica de «oriental», según el manido vocabulario del tiempo de la monarquía; *El Heraldo* estima que se han seguido los más viejos procedimientos del antiguo régimen; Maura cree que se ha tramitado demagógicamente, etcétera, etcétera.

Allá ellos.

Los ministros se reúnen en la presidencia y vamos juntos a Palacio. El Presidente nos recibe. Breve Consejo. Expongo el programa parlamentario del Gobierno. Mañana, a las Cortes.

El Presidente nos habla de su propósito de dirigir un mensaje a las Cortes, para leerlo en la primera sesión, y nos entrega unas cuartillas que ha escrito para el caso. Desea que el Gobierno las examine y diga si está conforme. Carner pregunta:

—¿Es que el Gobierno compromete su responsabilidad por lo que diga el mensaje?

Es evidente que sí, por lo que diga, y por el hecho mismo de autorizar su presentación. El punto queda indeciso, para no discutirlo en presencia del Presidente.

Por la tarde, Consejo de ministros en la presidencia. Expongo las líneas generales de la declaración ministerial que pienso hacer mañana en las Cortes, y todos las aprueban.

Leemos el proyecto de mensaje del Presidente. Nos parece mal. Por de pronto, diga lo que diga el mensaje, daría lugar a una discusión, inevitable si los diputados se empeñan en discutirlo. Discusión peligrosa, porque los «jabalíes» se aprovecharían para atacar al Presidente. Además, el proyecto de mensaje contiene frases que se asemejan a un programa político, y otras como «la prudencia conservadora», que suenan mal. También promete hacer un viaje a América, que aun como proyecto, es prematuro. Acordamos que no haya mensaje, y me encargo yo de hacer tragar esa píldora al Presidente.

Voy a verle después del Consejo. Con muchos circunloquios le expongo los inconvenientes del mensaje. Se inmuta, se disgusta, traga saliva. Me dice que lo corrija yo, y quite lo que me parezca mal. Le contesto que iba a quedar reducido a casi nada.

Él mismo se adelanta a decir que se suprima el mensaje, y yo lo acepto en seguida, determinación que acaso no esperaba.

La escena es fastidiosa, pero útil.

Al final me dice que accede a suprimir el mensaje por no crear dificultades al Gobierno, ya que se trataba de un mero acto de cortesía con el Parlamento; pero que si hubiese sido un acto propio del poder presidencial, lo sostendría. Yo le replico que eso no ofrece la menor duda y que nadie le coartaría sus facultades.

En el curso de la conversación, como yo le hablaba de los peligros de un debate sobre el mensaje, me dice: «A mí no me importa que me discutan».

—Pero le importa al Gobierno, y debe también importarle a usted que ya no es el diputado Alcalá-Zamora.

Cuando se llama a casa del Presidente sale él mismo al teléfono: «¿*Quién é*?».

En la casa huele a cocina.

En Palacio no tenían ayer un vaso de agua para el Presidente; lo tomaron de un lavabo.

El comandante Legórburu, ayudante del Presidente, salió ayer a una tasca próxima a tomar un bocadillo.

El Presidente, para despedir a una comisión de Priego, salió con ellos hasta el patio.

Los periodistas querían invadir Palacio y convertirlo en un «centro de información», como un ministerio. Me opuse terminantemente, y le di órdenes al jefe del gabinete de prensa de don Niceto. Los reporteros están un poco incomodados; en la secretaría de la presidencia les dicen que allí están dispuestos a *darles facilidades*, pero que Azaña no quiere.

Lo que no quiero es que lo achabacanen todo.

17 de diciembre

Presentación del Gobierno en las Cortes y discurso mío. Gran expectación. Se imaginaban que habría choque, y se esperaba, con maligna curiosidad, lo que diría Lerroux.

He contado de pe a pa en mi discurso todo lo ocurrido con la crisis, minuciosamente. Después he hablado del Gobierno y de la situación parlamentaria. El discurso me ha salido áspero, y, deliberadamente, retador. Sobre todo, retador para Maura, aunque no lo he nombrado[27]. Maura se ha hartado de decir jactancias y ligerezas a propósito de la crisis. Estaba empeñadísimo en que salieran los socialistas del Gobierno, y quizás esperaba que yo los hiciese salir. La solución le ha enojado. Y ha hablado mal de mí y del Gobierno. Me he entretenido en invitarle y provocarle a un debate, con alusiones que él podía entender mejor que nadie. Pero ha permanecido callado.

También, con asombro de todos, pero no mío, se ha callado Lerroux. Lo que yo he contado es aplastante por su verdad, y rebatirlo era imposible; justificar la salida del Gobierno por una preponderancia de carteras, muy difícil y peligroso. Después le ha dicho Lerroux a un corro de diputados que no ha querido intervenir por no dejarme por embustero. Así se escribe la historia.

Maura, por su parte, ha dicho que no ha hablado porque el debate *no tenía altura* y se ha mantenido donde lo puse yo, «a ras de tierra».

Maura está muy enfadado conmigo porque cree saber que me he opuesto a que le nombren embajador en París. Jamás se ha hablado de este asunto en Consejo y Lerroux no ha hecho la menor indicación en ese sentido. Cuando dijo que Danvila retornaba a Buenos Aires, propuso desde luego a Madariaga y se aceptó.

La causa del enojo de Maura la sé porque Marañón se lo ha dicho a Pérez de Ayala, y este, a mí.

En el discurso de esta tarde palpitaban todos los enojos que me han hecho pasar en estos tres días y, en el acento que he puesto, un desprecio de la gentecilla que no ha pasado inadvertido.

Han votado la confianza todos los grupos republicanos, incluso los radicales. Los federales, más barbianes, no. Sánchez Román no ha votado, porque le parece detestable Carner en Hacienda.

En fin, mañana me voy a Barcelona, y trataré de olvidarme de todo esto.

18-21 de diciembre. Barcelona

Mi propósito de ir a Barcelona viene de haberle ofrecido a Cipriano y a Margarita Xirgu asistir al estreno de *La Corona*. Pensaba ir de caballero

particular, pero no ha sido posible. En cuanto se enteraron en Barcelona, comenzaron a preparar honores y fiestas, como para corresponder a mi buena disposición con el autonomismo y a las intervenciones en las Cortes cuando se ha tratado, al discutirse la Constitución, del Estatuto. En Cataluña soy hasta ahora muy popular, y muy considerado entre los intelectuales catalanistas. El año 30 hicimos un viaje a Barcelona unos cuantos escritores castellanos, invitados no sé por quién. Se trataba de una cortesía de los escritores catalanes, agradecidos a los castellanos porque, cuando Primo de Rivera hacía disparates asimilistas, hicimos alguna demostración en defensa de la lengua catalana. En aquella expedición figuraban personajes de mucha cuantía, por ejemplo: Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Marañón, Ossorio y Gallardo, etcétera. Había también algunos aventureros, como Sainz Rodríguez, a quien sus ínfulas de catedrático le han servido para merodear. Hubo varias recepciones y un gran banquete en el Ritz. En ninguna parte hablé, primero, porque los *managers* de la expedición temían quizá que yo desentonase; segundo, porque yo no era hombre de bastante importancia, para ponerme en línea con las primeras figuras, y tercero, porque, siguiendo lo que es unas veces indolencia y otras sistema, me esquivé, cuanto pude; en el banquete del Ritz hablaron Ortega, Marañón y algún otro, que dijeron cosas vagas, pero finas. Habló Ossorio, que soltó algunos tópicos de vieja política. Habló Sainz Rodríguez, que encontró manera de sacar a relucir la casa editorial de que vivía, y habló alguno más, de quien mejor es no acordarse. En la recepción de la Diputación, Américo Castro quiso que hablase yo; pero le transferí el encargo a Sánchez Albornoz; que entonces no solo no era de mi partido, pero ni republicano, y no asistí a la reunión. Preferí marcharme de paseo. Como en todas estas funciones andaban revueltos los personajes oficiales monárquicos (Güell, Maluquer, etcétera), los de la Lliga, y los republicanos y socialistas, pensaron estos dos grupos hacer una reunión a la que solo asistiesen «las izquierdas». Organizaron una comida en un restaurante, que presidió Serra y Moret. Asistían republicanos y socialistas barceloneses y madrileños, y algunos jabalíes, como Samblancat. Me dijeron que no podía excusarme de hablar; recuerdo que estaba yo enfermo aquel día. Toda la tarde estuve encerrado en mi habitación del Ritz, con una neuralgia tremenda. Y en este estado, previendo que por la noche no podría hablar, redacté ocho o diez cuartillas, para dárselas a leer a cualquiera de los asistentes. Se celebró la comida, y yo mismo leí las cuartillas, que gustaron extraordinariamente. Lluhí me las arrebató, para publicarlas[28]. Traducidas aparecieron en *La Publicitat*, y desde entonces viene la opinión de catalanófilo que tengo en aquella tierra.

Yo conocía a Lluhí desde algún tiempo antes, porque cuando empezábamos las conspiraciones vino de Barcelona con una misión especial y estuvo a verme en mi casa.

El estreno de *La Corona* estaba preparado para algunos días antes, pero hubo que retrasarlo, por los sucesos políticos, para que yo pudiera asistir.

Companys me había dicho que en Barcelona me harían un gran recibimiento, y Cipriano me escribió que si se ponía en libertad a los presos gubernativos, me «desengancharían los caballos» del coche. La libertad de los presos gubernativos era cosa obligada en cuanto se promulgó la Constitución, y se dieron las órdenes.

El señor Macià puso mucho empeño en hacer ver que la liberación se debía a sus gestiones. (Política electoral: para contentar a los sindicalistas).

Un día Macià vino a verme y me dijo que mientras estuviese en Barcelona sería huésped de la Generalitat. Yo me resistí, pero no hubo modo de zafarse; hubiera preferido otra cosa, para estar más en libertad tres días, sin acordarme de mi cargo.

Como suele ocurrir con estos señores, comenzaron en seguida las complicaciones. Todo se hacía difícil. Se empeñaban en que variase la fecha del estreno; no les convenía mi hora de entrada en Barcelona, etcétera. No se daban cuenta de que me habían secuestrado el viaje. Por fin todo quedó arreglado. Salí el viernes por la noche. Me despidió el Gobierno y las autoridades. Bromeamos, porque ningún autor se había preparado una claque semejante. En el límite de la provincia me esperaba Anguera de Sojo, el gobernador de Barcelona, por quien tanto habíamos hablado en el Palace. Algunas estaciones más allá, subió al tren Macià.

Todo el asedio que me han puesto estos tres días las gentes de la Esquerra tenía por objeto derribar a Anguera.

Anguera de Sojo es magistrado, catalanista, católico ferviente; hijo de una santa. Pequeño de cuerpo, atrozmente tartamudo, muy inteligente y con dotes de mando. Oí hablar de él en Consejo de ministros, en los primeros días de la República, porque Macià y sus amigos se empeñaron en hacerle Presidente de la Audiencia de Barcelona, y lo hicieron. El Gobierno ratificó la designación. Más adelante, cuando Esplá dejó el Gobierno Civil de Barcelona, los de la Esquerra pidieron que Anguera fuese nombrado para sucederlo. También lo apoyó Nicolau d'Olwer, a cuyo partido creo que pertenece.

Por entonces, los sindicalistas revolucionarios y la FAI eran dueños de Barcelona, y la misma Esquerra, que había triunfado con los votos de los sindicalistas, pedía que se los sujetara. Anguera era el hombre capaz de

hacerlo. Y, en efecto, lo ha hecho. Sin violencias reprobables, a fuerza de tino, de energía y de paciencia ha ido derrotando a los extremistas en las luchas sociales, y hoy los tiene completamente dominados y en vías de disolución. Anguera tiene en Barcelona una opinión favorable inmensa. Pero su política ha concluido por disgustar a la Esquerra, que no quiere verse abandonada por los sindicalistas. Ya Companys se me había quejado varias veces de Anguera, porque contrariaba su política. Anguera había enviado alguna vez su dimisión al ministro de la Gobernación, que nunca se la admitió. Pocos días después de ser yo Presidente del Consejo por primera vez, Anguera vino a Madrid, y se me presentó en los pasillos del Congreso. Le dije cuatro palabras amables, le sonreí, le aseguré que el Gobierno estaba muy contento de él, y nos despedimos.

Según me dijo después Casares, esta breve conversación causó en Anguera una impresión muy fuerte, que le convirtió en un ferviente partidario y admirador mío. Y me contó además Casares una cosa muy rara, oída al propio Anguera: y es que el bueno del gobernador, leído mi discurso del mes de octubre sobre el artículo 24 de la Constitución (que ahora es el 26) entró en un gran combate de conciencia, asegurando que esa lectura le había descubierto puntos de vista nuevos, que le conturbaban. Esto es cuanto yo sabía de Anguera de Sojo al emprender mi viaje.

Llegamos a Barcelona el sábado por la mañana. Recepción oficial: tropas, autoridades, etcétera. Revista. Mi mujer se queda en Barcelona con Cipriano. Y los demás seguimos viaje a Gerona. Me esperan para hacer la entrega oficial a la ciudad de los baluartes viejos que les he cedido. Están muy contentos y con harto motivo. Todos los que me acompañan vienen sucesivamente a hacerme el elogio de Gerona y ninguno deja de decirme que es muy superior a Toledo. Yo no se lo disputo. Esta indiferencia mía ante las pequeñas exaltaciones del amor propio local, que despiertan en otros castellanos reacciones violentas, es quizá lo que me distingue y me hace simpático a los catalanes. (Recuerdo: mi encuentro con Solé y Pla en París, el año 17, cuando hice con catorce catalanes una visita al frente de guerra).

En Gerona me hacen un recibimiento popular entusiasta. Toda la población está en las calles. Recepción oficial en el Ayuntamiento: desfilan ante mí la mayor parte de los concejales y comités republicanos de la provincia. Me presentan al boticario que se parece a mí. Situación cómica.

Discurso desde el balcón del Ayuntamiento. Ceremonia en el baluarte. Un tablado, una escalera. Con una pequeña piqueta, derribo simbólicamente las murallas que detuvieron tanto tiempo a las «legiones imperiales». En un

periódico se ha publicado una foto de esta escena, y advierto en ella que me estoy riendo.

Nos pasearon por Gerona y sus cercanías en autos descubiertos, con tres grados bajo cero. Soplaba una tramontana cruel.

Banquete en un hotel. Discursos. Visita al Casino republicano: recibimiento entusiasta. Discursos. A la estación y regreso a Barcelona.

En la estación de Barcelona, ya de noche, un gentío inmenso. Aplausos frenéticos. Me llaman: «el político honrado», «el amigo de Cataluña». Al salir de la estación, por poco no me aplastan. Se organiza una comitiva con los ostentosos guardias municipales delante. Voy en el coche con Macià. En los estribos se colocan mis ayudantes, para impedir que nos asalten. Damos la vuelta por el paseo de San Juan. Macià no cesa de llamarme la atención sobre el fervor del pueblo. Se oyen algunos gritos contra Anguera de Sojo. En una parada me pongo en pie, como para contestar a los aplausos; pero, en realidad, para observar el carácter y número de la manifestación. Nos sigue hasta un millar de personas, vociferando. En los balcones no hay curiosos. Solo, en alguna que otra casa, se asoman los vecinos y aplauden. He comprendido de qué se trata: la Esquerra me ha acaparado, y como en los pueblos se luce trayendo ella al personaje político influyente. Bueno. Lo mismo me da.

Llegamos al hotel Colón, donde me han preparado hospedaje. Macià me dijo en Madrid que era preferible no ir al Ritz, porque en el Ritz se hospedaba el rey (?). En la plaza de Cataluña mucha gente, que grita, vitorea y aplaude.

Me retiro a comer y a vestirme para ir al Teatro Goya donde se estrena mi obra.

Anguera de Sojo me envía una carta. La trae el capitán de artillería Menéndez, jefe superior de Policía de Barcelona, que formó parte del Comité revolucionario. Menéndez fue quien me acompañó la noche del 14 de abril a tomar posesión del ministerio de la Guerra.

Anguera me dice que se ha abstenido de ir a recibirme en la estación porque se preparaba una demostración de hostilidad hacia él, y eso hubiera deslucido el recibimiento, y que, por la misma causa, me pide permiso para no asistir al teatro, ni a los demás actos organizados en mi honor, a los que enviará un representante. Le contesto por Menéndez que me parece bien; que le aseguro la confianza del Gobierno, y que mientras la tenga, él será gobernador de Barcelona, aunque no le guste a la Esquerra, y que, para mostrar públicamente los buenos términos en que estoy con él, acepto la

invitación que me hizo por la mañana e iré el lunes a tomar el té en el Gobierno Civil.

Los demás «festejos» han sido: excursión a Sitges, visita a la casa de Rusiñol, comida en un hotel, viaje a Villanueva, patria de Macià, y visita al Museo-Biblioteca Balaguer, donde hay un poquito de todo y un mucho de frío: allí se almacena todo el frío del mundo. Y se contempla el cuadro peor que existe: uno que representa la entrada de Jaime I en Valencia. No puede haber nada más horrible.

Visita al Centro Autonomista de Dependientes de Comercio, con quien se ensañó la dictadura. Me reciben con entusiasmo. Estamos en los dominios de Macià. Hay concierto de música de orfeón: canciones catalanas.

Me llevan al Liceo. Oímos dos actos de *Rigoletto*. El público desafecto se ha ido, dejando vacíos muchos palcos. En un entreacto me hacen visitar un círculo o casino anejo. Ambiente y decorado del año ochenta y tantos. Aquí predomina la burguesía monárquica. Brindis, que yo acentúo, por la República. En el teatro, gran ovación al concluirse la ópera. Les hago oír el himno con rigidez militar y nos vamos. Visita a las fuentes de la Exposición.

Banquete de los escritores, en el Ritz. Es lo mejor de cuanto han hecho. Estoy sentado entre Corominas y el alcalde. Discurso de Pous y Pagés, al que contesto con otro que me sale muy emocionante.

He tenido además: recepción militar en capitanía. Otro discurso a los militares, que eran numerosísimos. Recibo a una comisión de suboficiales y sargentos, a los que digo las palabras necesitadas por las agitaciones de los días pasados.

Visita al Ayuntamiento, a la que llegan tarde los concejales; a la Generalitat; a la casa del Arcediano, donde hablo con Rubio y con Durán. Banquete en Font del Lleó. Discurso del alcalde, bastante impolítico. Le contesto, dándole su merecido. (El alcalde de Barcelona dice: «protocolo»). Visita a la Universidad Industrial, y al Colegio Notarial, donde veo a López de Haro, dramaturgo, que me dice algunas palabras de aliento para mi carrera de autor. *Champagne* catalán. El decano, Par, me hace visitar hasta los sótanos. Y, por último, el té en el Gobierno Civil, que resulta un acto bastante soso.

Antes de la recepción en el Gobierno, hablo separadamente con Anguera. Está resuelto a dimitir. *L'Opinió* ha publicado un artículo violentísimo contra él. Cree que su presencia en el Gobierno ya no sirve de nada útil. Me esfuerzo por disuadirlo; pero advierto que será en vano.

Macià no ha dejado de hablarme de Anguera en los tres días. En vista de que no habían podido arrancarme la destitución de Anguera, ha discurrido lo siguiente. Decirle que continúe, pero que dimitirá en cuanto él, Macià, le comunique que ha perdido la confianza de la Esquerra. Creo que le ha escrito. Y como a esto, Anguera ha respondido anunciando su dimisión, Macià retrocede, y está trabajando para que yo le diga a Anguera que no sea tan susceptible… Es de advertir que cada vez que la Esquerra le ha pedido a Casares la dimisión de Anguera, Casares les contestaba que no tenía inconveniente en dimitirlo, pero a condición de que el propio Macià se encargase del Gobierno Civil, de reprimir él a los sindicalistas o de cargar con la responsabilidad de lo que ocurriese en Barcelona. Ante esto, los de la Esquerra retrocedían.

Sin embargo, una de las razones que Macià me daba para la sustitución de Anguera, es que debiendo encargarse ellos del Orden público, según el Estatuto, era preciso que se fuesen ensayando y adiestrando. Y me daba el nombre de Comas. Lo que quieren es un gobernador de su partido, que les prepare las elecciones.

La reunión del Gobierno Civil fue el lunes. Desde allí un momento al hotel y, después, a la estación. La despedida, muy simpática. La señora y la hija de Macià han acompañado mucho a mi mujer. Muchos envíos de flores al hotel. De regreso, traíamos el salón hecho un jardín. En Reus, todavía hubo parada, banderas, músicas y más flores. En Reus se quedó Macià. Poco antes, Anguera; que al volver en coche a Barcelona estuvo a punto de matarse.

En suma: tres días de distracción. Algunas observaciones útiles. Una piqueta de plata, un pergamino, y varios libros de poetas catalanes.

El estreno de *La Corona* fue el mismo sábado, día de mi llegada. Asistí al estreno desde una platea, con Macià y mis ayudantes. Antes de comenzar la representación, el comandante Sandino, que manda la Aviación de Barcelona, me dijo: «Creo que se trata de una obra cumbre de la literatura». Quise sacarlo de su error hiperbólico.

Algunas gentes se han maravillado de la sangre fría del autor, que asistía como espectador al estreno de su obra. Otros, como el cronista de *El Debate*, dice que mi palidez, mayor que la habitual de mi semblante, denotaba la emoción que me embargaba. ¡Vaya, vaya! Cuando yo era muy joven y coqueteaba con la literatura, como un vanidosuelo que era, me imaginé alguna vez que escribía una obra teatral y presenciaba el estreno, de incógnito, desde una butaca. Y creo recordar que en alguno de mis primeros tanteos literarios, he puesto algo de eso. Mi extraño destino ha querido que venga a estrenar

cuando estoy en la punta de la cucaña, incómodamente expuesto a la curiosidad pública, y que asista a un estreno de obra mía, no desconocido, como yo lo imaginé, sino despertando más curiosidad que la obra misma.

Esta situación es muy desventajosa para el autor. Yo no había pensado en ello. Estrenar siendo Presidente del Consejo, parecería osado y audaz si no hubiese sido pura indiferencia. Unos afilan más las armas, y exigen primores severamente, por tratarse de un adversario. Otros, no le toman a uno más que por un político caprichoso, que quiere meterse donde no le llaman. Otros, llevados de simpatía política, o de partido, encomian lo que no entienden o que tal vez no les gusta.

Escribí *La Corona* en febrero del 28. Me ocupó las tardes de veinte días. Es lo primero que he hecho para el teatro. Comencé por la escena primera del acto primero y la obra me salió toda seguida, sin interrupciones, cortes ni pegaduras. Hacía mucho tiempo que llevaba en la imaginación la situación de la escena primera, sugerida por el paisaje, y la revivía continuamente, y hasta compuse de memoria las primeras réplicas. No había pensado el conjunto de la obra, y si alguna vez se me ocurría preguntarme qué iba a hacer con los dos personajes que se me aparecían tan insistentemente, más bien me inclinaba a una cosa humorística y satírica.

Cuando me puse a escribir, revolviendo los dos personajes principales con los rústicos leñadores, fui tirando del hilo de los caracteres y salió la comedia. Leí el primer acto a unos amigos, que lo encontraron bueno; pero entre bromas y veras, alguno me retó a que escribiese el segundo, diciéndome que no me creía capaz de hacerlo igual que el primero. Lo escribí. Y al necesitar un tercer acto, recuerdo que hice un esfuerzo de imaginación para levantarlo sobre los dos primeros, como quien *levanta* una cúpula. Esto está razonado en el acto tercero mismo, con palabras del duque Aurelio.

Algunos cronistas han dicho ahora que siendo yo ministro de la Guerra he corregido y aligerado la obra para el estreno. ¡En eso estaba yo pensando! Conservo el primer borrador. Al copiarla, fui suprimiendo réplicas redundantes y palabras inútiles, que siempre las hay en todo cuanto se escribe. Y tal como quedó, la imprimí, hace ya muchos meses. Por cierto que Díez-Canedo publicó un artículo en *El Sol* poniéndola por las nubes. Otros, porque les gusta el lenguaje de la obra, dicen que la he pulido, y limado el estilo. No he pulido nada.

La preponderancia actual de la política en mi vida y la situación en que estoy me ha frustrado la emoción del estreno. Y mucho lo siento. He oído la obra sin perder sílaba. Y he gustado, no la emoción de estrenar, sino otra más

profunda: la de revivir los sentimientos que me inspiraron las principales escenas de la comedia, digo las escenas amatorias: la gran escena del primer acto, y las primeras del tercero. Toda la ternura que yo puse en ellas ha vuelto por un instante a mí. Y lo autobiográfico de la obra, que nadie verá, ha revivido, dejándome el consuelo de haber labrado con ello una obra noble.

Teatralmente, la obra *no sale*. Ningún autor habrá hecho lo que yo: dejar que estrenen su comedia sin asistir a ningún ensayo. Margarita está bastante bien, y estaría bien del todo si no echase todo el papel por el lado plañidero y llorón, como la he visto hacer en otras obras de mayor fuerza que la mía. El «actor llamado Maximino» abufona el papel del general, cuando el personaje es secamente inteligente, escéptico e irónico. Y el actor que hace el Lorenzo, una desdicha. Ni siquiera pronuncia. Representar, nada. Ha dicho el monólogo del acto tercero como si leyese una charada en un periódico. Y la escena de los pajes no existe. ¡Qué cosa! Aun dejando cuanto sea preciso a lo que va de la imaginación del autor a la realidad escénica, y solo con atenerse al texto escrito, en la obra hay mucho más de lo que estos cómicos representan. Pero se les resiste incluso hablar en buen castellano. Prefieren el baturrillo de Benavente, en que lo mismo da decir una palabra que otra.

El primer acto gustó. El segundo, mucho más. La razón es que el primero no lo oyeron, por defectos del actor, y no se percataron del valor de la escena. En el segundo acto, aunque Maximino no acierta, dice con claridad, el público no perdió silaba, y se enteró de todo. El tercer acto gustó menos, gracias a los pajes, que no supieron decir la escena, y gracias a Muñoz… pero no obstante aplaudieron mucho. Yo salí del teatro disgustadísimo. Con un dolor, como si hubiese visto violar a una hija mía.

Esta obra la harían bien actores franceses, que dan su valor a cada vocablo, como es debido, y que se enteran de lo que están haciendo.

En el primer acto, Muñoz, que representa un guerrillero que huye derrotado por una sierra, aparece vestido con un pellico blanco como la nieve.

Leen el texto, y no se percatan a veces de cuándo es coloquio y cuándo es imprecación. He tenido que advertírselo.

La prensa de Barcelona me trata bien, salvo un crítico, que me tira por los suelos. ¡Qué le hemos de hacer!

22 de diciembre

A mi llegada a Madrid, generales y ministros en la *gare*. A casa, y después al ministerio. El subsecretario me cuenta que ayer vino Queipo de

Llano a pedir un automóvil para el Cuarto militar, y le dijeron que no había ninguno, como no fuese el blindado que mandó hacer Primo de Rivera, y que está en el ministerio. Queipo se marchó, y desde Palacio telefoneó al poco tiempo dando orden para que le enviaran el auto blindado; el subsecretario se lo envió.

—¿Y por qué le hizo usted caso? —le pregunto.

—Como era una orden de Palacio…

Todavía se creen en tiempos de la monarquía. Mañana le quitaré el auto a Queipo, para que sepa lo que valen sus órdenes.

A las seis de la tarde, Consejo de ministros. Larguísimo despacho. Se examina si conviene o no nombrar embajador en el Vaticano, y se aplaza hasta ver cómo se pone la situación después de expulsar a los jesuitas. Con este motivo, se habla del proyecto de decreto que está haciendo la Comisión asesora.

Albornoz nos entera de que Sánchez Román ha dimitido la presidencia de la Comisión, y lee la carta de dimisión; el motivo es la presencia de Carner en Hacienda.

Larga discusión entre Prieto y Carner, sobre el contrato del mercurio. Carner tiene una opinión distinta a la de Prieto cuando era ministro de Hacienda. Temo que se enreden en una discusión violenta, pero Prieto está muy suave de expresión y muy cortés. No nos ponemos de acuerdo, y corto el asunto.

Proyecto de decreto sobre los tabacos (inexistentes) de Canarias. Otros muchos asuntos. Idea general del presupuesto y propósitos niveladores de Carner.

El Consejo se suspende después de las nueve y continuamos a las once, hasta las dos y media de la madrugada.

Propuesto por Fernando de los Ríos, comienza el desmoche de la obra de Albornoz. Esta es una de las cosas que yo me propuse al cambiarlo de ministerio y al reformar la distribución de asuntos en los departamentos.

En las horas que pasaron desde que fui Presidente del Consejo hasta que se constituyó el Gobierno, preparé y firmé un decreto pasando al ministerio de Instrucción Pública todas las escuelas especiales de Ingenieros. Con esto resolví, antes de tener ministros que disputasen por los respectivos *ramos*, una cuestión muy vieja y que nadie se atrevía a afrontar, por no disgustarse con los ingenieros. Las escuelas especiales están como militarizadas, y son un coto cerrado, en posesión de los cuerpos. Hay que cambiarlas, reducirlas y

ponerlas en contacto con la universidad. Esto podrá hacerse desde el ministerio de Instrucción Pública.

En virtud de este cambio, Ríos tiene que entendérselas con los desaguisados cometidos por Albornoz, bajo la dictadura de Gordón Ordás, con los ingenieros agrónomos y los *ingenieros pecuarios*. Nos ha leído párrafos de un larguísimo decreto, que hizo Gordón, y que se publicó en la *Gaceta* sin que Albornoz diese cuenta de él en Consejo de ministros. Contiene cosas divertidísimas: un registro general de animales, en que habían de inscribirse hasta los gazapos, y los cochinillos al cumplir tres meses de edad. Todos los ministros se reían a carcajadas. Y el bueno de Albornoz también se reía.

23 de diciembre

Consejo en Palacio. Encuentro una nube de fotógrafos que pretenden retratarme celebrando Consejo bajo la presidencia de don Niceto. El secretario general, Sánchez Guerra, les ha dicho que harán las fotos; me pide permiso para que lo hagan, y yo se lo niego.

—Siempre se han hecho aquí estas cosas.

—Siempre, menos ahora.

Prieto aprueba mi decisión. Sánchez Guerra se va mohíno, y los fotógrafos desaparecen.

El Presidente saca una larga lista de leyes complementarias de la Constitución. Son cerca de cuarenta. Explica prolijamente lo que es cada una. Cuando concluye, yo digo: «¡bueno!», y paso a dar cuenta, con breves palabras, de la situación exterior e interior. El Presidente, no sé si con intención, me interrumpe a cada momento con anécdotas y comentarios chistosos (Zulueta está preocupado, temiendo que yo ato demasiado corto al Presidente).

Se habla del banquete al cuerpo diplomático que va a dar el Presidente con motivo del año nuevo. Se trata la grave cuestión de si puede usarse o no en el banquete la vajilla de la casa real, que tiene iniciales y emblemas regios. Resolvemos que puede usarse.

Se firman muchos decretos.

Al salir del salón de Consejos me encuentro a Queipo de Llano y le doy orden de que, a las dos de la tarde, esté en Guerra el automóvil que se trajo ayer, y los dos mecánicos.

Recibo a Pérez de Ayala y a López Ferrer en Guerra. Y almorzamos en el ministerio, mis ayudantes, el subsecretario, el Gabinete militar y algún otro, invitados a una fabada asturiana.

24 de diciembre

Tenemos en el ministerio de la Guerra una reunión con Carner, Prieto y Zulueta para tratar de las relaciones comerciales con Rusia. Aquí hay un agente ruso (creo que es el que trata con la Campsa), que gestiona oficiosamente la reanudación del comercio con Rusia. A España le convendría mucho pagar el petróleo con mercancías. Marcelino Domingo, que está hoy de viaje, ha dejado escrita una carta para el agente ruso que nos parece una imprudencia, porque habla, sin que nadie se lo pregunte, del reconocimiento político.

Acordamos no enviar la carta, y proseguir, o intentar el acuerdo comercial por otros caminos.

Por la noche, reunión de familia en casa de mi suegro. Estoy con gripe. Al volver a casa, mucho frío.

25 de diciembre

Ayer me pasé todo el día en la cama, curándome la gripe, y un poco el cansancio. Aunque hoy no estaba muy bien, he ido al ministerio.

Recibo la visita de Américo Castro, que regresa de Berlín, y del general Villegas.

Voy a la presidencia. Visita de Chacón Calvo, el escritor cubano.

Invitado a almorzar en la embajada de Bélgica. Mucho frío en esta casa, donde no encienden la calefacción.

Después de dejar a mi mujer en casa, voy a la del Presidente, a firmar. De paso, le devuelvo dos oficios de Sánchez Guerra, secretario de la presidencia de la República, en los que me decía que «en virtud de las atribuciones que me confiere el decreto tal y cual… sírvase vuestra excelencia nombrar a fulano y zutano para tales cargos de la Casa presidencial». Le ruego a don Niceto que advierta a Sánchez Guerra que al ministro no le puede decir «que *se sirva*» hacer una cosa.

Me visita Giral en mi casa. Se despide para Cádiz. Le pregunto si se ha despedido del Presidente de la República.

—¿Usted cree que debo hacerlo?

—¡Hombre…! Se lo agradecerá, por lo menos.

La sola vista de la cama me ha revelado lo que yo necesitaba: a las seis de la tarde me acuesto. Nunca me había sucedido otro tanto. Estoy desanimado. Será la gripe.

29 de diciembre-4 de enero. Córdoba. Sevilla. Cádiz

Indalecio Prieto ha dado a *El Sol* unas declaraciones que la gente aplaude. En ellas, después de maltratar a los ingenieros de Caminos, trata del conflicto ferroviario. Rotundamente, sin que nadie se lo pregunte, y sin pararse a medir los resultados, rechaza las pretensiones del sindicato, le dice, y hasta le demuestra, que no tiene razón al pedir mejoras, y con gran estruendo los desahucia. Como todas las declaraciones tajantes y de apariencia vigorosa, las de Prieto tienen muy buen éxito. Casi todo el mundo aplaude. Han influido favorablemente en la Bolsa. No hay más que pedir.

Sin embargo, a mí me parecen un disparate, a fuerza de imprudentes, en lo que toca a los ferroviarios. El sindicato y, sobre todo, sus directores, no deseaban más que encontrar un modo decoroso de no plantear la huelga. Así se vio después del Congreso. Las declaraciones de Prieto sublevan a los obreros, los inducen y provocan a la contienda y dejan en mala postura a los directores. Probablemente se arrojarán ahora a la huelga, que hubiera podido evitarse, dejando encalmado el asunto.

Bajo esta impresión me fui de Madrid a Andalucía, para distraerme un poco. Me decían que se me notaba el cansancio, y yo lo notaba más que nadie. Estaba *harto*. No me había repuesto del quebranto que me produjo el desarrollo de la crisis. Últimamente tuve otro disgusto. A Cipriano le han dado el premio de literatura que concede el ministerio de Instrucción Pública. Naturalmente, algunos periódicos han dicho que se lo daban por influencias mías, o por ser mi cuñado. No me sorprendió esta bajeza; pero no por eso me dolió menos. Las mayores dificultades políticas no me arredran; pero estas mezquindades, cuando afectan a mi intimidad, me deprimen enormemente. La víspera de mi viaje estaba yo tan de mal humor, y tan hastiado, que le decía a Ramos y a mis secretarios: «¡Qué patada voy a dar a la política!». En efecto, sentía unas ganas atroces de dejarlo todo, y que se las arreglen como puedan. Después de todo: ¿a mí qué me va en esto?

Salimos de Madrid Lola y yo, solos, en coche. Tenía el deseo de pasar inadvertido, y así lo previne. Llegamos a Córdoba de noche, después de estar

a punto de matarnos en Despeñaperros. En el hotel de Córdoba, donde tenía preparada habitación, no me esperaba nadie. Pero a la mañana siguiente, vinieron el gobernador, el alcalde, los militares, etcétera. Un fastidio. Estuvimos viendo las cosas de Córdoba, y por la tarde el convento de San Jerónimo, restaurado por la marquesa del Mérito, y las ruinas de Medina Azzahra, que yo no conocía. Lo más impresionante era la tarde misma, y el magnífico anochecer sobre el valle del Guadalquivir. Regresamos a Córdoba, y a las siete nos fuimos a Sevilla.

No pude quedarme en el hotel Madrid, porque han suprimido la cocina, a causa de la crisis. Fuimos al de Inglaterra. El gobernador se me presentó al momento. Es hombre inteligente y simpático. Hicimos un programa para el día siguiente. También vino el general Ruiz Trillo, a quien había visto ya en Córdoba.

Al siguiente día, visita a la Catedral. Mi sorpresa fue grande cuando, al entrar en el patio de Los Naranjos, veo que sale a mi encuentro el cardenal Ilundain, con parte del cabildo. Me acompañó durante toda la visita con estupor de algunas beatas que había en la Catedral. Me dijo el gobernador que, el día de la promesa del Presidente de la República, el cardenal omitió toda demostración de júbilo, por lo que le hizo saber su desagrado. Quizás ha querido en esta ocasión extremar la fineza.

Pesadísima visita al Alcázar en compañía del erudito local, que no me perdona ni un ladrillo. Y voy a casa de la marquesa de Lebrija, vieja andaluza campechana, a ver los mosaicos traídos de Itálica.

Recepción de los jefes y oficiales de la guarnición en el hotel. Almuerzo con las autoridades. Visita a la plaza de España. «Españolísimo retestinado», como el que resplandece en el *ABC*. Por algo Luca de Tena era de Sevilla.

Ridículas instalaciones de muñecos que remedan el viaje de Colón. Paseo por la Exposición.

Vamos al aeródromo de la CLASA y volamos sobre Sevilla. El alcalde tenía mucho miedo, y voló, por primera vez, porque vio que mi mujer subía al avión.

También me llevan al teatro de la Exposición. Es muy bueno. Pero no va nadie a él. Manía de grandezas.

En el barrio de Heliópolis viven sin pagar casa cuatrocientas familias, que han ocupado los hotelitos sin permiso de nadie. Entre los inquilinos figuran diputados a Cortes y un jefe de la Guardia Civil.

Por la noche nos fuimos a Cádiz. El hotel, al borde del mar, es muy agradable. Tenemos una instalación muy buena. Y allí fue donde

verdaderamente pude descansar tres días. Solo una mañana me embarcaron para enseñarme los museos de la ciudad. Lo más notable: el *San Francisco*, de Murillo, y el del Greco.

Tiempo espléndido, mucha calma, ningún ruido. Excursión a Tarifa y a Algeciras. Otro día a Arcos, y otro al puerto, Rota, etcétera.

En Tarifa me esperaban las autoridades y público. Me negué a que el alcalde me acompañase en el coche, porque no hacía más que sorber por las narices. Le dejé en la carretera.

En Cádiz recibí a la guarnición. El coronel Mena, comandante militar, me dijo unas palabras de salutación, y yo contesté con un pequeño discurso, que me salió bastante mal. Allí conocí al coronel Varela, que manda el regimiento de Infantería. Varela es de los coroneles jóvenes, que han hecho la carrera en África. En tiempo de la conspiración, don Niceto estuvo al habla con él, pero no se llegó a nada. Después de proclamada la República, Varela se ha hecho el *interesante*, y cuando vino a Madrid no quiso verme, y se limitó a firmar en el libro de visitas. Dice que, como están mandados anular los ascensos por méritos de guerra, y él cree que los suyos son justos, no quiere acercarse al ministro para que no se crea que mendiga protección o favor. Me parece un tontín, a quien no hay que dar importancia. Cuando cesó en la comandancia militar de Cádiz el desastrado general Lacerda, Varela se quedó de comandante militar interino, y ha desempeñado el cargo muchos meses. Su manifiesta frialdad con el régimen y sus amistades con un señor Carranza, que fue alcalde-dictador de Cádiz en tiempo de Primo de Rivera, lo hicieron sospechoso. Continuamente me llegaban rumores acerca de sus intenciones. Motivos para destituirlo, no tenía. Pero decidí llevar otro comandante militar, y designé al coronel Mena, que es un buen jefe. A Varela le sentó muy mal la decisión, y su amigo, el diputado Muñoz, oficial retirado, se me quejó. No le hice caso.

En la recepción de la guarnición, no dejé de decirle a Varela que ya sabía su estancia en Madrid, y que no había hecho nada por verme personalmente. En el curso de la recepción, afectaba quedarse a un lado, si yo no le llamaba.

Me entero del estado deplorable del acuartelamiento de la Infantería en Cádiz, y resuelvo arreglarlo, si puedo construir aquí otro cuartel.

Una mañana salí solo del hotel, y fui por la orilla del mar, visitando unas baterías viejas y mohosas. Un plantón me salió al paso. «No se puede pasar». «Soy el ministro de la Guerra», le respondo. El hombre se lo creyó (no tenía motivos) y me enseñó el recinto. Nada de aquello vale para nada. Recuerdo

que estos cañones salían fotografiados en los periódicos del año 98, cuando la guerra con los Estados Unidos.

En Cádiz, el Ateneo me obsequió con una recepción, merienda y discursos. También en Sevilla tuve que asistir a un festejo preparado por el partido de Acción Republicana, con sus inevitables brindis.

La estancia en Cádiz me ha sido grata, de cuasi olvido, y *dolce far niente*. No he leído ningún periódico en todos esos días. No sabía nada de nada, salvo que Casares me hablaba por teléfono para preguntarme por dónde andaba.

Estando yo en Cádiz, ha habido que nombrar sustituto a Anguera de Sojo. Apenas salí de Barcelona, formuló oficialmente la dimisión. En el último Consejo de ministros que tuvimos se acordó no admitírsela, y reiterarle la confianza del Gobierno, a ver si le disuadíamos. Contestó agradecido, pero insistió. Yo le puse un telegrama, haciendo una invocación a su sentimiento del deber, para que continuase. Menéndez ha dicho que cuando leyó Anguera mi telegrama, lloraba; pero se mantuvo en sus trece. Lo sentí, pero lo que yo quería con mi telegrama, que se hizo público, era que no creyesen en Barcelona que Macià me había arrancado la destitución de Anguera.

En Cádiz me dio Casares la noticia de que, en Castilblanco, el pueblo amotinado había asesinado a cuatro guardias civiles. El suceso, cuya magnitud no podía yo medir, sino confusamente, por falta de información, me hizo pensar que se me frustraba el propósito de sacar a Sanjurjo de la Dirección de la Guardia Civil. Me imaginé las consecuencias del caso, y entre otras contrariedades, vi esta, que no es la menor, y que pudiera ser enorme.

Regresamos a Sevilla en coche, y allí tomé el tren, para estar en Madrid el lunes por la mañana.

MADRID: 1932

4 de enero

Banquete oficial en Palacio, ofrecido por el Presidente al cuerpo diplomático. Primera presentación de la República en el «gran mundo». Maligna curiosidad.

Asiste todo el Gobierno. Largo Caballero se ha hecho, por fin, un frac, y está muy bien con él. El comedor de gala presenta un gran aspecto. El *menú* es bueno, pero el «guiso» no tanto. Han contratado la comida con el hotel Florida, sin duda porque los dueños son republicanos y anduvieron mezclados en la conspiración. Pero el cocinero no es un genio. Los platos no están finamente cocinados, o no lo están bastante. Don Juan Valera habría criticado mucho esta comida.

Se le ha buscado un sitio especial a la mujer de Largo, fuera del que le correspondía por el protocolo, para que estuviera entre dos diplomáticos de habla castellana.

La conclusión de la fiesta fue un concierto por la Sinfónica, en el salón de Columnas, que estaba glacial, lo mismo que en la recepción diplomática del mes pasado. El concierto gustó mucho. Era la primera vez que se llevaba la orquesta a Palacio. El rey no lo hizo nunca. Y muchos diplomáticos alababan la ocurrencia y se «hacían lenguas» de lo bien que había estado todo. Creo no faltaron, como es propio, las críticas.

Prieto mantuvo con el Nuncio una larga conversación, muy chistosa. El Nuncio se reía mucho de las ocurrencias desgarradas de Prieto, que habló de sus tiempos de comparsa de teatro.

Hablé largamente con Pani, embajador de México.

5 de enero

Mi apartamiento de Madrid en estos días, y el no leer periódicos, me tenían saludablemente libre de la comidilla política, y sereno cuando todos andan sobresaltados. La causa es la horrible barbarie de Castilblanco. Ayer no hablé con nadie de estas cosas, hasta que reuní al Consejo de ministros, por la tarde. Lo había citado desde Sevilla, en vista de que Casares me habló de la agitación reinante. En el Consejo se trató del suceso.

Por cierto que con este motivo, me ha ocurrido, si puede decirse así, una cosa graciosa. La víspera del Consejo, divagando yo a mis solas sobre la consecuencias del caso, veía venir el fastidio de las sanciones, y veía también que no faltarían gentes, incluso entre los ministros, para adelantarse al tiempo y hacer desde ahora cuestión de si se impondrían penas capitales o no a los asesinos de los guardias.

Como alguien proponga el caso, decía yo entre mí, Largo va a contestar: «Ya vendrá eso en su día».

Y, en efecto: alguien, no recuerdo si Fernando o Albornoz (creo que Albornoz), dijo en el Consejo de ministros, que no se podía fusilar a nadie. Largo, casi con las palabras que yo supuse, dijo:

—Ya llegará eso a su tiempo.

Se habló largamente de la Guardia Civil. Y revolvimos todos los pareceres y todas las eventualidades posibles. Mucha gente odia a la Guardia Civil, sobre todo entre la clase obrera. Y mucha gente adora a la Guardia Civil, considerándola como sustentadora única del orden social. A estas dos posiciones, que son antiguas, se añade ahora una gran pasión por ambas partes. Entre sus enemigos, porque estiman que la Guardia Civil es una amenaza para la República; se quejan de que no haya sido ya disuelta, o por lo menos reformada, y recapitulan todos los agravios antiguos, y los nuevos que de ella han recibido desde la implantación de la República.

Entre sus amigos, cunde el propósito de exaltar a la Guardia Civil, presentándola como desdeñada por la República, o indefensa, o expuesta a ser suprimida, para fomentar el descontento y ver si consiguen que se insubordine contra el Gobierno.

La Guardia Civil ha sido siempre dura, y lo que es peor, irresponsable. «Con un papel, paga», dice el pueblo, refiriéndose a su impunidad. La Guardia Civil ha servido mucho y bien a la antigua política y sus caciques —la emplearon en asuntos electorales, y en cuestiones sociales, aumentaron no solo su número, sino la frecuencia y la amplitud de sus intervenciones—. En los pueblos pequeños, el jefe del puesto es un reyezuelo. Y las vejaciones personales son incontables. Todo esto siembra el odio. También lo siembra el

mismo uso injustificado de su fuerza, porque los perseguidos no se paran a considerar si se les persigue con razón. Como todo instrumento de fuerza y de represión, no es simpático entre los desgraciados.

Ahora, desde que ha venido la República, la situación de la Guardia Civil en los pueblos es más crítica, porque son alcaldes y concejales muchos que solían ser las víctimas y los perseguidos habituales de la Guardia, que no se aviene con las nuevas autoridades; también las nuevas autoridades en los pueblos ponen de su parte algo para que la buena armonía se destruya.

Por cierto que, según me ha contado muchas veces Largo Caballero, durante la dictadura, la Guardia Civil se comportó rectamente con los obreros y campesinos, y no maltrató a nadie, como solía hacer en tiempo anterior. A poco de venir la dictadura, la Guardia Civil maltrató y atormentó a unos campesinos en un pueblo de Extremadura. Vinieron a Madrid a quejarse, Largo escribió al general Nouvilas, secretario del Directorio militar; se comprobó la denuncia, y el Directorio dio órdenes, que fueron cumplidas, para que tales cosas no ocurrieran más.

Según Largo, desde que ha venido la República, la Guardia Civil ha vuelto a ser brutal. Excesos de autoridad sí ha cometido, pero no hay noticia de que haya atormentado a nadie.

Hay socialistas que no son enemigos de la Guardia Civil, por ejemplo, Besteiro, que hace tiempo me dijo: «Es una máquina admirable. No hay que suprimirla, sino hacer que funcione en favor nuestro».

El extremismo republicano revolucionario, representado por algunas cabezas duras y los temperamentos rabiosos, viene haciendo campaña contra la Guardia Civil, y contra su jefe, el general Sanjurjo; lo hacen sin tino y a destiempo, sin percatarse del daño que hacen, por más que algunos llevan esa campaña precisamente porque saben el mal que causan.

El monarquismo, y los que sueñan con dictaduras, arrecian por el lado contrario. Los pazguatos y papanatas, unos con temor, otros con esperanza, acaban por creer en el «desquite» de la Guardia Civil y en la inminencia de la dictadura.

Así me he encontrado las cosas. En el Consejo ha habido bastante serenidad, y no se han dicho ni, menos aún, hecho tonterías. Naturalmente, se ha hablado de Sanjurjo, a quien los de un bando y de otro se empeñan en convertir en un personaje temible. Sanjurjo ha ido al lugar del suceso y ha dicho algunas cosas inoportunas. Ha hablado de las propagandas socialistas, ha señalado a la Nelken y a otros militantes, ha hablado de la justicia que se

debe a la Guardia Civil, etcétera. Telegrafían del extranjero unas declaraciones de Sanjurjo indiscretas e imprudentes.

Cuando el ministro de la Gobernación fue a Badajoz, para asistir al entierro de los guardias, Sanjurjo no acudió a recibirlo.

Todo esto exige la remoción de Sanjurjo, pero como yo entreví, al recibir la noticia de Castilblanco en Cádiz, el suceso mismo dificulta la remoción, que tomaría unas proporciones extraordinarias y peligrosas. El Consejo estima que es preferible aguardar a que se calme la pasión desatada estos días en los dos bandos.

A las extralimitaciones verbales de Sanjurjo, se juntan, *para calmar los ánimos*, las de los socialistas y extremistas. Hay quien pretende justificar el asesinato de los guardias con la *historia negra* de la Guardia Civil. La Nelken, que es diputado por Badajoz, se ha entrometido en esto. Escribe un artículo o hace declaraciones diciendo que «¡quién sabe lo que había pasado antes del suceso!».

Esto de que la Nelken opine en cosas de política me saca de quicio. Es la indiscreción en persona. Se ha pasado la vida escribiendo sobre pintura, y nunca me pude imaginar que tuviese ambiciones políticas. Mi sorpresa fue grande cuando la vi candidato por Badajoz. Ha salido con los votos socialistas, derrotando a Pedregal; pero el Partido Socialista ha tardado en admitirla en «su seno», y las Cortes también han tardado mucho en admitirla como diputado. Se necesita vanidad y ambición para pasar por todo lo que ha pasado la Nelken hasta conseguir sentarse en el Congreso.

Por cierto que ese día alguien dijo: «Es la primera mujer que viene a las Cortes». (Lo decían para molestar a la Campoamor o a la Kent).

La sesión de las Cortes había despertado esta tarde mucha expectación. Los periodistas me preguntaron, por la mañana en el ministerio, si habría debate por lo de Castilblanco, y yo les contesté que no lo creía necesario. Al decirles esto, más expresaba yo una opinión del buen sentido, que una confianza en que las cosas pasaran así. Debieron pasar, si debajo de todo ello no hubiera intereses y pasiones políticas muy fuertes. Quise además dar una impresión de tranquilidad, que no era fingida, porque estos día de descanso me han puesto en mis cabales, y estoy fresco y sereno como nunca.

El debate se ha empeñado entre los socialistas y los radicales, que se aborrecen, y están particularmente enconados por pleitos electorales en Badajoz.

El diputado radical que ha planteado el asunto procuraba echar la culpa a los propagandistas del socialismo. Este diputado fue el que combatió la

proclamación de la Nelken, y ha salido a relucir esta señora, como si fuese un personaje de importancia. Se han improperado, chillado, etcétera. Después, otras intervenciones de poco fuste.

He hablado yo, cuando me ha parecido oportuno. Mi discurso, mesurado y rotundo, ha tenido un éxito enorme[29]. Todos me han aplaudido, menos los radicales. Después han hablado otros; pero el debate estaba concluido victoriosamente para el Gobierno, y sin esperar el final, apenas terminé el discurso, me he marchado del salón de sesiones. Cuando salía, oí una voz débil y atiplada en los bancos socialistas: «¡Pido la palabra!». Era la Nelken. Los socialistas no la han dejado hablar y la han obligado a irse a los pasillos.

Cuando llego al despacho de ministros, los periodistas, en la puerta, me preguntan si es verdad que ha ocurrido un suceso en Arnedo. «No sé nada —respondo—, pregunten a Gobernación». A poco de estar en el despacho entra Casares y me cuenta que, en Arnedo, la Guardia Civil ha chocado con el pueblo y ha matado a seis u ocho. Es lo que nos faltaba.

6 de enero

El clamoreo contra la Guardia Civil por la atrocidad de Arnedo es atronador; republicanos y socialistas están furiosos. Se atribuye el hecho, más que a impericia de las autoridades allí presentes, a que los guardias tuvieron miedo y creyeron que iban a hacerles como en Castilblanco (¡pero eran veintiocho!) o a que hayan querido hacer una venganza y un escarmiento. Ahora, los enemigos de la Guardia Civil tienen un argumento impresionante. Y como los socialistas están indignados y pretendían interpelar al Gobierno, la situación iba a ser delicada para unos y otros.

Sin duda por esto, Largo Caballero me visitó esta mañana en el ministerio de la Guerra para decirme, en nombre de los ministros socialistas, que estaban dispuestos a dimitir, si yo estimaba que eso pudiera facilitar la solución.

Yo le dije que no perdiesen la cabeza, y que había necesidad de afrontar la dificultad del día, como se afrontó y venció la de ayer. Me bastará que sean prudentes los socialistas en las Cortes.

Durante mi conversación con Largo llegó Casares. Me cuenta las cosas que se dicen por ahí de la Guardia Civil y de Sanjurjo. Hablamos después de la necesidad de reformar la Guardia y su reglamento. La reforma ya estaría hecha, si Maura me hubiese ayudado cuando era ministro de la Gobernación. Cuando hice la reforma del ejército pensé hacer la de la Guardia Civil, y en el

mismo sentido: descabezándola, para que una fuerza tan importante no estuviese en manos de una persona. Le dije a Maura que me proponía suprimir la Dirección General de la Guardia Civil, cuando suprimí las Capitanías generales, y por los mismos motivos. También pensaba suprimir unidades, para amenguar los cuadros de mando. Maura no lo encontró oportuno, y como él era ministro de la Gobernación, y como tal, disponía de la Guardia Civil, yo no podía hacer nada sin su concurso, porque la reforma disminuía mucho la fuerza, y entonces Maura estaba entusiasmado con los servicios que le prestaba. Fue cuando dijo: «Con los once mil guardias civiles de que dispongo, llego a Lisboa». La verdad es que no disponía siquiera de los once mil. En fin, esto quedó aplazado, y aún tengo, en mi mesa del ministerio, las plantillas proyectadas para la reforma.

Después de estas visitas, he despachado con el subsecretario y con Goded. Luego recibo al general Núñez de Prado, a quien no veía desde la primavera. Núñez de Prado viene a pedirme que lo coloque en algún mando, o que le diga si hay algo contra él. Se jugó la carrera por la República el año pasado yendo a ponerse al frente del movimiento preparado en Burgos, y que no dio juego, porque resultó que lo preparado era casi nada. Núñez de Prado me dice que en todo este tiempo no se ha atrevido a venir a verme, por temor de ser mal recibido, creyendo que yo era un hombre áspero y hosco. (Esto es una tontería, que se le ocurre sin duda por no saber qué decirme). Me ha pedido que le nombre para África, o para la división de Caballería, o para algo de Aviación.

Más tarde viene el comandante Riaño a decirme, de parte de Núñez de Prado, lo muy agradecido que está a mi actitud respecto de él.

Por la tarde voy a las Cortes. Como ayer, sin plan alguno, a esperar cómo suceden las cosas. Mi único pensamiento, que ya le dije a Largo por la mañana, era que, el discurso de ayer, contiene la contestación para el debate de esta tarde.

Han interpelado los socialistas. Han hablado varios diputados. Yo he ido formando un juicio, pero no he pedido la palabra por anticipado, para no cortar la discusión, y darles tiempo a todos hasta que se volcasen.

Cuando Besteiro dijo que habían concluido las intervenciones, Alba, con mala intención, creyendo que el Gobierno, en un apuro, optaba por no hablar, exclamó: «¿Pero el Gobierno no tiene nada que decir?». Lo dijo con acento desdeñoso y provocativo a la vez.

Me fue fácil, al comenzar a hablar, demostrarle que había hecho una plancha, y le tiré un rasponazo, aparentemente dirigido a otro; pero toda la

Cámara percibió contra quién iba.

El discurso ha sido mejor que el de ayer[30]. Hoy me han aplaudido hasta los radicales. La ovación ha sido enorme, y el Gobierno ha salido, no solo victorioso, sino robustecido. El efecto político en las Cortes, profundo.

Ortega dice que estos dos discursos míos son mi «consagración» como jefe de Gobierno. Vamos, una cosa así como el doctorado…

7 de enero

Consejo en Palacio. Sin importancia. Al salir, Zulueta me acompaña hasta el ministerio de la Guerra. Hablamos de varios asuntos. No tenemos embajador en Berlín, ahora que ha dimitido Américo Castro. Méndez Vigo bebe los vientos por el puesto. Su mujer ha venido a visitar a la mía y a pedirle que recomiende a su Santiago. También le protege Montiel, el dueño de *Ahora*, hombre de cortos alcances y mucho dinero. El señor Ortega también se interesa por el marido de la Viki.

Zulueta me habla de Sánchez Albornoz para la embajada: don Niceto recomienda a un señor Sales, propietario y diputado, a quien nadie conoce; *pero que sabe idiomas*. Ya quiso darle una embajada, cuando éramos Gobierno provisional. También desea el puesto Salvatella.

Hemos examinado la situación política. Zulueta está muy satisfecho del resultado de ayer. Convinimos en las dificultades que tiene el gobernar con los socialistas, pero hay que llevar la experiencia hasta el fin, o sea, apurar las ventajas de la coalición para que duren estas Cortes. Después Zulueta y yo creemos que se podrá hacer todavía con estas Cortes una concentración republicana, sin socialistas, que podría presidir Lerroux.

—Sin discutir jefaturas, ¿verdad? —me pregunta Zulueta.

—¡Hombre! ¡Claro! ¿A mí qué más me da?

Por la tarde, en el Congreso, asisto a una reunión de la Comisión de Guerra, para conseguir que dictaminen sobre mi proyecto de consorcio de fábricas militares. Hay un capitán de Artillería, diputado y miembro de la Comisión, que está empeñado en que modifique el proyecto reservando al cuerpo de Artillería, como privilegio, la dirección de las fábricas y todos los puestos de carácter técnico. Yo no acepto. El artillero no me deja a sol ni a sombra. Parece que sus compañeros están disgustados, porque se les acaba un momio. Con todo lo restante del proyecto, el diputado artillero estaba conforme; pero en vista de que no accedo a su pretensión, presenta un voto

particular pidiendo que se rechace en bloque la reforma. Han pasado los tiempos en que el disgusto de los artilleros hacía temblar a las esferas.

En las Cortes no ha habido hoy nada de interés. Recibo muchas visitas, e incontables felicitaciones; los radicales están hoy muy expresivos.

Me visita el comandante López Bravo. Es muy torpe, protegido de Goded, republicano, ha hecho en África una carrera rápida. Ahora juega al revolucionario. En un pueblecito de Toledo, donde nació, promovió este verano un barullo alzando a los obreros contra los patronos. Se le sigue causa.

López Bravo no me ha hablado de sus asuntos; me da la enhorabuena por lo de ayer, y agrega que ha sabido, por el general Masquelet, segundo jefe del Estado Mayor Central, que se han hecho trabajos cerca del general Goded para comprometerlo en una conspiración contra la República, y que Goded lo ha rechazado, asegurando que nunca ha sido monárquico, y que está además agradecido al Gobierno por haberle puesto donde está.

Por si la *démarche* de López Bravo no es puramente espontánea y viene como echadizo, yo le contesto que nunca he dudado de la lealtad del general Goded, en quien tengo absoluta confianza, como lo prueba el cargo que tiene por resolución mía.

Las gentes que hacen los «rumores del día» han sacado punta a la visita que ayer me hizo Núñez de Prado. Dicen que le ofrecía la Dirección General de la Guardia Civil, y que él la rechazó. Cuando los periodistas me traen ese cuento, me pongo muy enfadado, y les digo que a los generales no les consulto los destinos que les voy a dar; se enteran de ellos por el *Diario Oficial*.

El efecto de los debates de estos días ha sido mayor en las Cortes que en el público. Porque la prensa no da *aire* al éxito del Gobierno. ¡Si los discursos los hubiera pronunciado Lerroux!

8 de enero

El Sol reproduce mis declaraciones de ayer sobre los destinos de los generales. Me alegro, porque dan buena impresión, y porque los generales, que aspiran a los destinos ahora vacantes, se estarán quietos y no intrigarán.

El Consorcio Bancario nos da una comida al ministro de Hacienda y a mí. Reñidos con Prieto, que los trataba mal y luego se quejaba de que le dejasen solo, los banqueros quieren hacer una demostración de simpatía y lealtad al Gobierno. Están muy contentos con la designación de Carner para la cartera de Hacienda. Algunos me dicen que desde hacía muchos años no habían visto

un ministro mejor enterado. Estos informes coinciden con los que me da el subsecretario, Vergara. «Ahora tengo ministro —dice—, y se despacha el ministerio». Prieto no ha aceptado la invitación para el banquete del Consorcio.

Después de despachar esta mañana con el subsecretario, he puesto en ejecución el proyecto que tenía en suspenso, que es comunicar a Sanjurjo la decisión de cambiarlo de destino. Esta decisión era necesaria, y no la he puesto en práctica precisamente porque los «jabalíes» de las Cortes han vociferado contra Sanjurjo, pidiendo incluso su encarcelamiento, y yo nunca he querido hacer nombramientos o destituciones militares que pareciesen sugeridos, cuando no impuestos, por campañas políticas. Ya me ocurrió con el general Orgaz, que mandaba una brigada en Madrid, y el mismo día que iba a quitarle el mando, *La Tierra* publicó un artículo requiriéndome a que lo destituyese, en vista de lo cual le dejé por entonces en su destino.

Sanjurjo no tenía especial empeño en continuar al frente de la Guardia Civil; antes, se habría alegrado de dejar un puesto de tanto compromiso. Pero relevarlo ahora, aunque sea para darle otro destino, tiene que molestarle, porque a ojos de todos es un castigo.

De Sanjurjo, lo mismo sus amigos que sus enemigos han ido haciendo un coloso: los más creyendo que debe y está en condiciones de presentarse como restaurador del orden social; los otros temiendo que lo haga, y diciendo en público y en secreto que lo va a hacer.

Sanjurjo nunca ha tenido estos pensamientos, pero está sometido a una presión constante, que puede hacerle cambiar. Ahora, su situación es más delicada: primero, porque se ha excedido en declaraciones a los periódicos; segundo, porque la Guardia Civil, que se siente maltratada y reacciona con espíritu de cuerpo, podría querer valerse de Sanjurjo para tomar un desquite. Parece ser que entre los jefes que sirven en la Dirección General cunde mucho esta idea.

En suma: el relevo de Sanjurjo, hasta hace unos días, no era de compromiso, aunque a él no le gustase, porque a los ojos de la opinión, su amor propio no padecía. Ahora, se sentirá lastimado, y por pundonor querrá sumarse al sentir de la Guardia Civil, para que no parezca que *la abandona* cuando es atacada.

Sea como quiera, y pase lo que pase, el Gobierno no puede hacer como que no se ha enterado, y hay que quitar a Sanjurjo de donde está.

Con estos antecedentes, resolví esta mañana liquidar el asunto. Antes de llamar al general estuve solo en mi despacho considerando las eventualidades

que podían presentarse, y tomé la decisión de llevar las cosas a su último extremo, y si el general se engallaba o se resistía, enviarlo desde mi despacho a Prisiones Militares. Acudió el general a mi llamada. Nos sentamos en dos sillas junto a mi mesa; él, de cara al balcón; yo, de espaldas.

Le interrogo sobre la situación de ánimo en la Guardia Civil. Me dice, en sustancia, que por un momento temió que la Guardia Civil *saltase por encima de él*; pero que ya está todo tranquilo, y reinan el orden y la disciplina. Sanjurjo se presenta, por tanto, como un componedor de dificultades, y casi como un árbitro para que la Guardia Civil no se salga del orden. Yo le hago observar que no es exactamente la función del mando, que no ejerce arbitraje ni tiene que salir fiador de nada ni de nadie, sino hacerse obedecer siempre y a todo evento.

Me cuenta sus impresiones del viaje a la provincia de Badajoz y a otras, y del estado de los pueblos. Hay muchos Ayuntamientos socialistas en los que se ha metido lo peor de cada casa. Gente «indeseable» que fomenta el desorden, amedrenta a los propietarios, causa daños en las propiedades y ha de chocar necesariamente con la Guardia Civil. Los socialistas, dice, no deberían estar en el Gobierno, porque su presencia alienta a los que favorecen los desmanes. Sanjurjo hace una pintura muy sombría de la situación en los campos. Cree además que hay un plan para exterminar los pequeños puestos de guardias.

Después le hablo de los rumores que circulan. Le aseguro que nunca he sentido la menor intranquilidad, y esto se lo digo con un tono descuidado y risueño, que sin darle impresión de desprecio, le haga comprender que trato del caso como de una fábula pueril.

Pasamos a otro asunto. Le digo que tengo entre manos una combinación de mandos militares, entre los cuales juegan la Dirección de Carabineros y la de la Guardia Civil. Y que he pensado valerme de sus servicios en Carabineros, porque necesito la Dirección de la Guardia Civil para otro. La noticia le produce mucha impresión, y contra lo que podía suponerse, no la esperaba. Mientras yo iba hablando, el general tragaba saliva, y hacía signos de asentimiento con la cabeza. Cuando acabé, tardó en romper, y como le cuesta mucho trabajo articular una frase, no le oí más que balbuceos, que no significaban nada.

Para ayudarle a hablar, dije yo, como otras veces, lo que él no conseguía decir.

—¿No le gusta a usted?

—No, señor ministro. No me gusta.

—¿Qué le gusta a usted?

—Ya que usted me lo pregunta, le diré, con todo respeto, que solo me gusta la Dirección de la Guardia Civil.

—No me dijo usted eso hace un mes, cuando quisimos nombrarle para el Cuarto militar.

—Sí. Pero es que ahora usted me destituye.

—No es eso. Le cambio de destino. Si yo no tuviera confianza en usted, lo dejaría disponible, como están otros generales de quienes no me fío.

—Las circunstancias harán que, aunque usted no quiera, todo el mundo diga que usted me destituye.

El general estaba muy emocionado, y se le saltó una lágrima. No está, pues, en camino de ir a Prisiones Militares.

Después me preguntó que por qué no mandaba a la Dirección de Carabineros a quien tuviera yo pensado nombrar para la de la Guardia Civil.

—No me sirve lo mismo en un puesto que en otro —le digo.

—Yo le serviré a usted en la Dirección de Carabineros con la misma lealtad que en la de la Guardia Civil; pero…

Aprovecho el momento para decirle que nunca he dudado de su fidelidad, y que si bien unos y otros le traen y le llevan, me consta que es ajeno a esas maniobras. Como habrá podido observar, nunca le he hablado de estas cosas, aunque él no ignora lo que se le atribuye y, mucho menos, lo que se pretende de él. Nunca me ha dado preocupaciones su actitud.

Todo ello se lo digo con tono muy afectuoso, y afectando una frivolidad que se encamina a hacerle ver que no le tengo miedo.

El general lo comprende, quizá demasiado bien; me asegura que siente por mí una gran simpatía, y que así lo dice en todas partes. Si alguien ha venido a contarme que habla mal de mí, es falso. Todo lo contrario: cuando le preguntan cómo le va con el ministro, responde que muy bien, y que entra en mi despacho con más confianza que cuando había un ministro militar. Respecto de su conducta, declara que nunca ha pensado en aventuras; confiesa que le incitan a ello, pero a todos responde que le dejen en paz y aconseja la obediencia. «Yo no tengo ambición —añade—, y, además, a pesar de mi aspecto, no tengo salud, y el día menos pensado, reventaré». (¿De modo que depende de eso? Es la réplica a lo que yo le insinué antes).

Esto es lo esencial de la conversación, que ha durado tres cuartos de hora. El general es muy premioso, yo soy muy locuaz, y puesto deliberadamente a hacer el ingenuo y el «buen chico» le he aturdido a fuerza de palabras.

Después ha insistido en lo doloroso que es destituirlo en estas circunstancias.

—Bueno: lo aplazaré por unos días, si usted me ofrece no decir a nadie lo que hemos hablado.

—Lo prometo.

Ya de pie, él un poco azarado (se abotonaba y desabotonaba muchas veces la americana), yo muy cortés, me dice:

—Yo a usted le quiero mucho como Manuel Azaña.

—¿Cómo ministro, no?

—Como ministro, me trata usted mal.

Le he despedido en la puerta de mi despacho.

He ido después a la presidencia, y recibo muchas visitas.

Vengo a casa, donde he tenido invitados a los ministros de Marina e Instrucción y al subsecretario de la presidencia, con sus mujeres.

Por la tarde voy a casa del Presidente a firmar unos decretos. Don Niceto, dando mucha importancia al caso, y subrayando la premura con que se lo cuenta al Gobierno, me traslada lo que le ha referido el general Queipo: se conspira contra la República; andan en ello algunos generales. Todos los que hay en Madrid se han situado ya en algún bando. A Queipo le han invitado a que tome partido, etcétera, etcétera.

—Se conoce —le digo a don Niceto— que hace tiempo que no está usted rodeado de militares.

En efecto: como yo suponía, Queipo, Legórburu y algunos otros del Cuarto militar son muy inclinados a contar «cuentos de espanto». Como yo no les hago caso, irán ahora a desahogar su corazón angustiado con el Presidente. Le pongo en guardia contra estas alarmas.

—Pero usted reconocerá, mi querido Presidente —dice—, que mi deber es advertir al Gobierno, por lo que valga.

—Claro, claro.

En las Cortes, sesión estéril. No he entrado en el salón de sesiones. Me he tropezado en un pasillo con unos amigos, me he puesto a conversar, se ha hecho un corro, y he estado de pie y hablando dos horas. Me ha servido de descanso y de distracción, por raro que parezca.

Hemos tenido un consejillo. Se ha hablado de las cosas de la universidad.

Conversación con Besteiro, en su despacho. Me elogia mucho los discursos de estos días. Después habla de sus correligionarios los socialistas. Me cuenta que está muy apartado de las cosas del grupo parlamentario, y luego: «No son hombres de gobierno».

El Sol y *Luz* encomian el valor político de mis discursos de estos días, dado lo difícil de la situación. Pero, en general, no tenemos prensa adicta. Casi todos los periódicos republicanos de Madrid son más de la derecha que el Gobierno, y los que son de izquierda, mejor fuera que no existiesen.

9 de enero

Hoy ha sido el banquete del Consorcio Bancario. El Presidente del Consorcio, Barcia, ha pronunciado un discurso, largo y de circunloquios, como suyo. Barcia es bueno; pero sus discursos no lo son tanto, porque la palabra precisa y significante se le resiste. Después de recordar nuestras juventudes, ha hecho largas protestas de adhesión de la Banca al Gobierno y ofertas de colaboración, etcétera. Carner les ha hablado del Presupuesto, y luego yo he soltado un *speech* muy gubernamental, que les ha gustado mucho. Acostumbrados a que Prieto les llamase ladrones, mi disposición debe de parecerles admirable. Ramón Valdés, secretario del Banco Hispano Americano, antiguo correligionario mío en el reformismo, me ha dicho que mi discurso le ha tranquilizado completamente; estaba intranquilo desde mi discurso del hotel Nacional. En suma: he aquí a los banqueros contentos. Quizás barruntan un empréstito.

10 de enero

Hoy ha dado Maura una conferencia política, segundo golpe a su intento de formar un partido conservador republicano. Quiere «atraerse a las derechas». Con poco resultado hasta ahora; las derechas no le perdonan su intervención en el Gobierno provisional. Maura quería marcar, para su público, una diferencia entre su criterio y el del resto del Gobierno en cuanto a las cuestiones de orden público y especialmente en los sucesos del mes de mayo. Se había dejado decir que «iba a hablar claro», como si poseyese algún secreto que hasta ahora hubiese guardado por consideración a nosotros. Varias veces ha empleado la misma reticencia, pareciendo que callaba por prudencia. En rigor nada tiene que callar, y no me parece aceptable, después de gobernar seis meses con nosotros, que ahora diga que él no estaba conforme…

Lo que más le duele, siendo él católico, es que los católicos de *El Debate*, del *ABC*, etcétera, no le tomen en serio y le reprochen haber consentido la

quema de los conventos. Maura pretende ahora que la quema de conventos en Madrid se hizo porque no hubo mano fuerte en la autoridad ni se siguieron sus indicaciones. En la conferencia viene a decir que, por no haberse hecho un escarmiento en la Puerta del Sol, la noche que precedió a la quema, se produjo al día siguiente este suceso. La referencia de Maura es equivocada. La noche de aquel domingo de mayo había, en la Puerta del Sol, unos miles de personas, en su inmensa mayoría curiosos, que gritaban, aplaudían, etcétera. Unas cuantas docenas de exaltados y alborotadores mantenían la agitación y el espectáculo. Por la mañana había sucedido lo del *ABC*, y la víspera habían puesto en libertad a Berenguer, sin conocimiento del Gobierno. Estas eran las causas inmediatas de la excitación pública. Yo estuve aquel día en El Escorial, y volví a las nueve de la noche. Cuando llegué a casa, me llamaron de Gobernación, de parte del ministro, y fui. Allí estaban Prieto y Ríos, y no recuerdo bien si se hallaba presente Casares. La muchedumbre llenaba la plaza. Las puertas del ministerio, cerradas. Yo entré por la calle del Correo.

Algunos pretendían gatear por las ventanas. En el patio del ministerio había un escuadrón de la Guardia Civil. Maura se impacientaba por la terquedad de la muchedumbre que no quería disolverse y quería, a todo trance, sacar la Guardia Civil y hacer un escarmiento. Prieto, Fernando y yo estuvimos cuatro horas luchando con Maura para contenerlo, y llegamos a veces a sujetarlo por los brazos para que no saliera de su despacho a dar órdenes. Le entraban accesos de furor, que por reacción, producía en mí una congelación súbita, como me ocurre siempre que veo a alguien enfurecido. Parece que en tales casos me vuelvo más observador que de costumbre.

Nos llegaron noticias de que en una calle próxima asaltaban una armería. Vino un oficial, de paisano, a decirnos que la Guardia Civil estaba acorralada por los revoltosos y que se enviasen refuerzos. Entonces Prieto decidió ir él en persona a calmar los ánimos. Salió, se encontró a la Guardia Civil, arengó a la gente, pasó por entre los guardias, levantando antes los brazos, se pacificó el lugar, y volvió al ministerio seguido del piquete de la Guardia Civil. Al cruzar el patio de Gobernación, Prieto oyó que un sargento de la Guardia Civil vitoreaba a la República.

Llegó una comisión del Ateneo, «que estaba en sesión permanente» jugando a las revoluciones. Pretendían verme, cómo presidente de la Casa y ministro de la Guerra, para entregarme unas conclusiones votadas por los ateneístas. Yo no quería recibirlos, porque los conozco de sobra, y supuse que

traerían alguna tontería. Mis compañeros se empeñaron en que recibiese a la comisión. Salí a otra sala y hablé con ellos.

Eran Giménez Siles, joven de turbios antecedentes políticos, que pocas semanas antes estaba muy empeñado en ponerme al frente de una sección rusa de la casa editorial que dirige; un tal Peñalba, loco y bufón, hermano del diputado de Acción Republicana, y otros, que no recuerdo. Venían muy sofocados: me dijeron que «el pueblo estaba en la calle» (o que «la revolución estaba en la calle», no recuerdo cuál de estas dos expresiones, pero fue una de ellas), y que era preciso satisfacer a los revolucionarios para salvar la República, amenazada por un complot monárquico. Para esto me entregaban las conclusiones votadas en el Ateneo, que eran: destitución de Maura; disolución de la Guardia Civil; expulsión de los frailes, y alguna otra cosa más: creo que armamento del pueblo.

En otras circunstancias, los habría tirado por las escaleras; pero era conveniente contemporizar. Les dije que yo no podía recibir una proposición que iba contra un compañero de Gobierno, y que las demás cosas, las dejaran al cuidado nuestro, y no embarazasen nuestra gestión, etcétera, etcétera. Les di un poco de palique, con mucha paciencia, y los calmé. Todos tenían mucha confianza en mí. Con estas, rehusé hacerme cargo del papel, para transmitirlo al Gobierno. Entonces me pidieron permiso para hablar al pueblo desde una ventana del ministerio, y dar cuenta de nuestra conversación. Yo les dije que no veía inconveniente, si contribuían a calmar a la gente, y la aconsejaban prudencia, pero que yo no era el dueño de la casa, que hablasen con el subsecretario y le pidiesen permiso. Con esto nos despedimos.

Al poco rato, oí que voceaban desde una ventana, y que la muchedumbre agolpada al pie aplaudía. Giménez Siles estaba leyendo al público las conclusiones votadas en el Ateneo.

Esto lo cuenta Maura, en su conferencia, diciendo que «un ministro» (es decir, yo) autorizó a unos ateneístas para que desde una ventana del ministerio pidiesen su destitución.

En la plaza ocurrieron algunos incidentes penosos. Gentes mal intencionadas, o estúpidas, designaban a las iras de la multitud a quien bien les parecía, diciendo: «es un albiñanista». Y al punto le daban de palos. Desde el ministerio vi cómo aporreaban a un infeliz, al borde de la acera, y ya caído en el suelo se le acercó un sujeto y le descerrajó un tiro. El agresor se retiró tranquilamente, sin que nadie le molestase.

Después de la una comenzó a disminuir el gentío. Los curiosos se iban. Comprendí que allí no iba a pasar nada. A las dos y media solo quedaban

unos cientos de personas. Cuando ya parecía todo acabado, apareció el capitán general, Queipo de Llano, en su coche oficial, llamando la atención, y se puso a echar discursos al público. Por esta fecha, Queipo me tenía ya frito; seguía la tradición de los capitanes generales, que era la de meterse en todo. Le llamé, y le dije que se fuera. A las cuatro, la Puerta del Sol estaba desierta. Entonces llevé a Maura al balcón, le mostré la plaza, y le dije: «¿Ve usted? Nadie. ¿Cuál sería ahora nuestra situación y la de la República si hubiese ahí tendidos unos cuantos muertos?».

Maura no me contestó. Poco después nos separamos. Cada cual se fue a su casa, sin que nadie pensara en nuevos disturbios.

Al siguiente día, teníamos Consejo de ministros en la presidencia. Llegué a eso de las diez, y al poco tiempo, estando allí Maura, nos telefonearon que habían puesto fuego al convento de jesuitas de la calle de la Flor.

La noticia nos desconsoló, porque era lo peor que podía ocurrirle a la República. Y desde aquella hora, comenzó el correr detrás de los incendiarios la policía y la Guardia Civil y los de Seguridad, sin que las elocuentísimas órdenes que, delante de nosotros, dictaba por teléfono el director general, don Carlos Blanco, correligionario de don Niceto y de Maura, sirviesen de nada.

El Gobierno acordó declarar el estado de guerra, contra la opinión de muchos republicanos, que veían con malos ojos que se entregase el mando a los militares. La medida era arriesgada, porque teníamos los mismos mandos (salvo el capitán general) que en tiempo de la monarquía, y los militares podían excederse contra el pueblo o contra el Gobierno. Siendo inasibles los incendiarios, no se le podía ordenar a la tropa que fusilase a los curiosos que aplaudían delante de los conventos en llamas e impedían que los bomberos apagasen los incendios. Lo único que faltaba para producir una catástrofe era que la tropa matase a unos cuantos; la gente se habría revuelto contra el ejército, y nadie puede calcular lo que hubiera pasado.

Estas cosas me han hecho recordar la conferencia de Maura.

Del valor político de su discurso no quiero juzgar. Lo verdaderamente desatinado es lo que dice de Cataluña.

La presencia de los socialistas en el Gobierno le tiene furioso. Hace pocos días se encontró con Largo en el pasillo del Congreso y tuvieron una nueva conversación, bastante violenta, en la que Largo le dijo a Maura que no representa nada en política.

En punto a conferencias políticas, la más lastimosa de cuantas hemos oído o leído estos días es la de don Melquíades Álvarez. Este buen asturiano tiene dos votos en las Cortes: el suyo y el de Filiberto Villalobos. El hombre que

está más solo en las Cortes, el más fuera de su sitio es Melquíades. Pudo serlo todo en España, y por defectos de su carácter se ha quedado en nada. En septiembre del año 23 se jugó y perdió todo su porvenir político. En vez de abandonar la tesis reformista (que nunca tuvo otra garantía que la supuesta buena voluntad del rey) y adscribirse franca y definitivamente a la República, contemporizó, calló, desconfió, como siempre, de los republicanos, tuvo concomitancias profesionales con alguno de los negocios patrocinados por la dictadura, se negó a colaborar con nosotros cuando le invitamos a ello, entró en la comparsa «constitucionalista» con Villanueva, Sánchez Guerra y otros, para salvar a la monarquía, y su conocimiento de las cosas y su instinto político fueron tales que *en marzo de 1931*, encontrándose con Amós Salvador en la puerta del Ateneo le dijo: «Bueno, pollo: ya he visto que se ha hecho usted republicano». ¡Qué inoportunidad! El hombre se imaginaba que iba a gobernar con el rey.

Si don Melquíades hubiese tenido más valor, más talento o menos egoísmo, la primera figura de la revolución hubiera sido él. Como otras muchas gentes conspicuas del antiguo régimen, procuró no comprometerse durante la dictadura, para ser útil en cualquier evento y no hacerse incompatible con ninguna solución que prevaleciese al caer Primo de Rivera. Como casi todos los que han seguido esa conducta, Melquíades solo se ha hecho incompatible con la República. Da risa pensar que este hombre, antiguo tribuno de la plebe, haya necesitado algunos meses de República para decir por fin que él también es republicano.

Su discurso en las Cortes durante el debate de la Constitución fue muy bueno y a nadie le importó. La conferencia del otro día ha sido de un conservatismo extremado; sus propios amigos andan diciendo por ahí que es el peor discurso que le han oído y el que más ha gustado al auditorio. Así al menos opina su veterano secuaz Leopoldo Palacios Morini.

Melquíades no se atreve a hablar en la Cortes, porque no le hacen caso, y ahora, al cabo de tres meses, ha dedicado buena parte de su conferencia a refutar mi discurso de octubre sobre el artículo 26 de la Constitución. Entonces no dijo ni pío, y ahora lo combate, sin nombrarme. Asegura que entonces no habló, porque en el Gobierno había quien estaba llamado a hacerlo (Alcalá-Zamora) y no lo hizo. Esta disculpa es característica de don Melquíades.

En su conferencia me atribuye la tontería de haber dicho, en mi discurso de octubre, que España dejó de ser católica el 14 de abril, y, claro, se luce refutándolo. Una cosa igual ha hecho Unamuno en un artículo de *El Sol*. ¿Lo

habrán entendido así realmente, o serán recursos de polemista? En el fondo, lo mismo da.

11 de enero

En el ministerio de la Guerra he despachado brevemente. Después he ido a Gobernación para hablar con Casares de lo que dice *ABC* y *El Heraldo*. Le encargo que digan a *El Heraldo* que no vuelva a hablar del general Sanjurjo.

En la presidencia, recibo muchas visitas de pretendientes.

Por la tarde voy al Museo de Ingenieros, a ver la exposición de anteproyectos para un nuevo cuartel en Madrid. Después voy a casa de Lissarraga a comprar muebles para la presidencia del Consejo. Y de nuevo al ministerio de la Guerra, donde me entregan el mamotreto que ha escrito la Comisión interministerial que nombré para que dictaminase sobre los problemas de la Aviación. Solo recordar este asunto me da dolor de cabeza, y ahora tendré que leerme todo eso. Y no servirá para nada porque la cuestión no tiene arreglo.

La cuestión de la Guardia Civil viene pasando estos días por su período inflamatorio. Los que temen y los que esperan, todos coinciden en asegurar que la Guardia Civil se apresta a dar un golpe contra la República, o por lo menos contra el Gobierno. Se han hecho manifestaciones de simpatía a la Guardia Civil en la Dirección General, y esta oficina es un centro de intrigas. Indudablemente, en la Guardia Civil, hay algunos jefes que aborrecen el sistema actual y que se van de la lengua profiriendo amenazas.

Por una confidente se ha sabido que un teniente coronel llamado Brotons, o cosa así, afirma que la Guardia Civil de Madrid está dispuesta a sublevarse para echarme a mí del Gobierno y a los socialistas; pero que continúe la República.

Otros han venido a decirme que de la Dirección General han enviado pliegos a provincias para recoger firmas de todos los jefes y oficiales, solidarizándose con Sanjurjo. Un capitán, llamado Izquierdo, ha estado en mi Gabinete militar y le ha dicho al comandante Saravia que tenía encargo de llevar unos pliegos a Málaga.

Parece ser que algunos oficiales hacen propaganda entre los guardias, diciéndoles que el Gobierno se propone disolver el cuerpo.

Yo hablé el otro día con el coronel Juncosa, que manda el 14 tercio. Juncosa es amigo mío desde la niñez. Es bastante soso, y no saqué nada en

limpio, como no sea que hace poco ocurrió algo entre los guardias de su tercio.

Por otra parte, se ha sabido que el otro día, el hijo de Sanjurjo, capitán de Infantería, que tiene sobre su padre una influencia sin límites, despotricaba contra mí en los pasillos de la Dirección General, diciendo que ahora se vería si era yo bastante hombre para destituir a su padre. Este joven, y algunos jefes de la Guardia Civil, empujan a Sanjurjo para que haga una barbaridad. Y él se resiste.

En esta situación yo permanezco como un cazador, en un silencio y en una inmovilidad absolutos; pero con cien ojos. Algunos me aconsejan que tome la iniciativa y que descargue un golpe, dejándolos aplastados. Pero esto no conviene. Sería un escándalo, que dejaría a la República maltrecha, y solo en caso extremo, cuando viese el peligro inminente lo haría. Para la autoridad del régimen, tanto daría que la Guardia Civil se insubordinase como que tuviera que sitiarla y desarmarla por la fuerza. Estaríamos en pleno americanismo, y hay que evitar, si es posible, un espectáculo así.

Indirectamente he sondeado a algunos jefes de la guarnición de Madrid. Los coroneles de la Artillería de Getafe y Vicálvaro dicen a Saravia que ellos harán lo que les mande el Gobierno. Con el regimiento a caballo también se puede contar. De la Infantería, sé que está bien el coronel de un regimiento. De los otros, no tengo noticia. La brigada de Alcalá la manda mi primo García Benítez. La exploración importa, porque no es cosa baladí tener que echar al ejército contra la Guardia Civil.

Algunos coroneles de la Guardia han hecho conversación de sus asuntos con jefes del ejército.

Conversación con el comandante Pastor, jefe de Aviación. Las opiniones en Aviación, entre la oficialidad, o son muy de izquierda o muy de derecha. El jefe de Getafe es bueno, entendido y adicto; pero cree Pastor que si hubiera de hacerse algo violento contra la Guardia Civil, quizá vacilase. Pienso en otro, más seguro.

Lo más difícil, en estas cosas, es conservar la serenidad y la lucidez del juicio. Las gentes que me rodean en el ministerio están muy preocupadas, y dicen que desde abril no han visto una dificultad más seria. Por su gusto, ya habría hecho una de pópulo bárbaro.

Hoy ha vuelto a hablarme Saravia de un vago asunto de envío de armas desde Los Alcázares a Madrid. La noticia se tiene por un cabo de las tropas de Aviación que hay en Los Alcázares. Las armas han venido a una casa de Aravaca. Esto no tiene nada que ver, es claro, con lo de la Guardia Civil.

Sería más bien un asunto comunista o cosa así. Tenemos un servicio especial que nos hace Valdivia en la Dirección General de Seguridad, con independencia de la policía, que sirve de poco. Todo esto es aún muy confuso. Parece que en ello anda el comandante Burguete, jefe de Los Alcázares, que es muy torpe y muy exaltado. Pero aún no se le puede probar nada.

Por la tarde me he encontrado con Ortega (José) en un pasillo del Congreso. Estaba yo hablando con el general Riquelme, que ha venido a Madrid a pedirme la Dirección General de Carabineros. Riquelme me decía que le faltan dos generales en Valencia. «Ya están haciéndolos», le respondí. Ortega se echó a reír, y me dijo: «A ver cuándo tengo ocasión de hablar con usted». «Ahora mismo», contesté, y nos fuimos a mi despacho.

Me dice que ha estado ausente, y desea conocer la situación de la política. Hablamos de todos los asuntos pendientes, y también de la Guardia Civil y de la actitud de Sanjurjo. Yo le cuento lo que me propongo hacer, y los términos en que estoy con el general: Ortega opina que al general le conviene estar una temporada apartado del mando, para que no le traigan ni le lleven.

La conversación ha durado media hora, y al marcharse, me hace muchos ofrecimientos para cuanto yo necesite de él.

Esta noche, *El Heraldo* ya no habla de Sanjurjo. El general ha comido el otro día con Lerroux, parece ser que por gestiones oficiosas e indiscretas de dos amigos de aquellos. Los periódicos han querido sacar punta a la reunión, y Lerroux, al ser preguntado sobre ello, ha cometido la tontería de decir: «Yo no aceptaré nunca el poder más que por la vía constitucional».

Lerroux, que con toda su experiencia carece de verdadero *mundo*, se pone un poco en ridículo hablando continuamente de que «gobernará», de que «llegará al poder», etcétera, como un jovenzuelo ambicioso de provincias.

12 de enero

Antes del Consejo de ministros ha venido a verme Galarza, subsecretario de Comunicaciones.

Me informa del conflicto pendiente con el personal de la Telefónica. Martínez Barrio se metió a arbitrar el pleito entre la empresa y su personal, y ha dictado un arbitraje concediendo a los empleados cuanto pedían, o poco menos. Procedió con ligereza, y nunca tuvo en el ministerio verdadera autoridad, subordinado a los sindicatos. El estado del ministerio, todavía sin organizar, es lastimoso. Galarza me dice que el arbitraje es «una

monstruosidad» y no puede aplicarse íntegro. La Telefónica ha interpuesto un recurso ante la presidencia, que Galarza me trae informado. Niega la Telefónica que haya habido arbitraje, y no se considera obligada por él. A Martínez Barrio no se le ocurrió exigir a la compañía que firmase la sumisión a su fallo.

Albornoz lee en el Consejo el proyecto de decreto disolviendo la Compañía de Jesús. Lo lee con énfasis, quitándose y poniéndose las gafas muchas veces, y ahuecando la voz para dar explicaciones que no explican nada. El preámbulo es muy discutido y se acuerda que lo reduzca o lo suprima; también se modifican algunos artículos, quitando vejaciones inútiles. Lo traerá otro día. El Nuncio me ha visitado en el ministerio de la Guerra para explorar las intenciones del Gobierno. Yo le dije que el decreto sobre la Compañía estaba ya casi hecho, y que la ley sobre las congregaciones y cultos iría más despacio.

El Nuncio quería que se tratase con Roma antes de hacer nada con los jesuitas, y me aseguró que Roma estaba dispuesta a la transigencia; transigir llama él a que se reduzca el número de casas en España. También me suplicó que no fuésemos muy aprisa, que diésemos tiempo al tiempo, etcétera. Quizá confía en un cambio de Gobierno. Me limité a decirle que hemos de cumplir la Constitución.

En el Consejo, Carner habla de la situación del cambio. No es posible seguir defendiéndolo en el Centro de Contratación. Cada día hay un déficit de un millón de pesetas entre la moneda extranjera que piden y la que podemos dar. Estamos, de hecho, en una moratoria. Y no se puede seguir exportando oro. Hay que dejar el cambio libre, y la peseta perderá.

Después hablamos del Presupuesto, que no bajará de los cuatro mil millones, y de la mengua de los ingresos.

Prieto dice: «Hemos estado bajo el efecto psicológico de mi salida de Hacienda y de mi acertada sustitución por el señor Carner. Pero el efecto se agota, y el señor Carner se derrumbará, como me derrumbé yo, si todo el Gobierno no está compacto junto al ministro de Hacienda para nivelar el Presupuesto, que es lo más útil que puede hacer el Gobierno para mejorar los cambios».

Yo: «Tengo que hacer a eso una observación: si el Gobierno no está compacto, el Gobierno dejará de existir. Mi presencia en este sitio no tiene otra significación».

La Bolsa vuelve a subir, pasada la alarma de estos días. Mi discurso en el banquete del Consorcio ha causado muy buen efecto, y un alto funcionario del

Hispano, que va a la tertulia del Regina, les ha dicho a mis amigos que los banqueros están muy contentos, y un poco asombrados al descubrir que no soy «un ogro». Lo mismo que las señoras beatas.

He tenido firma con el Presidente de la República. Hablamos del asunto de la Guardia Civil y de Sanjurjo. Los militares que rodean a don Niceto también le cuentan cuentos. Y el Presidente me consulta sobre la conveniencia de hacer saber a Sanjurjo, directa o indirectamente, que si intentan algo contra el Gobierno, tengan entendido que también se llevarán por delante a don Niceto, que resistirá cuanto pueda, y si es vencido, dejará el cargo y se marchará al extranjero.

Me opongo terminantemente a que se haga ninguna gestión presidencial cerca de Sanjurjo; esto sería viejo estilo, y dejaría además al Gobierno *protegido* por el Presidente. Don Niceto se allana; pero desde mi casa, le reitero por teléfono mi opinión, para que no se le olvide.

En las Cortes, Botella y Albornoz se han tirado los trastos a la cabeza. Y son del mismo partido.

Guzmán ha venido a verme esta noche y me ha contado cosas de interés. En la redacción de *Ahora* ha hablado con Leopoldo Bejarano, periodista íntimo de Sanjurjo. Guzmán ha ido a la redacción llamado por Chávez Nogales, redactor jefe, amigo nuestro, que ha creído necesario que Guzmán oyese a Bejarano para después enterarme a mí.

Bejarano dice que, desde hace pocos días, encuentra a Sanjurjo muy cambiado. Antes, a pesar de todo lo que se decía de él y cuanto le decían y proponían, Sanjurjo estaba sereno; pero ahora le ve muy preocupado y caviloso. Bejarano ha aconsejado siempre a Sanjurjo que no se metiera en aventuras y se estuviese tranquilo, porque ese es su verdadero interés, y su alarma de hoy viene precisamente de que no lo ve tan seguro. Cuando le repite sus consejos, Sanjurjo contesta con evasivas. Y le ha dicho a Corrochano, otro periodista de su intimidad, que «Azaña le ha destituido sin darle explicaciones». (Este es el secreto que me prometió guardar).

Preocupado con esto, Bejarano fue a hablar con Ortega, para que inquiriese de mí lo que pienso hacer con Sanjurjo, y para que diese también un buen consejo al general. Al oír esto, recuerdo la visita que me hizo ayer, y su falta de franqueza al disimular el móvil de sus preguntas. Cuando le vea se lo diré.

Comentamos largamente la situación. Guzmán me dice que he sido un valiente dejando a Sanjurjo en la Dirección de la Guardia Civil, después de decirle que le cambiaba de destino. Le respondo que no hay valentía, porque

no veo el riesgo inminente; tampoco era posible, no teniendo ningún hecho que me permita confundir al general, destituirlo por sorpresa, que le hubiese agraviado, y que aun haciéndolo así, no se habría evitado un acto de insubordinación, si están decididos a ello, cosa que me cuesta trabajo creer, y que si hemos de «llegar a las manos» más vale ventilar la cuestión de una vez, que no dejarla soterrada para otro día. El estupor que le produjo al general mi determinación me gusta y me tranquiliza, y prefiero, estando alerta, hacerle ver que no me da cuidado lo que piensa.

Un periodista de *El Heraldo*, que tomó por suya la protesta de algunos suboficiales cuando se hizo la ley que los reorganiza, ha llevado a visitar a Sanjurjo una comisión de sargentos, que se le presentan como muy adictos. El periodista hace el tonto, porque los sargentos son confidentes, aleccionados por mi Gabinete militar. También sabemos por ellos lo que hace Orozco, coronel de Artillería retirado.

17 de enero

El Presidente de la República se fue a Alicante. Acudimos a despedirlo en la estación. En la sala de espera, Sanjurjo, con otros muchos personajes oficiales. Fui dando la mano, y al llegar a Sanjurjo, noté lo torvo que estaba. Sonriendo le dije, al saludarme: «General, tengo un *disco* para usted. Véame mañana». Él, entonces, se puso muy fino y amable. Al día siguiente no pude verle, y ayer le llamé a mi despacho. El *disco* era una tontería («una metedura de pata», dice el general) que ha hecho un comandante de la Guardia Civil en Valladolid. Ya se figuraba el general que le llamaba para eso. Y después le toqué en la herida.

—Alrededor de usted se está haciendo una campaña, sin culpa de usted, que le coloca en situación difícil.

El general lo reconoce y asegura una vez más que es ajeno a todo.

—Lo sé. La prueba es que le dejo seguir en la Dirección General, a pesar de que se ha disgustado por el cambio.

Después el general enumera todas las razones que tiene para no hacer caso a los que quieren valerse de su nombre. Entre otras, hay esta: que no quiere deshonrar la historia de la Guardia Civil, siempre leal desde que se creó. «Si yo tuviese ganas de hacer algo, antes lo haría con un regimiento que con la Guardia Civil». Y esta otra: «Que si la Guardia Civil hiciese algo y triunfase, *el que viniera detrás* ya no se fiaría de ella, y la suprimiría».

Le digo que su deber no es simplemente desoír a los *tentadores*, sino reducirlos al silencio.

Y añado que si, en una hipótesis desgraciada, se produjese un movimiento que arrollara al propio general, las consecuencias serían terribles, porque al día siguiente muchos puestos de la Guardia Civil serían exterminados por esos pueblos, multiplicándose el caso de Castilblanco. (Y esta es una de las razones, quizá la de más peso, que tengo para no tomar una iniciativa violenta contra la Guardia Civil; en cuanto en los pueblos se enterasen de que el Gobierno la perseguía o la castigaba, se revolverían contra ella, de un modo sangriento).

La conversación, breve, ha girado sobre los mismos temas que el otro día. Al despedirse, el general dice:

—Estoy triste, pero ya me alegraré.

Mientras tanto, he hecho venir del norte a un capitán de la Guardia Civil que realizaba un viaje confidencial. Es hombre de absoluta confianza. Le he encargado a Casares que haga circular por los centros de la Guardia Civil al capitán y que nos informe. El capitán ha venido a decirnos, después de sus exploraciones, *que no pasa nada*.

Mis últimos informes son: que en la Dirección General se ha celebrado una reunión de jefes de la Guardia Civil, presidida por el subdirector, general Pardo. Se ha planteado el caso de lo que debían hacer, y el general Pardo les ha dicho que, en plata, se trataba de saber si estaban con el Gobierno o contra el Gobierno. Uno de los presentes ha contestado que le correspondía al general decir la palabra decisiva. Pardo ha dicho:

—Siempre con el Gobierno.

Y todos han seguido su opinión.

Este mes resulta muy abundante en *festejos diplomáticos*. Nos invitan en la embajada de Francia, en la de Italia, en la legación del Uruguay; el encargado de negocios de la Argentina nos da de cenar en el Ritz con Danvila, de paso para Buenos Aires, y en algunos sitios más. Casi todos los diplomáticos son monárquicos. En la embajada de Italia, rodeado de fascistas, hablo con el ministro de Turquía, que es poeta, y con el de Noruega, que es un viejo un poco ibseniano. El embajador de Italia llegó a Madrid pocos días antes de la revolución; es tonto; su mujer, guapa y lista, era muy amiga de la reina, y por ello tuvieron mucho empeño en venir a Madrid. Están muy contrariados, claro.

Estas gentes no disimulan su asombro cuando un republicano sabe hablar francés.

El más simpático es el embajador de Inglaterra, que también nos ha obsequiado con un suculento banquete de gala. Le gusta mezclarse con la *plebe* en los paseos y espectáculos de Madrid, sabe muchos *timos* madrileños, y se complace en alusiones eróticas. Me habló de la devolución de las alhajas particulares de la reina. De esto me ha hablado también Pérez de Ayala, que vino a despedirse de mí anoche. Me felicitó por mis discursos en las Cortes, y me preguntó, no como embajador, «sino como novelista», si era verdad que yo le había ofrecido a Madariaga la cartera de Hacienda. Le dije que sí. Parece ser que Madariaga comunicó nuestra conversación por teléfono a los que estaban con él, y también a Ayala, cuando pasó por París, camino de España. Ayala no quería creerlo porque, a su juicio, Madariaga es muy infatuado y trepador. Se ha creado el mito de Ginebra para ser importante en Madrid.

Me preguntó además Ayala si voy a ir a la conferencia de Ginebra. Le respondo que no, porque la situación de España no me permite alejarme de aquí. Ayala dice que Madariaga quiere llevar a Ginebra a cuantos más ministros españoles pueda, para darse importancia, y que ahora pretende llevar a tres, como sujetos por una cuerda en el hocico. Ayala me aconseja que no haga caso de lo que me diga Madariaga, y que antes de decidir si voy o no a Ginebra aguarde a lo que él, Ayala, me diga (o sea, que debe ser él quien me guíe, y no Madariaga. Pienso dejarlos iguales a los dos).

23 de enero

Estos días son muy agitados. Se ha producido un levantamiento comunista-anarquista en la Zona de Marruecos, dirigido por la FAI y secundado por la CNT. Banderas rojas, asalto de fábricas, barricadas, etcétera, etcétera. Se venía anunciando este suceso para el día 25. El ministro de la Gobernación comenzó a ordenar detenciones. Anteayer por la mañana me telefoneó diciendo: «Se nos han adelantado». Y me contó lo que ocurría. Aquella mañana tuvimos Consejo en Palacio, como segundo jueves del mes. Informé al Presidente de lo que sucedía y de los antecedentes que teníamos, y mostré mi resolución de proceder con toda rapidez y con la mayor violencia a reprimir la rebelión. Como Fernando me oyó decir que se fusilaría a quien se cogiese con las armas en la mano, quiso disentir; pero yo no le dejé, y con mucha brusquedad le repliqué que no estaba dispuesto a que se me comiesen la República. Todos los demás ministros aprobaron mi resolución. Desde la misma sala del Consejo hablé por teléfono con el general Batet ordenándole

que enviase una columna al lugar del suceso, con instrucciones inexorables para aplastar a los levantiscos.

En el Consejo se aprobaron otras medidas relativas al orden público. Por cierto que al salir del Consejo los periodistas interrogaron a Prieto sobre lo acordado, y Prieto repuso que sin mi permiso no podía hablar. Los periodistas se me acercaron para pedirme que diese autorización a Prieto, y yo se la di. Entonces, les habló. Los periódicos refieren el caso, que ha parecido muy bien, porque prueba que he disciplinado a los ministros más lenguaraces.

La conjuración de los extremistas era muy vasta. Por fortuna, se ha podido cortar a tiempo, porque teníamos en la mano los hilos.

Recibimos informes del extranjero (Berlín, Viena) haciéndonos saber las conferencias de los delegados rusos con emisarios españoles, y las líneas generales de lo que nos decían desde fuera coincidían con los informes recogidos por los gobernadores.

Anoche estuve en Gobernación. El ministro permaneció todo el tiempo al habla con provincia. Desde Sevilla llamó Sol por el telégrafo Hughes, y Casares me trajo la cinta de la conferencia. Decía Sol que había empalmado su teléfono con la línea de Barcelona y de este modo acababa de oír a Pestaña dar la orden de huelga general para hoy. En el acto, Sol ha detenido a los que hablaron con Pestaña, y ha tomado precauciones. Ya, hoy, me dicen que Pestaña ha enviado telegramas «en claro» a Sevilla, mandando suspender la huelga. Pero nos suponemos que esto será una habilidad, un poco simple, para despistar. En Gobernación estuvimos deliberando si se detenía o no a Pestaña; Esplá era partidario de detenerlo; pero Casares, con más tino, opinó lo contrario.

El día del Consejo en Palacio, vine después al ministerio de la Guerra, y hablé de nuevo con Batet. Entonces le reiteré mis órdenes de celeridad y energía, y fue cuando le dije que entre la llegada de las tropas y la conclusión de los sucesos no debían pasar más de quince minutos.

En las Cortes he tenido un gran éxito. Voto de confianza, propuesto por Maura. Como se disponían a votar la confianza los de la extrema derecha, me levanté de nuevo para decirles que no los necesitaba.

El día de hoy es más tranquilo. He despachado brevemente en Guerra y después he ido a Correos a presidir una ceremonia bastante tonta, organizada por *Crisol*, ahora *Luz*; entregar a los cuerpos de Correos y Telégrafos una bandera republicana, porque en Correos se izó la primera el 14 de abril.

La ceremonia podía ser una encerrona, porque los directores generales se disponían a echar sendos discursos exponiendo las reivindicaciones de sus

subordinados. Les dije que no hablasen. Nos recibieron con muchos aplausos. Leyó un papel el director de *Luz*. Habló Casares, haciendo quizá demasiadas promesas al personal, y hablé yo, predicando disciplina, trabajo y abnegación por el Estado. Me aplaudieron muchas veces, aunque no era eso lo que esperaban.

Al salir, uno de los funcionarios le dijo a mi ayudante Menéndez: «Es muy duro el Presidente».

—¿No les ha gustado a ustedes?

—Sí, ha estado muy bien; pero es muy duro. ¿Es siempre así?

Después de este festejo, voy a casa del Presidente de la República, a ponerle a la firma el decreto de disolución de los jesuitas, aprobado en uno de los últimos Consejos. Albornoz quería que se publicase antes de concluir la semana parlamentaria, esperando sin duda que las Cortes le hiciesen una ovación. Yo lo he retrasado hasta conocer la marcha de las cuestiones de orden público, y le dije que lo firmaría hoy, pero reservándome el enviarlo a la *Gaceta* según viese las cosas.

He leído el decreto a don Niceto; lo ha encontrado bien, dado lo que es el artículo de la Constitución. El momento no le parece muy a propósito para publicarlo. Y me hace notar que lo firma sin repararlo en una tilde.

Don Niceto se me queja después de algunos ministros, que no le quieren, o no tienen confianza en él: son Casares, Carner y Fernando. Su prevención respecto de Casares y Fernando es añeja; la que siente por Carner proviene sin duda de que Carner fue el primero que torció el gesto cuando don Niceto nos habló de su proyectado mensaje a las Cortes.

De Giral me dice que «hace muchos años que riñó con la franqueza».

Se queja de que no le hacen bastante caso. De los sucesos de Castilblanco se enteró por los periódicos.

Yo procuro quitar importancia a esto, y desvanecer sus prevenciones contra los ministros, asegurándole que todos le quieren mucho.

He pasado la tarde en El Pardo, paseándome por el jardín de La Zarzuela. Maravilloso día. Después he ido a visitar a mi hermana, a quien no veía desde noviembre. A las ocho, voy a la presidencia, despacho una porción de asuntos, hablo por teléfono con Casares para saber cómo van las cosas, y antes de regresar a casa envío al ministerio de Justicia, para que lo publiquen mañana en la *Gaceta*, el decreto de los jesuitas.

Y ya no salgo esta noche.

Aunque el Presidente de la República cree que no es oportuno publicar ahora el decreto, yo opino lo contrario. Doy una impresión de desembarazo y

seguridad, y precisamente estos días en que he de ser riguroso con la extrema izquierda, me conviene serlo también con los del bando opuesto.

Por vía indirecta me llega el deseo de don Juan March de tener una entrevista conmigo. Asegura que él no ha hecho ninguna de las cosas malas que le imputan, ni ha sido nunca contrabandista. Está deseando servir a la República y apoyar al Gobierno, las indicaciones se las ha hecho a Amós, que se ha escandalizado, y al emisario le ha dicho que yo nunca recibiría a March.

Amós se equivoca. El asunto de los portugueses ya no puede hacerse por mediación de E., y pienso que quizás este otro se prestaría a servirlos, y que les pusiese después la cuenta a ellos. Quienes resultarían gananciosas serían la República y España.

Barcia vino a decirme que Mario García Kohly quería hablarme de un asunto reservado y particular, y que si yo le recibiría. Le di cita, y ha venido al ministerio de la Guerra. Me ha hecho una larga historia de la política de su país y me pide auxilio moral y económico de España para su candidatura a la presidencia de la República. Enumeración de las ventajas económicas resultantes para España.

Este asunto es difícil de acabar, porque no hay dinero para una política exterior de gran estilo. Pero lo intentaré. Estas son las cosas que a mí me gustaría hacer; pero váyale usted con estos cuentos a los «jabalíes».

Alberto J. Pani, que deja la embajada de México en España para ser ministro de Hacienda en su país, ha dado una cena en honor del Presidente de la República. Asiste casi todo el Gobierno, con las ministras.

Una lleva el pelo cortado hasta las orejas, y lo restante muy alborotado y enhiesto, como si acabara de leer un decreto de su marido.

Cuando se acabó la cena, a Carner se le habían caído los dos botones de la pechera. A Prieto no se le había caído más que uno, y al dejarse ir sobre un sillón dijo, poniéndose un dedo en el botón que le quedaba: «A ver si puedo sentarme sin que se me caiga».

Los Pani viven en una casa fastuosa, que fue de Koherthaler. La embajadora enseñó la casa a las señoras.

27 de enero

El Nuncio ha venido a verme, y me entrega tres notas verbales sobre la disolución de la Compañía. La primera es una protesta, muy larga, con

argumentos numerados. Viene a ser lo mismo que el discurso de Lamamié en las Cortes. La nota no es detonante ni trae ganas de reñir, y las palabras con que el Nuncio me hace la entrega son más de aflicción que de protesta. «Cumplo un deber como representante de la Iglesia…». Hablamos largamente. Yo le digo una cosa que él no ignora: que si la Iglesia sale de todo esto sin más pérdida que la disolución de los jesuitas puede darse por satisfecha.

Las otras notas se refieren al seminario de Comillas, que no es de los jesuitas, sino del Papa, y a la situación en que quedan los jesuitas enfermos y ancianos; pide que se les conceda pensiones.

También me ha visto Herbette. Trae unas notas sobre cuestiones comerciales y pretende que se abran en seguida las negociaciones. Deja entrever medidas del Gobierno francés en daño de nuestro comercio, si no se le satisface. Le digo que hablaremos; pero que, en París, Zulueta ha tenido una entrevista con Laval y en ella el Presidente francés ha aceptado que se resuelvan primero las diferencias hispano-francesas causadas por el régimen de «contingentes», y que después se entablará una negociación más amplia y general.

Este embajador pretende ganar terreno a fuerza de ser amable, cortés y amistoso conmigo, y creo que lo mismo hace con Zulueta.

Después ha tenido una conversación con el subsecretario de Estado; Ocerín me dice que ha sido *agridulce*.

Zulueta se ha marchado a Ginebra. Yo no voy, decididamente. También se han ido Giral y los otros delegados, menos Ramos.

En cuanto se ha marchado Zulueta, don José Ortega ha dimitido la presidencia de la Comisión parlamentaria de Estado. La carta de dimisión dice que no puede continuar en el cargo por sus muchas ocupaciones; pero le ha contado a un periodista, que lo publica en *El Sol*, que se ha enfadado porque Zulueta, antes de ir a Ginebra, no ha reunido a la Comisión parlamentaria para darle cuenta de lo que se proponía hacer en la conferencia.

Zulueta me ha hablado por teléfono, y está muy molesto con Ortega, porque siendo amigo suyo le coloque en una posición desairada, pues la nota de Ortega parece una desautorización. El ministro no tiene atribuciones para convocar a la Comisión; es la Comisión quien puede llamar al ministro. Lerroux tampoco compareció ante la Comisión cuando fue a Ginebra, y envió a Esplá: Zulueta quiere que Ortega retire la dimisión, o rectifique la nota, y si no lo hace, que se publique una rectificación oficiosa. «Ortega —dice Zulueta

— no es hombre de lucha». Le gusta el aplauso de todos, y no querrá afrontar una enmienda de este género, que le sabrá a un palmetazo.

En Marruecos, las cosas se echan a perder entre las autoridades superiores. El comisario y Cabanellas están a matar, y asimismo el comisario y el jalifa. Cuando cesó Sanjurjo en la Alta Comisaría, y después de muchas vacilaciones se nombró a López Ferrer para sustituirlo, se me ocurrió el nombre de Cabanellas para el mando de las fuerzas militares. Había tenido acierto en Andalucía, pasa por buen republicano, y no es un *santón* de los que pueden resultar peligrosos. Maura quería que nombrásemos al general Franco, y otros a Goded. Se nombró a Cabanellas, y López Ferrer le hizo creer que le debía el nombramiento. Estaban muy amigos, y podíamos prometernos que se las arreglarían sin disputar. Pero no han tardado en enemistarse. Rivalizan por cuestiones de precedencia y celos entre sus estados mayores. Los amigos de López Ferrer dicen pestes del general; los del general y el propio Cabanellas abominan del comisario. Las cartas que tengo de López Ferrer son muy expresivas acerca de esto. López Ferrer parece algo dominante, lo cual no es un defecto en su cargo, y aunque nadie le tacha de inmoral, parece que sus dos principales auxiliares son pájaros de cuenta. Se dice que venden los destinos. Todo esto ha creado muy mala atmósfera para López Ferrer, y así se vio durante el viaje de Fernando de los Ríos a la Zona.

Por su parte, los partidos políticos hacen cuanto pueden por complicar las cosas: van allí a plantear contiendas que solo son admisibles en la Península, pero no en un protectorado. Pérez Madrigal ha dado un mitin en Arcila contra Lerroux. Marraco, lerrouxista, ha pronunciado un discurso en Alcázar diciendo que España está preparada para ocupar la Zona francesa si nuestros vecinos tienen que abandonarla. Se hace propaganda socialista y comunista entre los indígenas. Y a la Zona va la hez de España. Melilla es una sentina.

El jalifa está incomodado con López Ferrer porque le ata muy corto y no le deja meterse en nada. También hay «moros notables» que desacatan al jalifa. En fin, nada bueno.

He decidido quitar a Cabanellas y ya le he llamado a Madrid; lo utilizaré para sustituir a Sanjurjo. También he removido al coronel Zapico, secretario general de la Alta Comisaría, que estaba muy mal con López Ferrer, y el inspector de policía, etcétera.

Ahora tengo que quitar a los adláteres de López Ferrer, que hacen daño. Es posible que esto le disguste, y le mueva a dimitir, cosa que no deseo; pero con gente corrompida no se le puede dejar.

Me llegan noticias más concretas de algo que se tramaba en Los Alcázares. Un cabo de aquella base ha declarado ante Valdivia, secretario de la Dirección de Seguridad, que Burguete, jefe de la base, tramaba un golpe con un capitán, y que hablaron a un sargento para que sacase los aparatos a la línea, y el sargento se negó. De Los Alcázares han traído armas a Madrid en cuyo acarreo trabajó el cabo, dejándolas en una casa de Aravaca, que se supone que sea la del padre del comandante Burguete, es decir, el general. Pero el general, ausente, ignoró lo que hacían en su propia casa. Seguiremos tirando de este hilo.

29 de enero

La discusión de la ley de Fábricas Militares ha durado casi ocho días. Se han dicho muchas tontunas. Lo más notable ha sido mi trifulca con el general Fanjul, diputado. Los artilleros estaban algo picados en razón de mi proyecto de ley, que es el medio de acabar con la independencia del cuerpo en la administración y gerencia de las fábricas, donde vienen haciendo mangas y capirotes, pero no armas. Un diputado radical, artillero, ha combatido el proyecto invocando la «gloriosa tradición». El general Fanjul, con quien yo había conversado dos o tres veces en los pasillos acerca de este asunto, se permitió decir en un discurso que el proyecto de ley iba a disgustar a la Artillería, que ya no sería mañana como fue ayer, etcétera. Me levanté a dar un recorrido a Fanjul, y se lo di completo; mi discurso fue violentísimo, más que por las palabras, por el acento con que se lo dije, y que le «redujo al silencio». En la discusión general he pronunciado otro discurso sobre la situación del ejército[31].

Fanjul es un antiguo diputado ciervista, cacique en la provincia de Cuenca. Cuando yo llegué al ministerio de la Guerra, Fanjul ocupaba un alto puesto en la Dirección General de Campaña. En tres meses, no halló ocasión de presentárseme. El día que se abrieron las Cortes, se acercó al banco azul, me saludó, dijo quién era y me pidió el puesto de segundo jefe del Estado Mayor Central, que estaba por crearse o acababa yo de crear en aquellos días. Cortésmente, le respondí con una evasiva.

Cuando se hizo la mutación de la Dirección General de Campaña en Estado Mayor Central, lo dejé disponible sin previo aviso. Se puso furioso, y me contaron que había ido a ver al subsecretario, quejándose de que lo hubiese despedido como a una criada, y anunciando, en represalias, que

combatiría mis reformas en las Cortes y las haría trizas. Cuando llegó la discusión de mis reformas, Fanjul no se atrevió.

El vapuleo que le he dado sentó muy bien. Luis Bello dice que Fanjul se marchó asustado. Mientras yo hablaba, Alba se sonreía con cierta impertinencia, como diciendo que la cosa no era para tanto.

Fanjul es un buen ejemplo de la antigua política.

Se viene anunciando desde hace un mes el discurso que Lerroux va a pronunciar el 11 de febrero en Barcelona. Para el caso, los radicales se proponen organizar trenes especiales. Alrededor del discurso en proyecto se hace tanta propaganda y se despierta tanta curiosidad, como si se esperase la aparición de un legislador nuevo en el Sinaí. La cosa es un poco cómica, y me sorprende que Lerroux deje hacer a sus jaleadores. Para responder a lo que se espera, tendría que revelarse un genio. Al fin, el propio Lerroux lo ha comprendido así, y empieza a quitar hierro. Dice que disgustará a todos, que no va a hacer un programa, que será un discurso improvisado, etcétera, etcétera.

Los pazguatos y los interesados creen o afectan creer que Lerroux guarda un secreto político, una receta pasmosa, y que todos somos unos títeres que nos quitaremos de enmedio en cuanto Lerroux abra la boca. El único que tal vez no lo cree es Lerroux, prisionero de su reputación, de su partido, de su propio y taimado silencio. Es notable que desde el 14 de abril Lerroux no ha hecho más que unos cuantos discursos electorales y luego otro en Valladolid, que disgustó a sus parciales, porque le vieron inclinarse a la derecha y a los prohombres del antiguo régimen. En las Cortes no ha dicho nada. El jefe del partido republicano más numeroso ha visto pasar tantos problemas sin descubrir su parecer. Sus viajes a Ginebra, donde ha hecho muy mal papel, no tenían más fin que quitarse de ocasiones y compromisos.

Esta obstinación le perjudica, no solo porque le hace quedar mal, sino porque a fuerza de callar, ya no podrá hablar más que diciendo cosas notabilísimas, y como no puede decirlas, cuando hable, quedará mal otra vez.

Es de advertir que guardaba el mismo silencio que en las Cortes en los Consejos de ministros. Rara vez ha intervenido en las discusiones. Se veía no solo que no le importaban los asuntos, sino que le eran enojosos, lo mismo que algunos de los ministros. Como se sentaba a mi lado, le he oído más de una vez rezongar contra Albornoz o contra Fernando de los Ríos.

Esta inhibición la noté ya en las reuniones del Comité revolucionario. En ninguna de las discusiones originadas por la elaboración del programa, del que había de ser Gobierno provisional, le vi tomar parte.

Lo que yo creo observar en Lerroux cuando le miro fijamente en nuestras conversaciones es que él sabe muy bien que su posición es falsa; que tiene conciencia de su falta de autoridad, la cual se hará notoria en cuanto tome solo el poder. Ha de apacentar un partido numeroso, poco elevado, en el cual se cuelan ahora incontables caciques monárquicos; ha de sostenerse en el pedestal que le labra la prensa frívola, papanatas o venal. Pero lo que más teme, acaso, es el contraste de la realidad del Gobierno. Y tiene que entretener a unos y a otros diciéndoles que sí, que va a gobernar; absteniéndose de hacer nada por conseguirlo.

Desde fuera, resulta un poco bufo y de muy mal gusto eso de repetir a cada momento: «yo gobernaré…», etcétera. ¡Bueno! ¡Y qué! Hay en esto algo de advenedizo y de provinciano.

El secreto de esta esfinge vendría a ser que no tiene ninguno. Y ese indiferentismo de Lerroux por las cuestiones generales y por los problemas del Gobierno, junto con el analfabetismo predominante en sus huestes, podría dar a la República el triste espectáculo de una explotación del poder en beneficio de una clientela.

Está tan traído y llevado Lerroux por la espuma de la politiquería que lo usan para todo: le han hecho Presidente del Círculo de Bellas Artes, de la Asociación de la Prensa; quieren hacerlo ¡decano del Colegio de Abogados!; presidió el jurado de un concurso de belleza. Y él deja hacer.

Claro que el papel más deslucido lo hace como siempre don Melquíades: se pone ahora al servicio de Lerroux, y ¡también quiere gobernar!, para lo cual lo primero que pide es la disolución de las Cortes Constituyentes. Mi amigo don Luis Hoyos, melquiadista recalcitrante y a prueba de desengaños, está un poco avergonzado de verse, a sus años, inscrito sin querer en el lerrouxismo.

Ciges Aparicio nos ha contado la conversación que oyó entre Lerroux y Alba. Lerroux le confesó a Alba que se halla impreparado para los problemas actuales, y que la República ha venido demasiado tarde para él. Estaba persuadido de que la República no vendría.

El barullo de Retamares. La policía tuvo una confidencia, según la cual, la compañía del regimiento 6, destacada en los polvorines de Retamares, iba a sublevarse con voz comunista, dirigida por un capitán, Gállego. Pasó una nota a Gobernación, diciéndolo, y aseguraba, con la base de una confidencia «seria», que el capitán Gállego, otro del mismo regimiento, Enciso, cuñado de Honorato Castro, y un médico militar del mismo cuerpo, pertenecían a una célula comunista; el golpe se había preparado para la misma noche. La nota se

recibió en Gobernación a las diez. Casares dijo que la comunicasen a Guerra; a esas horas no había allí más que Saravia y el comandante Menéndez, que se lo transmitieron al general de la división. Desde este momento, todo es confuso.

Según me ha contado el propio capitán Gállego, que vino a verme con Enciso, a cosa de la medianoche le llamó por teléfono el general Loriga, comandante militar del campamento, diciéndole que pasase a verle en el cuartel de Artillería a caballo, y que le acompañase el teniente de su mayor confianza. Me dice Gállego que al recibir una orden tan extraña y a tales horas, creyó que se trataba de un golpe de Estado preparado por los artilleros u otras fuerzas del campamento, porque como ardiente republicano que es, recela de Loriga y otros sujetos por el estilo. Movido de este temor, reforzó las guardias, y dio instrucciones a los que se quedaban en los polvorines, que no los entregasen de ninguna manera, viniese quien viniese, y aunque recibieran orden por teléfono del mismo Gállego, porque podría ser que estuviese coaccionado. Hecho esto, se fue al campamento, y se presentó a Loriga, que estaba con la oficialidad del regimiento de Artillería. Asegura Gállego que les dijo: «¿Esto es un golpe de Estado?». Y que los oficiales le tranquilizaron.

El general le dijo que quedaba detenido, y horas más tarde, no sé aún cuántas, le puso en libertad. Gállego le rogó que le explicase los motivos de su detención y de su liberación. Loriga se limitó a decir: «Ordenes superiores». Entonces Gállego le pidió permiso para ver al general de la división, y le hizo la misma pregunta. El general Villegas contestó: «Órdenes superiores».

Como por encima del general de la división no hay más que el ministro, Gállego creía que lo habían arrestado de mi orden.

En la mañana siguiente a la orden de arresto, el general de la división quitó de Retamares a la compañía del regimiento 6 y la sustituyó con otra del 31. En el servicio del destacamento, los regimientos turnan por meses, y al 6 no le tocaba ser relevado hasta febrero. La compañía de cada regimiento que da el servido de destacamento es la misma durante el mes, y su designación la hace el coronel.

El relevo anticipado de la compañía cayó en el regimiento como una bomba. Todos los jefes y oficiales, y aun la tropa, están sentidísimos, porque es una tacha que cae sobre la lealtad y la disciplina del cuerpo. Cuando Gállego habló de esto con sus compañeros, quisieron que llegase al ministro la queja de todos, respondiendo de la lealtad del capitán. Este se negó a

aceptar la solidaridad de sus compañeros, y les dijo que llevaría el asunto como de su exclusivo interés personal.

Yo estaba ignorante de estos enredos. La primera noticia que tuve fue un suelto de *El Heraldo*, que aseguraba haber ocurrido algo en Retamares, en lo que aparecían complicados, y por lo que habían sido arrestados el capitán Gállego y el teniente Manzanares. Como Gállego y Manzanares pertenecen a distintos regimientos y no podían estar juntos en aquel servicio, y como además *El Heraldo* cultiva la nota sensacionalista, creí que se trataba de una majadería y no hice caso; con tanto mayor motivo cuanto que en el ministerio no se sabía nada (es decir, a mí no me habían dicho nada).

Al día siguiente de publicar *El Heraldo* la noticia, fui a la presidencia. Había Consejo. Los periodistas me preguntaron por el suceso, y yo, con toda buena fe, lo desmentí, haciéndoles ver que dos oficiales de distintos cuerpos no estaban juntos en aquel destacamento, y que eso era indicio de la poca solidez de la información. «Pues la noticia —me replicaron los periodistas— la han dado en un centro oficial». «¿Dónde?». «En la Dirección de Seguridad».

Por la tarde, en el Congreso, Sediles hizo una pregunta en la sesión, y yo contesté lo mismo: que no había pasado nada, ni había ningún oficial arrestado.

Veinticuatro horas después, se presentaron en el Congreso Gállego y Enciso. Los encontré en la puerta de mi despacho. Me contaron todo lo que antecede. Cuando había sonado el nombre de Gállego o Gallego, yo dudaba si se trataría de un oficial de este nombre a quien había recibido este verano en el ministerio dos o tres veces, y que me había traído unos escritos suyos sobre instrucción de la oficialidad, moral militar, disciplina, etcétera. Los escritos, y la conversación con el capitán me habían dejado la impresión de un muchacho entusiasta, algo lírico, buen republicano, un poco doctoral, muy militar y bastante iluso. Pero ni asomos de indisciplina, de extremismo, etcétera, etcétera. Al verlo ahora y comprobar que se trataba de la misma persona, y que lo acusaban de sublevarse por el comunismo, me sentí algo incrédulo.

Gállego, después de contarme el suceso, añadió que estaba dispuesto a someter su conducta a la más escrupulosa depuración, y que si a juicio de sus compañeros o de sus jefes había en ella la más mínima cosa que desdijera de sus deberes de oficial, pediría no ya el retiro sino la separación del ejército; que había en el ejército personas empeñadas en que hubiese descontento, lo mismo entre los jefes que entre los oficiales; que sus compañeros, muchos de

ellos monárquicos, se le habían ofrecido a hacer causa común con él para crear una dificultad al ministro y al Gobierno, y que comprendiéndolo así había rechazado esa solidaridad; que lo mismo acababa de hacer con gente del bando opuesto, porque al llegar al Congreso se tropezó con Sediles, que al punto le interrogó sobre el caso y se le ofreció para llevar el asunto otra vez al salón de sesiones, y Gállego rechazó las ofertas y servicios de Sediles para no promover por este lado ninguna dificultad.

Gállego se lamenta de que yo no tenga tiempo de ponerme en contacto frecuente con las guarniciones, ni de hablarles.

«Con discursos de usted, le seguirían ciegamente», dice Gállego. Pero siendo así, hay desánimo, indiferencia y rutina, y un día puede ocurrir cualquier disgusto. Insistió mucho en el abandono en que están los «resortes espirituales» del mando y la disciplina; que no hay estímulo, y no se aprovecha el entusiasmo de los jóvenes, antes, se les coarta y se les mira mal, como le ocurre a él mismo; no le han permitido dar una conferencia que pensaba hacer ante los jefes y la oficialidad del regimiento.

«La orden que ha dado usted para que todos hagan temas y ejercicios teóricos es la guillotina del mando, porque los jefes no saben nada y quedan en ridículo».

De nada servirá que se compre material: «Vajilla para romper», dice Gállego.

Cuando me refiere las palabras de Villegas: «Órdenes superiores», me quedo admirado. «¿Qué órdenes?», me pregunto. «¿Y yo qué sé dónde está usted, ni ningún otro capitán, de servicio?».

A su vez Gállego se queda admirado de que yo no supiera nada de esto. Y como yo ayer afirmé en la sesión que no había ocurrido nada, en el regimiento dominaba la impresión de que el ministro no había dicho la verdad.

Hasta aquí, mi entrevista con Gállego y Enciso.

Al día siguiente, en Guerra, me pongo en averiguaciones. El subsecretario no sabía nada, y al enterarse de lo que se decía llamó a Villegas, el cual le aseguró que había recibido instrucciones del Gabinete militar.

Llamo a Saravia y a Menéndez. Niegan que ellos hayan dado ninguna orden a Villegas, ni podían dársela. Pasaron a la división la nota de la policía. Villegas le consultó si convendría relevar la compañía aquella misma noche, y Saravia le contestó que eso le parecía mal; en cuanto a lo del capitán, le contestaron que hiciese lo que tuviera por conveniente. Aquí hay un punto oscuro. No consigo precisar la conversación de Saravia y Villegas. Saravia, que es muy tranquilo, y no da importancia a nada, probablemente se limitó a

una respuesta equivalente a un encogimiento de hombros, y no me dijo nada por no creerlo de interés, o por olvido, o por evitarme una preocupación más. Por su parte, Villegas tiene horror a tomar sobre sí una responsabilidad, y lo consulta todo, aunque pertenezca exclusivamente a sus atribuciones, y le habrá venido muy bien encontrar una sombra de pretexto a que acogerse para echar sobre otro la carga.

El mismo día se me presentó el coronel del 6. Venía a anunciarme su resolución de pedir el retiro (ya había cursado la instancia) porque su regimiento había merecido una demostración de desconfianza y formulaba parte por escrito sobre lo ocurrido, creyendo que Villegas había incurrido en falta. Procuré tranquilizarle, le leí la nota de la policía, para que viese que no se había procedido tan de ligero, le aseguré que el regimiento no padecía nada por eso, etcétera.

Me habló de Gállego. Dice que está «descentrado» en el regimiento, porque colaboró conmigo en la reorganización del cuerpo. Y que se ha dejado decir que el propio coronel le debe el destino. (Resulta que Gállego es uno de los oficiales republicanos a quienes el Gabinete militar encargó que diesen lista de oficiales adictos para componer los nuevos cuadros de mando). Entreveo lo que pasa. El coronel cree falsamente que Gállego es un influyente, un favorito (la verdad es que nunca le he hecho caso, y solo he hablado con él dos veces), y se encuentra cohibido; esto ocurre en otras partes.

Por la tarde, volvió a verme el coronel. Me dijo que, desde que yo le leí la nota de la policía, está preocupadísimo, y que no se atreve a defender ya a esos oficiales. Yo le pregunto qué concepto tiene de Gállego y Enciso.

—Son los mejores oficiales del regimiento.

—Tomo nota de eso —le respondo.

—Bueno —rectifica presuroso—, si no los mejores, tan buenos como cualquiera.

Había yo encargado a Casares que inquiriese del director de Seguridad el origen y el valor de la confidencia. Por la tarde fui a Gobernación y desde el despacho del ministro llamaron al señor Herraiz, que es ahora el encargado de asegurarnos el orden público. El director de Seguridad llegó y yo le interrogué. Le hice ver la gravedad de su nota, y que después de lo ocurrido yo necesitaba tomar una resolución, o contra los capitanes, o contra los jefes que habían procedido de ligero; pero me era indispensable llegar, si fuese posible, al fondo del asunto. ¿Quién les había dado la confidencia?

Herraiz me dijo que procedía de un confidente espontáneo y gratuito, que ya otras veces había dado informaciones exactas. Que si él pasó la nota a Gobernación, fue porque eran las diez de la noche y el golpe se anunciaba para aquella misma, y no tenía ya tiempo de impedirlo con sus propios medios; que de no haber esa urgencia, no se lo habría dicho a nadie y con sus agentes habría bastado para estorbar el propósito.

Como yo le descubriese mi incredulidad sobre la existencia de un complot comunista para apoderarse de un polvorín, del que ya estaban apoderados, puesto que lo tenían bajo su custodia, Herraiz me cuenta que después de la salida del capitán Gállego para el campamento, llamado por Loriga, se presentó en la carretera un automóvil que estuvo parado frente al polvorín, y luego desapareció.

Todo esto no es nada. Le digo que quiero hablar con el confidente en persona; que lo busque y que me lo envíe.

Después he visto al confidente. Vino a la presidencia. Me cuenta que fue comunista o sindicalista, pero que ahora trabaja desinteresadamente por la República. Alega que Lerroux le conoce, y que en el verano del 30, cuando se preparaba el viaje a San Sebastián, descubrió un complot de los comunistas encaminado a volar el tren en que iban los republicanos. (Esto es absurdo: ¿por qué habían de querer los comunistas volar aquel tren? Casi todos los republicanos, que fuimos a la conferencia de San Sebastián, estábamos veraneando por aquellas tierras, y los que no, como el propio Lerroux, hicieron el viaje en automóvil).

El confidente me dice que supo el propósito sobre Retamares, porque un soldado del 6 se lo contó a un vendedor de periódicos; que se proponían dar un golpe para demostrar al Gobierno la fuerza que tiene el comunismo, y que contaban con Gállego. Objeté que unas palabras de un soldado no prueban nada. El confidente insiste: «No le quepa duda al señor Presidente de que Gállego es comunista».

En la misma idea está el general Villegas, a quien mandé llamar en vista de que él no iba a contarme nada. Se me quejó del coronel, que quiso venir en demanda de reparación de agravios hasta mí (ignora que ha venido), y al que considera inepto. Dice que el regimiento está mandado por todos menos por el coronel. Al regimiento ha sido destinado recientemente un Borbón, teniente coronel, hijo del general Sordo. En la reunión que tuvo la oficialidad del regimiento para hablar del asunto, fue Borbón (según Villegas) quien se opuso a cualquier gestión que pudiera parecer contraria a la disciplina.

Villegas me pide algunas medidas policíacas para impedir la propaganda comunista en los cuarteles.

En fin, hablando yo con el artillero Fuentes, jefe del grupo de Información, me cuenta que él estuvo presente en el acto de la detención de Gállego. Al parecer, Loriga quería, sin más examen, tomar por la fuerza el polvorín, y quiso adoptar las disposiciones necesarias. Entonces Fuentes le dijo que era más sencillo tratar de apoderarse del capitán, y de esto salió la idea de llamarlo al campamento. ¡No quiero pensar en el suceso, si Loriga hace tal barbaridad!

Esto es cuanto he podido averiguar hasta ahora. Ignoro si es todo ello una acumulación de ligerezas o si es indicio de algo serio. Lo anoto con minuciosidad por si llega el caso poder recordar los antecedentes.

31 de enero

He pasado la mañana en casa. Después de comer voy al Escorial con Luis Bello y Bilbao. Paseamos por la Herrería. Tarde soleada y en calma. Aire serrano y frío. Al regreso, anochecido, nos detenemos un momento en la barbacana de los Alamillos, sobre La Huerta. Poniente rosa, denso, sin transparencias; bóveda azul. El monasterio, en desnudez tremenda, avanza sobre el jardín, colosalmente.

Contemplación. «Esto es demasiado fuerte», dice Bello.

En Madrid, venimos a casa. Hasta las diez, hablamos de libros y literatura. Les leo la novela que estaba escribiendo cuando se proclamó la República. No me acuerdo para nada de la política. El mes concluye así plácidamente; esta semana ya ha sido más tranquila.

1 de febrero

Voy al ministerio de la Guerra. El subsecretario ya está bueno, y despacha conmigo. Le encargo que extienda dos decretos de una combinación de mandos militares, en la que entra el traslado de Sanjurjo, y el de Cabanellas, que le sustituye en la Guardia Civil. Creo que danzan veinticuatro generales.

Después voy al ministerio de Estado, a recibir la visita del nuevo ministro de los Países Bajos. Procede de México, y habla español. Parece hombre simpático.

Y luego a la presidencia, al trajín de todos los días.

Por la tarde, Consejo de ministros. Se aprueba un proyecto de recargo de tributos. Después proseguimos el estudio del proyecto de ley Agraria. Es indispensable acabar este asunto, que ya está maduro para una solución sensata. Antes, no lo estaba. Cuando este verano trajeron a Consejo el primer proyecto, y se formó una ponencia de tres ministros para revisarlo y prepararlo para las Cortes, me incluyeron, con don Niceto y Fernando, en la ponencia. Pero yo me negué a trabajar en el asunto, y dije que no me interesaba. El proyecto me pareció fantástico. Después, en las Cortes, han hecho otro, más «avanzado» todavía. Es obra de Lucio Martínez Gil, y son tan entendidos que incluían entre las tierras expropiables a todas las fincas inscritas por expediente posesorio.

Ahora, estos asuntos han pasado a depender del ministerio de Agricultura. Yo tenía en la presidencia la Junta Central Agraria, y se la he traspasado, con cuanto encierra, a Marcelino Domingo; pero antes pude conseguir que se nombrase jefe de estos servicios a Vázquez Humasqué, de Acción Republicana, el más enterado de la cuestión.

Domingo no trae al Consejo un nuevo proyecto; pero viene muy bien influido por Vázquez, que le guía bien. Hemos reunido todos los documentos parlamentarios sobre la Reforma Agraria y, con ellos a la vista, vamos trabajando. He tomado este asunto por mi cuenta, y voy consiguiendo que se quiten del proyecto las cosas más duras y alarmantes: la necesidad de una ley para extender a otras provincias la reforma es iniciativa mía, así como la supresión del límite territorial, y la de la contribución especial sobre la propiedad rústica, por la que también abogó Carner vigorosamente. Se ha suprimido el cupo fijo de familias que haya de asentarse, y se han eliminado de la expropiación varias categorías de tierras, como las del expediente posesorio. Domingo marca un criterio muy sensato, y Albornoz está conforme. En cuanto a Prieto, que «nunca creyó en la Reforma Agraria», dice que ahora empieza a ser viable. Largo también cede fácilmente. El que se resiste más es Ríos; tiene una especie de fanatismo de intelectual, y disputa por entelequias. A veces, parece un niño consentido.

Hoy les he dado la fórmula para el caso de un propietario con más de una finca; así como les he hecho ver la abundidad de partir fincas de pastos mirando solo a su extensión, y el caso especial de los viñedos, etcétera. Albornoz parecía muy interesado por lo que yo decía, y escuchaba en silencio, con gran atención.

Este proyecto tiene además interés político, porque en la Reforma Agraria querían hacerse fuertes los radicales.

3 de febrero

Ayer me firmó los decretos militares el Presidente de la República. He llevado este asunto con tanto silencio, que nadie lo ha sabido. Esta tarde, a las siete, he llamado a mi despacho del ministerio al general Cabanellas, que ignoraba el motivo de haberle hecho venir a Madrid, y le he dicho que iba a ser nombrado director de la Guardia Civil. El general se ha quedado un momento perplejo, y luego ha contestado: «Bueno, bueno, ilustre Presidente, pero ¿y la oportunidad?».

—La oportunidad es mañana, que tomará usted posesión a las diez y media. Está firmado el decreto.

Luego me ha hecho muchas protestas de lealtad a la República, y me ha expuesto sus ideas respecto de la Guardia Civil.

Despedido el general Cabanellas, he enviado a buscar a Sanjurjo. Mientras, he recibido la visita de Fernando de los Ríos que venía a consultarme algunas cosas sobre los jesuitas. Cuando me anunciaron que había llegado Sanjurjo, Fernando se despidió, y me dijo: «A ver cuándo nos vemos libres de él». Yo me callé, sin anunciarle el cambio.

La conversación con Sanjurjo ha sido breve. Le digo que ya está firmada la combinación de mandos; que él pasa a Carabineros, que su sucesor es Cabanellas, y que le dé posesión mañana. El general ya no se disgusta, ni dice nada de particular. Después de convenir la hora, hablamos un poco. Dice que estará muy bien en Carabineros, y que allí nadie le discutirá; se olvidarán de él, y para mayor facilidad, se propone, si le autorizo para ello, marcharse unos días de viaje a la Zona francesa, quitándose de enmedio, «ahora que —añade — el cambio sentará mal en la Guardia Civil».

—¿Hasta qué punto y en qué forma?

Me da unas evasivas: no sabe, nada grave, ¡quién podrá impedir que los exaltados…!, etcétera.

Le digo que está obligado a descubrirme lo que haya. Concretamente, nada sabe: tan solo que sentará mal.

Le pregunto por los pliegos de firmas. Niega bajo palabra de honor que se haya hecho tal cosa. «Ha habido el propósito de pedir al Gobierno que me nombrase coronel honorario de la Guardia Civil, como se hizo con el general Zubia; eso es todo».

—¿Y usted cree que haya actos de indisciplina?

—En la milicia, cualquier cosita atenta contra la disciplina.

—¿Actos de fuerza?

—Eso no.

—Pues sentiré mucho que alguien haga una tontería, porque le sentaré la mano.

—Yo no sé si pasará algo o no —dice Sanjurjo—. Temo que pueda pasar; si no pasa, mejor, y vendré a decirle a usted los motivos que tenía para temerlo y alegrarme de que no ocurra nada.

No consigo arrancarle más. Nos decimos palabras muy afectuosas, y al despedirlo me dice: «Que tenga usted buena mano».

Ido Sanjurjo, llamo al subsecretario, y le ordeno que envíe al *Diario Oficial* los decretos para que los inserte mañana. Como yo tengo Consejo de ministros y no podré estar en el ministerio, le encargo que venga temprano, de uniforme, y que si ocurre algo en la toma de posesión de Cabanellas intervenga al momento con toda mi autoridad.

Después, me vengo a casa.

4 de febrero

Consejo de ministros en Palacio. Sin interés. A la salida, los periodistas me piden noticias que no tengo, y me preguntan cuándo se hacen los nombramientos militares. «En el *Diario Oficial* de esta mañana los tienen ustedes, Cabanellas ha tomado ya posesión de la Dirección de la Guardia Civil para la que fue nombrado ayer». Se quedan con la boca abierta.

En la presidencia, después del Consejo. Felicitaciones por el relevo de Sanjurjo. La gente está muy satisfecha.

Esta tarde en las Cortes muchos diputados me han felicitado, y *Luz* inserta una nota alabando el tacto y la mesura con que he llevado el asunto. Los ministros no me han dicho nada.

6 de febrero

Sábado que prometía descanso. Hemos trabajado en Consejo desde las 6 de la tarde hasta las 12, arreglando el Presupuesto. El arreglo consiste en disminuir los gastos cuanto se pueda; no es posible nivelar el Presupuesto a causa de la carga ferroviaria. Hemos examinado partida por partida casi todos los presupuestos. Quedan tres para el lunes. Terminado el Consejo, voy con Casares, Esplá, Ramos y Galarza a cenar a un restaurante de la calle del Príncipe. Vuelvo a casa después de la una.

7 de febrero

Inmediatamente después de comer, salgo con Lola. Vamos al Escorial. Paseo por los Pinos y la Herrería. También hemos estado en el jardín. A las cuatro y cuarto repican las campanas, con el timbre acordado que tienen estos toques en el monasterio. Si tirase de este hilo saldrían las emociones de cuatro antiguos años. Después entramos en la basílica. Como es carnaval, hay función de desagravio. ¡Me acuerdo muy bien de lo que eran para nosotros los carnavales! Se nos figuraba que en Madrid corría una bacanal espantosa, y en el colegio estábamos como suspendidos al borde de la vida eterna.

He visto esta tarde a los colegiales entrar en la basílica, como nosotros entrábamos; es mucho esto de volver a encontrar el escenario y las escenas mismas por las que uno ha pasado, y que se repiten invariablemente. ¿Se dilatarán aún mucho tiempo?

Los cánticos de esta tarde no han sido los que yo creía recordar de aquellos tiempos, desgarradores, y en los que el alma ingenua se mecía y volteaba como una burbuja en un surtidor.

Probablemente es una equivocación representarse la vida personal como una fluencia continuada.

Fluye el contorno, que nos lleva. Los accidentes nos hacen parecer otros. Un gran drama sería el que mostrase a un hombre empeñado en rehacer los pasos que antiguamente dio, incurriendo en un anacronismo aparente y bufo.

12 de febrero

Sanjurjo vino el otro día a presentárseme oficialmente, después de tomar posesión de la Dirección de Carabineros, y me pidió permiso para ir de viaje a la Zona francesa de Marruecos. Ya se ha contentado y parece alegre, como anunció que estaría.

No ha ocurrido nada con motivo de su cese. Según me ha contado el subsecretario, cuando se supo que cesaba un coronel de la Guardia Civil fue a los cuarteles del cuerpo con no sé qué propósito; pero no le hicieron caso.

Solamente en el parque de automóviles de la Guardia Civil, hubo algunos oficiales que protestaron en alta voz contra la destitución. Cabanellas ha empezado a variar los mandos; se ha quitado a dos coroneles de Madrid, y a varios oficiales de la Dirección General.

Pero no sería extraño que dentro de algún tiempo tuviésemos una «cuestión Cabanellas».

En el Congreso, una proposición de censura al Gobierno, por la salida del vapor *Buenos Aires*, que lleva cien deportados a Guinea. Por casualidad me he hallado presente en la segunda mitad de la discusión. No he oído los gritos, insultos y vociferaciones de los Barriobero, Soriano y compañía. Por la mañana recibí en Guerra la visita de Companys, que venía a quejarse del cumplimiento de la orden de deportados. Companys y sus amigos son diputados por los votos de los sindicalistas, y están interesados en defenderlos, en hacerlos creer al menos, que no *abandonan* a los pistoleros de la FAI que tienen dominada a la CNT. Pero esa defensa y protección, Companys y sus amigos no pueden hacerla descaradamente en las Cortes, porque descubrirían demasiado un juego que les perjudicaría en la opinión pública, y las Cortes se les irían encima. Companys, que no tiene demasiado talento, no brilla más por el carácter. Usa una duplicidad bastante grosera, y el más torpe la advierte en seguida. En la entrevista conmigo, sin decirme claramente a lo que iba, se ha puesto a discutir los sucesos del Llobregat y ha llegado a echar la culpa de todo a Anguera de Sojo (!!!). También me ha dicho, como para amenazar, que en Barcelona va a haber terrorismo, a consecuencia de estas deportaciones. Ha atacado duramente a Menéndez, jefe superior de Policía en Barcelona; asegura que con deportar a una veintena de personas, que tienen aterrorizados a los sindicatos, habría bastante, y toda Cataluña lo aplaudiría. Se queja de que en el *Buenos Aires* vayan algunos inocentes, mientras campan por sus respetos criminales conocidos. Me dio dos o tres nombres, leyéndolos en un papelito, y como yo le contesté que los denunciara a la policía, se sintió caballero, diciendo que repugnaba el papel de delator.

Después me dijo con medias palabras que por la tarde habría interpelación. Claro: no la hará él. Hablaría Grau, que era chófer de Companys cuando desempeñaba el Gobierno Civil de Barcelona, y a quien incluyeron en la candidatura para diputados a Cortes «por haberlo pedido así los chóferes de Barcelona». (De modo que para contar con estos votos Companys es ahora compañero de su antiguo chófer).

Por cierto que cuando ocurrieron los sucesos de Fígols y Cardona, y después de la sesión del Congreso en que yo hablé de la inmediata represión de la revuelta[32], Companys me abordó en un pasillo del Congreso y me ofreció enviar a Grau a convencer a los revoltosos de que depusieran las armas y volvieran al trabajo. Llegaría antes que las tropas, y aunque las carreteras estuviesen interceptadas, le dejarían paso libre en todas partes.

Le contesté que no necesitaba de sus servicios, y que los únicos que irían

a la zona de la revuelta serían los soldados.

El discurso con que Grau ha comenzado la interpelación ha sido estúpido. Casares ha estado muy bien. Después hablé yo, pocos minutos; planteé la cuestión de confianza[33]. Gran mayoría. Muchos diputados radicales se salieron del salón. Y hubo dos o tres diputados de la mayoría que votaron contra el Gobierno.

Los amigos de Companys, compañeros del grupo parlamentario de Grau, se abstuvieron de votar. Valor cívico.

El señor Ortega se ha avenido a publicar una nota, rectificando la que apareció sobre su dimisión de presidente de la Comisión parlamentaria de Estado, y que molestó a Zulueta. Yo envié dos recados a Ortega, y, al regresar de su viaje a Granada (en el que, por fin, no ha pronunciado el gran discurso que se esperaba), ha hablado por teléfono con Ramos, diciéndole que le remitía para que yo la conociese, la nota de rectificación, y que si a mí me parecía bien, la diese a los periódicos. Así se ha hecho.

Desagradable incidente. Me dice Ríos por teléfono que Lerroux le ha hablado para quejársele de que Carner ha destituido por telégrafo, aceptándole una dimisión que no había presentado, a Morales Pareja, lerrouxista conspicuo y pariente de Fernando, a quien en Consejo de ministros se le nombró presidente de la Zona Franca de Barcelona. Lerroux se queja de que se trate así a un amigo suyo. Ignoraba yo que Carner hubiese hecho eso. Este asunto puede traernos complicaciones y disgustos.

También preveo una dificultad seria por los tributos del alcohol que proyecta Carner. Los diputados vinícolas se agitan y acusan al ministro de que favorece a los industriales con quienes tiene negocios.

Uno de estos días pasados, estando en casa, sin ganas de hacer nada, he pasado por una situación de ánimo rara: he echado de menos la tristeza antigua, que se parecía tanto a la esperanza. Desde abril del año pasado, en casi un año de trabajos y sobresaltos, he tenido raptos de mal humor, de impaciencia; he sentido grandísimo cansancio, o hastío, o intentos *de fuga*; alegrías, pocas, o ninguna. Pero nunca he estado triste en todo ese tiempo. Y el otro día, me gustaba pensar en mi tristeza y soledad antiguas, como si el recordarlas me completase la persona, y me devolviese a mí mismo. Entonces, cuando yo no era nadie, era íntimamente más que ahora. El recordar con gusto la tristeza y la melancolía de mis años de madurez, me reponía un poco de la vida interior. No sé; quizás ese recordar sea ya un modo de volver a entristecerse. ¿Por qué? Lo ignoro. En este mundo tan vasto en que ahora me veo puesto, observo que mi mayor afán sigue siendo el mismo

que cuando me rodeaban solamente unas docenas de personas: recatar mi intimidad. Cuando digo, riendo, delante de amigos, que la política no me interesa, lo echan a broma. Sin embargo, creo que mi carácter no quedará a la vista, ni yo contento, si no salgo de la política como entré en ella: inopinadamente y sin ruido.

Pues así y todo, *El Heraldo* de anoche me atribuye el propósito de obtener para mí el decreto de disolución de las Cortes, y asegura que lo he descubierto en la intimidad de unos amigos. Estas gentes son incorregibles. Podrán venir las revoluciones, caer la monarquía, instalarse la República, etcétera; ellos siguen pensando como hace diez o veinte años, y en realidad echan de menos al conde de Romanones, o a otro que le haga bueno.

14 de febrero

Ayer, sábado, eché el telón al trabajo y a las preocupaciones políticas a primera hora de la tarde, y hasta mañana no pienso sumergirme de nuevo en ellas. Gracias a esta facilidad, que se acrecienta con el ejercicio, se puede ir tirando sin sentirse abrumado, sin aniquilarse, y sin adquirir una neurastenia. Después de comer vino Cipriano, y fuimos con Lola a casa de un fotógrafo. Pasamos más tarde por el ministerio, a que Lola viese cómo habían quedado los salones del ministerio para la cena diplomática. Fui a la presidencia, a firmar el proyecto de Presupuesto, y salí con Cipriano. Merendamos juntos. Después, a casa. A las nueve salí con Lola para el ministerio. Tenía invitados a cenar a varios diplomáticos. Asistieron los embajadores de Francia y Bélgica con sus «legítimas»; el de Cuba; los Mello Barreto; el embajador de Italia; Kybal, ministro de Checoslovaquia y su mujer; el encargado de negocios de la Argentina y el ministro del Uruguay, con sus damas; los Méndez Vigo, que han tenido que conformarse con la legación del Japón (pretendían la embajada en Berlín); el embajador de España en Portugal, Rocha, lerrouxista; los subsecretarios de la presidencia, Guerra y Estado, y mis ayudantes. Estos días pasados me he entretenido en adecentar y amueblar los salones del ministerio. Se han puesto tapices, y muebles buenos que he comprado para la presidencia, también muy necesitada de arreglos. Todo salió bien, y a las doce se acabó. Estas gentes diplomáticas son poco amenas, y la obligación de obsequiarlas no siempre es placentera. Algunos no pueden disimular la maligna curiosidad con que asisten a estas ceremonias de la República.

Me he encontrado el ministerio en un estado lastimoso de decoración y mobiliario; estropeado el edificio, y con detalles de perverso gusto. El salón antecedente a mi despacho estaba cubierto por dos o tres hileras de malos retratos de generales, no mejores que las pinturas. Y un Goya que hay en el ministerio lo tienen arrinconado en el antiguo Consejo Supremo, donde nadie lo ve.

He comenzado a ennoblecer la casa, pero se necesita bastante tiempo y mucho dinero para acabarlo.

Esta mañana me he levantado tarde. Cipriano ha venido a comer con nosotros, y a las dos y media hemos salido con el propósito de llegar a La Granja para ver los jardines nevados. No ha sido posible. El coche no ha podido pasar del Alto del León; nos hemos apeado mientras maniobraba. La ventisca era muy fuerte, la carretera cubierta de hielo, era difícil tenerse de pie; algunos de la Escolta se han caído dándose buenos porrazos. Por apartarnos de la carretera, Lola y yo hemos pisado en la nieve y nos hemos hundido hasta casi la cintura. Todo esto nos ha divertido mucho, y el corto rato que hemos permanecido allí, me ha tonificado y alegrado de un modo extraordinario. Niebla y nieve. Pasaban algunos hombres liados en bufandas, que me recordaron *La nevada*, de Goya, una de las cosas de más fuerte evocación española que se conocen. Mis comensales de anoche no lo percibirán.

Hemos dado la vuelta por El Escorial y, de regreso en Madrid, voy con Lola a casa de Tenreiro. Allí están Miguel Salvador y su mujer, Ocerín y la suya, un banquero pariente de Tenreiro, uno de los Bauer, y su mujer, y su cuñada, o sea, Gisela y Olga; Díez-Canedo, y no sé quién más. He charlado por los codos, sin duda por el aliento cobrado en el Guadarrama. A las nueve volvemos a casa, y ya no salgo. Me entretengo en leer un tomo de Lope de Vega que me ha dado Tenreiro. En la reunión de esta tarde hemos hablado de la conveniencia de celebrar en España el centenario de Goethe. Seguramente no se hará nada, y haremos como siempre el papel del rústico.

15 de febrero

Por la mañana, en Guerra, recibo, además de otras visitas, la de López Ferrer. Me cuenta una vez más sus diferencias con Cabanellas, y los manejos del general para desacreditarlo. El relevo de Cabanellas ha robustecido la autoridad del comisario. Me explica los menudos cargos que le han hecho en

el Congreso con motivo de la destitución del inspector de policía, así como lo de los terrenos del marqués de Fontalba.

Para la disminución de efectivos hay que esperar a que se concluya la carretera central, y no puede concluirse porque no alcanza el dinero. Le hago notar la mala reputación que tienen algunos de sus colaboradores, y la necesidad de sacarlos de la Zona. Se aviene a ello, aunque asegura que son honrados. Y para evadirse del compromiso que al parecer ha adquirido de nombrarlos interventores, convinimos en que las plazas se saquen a concurso, por decisión mía. Después me explica que en la primera ocasión vuelva por su buen nombre en las Cortes. Y acaba diciéndome que si es un obstáculo, puedo prescindir de él cuando quiera.

También he recibido al fantasmón de Burguete, que viene a pedirme la presidencia del Comité de la Cruz Roja, porque parece que, no empleándolo en nada, está reñido con el régimen. No ha ido a visitar al Presidente de la República, pero ya irá. Creo entrever que del nombramiento que pide depende la visita; si es así, no le nombraré.

No he ido a la presidencia en toda la mañana. Después de comer salgo con Cipriano y Guzmán a dar un paseo por El Pardo. A las seis, Consejo de ministros. Aprobamos un nuevo proyecto de ley, recargando el impuesto del Timbre, y algunos asuntos de otros ministerios. Casares nos cuenta el estado de la huelga general planteada por la CNT en varias poblaciones. Cosa fracasada antes de nacer. En Tarrasa se han apoderado del Ayuntamiento. Se mandó de Barcelona una compañía de Infantería para reducirlos, y en vez de cumplir las órdenes que llevaba, el capitán se puso a parlamentar con los revoltosos, gracias a lo cual se escaparon casi todos. Enterado el general Batet, ha destituido al capitán y lo ha enviado a un castillo.

A las nueve y media, comida en la embajada de Portugal, en honor del Presidente de la República, que asiste con su mujer. No hay más ministros que Casares y yo. Está Lerroux, con el que no he cambiado más que el saludo al llegar y al marcharme. Se empeña en estar serio y frío conmigo. Asiste también Marañón, «cada vez más entusiasta». Y el Nuncio, que bendice la mesa al empezar la comida. Están además los embajadores de Bélgica y los Países Bajos y otra porción de gentes. Y Besteiro. Don Niceto le ha dicho a mi mujer: «Los hombres inteligentes también se equivocan, y su marido de usted se equivocó quedándose con el cargo peor y dejándome a mí este».

Más adelante, recordando que fuimos pasantes en casa de Díaz Cobeña, dice: «Azaña no ha cambiado nada; ya entonces tenía esa sonrisa…».

—Pero si se ríe muy poco —dice Lola.

—Pues tiene una sonrisa que desconcierta al interlocutor.

(Lo mejor es no hacerle caso).

Como es uso en la embajada de Portugal, después de comer hacen una fotografía. Nos colocan. Lerroux queda dos puestos a la derecha del Nuncio, y dice:

—Cuando vean la foto en los periódicos, dirán que estoy más a la derecha que el Nuncio.

A las doce y media volvemos a casa.

El único periódico que trata bien los asuntos de hoy (huelga revolucionaria, etcétera) es *Luz*.

16 de febrero

Consejo de ministros, a las once en la presidencia. Larga conversación sobre el nombramiento del nuevo director de Seguridad. El que había ha dimitido. Casares quiere nombrar al capitán Menéndez, que ahora es jefe superior de Policía en Barcelona, donde lo hace muy bien. Ya quería nombrarle cuando dimitió Galarza, y no lo hizo porque yo le conté los reparos que sus compañeros de profesión ponen a Menéndez. Hoy ha reproducido estos reparos Indalecio Prieto. Se ha pensado en nombrar a Esplá. Le llamamos a la presidencia; Casares sale a hablar con él y vuelve diciendo que Esplá se niega; incluso dice que se marcha de España. No insistimos. El asunto queda sin resolver.

En el Consejo doy un anticipo del proyecto de ley de Incompatibilidades y de otro proyecto de Guerra. Se acuerda revocar todos los ascensos de funcionarios concedidos desde el 28 de octubre, con infracción del decreto de ese día. Se despacha otra porción de asuntos, con muchos decretos que he llevado esta noche, después de la sesión de las Cortes, a la firma del Presidente.

Por la tarde he ido a las Cortes para reunirme con el Presidente, el ministro de Hacienda y los presidentes de las Comisiones de Hacienda y de Presupuestos. Se trataba de establecer el plan de trabajo para la discusión y aprobación de la leyes tributarias y de los presupuestos. El señor Marraco, presidente de la Comisión de Hacienda, ha puesto algunas dificultades, y ha hecho objeciones de fondo a los planes del ministro; eran disparates lo que decía Marraco. Ha sacado a relucir el Estatuto de Cataluña y el fuero del Parlamento. En sustancia, he convenido con Besteiro que se hará un

calendario, poniendo límite de tiempo para la votación de cada sección del Presupuesto.

Cuando estábamos en esto, llega un secretario a decir a Besteiro que en el salón de sesiones hay gran alboroto, con motivo de una interpelación sobre la Mancomunidad del Ebro. Este asunto se arrastra desde hace muchos meses, y Besteiro no quiere o no sabe hacer que termine.

Yo tenía el propósito de marcharme al ministerio de la Guerra a trabajar, y se me ha frustrado. Voy al salón, y hallo a los diputados dando gritos. Un ganso del grupo radical-socialista ha insultado a los radicales, y acusa a Marraco y Paraíso de participar en la «ladronera» de la Mancomunidad. Nadie se entiende. Intervención de Martínez Barrio, preguntando si el grupo radical-socialista se hace solidario de lo dicho por el diputado. Inhábiles palabras de Barnés, sentimental de la Institución, que quiere contentar a todos. Habla Palomo, que tampoco está muy feliz. Discurso «matraco» de Marraco y del señor Paraíso. Besteiro, que está muy desafortunado, le gasta una broma a Paraíso, que Alba aprovecha para empeorar la situación. Besteiro vuelve a tener poca fortuna. En fin, dos horas de barullo, de bajezas, de torpezas, de incapacidad. Y yo en la punta del banco, mirando al techo, aburrido y contrariado. En una de estas se nos descompone la mayoría o se deshacen la Cortes. Prieto ha estado prudente y hábil. ¡Qué sesión! A las ocho se ponen a discutir el divorcio.

Me marcho a casa del Presidente. Firmamos. Voy a la presidencia. A las diez vuelvo a casa y ya no salgo.

19 de febrero

Estos días he tenido que arreglarle al Ayuntamiento la situación de Tesorería. El Ayuntamiento anda perdido. No hacen más que echar discursos en las sesiones, politiquear, y cosas parecidas; pero no aciertan a que los asuntos marchen. Todavía no han conseguido poner en pie un plan de obras. El alcalde vino a verme, muy apurado, diciéndome que se les había acabado el dinero y que a fin de semana tendrían que dejar parados a muchos miles de obreros. El Banco de España se ha negado a descontar títulos de la deuda municipal, y lo chistoso del caso es que en la sesión del consejo de administración del Banco, ha sido uno de los representantes del Estado, Flores de Lemus, el que se ha opuesto a la concesión del préstamo.

Flores de Lemus es uno de los famosos *técnicos* que tenemos. En Hacienda está, en vez de estar en su cátedra. Y se entretiene en hablar mal de

la República, del Gobierno, de los ministros, etcétera. Fue de la Asamblea de Primo de Rivera y también lo ponía verde. En fin, un hombre muy agradable.

En Consejo de ministros hablé de la situación del Ayuntamiento y encargué a Carner que llamase a Barcia y procurasen arreglar el asunto con los Bancos privados. En la comida que tuvimos hace pocas noches en la embajada francesa, reuní a Carner y a Barcia, y quedaron en resolver la dificultad. Ya está resuelta.

Ayer por la mañana tuvimos Consejo de ministros en Palacio, presidido por don Niceto. Giral dio cuenta de sus pasos en Ginebra y del discurso de Zulueta.

Con este motivo se pasó a hablar de política internacional, y aproveché la ocasión para exponer mis puntos de vista sobre lo que debe ser la política de la República.

Hablé de la cuestión de Portugal, y sin entrar en detalles insinué algo de lo que he hecho y de lo que quería hacer. Toqué la cuestión del Estrecho, haciendo ver la importancia que tendría para España asegurar su dominio en caso de guerra, examiné la cuestión de Gibraltar, y dije al Consejo mi propósito de preparar desde el ministerio de la Guerra los planes necesarios para tener aquel dominio. Me referí al expediente, bruscamente interrumpido, que hay en el ministerio de la Guerra, y a la probabilidad de una oposición de Inglaterra. Yo sostuve la necesidad de que la República proceda en esto con plena independencia, sin hacer caso si se presentaran, de advertencias oficiosas, y que nuestro derecho a preparar la defensa nacional no puede supeditarse a nada; es de suponer que Inglaterra no va a declararnos la guerra por eso.

Hablé de la necesidad de sostener un ideal nacional, que sostenga la moral pública, y el espíritu de los organismos del Estado, empezando por el ejército.

Los ministros estuvieron conformes. Carner dijo que España debe por ahora limitarse a reconstituir su economía.

Gastamos bastante tiempo en aconsejar al Presidente que se vaya a vivir a Palacio, para mayor seguridad de su persona. Hasta ahora vive en su casa. A las ocho cierran la puerta de la calle. En el zaguán y en la habitación del portero quedan el portero, que es un salvaje, y dos policías. La puerta siguiente es una cancela de hierro que se abre al *hall* de la casa. Lo cierran con llave y cerrojo y una cadena. El otro día, cuando Ramos fue a recoger un decreto que se envió a la firma del Presidente, y después de hacerse franquear la puerta de la calle, llamó a la cancela, y el propio don Niceto exclamó desde dentro:

—¿Quién pretende abrir esa puerta?

El domingo pasado, don Niceto, por su afán de llaneza estuvo expuesto a un accidente ridículo. Se fue a misa a San Fermín de los Navarros, y la oyó a los pies de la iglesia. Un capitán retirado, que al parecer no está en su juicio, comenzó a mirarlo y a llamarle ateo. Después hizo alguna maniobra, como si tratara de acercarse a él. La policía se lo estorbó. Lo detuvo. No llevaba armas. Probablemente, le habría pegado, o por lo menos insultado.

Estos días es menester redoblar las precauciones. Se sabe que han venido a Madrid diez o doce sujetos para cometer atentados personales. Son agentes de la CNT, que pretende inaugurar una etapa de terrorismo, en vista de que las huelgas revolucionarias fracasan.

Ya Companys, que tiene motivos para conocer las intenciones de los sindicatos, me anunció hace días la campaña terrorista.

Por todo ello, en el Consejo de ayer, le dijimos seriamente al Presidente que debe quedarse en Palacio. Don Niceto, que siempre se ha resistido a eso, se puso bastante tonto, haciendo como que lo echaba a broma, y con una terquedad irritante no quiso prometer nada ni hablar en serio, aunque bien se le conocía lo molesto que estaba. Quedamos en que procurará complacemos en seguida. Fernando me dijo por la noche que admiraba la paciencia con que yo le había aguantado.

Por la tarde, en el Congreso, recibo a Barcia, que me habla de lo que se propone decir a March en relación con las pretensiones de García Kohly sobre su país. Los puntos de vista de Barcia son discretos. También me dijo que piensa inscribirse en Acción Republicana.

A última hora de la tarde fue la sesión secreta para decidir si se concedía el suplicatorio pedido por la Comisión de Responsabilidades para procesar a March.

Los radicales quieren salvar a March. Por su parte, Maura, que se espanta, en cuanto hay que tocar a un personaje de este porte, habló para oponerse a la concesión, alegando que no había sido oído por la Comisión. Maura tuvo la inhabilidad de decir que él «había *perseguido*» a March desde el ministerio de la Gobernación. Galarza le rectificó en eso hábilmente, diciéndole que no había sido *persecución*, sino cumplimiento del deber.

El voto particular de Rey Mora, radical, oponiéndose a la concesión del suplicatorio, porque March no ha sido oído, causó impresión, mayor quizá de la debida. Primero, porque si no se puede condenar a nadie sin ser oído, se le puede procesar sin ese trámite, y segundo, porque de los dos motivos para el procesamiento (el supuesto cohecho y el supuesto contrabando) March ha

sido oído sobre el primero, y no sobre el segundo; como el dictamen incluía los dos motivos, bastaba haber eliminado el último, para que el argumento, puramente de orden moral, de Rey Mora, cayese por su base. Pero nadie tuvo claridad ni agudeza para establecer esta distinción ni contárselo a las Cortes; yo mismo no me enteré de ella hasta después de la sesión, porque me lo dijo Largo Caballero.

Como en la primera votación hubo noventa votos a favor de March, yo estimaba que no debía sacarse el procesamiento dejando a tal masa de diputados con el argumento de no darle a March la audiencia que había solicitado, y que nada se perdía con aguardar unos días más, oírlo, y si insistían en procesarlo, concederlo. Entonces, los radicales ya no podrían alegar lo que alegaban ayer, y si querían defender a March tendrían que hacerlo a fondo y de cara.

Estuve pensando levantarme a hablar y proponer esa solución, pero no lo hice porque me pareció inseguro el resultado y no quise exponer al Gobierno a perder autoridad con la mayoría.

Mi correligionario Serrano Batanero habló por la Comisión de Responsabilidades contestando a Maura, y lo hizo muy mal. Le gritaron.

Cuando ya se iba a votar, me levanté y me fui del banco azul para hablar con Serrano, que amenazaba con dimitir, y con otros de Acción Republicana y de la Comisión de Suplicatorios. Les dije mi punto de vista, y el presidente de la Comisión pidió la palabra y propuso que se aplazara el asunto por ocho días, hasta oír nuevamente a March. El presidente suspendió la votación, y se acabó la sesión secreta. Los diputados discutían en corros, con mucho calor. Los socialistas estaban disgustados. Los radicales contaban el suceso como un triunfo, y Martínez Barrio les dijo que anotasen la fecha.

Esta mañana hemos tenido Consejo en el ministerio de la Guerra. Antes, el ministro de Hacienda, el de Obras Públicas y Domingo hemos tenido una reunión con el director del Banco de Crédito Exterior y un señor Betanzos, que nos trae unas proposiciones de la Argentina para el cambio de ganados y maíz por hierros españoles, y otra para un préstamo en pesetas. Esto último no se puede aceptar. Lo primero, sí.

En el Consejo hemos continuado el examen del proyecto agrario. Se aprueba hasta la base octava. Leo un anteproyecto de ley de Incompatibilidades, que parece demasiado rígido, y queda para más estudio, y otro proyecto de Guerra, para suprimir los periódicos «militares». Y no ha habido más. Por la tarde, en las Cortes, Royo Villanova ha interpelado sobre la suspensión de los periódicos. Ha estado chocarrero y baturro. Le he

contestado, algo duramente[34], y a Gil Robles, que ha hablado después, no le he hecho caso.

Concluido el debate, recibo al subsecretario de Estado, que me trae las últimas conclusiones a que han llegado los negociadores españoles en Roma para concertar un acuerdo comercial con Italia. Piden que se les diga si se aprueba o no lo que han ofrecido, porque hay que firmar esta noche. Después de hablar por teléfono con el ministro de Agricultura, encargo al subsecretario que telegrafíe, aceptando.

Otras visitas y comisiones, y me voy al ministerio de la Guerra, con Cipriano y un redactor de *El Sol*, Cacho. Me dice Cacho que Maura desea mucho hacer las paces conmigo, cosa que yo sabía, y que necesita hablar. Opina Maura que Lerroux nos estorba a él y a mí; a mí, porque el único gobernante en la izquierda soy yo, y él aspira a serlo en la derecha. Maura cree que va a restablecerse en la República el juego de dos partidos, como en la monarquía.

Hay una infección lerrouxista en la prensa de Madrid, y en toda la zona turbia de la política. La razón, de que quizás ellos mismos no se dan cuenta, es que tales gentes saben que de mí nada pueden esperar, y en cambio lo esperan todo de Lerroux, acaso mucho más de lo que el propio Lerroux quiera y pueda dar. Además, les cuesta mucho trabajo habituarse al cambio de personas y de valores.

La otra noche hubo gran recepción en la embajada de los Estados Unidos, en honor del Presidente de la República, y creo que mío, pero de esto no estoy seguro. Mucha gente, muchas señoras, casi todas feas; las japonesas son horribles, digo las que allí había: regordetas, chatas. Me daban ganas de decirles: «¡Ah!, malas: ¿Conque queréis apoderaros de Shanghai?».

El embajador es un viejo tartamudo, muy pesado, y bastante tonto y cascarrabias.

La embajadora no parece más despierta.

Hubo concierto, y cuando Cubiles acabó de tocar una pieza, la embajadora me dijo:

—*Il a beaucoup de force!*

En un corro, estábamos Fernando, Carner y el embajador de Francia. Se acercó Prieto, y dijo: «¿Cuándo volveremos a nuestro ser natural?».

Yo torcí el gesto, y entonces Prieto, por si no le habían entendido, repitió:

—Lo diré delante de *monsieur* Herbette, que es el más amigo que tenemos: ¿Cuándo se acaban estas recepciones diplomáticas y volvemos a nuestro ser natural?

Prieto ha comido en la embajada de Francia la semana pasada.

20 de febrero

En el ministerio de la Guerra recibo a López Ferrer. Está muy apurado porque se acaba el dinero para obras públicas en Marruecos. Quiere hacer un convenio con el Banco de Estado, para obtener fondos, a cambio de otorgarle el privilegio de emitir billetes en nuestra Zona. López Ferrer defiende todavía a dos de sus colaboradores, que tienen mala reputación, aunque él los considera inocentes, y a quienes voy a quitar de allí.

He ido por la mañana a despachar con el Presidente. Está algo «mosca» y conociéndole como le conozco, supongo que es por nuestras instancias del otro día para que se quede a vivir en Palacio.

Dice Emilio Herrero, jefe del gabinete de prensa de la presidencia, que don Niceto se aburre mucho, quizás echa de menos la política activa y suele estar de mal humor. Añade Herrero que los días que despacho yo con él, don Niceto está luego más contento.

Hemos ido a comer a Fuentelarreyna con los Méndez Vigo y Montiel. La Viki está muy graciosa, y ya sabe decir *buenos días* en japonés. Se asusta mucho pensando que en Tokio dan en los banquetes pescado crudo, según le ha dicho un señor de la embajada japonesa.

Después voy a las Cortes. Oigo el honrado discurso de Carner, que presenta los presupuestos. No había cien diputados.

Conferenciamos con Besteiro, para acordar los plazos de discusión del Presupuesto y de las leyes tributarias. La Comisión de Hacienda todavía no ha dictaminado el primer proyecto, que tiene hace quince días. Ni se reúne siquiera, con número bastante para tomar acuerdos. Carner y yo vamos a la sección donde está junta la Comisión; hay seis diputados, de veintiuno que la componen. El indescriptible señor Marraco es hostil a los proyectos del ministro, y les hace obstrucción. Cada uno de los seis diputados presentes lleva su idea y su pedantería; no veo cómo harán un dictamen por mayoría. Carner discute con todos, y me admira la paciencia que tiene. Yo les hago ver la urgencia, y quedan en dar dictamen para el martes.

Nueva conversación con Besteiro, y me marcho al ministerio de la Guerra. Trabajo en el proyecto de ley de reclutamiento de la oficialidad, que va muy adelantado.

Por la noche, después de cenar, voy con Lola y los Casares al Español, que inaugura la temporada de Margarita Xirgu. Ponen la *Serrana de la Vera*.

Margarita está bien en el segundo acto. Saca unos resortes dramáticos que pocas veces usa. En el primer acto suaviza el carácter del personaje desfigurándolo.

Hay un cómico que dice los versos con acento de Chamberí. Y el que representa a don Fernando el Católico es un viejo de voz flatulenta; la reina Isabel es una cursi. El teatro no estaba lleno.

He pasado a saludar a Margarita. Allí estaban los Quintero, Marquina, Ardavín, Répide, Pijoan, e Insúa, el lerrouxista.

22 de febrero

Ayer me levanté tarde. No oí el discurso de Lerroux. Guzmán me había dicho que fuese a su casa a oírlo, pero rehusé. Llamé por teléfono a Luis Bello, para invitarle a salir juntos por la tarde, y me dijo que el discurso había sido «un ataque a fondo».

Más tarde me llamó Casares, que había oído a Lerroux desde el ministerio, junto con Largo Caballero. Me dijo Casares: «¿Pero usted habrá subvencionado ese *meeting*?».

—¿Y qué opina Largo?

—A la mitad del discurso se ha echado atrás en el sillón y ha dicho: «Y para esto he dejado de ir al Pardo».

Por la tarde vienen Guzmán, Cipriano y Luis Bello; vamos con Lola al Escorial a ver una casa que me ofrecen en arriendo. Hablamos del asunto del día. Guzmán y Cipriano dicen que el discurso no ha estado bien, y que han hablado con muchos que lo han oído, incluso con radicales, y no les ha gustado tampoco. Me ha dado dos arañazos. El uno es una tontería; el otro es una inexactitud. Lerroux encuentra mal que yo dijese en las Cortes que no teníamos ejército dotado de armas y municiones, precisamente cuando las masas sindicalistas asaltaban las ciudades; esta es la tontería, porque yo hablaba del ejército en relación con la defensa nacional y en vista de una guerra posible; pero no podía significar que no tuviésemos medios policíacos para reprimir un motín. La inexactitud es que yo faltase a lo acordado en la reunión de la Alianza Republicana. Las cosas ocurrieron tal y como yo las referí en el discurso de presentación del Gobierno, y me llena de asombro que Lerroux sea tan desmemoriado… No le desmiento, por no reñir en serio.

Guzmán ha oído por el micrófono que Lerroux, acabado el discurso, decía: «¡Qué! ¿No les ha gustado?».

En El Escorial, hacía un frío atroz. La casa no nos ha gustado.

De regreso he ido con Lola al Teatro de la Princesa (hoy de María Guerrero). Concierto de la banda republicana, organizado por el Ateneo.

Viene mucha gente a saludarnos; todos hablan mal del discurso de Lerroux. «Claro: a mí, qué han de decirme».

Después de cenar vienen a casa de Guzmán dos redactores de *Ahora* y uno de *Estampa*. Son de Acción Republicana. Me traen «noticias de los cafés»; la impresión que se acentúa no es buena para Lerroux. Les instruyo del aspecto político de la cuestión, para que lo traten en su periódico. La conversación se prolonga hasta la una.

Hoy por la mañana, en Guerra, despacho con el subsecretario. Está muy asustado por el proyecto de ley que leeré mañana o pasado en el Congreso. Me insinúa que no lo presente. No le hago caso. Después, Goded. Largo despacho. Llega Zulueta y vamos juntos a ver al Presidente de la República. Don Niceto está hoy de buen humor, y después de firmar lo que yo llevaba, ha hablado por los codos, especialmente con Zulueta, de política internacional, Ginebra, China, etcétera. Hemos convenido que Zulueta se vuelva a Ginebra para asistir a la Asamblea de la Sociedad de Naciones. Madariaga, según Zulueta, que está enteradísimo de los asuntos de Ginebra, ve demasiado a España como una pieza de la Sociedad, y hay que frenarlo, mirando al interés de España, para no lanzarse a quijotadas. Esto es a propósito del Japón, con el que no nos conviene ponernos a mal.

Zulueta no está contento de la actitud de Francia con España. Que los delegados españoles hayan dejado de ser humildes servidores de Francia en la Sociedad de Naciones no gusta; estima Zulueta que en Francia no tiene simpatías nuestra República, y que hay «un algo», no sabe qué, interpuesto. A Francia, opinan don Niceto y Zulueta, le conviene más una España aletargada, débil y sin problemas. Si en virtud del nuevo régimen España revive, si en virtud de la reforma agraria, la población rural crece y se enriquece, si España se fortifica, Francia lo verá con recelo. Prefiere estar rodeada de Bélgicas. Esto puede explicar la frialdad presente.

Regreso al ministerio con Zulueta. Examinamos la situación política. Está de acuerdo con mis puntos de vista. A cualquier maniobra envolvente de los radicales, responderé yéndome a fondo e invitándoles a derrotar al Gobierno con una mayoría que pueda gobernar con estas Cortes.

Almuerzo en la embajada de Chile. Allí me encuentro de nuevo con el Presidente. También está el Nuncio. A este buen señor se le suprime en el Presupuesto el sueldo que le pagaba España.

Estoy un rato en casa, salgo de paseo con Guzmán hasta la Quinta del Pardo. Visito el palacete, y una casita donde los reyes se habían arreglado unas habitaciones para tomar el té. Sobre una mesa, una edición de a peseta de la traducción de *Los tres mosqueteros*. El lugar es delicioso. He estado en el ministerio de la Guerra hasta las diez de la noche. Termino el proyecto de reclutamiento de la oficialidad. Despacho otros asuntos. Recibo a un redactor de *El Sol*, que toma notas para el comentario del discurso de Lerroux. Más tarde me llama Aznar, el director. Le parecen muy bien las notas que he dado. «Después de lo de ayer —me dice—, va usted a tener que ser también el jefe de las derechas, el caudillo de las derechas».

—Eso no me gusta —respondo—, yo no soy caudillo de nada: solo soy jefe del ejército.

Llega Amós Salvador, y luego el subsecretario de la presidencia. Hablamos largo rato.

Después de cenar, no salgo.

La prensa de esta noche, al menos la que yo he visto, está muy reservada con Lerroux. El fracaso se trasluce. Incluso *El Heraldo* no echa las campanas a vuelo, como era de temer. Anoche me dijo Sánchez Ocaña que iba a hablar con Fontdevila, de quien tiene pésima opinión.

Don Juan March envió un recado oficioso al ministro de Hacienda, preguntándole si el Gobierno vería con gusto que acudiese a la subasta para el monopolio de la venta de tabaco con Ceuta y Melilla, o si preferiría que no acudiese. Carner habló de esto en Consejo de ministros. Decía que aun siendo March lo que es, podía ser útil a la República, y que siendo él el único que podía tomar ese negocio, apartarlo de la subasta traería una pérdida al Tesoro. Contaba también que March insiste mucho en sus afirmaciones de que desea servir al Gobierno. (Yo lo sé también). Opiné yo en Consejo que si, después de cuanto ha ocurrido con March, aparecíamos adjudicándole de nuevo el asunto de los tabacos, se produciría un escándalo formidable; a mi parecer, debía contestarse que el Gobierno deseaba que no acudiese a la subasta. Así se acordó, y oficiosamente se le hizo saber.

El día de la presentación de pliegos para la citación, March presentó uno. Lo que buscaba, sin duda, era poder decir más tarde que había acudido a la subasta por indicación o por consejo del Gobierno.

Otra empresa presentó también pliego, mejorando, para la Hacienda, la proposición de March. Esto ocurría a las once de la mañana. A las doce, los agentes de March ya habían rodeado al competidor y le rogaban que fuese a ver a don Juan, interesado en hablarle. El competidor se resistía, pero al fin

fue a casa de March. Se lo encontró rodeado de varias personas. En cuanto March lo vio le dijo:

—¿Pero usted sabe en qué lío se ha metido? Si le adjudican a usted el negocio, organizaré un contrabando que le arruinará. Estoy resuelto a gastarme cuanto haga falta.

Como estas amenazas no producían efecto, March le preguntó si era él personalmente el que explotaría el negocio, o si era gerente o apoderado de alguna empresa. Era un gerente.

—La adjudicación es por cinco años. ¿Qué le pagan a usted? ¿Cinco mil duros, ocho mil, diez mil al año? Yo le doy ahora mismo sesenta mil duros si retira usted el pliego.

El otro no hizo caso. March llegó a decir:

—Les arruinaré a ustedes. Dentro de ocho días será poder Lerroux, y a Lerroux lo tengo aquí, aquí…

Y al decir eso, se metía los dedos en el bolsillo del chaleco.

24 de febrero

Al comenzar a discutirse los proyectos de Carner, los radicales han hecho el primer acto de oposición, de la oposición con que están soñando desde diciembre, como más ventajosa para su porvenir electoral. El señor Marraco, que es el hacendista del lerrouxismo, ha presentado y defendido un voto particular. Había redactado además otro pidiendo que se anularan los conciertos económicos con las Provincias Vascongadas y que no se aprobara ningún Estatuto regional mientras los nuevos tributos estén en vigor. La cosa era tan disparatada, que Lerroux le ordenó que retirase ese segundo voto. No he oído el discurso de Marraco; sí el de Carner. No tiene palabra elegante ni fácil, pero se hace simpático al auditorio por la sinceridad, llaneza y lealtad con que habla. Lo importante era la votación. Los radicales estaban seguros de ganarla. Un diputado de su grupo subió a la Mesa presidencial, no sé si para vigilar el escrutinio, y dijo a los secretarios: «Esta votación la ganamos».

Como los secretarios mostrasen asombro, el diputado radical añadió: «Si perdemos, será por siete u ocho votos».

Hemos tenido ciento cuatro votos de mayoría. Con los radicales han votado la extrema derecha y los «pistoleros».

Algunos diputados radicales no ocultaban después su sorpresa y su enojo. Decían que los habían engañado. La situación ha quedado despejada y es más firme la posición del Gobierno.

Después de la votación, ha hablado Alba, para «explicar su voto», favorable a Lerroux. Ha hecho un discurso mal intencionado y solapado, como lo que viene haciendo en estas Cortes. ¡Qué dos pajes le han salido a Lerroux: Alba y don Melquíades!

La opinión creciente es que Lerroux ha tenido un fracaso. El bueno de don Melquíades dijo a los periodistas que el discurso de Lerroux tendría efectos «fulminantes», es decir, que caería el Gobierno. Otro chasco.

25 de febrero

Ninguna novedad. En las Cortes, coletazos de la tormenta de ayer. Maura echa un discurso, atacando a los radicales. Entre las tonterías que han circulado y circulan estos días, figura la de que Maura y yo íbamos a unirnos. «¿Para qué?», preguntaría yo. Pero la gente se traga estas cosas. A Maura se le ha pasado ya la furia contra mí, y anda buscando una reconciliación personal. Hacer saber a amigos míos que Lerroux nos estorba a los dos: a él, porque no le deja formar un partido con las derechas republicanas, a mí, porque el Partido Radical contiene elementos útiles que deberían estar conmigo. La consecuencia es que yo debiera ayudar a Maura a erigirse en jefe del republicanismo conservador, eliminando a Lerroux. Eso pretende.

En su discurso en las Cortes ha estado jacarandoso y retador, como suele. Atiza a los radicales y ya no se acuerda de que hace pocos días los incitaba a derribar al Gobierno.

Esta noche, comida en la embajada de Cuba. Está en la casa que fue de Elduayen, famoso cacique galaico. Los salones, cubiertos de pinturas y adornos de un gusto horroroso, estaban glaciales, lo mismo que el comedor. Después de la cena, las señoras se han puesto los abrigos, porque no podían resistir el frío. Será la consecuencia de la crisis de Cuba.

26 de febrero

El Consejo de ministros ha carecido de interés. Se ha celebrado en Guerra porque desde hace tres días vivo en el ministerio. Estoy más cómodo, porque me ahorro las idas y venidas a mi casa, y dispongo de más tiempo.

He comido con Tenreiro y Aznar, director de *El Sol*. Este periódico es el único que se ha mostrado francamente hostil a Lerroux. Aznar se muestra

ahora muy fervoroso amigo mío. Y me canta la balada de Maura «a quien yo debo ayudar en su propósito de formar un partido conservador».

Aznar dice que Lerroux es una fuerza ya agotada; representa la vieja política, y las derechos auténticas no le quieren. Me leen un artículo publicado en *El Pueblo Vasco*, de Bilbao, rigurosísimo para Lerroux.

En las Cortes, nada que me interese. Todo está encalmado, dentro y fuera del Parlamento. Gobernar sin dramatismo, sin los sobresaltos a que estamos habituados desde abril, debe de ser muy aburrido.

27 de febrero

Entre otras visitas, la de Pestaña y otros tres miembros de la CNT que vienen a pedir clemencia para los deportados del *Buenos Aires*. Casi no les he dejado hablar, y aunque la entrevista ha sido larga, me lo he dicho yo todo. Les hago responsables de la duración del castigo, bueno es que se eviten los confinamientos, pero evitémoslos «entre todos». Yo no tomo partido por ninguna de las organizaciones del proletariado; estoy por encima de eso; sus contiendas en el campo económico no me inquietan ni me propongo impedirlas; pero las violencias que dañan a la República no son tolerables. Sobre todo, paz social, y si no la respetan, la impondré. Si hay paz duradera, podrá acortarse el confinamiento.

Pestaña parece muy quebrantado. Su situación es difícil entre los revolucionarios. Por otra parte, estará contento de que se le haya librado del predominio de los pistoleros.

Hemos comido en el periódico *Ahora*, invitados por su dueño, Montiel. Estaban los Méndez Vigo, que esta noche salen para el Japón, los Casares, y dos redactores del periódico. Montiel también me hace carantoñas. Fue ciervista, y es de un conservadurismo cerril. Es tonto, y nada simpático. Yo se lo disimulo poco, sobre todo después de haber sufrido la llovizna de saliva que arroja sobre su interlocutor. No le tomo en serio, y eso le da un poco de rabia. Le desconcierta que yo no me apresure a tener la protección de su periódico, que circula más que todos. Me he negado a visitar sus talleres, alegando que era tarde.

También habla mal de Lerroux. Montiel es muy amigo de Herrera, director de *El Debate*. Asegura que encuentra muy bien la suspensión de ese periódico, y que se ha negado a servirle de mediador cerca del Gobierno, porque Herrera está «muy chulo».

Estoy poco tiempo en las Cortes, y me marcho al Español, a oír un concierto de la Filarmónica. Después vengo al ministerio. Recibo a las nueve al alto comisario, que se va mañana a Marruecos. Estando con él llegan Zulueta y el subsecretario de Estado. Me cuentan la conversación que han tenido con Herbette. Vienen muy mal impresionados. Tienen la impresión de que Francia se dispone a adoptar medidas violentas contra el comercio español. Parece ser que a Herbette le ha sentado mal que se haya firmado un acuerdo comercial con Italia; quizá dan a eso en Francia un valor político. Francia querría vernos enemistados en todo con Italia. Zulueta se pregunta si apretándonos en el terreno comercial, no deseará Francia llevarnos a la antigua sumisión política que le mostró la monarquía. Si ahora toma Francia alguna determinación contra nuestro comercio exterior, nos revienta, porque es la época de exportación de frutos tempranos. Bajo esta mala impresión acaba el día.

28 de febrero

Han venido a comer con nosotros Cipriano y su mujer, mi suegro, y otras personas de la familia. Después, Guzmán y su mujer. A las cuatro salgo con Cipriano y Guzmán, por la carretera de Zaragoza, y llegamos hasta Trijueque. Empieza a nevar, y nos volvemos. La meseta de la Alcarria estaba trágica, con nubes tan cerradas y tan bajas, sin horizonte. Ya no quedan montes, como los que yo conocí hace treinta años. No hay más que barbechos rojizos, cubiertos de piedras.

A las siete, vienen a hacer tertulia Luis Bello, Amós y otros amigos. Hablamos de todo, y se prosiguen los planes para la fundación de un semanario político, de que venimos tratando hace tiempo.

5 de marzo

Desde el martes hasta hoy, la nota política dominante es mi discurso en las Cortes, al defender el proyecto de ley sobre la prensa militar[35]. Yo no creí que este asunto diera tanto ruido. Cuando leí el proyecto en las Cortes fue acogido con murmullos de aprobación. Si, como yo deseaba, la Comisión se hubiera reunido al instante y dado dictamen para discutirlo al día siguiente, es posible que se hubiese aprobado con menos estruendo. Pero la Comisión no se reunió, y se han perdido unos días. Después, el viernes, se hizo tarde, y

para no entorpecer la discusión de las leyes de Carner, convine con Besteiro en aplazar mi ley hasta esta semana.

Maura, cuando conoció el proyecto, se apresuró a decir a los periodistas, a quienes sigue teniendo por confidentes, que era «monstruoso y antijurídico, y que urgía organizar el Tribunal de Garantías Constitucionales».

En el transcurso de los días, se han acumulado contra el proyecto algunos estorbos.

Por de pronto, los radicales, que ahora quieren ocupar el puesto de defensores del *espíritu liberal*, y han tenido el descaro de decir, en la discusión, que ellos no habrían presentado esta ley. Eso, después de haber tenido dos ministros en el Gobierno cuando se hizo la ley de Defensa, y de haber propuesto, como todo el Gobierno, su prórroga, después de votada la Constitución —cuando los socialistas no querían votarla, por si se formaba un Ministerio Lerroux—, y habiendo instado a que se aplicase esa ley al general González Carrasco y a otros.

Mi antiguo ayudante, el comandante Peyre, ahora diputado radical, habló en contra. Peyre era uno de los más *fieros* cuando yo trazaba las reformas militares, y de los que pedían el mayor rigor para los generales. Ahora es muy sensato.

La impugnación del proyecto careció de fuerza. Habló Maura, y Ossorio. El pobre general Fanjul, que se creerá uno de los amenazados, intentó combatirme. No supo, ni dio una en el clavo. Al acabarse la discusión de la totalidad, y cuando iba a discutirse los artículos, hablé yo. Todo el tiempo estuve pensando que no sería necesario hablar, pero habían manoseado tanto a la libertad y al derecho, que me levanté a deshacer esta impresión. Pronuncié un discurso mucho más importante de lo que yo había previsto. La materia me brindó la ocasión, y por lo visto me hallaba yo muy fresco y descansado. Me divertí mucho mientras hablaba; nunca me he divertido tanto al pronunciar un discurso, y nunca había visto tan claramente la impresión en el auditorio. Por vez primera, las Cortes no repelieron la ironía y el humorismo. Van acostumbrándose. Antes les parecía una falta de seriedad.

Maura me aplaudió. Después le ha dicho a Luis Bello que, sin quererlo se encontró aplaudiéndome, y que para evitarlo se metió las manos en los bolsillos.

El proyecto pasó. Los radicales, con ese método raro que han adoptado, de quiero y no quiero, de amagar y no dar, pidieron votación nominal; pero se marcharon del salón y no votaron. Al día siguiente, como los monárquicos pidieron el *quorum*, los radicales estuvieron presentes y votaron en contra,

para que hubiese número. Al acabarse mi discurso, los pasillos hervían. Muchos diputados, periodistas, y aficionados que allí estaban, me felicitaron, pero los radicales parecían torvos. Uno de ellos, llamado Salazar Alonso, y que tiene la estampa de un peluquero cursi, dijo a los periodistas que yo soy un dictador, como Mussolini, y que voy derecho al golpe de Estado.

Tamaña estupidez ha hecho fortuna, y los periódicos vienen publicando artículos en que se examina muy en serio si yo soy o no, en efecto, un dictador. *El Sol*, *La Voz*, *El Liberal* y *Luz* opinan que no soy dictador. *La Nación*, *Informaciones* y otros opinan que sí lo soy. *El Socialista*, «que está amigo», viene a decir que no lo soy todavía; uno de sus colaboradores, el señor Salido, asegura que hay que mirarme con atención y cuidado.

Ayer me tropecé con Guerra del Río, uno de los edecanes de Lerroux, en la Comisión de Presidencia, reunida para examinar el proyecto de ley de Incompatibilidades. Les explicaba mi propósito de sanear las Cortes, «por cuyo prestigio me intereso —añadí dirigiéndome a Guerra— hasta que llegue el día de hacerme dictador».

Se rieron todos. Guerra se puso colorado, y contestó: «No creo que usted quiera ser dictador, ni que se lo consintiesen».

—Las dos cosas son evidentes —repuse—, pero los dictadores no suelen pedir el consentimiento.

Esto de mi *dictadura* nace de varias causas. En primer término, del furor de algunos radicales, que lanzan esa tontería para hacerme daño. Están furiosos porque ya van dándose cuenta del estorbo que les ha salido en su camino; estorbo involuntario por mi parte, puesto que si Lerroux no está gobernando es porque no quiso. El estorbo es ahora mayor, después del discurso de Lerroux en la plaza de toros, que dificulta enormemente la formación del Gobierno de concentración republicana en que yo pensaba para cuando nos separemos de los socialistas. Ahora empiezan a darse cuenta de que el cálculo bajo que echaron, en octubre y en diciembre, pensado que yo me estrellaría en pocas semanas, les ha fallado.

Otra causa de la imputación de dictadura es el resabio de vieja política que muchos llevan dentro. Recuerdan los tiempos en que la oposición gubernamental no dejaba andar a los Gobiernos, y en que todo se combinaba entre bastidores, dejando sin eficacia real al juego parlamentario. Esto de que haya una mayoría de verdad, y que se gobierne con la fuerza de los votos les parece un atentado.

Además, no existe bastante finura para percibir el matiz político. En cuanto se habla con autoridad, porque se tiene, algunos se asustan y muchos

creen que solo puede hablarse con autoridad cuando se maneja un espadón.

Esta noche publica *Luz* un artículo de Ossorio: «El caso inquietante de don Manuel Azaña», que muestra el punto a que ha llegado esta campaña. Ossorio, que no se cansa de decir en todas partes lo mucho que me admira, dispara contra mí un artículo mal intencionado, en el que en virtud de un análisis de mi carácter me denuncia como un probable dictador. Me cubre de elogios, y de injurias, porque injuria es suponerme en camino de usurpar un poder personal. Incorporo el artículo a este cuaderno[36]. Ossorio, el de la *juridicidad*, me dijo, a propósito de los deportados a Guinea, «que prefería verlos fusilados antes que deportados». Claro que los pasajeros del *Buenos Aires* no serán de la misma opinión. Este Ossorio es un santón de la vieja política, deformado por el pliegue profesional, que aparenta querer arreglarlo todo con la ley de Enjuiciamiento.

Su amigo y pasante, el abogado Martínez de la Fuente, les ha dicho a los amigos de la tertulia del Regina, que Ossorio pasó una noche de insomnio después de escribir el artículo, y que le ha pesado de que lo publiquen. Se lo habrá contado así a De la Fuente para que yo lo sepa.

En la ceremonia del miércoles, enorme concurrencia. No se cabía en los salones de la calle del Príncipe. No me importó nada aquello, y durante los preliminares estuve tentado de marcharme.

Había cuatro ministros, y Barcia, con una cadena de oro. Martínez Barrio, que es gran gerifalte en la Casa, no asistió; quizá por los resquemores de estos días. Quien verdaderamente es terrible es Hernández Barroso, por los discursos que suelta. Teósofo, además.

Ayer hubo una algarada estudiantil en la calle de los Reyes. Intervino la fuerza pública y repartió unos sablazos. Hubo protestas y amenazas de huelga. Llegó a nosotros la noticia cuando estábamos en Consejo de ministros. Fernando de los Ríos se asustó mucho. Fue y vino al teléfono varias veces, y todo el resto del tiempo estuvo abstraído en la redacción de una nota para la prensa, infelicísima, en la que echaba la culpa de todo a la policía y prometía castigos. Hubo que reformar la nota enteramente. Nunca he visto a un ministro más azorado. Fernando ha promovido otro conflicto con el Consejo de Instrucción Pública, que ha dimitido en masa. El ministro, en una conferencia que dio el domingo en un cine, dijo que necesita un consejo técnico asesor, y se propone crearlo, poniendo en él traductores de lenguas orientales (?). El Consejo, creyendo que el tecnicismo es suyo, se ha enfadado.

Ahora Fernando, con ese tino que tiene para equivocarse en la elección de

personas, ha vuelto a dar entrada e influencia en el ministerio al señor Morente, que fue subsecretario de Instrucción Pública con Tormo hasta el día que cayó el Gobierno Berenguer.

En el Consejo de ayer, terminamos el proyecto de Reforma Agraria. Falta ahora que los ministros socialistas se lo hagan aceptar a sus correligionarios. Si lo aceptan, el proyecto pasará sin graves dificultades, supongo.

Esta tarde he estado un momento en las Cortes. No había casi nadie. Y, cosas de Fernando: desde el banco azul, como ministro, *se ha adherido* a un ruego formulado por un diputado al ministro de Hacienda.

Asistí a la última parte de la sesión de ayer, mientras se discutía la ley del Patrimonio que fue de la Corona. Quería estar atento, para evitar que tocasen al Pardo. Hasta ahora lo he conseguido.

Barcia ha ido a verme en las Cortes para darme cuenta de la actitud de March en lo que se refiere a las pretensiones de García K. Dice March que está dispuesto a gastarse, en cuanto el Gobierno quiera, cinco millones de pesetas, si hacen falta para algún asunto de alta política internacional. Pero si el Gobierno lo desea, o tiene interés en ello. Barcia se negó a seguir la conversación por ese camino.

Esta actitud de March me fastidia mucho, pensando en lo que podría hacer respecto de Portugal. Pero es imposible que yo le vea ni le diga nada, porque sería comprometerme peligrosamente, y el hombre es de tal suerte que nunca creería en mi intervención desinteresada.

Después de las Cortes, he ido un momento con Lola a la legación de Yugoslavia. El ministro lleva unas patillitas cortas, como las de un policía de Meternich. Está casado con una madrileña. Permanecemos allí poco tiempo. Al salir, nos vamos al Español, donde trabaja la compañía rusa del teatro artístico de Moscú. He ido a casi todas las representaciones. Lo que más me ha gustado es *El Revisor*, de Gogol. Viendo a estos cómicos le entran a uno ganas de escribir comedias.

Por la noche han venido los de Guzmán y se han estado aquí hasta muy tarde. Con Guzmán he hablado del artículo de Ossorio. Está indignado. Me aconseja que avise a los periódicos, para que contesten algo. Llamo por teléfono a Villanueva, director de *El Liberal*. No había leído el artículo. Le recomiendo que lo lea, y que proceda como su criterio le aconseje. Llamo a *Ahora*. Hablo con Chaves. Dice Chaves que harán algo, cuanto el carácter del periódico permita; pero que convendría que Luis Bello hiciese un artículo más personal, contestando a Ossorio.

Llamo a *El Sol*. Aznar está ausente. Yo no pensaba insistir, pero Guzmán se empeña en que llame a Tenreiro. Así lo hago. Tampoco había leído el artículo. Lo leerá, y hará una nota para el periódico. Resulta que Aznar ha dejado a Tenreiro encargado de la dirección política de *El Sol*, tanto mejor. Una hora más tarde, Tenreiro me llama para decirme que ha hecho una nota, pero que el redactor-jefe pone dificultades para publicarla, «porque siguen la táctica de no mencionar a *Luz*…». «Si tienes mucho empeño —sigue diciendo Tenreiro—, podríamos esperar dos días…». En fin, las sinuosidades de siempre. Le contesto ásperamente, y le digo que no vuelva a ocuparse del asunto, ni de mí. Se aturulla. Corto la conversación.

Comentamos la virilidad de estos amigos, y su pavor a comprometerse.

7 de marzo

Ayer no salí por la mañana. Vinieron a comer con nosotros Margarita Xirgu, su marido, Ortín, Tenreiro y su mujer, y Cipriano con la suya. A media tarde llegaron Bello y Guzmán. Salí con ellos dos y con Lola. Llegamos al Alto del León, todo cubierto de nieve. La tarde estaba hermosísima. Mucho viento y frío en el puerto, que me sientan admirablemente. Estoy falto de campo, y algunos días me encuentro muy desmadejado.

Al regreso, dejamos a Bello en su casa y Guzmán viene conmigo al ministerio. Llegan Díez-Canedo, Torroba, Sindulfo y otros amigos. De conversación hasta las nueve y media.

Tenreiro ha querido darme esta mañana muchas explicaciones por lo ocurrido anoche. Resulta que después de nuestra conversación por teléfono, el hombre quiso publicar su nota, y en el periódico se opusieron. Me dice que va a hablar esta tarde con el presidente del consejo de administración y que probablemente se marchará del periódico. Yo le hago poco caso, le digo que no lo tome por lo trágico, y desvío la conversación. El hombre estaba muy apurado.

Después de cenar, voy con Lola al Español, a ver la compañía rusa. Dan *Asilo de noche*. Hay menos gente que otros días. Después vamos con los Casares y Esplá a casa de *Doña Mariquita*, y regresamos a las dos.

El artículo que ha publicado *El Liberal* está todo lo bien que puede estar, como hecho por gente sin pluma de polemista y sin nervio político. También *Ahora* dedica el editorial al asunto.

En el teatro subió a saludarme al palco Martínez de la Fuente. Me habló del artículo de su «maestro» Ossorio. Y se quedó pasmado de que me

disgustase. Le dije: o que Ossorio no sabe escribir, o que él no sabe leer. Martínez de la Fuente pretende que el artículo es muy satisfactorio para mí, y que Ossorio me pone más alto que a don Antonio Maura, que es cuanto se puede ponderar. Martínez de la Fuente se ha ido muy cabizbajo, después de la tremenda filípica que le he echado, prólogo de la que voy a armarle a Ossorio.

Jacinto Grau decía ayer a unos amigos míos: «Mi parecido con Azaña es tan extraordinario, que los guardias me saludan. Falta preguntarle al Presidente si, cuando yo era más importante que él, los guardias le saludaban». (Grau es único en el mundo. No nos parecemos nada por fuera, y menos aún por dentro, si es posible; afortunadamente).

De la secretaría de la presidencia me han enviado un visitante extraño, el señor Parekenópulos, exministro de la Guerra en Grecia. Resulta que es un truhán, que debía de estar proyectando algún timo.

En España, nadie sabe guardar secretos. ¡Ni los masones! Véase el artículo «Run-run», en *El Liberal* de ayer. Hoy, al salir del despacho, recibo la visita de Amós. Me cuenta su entrevista con don José Ortega. Dos horas y media estuvieron hablando. Ortega padece ahora un azañismo intenso y calenturiento. Le ha dicho a Amós: que yo soy el mejor de los políticos descubiertos por la República; que les llevo a todos gran distancia; que a pesar de ser el mejor, llevarles gran distancia, podría no ser suficiente, pero que sí lo soy, etcétera, etcétera. Después le ha preguntado muchas cosas de mí: si trabajo mucho, si hago las cosas personalmente o las doy a hacer a otros; si soy terco, etcétera. En fin, pedía informes. ¡Y le conozco hace veinticinco años!

Quiere saber qué plan tengo, dónde he puesto la meta, etcétera. Asegura que la adhesión del país hacia mí aumenta; pero que con frialdad, sin entusiasmo, y hay que elevar la temperatura, etcétera. (Amós le ha dicho que eso proviene de que no soporto la estupidez). Por último, Ortega le ha dicho que *Luz* está muy mal económicamente; que con quinientas mil pesetas se salvaría la situación, y que *Luz* se inclinaría a seguir a don Manuel Azaña en vez de seguir a don José Ortega. Reconoce que él no tiene condiciones para la política práctica, y que la idea de sentarse en el banco azul le horroriza. Está, además, mal de salud.

Yo le he explicado a Amós las líneas generales de lo que yo creo que va a pasar hasta que termine la colaboración socialista. Lo encuentra lógico y normal.

Amós me habla del efecto de mi discurso. Lo ha leído dos veces, y no halla en él nada de particular ni de alarmante. Habrá habido algo en el tono,

en la actitud, que ha originado la creencia de que soy un hombre peligroso. Asegura Amós que la gente de *orden* está un poco preocupada, preguntándose adónde voy y qué pactos tengo, y que esa preocupación es una dificultad incluso para allegar fondos con destino a nuestro soñado periódico. (Amós es algo asustadizo, y es probable que la *gente de orden* preocupada sea él mismo). Le tranquilizo. Amós conviene en que siendo el artículo de Ossorio una acción pérfida, en cierto modo me favorece, porque agranda mi personalidad política.

Me dice también que Ortega está furioso contra Lerroux.

Después, despacho con el subsecretario. Acabado esto, reúno y presido el Consejo Superior de la Guerra. Dos horas. Les encargo la nueva ley de Reclutamiento, y otro estudio, en líneas generales, sobre abandono de plazas fuertes y zonas polémicas. Les hablo mucho de la situación del ejército, de la política de la República, del porvenir de España, de los desastres de África, etcétera. Se van muy contentos.

Por la tarde he ido con Lola al Escorial. Tomamos el sol en el jardín. De regreso, trabajo con el subsecretario. Luego estoy con Saravia y mi ayudante Riaño y el subsecretario Ramos, conversando hasta las nueve y media. Esta noche no me muevo del ministerio. He pasado una hora aburrido, hasta que han llegado los amigos a conversar un poco.

El sábado recibí la visita de Augusto Bréal, el hijo de Michel Bréal. Le conocí hace años, y no le veía desde 1920. Está casado con una española. Es muy inteligente, y conoce muy bien las cosas de España. Muy amigo de Berthelot, le he dicho, para que se lo cuente a su amigo, unas cuantas cosas sobre la situación política de Francia y España.

13 de marzo

Hoy domingo, he salido a pie con Cipriano para dar un paseo. La mañana estaba muy fresca y daba gusto andar por Madrid. En la Castellana nos ha empezado a llover; nos hemos refugiado en el coche de la policía y hemos ido al Museo del Prado. Visitamos la sala donde están los tapices de Pastrana. Acuden a hacernos los honores Boix y Cantón. Los tapices son espléndidos. Hay que quedarse con ellos. Sería una estupidez devolverlos a los alcarreños. También hemos visitado la obra de los sótanos del Museo, donde se ha descubierto, debajo de la rotonda, una magnífica arquitectura de Villanueva. Después, he venido al ministerio. Llovía a mares.

Desde el viernes por la tarde estoy en una especie de vacación. Ese día, después de leer en las Cortes un proyecto sobre los bienes de los jesuitas, me marché con Casares. Dimos un paseo a pie, hice unas compras, subimos por la calle de Alcalá, merendamos juntos, y luego me vine a casa. Después de cenar fui con Lola al Español. Daban una comedia de Benavente, *Vidas cruzadas*, bastante mala. Poca gente en el teatro.

Ayer sábado, tuve numerosa audiencia. Muchas comisiones, entre otras, la de propietarios de fincas urbanas, asustadísimos por la revisión de alquileres. Yo no puedo ya remediarlo. A las dos despedí al último, y ya no he trabajado nada. Por la tarde salí en coche con la familia al campo. De regreso, fui al concierto de la Filarmónica, en el Español. También estaba don Niceto, con su hija Pura. El Presidente, con quien hablé en un descanso, no parecía muy contento. Me dijo que tenía enfermos a su mujer y a su hijo. Pero se calló otra cosa, que le enojará mucho más: su hijo mayor hacía oposiciones a una cátedra de la Facultad de Derecho de Madrid, y ha perdido. Hace dos días me dijeron en el Congreso que iba a suceder así, y que lo estimaban injusto, porque el hijo de don Niceto está mejor preparado que su adversario. El que me trajo la noticia atribuía la probable derrota del hijo de don Niceto a influencia política de otro personaje de la situación: Ríos. Ignoro si esto tiene algún fundamento. Pero si hay alguien que lo crea, más lo creerá el Presidente, y ha de estar muy quemado.

Por la noche, no salí. Vinieron Guzmán, Masip y Sánchez Ocaña. Leimos un artículo publicado el viernes en *El Mercantil Valenciano*, en que me ponen en los cuernos de la luna y se adhieren a mi política. La importancia del caso está en que *El Mercantil* tira sesenta mil ejemplares y es el periódico republicano más influyente de la región. Miñana, autor del artículo, ha escrito una carta a Cipriano, dándole cuenta de la situación política en Valencia, donde predomina el «blasquismo», contra el que hay una fuerte reacción.

La semana parlamentaria ha sido muy movida, y toda ella muy provechosa para mí. El martes se discutió el presupuesto de Estado. Como Zulueta sigue en Ginebra, tuve que estar al tanto de la discusión. Alba me envió un recado con un secretario del Congreso, diciéndome que pensaba hablar contra la supresión del sueldo del Nuncio como presidente del Tribunal de la Rota. En este asunto, Zulueta ha debido de tener dudas y vacilaciones, porque cuando se marchó aún no había resuelto nada. En el proyecto de presupuesto iba la consignación para pagar al Nuncio. En la Comisión se suprimió, creo que con anuencia de Zulueta; pero como yo no pensaba tener que defender este asunto en las Cortes, no me enteré con detalles de la

tramitación que había llevado. Habló Alba, y le contesté[37]. Estuvimos finísimos el uno con el otro, él con su corta mala intención tuvo la torpeza de hablar de ruptura con el Vaticano por consecuencia de esta medida. Tampoco se privó de decir que soy *temible*. La impresión en las Cortes fue que Alba se embarulló un poco al contestarme y no insistió. Yo no daba importancia al asunto, ni, menos aún, al debate; pero, en las Cortes, de todo se quiere sacar partido, y siguieron con curiosidad y con malicia este encuentro con don Santiago, que ahora se presenta como defensor de los católicos. Como si le importaran mucho. Los radicales asintieron a mi discurso, y después votaron el dictamen de la Comisión. El que estuvo muy gracioso fue Maura, que se levantó a hacer de amigable componedor de cuestiones. Plantado en la escalerilla, me invitaba, «por las buenas», a transigir con lo que pedía Alba. Nunca pierde su aire de matón y de jaque; aquella tarde parecía un majo que está de buenas y se interpone entre dos para que no riñan. «Y a que no haya cuestiones», parecía decir, como un personaje de sainete madrileño. No le hice caso.

Al día siguiente fue la gran bronca con los radicales. Los monárquicos y católicos, que en las Cortes se llaman «agrarios», presentaron una proposición para que reaparezcan los periódicos suspendidos; lo que les preocupa es *El Debate*. No se habría dado gran importancia a la proposición si no la hubiera firmado Lerroux. Esto pareció, y con fundamento, un signo de que se preparaba a dar la batalla al Gobierno en ese terreno. Se decía en el Congreso que habían llamado a todos los diputados radicales ausentes. Al parecer había lo que llaman «expectación», es decir, una hipertensión de la tontería. Como firmaban la proposición otros personajes, entre ellos don Melquíades, y creo que Maura y Alba, aunque de esto no estoy seguro, era de suponer un desfile de oradores importantes, y que tendría yo que lidiar una «corrida de peso».

Gil Robles defendió la proposición. Lo hizo con su inhabilidad de siempre, y no se privó de llamarme déspota o dictador, recogiendo la simpleza que más ha circulado estos días. Le desconcertó mucho que cuando más grandilocuente estaba, yo le interrumpí con un *¡claro!*, dicho con una naturalidad que soltó la risa de todos los diputados. Gil Robles se quedó *pegado* unos minutos, sin saber qué decir. Luego continuó, pero peor. Luis de Tapia tuvo la ocurrencia de hablar, porque había firmado la proposición en cuanto periodista, pero no la sostenía como arma contra el Gobierno. ¡Un gran acierto! Y mi amigo Santa Cruz, del grupo de Ortega, leyó, para explicar la opinión del grupo, unas páginas de un discurso o artículo de su jefe y maestro, que las Cortes no quisieron oír.

Contesté a Gil Robles, y le traté muy mal[38]. No puedo disimular el desdén que siento. Pero en quien iba yo pensando al hacer el discurso era en Ossorio, que me miraba desde su banco, con los ojos muy abiertos, densamente pálido e inmóvil; estaba él viendo venir el porrazo que se tiene merecido por su artículo de *Luz*. Varias veces le aludí claramente, invitándole a *bailar*; pero se estuvo quieto, y hallé la manera de decirle, sin citar su nombre, que había hecho una tontería con llamarme déspota. Toda la Cámara aplaudía, menos los cavernícolas, naturalmente, y los radicales, que me acechaban desde sus bancos, y cambiaban entre sí frases molestas para mí. Lo más notable era la ausencia de Lerroux, que después de firmar la proposición y de dejar que se armase tanto ruido, no apareció por el Congreso, y se estuvo en el Ritz, donde la señora de Casares daba un té.

En el Ritz se encontró Lerroux con Cipriano, a quien dijo que no pensaba salir de allí hasta que se acabara lo del Congreso. Y a Galarza, también presente, que aparentó extrañeza de que no estuviera en las Cortes, le contestó: «¿Me cree usted capaz de ir detrás de Beúnza?».

Pero los lerrouxistas, en las Cortes, más papistas que su papa, armaron un escándalo terrible contra mí. Y muy sin razón.

Había yo dicho en mi discurso que se me caería la cara de vergüenza si una medida política mía fuese aplaudida por los monárquicos. Esto les sentó mal a los radicales, pero no dijeron nada. Poco después, cuando yo explicaba que el centro de gravedad de la política está en el Parlamento, Prieto, desde la otra punta del banco azul, gritó, congestionado, dirigiéndose a los radicales: «Aquí, aquí es donde se pelea». Estas palabras de Prieto sonaron cuando los socialistas, los radicales-socialistas, los catalanes, Acción, etcétera se ponían en pie, como movidos por un resorte, y me aplaudían con frenesí. Entre los aplausos de los socialistas y el apostrofe de Prieto, los radicales perdieron el sentido, y creyeron que yo les había censurado porque hacen propaganda *en la calle*. ¡Qué gritería armaron! Puestos en pie, me amenazaban con los puños, y me insultaban; yo no percibía sus palabras; tal era el escándalo: no veía más que bocas abiertas y brazos tendidos. Al pronto, no me di cuenta de lo que ocurría. Inmediato a la cabecera del banco azul había un gran grupo de diputados, oyendo mi discurso; entre ellos, en primera línea, Cámara y Azpiazu, radicales. Me volví hacia ellos: «¿Qué les pasa?», pregunté. «No sabemos», respondieron. Ellos, por su parte, no estaban indignados ni encolerizados. Se conoce que, apartados en aquel momento del pelotón de la minoría, no sintieron el contagio.

Hubo conatos de agresión personal. Si suena la primera bofetada, no sé cómo hubiera concluido aquello. Duró mucho tiempo. Yo me estuve tranquilo en la punta del banco azul, esperando a que concluyera. Restablecido el silencio, terminé mi discurso, y habló Martínez Barrio, que calificó de «pérfidas» mis palabras, y exigió que inmediatamente rectificase, si no quería que el Partido Radical se volviese contra el Gobierno.

Algunos diputados hubieran querido (así me lo dijeron después) que a la impertinencia de Martínez Barrio contestase yo con otra mayor, y les declarase la guerra, pero de ningún modo iba yo a cometer semejante torpeza. Si los radicales quieren reñir definitivamente ha de ser de todas maneras, porque ellos se empeñen en reñir a todo trance; por mí, no riñen. No les daré yo motivo para que hagan el enfadado. Contesté a Martínez Barrio personalmente, con naturalidad, sin enojo, haciéndole ver a él y a las Cortes lo infundado de su irritación[39]. Luego dijo que no les habían molestado mis palabras, sino las de Prieto y los aplausos de los socialistas, que los reiteraron, con todos los demás republicanos, poniéndose otra vez en pie, cuando arreciaba la protesta de los radicales.

Ortega dijo al salir de la sesión que me había admirado mucho en esta parte segunda de mi discurso, porque estuve templado y tolerante, y di muestras de serenidad dificilísimas. Podrá ser un mérito; pero no me costó ningún trabajo, ni tuve que sobreponerme a nada para hacer lo que hice.

La proposición de Gil Robles quedó retirada, y la sesión terminó con un triunfo para el Gobierno.

En los pasillos recibí incontables felicitaciones. Se apreciaba que los radicales habían hecho el ridículo, y que la ausencia de su jefe en tal ocasión era un signo lastimoso. El caso de los radicales es el del aprensivo, que se imagina que todo lo que ve y oye corrobora la existencia de su enfermedad. Y todo ello procede de la pugna feroz con los socialistas.

Lo menos malo que me han llamado los radicales, con aquel motivo, es «pérfido». No me pueden ver ni en pintura. ¡Qué culpa tengo yo de no haberme *gastado,* ni de haber consolidado mi posición en contra de los cálculos que se hacían al subir yo a la presidencia!

El efecto político de esta sesión ha sido enorme. Al día siguiente se discutió el Presupuesto del ministerio de la Guerra. Tuve que hacer un nuevo discurso para recoger las impugnaciones. Yo no tenía ganas de hablar; la Comisión había contestado de sobra a las pequeñas tonterías que allí se habían dicho; pero Luis Bello vino a decirme que convendría exponer algo general sobre la política militar, etcétera, y me resolví a hablar. El discurso

gustó mucho[40]. Lerroux, que estaba presente, dijo, para que yo lo supiera, que no me había aplaudido porque los aplausos, después de lo del día anterior, hubieran parecido adulación (no sé por qué). Filiberto Villalobos me dijo que a su jefe (Melquíades) le había parecido muy bien mi discurso:

—No me importa —le contesté. (Melquíades, que apenas me saluda más que con un bufido, pone cátedra en el Casino contra mí). Alba se acercó al banco azul para felicitarme y Maura salió a los pasillos vociferando que yo soy un «gran gobernante».

Esto de que soy o no soy un «gran gobernante», que ha sido el tema periodístico de la semana, es una de las cosas más cómicas a que he asistido desde que estoy en el Gobierno. ¿Soy un gobernante? ¿No soy un gobernante? Y los que más se afanan por expedir este certificado de aptitud son los políticos conservadores.

En la discusión del Presupuesto de Guerra se ha visto una vez más la indigencia de los partidos, y singularmente la del Radical, que *aspira a gobernar*. Todo lo que se les ha ocurrido decir a los radicales, al discutirse este presupuesto, es que en la imprenta del ministerio hay tres capitanes de más, y que se deja de pagar el sueldo al obispo castrense, y dos cosillas más por el estilo, y, un *técnico* del partido, el capitán Poza, ha hecho un discurso para hablar de la Marañosa, la fábrica de productos químicos que manejan los artilleros.

Y esto es lo triste: que no hay nadie que entienda de nada.

Este discurso «militar» ha producido gran impresión. Algunos militares dicen ahora que yo vine al ministerio con preocupaciones de antimilitarista, y que el trato con el ejército me ha convencido de que en él hay muy buenas cosas y muy buena gente. Más vale que depongan su animosidad, cualquiera que sea el razonamiento que hagan, por disparatado que resulte.

Libertad de prensa. Cuando Lerroux volvió de Barcelona llamó a Barbate, copropietario de *El Sol*, y se le quejó de que el periódico no fomentase el lerrouxismo, mostrándose en cambio partidario mío. Barbate le contestó que él no podía hacer nada, porque dejaba a la dirección del periódico en completa libertad.

Pocos días después, el subsecretario de Marina, lerrouxista de nuevo cuño, llamó a Barbate y le dijo que se anduviera con cuidado, porque Lerroux va a ser poder dentro de poco y podría tener qué sentir. Barbate es concesionario de unas almadrabas.

Los Consejos de esta semana no han tenido gran importancia. En el del viernes, Prieto se sintió sobrecogido de un dolor muy fuerte en la región del corazón, que casi le hizo perder el sentido. Creo que tiene arterioesclerosis, y no se cuida.

Comentando la sesión del miércoles, Prieto ha dicho, creyendo que yo no lo oía, que sus palabras a los radicales las dijo con intención de provocar la batalla.

El miércoles por la mañana estuve a despachar con el Presidente. Llevé un carro de decretos. Estaba de mal humor, «torcido» (no sé expresarlo más gráficamente), y con la antigua propensión de echarlo todo a bromas fúnebres, es decir, sin gracia, pero con tercera intención. No sé si le habrá molestado lo del Nuncio; nada me dijo. Al enterarse de que Albornoz iba a dictar una disposición prohibiendo a los notarios que circulen modelos impresos para hacer la declaración de voluntad sobre el enterramiento católico, me rogó que no se hiciera por decreto. Contesté que lo procuraría, pero que no estaba seguro de lograrlo, si el ministro quería dar a ese asunto alguna importancia. Por algunos detalles, comprendí que estaba desazonado. Se lo dije a Casares. Al día siguiente, Besteiro me llamó a su despacho y me contó que el Presidente había hablado con él, quejándose del aislamiento en que se le tiene, de que no despachan con él los ministros, de que los decretos se le envían con un guardia, del proyectado decreto de Albornoz, etcétera. Besteiro tenía la impresión de que don Niceto no dura en la presidencia.

Le dije a Besteiro que lo del decreto estaba arreglado. Albornoz estaba conforme con dictar una orden ministerial o una orden de la Dirección General, y ni siquiera era cosa suya la idea, sino del director de Registros, mi correligionario Fernández Clérigo. Besteiro quedó en ver a don Niceto la misma noche. La preocupación religiosa del Presidente le hará cometer alguna tontería. Las demás quejas también son infundadas. Lo del guardia ocurrió una sola vez, por inadvertencia del personal subalterno; fue en diciembre, y aún no se le ha olvidado.

Me ha visitado el hijo de García K., ya enterado del fracaso de las gestiones de Barcia.

El encargado de negocios de El Salvador me visita, con el empeño de que reconozcamos al nuevo Gobierno de su país, salido de un golpe de mano. Nadie lo ha reconocido aún, porque hay el acuerdo tácito de no reconocer en casos tales, y el propio ministro de Guatemala ha hecho una gestión cerca del subsecretario de Estado para que no accedamos al reconocimiento.

El redactor-jefe de *El Debate* se ha encontrado con Guzmán y han hablado largamente de los motivos de la suspensión. Puestos a buscarle tres pies al gato, me prestan intenciones profundísimas y maquiavélicas. Dicen que soy el único adversario serio que tienen las derechas; los demás se desacreditan solos, con dejarlos hablar. *El Debate* es propietario de *Gracia y Justicia*, el libelo de Delgado Barreto, donde han estado cubriéndome de injurias soeces muchos meses. Ahora les han puesto un censor, después de la conversación que tuve yo con Herrera en la presidencia en que le afeé su hipocresía. Reconocen que no he suspendido ningún periódico por atacarme ni por injuriarme.

14 de marzo

Me levanto un poco tarde. Despacho con el subsecretario y con el jefe de Aviación. Visita de Echevarrieta, que me habla de un modelo nuevo de avión; piensa adquirirlo para establecer una línea a Buenos Aires.

Viene el subsecretario de Estado. Después el de la Presidencia. Y el director de la Telefónica. Mañana hay que resolver la difícil cuestión que tiene planteada con su personal.

Después de comer, doy un paseo por El Pardo. Vengo al ministerio, y recibo a Gabriel Franco y a Ramos. Después voy al Español con Lola a la última representación de la compañía rusa. Nos sirven *Crimen y castigo*. En el palco contiguo al mío, don Niceto, su mujer y su hija. El Presidente está de mejor humor, pero advierto que aprovecha las ocasiones para hablar del «sabio» don Fernando. Debe de estar enconado con él, a causa de la cátedra del hijo.

Regresamos al ministerio y ya no salgo.

Esta mañana, como estaba más descansado, he podido abordar, sin desabrimiento, algunos asuntos enojosos. Pero, de tarde, he pasado por un rato de aburrimiento y fastidio. Todo este ruido que hacen en torno mío no me gusta. Es mucho peso el que pretenden echarme encima. Yo no tengo deseos de perdurar aquí, y mi mayor placer sería, concluida esta etapa, mandar a paseo la política y sumergirme en los libros.

15 de marzo

El Consejo de hoy ha empezado tarde, porque he ido al Senado, a la sesión inaugural del Congreso Internacional de Cirugía. El alcalde, que había de hablar el primero, ha llegado tarde. Este alcalde es muy castizo, le invitan a un banquete diplomático y no va ni se excusa.

Hemos oído los discursos de rúbrica, entre ellos una necrología de los cirujanos muertos desde el último Congreso. El orador no nos ha dicho si han muerto a mano de otros cirujanos.

El Presidente de la República ha echado un discurso, en que ha hablado de nuestra revolución como de una operación quirúrgica incruenta.

En el Consejo hemos aprobado el texto definitivo de la ley Agraria y el proyecto de resolución que he de dictar en el recurso interpuesto por la Telefónica contra un arbitraje dictado por el ministerio de Comunicaciones en tiempo de Martínez Barrio. Esta fue una atrocidad que cometieron en aquella casa. Martínez Barrio no era un ministro, y entre él y Abad Conde se dejaron gobernar por el sindicato. Ahora el asunto no tiene solución fácil, y lo más derecho sería volver a empezar. El fondo de la resolución, aparte unas pequeñas ventajas que se conceden al personal, consiste en remitirlo todo al jurado mixto. Temo que el personal se alborote. No se ha podido conseguir que acepten la conciliación ofrecida por el ministerio del Trabajo.

En las Cortes se ha discutido y aprobado el Presupuesto de Marina. El diputado Rizo, radical, que tiene un puesto de nombramiento del Gobierno en Marina, ha leído un discurso de una hora combatiendo al ministro. Esto no puede ser, y le he dicho a Giral que lo dimita. No he entrado en el salón de sesiones.

Por la noche me he quedado de tertulia en el ministerio con Guzmán, Saravia y el teniente coronel Sicardo, que viene de Italia, para donde le nombré agregado militar. Habla por los codos y me ha mareado.

17 de marzo

Consejo en Palacio. El Presidente estaba hoy de muy buen humor, y se ha pasado el Consejo haciendo chistes. Menos mal. Se han aprobado los programas de viaje del Presidente a Levante y Andalucía.

También hemos examinado el proyecto de ley Electoral del presidente del Supremo. El proyecto de la Comisión jurídica asesora no es bueno. Deja la elección en manos de los magistrados, procuradores, notarios, etcétera. Y es seguro que saldría un presidente inadmisible. Por otra parte, no permite opción ni repulsa al presidente. Albornoz aceptó el anteproyecto, sin fijarse en

nada, y cuando yo le hice alguna observación sobre el caso no le dio importancia. Hoy, en el Consejo, se ha convencido fácilmente de los errores del proyecto. Se ha convenido en redactar otro, con mejor sentido político, y eliminando de la asamblea electoral a gentes que no deben figurar en ella.

Ayer, en las Cortes, hubo otro choque entre los socialistas y los radicales. Ahora han cambiado de bancos, y ya no oímos desde el banco azul las conversaciones de los radicales que injurian a los ministros. Yo no presencié el incidente de ayer. Estuve en la primera parte de la sesión, y tuve que intervenir contestando a Guerra del Río, que agitaba la cuestión de los funcionarios.

En esto ha habido que tomar una decisión un poco brutal, que es deshacer las plantillas de aumentos aprobados en algunos ministerios durante el Gobierno provisional y convertirlos en ley por las Cortes. No pude decir a Guerra del Río la verdad entera, o sea que en aquellos meses no había Gobierno y cada ministro hacía lo que se le antojaba. Así resultó que los más débiles se dejaron convencer por sus funcionarios, y repartieron mercedes a boleo. Los de otros ministerios protestaban, pidiendo iguales mejoras, que no es posible otorgar, y ha sido necesario dejarlos a todos iguales, en la situación que tenían al venir la República.

Desde las Cortes vine al ministerio para hablar por teléfono con Zulueta, que desde Ginebra me dio cuenta de su conversación con Tardieu, sobre las relaciones de Francia y España. Se trata de solventar las diferencias comerciales, sometiéndolos a un criterio de orden general político, sin hacer demasiado caso de los técnicos. Aprobé las conversaciones de Zulueta, y los planes de que me informó, y llamé a Domingo al ministerio para contarle lo que sabía, y también lo aprobó.

Domingo me habló de política. Cree que Lerroux está hundido, el Partido Radical se deshará. Los socialistas prestan lealmente un inmenso servicio a la República colaborando en el Gobierno. Mi figura política ha adquirido un relieve extraordinario. Cuando los socialistas se vayan amistosamente del Gobierno, por haberse cumplido el programa que trazamos, podrá hacerse una agrupación de izquierda republicana y «tendrá usted Gobierno para mucho tiempo». Tales son las opiniones de Domingo.

Después de cenar voy al Español; función de gala en honor de los congresistas de Cirugía. Veo un acto de la *Serrana de la Vera*, y salgo para el centro de Acción Republicana, donde se celebra una reunión del Consejo Nacional del grupo parlamentario. Se discute si conviene o no declarar fenecida la Alianza Republicana, que, de hecho, está bien muerta. Prevalece

el criterio de no hacer ninguna declaración, para reservar el porvenir, por más que los radicales, ciegamente, lo están haciendo imposible.

18 de marzo

Hemos dimitido al subsecretario de Marina y a Rizo, delegado del Gobierno en la Transmediterránea, que combatió al ministro en las Cortes. Giral ha preguntado al subsecretario si era cierto que había hecho aquellas gestiones cerca de Barbate, y ha confesado que sí.

Hoy no ha habido Consejo. Tenía yo que asistir, como ministro de Estado, a la recepción del nuevo embajador de México, Genaro Estrada. Pérdida de la mañana en estas ceremonias, y en recibir después, para devolvérsela en seguida, la visita del embajador.

También me ha visitado el de Francia, para congratularse de la nota que hemos dado acerca de nuestras relaciones con su país.

Anoche hubo en las Cortes una sesión tan estruendosa como lamentable. Había de darse cuenta del resultado de los trabajos de la Comisión que se nombró para investigar lo que hubiera de cierto en la supuesta acumulación de cargos, por los diputados. A eso de las nueve de la noche, estando yo en mi despacho del ministerio, vino Ramos y me dijo que los radicales habían presentado una proposición para que antes del 31 de marzo, los diputados que tuvieran algún cargo lo renunciasen. Ramos no había leído el texto de la proposición. Comprendí que los radicales querían hacer ostentación de honestidad, y como la presentación de mi proyecto de ley sobre Incompatibilidades les ha dejado sin esta bandera popular, quieren ser ellos más exigentes. Se trata pues de una puja de *puritanismo*. Al poco rato me llamó por teléfono Besteiro, y un tanto confusamente me dio cuenta de lo que ocurría. Noté que estaba algo apurado, ante la necesidad de votar en la misma noche. Yo le dije que lo mejor sería pasar la proposición a la Comisión que entiende en el proyecto de Incompatibilidades, y que para preparar el camino citase a una reunión a los jefes de grupo, para las diez y media, y que yo asistiría.

—¿A todos los jefes de grupo?

—No. A los de la mayoría —respondí.

A las diez y media fui al Congreso, pensando cuál pudiera ser el blanco de la maniobra de los radicales, y en los medios de evitarla, sin que pareciese que el Gobierno amparaba a los acumuladores de cargos.

En el despacho de Besteiro estaban ya los delegados de los grupos. Allí propusieron que se llamase también a Maura. Yo accedí, suponiendo que su

criterio coincidiría en esto con el mío. Vino Maura, y me saludó muy afectuoso, terminando con esto su pueril enfado.

Los radicales habían modificado su proposición, dejándola reducida a una cosa anodina.

Allí conocí la lista de los cargos que tiene cada diputado. No me había ocupado de este asunto. Resulta que no hay apenas nada censurable salvo tres o cuatro casos, como el del alcalde de Barcelona. Les dije, de todos modos, que el Gobierno había tomado una iniciativa, y que no podía dejársela arrebatar por un grupo, que buscaba con ello una plataforma popular. Estuvieron conformes. En esto andábamos cuando se presentó Guerra del Río, a quien no se había citado. Hizo como que quería marcharse, pero se quedó. Después de una ligera conversación, aceptó que su propuesta siguiera la tramitación indicada por mí. Con esta, nos separamos.

En el salón, todo pudo haber acabado en quince minutos, si no fuera la gente torpe. Empezaron por leer la lista de nombres y cargos, no obstante estar impresa y repartida. Hora y media de lectura. Me marché del salón. Cuando volví, habían comenzado las «confesiones»: muchos diputados se levantaron a decir en qué empleaban o a cuánto ascendían sus emolumentos, y hubo hasta quien dijo a qué destinaba una gratificación de trescientas pesetas anuales. Como la campaña sobre acumulación de cargos se ha hecho principalmente contra los socialistas, y de lo averiguado resulta que no hay cosa grave contra ellos, no dejaron de cantar victoria. Trifón Gómez leyó un extracto de un discurso de Gil Robles en que insulta a los diputados socialistas. Gran alboroto. Y cuando Gil Robles se levantó a contestar, con su cínica frialdad, se produjo una especie de motín. Algunos diputados socialistas (Negrín, uno de ellos), dando la vuelta por el pasillo exterior, se acercaron al escaño de Gil Robles para pegarlo. Maura y Manteca lo impidieron. Los diputados se levantaron, salieron de sus asientos, y pareció inevitable que llegasen a las manos. Desde el día de la agresión a Leizaola no ha habido bronca semejante, pero la de anoche fue mayor. Estuvo interrumpida la sesión veinte minutos. Cuando Besteiro se pudo hacer oír, y los diputados comenzaron a sentarse, dijo las palabras de ritual, exhortando a la calma y al orden, y requirió a Gil Robles para que no empleara palabras que pudieran lastimar la *susceptibilidad* de ningún grupo. Entonces, Fernando, desde el banco azul le interrumpió:

—La susceptibilidad no: el honor.

Grandes aplausos de los socialistas, que por lo visto no se consideraban bastante indicados por Besteiro, subrayaron esta pifia.

Vi a Besteiro ponerse lívido y contraer las facciones dando muestras de nunca vista cólera. Cuando ya todo estaba en calma, Besteiro, cada vez más descolorido, casi blanco, como un muerto, me hacía muecas de ira, señalando a Fernando. Nunca le he visto así. Temía que ocurriera algo grave y que dimitiese. Lo veía comentar el incidente con los secretarios. Habló Guerra del Río defendiendo la proposición de los radicales, y cuando acabó hubo un momento de silencio; nadie sabía qué hacer. Entonces pedí la palabra, y pronuncié un corto discurso, procurando elevar el tono de la discusión y ennoblecer su objeto. Me aplaudieron, incluso los radicales. Y aproveché el discurso para dar una satisfacción a Besteiro, ensalzando su autoridad presidencial[41].

A las dos y media de la madrugada se tomaba el acuerdo de enviar la proposición a la Comisión de Incompatibilidades.

Como el enfado de Besteiro lo advirtió todo el mundo, Casares, al salir del salón, le dijo a Largo Caballero que temía la dimisión del Presidente.

—¡Déjelo usted que se vaya de una vez! —contestó Largo.

Luego pasé yo al despacho de Besteiro. Aún estaba furioso. Dijo que Fernando había procedido como tonto que es, y que quizá no era todo tontería, sino maldad, para echarle encima el grupo socialista.

Estuvimos allí hasta las tres. Nos dijeron que unos diputados socialistas esperaban a Gil Robles en la calle de Floridablanca para pegarlo. Por suerte, Gil Robles se había marchado por otra parte. Hubiera sido una torpeza que lo agredieran en el salón ni en ninguna parte. Ya lo fue mucho mover tan gran escándalo por lo que dijo; pero hay que reconocer que se necesita mucha experiencia y mucha calma para aguantar a ese señor, que subleva por su increíble cinismo.

Por fortuna, los periódicos de hoy no dan demasiada importancia al incidente, y no lo hinchan ni lo explotan en contra de las Cortes, como era de temer.

También ayer, jueves, hubo recepción en el Palacio presidencial, en honor de los congresistas de Cirugía. Fue la recepción en la planta baja, en las habitaciones oficiales del Presidente, y no se cabía. Mucho calor. Ningún incidente digno de mención.

Don José Pedregal ha dado una *interview* a *El Heraldo* en que habla de la *unión de los republicanos*, y espera que yo me entienda con Lerroux y Domingo, descartando a Albornoz, para gobernar sin los socialistas. Cuando esa unión esté realizada, se retirará a Avilés. Respecto de la fractura de la Alianza, dice Pedregal que circulan varias versiones, y no sabe cuál es exacta.

Pedregal estaba obligado a creer que la exacta es la que yo di, no solo porque la he dado yo, sino porque yo estuve hablando con él la víspera de la crisis, y le expuse mis propósitos, confirmados por los hechos. Entonces Pedregal me aconsejó que fuese *flexible* y que no insistiese en quitar a Largo la cartera de Trabajo. No se la quité, lo que motivó el enfado de los radicales. Y ahora Pedregal dice que soy «frío e inflexible» aunque me creo de goma. Yo nunca me he creído de goma; no sé para qué servirá un hombre de goma. Y si el ser como soy le gana a uno fama de inflexible, no sé cómo serán por dentro los que no gozan de esa reputación. En fin, Pedregal me elogia personalmente; pero estos antiguos reformistas no tienen, por lo visto, remedio.

Por su cuenta, *El Heraldo* publica un artículo diciendo que en mayo voy a hacer una maniobra para expulsar a los socialistas, si no me secundan, y gobernar con Lerroux, o para combatir a Lerroux si los socialistas quieren. Esto es una estupidez tamaña. Lo he hecho rectificar en *El Sol*.

19 de marzo

Me levanto tarde, cansado todavía, por no haber dormido bastante ayer. Despacho con el subsecretario. Recibo comisiones. Y la visita del marqués de Valderrey (un Pidal) que viene a pedirme que interceda con las autoridades de Badajoz para que le protejan de las depredaciones de sus campesinos.

Me entero de que ha llegado Zulueta, y nos citamos para la noche.

Después de comer algo salgo con Luis Bello y Guzmán. Nos apeamos en la carretera de Hoyo de Manzanares, y damos un largo paseo. La tarde es maravillosa. Regresamos a las seis y media y vamos al concierto de la Orquesta Filarmónica en El Español. También está don Niceto, que en un descanso me llama para decirme que Lerroux le ha contado que en París están muy inquietos, porque temen, para el mes de mayo, un movimiento nacionalista en nuestra Zona de Marruecos.

Después del concierto vengo al ministerio, donde ya está Zulueta. Me cuenta su viaje. Viene relativamente contento. De Madariaga se queja un poco. Madariaga no quiere estar en París, sino en Ginebra. Zulueta cree que Madariaga se olvida a veces, en la Sociedad de Naciones, de que representa a nuestro país, y procede como un «intelectual». Tardieu le ha dicho que a Madariaga «se le habla del desarme y contesta Japón».

Zulueta estima que España no puede hacer una política demasiado idealista, y combatir con Inglaterra en la Asamblea por defender a China.

Le cuento a Zulueta que el embajador de Chile ha venido a verme, muy alarmado, creyendo que por el ministerio de Agricultura se preparan medidas comerciales contra los nitratos. El embajador está dispuesto, por si la medida obedece a una represalia, a hacer todo lo necesario para que su Gobierno suprima todas las restricciones impuestas a la repatriación de moneda española. En el ministerio de Agricultura no preparan ninguna medida de esa especie; pero yo le encargo a Zulueta que deje en su engaño al embajador y que, a cambio de prometerle que nosotros no haremos nada, vea de conseguir la derogación de las trabas que Chile ha establecido.

Después recibo a un redactor de *El Heraldo* a quien le dicto unas notas rectificando su disparatada información del otro día. El redactor es lerrouxista, y eso lo explica todo.

20 de marzo

No he salido de mis habitaciones en toda la mañana; cerca de las dos, viene el director general de Seguridad, que me informa de los trabajos de organización que está haciendo, y del nuevo servicio para investigar el comunismo en el ejército.

Por la tarde, salgo con Bello, Guzmán y Cipriano. Vamos hasta Manzanares, después de pasear un rato por la carretera. Visitamos el castillo de Santillana. Nos encontramos allí con Besteiro y su familia. El anochecer es prodigioso. El valle y la sierra, de rosa y nieve. Todo está de una grandiosidad triste. La emoción de la historia y del natural se combinan. Sobre esto, ¿podrá levantarse una historia nueva?

Después del paseo vuelvo al ministerio. Recibo a unos cuantos amigos, que nos dan conversación hasta las nueve y media.

21 de marzo

De mañana, largo despacho con el subsecretario. Después, con el general Goded. Recibo al general Cabanellas y a Ruiz Trillo. Luego presido la primera sesión del consejo de administración del Consorcio de Fábricas Militares. Si consigo poner orden y claridad en el embrollo que hasta ahora han sido las fábricas, será un triunfo. La reunión dura hasta dos horas y media. Y todavía tengo una visita que aguantar.

Por la tarde, té, en el Ritz, ofrecido por la Asociación de la Prensa Extranjera. Asiste Zulueta. Venimos juntos al ministerio, y me habla de la conveniencia de volver a Ginebra. Teme que sus viajes sean objeto de censura. Yo le tranquilizo.

En el ministerio me aguardan dos periodistas americanos. Los despacho y voy al Ateneo a presidir la Junta Directiva. Estoy allí hasta las nueve y media. En el Ateneo, la oposición quiere que deje la presidencia pretextando que es cargo *incompatible* con la del Gobierno. Es una tontería. Pero no es cosa de tranquilizarles anunciando desde ahora que en mayo no aceptaré la reelección. El Ateneo está mal, atacado de brutalidad comunistoide, y un pequeño grupo de violentos y despechados se impone a la mayoría de los socios, que no van por allí. Realmente el Ateneo me debe todo lo que es, incluso la existencia, porque cuando Primo de Rivera quiso destruirlo fundiéndolo con el Círculo de Bellas Artes, yo fui al Círculo y en una junta general conseguí que rechazasen la fusión. Verdaderamente, si yo fuese un hombre sensible a la ingratitud, este caso me dolería; pero uno de los puntos en que más me he corregido de mis *extravíos* de la juventud es en este; no espero ninguna correspondencia a la lealtad de mis intenciones.

También se han corregido otros: por ejemplo, Azorín. Dos artículos me ha dedicado en *Luz* muy encomiásticos. ¡Quién lo pensara!

Ahora hay muchas gentes empeñadas en saber cómo soy y cómo he sido. Y me inventan biografías. Un periodista le ha pedido noticias de mi vida a Cipriano, complementarias de las que el periodista cree poseer, y entre las que posee figura esta:

—Ya sé que cuando de joven frecuentaba el Ateneo, y sus amigos se iban de juerga, él se quedaba estudiando en la biblioteca…

¡Tempestuosas memorias de la tertulia de «fuerzas vivas», qué diréis a esto!

Me ha dicho el ministro de Marina que en su despacho del ministerio le registran el cajón de la mesa; se lo abren con una lengüeta.

Gil Robles ha ido a dar voces contra mí en la plaza de toros de Alcalá, y uno de sus congéneres ha dicho que, «envanecido por el poder», *he dejado de ser español* ¡Si serán listos!

Miguel Maura se encontró ayer con Casares en Fuentelarreyna. En el acto habló de su pleito: la separación de los socialistas del Gobierno.

—Lo que hay que hacer es reunir alrededor de una mesa a Azaña, Lerroux, Ortega, Domingo y yo…

—¿Qué iban ustedes a hacer? ¿Juegos de espiritismo? —le interrumpió Casares.

23 de marzo

Ayer fue un día de inmenso cansancio. Por la mañana, Consejo de ministros, que terminó a las tres menos cuarto. Zulueta consumió mucho tiempo en contar sus impresiones de Ginebra. Habla con mucha pausa. A Prieto no le importan nada estas cosas, y se impacienta.

Poco después de comer fui a firmar con el Presidente, en su casa. Llevé un cartapacio enorme. Una hora firmando. Cometí la imprudencia de ir al Congreso, y me sobaron hasta las ocho y media. Ya no recuerdo las comisiones que recibí ni las tonterías que tuve que escuchar. Esto de que la gente no sepa explicarse pronto y bien es terrible.

A esa hora estaba tan cansado, que me entraban ganas de morirme. Y aún tenía que sonreír a los visitantes. Ramos me llevó del Congreso para distraerme. Fuimos a la presidencia para ver el estado de las obras; después regresé al ministerio y me vestí para ir al Español, Conmemoración de Goethe. Representan el *Clavijo*. El ministerio de Instrucción Pública ha subvencionado esta representación, y el propio ministro ha dicho una conferencia preliminar. Fernando está enteramente desprovisto de vena literaria. Hizo un tema de clase. La representación no valió nada; estos cómicos no saben ni pronunciar.

Estuvo don Niceto. Conversamos un rato en su palco.

Después estuvimos con los Casares, y regresé a casa.

Hoy he trabajado toda la mañana en el despacho, y recibido algunas visitas. Por suerte, a las dos menos cuarto había concluido todo. Después de comer, salgo con Guzmán y damos un paseo a pie por la carretera de Hoyo. Hermosa tarde. Desde el campo, al Congreso. Visita de los diputados de la Esquerra, alarmados por la tardanza en poner a discusión el Estatuto. Dicen que en Cataluña se produce un descontento, y asoman demostraciones extremistas. Si la situación se prolonga, su situación se hará muy difícil en Cataluña, donde les dicen que han sido engañados en Madrid, y tendrían que retirarse del Parlamento. Claro, estos hombres no quieren perder fuerzas ni popularidad, como lo están perdiendo, y un golpe de efecto como el de retirarse de las Cortes les vendría muy bien.

La dificultad del Estatuto reside ahora en la parte de Hacienda, en que apenas será posible conceder una parte de lo que pretenden. Yo no he tenido

interés en precipitar este asunto, por si venía una ruptura que pudiese arrastrar a Carner antes de que estuviera votado el Presupuesto. La salida de Carner me hubiera creado una situación inextricable, porque solo él podía poner en pie la reforma de los tributos y el Presupuesto.

Ahora ya se podrá afrontar con más desembarazo la cuestión. También sería difícil que los socialistas votasen el Estatuto si estuvieran fuera del Gobierno, y no se irán mientras no esté aprobada la Reforma Agraria. Mi proyecto era simultanear ambas discusiones, para conservar unidas las fuerzas y hacer aprobar las dos cosas. Los peritos del ministerio de Hacienda ponen muchas dificultades. Son muy *centralistas*. No veo aún clara la salida, pero habrá que encontrarla.

Lucio Martínez, el diputado por Jaén, zapatero socialista, me ha traído sesenta alcaldes de su provincia. Hay hambre en Jaén. Los propietarios no labran las tierras. El decreto sobre laboreo forzoso no ha producido nada hasta ahora.

Ni ayer ni hoy he entrado en el salón de sesiones.

Machimbarrena me visita en nombre de una comisión de San Sebastián que gestiona la autorización del juego. Le dije hace días, y al alcalde, que el Gobierno no lo autorizaba. Ahora quieren llevar el asunto a las Cortes y andan haciendo trabajos en los partidos.

Un redactor de *El Sol* viene a decirme que don José Ortega le ha pedido a Aznar que nos invite a comer juntos, *para que hablemos*. Aznar dice que también podría invitar a Maura; pero quiere saber si yo aceptaría la invitación. La conversación con Maura no serviría ahora para nada, como no fuese para embarullarlo todo y estropear los frutos posibles de mi entrevista con Ortega. Le envío a decir a Aznar que invite solamente al filósofo y que iré.

El gobernador de Orense me envía, ya anochecido, un telegrama diciéndome que tres mil hombres se reúnen en el campo, dispuestos a caer sobre la ciudad. Son huelguistas, a causa de la suspensión de las obras del ferrocarril directo. El gobernador me pide aeroplanos para intimidar a los revoltosos.

Hoy he sabido que el general Gil Yuste, inspector general, ha pronunciado una alocución ante los jefes y oficiales de un regimiento de Artillería en Vitoria, quejándose de la política *antirreligiosa* del Gobierno y de la República. He pedido más completa información, para saber qué debo hacer con él. Dentro de dos meses le corresponde pasar a la reserva.

He llegado al ministerio muy fatigado. Lo que me aterra no es mi situación actual, sino el porvenir. ¿Tendré que pasar el resto de mi vida

encenagado en esta política, preso de las circunstancias, y sin recobrar ya nunca mi antigua libertad?

25 de marzo

Ayer me visitó el coronel retirado Azpiazu, diputado radical. Azpiazu es gallego, muy metesillas y sacabancos, propiamente un zascandil. Dice Prieto que Azpiazu era el encargado de repartir las gratificaciones que daba la constructora naval en algún ministerio. Es muy amigo de Sanjurjo; él llevó a casa de Maura, el 14 de abril, recado de que Sanjurjo se ponía a disposición del Gobierno revolucionario; entonces vi yo a Azpiazu por primera vez. Es alto, aguileño, de facciones grandes, la boca enorme, la dentadura casi toda de oro, el pelo mucho y blanco. Durante mis primeros tiempos de ministro de la Guerra hacía (aún no se había retirado) como de agente de enlace entre el ministerio y la Dirección de la Guardia Civil. Yo no sabía entonces ni sé aún cuáles eran sus funciones oficiales; le creí ayudante o secretario de Sanjurjo, pero no era tal. Cuando Sanjurjo se fue a Marruecos, Azpiazu me traía recados de «Pepe». Yo no hacía más que observarlo y maravillarme de su frescura. Una vez me sacó la noticia de lo que se iba a hacer con la guarnición de Lugo y se apresuró a telegrafiarlo, para su propaganda electoral. Se presentó diputado por Lugo, y creo que fue cosa suya la idea de presentar también por allí a Sanjurjo, que fue elegido y rechazó el acta.

Azpiazu, en los días difíciles de enero pasado, cuando lo de Sanjurjo, se las daba de confidente mío, y cada vez que me encontraba en las Cortes solía decirme «que no pasaba nada», y que si pasase, me lo advertiría. Tenía mucho empeño en proceder como si entre nosotros dos hubiese un valor entendido. El día que defendí a Sanjurjo contra Balbontín, Azpiazu se me acercó y me estrechó la mano sin pronunciar palabra, afectando gran emoción.

Un día, queriendo darme una prueba de lealtad, me dijo que podía contar con él y con *veintiocho mil hombres que le siguen*.

—¿Quiénes son? ¿Los electores de Lugo? —pregunté.

—No: la Guardia Civil.

¡Es un gran tipo!

Ayer me dijo que ha reñido con Sanjurjo porque él siempre le aconsejó que no hiciera tonterías ni diese oídos a los que pretendían meterlo en aventuras. No le ha visto desde que Sanjurjo ha regresado de su excursión a la Zona francesa de Marruecos, y le ha escrito una carta diciéndole: «que ya se convencerá de lo bien que le aconsejaba y de que él es un verdadero amigo».

Azpiazu, no obstante, como yo repito siempre, aunque no esté seguro de ello, que Sanjurjo no quería aventuras, opina también lo mismo. Pero añade que Sanjurjo se aburre en la Dirección General de Carabineros, donde nadie le hace caso.

Después me habló de política. El Partido Radical es «una sentina»; no hay en él más que dos o tres personas; Lerroux no podría formar Ministerio; cuando los socialistas se vayan del Gobierno, no habrá más solución que la de presidir yo una coalición republicana; Lerroux es prisionero de su partido, al que se suman los caciques monárquicos; etcétera, etcétera. Él está muy a disgusto en el partido, pero cree que no es cosa de empezar «a dar brincos», y sirve mejor a la República permaneciendo donde está; pero mirando al porvenir, me ofrece la provincia de Lugo para Acción Republicana, y se dispone a «organizar la provincia» dentro de mi partido, o para mi partido; añadió que dispone de cinco actas.

Como no era cosa de tomarlo por lo trágico y echarlo de mi despacho, me encogí de hombros, le dije que yo no hacía política de partido, que no tengo intereses electorales en ninguna parte, que de mí nadie puede esperar nada, que no hago negocios, ni los protejo, ni amparo a mis parientes y amigos…

—De todo eso viene el prestigio y la autoridad que tiene usted —me replicó—, porque si no, *¿de qué serviría hacer todo eso?*

Esta respuesta le pinta.

Me dijo también que Lerroux está enojado conmigo personalmente, porque en diciembre lo expulsé del poder. Durante esta larga conversación yo me preguntaba cuál sería el verdadero objeto de la entrevista. Corté la charla, y ya nos habíamos despedido, Azpiazu tomó el sombrero y se encaminaba hacia la puerta (renunciando yo a saber el porqué de su venida), cuando se volvió hacia mí, y dijo:

—Aunque sea mezclar una cosa con otra…

En el acto vi el propósito, y recordé, porque tengo buena memoria. («Vas a recomendarme lo de las máquinas», dije entre mí).

En efecto: me habló de una solicitud que tiene presentada en la presidencia, pidiendo no sé qué privilegios para unas máquinas de escribir o de calcular que representa un amigo suyo.

También me ha visitado el marqués de Valderrey (un Pidal), que después de decirme que es monárquico, me pidió protección contra ciertos desmanes que cometen con él por el laboreo de una finca que posee en Extremadura.

El general Bermúdez de Castro (de la reserva), que escribe en *El Imparcial* artículos sobre cosas militares, en los que después de decir que

llevo dentro, aunque me pese, «un soldado», habla de la situación pavorosa en que he dejado a los jefes y oficiales, me vino a ver para pedirme que *obligue* al juez a que cumpla un fallo del comité paritario, y puso a mi disposición *El Imparcial*, «que está dando las boqueadas», y apoyaría al Gobierno si mi partido le diese suscripciones y anuncios y yo le proporcionase una pequeña subvención. Ya le han ofrecido el periódico a Lerroux, me confesó Bermúdez, pero los radicales se han echado atrás, por no hacer un pequeño sacrificio económico.

Por la tarde, a las siete, tuvimos Consejo de ministros en el Congreso. Lo pidió Domingo para resolver unos asuntos de la provincia de Jaén, convertida en un infierno. Se trata de hacer efectivo el laboreo forzoso de tierras para reducir el paro de obreros. De la provincia de Sevilla hay malas impresiones: 65 000 campesinos parados y una propaganda feroz. Los decretos de revisión de rentas de arrendamientos han producido una paralización muy seria y en los juzgados no despachan las demandas de revisión; parece que esta lentitud es intencionada.

También se habló de la cuestión de los ferrocarriles en construcción; el Gobierno ha presentado un proyecto de ley suspendiendo las obras y anulando el plan. La Comisión ha dado un dictamen que desfigura el proyecto del Gobierno, si es que no lo echa abajo del todo. Convinimos en que no puede pasarse por esto. El dictamen, antes de imprimirse, irá a la Comisión de Presupuestos, y, a una reunión conjunta de ambas Comisiones, asistirán los dos ministros para buscar una solución. Estuvieron todos conformes en hacer cuestión de Gobierno lo que hemos propuesto.

Por la noche, después de cenar, vinieron unos amigos y estuvieron de tertulia hasta cerca de las dos.

Hoy, Consejo de ministros. Nada importante. Antes de reunirnos, he hablado con Zulueta. Ayer visitó al Presidente, y ha sacado la impresión de que está tranquilo y contento. A las tres y media he ido yo a firmar con el Presidente. Le he hablado de muchas cosas, y esto le gusta. Ramos ha vuelto a decirme hoy que cada visita mía le devuelve al Presidente el buen humor. Yo creo que don Niceto irá convenciéndose de que le soy leal. Tuvo que devorar el hecho de que yo le sucediese en octubre; cualquiera menos picajoso habría sentido algún recelo, y este señor, que tiene un poco de manía persecutoria, estuvo durante muchas semanas persuadido de que yo le había echado una zancadilla. Me dicen, con referencia a su secretario Sánchez Guerra, que ya se le ha pasado esa aprensión. Más vale así. Y cuando se vaya enterando de que yo soy invariable, quizá se tranquilice.

Después de la firma he salido con Guzmán. En la carretera de El Escorial a Guadarrama nos hemos apeado y hemos andado unos kilómetros. También ayer dimos un paseo. La tarde de hoy estaba muy agradable; cubierto, grandes masas de nubes sobre la sierra, plomizo el horizonte, jugoso el verde de las dehesas, mucho ruido de aguas corrientes, y ni un alma por parte alguna. Los toros pastaban en el Campillo y en el Jaral. ¡Cuánto he corrido yo por aquí en mis tiempos de estudiante! Mi pasión por el campo se exalta en estos momentos, pensando en las delicias de reposar en estos lugares, quieto, sin pensamiento.

Después vengo a Madrid, derecho al Congreso; llevaba el propósito de leer el Presupuesto colonial; pero al llegar poco más tarde de las siete, me entero de que se ha levantado la sesión, después de aprobar el Presupuesto de Hacienda.

Camino del despacho de ministros, voy tropezando con pedigüeños y comisiones: los diputados canarios, que pretenden nada menos que la rectificación de un informe del Consejo Superior de la Guerra sobre la actitud de un coronel; Velao, que quiere hacerme variar de criterio en el asunto de los ferrocarriles, porque es diputado por Albacete; los gallegos, en gran comisión, sobre la continuación de las obras del Zamora-Orense; etcétera, etcétera. Luego me encuentro a Prieto en el despacho hablando de castillos de pólvora y cabalgatas. Le hemos encargado de organizar una especie de festejo para el mes de abril, por más que no tengamos dinero. Se busca el medio de que los ministerios contribuyan.

He regresado al ministerio, con Ramos. Hablamos de muchos asuntos. Después de cenar, no salgo ni recibo a nadie.

Como, por mi decreto del 28 de octubre, el jueves y el viernes santo son días laborables, algunas gentes y algunos periódicos han querido hacer de las funciones religiosas de estos días una especie de *trágala*.

El *ABC* publica hoy la fotografía de unos cuantos sagrarios, y habla de la extraordinaria manifestación religiosa de ayer, y *La Nación* anoche decía: «Hoy es Jueves Santo, *aunque no se quiera*». ¿Y quién no ha querido?

Madrid no ha tenido hoy ni ayer el aspecto terriblemente provinciano y cursi que adquiría otros años en tal fecha.

28 de marzo

Toda la mañana he estado en mi despacho. Me he negado a recibir visitas. Todavía hemos tenido que trabajar en el Presupuesto de Marruecos, que no he

hecho yo, y que aparece bastante embarullado; ha venido Ramos, y con el subsecretario de Guerra hemos puesto en claro algunas cosas. Para el año próximo, esto irá de otra manera, después que rehaga la organización del ejército de ocupación.

Por la tarde, a las cuatro, voy a las Cortes. Leo el proyecto de ley de Presupuestos para las posesiones de África Occidental y me vuelvo al ministerio; al poco tiempo salgo solo y voy al concierto de la Orquesta Filarmónica en El Español. Mozart me ha puesto de buen humor. Desde allí, al Teatro de la Princesa, que ahora se llama de María Guerrero. Sesión de clausura de la Asamblea del partido de Acción Republicana. Pronuncio un discurso, que sale bien y es aplaudidísimo[42]. He procurado no reñir con nadie y tratar cuestiones de orden general. Los asambleístas se van muy contentos. Vengo al ministerio a cenar y ya no salgo.

La marejada política se ha calmado. *La Época* publica un artículo reconociendo que la situación está despejada y que hay Gobierno por lo menos hasta el otoño. Mis declaraciones de ayer han disipado las nubes. Esta tarde decían en el Congreso que el día 5 planteará Lerroux un debate político. No sé para qué.

El Presidente se fue ayer por la mañana a Murcia. Le acompañan Giral y Prieto. Prieto les ha dicho a unos visitantes que el Presidente le ha rogado que vaya con él, en este viaje, porque Giral es muy aburrido. Tuve que levantarme a las siete, cosa para mí desagradable. Pero al volver de la estación me acosté de nuevo, y afortunadamente dormí, con lo que me libré de una neuralgia.

Fuimos a almorzar al Escorial, invitados por los Casares, y luego damos un largo paseo por Navacerrada, La Granja y Segovia. Regresamos por Manzanares. En el ministerio nos reunimos con otros amigos que estuvieron hasta la hora de cenar.

El sábado, el ministro de Egipto dio una recepción con cena y baile en el Ritz: Hubo mucha gente. Allí conocí a la ministro de Rumanía, la princesa Bibesco, hija de Asquith, que está algo loca. Habla a gritos, con voz rajada, de apache y acumula las impertinencias. Presume de desgarro. Me dijo que tengo espíritu de dictador, me habló de la voz aguardentosa de Primo de Rivera, del rey, de Berenguer… en fin, muy discreta. La princesa se echa encima de los hombres, quizá con la esperanza de que los hombres se echen encima de ella; pero no es nada apetitosa. El ministro egipciaco es una especie de árabe larguirucho y ojeroso, no desagradable en su trato.

31 de marzo

Resulta que mi discurso en la Asamblea de Acción Republicana ha tenido una resonancia fenomenal. Ha gustado muchísimo; las gentes me escriben. Esplá me ha dicho que él nunca había sentido ganas de gritar *¡viva España!* hasta que me oyó esa tarde. Hasta a los socialistas les ha gustado. Esta impresión tan favorable, y un poco sorprendente para mí, nace acaso de que el público político está habituado a un pedestre modo de pensar y de hablar, y se siente renovado si le incitan a mayor nobleza.

El martes se discutió en las Cortes el Presupuesto de Marruecos. Tuve que echar otro discurso, con muy pocas ganas, porque la noche antes no había dormido más que tres horas, y estaba que no podía tenerme en pie. Hablé sencillamente, diciendo las cosas como son, y produjo mucho efecto, mucho mayor de lo que yo podía suponer, pues hablé sin gana y sin dar importancia a lo que decía[43]. Los periódicos y los diputados han dado gran aire a este discurso. Tampoco están habituados a que estas cosas se traten con sencillez y franqueza. Apenas concluí el discurso, me fui con Luis Bello al teatro Calderón, a oír el concierto de la Sinfónica. Lo oí, en un estado tal que semejaba a un desvarío o delirio, sin duda por no haber dormido. Me pasaban por la mente cosas extrañas, monstruosas, y aunque yo quería cazarlas con la atención no me era posible. Hubo un momento en que traté, en vano, de saber en qué año estamos; me decía que era el 1924 o el 1925.

En tal estado fui con Lola a cenar en casa de Fernando de los Ríos. Hablamos mucho de política. Fernando es tan impresionable, tan poco político y tan fanatiquillo que, porque al conde de Romanones se le ha ocurrido decir que el proyecto de Reforma Agraria «es conservador», ya quiere que se introduzcan variaciones en lo aprobado por el Gobierno.

Anoche hubo recepción en la embajada de Alemania, para festejar el centenario de Goethe. Encontré allí a muchos pájaros monárquicos, germanófilos del tiempo de la guerra, como Ballesteros Beretta, profesor del príncipe, Eloy Bullón, Gascón y Marín, ministro de Berenguer, y algunos otros. En fin, muy buena sociedad. No faltaba la Bibesco, que volvió a llamarme dictador:

—Ándese con cuidado, no sea que la envíe a Chafarinas —le respondí, riendo.

Hoy, jueves, he empleado la mañana en despachar con el subsecretario y con el general Goded.

He descubierto, de averiguación en averiguación, un proyecto de gran gatuperio ideado por un teniente coronel de Estado Mayor, destinado en el ministerio, y que ha formado con un capitán de Intendencia una sociedad anónima para el suministro de víveres al ejército, y ese mismo teniente coronel incoó un expediente en el que se proponía la *centralización* del servicio de aprovisionamiento. El expediente había pasado al Estado Mayor Central, y Goded, al darme hoy cuenta de él, se anticipó a decirme que opinaba en contra y traía el dictamen en cuartillas manuscritas, para leérmelo.

—No se moleste —le dije—, habla usted a un convencido. Conozco ya lo que hay en el fondo del asunto.

Me consta que Goded estaba avisado de los manejos del teniente coronel, que pretendía además valerse del agregado militar en Italia para sus fines comerciales. Pero Goded, no sé por qué miramientos, no me ha dicho nada sobre ello. Tengo que echar del ministerio al teniente coronel, como eché hace pocas semanas a un capitán de Intendencia, que resulta ser su socio.

Por la tarde he ido a las Cortes. Se ha terminado la discusión del Presupuesto. He estado allí para oír el discurso de Carner. Deslucido de palabra; pero claro, y honrado, como de buen administrador; pero no profundo. Le han aplaudido bien.

La sesión ha terminado con medio centenar de diputados en los escaños. Yo he estado hasta el final.

Continúan circulando rumores disparatados acerca de la política. La gente tiene tan metida en la sangre la infección de los antiguos usos, que hasta dan listas de Gobiernos nuevos, presididos, es claro, por Lerroux. Ahora el tema es si Lerroux hablará o no en las Cortes la semana próxima.

Me han visitado dos propagandistas del *Evangelio*, varón y hembra, que se proponen difundir por España *la parole de Dieu*. Son ingleses, o norteamericanos. Se interesan mucho por la difusión del *Evangelio*, de la que aguardan para España inmensos beneficios, entre otros, la paz espiritual. Esta visita me ha hecho recordar la de Borrow a Mendizábal, de la que pronto hará un siglo. Está visto que un ministro español no se sustrae a la tradición. Mi respuesta no podía ser en palabras como la de Mendizábal, pero en el fondo no ha sido menos indiferente.

1 de abril

En mi despacho de las Cortes recibo a Vegazo, el jefe de Obras Públicas de Marruecos. Examinamos la situación del protectorado en este aspecto, y le expongo la urgencia de acabar la carretera central, para poder reducir los efectivos militares. Vegazo cree que la carretera puede acabarse en un año, si se encuentran los recursos necesarios. Le participo las gestiones que hago para colocar una parte del empréstito de Marruecos, que nos dejará libres dieciocho millones.

Después, tengo una conversación con Corominas, sobre el dictamen del proyecto de Estatuto. Los peritos de Hacienda y los nombrados por la Generalidad, no se han puesto de acuerdo. Corominas me dice que los catalanes abandonan la pretensión de quedarse con la contribución de utilidades y la del Timbre, y me anuncia su propósito de no oponerse a que el impuesto sobre la renta, cuando se cree, sea todo para el Estado. La disposición de Corominas es buena. El importe de las contribuciones que se ceden a Cataluña sería, según el cálculo de los catalanes, de ciento treinta y cuatro millones. Según los peritos de Hacienda, no deben cederse más de noventa y dos. Aunque en las pretensiones de los catalanes haya todavía alguna exageración, el problema se reduce mucho, si se compara a su planteamiento de hace un año. No habría sido posible arrancar al Presupuesto general 300 o 400 millones, como se decía. Veo posible una solución.

Claro está que ya empiezan en algunos periódicos las campañas «patrióticas», que lejos de resolver la cuestión, la envenenan.

Acabada esta conversación, he ido al despacho de Besteiro, para asistir a una reunión con los jefes de grupo. Se trata del dictamen de la Comisión de Responsabilidades sobre las de los generales que participaron en el golpe de Estado. Proponen que las Cortes, en masa, juzguen, convertidas en tribunal. A mí esto me parece un desatino, y no me cuesta mucho trabajo convencer a los reunidos, o a la mayoría de ellos, de que la propuesta es mala. Surge entonces la idea de que se constituya un Tribunal especial, compuesto de 14 diputados y 7 magistrados. No se llega a un acuerdo firme, porque cada cual quiere consultar con su grupo; nos reuniremos otro día. Besteiro se queda muy contento, porque veía con espanto el espectáculo probable de las Cortes celebrando un juicio oral.

Por la noche vamos a la embajada francesa, a cenar. Allí estaba Bréal, que se marcha a París.

2 de abril

Recibo a don Mario García Kohly, que viene a contarme el estado en que se halla su asunto presidencial.

Ha visto ya a March. Le ha oído con interés, y le ha dicho que ahora no estará para pensar en nada, porque tiene encima el proyecto planteado en las Cortes. No han roto la negociación, pero García Kohly está mal impresionado. Me deja unos documentos que contienen el borrador del compromiso que contraería, si hallase el apoyo necesario. Está muy agradecido a mi buena disposición.

Una comisión numerosísima de propietarios de casa, presidida por el exministro Ordóñez, viene a quejarse de los efectos ruinosos del decreto de Albornoz sobre tasa de alquileres. Están muy angustiados, y alguna razón tienen, aunque se olvidan de los tremendos abusos que, por lo menos en Madrid, han cometido. Durante la entrevista, uno de los comisionados se dispara a decir mal de Albornoz y yo le atajo con mucho vigor, amenazándoles con terminar allí mismo la audiencia. Se van, por fin, cambiándose buenas palabras. Como no sea que el ministro de Hacienda pueda poner coto a las consecuencias del decreto, por los efectos que produce en la tributación, no veo por hoy manera de contener los excesos de la medida que se tomó en diciembre.

Viene el general García Boloix, que manda en la circunscripción de Melilla. La Junta clasificadora lo ha excluido del cuadro de ascensos. Creo que él ya lo sabe; pero a mí no me dice nada en concreto sobre el caso. Unicamente se atreve a decir que, según le han contado, en la Junta clasificadora obra un documento contra él, y pide que yo me entere del asunto, para que se le haga justicia. Yo me limito a hacerme de nuevas, y a decirle que me enteraré. Pero estoy enterado de sobra. La Junta lo excluye del ascenso porque juzga poco decorosa su vida privada.

También recibo al teniente coronel Zegri, que mandaba en África, y a quien, al reorganizarse los cuerpos de Infantería de la Zona, le he dejado sin mando. Es el único que se ha quedado sin colocar. Hace del dolorido y del agraviado, y para congraciarse conmigo alega amistades con personas conocidas, etcétera. Es un caso: a fuerza de arrastrarse.

Por la tarde vamos al concierto de la Filarmónica en El Español. Hay un director inglés, bastante bueno. A nuestro palco suben el embajador de Inglaterra y el doctor Marañón. Los dos me hablan de política, muy contentos.

3 de abril

He comido con don José Ortega y Aznar, director de *El Sol*, en Lhardy. Invitaba Aznar, para que Ortega y yo tuviésemos ocasión de hablar. Aznar ha preparado largamente la entrevista. Tenía la pretensión de que también asistiera Maura, pero me he negado. Se decía por Aznar que Ortega deseaba conocer mis planes y pensamientos, quizá con el propósito de sumar su grupo parlamentario al de Acción Republicana. Cuando Ortega le pidió a Amós Salvador dinero para *Luz*, le dijo que posiblemente el periódico seguiría, en ese caso, la política de Azaña en vez de la de Ortega, dando a entender que él se retiraría de la política activa. Yo no iba de buen grado a la comida, porque conozco a Ortega, y me temía que no saliese nada de nuestra entrevista. Así creo que ha sucedido. Hemos estado juntos cuatro horas. Yo he estado «natural» y hablador. Ortega me ha echado muchas flores, pero no se ha «destapado». Sospecho que pretendía examinarme. Todo esto no dará nada útil; pero si yo, siguiendo mi impulso primero, hubiera eludido esta entrevista, me habrían llamado huraño y salvaje.

Me envía Aznar, director de *El Sol*, el proyecto de manifiesto al país, que piensa publicar March el día que se discuta su procesamiento en las Cortes. Parece que lo ha escrito Canals, a quien se atribuyeron también las cuartillas que iba leyendo March en la sesión de Cortes que le declaró «incompatible moralmente» con el Parlamento. En el manifiesto se defiende como puede, y lo único que hay en él de llamativo es que cuenta que el Comité revolucionario le pidió dinero para hacer la revolución. Eso fue iniciativa de Maura, que se jactaba de arrancar a March hasta un millón de pesetas, como «seguro contra la revolución». Maura celebró dos o tres entrevistas con un agente de March, y una noche estuvo en casa de Maura el director de *La Libertad*, Joaquín Aznar, para tratar del asunto, reunido con casi todos los miembros del Comité que estábamos en Madrid. Entonces se nos figuraba que la revolución iba a costar muchísimo dinero, y la realidad fue que hasta el levantamiento de Jaca, el Comité revolucionario recaudó y gastó unas ciento ochenta mil pesetas. La mayor parte de ellas despilfarradas. Recuerdo que se dieron once mil duros para pistolas, y solo llegaron a Madrid cien o doscientas armas, según las cuentas.

Si el manifiesto se publica, será gracioso oír lo que diga Maura.

La idea de recurrir a la bolsa de March para costear la revolución tuvo un antecedente chusco. Estando yo en Fuenterrabía, después de la reunión de San Sebastián (agosto de 1930) recibimos un telegrama de Galarza llamándonos con urgencia a Madrid. Salimos de Fuenterrabía Maura y yo, y en San Sebastián se nos juntó Prieto. Fuimos a cenar a casa de Nicolasa, donde Prieto

se atracó de calamares en su tinta, y, en el mismo comedor, vi que cenaba un señor calvo y aguileño en compañía de una joven rubia, guapísima. Es una de las mujeres más guapas que he visto. «¿Quién es?», pregunté, al ver que Maura y Prieto le saludaban.

—Es March.

Durante la cena, Prieto, desde nuestra mesa, le dirigía algunas bromas, y entre otras, esta: «Ya podía usted desprenderse de dos millones, para congraciarse con la revolución, y que no le haga nada». March se sonreía, como un conejo.

Algunos meses más tarde, dos o tres, cuando se hicieron gestiones directas con March, este hombre se entretuvo en burlarse un poco del Comité revolucionario. March no creía en la revolución; si hubiese creído, le habría faltado tiempo para ayudarla. Cuando fracasaron las negociaciones de Maura —que ofreció hipotecar su casa y la de Fuenterrabía— las intentó Lerroux. También quiso tomar dinero sobre sus fincas, que estaban ya hipotecadas, y no obtuvo resultado. Rotas estas negociaciones, March las reanudó, dirigiéndose a Marcelino Domingo. Acordamos que no le hiciese ya caso. Llegamos a sospechar que March quería entretenernos y darse cuenta de los recursos con que contábamos, para decírselo al Gobierno.

En aquellos momentos de angustia, se pensaba poco en las consecuencias. Yo mismo ignoraba la historia de March, y, sobre todo, nadie podía prever que Galarza, nombrado fiscal de la República, fuese a convertir la querella contra March en asunto mayúsculo de la República, querella de la que nada resultó.

Ahora se tiene la persuasión de que es un trapisondista, pero extremadamente hábil. Cien ojos están escudriñando su historia, y aún no le han probado ningún delito. Los radicales van a defenderlo en las Cortes.

4-7 de abril. Valencia

He pasado estos días en Valencia, para recibir al Presidente de la República, que venía de Baleares. El viaje de ida en coche. Lluvia. En el Cabriel nos esperaban los diputados Berlanga, Manteca y otros, con el gobernador. Con motivo de este viaje ha habido muchos dimes y diretes entre los partidos valencianos. Los blasquistas que, infectados de lerrouxismo, están muy enfadados conmigo, amenazaban con no asistir a mi recibimiento, o deslucirlo con alguna manifestación hostil. El gobernador, de Acción Republicana, estaba un poco impresionado con esto, y vino a Madrid a

contarme estos chismes; yo le dije que no hiciese caso. Como era natural, no ha ocurrido nada, y los blasquistas han ido a todas partes. A mi llegada a Valencia, ya de noche, una muchedumbre, principalmente de radicales-socialistas, me aguardaba con banderas a la puerta del Gobierno Civil; allí estaban las autoridades militares y un piquete. En el Gobierno recibí a las comisiones oficiales, entre ellas a los jefes y oficiales de la guarnición. Saludé especialmente a los militares, y a todos fui dándoles la mano; pero observé que los oficiales de Caballería estaban muy tiesos, saludaban y, sin ponerse al alcance para que les diese la mano, pasaban. El detalle no lo advirtió nadie, excepto yo. Sospeché que serían monárquicos, y al día siguiente pregunté al general Riquelme cuál era el ánimo dominante en la oficialidad y si en Caballería no existían rastros de monarquismo. Me contestó que todos estaban bien, salvo en Caballería, donde abundan los aristócratas y los monárquicos. De esta guarnición eran los oficiales de Caballería a quienes confiné en Canarias hace meses, porque pretendían regalar un álbum a la exreina.

Aquella misma noche me dieron un banquete. Asistieron todos los diputados y muchísimas gentes más. También estuvieron el almirante y algunos oficiales del *Foch*, crucero enviado por Francia para hacer honores al Presidente de la República. No sé a quién se le habrá ocurrido invitarlos a este banquete, más político que otra cosa. El almirante Darlan es muy inteligente.

Pronuncié un discurso, que gustó mucho; hasta los blasquistas aplaudieron, por más que, según me han dicho, estaban después arrepentidos[44].

Me hospedé en la antigua Capitanía General; el general Riquelme ha aprovechado la ocasión para pedirme que dé un destino a su cuñado. A la mañana siguiente voy al puerto a recibir al Presidente. Tenemos noticias de que en Baleares hay temporal, y que el embarco era difícil; un destróyer ha embarrancado. No se sabía a qué hora podría llegar don Niceto. Llegó sin gran retraso. Nos embarcamos para ir a bordo, pero ya cerca del *Cervera*, advertimos que el Presidente, sin esperarnos, tomó la falúa para ir al desembarcadero. En el *Cervera* ignoraban que fuésemos a subir a bordo. Regresamos todos. Grandes ovaciones al desembarcar. Tomamos los coches. Yo llevo en el mío al almirante. El general Queipo se ha metido a dar órdenes a la comitiva, que contradicen las del director de Seguridad, y se embrolla todo. Atasco. Me enfado un poco, y envío a mi ayudante para que restablezca el orden sin hacer caso de Queipo, y por fin salimos. Han cometido el error de llevarnos al paso por toda la carretera del Grao, que es demasiado larga. En Valencia, el gentío es enorme. Aplausos y vivas ensordecedores. Vamos al

Ayuntamiento. Se habían creído que el desfile militar podría ser inmediatamente; pero no contaron con la caravana automovilística que venía con nosotros desde el Grao, y que iba dejando comisiones a la puerta del Ayuntamiento después de abrirse paso difícilmente por entre la muchedumbre que ocupaba la plaza. Concluida la caravana comenzaron a pasar bandas de música de los pueblos. Valencia es el país de las bandas. Todas se detenían al pie del balcón y tocaban un par de piececitas. Y así durante dos horas. Luego, desfile de la guarnición, y por fin recepción, en el horrible salón de fiestas del Ayuntamiento, de un lujo chillón y grosero.

Desde allí, fui con el Presidente y Prieto al Tribunal de las Aguas, a presenciar unos juicios, que presidió don Niceto. Firmó en el lugar unos decretos, ceremonia a que Prieto, con su sentido pueril de periodismo espectacular, daba gran importancia. Era ya muy tarde, y habíamos de ir a comer a Portaceli. Yo llegué un poco retrasado, y me encontré al Presidente recorriendo las salas del hospital. Como aperitivo nos hicieron ver unas cuantas docenas de tuberculosos en sus camas. Los que no se estaban muriendo, se incorporaban y vitoreaban a don Niceto.

La comida empezó después de las tres y media. No concluyó hasta cerca de las seis. Comida atroz, con ponches, helados y puros intercalados en los platos. Discurso de don Niceto.

A continuación visita al *Foch*. Y, sin respirar, al teatro. Llegamos, por fortuna, a la mitad del segundo acto de una obrucha de Muñoz Seca. Y como todo lo hacen igual, después de una obra en tres actos comenzó un concierto de orquesta, muy nutrido. Música valenciana. Contera: La Marsellesa, el Himno de Riego; el Himno a Valencia, de Serrano, que es muy malo.

Salimos cerca de las diez, y tenemos un banquete en el Ayuntamiento. Comenzó después de las once, en el tremendo salón de fiestas. Los radicales-socialistas no asistieron, porque están reñidos con el alcalde y no quieren poner los pies en la casa municipal. Alguien me ha dicho que los blasquistas, a cuyo grupo pertenece el alcalde, expulsaron a los radicales-socialistas del Ayuntamiento, pistola en mano.

Y aún, después del banquete, tuvimos que presenciar desde el balcón unos bailes regionales y unos fuegos, con traca final. Enorme aglomeración en la plaza. La gente pretendía que hablásemos.

Por cierto que una de las veces que gritaron *que hable Azaña*, como yo no hacía caso, otra voz añadió:

—¡Que se *riga*!

Quemado el último castillo de pólvora, pudimos acostarnos.

Al otro día fue el viaje al pantano de Benajaber, mejor dicho, al sitio donde se hará el pantano, que es un barranco profundísimo, muy lejos de Valencia, y al que se llega por un camino abrupto, en el que dejamos cuatro o cinco automóviles. La concesión de este pantano ha sido causa de discordia entre blasquistas y radicales-socialistas, porque estos últimos parece que se han atribuido el mérito de haber obtenido la concesión, cosa que los blasquistas no podían soportar, y querían tomar venganza silbando al ministro.

La expedición era completamente innecesaria. El paisaje es pintoresco. Nos ha servido el viaje para comprobar el entusiasmo republicano de todos los pueblos por donde hemos atravesado. Las poblaciones en masa nos aguardan en la carretera, nos hacían bajar de los coches, y casi nos despedazaban a abrazos y estrujones. Si toda España estuviese así, no habría problema.

En el Barranco firmamos unos pergaminos, don Niceto movió una palanca y sonó un estampido. Habíamos inaugurado las obras. En seguida retrocedimos, para comer en una masía al aire libre, rodeados de campesinos que nos miraban sonrientes, y de dos músicas rivales que nos amenizaban las horas. Un labrador echó un discurso. Prieto dijo que él no hablaba; yo me negué también, y dejé paso al Presidente, que se divierte con estas cosas más que yo. Don Niceto pronunció un discurso chistoso, en el que pudiera advertirse un punto de ironía y de queja. Hizo una comparación entre lo que había comido él y lo que había comido yo, para deducir que se había atenido al texto constitucional respetando las iniciativas del Presidente del Consejo. Después se lanzó a los torbellinos de su oratoria, y comparó al monte coronado de nieve, de donde se toma el agua del pantano que ha de regar la Vega, con un anciano que posee a una doncella…

Regresamos a Valencia. Fuimos a cenar al *Foch*. Don Niceto no fue. Salimos pronto del barco, porque teníamos que ir a la estación. Antes de ir al *Foch* estuve en el local del partido de Acción Republicana, que se inauguraba. Discursos. Asistieron los radicales-socialistas.

Tuve tiempo de ir a la división para cambiarme de ropa. Luego al tren. Nos hicieron una despedida frenética.

8 de abril

Al Consejo de ministros ha traído Casares la noticia de que por la mañana habían asaltado la sucursal de un banco de Madrid. Casares estaba un poco

nervioso. Se comprende, por el mal efecto que esto pueda producir, y que no dejará de ser explotado por los enemigos. Se ha hablado de preparar un proyecto de ley para reprimir severamente estos delitos, y se ha designado una comisión de tres ministros encargados de redactarlo. Tengo la impresión de que no se hará nada.

Hemos hablado también en Consejo de las cuestiones que origina la secularización de los cementerios.

He ido a almorzar a la legación de Suiza. A mi lado estaba la Bibesco, que me carga por sus impertinencias; no le he hecho ningún caso.

En las Cortes ha repercutido lo del asalto al Banco. Un joven radical, Rodríguez Piñero, se ha arrancado con una proposición de ley pidiendo que se castiguen con pena de muerte esos delitos. Me lo consultó antes de la sesión y procuré disuadirle de su propósito. No se conformó, y tuve que hablar para que la proposición no se aceptase[45].

Lerroux se ha acercado al banco azul para invitarnos a una fiesta del Círculo de Bellas Artes.

Vuelve a presentarse la cuestión de las responsabilidades. Se reúnen en el despacho de Besteiro los jefes de los grupos, y yo asisto también. La comisión mantiene su dictamen. Se discute si ha de formarse un tribunal de diputados, o de magistrados, o mixto. Otros quieren que juzguen las mismas Cortes. Maura ha sostenido en esta reunión que deben juzgar los tribunales, es decir, el Supremo. No se ha llegado a ningún acuerdo, y se aplaza para otro día.

He vuelto a hablar con los portugueses. El asunto va despacio, y ellos lo pintan urgentísimo. Se han traído ya a Madrid los cargamentos que tenían en Bilbao. Les corre prisa el dinero; pero yo no tengo de dónde sacarlo, y «Salamanca», como ellos dicen, está ahora arruinado.

Se acerca la discusión del asunto March. Antes de marcharme a Valencia, conseguí que se aplazara por unos días, hasta mi regreso. Cada vez que se habla de terminar este asunto, los radicales extreman su hostilidad al Gobierno.

Hablando esta tarde con Maura y don Carlos Blanco, me ha dicho Maura que tengo sangre de horchata y que adormezco a las Cortes.

El marqués de Amurrio ha visto a Carner y le ha dicho que Lerroux le ha llamado a su casa para recomendarle que la Tabacalera adjudique una compra de tabacos a cierta persona por quien se interesa. Y Lerroux, según Amurrio, ha llegado a decir: «De eso se vive». (Carner está escandalizado). Y agrega que, en el concurso para la adjudicación de la compra de tabacos, parece que tienen derecho preferente por las condiciones que ofrecen, precisamente los

recomendados de Lerroux. De suerte que al resolver en justicia y adjudicarles la compra, Lerroux podrá *hacer valer* ante sus clientes su influencia.

14 de abril y días siguientes

Estos días han sido de mucho trajín por las fiestas del primer aniversario de la República. El 14 hubo gran desfile militar en la Castellana. Se hablaba de complot monárquico para asesinarnos. Yo fui a buscar al Presidente a Palacio, y en el mismo coche descubierto nos dirigimos a la Castellana. Hacía mucho calor, y de ir descubierto tuve dolor de cabeza. Muchísima gente, ruidosas ovaciones. El pueblo está bien.

Por la noche di en la presidencia un banquete a las autoridades y al Gobierno, seguido de recepción y concierto. La presidencia, terminadas ya las obras de restauración y decorado que he dirigido personalmente, ha quedado muy elegante y bien puesta. He traído tapices del Pardo, muebles y arañas de La Granja y Riofrío, y algunos cuadros. Además, he hecho construir otros y fabricar alfombras copiadas de las antiguas. Ahora ya se puede recibir allí sin sonrojarse. ¡Cómo lo tenían todo! Ahora ha gustado mucho. El que mejor encuentra que el Estado se instale con decoro es Largo Caballero.

Al banquete asistió el Gobierno y Besteiro, y los exministros Lerroux y Nicolau. Estamos ahora muy de punta con Lerroux, y su presencia ha llamado la atención. Para el concierto llevé a la Orquesta Filarmónica. Había mucho público, todo oficial, y bastante mal educado. Durante la primera parte del concierto hablaban a media voz; el general Goded y otros estuvieron todo el tiempo de *chauchau*. Durante el descanso les hice comprender que se debían callar o irse a otro salón, y el resto del concierto transcurrió en silencio.

Lerroux se fue pronto, porque tenía que ir a inaugurar el Círculo Radical nuevo, y saliendo de nuestro banquete, tomó la palabra en el Círculo y nos puso verdes.

Hemos asistido en el estadio a un partido de *rugby* entre un equipo de la Zona francesa marroquí y un equipo español. Los nuestros son unos aprendices y han perdido… Desde allí fui a la plaza de toros, donde había una fiesta de bailes regionales para la tropa de la guarnición.

Ese mismo día fuimos a cenar a la legación de Noruega; el comedor decorado en negro parecía la cámara de un muerto: sobre la mesa ardían cuatro cirios. El ministro, señor Bogla, es bobo, y de lo más desafecto a la República, aunque no tanto como su colega el sueco. Después de la comida,

García Kohly me habló otra vez de su asunto electoral, que no hay por donde cogerlo. Y el ministro de Polonia me contó, para halagarme, que según le ha referido la duquesa de San Carlos, el rey me admira; asegura que también él hubiera querido hacer lo que yo estoy haciendo en el ejército.

(A propósito de esto, algunas gentes dicen por ahí que todo cuanto llevo legislado o decretado en cuestiones militares, me lo encontré preparado en un cajón del despacho del ministerio).

Estuve en la fiesta del Círculo de Bellas Artes, muy contra mi gusto, porque la sociedad es, en general, antirrepublicana; pero el Presidente había aceptado la invitación del Círculo y tuve que ir a acompañarlo. Esa noche cené en la embajada de Alemania, y desde allí se trasladó casi toda la concurrencia al Círculo. Enorme gentío. Nos refugiamos en un ala del horrible salón de baile. Allí encontré al Presidente, y al séquito oficial. Lerroux hacía los honores de la casa. Bromeando acerca de si se bailaba o no, dijo, con segunda intención, que «no es un danzante». A todos nos había parecido mal que el Presidente fuese al Círculo, y estábamos deseando que se marchase. El buen señor se encontraba allí muy a gusto, al parecer, y costó no poco trabajo inducirle a que se retirase pronto.

Circulan rumores tremebundos sobre la situación en Andalucía. Lo menos que dicen es que van a quemar la cosecha; nada menos. Y los que ponen en circulación esas noticias y planes, por si a los revolucionarios no se les había ocurrido, son los propietarios mismos, que están muertos de miedo. Lo más probable es que el peligro de perder la cosecha, que es fabulosa, venga de la huelga, sostenida para alcanzar mayores jornales. En Consejo hemos examinado la situación. Aprobadas las bases de trabajo, habrá que hacerlas cumplir, y si se hacen los remolones estoy dispuesto a decretar la movilización general en Andalucía.

Se ha estrenado en Madrid *La Corona*. No he podido ir más que a dos ensayos. Imposible hacer entender a Alfonso Muñoz el monólogo del tercer acto, ni el modo de decirlo. Por suerte, he conseguido que el actor encargado del papel de Aurelio se entere de que no es un personaje bufo, sino completamente serio, *aunque inteligente*. La Xirgu no tiene bastante resuello para su papel, y lo rebaja de tono, tirando a lo lacrimoso. Todos ponen la mejor voluntad, pero no llegan. Yo creo que no se enteran de lo que dicen. La obra la harían bien actores franceses, que están enseñados a dar valor a las palabras.

La segunda vez que fui al ensayo, por la tarde, cuando me disponía a tomar el coche en el ministerio, me llamó por teléfono el director de

Seguridad y me preguntó si no me sería lo mismo desistir de ir al Español a tal hora (las tres y media de la tarde). Me sorprendió la pregunta, pedí explicaciones y me dijo algunas medias palabras misteriosas. Comprendí que se trataba de mi seguridad personal, y lo eché a broma. «¡Hombre! —le dije —, si ya saben ustedes que me esperan para asesinarme en la puerta del teatro, fácil será impedirlo». Añadí que no tenía otro momento disponible, y que iría. «¡Bueno, bueno!», contestó Menéndez. Fui al Español, y claro, no pasó nada.

Después han detenido a un tal Lahoz, que rondaba el teatro aquella tarde, y está en turbia relación, que nadie sabrá aclarar, con gentes de la derecha.

La Corona ha gustado más que en Barcelona; los dos primeros actos han gustado muchísimo, y el que más, el segundo. Esto se debe a que es el más fácil de hacer. No me consintieron ver el estreno desde un palco, para que no ocurriera lo que en Barcelona, que el público no atendió a la obra. Y me sacaron al escenario al concluir el acto segundo. Aplaudieron muchísimo. Claro: los periódicos de la caverna dicen que el teatro estaba lleno de diputados de la mayoría.

19 de abril

En el Consejo de ayer se acordó suspender al juez de Madrid, Alarcón, que puso en libertad al pistolero Lahoz. En el Consejo no estuvo Casares.

Por la noche, en el Ritz, comida con el ministro de Turquía. Es poeta, sentimental y, al parecer, más aficionado al *champagne* de lo que podía esperarse de un musulmán. No recuerdo cómo se llama. Grandes ojos negros, y entonación quejumbrosa, suplicante. Me aburrí lo suficiente.

Hoy, en la presidencia, he obsequiado con un té a los escritores y artistas. Han ido cerca de doscientos. Todos contentísimos y agradecidos a la distinción. El local les ha producido admiración. Todos los comentarios recaen sobre el distinto trato que la República da a los intelectuales, comparada con la monarquía. Se han conducido bastante bien, y están pasmados de que se los reciba y trate con cortesía.

Albornoz me ha traído el proyecto de circular, que el fiscal de la República se propone publicar para aclarar los puntos dudosos en la competencia de los tribunales ordinarios como resultado de la derogación de la ley de Jurisdicciones.

Es una soflama ridícula, llena de lugares comunes *rrrevolucionarios*, completamente inadmisibles, y en la doctrina, también; por lo menos es

contraria a lo que Albornoz, como ministro de Justicia, dijo en las Cortes al hablar de los decretos militares. Pero Albornoz ya no se acuerda y no se ha fijado. Retengo la circular, para corregirla.

El Consejo de ministros se celebró ayer, y no hoy, como correspondía, a petición de Zulueta, que tenía que salir para Ginebra y deseaba tratar antes un asunto «urgente y delicado». El ministro del Japón ha ido a despedirse, y Zulueta ha creído entender que no sería sustituido. Supone que el Japón está molesto, primero, por la actitud de la delegación de España en Ginebra respecto de la cuestión de la Manchuria. Madariaga toma posiciones quijotescas en favor de China, que nos indisponen con el Japón, y segundo, porque hay tratos para vender armas españolas a China. Esto último se ha contenido a petición del ministerio de Estado, y ha dado orden al Consorcio de que no venda nada. Aunque el ministro del Japón, al despedirse, no ha dicho nada respecto de esos asuntos, Zulueta cree que retira su ministro en Madrid por aquellos motivos. Zulueta da muchas vueltas al asunto y, como suele, lo examina muchas veces por el revés y por el envés, y de canto, y acaba por no saber que hacer. Yo creo que exagera el enfado del Japón. De todos modos, no se enviarán las armas, y en lo de Ginebra se recomienda la prudencia.

En el Consejo hubo ayer un tremendo rifirrafe entre Fernando de los Ríos y Prieto. Don Inda soltó una inconveniencia grosera, que molestó a Fernando, y se enzarzaron de lo lindo. Prieto desprecia a Fernando y se burla de la «cultura»; Fernando teme a Prieto y lo soporta, pero a veces estalla.

He hablado con Goded y Masquelet de los asuntos de Baleares. Les encargo, como jefe y subjefe del Estado Mayor Central, el más pronto estudio del estado en que se halla la fortificación de Menorca.

Son dos tipos enteramente distintos.

Goded, pequeñuelo, enjuto, bilioso, con unos ojuelos que no parecen suyos, sino postizos, es muy vanidoso y pedante, habla mucho, presume de gran prestigio en el ejército y de ser muy conocido en el extranjero. Está escribiendo una historia de la guerra de Marruecos. Me parece que trabaja poco en el Estado Mayor Central. Sueña con ser ministro de la Guerra, o algo más. Está muy dolido de que las reformas le hayan cortado la carrera.

Masquelet es recio, silencioso, frío. Liberal, sin ambición, soltero, se pasa el tiempo leyendo o trabajando. Es discretísimo. Le tengo por leal. Buen ingeniero; no sé si en arte militar en general será sobresaliente. Desprovisto de espíritu de cuerpo ha llegado a decirme que los ingenieros militares que se formaban en la Academia de Guadalajara eran malos.

Para antes de reanudarse las sesiones de Cortes, tenía pensado reunir a la mayoría parlamentaria, y hacer un discurso-programa para dar cohesión a los grupos y fortificar la posición del Gobierno. He desistido, porque a la reunión habían de asistir los catalanes de la Esquerra, y como aún no se ve clara la solución del Estatuto, yo no podía llevar términos concretos que contentasen a unos y a otros, ni tampoco iba a limitarme a decir vaguedades asegurando tan solo que el Estatuto se aprobaría. Los socialistas, por su parte, están a la expectativa y algunos se dejan influir por Prieto, que dominado por Sánchez Román, aborrece a los catalanes y al Estatuto. Preferible ha sido no celebrar la reunión y esperar a que del trabajo de la Comisión y de los debates vaya saliendo el texto definitivo del Estatuto. Tengo que manejar dos fuerzas contrarias y hacerlas coincidir en un fin común; este es el problema. Y hallar un término que puedan aceptar unos y otros, con riesgo de que no lo acepte ninguno.

Los parlamentarios catalanes se han reunido con Carner para tratar de la situación parlamentaria con respecto al Estatuto. Los periódicos atacan mucho a Carner, por ser catalanista y ministro de Hacienda. Carner me ha visitado para ofrecerme su dimisión. No le he dejado hablar. Carner, en el Gobierno, me facilitará mucho el camino, y él, que ve la situación por dentro, constituye el medio de acción más directo que tengo sobre la representación catalana. Carner es muy moderado y razonable. Tiene gran estimación por mí. Si todos fuesen como él, la conclusión sería pronta y fácil. Que unos y otros se cieguen, me produce gran disgusto.

21 de abril

Día de desánimo. Cansancio de esta vida. Me voy de paseo. Llego a la Morcuera. Deliciosa soledad. Praderas frías. Sol tímido —silencio, silencio: nadie—. Manchas de nieve en Peñalara. Esto se halla todavía intacto, porque la carretera aún no se ha abierto toda al tráfico. Dentro de poco, se llenará de papeles y latas de conservas.

Después fuimos por el Jarama. Las alamedas están en mariposa.

Al volver, trabajo en el proyecto de ley de Reclutamiento de la Oficialidad.

22 de abril

Consejo de ministros mañana y tarde. El de la mañana, cuestiones de Hacienda. Por la tarde, el Consejo de Economía Nacional y asuntos de Marina: construcción de barcos y paro obrero. Larga discusión. Giral no es bastante enérgico.

Tengo una conversación con Fernando de los Ríos para salvar de profanaciones pedagógicas el palacio de Riofrío, y de explotaciones inicuas El Pardo, y procurar la restauración de los antiguos jardines de la Moncloa. En el mismo Consejo he tenido que dar un *parón* violentísimo a Prieto, que quería desmandarse. (Ahora resulta, después de haberse comido crudos a los ingenieros, que ha de subirles el sueldo).

El periódico *Luz*, que aplaudió la destitución del juez de Madrid, ha cambiado de parecer, y lo encuentra muy mal hecho.

Cosas del Presidente. La otra noche fue a un cine, y un amigo mío le vio pegado a la taquilla sacando los billetes.

26 de abril

Se ratifica en Consejo de ministros la suspensión del juez. El ministro trae el atestado de la policía. Lahoz y otros tenían preparado un atentado contra mí. La policía dice que comunicó al juez los antecedentes del detenido. El juzgado asegura que no. Las diligencias judiciales que el juez manda con su recurso parecen hechas *a posteriori*. Lo más creíble es que firmó la libertad del pistolero sin enterarse de lo que firmaba. Albornoz está muy *farruco* contra el juez. Y Casares defiende la gestión de sus policías, estimándola correcta y rápida. Casares se queja frecuentemente de que los jueces echan a perder, o inutilizan, la labor de la policía. Como quiera que sea, es evidente que no estamos bien servidos.

En el Consejo se ha aprobado mi proyecto de ley de Reclutamiento de la Oficialidad.

Por la noche hemos ido a Alcalá. Nos hemos paseado por el Alamillo y la plaza de San Bernardo, sepulcral.

27 de abril

Visita de Nicolau, que me habla del Estatuto, y de Rocha, el embajador en Lisboa. Copiosa audiencia militar. Doy instrucciones escritas a López Ferrer, sobre la política general en Marruecos.

No he asistido a la sesión de Cortes, y he estado con Luis Bello y unos diputados catalanes trabajando en la redacción de nuevos textos para el Estatuto.

3 de mayo

El día 1 paro general absoluto en Madrid. Signo de los tiempos: en El Ferrol se hacen salvas para solemnizar oficialmente la fiesta. Se temían disturbios con motivo de la acostumbrada manifestación, porque comunistas y sindicalistas prometían agredir a los de UGT. Se acordó en Consejo de ministros que no hubiese manifestación, y que los gobernadores, cada cual separadamente en su provincia, la prohibiesen. Ese día hice una excursión a Pastrana, que no conocía. Fuimos por la carretera de Loeches, y volvimos por Guadalajara. El día 2 me negué a ir al festejo madrileño del Prado. Los corresponsales extranjeros me invitaron a comer. Después me fui al Escorial.

Hoy he recibido una comisión de Ceuta, y muchas visitas.

Consejo de ministros. Asuntos de Hacienda, y después lo de la Transatlántica. Larga discusión que termina a las dos y media. Se va a anular el contrato. La historia de la Transatlántica en relación con el Estado es monstruosa.

He ido a casa del Presidente, llamado por él, a las cuatro y media. Me da las noticias que le llegan sobre un complot militar. «No cree en ello más que Queipo —dice el Presidente—, pero creo de mi deber decírselo a usted». Estamos atentos, y creo que por ahora no hay nada.

En las Cortes, ante gran número de diputados que se agolpan al pie de la tribuna, leo el proyecto de ley Militar. Aplauden al acabarse su lectura.

Oigo las quejas del diputado García Hidalgo, al que, según parece, hago poco caso. Recibo comisiones de Toledo, de Reinosa, de Carabanchel… Todos a pedir dinero. Larga conversación con Bello, Domingo y Maura sobre el Estatuto. Tengo la debilidad de hablar con lealtad de mis proyectos delante de Maura, que parece muy suave, y, por ahora, sin propósito de estallar.

Durante la conversación Casares ha entrado varias veces en mi despacho, como si estuviera impaciente por decirme algo.

Reunión del grupo de Acción Republicana. Expongo las líneas generales de mi política con respecto a Cataluña. En el grupo hay diputados muy enemigos de la autonomía, muy anticatalanistas. Otros, por el contrario, como Esplá y Bello, son autonomistas. Gabriel Franco es de los más opuestos y Honorato Castro. Algunos que se dicen autonomistas, como Sánchez

Albornoz, cuando se toca a las cuestiones que especialmente les interesan, como las de enseñanza, se echan atrás.

Larga conversación con Besteiro y Cordero sobre el dictamen de la Comisión de Responsabilidades. En fin, hasta las diez de la noche no he podido salir del Congreso. Los periodistas, con su pazguatismo habitual, me acosan a preguntas. La tarde ha sido tremenda.

4 de mayo

Visita de los generales Gil Yuste y Ruiz Trillo. Despacho con el subsecretario. Recibo noticias de la buena impresión que ha causado el proyecto de ley de Reclutamiento.

Conferencia con el coronel Barbero, que es mi delegado en el consejo de administración del Consorcio. Después, audiencia militar. Y una comisión de «fuerzas económicas», en la que están Bergé, Frontera, Matesanz y Diez Cordovós, el antiguo cacique de Toledo, que tanto me combatió en las elecciones de aquella provincia el año pasado, como me combatía cuando yo luchaba por allí en tiempos de la monarquía. Matesanz es un hombre tosco e impertinente. Uno de los señores me ha pronunciado un discurso larguísimo, y casi me he dormido de pie.

En las Cortes se ha aprobado la ley del Servicio Militar Voluntario en África.

He ido con Luis Bello al ministerio de Agricultura, y hemos conversado largamente con Marcelino Domingo acerca del dictamen sobre el Estatuto. Marcelino dice a todo que sí, y no pierde nunca la sonrisa.

5 de mayo

Despacho con el general Goded, que regresa de su viaje de inspección a Baleares. Me cuenta, entre otras cosas, lo que ya me había apuntado Masquelet: las defensas de Mahón son insuficientes. La razón es que los grupos de cañones de 38 no pueden cooperar unos con otros, y los grupos de obuses están demasiado tierra adentro.

Lo primero es debido a que, cuando se formó el plan de artillado de las bases navales, se quiso abarcar mucho y, no siendo posible costear todo el gasto, se redujo el número de baterías. Goded me propone una solución intermedia, una especie de baciyelmo que no sirve para nada. Trae la nota en

borrador, sin ponerla en el expediente, hasta conocer mi opinión. Rechazo la propuesta, y le digo que estudie y me proponga una solución a fondo y definitiva, que no podrá ser otra que intercalar un grupo más en lo de los cañones.

También hablamos de las maniobras, y le indico qué plan debería adoptarse, para que lo desarrollen. Como el jefe de las maniobras habrá de ser Rodríguez del Barrio, vicepresidente del Consejo Superior de la Guerra, creo que Goded debería ir de jefe del Estado Mayor. Goded dice que él tiene demasiada categoría para ser jefe de Estado Mayor de Rodríguez del Barrio.

—¡No tengo un Pétain! —le digo.

—Ni un Weygand.

Consejo en Palacio. Y recepción del jalifa de la Zona española de Marruecos. El Presidente da muchas voces y hace muchos chistes. El jalifa es un mozo gordo y fofo, más niño de lo que corresponde a su edad. Trae un séquito famoso, de tipos que parecen escapados de alguna aldea española. A este visir y a este caíd, diríase que los hemos visto de alcaldes o jueces en Navalucillos o en Espinosa del Rey. En el almuerzo que el Presidente ha dado en Palacio, en honor del jalifa, nos han servido medianamente. El Presidente se empeña en proteger de este modo a un fondista que es buen republicano, pero que tiene mal cocinero. Al almuerzo han asistido Lerroux y Maura. Maura me ha dicho: «¡Qué cara de pocos amigos!». «Pues cada día tengo más», le he contestado.

Lerroux lo ha oído y lo ha contado después en el Congreso.

Lerroux me ha dicho que no ha pedido la palabra en la discusión del Estatuto, y que prefiere no pedirla. Aguarda a que la pida yo y a que hable. «Yo hablare al final», le he contestado.

Algunos de estos señores importantes están emperrados en ser el último que hable; sobre todo, don Melquíades. Pero no podrán ser «el último». Creen que con ello se reservan una ventaja. Como temen comprometerse, les interesa mucho saber qué posiciones adoptan los otros.

En las Cortes, violentísima polémica entre el diputado García Hidalgo y Casares. El discurso de Casares ha sido durísimo. Hidalgo ha quedado muy mal; lo que se llama la «ejecución» de un hombre. Los socialistas no han podido apoyarlo ni ampararlo. Casares estaba después pesaroso, temiendo haber ido demasiado lejos. Besteiro dice que no, que ha hecho bien, y que él se alegra de lo ocurrido.

Recibo varias comisiones. En el salón, se vota. Estaba cansadísimo y con jaqueca.

De noche he ido al Español a ver a la Argentina.

6 de mayo

Recibo a *miss* Jacobsen, que fue secretaria de Asquith, enviada por la Bibesco. *Interview*. Es monárquica, lo adivino, aunque no lo dice (monárquica en España).

Me entero de que, como yo presumía, el proyecto de ley de Reclutamiento ha sentado muy mal a los jefes y oficiales de Estado Mayor. Celebran algunas reuniones en la Escuela de Guerra. Como en la Comisión parlamentaria hay dos diputados que pertenecen al cuerpo de Estado Mayor, comienzan a hacer obstrucción. Uno de ellos, diputado radical, fue ayudante mío. Me ha dicho más de una vez que era partidario de la supresión del cuerpo, pero ahora no se atreverá a sostenerlo, y empujado por sus compañeros combatirá el proyecto. Por instigación suya, la Comisión se disponía a pedir informe sobre el proyecto del ministro al Estado Mayor Central. La Comisión, al fin, no ha caído en el lazo. De todos modos, yo no lo hubiera consentido.

Consejo de ministros en la presidencia. Es el primero que celebramos allí después de la restauración de la casa. El nuevo salón de Consejos es muy lindo. Esperemos que el decorado inspire a los ministros pensamientos alegres. Antes, la sala era fea, pobre y triste.

Pero hoy este deseo no se ha cumplido. Fernando de los Ríos está muy incomodado por la situación social en Granada. Los sindicalistas ganan terreno a los socialistas, y de creer a sus adversarios, Fernando ha decrecido allí mucho como fuerza política. Fernando *interviene* (digámoslo así) demasiado en la política de Granada, según dice Casares. Han devorado ya tres o cuatro gobernadores. Hoy ha tenido una discusión muy viva con Casares; ha estado algo soberbio, como un señorito mimado. Los tres socialistas estaban hoy muy sombríos. Lo sucedido ayer en las Cortes, entre García Hidalgo y Casares, les ha contrariado mucho.

Los proyectos financieros que lleva Fernando para la construcción de escuelas no están bien. Quedamos en que se estudiarán de nuevo, con intervención de Carner.

El decreto de Alquileres que ha dado Albornoz a fines del año pasado, *aclarado* después, producirá, según Carner, una baja en la contribución de más de cien millones. Cuando se insinúa en Consejo la necesidad de reformarlo, Albornoz se enfurruña y hace unos gallipavos con la voz, signo de

que se siente revolucionario. Tendré que mediar en esto, pero no creo fácil convencer a don Álvaro.

Se aprueba la ley de Matrimonio Civil. Por la tarde, tengo en el ministerio de la Guerra una reunión con los tres ministros socialistas, para ir explicándoles el Estatuto, y los puntos de vista que voy a tomar para el texto definitivo. Fernando es el más asequible; Largo se aviene a razones, Prieto, oscuro y silencioso, guarda una resistencia terca que no razona y que parece procede de un sentimiento de antipatía.

Cuando estamos en la conversación, me llaman al teléfono para darme cuenta del asesinato del Presidente de la República francesa. Voy al Congreso, donde me esperan para abrir la sesión, y en nombre del Gobierno digo algunas palabras deslabazadas sobre el caso. Estos discursitos de circunstancias me salen siempre mal.

Después voy a la embajada a dar el pésame al embajador; verdad es que todavía no se ha muerto Doumer, pero dicen que se muere, y a Herbette se le saltan, o hace como que se le saltan, las lágrimas.

Ha comenzado la discusión del Estatuto. Maura, con grandes propósitos de serenidad, y de promover un debate *de altura*. Mucho ha tenido que dominarse, porque es violentísimo, y el proyecto le carga. Companys, palabras inocuas; cordialidad, República. Mucha gente en el salón. Tópico del día: ¡Qué bien empieza! ¡Cuánta serenidad! Todo el mundo tiene miedo al asunto, y hoy se formaban la ilusión de que el debate pasará así, con disertaciones sin controversia. ¡Ya verán! En el despacho de ministros nos hemos reunido después casualmente Largo, Ríos, Casares y Ramos. Comentamos la sesión. Casi nadie, si no es Casares, va de frente en este asunto. Fernando frunce el ceño y *se pone* muchos problemas. Siento que en torno mío hay curiosidad, un poco de temor por lo que puede ocurrir, y escasos medios que me ayuden.

He vuelto al ministerio un tanto desalentado y de mal humor. Arrecia una bárbara campaña contra el Estatuto. Muchos, en las Cortes, van a sumarse a ella, previendo que es trance difícil para el Gobierno, y están a la espera.

Por la noche han venido Guzmán y Ramos. Llamo a Chaves, de *Ahora*, y a Cacho, de *El Sol*, y procuro infiltrarles algunas ideas para la información de sus periódicos.

7 de mayo

Nueva reunión con Ríos y Largo. No ha asistido Prieto. Hablamos largamente de la enseñanza en el Estatuto, y de la aplicación de la legislación social. Tienen los socialistas un empeño muy grande en conservar el manejo de las cosas sociales en Cataluña, o, mejor dicho (porque hoy no la tienen), en asegurar a través de los órganos ministeriales una defensa contra sus terribles enemigos los sindicalistas de la CNT. Hoy hemos adelantado mucho, y Largo está de acuerdo con cuanto le he dicho.

8 de mayo

Recepción de Alcalá-Zamora en la Academia Española. He ido a presidir la sesión. Allí estaban hombres como Cotarelo y Sandoval, que son lo más «viejo régimen posible». Había muchas momias, entre ellas el general Cano, autor de dramas «incomparables». ¿Qué efecto les habrá producido verme presidir? El discurso de don Niceto es una muestra de la «literatura del político», y adolece, aun en su propia escasa importancia, de la extremada vaguedad, imprecisión y «rodeada manera» habituales en el Presidente. (Al concluir de leer su discurso, don Niceto sudaba a torrentes). El discurso de Menéndez Pidal no se ha oído.

Después he impuesto la medalla al Presidente, y me ha costado trabajo abrocharle la cinta o cordón, o lo que sea (ya no me acuerdo). Un segundo de situación ridícula.

9 de mayo

Reunión del grupo parlamentario del grupo de Acción Republicana en el ministerio de la Guerra. Tratamos del Estatuto. Casi todos sienten recelos, pero uno solo es enemigo: Figueroa, trabajado por Sánchez Román. Honorato Castro, a medida que voy explicando el problema, día tras día, va cediendo. En la reunión hemos hablado mucho, he oído algunas tontunas. Sánchez Albornoz, que admite ciertas partes de la autonomía, es muy enemigo de otras. Y lo mismo le sucede a Fernández Clérigo, que es autonomista en todo, pero no en lo de Justicia. Por su parte, Franco, que es hacendista, es autonomista en todo lo que no toque a la Hacienda. Este fenómeno es bastante general. Luis Bello es muy estatutista, pero no suele encontrar buenas razones para defenderlo; diríase que es estatutista por carácter.

Me traen noticias de la discusión de la ley Agraria, que ha comenzado hoy en las Cortes. Al parecer los discursos han sido malos.

Noticias del complot. Se habla de él en Madrid como se hablaba del nuestro en noviembre de 1930. Hoy se ha creído la gente que preparaban un asalto al Congreso, y contaban el plan con detalles. En junto, es disparatado; pero han pensado en ello. En España, casi no hace falta la policía política, porque como todo el mundo cuenta lo que hace para darse tono, el Gobierno se entera de todo. A veces, está tan enterado, anda tan en la calle el secreto, que se resiste uno a darle crédito, de puro conocido. Mientras los españoles no aprendan a guardar secreto, no serán muy temibles en estos asuntos. Lo mismo nos ocurría a nosotros. Una vez aprovechamos eso vicio para despistar al Gobierno de Berenguer. Nos observaban muy de cerca, y hasta la puerta de la sala del Ateneo donde nos reuníamos, llegaba la policía. La unión de republicanos y socialistas tenía preocupado al Gobierno, porque en ella veía una fuerza muy seria. Cierta vez, reunidos en el Ateneo, como examinamos las dificultades de la situación, le dije a Prieto: vamos a difundir la noticia de que hemos reñido unos con otros.

Prieto se fue al café Regina, y en su tertulia contó menudamente la ruptura y sus causas, y nos puso verdes a los republicanos. Lo creyeron, porque estaba en la tradición. Aquella misma noche, en el teatro Calderón, el ministro de la Gobernación le dijo al doctor Marañón que todo riesgo había desaparecido, porque los republicanos y los socialistas se habían tirado los trastos a la cabeza.

He llamado a Galarza, que es concejal, a ver si consigue impedir que el Ayuntamiento realice el vandalismo de quitar al Campo del Moro una faja de once metros para tender un tranvía. ¡Siempre lo mismo!

11 de mayo

Comida en Lhardy, invitado por la directiva de la Sociedad de Autores, que me festeja, como «autor novel». Se las han arreglado para que no asista Muñoz Seca; yo dije que si él iba no iría yo.

Conferencias con Companys y Aiguadé.

En Consejo de ministros, vuelve a tratarse de la circular del fiscal, sobre aplicación de la jurisdicción ordinaria a los delitos de injuria contra el ejército. Albornoz no se atreve a decirle al fiscal que no la publique. Le he devuelto el documento original corregido por mí. Lo más notable es que la

doctrina que pretende imponer el fiscal es contraria a la que sostuvo Albornoz en las Cortes.

En la discusión del Estatuto, el discurso de más fuerte oposición hasta ahora es el de Sánchez Román. El de Ortega es más endeble, y, con la pretensión de elevarse, se sale del problema mismo que hemos de resolver. Lo que más atosiga a estos señores, porque son catedráticos, es la cuestión de la universidad, como se verá cuando lleguemos a tratar de los artículos.

Sánchez Román trae la *formación* (como se dice) de la facultad de derecho, en la que a todos nos imbuyeron la creencia de que la «unidad legislativa» era una conquista envidiable y una situación paradisíaca. Y hacen como que se olvidan de que en España la unidad de ley civil no ha podido conseguirse. Se niegan terminantemente a discurrir sobre la realidad viva.

Unamuno, que votó contra la disolución de la Compañía de Jesús, me ha dicho ayer que ahora está convencido de que no bastará haberlos disuelto y que habrá que expulsarlos, en vista de que conspiran contra la República. ¿Cuánto le durará el convencimiento a don Miguel?

Azpiazu me ha traído un extraño y confuso mensaje, con protestas personales de adhesión a la República y a mí, y asegurándome que puedo estar tranquilo y que si ocurriera algo él lo sabría con tiempo y me lo diría.

El cambio mejora para la peseta. Carner está muy contento. Se ha defendido con expedientes que le sugiere su condición de buen administrador. Y ha constituido una pequeña reserva, de poco más de cien millones de francos. Dice Carner que el Banco de España está regido por brutos, que no comprenden nada de la función que debería cumplir el Banco y se atienen a rutinas anticuadas.

Carner es muy simpático. Se le recibió mal cuando le hice ministro, porque los enemigos del Estatuto pensaban, o al menos decían, que Carner, como catalán, no defendería los intereses de la Hacienda. Prieto, que con toda su listeza no ve más allá de sus narices en las cuestiones un poco delicadas, me dijo que era muy impolítico su nombramiento. No sé si estará ya convencido de lo contrario, pero es evidente que ha simpatizado con Carner y le quiere bien. En los primeros Consejos, Prieto recibía de uñas cuanto traía Carner; pero Carner le ha desarmado y domesticado a fuerza de honradez, de lealtad, de paciencia y de competencia.

El nombramiento de Carner, además de las ventajas que me representaba tener un ministro de Hacienda enterado y sereno, que no se aturulla, como se aturullaba Prieto, y que tranquiliza a los hombres de negocios, al crédito y a la Bolsa, estérilmente amenazados e insultados por Prieto, me daba un enlace

con el grupo parlamentario catalán, ya que yo no quería hacer ministro a ninguno de la Esquerra.

He conquistado de este modo, en primer término, un hombre de gran valía para la República. Carner se ha interesado por su gestión en el ministerio como si hubiese de ser toda su vida ministro de Hacienda, y ha comprobado la buena disposición del Gobierno en la cuestión de la autonomía, y ha podido medir personalmente las dificultades con que el Gobierno tropieza en su camino. Sin yo decirle nada ni encargarle nada, su testimonio personal ha tenido que influir en el ánimo de los parlamentarios catalanes, inclinándoles a ser razonables.

En la cuestión de la Hacienda de Cataluña Carner no interviene y tenemos convenido que sea yo quien lleve personalmente el asunto. Claro es que cuantos se sirven del Estatuto como arma y ocasión para derribar al Gobierno, cometen la bajeza de presentar a Carner como *incompatible* con su actual cargo.

Carner y yo nos entendemos muy bien. Tiene gran afecto hacia mí.

Prosiguen las negociaciones comerciales con el enviado de los soviets. Se trata de enviarles corcho, plomo y algunas otras cosas, a cambio del petróleo que trae la Campsa, lo que aliviaría la situación de la Armada. La dificultad consiste en el aseguramiento de los pagos.

20 de mayo

Se anuncia un debate político promovido por Maura y Lerroux. En el Consejo de ministros expongo las líneas generales de la posición que voy a adoptar, si el caso llega. Maura no cesa de moverse, brujuleando entre los grupos a ver si provoca un rompimiento o una disidencia en la mayoría. Maura, republicano y todo, es del más viejo estilo político, como que se ha criado en los Parlamentos de la monarquía. Su ilusión ahora es provocar la escisión por causa del Estatuto. Confía en que los socialistas no votarán lo de la enseñanza, y los anima; también se ufana de que dieciocho radicales-socialistas están dispuestos a votar en contra.

La campaña contra el Estatuto es feroz en algunos periódicos, por ejemplo, en *El Imparcial*. Este periódico estaba moribundo, y hace poco tiempo vinieron a ofrecérmelo, o al Gobierno, por sesenta mil pesetas. No quisimos. Naturalmente, *La Nación, Informaciones* (de March), *ABC*, y otros atacan furiosamente. Han tomado el estribillo de decir que España entera protesta contra el Estatuto, y que vamos a desmembrar a España. Si se

limitaran a combatir el Estatuto, proponiendo otro mejor, o a negar redondamente la autonomía en nombre de otra organización más centralista del Estado, estarían en su derecho y no habría más que oponer razones a razones. Pero lo que menos les importa es el Estatuto, y lo que más, cazar al Gobierno en un desfiladero y crear una situación imposible a la República. Quizá, los que dirigen esta campaña temen más a la ley Agraria que al Estatuto, y se alegrarían mucho de dar con nosotros en el suelo, para impedir aquella reforma.

Las huestes políticas están un poco amedrentadas, y percibo vagamente que todo lo esperan de mí; así como los adversarios todo lo temen de mí.

Cámara, diputado lerrouxista, me envió ayer un recado, a través del bobo de Manteca, también diputado radical, preguntándome de parte de Lerroux que «por qué le odio». ¿Yo le odio? Es notable. Nadie lo ha tratado mejor que yo, y hartas veces lo he defendido contra muchos de los que hoy son sus coadyuvantes, o aspiran a serlo, como Maura. Le he dicho a Manteca, que yo no odio a Lerroux ni a nadie, pero que se puede y se debe mantener una posición política y una conducta de gobierno sin que se mezclen en ella motivos sentimentales.

En el Consejo de ministros hemos *logrado* por fin *ejecutar* a Victoria Kent, director general de Prisiones. Victoria es generalmente sencilla y agradable, y la única de las tres señoras parlamentarias simpática; creo que es también la única… correcta. Pero en su cargo de la Dirección General ha fracasado. Demasiado humanitaria, no ha tenido, por compensación, dotes de mando. El estado de las prisiones es alarmante. No hay disciplina. Los presos se fugan cuando quieren. Hace ya muchos días que estamos para convencer a su ministro, Albornoz, de que debe sustituirla. Albornoz, aterrado ante la idea de tener que tomar una resolución disgustosa para Victoria, se resistía. De todo lo que ocurre en las prisiones echa la culpa a los empleados, que están descontentos porque no les suben el sueldo. Pero la campaña de prensa contra la Kent ha continuado, y está quedando muy mal. Barrunto que el ministro ha llevado el asunto a deliberación ante su partido. Así son estos ministros, que para relevar a sus funcionarios tienen que pedir permiso. Sea como quiera, hoy se ha acordado la separación de la Kent y el nombramiento de Sol para sustituirla.

También se ha tomado una determinación contra el obispo de Segovia, suspendiéndole las temporalidades, por haber publicado una pastoral en que había algunos conceptos inadmisibles acerca de la ley de Matrimonio Civil.

En Almería hay un gobernador, Alor, hermano del subsecretario de Justicia, y radical-socialista, que lo ha hecho muy mal. Todos los partidos se han puesto en contra suya, y su correligionario Albornoz también lo ha desautorizado. Casares le ha llamado y le ha pedido la dimisión. Y esta tarde, a última hora, se presenta el señor Alor en el Congreso, se me queja de la «bronca» que acaba de echarle Albornoz, y me dice que está dispuesto a ingresar hoy mismo en Acción Republicana si se *le deja continuar de gobernador*. ¡Es un tipo gracioso!

La Voz publica un artículo disparatado, bruto, sobre lo que voy a hacer o a decir a propósito del Estatuto. Revuelve los tópicos peores, alarma, conmina. Echa leña al fuego. Aunque sin firma, el artículo es seguramente de Fabián Vidal, el director del periódico, tan torpe de espíritu como de cuerpo. *La Voz* ha estado *afónica* en este asunto, esperando a saber, sin duda, de qué lado soplaría el viento, y ahora se dispone a buscar la perra gorda por el camino más fácil.

La torpeza del artículo me pone de mal humor. Estas gentes son de las que no sabían adoptar en las cuestiones de Cataluña otra receta que la de aquel bruto: «Que escupa Montjuich». Con tamaña falta de talento y de sensibilidad solían acometerse en España los asuntos más delicados y complejos. Y, ahora, en vez de ayudar, cocean.

He encargado que se haga una gestión cerca de Aznar, director de *El Sol*, y consejero de la empresa, para que aten corto a Fabián Vidal. El capital de la empresa es monárquico (Barbate, Viesca), y están al pairo con la República. Aznar dice que él es republicano y *azañista* (quiere ser embajador) y lleva en *El Sol* una política de péndulo, siempre poniéndome en los cuernos de la luna, pero deslizando informaciones y artículos nada agradables para el régimen ni para el Gobierno.

Para distraerme y reposar de necedades, nos hemos ido a Toledo después de cenar, y hemos paseado a la luz de la luna, hasta las dos.

Hemos tenido «la semana de Wells». Se ha dado importancia a la visita de don Heriberto, que tiene en Madrid algunas amistades, por lo que pudiera observar de la situación española y decirlo después en la prensa inglesa. (A don José Ortega le ha parecido muy mal que se haga demasiado caso a Wells, que no tiene más autoridad que la de un periodista). Yo he visto poco a Wells. Dio una conferencia en El Español, a la que no pude asistir. La gente le oyó mal y le entendió peor. Se aburrieron. Asistían muchas personas de las que se creen obligadas a decir que entienden el inglés. El embajador de Inglaterra

nos invitó a almorzar con Wells, y allí hablamos poco. En la legación de Rumanía, la Bibesco ha dado una cena en honor de Wells, a la que asistí. Creo que también ha habido comida en casa del duque de Alba; pero, naturalmente, a esa no me invitaron. Otra noche, después de otra recepción, Wells vino a charlar conmigo en el ministerio de la Guerra. Estuvo aquí dos horas. Hablamos largamente de la situación de la República, de lo que hemos hecho y de lo que se piensa hacer. Le interesa mucho lo que aquí sucede, y lo juzga bien. Wells es un viejo simpático, que habla, como es uso, muy bajito, y, al parecer, adormilado.

En la cena de Rumanía, la Bibesco ocupaba una punta de la mesa; yo estaba en la esquina, a su derecha, y frente a mí, Casares. Nos divertimos mucho. La Bibesco se me quejó de que, en el almuerzo de la legación de Suiza, no le hiciera yo ningún caso. «Llevaba yo —dice— un sombrero muy bonito, y no me dijo usted nada. No hizo usted más que mirarme de reojo. Me daba usted el perfil *et vous n'avez presque de profil*». Ese día pensó muy mal de mí. (La verdad es que esta señora me tenía cargado con sus *genialidades*, y quería que me dejase en paz).

Sobre esto tuvimos larga conversación, que se animó, y nos dijimos, riendo, cantidad de atrocidades y desvergüenzas, que la divertían extraordinariamente. La pobre cree que me hace rabiar llamándome *cher dictateur* o diciéndome que era muy amiga de Primo de Rivera, de quien imita a la perfección el timbre de voz. Casares se reía mucho del coloquio. Quedamos muy amigos.

Me mostró luego un retrato que le ha hecho mi amigo Quintanilla. Es una *charcuterie*. Diríase los miembros de la princesa, después de descuartizada, recogidos en una espuerta. De su amistad con Quintanilla y con otros, ha sacado esta mujer una información anecdótica respecto de todos los ministros. Los caracteriza muy bien, pero yo le corté este camino. Quiere aparecer amartelada de los ojos azules de Casares, y me preguntó a qué otro ministro de la República podría ella amar.

—A Largo Caballero —respondí yo.

—¿Me lo traerá usted algún día? No le conozco.

—Sin tardanza.

El príncipe Bibesco parece el protagonista de una opereta vienesa.

He celebrado estos días una larga conversación con Carner. Acercándose un momento decisivo en la discusión, y después de todos los trabajos que llevo hechos, le tocaba el turno a los catalanes. Lo traje a mi despacho del ministerio, y con el texto del proyecto de Estatuto que trajeron los catalanes y

con el dictamen de la Comisión (que es inadmisible) a la vista, fui haciendo un expurgo del dictamen, quitando lo que el Gobierno no puede aceptar. Carner razonó serenamente, me dio su conformidad, y le encargué que por Hurtado y Corominas hiciese saber al grupo parlamentario que me disponía a trazar unas líneas generales distintas. «¡Bueno!, ya veremos lo que dicen aquellos locos». Se reía bonachonamente.

—Mire usted, don Jaime —le dije—, esto tenemos que resolverlo entre usted y yo.

—Usted lo resolverá —contestó—; yo creo que usted lo resolverá; pero allí dan mucha importancia a cosas que no la tienen.

(La disposición de Carner es muy buena y sensata).

He recibido en la presidencia a Ostrovski, el delegado ruso que habla de los planes comerciales. Es hombre inteligente, seco y mongólico.

He informado largamente ante la Comisión de Guerra. Cuatro horas de explicación. Todos parecen conformes; pero los de Estado Mayor hacen presión sobre algunos diputados.

26 de mayo

En el Consejo de ayer comencé, ante el Consejo de ministros, la exposición de las líneas generales del discurso que voy a decir en las Cortes como conclusión del debate sobre la totalidad del Estatuto. Los ministros estuvieron conformes con mis ideas, incluso Prieto, que disintió solamente en lo relativo a la enseñanza. En el Consejo de hoy en Palacio, después de hacer un resumen de lo que dije ayer, he continuado mi exposición. El Presidente, aunque no ha dicho nada especial, y se ha limitado a aprobar, estaba muy contento y no lo disimulaba.

Después he ido al Ritz, invitado a almorzar por el jalifa. Allí estaban todos sus moros, y algunos personajes españoles, entre ellos López Ferrer. El jalifa y el alto comisario se llevan mal; parece que López Ferrer es duro con él. Después del almuerzo, el jalifa ha encontrado manera de hacer un aparte conmigo y me ha expuesto sus quejas por el trato que le da el alto comisario. Le trata como a un niño díscolo; le tiene puesto espionaje en su casa; le contraría en todo, le humilla, etcétera, etcétera. «Esta conversación que estoy teniendo con usted, señor Azaña, me costará muchas lágrimas, porque a don Luciano le enojará que hayamos hablado». Después me dijo que se va a casar y que ya tiene buscada la novia. ¡Que Alá los haga dichosos!

En las Cortes, discursos de poco interés. Me reúno con varios diputados catalanes para estudiar un nuevo texto sobre la enseñanza. Fernando de los Ríos trae un proyecto de artículo. Es confuso. Delante de todos lo corrijo, lo rehago, y estando todos conformes, se lo entrego a Xirau y Carner, que se hallan presentes, para que lo lleven a la reunión de su grupo.

Me refugio en el banco azul, y allí estoy oyendo una sesión que no me interesa. Pasado el tiempo, reaparece Carner, y me devuelve mis notas. Supuse que las habían aceptado, pero no le pregunté nada, porque ya no tenía gana de nuevas conversaciones.

Me vine al ministerio, y estuve ordenando un guión para mi discurso de mañana.

Me avisan del Congreso, después de cenar, que el grupo catalán está reunido.

27 de mayo

Consejo de ministros, Carner lleva la nota que han discutido anoche los catalanes en una reunión que duró hasta las tres de la madrugada. Hubo en ella tres tendencias. La más intransigente, y menos numerosa, proponía la ruptura y retirarse de las Cortes. Otras se inclinaban a aceptar lo propuesto por mí. El grupo más numeroso prevaleció, y modificaron el texto que yo había dado, variando la forma de redacción, de manera que le quitaba precisión y claridad. Carner estaba conforme con mi proyecto, y me dijo que él no daba tanta importancia como los demás (catalanes y no catalanes) a este texto. La variante tampoco me gustaba a mí, porque aunque condujese a lo mismo que yo propuse, podía entenderse y sobre todo aplicarse de diverso modo. Fernando había consignado en su texto que «la enseñanza es un servicio exclusivo del Estado», con lo que se impedía que la Generalidad diese enseñanza. Eso lo quité yo.

Mi propuesta iba encaminada a suprimir la doble universidad, que me parece un disparate, y a dejar a salvo los actuales centros de segunda enseñanza del Estado, y a asegurar en la primaria la del castellano, así como la asistencia de los no catalanes en escuelas castellanas.

Prieto rompió violentamente contra la nota que llevaba Carner, y habló de la *hipocresía* de los catalanes. La obstinación de Prieto procede de dos causas: el influjo de Sánchez Román, que le domina enteramente, y la aprensión de lo que pueda ocurrir en Vizcaya si se da otro Estatuto igual al de Cataluña, y en virtud del cual la enseñanza caería en manos de los nacionalistas católicos.

Prieto afirma, con su rotundidad habitual, que si se vota otro Estatuto no podrá contener ni una línea menos de lo que contenga el de Cataluña; en lo cual se equivoca.

Prieto, rodando mucho las *erres* y manoteando con sus gordos miembros delante de sus ojos semiciegos, declaró que no podía transigir, y que se iría del Gobierno.

Sentí coraje por su terquedad, cerrada a todo análisis y discusión, que pocas horas antes del discurso que yo había de pronunciar en nombre del Gobierno, suscitaba una dificultad de tanta monta. Percibí que Prieto quería marcharse del Gobierno con una bandera popular hoy, entre los que no entienden los términos del problema, y me molestó profundamente la grosería con que lo planteaba. En resumen, su tesis consiste en que no debe hablarse para nada de enseñanza en el Estatuto, y que con la Constitución basta, pudiendo la Generalidad, si gusta, montar establecimientos propios, que hagan competencia a los del Estado. Como siempre, salirse del problema les parece a muchas gentes que es resolverlo.

Contesté a Prieto inmediatamente. Dije, entre otras cosas, que no estaba dispuesto a abandonar en ningún momento la dirección política del Gobierno; que yo había trazado, ante ellos y el Presidente de la República, mi discurso en proyecto y había sido aprobado; que no podía admitir que sobre un texto, pensado para los artículos, y que, punto más o menos, era compatible con las declaraciones de carácter general que yo me proponía hacer, se me plantease en tal momento y con aquellos caracteres una dificultad política tan seria; que la salida de Prieto daría una fuerza enorme a los que combatían el Estatuto y al Gobierno por motivos más o menos claros, alegando los tópicos del patriotismo, y que yo no podía hacer más que suspender el Consejo para ir a presentar al Presidente de la República la dimisión del Gobierno.

Tal ha sido mi primer arranque. Se produjo una tensión muy penosa, y luego una discusión en que intervinieron todos los ministros. Mientras hablaban, yo recapacité. Pensé que era mal hecho rendirme, por las consecuencias incalculables que tendría la caída del Gobierno; pensé en la responsabilidad que pesa sobre mí, y en la obligación que tengo de sacar adelante todo esto. Me resolví a tener paciencia, y a no dejarme enredar en las cuerdas que me tiran a las piernas. Pensé en lo que estarían esperando algunos fuera de allí, y decidí tragarme el disgusto y las ganas de soltar unas cuantas verdades. Cuando intervine de nuevo en la discusión, ya había recobrado mi tono habitual, razonable y tranquilo, y lo primero ha sido decirles estas mismas reflexiones, ampliadas, para que les sirvan de ejemplo, y sacrifiquen

todos algo al interés común. He hecho un esfuerzo extraordinario, y me ha quedado zumbando por dentro una tempestad.

Largo Caballero se ha puesto frente a Prieto, porque tiene más capacidad de político, y se ha percatado de la dificultad del caso. Largo ha hablado a Prieto severamente, rechazando las actitudes individuales y hablando de los acuerdos del partido y de otras cosas. Prieto ha bajado la cabeza y se ha callado. También ha intervenido Zulueta, para inducir a la reflexión a unos y otros. (Marcelino y Albornoz no han dicho nada). El Consejo ha terminado después de las dos. He dicho a los ministros que espero, al menos, que no den un cuarto al pregonero sobre la situación. Vuelvo al ministerio de la Guerra, bajo una impresión penosísima y de muy mal humor. Así llevo un mes. ¿Para quién trabajo?

En el ministerio, después de comer, estoy solo, reposando los nervios. Escribo estas notas, y procuro olvidar la impresión de la mañana, que no es la mejor preparación para un discurso como el que me aguarda. (Guzmán ha venido un momento y me dice que la expectación es enorme. En la puerta de la tribuna pública del Congreso hay gente haciendo cola desde anoche. Guzmán adivina, y se va).

Poco después de las cuatro he ido a las Cortes. Sin hablar con nadie, ocupo mi sitio en el banco azul. Discurso de Royo, desatinado como todos los que viene haciendo en este asunto. Discurso de Sánchez Román. Habla, por primera vez, en tono altisonante, y a veces violento. Sánchez Román tiene el estilo del foro y nunca lo había abandonado, hasta hoy. Se abandona a la imprecación, y como no tiene ningún dramatismo en la expresión y las Cortes están habituadas a oírle otros acentos, el efecto no es bueno; parece desproporcionado y extemporáneo. Besteiro me dijo que don Melquíades tenía la pretensión de hablar el último, es decir, después del Gobierno. Con lo cual espera obtener una posición más ventajosa para la discusión. Entre tanto, no había pedido la palabra aún. Don Melquíades ha enviado diversos recados a Besteiro: que habla, que no habla, etcétera. Por todas estas cosas, y por la extensión de los discursos de Royo y Sánchez Román, tuve intenciones de aplazar mi discurso para otro día; pero hubiera tenido que dejarlo para el martes, y era mucha espera, dada la tensión en que están los ánimos. Besteiro me dijo por fin que hablando yo daría por terminada la discusión de la totalidad.

A las siete empecé a hablar. El salón estaba atestado, y las tribunas hasta el techo. Gran golpe de diputados alrededor de la tribuna presidencial, que llegaban hasta el banco del Gobierno. No se oía ni una mosca. Estaba

perfectamente sereno y no me ha emocionado la expectación ni el considerar lo decisivo del trance.

Mientras hablé, observé algunas caras. Lerroux aparecía grave y congestionado; Melquíades, fosco, entornados los ojos; Ossorio, curioso, expectante, muy abiertos los ojos; Maura, amostazado, me ha interrumpido en la última parte del discurso; Gil-Robles, afectaba reírse; Ortega, muy serio, denotaba impasibilidad; algunos jovenzuelos ponían gesto despectivo; en la punta del banco azul, Prieto, envuelto en su gordura.

El discurso ha durado tres horas, y no he sentido fatiga de hablar; únicamente me cansaba, al final, de estar tanto tiempo en pie. Me ha salido muy bien; nada se me ha quedado por decir[46]. Me han oído con una atención infatigable; nadie se ha marchado. En muchos pasajes han aplaudido, y al final, con gran calor. La mayoría, entusiasmada. Las tribunas del público han aplaudido mucho. Maura interrumpió para decir que estaba *aterrado*. Hace pocos días me lo encontré en Fuentelarreyna, cuando era más fuerte la oposición, y me preguntó qué iba yo a hacer o a decir. Tenía la pretensión de que se declarase por anticipado la orientación de mi discurso. Rehusé, como es natural, y le recomendé que «no estallara» (como él dice), porque cuando *estalla*, la República o el propio Maura resultan lesionados. Maura me habló con ese apremio y urgencia que le son peculiares y que le ponen a uno el corazón en un puño. Le dije que se calmase y que todo te arreglaría.

Maura parece convencido de que no habrá mayoría para votar el Estatuto, o que si la hay, será gracias a los votos de los catalanes. De la misma aprensión participa Prieto, que es tan impresionable y tan ligero como Maura. Prieto da por hecho que el Estatuto, si sale, saldrá por media docena de votos de mayoría, «que sería nacer moralmente muerto».

Cuando Prieto habla de esto, yo me callo, para no entablar discusiones inútiles. Pero hace ya días me encontré a Maura en el salón de conferencias (en cada rincón había un grupo de diputados de oposición, haciendo cábalas y urdiendo intrigas fantásticas) y le dije que tenía el Gobierno 251 diputados para votar el Estatuto. Maura se puso muy jactancioso, y hasta quiso apostar.

Después del discurso, estrujones, abrazos, lágrimas de los catalanes; impresión profunda.

Estoy, cuando puedo librarme de la aglomeración en los pasillos, un rato largo en el despacho de ministros. Todos, menos Prieto, han venido a felicitarme. Largo me ha dicho:

—Hasta ahora podría dudar si había o no República. Ya veo que está segura —y sonreía finamente, llenos de alegría los ojos.

Carner estaba radiante. «¡Bueno! Lo que usted dice es que deben mandar los castellanos. ¡Pues que manden los castellanos como usted!». Casares me ha abrazado sin decir nada. Es el que mayor satisfacción siente; lo sé.

Poco a poco han ido desfilando. Vinieron Cipriano y Guzmán. Quedaban allí Ramos y Bello. Eran las once y decidimos cenar juntos. Se juntaron otros amigos y nos fuimos a Los Burgaleses. Entre plato y plato, me traían cuartillas del texto del discurso, para corregir.

Ya tarde, he vuelto al ministerio y me he metido en el despacho. Me agradaba estar solo y en silencio, al cabo de tantas horas de tensión, de ruido y de muchedumbre. He trazado estos apuntes. Y he estado no sé cuánto tiempo inactivo, sumido en divagaciones, y más que nada, en el reposo. He levantado la cabeza, y en el espejo que hay al fondo de la sala donde trabajo, frente a mi mesa, me he visto, a distancia, con una expresión grave y pensativa que me ha llamado la atención. Me he visto como si viese *a otro*. He visto al ministro, al Presidente, al timonel de una política, ya fuera de la representación, sin más testigo que sus propias reflexiones. Y entonces he pasado por un extraño entretenimiento. No ha sido alucinación, sino fantasía voluntaria. He imaginado que la puerta del despacho se abría y entraba el rey y se encontraba con aquel mismo señor que yo estaba viendo en el espejo, tan distinto del Manuel Azaña que yo solía ser. Le he recibido sin sorpresa, con frialdad, sin altivez. El rey estaba un poco desconcertado y alicortado por la rareza de la situación.

—Vengo a saber cómo es usted, y a que hablemos de tantas cosas.

—Si supieran que está usted aquí, conmigo…

—¿Le comprometo a usted?

—¡Oh, no! Tienen seguridad en mí.

Yo fumando, el rey hablaba con premura.

—Verá usted, si yo hubiera sabido…

—¿El qué?

—Lo que había que hacer.

—No lo habría usted hecho.

El hombre del espejo más parecía busto que hombre. Envuelto en nubecillas azules, consideraba al rey, y esta presencia le separaba todavía más del mundo real exterior.

—¿Adónde va usted? ¿Qué se propone hacer de España?

—Gobierno una democracia, y enseño cómo se gobierna una democracia. Es difícil.

—¿Es usted dictador?

—No. Para las cosas grandes hay que optar entre Napoleón o Pericles, en medio solo hay Bugedas. Pero es preciso tener a los pueblos preparados para los tiempos (que son los más de los siglos) en que no hay ni Pericles ni Napoleón. Enseñar el gobierno a una democracia es habituarla a prescindir del genio.

—No soy demócrata.

—Ya se ha conocido.

—No creo en la democracia.

—Ni siquiera eso: no sabe usted lo que es.

El rey se me amengua por momentos, arrebujado en una hopalanda como de viaje. Me da lástima.

—Usted, con la opinión que le sigue, podrá hacer cuanto quiera. ¡Ah! Si yo hubiese podido tanto.

—El poder, para las personas inteligentes, solo tiene una barrera auténtica e infranqueable: la conciencia de la propia limitación. Los que temen abusos de poder de una persona como yo, es que son tontos, o aviesos.

—Es usted duro conmigo, porque para usted será cierto que abusé del poder. Yo quería hacer algo grande en España.

—Es increíble. Nadie le hubiera supuesto capaz de grandeza ni en su imaginación.

—¿Y usted tampoco lo cree?

—Tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no es usted artista.

—En cambio usted sí lo es. Y eso le permite dominar y triunfar…

—No domino, no triunfo. Poco ha de vivir usted, y otros, para enterarse de lo que es para mí el poder, que usted perdió por quererlo demasiado y yo ejerzo sin haberlo deseado, y por el cual pasaremos los dos a la historia con facciones tal vez infieles.

El rey alarga el belfo e insinúa una sonrisa con afectada superioridad.

—¿Y no teme usted que lo asesinen?

—¡Bah! Eso quieren algunos. Pero no temo. Sería un crimen antihistórico.

—No comprendo.

—Todas las razones que había para que usted cayese del trono las hay para que a mí no me asesinen; al menos, por ahora. Más tarde, poco importará.

El rey, desgarbado, se me desvanece.

He puesto aquí este apunte de nuestro coloquio. Y aún he estado otro rato, saboreando la soledad y llenándome la conciencia de mi situación actual. Nunca me he visto tan lejos de todo. Ni tan aislado, como una roca en medio de un mar muy bravo. Nunca he tenido más clara percepción de las fuerzas que me combaten. Me voy a acostar. Mañana, el día de hoy no será más que un tema de las hablillas.

31 de mayo

Consejo de ministros. Faltan Albornoz y Domingo, que están en Santander, donde se celebra un congreso radical-socialista. Allí tienen que ventilar cuestiones internas, disidencias, expulsiones, etcétera. Tratan de separar del partido a Botella Asensi y a Eduardo Ortega. Botella es inteligente y muy atravesado; riñe con todo el mundo. Eduardo Ortega es torpe, obcecado y alborotador. Se considera protegido por la República. En el Gobierno Civil de Madrid fracasó ruidosamente, y ya es difícil fracasar en ese cargo, que no tiene nada que hacer.

En el Consejo tratamos del proyecto de ley de Incompatibilidades, y se aprueba un proyecto de ley sobre bienes que pertenecieron a la Compañía de Jesús. También se ha examinado la reorganización de servicios.

Los sucesos del domingo, anunciados desde hace muchos días como un movimiento de la extrema izquierda revolucionaria para derrocar la República, han sido un fracaso. Ligeros trastornos en Madrid y dos o tres ciudades más. Ha habido dos muertos y varios heridos. Casares se queja de falta de colaboración, sobre todo por parte de los jueces y tribunales. Albornoz no ha hecho nada por estimular a sus subordinados ni por asegurarse de su celo. Largo Caballero traza, con ese motivo, sombrías perspectivas. «No tienen —dice— interés por defender la República». Teme una nueva revolución.

Los periódicos dedican larguísimos comentarios a mi discurso. *El Sol*, tras unos párrafos de elogio personal, se limita a reproducir frases sueltas. Es lo menos comprometedor. *La Voz*, por la terca persona de Fabián Vidal, se muestra recelosa y disconforme, aparentando alarmas españolistas. *Luz* decía que, en mis tesis históricas, había mucho de discutible; pero lo político del discurso le parece, en general, bien. *El Liberal* echa las campanas a vuelo, y me pone por las nubes en varios artículos. Y *El Socialista* es acaso el que más a fondo defiende mi política; se ha salido de madre, como quien dice.

Prieto me escribió el sábado una carta felicitándome por mi «formidable pieza oratoria», y dice que se abstuvo de ir a saludarme personalmente aquella tarde para evitar que se diese mala interpretación a sus palabras, etcétera, etcétera.

Hemos hablado hoy nuevamente del Estatuto. La actitud de Prieto ha traslucido. Da su palabra de honor de que él no ha dicho nada a nadie, pero hasta el hecho de haberme escrito es ya público, y se dicen mil tontunas acerca de la carta. ¿Quién puede haber divulgado la actitud de Prieto? Un diputado radical lo contó en un café, el sábado. A Prieto le digo que no se aturulle y que confíe en mí; pues conforme los he sacado de las dificultades pasadas, probaré a sacarlos de las que aún quedan, sin que nadie tenga que padecer.

Por la tarde, en las Cortes, había poca gente. Me han hecho gastar tiempo en largas conversaciones inútiles. También hablo con Américo Castro, que está empeñado en llevarme al Centro de Estudios Históricos para impresionar unos discos con mi voz. Me reitera su adhesión y su entusiasmo.

En los pasillos, enjambres de periodistas. Rumores de crisis. Estoy de mal humor, deseando marcharme y que me dejen en paz. Lo que más amenaza a la República es la estupidez.

Cunde lo que llaman el «derrotismo»; una maliciosa complacencia en abultar las dificultades presentes, o una estólida incapacidad para encontrarles solución. Yo estoy seguro de salir de todo esto; me parece clarísimo, y si me dejasen tranquilo, no ocurriría nada.

Maura anda por ahí haciendo aspavientos. No es capaz, ni otros, de oponer una cosa útil a lo que yo he propuesto; todo se reduce a que está «aterrado». Si Maura no cambia de táctica tendrá que salir de la política o salir de la República. La consecuencia rigurosa de algunos puntos de vista de Maura sería antirrepublicana; quizás él no se da cuenta, y si se lo dijese se irritaría. No se lo digo, porque parecería injusto.

He vuelto al ministerio y he trabajado en el proyecto de ley suprimiendo el cuerpo de inválidos. Después de cenar voy al teatro Calderón, donde ahora funciona el teatro Lírico Nacional, que consiste en resucitar viejas zarzuelas españolas, que ya eran malas cuando se estrenaron. El género les gusta mucho a Ossorio y a Fernando de los Ríos. Es curioso cómo persisten o renacen en Madrid todas las perversiones del gusto, sobre todo cuando consisten en degradar los valores y en achabacanarlos.

Me llegan nuevos informes de los efectos del discurso. La impresión general ha sido profunda, y en las Cortes predomina una sensación de alivio y

claridad. Estos dos días no he visto a casi nadie, y no he oído sino impresiones de gente muy cercana a mí. Por ejemplo, la del Presidente, que solo obtengo por deducción. El sábado fui a visitarlo en Palacio. Lo encontré de muy buen humor, contentísimo. Me habló de todo, *menos de mi discurso del día anterior*. Me habló incluso de la actitud de Prieto, que le preocupa, por si puede originar una dificultad para el Gobierno. Esto era por la mañana. Por la tarde, no tenía yo gana de hacer nada, y me apetecía el descanso bien ganado. Fui de paseo a La Granja, y dimos la vuelta por Segovia. En el Alto del León nos detuvimos a contemplar la puesta del sol, prodigiosa; en el punto mismo en que un disco de oro, sin llamas, tocaba las cimas de unos montes de violeta. Vapores azules sobre los valles del Espinar. Cielo verdoso. Maravilla de paz. El domingo me llamó el Presidente y me preguntó si yo quería que hablase él con Prieto. Opiné que no; lo más útil sería hablar con Largo Caballero. Quedó en hacerlo así. Ayer lunes me volvió a llamar y me dijo que había visto a Largo, y a Prieto por indicación de Largo. Prieto le ha dicho que se considera dimitido. Lo que le trae desazonado es el texto sobre enseñanza que llevó Carner. Con estos antecedentes, en el Consejo de hoy, he podido hablar un poco al buen sentido de Prieto, que si no está ofuscado por la pasión, suele ser dócil. En resumen, lo que le sucede a Prieto es un resultado de su ligereza y atolondramiento. Se imagina que todo va a zanjarse en una tarde, y le falta el *tacto* político y la experiencia de *mundo* necesarios para manejar a las gentes. Prieto solo podría gobernar despóticamente, empleando siempre lo de «quien manda, manda». Eso viene haciendo en su ministerio. Espero que mis razonamientos de hoy le contengan.

El domingo tampoco me ocupé de política. He estado dos días hecho un holgazán. En vista de que la revolución anunciada no era cosa grave, por la tarde me fui al Paular. Después de anochecido, vinieron unos amigos de tertulia al ministerio. Hablamos de cosas indiferentes. Por la noche estuve en una fiesta de la legación de Hungría. Allí me hablaron mucho de mi discurso: naturalmente, lo encontraban muy bueno. A mí, tanto me da.

Hoy, martes, al reanudarse la agitación parlamentaria, se recrudecen los comentarios y las cábalas. En los aspavientos de Maura, se descubre el furor; un furor sin objeto, y que solo puede provenir de que el Gobierno está firme. Alguien me dice que don José Ortega ha dicho en la *Revista de Occidente*, refiriéndose a mi discurso: «Tres horas en un ladrido». ¿Tan *perro* soy? También a Sánchez Román le ha parecido detestable. En los extractos de prensa que he examinado, observo que, en la prensa de oposición, el que se esfuerza por ser o parecer más razonable es *El Debate*. El más «infiel» el

ABC, que finge creer y hacer creer a sus lectores que a los catalanes *se les da* cuanto piden. Basta comparar mi discurso con el proyecto para advertir que no es así; pero el *ABC* continúa hablando de la desmembración de España, y del Pacto de San Sebastián, diciendo que somos *deudores* del Estatuto, en pago de una colaboración sediciosa. ¿Seríamos tan ingenuos como para pedir lealtad en la polémica a nuestros enemigos? En modo alguno. Hay que resignarse a esto. Lo malo es que tales argumentos caen en cabezas débiles, y pueden producir efectos desastrosos.

Lerroux ha echado un discurso en La Bombilla, con ocasión de un banquete de los «abogados radicales». Ha hablado contra el Gobierno, y, en conversación con los periodistas, contra mí. Dice que aplaudió mi discurso, porque «es más generoso que yo, que no aplaudí el suyo». Es un resentimiento pueril; él sabe que los ministros, desde el banco azul, nunca aplauden, ni hacen otra manifestación alguna. Ahora dice que solo él tiene derecho a hablar de Cataluña, porque «muchos» (es decir, yo) no la conocen ni geográficamente. Para halagar a su galería, que es enemiga del Estatuto, le dice que «no consentirá» nada que «rasgue la unidad nacional», etcétera. Fuera de las Cortes dice alharacas; pero en las Cortes, como la responsabilidad y las consecuencias son otras, habla otro lenguaje, y no se atreve a romper de frente con el Gobierno. Lo más notable es que cuanto están haciendo el Gobierno y las Cortes en este asunto es, al parecer, baldío, porque quien resolverá el problema catalán es… el Partido Radical.

Un diputado, Figueroa, sobrino de Romanones, se ha separado de Acción Republicana, y se ha ido a sentar junto a Sánchez Román, de quien es amigo y cliente. Este Figueroa es uno de los diputados a quien maneja Felipe y mediante los cuales pretende operar en el interior de los grupos.

Ayer pasó a la reserva, por edad, el general Gil Yuste, que era inspector general. Queda vacante un puesto difícil de proveer. Gil Yuste, a quien saqué de un mando oscuro en Pamplona, para darle primero la sexta división y después una inspección, está casado con una señora de Vitoria, extremadamente religiosa. Él tenía buena reputación en el ejército, pero su conducta no ha sido siempre muy clara en lo político. Hace pocos días pronunció una alocución a la guarnición de Vitoria, que podía entenderse en mal sentido. Los periódicos hablaron de ella. Gil Yuste me trajo el texto auténtico, y me dijo que no tenían nada de particular sus palabras, como podía verse. Le tenía en observación desde entonces, y como faltaba tan poco para que pasara a la reserva, no quise hacer nada contra él. Al Presidente de la República se le ha ocurrido que, como Gil Yuste pudo marcharse hace un año

con todo el sueldo, y no se fue, y ha servido a la República, convendría hacer una disposición para que se retirase con el sueldo entero. La idea no me parece buena, ni política, y la dejo dormir.

La cuestión de los mandos es difícil. De Villegas tengo algunas quejas. Me dicen que extrema el rigor y las incomodidades del servicio, para que haya descontento entre los oficiales. El general Goded me ha dicho que él está muy a gusto en la jefatura del Estado Mayor, pero que se halla en situación desventajosa porque cobra menos que los inspectores, y no tiene categoría de inspector cuando algunos inspectores son más modernos que él. Este Goded ha cambiado mucho conmigo. Ahora parece muy decidido a trabajar y a colaborar lealmente; dice que siempre fue republicano, etcétera. Por ahí cuentan que habla muy bien de mí, y que se le han desvanecido las preocupaciones que tuvo al principio, y que «hasta le soy simpático». No me lo es a mí. Listo, pero poco agradable. Muy ambicioso, sospecho que guarda un profundo resentimiento, porque las disposiciones tomadas en Guerra le han cortado su porvenir de gran personaje político-militar. Está bien donde está; pero nunca le daré mando de tropas.

La gente observa que los diputados personalmente adictos a don Niceto votan con Lerroux. Yo no me había fijado. Son cuatro o seis.

Conversaciones, recados, idas y venidas de los portugueses y Echevarrieta. Vuelve a andar el asunto. Intervenciones de gentes oficiosas, que todo lo embarullan. Recabo que se entiendan exclusivamente conmigo.

He cesado en la presidencia del Ateneo, por cumplir los dos años que dura el cargo. Mucha gente quería que me presentase a la reelección; pero me he negado terminantemente. Hace dos años, presidía Marañón. Cuando allí se hacía propaganda republicana, la Junta (en la que me habían incluido contra mi voluntad, como tesorero, al reabrirse el Ateneo) se asustó un poco. Querían que en el Ateneo no se hablase de política. Cosa imposible entonces. Pittaluga, que era de la Junta, y aún no era republicano, dimitió. Tuvimos una polémica en el salón de sesiones, y en un discurso le derroté. Poco después, creciendo el barullo, y la indecisión de la Junta, hubo dimisión. (Es preciso decir que, algunos de los que más hablan ahora de mi *revelación* como político, aunque me conocen desde hace más de veinticinco años, me recibieron con recelo en la directiva del Ateneo, como *elemento perturbador*). Después de muchos tanteos, y no aceptando don Niceto la presidencia, porque le habían elegido para la de la Academia, me eligieron a mí, con una gran votación, rara vez vista. Algunos *íntimos* del café, como Hoyos Sainz, encontraban mal mi candidatura para la presidencia, porque yo no tenía

bastante vitola. (Pasados los meses, y cuando fui presidente del Consejo, le dije a Hoyos, por azorarlo un poco, que había subido a la presidencia del Gobierno para ver si conseguía *vitola* para asentar la del Ateneo. Hubo gran algazara, y Hoyos nada dijo). Utilizando mi antigua experiencia de ocho años de secretario, y aunque hacía casi otro tanto que yo no aparecía por allí, introduje prontamente el orden y la buena administración. En mayo, cuando tomé la presidencia, aquello era una grillera. En octubre todo estaba en paz, y el último asalto que quisieron darme los alborotadores, lo rechacé y se redujeron. Pagué las ochenta mil pesetas de deudas que había dejado la Junta ilegal impuesta por Primo de Rivera; hice obras por otras sesenta mil pesetas, dejando la Casa renovada de mobiliario y decorado, y abrí instalaciones nuevas; creé una Junta o Comisión de Responsabilidades que presidía yo, y en la que estaban desde Ossorio y don Niceto hasta Besteiro, e intenté dar al Ateneo una vida y una orientación más acordes con los tiempos. El Ateneo ha perdido su antiguo carácter de gran sociedad literaria. Lo ha perdido porque Madrid es mucho mayor y ya no puede concentrarse en un solo sitio la vida literaria, artística, etcétera. Lo ha perdido por la concurrencia que hacen al Ateneo otros círculos mejor instalados, y lo pierde cada vez más porque sus concurrentes son ahora un aluvión que no se fija ni permanece y se renueva constantemente. El Ateneo tiene un prestigio que es ya muy superior a su utilidad, y había que buscar el modo de que volviera a ser útil, y cesara de cultivar la histeria, la irresponsabilidad, la falsa preparación y el remedo del parlamentarismo.

Al inaugurar el curso de 1930-1931, hice una conferencia encaminada a explicar al Ateneo lo que el Ateneo ha sido[47]. Por entonces reunía yo al Comité revolucionario en una salita del Ateneo, y en mi discurso hay algunas alusiones a la situación: cuando lo escribí estábamos esperando de un día para otro la sublevación, que al fin estalló el 12 de diciembre.

Con este motivo tuve yo algunas entrevistas pintorescas con el general Marzo, ministro de la Gobernación. Me llamó dos o tres veces a su despacho, para quejárseme de que en el Ateneo se conspiraba, y amenazarme con cerrarlo.

—¿Para qué lo iba usted a cerrar? —le dije yo—; eso no serviría para nada, porque algún día tendría usted que abrirlo, y sin motivo.

Creyó que me burlaba de él. Le decía yo que la Junta del Ateneo no tenía atribuciones para coartar a los oradores: «Póngase usted en mi caso, general». «Pues póngase usted en el mío, señor Azaña. ¿Qué haría usted?». «Abrir las

Cortes. En cuanto se abran, ya verá usted como se acaban los mítines del Ateneo».

Estas cosas no le gustaban. Cuando ocurrió lo del 15 de diciembre, Marzo le dijo a unos amigos de Amós: «Ese Azaña me ha resultado tan canalla como los comunistas».

Cuatro meses después era yo ministro de la Guerra, y el general Marzo, capitán general de Baleares. Vino al ministerio a presentarse, y me hizo muchas protestas de respeto y adhesión. Yo no podía contener la risa. Me dijo que se acogía a los decretos de retiro voluntario, y le alabé la determinación. Le tuve en su puesto hasta que pasó a la reserva, poco tiempo después, y cuando vino por aquí a despedirse, me agradeció infinitamente la atención de no haberle destituido, y me anunció que pensaba ingresar en el partido de Lerroux.

Marzo es un hombrón de pocos alcances, pesadísimo. Son célebres sus descripciones soporíferas de las campañas de Marruecos. Es tan torpe, que el 11 de febrero del año 30, cuando volvíamos del banquete republicano de La Bombilla, le dijo a Miguel Salvador, a la sazón director general en Gobernación, que con un escobazo acabaría él con todos los republicanos. Miguel Salvador se lo creía.

Ocurrido lo de diciembre del 30, clausuraron el Ateneo, y ya no volví a él hasta después de proclamada la República, siendo ministro de la Guerra.

En una junta general que presidí, de gran barullo, estaba detrás del estrado uno de mis ayudantes, de uniforme, socio del Ateneo. En aquella sesión hube de cortar, por la fuerza de los votos, una maniobra de los Balbontín y otros «rebeldes» de guardarropía. Francisco Barnés me dijo al salir: «Ha proclamado usted la ley marcial en el Ateneo». Esta simpleza es característica del espíritu de la Casa. Después Barnés se ha *convertido*, digámoslo así, y me ha secundado con lealtad desde la vicepresidencia del Ateneo. Pero era visto que estando en el Gobierno, y sobre todo en la presidencia del Consejo, no podía yo atender al Ateneo, y menos encauzarlo por donde debiera ir. A muchos socios les ilusionaba la idea de tener en las juntas generales al jefe del Gobierno para insolentarse con él. Otros querían promover cuestiones políticas, pensando crearme embarazos como ministro. Mi posición allí era muy fuerte, y me hubiera impuesto, si el asunto hubiera continuado interesándome; pero tenía otras cosas de más enjundia en que pensar. Anuncié desde marzo a los compañeros de junta que no continuaría. Hicieron muchas cosas para comprometerme a seguir, pero me desembaracé de todo ello, y lancé el nombre de Valle-Inclán para sucederme. Valle no durará en la

presidencia porque él solo se basta para armar líos donde no los hay. Pero allá cuidados. Es una lástima que el Ateneo se desvirtúe cada vez más y abunde en sus propios defectos. Pero creo que no tiene remedio.

Acerca de mis relaciones con el Ateneo se han dicho algunas tonterías. Desde que los sucesos políticos me han sacado bruscamente a la notoriedad, algunas personas han sentido la tentación de inventarme una biografía. Entre otras cosas dicen que yo me he «formado» en el Ateneo. Disparate. El Ateneo es incapaz de *formar* a nadie, pero sí de deformar y destruir toda disciplina mental. Lo que realmente aprendí yo en el Ateneo, por el forzoso ejercicio, fue la polémica, cuando en 1912 me eligieron secretario. Yo no había pronunciado nunca hasta entonces ningún discurso, y en la tertulia de las «fuerzas vivas», compuesta de señoritos divagadores y aficionados, nos burlábamos, por reacción contra los pedantes ateneístas, de sus oradores. Ya secretario, me vi desde el día siguiente en la necesidad de defender en las juntas generales la gestión de la directiva, y entonces había pendientes en el Ateneo cuestiones de régimen interior (la gestión de Moret) que apasionaban mucho. Me encontré con facilidad para hablar, y llamaba la atención que lo hiciese con cierta elegancia y exactitud. Yo sabía que esto era debido a mis aprendizajes de escritor. Este ejercicio de polemista y el hábito de entendérmelas con una muchedumbre (que vota) es lo que yo he sacado del Ateneo y que me sirve en la política. En todo lo demás, nada. Al contrario, siempre he sido el mayor adversario que los falsos valores del Ateneo han tenido. La gente no se explicaba, y sobre todo mis amigos, que pensando yo así del Ateneo permaneciera año tras año en la secretaría, que daba muchos quehaceres y disgustos. Ello se debía a que por entonces yo no tenía nada que hacer, ni siquiera escribir; no hacía más que leer y divertirme; era bastante feliz y no echaba de menos nada de lo que había perdido. Y como no puedo remediar el interesarme por las cosas que caen en mis manos, al verme con el Ateneo en ellas, me entretuve en mejorarlo y me aficioné a trabajar por él, como hubiera trabajado por otra cosa cualquiera que me hubiesen conferido.

Me ha visitado el Nuncio, en compañía del obispo de Vitoria. Vienen a pedir que se levante el destierro del prelado. Es un hombrecillo de aire rústico, simple y parlanchín. Prontamente familiar. Me hace muchas cortesías porque he consentido en recibirlo. A este obispo, Maura lo echó de España el año pasado, porque la policía halló, en manos de un secretario o cosa así del señor obispo, unos papeles dirigidos al cardenal Segura u otro magnate; no recuerdo bien. El caso fue que Maura montó en cólera y puso al obispo en la

frontera. Eso ocurría en domingo, hallándose ausente de Madrid don Niceto, jefe del Gobierno.

Maura no le consultó la determinación, y don Niceto se enfadó tanto que dimitió. Fue su primera dimisión. Nos la envió, cuando nos reuníamos en Consejo, a la presidencia, en un largo documento que encabezaba así: «Excelentísimos señores…». (Marcelino guarda el original). Don Niceto no quiso ir a la presidencia, aunque había Consejo, y ya empezaba a llamar la atención su ausencia cuando logramos, mediante Rafael Sánchez Guerra, que viniese de su casa a la presidencia. No entró en la sala de Consejos y se encerró en su despacho, de donde fuimos a sacarlo todos los ministros, y a contentarlo como a un chico pequeño.

El obispo volvió a España, por acuerdo del Gobierno actual, pero no a su diócesis. Prieto dice que si vuelve a su diócesis se armará un escándalo temible y se producirá un conflicto público. Al Nuncio y al obispo les doy buenas palabras, pero sin prometerles nada. Me cuesta trabajo creer que este hombrecillo sea peligroso, a pesar del fanatismo vasco.

7 de junio

El sábado por la noche vino a verme Zulueta y me refirió la visita que por la mañana le había hecho Prieto. Don Indalecio fue a desahogar su corazón con Zulueta. Está angustiado por la cuestión del Estatuto, y lo que más le preocupa es que pueda aprobarse con escaso número de votos, o solamente con los votos de la mayoría ministerial. Se queja de que no se intente una concordia.

El domingo, de mañana, salí para Zamora. Visité, sin previo aviso, el cuartel de Infantería, que es nuevo y bueno, y el edificio del cuartel viejo, ya vacío, antiguo convento, triste e insalubre. El objeto era ponernos de acuerdo con la ciudad para la cesión de la comandancia, destinándola a casa de Correo, con lo que el Estado se ahorrará la construcción de una nueva. Los servicios militares pueden instalarse en parte del cuartel viejo.

Visité la Catedral y la colección de tapices. Comimos en casa de Galarza y luego fuimos a visitar las obras de los saltos del Esla. Lo vi todo detenidamente. Es cosa magnífica. Regresamos tarde. En Salamanca cenamos después de las once. El pobre general Carbonell, que estaría arrullado por el coñac, se levantó para venir a saludarme. Llegamos a Madrid a las tres de la madrugada; tuvimos una ligera avería más acá de Somosierra, que nos retrasó.

Se engaña Prieto si cree que no hago nada por llegar a una concordia en lo del Estatuto. He comenzado por explorar a Ortega, con propósito de obtener un acuerdo en la materia de enseñanza. En lo de Orden público está conforme con mi programa; si pudiera establecer una solución en lo de la universidad, que fuese aceptable para el Gobierno, tendría mucho adelantado, con la aquiescencia de Ortega, para convencer a Lerroux, y por tanto a los radicales, que no entienden de nada de esto. Encargué a Ramos que viese a Alberto Jiménez Fraud, íntimo de Ortega, a fin de que él preparase una entrevista mía con el filósofo. Hecha la gestión por Jiménez, resultó que Ortega no cree oportuno que hablemos ahora los dos (sin duda me cree al borde de la caída). Ortega está dolido: no se le hace bastante caso. Afirma que él no entra en conjuras; sin embargo, por la tarde, en el Congreso, felicitó a Maura por «la jugada de ajedrez».

(Ortega tiene un fondo de provinciano, incurable. Se forma de la política una idea como la del doctor Faustino antes de salir de su pueblo. Eso del ajedrez es una pedantería pueril, propia de un inexperto). Y le dijo también a Maura que mis doctrinas son equivocadas: «¿Qué es —preguntó— la nueva política del sistema?». Pero ni en su periódico ni en las Cortes ha aceptado la discusión.

También opina Ortega que estoy rodeado de aduladores. Es otra idea provinciana de lo que constituye la realidad del Gobierno. Ignora qué resistencias tengo que vencer, y que nadie me facilita nada. Para que haya adulación es menester ser dos: el adulador y el que se deja adular. Ahora bien: siempre he sido un bárbaro con quien se atreve a elogiarme en mi cara, y este es uno de los fundamentos de mi reputación de adusto. Hace años decía yo de mí mismo: «Hostil al halago, indiferente a la censura». Ortega no sabe lo que es eso. Si lo supiera, no se habría dejado adular por los redactores y colaboradores de sus periódicos, que nunca han sabido hablar de nada sin echar por delante elogios sonrojantes del maestro. Se ha dejado adular en *El Sol* por algún aventurero que, en el fondo, le teme y le aborrece. Yo le hubiera despedido del periódico.

Los defectos de carácter de Ortega le llevarán al fracaso en la política, cosa después de todo sensible, porque no estamos sobrados de gente de talento, y Ortega lo tiene. Como el personaje de Giraudoux, hace llevar sus defectos a sus propios amigos; lo que en él hayamos de tolerar, en gracia de otras cualidades, es insoportable en los acólitos y edecanes que se surten de sus opiniones y de su vocabulario para representar un papel.

Hay un acuerdo, por lo menos tácito, entre Maura, Lerroux y Melquíades Álvarez. Maura es muy intrigante, y no deja la ida por la venida, Lerroux merodea en torno del poder, y les anuncia a sus parciales que pronto tendrán la presa. Que Maura esté reconciliado con Lerroux es para asombrarse. Maura tiene de Lerroux una opinión muy negra. Lo consideraba como un estorbo en la República, y de su moralidad dice pestes. Maura fue quien excluyó a Lerroux del Comité revolucionario, porque no se fiaba de su fidelidad, y quien se empeñó en recluirlo en el ministerio de Estado cuando se formó el Gobierno provisional con tanta anticipación, porque no se fiaba de la honorabilidad de Lerroux. Ortega piensa de Lerroux peor aún que Maura, si es posible. Sin embargo, ahora no se repelen. Por su parte, don Melquíades ha dicho en el colegio de abogados que este es «el momento militar». Estas gentes, con las predicaciones de su despecho o de su odio (sobre todo Lerroux y Melquíades), acabarán por calentar los cascos de algún militar glorioso o ambicioso que crea contar con la opinión. (Maura es más prudente y no hace, en ese particular, los disparates que sabemos de don Alejandro y don Melquíades). No sé yo lo que puede ocurrir aquí si estos santones continúan haciendo semejante propaganda. Aunque no haya, que pudiera haberlas, convivencias más secretas. En todo ello hay un espíritu de «vieja política» que apesta. No podremos entendernos. Es un escándalo que hombres con la representación de Lerroux y de Melquíades salgan ahora halagando a los militares.

En esta coalición de resentimientos, no está claro el papel de Sánchez Román. Me dicen que está quejoso personalmente de mí, porque no le hago bastante caso. ¿Qué pretenderán? Sánchez Román ha rehusado teminantemente todos los puestos que se le han ofrecido, no quiere responsabilidades de mando, ¿y hemos de ir a consultarle nuestras decisiones? ¿Reservarle el papel de protutor secreto? Dice don Niceto que el papel que se reserva Sánchez Román es muy cómodo: no afrontar ninguna responsabilidad, ser importante y engordar el bufete.

Los radicales están furiosos por mi último discurso. Nunca entenderán por qué me niego a convertir la política en un juego de compadres o de camaradas. Se desquitan de su furor poniendo en circulación noticias estúpidas, formando cábalas sobre el nuevo Gobierno y haciendo listas de nombres y de carteras.

He pasado la tarde de hoy en el Congreso, pero no he entrado en el salón de sesiones.

Muchas indicaciones alarmantes. Un magistrado, amigo de Casares, ha ido a decirle, muy en secreto, lo que ha oído en una casa monárquica sobre los planes de un alzamiento militar. Se trata de un asalto al Congreso, y a dos o tres ministerios.

Otras confidencias parecidas ha traído Cacho, redactor de *El Sol*.

Y esta noche, a las once, se ha presentado en el ministerio de la Guerra un desconocido con la pretensión de hablarme urgentemente para un asunto grave. La guardia no le dejaba pasar. Enviaron recado a los agentes que están en la planta baja. Le subieron al despacho del jefe de servicio. Para verme, le dijeron que habría de dejarse cachear. Consintió de buena gana, y me lo trajeron al despacho. Me dijo (su aspecto era como de un empleado de poca categoría) que acababa de sorprender dos conversaciones: una de tres sargentos en la esquina del Banco de España, citándose para el golpe a las dos de la madrugada, y otra en un tranvía, entre personas que parecían militares, y que hablaban del mismo asunto. El desconocido, cuyo nombre se me ha olvidado, dice que por deber republicano se creía en el caso de venir a informarme.

Por otra parte, el capitán de Artillería Azcárraga, del regimiento a caballo, ha traído la noticia de que un sargento de su batería, hombre de confianza, le ha denunciado que se le han hecho proposiciones para tomar parte en un movimiento sedicioso, y que él ha fingido aceptarlas. Le han citado para esta noche. Nos hemos puesto a la busca del sargento, pero no ha aparecido.

Con todos estos indicios, y los que tiene la Dirección de Seguridad, ha habido muchas idas y venidas, y se han tomado precauciones. He velado hasta las tres de la mañana, esperando el golpe; pero no lo han descargado. Otra vez será.

8 de junio

Largo despacho con Ruiz Fornells. Recibo muchas visitas y comisiones, que solo me traen cansancio. Leo y anoto *rapports* atrasados sobre los diversos asuntos.

Con el general Goded trato de las cuestiones orgánicas de Aviación, siempre enredadas y fastidiosas. Me inclino cada vez más a una solución a fondo, que acabe con la ficción actual.

También ha venido a verme el general Villegas, de quien se murmura bastante en relación con su lealtad. Se le achaca que es muy riguroso para sembrar el descontento entre los militares.

Recibo a mi antiguo amigo Creagh, que de señorito ocioso ha pasado a representante de la casa Renault. Me habla de los carros de asalto. Renault quiere que se le encarguen. En torno de esto ya han comenzado a urdirse intrigas, y estoy prevenido porque me aseguran que en el ministerio puede haber alguien que tenga demasiado interés por Renault. A Creagh le desengaño diciéndole que se hará concurso y se adjudicará al mejor.

Don Pedro Vicente Gómez, diputado de Acción Republicana, me trae los documentos relativos al concurso de radiodifusión. De ellos resulta que un hijo del director general, Barroso, amigo mío, es consejero de la sociedad que aspira a ser adjudicatario del concurso; leídos los papeles, llamo por teléfono a Casares y le digo que suspenda y anule la convocatoria del concurso y la apertura de pliegos que debía hacerse dentro de un par de días. Casares, ya enterado, me dice que hoy mismo firmará la orden.

De las alarmas de ayer, no ha resultado nada. A primera hora de la tarde viene Cipriano con H. Baüer, periodista francés, creo que de *Le Echo* de París y que, por raro caso, no es enemigo de la República.

Cuando voy a las Cortes, me tropiezo en los pasillos con Moya, Lezama y un tal Hermosilla, que eran los interesados en lo del concurso de la radiodifusión. Tienen caras muy largas. Comprendo que ya se han enterado de lo que pasa.

Hoy ha sido la sesión para el asunto March. Gran concurrencia. Los radicales defienden a March. Ignoro los motivos y, de cuanto se murmura respecto de ellos, no me consta nada a ciencia cierta. Pero el influjo del *marchismo* en la política es patente. Cada vez que se aproxima, para aplazarse luego, una decisión en este asunto, los radicales se ponen furiosos. Los más de ellos no sabrán siquiera por qué. Para hoy se anunciaban fieros y reniegos, y determinaciones violentísimas del grupo radical. Cuando entró March en el salón de sesiones, para defenderse, me entregaban en el banco azul la denuncia de la compañía canadiense sobre el contrabando de tabaco, por cuenta de March, en Ceuta y Melilla.

Discursos de dos diputados radicales. Se cruzan palabras gruesas; pero el asunto está virtualmente resuelto, y los propios radicales no podrán hacer sobre ello una oposición resuelta. Salgo del salón de sesiones y me voy a merendar. En el despacho de ministros, Prieto me habla muy fino; cuenta los abusos que se cometían con los pases de ferrocarril. Era costumbre que la Dirección General de Seguridad dispusiese de pases gratuitos, y se ha dado el caso de que algún funcionario vendiese cinco mil pases a dos duros. Prieto quiere acabar con todo esto. Luego llegan Carner, Zulueta, Giral y Largo.

Comentamos lo que sucede y lo que no sucede. En la catástrofe política que se espera, me adjudican la cartera de Guerra para el nuevo Gobierno. Son muy amables.

Al salir a los pasillos hablo con periodistas y diputados en tono de broma sobre los noticiones que corren. Me refugio en las bromas, por no decirles las ásperas y crueles verdades que serían del caso. Me entero de que se ha levantado la sesión hasta las diez de la noche.

9 de junio

Anoche, con motivo de la sesión nocturna, me acosté muy tarde. Hoy he asistido, invitado por la Asociación de Veterinarios, que patrocina Gordón Ordás, a un banquete en el Ritz. Me han hecho hablar y he pronunciado un discurso que ha tenido buena acogida.

Por la tarde, en las Cortes, ha intervenido en la discusión Santiago Alba, para decir, como siempre, cosas molestas, mal intencionadas y despechadas. Estaba yo de mal humor, porque había dormido poco, y le contesté con desgarro.

Maura y don José Ortega, que siempre están deseando rasgarse las vestiduras, braceaban mucho, escandalizados. Yo también braceé, y aún más que ellos.

Se ha inaugurado la casa de Sorolla, que es un museo de cuadros de este pintor, instalado en la casa que se construyó en el paseo que no sé ahora cómo se llama. Bastante gente, mucha de ella del otro bando. Yo presidí la ceremonia. El perdurable don Amalio Gimeno leyó un discurso pesado. Otros señores leyeron otros discursos también pesados. Y el increíble García Sanchiz, alias «Borreguero» (que así le llamaban cuando vino de Valencia con el pelo de la dehesa a hacer fortuna), recitó una de esas tiradas de prosa en delirio que él llama *charlas*. Creo que gustan mucho y que gana gran dinero. Yo no le había oído nunca. Estoy maravillado.

Ha dicho, entre otras cosas, que «la Guardia Civil es la columna vertebral de la patria», En el *ABC* se derriten por Sanchiz. Le conocí en el Ateneo hace treinta años. Entonces era muy amigo de Juan Pujol: los llamaban Rinconete y Cortadillo.

10 de junio

Se ha votado el artículo primero. Fanjul, el heroico general, *contuso de bala* en Kudia Tahar (por lo que le ascendieron), ha hablado conmigo sobre su situación militar. Y me ha visitado también, en el Congreso, Lerroux. Venía, aparentemente, a «prestar un servicio al Gobierno», en interés de la República. Cree saber, y supone que el Gobierno estará al tanto, que algunos generales conspiran. No sabe quiénes son. Ni viene a denunciarlos; sino a ofrecerse, con su partido, para defender la República. He tenido que darle las gracias, por su innecesario y estéril aviso. Si le hubiese preguntado cuáles son sus fuentes de información, no habría podido contestarme. En realidad, Lerroux no venía a nada de eso, sino a «entablar conversación» y a sondear mi ánimo.

Poco después me ha visitado Amadeo Hurtado, hombre tortuoso, afable y *gaffeur*. Me cuenta que ha hablado de política con Lerroux y que se han ocupado de mí. «Azaña —le ha dicho Lerroux— es más culto que yo, pero tiene menos sentido político». Hurtado le ha hecho muchas reflexiones sobre la inconveniencia de mantener la enmienda presentada por Salazar Alonso, en nombre de los radicales, al dictamen de la Comisión del Estatuto, y que por efecto de sus reflexiones, la retirarán. Añade que sería muy conveniente que Lerroux y yo hablásemos, para llegar a un acuerdo. «No tengo ningún inconveniente —le digo a Hurtado—, y estoy dispuesto, si llegamos a un acuerdo, a que sea Lerroux o su partido quien proponga la transacción en el tema candente (enseñanza, universidad, etcétera) y dejarles la gloria y la satisfacción y el provecho político de resolverlo».

Como Hurtado me dice que al hablar conmigo no ha pedido autorización a Lerroux para contarme estas cosas ni para tomar su nombre, le contesto que le pida permiso para ello y que prepare la entrevista.

11 de junio

Guerra del Río me telefonea que ha hablado con Lerroux y que está conforme con la propuesta de vernos a solas. Guerra dice que le parece «muy interesante». Esta intromisión de Guerra, y lo que me parece descubrir a través de «su interés», me inducen a sospechar que Hurtado no ha sido muy puntual en los términos de su embajada.

Después, despacho con Goded. Me habla de un suelto de *El Heraldo*, que recoge *rumores* sobre la fidelidad de algunos generales. El suelto, sobre ser inconsistente, es de una imprudencia tonta, e impolítico y alarmista sin

provecho alguno. Manía de sensacionalismo. Goded se queja de que con tales cosas «el prestigio de los generales padece».

Con motivo del suelto de *El Heraldo* tuve ayer en el Congreso un diálogo bastante vivo con su autor, Luis de Armiñán. Es hijo del Armiñán que fue ministro, paniaguado de Palacio. Escribe en *El Heraldo* cosas inspiradas por el mal humor y por su lerrouxismo infeccioso. A los pocos días de proclamarse la República vino a mi despacho, enviado por Eduardo Ortega, a ver si yo podía darle alguna comisión retribuida para Marruecos. Un hermano suyo era empleado temporero en la Dirección de Marruecos y Colonias, y se le despidió, no recuerdo por qué. Con estas cosas, Armiñán no nos quiere mucho. En mi conversación con él, presenciada por muchos diputados y periodistas, le recriminé por su extraviado celo, que le llevaba a escribir cosas imprudentes y dañosas. Lo tomó a mal, es claro. Le di algunos consejos sobre la manera de tocar los asuntos militares. En agradecimiento, ha publicado en *El Heraldo* un entrefilete, que yo solo puedo entender, en que me llama mandarín, y me reprocha que voy en el coche fumando puros. ¡Qué cosas!

El resto de mi conversación con Goded ha versado sobre las maniobras que van a hacerse este otoño. Como ello se sale de la rutina y de la inacción habituales, el propósito es combatido sordamente por muchos y atraviesa múltiples inconvenientes. También hemos hablado de la inspección vacante, por el cese de Gil Yuste. Goded cree que los más aptos serían Villegas o Virgilio Cabanellas. Estas indicaciones me dan qué pensar. Ninguno de los dos me gusta.

He ido a comer al Casino con el comité local de Acción Republicana. Están quejosos porque no les hacemos bastante caso. Estos señores creen que yo tengo tiempo y atención sobrantes para hablar con los comités. Al caer la tarde he salido de paseo con Lola. Cuando regresé, un periodista amigo estaba al acecho en el zaguán del ministerio, esperando sorprender alguna visita «sensacional». Le hice subir y le expliqué cómo hay que tratar las cosas militares, sobre todo en momentos delicados como estos.

Hemos ido a comer en la legación de Checoslovaquia; el señor Kybal es uno de los hombres más pesados que conozco. Desde la legación, al teatro Lírico: llegamos a la mitad de *El barbero de Sevilla*. Y cuando regresábamos a casa, tuve que detenerme en El Español, donde la compañía, acabada la función, daba una fiesta de despedida. Se empeñaron en que asistiese yo un momento, como «autor de la casa».

13 de junio

A primera hora me visita Carabias, para darme disculpas por haberse dejado incluir en el consejo de administración de la sociedad que pretendía el servicio de radiodifusión. No estaba enterado de nada, ni ha intervenido. Me ofrece dimitir el puesto de gobernador del Banco. No es para tanto, en lo que a él se refiere.

Después llegó Barroso. Me trae documentos para probar que él se apartó de la sociedad, incluso de la relación indirecta que podía tener mediante su hijo. Le quiero explicar que, aun así, su situación es muy delicada, no porque haya realizado personalmente nada feo, sino por las apariencias, que darían cebo a la murmuración, y hay que ser muy riguroso en el fondo y en las formas. Daré cuenta al Consejo, y resolverá. Barroso estaba muy compungido. Siento lo que le ocurre.

Despachadas estas visitas, me fui al Consejo de ministros en Palacio.

El Presidente regresó ayer por la mañana, muy alborozado, muy chillón. El sábado me telefoneó desde Priego, rogándome muy encarecidamente no tomásemos ninguna resolución respecto del Consejo de Estado antes de que se celebrase el Consejo de ministros convocado para hoy, y que deseaba hablar conmigo a solas, en Palacio. «Muy bien, señor Presidente —contesté —, pero no tengo idea de que haya pendiente ninguna resolución de ese género».

—¿Qué será? —decía yo, extrañado de la urgencia del recado.

Llego hoy a Palacio, y mientras se reunían los ministros, pasé al despacho de don Niceto. Lo que quería decirme era esto: «Que no se nombre consejero de Estado a don Gabriel Bonilla, porque sería para el Presidente el mayor trágala».

—En efecto: hay una vacante, pero no hemos pensado aún en proveerla, no hemos hecho conversación de ello, ni me ha propuesto nadie ningún candidato —le respondo.

Así es la verdad, y es una suerte. Porque si fuese de otro modo y estuviese convenido nombrar a Bonilla, conflicto seguro: ¿íbamos a consentir que el Presidente pusiera vetos a las personas por rencillas particulares? El Presidente aborrece a Bonilla, creo que de resultas de cuestiones electorales en Jaén, el año 31.

También me ha dicho el Presidente que Carner, Casares, Giral y Fernando le tienen mala voluntad. No hay modo de sacarle eso de la cabeza. El Consejo no ha tenido interés.

14 de junio

Consejo de ministros. Les doy cuenta de lo que ha ocurrido en el concurso preparado para adjudicar los servicios de radiodifusión. Se acuerda anularlo todo. Barroso tiene que dimitir. Le llamo por teléfono a la presidencia, y tengo que decirle sin rodeos que no puede continuar en el cargo. Se disgusta mucho, es natural; pero en el mismo Consejo se extendió el decreto admitiéndole la dimisión.

Hemos aprobado un decreto reformando el de Alquileres. Trabajo me ha costado vencer la resistencia pasiva de Albornoz. Su conducta en este asunto es abominable, por lo tortuosa, cobarde y falaz. Seguramente quería servir a sus jabalíes, y después de reconocer en Consejo la necesidad de la reforma del decreto, ha estado haciéndose el remolón, alegando excusas tontas, ahuecando la voz para hablar de «su significación», etcétera. Hasta que le he dicho que si él no llevaba el decreto al Consejo, daría yo otro desde la presidencia.

Hemos hablado del debate que se anuncia para esta tarde. Se trata de la escandalosa interpelación de Gil Robles, que ha recogido todas las maldades circulantes acerca de la honradez de dos ministros: Prieto y Carner. Para esto se celebró una sesión secreta, y Maura, con su desequilibrio habitual, hizo muchos aspavientos y profirió palabras excesivas, totalmente inadecuadas al caso. A Prieto le preocupaba hoy este debate, porque «esas cosas», decía, «siempre dañan».

El caso es que obligan a las Cortes a ocuparse de las calumnias.

Por la tarde, en las Cortes, se ha terminado la interpelación de Gil Robles. Dos breves discursos míos[48], algunas intemperancias de Maura, y una proposición de confianza. Ortega se ha negado a firmarla; Sánchez Román, como es amigo de Prieto, sí la ha firmado; ha defendido además a los ministros. Ortega se ha enojado mucho, según me cuentan, y Maura está muy despechado. Estas son las *mejores cabezas* de la República.

En la Dirección General de Marruecos hemos encontrado un legajo de papeles relativos a los asuntos del tabaco en que intervino March. Los he inventariado para entregárselos a la Comisión de Responsabilidades. Para eso he hablado con su presidente, Cordero, que se promete una gran actividad de la Comisión y prontos resultados. Ignoro lo que hacen estos señores y en qué gastan el tiempo.

Esplá me manda los documentos del exbarón de Mora. Hay cartas del general Orgaz que, aún escritas con precaución y omitiendo los nombres propios, son clarísimas para quien conoce a las personas. Al general Barrera

se le designa con el mote de «el abuelo». También se habla del grupo Tarduchy, que son los de *La Correspondencia Militar*. Se va a dar orden de detención contra Barrera.

17 de junio

El redactor de *El Sol*, Cacho, que se mete en todas partes, me dijo que el enojo de Ortega se descubriría en un artículo que iba a publicar en *Luz*. Ya lo ha publicado. Chorrea mala voluntad contra todos nosotros, y singularmente contra mí. En el Consejo de hoy, Fernando se dolía de la injusticia de Ortega.

Hoy me he visto con Lerroux en casa de mi suegro. Le he hablado largo y tendido del problema del Estatuto, de la cuestión de la universidad, etcétera; le he sugerido varias soluciones y le he instado a que adoptemos una los republicanos para votarla y que tenga autoridad. Las pocas veces que he hablado con Lerroux mano a mano y de asuntos importantes, ha hecho como hoy: ver, oír y casi callar. Siempre sospecho que no le interesan las cuestiones, sino por la utilidad que puedan reportarle para conquistar el poder. Me ha escuchado con curiosidad, y a veces he llegado a pensar si sospecharía que yo iba a tomarle el pelo y a engañarlo. Así es este hombre. No ha ofrecido nada ni ha apuntado siquiera algo de lo que piensa (¿piensa algo?). Para él, como para otros, el Estatuto es una ocasión para derribar al Gobierno.

18 de junio

En la Comisión del Estatuto reina un barullo indescriptible. El Presidente, Bello, tiene la mejor voluntad, pero no sirve para cargo de tal monta. Ahora andan a vueltas con una enmienda de Rey Mora, radical, que se mueve influido por Sánchez Román. Y hay otra enmienda de Peñalba, de Acción Republicana, que quisiera yo sacar como texto definitivo. En la Comisión chocan, naturalmente, y entre pocos, las furibundas pasiones y las intrigas desencadenadas por este gran asunto. Para gobernar esta Comisión harían falta una autoridad, una preparación y una destreza excepcionales. De modo que a las demás fuerzas que he de domar y encauzar, se suma la Comisión como otra pieza loca, que en vez de ayudarme, aumenta las dificultades.

Prosiguiendo mis trabajos, he hablado hoy con Nicolau y Lluhí.

Comida en la embajada de Cuba. La semana, en punto a banquetes, ha sido terrible. Hemos asistido a las embajadas de Alemania, Francia, Italia e

Inglaterra. La Bibesco ha puesto un telegrama, a propósito del cual, Graham dice algunas cosas divertidas. Además, comida de la Sociedad Hípica en el Ritz, con motivo del concurso internacional. El general Kirkpatrick (el conde de Altamira) la preside. Es, naturalmente, desafecto; está retirado, pero aún tiene dos hijos en el servicio, oficiales de Caballería, a quienes he corregido por excesos de palabra. El general presidente, al final de la comida, echó un discurso, y se le *olvidó* recordar que estaba allí el ministro de la Guerra y Presidente del Consejo. En vista de eso, y por no dar un espectáculo (estaban algunos embajadores y muchos militares extranjeros), me limité a omitir mi brindis protocolario y, sin decir nada, me levanté de la mesa. Al poco rato, me fui. Y me he negado a ir a la carrera en que se jugaba la copa donada por el ministerio de la Guerra. Sobre Kirkpatrick no tengo otra acción que esa.

Hoy he tenido en el ministerio a Vergara, Franco y Rodríguez Mata más de una hora. Estudiamos la parte de Hacienda del Estatuto y les digo lo que quiero hacer, para que ellos me redacten una propuesta y confeccionar unos artículos que puedan sustituir a los del dictamen.

Los artículos de Ortega son ya dos. Los reaccionarios hacen coro. A quien más gustan es a los monárquicos.

19 de junio

Hoy, domingo, solo he salido para ir al té de la embajada de Portugal. Ha comido con nosotros Antonio Cruz, que me cuenta cosas de nuestra embajada en París. De noche, han venido Guzmán y Cipriano. Día de asueto, que me está haciendo mucha falta.

20 de junio

Casi todo el día encerrado en el ministerio, estudiando asuntos. Hoy se ha clausurado el Congreso de las sociedades económicas de amigos del país (que no son nada ni sirven para nada) y me han hecho ir y hablar. El local, en la plaza de la Villa, es una especie de camaranchón, sucio y pobre. Los «amigos del país» son unos señores raros, que se divierten con eso y sacian de cualquier modo su fracasado afán de figurar. En fin: ¡absurdo!

Los periódicos hablan de crisis. Pura fantasía. Cunde el infundio de que yo escribo artículos políticos en *El Sol*. No he puesto en él la pluma jamás. José Bergamín ha enviado a *El Sol* un artículo titulado: «Azaña no es la

República». Para una perogrullada tan grande (¡ojalá lo sea siempre!), se ha quemado las cejas. No se lo han publicado. La redacción de *Luz* está muy enojada por los artículos de Ortega. Bello y Azorín, principales colaboradores del periódico, también están disconformes con la ruta que sigue. Y me dicen que un señor Miquel, copropietario de *Ahora*, quiere interesarse en la empresa de *El Sol* y de *Luz*, para hacerlos más seguros en su política. ¿Y quién es Miquel?

Esta noche, comida en la presidencia del Consejo, para los diplomáticos.

21 de junio

El día se ha inaugurado con disgustos. A las once salí al despacho para disponerme a ir al Consejo de ministros. Me anunciaron que el general Goded estaba esperándome. Entró, un poco fruncido, con un número del *ABC* en la mano. Me dijo que el ministro de Justicia ha pronunciado un discurso en Ávila, profiriendo palabras molestas y despectivas para los generales del ejército, y en particular contra Barrera (Barrera está preso desde hace días, por lo que resulta de las cartas de Orgaz). Goded venía a quejarse «por iniciativa exclusivamente personal», y sin traer representación de nadie. Yo soy su jefe, y pide amparo para sus compañeros. «Siquiera —dice— que no nos vilipendien».

Yo no había leído el *ABC*, que extracta el discurso, y al leerlo me disgusté profundamente y me enojé contra Albornoz aunque no lo di a conocer delante del general. Respondí como era debido, manteniendo mi autoridad de ministro; le dije que lo de «siquiera» estaba de más; que los militares, cuando se sientan agraviados, no tienen nada que hacer por sí mismos; que seguramente el periódico torcía, por política, las palabras del ministro; que yo pondría en claro lo sucedido y diría o haría lo que fuese justo.

Como estos señores andan algo amoscados por los sueltos de *El Heraldo* y por la prisión de Barrera, las palabras de Albornoz, que siempre serían impertinentes y necias en boca de un ministro, lo son ahora mucho más, y pueden engendrar un asunto muy desagradable y delicado. Me fui al Consejo de malísimo humor, indignado contra Álvaro. Además de su inutilidad personal, que no acierta a desempeñar un ministerio, nos regala con actos que estropean la obra de los otros y la mía. En quince minutos puede destruir lo que yo he logrado en un año. Lo que hace ahora Albornoz es una cobardía y una fanfarronada. Cantarles un trágala a los militares que él no había sabido

sujetar, ¡qué oportuno! ¿Qué habría sido de nosotros si Albornoz hubiera ocupado mi puesto?

En el Consejo le pregunto a Albornoz lo que ha dicho en Ávila y le muestro el telegrama del *ABC*. Albornoz, con su heroísmo y franqueza habituales, niega que haya dicho nada de los generales ni que mentase a Barrera (sospecho que miente). «Pues entonces —le digo—, habrá que aclarar lo ocurrido y rectificar al *ABC*; ¿no es eso?». «Claro». «Pues yo me encargo», repuse. Por lo pronto, no hemos hablado más del asunto.

Tratamos de la cuestión del precio de los periódicos. Algunas empresas desean que se haga obligatoria la elevación a quince céntimos. Otras se oponen. Empujan mucho las empresas movidas por la Papelera, y coinciden en oponerse, hasta ahora, *El Socialista, ABC* y *El Liberal*. He prevenido a Domingo, a quien corresponde este asunto, para que no vaya de ligero y no contraiga compromisos. Mi opinión es que esta cuestión debería atacarse a fondo. En tiempos de Dato se agitó mucho este problema. Hicieron a gusto de las empresas el anticipo reintegrable, sin garantía ninguna para el Tesoro; rebajaron después la tasa para la devolución, y hoy resulta que los periódicos deben al Tesoro unos ochenta millones de pesetas, y con lo que pagan, no cubren siquiera el interés. La empresa de *ABC* debe unos doce millones. Si quieren un arreglo y un régimen de especial protección, la base debería ser la liquidación de ese débito y el establecimiento de un sistema de pagos suficientes. Pero ya veo a Domingo dando palmaditas en la espalda a todos sus visitantes, ofreciéndolo todo, reuniendo asambleas y no resolviendo nada.

Valle-Inclán ha dimitido el cargo que le dimos el año pasado. Estaba sin un céntimo y no tenía ni para comer. Inventé para él una función: la de conservador del Patrimonio Artístico, con 24 000 pesetas. El Gobierno lo aceptó y fue nombrado. Ni siquiera me dio las gracias. No tenía nada que hacer, y pasados unos meses hubo que asignarle alguna ocupación. Se le dijo que atendiera al palacio de Aranjuez. Al punto riñó con la Junta de patronato de lo que fue patrimonio de la Corona, y con sus pretensiones de autócrata, comenzó a dar órdenes arbitrarias y disparatadas que nadie tenía obligación de obedecer. Han ocurrido, con este motivo, cosas muy pintorescas, como en todo lo que aparece Valle-Inclán. Al mismo tiempo su mujer le ha planteado el divorcio, y el juez ha ordenado que se le retenga a Valle la mitad del sueldo de su cargo. Furioso Valle ha dimitido, alegando que no se lo deja funcionar a su gusto; pero en realidad para que su mujer no cobre nada de su sueldo. Valle es así, y como le gusta hacerse la víctima, el mismo día que puso la dimisión, delante de unos amigos envió el reloj a empeñar.

Ahora anda por los cafés vociferando contra el Gobierno. Creo que todavía no me maltrata personalmente, pero ya lo hará. Dice que mis colaboradores me preparan la suerte de Prim, y que Casares y Menéndez me asesinarán.

Después del Consejo he ido a comer en Alcalá, con unos extranjeros, invitados por Fernando. Al regreso me he encontrado en la carretera con los Herbette. He llegado a las Cortes a las cinco. Discutían «las responsabilidades». Fanjul atacaba a Cordero. En todas partes, la espuma de la tontería cunde, cunde, y casi me ahoga. ¡Para qué voy a analizar! He hablado con Maura. Me dice, con una convicción anhelante y arrebatada, que el Gobierno será derrotado en la próxima votación sobre el Estatuto, que hay más de 250 diputados resueltos a votar en contra, y que incluso en nuestro partido la mitad de los diputados lo hará así. No quiere citarme nombres. Añade: «Pero, usted lo verá». Yo no le contradigo y me río. De pronto se arranca diciéndome: «¿Sabe usted lo que yo haría en su caso? Pues cerrar las Cortes por decreto, hasta octubre».

—Eso lo haría —respondo—, si yo no quisiera aprobar el Estatuto; pero como sí quiero… ¿Y no dice usted que me van a derrotar? ¡Pues qué más pueden ustedes pedir!

Me han mareado y disgustado como nunca. Llego al ministerio harto, aburrido de todo. Están locos. No entienden nada. Y tengo, de propina, una neuralgia terrible.

Apenas ceno, y llega Ramos. Me recuerda que esta noche se inaugura el nuevo Círculo de Acción Republicana y que me esperan. Voy de malísima gana. Mucha gente, griterío, ovaciones… La cabeza se me parte. Hago un discurso[49], recogiendo algunas de las cosas que ha dicho Ortega. Regreso muy tarde.

22 de junio

He dormido mucho y me levanto repuesto de quebranto de ayer. Menos mal. He despachado todos los asuntos del ministerio y luego recibo a Hurtado, que me habla del asunto del papel y de los periódicos. Opina Hurtado que se trata de una maniobra de la Papelera y que, si prosperase, incluso la prensa republicana se pondría contra el Gobierno. El general Barrera me escribe desde prisiones, protestando contra las palabras de Albornoz.

Por la tarde, salgo de paseo y llego a las Cortes a las seis. Empleo el tiempo en hablar con Lluhí y Martín Esteve sobre el Estatuto, y con el presidente de la Comisión. También me visita Gaziel.

Maura me envía un recado diciéndome que hable con Martínez Barrio. Le llamo. ¿Qué hay? Martínez Barrio me trae informaciones sobre el asunto de Barrera, que produce alarma. Lo que pasa es esto: el juez no encuentra indicios de culpabilidad contra Barrera en los papeles de Mora-Orgaz. En efecto: no lo nombran. Sin embargo: es clarísimo que Barrera dirige una conspiración, y para los que estamos al tanto no ofrece duda, pero en las diligencias judiciales no aparece nada. Por tanto, la prisión de Barrera es arbitraria, caprichosa, ilegal, etcétera, etcétera. Y hay gente, incluso republicanos, que la censuran y pretenden atacar sobre ello al Gobierno. Lo que Martínez Barrio me cuenta no hace sino confirmar todo eso. Añade que se habla de reuniones de militares en Madrid. «No lo creo —le digo—, es inverosímil; Barrera no tiene simpatías en el ejército: al contrario. Los que hablarán más de la cuenta serán algunos generales amigos suyos; pero de ahí no saldrán. Barrera, por sí solo, no es una *bandera*». Por otra parte, yo no voy a incurrir en la candidez de proclamar públicamente que estoy enterado de las intrigas de Barrera y convencido de su culpabilidad. Eso no me serviría de nada y los pondría sobre aviso. Lo mejor es hacerse el muerto, a ver si podemos cogerlos con las manos en la masa.

He convenido con Besteiro que las Cortes celebren sesiones dobles y que el artículo segundo del Estatuto se vote por párrafos, para facilitarlo.

Desde el Congreso me voy a ver a Casares, que está enfermo en su casa. Acordamos que Barrera pase a su domicilio particular, arrestado. Y vuelvo al ministerio, al que acude el general Villegas, que manda la división, llamado por mí, y le pongo las cartas boca arriba. Villegas hace muchas protestas de lealtad; en la guarnición no ocurre nada, aunque es cierto que hay malestar en algunos generales por los artículos de *El Heraldo*, que ponen en entredicho su fidelidad. También he hecho venir al director general de Seguridad, y acordamos las medidas necesarias. La vigilancia se estrecha. No hay reuniones de militares, ni asomos de ello.

23 de junio

Consejo en Palacio. Le explico al Presidente las enmiendas presentadas al artículo segundo del Estatuto y la posición del Gobierno. Y hemos hablado del indulto de unos legionarios alemanes, condenados a penas graves en

África, a los pocos días de proclamarse la República. La embajada pide que se les indulte; pero no se puede. El Consejo no ha tenido importancia.

En las Cortes, a primera hora, el diputado federal Valle, de acuerdo conmigo, me ha hecho una pregunta sobre la actitud de algunos militares, etcétera. He dicho unas breves palabras, para devolver la tranquilidad y que se acaben los «rumores», y las indiscreciones, siquiera por algunos días. Después, hemos entrado en el gran asunto. El salón estaba repleto, como en los grandes días. Se ha votado la enmienda de Rey Mora. Y hemos ganado por 210 votos contra 128. La sorpresa de Maura no puede ponderarse; por lo visto, creía seriamente que nos derrotaban. La agitación en la Cámara es extraordinaria. Después se han hecho otras votaciones, también favorables. Los catalanes, que se resistían a aceptar el artículo, tal como ha quedado, lo votan.

Unamuno ha hecho un discurso tonto. Maura se ha superado en majeza e insensatez. Ha hablado en contra Rodríguez Pérez, edecán de Sánchez Román; el pollo Valdecasas, uno de los regalos que le debemos a Fernando de los Ríos, ha pretendido, así, de pasada, refutar mi discurso de mayo. Pedanterías mal hilvanadas, que llevaba en el estómago desde hace tiempo, esperando soltarlas. Nadie le ha hecho caso. Ha habido un choque entre Alba y Besteiro, que se aborrecen. El resultado final, quedando nosotros victoriosos, ha desatado el furor de Maura y de los radicales. Todavía, mientras se estaba votando, contaban con ganar. Al proclamarse el resultado, su decepción ha sido terrible. ¿Cómo pueden engañarse tanto? Los ánimos estaban muy caldeados. He tenido que sujetar a Vergara, que desde su banco insultaba a los radicales, respondiendo a sus palabras, y quería lanzarse sobre ellos. Y del otro lado, ocurría lo mismo. De mi partido han votado todos los presentes, menos uno, Alberca, que está medio loco. Ya hace días que no se sienta en nuestros bancos, y sí entre los amigos de Sánchez Román.

Hoy se ha puesto una vez más de manifiesto la insuficiencia de la Comisión. Es una desgracia. Me he disgustado mucho, y, harto, he vuelto al ministerio.

De noche, para distraerme, he ido otra vez a *El barbero de Sevilla*. Lo hacen medianamente.

24 de junio

Salgo del ministerio a las diez y media para la presidencia, a celebrar Consejo. Uno de mis ayudantes me da el *ABC*, que trae una carta del general

Cavalcanti. Dice que «tose alto y recio» cuando hay que defender al ejército. Esto es lo que produce la estupidez de Albornoz.

—Bueno —le digo al ayudante—, al regreso me ocuparé de este general. Irá a un castillo, y en paz.

En el Consejo, que ha sido largo, no he hablado de este asunto. Lo resolveré yo solo. Es mejor. Muchos asuntos de Instrucción Pública, de justicia, de Gobernación. Cuando estábamos en Consejo, el Presidente me llama por teléfono: quiere hablar conmigo esta tarde.

Después de las cuatro he ido a casa del Presidente. He leído lo de Cavalcanti. «Es intolerable. ¿Qué va usted a hacer?». «Arrestarlo treinta días en un castillo». «Me parece bien». No hemos hablado de ninguna otra cosa.

En las Cortes, el borrachín de Pérez Madrigal ha querido lucirse, como su jefe Albornoz, haciendo de «tragasables». Fanjul, muy colérico, ha arremetido contra él. Ha habido un rifirrafe y se han dicho algunas desvergüenzas.

Nuevas votaciones sobre el Estatuto. No se adelanta. Muchos corrillos, cábalas, murmuraciones. Hurtado ha venido a decirme que mi gestión con Lerroux ha salido al revés. Lerroux y los radicales esperaban que yo les plantease una conversación de política general (en otros términos: que les dijese cuándo pienso dejarles el poder). Lerroux entiende las cosas de este modo: que le envié el recado invitándole a hablar conmigo cuando se acercaba la interpelación de Gil Robles, en la que Lerroux se portó muy bien. Como eso ya ha pasado, y no le necesito, ya no le hago caso. Se sienten menospreciados. No van contra el Estatuto, sino contra el Gobierno. Hurtado me dice que procura calmarlos.

Todo esto, ¿qué vale? ¿Es una intriga de Hurtado? ¿Qué le dijo él a Lerroux? ¿No se concertó la entrevista por iniciativa de Hurtado? Lerroux y sus radicales no comprenden, por lo visto, que se procede con ellos de buena fe.

En el despacho de ministros, Carner me dice:

—¡De qué mal humor está usted, Presidente!

—No es mal humor, es cansancio.

Carner se sonríe, afectuosamente.

Banquete en la embajada de Francia. Asiste el Presidente de la República, el Gobierno, Besteiro, etcétera. Después de la comida, un sexteto nos regala con música española. Mi mal humor persiste. El aburrimiento es general. Hablo con Domingo para hacerle saber que mañana voy a dar una nota rectificando la información del *ABC* sobre el discurso de Albornoz en Ávila, puesto que el mismo Albornoz ha dicho en Consejo que la referencia es

inexacta. «También él debería rectificarla por su cuenta», dice Domingo. «¡Claro!, yo lo voy a hacer en vista de que él no se adelanta».

Domingo llama a Albornoz. Le decimos lo que ha de declarar a los periodistas. Se lo repito. Se lo aprende de memoria.

En esta recepción de la embajada, después de la comida, llegó mucha gente, entre ella varios generales. El general Augustin saludó al general Queipo, que contestó: «Yo no saludo a quien firma esa sentencia». (Se refería a la que ha dictado el Consejo de Guerra, presidido por Augustin, contra unos sujetos, entre ellos, un Primo de Rivera, que agredieron a Queipo). Villegas, allí presente, tampoco se saluda con Queipo. ¡Así están los príncipes de la milicia!

25 de junio

Me he levantado tarde, porque trasnoché. El primero en entrar, el subsecretario. Me trae la nota de la asesoría sobre el caso Cavalcanti, que le pedí ayer; y firmo la orden de arresto, para que se cumpla desde hoy. Entre los asuntos del despacho hay un expediente declarando desierta la subasta de adquisición de equipos. El general me propone que se reforme el pliego de condiciones, que es tanto como capitular con Sagarra, el gran acaparador de estos negocios. Me niego. El general insiste, y suavemente me insinúa que la Junta de vestuario opina como él. Me niego. Dice que le han visitado dos diputados por Castellón, para aconsejarle que se reforme el pliego, a gusto de Sagarra. (Cabalmente, esos dos diputados me han dicho ayer lo contrario). Cuando terminamos la firma, volvió a sacar la conversación: «Pondremos —dijo—, oída la Junta…». «Bueno, ponga usted eso, pero que se haga como digo». Es la primera vez que me han puesto dificultades a cara descubierta.

Llega después una comisión de Zaragoza, a tratar de la permuta de los cuarteles. Y tras ellos, Companys y Ventosa, con asuntos de la exposición de Barcelona.

El comandante Vidal, delegado del ministerio en la Telefónica, y Rico, director general de la compañía, vienen a comunicarme una conversación que han sorprendido entre París y Madrid. Desde París hablaba un hombre autoritario, que increpaba al de aquí por haber retrasado el golpe. El de Madrid se disculpaba con que les han fallado tres jefes de grupo y la Aviación. Según mis comunicantes, del lenguaje sobreentendido que empleaban en la conversación se deduce que el plan era, o es, asaltar el

ministerio de la Guerra y matarme. El de París ha aludido varias veces a un individuo llamado «Pepe».

Despacho también con el general Goded. Me habla otra vez de las propuestas que le hacen para suspender las maniobras. No está conforme, ni yo tampoco. Le encargo que en el Estado Mayor Central, hagan un plan de urgencia para completar las dotaciones de material. Y que procedan al estudio de la reforma de la legislación sobre plazas fuertes y zonas polémicas. Concluido el despacho, Goded me dice que ha leído mi discurso en las Cortes (lo que contesté a Valle) y que le parece muy bien. Como ayer, en las Cortes, Pérez Madrigal dijo una tontería y «la Cámara no le reprobó», Goded está disgustado. Han ido a preguntarle por qué no pega a Madrigal. Yo me río. «Sería ridículo y, además, de malas consecuencias. ¿Por qué no le pegan los que han ido a preguntarle a usted eso?».

Goded insiste en que la situación de los generales «es angustiosa». Los oficiales los desprecian, porque se dejan poner en ridículo. Hay división entre los oficiales: en las prácticas de Carabanchel, algunos se negaron a comer juntos con los que pasan por comunistas. (Goded odia a los jefes y oficiales que alardean de republicanos y de haber contribuido al triunfo de la República). Es muy amigo de Barrera, con quien ha servido: «Si Barrera hubiera continuado preso, se me habría planteado la cuestión de ir o no a visitarlo. No habría podido dejar de hacerlo, sin quedar como un cochino».

—No habría habido ningún inconveniente —le digo—, cesando antes en el destino que tiene usted.

—Muchas veces he tenido intención de pedir el pase a la reserva.

—No es para tanto, usted puede ser útil. Por eso el Gobierno le ha dado un cargo tan importante.

—Mis hijos —añade— no serán militares.

Goded está muy rabioso. En cuanto han tenido un asomo de razón, un pretexto, estos señores hacen grandes aspavientos y respiran por la herida.

Le he hablado de la tontería que ha hecho Cavalcanti y del castigo que le he impuesto. Le aseguro que estoy convencido de la culpabilidad de Orgaz, que ha sido arrestado en Las Palmas. Barrera, como es más listo, no se dejará prender en tales redes.

Ido Goded, entró Echevarrieta. Ya está arreglado lo del suministro de armas a los portugueses. Ahora necesitan dinero. Si Echevarrieta consigue liquidar su participación en la fábrica de torpedos, podrá adelantárselo. Los portugueses tienen prisa.

A última hora, veo a los periodistas. Les doy la rectificación de la referencia publicada en *ABC*. La prensa de hoy publica la rectificación de Albornoz. El hombre se ha creído en el caso de añadir unas protestas de amor al ejército. ¡Ridiculeces!

Después de comer viene Guzmán. Me cuenta el estado de la intriga política. Ortega, Maura, Sánchez Román y Martínez Barrio se han reunido en la redacción de la *Revista de Occidente*. Quieren enviar un emisario a Montemayor, para comprometer en el plan a Lerroux.

Ortega ha dicho que soy muy orgulloso: En mi discurso de Acción Republicana, aunque se enderezaba a contestarle, no le nombré siquiera. Me cuenta Guzmán que Miquel quiere realizar con el Ayuntamiento una venta de solares para allegar fondos. Está «entusiasmado» con la idea de meterse en los periódicos. Le he dicho a Guzmán que Miquel se expone a hacer la cuenta de la lechera, porque vender terrenos al Estado o a una corporación pública no es cosa llana ni rápida; hace falta concurso, etcétera, etcétera.

He estado trabajando en mi despacho desde las cinco hasta las ocho. A esta hora ha venido Luis Bello. Ayer le encargué que hablase con Carner y con Funes, para arreglar el título segundo del dictamen del Estatuto, que es un ciempiés. Lo que Bello me trae no sirve. Bello no entiende de estas cosas y no me resuelve nada. Le planteo dificultades que no comprende siquiera. En cosas de derecho y de administración, Bello, como es natural, no sabe nada. Cuando le hicieron presidente de la Comisión me quedé admirado, y aunque él ha tenido el rasgo de ofrecer su dimisión, los señores de la Comisión no quieren sustituirlo.

Me dice Bello que el título segundo del dictamen, que ellos han hecho, es un buñuelo. Harto lo sé. ¿Ahora sale con eso? También tendré que hacerlo yo. Estos son mis colaboradores. No encuentro apenas con quién dialogar. Esta impresión, continuamente renovada, me deprime, y como hoy me encuentro débil físicamente, todo lo veo negro y perdido. Le digo a Bello que, ante las dificultades amontonadas, no veo salida. Se pone muy triste. Le encargo que vea a Asúa para la parte de legislación penal.

Después de marcharse Bello recibo al general Gómez Morato, que ha estado hablando, como suele, sin respirar, sin altibajos, farfullando, casi hora y media. Tratamos de las cosas de Marruecos.

Después de cenar, y estando yo en mi despacho, ha venido el redactor de *El Sol* Cacho Zabalza. Quería saber, y más aún contarme: el castigo de Cavalcanti ha sentado bien. Los reunidos en la *Revista de Occidente* han desistido de enviar a García Vela a Montemayor, para no lastimar a Martínez

Barrio, que estuvo en la primera junta. A la de hoy no ha querido asistir Sánchez Román, porque no se fía de los radicales. Todos se han llevado gran chasco con la votación del jueves, porque Maura les había hecho creer que el Gobierno perdería. Ortega le ha dicho a Cacho que no van contra mí, sino contra los socialistas, a quienes el país no quiere. Que cuentan conmigo para presidir otro Gobierno, en el que estarían Maura y Ortega. Dice Cacho que Ortega se ha creído durante una semana que iba a presidir el Gobierno. También le atribuye deseos de ser ministro de Estado.

Le pregunto por qué *Luz* traía anoche un artículo muy favorable al Gobierno, comentando la votación, y dice que Ortega está indeciso. No lo creo. Le supone arrepentido de haber dado la batalla en esas condiciones.

Cuando Cacho se marchó, me he quedado solo. Asomado al balcón, disfruto de una noche hermosa. Hay fuegos artificiales en el Prado. Detonaciones, luces de colores, ráfagas. El jardín, frondoso, fresco, en silencio. Unos oficiales se pasean y fuman.

27 de junio

Apenas salgo al despacho, Saravia me dice que siente comenzar el día dándome una mala noticia: en el campamento de Carabanchel, donde están reunidas las Academias militares, ha surgido una «bronca» (un «incidente desagradable») entre Goded y el teniente coronel Mangada. Mangada se ha insolentado con Goded, han intervenido los cadetes y los oficiales, y por poco no ha habido un estropicio. En el despacho de Saravia estaba el coronel del regimiento 1, al que pertenece Mangada, que venía a contarme el suceso. Entró el subsecretario, que acababa de hablar con el general Angosto, jefe de las Academias reunidas para las prácticas, y me hizo el mismo relato. Pasó el coronel del 1 y le pedí cuenta del caso (Leret se expresa torpemente, con vacilaciones).

Resulta que, sin saberlo yo, los tres regimientos de Infantería de la guarnición han ido esta mañana al campamento a «fraternizar» con las Academias. Hubo desfile y, a las nueve, los generales, jefes y oficiales de la Infantería se reunieron con los jefes de las Academias y los cadetes para desayunarse. Ya el viernes o el sábado estuvo allí la brigada de Artillería, pero no ocurrió nada. Cuenta Leret que la semana pasada, el fantasmón de Millán Astray fue en tranvía a Carabanchel, entró en la Escuela de Tiro, pidió un caballo, se constituyó en pequeño Estado Mayor con algunos jefes allí presentes y revistó a las Academias, que le rindieron honores.

En lo de hoy, ha habido tres discursos: el del general de la brigada de Infantería, Caballero; el del general de la división, Villegas, y, por último, el de Goded, que no tenía allí puesto oficial y asistía como invitado. Asegura Leret que los tres discursos han sido tendenciosos y antirrepublicanos. Caballero ha hablado del momento difícil que atraviesa el ejército, y le atribuyen alusiones al Estatuto y a la integridad de la patria. Villegas ratificó lo dicho por su subordinado, y añadió que los deseos de la guarnición habían encontrado en él cauce legal y, manifestándoselos al ministro, habrían obtenido la satisfacción que podían haber leído en los periódicos. Terminó vitoreando a España. Goded habló de la unión, del compañerismo, etcétera, y dijo, para concluir: «Un viva único: ¡Viva España!».

Goded, que estaba cerca de Mangada, le interpeló duramente porque no había contestado al viva. Mangada replicó con una desvergüenza. Se insultaron, surgió el escándalo, el coronel Leret intervino y consiguió restablecer el orden. Villegas ordenó la prisión de Mangada, que se enfureció aún más, y quitándose la guerrera, la arrojó al suelo y la pisoteó. El alboroto ha sido tremendo, con intervención de los cadetes.

(Mangada es uno de los jefes republicanos a quienes Goded aborrece. Ayer me habló de él muy mal, con rabia, como si hubiese entre ellos un rencor personal).

Al interrogar a Leret más a fondo, me dice:

—¿Puedo hablar?

—Puede usted y debe.

—Hay un gran descontento contra Villegas; su conducta no es clara. Lo de hoy parece premeditado y preparado para realizar un acto de desafección al régimen. Quizás iban buscando promover un suceso grave.

Ruiz Fornells dice que el relato de Leret coincide con el que acaba de hacerle Angosto.

En esto, anunciaron a Villegas. Hice salir a Leret por otra puerta y entró el general.

Villegas, como si tal cosa, me cuenta el suceso, limitándolo al acto de indisciplina de Mangada. Le interrogo, afectando la mayor gravedad. Villegas se turba y parece inquieto.

—¿Qué fue lo del general Millán Astray el otro día?

Villegas no sabe nada del caso.

—¿Es posible que usted ignore lo que ocurre en su división? ¿Que no le hayan dado a usted cuenta de la visita de Millán y de lo que hizo?

Le pregunto si no cree él que yo debería estar enterado previamente de la salida de tres regimientos de la guarnición.

—Creí que eso entraba en mis atribuciones —responde Villegas.

—Si se tratara de actos corrientes del servicio, indudablemente. Pero sacar la guarnición para una cosa extraordinaria, que ha podido traer consecuencias gravísimas, y ha originado este incidente, no. Lo normal es que me hubiese usted pedido permiso, o siquiera que me hubiera comunicado su propósito. ¿Cree usted que soy ministro para enterarme casualmente de que la guarnición entra y sale de Madrid, no siendo en ejercicios de instrucción? Ha contraído usted una responsabilidad.

No contesta nada. Como no me había hablado de los discursos, ni me había dicho que los hubieran pronunciado, le llamo la atención sobre ello.

—No han tenido nada de particular.

—Espero a conocer el texto, o referencias más puntuales. Dígame, ¿quién les autoriza a ustedes para decir que el ejército pasa por una situación crítica? ¿Y cuándo ni cómo me ha traído usted a mí los «deseos de la guarnición de Madrid», para permitirse decir lo que ha dicho?

—Yo, señor ministro, lo que vine a decirle es que había malestar a consecuencia de una campaña de prensa y del discurso del señor ministro de Justicia.

—En eso ya estamos. ¿Pero qué deseo colectivo me trajo ni me expresó usted? Porque yo no me enteré.

—Interpretaba un sentir general.

—Usted no tiene que interpretar más que la ordenanza.

Villegas hace protestas de lealtad, de adhesión, de buen propósito, etcétera.

—Usted era esta mañana en Carabanchel la autoridad militar superior. Por tanto usted responde de lo sucedido. Usted había montado una obra muy bonita, pero no tiene duda que se la han *pateado*. Ha salido muy mal. No tengo motivos para estar satisfecho de su conducta.

—Mi cargo, señor ministro, está siempre a su disposición.

—¡Ah, claro! Le comunicaré a usted lo que resuelvo. Ahora —le digo con una sonrisa— váyase usted a su servicio.

El general Ruiz Fornells estaba consternado por el mal ejemplo que se ha dado a los cadetes. Concluido el despacho con el subsecretario, oigo nuevos informes de testigos presenciales del suceso. A medida que transcurren las horas, los testimonios van perdiendo espontaneidad. Unos hablan terminantemente de que Goded provocó a Mangada; otros afirman lo

contrario. Cada cual lo entiende según su opinión anterior en la cuestión de fondo que aquí se ventila.

Hablé con los periodistas, que estaban ansiosos. Entre ellos hay un militar, íntimo del subsecretario: parecía consternado por la indisciplina de Mangada, como si no hubiera ocurrido más. Es reflejo del parecer de Ruiz Fornells, que opina según quien está delante.

A la una y media voy al Senado: banquete oficial que Besteiro da al Presidente, al Gobierno y a los diplomáticos. Allí estábamos, pues, todos. Herbette ha cometido algunas indiscreciones. Al Presidente le pedí hora para verle esta tarde en su casa. A las cuatro he ido a visitarlo. No conocía el suceso de Carabanchel.

—¿Pero no le ha dicho a usted nada el general Queipo?

—No.

—Pues lo sabe, porque me ha hablado de ello en el Senado.

Después de analizar lo sucedido, le participó mi propósito de relevar hoy mismo a Villegas y a Caballero.

—Envíeme usted los decretos —dice.

Respecto de Goded, antes de tomar una determinación, quiero hablar con él. Esta mañana me pidió audiencia y no pude recibirle.

Al regresar al ministerio, llamo por teléfono a los generales Cabanellas (V). y Romerales, para que vengan a encargarse de los mandos. Me llegan nuevas informaciones, que confirman lo que ya conozco.

Después de cenar telefoneo a Goded. Contestan que no está en su casa. Despacho a Saravia con encargo de que lo busque por todas partes y lo traiga. A las once se presenta Goded. Hemos hablado hasta la una y media.

Estaba como si tal cosa, y no parecía sospechar que hubiese incurrido en nuestro desagrado. Lo más caluroso de cuanto me ha dicho es un ataque furibundo a Mangada (de quien ya me habló el otro día, descubriendo una prevención a la que no di importancia entonces y que es un dato muy significativo, después del suceso de hoy); le tacha de loco, de comunista (?), de falso y desleal, etcétera. Hace larga historia de sus relaciones personales: son de la misma promoción y se tutean. Posee cartas de Mangada que no quiere publicar por no perderlo en el concepto de sus compañeros. Le ha hecho muchos favores. Mangada estuvo comprometido en lo de Jaca, «pero es un cobarde —dice Goded—, y el día de la rebelión estuvo en mi despacho del ministerio para probar la coartada». (Goded era entonces subsecretario). En una ocasión, habiéndole protegido para que pudiese atender a la curación de una hija, Mangada le besó la mano. Cree que es un envidioso. Lo de esta

mañana ha sido una provocación, que llevaban preparada. Cuando se entera de que he destituido a los otros dos generales, pide que le releve a él también, porque si no, «le dejo en mala postura».

—¿Con quién?

—Con mis compañeros.

—He destituido a los otros porque tenían allí el mando y han producido una situación de la que deben responder. Usted estaba allí invitado, y no tiene mando. ¿Ha hecho usted algo malo?

—Yo creo que no, señor ministro.

—Cuando usted ha interpelado a Mangada en forma tan dura, ¿por qué lo hizo?

—Porque permaneció sentado, sin sumarse al *¡viva España!*, y estuvo todo el tiempo haciendo gestos de desagrado y de burla.

—¿Y cómo me explica usted eso del viva «único» que tanto se comenta?

—Todos los que me han oído hablar saben que yo termino siempre mis conferencias, discursos, etcétera, con estas palabras: «y nada más». Siempre concluyo así. Hablé, di un viva a España y acabé como de costumbre: «y nada más».

—¡Ya! ¿Y por qué omitió usted un viva a la República?

—Creo que casi nadie lo hubiera contestado.

—¿No es usted republicano?

—Siempre lo he sido. Yo he sido el único general que le dijo al rey la verdad, antes de marcharse. Y yo fui quien le dijo a Berenguer, cuando lo de Jaca, que el país no estaba para fusilamientos.

Goded empieza a hablar de su persona, y me traza el cuadro de sus méritos y servicios (bien recompensados, creo yo, por grandes que sean, pues mientras sus compañeros son comandantes o tenientes coroneles, él es general de división), de su gran prestigio en el ejército, de lo que le estiman en el extranjero, de la enfermedad que contrajo en Marruecos, de su carrera truncada, etcétera, etcétera.

Le hago notar cómo no le he desconocido, colocándolo en el puesto más importante. Entonces me da un poco de jabón, declara que me está agradecido, me elogia mucho, y dice que si al principio no me conocía, ahora sí, y lo proclama por todas partes.

Finalmente, volvió a rogarme que le quitase del cargo. Naturalmente, pienso quitarle, y he de hacerlo antes de la sesión de Cortes de mañana, para que cuando me interpelen sobre lo de hoy, estén impuestas las sanciones. Pero lo que no puedo explicar a las Cortes es que conviene proceder con Goded de

modo distinto que con los otros dos. A Villegas y Caballero nadie les hace caso, y no significan nada. Goded es listo, inquieto y ambicioso, aunque muy cauto, y por cautela no se comprometerá abiertamente en nada; de precavido que es, no está bien con casi nadie. Sería una torpeza que yo le empujase, por la violencia, a ponerse entre los que conspiran contra la República o contra el Gobierno. Esta razón, y no principalmente la de ser su presencia y sus palabras en el suceso de hoy, distintas de las de los otros generales, es la que me mueve a llevar con él las cosas de otro modo. Goded tiene amigos en el ejército, aunque no tantos como él se imagina; en África hizo favores, y muchos le deben ascensos y ventajas. Mas, por lo mismo, es quizás el general que tiene más enemigos en el ejército. Le acusan de intrigante, de autoritario, de *cacique*. Por eso él ve de tan mala gana que se revisen los ascensos por méritos de guerra; dice que ese propósito es transigir con el espíritu de las antiguas juntas de defensa. Yo he procurado reconciliar a Goded con el régimen y con la política general de la República, empresa que no habría intentado con otros, que son simples mamotretos. Con este hombre pequeñito, avispado y algo cascarrabias, el intento me parecía útil, y para mí, personalmente, de buen juego. Creía haber conseguido bastante, según se ha dejado decir por ahí el propio Goded. Mas, por lo visto, lleva dentro rencores inextinguibles. Lo siento, porque me habría gustado utilizarlo en cuanto hubiese depuesto sus últimas reservas. De todos modos, dado el carácter del general, no quiero desahuciarlo, ni darle un pretexto para levantar bandera, ni forzarlo, por amor propio, a que la levante.

Cuando se marchó Goded, entraron Cipriano y Guzmán, que me traían «la voz de la calle». En Madrid hay un tole tole formidable. Mucha agitación. En la Casa del Pueblo, alarma. La gente espera «un gesto» mío. Mis visitantes quieren que en la prensa de mañana se anuncie ya oficiosamente la destitución de los generales. Me niego. La destitución se sabrá cuando salga en el periódico oficial o cuando yo lo diga mañana en las Cortes. Pero no estoy dispuesto a ponerme nervioso ni a hacer las cosas como piden los nervios de los demás; que hagan ejercicios de calma y de paciencia, igual que yo los hago todos los días. Y así ganaremos mucho todos.

Cuestión de arreos: en cuanto suenan las espuelas, la gente pierde los estribos

En el despacho de Saravia, gentes locas están hablando alocadamente de estos asuntos.

En fin: son las tres de la mañana. Voy a dormir.

28 de junio

Tenía que acabar hoy lo de Goded, y para acabarlo deseaba yo saber a fondo cómo está su ánimo. No se imaginará él nada de esto. Le avisé a su despacho pare que viniese a verme en la mañana. Procuré ponerle a sus anchas, le traté afectuosamente, le recordé cómo he procurado que me ayudase en mi trabajo y en mis planes, etcétera; el hombre se ha *confesado*, no sé si a pesar suyo. Estaba nervioso, un poco sofocado, a veces emocionado, procuraba dominar las pasiones que se le salían por la boca. Mi impresión de conjunto es que lleva dentro un escorpión. Rencor, despecho, envidia, ambición frustrada, miedo: de todo tiene. ¡Gran descubrimiento! Le he dicho: «General, con ese ánimo no se puede servir».

Rencor a sus émulos o rivales, a quienes ve en candelero, y a la situación en general, que ha disminuido el papel que antes tenían los militares. Miedo a la indisciplina de la tropa. Una vez más me ha recordado las atrocidades de los soldados rusos con sus jefes cuando triunfó el bolchevismo: «¡Crucificaron a los coroneles!», me dice con espanto. Despecho, porque si su carrera hasta ahora es singular, ya no será teniente general, ni capitán general, ni probablemente ministro, ni presidente del Consejo Supremo, etcétera, etcétera, y los generales del antiguo régimen (es decir, todos) no se resignan a que un divisionario no tenga más importancia social ni política que un magistrado del Tribunal Supremo o un inspector de Caminos; todos, desde la Academia, soñaban con ser virreyes. Odio contra los «extremistas» del ejército (que suelen ser unos pobres diablos); me ha hablado también de Mangada: «Le corresponden seis años de prisión», ha dicho. Encono por la revisión de empleos, que si se hiciera a rajatabla le costaría descender a coronel, según dicen. Soberbia por la importancia que se atribuye: «Muchos han venido a proponerme locuras, pero *gracias a Sanjurjo y a mí, no ha ocurrido ya una barbaridad en el ejército*». Le he llevado la conversación a la política; está espantado de la obra de los socialistas y es enemigo del Estatuto y de la autonomía. En fin, no le falta ni una. Lo más notable era el acento de su confesión. ¡Lo que este hombre debe de padecer! Finalmente, *he accedido*, como yo quería, a relevarlo. Esta mañana tomaron posesión los otros dos generales en sustitución de Villegas y Caballero, y antes de terminar el despacho firmé el cese de Goded. El estado de ánimo del general es mucho peor de lo que yo había sospechado. Pero ya sé a qué atenerme. Que llegue a

ser peligroso depende de que rompa su habitual cautela y se atreva a comprometerse.

Por la tarde, en las Cortes, proposición «incidental» e interpelación sobre lo de Carabanchel. Eduardo Ortega ha estado mucho más discreto de cuanto podía esperarse, dado el tema. He contestado con dos breves discursos[50], que han aplaudido todos. Y no he mortificado a los generales, ni les he echado encima a la Cámara. En cuanto a Mangada, he sostenido la buena doctrina, para oponerla a los semilocos que pretenden hacer de él un héroe.

Esta noche he vuelto a las Cortes, hasta la una. Prosigue la discusión del Estatuto. Royo Villanova ha hecho un discurso chocarrero. Melquíades Álvarez llegó del Casino diciendo que había reuniones de la guarnición de Madrid. Melquíades se ha vuelto tonto. También ha contado que Goded le ha visitado esta tarde y le ha dicho que «se me había impuesto», que yo no quería destituirlo, y que puso los codos sobre la mesa y me amenazó con publicar una carta haciéndose solidario de los generales, y entonces cedí. La cosa es estúpida.

29 de junio

Hoy hemos ido con el Presidente a revistar las Academias en Carabanchel y a comer con los cadetes. Este acto estaba anunciado desde hace días, pero ayer algunas personas graves aconsejaban que se suspendiera en vista del suceso del lunes, «no fuese a ocurrir algo desagradable». Me opuse terminantemente. «No entienden ustedes nada. ¿Resultará que el Presidente y el Gobierno no pueden ir donde haya militares? Eso quisieran los autores de la función del otro día». Por fortuna, el Presidente era de mi misma opinión. (Por cierto que ayer Goded me dijo que no asistiría hoy a la fiesta en Carabanchel, aunque estaba invitado, «para evitar que le hicieran una ovación». Siento que no haya ido).

Me he levantado a las ocho y media, hora un poco temprana para mí, y a las nueve y media he ido a Palacio a buscar al Presidente. Salimos, con gran séquito, y atravesando la Casa de Campo dimos en Carabanchel. Muchos generales y oficiales, viva animación. Presenciamos, desde un altozano, un ejercicio táctico de los cadetes. Mucho calor. Visitamos el campamento, nos dieron un refresco «providencial», y volvimos al campo para presenciar el desfile. Los cadetes tienen muy buen aire deportivo. Después fuimos al cuartel del regimiento de Artillería. Nueva revista y otro desfile. Ya tarde, la

comida, en el jardín de la Escuela de Tiro. La gente, muy bulliciosa y contenta. Al final, se me acercaron comisiones de alumnos para pedirme cosas relativas a sus Academias. Se levantó el banquete y observé que se quedaban con curiosidad y ganas de oír algún discurso. Hablé brevísimamente con el Presidente, y convinimos en que les hiciese una arenga. El Presidente estuvo muy feliz: buen discurso, y como lo pedía la ocasión y los antecedentes. Causó profunda impresión en los cadetes, que se emocionaron, con emoción contagiosa. La juventud, muy sensible, aplaudió y vitoreó a rabiar. Fue como si se disipara una congoja, una opresión, una zozobra. Los sentimientos generosos de los muchachos corrieron libremente, y todo el mundo respiró alegre. Establecida esta confianza, se formaron corros en que comentaban mi discurso de ayer en las Cortes. Todos lo han leído. «Nos han ganado en hidalguía», decían unos. «Hay que estar con estos hombres», opinaban otros. «No lo haría mejor un militar».

El Presidente se marchó entre grandes ovaciones. Cuando yo iba a salir y tomé el coche, los alumnos lo asaltaron, ocuparon los estribos, la cubierta, gritaban, me cogían las manos, vitoreaban a su ministro, etcétera. Así hasta la carretera. Es un dolor que con esta primera materia no se haya sabido hacer cosa buena.

Cuando llegué a las Cortes ya se sabía lo ocurrido en Carabanchel. Como la preocupación de estos días pasados era grande, ha habido una explosión de contento. Muchos plácemes. Sentado en el banco azul, los ministros me felicitan. Los diputados vienen a estrecharme la mano.

Continuaba la discusión del Estatuto. Salgo al pasillo para recibir a una comisión, y de refilón me entero de que los radicales-socialistas no están conformes con el proyecto de Prieto sobre tarifas.

Vuelvo al ministerio y despacho con Ramos. Después de cenar, ha venido Casares. Conversación sobre el complot.

30 de junio

Hoy he descansado un poco más. Después de despachar, recibo a Goded, que viene en visita oficial de despedida. Luego, para lo mismo, al general Villegas. Me da las gracias «porque le he defendido» en mi discurso de las Cortes: Trae escrito lo que dijo en Carabanchel, y que le parece inocente. Se va, muy risueño, haciendo protestas de «apolítico». Por último, el general Caballero, también de despedida, y también agradecido. Me entrega el texto íntegro de su discurso. «Si él hubiera sido ministro, habría hecho lo mismo

que yo; pero si yo hubiera estado en su caso, habría hecho como él». Tal opina Caballero. Para qué más reconocimiento de su culpa.

Visitas: don Diego Saavedra, diplomático sin empleo, que pide colocación; el general Gómez Morato, que se vuelve a África, y otro diplomático, Cano, que fue compañero mío en El Escorial, y que ha estado años y años tropezándose conmigo en Madrid, *sin conocerme*, y hoy ha venido a ofrecérseme, como si nos hubiéramos visto ayer. Por último: Zulueta, que ha estado media hora, azarándome con sus lisonjas y sus perplejidades.

He comido tarde. Voy a las Cortes y paso cuatro horas con la Comisión de Guerra. Después me reúno con Fernando de los Ríos y Sánchez Albornoz, y examinamos el asunto de la Universidad de Barcelona.

No he entrado en el salón de sesiones. Ausente yo, y tímido el ministro de Marina, los radicales-socialistas han votado contra el proyecto de ley de la Transatlántica. Los radicales han votado en pro, y por eso no ha habido una crisis. Se ha ganado por diez votos.

También quieren combatir el proyecto de Tarifas para los Ferroviarios. Galarza ha pronunciado un discurso en contra. Mañana plantearé la cuestión en Consejo. He vuelto al ministerio a despachar con Ramos.

Después de cenar he ido a las Cortes. Discurso de Sánchez Román contra el Estatuto. Muy flojo. Resulta que casi todo podía aceptarse. *Luz*, es decir, Ortega, regatea y dice pedanterías.

1 de julio

Salgo al despacho y encargo al subsecretario que llame al teniente general Fernández Pérez, para pedirle explicaciones de lo ocurrido en el Colegio de Huérfanos de Santiago. Las autoridades de Valladolid me denuncian por escrito (y con ellas, los partidos republicanos) que del colegio han expulsado a tres muchachos por sus ideas políticas.

Me voy al Consejo. Antes de nada, hablo de los asuntos políticos. Si los radicales-socialistas no votan el proyecto de Tarifas, presentaré la dimisión. Domingo y Albornoz quedan en comunicárselo a su partido. Y añado que lamento mucho lo sucedido ayer estando yo en el Congreso: «Si usted me hubiera avisado —le digo a Giral—, habría ido al salón a plantear la cuestión de confianza».

Zulueta hace una larga disertación sobre Ginebra, Lausana, etcétera. Y repite lo que Herbette le dijo (y también a mí) en la comida del Senado: «Si

no sería conveniente que Francia y España desarmasen sus fronteras y retirasen sus tropas a bastantes kilómetros en el interior». A Zulueta esta insinuación comenzó por parecerle interesante. Daríamos un ejemplo, etcétera, etcétera. Yo opino que no vale la pena tomarlo en consideración.

Recuerdo que en el Senado, Herbette, al anunciarme su viaje a París, me dijo: «A no ser que usted me necesite para algo, pues en ese caso no me iría». (Era en los momentos en que más se hablaba de los generales).

—Como no sea que quiera usted ver alguna sesión de Cortes animada… —le contesté.

La mujer de Herbette le preguntó aquel mismo día a la de Sánchez Guerra, si el Presidente de la República está contento de todos los ministros.

En el Consejo hemos acordado la suspensión de *El Imparcial* y multar al *ABC*. *El Imparcial* es ahora una sentina.

En las Cortes, Berlanga y Manteca me hablan mucho del asunto de los vinos, que Domingo no quiere resolver. Albornoz, Baeza, Domingo y el bobo de Segovia me esperan en el despacho. Estos dos ministros no tienen autoridad ninguna sobre su grupo, y vienen con dos diputados para que yo les diga lo de las tarifas ferroviarias. Los compongo con Prieto, que llega en aquel momento. Votarán el proyecto: «No sabíamos que era cuestión de confianza».

Vuelvo al salón de sesiones. Está hablando Fernando Valera, que creo que es teósofo, y me llaman otra vez para recibir a una imponente comisión de Albacete, que gestiona la continuación del ferrocarril Baeza-Utiel. Me esperan varios discursos. Tras ellos, una comisión de Guadalajara.

Llamo a Bello, y hablamos del dictamen del Estatuto. Bello se arma un lío, del que procuro sacarlo.

Otra vez en el salón de sesiones, de pie, en un rincón, charlo animadamente con Ossorio, que también tiene una enmienda al Estatuto. Ossorio me cubre de elogios.

—Nunca se ha gobernado en España como ahora —dice.

—Menos mal —respondo—; pero ya ve usted el coraje que me tienen. Están deseando que me vaya.

—*Hay motivos terceros* —replica—. Quieren que se vaya usted, pero los demás no queremos.

Vengo al ministerio, firmo todo lo pendiente; llegan Ramos y Sánchez Albornoz: los catalanes no están conformes con el texto proyectado para la universidad. Les encargo nuevas gestiones, y que hablen con Ossorio.

Giménez Caballero publica en *El Heraldo* un artículo estúpido, diciendo que los cadetes, y los jóvenes como él, necesitan «un capitán», y creen haberlo encontrado en mí. Verdad es que no son menos tontos los artículos de Corpus Barga en *Luz*.

Esta noche no he salido, ni ha venido gente. Me he estado en el despacho hasta la una. Me asomo al balcón. Ya han apagado las luces del jardín y cerrado la verja. Se interpone una zona de silencio, oscuridad y frescura que apaga el fragor de la villa. Soledad gustosa. Las gentes, al pasar rozando con la verja, si echan una mirada y ven luz en mi despacho, ¿qué pensarán que está haciendo el *dictador*? ¡Alguna cosa terrible! Simplemente divagar y alegrarme de estar solo, que es todo mi festejo.

2 de julio

En el despacho de hoy, el subsecretario me trae, entre otras cosas, un expediente de subasta de calzado, que me huele atrozmente a chanchullo. He anulado la subasta.

Le encargo que me redacten un breve decreto abriendo otra vez el plazo para pedir el retiro voluntario. Ruiz Fornells, que tenía aspiraciones de ascender a divisionario, piensa acogerse al nuevo decreto, y pregunta tímidamente si, a pesar de ello, continuará en la subsecretaría. Le doy una respuesta vaga.

Llamo al inspector general Ruiz Trillo para un asunto que me interesa mucho: adquirir un gran campo de instrucción y maniobras en Córdoba. Esta es la fecha en que el ejército, después de gastar miles de millones, no tiene terrenos propios donde pueda desplegarse una división ni tirar la artillería. Voy a formar tres grandes campos: uno en Córdoba, otro en Zaragoza, agrandando el de San Gregorio, y otro en León. Lo de Córdoba es lo que se logrará antes, pero las dificultades burocráticas son terribles. Ruiz Trillo me secunda con buen deseo. Llega el general Núñez de Prado, que al ser trasladado a Burgos, lo tomó como «una persecución». «Yo no persigo a nadie. Cuando alguien no me sirve, lo quito. ¿No se ha enterado usted todavía?», le digo.

Núñez de Prado (que anduvo con nosotros en la conspiración) me dice que «hay mal ambiente contra los generales». «Nosotros tenemos la culpa», añade, al parecer, convencido.

No hará nada por disiparlo Fernández Pérez, a quien he hecho venir para un asunto muy fastidioso. A Fernández Pérez le conocí hace muchos años en

Alcalá. Yo era un chico, y él ya teniente. Su padre Fernández Laredo, coronel retirado, vivía en la casa que fue de mi abuelo, en la Calle Nueva; era, pues, inquilino nuestro. Me acuerdo muy bien de los bigotazos de Fernández Laredo. A su hijo, este ilustre caudillo no había vuelto a verlo, y se me había borrado enteramente. Ha hecho carrera en África, y cuando vino la República me lo encontré de «capitán general» de Burgos. Lo relevé, con gran disgusto suyo, y se acogió al retiro voluntario con otros trece o catorce tenientes generales más. Vive en Alcalá, donde hay una brigada de Caballería. Según confidencias no comprobadas aún, Fernández Pérez es de los que brujulean en eso de la conspiración militar. Él no sospechará que yo lo sé, y no se explicará la tiesura y el desagrado con que le he recibido, o más bien lo achacará al asunto del colegio. Allí impera un régimen de seminario-cuartel. Imponen a los chicos una disciplina militar y prácticas religiosas, aunque no las quieran. Parece que tres alumnos del colegio pertenecían a la FUE cursando en la universidad, y no los han dejado vivir, hasta que los han expulsado. Los directores del colegio son monárquicos (un jefe de Caballería retirado, y el consejo de administración, que preside Fernández Pérez), y tienen el encono que distingue a casi toda el arma de Caballería.

Le he dicho a Fernández Pérez que debe arreglar el asunto, readmitir a los expulsados, humanizar el régimen del colegio o, en otro caso, retiraré la subvención que le paga el ministerio, disolveré el consejo de administración, o tomaré cualquier otra medida que me parezca. El general, terco y soberbio, con muchas protestas de obediencia, en realidad se resistía, alegando que no tiene atribuciones, que el consejo resolverá, que en todo caso dimitirá su cargo, etcétera. Le ordeno que reúna al consejo y resuelva, y me dé cuenta. Por algunas palabras que se le han escapado, sospecho que pretenderá hacer del asunto una «cuestión de arma».

Al retirarse, no le he dado la mano.

Desde el ministerio fui a la presidencia, donde tenía gente citada.

Una comisión de la Defensa de la Propiedad Urbana, que me da las gracias por la reforma del decreto de Alquileres. El señor Güell, el de la Transatlántica, que me habla de los desastrosos asuntos de la compañía. ¡Güell! ¡La Transatlántica! Toda una época, que se completa con la estampa que se me presenta a continuación: el general Luque, octogenario, tullido, antiguo protector de los Berengueres, y, en buena parte, culpable de haber provocado, por reacción, el movimiento de las juntas de defensa. Seguidamente, los peritos mercantiles, con Félix Benítez de Lugo, Claudio de la Torre y Fernando Salvador.

Una comisión del Ateneo que viene a pedir la libertad de Mangada (me niego a recibirlos), y, por último, el yerno de don Juan Valera, Serrat, diplomático, que viene a pedir colocación mejor y ascenso. No conocía yo a Serrat. Se parece físicamente a su hija. Y es tan bobito como ella. Me dice, en profesión de fe: es neutro en política; no es católico. Sirvió a la monarquía y ahora a la República. Le digo las más corteses palabras y se va muy contento.

Carmen Valera dice de Serrat: «Mi rocambolesco marido».

3 de julio

He estado casi todo el día solo. Por la mañana vine al despacho y continué leyendo los documentos de un legajo enorme que contiene, entre otras cosas de África, los informes de los jefes de cuerpo sobre el estado de instrucción y armamento del ejército que se mandó a Marruecos en julio y agosto de 1921. Hay que confrontarlos con lo que dice Berenguer en su libro sobre el mismo asunto.

Los más afirman que la instrucción táctica de las tropas era buena; no tanto la de tiro: algunos cuerpos no habían tirado nunca. Otros cuerpos llevaban mucha gente sin ninguna instrucción.

El material, malo. Las ametralladoras Colt, inservibles; esto lo dicen todos. Algún batallón llevaba más de 200 fusiles inútiles. El ganado, escaso; lo transferían de unos cuerpos a otros para formar los batallones expedicionarios. Se cometió el error de dejarse en la Península a los soldados del tercer reemplazo, que eran los mejores, y abundaban los reclutas. Esto fue orden del ministerio.

Cómo gradúan las cosas: un batallón entró en fuego 58 veces y tuvo en total 57 bajas, entre muertos y heridos. El jefe informante lo pone por las nubes.

El subsecretario, que estaba como un alma en pena, porque ya sabe que no asciende, entró en mi despacho y hablamos un momento. Cerca de las dos se presentó Cabanellas a darme las gracias por el nombramiento de su hermano, y a proponerme, así a tenazón, no sé qué gollerías para la Guardia Civil. Lo despaché al instante con buenas palabras. Hemos sabido por Lara, oficial retirado, republicano, a quien se separó de su destino en la policía de África, que Cabanellas interviene para algo en la campaña que *El Imparcial* viene haciendo contra nuestra política en Marruecos. Cabanellas no cesa en su enemistad contra López Ferrer y echa de menos la Alta Comisaría.

Después de comer he vuelto al despacho y he estado solo hasta las siete. He leído todos los papeles de África y un legajo interesante sobre las juntas de defensa en 1917. Estos documentos, entre los que hay cartas de Luque y Alfau, muestran cómo se veía la cuestión desde el Gobierno, las medidas que quisieron tomar y la capitulación.

Hace un calor muy fuerte; mi despacho, umbrío, y relativamente fresco. Profundo silencio. Quietud. Tantas horas de lectura, en un islote agradable, y, fuera, la vibración furibunda del calor y de la luz, guardan remota semejanza con mis soledades veraniegas en Alcalá, de joven, cuando pasaba días enteros leyendo en una sala baja, sin saber lo que pasaba en el mundo. Hoy he hablado muy poco, y eso me alivia y me restaura.

A las siete y media he salido con Lola y Cipriano. Llegamos a lo alto de la Morcuera casi al cerrar la noche. El sol se puso cuando íbamos a pasar por Miraflores. Subiendo al puerto, paisaje rosa y gris, amarillo y plata. Paz melancólica. Al salir al puerto, Peñalara y el Reventón negros, y un círculo de oro fino, translúcido, pálido, en el alto horizonte. No había nadie en la sierra. El fondo del valle, negro. Olor riquísimo. Sutil frescura. Piaban unos pajarillos entre las matas, y una rana croaba en el arroyo. Silencio, silencio. En la fuente, huellas de meriendas burguesas y el rescoldo de una hoguera. Me he paseado un poco y volvemos a Madrid.

Después de cenar he estado en el saloncito de la esquina, a oscuras, sin gana de conversación, contemplando el verdor del jardín. El descanso de hoy me produce ansia de descansar más. Ahora sueño con estar en silencio muchos días, descansar años, años. No me acuerdo de nada. Y sin embargo no estoy contento ni tranquilo. El reposo de hoy me devuelve anhelos antiguos, sofocados por el tráfago de todos los días. Y hoy vuelve el anhelo. ¿Qué quiere? Nada. La política y el poder no me han empedernido ni me han envanecido. Esta tarde venía yo imaginando que dejaba el Gobierno, y que *me despertaba* de él, diciéndoles a los periodistas por despedida: «¡Ha sido una graciosa aventura! ¿Y lo han tomado ustedes en serio?».

Estoy demasiado hecho a encontrar en mi interior los motivos de elevación y de placer; me he educado en 25 años de apartamiento voluntario, en la contemplación y el desdén. Y no tengo remedio. La Morcuera me interesa más que la mayoría parlamentaria, y los árboles del jardín más que mi partido. A los que tenemos una porción de Segismundo, ¿qué puede dársenos de todo? Sin embargo: el mando es en mí una función natural. Pero las cosas grandes que uno quisiera hacer, los hombres pequeños las estorban.

Ayer le dijo Ossorio a Cipriano que los políticos la tienen tomada conmigo, como hicieron con Silvela, Canalejas y Maura. Esto me dio alguna risa. Ossorio *teme* que yo reaccione algún día, aburrido, como Silvela, y los deja a todos plantados. Ossorio tiene olfato. Ese es uno de los extremos a que llega el péndulo de mi humor; el otro es que se aguanten y devoren su despecho. ¿En cuál me quedaré? Pero yo quisiera saber de qué se despechan.

5 de julio

Menudean las notas confidenciales sobre el proyectado movimiento militar. Verdaderas noticias, no hay; pero sí indicaciones diversas, que lleva cada una su cortejo de disparates fantásticos, y que cribadas muy sutilmente dejan siempre un residuo, un núcleo, siempre igual, en cuanto a ciertas personas y sus propósitos. Además, esas gentes hablan por teléfono con una imprudencia que me parecería increíble si yo no conociera lo que hacían algunos conspiradores republicanos. (Aún no se me ha olvidado la conversación telefónica del señor Solá con Maura, en noviembre de 1930). La policía, como siempre, no trabaja más que sobre confidencias. No han sabido aún entrometerse de veras en las filas de los conspiradores. En realidad, dado el carácter vanidoso de los españoles, y su manía de hablar, la policía política hace poca falta; los conspiradores lo cuentan todo en los cafés, aunque no sea nada más que para darse importancia ante los amigos. Lo mismo hacíamos nosotros. Todo Madrid habla ya del complot, y mi mayor esfuerzo consiste ahora en inducir a las gentes a que no crean en él; no solo basta que crea yo solo, sino que es muy conveniente la incredulidad ajena, y procuro parecer también incrédulo. A los que vienen con alarmas al Gabinete militar se les despacha tomándolo a broma.

Después de reducir a su valor mínimo las informaciones que me llegan, yo tengo los datos de mi observación personal. No sé bien la importancia de lo que intentan, pero estoy seguro de que Barrera es el director. Atando cabos, se advierte que los síntomas no son buenos. La carta de Cavalcanti, los discursos de Carabanchel, la *confesión* de Goded, la resistencia pasiva de Fernández Pérez inducen a pensar que todos estos señores se cansan de su sumisión, y que en la desaforada campaña que se hace contra el Estatuto hallan apoyo, estímulo y ambiente para sus fines (¿no se le ha ocurrido a don Melquíades, que declara *facciosas* a estas Cortes, decir en un discurso que este es «el momento militar»?). Cavalcanti está en un castillo. Los de Carabanchel destituidos, sin mando y sumariados. Respecto de mis conversaciones con

Goded, hay que considerar dos cosas: primero, el haber descubierto sus verdaderos sentimientos; segundo, que se halla decidido a manifestármelos. Lo primero me ha hecho ver que mis esfuerzos para atraerlo y reconciliarlo con el régimen han sido estériles. Lo siento, pero no me pesa el haberlo intentado. Lo segundo puede obedecer a una depresión suya, momentánea, causada por el suceso y por mis palabras amistosas, o a que vea ya próximo el fin de todo esto y no le importe desenmascararse. Por cierto que cuando Goded vino a despedirse me contó que él no había ido a ver a don Melquíades, «como se asegura por ahí», sino que fue don Melquíades quien deseó verle. Añadió que por don Melquíades siente *veneración*. La posición que han tomado algunos políticos es, consciente o inconscientemente, inductora de rebelión, porque los militares desafectos, que no se atreverían a chistar, invocando tan solo sus intereses de clase o sus propias opiniones políticas, se animan pensando y viendo que hay otros personajes de su mismo parecer, de cuyas declaraciones y propagandas pueden sacar algunos «principios», justificativos de una acción violenta.

Ahora, el nublado que parecía formarse en abril, y que se disipó, vuelve a adensarse y es más fuerte y amenazador. Periódicamente se reproduce. Nunca hay datos ni actos que permitan incoar un proceso. El caso de Barrera es típico. Dar palos de ciego, es peor. Tampoco se puede dejar al público en esta intranquilidad. Lo mejor sería dejarlos llegar a una demostración exterior, y aplastarlos. Los pronunciamientos militares todavía tienen *prestigio*. Mucha gente cree (sobre todo lo creen los monárquicos) que si la República subsiste, es porque los espadones lo consienten. Sería muy útil probarles que se engañan. Vencer un pronunciamiento fortificaría a la República, sanearía el ejército dando una lección a sus caudillos, y contribuiría al progreso de las costumbres políticas. Tal como están las cosas, me parece que no voy a tener opción.

Esta tarde en las Cortes he trabajado con Fernando sobre el texto del Estatuto relativo a la enseñanza, tema de la universidad. Accedí a los ruegos de Fernando, para que intente llegar a un acuerdo con Ortega. Cree Fernando que si convenciésemos a Ortega, los radicales se allanarían; Fernando llamó a Domingo Barnés, íntimo de Ortega, para que sirva de intermediario. Vino Barnés, que acepta íntegramente nuestros puntos de vista en la cuestión, y se mostró dispuesto a desempeñar el encargo, pero creyó más útil que Ortega y yo hablemos.

Les recordé el fracaso de las gestiones intentadas por mí, mediante Ramos y Jiménez Fraud, los artículos de Ortega en *Luz* y sus quejas porque soy

orgulloso.

Ambos insisten en lo que ya me había dicho Ossorio: que Ortega se queja de que le desdeño. Cuando Ossorio le habló de parte mía, se dulcificó. Barnés repite que debemos vernos; las cosas han cambiado.

—¿Por qué? —pregunto.

—Por lo de Carabanchel.

—¿Porque me aplauden los militares, Ortega me aprecia más?

—No es eso. Es el discurso que dijo usted en las Cortes.

—¿Tengo que hacer méritos cada día y ganar unas oposiciones, como si dijéramos, todas las tardes?

—Sí. Y en cuanto pasen quince días y usted no hable, o hable él y tenga éxito feliz, volverá a las mismas. Es así.

—Pues tienen ustedes un amigo bastante incómodo.

—Después de todo —dice Fernando—, ¡qué mayor satisfacción para usted! Usted lo recoge.

—Es un gesto de gran señor —dice Barnés.

—No lo soy, sino de pueblo —respondo con aspereza—. No me importa la estimación de quienes me la regatean por esos motivos.

Comprendo que los dos institucionistas tratan de vencer una resistencia mía, que no existe.

—Por mí no queda —les digo.

En los pasillos he visto luego a Barnés hablando con Ortega, más abultada la frente que nunca. Barnés viene a decirme que almorzaremos mañana en el entresuelo del café Nacional. La precaución de ir a un lugar tan apartado me parece ridícula; si buscan secreto, no lo tendrán. De todos modos, iré.

6 de julio

Copiosa audiencia militar. A las dos voy al café Nacional. El entresuelo es un lugar galdosiano. Allí estaba Barnés; después llegó Fernando; el último, Ortega.

Durante el almuerzo hablamos de cosas generales. Yo, poco. Al fin, entramos en el tema del Estatuto y la universidad. Ortega cree que la opinión nacional está en contra. Hay que calibrar la importancia del descontento de Cataluña y la del resto de España. Cree que esta es mayor. Los catalanes nunca harán nada. No expresa su íntimo sentir, sino la apreciación de un estado de hecho.

No está conforme con Sánchez Román, a quien trata poco. (Habla de él con despego). Pide Ortega que no le confunda con todos los de la oposición. A su parecer, en España no puede hacerse nada sino contando con todos; aquí no puede darse el caso de una minoría dominando al resto. Por eso no ha habido nunca revolución. Los regímenes perecen por indiferencia y asfixia. Le extraña que yo haya dicho que España puede gobernarse por cuatro personas. (¿Dónde he dicho yo eso?).

Ortega no transige en lo de la universidad. Habló de la situación del Gobierno y de la mayoría. No hemos hecho cuestión de confianza ningún punto del Estatuto, y se ha transigido en todo. Sin embargo, la oposición sigue hablando de nuestra intransigencia. Si se impide la aprobación del Estatuto, yo no cargo con esa responsabilidad.

Después hablamos del problema que viene sobre mí, cuando el Gobierno termine su programa. ¿Puede pedírseme que me disuelva en el lerrouxismo?

—Claro que no —dice—. Si entonces no está usted gastado, los radicales harán lo que usted quiera.

—No lo crea usted. El lerrouxismo es la corrupción y los negocios desde el poder. Los radicales quieren mandar, sea como sea, y se aliarán incluso con los monárquicos para conseguirlo, pero nunca conmigo, porque saben que yo impido esas cosas.

Asegura Ortega que sus artículos de *Luz* no iban contra mí: eran un modo de tomar posición. (Este señor Ortega tiene cosas de provinciano). Fernando le rebate lo que dijo en los artículos sobre *los corros*. Según Ortega, yo soy político; él, no; es semipolítico. Alude a una carta de Marañón, desde Bruselas, en la que recoge las cosas buenas que ha oído de mí en el extranjero. «Pues esos señores que hablan bien de mí, que se den una vuelta por el salón de conferencias del Congreso», respondo.

—No es usted justo —replica Ortega, picado.

Pasamos a hablar de los periódicos que están en mala situación, según Ortega. Y del ejército. «Mientras yo sea ministro —le digo—, no podrá hacer nada eficaz contra la República. Después, quizá sea otra cosa».

Después de decir que a la República se le ha dado mala dirección desde el principio, Ortega hace un elogio de los sitios de comer que hay en Madrid y sus contornos, y de la buena fruta de este año.

Total: cuatro horas de conversación y ningún resultado.

7 de julio

Desde mis habitaciones, antes de ir al Consejo, oigo «claros clarines» en la calle. Son los milicianos nacionales, que preside el gordo alcalde, y que van al Prado a conmemorar lo de hace ciento diez años. ¿Tendremos también nosotros otra función como aquella?

Consejo en Palacio. Pocos asuntos. El Presidente estaba de muy buen humor. Hablamos de los debates parlamentarios, y ensalza la virtud de la transigencia; parecía dirigirse a Carner, que es quien menos necesita el consejo. Opina el Presidente que de los radicales no puede esperarse ninguna transacción. (Sé que don Niceto habló ayer con Martínez Barrio, ignoro de qué). Y menos aún de Maura. Con este motivo, el Presidente nos ha referido que cuando él y Maura se pusieron a redactar el programa de la Derecha Liberal Republicana, al llegar al tema regionalista, Maura dijo: «No toquemos eso, porque mis ideas son tan amplísimas, que no nos pondríamos de acuerdo».

He leído al Consejo un artículo de *La Correspondencia* (militar), excitando al ejército a intervenir en política. Casares, con asenso de todos, dice que lo suspenderá.

Prieto se encuentra enfermo. Opina Largo que no es de importancia. Le recomiendan reposo; pero dice Prieto que no se va al campo si no le quitan la escolta de policía.

Levantado el Consejo, que se acabó muy pronto, Prieto me cuenta que ha habido en Madrid una reunión de militares, con motivo de una medida que suponen voy a tomar contra Goded. No tengo que tomar ninguna medida. Ni creo en la reunión. También me dijo que según sus noticias muchos radicales-socialistas no votarán el artículo sobre enseñanza del Estatuto. (Ya verá como sí lo votan).

Vuelvo al ministerio antes de la una. No recibo visitas, ni hay firma porque el subsecretario está en Barcelona.

El Congreso era esta tarde un hervidero de rumores y noticias falsas. Los corrillos traían y llevaban. Preguntas, suposiciones. Me miraban pasar, curiosos. La *noticia* era que dimitían cuatro ministros. Maura ha dicho en los pasillos que en el Consejo de esta mañana el Presidente nos dijo que habíamos de transigir, porque recibía protestas de toda España, y que yo lo atajé con mal modo, diciendo que estas cuestiones me incumben a mí solo, como Presidente del Consejo. Según Maura, esto lo oía Sánchez Guerra. También afirmó que he roto con los catalanes. Una hora más tarde afirmaba que *he vuelto a entregarme a ellos*. Es un caso de vesania. Con gentes así hay que gobernar la República.

Entré en el salón de sesiones. Discutían, y se aprobó, un proyecto de Obras Públicas. A continuación, el proyecto de ley Agraria. Había pocos diputados. Habló Diego Hidalgo, «el notario que estuvo en Rusia» (hombre poco claro, comanditario, creo, de la Editorial Cénit, que propaga la literatura comunista), y arremetió contra mí, porque no asisto a las discusiones agrarias y tengo la culpa de que no se apruebe pronto la ley. Pidió que se suspenda la discusión del Estatuto. Lo tomé a risa, como los más de los diputados.

Me reuní después con la ponencia de la Comisión de Guerra y quedó terminado el dictamen.

Hablé con Besteiro de los medios de acelerar el debate agrario. Convinimos en proponer la sesión permanente, si para el día 20 no está aprobado. Se lo dije a los representantes de los grupos de la mayoría, que estuvieron conformes.

Pittaluga, por encargo mío, había hablado con Ortega y los catalanes sobre el nuevo texto relativo a la universidad. Según Pittaluga, Ortega está todavía remolón. Los catalanes quedaron en estudiarlo, y después de estudiarlo, me traen un texto imposible. Restablecen el párrafo primero que nadie acepta. Me ponen de mal humor. Pittaluga, desalentado e irritado, desiste de continuar. Cuenta que la minoría catalana se ha dividido, tomando la Lliga y la derecha nacionalista la posición más intransigente.

En el despacho de ministros estaba Carner, muy abatido por estas dificultades. Cuando se encuentra así, dice, prefiere no hablar, para no decir tonterías; pero «ya reaccionaré», añade. Vinieron a decirme que los catalanes continuaban reunidos, y que se les oía vociferar.

Volví al banco azul. Me hablan con mucha reverencia Sigfrido Blasco y otros diputados valencianos que en *El Pueblo* hacen violentísima campaña contra mí y contra el Gobierno, por la adjudicación de los barcos de la Transmediterránea. Yo hago como que no estoy enterado de sus insultos. En la sesión, no han llegado a aprobar la base tercera del proyecto agrario. Va para largo.

De nuevo en el despacho, llegó Companys, y delante de Carner me contó algo de lo ocurrido en la reunión de los catalanes. «No hablo —dijo Companys— en nombre del grupo, pero creo que no debe usted ignorar lo que pasa».

Los de la Lliga, y los nacionalistas más afectos a Macià, toman actitudes intransigentes y proponen medidas extremas, tal vez la de retirarse del Parlamento. A la Lliga le interesa hacerlo así, para recobrar una bandera en Cataluña. Companys dice que los que son más republicanos que nacionalistas,

como él, se contentarían con una *solución decorosa*. Habla así en nombre de veintiún diputados. El año 18, Cambó le dijo que, si antes del mes de octubre no tenían la autonomía, los capaban; pero luego, creyendo que corría peligro la monarquía, dejó a un lado su programa autonomista y colaboró en el Gobierno. Ahora, nosotros, sus adversarios de siempre, sigue diciendo Companys, podemos encontrarnos en una situación parecida, y que la autonomía, por la complicada madeja en que estamos enredados, ponga en peligro a la República. Cosa que él, Companys, no quiere. Cree necesario que se plantee la cuestión en las Cortes con toda amplitud, que el Gobierno fije su posición, y que cada cual sepa a lo que se expone y cargue con la responsabilidad.

Companys me dice que Guerra del Río le ha contado, *muy en secreto*, que Lerroux, si se encargase ahora del poder, daría el Estatuto por decreto. (¿Hay mayor atrocidad?). ¿Se puede ser más inmoral, oponiéndose como se opone al Estatuto? También Maura le ha dicho que un nuevo Gobierno concedería un Estatuto amplísimo. Y como le objetaran por qué lo combatía, dijo que por el odio que hay contra el Gobierno, y su desgaste.

He venido al ministerio, a última hora, y he firmado los papeles pendientes. Después de cenar, vuelvo al Congreso. Me comunican los comentarios de Ortega a nuestra conversación de ayer: que estoy muy encastillado en mis propósitos; que no veo la política más que de aquí a dos días, pero no de aquí a seis u ocho meses; que él no puede aliarse con los radicales ni con Maura, y que se retirará a sus libros y estudios, porque tampoco puede formar un partido.

A la una y media estaba rendido, envenenado por la fatiga, aburrido de todos, asqueado de necios e intrigantes, con ganas de dejarlos, y que lo arreglen otros. He salido con Ramos a la Cuesta de las Perdices, a tomar el fresco. Más que fresco, hacía frío. Apenas gente. Música de negros, tangos mal bailados. A las dos y media estoy en casa.

8 de julio

Consejo de ministros en la presidencia. Hablamos del asunto de los barcos de la Transmediterránea y de la agitación que se ha producido en Valencia. La Transmediterránea habría de construir dos barcos. Prieto tiró de ellos para los astilleros de Bilbao. La Transmediterránea dijo, por Canals, que no había inconveniente, y se llevó adelante la formalización del compromiso. Al

saberlo en Valencia, Sigfrido Blasco y los de March movieron un alboroto tremendo. La Transmediterránea es de March, y Canals fue, al menos en apariencia, destituido. Han desencadenado una campaña violenta en los periódicos contra mí, que soy diputado por Valencia. He recibido ayer tres telefonemas conminándome a que renuncie al acta. Deben de creer que es de oro. Se imaginan que el Presidente del Consejo debe resolver los asuntos para favorecer a la provincia por donde es diputado. Es inútil intentar convencerles de que no debe ser así, y el hecho de que, en efecto, yo no lo haga, los enfurece.

Valencia padece un ruralismo selvático, agravado por el predominio de los blasquistas.

Los radicales-socialistas de Valencia, y los radicales Manteca y Berlanga, me dicen que no están conformes con lo que hacen sus paisanos. Fernando Valera, por su parte, me asegura que todo aquel ruido es la repercusión del discurso que acabo de hacer en las Cortes, y para *matarle* el éxito. ¿Hay vanidad? En el Consejo no hemos tomado acuerdo, porque hay un recurso de la Transmediterránea, pendiente de resolución en el ministerio de Marina.

He sometido a deliberación del Consejo la situación política general. El Gobierno, he venido a decir, ha hablado por mi boca en la cuestión del Estatuto; mis discursos, antes y después de pronunciados, han sido aprobados por todos los ministros. Dentro de las líneas generales marcadas por mí, se procura una transacción con las oposiciones, no lograda todavía. Los radicales no quieren nada con el Estatuto, sino derribar al Gobierno; prometen dar por decreto la autonomía. Yo tengo un talismán para que cese la oposición de los radicales: consiste en prometer a Lerroux que gobernará en seguida y que yo mismo le abriré la puerta. Pero ese talismán no pienso usarlo, porque tal modo de hacer la política no puede prevalecer en la República, y, por supuesto, es incompatible conmigo.

No puedo admitir que los grupos de la mayoría presenten enmiendas contrarias a lo que el Gobierno dijo. Si la mayoría está resquebrajada, no estoy dispuesto a disimularlo: que se manifieste con votos, y si no tenemos bastantes, a dimitir. Si somos derrotados en el Estatuto, yo no podría apoyar a otro Gobierno que representara distinta política.

Presento a continuación el texto sobre enseñanza. Lo explico detenidamente. Es de transacción. A ella nos llaman todos los días, y no quieren tomar en cuenta lo que vamos transigiendo. Si no es posible llegar a un acuerdo, aprobaremos el artículo con los votos de la mayoría.

Respecto del atasco del trabajo parlamentario, solamente puede hacerse presión para acelerar la ley Agraria, pero no el Estatuto, al que quiero dar toda la calma posible, aunque dure un año. Pido a todos los ministros que opinen sobre lo dicho.

Fernando habla el primero y está de acuerdo conmigo en todo.

Largo Caballero, con sobriedad y seriedad que nos emocionan, me dice:

—Cuando entramos en la conspiración para traer la República, lo hicimos pensando que habría republicanos dispuestos a transformar a España y sus costumbres políticas. Yo tengo que declarar aquí que todos los que están en el Gobierno lo realizan así. Y yo le digo al señor Presidente que mientras presida el Gobierno y mientras esté en la política, continúe haciéndolo como hasta ahora, que nos satisface plenamente.

Prieto, conforme con todo, halla «inmejorable» el texto sobre enseñanza. Insiste en la necesidad de ampliar el número de votos posibles, porque si se aprueba estrictamente por la mayoría, el Gobierno saldrá quebrantadísimo, el Estatuto sin fuerza moral, y no se aplicará, porque no lo consentirá España.

Carner, también conforme. Puede encontrarse en una situación muy difícil, si un día los catalanes votan en contra. («No será la primera vez», le decimos). Espera que no hagan la locura de retirarse del Parlamento.

Prieto cree que sería un desastre que el Gobierno fuera derrotado y cayera por eso.

Encargué a Domingo y a Albornoz que sujeten a su grupo y no presenten los radicales-socialistas enmiendas disparatadas.

Opina Prieto que los radicales-socialistas se dividirán en la votación.

Albornoz cree que solo dos dejarán de votar: Feced y Ruiz de Villa (son los amigos de Sánchez Román).

Domingo me dijo que si le autorizo para intervenir en la discusión, caso de presentarse un momento crítico en que pudiera ser útil. Le contesto que sí (se imagina que está para sus uñas).

Y, por su parte, Albornoz, muy azorado y miedoso, me dice que él se cree relevado de intervenir en la discusión de los artículos sobre Justicia, y que se remitirá a lo que yo diga.

—¡Eso es! —le respondo.

Al acabarse el Consejo, la situación era más despejada.

Por la tarde, en las Cortes, había menos gente que ayer. Quizá por eso la estupidez era menos espesa. En el salón, los agrarios llovían enmiendas y más enmiendas al proyecto de Reforma. Me he reunido con Ramos y Ruiz Funes para rehacer el título segundo del Estatuto. Tal como lo ha dejado la

Comisión es lastimoso. En eso, como en otras cosas, se advierte la incapacidad de sus miembros. Bello no entiende de nada. Por su falta de tino, de saber, y por los discursos que hace, la Comisión puede hacer fracasar el proyecto, y con él toda una política. Redactamos de nuevo el título, cortamos mucho, le damos mejor orden. Se lo entrego después a Jiménez de Asúa, para que lo estudie, y que él con Ruiz Funes lo defiendan ante la Cámara, para evitar el triste espectáculo que da la Comisión.

Nueva reunión con la ponencia de la Comisión de Guerra, y damos los últimos toques al proyecto.

Ya tarde, voy a ver al Presidente, y mientras firma, le entero de cómo está la situación. Bromeando, le cuento la historieta de Maura, sobre el supuesto altercado mío con el Presidente durante el último Consejo. (*Luz* recoge hoy el chisme). Don Niceto ya lo sabía, por Emilio Herrero.

Ha visitado al Presidente Martínez Barrio. Don Niceto le ha hecho ver que al Partido Radical no le conviene encontrarse con este problema atravesado, y que conviene transigir. He sabido después que Martínez Barrio habló al Presidente de las vacaciones parlamentarias. Don Niceto le contestó que eso no podía ser, porque estorbaría la obra del Gobierno, que lo hace muy bien.

Don Niceto se me ofrece para realizar cualquier gestión conciliadora, si lo estimo oportuno, menos con Miguel Maura. Declino la oferta, porque esto ha de resolverse de cara y en las Cortes.

Vuelvo al ministerio, y despacho la firma.

Después de cenar paseo hasta la sierra. Regreso a la una. Me entretengo un rato repasando prensa extranjera, y me voy a acostar menos descorazonado que ayer.

9 de julio

Salgo al despacho un poco tarde.

Recibo al agregado militar de los Estados Unidos, Fletcher, en visita de despedida. Se lleva un libro mío, para el que me pide una dedicatoria, y me recomienda el caso de un compatriota suyo, condenado a doce años por un Consejo de Guerra.

El general Masquelet viene a tratar conmigo de las dificultades que se ofrecen para aplicar la ley del Cuerpo Auxiliar Subalterno.

El coronel Barbero me trae asuntos del Consorcio. El presidente del Supremo me habla de la revisión de los fallos de los tribunales de honor. Y también de su situación personal; hace mil protestas de lealtad. Le digo que

continúe en el cargo hasta que se proceda a elegir nuevo presidente con arreglo a la Constitución.

El general Loriga (de quien he visto en la Quinta del Pardo una fotografía, con una curiosa dedicatoria al príncipe de Asturias) me consulta varios asuntos de la Escuela de Tiro. (Este sujeto es de los que van a salir danzando del ejército).

Otras visitas, de añadidura.

Por la tarde, a primera hora, me trae Ramos los textos nuevos de los artículos del Estatuto.

Después voy al estudio de Vázquez Díaz, y el resto de la tarde lo paso en el ministerio, atareado.

Los radicales-socialistas han presentado una enmienda al artículo de Justicia que reproduce casi la de Ossorio y contradice lo dicho por mí en nombre del Gobierno, no obstante lo que se habló en el Consejo del viernes. Los dos ministros radicales-socialistas no pintan nada en su partido ni les hacen caso. Así hay que estar, manejando a una turba de inconscientes y pedantes, frente a una turba de ambiciosos.

Ahora sale el señor Ortega (*Luz*) con que frente al *problema catalán* hay el *problema anticatalán*. A lo mejor cree que esto es un gran pensamiento.

Han llegado de Bilbao los *materiales* para los portugueses. Falta resolver la cuestión del dinero.

11 de julio

Ayer, domingo, me estuve mañana y tarde en el despacho, resolviendo todos los asuntos atrasados. Lo mismo hice el sábado por la noche. A última hora de la tarde salí con Lola y Cipriano y fuimos a Navacerrada. Llegamos ya de noche. No había nadie. Dentro del hotel, en el comedor, una familia aburrida oía una gramola.

Por la noche, me meto otra vez en el despacho, hasta las dos y media. He dejado la mesa limpia de papeles y todo en orden. Leí un paquete de documentos sobre los ascensos por méritos de guerra, donde hay cartas originales y telegramas de Primo de Rivera muy curiosos.

Hoy, después de despachar con el subsecretario, he recibido a Echevarrieta, para tratar del asunto de los portugueses, y de los medios de conseguir que Bernardino Machado se marche, *por las buenas*, de Vigo, y no nos cree dificultades.

Zulueta me habla desde San Sebastián, y Herbette me visita, porque hace un año que presentó sus credenciales. Finísimo y entrometido.

Conferencia con el fiscal del Supremo, sobre la jurisdicción que ha de entender en la causa del general Orgaz. Conviene que sea la ordinaria, y el fiscal cree que puede ser. No veo yo a un Consejo de Guerra de generales juzgando a su compañero Orgaz por este delito.

Y toda esta serie:

El delegado del Gobierno en la Transmediterránea, sobre la cuestión planteada en Valencia.

El general Pozas Perea, hombre simpático, que me habla del asunto del Colegio de Huérfanos de Valladolid, agravado por la brutalidad del general Fernández Pérez. Se le ha ocurrido la aviesa idea de imprimir una hoja y repartirla a la oficialidad de Caballería, buscando hacer de esta historia una «cuestión de arma». Le digo a Pozas que voy a destituir al consejo de administración, anularé sus decisiones, repondré al anterior y se reformarán los estatutos.

El teniente coronel Azpiazu, a interesarse porque se resuelva pronto lo que ha de hacerse con los militares que eran ferroviarios. Lo resolví anoche, precisamente.

Otro ingeniero militar, Meneque, que era director del Observatorio Meteorológico, y que por enojos y diferencias con Honorato Castro, ha tenido que dejar el puesto. Me suelta un discurso de media hora, sin respirar, y acaba pidiéndome un destino en el Centro de Transmisiones.

Pedro Sabau, antiguo oficial de la subsecretaría de Gracia y Justicia, después director general de Registros, y por tanto jefe mío, viene a pedirme una plaza de magistrado en el Tribunal Supremo.

Otro teniente coronel de Ingenieros, que ha inventado un tipo de puente.

Sicardo, agregado militar en Roma.

Varios pedigüeños, entre ellos un loco muy divertido.

Y nada más, por la mañana.

En la prensa de esta noche leo el discurso de Lerroux en Zaragoza. He pegado un respingo. El discurso es una mala acción, un disparate político, y una amenaza grave. Insulta a los socialistas, ahonda las diferencias entre los republicanos, llama a los monárquicos (Alba y Melquíades ya en el horizonte), y hace suya la causa de los generales descontentos y de los curas. Enterado del complot militar, conmina al Gobierno para que se vaya a cambiar de política, con esa amenaza. ¡Escandaloso! ¿Por qué está enterado Lerroux de los manejos de los militares, quién y para qué se los ha contado,

qué esperan de él? Es inconcebible que Lerroux le diga al Gobierno: «¡Márchate, porque si no, se sublevarán!». Conociendo al personaje, se adivina que al hablarle de ello algún alto militar, ha dicho: «Esperen, no hagan nada: yo me encargo de ahuyentar al Gobierno». En las palabras de Lerroux hay la misma inspiración que en las de Goded. (Goded, al cesar en su destino del Estado Mayor Central, envió recado al depósito de remonta para que le tengan reservado *durante un mes* el mismo caballo; contaba, o cuenta, con volver a usarlo dentro de ese plazo). Ha maltratado a Albornoz por lo de la Confederación del Ebro, y arremete contra mí por una política que él aprobó con entusiasmo cuando estaba en el Gobierno. Y como no está enterado de nada ni conoce de qué habla, se le ha ocurrido prometer a Zaragoza que, cuando gobierne, reinstalará la Academia General Militar con el *general Franco a la cabeza*, y dejando entrever que yo sería también ministro de la Guerra, asegura que me haría rectificar. Todo eso para hacerse aplaudir al final de un mitin que fracasaba. Todo esto es grave, y triste, y desalentador. ¡Este es el porvenir de la República! Como en los peores tiempos de la monarquía, Lerroux «apela al poder moderador» para que cambie la política. Es un desastre.

12 de julio

Me han despertado a las ocho y media porque tenía que acompañar al Presidente en su viaje a Toledo. Había dormido muy poco, tres horas. Me desvelé pensando en la atrocidad de Lerroux en Zaragoza, y como en estos insomnios preocupados, la imaginación me concreta y materializa excesivamente las cosas, he tenido danzando ante los ojos toda la noche a la Academia General Militar… Objeto que representa mi disgusto, porque en él se marca el principio del desmoronamiento de todos mis trabajos. Creo que por primera vez me ha desvelado una contrariedad de esta índole. Si lo dijera, la gente se asombraría, pensando que doy demasiada importancia al caso, y para desvanecer su asombro tendría que explicarles todo lo que hay de peligroso, de amenazador para la República en la marcha que sigue Lerroux.

He encontrado en *El Sol* un artículo muy vivo contra Lerroux, en el que revuelven de nuevo la cuestión del *poder moderador*. Cada vez que amigos o adversarios tocan este tema, me echo a temblar, porque hace falta mucho tino y finura, que pocos tienen, para ir diseñando lo que han de ser los poderes presidenciales, y tanto se peca por carta de más como por carta de menos.

Salimos para Toledo. Mucho sol, pero no demasiado calor. Recepción oficial. Visitamos la Escuela de Gimnasia. Moscardó y Villalba nos hacen presenciar varios ejercicios, terrestres y acuáticos. Después, a la Academia. Honores, músicas, bayonetas, desfiles. Discurso de Gámir. Discurso del Presidente. Reparto de los despachos a los nuevos oficiales. Fatigosa visita al museo, una vez más. Banquete. Terrible calor en el local.

El Presidente, en un aparte, me habla de los rumores de una militarada que llegan hasta él. El Presidente dice que tales rumores pueden ser sondeos, para explorar su ánimo. Ya ha repetido otras veces que si hicieran alguna locura la harían contra él, que no podría aprobar ni convalidar nada de eso.

Hablando de otra cosa le digo que después del discurso de Lerroux y sus apelaciones al «poder moderador», no le planteo oficialmente la cuestión de confianza, por no echar contra el Presidente mismo la corriente que sigue a Lerroux; pero que estoy a su disposición.

—De eso, ni hablar —responde—. El Gobierno y las Cortes tienen un programa que cumplir.

Terminando la comida, se cayó un jarrón con flores que estaba en la mesa presidencial:

—Es un símbolo de la inestabilidad del Gobierno —dije yo, riendo.

—Pero ya ve usted —contestó el Presidente— que lo han vuelto a poner en pie.

A las tres emprendí el regreso. Me asaltó una neuralgia terrible. Llegué al Congreso cerca de las cuatro. Me metí en el despacho y no he salido de él en toda la tarde, acobardado por el dolor de cabeza. Jiménez de Asúa llegó con las notas que le di, revisadas.

Fueron entrando ministros, y todos hablaban de lo mismo: del discurso de Lerroux.

Largo está indignado, con razón. Opina que los socialistas llegarán a ponerle un veto a Lerroux y a desenmascararlo. Habrá de hacerse una política más rigurosamente «izquierdista», y los socialistas tendrán que salir de la política gubernamental para adoptar una política puramente obrerista, porque el porvenir lerrouxista será una decepción, y, probablemente, la monarquía.

Fernando me dice que siempre ha creído que la República tendrá que pasar por una etapa de dictadura, y que el concepto de libertad, sobre todo aplicado a la prensa, «lo tiene sometido a revisión». Le parece intolerable que el capitalismo, sin responsabilidad, forme la oposición a través de los periódicos, y que el Gobierno esté forzado a vivir de ella.

Marcelino se ríe mucho de lo que dice anoche *El Heraldo*: que él será persona destacadísima en la situación Lerroux. Opina Domingo que Lerroux ha sido siempre la perturbación de los partidos republicanos catalanes, y ahora es la perturbación de la República.

Refiere Domingo una anécdota de los tiempos de la Alianza Republicana: en víspera de la «sanjuanada», Lerroux llamó a Domingo para pedirle que firmase en un documento de crédito con el fin de obtener, de unos rusos residentes en París, dinero para la revolución. Lerroux dijo que para la operación de crédito, él aportaría algo: unas fincas de Larache, adquiridas de esta manera: Lerroux anduvo en tratos con Muley Hafid, sirviéndole de mediador en préstamos bancarios. Hafid tenía un grueso brillante, que dejaba en prenda. Una vez, el préstamo se lo hizo el propio Lerroux, reteniendo en garantía el brillante. Hafid no pudo reembolsarle todo el préstamo, y para recuperar la joya, dio a Lerroux unas tierras importantes en Larache. La transmisión no pudo formalizarse notarialmente, porque sobrevino la dictadura, pero Lerroux tiene títulos privados, se creía dueño de medio Larache. «Comprenderá usted ahora —le dijo Lerroux a Marcelino, al final de esta historia— por qué yo no soy abandonista».

Domingo, asustado, se negó a firmar el documento. Cuentan, además, que ayer le han protestado dos letras a Lerroux; una de 70 000 pesetas, o cosa así, y otra de 7500. El diputado radical Cámara ha llevado el dinero al prestamista para pagar esta última. Sánchez Román ha dicho hoy, delante de varias personas, que March le ha dado a Lerroux 63 000 pesetas para pagar.

Por su parte, Carner cree que lo hecho por Lerroux en Zaragoza obedece a presión de March, que sigue en la cárcel, y probablemente le apremia para que lo salve.

Prieto ha tenido en su mano unos documentos comprometedores para Lerroux. Es un contrato para alcanzar del ministerio de Hacienda un nombramiento de recaudador de contribuciones de la provincia de Cáceres. El aspirante dio a Lerroux 125 000 pesetas, a cuenta por su gestión. Era en tiempo de la dictadura. Calvo Sotelo no hizo, por fin, el nombramiento, y el aspirante no ha recobrado sus pesetas. Quería que lo llamasen a declarar ante la Comisión de Responsabilidades. Prieto ha rechazado los documentos. Deben de ser los mismos que ha visto Maura.

Casares estaba divertidísimo con lo que ocurre, y hacía muchos chistes. Yo estoy contristado. Este aventurero de Lerroux, aprovechando las malas pasiones de la gente, puede dejarme con mi obra a medio hacer y destruirla fácilmente. Sería cosa de abandonar la política.

El Presidente de la República está un poco preocupado con que empiecen a traerlo y llevarlo en las discusiones. También a mí me parece muy mal. El toque está en que él no dé motivo para que lo traigan y lo lleven. Al leer el discurso de Lerroux, don Niceto ha dicho delante de Emilio Herrero: «Creerá que soy tan tonto que voy a sacarle las castañas del fuego».

He venido al ministerio para aislarme más y estar en reposo. *Luz* trae un artículo muy desagradable. Persiste en llamar oficioso a *El Sol* y a su artículo de esta mañana. Toma en cuenta la petición de Lerroux, y solo discrepa en creerla prematura. Encuentra bien la apelación al jefe del Estado. Después censura a Lerroux por sus dos mayores dislates.

La Nación dice que, probablemente, el artículo de *El Sol* lo he escrito yo mismo.

He vuelto al Congreso, donde se ha reunido el Consejo de ministros, a las once. Me duraba la espantosa neuralgia que tengo desde las tres… En Consejo se aprueba la resolución del asunto de los militares ferroviarios. Han estimado también conveniente que la causa de Orgaz vaya al Jurado. Resolvemos lo de la participación de España en el empréstito austríaco, y tratamos una vez más de la devolución de los bienes privados de la reina.

Se acuerdan los términos de una orden general para la confección del Presupuesto, y pasamos al Estatuto.

Leo la nota sobre el servicio de Orden público confeccionada por Anguera de Sojo y Esplá. Se hacen observaciones, que recojo, para rehacerla. Después, la nota sobre Justicia. Larga discusión sobre lo que es *privativo* en la legislación civil y sobre los tribunales civiles.

Carner dice que sin jueces no hay autonomía; que lo de enseñanza no tiene la importancia que se le da (antes pensaba otra cosa); que restando tanto, la autonomía podrá envolverse en una hoja de pino. Las otras facultades están en la ley provincial. De todos modos, él llevará lo que se acuerde al grupo catalán, y seguirá trabajando «dentro del tubo en que estamos metidos, para salir de él» (esto lo repite muy a menudo). Convinimos en que unos delegados de los grupos de la mayoría estudien el título que se agrega, para estar de acuerdo antes de que se discuta en el salón.

13 de julio

Hoy hemos ido a Segovia, para una ceremonia igual a la de ayer en Toledo. Por el camino, Pedro Romero me cuenta su viaje por algunos centros militares del extranjero. Llegamos, trompetas, generales, golpe de artilleros.

Después el Presidente. La ceremonia ha tenido lugar en el patio de la Academia. El coronel director echa un discurso confeccionado con literatura de periódicos. Contesta el Presidente, y alude a su papel constitucional, recogiendo discretamente lo que estos días han dicho Lerroux y algunos periódicos. Asistimos a un descubrimiento de lápida. El general Angosto, que está como una pavesa, lee un discurso que me había consultado previamente. Donde dice «lápidas», Angosto lee «lámparas». Le contesta el coronel director; recita un nuevo discurso, se le olvida, se corta, y prefiere darlo por terminado. Seguidamente, visita a la Academia, banquete y retorno.

En Madrid, me hacen ir por compromiso a la corrida de toros de la prensa. Muy mala. En la puerta de la plaza me tropiezo con Lerroux. Nos saludamos muy finos, y caemos en palcos contiguos. En un intermedio, unos espectadores inician un aplauso a Lerroux, que no es secundado. En el mismo palco está Sigfrido Blasco, que me habla de los barcos de Valencia.

Después de los toros, a las Cortes. Me dicen que los radicales quieren obligar a Lerroux a plantear la cuestión, y añade Fabra Ribas que algunos radicales no están conformes con lo que ha hecho su jefe. Serán muy pocos, si hay alguno. Claro, los idiotas están ya forjando Ministerios nuevos.

En el salón discutían la ley Agraria. Poca gente. Eloy Vázquez echaba un discurso huero y *severo*. Calot, muy fino, se me acerca, diciéndome que para su partido soy un *futuro*, y me ruega que aparezca trabajando por Valencia en lo de los barcos.

En el banco azul, Fernando me participa un propósito de Domingo, manifiestamente absurdo, pero que lo retrata. Allí estaba Domingo y le llamé a capítulo. Pretendía hablar con Moles para que este, a su vez, hable con Macià y le convenza de que deben renunciar por ahora al Estatuto, para no crear dificultades a la República, confiando en que más adelante, y como existe una Constitución autonomista, se aprobaría el Estatuto. (Así es Domingo: ante la dificultad, salir huyendo; no dirigir, no gobernar; mantenerse a capricho de lo fácil, es decir, de la inutilidad, del fracaso. ¡Y Domingo pretende realizar la Reforma Agraria, mil veces más difícil que el Estatuto!). Le digo a Domingo que retirar el Estatuto sería la derrota de nuestra política y el fracaso rotundo del Gobierno. Si yo he tomado esta cuestión como cosa mía y estoy resuelto a que se vote el Estatuto, no es porque lo pida Macià, sino porque creo que tenemos la ocasión y los medios de dar al problema catalán un giro favorable. Si lo retirásemos, tendría Royo razón para decir que hay Estatuto cuando quiere Macià, y cuando no lo quiere, no lo hay. Que si la República no va a hacer sino las cosas que no le

susciten dificultades, menguada República; para existir la República tiene que jugarse la existencia. Que yo estoy decidido a sacar el asunto adelante y las dificultades me estimulan. El esfuerzo que habrían de hacer los catalanes para renunciar ahora al Estatuto, estará mejor empleado en someterse a las miras del Gobierno y ayudarlo.

Domingo se ha convencido.

Al salir del salón me abordan Lluhí, Xirau, y luego Companys, que desean hablarme de la situación. No pueden aceptar un Estatuto tan recortado que el pueblo catalán lo desautorice; en caso tal, se extendería el separatismo. Creen que si hay ambiente contra el Estatuto es porque el pueblo republicano está descontento de la República; no se hace política de «izquierdas». Debería yo ahora salir del Gobierno llevándome esa bandera, y en dos meses se hundiría la situación Lerroux. Comprenden que mi situación es muy difícil. Si yo soy el único hombre de izquierda de la República, no debo consentir que las Cortes y el Gobierno se dejen guiar por las derechas. Las mismas Cortes que votaron la Constitución autonomista van a negarse a ponerla en práctica; etcétera, etcétera. Han citado para esta noche a Domingo y a Carner.

A estos señores les pasa lo que a Domingo: están desalentados, y me proponen una retirada. Les he contestado que las Cortes no se niegan a poner en práctica la Constitución autonomista, como lo irán viendo; que no están dirigidas por las derechas, ni el ambiente contra el Estatuto proviene de que la opinión republicana esté desengañada de la República; yo no sé si está o no desengañada, pero si lo está, es evidente que la oposición al Estatuto es más fuerte en los grupos más apartados de la República.

Creo que el pueblo catalán recibirá bien el Estatuto que voten las Cortes. De todos modos, yo no me voy del Gobierno para llevarme una bandera; eso sería una frivolidad impropia de la situación en que está España, e impropia de mí, que he tomado la política completamente en serio. Espero que no se desanimen, y si se desaniman, que se guarden su desánimo y me dejen hacer. Yo tengo bastante con vencer la resistencia de los adversarios del Gobierno, que por oponérsele, se oponen al Estatuto.

(Las gentes se embarullan, se aturullan, piensan mil disparates por minuto, y por la impresión de un momento, pierden de vista lo principal).

15 de julio

La sesión de ayer se esperaba con mucha ansiedad. Creíase que el bárbaro discurso de Lerroux en Zaragoza movería gran debate en las Cortes. Todos se

preguntan el porqué del discurso y nadie lo acierta. Lo atribuyen a influjo de March, que patea en la cárcel; a apuros de dinero; a impaciencia de los *leales*, a los que desea contentar; a que el discurso en la plaza de toros le salía mal, no gustaba a los matracos, y para hacerse aplaudir soltó cuatro disparates. (Pero yo creo que es más grave el motivo). Habló con el espíritu de Marraco, contra quien hay un asunto muy feo, que lleva el abogado Martínez de la Fuente, y del que pueden resultar responsabilidades para Marraco en la gestión de la Hidrográfica del Ebro.

Las Cortes estaban llenas. Los radicales habían hecho venir a todos los suyos, incluso a diputados que nunca aparecen por aquí. Los demás partidos hicieron lo mismo. Antes de la sesión estuve hablando con Domingo y Carner, que, la víspera, por la noche, se habían reunido con el grupo catalán hasta las cuatro de la madrugada. Me dieron cuenta de lo tratado en la reunión. Los catalanes se quejan de que no se cuenta con ellos para redactar de nuevo los artículos del Estatuto, y los conocen por la prensa. También temen que aprobada la ley Agraria, se suspendan las sesiones o se descomponga el Gobierno y perezca el Estatuto. En el grupo catalán hay una minoría de seis u ocho intransigentes, que quieren tomar actitudes violentas, como marcharse de las Cortes, etcétera. Los otros, no.

Les digo que, mientras los nuevos textos se elaboran en el Gobierno o en relación directa del Gobierno con la Comisión, no tengo por qué consultarlos con nadie. Establecidos en principio los artículos, se va a formar una delegación con representantes de los grupos de la mayoría, para llegar a un acuerdo en lo de enseñanza, justicia y orden público, y de ellas formarán parte los catalanes, como es natural.

Carner teme que le pongan en una situación difícil, de la que pudiera resultar una complicación para mí. Le contesto que eso es posible, pero que lo piensen antes, porque si él se fuera del Gobierno nos iríamos todos.

Domingo cree que serán transigentes. Yo les aconsejo que digan al grupo catalán que tome un partido resueltamente; si piensan retirarse, que lo digan y lo hagan cuanto antes; de otro modo, que se contenten con votar en contra o abstenerse cuando los artículos no les parezcan buenos.

Mi discurso será siempre un programa. Espero que la autonomía que ahora se dé no fracase, porque la experiencia amaestrará a todos. Los estorbos legales que pretendían poner a la revisión del Estatuto eran en defensa del primitivo proyecto. Esos estorbos ya no tienen razón de ser, y no poniendo obstáculos a la revisión normal del Estatuto, se elimina ahora otra dificultad.

Como ayer era el aniversario de la apertura de Cortes, Besteiro iba a decir unas palabras, y me envió recado para que yo también hablase. Estaba yo tan absorto en el asunto principal, que me excusé de ir. Quise que hablara Albornoz, pero rehusó, diciendo que si «su significación», que si tal o cual… (Esto de la «significación» de Albornoz es uno de los duendes de la República). En estas llegó Zulueta y le transmití el encargo. Se resistía, pero insistí. Carner añadió «que me librasen de algún trabajo». Entonces se resignó, fue al salón, y continuamos la conversación.

Cuando terminamos y me encaminé a la sesión, ya se habían dicho las palabras de ceremonia. A Besteiro le aplaudieron todos; a Zulueta, todos, menos los radicales.

Los asientos del salón estaban ocupados hasta el último; solo el mío estaba vacante. Cuando llegué, proseguía la discusión del Estatuto. Royo habló para *explicar su voto*, y nos aludió a Lerroux y a mí. Pareció generalmente convenido con Lerroux, pero no era así, como se vio luego. Pidió la palabra Lerroux y yo apresté un lápiz y un *block* para tomar notas, lo que nunca hago. Jamás me he sentado en el banco azul sin saber menos lo que iba a pasar ni lo que iba yo a decir. No llevaba nada pensado. Lerroux se salió de la suerte, diciendo que no le hacía el juego a la derecha; que allí solo se hablaba del Estatuto, pero no del problema político general, que se plantearía cuando él quisiera. Sin el discurso de Zaragoza, lo que dijo ayer Lerroux estaría bien; pero después del discurso, es una huida, y una actitud aviesa, porque despotrica donde no tiene contradictor y, en las Cortes, donde le pondría colorado, se calla. Comprendí que no iba a pasar nada; guardé lápiz y cuartillas. El chasco de los espectadores, enorme.

Después se votó una enmienda. La mayoría se levantó como una masa: 235 diputados; con exceso sobre la mayoría absoluta de las Cortes. Palanco hizo: «¡uuuuuh…!». Tuvimos más de cien votos de mayoría. La demostración fue imponente. Creían o esperaban que solo tendríamos de mayoría los votos de los catalanes. No sé por qué. Es una obsesión.

Después se discutieron otras enmiendas. Una de Sánchez Román. La Comisión estuvo desatinada y desorientada y no sabían qué hacer. Sánchez Román tenía razón en parte, y aconsejé a Bello que lo estudiaran y transigieran. Se suspendió la sesión. Deliberaron. No se pusieron de acuerdo y volvieron al salón con la disconformidad de los catalanes de la Comisión, dispuestos a votar en contra. Se levantó la sesión, y le gritaron a Martínez de Velasco, porque se imaginaban que lo hacía para entorpecer. Fue orden de Besteiro a su sustituto.

Hoy, viernes, he llegado tarde al Consejo de ministros. Les digo que estoy mal de salud, y no miento, porque me encuentro muy derruido por dentro. Antes de llegar yo, Casares dijo:

—El Presidente va perdiendo el buen humor.

—No puede perder lo que no tiene —repuso Prieto.

(Se engaña, y me conoce mal).

En el Consejo me entero de que los socialistas han publicado un manifiesto. Anoche, en Guerra, me dijeron algo por teléfono. Lo he leído después del Consejo. Es violentísimo. Continúa en la flor de aludir al Presidente de la República. Más valdría que lo hubiesen pensado mejor, redactándolo con menos violencia. Esto será una dificultad nueva, creada por otro, como tantas. Yo no me he creado ninguna.

Al despachar con el Presidente, me ha dicho: «Mejor sería que no lo hubiesen publicado».

Por la tarde, en las Cortes, no he entrado en el salón de sesiones. Sigue la discusión de la ley Agraria. Recibo a unas comisiones de Valencia y converso con los delegados de la mayoría para los nuevos textos del Estatuto.

Me dice Cacho que se habla de un manifiesto militar, de la probable retirada de los radicales, y que hasta mi enfermedad parece *política*.

Hoy me ha llegado un «Simancas» que deja probado un chanchullo de Lerroux en tiempos de la dictadura (1927). Trabajo me ha costado ir convenciéndome de que este hombre es un filibustero. Por la noche, en Guerra, fotografiamos los documentos. Por esta causa, se me hace tarde.

16 de julio

Estoy aún muy fatigado. He tenido un largo despacho con el subsecretario. Las tardanzas burocráticas me encocoran. No basta la reorganización de los servicios del ministerio que hice el año pasado; hay que meter más el bisturí, para aligerar este armatoste.

Hoy ha venido a resolución el expediente de los cuarteles nuevos. ¿Cuánta gente ha opinado en él? Incalculable. También lo de las ametralladoras. Y me faltan aún los presupuestos del Consorcio.

El general Sánchez Ocaña me trae noticias de su división. El coronel de Jaca ha hecho una tontería y se le destituye.

El coronel López Gómez, con asuntos del Consorcio. Tratamos largamente. Quiero poner en marcha despejada los establecimientos, que

antes eran un asilo de burócratas y un despilfarro sin provecho.

Después, Barcia, para terminar el asunto del empréstito marroquí. El barullo caprichoso de los planes de obras públicas que había en la Zona hay que acabarlo. Trabajo cuesta poner las cosas en claro. Cada alto comisario hacía lo que se le antojaba. Se han emprendido obras innecesarias o inútiles, y está sin terminar la carretera central, las vías de penetración, y no se ha hecho nada en el campo. A continuación de Barcia, recibí precisamente al alto comisario. Hablamos mucho tiempo. Me encamino a puntualizar las obras que podrán pagarse con el empréstito. Observo que López Ferrer esquiva los datos exactos y se muestra huidizo ante mis preguntas. Le ordeno que me envíe a la presidencia la relación escrita de las obras en curso y de los proyectos para concluir la carretera, y que no se dé un paso más ni se gaste una peseta del empréstito mientras no apruebe el Gobierno lo que vaya a ejecutarse. El comisario está picado porque pensamos que Aguirre de Cárcer vaya a Rabat a iniciar unas conversaciones con los franceses.

He tenido aún otras visitas.

Por la tarde voy al estudio de Vázquez Díaz. Después, despacho con Masquelet.

Zulueta me habla desde San Sebastián sobre el reconocimiento del Gobierno de Chile.

Viene Luis Bello, y nos ponemos a trabajar sobre el Estatuto.

Lerroux me *agredió* ayer en un discurso que echó a los valencianos en el banquete del Círculo. ¿Qué le habré hecho a don Ale?

Recibo una carta de Herbette, a cuya invitación de anoche y de hoy no he ido. Me envía un librote sobre El Escorial.

17 de julio

Me levanto tarde, y mal descansado. Hace días que no me encuentro bien, ni *en forma*.

Anoche, después de cenar, fuimos con los matrimonios Ramos y Cipriano hasta Alcalá. Estuvimos paseando por El Chorrillo, que ha perdido su antiguo misterio desde que el concejal *Barula* descuajó los álamos centenarios y los sustituyó con pinos. Noche muy fresca, luminosa. Silencio alcalaíno. Voces lejanas, en el campo. Unos bárbaros bebían y cantaban en el ventorro, oyendo un organillo. El cielo sobre el Viso estaba azul, transparente, con suavidades de aurora y nubecillas blancas. Luna.

Hoy ha venido Fernando, a las doce y media, a tratar de la situación creada por el manifiesto socialista. Ni él ni Prieto conocían la existencia del documento. *Opina* Fernando que las ideas capitales del manifiesto son de Largo.

El viernes por la tarde se reunió el grupo parlamentario socialista y acordó que en el debate político hablase Saborit en nombre del partido, y que puedan hablar también sus ministros. A estos no les parecía bien la designación, porque Saborit es contrario a la participación; no añaden que su conducta fue muy discutida cuando abortó la huelga de 14 de diciembre de 1930, y se le acusó de traición. De todos modos, su posición en el debate sería falsa. Ayer se reunieron los tres ministros socialistas y acordaron que hablase uno de ellos, Prieto, y han conseguido que no hable Saborit. Designan a Prieto, porque es más ágil polemista que Largo y porque los radicales le odian menos. Fernando dice que a Largo se lo come el Parlamento, pero que si le pusieran en una polémica violenta, se lanzaría a fondo y emplearía todas las armas.

Le digo a Fernando que el manifiesto socialista nos coloca en peor situación para la polémica; antes, era invulnerable; ahora, mucho menos, por los excesos de lenguaje cometidos. Pienso salirme del caso porque, como Presidente del Gobierno, no dirijo la política peculiar de cada uno de los partidos de la coalición, y negar todo alcance a los calificativos del manifiesto.

Fernando cree, igual que otros, que en general el manifiesto ha caído muy bien, como cosa que estaba haciendo falta. Marañón le asegura que el manifiesto es lo mejor que ha hecho el Partido Socialista. Ortega ha pensado publicar en *Luz* un artículo violentísimo contra los socialistas, y tomar pretexto de eso para retirarse del Parlamento. Lo ha reflexionado, y ya no lo publica.

Cree conveniente Fernando la fusión de Acción Republicana, radicales-socialistas y la Orga. Domingo está conforme. El estorbo es Albornoz.

—Lo que pasa ahora —le digo—, es consecuencia de la falta de información y de penetración que presidió en la formación de grupos y grupitos.

Reconoce que se equivocó respecto de Ortega; reconoce también que le cabe alguna responsabilidad en la innecesaria formación del grupo de Ortega. Le proporcionó siete actas.

Largo quiere ver el «Simancas»; me temo que lo lance en la polémica o que nos cree una situación pavorosa en las Cortes. Lo mejor sería que yo lo

guardase.

Esta tarde hemos ido con Cipriano al Paular, donde están mis sobrinitos, sumergidos en aquella umbría verde y triste. Mal tiempo. En El Paular empieza a llover. Volvemos por el Puerto de los Cotos y Navacerrada. Recios chaparrones, densas brumas sobre los pinares. La falda de Peñalara, verdinegra y vellosa. Temple invernizo, a 17 de julio. Pasado Navacerrada, aclara la tarde. Prodigiosos violetas y rosas en los montes del Escorial. El aire serrano me tonifica. Pero esta noche, en mi despacho, cuando hago este apunte, estoy profundamente triste. Me enternece la dulzura del pobre Nanón[51], y desvío, de las tareas que recomienzan mañana, la atención fatigada. Verdaderamente, no hago nada por salvar la salud, y lo paga el humor, que se deprime.

Me cuesta trabajo dejar de ser un hombre para convertirme en un personaje histórico.

20 de julio

Estos días no he tomado apuntes de las cosas políticas, no obstante la gran tensión en que hemos estado, o quizá por eso mismo. Llegaba aquí, y tenía una pereza invencible para extraer este cuaderno y escribir unas líneas. En el esfuerzo cotidiano, sostenido en silencio, con paciencia, estallan de vez en cuando estas tormentas parlamentarias que, en cierto modo, me descargan los nervios, y cuando las he vencido me confortan y alientan. Pero en el fondo, aunque victorioso, estoy un poco apesadumbrado, porque veo muchas torpezas, mucha mezquindad, y ningunos hombres con capacidad y grandeza bastantes para poder confiar en ellos. Cuando todo esté cumplido, y en el cumplimiento hayamos gastado nuestra fuerza, ¿qué va a pasar aquí? ¿Tendremos que resignarnos a que España caiga en una política tabernaria, incompetente, de amigachos, de codicia y botín, sin ninguna idea alta? Es desolador.

El debate político ya no tenía interés después del gran triunfo de Prieto. El choque ha determinado un nuevo hundimiento de Lerroux, que llegó a decir *que suscribía el manifiesto*. ¿Entonces, qué? La chabacanería de Lerroux pocas veces ha llegado a tanto. Examinó la hipótesis de mi fallecimiento (¿en virtud de qué *complejo*?); citó ¡a Roque Barcia! (¡Oh manes del republicanismo *histórico*!), y dijo otra porción de simplezas. Así es él de

ordinario. Quienes le hemos tratado, sabemos cuánto hay de falso en su apariencia solemne.

Ayer habló del Gólgota a que ha subido o va a subir. Un diputado radical, Manteca, me dijo que eso iba para mí, «como una súplica para que no le saquemos a relucir los trapos sucios». (Tranquilícese: he devuelto el «Simancas»).

Maura se empeñaba en hablar al día siguiente, con una sesión para él solo, como los *divos*. No lo consiguió, y obtuvo una suspensión. Hizo un discurso más jaque y desbaratado que nunca.

Mi respuesta ha sido un poco larga[52]. Como no tomo notas, tengo que esforzar la memoria para recoger lo que han dicho. Y no tomo notas, porque quitan espontaneidad, frescura y agilidad a las réplicas. Maura se impacientaba y se enfadó.

El éxito del debate ha sido: un fracaso de Lerroux, cuyo discurso ha producido un efecto desastroso, y estrecharse los lazos de la mayoría.

21 de julio

Hemos tenido Consejo en Palacio, sin ningún asunto político importante de que tratar. Zulueta ha llevado lo del pacto de confianza francoinglés… ¿Nos adherimos? Sí; nos adherimos con la mejor voluntad. Un papel más.

Hablando de la situación parlamentaria, el Presidente dice que no hay sino seguir adelante y aprobar las leyes pendientes, con ánimos de transigencia. Luego, importará mucho la ley de Orden Público y la Electoral.

A primera hora de la tarde ha venido Luis Bello. Seguimos con los asuntos del Estatuto. El nuevo texto que presentan los catalanes, modificando el que habían presentado antes, lo rechaza la Comisión.

En las Cortes, me he reunido con Carner, Hurtado, los Xirau, Domingo, Prieto, Fernando. Difícil discusión sobre si es o no es constitucional la adición catalana sobre la expedición de títulos académicos. En el curso de la conversación los dos Xirau dicen que ellos no son catalanistas. Interviene Hurtado, sin duda con buena intención conciliadora, pero como sobre este señor parece pesar el sino de cometer indiscreciones y acumular *gaffes*, pronuncia una especie de discurso, en el que después de citar a Vandervelde, se le ocurre decir que mis colaboradores «me dejan solo». Naturalmente, Fernando se enojó, con razón, y al poco rato se marchó. Lo mismo hizo Prieto.

Laboriosamente, fui haciéndoles aceptar un texto nuevo. Mientras tanto en el salón discutían enmiendas y más enmiendas. Fui allá, hablé con Besteiro, y convinimos en suspender la discusión al llegar a la enmienda de Campalans, que, tal como están las cosas, podría provocar una ruptura.

Estuve un momento en el banco azul. Fernando parecía muy picado. Hubo una votación contra una enmienda de Lara, radical.

Volví al despacho. Repetí una vez más que no podía continuar los trabajos si alguien insinuaba la posibilidad de una retirada del Parlamento en caso de no salirse con la suya. Si alguien piensa en eso que lo diga y lo haga desde ahora. Si no, continuaríamos tranquilamente.

La tarea ha sido larguísima. Después empezaron a hablar del servicio de archivos, y a discutir vivamente sobre quién debería encargarse de ellos. Les dije que si, después de las cosas difíciles examinadas, armaban gresca por los archivos, lo mejor sería quemarlos. (Estas salidas me son a veces muy útiles para restituir el buen sentido).

Terminó la reunión. Estas cosas debía hacerlas Bello. He regresado al ministerio, molido de cansancio. Estoy, como si dijéramos, alcanzado. No me repongo bastante de un día para otro.

Después de cenar he ido al Escorial. Noche de luna. Silencio. Fresco. Paz. Me habría estado allí toda la noche. Algunos de mis acompañantes me dicen que hay rumores de disidencia radical, y hasta se habla de la *destitución* de Lerroux. Yo me río.

22 de julio

Consejo de ministros en la presidencia. He hecho una amplia exposición del estado del material del ejército y de la necesidad de comenzar a adquirirlo. Por el pronto, aprovecharé las economías hechas en haberes y ganado para las primeras compras. A todo lo que he dicho sobre esta cuestión, Largo ha asentido expresamente.

Después de hablar de algunos asuntos sin importancia, tratamos del Estatuto. Leo el artículo sobre enseñanza, tal como lo he corregido ayer, en la penosa discusión con Hurtado, los Xirau, etcétera.

Prieto no se ha enterado aún del fondo del asunto, y con la desconfianza que tiene para esta cuestión, lo combate. Con mucha paciencia consigo demostrarle que el texto está bien, y lo convenzo. Acaba diciéndome que no tiene nada que oponer. Carner se lleva el proyecto de artículo para que lo conozca el grupo catalán.

Al salir del Consejo me tropiezo con el general Ruiz Trillo y con el presidente de la Diputación de Córdoba, que me aguardaban para hablar de la adquisición del campo de instrucción de Cerro Muriano. El asunto va bien, y podrá terminarse pronto si la burocracia no lo estorba. Lo he tomado con empeño, para empezar a dotar al ejército de lo más necesario. En toda Andalucía no hay un campo de instrucción. Esta es una de las materias en que desde tiempo inmemorial no se ha hecho nada.

Volví al ministerio cerca de las tres. A las cuatro y media estaba en las Cortes. Me asaltó una comisión de Ávila con su eterna pretensión de que *les den algo* en compensación de la suprimida Academia.

Recibí otras comisiones, y después a Bello, que me habla de la reunión que van a tener a las seis.

Casares me cuenta los resultados de la entrevista de Vicente Sol con el general Sanjurjo. El general invitó a Sol a un almuerzo, hace días, y Sol no se decidió a aceptar sin que lo supiera el ministro, el cual me habló del caso, y ambos convinimos en decirle a Sol que aceptase y oyese. De su conversación con Sanjurjo, Sol nos cuenta, en suma, lo siguiente:

Lerroux llamó a Sanjurjo para preguntarle el estado de opinión del ejército.

Sanjurjo presentó un memorial de agravios: la oficialidad está en gran desmayo; las filas están minadas por el comunismo; el último decreto de Retiros le parece mal, etcétera.

Quieren un gobierno republicano y de orden, contra los socialistas.

Opina Sol que tiene organizado algo. Contaban con el apoyo de Melquíades, y esperaban el de Lerroux. Los resultados del debate político, del que esperaban la crisis, los tiene exasperados contra Lerroux; le acusan de haberles *hecho una granujada*. Dice Sol que están un poco apabullados por eso. Parece que le han insinuado que contarían con él para formar parte del nuevo Gobierno.

Casares cree que Sol es tan vano y ambicioso que, *si le ponen un dedo, se pasará*.

El idiota de Burgos Mazo se ha vuelto a su tierra, desengañado porque no ha habido crisis, y diciendo que se hace tradicionalista. Había venido a Madrid «a ver lo que iba a pasar».

Hipólito Jiménez Coronado, que fue pasante de Melquíades, y quiso dar el golpe *clásico* cortejando, pero en vano, a una hija de su maestro, sigue siendo reformista, y en estos turbios asuntos de la conspiración, parece ser el edecán

de don Melquíades. Posee el borrador del manifiesto que pensaban publicar los militares. Lo ha leído Manuel Aznar, el de *El Sol*. La policía ha detenido a Hipólito *como por equivocación*, para tener ocasión de registrarlo y ver si llevaba sobre sí, como días pasados, el papel.

No le han encontrado nada. El sujeto ha dicho a los agentes: «Nos vigilan ustedes porque voy con Goded; pero *nosotros también les vigilamos a ustedes*».

Recuerdo que Goded me dijo un día que él siente *veneración* por don Melquíades y que nunca hará más que seguir sus consejos.

Cuando me disponía a marcharme de paseo con Cipriano, me avisaron de que el comandante Vidal, y el director de la Telefónica, Gumersindo Rico, querían hablarme con urgencia. (Vidal es el representante del ministerio de la Guerra en la Telefónica, y hombre de mi absoluta y personalísima confianza. Discreto, leal, bien educado, y de exquisita delicadeza en los sentimientos y en la conducta. Es sobrino del general Loriga, que está en la Escuela de Tiro, y casi toda su familia es monárquica, con la que está medio reñido, por ser él republicano).

Rico es joven, buen mozo, recio, de una locuacidad asturiana inagotable. Procede de familia liberal, si, como creo, su padre era un registrador de Luarca amigo de los Pedregales.

Ignoro cómo y por dónde se ha encaramado Rico al puesto que ocupa. Quizá por sus relaciones políticas y crematísticas asturianas: debía de ser amigo de don Melquíades, que intervino en la constitución del monopolio, y el Banco Hispano Americano, donde predominan los asturianos, le habrá ayudado. Me ha dicho muchas veces Vidal que los capitostes de la Telefónica, y el propio Rico, a pesar de sus proclividades lerrouxistas, me están agradecidos, *porque nunca les he pedido dinero*, ni favores de ninguna clase, tales como credenciales para amigos, etcétera. (¿Tan raro es conducirse correctamente? Estaban habituados a otra cosa, y sospechan que ha de volver).

Mi conversación con Rico y Vidal ha sido muy larga. Rico ha hecho abundantes protestas de lealtad al Gobierno y a mí y después me ha contado las conversaciones que ha oído por teléfono desde la *mesa* que tienen dispuesta. En suma: preparan un movimiento para la noche del domingo al lunes. No tienen esperanzas de triunfar en Madrid, pero creen contar con las guarniciones de Zaragoza, Sevilla y Valencia, que marcharían sobre Madrid. Aquí se apoderarían de la Telefónica, de Correos y Telégrafos y del ministerio de la Guerra. No quieren sublevarse contra la República, sino

contra el Parlamento y el Gobierno. El general retirado Coronel y el comandante Jareño parecen ser de los principales directores. Comentan entre sí los conspiradores algunas supuestas afirmaciones mías acerca de los militares retirados. Me entera de otros detalles que coinciden con lo que sabemos por Vicente Sol.

Reminiscencia significativa: dicen los conspiradores que si para contener su movimiento desencadenásemos una huelga general, «con fusilar a media docena, bastaba». ¿Por qué han pensado en la eventualidad de una huelga? No hace mucho, en los días que precedieron al relevo de Goded, cuando el general hacía muchos aspavientos por el predominio socialista y se lamentaba del paro total ocurrido el 1.º de mayo, yo le dije: «Pues ya ve usted: no hacen más que abstenerse; piense usted lo que sería esa masa de hombres, si en vez de limitarse a una huelga pacífica de veinticuatro horas, la lanzásemos violentamente contra quienes pretendan agredir a la República».

Es permitido sospechar que esta observación, entendida como un propósito, haya llegado a los del complot a través de Goded.

Terminada la conversación con Rico, he venido al ministerio. Llamo al subsecretario y le doy instrucciones para el general Sánchez Ocaña, que manda en Zaragoza. No le digo al subsecretario todo lo que se avecina, pero está muy asustado. Escribo una carta reservada, con instrucciones para el general Batet, y otra para el comandante Sandino, que manda la escuadra de aviación de Barcelona. Ambas cartas las llevará el capitán Tourné, que sale ahora en un coche. He llamado también a Ruiz Trillo, para que se vaya mañana a Sevilla. Y envío a Cádiz al comandante retirado Muñoz, diputado radical-socialista, con instrucciones para el general Mena. Dice Muñoz que todo esto es un movimiento dirigido contra mí personalmente.

Llamo al director general de Seguridad, y adoptamos para Madrid las disposiciones convenientes. Mañana se distribuyen ametralladoras y fusiles-ametralladores a los guardias de asalto. Saravia cree que no pasará nada. Menéndez dice lo mismo. Quizás opinen así delante de mí, creyendo que me quitan preocupaciones. Yo creo que, un día u otro, el grano va a reventar, y cuanto más pronto mejor. La única probabilidad de vencer que tienen es tomarnos de improviso y desprevenidos, pero eso es imposible.

Después de cenar, paseo hasta la sierra.

27 de julio

En efecto, no sucedió nada «en la noche del domingo al lunes». He aprovechado los días sin sesión de Cortes para buscar algún descanso menudeando las idas a la sierra, y prolongándolas. Riofrío, Segovia, Sepúlveda, Turégano, Ávila…, por todos estos sitios he andado. Lo más impresionante, la contemplación de Segovia desde la hondonada del Parvol, al anochecer. ¡Qué poema trágico, el de aquel caserío encumbrándose en luces doradas sobre las arboledas! Sepúlveda es cosa extraordinaria, contemplada en panorama desde la carretera, con la abrupta hondonada de por medio. Todo esto me conmueve. ¡Ay! ¡Dónde está la vida y quién supiera devolvérsela a estos lugares! Ayer cenamos improvisadamente en lo alto de Navacerrada, ya muy tarde. Frío al aire libre, grato refugio en el parador, abandonado ya por la turbamulta de los madrileños.

Hoy, más descansado y rehecho, he podido afrontar una audiencia numerosísima, enorme. Para remate, se ha presentado en el ministerio una comisión de *mil* alicantinos que pretenden llevarse a su tierra las aguas del Guadiana. He recibido a unos pocos, y ha ocurrido un incidente, porque el comandante Navarro quiso echar a los otros del jardín. Venía con ellos el diputado radical Azpiazu, a quien siempre me encuentro en toda clase de manejos. Ha aprovechado la ocasión para decirme que cunde el descontento entre los radicales, y que algunos hablan de pasarse a Acción Republicana. Me callé, y me encogí de hombros.

Esta tarde, en las Cortes, discurso nulo de Ortega sobre lo de enseñanza. ¡Cuánta suficiencia y qué falta de perspicacia! Le contestó Lluhí con buenas razones. Y Barnés con baladas blandengues de la Institución.

Es notable un hecho que aparece repentinamente, pero con claridad: este asunto ya no apasiona. Lo discuten con calma, y lo oyen con indiferencia. Es, en parte, resultado de la fatiga —la perseverancia no es cualidad de los políticos españoles— pero en parte mayor, del desengaño; cunde la impresión de que no van a conseguir derribar al Gobierno.

He intervenido decisivamente con los socialistas para que no se acepte una enmienda al proyecto de ley Agraria que era un disparate. Fernando está despechado por eso.

Recibo informes reservados sobre los manejos de González Carrasco en Sevilla y Granada. También Rico y Vidal me traen noticias sobre el aplazamiento del *golpe*. «El Gobierno está enterado», dicen los conspiradores.

He vuelto al ministerio. Despacho con Masquelet; es hombre silencioso, capaz, adicto. Es el anti-Goded, en cuanto al modo de pensar sobre el ejército y sus *príncipes*. Tratamos de los asuntos de Mahón.

Prieto está estos días muy amansado y comunicativo. Ahora resulta que me creía «un poco lerrouxista».

28 de julio

Anoche, para descansar un poco, me fui a la sierra con Lola y Cipriano. Volví a las tres. Resultado: que me he levantado hoy a las once. Pero estos días que he pasado mucho tiempo en el campo, me han restituido el equilibrio y casi el buen humor.

Después de despachar con Ruiz Fornells, recibo al auditor de la división. El otro día vino a verme el coronel Vergara, juez instructor de la causa contra el teniente coronel Mangada; me dijo que podían deducirse cargos contra los tres generales que hablaron en Carabanchel, y que siendo justo castigar a Mangada, también lo era corregir a los generales. Cree que en la auditoría hay el criterio de que «ya están sancionados por el Gobierno». No estoy conforme: aquello era lo político y gubernativo, pero si además hay delito, debe sancionarse. Vergara me preguntó si podría ser el juez de los generales, siendo coronel. Y aprovechó la ocasión para decirme, entre otras cosas, que conoce su obligación de servir al régimen y la cumple. En abril del 31 votó por la monarquía, pero habiéndose proclamado la República hay que serle fiel. Por esta conversación con Vergara he llamado al auditor. En efecto, después de agradecerme la independencia con que le dejo actuar, el auditor saca la teoría de que me habló Vergara, y cita mi discurso del Congreso. No la acepto, y queda en formar causa separada. Elegirán un general para instruirla.

Me trae el escrito que ha hecho Mangada pidiendo la revocación del auto de su procesamiento. Es injurioso. Al auditor le cuesta trabajo «tragárselo». Reconoce que Mangada está loco, y mal aconsejado por un tal Cuervo. Le comunico que va a encargarse de la defensa Antonio Rodríguez Pérez. Ayer, por indicación mía, Casares se lo propuso, y aceptó. Se lo comuniqué a Besteiro para que Mangada lo sepa y se deje defender bien.

He hablado también con el auditor de la causa contra Vélez, el capitán de Intendencia a quien separé del ministerio, y que ahora trata de envolver en el proceso a Lizarza, jefe del Depósito de Remonta. Lizarza creía que el auditor

era enemigo suyo y amigo de Vélez; pero el auditor me habla mal de la honradez de Vélez.

Visita de Pérez de Ayala. Opina que los últimos debates prueban la *disolución* de Lerroux, y que yo seré jefe de una derecha republicana, siendo la izquierda el socialismo.

Una comisión del Instituto Catalán de San Isidro viene a hablarme del asunto de los rabassaires, a quienes agitan mucho Aragay y Companys. La verdad es que esta cuestión ha sido innecesariamente promovida por un decreto de Fernando cuando era ministro de Justicia. Don Niceto lo aprobó, siendo Presidente del Gobierno, y ahora me toca a mí aguantar la marejada.

Después: una comisión de Siderúrgicos y Metalúrgicos, con motivo de la crisis del trabajo. Otra comisión de señoras, con Tato Amat, que pretenden celebrar un congreso de no sé qué cosa, y piden apoyo. Muchos halagos. Palabrería y cursilería. Pérdida de tiempo.

El director de Seguridad me trae la información sobre el comunismo en el ejército. Se ha montado una oficina para este servicio, que parece bien organizado y funciona con puntualidad. Solamente para fines de investigación. Comienza en las Cajas de recluta y se extiende a los Cuerpos y Unidades. Resumen el trabajo mensualmente, en unos gráficos. De los que me ha traído hoy Menéndez resulta que en algunas Cajas todos los reclutas son comunistas. A primera vista, parece alarmante, pero yo no lo creo así. La brevedad y comodidad con que ahora se hace el servicio los retrae de hacer locuras. Por otra parte, los mozos que proceden del campo, aunque aparezcan afiliados en tales o cuales sindicatos y organizaciones «extremistas», no por eso son peligrosos en filas. La situación de la gente del campo es tal, que todavía el cuartel representa para muchísimos una mejora, la seguridad de comer caliente, de dormir en cama, y de trabajar menos. Se ha dado el caso en algún regimiento de que *todos* los soldados cumplidos pretendían reengancharse. Los comunistas hacen en España una propaganda «traducida». He visto hojas, dirigidas a los campesinos, en las que se predica «contra la guerra imperialista en Oriente», y cosas por el estilo, que no les importan a los braceros españoles, ni saben lo que son. Otro tanto hacen en la propaganda «contra el cuartel», que es un remedo de lo que escribían en Francia contra los Batallones de África, inaplicable a España. También hay algunos oficiales que pasan por comunistas, poquísimos. En la guarnición de Madrid, dos o tres.

Parece que Lerroux pretende echarme un cable, para tener una entrevista. Encargado de tantear el terreno está Gumersindo Rico. Lerroux quiere verme

y no se atreve a pedirlo, por si rehúso. El comandante Vidal cree saber lo mismo, porque se lo ha dicho el teniente coronel de Zapadores 1, amigo de Lerroux. Dice don Ale que no tiene nada contra mí, reconoce que siempre he sido afectuoso con él. Opina que debe formarse un ministerio, presidido por mí, entrando dos radicales. Después presidiría él, ofreciéndome el ministerio de la Defensa Nacional. Se jacta Lerroux de haber separado a Sanjurjo de la conjura de los generales.

Como Lerroux ha perdido la batalla en que quiso hacernos polvo, trata de penetrar en la plaza, para tenernos a su merced y derribarnos desde dentro. Doy una larga al asunto, por medio de Vidal.

En las Cortes ha comenzado la discusión de la ley de Reforma Militar. El comandante Peyre, el general Fanjul y otros hacen obstrucción, por defender al Cuerpo de Estado Mayor, que se suprime. Un tal Jiménez, capitán retirado, diputado por Barcelona, hombre de malos antecedentes, ha echado un discurso idiota.

Después ha continuado el debate sobre la reforma agraria. Los socialistas, desahuciados por mí en su proyectada enmienda, salvarán el voto. Esta mañana me comunicó Fernando que se conformaban. Lo que pretendían destruía totalmente el crédito territorial. Fernando, que no conoce esto, se puso muy rabiosillo cuando ayer le llamé para decirle que me oponía a sus propósitos. Lucio Martínez ha venido muy cortésmente a preguntarme qué quería yo que hiciesen. Le he dicho que procedan a su gusto (votar en contra o abstenerse), con tal que la enmienda no prospere, pues lo reclaman todos los republicanos.

Esta tarde, en el Congreso, se les ha ocurrido a unos locos (entre ellos al comandante Franco) presentar a Mangada candidato por Madrid, y el bueno de Ansó me ha traído la noticia como una gran ocurrencia. Le he dicho que es una estupidez y se ha quedado yerto.

La presión de Alba y Melquíades sobre los accionistas de *El Sol* ha producido efecto. Le han quitado atribuciones a Manuel Aznar. El motivo es que le suponen «azañista». Aznar ha dimitido. Reunido el consejo de administración no han resuelto el caso, pero creo que le han privado de la gerencia.

1 de agosto

Estos tres días he viajado un poco, para distraerme. El 30 estuve en Coca. No conocía el castillo, que es muy bello. Allí nos anocheció. Las chovas ponían un festón negro en todo el coronamiento de los muros, y al llegar nosotros alzaron el vuelo.

Ayer hice una excursión más larga. Fuimos por la mañana a Medinaceli. Una vieja en la puerta del convento de monjas, unos gañanes durmiendo la siesta al pie de un árbol, en las afueras, y una niña llorando en el pórtico de la iglesia, fue toda la gente que encontramos. Al entrar en la iglesia, el visillo de un balcón en la casa frontera se levantó un poco. Eso fue todo. No queda apenas nadie en el pueblo. Una antigua casa en la plaza principal se ha vendido hace poco en trescientas pesetas. No hay ni agua.

Seguimos hasta Soria, por Almazán. En Soria, el gobernador, mestre en gay saber, se multiplica. Después de comer, visitamos todo lo visitable. El gobernador daba más importancia que a todo al campo de aviación, y se empeñó en que yo lo viese. En el campo no hay aún más que… el terreno, pero tuve que verlo y admirarlo. Subimos a Numancia, que me chasqueó un poco. Esperaba yo encontrar vestigios de una ciudad más importante. Me deleitó el paisaje, triste, frío, dorado. Evocamos a Escipión y a Yugurta… La épica Castilla está aquí muy en los huesos. Hay algún pueblo de esta provincia en el que ya no queda más que un vecino, muy viejo, que por viejo prefiere morirse solo en el pueblo donde nació. Me cuentan que hay docenas de aldeas en las que aún no se conoce la rueda. El erudito local, encargado del museo, me entretiene largamente con el resultado de sus exploraciones en el país.

En la puerta de San Juan del Duero estaba echado, dormitando al sol entre piojos, un mendigo fabuloso. Nos miró, no se movió, le alargué una limosna, no la recogió. ¿Qué tenía? ¿Vino, hambre, sueño? Allí se quedó, rascándose la pelambre rubia entrecana. Me lo habría traído a Madrid para que me contase su vida; de seguro es más interesante que la de cualquiera de nosotros.

Al caer la tarde tomamos el camino de Burgos. En Solar ya se había hecho de noche. Cenamos en Burgos. Dimos una vuelta por la población, a pie. Gran concurrencia en el Espolón. Por ahí me paseaba yo también, aburrido, en el verano del 26, cuando estuve en un tribunal de oposiciones a notarías. Algunas veces me acompañaba Pedro Salinas, que dirigía un curso para extranjeros. Entonces ocurrió el suceso de los artilleros, y como en Burgos había muchos, se temieron grandes cosas. No pasó nada, como en ninguna parte. El rey los engañó, mediante el marqués de Someruelos.

Burgos es una reliquia del siglo XVII, en su extrema decadencia; me refiero a los habitantes; no a sus bellos monumentos. Se compone de militares, canónigos y frailes, y curiales. La audiencia, la catedral y la capitanía general eran todo Burgos. No parece que ha cambiado mucho desde que yo la conocí. En las cabezas, serrín, o fatuidades tradicionales. Allí conocí a un señor viejo, gran orador local, que me decía, con grave naturalidad, muy cómica, refiriéndose a uno de sus actos literarios: «Canté nuestras glorias…». En Burgos no hay agua para beber ni para bañarse. Cuando yo estuve, cortaban el agua hasta en los retretes, a las ocho de la mañana. Y en una población así dotada, el Ayuntamiento se ha gastado unos cuantos millones de pesetas en construir ¡un cuartel de artillería! Sin embargo, esta provincia lleva fama de administrarse bien, es decir, con honradez. La situación de Burgos es ejemplar para toda Castilla y para gran parte de España; hay que empezar por cambiarles la cabeza, nutriéndola de otra savia, y mostrándole nuevos blancos para su vida. Nada menos. En general, la provincia misma de Burgos, que encierra lugares muy bellos, sobre todo en los valles altos, es una demostración de los destrozos causados por los españoles en su tierra, arruinando las riquezas naturales, sin que hayan sabido sustituirlas con otras de su industria. Montes talados por donde quiera; y el asalto continúa. Se ve a la miseria mantenerse al día royendo lo que el suelo, naturalmente, produce, y cuando eso se acaba, la desolación, la esterilidad. Y no hablo de las ruinas. ¿Qué azote ha pasado por allí? Las guerras —dirán—, las revoluciones… Pero en todas partes ha habido guerras y revoluciones, y mucho más atroces. ¿Qué pasa aquí? Están como congelados y agarrotados. La pared que se cae ya no se levanta. Todo este país vive en una especie de estupor. Y sus «clases directoras» defendiendo el ochavo; cuando quieren *elevarse* sueñan que pertenecen a una España inexistente.

Regresamos a Madrid a las tres de la madrugada. Hoy he vuelto a salir, pero solo hasta Navacerrada. Frío en el puerto; nadie. Tinte rosa en Peñalara y en el panorama de Castilla la Vieja; del lado de acá, perspectivas azules.

4 de agosto

La disposición que habían de adoptar los catalanes en el artículo de la enseñanza ha sido discutidísima en su grupo. Cuatro diputados propusieron votar contra el Gobierno; nueve que se votase en pro; once, por la abstención.

En la indecisión y desbarajuste resultantes de estos debates, las oposiciones ponían sus últimas esperanzas.

Campalans ha hecho un discurso agresivo. Le contestó Pittaluga, lastimado porque Campalans le llamó «grulla triste del reformismo». Companys habló para explicar la abstención de su grupo; demasiadas menudencias. Sánchez Román nos regaló con un discurso leguleyesco y con otro muy estúpido el señor Gil Robles. La comisión, como siempre, dio una respuesta tonta. Se iba a votar, cuando Alba, que estaba al acecho, habló. Lanzó un ataque fuerte, con enojo, con furor, deseoso de producir la confusión y la crisis. Le contesté, sin ganas, y con el único propósito de reducir el debate. Le dije que no me interesaba su voto, y se armó un escándalo. Ortega hacía muchos ademanes, Maura también manoteaba. Los radicales gritaron. Expliqué el artículo, pero no lo entienden. A los catalanes les dediqué unas palabras y las aprobaron. Se ganó la votación.

Ortega ha publicado en *Luz* un nuevo artículo contra el Gobierno, el más fuerte de todos. También dice *Luz* que la culpa de la lentitud en los debates ¡la tiene el Gobierno! A Ortega le gastaría yo la broma de Segismundo: despertarlo en la Presidencia del Consejo, por unos días. Su proceder es muy cómodo: dice que no *sirve* para político, que está de paso, pero en tanto hace lo que puede por destruirnos.

Me cuentan las alarmas que ha pasado la familia de Lerroux antes del debate político. Sentían terror de Prieto, temiendo que «tirase de la manta». «Tendremos que irnos de España», parece que había dicho la mujer de Lerroux, el cual está ahora profundamente agradecido a la prudencia de Prieto.

Luz está en venta, por 1 200 000 pesetas. Me dicen que Miquel, socio de Montiel en *Ahora*, quiere comprar las acciones de *Luz*. Será un mal negocio, porque *Luz* ha *arrancado* mal, y ya no hay quien lo arregle. Están llenos de trampas. Su guerra al Gobierno proviene de que no hemos subido el precio de venta de los periódicos.

Sobre este asunto me ha visitado Busquets. Es bruto, tosco, hombre de presa. Asegura que gana mucho dinero con *El Liberal* y el *Heraldo*, y que los venderá a quien le dé cinco millones por ellos. Naturalmente, Busquets no quiere ni oír hablar de aumento en el precio de venta.

Las confidencias aseguraban que era hoy cuando estallaría el complot. Todas las precauciones están tomadas.

Mis declaraciones en la *Hoja del Lunes*, acerca de la defensa nacional, me valen la acusación de imperialista. ¡Habrá estúpidos!

A primera hora de la noche me visitan en el ministerio los diputados Peyre, Poza y Castillejo, que son militares, para quejarse de un artículo publicado en *El Socialista*, injurioso para los oficiales. El artículo dice que los asistentes se acuestan con las mujeres de los capitanes. La cosa es estúpida; quizás el autor se imagina hacer con eso «obra revolucionaria». Me contraría enormemente que se ocupen para nada de cosas militares; pero que se acuerden de ellos para escribir animaladas, y en el periódico de un partido que está en el Gobierno, me irrita. En cuanto entran en juego estas cosas, no se sabe hasta dónde se puede llegar. Y cabalmente, en estos días de complot a la vista, no puede ser más oportuno darles motivo de enojo a los oficiales. A mis visitantes les he dado buenos consejos, para que nadie responda a una brutalidad con otra. El periódico ha ido al juzgado y se le castigará.

5 de agosto

Consejo de ministros en la Presidencia. Había muchos asuntos, pero ninguno grave. Hemos hablado de las elecciones parciales, pero sin tomar acuerdo definitivo. Yo creo que convendría hacerlas ahora, el mes próximo, y serían favorables para el Gobierno y robustecerían la política de las Cortes. Los radicales ya no quieren que las haya. En Madrid hay una vacante, y la contienda sería para medir las fuerzas de uno y otro lado. Los socialistas no presentarían candidato propio para ese puesto, y apoyarían a un republicano. Necesitamos un hombre de autoridad; yo he pensado en Teófilo Hernando. Los locos hablaban de Mangada.

He leído en Consejo la carta del Nuncio relativa al extrañamiento del obispo de Vitoria. Prieto me describe con los más negros colores lo que va a ocurrir en Vizcaya en cuanto el obispo vuelva a su diócesis. La solución queda aplazada.

Al volver al ministerio, llamo al auditor y le entrego el número del *Socialista* que trae el artículo criminoso. Como el periódico rectifica y da excusas, dice el auditor que instruirá diligencias y sobreseerá.

En las Cortes ha continuado la discusión del proyecto de reclutamiento de la oficialidad. Fernández Castillejo lo combate. Hace un discurso en el que se propone decir cuanto sabe sobre estas materias, pero en realidad no habla del proyecto sino para defender la permanencia del Cuerpo de Estado Mayor, que es lo que les importa. Pérez Madrigal, que parecía estar borracho, ha interrumpido insolentemente a Castillejo, el cual ha sacado sus prejuicios de

militar, y le insulta. Gran bronca, sin objeto. Después ha proseguido el debate agrario.

Horrible alud de visitas y comisiones. Desde el banco azul al despacho de ministros, los diputados van pasándoseme de mano en mano, sin dejarme andar. Después, Selvas y Chalbaud, por la Unión de Explosivos, que se cuente con ellos para lo del nitrógeno. Una delegación de las empresas ferroviarias, con un memorial de lástimas. Hablan muy bien del discurso de Prieto en la Conferencia de transportes. El alcalde de Córdoba pide dinero para caminos. Unos diputados de la comisión agraria, sobre la base 6.ª… Decido huir.

Voy al ministerio de Estado, invitado al té que el ministro ofrece a la prensa extranjera. Desde allí vengo a Guerra. Cartas, firmas… El general Cabanellas (M). me trae noticias *urgentísimas* de un complot que está urdiéndose para tirarme bombas cuando yo vaya a Santander. Cabanellas se propone descubrirlo. Para eso, un teniente de la Guardia Civil, fingiéndose armero, se ha metido en el ajo. No le he dicho nada, o casi nada, a Cabanellas. Me he limitado a mirarle mientras hablaba, y a sonreír un poco. Su verbosidad disminuía, y creo que hubiera concluido por desconcertarse. Este celo imprevisto y ardiente de Cabanellas, y la viveza casi pueril con que venía a «hacer méritos», me llaman la atención y me divierten un poco. Indudablemente, quiere *cubrirse*. Han hablado mucho de él y no puede ignorarlo. Si pretendía averiguar qué efecto me producía su celo, se ha lucido.

La inquietud de algunos de estos personajes les sale a la cara. En los últimos días de julio estuve con el Presidente en la Escuela de Equitación (Carabanchel) en la ceremonia de inaugurar un busto que los oficiales de caballería dedican a un compañero, muerto en África. Allí estaban todas las autoridades militares, entre ellas el Director General de Carabineros, es decir, Sanjurjo. Todo el tiempo anduvo Sanjurjo como retraído, huido, lejos de nosotros, y cuando yo le miraba con el rabillo del ojo, sin que él se diese cuenta, advertía en su cara una expresión preocupada, y en toda su persona un no sé qué de *abrumado*. Le dije luego al Presidente: Sanjurjo debe de estar pensando alguna diablura.

Contra Sanjurjo no conviene hacer ahora nada, puesto que no tenemos ni asomo de pruebas contra él. Si mandase fuerzas del ejército le quitaría el mando, pero en la Dirección General de Carabineros no puede hacer más daño que el que haría desde su casa. No va a sublevar a los carabineros de las aduanas. La fuerza de Sanjurjo es personal, por sus amistades y por su *prestigio*; es lo que aquí se llama un «glorioso caudillo». Meterlo en

prisiones, cortaría por el momento su acción. Pero ¿cómo justifico su prisión? ¿Con la *honrada convicción* del Gobierno? No basta. Armaríamos un escándalo, surgiría una protesta, incluso de los republicanos, por *los servicios que prestó el 14 de abril*, se pondría la venda de perseguido, etcétera, y tendríamos que ponerlo en libertad, como a Barrera (todavía hay menos indicios que contra Barrera), sin haber conseguido nada; como no consiguiéramos hacerle más simpático en el ejército y provocar algún incidente enojoso. No hay sino estar vigilantes y vencerlo. La policía no da más de sí, ni averigua más, ni sabe introducirse entre los conspiradores, para poder convencerlos de culpa, antes de que den el golpe.

Todo esto es peligroso, pero no nos queda otro camino. Por otra parte, conviene escarmentarlos.

6 de agosto

Consejo de ministros en La Granja, y después comida con el Presidente y su familia. La torpeza de Sánchez Guerra, y la indiscreción de su mujer, han provocado un incidente con los socios de un club de golf, aristócratas monárquicos, establecido en un terreno del patrimonio. Posición ridícula de unos y otros. El Presidente «está que echa lumbre» contra Sánchez Guerra y el general Queipo.

Después del Consejo, mientras nos avisan para la comida, estamos con el Presidente y su familia en una salita abovedada de la planta principal. Todas las mujeres hablan a un tiempo y a gritos. La voz de trompeta de don Niceto retumba en la bóveda. El estruendo y el mareo son tales que me salgo a la galería, con Casares, porque me levantaban dolor de cabeza. Don Niceto es parlanchín y anecdótico, pero no es hombre de conversación. No se puede hablar con él de nada interesante. Hemos visto correr las fuentes y luego he ido al Paular.

7 de agosto

He pasado el día en el Parador de Gredos. A la hora de siesta, tumbado en el pinar, recibiendo un calorcillo agradable, me han revivido imágenes antiguas, forestales y serranas. ¡Qué lejos de Gobierno y política! Hemos regresado por el puerto del Pico, Monbeltrán y Arenas, que es muy curioso y ameno país. Al pasar por Talavera, el calor era sofocante. Mientras

tomábamos gasolina, se han acercado al coche unos chicuelos, que hablaban entre sí y no los entendía; tan cerrado era su acento. Esta es la tierra donde se dice *lo serdoà*, en vez de *los cerdos*.

8 de agosto

Hace mucho calor, y no he salido de mi despacho en todo el día, ni he recibido más que a Hernando, que no quiere ser candidato por Madrid.

He leído el trágico informe sobre la situación de la armada, redactado por una comisión de marinos. Hacen falta mil millones para poner en buen servicio lo poco que tenemos y habilitar los barcos. Leo también el proyecto de ley del Tribunal de Garantías, y los discursos pronunciados en las Cortes contra el proyecto militar, algunos de los cuales no había oído. No tienen importancia.

Ordeno papeles, escribo al Nuncio. Zulueta me habla desde San Sebastián sobre la proyectada visita de Herriot, que no me gusta.

A última hora de la tarde ha venido el director de Seguridad, con noticias de los complots. Parece que todo está ya cuajado y a punto. Examino los recursos con que cuenta la Dirección General, y le digo a Menéndez que no hay que echar mano del ejército, sino en caso muy apurado. Mejor es arreglárselas con la policía, los de Asalto y la Guardia Civil. Después de cenar, salgo de paseo por el campo.

9 de agosto

El día ha comenzado sin novedad, y se acaba con preludios de drama. Todo parece dispuesto para esta misma noche. Hemos tenido Consejo de ministros por la mañana. Ningún asunto político nuevo ni de importancia. Carner llevaba unas informaciones relativas al contrabando que se hace por el puerto de Barcelona. Yo he recibido también notas confidenciales muy precisas sobre el asunto; algunas procedían del propio cuerpo de Carabineros. Se las pasé al ministro de Hacienda, y se han hecho con este motivo algunas remociones de personal. Lo que hemos visto hoy en Consejo era muy completo y suficientemente escandaloso para hacer un escarmiento. Entre los hechos denunciados figura el de hacerse algunas combinaciones maliciosas en la distribución de turnos para el servicio, de suerte que siempre están en él, a la hora que conviene, los funcionarios más aptos. Como esto de ordenar el

servicio pertenece, en último término, al director general de Carabineros, y la Dirección General depende del ministro de la Guerra, convinimos en que llamase hoy mismo a Sanjurjo y le diese instrucciones sobre eso y todo lo demás que debe hacerse en Barcelona.

Cuando se acabó el consejo y volví al ministerio eran cerca de las dos. Llamé a Sanjurjo y me dijeron que cinco minutos antes se había marchado de su despacho. Pensé entonces verlo por la tarde, cuando yo regresara de las Cortes, y no me ocupé más de ello.

He ido a las Cortes como de costumbre, y apenas llegué me sumergí en una de mis eternas comisiones. Esta vez era la agraria. Andábamos en conversaciones, entraba y salía mucha gente en el antedespacho de ministros. Llegó Casares y me dijo que estaba allí el director de Seguridad y que necesitaban hablarme.

Nos reunimos los tres solos, serían las seis de la tarde. Menéndez, que es muy locuaz y acalorado, me refirió que, según las últimas confidencias, el golpe es para esta noche, en Madrid. Se proponen asaltar el ministerio de la Guerra y la Telefónica. La confidencia procede de una mujer, amante de uno de los oficiales comprometidos; no es la vez primera, a lo que entiendo, que se relaciona con la Dirección General. La mujer ha delatado para que a su amigo no se le haga ningún daño. Creo haber entendido también, a través de las profusas explicaciones de Menéndez, que el oficial amigo de la confidente está aterrado de los compromisos que ha adquirido. Que esto es verosímil lo indica el hecho mismo de que se haya franqueado con la querida.

Recibida hoy mismo la última confidencia, se han practicado algunas comprobaciones, que denotan ser ciertos los informes. Por ejemplo: dijo la mujer que esta tarde, a las cinco, tenían una reunión en un café varios conspiradores, algunos conocidos, cuyos nombres dio. La policía ha observado que, en efecto, se han reunido quienes y donde dijo. No es, pues, una embustera. También ha anunciado que esta noche, a las doce, se reúnen en un piso del n.º 9 de la calle de Bárbara de Braganza, cuatro o cinco personas, que vienen para este asunto. Esto es fácil de comprobar. Sabemos también la hora del golpe: las cuatro de la madrugada. Los directores son Barrera, González Carrasco, Cavalcanti, Fernández Pérez, el coronel Benito, etcétera. La fuerza principal se compone de oficiales retirados, pero creen contar con algunas unidades de la guarnición de Madrid. Tienen, respecto de mi persona, las peores intenciones. (Dios se lo pague). No suena el nombre de Sanjurjo.

Recapitulados todos los datos, que no añaden a lo que ya sabíamos más que la precisión del día y la hora (que no es poco, ciertamente), acordamos lo necesario para dominar el golpe. Les digo a Casares y a Menéndez que nadie ha de enterarse de lo que ocurre, ni siquiera el Gobierno. No quiero decírselo a ningún ministro más; ningún auxilio pueden prestarme y en cambio, enterados, la alarma cundiría al instante, comenzarían las idas y venidas, los conciliábulos, y lo mejor que obtendríamos sería aventar a los conjurados hasta otro día, y no acabaríamos nunca. El mismo cuidado se ha de tener con las órdenes que se den por la Dirección de Seguridad; que nadie se percate de que estamos en un día extraordinario, y que todo lo que se haga se dé como las precauciones que habitualmente vienen tomándose.

Estando todavía en el Congreso, me comunicó Saravia desde el ministerio que el regimiento de Artillería a caballo, acantonado en Carabanchel, salía de prácticas al anochecer; que iban a realizar una marcha nocturna y al amanecer se reunirían con el regimiento de Getafe para un ejercicio de tiro y dar después en común a los dos regimientos el desayuno. El hecho es trivial y sin importancia alguna; pero que coincidiese con lo anunciado para esta noche me hizo pensar. El regimiento a caballo está mandado por gente adicta, quiero decir, los primeros jefes, y nunca se ha tenido sospecha de que pudiera ocurrir en él nada desagradable. Pudiera ser que, por eso mismo, alguien hubiera dispuesto esa salida precisamente para privarnos de una fuerza leal. Mi primera intención fue ordenar que no saliese el regimiento, pero antes quise enterarme mejor. De las averiguaciones hechas resulta que el regimiento de Getafe había invitado al otro, hace ya días, para esta excursión, proponiéndose la oficialidad de Getafe obsequiar a sus compañeros de Carabanchel; que la salida había estado señalada para otra fecha anterior y se suspendió; y que el regimiento, a la hora en que me daban estos informes, estaba ya en marcha, con permiso del general, y tenían ya preparado todo en Getafe para recibirlo mañana. Mandarlo volver me pareció mal, por alarmante, y como no se apartaba de los contornos de Madrid ni del alcance de una orden, pensé que tal vez me convenía tener al regimiento reunido y en disposición de marcha, que no acuartelado. Resolví mandar allí un general de confianza que se hiciera cargo de toda la fuerza y la tuviese en la mano para lo que hiciese falta.

He venido al ministerio y al llegar he dicho que no saldría esta noche. Me encuentro con que Saravia está hoy de servicio de guardia en el ministerio, y me alegro, porque así todo queda en esta casa bajo la jefatura de un hombre de mi confianza. Saravia, a quien he puesto al corriente de lo que se espera,

me dice que a primera hora de la tarde le han comunicado de la Dirección de Seguridad que han perdido de vista a Sanjurjo, y preguntaban si sabíamos dónde estaba. Saravia les contestó lo que sabíamos de su presencia aquí por la mañana. Como yo había dicho al volver del Consejo que necesitaba ver a Sanjurjo, habían estado buscándolo por la tarde. Saravia envió un funcionario del gabinete militar a casa del general, y le dijeron que había almorzado fuera de casa y que estaría en el campo. También se preguntó por teléfono al Escorial, y a varios lugares próximos a Madrid, pero no sabían nada. Estando ya en el ministerio, nos comunicaron de la Dirección de Seguridad que Sanjurjo se había ido a Sevilla. Hemos preguntado a Sevilla, y desde el gabinete telegráfico nos dicen que allí no ha ido el general. Se dan órdenes para que lo busquen en Sevilla y se telefonea a varias poblaciones del camino para que si llega a alguna de ellas le den la orden de volver.

Ha venido el director general de Seguridad. Examinamos la situación y las disposiciones tomadas que el director me enumera prolijamente. Quería meter en el ministerio una compañía de guardias de asalto; pero yo me he negado. La fuerza está mejor en la calle. Hay una incógnita que puede encerrar un peligro: lo que den de sí los guardias de asalto. Es un cuerpo nuevo, todavía no probado y vamos quizás a someterlo a la durísima prueba de tener que batirse con oficiales y tropa del ejército, si los sublevados consiguen sacar alguna de los cuarteles. La dificultad no viene de que les tengan miedo, sino de que les intimide (a la tropa de asalto) la vista de otros jefes a quienes habrá que tirotear, o se desmoralicen (los oficiales) por lo que llaman compañerismo. Menéndez asegura que los de asalto responderán bien. Después de estas conversaciones, nos vamos a comer. Somos Lola y yo, Saravia y Cipriano. Ramos ha venido a tomar café.

Hemos estado, como de costumbre, en el saloncito de la esquina, después de cenar. Saravia se fue a su despacho y hablábamos de cosas indiferentes. Me avisaron que acababa de llegar el general Carnicero, a quien había yo mandado buscar. Salí a hablar con él y le dije que se fuera a Getafe y tomara el mando de los dos regimientos y no les dejara ni un momento hasta recibir instrucciones mías, y que en el teléfono del cuartel de Getafe dejase una persona de su confianza y un servicio de enlace por si yo tenía que comunicarle algo. Como no tenía coche, le he dicho: «Se lleva usted uno de aquí, y a uno de los mecánicos que me sirven». En efecto, poco después, Carnicero se ha marchado directamente a Getafe. He vuelto a nuestra tertulia, y en un momento que estábamos solos, Lola, que había advertido algún movimiento inusitado, me pregunta:

—¿Pasa algo?

—¡Psché! —contesto sonriendo—. Que esta noche vienen a asaltar el ministerio.

—Lo dices en broma.

—Ya verás como no es broma. Pero aunque oigas tiros, no te asustes; no pasará nada.

No se ha asustado, en efecto. Prefiero que lo sepa, desde ahora y no que el suceso, si llega, la sorprenda.

Ahora llega el director de Seguridad. Son las once.

Menéndez ha venido acompañado del capitán Tourné. He salido de mi despacho y hemos estado en el de Saravia, contiguo al mío, hablando. De la Dirección de Seguridad han llamado a Menéndez para decirle que los agentes puestos en la calle de Bárbara de Braganza avisan la llegada de los automóviles que esperaban. La confidencia, pues, se ha confirmado en este importante extremo. Menéndez se ha puesto al teléfono y ha dado las órdenes para que se proceda a la detención de los recién llegados y de los demás ocupantes del piso. Según dicen de la Dirección, los automóviles parecen venir de muy lejos, por lo empolvados que están. Sus ocupantes, sin titubear, han abierto la puerta de la casa y han subido se cree que al piso indicado. Hemos esperado largo rato nuevas noticias. Telefonearon desde la Dirección que ya estaban detenidos todos y que procedían a interrogarlos. Al ser sorprendidos, dijeron que estaban reunidos para jugar al póker; pero no había mesa de juego ni barajas; ¡y para empezar una partida de póker a las doce de la noche, llegan desde muchos kilómetros unos coches, señalados ya a la policía desde diez o doce horas antes!

Al conocer la detención de estas gentes, Saravia creyó que ya no ocurriría nada, porque no dejarían de enterarse algunos más y se darían cuenta de que el Gobierno está sobre aviso.

—No lo creas —dice Menéndez—. De todos modos, se lanzan esta noche. En los cafés de Recoletos hay muchos oficiales que deben de estar esperando la hora señalada.

Menéndez se ha marchado a vigilar los servicios de prevención.

Ha vuelto Ramos, que se fue a la sesión nocturna de las Cortes, para tomar parte en una votación. Me dice que en el Congreso hay un poco de alarma e intranquilidad, pero nadie sabe nada. Tampoco él, pues aún no le he dicho lo que puede ocurrir. También vuelve ahora Menéndez, con Tourné. Me refiere las disposiciones adoptadas, y que en la calle del Conde de Xiquena están los guardias de asalto. Menéndez está cierto de que darán el golpe, y

que la hora es la de las cuatro. No hago nada: paseamos, hablamos, fumamos. De vez en cuando vengo al despacho y anoto lo que va sucediendo.

A las dos y media le digo a Saravia que levanten a la tropa y la preparen en el jardín del ministerio, distribuyéndola; que apaguen las luces exteriores, que hasta ahora estaban encendidas; que haya una requisa general en el ministerio y se cerciore del estado de las verjas, y que tenga mucho cuidado con las salidas a la calle del Barquillo y con las casas de esta calle que tienen balcones al jardín. Si no son tontos, pensaba yo, por ahí pretenderán entrar, mejor que asaltando las verjas. Además le dije a Saravia que se hiciera cargo personalmente del mando de toda la fuerza que hubiese y de todos los servicios, lo mismo interiores que exteriores. Poco tiempo después de marcharse Saravia viene a mi despacho un oficial de la Guardia Civil, de servicio en la Dirección General, y en tono como de queja me dice que Saravia le da órdenes que él no sabe de dónde emanan, etcétera. Parece de mal humor. Le digo que las órdenes emanan del ministro y que se ponga a disposición de Saravia y le obedezca sin chistar.

Ha pasado mucho tiempo y vuelve Saravia. Ya está la tropa distribuida por los jardines del ministerio. Disponemos de unos 80 soldados y 8 o 10 guardias civiles. Saravia me informa de todo. Me asomo al balcón. El jardín principal, como todo, está en tinieblas. Veo el bulto de unos grupos de soldados que pasan. Nos llega noticia de que en la puerta de una casa de Recoletos hay oficiales vestidos de uniforme.

—¿Ve usted? —dice Menéndez—. Se acerca la hora.

Menéndez está muy animado, y se dispone a salir con Tourné.

—¿Y no estaría usted mejor en la Dirección General? —le pregunto.

—No, don Manuel. Aquello está en manos seguras, y yo necesito estar cerca de la tropa de asalto, hasta ver si responde bien, que sí responderá.

Saravia me cuenta que cuando andaba reconociendo las puertas y verjas, cuyas llaves tiene en su poder, se ha presentado un oficial de ingenieros a sintonizar la radio. ¡Cosa más rara! Le han dejado entrar pero con vigilancia.

Se marchan Menéndez y Tourné. Son cerca de las cuatro. Yo me quedo con Saravia, Ramos y Cipriano, de conversación.

He aquí el suceso, tal como lo he percibido desde mi despacho. Estaba yo hablando con Saravia, cuando oímos tiros por la parte de la calle de Prim. «¡Ya!», dije yo, tendiendo el oído. Saravia, sin decir palabra, dio media vuelta y se marchó a su puesto. El tiroteo fue intenso, y con un breve intervalo se repitió. Después, profundo silencio. Subió Saravia y me dijo que unos militares habían ordenado al centinela de la puerta de la calle de Prim más

próxima a Recoletos que les abriese, y como no hizo caso, le hicieron fuego, al que contestó el centinela y los soldados apostados por allí. Han disparado mucho, quizá demasiado. Según le informaba el teniente Santiago, los asaltantes habían llegado en automóvil, y al ser rechazados, se volvieron hacia Recoletos.

Estando en esta conversación, entró Menéndez, seguido de Tourné. Venía descompuesto, desesperado.

—¡Destitúyame usted, don Manuel! ¡No sirvo para defenderle a usted! ¡No he sabido acabar con ellos!

Estaba frenético contra sí mismo. Procuré calmarlo y me hizo relación de lo que habían visto. Antes del tiroteo, dos individuos subieron de Recoletos por la calle de Prim, y pasaron despacio junto a la verja del ministerio, como reconociéndola. Al llegar cerca de la calle del Barquillo, los agentes los detuvieron, por orden de Menéndez. Seguidamente, dos automóviles vinieron por el mismo camino. Traían los faros encendidos y proyectaban la luz sobre la verja, como para deslumbrar a los que estuviesen por la parte de dentro. Se apearon unos militares y empezaron los tiros. Menéndez y Tourné hicieron fuego, y también algunos de los apostados en la calle de Xiquena; pero tuvieron que retirarse estos últimos, para esquivar los disparos de la tropa que estaba en el jardín. Los de los automóviles volvieron a montar rápidamente y retrocedieron, yéndose por Recoletos. Menéndez y los suyos consiguieron detener a tres.

Aún no había concluido Menéndez su relación cuando por teléfono nos dijeron que en la Casa de Correos se habían presentado cuarenta o cincuenta oficiales, de uniforme, con propósito de apoderarse del edificio. Un pequeño retén de Guardia Civil que allí había los desarmó y detuvo a todos. Esta noticia puso muy contento a Menéndez. ¡Al fin, les habían echado mano! Supusimos que eran los mismos rechazados del ministerio, que habían querido repetir el intento en Correos. Menéndez se marchó, a Correos, para hacerse cargo de los presos.

Entretanto, hemos seguido buscando a Sanjurjo. He hablado otra vez con Sevilla. No sabían nada. Después, desde Gobernación, me dijeron que habían averiguado que Sanjurjo tenía reservadas habitaciones en un hotel de Sevilla. Vuelta a llamar al general. Esta vez ya sabía *algo*. Dijo que había ido a verle un ayudante de Sanjurjo, que acababa de presentarse en Sevilla. El ayudante había tenido una conversación poco clara con el general de la división. «Le veo en una actitud extraña —me decía el general González— y me permito

decir al señor ministro que temo que el general Sanjurjo se coloque en una actitud de rebeldía contra el Gobierno». Así me ha dicho, textualmente.

Todas estas conversaciones telefónicas las teníamos mientras ocurrían los sucesos de la calle y entre las idas y venidas de Menéndez. También llamaba yo de vez en cuando a Gobernación, y le contaba a Casares lo que pasaba en nuestros alrededores. Por la Puerta del Sol no había novedad. Casares se empeñaba en mandarme la única compañía de asalto que le quedaba para su custodia; pero yo le decía que no era necesario y que la conservase allí a sus órdenes.

Al general de la división de Sevilla se le notaba en el timbre de la voz el susto que tenía y en su manera de dar cuenta, algo así como el propósito de *inhibirse*… Ninguna protesta de celo, ninguna noticia de las medidas que hubiese adoptado o pensase adoptar. En fin, o un cobarde o un traidor. Pero como yo no tenía ningún rayo para fulminarlo desde Madrid, procuré o reanimarlo o amedrentarlo, y después de decirle que en Madrid ni en ninguna parte teníamos nada que temer, le eché *una chillería* y le di instrucciones.

No había salido yo del despacho de Saravia, desde donde hablé con el general, cuando llamaron de Sevilla. El telegrafista de la división le dijo a Saravia que Sanjurjo estaba allí con el general. Saravia le dijo que le pusiera en comunicación con él; pero rectificó, y el que estaba con el general era un ayudante de Sanjurjo. De esto deduje que mientras hablaba yo con González, el ayudante de Sanjurjo estaba todavía allí. Saravia entonces le dice:

—¡Pues que se ponga al aparato el ayudante del general Sanjurjo!

Quien se puso al aparato fue el propio general González. Le dijo a Saravia que Sanjurjo se había sublevado. (Por lo visto, a mí me lo quiso decir con más rodeos).

—¿Y usted qué hace ahí? —le gritaba Saravia.

—Todas las fuerzas están con Sanjurjo. No podré hacer nada.

Entonces tomé yo el teléfono: «General, aquí el ministro. Cumpla usted con su deber, aunque le cueste la cabeza. Detenga a Sanjurjo y reduzca a los rebeldes. Dentro de media hora me da usted cuenta de haberlo hecho». Colgué el teléfono. «Este hombre —le dije a Saravia— no sirve para nada. O tiene miedo o está vendido. Es inútil».

A pesar del *notición* de Sevilla yo estaba contento, porque creí que lo de Madrid había terminado. Me imaginé que habían intentado una sorpresa sobre el ministerio; que, al verse descubiertos y hallándonos prevenidos, se habían lanzado a la Casa de Correos, y que todo quedaba reducido a este pequeño lance, sin más consecuencias. Había reventado el grano, y no era muy

temeroso. Lo de Sevilla era más grave, pero no me daba cuidado, si lo de aquí no pasaba a más. Esto he estado pensando un buen rato, mientras iba imaginando también lo que he de hacer en cuanto entre el día para sofocar lo de Sevilla.

Llamada telefónica: en el regimiento 31 (Cuartel de la Montaña) ocurre algo anormal, y se ha visto un regimiento formado en la Castellana. Envié dos guardias de asalto (de ocho que tenemos de servicio en el ministerio), a ver qué sucedía en la Castellana; todos querían ir. Envié al general Romerales una orden manuscrita para que se presentase en el Cuartel de la Montaña, y restableciese el orden, si es que se había alterado; el coronel del regimiento está ausente con licencia desde el mes pasado. Los guardias volvieron en seguida, diciendo que por la Castellana no se veía nada. Saravia bajó al jardín y no vio en la Cibeles más que guardias de asalto.

De pronto, se rompió el fuego en la calle, muy intenso. Se oía esta vez por la parte de la Cibeles. La tropa que teníamos en la delantera del ministerio contestó. Mi primer sentimiento ha sido de profunda tristeza. Repetían la locura. El caso es más grave. Y lo que me dominaba era una especie de sonrojo por el escándalo que se daba. Volvíamos cien años atrás. Me senté al lado del balcón. «Estamos como en 1835», le dije a Cipriano. Creo que la tristeza y el dolor se me han conocido. ¡Qué lástima me ha dado de todo!

El tiroteo era muy intenso. Resonaban los disparos en la noche, como una operación siniestra, bárbara, pero más me sonaban a mí en el alma. El ruido de la fusilería me hacía pensar en el odio, en la brutalidad que la desencadenaba. Al ministerio llegaban muchos balazos. Percibíamos muy bien el chasquido cuando daban en la piedra. ¿Quién tira? ¿Es el regimiento que han creído ver en la Castellana? No se sabe. El fuego ha durado media hora. Desde el balcón oigo al comandante Fernández Navarro gritar: ¡Alto el fuego!; pero la tropa tarda en obedecerle. Ya clareaba.

Escribo esta nota. El cielo está blanco. Veo la mole del Banco, bañada en luz fría. Hay un gran silencio. Bajo los árboles del jardín, más oscuro, soldados. En la calle de Alcalá aúlla un herido. Entra el fresco por el balcón; y no se oye nada más. Teléfono. Me interrumpen.

Avisan de Alcalá que los dos regimientos de caballería se han sublevado y vienen sobre Madrid. Lo ha comunicado el alcalde, que los ha visto salir. Trasladan el aviso desde Gobernación. Bueno —le he dicho a Cipriano—, esto se pone serio.

No nos dicen a qué hora han salido; pero como la carretera está asfaltada no podrán venir corriendo, y tendremos tiempo de hacer lo necesario. Saravia

llama al cuartel de artillería de Vicálvaro.

El jefe de Vicálvaro recibe la orden de sacar dos baterías a la carretera e impedir el paso de la fuerza que venga de Alcalá.

Todavía unos tiros por la calle de Prim o la del Barquillo, no sé bien.

Casares me cuenta desde Gobernación detalles de la sublevación de Sevilla. Llamo al general González y el hombre habla por teléfono enteramente desmoralizado. No sabe nada, no puede hacer nada. Le cuento lo que sé de lo que ocurre en Sevilla, y después de oírme, exclama, no sé si con cinismo o con imbecilidad: «¡Arrea!». (Esta exclamación es de un héroe). El general parecía resignado, o aparentaba resignarse a lo que quisieran hacer de él los sublevados. (Pasaba por ser enérgico. Le apodan «el Perro». Es viejo y recién casado).

Dicen de Vicálvaro que los sublevados de Alcalá no eran los dos regimientos, sino una fuerza que no llegaría a un escuadrón. Y que se han vuelto al cuartel, no siendo ya necesario sacar la artillería.

Telefoneamos con Getafe y el campamento. No ha ocurrido novedad.

A las siete de la mañana del día 10

Todo sigue en calma. De provincias no hay más novedades que lo de Sevilla. De Madrid empiezo a recibir informaciones más precisas. Los que han atacado por la Cibeles y Recoletos eran, además de jefes y oficiales retirados, unos soldados y clases del Depósito de Remonta de Tetuán, con alguno de sus oficiales. Este grupo de gentes era sin duda el «regimiento» que algunos creyeron ver en la Castellana. Hasta ahora sabemos que ha habido en Madrid diez o doce muertos, y unos noventa presos, entre ellos el general Fernández Pérez, que al huir entró por el balcón de un piso bajo de Recoletos, que estaba abierto, y al encontrarse con las señoras de la casa, que asustadas por el ruido de los disparos se habían levantado, les dijo: «Soy un invicto general perseguido…». Y una porción de tonterías más. Parece que entre los atacantes del ministerio estaba Cavalcanti.

La intentona de sacar el regimiento 31 les ha fallado, en mucha parte por la serenidad y lealtad de dos sargentos.

Hemos estado asediados hora y media; pero yo no acabo de comprender su plan, a no ser que contaran con alguien dentro del ministerio para abrirles

una puerta, o que creyesen que toda la guarnición de Madrid iba a venir sobre nosotros. Ya ha empezado a venir gente a ofrecerse, a protestar, a «hacerse presente».

Uno de los primeros en llegar ha sido Largo Caballero. Entre otras cosas me dice que si lo estimo conveniente declararán hoy la huelga general y echarán la gente a la calle para oponerse a cualquier tentativa. Le contesto que no es necesario, que todo está tranquilo en Madrid, y que conviene no alarmar; que vayan todos al trabajo.

Recibo a los ministros en mi despacho, y hay que rehacer la narración para cada uno. Hablo con el Presidente que está en La Granja, y le doy sucinta cuenta de lo ocurrido. Me dice que va a venir a Madrid, le digo que no es necesario, pero insiste y convenimos que se reúna el Consejo de ministros en Palacio. Él estará allí a las diez o diez y media. A las nueve se han abierto las verjas del ministerio, y ha subido mucha gente. Desde mi despacho oigo el murmullo de conversaciones en el despacho de Saravia y en las galerías y habitaciones contiguas. Saravia entra y sale. El general subsecretario ha venido a primera hora, muy asustado y un poco dolido porque no le avisé anoche. La verdad es que no me acordé de semejante señor, ni me hacía falta. Le he dado instrucciones para que ponga en ejecución mis proyectos sobre Sevilla. Voy a acometerlos por tierra, por aire y por agua. Ya he hablado con Marina para que una escuadrilla de torpederos remonte el Guadalquivir; también me suministra Marina unos hidroaviones. He dado a Sandino el mando de una escuadrilla de aviones, que saldrá hoy por la mañana de Cuatro Vientos, sobre Sevilla. Sandino, que es de toda mi confianza, entraba en Madrid esta madrugada, por el Hipódromo, y los sublevados, que estaban allí organizándose, le detuvieron, y le obligaron a ponerse con su coche en la caravana que vino sobre Recoletos. Sandino pudo escaparse por una calle lateral, y al presentarse aquí a primera hora, lo he aprovechado para darle ese mando. He enviado órdenes a Valencia, Alicante, Cádiz, Algeciras y Ceuta, para que hoy mismo se pongan en marcha, antes del mediodía, diversas fuerzas. De Madrid, saldrán otras. Mañana estarán concentrados en Córdoba 14 batallones y 48 piezas de artillería. El paso a Madrid se les cortará, por mucho empuje que tengan. Y le he dicho también a Ruiz Fornells que, sacándolos de Asturias, León, Zamora y Valladolid, concentre otros ocho o diez batallones en Extremadura, por si se les ocurre seguir otro camino, y en todo caso, para cortarles el de Portugal. Doy el mando de las fuerzas que van sobre Sevilla por Córdoba a Ruiz Trillo, que no es un Belisario, ciertamente, pero que cumplirá lo que se le ordene. Y se han tomado todas las

disposiciones para aislar totalmente a Sevilla, y que se cuezan en su propia salsa.

Después de arreglar todo eso, he salido a recibir las visitas. El despacho de Saravia y las habitaciones contiguas, llenas de gente. Entre otros, estaba Ossorio, muy alarmado: «¡Pero a usted lo van a asesinar aquí! —me decía—. ¿Usted tiene confianza en los que le rodean? Aquí entra cualquiera… ¿Quién le guarda a usted?». Lo tomé a broma, y se calmó. En la conversación, después de asegurarle que voy a dominar sin trabajo la situación, Ossorio ha tratado de sondear mis intenciones con respecto a los sublevados. No le he sacado de dudas.

Hablo con mucha gente. Hasta los enemigos parlamentarios han venido. Los «orteguistas» han enviado a Justino Azcárate. Me voy al Consejo.

En el Consejo he recapitulado los sucesos, para información del Presidente, y he dado también cuenta de las disposiciones tomadas respecto de Sevilla. El Presidente está muy animoso. Ha reiterado una vez más su resolución de no transigir ni contemporizar con un movimiento de esta clase, aunque triunfara; ello es elemental. Pero como el Presidente es tan formulista, ha escrito en un papel, y me lo ha dado para que yo lo guarde, una declaración: que nunca, mientras sea Presidente, consentirá que sean reintegrados a sus puestos y mandos militares los que han promovido y lanzado la insurrección. Algunos ministros han hablado de la conveniencia de suspender por decreto las sesiones de Cortes. El Presidente estaba dispuesto a ello. Ya esta mañana, al hablarme por teléfono, me dijo que aceptaba en blanco cuantas medidas quisiera proponerle el Gobierno. Después de pensarlo, me he decidido por no suspender las sesiones. Todo debe continuar funcionando normalmente, les he dicho. El efecto político será muy saludable, si no se interrumpe nada. El Parlamento no nos estorba, al contrario; ayudará al Gobierno. La militarada no debe conseguir ni siquiera una suspensión de sesiones. Así ha quedado convenido, aunque no todos lo encontraban bueno. En otros tiempos, con lo que ocurre hoy, no solo se habría cerrado el Parlamento, sino que se habrían suspendido las garantías constitucionales y declarado el estado de guerra.

Examinando las complicaciones patentes y latentes en el movimiento rebelde, hemos llegado a hablar del calor y auxilios que le ha prestado la nobleza. El Presidente ha dicho: «Hay que hacerles pagar la cuenta». Y ha indicado que conviene preparar una ley expropiando las tierras de los nobles. El Gobierno ha encontrado muy en su punto la indicación, y el ministro de

Agricultura se queda con el encargo de articular un anteproyecto, que se estudiará en otro Consejo.

Esto es lo más importante de lo ocurrido en el de hoy.

Vuelvo del Consejo y no recibo ya a nadie. Me voy a mi habitación hasta después de comer.

He ido a las Cortes a la hora habitual. Grandísima concurrencia. Acoso, abrazos, felicitaciones. Propósitos más o menos descabellados. Ansiedad por lo de Sevilla. Abierta la sesión, he pronunciado un discurso relatando lo sucedido y he dado cuenta de las disposiciones adoptadas para acabar con lo de Sevilla. He inspirado a las Cortes calma, seguridad y serenidad. Les ha gustado y han aplaudido mucho. Besteiro ha dicho unas palabras y después se ha pasado al orden del día. Esto ha producido el efecto saludable que yo esperaba. Ahora todos están satisfechos de que no se hayan suspendido las sesiones. Desde las Cortes me he vuelto al ministerio. Atiendo al movimiento de tropas, que se realiza sin novedad. Ruiz Trillo sale esta noche en el expreso para Córdoba. Todo va bien.

El aislamiento de Sevilla es absoluto. Nosotros conservamos un hilo que los sublevados no conocen, y tenemos noticias, aunque vagas y con algunas dificultades. La inacción de Sanjurjo me llena de asombro. ¿A qué espera? Yo suponía que hoy mismo, por la mañana, se pondría en movimiento para ocupar antes que nosotros los pasos del río, y abrirse el camino de Madrid. No hace nada. Es un disparate, y eso prueba lo que valen estas gentes. Yo, en su caso, habría sacado en el acto de Sevilla a la guarnición sublevada, y me la habría llevado al campo, iniciando una operación para marchar sobre Madrid. Es absurdo tener un día entero quieta a una guarnición sublevada, dentro de la misma población. Se desmoralizará y acobardará en seguida. Poniéndola en marcha, ya sería otra cosa. Sanjurjo ha podido ocupar Córdoba antes que nosotros, y habríamos tenido que concentrar en Alcázar de San Juan. La impresión habría sido grande, y algunos *comprometidos* que no han hecho nada, quizá le habrían secundado. En fin, siempre hay que contar con los disparates del enemigo, y aprovecharlos.

Ya de noche recibo confusas noticias de Sevilla. Unos informes dicen que los sublevados inician un movimiento sobre Zafra. ¿Es que se van a Portugal? Pero otros aseguran, con más visos de certeza, que sobre la línea férrea de Córdoba se han visto algunas gentes de Sevilla, que se disponían a cortar un puente. Si es así, no tienen propósito de avanzar ellos, sino de impedir que lleguen los nuestros.

Ruiz Trillo me ha hablado por teléfono desde varias estaciones del camino. La aviación está posada en Daimiel, esperando la orden para actuar sobre Sevilla al amanecer de mañana. La fuerza de Cádiz también marcha. Toda la infantería y la artillería que sacamos de Madrid está en viaje. El público la ha despedido con entusiasmo.

Me dicen de Sevilla que lo ocurrido en las Cortes esta tarde ha producido mucha impresión y ha desconcertado a Sanjurjo. Que no se haya desmoronado nada ni caiga el Gobierno ni se cierre el Parlamento, les maravilla. Estaban habituados a otra cosa.

No espero ya nada alarmante del lado de Sevilla. Solo falta saber cómo va a terminar aquello. Tiene que ser mañana, si nos aguardan. Me estoy en el despacho, aunque desde que me levanté el día 9 por la mañana no he vuelto a acostarme.

11 de agosto

A la una y media de la madrugada. Llaman al teléfono, desde Sevilla. Me dicen que Sanjurjo quiere hablar conmigo. La pretensión me parece desatinada. Contesto que si tiene algo que decir se lo diga al general subsecretario.

Al poco rato, desde el gabinete telegráfico, me repiten la misma petición de Sanjurjo. Doy la misma respuesta. Saravia dice que todo ello no son más que rodeos para ganar tiempo, antes de confesarse vencido.

A las tres de la mañana. Viene el general subsecretario a decirme que acaba de hablar por el telégrafo con el general González. Le comunica que se ha restablecido la normalidad en Sevilla, que ha vuelto a encargarse del mando y que el general Sanjurjo ha huido hacia Portugal.

Todo se ha acabado. Le digo al subsecretario que suspenda los envíos de tropas. Vámonos a dormir, que es hora.

Me he levantado tarde, creo que con derecho, después de estos dos días. Sanjurjo está ya preso. Instrucciones a Ruiz Trillo, que se encarga del mando en Sevilla. Disposiciones sobre la captura de Sanjurjo. En Sevilla, motines del *pueblo soberano* que se desquita en las casas de algunos monárquicos. También en Granada hay alborotos. En Madrid, tranquilidad. Anoche hubo algunas manifestaciones callejeras, pero pacíficas. Vivas y mueras. Parece

que en Sevilla han surgido algunos tribunos que se disponen a ceñirse el laurel de la victoria. De Madrid salieron el día 10 por la mañana, en un avión, varios diputados radicales-socialistas, con el propósito de *sublevar al pueblo* contra Sanjurjo. Claro, no pudieron hacer nada, pero ahora resulta que se han comido a Sanjurjo. He enviado al director general de Seguridad a Andalucía para que se haga cargo del general y lo traiga a Madrid hoy mismo. Vendrán por Mérida. He destituido al general Loriga, que ayer parecía dispuesto, como jefe militar de Carabanchel, a estorbar todo lo posible la salida de la aviación. También se publican hoy varios ceses, y pases a la reserva. He empleado parte de la mañana en puntualizar bien lo ocurrido en Madrid, y en examinar la conducta de ciertas autoridades, no muy clara todavía.

Por la tarde, en las Cortes, nuevo discurso para enterarles de la conclusión del «pronunciamiento». Cuando he relatado ligeramente los desmanes cometidos por el pueblo en Sevilla, y leído la lista de las casas y círculos asaltados o incendiados, las Cortes han expresado su satisfacción con fuertes y jocundos murmullos. He presentado dos proyectos de ley, de que hablamos en el Consejo de ministros de ayer.

Sanjurjo ha llegado a Madrid mucho más tarde de lo que se pensaba. No puede estar mucho tiempo seguido en el coche, y de vez en cuando pedía que le dejasen andar un ratito. A las dos de la madrugada del ya día 12, me ha telefoneado Menéndez, diciéndome que si no me estorbaba vendría a contarme su viaje con Sanjurjo. En efecto, ha venido. Menéndez salió al encuentro de Sanjurjo, cuando ya le traían a Madrid, y desde el encuentro han viajado en el mismo coche. Ahora el general está en la Dirección de Seguridad, hasta que sea llevado a prisiones militares.

Refiere Menéndez que Sanjurjo habla del suceso como si no tuviera nada que ver con él. No parece haberse dado cuenta de la gravedad de lo que ha hecho. Menéndez ha querido llevar la conversación por derroteros que produjesen algún esclarecimiento, pero el general se reserva.

—¿Cómo ha podido usted, don José, lanzarse a eso, solo?

—Cuando uno es vencido, siempre se queda solo.

Aludió Menéndez al general Goded, y Sanjurjo se calló (Menéndez es un ingenuo).

Niega que él pretendiese hablarme desde Sevilla, poco antes de su fuga. Ha pedido que le traiga aquí a su hijo.

El juzgado especial ha ido a la Dirección de Seguridad a tomarle declaración, y cuando pasaba al despacho del juez, el general ha dicho:

—¡Qué sueño tengo!

Me figuro cómo estará, él, tan torpón de ordinario.

12 de agosto

Anoche, o mejor, esta madrugada, entretenido con la conversación de Menéndez y otras cosas, me acosté a las cuatro. ¡Qué vida!

He llamado al coronel Vergara, que instruye la causa por los sucesos de Carabanchel, y le he dicho que apresure cuanto pueda la libertad provisional de Mangada. Naturalmente, después de lo sucedido estos días, la opinión pública está muy favorable a Mangada, de quien se dice que estropeó la combinación que habían urdido los generales.

El fiscal de la República ha visitado a Ramos para pedir instrucciones del Gobierno sobre la tramitación de la causa por lo de Sevilla. Puede seguirse un juicio sumarísimo contra Sanjurjo solo, o englobarlo en el proceso general. Le hago decir que el Gobierno se reúne esta tarde, y acordará.

He ido a las Cortes a las cuatro. La sesión acababa de empezar. Reúno a todos los ministros en el despacho, menos Albornoz que sigue enfermo, y Giral, que asiste a la sesión. He dado cuenta de la consulta del fiscal. Prieto, y casi todos los ministros, opinan que debe optarse por el procedimiento más rápido.

Se ha atravesado Zulueta, opinando que no puede perderse de vista que esta solución nos aboca, para dentro de pocos días, a la cuestión de resolver sobre la ejecución o el indulto de Sanjurjo.

Fernando, con señales de enojo, se niega a examinar ahora ese punto. Largo añade que si se deliberase sobre ello resultaría que juzgábamos el final, y que no dejaría de saberse el criterio del Gobierno.

Zulueta se ha picado. Pregunta si los dos caminos son legales, y añade que si se teme una indiscreción sobre el fondo, también es de temer sobre el punto que examinamos.

Le he replicado a Zulueta que el silencio depende de los ministros mismos. No parece haberse dado cuenta de que, tratándose de una cuestión de Gobierno, la consulta del fiscal está muy en su punto. Si ahora pareciese que dábamos largas al asunto, la opinión se escandalizaría. Acordamos contestar al fiscal que lleve el asunto velozmente, y aplazar toda deliberación sobre lo demás.

Entretanto, surgió un vivo incidente entre Casares y Fernando, que hablaban aparte sobre la situación de Granada. Ríos se quejaba de que habiéndose pedido auxilio a las sociedades obreras para defender a la República, el nuevo gobernador las sujete por la violencia y encarcele a los obreros.

Santiago replicó, airado:

—Señor ministro de Instrucción Pública: ¡yo no he pedido el auxilio de nadie!

Adiviné que Fernando se estaba poniendo pesado, movido de su pasión partidista y de su falta de tacto político.

Después Casares se quejó del general Cabanellas, director de la Guardia Civil, que ha ido al ministerio de la Gobernación a pedirle al subsecretario, «como un favor personal», que se suspenda la orden de desarmar a la Guardia Civil de Sevilla. El subsecretario se negó a transmitir el ruego al ministro. Casares no ve clara la conducta de Cabanellas estos días, y se niega a recibirlo. Más o menos claramente, me ha pedido su destitución. Me han dicho después que se ha ido un poco triste del Consejo.

Se ha hablado un poco de la solemnidad de mañana en el Retiro. (Distribución de cruces por lo del día 10). Prieto está en sus glorias, como organizador de estas comparserías.

Casares le ha enviado a Besteiro un recado para que invite a los diputados, desde la Presidencia, a la fiesta de mañana, y Besteiro ha contestado «que no es vocero de recados verbales».

Prieto me ha puesto a la firma una comunicación al Presidente de las Cortes, invitándole para mañana, y me lee unas cuartillas que contienen una alocución, también obra suya, al pueblo de Madrid, para que concurra al Retiro. He de firmar yo la alocución.

—Nunca he escrito mejor —le digo a Prieto, que se echa a reír y se va muy contento.

También hemos hablado en Consejo de la necesidad de acelerar la discusión de la ley Agraria. Con la indecisión de Domingo y el desbarajuste de la comisión, no se acaba nunca.

He entregado a Bello el artículo de *justicia*, del Estatuto, ya aprobado por el Gobierno.

En el salón, pocos diputados; discutían otro artículo, que se ha votado. El loco de Royo seguía barbarizando.

He vuelto al ministerio.

Al subsecretario, que está todavía con el susto en el cuerpo, aumentado por algunas disposiciones que he adoptado, le encargo que me redacte los decretos suprimiendo la Dirección General de Carabineros y disolviendo el 4.º Tercio de la Guardia Civil.

Ha venido a despachar el general Masquelet, jefe interino del Estado Mayor Central.

—Por deber, por afecto hacia usted y por sentimiento republicano, le doy la enhorabuena —me dice al entrar.

Masquelet es una excepción en el ejército, y estoy muy contento de haberlo descubierto y puesto en candelero. Me propongo mantenerlo donde está, definitivamente. Hemos comentado los sucesos. Me dice que cuando va al café y oye censurar a los generales, contesta: «Tienen ustedes razón».

Me hace una semblanza de Sanjurjo muy exacta, y del tipo de general prestigioso.

Hoy me ha traído el programa de adquisiciones de material para las divisiones, que yo tenía pedido y que Goded no acababa de hacer. Él lo ha hecho en pocos días.

Firmamos y se fue.

Después de cenar, estábamos de tertulia Cipriano, Saravia, Lola y yo, cuando se presentó Fernando de los Ríos. Me traía un pleito granadino. Está muy confuso porque ha irritado a Casares. No sabe por qué motivos muchos se irritan con él: si será que carece del don de gentes, o será que abusan de su cortesía, que procura extremar. (Me abstengo de decirle que su tono *profesoral*, su expresión pedante y rebuscada y su terquedad fanática le hacen a veces muy cargante). Me ruega que intervenga con Casares, para ver de impedir la huelga general en Granada. Está un rato largo de conversación, durante el cual le he dicho algunas gansadas «que le asustan». Yo me río.

Más tarde, ha llegado Novais Teixeira, pidiendo noticias de lo que ocurre en la embajada de España en Lisboa. «¿Qué pasa? ¡Yo no sé nada!».

—Dicen que se ha descubierto una caja de armas y municiones consignada al embajador.

Esto me alarmó, pensando en una imprudencia o en una equivocación de los portugueses revolucionarios.

Llamé a la embajada de España en Lisboa y Prieto Villabrille, antiguo conocido mío, encargado de negocios, se puso al teléfono. Estaba furioso. La policía portuguesa le ha cercado la embajada. La «caja de armas y

municiones» es un muestrario enviado por la comisión de venta de armas, de acuerdo con centros oficiales portugueses. Prieto Villabrille me pronuncia por teléfono un discurso calurosísimo, larguísimo, atropellado, atroz. En suma, me pide autorización para entablar una reclamación ante el Gobierno portugués. Ha hablado por teléfono con Gómez Ocerín y con Bulnes y no le han hecho caso.

—Bueno, bueno: ahora se lo harán a usted. Es indispensable hablar con el ministro de Estado, que le dará instrucciones.

He llamado después a Zulueta y le cuento el caso. Zulueta, para ilustrarme, me hace un relato larguísimo, de cosas que ya conozco, y me impacienta. Creo que ha oído por el teléfono alguna señal de mi impaciencia. En fin, Zulueta se va a poner al habla con Prieto inmediatamente.

Luz comenta los sucesos de estos días en forma tal, que al parecer no ha existido Gobierno ni hombres con mando para reprimir la sublevación. Todo lo ha hecho el *pueblo*. ¿Cuál?

El *Heraldo* publica una información y comentario (sin duda del necio de Armiñán), en que tiene el descaro de decir (resentido porque no le admito a libre plática) que al salir del Consejo un ministro me decía:

—¡Ah! ¡Si hubiésemos hecho caso del *Heraldo*!

Es el colmo de la impudicia reporteril.

El Sol se abstiene prudentísimamente de comentar el suceso. Parece que en aquella casa creían en el triunfo de Sanjurjo.

13 de agosto

He salido al despacho a las once. Ha sido la noche pasada la primera que me han dejado dormir, desde el 9. Despacho con el subsecretario. Han quedado renovados todos los cuadros de la guarnición de Sevilla.

El comandante Sandino me trae una información sobre lo ocurrido en la base de Tablada el día 10. Resumen: los oficiales se declararon *neutrales*, que ya es una situación culpable.

Una comisión de diputados canarios viene a hablarme de la ley Agraria, en lo que afecta a las islas.

Ramón Franco, que anda ahora haciendo el buen chico, viene a felicitarme. La verdad: prefiero que esté enojado y haciendo el terrible revolucionario. Pérez de Ayala se despide para Riaza. Me deja unos papeles sobre la organización interior del gabinete inglés y una traducción de la ley de

libelo. Se presenta también Mangada, ya en libertad. Ha venido el general Loriga, destituido. Le han recibido en el gabinete militar. Saravia le ha dicho de mi parte que pida el pase a la reserva, y el general se ha negado. El mismo encargo le he dado para el general Caballero.

Cosas de Sanjurjo. Hace pocas noches, Marcelino Domingo se encontró con Sanjurjo en el restaurante Achurri. El general estaba cenando en mangas de camisa. Saludó al ministro y le pidió permiso para continuar como estaba. Luego dijo Sanjurjo a sus íntimos: «Yo no puedo meterme con estos hombres, a los que no debo más que atenciones».

Los periódicos siguen tirándose estocadas sobre si se mata o no se mata a Sanjurjo. La gente está empeñada en que se le mate. A la Presidencia del Consejo han llegado más de tres mil telegramas, casi todos pidiendo la ejecución del general.

Por la tarde, a las cinco, he ido a Palacio, con mucha firma. Desde allí, con el Presidente de la República, al Retiro. (Antes, el Presidente me ha enseñado un telegrama del argentino Alvear, rogando que no se derrame sangre). Hemos hecho el recorrido en coche abierto, rodeados y seguidos del escuadrón de escolta, para esplendor de las instituciones… Estruendo de herraduras al ritmo del trote, ruidosos aplausos, vítores. Calor atroz. Aburrimiento.

En el Retiro, una muchedumbre inmensa. Ovaciones delirantes. Imponemos las insignias a los heridos y distinguidos en la noche del 10. Condecoro a Saravia, Tourné y Fernández Navarro. Después, un desfile de fuerzas de Seguridad, Asalto, etcétera. El retorno es penosísimo, porque hay que cortar una masa de cien mil personas. Nos estrujan, nos palmean, nos soban. ¡Qué paliza! Besteiro, que venía en nuestro coche, me dice: «Esta es una charlotada que no puede repetirse». El regreso a Palacio ha sido muy lento.

En Palacio, reunido el Gobierno con el Presidente y Besteiro, hemos comentado la jornada.

Hablamos también del suceso de la embajada en Lisboa. Domingo no sabe nada del asunto. Zulueta encargó a Gómez Ocerín que no enviase las armas de muestra sin consultarme, y no me consultó.

Al volver al ministerio, he hablado con Ramos. Me enseña un artículo de *Luz*, de esta noche, absolutamente estúpido. Su encono personal y mi exceso

de celo le lleva a suponer que, por mis discursos de estos días, yo he querido *fijar* la situación de Sanjurjo, anticipándome a los tribunales.

Ortega se separa de *Luz*, porque sabe que el periódico cambia de dueño. Desde el intento de suicidio de Urgoiti, Ortega tiene pensado volver a *El Sol*, que le publica un trozo de un libro suyo, «a ruego secreto de Ortega a Aznar». Félix Lorenzo, director de *Luz*, no puede creer que Ortega les haga esa traición. Los redactores de *El Sol* protestan contra la posible vuelta de Ortega. Ciges Aparicio asegura que le dará un puñetazo o un tiro.

He tenido invitados a cenar a Saravia, Tourné y Fernández Navarro, para celebrar su condecoración. Después, tertulia hasta la una.

14 de agosto

Hoy no he salido hasta última hora de la tarde. Me he ocupado en preparar la combinación de generales para los mandos. Le doy muchas vueltas y nunca me satisface. Es un rompecabezas.

Me dicen de la Dirección de Seguridad que casi todos los oficiales de la brigada de caballería de Alcalá estaban comprometidos y que no recatan su sentimiento por el fracaso.

El coronel Poderoso, que manda uno de aquellos regimientos, y que estaba para ascender, quiere hablar con Saravia, porque ha oído decir que va a ser relevado. Le digo a Saravia que llame a Poderoso y le interrogue. La policía asegura que Poderoso sabe quiénes eran los comprometidos.

El general Augustin se me queja de que no le he nombrado jefe del Campamento. Y sin duda, creyendo hacer méritos, me dice que me enviará una lista de oficiales monárquicos comprometidos. ¡El pobre, se conoce que no lo ha sabido hasta hoy!

15 de agosto

Despacho con el subsecretario. Acuerdo separar del servicio al general Loriga, que se ha negado a pedir el pase a la reserva.

Se me presentan el teniente coronel Puig, que está en la policía de Tánger, y el capitán retirado Lora, exjefe de policía de la zona. Acusan al alto comisario de deslealtad a la República. Hablan de unos telegramas

«misteriosos» cruzados entre López Ferrer y el cónsul de España en Gibraltar. «¿Y qué dicen los telegramas?», les pregunto. *No lo saben, pero me prometen traer una copia*.

También hablan de un telegrama del general Boloix a Gómez Morato, preguntándole si se adherían o no al movimiento de Sanjurjo. Me ofrecen suministrar una copia.

El general Cabanellas (M). pregunta por teléfono a Saravia si puede verme, para ver de salir de un modo decoroso de la situación difícil en que se halla.

Poco después he recibido a Cabanellas. Estaba muy pálido y emocionado, y me ha hecho grandes protestas de adhesión al régimen y a mí, «que firmé su rehabilitación en el ejército». Cree notar «ciertas cosas», que pudieran significar desconfianza, y me incita a que decrete su cese.

Le digo que, en efecto, el ministro de la Gobernación está descontento, porque no cumplimentó la orden de desarme de la Guardia Civil de Sevilla, habiendo tenido que realizarla el gobernador. Se disculpa con que la orden no se la comunicaron a él sino al gobernador mismo.

Le hago ver que su situación es delicada, y que yo no tengo más remedio que ponerle fin. Insiste en su cese. Quizás esperaba que yo dijese: «¡De ninguna manera!»; cuando se percata de que lo doy por hecho, se emociona. Me dice que yo seré siempre su mejor amigo; que, si se lo permito, me dará un abrazo; que servirá donde yo le diga, aunque sea de soldado; que la República necesita *gastar hombres*, y que con gusto lo declarará así, etcétera, etcétera. Se va, dándome un abrazo, en efecto, y con los ojos húmedos.

Después de esta conversación he llamado por teléfono al general Bedia, para que venga desde Logroño. Pienso hacerlo inspector de la Guardia Civil, dependiente en todo de Gobernación, porque voy a suprimir la Dirección General de la Guardia Civil, especie de castillo roquero independiente, con el que no se ha atrevido nadie hasta ahora.

Ha venido a verme Ciges Aparicio y me cuenta las tragedias que ocurren en *El Sol*. Ciges cree saber, por referencia de Mourlane Michelena, que Aznar estaba metido «hasta el cuello» en el complot, pero a primeros de junio se apartó, por consejo de unos amigos. Aznar —afirma Ciges— es fascista, católico, confiesa y comulga todas las semanas; su *azañismo* en *El Sol* es fruto del consejo maquiavélico de Lequerica, seguido por Aznar, persuadido de que acentuando la revolución, vendrá más pronto la reacción. Aznar le ha dicho a alguien, hace tiempo, que la salida de todo esto es la Restauración.

Los jesuitas —siempre según Ciges— tienen parte en la empresa de *El Sol*: las acciones de Aledo. Ahora han puesto en la comisión de gerencia a un señor Urrutia, o Urruti, hechura de Lequerica; un pariente de Urrutia está complicado en el levantamiento del otro día, en el cual ha muerto un primo de Viesca, copropietario de *El Sol*.

Ortega quiere volver a *El Sol*, pero él, Ciges, le dará de bofetadas. Ortega trató con los jesuitas de Bilbao para la fundación de *El Sol*, y desde entonces tienen acciones.

Otros han señalado ya el jesuitismo de Ortega, y su malhumor contra la República data de la aprobación del artículo 26. El director del *Liberal* opina parecidamente.

He recibido también al general García Benítez, pariente mío, que manda la brigada de Alcalá. Está muy asustado. Me trae las informaciones hechas por los coroneles. La de Enrile no sirve para nada; la de Poderoso es más clara y útil. Allí casi todos estaban en el ajo, pero no los coroneles, al parecer, puesto que fueron otros dos a hacerse cargo de los regimientos para la sublevación. Esto no es prueba suficiente. De Enrile no tengo sospecha; pero la conducta de Poderoso (que estaba en Daganzo la noche del suceso) no es diáfana. Veremos lo que dan de sí las averiguaciones que se están haciendo.

Menéndez me trae la declaración prestada por Matres ante el jefe superior de Policía, en la Dirección de Seguridad. A este Matres lo conozco desde hace veinticinco años, de mis tiempos de señorito ocioso. Entonces, Matres era una especie de parásito de jóvenes *calaveras*, a quienes acompañaba en sus diversiones. No recuerdo si llegué a cruzar la palabra con él; pero sé perfectamente quién es. Desde entonces acá, y habiendo yo cambiado mi manera de vivir, no he vuelto a tropezarme con él. Le he visto alguna vez en los teatros y más frecuentemente en el Café Regina, donde tiene una tertulia no muy distante de la que yo solía frecuentar. (Contigua a nuestra *peña* del café había otra a la que asistía Federico Berenguer, a quien conozco también desde hace tanto tiempo como a Matres, y por iguales ocasiones; pero con Federico Berenguer sí me saludaba). Matres era, ¡cómo no!, de los íntimos de Sanjurjo, y le acompañaba siempre. Sin embargo, la policía no se había fijado en él. En el Consejo de ministros del otro día, Prieto dijo: «Quien debe estar enterado de todo es Matres».

La policía lo ha detenido después y lo que me ha traído Menéndez es un primer interrogatorio. Es muy interesante, y con ese documento a la vista, un juez sagaz y resuelto a todo averiguaría muchas y muy resonantes cosas.

Acusa a Barrera y González Carrasco; asoman posibles enjuagues de Cabanellas; se habla de Lerroux y sus conferencias con el mismo Cabanellas; del dinero, de la relación que suponían tener dentro del ministerio de la Guerra para que les abrieran la puerta, etcétera.

Cacho me ha traído una nota que el general Cabanellas piensa dar a la prensa y le he dicho que no la publique.

Los monárquicos siguen «farrucos». Ahora precisamente que han perdido una partida tan fuerte, quieren decir que tienen más fuerza; que lo hecho no es más que una simple muestra; pero que lo grande y decisivo vendrá pronto… ¡Bueno, bueno! En general, la opinión está al lado del Gobierno.

En Biarritz han tenido una reunión Cierva, el duque de Maura, Sainz Rodríguez, Calvo Sotelo y Pujol, director de *Informaciones*. Entre otras cosas Sainz Rodríguez dijo que Aznar recibe 5000 pesetas mensuales del Gobierno. ¡Qué gente!

Me entregan una carta que me escribe el comandante de la Guardia Civil, Albert, que se cree obligado a contarme los insultos que el general Benito Pardo, subdirector de la Guardia Civil, me dirigía cada vez que dejaba su despacho para venir al mío. ¡Ya, ya! ¡Buenos están todos!

19 de agosto

En el Consejo del martes continuó el altercado entre Casares y Fernando de los Ríos por los asuntos de Granada. Casares tiene razón, y como es infinitamente más listo que Fernando, lo apabulla. Fernando tiene una política teorética al servicio de pasiones de militante. Nos asustaban mucho con la huelga general de Granada, pero yo me encogí de hombros, viendo tranquilo a Casares. En efecto no ha pasado nada.

En el mismo Consejo se aprobó la nueva redacción del proyecto de expropiaciones. Domingo nos había traído otro, hecho probablemente por algún ingeniero agrónomo, que no tenía pies ni cabeza. También se aprobó el decreto de supresión de la Dirección General de la Guardia Civil. La noche antes hice venir de Logroño al general Bedia, para nombrarlo inspector general. No di noticias de nada en los periódicos, para que no se sepa hasta que esté hecho el cambio.

Por la tarde fui a La Granja a recoger la firma del Presidente para el proyecto de ley y varios decretos. Lo encontré merendando en el campo de polo con su familia y unos invitados. Nos fuimos a Palacio. Hablamos largamente. Aprobó el proyecto de ley. Le conté lo que sabía de la declaración de Matres y se preocupó por lo que pudiera resultarle a Lerroux.

Volví a las nueve y me marché a cenar con los antiguos amigos del Regina, que le daban a Saravia una comida. Ni por la tarde ni por la noche aparecí por las Cortes. Allí estuvieron congregados, esperándome en vano, los periodistas.

Al general Bedia, que había llegado por la mañana, pude recibirlo a las nueve y media de la noche. Es un tipo muy feo. A Saravia le ha dicho: «Con esta pinta que tengo, creerán que carezco de dotes de mando».

Buena falta van a hacerle. Los caciques y mangoneadores de la Guardia Civil están espantados con la supresión de la Dirección General. Nunca lo hubieran creído.

El miércoles continuó en las Cortes la discusión de la reforma militar. Después leí el proyecto de expropiaciones, que fue recibido con grandes aplausos. En el acto, se reunió la comisión para dictaminar. Naturalmente, todo el mundo quería expropiar un poco más. La comisión reclamó mi presencia, informé durante un cuarto de hora y quedaron en dar dictamen de conformidad, menos Casanueva, el notario cavernícola, que hizo voto particular.

Cuando Lerroux llegó al Congreso y le enteraron del proyecto, dijo que no lo votaría en modo alguno, por impedírselo su conciencia. El necio de Salazar Alonso dijo que antes renunciaría al acta.

Pero otros radicales vinieron a decirme que ellos lo votaban, y que si su jefe se oponía armarían un escándalo. Los valencianos y los andaluces eran los más decididos. Por consecuencia de esto, ya en la sesión de la noche, leído el dictamen, los radicales cambiaron de actitud y dieron a entender que llegarían a un acuerdo. En efecto, a la mañana siguiente se reunieron y acordaron votar, después de una discusión borrascosa. Martínez Barrio, en la sesión del jueves, intervino para decir en nombre de su partido que dejaban al Gobierno «la responsabilidad de haber presentado el proyecto» (poca falta hacía que Martínez Barrio dijese una perogrullada, porque ¿quién va a responder de eso, más que el Gobierno?), y que lo votarían *para que hubiese quorum*. Total: querer y no querer; votan sin que parezca que lo aprueban… postura poco lucida. Han votado para que no surja la discordia entre los radicales. Cuatro de ellos no entraron a votar.

El proyecto se discutió en la sesión del jueves. Lleno completo. El voto particular de Casanueva fue desechado por enorme mayoría. Habló Eduardo Ortega, que aprovechó la ocasión para meterse con Zulueta, porque conserva en el ministerio a conocidos monárquicos. Ortega tiene razón en esto. La indecisión de Zulueta le ha colocado en mala postura. Allí siguen Danis, Casa Rojas y Bulnes, entre otros. Casa Rojas debía de ser de los creyentes en el triunfo de Sanjurjo. Porque el domingo antes me lo encontré en Gredos y afectó conmigo mucha frialdad. Zulueta cometió la inadvertencia de interrumpir a Ortega y lo echó a perder. Y aún quería levantarse a contestarle, tan fuera de ocasión. Se lo prohibí.

Habló Sánchez Román y pronunció un discurso en galimatías, con el que solo quiso, al parecer, marcar un divertimiento personal en nombre del Derecho. Expresaba opiniones de Ossorio, que la tarde antes aplaudía el proyecto ante los periodistas, y después cambió de parecer, tanto que mientras se discutía el asunto en el salón envió una carta a Carner, diciéndole que a cada minuto que pasaba comprendía más la gravedad y el riesgo de lo que íbamos a hacer. Carner estaba impresionado, y me preguntó si no querría yo hablar con Ossorio. Le dije que no; que hablase él. Llamaron a Ossorio y tuvieron una conversación. Entonces vino Carner en busca mía y me acompañó al despacho, donde estaba Ossorio, que comenzó a hacerme reflexiones, llamándome la atención sobre lo que opinaban personas con autoridad en la Cámara.

—Con autoridad, pero sin votos —le repliqué.

Me habló de la alarma que se produciría entre los propietarios.

—¿Tienen más que no conspirar? —le repuse.

—Es usted imposible —contestó Ossorio, riendo.

Reconoció que el problema era político y que no podía desperdiciarse la coyuntura de descargar un golpe fuerte, pero que debía estudiarse más y ponerlo en armonía con la Constitución y con el espíritu jurídico.

Después me fui al salón, donde estaba hablando Sánchez Román. Besteiro, hábilmente, le invitó a que concretara su parecer en un artículo nuevo o en una enmienda, para lo cual estaba dispuesto a suspender la sesión. Entonces hablé yo. Había ido a la sesión sin pensar argumento ninguno para el discurso, y en espera de lo que allí ocurriese para articular la defensa del proyecto. Lo tomé por el lado político e improvisé una arenga que las Cortes recibieron con aclamaciones delirantes. El asunto estaba ganado.

Para asegurarlo más, le dije a Sánchez Román que estábamos dispuestos a recibir las modificaciones que él propusiera, si mejoraban el proyecto; no si lo

desvirtuaban.

Sánchez Román rectificó, y no entendí nada de su rectificación. Había en sus palabras reticencias extrañas y una retirada imprevista. Después me dijeron que Sánchez Román había entendido que yo rechazaba su propuesta y me negaba a examinarla.

Me marché del salón al despacho, mientras se discutía el artículo 1.º. La discusión pública, y algunas observaciones hechas en conversación, nos movieron a variar la redacción del artículo 2.º. Hubo una hora de mucha confusión en mi despacho. Asúa, Funes, Ansó, Aldasoro, Fernando, Domingo, Carner… todos opinaban y no se entendían. Por fin, conseguí arreglar el artículo 2.º y que se lo llevasen a la comisión.

Vino Maura, que en la discusión pública había estado muy displicente, e increpaba a los radicales que se pusieron en pie para aplaudirme. Como siempre, anunciaba catástrofes. Se retirarían los capitales, etcétera. Añadió que le habían hecho impresión algunos de mis argumentos, y aunque había pensado votar en contra, lo votaría de todo corazón si se aceptaba lo que propusiera Sánchez Román, el cual estaba ya trabajando para redactar otra cosa.

A todas estas, cuando iba a votarse el artículo 1.º, Besteiro suspendió la sesión hasta las diez y media. Me contrarió mucho, porque no contó con el Gobierno y el proyecto podía haber salido aquella misma tarde. No era seguro que por la noche hubiese *quorum*.

Por la noche volví a las Cortes. Me trajeron el texto redactado por Sánchez Román, que no servía para el caso. La comisión lo rechazó por unanimidad. Se abrió la sesión y el proyecto se votó artículo por artículo, sin discusión. Para la votación definitiva esperamos media hora, a fin de que llegasen más diputados. Hubo número sobrado y se aprobó.

La ley, que es muy rigurosa y atrevida, dadas las circunstancias, ha caído muy bien entre los republicanos. El Presidente de la República me ha dicho que esta ley «nos facilitará otras resoluciones en el asunto de Sanjurjo».

Maura no asistió a la votación, ni los diputados de su partido. Ortega tampoco estuvo en la sesión de la noche, pero dos o tres diputados de su grupo votaron en pro. Él no quiso comprometerse, sin duda. Tampoco asistió Lerroux, pero votaron en pro lo menos cincuenta radicales.

Picavea votó en pro y le jalearon mucho por ello. En los pasillos me dijo que él es hombre de orden, y vota conmigo porque yo soy el orden y el único que lo mantiene en la República.

Después de la sesión me fui con Ramos, Cipriano y otros amigos a tomar el fresco. Estuvimos en un restaurante de la carretera de La Coruña. Me contaron algunos de los líos que hay en los periódicos. La empresa de *El Sol*, siguiendo el criterio de Lequerica, piensa orientar el periódico más a la derecha; se habla incluso de un intercambio de acciones con la empresa de *ABC*. Pero entonces, ¿dónde queda el *maquiavelismo* de Lequerica, de que me hablaba Ciges? No creo ni una cosa ni otra.

El señor Miquel, copropietario de *Ahora*, ha adquirido, o va a adquirir *Luz*. La noticia ha desorientado a los empresarios de *El Sol*; creen que se trata de la empresa de *Ahora* y temen que *Luz* se lance a hacer la competencia a *La Voz*. Aznar ha llamado a Guzmán para rogarle que haga desistir a Miquel de sus propósitos.

Hoy he recibido los papeles que me manda el alto comisario sobre la conducta del general García Boloix. Aún no está esclarecido todo. Me falta el telegrama de consulta que envió (o dicen que envió) en consulta a Gómez Morato.

También he recibido hoy el telegrama y la carta enviados por el capitán Hinojosa a López Ferrer. El *Heraldo*, inspirado por Lora y Puig, supone que ese capitán estaba de acuerdo con Sanjurjo, y lo mismo dice de López Ferrer, apoyándose en esos documentos, cuya existencia conocían, pero no su texto. Los documentos prueban exactamente lo contrario.

José Pla, que desempeña no sé qué cargo en la Sociedad de Naciones, ha venido a visitarme «para llevarse una impresión». Me alaba mucho, me admira mucho, y entre unas y otras me dice si la ley votada ayer no será un precedente para el caso de que triunfen los monárquicos. Le contesto una aspereza seria, se pone pálido, y se va.

He tenido aquí a Luis Zulueta. Más de una hora de conversación. Hablamos del personal de su ministerio. Zulueta está impresionado y azorado por lo que le dijo ayer Eduardo Ortega. Sin mortificar a Zulueta, le hago ver la urgencia de renovar el alto personal de Estado, y queda en hacerlo así. La irresolución y la duda permanente de Zulueta son reformistas e institucionistas de pura cepa.

Después me habla de política general. Ensalzando mi discurso de ayer y reconociendo la necesidad de la medida, confiesa que el camino le parece peligroso y que vamos a enajenarnos muchos concursos y a sembrar odios. Reaparece el encogimiento reformista. Le oigo con paciencia. Llega a

decirme que convendría cambiar de política y me pregunta si no convendría modificar el Gobierno en octubre, dando entrada a los radicales y a otros republicanos.

Le contesto que eso es imposible. Yo bien quisiera calmar la hostilidad de radicales y de socialistas, y siempre estaría dispuesto a reconstituir un Gobierno parecido al que presidí en octubre del 31. Pero socialistas y radicales son, hoy por hoy, irreconciliables, y mucho me temo que han de serlo cada día más. Los socialistas no pueden irse ahora del Gobierno; es pronto. Así lo reconoce Zulueta. Una modificación cualquiera, que no condujese a ampliar la coalición, sino a separar a los socialistas, les daría motivo, provocándolo nosotros mismos arbitrariamente, para afirmar que les jugábamos una mala partida. De los socialistas hay que separarse amistosamente y de común acuerdo, en virtud de haber ya realizado un programa común. De otra manera, tomarían una posición violenta, muy peligrosa. Y en su día, el Gobierno que nos suceda no deberá hacer una política de retroceso, porque eso sería lo peor. Retirarnos nosotros ahora solo conduciría a dejar la República en manos del lerrouxismo, que es una infección. ¿Qué sería de la República, gobernada por Lerroux?, le pregunto.

Zulueta hace un aspaviento. No dejo de reconocer —le digo— la gravedad de la situación y que no es conveniente arrojarse a ciegas en brazos de la izquierda, pero así como sofocamos por la fuerza el movimiento anarcosindicalista, hay que sofocar el de la derecha a toda costa y pase lo que pase. Si las Cortes supieran trabajar más rápidamente, estos problemas quedarían resueltos muy pronto. De ahí viene mi resistencia a cerrar el Parlamento y el decidido empeño con que le hago trabajar todo el verano. Pero allí no comprenden nada, y los que más desean que esto se acabe pronto son los que más lo estorban.

La votación de anoche fue muy buena. Mejor hubiera sido si Besteiro no suspende la sesión, sin contar con nadie.

Nuevamente me ha visitado Pérez de Ayala.

20 de agosto

Consejo de ministros en el ministerio de la Guerra. Antes del Consejo he recibido en audiencia de despedida al general Rodríguez del Barrio, que sale de inspección. Me habla de los sucesos, que deplora, tachándolos de locura.

Los generales sublevados no se dan cuenta del cambio operado en el país ni del tiempo en que viven. Refiere que muchas veces había aconsejado a Goded que se estuviera tranquilo y que no echara de menos los privilegios abolidos. ¿Es sincero?

El general ha sabido que Sanjurjo le dijo en Sevilla al coronel del 9.º de Infantería, Rodríguez Polanco, que tenía para él una carta de su primo Rodríguez del Barrio, pero *que casualmente se la había dejado en Madrid*: Rodríguez del Barrio está muy enojado por lo que él llama invención de Sanjurjo. Dice que a su primo apenas le trata.

Sanjurjo, en Sevilla, cuando se creyó triunfante exclamaba: «Lo que voy a reírme de Queipo de Llano».

El pobre de Queipo no sale de su asombro, ya que tenía mucha estimación por *Pepe*.

No sé qué habría sido de nosotros si en la noche del 9 hubiera estado todavía en funciones de director de Seguridad el señor Herraiz, antecesor de Menéndez, hombre escéptico, que no cree en la policía, ni en los confidentes, y enemigo de los guardias de asalto. Menéndez, por el contrario, es decidido, valeroso, fidelísimo y entusiasta. Pero tiene los defectos nacidos de esas cualidades, el mayor de los cuales es un exceso de confianza en su persona y el improvisar demasiado. Por otra parte, aún le sobra candor para ser policía.

Ejemplo: como unos quince días antes de la sublevación, el hijo de Sanjurjo le preguntó a Menéndez:

—¿Vigiláis a mi padre?

—¡Hombre, no! ¡En qué cabeza cabe!

—Yo te juro, por la vida de mi padre —añadió el hijo— que no se mete en nada.

Menéndez me repitió esta conversación, y no creía, impresionado por las palabras del hijo de Sanjurjo, que con tal juramento mintiese. Resultado: que la policía no tuvo *pista* de Sanjurjo y la noche del 9 al 10 no supimos dónde estaba hasta que llegó a Sevilla.

Ni el propio Menéndez podía sustraerse al recuerdo de la antigua amistad con Sanjurjo, ni a las garambainas de la «palabra de caballero», etcétera. No es imposible que Sanjurjo haya ocultado sus planes al hijo hasta última hora; hasta el momento de irse a Sevilla en su compañía. No es imposible, pero sí poco probable, porque Sanjurjo está ciego por su hijo, que tiene gran influjo sobre él, y según los informes le ha incitado a que hiciese una barbaridad; y esto, no de ahora.

En el Consejo de ministros hemos terminado de aceptar y rechazar las últimas enmiendas a la ley Agraria. La irresolución de Domingo, sumada a la terquedad de Martínez Gil, y a la escasa colaboración de Besteiro con el Gobierno, dilatan este asunto.

Le he encargado a Albornoz que haga con urgencia un proyecto para renovar el personal de la Magistratura. Con las líneas generales que le he dado, queda en traerlo al Consejo próximo.

No hemos hablado de los periódicos suspendidos. Ayer me visitó una comisión (el director de *La Época*, el de *La Libertad*, y Mourlane, que sustituye en *El Sol* al dimitido Aznar), para pedirme la reaparición.

En realidad, el *ABC* y otros periódicos tienen gravísima culpa en la preparación de los sucesos del día 10. Han dado alas y esperanzas al movimiento, han hecho creer a esos idiotas de generales que el país se iría tras ellos. También don Melquíades tiene su parte de culpa, según todos los indicios; de sus tesis políticas (Cortes *facciosas*, etcétera) se ha tejido, además, el manifiesto de Sanjurjo.

Lerroux ha hecho a los periódicos unas declaraciones asombrosas: dice que Sanjurjo le invitó a tomar parte en la conspiración, y que él se negó.

Por su lado, Matres, que fue secretario de Sanjurjo, ha declarado que Lerroux rogó a los conjurados que no hiciesen nada hasta que él pronunciara su discurso en Zaragoza.

Y uno se pregunta si Lerroux es un bruto, un loco o un malvado; o las tres cosas juntas. ¿Quería detener un pronunciamiento anticipándose a derribar al Gobierno para satisfacer así a los generales? A eso lo llamó Lerroux prestar un servicio a la República.

Desde las cuatro de la tarde hasta las ocho he tenido en mi despacho a Vergara, Franco y Rodríguez Mata estudiando la parte de Hacienda del Estatuto. El asunto es difícil, penoso de ordenar. Estos amigos han discutido mucho. He redactado unas líneas generales para el proyecto.

Por la noche he ido de paseo al puerto de Guadarrama, y hemos andado un rato por la carretera, a la luz de la luna.

Mi situación es dramática. Cada suceso de estos me clava más al Poder, donde no quiero estar, y a medida que me destacan sobre los demás, se agrava la carga que pesa sobre mí. Me aterra pensar que no tengo ahora sustituto

posible que satisfaga a los republicanos y sea capaz de llevar el Gobierno. ¿Adónde va a conducirme todo esto?

Ortega se ha marchado de *Luz*. En este periódico queda la acritud orteguista contra mí. No desperdician ocasión de decirme algo desagradable, incluso por cosas nimias o imaginarias.

La otra noche, a las tres y media, se presentaron en *El Sol* los representantes del consejo de gerencia y le *admitieron* la dimisión a Aznar. Han nombrado un duunvirato director: Mourlane Michelena y Víctor de la Serna, dos reaccionarios. En todo ello se ve la mano de Lequerica y del grupo bilbaíno, y la influencia de Alba. Parece que la causa determinante de la sustitución de Aznar es el comentario que puso a la ley de Expropiación de Bienes de los complicados en la rebelión.

Son tan farsantes en aquella casa que Víctor de la Serna le ha dicho a Guzmán que el autor de los artículos elogiosos para mí, publicados en *El Sol*, ¡es Lequerica! El pobre De la Serna ignoraba que Guzmán había visto a Aznar escribir algunos de esos artículos.

Me cuentan que la empresa de *El Sol* no quiere vender acciones a Miquel. Quien se opone es Barbate, el mayor accionista, alegando que Miquel pretende comprar para la empresa de *Ahora*.

¿Periodismo y negocios, todo junto? Enredo seguro.

23 de agosto

Anoche me trajeron las galeradas de una interviú que Leopoldo Bejarano le ha hecho en prisiones al general Sanjurjo. Quiso Bejarano publicarla en la *Hoja del Lunes* y Casares no se lo consintió.

La interviú, que pretende defender a Sanjurjo, es un disparate. Irritaría aún más a los republicanos. Guzmán aconsejó a los de *Ahora* que no la publicasen, y no la publicaron. Pero una agencia la ha transmitido a Barcelona.

Me hablaron de los ofrecimientos del barón de Mora, actualmente preso, y que quiere *servir*. No sé si en la Dirección de Seguridad sabrán aprovecharlo.

Me acosté a la una, tardé en dormirme, y hoy me han despertado a las siete, porque el Presidente llegaba a las ocho. He bajado a la estación y, a consecuencia del poco dormir, tengo un jaquecazo espantoso.

Cuando volví de la estación, Saravia me entregó un telegrama cifrado que el telegrafista de Sevilla ha encontrado «sospechoso». Es del coronel Aranda, jefe de Estado Mayor del general Ruiz Trillo en Sevilla, al jefe superior de las fuerzas militares de Marruecos. Va en clave especial, sin otra indicación. El telegrafista pidió instrucciones, y se le dijo que lo remitiera aquí, suspendiendo el curso hasta nueva orden.

Descifrado el despacho, podría ser que Aranda resulte comprometido en algún manejo político. Se dio orden de que cursaran el telegrama, para saber quién lo recibía y qué contestaban. Aunque el general reside en Ceuta, el telegrama va puesto a Tetuán, sin duda para que en su Estado Mayor lo lean, y él no. En efecto, pocas horas después hemos recibido la respuesta, interceptada en Sevilla. Es de Martín Prats, hermano del jefe de la base de Tablada, cómplice de Sanjurjo. He llamado por telégrafo a los dos sujetos y mañana irán a prisiones y ante el juez.

He remitido al fiscal la declaración de Matres. Es asunto que puede dar mucho ruido.

He llamado al jefe superior de Policía y le he ordenado que vaya a Alcalá y haga él personalmente una investigación a fondo sobre el asunto de la brigada. Los informes que me han enviado los jefes militares de allí, solo pretenden disimular lo ocurrido. Mis informaciones particulares son muy otras; y lo que menos interés tiene es el proceso que se instruye contra los que conocidamente se marcharon del cuartel en la madrugada del 10.

Antes del Consejo he ido a Palacio a despachar con el Presidente. Hemos hablado durante una hora de todos los asuntos, menos del de Sanjurjo, que se planteará en toda su magnitud pasado mañana.

En el Consejo de ministros se ha aprobado el texto de Hacienda del Estatuto, que ayer tarde acabé de elaborar después de otra reunión con los *técnicos* y Corominas. Se han aprobado también muchos decretos de Instrucción Pública, entre ellos, el relativo a la exploración del Amazonas, asunto que suscita las atroces burlas de Prieto. Fernando, que todo lo toma en serio, se me lamentaba esta tarde del poco interés del Consejo de ministros por las cuestiones de «cultura».

En las Cortes, con poca concurrencia, se ha discutido la ley militar. Tales simplezas estaba diciendo Fernández de la Poza, artillero, diputado radical, que le he interrumpido ásperamente y se ha sentado. Luego, el mismo Poza le

ha soplado algunas cosas a Eduardo Ortega, que se encarga de hablar fuerte y bronco contra mí. He dejado plantada la discusión.

He vuelto al ministerio, recojo, ya puesto en limpio el texto de Hacienda del Estatuto y se lo llevo a Luis Bello. Les urgía leerlo en la sesión de hoy, porque ya no tienen materia de discusión. Lo de la reforma agraria sigue embarullado. Después del Consejo, Marcelino «se ha puesto enfermo» y no puede seguir la discusión porque nadie está conforme con nadie en la comisión. ¡Domingo es un carácter!

He tenido una larga conversación con Ossorio en un pasillo del Congreso. Me ha hablado con interés de un proyecto de milicia ciudadana para defender la República, que me envió articulado hace dos días. Le he opuesto algunos argumentos que siempre hay contra ese género de fuerzas, y mi poca inclinación a que ciertas funciones sean asumidas por aficionados. No faltan motivos para creer que un organismo así, en el supuesto de que llegase a ser realmente una fuerza, capaz de sostener un choque, podría ser causa u ocasión de desorden, de conflictos, y probablemente de opresión sobre el Gobierno. No creo ahora necesario, ni conveniente, disolver el ejército. Solo en caso tal convendría crear otra cosa. Y lo mejor es ir transformando el ejército, con reducciones del servicio en filas, y otro modo de reclutar y preparar a la oficialidad.

Tratando de la cuestión de Sanjurjo, me dijo Ossorio que me escribirá una carta solicitando el indulto, como escribió a Berenguer pidiéndolo para Fermín Galán. Por haber hecho eso entonces, es el único que tiene autoridad para pedirlo hoy. También quería presentar en las Cortes una moción, pidiendo el indulto, pero esto me pareció mal, por muchas razones, y le he hecho desistir, advirtiéndole de que la opinión del Parlamento pudiera ser contraria al indulto, caso en el cual me pondría en una situación difícil.

Habló también mucho del estado general de los asuntos, y me dijo que el día 10 por la mañana, cuando vino a visitarme, se quedó aterrado, pensando que cualquiera de aquellos podía asesinarme. Examinando los peligros actuales, me dice Ossorio que yo pereceré asesinado: «A un hombre sereno como usted —añade— se le puede hablar así».

Romero Crisantos, magistrado de la sala 6.ª del Supremo, tuvo el otro día la ocurrencia, ya en curso el proceso de Sanjurjo, de ir a visitar al Presidente en La Granja. Don Niceto, espantado de la indiscreción de Romero, le tuvo siempre delante de gentes, mientras duró la visita.

Y hoy mismo, Mariano Gómez, presidente de la dicha Sala, que juzga a Sanjurjo, ha comunicado al Presidente de la República, que tiene un teléfono

para hablar con él, sin ser oídos, porque quería consultarle ciertas dudas. Don Niceto ha contestado que las resuelva él solo, y no ha querido saber ni el número del teléfono.

Estoy en el ministerio desde las ocho. Recibo noticias de provincias. Hay inquietud en el Norte.

24 de agosto

Ya están camino de Madrid el coronel Aranda y el teniente coronel Martín Prats. Telegrafío al alto comisario para que se incaute de los papeles de Prats.

Otro telegrama de África me pone sobre la pista de un documento remitido por Hinojosa a López Ferrer. Ordeno que me lo envíen, para ver si consigo hacer plena luz en este asunto.

Conversación telefónica con Casares. Hay informes de que esta noche intentan repetir el golpe en Zaragoza, Valladolid y Madrid. Por absurdo que parezca el propósito, a mí no me sorprende. Encuentro normal que, en estos primeros días siguientes a su derrota, los que hayan quedado por ahí, sin desenmascarar, o a salvo de la policía, se encorajinen y lejos de darlo todo por perdido, crean que ahora es cuando va a ir de veras. La depresión y el desánimo vendrán después. Pero mientras tengan a Sanjurjo sin sentenciar, no les faltarán palabras para animarse a un desquite.

He hablado por teléfono con Rodríguez del Barrio, que está en Huesca y le he ordenado que se presente esta tarde en Zaragoza. También telegrafío a Alcalá, para que García Benítez no se duerma. Y he llamado a mi despacho a todos los generales con mando en Madrid. Recibirán instrucciones, que coordinadas con las medidas de Gobernación, no permitirán que pase nada.

He hecho venir a Remigio Cabello, y le he encargado que se vaya en el acto a Valladolid, para que estén prevenidos los socialistas, si ocurriese allí alguna cosa.

Me visita el ministro de España en Bolivia, de quien ahora no recuerdo sino que gasta monóculo. Me ha descrito sus triunfos diplomáticos, y los de la misión militar española en La Paz, y concluye impetrando mi protección para que le mande a la legación de Atenas, donde ya ha servido; es, además, hijo de una griega. (Este sí que es un motivo serio para nombrarlo).

También he recibido a Prieto Villabrille, consejero de la Embajada en Lisboa. Le conozco hace muchos años. Gallego hinchado siempre, ahora lo está físicamente. Es una botarga. Habla vertiginosamente media hora seguida. Durante la cual yo solo digo: «¡Ah, claro! Sí, sí».

Me cuenta, una vez más, todo el lío de las municiones enviadas en la valija, me refiere sus méritos y cómo se ha metido en el bolsillo al Gobierno portugués, y concluye asimismo pidiéndome un ascenso. Dice que el

embajador Rocha le ha aconsejado que lo ponga en mis manos. Con eso cree hacerme una fuerza atroz.

Esta tarde he recibido vagas noticias de la vista del proceso Sanjurjo. Me dicen que la defensa de Bergamín ha sido muy mala. Este viejo señor ha dicho ayer a los periodistas una impertinencia: «Quizás algún día tenga que defender a Azaña».

Trabajo en diferentes asuntos. Llegan, con respecto a Valladolid, informes alarmantes.

Tomadas todas las disposiciones posibles para esta noche y muy aburrido, llamo a Cipriano y a otros amigos y nos vamos por la carretera de Las Rozas. Nos detenemos, a eso de las ocho y media, en el bar de Mariano, a tomar un refresco. No había casi gente. Sentados al aire libre, disfrutamos de la noche, suave y templada. La radio empezó a contar la vista del proceso y allí me he enterado de lo que han dicho la acusación y las defensas.

Después de la cena, idas y venidas en el gabinete militar. Estoy en comunicación con muchas plazas. Desde Zaragoza, Rodríguez del Barrio, presente en el teléfono de la división, me da cuenta detallada de su visita; no hay novedad, ni los más leves indicios de que pueda suceder nada. Los mismos informes recibo de Burgos, Pamplona, San Sebastián, etcétera.

A las diez y media ha venido Ossorio para entregarme personalmente la carta pidiendo el indulto de Sanjurjo. Se extraña mucho de que aún no haya sentencia.

Charlamos un rato. Dice Ossorio que mi caso en la política española solo se explica por la Providencia.

—Poco he hecho por tenerla favorable —le contesto.

—La Providencia obra en favor de España, mediante usted.

Por la lógica, no se explica mi caso, según Ossorio. Por la lógica, yo debería ser ahora subdirector de los Registros y haber escrito otros seis libros. De pronto, contra toda lógica y jerarquía política, pronuncié el discurso que debió haber pronunciado Lerroux y quedé consagrado Presidente. Siguiendo este hilo, se ha despachado a su gusto. Ossorio atribuye a la Providencia todo aquello que él no puede explicarse, porque ignora la causa y, en lo que a mí se refiere, por falta de información.

Casares me transmite noticias del gobernador de Valladolid, según el cual, en el cuartel de caballería hay una reunión de oficiales sospechosa. He telegrafiado al general Cruz, nombrado hoy para mandar la brigada de artillería de aquella división, ordenándole que esta misma noche se posesione del cargo. Cruz y Caminero comunican conmigo, y ambos se quejan de la inacción de La Cerda.

Llamo al teléfono al general La Cerda, le informo de lo que se cuenta, y le concedo veinte minutos de plazo para que vaya al cuartel de caballería y arreste a todos los que se encuentren en él, no debiendo estar por razones del servicio. Promete hacerlo así inmediatamente.

Desde Gobernación me hablan de autos cargados de oficiales que entran en Valladolid; de una camioneta procedente de Burgos.

El general La Cerda me llama desde el cuartel antes de que transcurran los veinte minutos. En el cuartel no había más que los de servicio, y ninguna novedad.

El gobernador civil asegura que la gente de la Casa del Pueblo rodea y vigila el cuartel, porque están alarmados con lo que creen saber. Estamos esperando hasta las cuatro. Todo está en calma en todas partes.

Pasadas las cuatro, aún no hay sentencia. Los señores siguen deliberando. Se conoce que han comenzado a estudiar de nuevo la carrera de derecho. Me voy a acostar.

25 de agosto

A las ocho y media me despierta el teléfono. Habla Mariano Gómez, Presidente de la sala 6.ª, y me comunica la sentencia que acaban de firmar. Me llama mucho la atención que absuelvan al hijo de Sanjurjo, pero no digo nada, y me reservo mi opinión para cuando conozca el texto de los considerandos, que serán sin duda muy buenos.

—¿Quiere usted que vaya a verle? —me pregunta Gómez.

—No, no es menester —le respondo—. Que ustedes descansen.

Pocos minutos después me llama Albornoz y me cuenta lo mismo. Entonces he llamado yo al Presidente de la República y le informo del suceso. Me dice que, para todo evento, debemos tener el informe del Supremo, que pide la Constitución. Le he hecho saber que antes de ir a Palacio, el Gobierno

se reunirá en Consejo, para deliberar, solo. Como es natural, lo encuentra bien.

Traté de dormir otra vez, pero ya el sueño había volado. Un poco más tarde llamé a Mariano Gómez y le pedí que me enviase el consabido informe.

—¡Me quita usted un peso de encima! —respondió, muy emocionado—. En seguida lo mando. ¡Que tenga usted un acierto!

He citado a los ministros para las diez y media. Examinaremos nosotros el caso y tomaremos un acuerdo, que llevaremos después al Presidente, como propuesta. No podríamos discutir delante de él.

Bergamín ha venido al ministerio, con propósito de verme para solicitar el indulto. Pero yo no me había levantado y quedó en volver. Le he hecho decir que haga la petición por escrito, en nombre de Sanjurjo, y no puede porque Sanjurjo se niega a que se solicite en su nombre. Bergamín ha hecho por cuenta propia un breve escrito.

Los ministros han acudido puntualmente. Leo al Consejo la carta de Ossorio, el escrito de Bergamín, y alguna otra petición. Se planteó una cuestión previa, muy ociosa, sobre el artículo 102 de la Constitución. Prieto, erróneamente, creía que debe preceder un acuerdo del Gobierno, y luego pedir el informe al Supremo. Logro convencerle de que no debe ser así. Un ministro hablaba del «expediente» de indulto, como si fuésemos a escribir muchas hojas.

Entramos en la cuestión de fondo, e invité a los ministros a que diesen su parecer. Prieto, por sí, y por los otros dos ministros socialistas, votó por el indulto. Domingo, por sí y por Albornoz, votó lo mismo. Casares, con gran firmeza, votó por que se cumpliese la sentencia. Los demás votaron por el indulto. Todos han razonado su opinión largamente. Casares funda la suya en que el indulto rompe la firmeza del Gobierno, alienta a los conspiradores, y nos impide ser rigurosos con los extremistas.

Voté yo el último, a favor del indulto. He considerado el asunto como un caso político, en el que debe hacerse lo más útil a la República. Fusilar a Sanjurjo nos obligaría a fusilar después a otros seis u ocho que están incursos en la misma pena, y a los de Castilblanco. Serían demasiados cadáveres en el camino de la República. Hay que desacreditar los pronunciamientos, por su propio fracaso y por el descrédito de sus fautores. Fusilando a Sanjurjo, haríamos de él un mártir, y fundaríamos, sin quererlo, la religión de su heroísmo y de su caballerosidad. Fusilando a Sanjurjo, iríamos hoy a favor de la corriente, pero se nos volvería contraria a los pocos días, a las pocas horas;

los mismos que ahora piden su muerte, lo sentirían después. La monarquía cometió el disparate de fusilar a Galán y García Hernández, disparate que influyó no poco en la caída del trono; procuremos no incurrir en un yerro análogo. Se ha de acabar con la historia de los levantamientos y con los fusilamientos, haciendo ver que esas acciones no producen ni gloria. Más ejemplar escarmiento es Sanjurjo fracasado, vivo en presidio, que Sanjurjo glorificado, muerto.

Terminado el Consejo, cuando salía para Palacio, me dice Ramos que Casares, con lágrimas en los ojos, le ha confesado que se siente derrumbado. También me dan cuenta de los acuerdos del partido radical-socialista. Se ha reunido un grupo parlamentario y ha votado que se fusile a Sanjurjo, o en otro caso, que dimitan los dos ministros de ese partido. Los radicales-socialistas se empeñan en jugar a Danton y Robespierre, y hacen la fiera, bien tontamente. Al que me ha traído la noticia le he contestado que me tiene sin cuidado el acuerdo; el Gobierno hará lo que le parezca, con el voto de la mayoría de sus miembros, y si lo que hagamos no les gusta a los radicales-socialistas tendrán que aguantarse.

Reunido el Gobierno en Palacio, doy brevemente cuenta al Presidente de lo acordado y se mostró conforme. Insistió el Presidente en la necesidad de tomar duras medidas contra los monárquicos, y prometió una vez más que durante su mandato se opondrá siempre a todas las rehabilitaciones.

Después tratamos del lugar donde puede recluirse a Sanjurjo. Se habló de Mahón, pero ofrece poca garantía de seguridad. Ocaña está demasiado cerca de Madrid, y tendremos una peregrinación de monárquicos para ver al preso. Propuse el Dueso y se aceptó, para lo cual se dictará un decreto habilitándolo como prisión militar.

Hemos convenido asimismo callar el acuerdo adoptado hasta última hora de la tarde, para dar tiempo a que se produzca alguna reacción favorable al indulto.

Por la tarde, en el ministerio, he recibido algunas visitas tontas. Estoy fatigado desde anoche, y un poco angustiado por el suceso, como si todavía no fuese seguro que le vamos a indultar. Nunca había tenido en la mano la vida de un hombre. Es mucho. ¿Me equivoco al dar a este asunto la solución que le he dado? Espero que no.

A media tarde, voy al Congreso. Reúno a los ministros, menos Zulueta y Ríos, que están en el banco azul, asistiendo a la sesión. Leo los decretos de indulto y de habilitación del Dueso; y conversamos sobre el asunto y probables consecuencias.

De pronto se presenta Fernando muy asustado, y me dice que Maura y Alba hablan contra el título de Hacienda del Estatuto, que la comisión lo hace muy mal y que la mayoría se inclina a dar la razón a Alba; lo que Alba pide es aplazar hasta octubre lo de Hacienda.

Le contesto, airado, a pesar mío, que si habiendo dos ministros en el banco azul no saben decir en nombre del Gobierno que no acepto eso, que, o se aprueba ahora el Estatuto o se va el Gobierno, y que no estoy dispuesto a que resuciten el problema en octubre. Le digo que contesten así. Fernando se va, azorado.

Prieto y los demás ministros se ríen mucho.

—¿Por qué se ríen ustedes? —pregunto.

—Del miedo que tienen los dos —responde Prieto.

También hablamos de la ley Agraria. Le digo a Domingo que ya no puede esperarse más, y que si él no vence las dificultades, mañana iré al banco azul para hacer cuestión de gabinete la aprobación del texto pendiente.

A las siete se levantó el Consejo. Me encargué de dar la referencia a los periodistas. Aglomeración enorme en la puerta del despacho. La gente no cabía en el pasillo. Discutían acaloradamente y esperaban *la noticia* con ansiedad. Incluso se habían cruzado apuestas. Di a los periodistas una escueta referencia del Consejo y no dije nada del indulto.

—¿Pero qué han acordado ustedes respecto de Sanjurjo? —preguntaban.

—Lo que hayamos acordado respecto de Sanjurjo tiene que conocerlo el Presidente de la República antes que ustedes.

Con esto, los dejé plantados y me fui. Como el Presidente me tenía citado para las ocho y media, tomé el coche con Ramos y Cipriano y nos fuimos a hacer tiempo por la carretera de Alcalá, dando un paseo. Llegamos cerca del pueblo. Los bárbaros volvían de la feria.

A las ocho y media estaba en casa de don Niceto. Entramos, y cuando desembocábamos en el recibimiento, el gorila que hace de portero en el domicilio del Presidente se abalanzó sobre Ramos, le puso las manos en los hombros y quiso volverlo atrás.

—¿Qué hace usted? —le dije—. ¡Es el señor subsecretario de la Presidencia!

—Tengo orden de que no pase nadie más que el señor Presidente.

—Aunque así sea…

Se amansó el gorila. Incidentes parecidos no son raros cuando se va de visita a casa del Presidente de la República.

Mi entrevista con don Niceto fue brevísima. Firmó los decretos y nos despedimos. En la puerta, golpe de periodistas.

—El señor Presidente —les dije— ha conmutado la pena al general Sanjurjo.

Y sin más palabras, nos metimos en el coche.

En el ministerio de la Guerra, ya solo, me ganan el descanso y la satisfacción. ¿También a mí se me ha quitado un peso de encima? Sanjurjo, que se ha portado conmigo como un felón, no lo agradecerá. Yo le había cobrado cierta simpatía, como a un animal viejo e inválido.

A las diez y media se me presenta el general de la división, a quien envié aviso de que viniera. Le doy instrucciones para las órdenes de entrega del preso, a fin de que lo lleven a Santoña.

—¡Ah! Me he llevado un mal rato —dice—. Creí que me llamaba usted para formar mañana «el cuadro».

—¿No sabía usted que le hemos indultado?

—No, señor Presidente.

Están llegando a centenares los telegramas pidiendo el indulto. Ramos, Funes, Cacho, Cipriano y mis ayudantes se entretienen en clasificarlos. También ha venido Casares. Quiere dimitir, así como su amigo Calviño. Procuro tranquilizarle, pero no lo he logrado enteramente.

A la una y media me comunican que han ocurrido desórdenes en San Sebastián, Granada, Zaragoza, y algún otro sitio.

Son chispazos de la cólera popular contra Sanjurjo, atizada por el indulto.

27 de agosto

Ayer viernes estuve gran parte de la tarde en el despacho del Congreso con Carner, Corominas, Bello y Vergara, retocando el título de Hacienda del Estatuto, que se leyó de nuevo al final de la sesión. Queda mejor. Corominas tenía otras pretensiones, como que se le asignaran a la Generalidad recursos especiales para enseñanza, que se otorgara a la Generalidad la recaudación permanente de los tributos del Estado, etcétera. No lo acepté. Corominas dijo:

«Vengo a oír la sentencia. Tenemos el deber de aceptar lo que usted resuelva».

El público está ya convencido de que hemos hecho bien indultando a Sanjurjo. No ha ocurrido nada de lo que algunos temían. La tensión ha cedido. Solo quedan los diputados radicales-socialistas que, en su papel de hombres terribles y revolucionarios, siguen pidiendo que se fusile a Sanjurjo y que dimitan los dos ministros del partido. No es concebible mayor necedad. Me dicen que la capitanea Galarza, subsecretario; no se le ocurre comenzar dimitiendo él mismo.

A última hora de la tarde de ayer salí de paseo con Cipriano. Fuimos a Alcalá y merendamos en la lóbrega hostería del estudiante, falsificación costumbrista, ordenada según la estética de la «zarzuela grande». Cosas tales le gustan al público madrileño, y a favor de este marco, no le importa beber un vinillo que sabe a la pez.

Desde la hostería fuimos a visitar a mi amigo Vicario, «cavernícola de buena fe», como él dice, en su vieja casa: la Casa de Millana, o sea, la casa de Budia en *Fresdeval*. Se ha muerto hace poco su tía nonagenaria, último resto de una sociedad y de un modo de vivir que parecen fabulosos. Vicario, con su hermana, más sobrinas, todas de negro, estaban sentados en el patio, casi a oscuras, y en silencio. Una vieja y una chiquilla, en la puerta de la habitación baja que sirve de portería, permanecían inmóviles.

Nos sentamos un rato, yo en el sillón donde murió el *Brihuego* (Fresdeval). Salimos con Vicario a la plaza. Era día de feria. Músicas, buñolerías, iluminaciones, humos. Atravesamos la plaza a lo largo. La gente me reconoció, y se agolpó en torno nuestro un millón de personas que se pusieron a gritar y aplaudir. Entre la muchedumbre se abrió paso mi pariente, el apocado general Benítez, que tan poco lucimiento ha tenido con su brigada. Hablamos un momento y tomamos el coche para volver a Madrid.

La presencia del jefe superior de Policía en Alcalá, enviado por mí a realizar una investigación, ha dado ya un resultado: la prisión del propio jefe de Caballería que instruyó las primeras diligencias por los sucesos del día 10.

Por la noche vino a visitarme alguna gente, y hubo aquí mucha conversación. Yo estaba de buen humor, creo que por la solución del asunto Sanjurjo y haberme librado de manchar de sangre a la República. Los que se afilan el colmillo en una presa que ellos no habrían sido capaces de hacer, se

creen profundos políticos y auténticos revolucionarios. ¡Adónde iría a parar la República en sus manos!

Ya muy tarde salí a la calle a dar un paseo a pie con Ramos, Cipriano, Saravia, Amós y Orge. Tomamos chocolate en un café de la calle de Alcalá, frente a Correos. Yo no tenía ganas de acostarme y me gustaba andar suelto, y, al parecer, libre.

De regreso, en la plaza de la Cibeles, estuvimos considerando la estrategia de los atacantes del ministerio. Por cierto que la última puerta de la verja por el lado de Recoletos, contigua a las casas de Gandarias, que no se usa nunca (solo sirve a una zona de servidumbre que pesa sobre el terreno del ministerio en favor de la casa n.º 3), ha aparecido el otro día, cuando se reconoció minuciosamente el recinto exterior, con todos sus goznes saltados y desatornillada la cerradura. Comentando este hecho hemos recordado que a principios del verano un sujeto presentó una instancia solicitando que se le permitiera poner un café en esa parte baja del jardín, para ser utilizado por la misma puerta de que hablo. La petición nos pareció una extravagancia y no hicimos caso. ¿Tendría relación con esto?

Hoy he despachado con el Presidente de la República. Le he llevado el nuevo texto de Hacienda del Estatuto y le ha parecido bien.

Recibo informes vagos de malestar en África, y una carta del alto comisario en que me habla de manejos contra el régimen. Tanto en el ejército como en el campo. Para informarme mejor he enviado hoy a la zona, con todo secreto, al comandante Zapico, artillero; a Buzón, comandante de la Guardia Civil, y al teniente Santiago, de la Guardia Civil también, para que recorran el territorio y me informen. Cada uno ignora que van los otros dos.

El ayudante de García Boloix ha traído copia de todos los despachos cruzados entre Melilla y Tetuán el día 10 de este mes. Gómez Morato me dice hoy que de la primera conferencia telefónica no queda constancia; pero él habla de una primera conferencia que no coincide exactamente con la hora que me da García Boloix, y al mismo tiempo este general me transmite la nota de su primera comunicación. Boloix recibió el radio de Sanjurjo a las dos y media de la tarde. Lo trasladó a Tetuán, pidiendo instrucciones. De Tetuán no le contestan hasta las siete. Boloix dice que respondió a Sanjurjo negándose a obedecerle; en la radio no hay rastro de esta respuesta; vamos a averiguar en Telégrafos. Si la respuesta existe, su valor depende de la hora en que se diera:

o bien inmediatamente después de recibir el requerimiento de Sanjurjo, o después de recibir la respuesta de Tetuán.

Claro que hay un hecho indiscutible, y es que en África nadie se movió. Pero conviene hacer luz en estas interioridades para saber cuál era la disposición de aquellos jefes y si deben continuar allí o quitarlos.

He recibido al general Cruz, que manda la brigada de artillería de Valladolid. Me informa de lo ocurrido la otra noche, cuando la última alarma, y de la desatinada conducta del general de la división La Cerda. El telegrama que este me envió en la mañana del 10 ya me puso contra él; pero los detalles de la reunión de generales, jefes y oficiales de la guarnición convocada por él en aquellos momentos son escandalosos. Le he destituido por telégrafo.

Ahora que ya está destituido es cuando se deciden a contarme que, con ocasión de la fiesta de aniversario de la República, La Cerda dijo que este era un Gobierno de zascandiles.

La Cerda es un incapaz, semiloco. Un desastrado, hasta en el vestir. Tiene una finca en la sierra de Ávila, creo que en Las Navas. El general practica el naturismo y se pasea desnudo por el pinar. A cierta distancia va el asistente, advirtiendo a los veraneantes:

—Apártense, que viene el general en cueros.

Ha venido a comer conmigo Casares. Ya está un poco repuesto de su quebranto del otro día. Hemos trabajado hasta las cinco en los asuntos de la Guardia Civil. En Gobernación están hechos un lío con el traspaso de los servicios de la suprimida Dirección General, y lo que pretenden los jefes del Cuerpo es implantar en Gobernación el mismo organismo y el mismo sistema que han tenido hasta ahora en Guerra. Le haré el decreto orgánico de la Inspección General. Vamos a jubilar a muchos y a reformar las plantillas.

Casares me dice que no está contento de los servicios montados por Menéndez en la noche del 10, y que no puede suplirse todo con el valor personal. Tengo la misma impresión. Lo de menos, con ser mucho, es que no tuviesen pista de Sanjurjo. La distribución de fuerzas en Madrid aquella noche fue equivocada. Dejaron abandonada la Casa de Correos. Puso guardias de asalto en la calle de Xiquena, donde menos falta hacía, porque el ministerio estaba defendido, y no se le ocurrió situar ni un retén en las calles que por la otra vertiente bajan a Recoletos: calle de Olózaga, calle de Recoletos, o plaza de la Independencia, que hubieran cogido de revés a los asaltantes y les hubieran cortado la fuga. Tampoco han estado más felices en los trabajos posteriores al levantamiento. Claro que tienen muchísimo que

hacer y que han de atender con poco personal a mil cosas. Pero los atestados son deficientes y las pruebas que no se obtengan ahora no se obtendrán después. Habían abandonado algunos hilos, como el de Alcalá, que yo he hecho recoger. Menéndez trabaja muchísimo, con entusiasmo y lealtad; pero los resultados no son tan felices como debieran ser.

Ido Casares hablo con Guzmán, que me refiere su entrevista con el director del *Debate*. Herrera ha visitado a Guzmán, para comunicarle sus puntos de vista, y que me los transmita.

Estarían dispuestos a unirse a la República si la política religiosa del Gobierno no fuese más allá y se les dejase la enseñanza. «Las formas de gobierno son accidentales», dice Herrera. El Santo Padre ha dicho a los prelados que no deben seguir predicando la consubstancialidad de religión y monarquía. Están asustados por la suspensión del *Debate*; advierten que esta no es como las anteriores. No aprueba lo hecho por Sanjurjo, pero se le escapa que es muy dura la condena.

Dice Herrera que se han equivocado respecto de mí, y que me creían mucho menos importante. Ahora creen que soy lo único en la República; los demás no cuentan para nada; los radicales-socialistas se desharán y Lerroux está acabado. (Todo eso lo dirá por lisonjearme, a través del mensajero).

Ya comprende que no es posible pensar ahora en un Concordato, pero podría hacerse un acuerdo secreto con el Vaticano, que decidiría a la Iglesia española a aceptar la República.

El Nuncio conocía el complot de Sanjurjo y pronosticó que fracasaría.

Después he tenido aquí a Álvarez-Buylla, director de Aeronáutica, y hemos tratado durante dos horas del proyecto de reorganización de Aviación que me ha traído el Estado Mayor Central.

Firmo muchos papeles. Me aburría, cuando ha llegado Menéndez. Le hablo de lo de Alcalá, del asunto Aranda-Martín Prats, del ofrecimiento de servicios por el barón de Mora. Me cuenta algunos detalles del viaje de Sanjurjo a Santoña. No esperaba que lo trasladasen tan pronto. Al pasar de Burgos, y preguntar adónde le llevaban, el comisario le dijo que al Dueso. La noticia le aplastó. Le ha dicho al comisario que dentro de seis meses todo esto habrá pasado.

También le preguntó al comisario (Aparicio) si estaba preso el coronel del 27 Tercio de la Guardia Civil.

—No sé —respondió el comisario.

—¡Valiente sinvergüenza! —replicó Sanjurjo—. ¡60 000 pesetas se ha llevado!

He firmado el pase a la reserva, por edad, del general Ruiz Fornells. Como es subsecretario, creía hasta última hora que iba a ascender.

También he dejado hoy disponible a otro general de Carabineros.

Después de cenar he ido de paseo al Escorial.

28 de agosto

Hoy, como domingo, no he salido del despacho en todo el día. Aprovecho la soledad y he dado fin a muchos asuntos que tenía por resolver.

Al caer la tarde, he estado asomado un rato al balcón de una de mis habitaciones, que dan sobre un costado del ministerio, el que mira a la calle del Barquillo. El jardín estaba desierto, y había en él y toda esta enorme casa, una gran paz, un gran silencio. Por ser domingo, y de agosto, en Madrid había poca gente por la calle. En el ministerio, nadie visible. El jardín estaba delicioso, parecía el de un convento. Es inefable la impresión de reposo, de olvido, de dulce descuido que me llegaba del jardín. Tantos enconos, desazones, contiendas, y afanes, se borran, se disuelven en esta dulzura, amorosa, suave, inocente. ¡Qué domingo! No se veía alma viviente. Las verjas de par en par. Un centinela en la calle de Prim y otro en la calle de Alcalá. Y yo me preguntaba por qué obsesión, nacida acaso de lo *tenebroso* de la conjura, los asaltantes del ministerio eligieron la hora de la madrugada para dar el golpe, cuando por lo menos están cerradas las verjas y puertas del edificio. Si hubiesen venido en una tarde como esta, habrían entrado de seguro, y cuando la guardia hubiera querido reponerse de la sorpresa, ya estarían en los patios del edificio principal o en las escaleras. En cuanto reunir prontamente en tales circunstancias a la tropa, que habría estado casi toda de paseo, ni pensarlo.

Lo más audaz en apariencia puede ser a veces muy hacedero y llano. ¿No se les ocurrió? Habrá que creer en la suerte. Claro que tampoco habrían vencido definitivamente, pero un golpe grande y de efecto sí lo habrían dado, y quizás hubieran logrado acabar conmigo, que no hubiese sido poco. Lo desatinado es pretender asaltar el ministerio a las cuatro de la mañana, como no fuese que creyeran contar con inteligencias dentro de la casa (de lo que hay indicios), y además con la sorpresa. Pero es estúpido, fallado el primer ataque a la puerta, pretender dominar el ministerio tiroteándolo desde la acera

de enfrente. Había que forzar la puerta o escalar a toda costa las verjas, aun dejándose prendida en ellas la mitad del efectivo. ¡Qué cosas no habrán hecho en África estos estrategas!

A las siete y media he salido a dar un paseo con Lola. Después de cenar han venido unos amigos, y hemos tenido conversación hasta la una.

29 de agosto

Hoy he trabajado mucho. El montón de expedientes que me ha traído el subsecretario ha quedado listo y firmado.

Después he ido a casa del Presidente, llevándole entre otros decretos los de separación de los generales Barrera y Ponte. Me ha dicho el Presidente que ayer le visitaron los cinco coroneles de la Guardia Civil de Madrid para hacer protestas de lealtad y lamentar lo sucedido en Sevilla con el 4.º Tercio. Uno de los coroneles se alargó a hablar mal de Sanjurjo. Por las señas que da el Presidente, debe de ser el coronel del 27, que según ha dicho Sanjurjo tenía cobradas 60 000 pesetas por unirse al movimiento. De esta y otras complicidades nunca se averiguará nada, por lo menos en el proceso, porque Sanjurjo, como era de suponer, ha tomado el partido de callar. Lo que le ha dicho al comisario en un arranque de mal humor no lo ratificará ante el juez, de fijo.

Villanueva, director del *Liberal*, me escribe enviándome una carta que le ha dirigido el general de la reserva Luis Bermúdez de Castro, horrorizado porque a Sanjurjo le han vestido el uniforme de presidiario. Añade que habría sido más piadoso matarlo. Pretende Bermúdez que como Caballero de San Fernando, Sanjurjo tiene derecho al uniforme militar, y a llevarlo dentro del presidio. Estos militares son extraordinarios. ¡Les parecerá un honor que su sagrado uniforme se luzca en el penal!

Ha quedado hecho el decreto organizando la inspección de la Guardia Civil en Gobernación, y se lo envío al ministro para que lo firme.

Viene el ministro de Marina, llamado por mí, y le explico el plan de reorganización de la Aeronáutica. Giral, influido por los marinos, se estremece ante la reforma, que contrariará mucho a los señores del ancla. Giral ha estado aquí hasta las seis, y bien impuesto del asunto, se lleva unos papeles para seguir estudiándolo en sus detalles.

A continuación, despacho con el jefe del Estado Mayor Central, que me trae un cargamento de asuntos. Y después, el fiscal, a quien tenía que dar unos encargos.

He dejado disponible a otro teniente coronel del Estado Mayor Central, Galarza, íntimo de Sanjurjo y de Goded, y que fue, hasta el advenimiento de la República, uno de los grandes mangoneadores del ministerio. Galarza es muy inteligente, capaz y servicial. Escurridizo y obediente. Pero decididamente está del otro lado. En la causa no aparecerá nada contra él. Sin embargo, es de los más peligrosos.

También he echado del ministerio al teniente coronel Tudela, que estaba al frente del Primer Negociado.

He dictado después muchas cartas, y he despachado todos los asuntos que tenía pendiente en mi secretaría de la Presidencia.

Y por si era poco, a última hora ha vuelto el subsecretario, con otras cosas, y al final, Saravia. Estoy mareado.

El astuto Bergamín ha hecho ayer a *El Sol* unas declaraciones perversas y resonantes: dice que Lerroux «sabe perfectamente» que el movimiento no era monárquico. Esto puede dar juego, si se comprueba con la declaración de Matres.

La impresión que le ha causado a don José Ortega el fracaso de Sanjurjo es «que aquí no se sabe organizar nada».

Más anécdotas:

No he anotado que la otra noche, sería la una y media, al volver de paseo, me encontré en el despacho de Saravia a Gumersindo Rico, director de la Telefónica, y al comandante Vidal, aguardándome.

Creí que, a tales horas, vendrían a hablar de algo importante. Pero, no. No me habían visto desde hacía algunos días, vinieron a saludarme, y al saber que estaba de paseo, decidieron esperarme. Hablamos un poco de todo, y una vez más, de la noche del 10.

Rico nos prestó buenos servicios, contándonos todo lo que oía por teléfono y estableciendo vigilancia en algunos circuitos. Desde la Telefónica nos avisaban de la inminencia del golpe. Ejemplo:

En la noche del 9 al 10, a eso de las doce, oyeron en la Telefónica una llamada de Sevilla al Café Europeo, donde sabíamos que se reunían algunos conspiradores. El que llamaba preguntó por «Manolo». La conversación pareció sospechosa. Terminada, Rico llamó desde la Telefónica al mismo

café, preguntando también por «Manolo». Acudió un sujeto, y le dijeron de la Central: «Al habla con Sevilla».

—¿Qué hay? —preguntó «Manolo».

Y el supuesto interlocutor de Sevilla le dijo:

—Aquí todo es nuestro. ¿Y ahí?

—Muy bien —repuso «Manolo»—. Dentro de unos momentos vamos a empezar.

La temeridad del director de Seguridad, saliendo él mismo a la calle a mandar los guardias de asalto, se debió a que no estaba seguro del efecto que les haría el encontrarse frente a fuerzas del ejército. Resultó bien, y dispararon. Pero pudo fallar.

En el edificio de la Telefónica habíamos puesto setenta guardias de asalto, con un capitán. Y este, al pedir instrucciones a Vidal, que mandaba allí en nombre del Gobierno, como oyese que la consigna era hacer fuego sobre quien pretendiera entrar en la casa, preguntó:

—¿Y si es un general?

—Aunque sea un general.

—¿Y si son fuerzas del ejército?

—También. Solo pueden entrar aquí el ministro de la Guerra y el director de Seguridad, pero haciéndoles antes retroceder diez pasos, hasta que se les identifique.

3 de septiembre

Anoche tardé mucho en dormirme, y cuando esta mañana me han despertado, estaba quebrantadísimo. Los días que estoy bajo de tono, y débil físicamente, me preocupo más y se me agigantan las dificultades, por lo menos en la aprensión. Hoy es uno de esos días.

A las once he ido al Senado para presidir la inauguración de la Conferencia Internacional de Telegrafía y Radiotelegrafía. Mucha gente. Lo pintoresco, a cargo de turcos y negros. Hago el discurso de rúbrica. Contesta un anciano francés, que trae unas barbas blancas hasta la cintura y una melena proporcionada a las barbas. Debe de ser Merlín, «aquel que tuvo por su padre al diablo». La sesión terminó pronto. Rápida visita a los locales de la Conferencia, instalados en lo que queda del antiguo ministerio de Marina.

Vuelvo al ministerio y, después de despachar con el subsecretario, recibo a Pastor, jefe de Aviación, que viene a hablarme de la depuración del

personal.

Se ha reunido una junta para hacer listas de los que deben salir del servicio por desafectos al régimen y evitar situaciones como la de la mañana del 10 de agosto en la base de Sevilla. A los señores que componen esa junta se les ha ocurrido llamar, sin mi autorización, al comandante Franco, para que los asesore. La primera noticia de esto la tuve por el mismo Franco, que se me acercó al banco azul para decirme *que ya habían terminado el trabajo* y que deseaba hablarme. No disimulé mi disgusto ni se lo he ocultado a Pastor. Lo que debiera haber sido un examen imparcial y justo se convierte en obra de la camarilla de Franco, que no se ha resignado aún a no mangonear la aviación. Franco es una mezcla de brutalidad y locura, y sus glorias de aviador han acabado de trastornarle la cabeza. Han querido hacer de él un político, y en realidad no sirve para nada, fuera del avión. Desde que en junio del 31 lo aparté del servicio ha ido perdiendo popularidad (la popularidad de cuarta plana del *Heraldo*), y este mozo, que representaba un peligro, no es ya nada; él solito se ha anulado.

La intervención de Franco en este asunto lo echa a perder, porque yo no podré sancionar lo que él y sus compinches hayan propuesto. Pastor me explica en líneas generales lo acordado por la Junta: separaciones, ceses, disponibilidades, etcétera. Más de la mitad del personal tendría que cesar. El propio Pastor quiere dimitir, porque se hace campaña contra él, fundada en que el día de los sucesos Pastor se hallaba viajando por Galicia con otros jefes de Aviación; para reconocer unas bases en las rías, y hay quien pretende que su ausencia era calculada.

Empiezo a recibir informes de Marruecos que me mandan Zapico, Buzón y Santiago. La situación parece confusa. Hay fuerte oposición al alto comisario y está muy extendida la creencia de que tanto en lo civil como en lo militar el mando es muy flojo. Algunos hablan de relajamiento y dejadez comparables a los del año 21. En el campo, la tranquilidad es absoluta, y no hay temor de que se altere. En las poblaciones cunde la propaganda nacionalista, y también se hace propaganda monárquica, con el pronóstico de que todo esto va a cambiar.

Algunos españoles quieren hacernos creer que los moros, como se trajo un puñado de regulares a Cádiz el 10 de agosto, juzgaban que ellos son ya capaces de intervenir en los asuntos de España, que está a punto de disolverse y que se la repartirán las potencias.

Tengo ya muchos documentos sobre la conducta de García Boloix; escrupulosamente, nada prueban contra él. Lo que no está claro es por qué Tetuán tardó tanto en contestarle. Ahora resulta que Boloix no puso ningún telegrama de respuesta al de Sanjurjo.

De los telegramas cruzados entre el coronel Aranda y el teniente coronel Martín Prats, ya relevados, no aparece ningún hecho delictivo, pero sí oficiosidad, abuso de su posición oficial, e intriguillas. En el registro hecho en la oficina de Martín Prats, se ha encontrado parte de la correspondencia de Aranda, que prueba su oposición al Gobierno y su mala voluntad al alto comisario y al ministro.

Uno de mis emisarios en Marruecos me dice que al recibirse la orden de registro y antes de practicarlo, el secretario de la Alta Comisaría, Villas, fue a casa de Martín Prats y sustrajo unos papeles, para que no cayeran en poder de la policía. Asegura que puede comprobarlo, y yo le encargo que lo compruebe. También me dice que hay armas de procedencia italiana escondidas en el Borch.

El general Gómez Morato y el alto comisario me escriben pidiéndome que reponga a Martín Prats, en vista de que no resulta nada contra él. Es un síntoma de cómo entienden la autoridad esos señores. La impresión dominante es que allí el que más y el que menos está a la expectativa. Se trabaja poco o nada.

Mi propósito es comenzar por sustituir a López Ferrer y al trío de la Alta Comisaría. Para alto comisario necesito un hombre que sepa gobernar. Voy a ver si lo encuentro.

He empleado parte de la tarde en revisar papeles. Ha venido Luis Bello y hablamos de cosas indiferentes, de los periódicos, de la *plancha* de Alba, que esperaba un triunfo en lo de la Hacienda, etcétera. La obcecación y la frivolidad de las gentes es imponderable, e incurable: al comenzar la discusión del título de Hacienda del Estatuto, Maura dijo que el problema no estaba bien estudiado y que no debía improvisarse nada; dicho esto (que en realidad era una confesión), no ha vuelto a aparecer por las Cortes durante toda la discusión. ¡Estará estudiándolo! Y así en todo.

Me han hecho subir al Estado Mayor Central a ver una película de material de guerra, que es una filfa. A las siete volví a mi despacho, muy cansado y con sueño. Saravia entró y conversamos, asomados al balcón, en

busca de fresco. Noche caliginosa, irrespirable. A las ocho y media me retiré y despedí a todos. Me refugié en el saloncito de la esquina, a oscuras, y entre dos balcones, sepultado en una butaca, me estuve un rato largo, sin pensar en nada, como un fardo. Oía el fragor de Madrid, que me agrada, siendo este jardín un islote de silencio. Sobre la plaza de la Cibeles, blancuras gaseosas; humo o polvo. Ningún deseo, ni atención para nada. Y así me dejé ir, a una especie de aniquilamiento. ¿Es lo propio del «César Tragasables», como sé que me llama Ramón Franco, cuando no le hago caso, del «árbitro de la política», como quieren otros? Si las gentes que pasan por delante del ministerio se acuerdan de que estoy aquí, no se imaginarán esta disposición mía. En fin, me quedé dormido. La llegada de Cipriano, que volvía de la sierra, me despertó. Poco después llegó Lola y nos fuimos a cenar.

Son las doce. Estoy rendido. Voy a acostarme.

4 de septiembre

Hoy me he levantado fresco y descansado. Todos los periódicos que he leído, y algunos de anoche, comentan un suelto de *La Libertad* de ayer, sobre un supuesto *trust* de periódicos. Son deformaciones mal intencionadas, que ha puesto en circulación Alba.

Lo que yo sé, porque me lo han referido, es que el señor Miquel, de quien solo sé que es rubio, por haberlo visto una vez, tiene una opción de compra sobre *Luz,* pero aún no tiene dinero. La aportación principal piensa sacarla de la venta de unas fincas que posee en Madrid. Parece ser que al señor Miquel, acaso deslumbrado por el buen éxito de *Estampa* y de *Ahora*, en los que tiene algo que ver, le ha entrado el afán de adquirir periódicos, y también quisiera comprar *El Sol* y *La Voz*. Aznar se ha restituido a sus funciones de director. La política de esos dos periódicos continúa siendo casi siempre favorable al Gobierno, y sobre todo, a mí; aunque con eclipses y alternativas dictadas por la astucia.

Sobre el traspaso de acciones a Miquel ha habido muchos cabildeos. Barbate no quería vender; Aledo, sí. Últimamente, parece que le habían hecho una propuesta al señor Miquel. Me ha contado Cacho, o no sé quién de *El Sol*, que el señor Urrutia, representante del grupo de accionistas bilbaínos, dijo que no consentiría el traspaso, y se ha marchado a Bilbao resuelto a encontrar dinero para quedarse con todo; dícese que es dinero de los jesuitas, o muy cercano. Así están las cosas, al menos que yo sepa.

¿De dónde puede provenir el infundio que ha puesto en circulación Alba? Barbate, cuando se negó a vender, propuso una combinación para conservar gran parte de las acciones, pero no la mayoría, y apuntó que gracias a la combinación propuesta yo tendría en mi mano la orientación del periódico. Fue el primero, a lo que creo, que habló de mí.

Alguien, entre tanta gente como interviene en estas negociaciones, ha debido de hablar abusivamente de mi intervención, que es nula. Cuando Guzmán me dio a conocer los planes de Miquel, yo dije que me parecía deseable para la República que la empresa de unos periódicos importantes pasase de manos monárquicas (Barbate, Viesca, Aledo, Urrutia…) a manos republicanas; que la República tiene poca prensa todavía, y era conveniente asegurarla más. Eso ha sido todo. Guzmán es el que lleva estos asuntos como idea e interés personalísimos suyos, y hace tiempo que habla de ello con Aznar, Miquel y otros.

Cuando en los planes de Guzmán —de los que me he burlado amistosamente alguna vez, tachándolos de quiméricos— ha aparecido el señor Miquel, me he permitido decir que se aseguren bien de quién sea el tal señor y de sus propósitos, porque nadie le conoce más que como condueño de *Ahora* y marido de una señora aristócrata y adinerada. Guzmán me dijo: «A Miquel no le importa la política; es hombre de negocios y quiere adquirir periódicos para anunciar sus empresas».

Cuando Barbate ya se inclinaba a vender sus acciones a Miquel, ha hablado con Alba, y ha debido de contarle las cosas a su modo. Alba no ha cesado en todo este tiempo de hacer fuerza en *El Sol* para apartarlo de mi política. Las noticias que le diera Barbate deben de haber enojado a Alba; el caso es que llegó al Congreso el jueves por la tarde, después de hablar con Barbate, y dijo a los periodistas:

—¿No saben ustedes la noticia del día? Pues yo se la daré. Se constituye un *trust* con *El Sol*, *La Voz*, *Ahora* y *Luz*, que presidirá Azaña y del que será secretario Rivas Cherif.

Cacho me trajo la referencia y me eché a reír. Cacho rogó a sus compañeros que no recogiesen las palabras de Alba y así lo hicieron. Pero ayer *La Libertad* las reproduce con aviesa intención. *La Tierra* lo comenta anoche y dice que seguramente es falso, siendo yo quien soy. *Luz* y *Ahora* lo desmienten. *La Libertad* insiste. Carner me consultó anoche si lo rectificaba, por lo que a él se refiere. Le dije que bueno; pero en lo que a mí toca, no pienso decir ni una palabra.

Era opinión corriente que Alba «me esperaba» en la discusión del título de Hacienda del Estatuto. Pensaba que ahí iba a encontrar su día. El martes por la noche fui a la sesión de Cortes, en previsión de que Alba se «soltase el pelo», como había empezado a hacer la semana pasada, asustando a Fernando de los Ríos y a Zulueta. Alba estaba en su escaño y tenía delante un paquete de notas. Pero al poco tiempo de ocupar yo mi puesto, Alba se marchó. Dijeron que le había ahuyentado.

El miércoles por la tarde asistí a la sesión entera. Habló Alba contra la comisión y contra el dictamen; hizo un discurso malhumorado, peor intencionado, alarmista y antipático. Antes habían hablado otros. Cuando él y los demás pensaban que contestaría la comisión, pedí la palabra y pronuncié un discurso glosando el dictamen, que satisfizo a todos y dejó K. O. a don Santiago. Aplaudieron muchísimo, incluso bastantes diputados radicales. Eran las ocho y cuarto cuando acabé, y Besteiro, que, a su modo, también obstruye, en vez de dejar que Alba rectificara levantó la sesión. Procediendo de otro modo, además de ganar tiempo, se habría visto en el acto que Alba no tenía nada que oponerme.

Muchos diputados vinieron a decirme que, por fin, habían visto claro en el problema, y que votarían con gusto el dictamen. Alba se marchó, rojo.

En la sesión del jueves por la noche, Alba ni siquiera rectificó. No podía contestar nada. Se aprobó el artículo, gracias a que me estuve en las Cortes hasta las dos de la madrugada para impedir que se levantase la sesión. Al día siguiente se aprobó lo que restaba del título de Hacienda y se refundió la parte transitoria del Estatuto para discutirla el martes.

El viernes, al terminarse esa parte del Estatuto, Besteiro quiso levantar la sesión. ¡Eran las seis! Yo me opuse, y tuve que ponerme terco. Besteiro alegaba que no había materia para trabajar. Le dije que discutiéramos la ley Agraria. Todavía se resistió, y por fin, consultando a las Cortes, accedió. Pues bien: en lo que quedaba de sesión se aprobaron *tres bases* de la ley Agraria, con lo que nos ahorramos una o dos sesiones en la semana próxima. Con los ratos que Besteiro ha perdido levantando las sesiones sin agotar el tiempo, habríamos acortado la temporada parlamentaria lo menos en quince días. No sé qué le ocurre: fatiga física, porque está muy delicado, o desgana de complacer al Gobierno, del que no parece un amigo. Preside para las oposiciones. Largo y Prieto están muy incomodados con él.

Mi presencia personal en las sesiones del jueves y el viernes ha hecho también ganar tiempo en la reforma agraria, cortando las indecisiones de Domingo, que todavía en el consejo del viernes ha vuelto a plantear el tema de la capitalización para las expropiaciones.

En la sesión del jueves se aprobó la ley Militar, sin discusión alguna desde el artículo 7.º hasta el final. En este asunto, así que los defensores del Cuerpo de Estado Mayor perdieron la batalla, nadie ha vuelto a decir nada; y antes decían tonterías. Peyre, Castillejo y Fanjul, que lo combatían, pertenecen al Cuerpo de Estado Mayor. El bobo de Poza padece artilleritis crónica; desde que me enfadé con él en la sesión, no ha vuelto a resollar.

Esta ley es la última que había presentado, aunque es de las primeras que concebí. Solo falta aprobar la de supresión del Cuerpo de Inválidos, para que esté votada toda la primera parte de mi plan.

Ahora hay que emprender la segunda parte: instrucción y dotación del ejército. Los sucesos del 10 de agosto me han quitado no pocas ilusiones respecto del porvenir del ejército. Si el mal fuese incurable, no podremos tener ejército respetable, y sin un ejército moderno, adónde va uno con España por el mundo, tal como están las cosas.

Algunos toman pie de los sucesos del día 10 de agosto para decir que mi política militar ha fracasado. Serán probablemente los mismos que hace meses aplaudían a rabiar, diciendo que *ya eran imposibles las militaradas*. Se imaginaban sin duda que sacar del ejército a 10 000 oficiales, separar del Estado Mayor General a más de cien generales, reducir las plantillas a la mitad, y dejar paralizadas muchas carreras brillantes, además de segar los privilegios de los «príncipes de la milicia», era una operación que no tenía riesgos ni peligros y que todos se iban a aguantar.

Este suceso hemos estado viéndolo venir desde el 14 de abril mismo. Si no se ha producido antes, es porque no creían tener ambiente en el mundo político; pero las propagandas de estos últimos meses, no solo las de *ABC* y *El Debate*, sino los discursos de Lerroux y algunos artículos de Ortega, así como los estímulos de don Melquíades, habían hecho creer a estas gentes que el país estaba contra nosotros y que España «se alejaba al galope de la República», como escribió Ortega.

La otra noche, la discusión en las Cortes se sostenía entre hombres barbados: Ayuso, Rojo, Alba, Aranda, y presidía Barnés. En el banco azul nos reíamos porque yo «desconfío de los hombres de barba» y se lo decía a Fernando.

8 de septiembre

Brisca de embajadores. Álvarez del Vayo, que vuelve de México muy devoto del general Calles, me cuenta sus triunfos en aquellas tierras. Se queja del ministerio de Estado, donde le ponen muchas trabas, y no les importa —según dice— la política americana. Está muy entusiasmado con el proyecto de construir en España barcos para México, y asegura que Calles desea encargarlos aquí, prescindiendo de anunciar concursos. El otro día hablamos de esto en Consejo de ministros; se pedían resoluciones urgentes que no era posible tomar, por no haber en los ministerios antecedente alguno.

Pérez de Ayala me hace recomendaciones a favor de varias personas, y me cuenta impresiones de Londres. Con un acento que no permite la duda, me afirma que él tiene dotes de mando y que ha convencido al personal de la embajada para que se haga republicano.

Madariaga me ha traído asuntos de Francia. El de más monta es la visita de Herriot a España, que me preocupa, porque si no viene a pedirnos algo, no faltarán gentes para creerlo o aparentar que lo creen así, y para hacer creer a otros que nos hemos metido en alguna aventura. Según Madariaga el mismo Herriot tomó la iniciativa en el proyecto de su viaje, y no hay más remedio que creer al embajador. Hubiera sido preferible que no viniese, limítese o no a ser portador de las insignias de la Legión de Honor para don Niceto.

Le he dicho a Madariaga que no podemos contraer ningún compromiso con Francia ni con nadie, ni dar la impresión, por palabras de expresiva amistad cambiadas en un banquete, de que lo hemos contraído.

Francia, según Madariaga, desea tener la seguridad de que España no dejaría que las autocracias europeas asesinasen a la República Francesa.

Lo único que se les puede decir es que España no atacará a Francia, y que por tanto puede desentenderse de su frontera pirenaica. Respecto del Mediterráneo, quizá pida más, en relación con el transporte de tropas desde África. Nuestra situación en Baleares es mala, porque las obras de defensa van despacio y aún falta mucho para fortificar bien Mahón, y lo de Mallorca está por empezar. Todo ello cuesta enormes sumas, y no las hay. En tal situación, cualquier cosa que hagamos en favor de uno determinará la agresión, por hoy incontenible, del otro. Toda prudencia, pues, será poca.

En relación con esto, ya le había dicho a Madariaga, en una conversación que tuvimos delante de Zulueta en mi despacho del Congreso, que yo no puedo cargar con la responsabilidad de comprometer a España en una oferta

cualquiera, y que se necesita mantener intacta nuestra libertad de determinación.

Dice Madariaga que Herriot quisiera que en un cambio de brindis se afirmara que las dos repúblicas ven del mismo modo las cuestiones internacionales, y que deben resolverse por las vías de la paz dentro de la Sociedad de las Naciones. Esto no nos comprometería a más que no nos compromete ya el mismo pacto de la Sociedad.

Pero si los franceses dan a esa declaración tan gran valor, persiguiendo que las democracias occidentales y los Estados Unidos aparezcan en cierto modo conformes, yo estimo que Francia debería darnos un trato mejor que el actual, tanto en lo político como en lo económico. Por ejemplo: hemos pedido que interne a los emigrados en Biarritz y no lo hace; pide pruebas de que conspiran. A esto último (observación de Madariaga) replico que, si tuviéramos pruebas fehacientes, esos señores estarían procesados y declarados en rebeldía. De lo que se trata es de que Francia realice en ese asunto un acto amistoso, que hay derecho a pedir, como Portugal nos lo pide respecto de sus emigrados políticos.

Madariaga cree que Herriot está bien dispuesto para complacernos, pero no así los ministros, y sobre todo Chiappe, al que Herriot ha querido someter, y no lo ha conseguido. Léger se lo ha dicho así a Madariaga.

No deja de producirme admiración que el Presidente del Consejo de ministros de Francia no tenga fuerza o autoridad para imponerse al prefecto de Policía o para destituirlo, si no le sirve. No sé cómo puede ser eso.

Espero que el tirón que le he dado a Madariaga en nuestro coloquio le sirva de advertencia y de freno.

Entre mis conversaciones con Madariaga se ha cursado otra con Herbette, que vino a visitarme para decir cuánto se felicitaba por la buena conclusión del asunto Sanjurjo, e indicarme algo respecto del viaje de Herriot y sus fines. Francia —dice Herbette— no desea nada contrario a los intereses de España, sino un acuerdo en lo que nos sea común. Hace días, Herbette le dijo a Zulueta que sería de gran efecto moral que Francia y España desarmasen su frontera común. A Zulueta le parece bien esto, si al propio tiempo se hiciese con Portugal. Pero nosotros no tenemos *armada* ninguna frontera, y la operación se reduciría a internar unas guarniciones, que no hay donde acuartelar más al interior.

En la sesión del miércoles por la noche, a última hora, se leyeron las adiciones a la ley Agraria, relativas a la expropiación de fincas rústicas de los

nobles y a la excepción que se establece en ciertas provincias para las fincas dadas en arrendamiento.

La expropiación de bienes de la nobleza responde al propósito del Gobierno, instado también en ese sentido por el Presidente de la República, de descargar un golpe duro sobre los nobles terratenientes, para hacerles sentir en el bolsillo las consecuencias del 10 de agosto y contribuir al quebranto de su posición en España. En mi grupo parlamentario hay algunos que tienen bienes incluidos en esa adición a la ley, y estaban muy asustados, sobre todo Sánchez Albornoz, que por su mujer disfruta de unas rentas territoriales de la casa de Montefrío. Con la terquedad que le caracteriza, Sánchez Albornoz estuvo hablándome de esto un rato largo en el salón, diciéndome que le reducía a la miseria. Seguramente estaba en aquel momento arrepentido de ser republicano.

La excepción relativa a los arrendamientos ha caído muy mal en la comisión, en los socialistas y en algún otro partido. Es el resultado de la endeblez de carácter de Domingo, que con tal de quitarse momentáneamente de delante una dificultad, no vacila en soltar palabras imprudentes que le producen después dificultades mayores.

Hace tiempo, los diputados gallegos pretendieron enmendar una base de la ley Agraria, para que no se aplicase a los arrendamientos en Galicia, donde su aplicación sería, política y socialmente, perniciosa. Eran los días más enredados de la discusión, cuando Domingo se dejaba aturdir entre Lucio Martínez y don Juan Díaz del Moral, y no acertaba a encarrilar el asunto.

Delante de mí, Domingo rogó a los diputados gallegos que no presentasen enmienda alguna ni provocasen discusión sobre ese punto, y que en su día se introduciría en la ley un precepto para satisfacer sus pretensiones. Diversas veces se ha tratado de ello en Consejo de ministros, y siempre estuvimos conformes *todos* en que para Galicia, Asturias y alguna otra comarca, habría que hacer una excepción.

Era de suponer que Domingo, que se reúne a diario con la comisión, les hubiera hablado de ello. El miércoles, a la una de la madrugada, me llevaron en consulta al banco azul el proyecto de adición. Estaban conmigo Fernando de los Ríos y Domingo.

—¿Conoce la comisión el proyecto de enmienda sobre los arrendamientos en Galicia? —le pregunté a Domingo.

—Sí.

—¿Está conforme?

—Sí, sí —me contestó.

Entonces se redactó la adición y se leyó desde la tribuna.

La comisión, y sobre todo los grupos, protestaron, y formando corrillos decían que no lo votaban, que nadie les había hablado de ello, etcétera. Por su parte, los gallegos, al ver este escándalo, decían que les habían engañado.

El caso me irritó, y por no echarle la escandalera a Domingo y abochornarlo delante de todos, me retraje al salón de conferencias, entre un corro de amigos, y hablamos de cosas indiferentes. Hasta allí me llegaban referencias de la protesta. Como es uso, de momento se decían cosas muy airadas y ya había quien veía al Gobierno en el suelo. De muy mal humor, opté por marcharme del Congreso antes de que se levantara la sesión.

En el Consejo matutino, en Palacio, planteé la cuestión. Domingo no supo qué decir. Discutimos el caso y pronto se halló la salida, que se ha llevado a la ley.

Hoy mismo, día 8, jueves, había regresado de Priego el Presidente. Para recibirlo tuve que levantarme muy temprano. Mal dormido, me esperaba un día de neuralgia y peor humor. De regreso de la estación, me eché en la cama, y dormí por fortuna. A las once fui a Palacio, para celebrar Consejo. Además del asunto de los arrendamientos, que ya he apuntado, hablé en este Consejo de la invitación de los catalanes para que vayamos a Barcelona después de aprobado el Estatuto. Dije al Presidente que pensaban invitarlo a él y al Gobierno, y que deseaba conocer sus planes y su opinión sobre este viaje. Al Presidente, según me han dicho después los ministros, le sentó muy mal la noticia, y puso malísimo gesto cuando se percató de que podía ir yo sin él a Barcelona.

Puse a deliberación del Consejo si el Presidente debía ir ahora a Barcelona, o más tarde, y los ministros opinaron que ahora no debía ir, porque su viaje podía sentar mal fuera de Cataluña y que era mejor aplazar su viaje, en espera de una ocasión que podría presentarse con un acto oficial solemne: por ejemplo, la apertura del Parlamento catalán.

En este Consejo el Presidente no dejó de tirarle algunas puntadas a Casares porque siempre «le dice que no a todo y no atiende a sus recomendaciones». El Presidente se excede un poco en estas pequeñeces: hasta le ha recomendado un cómico a Cipriano para que lo admita en la Compañía del Español.

Por la tarde, se ha discutido en las Cortes la adición a la ley Agraria relativa a los bienes de los nobles. La expropiación sin indemnización se había reducido a las tierras de la grandeza. La discusión ha sido muy

acalorada. Los radicales no sabían qué hacer. Los más conservadores de ellos estaban furiosos, y un señor Mendizábal, nieto de don Juan y Medio, nos insultaban desde su escaño. Martínez Barrio le reprendió y le hizo callar, porque Martínez Barrio sabía que los radicales iban a votar la adición. Los diputados radicales que han hablado por su partido han dicho cosas confusas, vagas y contradictorias, para concluir que votarían la adición. Lo han hecho muy mal.

Combatió el proyecto Ossorio, y con más encono que fuerza, Alba. También pronunció un discurso castelarino el señor Botella, en el que habló de Grecia y Roma.

He contestado a todos y obtenido un éxito resonante. La mayoría, puesta en pie, vociferaba de entusiasmo. En aquel momento hubiera podido obtenerse de las Cortes cuanto se les pidiera. El espectáculo era imponente. Martínez Barrio y algunos pocos radicales más me aplaudieron. Ossorio y Alba no tuvieron nada que añadir. Se aprobó la propuesta. Los diputados han quedado contentísimos de la jornada. El discurso ha producido fuerte impresión.

Al salir de la sesión me ha dicho Largo:

—Nos deja usted a la derecha. Si esas cosas las dijésemos nosotros, se alarmarían todos. Las dice usted, y nadie se asusta.

Después de cenar, he estado un rato escribiendo, y vuelta a las Cortes. Se acaba la ley Agraria, y el tema de los arrendamientos, con el que tanto ruido movieron anoche, pasa sin dificultad. Terminado eso, como no hacía yo falta en el salón, me fui al despacho y estuve de conversación con Carner y Ramos. A la una decidí marcharme, y al salir al pasillo me dijeron que ya se había aprobado el Estatuto de Cataluña, y que dos diputados catalanes habían hecho discursos de gracias.

Con Ramos y Cipriano me voy en busca de fresco. Hemos estado en la Cuesta de las Perdices. Y en este momento, al regresar de paseo, son las tres de la mañana. Hora, más que nada, de acostarse.

9 de septiembre

Comida en el Palace, con el grupo parlamentario catalán, que nos invita a Besteiro, a Bello y a mí. Terminamos con breves discursos, y nos vamos a las Cortes, para las votaciones definitivas.

Extraordinaria concurrencia. El salón parecía muy bien, con tanta gente. Se han hecho las dos votaciones, recibidas con grandes aplausos. Sánchez Román y Maura cometen el error de votar contra el Estatuto. Alba, más cuco, vota en pro.

La sesión ha sido corta, y solemne en su mudez. Todo el mundo está contento por el término de esta colosal tarea, sin semejante en el Parlamento español.

Me hablan de los efectos de mi discurso de ayer, que ha sido profundo y favorable al Gobierno.

10 de septiembre

Anoche, después de despedir al Presidente, que salía para San Sebastián, me fui al teatro con Lola y Cipriano. Estuvimos en Eslava, donde hay una compañía mexicana, que hace revistas y danzas. Hoy me he levantado a las once.

Muchas visitas. El general Núñez de Prado me habla de asuntos de la 6.ª división. Tratamos del traslado de algunos cuerpos a otras poblaciones. El general asegura que los regimientos de caballería de Vitoria y Burgos son leales y está seguro de contar con ellos.

Animado por la buena acogida que le he hecho, el general se decide a hablarme en favor de Ramón Franco, que pretende ser jefe de Aeronáutica. Le hago saber que es imposible, y le hago comprender que ha cometido una indiscreción.

Busquets y Sacristán, con otros empresarios de periódicos, vienen a interceder por los que están suspendidos.

Visita de despedida del embajador de la Argentina, que se marcha por una temporada a su país.

El general Virgilio Cabanellas, que manda la división de Madrid, ha venido a contarme una cosa rara, más rara aún por lo tardío de la referencia.

En la madrugada del 10 de agosto, al salir de su casa para ir a la división, y disponiéndose a tomar un taxi, le ofrecieron otro auto que pasaba por allí, en el que iba un hijo del Duque de Frías, y otro señorito pariente de la mujer del general, diciéndole que iría mejor en su coche. Lo dejaron en la plaza de Santa Bárbara. Después, el general ha *oído rumores* de que intentaron secuestrarlo aquella noche, y que el auto estuvo parado cerca de su casa, como esperándolo. En vista de eso, lo ha denunciado al juez, ante quien ya ha prestado declaración.

A la una y media he hablado por el micrófono a Cataluña.

También se me han presentado, juntos, el excapitán Lora, que fue jefe de Policía en la Zona de Marruecos, el teniente coronel Puig, jefe de Policía en Tánger, y López Bravo, que manda un batallón en Ceuta. Son tres pies para un banco.

Puig es un intrigante y de mala reputación. Tengo pensado separarlo del destino que tiene, en la primera ocasión. Lora, no sé si de buena o de mala fe, ni si con intención recta o torcida, trae una campaña contra el alto comisario, que lo destituyó. Me tienen mareado a chismes, bajo un celo republicano muy impertinente. Por su parte, López Ferrer ha dado el triste espectáculo de descomponerse con Puig en un café de Tetuán. Tampoco López Ferrer está en su puesto.

Aseguran que el registro en casa de Martín Prats fue simulado y que hay pruebas de ello, pero no me las dan. Lo mismo dice el teniente Santiago, uno de los emisarios que envié a la Zona. De habladuría en habladuría, los tres sujetos llegan a insinuar cosas contra Ramos. Me he puesto por las nubes y les digo que en Marruecos las únicas personas decentes son los moros. Al oírme, Lora se ha puesto muy triste, y anuncia que se marchará de Marruecos.

En rigor, Puig venía a parar el golpe que teme del alto comisario, y que tiene bien merecido. La entrevista ha acabado secamente. Se van descontentos y lo celebro.

Entre las visitas de hoy, se cuenta la del doctor Benavent, de Lérida, autor (inspirado acaso por Pérez Salas) del artículo que motivó una información instruida por el general Batet para examinar la conducta del general Álvarez Arenas. A consecuencia del informe de Batet han quedado disponibles varios oficiales del regimiento que está en Lérida, algunos de ellos republicanos. Ahora, los partidos republicanos de Lérida se quejan. Hago entender al doctor Benavent que no es posible establecer en las guarniciones y regimientos una categoría de «distinguidos» que se permitan mangonear en los cuerpos a pretexto de republicanismo.

También he tenido aquí a Stuyk y al arquitecto para hablar de la obra que estoy haciendo en el ministerio.

Por último, recibo al comandante Fernández Mulero, de Aviación, que continúa la conversación que tuve hace días con Buruaga, de la misma arma. Han cometido la barbaridad de reunir una junta de 36 individuos para depurar el personal, y no sé quién tuvo la infeliz ocurrencia de convocar a Franco. Han hecho votaciones para excluir del servicio a 200 oficiales, guiándose por el criterio de la camarilla de Franco. Quisieran tener la Aviación en sus

manos, peligro mayor que si fuesen monárquicos. El personal, con este motivo, está molestísimo. Abundan las rencillas y muchos ni se hablan.

De tantas visitas ha resultado que no he podido comer hasta las tres de la tarde.

Llueve. Es el primer día otoñal. ¡Qué delicia! Desde San Sebastián, Zulueta me cuenta el viaje del Presidente. Están muy satisfechos.

28 de noviembre

He dormido mal, cosa rara; y me levanto relativamente pronto. Despacho con el subsecretario. Por fin he conseguido acabar a tiempo los expedientes para las obras en el cuartel de artillería de Carabanchel (por falta de locales, el regimiento no puede organizarse) y para la construcción de los nuevos cuarteles de infantería de Madrid, que se harán en El Goloso, una finca que le he comprado a Santillana, así como la formación del gran campo militar en Córdoba. Para estos últimos asuntos he necesitado leyes especiales. Tales son las dificultades del expedienteo; hace cerca de un año que persigo estos propósitos. Con los métodos españoles, se necesita un ministro cinco o seis años seguidos, para que empiece a verse el resultado de una gestión.

Recibo al coronel Barbero, que es mi delegado en el Consejo de Administración del Consorcio de Industrias Militares. Me trae los estados y notas que le pedí sobre producción máxima de las fábricas y sobre el estado de fabricación de los encargos de este año. A fuerza de tenacidad acabo ya de ver claro en este asunto, embrolladísimo desde tiempo inmemorial. En el ministerio, los jefes *tienen rabia* a las fábricas, y han hecho lo posible por no facilitarme la solución; por su parte, las fábricas estaban habituadas a vivir a su antojo y fuera de la ley de contabilidad. No se sabía cómo se gastaba el dinero, ni qué se producía, ni nada. Ahora, ya lo sé, y puedo encauzar la producción de material, que se halla en situación desastrosa.

Viene a verme el coronel Bermúdez de Castro, a quien he dado el mando de uno de los regimientos de caballería de Alcalá, el que mandaba Pedro Poderoso.

Este regimiento, o parte de su oficialidad, estaba comprometido en lo del diez de agosto. Poderoso se hallaba desde algunas semanas antes con licencia en Daganzo, donde su mujer tiene hacienda. En la madrugada de la sublevación, unos oficiales fueron a buscar a Poderoso a Daganzo, para que se pusiese al frente del regimiento. Poderoso fue a Alcalá, y en lugar de

dirigirse al cuartel, a cumplir con su deber, que era impedir la salida del regimiento, se dirigió a casa del general de la brigada, dando un rodeo. Dice que como no estaba encargado del mando, iba a pedir instrucciones. El regimiento, que llegó a tener las monturas puestas, no salió. Algunos de los oficiales procesados han dicho que Poderoso, al ser requerido por los que fueron a buscarle, contestó que se estaría con sus oficiales; por su parte, el coronel alega que dio la entretenida a su regimiento, para ganar tiempo, etcétera. No se le ha probado nada, y después de 72 días de prisión, le han puesto en libertad. Tenía mucho empeño en verme, y desde la prisión me envió una larga memoria justificativa de su conducta. Yo no tenía juicio formado sobre su participación personal en el complot; pero era evidente su poco celo, y que no conocía el estado de ánimo de su oficialidad, que en Alcalá era notorio. (La memoria justificativa y los informes reservados sobre lo de Alcalá están entre mis papeles).

El otro día, después de muchos intentos vanos, Poderoso me vio. Le conozco hace muchos años, porque estudió la segunda enseñanza en los Escolapios de Alcalá, al mismo tiempo que yo en el «Colegio Complutense». Era un muchachito pequeño, y coloradito como una manzana, muy rubio. Conocido en Alcalá por ser de familia de militares que llevaban allí mucho tiempo. Creo que nos tratamos algo, de chicos; pero desde entonces no había vuelto a verle hasta que hace algunos meses se me presentó oficialmente, y poco después volvió a lamentarse de que no lo ascendiera; se imaginaba que yo tengo «odio» al arma de caballería. Ahora, de coronel, está igual que hace cuarenta años; coloradito y rubio, con rostro de chico sano.

Me contó su aflicción por lo que le ha sucedido, en lo que asegura no haber culpa suya. Está apenadísimo porque iba a ascender (el decreto estaba extendido, a falta de firma del Presidente de la República, y se retrasó por ausencia de don Niceto) cuando surgió la rebelión. Ya se comprende que, aun no siendo culpable, no lo voy a ascender, habiéndole ocurrido ese *desavío* en su regimiento. Después de repetirme lo que ya me había contado por escrito, añadió: «Le voy a decir a usted una cosa que no le he dicho al juez, *porque no me lo ha preguntado*». «¿Qué es ello?». «Estando con licencia en Daganzo, oí hablar del complot; las gentes de Daganzo me preguntaban si yo sabía algo, y añadían que estaba complicada gente de Alcalá. Yo no sabía nada. Pero un día, mi cuñado fue a la Dirección de Seguridad a sacar un pasaporte y le encargué que preguntase a Valdivia si había algo de cierto. Valdivia le respondió que sí, y le mostró un montón de papeles relativos al asunto. Mi cuñado me lo refirió. Bueno, al decir esto, hablo al caballero…». «¡Claro!

¡Claro! Siga usted, repuse». «Pues en vista de eso —continuó Poderoso— fui un día a Alcalá y hablé con el coronel Eurile, comandante militar, por ausencia del general, y le puse en antecedentes de lo que se decía. También hablé con mi teniente coronel, y le encargué mucha vigilancia. Después me volví a Daganzo». «¿Y no se le ocurrió a usted nada más, oyendo que había gente de Alcalá comprometida, y estando en Alcalá su regimiento?». «Se hablaba solo de retirados y del general Fernández Pérez». «Ya ha visto usted que no era así». «Es cierto, es cierto». «Pues mire usted, Poderoso: lo que yo hubiera hecho, vistiendo ese uniforme y teniendo el mando que usted tenía, habría sido volver a mi regimiento y tomar el mando, para evitar que ocurriese algo». «Como yo estaba con licencia…». «Si usted hubiera renunciado a ella, y en vez de estar trillando en Daganzo se hubiese restituido a su mando, ni el general de la brigada ni yo le íbamos a obligar a que se marchase de nuevo; al contrario, nos habría parecido de perlas, conociendo el motivo, si usted nos lo hubiera dicho».

Ya no supo más qué decir, y se fue en seguida, diciendo que salía confortado con mis palabras; es decir, porque veía que yo no le creía culpable de haber participado en el complot. Saravia me ha dicho después que le vio salir muy alicaído.

Ha venido a verme una comisión de productores de hulla y a contarme su angustiosa situación. No hay consumo. El carbón se amontona en las plazas de las minas y no pueden extraer más. La huelga del otro día, abandonada por Domingo, que estaba de propaganda electoral en Cataluña, no ha servido sino para arrancar al Estado el sacrificio de comprar cien mil toneladas de carbón, que no podrá utilizar. Los obreros se niegan a reducir los días de trabajo; los patronos piden aumento de precio, o reducción del costo de producción. Lo primero es ruinoso para las industrias; lo segundo no lo aceptan los obreros. Sin salida.

Estos señores se quejan del ministerio de Agricultura, todo va allí despacio, según la flojedad de Domingo. Lo mangonea todo el subsecretario, don Santiago Valiente, que tiene metido al ministro en un puño. Valiente es hombre intemperante, mandón, que presume —dicen los hulleros— de arreglarlo todo personalmente, caiga el que caiga.

En Agricultura hay en perspectiva otro conflicto por la cuestión del papel. Domingo —según me cuenta un testigo presencial— ha prometido a los periódicos que no consentirá en la subida del arancel para el papel extranjero; y a los fabricantes españoles que habían comenzado a cerrar fábricas por no poder resistir la competencia extranjera, les ha dicho también que él lo

arreglaría, y lo han tomado tan en serio que han vuelto a abrir la fábrica del Oarso (?), ya cerrada. Marcelino Domingo dice que sí a todo el mundo, se sonríe, da palmadas en la espalda, y luego…

El Instituto de Reforma Agraria, ampliado por Domingo hasta 32 individuos, se ha convertido en un pequeño parlamento a la española, con «ruegos y preguntas», «interpelaciones», y «orden del día». Amós Salvador, que pertenece al Instituto en calidad de arquitecto, ya me lo había contado así. Y hoy ha venido Vázquez Humasqué, el director de Reforma Agraria, a darme las gracias por haber asistido a una comida en su honor, y me ha ratificado los informes de Amós. Dice que para la reunión de mañana, tiene pendiente *una interpelación*. Es ridículo, y puede hacer fracasar la reforma desde su origen. No sé si Marcelino se decidirá a cortarlo.

He visitado esta tarde el edificio del Museo de Artillería, para comprobar si puedo instalar allí el Museo Histórico Militar, que agruparía todos los museos de Armas y Cuerpos que existen. El de Caballería, que está en lo que fue Academia del Arma en Valladolid, no tiene apenas nada (fotos y maniquíes) y ocupa buena parte del edificio. El de Ingenieros, en Madrid, no es mejor. Y el de Infantería, en Toledo, ocupa toda la planta baja del Alcázar, y mientras tanto, los alumnos tienen que dar clase en los sótanos. Al mismo tiempo que el Museo Histórico, voy a crear en Madrid la Biblioteca Militar Central, reuniendo varias que son pobres y están abandonadas, y las bibliotecas divisionarias, una en la cabecera de cada división, para que tengan los oficiales libros y locales donde estudiar.

De regreso del Museo, he visitado uno de los pabellones anejos al ministerio, donde está la sección cartográfica y otras oficinas. Como no me esperaban, lo he visto en *su salsa*. No hay ni lámparas en los pasillos. Todo sucio, destartalado. ¡Qué abandono! ¡Qué falta de interés por las cosas! Y eso, de siempre. También he visto la biblioteca del ministerio, en la que creo no se ha comprado un libro no sé desde hace cuántos años, salvo, naturalmente, la Enciclopedia Espasa, que veo en lugar preferente en todos los establecimientos militares.

Ya de noche, vuelvo a mi despacho, y después de preparar los decretos del Museo y Bibliotecas, trabajo con Saravia en lo de la revisión de ascensos. Este asunto se me ha enranciado, por diversos motivos, y ya es tiempo de resolverlo. Cuando lo haga, y dé término al lío de aviación, la *obra gruesa* que había que hacer aquí estará terminada. Y si dejo bien entablado lo del material, mi paso por el ministerio no habrá sido estéril.

Después ha venido Domenchina, y me ha traído mucha firma.

Los días que las visitas no me abruman, y no habiendo Cortes, aprovecho útilmente el tiempo, y hasta me queda un rato para jugar con mi sobrinito.

29 de noviembre

Consejo de ministros. Angustiosas peticiones de Fernando para que se aumente el personal en su ministerio. Se han creado muchos servicios en Instrucción Pública y no hay funcionarios bastantes. El cuadro es desolador, y nos convence.

Otra cuestión de funcionarios: si se da o no eficacia a las plantillas que para varios ministerios aprobaron las Cortes el año pasado, y que se dejaron sin efecto en el presupuesto actual. Esta es una herencia de los tiempos primeros de la República, en que cada ministro hacía en su departamento lo que se le antojaba, o lo que se les antojaba a los funcionarios, que, por haber venido la República creyeron que era el momento de cobrar más. Hago valer mi opinión contraria, y continuarán las cosas como estaban.

Por funcionarios también, ha habido una escena violenta entre Fernando y don Inda. Prieto aborrece a los ingenieros de caminos, y al pasar al ministerio de Instrucción Pública las escuelas de ingenieros, que yo decreté en diciembre pasado, aprovechando que no tenía ministros (única ocasión para hacer tan útil reforma) se ha producido una situación rara para los ingenieros que como tales dependen de Obras Públicas, y como profesores de la Escuela, de Instrucción Pública. Prieto, que encuentra mejor lo más violento y *rrrradical*, dictó un decreto concediendo un plazo a los ingenieros-profesores para volver al servicio de Obras Públicas o quedar separados del cuerpo. Los ingenieros buscaban una solución menos feroz y se la han propuesto a Fernando. La solución es buena, porque obtiene el resultado que busca Prieto, y no los expulsa del cuerpo, sino que los deja supernumerarios sin sueldo. Fernando ha traído el proyecto de decreto al Consejo, tal como se lo habían dado los ingenieros, que era un decreto de la Presidencia, rectificando el de Prieto. Don Inda se ha puesto furioso, y ha increpado a Fernando, diciéndole que escribía al dictado de Machimbarrena y que eso era darle un latigazo, etcétera, etcétera. Fernando, muy apurado, quería tranquilizarlo. Prieto se ha allanado a redactar él un nuevo decreto, y a publicarlo como cosa de su ministerio, satisfaciendo los deseos de los ingenieros. Poco antes, y cuando se discutía lo de las plantillas de funcionarios, Fernando le ha pasado a Prieto un papelito probando que en el ministerio de Obras Públicas, y a pesar de las rotundas aseveraciones del ministro, también se ha hecho «corrida de escobas». Prieto

ha dicho que sin duda le habían sorprendido la firma, se ha precipitado sobre el teléfono, y al oficial mayor de su ministerio le ha soltado esto: «De mí no se burla usted ni su puñetera madre». (Así es el hombre).

Prieto debe de estar enfermo. La violencia de su carácter es tal, que tiene aterrorizados a sus funcionarios. Si les manda hacer un proyecto, por disparatado que sea, lo hacen sin formular ninguna observación. Con lo cual, a fuerza de querer probar que él es quien manda, se halla prácticamente sin colaboradores. En los consejos de ministros se pasa el tiempo sin proferir palabra, echado atrás en su sillón, o de bruces sobre la mesa; no habla sino cuando directamente se le interpela.

Hoy, cuando estaba en uno de sus largos silencios, como se tratase del Tribunal de Garantías, le ha pasado a Casares un papel que decía: «Definición del Tribunal de Garantías un día de mala leche: el Tribunal de Garantías, en el sistema constitucional, es lo mismo que el apéndice en el sistema intestinal, y solo sirve para producir cólicos». Tiene gracia.

Hemos acordado autorizar la reaparición del *ABC*. Hace dos o tres semanas, el ministro de la Gobernación propuso que se permitiese ya la publicación. Prieto dijo que al proponerlo el ministro, él votaba lo mismo. Pero otros ministros opinaron en contra: Domingo torció el gesto, y dijo que el *ABC* hacía mucho daño y no debía reaparecer aún; lo mismo Fernando («tengo muy en crisis el concepto político de libertad de imprenta», explicó un día); Albornoz, que sentaría mal a los republicanos; Largo también se mostró inclinado a negar la autorización, pero no insistió. Giral no estaba, y Zulueta no llegó a opinar, o por lo menos, yo no lo recuerdo. Al principio, sostuve la opinión de Casares, pero luego cambié, y propuse que se aplazara la resolución. Había muchas intrigas en torno de la suspensión del *ABC*. Los Luca de Tena están divididos, según cuentan, opinando los más que el periódico debería cambiar de tono con respecto al Gobierno y a la República, en contra del parecer de Juan Ignacio, director del periódico, que está muy furioso y dispuesto a arruinarse antes que ceder. Hace cosa de un mes, Juan Ignacio fue a ver a Guzmán, a quien no conocía, para hablarle de la situación del periódico, y a mostrarle su extrañeza por tan dilatada suspensión, cuyos motivos no adivinaba. Aseguró a Guzmán que había repasado la colección del periódico y no había hallado nada agresivo contra la República. Añadió que tenía entendido que a mí me molestaban algunos colaboradores del *ABC*, como Álvaro Alcalá Galiano (!!), y que estaba dispuesto a suprimirlos, *si yo quería*. Le contaba todo eso porque conociendo su amistad conmigo, esperaba que me lo hiciese saber. Guzmán le contestó que en su opinión personal, el

ABC estaba suspendido porque había tenido mucha parte en la gestación del diez de agosto, haciendo creer a la gente que la opinión de España era adversa a la República, etcétera, etcétera. Agregó que seguramente a mí me tenían sin cuidado los colaboradores del *ABC*, y que no creía probable que yo quisiera entrar en negociaciones ni poner condiciones para la reaparición del periódico.

Los agustinos del Escorial, que son amigos de Luca de Tena, alumno suyo, y que siempre han tenido —ignoro por qué— mucha influencia en el periódico, han hecho gestiones en favor de la reaparición del periódico, y el padre Isidoro dijo que no se atrevía a gestionarlo directamente cerca de mí.

Los Luca de Tena, sin Juan Ignacio, fueron a ver a Casares, hace diez o quince días, para saber cuáles eran los propósitos del Gobierno sobre el caso. Casares se *embozó* y no dijo nada. Hablaron de la interpelación que tenía anunciada el Partido Radical sobre ello, y Casares repuso que acaso el procedimiento fuese malo, porque discutiéndose eso en el Congreso les echaría encima la mayoría, y la consecuencia pudiera ser una proposición de ley para expropiar el periódico o alguna otra cosa así. Se quedaron espantados, e inmediatamente hicieron que Lerroux desistiera de la interpelación proyectada y anunciada.

Luca de Tena ha ofrecido acciones del periódico a seis mil pesetas, y no ha encontrado comprador. Pero parece muy seguro que Maura tenía en proyecto adquirir mediante Ruiz Senén la mayoría de las acciones, poniendo así el periódico a disposición del partido conservador republicano, que es como se llama ahora el grupo de que es jefe. Tan adelantado debía de estar ya eso, que Maura le ha ofrecido la dirección de *ABC* a Manuel Aznar, el cual lo rechazó. «Yo no soy tonto», le ha dicho Aznar a Guzmán. Quiere decir con ello, según Guzmán, que lo pone todo a la «carta Azaña».

En el Consejo de hoy, les he dicho que si bien yo estaba dispuesto a romperme la cabeza por la República, y a pasar todos los trances difíciles que se ofrecieran, en este asunto de la suspensión de periódicos yo creía que no era útil afrontar un debate más, en el que tendríamos que limitamos a decir que el *ABC* no sale porque no queremos que salga. Que esta actitud no es para tomarla en las Cortes todos los días, y que ya es bastante con haberlo hecho la semana pasada. Insistir desgasta al Gobierno y puede desgastarme a mí; creándome una reputación que está muy lejos de mis intenciones. Los ministros han estado conformes, y si el *ABC* ha de reaparecer un día, más vale que salga por acto espontáneo del Gobierno y no por presión parlamentaria u otra. Y mañana saldrá el *ABC*. Veremos lo que hace. En septiembre, cuando

iniciaron las gestiones para la reaparición, dijo Luca de Tena, y se lo repitió a Guzmán, que si no lo hubieran suspendido el diez de agosto, habría publicado al día siguiente un artículo condenando lo hecho por Sanjurjo. También le dijo a Guzmán que tenía preparado un artículo elogioso para mi discurso de Santander, en la parte de política internacional, diciendo que nunca se habían tratado en España de esa manera tales cuestiones.

Finalmente, hace dos días, Juan Ignacio Luca de Tena fue a visitar al doctor Marañón y le pidió que le preparase una entrevista conmigo. El recado me lo trajo Zulueta. Contesté que no conociendo yo ni de vista a Luca de Tena, y no teniendo por qué recibirlo en secreto, en cuanto se supiera que me visitaba se daría a eso un valor político, y cuando, tarde o temprano, reapareciese el periódico, a nadie se le podría hacer creer que no habíamos pactado algo. Y yo tenía el propósito de, cuando reapareciese el *ABC*, que fuera sin cláusula alguna. Otro, en mi caso, no se habría privado del gusto de hacer venir a Luca de Tena a «degollar la ternera». Pero a mí eso no me gusta.

El fin que perseguía Luca de Tena con visitarme era —según dijo a Marañón— sincerarse conmigo de las imputaciones que se le han hecho respecto de su participación en un complot para asesinarme. «Yo soy monárquico y enemigo de la República, pero soy persona decente», le ha dicho a Marañón (también una cosa y otra me tienen sin cuidado).

Lo más chistoso de toda esta historia es que Maura ha llevado muy a mal la reaparición del *ABC*. En los pasillos del Congreso les ha dicho a Domenchina, a Cacho y a Serrano Batanero, que esa medida es «una torpeza del Gobierno», porque el *ABC* estaba para claudicar, por sus muchas pérdidas, y habría cambiado de empresa y de política. Si me hubiera tropezado esta tarde con Maura, le habría preguntado por qué no presentaba una proposición de censura contra el Gobierno, si hemos cometido una torpeza. Este Maura es el mismo que vota contra el Gobierno cuando en el salón de sesiones se discuten estas medidas tomadas por nosotros.

A primera hora de la tarde ha venido Guzmán, que me cuenta cosas de los periódicos. Aznar quiere ser embajador, precisamente en Cuba, cosa que estimo imposible.

En las Cortes, llamo a Sánchez Covisa, presidente de la comisión que ha de dictaminar en lo de la Telefónica. Le entero de lo que pasa con los Estados Unidos y le doy algunas instrucciones para ver cómo está la comisión y si se puede esperar que proceda con tino y prudencia. Sánchez Covisa comprende la gravedad de la situación y se pone a disposición del Gobierno.

Recibo una comisión de canónigos que vienen a pedir piedad en lo de la supresión de haberes.

Hablo con el Presidente de la comisión de Guerra, que aún no ha dictaminado el proyecto fijando las fuerzas militares para el año próximo. El retraso se debe a manejos de Mariano Rojo, socialista, y cuñado de Saborit, que pretende no ser *militarista*; como si yo lo fuese. El otro día informé ante la comisión, y les expliqué el proyecto, que es el *statu quo*, y aun menos. Observé que no se habían enterado de nada. A este Rojo le parece que un socialista no puede votar el presupuesto de Guerra, y puede en cambio votar el presupuesto de Hacienda.

Después voy a Gobernación y tengo una conversación de más de una hora con Casares. Me entera de los nuevos datos recogidos sobre el nuevo complot. Se han captado en Bilbao unas conversaciones por radio, de las cuales se saca en limpio que hay alijos de armas, que viene mucho dinero de fuera, que los monárquicos piensan desencadenar un ataque de extrema izquierda. En las conversaciones ha sonado el nombre del diputado Lamamié de Clairac, y esto se relaciona con otros indicios. Casares teme que haya huelga ferroviaria, y los agitadores esperan aprovecharla. Trifón Gómez se ríe olímpicamente cuando le hablan de la posibilidad de la huelga.

Vuelvo a las Cortes, porque durante mi estancia en Gobernación Besteiro me ha llamado para decirme que la interpelación de la Telefónica, interrumpida hoy por indicación que el Gobierno le hizo esta mañana, no puede suspenderse indefinidamente, sin provocar grandes protestas, a menos que el Gobierno haga una declaración «de altura» (dice Besteiro), proponiendo a las Cortes que por ahora la interpelación no siga. En las Cortes no hay más ministro que Zulueta, y Prieto, que está en el banco azul presenciando la discusión de su presupuesto. Hablo con Zulueta, que no me saca de dudas. Mañana hablaré con los demás ministros, sin reunir el Consejo, para no alarmar.

A las ocho voy a casa del Presidente. Le entero de lo que se sabe del complot, y del estado actual del asunto de la Telefónica. Le parece bien que hable con los jefes de los partidos, principalmente con Lerroux, diciéndole cuál es la gravedad del caso, y de rechazo puede tratarse de la suspensión de la interpelación.

Vuelvo al ministerio. Después de cenar voy, invitado por el Ateneo, a ver una película estúpida, a pesar de ser pacifista, en el cine Astoria, que antes se llamó Rialto.

Ayer en el Ateneo pronunció Unamuno su anunciada conferencia. Gran golpe de gente, según cuentan. La conferencia ha sido lastimosa. Una estupidez, o una mala acción. Le gritaron. Mucha gente se indignó con Unamuno. Si todos le hubieran hecho el mismo caso que yo, desde que le hice el artículo del *leonero* que tanto le mortificó, se evitarían el indignarse.

La Tierra publica un artículo diciendo que yo tengo cada día más «ansia de mando»; que pretendo secuestrar la voluntad del Presidente de la República, y que por eso lancé el otro día en las Cortes lo de que «no hay poder moderador», y en Valladolid otras *amenazas* tremendas. ¡Qué gentuza! Dicen que están pagados por March.

30 de noviembre

Mañana de audiencia militar. El comandante Ponce, del Taller de Precisión de Artillería, viene a hablarme de aparatos de óptica militar. No se hace nada en España. Ponce ha trabajado en fábricas extranjeras y ahora en el Taller de Precisión quiere montar una producción para el ejército. Me propongo ayudarle. Una comisión del regimiento 32, con el coronel, que me trae un relieve del campo de maniobras. Departimos, les digo algunas cosas respecto del ejército nuevo; están muy contentos y con buen espíritu. Otras gentes.

También han venido el bruto de Busquets y Sacristán, para hablar contra la Papelera en el conflicto del papel.

Y Ruiz de Alda, sobre el Catastro fotográfico.

Zulueta viene a contarme las últimas impresiones sobre el asunto de la Telefónica. Ayer tarde, el ministro consejero de la embajada de los Estados Unidos fue llamado al ministerio de Estado. El subsecretario, por encargo del ministro, le dijo que la demora en la respuesta no era descortesía ni falta de interés, sino al contrario, resultaba de la propia importancia del caso y de la necesidad de estudiarlo a fondo. Pareció quedar satisfecho, y dijo que lo trasmitiría a su Gobierno. Pero hoy por la mañana ha vuelto al ministerio, y ha dicho que después de hablar con su embajador, había desistido de comunicar aquella conversación al Gobierno de los Estados Unidos; porque ellos ya han dicho todo lo que tenían que decir en su nota, y no les queda sino aguardar la respuesta. De modo que están lo peor posible. De su disposición es muestra lo que soltó ayer el ministro-consejero al subsecretario de Estado: que tenía el propósito de hacer un viaje por España, pero que ahora ya no

podría, porque un encargado de negocios no puede moverse de Madrid. Quiso significar que el embajador está a punto de retirarse.

He llamado a Aurelio Lerroux, sobrino de don Alejandro, y delegado del Gobierno en la Telefónica, para que le diga a su tío que deseo hablar con él esta tarde. Le recibiré en mi despacho del Congreso, y aunque la entrevista originará comentarios y será difícil ocultar su objeto, prefiero eso a vernos en secreto, como la otra vez. Le digo que el pretexto aparente para los periodistas pudiera ser el de ir Lerroux a dar gracias como presidente de la Asociación de la Prensa, por la reaparición de los periódicos suspendidos.

También ha venido el comandante Vidal, delegado del ministerio de la Guerra en la Telefónica. Me cuenta una cosa que me deja maravillado, si es que puede uno maravillarse de algo. En el Consejo de ayer se habló de la posibilidad de un arbitraje, para resolver la cuestión con los Estados Unidos. Pues bien: ya lo saben en la Telefónica; y dicen los yankis que aceptarían un arbitraje para decidir sobre la legalidad del contrato, aunque no para decidir si el asunto es de orden interior de España.

Por la tarde, en las Cortes, ha venido Lerroux a mi despacho. Le cuento de pe a pa todo cuanto sucede. Se pone pálido. Le hago saber que el Gobierno y el Presidente de la República conocen el paso que doy. Lerroux, en el curso de mi relato, me ha interrumpido una vez, para decirme, a propósito de las represalias comerciales de Norteamérica: «Y entonces nos chillarán nuestros exportadores». En resumen, su disposición es de absoluta conformidad con lo que el Gobierno proponga. Necesitará hablar con algunos de sus amigos políticos (especialmente Martínez Barrio y Guerra del Río). Comentando las dificultades que ha creado la presentación del proyecto de ley por Martínez Barrio (presentación que hizo Martínez Barrio pocos días antes de dejar de ser ministro, porque le iba en ello su honor) Lerroux me revela que, para redactar el proyecto y presentarlo, don Diego no le consultó. Y añade que quien manejaba el ministerio de Comunicaciones era el Sindicato de Telégrafos. Quedamos en que mañana me dará una respuesta definitiva.

Voy al salón de sesiones, donde está Prieto pronunciando un discurso sobre la totalidad del presupuesto de Obras Públicas. Habla casi dos horas. Prieto es muy lento en el desarrollo del discurso, aunque dice muchas palabras por minuto, porque se preocupa de ser correcto, y de hablar por muy «rodeada manera», como dice Cervantes, y de acabar bien los párrafos, y su dominio del idioma es corto y no tiene vocabulario, ni, mucho menos, un vocabulario preciso. Emplea el vocabulario de los periódicos. Y cuando quiere ser elegante dice «al socaire», empleándolo casi siempre mal. Prieto

está muy entusiasmado con las obras de riego, pero dice Ramos que el plan de obras que va en el presupuesto está sin estudiar. Le han aplaudido casi todos los diputados, sin exceptuar a los radicales.

He salido un momento al pasillo y al encontrarme con Maura, le cito para el ministerio de la Guerra a las ocho y media. Ha sido un recado brevísimo, el tiempo de decir las palabras precisas. Maura ha ido inmediatamente a hablar con Alba, Ossorio y Sánchez Román, supongo que a conocer su opinión y a contarles lo de la cita cuyo objeto conocía.

Todavía tengo que recibir varias comisiones y visitas, y vengo al ministerio con Ramos. A su hora ha llegado Maura. Le explico la tramitación del asunto, desde el día que recibí la carta del embajador. Maura sabe de esto —lo advierto en seguida— tanto como yo, si no más. Él es quien dio a la Telefónica un papel escrito con los términos de lo que a su juicio pudiera ser solución del asunto, solución que me comunicó a mí de palabra en el Congreso. Maura me dice que en este asunto no puede haber otra solución que la que proponga el Gobierno, y él la apoyará en el Congreso. Insiste en lo que me propuso: que el Gobierno se adelante a dictar un decreto denunciando el contrato con la Telefónica y sometiéndolo a revisión, para llevarlo después a las Cortes. Le arguyo que eso tiene muchos inconvenientes, entre otros el de prescindir de las Cortes, donde está pendiente un proyecto de ley; la publicación del decreto provocaría una discusión difícil para el Gobierno, y no menos peligrosa que la discusión misma de la ley que pudiera llevarse con el texto del decreto que él aconseja. Discutimos largamente, y se ofrece a explorar el ánimo de la Compañía, hablando con Rico y Rock. Le digo que hable, pero no como de parte del Gobierno, y sin dar seguridades de que se aceptaría por nosotros la fórmula que él propone. Hemos hablado mucho, y entre otras cosas me ha hecho una defensa de la Telefónica, y de la conveniencia de dejarnos «fecundar» por el capital extranjero. «Los yankis —dice— no iban a venir a trabajar en España para ganar un seis por ciento». Poco le ha faltado para decirme que el contrato es bueno; no lo ha dicho, es verdad; le parecen mal las cláusulas más escandalosas.

También hemos hablado de política. Me ha rogado que no dé crédito a los chismes que andan por ahí, y según los cuales me maltrata en los mítines. «Yo siempre dejo a salvo lo que usted vale y lo que representa; pero si he de dirigir en política la derecha republicana, y he de ser lo contrario de lo que usted significa, fuerza es que combata su política con energía, primero por convencimiento, y segundo, porque he de dibujar una figura con aristas bien marcadas». Le contesto que no se preocupe de habladurías, y que tengo

sobrado mundo para no hacer caso de lo que digan de mí. Estima que debo permanecer en el Gobierno unos cuantos años, prescindiendo de los socialistas, y disolviendo cuanto antes las Constituyentes; en las próximas Cortes, su partido tendrá sesenta o setenta diputados. Que debo presidir unas elecciones puras, y si soy justo e imparcial, toda la nación me aceptará. Le sorprende, y a muchos adeptos del conservadurismo, que teniendo yo el concepto que tengo del mando y de la autoridad, deje que reine la licencia en Extremadura, etcétera; que el Gobierno no es tal, sino un comité revolucionario, que está pendiente de los grupos parlamentarios; la Federación de izquierdas le parece bien, como propósito, pero se indigna de que Galarza, Gordón y otros estén mangoneando la dirección de la Federación, para disputarse los cargos y la presidencia (aquí, Maura desata su aversión a las personas). Otras cosas me ha dicho, por este orden. En lo de la Telefónica, al mostrarse de acuerdo conmigo en que no debe ser cuestión de partido, y en que se debe procurar no envenenarla, me ha dicho que teme que alguien pretenda envenenarla soliviantando a la Telefónica, y cree que quien hace eso es Alba. «Esto se lo digo en reserva, y de usted para mí nada más, porque no tengo pruebas, y no quiero cargar con la responsabilidad de una acusación así».

Después de cenar hemos ido al Calderón, a ver unos coros «cántabros». Deben de ser los que se sublevaron contra Augusto. Al palco han venido Miguel Salvador y Óscar Esplá, que está poniendo solfa a *La Corona*, en la versión que para eso ha hecho Cipriano.

1 de diciembre

Día de audiencia en la Presidencia. El diputado Artigas, con pleitos locales. Comisiones y más comisiones. Y una más importante: se ha reunido la Comisión de Traspaso de Servicios a la Generalidad, para constituirse. He presidido un rato, y luego los he dejado continuar solos.

Recibo a cuatro diputados nacionalistas vascos: Aguirre, Leizaola, Basterrechea y otro muy feo, que no sé cómo se llama, que me hablan de la política de su país. Estaban muy contentos de los gobernadores que les ha enviado la República; pero el que hay ahora en Bilbao los persigue en beneficio de los socialistas y de la UGT. Resurgen con eso los extremos separatistas. Están muy de acuerdo con mi criterio en lo de las autonomías. Lo que estos hombres me dicen coincide con lo que afirma Casares, y es que el

gobernador de Bilbao sigue la táctica que le aconseja Prieto, cuya aversión a los nacionalistas es conocida.

Aguirre me cuenta que el año pasado el partido nacionalista fue requerido por los conspiradores monárquicos para ayudarles, entre otros por el general Orgaz (de ahí vino el que lo confinase yo en Comarcas); pero ellos se negaron, porque no les daban garantías para sus aspiraciones.

A las dos y media puedo salir, para comer con las Sociedades Económicas de Amigos del País (una cosa vieja, inservible y algo bufa), de que soy miembro honorario.

A las cuatro y media, Maura viene a verme al ministerio. Esta mañana, en su casa, conversación con Rico, Rock y el ministro consejero de la embajada de los Estados Unidos. Tres horas han estado discutiendo. El ministro consejero se oponía a que el Gobierno ni las Cortes tomen ninguna medida para la caducidad, denuncia y revisión. Me asegura Maura que el Gobierno de Washington ha prohibido a la Compañía Telefónica que trate sola con el Gobierno español. Que los ministros americanos están muy soliviantados y nerviosos. Que no está menos impertinente el embajador; que están irritados por la tardanza en contestar a la nota (Maura me dijo anoche que la tardanza le parecía un error) y por las cosas que se han dicho en las Cortes. Que Rock ha hablado directamente con el Gobierno de Washington (luego ha dicho que mediante Proctor) y que aceptan lo que Maura llamaba su solución, pero eliminando la palabra *denuncia*, etcétera. Quedamos en que más tarde me comunicará las últimas noticias que reciba, acerca de la disposición del Gobierno americano. Esta conversación, a medida que ha pasado tiempo, me ha hecho peor impresión: parece que Maura quiere envolverme y manejarme, y la defensa que anoche hizo de la *ocupación* de España por el capital extranjero vuelve a mi memoria.

En las Cortes, Lerroux viene al despacho a decirme su respuesta: ha hablado únicamente con Martínez Barrio (el partido radical es muy democrático), y no pondrá ninguna dificultad a cualquier solución que apunte el Gobierno, siempre que no sea ni se pida que parta de una iniciativa del partido radical. Poco más hemos hablado. Él se va a Barcelona mañana por la noche, y antes le diré yo lo que resulte del Consejo.

Esta respuesta que me iba a dar Lerroux la conocía ya Maura esta tarde, cuando me ha visitado, y el propio Maura me la ha dicho. ¿Por qué lo sabía? ¿Se han visto Lerroux y Maura? Estas gentes están en comunicación, ¿hasta qué punto? Hay aquí un abismo temeroso. ¿Todo lo guisan en común? Maura

es tan discreto, que anoche, al salir del ministerio, les contó a los periodistas para qué había venido.

(Por su parte Emilio Herrero, jefe del gabinete de prensa del Presidente de la República, anda diciendo por ahí que hay una nota de protesta de los Estados Unidos).

De las Cortes, oídas unas cuantas estupideces, he salido con Casares, y ha estado conmigo en el ministerio de la Guerra hasta las nueve. Hemos llamado al director de Seguridad. Hablamos de lo que se sabe del complot. Se habla ya de fechas. Menéndez quiere meter en el ministerio una compañía de guardias de asalto.

Luego ha venido Ramos. Hemos bromeado un poco acerca de nuestro cansancio y de mi propio e incurable hastío.

Cuando estoy cenando, Maura me llama por teléfono y me comunica que las últimas noticias de Washington son que el Gobierno no aceptaría que se declarase *denunciado* el contrato.

Después, ya cerca de las once, voy a casa del Presidente de la República. Le informo del estado del asunto y de los varios caminos que se me ofrecen: acción del Gobierno mediante un decreto o llevar a la comisión parlamentaria la conclusión posible, para convertirla en ley. Le digo a don Niceto los inconvenientes de lo primero, y los escrúpulos que me produce. Lo aprueba. Convenimos en que lo mejor es negociar, y el resultado a que se llegue en la negociación para revisar el contrato, llevarlo al Parlamento.

Hoy estaba el Presidente deseoso de darme muestras de confianza. Cuando hablábamos del primer medio, o sea de dar el Gobierno un decreto zanjando la cuestión, me dijo: si usted me lo trae se lo firmo, pero creo que el mejor camino es el otro.

Después me ha dicho: creo que le critican a usted porque plantea la cuestión de confianza en las Cortes con alguna frecuencia… Plantee usted más. Ese es el régimen, y el único medio de encauzar a la mayoría, y que cada cual cargue con su responsabilidad.

Hablamos del orden público. Me cuenta que por un azar ha llegado a su noticia que la fecha señalada es el lunes, día cinco.

He vuelto pronto al ministerio. Estaba Cipriano, que se fue luego al Español. Nos hemos divertido mucho leyendo un artículo de Manolito Bueno en el *ABC* en el cual, no muy encubiertamente, se me compara con Robespierre, y a Cipriano con Saint-Just. (Claro que no me llama Robespierre, sino caricatura grotesca de él). ¡Qué cosas! ¡Todo eso por cincuenta céntimos!

Ya tarde, ha venido Guzmán. Me trae noticia de los rumores que corren. Esta tarde los pasillos del Congreso eran un hervidero de absurdidades.

Guzmán me dice que Manuel Aznar, director de *El Sol*, querría ser gobernador general de Guinea. La noticia me produce extrañeza, y el nombramiento sería desatinado. Aznar quería una embajada. Indirectamente, Zulueta le ha ofrecido la legación en Río de Janeiro; pero Aznar no la ha aceptado.

2 de diciembre

Cuando salgo de mis habitaciones, ya estaban todos los ministros, menos Domingo, reunidos. Hemos dedicado el Consejo a la cuestión planteada por los Estados Unidos. He referido mis entrevistas con Lerroux y Maura. Se han recapitulado los hechos ocurridos estos días y he invitado a los ministros —después de leer la carta del embajador, el apunte que me dejó en su segunda visita y la nota— a que expusieran su opinión. El primero que ha hablado ha sido Prieto. Contra lo que pudiera creerse, Prieto se ha mostrado favorable a transigir, aceptando que se negocie la revisión del contrato con la Telefónica. Califica duramente la conducta del Gobierno norteamericano, pero no cree posible afrontar una ruptura. Fernando de los Ríos viene a decir lo mismo en substancia, insistiendo mucho en que tales son los métodos de la política de los yankis. Carner ha examinado la cuestión jurídicamente, probando con facilidad cuán fuerte sería nuestra posición, si hubiéramos de ventilar el caso como un pleito; acepta que se negocie, procurando sacar las mayores ventajas posibles en la revisión. Domingo se ha limitado a decir que estaba conforme con Prieto, porque no hay opción. Zulueta, partidario de negociar la revisión del contrato, ha hecho algunas salvedades respecto de lo que hoy es la extensión e invulnerabilidad de lo que se llama soberanía de los Estados, sometida a tantas limitaciones por el entrelazamiento de los intereses de unos pueblos a otros. Giral, conforme. Albornoz ha ofrecido alguna resistencia, estimando que la nota americana es brutal, y atropella la dignidad de España; parecía opinar que se rechazase la reclamación de los yankis. «Entonces —le he preguntado— ¿usted vota por que se vaya a la ruptura?». No ha contestado resueltamente, y no ha hecho sino balbucir palabras dudosas. Casares era el más opuesto a aceptar la negociación y el acuerdo para revisar el contrato. Cree que en la revisión nos estrellaremos, o tendremos que aceptar entonces

las pretensiones de los yankis o ir al rompimiento, con todas sus consecuencias, que ahora pretendemos evitar.

A Fernando se le ocurrió decir que, pues se estaba consultando a los jefes de grupo de la oposición, debería hablarse a los comités de los grupos de la mayoría, para saber qué les parecía el asunto. Me opuse. La conversación con los jefes de grupo de oposición tiene un valor informativo. No puedo admitir que la decisión del Gobierno esté pendiente de la opinión de unos y otros. No somos un comité, sino Gobierno, y tenemos el derecho y el deber de resolver nosotros y aceptar la responsabilidad. Fernando recogió velas, y dijo que se trataba solamente de informarles de la situación. A eso no me opuse. Albornoz pareció también querer consultar a los grupos; lo estimaba indispensable. Después de mi respuesta a Fernando, no insistió.

Añadí que, en su función propia, el Gobierno debía esforzarse en llegar a un acuerdo sobre la respuesta a la nota del embajador; pero que si no llegábamos, no tenía otra cosa que hacer sino llevarle al Presidente de la República la dimisión.

También se discutió mucho qué convendría más, una vez aceptado el criterio de negociar para la revisión del contrato: si negociar con la Compañía o con el Gobierno americano. Prevaleció lo primero, pero a propuesta mía se convino en dejar ese punto sin tocar en la respuesta escrita.

En resumen, al final de la discusión, propuse que la respuesta a la nota se redactase, dejando a salvo el principio de la autoridad de las Cortes, con el propósito de aceptar que la revisión del contrato se haga por negociación, evitando ahora la repulsa que conduciría al rompimiento y a las represalias.

El plan que nos proponemos seguir es: suspender la discusión en las Cortes; discutir serenamente el contrato, quitar de él lo más que se pueda de cuanto parece malo, y con el resultado que se obtenga ir a las Cortes. Si lo aceptan, bien; si no lo aceptan, nos iremos.

El plan de Maura fue desechado por unanimidad.

Esta tarde he recibido en el ministerio a Ossorio, llamado por mí: le hago saber cuanto sucede, y las dificultades con que se tropieza para salir airosos de este trance. Ossorio, después de oírme, dice que no ve la situación tan grave ni tan difícil, y confía en que lo llevaré todo a buen término. Lo que hay que hacer —dice— es separar la parte de derecho público, en que el Gobierno yanki se apoya para proteger los intereses de sus nacionales, amenazados por una medida legislativa, y la parte comercial y de negocio, contenida en el contrato. Lo primero es cosa de los dos gobiernos. Es natural y admisible que un Gobierno extranjero se preocupe de que los derechos de sus súbditos,

dimanentes de un Estado legal, no sean maltratados formalmente sin garantía alguna. Lo segundo es a tratar entre el Gobierno español y la Compañía. En esto último el Gobierno americano no tiene por qué inmiscuirse; no podrá quejarse porque sus nacionales hagan un contrato más o menos ventajoso.

Debo discutir con la Compañía, sacar el mejor partido posible; y si lo que ahora es malo, resulta, por la gestión del Gobierno, un poco menos malo, será aprobado por las Cortes, y todo acabará en *otra apoteosis*, como tantas que me han hecho ya. «A usted le sobran medios», me dice. (Maura, sobre lo mismo, me aseguraba el otro día que adormezco a las Cortes o, de vez en cuando, las mando a… paseo; en las Cortes no ha habido más que monólogo).

La posición de Ossorio me parece demasiado ligera; todo lo encuentra siempre fácil don Ángel. La «separación» que él pretende establecer es precisamente uno de los nudos de la cuestión.

Un momento hemos hablado de política general. Me pregunta por las conspiraciones, y para prepararlo a lo que venga, le indico algo de lo que hay, y le digo que algunos diputados de la derecha conspiran. Todo lo que se le ocurre decir es que acaso fuese bueno que yo contase en las Cortes lo que sé, diciendo los nombres de los diputados conspiradores. ¿Y sin pruebas? Buena se armaría.

Hablándome de las jubilaciones de magistrados y jueces, afirma que han sido jubilados muchos granujas, pero otros eran buenos funcionarios. En cambio, dice, se han quedado algunos que ¡ya, ya! Nadie se explica satisfactoriamente que no los echen; se lo explican por influencias, que me achacan a mí.

—¿A mí? —pregunto, muy extrañado—. No he intervenido para nada en eso. Y en la lista publicada hay compañeros míos de colegio, por los que no he intercedido. Es de la responsabilidad del ministro.

—Pero hay uno que señalan como protegido por usted…

—¿Quiere usted ya decir de qué se trata?

—Pío Ballesteros, magistrado del Supremo.

—¿Y qué tengo yo que ver con él? Ni siquiera me he acordado de su existencia.

—Pues todo el mundo dice que no lo han jubilado porque fue testigo de su boda de usted.

Al verme tan sorprendido, Ossorio insiste:

—¿Pero de veras le cae a usted esto tan de nuevas?

—Si me quiere usted creer, lo cree; y si no lo deja.

—Pues la opinión se lo atribuye, y esto le perjudica a usted.

—¿Qué opinión? Supongo que España no estará enterada de que Ballesteros es magistrado del Supremo, ni, mucho menos, de que fue testigo de mi boda. Esa opinión será la de los corrillos de las Soleras.

—Lo bastante respetable para que usted no la desprecie, como suele.

—Lo que desprecio es la necedad.

Estos son los móviles que le atribuyen a uno los politicones de colmillo retorcido y la gente criada en la mezquindad. Este señor Ballesteros era oficial de la Subsecretaría de Gracia y Justicia al mismo tiempo que yo lo era de la Dirección de los Registros. No nos tratábamos apenas, y durante la guerra europea llegamos a no saludarnos cuando nos veíamos en el Ateneo, porque él era muy reaccionario y germanófilo, y yo andaba en la procesión de los aliadófilos. Cuando don Galo fue nombrado ministro de Gracia y Justicia, hizo director general de Registros a Ballesteros, sacándolo de la covachuela de la Subsecretaría. Fue mi jefe, y mantuvimos una relación cortés, pero reservada. Ya entonces andaba yo en las conspiraciones republicanas, y Ballesteros no lo ignoraba. Cuando me casé, le invité a la boda, por etiqueta, como fue también el subdirector, de quien nunca he sido amigo. Pocos meses más tarde, don Galo nombró a su amigo Ballesteros magistrado del Supremo. Recuerdo que en la Dirección General y en el ministerio hubo mucho «run-run» sobre el nombramiento porque decían los roedores del Alcubilla que Ballesteros no tenía «condiciones legales». Lo nombraron, y no le he vuelto a ver, hasta hace casi un año, que se me presentó en la Presidencia a recomendarme un asunto de un ayuntamiento. Ni de haber sido mi jefe, ni de haber «atestiguado» mi casamiento nos ha quedado amistad, ni podía quedar, porque el mozo no me fue nunca simpático («Desparrama la vista», decía yo de él cuando fue director general, para significar lo receloso que es) y porque era bien claro que la política nos pondría frente a frente.

Pues con todo esto: «la opinión» afirma que no se le jubilaba por influencia mía. Lo más chistoso del caso es que Albornoz dijo ayer a los periodistas que se proponía jubilar a los magistrados que ocuparon cargos políticos con la Dictadura, y hoy me ha traído una docena de decretos, uno de los cuales ¡jubila forzosamente a Ballesteros!

Si uno tiene que defenderse del vendaval de necedad que sopla de todos los cuadrantes, ¡divertido estoy!

En las Cortes me reúno con Pi y Suñer, Tarradellas y Xirau, consejeros de la Generalidad para tratar de puntos políticos de Cataluña. Quieren que a la Esquerra, gananciosa en las elecciones, y adicta al Gobierno en las Cortes, se la trate como a partido gubernamental, «como al señor Casares en Galicia»,

dice con humildad frailuna el señor Xirau, creyendo sin duda que a Casares se le ha nombrado procónsul de Galicia. En resumen, en casi todo lo que piden, tienen razón; les ofrezco apoyarles, y quedan satisfechos.

Hablo largamente con Besteiro de la cuestión con los Estados Unidos y del orden público. Aprueba lo hecho por el Gobierno. Después comentamos la situación parlamentaria. Al salir del despacho, los periodistas, en rebaño, me acosan. Están empeñados en que les diga algo, me hacen preguntas idiotas, y tengo que apelar a los últimos gramos de paciencia para no contestarles malamente. Luego me ha dicho Ramos que por los pasillos del Congreso se decía que yo *he roto* con Besteiro.

Entre las estupideces que traen y llevan los concurrentes al Congreso figuraba esta: que en vista del *conflicto* con los Estados Unidos estaba yo decidido a movilizar diez reemplazos. ¡Serán brutos! ¿Y qué iba yo a hacer con esa gente? ¿Ir a conquistar la Florida?

En este ambiente respira el cogollo de la gente activa de la política, y de esos bodrios se nutre lo que en la jerga periodística se llama «información».

Vengo al ministerio y luego me marcho a casa del Presidente de la República. Llevo mucha firma, y le entero de la situación de los asuntos. Lo aprueba todo. Al firmar la jubilación de magistrados me dice: «Solamente conozco a tres de esa lista y los tres están bien jubilados».

3 de diciembre

El Consejo de ministros se ha reunido para conocer el texto de la nota que se envía al embajador de los Estados Unidos. En general ha parecido bien, y con ligeros retoques ha sido aprobada. Al empezar el Consejo, y en corrillo aparte, Domingo y Zulueta me enteran de *una gracia* que ha hecho Albornoz. Ha reunido al comité directivo de su partido y les ha contado el asunto en forma tal que se han indignado. Les ha dicho que la nota del embajador es brutal y descortés y humillante. Gordón y otros se han puesto por las nubes, diciendo que eso es intolerable y que los ministros radicales-socialistas deben dimitir. (La cuestión es *facilitarlo* todo).

He estado en casa toda la tarde. Llueve mucho. El día está tristón. Yo, cansado *por dentro*. Permanezco en el despacho desde el anochecer. Recibo unas visitas. Estoy muy ansioso de ser libre.

En el Consejo de hoy se ha leído un decreto de Marcelino Domingo sobre precios e importación de papel. Como en este asunto hay una gresca entre los fabricantes y los periódicos, y el otro día estuvieron aquí a protestar Busquets y Sacristán, le pregunto a Domingo si es seguro que unos y otros hayan llegado a un acuerdo. Contesta que no lo sabe, porque el decreto se lo han entregado cuando venía al Consejo. «Entonces, aplacémoslo, hasta que usted se entere».

Por la tarde ha venido Guzmán y me cuenta que, en efecto, la Papelera y las empresarias de periódicos han llegado a un acuerdo, que se traduce en el decreto.

Carner ha traído al Consejo un proyecto para resolver la situación en que se encuentran los ayuntamientos de los pueblos que pertenecían al Real Patrimonio. Entre ellos está el pueblo del Pardo. Con este motivo, insisto en lo que ya tengo dicho al Consejo, en relación con Madrid. Y trazo un plan, que es ya viejo en mi imaginación, encargándole al ministro de Obras Públicas que lo estudie. Como el Ayuntamiento no funciona, y solo hace tonterías, y va a malgastar los ochenta millones que se le han regalado, creo que el Estado puede y debe hacer algo en previsión del Madrid venidero. Le encargo a Prieto que su ministerio estudie y proyecte el ensanche de la carretera de La Coruña desde el puente de San Fernando, la sustitución de este puente por otro más ancho, la formación de una gran plaza en la confluencia del puente con la carretera del Pardo, y el trazado de una gran carretera, de ancho mayor que el normal, que parta de esa gran plaza, y en curva de gran radio, atraviese el sur del monte del Pardo, cruce por los campos del término de Fuencarral, al norte de este pueblo, y vaya a buscar el enlace con la prolongación de la Castellana. Así quedará cerrado el circuito de Madrid por el norte, remediándose una de las mayores absurdidades de la situación de la Villa. Prieto ofrece seguir mis indicaciones.

También me he ocupado en Consejo de la necesidad de adquirir prontamente solares para levantar un nuevo ministerio de la Gobernación, y otros para Obras Públicas, Justicia, y servicios de Aeronáutica. Propongo que al Ayuntamiento se le pida, como correspondencia a la protección que acaba de darle el Estado, que reserve en la prolongación de la Castellana el área necesaria para esas construcciones. Yo he hablado de ello con el alcalde, y está conforme; pero de lo que dice Pedro Rico no se ha de fiar, y probablemente habrá que hacer una ley. El Consejo lo aprueba.

A última hora le pido a Zulueta una copia de nuestra nota a los Estados Unidos para llevársela al Presidente de la República. Recibo el papel ya cerca de las ocho, y voy a casa de don Niceto. Cuando llego, me dice el Presidente que acaba de telefonearle Zulueta preguntando si había yo llegado, y que hay cosas nuevas, el Presidente le respondió que aguardaría a que llegase yo para decidir si Zulueta debía ir o no a conferenciar con nosotros dos. Así lo decidimos, en cuanto llego, y mientras viene Zulueta le leo al Presidente nuestra respuesta, dejándole copia. El Presidente opina que está bien, y que no podía hacerse otra cosa.

Me cuenta el Presidente que Marcelino le ha visitado esta mañana para darle las gracias por el regalo que le hizo con motivo de su boda, y le ha referido lo hecho por Albornoz, convocando a su partido para hablarle de la nota de los Estados Unidos en los términos que ya he apuntado. El Presidente comenta el modo de ser de Albornoz, buena persona, pero desidioso. Recuerda el día que fue, siendo Presidente del Consejo, a visitar a Albornoz en Fomento, para enterarse por encargo del Consejo de ministros de lo que Albornoz había hecho en el asunto de los ferrocarriles.

Llega Zulueta. Ha tenido respuesta del embajador de los Estados Unidos. Es una carta bastante fría, acusando recibo de nuestra nota, la cual va a transmitir a su Gobierno, y mientras no reciba instrucciones, su actitud «sigue siendo la misma». Zulueta está mal impresionado. Y pregunta qué se hace. Ha pensado hablar con nuestro embajador en Washington, y lo tiene llamado al teléfono. Como son cerca de las nueve, todavía en Washington es hora de que el embajador vea al secretario de Estado. Se trata de darle instrucciones para que explique amistosamente el contenido de nuestra respuesta, porque el embajador yanki en Madrid, además de torpe, es *monárquico* (!), católico, y nos mira con antipatía y prevención; por lo cual es probable que no haga nada para facilitar la solución. Zulueta propone que por nuestro embajador se haga notar al gobierno de Washington que no se ha producido ningún hecho nuevo, desde la presentación del proyecto de ley, que justifique las alarmas de aquel gobierno; y que el de España está actuando para proceder a una revisión del contrato, sin propósitos de confiscación, que es en el fondo lo que piden; y que hemos de contar con el Parlamento y la opinión pública. Pensaba Zulueta que esto se telegrafiase en cifra al embajador, pero, además de exigir más tiempo y acarrear una tardanza (mañana es domingo), que pudiera sernos perjudicial, el telegrama es demasiado escueto y constituiría un documento innecesario; hacen preferible una conversación telefónica. La conversación telefónica la oirá la Compañía y la tomará taquigráficamente. Pero lo que

vamos a decir al Gobierno americano, dice Zulueta, no hay inconveniente en que lo sepa también la Compañía. Hay un punto que Zulueta no sabe dónde poner, si en el telegrama o en la conferencia telefónica; es aquel en que se diga que con la revisión, aprobada después por las Cortes, la Compañía tendrá una situación legal que hoy no tiene, y por lo tanto le conviene facilitar la solución.

Zulueta está un poco apurado, y sobrecogido. Examinamos muchas veces lo que se puede decir en una u otra forma. Yo le digo que escriba primero lo que vaya a comunicar por teléfono al embajador de España. Por fin resolvemos que hable ahora mismo por teléfono con Washington y que el embajador haga la gestión amistosa que hemos dicho, y le anuncie el telegrama; después, que telegrafíe, con puntos numerados y separados; y después puede hablar de nuevo por teléfono, refiriéndose a los puntos del telegrama, y así le entenderá el embajador, sin necesidad de hablar tan claro, que se entere de todo la Compañía.

Zulueta me acompaña hasta el ministerio, y ya no salgo.

4 de diciembre

Me he despertado tarde. He estado por la mañana en el despacho. Por la tarde viene mi sobrino Gregorio, y con Cipriano y Lola, vamos a La Quinta del Pardo. ¡Aún no han terminado las obras, comenzadas en julio! Me paseo por el monte, hasta el anochecer. Después, en el ministerio, solo. Me entrego a estudiar expedientes: las fortificaciones y los cuarteles de Cádiz; una adjudicación de obras de Aviación; unas diligencias de Zaragoza… En estas llega el comandante Vidal, delegado del ministerio en la Telefónica. Está muy impresionado por lo que le ha dicho Rico (el cual Rico me manda a decir que *si yo quiero* dimitirá el cargo de director de la Compañía); parece ser que mañana el secretario de Estado de Washington dará una nota a la prensa en extremo brutal, diciendo que le tiene sin cuidado lo que las Cortes y el Gobierno español acuerden, etcétera. La respuesta del Gobierno ha sentado muy mal. ¿Qué esperarían? Se juntan aquí, además de la política del dólar, la torpeza de los representantes americanos. No entienden las palabras. En uno de los últimos consejos de la Telefónica se armó una gresca porque el comandante Vidal empleó la palabra *inminente*, y ellos la entendieron como *eminente*. A los periodistas que el otro día me hablaban de una nota italiana, de tres notas de los Estados Unidos, y de una movilización, les contesté: esas

son notas «artificiales». Pues también esto, leído en los periódicos, lo han entendido mal.

El mister Rock, que ha reemplazado a Proctor, es más razonable y transigente; el otro día el ministro consejero de la embajada le soltó una rociada hablando despectivamente del Gobierno, etcétera. Rock le dijo: «Bueno, bueno; yo no soy el Gobierno. Eso no me lo diga usted a mí». (Cree Vidal que Proctor debía de estar en cierto modo comprometido en lo del diez de agosto).

Pregunto a Zulueta por teléfono. No tiene noticia de nada. Me dice Vidal que a Zulueta le tienen los americanos por un pobre hombre. A mí me conceden mayor rango, pero dicen que, o por informarme mal el ministerio de Estado, o porque estoy rodeado de aduladores (¿quiénes serán?), no me he dado cuenta de la magnitud del conflicto. «No es la Telefónica: es el propio Gobierno americano el que toma la ofensiva». Tal dicen sus diplomáticos. El artículo de Sánchez Román en *El Sol* de ayer les ha sentado peor. «Todo es muy jurídico; valdrá para la academia de jurisprudencia; pero el Gobierno americano no lo toma en cuenta».

Como en Estado no saben nada y se duermen, me decido a interponer mi acción personal. Le doy instrucciones a Vidal, que se las aprende de memoria.

También hablamos un momento del complot. Vidal cree que en la Dirección de Seguridad están desorientados. Llamo a Casares y me dice que no hay nada en ninguna parte. Solo han aparecido dos huelgas *raras*, una en Castellón y otra en Valencia, sin justificación visibles. Pudiera ser un síntoma.

A las diez y media, me llama Vidal por teléfono. Ha hablado con Rico, el cual le ha dicho que haciendo lo que yo indico quedaría resuelta la dificultad. Rico pide autorización para transmitirlo a América, en la seguridad de que hará efecto; pero desea también saber si no le desmentirán los hechos venideros y le harán quedar mal. Le encargo a Vidal que diga a Rico que mientras yo sea Presidente, le respondo; pero que no transmita nada como cosa mía, ni oficial. Vidal se pone muy contento.

Hay en Madrid alguien empeñado en empeorar la situación. Aznar, director de *El Sol*, conoció la nota del Gobierno español la misma tarde en que se entregó. Y le contaron, atribuyendo el relato al embajador, que la entrevista de este con Zulueta había sido muy violenta, que el embajador descargó un puñetazo sobre la mesa, y que dijo que España es un país necesitado de tutela. Todo es falso. Pero dice Aznar que estos rumores los acoge y pone en circulación algún político de mucha cuenta. ¿Es Alba?

Recuerdo la insinuación de Maura acerca de Alba. Aznar y Maura viven en la misma casa y se ven con frecuencia.

Vidal tiene la impresión de que la embajada y el Gobierno norteamericanos han ido más allá de lo que la propia Compañía Telefónica esperaba y deseaba. Yo creo que se equivoca.

5 de diciembre

No he salido en todo el día. Por la mañana recibí a Zulueta. Por teléfono me había dicho que sus impresiones eran malas y que llamaba al embajador. Vino a darme cuenta de su conversación. Zulueta, después de las vacilaciones del otro día sobre si había de hablar con nuestro embajador en Washington por telégrafo o por teléfono, se decidió por el telégrafo. Cree que esta gestión en Washington ha sentado mal en la embajada de Madrid. Tenía noticias de que la nota no satisfacía, según se ve ya en la carta de acuse de recibo enviada al ministerio el sábado. Esta impresión se había acentuado, confirmando así los informes que me trajo Vidal. Le doy cuenta a Zulueta del encargo que hice a Vidal anoche, y me contesta que sus efectos se han conocido, según deduce de su conversación de hoy con el embajador. Este le ha dicho que acababa de recibir una nueva nota de su gobierno, y que por haber tenido que descifrarla, llegaba con algún retraso a la llamada de Zulueta. Que *la nota contenía errores o confusiones* de cifra, y que por eso se abstenía de presentarla. Esto es inverosímil, y tenemos motivos para creer que la nota recibida nos concedía un plazo para contestar; pero que las impresiones transmitidas anoche han decidido al embajador a no presentarla, o a demorarla. Zulueta le ha explicado que no se ha producido ningún hecho nuevo, desde la presentación del proyecto de ley, que justifique la inquietud del Gobierno americano ni sus protestas; que el Gobierno tomará en sus manos el asunto, etcétera. Parece que el embajador se ha ido más contento.

Por la tarde estoy trabajando solo en mi despacho, hasta que vienen ya de noche Casares y el director de Seguridad. Me informan de lo que se sabe del complot, que al parecer debe estallar mañana. Examinamos la situación detenidamente.

Después despacho con Masquelet, y cuando estamos en ello llega Zulueta. Trae la cara triste. Me exhibe la nota americana que ha recibido esta tarde. Es, por lo visto, la que sustituye a la que pensaban presentar esta mañana. Es muy breve, y se limita a decir que el Gobierno de Washington no ha encontrado en nuestra nota nada que altere su posición anterior. Zulueta hace muchos

comentarios, le da muchas vueltas, está muy indeciso. Cuando termina le digo:

—Mire usted: la única respuesta que tiene esta nota, no es hablar, sino hacer. Puesto que el Gobierno, unánime, ha acordado conversar con la Telefónica para revisar el contrato, y así se lo dábamos a entender en la nota (aunque parece que no lo han entendido), vamos desde luego a conversar. Decíamos en la nota que el Gobierno encauzaría el asunto: pues encaucémoslo, en vez de andar tergiversando textos ambiguos. Mañana propondré al Consejo que se notifique oficialmente a la Telefónica que el Gobierno va a revisar el contrato, y que la Compañía designe las personas que han de representarla. Si el Consejo lo aprueba, se lo notificaré a la Compañía, y pasado mañana usted puede contestar al yanki que, según decíamos en nuestra primera nota, el Gobierno *ya está encauzando* el asunto hacia su solución.

—Esa es la manera —responde Zulueta—. Me parece bien.

Aún hablamos un rato. Le anuncio lo del complot, le aconsejo que se desimpresione («¡es usted magnífico!», me replica), y se va.

Por la noche vienen Ramos y Guzmán, hasta la una y media. Me dicen que algunas gentes dicen por ahí que la reaparición de *ABC* se debe a una indicación del Presidente de la República. Nada más erróneo. El Presidente, en cuya presencia se adoptó el diez de agosto el acuerdo de suspender los periódicos, no ha vuelto a hablarme de ello ni una sola vez en los tres meses transcurridos, ni me ha dicho nada tampoco después de la reaparición de *ABC*.

6 de diciembre

Consejo de ministros. He citado más temprano, porque tenemos el mochuelo del proyecto de Tribunal de Garantías sin acabar. Examinamos hasta el artículo 50, despojándolo de todos los excesos que la comisión asesora había puesto en él; como lleva traza de no acabar nunca, convenimos en que mañana nos reuniremos en el Congreso Fernando, Albornoz, Carner y yo, para terminarlo. Después, la Telefónica. Informo de la situación, y leo los telegramas del embajador de España en Washington, transmitiendo las noticias allí recogidas, y la nota dada a la prensa por el secretario de Estado. Resulta que este tío no se ha enterado aún de que la presentación del proyecto de ley sobre la Telefónica es de fines de 1931, muy anterior a la ley de 20 de noviembre de 1932, sobre revisión de contratos de Telecomunicaciones, y

discurre como si aquella ley pudiera aprobarse mañana. (Una de las cosas que ha habido necesidad de explicar al embajador es la diferencia entre un proyecto de ley del Gobierno y un dictamen de la comisión; el embajador no sabía que en las Cortes la discusión se hace sobre dictámenes, no sobre el proyecto mismo del Gobierno; con esta ignorancia se puede vivir muy bien, pero es inexcusable cuando afecta a un país con quien se discute).

El Consejo de ministros ha aceptado sin discusión mi punto de vista, y allí mismo se ha acordado llamar al director de la Telefónica, para comunicarle el comienzo de la reunión.

Por la tarde ha venido Rico, director de la Telefónica. Es un asturiano hablador. En su difícil situación, hace muchas protestas de adhesión a la República y al Gobierno, etcétera. Sobre esto le doy poca conversación. Le comunico lo resuelto, y dice que así se arreglará todo.

—Se arreglará —le digo— si están ustedes dispuestos a ser razonables.

Me cuenta que las declaraciones de Sánchez Román en *El Sol* han irritado al embajador, aunque el propio Sánchez Román le haya dicho lo contrario a Maura.

—Esta es una cuestión de poder —le digo a Rico—, de poder económico y político. Si yo tuviera mil millones, o quince acorazados en El Ferrol, se resolvería de otro modo.

—Aun en tal caso, no podrían ustedes dar el servicio.

—Ese problema es otro. Ya veríamos lo que se hacía. Lo importante es lo primero.

Durante la conversación, y oyendo algunas observaciones mías, Rico se ha ruborizado más de una vez.

Después tratamos del complot. Rico cree que no es para esta noche, sino para la de mañana. Me refiere las precauciones adoptadas para defender las instalaciones. Hablamos de la repercusión en los cuarteles. Hay regimientos muy trabajados por los comunistas, Rico tiene buena información; uno de los conspiradores, un tal Ametlla, futuro comisario de comunicaciones si la revolución social triunfase, está desde hace meses a sueldo de la Telefónica, y por él se saben muchas cosas. También tienen comprado a un tal Becerra, de los grupos sindicalistas de Madrid.

Cuando se va Rico, llamo a Saravia y le doy instrucciones para esta noche.

En las Cortes, Besteiro me da cuenta de una proposición incidental firmada por Botella, Balbontín, etcétera (y por unos cuantos radicales, «para autorizar la lectura») pidiendo que se declare urgente la aprobación del

proyecto sobre la Telefónica, y otras cosas más. No lo han pedido en un año, y lo piden hoy, cuando saben que más daño pueden hacer. Le digo a Besteiro que el Gobierno estaba resuelto a pedir a las Cortes que se aplazara toda discusión sobre el asunto; y en vista de esta proposición, hablaré para oponerme a ella. Viene Maura a verme y me propone que se haga una «de no ha lugar a deliberar», para que pueda votarse. Así lo convenimos. Luego llamo a Martínez de Velasco y a Iranzo, representantes de dos grupos parlamentarios, y les doy la misma información que a los demás. Ambos aprueban la conducta del Gobierno. En el salón discuten el presupuesto de Marina. Cuando yo llego, se suspende la discusión, se lee la proposición de Botella y después la otra. Botella, Balbontín y algún otro escandalizan. Pronuncio un breve discurso, y sin más trámites se aprueba la proposición de «no ha lugar». Durante el comienzo de la votación, los diputados disconformes gritan e insultan al Gobierno. Balbontín nos llama traidores, y Carner se indigna, quiere salir del banco para irse sobre Balbontín, y Casares y Ramos lo sujetan. Balbontín ha increpado a la minoría radical, que se encrespa contra él. Lerroux le llama mamarracho. Dos diputados radicales van a situarse en el escaño detrás de Balbontín, y el afectado furor de este idiota cesa como por encanto. La sesión ha terminado inmediatamente.

En general, todos aprueban lo hecho por el Gobierno, menos el lastimoso don Melquíades, que juzga el caso como la «mayor monstruosidad parlamentaria» que se ha visto. Este don Melquíades fue uno de los que contribuyeron a meter a España en la tenaza donde ahora se ve. Hay que tener mucha paciencia.

En el despacho de ministros hemos estado después conversando Zulueta, Carner, Casares, Ramos, Galarza y algún otro. Carner estaba furioso por el insulto de Balbontín. Paseaba su procerosa humanidad por el despacho, y con su ingenuidad de niño, exclamaba: «¡Bueno! ¡Que un mequetrefe me llame a mí traidor, porque se ve amparado en el salón, cuando no se atrevería a decírmelo cara a cara! ¡Bueno! De un bofetón le hago rodar. Cuando estaba yo en el colegio de escolapios, le di un bofetón al hermano del obispo de Ávila, ¡y durante treinta años se ha estado hablando del bofetón de Carner a Pla!». Nos reíamos mucho de la indignación de don Jaime.

Por la noche hemos velado hasta cerca de las tres. No ha ocurrido nada. Aquí vinieron a las diez el general de la división y el de la primera brigada, y les di las instrucciones pertinentes. Han estado Ramos, Guzmán y Cipriano; el gabinete militar y los ayudantes. Desde la Telefónica cunde la alarma por toda

España; la Compañía está asustada, y Casares les ha llamado severamente la atención. No ocurre nada. Me voy a acostar.

7 de diciembre

Visitas. Viene Zulueta a consultarme la respuesta que damos hoy al embajador de los Estados Unidos. Está bien.

Royo Gómez, diputado de Acción Republicana, me trae el proyecto de declaración de la Federación de Izquierdas; lo ha redactado Galarza, y es un mediano galimatías.

Por la tarde me reúno en el despacho del Congreso con Albornoz, Carner y Ríos y terminamos el examen y arreglo del proyecto de Tribunal de Garantías. La reunión ha durado cinco horas. Hemos rehecho el proyecto, quitándole todo lo que nos ha parecido disparatado y peligroso, obra de la comisión asesora. Con este motivo no he aparecido por el salón de sesiones. Me cuentan que dos diputados, uno de ellos el general Fanjul, se han pegado.

En la reunión me ha dicho Fernando que esta mañana el grupo socialista ha estado discutiendo el proyecto de presupuesto de Guerra.

—Ha sido una cosa difícil —dice Fernando, poniendo la cara triste—. Pero, en fin, se ha acordado votar el presupuesto.

—¿Y qué razones han tenido para tomar ese acuerdo? —le pregunto.

—Razones políticas.

(Ya supongo que no serán razones religiosas).

Por lo que me ha dicho Fernando y lo que me han contado después, resulta que hay una parte del grupo que se oponía a votar el presupuesto, que trae quince millones de aumento. Lo más notable es que Besteiro, Presidente de las Cortes, ha combatido el presupuesto; y lo ha defendido con calor Prieto, y también Teodomiro Menéndez. Han votado por la aprobación, cuarenta y tantos, y en contra, siete. Besteiro se ha abstenido de votar. Menéndez le ha dicho algunas cosas duras a Besteiro.

A Fernando le digo que a mí lo mismo me da; que no se violenten y que voten en contra si quieren; ellos verán lo que hacen.

He vuelto al ministerio poco antes de las diez. Aquí estaban Ramos y Bolívar. Ramos me cuenta las intrigas que se forman con motivo de la Federación de Izquierdas. En los radicales-socialistas hay un grupo, dirigido por Gordón, que se opone a la Federación; es el grupo albornocista. Parece que pretenden hacer presidente de la Federación a Albornoz, que tiene sus miras para el porvenir.

También me dicen que los radicales-socialistas van a reunirse para examinar el alcance de la declaración que hice ayer en las Cortes. Pretenden algunos que lo dicho por mí significa que el Gobierno resolverá sin las Cortes la cuestión con los Estados Unidos, pero que la cuestión directa con la Telefónica irá íntegramente al Parlamento, el cual no podría limitarse a aprobar o a desaprobar lo ya resuelto por el Gobierno. En una reunión anterior, parece que el grupo dio a sus dos ministros el encargo de mantener en el Consejo un criterio más intransigente con los Estados Unidos, y que si no prevalecía ese criterio, dimitiesen. Pero ninguno de los dos ministros ha dado cuenta al Consejo de tal encargo. Y el diputado radical-socialista (Galarza) que hablaba hoy con Ramos de la próxima reunión del grupo se ha quedado muy anonadado al saber que sus dos correligionarios no han dicho nada del caso a los demás ministros. La razón de todo esto viene de la falta de carácter y de autoridad de Albornoz y Domingo, que son juguetes de su grupo, y en el Consejo de ministros no disienten, ni se atreven a representar el papel que les encomiendan. En uno de los últimos consejos, y antes de comenzar la sesión, Zulueta me dijo muy preocupado algo de lo que ocurría entre los radicales-socialistas. Yo le dije que no hiciese caso. Un momento después se me acercó Domingo, con Zulueta, y hablamos aparte los tres. Domingo me dijo que Albornoz les había pintado el asunto a sus amigos con mucha exageración y de ahí venían ciertas inclinaciones a la intransigencia; que él había hablado con los intransigentes y les había dicho que si tenían gana de crisis, la habría, pero que por el asunto de la Telefónica sería absurdo plantearla. Esto es todo lo que me han hablado sobre el particular.

A media noche han venido Gumersindo Rico y Antonio Vidal. Como resumen de las informaciones recogidas en la Telefónica, creen que hay un acuerdo entre monárquicos y extremistas de la izquierda. Que los grandes de España han dado tres millones. Que echarán por delante a los «rojos», haciendo huelgas y atentados, y cuando la fuerza pública esté fatigada por algunos días de desorden, lanzarán otros elementos a la lucha, principalmente militares.

También me dice Rico que la nota enviada hoy les ha parecido en la embajada muy seca y tajante. Me consulta si parecería bien al Gobierno que como delegado de la Telefónica para discutir la revisión figurase el coronel Bent. Quedo en contestarle.

Ha venido también Casares. Acaban de saber en la Dirección de Seguridad, por un confidente, que mañana se producirán alborotos en la Universidad, y al calor de ellos, unas hordas intentarán quemar los conventos.

El confidente es el mismo que el año pasado avisó a Maura de la proyectada quema.

—¿Usted no sabía que a Maura le avisaron con cuarenta y ocho horas de anticipación, y que él no hizo caso?

—No lo sabía.

Se fue Casares y he estado con Ramos, Guzmán y Cipriano de conversación hasta las dos. No pasa nada, y me voy a acostar.

8 de diciembre

Consejo en Palacio. Cuando llego, un ayudante del Presidente me dice que don Niceto desea hablarme un minuto a solas, antes de entrar en Consejo. El Presidente me pregunta si hay algo relativo al orden público; y que no quiere preguntarle nada a Casares, en vista de que el ministro está reservado con él. Respondo que no ocurre nada, y que solo había pronósticos de algaradas estudiantiles para hoy, que no se han confirmado.

En efecto, hasta media tarde, no ha sucedido nada. Casares empieza a creer que todos esos confidentes no hacen más que engañar, para tenernos en alarma.

En el Consejo hemos hablado principalmente de lo que ha hecho Madariaga en Ginebra. Ayer ha pronunciado un discurso, cuyo texto no conocía el ministro de Estado, acerca de la cuestión de la Manchuria. En él juzga duramente la conducta del Japón, y llega a decir que el Japón actual no corresponde con el Japón histórico, que todos amamos y respetamos. Ya antes de que Madariaga pronunciase este discurso, habíamos recibido un despacho del embajador de España en Tokio diciendo que en las «esferas oficiales» se hacen fuertes censuras a la conducta de Madariaga en Ginebra, que puede ser dañosa a la buena amistad de los dos países. Calculamos el efecto que habrá producido el discurso. El Japón no tenía ministro en España desde hace meses, y recientemente se había dado el *placet* a otro, que está en camino para España. Es de temer que no llegue.

Madariaga procede en Ginebra como si fuese el portavoz y el apóstol de la Sociedad de Naciones, y olvidándose demasiado de que cuanto él diga lo dice España. Pretende que la política seguida en Ginebra aumenta la autoridad y el prestigio de nuestro país, pero eso tiene un límite, y yo no he visto a ningún Estado que, por defender los principios del pacto, se indisponga con otro. A Madariaga le incitan y estimulan ciertos círculos de Ginebra, y elementos radicales de otros países, pero se observa que los representantes de esos países

en Ginebra se abstienen de decir lo que dice Madariaga. Padece una especie de misticismo en el asunto de la Manchuria. Bien está sostener una política elevada y moral, pero llevarla a tales extremos solo puede producirnos conflictos por cuestiones que no afectan directamente a los intereses de España. En la misma Ginebra hay funcionarios españoles que desaprueban la conducta de Madariaga, por ejemplo, Pablo Azcárate. A la ligereza de Madariaga tuve ya que ponerle un freno en septiembre, con motivo del anunciado viaje de Herriot, en que él nos metió, y al que quería dar unos alcances inadmisibles. En una entrevista que celebramos en el Congreso, Zulueta, Madariaga y yo, le dije que la política internacional del Gobierno la dirige el Gobierno mismo, no sus agentes, y que yo no aceptaría en ningún caso la responsabilidad de adquirir algunos compromisos con Francia ni con nadie. Este serretazo surtió efecto en París, y el viaje estuvo a punto de suspenderse.

A lo de hoy tenemos que ponerle inmediato correctivo. Prieto quería que se relevase a Madariaga, y el Presidente no estaba lejos de pensar así. Lo mismo creía Domingo. Zulueta ha opinado que el relevo de Madariaga en estos momentos y por tal motivo hacía daño a España en Ginebra. Se ha convenido telegrafiar al ministro de España en Tokio, para que desvanezca la mala impresión que el discurso haya podido causar. Ya tendrá que ser hábil el redactor del despacho para que no sea una desautorización de Madariaga. También Zulueta le hablará por teléfono; y se apresurará el viaje del ministro a Ginebra.

El Presidente le ha tirado hoy algunas puntadas a Casares por si hay o no muchos gobernadores con apellido gallego. Casares tiene la serenidad suficiente para echar estas cosas a broma; al Presidente le cuesta trabajo todavía olvidarse de que ha sido político y hombre de partido; siempre está correcto; únicamente le preocupan demasiado los asuntos de Jaén, y recientemente ha debido de cometer alguna ligereza, que tenía ayer incomodado a Carner; pero no me ha dicho de qué se trata.

En el Congreso, hablo con Besteiro sobre la necesidad de acelerar la aprobación del presupuesto; a Besteiro le cuesta mucho trabajo acceder a estas instancias. Mañana celebraremos una reunión con Carner para decidir algo.

No he hecho nada útil en las Cortes. He estado un rato en la sesión, oyendo primero a Giral bracear honradamente en el mar de su presupuesto; y luego otro poco, mientras Largo Caballero contestaba a Royo, que ha pedido

la supresión del ministerio de Trabajo. Vuelvo al ministerio y despacho con el subsecretario.

Zulueta viene a comunicarme la última respuesta de los Estados Unidos, que es ya de tono amistoso. Ha hablado por teléfono con Madariaga; y con Azcárate. Le han dicho que el discurso no ha producido en Ginebra la misma impresión que aquí; pero después del discurso, España, Irlanda, Suecia y Checoslovaquia han presentado una proposición que, si no es retirada, puede conducir a que el Japón se vaya de la Sociedad. Madariaga, quizás impresionado por tales consecuencias, parece dispuesto a retroceder, y a buscar una salida airosa… Sigo teniendo motivos para creer en su ligereza.

También se ha telegrafiado a Tokio.

Después de cenar, llamo a Díez-Canedo y le pregunto si quiere ir de ministro a Montevideo, o tal vez a Lima.

—Me sería muy agradable, y se lo agradezco a usted.

Es cuanto me ha dicho sobre el caso. Después hemos hablado de cosas indiferentes.

9 de diciembre

Consejo de ministros, de poca importancia. Hemos hablado de los nombramientos para legaciones y embajadas. Aceptado el nombre de Díez-Canedo, y el de Jaén. Prieto se opone a los de Aznar y Pedroso. Alguien ha dado el de Lezama, y Albornoz ha dicho que aun siendo de su partido no podía recomendarlo. Se ha acordado, a propuesta mía, la convocatoria de elecciones parciales para el 29 de enero. Conviene saber cómo está el cuerpo electoral, y si se obtiene un triunfo, como es probable, se reforzaría la autoridad del Gobierno y la de las Cortes. Si hubiese una derrota sería una indicación para acelerar la disolución de las Cortes.

Por la tarde, en las Cortes, hablo con Besteiro, Carner y Vergara para establecer un plan en la aprobación del presupuesto. Besteiro se resiste, pero al fin acepta que haya sesiones nocturnas desde la semana que viene y sesión permanente el viernes.

He ido con el Presidente al Senado para clausurar las Conferencias Internacionales de Radiotelegrafía, que inauguré en septiembre. Poca gente. Discurso de un francés barbudo, que es nada menos que *doyen des doyens*, y discurso de don Niceto. Al principio le he seguido, pero me distraigo un momento y después ya no me ha sido posible seguir otra vez el hilo de su discurso.

Vuelvo al ministerio. Llamo a Amós. Le ofrezco la embajada de Cuba. No acepta. Ignoro si le habrá parecido mal la oferta. Viene Ramos, y después llamo al subsecretario, con quien tengo una escena un poco dura para él, porque creo que no han transcrito en la hoja del general Franco la corrección que le impuse el año pasado. Resulta que sí la han transcrito.

Por la noche, vienen Guzmán y Cipriano. Inmundo artículo en *La Tierra* a propósito de la compra del *Goloso*. Sospecho que el comandante Armas, del gabinete militar, ha cometido alguna ligereza. Después de un año de trabajos burocráticos y expedienteo, y con una ley especial, he conseguido comprar esa finca para comenzar la reforma del acuartelamiento en Madrid. Y ahora salen gritando porque la finca era del duque del Infantado. El expediente se aprobó en Consejo de ministros, antes de votarse la ley de Expropiaciones de la Grandeza, y yo advertí que el dueño era Infantado.

—Las fincas —dijo Largo Caballero— hay que comprárselas a quien las tiene.

Se aprobó la compra, luego ratificada por una ley. Ahora, en la comisión militar encargada de firmar la escritura, hay por lo visto algún republicano tan celoso, que pone dificultades. Ya me dijo algo Armas hace días, como si me revelase algún secreto y quisiera hacerme un favor. Le dije que me alegraba de saberlo, porque le volaría el destino a quien me estorbase. Y entonces, este señor Armas, que no brilla por su talento, fue a decirle a uno de los de la comisión, fraternal amigo suyo, que no hiciese nada, porque en el ministerio teníamos interés en el asunto.

Alguno de esos republicanos se fue con el cuento a *La Tierra*, que publicó un suelto injurioso para el subsecretario, a quien atribuía la compra.

Requerí al fiscal para que denunciase el artículo, y en vista de eso, *La Tierra* la emprende contra mí esta noche, por causa «de este escandaloso asunto».

Por otra parte, esta mañana, Marcelino Domingo me entregó un oficio del director de la Reforma Agraria, mi correligionario Vázquez Humasqué, «interesando», como dicen, que se emprenda la compra de la finca, por estar incluida en la expropiación de los grandes de España. Le dije a Domingo que eso no podía ser.

Y esta noche, que estaba Armas de servicio, se le ha escapado decir que hace dos días habían comido juntos su amigo el de la comisión militar de compra y Vázquez Humasqué. Es evidente la procedencia de la *denuncia* que motivó aquel oficio. Y es también clara la procedencia de la información de

La Tierra, que entre muchos errores consigna el dato cierto de la existencia del oficio del director de Reforma Agraria.

El propio Armas, a quien he hablado severamente, se ha aturdido y me ha dicho que su amigo el de la comisión *le había prometido arreglarlo todo*, en vista de que en el ministerio teníamos interés. De suerte que procede como si aquí hubiera algo que arreglar y ha añadido que el médico militar también pone dificultades, buscando unos y otros que se acabe el año y el crédito se anule. Tales son algunos de los colaboradores que tengo. Rodeado de imbéciles, gobierne usted esta casa, señor ministro, si puede.

10 de diciembre

Por la mañana viene a presentarse el general Goded, que anoche salió de prisiones militares. Entrevista penosa. Él creía, por lo que me ha dicho Saravia, que me negaría a recibirlo. Está más flaco y de mal color. El uniforme le está ancho. Rompo el hielo, preguntándole por su salud, y de ahí sale una conversación en que me expone sus quejas. Está dolido, lastimado. Reconoce que es soberbio, y que la injusticia le irrita. No ha conspirado nunca, ni ha pensado en sublevarse. Tiene con Sanjurjo una amistad íntima «como de hijo a padre» (*sic*), pero nunca ha entrado en los planes de rebelión. Quien más motivos tenía para saberlo era la policía, puesto que había cuatro agentes de día y de noche a la puerta de su casa en El Escorial. El diez de agosto estaba tranquilamente en su casa, como siempre, y se enteró de los sucesos de Madrid porque un hijo suyo fue a contárselos. A las once y media de aquella mañana le detuvieron, cosa que no le extrañó ni le enojó, porque estimaba que el Gobierno, en aquellos primeros momentos, tendría que detener a todas las personas de quien pudiera sospecharse una complicidad, y de él podían sospechar por su amistad con Sanjurjo; pero estaba seguro de que a los dos días le pondrían en libertad. En efecto, el juez le dejó libre (según Goded, a los tres días), pero el ministro de la Gobernación le ha tenido preso cuatro meses, sin decirle por qué, y sin que nadie haya tratado de comprobar las denuncias que pudiera haber contra él; denuncias que no pueden ser más que la obra de un malvado envidioso. Me habla otra vez de Mangada, a quien cubre de improperios, y se refiere a sus cartas, «que algún día se publicarán».

No puede evitar que gentes ligeras o mal intencionadas traigan y lleven su nombre; pero él no se subleva; si hubiera hecho algo delictivo, no se quejaría: el que juega y pierde, paga, y hay que saber perder y pagar; pero él «no ha jugado». Que le hablen unos y otros es inevitable. También durante la

monarquía, habló con los republicanos (Maura, Martínez Barrio), porque le requirieron para ello; opinaba entonces que la República vendría, porque un régimen no puede sostenerse en las bayonetas; pero se negó a conspirar y a sublevarse. Cuando Maura le invitó a conversar, Goded era subsecretario, y antes de ir a la entrevista cuenta Goded que se lo dijo al ministro, Berenguer. Don Dámaso le contestó que siendo subsecretario no podía hablar con Maura, y entonces Goded declaró que prefería dimitir en el acto: Maura le había requerido «como caballero», y como tal acudiría, diciéndole antes al ministro lo que se proponía contestar.

Repite lo que ya me dijo en otra ocasión: que de mí no tiene queja personalmente; me he conducido con él atentamente y le di un puesto eminente; parece, aunque no lo diga, que ahora está quejoso, porque no lo he amparado, tratándose de un general, y de un general tan importante. A pesar de todo, dice, «no pierdo la cabeza». Se le han causado perjuicios morales y materiales irreparables.

(Me abstengo de decirle que, gracias a mí, no lo han llevado a Villa Cisneros).

La policía lo tiene por comprometido en el complot. Sus precauciones para no estar a mal con nadie no le favorecen.

Apenas se había marchado Goded vino el presidente del Tribunal Supremo a decirme que en el sumario que se sigue por falsedad, con motivo del pase a inválidos del aviador Ansaldo, decretado por Berenguer, cuando era subsecretario Goded, antedatando un expediente, van a procesar al mismo Goded y al general Balmes. Le digo que hagan lo que proceda, pero que si pueden atenuar la prisión, que lo hagan. Está conforme, y les exigirán una fianza pequeña, para que queden en libertad provisional. Balmes está ahora con mando en Baleares, y cuando Goded fue destituido por lo de Carabanchel le envió un telegrama de adhesión.

Por la tarde he ido a Alcalá con el Presidente de la República a inaugurar las obras del manicomio provincial. Lo hacen en Villamalea, el famoso prado donde surten las pocas y malas aguas potables de Alcalá, y acerca del cual tantos chistes hacía mi tío Félix. Mucha gente, músicas, gritos, actas firmadas, caja sepultada para que los arqueólogos del porvenir sepan a qué atenerse cuando exploren las ruinas de estas obras. Después vamos a la antigua Universidad, y en su Paraninfo, frío y mal alumbrado, hay una sesión en memoria de Sanchís Banús. Discursos de Solana, Marañón y Fernando. Luego, en el Ayuntamiento, merienda. Es la primera vez que voy a Alcalá oficialmente, desde que soy ministro. Se me han acercado personas que

siempre me fueron hostiles, entre otros mi pariente el exdiputado monárquico por el distrito, que se ha dirigido al Presidente de la República en estos términos: «¡Hola, Alcalá!»; y un señor de la localidad, que fue compañero mío en el colegio de segunda enseñanza, y que por disgustos de familia, económicos y políticos, hacía treinta y cuatro años que no me hablaba, se ha llegado a darme la mano y la enhorabuena, muy sonriente.

A las seis he vuelto a Madrid, y aprovecho el resto de la tarde en despachar y ordenar la barahúnda de papeles que tengo en la mesa. Dicto muchas cartas, despacho con Ramos. Después de cenar vienen Guzmán y Cipriano. No salgo. Tengo un enfriamiento desde anoche; esta mañana estaba tan afónico que no se me entendía. Ya voy mejor.

En el viaje de ida a Alcalá, el Presidente ha aprobado la combinación diplomática que acordamos Zulueta y yo. Todo le parece bien, pero cree —y no yerra— que Antonio Jaén, donde quiera que vaya nos promoverá un conflicto. Se me queja de que no hayan atendido su indicación a favor de Sales Musoles para un cargo diplomático, ni la que hizo de Díaz Berrio para el Supremo. De todo ello, no habla sino por incidencia, pero hoy ha pasado el día más amargo de su vida: Fernando de los Ríos ha jubilado a Fernández Jiménez, padre del diputado Fernández Castillejo, e íntimo de don Niceto. Fernández Jiménez le ha escrito una carta a una tercera persona, para que se la lea al Presidente, y qué tal sería la carta que don Niceto no ha tolerado que se la lean entera. Parece que Fernández Jiménez se encuentra con una merma de 5000 pesetas anuales en su haber pasivo, y achaca su jubilación a manejos interesados, porque al retirarse él ascienden algunas señoras pedagogas, bien relacionadas.

11 de diciembre

Sigo fastidiado con el enfriamiento; de mañana, estoy peor. Salgo un momento al despacho y escribo al Presidente una carta felicitándole por el aniversario de su elección. También hablo un poco con el subsecretario, acerca de unos expedientes de expropiación en el campamento de Carabanchel, que se empezaron en ¡1902! y aún no se han terminado. Hace tiempo mandé buscar el expediente, por fin ha aparecido, y ahora se trata de ponerlo en marcha y acabarlo. Todo estaba abandonado en esta casa, la instrucción, el armamento, los cuarteles, la comida y la cama de la tropa; se

vivía al día y trampeando, sin plan ni concierto. Hay que arreglarlo todo, desde la artillería pesada hasta el jardín del ministerio.

Poco a poco, voy arreglando el edificio de Buenavista, abandonado a las arbitrariedades de la Comandancia de Ingenieros, y estragado por muchos decenios de abandono y mal gusto. He restaurado en parte la antigua distribución del palacio en la fachada que mira al sur y su planta principal. Los salones que anteceden a mi despacho parecían cuerpos de guardia. Habían tapiado puertas y cortado salones para hacer cuartos de baño, calado muros para abrir cuchitriles, arrancado la decoración antigua para sustituirla con otra «modernista». Ya he conseguido algo en la tarea de restauración y consolidación; pero desarrollar todo mi plan, para hacer de esta casa lo que merece, exigiría dos años, o más. Otro vendrá, que echará a perder lo que yo arregle.

14 de diciembre

Desde ayer, dolor de muelas. No he dormido en toda la noche. Esta mañana temprano, mi primera visita ha sido para el dentista. Pero sigo fastidiado, y con el humor correspondiente.

La otra tarde me encontré a Ossorio en el teatro Calderón; estaba en el palco contiguo y hablamos. Me preguntó por el programa parlamentario; le dije que en febrero se discutirá la ley de Congregaciones, la del Tribunal de Garantías y la de Orden Público. Cree saber que el Nuncio no tiene intención de marcharse, porque ha estado a visitar un hotel de la hermana de Ossorio con intención de comprarlo; el hotel vale dos millones de pesetas. También cree saber Ossorio que en la discusión de la ley se limitarán los adversarios a salvar los principios en la discusión de la totalidad. Ossorio sigue muy apenado porque no somos bastante «jurídicos».

Ayer por la mañana fue el Gobierno a felicitar al Presidente. Nos recibió en su despacho amarillo de Palacio. Un rato de charla. Don Niceto, que habla por los codos, no tiene conversación. Ni artes, ni literatura, ni viajes, aparecen jamás. Anécdotas del Congreso o de los tribunales. Puntadas a este o al otro ministro, siempre las mismas. Por cierto que ayer, cuando ya nos despedíamos, Fernando me dijo aparte: «Ha visto usted la cursilada de esos grabados». «¿Cómo grabados?», le respondí. «¡Si es una colección de Tiépolos!». (No lo había conocido).

Cuando salíamos, llegaba Besteiro, con los diputados.

Después hubo Consejo de ministros. Poco importante. Prieto ha traído un decreto constituyendo un organismo que se encargue de proyectar las cosas que yo le indiqué el otro día respecto de los alrededores de Madrid. Y un proyecto de ley que nos dará los recursos necesarios. Al leer el decreto dijo: «Esto es lo que se me ha ocurrido para dar forma a lo que propuso aquí *el señor Azaña*». Lo de señor Azaña me chocó mucho, porque nunca me llama así. Mucho me contenta que Prieto me ayude a realizar una de mis más antiguas «imaginaciones» madrileñas, y a sacar de la chabacanería del Ayuntamiento y del *saboritismo* el porvenir de la Villa. Ahora tengo que hablar con Zuazo, para indicarle lo que quiero.

Por la tarde, larga reunión en el Congreso con Carner, Domingo, Esplá y Tarradellas, el consejero de Gobernación de la Generalidad. Están disgustados porque aún no se han nombrado los dos gobernadores de Gerona y Tarragona que ellos han propuesto. No se ha nombrado el de Tarragona porque Domingo, que acaba de ser derrotado en aquella provincia, considera que el candidato a gobernador es un «trágala». No pide que sea de su partido; no se opone a que sea de la Esquerra; pero rechaza al propuesto. Hablamos mucho, barajaron muchos nombres; yo estuve callado. Se habló con este motivo de asuntos generales de política en relación con el Estatuto. Esplá demostró la buena voluntad con que procede la comisión mixta. Tarradellas insinuaba, después de intentar decirlo varias veces, que si la Esquerra no era bastantemente considerada, podría producirse algún movimiento político. Entonces le atajé, y le dije que no consentía que se me planteasen cuestiones de esa índole por un nombramiento de funcionarios; que el Estatuto lo habíamos hecho entre todos, y aún quedaba mucho por hacer; pero que la situación no era ya la misma que cuando estaban pendientes la ley Agraria y el Estatuto; ahora ya se puede dimitir; y que me bastan veinticinco segundos para resolver la cuestión, si no se hace caso de mis consejos. Quedaron barajando combinaciones de gobernadores, y allí los dejé; pero no han llegado a un acuerdo.

Anoche no salí. Había sesión en las Cortes. Los radicales hicieron una maniobra y estorbaron que la comisión de presupuestos diese dictamen en el de Agricultura y en el de Guerra. Lo consiguieron porque en la comisión de presupuestos no había más que diez diputados (y son treinta y cinco), de los cuales solo tres eran de la mayoría. Nunca asisten arriba de diez o doce, cuando más. Así nos echaban abajo todo el plan de trabajo de esta semana.

Esta mañana vinieron a verme Carner y Vergara. Vergara iba a dimitir la presidencia de la comisión. La falta de diputados de la mayoría es intolerable. Llamo a Fernando y a Domingo, y les cuento lo que ocurre. Les aseguro que así no puedo continuar. Si la mayoría no asiste al Gobierno, me voy. Domingo cree que es pura desidia. Los diputados están en Madrid y no van a las Cortes. Hablamos largo de todo esto, y una vez más insisto en que estoy cansado y en que no recojo fruto bastante de mis esfuerzos. Nada tengo puesto en la política, y si los partidos son tan insensatos que no ayudan, me voy a mi casa, y para siempre. Carner dice que no tengo afición a la política, y que se asusta de pensar que un día pueda yo salir de estampía; sería el caos, no habría gobierno posible, y se hundiría la República. Yo le digo que exagera, y que mal o bien, no faltaría quien la llevase adelante. Domingo me dice: «Ha de armarse usted de paciencia».

Por la tarde, doliéndome la boca, de mal humor, y muerto de sueño, voy a las Cortes. Reúno a los jefes de grupo. Hablo con Besteiro. Se ha convenido que haya sesión el sábado, el domingo y el lunes si es preciso, para votar los dictámenes de Agricultura, Guerra, y el del impuesto sobre la renta.

Me vuelvo al ministerio. Tengo la cabeza perdida. ¡Uf! Si pudiese acabar.

16 de diciembre

Sigue la maniobra de los radicales con pretexto del presupuesto de Guerra. Como los socialistas han acordado votarlo, los radicales quieren ponerlos en mala postura, mostrándose mucho más «pacifistas». Y como el presupuesto no contiene sino lo preciso, han inventado la urgencia de reducir el servicio a seis meses. El que les sirve en todo esto para dar hechura militar al proyecto es el comandante Peyre, que fue ayudante mío, y es diputado radical. Peyre, en colaboración con el coronel de Estado Mayor, Aranda, lerrouxista, destituido hace unos meses, y con Tudela, otro jefe de Estado Mayor a quien he echado del ministerio, han urdido un plan militar nuevo, y pretenden pasarlo al discutir el presupuesto. Los radicales no entienden de nada de esto. Ayer tarde fui a la comisión de presupuestos a informar. Hablé dos horas y media. Le demostré a Guerra del Río que no sabe por dónde se anda. Hubo muchos diputados presentes, cosa nunca vista, porque de los 35 que componen la comisión, solo asisten diez o doce.

En el Consejo de hoy, se aprueban tres decretos de Guerra, creando las bibliotecas, refundiendo los museos, y variando la provisión de destinos en el ministerio. Hemos tratado de la situación parlamentaria y de la proposición de

los radicales sobre la cuestión ferroviaria. Haciéndose trabajos entre los ferroviarios para llevarlos a la huelga general, a los radicales no se les ocurre cosa mejor que alentar las injustificadas pretensiones de los obreros, con el sano propósito de ponerlos a mal con el ministro socialista. Los radicales se opusieron a la concesión del subsidio votado en julio, y ahora les parece poco. Prieto contestará en las Cortes manteniendo la imposibilidad de hacer más de lo que se ha hecho, y afirmando el propósito de impedir la huelga y el sabotaje.

Cuando iba a empezar el Consejo me anunciaron la visita del señor Lara, diputado radical por Canarias. Venía a decirme de parte de Lerroux que los radicales piensan extremar su oposición al Gobierno, y estima don Alejandro que es deber de cortesía hacérmelo saber. Fundan su resolución en que la oposición moderada que vienen haciendo los borra y los destruye. (Lo que dijo Prieto en un discurso de Jaén: que los socialistas estarían en el poder cuando se hicieran las elecciones municipales de abril próximo, los ha enloquecido). Afirma Lara que la gente *se les deshace*, y tienen que robustecer su posición política. Lara deplora el encono que van poniendo unos y otros en la contienda; pero «en nuestro partido —prosigue— hay muchos que no son radicales, y lo mismo le ocurrirá a usted en los partidos de la mayoría». Las personas más responsables del partido desearían que esto no ocurriera. Me hizo también una alusión a las elecciones parciales, en el sentido de saber si se contará o no con ellos. Contesté agradeciéndoles la cortesía, y que respetaba el derecho de guiar la conducta del partido como ellos lo tuviesen por conveniente; que siempre he pensado en la necesidad de hacer, cuando se deshaga este Gobierno, una política de concentración republicana, pero también he dicho siempre que unos y otros debían procurar que no se hiciese imposible esa concentración.

De la cuestión de los ferroviarios no le hablé, pero sí del presupuesto de Guerra; le aconsejé que no hicieran programa de su partido la reducción del servicio militar a seis meses, porque es imposible hacerlo; que esto no es pedirles facilidades para aprobar el presupuesto de Guerra, que pueden discutir y estorbar cuanto quieran, con aquel pretexto o con otro, sino decirles simplemente que no lo hagan lema de partido, porque esa seria una de las dificultades mayores para llegar a una inteligencia entre republicanos. Alguna cosa más hablamos. Mi impresión es que se agitan por motivos electorales, y temen que en las elecciones municipales sean barridos de los ayuntamientos. Con objeto de evitarlo tratarán de subir al poder de cualquier modo que sea.

Por la tarde, he ido a despachar con el Presidente. Tenía mucha firma: más de cien decretos. Después he ido al teatro Calderón. Oído el *Retablo* de Falla. A última hora, a las Cortes. Me entero de que por la noche se discutirá la proposición de los radicales sobre el asunto ferroviario, y otra de Gil Robles acerca de las elecciones parciales. A este propósito, resulta que el censo electoral, que debería estar terminado hoy, no lo está en algunas provincias. Se trataba de prolongar el plazo, pero la terminación de la prórroga caía el 31 de enero, y como pensábamos que fuesen las elecciones el 29, iba a parecer que prorrogábamos la confección del censo para que no votasen las mujeres. De esto he hablado con algunos ministros, y hemos convenido en que el Gobierno no puede hacer nada que parezca querer impedir el voto femenino.

Se ha hablado de la candidatura de la madre de Fermín Galán para Madrid.

Sesión nocturna. Mucha gente en la Cámara. Discurso lastimoso de Diego Hidalgo, radical. Este Hidalgo es un notario que estuvo en Rusia, y es ahora editor de la literatura comunista en España; lo cual no le impide pertenecer a un partido «de orden». La respuesta de Prieto ha sido aplastante. Gran efecto en las Cortes. Mucho ruido, muchos insultos, odio y antipatías. La jornada ha sido lastimosa para los radicales. Gil Robles ha aplazado su proposición, diciendo que después de la tontería hecha por los lerrouxistas, no quería proporcionar otro triunfo al Gobierno.

17 de diciembre

Guzmán se ha ido a Barcelona. Me dice que Aznar ha dimitido la dirección de *El Sol*, porque no tiene entusiasmo. Roviralta tiene una opción de compra de la mayoría de las acciones de *ABC*, que le ha dado la viuda de don Torcuato.

He firmado cosas urgentes con don Niceto. De nuestra conversación de hoy, he sacado la sospecha de que piensa en la disolución de las Cortes para después del mes de abril.

24 de diciembre

Semana de gran fatiga, largas sesiones de Cortes, algunas hasta las seis de la mañana, horas trastornadas. No me acuerdo de casi nada de lo que he hecho

en estos siete días. Las Cortes han funcionado sin interrupción desde el lunes de la semana pasada; la vacación del sábado, domingo y lunes se suprimió para avanzar en la discusión del presupuesto. Por haberse resistido Besteiro a secundar mis propósitos de marcar plazos para la aprobación de los presupuestos parciales (dos semanas estuvo el señor Ortega discutiendo el de Estado), nos encontramos ahora con falta de tiempo y mucha prisa. Había el propósito tardío de terminar anoche, día 23, pero aunque estuvimos en sesión hasta las tres de la madrugada, no se logró. Verdad es que si el tiempo que se perdió en discutir cuestiones de tramitación y «de orden» lo hubiéramos empleado en examinar el presupuesto, habríamos terminado.

De la corta ayuda que Besteiro nos da, hubo otro ejemplo anteanoche. A las dos de la madrugada, en vez de proseguir la discusión del presupuesto, se avino a que se discutiese una proposición «incidental» sobre la situación en Ciudad Real, y se estuvo en ello hasta el amanecer. Para nada útil. Sostuvo la proposición un señor Álvarez Mendizábal, diputado radical, nieto o bisnieto de don Juan y Medio, que realmente no hace honor al apellido.

Las sesiones del domingo y el lunes se dedicaron al presupuesto de Guerra. Se había anunciado una gran oposición, porque el presupuesto lleva quince millones de aumento, y lo tachaban de ¡imperialista! Los únicos que tienen una posición clara y lógica son los que piden la supresión del presupuesto militar. Esto reportaría muchas ventajas, aunque no tan importantes como algunos creen, en el orden económico. Pero se ha mostrado una vez más a qué punto llega la pasión de partido y el espíritu de intriga y la malquerencia personal, aun cuando se trate de una cuestión tan grave como esta. Los radicales, decididos a extremar la oposición, «para no borrarse», como me dijo el señor Lara, han adoptado los puntos de vista del excomandante Peyre, antiguo ayudante mío, y colaborador en mis reformas del año pasado, que, ignoro el motivo, se conduce ahora conmigo de un modo indelicado e ingrato. Peyre, en colaboración con otros jefes del ejército, resentidos porque los he dejado sin destino (el coronel Aranda, el teniente coronel Galarza, sospechoso de complicidad en lo del diez de agosto, y Tudela, a quien eché del ministerio), han improvisado una organización para reducir militarmente el servicio a seis meses. Y aunque ellos conocen, por lo menos tan bien como yo, las dificultades casi invencibles con que esa reforma tropezaría ahora, y aunque conocen también cuáles son mis planes sobre el particular, han incurrido en la deslealtad y en la inmoralidad de aparentar que todo sería llano y fácil y que se ahorrarían muchísimos millones.

Los radicales han creído ver en eso «una bandera», y una ocasión de molestar a los socialistas, que tenían acordado votar el presupuesto; y se han lanzado a fondo contra mí y mi política. Los hemos derrotado, y en la gente, los argumentos de los radicales no han producido impresión; pero esto es lo de menos.

Lo de más es la inconsciencia y la desvergüenza de unas gentes que proponen una cosa que no podrían aplicar; y el cretinismo y la ignorancia de sus oradores, que no saben ni la primera línea de lo que dicen. Dos horas y media estuve informando ante la comisión de presupuestos, y no supieron hacerme ningún argumento.

Guerra del Río, que es el «estadista» de que disponen los radicales, sacó a relucir en el salón de sesiones el «programa republicano de 1894», y me acusó de que no lo cumplo. ¿Qué tenemos nosotros que ver con el programa de 1894? ¿Para qué nos sirven en materia militar las ideas circulantes en aquella fecha? Y, sin embargo, estos republicanos de barriada creen que lo elaborado por Pi y Margall hace cuarenta años es eterno e intangible.

Guerra del Río estuvo insolente y torpe. Discutiendo la concesión de un crédito para hospitales, llegó a decir, leyendo un dictamen del Consejo de Estado, que este cuerpo echaba de menos en un expediente del ministerio «*los recibos*» que justificaban un gasto. Lo que el Consejo de Estado pedía eran los justificantes de la necesidad de un crédito extraordinario; pero Guerra del Río, con su torpe perfidia, lo convirtió en *recibos*, dando a entender que había alguna inmoralidad.

Aquella noche, muchos diputados vinieron a decirme que les admiraba mi paciencia. ¿Qué iba a hacer yo? Dar razones, y probar la sinrazón de Guerra; pero con enfadarse y alterarse no se logra nada.

También Santa Cruz, del grupo de Ortega, echó un discurso para decir, no que la política militar del Gobierno le parezca buena o mala, sino que no sabe cuál sea. Esto, al cabo de tanto tiempo y de tantos discursos míos; y de tantos *actos*. Ya no se acuerdan de nada; como no sea que se acuerden demasiado. Solo les falta decir que el diez de agosto yo estaba de acuerdo con Sanjurjo. Eduardo Ortega ha dicho ya en las Cortes que yo no estaba enterado de nada, y que si Sanjurjo no triunfó fue por casualidad. El mismo Ortega, hermano del filósofo, me dijo que mi «sonrisa fría» (de la que ya ha hablado muchas veces, como si le preocupase) es la sonrisa *de la inconsciencia*; vamos, de la estupidez.

Me dicen que Sánchez Román iba a pronunciar un discurso en contra; pero que llegó tarde. Lo siento. Me habría oído. Todos estos señoritos no

habrían servido para bajarle los humos a un sargento, y ahora que tienen al ejército desarmado políticamente e impotente para revolverse contra la República, aunque lo intentara, se afilan los colmillos en él, a mansalva. Aquí hubiera querido yo verlos.

En fin, se aprobó el presupuesto, tras un discurso mío, que hube de cortar, suprimiendo casi la mitad, porque se hizo tarde y yo no tenía gana de continuar en la sesión de la noche, por no alargar la discusión. La malquerencia de algunos llega a tanto, que en las Cortes han dicho que todo lo que yo he hecho en el ministerio me lo encontré redactado y preparado por el Estado Mayor Central; y otro diputado radical ha comentado mi discurso diciendo que es muy difícil «repetir ideas de segunda mano».

Es muy notable que pretendan hacerme pasar como impulsor de los armamentos militares. Yo he sido el primer político español que ha reducido los gastos del ejército, que ha reducido el ejército mismo, y que ha puesto las cosas en vías de una transformación mayor, profunda, con miras al mañana. Si la política del mundo llevase tal giro, y la situación general de España se modificase, hasta hacer necesarios y posibles nuevos armamentos, el esfuerzo debería ir a la marina y la aviación; en el ejército, con perfeccionar y desarrollar lo que tenemos planteado y proyectado, nos daríamos por contentos. Mi política en el ministerio de la Guerra tuvo un éxito bueno y fulminante; sus cuales dificultades y peligros, yo solo lo sé. Ahora se puede gobernar y se gobierna sin consultar a los generales y sin hacer plebiscitos entre los oficiales de las armas; cosa nunca vista en España desde los tiempos de Fernando VII. El año pasado, el vulgo (político y periodístico) decía que ya teníamos un ejército eficaz, y que ya eran imposibles las militaradas. Son dos errores; desiguales, pero errores. Al primero le he salido al paso, repitiendo cien veces que preparar al ejército requiere varios años; respecto del segundo, nada he dicho en público, porque no iba el ministro de la Guerra a salir diciendo que aún podría haber sublevaciones militares; pero es obvio que puede haberlas, porque contra una deslealtad las prevenciones pueden fallar. Lo que importa es haber disminuido su probabilidad y haber anulado sus posibilidades de triunfo, como se vio en agosto, nada menos que mano a mano con Sanjurjo, que era una especie de semidiós para los militares.

Esta semana se ha presentado el nuevo ministro del Japón. Ausente Zulueta, yo ejercía de ministro de Estado, y asistí a la recepción en Palacio. El nuevo ministro, feo como un demonio, muy levantada la cúpula del cráneo, y revestido de una casaca cubierta de oro, se nos apareció en el despacho amarillo del Presidente, donde estaba todo su cuarto militar, con el general

Queipo a la cabeza, que, siendo muy alto, parecía un gigante al lado del japonés. Lo menos humillante para este hijo del sol naciente es el general de marina Rebolledo, ayudante de don Niceto, que no levanta cinco palmos del suelo.

Hecha la entrega de las credenciales, el Presidente invitó al japonés a sentarse en un sofá; en una butaca se sentó don Niceto, y en otra, frontera, yo. Es la «escena diplomática del sofá», que ya hemos repetido muchas veces. Nos la sabemos muy bien, pero don Niceto, a veces, se equivoca. El japonés habla castellano. Pero pidió permiso para valerse de un intérprete. Don Niceto se empeñó en que el intérprete se sentara también en el sofá; pero el intérprete, con mejor sentido de las conveniencias, se negó. Hablaba muy bajito el ministro, entre susurro y vagido; muy bajito; y el intérprete traducía en voz no más alta, y despacio. Se oía el vuelo de una mosca. Don Niceto soltaba un chorro sonoro para contestar; y otra vez el rezo de los japoneses. Don Niceto se fue poniendo a tono, y acabó por bajar la voz, como los otros. La larga fila del cuarto militar, en el otro testero del despacho, nos contemplaba, estupefacta. Yo estaba estallando de risa, miraba a la alfombra, y a la cara del ministro, que sonreía de través, o lanzaba un gruñidito de contento cuando el intérprete le traducía las frases del Presidente, como si le diesen mucho gusto.

Poco más tarde, el japonés, ya sin su casaca de oro, me visitó en la Presidencia del Consejo. Y en vez de limitarse a las frases de rúbrica, me habló de la Manchuria, de los intereses del Japón, de las garantías de la paz, etcétera. Me limité a contestarle cosas vagas.

El mismo día me visitó el Nuncio. Quejoso de la política que se sigue con la Iglesia. Enumeró sus agravios. No tiene gana de reñir.

Ayer ha regresado de Ginebra el ministro de Estado. Me habla de la gestión de Madariaga. Siempre impetuoso, Madariaga ha tomado la palabra, delante de Zulueta, en el comité restringido de nueve, en el cual Madariaga no era más que un asesor. Zulueta ha tenido que llamarle la atención, para que no siga por tal camino, que reproduciría la situación de Lerroux. En los últimos días de esta reunión, Madariaga se ha vuelto a París, por indicación de Zulueta.

En el ministerio de Estado hay gran discordia. Zulueta cometió la imprudencia, por debilidad de carácter, de adscribir al ministerio a dos Álvarez Buylla, Plácido y Vicente. Desde que lo supe le advertí los inconvenientes del caso: iba a caer en la dictadura de una familia. Los Buylla

se han puesto a mangonear, y a preparar combinaciones de personal, conocidas antes por los interesados que por el ministro.

A Plácido Buylla, cónsul en Tánger, había que sacarlo de allí, entre otras razones, porque cuando el alto comisario fue a Tánger, y en un banquete le faltaron al respeto y se retiró, el cónsul de España prosiguió en el banquete y además puso un despacho casi burlesco dando cuenta del incidente, con poco disimulada satisfacción. Le dije a Zulueta, hace dos meses, que lo nombrase para otro sitio. Plácido Buylla se ha resistido, y Zulueta solo se ha decidido a trasladarlo ante una última conminación mía. Como son republicanos de abolengo, los Buylla se creen autorizados para hacer lo que se les antoje en su ministerio. De esto he tenido yo algunos casos en el mío.

Firmado el traslado de Plácido, se ha enfadado mucho, y ha amenazado al subsecretario, que vino el otro día muy apurado a contarme el caso. Le tranquilicé, diciéndole que mantendría su autoridad. El subsecretario es inteligente y buena persona, pero también muy débil, lo cual no es para sacar de apuros a Zulueta; quien me ha dicho, además, que no está contento de su subordinado porque tarda mucho en resolver los asuntos.

A fuerza de dudas, conversaciones y tanteos, todos los asuntos se enredan en aquel ministerio.

En el Congreso se ha aprobado todo el presupuesto, y todo el articulado de la ley, menos el último artículo, que se refiere al traspaso de tributos a la Generalidad. Sobre esto quieren dar una batalla y volver a discutir el Estatuto: Maura, Sánchez Román y Alba están al acecho. Con este propósito se han negado a facilitar la conclusión antes de Pascua, y tendremos que reunirnos el martes. La esperanza de los radicales y de otros es que no haya *quorum* para aprobar la totalidad del presupuesto, y me dicen que están dispuestos a retirarse del salón para impedir que haya número. Me cuesta trabajo creer que lleguen a tanto. Si Lerroux supiera que de no haber *quorum* yo dejaría el Gobierno, y tendría que entrar él, no pondría tantos estorbos.

Se gastó mucho tiempo en discutir el artículo 44, por el que se pretendía reconocer derechos pasivos al clero. Me habían hablado de esto algunos diputados, entre ellos Maura y Marañón. También una comisión de canónigos, con los que venía Molina, también canónigo y diputado. Contaron lástimas de la situación de algunos curas, y me pidieron apoyo. Les dije que yo no podía hacer nada contra el texto de la Constitución, ni contra la política del Gobierno, en general; pero que si se hallaba una manera de socorrer a los necesitados, yo no me opondría; y que lo trabajasen en los partidos. No volví a saber nada de esto, hasta que leí en los periódicos el texto de un artículo de

la ley de Presupuestos, aceptado por unanimidad en la comisión. Me sorprendió el acuerdo, pero no dije nada. En estas, Albornoz trajo a Consejo el proyecto de ley especial que pide la Constitución para extinguir el presupuesto del clero. Se aprobó en Consejo y fue leído en las Cortes. Apenas leído, varios radicales-socialistas cayeron en la cuenta de que el proyecto del Gobierno contradecía lo acordado por la comisión de presupuestos, y prepararon un voto particular, al que se sumaron diputados de Acción Republicana y socialistas, pidiendo la supresión del proyectado artículo 44.

La víspera de discutirse este artículo, vinieron a vernos a Albornoz, a Carner y a mí los firmantes del voto particular. También se presentó casualmente en la reunión Domingo, y poco después Casares. Examinamos el texto del artículo 44, que nadie nos había consultado, y convinimos en que era contrario al artículo 26 de la Constitución; se recordó que una transacción análoga fue propuesta al acabar de discutirse la Constitución, y las Cortes la rechazaron. En vista de esto, di por perdido el artículo 44, y no me ocupé más del asunto.

Por lo sucedido ayer tarde en la sesión, descubro que la comisión de presupuestos no ha procedido con claridad. No se ha reunido para examinar el voto particular, y cuando este se ha leído en sesión pública, y la mayoría de la comisión lo ha aceptado (o sea la supresión del artículo 44), los diputados de oposición han puesto el grito en el cielo, diciendo que se les había engañado, y echando al Gobierno la culpa del engaño. Nada menos cierto. Aparentemente, la comisión, es decir, la parte ministerial de ella, no ha pecado de franca con sus compañeros; esto podría ser resultado de la precipitación con que han trabajado estos días, y del aturdimiento; pero aunque fuese maliciosa su conducta, el Gobierno no se ha metido en nada, a ese respecto.

Los diputados de la derecha estaban furiosos, porque esperando sacar el artículo 44, no han hecho obstrucción a los cuarenta y tres primeros, que se han aprobado de corrido; y a obtener esa facilidad achacan ellos la conducta de la comisión y la del Gobierno. Maura era de los más enojados. Y cuando, resuelta ya la cuestión, se trató de la prórroga de la sesión para acabar la ley y comenzar las vacaciones, Maura dijo que si se prorrogaba la sesión se retiraría de las Cortes. Es la majeza de siempre. A mí lo mismo me daba que hubiese sesión anoche y hoy, o que no la hubiese. En las idas y venidas que tuvimos mientras se consultaba la opinión de los grupos, me encontré con Maura en la plataforma presidencial, y detrás del sillón de Besteiro cambiamos unas

palabras algo ásperas. También andaba por allí Guerra del Río, que quiso meter baza, y no le contesté.

En fin, hubo sesión anoche, y quedó para la semana próxima el último artículo, que es la cesión de tributos a la Generalidad.

Los radicales que me insultan en el salón de sesiones se me acercan en los pasillos a pedirme favores.

Lo que hace este partido es muy grave, porque dificulta la formación de un Gobierno de concentración republicana cuando se vayan los socialistas. Nos priva de toda un ala de la política constitucional. Lerroux baja mucho. Ya se entera la gente de que no tiene ideas ni dotes de gobernante. Y son noventa diputados los que le siguen.

La huelga ferroviaria, con la que contaban los conspiradores para desencadenar un movimiento contra la República, se aplaza. La actitud de Prieto ha sido decisiva. Ahora ven la razón que tuve yo el año pasado para ponerlo en Obras Públicas.

Recibo noticias de Algeciras que denotan los progresos del comunismo en el regimiento 15. Aunque no pueden hacer nada decisivo, un escándalo mayúsculo sí que pueden darlo.

También en Marruecos se ha descubierto un manejo turbio para promover una sedición. Presos los autores. Esto sería lo peor de todo.

Unos sicarios del partido radical han aporreado a un señor, confundiéndolo con Guzmán, gerente de *El Sol* y *La Voz*. El enojo de los radicales proviene de un artículo publicado en *La Voz*. El día antes de la agresión Salazar Alonso y Rey Mora, diputados lerrouxistas, anunciaban en el Congreso la restauración de los «jóvenes bárbaros», especie de jaques que hace veintitantos años bullían en lo más bajo de la política republicana de Madrid. Guerra del Río, que no se había enterado de la confusión de persona cometida por los agresores, dijo en el Congreso: «Le han roto la cabeza al señor Guzmán». (Eso es lo que pensaban hacer, y al saber que había habido la agresión, Guerra lo dio por hecho).

Largo Caballero está muy enfermo. Padece aortitis, pero él no lo sabe. Está muy decaído, y en inminente peligro. El otro día comieron con nosotros todos los ministros y sus señoras, por ser el aniversario de la formación de este Gobierno. La mujer de Largo estuvo llorando a solas con la mía, por el estado de su marido. Será una pérdida muy seria, si en efecto se muere o se

inutiliza. Véase lo que es el odio, y el fondo de ordinariez que hay en Lerroux:

Dijo ayer Lerroux, por puro gusto de llamar la atención, que del Consejo de ministros saldría una noticia muy importante. No había tal. Preguntado Largo Caballero por los periodistas, repuso en broma:

—No sé… ¡Como no sea el nacimiento del niño Jesús!

Al saberlo, Lerroux pronunció estas palabras, que han reproducido todos los periódicos:

—Ese hombre es desagradable hasta con un pie en la sepultura.

Se ha resuelto velozmente en las Cortes el asunto del tratado con México para construir en España una pequeña flota por cuenta de aquel país. Las negociaciones han durado meses. Las ha llevado personalmente Álvarez del Vayo, de cuya popularidad en México nos cuentan maravillas. Últimamente se envió una comisión de peritos para ultimar el concierto, si era posible. Yo tenía pocas esperanzas, porque hace algunas semanas nos fracasó otro asunto igual en Portugal, por la presión inglesa. De la comisión formaba parte un gallego muy listo, el señor Suances, de la Constructora Naval, y amigo de Casares. Cuando fue a despedirse, Casares le dijo:

—A ver si afinan ustedes en los precios, porque ahora no hay que comprar a los ministros. Lo que otras veces se hayan gastado ustedes en eso, pueden reducirlo en los precios.

Suances se echó a reír.

La concesión a España de esta obra naval tiene importancia. Nos da trabajo en los astilleros para año y medio. Y es todo un síntoma de la política de España en América. En los Estados Unidos sentará muy mal, y quizá se desquiten en el asunto de la Telefónica. Competíamos con los yankis, con los ingleses y con los italianos. Parece ser que la influencia de Calles en favor de España ha sido decisiva y terminante, y que cerca de Calles nuestro embajador tiene mucha autoridad. Me cuentan que Pani, ministro de Hacienda y embajador en Madrid hasta hace poco, ha puesto obstáculos a la conclusión del convenio.

La única falla que esto tiene, o puede tener, es que México no pague; pero en tal caso, además de colocarnos en situación de acreedores, que nos daría derecho a pedir una compensación justa, la pérdida no sería mayor que otros gastos emprendidos para remediar el paro obrero, sin fruto alguno. Y siempre quedaría el efecto político de la reaparición de España en América con otros medios y otros métodos que los del conferenciante pedigüeño.

Si el asunto político de Portugal se me arreglara tan bien como este, daría por buenas todas las pesadumbres que caen sobre mí, y podría presentarme ante mi país a manifestarle cuáles son los jalones de una gran política. Cabalmente, lo que me roe y desasosiega es la duda que tengo sobre si España está en condiciones de llevarla por tales derroteros.

España padece una crisis social profundísima, y las clases están en lucha abierta por sus intereses. Esto es inevitable, y podrá ser fecundo si se acierta a formar una clase campesina con intereses propios y sólidos. Esta situación, y los demás problemas agudos de la República, dificultan el punto de fusión nacional que es menester para una política de vastos horizontes. Hay, además, el obstáculo tradicional del apocamiento español; prefieren no tener quebraderos de cabeza. Yo no tengo inconveniente en perseverar, hasta que nos vayamos poniendo en franquía. Pero siempre, siempre no voy a vivir así, gastando las nueve décimas partes de mi tiempo y de mi energía en templar gaitas, contemporizar con los necios y los ignorantes, parar los golpes de los enemigos, y en defender una posición que por sí misma no me interesa, y sí solo en cuanto puede servirme para realizar cosas substanciales.

Por fin se ha constituido la Federación parlamentaria de izquierdas republicanas. Esta idea lancé yo en mi discurso de Santander, después de haberla consultado con el Consejo de ministros. Todos la aprobaron. Los socialistas desean que se constituya un fuerte núcleo republicano para que ellos puedan retirarse del Gobierno. Albornoz y Domingo estuvieron también conformes. Apretar los aros de la mayoría republicana es indispensable, y si ha de haber un ministerio republicano entre la retirada de los socialistas y la disolución de las Constituyentes, esta solidificación de los grupos de izquierda es inexcusable, si no quieren caer bajo la preponderancia de las hordas lerrouxistas. Sin embargo, han tardado tres meses en hacer una cosa que podía haberse logrado con más gracia en cuarenta y ocho horas. Van a remolque de lo que yo propuse, y van algunos de mala gana, por lo menos en el grupo radical-socialista. Por parte de los amigos de Domingo no había dificultad, y llegarían a la fusión de los partidos. Pero los amigos de Albornoz, y el propio Albornoz, piensan de otra manera. Temen que la Federación de izquierdas se haga «a beneficio mío». Yo no he intervenido para nada en los trabajos para constituir la Federación; como si pasara en la luna. Los he dejado parlotear y hacer ponencias y nombrar comités, absolutamente seguro de que al fin vendrían a lo que yo propuse.

Cuando empezaron los trabajos, después de mi discurso de Santander, Gordón Ordás, diputado por León y amigo de Albornoz, que estaba en la

Argentina, telegrafió diciendo que se suspendiese todo hasta su regreso. Así lo hicieron, aunque sin publicar el motivo. Gordón ha puesto todos los estorbos posibles a la Federación; y creo que Albornoz le ayudaba bajo cuerda. Albornoz quiere ser Presidente del Consejo, y serlo en seguida, y en un discurso de provincias dijo que a él le correspondía presidir el Gobierno cuando haya crisis, porque su partido es el más numeroso de la Federación. En el «seno» del comité organizador ha habido, según creo, muchas intrigas, por asegurarse puestos que sirvan de indicación para ser ministros. Por fin, todo se ha arreglado. Ayer se reunieron los grupos que se federan. Presidió Victoria Kent, que estuvo muy azorada. Aún habló Gordón, para no decir nada, pero lo suficiente para comprender que no está a gusto. Después la Kent me invitó a decir unas palabras (se hallaban presentes Domingo y Albornoz, que no hablaron, además de Casares y Giral). Hablé unos minutos. Estuve modestísimo, cosa que les agrada. Pero no se les puede ocultar que la primera palabra por la Federación la dije yo; que también he explicado en mis discursos, como el de Valladolid, los fines de la Federación; y que al constituirse, todavía le sirvo de padrino. Y estos detalles no les gustan a todos. Tan no les gustan, que no falta quien pretenda en convertir la Federación en un instrumento contra mí.

Después se reunió el comité de la Federación, y por no elegir presidente a Gordón, eligió a Galarza.

Toda esta historia de la Federación es uno de los motivos de la furia de los radicales.

Ayer ha salido de prisiones militares don Dámaso Berenguer, y se le deja detenido en su domicilio. Lo ha decretado así la comisión de responsabilidades, a cuya disposición está el general por el proceso de Jaca. Me habían hablado de la situación del general varias personas, entre otras el doctor Marañón. Berenguer está muy enfermo. Le dije a un miembro de la comisión que me parecía una crueldad inútil mantenerlo preso, cuando ya hasta el diez de agosto lo tenían en su domicilio particular; y no habiendo resultado nada contra él por lo de Sanjurjo, bien podían volverlo a como estaba, por acuerdo de la comisión, antes de aquel día. La comisión se ha reunido y ha decretado que pase a su casa, en vez de seguir en la cárcel. Marañón vino a darme las gracias, y a expresarme también la gratitud del general. Marañón dice que le quiere mucho, y está convencido de que el caso de Berenguer «es como el de don Álvaro o la fuerza del sino»; así me dijo.

Superficialmente, puede creerse que en el caso de Berenguer hay mucho de fatal; pero la inteligencia y la robustez del carácter sirven para sustraerse a

las prisiones de lo que llaman fatalidad. Es claro: dada la *incondicional* adhesión de Berenguer al rey, y su ignorancia del estado del país, lo demás venía por sí solo; pero una y otra premisas no hubieran existido si se tratara de un hombre más agudo y más resuelto. Dentro de esos angostos límites, Berenguer podía tener «buena intención», esto es, que no buscaba su medro ni su prepotencia personal, y creía que *sirviendo al rey*, servía a España. Pero esta ignorancia es inexcusable en quien ocupaba su alta posición. Ningún juicio definitivo puede formarse sobre Berenguer hasta que no se aclare su disposición personal respecto de las ejecuciones de Jaca, y después de aclarada, mientras no se sepa por qué, si le parecían mal las ejecuciones, las consintió.

Yo juzgué duramente la gestión de Berenguer en África en unos artículos que publiqué en *España* durante los meses de agosto y septiembre de 1923. Me valí de la involuntaria confesión del general en su libro *Campañas del Rif y Yebala*, y creo haber probado que su ineptitud y sus rivalidades con Silvestre ocasionaron lo de Annual, de tan incalculables consecuencias. Aún no he coleccionado esos artículos.

Una vez sola he hablado con don Dámaso; en febrero de 1930, siendo él Presidente y ministro de la Guerra, fueron a visitarle unos delegados de la Alianza Republicana, entre los que nos contábamos Lerroux y yo, para pedirle que autorizase el mitin del once de febrero, preparado por los republicanos. El general nos recibió, ya de noche, en el antiguo y feo despacho de la Presidencia del Consejo. Nos dijo que permitiría el mitin, «porque los republicanos éramos unos españoles como los demás, y nuestra idea romántica era muy respetable y no iba contra la Patria. No así los comunistas, porque esos están fuera de la humanidad». Tales fueron sus palabras, que no podían acrecentar a mis ojos la autoridad del general. En aquel mitin del once de febrero pronuncié yo un discurso, que fue el comienzo de mi propaganda pública. (Recuerdo muy bien las penumbras del despacho de Berenguer, mal alumbrado por una lámpara sobre la mesa, y el bulto recio, oscuro, del Presidente en pie, hablando con voz un poco bronca y sin facilidad).

El jueves hubo Consejo en Palacio. El Presidente padecía uno de sus frecuentes ataques de locuacidad y buen humor, entreverados de malicias. En estos casos, suele deslizar alusiones a los ministros que le han rehusado algún favor. Habló por los codos y en ello gastó casi todo el tiempo, que fue perderlo. Me acordaba de los consejos de ministros que él presidía. Yo suelo permanecer como de piedra, y aunque me impacienta, lo disimulo.

Se aprobó la redacción definitiva del proyecto de Tribunal de Garantías, para el que don Niceto había dado algunas notas.

También se aprobó en este Consejo el proyecto de ley autorizando al Gobierno para formalizar el contrato con México y abriendo los créditos indispensables. El martes había yo hablado con Suances y Marchesi, de la comisión que regresaba de México, y en el Consejo de ministros del mismo día planteé la cuestión. Carner había visto bien el asunto; más tarde, en las Cortes, me dijo que tenía algunos temores respecto de la solvencia de México. Había otros ministros delante, y todos le dijimos que el asunto no podía tratarse como una simple operación de comercio. Allí le insté para que lo llevara resuelto al Consejo del jueves, y así lo hizo. Cuando empezamos a hablar de ello, don Niceto salió diciendo que habría que esperar el regreso de Zulueta; pero le dijimos que lo habíamos adelantado todo, y le leímos el proyecto de ley, que le pareció bien y lo firmó.

Por la tarde lo leí yo en las Cortes. En el acto reuní a la comisión, que dio dictamen por unanimidad, y dos horas después se aprobaba en el salón de sesiones, sin que nadie pidiese la palabra.

Escribiendo estas notas, me viene a la memoria el chistoso suceso de la sesión del martes, en que se discutió la proposición de Gil Robles sobre las elecciones parciales. Todos los enemigos del Gobierno se prometían derrotarnos. Los radicales habían reforzado sus huestes, llamando a los ausentes. El salón estaba lleno, y se aguardaban grandes cosas. Yo iba muy divertido, porque me figuraba lo que podía pasar; y pasó, en efecto. Todos me esperaban parapetados en unas posiciones que se les antojaban formidables, y en el momento preciso yo aparecí por otras, donde no me suponían, y se quedaron desconcertados. Fue una bonita lección de estrategia. Mientras iba yo hablando, me regocijaba el desconcierto de las oposiciones; la mayoría estaba muy alborozada y algunos diputados de oposición también parecían divertirse mucho. Cuando terminé de hablar, nadie pedía la palabra, y pasaron dos o tres minutos mirándose unos a otros los grandes caudillos de la oposición, sin saber hacia qué parte acudir con sus fuerzas. Si la pedante Campoamor no se hubiera creído en el caso de romper una caña en pro del voto femenino, aquello hubiese concluido en una rechifla. El discurso de la Campoamor les dio tiempo para consultarse; depusieron las armas, y la proposición de Gil Robles quedó retirada.

Unos y otros tienen miedo a las elecciones parciales: los radicales, porque temen que los socialistas los barran; las derechas, porque no quieren elecciones sin voto femenino, en el que ponen grandes esperanzas; pero como

han estado mucho tiempo diciendo que el Gobierno no se atrevía a «consultar la opinión», el hecho de que fuésemos a «consultarla» los desconcertaba, sin que acertaran a decir otra cosa sino que la elección en siete provincias *no podía probar nada*.

En fin, fue un rato muy ameno.

25 de diciembre

Anoche cenaron con nosotros Cipriano y su mujer y el jefe de mi gabinete militar. Luego vinieron los Guzmán, y estuvimos de conversación hasta la una. Hoy me he levantado tarde y he salido al despacho cerca de la hora de comer. Saravia me entrega un radio de Vayo, dando las gracias, de parte del Presidente de México, por la rápida solución del asunto de los barcos.

Ha venido a comer toda la familia. Después he salido en coche con Cipriano, hasta Manzanares. Tarde espléndida. La sierra, maciza de nieve, refulgente sobre oquedades negruzcas. Maravilloso poniente por la carretera de Colmenar. Frío, y un poco de tristeza.

De vuelta en el ministerio, me entro en mi despacho. Papeles en desorden; asuntos pendientes; leo, rebusco, ordeno, escribo notas. Solo hasta las nueve y media. Ha entrado únicamente el comandante Moles, ceñido en su uniforme y solícito como un alumno aplicado; le doy unos telegramas, y se va.

Como estoy menos fatigado, todo me es más llevadero, ¿estaré dejándome captar por mi papel? Todos los días anhelo un cuarto de hora de lucidez, al fin del cual barrunto la ruptura voluntaria de estas prisiones. Y ese cuarto de hora nunca llega. Sería la contrición de un espíritu libre, que ha empeñado su libertad. Porque mi convicción íntima es que ahora no soy yo, ni mucho menos, el que los demás creen que soy. Pero ese cuarto de hora, ¿por qué no llega? ¿Lo retraso voluntariamente, sin decírmelo, o realmente tengo que resignarme a cumplir unos «deberes», a levantar una carga?

A veces estoy poseído de un gran aliento, y quiero creer que sobre todas las miserias cotidianas se levantará una gran obra. ¿Esto es un engaño de amor propio? Me extravía mi formación de artista y mi sensibilidad por lo histórico; y temo que he transportado la acción política al ángulo inmensurable de los valores estéticos. Entre mi pensamiento, y, más exactamente, mi actitud, mi disposición de ánimo, y la realidad de mi país, hay una distancia que no se llena con toda mi popularidad ni mi autoridad personal, comprobadas cotidianamente.

Otras veces, la repulsión es tanta, que siento náuseas, e impulsos de fuga. Resulta que procedo en mis movimientos interiores, como si me sorprendiera mucho que la política esté apestada de necedades y miserias, de vanidades, de torpes intenciones; y mi enojo parece pretender que se realizase una política sin tales bajezas.

Es en el carácter donde la política me hace padecer más; sin duda por el carácter es por donde más me aparto de lo corriente en ese mundillo. Tal vez ahí reside mi fuerza. He salido bruscamente al Gobierno sin pasar por ninguna de las etapas preparatorias ni pruebas eliminatorias en que un hombre, o se adapta, o sucumbe. No puede llegarse normalmente a la cumbre del poder político y conservar la integridad y entereza del propio ser, con la vitalidad de los veinte años, si ha ido uno sufriendo las mutilaciones de una larga *carrera*. Yo no he hecho carrera, y estoy interiormente tan recio y tan en mi ser como hace veinte años, cuando yo no era más que un señorito indomable. Esta es una ventaja que raramente puede disfrutarse cuando no hay revolución.

A los menguados caracteres que pululan en la política, no me rendiré nunca. Y hasta ahora, lo más terco de mi resistencia viene del espanto y del escándalo que me produce el pensar que la República y el país recaigan en manos podridas. Tamaña ingenuidad puede perdonárseme.

A una inteligencia más poderosa sí me rendiría, y de grado; a condición de no verla al servicio de lo siniestro, o de lo abyecto, o de otras fealdades morales.

Todo esto me obliga a tomar en serio el Poder; sea para conservarlo, sea para tirarlo con definitiva resolución. Nunca tenerlo para mí. Lo que más temo es perder mi libertad interior. Aferrarme en cosas que no me importan. El ejercicio de la inteligencia crítica me ha salvado siempre de mezquindades y ruindades; ni las he cometido yo, ni me he dejado prender en las ajenas. El tráfago cotidiano no me deja ahora la misma holgura de antes. Y yo mismo me sorprendo a veces contristado o irritado por cosas que en otro tiempo ni siquiera hubiesen merecido mi atención. Es el papel, el oficio, que se me impone. Salirme de él, y reflexionar sobre mi situación me es dado pocas veces; si alguna se me logra, me veo independiente de todo, fácil a la renuncia; pero es también en esos momentos cuando sopeso la gravedad de mi destino.

Una forma de la felicidad sería la certidumbre de que voy a usar del Poder en bien de mi país. Yo no tengo pasión nacional. Con todo, la única moral en este sitio es sujetarse al trabajo por el futuro de España. El futuro de España… ¡terrible secreto! Con el cual tengo yo que dialogar ahora, a ver si lo entiendo.

Pero esa felicidad sería una felicidad pública, como quien dice, histórica; no íntima e invulnerable. La ruta de la felicidad personal no pasa por la cumbre del Gobierno, por más placer que cause el empleo y ejercicio de una capacidad. Inmoral e inteligente, el conde Mosca podía ser feliz por el solo gusto del oficio de mandar, y de ver colmada esa ambición. Ambición, yo no la tengo, como no sea pendiente de una cláusula casi imposible: la de acertar profunda y largamente.

Aun en los momentos más regalados para la vanidad personal, como mi último viaje a Barcelona, siento que todo aquello pasa por encima de mí y va mucho más allá de mi persona. Esto siempre es bueno; porque lo necesario es, análogamente a lo que dice la doctrina cristiana, «salvar el alma». Y solo puedo salvarla despegándola. La libertad interior.

¿Aguinaldo? Me dice el director de Seguridad que el general Barrera está en Madrid, con otros dos compinches. Y que dentro de dos o tres días llega Martínez Anido. La noticia se me antoja inverosímil, pero Menéndez lo asegura, porque una de sus confidentes los ve todos los días, y le han hecho depositaria de algunas armas. Menéndez está seguro de detenerlos cuando quiera.

29 de diciembre

Al salir a mi despacho, me anuncian al alto comisario. Le veo un momento, y quedamos citados para la tarde. Voy a la Presidencia. Día de audiencia. El untuoso embajador de la Argentina, muy amable, viene a solicitar que se abran negociaciones comerciales. Supongo que es para que no pidamos que nos otorguen las mismas ventajas que acaban de dar a Chile. Después, muchas comisiones.

Matilde Pomés, a quien no veía desde hace años, viene a verme para hablar de la traducción de *Una política* y de *Plumas y palabras*.

Y Carmen Valera, con su hija Lola, que se casa la semana próxima con un comandante retirado. Un destino para el comandante, claro. Son tan raros en esta familia, que los novios no quieren decirle a Carmen qué día se casan. La niña dice que su madre desea hacer una boda de rumbo; pero ellos prefieren casarse sin boato; y por eso no le dirán la fecha sino el día antes…

La Pomés me ha dicho que en Francia están muy extrañados de que a Herriot se le haya recibido mal. ¿Mal? ¿Qué íbamos a hacer? Le digo algunas

cosas un poco desagradables sobre el modo de entender las reacciones políticas de los españoles.

Mucha más gente ha venido, pero ya no me acuerdo.

Por la tarde, en el ministerio, el alto comisario, y después Amós y Ramos.

Desde hace dos meses andamos buscando sustituto a López Ferrer. Designado Sortoa, gobernador de Guinea, lo asesinaron la víspera de su regreso a España. Entonces la sustitución se habría hecho rápida e inopinadamente, con ventaja para todos. Después se pensó en el cónsul de España en La Habana, y cuando ya se sabía que aceptaba, desistimos, porque nos llegaron informes, suministrados por Madariaga, respecto de la francofobia que dicen padece aquel señor, lo cual podría ser una dificultad en la Zona. No hay funcionarios aptos, porque López Oliván y Aguirre de Cárcer, que conocen bien Marruecos y podían desempeñar el puesto, son por ahora imposibles, porque sirvieron a la Dictadura. Yo no tendría inconveniente en nombrar a Aguirre, a pesar de todo, porque sé que nos serviría bien; pero se desencadenaría contra él una campaña que le dejaría sin autoridad, como le ha ocurrido a López Ferrer. Últimamente se ha pensado en Moles, que es hábil político y lo ha hecho bien en Barcelona. Le llamé el otro día y le propuse el nombramiento, de que ya tenía noticia, porque Esplá se lo dijo por encargo mío. Estaba un poco maravillado, y puso algunos reparos. Quedamos en que aceptaría, si el Gobierno decidiese nombrarlo. El inconveniente mayor es el de su reemplazo en el gobierno de Barcelona. En la situación transitoria actual, será difícil hallar un sustituto que no se tire los trastos a la cabeza con Macià y la Esquerra. Moles domina mucho a Macià. Como es uso, Moles no ha sabido recatar el ofrecimiento hecho por el Gobierno y se lo ha dicho a los periodistas. Naturalmente, López Ferrer se ha enterado, y como ya rodaba algún rumor acerca de su sustitución, ha comprendido que le llegaba la hora. López Ferrer me escribió hace días una carta, haciéndose cargo de esos rumores, y diciéndome que estaba siempre a la disposición del Gobierno y de la República, a la que serviría donde se le mandase. Pero que si querían incluirlo en una combinación diplomática (como le habían dicho oficiosamente desde el ministerio de Estado) solo podría aceptar una embajada. Antes de que le contestase a la carta, López Ferrer me envió otra con su secretario, narrándome lo sucedido en Bab-Tara; y el mismo día me pidió permiso para venir a Madrid. Esta mañana llegó.

En la conversación de esta tarde, López Ferrer me ha dicho que conviene sustituirlo cuanto antes, y él mismo me ha recomendado a Moles, «de quien se ha hablado estos días». Da por supuesto y probado el propósito de

relevarlo, y afirma que se encuentra «gastado». Está agradecido al Gobierno, y especialmente a mí, que siempre lo he sostenido; aunque no ignora que en el Gobierno hay algunas personas que le miran con poca simpatía. Le ha combatido mucho la masonería, aunque él ha sido masón en Inglaterra; y no le ha parecido decoroso hacerse masón ahora para contrarrestar esa campaña. No lo ha entendido así el general Gómez Morato, que ha ingresado en la masonería para que no lo ataquen. Opina que Gómez Morato es un pobre hombre, que tiembla pensando que pueden destituirlo; tiene muchos hijos y le preocupa la despensa. También cree López Ferrer que debe ir de alto comisario una personalidad política, que pueda imponer respeto a los españoles residentes en la Zona, y que no pueda ser sospechoso. Se queja de que la dirección de Marruecos merma la autoridad del alto comisario, y da oídos a todos los que vienen de allá con quejas contra él.

Me explica lo de Bab-Tara como resultado de manejos monárquicos, urdidos en Tánger, de donde sale dinero para fomentar la agitación. El cherif de Darkana, refugiado en Tánger, parece ser el cabecilla del complot.

Está conforme con la reducción de gastos militares y con mi propósito de invertir en obras parte de lo que se ahorre por aquel motivo.

En suma, López Ferrer está muy deshecho, supongo que lastimado en el fondo, aunque no es hombre de carácter para dejarlo conocer. Insiste mucho en que lo sustituya cuanto antes; quedamos en que llevaré la cuestión al próximo Consejo.

Amós ha venido a traerme un extraño mensaje. Santiago Alba le ha llamado a su casa, y se le ha quejado, con palabras muy duras, de un artículo de *La Voz* en que se aludía a la campaña que *ABC* hizo antaño contra Alba, metiéndose en sus interioridades conyugales. Pero se aludía reprochándole al *ABC* sus excesos, y sin nombrar a Alba. Su queja no tenía fundamento, y Amós creyó comprender que la indignación de Alba era fingida y solo un pretexto para hablarle de otras cosas.

En efecto: le habló de mí; dijo que me admiraba mucho; que yo era el único que tenía un concepto de España y capacidad para llevarlo a término; que había que ayudarme, incluso desde enfrente. Que nota en mí un desdén, una hostilidad inexplicables, como si yo me propusiera *laminarlo*, aniquilarlo en política; que eso sería injusto; aunque él no tiene ambición, ha aceptado lealmente la República. Que estoy rodeado de gente mediana, y en las oposiciones no hay nadie. A Miguel Maura puede aplicársele lo que su padre le dijo una vez a Romanones: que para ser político no basta el arrojo; Lerroux —sigue opinando Alba— ya no sirve para nada. Lerroux le llama algunas

veces para consultarle, y siempre hace lo contrario de lo que le aconseja; está chocho. Y Alba desea saber —le ha encargado a Amós que me lo pregunte— «si yo tengo algo contra él, de orden personal o político».

Amós le ha dicho que me lo preguntaría; que ignora mi opinión sobre Alba, aunque supone que será como la de la mayoría de los españoles: a saber, que Alba no creyó en la República, estorbó su venida cuanto pudo, quiso estar en disposición de navegar con todos los vientos, y dejó pasar la ocasión de rehabilitarse. Añadió Amós que, sea cualquiera mi opinión, es seguro que en política no me guío por simpatías ni por rencores personales.

—Eso es cierto —repuso Alba—. Zulueta, en los tiempos del reformismo, fue el que más hizo por cortarle el camino a Azaña, y porque no fuese diputado ni nada en su partido; y ya ves cómo le ha pagado: haciéndolo ministro.

En fin, Amós me ha traído el recadito, y yo le he dicho que la respuesta sea brevísima: no tengo nada personal contra Alba, con quien nunca me he tropezado en mi camino (antes de la Dictadura, solo le hablé una vez, cuatro palabras, en la embajada de Francia, después no le he visto hasta que apareció en las Cortes Constituyentes, y solo hemos cambiado breves palabras en dos o tres ocasiones), y en el terreno político, no administro la carrera de los demás, ni gobierno la marcha de los partidos.

Con este motivo, hemos recordado la situación de Alba en San Sebastián, el 13 de septiembre de 1923. Querían asesinarlo, mediante los oficiales de la guarnición (resultas de la campaña que hicieron contra él por el rescate de los prisioneros) y el rey no lo ignoraba. Don José Sánchez Guerra ha contado que aquel mismo día se encontró en la calle al rey con Alba, y que a este se esforzó en decirle con la mirada el peligro que corría.

Ya en la emigración, cuando se reunieron en París los jefes de los partidos dinásticos para acordar un plan contra la Dictadura, Alba tuvo que marcharse de la reunión, de tales cosas como le dijeron respecto de su conducta con el rey.

Intrigante, mal intencionado y rencoroso, Alba ni siquiera ha sabido situarse hábilmente en las Cortes Constituyentes. En lugar de estarse callado algún tiempo y de mostrar la reserva decente, y un poco contrita que convenía a su pasado, ha pretendido darnos lecciones desde el primer día. Cada vez que habla, es un frasquito de veneno que se derrama. Yo no sé qué le ofusca, porque dicen que es listo; pero en las polémicas de las Cortes siempre ha quedado vencido, y algunas veces ha dicho, guiado de su mala intención, verdaderas tonterías, como en la sesión del martes pasado, en que se le

ocurrió preguntar «qué publicidad iban a tener los acuerdos de Gobierno sobre traspaso de tributos a la Generalidad». «La publicidad de la *Gaceta*», le contestamos. Los diputados se rieron, y él se quedó mohíno. ¡Partía del supuesto de que intentábamos hacer una cosa clandestina!

Lo que se saca en limpio de la llamada de Alba es que piensa en suceder a Lerroux en la jefatura del partido radical, intención o deseo que ya le habíamos conocido muchos. Quiere saber si yo estaría dispuesto a darle la alternativa.

La disposición de Alba en la penúltima sesión de las Cortes, al discutirse el artículo para el traspaso de tributos a la Generalidad, concuerda con la de Sánchez Román, Maura y otros, que han vuelto a la carga contra el Estatuto. Una de las cosas más feas es que la hayan tomado con Carner, groseramente, como si Carner fuese a aprovecharse de su cargo para hacer no sé qué cosas, pues ni siquiera dijeron cuáles. Los argumentos de estos señores carecen de contenido, como no se admita el supuesto de que Carner es un prevaricador, y con él, todo el Gobierno. La actitud de Maura fue energuménica: se agitó, gritó, se golpeó los muslos, se puso en jarras, se cruzó de brazos, hizo mil aspavientos, respiraba como un fuelle de fragua, exhalando cólera; lo de siempre. Pocas veces ha dado una muestra más fuerte de oclusión mental producida por el arrebato sanguíneo. En suma, pretendían que no se cumpliese el Estatuto.

Se ganó la votación fácilmente, y todo quedó en suspenso para la votación definitiva del miércoles. Las oposiciones esperaban que no hubiese *quorum*, y pusieron de su parte lo necesario para que en efecto no lo hubiera. La mayoría vino a votar casi en masa. Tuvimos doscientos treinta y seis votos, algunos de ellos de la oposición, como dos federales, dos conservadores y un radical. De modo que con solos los votos de la mayoría hubiéramos tenido *quorum*. Maura y sus amigos no entraron en el salón (menos dos); de los noventa radicales solo asistieron ocho o diez; de los agrarios ninguno, y de los antiguos amigos de Ortega, otros dos. De todo ello salieron los veinte votos en contra. No sentía yo preocupación seria por el resultado de la votación; pero si las oposiciones republicanas (radicales y conservadores de Maura), por abstenerse, hubieran conseguido impedir el *quorum*, las consecuencias habrían sido enormes. Es increíble que esos partidos, previendo lo que podía ocurrir, se hayan atrevido a tanto. De no haber *quorum* y, por tanto, no aprobarse el presupuesto, el Gobierno habría dimitido en el acto. Haciéndonos caer de esa manera, y suponiendo que el Presidente hubiese dado el Poder a Lerroux, ninguno de los partidos de la actual mayoría hubiera querido

participar en el nuevo Gobierno. ¿Qué podría pasar? Ni presupuesto, ni Gobierno capaz de hacerlo votar. O habría tenido que reconstituirse el mismo Gobierno, o habrían sido disueltas las Cortes; en este caso, antes de disolverlas, habría sido menester votar la prórroga del presupuesto: ¿por cuál mayoría?, ¿con qué *quorum*? Porque a la actual habría sido inútil pedirle que ayudase a hacer a otros lo que a ella le hubiesen impedido hacer.

Este era el barullo a que nos llevaba la locura de los radicales y sus aliados. Todo se resolvió bien, gracias a la presencia casi total de la mayoría, presencia que desconfiaba de obtener el Presidente de las Cortes.

El mismo día, feroz ejecución de Eduardo Ortega por Indalecio Prieto. Ortega es muy torpe, muy terco, se atribuye el papel de repartidor de patentes de republicanismo, y aunque él hizo la carrera política bajo el cacicazgo de su tío Rafael Gasset, y fue diputado cunero por la provincia de Málaga y director general y subsecretario de Abastecimientos durante la guerra, ahora nadie le parece bastante puro ni bastante republicano. Recoge todos los chismes y cuentos que le llevan y con eso quiere hacer campaña parlamentaria. Ese día se metió con Prieto, sin darse cuenta del riesgo; creyó que todos eran como el bueno de Zulueta, que se acoquina. Prieto le soltó una andanada: que Ortega está a sueldo de los contratistas de obras públicas, y que en representación de ellos ha ido al ministerio a pretender cosas injustas. (Lo que Ortega fue a pretender es que se declarase obligatoria la colegiación de los contratistas, para que nadie pudiera serlo más que los actuales). Ortega se quedó como si le hubieran dado un mazazo en el cráneo. Se levantó a hablar, lívido, y se tambaleaba y tartamudeaba. Extrajo del bolsillo una lista de supuestos favorecidos por Prieto, y el ministro le apabulló nuevamente. Ortega se lo tiene merecido.

El mismo día, por la mañana, fuimos todos los ministros al Hipódromo, para ver los planos de la reforma concebida por Zuazo para prolongar la Castellana y construir grandes edificios públicos en las dos plazas que allí van a formarse. Los proyectos son bellos y están pensados en grande. Prieto había citado también al alcalde y algunos concejales y a los presidentes de las sociedades hípicas; allí estaba el general Kirkpatrick y el hijo de Romanones, Velayos. El general es presidente de la Gran Peña, donde se conspiraba para lo del diez de agosto, y tiene dos hijos comprometidos en los sucesos, o en su preparación. Oímos las explicaciones de los arquitectos, y desde allí nos trasladamos a Puerta de Hierro, y luego al Pardo, junto al camino de la Zarzuela, para examinar los planos trazados para realizar mi proyecto de ensanche y enlace de estos parajes con el norte de Madrid. Después

almorzamos en Puentelarreyna, donde hacía un frío espantoso. El día estaba cubierto y la niebla muy espesa.

Estos proyectos caminan a su realización a gran velocidad. Estoy muy satisfecho de la suerte que corre mi iniciativa, tantas veces soñada por mí cuando yo no era nada. Si dejo el proyecto total en vías de realización irrevocable habré dado a Madrid un impulso enorme, que marque su porvenir para muchos años; y lo habré hecho con prontitud y en silencio, sin necesidad de aparecer para nada, cumpliendo la función que más me gusta, que es servir de motor y despertador de actividades dormidas, y encauzar —en este caso— con mayor gusto e inteligencia que hasta aquí la expansión de la Villa. Prieto me ha secundado con rapidez vertiginosa.

Ha fracasado la proyectada captura del general Barrera en Madrid. La policía se presentó, con la confidente, en el piso de la calle de Almagro donde ella decía que estaba escondido el general; pero no hallaron a nadie. Menéndez está furioso y quiere dimitir. Yo no sé qué pensar de la confidente. ¿Es una espía doble, y se la *han echado* al director de Seguridad para desorientarlo? Por otra parte, la policía de París asegura que Barrera continúa allí. Pero la confidente ha reconocido, entre varios retratos, el del general Barrera como el de la persona a quien ella ve en el piso de la calle de Almagro.

También se ha presentado a Casares un abogado de Madrid, sujeto bastante turbio, a decirle que Barrera está en Madrid, y que el sábado pasado estuvo en el Dueso a visitar a Sanjurjo. Asegura que hay un plan de evasión de todos los penados del Dueso, y que algunas autoridades de aquellos sitios hacen la vista gorda.

Casares cree que de un día para otro estallará un movimiento terrorista, organizado por la FAI. Hasta ahora, lo único que ha estallado ha sido una bomba en Barcelona, gracias a lo cual se ha descubierto un importante depósito de armas y explosivos. Es lo que yo digo: la policía en España, además de inútil, resulta innecesaria: cuando hay bombas, estallan solas, y cuando hay conspiración, los conspiradores se lo cuentan a todo el mundo. (Sin embargo, esta vez parece que lo llevan con más sigilo).

31 de diciembre

Llevo dos o tres días en que apenas salgo de mi despacho. El tiempo es infernal. Llueve a cántaros, hace mucho frío, no se puede ir al campo; y como

en Madrid no hay diversiones tolerables, me paso el tiempo en Buenavista, haciendo el cartujo. Esta relativa soledad y este silencio me van muy bien y me reposan. Además coinciden con mi inveterado gusto por las encerronas con papeles y libros.

Ayer por la mañana fui a Palacio a despachar con el Presidente. Le dije, como era natural, que, votado el presupuesto, y no habiendo ahora ningún asunto apremiante, estaba a su disposición por si creía llegado el momento de cambiar de política.

—No, no; de ninguna manera —me contestó—. ¿Quieren marcharse los socialistas?

—No.

—Pues entonces, adelante.

—Los socialistas acaso deploren las contiendas entre republicanos, que han llegado a una acritud y violencia que usted acaso no perciba. Por agredir a los socialistas, los radicales chocan con los demás republicanos de la mayoría; y esto no es para facilitar la salida de los socialistas.

—Lo que hay que evitar —dijo el Presidente— es que a favor de la estancia de los socialistas en el Poder se constituyan en los pueblos pequeñas tiranías locales, que ni siquiera figurarían en el socialismo el día que no tuvieran una protección desde el Gobierno. Lo que hay que hacer es un programa parlamentario, y eso lo examinaremos en Consejo.

También me habló el Presidente de que Albornoz, por quien siente debilidad, no le complace en nada. Le ha recomendado dos magistrados y no los coloca. (No podía yo decirle que, en su caso, me abstendría de recomendar a nadie).

Toda la mañana estuve empleado en distribuir los créditos de armas y municiones para el año próximo. He hecho un plan de conjunto, y se obtendrá un buen rendimiento, dentro de los recursos de que dispongo.

Por la tarde vino Carner, a despedirse para Barcelona. Hablamos de quién podrá ser presidente de la Campsa. Carner piensa en Pedregal. Me parece bien, pero supongo que Albornoz lo tomará como una injuria.

Hoy por la mañana han venido todos los jefes de sección del ministerio, con el subsecretario, a felicitarme por el nuevo año. Muchas protestas de adhesión, etcétera.

También han venido el general Rodríguez del Barrio, y el de la división, y otros militares. Rodríguez del Barrio está muy contento porque he citado en las Cortes un informe suyo.

Luego, una comisión de hulleros y de la empresa de Mieres, que están en situación desesperada. En el ministerio de Agricultura no hacen nada. Marcelino, en Alicante, descansando. Tendré que tomar también esto por cuenta mía.

La tarde entera en mi despacho. Ha venido Domenchina, con mucho correo. Y luego Casares, que me informa largamente de las cuestiones de orden público.

MADRID: 1933

4 de enero

He estado sin salir de casa desde el viernes al lunes. Hace mal tiempo y no hay dónde ir. Descanso mucho en la soledad del despacho, pero con tan largas encerronas el ministerio se me viene encima.

El día 1.º no hice más que recibir gente desde por la mañana. Comimos en familia. Para postre, Casares me telefoneó que se habían escapado de Villa Cisneros veintinueve deportados. El lunes me aventuré a salir por la tarde. Fui con Lola por la carretera de Guadarrama a El Escorial. La sierra, cubierta. El Escorial estaba magnífico, sobre un fondo caótico de nubarrones negros y bajos. Por la noche, banquete en Palacio. Con este motivo, el embajador de los Estados Unidos se ha picado y no ha asistido, porque no puede consentir que el presidente del Consejo *pase antes* que los embajadores. Bravo señor Laughlin.

Los militares se han *esmerado* en ser corteses con ocasión del día 1.º y me han abrumado con montones de telegramas haciendo protestas de adhesión al régimen, y *a mí*. Esto no pueden remediarlo.

La comida de Palacio ha mejorado; pero sigue haciendo frío en aquella casa. Después de la comida hubo una especie de concierto en el antiguo salón del trono. Cantaron artistas del Teatro Lírico Nacional. Casi ninguno era bueno. Durante el concierto me correspondió estar al lado del Nuncio, y el lugar en que estábamos le trajo a la memoria las recepciones diplomáticas en tiempo del rey. Me dijo el Nuncio que tales recepciones eran un suplicio, porque les hacían estar cuatro horas de pie, y en la última a que asistió, el Nuncio se puso enfermo. El embajador de la Argentina también protestaba contra eso —según refiere el Nuncio— diciendo que el estar de pie tanto tiempo se usaba en su país como un castigo a los soldados. Yo asistí una vez, el año 23, a una recepción el día del cumpleaños del rey, formando en la comisión del ministerio de Gracia y Justicia, a la que nos correspondía incorporamos por turno. En trece años que llevaba yo entonces en el

ministerio, me había excusado siempre de asistir, y cambiaba el turno con algún compañero, que nunca faltaban voluntarios. Aquel año me entró gran curiosidad por ver el espectáculo, como si presintiese que no había de durar. Era imponente. Recuerdo la apariencia de maniquíes de toda la familia real. Con mis impresiones escribí un artículo que se publicó en *España*.

Recibí el lunes nuevas noticias de la fuga de deportados. Este suceso es desagradable, porque nos deja en mala postura, y prueba la negligencia con que nos sirven algunas personas. Yo estaba en la creencia de que en Villa Cisneros había estacionado un torpedero. Ahora resulta que el 8 de diciembre el torpedero se fue a Canarias a repintarse y aún no ha vuelto. Giral lo sabía y no le llamó la atención el caso. Me dice que en Las Palmas surgieron algunas dificultades para el aprovisionamiento del barco, porque no estaban despachados los créditos; pero a nadie se le ocurrió que la ausencia del barco era muy dilatada ni pareció sospechosa, ni pensaron en enviar otro. El bondadoso Giral no se malició nada. Y Casares tampoco. Este buen amigo, que es el mejor que tengo en el Gobierno, vive en una especie de vértigo por las cosas de orden público, y a veces parece ausente de lo más inmediato, o contemplando las probabilidades adversas con un fatalismo sonriente. Se ha destituido al comandante del torpedero y al gobernador de Villa Cisneros. En avión ha salido esta mañana el nuevo gobernador, capitán de Infantería del regimiento 1.

En la recepción de Palacio, el señor Pichardo, diplomático cubano, me preguntó si eran ciertos los rumores que circulaban acerca de Villa Cisneros; le contesté que sí; y quiso saber —porque se lo había preguntado la madre del interesado— si entre los huidos se contaba un señor Manella Duquerque. «En efecto, se cuenta entre ellos —le dije—. Y puede usted telefoneárselo a la madre, que por lo visto está esperándolo».

Circulan muchos disparates sobre este suceso, y anoche mismo ya vinieron a decirme que tres de los fugados habían llegado a Madrid; ni en avión tenían tiempo de haber venido. Se cree que van a Francia, en la barca francesa que los recogió de la playa.

El Consejo de ayer, martes, fue por la tarde. Duró desde las seis hasta las once. Muy nutrido de asuntos. Hablé de la gestión del embajador de la Argentina, sobre restricciones a los pagos comerciales. Del conflicto hullero en Asturias, sobre el cual nada intentan en el ministerio de Agricultura, y de la situación de Mieres. Domingo quedó en arreglarlo todo.

Después, lo del censo. Nos encontramos con que una veintena de diputaciones no han acabado de imprimir el censo electoral, y con los plazos

vigentes, no podríamos hacer las elecciones municipales en abril. Tengo mucho interés en que se hagan, para acabar de una vez. Resolvimos acortar los plazos de imprimir las listas que faltan por cuenta del Estado.

Pasamos después a los asuntos de Marruecos. Leí la carta que me ha escrito López Ferrer, haciendo el resumen de su situación. López Ferrer está derrumbado interiormente. Su falta de carácter es patente, y es el menor cargo que puede hacérsele. Ramos cree que también hay en la conducta del alto comisario negligencia o abandono. Resolvimos sustituirlo con Moles, y renovar todo el personal director del Protectorado. Convinieron los ministros en la necesidad de gastar dinero en obras públicas en la Zona, porque la reducción de los gastos militares ha producido allí una crisis peligrosa. Me está estudiando el Estado Mayor Central una organización nueva, para reducir aún más los servicios bélicos, pero estas economías habrá que invertirlas en colonizar. Esto de Marruecos es el talón vulnerable de la República. Trato de llevar allí un ingeniero jefe de toda mi confianza, con el que sea posible entenderse y ver claro. Con el actual, es imposible. Por casualidad es lerrouxista.

Después se habló del nuevo destino que puede darse a López Ferrer, para no dejarlo cesante y a los pies de los caballos. Dijeron que la embajada de Cuba, pero Zulueta cree que no sirve para el cargo, y que tendría allí las mismas dificultades que en Marruecos con la colonia española.

Se acordó admitirle la dimisión al joven señor Sacristán, director general de Obras Hidráulicas y consejero de la Campsa. El día de la votación del presupuesto, y no obstante lo apurado que parecía obtener el *quorum*, el señor Sacristán no fue al Congreso, y se estuvo en su despacho del ministerio. Los socialistas, a quienes se había hecho venir, como a toda la mayoría, observaron y criticaron la ausencia de Sacristán, que sin pertenecer a los partidos de la mayoría, ni a otro, ocupa, sin embargo, dos cargos de confianza. *El Socialista* publicó un artículo atacando duramente la conducta de Sacristán; también *La Voz* se ocupó del asunto. Y en su vista, Sacristán ha *reiterado* las dimisiones que tenía presentadas a los ministros de Hacienda y de Obras Públicas, y que no le habían admitido ni querían admitirle.

Prieto estaba muy incomodado por el artículo del *Socialista*, porque, en último término, la censura iba contra él. No quería tampoco ayer desprenderse de Sacristán, porque considera que es irreemplazable en su puesto; nada menos. Los ministros opinaron lo contrario, sobre todo después de oír la carta confidencial de Sacristán a Prieto, asaz impertinente, y que concuerda con toda la conducta anterior de este joven. Prieto es extremado en sus antipatías

y en sus simpatías. Cuando se le atraganta una persona —por ejemplo, Luis Bello— ya puede hacer milagros. Y al contrario: si alguien le entra por el ojo derecho, ya no necesita más. Y este es el caso de Sacristán, apoyado además por Sánchez Román, que tiene sobre Prieto un ascendiente extraordinario. Estos *tiquis miquis* de personal apasionan a la gente, y sacan a relucir las intimidades del carácter. Yo apenas conozco al señor Sacristán, y creo que he hablado dos veces con él. Salió diputado con los votos de los socialistas, sin serlo, pero inscribiéndose en una candidatura que se titulaba «al servicio del socialismo». El *truco* es pueril y revela una pedantería no exenta de astucia, que solo en nuestra desbarajustada organización política, y en la improvisación que presidió en aquellas elecciones del 31, podía pasar.

Hubo entonces una docena y media de señoritos que se desdeñaban de inscribirse en los partidos, porque lo consideraban grosero, bajo, o torpe, dada la elevación espiritual de que aquellos presumían; pero eso no les impidió solicitar y disfrutar los votos de los partidos objeto de su desdén. Y en las Cortes no han dicho nada, como no sea alguna tontería que otra. Uno de los que más favorecieron esa operación fue De los Ríos. Ahora le tomamos el pelo, y él reconoce que se equivocó. No me atrevo a decirle, por no lastimarlo, que si hubiese tenido más conocimiento del mundo y de las personas, y menos preocupaciones *pedagógicas*, se habría evitado la equivocación.

Al Consejo vino otra vez la cuestión de las obras del Hipódromo, etcétera, que marchan a gran velocidad. El Ayuntamiento está disgustado, y sus arquitectos censuran los proyectos de Zuazo. Han tenido una disputa, y Prieto me ha traído el pleito al Consejo. Le he dicho que siga adelante y contenga a Zuazo, pues aunque sus proyectos, que son bellos, no fuesen perfectos, siempre tendrán la ventaja de que vamos a realizarlos, mientras que el Ayuntamiento no ha hecho nada hasta ahora, como no sea estorbar.

Zulueta se fue del Consejo para hablar con Herbette del asunto de los evadidos de Villa Cisneros.

Hubo después muchas idas y venidas del director de Estadística, y del subsecretario de la Presidencia. Y despachamos asuntos de Hacienda, de Marina, de Guerra y de Obras Públicas.

Al final estaba tan cansado, que no me era posible corregir, aunque lo intentaba, la redacción de un preámbulo.

Cuando se fueron, todavía tuve que hablar con Saravia y Ramos. No pude cenar, de puro cansancio. Con dos consejos así, dimito, o me suicido. Leí luego los periódicos, y los que más presumen de republicanos son los que más

aire dan a lo de Villa Cisneros, atacando al Gobierno. La fatiga me envenenó, tenía muy mal humor. Hubiera querido salir al campo, como hacía en el verano cuando me encontraba en situaciones parecidas; pero estaba lloviendo a mares, y tuve que resignarme a dar paseos por mi jaula.

Hoy me he levantado casi normal. He dormido bastante, aunque me dura la resaca de ayer, que no tiene objeto contra el cual estrellarse.

Me entero de que en la formación del campo de maniobras de Córdoba se han equivocado y lo han hecho mal. Es para desesperarse. Todo tendría que hacerlo yo personalmente.

He comido con los agregados militares extranjeros. Fastidioso.

Después, voy con casi todos los ministros al Ayuntamiento, a ver los planos de la extensión de Madrid. El arquitecto nos da una pequeña conferencia, que se reduce a combatir los proyectos de Zuazo. Luego, en corro, y mientras el alcalde nos obsequia, los dos arquitectos se enzarzan en una discusión, en la que intervengo para dar la razón a Zuazo.

A última hora de la tarde trabajo en el ministerio. Viene Ramos, y ponemos en claro la liquidación del empréstito de Marruecos y averiguamos los recursos de que disponemos. No es brillante la situación.

También viene Masquelet. Firma. Otro informe del general de Marruecos, en que se queja de que el alto comisario no le cuenta nada de la situación de la Zona. ¡Es el colmo!

Habría que quitarlos a todos. ¿Pero a quién pongo?

Por la noche llamo a Cipriano, para que me dé conversación. Estamos de tertulia hasta la una. Le confieso que estoy muy aburrido.

5 de enero

Consejo en Palacio, desde las doce a la una y media. En todo este tiempo, el Presidente no ha cesado de hablar y de hacer chistes. Incluso cuando yo le iba poniendo los decretos a la firma, no cesaba de hablar con uno u otro ministro. Luego se ríen mucho conmigo, porque dicen que pongo cara de desesperación.

El Presidente tiene la manía de que se lleve cuanto antes a las Cortes la ley que fija el procedimiento para acusar al Presidente de la República. No se comprende tanta prisa, y tal vez se debe a algún pique de don Niceto. Lo suponemos así, porque la comisión asesora ha elaborado un anteproyecto, que yo no conozco aún, en el cual se dice que el Presidente acusado será «vigilado

en su domicilio particular». Y el Presidente ha dicho que eso parece dirigido a él, y que solo falta añadir: «de la calle de Francisco Giner, 30». Es increíble, pero es así.

Aunque no dice nada, trasluzco que quiere estar en franquía para disolver las Cortes relativamente pronto.

Por la tarde, que era de sol, he ido con Lola y mi sobrino Gregorio a Guadarrama y El Escorial. He estado un momento en el jardín de los frailes. A las cinco estaba de regreso en el ministerio. Papeles, expedientes, cartas, etcétera. Continúa el cansancio interior. Necesito campo y reposo, o doy un barquinazo. Se me quiebra la voluntad, y ¡ahí queda eso!

8 de enero

Esta mañana, a las once, me telefoneó Casares que, según todos los indicios, el movimiento anarquista que estamos esperando estallaría hoy, al caer la tarde. En el programa figuraba el asalto a los cuarteles de Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Bilbao y otros puntos. También se esperaba algo en Madrid, aunque de menos importancia. Envié por teléfono instrucciones a los generales de las divisiones. Y como había tiempo de sobra y el día era espléndido me fui de paseo con Cipriano y Lola. Estuvimos en el puerto del León. Mucho frío. Viento duro, que me regenera los pulmones, después de tantos días de respirar aire viciado. Del otro lado de la sierra un mar de nubes sobre San Rafael. Volvimos por Manzanares, donde se nos puso el sol. El lugar, triste, estaba hermosísimo. La presa de Santillana, colmada de agua, duplicaba los montes vecinos, entre ráfagas de oro.

En el ministerio me aguardaba el comité local de Acción Republicana. Hablamos largamente de política y de elecciones.

Estando en esto, comenzaron a llegar las noticias de lo ocurrido en Lérida, y de lo que sucedía en Barcelona. Me avisaron de lo que podía ocurrir en Madrid. Llamé al jefe de Estado Mayor de la división y le di instrucciones. A poco, vino el general. Hablamos de lo que había de hacerse. En Madrid no ha sucedido nada importante. Un tiroteo en Carabanchel, entre la Guardia Civil y unos maleantes. Unas detenciones en las proximidades del cuartel del Pacífico, etcétera.

Hasta las dos han estado aquí Guzmán y otros amigos. Como a esa hora no hay indicios de que la huelga ferroviaria vaya a producirse, decido acostarme, después de hablar por última vez con Casares.

9 de enero

Disgusto al despachar con el subsecretario. Lo del campo de maniobras de Córdoba lo han estropeado, con una estupidez increíble. Y estas gentes, que ni siquiera saben llevar un expediente de compra de fincas, creen valer para dirigir el ejército.

He visitado al Presidente, para hablar de los sucesos de ayer. Quiere medidas enérgicas, pero él cree que es energía promulgar una ley acelerando la instrucción de los sumarios por los delitos de esta clase.

Ha corrido mucho dinero en este movimiento. Muchas gentes acechan desde la sombra, a ver si nos hundimos. De aquí a que se celebren las elecciones municipales, nos saldrán al paso muchos estorbos. *El Imparcial*, que es ahora el órgano de los radicales, nos lo notificaba ayer en un artículo firmado por «Un diputado radical». Por eso anoche, cuando el diputado radical Rey Mora le preguntó a Casares si era verdad que en Barcelona había revolución, el ministro repuso:

—No se hagan ustedes ilusiones.

Al regresar de Palacio, recibo al fiscal, para darle instrucciones.

Tengo después una entrevista con Marcelino Domingo y los delegados, patrono y obrero de los hulleros de Asturias. El sábado último vinieron estos dos a verme, y a quejarse de que, no obstante lo difícil y apurado de la situación en las minas, no habían conseguido ser recibidos por el ministro de Agricultura, el cual, además, se había marchado por la mañana a Barcelona. Se quejan de que en el ministerio de Agricultura no se hace nada; se quejan del señor Valiente, del señor Gordón; quieren que yo lo arregle… Llamé por teléfono a Barcelona y hablé con Domingo. Convinimos en que estaría aquí el lunes por la mañana, para reunirse conmigo y con estos señores; y, en efecto, nos hemos reunido.

He procurado, en el curso de la entrevista, reducir las cosas a lo más concreto posible, y determinar al ministro a que las ejecute desde luego. Todo este conflicto proviene de que no sabemos qué hacer con doscientas mil toneladas de carbón menudo, que no se venden, y es todo lo que sobra. La verdad: la dificultad no me parece tremenda; y sin embargo, en torno a eso llevan dando vueltas hace muchos meses. La pretensión de los patronos es subir el precio, cosa imposible, si no se quiere hundir más a ferrocarriles y siderúrgicas.

He recibido al teniente coronel Beigbeder, agregado militar en Berlín, que ha llegado en compañía de los marinos rusos que vienen a ver los arsenales en

son de compradores. Desconfío de que lleguemos a un acuerdo.

Toda la tarde en mi despacho, trabajando. Me hago el decreto de adaptación de la ley de reclutamiento de la oficialidad al Cuerpo de Intervención Militar. De las secciones me habían traído un proyecto que era un «embuchado», para arreglarse destinos y sueldos. Redacto yo otro, atándolos corto.

También he visto otro expediente con propuesta de decreto para adaptar a la nueva ley las condiciones de ascenso de los oficiales. Es un puro disparate. Diríase hecha la propuesta por mi peor enemigo; como que toda ella consiste en remover de sus destinos a todos los jefes y oficiales que lleven colocados más de cuatro años… Es decir, dar una campanada que produciría indignación general.

11 de enero

Ayer por la mañana me llamó por teléfono Casares y después de contarme cómo iban las cosas, se me quejó una vez más de que la fuerza pública no procede con bastante energía. Se dejan matar, pero no pegan duro. Ejemplo, en Sallent. No cumplen las instrucciones que el ministro les ha dado para destruir por la fuerza a los revoltosos. Contemporizan, tantean, aguantan los tiros, y detienen a los que pueden. Casares estaba muy enojado con esto, y lo atribuía a que él no tiene bastante autoridad. El Presidente de la República le ha llamado esta mañana y después de conocer el estado del asunto le ha dicho también que se notaba alguna flojedad en la represión callejera por parte de la fuerza, y que era preciso estimularla. Casares ha tomado esto a mal, y lo achaca —a mi juicio con error— a una falta de confianza del Presidente. Por todos estos motivos, Casares me anunció que no continuaría en el Gobierno. Yo lo eché a broma, y él insistió. Lo dejamos así, pero yo resuelto a no dejarlo salir, o a dimitir con todo el Gobierno.

Por la tarde hubo Consejo, desde las seis hasta las diez y cuarto. Casi todo empleado en hablar del movimiento anarquista. Casares informó largamente, y dijo lo de su dimisión. Todos se le echaron encima, y no se trató más de ello. Hablamos de las medidas que convenía tomar para dar ejemplo de severidad y firmeza. Largo, Prieto y Domingo deseaban resoluciones inmediatas y enérgicas. Se trató de la supresión de garantías, pero yo me opuse, lo mismo que Casares y Prieto. Se trató de dar un decreto presidencial, con informe de la Diputación Permanente de las Cortes, pero se desechó, por dilatorio y difícil, dada la composición de la Diputación. Se habló de declarar

el estado de guerra, como pedía Prieto, que está alarmado por el peligro de que el movimiento se extienda a los ferroviarios; pero la intervención del ejército directamente tampoco es buena. En fin, acordamos reformar la ley de Explosivos, la del Jurado, articular una ley de Vagos, y anunciar lo del estado de guerra como una amenaza, si la calma no renace. Las noticias eran de que todo iba apaciguándose. Albornoz era el que más dificultades ponía para todo. Leimos la ley del Jurado, reformada en tiempo de Fernando de los Ríos, y resulta que no se puede suspender el jurado, como se hacía antes, por decreto, sino que hace falta que estén de antemano suspendidas las garantías constitucionales y consultar además al Consejo de Estado y al Tribunal Supremo. «Se ha lucido usted», le dije a Fernando, que ya no se acordaba de la reforma que había hecho.

—Estábamos entonces —respondió— en la embriaguez de liberalismo. Si hubiésemos tenido la experiencia que ahora tenemos…

—Han hecho ustedes una Constitución como si hubiera de seguir reinando Alfonso XIII, y para defenderse contra él. Digo ustedes, porque yo no intervine más que una vez en la discusión de la Constitución, y bien lo estoy pagando.

—Tuvo muchas consecuencias, en efecto —me respondió Largo.

En el curso de esta conversación, me dijo Albornoz que él no es un fanático del jurado, que es cosa del siglo XIX.

Los periódicos han dado a los sucesos del domingo un bulto desproporcionado. Quien juzgue por ellos creerá que hemos estado sobre un volcán. Por ejemplo, el domingo, a eso de las dos, me dijeron por teléfono que la Guardia Civil había dispersado a unos maleantes en la dehesa de Carabanchel. Nadie se ocupó más de ello. Pues bien: *La Voz* trae plana y media relatando los sucesos de Carabanchel. No escribiría más por una gran batalla.

Luego nos quejamos de lo que cuentan los periódicos extranjeros.

En el Consejo recibimos la noticia de que los campesinos del término de Jerez abandonaban los cortijos y marchaban sobre la ciudad. Habían salido ciento cincuenta guardias con ametralladoras para rechazarlos. Casares es muy impresionable, y se lo creyó, y ya veía el choque sangriento. Después ha resultado que no había tal masa en marcha sobre Jerez.

Respecto a la actitud de la fuerza pública le dije a Casares que no era para tan lamentada, porque después de todo esa era la buena doctrina; salvo que en circunstancias apuradas y críticas se haga un escarmiento. Casares lo reconoce así, y dice que no tendría queja, si después las autoridades judiciales

no flaquearan. La disposición moderada y pasiva de la fuerza se debe a las campañas en el Parlamento y en la prensa contra los abusos de la Guardia Civil; de suerte que no deja de ser un progreso lo que sucede. La cuestión está en que la moderación no pase a ser dejadez o abandono, cosa de que por ahora no hay síntomas.

Marcelino redactó la nota oficiosa, que después hubimos de corregir, porque estaba muy mal escrita.

Se trató después del asunto de los carbones, y Prieto habló de la visita de Ostrovski, que le sondea sobre el posible reconocimiento de los soviets. No llegamos a examinar despacio este asunto, porque era muy tarde.

Por la noche, a las once y media, vino Alfonso Costa, con el coronel Poppe y Guzmán. Trataba como presidente del futuro Gobierno portugués. Larga conversación, *en francés*, aunque ambos hablan y entienden el castellano. No quieren nada con «los hombres de negocios»; lo que se haga, que sea por orden mía y por hacerme a mí un servicio; esta cuestión es de política internacional, etcétera.

Retuve a Guzmán para darle instrucciones y que viese a don H. lo antes posible, a fin de poner en claro este importante asunto.

Antes de acostarme, me habló de nuevo Casares para comunicarme que las noticias eran cada vez mejores.

Esta mañana, audiencia militar. Y un poco también civil, porque ha venido el embajador en Lisboa, Rocha. Y otros *pekins* (?).

He recibido a mi colega el ministro de la Guerra de El Salvador. Este hombre feliz puede tomarse una licencia de varios meses, y venirse a Europa.

Muchas impertinencias he oído hoy en la audiencia; y eso que tengo reducido este oficio al mínimo.

Besteiro me habla por teléfono desde Alicante, para saber noticias.

Estaba muy cansado, y a las dos y cuarto me fui a mis habitaciones. Después de comer salí con Lola a tomar el sol. Cuando me dirigía a la escalera llegó Guzmán. Ha visto a don H. Está pronto a dar un tributo, sin condiciones, y sin recibo. Le parece bien que sea el Comité Supremo (al que representa Costa) quien lo acepte, y en mi presencia o con mi intervención, como ellos quieren. Guzmán me da una mala noticia: *Luz* va a suspender pagos. El mes pasado perdió sesenta y tantas mil pesetas. Ya me parecía a mí que Miquel se metía en un mal asunto.

He estado en La Quinta hasta las cinco. Sentado en un ribazo al sol, y quemando brozas para divertir a mi sobrino. Ya se han terminado las obras de restauración del palacete, y está habitable. Ahora me ocupo de los jardines,

que estaban perdidos; el más bajo lo habían descuajado para sembrar hortalizas. Lo estoy haciendo plantar de nuevo, con sujeción al plano antiguo. He repuesto las calles laterales, y se van a poner además algunos cientos de chopos. Todos los demás jardines se van limpiando y remozando. Ya está rehecha una de las calles laterales de cipreses, que la broza se había comido. Los he traído, ya grandes, de otro sitio; también mil y pico de plantas de boj, y árboles nobles, pinsapos, cedros, wellingtonias, etcétera. En la parte alta, se ha completado el cipresal, etcétera. Pero esto no es más que empezar. Restaurar el jardín enteramente requiere un par de años; y aguardar a que crezca…

Ahora planeo un gran estanque, de cien metros por veinte, con dos hileras de ciprés, en la vaguada donde el príncipe de Asturias había puesto muchos gallineros, que he mandado destruir. Será muy bello.

A las cinco y media en el ministerio. Papeles. Después voy a casa del Presidente, con la firma del Consejo de ayer. Está muy contento, y muy afectuoso conmigo. Me agradece, sin duda, que hayamos hecho ministro plenipotenciario a su amigo Sales Musoles, y que le anuncie que tal vez hagamos magistrado del Supremo a su no menos amigo Díaz Berrio. Que nos hubiésemos olvidado de estos señores, le tenía de mal humor, y ha llegado a decirle a algún ministro (a mí no) que esos dos tenían la desgracia de ser sus amigos. El otro día me escribió una carta recomendándome a Díaz Berrio, y una nota con los méritos del señor, que son incontables. Don Niceto no me había hecho ninguna recomendación desde que él era Presidente del Gobierno y yo ministro de la Guerra; tal maña me di en no hacerle caso.

Hoy, apenas entré en su despacho, y sin darme tiempo a contarle las cosas de orden público, me habló del discurso de Maura, en el banquete que ayer le dieron sus amigos políticos. Maura nos puso verdes, y como no tiene freno ni medida, dijo cosas que no se leen ni en *La Nación*. Maura es *maurista*; y todo el que ocupa el poder comete, a su juicio, una conspiración. Como no tiene más que osadía y arrebato, y no le circula por la cabeza ni la sombra de una idea, ha discurrido, para un partido conservador, un programa famoso, que se condensa en esta fórmula: «Hacer lo contrario de lo que hace este Gobierno». Que Maura se irá de la política o de la República, si continúa por donde va, lo prueba una vez más lo que dijo ayer: «Que el pueblo dice ahora: esto no puede seguir así; hay que evitar que diga: todo antes que esto». Conociendo a Maura, no es difícil conocer que quien lo dice es él; y también él quien cualquier día puede decir lo otro.

El Presidente ha querido sin duda darme a entender que no le habían hecho mella los gritos de Maura; «cosas de Miguel», ha dicho. «Le ataca a usted, y también hay un poco para mí —añadió—. Eso ocurre siempre cuando la oposición dura demasiado. No hay más que tener anchas espaldas, y adelante». Y luego, con brusca transición: «Bueno, hablemos de cosas más serias: ¿qué hay de los revoltosos?».

De vuelta en el ministerio, los periodistas vienen a pedirme noticias. Llega Ramos. Y el general Masquelet, con quien he estado firmando hasta las nueve y cuarto. A esa hora puedo salir del despacho, me visto, y nos vamos a cenar a la legación del Uruguay. Estaban los embajadores de la Argentina, el ministro de Polonia, el del Perú, el de Bolivia, con una extraña consorte, Gómez Ocerín y señora.

Había esta noche una fiesta en la embajada de Italia; como yo tenía esta cena, me excusé; pero todos los invitados del Uruguay iban a lo de Italia. La reunión se ha terminado pronto. He vuelto al ministerio. Saravia me da los telegramas de Algeciras y Tenerife. Nada grave. Llamo a Casares y me cuenta que casi toda la provincia de Cádiz está revuelta. Se han mandado muchos guardias, con órdenes muy recias. Espera acabarlo esta misma noche.

He visto en los periódicos que ayer se murió Corina Saavedra, la hija del duque de Rivas, a los noventa y nueve años. Esto me trae a la memoria mis tiempos de literato, y especialmente aquellos en que trabajaba en la biografía de Valera. Corina, como Malvina *la Culebrona* y Leonor, sus hermanas, fueron amigas de Valera, y una de ellas, por lo menos, muy amiga. Cuando el año 24 se celebró en la Academia el centenario de Valera, Corina y Leonor asistieron a una de aquellas sesiones en que ofició de pontifical don Antonio Maura, diciendo un discurso sobre Valera que hubiera hecho reír mucho a don Juan. ¿Qué pensaría Corina de su amigo don Juanito? Debía de ser la única superviviente de aquella sociedad del 50 al 60 del siglo pasado. Y el mismo día que se murió Corina, se representaba en el Español el *Don Álvaro*, no más joven que su hermana… espiritual. Estuve en la representación del sábado. La obra no me gusta, ni por su hechura teatral ni por su letra. ¡Qué idea de la fatalidad! En cualquier punto del drama, se puede tomar el hilo y hacer una cosa mucho mejor. Bastaría convertir a los muñecos en hombres.

13 de enero

Ayer fue día de mucho cansancio. Recibí en el ministerio la audiencia que tenía citada en la Presidencia, mucha gente; y una muchedumbre de manchegos, que se estacionó en el jardín, mientras las autoridades de Ciudad Real subían a pedirme un regimiento.

También vino Azorín, que me entregó un papelito con tres preguntas. Y Josefina Díaz, la actriz que tanto impresiona a Díez-Canedo: pide protección (vamos, dinero) para montar unas obras clásicas españolas y hacer una *tournée* por el extranjero.

A las dos y media se acabó la audiencia. Estaba fatigadísimo, mareado. Jaqueca. Había dormido poco la noche antes. Apenas pude comer, de puro cansancio, y me fui a la Quinta, a distraerme. Hacía mucho frío, viento duro. Nos estuvimos sentados al socaire de la casa. Y me volví pronto.

Por la mañana también, y antes de salir yo al despacho, había venido Casares, que me contó la conclusión de la rebeldía en Casas Viejas, de Cádiz. Han hecho una carnicería, con bajas en los dos bandos.

Estuve por la tarde en mi despacho preparando unos asuntos del ministerio. Vino el director de Seguridad, y como es tan charlatán (mala condición para un jefe de la policía) me hizo gastar mucho tiempo. Luego, el subsecretario de la Presidencia. Total: poco trabajo útil. ¡Con lo que tengo que hacer! Por la noche fuimos a cenar a la embajada de Bélgica. Estaban los Herbette, y el ministro de Holanda, y unas gentes de la embajada italiana, a quienes no conocía, porque desde que vino la República se negaban a aceptar invitaciones. El nuevo embajador les ha obligado a salir de su retraimiento monárquico.

Hoy, más tranquilidad. Como ahora los Consejos de ministros son por la tarde, las mañanas de los viernes son muy holgadas. He despachado con el subsecretario, y entre otras cosas he aprobado el proyecto para la construcción del edificio militar en la barriada del Pacífico, donde se instalarán todos los servicios de la división. En el negociado de obras, los ingenieros militares ponían dificultades a la terminación de este asunto, porque ha intervenido y ha sido premiado un arquitecto.

El loco de Mangada me ha traído un libro manuscrito, de su cosecha, que se titula *El tresillo en ripios*. Y esto es un teniente coronel. Si lo echase del ejército, dirían que soy un déspota y que persigo a los republicanos.

También ha venido hoy el señor Prat, nuevo ministro de España en Rumanía. Con pretexto de estudiar la posibilidad de vender armas a Rumanía, pretende que le subvencione la estancia de un primo suyo en Bucarest. Este

sería otro caso de destitución, si fuera posible que la gente comprendiese lo que es la delicadeza.

A primera hora de la tarde he ido a La Quinta. Paseo hasta las cinco. Desde que ha cesado de llover y puedo salir al campo, voy recobrando el equilibrio y estoy de mejor humor.

En el ministerio, antes del Consejo, recibo a Ruiz Funes, a quien he llamado para darle a estudiar un proyecto de decreto sobre adaptación del Código de Justicia Militar al nuevo Código Penal. El anteproyecto que me han enviado los jurídicos del ministerio me parece mal.

Después, Consejo de ministros. Asunto del aeropuerto en Sevilla para los zepelines. Propongo que se lleve adelante, y lo aprueban. Pero que sea del Estado el aeropuerto.

Visita próxima de la escuadra inglesa a la bahía de Tetuán. Extrañeza que me produce. Informaciones de la oficina de Tánger, aludiendo a manejos ingleses en Marruecos.

Acciones de la Unión Eléctrica Madrileña propiedad de los jesuitas. Diecinueve millones. Dificultades para su pesquisa. Carner queda encargado.

Escena entre Prieto, Ríos y Domingo: Marcelino trae un decreto permitiendo que los profesores de la Escuela de Ingenieros Industriales puedan optar entre permanecer en la Escuela o pasar al escalafón del cuerpo. Esto parece que es aplicar los decretos ya publicados para que todos los ingenieros se decidan por estar en sus escuelas o pasar a sus cuerpos, sin poder simultanear ambas situaciones. Pero en el curso de la conversación averiguamos que los profesores de la Escuela de Ingenieros Industriales no pertenecen al escalafón del cuerpo; de modo que no tenían por qué optar. Averiguamos también que Domingo ignora cuántos y cuáles profesores de las otras escuelas de ingenieros han optado por una cosa u otra. Con esto se mezcla una explicación de Fernando de los Ríos, sobre destitución de profesores de la Escuela por ineptitud, y su posible colocación en el ministerio. Prieto protesta, porque eso es en junto la anulación de los decretos anteriores que se publicaron por su iniciativa. Dice que no quiere discutir, y que se limita a votar en contra, siquiera para poner a salvo su propia formalidad. Aunque no quiere discutir, discute: y se arranca diciendo que el decreto de Marcelino es de muy vieja política, y digno de un Burell o un Natalio Rivas. Marcelino no dice nada, pero Fernando se pone rojo, y cambia algunas frases con Prieto, henchidas de cólera mal contenida. Con mucho trabajo, se va convenciendo Domingo; yo los dejo discutir y, a lo último, consigo que Domingo se embolse su decreto.

Domingo ha leído en el Teatro Español un drama, escrito en lenguaje radical-socialista, intitulado *Doña María de Castilla*. Pero el verdadero drama de Marcelino Domingo se llama *Santiago Valiente*, el subsecretario.

De un expediente voluminoso que trae Carner, en averiguación de los bienes que tenía la familia real, resulta que el joven Manolito García Miranda, cónsul de España en París en abril de 1931, legitimó la firma del rey en un poder otorgado en París, y gracias al cual pudo retirar de España fuertes sumas. Este García Miranda es el que daba informes a Eduardo Ortega contra su jefe inmediato, Madariaga, y contra su ministro, Zulueta. García Miranda ha sido trasladado a Dresde.

Leo al Consejo cartas poco tranquilizadoras sobre la situación de los campesinos en la provincia de Cáceres. Coinciden con lo que Casares ha dicho repetidas veces al Consejo. Domingo dice que ha enviado más ingenieros agrónomos a Cáceres para el laboreo forzoso de tierras y reparto de fincas. Tengo la impresión de que también por aquí va a fallar la actividad de su ministerio.

Albornoz nos ha dado un apunte de las reformas de la ley de Explosivos y Tenencia de Armas.

Casares nos habla del orden público. Todo está ya tranquilo. Algunos periódicos empiezan a decir que el Gobierno se excede (?) en la represión. *El Socialista* trae un artículo, en el galimatías que usa Zugazagoitia, *tomando posiciones* sobre el particular. No piensan lo mismo sus ministros, en particular Prieto.

Fernando de los Ríos me dice que lo ocurrido en Casas Viejas es muy necesario, dada la situación del campo andaluz y los antecedentes anarquistas de la provincia de Cádiz. Por su parte, Largo Caballero declara que mientras dura la refriega, el rigor es inexcusable.

Los tres ministros socialistas estaban hoy muy contentos porque han firmado en *El Socialista* el contrato para la adquisición de una nueva rotativa que les cuesta cerca de un millón, a pagar en dos años. No tienen dinero, pero confían en que el partido y la UGT lo darán.

El Consejo ha terminado cerca de las diez.

Casares me ha dado a leer un telegrama interceptado, procedente de Las Palmas, en que se afirma que los evadidos de Villa Cisneros han desembarcado en el Senegal.

Me dijo ayer Menéndez que el general Barrera está en París. Tengo la impresión de que la confidente les ha tomado el pelo.

15 de enero

Ayer por la tarde, cuando volví de La Quinta del Pardo, me avisó Casares de que había indicios de revuelta para por la noche. La misma noticia recibí de la Telefónica. Vino luego Casares a verme, y me contó más detalles. Se creía en un alboroto anarquista en Madrid, y el confidente de Irún anunciaba *sabotages* en las líneas férreas, y que para distraer fuerzas armarían un alboroto en Valladolid, etcétera.

También vino el comandante Vidal a contarme lo que sabían en la Telefónica. Se tomaron las consabidas precauciones en los cuarteles y en las calles. Por la noche vinieron Ramos y Guzmán, que con Saravia y los ayudantes se estuvieron aquí hasta las tres. A esa hora, como todo estaba tranquilo, cada cual se fue a acostar.

Resulta, según he sabido hoy, que al Consejo del otro día se le daba gran importancia política, porque los «enterados» suponían que iba a surgir la crisis. Decían que no todos los ministros estaban de acuerdo con el empleo de la fuerza para sofocar lo de Casas Viejas, y hasta apuntaban una discrepancia de los socialistas. La gente ve visiones.

Hoy me ha contado Luis Bello que un redactor de *Luz*, íntimo de don José Ortega, le ha acosado a preguntas, que partían también de aquel supuesto, y de otro: que Albornoz discrepaba de los demás ministros en ciertas medidas que tomar: como la disolución de la CNT. La verdad es que nadie ha propuesto tal cosa.

Esta mañana vino a buscarme Fernando de los Ríos para ir juntos a la inauguración de la Facultad de Letras en la Ciudad Universitaria. Antes, pasamos por el caserón de la calle Ancha, donde el ministro ha realizado algunas obras de remozamiento. No son gran cosa, y tan malo es aquello como cuando yo estudiaba. Desde la calle Ancha, fuimos a la Ciudad Universitaria. Asistía el Presidente, y algunos ministros; profesores, estudiantes, etcétera.

García Morente, decano, que fue subsecretario de Instrucción Pública durante el ministerio Berenguer, pronunció un discurso triste y bobo. No estuvo mucho más lucido el rector. Y Fernando habló después. Trató del *etos* universitario, del hispanismo imperial, y habló del caballo de Troya muy sin venir a cuento. Pero, en fin, discreto. Luego, el Presidente se levantó, y después de hacer notar mucho que se había encontrado sorprendido al ver su nombre entre los que habrían de hablar, dijo una breve alocución, bastante

buena, y que junto a las anteriores tenía que resultar brillantísima. Le aplaudimos mucho.

Cuando dejábamos el estrado, Prieto me dijo por lo bajo:

—Ha estado a punto de quitarle las herraduras al caballo de Troya. ¡Qué cursilería!

Así están estos dos hombres. Cuando Fernando vino a buscarme esta mañana, lo primero que me dijo, aludiendo a su escena con Prieto en el último Consejo, fue:

—¡Discúlpeme usted si la otra tarde no supe contenerme! Ese hombre me hace parecer como no soy. Todo se le vuelven palabrotas, etcétera. Yo nunca he ido al café porque me repugna. Y ha de estar uno soportando su compañía. Tiene un gran talento, pero su fruición es rebajarlo y achabacanarlo todo. Etcétera, etcétera.

Pasada la ceremonia inaugural, hemos visitado el nuevo edificio, del que solo está concluida la tercera parte. A la una, regreso.

Después de comer, he ido a Toledo. Me acompañaba el nuevo subsecretario de Comunicaciones, Palomo, íntimo de Domingo, y diputado por Toledo. El director de la fábrica de Armas, que es un buen señor, se empeñó en que fuera a presenciar el reparto de juguetes a los niños de los obreros. Y allá hemos ido. Mucho frío. El taller nuevo, lleno de gente. Músicas. Más de mil niños (mil doscientos) en edad de recibir juguetes, para una población obrera de ochocientos individuos, entre varones y hembras, que hay en la fábrica, no está mal. Se conoce que los fabrican en serie.

Parece que los obreros de esta fábrica son «buenos chicos». Dice el director que hace más de seis meses que no ha tenido que imponer ni un correctivo ni una amonestación.

A las seis y media estaba de regreso en Madrid. Pensaba trabajar, pero llegó Luis Bello, y a poco Guzmán. Se han estado aquí hasta las diez. Hemos hablado principalmente de la situación de los periódicos, que es muy crítica. *Luz* pierde más de cuarenta mil pesetas al mes. *El Sol y La Voz* perdieron el año pasado cuatrocientas mil pesetas; su presupuesto mensual (el de estos dos periódicos) asciende a quinientas cincuenta mil pesetas. Y no tienen publicidad. La política los ha dejado en seco. La gente que anuncia se va al *ABC*.

Miquel, comprador reciente de *Luz* y de la mayoría de las acciones de *El Sol* y *La Voz*, está asustado, y habla de suspender la publicación de *Luz*. Estas empresas, y todas, andan en conflicto con la Papelera, que no puede resistir la competencia del extranjero, y quieren que se suba el precio de los periódicos

y que se restrinja la importación del papel. Asunto difícil, que está en manos de una comisión desde hace dos meses, y que debe traer a Consejo Domingo. ¿Cuándo? Vaya usted a saber. Supongo que habrá un choque con Prieto, que se opondrá a la subida de precios, en interés del *Socialista* y del *Liberal* de Bilbao; suponen que la subida de precio los hundiría.

Sentiré que ocurra una catástrofe, porque los republicanos nos quedaríamos sin periódicos. Y lo sentiré también por Guzmán, y un poco por Miquel.

Tres diputados, de diferentes partidos, me han hablado hoy de dictadura, como único remedio posible a los alzamientos anarquistas, si continúan. Esta es la propensión nacional, el resabio que los años pasados dejan, y lo que viene de fuera. ¿Es que España no puede vivir en democracia y con ley? ¿Nadie quiere obedecer si no es por la fuerza? Amigos y enemigos de la República, y sus enemigos de ambos bandos extremos, están haciendo todo lo necesario para que se propague la idea de que «así no se puede seguir», y se inclinen los ánimos a una dictadura. La República está hoy en una tenaza: los monárquicos y los anarquistas. Los ataques de uno y otro bando son violentísimos, según el modo de cada cual. ¿Cómo se sale de la tenaza? Yo preferiría no tener que romperla; sino ir aflojando la presión, con pausa, con serenidad, adelantando cada día un poco en la reconstrucción política y social. Es muy de temer que en esto me ayuden pocos; y, desde luego, en los partidos no hallaré sino recelos y envidias, fuera de los muy afines. Ahí está lo ocurrido con la Federación de Izquierdas, estropeada y desvirtuada por los radicales-socialistas, y que tal como nace, a los tres meses, no es lo que yo propuse en Santander y en Valladolid, de acuerdo con los ministros todos, entre ellos Albornoz y Domingo. Como este, hay muchos datos.

La situación es difícil. No tengo más remedio que hacer los imposibles porque acabe de constituirse la República y que estas Cortes voten las leyes que es preciso votar. Si dimitiese ahora, y enviase a paseo todo este barullo, no habría Gobierno posible, y habría que disolver el Parlamento. ¿Quién presidiría durante el período electoral? ¿Lerroux? Sería un escándalo para los republicanos de los otros partidos y para los socialistas; no lo aguantarían. Lo más prudente y menos expuesto a peligros para la República es acabar la obra de las Constituyentes y desembocar en unas Cortes ordinarias. ¡Ya tienen ustedes puesta la casa!, les diría entonces. Y que se las arreglasen como pudieran.

Temo que en lo porvenir, la República no encuentre hombres con autoridad; no con la autoridad del que manda porque ejerce una función, sino

con la autoridad que nace de la conducta desinteresada y limpia y del afán de servir.

El predominio de Lerroux en el Gobierno de la República sería el de la inmoralidad y la vacuidad. Sin que pueda nadie prometerse una mayor energía de su mando. Lerroux, contra lo que cree el vulgo, es débil. Y como todos los débiles, arbitrario y tornadizo. Un día, por dar impresión de fuerza, haría una barrabasada, y al otro, se dejaría llevar por sus propios enemigos. Yo no creo, en conciencia, que deba favorecerse el advenimiento del lerrouxismo. El nivel que ha alcanzado la política en España descendería bruscamente, y la República se desprestigiaría por lo que más daño puede hacerle: falta de confianza en la probidad de sus hombres.

He hablado con Casares por teléfono, después de cenar. Calma absoluta. «¿Qué hay?», le pregunto. «Nada; que nieva». «¿Nieva? ¿Dónde?». «En Madrid». «¡Ah! Pues estoy en mi despacho y no me he enterado». «No ocurre otra cosa». «Todo quedará enterrado bajo una capa de nieve y supongo que lo aprovechará usted para dormir», le digo. «Es lo más sabio. Hasta mañana, *general*», me responde.

En efecto, está nevando. El jardín blanquea en la oscuridad. Hay una gran claridad en la calle de Alcalá, sobre los mármoles nuevos del Banco de España. Esta no es noche de asonada. Dormir.

18 de enero

No se ha producido ningún incidente nuevo. Todo parece en calma. Ahora empiezan las disputas en torno de «la represión». Muchos republicanos querrían que nos arrojásemos sobre los anarquistas presos e hiciéramos en ellos un escarmiento atroz. Por el contrario, otros ya se alarman, suponiendo que el Gobierno va a ser severísimo. Castrovido me ha escrito una carta pidiéndome que no se apliquen penas de muerte. Los monárquicos, como *ABC* y *El Debate*, guardan una actitud ambigua. En otros tiempos pedían en casos como este castigos gravísimos. He dicho a la prensa que no habrá lo que aquí se llama «represión». Obrarán los tribunales, y a sus resultados nos atendremos. Del celo de los jueces no sé qué podemos esperar. El auditor de Barcelona ha designado para instruir los sumarios a un comandante que es abogado y trabaja en el bufete de Roure, un cacique lerrouxista de la capital. Le he dicho al general Batet que designen a otro. En Granada actúa de juez militar suplente un oficial que ha decretado la libertad provisional de muchos

de los encartados en los sucesos de Motril. Y los procesados han hecho una petición para que instruya la causa ese juez militar, y no el juez civil ordinario.

Hoy ha estado aquí el general Batet, para hablarme de cuestiones relacionadas con el acuartelamiento de Barcelona. Y además me ha dicho, refiriéndose a los sucesos de Lérida, que la conducta de los oficiales disponibles, Ramiro y Vozmediano, es sospechosa, porque en lugar de presentarse en la Comandancia Militar, se les vio entre los grupos, y la policía ha dado parte de ello, agregando que parecía como si los capitaneasen. Instruye sumario.

En el Consejo de ayer quedó aprobado el proyecto de reforma de la ley sobre Tenencia de Armas. Y un proyecto de decreto para establecer una colonia penitenciaria en África.

También tratamos ayer extensamente de la situación de Cáceres. El gobernador general de Extremadura, Peña Novo, vino a verme por la mañana, y me explicó lo que allí sucede y lo que puede suceder. Afirma que no hay espíritu de rebeldía, sino «hambre de tierra», y que las gentes desconfían de que otro Gobierno distinto de este les quiera y pueda satisfacer. Me indicó las medidas que pueden adoptarse, y resolví llevar el asunto a Consejo, para adoptar disposiciones de Gobierno, con independencia del curso que lleva la aplicación de la ley Agraria.

Domingo trajo al Consejo los resultados de dos largas entrevistas con Peña Novo, los diputados por la provincia y los alcaldes de las poblaciones más importantes. Comprenden una serie de medidas que según los reunidos resolverán la cuestión; han sido adoptadas no solo por unanimidad, sino con entusiasmo. Y el gobernador general se ha vuelto a su destino, afirmando que todo se arreglará.

La misma comisión que estuvo ayer reunida con el ministro ha pretendido verme hoy para darme las gracias. No he podido recibirlos, y han dictado una nota a Saravia para que se publique en la prensa.

El otro día se dio una comida a Herbette. Fue iniciativa de Manuel Aznar, exdirector de *El Sol*, y de Marañón. Me pareció una ligereza, fruto de la especial camaradería madrileña; aquí todo el mundo acaba por confundirse en el café. Se habló en Consejo de si iríamos o no. Dije que yo no asistía de ninguna manera, no obstante mi amistad personal con Herbette, porque me parecía demasiado que asistiera el jefe del Gobierno. Albornoz y Giral dijeron que irían. Mucho me alegro de no haber estado. Hubo unas cien personas. Presidiendo Herbette, tenía a su derecha a Unamuno y a su izquierda a don

José Ortega; a los dos ministros, los pusieron después. Como uno y otro son, por diversos motivos, algo tímidos, se aguantaron con una desconsideración que, estando de por medio Ortega, no podía ser impremeditada. Lo peor fue que Unamuno habló al final, y entre otras simplezas dijo que estábamos en guerra civil y que M. Herbette era el llamado a aplacar los bandos discordes. La gente se quedó helada. Nadie le fue a la mano. Herbette dijo un discurso muy espiritual, en el que algunos creyeron ver un leve correctivo a la impertinencia de Unamuno. Levantada la mesa, Azorín se mostraba indignado contra don Miguel.

Casi todos los periódicos han disimulado la pifia; otros atacan a Unamuno, echándole en cara, una vez más, que disfruta destinos de confianza del Gobierno; y no falta quien nos reproche que lo mantengamos en él. Pero eso quisiera Unamuno: que esbozáramos siquiera un ademán de agresión. ¡Qué papelón, el de perseguido!

Los embajadores se reunieron para deliberar si asistían o no al banquete de Herbette; decidieron que no, y algunos suponían que Herbette no aceptaría el obsequio.

Albornoz, que estuvo sentado entre Ortega y Alba, me ha contado que Ortega está furioso contra el Gobierno (el otro día no asistió a la inauguración de la Facultad), y que piensa atacarnos violentamente. Proyecta hacer un manifiesto al país, para «ponerlo en pie» contra el Gobierno. Le ha escrito una carta a Sánchez Román, diciéndole, entre otras cosas, que nunca en España se había llegado a una vergüenza igual, etcétera.

El embajador de Alemania me ha visitado para interesarse por la Sociedad Deffries, que tiene un lío de cuentas y dinero con Echevarrieta. Resulta que, después de haberse conseguido que el ministerio de Marina se dispusiese a pagar a Echevarrieta un millón, a cuenta de liquidaciones, con el cual pensaba cumplir sus compromisos en Portugal, aparece un poder irrevocable dado por don Horacio a los alemanes, sus acreedores, para que cobren en Marina todas las cantidades que haya de abonarle el ministerio. Los alemanes, ostentando el poder, se lanzan al cobro; Echevarrieta pide que se le pague a él. El libramiento expedido por Marina ha ido a la Dirección del Tesoro, que no paga, como es natural, hasta que dictamine la Dirección de lo Contencioso.

El embajador me dijo que Echevarrieta es un mal pagador y que con la Sociedad se ha portado muy mal, y que está explotando su propia y tantas veces anunciada suspensión de pagos. Añadió que Deffries está dispuesto a una transacción con Echevarrieta, y me pedía que se demorase el pago, para

dar tiempo a que se formalice un convenio. En otro caso, se querellarían contra Echevarrieta por estafa.

Le contesté que me enteraría de los términos exactos del asunto, en cuanto concierne a la Administración, porque en las cuestiones pendientes entre Echevarrieta y Deffries, el Gobierno no tiene que mezclarse.

Un poco alarmado, por si cometían alguna ligereza, telefoneé a la Dirección del Tesoro. El director, enfermo, no estaba; pero su secretario me dijo que ya tenían una reclamación de los Deffries, y que había pedido un dictamen a la Dirección de lo Contencioso, sobre si se podía o no pagar a Echevarrieta; mientras no lo tengan, no harán nada.

—¿De modo que puedo estar completamente tranquilo, estando ustedes advertidos?

—Completamente —me contestó.

Esto es lo que me importaba. Aunque Giral me había dicho que los abogados del ministerio de Marina opinaban que se puede pagar a Echevarrieta, no me fío de los abogados-mantas, y quería saber lo que piensan en Hacienda. Si ponen reparos, don Horacio no cobrará, aunque quiebre mañana mismo.

Hablando después con Giral, me contó que le han visitado los Deffries, y entre otras cosas le han dicho que se pagaba a Echevarrieta porque el Presidente tenía mucho interés en ello, «por las cosas que quiere hacer en Portugal». ¿Cómo han relacionado una cosa con otra?

Por la tarde han estado aquí los Correa Luna y los Sanz Briones, de la embajada argentina, a tomar el té. Correa es de lo más simpático entre los diplomáticos.

Después de cenar, se ha reunido el Consejo Nacional de Acción Republicana. Muchas historias político-provincianas. Hasta las dos.

Esta reunión me ha venido muy bien para excusarme de asistir a la comida de la embajada de Cuba, «honrada con la presencia de S. E. el señor Presidente». La ocasión no podía ser peor, porque ayer se recibieron telegramas del encargado de negocios contando el asesinato de un estudiante español por la policía de Machado. Le han dado además horribles tormentos. Y cuando nuestro representante formulaba una reclamación muy justa y muy enérgica, no parecía lo más agradable ir a comer con el embajador (quien, por otra parte, habla pestes de Machado).

El Presidente de la República le dijo a Zulueta el otro día que en esto de las invitaciones en las embajadas y otros actos de etiqueta diplomática, el ministerio de Estado debía dejar en libertad a la Casa Presidencial, que para

eso tiene un gabinete diplomático; el ministerio, según don Niceto, le crea dificultades y complicaciones. El punto de vista del Presidente no es admisible, y la realidad ha venido pronto a demostrárselo. Cuando yo estaba esta mañana despachando con el Presidente, Zulueta le telefoneó las noticias de Cuba, y se puso bastante mohíno. «Solo falta —dijo— que asista también el embajador de los Estados Unidos». Cuando supo que yo no asistía se amohinó más.

Por la tarde, cuando yo estaba con el general Batet, ha venido Zulueta a preguntarme si el Presidente debía excusarse o no de ir a la embajada de Cuba. Se lo preguntaba por teléfono don Niceto, pidiendo que el Gobierno le aconsejase. Convinimos en que desistir, o renunciar a la invitación, dos horas antes de la comida, era una campanada tremenda e innecesaria, puesto que nada nos impedía tramitar una reclamación enérgica en La Habana y apretar firmemente.

Un don Alfonso de Borbón, hijo del duque de Sevilla y primo del rey, que es de los fugados de Villa Cisneros, ha dicho al *Seculo*, de Lisboa, que el movimiento del diez de agosto no iba dirigido contra el régimen, sino *contra un hombre*.

—¿Quién?

—Azaña, el hombre más nefasto, etcétera, etcétera.

Hoy me ha regalado Arturo Menéndez un magnífico rifle Colt, quitado a uno de los militares que asaltaron la Casa de Correos el diez de agosto.

19 de enero

Comisión de Zaragoza, con todos sus diputados. Que se dé trabajo. Comisión de la Universidad, de Zaragoza también, para que les ceda un cuartel. Les explico el plan general de acuartelamiento en Zaragoza.

Consejo en Palacio. Indultamos de la pena de muerte a un legionario. El Supremo había informado en contra. Decreto dando de baja en el ejército a los generales sentenciados por el Tribunal de Responsabilidades.

Largo discurso de don Niceto: examen del dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley de Congregaciones. Puntos inconstitucionales, que echan a perder el proyecto del Gobierno. Si el Gobierno tropieza con dificultades parlamentarias para hacer modificar el dictamen, él está a nuestra disposición para intervenir y cargar con la responsabilidad de afrontar el asunto. Lo dice como tema de meditación para el Gobierno, y que resuelva cuando él no esté

presente. En resumen, lo que yo entiendo de su larga disertación es el anuncio de que pondría el veto a la ley de Congregaciones si resultase aprobado el dictamen de la comisión.

También se habló de las elecciones municipales. El Gobierno ha hecho todo lo necesario para que puedan celebrarse en abril, acelerando la confección del censo. Examinamos qué procedimiento podría emplearse para determinar qué parte de los ayuntamientos debe cesar en abril, y cuál debe continuar, porque la renovación de hace dos años fue total y ahora hay que elegir solo la mitad. El Presidente propuso un sistema muy complicado, que yo no entendí bien, y así se lo dije; el propósito es que cesen proporcionalmente parte de las mayorías y parte de las minorías. Desechamos, por tanto, el procedimiento del sorteo. Estuvimos conformes todos, y el Presidente insistió mucho en ello, en una cosa: debe evitarse que por error en el procedimiento, y teniendo en cuenta que ha de darse siempre representación a las minorías, resulte que los monárquicos, derrotados el 31, y vueltos a derrotar seguramente el 33, se encuentren en mayoría dentro del Ayuntamiento de Madrid. Eso podría ocurrir porque ahora tienen quince concejales monárquicos, y, si de los veinticinco puestos que han de elegirse, obtienen los de las minorías, poco les faltaría para que preponderasen en el Ayuntamiento, y tendríamos el extraño caso de que perdieran dos elecciones y sin embargo conquistaran la mayoría. Para evitarlo, la determinación de los que han de cesar debe alcanzar a mayorías y minorías actuales, en proporción. También se convino en establecer el colegio electoral único para cada municipio. Prieto propuso que para la renovación de los ayuntamientos en abril se acordase que cesaran los concejales que tuvieron menos votación el 31; es decir, la eliminación de las minorías. Me opuse, por parecerme injusto, y porque siendo necesaria para ello una ley, se nos crearía en las Cortes una situación dificilísima.

También se habló de la renovación total de cada ayuntamiento, en vista de las dificultades que ofrece determinar el modo de renovación parcial. El Presidente lo consideraba aceptable como una última solución, y a Largo le pareció bien desde luego. Se fundaba en que habiendo censo nuevo, con voto femenino, podía someterse con más libertad a su decisión la constitución de los ayuntamientos. La postura sería muy lucida para el Gobierno, pero quizá peligrosa. A Prieto no le parecía bien, porque es abandonar, con riesgo, posiciones ya conquistadas.

También se habló de las posibles alianzas electorales. El Presidente creía que las candidaturas serían cinco o seis; y lo lamentaba. La opinión

dominante fue que se haría una coalición de los partidos que están en el Gobierno, siendo poco probable que pudiera extenderse más.

El Presidente dijo que él podía hacer alguna indicación en el sentido de que los demás partidos republicanos entrasen en esa coalición, para asegurar el triunfo, pero que lo consideraba estéril.

—Una de las indicaciones que yo pudiera hacer, ni sería oída con cortesía, ni menos escuchada; la otra, oída cortésmente, no tendría mejor resultado.

(Se refería a Maura y Lerroux).

En cuanto a Lerroux, se equivoca. Está deseando la coalición; pero los socialistas no la aceptarán.

En toda su conversación, el Presidente hizo muchas salvedades respecto de su consejo en tales asuntos. Lo daba como tema de meditación para el Gobierno, «el cual puede durar más que yo en la Presidencia de la República», dijo. Incidentalmente añadió que con este Gobierno, separado de sus opiniones políticas personales, como es notorio, se entiende perfectamente y no ha tenido ninguna dificultad, lo cual no le sucedería probablemente con otro Gobierno más afín, sobre todo si estaba en él Maura.

22 de enero

El viernes estuve en Toledo con el Presidente, a inaugurar el Hospital Provincial. Regresé a las seis y media para asistir al Consejo. Estaban ya reunidos, y hablaban de lo que el Presidente nos propuso el día anterior, y de sus opiniones sobre el dictamen de Congregaciones.

A este Consejo llevé el expediente general de revisión de ascensos por méritos de guerra, decretado en 1931. Son muchos cientos de expedientes personales. El Consejo aprobó sin discusión la propuesta.

En el asunto de los carbones asturianos, Domingo trajo un proyecto de decreto, que había de ser firmado por mí, como Presidente, haciendo el reparto de las cien mil toneladas que el Estado ha adquirido. Me entregó el decreto como cosa corriente y sin importancia; yo lo puse a un lado, y en un rato que trataban de cosas poco interesantes, lo repasé. Seguramente, Domingo no estaba enterado de lo que el decreto contenía. Aparte de lo absurdo de la distribución, se proponía la apertura de una cuenta *a justificar*, a nombre de un individuo de la comisión hullera, por más de cinco millones. Pegamos un brinco. Quedó desechado. Nadie, ni Domingo ni Giral, quería después encargarse de proseguir este asunto. Quedó encargado don Jaime.

Se aprobaron decretos de agricultura, sobre laboreo de tierras, que ojalá sirvan pronto para algo.

Continúan las invasiones de fincas en Cáceres; se hace propaganda diciendo que son atentados comunistas y sindicalistas. No es exacto. Los pequeños agricultores se mueren de hambre, y muchos propietarios se niegan a dar tierra y trabajo. ¿Pedirán que nos limitemos a rechazar las invasiones a tiros?

La otra tarde llamé a Echevarrieta, para que me explicara su enredo con los alemanes, y qué significa el poder irrevocable que ha dado a Deffries para cobrar en su nombre las cantidades que debe pagarle el ministerio de Marina, y por qué habiendo tratado conmigo de las cosas de Portugal ha adquirido un compromiso que las hace casi irrealizables. Me dio explicaciones confusas, habló de Wair, del almirantazgo alemán, y de no sé qué otras cosas. Embarullado, y a veces, ruborizado. Todo se redujo a decirme que no me preocupase, que le dejase a él, que los alemanes pedían un arreglo y él se negaba, que el informe de lo Contencioso era contrario, pero que lo arreglarían, etcétera. Y que no quería nada con Alfonso Costa, que está muy desacreditado. Me produjo muy mala impresión, y le dejé marcharse, porque comprendí que estaba acorralado y en un potro. En adelante, prescindiré de este señor, que me parece demasiado lioso. Cuanto menos se hable con los financieros, mejor. Y sobre todo, yo.

El otro financiero, March, todavía preso, nos hace el daño que puede, sobre todo en Marruecos. Y existe la impresión de que ha sobornado al representante de La Canariense, el cual trabaja por el hundimiento de su propia compañía.

Ayer estuve en la sierra, por la tarde. Luego, en el ministerio, puse en limpio un proyecto de decreto sobre la intervención militar. Llamé al general Romerales y le pedí informes sobre las condiciones de seguridad en que se hallan Cavalcanti y Fernández Pérez, exgenerales procesados por lo de agosto. Se hallan en el Hospital Militar. En vista de los informes, oficié al juez instructor, para que, bajo su responsabilidad, tome las precauciones necesarias.

Por la noche, comida en la embajada inglesa. Allí estaban Mello Barreto y García Kohly, entre otros, con Estrada. García Kohly me dijo que había conocido a un mexicano, a quien había tenido por enemigo suyo, y que después de comer juntos y de una larga conversación quedaban muy amigos, pareciéndole el mexicano inteligentísimo. Resulta que es Guzmán. Lo de la

enemistad venía de los artículos que publica en *La Voz* el hijo de Hernández Catá («ese miserable de Catá», dice García Kohly) insultando al dictador Machado. García Kohly ha pedido que cese esa campaña, motivada por el asesinato de un estudiante español en La Habana.

Hoy, domingo, ha venido por la mañana Zulueta, a traerme los despachos cambiados con nuestro encargado de negocios en La Habana y la copia de la nota presentada ante aquel Gobierno. Dice Zulueta que el encargado de negocios lo ha hecho muy mal, y nuestra posición, que era buena, pierde fuerza por las ligerezas cometidas por aquel funcionario. El cual se envanece en sus despachos de los «bombos» que a su persona dedica la prensa adversa a Machado. Las cosas están a punto de ruptura, porque el Gobierno cubano quiere devolver la nota. La lectura de los documentos que me trae Zulueta produce una impresión deplorable; el encargado de negocios debe de ser tonto. Convenimos en trasladar la negociación a Madrid. Y si el Gobierno cubano devuelve la nota, romper las relaciones.

Han comido aquí los Guzmán. Después, con Cipriano, hemos salido todos a la sierra. Hacía un tiempo hermoso, pero glacial. En lo alto del León, un viento duro. Hemos vuelto por Manzanares y Colmenar.

A las ocho he ido a casa del Presidente, informándole de los asuntos de Cuba. Aprueba lo hecho. La lectura de la nota redactada y presentada por el encargado de negocios le produce asombro; en la nota se citan refranes como este: «El que da primero da dos veces».

Hoy, además del solaz del campo, he tenido el de enfrascarme en lecturas literarias. Esto me restituye a mi ser, me desliga de las mezquindades políticas, y me airea y sanea el alma. Es lo único que me gusta siempre, de lo que no me canso, y donde hallo la paz. Las letras me reponen en mi antigua y feliz soledad, a la que no veo la hora de volver.

25 de enero

Esta mañana, después de la audiencia militar, he ido a firmar con el Presidente en Palacio. Desde la una a las tres menos cuarto. Me he quedado yerto, porque aquello está muy frío. Llevaba muchos decretos, entre otros, los de la combinación de cargos judiciales, que eran más de doscientos.

He aprovechado la ocasión para hablar con el Presidente de cierta campaña que vienen haciendo algunos periódicos, encaminada *delicadamente*

a indisponerme con don Niceto, o dando por hecho que ya estamos enfadados. También dicen que yo «menosprecio el Poder Presidencial», o niego que exista, y que solo admito el Parlamento, etcétera, etcétera. (Es mucha la ignorancia de las gentes, que no han leído la Constitución, o no saben lo que dice, ni entienden sus vocablos, pero no es menor su malicia).

El *ABC* del domingo mentaba al Presidente de la República, incitándole a resolver el que llaman conflicto político. Quieren que el Presidente nos despida, como hacía el rey. Los periodistas me asaltaron el lunes en el Ritz, y conversaron conmigo. Me limité a decirles que yo no opinaba nunca más que en las Cortes, y que respecto de unas *declaraciones* de Lerroux, que tanto les preocupaban, nada tenía que comentar. Un redactor del *Heraldo*, allí presente, atacado de lerrouxismo venenoso (el mismo sujeto que hace meses vino a pedirme que le diera *una comisión* para Marruecos), ha pergeñado para su papel una interviú en la que me hace decir tonterías, de las que saca la conclusión de que el Gobierno, aunque lo niegue, está en crisis. El *ABC* se apodera de estas supuestas palabras mías, y de otras referencias de prensa, y vuelve a la carga con lo de si el Parlamento es o no es, y si el Presidente puede esto, o lo otro. La misma cuerda suena en *El Debate*, y no digamos en los papeluchos de *las extremas*. Es verdaderamente desvergonzado tratar de meter así en su juego al Presidente. Por eso, esta mañana, después de llamarle la atención sobre esa campaña, le he dicho que no me atrevía a dar una nota llamando la atención sobre su impertinencia, por no empeorar la cuestión, pues, con pretexto y apariencia de contestarme a mí, descargarían también sobre él: «No hay que hacer nada. Déjelos usted que discutan. Lo que les gustaría es que usted les contestase. Harían ruido, y daño. Lo que sí se puede hacer es aprovechar cualquier oportunidad para dejar caer que los poderes del Presidente son los que son, y no dependen de interpretaciones ni prescriben por el no uso».

Tal ha sido la respuesta del Presidente, que me parece acertada.

Es cosa que espanta el estado de incultura del vulgo político español. No sé yo si llegarán a dos docenas las personas del mundo parlamentario y periodístico con las que se pueda razonar seriamente y sabiendo cada una lo que quiere decir la otra.

Esta tarde, a las cinco, he ido a presidir el Consejo de Administración del Consorcio de Industrias Militares. Trabajo cuesta enderezar estos asuntos; ya va mucho mejor que antes, pero se necesitará otro año, por lo menos, para que acabe de entrar en caja. Les he comunicado el plan de fabricaciones para este año, que es muy superior y mejor ordenado que todos los anteriores. Se va a

fabricar como no se había hecho nunca en España; con un propósito y un plan.

Después he hecho dos visitas, una a casa de Aznar, exdirector de *El Sol*, cuya mujer ha muerto de la gripe en pocas horas; vuelto al ministerio, recibo al alcalde de Bilbao, que viene a pedir auxilios para los obreros parados; al jefe de Estado Mayor de Marruecos, que me cuenta con detalles lo de Bab-Tara, más grave de lo que parecía. El coronel (que según me dice Saravia no ha hecho en toda su vida más que comerciar en géneros ultramarinos, siendo el primer cargo militar que ha desempeñado el de jefe de Estado Mayor) está un poco asustado. El instigador visible de todo esto es el cherif de los Darkanas, protegido francés, que vive en Tánger. Hay que procesarlo, y convendría detenerlo, si los franceses no lo impiden. Llevarlo preso a Ceuta no dejará también de ser peligroso, porque pueden soliviantarse sus parciales.

El coronel afirma que los marroquíes nos odian, y nos soportan, mientras nos tengan miedo. Está seguro de que con cien mil pesetas se pueden echar al campo contra nuestros mil moros con fusil. Un incidente así se cortaría pronto; pero un levantamiento general sería imposible de sofocar.

Rasgo característico: el general subsecretario me dijo esta mañana que había hablado con este coronel y le había contado cosas interesantes sobre lo de Bab-Tara; pero que traía instrucciones de su general de no hablar de ello si no le preguntaban, y contar todo lo que supiera en caso de ser preguntado por mí.

El motivo de esto es la rivalidad con las autoridades civiles, y lo mal que soportan a un alto comisario civil. Como este es el jefe, y el asunto *es político*, los jefes militares hacen como que se desentienden de ello.

Ha venido Bolívar, para hablar del destrozo que el Ayuntamiento ha hecho en el arbolado de la Casa de Campo. De ello informé al Consejo de ministros, por si era motivo para rescatar de las torpes manos municipales aquella finca, que en mala hora y contra mi voto, les entregó Prieto cuando era ministro de Hacienda.

Luego el comandante Vidal viene a contarme las últimas informaciones recogidas por la Telefónica. Ha sido una conversación del rey de Calvo Sotelo con su primo Alfonso, el fugado de Villa Cisneros. Han averiguado otras cosas. Me propone, de parte de Rico, un viaje de este a París, para explorar.

En el Consejo de ayer, se comentó de nuevo la indicación del Presidente de la República sobre el dictamen del proyecto de ley de Congregaciones, y convenían todos en que le pondrá el veto, si se aprueba tal como está.

Albornoz decía que ha estudiado las observaciones hechas por el Presidente, y que a su juicio el texto del dictamen no es anticonstitucional. El Presidente ve el asunto con criterio político.

Yo les hice notar que, por las diferencias existentes entre el proyecto del Gobierno y el dictamen de la comisión, no valía la pena de arrostrar un conflicto entre el Presidente y las Cortes, que podría conducir a una disolución prematura, o a una crisis presidencial y seguramente a una crisis ministerial, que haría mucho daño, siendo por un motivo como ese. La República está demasiado tierna para sufrir un vendaval de esa fuerza. Todos estuvieron conformes, sin excepción alguna; e incluso Albornoz aprobó mi criterio. Añadió que hacía su observación para marcar cuál era la posición del Presidente, que parecía orientada hacia un mañana más o menos remoto; pero que se daba cuenta de los peligros notados por mí, y ya había comenzado algunos trabajos cerca de la comisión, hablando con su presidente, que, por cierto, es radical.

Domingo trajo al Consejo un proyecto de decreto francamente absurdo. Para favorecer a la industria corchera pretendía declarar *obligatorio* el empleo de planchas de corcho en las techumbres y en los muros de todos los edificios que se construyan por el Estado, las provincias y los municipios. Nada más. No fue aprobado. Cuando leyó el primer artículo, pegué un respingo y me acordé de los arbitristas. Sin embargo, lo han elaborado *los técnicos*.

Me dicen que Echevarrieta y los alemanes han llegado a un acuerdo. Echevarrieta cobrará la mitad de su crédito, y cederá la otra mitad a Deffries.

Hoy he recibido el plan inglés de ocupación de las rías bajas de Galicia. Es antiguo, porque data de antes de la guerra. Pero de interés. Veré si lo conoce nuestro Estado Mayor Central.

García Kohly le ha escrito a Zulueta una carta larguísima, de cuatro o seis hojas de máquina, que he leído. Se queja, en una literatura elocuente a su modo, de las cosas que dice *La Voz*. Abundancia de frases sonoras.

El lunes, 21, ceremonia militar: en el ministerio impuse una condecoración y entregué una espada al agregado militar de México, que regresa a su país. Discursos. Fajines. Caras serias. Después, banquete en el Ritz. Asistió el embajador, Estrada, que es gordo y simpático, y me entretuve. Sin embargo, el coronel del regimiento de artillería a caballo le ha dicho a Vidal que me encontró triste. (Más bien cansado).

Ha venido a verme Madariaga, que está de paso en Madrid. Se ha disgustado mucho con Zulueta porque ha nombrado cónsul en Ginebra a Plácido Álvarez Buylla, «que no sirve para ese puesto», según Madariaga, y que además estaba entendido con García Miranda para proporcionar noticias a Eduardo Ortega en contra del embajador y del ministro.

Madariaga me habla de la ley de Incompatibilidades, que le concierne, y probablemente renunciará a la embajada, para quedarse de diputado, «a no ser que estuvieran próximas las elecciones generales».

26 de enero

Después de una corta audiencia, he ido a Carabanchel, invitado por el general Augustin, director de la Escuela de Equitación y comandante general del campamento. El motivo era la clausura del curso de coroneles en la escuela. Me hacen oír una conferencia de un teniente coronel, que ha consistido en describir un imaginario combate de caballería en Boadilla del Monte. Ninguna doctrina.

Hemos comido en la escuela, con todos los jefes y oficiales. Incidente: el general de la división, allí presente, no estaba invitado a comer por el general Augustin; Cabanellas le ha tratado duramente, porque él es la primera autoridad militar, y no puede celebrarse ningún acto oficial en estos establecimientos sin contar con él, etcétera. Augustin se ha *hecho un taco*. Tenía razón Cabanellas, y se la he dado. Las antipatías personales entre estos señores son grandes, e incurables.

27 de enero

Anoche estuvo aquí Guzmán. Hablamos del asunto de los portugueses, a ver si ahora le damos un impulso. Don H. está dispuesto. Pero me falta poner de acuerdo a Costa con De Pereire, que vendrá a Madrid dentro de unos días. Viguri, el director del Banco de Crédito Industrial, también se ha enterado de este asunto, no sé cómo; ve los favorables resultados que podría tener en el orden comercial y político, y le ha propuesto a Guzmán una combinación para favorecer los proyectos. Espera que yo la apruebe.

Esta mañana he tenido pocas visitas. Ha venido Pedregal con el director de la Real Compañía Asturiana. (Pedregal no ha querido aceptar la presidencia de la Campsa porque tiene asignado ese cargo demasiado sueldo).

El Consejo de esta tarde ha sido, a ratos, tempestuoso. Antes de comenzar vino Corominas, una vez más con el asunto de los rabassaires. Soliviantados los rabassaires con una innecesaria revisión de rentas, decretada por De los Ríos cuando era ministro de Justicia, y por la propaganda de Companys y Aragay, agravada en la reciente campaña electoral para el Parlamento catalán, no quieren ahora consentir que se ejecuten las sentencias de desahucio. Ya pretendieron los comisionados catalanes, hace dos o tres meses, que el Gobierno dictase un decreto suspendiendo la ejecución de las sentencias. Nos negamos. Yo les dije entonces que originándose las dificultades de una cuestión de derecho civil, materia reservada a la Generalidad, podían y debían hacer una ley regulando el contrato de aparcería, etcétera. Corominas me ha dicho hoy que están en la idea de hacer esa ley, pero que, como es urgentísimo lo de los desahucios, antes habría que hacer otra suspendiéndolos; y quiere saber si la harían las Cortes o, en otro caso, el Parlamento catalán. Le repito las dificultades que hay para una cosa y otra; el Parlamento catalán no puede tocar a la materia procesal. Quedamos en que hablaría de ello en Consejo, para contestarle el lunes.

Le he llamado la atención a Corominas sobre ciertos artículos del proyecto de Constitución para Cataluña, que chocan con la Constitución de la República. Y le hago notar que además de impolítico, e ilegal, sería cómico que el primer recurso ante el Tribunal de Garantías tuviera que interponerlo el Gobierno contra una ley de la Generalidad.

Todavía estaba hablando con Corominas cuando llegó Largo Caballero, que esta mañana me pidió por teléfono que lo recibiera antes de empezar el Consejo. Viene a hablarme de la polémica que Luis Bello sigue en *Luz* con *El Socialista*, atacando al ministro de Instrucción Pública. Luis Bello ha estado poco oportuno planteando la cuestión en tales términos, y el ministro se ha enfadado. Fernando, según he podido leer en unas declaraciones suyas, que yo no conocía hasta después del Consejo de esta tarde, había incluso caído en la necia sospecha de que yo me valía de Luis Bello para hacerlo saltar del ministerio. Largo quería que se aclarase el asunto. Le digo la verdad: que la campaña de Bello no me ha sido consultada, ni tengo medios de impedirla; que anoche le envié un recado a Bello con Guzmán, llamándole la atención sobre los peligros de su polémica; y que no había más sino hacer una nota

oficiosa amparando al ministro, etcétera. Así quedó convenido. Después me habló de la gestión de algunos gobernadores, que tratan con los sindicatos de la CNT, reconociéndolos aunque no estén legalmente constituidos.

En el Consejo, después de hablar de lo de Corominas, y confirmar nuestros acuerdos anteriores, y del plan para la primera sesión de Cortes (Besteiro me dijo esta mañana que no le parecía bien comenzar por la ley de Congregaciones, pero el Gobierno sí quiere), y de otros asuntos, se acordó a propuesta mía añadir al decreto de revisión de ascensos por méritos de guerra, aprobado el otro día, un artículo concediendo el retiro a los *revisados* que lo soliciten. Todos estuvieron conformes con la medida, a ver si pueden salir del ejército los más descontentos. (Luego se irán a conspirar, pero más vale que conspiren fuera que no dentro de las filas).

Proyecto de Justicia estableciendo un procedimiento y unos tribunales *de urgencia*. El pintoresco ministro ha estado muy bueno.

Cosas de Giral sobre rescisión del contrato con Echevarrieta. Apenas acabó de leer Giral el proyecto dijo Prieto: «Salvo mi voto». Se examinó el proyecto con alguna detención y se le añadió algo. Cuando se le pidió a Prieto que dijera sus razones, se limitó a contestar: «Solo quiero que recuerden ustedes que yo me opongo». Luego añadió que el proyecto le parecía innecesario y contradictorio.

Varias cosas de Hacienda. Se exhiben las fotos de los destrozos hechos en la Casa de Campo por la poda bárbara. Las envié anoche a *La Voz*, que hoy las publica. Quisiera intentar el rescate de la Casa de Campo.

Marcelino me trae la cuestión del carbón en Asturias. Las conclusiones de la conferencia hullera son fantásticas e inadmisibles. Todos lo reconocen. Y que el problema no tiene por ahora solución. Prieto insiste en que los mineros tienen que resignarse a trabajar un día menos a la semana, así como en otras industrias se trabaja tres o cuatro días. De los Ríos agrega que aunque los obreros se encargaran de la explotación de las minas, el problema seguiría siendo el mismo, porque el carbón no se vende.

La huelga está anunciada para el día 6. Domingo dice que la huelga es la única solución por el momento.

A este propósito se habla de la cuestión de orden público, y Casares cita los casos de tres militares retirados, detenidos con uniforme y con armas en el lugar de los sucesos del diez de agosto, y cuyos procesos van a ser sobreseídos por el juez. Está indignado Casares, y dice que así no puede trabajar. Los conspiradores se quedan riendo, y para otro complot que lo aguante el fiscal, no él. Casares se acalora. Albornoz cree que Casares le hace

responsable de lo que ocurre, y se enfada también. He salido del salón de Consejos para hablar con Ramos, y cuando he vuelto estaban aún enzarzados. Albornoz ha dicho: «Si alguno sobra aquí soy yo». Los he calmado, sin hacer gran caso de su enfado. Quedamos en que Albornoz hablará con el fiscal, para que en lo posible evite los sobreseimientos, y espere al acto del juicio para retirar la acusación, si del sumario y del juicio no aparecen pruebas bastantes, por más que en los tres casos citados por Casares la participación en el delito es evidente y notoria.

Los dos se han disgustado mucho, sobre todo Casares, que se ha quedado solo conmigo cuando se han ido los ministros, y me ha dicho, muy emocionado, que, después de haber trabajado tanto por la República, está ya harto de República, que estos *juristas* se dejan quitar de las manos; y que si no fuera por el afecto que me tiene, ya se habría ido del Gobierno.

La reunión de hoy me ha dado mala impresión, y si todos están tan cansados como yo, no doy un pitoche por este Gobierno.

Tenemos ya la franca amenaza de los radicales de retirarse del Parlamento.

Escribiendo estaba estas notas cuando me llama desde Tetuán López Ferrer, para hablarme del asunto del cherif de los Darkanas. El cherif se halla en Tánger. Le han procesado como principal instigador del complot de Bab-Tara. El ministro de Francia en Tánger no opone ningún reparo a que el cherif sea detenido y llevado a Ceuta. Me dice López Ferrer que la prisión puede hacerse esta misma noche. Hay el peligro de que la detención del cherif soliviante a toda su secta, pero, si no se le detiene, creerán los moros que España no se atreve con él y será peor el efecto. Le contesto a López Ferrer que no haga nada hasta mañana por la noche, para darme tiempo de consultar con el Gobierno y de poner el caso en conocimiento del Presidente.

Recuerdo que el coronel de Estado Mayor de la zona, cuando habló conmigo el otro día, me dijo que la prisión del cherif no podría realizarse «hasta abril», y que para entonces convendría hacer una demostración militar. Esa tardanza acaso la calculaba suponiendo que serían necesarias largas conversaciones con Francia para obtener la detención.

28 de enero

El fiscal de la República viene a decirme que la sala 6.ª del Supremo no ha aprobado el auto de conclusión del sumario por los sucesos del diez de agosto, y ha acordado nuevas diligencias sumariales que retrasarán la celebración del juicio dos o tres meses. El acuerdo se tomó por unanimidad de todos los magistrados menos uno, Antón Oneca. El fiscal asegura que la Sala se propone ir dando largas al asunto, en espera no se sabe de qué, para que los hechos queden impunes.

También he recibido esta mañana unas pocas visitas.

Quedó rehecho y terminado el expediente de revisión de ascensos y extendido el decreto. Ya se ha traslucido algo entre los militares, y hay gran revuelo. Dos de mis ayudantes están algo nerviosos.

Tenía citados para esta mañana al ministro de Agricultura y a Guzmán; queríamos hablar del asunto del papel. Pero el Presidente me citó para la una, y la conferencia se ha aplazado.

Despacho con el Presidente. Mucha firma. El decreto de revisión de ascensos le parece muy bien. «Nos creamos cuatrocientos enemigos», le he dicho, para que no le tome de sorpresa cualquier incidente. «¡Qué se le va a hacer!», contestó el Presidente.

Le di cuenta de lo del cherif de Darkana, y opinó que no había más remedio que llevar el asunto adelante y prender al moro.

También le anuncié lo de la proyectada retirada de los radicales. «¿Y por qué motivo?», me preguntó. «Buscarán cualquier pretexto para abrir —dicen ellos— unas consultas presidenciales».

«Para tomar en serio una determinación como esa y medir su importancia, habrá que conocer el motivo. No bastaría decir que ya no pueden aguantar más en la oposición. Otro día dirían lo mismo los radicales socialistas…», responde el Presidente.

«Yo haré todo lo posible por evitarlo».

«Claro, claro».

Hoy ha hablado más claramente que de costumbre. «Usted —me ha dicho — gobernaría con más comodidad si no tuviera que entenderse más que con Acción Republicana. Así tiene usted que contemporizar. Con una mayoría formada de retazos, todo resulta más difícil».

—Una mayoría homogénea y un Gobierno homogéneo serían lo mejor. Pero con estas Cortes no puede formarse una mayoría de ese orden.

—Evidente. Hay un estado de inquietud social, que convendría disipar, aun manteniendo una política de izquierdas.

—Los golpes van contra la colaboración socialista; pero yo creo que la colaboración socialista ha sido y es provechosa.

—Yo también lo creo —repuso el Presidente— y la prueba es que cuando se resolvió la crisis y usted me dijo que iba a formar este Gobierno le dije que lo formase. Una colaboración de ese género tiene siempre un pasivo. Pero cuando se haga el balance, y solo podrá hacerse después de que los socialistas salgan del poder, se verá que el activo supera mucho al pasivo.

Después hablamos del proyecto de intervención obrera en las industrias, que está pendiente de aprobación en las Cortes hace más de un año, y por el que me ha preguntado Largo Caballero. Al ministro le he dicho que lo llevaremos a Consejo de ministros, para examinar las enmiendas presentadas, pero la discusión y la aprobación de este proyecto sería hoy inoportunísimo; «esperemos —le dije a Largo— por lo menos hasta el final de esta etapa parlamentaria». El ministro se conformó, pero añadiendo que a su parecer no debería dejarse ya para más tarde.

De este asunto hablé, pues, con el Presidente, haciéndole saber mis prevenciones sobre la oportunidad de esa ley. El Presidente me dijo que era partidario teóricamente de la intervención, que no le asustaba, como no le asusta casi nada en el orden de la reforma social. Pero que el proyecto había sido desnaturalizado, en relación con la idea que él tuvo, siendo Presidente del Gobierno, al animar a Largo para que lo presentase. Nunca pensó en una intervención *de taller*, sino en los consejos de administración. Como si tuviese un pensamiento ulterior, el Presidente me dijo:

—Usted lleve las enmiendas al Consejo de ministros. Un día hablaremos de esto.

(Todo me confirma en la suposición de que el Presidente espera el resultado de las elecciones municipales para decidir un cambio de política. Lo encuentro bien, y muy lógico. Mi antiguo propósito, si los radicales no lo hubieran dificultado, y si no acaban por hacerlo imposible, es apurar la vida de las Cortes con una situación exclusivamente republicana).

Hablando de las dificultades internas del Gobierno, a causa de su composición, el Presidente me dice:

—Si en los ministros socialistas predominase el matiz de Prieto, tendría usted muchos menos obstáculos que vencer.

—Indudablemente.

—Prieto es un gobernante.

—El más difícil es Fernando.

—Sí. Tiene un fanatismo de intelectual, y un encono que procede de las luchas locales granadinas.

También me dijo que hemos de hablar de Jaén y Cáceres.

He recibido una carta curiosísima de nuestro agregado militar en Roma, antiguo amigo mío, contándome las desgraciadas andanzas del embajador Alomar. Resulta que, después de otras muchas ridiculeces, Alomar se ha amancebado con una criada de la embajada, y va a cenar con ella en los cafés, e invita a los agregados. «Esto es Grecia, la Grecia que yo soñé», parece que ha dicho Alomar, hechizado por su libertinaje. Se está poniendo y poniéndonos en ridículo. Si se aprueba pronto la ley de Incompatibilidades, tendrá que dejar el cargo, y esa sería la mejor solución. Pero si opta por la Embajada, habrá que quitarlo. También me cuenta Lisardo que uno de los secretarios, de arraigo monárquico, le hace el amor a una hija de Alomar, para tener influencia. Y Alomar asegura ya que el secretario enamorado «sirve ahora con lealtad a la República».

A media tarde ha venido a verme el embajador de Francia. Deseaba saber las perspectivas de política interior, al abrirse el Parlamento, y nuestro estado de relaciones con Francia. Un poco extrañado de *la démarche*, que él me explica por la conveniencia de informar auténticamente a su Gobierno, le contesto algunas cosas vagas y generales, de las que puede ver en los periódicos.

He estado en el concierto de la Filarmónica, en el Español. Subieron al palco, en un descanso, Albornoz y su mujer. Albornoz me ha dicho que ha hablado con el fiscal, acerca de los procesos pendientes, y con el presidente de la sala 6.ª «a quien ha dado un disgusto, haciéndose el enfadado». Albornoz opina que en la Sala quieren retrasar el asunto, como en espera de un cambio político.

He vuelto después al ministerio y llamo por teléfono al alto comisario en Tetuán. López Ferrer me dice que no han hecho nada en lo del cherif, y que a un telegrama mío (sin duda expedido por la Dirección General) contesta con otro, diciéndome su opinión sobre el caso. López Ferrer se embarca mañana para España.

Por la noche voy a casa de Cipriano, que está enfermo. Cuando ya íbamos a volver a casa, llegó Guzmán, y se prolongó la tertulia. Guzmán me acompañó al regreso, y se estuvo en mi despacho hasta la una y media,

hablando del asunto del papel y de los periódicos. Domingo ha elaborado una solución que no sirve para nada.

29 de enero

Hoy domingo me he levantado algo tarde. Recibí, apenas salí al despacho, la visita del comandante Vidal acompañado de Rico, director de la Telefónica. En esta Compañía hay dos Ricos de apellido, y muchos de condición. Este director es un asturiano recio y alto, redundante y facundo. Según Vidal, tiene Rico grandes deseos de servirme y de servir al Gobierno. Hoy me ha contado lo más importante de las conversaciones que han captado en el circuito París-Lisboa desde que desembarcaron los evadidos de Villa Cisneros. Han oído hablar al rey con su primo Alfonso Squilache. Deduce Rico que el rey lleva la dirección de los trabajos para una acción contra la República, y funcionan dos comités: uno presidido por Calvo Sotelo, que entiende en las cuestiones financieras de la conspiración, y otro, presidido por Guadalhorce, que está en relación con los elementos de acción, militares y civiles.

Rico viene a decirme —ya me lo había anticipado mediante Vidal— que le parece útil ir a París cuatro o seis días para hacer una información sobre el terreno, y averiguar lo que traman, averiguación posible, porque conoce a muchos de los que andan en el ajo. Durante su estancia en París podría él mismo hacer los trabajos necesarios, pero lo estima imprudente, porque si le vieran frecuentar a los monárquicos quizás en España lo acusaran de desleal. Se valdrá de una tercera persona. Me pide presentaciones para alguna persona de confianza en la embajada, y para algún político francés. Rico cree que la embajada de España en París no sabe contrarrestar la acción de Quiñones de León, que mantiene sus antiguas relaciones en la sociedad de París, especialmente entre industriales y financieros.

He pensado lo que podría haber en el fondo de las intenciones de Rico. Simple propósito de hacerse valer y contraer méritos, aunque el viaje no tenga a lo mejor otro objeto que el de llevar a su mujer unos días a París. O fantasía que abulta el hasta ahora flaco contenido de sus informes, y cree que en efecto puede hacer algo de útil. (Puede que vuelva contándome, como fruto de su viaje, lo que ya sepa). ¿O un doble juego? Para ir a París no necesita decírmelo, e incluso puede ir y volver sin que yo me entere. Las precauciones que toma para hablar a los monárquicos, y el venir a decírmelo a mí primero, para que no se sospeche de él en España, ¿es un modo de probar la coartada? Y después de todo, ¿para qué? No tengo ningún motivo para dudar de la

lealtad de Rico, aunque sea interesada o nazca del sistema de estar a bien con el poder. Como quiera que sea, no he tenido duda en aprobar su viaje. Ya veré lo que me cuenta, y eso me permitirá formar juicio más cabal.

No he podido salir de paseo, porque a primera hora de la tarde se ha puesto a llover a mares. He ido a casa de Cipriano, y allí me he estado, con otros amigos, hasta las nueve.

A las once y media viene Casares. Me cuenta que los mineros de Asturias han votado en favor de la huelga, casi por unanimidad. Mañana lunes presentarán el oficio, para comenzar el paro el otro lunes. Son los de la UGT. Situación difícil, con probables repercusiones políticas, porque difícilmente podrán afrontar el conflicto desde el Gobierno los socialistas. Es también probable que en otros puntos salte algún chispazo como los pasados. En Zaragoza, quizás en Barcelona, donde se sigue encontrando bombas. Anguera de Sojo, presidente de aquella Audiencia, que ha venido ayer a Madrid, cree que la CNT no ha sido más que la máscara en los alborotos pasados. Hay indicios de manejos italianos. El cónsul general de Italia en Barcelona, que llevaba muchos años allí y conoce admirablemente la ciudad, ha sido trasladado a Roma, para trabajar a las órdenes inmediatas de Mussolini. Y ha sido nombrado cónsul en Barcelona, descendiendo de categoría, el que estaba en Londres. El embajador de Italia ha ido a Barcelona y ha visitado los cuarteles. Ahora va a Mallorca.

Pocos días antes de comenzar los sucesos anarquistas, llegaron de Italia tres fascistas, y uno se quedó en Barcelona, otro fue a Zaragoza y otro a Valencia.

Anguera de Sojo afirma que en el movimiento pasado ha circulado mucho dinero.

Unos funcionarios de ferrocarriles, que visitaban a los políticos importantes para pedirles apoyo en el asunto de las incompatibilidades decretadas demasiado a la ligera por Prieto, fueron a ver a Lerroux. Los dejó explicarse largamente, y por toda respuesta les dijo:

—No se apuren ustedes. Ese asunto, como otros que han salido de *esa cloaca* (*es decir, del Gobierno*), los arreglaré yo dentro de ocho días cuando sea poder.

5 de febrero

Espléndido día el de hoy; de los que suele traer febrero en Madrid. He salido al despacho ya tarde, por ser domingo. He hablado unos momentos con Saravia, y he estado un buen rato en el balcón, al sol. Después de comer, he ido con parte de la familia al puerto de La Morcuera. No ha sido posible llegar, por la mucha nieve; en un ventisquero, cerca del puerto, alcanza hasta ocho metros. Hacía muchos años que no nevaba tanto. Hemos bajado a pie hasta cerca de Miraflores. Olor de los robledales húmedos, estruendo del arroyo engrosado por el deshielo, en el fondo del barranco. Bascas de agua viva, espumante. Serenidad de la luz. ¡Cómo sería la tarde que ni el valle de la Pedriza estaba triste! Regresamos por Cerceda y Villalba.

Ayer tarde también salí, a La Quinta. Paseé por los alrededores y por los jardines. El nuevo jardín de abajo, donde estuvo el antiguo, destruido por el rey para plantar verduras, ya está replantado, y arregladas dos avenidas de cipreses. También están puestos los chopos de la arroyada. La sierra, desde La Quinta, está deslumbradora de contrastes luminosos. Largas soledades blancas en las cumbres, de tal pureza indecible. Oros y rosa. Pendientes negruzcas, brillantes como acero. Todo el paisaje, tan llovido y nevado, chispea, destella, rebrilla. Robustez de los verdes. Nitidez de líneas. ¡Qué alegría serena! ¡Y cómo me enlaza el paisaje con el tiempo histórico de esta comarca: Manzanares, Buitrago, Torrelaguna!… Hasta hace una docena de años, todos estos lugares estaban como los dejó el siglo XV, cuando los castillos mendocinos estaban habitados. La resurrección de las carreteras, gracias al automóvil, los pone otra vez al alcance de todos. Ya Madrid se esparce hacia el norte; por todos estos sitios habría que restituir una civilización.

También ayer, de vuelta de La Quinta, fui al Ritz, invitado por los Sánchez Guerra. Daban «un té» a gentes de la política y de la diplomacia. Una semana han estado Sánchez Guerra y su mujer rogándonos que no faltáramos. No podía faltar. Bastante gente. El Nuncio, que se sentó en la misma mesa que yo, me dijo que aunque Lerroux ha afirmado en su discurso de las Cortes que el proyecto de ley sobre Congregaciones le gusta al propio Nuncio, no es cierto, y ya le ha escrito a Lerroux una carta haciéndoselo saber y enviándole copia de los reparos que a mí me propuso.

Allí estaban los Guariglia, que por fin no han hecho el viaje a Baleares.

Después fui al Español: concierto de la Orquesta Filarmónica. Desde allí, a casa de Casares. Él está con gripe desde hace ocho días, y su hija está gravísima, con pleuresía. Estoy asustado por este amigo.

Cenó con nosotros Saravia. Luego vino Guzmán, y no salí.

Ayer, pues, no hice más que despachar con el subsecretario y con el jefe del Estado Mayor Central. También recibí a Herbette, que vino con la oficiosidad de comunicarme una información de su cónsul en Barcelona, sobre supuestos manejos de los comunistas y de Martínez Anido. Fantasías. Nada de ello vale la pena. Pero así se las echa de muy amigo; y yo se lo agradezco. Me dijo muchos cumplidos por mis discursos de estos días, y me reiteró su interés por la República Española y por «le cabinet Azaña». Encuentra absurda la tesis de Lerroux-Maura-Alba, porque conduciría a destruir el régimen parlamentario. Observa Herbette que en España tienen mucha importancia los piques y las rencillas personales. Añadió que mi experiencia de gobernar con los socialistas tiene interés para todo el mundo, porque si saliera bien probaría que se puede hacer la inevitable transformación de la sociedad moderna sin necesidad de una revolución.

A última hora de la mañana de ayer fui a despachar con el Presidente. Tenía poca firma, pero quería contarle lo sucedido en las Cortes, conocer su opinión, y escuchar lo que tuviera que decirme, por si el debate hubiera quebrantado en su ánimo la situación del Gobierno. El Presidente estaba muy contento. Hablamos de lo sucedido. Me dijo entre otras cosas que a Prieto se le había ido un poco la rienda, seguramente sin darse cuenta, pero que todo había quedado bastante bien. No soltó ningún juicio sobre Lerroux y su discurso, ni yo se lo pedí, ni lo provoqué; pero afirmó que, a su parecer, la mejor cabeza de la oposición era Alba, que había sabido situarse en las Cortes, donde no tenía ambiente, en tanto que Melquíades Álvarez, por no saber situarse, se había anulado. Le oí estas palabras: «Cuando a Alba le llegue su hora, si es que le llega alguna vez».

Lo de que Prieto se hubiese ido un poco del seguro, no sé bien si se refería a lo que dijo de la permanencia de los socialistas en el poder y su disposición a marcharse en cuanto se unan los republicanos, o a las afirmaciones, excesivamente reiteradas, en efecto, acerca de que el Presidente se sometería a la voluntad de las Cortes. Eso es lo que debe hacerse, pero no parece delicado andar diciéndolo a todas horas.

Estos dos días han sido para mí de verdadero descanso. Fatigado no estaba, en realidad. Pero ha sido como el asueto de un jovenzuelo que se examina, y sale bien. La papeleta era comprometida, porque de acertar o no dependía la vida del Gobierno; pero además Prieto, con su vehemencia y su falta de medida, lo empeoró, y nos puso en una situación muy rara.

Durante el mes de enero, toda la prensa monárquica y la lerrouxista ha venido diciendo que en cuanto se abrieran las Cortes caería el Gobierno. Los radicales lo anunciaban en todos sus discursos, y el propio Lerroux, en vísperas de la reapertura, dijo que pronunciaría tal requisitoria en las Cortes que en el acto tendría yo que presentar la dimisión. Ha habido una escena chusca. El día antes de la reapertura, recibió Lerroux a los periodistas, y estando con ellos llegó otro, que dijo: «La radio acaba de decir que hay crisis».

—Esas son mis noticias —contestó Lerroux, que no quería ser menos que el *repórter* y estar peor informado.

E inmediatamente, en celebración del suceso, obsequió a los periodistas con cigarros y *champagne*. Este es el hombre que *se prepara* a gobernar la República.

En resumidas cuentas: se ha estado fabricando lo que en el argot de la vieja política se llama «ambiente de crisis». Y afirmando *todo el mundo* que la crisis está planteada, la crisis se produciría. Algunos periódicos, incluso *La Tierra* (*rrrrevolucionarísima*, pero lerrouxista, porque está sostenida por March), llegaron a decir que los artículos de Bello en *Luz* contra el ministro de Instrucción Pública, era una maniobra más para expulsar a los socialistas. (¡Lerroux ha llegado a recoger esto en sus discursos, y darlo por evidente!).

Merced al aislamiento en que vivo respecto de todos los corros, tertulias, camarillas, redacciones y comités subalternos, todos esos chismes y cuentos no solo no me infectan pero ni siquiera me ponen nervioso. Me sirven para gastar alguna cuchufleta a los periodistas cuando vienen en busca de información.

El día de la reapertura, por la mañana, cuando Lerroux se enteró de que el pobre Casares estaba enfermo y no asistiría a la sesión en que él nos haría ceniza, soltó esta grosería:

—A mí, ventajillas no.

Suponía que Casares se fingía enfermo, para retrasar el debate.

Pues bien, por la tarde, él no asistió tampoco a la sesión, alegando que tenía fiebre.

Mucha gente no lo creyó, sino que se quedaba en su casa preparando el discurso para el siguiente día, y eludiendo el hallarse presente en la discusión de los sucesos de Casas Viejas, para que sus amigos pudieran barbarizar, sin comprometerlo personalmente.

Antes de empezar la sesión del miércoles hablé con Besteiro, sobre el orden del día. En la sesión, que debía haber comenzado con la «gran» polémica entre Eduardo Ortega y Prieto, nadie tenía ganas de ser el primero. Por fin, se habló de lo de Casas Viejas. Me alegré mucho de que Casares no estuviera presente, porque con lo vehemente que es, seguramente no se habría contenido, y la escena hubiera sido violentísima. Rivalizaron en desvergüenza varios señores. La palma de la brutalidad se la llevó Eduardo Ortega, y la de la inmoralidad política Guerra del Río, lugarteniente de Lerroux; ya en la prensa había tenido la avilantez de decir que en Casas Viejas se había fusilado contra una pared a ocho prisioneros, y que se lo había contado el alcalde de Medina Sidonia, *testigo presencial*. El mismo periódico que dio la interviú de Guerra del Río se creyó en el caso de añadir que el tal alcalde no había dicho que lo hubiera visto él.

Ese alcalde es muy amigo de Guerra del Río, y bajo su autoridad se han autorizado en aquellos lugares las propagandas más furibundas contra la República.

En la sesión de marras, Guerra, que como todos los radicales tiene interés electoral en atraerse a los sindicalistas, dijo que los revoltosos de Casas Viejas eran *idealistas* y que los guardias eran *chulones y jacarandosos*.

Por su parte, Barriobero dijo que en la Jefatura de Policía de Barcelona se habían dado tormentos; conversando después conmigo en los pasillos, me dijo que no tormentos, sino malos tratos, y quiso darse por enterado de lo que ocurrió, que fue tal y como yo lo relaté en las Cortes al día siguiente.

La discusión fue toda desbocada. Guerra pidió que a *su jefe*, don Alejandro, se le reservase un turno para intervenir al día siguiente en el debate. Habló el subsecretario de Gobernación, para hacer un relato de los hechos, y explicar las órdenes que había dado el Gobierno. Las cosas quedaron así.

Al siguiente día, jueves, correspondía celebrar Consejo en Palacio. Pero ya el miércoles don Niceto me llamó por teléfono y me dijo que estando enfermos tres ministros (Casares, Domingo y Carner) y ausente Zulueta, creía mejor aplazar el Consejo hasta el sábado. En eso quedamos. Don Niceto decía que debiendo tratarse en el Consejo asuntos en que Casares sería «testigo de mayor excepción», y que no se referían a él personalmente, ni a la ORGA ni a Galicia (esto lo dijo bromeando), consideraba inútil celebrar el Consejo, si no podía asistir el ministro de la Gobernación.

El jueves por la tarde al llegar al Congreso, me dijo Besteiro que Lerroux le había visitado para decirle que deseaba no hablar hasta que el Gobierno

hubiese contestado en el asunto de Casas Viejas; y que una vez terminada esta discusión, iniciaría él con su discurso el debate político. Yo estaba dispuesto a avenirme, y a discutir en el orden que quisieran; pero a los ministros les pareció mal allanarse a un nuevo aplazamiento del discurso de Lerroux. Algunos, como Largo y Prieto, relacionaban el aplazamiento del discurso de Lerroux con la suspensión del Consejo en Palacio. De las observaciones hechas por el Presidente al dictamen sobre el proyecto de ley de Congregaciones, y de las dificultades que de ello podrían surgir, ha trascendido algo, según se prueba con un artículo del *Heraldo*; Lerroux sabe sin duda alguna la oposición del Presidente al dictamen. ¿Por quién lo sabe? ¿Por una indiscreción de la gente que rodea al Presidente? ¿Porque el Presidente, que recibió al de la comisión parlamentaria (radical), le haya hecho las mismas observaciones? No lo sé. El caso es que Lerroux, enterado de esto, tratará de aprovecharlo. Prieto suponía que Lerroux esperaba que del Consejo en Palacio saliese una desavenencia, y la crisis; y que al suspenderse el Consejo, suspendía él su interpelación, en espera de que las cosas estuvieran maduras. Tampoco faltó quien (creo que Largo) sospechó que el Presidente suspendía el Consejo hasta ver qué resultaba de la interpelación. Yo no compartía estas preocupaciones, pero me pareció bien no aceptar la dilación propuesta por Lerroux.

Habló Lerroux al comenzar la sesión, pidiendo que el Gobierno se explicase sobre lo de Casas Viejas, y que luego hablaría él. Por dos veces me negué a complacerle, diciéndole que hablase en el acto, y que al responderle recogería todos los puntos tocados en el debate. Se empeñó en su negativa. Los radicales presentaron una proposición, y cuando ya fue evidente e innegable que Lerroux no hablaba porque no quería, porque no le convenía, y cuando nuestra resistencia prolongada podía interpretarse mal, me levanté a combatir la proposición de los radicales y con esa ocasión hablé del orden público y de Casas Viejas. Les di un buen refregón, sobre todo a Guerra y a Barriobero. Mi discurso gustó mucho y despejó la situación.

Lerroux no pudo hablar ya hasta el día siguiente. En el resto de la sesión anterior, se comenzó lo de la ley de Congregaciones. Fue importante este pedazo de la sesión. Los radicales declararon que *hacían suyo* el proyecto del Gobierno, en contra del dictamen de la comisión. Maura dijo lo mismo. La jugada estaba clara. Aceptando el proyecto del Gobierno, buscan crearnos un conflicto con la comisión, con la mayoría, o con el Presidente. Lerroux, en su discurso lo dijo, aunque solo le hayan entendido los enterados: que el proyecto de ley de Congregaciones —afirmó— puede originar o una crisis

presidencial o una crisis ministerial. Por eso lo sostienen, y lo exceptúan de la obstrucción que se proponen hacer.

Albornoz estuvo muy discreto en la respuesta a Maura.

En su anunciado gran discurso, Lerroux recogió todo lo que el *ABC*, *El Debate*, *La Nación*, etcétera, han venido escribiendo contra el Gobierno. Mala intención, pero poco talento, y menos habilidad. Muy viejo juego. Y tesis absurdas, inadmisibles, propias de la política romanonista. Yo no sabía bien por dónde pensaría salir este viejo *condottiero*, pero en cuanto habló quince minutos, comprendí que no traía nada. Una vez más aludió a mi salud; esto, para hablar de mi futuro reblandecimiento. Duró su discurso más de dos horas.

Le contesté en hora y cuarto. Me fue fácil rebatirle, siguiendo el mismo orden de su discurso, y poniendo la cuestión en su verdadero quicio: ¿se quiere o no se quiere que haya Parlamento? Lerroux pretende que yo me entienda con él y hagamos un «pacto del Pardo». Él sabe que me niego, y se enfada; pero que haya otros parlamentarios que se enojen conmigo porque sostengo la primacía de las Cortes y el juego limpio, es increíble.

Antes de hablar yo, convine con Prieto en que le aludiría para que él rechazase los ataques más crudos dirigidos a los socialistas. Yo quería mantenerme en otro terreno. Es gracioso que cuando nos sentábamos en el banco, Prieto me dijo: «Es preferible que haga usted una cosa sobria». ¡Prieto aconsejando sobriedad!

En efecto, apenas empezó a hablar, aludido por mí, comprendí que descarrilaba. Le hice llegar un recado por la fila de ministros; inútil; cuando Prieto se lanza, ya no oye, ni ve, ni entiende. Se congestiona, se hincha, algo se estrangula en su organismo, y no hay manera de llamarlo a la prudencia. Se descompone de tal modo, que temo verle caerse muerto un día cualquiera. Perdido el dominio, y a pesar de su experiencia, afirmó demasiadas veces que los socialistas estaban dispuestos a marcharse en aquel mismo momento, *si se unían los republicanos*.

Maura aprovechó la ocasión, y creyendo que allí había una hendidura, quiso meter el hierro, con invocaciones a la concordia republicana, al patriotismo, etcétera.

Cuando se suspendió la sesión, se acordó continuarla después de cenar. Los radicales no querían, pero no era cosa de estar hasta el martes bajo aquella impresión. Me empeñé en que continuase por la noche. Lerroux dijo que no asistiría, por su mal estado de salud.

En el despacho de ministros, Largo y Fernando le hicieron ver a Prieto la ligereza que había cometido. Estaba desolado, y de muy mal humor. Decía, entre palabrotas, que estaba deseando dejar de ser ministro, para poder dar de puñetazos a algunas personas. Tracé allí lo que había de hacerse en la sesión de la noche, para remediar el mal.

Hablaron diversos señores. Maura me atacó violentamente, descubriéndome un rencor en el que me cuesta trabajo creer. Alba también quiso hacer de puntillero o de sepulturero… Bueno: les hice cara, y pronuncié un discurso que causó fuerte impresión. Fue un momento muy dramático, que no se refleja en el texto del discurso, porque falta la entonación y el marco. Gustó más que el de la tarde. Cuando les dije que habían padecido una alucinación, el furor de los radicales no tuvo límites. Parecía que iban a asaltarme; recordaba su furor de por la tarde, cuando les recordé su derrota en las elecciones de Cataluña. Todo se acabó a la una y media.

Albornoz me dio muchos abrazos. Nunca le he visto tan *entregado*.

Toda la prensa monárquica pone en las nubes el discurso de Lerroux. Maura hace comentarios grotescos con los periodistas. A mi discurso de aquella noche, contestó con payasadas.

6 de febrero

El Presidente me llama por teléfono para que vaya a verle con Domingo, a quien también ha citado, pidiéndole que lleve a la entrevista «un documento». Hablo con Domingo, y mientras buscan el documento, se hace tarde y la entrevista queda señalada para las cinco y media en casa del Presidente.

Después de comer he ido al Escorial. Paseo por el jardín de los frailes. En la galería de convalecientes hay un fraile gordo y viejísimo. Cuando yo me retiraba, se asomó al jardín y me llamó: «Manolito, Manolito… (!)… ¿Cuándo vienes a verme?». Era el padre Serra, que fue *profesor* (digámoslo así) mío allá por el año 96 o 97. Creo que está ya chiflado. Cambiamos unas palabras, que yo procuré hacer afectuosas, y me volví a Madrid. Fui derecho a casa del Presidente. Ya estaba Domingo.

Don Niceto apareció muy preocupado, y nos dijo que tenía un gravísimo disgusto. No había comido en todo el día, porque estaba seguro de que comiendo se habría puesto enfermo. Como no sabe, o no quiere, decir las cosas por derecho y brevemente, empezó a hacer historia de un decreto de Agricultura sobre bienes comunales, que en el despacho del día 28 se quedó

sin firmar hasta que Domingo lo estudiase de nuevo, porque no habían al parecer previsto ciertas consecuencias en relación con la Hacienda pública.

—En efecto —dije yo—. El decreto lo tengo sobre mi mesa, esperando a que Domingo vuelva al Consejo de ministros, porque como usted sabe ha estado enfermo desde entonces y hoy es el primer día que sale.

—Me lo figuraba —repuso don Niceto—. Pero si alguien dijera que el Presidente del Consejo es un ingenuo, se reirían; y sin embargo, para que vea usted que tiene algo de ingenuo: ese decreto está publicado en la *Gaceta* desde el 21 de enero, o sea, antes de que usted me lo llevase a la firma; y no solo está publicado, sino rectificado por otro posterior, del día 26, también sin mi firma ni la del ministro.

Sentí un primer movimiento de cólera por las ligerezas que cometen en el ministerio de Agricultura; pero vi a Domingo tan sinceramente apurado que me callé. Resulta que Vázquez Humasqué, director de la Reforma Agraria, al leer en la nota oficiosa que el Consejo de ministros había aprobado el decreto sobre bienes comunales, lo mandó a la *Gaceta* sin esperar a recibir el original firmado. No es esto lo peor, sino la rectificación del decreto, de que tampoco le dieron cuenta al ministro, que se enteró de ella por un suelto del *Debate*. Vázquez es muy buena persona y muy competente, pero muy aturdido y era de temer que hiciera alguna diablura.

Puesto en claro lo ocurrido le dije al Presidente que Vázquez no podía continuar en su puesto, y que lo destituiría al día siguiente. He sabido después que esta disposición mía satisfizo al Presidente, que al parecer temía que yo sostuviese a Vázquez, que es de mi partido. Hubiera sido absurdo. Convinimos la manera de anular los decretos *apócrifos*, y nos separamos.

Domingo y yo vinimos al ministerio de la Guerra y hablamos de la cuestión del papel. La solución que ha preparado Domingo me parece que no sirve para nada. Opina que debe elevarse el precio de los periódicos, pero no se atreve a decretarlo, porque *El Liberal* y el *Heraldo* se oponen. En sustitución de la subida, ha ideado una caja de compensación, que parte de una elevación disimulada del arancel. Le dije que eso no podría prosperar. Se le ocurrió que hablásemos con Busquets, dueño de esos dos periódicos, pero quería que yo asistiese a la entrevista. Le dije que bueno, y quedó en citarlos para mañana.

7 de febrero

Antes del Consejo han venido Busquets y Sacristán. Hablaron con Domingo y conmigo. Ya conocían los propósitos de Domingo, porque se los han dicho Montiel y Guzmán. Se oponen a ello furiosamente. Opinan que la cuestión del precio de los periódicos debe separarse de la cuestión del papel; aquella la estudiarán las empresas y verán si pueden llegar a un acuerdo. La elevación del precio de los periódicos les convenía hace meses, por el alza de la libra, pero con la libra a cuarenta pesetas ya no les interesa. Atacan mucho a la Papelera, pero no recuerdan que la situación actual, sumamente injusta, fue una *transacción* hecha sobre las costillas de los que consumen papel para otras cosas que publicar periódicos. El papel de periódicos se está vendiendo a cuarenta y tantas pesetas y el de edición a ciento veinte pesetas y aun más.

Busquets se atrevió a decirme que yo soy parte interesada en el asunto, porque supone que yo tengo intereses en *El Sol* y *La Voz*. Le repliqué que si me confundía con algún hombre de negocios, y no le hizo gracia. Sacristán, que odia a la Papelera, y tal vez tenga motivos para ello, yo no lo sé, me contó muchas historias, que se remontan a 30 años atrás. Todas las querellas de la prensa y de la política de redacción salieron a relucir en un momento. Añadió que de mi pureza no se podía dudar. Les advertí que yo no había dicho en esto mi opinión, pero que siempre me había inclinado a quitar trabas en el régimen de prensa, pareciéndome mejor que cada periódico se gane la vida como pueda; pero ¿y los sesenta millones que los periódicos deben al Tesoro público? De eso no hablan.

No quedamos en nada. Tendrán nuevas reuniones con Domingo. Mi impresión es que el proyecto de Domingo está muerto, y que él no tiene la resolución necesaria para proponer al Consejo de ministros lo que debe hacerse.

En el Consejo hemos hablado de lo de Vázquez Humasqué. Se acordó *dimitirlo*, y se redactó el decreto dejando sin efecto los que se publicaron indebidamente. Nada importante en el Consejo. De la huelga de Asturias se trató un poco. Domingo va a enviar a Gordón Ordás, con idea de producir una avenencia. Largo comenzó a decir que en este conflicto debería intervenir el ministerio del Trabajo; yo le dije que me parecía bien, pero ante el viaje de Gordón, enviado por Agricultura, Prieto le dijo a Largo:

—No insistas, no insistas.

Prieto, y los demás ministros socialistas, creen que es inadmisible la elevación del precio del carbón, y que hay que cerrar muchas minas.

Por la tarde, en las Cortes, Eduardo Ortega ha atacado con más violencia que acierto a Prieto. Ortega es decididamente muy bruto. Le cuentan cosas,

cuya importancia él no sabe discernir, ni se toma el trabajo de comprobarlas, ni tiene capacidad para urdir con ellas una argumentación. Es de una pesadez plúmbea, y todo se reduce a voces y aspavientos, y a agitar la melena. Prieto ha dado cuenta de él fácilmente, y le ha leído las actas de la Asociación de Contratistas, en que se nombra a Ortega *gestor político*, con mil pesetas de sueldo. También tiene un sueldo de dos mil pesetas mensuales del Ayuntamiento de Irún. Este es el hombre que se las echa de Catón y da patentes de moralidad y de republicanismo. Todo su discurso contra Prieto se reducía a dar a entender que Prieto se había vendido a la Nafta rusa.

El efecto en las Cortes ha sido tremendo para Ortega. Pero eso no le impedirá seguir haciendo el tonto.

Se venía diciendo que Palomo, subsecretario de Comunicaciones y exgobernador de Madrid, poseía unos recibos probatorios de que Ortega había dispuesto de cantidades de dinero del Gobierno de la provincia, mientras lo desempeñó. En la discusión, ha intervenido Palomo, para contar lo de los recibos. Resulta que Ortega dispuso de unas tres mil pesetas, que pidió con su firma al Habilitado. La poca importancia de la suma y el hecho de pedirla bajo recibo, no han dejado la impresión de que se tratara de cosa grave. Ortega ha dicho que no recuerda en qué se lo gastó, pero que seguramente fue para cosas de acción política, en los primeros días de la revolución. Este asunto no ha hecho gran efecto, y más bien ha servido para menguar el resultado de la contestación de Prieto.

Los radicales han querido que se nombre una comisión parlamentaria, con el propósito de molestar al ministro. He tenido que intervenir, y se ha rechazado.

El diputado Castrillo, notario de Madrid, miembro del partido a que perteneció don Niceto, ha venido esta mañana del Escorial, donde lleva ocho meses curándose, ha visitado al Presidente, y al llegar al Congreso les ha entregado a los periodistas una nota durísima para el Gobierno, y singularmente para mí. Como en los pasillos del Congreso cunde la majadería, se armó un gran revuelo; dieron en decir o en creer que la nota era conocida por el Presidente. Muchos corros, muchos murmullos. Me trajeron la nota, la leí, y me limité a decir unas palabras de desprecio. El secretario de la Presidencia de la República, Sánchez Guerra, que va todos los días al Congreso, con *saudades* del acta de diputado que no pudo alcanzar, se creyó en el caso de telefonear al Presidente y pedirle autorización para desmentir los rumores que circulaban. Cuando yo me enteré, ya había hecho ambas cosas. Le dije que era innecesario, y que el Presidente no tenía por qué rectificar

noticias ni apreciaciones falsas. Con este Sánchez Guerra tendremos un disgusto algún día. Convendrá que el Presidente haga saber a las gentes de su casa que no deben ir al Congreso para nada. Allí está casi siempre el general Queipo, jefe del Cuarto militar, *opinando* sobre todo lo que sucede y sobre lo que no sucede.

8 de febrero

Aunque no tenía apenas nada que firmar, he ido a Palacio. El Presidente me ha preguntado:

—¿Quién se ha vuelto loco hoy? —aludiendo a lo de Castrillo.

Le llevo un borrador con la combinación de mandos y ascensos militares. La aprueba. En la combinación entra la sustitución del subsecretario de Guerra. Ya no es posible continuar con él.

He recibido en el ministerio al general Vera, que manda la 8.ª división. Me dice que el general Franco está muy enojado por la revisión de ascensos. De hacer el número uno de los generales de brigada, ha pasado a ser el veinticuatro. Es lo menos que ha podido ocurrirle. Yo creí durante algún tiempo que aún descendería más. Se propone elevar una instancia *suplicando* que se revise su caso. Voy a enviarlo a mandar Baleares, donde estará más alejado de tentaciones.

He tenido hoy aquí al general Burguete («un general caro», me decía Goded), que pasó a la reserva cuando vino la República y se enfadó mucho porque no le hice capitán general. Burguete llevaba un año pidiéndome que le nombrase presidente de la Cruz Roja. Los médicos no querían, pero yo insistí para que este fantasmón me dejase en paz y tuviese donde hacer el pavo. El Gobierno, por otra parte, quería complacerle porque cuando Burguete presidió el consejo de guerra contra el comité revolucionario se portó bien. Por fin, le han nombrado para la Cruz Roja, y hoy ha venido a darme las gracias. Me ha entregado el discurso que pronunció al tomar posesión: es obra de loco.

Me está tan agradecido que el otro día se presentó en el Hospital Militar, acompañando a un hijo suyo, enfermo de una herida antigua; y después de mover un escándalo porque el médico de guardia no se había levantado a las ocho de la mañana, protestó también porque a su hijo querían darle una habitación donde había fallecido otro enfermo:

—Esa habitación —dijo— que se la reserven a Azaña…

Todo ello no le ha impedido hacerme hoy muchas cortesías y reverencias. Como yo estaba enterado de lo del Hospital, me divertía mucho.

La insolencia de toda esta casta de *príncipes de la milicia* es prodigiosa. Se comprende que su eliminación los tenga enfurecidos.

También ha venido el general Augustin, que es ahora comandante militar del campamento de Carabanchel. Se lleva mal con todos: con sus subordinados y con sus superiores. Él dice que no le quieren porque obliga a todos a cumplir con su deber; puede que acierte. Pero es hombre desagradable y sin ningún tacto. Hoy ha venido a dar parte contra su jefe, el general de la división, que lo ha desautorizado en un asunto del servicio; y Augustin pretende que yo, a mi vez, desautorice al general de la división. Noblemente, Augustin ha aprovechado la ocasión para hablar mal de Cabanellas, y me cuenta que «según dicen por ahí», el diez de agosto el general se mantuvo indeciso y entre dos aguas, hasta saber quién triunfaba.

Le he pedido la dimisión al subsecretario. He aprovechado un incidente del despacho, al averiguar que han dejado perder el crédito consignado para obras en el cuartel de Murcia, y *me he incomodado* con cierta viveza, a ver si el hombre rompía. Se ha asustado y compungido mucho, y me ha dicho que comprendía que había perdido mi confianza, y que su cargo estaba a mi disposición.

No puedo continuar con él. Y me ha hecho una pequeña jugada, ¿para favorecer?, o de la que resulta favorecido un hijo suyo, intolerable.

Se ha ido a su despacho, me dicen que llorando, y ha llamado a Saravia para referirle su cuita. Saravia le ha dicho que deje el cargo. Por la noche, ha venido a mi despacho el subsecretario, todo lloroso, y me ha presentado formalmente la dimisión. Le he dicho que resolveré dentro de unos días.

9 de febrero

Consejo en Palacio, que se había suspendido dos veces porque no podían asistir todos los ministros. El Presidente adelantó la hora para este de hoy, y me encargó que fuésemos puntuales. Todo hacía suponer que trataríamos, por iniciativa del Presidente, de asuntos muy graves… Asistimos todos, menos Casares, enfermo aún. El Presidente, después de hablar de unas cuantas cosas insignificantes, que suele llevar apuntadas en un volante, aprovechó el momento en que se trató de las dimisiones presentadas por los radicales, para

hacer unas declaraciones acerca de su propia dimisión; mejor dicho, acerca de la inutilidad de esperarla por consecuencia de discrepancias políticas. Como han dimitido, entre otros, el Presidente del Consejo de Estado (del partido de Maura) y Armasa, radical, consejero de Estado, don Niceto dijo que le parecía indiscutible la conveniencia de que el Presidente del Consejo de Estado fuese hombre de la confianza del Gobierno, y puesto que don Carlos Blanco dimitía, era natural que se le admitiese la dimisión. No pensaba lo mismo del cargo de consejero, que es inamovible, y no parecía pendiente de las cuestiones políticas; apuntó, por eso, que quizá fuese mejor no admitir la dimisión de Armasa. Prieto se mostró contrario a la opinión del Presidente, y dijo que habiendo declarado los radicales su propósito de obstruir la obra del Gobierno, el deber político del señor Armasa era seguir la conducta trazada por su partido, y obstruir dondequiera que estuviese, y por tanto en el Consejo de Estado, lo cual podría ser grave. No se llegó a tomar un acuerdo, ni había para qué, porque estas cuestiones las resuelve el Gobierno solo.

Y habiendo sonado la palabra dimisión, el Presidente dijo que su función no es como la de cualquier cargo, político o no, de la República, y que no se podía esperar de él que desconociese sus obligaciones, sus derechos y su responsabilidad hasta el extremo de que se pudiese contar con su dimisión o se jugase con la probabilidad de su dimisión cuando les conviniera a otros, extremando las cosas.

Me parece que todos los ministros creyeron, y yo también, que el Presidente se refería a la atrocidad que dijo Lerroux en las Cortes la otra tarde, o sea que la ley de Congregaciones originaría una crisis ministerial o una crisis presidencial. Tal creencia puede robustecerse con lo que al final del Consejo habló el Presidente acerca de esa ley, y con el retroceso evidente, y asombroso, en su oposición al dictamen de la comisión. Pero también es posible que sus indicaciones respecto a la improbabilidad de su dimisión se refiriesen al penoso incidente que vino después, y como una respuesta anticipada a lo que el Presidente pudiera atribuir a las intenciones de algunos socialistas.

La cuestión es esta: el Presidente estuvo hablando de ello más de una hora, con un lenguaje más parabólico que nunca, tomando los asuntos desde sus orígenes hasta nuestros días, y refiriendo los detalles más nimios.

Resumiendo lo que es posible resumir: hace meses, el Presidente recibió la visita de unos diputados socialistas por Córdoba, anunciándole que iban a emprender una campaña contra los antiguos amigos políticos de don Niceto en aquella provincia, que aún continuaban invocando su nombre; y *por*

cortesía, los diputados socialistas (Azorín entre otros) le notificaban lo que iban a hacer; el supuesto era que don Niceto aprobaba y sostenía lo que sus amigos estaban haciendo en Córdoba, sobre todo en las cuestiones sociales. La visita era evidentemente incorrecta, y el tono que empleó Azorín debió de ser aún más impertinente. Las cosas quedaron así, y muy resentido don Niceto.

Ha pasado tiempo. Repetidamente hemos oído hablar de que en Priego y otros lugares, los amigos políticos de don Niceto caciqueaban en demasía, como lo solían hacer en otros tiempos. Pero ignoro el fundamento serio que estas murmuraciones puedan tener. Conociendo lo que son los pueblos, y lo que era antes la política de distrito, bien puede creerse que habrá algo de verdad; aunque no admito que don Niceto los apoye. Él ha seguido mostrando interés por las cosas y las personas de allá, y ha recomendado algunos asuntos y algunos nombramientos; pero yo no sé más.

En el Consejo, para comienzo de su larguísimo discurso, el Presidente ha recordado sus orígenes políticos y el comienzo de su influencia en las provincias de Córdoba y Jaén. Afirma que siempre estuvo solo, y en lucha contra el caciquismo, singularmente contra Romanones.

También, y como información previa, ha hecho saber al Consejo y especialmente al ministro de Agricultura, que a los efectos de la ley Agraria ha declarado todas las fincas que posee, aunque seguramente no están comprendidas en los preceptos de la ley; pero no quería exponerse a que le acusaran de ocultación. Con este motivo nos ha descrito sus fincas, con la historia de cada una y cómo las ha ido formando o adquiriendo.

Después ha recordado el incidente con el diputado Azorín. Y a continuación el susto que le dieron el año pasado con un telegrama anunciándole que había sido asaltada y arrasada la finca en que vive una anciana prima suya, que le sirvió de madre. El telegrama, que anunciaba un hecho no acaecido, por fortuna, y solo para disgustarlo, fue falsificado, según don Niceto, en el Gobierno Civil de Jaén, por instigación de dos diputados socialistas, uno de los cuales se llama Esbry.

Me preguntó inmediatamente si me había pedido alguna vez un nombramiento de gobernador para Jaén o Córdoba, y le contesté que, en efecto, no me lo ha pedido nunca. (Así es la verdad; pero recuerdo el furor que le produjo, cuando todavía era Presidente del Gobierno Provisional, un nombramiento de gobernador de Jaén que hizo Maura sin consultárselo, y recuerdo también la escena que, producida por su enojo, hubo aquella tarde en

el banco azul. La misma importancia que don Niceto atribuye a su abstención, prueba el sacrificio que le cuesta).

Prosiguiendo en su discurso, el Presidente habló de que el término de Priego ha sido clasificado como *campiña* para los efectos del contrato de trabajo, clasificación que supone para los propietarios un desembolso superior al quíntuplo de la contribución. Achacó esa clasificación a manejos de los socialistas en el jurado mixto, y para probar que es disparatada, puso sobre la mesa los levantamientos hechos por el servicio catastral, y que había pedido y obtenido de la Dirección general para que los viésemos nosotros.

Otros agravios ha enumerado, como los sufridos por su anciana pariente, a consecuencia de repartimientos deliberadamente injustos, y que le han costado más de quince mil duros…

Por fin, llegó a lo principal (mientras yo estaba lamentando el tiempo que perdíamos, habiendo pendientes asuntos políticos de importancia, como el de la ley de Congregaciones): un diputado socialista ha ido a Priego y en un mitin ha acusado al Presidente de la República de negarse a pagar a un obrero los jornales convenidos, y ha anunciado que se daña el espectáculo de llevar al Presidente ante el jurado mixto por incumplimiento del contrato de trabajo.

Con este motivo, el Presidente nos ha contado cuántos obreros tiene, de qué clase, qué trabajan y dónde, cómo se llaman sus cortijeros, quiénes de ellos están enfermos, cuáles no, etcétera, etcétera, y las conversaciones telefónicas que ha tenido para averiguar si alguien tenía entablada una reclamación contra él.

Por último: nos habló de una carta tremenda que le ha escrito el mismo diputado socialista (siempre sin decirnos su nombre) en la que le repite la misma acusación, le hace saber que sus amigos de Priego se jactan de que mientras él sea Presidente de la República allí no harán caso ni del gobernador ni del Gobierno, y que le están haciendo mucho daño a él y a la República; ponderó mucho los términos ofensivos de la carta (pero no nos la leyó), y acabó diciendo: «firma Wenceslao primero, zar de todas las Rusias». Así vinimos a comprender que se trataba de Wenceslao Carrillo.

A su prolija explicación agregó el Presidente algunos comentarios: que la carta de Carrillo era punible y podía habérsela enviado al fiscal, pero que no quería dar la campanada de querellarse contra un diputado, y no pudiendo hacer eso, ni otra cosa alguna, no le quedaba más recurso que confesarse con el Gobierno; y que si ahora unos diputados de un partido que está en el Gobierno le trataban de ese modo, cuando pasaran a la oposición le llamarían ladrón, puesto que ya le acusaban de quedarse con los jornales de un bracero.

Añadió otras muchas cosas, en verdad poco elegantes, como la de que si él fuera codicioso no devolvería a la Hacienda cantidades de sus gastos de representación, devolución a que no está obligado, y así cada uno de sus hijos tendría medio millón más cuando saliera de la Presidencia. Y otras minucias desagradables. La impresión en los ministros fue muy penosa, y todos estaban muy incomodados con lo que había hecho Carrillo. Largo estaba emocionado con la injusticia que se cometía contra el Presidente, pero como en el discurso salieron demasiadas alusiones al partido socialista, y también al jurado mixto, cuyos fallos son recurribles ante el ministerio del Trabajo, habló con firmeza para declarar que él y los demás ministros ignoraban lo hecho por Carrillo, y lo condenaban, pero que si el Presidente creía que ellos tenían alguna solidaridad con aquel, eso afectaba a la confianza, y la situación se hacía muy difícil.

El Presidente, al ver que Largo salía por ese registro, recogió velas apresuradamente, e hizo grandes protestas de amistad y confianza respecto de Largo y los socialistas; «¿es que no puedo contarles a ustedes mis amarguras?», etcétera, etcétera. Hubo varias contestaciones. Largo estaba impresionadísimo, pero como se domina admirablemente, se limitó a poner fin al incidente, diciendo que ya hablaríamos. Cuando íbamos a pasar a otro asunto, Prieto volvió sobre el tema, hablando de su situación difícil, después de las cosas que se habían dicho sobre el partido. Intervine yo de amigable componedor, con el propósito de que nada se desenlazara delante del Presidente, y así quedaron las cosas.

Después, ya cerca de las dos (habíamos empezado a las once), tocamos en lo de la ley de Congregaciones. Examinamos las observaciones del Presidente, y le dimos cuenta de lo que habíamos deliberado en Consejo de ministros, razonando por qué aceptaríamos unas cosas del dictamen y otras no, y le probamos que no habrá infracciones constitucionales. El Presidente lo aceptó todo con naturalidad, como si nunca hubiese hablado de ello en contra, y yo remaché muchas veces que aceptaríamos la expresión «ministro» en lugar de la de «miembro», que era una de las que más le habían alborotado, y expliqué el alcance que dábamos a la institución con respecto a la enseñanza, y a nada opuso el menor reparo.

Nos quedamos maravillados, y yo más que todos, porque conocía mejor la especie de saña que el Presidente había puesto en sus primeras conversaciones sobre ello, y cómo me había aconsejado que planteara la cuestión de confianza. ¿Por qué se le ha pasado todo? No lo sé. Quizá se ha dado cuenta, al ver el partido que Lerroux se proponía sacar del asunto, de las

consecuencias irreparables que podría tener un veto presidencial. Quizá su oposición fue una de esas rabietas pasajeras que a veces toma don Niceto.

Que Lerroux sabía la oposición de don Niceto al dictamen de la comisión es indudable, y por saberla ha exceptuado de la obstrucción el proyecto de ley de Congregaciones, y ha hecho suyo el primitivo proyecto del Gobierno; pensaba que de ese modo nos metía mucho antes en la dificultad, y además tomaba partido por la opinión de don Niceto. La información de Lerroux debe de proceder, bien considerado todo, de una entrevista del Presidente con el de la comisión, que es radical, y a quien seguramente no le ocultaría que el dictamen no le gustaba. Él Presidente recibió en audiencia al de la comisión, pocos días después del Consejo en que hablamos por vez primera del asunto, y don Niceto me dijo que, en efecto, había recibido su visita. Aunque el Presidente no le dijese toda la amplitud de su oposición, no son tan tontos que al menor atisbo de ella dejaran de percibir sus posibles consecuencias.

Salí del Consejo después de las dos, para ir a almorzar a la Legación del Perú.

En las Cortes, nuevas sacudidas a lo de Casas Viejas.

He ido a visitar a Casares, que está como un muerto. No sé cómo resiste. Se marcha de Madrid unos días, con esperanza de reponerse.

10 de febrero

Consejo de ministros en el ministerio de la Guerra. Antes de nada, Largo vuelve a tratar del incidente de ayer. Nos trae copia de la carta de Carrillo. La versión que nos dio don Niceto no era fiel. La carta de Carrillo es impertinente, por el solo hecho de ir dirigida al Presidente de la República. Carrillo, que es metalúrgico, no tiene grandes motivos para conocer el protocolo; pero la carta no tiene mala intención, y hace la salvedad terminante de que don Niceto no conoce lo que allí está pasando, ni el abuso que se hace de su nombre. También ha dicho Largo que en el mitin de Priego, Carrillo defendió al Presidente de la República. Con todo esto, Largo ha vuelto a expresar su disgusto, y se preguntaba si en la provincia de Jaén no podría aplicarse la política social del Gobierno por no disgustar al señor Alcalá-Zamora.

Hemos tratado largamente del aeropuerto de Sevilla. Se ha acordado hacer las obras por cuenta del Estado. También se ha examinado el procedimiento electoral para la renovación de los ayuntamientos en abril. Prieto quería que se declarasen vacantes los puestos de los que hubieran obtenido menor

votación en 1931. Pero yo me opuse, porque eso sería arrojar de los ayuntamientos a las minorías, cosa injusta, y de malísimo efecto. De Gobernación me habían mandado un proyecto, que devuelvo, con indicaciones para que lo modifiquen.

Después del Consejo he ido a un banquete que le daban a Vergara, subsecretario de Hacienda. Había cerca de mil personas. Al final les he echado un discurso, que han aplaudido mucho.

11 de febrero

Inauguración de grupos escolares. Me reúno con el Presidente en el llamado grupo «Blasco Ibáñez»; nos hacen recorrerlo de punta a cabo. Luego al de «Pablo Iglesias». Coincidencia: visitando las clases de este grupo, entramos en una donde había escritas en el encerado estas palabras: «*Córdoba: campiña: Priego, sierra*…». Estupefacción de don Niceto al leerlo. Risas de Fernando y mías. «Creerá que lo ha puesto Carrillo». Don Niceto habla con el maestro, y averiguamos que ha servido seis años en aquel país, que lo conoce muy bien, y que explicaba a los niños la geografía de la provincia. El Presidente ha estado un cuarto de hora haciendo comentarios a esta casualidad. Ha habido sus discursos y todos en el local de este grupo. Hablan el alcalde y Fernando.

La viuda de Pablo Iglesias, que estaba allí, me ha dicho: «Usted es un republicano como los soñaba mi marido…».

Por la tarde he ido al concierto de la Filarmónica, en el Español.

El anuncio de que me dan un banquete (propósito improvisado al finalizar el último debate político) ha producido furor en los adversarios y enemigos, y una curiosidad creciente en el público. Cuando accedí a que se celebrase el banquete, para lo cual, quien más instaba era Albornoz, creí que se trataría de cosa de amigos, solamente. Pero después, ha tomado unos vuelos que me desagradan. No me acostumbro a llamar de ese modo la atención sobre mi persona. Ahora resulta que van a ir al banquete cerca de tres mil personas, que se espera un discurso mío, y que se atribuye gran importancia a lo que allí se diga. Uno de los miembros de la *comisión organizadora* ha venido a preguntarme si tendría yo inconveniente en que el ofrecimiento del banquete lo haga Prieto. Contesto que ninguno. La designación de Prieto se debe a los propósitos políticos que se asignan al acto, porque Prieto fue quien estuvo a

punto de producir la crisis, acentuando demasiado la prisa de los socialistas por marcharse del poder.

13 de febrero

Llevo dos días mal de salud. Enfriamiento.

El sábado vino a verme el embajador de Francia, acompañado de M. Saint, residente general francés en Rabat. Hablamos ligeramente de asuntos marroquíes. M. Saint me anunció el propósito de elevar los derechos de aduanas en Marruecos, para equilibrar el presupuesto de la zona. También tocamos el asunto de Bab-Tara. Refiriéndose a la campaña de prensa que atribuye a Francia el propósito de quedarse con Río de Oro, o de proponernos siquiera alguna cosa relacionada con esa colonia, lo desmintió terminantemente. Me dijo que para octubre los franceses harían operaciones en Mauritania.

Como Herbette me vio tan resfriado, se creyó en el caso de obsequiarme con un específico, que me remitió por la tarde, ensalzándome sus prodigiosos resultados. Era una caja de comprimidos de bromoquinina, de marca francesa. A lo mejor cree Herbette que es un remedio desconocido en este país. Como el mismo día le enseñé yo un ejemplar de un libro mío, con buena encuadernación, me contestó el domingo dándome las gracias en un soneto… No podemos estar más finos. Y hoy, no obstante mi ligera gripe, he salido para cenar en la embajada francesa. Del Gobierno estaban Fernando, Giral y Zulueta. También Marañón y su mujer. Noche húmeda. Mañana estaré peor.

El director de Seguridad me trae el resumen de todos los datos recogidos acerca de la probable presencia de unos prisioneros españoles en el sur de Marruecos. Cuando se empezó a hablar de esto, nadie lo tomó en serio. Pero han ido acumulándose noticias y observaciones, y yo he hablado con un suboficial que me ha proporcionado datos impresionantes. Resulta que en tiempos de Berenguer ya se tuvo noticia de esto. Berenguer envió una misión, dirigida por el comandante Batalla (uno de los sublevados del diez de agosto), el cual hizo todo lo necesario para que no se descubriese nada. En vista de todos los indicios que hay, he convenido con Menéndez en que salga para el Draa un oficial, Martín Esteve, que habla el árabe y el francés, con otros dos individuos, simulando un viaje de turismo, para hacer averiguaciones.

Rico me envía el resultado de sus averiguaciones en París. Es un escrito verboso y ampuloso, con muchas reflexiones y pocas noticias. Trata mal al embajador de España, diciendo que, absorbido por lo de Ginebra, se desentiende de París. No se ocupa de ganar adeptos para la República. En cambio, Quiñones de León trabaja activamente. Rico supone que a M. Chiappe lo han ganado para la causa monárquica ofreciéndole a su mujer que será embajadora en Madrid… Y pretende que contrarrestemos eso, dándole algo a Mme. Chiappe, condecoraciones o no sé qué. Total: cero.

Tengo malas noticias de lo de Casas Viejas. Me temo lo peor.

15 de febrero

Ayer presidí el Consejo de ministros, doliéndome la cabeza atrozmente. Enteré al Consejo de la combinación de mandos militares, que tiene por base el pasar anticipadamente a la reserva a los generales Losada, Saliquet, Berenguer (F). y Loriga. A todos les había invitado particularmente a que pidieran ellos el pase, y se negaron. Loriga, que era comandante general del campamento de Carabanchel, estaba en el complot del diez de agosto, y no dio la cara sin duda por miedo. No ha sido posible probarle nada. Pero el juez que instruyó allí unas diligencias, está convencido de ello. Y su sobrino, el comandante Vidal, también. Lo destituí entonces, y cuando se ha cumplido el plazo que marca la ley, lo envío a su casa. Se habló en Consejo de la huelga de Asturias. No se ve solución.

Después del Consejo me acosté, y estuve en la cama hasta las nueve de la noche, hora de ir al banquete, en el Frontón Central. El Frontón, atestado. Hacía frío. Habló Prieto, deshaciendo el efecto que habían producido sus palabras en las Cortes cuando contestó a Lerroux. Su declaración fue que los socialistas estarán en el Gobierno hasta que yo crea que hemos terminado nuestra obra. Hablé yo después.

El discurso me salió bien, y con buen humor. Traté de desvanecer la impresión de que la vida del Gobierno está pendiente de un hilo, y reafirmé una vez más que no nos conformamos con ficciones urdidas por unos cuantos compadres, ni tampoco con que se deshaga nuestra obra, a menos que los electores envíen a las Cortes futuras una mayoría de derechas. Estas declaraciones fueron convenidas en el Consejo de ministros de ayer mañana, y aprobadas por todos. Lo restante del discurso es mi idea nacional de la

República y corresponde al propósito de fundar un régimen *español* y *decente*.

El discurso fue transmitido por radio, y lo han oído en toda España y en América. En Madrid y en otras ciudades pusieron altavoces en algunos cafés. Me ha dicho el director de Seguridad que anoche fue al teatro mucha menos gente que de ordinario, que se estuvo en sus casas para oír el sermón. Y se han agotado en Madrid todos los aparatos de radio baratitos que había disponibles. La difusión del discurso ha sido extraordinaria, y pienso que beneficiosa. En la Presidencia se están recibiendo hoy telegramas a montones, sumamente expresivos.

La prensa enemiga se abstiene hoy de atacar. Se conoce que lo están pensando.

He recibido al general Martínez Monje. Era coronel cuando vino la República, y yo le he ascendido a general el año pasado. Como tenía el empleo de coronel sujeto a revisión, ahora queda *parado*, como otros, hasta que consolide su empleo por antigüedad. Me felicita por mi discurso y después me expresa sus quejas por la revisión. Tiene la pretensión de que su empleo sea convalidado por las Cortes. Cada uno de estos caudillos *africanos* se cree un Hernán Cortés. Me asegura que mi continuación al frente del ministerio de la Guerra es indispensable, porque un cambio de política traería —como anuncian los interesados— la reintegración de todos los jefes y oficiales que se retiraron hace dos años, y entonces «tendríamos que echarnos a la calle…».

—No se eche usted a la calle nunca —le digo riendo— porque ya ha visto usted que quien se echa a la calle no vuelve a su casa.

Hace muchas protestas de lealtad y de ¡*republicanismo*!

16 de febrero

Ya se han desatado contra mi discurso los periódicos monárquicos, y los lerrouxistas. Dicen que es nulo, que no sirve para nada, y no hablan de otra cosa. Maura dice de mí palabras despectivas, y lo mismo otros, como Unamuno, etcétera. A los políticos les parece ridículo que mis discursos tengan algún tono literario. ¡Si llego a omitir la mención del Arcipreste, y me callo el nombre del autor del verso citado, menudo rompecabezas para las patuleas!

Ha sido un día de muchas visitas. ¡No sé cuántas comisiones he recibido en Guerra! Una de ellas venía presidida por ¡Gil Robles! Algunos de los componentes de la comisión son conocidos míos, y los he saludado, pero a Gil Robles no le he dado la mano, ni al llegar ni al salir. Este danzante no se contenta con combatir nuestra política, a lo que tiene derecho, sino que me cubre de injurias soeces por esas provincias, y lo menos que me llama es salvaje. Luego tiene el cinismo de venir a mi despacho a pedir estas o las otras cosas. Hoy se trataba de la situación en Extremadura. Gil Robles me ha disparado una larga arenga. Estaba muy azorado y nervioso. Yo le he escuchado sonriente. Por la tarde, en las Cortes, he seguido recibiendo comisiones, entre otras, una de *padres de familia* vascos, que venían a protestar contra la ley de Congregaciones. A última hora ya estaba rendido.

He hablado también con la comisión de Presidencia para que terminen rápidamente lo que falta del dictamen de la ley de Incompatibilidades. Quiero aprobarlo ya pronto, para que estas Cortes no se disuelvan dejando sin resolver este asunto.

Emilio Herrero, jefe del gabinete de prensa de la Presidencia de la República, ha ido esta tarde al Congreso y le ha dicho a Prieto que don Niceto está muy enojado con la obstrucción de los radicales. Y como *cosa suya*, de la que no tenía noticia don Niceto, le ha dicho que quizá sería conveniente que el Presidente llamase a Martínez Barrio y le aconsejase que desistieran de la obstrucción. Prieto se ha puesto por las nubes, y le ha contestado que eso es un desatino. Prieto no cree que sea una ocurrencia personal de Herrero, sino una exploración por encargo del Presidente. No lo creo yo así. Me lo habría dicho a mí el Presidente, como otras veces en que me ofreció su intervención personal para cosas de menos monta, y que yo no acepté.

17 de febrero

Consejo de ministros. Casi todo el Consejo dedicado a la cuestión de los periódicos, y luego a lo del carbón. Todos los periódicos de provincias, y los de Madrid, menos *El Socialista*, *La Tierra* y *El Imparcial*, quieren que el Gobierno obligue a subir el precio de los periódicos a quince céntimos. Busquets, dueño de *El Liberal* y el *Heraldo*, que se oponía al aumento, lo acepta ya, en vista del parecer de casi todas las empresas. Tengo la impresión de que Busquets también quería el aumento, pero aparentaba oponerse, para

que se hiciera sin su voto. Esta cuestión lleva muchos meses pendiente en el ministerio de Agricultura; Domingo no sabe qué hacer; pretende que se lo den resuelto, para no indisponerse con nadie. Hoy ha traído al Consejo la propuesta de aumento de precio, que no ha sido aprobada. Se han opuesto los socialistas, y Albornoz. Prieto ha dicho que como partícipe en la empresa del *Liberal* de Bilbao, él pensaba no votar en este asunto; pero que la ejecutiva del partido le ha dado el encargo de votar en contra, por lo que tiene de perjudicial para *El Socialista* tal medida. Dice Prieto que al *Liberal* de Bilbao quizá le convendría la subida de precio. Fernando no ha dicho nada. Largo ha combatido el propósito diciendo que es una política económica absurda *obligar* a que aumente el precio de las cosas.

Carner ha defendido la propuesta, fundándose en que, de no aprobarse, los periódicos más afectos al Gobierno desaparecerán. Marcelino no ha tenido razones que dar, salvo lo de la cuasi unanimidad de la petición. Yo no he opinado, porque como han dado en decir que me he *apoderado* de *cuatro* (?) periódicos, «como podía haberme apoderado de una fábrica» (tal ha dicho un periodista, Corpus Barga, en una conferencia), mi opinión podía parecer parcial o interesada. Maldito el *interés* que tengo yo en ningún periódico, y lo único que hice fue aconsejar que se procurase el cambio de empresa de *El Sol* y *La Voz*, que estaba formada por monárquicos (Barbate, Martínez Campos, Herrero), pasándola a gente republicana. Y mi sola gestión, que realizó Ramos, fue convencer a Herrero para que vendiese sus acciones a Roviralta. No obstante: *La Tierra* dice todos los días que yo soy dueño de cuatro periódicos, esos dos, y *Luz* y *Ahora*. ¡Qué se va a hacer! Busquets y Sacristán aparentaban creer esa patraña, cuando me visitaron el otro día. ¡Buen chasco se habrán llevado al saber que el Consejo no se conforma con el aumento de precio!

Por la tarde, en el Congreso, Bello, director de *Luz*, me ha preguntado, de parte de la empresa, qué había de ese asunto. Se lo he dicho. Me cuenta que Miquel, dueño de *Luz*, afirma que si yo quiero, se subiría el precio de los periódicos. «Es posible, pero yo no quiero ni debo imponer una medida así, que se explotaría en mi descrédito. Y aunque no tuvieran razón, como no la tienen, para achacarlo a interés personal, no dejarían de causar daño».

De las enrevesadas propuestas que trae Domingo sobre la huelga de mineros asturianos, ninguna es aceptable. En rigor, patronos y obreros del carbón tendrían remotamente un punto de interés común, y es que el Estado cargase, de un modo o de otro, con el déficit de las explotaciones. Aquí hay que dejar que se hunda lo que no pueda subsistir normalmente; se produce

caro, mal carbón, y no se vende. Cerrar minas es el único camino. Las empresas están quebradas. Los propios obreros no quieren encargarse de la explotación, porque saben que es mal negocio. Le he dicho a Domingo que una cosa es el hecho de la huelga, declarada porque las empresas quieren despedir obreros, y otra el problema general hullero. La huelga podría resolverse sin despedir a nadie, pero reduciendo los días de trabajo a la semana, como pasa en otras industrias, incluso en la minería. Después podrá verse qué se hace con las minas y con las empresas. Probablemente, cerrar algunas, y liquidarlas.

Domingo, que pasaba por ser un *rojo* extremista en tiempo de la monarquía, es un moderado bastante conservador; y en el ministerio de Agricultura, está muy influido por gentes y grupos de la producción, naturalmente conservadores. No es el que menos influye el subsecretario, señor Valiente.

Tremendo disgusto: en las Cortes, Prieto me llama al despacho de ministros, y me dice que va a darme una noticia muy mala, por la que está impresionadísimo. El doctor Tapia le ha dicho, para que me lo cuente a mí, que Carner tiene un cáncer en el cuello, avanzado y muy extenso, absolutamente inoperable, y de pronta y fatal conclusión. Carner fue hace unos días a consultar con Tapia, porque sentía una ligera molestia en el cuello. A Tapia le hizo mala impresión el reconocimiento, y se quedó con un poco de tejido para analizarlo. Hecho el análisis, su dictamen es de muerte inevitable. Prieto estaba apabullado, y me contó que de igual manera se descubrió y supo la enfermedad de su mujer, que murió de cáncer en tres meses. Personalmente, me apena profundamente, porque a Carner todos le queremos mucho; políticamente, es la peor complicación que podía presentárseme.

Hemos convenido en avisar a la familia de Carner; esta noche se va don Jaime a Barcelona, a pasar dos o tres días, y no sabe nada.

Me ha contado esta tarde el diputado Muñoz, radical-socialista, que hoy por la mañana ha visitado al Presidente. También tenía audiencia Martínez Barrio. Al salir del despacho del Presidente, Martínez Barrio ha conversado con un grupo de visitantes, entre ellos Muñoz y Fernando Valera. Les ha dicho que yo trato con desprecio a Lerroux y a los radicales, y también a los radicales-socialistas, porque «me he echado en brazos de los socialistas», sin

contar con los republicanos de la mayoría. He relacionado esta visita de Martínez Barrio con las *ocurrencias* de Emilio Herrero en las Cortes.

Ahora resulta que un grupo de radicales-socialistas están descontentos porque nos hemos apegado mucho a los socialistas. Se trata del grupo de Gordón Ordás, y de algunos otros sobre quien tiene influencia Sánchez Román. Los radicales-socialistas ponían reparos a la Federación de izquierdas, y casi la han hecho fracasar, porque temían que la Federación fuese el instrumento para desalojar a los socialistas del poder. Y ahora que se ve claro que la coalición persistirá hasta que concluyamos nuestra tarea en las Cortes, o cuando menos hasta las elecciones de abril, se enfadan. Todo ello viene de choques locales. Es difícil gobernar en España, donde el número de personas inteligentes es muy reducido. Si alguna prueba hiciera falta, la dan los radicales, que son capaces de echarlo todo a perder y ponernos en situaciones apuradísimas, por su falta de perspicacia y sobra de malas pasiones.

Con todas estas cosas, yo estoy cada vez más inclinado a marcharme definitivamente. No me dejarán realizar el proyecto de llevar la República a la desembocadura de unas elecciones generales. Lo único que me inspira temor es lo que puede pasar con el ejército el día que yo me vaya de esta casa. ¡Volverán a las andadas unos y otros, políticos y generales! ¡Y adiós República!

18 de febrero

He ido a despachar con el Presidente. Me habla de la visita de Martínez Barrio. El Presidente le ha dicho que le parece mal la obstrucción, «pero como usted comprenderá —agrega— yo no podía pasar de un leve consejo, sin insistir, porque si insisto y no me hacen caso, la situación es penosa y podría influir en las relaciones personales y políticas, y si me hacen caso podría parecer un pacto, por el que me presentarían la cuenta. Por otra parte, yo no podía dejar de hablarle de ello, porque callando creería que aprobaba la obstrucción».

Los argumentos que el Presidente me da no me convencen, y le digo que lo mejor es excusar esos compromisos, y hasta los consejos que pueden ser mal interpretados. Martínez Barrio ha debido de decirle algo de intentos de entrevista mía con Lerroux, porque me ha preguntado si yo no había hablado con Lerroux. Le contesto que no. «Pues yo no sé, entonces…», me dice:

«Será que Alcalá Espinosa le dijo a un amigo mío que si Lerroux y yo nos viésemos, la entrevista podría ser *histórica*, pero no nos hemos visto».

Y añado:

—Lo que Lerroux quiere es que yo contraiga con él un compromiso para cederle el poder un día, o para combinar un Gobierno que le satisfaga. Yo no entro en esos pactos, que sería suplantar la función de usted. Para saber quién sustituye a este Gobierno, está usted, señor Presidente, cuando el caso llegue.

Después he hablado concretamente de la obstrucción. Le he recordado lo que le dije en enero, a saber: que los radicales venían a las Cortes con el propósito de retirarse de ellas con cualquier pretexto, y he recordado la respuesta del Presidente: que la importancia de la retirada dependería del motivo. Planteada la obstrucción, que tiene paralizadas a las Cortes, el Gobierno piensa emplear sus medios para reformar el reglamento y facilitar la aplicación de la «guillotina». (En el último Consejo de ministros hablamos de ello y se tomó ese acuerdo). El intento de reformar el reglamento, y más aún el hecho de la reforma, podría ser el pretexto de los radicales para retirarse. Se lo anunciaba, por la situación que podría resultar. El Presidente me ha dicho: «Yo no coarto los medios reglamentarios del Gobierno para vencer una dificultad en el Parlamento; tampoco le azuzo para que los emplee, pero no se los coarto».

Después ha hablado de las elecciones municipales, y se muestra preocupado porque la división de los republicanos puede costarnos la derrota en algunas provincias. «Es posible —le respondo—. Pero entenderse con los radicales será imposible en casi todas partes, no solo por el lado socialista, sino por el de los radicales-socialistas. Romper con los socialistas para las elecciones sería un error tremendo».

Así han quedado las cosas.

Por la tarde, he trabajado en el ministerio hasta las seis. A esa hora voy a la legación de Rumanía, donde me espera la Bibesco, que desde su regreso a Madrid no me deja en paz con cartitas y recados telefónicos. Estaba sola, y hemos hablado más de dos horas. Casi todo se lo habla ella. Esta mujer no me divierte ni me interesa nada. Aún no se le ha olvidado que en nuestro segundo encuentro, en la legación de Suiza, estuve muy desagradable con ella. ¿Por qué? «Pues porque me fue usted a mí muy desagradable el día que nos presentaron. Noté en usted cierto propósito de *m'épater* con agudezas y descaros inconvenientes, que no me hacían gracia, y resolví que no seríamos amigos». Se ríe. ¿Y ahora? Ahora, sí somos amigos. ¿Está usted seguro de mi afecto? Absolutamente. Etcétera, etcétera, etcétera.

Dice que le gustan los castellanos, porque no son *polis*, pero sí *courtois*. La *politesse* es un género francés desagradable. Los catalanes son cursis, etcétera. Habla del Gobierno: ha conocido (supongo que honestamente) cuarenta y ocho presidentes del Consejo, en diversos países, claro. Yo soy, naturalmente, el que más se parece a su padre, Asquith. De Casares le gusta la *flamme bleue*; pero es un hombre *nefasto*. (Yo me río a carcajadas). Domingo no la interesa nada; ni Carner: *le milliardaire de gauche, c'est connu!* Fernandito es cursi, pretencioso. Cree que Prieto le agradaría. «*Il n'est ni poli ni courtois*», respondo. No importa: haré que me lo presenten en un café. También Largo, que es un castellano, despierta su curiosidad.

Si yo no supiera que esta señora, literata y política, y un poco *détraquée*, se conduce siempre lo mismo, podría creer que hace de espía *bénévole*. Se las da de muy liberal, y de izquierda, pero se queja de todas las cosas y con las mismas palabras que los monárquicos. «En fin, es usted una cavernícola», le he dicho. «¿Y eso qué es?». Se lo he explicado. Libros, política, costumbres, anécdotas, de todo ha habido. Me ha ponderado mucho a «Léon» (Léon Blum), por quien tiene gran admiración; y me ha contado que la última crisis francesa se resolvió en su alcoba de París, porque teniendo a cenar en su casa a *Léon*, Daladier fue a visitarle, y a falta de sitio más independiente, la princesa los metió en la alcoba… He cortado suavemente todas las desviaciones de la conversación que podían llevar a una situación ridícula o enojosa. Amigos, bueno; pero sin perder, como dice la gente *Elle n'est pas jolie, ni est plus dans la première jeunesse! Ridiculous!* Y además me desagrada íntimamente.

Hasta de los periódicos suspendidos me ha hablado, como un Gil Robles cualquiera. Y de Primo de Rivera; y de Marañón, y de Ortega. Se burla de la Yebes, la Dúrcal, y otras aristócratas con pretensiones a intelectuales. Y me habla de las *minorías* que se separan del Gobierno, con lo que el Gobierno pierde todo impulso y actividad… De los diplomáticos dice pestes, y de los militares. Le parece, en cambio, que la política del Gobierno ha *resucitado* a la Iglesia católica en España, y que el número de católicos aumenta por consecuencia de nuestra política.

En fin, es un muestrario de todas las preocupaciones de la oposición. Su habilidad es bastante burda; consiste en decirme: «Entre personas como nosotros se puede hablar… seamos francos y de buena fe… no me trate usted como si yo fuera la opinión pública», etcétera. Se ha quedado con las ganas de saber cómo pienso en el fondo. Sería chistoso que fuese una echadiza. Sus amistades en París y en Madrid permitirían creerlo. Pero a lo mejor, todo se

explica por su locura, y no es más que una pobre mujer, irritada porque va haciéndose vieja. En fin, como sea, que me deje en paz, porque no me divierte.

19 de febrero

Comida en casa de Margarita Xirgu. Después la llevo a La Quinta. En el camino se pone a nevar furiosamente. En La Quinta, despejada ya la tarde, hace un frío duro; con viento. Vuelvo al ministerio. Esplá me trae el informe reservado hecho por el teniente coronel Romeu sobre lo de Casas Viejas. Negras noticias. Esplá cree que en el informe hay animosidad del guardia civil contra los guardias de asalto. Acordamos enviar al juez los partes que tenemos, y los discursos pronunciados en el Congreso por los diputados de oposición, como base de nuevas investigaciones.

A las once de la noche me llama por teléfono desde Barcelona Carner:

—Oiga, Presidente: ¿le ha dicho algo Prieto?

—¿Prieto? No… (respondo, haciéndome el desentendido).

—Bueno, mire. Yo nunca le he creado a usted dificultades, ni se las crearé. Mañana ingreso en una clínica, donde estaré lo menos un mes. De manera que con mi cargo puede usted hacer lo que más le convenga.

—Bien, don Jaime, muchas gracias. Pero comprenderá usted que si tiene usted alguna indisposición, no por eso vamos a echarlo todo a rodar. Se mejorará usted, y a otra cosa.

—No, no. Nada de echarlo a rodar. Pero no se trata de una indisposición, sino de algo más grave. Tengo conciencia de lo que me pasa. Van a empezar a aplicarme el radio. Quizá me vaya a París. Bueno, Presidente… adiós ¿eh?

—Adiós, don Jaime. Mejórese pronto…

Hablaba con la viveza y la alegría de siempre.

20 de febrero

Despacho con Masquelet. Muy contento, como es natural, por su ascenso. Visitas: la asociación de ganaderos; el general Núñez de Prado; un diplomático que viene a despedirse; un gobernador; una comisión de ingenieros; etcétera.

Doy posesión al nuevo subsecretario.

Al mediodía, banquete a Vicente Sol, director de prisiones. El agasajado no ha podido asistir, porque el temporal de nieve ha bloqueado el tren en que venía Sol, y se halla preso en las trincheras de La Cañada, sin poder avanzar ni retroceder.

Durante la comida, Albornoz me ha dicho muchas cosas buenas. Que se halla completamente identificado conmigo; que en mi discurso del Frontón acerté a expresar lo que él piensa y siente; que soy el más radical del Gabinete; que él está asqueado y fatigado, y que viene pensando en aprovechar la primera ocasión para retirarse del Gobierno y quedarse de simple diputado; que le llama mucho la atención y le preocupa que entre los radicales-socialistas haya descontento por mi discurso del Frontón, y sobre todo que ese descontento se manifieste entre los más inmediatos colaboradores de Marcelino Domingo; que algunos de ellos, como Feced, están influidos por Sánchez Román; otros obedecen a motivos de política local, como los de Murcia, etcétera; y algunos se mueven porque creen que no tienen bastante representación en el Gobierno. (Albornoz está muy cambiado, no solo respecto de mí, personalmente, sino respecto de la política en general).

21 de febrero

Consejo de ministros. Examen de la situación parlamentaria creada por la obstrucción de los radicales. Al artículo segundo del proyecto de obras en Alicante, que está en discusión, han presentado cientos de enmiendas. Con el tiempo que el reglamento concede para discutir cada una, y con lo que se lleva cada votación nominal, sería necesario un centenar de sesiones para aprobar ese artículo. La aplicación de la guillotina, según el reglamento que se hizo para discutir la Constitución, no es remedio, porque se requiere el *quorum* de la mitad más uno de los diputados para votar cada artículo, y aunque tenemos mayoría grande en las Cortes, es prácticamente imposible retener permanentemente en sesión a doscientos treinta diputados adictos; y no hacen falta menos.

Les he dicho hoy a los ministros que la situación ha de considerarse en conjunto, y pensando en hacer posible la única salida normal del conflicto con los radicales, o sea, unas elecciones. La obstinación de los radicales paraliza totalmente las Cortes; así no se puede estar mucho tiempo. Disolver las Cortes (por este Gobierno o por otro) no es posible, razonablemente, mientras no estén votadas las tres leyes que según la Constitución deben aprobar las

Constituyentes; y las elecciones municipales mismas, que podrían dar una indicación de cierto valor político, tampoco se celebrarán si los radicales no dejan pasar ninguna ley, entre ellas la que ha de presentarse fijando la fecha y el procedimiento para renovar los ayuntamientos. En tal situación, creo que lo más leal es procurar la aprobación de aquellas tres leyes (Congregaciones, Tribunal de Garantías y Responsabilidad del Presidente de la República), que una vez votadas, además de cumplirse en lo principal el programa parlamentario del Gobierno, dejarían al Presidente en libertad de disolver las Cortes, si lo estimaba conveniente; y una vez aprobadas sería también el momento de presentar la cuestión de confianza; como los radicales han dicho que no harán obstrucción al proyecto de Congregaciones, habría que buscar el modo de que tampoco se lo hicieran a los otros dos, puesto que no son leyes políticas de partido, sino apéndices de la Constitución. El Gobierno no debe intercalar ningún otro proyecto de ley, antes de esas votaciones; y una vez aprobadas las tres leyes, podría llevarse la del procedimiento para renovar los ayuntamientos, y sobre eso, dar la batalla. Si perdíamos, con retirarse, en paz; si ganásemos, aun sería bueno presentar la cuestión de confianza al Presidente, para saber si quiere o no que este Gobierno presida las elecciones.

Todos estuvieron conformes, y se adoptó ese plan general. Respecto de la cuestión del día, o sea, el proyecto de ley de carreteras en Alicante, Prieto dijo que no tenía interés ninguno en mantenerlo, y que como por la tarde se votaría ya el artículo primero, que es lo que le interesaba, había discurrido que unos diputados de la mayoría presentasen una enmienda pidiendo la supresión de todos los demás artículos, que no le son necesarios para ejecutar las obras, y suprimidos esos artículos, los centenares de enmiendas de los radicales caerían también, con lo que podría pasarse a la discusión de la ley de Congregaciones.

Por la tarde, en las Cortes, se perdió mucho tiempo en votaciones y discusiones estúpidas, hasta que se votó el artículo primero. Antes se leyó la enmienda que suprimía los demás artículos, y la oyeron en silencio, sin darse clara cuenta de lo que significaba.

Mientras tanto, subí a informar ante la comisión de Presidencia, para establecer el artículo transitorio de la ley de Incompatibilidades, en el cual se resuelve la cuestión de si se aplica o no a estas Cortes. La nota que dejé el otro día a Carreras y a Salmerón, la han entendido mal, y habían hecho un buñuelo. Ayer llamé a Carreras y le expliqué que su redacción no servía. Delante de él, tomé una hoja de papel y redacté de mi puño el artículo. Se lo entregué a Carreras, para que lo utilizase ante la comisión. ¡Lo ha utilizado

tanto, que la comisión estaba trabajando con mi hoja autógrafa delante! No saben hacer nada. Cordero me habló poco antes de subir yo a la comisión, para decirme que era conveniente modificar mi texto, para que no tuvieran que salir todos los socialistas del Ayuntamiento. Le expliqué que el caso no era de la ley de Incompatibilidades, sino de la ley que dicte normas para la renovación de los ayuntamientos. No pareció muy convencido, y me dijo: ¿Ha hablado usted con Largo? No. Pues hable con él. Bien está. Presente en esta breve conversación Carreras, de Acción Republicana, se fue a la comisión, y les dijo que el criterio mío y el del Gobierno era el de Cordero. Inmediatamente, vinieron a buscarme los demás socialistas de la comisión, y me lo contaron, preguntándome si era cierto. «De ningún modo», les dije. Entonces subí con ellos a la comisión, y en cinco minutos aceptaron todos mi propuesta. Estaban presentes todos los partidos, sin excluir a los radicales, representados por Periquito Armasa. Luego dijeron algunos que aprobaban lo hecho, a reserva de lo que después resolvieran sus grupos. (Así van a las comisiones, sin saber lo que vale un voto ni lo que quieren). Y, en efecto, los radicales han dicho después que presentarán una enmienda para que la ley se aplique desde luego a estas Cortes.

En el salón de sesiones, cuando volví, se leían enmiendas de los radicales al proyecto de ley de Carreteras. Solo el cursi de Abad Conde ha presentado cerca de un ciento de ellas, pidiendo en cada una un ancho distinto para la carretera: en una pide que tenga ocho metros, en otra que ocho metros diez centímetros, en otra que ocho metros cuarenta centímetros, o cuarenta y dos centímetros, etcétera, etcétera, etcétera. Y mientras se leían tales simplezas, yo observaba el rostro de algunos lerrouxistas: tenían, oyendo la lectura, una expresión de deliquio, como si escucharan «una muy suave música». Ya percatados del alcance de la proposición de la mayoría, se dispusieron a burlarla, convirtiendo en «artículos adicionales» a la ley buen número de enmiendas. Besteiro, con quien hablé del caso, requiriéndole a que reglamentariamente cortara este abuso, se hizo un lío. Besteiro no quiere choques con las oposiciones, y desampara al Gobierno. Perdimos la tarde en discusiones, se prorrogó la sesión, y en el punto mismo en que se aceptó la enmienda por la comisión, Besteiro dijo desde su sitial que no se atrevía a resolver de pronto si procedía admitir o no un número indefinido de artículos adicionales, y levantó la sesión. Todo lo que habíamos hecho para salir del atolladero quedaba inutilizado.

Me marché al despacho; Prieto y Largo estaban furiosos. Zulueta mismo desaprobaba la conducta de Besteiro, diciendo que había dejado en mala

postura al Gobierno.

Hoy he sabido que existía un complot para poner bombas en el Frontón la noche de mi discurso. Nos lo ha descubierto el mismo hombre que nos proporcionó el «Simancas» lerrouxista; es dueño de una de las máquinas en que se tira *El Imparcial*, cuya imprenta es de la CNT. La máquina la tiene dada en alquiler al periódico, y para sus cuentas sostiene allí un dependiente que oyó hablar del complot a unos sujetos que trabajan en la imprenta. Encontró la policía dos bombas. La confidencia la recibió Ramos, quien se lo dijo a Saravia, y gentes de su confianza estorbaron el hecho. Esta fue, por lo visto, una de las razones por las que no se permitió que sirvieran el banquete los camareros del Hotel Nacional, que pertenecen a la CNT. Vivimos, como quien dice, sobre un volcán.

22 de febrero

Aunque no tenía cosas urgentes, he ido a despachar con el Presidente. Hemos hablado de la situación parlamentaria. Le cuento las informaciones recogidas sobre la actitud de las oposiciones, en caso de que el Gobierno se dispusiera a hacer uso del reglamento para dominar la obstrucción. Maura ha dicho que se retiraría, en tal caso, de las Cortes, con los radicales, y lo mismo harían los otros grupos. Como el Gobierno no quiere provocar una situación violentísima, ni puede tampoco renunciar a sus derechos, ni rendirse llanamente a las intimaciones de un grupo de oposición, ha trazado el plan acordado ayer, anteponiendo las leyes en las cuales es razonable esperar que no haya obstrucción. Aprobadas esas leyes, el Gobierno libraría la batalla, con los medios que tenga, y al resultado nos atendríamos. También entonces el Presidente estaría en mejores condiciones para tomar una determinación. El Presidente aprobó el plan, y me dijo que deberíamos añadir a esas tres leyes la de orden público, aunque fuese sin esperanza de aprobarla. Respecto de la ley para las elecciones municipales, como esa será en todo caso la gran cuestión, le dije al Presidente que no pensaba llevarla a las Cortes hasta que estuviese despejado el camino para las otras tres. También encontró acertada mi determinación. Añadió que esa ley podría servir no solo para las elecciones municipales, sino para resolver otras cosas. Saqué la impresión de que el Presidente contempla la posible disolución de las Cortes en fecha próxima, si el obstáculo no se puede vencer de otro modo. También le he dicho la mala impresión que tengo de Casas Viejas.

Por la tarde, en el Congreso, calma. Se discute la ley de Congregaciones. No he entrado en el salón. Muchos coloquios baldíos. Se ignoraba si hoy se plantearía un debate sobre lo de Casas Viejas. Cuando ya fue seguro que no se planteaba, me vine al ministerio. A última hora de la tarde me telefonea Besteiro diciéndome que se va a presentar una proposición pidiendo que mañana se acepte una interpelación sobre lo de Casas Viejas; le digo que es innecesaria la proposición, porque desde luego acepto el debate para mañana.

Jueves, 23 de febrero

Consejo en Palacio. Llego con retraso, porque antes he recibido a Mariano Granados, magistrado del Supremo, a quien enviamos el otro día a inspeccionar los sumarios por lo de Casas Viejas, en vista del informe confidencial que nos mandó el teniente coronel Romeu, delegado para ello por el ministerio de la Gobernación. Me dice Granados que en los sumarios hay testimonios (unos trece), acusando a los guardias de asalto de haber fusilado a unos prisioneros. Me informa además de que el fiscal de Cádiz, no obstante haber recibido del juez, el 17 de febrero, noticia oficial de los hechos graves que aparecían en el proceso, no hizo caso, y se fue a una vista en Algeciras. Hasta el 9 de febrero no aparece en la causa indicio alguno que permitiera suponer que se habían cometido excesos por la fuerza pública. Quedé enterado de los detalles más importantes, y me fui al Consejo.

El Presidente, como de costumbre, nos habló de varios asuntillos que suele llevar apuntados en un volante. A uno le dio una importancia desmedida: se ha dado el nombre de «Alcalá-Zamora» a uno de los grupos escolares que se inaugurarán el 14 de abril. El Presidente se dirigió a Fernando; con muchas y rodeadas frases, salpicadas de chistes de los que él hace, con no pocos «don Fernando de mi alma», etcétera, diciéndole que se revocase ese acuerdo y no se pusiera su nombre al edificio. Con este motivo habló casi media hora. Dirigiéndose a mí, dijo que si yo creía ser un hombre discutido, él lo era más; que no quería que apareciese ese acuerdo como una cosa personalista; que a las personas vivas no se les debe hacer esos honores; etcétera; volvió a nombrar a Wenceslao Carrillo; intercaló que había recibido arañazos de los socialistas; en fin, dijo no pocas cosas inoportunas y excesivas, para tan pequeño asunto, y se entretuvo en hacer piruetas verbosas. En vano se le dijo que no tenía razón, que era natural que la República diese a un edificio escolar el nombre de su primer Presidente; que el acuerdo no era del Gobierno, sino de una comisión del ministerio de Instrucción Pública y

del Ayuntamiento, etcétera. Todo inútil. No quedamos en nada, y Fernando se reía con risa de conejo.

Cuando fue posible hablar de cosas más serias, traté yo de la situación parlamentaria. «Voy a ratificar, delante del Gobierno —le dije—, lo que le informé a usted sobre nuestros propósitos, partiendo de que el Gobierno estima que no debe dimitir cada y cuando que se lo pida un grupo de la oposición, criterio que naturalmente está subordinado a otro que pudiera usted tener». Reiteré lo ya dicho. Luego habló él.

En substancia: que si hubiera continuado en las Cortes, se habría impuesto la tarea de servir de nexo entre los partidos republicanos moderados; que para vivir, hay que convivir; que la colaboración socialista ha sido beneficiosa; que sobre el porvenir, él no podía discurrir acerca de cuestiones que no se le planteaban concretamente; aludió de nuevo a la colaboración socialista, y dijo que *ha sido*, y *es*, beneficiosa.

Como yo tenía reciente nuestra última conversación, las palabras del Presidente me sonaban a lo mismo que me había dicho el día antes, y no hallaba en ellas motivo de preocupación; pero observé que Prieto se ponía torvo y que tomaba notas. Cuando terminó el Consejo y se fue el Presidente, nos quedamos haciendo comentarios, como suele suceder, a los incidentes del Consejo. Prieto dijo que en las palabras del Presidente advertía un latente deseo de crisis, porque solo a última hora había dicho que la colaboración socialista *es* todavía beneficiosa, habiéndolo antes puesto en pretérito; y llamó la atención sobre el inciso de que no podía discurrir sobre cuestiones que no estaban planteadas concretamente. Los ministros no participaron de la opinión recelosa de Prieto, ni yo tampoco, y le expliqué lo que podía significar todo ello. No se convenció Prieto.

Por la tarde debate sobre lo de Casas Viejas. Arremetida del grupo extremista (?) que se ha entretenido en pasear cadáveres por el salón de sesiones. Alianza de Rodrigo Soriano y el general Fanjul; de republicanos que se llaman revolucionarios y de monárquicos.

Exhiben una larga serie de horrores, y a cada uno que cuentan, Maura hace grandes aspavientos de asombro y de indignación. La pretensión de estos buenos señores es que el Gobierno autorizó los excesos cometidos en Casas Viejas, y que en 1.º de febrero, cuando se habló de ello en las Cortes, *yo los conocía*, y engañé al Gobierno y a la mayoría.

La sesión ha sido un espectáculo repugnante. Vorazmente se han arrojado sobre la sangre, la han revuelto, nos han querido manchar con ella. Los radicales, sobre todo, han mostrado una saña terrible. A mí, ha concluido por

levantárseme el estómago, descubriendo la podredumbre que hay bajo esta maniobra, y me he marchado del salón, porque no podía más. En los pasillos, en un corro de amigos, he desfogado mi indignación, y estaban muy sorprendidos de verme por primera vez enfadado. Yo no tengo obligación de aguantar, por ningún motivo, que se me acuse en las Cortes de engañar a mis compañeros y a los diputados. Esto no tengo obligación de aguantarlo. La conversación ha contribuido a calmarme. Es odioso tener que estar aguantando impasible en el banco azul los hipócritas clamores de unas gentes que solo buscan la caza del Gobierno o hacer daño a la República. Si fuesen desinteresados y justos se contentarían con cooperar al restablecimiento de la verdad; y después, castigar al que haya faltado. Pero no es eso lo que les importa.

Mi primer discurso ha producido buena impresión, y parece que ha convencido a las gentes de la buena fe del Gobierno. Martínez Barrio ha cometido la perfidia de argumentar de este modo: «El Presidente del Consejo dijo en 1.º de febrero que en Casas Viejas había ocurrido lo que tenía que ocurrir; se demuestra que se ha fusilado a unos prisioneros; luego al Presidente le parece normal esta atrocidad». (Esta conclusión quedaba sobreentendida, aunque casi patente). He replicado sobreponiéndome a mi asco y al dolor de vernos injuriados de tal modo. No desconozco que el relato de los sucesos nos deprime, y que la depresión nos perjudica.

A media tarde ha llegado al Congreso Emilio Herrero, correveidile de don Niceto. Le ha preguntado a Prieto, *de parte del Presidente*, qué efecto le había producido el Consejo de por la mañana; el Presidente había advertido la preocupación de Prieto.

—Ya que me lo preguntas, puedes decirle al Presidente que mi impresión es muy penosa. (Seguidamente le dio las razones que le habíamos oído por la mañana).

Herrero se marchó, y a última hora de la sesión estaba de vuelta. Se llevó a Prieto, y le dijo que había dado su respuesta al Presidente, el cual le encargaba asegurar a Prieto que no tenía motivo para recelar, y que la verdadera interpretación de las palabras presidenciales era la que yo le daba. Herrero añadió que el Presidente le había dicho que el Consejo de ministros había sido «delicado pero no difícil».

Después de la sesión estuvimos un rato en el despacho de ministros. Todos de mal humor, y bastante descorazonados. Parece que entre los radicales-socialistas hay un movimiento de desafección al Gobierno, y quieren tirarnos. Albornoz está muy preocupado.

Después de cenar, me llama por teléfono Domingo, y me pregunta si puedo recibirle con otros amigos. Le contesto que venga. Yo estaba con Ramos, Guzmán, Cipriano y otros amigos, que pretendían aplacar mi enojo por todas estas contrariedades, y convencerme de que debo sobreponerme a la amargura de una injusticia. La cual consiste nada menos que en querer presentarme casi como un verdugo y un sanguinario, y hacerme caer del Gobierno con esa tacha para inutilizarme. Lo de la *envidia*, que dijo Prieto en el Frontón, los tiene locos.

Después del recado telefónico, llegan a mi despacho Domingo, Albornoz y Fernando, que han cenado juntos, y Prieto, a quien han sacado de su casa. Quieren que examinemos la situación. Opinan que el Gobierno está quebrantado, y no tienen el menor deseo de continuar en sus puestos, si hemos de ser víctimas de una campaña de descrédito. Prieto añade que, además del efecto producido en las Cortes por los relatos espeluznantes que se han hecho, el Gobierno no está bien asistido ni por el Presidente de la República ni por el de las Cortes. Con este motivo, Prieto cuenta sus conversaciones con Herrero, que yo conocía en parte, es decir, la primera. Reconoce que el recado de Herrero le desvanece sus preocupaciones de hoy, pero no se tranquiliza completamente respecto de la satisfacción con que el Presidente de la República nos ve en el Gobierno.

Yo les digo que no pierdo de vista el efecto que en nuestra propia sensibilidad ha producido la aparición de unos hechos que, si bien no probados todavía, va siendo verosímil que hayan existido; ni la repugnancia que en nuestra honradez despierta el vernos envueltos en una campaña tan baja; pero que encontrándolos tan desalentados, no me niego a plantear mañana mismo la cuestión de confianza, por monstruoso que sea el caer en virtud de tales imputaciones, a las que daríamos fuerza con el solo hecho de nuestra dimisión. Es claro que si nuestra dimisión fuese admitida, ninguno de nosotros podría formar parte del Gobierno que nos sucediera.

Hemos hablado mucho rato. Con mis discursos de esta tarde se hallan conformes, y estiman que no se podía decir otra cosa. También hemos examinado la posición que tomaría el partido socialista al salir del Gobierno.

Cuando se marchan, vuelvo a mi tertulia y les confirmo, riendo, la inminencia de un desenlace. Encuentran que mi fatiga está justificada, pero se preguntan qué puede ocurrir aquí, si este Gobierno se deshace. «Lo ignoro —respondo—. Eso tendrán que pensarlo los que se empeñan en deshacerlo. Por encima de todo, está mi intimidad personal, que a nadie le está permitido manosear».

Al acabarse la sesión de esta tarde, Martínez Barrio ha salido al pasillo. Los radicales le aplauden y dan vivas ¡a la República honrada! *Où diable l'honneur va-t'il se nicher!*

24 de febrero

Consejo de ministros. Continúa la conversación de anoche. Doy cuenta de ella a los ministros que no estuvieron presentes. Albornoz se adelanta a decir que él ha reaccionado mucho y que le parece un error ceder sin más ni más, y someterse a una campaña deshonrosa. Cuando Largo Caballero se entera del asunto, replica con gran energía que él no participa del desánimo de los otros, que no está dispuesto a dejarse sobrecoger, que se atiene a lo que resulte del Parlamento, y que si alguien tiene deseos de echarnos que lo haga de cara y cargando con la responsabilidad. Y ya veremos si nos dejamos echar, así como así: porque yo no estoy para andar con tapujos ni guardarle secretos a nadie, y al día siguiente de salir del Gobierno diré la verdad de lo que haya sucedido. «Caiga el que caiga, como dijo ayer el señor Presidente», añade, recordando mi discurso. Nunca he visto a Largo tan fogoso. Al hablar, daba fuertes palmadas en la mesa.

La consideración de que retirarnos hoy del Gobierno sería desastroso, dado el motivo de la crisis, y sin haber sufrido ningún revés parlamentario, ha hecho reaccionar a los ministros, y resuelven resistir, hasta ver lo que pasa en las Cortes. Todo depende de la actitud de la mayoría. Hay dudas sobre la disposición de los radicales-socialistas. «Qué harán sus amigos», les pregunto a Albornoz y a Domingo.

Albornoz dice que la escisión es más profunda de lo que pensaba. Domingo cree que todo se arreglará.

Este grupo está muy trabajado. De una parte por Sánchez Román, que como en tiempos de la discusión del Estatuto, maneja a Feced, a Ruiz de Villa y otros diputados radicales-socialistas. También procede de Sánchez Román, a través de Figueroa, *ci-devant* duque de las Torres, el descontento de los diputados radicales-socialistas por Murcia. De la necesidad de contentar a sus electores sindicalistas, viene la rebeldía de algún otro. Y del imperioso carácter y ambición personal del señor Gordón, lo más vivo de la disidencia que aparece en el grupo.

Casi todos estos señores, cuando hice el discurso de Santander proponiendo la Federación de izquierdas, aparentaron disgustarse, alegando

que la Federación podía ser el camino de la ruptura con los socialistas, de los cuales se creen hermanos entrañables; e hicieron todo lo posible por que la Federación fracasara; y casi lo han conseguido. Pero ahora, estos que ponían el veto a los radicales y se apegaban a los socialistas, censuran mi discurso del Frontón, y entablan negociaciones con los propios radicales. Tal hace el señor Gordón, que pretende presidir un Gobierno. Le secundan Valera y Feced, directores generales, como Gordón, en el ministerio que rige (?) Domingo. Parece ser que el desgaste causado al Gobierno por los debates sobre lo de Casas Viejas, les brinda la ocasión de consumar sus planes.

Por la tarde, cuando llego al Congreso, me entero de que los radicales-socialistas están reunidos desde las tres y media, deliberando si han de votar o no con el Gobierno. Las oposiciones han presentado una proposición de censura al ministerio, que según la Constitución no puede discutirse ni votarse hasta pasados cinco días. Como no vamos a estar todo ese tiempo en el aire, y necesitamos hoy mismo una votación que despeje las cosas, dispongo que se redacte una moción de confianza en el Gobierno, que se presentará después de la de censura y se votará inmediatamente. La moción la ha redactado Prieto, y la firman los socialistas y otros.

En el despacho de ministros estaban Albornoz y Domingo, algo mohínos. Sus amigos, los radicales-socialistas, discutían reunidos en una de las secciones del Congreso. Las voces se oían desde los pasillos, según me dijeron los periodistas.

Me encaré con Domingo y Albornoz y les dije que no estaba dispuesto a tolerar que el grupo radical-socialista acordase, como se decía, *retirar sus ministros del Gobierno*; que los ministros no son delegados de los grupos, y estando, como está, el Gobierno unánime en esta cuestión, es inadmisible que parezca partirse por ser los unos más delicados y exquisitos que los otros; que el grupo radical-socialista era muy dueño, como otro cualquiera de la mayoría, de retirar su confianza al ministerio cuando quisiese, pero tenía que hacerlo votando en contra en el salón de sesiones, y cargando con esa responsabilidad; y que en ningún caso me prestaría a echar remiendos al ministerio si se desmoronase por un motivo como ese. Les dije que fueran a la reunión de su partido, donde los esperaban, y llevasen la moción de confianza, y resolvieran si la votaban o no.

Domingo y Albornoz tenían la cara más fúnebre que he visto. Domingo, acoquinado en un sillón, no decía nada; Albornoz se paseaba con las manos en los bolsillos. Después de cuchichear con Berenguer, director de Aduanas, radical-socialista, que venía de la reunión, se fueron los tres. Yo salí a los

pasillos y en el salón de conferencias estuve bromeando con los periodistas y algunos diputados. A las seis y media vinieron a decirme que los radicales-socialistas habían acordado votar con el Gobierno, por veintiún votos contra dieciocho, y *tres abstenciones*. En ese trío estuvo.

Parece ser que en la reunión se apuntó el propósito de derribar al Gobierno, para que se formase otro presidido por Domingo, en el que tuvieran preponderancia los radicales-socialistas. Domingo les dijo que antes de pasar por una cosa así se daría de baja en el partido y se retiraría de la política. Albornoz dijo que se iría del partido, pero no de la política. La discusión fue muy borrascosa.

En cuanto se supo la decisión de los radicales-socialistas, hablé con Besteiro y pasamos al salón de sesiones, a tratar del asunto. Gran gentío. Atestados los bancos y las tribunas. La operación fue breve. No sé a quién se le ocurrió encomendar la defensa de la proposición a Santaló, de la Esquerra catalana; estuvo desdichadísimo, grotesco. Hablé yo. También Maura. Tuvimos cuarenta y tantos votos de mayoría. Ossorio, que estaba enfermo, mandó a decir que se le avisase, si había votación, para dar su voto al Gobierno. Se le avisó, y votó con nosotros. También Marañón, que se me acercó en el pasillo y me dio muchos abrazos. Luego, aplausos, satisfacción en los amigos, encono en los enemigos. Yo no estoy contento. Siento por primera vez, desde que estoy en el Gobierno, tristeza.

28 de febrero

El otro día escribí una carta a Ossorio, dándole las gracias por su asistencia y su voto en la sesión del viernes. Me dejé llevar de mi pesadumbre, y le decía que he llegado al límite de mis obligaciones. Ossorio me contesta diciéndome que no he hecho más que empezar a cumplir las que tengo con España. No sé, no sé… ¿Sirve de algo todo lo que estoy haciendo? ¿He de permanecer aquí hasta hacerme pedazos y quedar inutilizado? Yo bien conozco que mi posición y la de los socialistas forman el único dique fuerte contra la corrupción de la República por el lerrouxismo y todo lo que el lerrouxismo encubre. Pero la confabulación es demasiado fuerte. Si el Presidente de la República no lo comprende así, y si a pesar de la opinión en que tiene a Lerroux trata de resolver este problema como una simple contienda de partidos, entonces no hay remedio. La eliminación de la política corrompida, operación vasta, que pasa ahora por su fase crítica, puede

fracasar, y entonces tendríamos una República (y aun ni eso) tan baja y estéril como la monarquía de Alfonso XIII.

Yo me temo que este esfuerzo de dos años venga a ser uno de tantos intentos como se encuentran en la historia española, y que después vuelva todo a la torpe rutina. De ahí mi tristeza. Mi obligación más clara es no perder el ánimo.

El domingo por la noche estuvimos en la legación rumana. Cena íntima: los Bibesco, *sir* George Graham, los Morla, Cipriano y su mujer y nosotros. Era el cumpleaños de la Bibesco: ¡confiesa treinta y cinco! Estuvo loca como nunca, con la estúpida pretensión de hacer creer a los otros que existe entre los dos una intimidad que no hay. Se propasó a hablar de política española y me puse algo serio, lo que permitía la ocasión, y se quedó muy contrariada.

Al día siguiente me encontré a los Morla en la embajada de Italia y se reían a carcajadas de las extravagancias de la princesa. Me contaron que el Bibesco, que es un príncipe para opereta, la regañó, después de marcharme yo. La Bibesco me ha escrito una carta absurda, en que me habla de Cocteau, de Herbette, y me pide la absolución. La he contestado con seis líneas, a ver si me deja en paz.

El lunes por la noche, o sea ayer, tuve aquí reunido al consejo nacional de Acción Republicana. Asuntos del partido. Cuestiones electorales. Se acordó aplazar la Asamblea hasta que se despeje la situación política. Todos parecían muy contentos por la votación del viernes; pero yo les previne que eso no resuelve nada.

En el Consejo de hoy hemos examinado otra vez la situación. Les digo que yo no puedo ir a una batalla sintiéndome vencido de antemano. Estoy pronto a resistir, si el Gobierno quiere, y no me marcharé ni por lo de Casas Viejas ni por la obstrucción. Tampoco puedo consentir que el Presidente de la República dirija la política, salvo en el acto propio de retirarme su confianza. Fernando cuenta que a una persona de su familia, otra del *entourage* de don Niceto le ha dicho que si le planteara la crisis, me ratificaría la confianza. Convenimos en que si la preocupación de don Niceto es con las elecciones municipales, es indispensable llevarle el proyecto de ley electoral, para darle ocasión de retirarnos su confianza, y si lo aprueba, para gobernar con más autoridad. Ratificamos el plan parlamentario.

La mayoría está firme, salvo lo que pasa en los radicales-socialistas. Albornoz asegura que están con el Gobierno. Pregunto a Domingo si han

dimitido o no los tres directores generales de su departamento, Gordón, Valera y Feced, cabecillas de la oposición al Gobierno en el partido radical-socialista, y asegura que no. Le han visitado juntos esta mañana y le han dicho que se someterán a la resolución del comité nacional de su partido.

Doy cuenta al Consejo del expediente instruido en Marruecos por el abogado del Estado Camporredondo, en el cual se demuestra documentalmente la organización del contrabando de tabaco que hace March en Melilla y Ceuta. Acordamos pasarlo a la comisión de responsabilidades.

Tratamos después de la huelga de mineros en Asturias. Domingo, como ya ha hecho otras veces, me echa a mí el mochuelo, cuando él no puede más ni sabe por dónde salir. Lleva semanas manoseando este asunto, y el sábado pasado, por la noche, se presentó en mi despacho con los delegados de los mineros, con dos o tres diputados socialistas asturianos y con Trifón Gómez, secretario del sindicato ferroviario. La verdad es que yo no tenía papel en este asunto, pero comprendí que Domingo estaba hecho un taco, y por eso venían a mí. Duró la reunión tres horas; examinamos el asunto por todos lados; muchas cosas se pusieron en claro; convencí a los delegados del sindicato de la necesidad de hacer un sacrificio, de la imposibilidad de subir el precio, etcétera, etcétera. Trifón me ayudó. Domingo, nada. Tras de mucho hablar, trazamos unas líneas generales para acabar con la huelga: reducir la producción en 450 000 toneladas; para ello, jubilar los obreros que fuese necesario; disminuir en un día la semana de trabajo; aportar los obreros el tres por ciento de sus jornales para la jubilación de los obreros sobrantes; el resto saldría de reducir la ganancia de los almacenistas; en tres meses se haría un estudio a fondo de la situación de la industria para reducir la producción a las minas en que sea reproductiva. Al marcharse, Domingo dijo: «No hemos perdido el tiempo». Todos los presentes estaban conformes. Pues bien: en el Consejo de hoy, Domingo lee un papel con la propuesta de solución de la huelga: en él se propone que se haga a las empresas mineras un anticipo de tres millones para que reanuden los trabajos, y que dentro de tres meses se decidirá en cuánto ha de elevarse el carbón. Había desaparecido todo lo convenido el sábado. Así es Domingo. Seguramente influido por Valiente y las empresas, adopta su criterio, por ser el último.

Me he opuesto terminantemente a la propuesta de Domingo. «De esa manera —le digo—, la huelga habrá servido para que se haga un préstamo a las empresas, que están quebradas, y para seguir todo como hasta aquí». El Consejo se ha sumado a mi parecer. Marcelino se ha guardado su papel, y ha

quedado en proponer como base la reducción de la producción, según se convino.

Se ha aprobado también la operación para fabricar carriles con destino a la Argentina.

Por la tarde voy al Congreso, y apenas llego, me entero de que los tres directores generales del ministerio de Agricultura han dado una nota a la prensa confirmando su dimisión. El ministro no sabía nada, y se ha enterado de ello ¡en el banco azul! Así le tratan sus más cercanos colaboradores. Viene Domingo con Galarza al despacho de ministros, y le digo que les admita en el acto las dimisiones y nombre hoy mismo a otros. Domingo se va con Galarza al ministerio para buscar tres nombres. Cuando he ido, a las ocho, a firmar con el Presidente, llegó Emilio Palomo, con los decretos de Marcelino. El Presidente hizo algunas chirigotas, y con motivo. Ya solos, se duele conmigo de la flaqueza de Domingo, que está además «mal rodeado». Opina don Niceto que Domingo fue mejor ministro de Instrucción que don Fernando.

Esta tarde, hallándome en el Congreso, vino Calviño, director de Administración, a decirme que los capitanes de los guardias de asalto de Madrid han suscrito un acta, en la que afirman que sus jefes les dieron orden de no hacer heridos ni prisioneros en la represión del movimiento del 8 de enero. Aunque él no ha visto el acta, está seguro de que existe.

Llamé a Menéndez, le pregunté qué sabía de eso, dijo que nada (¡buen policía!) y le di instrucciones para que lo averiguase.

También hablé con Barcia, sobre la operación de préstamo a la mina de Puertollano. Después con Vergara, sobre los asuntos del ministerio de Hacienda.

Vino Largo Caballero al despacho, y me dijo que el general Franco ha dicho que no irá a Baleares, adonde lo he destinado. La noticia me llama la atención, porque coincide con algunas cavilaciones mías, en vista de que Franco aún no se ha presentado en el ministerio, camino de Mallorca.

Hablando de la política, Largo me dice que él y los socialistas, que están muy enojados con los radicales-socialistas, *se hallan dispuestos a todo*.

A última hora, después de firmar con el Presidente, vuelvo a las Cortes y oigo parte de un discurso muy cursi de la señora Nelken; uno de esos discursos que se oían en el Ateneo, en que se habla de los Papas, de la prostitución, de los salarios, de la maternidad, etcétera, etcétera.

Convengo con Besteiro en que siga discutiéndose con preferencia la ley de Congregaciones. Hay una ridícula proposición de Royo, pidiendo explicaciones al ministro de Justicia porque ha dicho en unas declaraciones que prefiere el régimen presidencialista al parlamentario.

1 de marzo

Despacho con el general Castelló. Este nuevo subsecretario es muy trabajador y se entera y me entera de todo. Hoy me ha descubierto un pequeño buñuelo que me hizo el anterior, además del que motivó su salida.

Muchas visitas: el general Carbonell, García Morales, que pretende ser teniente general, cuando ya no los hay; el interventor general, a dar las gracias por el decreto que desmilitariza su cuerpo; Martín Echevarría con un proyecto sobre la Transatlántica; Barroso, que me habla de una bandera de la guerra de Cuba; una comisión de auxiliares, agradecidos por el último decreto; los obreros y patronos de la mina de Puertollano, con Viguri, director del Banco Industrial (dificultades para concertar el préstamo); el capitán aviador Jiménez, a pretender un destino; otros señores, parientes de los prisioneros que se supone que hay al sur de Marruecos; etcétera, etcétera. El general Franco viene a presentarse, de paso para Mallorca. Hace dos días que está en Madrid. Se ha enojado mucho por la anulación de ascensos, y eso que él no ha perdido más que unos cuantos puestos en el escalafón y sigue de general con todos sus derechos. No me ha hablado del asunto, ni yo le he dicho nada. Tratamos de la situación militar de Baleares y de lo que ha de hacerse allí con urgencia.

Continúan las averiguaciones sobre el acta suscrita por unos capitanes de guardias de asalto. Anoche, a las once, tuve aquí a los dos Menéndez. El director de Seguridad me confirma que el acta existía y que la suscriben cinco capitanes. Me dijo que se proponía hacerse con el original y quemarlo. Se lo prohibí. «No haga usted tal disparate. Esa acta comenzaría a ser temible en cuanto la hiciera usted desaparecer». Le ordeno que llame a los firmantes y los interrogue, recogiendo sus declaraciones por escrito, y les pida el documento, para unirlo a las diligencias. Que llame también a declarar a todos los jefes y a los demás oficiales del cuerpo que estén en Madrid, y que de todo ello haga un expediente y me lo traiga.

También anoche, después de irse Menéndez, vino Saravia, ya tarde, y me contó que el capitán Rojas, cuñado suyo, que es quien mandaba en Casas Viejas, ha ido a decirle que unos capitanes le habían invitado a suscribir el

acta y él se había negado. Saravia, discretamente, me insinuó que Rojas se quejaba de que habían querido sobornarle. Esto me produjo alarma, que recaía sobre otra anterior. Hace dos o tres días le dije yo a Saravia que esperaba que el capitán Rojas no perdería la cabeza y tendría serenidad bastante para exculparse, si no tiene culpa, o para sufrir las consecuencias, si la tiene. Saravia me dijo que encontraba a su cuñado absolutamente tranquilo, que negaba siempre lo que se viene diciendo respecto de los fusilamientos de prisioneros, y que estaba pronto (Rojas) a demostrarlo así, y a comparecer ante quien fuese necesario. En esta conversación le pregunté dónde estaba Rojas, y me respondió que en Sevilla, adonde había ido enviado por Menéndez para hablar con el teniente Artal, otro de los que estuvieron en Casas Viejas, *que se hallaba muy decaído*. Al ver a Menéndez le dije: «¿Dónde está Rojas?». «No sé; ha salido de Madrid para asuntos particulares».

—¿Pero usted no sabe dónde puede estar? ¿No le encargué a usted que no le perdiera de vista?

—Creo que debe de estar en Sevilla —repuso.

—Inmediatamente telefonea usted al gobernador para que busque a Rojas y tome el tren esta misma noche, y si el tren ha salido que le ponga en un automóvil.

Cuando Menéndez vino a darme cuenta de sus primeras averiguaciones sobre el acta de los capitanes, me dijo además que Rojas ya estaba camino de Madrid, y que la orden de regreso le había alcanzado en el tren. Esta aparente ignorancia de Menéndez respecto del viaje de Rojas a Sevilla me extrañó mucho, y la extrañeza creció hasta la sospecha cuando Saravia me dijo veladamente lo del intento de soborno de que se quejaba su cuñado.

Igualmente anoche llamé al gobernador de Cádiz insistiendo en que buscase el rastro de las órdenes que se hubieran circulado entre Madrid y Cádiz y entre Cádiz y Casas Viejas el 11 y el 12 de enero. El gobernador (que tuvo en Casas Viejas un emisario, no sé si delegado u observador, el 11 y el 12 de enero, y que no ha dicho esta boca es mía) me contestó que todas las órdenes se dieron por teléfono, y que acaso alguna haya ido por el telégrafo, de la cual buscará los antecedentes.

(Anoche tenía yo un humor negro, espantoso, efecto de una manera de desesperación al verme tan mal servido y que la República tropiece por errores o malignidades de unos capitancitos. No tenía con quién desahogarme. La conversación con Menéndez me tranquilizó los nervios, solo por el hecho de haber encauzado un poco las cosas, y pude irme a dormir).

Hoy, después de comer, he hablado con el gobernador de Cádiz. Me ha dictado el texto del *recado telegráfico* pasado de Cádiz (a Casas Viejas) digo a Medina. No tiene nada de reprensible.

Ha venido Menéndez. Me trae la información practicada, que ha de continuar. Los cinco capitanes firmantes del acta declaran que recibieron de sus superiores la orden de no hacer heridos ni prisioneros. Todos los demás dicen que eso es falso. En cuanto al acta, no pueden entregarla, porque se la han dado a Peyre, *diputado radical, a quien no conocían personalmente*. Uno de los firmantes dice que, antes de redactar el acta, consultaron con Lerroux, que les aconsejó que la hicieran.

La conexión con los lerrouxistas está probada, que pretenden aprovechar el documento suscrito por esos militares como arma mortífera contra el Gobierno. Lo demás no les importa nada.

Menéndez se me ha echado a llorar. Resulta que el capitán Gándara, uno de los cinco, había sido ya dado de baja en el cuerpo de guardias de asalto por sospechas de monarquismo. Menéndez lo readmitió, vencido por los juramentos y protestas de fidelidad de Gándara, compañero suyo. Estos militares son siempre los mismos; a Menéndez, en cuanto un uniforme le da «palabra de honor», todo le parece indiscutible. Lo mismo le sucedió con el hijo de Sanjurjo, que, ocho días antes de la rebelión, le juraba que ni él ni su padre conspiraban. El capitán Gándara, el 11 de agosto, se dejó decir en el ministerio de la Gobernación que el Gobierno les había engañado haciéndoles creer que la rebelión de Sanjurjo iba contra la República, no siendo así, y que para otra vez, no se dejarían engañar. No le hicieron nada a Gándara. Y a mí no me han enterado de ello hasta hoy.

Cortes. Paz en el salón de sesiones. Hervor en los pasillos. Lo del acta ha trascendido. Dicen que el original lo tiene Guerra del Río, y que se lo ha dado a leer a varios diputados. Unos temen, otros esperan un gran escándalo. El caso tiene todos los requisitos para que esta politiquería gárrula se encrespe y aun se asuste: militares en danza, documentos secretos, amenazas… Les he leído a Largo y a Prieto lo que resulta de la información, que deja reducido a nada el valor del acta, como prueba contra el Gobierno, y descubre su verdadero valor de artería política.

En esto llegó Galarza. Se han reunido otra vez los radicales-socialistas. Dice Galarza que hay una fuerte reacción contra Gordón Ordás. Gordón quiere unirse a los radicales, y que se forme un Gobierno, ¡presidido por él!, con todos los grupos republicanos y los socialistas. Dice por ahí Gordón, y ha salido en algún periódico, que yo soy un político «frívolo y audaz». He

cometido una falta en eso de Casas Viejas, y es preciso imponerme una sanción; pero no tan fuerte como para recluirme en mi casa, y se me *consentirá* seguir siendo el ministro de la Guerra. Por su parte, otro diputado radical-socialista, Ballester, que fue romanonista, afirma que su partido no está para engordar a ningún personaje.

Galarza quiere que venga Casares para tomar parte en el debate. Yo me niego. La presencia de Casares en el Congreso solo serviría para atizar el encono, revolver más el asunto, dar un disgusto grave al ministro, que está muy mal de salud, y quizá provocar de su parte alguna intemperancia (porque está muy enojado con Maura) que nos pusiera en un apuro. Como está realmente enfermo, le obligo a que permanezca en Ronda, y como ya este debate ha caído sobre mí, quiero llevarlo yo hasta el final, amansando poco a poco a las Cortes.

Eduardo Ortega ha dado una nota a los periódicos, contando lo que cree saber acerca de los manejos que se hacen en la Dirección de Seguridad para «salvar» al director general. La gente que me rodea está muy asustada por eso. También por unas declaraciones de Lerroux. Muchas de las personas que colaboran conmigo tienen más de periodistas que de políticos, y miden la importancia de los hechos por su interés periodístico. Es preciso reconocer que el mundillo político de Madrid está en mucha parte manejado por el reporterismo, de igual modo que la parte política de los periódicos se nutre de cominerías y chismes porteriles. Dos o tres columnas dedican algunos papeles a referir lo que se dice en los pasillos del Congreso.

Esplá me traslada los rumores alarmantes que circulan para hoy. El general López Ochoa anda por ahí despotricando contra el Gobierno, y diciendo que él lo derribará todo. Está irritado desde que lo destituí de la Capitanía General de Cataluña, y más irritado porque no le doy destino. Pero en el ejército nadie le hace caso. También me hablan de no sé qué manejos del general Fermoso, hoy en la reserva, a quien yo quité del ministerio por su conducta rara en los asuntos de la cría caballar. Esplá ha recibido también informes de la agitación reinante entre los oficiales de uno de los regimientos de Alcalá, que yo conocía, y de ello le hablé al coronel Enrile.

En la preparación del golpe del 10 de agosto hay una parte que no se ha hecho pública todavía, procedente de los descontentos por la supresión de los servicios de cría caballar en el ministerio de la Guerra y su traspaso al de Agricultura, y por las medidas que después he ido tomando para impedir que se robe en los servicios de remonta. En tiempos de la monarquía se formó una especie de sindicato, que dirigía un tal Bueno, acaparador de caballos en toda

España, para vendérselos al ejército a muy subido precio. Se recargaba el precio que pagaba el Estado con el importe de las participaciones fraudulentas que llegaban hasta el infante don Fernando, director un tiempo de ese servicio. Cuando yo empecé a meterme con esas gentes, hicieron campañas de prensa, a las que no era ajeno el general Fermoso. La campaña cesó en cuanto le hice preguntar a Fermoso si tenía mucho interés en permanecer en Madrid. Que ahora reaparezca su nombre, no me sorprende nada. Y es de notar que en lo del 10 de agosto estuvo complicado Bueno, el del Sindicato, y que en la oficina de uno de sus socios, cercana al ministerio, se tuvieron reuniones preparatorias del golpe.

El enojo de los oficiales de Caballería, que son los más desafectos del ejército, viene de la reducción de plantillas, que en su arma ha sido enorme (de 28 regimientos a 10); de la supresión de la cría caballar como servicio militar, etcétera. En el servicio de remonta los abusos han continuado, pero en descenso, hasta su desaparición total en la última compra. Del centro de remonta de Madrid salieron el 10 de agosto los más decididos de los rebeldes, y creo que aún quedan allí tipos sospechosos. Cuando se encargó de la remonta el jefe que lo tiene ahora, y que por haber pertenecido a mi Gabinete militar me parecía hombre de fiar, me contó horrores de los que antes dirigían el servicio. Se instruye un proceso, en el que está encartado un tal Vélez, de la Intendencia, a quien también eché del ministerio. Después comenzaron las quejas contra el jefe que yo había puesto, y hay ahora otro proceso. A fines del año pasado varié otra vez el sistema de compras, y suprimí la comisión permanente encargada de ellas, que salía del depósito de remontas de Madrid. Dispuse que para cada compra se nombre una comisión formada con jefes y oficiales procedentes de las distintas regiones, menos de aquella en que se haya de comprar, y que no pueden formar parte dos veces de la comisión los mismos individuos; sus nombres los proponen al ministerio los jefes de las divisiones, y el ministerio elige. Con este sistema, que debería abochornar a los que pretende contener en el camino de los abusos, se ha conseguido que el precio del ganado adquirido para el Estado en diciembre se reduzca en trescientas o cuatrocientas pesetas por cabeza.

El informador trae referencias de Sanjurjo en el Dueso. El director y el administrador del penal son partidarios suyos, y le dejan hacer lo que quiere. Sanjurjo lo espera todo de un cambio de Gobierno, y afirma que si entrase Lerroux en el poder, no consentiría en permanecer en el presidio ni un minuto más. Sanjurjo debe de tener con Lerroux una cuenta muy seria.

Dice también que el motivo de arrojarse a la rebelión fue el haberle quitado yo de la dirección de la Guardia Civil.

Prieto viene a decirme que el Presidente de la República le llama para hablarle de un asunto particular, y Prieto le ha contestado que no irá, mientras el Presidente del Consejo no le autorice para ello. Yo le digo que vaya, y que si el «asunto particular» es un pretexto, que vea, oiga y calle.

En la última parte de la sesión, Royo Villanova ha interpelado al ministro de Justicia sobre sus preferencias presidencialistas. Ha hecho un discurso grotesco. Albornoz le ha contestado bien y le ha hecho callar. Los señores diputados se han reído mucho.

Después de la sesión, vengo al ministerio, y a poco llega Prieto a contarme su entrevista con el Presidente. Le ha hablado en efecto de un asunto de carreteras, sin interés político, pero don Inda cree que eso era el pretexto. En el curso de la conversación el Presidente ha deslizado que le parece mal el plan parlamentario, que no debe anteponerse la ley de Congregaciones, y que antes deberían aprobarse las otras dos que pide la Constitución, o sea, la del Tribunal de Garantías y la de Responsabilidad del Presidente de la República. En esta parte de la conversación, dice Prieto que ha habido grandes pausas, como si el Presidente aguardase algo del ministro, que, fiel a la consigna, no ha dicho nada. En suma, la impresión de Prieto es que el Presidente querría ver votadas las otras dos leyes y luego disolver las Cortes, dejando para las siguientes la de Congregaciones.

Esta tarde ha habido un incidente entre Lerroux y sus edecanes Guerra del Río y Rey Mora. Guerra quería publicar en *El Imparcial* el acta ya famosa de los capitanes, y ya la había metido en un sobre para enviarla al periódico. Al enterarse Lerroux le hizo desistir, y Guerra, de muy mal humor, rompió el sobre con la copia del acta que llevaba dentro. Añadió Lerroux que no quería que se hablase más en las Cortes ni del acta ni de lo de Casas Viejas. Guerra y Rey Mora estaban furiosos.

En vista del giro que toma lo del acta y de las informaciones raras que me llegan, he resuelto llamar al capitán Rojas, que mandaba las fuerzas en Casas Viejas, e interrogarle personalmente. Este paso es peligroso, por el modo de ser de tales gentes y por la malicia general; cualquiera puede adivinar lo que son capaces de suponer acerca de esta entrevista si se divulgase. Rojas ha venido esta noche a las once. Le he recibido en mi despacho. No le había visto nunca. Su aspecto no predispone en favor suyo; la hechura de la cabeza no delata al hombre inteligente. Yo tengo la copia de la declaración, o más bien informe, dado por Rojas al director general sobre los hechos de Casas

Viejas; en su escrito, Rojas niega que recibiese órdenes monstruosas y niega también que se fusilase a nadie. Tengo asimismo la información practicada por lo del acta, que me ha traído Menéndez, aunque no terminada, pero en la cual consta la declaración de Rojas, diciendo que supo lo del acta por referencias, y que estando acuartelado en Pontejos, no recibió ninguna orden especial. Si algo me llamaba la atención, dado el papel que había desempeñado este hombre, era la extrema concisión de su testimonio.

Basado en tales antecedentes, le pregunté primero el origen del acta y su participación en ella. Me dijo: que él había prometido hacerse responsable de todo lo ocurrido en Casas Viejas, y dado su palabra de honor, y que cuando le piden un favor y lo promete, sacrifica hasta la cabeza, si es preciso. Que fue a Sevilla hace unos días, por encargo de Menéndez, para hablar con el teniente Artal, que estaba muy decaído; que en el tren, de regreso, un agente de policía le preguntó quién era y se cercioró de su identidad (probablemente, esto se debió a mi orden de hacer regresar inmediatamente a Rojas); que en la estación de Madrid le esperaba el secretario del director general, que le llevó a un café, y allí le exhortó a *ser hombre* y le insinuó la conveniencia de que hiciese un viaje y hasta le habló de dinero; que esta gestión del secretario de Menéndez le indignó mucho, y le hizo cambiar de actitud; que no *sabe cómo* sus compañeros, los capitanes de Madrid, se enteraron de que él estaba dispuesto a hacerse responsable de todo, y fueron a decirle que no lo consentían, que no hiciese el tonto, y que por favorecer a otros no debía manchar el honor del cuerpo; que él se negó al punto a secundarlos; le dijeron también que habían consultado el caso con Lerroux, y les había aconsejado que pusieran sus manifestaciones por escrito; que por esta razón los cinco capitanes suscribieron el documento en que declaran haber recibido de sus jefes la orden de no hacer heridos ni prisioneros; que suscrita el acta, siguió negándose a firmarla; pero que lo intentado por el secretario del director, y el haber pretendido en la dirección que contradijese terminantemente en la información practicada los asertos de los cinco capitanes, le han decidido a cambiar de conducta; que ha resuelto «irse con los capitanes», es decir, declarar que, en efecto, hubo la orden de no hacer heridos ni prisioneros.

—¿Pero hubo esa orden?

—Sí, señor.

—Y usted, al prometer que se haría responsable de todo, ¿a qué se refería?

—A lo ocurrido en Casas Viejas, tomando para mí la culpa, si la hubo, y callándome esa orden.

—¿Y qué ocurrió en Casas Viejas?

—Ya lo he contado.

—Yo tengo una copia de la relación de usted. ¿Tiene usted que añadir algo a lo que allí se dice?

—No, señor. Si acaso, algún detalle.

—¿No hubo fusilamientos?

—No. Fuimos duros, crueles si se quiere. Al que corría y no alzaba los brazos a nuestra intimación le hicimos fuego; al que se asomaba a una ventana le hacíamos fuego; cuando nos tirotearon desde las chumberas respondimos con las ametralladoras. Pero eso fue todo.

—¿Usted recibió, estando en Casas Viejas, una orden telegráfica?

—Sí, señor.

—¿Qué decía?

—Que acabásemos rápidamente con lo de la casa de *Seisdedos*.

—¿Conserva usted el telegrama?

—Se lo devolví a quien me lo entregó.

—¿Y no es cierto que mandó usted *razziar* el pueblo?

—Es falso.

—Concretamente: ¿no registró usted las casas, no hizo prisioneros y los mandó fusilar en casa de *Seisdedos*?

—No, señor; es falso, es falso. Hicimos prisioneros, y los entregamos al juzgado.

—¿Y por qué está *decaído* el teniente Artal?

—Ya lo estaba aquel día. Me lo encontré en disposición de meterse en la cama, y tuve que reprenderle dos veces.

Le repetí varias veces, y en distinta forma, la pregunta de los fusilamientos, y siempre contestó negando.

Después le he hablado en otro tono, más suave y menos directo. Se ha mantenido firme y tranquilo. Solo un momento se ha emocionado: cuando afirmaba que habían sido duros, crueles.

No sé a cuándo aguarda el juez para llamar a este oficial e interrogarle a fondo, si, como dice el inspector de Tribunales, hay en el sumario declaraciones que hablan de fusilamientos.

2 de marzo

Anoche, después de marcharse Rojas y de tomar los apuntes de su conversación, vino Saravia, ya muy tarde. Hablamos del asunto, y le conté mi impresión. Saravia, que es la discreción misma, se abstuvo de opinar; me

confirmó los indicios de que a Rojas habían querido sobornarlo. Esto es lo que necesito poner en claro para formar juicio sobre la conducta de Menéndez; el cual me trae otra parte de la información, que sigue su curso. Me ofrece que estará completa antes de comenzar la sesión de esta tarde. Uno de los capitanes que declaran en la información alude a los pasos de Gaínza cerca de Rojas, a su regreso de Sevilla, y les da la misma significación que este. «¿Qué quiere decir esto?», le preguntó a Menéndez. «Nada. Gaínza fue a la estación a esperar a Rojas, porque usted me había dado orden de que no le perdiese de vista y me asegurase de su persona».

Se marcha Menéndez. Yo quedo preocupado con esto. Se me ocurre llamar a Gaínza, y si es preciso carearlo yo mismo con Rojas. No puedo fiarme de ninguno.

El resto de la mañana se me ha ido en recibir visitas. La audiencia ha terminado a las tres menos cuarto. He comido de prisa y corriendo, y ahora me voy a casa del Presidente, a recoger la firma para un proyecto de Marina, y después iré a las Cortes.

Cuando llego al Congreso, veo que el escándalo por lo del acta de los capitanes no puede ser mayor. Todos esperan una sesión tempestuosa, trágica. Se anuncia que leerán el acta, que los radicales se tirarán a fondo contra nosotros, que los militares harán y acontecerán, etcétera, etcétera. Al saberse que los capitanes están arrestados y destituidos, los propaladores de noticias arrecian en su faena. Yo me he desentendido de todo ese barullo y he ido al despacho de Besteiro, para convenir la hora en que habría de discutirse y votarse la proposición de censura que quedó pendiente el viernes.

El salón estaba repleto y las tribunas. Ha defendido la proposición de censura Botella. Lo ha hecho bastante mal, y ha pretendido estúpidamente probar que lo de Casas Viejas es el resultado de la política social y de la política parlamentaria del Gobierno. Cuando le vi en ese terreno lo juzgué vencido. Cuando acabó de hablar Botella, tardé un poquito en pedir la palabra, por si alguien quería hablar. Como todos callaban, hablé yo. No me fue difícil refutar a Botella. La mayoría aplaudió, y en las oposiciones se advertía decaimiento y desánimo. Rectificó Botella, y nadie quiso hablar. El silencio de las oposiciones ha producido sorpresa y decepción. Es evidente que no se han atrevido a utilizar lo del acta ni a remover el asunto de los capitanes; tan absurdo es el caso. La votación se ha hecho en seguida, y hemos tenido una mayoría más alta que la semana pasada.

Si los radicales se hubieran metido en ese mal paso, les hubiera demostrado su torcida conducta; el consejo de Lerroux para que redactasen el

acta, la entrega del acta a Peyre, abogado de March; la declaración de uno de ellos: «Esta es una bomba que teníamos preparada y no queríamos que nadie le quitase la mecha».

Las oposiciones han quedado hoy muy mal, después de las fieras amenazas que venían dirigiéndonos en los pasillos y en los periódicos. El Gobierno ha obtenido un triunfo, pero esta victoria sirve de poco para despejar la situación parlamentaria.

Lerroux le ha dicho a un periódico que a él no le importa que por consecuencias de la obstrucción quede incumplida la Constitución, «porque él lleva una Constitución en su conciencia».

3 de marzo

Muy temprano me telefonea Esplá diciéndome que necesita hablarme. Cuando salgo al despacho ya me está esperando Esplá acompañado de Menéndez. «¿Con qué catástrofe empieza hoy el día?», les pregunto. «No es pequeña», responde Esplá.

Ocurría esto: Menéndez, sin contar con nadie, ha abierto ayer una información nueva sobre la conducta de sus subordinados en Casas Viejas. Determinación extraña, a estas alturas, cuando ya va muy avanzado el sumario que instruye el juez especial. ¿Qué se proponía sacar Menéndez de esta información? Misterio, por ahora. Ha encabezado la información con unos recortes de periódicos, con la declaración de un tal Estrella, periodista, y ha hecho venir de Sevilla, trasladándolo de destino, al teniente Artal. Artal llegó anoche, y parece que estuvo en el cuartel de Pontejos y en otros sitios, contando cosas tremendas. Dice Menéndez que, enterado de esto, llamó a Artal a la Dirección, y ante el asesor jurídico le hizo prestar declaración. Parece que Artal estaba muy nervioso, y pidió que se le dejara reflexionar, aplazando la declaración 24 horas; se negaron a ello, y a las cinco de la mañana declaró que en Casas Viejas, por orden de Rojas, se había fusilado a doce o catorce prisioneros, y que Rojas le dijo que tenía órdenes de Menéndez de aplicar la «ley de fugas». Por si esto fuera poco, añade Artal que Rojas le ha dicho que el ministro de la Gobernación y el Presidente del Consejo estaban decididos a salvarlos. Confirma también que Rojas fue a Sevilla para tranquilizarlo y que no dijese la verdad.

Todo esto es atroz. No se puede estar peor servido.

Esplá dice que ha hecho comprender a Menéndez que, habiendo acusaciones contra él, no puede continuar de director general. Menéndez lo

reconoce, y me presenta la dimisión, que le acepto.

Hacen mil disparates. Tienen detenido en la Dirección a Artal, que está como loco, dando gritos.

En esto estábamos, cuando empezaron a llegar los ministros para celebrar Consejo. Menéndez y Esplá se fueron. Quedaron en que me mandarían la declaración de Rojas, que estaba prestándola en aquel momento.

El Consejo ha sido penoso, bajo la impresión de estas revelaciones; por mucho que nos fuéramos acostumbrando a la probabilidad de una catástrofe, la comprobación casi irrefutable nos aplana. Leemos en Consejo la declaración de Artal. Después llega la de Rojas, que sigue negando los fusilamientos, y atribuye la acusación de Artal a enemistad personal, porque su conducta en Casas Viejas fue mala, y él le reprendió. Acordamos enviar hoy mismo ante el juez a Rojas y Artal con el testimonio de sus declaraciones. Y sustituir inmediatamente a Menéndez. Prieto propone para director de Seguridad a Manuel Andrés, gobernador de Zaragoza.

Después se examina la situación política en general, y dado los barruntos que hay respecto de la intención del Presidente en cuanto a posponer la ley de Congregaciones, acordamos provocar una demostración de confianza llevando a la firma del Presidente el proyecto sobre elecciones municipales. Si lo firma, la situación del Gobierno se despeja; si no lo firma, dimitimos, y en paz.

Por la tarde hablo por teléfono con Casares y le digo que vuelva a Madrid. «Hay hechos nuevos —le digo—, y habrá que hacer una sustitución». Por teléfono no le digo más.

Creía yo que la tarde sería tranquila, no habiendo nada anunciado para la sesión de hoy, y cuando me disponía a trabajar en mi despacho, telefonea Besteiro diciendo que hay una proposición de los radicales pidiendo a las Cortes que se me requiera para que lea los papeles que llevé a la sesión de ayer, y otra de Ortega sobre lo de los capitanes. En vano le hago observar a Besteiro lo improcedente de ambas proposiciones. Dice que no hay medio de cortarles el paso. «Bueno, pues allá voy».

En el Congreso, después de convenir con Besteiro que pusiera a debate la proposición de los radicales a las seis, fui al despacho de ministros, y allí estuve largo rato de conversación con Largo, Ríos, Domingo, Prieto y Albornoz. Hablando, hablando, fui dando suelta a mis sentimientos de repugnancia por la campaña que se hace contra nosotros, y que por el deseo de derribarnos no se priva de suponer que hemos ordenado las atrocidades de Casas Viejas, o las hemos ocultado; les digo mi cansancio, el quebranto de mi

voluntad, el horror que me produce el ambiente calumnioso en que nos movemos, la inutilidad de nuestros esfuerzos para librarnos de la coalición de tantos resentimientos, de tantos odios personales; declaro que ya no puedo más, y que estoy dispuestísimo a dar un escándalo desde el banco azul; que se trata de inutilizarnos por cualquier medio, para inutilizar una política, y que yo no consiento en prestarme a las bajas combinaciones que servirían para restablecer inmediatamente la paz y la «cordialidad» republicana. Que hay en mi aprecio cosas superiores a la misma República, y que yo no puedo sacrificar a la política lo que siempre ha estado lejos y por encima de ella. En fin, hablé mucho, y los otros no poco. Prieto, pesimista. Largo, enardecido. Fernando, aconsejándome tenacidad y serenidad. Albornoz, muy afectuoso, diciéndome que siente ternura por mi persona y por mi obra.

En este estado he ido al salón de sesiones, donde había un gran alboroto contra el vicepresidente a causa de una votación. Los radicales vociferaban. Algunos hacían intención de retirarse. Están buscando el pretexto, y si no vencen al Gobierno se irán aparatosamente de las Cortes. En cuanto me vieron sentado en mi sitio el alboroto empezó a calmarse y me decían: «¡El sobre, el sobre!»; «¡que traiga el sobre!». La explicación de esta tontería estaba en la misma proposición que iban a defender. Para la discusión de ayer tarde llevé yo al Congreso unos papeles dentro de un sobre, y al ocupar mi puesto metí el paquete en el pupitre, de donde no lo saqué porque no me hizo falta. Pero el *abultado sobre* no dejó de llamar la atención. Al salir de la sesión, unos periodistas me dijeron: «Se vuelve usted con el sobre, señor Presidente», y yo contesté, en broma:

—Nunca traigo papeles a las discusiones, y por una vez que los he traído, no me han hecho falta.

La futilidad de las gentes y los usos de portería que son corrientes en los pasillos del Congreso han enredado mil chismes en tan sencillas palabras, y alguien se permitió, por lo visto, decir que en cuanto las oposiciones vieron el sobre desistieron de atacar y que a eso se debió su silencio ayer tarde. Por otra parte, la prensa monárquica, que se prometía la caída del Gobierno a favor del barullo que habían de levantar los radicales en el asunto de los capitanes, está muy chasqueada, y se burla de las oposiciones y las azuza, haciéndoles ver que quedaron en ridículo. Todo esto les ha enardecido. En fin, los diputados radicales se han reunido hoy a comer con Lerroux, y se conoce que la mucha conversación y algo de exceso gastronómico les han puesto en pie de guerra. A los postres de la comida han redactado y firmado la proposición que iba a discutirse. Algunos estaban como borrachos, congestionados e insolentes.

Recuerdo los ojillos con que me miraba Salazar Alonso, coronado de su rizosa cabellera de peluquero. Y lo más chistoso es que se imaginaban que me habían *cazado*. Habló Guerra del Río, y quieras que no se metió en el asunto del acta de los capitanes; yo me alegré mucho de que lo hiciera. Después habló el loquinario de Maura, tomándola por la tremenda, en defensa del *honor* de las oposiciones, etcétera, etcétera. ¡Muy absurdo! Contesté a los dos, y después de tranquilizar a Maura, me fui sobre los radicales. El tema era fácil. La mayoría se puso en pie dos veces, prorrumpiendo en clamores de entusiasmo. Le hice confesar a Maura que estaba de acuerdo con mi doctrina. El espectáculo fue tremendo. Las tribunas también aplaudían y, cuando terminé de hablar, toda la mayoría, en pie, gritaba y vitoreaba. Los radicales no sabían dónde meterse. Guerra del Río quiso rectificar y no pudo. Cada vez que intentaba hablar, la mayoría volvía a aplaudirme. Guerra estaba K. O. El efecto era tal que se levantó Lerroux, y también estuvo muy desafortunado; porque desautorizó a los suyos; salió por el registro de que no se hablara más de Casas Viejas, y que él no había querido hacer uso del acta de los capitanes; pero había estado presente toda la tarde, mientras sus amigos pretendían matarnos con esas armas, y ahora, al ver que no servían, las abandonaba. Guerra del Río decía más tarde que estuvo a punto de levantarse a hablar contra su jefe, y no recataba su mal humor, porque, proponiéndose derribarnos, solo había conseguido dar ocasión a uno de los mayores triunfos parlamentarios del Gobierno. El discurso, en sí, nada tiene de particular; pero las circunstancias le han dado un gran valor, por el efecto que ha causado. La mayoría estaba en una tensión comprimida por las adversidades de estos días, y lo que yo les dije les valió para descargar la tensión y reconocerse otra vez juntos y resueltos.

En los pasillos han vuelto a aplaudirme, cuando vieron que Albornoz me abrazaba. Todos muy contentos, menos yo. Prieto me ha dicho que en el banco azul lloraba oyéndome. Largo, que nadie mejor que él puede apreciar el esfuerzo que he hecho, porque recordaba mi estado de ánimo cuando momentos antes del debate hablábamos en el despacho de ministros. No he querido aguarles el contento, pero la escena de esta tarde ni me envanece, ni me consuela de nada. Mi sentimiento, al escribir estos apuntes, es de profunda tristeza. No lo creerían, si se lo dijese; ¡además, para qué desanimarlos! La situación, vista por dentro, como yo la veo, no mejora. De todos modos, el efecto en el público es grande y será saludable.

4 de marzo

Esta mañana ha llegado Casares, y a las diez y media se ha presentado en mi despacho. Está de mejor color, pero muy estropeado aún; tiene fiebre todos los días. Hablamos hasta la una. Le cuento todo lo que ha pasado, para ponerlo *al día* y que no cometa anacronismos. Su resolución es dimitir, sacrificándose por todos. Le hago ver que es imposible, y que si él saliera saldríamos todos. Me cuenta Casares que don Niceto ha llamado por teléfono todos los días, algunos dos veces, para preguntar por la salud de María Victoria, y, aunque Casares se ponía al teléfono, nunca le preguntó por su salud personal; tanto que, un día, Casares le contestó: «Yo también estoy mejor».

Quedamos en sustituir a Menéndez con Manuel Andrés, gobernador de Zaragoza.

Aún estaba aquí Casares cuando ha llegado Gabriel Franco, que forma parte de la comisión parlamentaria que va hoy a Casas Viejas. Quiere saber nuestros puntos de vista. Le cuento lo que sabemos por la declaración de Artal y la negativa de Rojas; que no ponga límite a nada.

Recibo luego a una señorita alemana que, asistida de un taquígrafo, me hace una interviú. Se propone publicar un libro sobre España. Me pregunta una porción de simplezas; yo le contesto cualquier cosa, y se va muy contenta.

Al salir, el taquígrafo aprovecha la ocasión para pedirme una recomendación.

Después de comer ha venido Guzmán. Le confirmo lo que delante de él le dije ayer a Miquel, propietario de *Luz* (se me olvidó apuntar esto). En efecto, poco antes de salir para las Cortes, estuvo aquí Guzmán, trayéndome a Miquel, a quien yo no veía desde el verano. Parece que Miquel se había quejado de que le era difícil verme, y de que no se le hace caso. En vista de eso, le dije a Guzmán que lo trajera, aunque no me gustase la entrevista, porque suponía que iba a hablarme del asunto del papel. Así fue. Miquel se dejó decir que, «si yo quisiera», se decretaría la elevación de precios de los periódicos. Le hice ver que el ministro de Agricultura había traído una propuesta a Consejo, pero que no siendo aceptada la reforma por todas las empresas, era muy difícil imponerla; que en Consejo habían votado en contra los tres ministros socialistas, y alguno más, y que en un asunto de esa índole yo no quería ni debía forzar la opinión de los ministros; etcétera, etcétera.

Miquel se quejó de la conducta de los socialistas, que en Consejo de ministros se oponen a la elevación de precios, en tanto que a través de las organizaciones de la UGT promueven a las empresas dificultades graves, con aumentos de salarios, etcétera. Conseguirán arruinar a los periódicos republicanos. También me dijo Miquel que la situación de sus periódicos es muy desventajosa para luchar con *ABC* y otros, que traen el papel del extranjero; él está dispuesto a hacer otro tanto, con lo que se agravará la situación de la Papelera. Me habló también de la orientación política de sus periódicos. Bello ha dimitido de *Luz*, porque se niega a hacer campaña contra los socialistas, como quiere Miquel. Por su parte, Miquel se queja de que Bello ha convertido el periódico en un órgano exclusivamente político, y su circulación disminuye. Aseguró que está dispuesto a que *Luz* continúe apoyando mi política. Corté la conversación, porque se hacía hora de ir a las Cortes, pero antes le dije a Miquel que podía dar a sus periódicos la orientación que quisiera, en la seguridad de que yo no me sentiría molesto, ni creería que él había faltado a ningún compromiso; que no teniendo yo puesto en los periódicos ni un céntimo, me guardaría muy bien de dar consejos que pudieran ser perjudiciales a los intereses de Miquel o de otros; que esta respuesta no estaba improvisándola, sino que había pensado siempre así, como Guzmán, allí presente, sabía; que al interesarse en las empresas de los periódicos, lo hizo por gusto o por conveniencia, o por creer que era útil inclinarlos a apoyar al Gobierno; pero que su gusto, su conveniencia o su creencia podían cambiar, cuando y como quisiera, en la seguridad de que yo no me daría por enterado.

Hoy, con Guzmán, he recordado la conversación de ayer, y la he ratificado. Guzmán me ha dicho que ya está convenido el cese de Bello en *Luz* y su pase a *El Sol*, como colaborador.

A las nueve de la noche voy a casa de don Niceto. Le informo de todas las novedades, de la sustitución de Menéndez y de que han llegado a Cádiz el capitán Rojas y Artal.

Se cuenta por ahí que una hija de Alcalá-Zamora ha dicho que su padre pondría el veto a la ley de Congregaciones.

5 de marzo. Domingo

Anoche estuvo aquí Menéndez, sin despedirse particularmente porque aún no había cesado, ni se había firmado el decreto de dimisión. Aunque yo le dije a Casares que corría prisa, ayer no hicieron nada. Me dijo Casares por

teléfono que había hablado largamente con Menéndez, el cual se limitó, en lo referente a su cargo, a decir de un modo general que estaba a disposición del Gobierno. Hoy he instado a Casares para que llame por teléfono al gobernador de Zaragoza y le haga venir sin pérdida de tiempo. Así lo ha hecho, y cree que Andrés llegará a las seis. Menéndez está muy tranquilo. Me habló de la declaración de Artal, y la tacha de falsedad. Cree que hay una conjura contra él, urdida por oficiales monárquicos, a quienes manejan el comandante Peyre y el teniente coronel V. Galarza.

Hoy, a mediodía, ha venido Vallés, fiscal general de la República interino, porque Martínez de Aragón ha sido nombrado presidente del Consejo de Estado. Poco después de marcharse Vallés han venido Granados, inspector de Tribunales, y un señor Navarro, abogado fiscal que interviene en el sumario por lo de Casas Viejas. Los tres me han dado la misma noticia, a saber: que el capitán Rojas declaró anoche ante el juzgado especial y confesó ser verdad lo que dice Artal, o sea, que fusilaron a doce presos, y que Menéndez, en la estación de Madrid, les dio orden de aplicar la «ley de fugas». La cosa es tremenda. Tanto Navarro como Granados opinan que, aunque la afirmación fuese cierta y se dieran aquellas órdenes, es muy dudoso que a Menéndez le alcanzase responsabilidad criminal por ello. Como Menéndez, por su cargo, no puede ser examinado por el juez instructor, la causa pasará al Supremo en cuanto se reciban algunas declaraciones más, que puedan apoyar lo dicho por Rojas. El abogado fiscal se vuelve esta misma tarde a Cádiz, para lo que le hemos proporcionado un automóvil.

He llamado después a Saravia, para darle la mala noticia de la confesión de Rojas, su cuñado. Saravia se conduce en todo este asunto con un estoicismo ejemplar, y aunque tiene un disgusto terrible, no habla de ello ni lo deja parecer.

Saravia me entrega una copia de un documento escrito por Rojas, y que entregó a un notario, antes de salir de Madrid, con encargo de que se publicara, «si a él le ocurría algo». El documento, es decir, la copia, se la ha dado a Saravia una señorita que va al Ateneo, cuyo nombre no recuerdo en este momento, para que me lo entregue a mí, acompañado de una tarjeta suya. El documento es una confesión, e insiste en los intentos de soborno, complicando en ellos a la mujer del propio Menéndez. Como el papel es un escrito a máquina, sin firma ninguna, de poco me sirve, pero coincide en lo esencial con lo que me han contado Vallés y los otros magistrados. Afirma Rojas que el Gobierno no sabía nada de los fusilamientos y que cuando pudo contárselo al ministro, el director general le dijo que no lo hiciera.

¿Qué clase de hombre es el tal Rojas, que ha estado negando durante dos meses, y que todavía el viernes negaba, cuando ya tenía firmado ese nuevo papel?

A las ocho de la noche ha llegado de Zaragoza Manuel Andrés. A las diez y media le ha dado posesión Casares. Mañana se publicarán los decretos. A las once han venido a verme Casares y Prieto. Don Indalecio está muy aplanado.

Cree conveniente que el Consejo del martes se adelante a mañana lunes. Así lo decido, y llamo por teléfono a los gobernadores de Teruel, Valencia y Barcelona para que avisen a los tres ministros que están de viaje.

Zulueta me llama dos veces por teléfono para contarme el resultado de las elecciones alemanas. Cuando le digo que el Consejo, si llegan los ministros ausentes, se celebrará mañana, Zulueta se asusta, porque cree que eso producirá alarma. ¡Vea usted qué cosa!

6 de marzo

Ha venido esta tarde a presentarse el nuevo director general de Seguridad. Todo el mundo dice que es hombre despierto, activo y enérgico. En Zaragoza lo ha hecho muy bien. Hemos hablado un rato. Entre otras cosas me dice que se ha de acabar la exagerada independencia de que disfruta la Dirección General con respecto del ministro. (De esto se me había quejado Casares, y más de una vez le había llamado la atención a Menéndez sobre ello). Cuando estaba hablando con Andrés empezaron a llegar los ministros, y se marchó.

Antes de hablar de política y de los asuntos del día, he hecho aprobar un decreto de Guerra transfiriendo al Estado Mayor Central los servicios de Instrucción, que por piques entre Goded y Ruiz Fornells se quedaron en la subsecretaría cuando resucité aquel organismo.

También me ha aprobado el Consejo una propuesta, y el consiguiente decreto, para destinar La Veguilla, que fue de los jesuitas, a jardín botánico, parque zoológico, etcétera. Tenía yo mucho interés en esto, y lo he apresurado todo lo posible. Ahora falta que sepan ejecutarlo.

Informo al Consejo de la confesión de Rojas. Examinamos detenidamente la situación. Si ahora resulta, por testimonios irrecusables, que es verdad lo de los fusilamientos, en los propios términos en que se venía afirmando, lo más claro es que el mismo Gobierno lo cuente mañana mismo en las Cortes, porque si aguardamos a que se enteren oficialmente por lo que diga la comisión parlamentaria, el efecto será peor. Fernando insiste mucho en que se

haga notar que el descubrimiento de la verdad se ha realizado en el sumario, y en virtud de haber ido ante el juez, por orden del Gobierno, los dos oficiales. Quedo yo con el encargo de hablar mañana en las Cortes, para dar cuenta de todo. ¡Es un paso difícil! Prieto teme que la mayoría se nos revuelva. Largo asegura que los socialistas se mantendrán firmes. De los de Acción y de los catalanes, tampoco hay dudas. Solo existe la incógnita de los radicales-socialistas, cada vez más divididos.

Después he invitado a los ministros a que examinen las eventualidades de una crisis, y las decisiones previas que convendría tomar para cuando se produzca. Nosotros no vamos a dimitir por lo de Casas Viejas, a no ser que algún grupo de la mayoría nos falle. Pasada esta grave dificultad, nos conviene despejar la situación general provocando la cuestión de confianza, que puede ser con ocasión del proyecto electoral. Pero yo creo que no debo ir a Palacio con ese asunto, sin pensar antes en las ocurrencias posibles. Sería una locura tantear la confianza del Presidente, y si nos la ratifica, bien; pero si se abre la crisis, quedamos con la boca abierta, sin saber qué hacer en cada caso. Domingo opina como yo, expresamente, y los demás asienten.

Largo dice que si se plantea la crisis y empiezan las consultas, los tres ministros socialistas tienen decidido retirarse definitivamente del poder, y quién sabe por cuántos años. «Vamos, que no nos reenganchamos», añade Prieto.

—¿Están ustedes seguros? —les pregunto.

En torno de esto gira la conversación. Les llamo la atención sobre la gravedad de la crisis, que puede conducir a un cambio de política prematuro, y quizás a la destrucción de cuanto llevamos hecho. Es evidente que, sin la conformidad y la colaboración de los partidos que están en el Gobierno, no puede constituirse otro ministerio que tenga mayoría en las Cortes, y por tanto se trata de saber si, no ocurriendo una derrota en las Cortes, estaríamos dispuestos a consentir que se variase de política. Añado que me produce temor la perspectiva de que el lerrouxismo gobierne o prepondere, porque, aparte de que eso sería la resurrección de un partido muerto, significaría la paralización de la reforma agraria, un retroceso en la política de conciliación con Cataluña, la rehabilitación de March y sus contrabandistas, el predominio de los generales y de otros militares hasta ahora sojuzgados por la República, la libertad de Sanjurjo y la amnistía de los conjurados del 10 de agosto, y una era de favoritismo y negocios, según las tradiciones del romanonismo. Me preocupa mucho lo que haría el ejército si viniese al ministerio un general, o un hombre que no supiera imponer respeto.

La situación no sería la misma si el Gobierno cayera con una derrota en las Cortes, porque la ocasión y los términos de la derrota ya darían una indicación para constituir un Gobierno, que nos parecería bueno o malo, pero que tendría un origen indiscutible en cuanto a su legitimidad. Pero, si no habiendo habido derrota en las Cortes, se plantea la cuestión de confianza y el Presidente decide cambiar de política, el hecho sería muy grave; porque la *indicación* primordial para el Presidente deben ser los votos del Parlamento. Conviene, pues, por si este caso llega, que todos los ministros consulten con sus partidos sobre lo que se debe hacer, y cuáles serían sus planes para el porvenir. Si nosotros decimos: *no*, la política no podrá cambiar mientras las Cortes nos sostengan.

Si no pudiera formarse un Gobierno con mayoría en las Cortes, habría que disolverlas. ¿Bajo qué Gobierno? ¿Podríamos permitir que se formase un Gobierno anodino, «de funcionarios», como dijo don Niceto hace tiempo, excluyendo a los partidos, como si no merecieran gobernar un período electoral?

Yo estoy dispuesto a llevar nuestra política hasta el fin, si es que me ayudan; pero si no quieren ayudar, conviene saberlo a tiempo.

Largo dijo que estaba conforme, y que discretamente hablarían de ello en el Comité nacional de su partido. Los otros opinaron lo mismo. Domingo dijo que colaborar con los radicales, de ninguna manera, pero que los socialistas deben hacer posible ese propósito.

A última hora ha venido Menéndez a despedirse. Le acompañaba su hermano. Está muy tranquilo. Recuerda sus servicios, su lealtad. Niega la connivencia con Rojas, así como que él prohibiera a Rojas que le contase la verdad al ministro. Le preocupa la situación militar en que se queda. No puede volver al servicio activo, porque seguramente tendría muchos disgustos, después de lo ocurrido con motivo del 10 de agosto. Lo que le importa es seguir contando con nuestra estimación.

Que las barbaridades de Rojas en Casas Viejas se hiciesen con autorización o por orden de Menéndez, no lo creo. Necesitaré que me convenzan de ello. Mi duda, o mi sospecha, es si Rojas se lo contó todo después y Menéndez se calló. ¿Cuándo se ha enterado Menéndez? ¿Por la declaración de Artal? Esto es lo que importa ahora descubrir.

7 de marzo

En las Cortes, sesión penosa. Con la mayor concisión, he dado cuenta de las averiguaciones practicadas y de la confesión de Rojas. Ya lo sabían oficiosamente los diputados, pero el efecto ha sido fuerte. No se ha producido ningún movimiento desagradable; la impresión es deprimente, y al propio tiempo se advierte que la Cámara está ya saturada de este asunto, y un poco embotada.

Naturalmente, las oposiciones no iban a desperdiciar la ocasión. Eduardo Ortega se ha lanzado al asalto, y ha leído el original del documento del capitán Rojas, que ha producido en las Cortes un efecto malo para su autor. Cuando llegó a leer las líneas en que dice que el Gobierno no supo nada, los diputados lo subrayaron con murmullos, y Ortega, al advertir que aquello favorecía al Gobierno, se aturulló un poco y se confundió. También Martínez Barrio hizo un discurso. Con las buenas intenciones de siempre. Contesté a todos, empresa desairada, no por dificultades dialécticas ni políticas, sino por la amargura que a todos nos produce el descubrimiento de que se han hecho atrocidades, y al discutir, parece que uno quiere disculpar o disimular lo sucedido. Según iba hablando, se me ocurrió echarlo todo a rodar; no es soportable la idea de que en un asunto así parezca que la mayoría nos defiende por mera disciplina de partido, y dije a todos que los desligaba de sus deberes de partido y que cada cual votase lo que le pareciera, con plena libertad.

No hubo votación, porque no había ninguna proposición presentada, ni se hizo otra cosa en toda la tarde que comentar la declaración del Gobierno. Todo el mundo se reserva para cuando vuelva la Comisión y dictamine.

Los ministros han estado después en el despacho comentando la sesión. Todos, menos Largo, están un poco deprimidos. Claro: acostumbrados al buen éxito, esta situación se les hace muy cuesta arriba.

El más desconcertado es Prieto, con su impresionabilidad de hombre de la calle. Otras muchas veces, en el curso de estos meses, si yo no le hubiera contenido, hubiera dado con el Gobierno en el suelo.

Fernando está muy asustado. Quería que mandase detener a Menéndez; le da mucho miedo pensar que se fugue. Yo me he negado. Seguramente no se fugará, y detenerlo por orden del Gobierno sería una campanada tremenda. Allá el juzgado.

Cuando estábamos en esa reunión vienen a decirme que el general Queipo, jefe del Cuarto militar del Presidente de la República, le ha dicho públicamente a Salazar Alonso, diputado radical, que él sabe quién tiene una carta de un oficial de la guardia, en la que se desmiente cuanto yo había dicho

a las Cortes sobre la detención de los capitanes. Queipo y Salazar, ante la estupefacción de los presentes, han salido juntos a buscar la carta. Esta escena ha corrido de boca en boca por el Congreso, con regocijo de unos y cólera de otros. Que un general, y de la Casa presidencial, haga una cosa así, produce, naturalmente, escándalo. Cuando vinieron a contármelo, no dije nada. Añadieron que Emilio Herrero, jefe de prensa de la Casa presidencial, andaba gestionando con los reporteros que se abstuvieran de contar el suceso en sus periódicos.

También vienen a decirme que mi ocurrencia de desligar a los diputados de la mayoría de su deber de disciplina de partido para la votación que recaiga en lo de Casas Viejas, les ha sentado mal a algunos radicales-socialistas. Dicen que eso no pertenece al Presidente del Consejo, sino a los partidos mismos. Estos pedantes todo lo confunden, y con nada están contentos: si se les habla de disciplina, votan y refunfuñan; si se les exime de ello, también.

Cuando estaba concluyendo de cenar, me llama al teléfono Miguel Maura. Dice que quiere verme con urgencia, y le invito a que venga en seguida al ministerio. «¿Qué traerá?», me preguntaba yo. «Alguna intriga».

Llegó a las once.

—Aunque usted —me dijo en cuanto nos saludamos— ha dicho que no admite consejos, vengo como amigo a hacerle unas reflexiones, en bien de todos.

—No confunda usted una posición polémica con una relación amistosa. A un amigo que se presenta como usted, le oigo con gusto.

Ha estado aquí más de una hora. Hablando con su voz cálida y llena, y su facundia y volubilidad habituales, que me marean. Toma caprichosamente un punto de partida, y desde él se lanza, haciendo piruetas, sin cuidarse mucho de encadenar las razones.

Comenzó por decirme que el debate sobre Casas Viejas no podía continuar ni un día más. Como yo recordé, para mí, al oír eso, lo que Lerroux dijo en las Cortes el otro día (que no se hablase más de Casas Viejas hasta el regreso de la Comisión), creí que venía, de acuerdo con Lerroux, a proponerme algo. Me dio las razones que aconsejan la terminación de tal debate: que es escandaloso lo que sucede; que ya hoy se ha llegado a hablar de la mujer de Menéndez (documento de Rojas); que mañana saldrán a relucir los escándalos ocurridos en la Dirección General durante el mando de Menéndez: juergas, borracheras, etcétera, etcétera; que el Gobierno, con todo esto, se cubre de fango; que el Parlamento se desprestigia, y por tanto el régimen; que esto no puede continuar…

Respuesta mía: que en cualquier Parlamento del mundo todo ello se habría ventilado en una sesión, de una manera o de otra, mientras que aquí llevábamos un mes, sin adelantar un paso; que no es el Gobierno quien mantiene el debate, sino las oposiciones, y que se puede acabar cuando ellas quieran; pero que el Gobierno no puede atravesarse en el camino e imponer una conclusión, y que estaba pronto a escuchar lo que tuviera pensado para que no continuase una situación que, después de haberla provocado ellos, tanto les escandaliza.

Maura entonces me aconseja que presente yo mañana mismo la dimisión. Le parece muy mal mi doctrina de que el Gobierno solo puede caer por una votación en el Congreso; de esa manera, dice, echa usted toda la responsabilidad sobre el Presidente de la República.

—¿La responsabilidad de qué?

—La de un cambio de política.

—Esa la tendrá siempre, cuando decida admitir o rechazar la dimisión de un Gobierno. El Presidente no puede proceder caprichosamente, y una indicación fundamental para sus decisiones es el voto de las Cortes.

—Pues esta tarde, la mayoría le ha dado a usted pretexto para dimitir, porque no ha asistido al Gobierno.

—Se equivoca usted, ya lo verá cuando haya una votación.

Entonces Maura se lanza a describirme la situación de la mayoría: según él, 94 diputados socialistas son enemigos de continuar en el Gobierno, y aunque Largo cree dominar en el partido, se engaña. Toda la UGT sigue a Besteiro. También los radicales-socialistas están alejados del Gobierno, y ya se verá en la reunión que van a tener; etcétera.

Le contesto que si, en efecto, los grupos de la mayoría se disgregan, o nos dejan en minoría, ya no tengo que pensar nada, ni que buscar pretexto para marcharme.

Añade Maura que, dado mi propósito de no caer sino en el Parlamento, y admitido que no conviene una crisis por lo de Casas Viejas, se puede provocar por un pretexto cualquiera, que se buscaría mañana mismo, y para que el Gobierno quede derrotado, *bastará que los ministros radicales-socialistas les digan una palabra a sus diputados para que voten contra el Ministerio, y derribarlo*. (La *bonhomie* de Maura es increíble. En vista de que él y sus amigos no pueden derrotarnos en las Cortes, viene a pedirme que nos derrotemos nosotros mismos).

Apoya su propuesta con muchos ofrecimientos para intervenir mañana cerca de Lerroux y de otros personajes a fin de *combinar* la derrota del

Gobierno, y añade que mañana estará todo el día a mi disposición; no tengo más que avisarle por teléfono. (Ya lo da por hecho, con su vehemencia habitual, y su facundia imperiosa).

Todo ello es para salvar del fracaso y de la inutilización política a doce hombres, que son lo mejor de la República (repite muchas veces lo de los doce hombres, es decir, los ministros); pero se le ha olvidado que ahora no somos más que ocho. Insiste en que lo hace desinteresadamente; el poder no irá ahora a sus manos; no quiere entrar en el poder sino por la puerta grande, cuando los electores le den número de diputados bastante para gobernar, o para pesar decisivamente en las Cortes; precisamente lo que le preocupa es que en las próximas puede tener cien diputados, y eso es demasiado, para no gobernar, y demasiado poco para gobernar; si trajera ciento cincuenta ya sería otra cosa. Pero eso no espera alcanzarlo hasta después de dos elecciones generales. Con Lerroux no quiere nada, ni se prestaría a gobernar con él, ni tampoco Sánchez Román ni don José Ortega.

Probado así su desinterés, repite que hay que salvar de su inutilización política a los doce hombres, que llevan camino de perecer para la República por este asunto de Casas Viejas. El remedio es: la crisis, provocada del modo dicho, *la salida de los socialistas* del Gobierno, y la formación de otro de coalición republicana; en él podrían figurar los mismos ministros republicanos que en el actual.

—De modo —le digo— que, en marchándose del Gobierno los socialistas, *ya no se hablaría más de Casas Viejas* en las Cortes, y ya no quedaríamos inutilizados los demás ministros. ¡Vaya, vaya! Pues yo creo que en las Cortes, como no las disolvieran, se seguiría hablando de eso, queriéndolo un solo diputado, y si nosotros hemos quedado muy mal, cubiertos de fango, y descalificados por lo de Casas Viejas, seguiríamos estándolo en el nuevo Gobierno, o donde nos pusieran. Lo que usted me propone es que me fugue del Parlamento, como Sánchez Guerra el año 22 por la cuestión de las responsabilidades de África. Yo no me fugo de ninguna parte.

Como yo le preguntase si había pensado en la gravedad de una crisis prematura o de una disolución también prematura, me dijo que la crisis sería facilísima, y se resolvería en 48 horas, porque todos sentirían la presión de la oposición pública y no podrían negarse al requerimiento del jefe del Estado. A este propósito, y sin nombrarme, habló de que los caracteres más inflexibles se doblegan en tales circunstancias. Su padre, don Antonio, era tan inflexible, que los hijos se sorteaban para entrar en el despacho a darle algún

recado. (A eso no lo llamaría nadie un carácter inflexible; pero este Miguel es así). Pues con toda su inflexibilidad, don Antonio se avino a presidir el Gobierno nacional con Romanones, Dato, Alba y los que más le habían insultado. (Todo esto de la inflexibilidad debía de ir por mí, prediciéndome que yo también me avendría a presidir un Gobierno de coalición).

Confesó que el Partido Radical es un conglomerado infecto. Con Lerroux no se puede ni hablar, pero tampoco aspira a nada. Del Partido Radical se podrían sacar dos o tres personas que estuvieran bien. Justificó la obstrucción de los radicales, porque Lerroux tenía en las Cortes 90 diputados «inactivos».

—¿Pero es que no saben hacer otra cosa más que la obstrucción?

Se dejó decir que el Gobierno había sido desleal con las Cortes, ocultándoles lo que sabía. Ya aquí me puse serio, diciéndole que no admitiría conversación sobre tal supuesto. Y hasta se atrevió a insinuar que creía en la existencia de órdenes crueles, dadas por Casares, a quien hace meses oyó decir, en un corro de diputados, algo muy parecido a lo de que *no se hagan heridos ni prisioneros*. Le repliqué de muy mal talante, y aquí la entrevista quedó concluida. Poco más habló, y al despedirse repitió que todo el día de mañana estará a mi disposición.

En el curso de la conversación me dijo también que las elecciones municipales se perderán, pero no las elecciones a diputados a Cortes; que en las elecciones de Cortes, interponiéndose él con su partido, dividirá a las derechas y asegurará el triunfo de los republicanos; que toda España va hacia la derecha; que en Almendralejo lo han llevado en hombros; que España es un pueblo admirable, con el que se hace lo que se quiere; que se incorporarán a su partido Royo, Martínez de Velasco y otros agromonárquicos; etcétera, etcétera.

Le tiene como loco la reunión de los radicales-socialistas para esta noche, y que pueda decidir la votación un señor desconocido, que es médico alienista. En fin, ¡qué sé yo!

Cuando se ha marchado Maura estaban en otra habitación Ramos y Guzmán, y nos hemos entretenido comentando sus desvaríos.

8 de marzo

La prensa de la mañana ha publicado el incidente Queipo de Llano. Hay gente bastante necia para creer que esto pueda traer dificultades al Gobierno.

Cuando salí al despacho, llamé a Saravia y le encargué que extendiera el decreto relevando a Queipo y que pidiese hora a Palacio para ir a firmar. El

Presidente me citó para la una, y debió de figurarse de qué se trataba, porque un cuarto de hora después se presentó aquí el secretario general de la presidencia a decirme, de parte de don Niceto, que le llevase el decreto de relevo del general, a quien esta mañana le había pedido la dimisión.

—El encargo del Presidente coincide con mis propósitos. Dígale usted que ya están poniendo el decreto y que para firmarlo le he pedido hora precisamente.

Más tarde vino el subsecretario de Gobernación. Me cuenta que Casares está *derrumbado*. Le falta la fuerza física y se halla además muy deprimido. Comenzó a vestirse esta mañana a las ocho, y al mediodía no había terminado. Permanece sentado al borde de la cama, triste y febril. Quiere marcharse del Gobierno, y según Esplá no parece fácil convencerlo. Su resolución viene de que, habiendo tenido que pedirle la dimisión al gobernador de Cádiz, cree que también él debe dimitir.

Esta resolución de Casares no me sorprende. No es nueva. Quería marcharse, asumir él solo la responsabilidad de todo, y desembarazar así la situación del Gobierno. Se ha necesitado todo el ascendiente que ejerzo sobre él y la gran amistad que me tiene y su propósito de no crearme nunca dificultades para hacerle desistir. Hoy le he repetido a Esplá, para que se las diga a Casares, todas las razones que tengo en contra de su deseo de dimitir. Mi decisión está tomada. No sacrifico a un ministro para salvar al ministerio. Si ahora abandonase a Casares, no habría modo de convencer a nadie de que él no era culpable de la atrocidad que han hecho en Casas Viejas, y eso sería de mi parte una acción mala. Cualquiera que sea el descuido o la bobería con que en Gobernación se han atenido durante demasiado tiempo a los informes recibidos de Cádiz, y por desairada que sea la posición en que queda el Gobierno, me consta que Casares no ha sabido lo de Casas Viejas hasta que hemos ido sabiéndolo los demás, y un poco más tarde, porque yo le comuniqué a Ronda, por teléfono y con medias palabras, que habían aparecido hechos nuevos y graves. Estando yo convencido de esto, feísimo sería hacer nada que pudiera echar sobre Casares ni la sombra de una duda. He hablado largamente con Esplá, y se ha marchado con la esperanza de que las cosas que yo decía convencerían al ministro. Cuando se marchaba le he dicho por última vez:

—De todos modos, si Casares no se convence, que me avise, para no ir yo a las Cortes esta tarde y presentar la dimisión de todo el Gobierno.

Vinieron luego el subsecretario de Hacienda y Flores de Lemus. Hablamos largamente de asuntos de aquel ministerio, sobre todo, de cosas de

petróleos. Acepto la propuesta de modificar los contratos de transportes de petróleos, que tiene hechos la Campsa, y en los que están escandalosamente interesados algunos consejeros de la compañía misma, entre ellos Maluquer.

A la una, voy a Palacio. Hablamos poco de lo de Queipo, salvo que el Presidente pone mucho empeño en hacerme saber que su primer acto, esta mañana, fue pedirle a Queipo la dimisión. También me dijo que si yo hablaba con los periodistas les hiciese saber que el secretario de la presidencia había ido a poner a mi disposición el cargo del general Queipo.

—Supongo —añadió— que no tendrá usted inconveniente en ello, porque de esa manera se sabrá que yo también me he dado cuenta de la impertinencia del general y su relevo no parecerá una decisión que el Gobierno me arranca.

—No tengo, en efecto, ningún inconveniente.

Hablamos un momento de la situación. Apunté un poco de mi mal humor y de mi desgana y me lamenté del quebranto de la salud de Casares.

—¡Qué! —me interrumpió, con un poco de… codicia—, ¿Casares no puede continuar?

—Sí puede, sí puede —atajé yo—. Está muy cansado, pero en esta situación no sacrifico un ministro.

Chasco. Cambio de conversación. Sospecho que lo tiene montado en las narices, pero no me importa.

Por la tarde he ido al Escorial; he pasado un par de horas en el jardín de la Casita de Arriba, que estaba desierto. Maravillosa tarde, de sol primaveral. Recordé otra, de un mes de marzo en que estuve allí, completamente solo, hace muchos años, la primera vez que volví al Escorial después de salir del colegio.

El día ha sido de pausa y sosiego. Espero con paciencia.

9 de marzo

Antes de salir para el Consejo en Palacio recibo a Gabriel Franco, que forma parte de la comisión parlamentaria, llegado de Casas Viejas esta mañana. Me informa de todo lo que han hecho allí, y cree, como me adelantó por teléfono, que el informe será bueno para el Gobierno y lo firmarán todos.

El Consejo con el Presidente ha sido breve. Se le ha muerto una prima carnal en Alcaudete, y se proponía salir para allí a las dos de la tarde. Casi todo el Consejo se ha dedicado a la política exterior, y luego el Presidente se ha puesto a divagar sobre la República actual comparada con la del 73, y con la época constitucional del 20 al 23 del siglo pasado. «Entonces —dice—,

éramos también el pueblo de Europa que tenía el régimen político más avanzado. Pero las Cortes eran de izquierda, el Gobierno moderado, y el rey absolutista». «Creo que el Presidente del Consejo —añadía riéndose—, aunque literato, no se parece nada a los de entonces, y yo tampoco me parezco a Fernando VII». Después ha comparado la reacción de la Santa Alianza con la reacción que se observa en algunas naciones europeas, etcétera, etcétera. Sobre todo esto ha divagado. Yo le he llevado la conversación, entre veras y bromas. En seguida, levantó el Consejo, para ir de viaje. Tanta conversación inútil, creo que iba dirigida a eludir que se hablase de política interior. Estamos en un compás de espera. Por noticias oficiosas averiguo que el Presidente está preocupado por si tendremos o no bastantes votos en las Cortes para salir con bien de este asunto. Yo estoy seguro de que los tendremos, si no me atraviesan los mismos amigos alguna tontería. Conforme lo he llevado hasta aquí, lo llevaré hasta el final, yo solo, puesto que me vi obligado desde el primer día a tomar esa carga, por la grave enfermedad de Casares.

Toda la tarde me he dedicado a trabajar en el ministerio.

10 de marzo

Consejo de ministros en el ministerio de la Guerra. Llevo muchos asuntos de Hacienda. También se aprueban proyectos de Instrucción Pública y se desestima una instancia del conde de Romanones, pidiendo que se le exceptúe de la expropiación de fincas decretada contra los grandes de España, en virtud, dice, de los eminentes servicios que ha prestado a España.

Ya tomado el acuerdo, Prieto le dijo a Domingo: «Si se le hace a usted muy cuesta arriba darle cumplimiento, aplácelo, porque a lo mejor nos vamos».

Largo protestó: «¿Cómo es eso de aplazar lo del conde de Romanones? De ninguna manera».

Domingo: «No me es agradable, pero lo cumpliré, como acuerda el Consejo».

Se habló del dictamen de la comisión parlamentaria, que conocemos en sus líneas generales, pero no literalmente, porque a la hora del Consejo aún no está terminado. La conclusión que contiene no nos basta. Promoveremos una declaración más explícita de las Cortes y un voto de confianza.

Los ministros radicales-socialistas aseguran que los diputados de su partido votarán con el Gobierno.

Por la tarde voy al Congreso creyendo que el informe de la comisión parlamentaria se leería pronto y terminaríamos hoy mismo esta cuestión. Pero no ha sido así. Ya ayer se dijo que el diputado Botella, de la comisión, pretendía que se tomase declaración a los capitanes de la guardia de asalto que firmaron aquella acta de marras, y que estaban dispuestos a decir *cosas graves*. La cosa no pasó adelante.

Esta tarde, cuando ya tenían hecho el informe y se reunían para firmarlo, Botella ha insistido para que se oiga a los capitanes. Algunos diputados, miembros de la comisión, creyendo favorecer al Gobierno, querían oponerse. Yo llamé a Franco, y le dije que no hicieran tal, que oyeran a todos, y que aplazaran el informe para otro día. Lo mismo pensaban los socialistas. Se reunió la comisión, y no faltó en ella quien dijese que no escuchaba nuestras indicaciones, «porque la comisión no está a las órdenes del Gobierno». (Es mucha la gente que *piensa* con frases hechas; una cosa tan clara como la que yo les aconsejaba, les parecía una orden). Como fuese, la comisión podía resolver aplazar su informe y oír a los capitanes, o bien dar por concluido su trabajo, no oír a nadie más y presentar su papel a las Cortes. Pero no hizo ni una cosa ni otra. Firmaron todos el informe, y acordaron presentarlo a las Cortes, con una coletilla, en la que hablan de las demandas de nuevas declaraciones, pero dejando que las Cortes resuelvan si se prolonga la información o no. Es el miedo a tomar la responsabilidad de una decisión. Estando yo en el despacho de Besteiro, llegó el joven secretario de la comisión, con el informe firmado por todos, y me enteró de lo que habían hecho. Le dije que era una tontería, y no encontró razones para probarme lo contrario.

Todo el mundo sabía que el suplemento de información era innecesario, pues todo lo de Casas Viejas estaba averiguado, pero nadie se atrevía a oponerse. Ante las Cortes, el Gobierno no podía pedir que se renunciase al suplemento de información, pues, en tal caso, los más convencidos de su inutilidad habrían dicho que deseábamos *tapar* algo. Así es que me encogí de hombros y dije: «Hagan ustedes lo que gusten». (Todavía tengo esperanzas de que por muchas tonterías que amontonen, acabaremos por pasar a la otra orilla).

Con Besteiro traté del orden de la discusión. Se mostraba conforme, al principio, con no leer el informe en sesión hasta que las Cortes decidieran si se ampliaba o no, y en caso de ampliarse, dejar la lectura para cuando estuviese todo hecho y completo. Pero entonces nos enteramos de que la comisión había hecho sesenta copias del informe, y las había repartido a los

grupos y a los periódicos, sin esperar siquiera a que lo conociera el Presidente de las Cortes, a quien iba destinado. (Así se hacen las cosas; por donde se ve que la mala educación puede tener consecuencias políticas). Entonces decidí también dejar a Besteiro que hiciese lo que más le gustase, y me fui al despacho de ministros.

Allí nos llegó un ejemplar del informe, que Prieto leyó en voz alta, para que se enterasen todos. A los más les pareció bien, pero Prieto y yo les hicimos notar que se equivocaban, porque el informe dice que no han encontrado pruebas que les permitan siquiera insinuar, etcétera, etcétera. No afirman su convicción total y definitiva.

El autor del texto es un joven maurista, García Bravo Ferrer, diputado por Sevilla, y por él siente Fernando de los Ríos una de sus debilidades de pedagogo. A Fernando le parece interesante, inteligente, etcétera, todo el que se ha sentado en los bancos de la universidad a escucharle. O le ha dicho que quiere «orientarse».

Vista la redacción de esta parte del informe, nos remachamos en el propósito de que las Cortes hagan una declaración formal sobre el caso. Se ve que los diputados de la mayoría que están en la comisión han cedido mucho en cuanto a rotundidad de las declaraciones, con tal de obtener la unanimidad.

Las Cortes han oído la lectura, sin alterarse. Después se ha hablado un poco a tontas y a locas, para acordar al fin que la comisión amplíe sus investigaciones hasta el martes próximo.

Después hemos estado en el despacho los ministros, comentando estas cosas. Quien más, quien menos, todos están molestos por las dilaciones que sufre este asunto. «Ahora van a ir contra mí —les digo—. Reparen ustedes que el general Fanjul es el que sostiene que yo estaba enterado de todo, porque me lo comunicaba por teléfono diariamente un periodista de Medina Sidonia. Y lo mismo opina Maura. El propósito de hacer declarar a los militares no es otro que el de buscarme complicaciones por este lado».

Ramos, que entraba y salía en el despacho mientras hablábamos de estas cosas, se maravillaba luego del poco ánimo que me dan los ministros. Zulueta y Giral, como si nada de esto fuese con ellos. Prieto y Fernando, que son los más vanidosos, son también los que parecen más desasosegados. Domingo no dice nada. Albornoz tiene estos días desatada la vena del buen humor y todo lo toma por el lado cómico. Solamente Largo está enardecido y con ganas de pelea. Yo me callo, domino cuanto puedo mi mal humor, y espero.

Estaba cenando cuando me llama Casares y me dice que el juez, después de tomar declaración a Arturo Menéndez, lo ha enviado a Prisiones. Ingresa

esta noche como *detenido en comunicación*. La noticia dará ruido. Puede pensarse que sea un exceso de celo, o una medida con segundas intenciones. Dicen que el juez es hechura de Elola, magistrado del Supremo y diputado lerrouxista. El abogado fiscal es pariente de la mujer de Giral y furioso antirrepublicano. Pero funcionario competente.

El hecho me contraría, y considero que es precipitado.

Más tarde, viene mi ayudante Menéndez, hermano de Arturo. Me trae la noticia de la detención. Está, claro, muy disgustado, y supongo que me oculta sus verdaderos pensamientos. Me ofrece la renuncia de su cargo, que no le dejo siquiera formular. La opinión de este Menéndez es que hay una conjura contra su hermano, urdida en venganza de sus actos como director general.

Cuenta que Arturo está furioso, y que ha resuelto no declarar más, negarse a toda diligencia, y no nombrar abogado defensor, etcétera, etcétera. Le digo que todo eso es un disparate y que aconseje calma a su hermano.

16 de marzo

El interés de todos estos días ha estado pendiente de lo que ocurriría en la sesión de hoy. Aun conocido el informe de la comisión, y siendo ya claro que el Gobierno no ha dado ocasión a que se cometa la atrocidad de Casas Viejas, y asimismo que el Gobierno no ha ocultado lo que sabía, no faltaba gente política que esperase la caída del Gobierno. No sabían bien por qué, pero la esperaban, y han hecho todo lo posible por provocarla.

Chasqueados porque la comisión no había encontrado ningún motivo de acusación contra el Gobierno, no perdían la esperanza de hallarlo al ampliarse la información. Los capitanes de la guardia de asalto que han declarado, no tenían nada que decir pertinente al caso, ni nada que no fuese ya conocido. Pero ha habido personas empeñadas en buscar algo que pudiera *comprometerme* personalmente. Querían probar que existían órdenes terribles y que las había dado yo. El general Fanjul fue a la división a husmear. Parece que un capitán de Estado Mayor, que estuvo aquí el 8 de enero a recibir instrucciones para el general (que no se encontraba en su despacho cuando yo le llamé), se había dejado decir que él sabía estas o las otras cosas. Fanjul fue con el cuento a Botella, este lo llevó a la comisión, la cual citó a Barba. Por otra parte, un tal Ordiales, lerrouxista, capitán de Intendencia retirado, y que perteneció a mi Gabinete militar en 1931, fue a visitar el lunes por la mañana al comandante Burguete, jefe del aeródromo de Los Alcázares, y que se halla hospitalizado en un sanatorio, para pedirle que firmase una declaración

asegurando que se le ordenó, para el caso de una represión, que no hiciera heridos ni prisioneros. Burguete se negó. Teodomiro Menéndez vino a verme el lunes, y me contó lo de Ordiales, añadiendo que en su visita le acompañó Valdivia, otro militar, que era secretario de la Dirección de Seguridad con Menéndez y su hombre de confianza. Lo de Ordiales no me sorprendió, pero que anduviese en ello Valdivia me llenó de pasmo. Después han rectificado lo referente a Valdivia, pero no lo de Ordiales.

El martes, estando yo en el Congreso, me avisaron de que el capitán Barba y el general Cabanellas estaban en el ministerio, para saber si yo autorizaba o no al capitán para que declarase. Saravia fue a buscarme a las Cortes y me refirió la conversación que acababa de tener con los dos. En otras circunstancias habría destituido al general y enviado al capitán a un castillo. Pero una medida así habría provocado un escándalo y se hubiera interpretado como un propósito de ocultar la verdad. De suerte que la desatinada conducta de la Comisión, llamando a declarar a unos oficiales, me ponía en un trance muy difícil: o pasaba por querer impedir la investigación, o tenía que disimular una falta de disciplina, de respeto y de lealtad. Me limité a decir al capitán que hiciera lo que estimase su deber y bajo su responsabilidad, y al general le di permiso para que declarase. Todo lo he contado muy al detalle en mi discurso de hoy en las Cortes, y creo que les he convencido de la razón.

Los tiros se habían concentrado sobre mí últimamente. En la tarde de hoy, antes de empezar la sesión, el general Fanjul andaba por los pasillos del Congreso aconsejando a otros diputados de oposición que arremetieran personalmente al Presidente, a ver si le hacían perder la calma. Y así lo han cumplido, en efecto, aunque sin resultado. Fanjul no se ha atrevido a hablar. Este general es uno de los agraviados por la revisión de ascensos.

Ayer, miércoles, se leyó en las Cortes el nuevo informe de la comisión. La declaración del general Cabanellas fue acogida con rumores. Saravia opina que esa declaración es fruto de la tontería del general, y también de un poco de mala intención. Este general es un hombre oscuro, tapado, bizco como los dos diputados que han llevado hoy y ayer la batalla contra mí, que son Samper y Botella. El general dice que no recuerda las palabras literales de las órdenes, omite todo lo que dispuse para que no saliera la tropa de los cuarteles, pasara lo que pasara, y a continuación alude a unos comentarios sobre si *luego* los prisioneros resultan inocentes. En fin, yo no sé qué pensar de estas gentes. Me dicen que el capitán Barba fue delegado gubernativo con Primo de Rivera, que es monárquico, y que está manejado por Peyre, y el teniente coronel Galarza.

Los mismos firmantes del dictamen de la Comisión se han dedicado después a destruir el efecto de su informe. Así Lara, radical; Botella y el señor Casanueva, notario de Madrid, monárquico, el cual pretende que eso de «los prisioneros que luego resultan inocentes» es un pedazo de una orden, que se completa con otro pedazo de orden, que cayó o se ha recogido en Los Alcázares, según el cual pedazo no debían hacerse heridos ni prisioneros. (Es lo que pretendían hacer declarar a Burguete). La cosa me maravilla, porque yo no hablé con Valencia aquellos días, y ese señor Casanueva creerá sin duda que es muy agudo al discurrir de ese modo. Y luego tiene uno que alternar con esos señores.

Balbontín promovió un escándalo mayúsculo, porque en respuesta a una interrupción de Pérez Madrigal le llamó ladronzuelo. Besteiro tardó, como siempre, en darse cuenta de los excesos de Balbontín y en ponerles correctivos. Griterío enorme. Besteiro concluyó por expulsar del salón a Balbontín, que estaba muerto de miedo; creía que iban a darle una paliza.

Hoy jueves ha terminado la discusión. El bisojo Samper ha pronunciado un discurso muy bruto contra mí. Barriobero ha estado muy mal. He contestado a todos. Antes de ir a las Cortes, ordené unas notas en mi despacho para guión del discurso. Nunca lo hago, porque no me gusta atarme a un plan. Pero hoy sí, para no confiarlo todo a la improvisación, y he llevado además el original de los despachos expedidos desde este ministerio los días 8, 9 y 10 de enero, que bastan para deshacer lo que pudiera haber de oscuro en la declaración de Cabanellas. Además, aclarado ya todo, no tenía por qué continuar con la reserva y la actitud defensiva de todo este tiempo atrás. El discurso ha sido recibido con aclamaciones por la mayoría y ha producido el aplastamiento general de las oposiciones. Maura ya tiene la respuesta a sus pretensiones del otro día. Hemos tenido 210 votos, absteniéndonos los ministros y el subsecretario de Gobernación. Se han abstenido cinco radicales-socialistas. Las oposiciones se han abstenido en masa, para que no resaltara la mayoría numérica del Gobierno. Les dije que su abstención la tomábamos como voto en contra, y eso les dio mucha rabia. Ossorio ha votado con el Gobierno, y después ha hecho un breve discurso, lleno de buen sentido, con la misma doctrina sobre el Parlamento que yo sostengo siempre y que tanto enoja a los enemigos.

En los pasillos ha habido fuertes gritos y disputas entre los grupos adversos, pero no han llegado a pegarse. Menos mal.

Maura se ha ido del Congreso diciendo que ellos son los defensores del régimen parlamentario.

17 de marzo

Lerroux, en sus cotidianas declaraciones a los periódicos, habla de paz. Se lamenta de que no le pedimos nada.

Consejo de ministros. Estaban todos de buen humor. Delante de todos he repasado la situación y les he propuesto un nuevo plan político, para salir por donde menos nos esperan. Deseo aprobar inmediatamente la ley de Incompatibilidades y, una vez aprobada, convocar a elecciones parciales para diputados a Cortes, con el propósito de acabar las murmuraciones sobre si las Cortes representan o no la opinión del país. Esquivar la batalla en las Cortes por la ley Electoral y convocar elecciones para los tres mil Ayuntamientos que tenían concejales no elegidos por sufragio y que deben renovarse ahora, según la ley de 6 de enero. Les pareció bien, y quedé en someter el plan al Presidente, para firmar los decretos, que será una prueba de confianza.

Por la tarde, en las Cortes, he entrado un momento en el salón de sesiones para hablar con Besteiro y pedirle que desde el martes se discuta lo que falta de la ley de Incompatibilidades. Mientras hablaba yo con Besteiro en el estrado, Royo Villanova vociferaba a propósito de la ley de Congregaciones.

Después me he ido de paseo. Hemos llegado a Torija, y al regreso nos hemos quedado a merendar en el negro parador del Estudiante de Alcalá. No había nadie. Luego llegaron tres alcalaínos rancios a darme conversación.

Vuelvo al ministerio. Despacho con el subsecretario de Guerra. Viene luego el de Gobernación. Tratamos de asuntos de la Generalidad de Cataluña: traspaso de servicios, Universidad de Barcelona. Me cuenta la visita de Anguera de Sojo, que estaba dispuesto a encargarse de la defensa de Menéndez.

Recibo después al subsecretario de la presidencia, y últimamente a Bolívar y Valderrama, con quienes me entretengo sobre cuestiones relativas a la explotación de Balsaín y el monte del Pardo.

A las diez he concluido.

18 de marzo

Abundantísimo despacho, y no pocas visitas. Por la tarde llamo a Albornoz y hablamos del asunto de Menéndez. Opina el ministro que el desprocesamiento súbito de Menéndez sería hoy una campanada y nadie dejaría de atribuirlo a presión del Gobierno. Cree que la libertad provisional

podría obtenerse dentro de unos días, la revocación del procesamiento le parece dudosa, pero la absolución, segura.

He ido a firmar con don Niceto. No alude a mi discurso ni a la sesión del otro día. Comentando la situación parlamentaria, le digo que, según veo en la prensa, los «agrarios» han decidido no hacer obstrucción a la ley de Congregaciones; con lo cual podremos aprobarla pronto. Me cuenta el Presidente que ayer le visitó Martínez de Velasco, jefe de los agrarios, y compañero de don Niceto en el Consejo de Estado. Se tutean. Parece ser que don Niceto le hizo conversación de la ley que se discute y Martínez de Velasco le anunció (¿le prometió?) que no harían obstrucción, limitándose a salvar su opinión en cuestiones de principio. «No creía yo —me dijo el Presidente— que el resultado se viese tan pronto».

También me preguntó el Presidente si yo no tenía ninguna comunicación con Lerroux. Le dije que no, como es verdad, insistiendo en lo que ya otra vez le contesté sobre esto.

Después de firmar con el Presidente, he ido al concierto de la Filarmónica, en El Español. Ha subido mucha gente al palco, con renovado celo amistoso.

Después de cenar han estado aquí Cipriano, Saravia y Guzmán.

19 de marzo

He podido hoy visitar a mi hermana. No la veía, según ella me ha dicho, desde hace catorce meses. Tal vida llevo. Y a mi propia casa no he tenido tiempo de ir más que una vez, a buscar un papel. Mis paseos son una especie de fuga, y el mayor suplicio a que pueden someterme, cuando reingreso en la familia o en la intimidad de amigos, es hablarme de la política o de los asuntos públicos; es como si me arrancasen tiras de carne viva. Lo saben, y apenas si me llaman la atención hacia ese lado porque me es muy doloroso. Únicamente los días o los ratos que estoy de muy mal humor, despotrico un poco, o un mucho, y así me calmo. Pero cuando estoy seriamente preocupado, caigo en la mudez y prefiero que no me hablen de nada.

Por la tarde, hemos ido de paseo hasta El Espinar y hemos merendado en El Escorial.

Vuelvo al ministerio y trabajo hasta la hora de cenar. No salgo después, ni viene nadie.

He tenido carta de Gómez Morato sobre el enredo que pretenden armar algunos suboficiales en África. Le he dado instrucciones.

Dice el subsecretario que Gómez Morato no es hombre para poner aquello en orden, y que solo piensa en conservar el puesto, porque tiene diez hijos. Lo mismo cree el alto comisario.

El vicio de la indiscreción es terrible. Esplá le ha contado a Menéndez que su situación depende de una conversación mía con el ministro de Justicia. Y Leopoldo Menéndez ha venido a pedirme que yo intervenga. Esto es tremendo. No puedo responder de las torpezas ajenas.

Todavía van a conseguir darme un disgusto gordo. En todo este asunto no he hecho más que padecer los resultados de la inatención y del mariposeo de otras personas.

Gobernación ha funcionado mal. Casares, casi moribundo en el mes de enero, no podía atender a nada. Su quebranto físico tiene que notarse; pero yo no debo abandonarlo a las fieras, para comodidad mía. Su lealtad de siempre no merece tal pago, aunque él estaría dispuesto a aceptarlo.

Menéndez, herido en su amor propio, comienza a quejarse de falta de apoyo del Gobierno, y a preguntarse si sus servicios merecen este trato.

Respecto de su conducta, sigo creyendo que él no dio órdenes atroces, como algunos suponen; bravatas sí echaría tal vez; pero su indignación parece sincera contra las imputaciones de Rojas. Lo que no está claro aún es si Menéndez se enteró antes que nosotros de los fusilamientos, o se enteró al mismo tiempo. No tengo motivos para opinar seriamente sobre este punto.

22 de marzo

El lunes estuvimos a cenar en la embajada de Alemania. La loca de la Bibesco estuvo diciendo gansadas toda la noche.

Ayer vino Viguri, el gobernador del Banco de Crédito, a contarme cómo van los asuntos de la mina de Puertollano. Me habló además del asunto de los portugueses. Cree que hallaría una manera de hacerles el empréstito, puesto que lo de don Horacio ha fracasado. Le insté para que lo haga cuanto antes.

También hablamos del asunto García Kohly. Hay base para complacerle, puesto que unos propietarios cubanos ofrecen garantías. Quería saber Viguri si esto me parecía bien. Le expliqué las gestiones que yo llevaba con García Kohly, y la importancia que tendría para España contar con un buen amigo en la presidencia de la República de Cuba, para encaminar mejor que hasta ahora la política comercial y las relaciones generales con aquel país. Que un hecho así forma parte de mis propósitos respecto a América, de que ya hay una

muestra en el contrato mexicano, y que le rogaba y le instaba a que, salvando los intereses del Banco, favoreciese en todo lo demás esa política. Viguri quedó en hacerlo así, y le hice ver la conexión de ese asunto con el de Portugal, que completaría mi política en lo que se refiere a la Península.

Pues hoy ha venido a verme García Kohly, y me ha rogado que hablase con Viguri, diciéndole si, a juicio del Gobierno, él era o no persona grata para una operación que le habían propuesto al Banco. Cuando acabó de hablar, contesto a García Kohly que lo que me pedía estaba hecho desde ayer, sin que él me lo recordase, y solamente por lo que teníamos hablado de este asunto. García Kohly se ha emocionado, se ha echado a llorar y me ha dado un abrazo. Me hace protestas de agradecimiento y firme amistad y se promete muchas ventajas para los dos países si sus planes salen bien.

También, entre la abundante audiencia de hoy, ha venido el general López Ochoa a quejarse porque no le doy destino. Ha querido murmurar del general Franco y le he parado los pies. Le he dicho que el Gobierno no tiene por qué darle razones de ningún género. Lo reconoce así. Acaba pidiéndome que le deje en situación de cobrar el sueldo entero.

Conversación con Vergara, continuación de la de ayer, sobre el hundimiento de las acciones de ferrocarril. Medidas de Gobierno que conviene adoptar.

Visita de Casares, sobre el asunto de Menéndez. Han confirmado el auto de procesamiento y prisión. Furor de Menéndez. Casares se queja de que el fiscal no nos haya dicho nada. Teme que Albornoz no siga exactamente las indicaciones que yo le he hecho. Pero lo que yo convine con Albornoz es que, dentro de unos días, se obtendría la libertad provisional.

23 de marzo

Consejo en Palacio. Hablamos de política exterior. El viaje de MacDonald a Roma y los planes de acuerdo entre las cuatro potencias causan aquí cierta impresión. Miguel Maura, con su discreción habitual, ha dicho a unos periodistas en el Congreso: «Todo lo que se está discutiendo ahí no tiene importancia; mientras, en Roma se trata de ajustar la paz de Europa, probablemente a nuestra costa».

El Presidente y Zulueta estiman que el acuerdo de las cuatro potencias es malo, o sería malo, para nosotros. Yo no estoy aún convencido de ello.

Al Presidente no le gusta mucho la ley de Incompatibilidades; cree que es excesivo lo referente a los directores generales, y que la experiencia impondrá

una rectificación. Yo creo posible, y aún probable, que algún día la rectifiquen, pero no porque sea excesiva, sino porque es *incómoda* para el mangoneo político. Preguntó don Niceto qué sabíamos de la obstrucción de los radicales; únicamente sabía yo lo que dicen los periódicos: que probablemente no harán obstrucción a los dos proyectos constitucionales que faltan: Tribunal de Garantías y ley de Responsabilidad del Presidente. Estos anuncios coinciden demasiado con las *esperanzas* que el Presidente tenía sobre este asunto.

Ha tirado muchas pullas contra Llopis, director general de Primera Enseñanza, quejándose de que en más de un año no ha querido complacerle en una recomendación que le hizo. Fernando se ha hecho de nuevas y lo ha tomado a risa. Después me ha dicho Fernando que se trata de una recomendación para que se coloque en la Escuela del Hogar a una corsetera.

El Consejo ha terminado pronto y he vuelto al ministerio de la Guerra hasta la hora de ir a almorzar con los diputados de Acción Republicana. Ya antes de ir al Consejo había firmado todo lo de presidencia y recibido a una comisión de alcaldes de los que fueron Sitios Reales, que vienen a pedir cosas.

La comida con los diputados ha concluido cerca de las cuatro. Hacía una hermosa tarde, y he intentado ir a pie hasta el Congreso. Imposible. No había andado cien pasos, cuando ya tenía al lado y detrás otro centenar de personas, dispuestas a acompañarme, y continuamente engrosaba el grupo. Esto me pone de muy mal humor, y he desistido de darme ese pequeño paseo, refugiándome en el coche de Giral. Nada me contraria tanto como haber perdido el incógnito.

En el Congreso, larga entrevista con el gobernador de Barcelona. Situación general de Cataluña, peligrosa en lo social. Hay además muchos obreros parados, cada vez más, porque acuden sin cesar campesinos y obreros de Murcia y Almería. La Esquerra domina por ahora. Ganarán las primeras elecciones, pero no las siguientes, porque la Lliga les va a los alcances. El nuevo jefe de Policía, comandante Pérez Salas, no sirve. Me da extrañas noticias del hijo de Macià, que parece algo *perdis*.

Después, dos horas de conversación con Barcia y Ridruejo, este último director del Banco de Crédito Exterior. Tratamos de la situación monetaria, que por ahora no es mala. La deuda con el Banco de Francia ha disminuido en la cuarta parte. Tengo mucho empeño, y así se lo recomendaba a Carner, en que no se dejase este asunto de la mano, y se vaya poco a poco a subir la peseta para liquidar. Habíamos llegado a deber más de mil millones de

francos. Desde que Ridruejo ha salido del Centro de Contratación de moneda, el Banco de España pretende tomar en sus manos la dirección de la política monetaria. Llamaré al director actual del Centro para darle instrucciones.

Hablamos del empréstito, que habrá de hacerse en abril. Probablemente con un medio por ciento menos de interés que el anterior. Me decido por abaratar un poco el dinero, reduciendo el tipo de los descuentos, para entonar la Bolsa y facilitar la aportación de capitales a la industria. Los bancos están ahora mejor que nunca, desde que vino la República. Han recuperado el 80 por 100 de las existencias que les retiraron en 1931.

Para concertar la baja del interés de las imposiciones, tengo que poner de acuerdo a los bancos y a las cajas de ahorros. Como las cajas dependen del ministerio del Trabajo, he llamado a Largo Caballero y le he dicho que mañana mismo inicie las conversaciones para obtener su conformidad.

Han venido al despacho Zulueta y Fernando. Hemos hablado largamente de la situación internacional. Mientras tanto, en el salón de sesiones, se desarrollaba la interpelación de los radicales a Marcelino Domingo por lo despacio que anda la reforma agraria. El asunto excede de las fuerzas de Domingo. Me han dicho que los interpelantes le han tratado muy mal. También me ha atacado a mí un diputado radical, diciendo que yo soy hombre de Ateneo y Academia, hombre de gabinete y de libros, que nunca he salido de Madrid, que no conozco el campo, etcétera, etcétera. Está mal informado. De todo el Gobierno, el único que ha sido labrador soy yo. Diez años. Y en eso me dejé buena parte de mi dinero.

24 de marzo

Consejo de ministros. Domingo trae unos decretos sobre el corcho, reproducción de otros que ya le rechazó el Consejo, imponiendo como obligación que en todos los edificios costeados con fondos públicos se emplee planchas de corcho en las techumbres y en los muros. El decreto es una barbaridad. La otra vez le dijimos que pidiera informes a los entendidos en la construcción. Nos ha leído un informe del Colegio de Arquitectos, explicando las ventajas de un muro con relleno de corcho en relación con otro de ladrillo, de cierto espesor. Y con esta comparación el bueno de Marcelino creía haber demostrado que el empleo obligatorio del corcho es ventajosísimo. Las más simples observaciones, hechas por Prieto y Largo, le han dejado a Domingo mudo. No sabía qué decir, sino que los corcheros le agobian y le atosigan para que tome esa medida. Así es Domingo. «De manera —le dice Largo— que si

los metalúrgicos le piden a usted que prohíba el empleo del hormigón armado, porque eso disminuye el empleo del hierro, usted lo concedería».

No han parado aquí las lástimas. Ha leído después otro decreto sobre restricción de importaciones de aceites de semillas, y tampoco ha sabido qué decir cuando se le ha preguntado qué efectos iba a tener eso sobre la producción del jabón.

Los dos decretos han sido desechados. Domingo se ha quedado como un colegial suspenso en el examen. ¿Qué sería un Gobierno presidido por este hombre? ¿Y qué puede ser la reforma agraria dirigida por él?

Hemos vuelto a hablar de las elecciones. En principio, se acuerda convocar las elecciones en los tres mil ayuntamientos que tenían concejales no elegidos por sufragio. Se habló de convocar las elecciones para diputados a Cortes, de que hay nueve vacantes. Cuando Prieto ha entrevisto que los radicales podrían sacar dos o tres diputados en la elección parcial, ha torcido el gesto, y ha opinado que se aplazaran. No hemos decidido nada, aunque se trata solo de un aplazamiento de fecha.

Por la tarde he ido con Negrín a la Ciudad Universitaria y a los terrenos lindantes con El Pardo que van hasta la finca de La Veguilla, la que ha pasado al ministerio de Instrucción Pública para hacer el jardín botánico, etcétera. Se trata de poner en comunicación la Ciudad Universitaria y los terrenos de La Veguilla, urbanizando una zona. Le ayudaré cuanto pueda, porque a eso iban mis planes, pero dudo que tenga yo tiempo de llevarlo a cabo. ¡Las cosas que han podido hacer aquí, en lugares espléndidos, si en Madrid hubiera habido alguna vez una cabeza directora!

Voy al Congreso. Conversaciones fútiles. Entro un momento en el salón. Allí está Albornoz. Ayer le hablé de la conveniencia de hacer algo en el asunto de Menéndez, sobre quien se extrema el rigor. Me dijo que le parecía bien; hoy me cuenta que ha encargado que se mire el resultado de las nuevas diligencias, por si el fiscal pudiera allanarse a la libertad provisional.

Me encuentro con Casares, que me lleva al despacho. El informador le ha dicho que los amigos de Sanjurjo están dispuestos a sacarlo del penal. Que él no quería, pero que al parecer ya está convencido, y que cuenta con la complicidad de los altos funcionarios de la prisión. Dice el informador que el lunes próximo se tomará en Madrid la decisión de la fuga. De esto ya le advertí a Albornoz en Consejo de ministros. No hizo nada. Hoy le hemos llamado para decirle la urgencia de tomar una determinación. Se ha aturullado un poco. Estos hombres no tienen decisión para nada. Albornoz se va a Asturias esta noche, y nos ha dicho que llamaba a su casa al director de

Prisiones para que tome sus medidas. Nosotros le hemos dicho que destituya mañana a los dos funcionarios.

Al llegar al ministerio he telegrafiado al general de Burgos, ordenándole que extreme la vigilancia de la prisión, para prevenir una evasión. Mañana llamaré al director de Prisiones, para que me entere de lo que haya hecho.

Más tarde he despachado con el subsecretario y luego recibo al director de Seguridad. Me da cuenta de la situación general. Por el lado monárquico no teme nada, ahora; pero sí espera un movimiento anarquista. Cree que de los guardias de asalto se puede fiar, después de los cambios que se han hecho en los mandos.

Conversación con Ramos, con Saravia. Cartas, papelotes. Orden para que el capitán Rojas sea sacado de las Prisiones militares, donde está tabique por medio de Menéndez.

Después de cenar no ha venido nadie.

Los papeles me sepultan. Empieza a faltarme el tiempo para tanto como tengo que hacer. Y cada vez me cuesta más trabajo «echar la compuerta» para descansar de las atenciones del día.

Muestras de la «rodeada manera» de hablar de Prieto, cuando quiere ser correcto:

«… que preconiza la conveniencia de la facilitación…».
«… tres hombres que no pertenecen a la órbita de mis amigos…».
«… evidenciaría un fervor que ya está plasmado…».

(Oído en las Cortes).

27 de marzo

He pasado buena parte de la mañana en mi despacho, solo, como domingo. Ha venido el subsecretario a contarme algunas cosas del ministerio que le tienen muy indignado. Por ejemplo, ha averiguado que Ruiz Fornells, cuando era subsecretario, regalaba cuartillas y sellos de correo a su amigo y protegido el teniente coronel Matilla. Se había introducido la costumbre de que el personal de las secciones franquease su correspondencia con cargo a los fondos de material. Al enterarse de esto, el general Castelló lo ha prohibido. El gasto ha bajado de quinientas pesetas mensuales a ciento.

El secretario particular de Guerra del Río venía todos los domingos hablando con Canarias por el teléfono del ministerio, con permiso de Ruiz Fornells y a cargo de los fondos del material. Cada tres minutos de conferencia cuesta treinta pesetas. El general se ha enterado, y hoy ha expulsado al secretario de Guerra del Río, prohibiéndole que vuelva más por aquí.

En fin, y esto es lo más grave: resulta que me han hecho mal el presupuesto, consignando tres millones de menos en los haberes del personal a extinguir. Ya el año pasado hicieron una cosa igual en la consignación para hospitales, y eché del ministerio al coronel jefe de la sección de Presupuestos. No han escarmentado. ¿Incapacidad o mala fe? Voy a instruir unas diligencias para sentar la mano al culpable.

Por la tarde he ido a La Quinta. El tiempo se ha estropeado. Hacía viento frío y lloviznaba. Pero convine ayer con Besteiro que nos veríamos hoy, porque tenía que decirme algo de parte de Lerroux, y le he citado para La Quinta. Besteiro ha llegado a las cuatro. Me ha dicho que Lerroux fue a visitarle en su despacho, para comunicarle que no obstruirían la aprobación de un convenio internacional sobre estupefacientes, y Besteiro le preguntó si no estarían dispuestos a hacer lo mismo con otros siete proyectos de ley del ministerio de Estado, que contenían aprobación de sendos convenios internacionales. Lerroux contestó que tampoco se opondría a su aprobación; y, en efecto, en la sesión del viernes se aprobaron sin discusión. Preguntó también Besteiro si harían obstrucción al proyecto de Responsabilidad del Presidente de la República y al del Tribunal de Garantías. Lerroux dijo que deseaba, como sus amigos, que se discutiera primero el proyecto de Responsabilidad, y no lo obstruirían, porque saben el interés que, por motivos de delicadeza, tiene en esa aprobación el Presidente de la República; respecto del de Garantías, opinó Lerroux que no se le debía hacer obstrucción tampoco, pero que necesitaba consultar con sus amigos.

El viernes volvió Lerroux a hablar con Besteiro, para darle cuenta de la consulta. Opinó Lerroux que ellos, los radicales, ya han dado un paso de aproximación no poniendo dificultades a la aprobación de los otros proyectos, y que tampoco las pondrían a lo del Tribunal de Garantías pero que esperaban que el Gobierno, que es el más fuerte, correspondiese de algún modo a la disposición nueva de los radicales. Ellos esperaban que del Consejo del viernes hubiera salido el acuerdo de convocar tan solo las elecciones de los Ayuntamientos elegidos por el artículo 29 de la antigua ley, y, sin embargo,

no salió. Que se contentarían con que se hicieran ahora solamente esas elecciones, y que le encargaba que me lo dijese a mí, etcétera, etcétera.

Cabalmente, ese fue el acuerdo que tomamos el viernes, y por encargo mío se mantuvo secreto, para que los radicales se rindieran antes de conocerlo. No me ha costado, pues, trabajo darle a Besteiro como respuesta para Lerroux que aceptaba su propuesta, pero que no consideraba bastante que los radicales cesasen momentáneamente en la obstrucción, sino que debían abandonarla del todo y para todo. Hay otras leyes que aprobar, como la de Orden Público, para derogar la ley de Defensa, la Electoral de Municipios, las de Enseñanza, etcétera, que conviene aprobar en esta legislatura. Si la obstrucción se reanudase después de votar la ley del Tribunal de Garantías, cerraríamos las Cortes después del 30 de abril; pero no habiendo obstrucción, seguiríamos trabajando para sacar el mejor fruto posible antes del verano.

Besteiro ha encontrado buenos mis propósitos, y así hablará a Lerroux. Cree Besteiro que la eliminación del lerrouxismo es necesaria, pero no puede hacerse violentamente, y hay que dejar que poco a poco la hagan los electores. Opina que han perdido mucho, o casi todo, en el cuerpo electoral. Le he contado la visita de Lara, para que sepa el origen de la obstrucción radical.

La verdad es que los radicales han hecho todo lo posible para destruirnos, incluso cosas ilícitas y feas. Han perdido, y ahora se encuentran en un callejón del que no saben salir airosamente. «Si me sacas del pozo, te perdono la vida», vienen a decir. Casi todos ellos continúan barbarizando por esos mítines de provincias, y cubriéndonos de insultos atroces.

Pérez de Ayala me dice hoy, en una carta, que tengo una paciencia casi bíblica.

Averiguado lo del error en el presupuesto, resulta que no hay tal, y que la alarma procedía de que habían empezado a pagar al personal disponible con cargo al capítulo del personal a extinguir. Se ha deshecho la confusión; pero en el origen sigue habiendo tontería y ligereza.

14 de abril

Hace muchos días que no sigo estos apuntes. Han ocurrido algunas cosas de interés político, he hecho dos viajes, uno a Granada y Málaga y el otro a Vizcaya. He estado tan atareado que no me ha quedado tiempo ni voluntad para continuar mi borrador. En los primeros días de la última semana de

marzo, todo parecía tranquilo en las Cortes. Se discutió sin obstrucción la ley de Congregaciones. Lerroux le dijo a Besteiro que comprendía la conveniencia de que se aprobasen otras leyes, pero que no se comprometía a nada, sin acuerdo de las demás oposiciones. Se votó sin discusión la ley de Responsabilidad del Presidente de la República. Pero, entre tanto, iban y venían las intrigas, al parecer capitaneadas por Maura. No habiendo podido derribar al Gobierno por lo de Casas Viejas, ni a consecuencia de los «consejos» que vino a darme en el ministerio, urdió otra cosa, a su parecer, incontrastable.

Entraron en bureo los jefes de los grupos de oposición, y el viernes 31 de marzo, al llegar a las Cortes, los periodistas me dijeron que iba a publicarse una nota, especie de manifiesto contra el Gobierno, suscrito por los grupos republicanos de oposición; que la nota, redactada por Maura, era violentísima contra mí, y que no la habían dado aún a los periódicos, porque estaban *limándola* un poco. El pretexto de la nota era este:

Todos los diputados, sin excepción, deseaban que hubiera vacación parlamentaria durante dos semanas o tres, para descansar un poco y atender a la campaña electoral, puesto que están convocadas las elecciones municipales parciales. Mucha gente me hablaba de ello, y yo también consideraba útil la vacación, que además contribuiría a calmar los ánimos. Al Presidente de la República le parecía como a mí y a todo el Gobierno. En tales condiciones, hablé a Besteiro, que también aprobaba el propósito de cerrar, y le encargué que tratase con las oposiciones, como Presidente de las Cortes, para llegar, igual que se hizo el año pasado, a un acuerdo unánime. Besteiro sometió el caso a Lerroux, quien ofreció contestar, según lo que deliberasen juntos. Todo el mundo estaba en la idea de que se cerrarían las Cortes durante las fiestas de la República. La nota de las oposiciones es, formalmente, la respuesta a la consulta de Besteiro. En el fondo es un nuevo ataque para desmoronarnos y conseguir que se vayan los socialistas. La tesis de aquellos señores es: que *dejarán* aprobar la ley de Congregaciones y la ley del Tribunal de Garantías para que, votadas las leyes que la Constitución manda hacer por estas Cortes, el Presidente se halle en libertad de disolverlas, si fuese necesario. Y como ellos estiman que suspender las sesiones es una habilidad del Gobierno para prolongar su vida, etcétera, etcétera, se oponen a que haya vacaciones y si las hubiese lo estimarían como un atropello, etcétera, etcétera.

La nota me trata muy mal. Me llama caprichoso, desdeñoso, rencoroso, etcétera.

Se ve la pasión personal de Maura contra mí. Vuelven a decir la estupidez de que la República no puede confundirse con un Gobierno ni «menos con un hombre». Esta última expresión, que estaba en el ejemplar que a mí me dieron, ha desaparecido del texto que he visto impreso en algunos periódicos. Se conoce que en eso consistió la lima; creo que quitaron alguna otra cosa más.

Nos llevaron la nota al despacho de ministros. Estábamos cinco o seis. Prieto la leyó en alta voz. Se enfadaron mucho. Yo recuerdo que me indigné bastante, por el tono personal y agresivo contra mí. Que me traten de ese modo gentes que se llaman mis amigos, que han sido compañeros míos, y que no pueden desconocer mis servicios, es difícil de tolerar. Mi primer movimiento fue el de ir a entregar al Presidente la renuncia de mi cargo.

—Pero eso sería darles el triunfo —decían Largo y Fernando.

—No lo crean ustedes, porque a mí no me domestican. Si me voy, me iré tan de veras, que ya no tendrán que ofuscarse por mi presencia. Y a ver cómo se las arreglan.

Hablamos largamente. Pregunté a los socialistas qué harían en caso de crisis, si el Presidente abría las consultas. Caballero dijo que no apoyarían a ningún Gobierno donde hubiese radicales, y que estarían dispuestos a seguir colaborando en otro Gobierno parecido al actual.

Se apuntó por alguien la sospecha de que el Presidente de la República pudiera haber dado esperanzas a los radicales de un cambio de Gobierno después de aprobadas las dos leyes. El más desconfiado era Prieto, que no veía clara la actitud de don Niceto. Otros se inclinaban a temer lo mismo, porque no comprendían que las oposiciones se lanzaran a tanto sin alguna seguridad de parte de la Presidencia de la República. Yo insistí en que no tenía motivos para dudar de la conducta del Presidente.

Añadí que siempre había estado dispuesto a aceptar alegremente las consecuencias de la contienda en las Cortes, ya nos derrotasen, ya se nos descompusiera la mayoría. Pero que si, como buscaban, el Gobierno caía por una intriga, que recordase las del antiguo régimen, los autores del hecho iban a llevarse un chasco si pensaban domesticarme haciéndome entrar en el nuevo Gobierno. Me iría de él y del Parlamento, o para retirarme a mi casa o para campar por mis respetos y a mis anchas en la plaza pública.

La conversación se interrumpió, porque yo tenía que tomar el tren aquella misma noche para Granada, y antes tenía que firmar con el Presidente de la República algunas cosas urgentes. Salí, y cuando estaba cerca de la puerta de la calle me llamó Besteiro. Estaba en su despacho con Fernando, que quizás

alarmado por mi disposición, fue a decirle al Presidente que hiciese algo por tranquilizarme. Besteiro estaba muy sonriente. Calificó de burrada la nota y me dijo que, pues iba yo a pasar tres días fuera de Madrid, los aprovechase para pensar despacio lo que convenía hacer. Le contesté muy tranquilo. Y bromeando, nos despedimos.

Llegué a casa del Presidente a las ocho y media. Mientras firmaba le hablé de la nota, que ya conocía. Me vio airado, y como si fuese una réplica me habló a su vez de la nota que habían dado los radicales-socialistas, a propuesta de Galarza, enumerando un vasto programa legislativo para proponérselo al Gobierno. (Galarza me había dicho algo de esto por la tarde, pero yo no le hice gran caso, porque no tenía importancia). El Presidente tuvo algunas expresiones duras para Galarza; creo que le llamó «niño estúpido». Repliqué lo conveniente: que tales reuniones y mociones de grupo, dentro de la mayoría, no tenían valor alguno; que los grupos apoyaban al Gobierno; que nadie podía estorbarles que trazaran planes para lo porvenir, siendo el Gobierno libre de aceptarlo o no; y, que como él bien sabía, esas iniciativas estaban sometidas a la disciplina común y no podían influir en la marcha de la política ni en la cohesión de la mayoría. Volví a llamarle la atención sobre lo insólito del tono y de las pretensiones de la nota. Respecto de lo personal, le anuncié terminantemente que, si mi presencia en el Gobierno era un estorbo para la paz entre los príncipes republicanos, estaba dispuesto a eliminarme, no solo del Gobierno, sino de la política, en la que no tengo nada puesto y en la que me hallo un poco forzado. Respecto del fondo, opiné que coligarse las oposiciones y declarar, como declaran, que no permitirán que se apruebe ninguna ley para que se vaya el Gobierno (con el que renuncian a discutir en las Cortes, *para no proporcionarle* nuevos triunfos parlamentarios), era un modo de *echarse al monte*, acabar con el régimen de mayorías, y realizar una especie de pronunciamiento sin cometer delito. Lo que hacen ahora las oposiciones es la segunda parte del pronunciamiento de Sanjurjo, y, en el fondo, por las mismas preocupaciones. Sanjurjo declaraba *facciosas* las Cortes, tomando la expresión de don Melquíades, el cual ahora es también el inspirador de la coalición de los grupos y califica de *perfecta* la nota. Ellos pueden, sin cometer delito, y abusando del reglamento de la Cámara, inutilizar el Parlamento, expulsar al Gobierno y sobreponerse a la mayoría y al Presidente de la República, forzándole a disolver o a cambiar de ministerio. Si la coalición de los obstruccionistas triunfa, lo primero que deberán hacer, le dije al Presidente, es poner en libertad a Sanjurjo, y, en efecto, él así lo espera, anular la sentencia que lo condenó, darle excusas y ascenderlo, pues al

fin Sanjurjo quiso hacer, jugándose la cabeza, lo que estos señores realizarían a mansalva.

El Presidente asintió a algunas de las cosas que le dije, sobre otras guardó silencio y se sonreía; me dijo también que Maura se equivocaba al suponer que la ley de Orden Público no es de las que deben votarse por estas Cortes para completar la Constitución.

Ya de pie (la conversación fue rápida y breve) le dije que el martes, a mi regreso, se reuniría el Consejo de ministros y tomaríamos acuerdos, de que le daría cuenta.

Me despedí, vine al ministerio a recoger a mi mujer, y a las nueve y media tomamos el tren para Granada. Nos acompañaban Ramos y Guzmán, con sus mujeres. Estaba yo un poco febril de ánimo aquella noche, y aunque hablaba poco, me bullían en la imaginación las réplicas más contundentes a la nota de las oposiciones. Si hubiese habido debate aquel día, o al día siguiente, creo que nos hubiésemos divertido.

Me contaron, durante el viaje y después, algunas cosas respecto de la confección de la nota de las oposiciones. La redactó Maura, en efecto, y Lerroux le felicitó por su acierto. En algunos grupos hubo discrepancias. Los federales la aprobaron por mayoría, derrotando a Franchy Roca y a Valle. Franchy, después de votar contra el texto de la nota, aparece firmándola. ¿En qué ocasión se habrá sentido este varón tratado por mí con desdén rencoroso? Nunca hemos cambiado más que palabras corteses. Le he felicitado alguna vez por sus discursos, que valen poco. Le hicimos fiscal de la República, cargo que desempeñó mal, por su aplatanamiento conocido, y siendo nuestro fiscal general votó contra el Gobierno en las Cortes. Hace pocas semanas le ofrecí la presidencia del Consejo de Estado, cargo que no aceptó por discrepancia política, pero indicó que aceptaría una plaza de magistrado del Tribunal Supremo. Estas plazas son inamovibles, y no lo es la presidencia del Consejo de Estado. No obstante, el señor Franchy firma un documento en que se declara tratado con *desdén rencoroso*.

El señor Franchy es un ídolo de los republicanos canarios. Conocida su firma en la nota, han comenzado a llover sobre los federales telegramas de protesta de sus grupos locales. De Canarias han venido muchos, y tan fuertes, que según me ha dicho a mí el propio diputado federal Valle, no se los han dado a leer a Franchy para que no se muera del disgusto.

Parece ser que Maura le enseñó la nota a Sánchez Román, pidiéndole su firma. Sánchez Román se la negó, y le dijo que ya tenía edad para darse cuenta de la gravedad de lo que iba a hacer.

También le consultaron a don José Ortega, que se negó a firmar. Corrieron rumores de que a Ortega le había parecido muy bien la nota, y él lo ha desmentido en un comunicado de prensa.

Entre los radicales, hay algunos que no están conformes con la obstrucción ni con la nota. Pero yo creo que son los menos. Se ha dicho que Maura impuso su voluntad a los diputados que le siguen. Sobre esto no tengo datos seguros; pero el mismo día que regresé de Granada vino a verme, en el despacho del Congreso, don Carlos Blanco (de cuyo paso por la Dirección General de Seguridad en los primeros días de la República nos quedan recuerdos tragicómicos), presidente del Consejo de Estado hasta hace pocos días, y hombre importante en el grupo maurista. Don Carlos venía acompañado del marqués de Fontalba a recomendarme que se exceptuase de la reforma agraria una finca del marqués. Oí sus pretensiones, y le dije a Blanco que estudiaríamos el caso sin «desdén ni rencor». Se puso colorado, y me contestó que esas eran «cosas de Miguel», que «ya sabe usted cómo es».

—¿Pero usted las aprueba?

—Es cuestión de disciplina del partido.

—Pues ponga usted en la cuenta de la disciplina las cosas graves que pueden ocurrir, si don Miguel se sale con la suya.

Aquella misma tarde me dijeron que don Carlos Blanco despotricaba contra Maura en los pasillos del Congreso.

Casi nunca duermo en el tren, y llegué a Granada después de una noche en blanco. El tiempo estaba cubierto. No se veía la sierra. En el Alhambra Palace hacía frío. Visitamos una vez más la Alhambra y el Generalife. Imposible recrearse en nada seguido de tanta gente. Aunque encargué que no avisasen a nadie de mi llegada, y que deseaba pasar inadvertido, las autoridades estaban ya en la estación. El gobernador había desplegado lo mejor de su celo. Encontré al general García Aldana más caduco que la otra vez. Los periodistas provincianos son aún más indiscretos y peor educados que los de Madrid. Han tomado la costumbre de introducirse en los corros donde está uno de conversación particular y tomar taquigráficamente todo lo que oyen. Tuve que llamarles la atención y hacerles retirarse. Alguno telegrafió al *ABC* unas fantásticas declaraciones mías, dando a entender que pronto dejaría de ser ministro. Con eso abundan en la campaña de tales periódicos monárquicos, que aplauden la táctica de las oposiciones republicanas, según las cuales el Gobierno caerá inmediatamente.

Después de comer salimos para Motril y Málaga. Cuando llegábamos a Málaga, poco después de anochecer, llovía. Toda aquella noche, y al día

siguiente, llovió a torrentes, con pocos descansos. En la puerta del hotel de Málaga había una compañía de guardias de asalto, y muchos policías. Los hice retirar a todos. El gobernador, que es un gallego aparatoso, se lamentaba de no haber dado más esplendor a mi recibimiento, y el general de la brigada quería obsequiarme con honores militares. Se pusieron muy pesados. Al general tuve que decirle que los honores militares no eran una cortesía que él quisiera gastarme, sino un derecho de mi cargo, y lo renunciaba, y le ordenaba que no hiciese nada. Solo así se estuvo quieto.

Al día siguiente por la mañana, aprovechando una clara, hicimos una excursión por la carretera de los montes. Por la tarde, seguimos la carretera de Algeciras, pero llovía de tal modo que tuve que regresar. También, al anochecer, nos paseamos un rato a pie por la carretera de Torre del Mar.

El lunes salimos para Ronda. Vinieron al hotel, entre otros, las autoridades militares, y con ellas el coronel del regimiento 17, Pareja, que es uno de los jóvenes *africanistas* a quienes ha alcanzado la revisión de ascensos. Le noté un poco tieso y como apartado. Después de hablar yo un rato con el general, llamé a Pareja, sacándole del corro, tratamos del acuartelamiento de su fuerza, le dije algunas cosas amables y se quedó muy contento y agradecido. Sé que ha telegrafiado después al subsecretario, hablándole de esta entrevista.

El camino normal para Ronda estaba cortado por las lluvias. Tomamos la vuelta de Antequera, con gran rodeo. La carretera es mala y dificultosa. El tiempo había mejorado. Al mediodía dábamos vista a la vega de Antequera, espléndida. Ya la había visto hace muchos años, pero en otra estación. Ahora estaba lucidísima. En Antequera nos obligaron a detenernos y nos llevaron al Círculo de Acción Republicana. Brindis, abrazos, vivas. Antequera está dominada por unas cuantas familias terratenientes monárquicas. El alcalde es radical. Cuando se propaló, con motivo de lo de Casas Viejas, que iba a caer el Gobierno, el alcalde mandó preparar cohetes y que la música estuviese dispuesta, para festejar la crisis. Enterados los republicanos y socialistas enemigos del alcalde, hicieron correr, en *secreto*, el rumor de que cuando sonase la música y se oyesen los cohetes sería la señal de que don Manuel Azaña había dado permiso para que durante veinticuatro horas cada cual hiciese en el pueblo lo que le diese la gana. El *rumor secreto* no tardó en llegar al alcalde, y aterrado, mandó echar los cohetes en un charco.

Por fortuna, no hubo crisis y no tuvo que salir la música.

También nos detuvieron en Campillos, pueblo enteramente socialista. Visita al Círculo, vino, salchichón, abrazos, vociferaciones. Mayor retraso. En

Cuevas de Becerro, donde ya había gente de Ronda esperándonos, nos hicieron entrar en el pueblo. Total: llegamos a Ronda a las cuatro. Comimos a esa hora en el hotel. Admiramos casi todo lo que hay que admirar allí, y lamenté, para mis adentros, los destrozos que se han hecho en la parte vieja de la ciudad.

A las siete tomamos el tren para Madrid y llegamos el martes a las nueve. Aquella misma mañana tuvimos Consejo de ministros.

Examinamos la situación creada por la nota de las oposiciones. Del lado del Parlamento la situación es clara, porque la mayoría está más unida y más enardecida que nunca. Pero la tesis de las oposiciones, a saber: que permitirán aprobar dos leyes, la de Congregaciones y la del Tribunal de Garantías, y que acto seguido el Gobierno deberá dimitir, es inadmisible. Nosotros no podemos ser un Gobierno interino ni a fecha fija, tanto menos, cuanto que nos quedan muchas cosas por hacer. Y como hay en algunos ministros la sospecha de que el Presidente pudiera en parte ser de la opinión de las oposiciones y tener pensado que el Gobierno se vaya en cuanto se voten esas leyes (más la de Orden Público, según apuntó en su conversación conmigo) decidimos dar un paso cerca de don Niceto que le diese ocasión de retirarnos su confianza o de ratificarla. Escogimos proponerle la clausura de Cortes por decreto, durante quince días, como puede hacerlo según la Constitución. También le encargué a Casares que, para el Consejo del jueves siguiente en Palacio, tuviese concluido el proyecto de ley de Orden Público. Don Niceto cree que este proyecto no se ha redactado por *terquedad* de Casares. Y no es así. Hace tiempo que Casares trajo a Consejo el anteproyecto de la comisión jurídica asesora, que no nos gustó, y encargó a Anguera de Sojo que hiciese otro y un proyecto de ley de Vagos. Este último ya lo han terminado, y el de Orden Público estaba para concluirse. Quedamos en que para el Consejo del jueves lo llevaría.

Mucho hablamos en aquel Consejo. Los ánimos estaban un poco tirantes. Largo y los otros socialistas decían que los propios adversarios de la colaboración ministerial, dentro de su partido, han cambiado de parecer en vista de las circunstancias, y que están dispuestos a hacer todo lo necesario para que la maniobra de las oposiciones no prevalezca.

Por la tarde fui a ver a don Niceto y le expuse la situación. En suma, que necesitábamos poner en claro, ante el país y la Cámara y para nosotros mismos, si éramos o no un Gobierno interino, y si contábamos con su confianza. Don Niceto me dijo que en ningún caso se le ocurriría tener un Gobierno con funciones limitadas, ni en cuanto al tiempo ni en ninguna otra

manera. Que estaba de acuerdo en que la obstrucción no puede ser causa para derribar un ministerio. Que la propuesta de cerrar las Cortes por decreto le sorprendía mucho, y no la esperaba; que le parecía una determinación peligrosa, porque podía parecer que él tomaba partido en la contienda; que podría hacerse lo que nosotros deseábamos en otra forma y con motivo de otros proyectos, y que convenía que lo pensáramos, dándole también a él tiempo para pensarlo. Que a su juicio, las Cortes tenían facultad para acordar la suspensión de sesiones, y que era demasiado extraordinario que las vacaciones se acordaran por decreto presidencial.

No le vi mal dispuesto para satisfacer los deseos del Gobierno de alguna manera, y quedamos en que consultaría con los compañeros. Me reuní con los ministros en el Congreso. Les expuse los puntos de vista del Presidente. En una cosa convinimos todos: en que, del Consejo del jueves en Palacio, tenía que salir o una ratificación de confianza o la crisis. En esta conversación, que duró mucho, Fernando de los Ríos me dijo que no recordaba él que el acuerdo del Partido Socialista, para seguir colaborando aunque se plantease la crisis, fuese tan explícito y terminante como había dicho Largo Caballero. Esta duda me sorprendió mucho, y le dije que era menester resolverla al momento, porque yo no podía ir a plantear una crisis sin saber las soluciones que podía proponer al Presidente, y que si los socialistas no estaban dispuestos a seguir en el Gobierno en caso de que se abriera la crisis, mi conducta tendría que ser muy diferente (en esta parte de la conversación no estuvo presente Largo Caballero). Marcelino Domingo dijo que la actitud de los radicales-socialistas dependía de la de los socialistas, pues si estos continuaban formando parte de otro Gobierno como el actual, ellos secundarían, y se negarían a apoyar un Ministerio formado con los radicales y con exclusión de los socialistas; por el contrario, si se negaban a colaborar, pensarían lo que habían de hacer.

El miércoles vi de nuevo al Presidente. Le dije que, visto el carácter extraordinario que tiene en la Constitución la facultad de cerrar las Cortes durante el período obligatorio de sesiones, nosotros no teníamos empeño en emplear ese medio; pero que como él me había dicho que la firma otorgada a otros proyectos de ley podría tener una significación tan expresiva como nosotros la deseáramos, al Consejo del día siguiente, en que trataríamos de la cuestión ampliamente, le llevaría dos proyectos: el de Orden Público y el de Arrendamientos de Fincas Rústicas, y a la firma de estos proyectos le daríamos el carácter que el Gobierno entendía que debía dársele, si, después de oír nuestra exposición, el Presidente los firmaba. Don Niceto se mostró conforme. Me dijo, además, que pensando en la proyectada clausura de

Cortes por decreto, le había encontrado un nuevo inconveniente: el de que, si se cerraban las Cortes el día 9 y se reanudaban las sesiones el 28, las oposiciones podían venir en tal disposición que hiciesen necesaria la clausura, y entonces ya no tendría el Presidente medio de hacerlo, por haber gastado su potestad en un primer decreto. Esto no me convencía mucho en cuanto al fondo, porque cerrando por quince días, aún podía cerrar por otros quince; pero aparte de que dos breves clausuras tan seguidas, hechas por decreto, se entenderían como impotencia de las Cortes, aprecié las palabras del Presidente como una insinuación de lo que se propondría hacer, en caso de que la obstrucción fuese invencible, una vez que las Cortes hayan funcionado los tres meses que manda la Constitución.

El Presidente ha vuelto a decirme que él debe permanecer apartado de las contiendas de partido, sin incurrir en la responsabilidad de inclinarse a un lado ni a otro, y que de eso viene su resistencia a suspender las Cortes por decreto; al día siguiente, los enemigos del Gobierno la emprenderían también con el Presidente de la República. Le contesté que me parecía bien y que nunca le pediríamos que se mostrase parte en nuestras contiendas, pero que había responsabilidades que no podía evitar, porque son las propias de su función; tales serían, por ejemplo, las que tendría que asumir al resolver una cuestión de confianza.

En esta conversación, el Presidente ha extremado sus demostraciones de lealtad y claridad para con el Gobierno; habló mal de Miguel Maura; y me dio a entender, con muchos arabescos, que se reservaba más de lo que me decía.

Nuevamente vi a los ministros aquella tarde en el Congreso. Fernando de los Ríos me dijo que, por la mañana, se había reunido la Comisión ejecutiva del partido, y que el acuerdo era, en efecto, tal como Largo me lo había dicho. Domingo ratificó la situación de los radicales-socialistas. En todas estas conversaciones, Prieto se sonreía con escepticismo. Su impresión seguía siendo de desconfianza en el Presidente. Yo les dije que se engañaban, y que en el Consejo del siguiente día, para el que ya había trazado mi plan, quedaría todo resuelto.

Era absolutamente inexcusable poner las cosas en claro, y cada día más; porque las oposiciones y su prensa, sobre todo la monárquica, no se hartaban de decir que no contábamos con la confianza del Presidente; que no nos atrevíamos a contarle oficialmente lo que pasaba ni a plantearle el caso; que lo teníamos poco menos que secuestrado; que cualquier Gobierno, en circunstancias tales, habría dimitido, etcétera, etcétera.

Se atrevían a suponer que el Presidente asiría la ocasión por los pelos para despedirnos.

Pensando en el Consejo del jueves, me propuse que la solución no fuese una evasiva ni un equívoco y, como el Presidente me había dicho que la firma de otros proyectos de ley podría ser una demostración tan *expresiva* como el Gobierno deseara, tracé los medios de que así resultase.

En la mañana del jueves, antes de ir al Consejo, hice en mi despacho el borrador de la nota oficiosa. No era admisible que la firma de los dos proyectos de ley quedase en una mera satisfacción para nosotros, sino que había de dar todo el efecto político apetecido. Para conseguirlo, habría que anteponer al hecho de la firma una exposición y el valor que el Gobierno le daba. Llevé el borrador al Consejo, para que, si las cosas salían como yo las pensaba, no fuese necesario improvisar un texto.

En el Consejo, después de las amenidades dilatorias que el Presidente saca de un volante, en que apunta los asuntos que le interesan, se habló de política internacional. El Presidente aprobó mi propósito de ir a Baleares y el de acelerar los trabajos de fortificación. Dijo cosas muy atinadas con respecto a Portugal y a la conveniencia de que España nunca favorezca los arreglos que tengan por base el reparto de las colonias portuguesas. Portugal, sin colonias, necesariamente se apretaría más con España, y es menester que esta política no se haga imposible amparando o consintiendo un despojo, o aprovechándose de él.

Después tratamos de la política interior y expuse la situación del Gobierno, que no podía continuar bajo el supuesto de ser interino, ni en su propia intención, ni en la del Parlamento, ni en la del Presidente de la República.

Afirmé que la obstrucción parlamentaria nunca podría determinar, salvo que el Presidente estimase otra cosa, la caída de un Gobierno, porque eso sería anular al Parlamento y al poder presidencial, mediante un golpe de Estado incruento.

Que el Gobierno se había constituido con un programa, cuya conclusión estaba lejos. Que no podíamos aceptar que solo se discutiesen las leyes y por el orden que las oposiciones quisiesen y que necesitábamos saber si el Presidente aceptaba nuestros puntos de vista, para someterle dos proyectos de ley, que serían leídos en las Cortes inmediatamente, proyectos que son de los excluidos de su tolerancia por las oposiciones: Orden Público y Arrendamientos.

El Presidente, midiendo mucho las palabras, repitió lo que ya me había dicho en días anteriores, y que el hecho de firmar dos proyectos de ley, cuya aprobación en las Cortes requería varios meses, era una demostración más expresiva que no el haber dado el decreto de suspensión de sesiones por quince días. Habló un rato largo, y a satisfacción de todos.

Cuando el Presidente terminó, yo dije que, aun a riesgo de infringir el protocolo, pedía permiso al Presidente para invitar, como les invitaba a todos los ministros, a que dijesen su parecer sobre el caso, o hiciesen las observaciones que tuvieran por conveniente a lo que yo había dicho (si es que no había acertado a expresar la opinión común), o a lo que había dicho el Presidente (por si les quedaba algún resquemor).

El Presidente dijo que sí lo autorizaba, y los ministros no hicieron observación alguna.

Entonces añadí yo que había pensado dar una nota oficiosa de lo tratado en el Consejo. La indicación le hizo alguna mella, como notamos todos, pero se le pasó al instante. Quizá no esperaba que se diese una nota, o temía que me excediese en los términos, y este supuesto es el más probable, porque de guardarse en secreto el acuerdo era absurdo suponerlo.

—Bueno, redáctela usted —me dijo.

Puse en limpio la nota que llevaba yo en el bolsillo, y le añadí en el último párrafo, o sea, el de la firma de los proyectos de ley, como consecuencia de la exposición hecha por mí, que daba valor al hecho de la firma.

Leí en alta voz la nota. El Presidente la encontró bien, y respiró. Deduje que temía alguna palabra o alguna declaración que fuese dura para las oposiciones. Los ministros la encontraron también muy acertada.

Luego se examinó la ley de Orden Público, en gran parte. Firmó el Presidente los decretos autorizando la presentación a las Cortes de ambos proyectos, y como se había hecho tarde se levantó el Consejo.

Cuando se fue el Presidente, todos los ministros se declararon satisfechos y alabaron la redacción de la nota. Prieto me dijo que, sin la nota, él no hubiera quedado contento. Domingo encontraba correcta y leal la conducta del Presidente.

Al salir de Palacio entregué la nota manuscrita a los periodistas, que la esperaban con ansiedad.

Hoy se celebra el segundo aniversario de la República. Hemos empleado la mañana en inaugurar grupos escolares. Algunos son muy buenos y todos alegres, cómodos y decentes. Mucho público, muchos aplausos y bastante

calor. Por la tarde, ninguna ceremonia. He dado un paseo, y he aprovechado después el tiempo para escribir estos apuntes.

15 de abril

Prosiguen las ceremonias conmemorativas de la proclamación de la República. Hoy hemos inaugurado el nuevo trozo del paseo de la Castellana. Es muy hermoso. Se ha hecho todo en cuarenta días: obra que llevaba veinte años enredada en la pobreza proyectista y en la nulidad verbalista de ayuntamientos y gobiernos. Al mismo tiempo se ha inaugurado oficialmente la construcción de los dos ministerios (de Gobernación y Obras Públicas). Procuro que esta obra se lleve con celeridad, dándole alas a Prieto, y a fin de que las cosas queden en tal estado que no pueda detenerse ni rectificarse el plan de conjunto, que será muy bueno. Sacaremos a Madrid del *patio* de la Cibeles y del corredor de la calle de Alcalá. Falta ahora subastar el ministerio de Agricultura, que va más despacio porque han de hacerse algunas expropiaciones.

En el acto de la inauguración ha habido un gentío inmenso, que ha sumergido al Presidente de la República y al Gobierno. El pueblo estaba contento y aplaudía con frenesí.

Después fuimos a un concierto popular, también con el Presidente.

Por la tarde, fiesta de Aviación en Barajas. Las dificultades que, por falta de vías de comunicación, tuvimos el año pasado para llegar al aeropuerto y, sobre todo, para salir de él, se han repetido este año, multiplicadas. La afluencia de coches y de gente era enorme. Por casualidad pudimos tomar un camino de travesía y llegamos a las cuatro y media. Allí estaban otros ministros y algunos embajadores. Las acrobacias y volatines de los aviones divertían a la gente, pero todo ha acabado en desgracia. Un oficial ha cometido una imprudencia y se ha matado, junto con el sargento que le acompañaba. El aparato ha caído a pocos metros de distancia de donde nosotros estábamos, y en la mesa contigua se hallaban las hermanas del oficial que tripulaba el avión. He suspendido la fiesta, aunque el jefe de Aviación quería que continuase. A mi mujer le ha hecho una impresión terrible el suceso y se ha puesto enferma. En el mismo aeropuerto me enteré de que otro aparato se había caído en la calle de Claudio Coello y había causado víctimas.

Regresé rápidamente a Madrid, porque salí de los primeros. Pero Saravia no pudo llegar hasta las diez de la noche. Cuando retornábamos por la

carretera de Barajas, a las seis, veíamos en la carretera de Alcalá cientos y cientos de coches embotellados, que aún no habían logrado llegar al aeropuerto. ¿A qué hora habrán vuelto?

Esta noche, función de gala en El Español. Como en otros espectáculos, las localidades se habían repartido mal y había muchos claros. El programa no era ameno. Un entremés de Quiñones, *dicho* por actores que no saben dar entonación debida a los giros que ya no se usan, y no los entienden. Otro entremés de Cervantes, representado por los estudiantes de La Barraca, que don Fernando protege y que no pasan de ser modestos aficionados. Lo único que hacen bien es caracterizarse.

El plato fuerte era *El gran teatro del mundo*. Esta obra gustó mucho, cuando la pusieron hace tres años. Pero los que la han visto una vez, difícilmente soportan una segunda representación. El público de las galerías, pasado el primer momento de curiosidad, se aburría, y hasta hubo un remusgo de impaciencia en la última parte, sin duda por la extrañeza de que la República festejase su nacimiento con la misma obra que, en tiempo de Felipe IV, servía para festejar el Corpus. Yo temí que se arrancasen cantando la Internacional, como réplica a los «apuntes» angélicos que se intercalan en el diálogo. El que hacía de *autor*, recita desde las alturas de una *mise en scène* bien lograda, tiradas de versos que no entiende, y los dice mal, como pertenece a sus escasas dotes. El recitante es masón, y supongo que eso podría influir algo en lo mal que hace un papel así. La verdad es que el teatro no puede estar peor. ¡Qué cómicos!, ni pronunciar saben.

El Presidente, en un entreacto, les ha entregado, a Borràs y a la Xirgu, las insignias de la encomienda de la Orden de la República. Borràs ya era *comendador* de Alfonso XII.

Me dicen que el personal de la embajada inglesa (el embajador no estaba) se ha marchado del teatro durante la representación. Si son protestantes, no les gustará Calderón.

16 de abril

Hoy, festejo de gran espectáculo. Parada y desfile en la Castellana. He ido a buscar al Presidente a Palacio; ya don Niceto había estado en la sesión inaugural de un congreso de Oftalmología y pronunciado un discurso.

El desfile ha salido mucho mejor que el año pasado. El público, inmenso, llenaba los andenes de Recoletos y la Castellana, la plaza de la Cibeles y la

calle de Alcalá hasta la de Sevilla. Había gente hasta en los techos de los tranvías. A don Niceto le han aclamado con frenesí, sobre todo al retorno. El impulso popular no ha decaído.

En la tribuna del ministerio de la Guerra, frontera a la oficial, estaban las señoras y los invitados del Gobierno. Presente la viuda de Pablo Iglesias; signo de los tiempos: «Es el primer desfile militar que presencio», le ha dicho a mi mujer.

El espectáculo ha tonificado a la gente. Han aplaudido a la Guardia Civil. Recuerdo el mal rato que pasamos el día de la apertura de Cortes, cuando la silbaron copiosamente. La mañana de hoy ha pasado toda en clamores.

Por la tarde, nada que hacer. He ido de paseo al Escorial. Aprovecho este rato ocioso para continuar y completar los apuntes sobre las cosas políticas de la semana pasada.

La declaración del Gobierno, al salir del Consejo en Palacio, cayó como una maza sobre las oposiciones. Se quedaron sin saber qué decir, después de haber cacareado tanto que el Presidente quería cambiar de Gobierno y que nosotros no le dábamos ocasión de hacerlo. En los diputados de la mayoría, el regocijo se manifestaba vivamente. Se acabaron por dos días los corrillos y murmuraciones del Congreso. Don Melquíades dijo a los periodistas que no se podía negar que el Gobierno tenía la confianza del Presidente. Lo mismo dijo Lerroux, pero después cambió de parecer. El taimado y malhumorado señor Alba (que escribe de su puño, en *La Libertad*, artículos contra mí) dijo que lo hecho por el Gobierno era *un atraco*. Poco a poco se recobraron, y comenzó una discusión pueril, a fuerza de declaraciones en los periódicos, sobre si el Gobierno tenía o no ratificada la confianza del Presidente, etcétera. Se distingue en estas discusiones el notario Castrillo, diputado *progresista*, es decir, del grupo a que perteneció don Niceto.

Como quiera que fuese, los últimos días de la semana y los primeros de la siguiente, transcurrieron en calma aparente. Se votaba rápidamente la ley de Congregaciones, de la que solo faltan tres artículos. En las Cortes seguía hablándose de vacaciones; todos los diputados las deseaban, pero yo dije a todos también que no estaba dispuesto a hacer de eso una cuestión política y que las Cortes resolvieran lo que tuvieran por conveniente.

El viernes, último día de sesión, fuimos temprano al Congreso, a la ceremonia de entregar a Besteiro un busto que le regalan los diputados. En la afluencia de diputados desde primera hora prendió de nuevo el tema de

suspender las sesiones. Yo me encogí de hombros, y a los que me hablaron de ello les dije que se pusieran de acuerdo con los grupos de oposición.

Estando en el salón de sesiones, se formó un corro en torno mío y de Ossorio. Le preguntaron a Ossorio si él votaría por que hubiese vacación, y Ossorio dijo que lo mismo le daba, porque él, de todos modos, no pensaba asistir a las sesiones. Poco después, Ossorio se retiraba del salón con las oposiciones, para no votar la propuesta de suspensión.

Galarza y Baeza Medina agenciaron la proposición de clausura y recabaron firmas. Yo creí que no se opondría nadie, y me fui al despacho de ministros, disponiéndome a marcharme del Congreso. Entonces me avisaron que Lerroux hablaba contra la proposición. Me sorprendió un poco. Lerroux hizo un discurso malo, inspirado por el enojo, que no acertaba a disimular, y queriendo parecer fuerte y agresivo, pero sin comprometer demasiado el porvenir con un rompimiento. Amenazas. Quejas. Que se desconsidera a las oposiciones, etcétera. Le contesté con todos los miramientos del mundo, y le expliqué la posición indiferente del Gobierno. No se contentó. Pretendían que yo recomendase a la mayoría que retirase la proposición. Cosa imposible, por desairado, y que caía mal en los diputados adictos, que acababan de leer la nueva nota de las oposiciones, en que verdaderamente se pasan los límites de toda consideración debida al Gobierno y al Presidente de la República.

Llegan a decir que la nota oficiosa del Consejo en Palacio recuerda la política de las «viejas oligarquías monárquicas», y esto lo dice el señor Maura, criado a los pechos de aquellas oligarquías, y que si ahora se irrita es precisamente porque me niego a seguir los usos que él aprendió.

Besteiro también hubiese querido, al oír a Lerroux, que la proposición se retirase, pero ya era tarde.

Después Lerroux le ha dicho a Besteiro que si llegamos a hacerle caso y retiramos la proposición le hubiésemos reventado; pero es seguro que si le complacemos, se hubiera aprovechado para vanagloriarse como de una victoria contra el Gobierno.

En fin, se votó la suspensión de sesiones y nos fuimos.

El sábado 8, después de mediodía, salí en coche para Bilbao. Indalecio Prieto, al acabarse la sesión famosa con que se cerró el debate sobre Casas Viejas, improvisó el programa de un *meeting* en Bilbao, y me lo propuso en saliendo del salón. Acepté, por no decirle que no. Después he dudado mucho si hice bien o mal en aceptar, en vista de cómo estaban las cosas políticas. «A lo mejor —le decía yo a Prieto—, vamos a Bilbao ya en la oposición». El *meeting* de Bilbao ha sido espléndido; 25 000 personas en la plaza, pagando

la entrada, y muchos miles fuera de ella. Los discursos se radiaron. Prieto hizo un discurso algo pesado y difuso. Domingo estuvo bien. Yo me levanté sin saber por dónde empezar. No había tenido absolutamente tiempo de ponerme a pensar un guión o unos temas para el discurso. Estaba agotado, cansadísimo del viaje y mal dormido. «¿Iré a dar un resbalón?», me pregunté al adelantarme en la tribuna. El público me hizo frenéticas ovaciones. El discurso me salió muy seco y descarnado. Glosé la declaración del Gobierno. Me abstuve de tratar duramente a las oposiciones y hasta les tendí la mano. Pero, según me dicen, están muy enojados porque hablé del *pantano* en que se han metido. Como acto político, salió bien, y mis afirmaciones han sentado mejor en los republicanos.

El tiempo nos favoreció. El día antes se hicieron rogativas en Bilbao para que lloviese, pero no lo han obtenido. Mucho sol y, en la plaza, tremendo calor.

Comimos en el Ayuntamiento. Fuimos por la tarde al Sanatorio de Gorliz. De regreso, recepción oficial en la Diputación. Un capitán del batallón que hay en Bilbao me felicitó por mi discurso. Después estuve en el Casino Republicano y en el Centro de Acción Republicana. Me dieron una paliza, a fuerza de abrazos.

Por la noche, banquete en el Sitio. Se había convenido que no hubiese discursos; pero, a última hora, el presidente de la sociedad se empeñó en decir «cuatro palabras», que no fueron cuatro ni muy buenas. Se hizo un lío el pobre, queriendo decir lo que llevaba aprendido de memoria. Habló de los reptiles que se muerden la cola.

Tuve que contestar, e improvisé una conversación de sobremesa que gustó enormemente. Acerté sobre todo en el tono y en la media voz, más que en lo que decía.

El lunes hicimos una excursión por la provincia: Durango, Marquina, Ondarroa, Lequeitio, Pedernales, Bermeo. Colocamos varias primeras piedras. Muchas ovaciones en todas partes. Pero lo extraordinario fue el recibimiento en Bermeo. Estéticamente, no he visto nada comparable. Todas las calles que van al puerto, atestadas de gente. Banderas. Flores. Masas negras gesticulantes y gritando. Sobre todo, las hembras. Los vaporcitos del puerto nos atronaban con las sirenas. El estrépito llegó a ser tal, que no oíamos los *vivas* y gritos de la multitud, y solo veíamos las bocas abiertas y las manos agitándose en el aire. La tarde, esplendorosa.

Los nacionalistas, retraídos. El diputado Basterrechea me envió una carta al Ayuntamiento, diciéndome que en el silencio que con dignidad vasca

guardaba Bermeo, él levantaba su voz para protestar, etcétera, etcétera. Si a eso le llaman silencio, qué será ruido en Bermeo.

La misma tarde fuimos a Guernica. Visitamos el Árbol y la Casa de Juntas, donde hay una porción de cachivaches que pretenden ser antigüedades y reliquias de una tradición.

El alcalde de Guernica es nacionalista y se le conoce en el corte de cara.

Aquel día comimos en Pedernales. Hubo bailecitos típicos. Los banquetes en Vizcaya son pavorosos.

En Bermeo nos hicieron hablar desde el balcón del Ayuntamiento. Prieto se arrancó con un discurso de media hora. Domingo y yo despachamos con cuatro generalidades.

Salimos a las nueve y media para Madrid. Llegué bastante cansado.

Estos días pasados hablé con Anguera de Sojo sobre el asunto de Menéndez. Anguera vino a verme muy alarmado, por la impresión que le ha hecho su entrevista con Menéndez. Está desesperado. Anguera le cree capaz de cometer un disparate. Opina Anguera que el juez ha procedido con dureza y precipitación al procesar a Menéndez, sin investigar antes el hecho que se le imputaba. «Si al juez o a la Sala se les ha dicho que cumplan la ley, eso basta para que crean que es una recomendación en contra»; así opina Anguera de sus compañeros. Me dijo que esta es la ocasión de resolver el caso de Menéndez, porque en el juicio oral no se puede producir ningún hecho nuevo ni se aportará ninguna prueba que no esté ya en el sumario, y que permitiera al fiscal modificar entonces la posición que adopte ahora.

Menéndez se cree víctima, sacrificada al Gobierno. Están organizándole una manifestación de simpatía para el 14 de abril, me dijo también Anguera.

Le encargué que hablase con el presidente del Supremo, para conocer su opinión sobre el aspecto procesal del caso.

21 de abril

Hoy ha habido Consejo en la presidencia, dejando ya de reunirlo en el ministerio de la Guerra como hasta aquí.

Ligera bronca entre Casares y Albornoz, y entre Largo y Albornoz, por la conducta del gobernador de Badajoz, que suscita las quejas de los diputados socialistas. Tiene razón Casares.

Hemos hablado de la cuestión naranjera, en la que nadie tiene razón. Habituados a ganar el oro a chorros, las primeras dificultades procedentes de

la crisis universal, y que hasta ahora no sentían, les enfurecen. Una comisión de diputados y alcaldes valencianos, que recibí en el Congreso hace quince días, trajo la pretensión de que España *imponga* su criterio a Inglaterra para que suprima los derechos de importación sobre la naranja.

—Muy bien —le dije—, le daré a usted el mando de la armada invencible. Los valencianos hacen de esto cuestión política. Y algunos, argumento valencianista. Ayer recibí al alcalde de Valencia, que me pareció hombre sinuoso y encapotado, bajo una capa de cortesía y floridez. Su posición es que el Gobierno no debe echar sobre sí la responsabilidad de proponer soluciones para el conflicto, siendo preferible que aguarde a que las propongan desde allá; cosa disparatada. Y estos mismos hombres alborotan la provincia diciendo que el Gobierno no se ocupa de ellos.

A propósito de este asunto, Prieto trajo el otro día al Consejo una ocurrencia genial y disparatada: proponía decretar el transporte gratuito de la naranja por ferrocarril, a cargo del Estado. No me costó trabajo convencerle de lo descabellado del propósito y no insistió. Prieto es así.

Después hemos examinado el artículo transitorio de la ley de Congregaciones. Me he opuesto a los planes de la Comisión y a las ilusiones de don Fernando, que echarían sobre el próximo Presupuesto de Instrucción Pública una sobrecarga de cien millones. Le he esbozado otra solución, que se tratará de sacar adelante; es decir, dos plazos para la sustitución de la enseñanza de las órdenes religiosas.

El otro día hablé con el presidente del Supremo; cree que en Justicia procede sobreseer la causa de Menéndez, pero que para ello puede ser un estorbo el recurso de apelación para reforma del auto de procesamiento interpuesto por Sánchez Román. Dice el presidente del Supremo que a Sánchez Román le falta experiencia en los asuntos penales, y que se ha creído en el caso de utilizar un recurso porque lo ha visto en la ley, pero que no es hábil emplearlo.

Lerroux me ha escrito una carta muy fina, diciéndome los motivos que tuvo para excusarse de asistir al banquete oficial de la presidencia del Consejo, el domingo pasado, y al que le invité, como a los demás exministros de la República. Cuando recibió la invitación, contestó muy emocionado, por teléfono, que asistiría. El domingo por la mañana envió a su secretario para excusarse, porque tenía enfermos en su casa. Lo mismo me dice en su carta y añade que me da esos pormenores para que su ausencia no se atribuya a razones políticas, porque él no convierte las divergencias políticas en antagonismo personal.

A la prensa le ha dicho que no asistió a la comida porque estaba fatigado.

Le he contestado muy cortésmente.

Menéndez me escribió el día 14 una carta, saludándome en el aniversario de la República, y haciendo protestas de amistad.

La prensa publica hoy unas cartas cursadas entre un redactor de *La Libertad*, que se separa del periódico, y el director. En la carta del redactor se ataca duramente a Alba, que dio instrucciones *raras* a su periódico en vísperas del 10 de agosto.

22 de abril

Ayer por la tarde, Casares me llamó por teléfono y me dijo que, en vista de los desaciertos del gobernador de Badajoz, había dado orden para que el gobernador general de Extremadura se encargase de todas las cuestiones electorales en aquella provincia. Lo aprobé.

Hoy, por la mañana, me llamó al teléfono el Presidente de la República para decirme que había hablado con Casares y le había recomendado que no tuviese reparo en voltear a cuantos gobernadores hiciese falta para impedir que se cometiesen abusos en las elecciones. Que aunque él no se metía en política, ni le importaba saber quiénes componen las comisiones gestoras, por ejemplo, en este asunto de las elecciones estaba dispuesto a echar el peso de su autoridad para reforzar la del Gobierno, en cuanto tendiese a asegurar la limpieza electoral. Que ya sabía cuál era mi opinión en este particular y conocía las instrucciones dadas por mí a Casares (se resumen en esto: que prefiero ser derrotado en toda España a que pueda decirse con fundamento que se ha coaccionado a un elector), y que me autorizaba para que usase de su nombre y de su autoridad de Presidente de la República, haciendo saber que él estaba detrás del ministro y del Gobierno para sostener esa política.

Poco después de hablar con el Presidente, llegó a mi despacho Vicente Sol, radical-socialista, director de Prisiones y muy amigo de Albornoz. Me cuenta que Albornoz se disgustó mucho al saber la orden dada al gobernador general de Extremadura; que los comités radicales-socialistas de Badajoz amenazan con dimitir, y que el gobernador también dimite. Como el gobernador es radical-socialista, Albornoz estima que es una desconsideración y una vejación a su partido, y que le pone en muy mala situación ante sus correligionarios, y sobre todo ante el próximo Congreso del partido, donde los disidentes, capitaneados por Gordón Ordás, enemigo de la colaboración socialista, se aprovecharán de este incidente para maltratarle a él

y a Domingo. Añadió que Albornoz había pasado la noche sin dormir, y que esta mañana me había escrito una carta dimitiendo el cargo de ministro; que Albornoz me quiere y me admira mucho, y nunca ha pensado en crearme una dificultad, pero que lo sucedido no podía tolerarlo dentro del Gobierno, etcétera, etcétera.

Me cuenta Sol que él ha inducido a Albornoz a no enviarme la carta ofreciéndose a venir él a hablarme. Añade muchas historias demostrativas del feroz encono de los socialistas contra los republicanos en Badajoz. Me pide que lo arregle. Le contesto que yo no puedo desautorizar al ministro de la Gobernación. Sol cree que si se evitara la presencia del gobernador general en Badajoz el día de la elección, de modo que no apareciese *disminuido* el gobernador propio de la provincia, todo podría arreglarse. Terminamos la conversación, porque yo tenía que ir a otra parte.

La cual parte no era sino la Escuela Superior de Guerra, en la que un marino daba para el curso de coroneles una conferencia sobre el ataque y defensa de las Baleares. Me han hecho perder hora y media. El marino no ha dicho nada que valga la pena de ser oído, ni nada que no sea conocido. Ha intercalado observaciones y propuesto soluciones muy equivocadas. Pretende que toda la isla de Mallorca puede defenderse con ocho cañones de 30 procedentes del acorazado *España*, que se perdió. Propone que Ibiza se defienda con unas piezas de 30 montadas sobre una vía férrea, que empieza por no existir. Ha manejado, como ejemplos, el desembarco de los aliados en los Dardanelos y el de Primo de Rivera en Alhucemas. El tema mismo (envío, desde Tarragona, de 60 000 hombres a Mallorca) me parece caprichoso e inútil. Había que empezar por saber cómo y desde dónde se ponen en Tarragona los 60 000 hombres, con todo su material, y luego qué haríamos con ellos en Mallorca.

Cuando veo de cerca estas cosas, me espanto. ¡Qué será de nosotros, si ocurre algo, contando con gentes como estas! ¿Y cuánto tiempo sería necesario para reformarles la cabeza?

Desde la Escuela de Guerra he ido a Palacio, a firmar unos decretos. Me había citado el Presidente desde nuestra conversación telefónica. Ha firmado el decreto creando la Junta de Seguridad en Cataluña, y algunas otras cosas de menos importancia.

Hemos continuado nuestra conversación anterior. «La República —dice el Presidente— vino con unas elecciones municipales en las que, no obstante hallarse en el Gobierno Romanones, no hubo atropellos. La mancha más fea que pudiéramos echar sobre el régimen sería que volvieran los antiguos

manejos electorales, y que los gobernadores, o la Guardia Civil, o quien fuera, hicieran presión sobre unos u otros». «Sé —añade— cuál es la posición de usted en este asunto y la aplaudo, y repito que puede usted decir, donde quiera y a quien sea, que el Presidente de la República está decidido a que eso no pase. Si Casares necesita destituir a autoridades y gobernadores, que lo haga sin contemplaciones». Le repito lo que ya sabe sobre las disposiciones del Gobierno, y le refiero el disgusto de Albornoz y su propósito de dimitir, y el motivo. Entonces el Presidente me dice: «Usted sabe lo que yo quiero a Albornoz, y la debilidad que siento por él. Sabe usted también, en cambio, que de todos los ministros, el más áspero en su trato conmigo es Casares, y el menos dispuesto a serme agradable. No sé por qué causa, pero es así. Claro que usted me ha dicho que acaso Casares tenga la misma preocupación respecto de mí… Pues con todo eso, le digo a usted que hay que sostener al ministro de la Gobernación, que tiene razón, y no Álvaro. No se puede admitir que los demás ministros atraviesen querellas de partido para estorbar la gestión del de la Gobernación, en cuestiones de orden público y de gestión electoral (aquí me repite todo lo que me ha dicho por la mañana sobre las elecciones de la República). Por tanto, lo que hay que hacer es convencer a Álvaro».

—De eso trato, y yo veré esta tarde cómo lo arreglo. Pero si se empeña habrá crisis.

—Pues si no puede usted convencerlo y dimite, lo tramita usted como una crisis parcial, y sin consultas ni nada me trae usted el decreto, nombrando a otro. Más prendas no puedo soltar. Supongo que Marcelino no seguirá a Albornoz; por tanto, crisis parcial, con otro, o encargarse usted de la cartera. Claro que si Marcelino siguiera a Albornoz y se retirasen los radicales-socialistas, se nos descomponía todo el tinglado.

Estas facilidades del Presidente me parecieron demasiadas, tratándose de un hombre tan parco. Varié la conversación, quedándome con un efecto interno de extrañeza. Hallé algo de excesivo en lo que me decía el Presidente, sobre todo por el calor con que lo dijo. Después, pensando en el asunto, siguieron pareciéndome demasiadas facilidades, e hice el propósito de no usar de ellas. ¿Iba yo a dar hoy la campanada de admitir la dimisión a Albornoz, sin darme cuenta de que le siguiese o no Domingo? Todo el grupo parlamentario lo llevaría muy a mal, y daría con el Gobierno en el suelo. Me propuse componer a los dos ministros, para evitar la ruptura, que sería ridícula, provocada por defender a un gobernadorcillo.

También me habló el Presidente de una pequeña cosa, que yo había barruntado. Hace días me preguntó:

—¿Con quién va usted a sustituir a Honorato Castro en la Dirección del Instituto Geográfico?

—No lo he pensado aún.

Pasados unos días más me dijo:

—Lo que va a ser difícil es encontrarle sustituto a Castro. ¡Es tan buena persona!…

Yo no contesté, pero me dije: hay gato encerrado. Recomendación tenemos. En efecto: hoy me ha preguntado si el señor Serameta había hablado conmigo.

—No, señor Presidente. No conozco al señor Serameta.

—Pues entonces habrá hablado con Saravia.

—Saravia no me ha dicho nada.

—Sin duda habrá hablado con Saravia, creyendo que era lo mismo que hablar con usted.

—Bueno. ¿Pero de qué ha hablado con Saravia?

Entonces sacó un papel, con el nombre y apellido del señor Serameta, artillero, «que estuvo con nosotros desde el principio de la dictadura. No es un republicano del 14 de abril». Y me lo recomendó para la Dirección del Instituto Geográfico. «Usted resolverá lo que quiera —me decía un poco atropelladamente y azorado— según sus compromisos, pero yo creo que lo haría muy bien».

—Bueno, señor Presidente, veremos.

Así es don Niceto.

Al regresar al ministerio, llamé a Casares, que estaba de mal humor, y le cité para las tres y media. Luego a Domingo, para las cuatro. En estas, me llamó Albornoz, preguntándome si había hablado con el ministro de la Gobernación. Le contesté que le tenía citado para las tres y media. Me hizo muchas protestas de amistad y adhesión, pero que el caso para él era dificilísimo, etcétera. Corté en seguida la conversación.

A las tres y media vino Casares, alegre y cordial como siempre. Conversamos en la salita de la esquina, donde suelo recibir a los amigos. Hacía una tarde deliciosa, azul, brillante y fresca. Hablamos de cosas necias, mirando al jardín, que estaba lustroso y sombreado.

Casares me contó que los socialistas preponderan en Badajoz. Que el gobernador se ha empeñado en inventar un Partido Radical-Socialista. Que ha puesto muchas dificultades a la propaganda de los socialistas. Que él mismo

ha dicho en un telegrama que no podía impedir las tonterías que hicieran algunos alcaldes, y que, por todo esto y por no fiarse de su prudencia para manejar la Guardia Civil, había encargado al gobernador general de Extremadura que interviniese. Anoche, a última hora, el gobernador en entredicho habló por teléfono con Casares, y de su conversación no se deducía que tuviese gana de dimitir, y hoy por la mañana ha recibido Casares un telegrama en que el mismo gobernador le presenta la dimisión. Este telegrama no ha sido contestado aún. Le cuento a Casares lo que ocurre con Albornoz, y lo que me ha dicho el Presidente. Casares opina que la dimisión de Albornoz sería el principio del fin y le sorprende también la disposición del Presidente.

Poco después llegó Domingo. Ya sabía algo del caso. Albornoz le ha hablado por teléfono y le ha dicho que cómo iba a asistir al Congreso de su partido en tales condiciones.

—Pues asistiendo —cuenta Domingo que le ha contestado.

Añade Domingo que las disidencias en el Partido Radical-Socialista han venido por el lado de los amigos de Albornoz. Primero fue el bizco Botella, por quien tuvo don Álvaro gran amistad (tenían el despacho a medias) y después riñeron malamente. Y ahora es Gordón Ordás, que ha tenido siempre gran ascendiente sobre Álvaro. «¡Quién sabe el drama íntimo que estará viviendo Álvaro!», dice Domingo.

Cree Domingo que en el Congreso de su partido no ocurrirá nada, que él y Albornoz arrastrarán a la gente y que Gordón será derrotado.

En el asunto de Badajoz opina que Albornoz no tiene razón, y que a él no le importaría un gobernador ni ciento.

Hablando de esto, y buscando una solución, decidí llamar a Albornoz. Vino en seguida. Un poco encapotado. Le dije que sentía mucho que me crease personalmente una dificultad de este tamaño.

—Ninguna dificultad.

—¡Cómo, Vicente Sol me ha dicho que iba usted a dimitir!

—No, no. Es que el miércoles se reúne el Comité nacional del partido, y yo no tengo influencia para impedir que tomase un acuerdo desagradable para los dos ministros, si consideran que no hemos defendido bien el partido contra los excesos de los socialistas y que hemos abandonado al gobernador.

(Por lo visto, lo había pensado mejor o le habían aconsejado. En su conversación telefónica conmigo, a las dos de la tarde, me dijo que *nada se conseguía con un aplazamiento*, pues seguramente el miércoles el comité de su partido le obligaría a dimitir).

Hablamos largamente. Albornoz me repitió una vez más lo que me admira y me quiere y su entusiasmo por mi obra; comparte todos mis puntos de vista, desde la política militar hasta el ideal nacional. También ha defendido y defiende la colaboración socialista, pero esto, que es evidente en el orden nacional, produce en los pueblos una situación a veces difícil, porque los socialistas rivales hacen la política sobre una bárbara lucha de clases, que causa alarma y estragos, y es preciso, en ciertos momentos, tirarles de la cuerda. Tal ahora, con las injurias que han vertido sobre el gobernador, en telegramas al ministro y a la prensa, y en un artículo de *El Socialista* de hoy.

La posición en que, por complacer a los socialistas, se ha dejado al gobernador, es indecorosa, y *el propio Albornoz le ha aconsejado que dimita, estimando que, si permaneciese en el cargo, sería indigno de su amistad*.

Tales son estos ministros, que desde su despacho *colaboran* de ese modo en la obra del Gobierno. El origen de su conducta es el *miedo*; miedo a sus correligionarios, a los que no se atreven a contrariar, y miedo especialmente a lo que pueda decirles Gordón, que es imperioso y áspero.

Hemos hablado cerca de una hora. Los dos ministros se han avenido, gracias a Casares, que en punto a desinterés, amistad y abnegación por la República no tiene semejante. No se admitirá la dimisión del gobernador de Badajoz. El gobernador general vigilará todo, y el otro le consultará sobre cualquier disposición importante que haya de tomar; el gobernador general no estará ese día en la capital de la provincia, para evitar que el dimisionario aparezca como en tutela y disminuido a los ojos del público.

Al despedirse, Albornoz me ha dicho que está deseando una ocasión para marcharse del Gobierno, porque sería más útil fuera. El grupo parlamentario no se deja dirigir por Galarza, que no tiene autoridad. Ya antes me había dicho Domingo que ayer, después del Consejo, y como se había hablado de dividir el ministerio de Agricultura, Albornoz le dijo que esa sería buena ocasión para retirarse él del Gobierno.

Hoy ha vuelto a reaparecer en Albornoz, que estaba muy corregido y mejorado, el antiguo partidista y el asturiano embozado, taimado, que conocíamos en los primeros meses del Gobierno. Lo que peor encuentro en Albornoz y en Domingo es su falta de franqueza, falta más acentuada en Albornoz. Parecía muy curado de ella, y muy *entregado*; pero lo de hoy no ha podido ser más desagradable. En rigor, ambos están en una posición falsa, porque el curso de los acontecimientos los ha hecho descender en el aprecio público, y su partido, compuesto de medianías, los respeta cada vez menos.

Esta escena de hoy es uno de los ejercicios de paciencia a que me obliga el deber de que esto no se descomponga antes de tiempo. Paciencia, gran virtud. Y esperanza en que el tiempo los vaya aleccionando a todos. Después de tantas vicisitudes, lo que se obtiene es que las gentes se enteren de lo que uno tenía previsto desde mucho antes, y lo reconozcan. Claro es que no va uno a pedirles que le crean por su palabra; lo malo está en que a veces se enteran y lo reconocen demasiado tarde.

Después de esto, despacho largo con el subsecretario de Guerra, que habla por los codos.

Más tarde, el subsecretario de Hacienda, que me trae un carro de asuntos.

En fin, el subsecretario de la presidencia, y por último el director general de Seguridad.

A las diez, termino. Cenamos con Saravia, inalterable como siempre.

Luego voy con Lola al Español, a ver a la Argentinita. Esta señorita es de una cursilería estomagante. Gusta mucho.

En un entreacto, Herbette me presenta al diputado socialista belga Pierard. Hablamos de la República, de la reforma agraria, etcétera.

Anoche, en la embajada de México, la Bibesco tuvo la ocurrencia de proponerme que me presentaría al hijo de Primo de Rivera.

23 de abril

Salgo al despacho muy tarde, porque es domingo. Hablo de cosas indiferentes con Saravia y Menéndez, hasta la hora de comer.

Casares me dice por teléfono que tiene noticias de que en un pueblo de Badajoz hay un tumulto y está herido un guardia civil. ¡Fastidioso!

Después de comer, voy con Lola y Cipriano a Navacerrada. Todavía hay mucha nieve. La carretera del Puerto de los Cotos está borrada. Mucha gente patina. Soldaditos en el Centro de Montaña. Frío.

Volvemos por Manzanares. Tenemos que ir a la embajada de Portugal, y, en efecto, vamos. La flor y nata de la diplomacia. Estoy poco tiempo. Regreso al ministerio. Casares me comunica que en Hormechos hay cuatro muertos. En el resto de España, sin novedad. Los primeros datos electorales denotan avance de las derechas y de los socialistas.

Luego viene Enrique Ramos y se está aquí hasta las doce: se marcha a hacer compañía a Casares.

30 de abril

Hoy me he levantado un poco antes que de costumbre, para despedir al Presidente, que se ha ido a Bilbao. Le acompaña Prieto, que una hora antes había regresado de San Sebastián, junto con Casares, adonde habían ido para asistir al entierro de Amilivia, el gobernador de Vizcaya, muerto a consecuencia de un vuelco de su automóvil. Amilivia era un hombre joven y muy dispuesto. En Vizcaya hacía muy buena obra política. Acabó con el juego de balancín entre republicanos y monárquicos que hacía Calviño, y se puso a defender a los republicanos contra nacionalistas y monárquicos. Era la primera vez que se hacía eso en Vizcaya, donde la política parecía destinada a no salir de manos enemigas de la República. De Amilivia, enérgico, activo y con vocación, se hubiera podido sacar mucho provecho.

Esta mañana, en la estación, muchos militares, con todos los generales de Madrid, menos Miguel Cabanellas, que creo que está ausente. De este Cabanellas corren rumorcillos sospechosos. Él está muy *tapado*, pero hasta ahora, nada incorrecto. Supongo que aún no se habrá consolado de su destitución del cargo de director de la Guardia Civil. Por lo visto, ese cargo, cuando existía, y la destitución consiguiente, llevaban en sí algo de fatídico.

Tampoco estaba Queipo de Llano, igualmente destituido del Cuarto militar del Presidente. Se ha marchado a la provincia de Salamanca, y cuando estuvo en el ministerio, a pedir permiso, habló con el subsecretario y con Saravia y les dijo que ahora «está en desgracia». Añadió que él no es hombre para ser despreciado.

De este general de dos metros comienzan a decir también que se propone hacer esto y lo otro; me lo dicen de la Dirección General de Seguridad. Pero yo no lo creo. Lo que hará sin duda será proferir necedades, que las produce naturalmente. En el ejército nadie le hace caso. Y a él se debe, por su torpeza, uno de los mayores disgustos que tuvimos al comienzo de la República, cuando se decretó el cambio de mandos de la guarnición de Madrid, y él lo realizó brutalmente.

En el corto trayecto de la puerta de la estación al estribo del tren, el Presidente me ha hecho una recomendación para que se nombre director de Propiedades a un amigo de los hermanos Quintero, que le han hablado del caso.

He regresado al ministerio en compañía de Casares. Hablamos de la situación. Me cuenta además que hay preparativos para un movimiento extremista. Y averiguo por qué ayer no querían dejarme ir a la feria de libros.

Ayer, en efecto, fue un día típico de frivolidad oficial. Al mediodía fui a almorzar a la embajada francesa (mejor dicho, eran las dos de la tarde, que es cuando cae ahora el mediodía en Madrid); allí estaba, entre otros, el exministro francés Dalimier, que ha asistido a las últimas sesiones de las Cortes y está muy escandalizado por la conducta de las oposiciones.

A las cuatro fui a inaugurar el servicio municipal de autobuses, en lo que había puesto mucho empeño el alcalde. Me hicieron visitar toda la instalación del depósito y talleres de Vallehermoso, en el que, por casualidad, nada hay que ver. Desde allí, a Recoletos, donde está la feria de libros.

Algunos editores tenían grandes deseos de que yo fuese a clausurar la feria, inaugurada por Ríos. Les dije que iría ayer por la mañana, y los periódicos publicaron la noticia. El viernes por la noche, Saravia me dijo que haría bien en no ir, porque, habiéndose dado la noticia, se aglomeraría demasiado público. La observación y el consejo me extrañaron, pero no paré más la atención en ello. Ayer, sábado, por la mañana, volvieron a preguntarme si insistía en ir, y contesté que sí, pues lo había ofrecido. Nuevamente quisieron poner inconvenientes. Les dije que avisaran a Domenchina; entretanto, el Presidente me habló por teléfono, para decirme que él iría a la feria a las cinco. Entonces yo me ofrecí a acompañarle. Vino después Domenchina, y algo embarullado trató de disuadirme de ir, así como a la inauguración de los autobuses, con unos pretextos tan graciosos, que caí en la cuenta.

—¡Ah!, vamos: ¿cree usted que van a matarme?

Dijo Domenchina que, desde Gobernación, recomendaban que yo no fuese a esos sitios. Lo eché a broma, como era natural. «Mire usted, Domenchina, si me disparan un tiro, lo que deseo es que no me dejen tuerto». Y quedamos en que iría con el Presidente. Fuimos, en efecto. Y hoy Casares me ha contado que uno de varios individuos de la CNT, detenidos el otro día, dijo que si le dejaban suelto contaría cosas importantes. Entre otras cosas ha contado que hay unos sujetos encargados de asesinarme «antes del día 5» (?) y añade que están pagados por March. La policía ha detenido al principal de la cuadrilla, pero es de suponer que, aunque fuese verdad lo que declara aquel individuo, no se averiguaría nada.

Desde la feria de libros fui a un té en el Ritz. Y por la noche, comida solemne en la presidencia del Consejo. El lunes pasado ofrecí otra a otro grupo de amistades, diplomáticos, ministros, etcétera. Como dice la Bibesco: «Para eso nos pagan». Anoche, entre la gente diplomática, les tocó el turno a los más desafectos a la República: los de Italia, Argentina, Alemania… sin

contar a los suecos, que son insoportables. Ella, la ministra, raya en lo impertinente, de monárquica que es. Se atrevió a preguntarle a Ramos por qué nos habíamos empeñado en hacer la carretera de Alicante a la playa de San Juan (la carretera de la obstrucción), que no hace falta para nada. Y otras muchas tonterías. Le he encargado a Ramos que escriba a López Oliván, nuestro ministro en Suecia, a ver si se puede conseguir el relevo de esta señora Danielson. La grosería de la Danielson llega a esto: cuando López Oliván fue nombrado ministro en Suecia, estuvo en visita de cortesía en la legación sueca, y dijo a la señora que se alegraba mucho de ir destinado a Estocolmo. «Lo creo», contestó la Danielson.

Es muy chusco el fervor monárquico de algunos (de muchos) diplomáticos extranjeros, que representan países republicanos; por ejemplo, el embajador argentino, García Mansilla, y su mujer, hermana de Larreta. *Snobs*. El monarquismo de los Welzeck no me choca; pero son gente educada y no hacen *gaffes*.

En calidad de intelectuales tuve anoche a Castillejo y a Jiménez de Asúa; también estuvo Pedregal, que me habló de la obstrucción, y, en general, concuerda con mi modo de ver el asunto. Se me quejó de que no hayamos exceptuado de la reforma agraria, es decir, de la expropiación de bienes, al duque de Alba. Cree Pedregal que por poco valor que demos a lo que representa la aristocracia, habría convenido dividirla.

Ayer tarde, en el Ritz, se me acercó Montiel, propietario de *Ahora*, y muy alborozado me contó que acababa de hablar largamente con Unamuno, y que le había hecho grandes encomios de mí: que tengo una gran calidad literaria y que la he conservado en la política; que soy un gran escritor; que soy el único político, etcétera, etcétera.

—Bueno, muy bien —le respondí—; pero hace 15 días me llamaba tonto en el periódico de usted. —Montiel se quedó algo cortado.

También ayer vi a Besteiro en la embajada francesa. Me habló, cómo no, de la obstrucción. Me preguntó qué opinan sus compañeros socialistas. Besteiro se inclina a una solución que consistiría en rehacer la coalición de los primeros meses de la República, pero dejando en el Gobierno un ministro socialista nada más.

Cabalmente, los ministros socialistas son, de todo el Gobierno, los que están más descontentos de la conducta de Besteiro en la presidencia de las Cortes. No nos ayuda en nada. La lentitud con que camina el Parlamento y el retraso en la aprobación de algunas leyes, se debe en gran parte a Besteiro. No aprovecha los momentos con oportunidad, para que las discusiones avancen;

admite todos los incidentes que suscitan las oposiciones; no corrige a tiempo los desmanes de los levantiscos, etcétera, etcétera. Muchas veces, cuando los escándalos producidos por excesos verbales eran mayores, le he mirado y le he encontrado sonriente y muy entretenido con el espectáculo.

Hoy, después de comer, hemos ido de paseo a Navacerrada. Ha venido mi sobrinito José Ramón, que tiene tres años y medio, y es muy gracioso. Como yo hablaba con su padre de la situación política, le he preguntado de pronto al niño:

—Dime, José Ramón, tú qué opinas: ¿que me marche del Gobierno o que me quede?

Y el chico en el acto respondió:

—Que te tienes que quedar.

Se rieron mucho todos. Y su padre le preguntó:

—¿Pero tú sabes lo que es eso? ¿De dónde se tiene que marchar tu tío, si se va del Gobierno?

—Del ministerio —contestó.

No podré darle a Lerroux esta respuesta del oráculo de la inocencia.

En Navacerrada había mucha gente; allí nos hemos encontrado a Largo Caballero y a su mujer. Hemos estado juntos un rato. Largo está muy firme en su opinión de resistir. La gente nos miraba con curiosidad. A lo mejor cunde la sospecha de que nos hemos citado allí para urdir alguna intriga. Entre los políticos, llama mucho la atención que no estemos yendo y viniendo en cabildeos, conversaciones misteriosas, etcétera, etcétera.

Estamos realmente en un momento crítico.

Las elecciones municipales complementarias han dado un resultado confuso, que unos y otros entienden como más les gusta. Lerroux y sus amigos, y muchos de los grupos de oposición, que aseguraban antes del domingo que estas elecciones no tenían importancia política, aseguran ahora que valen por una demostración de la opinión nacional. «¡España ha hablado!», dicen enfáticamente en el Congreso. ¿España? No.

Había que elegir unos 2400 Ayuntamientos, que representan un millón trescientos mil electores, de los trece millones de electores que hay en España. No es posible afirmar que el resultado de la elección denote el sentir de la mayoría.

Como muestra *proporcional* de la opinión, en relación con el volumen del censo, tampoco se puede dar un valor decisivo al resultado de esa elección. En estos pueblecitos nunca ha habido verdaderos partidos políticos. Don

Fulano y sus amigos eran conservadores, en tiempo de la monarquía, porque don Mengano y sus secuaces eran liberales. Y no se votaba. Incluso en el mes de abril del 31, no se votó en esos pueblos y casi todos sus Ayuntamientos eran monárquicos, elegidos sin contienda. Ahora ha habido elección, o apariencia de ella, pero lucha electoral, muy poca. Han resultado elegidos diez o doce mil concejales republicanos y socialistas. Muchos de estos republicanos acaso sean los mismos que anteriormente se llamaban monárquicos, liberales o conservadores, y los que ahora se llaman *agrarios* son efectivamente los mismos monárquicos de antaño. De modo que ateniéndose a la clasificación electoral, no han ganado terreno las derechas, sino que lo han perdido. Sin embargo, Maura y Gil Robles aseguran que el país, visto el resultado de esta elección, está con ellos. Podrá ser cierto, pero habrán de demostrarlo el día de mañana con mejores pruebas.

Han dejado de votar en estas elecciones las cuatro provincias catalanas, porque los hombres de la Generalidad, no obstante mis consejos y advertencias, se empeñaron en aplazar la elección de sus Ayuntamientos hasta junio. Si hubieran tenido más perspicacia política, habrían salido dos mil concejales republicanos más, y no se hubieran hecho las cuentas que se vienen haciendo. En otras provincias, el número de Ayuntamientos que han votado es insignificante: por ejemplo, en Málaga, dos; dos en Sevilla y cosa análoga en La Coruña. Hemos ido a elegir los Ayuntamientos de las provincias más *reaccionarias*, como se dice; o sea, las Vascongadas y Castilla la Vieja, etcétera.

Por todas estas causas, no habíamos dado nadie gran valor a estas elecciones. Si se hubiera convocado la renovación de todos los Ayuntamientos de España, como se pensó, y no se hizo, porque habría sido menester reformar la ley Municipal, ya se hubiera podido tener una base seria para tomar determinaciones. Pero concluir, de una elección mínima, a un cambio en la política general, es una atrocidad.

Cuando me dieron cuenta del resultado de la elección, no me causó impresión alguna. Es lo que nos figurábamos. Los partidos de la coalición no tienen mayoría sobre todos los demás partidos, republicanos o no. Lo mismo les ocurre a todos los grupos contendientes. Y si ese fuera el resultado aproximado de unas elecciones generales a Cortes, la Cámara diferiría de la actual en que las extremas derechas, no republicanas, vendrían reforzadas. Pero la orientación de la política general del Gobierno difícilmente podría cambiarse. Quizás ensanchar la coalición republicana, pero si, para hacer tal ensanche, había que perder la colaboración socialista, no es seguro que

pudiera haber en las Cortes una mayoría gobernante de republicanos que no tuviese necesidad de contar con la benevolencia del grupo socialista. El tiempo lo dirá, y todos los cálculos son prematuros. Una cosa es evidente: que, en las elecciones que vayan celebrándose, el esfuerzo de las derechas será cada vez mayor, y en las de Cortes se marcará su punto más alto, por consecuencia del voto de la mujer, y por el desgaste que se produce siempre en los partidos que gobiernan.

Mi idea hubiera sido llevar las cosas normalmente a desembocar en las elecciones generales, cuando estas Cortes acabasen de hacer lo que falta. Ahora, el empuje de las oposiciones tiende a impedirlo. Para conseguir que se llegase normalmente a unas elecciones generales, era muy conveniente dar por terminada la obra del poder sin enojo ni despecho. Una etapa de gobierno republicano, sin socialistas, antes de las elecciones sería muy útil. Pero las oposiciones hacen todo lo necesario para que ninguna de las dos cosas se realice.

Naturalmente, al conocerse el resultado de las elecciones, Maura y compañía movieron gran estrépito. Interpelaron al Gobierno el martes. Su tesis era que el Gobierno, derrotado en las elecciones, debía dimitir. La prensa monárquica les acompañaba con sus clamores.

Antes de ir a las Cortes estuve en casa del Presidente de la República. Le llevé a la firma el proyecto de ley de Vagos, que leí aquella misma tarde. De paso, hablamos de la situación, y le dije que, si estimaba que las elecciones debían producir un cambio político, era la ocasión de decirlo. La opinión del Gobierno, comprobada en el Consejo de por la mañana, era que no procedía dimitir por el resultado de la elección; con todo, el Presidente tenía a su disposición mi cargo, si es que pensaba de otra manera.

Don Niceto dijo que no era caso de cambiar de política. Todo lo más, se podía tomar la elección como un indicio, como un síntoma, y se debía aprovechar para no extremar las cosas y no *pinchar* demasiado en sentido izquierdista, por ejemplo, no agravando los artículos de la ley de Congregaciones que resta por aprobar.

Añadió que no quiere que la ley de Congregaciones se quede pendiente, y sirva de plataforma electoral al disolverse las Cortes. Hay que aprobar además la de Garantías, las dos de Orden Público, la de Arrendamientos «y otras muchas leyes». Le hice observar que el ataque de las oposiciones vendría por el lado de decir que, habiendo sido derrotado el Gobierno, no sometíamos el caso al Presidente de la República presentando la dimisión, y yo mismo estimaba que una función esencial del Presidente era la de interpretar lo que el

sufragio significa, y que por todo ello estimaba necesario saber si el Gobierno seguía contando con su confianza.

El Presidente me contestó que podía yo decir, dónde y cuándo quisiera, que el Gobierno tenía las seguridades más amplias respecto de ese particular.

Le indiqué, de pasada, ante los confusos resultados de las elecciones municipales y por la conveniencia de saber con fijeza cuál era la opinión del país, que pensaba en convocar las elecciones parciales de diputados a Cortes, para cubrir las vacantes que existen. El Presidente me contestó que si le llevaba el decreto convocando las elecciones parciales, lo firmaría en el acto, sin oponer ninguna dificultad. Pero que quizá la convocatoria no fuese ahora oportuna, porque las derechas estaban enardecidas, y si el resultado de la elección no era una victoria aplastante, lejos de favorecer la prolongación de la vida de las Cortes, la acortaríamos. Me rogó que lo pensásemos, y si después insistíamos en convocar la elección, se convocaría.

El «debate político» comenzó aquella tarde. Lo abrió el señor Botella, hombre bizco y malintencionado. Hizo un discurso mediano, al que me fue fácil contestar. Botella es hombre violento y corrosivo, pero estuvo muy mesurado en los términos.

Lo extraordinario de este debate ha sido el discurso de Maura. Frenético, descompuesto, jacarandoso. Pensar que este hombre pueda un día estar al frente de un Gobierno, causa pavor. Hubo un momento en que, recogiendo una interrupción tonta de un socialista, invitó a las oposiciones a irse a la calle. Gritó tanto que se quedó sin voz. Se retorcía como un poseído. A mí me parecía que de un momento a otro se subiría por las columnas de las tribunas, correría por las cornisas y se entregaría a otras acrobacias peligrosas e inútiles.

También ha hablado un señor Castrillo, notario, que pertenecía al grupo progresista, resto de lo que fue el partido de don Niceto. El actual Partido Progresista cabe en un taxi.

Ese señor Castrillo, que está casi moribundo, es hombre algo turbio. Hace dos años todavía echaba discursos monárquicos en el Ateneo. Cuando se eligieron las Cortes, se presentó diputado por León, en candidatura con otros republicanos, entre ellos el coronel don Segundo García, que pertenecía al grupo de militares republicanos que tanto nos han dado que hacer. Don Segundo falleció la víspera de la elección, y Castrillo, según cuenta, mantuvo en secreto el hecho del fallecimiento, porque, en virtud de las combinaciones electorales, eso le favorecía. Es muy pedante, el señor Castrillo, y muy indiscreto, y ha hecho y dicho cosas en tales ocasiones, que podían dar

pretexto a la sospecha de que sus opiniones eran también las del Presidente de la República. Por esto le traté con rigor. Le contesté largamente y pocas veces me he divertido tanto en un discurso. El Congreso lo advirtió y se regocijó también mucho. El señor Castrillo quedó hecho trizas.

El jueves vinieron a decirme que se anunciaba una intervención de Sánchez Román en el debate. Parece ser que Maura le trabajaba mucho para que hablase, proponiendo una conciliación.

Se atribuye a Maura esta frase: «Cuando dos riñen, alguien tiene que convidar a unas copas; solo usted puede hacerlo».

Al terminarse la sesión, y en vista de los propósitos que se atribuían a Sánchez Román, le dije a Prieto, que pues amigo suyo, procurase hablar con él y tratara de averiguar lo que iba a decir y a proponer advirtiéndole que lo pensara bien, pues yo no quería hacerle un desaire en el salón de sesiones, si proponía cosas que el Gobierno no pudiese aceptar. A este efecto le marqué a Prieto hasta dónde podía llegar la transigencia del Gobierno.

Según nos contó Prieto en el Consejo del viernes, él llamó a Sánchez Román en la noche anterior, aparentemente para tratar de unos asuntos que interesan a la viuda de Juan Echevarría. Hablaron de ello largamente, y después trataron de política. Confirmó Sánchez Román que Maura y otros pretendían que hablase, pero él no estaba decidido y más bien se inclinaba a seguir callando. Reconocía que el Gobierno no podía aceptar condiciones humillantes, y que las oposiciones no podían ya retroceder. Total, nada. Prieto no me dijo si él había hecho alguna observación más…

En la sesión del viernes por la tarde, después de otro discurso del señor Castrillo, aún más divertido que el anterior, habló un señor Díaz del Moral, notario, que pertenece al grupo republicano independiente, antes Agrupación al Servicio de la República, que dirigió Ortega. Casi todos los diputados de ese grupo salieron elegidos con votos que les regalaron los socialistas y los republicanos, y ahora, en vez de renunciar sus actas, atacan duramente a los mismos partidos que los eligieron. Díaz del Moral es un viejo andaluz, *especializado* en cuestiones agrarias. Farfulla unos discursos que nadie oye, y cuando formaba parte de la Comisión agraria causó no pocas dificultades y disgustos. Pertenece a la casta de notarios *ilustrados*, que, en ganando dinero y bienestar, emplean sus ocios en salirse de su oficio para campear en la economía, en la sociología, etcétera, etcétera. De estos hay varios en las Cortes, como el propio Castrillo, y D. Hidalgo, editor de la literatura bolchevique, y alguno más.

Díaz del Moral habló para decir que su grupo, hasta entonces expectante, se adhería a la obstrucción. No quieren ser menos que los otros ni llegar tarde al reparto del botín. Para justificar su decisión, pintó un cuadro del estado del país, que parecía sacado del *ABC* o del *Debate*. Todo está muy mal, y lo hemos hecho muy mal, excepto en Instrucción Publica. Razón de la excepción: el cuñado de Fernando de los Ríos, que se llama Bernardo Giner, es miembro del grupo republicano independiente, y para aprobar las líneas generales del discurso de Díaz del Moral exigió que se tratara bien a su pariente.

Después habló por fin Sánchez Román. Dio, como pretexto de su intervención, el discurso de Del Moral, del que resultaba que ya todos los grupos de oposición se hacían obstruccionistas. No se ha visto intervención más anunciada y esperada. Sánchez Román se administra muy bien, y aunque hace toda la política que puede, y cuanta es compatible con su afán de no comprometerse, quiere siempre representar el papel de hombre imparcial, severo y desinteresado. Bien dice don Niceto, es la posición más cómoda.

El discurso, como tal, fue malo. ¡Qué vocabulario! ¡Qué sintaxis! Es de herencia, porque su padre ya escribía así.

Las intenciones del discurso no eran buenas para nosotros, y en suma no vi la conciliación por ninguna parte, porque pidió que se elaborase un programa legislativo y se constituyese un «instrumento», es decir, un Gobierno, para llevarlo a cabo. Es lo que piden los de la obstrucción. El discurso se oyó en silencio sepulcral, y al concluirse, nadie aplaudió.

Era muy tarde para contestarlo, pero quise aprovechar la ocasión para invitar a la concordia. Yo necesitaba dejar bien claro que el Gobierno está dispuesto a ella, siempre que no se le pidan cosas absurdas, por ejemplo, que fije la fecha de su dimisión. Y conociendo las divisiones internas de los grupos de oposición, quise que se tomaran tiempo para reflexionar sobre unas palabras mías que pudieran servirles de asidero para cambiar de posición. En tal sentido hablé, aplazándolo todo hasta el martes. Mientras yo hablaba, Lerroux, muy congestionado, me miraba sin pestañear.

Por la noche tuve aquí reunión de los diputados de Acción Republicana. Tratamos del proyecto de Congregaciones, al que ha presentado una enmienda el diputado de nuestro grupo, Fernández Clérigo, pidiendo que se incapacite a los frailes para enseñar individualmente. Conseguí que Fernández Clérigo retirase su propuesta, aunque de mala gana.

El proyecto ha tropezado con demasiadas dificultades, ya vencidas casi todas, para que a última hora provoquemos una más, agravando el texto. Se

habló mucho de las elecciones pasadas. Casi todos se quejan de los socialistas, o porque se sienten maltratados por ellos en los pueblos, o porque nuestra alianza con los socialistas perjudica a los candidatos de Acción. Todos reconocen que la situación de la política nacional no permite ahora separarse de los socialistas, y menos en términos de ruptura. Pero se hace necesario prepararlo, de acuerdo, cuando nos dejen. Los radicales y Maura caminan al revés de sus conveniencias.

De lo que se habló en esta reunión debió de traslucirse algo, porque entre los socialistas había cierta inquietud, temiendo que Acción Republicana variara de disposición.

Recibo de Gobernación informes de lo que se prepara. El día 9 estalla una huelga general de la CNT. Se relaciona este asunto con las revelaciones de un sujeto acerca del plan para asesinar al Presidente del Consejo y a Prieto. Y se acentúan los indicios acerca de los manejos de algunos militares, entre ellos Goded. Lo de Cabanellas (Miguel) no adquiere hasta ahora mayor importancia.

Esta mañana, en la estación, me habló el presidente del Supremo. Insiste en que el recurso de apelación puesto por Sánchez Román en el proceso de Menéndez es un error, fruto de la inexperiencia de Sánchez Román en materia criminal.

El comité de los grupos de oposición se ha reunido para examinar lo que yo dije el viernes. Sin esperar a la sesión del martes, como yo se los indicaba, se apresuran a dar una nota diciendo que no hay más salida que el planteamiento de la crisis. Esta precipitación debe de ser obra de Botella y Maura, que no quieren dejar tiempo para que el conglomerado de la obstrucción se cuartee.

En todo ello juega un papel muy doble el señor Lerroux. Se ha abstenido de intervenir en el debate. Hace como que va envuelto por los acuerdos anteriores de los grupos. Pero, en rigor, con que él dijese una palabra, la obstrucción se acababa, por lo menos temporalmente. A todo esto, Lerroux acoge y alienta a los militares descontentos, y les hace promesas desatinadas. Nunca verá la política con más elevación que un sargento.

1 de mayo

Paralización general, por ser la fiesta del trabajo. No he salido de casa en todo el día. Por la tarde han venido a despedirse la Xirgu y Borras, y hemos

tenido además otras personas de visita. La tarde era muy agradable. El jardín estaba maravilloso de contrastes. Después ha descargado una tormenta furiosa, con un vendaval que ha machacado y desgarrado las plantas. La lluvia ha disuelto en Madrid las muchedumbres que habían salido a la Casa de Campo. Me dicen que, solamente por la estación de Atocha, han salido esta mañana más de treinta mil personas para pasar el día al aire libre. Ningún incidente desagradable.

A las nueve hablo por teléfono con Prieto, que me cuenta las andanzas del Presidente por Vizcaya. Nada de particular. Están contentos.

2 de mayo

Anoche, a última hora, Prieto le dijo por teléfono a Casares que convenía que yo oyese el discurso que el Presidente de la República iba a pronunciar en el cementerio de Mollona, de Bilbao, con motivo de la conmemoración de «El Sitio». Han puesto unos altavoces en el salón de Consejos y allí hemos oído todo lo que se ha dicho en aquella ceremonia. El Presidente ha hecho una alusión bastante clara a la obstrucción, condenándola, como toda violencia, y saliendo al paso a los propósitos de abstención que se atribuyen a los socialistas.

Más tarde, Prieto volvió a hablar por teléfono con Casares, y le contó que el Presidente, después del discurso, le dijo a Prieto:

—Yo no podía ir más lejos.

Lo que ha dicho el Presidente en su discurso es la buena doctrina. Pero puede dudarse si hace bien en exponerla mediante discursos. La doctrina solo tiene que aparecer en actos. Es muy peligroso que él se ponga a interpretar con palabras la Constitución.

En el Consejo no se ha hablado más que de la situación parlamentaria. Anoche me llamó por teléfono Zulueta para otras cosas, y luego aludió a la obstrucción. Zulueta creía que yo iba a dimitir, y sobre ese equívoco estuvo hablando un rato, hasta que le oí que «solo faltaban escoger el día y el pretexto». Entonces le saqué de su error, diciéndole que tenía los talones hincados en tierra. Se sorprendió mucho, y me pidió instrucciones para el Consejo de hoy. Estos hombres mustios y tímidos no sirven para nada.

En el Consejo, todos los ministros han estado conformes en que el Gobierno no puede dimitir por la obstrucción. Prepararles ese triunfo sería acabar con el Parlamento. Giral ha querido hacer algunas reservas sobre las

medidas reglamentarias que habían de adoptarse, y no le gustan por lo que tienen de violentas; pero reconoce que no se puede dimitir así.

Les he expuesto las líneas generales de mi discurso, y las han aprobado.

Por la tarde, en las Cortes, expectación teatral. He ido un poco tarde, porque a las cuatro tenía en el ministerio la ceremonia de entregar al coronel Moreno Luque el premio Daoíz. Gran cónclave de artilleros. Les he dicho unas palabras que les han entusiasmado.

Para mi discurso en las Cortes, he leído en el *Diario* lo que dijo Sánchez Román y he tomado unas notas. Nunca, o casi nunca lo hago; pero hoy era muy conveniente. El discurso, oído con profundo silencio por parte de las oposiciones, y con aprobación de la mayoría, ha salido bastante bien. Tenía yo hoy la palabra fácil y ágil. Esperaban una rendición del Gobierno, o un desplante provocador. Como no he hecho ninguna de las dos cosas, se quedaron desconcertados. Cuando acabaron los aplausos de la mayoría, los jefes de las oposiciones se miraban sin saber qué hacer. A lo que yo propuse, no había objeciones razonables que oponer, y solo podía contestarse aceptando, o proponiendo algo que estuviera mejor. Por fin, Martínez Barrio se levantó a pedir que se suspendiera la sesión.

Dos horas ha estado deliberando el comité de los grupos de oposición. Mucha gente creyó que aceptarían la tregua propuesta por el Gobierno; yo no lo creí. Votaban por aceptar la tregua los radicales, los federales y la Agrupación al Servicio de la República. En contra, Maura, Botella y Castrillo. (Maura está ahora entusiasmado con Botella, y admira su clarividencia política). Estaban empatados, y consultaron a los grupos. Los federales, que habían votado por suspender la obstrucción, dijeron que ante todo convenía no romper el bloque de las oposiciones, y que para eso mantendrían la obstrucción. Los del Servicio a la República aceptaban la tregua para dos leyes.

Al reanudarse la sesión, Martínez Barrio asumió el triste encargo de notificarnos la negativa. Bien se advertía lo contrariado que estaba. Seguramente le parecía un disparate lo que estaban haciendo, y así se lo indiqué yo al rectificarle. Como Martínez Barrio no tenía ninguna razón que dar, estuvo lamentable. Dijo tonterías. Y me levanté a replicarle, estando el Congreso más anhelante aún que al principio de la sesión. Este segundo discurso mío fue de más efecto dramático que el primero, y los grupos de la mayoría aplaudieron frenéticamente. Se obtuvo el beneficio de soldar algunas resquebrajaduras.

Martínez Barrio habló de nuevo, y dijo otra abundidad: que sus parciales políticos en el país les pedían la obstrucción. En tres palabras le probé que eso es desatinado. Y así terminó el famoso «debate político». El efecto ha sido muy bueno para el Gobierno. Las oposiciones están algo mohínas, sobre todo los radicales. En virtud de la dirección, o de la falta de dirección de Lerroux, el grupo radical, que es el más numeroso, se encuentra a merced de lo que han resuelto Botella (que está solo), Castrillo (que pertenece a un grupo de cuatro) y Maura, que es el enemigo irreconciliable de los radicales. Entre estos hay gente bárbara y apasionada que se entusiasma con lo que están haciendo; pero otros, y no de los menores, lo sienten, y se dan cuenta de que es un disparate enorme.

Los partidos gubernamentales están muy contentos. Los ministros, también. Largo Caballero me ha dicho que se alegra de que no hayan aceptado la tregua, y luego añade: «Ahora, a defender la República».

Besteiro cree que las dificultades podían resolverlas sus compañeros del Gobierno, retirándose. Para eso les ha dirigido «algunas indirectas». Y me pregunta qué opinan Largo y Prieto.

Mientras estaba suspendida la sesión, he andado de conferencias con los delegados de los grupos ministeriales para solventar las últimas cuestiones que surgen en el proyecto de Congregaciones. Los radicales-socialistas han tomado un acuerdo que no puedo aceptar, y que contradice el que tomó el Gobierno. Resulta, según me dicen Baeza Medina y Galarza, que Albornoz no les ha dicho nunca que el Gobierno hubiese tomado una decisión sobre el particular: plazo para la sustitución de la enseñanza e incapacidad de los clérigos.

Y en una reunión de la Comisión a la que asistieron Fernando de los Ríos y Albornoz, por encargo mío, para convencerles de las razones que tenía el Gobierno, lo que hicieron ambos ministros fue dejarse convencer por la Comisión. ¡Hombres!

Como no conseguía yo esta tarde convencer a los radicales-socialistas, se lo dije a Albornoz, después de terminada la sesión, para que él, como ministro del *ramo* y miembro del partido, interviniese. Albornoz estaba tan contento, y tiene tanto miedo a sus correligionarios, y le cuesta tanto trabajo proceder a cara descubierta, que me dijo: «Hoy estoy yo demasiado contento, después de esta magnífica sesión, para ocuparme de frailes y curas. Usted, con su autoridad de jefe del Gobierno, es el único que puede arreglar eso».

Muchas idas y venidas, para conseguir que todo quede bien antes de la sesión de mañana.

3 de mayo

Han venido Royo Gómez y Funes, de Acción Republicana, a preguntarme qué hacen en lo de las Congregaciones religiosas, que va a discutirse esta tarde en el Comité de la Federación de Izquierdas. Les doy instrucciones.

Después viene Vicente Sol, director de Prisiones saliente, a decirme que es necesario trasladar a otra prisión a March, porque en la de Madrid está en relación inmediata con anarquistas, comunistas, etcétera, a los que subvenciona y protege, y además dirige fácilmente algunos manejos políticos y peligrosos. Le contesto que haga lo que estime conveniente. Llevarán a March a Alcalá.

Luego ha venido Domingo, a enterarme del estado de las negociaciones comerciales con Francia. Apruebo lo hecho y le digo que lo comunique así a París.

A última hora de la mañana recibo a nuestro cónsul en Marraqués, que me informa de algunos asuntos de interés.

He ido temprano a las Cortes, para acabar el arreglo del dictamen de la ley de Congregaciones. Me dijeron esta mañana los radicales-socialistas, que la base de todo era que Fernández Clérigo retirase su voto sobre la incapacidad de los clérigos, porque retirándolo se evitaba una escisión, o el trance de tener que votar en contra de una propuesta que tenía apoyo en el grupo radical-socialista. Hablé con Fernández Clérigo. Conforme en retirar su propuesta, como ya me había dicho. No estaría en el salón al leerse el voto, y el Presidente lo daría por retirado. Mientras hablaba yo con Clérigo, se reunía el Comité de la Federación de Izquierdas. Se trataba de reducir a los representantes de los radicales-socialistas. Algunos temían que al retirar su voto Fernández Clérigo, otros lo reprodujeran.

Fui a decirle a Besteiro lo convenido con Clérigo, y Besteiro no accedió a lo que yo le indicaba. Tuvimos una escena desagradable, porque ya llovía sobre mojado, y una vez más se advertía la poca voluntad de Besteiro para allanar dificultades. Corté la conversación del modo más significativo que me fue posible, y no me ocupé más de este asunto.

Llamé a los del Comité de la Federación. Hablamos despacio. Me decían los radicales-socialistas que, si ellos hubiesen sabido que había un acuerdo de Gobierno, no habrían tomado ellos el suyo (se ve el doble juego que han hecho muchas veces los ministros radicales-socialistas).

Les dije terminantemente que lo de la incapacidad no lo aceptaba. Que respecto de la sustitución de la enseñanza el Gobierno había fijado la fecha

del 1 de octubre para la segunda enseñanza, y que respecto de la primera no podíamos aceptar igual fecha, porque o incumplíamos la ley a sabiendas, o echábamos sobre el Presupuesto una carga enorme. Se conformaban con que se fijase una fecha, y yo les di la de 1 de enero, o sea, posterior al Presupuesto, que es dejar la cuestión subordinada a la cuantía de los créditos que se voten. Aceptaron, y también que no se hablase de incapacidad individual en esta ley, dejando la cuestión para la de Instrucción Pública. Por fin, quedaron avenidos todos los representantes de los grupos, y se acordó modificar el dictamen en ese sentido.

Cuando salí a los pasillos me dijeron que el voto de Fernández Clérigo había sido retirado, sin que lo reprodujese nadie.

Espero que con todo esto, la última dificultad del texto de la ley se haya vencido. No han sido pocas. Casi siempre han venido del prurito de algunos que quieren ser más feroces que nadie, y de la poca consistencia del carácter de algunos ministros, que no quieren disgustarse con nadie.

Hoy hablaban mucho en el Congreso del discurso del Presidente en Bilbao. Los obstruccionistas estaban enfadados. Maura ha dicho: «Peor para el Presidente de la República». No es imposible que la emprendan con él. Confirmo mi opinión de que no conviene que el Presidente interprete con discursos la Constitución.

4 de mayo

Me levanto temprano para ir a esperar al Presidente, que ha llegado a las nueve. En la estación, Casares me dice que quiere hablarme. Venimos juntos al ministerio, y me entera de los preparativos del movimiento revolucionario. Después, despacho con el subsecretario y a las once y media voy al Consejo en Palacio. Ha sido un Consejo trivial. Me entero allí, por Prieto, de que cuando el martes estaba reunido en el Congreso el comité de las oposiciones deliberando sobre la tregua propuesta por el Gobierno, el señor Castrillo telefoneó a Bilbao pretendiendo hablar con el Presidente. No estaba en su residencia y recibió el recado Jiménez Orge, jefe de la Escolta. Cuando se lo transmitió a don Niceto, el Presidente se encolerizó contra Castrillo, cuyas impertinencias no tienen fin.

El Consejo ha terminado a la una. Al salir no tenía nada que decir a los periodistas, que se han puesto a hacer cábalas sobre lo que expresaba mi semblante; me encontraban muy malhumorado (debía de ser por haber

dormido menos que de ordinario). Tal me han referido por la tarde en el Congreso.

Por la tarde se ha transigido en las Cortes el asunto de la protección a la naranja, según habíamos convenido estos días. Prieto, que es muy quisquilloso, no lo encontraba bien para el Gobierno; pero eso hubiera sido dar la razón a los que suponían que habíamos llevado a las Cortes el asunto como un ardid para romper la obstrucción. Lo malo es que los «naranjeros» no tienen razón, y que los remedios propuestos, a costa del Presupuesto, no resolverían casi nada.

Pérez Madrigal ha hablado de los sucesos de La Solana. Pedía que se fijase con urgencia la fecha de una interpelación, ya aceptada por el ministro, sobre ese asunto, y con el pretexto de defender su petición ha entrado a explanarla, hablando larga y disparatadamente del caso, con la benevolencia de Besteiro, que una vez más se ha mostrado poco amigo del Gobierno. La situación era tal, que desde mi asiento le he hecho a Besteiro unos gestos de extrañeza, que le han hecho caer en la cuenta de lo que sucedía, y por fin ha intervenido para cortar el discurso de Pérez Madrigal. Este mozo, bastante sospechoso, ha hecho un discurso digno de un cavernícola. Después, una escena grotesca sobre la interpretación de un artículo del Reglamento, en la que ha correspondido el peor papel a Guerra del Río. Votación. Mayoría del Gobierno. Maura ha dicho que lo de La Solana es «otro Casas Viejas». Así da gusto.

Siguen haciendo cábalas las oposiciones acerca de si tendremos o no mayoría para sacar la ley de Congregaciones. Maura dijo en su discurso energuménico que no tenemos mayoría en el Parlamento, y que vivimos de una ficción. Ahora se van percatando de que sí la tendremos y ya empiezan a decir que eso no tiene importancia, y que lo interesante es la mayoría que ellos tienen en el país. Así habla Lerroux.

5 de mayo

En el Consejo de hoy hemos acordado el plan para concluir la ley de Congregaciones aplicando la guillotina. He interrumpido el Consejo para recibir al vicepresidente de la Argentina, que ha llegado esta mañana. Venía con García Mansilla, que resplandecía como un ascua de oro.

También, durante el Consejo, ha venido Herbette a traerme las insignias de la Gran Cruz de la Legión de Honor. Cortesías, y a otra cosa. En las Cortes se ha aprobado la ley que pone fin, por ahora, a la guerra de las naranjas.

Conversación con Besteiro, para el plan parlamentario de la semana próxima.

Larga conferencia con Domingo, Vergara y los diputados socialistas asturianos, sobre el préstamo a las empresas mineras. El Banco de Crédito Industrial se ha resistido mucho. Ayer, cuando vino Viguri a darme cuenta, me enojé. Es también una obstrucción. Vergara estaba hoy impasible, y me ha impacientado. Mucha conversación. Llamada a Viguri. Examen de textos. Promesas de arreglo.

Por la noche, gran banquete en Palacio. Brindis de don Niceto. Volutas y arabescos. Cuando se sentó, el doctor Roca tardó mucho en levantarse a contestar. Pasé un rato divertido, creyendo que este señor no iba a decir nada. Por fin, habló y respiramos.

Roca está alojado en Palacio, donde se supone que reside el Presidente, obstinado en vivir en su casa particular. La situación, cuando llegan casos como este, es ridícula.

7 de mayo

Ayer, sábado por la mañana, vino Vergara a despachar los asuntos del ministerio de Hacienda. A las doce y media me fui a la presidencia, donde tenía citado al Comité de Arte y Letras de la Sociedad de Naciones. Fue con ellos Unamuno, como si tal cosa. Hablé con Paul Valéry, Jules Romains, Mme. Curie, la Vacaresco y algunos otros. Creo que han tenido agrias discusiones con los italianos.

Desde la presidencia, al Senado: allí daba una comida Besteiro en honor de Roca. Asistió el Presidente. Me aburrí mucho.

Vine al ministerio después y luego llegó Casares. Me trajo información sobre los trabajos de Goded, Aranda y otros militares, y sobre la presencia del exgeneral González Carrasco en la Zona francesa de Marruecos, de la que ha pasado alguna vez a la nuestra.

Con todas estas cosas, y las medidas que hay que adoptar, le pido una entrevista al Presidente. Le veo en su casa y le entero de todo.

Desde allí, a la legación de Polonia. Mucha gente, mucho calor. Música insignificante. Tengo prisa y me voy.

Por la noche, banquete en la embajada argentina. Está el Presidente de la República. Después, recepción, a la que el embajador había invitado a Romanones y a Santiago Alba; más discretos que el embajador, no fueron.

También habían discurrido invitar a Maeztu y a Gil Robles. Lo consultaron al ministerio de Estado, que les aconsejó que no los invitaran, pero en el ministerio no se atrevieron a poner el mismo veto a los otros dos señores.

Hoy por la mañana viene el general subsecretario y hablamos del general Goded y de González Carrasco. Acordamos fijar la residencia de Goded en Canarias y al punto se expiden las órdenes, para que salga esta misma noche. El general subsecretario encuentra grave que González Carrasco esté en Marruecos, donde ha mandado ocho años un grupo de regulares. Expido un telegrama a Moles sobre el caso, y por su parte el general envía una carta al general Benito, dándole instrucciones.

Por la tarde salgo de paseo hacia Navacerrada. En la subida del puerto comenzó a llover, y torcimos el viaje hacia El Escorial. La carretera de Guadarrama estaba hermosísima de frescura y verdor. He estado una hora en la Casita de Arriba. Al anochecer, en Madrid.

Esta noche, he dado una comida a Roca en la presidencia. Por variarle de público, le he rodeado de pintores, médicos, escritores, catedráticos. Ha sido necesario improvisar la mesa, porque hasta el viernes no se decidió que habría esta comida, y me ha costado algún trabajo encontrar a la gente. Desde la presidencia, al Español, donde había una función de gala organizada por la Casa Hispano Argentina. Detestable cosa. Hemos estado allí poco rato, y nos despedimos del señor Roca.

Vuelvo al ministerio. Antes de acostarme me dicen que ya se han cumplido las órdenes sobre Goded, es decir, que ya está de viaje para Cádiz.

Me ha costado alguna violencia tomar esta determinación con Goded, a quien hubiera querido atraer. Pero él no corresponde a las consideraciones que le guardé y a los miramientos que siempre tuve con él.

8 de mayo

Por la mañana, copioso despacho con Castelló y Masquelet. Me comunican que Goded ha llegado a Cádiz.

Cosa divertida: esta mañana, sin que nadie lo llamase, se ha presentado en el ministerio, donde no ponía los pies desde hace mucho tiempo, el coronel de Estado Mayor, Aranda, uno de los notados como colaboradores en los enredos de Goded. Ha visto al subsecretario y dice que él no se mete en nada, que sabe que está fichado, pero que no quiere perder la carrera, en la que ya le han

hecho bastante daño. Que le digan dónde tiene que ir. Pide permiso para vivir en Ceuta, y allí estará a la vista de todo el mundo.

También ha venido Cabanellas (Miguel) con la pretensión de hablarme, pero no me ha visto. Se conoce que hemos puesto el dedo en la llaga. A primera hora de la tarde ha venido el fiscal, Vallés. Me dice que en el proceso de Menéndez se adhiere a la petición de la defensa para que se revoque el auto de procesamiento. A su juicio, no hay ni asomos de responsabilidad para Menéndez.

He pasado gran parte de la tarde escribiendo. El Presidente me llama por teléfono. Quiere saber lo que se prepara para mañana. Me cita en su casa, para las siete y media. Le pregunto a Casares, antes de ir a casa de don Niceto, las noticias más recientes sobre la huelga anunciada para mañana. Cree Casares que donde hay más peligro es en Zaragoza, Valencia y Asturias. Todas las disposiciones están tomadas. En Madrid no ocurrirá nada importante, y cree que tampoco en Barcelona.

A la hora convenida voy a casa de don Niceto. Le transmito los informes de Casares. Luego, me pregunta: «Bueno, y del Parlamento, ¿qué hay? ¿Van ustedes a *guillotinar* el proyecto de Congregaciones?». He comprendido entonces que lo de informarse acerca de la huelga no era más que un pretexto. Y no acierto a explicarme a qué ha venido ese inútil rodeo.

Le entero del plan adoptado: se aplicará la *guillotina* al artículo 31 inmediatamente, y se fundirán en un solo artículo el 32 y los accesorios, para votarlos de una vez cuando convenga.

Me sale diciendo que si no temo que se retiren de las Cortes todas las minorías de oposición, en el caso de aplicarse la guillotina. Le contesto que no he oído a nadie hablar de semejante cosa, ni se trasluce nada que lo haga temer. No disimulo la sorpresa que me produce su pregunta, y deseo saber en qué se funda. Resulta que el jefe de su gabinete de prensa, Emilio Herrero, al darle cuenta esta mañana de lo que dicen los periódicos, le ha referido lo que él oye decir a unos y otros diputados en los pasillos del Congreso, y entre tales decires se cuenta el de que algunos diputados prevén una retirada de las oposiciones (también es chocante que nadie lo haya oído más que Emilio Herrero…). Insisto con el Presidente en que no hay atisbo siquiera de semejante suceso. El Presidente me endilga una larga disertación sobre los males que sobrevendrían con la retirada de todas (repetía siempre esa palabra) las oposiciones. Un hecho así marcaría «el límite de la resistencia» del Presidente. Sería *matar* el Parlamento (es decir, que lo disolvería). No podría votarse con autoridad ninguna ley, y menos la de Congregaciones. Darían una

bandera a las derechas y a todos los enemigos del régimen. Pasado algún tiempo, no faltaría un erudito historiador que viniese a probar que las oposiciones, marchándose del Parlamento, no tenían ninguna razón, él también ha condenado la obstrucción; pero cuando el erudito viniese a dar la razón a quien la tuviese, el daño irreparable estaría ya producido.

Me pregunta si no he sondeado los propósitos de las oposiciones; contesto que no tengo motivos para hacerlo y que, como no disfruto de la conversación de Emilio Herrero por las mañanas, no he sentido ninguna alarma; tampoco ahora la siento.

Me encarga mucho que tenga pulso y no tire demasiado de la cuerda. Está asustado, porque en el último Consejo advirtió que, a Largo Caballero, los ojos se le ponían casi blancos, que es señal de cólera en Largo, y aunque se enoja pocas veces, le teme; que no suelte yo el timón, etcétera, etcétera.

Después le llamo la atención sobre la otra cara del asunto: que por temor al retraimiento de las oposiciones no hagamos avanzar la ley, y nos paremos; o si ante la amenaza del retraimiento, o ante el hecho mismo, el Gobierno sucumbe, ¿qué haremos los demás? No habría Gobierno posible, si el actual cayese por el triunfo de la obstrucción.

—¿No habrá posibilidad de vivir aquí regularmente?

—Temo que no, si no se hace entrar en razón a los que se desmandan. La cuestión —añado— no se acabará probablemente con la ley de Congregaciones, aunque la oposición a esta ley haya sido en gran parte el motivo de la obstrucción. La ley del Tribunal de Garantías no podrá votarse normalmente, y habrá que apelar a la guillotina.

—Reforme usted el Reglamento —me dice.

—Eso sí que puede darles pretexto para la retirada.

El Presidente repite que estas Cortes deben votar otras muchas leyes, incluso la Electoral.

—Hecho el balance de la colaboración socialista —agrega el Presidente —, el resultado es bueno. Es disparatado que las gentes que tienen dos pesetas no lo entiendan así.

El Presidente hace el balance de la colaboración socialista por «cuencas hidrográficas». (Esto es muy de don Niceto). En las cuencas del Ebro, del Duero y del Miño, es francamente favorable. En la del Tajo, discutible, dudoso. En la del Guadalquivir, adverso. Achaca lo adverso a los alcaldes socialistas, y a las agrupaciones engrosadas repentinamente con gentes no disciplinadas. Recuerda que Largo, cuando vino la República, era de opinión contraria a la admisión de mucha gente; prefería pocos y buenos, etcétera.

De nuevo me habla del Reglamento. Si vuelve a ser diputado pedirá su reforma. Si la ley de Congregaciones se votase hallándose retiradas del Parlamento las oposiciones, nacería sin autoridad y sería una bandera para los enemigos de la República.

Otra vez tratamos de la situación que nacería de caer el Gobierno por un acto de violencia de las oposiciones, y de lo que harían los socialistas, si se sentían expulsados del poder, como quieren los de la obstrucción.

El Presidente dice que, cuando se vayan los socialistas, los tratará como partido gubernamental, movilizable en cualquier ocasión.

Hemos hablado una hora. Lo que antecede es lo principal.

El Presidente está asustadísimo. Menos mal que todo ha quedado en palabras; en muchas palabras, es cierto. Y todo, por lo que le ha contado esta mañana Emilio Herrero. Veremos lo que ocurre cuando le cuente otra cosa su barbero. ¿Y esto va a ser la política con don Niceto? ¡Medrados estamos!

Esta tarde he ordenado el acuartelamiento de tropas para mañana. El director general de Seguridad me trae largas listas de soldados, a quienes se tiene por comunistas. Son los datos de la oficina de Información que funciona en la Dirección General y que va a pasar al Estado Mayor Central. No creo que en los cuarteles ocurra nada.

10 de mayo

Ayer tarde, en el Congreso, se redactó el voto particular de Baeza Medina, que refunde en un solo artículo lo que resta por aprobar de la ley de Congregaciones. Se leyó en el salón, y la Comisión parlamentaria lo hará suyo. La prensa ha publicado el texto nuevo, en el cual se adoptan las reglas que convinimos para la sustitución de la enseñanza.

Cerca de las dos viene el ministro de Marina a presentarme una comisión de químicos que prepara el Congreso Internacional del año próximo. Despedida la comisión, Giral se queda, porque tiene que hablarme de parte de don Niceto. Ha visitado Giral al Presidente con la misma comisión, y, al acabarse la visita, el Presidente le ha llamado aparte y le ha preguntado: «¿Verá usted hoy a don Manuel Azaña?».

—Sí, señor. Desde aquí vamos a visitarle.

—Pues dígale que me vea antes de votarse definitivamente lo de Baeza Medina. Es muy grave. Que cada palo aguante su vela, yo ya tengo bastante. He de hablar con el Presidente del Consejo, y acaso, después, con el Gobierno.

Giral amplía estas palabras, con algunos detalles que pintan la preocupación del Presidente y la gravedad que concede al asunto. «¿Pero cuál es el asunto?», le pregunto a Giral, porque me extraña que el Presidente encuentre novedades en una solución que conocía de antemano. Giral no me saca de dudas y solo advierto que está muy alarmado y preocupado. Como Giral es de los que ven la dirección de la política con el criterio de un buen padre de familia, no me atrevo a suponer nada. Llamo por teléfono al Presidente, en presencia de Giral.

—¿Usted quiere verme hoy? —le digo.

—No sé si Giral le habrá referido a usted bien nuestra conversación —ya empieza a retroceder, me digo; pero le oculto a Giral la duda del Presidente sobre la exactitud de su referencia—. En eso del voto de Baeza Medina —prosigue don Niceto— hay algo que me parece grave. Pero no venga usted esta misma tarde, porque dada la situación se prestaría a comentarios políticos. Hablaremos antes de que se vote.

Y en eso quedamos. «¿Ve usted? —le digo a Giral—, no será tan grave cuando no le corre prisa. No haga usted mucho caso».

A primera hora de la tarde viene a verme el presidente del Supremo. Me informa de que esta mañana ha sido la vista del recurso de apelación contra el procesamiento, y la Sala, por 4 votos contra 3, ha acordado confirmar el procesamiento. «Siento mucho haber sido profeta», me dice el Presidente al entrar. Llama profecía a lo que me dijo hace unas semanas, a saber: que Sánchez Román, por inexperiencia en materia penal, se había equivocado al recurrir contra el auto de procesamiento de Menéndez, «porque en cuarenta años de ejercicio de la magistratura, no recuerda un solo caso en que se haya ganado un recurso de esa especie». Mejor hubiera sido dejar que la Sala llegase al sobreseimiento. Él, don Diego Medina, ha ido a presidir la Sala, para mayor autoridad; el fiscal se ha adherido a la petición de la defensa; pero la mayoría de la Sala ha votado en contra. Añade don Diego que la «buena doctrina procesal» es la que sustenta la Sala. Concluye diciéndome que lo siente mucho, que mañana procurará que se dicte auto de libertad provisional para Menéndez, y que, en pocos días, podrá llegarse al sobreseimiento, a no ser que se persone alguna acusación privada, lo cual complicaría mucho las cosas.

Aunque don Diego da a entender que él ha votado por el desprocesamiento, lo que ha hecho la Sala coincide puntualmente con lo que ese señor me dio como opinión personal suya, hace unas semanas, y no sé qué pensar. No le hago objeción alguna y le ruego que al menos obtenga la

libertad provisional de Menéndez, puesto que si él ha votado por el desprocesamiento, y opina, como siempre, que se debe llegar al sobreseimiento, no parece justo retener en Prisiones a quien se halla en tales circunstancias. La razón para el desprocesamiento, según me dijo el fiscal, es que del sumario no aparece culpabilidad alguna para Menéndez, y, estando terminado ya el sumario y dada la índole del caso y las pruebas practicadas, no puede esperarse que en el juicio oral aparezca ningún dato nuevo que no conste ya en los autos. De nada de esto le hablo al Presidente, y nos separamos.

Esta mañana vino a verme Anguera de Sojo, a quien hemos nombrado fiscal general de la República. Anguera es hijo de una santa. También él es muy beato. Inteligente, sagaz, con dotes de mando, muy instruido en su profesión, atrozmente tartamudo y muy ardiente republicano. En Cataluña, como presidente de la Audiencia, cargo de que se apoderó revolucionariamente el 14 de abril de 1931, ha chocado con los de la Esquerra. De gobernador, se lució, metiendo en un puño a los sindicatos, sin salirse de la ley; solamente sabiendo hacerla funcionar.

Es muy amigo de Menéndez. En su visita de hoy me ha hablado del asunto. Dijo que quizás el presidente del Supremo agradecería que se le hiciese una indicación. Me he abstenido, limitándome a pedirle noticias después de la celebración de la vista. Como Anguera me había dicho que la Sala tiene tres días para dictar el auto, me ha sorprendido muchísimo que acto seguido a la vista hayan votado.

¡Qué se va a hacer! Me disgusta profundamente esta conducta de los Tribunales, que ponen en libertad a muchos militares que conocidamente intervinieron en lo del 10 de agosto, y sobreseen respecto de ellos (casos de Menéndez, Queipo, de Valera, etcétera) y se ensañan con Menéndez.

En las Cortes, un periodista catalán, amigo mío, me cuenta que Companys está furioso por el nombramiento de Anguera, y que despotrica en un corro amenazando con tomar el tren para Barcelona y no votar. Son los resquemores de una lucha contra Anguera en Barcelona. Me dicen que Companys va a reunir a su grupo parlamentario. Oídas estas noticias, casi me alegro: «¡Hombre! —le digo al informador—, eso sería una solución muy elegante; que nos faltasen treinta votos, y así nos marcharíamos correctamente». «No me asuste usted», dice el otro.

Después hablo con Companys. Le digo que no tiene razón para quejarse: primero, porque el Gobierno no tiene por qué consultar los nombramientos de los funcionarios de la República con los grupos parlamentarios (a lo que

asiente), y segundo, porque si están reñidos con Anguera, el quitárselo de Barcelona más debe servirles de satisfacción que de enojo. Lo que les ha molestado es que, en Cataluña, se sepa que este enemigo de la Esquerra ha sido nombrado, no ya sin el consentimiento, pero sin consultar con ese partido.

Companys no se propone hacer nada desagradable para el Gobierno. Otra vez me dice que hace tiempo debí sacudirme los hombres mediocres que me rodean, y aprovecha la ocasión para atacar a Domingo.

Se ha guillotinado el artículo 31 de la ley de Congregaciones. Nos han sobrado ocho o nueve votos, y han dejado de asistir, por diversos motivos, 14 diputados de la mayoría. Ha votado con el Gobierno, además de Ossorio y su hijo, Giner de los Ríos, cuñado de don Fernando. (Afinidades votivas). Este Giner pertenece al antiguo grupo de Ortega, el cual grupo se sumó a la obstrucción, después se apartó de ella para lo que se refiere a esta ley, y cuando llega la ocasión, no vota. Cualquiera lo entiende.

También se ha leído el voto particular de Baeza Medina, y la Comisión lo ha aceptado. Mañana veremos lo que conviene hacer, según el estado de los ánimos.

Al escribir el nombre de Ossorio he recordado que, esta tarde, poco después de marcharse el presidente del Supremo, ha venido a verme en el ministerio. Está muy preocupado con lo que sucede y quería, en descargo de su conciencia, brindarme una solución, ofreciéndose a proponerla ante las Cortes, previamente a la votación. Cree Ossorio que tenemos toda la razón, y que la conducta de las oposiciones es una atrocidad; pero como no se ofrece medio más airoso para salir del atolladero, me proponía esto: en la sesión de hoy, antes de votarse la guillotina, se levantaría para exhortar a unos y a otros a la concordia, y propondría que el Gobierno se aviniese a dar entrada en el Ministerio a los radicales, a los federales y a algún otro grupo, «volviendo a la situación del 14 de abril». Yo me levantaría a continuación, y aceptaría la propuesta de Ossorio.

Le he contestado que si se levantaba a proponer, como solución, que los radicales entren en el Gobierno, la mayoría, que está irritada, le daría una grita espantosa. Y que la solución propuesta era tanto como declararse en crisis el Gobierno en pleno Parlamento, con la indiscreción, por añadidura, de que yo me adelantase a aceptar una solución por anticipado; lo uno y lo otro me parecen cosas incorrectas, pues de dimitir, debo hacerlo ante el Presidente, y luego tendría también que ser el Presidente quien designase a mi sucesor, que le propondría esa u otra solución. Ossorio ha desistido. Votará con el

Gobierno para guillotinar el artículo. Me ha hablado mal de Maura. Le escandalizan los radicales. Y como yo le haya dejado entrever el desánimo que me producen las bajezas políticas, y lo lejos que se van quedando mis proyectos respecto de la República y de España, Ossorio me ha dicho que me sucede lo mismo que a Silvela y don Antonio Maura, y que teme que me aburran y me vaya.

A Ossorio no le disgusta la idea de presidir él un Gobierno de coalición republicana. Pero cree que es prematuro. Ossorio tiene buen sentido, pero me parece algo ligero, y su Gobierno no dejaría de ser pintoresco.

Los ministros están muy corregidos de su antigua incontinencia verbal. Ya no hacen declaraciones de política general, ya no cuentan *confidencialmente* a los periodistas lo que sucede en los Consejos, etcétera. Mi trabajo me ha costado y, más aún que mis requerimientos, les ha enseñado la experiencia. Sin embargo, todavía Domingo habla a veces muy inoportunamente. El otro día, cuando el bloque de la obstrucción parecía resquebrajarse, y se iba a discutir la ley protectora de las naranjas, se le ocurrió decir a los periodistas: «La obstrucción está muerta, hoy por el proyecto ese, mañana por otro, tendrán que ir cediendo, hasta desaparecer».

En efecto: publicado eso en la prensa, el «comité de los cinco» se ha enojado más, y han remachado sus propósitos. Prieto se lo ha echado en cara a Domingo la otra noche, en el despacho de ministros.

11 de mayo

Día de visitas en la presidencia. No demasiadas, pero suficientes para cansarme. Una comisión de funcionarios me habla de lo que sucede en el ministerio de Agricultura. Acaba de ser detenido por la policía un alto funcionario, que era hombre de confianza del subsecretario, y que tomaba dinero como miembro de un tribunal de oposiciones. El sujeto ya mangoneaba en el ministerio durante la dictadura y, lejos de tenerlo a raya, lo han protegido. Como Domingo no se entera de lo que pasa en torno suyo, y el gran cacique del ministerio es Santiago Valiente, a este le achacan las culpas mayores. Ahora vienen a decirme que hay otros dos funcionarios sospechosos. He llamado a Domingo para ponerle sobre aviso y que investigue la verdad.

Por la tarde, a primera hora, voy a ver a don Niceto. El texto de la enmienda, o mejor, voto de Baeza Medina, aceptado por la Comisión, le parece mal, y está muy inquieto el Presidente por lo que vaya a pasar. Como se hace un poco de nuevas respecto de ese voto, y me asegura que lo conoció ayer por la prensa (repitiendo con eso algo de lo que dijo ayer a Giral), le recuerdo nuestras conversaciones últimas, en las que le conté, primero, la transacción a que habíamos llegado en cuanto al plazo para sustituir la enseñanza primaria de las Congregaciones, y por qué le expuse el 1 de enero en lugar del 1 de octubre, o sea, para intercalar la discusión y votación del Presupuesto; segundo, los términos en que habíamos dispuesto la fusión de los últimos artículos del dictamen, para votarlos de una vez. Recordado eso, ya no insistió el Presidente en lo de la sorpresa.

Pero sí en su alarma (no me dice en qué se funda) y en la necesidad que tenía de hablar conmigo y, en su caso, con el Gobierno para hacer oír la voz de la realidad. Cree que el más apartado de ella será Fernando y que seguramente Albornoz transigirá. Elogia a Albornoz, que ha ganado mucho en capacidad gubernamental. El Consejo podría reunirse mañana, o el sábado, pretextando que el Presidente no estará en Madrid el jueves próximo. Toda esta conversación resultaría incomprensible para quien no supiera el origen de las preocupaciones del Presidente. Vienen de la especie que, con ligereza imperdonable, soltó Fernando en un Consejo de ministros en Palacio, respecto de la necesidad de incautarse de los edificios de las congregaciones donde tienen sus establecimientos de enseñanza, y aunque no se ha vuelto a hablar de ello, y yo le llamé la atención a Fernando sobre la inconveniencia y la

bobería de suscitar en los Consejos con el Presidente cuestiones que no han sido examinadas por los ministros, don Niceto lleva desde entonces clavado el dardo. Otra cosa le preocupa: cree imposible que se pueda sustituir en enero toda la enseñanza primaria y teme el espectáculo de las escuelas de frailes cerradas sin que los niños tengan adónde ir. Para salir de esa imposibilidad, teme el Presidente que se apele a la incautación.

Como es hombre poco franco, no me habla en toda la conversación del fondo de sus temores, y todo se le vuelve repetir que la ley de Congregaciones, tal como queda, no da recursos ni medios para cumplir su precepto final. Como él se sitúa en ese terreno, le dejo que continúe, y le contesto que para obtener los medios estará el Presupuesto, a cuyos créditos habrá que subordinar la marcha de la sustitución de escuelas.

—Pues hay que decirlo en la ley —responde.

—Lo diremos, si a usted le tranquiliza, por más que sea una expresión redundante o, por mejor decir, innecesaria, pues un servicio nuevo exigirá naturalmente créditos nuevos.

—No importa; conviene hacer constar en el artículo de la ley algo que le ponga en relación con el Presupuesto; por ejemplo, que el Gobierno solicitará de las Cortes los recursos y los *medios* necesarios…, los recursos y los medios… (repite con insistencia; en eso de los medios late el temor que le suscitó Fernando).

Entonces yo le digo que propondré a la Comisión parlamentaria una adición al artículo último que diga textualmente eso: que el Gobierno solicitará los recursos y medios, etcétera.

—Muy bien —dice el Presidente.

—Pues si no es más que eso, no hay dificultad. Yo no tengo inconveniente en proponérselo, ni el Gobierno, y seguramente la Comisión lo aceptará, porque ya va implícito en el proyecto, y como usted sabe el retrasar la fecha desde 1 de octubre a 1 de enero, retraso propuesto por mí, tiene por fin el que antes se apruebe el Presupuesto.

Acaso el Presidente, que se ofusca con demasiada facilidad, creerá que no he advertido su propósito de poner, mediante una adición, ciertas trabas a la acción del Gobierno respecto de la sustitución de escuelas; pero la adición es anodina y cualquier cosa que intentáramos habría de ser con el acuerdo de las Cortes.

Así es siempre este señor, que empieza con grandes aspavientos y luego se reduce, contentándose con lo que antes le disgustó.

—Como usted ve, no es necesario reunir un Consejo extraordinario. Estamos de acuerdo.

Me fui a las Cortes. Los ministros, que estaban casi todos con Giral oyendo el relato de su conversación con el Presidente, y tenían la cara larga, me preguntaron qué pasaba. «Nada», les contesté. Referí sucintamente mi entrevista y les di cuenta de la adición proyectada. La aprobaron. Llamé a la Comisión; aceptó también. Le redacté la propuesta y yo subí a la Mesa para hablar de ello con Besteiro. El Presidente me dijo que ya no se podía hacer, porque comenzada la discusión del artículo no podía admitir la presentación de nuevas enmiendas. Tuvimos un diálogo bastante vivo, concluí encogiéndome de hombros y me fui. Luego hablamos en su despacho. Ya más tranquilo, Besteiro dijo que, para introducir la adición, no había más procedimiento reglamentario que retirar el dictamen, para volver a presentarlo modificado; pero a eso me negué terminantemente.

Entonces llamé por teléfono a don Niceto, y le dije, en presencia de Besteiro, la imposibilidad reglamentaria de admitir la adición. «He pensado —añadí— que lo mismo se aclara el propósito del artículo haciendo el Gobierno una declaración en el sentido indicado, es decir, que solicitaremos de las Cortes los recursos y los medios».

—Bueno —respondió el Presidente—, pues haga usted esa declaración.

¡Y para esto habíamos hablado tanto y se había asustado el ministro de Marina!

La preocupación del Presidente por este asunto de las Congregaciones puede ser grave, si en un momento de alarma comete una imprudencia. Es opinión general que al Presidente le *trabajan* mucho; por más que él no lo necesita. Se fue de la presidencia del Gobierno cuando se votó el artículo de la Constitución, y se fue persuadido de que era víctima de una conjura, ¡urdida por Maura y por mí! Después creo que se le ha pasado esa preocupación, pero es muy rencoroso y, como nos dijo en un Consejo de ministros, «el que se la hace se la paga».

El proyecto de Congregaciones presentado por el Gobierno le pareció muy bien, pero desde que la Comisión introdujo algunas variantes, comenzaron los tropiezos. El Presidente cometió ¿la ligereza? de decirle al de la Comisión (Salazar Alonso, radical) lo que pensaba del proyecto y del dictamen, y de eso se aprovecharon los radicales para *hacer suyo* el proyecto del Gobierno, pensando, no sin fundamento, que por ahí podían ponernos en conflicto con el Presidente de la República, y son tan imprudentes que lo han insinuado así en las Cortes.

A medida que la discusión del proyecto avanzaba se han reproducido las «alarmas» del Presidente. Todas las he desvanecido, y ahora que estamos en el último artículo (remate increíble hace tres meses), tengo que hacer todo lo necesario, en las Cortes y fuera de ellas, para que la ley llegue a puerto. El Presidente, ofuscado por sus prevenciones o por lo que él tal vez cree sus deberes, es impacientante; yo podría echarlo todo a rodar, y en un asunto como este, poner al Presidente frente a la opinión de casi todos los republicanos, que sería perderlo, si los republicanos se convencían de que don Niceto estorba la aprobación de la ley. Pero no debo hacerlo, y no lo haré, aunque tenga que templar gaitas hasta última hora. El peligro que se corre es que el Presidente se exceda, o crea que puede excederse de los límites de su papel; pero ahí es donde debe estar el tino. Como ahora hay que hacerlo todo nuevo, hay que hacer también el tipo de Presidente que necesitamos. Lo malo es que muchos republicanos se refieren constantemente al Presidente, como si quisieran hacer de él un rey.

Esta tarde, cuando he llegado al banco azul, Albornoz me ha dicho: «Ya sabrá usted que el asunto de Menéndez se ha resuelto favorablemente».

—No lo sabía. Mis noticias eran otras.

—En efecto. Pero hoy se han reunido y han votado el desprocesamiento. Parece que uno de los magistrados ha cambiado de opinión.

Poco después me dicen que el presidente del Supremo pregunta por teléfono si puede ir a visitarme en las Cortes. Acudo yo al teléfono y don Diego me dice: «Tengo la satisfacción de comunicarle que acabo de firmar el auto revocando el procesamiento al capitán Menéndez, que esta misma tarde será puesto en libertad».

Le doy las gracias por su cortesía y le digo que no es menester que se moleste en ir a verme en las Cortes, pues ya quedo enterado. Era demasiada oficiosidad. En los pasillos de la Cámara ya cundía la noticia.

A última hora continuaba la discusión del último artículo de la ley de Congregaciones. Albornoz dice que está harto de curas y frailes y que ya no asistirá más al debate, dejando que el ministro de Instrucción conteste a las observaciones relativas a la enseñanza. En efecto, Fernando de los Ríos, contestando no sé a quién, ha hecho un discurso, muy superferolítico de tono, demostrando que la sustitución de la segunda enseñanza puede hacerse en octubre, y que de la primera enseñanza de los frailes podrá prescindirse en enero. Cuadro demasiado optimista, a mi ver, en el que ha faltado acentuar lo costoso de la operación. Han aplaudido a Fernando todos los grupos, menos los agrarios. Los radicales le han aplaudido mucho, y también Maura le ha

dedicado unas palmaditas. (Fernando pronuncia la *ch* de Chamartín a la francesa, no sé por qué).

Le replicó Royo Villanova, con un discurso disparatado, como suyo, y aproveché la ocasión para hacer la declaración de Gobierno sobre la necesidad de votar créditos y medios. Esta declaración habrá parecido a muchos innecesaria, y más que nada habrá sido entendida no como una reserva, sino como una corroboración. De tal modo es incomprensible que para ejecutar una ley se diga que pediremos créditos; incomprensible, porque se cae de su peso, como suele decirse.

Esta tarde se dudaba si guillotinaríamos o no el artículo 32. No me parecía prudente, para no dar pretexto a una ruptura. Había menos diputados que ayer, porque se habían marchado a los toros.

A las ocho y media he vuelto al ministerio. Aglomeración de gente ante la verja del lado de Recoletos. ¿Qué pasa? Se ha derrumbado un árbol y al caer ha hundido parte de la verja.

Un árbol magnífico, enorme, el más viejo y hermoso del jardín, se ha caído, dejando las raíces al aire. Pesaba mucho, y quizás el terreno, en declive, ha fallado. Lo siento mucho. Este árbol era un antiguo amigo. Desde hacía más de treinta años, siempre que pasaba por esa acera, y raro será el día que no haya pasado, le dirigía una mirada de contento. Era semejante a los cedros del Museo del Prado, y poco menos viejo. Me alegraba ver una obra tan hermosa. Derrumbarse, ¿será un presagio?

Después de cenar han venido Arturo Menéndez, ya libertado, y su mujer. Había además otros amigos. Menéndez me cuenta cosas de los conspiradores del 10 de agosto que están en Prisiones militares.

Don Cristóbal de Castro, grafómano de Iznájar, propala por ahí que yo he comprado una casa en la calle de Lista, en cuatrocientas mil pesetas, y que la he puesto a nombre de mi cuñado. Quede aquí la noticia, por si la maledicencia de don Cristóbal no le sobreviviese.

Este señor Castro es quizás el español que más me aborrece (no siendo don Melquíades), desde que en mis tiempos de secretario del Ateneo no le hacía ya ningún caso.

12 de mayo

Salgo a las once para el Consejo en la presidencia. Despachamos los muchos expedientes que llevo de Hacienda y Guerra. Después hablamos de la situación parlamentaria, y de la probabilidad de guillotinar el último artículo

de la ley de Congregaciones. En la mayoría del Congreso, y en algunos ministros, hay impaciencia por acabar; singularmente, Prieto, que es impresionable y obcecado cuando se enoja, cree que es atentatorio a la dignidad esperar más tiempo. Pero yo tengo que ir con mucho tiento, no sea que a última hora se produzca un conflicto que lo eche a perder todo, y anule el paciente esfuerzo de tantos meses. En relación con esto, refiero a los ministros que anoche, a las nueve y media, me llamó por teléfono Besteiro y me dijo que Maura le había visitado para anunciarle que si se aplicaba hoy la guillotina para concluir la ley, las oposiciones harían «toda clase de protestas». No explicó qué protestas, pero Besteiro temía incluso que se arrojasen a una retirada del Parlamento. Esta probabilidad hay que evitarla a toda costa, porque eso sería la disolución de las Cortes, y no habría ley. Se ve que quieren ganar días, esperando que uno cualquiera surja la crisis; pero, advertidos de su intención, lo que conviene hacer es asegurar la aprobación tranquila del proyecto.

Después de oírme, los ministros han discutido mucho sobre si se debe o no ser transigente ante las amenazas de Maura, y dejar para otro día la guillotina. Prieto, en contra, profiere frases gruesas. Largo calla y aprieta los labios con cólera. Domingo se inclina a ser transigente: no debe afrontarse la eventualidad de una retirada. Los demás ministros están remisos en opinar; Casares, por el semblante, parece muy contrariado, como si estimase mi opinión un signo de debilidad. No se concreta un acuerdo. Resuelvo para mí proceder como me lo aconseje la situación del momento, y, por el pronto, solo digo que encargaré a Besteiro que pregunte a las oposiciones si están dispuestas a que se discutan las tres o cuatro enmiendas que más les interesen, antes de apelar a la guillotina.

En esto estábamos cuando Largo, que se había ausentado un momento, nos dice que Araquistáin ha venido a contarle una conversación que ha tenido hoy con don Niceto. El Presidente se le ha quejado del Gobierno, atribuyéndonos el propósito de declarar urgente la votación definitiva de la ley, para privarle a él, como en tal caso prescribe la Constitución, del ejercicio del veto. Según la referencia de Araquistáin, el Presidente estaba agitadísimo y se cree víctima de una maquinación; le ha encargado que hablase del asunto con Prieto y con Largo, no con Fernando.

A continuación, Domingo, que también había salido un poco antes de la sala de Consejos, nos dijo que le había llamado Emilio Palomo, subsecretario de Comunicaciones, y le había contado que, al ser recibido hoy en audiencia por el Presidente, lo halló casi enloquecido, lloroso, agitado y se le quejó de

que se había urdido un plan para que no pudiese poner el veto a la ley de Congregaciones. Si se votara la declaración de urgencia para aprobar definitivamente el proyecto, sería, «por parte de los diputados, un ultraje; por parte del Gobierno, una traición, y el mayor daño a la República». Estas palabras las traía anotadas Domingo en un volante, tal como acababa de oírselas a Palomo.

Estas noticias produjeron en todos estupor, porque nadie había pensado en la declaración de urgencia, y si el Presidente tenía esa aprensión, el procedimiento era incorrecto y grosero con respecto al Gobierno, además de ilegal.

Los ministros, maravillados, y Largo, con indignación contenida, dijo: «¿Quiere usted leer otra vez esas palabras? Voy a copiarlas». «¡Hombre, no!», repuso Domingo. «Bueno, me las sé de memoria. Cada palo aguantará su vela». Y con la expresión de energía contenida, que le es propia, Largo se calló. Encargué a Ramos que pidiese hora al Presidente para visitarlo, y a poco volvió diciéndome que don Niceto me llamaría por la tarde.

La indignación de los ministros era muy viva, y harto justificada. Recordamos la conducta de don Niceto cuando era Presidente del Gobierno, y los disgustos que nos daba con sus recelos y desconfianzas, así como con sus pequeños manejos caciquiles. Recordamos sus intentos de dimisión y su dimisión efectiva el 14 de octubre, persuadido también entonces de que era víctima de una conjura. Recordé que, en su encuentro parlamentario con Alba, y con motivo de su réplica, algo desproporcionada, Alba le acusó de padecer manía persecutoria. Entonces no lo creimos, pero ya iba siendo evidente que Alba tenía un poco de razón. Consideramos que con esa conducta, don Niceto no podría durar mucho en la presidencia de la República, a menos que encontrase un Gobierno que se prestara a gobernar al dictado.

Con este inesperado suceso a la vista, fuimos atando los varios «cabos sueltos» que en la conducta del Presidente hemos ido hallando a lo largo de este enojosa asunto de la ley de Congregaciones, y nos pareció, sin pecar de maliciosos, que todo ello podía interpretarse como un propósito de hacer fracasar el proyecto de ley, sin que él tuviera que comprometerse. Y si todo ello no es un plan concertado, una maniobra pensada y desarrollada taimadamente, y lo de hoy no es más que una explosión imprevista, entonces será que el hombre está algo loco, y su ligereza, poniéndose a insultar al Gobierno delante de sus visitantes, denota una incapacidad manifiesta para el cargo que ocupa.

Mientras cada cual hacía su comentario, yo tomé una resolución:

—Ahora, lo más impremeditado, a impulsos del mal humor, sería que yo le enviase mi dimisión. Caería el Gobierno, y cualquier Ministerio que se formase, no podría impedir que en las Cortes se tratara de la causa de la crisis, y ninguno de nosotros querríamos faltar a la verdad, y tendríamos que decir que nos habíamos marchado porque el Presidente, sobre un supuesto falso, y que aun en caso de ser cierto no era ilegal, sino perfectamente constitucional, se había dedicado a difamar al Gobierno, a llamarnos traidores, etcétera. El escándalo por este remedo del «borboneo» sería tal, que le costaría la presidencia de la República, consecuencia que don Niceto no habría previsto, y que tenía muy merecida, por su proceder. El golpe es demasiado fuerte, estando el régimen tan tierno, y la oposición se envalentonaría más. Pero aun con todos sus riesgos, afrontaría esa operación quirúrgica, si no fuese evidente que, por lo menos, el proyecto de Congregaciones, causa de todo este barullo, quedaría frustrado. Y eso es lo que debemos evitar a todo trance. ¿El Presidente habla mal de nosotros, se sale de su papel, se ha vuelto loco, ha urdido una trama para hacernos caer? Pues no lo consigue. No caigo en la trampa. Y a todas sus palabras respondo sencillamente: «ley de Congregaciones». Si quiere que nos vayamos, que me destituya. Él sabrá por qué, y tendrá que decirme el motivo. ¿Cuál? Ninguno que pueda sostenerse públicamente dentro de la Constitución. Que se atreva a destituirme cara a cara. Mientras tanto, yo no me aturdo: ley de Congregaciones. Y haciéndola votar, le probaremos que es en vano que pretenda urdir una trama, si es que la hay. En resumen: no dimito, y cuando se vote la ley, ya veremos lo que se hace.

Todos los ministros aprobaron mis palabras, y convinieron en que políticamente no debía hacerse otra cosa.

Levantado el Consejo, volví a Buenavista, y cuando me disponía a comer llegó Ramos. Acababa de hablar con Bugeda, también recibido en audiencia por don Niceto esta mañana, y a quien había dicho las mismas cosas que a Palomo y a Araquistáin. A Bugeda le había dicho que, si él tenía «un *chauffeur* que le llevaba al abismo», qué podía hacer. Pero, así como a Palomo le encargó que transmitiese sus quejas a Domingo, a Zulueta y a Albornoz, y a Araquistáin que se las contase a Prieto y a Largo, a Bugeda le ha dicho que seguramente Prieto no sabía nada de la maquinación, porque no lo hubiera tolerado. (Bugeda es socialista, y a cada visitante le habla, por lo visto, según el partido a que pertenece). Cuenta también Bugeda que el Presidente está furioso contra Casares, a quien aborrece de muerte. Don

Niceto cree que Casares les ha dicho «a los libelistas» (?) que pueden atacar al jefe del Estado, pero no al Gobierno. «Después de todo —añade don Niceto —, ese es un modo de gobernar como otro cualquiera».

Resulta de los informes de Bugeda que, según el Presidente, yo soy el autor de la maquinación, creo que en connivencia con Fernando y con algún grupo de la mayoría.

Bugeda, que es muy palabrero y extremoso, está espantado de lo que ha oído y del estado de exasperación de don Niceto. Añade que también ha recibido esta mañana a Martínez Barrio, lugarteniente de Lerroux, y han estado hablando tres cuartos de hora. Otros diputados le han visto. Suponemos con fundamento que a todos les ha dicho lo mismo. Creo que el mismo Ramos me trajo la noticia de que don Niceto iba a hablar con Besteiro.

A las tres y media, y como don Niceto no me ha llamado aún, llamo yo a Besteiro. No está ya en su casa, y suponen que ha ido al Congreso. Entonces, me voy también allí.

Cuando llegué al Congreso, Besteiro no había llegado, no obstante el tiempo transcurrido. En su secretaría estaban muy extrañados. «No se alarmen —les dije—, me figuro dónde está, y si es así, no puede tardar».

En efecto, llegó poco después. Estaba asombrado, y aunque Besteiro es hombre cauteloso, que rara vez descubre lo que piensa, me dijo que el Presidente estaba loco. En suma, le ha contado la fantástica historia de la maquinación, para privarle del veto, y Besteiro le ha dado razones en contra. «Creo —dice Besteiro— que no le he persuadido».

—Usted sabe —le respondo a Besteiro— que anoche me comunicó usted la protesta de Maura, y que yo le respondí que, si se ponían muy hostiles, ni siquiera guillotinaríamos hoy el artículo 32, y aprovecharíamos la presencia de la mayoría para votar otras leyes. ¿No fue así?

—Así fue, y se lo he contado; pero no sirve de nada.

—Pues usted sabe mejor que nadie cuál era mi disposición. Por otra parte, si se hubiera votado la declaración de urgencia, las Cortes tienen pleno derecho, en las condiciones que dice la Constitución, para hacerlo, y el Presidente no podría hablar de despojo ni de secuestro, como no podrá hablar si un día las Cortes hacemos uso de esa facultad.

—Eso no admite duda.

Poco más hemos hablado, porque Besteiro, embozado en su importante reserva, no estaba por aclararme más su entrevista con el Presidente. Cuando salí al pasillo, me encontré con Bugeda. Me repitió cuanto me había referido Ramos, y añadió que el Presidente le dijo:

—Aunque se rectifique el propósito, el agravio ya está inferido.

Y este otro:

—¡Si Prieto lo hubiese sabido! —Al decirlo, lloraba. También ha hablado con los diputados Centeno (íntimo del Presidente) y Roldán, los cuales, al llegar al Congreso, se lo han contado todo a sus amigos.

El Presidente me llamó a las cuatro y media. En el camino, hice ejercicios de frialdad y de firmeza. Llegué a su casa, y me entraron en un despacho pequeño, porque en el que suele recibirme estaban quitando las alfombras. En seguida apareció el Presidente. Tenía el semblante de color de pizarra, me tendió la mano y me dio las buenas tardes con voz sorda. Le seguía un perro.

Comencé yo la conversación, pidiéndole, con respetuosa firmeza, explicaciones de su conducta. Habíamos sabido por Palomo que tenía un gran disgusto y viva alarma por no sé qué propósitos atribuidos al Gobierno. Deseaba saber cómo se había formado esa sospecha, esa creencia, y cómo habiéndosela formado, no me había llamado inmediatamente para preguntarme lo que hubiese de cierto, o para averiguar los motivos de ese supuesto propósito; si en lugar de retrasar hasta las cuatro y media de la tarde su conversación conmigo, la hubiese provocado a primera hora de la mañana, se habría evitado un gran disgusto y otro no menor a nosotros; porque la comunicación normal del Presidente de la República con el Gobierno es a través del Presidente del Consejo.

—Si usted, esta mañana, me hubiese dicho por teléfono: «¿Qué piensan ustedes hacer?», habría sabido en el acto que no pensábamos hacer nada.

—Pues le diré a usted —respondió— cómo lo he sabido y por qué no le he llamado. Esta mañana me dijo Sánchez Guerra que el Gobierno pensaba proponer a las Cortes la declaración de urgencia para aprobar definitivamente la ley… Al darme esa noticia, Sánchez Guerra no conocía, no se hacía cargo de su importancia. Después lo leí en la prensa, y como no aparecía ninguna rectificación, creí que era cierto.

—Señor Presidente —repliqué yo—, tengo derecho a esperar que el estado de ánimo de usted sobre la marcha de la política no se forme cada mañana por lo que digan las gentes de su casa. El otro día, por una indiscreción de Emilio Herrero, tuvimos también otra alarma, injustificada, como usted vio. Hoy, es por Sánchez Guerra. Que los periódicos, que no he leído, den esa información u otra, no es motivo para que usted se alborote. Yo no estoy obligado a enviarle a usted cada mañana un informe rectificando o corroborando los comentarios ni los pronósticos de la prensa. Cada periódico dice lo que le parece, y yo no hago caso. Entre la prensa y usted, está el

Gobierno, y valía la pena que usted me hubiese preguntado, en caso de tener alguna duda. No tenía usted motivo para dudar, porque yo estuve aquí ayer por la tarde, y le informé de la marcha del asunto, y ni remotamente le dejé a usted entrever que se pensase en tal cosa; ni siquiera estaba ni está decidido que hoy se guillotine el artículo final; menos podíamos pensar en la aprobación definitiva urgente. Yo no he engañado nunca a nadie, y menos iba a engañar a usted; supongo que estará usted convencido de ello. Por tanto, lo que yo estoy diciéndole a usted ahora, no es que vamos a rectificar un propósito, sino que nunca ha existido. Si lo hubiésemos tenido se lo diría a usted, bien para rectificarlo, bien para sostenerlo, pasara lo que pasase.

»Dicho esto —proseguí yo—, que es una cuestión de hecho que no admite duda, y sobre lo que no aduzco testigos, aunque pudiera hacerlo, porque no sería digno de mí, le voy a llamar la atención sobre dos puntos: el primero es que nosotros no tenemos ningún interés político en que usted no *pueda* ejercer el veto respecto de esa ley; nuestro interés político es que usted pueda ejercerlo. Si con la declaración de urgencia le privásemos a usted del veto, daríamos un arma a las derechas, que se apresurarían a suponer que usted no había aprobado esa ley, y nosotros queremos que salga con toda normalidad y sin privarle de ninguno de los requisitos ordinarios, entre ellos la promulgación voluntaria por parte de usted. Así tendrá más autoridad.

—Nunca he pensado en poner el veto a esa ley.

—Yo no se lo he preguntado a usted nunca. Las Cortes le enviarán a usted la ley y usted hará lo que estime conveniente.

—Tengo cinco razones objetivas para no poner el veto a esa ley, y las diré en el preámbulo del decreto, o por lo menos las conocerá el Gobierno.

—No me parece muy propio razonar en un decreto la promulgación. Pero esto no es para hoy. El otro punto sobre el que quiero llamar la atención de usted es este: para aprobar la declaración de urgencia de una ley, con las consecuencias de privarle a usted del veto, se requiere, según la Constitución, el voto favorable de los dos tercios del Congreso. Usted sabe de sobra que el Gobierno tiene una docena de votos sobre la mayoría absoluta, pero los dos tercios no los tiene en modo alguno, y nosotros lo sabemos. De manera que ni por interés político ni por número de votos podíamos lanzarnos a eso.

El Presidente me escuchaba tragando saliva, y no hallaba razones para destruir las mías. Pero volvía una vez y otra a su tema, y recordó «que hace tres meses» el diario *Luz* publicó una nota diciendo que, para sustraer al Presidente de los manejos de las derechas y ponerlo a cubierto de cualquier coacción, sería bueno votar la urgencia, para que no pudiese ejercer el veto.

El Presidente relaciona aquel suelto de *Luz* con las confusas informaciones publicadas por los periódicos de hoy, y de ahí debe de proceder, creo yo, dada su malicia, la suposición de que he urdido esa trama.

En este punto de la prensa le he replicado con cierta aspereza.

—Yo no gobierno con los periódicos —le he dicho—, ni he necesitado de ellos para estar donde estoy. Puede que sea un error de táctica, pero los periódicos me interesan medianamente. No inspiro a ninguno. Si hay tres o cuatro que ven con simpatía al Gobierno, lo hacen así porque sus empresas quieren. Supongo —he añadido— que no participará usted de la opinión de los que dicen que yo me he apoderado de cinco periódicos. A ninguno le doy instrucciones, aunque sería lícito que se las diese, y conocidas son de todo el mundo mis escasísimas relaciones con los reporteros, a quienes nunca digo nada, ni hago declaraciones, etcétera. Para ser Presidente del Consejo, la suerte, llamémosle suerte, lo ha hecho todo; la prensa, nada. Para caer, tampoco necesito de la prensa; me basta con mis propios méritos.

Estas palabras le han hecho poner el gesto más torcido de toda la conversación.

Ha querido buscar después la razón de que se haya dicho con tanta insistencia lo de la declaración de urgencia.

—Ignoro el motivo, y no he pensado en ello —le he dicho—, porque este asunto ha comenzado a existir para mí cuando Palomo nos ha traído las alarmas de usted, y en realidad no he medido la importancia que usted le ha dado hasta que he visto que llamaba usted a Besteiro, y, sobre todo, hasta que le oigo a usted. Pero la explicación que ahora se me ocurre es bastante llana, y me choca que desde el primer momento no haya usted pensado en ella, siquiera como hipótesis, para ponerla cuando menos al lado de la otra suposición. Probablemente, todo ello ha nacido de una confusión, explicable en muchos diputados, que no se habían parado a comprobar el Reglamento de las Cortes y la Constitución, explicable más aún en los periodistas, que son aturdidos e ignorantes, pero que no tendría disculpa en usted ni en mí. Usted sabe muy bien, señor Presidente, que una cosa es la declaración de urgencia de que habla la Constitución, y que una vez votada por los dos tercios del Congreso le priva a usted del derecho de veto, y otra cosa lo que, dentro de lo que permite el Reglamento de las Cortes, la misma tarde en que se vota el último articulo de una ley, se vote definitivamente la ley misma, para lo cual no hace falta aquella declaración.

—En los trámites interiores del Parlamento yo no tengo por qué meterme —observó el Presidente.

—Así es, y lamento que esa distinción no se le haya a usted presentado ni ocurrido desde el primer momento. No ignora usted que votado el último artículo de una ley, la votación definitiva viene por costumbre dejándose para el siguiente día, pero no está prohibido hacerla en el mismo. Esta *tercera lectura*, en la cual ya no se puede modificar el texto aprobado, y solo cabe aprobarlo o rechazarlo en bloque, no tiene más objeto que el de que la secretaría redacte el texto conforme a lo aprobado por la Cámara. ¿No es así?

—Así es.

—Pues lo que se tenía y se tiene pensado es que si la votación del último artículo de la ley recae a buena hora, en la misma sesión se lea el proyecto aprobado y se le vote definitivamente, con objeto de no retener más tiempo a todos los diputados para ese sencillo trámite. Como esto no es costumbre hacerlo, aunque en estas Cortes ya se ha hecho alguna vez, no es inverosímil que quienes no conozcan el Reglamento hayan creído que esa rapidez equivalía a la declaración de urgencia de que habla la Constitución, o la hacía necesaria. Así puede que lo haya entendido Sánchez Guerra, o la prensa; pero usted y yo lo entendemos de otro modo. De tal suerte que, si las circunstancias no lo impiden, el mismo día en que se vote el artículo 32, votaremos definitivamente la ley. Y eso debe de ser el origen de todo.

No tuvo el Presidente nada que oponer; su ligereza quedaba al descubierto. Me habló de Fernando, y de su discurso, que encuentra mal, por excesivamente confiado. Se quejó de Casares, a quien aborrece. La conversación no tenía ya utilidad, y la corté bruscamente.

—Si usted no tiene nada que ordenarme, señor Presidente, me voy a las Cortes —dije, poniéndome en pie.

—Nada; vaya usted a las Cortes.

Con esto nos despedimos.

En el Congreso me esperaban casi todos los ministros reunidos en su despacho. Les conté lo principal de mi entrevista, y no pude disimular que estaba satisfecho de ella. De lo que no estaba muy seguro era de haber convencido al Presidente de su sinrazón, pero sí de haberlo reducido al silencio. Comentamos largamente la situación, tan delicada. En el Congreso todo el mundo sabía ya lo ocurrido por la mañana, y el asombro y el disgusto eran generales. Algunos me dijeron que hasta los mismos radicales estaban asustados por lo que había hecho el Presidente.

Entretanto, los jefes de los grupos obstruccionistas deliberaban sobre si transigían o no con la aplicación de la guillotina al artículo 32. Acordaron no transigir y comunicaron a Besteiro que formularían una protesta, cuyo alcance

no se determinaba. Entreviendo la posibilidad de una retirada, yo dije que no aceptaba la responsabilidad de una ruptura, y que era preferible aplazar un par de días la conclusión de la ley, para que no tuviesen ni asomo de pretexto para hacer una atrocidad. Perseguía, como siempre, hartarme de razón. Hablé con algunos diputados radicales-socialistas y catalanes, y se mostraban de acuerdo conmigo. También algunos socialistas. «Me basta —les decía yo— que haya una probabilidad contra noventa y nueve, de que las oposiciones se vayan hoy del Parlamento, para que yo no arrostre hoy esa batalla, que puedo ganar con todas las probabilidades a mi favor, con todos los triunfos en mi mano, el miércoles próximo».

Los ministros no pensaban así. Reunidos en el despacho, les pedí opinión. Largo se enojaba por el aplazamiento; a Fernando le parecía mal; Casares se callaba, por no contrariarme, seguramente, pero conocí en su semblante que tampoco estaba conforme. Domingo opinaba como yo, y Albornoz vacilaba. Me argüían que los diputados de la mayoría iban a enojarse si, después de hacer venir hasta a los enfermos, no se les utilizaba. Contesté que su obligación era estar en las Cortes, y que no hacían nada de más con asistir. Replicaban que, habiendo hoy *quorum*, sería más difícil reunirlo otra vez la semana próxima; contesté que no atinaba con el motivo, pero que si los diputados no querían venir cuantas veces fuese menester, con dimitir el día que quedásemos en minoría, asunto resuelto, y que no echasen a nadie la culpa de la caída.

Para utilizar a la mayoría, ya que estaba completa, aprobaríamos otra ley, que estaba pendiente de un *quorum*, la de Defensa del Tesoro Artístico.

En esto, los tímidos, como Marcelino, también disentían. Era preferible no hacer esa prueba. Largo no decía nada, pero bien se le notaba la contrariedad.

Pregunté directamente a Fernando su opinión, y se mostró contrario al aplazamiento, aunque su parecer lo subordinaba al mío; en fin, les dije que el caso era de mi exclusiva dirección y responsabilidad; que si por una ligereza dábamos pretexto para que las oposiciones se fuesen del Parlamento, todas las culpas vendrían sobre mí, y de nada me serviría decir que me lo habían aconsejado los ministros; que como el director de la política soy yo, decidía aplazar la guillotina del artículo 32 hasta el miércoles, y que si esta decisión salía mal, yo sería el único culpable. (Estaban hechos un taco, y nunca he tenido tan a la vista que la indecisión o la timidez les llevarían a cometer muchos errores).

Mientras nosotros hablábamos, Maura maniobró en los pasillos. Después de visitar a Besteiro, por quien supo que yo no tenía empeño en aplicar la

guillotina esta tarde, salió diciendo a los diputados que se podían marchar, porque esta tarde ya no había guillotina ni nada. Algunos diputados lo tomaron tan al pie de la letra que se fueron del Congreso. Cuando yo salí del despacho la gente andaba desorientada. Los secretarios de los grupos no sabían bien si teníamos o no número suficiente. Me fui al salón y le dije a Besteiro que pusiese a votación definitiva la ley del Tesoro Artístico, para la que se necesita *quorum*. Así se hizo. Mientras estábamos votando, Casares me dijo que Prieto (ausente de nuestra reunión) se había puesto furioso al saber que no se guillotinaba esta tarde el artículo 32, y que, juntando su enojo con el de Largo, habían convocado en el acto una reunión de la Junta Directiva del Partido Socialista.

En la votación, solo tuvimos un voto en pro de mayoría, y contando con dos que dijeron que *no* nos sobraron *tres* votos.

Al levantarnos del banco azul, me dijo Casares, refiriéndose a la reunión de los socialistas.

—Temo que le estalle a usted el Gobierno entre las manos.

—Bueno —repuse—, yo tengo razón y autoridad para hacer lo que hago. ¡Si ellos lo hunden todo, qué le voy a hacer!

Albornoz me dijo que, conocida la actitud de los socialistas, quizá fuese conveniente variar mi resolución.

—Me niego en redondo. Yo soy quien dirige; si no están conformes, lo siento mucho.

Después estuvimos en el despacho, hablando de cosas indiferentes. Al cabo de un rato largo vino Vidarte, diputado socialista, a decirnos que la reunión de los socialistas había terminado sin novedad. Luego llegó Fernando, y le interrogué:

—¡Qué! ¿Han resuelto ustedes algo?

—Pues continuar, aunque sintamos que esta tarde no se haya concluido la ley.

También entró Prieto. Pero no dijo una palabra.

La razón de todo esto es que los socialistas, por lo que ha hecho hoy don Niceto temen que de aquí al miércoles invente otra zancadilla para hacer zozobrar al Gobierno y que no se apruebe la ley.

Está anunciado un viaje de don Niceto a Priego para la semana que viene. Con este motivo, don Niceto me dijo que el Consejo que debe presidir el jueves, podía adelantarse al martes. En esta última reunión de la tarde con los ministros, se habló de ese Consejo.

—Difícil va a ser la situación, con todos los tacos dentro —dijo Fernando.

Entonces pensé yo si lo que han acordado los socialistas será esperar a que se apruebe la ley, y luego armarle un escándalo al Presidente.

A las ocho y media he venido al ministerio y me he puesto a escribir. Venía muy cansado, y con la más fuerte desilusión desde que estoy en el Gobierno. Hoy ha aparecido en la República el antiguo «borboneo». Don Niceto no está a la altura de su papel. ¿Qué hacer? ¿Echarlo? Consentir sus manejos no es posible; para eso, vale más que no haya República. Sujetarlo, sin promover una crisis presidencial, será difícil. Y se corre el gravísimo peligro de que venga un Gobierno que se deje manejar por el Presidente, que ya ha probado su afán de mangonear en muchas ocasiones. ¿Qué voy a hacer?

Esta noche han venido Saravia y Ramos. Saravia me cuenta que el coronel de Artillería, López Gómez, gerente del Consorcio de Industrias militares, anda convenciendo a otros artilleros para que frecuenten la casa de Lerroux y secunden su política. Con tal pretensión ha hablado al coronel del primero ligero, Martín González, quien se ha apresurado a contárselo a Saravia.

Don Niceto se empeña en que se nombre recaudador de contribuciones de Granada a un primo suyo, que también se llama Alcalá-Zamora.

También parece ser que defiende la compatibilidad de su íntimo amigo, el diputado Centeno, con el cargo de ministro del Tribunal de Cuentas. Por esto sin duda me ha dicho don Niceto que la ley de Incompatibilidades le parece mal.

16 de mayo

He aprovechado estos dos días (el Ayuntamiento de Madrid, más castizo que laico, hace fiesta del día de San Isidro) para salir al campo. También el sábado por la tarde estuve en Navacerrada. Ayer, en Riofrío, pasé la tarde, maravillosa, en el monte, entre sol y sombra. Hacía calor. Aún no han desalojado el palacio de los horrores de la salchichería regia. Después de anochecido, estuvimos en el Alto del León, un rato largo. El tiempo, hermosísimo. Gran silencio, paz. El domingo pasé la tarde en La Morcuera. Ya se acumulan las tertulias familiares en torno de la fuente, encienden hogueras, y cubren el suelo de papeles y latas de conservas.

El bueno de don Melquíades ha *echado* un discurso a sus parciales en el teatro de la Comedia. Don Melquíades no se asusta de presentarse aún ante él público rodeado de cuatro o cinco personas insignificantes, que le siguen desde hace veinte años. El discurso es nulo. No respira más que odios personales. Y echa de menos una República con arzobispos y obispos

senadores, como lo soñaba don Niceto. Eso lo dice don Melquíades, que hace tantos años militaba por el laicismo y se declaraba (sin saber a punto fijo lo que decía) «heterodoxo». Lo más lamentable para don Melquíades es su sumisión a Lerroux, a quien nunca ha podido ver. Cuando se formó el Partido Reformista, una de las razones que don Melquíades daba de su separación del Partido Republicano, era que, con Lerroux, Soriano y otros, no se podía estar por inmorales. Y ahora adula tristemente a Lerroux. El discurso ha sido acogido con rechifla y desprecio.

Prieto se ha creído en el caso de embestir contra Melquíades en un discurso que hizo anteayer en Oviedo. Lo maltrató. Y como tienen la mosca en la oreja por lo ocurrido con don Niceto, declaró que los socialistas no están dispuestos a salir del Gobierno, y que quien quiera echarlos de él «que lo haga cara a cara». Don Niceto ha entendido la indirecta.

Como Prieto se puso algo enfermo al final de su discurso, don Niceto le llamó por teléfono a Oviedo para interesarse por su salud, y entre bromas y veras le dijo que «solo a medias era amigo suyo». Prieto le contestó que él no es nada a medias y que o es franco amigo o franco enemigo. Parece que don Niceto le insinuó que deseaba hablar con él.

Esta tarde en las Cortes hemos tenido un número extraordinario. Hace días, la UGT publicó, con la firma de su presidente, Besteiro, una circular, invitando a sus organizaciones a que organizaran protestas contra la obstrucción. La circular salió en *El Socialista*, y nadie dijo nada. Pero hoy la ha reproducido *El Debate*, armando a las oposiciones contra el Presidente de las Cortes. Los obstruccionistas, por boca de Maura, han interpelado al Presidente, pretendiendo que sus funciones de tal no le permitían firmar documentos como el de la UGT.

Besteiro ha dejado el sillón presidencial y ha bajado a los escaños de los diputados para contestar. Cuando pasaba delante del banco azul, Largo le ha dicho, riendo: «Ya era hora».

Besteiro ha reconocido por suya la circular. Ha dicho que dentro de las Cortes era imparcial entre los partidos, pero que no había renunciado a ser socialista ni a militar al frente de la UGT. Si se estimaba que debía optar por una de las dos cosas, él optaba por su cargo en la UGT y que si algún grupo importante de la Cámara no tenía confianza en él, también dejaría inmediatamente de presidirla. Ha hablado bien Besteiro, y se ha emocionado, no sé por qué.

Los de la oposición iban, como siempre, sin plan trazado. Esperaban, o que Besteiro negase la autenticidad de su firma en la circular de la UGT, o

que la retirase o que pretendiera quitar importancia al hecho. Como no ha ocurrido ninguna de estas cosas, se han quedado sin saber qué hacer, y han pedido que se suspendiera la sesión «para reflexionar». Así van a los debates, sin prever siquiera por dónde puede salir el adversario.

Suspendida la sesión, han «reflexionado» y recogido velas. Una dimisión del Presidente de la Cámara les ha parecido tal vez demasiado. Martínez Barrio ha hablado después por todos, en muy otro tono que Maura. Todos tienen confianza en el Presidente, todos lo quieren, etcétera, y aquí no ha pasado nada. Después, Besteiro ha explicado algunas palabras de la circular, que eran, en efecto, equívocas.

Como en su discurso Besteiro ha hablado de la obstrucción y de la necesidad de ponerle fin, algunos han creído que el momento era propicio para llegar a una transacción. En realidad, el supuesto no carece de fundamento, pero sería menester que Besteiro estuviese más resuelto a ayudar al Gobierno y que fuese menos opuesto a la participación socialista, a la que no le agradaría poner punto final con el motivo de la obstrucción. Y además sería menester que no temiese tanto comprometerse y pusiera en juego su autoridad de Presidente imparcial. No espero que se produzca nada de esto.

Prieto me ha dicho que el Presidente de la República le ha dado a entender, por conducto de Emilio Herrero, su deseo de hablarle. Prieto quería saber mi opinión, y si yo le autorizaba para acudir a la entrevista. Le he dicho que vaya.

17 de mayo

Hoy se ha terminado la ley de Congregaciones. La mayoría estaba casi completa. Los 110 diputados socialistas estaban todos presentes. De Acción Republicana, solo ha faltado uno, que está enfermo desde hace meses. De los radicales-socialistas han faltado uno o dos. De los catalanes, tres o cuatro. En junto, han dejado de asistir, por motivos diversos, ocho o diez diputados de la mayoría. Hemos reunido para la guillotina del artículo 32, 240 votos. Las otras dos votaciones, la de aprobación del artículo, la votación definitiva de la ley, han sido muy copiosas. En la última han participado, en pro, los radicales, ¡después de haber obstruido el proyecto!

La ley se ha aprobado por 278 votos contra 50.

He tenido que bregar toda la tarde con Besteiro, que se negaba a hacer hoy la votación definitiva. Ha puesto muchos inconvenientes, y aun después de decirle Maura que no le importaba que se votase hoy, seguía resistiéndose.

Poco a poco, y a fuerza de terquedad, le he vencido. Todo ha salido perfectamente y se ha probado que tenía yo razón el viernes al proceder como procedí. Pero no se lo he echado en cara a nadie, ¿para qué?

Los radicales han *explicado* su voto favorable a la totalidad de la ley por boca de Salazar Alonso. He atisbado un nuevo síntoma de connivencia entre el Presidente de la República y las oposiciones; por lo menos con los radicales. Salazar Alonso ha dicho que votaban el proyecto porque su partido lo había aceptado; porque el dictamen de la Comisión se había modificado en parte, restituyendo el proyecto primitivo (acerca del cual, el propio Salazar recibió hace meses del Presidente la noticia confidencial de que lo prefería al dictamen), *y porque yo había declarado en mi intervención de la otra tarde, que pediríamos a las Cortes los recursos y medios para cumplirlo*. Es decir, que los radicales conocen el valor pretendidamente restrictivo que en la intención del Presidente debía darse a aquella declaración del Gobierno. ¿Por quién la conocen? Porque los diputados no lo entendieron así, según pude comprobar yo mismo, y porque la declaración, si no se le da una interpretación sigilosa, es anodina e innecesaria. Solo pueden conocerlo por el Presidente.

De este asuntillo quiso probablemente sacar partido Alba, que pidió la palabra apenas terminada la votación. Mal intencionado, como siempre, pero inoportuno, también como siempre, no se dio cuenta de la situación. Los socialistas no querían oírle y entonces Alba tuvo la ocurrencia de llamarlos *genízaros*. El escándalo fue tremendo. Se precipitaron sobre él para pegarle. Saltaban de banco en banco, rodaban por el suelo. Algunos agrarios y radicales hacían valla delante de Alba, que permanecía en pie, lívido, cruzado de brazos. Le gritaban *¡ladrón!* y otros insultos consonantes. La exmujer de Alba, que no pierde sesión, coreaba desde la tribuna los insultos de la mayoría. Al Presidente le costó mucho trabajo restablecer la calma. Alba, impresionado por el suceso, desvió su discurso y no dijo lo que sin duda se proponía.

En el despacho de ministros nos ha contado Prieto su conversación con don Niceto, que duró tres horas. En resumen: don Niceto seguía creyendo en la maquinación para privarle del veto. Prieto se lo negó, y como don Niceto no se convencía, el ministro se puso muy serio: «Me está usted ofendiendo, señor Presidente, con dudar de mis palabras. Le juro a usted por mis hijos que no ha habido tal».

Se le ha quejado mucho de algunos ministros. Detesta a Fernando, y a Casares le dedica un odio de gitano. También la tiene ahora tomada con Giral,

que es incapaz de malicias. Se atribuye la aversión al primero, a que don Niceto cree que su hijo no fue diputado por Granada por culpa de Fernando. De Casares tiene muchas quejas, porque dice que no se entera de los asuntos de Gobernación más que por los periódicos. Está persuadido de que es verdad lo de los libelistas, que ya he apuntado. Es imposible discernir la causa de su aversión a Giral. Le ha dicho también a Prieto que, cuando se formó este Gobierno, Carner y Zulueta le eran muy hostiles, pero que han cambiado mucho «porque se han convencido de que el Presidente de la República es una persona decente».

Estas pequeñeces preocupan a don Niceto, y pueden influir en el rumbo de la política. En el Palacio real deben de quedar gérmenes perniciosos para sus moradores.

También le preguntó a Prieto, con cierto anhelo (esto fue anoche), si creía que la ley iba a aprobarse. Prieto le contestó que eso no ofrecía la menor duda. Trataron mucho de si su amistad es firme o no, de lealtades y aprecios, etcétera, etcétera.

Refiriéndose a la reunión próxima del Consejo, que ya será posterior a la votación de la ley, el Presidente dijo: «Veremos, veremos…». Prieto tiene la impresión de que el Presidente quiere acabar con el Gobierno.

El Consejo, que debía haberse adelantado a causa del viaje del Presidente, ya no se celebrará hasta después de su regreso. No he vuelto a hablarle de ello, ni él a mí tampoco. Ha anunciado su marcha para mañana, con carácter puramente particular, y quiere que no vaya nadie a la estación. Como le da por hacerse el menospreciado y el humilde, ha pretendido dar excusas a Prieto por haber pedido para su viaje el *break* de Obras Públicas.

Esta tarde he hablado también con Besteiro sobre los términos en que podría darse por concluida la obstrucción. Maura le ha visitado para proponerle «una fórmula», mejor dicho, para que de su parte se la proponga al Gobierno. Pretende Maura que la situación se arregle así: discutir en una sesión, incluso declarándola permanente, la ley de Garantías, y que, una vez aprobada, el Gobierno se declare en crisis. Le digo a Besteiro que eso no puede ser, y que no admito conversación sobre el supuesto de que el Gobierno haya de señalarse plazo. Que cualquiera que sea el curso de los acontecimientos, y si las oposiciones se avienen por fin a deponer las armas, él me será testigo de que ni un solo momento he admitido tratos que dejen entender una promesa, ni siquiera sobreentendida, de plantear la crisis cuando se acabe la obstrucción o cuando se aprueben tales o cuales leyes. Añado que lo mejor para las oposiciones es aceptar la tregua que yo les propuse, que es el

modo más airoso para ellas de salir del atranco, y quizá fuera útil que el propio Besteiro, como Presidente, les invitara a aceptarlas.

He estado después hablando largamente con los ministros. Todos estaban muy contentos por la aprobación de la ley. Desde allí, siendo cerca de las diez de la noche, he ido a casa del Presidente, a despedirle, y con un poco de firma. Hemos hablado poco. Ha ido firmando todo lo que le llevaba, sin preguntarme nada, y cuando hubimos acabado, le dije: «¡Ah!, también se ha votado el último artículo de la ley de Congregaciones y se ha aprobado el proyecto definitivamente». Claro está que ya lo sabía, y la *bronca* de Alba. Yo le he dicho:

—¿Usted cree que Alba tiene verdaderamente talento?

—¡Hombre!… El ambiente le es tan hostil…

Ya de pie, le pregunto:

—¿Se va usted mañana? ¿A qué hora?

—No sé…, no sé… —masculló—, es un viaje particular…

(¿No sabía, por lo visto, la hora de salida del tren?).

—Pues que lleve muy buen viaje, y que le siente bien el descanso a su señora.

Desde su casa he venido al ministerio, a cenar.

18 de mayo

Salgo tarde al despacho. Empleo la mañana en contestar cartas y ordenar papeles. Estoy muy cansado.

Por la tarde, en las Cortes, hablo con Besteiro. Muy suavemente y como si no conociese mi opinión, Besteiro me desliza una propuesta: que si se llega a concertar un número de leyes, «él, desde la presidencia, hará una exhortación a las oposiciones para que cesen en la obstrucción, añadiendo que, después de votadas aquellas leyes, el Gobierno daría ocasión a que se supiera si contaba con la confianza del Presidente de la República». Opongo un *no* terminante, y es esta una de aquellas ocasiones en que me quedo corto, porque debí llamar al orden a Besteiro. «Pues entonces no hay arreglo», me dijo.

—Qué voy a hacerle yo —respondí.

Le repetí una vez más todas las razones que tengo para proceder así.

—En su caso de usted —dijo Besteiro— probablemente yo haría lo mismo.

¿Entonces?

Cuando les he contado a los ministros mi conversación con Besteiro, y el papel que se atribuía, se han enojado mucho, particularmente los socialistas. «Se cree un virrey», ha dicho Largo.

A primera hora de la tarde, Fernando se ha encontrado con Martínez Barrio en los pasillos. Como Fernando no puede prescindir de untarlo todo de vaselina, ha felicitado a Martínez Barrio por las buenas palabras que dijo al Partido Socialista el día del incidente con Besteiro. «Lástima que, a las pocas horas, Lerroux dijese que el partido es una cloaca».

—Sí; qué le hemos de hacer —respondió Martínez Barrio.

Martínez Barrio le ha dicho también que le parece mal la obstrucción, y que la negociación intentada a través de Besteiro se ha desfigurado por el temperamento de alguna persona (Maura). Ellos no eran partidarios de que se conminase al Gobierno a fijar una fecha para la crisis; pero Maura se empeñó en ser él quien llevase la gestión con Besteiro, y lo ha echado todo a perder.

También esta tarde Lerroux les ha dicho a los periodistas que él, en el caso del Gobierno, no aceptaría condiciones de esa especie. ¿Pues para qué las propone, o deja que las propongan en su nombre? Lerroux hace un juego desleal, que pretende ser taimado, y se cae de puro tonto.

Es opinión general que la obstrucción, después de las votaciones de ayer, está vencida y virtualmente destruida. Yo no lo veo tan claro, porque la lógica y el buen sentido faltan. Las mismas razones que para cesar en ella, había para no plantear la obstrucción, y el amor propio, el temor al ridículo los retienen. Además del terco fanatismo de Maura. Seguirá: son las malas pasiones de la política; pero no todo es mala pasión, sino falta de talento para guiarse. No se ha visto brutalidad mayor que la de estas gentes. Con decir *no*, se ahorran más prolijas cavilaciones.

Algunos partidos, como eso que llaman el Federal, retroceden, porque sus organizaciones de provincias protestan contra la obstrucción. Y los diputados federales andan yendo y viniendo para buscarse una salida decorosa.

19 de mayo

Consejo de ministros. Hablamos de la situación de Baleares, y leo los informes del general Franco y del gobernador Ciges Aparicio. Tratamos del armamento, del espionaje, etcétera. Quedo en tomar algunas disposiciones, y si pudiera vagar, haría yo el viaje a Mallorca y Menorca que tengo proyectado hace meses.

También se ha aprobado el decreto sobre la autonomía de la Universidad de Barcelona.

Domingo ha llevado unos nombramientos de directores generales para su ministerio. Como Domingo quiere (o le imponen) rodearse solo de radicales-socialistas, no encuentra gente, y propone nombres absurdos.

He interrumpido el Consejo para recibir al ministro de Checoslovaquia, que es un señor muy pesado.

En las Cortes, tranquila soledad. He llegado a primera hora. En el salón éramos veinte. Ambiente de verano. En el banco frontero al mío, se ha sentado Romanones, que me miraba fijamente con su ojo rotatorio. Ha ido para sumar su voto a los que se opusieron a la ley de Congregaciones. Luego ha salido al pasillo y le ha dicho a Maura unas cuantas verdades sobre el disparatado sistema de la obstrucción.

Ha habido interpelación sobre los sucesos de La Solana. El turbio Pérez Madrigal ha dicho muchas burradas. Este tipo, sospechoso, es un epileptoide. Le ha contestado un socialista, más listo y hábil, que no se ha privado de barbarizar.

Mientras estaban en tales cosas, Zulueta, que se sienta a mi lado, me ha hablado de asuntos de su ministerio. Le he preguntado cuándo admite la dimisión a Rocha, que la presentó hace dos meses. «Pues en seguida, en seguida…». «¿Y los demás cargos?». «Portugal y Holanda pueden proveerse ahora; pero lo difícil es encontrar un hombre para Berlín. ¿Usted lo ve?».

—No veo ninguno —le respondo—. ¿No iba usted a enviar a Holanda al subsecretario?

—Sí. Pero ya no quiere dejar el puesto.

—Yo tenía entendido lo contrario, y hasta me dijo usted que le diese nombres para ese cargo. Por cierto que tuvo usted la ocurrencia de consultar con Besteiro, cosa a que no estoy habituado. No hay que consultar tanto los propósitos.

—Pues ahora quiere seguir aquí. De modo que podemos nombrar a otro para Holanda. Yo no sé los planes que usted tiene —prosigue Zulueta—; usted dispone de mí en absoluto; me dice que me vaya, y me voy, me dice que me quede y me quedo —repite estas cosas de varias maneras y con un calor y una pegajosería que me molestan—; si me marcho, me voy contento, y siempre le estaré a usted agradecido por haberme traído a este puesto, en el que creo que no he perdido con estar. Pero yo quisiera que usted me dijese lo que piensa hacer, porque en el ministerio hay varias cuestiones, sobre todo de

personal, en las que no quiero meterme a fondo, si no he de continuar en el cargo.

—Yo no tengo nada pensado, Zulueta. Todo depende de lo que ocurra aquí. Si esto se destapona y podemos seguir desembarazadamente, pensaría en reorganizar el ministerio, y ya veríamos. Pero eso es una cosa para resolver en su día.

—Usted habrá visto que algunos periódicos dicen que voy a ir de embajador a Berlín. Supongo que usted me creerá si le digo que soy completamente ajeno a esas indicaciones.

—¡Ah! Claro que lo creo —repuse yo, con toda ingenuidad—, porque no se me había pasado por la imaginación que pretendiera ese puesto. Ya sé que la ambición de usted es otra.

—¡Cuál!

—La embajada en el Vaticano.

—En efecto, es mi mayor ilusión.

—Pues mire usted, no es imposible. Votada la ley de Congregaciones, sin que hayamos roto con Roma, no es un despropósito nombrar allí un embajador.

—¿Y usted cree que me aceptarían?

—¿Por qué no? Desde que es usted ministro de Estado, ya habrán visto que no se come usted los curas crudos; el Nuncio le conoce a usted…

—Sí, el Nuncio no se oponía. Es el Papa, personalmente, quien se opone. Le enviaron artículos míos…

—¡Bah! —le digo, molesto por la conversación—. Ya se vería. Los tiempos han variado.

Entonces, cualquier otro que no fuese Zulueta, me habría dicho, llanamente: «Pues yo desearía y le agradecería a usted que me reservasen la embajada en Berlín». Pero, no. Zulueta me deslizó en los oídos unas palabras aéreas, sutiles, casi inaudibles, que por su ligereza y tenuidad no recuerdo en sus propios términos. Fue como un hálito, un susurro, un suspiro. Al final, yo estaba notificado de que Zulueta quiere ser embajador en Berlín, y que se dilate la provisión del cargo, hasta saber si continúa o no de ministro. Mientras hablábamos, yo miraba el techo. Oída la pretensión, sentí una manera de pavor por semejante manera de envidar, y un retozo de risa, difícilmente contenible. Todo aquello me pareció sumamente divertido, y el descubrírseme así un carácter uno de los placeres más vivos que mi posición me brinda. «Bueno —dije entre mí—, esto ya vale la pena». Por lo demás,

Zulueta puede ser muy bien embajador en Berlín y aun en el Catay o en Transjordania.

Galarcita, este hombre inquieto por explorar el camino que conduce al ministerio, ha planeado un método para acabar con la obstrucción. Se ha reunido con el comité de la FIRPE y ha propuesto que se haga un manifiesto de los grupos gubernamentales, fijando el programa parlamentario que se proponga desarrollar el Gobierno (para lo cual *nos consultaron*) e invitando a los demás grupos republicanos a que colaboren en él, incluso desde el Gobierno. Dice que enviará una carta, para que yo dé cuenta de su plan al Gobierno. Le contesto que bueno, que me mande la carta.

He dejado el salón de sesiones para recibir a varios comisionados de provincias. Después, me escapo de las Cortes y voy al concierto de la Filarmónica en Price. Mucho calor. Poca gente. Las ventanas abiertas. Llegan a reforzar la orquesta los bocinazos de los autos y los gritos de los vendedores. Ya no se puede ir.

He regresado, antes de acabarse el concierto, al Congreso, porque se discutía un voto de censura contra Domingo. Cuando llego, ya se había levantado la sesión, y retirado el voto de censura. Domingo aún estaba emocionado por la alarma pasada.

Entonces, he venido al ministerio. Aquí me esperaban el subsecretario de la presidencia y el director de Colonias. Hemos estudiado y resuelto asuntos importantes de los territorios del Sahara, y he visto y aprobado los planes para organizar unas fuerzas militares en la colonia. También hemos redactado la nota de respuesta a una reclamación de Francia.

Luego recibo a Bolívar, y tratamos de asuntos del Patrimonio. Por teléfono he hablado con don Niceto, que me contesta a voces desde Priego.

A las diez y media he terminado mis trabajos. Ceno, y me voy al Escorial con Lola y Cipriano. Estamos en el Paseo de los Pinos, sentados frente a la Casita de Arriba. Oscuridad profunda. El cielo hirviente de estrellas. Silencio eterno, soledad. Me habría quedado allí hasta el alba.

20 de mayo

Despacho con el subsecretario, después con Masquelet. Hablamos mucho de los asuntos de Baleares.

Viene, llamado por mí, el director de Administración, y planeamos el proyecto de Reforma Electoral. Después, Valeriano Casanueva, para los asuntos de la Telefónica. Y más tarde, Viguri, con los de Puertollano.

Giral me llama por teléfono. Ayer, en un banquete, Lerroux ha pronunciado un discurso bárbaro y desatinado, lleno de insolencias mal encubiertas contra Ramos, Guzmán y otras personas. Estaba presente el contraalmirante Guitián, con otros treinta marinos. Giral me consulta si los arresta o no. «Arréstelos usted ahora mismo, porque no está permitido que los militares asistan en actos políticos».

Saravia me cuenta que el coronel del primero ligero, que fue a casa de Lerroux llevado por otro coronel, le ha referido la visita. Solo quiere establecer lazos de amistad y simpatía; por encargo de Saravia, el coronel preguntó a Lerroux qué les pedía, y se le contestó que nada. «¿Qué sabe usted de Sanjurjo?», preguntó Lerroux al del primero ligero, que fue ayudante del exgeneral. «Yo, nada».

Me he estado trabajando toda la tarde en mi despacho. A las siete y media he salido con Cipriano hasta Villalba. Nos hemos sentado en un restaurante de la carretera. Soplaba un viento tempestuoso, húmedo y fresco. Por la noche no he salido. Ha venido gente.

22 de mayo

Ayer domingo, por la tarde, fuimos a La Quinta. Amenazaba una tempestad muy fuerte. Comenzó a tronar y lloviznar. Los jardines estaban deliciosos, floridos; muchos pájaros. Tomamos la vuelta, y al llegar al Puente de San Fernando llovía mucho. Entonces decidí ir a Alcalá a ver a mi hermana, que ha tenido la ocurrencia de ir a pasar allí unos días. En el camino de Alcalá descargó una tormenta furiosa; llovía a mares. Estuvimos en la casa de la calle de la Imagen, que está desbaratada e inhabitable. Tristeza. Al regreso, pasando por la Calle Mayor, vi la gente que volvía de San Justo. Ayer era allí la fiesta de las Santas Formas, que antes tenía mucho esplendor, eclesiástico-militar. He comprobado una vez más que vuelvo siempre de Alcalá con los humores revueltos, sobre todo si me asomo a la casa triste.

Hoy lunes he trabajado mucho y con fruto. Por la mañana he puesto al corriente todos los asuntos del ministerio. Intermedio bobo: almuerzo en la legación de Polonia. Después me he encerrado en el despacho. Viene Ramos, con muchos papeles de la presidencia. Luego Demófilo de Buen, con los asuntos del Patronato de Bienes de los Jesuitas. Y el subsecretario de Hacienda, que me vuelca un cartapacio enorme de aquel ministerio, y luego extrae un lista pavorosa de cuestiones pendientes. Todo ha quedado hecho y finiquitado. Este trabajo no me cansa, ni me enoja. Lo hago con gusto.

También he hablado largamente con unos comisionados de Bilbao, que me cuentan la situación de Vizcaya, asolada por el nacionalismo separatista. Estos comisionados, republicanos y socialistas, se quejan de Casares, porque, a su juicio, no los protege bastante. Y me dicen horrores de Calviño, que fue gobernador general de las provincias vascas.

24 de mayo

Barcia, presidente del Consejo Superior Bancario, me visitó el otro día para hablarme de la Conferencia Económica de Londres, y después de tratar diversas cuestiones, me encareció mucho la necesidad de que entre los delegados españoles se contasen personas muy enteradas de la situación e intereses de la Banca. No pronunció ningún nombre. Yo sospeché que Barcia deseaba ser delegado, y que no se atrevía a decírmelo claramente. Pero en una de mis últimas conversaciones con don Niceto, me dijo que Barcia le había visitado, para hablarle de lo mismo, y le había indicado que el presidente de la Delegación Española podría ser don Pablo Garnica, exministro de Alfonso XIII y gran potencia financiera. Añadía Barcia que habiéndose portado bien con la República el señor Garnica y sus bancos, ese nombramiento acabaría de incorporarlo al régimen.

Le dije al Presidente que no haría yo tal nombramiento, porque sería escandaloso que la primera gran comisión para una conferencia de esa importancia, que designa la República, fuese a estar presidida por un exministro de la monarquía. El Gobierno ha pensado y resuelto nombrar al gobernador del Banco de España, como jefe del establecimiento de crédito oficial, en representación de la banca española.

Lo que no le dije al Presidente, porque no era culpa suya, pero sí he de decirle a Barcia, es hasta qué extremo me parece incorrecto e inadmisible que él se vaya con esos cuentos al Presidente de la República, para que el Presidente hable de ello al Gobierno. Pensaría Barcia que con eso iba a hacerme más fuerza que si me lo hubiera propuesto directamente.

¡Buen chasco! Esos procedimientos se destierran de nuestras costumbres políticas con dificultad. Todos, en sus relaciones con el Gobierno, propenden a rodearlo acudiendo «a Palacio»; herencia monárquica, que no encuentra demasiada repulsa en el Presidente actual.

Valor cívico. Ossorio y Gallardo ha enviado a Guzmán un artículo para que lo publique en *El Sol*, sin firma, como editorial. El artículo es

tendencioso; aprovechándose de que las órdenes religiosas se han dirigido (¡cómo no!) al Presidente de la República para que no apruebe la ley de Congregaciones, Ossorio dice que no debe perderse la ocasión de entablar diálogo con esos señores y de procurar que la ley se aplique con toda suavidad; claro que le parece mal la apelación de las órdenes al Presidente y afirma además que la ley no es de persecución y que debe ser acatada y respetada por todos.

Traía además el artículo una alusión, sumamente indiscreta, a las intervenciones del Presidente en la redacción de la ley.

Guzmán me ha dicho que no ha querido publicar, sin firma, el artículo de Ossorio, porque como la gente cree que todo lo que dice *El Sol* es inspiración mía, me achacarían los mismos propósitos del artículo, y las alusiones al Presidente podrían originar una situación enojosa.

—Ha hecho usted bien —le digo a Guzmán—, pero ¿por qué no se publica el artículo con la firma de su autor, como hace *Ahora*?

—Eso le he propuesto a Ossorio —responde Guzmán—, y Ossorio me ha dicho que el artículo contiene afirmaciones de un laicismo *¡que él no puede firmar!*

Estos son los recios varones, pienso yo. No puede firmar ciertas afirmaciones, pero puede deslizarlas en un periódico afecto al Gobierno, y, al amparo de ellas, tratar de que pasen otras sumamente comprometedoras.

Ayer, en las Cortes, el radical Rey Mora, que es un tipo matonesco, interpeló a Giral por el arresto de Guitián. Pocas veces se ha puesto tan a las claras el odio personal y la brutalidad de ese sujeto. A falta de argumentos, de habilidad, se gozó en denostar a Giral, llamándole *anodino* y gris, y afirmando que antes de venir la República adulaba a Lerroux, en tanto que ahora persigue a sus amigos. Giral tiene pocos medios de discusión, y no ha aplastado, cómo era menester, la insolencia de Rey Mora. Giral estaba luego muy contrariado, como buen padre de familia que es.

Poco antes de acabarse la sesión del Congreso, y cuando me lo consintieron diversas comisiones que recibí, vine al ministerio con Casares, que acababa de desembarcar del avión, procedente de Sevilla. En el ministerio tenía yo citado al alto comisario. Hablamos largamente de la situación de la Zona. Moles es hombre hábil y silencioso, y hasta ahora se desenvuelve bien. Ha puesto un poco de orden en la administración y ha restablecido las buenas relaciones del jalifa con la Alta Comisaría, perturbadas por la aspereza de don Luciano López Ferrer, que, como hombre débil, tenía explosiones de

autoritarismo que iban a recaer sobre quien menos temor le causaba, o sea, el jalifa.

Me informó Moles de la situación del ejército, que no es tan desagradable como la pintan otros informes. Del general dice que su único deseo es conservar el puesto, para mantener los veintidós hijos y yernos que tiene a su cargo. Resolvemos lo del crédito agrícola en la Zona que, durante el mando de López Ferrer, no fue posible poner en marcha.

Anoche, recepción en la embajada de Inglaterra. Mucha gente, con fuerte dosis de Institución Libre («¡la cosa inglesa!»): Palomares, Jiménez, etcétera.

Averigüé que Marañón y el embajador de Alemania no se saludan. La Bibesco me pidió que autorizase a don Dámaso Berenguer para salir con ella de paseo. Contesté que no depende de mí.

—*Vous êtes ministre de la Guerre…!*

Traté de hacerle comprender que el general no está a disposición mía, sino del Tribunal Supremo. La Bibesco me escribió hace días diciéndome que su marido va a ser relevado del cargo, porque está muy a mal con Titulesco (Titulesco debe ser hombre inteligente), y anoche caí en la cuenta de que no la he contestado.

Como Prieto pasó cerca de donde nosotros estábamos, le presenté a «Isabelita», que tenía ganas de conocerlo y no sé si de seducirlo.

La Bibesco se puso a hablarle en francés, y Prieto, por toda respuesta, le decía:

—Guapa… Guapa…

Nunca ha sido Prieto más galante.

Allí los dejé, librándome de un enojo.

Asistió el Presidente de la República. Dijo sus cosas raras.

Estando don Niceto con Prieto en el comedor, le oyó decir:

—Voy a ofrecer esto a la señora de Ramos.

—¡Ah! ¿Pero está aquí la señora de Ramos? —preguntó don Niceto.

—Aquí la tiene usted.

—Pero Ramos no está —insistió el Presidente.

—Sí, señor, también.

—Pues no le he visto, ni quiero. Ha pronunciado un discurso despellejándome.

Más tarde, cuando ya iba a retirarse, don Niceto preguntó otra vez por Prieto. Acudió don Inda.

—¿Le han comunicado a usted lo que he dicho para usted? —interrogó el Presidente.

—No, señor.

—Pues he dicho, para que se lo cuenten, que el primer turno de discusión que yo tenga en las Cortes pediré que sea con usted.

—¡Quién piensa en eso! Falta mucho tiempo —repuso Prieto.

—¡No, no, quién sabe! —repuso el otro—, el primer turno de discusión será con usted.

Prieto me buscó para contarme esas cosas. Creía que eso de la discusión anunciaba el propósito de renunciar a la presidencia.

—No haga usted caso —le contesté—. Lo dice por hacerse el interesante.

Respecto de lo de Ramos no supe, al pronto, qué pensar. No sé qué discurso sería ese.

Pero luego he relacionado esas palabras del Presidente con el ataque personal, poco encubierto, que Lerroux lanzó contra Ramos (llamándole entre otras cosas «ministril») en un discurso a los marinos. Si el Presidente está amoscado con Ramos, probablemente sin motivo, es cosa notable el celo del jefe de la oposición para salir haciendo armas contra el autor del agravio. Este celo sería más explicable si el agravio fuese conocido. Pero si todo él mundo lo ignora: ¿Cómo sabe Lerroux que don Niceto está resentido con mi subsecretario?

Vayamos atando cabos.

Hoy por la mañana he presidido la sesión inaugural de la Asamblea de la Orden de San Hermenegildo. Discurso pesado del general Casademunt, que preside el Consejo Director, con algunas torpes indiscreciones, aludiendo a los «ausentes». Contesto, y le suelto cuatro verdades, bastante desabridas. Están presentes algunos generales momias, que parecen la figuración del siglo pasado.

He recibido a Mello Barreto con los oficiales portugueses que vienen al concurso hípico. Este año no asistiré a ningún acto de esta clase, ni al banquete a que fui en 1931 y 1932. El general Kirkpatrick es la flor y nata de la caverna, y, aunque correcto externamente, no puede olvidar que tiene dos hijos, oficiales de Caballería, castigados por mí.

Es presidente de la Gran Peña, donde se conspiró para lo del 10 de agosto y le tuve cerrado su círculo unos cuantos meses. Kirkpatrick está en la reserva, y gracias a eso no ha tenido que sentir.

Ha venido Casares. Conflicto de Valladolid. Anunciado un mitin «agrario» los republicanos y socialistas, sin esperar la decisión del ministro, declararon que harían la huelga general el mismo día del mitin y lo estorbarían a toda costa, aunque fuese a tiros. Casares ha autorizado el mitin;

pero se le viene encima mañana un conflicto enorme, en el que puede haber víctimas, y en el que la fuerza pública, si no se desmoraliza, tendría que pegar a republicanos y socialistas. Yo le dije a Casares que lo mejor y más correcto era que se celebrase el mitin, protegido por la fuerza. Esa era la disposición de Casares. Tenía que mandar a Valladolid diez compañías de asalto. Se hicieron gestiones cerca de los partidos republicanos y de la UGT para que desistieran de su hostilidad; pero sin resultado.

Las noticias que tiene Casares son muy alarmantes en cuanto a lo que puede pasar mañana, por más que Casares cree que unos y otros tienen mucho miedo y que se alegrarían de que el mitin se suspendiera. Llamamos a Prieto, y después de mucha conversación se decide la suspensión del mitin. Casares está contrariadísimo, y me da a entender que no continúa de ministro, ya que los mismos partidos de Gobierno le crean estas dificultades en que su autoridad sale mal parada.

Tiene razón, sin duda. Pero ante la probabilidad de que mañana ocurra una desventura y de que maten o hieran a unas cuantas personas para asegurar que hable Gil Robles, no queda ahora otra medida que tomar, sino la suspensión del mitin. Los republicanos y los socialistas, furiosos por la campaña que hacen las derechas, no comprenderían que se procediera de otro modo. Lo que habrá de hacerse es impedir que los partidos se acostumbren a esa táctica, que a la larga, sobre no ser aceptable, les perjudica.

A las cinco he ido a firmar con el Presidente. Más de una hora despachando. No hemos hablado de casi nada. Me pregunta por el proyecto de Reforma Electoral, que le interesa mucho, y recomienda que se haga en un solo artículo. «Así pienso llevarlo —le respondo—, para que pueda votarse con más facilidad».

Voy a las Cortes. No entro en el salón de sesiones. Nueva conferencia con Moles.

Después he estado dos horas con Ruiz Funes, trabajando en el proyecto de dictamen de la ley de Vagos. A las nueve y media vengo al ministerio y ya no salgo. Me entretengo en hacer estos apuntes de la jornada, que ha sido de las más descansadas.

25 de mayo

Consejo en Palacio. El Presidente entró muy locuaz, sonriendo, con los saludos de siempre:

«Hola, gran Marcelino»; «¡don Fernando de mi alma!»; «qué hay, Presidente», etcétera, etcétera. Lo primero que hizo fue pedir la firma y despachó todos los decretos, que suele ser siempre el final del Consejo. Deduje que traía algo que tratar, de muchas palabras.

Extrajo un volante con notas y empezó, como de costumbre, a hablar de cada asunto al ministro correspondiente. Hablaba a chorro continuo, con muchas bromas, chuscadas y alusiones. Esta mala costumbre (de la que había prometido a Prieto corregirse) tenía hoy un matiz nuevo. Hasta ahora, las bromas del Presidente podían oírse como ocurrencias nacidas de la camaradería con nosotros, que hemos sido sus compañeros de Gobierno, camaradería a que él alude algunas veces y en la que expresa y nominalmente ha incluido «al señor Giral», aunque no formó parte de aquel Ministerio provisional, y aunque el hacerlo así no dejaba de ser de muy mal gusto y denotaba una familiaridad peligrosa, a la que nosotros no podíamos corresponder ni devolvérsela, todavía era disculpable o perdonable. Pero hoy ha puesto en sus palabras un tono sarcástico, y se veía una punta de soberbia, y un cierto rencor, encubierto por el desdén. Había en su tono una falsa modestia, que acentuaba, en vez de disimularlo, el convencimiento de su superioridad. Hombre, en fin, ensoberbecido, que se cree tratado con injusticia o con poco respeto por sus ministros.

A mí me ha recomendado, por ejemplo, que se detenga el embargo incoado contra el convento de las Trinitarias. En la última sesión de la Academia Española a que asistió, los académicos se interesaron por la detención del embargo, porque en las Trinitarias está enterrado Cervantes. Y al hablar de este asunto en la Academia, y examinar los procedimientos que deberían ponerse en juego, refiere el Presidente que alguien preguntó: «¿Quién de ustedes conoce al señor Vergara?» (es el subsecretario de Hacienda). «No podía yo decir —añade el Presidente— que yo no lo conozco».

Y otros dijeron: «¿Pero quién no conoce a Azaña?».

—Y yo —prosigue el Presidente—, salvando la ingenuidad de creer que hay quien conoce al Presidente del Consejo, dije que sí le conozco y que le daría esta nota.

Me dio la nota, en efecto, para que se la entregue a Vergara, «aunque el ministerio de Hacienda es el número dos en lo de no hacerle caso». Si Vergara no le complace «que el agente ejecutivo continúe acumulando pliegos en el expediente, y el propio Vergara amontonando fieltros hasta que hagan torre…» (alude a la costumbre de beber mucha cerveza que tiene

Vergara). Lo de que el ministerio de Hacienda no le hace caso se debe, entre otras cosas, a lo siguiente: un sujeto, natural de Priego, estuvo cerca de un año pretendiendo una plaza de consejero en la Campsa. El pretendiente es muy amigo de don Niceto, y alegaba como título de gloria, ya que no como mérito para ocupar el cargo, el haber nacido *una hora después que Niceto y en la casa contigua* a la de los Alcalá-Zamora. Don Niceto apoyaba con mucho calor las pretensiones de su paisano, y al cabo de varios meses logró aburrir y convencer a don Jaime, que lo nombró. Pero en el Consejo de la Campsa hay dos clases de consejeros: unos que pertenecen al comité directivo y otros que no pertenecen. Ahora, todos los esfuerzos del Presidente se dirigen a que su amigo entre en el comité, y aún no lo ha conseguido.

La otra cosa era el nombramiento de un primo suyo para recaudador de contribuciones de la provincia de Granada.

Prosiguiendo el Consejo, pasó el Presidente a recomendar a Largo y a Domingo un caso de aplicación de la ley de Términos Municipales a un pueblecito de Jaén, «en el que, por fortuna —dijo don Niceto—, no tengo ni un terrón, de modo que ni Wenceslao Carrillo ni Azorín (el diputado por Córdoba) podrán decir que debo un jornal ni que soy tramposo, etcétera» (recordaba con esto el rencor contra Carrillo, por unos supuestos ataques, de que le habían hecho víctima en febrero, con ocasión de un mitin en Priego).

Dio muchas enhorabuenas a Albornoz por la aprobación de la ley de Congregaciones, y por su conducta moderada durante la discusión. «El voto de las oposiciones —dijo el Presidente— refuerza la autoridad de la ley, que de otro modo no podría contar con la mayoría del país». En los elogios a Albornoz puso un calor inusitado, encaminándoles a hacer resaltar el sentido gubernamental del ministro. «Seguramente que Álvaro teme más a un plebiscito que a un veto mío».

Pasó a hablar del orden público, y dijo que en esta materia no puede atacarse al Gobierno. La gente adinerada no quiere reconocerlo así, con raras excepciones, como don Juan Tomás Gandarias, que estima que el Gobierno ha hecho cuanto podía y debía. El tiempo hará justicia. Felicita a Casares, y le dice que su disgusto al suspender el *meeting* de Valladolid es un acierto más. «Estas alabanzas le dejarán a usted pasmado…», dice.

—No creo que Casares sea un pasmado —interrumpo yo riendo.

Revolviendo en el tema de los elogios inesperados a Casares, se las arregló para decir que «como dicen las *Partidas*, hay que separar a los padres de los hijos, porque María Victoria, la hija de Santiago, es una *pasión* del Presidente».

Repitió el balance de la participación socialista, con el extraño criterio de las cuencas geográficas, que ya me hizo días pasados. Hizo una alusión a la promesa de no gastar bromas a los ministros «y de estar más serio que en misa, y por si esto no lo comprende Prieto, más serio que el mismo Prieto en Cartagena».

(En la conversación que tuvo con Prieto hace días, y de la que creo haber dejado nota más arriba, el Presidente se le quejó de la poca amistad que le mostraban algunos ministros; a lo cual Prieto repuso que quizás el Presidente no se daba cuenta de que sus bromas y chuscadas podían alguna vez sentar mal a los interesados. El Presidente prometió entonces no hacerlo más y estar muy serio. Pero no lo cumple).

Expuse yo después la situación parlamentaria, y cómo todo indica que va decayendo la obstrucción. Cuando Botella Asensi, empujado por la gente de su partido, se separó del grupo obstruccionista, un periódico dijo que «Botella se había encontrado a sí mismo».

Comentando esta frase, el Presidente nos ha dicho: «Pues si se ha encontrado solo y a medianoche, buen susto se habrá llevado».

Dijo el Presidente que convenía restablecer las buenas relaciones con las oposiciones. Ponderó la importancia de las leyes de Orden Público y de la ley Electoral, «verdadera ley de Defensa de la República».

Le di cuenta, y al Consejo, de las últimas informaciones recibidas de Baleares y de las de Marruecos. Le expliqué las medidas que el Gobierno piensa adoptar en uno y otro sitio, y el asunto de la futura sustitución del obispo de Gallípoli, franciscano español que actualmente tiene la jurisdicción eclesiástica de Marruecos, y para cuyo reemplazo trabajan ya los italianos.

Pasado todo esto, el Presidente dijo: «Ahora vamos a un incidente amargo, que desde hace una semana me ha hecho pasar los peores ratos».

El Presidente puso ante sí unos recortes de periódicos, y con ellos en la mano, nos dirigió una larga exposición de agravios, llegando en algunos momentos a acongojarse hasta el punto de no poder hablar. Se le formaron dos puntos de espuma en la comisura de los labios. No leyó los recortes de periódicos, ni los dio a leer. Se limitó a glosarlos.

Comenzó diciendo que a él no le importa verse atacado ni censurado. Por ejemplo, sabe que Maura le desuella vivo, pero se queda muy tranquilo pensando que también en la otra banda el camarada Cordero se atusa los bigotes contra él. No le importa, pues, porque quien le ataca, ataca a un hombre que no puede defenderse *ni tiene quién lo defienda*; porque es responsable como Presidente, y por tanto, discutible. Pero lo que no hará, por

mucho que le digan, es dimitir. No puede dimitirse la presidencia de la República, como dimitió la del Gobierno; la presidencia de la República tiene un plazo legal de duración y es inamovible, salvo los casos de destitución. Se somete a la destitución por las Cortes, y a la acusación; pero no dimitirá. Esto lo acentuó mucho, con lo que las enigmáticas frases que le dijo a Prieto en la embajada inglesa no pasan de ser una coquetería, como yo sospeché.

—Lo que no esperaba —siguió diciendo el Presidente— era un ataque procedente de ciertas personas y en ciertas posiciones. «El señor Ramos, subsecretario de la presidencia del Consejo, ha pronunciado un discurso en Murcia en que no me deja un hueso sano». (Recordando sus palabras de la embajada acerca de Ramos, no me fue difícil adivinar contra quién iba, en cuanto habló de agravios y de ataques; pero al mentar el discurso de Murcia, me maravillé, porque nadie había parado la atención en él).

La primera noticia que tuvo del discurso «del subsecretario de la presidencia» fue una información de *La Voz*. Lo que allí se decía era sencillamente «escandaloso». Se conoce que intervino «alguien más frío, más sereno» y los periódicos de la mañana dieron una referencia atenuada. Se ha procurado un periódico de Murcia, con el discurso íntegro, y lo ha recibido hoy.

Se dedica a glosar el texto del discurso (sin leérnoslo), y va refutando los dislates que, a su juicio, hay en el discurso.

Afirma que Ramos ha dicho que el Presidente de la República es parte del Gobierno. Sobre este supuesto, el Presidente edifica una brillante refutación, con mucha doctrina constitucional, para probar que él no es parte del Ministerio.

Atribuye después a Ramos la afirmación de que hay dos Repúblicas: una, hasta el 14 de octubre de 1931; otra, desde ese día hasta hoy; es decir, antes y después de la dimisión de don Niceto. Esta afirmación le exaspera de un modo especial, porque la relaciona con la cuestión religiosa, etcétera. Y me dice: «Para alabarlo a usted no hay necesidad de atacarme a mí». Con este motivo reaparece el encono que guarda contra mí el Presidente desde aquella crisis, en la que se creyó víctima de una conjura.

Después nos dice que Ramos, en el discurso, condena la política de camarillas, de conjuras, de «zancadillas en la sombra», etcétera, como si el Presidente hiciera una política de ese jaez. Para «justificarse» enumera las veces que ha reiterado su confianza al Presidente del Consejo, desde el mismo día que los radicales se negaron a formar parte de mi Gobierno. Asegura que

él no habla con nadie, ni tiene tertulia, y que hasta se priva de jugar al tresillo, para que no parezca que tiene favoritos; se entretiene en hacer solitarios.

(Eso de que no habla con nadie, dicho a los pocos días de haber armado aquel escándalo de la *urgencia* de la ley de Congregaciones, es una provocación, o un síntoma de enfermedad).

También achaca a Ramos el dicho de que la obstrucción comenzó en octubre de 1931 y de que él, don Niceto, practicó la obstrucción. No obstante ser eso disparatado, se entretiene en refutarlo, y como tiene buena memoria, nos recuerda cada uno de los pasos que dio en las Cortes y cada uno de los discursos que pronunció después de dimitir, y, ¡claro!, no había en ello nada de obstrucción. Se alaba de haber dimitido entonces, y cree que con su dimisión prestó un gran servicio a la República. «El político y el actor —dice — necesitan saber caer y yo caí bien».

De esta manera estuvo hablando una hora, acumulando cargos contra Ramos, por todos esos ataques, y otros más, que hallaba en el discurso, y acompañándolos de prolijas demostraciones y explicaciones «para defenderse». Tenía un acento lastimero de víctima indefensa, respiraba soberbia y despecho, y un rencor personal increíble, furioso.

Mientras hablaba, dominando yo mi impaciencia, observé las caras de algunos ministros. Prieto, sumido en su grasa, entornados los ojos miopes, no dejaba traslucir nada; Largo tenía un semblante glacial y severo; Fernando y Domingo apuntaban leves sonrisas cuando cruzaban su mirada con la mía, de triste deleite ante aquel espectáculo.

Cuando el Presidente, ya casi sin fuerza para dominar su emoción, dejó de hablar, comencé yo. Le di a conocer ante todo mi sorpresa. De todo el asunto, solo conocía el hecho de que Ramos, hace dos domingos, fue a Murcia a hablar en un Círculo de Acción Republicana. Un sábado por la noche vino a decirme que se marchaba a Murcia, invitado por Ruiz Funes. El lunes o el martes siguiente, le pregunté: «¿Qué tal lo de Murcia?». «Muy bien. Mucha gente, muchos aplausos». Y eso es cuanto supe. Ni he leído el discurso, ni los extractos de *La Voz* ni de otros periódicos, ni puedo saber ni creo que alguien haya intervenido en *suavizar* las referencias para la prensa de la mañana. «Lo que más me sorprende es que si usted, señor Presidente, cree tener un motivo de queja contra el subsecretario desde el lunes de la semana pasada, no me haya usted dicho ni preguntado nada hasta hoy, jueves, en pleno Consejo, diez días después».

—No iba a hablarle a usted de ello por teléfono desde Priego.

—Perdone usted: antes y después del viaje a Priego nos hemos visto tres o cuatro veces.

—Hasta hoy mismo no he recibido el periódico de Murcia con el texto completo. Lo he traído a Consejo porque tenía que defenderme y sincerarme.

—¿Defenderse de qué? No le hemos atacado, y en cuanto a lo que haya dicho Ramos, vale la pena de examinarlo.

(A pesar de esto, no me dio a leer el discurso. Me dio mala espina esta reserva).

Continué diciéndole que siempre he apartado al Presidente y he rogado a los demás que lo aparten de las contiendas de partido; no hemos sido nosotros los que han invocado la intervención del Presidente para resolver conflictos entre dos bandos. No creo que Ramos haya podido decir que el Presidente de la República «forma parte del Gobierno»; las explicaciones que yo he dado sobre lo que es el poder presidencial, tienden a fijar la doctrina de la Constitución, y a excluir del vocabulario político la dudosa expresión de «poder moderador», que no sirve para nada; pero las atribuciones del Presidente son lo que la Constitución quiere que sean, y nadie ha pretendido que deban ser de otro modo. «Como no conozco el texto, no puedo desvanecer los reproches del señor Presidente, pero hay uno en que ya desde ahora afirmo que se basa en un error de hecho: usted imputa a Ramos que habla de una obstrucción comenzada en octubre de 1931, cuando usted salió del Gobierno, y se ha demorado usted en demostrarnos que usted no hizo obstrucción. Permítame usted que le diga que esa interpretación de las palabras de Ramos es inadmisible. Él habla de la obstrucción que hay ahora, y seguramente afirma, como hemos afirmado otros, que esa obstrucción no ha empezado en febrero, sino que empezó al discutirse el Presupuesto, este otoño pasado, y nadie ignora que en la discusión del Presupuesto de Estado se emplearon quince días inútilmente. A esto se refiere Ramos, sin duda, y no a otra obstrucción anterior, pues no la ha habido, a no ser la que hizo Royo Villanova al Estatuto. Me basta hallar un error de hecho tan notable en las apreciaciones de usted, para que me sea lícito dudar de la solidez de las restantes».

—No querrá usted que yo me ponga a discutir con Ramos —dijo el Presidente.

—Me guardo muy bien de cometer la impertinencia de ponerlo a usted a discutir con Ramos, ni siquiera con los ministros. Pero Ramos tiene derecho a que se le oiga y se le haga justicia. Además de mi amigo personal, Ramos es mi colaborador. La queja de usted solo tendría fundamento, si se dirige a mí,

en el caso de que usted creyera que yo he aconsejado ese discurso de Ramos, o que lo he aprobado, dado que contenga tales ataques.

—No, Presidente; no lo creo. Pero hay desaciertos en política.

—Falta que el Gobierno examine el discurso, y resuelva.

—En circunstancias difíciles no quiero suscitar dificultades al Gobierno —repuso don Niceto.

—Eso no, señor Presidente. Por difíciles que sean las circunstancias, el Gobierno deja de existir ahora mismo.

—No hablemos más del asunto. Ustedes habrán adivinado la gran amargura que me ha producido tratar esta cuestión; tanta, que a veces creí no poder seguir hablando. No quieran ustedes que además saboree el amargor. Es una cuestión de gobierno. Ustedes resolverán lo que quieran. Pero lo hecho por Ramos es intolerable.

La conversación acabó poco después con algunas palabras no más lisonjeras y se levantó el Consejo. Se fue del salón, con azoramiento y encono. Al andar, una pierna (otras veces le ocurre) se le desviaba un poco, como si cojease.

Ido el Presidente, los ministros formaron un corrillo. Había tela cortada, pero alguien dijo:

—No es prudente hablar aquí (en aquel momento entraba Sánchez Guerra).

Nos separamos. Los tres ministros socialistas se han ido a almorzar juntos con Casares. Yo he vuelto al ministerio.

He estado en el ministerio hasta las cuatro. Asomado al balcón de mi despacho, contemplando el jardín, recapitulaba el suceso de por la mañana, queriendo, a través de la marea del mal humor, de la repulsión y del asombro, sacarle punta al buen juicio. La cuestión es no dejarse contagiar por el carácter del Presidente, y no dejarse arrastrar a determinaciones improvisadas. A las cuatro fui al Congreso y me metí en el despacho de ministros. A poco, llegaron Largo, Prieto, Casares, Domingo, Zulueta y Giral. Todos se reían, al verme, recordando la escena del Consejo.

—Bueno, ¿qué hay? —les digo riendo también.

—Usted dirá, señor Presidente —responde Largo, con expresión de malicia.

Entonces les cuento lo que he madurado a solas. El Presidente tendrá que soportar a Ramos y su discurso (como no haya en él alguna atrocidad, que no lo creo); no estoy dispuesto a que el Presidente me vaya decapitando a los funcionarios que le sean antipáticos. No caigo en eso tampoco. Lo que

conviene es coartar todo intento de poder personal del Presidente y de toda caciquería, pero no dejarse derribar tontamente, para que haga gobiernos a su gusto.

—¿Lo ven ustedes? —dijo Largo—, estaba seguro de que reaccionaría usted así. Yo opino como usted.

(Por lo visto, los otros opinaban de distinto modo).

Todos los ministros concuerdan en que el Presidente favorece mucho a Albornoz y lo ensalza. Creen que se propone hacerle Presidente del Consejo. Domingo lo oye con risa de conejo. (La preferencia albornocista de don Niceto es chistosa, si se piensa en el origen de su enojo conmigo; porque las mayores dificultades para *suavizar* el dictamen de la Comisión en la ley de Cultos, han venido de Albornoz, además de Fernando).

Los ministros estuvieron también de acuerdo en que el Presidente sigue y favorece la política de las oposiciones, y en que no puede *tragarme*. Esto es manifiesto. Como todos recordaban que no nos había dado a leer el texto del discurso, sospechaban algunos si estaremos en un caso igual al de la carta de Carrillo.

Estando en estas conversaciones, Albornoz nos envió un recado diciendo que estaba enfermo y no iría a las Cortes.

Después hablo con Besteiro, continuando las negociaciones para dar término a la obstrucción. Nadie la quiere ya, a no ser Maura y algunos radicales. Los federales quieren romperla. La obstrucción ha sido un fracaso espantoso, y hay que facilitar el camino para que salgan de ella sin demasiado ridículo, porque no conviene que eso continúe, pero yo me abstengo de cantarles victoria, para que no se enfaden más. En una de mis entradas en el despacho de Besteiro encontré allí a Martínez Barrio.

—Bueno —dijo Besteiro—, ya están ustedes frente a frente.

—Eso no —repuse yo—, frente a frente no estamos. Mano a mano si usted quiere.

El camino, hoy por hoy, es que las oposiciones acepten en parte «la tregua» que propuse yo hace tiempo. Si la hubiesen aceptado entonces, ya estaríamos del otro lado. Pero es demasiada ambición la de que todos sean inteligentes. Martínez Barrio, muy retieso e importante, me dice que aceptarán la tregua para la ley del Tribunal de Garantías, y para no sé qué otra cosa. «Después —añade riendo—, ya veremos qué vientos soplan». Comprendo que desean salvar las apariencias, y que confían en que, aprobada esa ley, se produzca la crisis. ¿Motivos? Los maliciosos aseguran que cuentan con el Presidente de la República, y que si ceden en la obstrucción es porque

esperan así precipitar los sucesos. La connivencia expresa del Presidente con las oposiciones, en cuanto a la caída del Gobierno, se me resiste todavía; pero si en la decisión de los radicales influye para algo el consejo o el parecer del Presidente, que es contrario a la obstrucción, no me sorprendería que los radicales cuenten con recibir algo a cambio, o que lo esperen.

Martínez Barrio no me ha ocultado que siempre se opuso a la obstrucción.

—Cuando usted se levantó en las Cortes —le he dicho—, a rechazar la tregua propuesta por mí, le conocí a usted en los ojos que no le gustaba el papel que hacía, y se lo dije.

—No sea usted sibilino —me responde Martínez Barrio. (¿Qué será *sibilino* para don Diego?). En fin, convinimos en que Soriano (no hay otro para arreglar cuestiones) hiciese una pregunta al Gobierno sobre el «alcance» (?) de la tregua y que de mi respuesta dependería. Martínez Barrio reconoce que no se le puede pedir al Gobierno que se declare dispuesto a dimitir, después de aprobar esta o las otras leyes.

En el salón de sesiones todo ha pasado como habíamos convenido, salvo que Maura ha estado a punto de echarlo todo a perder, no sé si de bruto o de malintencionado. Aún venía con exigencias y bravatas. Gracias a que Martínez Barrio lo ha tomado por su cuenta, y tras unas cuantas palabras, todo acabó bien. La gente, en general, ha quedado contenta, excepto Prieto, que según me cuentan ha salido de la sesión con malísimo humor. La verdad es que no se podía hacer otra cosa, y que el único modo de volver a la situación normal de las Cortes es este: que vayan cediendo poco a poco, y como si nos hicieran un favor. Los periódicos dan por acabada la obstrucción. Aunque no sea así todavía, bueno es que el público lo crea, porque le será más difícil volver a ella. No será poco haber dominado tal estorbo; la obstrucción dura desde febrero.

Después de cenar he ido de paseo al Escorial. Me he estado un rato andando por la Herrería. Noche admirable, oscura, ardiente, de cielo estrellado. Aromática y movida por el estremecimiento de las arboledas. Concierto de pájaros y sapos. Ansiedad. Noches como esta me las bebía yo desde la ventana de mi celda, cuando era estudiante; noches encendidas por el deseo, magnificadas por la emoción de la vida eterna.

Al regreso nos detenemos en la Cuesta de las Perdices. Allí nos encontramos con Arturo Menéndez y su mujer y otro matrimonio amigo. Vuelvo al ministerio cerca ya de las tres de la madrugada.

26 de mayo

Consejo de ministros en la Presidencia. Casi todo lo hemos dedicado al asunto Ramos y sus consecuencias. Después de advertir a los ministros que aún no le he dicho nada a Ramos, en espera de que el Gobierno forme juicio definitivo, les llamo la atención sobre el estado de mis relaciones con el Presidente. Resulta que, desde el lunes de la semana pasada, el Presidente está persuadido de que el subsecretario de la presidencia le ha hecho víctima de una ofensa («maniobras en la sombra») y de ataques personales y políticos. Me ha ocultado el hecho y su resentimiento, en lugar de proceder llanamente a comunicármelo y a pedirme las determinaciones que fuesen justas; esa ocultación es un desaire que me hace y puedo y acaso debo entenderlo como una falta de confianza. Yo puedo tomarlo por ahí, darme por sentido, y dimitir. Pero el efecto político para nosotros, dado el combate empeñado con las oposiciones y con el Presidente, sería por lo menos nulo, cuando no perjudicial para nosotros. Se empeñarían probablemente en entenderlo como un medio indirecto empleado por el Presidente para retirar la confianza política al Gobierno, y el «caso Ramos» pasaría a segundo término, con todo lo que contiene de ofuscación personal del Presidente y de intromisión en funciones que no le competen. Convendría plantear la cuestión en otra forma, y si quiere acabar con nosotros, que lo haga de *cara* y con su responsabilidad; porque en otro caso él no dejaría de decir que yo dimitía por un pique de amor propio, por una cuestión de etiqueta, etcétera, etcétera, posiciones malas, dado el estado de la opinión.

Prieto acentuó la mala impresión que tiene desde la sesión de ayer en las Cortes. Nuestra situación de Gobierno interino se ha marcado con mucha fuerza, a su entender, en virtud del arreglo pactado. Prieto, en esta ocasión, como siempre que está desanimado, toma un acento plebeyo, como el de una criada que se conduele ante el sanguinoso cartel del crimen de feria.

Los ministros opinaron que presentar la dimisión por lo que dijo ayer en Consejo, nos lo reprocharían, como una coacción sobre el Presidente, porque aún no está votada la última ley complementaria y no tiene, según las oposiciones, plena libertad de movimientos.

Mientras estábamos en estas conversaciones, han ido a buscar el número de *El Liberal,* de Murcia, que trae por extenso el discurso de Ramos. Llegó el discurso. Lo leímos dos veces en voz alta, y luego pasó de mano en mano. Estupefacción general. No dice lo que el Presidente le atribuyó. Es el mismo caso de la carta de Wenceslao Carrillo, en cuanto a la fidelidad de la

referencia. Nos asombra la maulería del Presidente no dándonos a leer el texto en su presencia. El discurso es anodino. El Consejo acordó decir al Presidente que, examinado el texto, no encontramos en él nada que le aluda ni, por tanto, que pueda molestarle. Como el Presidente habló de «cuestión de gobierno» y de que lo hecho por Ramos es «intolerable», el Gobierno, al tomar el acuerdo, se pone tal vez en conflicto con el Presidente, y le ofrecerá la dimisión. Allá él. Si echa por ese camino, bastará reproducir en la prensa de Madrid el discurso de Ramos, para que todo el mundo comprenda que se trata de un pretexto para echarnos, y lo menos que le ocurriría al Presidente sería quedar en ridículo. Solo una susceptibilidad enferma podría ver ataques en ese dichoso discurso, y aunque Santiago Alba le dijo a don Niceto en las Cortes que padece manía persecutoria, no acabo de creerlo. Más me inclino a creer en una rabieta personal contra Ramos; ignoro el motivo.

Hemos convenido además que si este asunto se resuelve sin dimisión del Gobierno, hay de todos modos que presentar la cuestión de confianza, para robustecer al Gobierno, o que desaparezca. Las oposiciones hacen su juego contando con que no vamos a durar, y si en el Parlamento no podemos pasar por interinos, ni sometidos a plazo, menos aún podemos estar así en los designios del Presidente. Que nos diga de una vez su resolución y si podemos contar con que proseguiremos la marcha en el Gobierno.

He interrumpido el Consejo para recibir al embajador de Francia, que venía a gastarme la fineza de darme cuenta de su viaje a Barcelona y de sus relaciones con Macià. La verdad es que esta oficiosidad de Herbette no me ha gustado. Macià se enojó porque solo le dieron la placa de la Legión de Honor, al mismo tiempo que me daban a mí la Gran Cruz. ¡Estos son los hombres revolucionarios! Macià no quería aceptar, pero al fin aceptó, y le ha hecho a Herbette la descortesía de no ponerse la condecoración francesa.

El Consejo se ha levantado pronto y me he vuelto al ministerio.

Por la tarde he ido a Aranjuez con Cipriano. Hemos visto la exposición de tapices y paseado por los jardines. Grupos de visitantes rondan en torno mío y se acercan cuanto pueden para salir de dudas: «¿Es él?». «¡Que no! ¡Que sí!». Se convencen de que no huelo a azufre. A las seis y media hemos tomado la vuelta de Madrid. Desde el ministerio llamo a casa del Presidente para pedirle hora. No ha regresado aún de paseo y me voy a las Cortes. No entro en el salón de sesiones. En virtud de la tregua, la discusión de la ley de Garantías ha comenzado a deslizarse en paz. Han aprobado un artículo o dos y la sesión se ha levantado pronto. Hablo con los ministros en el despacho. Nuevamente les hago recapitular la situación, antes de verme con don Niceto. Se ratifican

los acuerdos de por la mañana. Algo ha trascendido de lo que ocurre porque se advierte mucha curiosidad, esta reunión de los ministros la ha avivado. La gente comienza a hablar del Consejo de ayer en Palacio como de un Consejo raro y de consecuencias.

Desde las Cortes vuelvo al ministerio. El Presidente me cita para las ocho en su casa. He ido allí acompañado de mi ayudante Riaño. El Presidente me recibe en un hórrido despacho, forrado de *Alcubillas* y memorias oficiales. Como vive en esta casita, no hay condiciones para hablar con él enteramente a solas. En la habitación inmediata, separada por una mampara de cristales, se queda mi ayudante, y aunque yo procuro hablar en voz sumisa, el Presidente, según costumbre, habla a gritos. Riaño se ha enterado de todo. Según he sabido esta noche, Riaño le ha contado a Saravia que, sin querer, ha oído la conversación de los dos Presidentes, porque no podía salir de la habitación. Saravia le ha dicho: «No te preocupes. Olvida lo que has oído, y en paz».

Mi conversación con el Presidente ha sido muy desagradable, según es ya uso. Lo primero que hice fue dar a la firma todos los decretos que llevaba. Generalmente los firma sin explicaciones, o con una mención general del contenido. Solo le leo, sin que él me lo pida, los decretos importantes. Hoy llevaba yo tres o cuatro decretos relativos a los bienes de los jesuitas, y aunque me ha firmado ya docenas de ellos, a los de hoy les ha dado unas cuantas vueltas, y no le ha faltado más que olerlos. En fin, los ha firmado después de pedirme aclaraciones respecto de uno de ellos. Acabada la firma, le dije: «Ahora, señor Presidente, hemos de hablar del asunto de Ramos».

Se emocionó, tragó saliva, se le oscureció el semblante y bajó la cabeza. Extraje del bolsillo un ejemplar de *El Liberal* de Murcia y le dije:

—¿Era este periódico el mismo que tenía usted ayer en el Consejo?

—Sí; *El Liberal*, de Murcia.

—Pues el Gobierno ha leído y releído el discurso, lo ha examinado con lupa, y, después de muchas reflexiones, vengo a decirle a usted que nosotros, en conciencia, no encontramos aquí nada referente a usted.

—Bueno —repuso sordamente inclinando más la cabeza y abriendo las manos a la altura de las orejas—, no se hable más del discurso de Ramos. Yo tengo mi criterio. El Gobierno *aprueba* el discurso; acato su decisión.

—El Gobierno no *aprueba* ni *desaprueba* el discurso de Ramos —repliqué yo, un poco enojado ya por la transmutación de las palabras—; no tiene que aprobarlo ni hacerlo suyo o dejar de hacerlo. Lo que dice el Gobierno es que, en su honrado juicio, en el texto que tenemos a la vista no se alude a usted, ni por tanto se le molesta.

—Está bien; asunto terminado y basta.

—No basta, señor Presidente. Usted, en este asunto, tiene una opinión contraria a la del Gobierno. Ayer nos habló usted de situaciones difíciles, de cuestiones de gobierno, de hechos intolerables y de conflictos. Si esta divergencia de opiniones es conflicto, se resuelve ahora mismo presentando yo la dimisión.

—¡A eso no voy yo! —replicó el Presidente—. El asunto está liquidado. No hablaré más del discurso de Ramos. *Que haga otro más claro, o que lo haga otro*. (Estas palabras eran un retroceso por su parte. Pedían una aclaración o una rectificación, que no es necesaria. También, cuando le he probado que lo de la obstrucción no podía referirse a él, me ha dicho: «Si eso es lo menos importante del discurso». Con ser lo menos importante, en su arenga de ayer le dedicó algunos de sus párrafos más enconados).

Me ha dicho después que «habría preferido que el Gobierno no hubiera deliberado sobre esta cuestión».

—¿Cómo no habíamos de deliberar, señor Presidente, después de lo que nos dijo usted ayer?

—Y le parece a usted que puede ser, para mí, plato de gusto.

—Eso es otra cosa, y dependerá del resultado de nuestra deliberación. Pero no podíamos prescindir de examinar el caso.

(Es un arranque de despecho. Hubiese preferido que no nos ocupásemos del asunto y así tendría un motivo más de queja por la *indefensión* en que cree encontrarse).

Tocamos también el flanco de la *indefensión*. Ayer se quejaba: «El pobre Presidente no tiene quién le defienda». Le pregunto los motivos que tiene para creerse indefenso. Don Niceto argumenta de este modo:

—Cuando fui elegido Presidente de la República quise dirigir un mensaje a las Cortes, y lo escribí. Era correcto y usted no pudo señalar en él ningún pasaje anticonstitucional; si lo hubiera usted señalado, lo habría suprimido. El Gobierno se opuso a que yo enviara ese mensaje alegando que podría provocar una discusión en las Cortes, en la cual se me atacaría y discutiría. *El Gobierno hizo eso, porque no quería defenderme*. Estoy indefenso.

—¿De modo, señor Presidente, que si yo sé que le amenaza a usted un peligro, lo que debo hacer no es apartarlo del peligro, sino lanzarle a usted a él, para lucirme yo en la defensa? Me parece absurdo.

Habla luego de los libelistas. No se castiga a los que le injurian. Le recuerdo las intervenciones del fiscal. No le gusta la ley de Defensa de la República, pero nunca se ha aplicado a los que escriben contra él. Le recuerdo

que a *La Nación* se le impuso una multa de diez mil pesetas por haber gastado una broma de mal gusto al Presidente de la República. En suma, no puede probarme nada.

Concluida esta parte de la conversación, que ha sido la más larga, pasamos a la confianza. «El Gobierno —le digo— necesita saber a qué atenerse respecto de su porvenir en los designios del Presidente. No hemos sido derrotados en las Cortes, la obstrucción va de vencida, pero como se ha discutido tanto la estabilidad del Gobierno, por suponer que no tenía la confianza del Presidente, es preciso aclararlo todo. Nosotros no hemos querido aparecer ante las Cortes como un Gobierno interino o a plazo, pero tampoco podemos ser tal ante la presidencia de la República. Deseo saber si, a juicio del Presidente, este Gobierno se acaba con la votación de la ley de Garantías, última de las que la Constitución manda hacer por estas Cortes».

El Presidente ha entrado con dificultad en la cuestión. Ha hablado mucho; entre otras cosas, de la obstrucción, para reprobarla. Me dice que siempre ha creído que este Gobierno debía aprobar otras muchas leyes, como la Electoral, las de Orden Público, etcétera, etcétera. «No se debe abusar del pobre Presidente ni de la pobre confianza del Presidente», exclama.

—Ni usted es un pobre Presidente, ni su confianza es pobre. La confianza es un valor político y yo necesito saber en qué grado lo poseo para jugarlo cuando sea oportuno.

Se escapaba diciendo que no podía hipotecar el porvenir.

—Yo no hablo del porvenir, sino de hoy. Le ruego a usted que me diga, claramente, si hoy este Gobierno va a continuar y si puede continuar después de aprobada esa ley.

—La misión de este Gobierno —dice por fin, exactamente— no se acaba con la votación de la ley de Garantías. Tráigame usted otras, sobre todo la de Reforma Electoral, mejor mañana que pasado. Yo le firmaré a usted el decreto y lo lee usted en las Cortes, y adelante.

—Eso me basta. Siendo así, continuaremos.

—Lo que no haré —me advierte el Presidente— es cerrar el Parlamento.

—No he pensado tal cosa. Continuamente estoy diciendo a todos que las Cortes funcionarán durante el verano. Usted conoce mis prisas por sacar las leyes pendientes.

—Es que algunos periódicos hablan de cerrar las Cortes.

—Pero yo no hago lo que dicen los periódicos, ni los periódicos dicen lo que yo pienso.

—Deben ustedes procurar sacar esas leyes.

—Haremos algo más que procurarlo. Y yo puedo decir, cuando convenga, que cuento con la confianza del Presidente.

—Esas cosas no son para traídas y llevadas. Pero usted puede decir, cuando le parezca discreto, que tiene todas las asistencias necesarias para gobernar.

Poco más hemos hablado. Salgo con una impresión muy desagradable. Está visto que no nos entendemos. El Presidente no puede aguantar al Gobierno, ni a mí personalmente. Quiere hacer una política de «derechas» y anda buscando la ocasión de derribarnos, sin comprometerse demasiado. Esto se acaba, porque estando así el Presidente, rayano con el odio personal, aunque no nos dé un golpe político, difícilmente podremos marchar juntos. Cada día será un disgusto.

Cerca de las diez ha venido Largo al ministerio; después, Prieto y Domingo. Querían saber si «existíamos» o no. Les cuento lo ocurrido. «¿Qué otra cosa puedo hacer?», les pregunto. «Nada», responden. Insisto en que esto está perdido, y que cada vez parece más claro que el Presidente quiere contentar a las oposiciones. Domingo se va esta noche a París, y se ha quedado hasta el último tren, por si de mi entrevista con el Presidente salía la crisis.

Los periodistas han acudido también en gran número a mi secretaría. Olfatean algo, pero no saben qué.

Después de cenar, han venido Ramos, Guzmán, Cipriano y Luis Bello. Me he abstenido rigurosamente de hablar de política.

27 de mayo

Recibo por la mañana una comisión de diputados; al general Romerales, al general de Sanidad, Granda, que es un grotesco, a los generales Pardo y Carnicero, y al de la quinta división, Sánchez Ocaña. Me trae algunas tontunas militares de Zaragoza y se queja suavemente de que algunas autoridades civiles no se fían de él; se refiere a Manuel Andrés, actual director de Seguridad, que fue gobernador de Zaragoza. Parece ser que una noche, en que temían «un levantamiento» de la guarnición de Zaragoza, invitaron al general Sánchez Ocaña a una fiesta, y le retuvieron en ella con diversos pretextos hasta las tres de la madrugada. A esa hora, ¡el gobernador! le dijo: «Ya se puede usted marchar, general, porque la hora del complot ha pasado». Así lo refiere el general, y esta referencia no casa con la opinión que

tengo hasta ahora formada de Manuel Andrés, hombre al parecer taciturno y precavido.

También ha venido una comisión de Las Palmas. Luego he estado una hora de conversación con Moles, Aguirre de Cárcer, Ramos y el encargado de la Dirección General de Marruecos. Hablamos largamente de las negociaciones que han de abrirse con Francia, y trazamos el plan que debe llevar el alto comisario.

Concluido esto, llega Casares, con quien ya anoche hablé por teléfono. Le cuento mi conversación con don Niceto. Casares me reitera su disgusto por la suspensión del mitin de Valladolid, a la que se vio obligado ante la amenaza de desórdenes provocados por los partidos del Gobierno. Dice que él no está así en el ministerio de la Gobernación y que se va. No presenta hoy mismo la dimisión por no armar más barullo, y aguardará unos pocos días, si, como yo creo, la situación tiene que desenlazarse pronto.

—A mi parecer —respondo—, dentro de una semana o algo más tendremos que promover la solución. Así no se puede estar. Espero a que se vote esa dichosa ley en las Cortes, y como el Presidente me ha dicho que hemos de continuar, tomaré una determinación.

A las tres de la tarde he concluido. Después de comer, voy a La Quinta. Allí me encuentro a Largo y Negrín. Regreso a las siete. Nueva conversación con Moles, para los asuntos de Marruecos; presente Ramos.

Cuando el alto comisario se va, le cuento a Ramos lo sucedido con su discurso. Ramos se queda de piedra. «No se lo he dicho a usted —le explico — durante la tramitación del caso, para que usted no me saliera con una dimisión que yo no podía admitir. La cuestión, leído el discurso de usted, era entre el Presidente y el Gobierno».

Ramos me cuenta que la otra noche, en la embajada inglesa, la hija de don Niceto, que allí estaba, no le saludó. Por lo visto, convierten los asuntos políticos en cuestiones de familia.

Como en todo esto hay manifiestamente un enojo personal del Presidente contra Ramos y el propósito de «reventarlo», recuerdo, como antecedente probable de su enfado, lo siguiente:

Cuando Ramos fue nombrado subsecretario de la presidencia y comenzamos a reorganizar los servicios del turismo, se hizo una fuerte reducción de personal en estos servicios. Entre los que sobraban, figuraba un modesto funcionario colocado y protegido por don Niceto. Este sujeto quedó fuera de la plantilla y en disposición de cesar. Pero no cesó, por el pronto. Alegó una enfermedad y dejó de asistir a la oficina, cobrando el sueldo. Así

ha pasado catorce meses. No pudiendo mantenerse una situación así, y temeroso Ramos de desagradar al Presidente, me preguntó qué hacía. Convinimos en que lo mejor era que Ramos visitase a don Niceto y le expusiera el caso de su protegido, llamándole la atención sobre la necesidad de resolver. Ramos fue a Palacio. Por cierto que era jueves, y como el día señalado para recibir a los parlamentarios es el viernes, el Presidente le dijo:

—¿Viene usted como funcionario, no como diputado?

Estas «sutilezas» son muy de don Niceto.

Hablaron, y don Niceto le dijo que esperase todavía un poco, para pensar lo que convenía hacer con su protegido. Esperamos, creyendo que don Niceto le daría un empleo en su Casa presidencial. No es inverosímil, dado su carácter, que el Presidente haya visto en la consulta de Ramos un acto de hostilidad y de persecución.

Cuando se marcha Ramos, recibo al general Masquelet. Hemos estado despachando hasta las diez de la noche.

Había muchos periodistas en la secretaría, alarmados ya por los rumores que circulan. *El Imparcial* ha publicado una información, contando a su modo lo ocurrido en el Consejo del jueves. Contiene muchos errores, mas no por eso deja de ser cierto que ese periódico sabe algo. ¿A través de quién? La gente se ha empeñado en decir que el indiscreto ha sido Sánchez Guerra, secretario de la presidencia de la República, muy amigo de un redactor de *El Imparcial*. Mas, para que Sánchez Guerra haya sido indiscreto, tiene que haberlo sido antes el propio Presidente, contándole a Sánchez Guerra estas cosas. De los ministros no puedo sospechar en este caso una indiscreción, porque el asunto no les es agradable. Cierta o no, la indiscreción no favorece nada a la Casa presidencial, de la que mucha gente empieza a creer que es un foco de hablillas. Creo que he conseguido tranquilizar a los periodistas y que se vayan convencidos de que no ocurre nada.

Después de cenar he estado largo rato de conversación con Saravia.

28 de mayo

Aunque domingo, he hecho venir al subsecretario para poner al corriente el despacho de los asuntos del ministerio. Hemos trabajado hasta las dos.

Después de almorzar he ido con Lola y el sobrinito a Riofrío. Hemos pasado la tarde apaciblemente solos, en las arcádicas praderas verdes, pobladas de gamos. En estos ratos me olvido de todo, y recobro el impulso natural de mi temperamento, que es más inclinado a construir que a combatir.

Pensaba yo, en Riofrío, lo que podría hacerse con aquel palacio y aquel monte si los valores estéticos estuviesen más acreditados en la República. Por haber dejado asomar tal vez aquella inclinación, me he atraído el reproche de «dictador», de «déspota» y de hacer política *suntuaria*. Hoy por hoy, el Estado español quiere acomodarse, para no desentonar, a los gustos de un oficinista.

He regresado a las nueve y media. Por el camino me ha acometido una vaga melancolía, cosa rara, ante la frustración casi segura de buenos y grandes propósitos. Los espíritus corroídos por la politiquería segregan una especie de monarquismo romanonista, de cuya presencia tal vez no se percatan. Hace años, durante la dictadura, decía yo de burlas que, si en España triunfase el sindicalismo revolucionario, acabaría por hacerse romanonista. Mis esfuerzos tienden a que no suceda lo mismo con la República. Un motivo de las dificultades con que tropiezo en este empeño es que bastantes republicanos, «comenzando por el Presidente», y muchos de la oposición, se criaron en la antigua politiquería. Lo que hay de singular en mi caso es que yo no he hecho «carrera política», y he caído en el Parlamento y en el Gobierno sin haber pasado por la *domesticación* de una larga carrera previa. He llegado a Presidente y a «árbitro de la política republicana», como dicen los periódicos, sin doblar la cerviz, sin claudicar, sin renunciar a ninguno de los puntos de vista ni de los impulsos que me llevaron a participar en la revolución. Comprendo, pues, que yo sea un tipo exasperante para algunas personas, y aún para muchas. Ellas hacen, como la cosa más natural del mundo, lo que yo no haría jamás, y mi deber consiste en impedir que se salgan con la suya. Algunos partidos de oposición echan de menos al rey, es decir, las intervenciones clandestinas del jefe del Estado para cortar los nudos cuando a tales partidos les convenga. No habiendo podido vencernos en las Cortes, comenzaron las apelaciones públicas al poder presidencial, y ahora juegan las maquinaciones ocultas. Por su parte, el Presidente, entrometido como un cacique, no se contenta con hacer recomendaciones a los ministerios para que se den destinos a sus amigos, sino que pretende dirigir personalmente la política. A esta subversión del régimen republicano coadyuvan (acaso sin darse cuenta) los radicales, por aquel afán español de «imponerse», sea como sea, al enemigo, y por culpa personal de Lerroux, que tiene mucho menos talento de lo que cree el vulgo y un espíritu estrecho, mezquino, de arribista. Pasar del rango de agitador corrompido, que ocupó durante la monarquía, al de hombre de Estado de la República, es imposible. Necesitaría ser un genio, como los ha habido en otras partes, con ocasiones

parecidas. Y la medianía de Lerroux no le sirve para tanto. Pero aún estas gentes son sensibles a los estímulos sentimentales de su propia posición falsa, o son prisioneros de ella, y cuando se les invoca, tienen que rendirse. Cada vez que Lerroux se ha detenido en el camino de una atrocidad o de un dislate, lo ha hecho alegando que se «sacrificaba» en bien de la República.

Otras gentes, sin las taras de Lerroux, pueden hacer mucho daño, porque la opinión pública, aunque condene y repruebe sus determinaciones, las achacará a brutalidad, a fanatismo, a conservadurismo, etcétera; pero no se atreve a dudar de la moralidad de los propósitos. Uno de los artículos de la filosofía moral del Presidente es que, en cada hombre, hay mayor poder de causar daño que de hacer el bien, y esto se aplica, desigualmente, a Maura y al propio Presidente. Maura es más escandaloso, pero más inofensivo que don Niceto. Maura redactó aquel documento de las oposiciones en que se hacía la afirmación inaudita de que renunciaban a discutir con el Gobierno en las Cortes «para no proporcionarle un triunfo parlamentario». Maura lo espera todo de una intervención personal del Presidente, ignoro con qué connivencias tácitas, a pesar del aborrecimiento que don Niceto le profesa, pagado con desprecio insolente. Y si el Presidente no interviene, Maura se «irá a la calle». Maura procede con su corto entendimiento, al modo de un señorito jaque, provocador y despótico, que por haber nacido donde nació se ha encontrado con un nombre y una posición que no puede sostener con la propia sustancia. Pero Maura, aborrecido por las derechas católicas y desdeñado por las izquierdas, no puede, desde donde está, causar grandes estragos. No así el Presidente, que además de aventajar a Maura en talento, saber y experiencia, ocupa una posición formidable, hoy por hoy. El Presidente entiende su función de un modo que no podemos aceptar. Lo conveniente es hacerle entrar en el buen camino, sin provocar un escándalo, que dañaría al régimen recién establecido. Pero esto es difícil de conseguir, porque el Presidente todo lo convierte en cuestión personal, todo lo mira por la amistad que se le profesa o no, y ya ha dicho alguna vez una expresión temerosa: «la lealtad con que se le sirve». Todo consiste en hacerle entender que no se le sirve a él, sino que él y los demás servimos juntos.

La dificultad de la operación y lo indeciso del éxito provienen del carácter del Presidente. Es caviloso, desconfiado, concibe fácilmente un rencor y lo conserva siempre. A mí no me ha perdonado aún la crisis del 14 de octubre de 1931. Procede con oscuros rodeos, toma posiciones de leguleyo, retuerce los textos y las palabras para hacerles significar lo que sus aprensiones le dictan; no cree en la claridad y rectitud de los propósitos ajenos; en todos ve ingratos,

enemigos o desleales. ¿Es posible perdurar? Sobre mí han caído tareas muy duras: he tenido que pelear con los militares, con los nobles, con el clero, etcétera. En el Parlamento, para defenderlo de sus propios extravíos, he tenido que adoptar la desagradable faz de «luchador» a fin de que los mismos parlamentarios no diesen en tierra con la fortaleza del régimen. Todas las oposiciones se alzaron contra mí, sin querer enterarse de que estaba defendiendo la institución misma a que pertenecen. La mayoría me siguió, pero yo no estoy seguro de que *toda* la mayoría haya visto que yo no sostenía los intereses políticos de la mayoría actual, sino el poder gobernante de todas las mayorías posibles. ¿Me tocará ahora hacer frente a un poder presidencial indiscreto y entrometido? Gran batalla, que preferiré no dar, si con paciencia y entereza logro que los agitados sentimientos del Presidente no pasen a mayores. En esto, ¿quién me ayudará? De la oposición, nadie, seguramente. Y si el problema se plantease o el conflicto surgiese entre el Presidente y el Gobierno con su mayoría, llevábamos las de perder, porque se tomaría a ansia de dominio por nuestra parte, o a soberbia general mía, lo que en rigor no pasara de ser una lección saludable. Y aún muchos que en conciencia lo sentirían así, en público y para combatirnos, adoptarían la posición contraria.

Mi situación es, pues, envidiable. Tengo un Presidente enfermo, enfermo de manía persecutoria. Sanchís Banús le hizo el diagnóstico, el año 31. Yo no lo tomé en serio; pero la experiencia del trato con don Niceto va escarmentándome. Y tenemos unas oposiciones que, por espíritu de partido, se aprovechan contra nosotros de cualquier intento para reducir al Presidente a su papel, en lugar de ayudarnos a resolver esta cuestión en bien de todos. Si no se resuelve, el Presidente logrará tener un Gobierno formado por secretarios que ejecuten su voluntad.

29 de mayo

Por la mañana, larga entrevista con el subsecretario de Gobernación. La Comisión mixta del Estatuto está atascada. Es necesario hacerla andar. Esplá me informa de lo que sucede. Han ido dejando para «mañana» los asuntos difíciles y ya es tiempo de acometerlos.

Después recibo a García Labella, director de Administración. Me trae el anteproyecto de Reforma Electoral que le encargué. Tiene poco de aprovechable y le sobran la mitad de las palabras.

Entrevista con Macià, Pi Suñer y Corominas. Tratamos de los asuntos de la Comisión mixta y traspaso de servicios. Las bases para valorar los servicios

que se transfieran constituyen ahora la gran cuestión. Los funcionarios de la Comisión tienen un criterio muy mezquino. Dice Corominas, con exageración del lado contrario, que si se acepta aquel criterio, la dotación de la Hacienda de la Generalidad sería de ocho millones.

Macià dice que no ha querido venir antes a Madrid, porque no se atribuyese su viaje a un propósito político de segundo orden. De todos modos se lo atribuirán. Algunos periódicos, incluso adictos al Gobierno, anuncian la llegada de Macià con titulares a toda plana, como si fuese un acontecimiento ruidoso. Después de oír a estos señores, quedo en convocar a la Comisión mixta, para presidirla yo y marcarles una orientación.

Por la tarde, sesión inaugural en el teatro de la Comedia del Congreso Internacional de Sanidad Militar. Muchos uniformes. Discursos latos, y uno absolutamente grotesco del señor Granda.

Habla el Presidente de la República. A sus palabras pacifistas les conceden gran importancia los extranjeros.

Concluido esto, voy al Retiro, donde se inaugura una pobre exposición aneja al Congreso. Fastidio, cansancio y me hacen visitar la instalación de la Cruz Roja en otro lugar del Retiro. Me sorprende que la Cruz Roja tenga una banda de música y que desfile militarmente, como un batallón. La cuestión es jugar a los soldados.

A las siete, recepción de los congresistas en Palacio. No me he divertido nada en todo esto. Y he perdido el tiempo.

Concluida la recepción, vuelvo al ministerio y me sumerjo en papeles.

Se ha recibido en la presidencia del Consejo una instancia del funcionario del turismo, protegido del Presidente; en ella pide que se le dé de baja en el servicio y se le separe definitivamente. Esta súbita determinación de un sujeto que se ha pasado catorce meses suplicando un favor, tomada a raíz del disgusto del Presidente con Ramos, refrenda la sospecha de que ahí está el origen de todo, y que la instancia del funcionario debe de haberse presentado por decisión de su protector, don Niceto.

31 de mayo

Día de audiencia. He estado recibiendo comisiones hasta las tres de la tarde. Ningún tiempo más perdido que ese, y ningún ejercicio de paciencia y compostura más fuerte.

A las cuatro he ido a la presidencia. Primeramente he reunido a los representantes del Gobierno en la Comisión mixta y les he explicado cuál es

el propósito del Gobierno en el traspaso de servicios. El delegado del ministerio de Obras Públicas, que sin duda sigue inspiraciones de Prieto, opone dificultades; los demás, no. Luego llegan los representantes de la Generalidad y se celebra una sesión bastante larga. Hay un poco de controversia y al fin parecen quedar todos de acuerdo. Se espera que trabajen con rapidez.

Desde la presidencia le pido hora a don Niceto para ir a firmar. Me contestan que está en el teatro Calderón, en la función de gala que ofrece a los congresistas de Sanidad Militar el Casino Militar de Madrid, que ahora (y desde hace tiempo) se llama «Centro Cultural…». Me creo en el caso de ir al teatro, puesto que está el Presidente, y soy nada menos que patrocinador del Congreso.

El teatro, lleno. Representaban *Don Gil de las calzas verdes*. Los actores de La Farándula, sociedad de *aficionados* que preside el general Romerales. ¡Qué horror! Espero que los congresistas no se hayan enterado de nada. Saludé al Presidente, que parecía estar en sus glorias, y a las ocho me fui a las Cortes.

En el despacho de ministros me encuentro a Largo y a otros. «¿No sabe usted lo que pasa?». «No sé nada». «Pues que Diego Martínez Barrio ha ido a Palacio, ha hablado largamente con el Presidente de la República acerca de la situación parlamentaria, y que el Partido Radical se ha reunido esta tarde para darle cuenta (según ha dicho Lerroux a los periodistas) de lo que han hablado don Diego y don Niceto».

En el Congreso, la agitación era muy viva, con motivo de esa visita. Unos y otros la estimaban como una prueba de la intervención personal del Presidente en la batalla política: los radicales y los amigos de Maura para celebrarlo; los ministeriales para censurarlo con indignación. Lerroux ha cometido la ligereza de reunir a su partido para deliberar sobre lo que haya podido decir el Presidente a Martínez Barrio, ligereza acentuada por algunos secuaces de don Alejandro, que se jactaban de la pronta solución del conflicto.

Este suceso ha venido a aumentar la irritación que existe por la tardanza del Presidente en devolver firmada la ley de Congregaciones. Todo el mundo ha notado el retraso. Las oposiciones, singularmente los católicos y los agrarios, esperan todavía que el Presidente ponga el veto y esta esperanza contribuye a azuzar el encono de la mayoría de las Cortes. Estiman que el Presidente, si no se atreve a poner el veto, dilata cuanto puede la firma de la ley, a ver si entre tanto se produce algún suceso político que le permita

aplazar su cumplimiento. Una crisis, seguida de disolución, vendría muy bien a ese propósito, porque el disgusto del Presidente proviene, como nadie ignora, de los plazos marcados para la sustitución de la enseñanza. Largo Caballero estaba esta tarde muy enojado y ha dado instrucciones a sus amigos para que desbaraten otra maniobra que se atribuye al Presidente. Suponen que don Niceto está aguardando a que se vote la ley del Tribunal de Garantías, en cuyo artículo adicional se excluye del recurso de Inconstitucionalidad las leyes anteriores a la del propio Tribunal. La redacción de ese artículo es defectuosa, y yo les he dicho que basta reformar un poco el texto para que la supuesta maniobra del Presidente, aunque existiera, fracase. Un diputado socialista ha presentado hoy una enmienda con ese objeto, y otros diputados de la mayoría han presentado también enmiendas a varios artículos del proyecto, con objeto de retrasar su aprobación hasta la semana próxima, porque el plazo que tiene don Niceto para firmar termina el sábado.

Yo no creo que el Presidente se niegue a firmar la ley. De lo que le he oído deduzco que la aprobará; pero vaya usted a saber los extraños y enrevesados recovecos por que estará pasando su decisión, y los extraños motivos en que se funde. Me parece recordar, y no sé si lo he consignado ya en estos apuntes, que un día me dijo que tiene cinco o seis razones *objetivas* para aprobar la ley, y que esas razones las publicaría o, por lo menos, las conocería el Gobierno. Me temo un documento como los que hacía cuando era Presidente del Gobierno provisional. Pero cuando yo les digo a los ministros que espero ver aprobada la ley, me tachan de cándido.

Es innegable que con la tardanza en firmar la ley, el Presidente está debilitando la posición del Gobierno y haciendo ganar fuerzas a las gentes que nos combaten; creen contar con él. En esto último me parece que no se equivocan; pero falta saber si la astucia del Presidente encontrará modo de complacerles y de no comprometerse.

En fin, nadie está contento, aunque sí hay muchos esperanzados. Falta saber si todos sabrán guardar su puesto.

El sentido común está peor repartido que la riqueza, y no hay resolución capaz de socializarlo.

He vuelto al ministerio. Después de cenar leo los periódicos y me encuentro con una nota de la secretaría de la presidencia de la República, harto sorprendente. Con pretexto de decir que no recibirá ni cursará peticiones en favor o en contra de la promulgación de la ley, el Presidente, por su secretaría, hace saber que su función en estos casos es privativa y no subjetiva, etcétera, etcétera. La nota tiende a dar una especie de excusa a las

derechas y a publicar que, a él personalmente, la ley le parece mala, que por razones que no van en la nota, la ha de aprobar. No lo dice así, pero ese es el propósito que yo he visto, y después de conocida la nota ya no me cabe duda acerca de la firma de la ley. La firmará.

Fuera de esto, en la publicación de una nota de esta especie, sin previo conocimiento del Gobierno, hay un propósito, más o menos claro, de desligarse de nuestro consejo, y no sé si de ponernos en evidencia. Ha buscado el rodeo de hacer hablar a su secretaría, refiriéndose a las peticiones, escritos, audiencias, etcétera, como si se tratara de asuntos de régimen interior de la Casa presidencial. Está muy en sus procedimientos.

Albornoz me ha llamado por teléfono:

—¿Ha visto usted qué atrocidad? —me dice, refiriéndose a la nota.

He contestado con evasivas y con «veremos», porque no quiero precipitarme a dar a este asunto un giro inconveniente.

También se había anunciado esta tarde en los pasillos del Congreso que los radicales (ellos mismos lo decían) iban a dar una nota referente a la visita de don Diego Martínez Barrio. Los términos en que concebían la nota eran muy desatinados, porque comprometían al Presidente, y, una vez más, ese partido empleaba, para su política, una indiscreta llamada a la función presidencial. La prensa trae, en efecto, una nota de ese grupo; no es muy acertada, pero tampoco es lo que se decía. Menos mal.

Siempre he temido yo mucho la falta de tino de muchos republicanos; parece increíble, pero todas las dificultades actuales provienen de los hombres del régimen. El feroz regocijo de la prensa monárquica no basta a abrirles los ojos. Y es tan disparatado lo que los radicales y los mauristas hacen en las Cortes, que los maliciosos sospechan que no se atreverían a hacerlo si no contasen, o no creyeran contar con la aprobación, por lo menos tácita, del Presidente. Cierto que el Presidente me ha dicho muchas veces que desaprueba la obstrucción, y yo he de creerlo. Pero al punto a que han llegado las cosas, y con el enojo que al Presidente le ha producido la ley, puede pensarse que solo difiere de las oposiciones en el procedimiento. Como es tan variable, un día se alarmó por la posible retirada de las oposiciones, y otro día me aconsejó que reformase el Reglamento de la Cámara para vencer la obstrucción, sabiendo, porque yo se lo dije, que el solo intento de reforma del Reglamento en plena batalla determinaría la retirada de todos. Hasta Ossorio, que se complace en mostrarse amigo del Gobierno, me dijo un día que variar el Reglamento, una vez planteada la obstrucción, sería «un acto mussolinesco». El poder de la mayoría no es absoluto, como pretenden los

que hablan de «dictadura parlamentaria», y mi propósito ha sido siempre resistir con paciencia y en silencio, hasta rendirlos. Callar es bueno. Todos han hablado a troche y moche, sobre todo Lerroux. Creo que soy el único político que no ha hecho «declaraciones» en estos tres meses.

1 de junio

Por la mañana ha venido Barcia, a enterarme, porque sigo siendo ministro de Hacienda, de asuntos bancarios. Tratamos de la rebaja del descuento; es conveniente para animar el mercado. Barcia me pinta a la Banca en actitud sumisa.

Después, Zulueta, que me cuenta su viaje a Ginebra. Está muy contento, porque ha zanjado la disputa entre Colombia y el Perú. Allí mandamos a regir los territorios en litigio al aviador Iglesias, que prepara la expedición al Amazonas, de que tanto se burla Prieto. Zulueta hace mejor papel «en sociedad» que al frente de su departamento.

Desde el ministerio me voy a la Presidencia. Recibo al general Burguete, cuyo hijo Ricardo, aviador, acaba de morir de resultas de heridas que recibió en Marruecos. A Ricardo Burguete me lo encontré en la conspiración del año 30. Era muy arrojado y todo quería resolverlo a fuerza de audacia, pero sin medios. Después de proclamada la República, ha tenido el mando de Los Alcázares. Era de los militares republicanos exaltados, a quien ha sido necesario contener y hacer entrar en la fila. Burguete hizo algunas chiquilladas en Los Alcázares. Después me pidió el mando de las fuerzas del Sahara, y no se lo di. Últimamente había cambiado mucho, y estaba muy formal y muy disciplinado. Recuerdo que poco antes de reproducírsele la lesión que lo ha matado, me envió un plan de arreglo de la Aviación que tenía cosas buenas. Le vamos a votar en las Cortes una pensión para la viuda y los hijos. Su orondo padre ha venido a hablarme de la Cruz Roja, que preside.

También he recibido a Sánchez Díaz, a quien hemos nombrado director de Comercio, y a otros personajes y personajillos.

Concluido esto, he ido a Palacio, a firmar con el Presidente. Le llevo, entre otros decretos, el de autonomía de la Universidad de Barcelona y el proyecto de reforma electoral. Hemos hablado mucho de este proyecto. El Presidente parece preocupado por el propósito de arbitrar un procedimiento de votación que impida un avance arrollador de las huestes de los agrarios, merced a las divisiones de los partidos republicanos. «Que no se nos cuelen con una votación minoritaria, si los votos republicanos se dispersan en varias

candidaturas». Ese fue el caso de la elección parcial de Logroño. A evitarlo tiende el exigir un mínimo de votos y la necesidad de repetir la elección, cuando no se alcanza el *quorum*. El Presidente ha puesto mucho calor en sus propósitos; y me ha indicado varios procedimientos, uno de los cuales me ha llamado la atención y me da qué pensar. Decía el Presidente que en las provincias donde una lista obtenga la mayoría absoluta de votantes, la lista de la minoría quede elegida, sea cualquiera su votación. Esto me chocó, por absurdo. ¿De suerte que, en tales casos, el propio esfuerzo y el triunfo de las mayorías va a asegurar también la elección de la minoría, y, siendo el voto restringido, a mayor fuerza de un partido victorioso, mayor seguridad de la minoría, a la que se dispensa de obtener *quorum*? No me pareció muy atinado y le dije que el Gobierno difícilmente podría encontrar bueno ese procedimiento.

Hablamos después del artículo adicional de la ley del Tribunal de Garantías, que pretende excluir de la jurisdicción de ese tribunal las leyes y los actos de los poderes públicos anteriores a su promulgación. El Presidente me dice que desea quedar excluido de ese artículo, ya que la expresión «poderes públicos» parece comprenderle a él también. Lo desea así porque si prosperase ese artículo, haría irresponsable al Presidente de la República. Cito la resolución firme del Presidente y como «consejo» se permite indicarme la conveniencia de que ese artículo tampoco comprenda al Gobierno. Le contesto que estamos conformes y que el artículo no se aprobará en su forma actual. Lo que la mayoría pretende es que las leyes de estas Cortes no puedan ser anuladas o desvirtuadas tomando el rodeo del Tribunal de Garantías. El texto está mal concebido, porque habla de leyes promulgadas por las Cortes, y las Cortes no promulgan leyes. Lo de poderes públicos también es un error de expresión, aparte del error de fondo. Mi parecer es que se suprima enteramente cuanto pueda significar que el Gobierno busca la inmunidad para sus actos, y creo que se suprimirá.

El Presidente ha hablado luego del trabajo de las Cortes, y estima indispensable que se convenga un plan. Como él me ha dicho que este Gobierno no termina su misión con aprobar la ley de Garantías, yo tengo pensado acelerar la discusión de la reforma electoral y de las leyes de orden público, además de los complementos de la ley Agraria.

Él mismo ha llevado la conversación a la visita de Martínez Barrio, que la prensa, recogiendo la agitación de ayer en las Cortes, comenta con viveza. *El Socialista* trae un artículo muy duro, en que tomando por pretexto a Martínez Barrio, ataca al Presidente. Está muy enojado con ese periódico, y se lamenta

de que, siendo el órgano del partido, ninguno de los tres ministros socialistas le haya dicho ni una palabra de consideración ni de desaprobación del artículo. «Conocía yo —dice— la soberbia eclesiástica y la soberbia militar; ahora conozco la soberbia marxista». El Presidente atribuye el artículo a la parte «universitaria y más refinada» del socialismo, es decir, a Fernando de los Ríos. «Estoy seguro de que no —le respondo—. Basta leerlo para conocer al autor». «Bueno, pero al menos la inspiración».

Respecto de la visita de Diego, me dice que según el protocolo establecido los exministros pueden ir a verle cuando quieran, sin pedir audiencia. Que él no llamó a Martínez Barrio (todo el mundo asegura lo contrario) y se limitó a decirle que esta «etapa» política no se acaba con la votación de la ley de Garantías. Que Lerroux y Martínez Barrio no han sido discretos y se lo hará saber. Maura había anunciado que vendría a verle hoy, y él le ha rogado que lo deje para otro día.

A una mención de la posible retirada de las oposiciones, responde con un «¡bueno!», inclinando la cabeza. No sé lo que significa.

Me asegura, por último, que el retraso en firmar la ley de Congregaciones no se debe al propósito de dejarla fuera de la excepción del artículo adicional de la ley de Garantías. Nunca ha tenido tal propósito.

Sería difícil hacer que este señor comprendiese el daño que ha hecho al Gobierno y el que se ha hecho a sí mismo con el retraso en aprobar la ley. Todo Madrid está pendiente de su resolución. Se cruzan apuestas y no se habla de otra cosa. El Presidente, sin hacerse más simpático a las derechas, ha perdido mucho en el otro bando; y como al fin la aprobará, las derechas le aborrecerán, sin que los otros se lo agradezcan, porque se han convencido de que si al fin no pone el veto será por evitar un conflicto mayor. Y aunque no parece que haya pensado en no firmar, la opinión general es que está dudándolo.

He estado en las Cortes. Nada nuevo. Vuelvo al ministerio para vestirme. Tengo que ir al banquete que el Gobierno ofrece a los congresistas de Sanidad militar. Cuando me disponía a salir, llaman por teléfono desde Gobernación. Me pregunta Casares si conozco la nota que García Hidalgo ha dado a los periodistas. (Aquí todo el mundo da notas). No la conozco. La nota es insultante para el Presidente, y lo mejor que le llama es histérico. Casares ha hecho saber a los periódicos que recogerá la edición del que se lance a publicarla. Apruebo su determinación, y por si acaso, me ocupo en telefonear a varios periódicos amigos llamándoles la atención. En efecto, *Ahora* iba a

publicar la nota, en cuya atrocidad «no se habían fijado». También hablo con un redactor del *Socialista* para lo mismo.

El banquete, en el Ritz, y la recepción consiguiente, han estado concurridísimos. No ha asistido ni se ha disculpado el embajador de Portugal. Sin duda, está enfadado porque no he ido al concurso hípico ni al banquete anual que se da con este motivo; no he ido porque me desagrada el ambiente de señoritismo monarquizante que impera en esas reuniones.

En el banquete de esta noche me han hecho hablar, y he pronunciado un discurso muy vivo, que ha gustado mucho.

Cosas de Palacio. En la recepción de los congresistas de Sanidad militar en Palacio me acompañaba Saravia. El Presidente ha estado siempre muy afectuoso con él, y acostumbraba llamarle, con cierto énfasis, don Juan. Pero, esa tarde, el Presidente se limitó a responder con una inclinación de cabeza al saludo de Saravia. Extrañado, Saravia preguntó al coronel Alejandro Rodríguez, del Cuarto Militar del Presidente:

—¿Qué le ocurrirá al Presidente, que apenas me saluda?

—Como no sea que es usted tan adicto a Azaña…

De suerte que el Presidente y, por ende, su séquito, estiman a las personas en razón inversa del grado de amistad que me tienen. Relaciono esta anécdota con un hecho que me pareció insignificante cuando ocurrió, y cuyo sentido verdadero no pudimos encontrar ni Saravia ni yo.

Hace cuatro o cinco meses, el Presidente le envió a decir a Saravia que no se preocupara, que *siempre tendría un puesto de confianza a su lado*. Esto me parece que ocurría por el mes de febrero, o así. Saravia contestó al mensajero oficioso que él no tenía más deseo que el de servir a mi lado en cuanto me fuese útil, y que al cesar yo no pediría ni querría nada. ¿Qué se propuso el Presidente con sus extraños manejos? ¿Minarme, desde entonces, el terreno con mis inmediatos colaboradores? ¿Era yo una persona *mal vista* en Palacio en aquella fecha? Hace meses, comenzaron a rodar por los periódicos de oposición, *El Debate*, el *ABC*, y *La Tierra* (el libelo de March), comentarios malignos, en los que se decía claramente o se insinuaba que el Presidente del Consejo no era ya persona grata en Palacio. No hice maldito caso, ni pensé que pudiera tener aquello fundamento alguno, pero ahora, visto el giro que llevan las cosas, y el «temperamento» que descubre don Niceto, y la deplorable facilidad con que se traslucen, a través de sus confidentes, los designios del Presidente, es permitido sospechar que tales informaciones

periodísticas tenían alguna base, y que los enemigos y adversarios han sabido antes que nosotros algo de lo que se tramaba.

2 de junio

Consejo de ministros en la Presidencia. Durante la reunión nos llega la noticia de que el Presidente ha firmado la ley de Congregaciones; y al poco tiempo, nos envían desde el ministerio de Justicia el original de la ley. Vemos que el Presidente ha revisado la fórmula de promulgación, y en esta habla del mandato que la Constitución dio a estas Cortes. Una vez más, pretende excusarse con las derechas.

Examinamos la intención política, y todos convienen en que, partiendo de la continuación de este Gobierno, aceptada por el Presidente, es necesario «un tónico» que repare los estragos causados por la obstrucción y por las indiscreciones del Presidente, por su demora en firmar la ley de Congregaciones y por la propia manera que las oposiciones han tenido de cesar en la obstrucción, o sea, el supuesto de que el Gobierno tiene que dimitir en seguida. El tónico no puede ser otro que la reorganización del ministerio, sobre la base de proveer la cartera de Hacienda y de dividir el ministerio de Agricultura. Esta reorganización, que yo pienso ha de ser más extensa, demostrará a la gente que vamos a seguir, o en todo caso, obligará al Presidente a desembozarse, si es que está embozado, o a corroborar con actos inequívocos lo que me tiene dicho de palabra. El momento oportuno es la votación final del proyecto del Tribunal de Garantías.

Fernando de los Ríos ha llevado al Consejo los primeros decretos para la aplicación de la ley de Congregaciones. Los han preparado desde que se votó la ley, y no se han examinado antes por la incertidumbre reinante acerca de la conclusión de este asunto.

Por la tarde, voy a casa de don Niceto a firmar. Ha oído por la radio la nota oficiosa del Consejo, y está muy enojado porque en ella figuran ya los decretos de Instrucción Pública para aplicar la ley de Congregaciones.

—¡Antes de saberse si firmaba o no la ley, ya estaban aprobando esos decretos!

—Al Consejo ha llegado la noticia de la firma, y poco después, la ley misma, firmada.

—Perdone usted —me replica—. No pueden concordarse las horas, porque yo sé muy bien cuándo he firmado.

—No lo dudo. Me parece que no es cosa de abrir un proceso para averiguar si cuando deliberábamos sobre esto había usted firmado o no. Todos sabíamos que firmaría usted…

—¡Pero si yo no se lo he dicho a nadie!

—Pues a pesar de eso. Leída la nota de usted, de hace dos días, ya no se podía dudar. Pero eso es lo de menos. Si no hubiese usted firmado, los decretos, preparados con antelación para ganar tiempo, se habrían quedado en un cajón, y nada más.

—Aprobar esos decretos el mismo día en que he firmado la ley es una especie de «trágala» a mí y a la opinión católica.

—No hay trágala alguno, sino el cumplimiento de una obligación, que es apremiante por la falta de tiempo.

—Si usted quiere dejarme los decretos, los estudiaré y los despacharé pronto. Lo mismo da que se publiquen mañana o el lunes.

—En efecto, lo mismo da.

Le he dejado los decretos, para que los vea despacio. Después me habla de la nota de García Hidalgo, y tiene el arrojo de decirme que hubiera preferido que el Gobierno se abstuviese de intervenir y que la nota se hubiera publicado.

—¿Cómo es posible? —exclamé—. El Gobierno no debía consentir que se publicara una nota ofensiva para usted. ¿Qué habría usted dicho del ministro de la Gobernación y del Gobierno si no llegamos a hacer lo que se ha hecho?

—¿Y yo qué puedo perder por que me ataque García Hidalgo? Nada. Repaso mi trato con ese señor y solo encuentro el haberle ayudado, en otro tiempo, con aportaciones de dinero para publicar un periódico, y el haber hablado al pueblo de Córdoba, siendo yo Presidente del Gobierno, desde el balcón del círculo político de García Hidalgo. Esto es todo lo malo que yo he hecho en relación con él.

(El Presidente apela al sarcasmo, fruto de una soberbia maltratada).

Insiste en que hubiera sido mejor que la nota se publicara.

—Es difícil acertar con usted, señor Presidente —le digo con enojo apenas disimulado.

—No es difícil; conocerme es muy fácil.

—Yo no digo conocerle; digo que es difícil acertar. Y si usted se inclina a entender así los actos del Gobierno, no acertaremos nunca.

Entonces se pone a divagar sobre lo que puede perder con los ataques de ciertas personas; «tampoco usted puede perder —me dice— por que le ataque

un García Hidalgo»; etcétera, etcétera. Muchas palabras. La conversación acaba desabridamente.

He ido a las Cortes y he hablado con casi todos los ministros. Ante la proyectada reorganización del ministerio, Zulueta, Giral y Albornoz me reiteran su propósito de marcharse del Gobierno. Yo les digo que, en efecto, si se hace la reforma ministerial, quisiera que fuese amplia, pero que antes he de buscar un ministro de Hacienda. Ya una vez le ofrecí la cartera a Viñuales, que se negó redondamente. No puedo hacer ministro de Hacienda a cualquiera; se necesita una persona enterada y de autoridad. Y hay que encontrarla. No voy a arriesgar el paso ridículo de proponer al Presidente la provisión del cargo sin tener la seguridad, para el caso de que apruebe mi propuesta, de contar con alguien que sirva para desempeñarlo.

El deseo de Albornoz de retirarse del Gobierno no es nuevo, por lo menos en su boca. ¿Sincero? No lo sé. ¿Quiere quedarse fuera para ser candidato a la sucesión? ¿Aspira solamente a presidir el Tribunal de Garantías? No es posible saberlo. Albornoz ha cambiado mucho respecto de mí, pasando del recelo, y casi la hostilidad, a una adhesión que no pierde momento para manifestarse. Pero esto es de él para mí; dado su carácter y lo que es su partido, no puede esperarse más en el orden político.

A última hora de la tarde, se ha discutido el artículo adicional de la ley de Garantías, dejando para después otras partes de la ley. Hemos variado la redacción del artículo, dejándolo reducido a poner fuera de la jurisdicción del tribunal las leyes votadas hasta ahora por las Cortes. He tenido muchas conversaciones con unos y con otros, ya que nadie se entendía. La paciencia se pone a prueba, para concertar tantas voluntades dispares e incompetentes. Por fin, se convino la manera de incorporar a la ley el nuevo texto.

Como esta incorporación no se había hecho ni acordado aún al comenzar la discusión del artículo, los impugnadores se han despachado a su gusto. Sánchez Román ha hecho un discurso de cierta violencia.

El otro día tuvimos una larga reunión con la comisión, más Ossorio, Sánchez Román y Jiménez de Asúa, en que se logró un acuerdo sobre puntos importantes del proyecto, que lo mejoran. En casi todo estuvimos de acuerdo Sánchez Román y yo, y pudo convencerse de que nuestra disposición en este asunto no es interesada. Hoy ha atacado con viveza. Parece ser que esto obedece a su enemiga contra el Gobierno, que, a juicio de Sánchez Román, no hace más que disparates. Los amigos de Sánchez Román (el duque de las Torres, un señor Zugasti, exgrande de España, y varios radicales-socialistas descontentos, más algunos jóvenes que hasta ahora seguían a don José

Ortega) han fundado una especie de club político en el que se entretienen hablando pestes de nosotros. Un día llevaron allí a Ansó, secretario del congreso, del partido de Acción Republicana, y le pusieron «la cabeza tonta», como suele decirse, a fuerza de diatribas contra el Gobierno. No se sabe bien lo que pretende Sánchez Román, que se niega a formar en los partidos, que tiene, por lo visto, planes políticos vastos y que no acaba de tomar una posición ni un camino, manteniéndose, como él dice, en la actitud de «un espectador», muy agradable, sin duda, y muy cómoda.

Después de la discusión, he leído en las Cortes el proyecto de reforma de la ley Electoral. No ha dejado de causar efecto, no el contenido del proyecto, sino su presentación, porque todos lo entienden como un síntoma de la continuación del Gobierno. Pero claro es que ello no basta.

Por la noche, después de cenar, he ido de paseo al Escorial. Noche clarísima, de luna fuerte, cielo raso. La fachada del jardín de los frailes, portentosa, con esa luz. Los amigos que me acompañaban me han dado informes curiosos.

Joaquín Montaner ha visto estos días a Manuel Aznar, exdirector de *El Sol*, que se decía muy amigo mío y me llenaba de incienso el año pasado. Cuando, en consejo de ministros, naufragó la candidatura de Aznar —tímidamente propuesta por Zulueta— para un cargo diplomático, los sentimientos de Aznar parece que cambiaron. Dicen que ha dado treinta mil pesetas para ayudar al podrido *Imparcial*. Aznar se titula ahora fascista. Vive en la misma casa que Miguel Maura, y se ven con frecuencia. Aznar le ha contado a Montaner algo de lo que ha oído en casa de Maura. Parece ser que el diputado por Sevilla José Centeno, que militó con Maura en la «derecha republicana», cuando la dirigía don Niceto, y amigo personal íntimo del propio Presidente, acude de vez en cuando a contarle *cosas* a Miguel; entre otras, las *cosas* que le oye a don Niceto, poco difícil en la elección de sus confidentes. Me cuentan, con referencia a Centeno, imitando el acento de don Niceto, las confesiones que le ha hecho respecto de sus planes contra el Gobierno.

«El modo de echarlos, ya lo tengo pensado, pero no te lo digo, Pepe Centeno… Para resolver la crisis tengo cuatro caminos: primero, llamar a Besteiro; segundo, a Sánchez Román. Ninguna de estas soluciones es viable. Tercero, encargar a Albornoz, y por último, lo que menos me gusta, los radicales».

Se confirma que a mí no puede tragarme. «Ese hombre —dice de mí— no resiste tres meses en la oposición, porque no tiene amigos. Él mismo ha dicho

en un discurso que no quiere tenerlos». (Se refiere a mi discurso de Santander).

Los acontecimientos, que ya no pueden tardar, confirmarán o desmentirán estos decires. Pero la intención está bien conocida.

3 de junio

Hoy, sin Cortes, he pasado el día más holgado de tiempo para atender a mis asuntos. He trabajado toda la mañana. Recibo a Macià, y después a Barberán y Collar, que emprenden dentro de pocos días el vuelo a Cuba y México.

Por la tarde he salido de paseo. Lluvia. Regreso pronto. Después de cenar, trabajo. Me voy a acostar pronto.

4 de junio

Domingo. Holganza. He pasado la tarde en La Quinta. Al regreso, viene Casares. Hablamos de lo que va a pasar. Casares está deseando marcharse del Gobierno, y no ve la hora de quedarse en libertad. Yo le dejo con su ilusión; pero si yo continúo, no pienso desprenderme de él, sea que conserve el ministerio de la Gobernación o que pase a otro si reorganizo el Gobierno.

Los obispos han publicado un documento condenando la ley de Congregaciones, y se habla de otro del Papa. Cuentan que estas cosas han sembrado la desolación y el espanto en la familia de don Niceto. Refieren una escena de lágrimas entre el obispo de Madrid y la mujer del Presidente. Los periodistas traen y llevan estas hablillas. Por todo Madrid corre el rumor de que el Presidente dimite. No es creíble. De todos modos, estos disgustos domésticos no dejan de influir en la política, cosa no prevista por la Constitución. Es innegable que la ofensiva del Presidente contra el Gobierno, además de la parte que tenga en ella su desagrado por mí, se funda en que no le gusta lo que se ha hecho con esa ley; y su propio enojo personal conmigo viene un poco de que «no le he servido» como quería.

5 de junio

Despacho con el subsecretario, recibo algunas visitas, y a las doce voy a Palacio. El Presidente me habla de los decretos de Instrucción Pública. Nuevas quejas, fundadas en una distracción de un escribiente, que el Presidente atribuye al propósito de molestarle y menospreciarle. El que haya extendido los decretos en la secretaría del ministro ha cometido el error de emplear como fórmula de promulgación esta: «El Gobierno de la República decreta», en vez de «Vengo en decretar lo siguiente». Como los decretos suelen darse en cuartillas, con el preámbulo, si lo tienen, y la parte dispositiva, para que las pongan en limpio, añadiéndoles el encabezamiento y el pie de ritual, cualquier persona menos preocupada que el Presidente habría comprendido que el emplear la fórmula de promulgación que usaba el Gobierno provisional no es más que una ligereza del mecanógrafo, y con advertirlo y hacerlo enmendar se acababa el asunto. Pero don Niceto ha sacado de ello otro pretexto para nuevos ayes y lamentaciones, y decir con sarcasmos y enojos que la fórmula es anticonstitucional, y que anula la función del Presidente, etcétera, etcétera. Todo ello como si el error fuese una mala idea del ministro. Por fortuna, uno de los decretos iba en buena forma, y he podido, creo yo, convencerle de la verdad del caso. Un niño mimado no da más que hacer.

Respecto del fondo de los decretos, me hace algunas observaciones, fundadas en que ciertos artículos son «sectarios»; como se toma muchas libertades para retorcer los textos, hace decir a los decretos lo que quiere. Por ejemplo, se escandaliza mucho de que las prácticas del personal docente que va a reclutarse se hagan en el verano. «¿Cómo en el verano —exclama—, si están cerradas las escuelas?». Sobre esto construye una disertación copiosísima. Luego resulta que según los mismos decretos las prácticas se harán desde septiembre, cuando se reanuden las clases… Y así todo.

Estaba yo tan aburrido y tan harto, que para no discutir con él le dije que le mandaría al ministro de Instrucción Pública, que le aclararía sus dudas.

Después me contó un incidente grotesco, de que solamente un hombre como él puede ser víctima.

«El domingo —exclama— he tenido que soportar la pregunta más impertinente, más indiscreta, más irrespetuosa que me han hecho en mi vida; y claro es que una pregunta así solo podía hacérmela un inglés. Los ingleses son muy bien educados, pero cuando se atreven a romper las buenas maneras, nadie los aventaja». Por ahí siguió, haciendo las ponderaciones usuales, llevado en el lomo de su ola oratoria. Por fin, me contó el caso:

«Pues estaba yo en mi despacho, cuando entró el segundo de mis chiquillos…». (Digresión sobre el segundo de sus chiquillos, de la cual saco en limpio que es muy estudioso, muy formal, y *que le da por ser socialista*). El mozo le dijo así: «Papá: el corresponsal del *Times* pregunta si has ido hoy a misa, como de costumbre. Sabe que quizás esto no sea muy correcto, pero que no tiene otro modo más seguro de averiguarlo».

—¿Y usted qué contestó? —le dije yo a don Niceto, pensando en lo que yo habría hecho en un caso semejante.

—Mi primera intención fue contestarle que según el párrafo… tal, del artículo… cual (y me los citó, pero se me han olvidado) de la Constitución, no se puede hacer al Presidente esas preguntas, ni yo tengo que contestarlas. Luego pensé otra cosa, y dije: «Mira, hijo: contéstale al señor De Caux que he oído misa a la hora y en el lugar de costumbre».

Esto es lo que ha hecho el Presidente, y me sonroja que se conduzca así. Tan quisquilloso como es en todo, no sabe darse a respetar. El señor De Caux es católico fanático, y ha mandado al *Times* informaciones que podía haber firmado un jesuita. Su pregunta es un indicio del tolle tolle que hay en Madrid con eso de la excomunión a los autores de la ley de Congregaciones. Mucha gente se imaginaba que a don Niceto ya no le dejarían entrar en la iglesia. Y De Caux, concienzudamente, ha querido cerciorarse.

Entre las barbaridades que han hecho estos días los beatos, se cuenta una especie de esquela de defunción, repartida con una hoja monárquica a la puerta de las iglesias, y que dice algo como esto: «Rogad a Dios, en caridad, por el alma de don Niceto Alcalá-Zamora y su desgraciada familia, etcétera». La hoja ha llegado a manos del Presidente, y creo que se la dieron en una iglesia a alguien de su propia familia. Como está en carne viva, estas cosas le mortifican atrozmente.

Desde Palacio, vuelvo al ministerio. Recibo a Flores de Lemus, Gabriel Franco y Carabias, gobernador del Banco, y hablamos largamente de la Conferencia de Londres. Los tres son delegados nuestros. La opinión de Flores es mala para nosotros. De la exposición que hace, no resultan más que peligros. Sin embargo, si la conferencia llegase a un resultado verdaderamente útil para el interés general y abriese caminos de salida a la crisis, ya podríamos dar por bueno cualquier sacrificio, si del mejoramiento general se deducía para España un arreglo en los negocios y en el trabajo. La República ha venido en la hora peor, en cuanto a lo económico. Si no

tuviéramos delante más que las cuestiones estrictamente políticas, no habría motivos para preocupaciones demasiado serias.

Por la tarde, el Presidente me ha llamado a su casa. «¿Dónde está de guarnición el regimiento 9 de infantería?». «No lo recuerdo en este momento; quizá sea el de Alcoy».

—Pues hay que hacer una investigación sobre lo que ocurre en la oficialidad de ese regimiento, porque he recibido un anónimo absolutamente intolerable, escrito en un pliego con el membrete de la sala de banderas del primer batallón. Es intolerable.

El Presidente estaba muy enojado y lastimado. No me ha leído el anónimo, aunque me ha parecido entender que lo llevará a Consejo. ¿Qué puede ser? Supongo que insultos por la promulgación de la ley de Congregaciones.

Me sorprende que al cabo de tantos años de andar en la política, don Niceto se lastime tanto por un anónimo. Y aunque ahora sea el Presidente y el anónimo pueda provenir de algún militar, la casi absoluta imposibilidad de descubrir al autor aconseja recibir tales papeles con indiferencia. Como síntoma, es de poco interés, porque ya sabemos que entre los oficiales hay muchos beatos. Lo chusco del caso es que quien así escribe al Presidente sea un correligionario suyo, de sus mismas creencias, chasqueado tal vez porque don Niceto no ha respondido a lo que esperaban de él. Claro que escribir anónimos es una bajeza. Razón de más para despreciarlo.

En punto a anónimos, creo que he sido favorecidísimo desde que entré en el Gobierno. Sobre todo en los primeros meses, cuando se hacían las reformas de Guerra, llegaban por docenas a la secretaría. Se supone que eran de militares casi todos, que, o por monarquismo o por sentirse lastimados en la nueva organización, se desahogaban insultándome; válvula de seguridad para la compresión de la disciplina. También me han mandado muchos anónimos con motivo de las conspiraciones; casi todos, según me decían, amenazadores, y algunos con advertencias piadosas. Mis ayudantes han conservado, por curiosidad, los más atroces. Este desfogarse en anónimos, y en habladurías de café, en especies calumniosas, estúpidas, me ha hecho pensar siempre mal de la entereza de nuestros enemigos. Es curioso observar cómo han ido gastándose los temas calumniosos; se desataban en fuertes oleadas, crecían, y luego iban menguando y retrocediendo, hasta desaparecer. Aparecían no solo en cartas y en hojas clandestinas impresas, sino en ciertos periódicos, que más o menos veladamente, y hasta sin veladura, los explotaban. A veces, en reuniones y comidas «elegantes» han saltado conversaciones o preguntas

absolutamente correctas y de seguro inocentes en la intención de quien las provocaba, pero que no se hubieran producido de no existir previamente la vaga preocupación causada por una hablilla calumniosa. Para no ser cruel y no dejar pegado, o pegada, a ningún señor ni señora, me he abstenido de decirles fríamente y riendo: «Ya sé por qué dice usted eso: por esto, o lo otro, o lo de más allá».

El curso del tiempo ha bastado para deshacer las peores intenciones. Pero me ha costado algún trabajo habituar a los que me rodean, secretarios, ayudantes, jefes de gabinete, etcétera, a tomar indiferentemente las calumnias y los insultos. Domenchina, que es muy susceptible, y todo lo toma en serio, se irrita más ante un anónimo, por bueno que sea, que ante unos versos malos. Saravia es más filósofo. Un día recibimos una carta anónima diciendo que íbamos a ser asesinados aquella misma noche. Saravia hizo pegar la carta en la vidriera de la puerta de su despacho, y muchas docenas de personas leyeron el aviso. Probablemente lo leyó también su autor —que acaso pertenecía al ministerio— y abandonó su cruel propósito. En fin, sepamos quién del regimiento 9 se atreve a insultar a don Niceto, y medraremos.

He llamado a Viñuales para ofrecerle la cartera de Hacienda. Conversación de media hora. Viñuales se niega. Cuando ya lo tengo acorralado y casi convencido, me pide que le conceda dos horas para reflexionar. Se marcha Viñuales y antes de las dos horas me escribe rehusando.

Después de la entrevista con Viñuales, despacho con Masquelet, y estando con él llega Fernando de los Ríos. Hablamos de sus decretos. Fernando encuentra infundadas las observaciones del Presidente, y espera convencerle de ello.

Últimamente ha venido Ramos. Tratamos de su caso. Ramos no ignora mi propósito de haberle hecho ministro en la primera ocasión, pero me dice que ya comprende la imposibilidad de hacerlo ahora. Don Niceto pondría el grito en el cielo, y aun siendo nombrado, la situación personal de Ramos con el Presidente sería intolerable.

6 de junio

Está celebrándose el congreso del Partido Radical-Socialista, que fue convocado para Zaragoza, y trasladado por fin a Madrid, en vista de que la

situación política de Zaragoza es poco propicia al desarrollo pacífico del congreso. Temían choques violentos con los sindicalistas.

El congreso se esperaba con curiosidad, y, de parte de algunos, con ansiedad. Todos conocen las disensiones internas del partido, que, reflejadas en el grupo parlamentario, nos han creado algunas dificultades, y le han valido a Domingo situaciones muy penosas. Hay dos corrientes secesionistas en el partido, que a veces se confunden. Los diputados por Murcia (Moreno Galvache, López de Goicoechea y algún otro), muy trabajados por Gonzalo Figueroa, «empresario» de las elecciones de aquellos señores, y agente de Sánchez Román. A este grupo pertenecen Feced, E. Valera y un diputado santanderino. Los motivos de estos señores son muy diversos. Unos son enemigos de los socialistas y quieren unirse a los radicales; otros están enojados con Domingo, o por cuestiones personales o porque lleva mal la reforma agraria; de estos, Feced, hombre de confianza de Domingo en la reforma agraria, se le ha vuelto en contra, y está manejado por Sánchez Román; el Moreno Galvache es un murciano bárbaro y cacique, de cuyas mañas no se cuenta nada bueno.

Sin coincidir enteramente con estos, levanta bandera de oposición el diputado por León, Gordón Ordás, que parece ambicioso y se cree postergado y desdeñado. Gordón era el hombre preferido por Albornoz, que admira la inteligencia, la preparación y la capacidad de trabajo de Gordón. Creo que Gordón, dominante e imperioso, ha tenido, si ya no lo tiene, en el bolsillo a Albornoz. Y Albornoz, como Domingo, sienten una especie de terror por Gordón y por los disidentes.

Mis relaciones personales con Gordón son insignificantes. Creo que he hablado con él una docena de veces. Cuando fue director de Ganadería le ayudé desde el ministerio de la Guerra. No he tenido con él sino una conversación extensa, cuando regresó de la Argentina y tuvo la cortesía de venir a visitarme. Se cree desdeñado por mí, ignoro el motivo. En realidad, sin que yo pueda opinar fundadamente sobre lo que Gordón vale o deja de valer, siempre me ha parecido que, entre los diputados radicales-socialistas, es casi el único que tiene carácter, y no es poco. Dicen que es inteligente y muy trabajador. Posee una carrera poco considerada, y él se esfuerza por darle valor científico; la gente le llamó por burla el Marañón de los veterinarios. Me produce hasta ahora la impresión de un hombre que en la edad madura se ha afanado por adquirir una ilustración vasta y general, sin que podamos estar ciertos de que la ha asimilado. Cuando se discutía la Constitución, Gordón Ordás tenía un contraproyecto y pronunció un discurso, encaramándose en los

principios de la filosofía del derecho público. Parece ser que el contraproyecto y el discurso eran obra de un pedante fracasado a quien conocí hace treinta y dos años en clase de don Francisco Giner. Produjo estupefacción que Gordón Ordás supiera tantas cosas ajenas a su profesión y a la biología; pero se advirtió que no sabía pronunciar el nombre de Gierke.

Ya desde la Argentina, Gordón impidió, con un telegrama, que la federación de izquierdas propuesta por mí en Santander, de acuerdo con Albornoz y Domingo, prosperase y se consolidase rápidamente. De regreso, pugnó por presidir él la federación, y no lo consiguió. Habló contra mí en León, y después puso en circulación la especie de que soy un político «audaz y frívolo», repetida y ampliada por sus secuaces. Del mismo origen es la idea de eliminarme de la política forzosamente. Yo soy, a juicio de estos señores, una *personalidad* demasiado saliente; y en la democracia, las «personalidades» salientes son peligrosas. Les gustaría más una acumulación de nulidades.

Pongo estos antecedentes porque se ha producido el hecho desaforado e increíble de que Gordón, en el congreso de su partido, ha echado un discurso de siete horas, las más de las cuales ha invertido en atacarme rudamente, lo mismo en el orden personal que en el político. Justo es decir que los ataques de Gordón no eran desconsiderados ni molestos para mí, y que él ha procurado fundar su posición oponiendo una política a otra política. Combatía la de su partido y la del gobierno, y de paso, como representante, y no sé si como inspirador de ella, a mí. Gordón no cree que yo sea un dictador; pero sí afirma que «llevo dentro un dictador», que ya es penetración. Para probarlo, así como otros puntos no menos notables de su enorme discurso, se ha servido de un enorme papelorio, donde abundaban las citas y extractos de mis discursos y mis escritos. Recuerdo que hace unas semanas veía yo a Gordón deambular por los pasillos del Congreso llevando en el sobaco un ejemplar del libro *Una política*; se conoce que me estaba calando y escudriñando. Si Gordón me ataca, no me desdeña ni me rebaja; al contrario; dice que la República ha producido dos hombres: el uno, soy yo; el otro, él. Aseguran los testigos de la escena que el congreso recibió con protestas los ataques de Gordón contra mí; pero la verdad es que yo no estoy incomodado con él, ni tengo motivo para resentirme; en primer lugar, porque su derecho es indiscutible, y hasta ahora no sé que haya rebasado los límites de la buena educación en un vejamen; y en segundo, porque no hay modo de enfadarse con quien comienza proclamándose grande hombre y después nos eleva hasta su altura. Me dicen que los discursos de este congreso se imprimirán. He de

procurármelos porque son raros los casos como este, y además puede que leyendo a Gordón aprenda algo respecto de mí.

El discurso de Gordón ha sembrado el pánico en las huestes de Domingo y Albornoz. Muchos creen que los disidentes tendrán mayoría, y que el congreso acordará separarse del Gobierno, retirando de él a sus ministros. En esta esperanza están muchos, singularmente los radicales y Maura, y quieren decir que también el Presidente de la República. Albornoz y Domingo creen que no ocurrirá nada y que triunfarán los ministeriales.

Los comienzos del congreso no abonan la confianza de Marcelino y Albornoz. En la sesión inaugural se discutieron las actas de los delegados, y al llegar a las de Murcia, donde está el foco de la oposición, se produjo un escandalazo tremendo. Cada delegado tiene tantos votos como suman los afiliados que representa. Y se ha probado que los de Murcia traen representaciones falsas, que les confieren miles de votos inexistentes en los censos del partido. Se ha probado que una persona generosa ha dado miles de pesetas para abonar las cuotas no pagadas por afiliados morosos, que no tenían derecho a representación; etcétera.

El donante dicen que ha sido Gonzalo Figueroa; otros señalan a un señor de Murcia, de cuyo nombre no me acuerdo. De lo que nadie duda es del chanchullo, sea quien fuere el donante.

Gran parte del congreso se oponía a aceptar en esas condiciones las actas de la representación de Murcia; se votó, y fueron aprobadas. A esta votación se le viene dando un valor indicativo, como un triunfo de la oposición. Se me ha dicho muy calladamente que los de Murcia amenazaron con *destaparse* contra Domingo si no se aprobaban sus actas.

En esta disposición llevan tres días, mañana, tarde y noche, desgañitándose. Y es lo grave del caso que de allí puede salir una revolución que cambie la política de la República.

De todo esto hemos hablado en el Consejo de ministros, por la mañana. Los dos ministros radicales-socialistas siguen diciendo que el congreso dará un voto favorable y que los disidentes se someterán a lo que acuerde la mayoría.

Si fuese de otro modo, el Gobierno caería por faltarle el apoyo de uno de sus grupos parlamentarios. Nada habría que decir contra eso. El resultado sería, probablemente, eliminar a los socialistas del Gobierno que se formase. No podrían los socialistas quejarse de mí; pero ya se quejan de los radicales-socialistas, preguntando si se atreven a cargar con la responsabilidad de un cambio de esa importancia, realizado prematuramente. La oposición podría

apuntarse un gran triunfo, y supongo que el Presidente se quedaría muy contento, porque, sin comprometerse nada, habría logrado lo que, al parecer, va buscando.

Partiendo del supuesto de que el congreso radical-socialista no determine la caída del Gobierno, he recapitulado la situación y he concretado lo que me propongo hacer mañana, si, como creemos, mañana se vota por fin la ley del Tribunal de Garantías.

El Presidente me ha dicho de un modo expreso que el Gobierno cuenta con su confianza para seguir gobernando después de votada esa ley, última de las que estas Cortes han de hacer por mandato de la Constitución. Por tanto, yo no tengo por qué presentarle de nuevo mañana la cuestión de confianza, ni, mucho menos, llevarle la dimisión del Gobierno. Lo que voy a hacer es proponerle nombrar nuevo ministro de Hacienda y dividir el ministerio de Agricultura. Ante esto, si accede, se producirá el efecto de la solidez del Gobierno y de su continuación; si no accede, dimitiré. Tomando al pie de la letra lo que el Presidente viene diciéndome, no hay motivo para sospechar que no acceda; tampoco hay motivo político de carácter general, puesto que el Gobierno sigue teniendo mayoría en las Cortes. Pero si los indicios que hemos ido recogiendo significan, en efecto, que el Presidente quiere cambiar de Gobierno, mediante una iniciativa personal suya, será menester que lo haga a cara descubierta y cargando con las consecuencias. La negativa a que el Gobierno se complete, que necesariamente acarrearía mi dimisión, sería ese acto de iniciativa personal que el Presidente deberá realizar, si pretende salirse con la suya. Nosotros no debemos hacer nada que se lo facilite o que lo disimule, porque estamos obligados a estorbar cualquier veleidad de entrometerse personalmente a dirigir la política que pueda sentir el Presidente.

Por esta razón, limitaré mi propuesta de completar el ministerio a lo que es innegablemente razonable e inexcusable, si es verdad que contamos con su «confianza»; la limitaré a proveer un ministerio vacante, y a la división del de Agricultura, cosa necesaria, como él mismo sabe. Renuncio a una reorganización más amplia del Gobierno, porque si accedo a lo que algunos ministros me han pedido, tendría que llevarle la dimisión y sustitución de Zulueta, Giral, Casares, Albornoz y Carner, y el nombramiento para el nuevo ministerio de Industria y Comercio; es decir, seis ministros nuevos, lo que se diferenciaría poco de encargarme la formación de otro Gobierno; y ante esa amplitud, la opinión encontraría probablemente justificado que el Presidente se negase y abriera la crisis.

El fundamento de todo esto es que, cuanto suceda ahora, marcará una doctrina y una práctica en el modo de entender la Constitución, y en la extensión de los poderes del Presidente. A mi juicio, la República es parlamentaria, y debemos hacer lo necesario para que lo sea de verdad, y no se dé paso a un presidencialismo bastardo. El Presidente nombra libremente al jefe del Gobierno; es decir, que puede cambiar de política —representada según la Constitución por el Presidente del Consejo— cuando quiera. Pero ¿qué querer y qué libertad son esos?

El Presidente de la República, para su determinación, tiene dos indicaciones incontrovertibles que seguir: los resultados del sufragio y la situación de la Cámara. No ha habido elecciones parciales de diputados a Cortes; por ese lado, ninguna indicación. El pequeño tanteo electoral del mes de abril, tan discutido, no era, según me dijo textualmente el Presidente, motivo para cambiar de política, debiendo tenerle presente como un síntoma para no agravar la política de izquierda. De modo que el sufragio no ha dicho hasta ahora nada que baste a justificar un cambio de política provocado por el Presidente. ¿Lo ha dicho la Cámara? Menos aún. No solo tenemos mayoría, sino que hemos machacado a la obstrucción y los obstruccionistas; hemos vencido lo que parecía invencible, y mientras los grupos parlamentarios no se escindan o no se articulen de otra manera, la indicación política de la Cámara sigue siendo la que era.

¿Qué hay más, fuera de eso? La «interpretación» de la opinión pública. Pero eso es lo arbitrario, lo personal, lo discutible. El Presidente forma también parte de la opinión pública; no está fuera de ella ni sobre ella. El Presidente —este u otro— es hombre con opiniones políticas personales; don Niceto las tiene muy arraigadas. Sin poner en duda su buena intención o su sinceridad, es inevitable que propenda a interpretar los datos informativos en el sentido más acorde con sus deseos e inclinaciones íntimas. El Presidente no posee fuentes de información que los demás políticos no tengan; si acaso, posee las mismas, y el hecho de que vayan a confesarse con él don Fulano o don Mengano, no da más fuerza a sus respectivos informes. Como gracia propia de un estado presidencial, el jefe o Presidente de la República no recibe una lucidez particular ni una serenidad de ánimo que él de por sí ya no tuviese. No podemos reincidir en el tópico monárquico de «la sabiduría de la Corona». Tal virtud no puede presumirse en ningún presidente; en el actual, menos que en ninguno, porque estamos viéndole impacientarse como hombre de partido cuando las cosas no van a gusto suyo, y no ha dejado de pensar en su futura acción política. Creo, pues, inadmisible que el Presidente derribe a

un Gobierno porque estima que la opinión pública, en su sentir, ya no le acompaña. Lo mismo me da que se trate de este Gobierno o de otro de significación opuesta. Los radicales, y otros, han cometido la imprudencia de apelar a la intervención presidencial, cuando no podían vencernos en las Cortes. El hecho es disparatado, y nunca se me ocurriría imitarlo, desde la oposición, contra un Gobierno de derechas. Eso es apelar ante el Presidente contra el Parlamento, para que dirima personalmente una querella de partidos. Si hemos establecido el régimen parlamentario, debemos practicarlo tal como es, por muchos defectos que tenga. Desde ninguna parte se ven mejor que desde el Gobierno tales defectos; pero mientras el régimen no se cambie o se corrija, hay que garantizarlo; refórmenlo, si está mal, pero no lo corrompan. Más vale un régimen parlamentario auténtico, con todos sus inconvenientes, que un régimen parlamentario falsificado o corrompido.

La lógica pediría que si el Presidente estima modificada la opinión pública, o adversa al Gobierno, disolviera el Parlamento y el sufragio decidiría; pero no que, sin disolver las Cortes, pretenda poner en pie un Gobierno que no corresponda a lo que representa la actual mayoría. El instrumento de gobierno es la mayoría parlamentaria; mientras ella no se descomponga y se rehaga sobre otras combinaciones de partidos, el Presidente debe respetar los ministerios que la mayoría ponga en pie.

La disolución que el Presidente puede ya decretar desde mañana sin duda posible, una vez votada la ley de Garantías, no le gusta, porque solo puede disolver dos veces. Disolver ahora el Parlamento sería un error, aun sin tomar en cuenta eso, ni los resultados de la contienda. Hay que hacer durar las instituciones, y las Cortes se hallan en condiciones de seguir gobernando; debemos habituarnos a que los parlamentos duren, y no a disolverlos a cada triquitraque, como hacía el rey. Tan en condiciones de gobernar están, que si a esta situación se le permite agotarse normalmente, podrá formarse otra, de coalición republicana, que trate de apurar los dos últimos años de vida de las Cortes.

Si el Presidente, por lo que fuere, no quiere disolver, tiene que respetar los gobiernos que las Cortes vayan produciendo. Y si no quiere respetarlos, empezando por este, que se atreva a intentarlo de frente y se resolverá este problema. Lo que yo no haré será facilitarle su propósito que juzgo mortal para las Cortes y para la política republicana.

Los ministros han oído esta exposición y la han aprobado. Zulueta y Giral, que ya se veían dimisionarios y libres de sus cargos, han protestado

amistosamente; pero admiten mis razones. Admitido mi criterio, hemos hablado de la combinación que puedo proponer al Presidente.

La negativa de Viñuales me contraría. Prieto dice que no es imposible convencerlo, si se apela a la influencia de Flores de Lemus. Si Viñuales no acepta definitivamente, tendría que hacer ministro de Hacienda a Gabriel Franco, que quizá sea demasiado joven para el cargo, pero que tiene preparación y autoridad. No puedo hacer ministro de Hacienda a un político cualquiera. También tengo que dar entrada en el Gobierno a un representante de la Esquerra, que hasta hoy no lo ha tenido.

El designado es Companys, pero al dividir el ministerio de Agricultura, no puedo ni quiero darle a Companys la nueva cartera de Industria y Comercio. Marcelino tuerce el gesto, porque se empeña en conservar la cartera de Agricultura. Es cuestión de amor propio. Pretende, como suele decirse, «sacarse la espina». Le imputan el fracaso de la implantación de la reforma agraria, y él debe de tener una gran confianza en el acierto, o una ceguedad absoluta, porque, en vez de aprovechar la primera ocasión para soltar el fardo, persiste en llevarlo.

Últimamente Domingo dice: «Uno prefiere quedarse en Agricultura, pero uno hará lo que usted resuelva, para no crearle dificultades».

Hemos hablado en el Consejo de la Conferencia de Londres. Les he leído el informe de la comisión, y otros papeles. También se ha aprobado un decreto sobre arquitectos y varios proyectos de ley. Al final del Consejo ha surgido una discusión bastante viva entre Largo Caballero y Casares, a cuenta de la suspensión de mítines pedida intemperantemente por los partidos de izquierda. Casares sostiene la buena doctrina. Largo se coloca en el punto de vista de la defensa revolucionaria. Cada vez que se enreda Casares en una discusión agria, paso yo mal rato.

Esta tarde he ido a firmar con el Presidente todo lo del Consejo. No hemos hablado de política, ni apenas de nada. La conversación será mañana. Me he encontrado con algunos ministros en las Cortes. Hemos bromeado sobre la decisión que tomará don Niceto.

—Yo creo que no se atreve —dice Zulueta.

—¡Hum! No sé… —responde Giral.

—Pues yo opino —les replico— que sí se atreverá y que mañana nos vamos.

Corre muy válida la impresión de que el jueves, al celebrarse el Consejo en Palacio, se producirá la crisis. Nadie sabe, fuera de los ministros, lo que

me propongo hacer mañana. ¿De dónde viene esa impresión, bastante esparcida, de que «no pasamos del jueves»? Maura no se recata para decirlo, y asegura que la crisis «vendrá de las alturas donde se forja el rayo». Parece que están seguros de contar con el Presidente.

7 de junio

Hoy por la mañana, audiencia militar. Por la tarde he ido a las Cortes desde primera hora. Calma chicha. He entrado en el salón de sesiones y he subido a la Presidencia para hablar con Besteiro. Estaban discutiendo el proyecto de ley del Jurado, creo; y Royo Villanova decía cosas chabacanas. Yo le oía frases sueltas mientras hablaba con Besteiro. Los diputados estaban tranquilos y no había ni asomos de pelea. Algunos radicales nos observaban con curiosidad; habrían dado algo bueno por enterarse. Tratamos del plan de trabajo de las Cortes.

—Están muy mansos —le digo a Besteiro, echando una ojeada por los escaños.

—Es que esperan la crisis.

Tan seguros parecen estar, que un diputado agrario, al discutirse el proyecto de ley de Desahucios de Fincas Rústicas, ha conseguido, con no sé cuáles artificios reglamentarios, que se aplace veinticuatro horas una votación, la última, pensando que con ello echa a pique el proyecto, pues mañana no habrá Gobierno ni Cortes.

He estado después con casi todos los ministros de conversación, y a las siete voy a casa del Presidente. Allí me encuentro con Fernando de los Ríos. Ya estaban de pie los dos, para despedirse. Habían examinado los decretos y todos los recelos del Presidente estaban desvanecidos. Con leves correcciones en el texto se aclaraban algunas disposiciones que le alarmaban «por sectarias», y en otros puntos, las explicaciones del ministro le habían convencido. Pero el Presidente pretendía quizá dar largas al asunto, y no firmaba.

—Es urgente publicar eso si ya está acabado.

El Presidente iba y venía en torno de la mesa y no encontraba el momento de sentarse para firmar. Al fin, se sentó y firmó.

Fernando, que conocía el objeto de mi visita, se fue en seguida. Yo le puse a la firma unas cosas de poca importancia y luego hablé del asunto. Le dije sencillamente que, pues el Gobierno iba a continuar, como me había dicho, necesitaba completarlo, porque yo no podía atender a la cartera de Hacienda,

y menos ahora, por la necesidad de hacer el presupuesto. Necesitaba además desvanecer la impresión de interinidad que daba el Gobierno, si no se completaba pronto.

Antes de que le hablase de la división del ministerio de Agricultura, me dijo que «no esperaba una propuesta así» y que necesitaba pensarlo; sin adelantar impresión ninguna sobre cuál sería su respuesta, me rogaba que la aplazase hasta el Consejo del día siguiente, agradeciéndome que le hubiese hablado de ello hoy, en vez de sorprenderle, en pleno Consejo, con una iniciativa de esa importancia. Le contesto que no hay inconveniente en aplazar la resolución unas cuantas horas, hasta el Consejo de mañana, y que, en efecto, nunca le he sorprendido ni pretendido sorprenderle con resoluciones de Gobierno. Poco más hemos hablado y desde su casa he vuelto a las Cortes.

—¿Qué hay? —me preguntan los ministros.

—Que no pasamos.

Les hago ver que el aplazamiento anuncia la negativa. Las razones que hay para acceder a mi propuesta son tan obvias, que el dilatarlo no es necesidad de reflexionar, sino propósito de provocar la crisis en el Consejo de mañana. Así acertarán los agoreros.

De mi opinión es Prieto y algún otro. Pero casi todos se inclinan a pensar que don Niceto no se atreverá, con ese pretexto, a producir la caída del Gobierno.

Uno de los motivos que don Niceto me ha dado para aplazar su resolución *es que no se sabe lo que va a ocurrir* en el congreso radical-socialista.

—Sí se sabe —le he dicho—. Después del discurso de Domingo, que todos han aplaudido, y en virtud del cual todos han llorado, el resultado es seguro. Votarán una resolución de concordia. Pero aunque así no fuese: como la propuesta que yo le hago a usted no es para firmarla esta noche, claro está que si del congreso radical-socialista saliese una votación adversa al Gobierno, de lo dicho no habría nada.

Los radicales-socialistas, después de tan feroces discusiones, se han echado a llorar oyendo el discurso de Domingo; se han abrazado y besado; han gritado… Gente impresionable, ligera, sentimental y de poca chaveta. Están redactando una propuesta que podrán votar todos, y hasta otra.

He salido de paseo y me retiro un poco tarde. Antes de acostarme, pido noticias del congreso radical-socialista. Todo va bien: se ha restablecido la «fraternidad». El Presidente no podrá apoyarse en la anunciada escisión de ese partido.

8 de junio

A las once he ido al Consejo en Palacio, figurándome lo que iba a suceder. Cuando llegué estaban todos los ministros. Domingo, muy satisfecho por su discurso en el congreso del Partido Radical-Socialista, sonreía recibiendo enhorabuenas.

El Presidente entró en seguida, al parecer en estado normal de humor. Saludó a todos, uno por uno, diciéndole a cada cual las palabras que les tiene asignadas: «Don Fernando de mi alma…», «Gran Marcelino», etcétera, etcétera.

El Consejo comenzó con palabras del Presidente, respecto de varios pequeños asuntos. Y cometió, con tal motivo, una puerilidad algo hipócrita. Habló de su viaje a Priego, que tenía preparado para mañana o pasado. Repitió varias veces su plan de viaje y le rogó al ministro de la Gobernación que no tomase, ni a la ida ni a la vuelta, precauciones extraordinarias. Habló también de un proyecto de ley de Obras Públicas, que firmó, y se entretuvo en comentar su próxima discusión, etcétera. Se proponía con esto dar la impresión de que no ocurría nada y de que él estaba en la creencia de que nada iba a ocurrir; para hacerse luego el sorprendido. Tan cierto es ello, que a mí, al principio, me desorientó, y pudo creerse que traía pensado acceder a mi propuesta, sin lo cual se produciría la crisis y ya no podría irse de viaje. Pero al final del Consejo, cuando ya habíamos dimitido en vista de su negativa, mencionó tontamente su pequeña coartada del comienzo, y decía: «Yo no esperaba esto; como que tenía pensado marcharme mañana a Priego, *según les he dicho a ustedes al empezar el Consejo*».

Ahora bien: ni él ignoraba mi propuesta, ni ha improvisado la contestación. ¿A qué venía, pues, esa ligera farsa del comienzo? Como no fuese para disimular el júbilo con que acogió la ocasión de desembarazarse de nosotros…

En fin, concluidos estos preliminares, hablé yo. Repetí mi propuesta de anoche, completándola con la división del ministerio de Agricultura. Lo razoné brevemente, y me callé. El Presidente tragó un poco de saliva antes de romper a hablar, y jugando con una plegadera me endilgó un largo discurso. Era, en el fondo, un memorial de agravios contra el Gobierno, y se decidió, por primera vez, a decir que no está conforme con el sistema de despachar únicamente con el Presidente del Consejo; sistema que se adoptó con su conformidad antes de ser elegido para Presidente de la República. Hubo en el discurso del Presidente alusiones rencorosas a Ramos (las «zancadillas en la

sombra»), al *Socialista* (le llamó el *Osservatore marxista*, parangonándolo con el romano), y a otras personas y cosas: por ejemplo, al diputado socialista Álvarez Angulo, propietario de un cine. En sustancia dijo que hubiera preferido que no se le plantease esta cuestión, y que si no se le hubiese planteado habría seguido con este Gobierno; que resolver favorablemente sería un latigazo a las oposiciones; que no prejuzgaba la cuestión, ni la respuesta definitiva, que incluso podría ser favorable, pero que antes necesitaba consultar con los jefes de los grupos parlamentarios. Dijo que las Cortes, o más bien la mayoría, ha derivado hacia la izquierda, en tanto que en el país la reacción es hacia la derecha. Para explicar esto adoptó una imagen muy característica de su manera: comparó el Parlamento y la opinión a dos de los bordes paralelos de la propia mesa del Consejo; y mientras uno de los bordes «se ha corrido desde Álvaro hasta la pared, el de enfrente se ha corrido desde Domingo hacia la otra pared».

Cuando dijo que dejaba la solución en suspenso hasta consultar con los jefes de grupo, ¿se le había pasado por las mientes que yo iba a aceptar eso sin dimitir? Es increíble. Sin embargo, Prieto le dijo: «Eso es negar la confianza al Gobierno». A lo que replicó don Niceto: «No. Pero, en fin, cada cual lo entiende como quiere».

Cuando terminó, hablé yo, y le presenté la dimisión. Todos respiramos. Yo sentía una satisfacción íntima muy profunda, en lo que personalmente me toca. Políticamente, lo que acababa de hacer el Presidente me parecía una atrocidad, no por esperada, menos grave.

El Consejo terminó al momento. Redactamos una breve nota para la prensa, y el Presidente se fue, despidiéndose colectivamente y tomando el lado por donde había de tropezar con menos ministros, y, por supuesto, el lado opuesto adonde yo estaba.

Nos marchamos todos al momento, para no hacer comentarios en aquella sala. Había en el patio una legión de periodistas. Todos esperaban la crisis, aunque nadie sabía que iba a plantearse la cuestión.

He llegado al ministerio antes que de costumbre. La impresión de inmediato descanso y liberación crecían por momentos. Soltar una carga tan pesada, volver a la independencia y libertad que gocé hasta hace dos años, no responder sino de mis propias acciones…, todo esto, que sin duda será egoísmo, me cantaba jubilosamente en el ánimo. Y al entrar en mi despacho, y encontrarme con Saravia, que me esperaba, le he dicho:

—¡Bueno! ¡Ya no soy Presidente!

—¡Que sea enhorabuena! —responde Saravia—. Lo siento solo —añade — por lo que pueda pasar en esta casa, según quién venga.

Hemos hablado unos minutos; tomo estos apuntes y me voy a almorzar.

Nada nuevo en lo restante del día. A primera hora de la tarde han venido algunos amigos. A las cinco vamos al Congreso; deseaba yo hablar con los ministros; allí habían estado algunos y se habían marchado. Nos reunimos los diputados de Acción Republicana y se habla de la crisis y sus causas. Estaban muy furiosos contra el Presidente. Les he contado en líneas generales lo que ha sucedido. Desde allí, nos hemos ido de paseo, hasta la hora de cenar. Al regreso me dan noticias de la marcha de la crisis, que es la normal. Esperemos que vayan descubriéndose los «cuatro caminos» de don Niceto, según Pepe Centeno.

9 de junio

He citado a los ministros en la Presidencia, y nos hemos reunido a las once. La reunión ha sido animada y jocunda. Cada cual ha puesto su comentario a lo de ayer. La acción del Presidente está bien clara; y la situación que se ha creado concuerda fielmente con lo que ya otras veces habíamos previsto, y para lo cual habíamos adoptado algunas resoluciones. Recapitulando lo sucedido, y aludiendo a las antiguas previsiones para un caso tal, Largo Caballero tira algunas puntadas a los ministros radicales-socialistas, que no las recogen. Albornoz se hace el desentendido y se «tapa», porque se dice que aspira a la sucesión. Cuando ya estábamos de pie, Largo insiste:

—¿Pero no nos hemos reunido más que para esto?

—Y para lo que ustedes quieran —le respondo.

—Yo creía que tomaríamos acuerdos de carácter político.

—Propónganlos ustedes —respondo.

—No, yo no digo más que eso… —añade Largo.

(Albornoz y Domingo hacen como que no oyen, y se van los primeros).

Por la tarde, y para no verme envuelto en habladurías e intrigas, me he ido al campo. A las siete estábamos sentados en un merendero del Alto del León. Las gentes me miraban con curiosidad y con cierta sorpresa de ver a un presidente *caído* pasar apaciblemente el tiempo. Como yo había dejado aviso de mi ruta, tanto en Guerra como en Gobernación, por si ocurría algo, llega

desde Gobernación un aviso telefónico diciéndome que el Presidente me espera en Palacio después de las ocho.

Los amigos que me acompañan dicen que es para encargarme nuevamente del poder. «De ninguna manera —les respondo—. Don Niceto haría cualquier cosa menos llamarme de nuevo».

Emprendemos el regreso un poco fastidiado yo por esta llamada a mis todavía funciones oficiales. Volvía de mala gana, y a las ocho y media entré en Palacio. El Presidente estaba solo, con un ayudante, con ese aspecto de hallarse de prestado en la residencia oficial, que tan poco le favorece.

Me dice que quiere informarme «antes que a nadie» del resultado de las consultas. Entonces me entero, con estupor, de que ha llamado a consulta a Melquíades Álvarez y a Alba. Yo no lo sabía, pero él cree que sí; y él sabe, además, una cosa que yo, naturalmente, tampoco sabía: que la llamada de don Melquíades y de Alba ha sido recibida con aullidos de indignación por los republicanos y los socialistas. Tienen razón. El Presidente ha dado una extensión risible a la lista de personas consultadas. Los maliciosos lo atribuyen al propósito de reunir el mayor número de consejos adversos al Gobierno y a su política; el hecho es que ha llamado a personas que no representan nada en política, salvo su opinión personal; y a otras, como Melquíades, que es moralmente inductor del golpe del 10 de agosto, o como Alba, que aborrece a la República y a los republicanos. El Presidente, conocido el mal efecto causado por la llamada de esos dos, se cree en el caso de justificarla ante mí.

—Es innecesario —le digo—. Esas consultas ni las aconseja un Gobierno dimisionario ni tiene que aprobarlas el sucesor.

Como siempre, toma el asunto por el lado personal, y me dice que si él ha sabido hacerse violencia y acallar los enojos que pudiese tener con Alba y Melquíades, bien pueden los republicanos y socialistas acallar los suyos, y dejarle consultar a quien quiera; son muy dueños de no querer colaborar con esos señores, pero no pueden excluirlos de la República. Me hace grandes ponderaciones del *sacrificio* que representa para él recibir a Alba. En cambio, se ha privado de recibir a Martínez de Velasco, un íntimo y compañero en el Consejo de Estado, y *el mejor amigo que tiene en las Cortes*. Lo ha hecho así, porque solo ha llamado a personas que han aceptado y votado la Constitución, y su entrañable amigo Martínez de Velasco, aunque acabará por aceptar la República, no lo ha hecho todavía.

Después de esto, el Presidente pasa a contarme el resultado de las consultas. Lo resume por materias, *en seis puntos*:

Duración de las Cortes. La gran mayoría de los consultados se inclina a favor de que continúe este Parlamento. Le han aconsejado su inmediata disolución Maura, Melquíades, Alba, y con menor urgencia Lerroux.

Mayoría parlamentaria: opinan los más que debe ampliarse a otros grupos republicanos.

Obra legislativa, anterior y posterior: que debe respetarse todo lo hecho por estas Cortes, y que deben aprobarse las leyes pendientes, como Orden Público, etcétera.

Tregua pacificadora: debe inaugurarse una política de sedación, que calme la irritación causada en algunos grupos sociales.

Hombres de fuera del Gobierno: que, para esa pacificación, deben entrar hombres que no pertenezcan a este Gobierno, y, sobre todo, presidirlo uno que haya estado apartado de las luchas pasadas. (No me ha hecho el cómputo de los que le han aconsejado esto).

Del último punto ya no me acuerdo. Mi memoria es nula, comparada con la de don Niceto.

Maura había dicho a los periodistas que cuando le llamasen a consulta se volcaría. Al entrar en el despacho, don Niceto le ha dicho:

—No se vuelque usted. Pero se ha volcado —agregó el Presidente.

Hecha la relación de las consultas, el Presidente me habla de mí. Dice que tengo cualidades formidables, reconocidas por todos; pero tengo también los defectos de mis cualidades. «Como usted no puede electrificar por trozos, a la manera de Indalecio Prieto con los ferrocarriles, para electrificar a la mayoría ha tenido usted que electrificar a las oposiciones»; así me ha juzgado. Mi temperamento es de lucha, en la cual me he formado, según el Presidente. No soy, pues, el hombre que hace falta en estos momentos. Las próximas Cortes serán de derechas; las ulteriores serán de izquierdas, y entonces me llegará otra vez la hora. (Esto es decirme que mientras él sea Presidente no contará conmigo para nada).

A juicio del Presidente la situación no es de catástrofe, pero sí delicada. «No haré un llamamiento patético a los partidos ni al país, porque eso no se amolda a mi carácter ni al de usted; pero sí le voy a dar un encargo para sus compañeros, y es que ayuden y den facilidades para salir de ella».

Le prometo hacerlo así. Después me dice que piensa llamar a un socialista para encargarle de formar Gobierno. (Es el primero de los *caminos* de Pepe Centeno). Como no me dice a quién, yo no se lo pregunto, pero bien sabemos que será Besteiro. El Presidente no puede ignorar que Besteiro no acepta.

Por último, el Presidente me dice:

—No le digo a usted palabras de despedida, porque aún hemos de vernos mañana o pasado.

Nos despedimos. «Que tenga usted mucha suerte para salir de esto», le digo al darle la mano.

(Eso de la *suerte* no le ha hecho ninguna gracia. Se lo he devuelto, entre otros motivos, porque lleva ya una temporada diciéndome a cada paso que soy hombre de suerte. Todavía hace poco, con motivo del anónimo que recibió del regimiento 9, que yo creía de guarnición en Alcoy, y está en Sevilla, el Presidente me dijo delante de los ministros:

—El jefe del Gobierno es hombre de tanta suerte que hasta cuando se equivoca acierta. Me dijo que creía que el regimiento 9 está en Alcoy; y en realidad está en Sevilla; pero el sobre de la carta anónima tiene el sello de la estafeta de Alicante; de modo que si el regimiento no está allí, estaba por lo menos el autor).

De las consultas mismas he sabido poco más que lo publicado por los periódicos. Ortega se ha creído en el caso de dar una nota en la que censura que esta crisis se haya retrasado tanto, y no por culpa de la Presidencia de la República. Ortega se lo sabe todo. Si se tomara el trabajo de informarse mejor, averiguaría que yo le he dado al Presidente varias ocasiones para abrir la crisis, si se le antojaba, y que esta ocasión de ahora le ha parecido mal; de modo que si de la Presidencia de la República hubiese dependido, la crisis se hubiera retardado más aún.

A dos de los consultados (Santaló y Cabello), que han aconsejado un Gobierno presidido por mí, el Presidente les ha dicho vivamente: «Eso no se lo digan ustedes a los periodistas».

Santaló se lo ha contado confidencialmente a varios. Y Cabello, en la reunión del grupo socialista, ha dicho: «Un secreto está mejor guardado entre cien personas que entre dos». Y les ha referido al caso.

El Presidente ha enviado un telegrama a Carner, pidiéndole opinión sobre la crisis. Y otro a Amadeo Hurtado, que es uno de los casos más sorprendentes de esta jornada. A Hurtado ¿por qué? Y sin embargo, se comprende dado lo enrevesado de las decisiones de don Niceto, que Hurtado, no menos enrevesado y *gaffeur* que él, le guste y quiera emplearlo en algo.

El nombre de Hurtado ha empezado a sonar por ahí, a consecuencia del telegrama y de unas palabras de Maura, como solución de la crisis.

Maura ha dicho a los periodistas que si Besteiro no forma Gobierno, el Presidente llamará «a una modesta personalidad parlamentaria, que no es Franchy Roca». Aquí aparece el segundo de los caminos de Pepe Centeno, si

bien desviándose de la meta Sánchez Román anunciada. Maura debe de habérselo oído al propio don Niceto. Y el público está ya haciendo adivinanzas. Se fijan en Hurtado y en otros. Al volver esta noche al ministerio, después de la visita a Palacio, y enterarme de estas cosillas que me cuentan algunos periodistas en la secretaría, le digo bromeando a Saravia:

—Saravia, si viene mañana una modesta personalidad parlamentaria a pedirme concurso para el Gobierno, le dice usted que hable con el portero Martín, que es una modesta personalidad en el ministerio de la Guerra.

Aunque dicho en broma, esto corresponde al temor que tengo de que don Niceto se eche en brazos de hombres de tercera fila, a quienes pueda manejar a su antojo. Eso está en la pendiente que lleva, y cubriría de ridículo a la República.

En fin, mañana sabremos más, y cuando circule por ahí lo de la modesta personalidad, como posible Presidente de un Gobierno, los comentarios no serán gratos al bueno de don Niceto.

Aunque ya era hora de cenar, he llamado al ministerio a Casares y a los tres socialistas, para transmitirles el encargo de don Niceto. A los otros ministros se lo diré mañana. No he llamado a los dos radicales-socialistas, porque están como retraídos, esperando los acontecimientos, y en su ausencia podemos hablar con más libertad.

Después de conocer mi entrevista con el Presidente, la conversación se enredó mucho. Decidimos continuarla y nos fuimos a cenar en casa de Mariano, carretera de Las Rozas. La reunión ha durado hasta las dos. A última hora llegó Enrique Ramos. Largo Caballero estaba de muy buen humor, y desaparecidas la gravedad y la responsabilidad ministeriales, asomaban la despreocupación y el desgarro del obrero revolucionario. De tanto como hemos hablado y bromeado, una sola cosa se ha examinado seriamente: la de darle la batalla a don Niceto, para impedirle su propósito de política personal. Largo y Fernando eran partidarios de que la batalla se diese; Prieto se oponía, fundado en que llevábamos las de perder. La crisis ha causado daño a la popularidad del Presidente, pero en cuanto nos pusiéramos a luchar con él, se agruparían en torno suyo desde los monárquicos hasta los radicales, y apareceríamos movidos por un interés personal o por un despecho que no sentimos. Prieto ha defendido su punto de vista con mucho calor, y los otros han abandonado su tesis.

10 de junio

Por la mañana, llamo a los ministros radicales-socialistas, a Zulueta y a Giral. Vinieron los cuatro y les transmití el encargo del Presidente: que den facilidades para la solución de la crisis. Estando en esto, llamó Prieto por teléfono y me dijo que había citado a todos los ministros aquí en el ministerio, para hacerles una pregunta importante. Fueron llegando los demás, y el último, con gran retraso, Prieto.

Nos dijo que Besteiro había rehusado el encargo de formar Gobierno; que el Presidente se lo había conferido a él, Prieto, y que tenía autorización de su partido para aceptar: pero que antes de hacerlo, tenía que plantear una cuestión previa, a saber: si por mi parte, o por parte de los ministros, se tomaría a deslealtad que se encargara de formar ministerio. Le dije que de ninguna manera podría tomarlo a deslealtad. Le animé a que aceptase y le deseé mucho acierto. Añadí que, a mi parecer, debía comenzar aceptando y luego hablar con los grupos. Nadie opuso la menor objeción.

El ofrecimiento del poder a Prieto quiebra el plan del Presidente. Al encargar de formar Gobierno a Besteiro, como Presidente de las Cortes, no como representante del partido socialista, don Niceto creía tal vez que así cumplía con el partido, y que fracasada la gestión de Besteiro podría ya dirigirse a otros partidos y a otros hombres. Pero los socialistas no se daban por satisfechos con eso, porque Besteiro no tenía la representación del partido. Creo que así lo habían deliberado en la reunión de la comisión ejecutiva de esta mañana, y que la prevista reunión de Besteiro no ha quitado del camino el estorbo que don Niceto quería rodear. La designación de Prieto ha producido estupor en todos los que anhelaban la caída del Gobierno. En los corrillos adversos del Congreso ya empezaban a decir alabanzas mías, aunque con timidez.

Por la tarde han venido Ramos, Amós y Ruiz Funes. Hemos estado de conversación hasta las cinco. A esa hora voy al Congreso. Nada de interés, y me vuelvo al ministerio, para despachar con el general Masquelet y dejar los asuntos al día.

A última hora de la tarde se presenta aquí Prieto. Ha aceptado el encargo de formar Gobierno, y antes de hacer nada viene a requerirme para que le preste mi concurso personal en el ministerio. Le contesto que puede contar con Acción Republicana, que le dará un ministro, si lo necesita, o le dará sus

votos en las Cortes, si no quiere ministros de ese partido; pero que yo, personalmente, prefiero retirarme del Gobierno, y le ayudaré desde fuera; que si no tiene ministro de la Guerra, podría serlo Casares, muy apto para el caso, y así además lo sacaría de Gobernación, como Casares desea. Prieto se niega, y como resumen de su propósito me dice que si yo no entro en el nuevo Gobierno, renunciará a formarlo; que él no se forma ilusiones sobre su aptitud para presidir, que mi presencia, «dada mi autoridad moral» sobre todos ellos, le es indispensable, y que le conteste con un sí o un no, para, en caso de negarme, volver a Palacio a resignar el encargo. (La resolución de Prieto me ha sorprendido un poco; no le creía tan respetuoso conmigo). Para concluir le digo que me deje consultar con los diputados de Acción Republicana.

—Harán lo que usted quiera —me dice.

—Está usted en un error. Por diversos motivos, en Acción Republicana hay mucha gente que votaría en favor de mi salida del Gobierno, sobre todo, a causa del origen de la crisis.

Quedamos en que haría la consulta, y Prieto se fue. Inmediatamente me marché al Congreso, donde estaban reunidos los diputados de Acción Republicana y el Consejo nacional del partido. Les propuse la cuestión planteada por Prieto. Como yo suponía, las opiniones se manifestaron muy divergentes. La discusión ha durado dos horas. Unos, para que el partido recobre su libertad; otros, por soltarse de la alianza socialista; otros, por indignación contra don Niceto, fueron bastantes los partidarios de la abstención y de negar a Prieto mi concurso personal. Prevaleció por mayoría el criterio opuesto. Se fundaban en que no debíamos nosotros ser la causa de que fracasara Prieto en su encargo, dando con eso ocasión al enojo de los socialistas y a que se formase un Gobierno más a la derecha que el actual, dando así el triunfo al Presidente de la República. Yo me abstuve de votar, y opiné el último. Aunque, después de lo ocurrido a la vista de todos, mi posición política, saliendo ahora del Gobierno, sería muy fuerte, y a juicio de Marcelino Domingo, «envidiable», no quiero cargar con la culpa de hacer imposible la formación de otro Gobierno semejante al anterior, y abocar al Presidente a una disolución prematura de las Cortes. Negarme, después de lo que me ha dicho Prieto, parecería un acto de soberbia porque me despojan de la Presidencia del Consejo, y el mejor modo de desmentir toda apariencia engañosa, es prestarme a trabajar donde me pongan, siempre que sea al servicio de una política que nos parezca aceptable. Por este camino han ido mis reflexiones, un poco largas, durante las cuales he procurado vencer, sin que se conociera, mis propias dudas, y la angustia del trance en que las

circunstancias me ponen. Difícil es recobrar la libertad, una vez metido en la red.

Había muchos periodistas aguardando a conocer nuestra resolución, porque Prieto había divulgado su entrevista conmigo. Volví al ministerio, ya cerca de las once. Casares me dijo por teléfono que en Gobernación estaba Prieto, impaciente por la tardanza. Le dije que Prieto podía venir. En efecto, vino; le comuniqué que estaba a su disposición para lo que quisiera. Se emocionó un poco y me agradeció vivamente la respuesta. No disimulaba su satisfacción al despedirse.

En todo el día de hoy, el Presidente me ha llamado una vez por teléfono, para comunicarme que había conferido a Prieto el encargo de formar Gobierno.

Después de cenar han venido Ramos, Cipriano y Guzmán. Se han ido pronto, porque estoy cayéndome de sueño.

11 de junio. Domingo

Desde el jueves estaba yo de muy buen humor. La alegría de la liberación me inundaba, y aunque la caída del Gobierno nada tuvo de imprevista, el hecho cierto de soltar este fardo, y soltarlo sin responsabilidad ni culpa mía, sin que se me pueda reprochar una *huida*, me proporcionó una emoción placentera muy profunda. He pasado dos días como un escolar en vacaciones. La perspectiva de recluirme en mi casa, y vivir apartado y en silencio, como en mis tiempos mejores, me rejuvenecía. En rigor, ¿tiene uno ya derecho a eso? No sé. Mucha gente cree que soy necesario; yo no comparto su opinión. No solo no la comparto, sino que desearía probarles que se engañan. Para gobernar a España en las circunstancias actuales, y dada la mediocridad de la clase social que pugna por preponderar en la República, quizá tuviera más ventajas un hombre con cualidades de zorro y que no descollase demasiado. Yo no soy zorro. Y no me avengo tampoco a ir tirando. En todos mis discursos y actos públicos he procurado elevar la política a una línea que la inteligencia cultivada pueda seguir, y a un desinterés personal que las personas decentes puedan amar. Y he puesto siempre como fondo de mis propósitos y de mis actos el ensueño de una resurrección del espíritu español, curado de su anemia, de su poquedad. ¿Lo han comprendido así muchos, o siquiera algunos? No estoy seguro. Habría que probarlo desde fuera del

Gobierno, cuando todas las adhesiones que hasta ahora he tenido nada puedan esperar, y los apetitos desengañados vuelvan grupas y se alejen de mí galopando. Nada he hecho por animarlos, y sí mucho por ahuyentarlos; porque mi temor más fuerte no es que la República se hunda, sino que se envilezca. Hasta ahora, la gente está segura de que he sido necesario para que la República no se hundiese, porque ha visto los recios ataques contra ella que he sabido dominar; pero no de su acción para impedir un envilecimiento. Mi resistencia al lerrouxismo no tiene otro sentido, y las esperanzas que el lerrouxismo despierta en ciertas zonas de la sociedad española, tampoco. El régimen no se envilecería solo ni principalmente por la corrupción de una o más personas eminentes, sino por la laxitud moral que, sin cometer delito, desvirtúa los motivos y tuerce la línea de conducta. Es la flojera que arranca del ánimo la necesidad imperiosa de que las cosas estén bien y de que las acciones respondan al fin público que se proclama. Para esto, si caben grados, soy quizá más necesario que para impedir el hundimiento de la República. Y no lo soy en modo alguno para gobernarla por la norma mediocre del partidismo, o de la indolencia grata al reposo provinciano.

Retirarme a mi abandonada intimidad sería indecible contento. Si lo hiciese bruscamente, y de un tirón, causaría probablemente daño; pero desasirme poco a poco, y que vayan habituándose a prescindir de mí, es más hacedero. Estarme apartado, reconstruyendo mi entidad moral, me es muy necesario, porque desde hace tres años voy siguiendo una línea en que no he hallado ni un minuto de libertad ni de gobierno propio. Me estaría apartado, bien para siempre, bien hasta rehacer un punto de arranque y cobrar impulso nuevo. Del cansancio físico me repongo con facilidad cada día. Del desbarajuste interior, también, pero menos fácilmente, y gracias a las soledades que me procuro siempre que puedo, sobre todo de sábado a lunes. Los sinsabores del Gobierno, la inepcia de unos, la injusticia de otros, la mezquindad o la tontería de otros, me mortifican más de la cuenta, aunque no lo dejo parecer; me mortifican, no personalmente, sino porque veo el estorbo que ponen a la marcha desembarazada de las cosas. Me curo de estas heridas habitualmente; pero no quiero dejar de recibirlas. Quiero que sigan mortificándome aquellas sinrazones, porque, como la condición humana no va a variar para darme a mí contento, si dejaran de mortificarme sería señal de que yo me habría echado al surco, de que me habría empedernido, convirtiéndome en un desalmado, que es el mayor peligro para la salud moral del que gobierna. Durante dos años largos, he aguantado, contra todas las previsiones, ese suplicio, pensando en un interés superior a mi comodidad; lo

he aguantado con paciencia, con prudencia, con silencio; a veces con ironía sobre mí mismo, amaestrándome en un dominio del humor y de las inclinaciones que yo no me conocía. No creo que sea improvisado; a lo mejor, sin yo enterarme, he pasado lo más de mi vida dominándome y constriñéndome. La situación que ahora se me crea, después de mi conversación de anoche con Prieto, no me resuelve del todo la cuestión. Pasar a segundo término es ya mucho.

Si me dejan recluido en el ministerio de la Guerra, podré tener holgura para mis reflexiones, y quizá para un comienzo de reconstitución interior. No creo que el ministerio Prieto, si lo forma, dure mucho. Irritará a los que esperaban la salida de los socialistas, y enfadará a no pocos republicanos, que aceptaban su colaboración pero que no los quieren preponderantes en el Gobierno. Y el propio Prieto, por su vehemencia, irritable e impulsiva, no es hombre para aguantar muchas embestidas. Cuando caiga, si logra encaramarse, será para mí la liberación total, y nadie podrá acusarme de que he cortado a otros su camino. Este apartamiento suave, paulatino, no causará daño; y yo tendré que decidir, con plena libertad, lo que haré el día de mañana. ¿Estoy obligado a acomodarme con la zafiedad, con la politiquería, con las ruines intenciones, con las gentes que conciben el presente y el porvenir de España según se los dictan el interés personal y la preparación de caciques o la ambición de serlo? Obligado, no estoy. Gusto, tampoco lo tengo. Entonces ¿qué hago yo aquí? De cuanto he realizado, lo más beneficioso, sería la siembra por el ejemplo. Pero el ejemplo no se ve, acaso, oculto por la polvareda de la batalla cotidiana. Ni lo sabrán ver nunca.

Con estos pensamientos me he levantado hoy. Los anoto, para poder apreciar su fugacidad o su consistencia, andando el tiempo. Veo que mi alegría mengua, porque mi liberación no es completa.

A las once y media me llamaron desde el Congreso. Fui allá. Estaba reunido el grupo de Acción Republicana, discutiendo si se aceptaba o no la colaboración de los radicales en el ministerio que formase Prieto. Por su lado los socialistas celebraban junta, con Prieto, para tratar de lo mismo.

Acción Republicana votó por admitir la colaboración de los radicales; algunos opinaban en contra, pero yo les hice notar que no podíamos oponernos, porque yo en diciembre de 1931 traté de formar un Gobierno con los radicales y los socialistas, y no íbamos a impedirle a Prieto realizar o intentar siquiera lo mismo que yo me propuse; y además, porque si los radicales aceptasen ahora entrar en un Gobierno con los socialistas, toda su campaña de oposición durante año y medio quedaría desautorizada, y su

sinrazón al descubierto. Eso nos convendría mucho; y por lo mismo opinaba yo que los radicales no aceptarían.

Estando en esto, entró Indalecio Prieto, como un bólido. Nos dijo que aguardásemos todavía y que tuviésemos un poco de paciencia mientras los socialistas llegaban a un acuerdo. «Estamos —dijo Prieto, con acento conmovido— en el cuarto de hora más dramático de la crisis». Prieto era partidario de contar con la colaboración de los radicales, y así se lo había propuesto a los socialistas. «Pero se ha atravesado Largo», añadió Prieto. Creía que la opinión de Largo iba a prevalecer. «Es ir a un abismo», exclamaba Prieto. La razón de su alarma es que, si fracasa su combinación, se produciría una situación de derechas, o predominantemente lerrouxista, con disolución de Cortes. Le dije a Prieto que mi opinión era favorable a que se contara con los radicales, y que lo contrario sería un error político tremendo.

Se marchó Prieto, y no tardó en volver, trayéndonos el acuerdo de los socialistas, tomado por mayoría: que no colaboraban con los radicales.

Prieto se fue a Palacio a dar cuenta al Presidente. «Supongo —dijo— que está acabada mi gestión».

Volví al ministerio. Prieto me llamó por teléfono citándome, como a todo el Gobierno, para las cuatro de la tarde en el Congreso.

Cuando nos reunimos en el despacho de ministros, hacía un calor angustioso. Prieto nos dijo que había estado con el Presidente hasta las tres de la tarde y que había renunciado al encargo de formar Gobierno. El Presidente iba a llamar nuevamente en consulta a Lerroux, Albornoz y Domingo; Prieto le ha dicho que debía encargarme a mí de formar ministerio.

Después, Prieto ha reunido a la mayoría para dar cuenta de su gestión. Nos hemos congregado en una de las secciones. Además de los diputados, había muchos periodistas, españoles y extranjeros. Cuando yo he llegado, en mi calidad de Presidente *caído*, me han aplaudido a rabiar; era una protesta contra don Niceto. Muchos diputados me han abrazado, y los más sentimentales, como Pepe Salmerón, Emilio Palomo y Teodomiro Menéndez, lloraban. Así son de buenos chicos.

Prieto ha pronunciado un discurso de tonos graves, midiendo mucho las palabras, en que ha contado sus conversaciones con el Presidente. Lo han tomado taquigráficamente y saldrá en los periódicos. Cuando Prieto ha revelado la oferta del Presidente, de mediar en personas cerca de los radicales para obtener su benevolencia, y la respuesta que él dio, el auditorio ha aplaudido con frenesí. La corriente contraria a don Niceto y a su personalismo era muy recia, y de una manera inesperada venía a ponerse de manifiesto una

parte de la intriga. Algunos diputados, entre ellos Galarza, encontraban temerario lo que acababa de decir Prieto. Todos reconocían la importancia del hecho, completamente nuevo en las costumbres políticas, pero no se tenía una idea clara de lo que podía pasar. La reunión de la mayoría ha sido breve. Después se han congregado separadamente los grupos, pero yo los he dejado y me he vuelto al ministerio. No quiero estar en el centro de las habladurías y ya me contarán lo que pase.

Me he ido de paseo hasta Navacerrada. En el puerto soplaba un ventarrón frío y nos hemos refugiado en el figón de «Las dos Castillas». Allí hemos estado bastante tiempo. De Gobernación me llamaron por teléfono, para decirme, enigmáticamente, que «sería conveniente que estuviese en el ministerio de la Guerra». El recado me puso en guardia, porque desde anoche andan corriendo rumores alarmantes, de todas clases. Hay agitación en la Casa del Pueblo de Madrid, y algunos exaltados hablaban de «echarse a la calle». También se anunciaban desórdenes en algunos otros puntos, como protesta contra el posible advenimiento de un ministerio Lerroux; en Río Tinto amenazaban con la huelga general; y en Barcelona ha habido manifestaciones callejeras. Como la crisis se prolonga más de la cuenta (Maura decía que iba a resolverse en cuarenta y ocho horas), la gente se impacienta; algunos temían que los monárquicos diesen un golpe, pero yo no lo he temido. El recado de que «estuviese en el ministerio de la Guerra» me chocó; al parecer ocurría algo. Desde Navacerrada avisé a Saravia para que acudiese al ministerio y nos pusimos en viaje para Madrid. Al llegar aquí, encuentro todo sin novedad. Casares me dice por teléfono que Domingo está encargado de formar Gobierno, y que me esperan en el Congreso. Allá voy. ¿Domingo tiene que hacer de *hombre fuerte*? Habrá que verlo.

En el Congreso estaban reunidos los ministros dimisionarios, menos Albornoz, que sigue escatimando su presencia. Domingo, al entrar yo, me dice, con una sonrisa entre tímida y de contento:

—Bueno: ahora esta carga viene sobre mí.

Le doy la enhorabuena, y le deseo muy buen éxito. Nos cuenta que el Presidente le ha encargado de formar Gobierno, ensanchando la mayoría. Va a tratar con los federales. Y me pregunta si puede contar conmigo y con Acción Republicana. Sin vacilar le respondo que estoy a su disposición para lo que quiera de mí, y supongo que mi partido dirá lo mismo.

Giral, que estaba presente, dice:

—No sé. Habría que consultarlos.

—Los llamaré, es claro. Pero creo que no se opondrán.

A Zulueta le ha producido gran admiración la «naturalidad» con que me he puesto a las órdenes de Domingo. ¿Pero qué pensaban? No quiero ser un estorbo para nadie, ni ponerle a nadie obstáculos en su camino.

Marcelino se fue a seguir sus negociaciones y cuando yo me disponía a salir para hablar con los de Acción Republicana, el Presidente me llamó por teléfono. Empezó con el retintín de siempre:

—Aunque usted estará mejor enterado que yo… —y me dio cuenta del encargo dado a Domingo.

—No, señor Presidente; yo no estoy mejor enterado. Acaba de decírmelo el propio Domingo, cuando he regresado del campo.

Después, me soltó este aviso, que me llenó de alarma.

—Usted no se acostará muy tarde esta noche…

—¿Muy tarde…? Como de costumbre.

—Bueno, pero a las once u once y media no se habrá usted acostado.

—Seguramente no.

—Pues hacia esa hora quizá tenga que decirle algo.

Sus palabras eran un indicio desagradable. Comprendí que contaba ya con el fracaso de Domingo, o lo preveía, y que se disponía a llamarme otra vez. El sabor fue de rejalgar. Estaba yo hecho a la idea de desembarazarme de todo, o, cuando menos, a la de pasar a un segundo término, quedándome en el ministerio de la Guerra; la perspectiva de volver a empezar me puso de malísimo humor. En tal disposición fui a la junta de Acción Republicana. Insté vivamente para que se facilitase a Domingo la formación de su ministerio, ya que no debíamos ofrecerle menos que a Prieto. Lo comprendieron así, y lo aprobaron. Pero yo bien sabía que las dificultades no se allanaban con eso, porque estaban en otra parte.

En efecto, Domingo después de reunirse con su partido, habló con los federales. Creo que no ha hecho ninguna gestión con los radicales, al parecer, porque el grupo radical-socialista no ha querido. Pero de esto no tengo información directa todavía. Me he limitado a esperar, y a oír lo que han querido contarme. Cuando volví al despacho de ministros, aguardamos a que volviera Marcelino. Llegó, y nos dijo que los federales pedían la derogación de la ley de Defensa de la República y que se retirase el proyecto de ley reformando la del Jurado. No me explicó Domingo el trámite de sus negociaciones, pero creí entender que las daba por terminadas al no poder contar con la colaboración de radicales y federales, y que para formar un Gobierno como el anterior, sin más que sustituirme en la Presidencia, no se

prestaba. Toda esta gestión de Domingo aparece ante mí borrosa, dudosa, con la imprecisión de rasgos propia de los hechos de este hombre. En fin, Domingo nos dijo que renunciaba a formar Gobierno y que iba a Palacio en el acto, porque estaba citado para las diez, a dar cuenta de su renuncia. Añadió Domingo que en seguida me llamaría el Presidente.

Eran ya más de las diez cuando se marchó Domingo. Nos quedamos comentando la situación. Paseándome por el despacho, hablé caudalosamente, dando suelta a mis sentimientos personales, como nunca lo había hecho ante los ministros. Expuse mi angustia; la repulsión que sentía ante la inminencia del retorno. Además de la fatiga, de cuya intensidad solo me he dado cuenta merced a la *parada* de estos dos o tres días, experimento una manera de desesperación, al sentir que van a encerrarme otra vez en la trampa. Y una fuerte repugnancia, cabalmente por los motivos poco nobles y la tramitación poco elegante de la crisis. ¿Cómo voy a entendérmelas con don Niceto, ni cómo va a funcionar el Gobierno, si el Presidente, en su aversión personal poco disimulada, junta ahora el despecho de no haberse salido con la suya? Todos los ministros se han puesto en contra mía: que si yo me niego, ya no hay más solución que Lerroux, y disolver las Cortes; que mi vuelta a la Presidencia es la derrota de la intromisión personal del Presidente, y una lección ejemplar; me animan a sobreponerme a mi repugnancia, que comprenden y comparten. Largo insistió mucho en el enorme triunfo que significa sobre el Presidente de la República la continuación del Gobierno.

—No me importa ese triunfo —le digo.

—Personalmente, puede usted desdeñarlo; pero políticamente, no, porque es esencial para el régimen.

Alguien había dicho que quizás el Presidente encargase a Casares de formar Gobierno. Yo lo recordé y dije que podíamos correr ese albur, apoyándolo todos. Casares, con una risotada colérica, dijo que si el Presidente le llamaba contestaría por teléfono que no le daba la gana ir a verlo; y que si iba, le diría tales barbaridades que se echaría todo a perder; en ningún caso se avendría a suplantarme en la Presidencia, que era de lo que se trataba. En esta conversación estábamos, cuando sonó el teléfono. Era Sánchez Guerra, que con voz grave y acento respetuoso, llamándome «señor Presidente», me dijo que don Niceto me esperaba en Palacio a las once menos cuarto. «Está bien: iré», le respondí.

En el pasillo del Congreso me tropecé con Domingo, que regresaba de Palacio. Juntos volvimos al despacho de ministros; y oí durante un minuto la

relación que hizo de su visita. Harto comprendí que no lo refería todo, y me marché.

Había un centenar de periodistas agolpados a la puerta de la «oficina» de don Niceto. Pasé entre ellos sin decir palabra. Encontré al Presidente muy sombrío, muy abatido. Sentado en una butaca me dijo:

—Seré breve. He encargado a Prieto, primeramente, en representación del grupo más numeroso de la mayoría; después a Domingo, porque los radicales-socialistas siguen en importancia numérica a los socialistas. Ahora le llamo a usted, porque Acción Republicana es el grupo que tiene más diputados, después de los otros dos. Prescindo, y prescindiría de la Esquerra catalana, porque no es partido nacional. Por tanto, como representante de Acción Republicana, le encargo a usted de formar un «Gobierno nuevo», ampliando si es posible la mayoría actual con otros grupos republicanos.

El Presidente no quiere tragarse el hecho de que vuelva el Gobierno anterior, ni, sobre todo, presidido por mí, y con una de esas habilidades verbales que le son propias ha inventado eso de «Gobierno nuevo» y de llamarme en representación y por el orden numérico de Acción Republicana. Ha repetido muchas veces lo de «Gobierno nuevo».

—Si no consigo la colaboración de radicales y federales…

—Pues forme usted el Gobierno que pueda, con los grupos de la antigua mayoría.

Le he dicho al Presidente que un Gobierno presidido por mí, con ampliación de la mayoría, o sin ella, no podía ser un Gobierno interino, ni dar la impresión de que veníamos a aprobar de cualquier modo unas leyes y a marcharnos. Que mi propósito, si lograba formarlo, sería apurar el trabajo de las Cortes en el verano, para recuperar el tiempo perdido con la obstrucción, y luego cerrar para presentarnos de nuevo en octubre con el presupuesto. Que faltan muchas cosas por hacer, además de lo pendiente en las Cortes, y que si no se admitía la hipótesis de que el Gobierno se formaba para durar, salvo lo que resultase de las contingencias parlamentarias, yo no intentaría formarlo. En suma: la situación que se crease mañana debería ser la misma que se hubiera producido el jueves si el Presidente, en lugar de rechazar mi propuesta, la hubiese aceptado.

—Nada de Gobierno interino —contestó el Presidente—. Ni interinidad ni eternidad.

—No saquemos las cosas de quicio, señor Presidente. Yo no propongo un Gobierno *eterno*. Lo contrario de interinidad no es eternidad. Dentro de lo temporal, hablo de un Gobierno que no sea ni parezca, ante la opinión

pública, y en el ánimo de usted, un Gobierno de liquidación. Usted lo entiende de sobras.

El Presidente se mostró conforme. Cambiamos pocas palabras más y salí. A los periodistas, que se me comían, les di escuetamente la noticia del encargo. A las once estaba ya en el ministerio. Aquí se encontraban todos los ministros. Les conté lo ocurrido y les dije que mañana me ocuparía de formar el Gobierno. Casares y Giral se han quedado después un rato hablando conmigo. Muchos diputados de Acción Republicana estaban en el salón de la esquina, esperando verme. Pero me olvidé de su presencia, y cuando salí a saludarlos se habían marchado.

Ya tarde, me he puesto a hacer estos apuntes. Estoy completamente tranquilo, aunque no sin preocupaciones. Esta misma noche, en cuanto salí de la atmósfera del Congreso y de las conversaciones febriles con unos y otros, recobré la calma. En el coche, camino de Palacio, observé, mientras hablaba de cosas indiferentes con mi ayudante, que mi ánimo estaba ya frío y con gran firmeza. En la conversación con el Presidente no me he alterado nada; el espectáculo de su desconcierto interior, que no podía esconder, me ha producido, como de ordinario, un efecto sedante y me ha restituido en el pleno dominio de mí mismo. Como siempre también, la necesidad de hacer algo de importante, de urgente y de grave, me ha devuelto instantáneamente el equilibrio. Este fenómeno lo he observado en mí muchas veces. Mi primera intención es siempre retraerme, esquivarme, renunciar. ¿Timidez, indolencia, apatía? No lo sé. Pero una vez puesto ante las cosas, sin remedio, las acometo serenamente y con resolución. Personalmente, este «Gran Triunfo» (como dicen), que he obtenido sobre don Niceto, ni lo he deseado, ni lo he buscado, ni me divierte. Yo hubiese querido que don Niceto no incurriera en el error que cometió el jueves. Es justo y conveniente que un error no prospere, pero a mí me contraría servir ahora de estandarte al desquite de otros. Me he aplicado tanto desde hace muchos años a sofocar los impulsos de la vanidad que está completamente muerta; solo por motivos impersonales, o, como diría Fernando, «objetivos», de conveniencia general, puedo aceptar lo que hoy me sucede. Aquella contrariedad prueba sin duda que yo no soy un político *de raza*; otro, en mis circunstancias, sería dichoso representando el papel que me ha cabido en suerte, y se precipitaría sobre el Poder, con altanería y vanagloria. A mí, el Gobierno solo me es soportable en la medida que me consiente hacer cosas. Las cosas me embriagan. Realizarlas, mejorarlas, ponerlas en su ser, me multiplica la vida y da empleo a una de mis facultades dominantes. Esta parte de mi vocación, ¿es contraria, o más bien concluye y

redondea aquella otra que me hace amar la soledad, la quietud, la lectura sin tregua, el ensueño y la quimera? De ambas partes conjugadas, ¿puede salir un gobernante, o un político? Reconozco que el puro juego de la política me revienta. Pero nadie está obligado a aceptarle a uno tal como es, y la política quiere y puede modelar a su antojo a los hombres. El choque con don Niceto viene de mi resistencia a dejarme modelar por los políticos de oficio, y entre unos y otros harán lo imposible por conseguir mi eliminación total. En el fondo, estoy pronto a darles facilidad para que obtengan su objeto. Ahora surgen ante mí algunas entidades, cuya existencia conocía, pero que no se me habían presentado nunca tan imperiosas. Se llaman: «Los-compromisos-contraídos-con-la-opinión-pública»; o «los-deberes-de-hombre-de-partido», etcétera, etcétera. Por esta vez han podido más que yo. Ni don Niceto, ni nadie (amigos y enemigos) creerían, si se les dijese, la razón de volver al Gobierno en condiciones tan desagradables. Preveo que las semanas próximas serán muy enojosas. Veremos cosas feas. ¿No habrá un hombre que me releve? En fin… Son las tres de la mañana; conviene dormir.

12 de junio

Me he levantado tarde. A las once y media he salido al despacho. A esa hora envié citaciones a Martínez Barrio, a Franchy Roca y a Santaló, llamándoles a la Presidencia para las doce y media. Estuve asomado al balcón, fumando un cigarrillo y recreándome en la mañana, que era deliciosa. Los periodistas pululaban en la puerta y en el jardín, al acecho de quién entraba y salía. Los días de crisis en Madrid son de una chabacanería como para vomitar, gracias al indigente reporterismo que disfrutamos; no hacen ni dicen más que estupideces de lugareños.

A las doce en la Presidencia. A su hora llegaron los citados. Recibí primero a Santaló, representante de la Esquerra. Estaba orgulloso de verse llamado a esta conversación, el contento le salía por los poros y menudeaba los «precisamente» más aún que de ordinario. Me dio la conformidad de la Esquerra para entrar en el nuevo Gobierno; desean que su ministro sea Companys, y aceptará la cartera que se le asigne, sea cual fuere. Estaban un poco alarmados porque Prieto se había dirigido a Macià diciéndole que quería hacer ministro a Pi y Suñer.

Después, Franchy Roca. Entra con una sonrisa fría y tímida. Le pregunto si los federales querrán colaborar en el Gobierno; no puede contestar hasta

que hable con su grupo. «Pues hable usted, y deme una respuesta antes de las cinco».

El último, Martínez Barrio, que era la única conversación de interés. Demasiado me figuraba yo que no querrían los radicales entrar en el Gobierno, pero intentaba desarmarlos y quitarles todo motivo de enojo haciéndoles esta invitación, para deshacer en lo posible el efecto del acuerdo de los socialistas y sobre todo de la desmaña de Domingo, que ni siquiera se puso al habla con aquellos. Por aquí entramos en materia. Martínez Barrio me oyó en silencio, con aire grave, y me dijo que a su entender los radicales no aceptarían la participación. Me dio las gracias por hablarles de esto y se lamentó de la conducta de Domingo. Entonces me arrojé a una propuesta bastante atrevida, que por falta de agudeza ni Martínez Barrio ni Lerroux han sabido aprovechar:

—¿Qué harían ustedes si yo consiguiera que los socialistas revocasen el acuerdo de ayer y aceptasen el colaborar con ustedes en el Gobierno?

—Creo que no entraríamos tampoco en el Gobierno. De todos modos, consultaré con Lerroux.

Como yo insisto en que sería ventajoso reconstituir un Gobierno parecido al que presidí desde octubre de 1931 con socialistas y radicales, pero que si ellos se niegan no podré salir de los límites de la antigua mayoría, Martínez Barrio dice:

—Si usted se presenta en las Cortes con un Gobierno como el anterior, nuestra situación será de gran violencia, muy difícil, y ya veremos lo que se hace *si es que estamos allí*.

Le pido que me aclare sus palabras. ¿Van ustedes a repetir la obstrucción? ¿Se marcharán de las Cortes?

Martínez Barrio no se clarea más; pondera nuevamente la «violencia» y la «dificultad» de su situación, y se remite a lo que resuelva Lerroux.

La conversación se extendió a términos más generales. Lo que me propongo es acabar la obra legislativa comenzada, para resolver luego en paz el tema de la colaboración socialista. Que este ha sido siempre mi punto de vista, ya anunciado en el discurso de Santander, de acuerdo con el Gobierno; pero todos lo han estorbado y retrasado, lo mismo quienes esterilizaron la Federación republicana que quienes se metieron en la aventura de la obstrucción. Los socialistas han de marcharse del Gobierno: todos lo reconocen, incluso ellos; pero no *expulsados* ni *engañados*. Es, pues, cuestión de oportunidad.

—Nosotros creemos —dice Martínez Barrio— que deben marcharse ahora, y usted es el llamado a hacerlo, porque tiene autoridad. Si los socialistas salen, los radicales estarán en la mayoría, aunque no tengan ministros. La mayor gloria de usted sería presidir a los republicanos reconciliados. Todos acatarían su presidencia. Yo he hecho comprender a don Alejandro la imposibilidad de *ciertas cosas* que había creído fáciles. Esta solución que propongo alejaría, quizás eternamente, otras.

Lo que Martínez Barrio desea es que yo realice ahora la operación quirúrgica que ya los radicales esperaban de mí en diciembre de 1931; y que cargue yo personalmente con la responsabilidad de apartar del Gobierno a los socialistas. Teniendo una mayoría en las Cortes, y habiendo recibido del Presidente el encargo de ampliarla, si es posible, o, en otro caso, reconstituir un Gobierno con la misma base, ¿podría yo presentarme ante el Presidente con una lista de ministros en la que, por un acto de mi voluntad, faltasen los socialistas? Esta observación no le hace mella. Me propone, en suma, que forme un Gobierno sin radicales y sin socialistas, es decir, un Gobierno que tendría en las Cortes ciento treinta votos.

—En una situación así —dice Martínez Barrio— los socialistas tendrían bastante seguridad con que usted fuese Presidente del Consejo, Besteiro de las Cortes y Fernando del Tribunal de Garantías.

(Hacer presidente del Tribunal de Garantías a un socialista es disparate).

Ya de pie, he exhortado a Martínez Barrio a que se hagan cargo de la situación. «Yo no tengo ninguna ambición, y si hubiese tenido alguna con lo que llevo hecho, estaría más que colmada. Si entre unos y otros me crucifican ustedes y me destrozan, desapareceré voluntariamente, y que lo arregle el que pueda. No me pidan ustedes milagros. Es preciso resignarse a la verdad, y deben ustedes reconocer que se han equivocado de táctica. Han hecho exactamente lo contrario de lo que les convenía hacer. Nada de lo que está pasando tenía que haber pasado, y si ustedes no nos hubieran hecho perder tanto tiempo en las Cortes, la situación sería hoy más despejada, para satisfacción de todos. La obstrucción ha sido derrotada, pero ha causado inmenso daño. No vuelvan a los errores pasados y háganme caso. Si a fuerza de perder tiempo llegan ustedes a convencerse de que era yo quien tenía razón, lo mejor es que lo reconozcan desde luego y no me estorben el camino para llegar a una conclusión».

Se marchó Martínez Barrio, prometiéndome consultar en seguida a Lerroux, que está en San Rafael, y darme la respuesta a las cinco y media.

Martínez Barrio se llama a sí mismo «el brillante segundo» de Lerroux. Es el hábito de discurrir y de hablar con frases hechas de los periódicos.

Como en las palabras de Martínez Barrio había la amenaza de nueva obstrucción o de un retraimiento (el retraimiento que Maura desea y aconseja) se me ocurrió dar cuenta de ello al Presidente, porque a sabiendas de que los radicales van a retirarse, yo no voy a las Cortes con un nuevo Gobierno, o por lo menos, sin conocer lo que el Presidente haría en tal caso. En aquel momento, Sánchez Guerra me preguntó por teléfono, de parte de don Niceto, a qué hora de la mañana iría a Palacio.

—Ahora mismo —respondí.

A la una y media llegué a Palacio. Encontré al Presidente paseándose por el despacho, intranquilo, y como ausente de la realidad inmediata, a la que volvió con cierta ansiedad, al verme entrar.

—¿Qué tal, Presidente? ¿Bien y usted…? —me dijo, atropellando preguntas y respuestas.

Le conté cuanto llevaba realizado y la duda en que me ponía la insinuación de Martínez Barrio. Como era un hecho nuevo, que surgía en el desarrollo de la crisis, me creía obligado a darle parte.

—Es un hecho nuevo, en efecto. Si usted me expone sus dudas como información, no digo nada; si es en demanda de consejo le contestaré que no vaya usted así al Parlamento.

Me pareció advertir que el *hecho nuevo* no le disgustaba, y que acaso pretendiera deslizarse a una restricción del encargo de formar Gobierno, o a retirármelo. Lo puse en claro.

—En vista de esto, ¿me retira usted el encargo de formar Gobierno?

—No. Siga en los mismos términos, pero dado el hecho nuevo, antes de formar Gobierno despeje esa incógnita, y si no es favorable, meditaremos.

Al Presidente le maravillaba lo dicho por Martínez Barrio, porque ayer le aseguró Lerroux que no habría obstrucción ni retraimiento. El mismo don Niceto me ofreció su intervención para despejar él personalmente la incógnita.

—Esta intervención, si yo la hiciera sin contar con usted, sería incorrecta. Preguntándoselo a usted, o sometiéndolo a su resolución, deja de ser incorrecta y solo es peligrosa. Pero yo arrostro todos los peligros, que recaerían sobre mí únicamente.

Le contesté que no lo hiciera. (Este señor es incurable. Reciente lo ocurrido en la reunión de la mayoría, convocada por Prieto, quiere volver a las andadas).

Se quejó de las indiscreciones de Lerroux, de Prieto y de Ruiz Funes, que han contado parte de sus conversaciones con el Presidente. «Han sido indiscretos y se lo haré saber».

Al despedirnos, me deseó *mucha suerte*.

Salí de Palacio sospechando si habría yo caído en un garlito, porque habiéndome llamado de muy mala gana a formar Gobierno, era probable que el Presidente deseara verme fracasar en el intento y poder prescindir de mí sin violencia, pasando el encargo a otro, para lo cual podía ser un buen pretexto la encubierta e *inesperada* disposición de los radicales. Formé el plan de constituir un Gobierno como el antiguo, si no lograba ensanchar la mayoría siquiera con los federales, y llevarle una lista ministerial, como me la encargó, después de despejar la incógnita de los radicales. Le llevaría un Gobierno, y si no quiere que lo haya, que lo decida él, por el motivo que sea, pero no porque yo no haya podido formarlo.

Después de almorzar han venido Ramos y Casares. Aprueba Casares que haya informado al Presidente de lo que ocurre. Como nada tengo que hacer hasta que reciba la respuesta de los federales y radicales, empleo el tiempo libre posando para una artista francesa que está haciéndome una medalla. Conversación con Casares y Ramos, que es contrario a mi continuación en el Gobierno.

A las cinco ha venido Franchy Roca. Me dice, emocionado, que «pues ha cambiado el procedimiento» (supongo que alude a la manera que tuvo Marcelino de tratar con ellos), y como no tienen nada que ver con los radicales, aceptan formar parte del Gobierno con la condición de que no se aplique ya la ley de Defensa de la República. Como *ruego*, no condición, me pide otras dos cosas: que no vaya a la cartera de Trabajo un socialista, y que se liberalice un poco la ley de Orden Público.

Respuesta mía: que lo de la cartera de Trabajo no puede ser, por muchos inconvenientes; que tampoco pueden pedirme nada acerca de la ley de Orden Público, proyecto del Gobierno ya dictaminado por la comisión. En cuanto a la ley de Defensa de la República, que ya no se aplica sino raras veces, y teniendo la esperanza de que en breve plazo se aprueben las de Orden Público y de Vagos, no hay inconveniente en suspender su uso, pero sin derogarla.

Aceptado por Franchy, le digo que a última hora de la tarde le avisaré con mi decisión definitiva.

A las cinco y media Martínez Barrio me dice por teléfono que Lerroux agradece mi invitación, pero no acepta, porque no podría justificarse ante la

opinión pública. Respecto de su actitud en las Cortes mañana se reunirá el grupo parlamentario para decidir.

Recibidas esas contestaciones, me puse al trabajo de formar el Gobierno. Aún tardé dos horas, porque la gente gasta muchas palabras. El caso es que el Gobierno, de no mediar estos coloquios, pudo constituirse por la mañana.

Para empezar llamé a Fernando. Le dije que pasaría a ocupar la cartera de Estado. Mostró algunos escrúpulos y empezó a poner inconvenientes, entre ellos, que le parecía mal salir de Instrucción Pública habiendo contraído el compromiso de la sustitución de la enseñanza. Es el personalismo de siempre. Le contesté que el compromiso no era suyo, ni de su partido, sino del Gobierno y que no había otra persona que pudiese tomar la cartera de Estado. Se la hubiese dado a Araquistáin, pero eso sería aumentar la participación socialista, cosa imposible.

Fernando me dijo entonces que consultaría con su partido.

—Consulte usted lo que quiera, me es indiferente, pero conste que no someto esta designación a referéndum. Cuénteles lo que quiera pero si por cualquier lado empiezan a ponerme dificultades, lo dejo en el acto.

Tenía Fernando la pretensión de contar en su partido mis conversaciones con el Presidente. Le dije que de ninguna manera lo hiciese.

En estas, llegó Viñuales, llamado por mí. Nuevamente le dije que no podía ya excusarse de aceptar la cartera de Hacienda. Si no aceptaba, me sería imposible constituir el ministerio.

Se resistió tenazmente. Me puse muy serio con él. Fernando me ayudó a convencerle. Viñuales se aturdía, asustado, y no hacía más que negarse, con monosílabos tímidamente articulados. Me daba un poco de lástima, pero no podía prescindir de él. Casi a la fuerza le arrancamos la conformidad y se marchó tan aturullado que se dejó aquí el sombrero. Llamé a Domingo. Le comuniqué mi propósito, que ya le había insinuado antes de la crisis, de llevarlo otra vez a Instrucción Pública. Domingo se resistió. Me suplicó muchas veces que le dejase en Agricultura: por lo visto, quiere estrellarse. Y me sacó otra vez el tema de Gordón Ordás, que ya anoche Albornoz y él me plantearon. Quieren que haga ministro a Gordón, para callarlo y contentarlo. Me he negado. No voy a premiar la actitud de Gordón dentro de su partido y contra mí, dándole un ministerio, precisamente ahora, ni a introducir en el Gobierno a un señor que es opuestísimo a la participación socialista. ¿Para tener un conflicto al año siguiente? Gordón podría ser útil en Agricultura, si tiene tanta capacidad de trabajo como dicen, pero este no es el momento, si queremos convencer a los socialistas.

Marcelino me hace notar que he omitido el dirigirme al Consejo nacional de su partido, pidiéndole colaboración para el Gobierno. Me reconocí culpable, y avisé a Salmerón, que es presidente. Vino al punto. ¡Grave problema! «Le llamo a usted para preguntarle si su partido acepta o no dar ministros al nuevo Gobierno». Salmerón se sonreía. «Sin duda, lo hará. Pero voy a decírselo oficialmente al comité». Salmerón y Domingo se marcharon juntos.

Seguidamente llamé a Zulueta y a Giral. A Zulueta para despedirnos como ministro, pues ya sabía que cesaba, como era su deseo; y a Giral para decirle que necesitaba disponer de su puesto, dando entrada a la Esquerra. Giral se alegró mucho. A las siete reuní a todos los ministros salientes. Les comuniqué el Gobierno que pensaba formar. Con tal motivo, resurgió el tema de Gordón. Tanto Domingo como Albornoz le tienen miedo, y el hecho de que yo no le haga ministro ahora los cubre de terror. Ambos pugnaban por convencerme, pero me cerré a la banda. Al decirles que prefería nombrar a Galarza, su desconcierto aumentó.

—Se dividirá el partido —decían— y a nosotros nos pone usted en un aprieto.

Los dos han abandonado a Galarza, que suspira por la cartera; pero ninguno de los dos, no obstante su empeño por Gordón, ha tenido el rasgo de renunciar el puesto en su favor. La escena era muy desagradable, y ha durado una hora. A Marcelino se le ha ocurrido lo siguiente:

—Podríamos reservar a Albornoz la presidencia del Tribunal de Garantías y dejando él la cartera de Justicia, nombrar a Gordón y a Galarza, y así no habría descontentos.

Albornoz no ha dicho que no. Prieto opuso que no podían los socialistas contraer un compromiso de ese género, no habiendo consultado al partido. «Está claro —respondí yo—. Y no podemos ahora convertir en materia de transacción la candidatura de Albornoz».

Por fin, con deseo de acabar, les digo: «No haré ministro a Gordón ni a Galarza. Nombraré a Barnés, que es vicepresidente de las Cortes, y tiene más categoría y representación que los otros dos. Pero como no voy a nombrarlo de Agricultura, sino de Instrucción Pública, para lo que es apropiado, Domingo podrá seguir donde está».

—Con eso se disgustarán los partidarios de Gordón y los de Galarza —dijo alguien.

—Es posible. Pero si se disgustan, que voten mañana contra el Gobierno y en paz.

Bastante cargado por esta escena, me fui a Palacio. Hallé al Presidente abatido y torturado. En tal estado le vi, que me dio lástima. Es el hombre que se atormenta a sí mismo. Tiene clavado un dardo y lo revuelve en la herida. Pero esta noche había cambiado de táctica. Todo era indiferencia y desdén. Le dije que contaba con la *preciosa* colaboración de los federales, y que la resolución de los radicales en cuanto a su conducta en las Cortes, estaba en suspenso.

—Pues vaya usted aprisa, aprisa —contestó.

—Ya está hecho el Gobierno, y le traigo a usted la lista.

—Cualquier lista que usted me trajera, la aprobaría.

—¡Ah! Bueno. Si le interesa a usted conocerla, la leeré —repuse yo, en el mismo tono.

Leí la lista, y la examinó desde el punto de sus *relaciones personales* con los ministros. Tiene «respeto» para Viñuales, «estimación» por Barnés, piensa bien de Franchy. De Companys no dijo nada. Después, con encubiertas alusiones, empezó a quejarse de la mala educación de algún ministro, y de las ofensas que le han hecho. Yo hice como que no entendía, para que se declarase más. En efecto: se queja de Largo, que en el último Consejo, cuando ya estábamos de pie, le rebatió violentamente algunas apreciaciones que don Niceto hizo sobre *El Socialista*. Largo estuvo muy duro, y contra su costumbre, descompuesto. Pero el Presidente cree que puede permitírselo todo, y se olvida que él empezó por salirse de su papel y provocar una falta de respeto, entrando en recriminaciones a Largo porque de socialista le ha llamado «enemigo del proletariado». «Eso es falso», decía Largo.

Acordándose hoy de aquello, el Presidente se amargaba, en vista de que Largo continúa. «Si Largo se ha olvidado de ello, tendré otra vez que recordarle que soy el Presidente», decía.

Habló también de Casares, de quien cree haber recibido muchos agravios. «A pesar de todo, le habría encargado de formar Gobierno, si usted no lo hubiese formado». En fin, no recuerdo cómo, halló maneras de mencionar una vez más mi «buena suerte».

Dejando estas tonterías, le expuse mi plan de trabajo en las Cortes.

—Está bien —contestó—, pero todo eso supone año y medio de trabajo, y ni los más optimistas le dan tanta vida al Parlamento.

—¡Año y medio! No lo creo. De aquí a fin de año podría hacerse casi todo.

Volvió a su tema y me dijo que debía suprimirse la presentación oficial del Gobierno. El protocolo republicano debe ser muy sencillo, y omitir

ceremonias inútiles. «La otra vez —añade— tampoco hubo presentación del Gobierno». (¿Se engaña? ¿Miente? Porque sí la hubo, y es raro que no se acuerde). Por fin, descubre sus motivos con estas palabras: «A la gente le sorprendería ver entrar al día siguiente en Palacio a ciertos ministros».

(¿Pretendería don Niceto que yo formase un Gobierno según sus amistades? No lo ha dicho, pero está quejoso. ¿Pretende hacerme un desaire isabelino, como el de la crisis del rigodón?). Le llamé la atención sobre la rareza del caso y sobre los comentarios a que daría origen. Insistió en su negativa, y dijo que adelantaría al jueves próximo el Consejo que corresponde celebrar la otra semana, y que ese día recibirá al Gobierno.

Estábamos ya de pie cuando decía estas cosas, y por conclusión añadió:

—Tengo dos principios políticos: que los ministros no necesitan ser amigos del Presidente; que el Presidente no necesita de la confianza de los ministros.

Lo dice con aire dolorido, acento ponzoñoso y de víctima; como si fuese una desgracia, y un gran descubrimiento.

—Eso es palmario —le respondo—. El Presidente no necesita de la confianza de *unos* ministros determinados, pero sí necesita de la confianza de algunos para formar el Gobierno; porque si usted no encontrase ministros que confiasen en usted no podría usted ser Presidente.

Al retirarme, volvió a decirme «buena suerte». Tiene clavadas estas palabras, que yo le dije el otro día.

He vuelto al ministerio. Antes de publicar oficialmente la constitución del ministerio, llamo a Barnés, que acaba de llegar de Barcelona en avión, y a poco se mata, y obtengo su aceptación. Después viene Franchy. Cuando le digo que le he nombrado ministro, palidece y se emociona. Adivino que un calambre le estremece las piernas. Espero que no se le hayan ido las aguas, como a Sanchica. En fin, el señor Santaló recibe de mí la designación de Companys. Le hemos telefoneado esta tarde a última hora para que venga de Barcelona.

Por teléfono hablo con Macià, y le comunico la solución de la crisis. Cuando se entera de que Companys es ministro de Marina, exclama:

—¡Qué se le va a hacer! ¡Enhorabuena!

Ellos esperaban una cartera más importante.

En fin: a una legión de periodistas que aguardan en la antesala, les paso la lista del Gobierno, y se van aullando…

Tal es un día de crisis, y así se alumbra un Gobierno.

Después de cenar he ido al Escorial. Me he paseado por Los Pinos, y no me ha servido de gran descanso. Preveo para pronto dificultades graves. Lo ocurrido no será lección para el Presidente, sino exacerbamiento. No podremos entendernos con un enfermo. ¿Hasta dónde pueden llegar los efectos de su carácter? Por de pronto, don Niceto padece, como resultado de la crisis, una «despopularización» instantánea entre los republicanos. El efecto quizá se desvanezca en poco tiempo, si todo vuelve a la normalidad; pero ya se encargará él de impedirlo. Hasta ahora, en año y medio de presidencia no había tenido que usar ninguna de las atribuciones importantes que le competen por su cargo. Todo ha consistido en recepciones, arengas, viajes, etcétera. Había que observarlo en la primera coyuntura grave; cuando se ha presentado (ley de Congregaciones y crisis del ministerio), le hemos visto ponerse nervioso, le hemos visto complicar las cosas sin necesidad, acentuar las dificultades. Se conduce como habla, por rodeos infinitos; y su conducta es a veces tan difícil de entender como su oratoria. Lo peor de este Gobierno es la incorporación de los federales, en que tanto interés ponía el Presidente. Creo que saldrá mal, y lo menos desagradable que puede ocurrirnos es que debiliten al Gobierno, lejos de reforzarlo.

Las señoras de los ministros (algunas, por lo menos) hablan demasiado y cometen imprudencias. Gloria Giner se alarmaba mucho estos días, delante de gente poco afecta, por *lo que podría pasar*, y trataba mal al Presidente de la República. También la de Domingo y la de Albornoz critican a tontas y a locas. Por lo visto, es difícil saber estar en su puesto.

13 de junio

Primer Consejo del nuevo Gobierno. Asisten todos los ministros, incluso Companys, que ha llegado esta mañana de Barcelona. Le rebosa el contento.

Camino de la Presidencia, el comandante Ayza, que me acompañaba, dijo: «¿Ha visto usted lo que trae *El Sol* contra Sánchez Guerra?». Me dio el periódico y leí un articulejo, en que tratan duramente al secretario de la Presidencia porque ha hecho, según parece, unas declaraciones a la *Hoja del Lunes* sobre la tramitación de la crisis. Sánchez Guerra es otro de los que no saben ser discretos en su función, y trae y lleva demasiadas cosas en la intriga política. Ya se lo dije una vez al Presidente. No conozco las declaraciones que ha hecho, y probablemente *El Sol* tendrá razón para maltratarlo; es seguro que Sánchez Guerra se incomodará mucho, creyendo que yo he dictado o

aconsejado ese artículo, porque *El Sol* pasa por ser un periódico que yo *inspiro*. Este incidente no importa, porque para sacudirme a Sánchez Guerra me basta un encogimiento de hombros. Lo fastidioso es que *El Sol* trae otros dos artículos, en primera plana, acometiendo al Presidente de la República, y no faltará, por aquella misma razón, quien me los atribuya… Pueden crearme un conflicto con el Presidente, que, suspicaz y receloso, no necesita tanto para creerse atacado personalmente por mí.

Los de *El Sol* están haciéndolo bastante mal. Cuando se formó la nueva empresa y entraron en *El Sol* algunos amigos del Gobierno y míos, les rogué que procurasen no estampar mi nombre sino lo estrictamente necesario para la información, y que no se ocupasen de mí personalmente. Su papel debía consistir *en abrir camino* a la obra del Gobierno, sobre todo en lo legislativo, defendiendo la orientación general de los proyectos; pero que no se privasen de criticar la gestión ministerial cuando les pareciese desacertada; basta con no dañar a la República a través de las censuras al Gobierno. No han sabido hacerlo así. Esperaban consejos directos míos, y me negué a darlos; me pedían orientaciones, y las rehusé. Tenían obligación de saber andar solos, y si no sabían, y habían de escribir al dictado cada día, los periódicos perderían todo interés y valor políticos. Guzmán y Amós se quejan —no delante de mí — de que no les digo nada. El caso es que por falta de tino, de habilidad, de conocimientos políticos, y, en fin, de talento, han llegado a una situación rara: aseguran que no se atreven a escribir lo que se les ocurre, para no *comprometerme a mí ni al Gobierno*, porque todo lo que aparece en *El Sol* me lo achacan; ¡y hasta hay quien cree que yo escribo los artículos!

Pero esa situación la han creado ellos mismos. Yo no tengo nada puesto en ningún periódico. Cuando se transformó la empresa de *El Sol* me limité a dar un consejo, creyendo que era bueno hacer pasar el periódico a poder de republicanos, y mediante Ramos, conseguimos que Herrero vendiera sus acciones. Luego le dije a Guzmán que habiendo sido él agente mediador entre unos y otros y el que había zurcido el nuevo plan, podía y debía aspirar a que le diesen un puesto en la empresa, donde pudiese trabajar y ganarse la vida con cierta holgura. Guzmán obtuvo la gerencia por decisión de los accionistas, sin ninguna recomendación, indicación ni ruego de mi parte. Celebré su nombramiento, porque sacaba de apuros a un amigo, y no me ocupé de más.

Viéndose *privados* de aquella inspiración personal y directa que echan de menos, no han sabido tampoco situarse discretamente en la política republicana, ni tener iniciativas propias, ni asegurarse una posición clara y

firme, con independencia del Gobierno. El talento político y la habilidad polémica de nuestros periodistas no pasan de lo mediano. La prensa de oposición —quizá con la única y no muy constante excepción del *Debate*— no sabe combatir al Gobierno sin llamarle tonto, bruto, cruel, canalla, y otras simplezas por el estilo; la prensa *adicta* ha seguido —*et pour cause*— los modos del *Imparcial* de Gasset, y no se harta de repetir que soy el hombre de la República, un hombre extraordinario, que equivalgo al régimen, etcétera; aunque fuese verdad, no deberían decirlo, y si ellos no se hartan, yo sí, y supongo que también otros.

El otro día dije ante unos amigos, entre los cuales estaba Amós, que *El Liberal*, con quien no tenemos ninguna relación, estaba mucho mejor que *El Sol* en el aspecto político. Se conoce que esta opinión mía ha llegado al periódico, y se han *atrevido* a escribir sin miedo a comprometerme. Para una vez que se atreven escogen mal la oportunidad. El mismo día que yo constituyo un nuevo Gobierno, disparan violentamente contra el Presidente, en condiciones tales, por la situación en que han puesto al periódico, que casi nadie creerá que yo no he conocido de antemano esos artículos. Vencido el Presidente, no había por qué cantarle el trágala, sobre todo en un papel ministerial. Ignoro quién ha escrito los artículos: deben de ser de Luis Bello y de Masip. Son excesivos de tono, y contienen expresiones que rayan en lo ridículo: refiriéndose a la reunión de la mayoría, convocada por Prieto, afirma el articulista que allí había un aire «de Convención…». Es disparatado. Estos periodistas no tienen en la cabeza más que barreduras de reducción.

En el Consejo de ministros no se habló de este asunto. Antes de empezar me dijo Prieto que había hablado con Sánchez Guerra por teléfono, para anunciarle el envío de unos decretos urgentes, y que Sánchez Guerra le contestó:

—Serán los últimos que le entregue al Presidente, porque si no me permite que conteste a *El Sol*, dimitiré el cargo.

Los ministros estaban de buen ánimo. Hice un resumen de los acontecimientos y esbocé un proyecto de declaración ministerial. Todos lo aprobaron.

Viñuales habló de la situación de la economía, y de la necesidad de no perturbarla ni desalentarla por efecto de la política social. Con este motivo intervino Largo, y hubo una pequeña discusión entre ambos, muy amistosa y considerada. Quedaron de acuerdo, y yo indiqué que dedicaría unas palabras al asunto en mi discurso de mañana. El señor Franchy dijo unas palabras muy corteses y de mucha modestia, que no era fingida ni excesiva, a las que yo

correspondí. Estaba yo pensando: quien añade federales añade barullo; pero no se lo dije. Es pronto.

En el ministerio, después de comer, sesión de *pose*. Me han comunicado lo principal de los acuerdos de los radicales en su reunión de esta mañana. Parece que pretendían prevalecer procedimientos de violencia: renunciar las actas, retirarse del Parlamento, etcétera. Al fin, un voto de confianza a Lerroux, para que hable en nombre del partido en la sesión de mañana. No espero cosas fuertes, si Lerroux no se pone al servicio de sus parciales. Los amagos de retraimiento, de obstrucción, de renuncia de actas, que son conocidos, pueden relacionarse con la demora del Presidente en recibir al Gobierno. ¿Espera que caigamos mañana, librándose así de la *humillación* de alternar con nosotros?

El Debate de hoy dice que «se ha cortado el hilo de la crisis». Había un hilo, en efecto; y *El Debate* lo sabe. ¿Cuál? ¿El que decía *Pepe Centeno*? ¿Por qué se ha cortado? Lo ignoro todavía. Puede atribuirse a dos causas: a la reunión de la mayoría, el domingo por la tarde; y a que el Presidente no quiere disolver las Cortes, y sin disolverlas no puede formarse un Gobierno republicano «moderado», digamos lerrouxista. Todo esto era bien fácil de prever. Lo peor de todo este barullo es el haberlo promovido sin necesidad, y para ningún resultado.

Anoche me contaron que en la exposición de obras de Sebastián Miranda, el Presidente dijo que conmigo mantenía buenas relaciones como jefe del Gobierno, pero ningunas como amigo. Nos consta que no quiso inaugurar la exposición, por no encontrarse con los ministros.

Gordón Ordás, camino de Baleares, le ha enviado un telegrama al Presidente, desde Barcelona, haciendo protestas de adhesión y hablándole de su «autoridad soberana».

He pedido a Zulueta que me haga un resumen del discurso que nos echó el Presidente en el Consejo del 8 de junio, para provocar la crisis. Transcribo a continuación lo que ha escrito Zulueta:

> Nota del Consejo celebrado el 8 de junio de 1933. Resumen de las manifestaciones del señor Presidente de la República: Aprovecho esta oportunidad para expresar en presencia de todos los ministros mi criterio acerca de la actual situación política. No he tenido facilidad para hacerlo anteriormente, ya que se da la paradoja de que el Presidente de la República no habla libremente con los ministros hasta que dejan de serlo; en virtud de este sistema, con el que nunca he estado conforme, que establece la norma de que el Presidente de la República no despache más que con el jefe del Gobierno.

Lamento que este me haya planteado el problema de la sustitución del ministro de Hacienda y de la división del ministerio de Agricultura, Industria y Comercio. Si no lo hubiera hecho, yo habría seguido como hasta aquí, manteniendo a este Gobierno sin dificultad alguna, hasta aprobar las leyes de que hemos hablado, según le dije al Presidente del Consejo. Yo no he dudado ni vacilado un instante en promulgar la ley de Congregaciones. Si he aguardado al final del plazo, ha sido solo por un propósito de matización subjetiva, respondiendo a mi personal disconformidad con esa ley, o mejor dicho, con su artículo adicional. En la ley del Tribunal de Garantías, la espera ha de ser menor, porque también es menor mi discrepancia, reducida asimismo, principalmente, al artículo adicional.

Pero una vez planteado el problema de la modificación parcial del gabinete, no puedo asentir llanamente a la propuesta. Si lo hiciese, sin más trámites, tomaría partido en favor de uno de los dos grupos en lucha en las Cortes, lo que no me corresponde hacer, y daría un latigazo a las oposiciones, cuando no ha de haberlas para el Presidente de la República.

Examinemos la situación política; la composición del Parlamento no corresponde fielmente a la del país. Hubo ya una desviación inicial, porque las fuerzas de la derecha, cohibidas o asustadas en aquellos primeros momentos, no llevaron a las Cortes la representación correspondiente a su realidad numérica en la nación. Esta desviación inicial ha ido acentuándose, porque en la Cámara, la mayoría gobernante ha evolucionado hacia la izquierda, en tanto que el país evolucionaba hacia la derecha, por efecto de una política, en varios puntos equivocada, cuyos errores no he dejado de advertir lealmente al Gobierno. Lo grave es que, por esta causa, elementos considerables han salido del ámbito de la República.

Tiene hoy el Parlamento este fundamental defecto; está, además, muy gastado por una labor larga y casi ininterrumpida; ha tenido que herir muchos intereses y sentimientos; la obstrucción en fin dificulta su vida normal.

A pesar de todo ello, creo yo que debe prolongarse la vida de estas Cortes. Son mejores de lo que muchos piensan. Más aún: son las mejores que ha tenido España. No podría hacerse de ellas una antología comparable a la de otras (¿las de 1869?); pero son superiores a todas por la buena fe y voluntad entusiasta de sus diputados. Sobre todo, no conviene disolverlas sin que antes se interponga un período de conciliación y apaciguamiento, porque las elecciones, convocadas hoy, resultarían peligrosas por el crecimiento de las extremas derechas. No se cumplirían las leyes votadas por las Constituyentes.

Yo aspiro a no tener que disolver estas Cortes. Cuando hayan terminado su labor, los partidos deberán ponerse de acuerdo, para determinar su disolución. Si yo lo hiciera, ya no podría firmar constitucionalmente más que otro decreto de disolución de Cortes, y quedándome con un solo cartucho, me sería muy difícil hacer uso de esta facultad, lo que no conviene sobre todo a las izquierdas, a las que interesará probablemente, en su día, la disolución del futuro Parlamento, porque este señalará quizás el máximo de reacción hacia la derecha en la evolución de la República.

Vean ustedes cómo este «reaccionario» se interesa por la duración de estas Cortes. Aunque algún periódico socialista me presente como enemigo del proletariado, yo no olvido que soy el hombre que defendió en la Cámara la fórmula de «República de Trabajadores» y que determinó con su intervención, arrastrando el voto de sus amigos, la aprobación del artículo 46 de la Constitución, que da carácter constitucional a la legislación del Trabajo; artículo contra el que votaron varios diputados de Acción Republicana.

(En este o en otro lugar de su discurso, habló el señor Presidente de la República, como digresión humorística, de tres películas: 1.ª…, 2.ª *La zancadilla en la sombra*, y 3.ª *El enemigo del obrero*[53]).

Debe seguir, pues, la vida de estas Cortes. Pero para ello es necesario que se busque la colaboración entre los grupos republicanos. Hay que hacer obra de conciliación. Teniendo en cuenta la desviación de la opinión española que en cierta medida sufren las Cortes, conviene que la labor que estas realicen sea una labor nacional republicana. Conviene evitar la obstrucción y más aún la posible retirada de las oposiciones.

Repito que hubiera preferido que no me hubiese el Gobierno planteado este problema de la reconstitución parcial del Gobierno. Cuando su Presidente lo hizo ayer, le rogué que me dejara reflexionar, anunciándole que hoy en Consejo daría mi respuesta. No contestó ni sí, ni no; no prejuzgo mi resolución definitiva, ni excluyo la posibilidad de que esta sea de acuerdo con lo propuesto: pero digo que, antes de resolver, necesito meditar sobre lo propuesto y consultar a los representantes de las diversas fuerzas republicanas del Parlamento.

15 de junio

Ayer comenzó en las Cortes el debate político y hoy hemos tenido Consejo con el Presidente. La discusión en las Cortes no trae gran fuerza. Maura ha hecho la alcaldada de retirarse del Parlamento, con todos los suyos. En su inconsciente anarquismo de señorito mandón, hubiera querido que los radicales le acompañaran también en eso, como le acompañaron en la atrocidad de la obstrucción; pero no le han seguido. El interés que despertaba el discurso de Lerroux se ha desvanecido en cuanto declaró que continuaban en las Cortes, y que, reconociendo que la obstrucción había sido vencida, harían una oposición *normal*. El discurso de Lerroux, como pieza oratoria, es muy flojo; y como polémica, peor. Ha caído en el nuevo modo de argumentar, puesto en uso por los jabalíes del tipo de Ortega o Balbontín. Dan por cierto un hecho, y en cuanto se les desmiente, tocan retirada. Lerroux ha levantado mucho la voz, acusando, como si lo supiera con certeza, al ministro de la Gobernación, de haber ordenado a los gobernadores que no obedeciesen al nuevo Gobierno, si nos sucedía un ministerio lerrouxista; y al protestar Casares, muy indignado, contra semejante patraña, Lerroux ha recogido velas, viniendo a decir: ¡Ah! Bueno, bueno; si usted lo niega, será así; pero quizás algún funcionario a sus órdenes…, etcétera, etcétera.

No parece que esta discusión vaya a durar, ni que le importe a nadie.

El Consejo con el Presidente ha sido tan desagradable como era de esperar. Nunca ha estado más parabólico, más voluble, más verboso, ni más lleno de rencores. Ha vaciado el saco de cuantos había almacenado en una semana. Saludó a los ministros, matizando la acogida de cada uno. A mí solo me dijo, poniéndose grave: «Muy buenas…». Y apenas nos sentamos, explicó cuáles serían sus relaciones con los ministros y con el Gobierno. A Barnés le dijo que sería «su favorito»; ni más ni menos. ¿Y por qué? Porque nunca olvidaría que siendo él Presidente del Gobierno, Barnés, en un debate difícil, le defendió. (No recuerdo a qué debate alude; sería en una de aquellas *fugas* de don Niceto, cuando se escapaba del banco azul). Nos dijo que este es un Gobierno «de Presidentes», porque además del efectivo, hay otros dos que

han sido *consagrados* por el encargo de formar Gobierno, y que aún habría más, si la crisis no se hubiera resuelto en esta forma. Habló después de las profundas amarguras que ha devorado estos días, de las injusticias, de las indiscreciones que ha tenido que soportar.

Prieto le preguntó, muy serio:

—Quisiera saber, señor Presidente, si en todo lo que yo he hecho y dicho en esta semana de crisis, hay algo incorrecto o indiscreto, de que usted esté quejoso.

—Absolutamente nada —repuso el Presidente, que rehuye las cuestiones claras. A mí se me había lamentado de la indiscreción de Prieto.

Como si quisiera instruir a los nuevos ministros, volvió a lamentarse del aislamiento en que vive respecto de ellos. La puerta de su despacho está cerrada para los ministros, «y ciertamente en ese despacho no hay imágenes horripilantes, sino alegres escenas populares de Tiépolo»; no está conforme con no recibir a los ministros separadamente. En el régimen de la monarquía, a los ministros se les llamaba consejeros de la Corona, y en la práctica, la Corona vino a ser un consejero del Gobierno. Él también podría ser «consejero de los gobiernos» (ha llegado a decirlo así), para lo que tiene gran preparación, porque ha sido de todo en la administración: secretario de Gobierno Civil, director general, subsecretario, ministro, oficial del Consejo de Estado, asesor de no sé qué corporaciones, e infinitas cosas más. Apuntó luego, para marcar sus relaciones con el Gobierno, que por ahora no asistiría a ningún acto oficial.

Volvió a recoger el hilo de su exposición, hablando de los sinsabores e insomnios que le ha costado la crisis y sus incidencias; y de eso del insomnio, partió para describir una de sus parábolas oratorias peor intencionadas. Nos describió cómo, en lo más angustioso de sus preocupaciones, llegó a sus manos una carta procedente de un periódico. (Al decir esto, extrajo del bolsillo interior de la chaqueta un sobre, que nos mostró, y volvió a guardar, sin leernos su contenido). La carta es de un desventurado que de caída en caída ha parado en un penal; los antecedentes personales y de familia le hacen acreedor a la lástima de todos y al perdón; como no hay otro medio legal, ha pensado en la amnistía. El sujeto que le escribe está condenado *por injurias al Presidente de la República*, injurias que cometió por cuenta de otros, movido del hambre. El caso le hizo tanta impresión (porque conoce personalmente al culpable), que pasó la noche sin dormir. Aquella mañana, «*salió el sol, pronto y con vigor*, como sucede en verano», y sus amarguras se acentuaron.

«Ya estamos en los artículos de *El Sol*», dije entre mí.

En efecto: eso de salir el sol, pronto y con vigor, era la alusión al periódico, traída con tan largo rodeo.

Sin nombrar a nadie, ni siquiera directamente al periódico, estuvo comparando las injurias del autor de la carta con las que tal vez escribió *El Sol*, y la diversa suerte de aquel desdichado y la de los autores de los artículos. Agradeció a Casares que hubiese denunciado el número de *El Sol* (no fue Casares, sino yo, quien ordenó la denuncia), pero el proceso, a no ser que se llevase a fondo *un sumario de escándalo*, no dará otro resultado que el de aparecer como autor de los artículos algún diputado a Cortes, para quien la Cámara no concederá el suplicatorio. Por eso proponía que se llevase a las Cortes un proyecto de amnistía para todos los que estuviesen incursos en el artículo del Código Penal que castiga las injurias al jefe del Estado. Finalmente, habló de su resolución inquebrantable de no dimitir, pasara lo que pasara, y por muchas cosas que se hicieran contra él. Amplificó largamente el tema, justificando sin necesidad alguna esa «resolución», que por el vigor y la inoportunidad con que la enunciaba, parecía ser el resultado de un combate interior muy reciente. (Estos días pasados, cuando todo el mundo hablaba en Madrid de la dimisión del Presidente, algunos empleados de la secretaría de la Casa Presidencial dijeron en el café Regina que el Presidente había hecho ya tres borradores del mensaje de dimisión).

Terminado el discurso del Presidente, hablé yo por todo el Gobierno. Nunca me he dominado tanto, ni le he dicho nunca al Presidente verdades más crudas. No se me alteró la voz ni levanté el tono, para mayor contraste con su patetismo *deplacé*. Comencé por hacerme cargo de la queja fundada en el supuesto aislamiento en que vive respecto de los ministros. Le recordé que, cuando se aceptó su candidatura para la Presidencia de la República, el Gobierno que yo presidía entonces deliberó sobre el modo de relacionarse con el jefe del Estado, y a consecuencia de aquella deliberación, llamé yo al despacho de ministros del Congreso a don Niceto, diciéndole, entre otras cosas, que a nuestro juicio, y según la Constitución, el Presidente de la República debía despachar únicamente, fuera de Consejo, con el jefe del Gobierno, y don Niceto no opuso reparo a esa resolución. Desde entonces acá, nunca le había oído quejarse del sistema, hasta estos últimos días, como si solo ahora, en el trance de la crisis o en su preparación, ese sistema se hubiese revelado defectuoso: que siendo el Presidente del Consejo, nombrado libremente por el de la República, el director y representante de la política general del Gobierno, solo a través del Presidente del Consejo podían sostenerse las relaciones diarias oficiales entre el Gobierno y el jefe del

Estado. La Constitución ha realzado la posición del ministerio respecto del Jefe del Estado, si se compara con las Constituciones anteriores, y ha realzado singularmente la del Presidente del Consejo, que es quien nombra a los ministros. Durante la monarquía, los ministros eran «consejeros de la Corona»; pero hoy no son consejeros del Presidente, el cual no puede decir «mi Gobierno», como decía el Rey con perfecto derecho. A pesar de eso, ya durante la monarquía, algún político liberal (¿Moret?) quiso variar la práctica de que los ministros fuesen de dos en dos a despachar con el Rey; no lo alcanzó, y en realidad no tenía fundamento constitucional, porque el Consejo de ministros no existía en el texto de la Constitución; el Rey nombraba y separaba libremente a «sus ministros»; ahora solo es así para el Presidente del Consejo, quien tiene una preponderancia nueva. Aparte de eso, que es lo fundamental, el Presidente no puede quejarse de aislamiento respecto de los ministros: primero, porque los reúne y preside en Consejo cada quince días, y no los reúne más, porque no quiere; si le parece útil, no tiene sino que convocar el Consejo todas las semanas; y segundo, porque como sabe muy bien, cada vez que ha sido conveniente, los ministros han ido a ver al Presidente, claro está que sabiéndolo y autorizándolo yo, como lo he sabido y autorizado siempre. Y así podrá seguir haciéndolo cuando guste.

Hablé después de sus relaciones personales con el Gobierno y de su propósito de no asistir por ahora a los actos oficiales (el Presidente había vuelto a su máxima de que los ministros no necesitan ser amigos suyos): le dije que un Gobierno elegido atendiendo a las preferencias amistosas del Presidente sería una monstruosidad en la República, y que por la misma razón no podía excluirse a nadie del Gobierno, ni había motivos políticos para que figurase en él, simplemente por enojos personales. Que él era muy dueño de regular sus relaciones particulares con los ministros como le fuese más cómodo, y nadie le iría a la mano, pero siempre podíamos excusarnos de la concurrencia a los actos oficiales, para los que no se consulta el agrado de cada cual.

Entré después en lo de la amnistía, para oponerme terminantemente al proyecto, advirtiendo, sin embargo, que ahora no íbamos a deliberar sobre ello en su presencia, pero me parecía conveniente adelantar mi opinión personal, la misma que daría ante el Consejo cuando examinara el caso. Por muy interesante y lastimoso que sea el del autor de la carta, podrá servir de fundamento a un expediente de indulto, pero no a una ley de amnistía para los delitos de injurias al Presidente. Eso, ante la opinión pública, sería dejarlo indefenso; y ante el Gobierno, un acto de misericordia, un poco sarcástica, de

que nadie estaba necesitado. El Gobierno tenía interés en que los delitos cometidos contra el Presidente no queden impunes; y si él teme que, solo a costa de un sumario de escándalo se descubra la verdad, nosotros no lo tememos, porque el escándalo, cuando se produce para que se proclame la justicia, no es dañoso, sino saludable al bien público. (Me guardé, es claro, de decirle que había sido yo quien ordenó la denuncia de *El Sol*, así como que desconocía la existencia de los artículos hasta que me los dio a leer Ayza, porque me hubiera parecido disculpas o excusas que yo no tengo por qué dar). Toda esta parte la traté con gran frialdad y a fondo. Los ministros asintieron. El Presidente dijo respecto de la amnistía:

—Si en la Sala sentenciadora, el Presidente se adelanta a dar su opinión, ya se sabe lo que va a pasar. Bueno: será una amargura más, sobre las muchas que llevo recibidas.

Poco después terminó el Consejo. Los ministros nuevos estaban maravillados. Yo me alegraba de que se ampliasen los testigos de estas escenas.

—Bueno —dijo Companys—. Ya me he hecho cargo de lo que ocurre aquí.

—¿Pero adónde me ha traído usted, don Manuel? —exclamó Barnés, riéndose.

—Ustedes me dirán ahora —pregunté yo— si están o no conformes con mis puntos de vista y con mi respuesta.

—No se podía hacer otra cosa —responden.

—Cuando discuten ustedes dos —observa Albornoz— usted parece el profesor y don Niceto el alumno.

—Lo siento mucho, porque no tengo propósito de dar lecciones a nadie, ni me gusta. Pero cuando este señor se sale de su papel, no hay más remedio que restablecer las cosas.

—Ha estado usted muy sereno, y era difícil —dijo Domingo.

—Si esto continúa así, un día resignaré aquí mismo mis funciones y les dejaré a ustedes con él, arreglando la testamentaría. Ahora pretende aburrimos con frivolidades y desaires. Ustedes dirán cómo quieren tomarlo.

—¡Ah! Crisis isabelinas no —dijo Albornoz.

—Aquí no estamos por un capricho personal —añadió Largo—. Que no nos quiere, ya lo sabíamos.

Tales son los sentimientos dominantes en el Gobierno, sin excepción alguna.

Lo que ocurrió en la denuncia de *El Sol* fue así: el martes, entrada la noche, Casares me habló por teléfono de varios asuntos, y entre otras cosas me dijo que el fiscal le había preguntado qué determinación tomaba con el periódico.

—Yo le he dicho que no haga nada, por lo menos hasta hablar con usted.

—¡Hombre, pues qué ha de hacer! Denunciarlo inmediatamente, ya que no lo hizo esta mañana. Ordénelo usted así. Es la única manera terminante que tengo de mostrar mi desagrado.

—Ya es un poco tarde, y no sé si encontraré a Anguera para que formule la denuncia con fecha de hoy.

—Pues hágalo usted buscar en su casa.

—Voy a llamarlo. Y a los periodistas que están aquí les daré la noticia de la denuncia como cosa ya hecha.

16 de junio

El debate político, que estaba virtualmente concluso, ha rebrotado por efecto de las tolerancias de Besteiro. Hubiera quedado el jueves completamente vacío, y se habría votado, apurando un poco el tiempo de la sesión. Besteiro no lo hizo así. Es mucho lo que Besteiro nos ha hecho perder con su flojedad; con otro Presidente, las Cortes llevarían dos o tres meses de adelanto sobre el estado actual de sus trabajos. No aprovechar bien un día, cuesta a veces perder toda una semana. Nadie ha gobernado con tanto desamparo como yo por esta parte.

Sánchez Román ha intercalado un discurso violento contra Domingo, y contra Largo Caballero. Sánchez Román está ahora muy en auge entre la gente de oposición. Como tiene más entendimiento y más habilidad que casi todos los diputados adversos al Gobierno, cada vez que habla lo escuchan con arrobamiento, porque les provee de lo que más falta les hace: ideas y argumentos. Me he divertido mucho observando, mientras hablaba Sánchez Román, las miradas que cambiaban algunos diputados radicales, incapaces de otra cosa que de berrear y patear. Sánchez Román ha atacado nuestra declaración ministerial por falta de «contenido programático». A mí me cuesta mucho trabajo seguir los razonamientos de Felipe, por la impropiedad abstrusa de su vocabulario y por lo retorcido de los períodos. En eso se parece a Sánchez de Toca, y también recuerda la prosa de su padre. Ha descargado muy recios golpes sobre Domingo, y lo ha dejado maltrecho. Sánchez Román

está muy enojado desde que no prevalecieron sus propuestas para la reforma agraria. Y uno de los que le ponen al corriente de las interioridades del ministerio de Agricultura, es Feced, colaborador y correligionario de Domingo. El discurso ha hecho impresión, porque hasta ahora, los resultados de la labor del ministro no se ven por parte alguna.

Quieren hacer a Sánchez Román editor responsable de la empresa política antiministerial, y mucha gente cree que asumirá ese papel; otros lo dudan, pero él autoriza esa creencia por su conducta enigmática y cautelosa. Como algunos radicales-socialistas no se cansan de mortificar a Domingo, ahora se les ocurre invitar a Sánchez Román a que ingrese en el partido, cuando acaba de dar al ministro una pateadura. Dudo yo que Sánchez Román se meta en esa grillera, pero sería de ver la cara de Domingo, ante semejante trágala.

En resumen: la semana próxima continuarán los discursos y emplearemos seis días en lo que cualquier Parlamento del mundo hubiera substanciado en una sesión. ¡Como si no hubiera nada que hacer!

19 de junio

Esta madrugada hemos regresado de Mérida. Salimos ayer domingo, a las once y media. Nos detuvimos a comer en el parador de Oropesa, instalado en el castillo y regido por una de las hijas de mi antiguo «enemigo» don Platón, caudillo local de las huestes mauristas, cuando yo hacía mis pinitos electorales en Puente del Arzobispo. A las cinco y media llegamos a Mérida. Mucha gente política e «intelectual» procedente de Madrid, y demás masas de extremeños auténticos, anhelantes por oír la *Medea*. Don Niceto no ha venido a esta fiesta «porque asiste el Gobierno»; así se lo ha dicho a Unamuno el propio don Niceto. En realidad, no hemos venido más que tres: Fernando, Barnés y yo, de modo que hubiera *podido con nosotros*, probablemente.

Fui al Ayuntamiento, y hubo recepción, bastante confusa y «desarreglada», como las comedias de Lope. Apareció allí el terne señor Guariglia, portador de un ramo de laurel, ofrecido por el alcalde de Roma a la ilustre Emérita Augusta. Guariglia soltó un discurso, manejando el *Impero*, la cultura romana y otras entidades, en el modo fascista. Le contesté sorteando la dificultad de no aceptar lo fascista y ser amable con la «fraterna» Italia. En fin, todos romanizados, todos latinos y muy contentos

Visité algunas cosas de Mérida, entre ellas el museo. Desde allí, nos fuimos al teatro. En la bajada, unos griegos de faz repintada prorrumpieron en vivas: eran los cómicos del Español, dispuestos para la escena. El teatro

estaba lleno. El viejo Mélida, que lo ha desenterrado, parecía lloroso y jadeante de emoción. Me instalaron con todo mi séquito en el primer rellano de la gradería, y allí, hecho un procónsul, me dispuse a entregarme al suceso. La majestad del lugar, reavivado después de tantos siglos con la presencia de la muchedumbre, era impresionante. Ayudaba la calidad de la tarde, suave y luminosa, transida por los rayos del poniente. Tan solo discordaba el silbo de los trenes; pero de todo podía uno abstraerse, en cuanto empezó la función, y el público entero cayó en un silencio maravilloso apenas vio aparecer en la escena a la feroz Medea. La Xirgu ha sacado fuerzas de su flaqueza física: no creía yo que llegase a tanto. Además, el teatro está calculado con tal acierto, que se oye el vuelo de una mosca. La Filarmónica intercalaba trozos de Gluck, a falta de la música que Esplá ofreció componer y que no ha compuesto. La lengua en que Unamuno ha puesto la tragedia es buena, si juzgo por esta única audición, con reverberaciones calderonianas y sabores del terruño. Las figuras de los actores y el juego de la acción cobran tal prestigio en ese escenario, que la multitud parecía embobada, no obstante la rareza de las gentes capaces de seguir las alusiones del texto o de penetrarse de los sentimientos que expresa. Anochecido, y estando el cielo tenue y transparente, volaban sobre el teatro las cigüeñas. Fue el mejor momento. La escena final —ya cerrada la noche—: el incendio, las teas, las masas corriendo por entre la prestigiosa arquitectura, produjo un efecto fulminante. El público estalló en aplausos clamorosos. Todo estuvo muy bien. Unamuno apareció de la mano de Jasón y Medea a recibir las aclamaciones, como en un teatro de los de ahora. Cipriano, que lo ha organizado todo, en sus glorias.

A las nueve terminó la fiesta. Nos fuimos al parador que ha establecido la oficina de turismo en un antiguo convento. Tarde, comenzó un banquete con que nos obsequiaba el Ayuntamiento. Otro banquete. Nunca he comido peor. Y aun con eso, muchos se quedaron sin nada. Teníamos allí preparadas habitaciones, para Lola y para mí. Creo que también se habían acordado de mis acompañantes. Pero cantidad de invitados y de curiosos no tenían dónde dormir, y algunos fueron a buscar camas en los pueblos del contorno. Previendo una noche incómoda, y sin sueño, para tener que andar hoy por la carretera a pleno sol, decidí volverme al momento. A las doce y media tomamos los coches y hemos llegado a Madrid a las cinco de la mañana. He dormido hasta la una, y ya estoy fresco y descansado para aprovechar la tarde.

22 de junio

Ha terminado el debate político, con otro discurso mío. Sánchez Román no me ha hostilizado, reservando los golpes para Domingo y Largo. Les dije a los ministros que terciaran en el debate para defender su gestión personal. Yo llevo casi dos años afrontando solo los debates y a veces salvando dificultades que otros suscitan. Especialmente, Domingo se ha distinguido por su mutismo. Esta vez, no se ha defendido muy bien, y se advierte que su crédito mengua. Únicamente las realidades de la reforma agraria bien aplicada podrían rehabilitarlo. En mi discurso me he encerrado en la política general del Gobierno. Fuera de los ataques al ministro de Agricultura, la discusión no tenía interés, porque no se esperaba nada de ella.

Ayer tarde, tuve larga conferencia con Viñuales y convinimos en sostener la baja de la peseta. Estas cosas quedan siempre entre los dos, para evitar indiscreciones.

Por la noche, estuvimos a comer en la legación de Holanda. Allí encontré a Guariglia y a Estrada. Nos aburrimos juntos.

Hoy, por la mañana, en el ministerio, ceremonia de imposición de una cruz al agregado militar francés, Moulin, que cesa en su cargo. Después, en la Presidencia, recibo comisiones hasta las dos de la tarde. Una de ellas, muy copiosa, de propietarios afectados por el proyecto de ley de Arrendamientos. Otra, que me habla de las bases de trabajo en los gremios de «uso y vertido». Este asunto dará ruido. Y los representantes de las empresas de gas y electricidad de Cataluña, donde amenaza una huelga que alcanza al noventa y cinco por ciento de la producción; sería la parálisis de la industria catalana. Los obreros pertenecen en su mayoría a la CNT. El personal de oficinas a la UGT. Ambas organizaciones se hacen la competencia presentando bases a cual más onerosas y exigentes. La UGT admite que la cuestión la dirima el jurado mixto; pero la CNT declara que si interviene el jurado mixto, plantea la huelga general. Así da gusto.

A las dos, comida en la Presidencia en honor del señor Santos, enviado extraordinario de Colombia. Asisten los ministros con sus señoras, y algunos de los intelectuales «de cuota» que tengo alistados para estas ocasiones.

Desde allí he ido a las Cortes. Después de varias semanas de atasco y remanso, se han puesto a votar leyes en serie. Yo he pasado la tarde recibiendo gente y asistiendo a varias comisiones parlamentarias para adelantar el trabajo en algunos dictámenes.

Representantes de Zaragoza, sobre asuntos locales; otros de Reinosa; los hulleros asturianos, que aún no tienen resuelto el asunto bancario de que me ocupé hace ya tiempo. A continuación he asistido al pleno de la comisión de

reforma electoral, y discutimos largamente el proyecto. Nadie se entiende. Cada cual quiere una ley que vaya bien a la situación electoral de su provincia. Como eso no es posible, les he preguntado, en broma, si encontrarían bueno un proyecto que declarase obligatoria la reelección de todos los diputados actuales… He advertido en algunos individuos de la comisión influjos de las ideas de don Niceto, y hasta han propuesto que la ley no se aplique por ahora más que a las elecciones municipales, designio que ya me apuntó el Presidente. Me he negado y no lo aceptaré en modo alguno. Se trata de hacer una ley Electoral, y no de aplazarla; sería un fracaso. Y otras Cortes pudieran incluso restablecer la elección por distritos, que sería resucitar toda la antigua oligarquía.

Terminada esta reunión voy a la de la comisión de incompatibilidades. Besteiro ha armado en esto un mediano lío, por haber aceptado que el Parlamento emita un dictamen resolviendo los casos dudosos de aplicación de la ley. Es un disparate. Lo acordaron en ausencia mía, y cuando yo llegué a las Cortes aquella tarde, ya estaba firme el acuerdo y nombrada la comisión. Una vez más, por no chocar con Besteiro y no promover un conflicto, me limité a decirle particularmente que el procedimiento es irregular, y un exceso por parte de la Cámara. Quien tenía que aplicar la ley era el Gobierno, centro por centro, y ministerio por ministerio, y para los casos dudosos está el Consejo de Estado. Besteiro procede como si las Cortes que él preside fuesen el ombligo del mundo. Por otra parte, los casos dudosos no lo son en rigor. Proceden del egoísmo de algunos diputados —todos ellos de la oposición— que pretenden evadirse de la ley, y de las artimañas de los radicales, que después de haber estado muchos meses reclamando la votación del proyecto, se resisten ahora a que se les aplique a sus diputados, una vez que se ha aplicado a los de la mayoría.

Aún he tenido otra reunión, con Ruiz Funes y Jiménez Asúa para preparar el dictamen sobre la ley de Vagos. Lo haremos entre los tres, para mejorar la estructura del proyecto, y después se llevará a la comisión.

Por último, he recibido a Valeriano Casanueva, y hablamos de los asuntos de la Telefónica.

En los pasillos del Congreso me aborda Galarza y me habla de la situación de Domingo en el ministerio de Agricultura. Asegura Galarza que Domingo está entregado a gentes poco recomendables, que pueden originar un escándalo, con daño para el propio ministro. Me propongo llamar la atención de Domingo, pero será inútil, dado su carácter.

Se han recibido hoy informes de París, sobre los manejos de los monárquicos. Por su parte, Pedro Romero me cuenta cosas más o menos fantásticas, pero que en parte coinciden con las noticias de Francia. (De todo ello, la mitad de la mitad…). En relación con estos «secretos», se comentaba hoy en el Congreso la extraña e inexplicable visita que han hecho dos sargentos a los diputados socialistas Cañizares y Del Toro. Se presentaron en su casa a la una de la madrugada, y no supieron explicar el motivo de la visita.

Cuando pude desenredarme, me vine al ministerio con Casares, que me cuenta su viaje a Marruecos. Trae buena impresión, en general, y muy favorable para el alto comisario. Cree Casares que debo ir allí urgentemente, porque con mi presencia se encauzarían algunas cosas que ahora no van del todo bien en el mando del ejército. En efecto, Gómez Morato es un parlanchín y un comodón, que no tiene más preocupación que la de no perder su destino, sostén de su copiosísima familia.

Por Casares me entero de que el Presidente de la República ha regresado a Madrid esta mañana. Se marchó sin avisar y vuelve lo mismo. A las nueve de la noche —estando aquí Casares todavía— llamo por teléfono al Presidente y cambiamos cuatro palabras para darle la bienvenida.

Hemos hablado también de los escándalos que se están dando en el Tribunal Supremo, desde que ha comenzado el juicio oral por los sucesos de agosto. Algunos abogados defensores, y bastantes procesados, se presentan como jaques y matones, insolentándose con el fiscal y el Presidente. Es el tono de «señorito húsar», que prevalecía entre los niños aristócratas más afectos al Rey. Algunos de los abogados que defienden a estos tipos, deberían estar también en el banquillo, como partícipes en la conspiración; entre ellos, Sol. Su propósito es imponerse por la amenaza y el terror, mover escándalo, amedrentar al Tribunal, hacer propaganda, y por lo pronto, impresionar a todos, a ver si consiguen suspender el juicio, ganar tiempo, con la esperanza de que un cambio de Gobierno y de política mejore su situación o les traiga una amnistía. En el Congreso, algunos diputados me han hablado de esto, y el propio Ossorio me ha dicho que no cree posible la conclusión del juicio, dado el camino que lleva.

El Presidente del Tribunal ha estado hasta ahora débil y tolerante. Si se deja comer el terreno, aquello será un guirigay. Los militares presos en la cárcel militar han tomado la consigna de no dejarse conducir en los coches de la Dirección General de Seguridad, y se creen con derecho a que los

transporten en camiones militares. Sobre esto mueven gran barullo, y han formulado una petición al Tribunal. Tampoco el coronel gobernador de las prisiones militares se distingue por su energía. Todo esto hay que acabarlo, pero no estoy dispuesto a que el juicio oral se suspenda ni se aplace; eso quisieran ellos, hacerlo durar.

Recibo malas noticias de México. Parece seguro que Barberán y Collar se han perdido. En opinión de Álvarez del Vayo, los aviadores españoles salieron de La Habana con indebido retraso, desoyendo las indicaciones que se les hacía desde México. Cree Vayo que no hay esperanza. En México hacen todas las diligencias imaginables para encontrarlos. Aquí, el público está muy contristado.

23 de junio

Consejo en la Presidencia. Hemos hablado, entre otras cosas, de lo que ocurre en la vista de la causa por los sucesos de agosto. Es pasmosa la facilidad con que la gente pierde los estribos, salta al trapecio y comienza a hacer volatines a impulsos de una impresionabilidad versátil. Hoy, en el Consejo, se lamentaba Casares de la conducta del presidente del Tribunal (Mariano Gómez) y de su benévola disposición respecto de las pretensiones de los militares presos. Albornoz se ha dado por aludido, como si Casares le echase a él la culpa de lo que sucede, y se ha puesto furioso. Con este motivo, Albornoz ha descubierto un fondo innoble, que le favorece poco. Ha dicho que no podía tolerar las repetidas censuras que el ministro de la Gobernación le hace, y que no continuaba en el Gobierno, ni un día más; que él, por solidaridad de Gobierno, ha soportado y tolerado cosas, en cuestiones de orden público, que le parecían mal, y sin embargo, callaba. Esta alusión a lo de Casas Viejas, en boca de Albornoz, es muy fea, moralmente, porque él sabe lo mismo que los demás, cómo ocurrieron las cosas. Casares ha estado muy discreto y prudente. Otro le habría tirado un tintero a la cabeza. Albornoz ha procurado convencernos de que ha hecho todo lo posible para que en el Tribunal no ocurran aquellos incidentes, «y que está al habla» con el fiscal y con el presidente del Supremo. Apostaría yo a que no ha hecho nada, y su propio enfado le acusa. La escena ha sido desagradable. Naturalmente, yo no he hecho caso alguno de la resolución de Albornoz, en cuanto a marcharse del Gobierno. En efecto, por la tarde me ha visto en las Cortes, y me ha dicho que le perdonara la escena del Consejo, que no quería causarme enojos, y que de

lo dicho no había nada. Creo que también ha tenido una explicación con Casares y han vuelto a quedar amigos.

26 de junio

Esta madrugada he regresado de Alicante. Nos fuimos el sábado, invitados por las corporaciones y autoridades, para asistir a la bárbara fiesta de las hogueras de San Juan. A mí me habían hecho *foguerer machor* de no sé cuál hoguera. Nos alojaron en la Diputación provincial. El sábado a primera hora de la noche recorrimos la población, para ver las figuras que iban a ser quemadas. Mucha gente, y un calor atroz. Los tingladillos que abrasan tienen pretensiones de arte; todos estos levantinos se creen grandes artistas. Desde la azotea de la Diputación vimos los fuegos. No sé cómo no arde toda la ciudad.

El domingo, recepción de comités de Acción Republicana en la Diputación. Discursos. Apretones de manos. Fuimos luego, con Prieto, a inaugurar las obras de la «famosa» carretera de San Juan, que tanto nos dio que hacer. Visité la casa del doctor Tapia, que tiene el singular capricho de plantar jardines en un promontorio de piedras calcinadas, y comimos en la playa de San Juan, que está muy lejos de ser lo que ponderaba Prieto en un preámbulo que escribió para el proyecto de ley de la Carretera y de que estaba literariamente envanecido. Al anochecer salimos de Alicante, preguntándome yo todavía por qué habíamos hecho este viaje. Cerca de Elche, por poco me desnuco. ¡Qué información sensacional para los periódicos! Cenamos en Albacete, y a las doce continuamos el viaje a Madrid.

Desde Alicante hablé con Casares; me dijo que el director de Seguridad estaba decidido a dimitir. Se considera desautorizado por la Sala del Supremo, que a la petición formulada por Bergamín, sobre el modo de trasladar a los oficiales presos, ha contestado con un auto disponiendo que sea el general de la división quien se encargue de llevarlos y traerlos. Antes de salir para Alicante, llamé al general Romerales, inspector de las prisiones militares, y le dije que no hiciera nada sin ponerse de acuerdo con la Dirección General de Seguridad, que seguiría encargada de la custodia y del servicio de orden, recibiendo a los presos en la puerta de la cárcel. No sé qué lío habrá armado Romerales, pues todo el mundo se disgustó. El director general es muy terco. Le dije a Casares que no podía admitirle la dimisión, y que si insistía en marcharse tendría que ser abandonando el destino.

Hoy creo que está todo arreglado y que la Dirección General comenzó sus funciones propias. Los presos seguían siendo trasladados en los vehículos de

la policía, y a los que la otra mañana se resistieron y se despojaron de las guerreras, yendo en mangas de camisa al Tribunal, se les ha formado nuevo proceso. Por mi parte, he destituido al coronel gobernador de las prisiones, y parece que aquellos señores están ya más tranquilos.

Habíamos pensado oponernos a que Sanjurjo viniese a declarar en este juicio. Lo han propuesto como testigo, sin duda con propósito de suscitar alguna manifestación política y mover a compasión, suponiendo que el general comparecería vestido de presidiario. Después lo hemos pensado mejor, y autorizaremos la venida de Sanjurjo, porque impedirla podría parecer temor o deseo de estorbar el esclarecimiento de la verdad. Sanjurjo quizá se equivoque respecto del estado de la opinión pública en este asunto, si no tiene más información que la de sus amigos.

27 de junio. Martes

Consejo de ministros. Anoto, como incidente notable, el *encuentro* de Barnés con don Fernando. Barnés, con la locuacidad que le es peculiar, ha pintado la situación del presupuesto de su departamento, en el que todos los créditos están ya agotados o comprometidos. «No me han dejado nada —le dice muy risueño a Fernando—, y ahora yo no puedo moverme. No tengo un céntimo». Fernando se irritó mucho y se sofocó para contestar a Barnés. Yo, que conozco poco a Barnés, creí que se trataba de una «ingenuidad», sin propósito de herir a Fernando; pero Marcelino Domingo me ha sacado del error. Según Domingo, Barnés ha dicho eso para molestar a su antecesor, «de quien quiere vengarse»; palabras del propio Barnés, referidas por Domingo. Quiere vengarse, porque Barnés estima que Fernando nunca le ha hecho caso ni le ha tratado con la consideración a que cree tener derecho.

29 de junio. Jueves

Consejo en Palacio. He llevado todos los antecedentes del asunto de Ifni, y arguyo las razones que aconsejan un acto simbólico de ocupación. Los asuntos de Sahara son totalmente desconocidos en España, y hay que proceder con mucho pulso, no vayan a creer que emprendemos una guerra, y hay que evitar también que se lo crean los ejecutores del proyecto. El Presidente y el Gobierno aprueban el propósito de establecer una factoría en Ifni, según las instrucciones remitidas al gobernador general del Sahara.

Después de otros asuntos sin importancia, el Presidente toma la palabra y se produce una nueva escena desagradable, fundada tan solo en el carácter suspicaz de don Niceto. Lo relato como ejemplo.

Hace días, el ministro de Hacienda propuso en consejo el nombramiento de un señor para director general de Aduanas, de quien yo tenía medianos antecedentes de orden político.

—Me parece —le dije a Viñuales— que ese señor ha sido monárquico y ciervista, y su designación sentaría mal, con razón.

—Ese a quien usted se refiere es un hermano del propuesto. El que yo designo se llama Luis y el de que usted habla, Fernando.

No nos ocupamos más del asunto.

En el último despacho con el Presidente, llevé un montón de decretos, con un índice, o minuta, según costumbre, para los de cada ministerio. Yo iba leyendo el índice, a medida que el Presidente firmaba, y al llegar a los de Hacienda, tropecé con esto: «Nombrando a *don Fernando* de tal director general de Aduanas». Al leerlo para mí, recordé la conversación con Viñuales, y temiendo que hubiera una confusión, dije al Presidente:

—Separo el decreto que viene aquí, porque me parece que hay una equivocación de nombre; ya lo firmaremos otro día, si se pone en claro la duda que tengo.

—Bueno —contestó el Presidente.

Y taché en el índice, con un lápiz azul, la mención del decreto.

Al volver al ministerio le dije a Saravia:

—Reparta usted los decretos a los ministerios, menos este del director de Aduanas, que no se ha firmado y se queda aquí hasta que yo resuelva.

No presté más atención al caso.

Pero en el Consejo de hoy, el Presidente, muy emocionado, y con muchos trémolos en la voz, nos ha disparado un largo discurso para contarnos un caso amarguísimo, de *evidente persecución* contra él. Ha relatado al Consejo con pelos y señales la escena de la firma y la tachadura con el lápiz azul; en todo el relato, cada vez que se refería a mí, me llamaba «el señor jefe del Gobierno». Hecho el relato, añadió que en la Presidencia del Consejo o en Guerra, o en Hacienda, se había cometido una indiscreción molestísima para él, y era el haberle dicho al aspirante a la Dirección General que *no se le había nombrado por oponerse a ello el Presidente de la República*. Él no conocía el nombre del candidato, pero su disgusto era mayor después de averiguar que se trataba de un abogado que había sido pasante suyo; el propio

interesado había ido a la Casa Presidencial, quejoso, y pretendiendo saber en qué podía fundarse el veto de su antiguo maestro.

Lo que el Presidente ha movido y removido con este pretexto es imponderable. Estaba hecho un escorpión, y sin levantar la voz, ni descomponerse, ha dicho una porción de quejas inaguantables.

Le contesté inmediatamente, con una energía dominada a duras penas, y al cabo llegué a enojarme y por primera vez descargué una palmada en la mesa, y aparté de ella bruscamente el sillón en que estaba sentado. La escena, de gran violencia, tenía petrificados a los ministros, que, por fortuna, conocían los antecedentes del caso. Le dije al Presidente que era cierto su relato de la escena conmigo; pero lo restante no pasaba de ser un cúmulo de aprensiones. Descarté de toda indiscreción posible a los funcionarios de la Presidencia del Consejo (don Niceto tiraba contra Ramos) porque el reparto de los decretos lo hace mi secretaría de Guerra, y no la de la Presidencia, por una comodidad mía. Y en Guerra pasó lo que dejo referido, y «encima de mi mesa estará todavía a estas horas el decreto, a donde puede usted enviar por él ahora mismo, señor Presidente, si así lo quiere». Que el candidato frustrado haya inventado o creído la explicación de que no se le nombraba porque se oponía el Presidente de la República, es natural en cualquier vanidoso, pero que era absolutamente estúpido suponer que el Gobierno, libre para proponer a quien le plazca, iba a utilizar una disculpa de ese porte para contentar a un pretendiente, a quien podía nombrar o no, según su arbitrio. De todas las explicaciones posibles, era lamentable que el Presidente diese oídos a la menos verosímil y más lastimosa. El decreto no había salido de mi poder, pero para averiguar que había sido incluido en la firma y no había sido firmado, no hacía falta que un ministro fuese indiscreto ni indelicado, puesto que los decretos mismos y los índices que los acompañan por triplicado los ponen en las secretarías, y al devolver a Hacienda todo el despacho, con sus índices, menos el decreto famoso, son varias las personas que han de advertir su falta, y varias también las que pueden observar si hay o no una tachadura en los índices.

Dije luego cuál era la razón de no haberse firmado el nombramiento, y al caer el Presidente en la cuenta de que no era caso perdido, de que aún podía ser nombrado su antiguo pasante, si se ponía en claro a quién se referían mis dudas, a don Fernando o a don Luis, abandonó su enojo, cejó en su protesta y procuró salirse de la cuestión lo antes posible. Todo ello no podía impedir ya la violentísima escena anterior, ni que una vez más se manifieste la voluntad que el Presidente tiene para el Gobierno.

Por la tarde, en el Congreso, me ha dicho Prieto que el Presidente le ha llamado por teléfono, y le ha declarado que, en efecto, cree ya que nadie ha sido indiscreto en el Gobierno respecto del nombramiento de su pasante. ¡Que se apunte ocho!

Se ha discutido en las Cortes la ley de Tenencia Ilícita de Armas. Después he venido al ministerio y he hablado largamente con Ramos y con el director de colonias sobre el asunto de Ifni.

Me ha visitado Guzmán. Hace tiempo que no viene por aquí. La última vez me habló de la situación apurada de Miquel, alarmado por los acontecimientos próximos, y de la decisión de acentuar en *Luz* la campaña contra los socialistas, pensando que con ello aumentarán sus lectores. Ya vienen atacando a Prieto, por lo del túnel de enlace. No seguí la conversación, y respecto de la «política» de los periódicos, me limité a recordarle lo que en presencia suya le dije a Miquel: que hiciese lo que se le antojara, en la seguridad de que yo no me resentiría si dejaban de ser ministeriales. En esta visita, Guzmán aparece preocupado, y advierto que le es penoso decirme lo que me ha dicho. Esto, nada menos: Miquel ha ido a ver al administrador de March y ha puesto los tres periódicos a su disposición, a cambio de un auxilio financiero. Miquel le ha dado a entender al administrador de March, que tiene influencia bastante para conseguir del Gobierno su excarcelación. Miquel —según Guzmán— pretende, o pretendía visitarme para ese objeto; Guzmán asegura que se lo ha quitado de la cabeza, y que le ha dicho que su gestión cerca del administrador, jugando con una influencia que no tiene, era una grave indelicadeza.

—En la situación mía —dice Guzmán que le contestó Miquel— no puedo pararme a mirar si una cosa es delicada o no…

Guzmán estaba muy turbado cuando me refería todo eso, y se le enrojecía la cara. Esperaba tal vez una explosión iracunda de mi parte. Le he escuchado *sans broncher*, y he tenido el dominio suficiente para no alterarme ni dejar traslucir mi enojo y mi indignación. Una vez dominada la primera impresión, y aunque sentía apretárseme el corazón, como si mi propia mano lo oprimiera, me ha sido ya fácil mantener la frialdad, y acentuarla deliberadamente al verme tan dueño de ella. Se me ha pasado por las mientes la sospecha de que, en realidad, Guzmán venía a explorarme y a conocer mi disposición respecto de las intrigas de Miquel; inverosímil parece la sospecha, tratándose de persona que me es tan adicta; que Guzmán me perdone si lo he calumniado con mi sospecha. Eso me ha puesto más en guardia y me ha ayudado a

permanecer tranquilo. Sin embargo, la enormidad de lo que ha hecho Miquel y sus posibles resultados políticos, dada la relación en que se me supone con él, se me representaban cada vez con más fuerza. Parece que el administrador de March ha recibido la oferta muy alborozado, prometiendo hablar al instante con su principal. Creo recordar, pero no estoy seguro, que Miquel ha pedido tres millones. Es indudable que March y sus íntimos creerán, al comprar a Miquel, que compran a alguien del Gobierno. Esta previsión me producía un furor tremendo, pero lo sofoqué.

—Usted, Guzmán, no ha debido siquiera contarme eso. ¿Qué me importan las trampas de Miquel?

—Se lo cuento a usted para que conozca a ese sujeto y esté advertido del peligro.

—Gracias. Lo que he de hacer, por el momento, es un medio resonante de demostrar que no tengo nada que ver con Miquel ni sus empresas. No se me ocurre ahora cómo. Ya lo pensaré.

—¿No se podría ayudar a Miquel para impedir que caiga en manos de March?

—No. Ni se puede ni se quiere.

—Yo le he dicho que me parece una atrocidad lo que ha hecho y que no venga a hablarle a usted de ello.

—Eso es, que no venga, ni para eso ni para nada. Si viene no le recibiré, y si se empeña en verme haré que lo tiren por la escalera.

He hablado muy poco, entre otras razones para no reprocharle nada a Guzmán, que en esta historia de los periódicos ha tenido mejor intención que suerte. Estábamos ya de pie, y seguía hablando Guzmán, que no parecía deseoso de terminar la entrevista. Me miraba con angustia, como queriendo penetrar mis pensamientos, y apenas pronunciaba yo unos monosílabos, la conversación se reanimaba y la despedida se dilataba.

—Mire usted, Guzmán —le dije para concluir—. Ya que los periódicos no nos han servido para nada, como no sea para hacerme daño, creo por lo menos tener derecho a que no sean causa de mi perdición.

Guzmán se fue, preocupado.

6 de julio

Consejo de ministros, especialmente dedicado a la reforma agraria. Domingo llega con un imponente legajo de documentos y nos hace relación de todos los trabajos en curso para implantar la reforma, y de lo que piensan

hacer de aquí a octubre. Dejemos ya atrás todo el farragoso expedienteo, recursos, inventarios, etcétera, en que han gastado tantos meses. Ahora, concluido todo eso, ¿qué pueden hacer inmediatamente? Lo más inasequible del mundo es pedirle a Domingo precisión y detalles de ninguna cosa. Hasta el castellano que habla se compone de expresiones vagas, generales e inapropiadas. Con emplear a troche y moche el verbo «señalar» y el muy horrendo de «posibilitar», sale del paso. No es que Domingo sea tonto; pero su mente en oratoria y periodística, sin agudeza, ni profundidad; no es artista ni técnico; la plasticidad realística no le atosiga; es bondadoso y débil. Por todo esos motivos, acepta lo que otros le dicen, sin maduro examen y sin medios de criticarlo. Su desconocimiento de las cosas del campo es total. Póngase esto en contraste con la pedantería libresca de Fernando, que todo cuanto sabe del campo lo ha aprendido en unos libros, y se podrá formar idea de lo que ha sido el Consejo de hoy y de la impresión desastrosa que me ha causado. Lo fuerte del caso es que en torno a Domingo trabaja una legión de técnicos: juristas, agrónomos, arquitectos, sociólogos, etcétera, que hasta ahora no han hecho sino escribir y viajar.

Con el dinero disponible (50 millones) creía Domingo que solo podía asentarse a cuatro mil campesinos, porque a cada uno iban a darle en metálico doce mil pesetas.

—¿Para qué tanto? —le pregunto.

Entonces extrajo Domingo una memoria de los agrónomos, describiendo el asentamiento de una familia en un predio de 18 hectáreas, en que todo se le costeaba, desde un par de mulas hasta *dos cántaros* para el agua… Era tan bonito que no pude contenerme.

—¡Eso es una acuarela! —exclamé.

Discutimos largamente, terciando Fernando, y ya puesto en el disparadero me harté de decirles atrocidades, en las que salía mi experiencia de antiguo labrador, y que irritaron mucho al ministro de Estado.

—Dígame usted —le pregunté—: se da a cada asentado 18 hectáreas de secano y un par de mulas, etcétera, ¿no es eso?

—Así es.

—Y las 18 hectáreas las siembra este otoño…

—Exactamente: seis de trigo, seis de cebada, seis de…

—Muy bien; y después que haya sembrado, ¿qué hace el cultivador con sus mulas hasta que levante las cosechas? ¿Un guisado de patatas? ¿Cecina? Porque si no tiene más tierra que labrar durante ocho o nueve meses, ¿para qué el par de mulas?

Domingo no había caído en esto y se disponía a comprar ¡cuatro mil pares de mulas! habiendo en España tantos yunteros que no saben qué hacer de sus yuntas.

Fui «poniéndole pegas», como dicen, a casi todos los puntos del programa. Mi desastrosa impresión no nacía de la fuerza de mis observaciones, que podían o no ser fundadas, sino de que el ministro no sabía contestarlas. Por ejemplo:

—Usted, con 50 millones, no puede asentar más que a cuatro mil campesinos, porque les da doce mil pesetas. Es absurdo. En primer lugar, usted no ha caído en la cuenta de que este año no tiene usted que pagar más que el último trimestre, y para el año próximo tendrá usted otro presupuesto, y no pensará usted en dar de una vez esas pesetas a cada cultivador. Pero es que la cantidad es excesiva. Doce mil pesetas es el sueldo de un jefe de administración, de un magistrado, de un coronel, etcétera. Los asentamientos se hacen para recoger obreros campesinos *parados*, es decir, gente en la miseria. ¿Adónde van a ir a parar las pesetas y el campesino si de pronto los pone usted en ese pie? Lo que debe asegurárseles es el importe del jornal medio en una comarca, jornal de campo en invierno, y los gastos de la sementera, etcétera. Ya verá usted cómo se arreglan, y podrá usted extender la reforma a muchos más.

Domingo convino en ello.

Hablamos también del éxito dudoso del cultivo en secano.

—Si llueve a tiempo —decía yo— podrán tener cosecha el primer año…

—En España —me interrumpe Fernando— cae aproximadamente la misma cantidad de agua cada año. Las estadísticas…

Le corté la palabra con cierta brusquedad, y se molestó.

—Usted debe considerar —le dije— que no basta que llueva, sino que ha de llover a tiempo, para cada cultivo. Aunque caiga en todo el año la misma cantidad de agua que el anterior, si no cae, cuando hace falta, malo; y hasta puede ocurrir que haga daño, como ha sucedido ahora en Andalucía. Por otra parte, si no se les dan tierras feracísimas en las vegas, al segundo año de sembrar todas sus 18 hectáreas, no cogerán casi nada.

Entonces Fernando me habló de la rotación de cultivos, de los fertilizantes, etcétera.

Prieto estaba muy regocijado. No cree en la reforma agraria más que en los terrenos de regadío, y todo lo demás le parece «literatura».

Hemos variado mucho las líneas generales del programa de Domingo, pero me temo que todo quede en palabras.

Por la tarde, discusión de la ley Electoral en las Cortes. Discurso mío, sobre las orientaciones del proyecto y discurso de Ossorio. La ley avanzaba y todas las dificultades parecían vencidas. Si la discusión hubiera comenzado más pronto, seguramente se habría votado esta tarde. No sé por qué pretexto, Besteiro suspendió la discusión y no se votó. Es incalculable el efecto nocivo de la lentitud de Besteiro.

En la puerta del Congreso, un diputado se encontró con Sánchez Guerra y le habló de la inminente aprobación de la ley.

—¡Ah! Pero ¿se va a aprobar?

Dos horas después, estando yo aquí en mi despacho, Casares me llama por teléfono. El Presidente nos cita para mañana a las once en Palacio, a Casares y a mí, antes del Consejo. (No me cita a mí directamente).

Después de cenar viene Cipriano, que me trae noticias de *El Sol*. Allí se ha producido ya la *crisis* provocada por Miquel, y los tres periódicos se revuelven violentamente contra el Gobierno, y de un modo acentuado contra mí.

Muy pocos días después de nuestra entrevista de fines del mes pasado, Guzmán volvió a verme. «Siento mucho —me dijo— tener que hablarle a usted de los periódicos para contarle cosas desagradables».

En resumen, Miquel está furioso conmigo, porque no he concedido el aumento obligatorio del precio de los periódicos y porque no le hemos comprado, con destino a servicios del Estado, unos solares de que quiere deshacerse. Con ambos recursos contaba para mejorar la situación de sus empresas y la suya personal.

Miquel tiene tomado dinero de la tesorería de *El Sol*, para atender a sus apurados vencimientos. Los otros accionistas de la empresa (el grupo gallego, que representa Rodríguez Pastor, y el grupo catalán, que representa Roviralta) querían liquidar con Miquel, comprándole una parte de sus acciones, para que no tuviese la mayoría. (Miquel posee la mitad más dos de las acciones). Tan apurado estaba, que en principio accedía a una operación de venta, o por lo menos a un préstamo, dando en garantía acciones. Pero de pronto, y cuando ya los otros tenían el dinero en Madrid, Miquel se ha vuelto atrás, probablemente a consecuencia de su conversación con el administrador de March. Ya no necesita de los otros. Además, Miquel ha pignorado en el Banco de España, para responder de un crédito, todas las acciones de la empresa de *El Sol* que posee.

Cuando Guzmán le expresó su asombro por este hecho, Miquel le dijo:

—Yo le había anunciado a usted que les haría una *charranada*, y ya está.

Guzmán me ha contado otros detalles reveladores de la violencia a que han llegado en sus relaciones.

Después de esto, Miquel le dijo que siendo dueño de la mayoría absoluta de las acciones, estaba resuelto a hacer valer sus derechos, a ocupar la presidencia del consejo de administración y a modificar la redacción de los periódicos y su política, poniéndolos en contra del Gobierno y de los socialistas, que son, a su juicio, los culpables de que no se haya subido el precio de venta.

Al enterarse de esto, los accionistas gallegos trataron de oponerse, alegando que, pignoradas las acciones de Miquel, no podía usarlas para garantizar un puesto de consejero, y de presidente.

—Esto —decían— originará un pleito, que durará dos años, y mientras tanto, tendremos alejado a Miquel de la dirección del periódico.

Entonces Miquel llamó a Guzmán y le dijo que en *Luz*, ya dirigido por él desde que cesó Luis Bello, promovería una campaña de escándalo, afirmando que «los amigos del Presidente del Consejo le negaban su derecho y le secuestraban el periódico». Tenía ya compuesto un artículo para insertarlo en *Luz*, y le dio a Guzmán veinticuatro horas para que los accionistas de *El Sol* se decidieran. Miquel, que hace quince días le dijo a Guzmán que *Luz* dejaría de publicarse a fin de junio, porque perdía dos mil pesetas diarias, ahora echaba roncas, ya no necesitaba dinero, y hasta parecía dispuesto a comprar acciones.

Además le dijo a Guzmán que iba a emprender una campaña personal contra mí, hablando de un negocio de terrenos que yo le había ofrecido hacer…

—Pero es una cosa que tiene un nombre feo…

—Sí. Un chantaje, ¿verdad?

—Eso es.

—Pues no me importa.

(El *negocio* de terrenos consiste en que hace cosa de un año, en una de las dos únicas conversaciones que yo he tenido con ese sujeto, me pidió que le favoreciera para vender al Estado o al Ayuntamiento unos solares, para construir edificios públicos. «Con el Ayuntamiento, nada tengo que ver —respondí—. En cuanto al Estado, si se resuelve la construcción de nuevos ministerios y hacen falta solares, ya sabe usted que eso se hace mediante concurso público, que se adjudicaría el que ofreciese el mejor terreno en las mejores condiciones».

No volvimos a hablar más. Pero el muy granuja sabe que a un político se le hace daño con solo hablar de negocios, de ventas de terrenos, etcétera, pues nunca falta gente para creer en una inmoralidad).

En estos días, pues, han menudeado las conversaciones de Miquel y de Guzmán y las reuniones del consejo de *El Sol*; han discutido acaloradamente, han imaginado soluciones fantásticas, y yo no he sabido nada ni han venido a contármelo. He estado expuesto a que cometieran cualquier disparate, y de la noche a la mañana me habría yo visto envuelto en una campaña escandalosa. Parece ser que Guzmán era contrario a informarme de lo que sucedía, y que en una reunión del consejo de *El Sol*, Amós Salvador ha exigido que se me hablase del caso. A esto obedecía la visita de Guzmán.

No le he mostrado mi enojo ni mi indignación por la ligereza con que han procedido, sobre todo él, poniendo mi reputación al alcance de los juegos de un trapisondista. No le he dicho nada por no afligirlo más y no abochornarlo, pero harto habrá conocido en la parquedad y sequedad de mis respuestas la procesión que me andaba por dentro.

—Si se han dejado ustedes engañar por Miquel, ya es tarde para remediarlo. Podían ustedes haberse informado, antes de tratar con él. Lo han dejado todo pendiente de una formalidad. Ya era maravilloso que el dueño de la mayoría de las acciones se resignase a no dirigir la política de los periódicos. Le han engañado a usted, y le ha servido usted de instrumento para introducirse en la empresa y hacerse dueño de ella. Ahora, los periódicos quedan peor que cuando eran de Barbate y los dirigía Aznar. Pero nada de reproches. No tienen ustedes derecho a negarle a Miquel lo que le pertenece en la dirección de la empresa. Pleitear sobre eso, sería escandaloso y me echarían a mí la culpa. Como yo no dispongo de los caudales de los accionistas, me limitaré a hablar con mis amigos personales, que son Amós y Cos, y a decirles que mañana mismo dimitan sus puestos en el consejo de administración, y que lo publiquen, para que no se crea que se resisten a lo que pretende Miquel.

Este ha sido el fondo de mi respuesta. Todavía Guzmán había ideado algunos arbitrios para defenderse de Miguel, y conducirle a que venda sus acciones.

—Mire usted, Guzmán; lo que yo quiero es que mañana mismo quede claro que yo no tengo directa ni indirectamente ninguna relación con *El Sol*. Lamento que usted no haya venido a contarme esto desde el primer día. Después, hagan allí lo que les plazca, pero conservar relación con un tipo como Miquel no se lo aconsejo a nadie. Por mi parte, procuraré crear una

zona de aislamiento. Y deseo que en seguida los periódicos la emprendan conmigo, para compensar los daños que me ha causado su poco discreto ministerialismo. Asunto terminado. No quiero oír hablar más de ello.

Por la noche llamé a Amós Salvador. Le dije mi pensamiento. «Me das la mayor satisfacción de mi vida. Ya me imaginaba yo que reaccionarías así, y lo he dicho en el consejo de administración. Lo de pleitear con Miquel me parecía un disparate. Pero Guzmán se resistía a que te habláramos de ello», me respondió.

—Me han puesto con eso al borde de mi descrédito. Alguien ha administrado mal mi confianza y mi descuido. Pero hemos llegado a tiempo. Tú dimites, puesto que no ves en ello inconveniente, y lo mismo Cos. Después, allá ellos. Cuanto más violentamente se revuelvan contra mí, mejor. ¡Que se atrevan a decir que es por no haberles concedido la elevación de precio! Ahora verán todos que yo no me había apoderado de *cinco periódicos*, como dijo Corpus Barga.

Después de estas conversaciones, vino de Barcelona Roviralta. Ignoro cuál es la verdadera disposición de este señor. A Montaner le dijo hace tiempo que le parecía mal la política de los periódicos, apoyando a la conjuración republicano-socialista. Pero Guzmán asegura que eso era valor entendido, y que Roviralta dice y hace lo que entre ellos han concertado. El caso es que vino Roviralta y que se prestó, de acuerdo con Guzmán, a representar el papel de mediador entre Miquel y los demás accionistas. Le dio la razón a Miquel en casi todo, y a cambio de eso, consiguió reservarse para sí la presidencia del consejo de administración. Todos de acuerdo, hicieron un acta de la sesión del consejo en la que unos impugnan la política de los periódicos y otros la defienden, y quedando estos en minoría, dimiten: son Amós y Felipe Cos, que no sé a quién representaba. Miquel ha nombrado un nuevo consejo, en el que permanece, ¡cómo no!, Tenreiro, que viene figurando en él desde los tiempos de Barbate.

Me he excusado de recibir a Roviralta, con quien hablé por primera y hasta ahora única vez hace meses. Me pareció un catalán simpático y listo. Ahora no sé qué pensar. ¿A quién engaña? A mí no será, porque no me importa lo que haga. Con Guzmán me envía reverentísimos saludos.

Miquel ha renunciado a *dirigir* personalmente *Luz*, y ha nombrado director a Corpus Barga. Este señor se marchó de *Luz* cuando ya era de Miquel y lo dirigía Bello, porque no le publicaron un artículo. Se marchó diciendo que no podía estar con aquella empresa, que *desnaturalizaba* lo que debía ser un periódico republicano. Y ahora vuelve, de director, con la misma

empresa, cuando ya se ha hecho patente que Miquel es dueño, como lo era antes, de tres periódicos y medio, y cuando nadie ignora ya en Madrid los arbitrios a que es capaz de recurrir para salvar sus compromisos.

Cipriano me cuenta el efecto que ha producido en la redacción de *El Sol* la presencia de Miquel y la reaparición de un Urgoiti, que desde *Luz* se ha pasado dos años insultando a los que escribían en *El Sol*. Anuncian despidos de redactores y colaboradores. Y una nueva dirección.

7 de julio. Viernes

Hoy, Consejo de ministros que había despertado eso que llama «expectación» la papanatería periodística. Por tres motivos: la propuesta de amnistía que han presentado algunos diputados, y que se supone amparada por los federales, incluso por Franchy Roca; la ratificación del convenio comercial con el Uruguay, a la que se oponen los diputados gallegos y asturianos de la mayoría; y los movimientos de los radicales-socialistas disidentes, capitaneados por Gordón.

Antes del Consejo acudí a la cita del Presidente en Palacio. Ya estaba allí Casares. El Presidente firmó unos decretos y luego nos expuso las preocupaciones que le produce el proyecto de ley Electoral, tal como lo ha dejado la comisión, modificando el del Gobierno. No ha dormido en toda la noche. La ley, si se aprueba, dividirá en dos bandos a los electores: extrema derecha y extrema izquierda. Entre ambos quedarán los grupos republicanos reducidos al estado de mendiguez, teniendo que pedir apoyo a los socialistas o a los agrarios. Si a los electores se les obliga a optar entre el socialismo o el derechismo, se irán con este. La futura Cámara estará compuesta de socialistas y de amigos de Gil Robles, a quien tendrá que pedir el favor de gobernar la República. Los grupos republicanos serán minúsculos. En su opinión debe subirse el *quorum* para ser electo (el Gobierno proponía el 40 por 100 y la comisión lo ha reducido al 30), y modificar la escala del voto restringido para la participación de las minorías. También propone el Presidente que la ley se aplique únicamente a las elecciones municipales, como ensayo.

El asunto le preocupa tanto, que si el dictamen se aprobase tal como está, pondría el veto.

Le dije al Presidente que algunas de sus indicaciones coinciden con los proyectos del Gobierno, por ejemplo, lo de exigir el 40 por 100 de los votos para ser electo, pero que los grupos republicanos creen que eso les perjudica.

—Pues están ofuscados —repuso el Presidente.

Añadí que lamentaba mucho que me hubiese hablado del veto, porque yo no podía poner al Gobierno ni a la comisión ni a las Cortes en estado de deliberar bajo esa amenaza. En cuanto a lo de aplicar la ley solamente a las elecciones municipales, como ensayo, me opuse terminantemente, porque no resolvíamos el problema y declarábamos una incapacidad para confeccionar un sistema.

No hablamos mucho más y nos fuimos al Consejo. Tratamos de este asunto, y Largo se incomodó mucho con el Presidente. Todos convinimos en que no podía aceptarse lo de hacer una ley solamente para las elecciones municipales. También estuvieron de acuerdo en que lo mejor era que mantuviésemos la propuesta del Gobierno en lo de la cifra mínima de votos. Lo más importante es la supresión de distritos en las elecciones municipales, como ya se hizo a propuesta mía y con la oposición de Maura, para las de diputados a Cortes, porque acaba con la influencia de los *electoreros* locales, o la restringe mucho, dificulta la compra de votos, y en las grandes capitales favorece a los partidos republicanos, permitiendo computar eficazmente todos los votos que tienen. En los detalles del sistema de la ley, cada ministro, como cada diputado, tiene su receta, y discurren un poco en el aire, por falta de experiencia. Acordó el Consejo que yo hable con la comisión, para tratar de ponerlas de acuerdo, y de convencer a los radicales, a fin de que la ley no sea una ley de partido, sino aceptada por todos los republicanos.

Después de esto, Fernando quiso hablar de la aprobación del tratado con el Uruguay. Esto trae aparejada una cuestión política, porque los republicanos del partido gallego le han escrito un papel a Casares diciéndole que si se aprueba el convenio, se apartarán de la mayoría y le retirarán su representación, lo que le obligaría a dimitir. Casares iba a leer el papel, pero Largo pidió que se aplazase el asunto, hasta que se resuelva la cuestión electoral, que es de capital importancia para el porvenir de la República, y no debemos permitir que quede pendiente.

Así se acordó, no sin enojo mal reprimido de Fernando. (Me había insinuado que dimitiría, si el tratado no se aprueba). La vanidad de Fernando reaparece en este asunto. Una vez más la cuestión, que es de Gobierno, y de política general, se convierte para él en temas de amor propio y de lucimiento personal. Posesionado del ministerio, siente multiplicada su importancia por los asuntos internacionales. Hay que hacerle la justicia de que es mucho mejor ministro que Zulueta y, no hay que decirlo, que Lerroux. Tiene más entendimiento y más ideas que ninguno de los dos; y es gran trabajador. Va al

ministerio a las nueve de la mañana, fenómeno allí desconocido. Zulueta, según he averiguado después de su cese, iba *algunos días*. Tampoco le falta preparación. Pero su vanidad le pica por todo. Ahora, instado por el ministro del Uruguay, ha tomado lo del convenio como cosa suya, y adopta todos los argumentos de aquel, y en el Consejo, cuando se trata del caso, parece representante del Uruguay más que ministro del Gobierno. A Prieto, este asunto le produce muchísima risa, ignoro el motivo; acaso porque le divierte la impaciencia de Fernando. A Largo le incomoda la posibilidad de que el Gobierno caiga por esto. En la reunión de hoy les he dicho que el tratado irá al Parlamento, pero que me reservo, como es natural, el derecho de elegir el momento para discutirlo. Naturalmente, si no logro poner en paz a los gallegos con su ministro, el conflicto que se plantea puede dar en tierra con el Gobierno.

Hoy le hemos hecho un desaire al apocado señor Franchy. Pero él ha tenido la culpa. Hace un par de semanas, Franchy me habló de la provisión de cargos de director general en su ministerio, y entre otros candidatos me dio el nombre de Gómez Hidalgo. Este sujeto es un periodista aventurero de malos antecedentes. En las elecciones de 1931, brujuleaba en la provincia de Toledo con apellido de lerrouxista y cometió cierto número de indelicadezas que no le sirvieron de nada; ahora es federal. Ha hecho en *La Tierra* y en otros periódicos campañas soeces contra este Gobierno. Como tantos más, manda a la prensa americana artículos feroces, pensando que aquí nadie los lee. En el asunto de Casas Viejas es de los que más revolvieron en el fango sangriento, queriendo arrojárnoslo a la cara. El servicio de prensa me ha proporcionado algunas muestras de su estilo. No obstante, tiene la desvergüenza de pedir que este Gobierno le nombre director general.

Cuando Franchy me habló de ello le dije que yo nunca había limitado la iniciativa de los ministros para el nombramiento de su alto personal, pero en este caso me veía en el deber de aconsejarle que no llevara ese nombre a deliberación del Consejo de ministros, porque oiría cosas desagradables. Franchy se quedó un poco cortado, asegurándome que no conocía a Gómez Hidalgo, y que se lo habían propuesto unos amigos políticos.

Pasados unos días vinieron a visitarme Rodrigo Soriano y Valle, federales, a rogarme que no me opusiera al nombramiento de Gómez Hidalgo; que si había hecho campañas contra el Gobierno, era hora de olvidarlo, puesto que él buscaba la reconciliación personal (este mismo Soriano nos llamaba asesinos hace tres meses); pero que si yo sabía de alguna tacha moral del candidato, que se la dijese, para no insistir. Me excusé de hablar del asunto,

repitiendo el consejo que había dado a Franchy, pero que si no quería seguirlo, que hiciera lo que tuviese por conveniente.

Obligado por sus amigos, Franchy ha llevado tímidamente al Consejo de hoy la propuesta de nombrar a Gómez Hidalgo, director general. En el acto, Prieto se ha desbocado, para concluir votando en contra. Casares se ha adherido. Yo me he limitado a decir que me abstenía de votar. En vista de eso, Franchy ha retirado su propuesta.

Desde que han entrado los federales en el Gobierno, los asuntos de personal adquieren un carácter desagradable que casi nunca habían tenido. Me dicen que Rodrigo Soriano quiere ser embajador en Rusia. ¡Está fresco!

Durante el Consejo han ido a la Presidencia los diputados por Murcia para pedirme la cesión del cuartel de Lorca. Entre ellos estaban López de Goicoechea y Galvache, que no cesan de ponernos verdes. Los he recibido un momento, con el ministro de Instrucción.

Cosas de los federales: como se va a elegir presidente del Tribunal Supremo, los federales han discurrido presentar para ese cargo al señor Franchy, no tanto por elevarlo a él como para hacer un hueco en el ministerio, que ocuparía el señor Marial. Con ese propósito me han visitado el grotesco señor Dolcet y Niembro, diputados de ese grupo. Pedían mi apoyo para la candidatura de Franchy, contra el que han disparado algunos dardos; y con intención de «animarme», sin duda, decían: «No tema usted que si Franchy sale del Gobierno le vayamos a proponer a usted para ministro a Barriobero; le propondríamos a Marial…». Me he echado a reír, por no enfadarme, y les he dicho que el Gobierno no intervenía para nada en la elección de Presidente del Supremo.

En el Congreso, después de esa visita, he ido a la comisión de reforma electoral. Reunión de dos horas. He procurado convencer a cada uno de su sinrazón y encaminarlos a que acepten la primera propuesta del Gobierno, que está discutiéndose en el salón de sesiones. Cada uno quiere lo que mejor va en su provincia. Me encuentro con que Galarza, miembro de la comisión, que ha visitado esta mañana al Presidente, insinúa que para salir de la dificultad, podría votarse la ley para aplicarla solamente a las elecciones municipales. ¡Ah! —me he dicho—. ¡El consejo de don Niceto! Y he contestado que de ninguna manera, y que si la comisión no sabe hacer una ley electoral, que lo diga.

En el salón de sesiones discutían el crédito para la sustitución de la enseñanza. Me cuentan la satisfacción personal de Ossorio, al saber que había yo vuelto a la comisión de reforma electoral con propósito de concordia, con

ese motivo ha cantado mis alabanzas. En la mampara del salón de sesiones me he cruzado y casi tropezado con Romanones. Se detuvo, para que yo pasase, y se quedó mirándome, como si esperase que yo le saludara primero; me detuve, para que pasase, y me quedé mirándole, creyendo que debía él saludar primero al Presidente del Consejo. Tras una vacilación instantánea pasamos sin decirnos nada. El antiguo régimen y el nuevo no se tratan.

Viene al despacho de ministros Gordón Ordás y me entrega las conclusiones aprobadas por los radicales-socialistas, como base para un programa de colaboración entre republicanos. Las bases contienen cosas disparatadas, otras inocuas y algunas francamente ridículas. Me preguntó Gordón mi parecer sobre la candidatura de Albornoz para la presidencia del Tribunal de Garantías. Le dije que el Gobierno no tomaría ninguna iniciativa sobre el particular, y que yo votaría lo que acordasen los grupos republicanos. Este Gordón pretende sacar a Albornoz de la política activa y de la dirección del partido, como paso previo para acrecentar él su influencia entre los radicales-socialistas, y acaso se imaginaba que yo iba a prepararle la elección. Designar a Albornoz para la presidencia del Tribunal tiene muchos inconvenientes, no porque sea ministro de Justicia, sino por sus condiciones personales. Es lo más probable que, si lo eligen, lo haga mal, como le ha sucedido de ministro. Su posición, presentándose candidato, es poco lucida; pero sueña con el cargo y no hay manera de hacer que desista. Las ventajas son que presidiría el Tribunal un republicano y no un cavernícola disfrazado de «hombre serio e imparcial», y que eliminamos de la política un estorbo de los mayores, por su ambigua conducta y su doblez, baluartes de su cobardía.

Si el Gobierno se hubiese puesto a buscar un candidato para proponérselo a las Cortes, nos habrían insultado; si nos abstenemos, y dejamos que los grupos hagan lo que quieran, en cuanto cuaje la candidatura de Albornoz nos insultarán también. Sea como quiera, lo más correcto es abstenerse, y que las Cortes nombren por sí solas. Pero las Cortes, ¿saben andar solas?

Después he hablado con Casares, que me lee la comunicación que le ha puesto su grupo parlamentario. Es una atrocidad; o, como dice Casares, un atraco y un chantaje. Casares no es partidario del convenio con el Uruguay, pero el proceder de sus amigos le indigna. Mi resolución personal, de hallarme en un caso así, sería dimitir, y si Casares no lo hace ya es por no crearme una dificultad más; en cuanto yo le calentara un poco la sangre, lo echaría todo a rodar. Procuro calmarlo, y se queda el asunto aplazado.

En los pasillos me tropiezo con un corro de amigos, donde están algunos periodistas de *El Sol*, que hablan entristecidos de la suerte de su periódico.

Allí estaba también Galarza, que como otras veces, me decía que debo hacerme dictador y acabar con todo esto.

Desde el Congreso he ido a mi antigua casa de la calle de Hermosilla; estoy preparando la mudanza a otra parte, a fin de poner mis muebles y libros en orden y tener donde meterme cuando salga del ministerio. Allí he vivido desde 1914, y me entristece un poco la vista de los lugares que he animado con los gustos y pasiones de mi mejor edad. Han transcurrido en aquella casa años para mí muy dichosos, en una intimidad recatada y suave, deshecha por la borrasca política. Entonces estaba yo libre de preocupaciones, de pesadumbres, y mi espíritu vivía pletórico y fluente como nunca. ¿Es demasiado egoísmo volver los ojos con tristeza a lo que he perdido y ya no podré recobrar?

Desde que me casé vivíamos estrechos en aquella casa, y por pura indolencia y por apego a lo conocido no la dejábamos. Mis libros están amontonados, y ahora me doy cuenta de que los muebles lo están poco menos.

He vuelto al ministerio y ya no he salido. Siento que mi tristeza se recrudece, y algo así como un desengaño. ¿Por lo que no me dejan ni me han dejado hacer? No lo sé. Me entristezco casi hasta las lágrimas por mi país, por el corto entendimiento de sus directores y por la corrupción de los caracteres. Como ya no puedo caer en eso, el desdén me sostiene; pero no basta. ¿Por qué no decirles: vivan ustedes y gocen; yo me voy? Mañana tal vez estaré restaurado y me engancharé al carro alegremente.

10 de julio

Albornoz me comunica por teléfono que ha sido elegido presidente del Supremo don Diego Medina. Y como es urgente publicar el nombramiento, para que tome posesión antes de las vacaciones, llevará él mismo hoy el decreto a la firma del Presidente, si yo no tengo reparos que hacer.

—Ninguno. Llévelo usted.

Al poco rato, Albornoz vuelve a llamarme y dice que el Presidente le ha citado para mañana a las diez y media, y que vaya yo con él.

—¿Es etiqueta nueva? Si tiene usted gusto en llevarle el decreto, vaya usted; si no, lo llevaré yo. Pero juntos, no.

—Entonces —pregunta Albornoz—, ¿le digo que usted me ha reclamado el decreto?

—No, no. Yo no reclamo nada; pero juntos, no.

Al mediodía ha venido Domingo, y hemos hablado largamente de la situación política: programa de los radicales-socialistas, ley Electoral, proyecto de bienes comunales, tratado del Uruguay, etcétera. A todo le hemos pasado revista, y al parecer, estamos de acuerdo. Marcelino me dice que todo lo que ha pasado y lo que pasa es un plan del Presidente para echar a los socialistas y a mí. Asegura Domingo que el Presidente está muy enojado con él desde que renunció a formar Gobierno en junio: «Cuando le dije que declinaba el encargo, se puso en pie, cruzó los brazos y me miró de abajo arriba, con rencor, porque se le descomponía el plan. Desde entonces me odia». Marcelino repite —como un niño que relata un cuento de espantos— los ademanes y las palabras de don Niceto, ahuecando la voz. Opina también que lo de Gordón se acabaría si Albornoz se resolviera a dar la batalla. Yo me sonrío interiormente, y le dejo marcharse.

Por la tarde hablo con Casares. Le explico mi plan respecto del convenio con el Uruguay. Quiero aprobar las leyes pendientes, y dejo lo del tratado para cartucho final. Estima Casares que la situación es inaguantable. Flores, redactor del *Liberal*, tiene confidencias de la Casa Presidencial. El *hombre* allí es ahora Sánchez Román.

Montaner le ha dicho a Cipriano, por referencias de Aznar, que don Niceto le ha dicho a Pepe Centeno: «No se atreverán a hacer a Álvaro presidente; y si se atreven abriré las consultas otra vez. Lo pasado no ha sido más que un escarceo». ¿Serán chismes? Es posible. Ya sería atrevimiento hacer otra crisis por ese motivo.

Gran parte de la tarde, hasta última hora, en mi despacho: dicto cartas, arreglo papeles, resuelvo expedientes. El subsecretario ha cometido una ligereza. Publica una orden a los generales de las divisiones «regañando» a los que piden mejoras y aumento de sueldo, y lo hace con términos tan poco elegantes, que seguramente suscitará queja y descontento, y puede crearnos un conflicto. Este general, habituado al «rudo lenguaje de los campamentos», no conoce la aguja de marear.

11 de julio

Consejo de ministros. Leo al Gobierno, que las aprueba, las nuevas instrucciones a la comisión que discute con la Telefónica la reforma del contrato. Después examino las cuestiones políticas pendientes, que traen soliviantada a la prensa de oposición, buscando en ellas el motivo de la caída del Gobierno. Una de ellas es la amnistía, que pretenden arrancarnos en las Cortes. Hay una proposición presentada por un diputado vesánico, llamado Algora, y quieren presentar otra los federales. Los periódicos sacan partido de esto, y afirman que hay crisis, porque el señor Franchy es partidario de que se conceda la amnistía. Para contestar en las Cortes, le digo al Gobierno que pienso atenerme a lo que acordamos en uno de los últimos consejos celebrados en Palacio: que no admitiremos la amnistía para los delitos políticos, y que cuando el Gobierno lo estime oportuno, podrá presentarse un proyecto para ciertos delitos de prensa. (Cuando se habló de esto en el Consejo de Palacio, el Presidente dijo que estas Cortes no pueden conceder la amnistía, dadas las circunstancias, y lo muy recientes que están los hechos, pero que probablemente otras Cortes la concederán, aunque él nunca admitiría que sea completa y que puedan volver al ejército los Barrera, Sanjurjo, etcétera). Mi propuesta es aprobada por todos, incluso, naturalmente, por Franchy.

Tocamos ligeramente en el asunto del Uruguay. Prieto dice que por la imposición de un grupo parlamentario, no puede demorarse la aprobación ni desecharse. «Así no se puede gobernar». Le recuerdo a Prieto lo acordado y que el proyecto no ha sido retirado de las Cortes, pero que alguna vez, como ha ocurrido con el dictamen de la ley de Orden Público, se ha demorado la aprobación de un proyecto porque lo pedía así un grupo de la mayoría. Los socialistas estaban reacios en votar la ley de Orden Público si no tenían seguridad de que se aprobaría la de Arrendamientos.

En la cuestión de la ley Electoral, el Gobierno quiere que vuelva yo a la comisión para seguir discutiendo y que procure un acuerdo con las oposiciones, a las que tal vez se pueda convencer para que acepten los puntos esenciales de nuestro proyecto.

Por la tarde, en las Cortes, breve discurso para rechazar la propuesta de amnistía. Y otra vez reunido con la comisión de reforma electoral. Derroche de paciencia, de palabras; me estrello en la tontería del señor Armasa y en la terquedad de Rojo, el uno radical y el otro socialista. Los dejo más avenidos, pero no convencidos aún, y todo queda pendiente de una última reunión. «Digan ustedes de una vez sí o no, y déjense de querer inventar sistemas nuevos».

Recibo a un comisión de carboneros de Extremadura, y a Barcia, que me trae asuntos políticos de Almería, y a otra comisión de Valencia con sus discordias locales.

Galarza y Giral me comunican los acuerdos de los grupos republicanos de la mayoría para la elección de presidente del Tribunal de Garantías. Se deciden por Albornoz, claro: y llamo al presidente del grupo, socialista, para que delibere sobre el caso. Los socialistas no ven bien el nombramiento de Albornoz.

En el salón se discute el proyecto de ley de Orden Público; le hacen obstrucción el necio de Hilario Ayuso, y otros tipos como Eduardo Ortega, Balbontín, etcétera. Besteiro se resiste a que haya sesiones dobles. Me vuelvo al ministerio, y despacho con Ramos.

Después de cenar he ido de paseo a la sierra. Todos mis días se parecen.

12 de julio

Firma con el Presidente de la República. Hoy parecía de mejor humor y más conversable. Le llevo entre otras cosas el nombramiento de don Diego Medina para presidente del Tribunal Supremo.

Luego, en el ministerio, audiencia: una comisión de la Constructora naval, otra del Tiro Nacional, Rein Loring, varios generales, los pilotos civiles, Ramón Franco, etcétera, etcétera.

Pérez de Ayala me llama desde Londres y me amplía los informes que ya me dio por carta acerca de las confidencias de un sobrino del Raisuni, que conspira con Barrera y González Carrasco. El *señor Baeza*, que es el nombre que Ayala ha puesto al moro, va a venir aquí. Prepara un viaje a Orán, para desde allí dirigirse a la zona española con ánimo de provocar un levantamiento. Todo ello es un poco novelesco, y puede que se trate de un artificio para sacarnos dinero. El sobrino del Raisuni es un probado granuja, que ha cometido en Madrid y en París brillantes estafas.

13 de julio

Antes del Consejo en Palacio ha venido Domingo con los valencianos, para hablar de política local. Los «autonomistas» que capitanea Sigfrido Blasco se conducen como cabileños. En ninguna parte de España la política es

tan bárbara ni inmoral como en Valencia, bajo el predominio de los blasquistas, que ahora están adheridos al partido radical. Esta comisión de hoy (socialistas, radicales-socialistas y Acción Republicana) se quejan del gobernador, que a su juicio se ha «entregado» a los blasquistas, no obstante pertenecer a Acción Republicana. Lo hace así, según ellos, para mayor comodidad y evitarse disgustos. Ahora, estos pretenden que se constituya una comisión de los tres partidos gubernamentales para «asesorar» al gobernador.

El Consejo en Palacio ha sido breve. Con motivo del proyecto de ley sobre investigación de la paternidad, don Niceto se ha «examinado» de derecho civil ante nosotros y se ha lucido recitando un tema para un ejercicio de oposición a notarías.

Le he dado cuenta del plan parlamentario, que encuentra bueno, y de los resultados de la conferencia de Londres. No ha habido más. Una bandada de periodistas nos esperaba a la salida, y se han quedado boquiabiertos al saber que no había crisis.

Por la tarde he ido a los toros: corrida de la Prensa. Compromiso. Hacía mucho tiempo que no iba a la plaza. He comprobado que los toros no me gustan, ni siquiera me entretienen. Antes de acabarse la corrida, me marché al Congreso. Sesión un poco agitada. Habían promovido un debate con el propósito de echar a pique la candidatura de Albornoz para el Tribunal de Garantías. Como yo no estaba presente, Fernando se asustó y me hizo buscar por todas partes, para que yo hiciera una declaración en nombre del Gobierno o resolviese qué actitud adoptábamos. Cuando llegué al pasillo, dos o tres diputados me pintaron con vivos colores la inquietud y la impaciencia de Fernando. «¡Que entre usted, que entre usted en seguida!», me decían. Dentro sonaban campanillazos y se proferían palabras inútiles. «¿Ah, sí? —respondí —. No me importa nada lo que sucede. Ni tengo prisa». Me puse a fumar y a charlar, hasta que salió Fernando, muy apurado. «Cálmese —le dije—. El Gobierno ha resuelto no comprometerse en esta cuestión». En efecto: el debate no ha servido para nada. Las oposiciones no han querido votar a Albornoz; y ha resultado elegido con los votos de la mayoría. Las derechas estaban muy irritadas. Ossorio me ha dicho, con mucho calor, que la elección de Albornoz era «un caso de psiquiatría».

Más tarde, hablando entre amigos, me decía Rodríguez Pérez, diputado gallego, e íntimo de Sánchez Román, que tal como van las cosas, debo prepararme para presidir un Gobierno de concentración republicana. Rodríguez Pérez es un acérrimo enemigo de los socialistas.

14 de julio

Antes del Consejo de ministros he ido a ver al Presidente para darle cuenta de la dimisión del ministro de Justicia, por haber sido elegido para el Tribunal de Garantías. El Presidente lleva unos días más tratable, y en el Consejo de ayer estuvo hasta afectuoso; pero ha urdido el plan de trabajo durante el verano en condiciones tales que no necesita reunir al Gobierno en La Granja ni que yo vaya por allí.

Le informo de la dimisión de Albornoz y de mis propósitos. Aplazar la provisión de la cartera puede ser conveniente, mientras no zanjen sus diferencias los radicales-socialistas y no se despejen otras incógnitas, como las del grupo gallego; proveer la cartera tiene también ventajas. No he resuelto aún. El Presidente comparte mis dudas. «Haga usted lo que quiera», dice. Por el pronto, decido encargar del ministerio a Casares. «Está bien. Mejor sería Fernando, pero es socialista…», responde.

La elección de Álvaro «no le parece muy bien». (Si esto me dice a mí, qué dirá a otros). Él le quiere mucho y «ya sabe usted que he pensado algunas veces que se le buscara una sinecura»; pero no este cargo. «Esperemos —añade— que borre el mal efecto de su elección».

(El Presidente supo a tiempo, y lo aprobó, que el Gobierno no pensaba mezclarse para nada en esta elección).

Después le apunto algo de lo que nos avisan sobre Marruecos, y hablo vagamente de mi propósito de ir allá.

Fui a la Presidencia, y antes de entrar en la sala del Consejo me abordó Barnés, para dispararme un chaparrón de palabras. En sustancia me dijo: que Marcelino Domingo es el mayor prestigio de la República; que Domingo y yo debemos ir de acuerdo; que nombre ministro a Gordón y se aplacará el Partido Radical-Socialista.

Al comenzar el Consejo, le comunico a Casares su nombramiento de ministro interino de Justicia. Lo recibe con asombro y sin chistar. Fernando nos da cuenta de las conversaciones oficiosas con Ostrovski para el reconocimiento de los soviets. Y observo con asombro que se ha deslizado con exceso y que está al borde de llegar al reconocimiento sin que haya habido acuerdo firme del Gobierno (se le autorizó para las conversaciones preliminares del reconocimiento) y sin que lo sepa el Presidente de la República. Me ha parecido percibir, a través de algunas palabras embarulladas, que ya está redactando, de acuerdo con Ostrovski, el texto del telegrama. Creo que he llegado a tiempo de impedir una ligereza enorme, y no

porque se vaya a negar el reconocimiento, que lo aceptamos todos (y no se ha hecho aún por los *sustos* de Zulueta), sino porque Fernando ve en esto un *triunfo* personal y se precipitaba hasta el punto de no haber informado al Presidente de la República. Cuando le he llamado la atención, y le he dicho que no dé un paso más sin que el Gobierno conozca el detalle de la negociación, sin que aprobemos las condiciones en que los rusos van a situarse aquí en el orden comercial, etcétera, y sin que esté advertido el Presidente, ha dejado conocer su contrariedad, y poniéndose como siempre «de parte del otro», se ha lamentado del percance que significa para Ostrovski demorar su estancia en España, estando ya en vísperas de regresar a Berlín. Todo ello nace de la infantil vanidad de Fernando, que ya otras veces nos ha costado dificultades y disgustos.

Entre Barnés y Prieto ha surgido una discusión bastante agria por la sustitución de la segunda enseñanza. Las observaciones de Prieto eran de sentido común; pero no puedo juzgar de las réplicas de Barnés, porque su locuacidad diluye las razones y las hace inasibles. Movido de un sentimiento *de venganza* contra Fernando, de que me habló Domingo, Barnés ha aprovechado la ocasión para molestarlo con una descripción del estado del ministerio, insistiendo en que la prodigalidad de su antecesor ha dejado *en seco* al ministro actual, que no puede hacer nada.

Durante el Consejo, Pérez de Ayala me llama desde Londres para hablarme del asunto «Baeza».

En las Cortes, hemos elegido los suplentes de los vocales del Tribunal de Garantías que designa el Parlamento. Y luego me he reunido con Casares, Esplá, Corominas, Selvas y Pi y Suñer. Hemos hablado largamente del traspaso de los servicios de orden público, cuestión harto difícil, pero creo que va por buen camino. La habilidad y la paciencia de Esplá en todos los asuntos de la comisión mixta son notables y utilísimas.

Terminados estos asuntos, asisto a la boda del subsecretario de Hacienda, que se ha casado en el despacho del ministerio, y ha tenido la elegancia de convidarnos a merendar en el Ritz. El padre de la novia, viejo médico, secuaz de don Melquíades, me ha hecho ardientes declaraciones de simpatía política… Me he aburrido un poco. Desde el convite, he venido al ministerio. Después de cenar, paseo. Me dicen que Sánchez Román «no quiere meterse en nada». Lo relaciono con la opinión de Rodríguez Pérez. Y el caso es que yo estoy deseando que «se meta», y a fondo.

15 de julio

Despacho con el coronel Barbero que, en ausencia de Masquelet, me trae la firma del Estado Mayor Central. Me entero de que los regimientos de Artillería pesada están en mal estado, por falta de buenos tractores. Desde las maniobras últimas se han estado callando, y ahora salen por ese registro. Es «la capona», como dicen los militares. Tampoco adelanta lo del nuevo fusil ametrallador.

Recibo a Torroba y Laca, consejeros de Estado, que me hablan del «expedientón» de la Trasatlántica. Y al Tribunal Supremo, con su nuevo presidente, don Diego Medina.

Viene por fin el subsecretario, con un fardo de papeles. Está desesperado por el efecto de su circular, que ha sido desastroso. Casi se le saltan las lágrimas y me dice que le castigue pasándole a la reserva, para que yo no tenga dificultades por su culpa. Este hombre, trabajador y leal, adolece de escasez de talento, y más que nada, de precipitación y ligereza.

A última hora llegó Companys, para hablarme de «pulítica». Empezó por decirme que suponía que de la provisión de la cartera de Justicia se trataría en Consejo. Le dije que no; es asunto de mi incumbencia exclusiva. También le advertí que no pensaba establecer proporciones matemáticas entre el número de ministros de cada partido y el número de diputados que representan. Varió de tema, y me declaró que pretende entenderse, en las elecciones futuras, con los autonomistas de otras regiones, para defender la autonomía y hacer una «transfusión de sangre», llevando a Cataluña diputados de otros partidos nacionales y trayendo a otras regiones candidatos catalanes. (Aunque nada me ha dicho, ni me lo ha insinuado, adivino su intención de presentarme a mí por Barcelona, cosa que conviene a la Esquerra).

Saravia me ha dicho que Baeza telefonea desde París que hoy se verá con Barrera, etcétera, y que preparan el viaje a Orán. No sé si he consignado que Baeza ha estado en Madrid veinticuatro horas. Pretendía verme y me negué. Lo dejé en poder de Saravia. Hemos encontrado su ficha en la Dirección de Seguridad. Se le han dado unas pesetas, y ya pide más. Ayala dice que no se le pague.

Los de *El Sol* tienen tan poco talento para hacer oposición como para ser ministeriales. La idea de combatir al Gobierno por la colaboración socialista, es buena para la polémica, puesto que hay opinión de su parte. Pero el arte y el método periodístico con que lo llevan no pueden ser más fútiles, más

anticuados ni más pobres. Nunca ha caído tan bajo el periodismo político. Todo lo reducen a inventar intrigas para decir a diario que hay crisis. Es el método de Lerroux desde 1931. Y el encono de algunos señores contra mí los ciega. Han vuelto del revés la campaña que venían haciendo esos periódicos; y en *Luz*, donde me aclamaban genio, me llaman ahora *estúpido*.

Miquel ha nombrado director de *El Sol* a García Vela, hechura y secuaz fanático de don José Ortega. García Vela es crítico en *Luz* desde su fundación. Cuando Miquel nombró director de *Luz* a Luis Bello, debió de creer García Vela que yo iba a *mandar mucho* en el periódico; y este señor, que esquivaba el saludarme hasta entonces, se me acercó sin más ni más una tarde en el Congreso para felicitarme por un discurso. Después debió de caer en la cuenta de que yo no mandaba nada, ni me ocupaba de tales asuntos.

Cambiadas las tornas, y pasado a la dirección de *El Sol*, García Vela desfoga su rencor personal contra mí, que no puedo adivinar de qué provenga, porque nunca me lo he tropezado en parte alguna, ni creo haber hablado con él más de dos veces en mi vida. Me da lástima pensar lo que habrá padecido, si son tales sus sentimientos. Habla de mi «mente» como de la de un loco o la de un bruto. Algunos redactores y colaboradores de *El Sol* y la *Voz* han sido despedidos; otros se han marchado voluntariamente; entre estos, Francisco Ayala, con quien no me une ninguna amistad particular. Se ha marchado porque le parece detestable lo que se ha hecho en esos periódicos, como dejó de asistir a las tertulias de Ortega en la *Revista de Occidente* porque no podía resistir lo que allí se decía de mí. Nada de esto me lo ha contado Ayala, que ha tenido la delicadeza de no participarme siquiera su separación de *El Sol*.

Con lo que están haciendo, logran hasta ahora hundir los periódicos y desacreditarlos. La *Voz* desciende en tirada vertiginosamente; y la circulación de *El Sol* en Madrid no pasa de cinco mil ejemplares. Gran parte del público se ha percatado de la fealdad e inmoralidad que hay entre bastidores. Lo de menos es la apariencia de la opinión política. Miquel le decía ayer a Guzmán: «*Necesito* que haya crisis antes de octubre».

La grandeza de los caracteres que juegan en esto se revela en un sucedido:

Hace ya bastantes semanas, creo que en mayo, pasé yo una tarde por el salón de conferencias del Congreso, y me encontré con Chaves Nogales, redactor jefe de *Ahora*, y con una señorita que escribe en el mismo periódico. Los saludé afectuosamente, porque soy antiguo amigo suyo. Con ellos estaba un señor, cuya cara me era conocida, pero no supe identificarlo. A su saludo contesté como al de un remoto conocido, con ceremonia cortés. Cuando me fui, aquel señor, lastimado al parecer por mi frialdad, dijo:

—¡Vaya! Son ustedes muy amigos del Presidente.

—Sí. Nos conocemos hace años.

—Mañana lo será menos.

El señor era Miquel. Se fue al periódico *Ahora*, de que es copropietario, y encargó a un redactor que escribiera un artículo contra mí, fundado en las razones que le pareció. El redactor se excusó de hacerlo, alegando su amistad conmigo y que pertenecía a Acción Republicana. Entonces Miquel dio el encargo a otro, que lo cumplió. Cuando el número del periódico estaba confeccionándose, llegó Chaves Nogales, vio el articulejo y se fue a contar el caso a Montiel, director, diciéndole que tal artículo no podía publicarse porque provenía de un pique personal de Miquel. Le refirió las palabras: «Mañana lo será menos». Montiel ordenó que el artículo no se publicase.

Este pequeño suceso, que me acredita de mal fisonomista, es una muestra de los móviles de estos señores que pretenden *guiar* la política nacional.

Gaziel, en *La Vanguardia* de Barcelona, también cambia de registro. Ha estado meses y meses poniéndome en los cuernos de la luna y pulverizando a Lerroux. Ahora cae en la cuenta de que desde el discurso del Frontón soy *prisionero* de los socialistas y que allí «empezó mi declive». Antes mandaba; ahora, no. A *Gaziel* no le parecieron tan detestables los socialistas cuando en apoyo de mi política votaban el Estatuto, que no les hacía gracia. *Gaziel* acierta solo en el móvil de querer apartarnos de lo viejo; en lo demás, yerra.

¿Por qué cambia *Gaziel*? ¿Consigna patronal contra los socialistas? ¿Enojo de la empresa por lo de los *quince céntimos*, como Miquel?

20 de julio

He recibido por la mañana en la Presidencia al nuevo embajador de los Estados Unidos, a quien no conocía aún. Venía a hablarme de la detención de algunos compatriotas suyos en Palma de Mallorca, que, borrachos, agredieron a un guardia civil. Ha costado trabajo conseguir que el auditor los suelte de sus garras, después de una detención excesivamente prolongada, y mantenida en condiciones deplorables. En los Estados Unidos comenzaba ya una campaña muy desagradable. Ayer di órdenes terminantes a la Comandancia de Palma, y cuando ha ido a verme el embajador ya se había realizado la libertad provisional de los detenidos. Hemos hablado de cosas triviales.

Por la tarde, en las Cortes, los diputados brillan por su ausencia. Me puse de mal humor, acentuado por la estúpida obstrucción que Ayuso y otros de su

jaez hacen a la ley de Orden Público. No saben qué decir, no saben argumentar, ni piensan, ni apenas hablan. No se ha visto más notable encarnación de la necedad. Enmienda tras enmienda, ahítos de pedantería y vacíos de sindéresis, se presentan como los auténticos defensores de la República. Todo es rancio en ellos, hasta la figura. Y lo que están haciendo me ha hecho pensar por vez primera, desde que hay República, en la del 73. Así debieron de acabar con ella. El espectáculo era estomagante. Si allí se hubiera levantado una voz con sentido común, habría sido para cubrirlos de improperios; diríase que estaban llamando a voces al general ignoto que emulando a Pavía restablezca el orden. Entre esto, y la ausencia de los diputados, otra muestra de frivolidad pareja a la de los obstruccionistas, sentí el ímpetu de levantarme a decir unas cuantas verdades a todos, singularmente a la mayoría, y plantearles la cuestión con toda crudeza; o vienen a cumplir con su deber, o me voy. Besteiro me contuvo; cedí.

Por la noche, he vuelto a las Cortes. Tengo una larga entrevista con Viñuales, para examinar el decreto de cesión de la contribución territorial a la Generalidad. Después he ido al salón. Hablaba Ossorio, en contra de algunos puntos de la ley, pero con razones. Era de ver el contento de Ayuso y consortes, al escuchar de otro lo que ellos no habían acertado a decir ni a pensar. Ayuso se atusaba los bigotes, con satisfacción, y hacía gestos muy expresivos, como diciendo: «¿Lo ven ustedes? Eso era lo que nosotros queríamos expresar». La intervención de Ossorio ha sido eficaz, y probablemente dará a los obstruccionistas un medio de salir del empeño en que se han metido.

Después de la sesión, he ido de paseo con unos amigos, entre ellos un redactor de *El Sol*, Cacho, que me cuenta quisicosas del periódico. Cacho pretende que Ortega envía articulejos de polémica. ¿Será posible? Trabajo me cuesta creerlo. De casi todo lo que me dice, prefiero olvidarme.

21 de julio

Antes del Consejo, voy a despachar con el Presidente de la República. Quería informarle de las noticias que hay sobre el orden público, y lo que por confidencias se anuncia para dentro de muy pocos días. El Presidente me ha dicho que «no nos ata las manos», y que apliquemos si es menester la ley de Defensa de la República.

En el Consejo, el ministro de la Gobernación ha dado cuenta de los informes de la Dirección de Seguridad. Revelan la existencia de un

movimiento revolucionario, anarquista y sindicalista, en el que cooperan, según la policía, algunas gentes de la derecha. Se anuncia como inminente el suceso. Los ministros preguntaron a Casares qué se proponía hacer y qué necesitaba para impedirlo. Contestó que su propósito era hacerlo abortar, para evitar el escándalo de nuevas algaradas, y que no estando aprobada la ley de Orden Público, solicitaba autorización para aplicar la de Defensa de la República.

Todos los ministros fueron opinando, y aceptaron (menos Franchy) que se emplease la ley de Defensa. Estaban decididos a que se procediese con rapidez y energía para ahogar en su origen el movimiento. Casares dijo que procurando detener esta misma noche a los más señalados como directores, se conseguiría el propósito.

Franchy opinó en contra. Recordó que para entrar en el Gobierno, él y sus amigos pusieron la condición de que no se aplicase la ley de Defensa, y si ahora se aplica, se le pone en una situación delicada, de la que no puede salir más que dimitiendo. Surgió por esto una larga controversia. Todos los ministros rebatieron la opinión de Franchy. El Gobierno había prometido no aplicar esa ley, y se proponía derogarla formalmente en cuanto estuviese aprobada la de Orden Público. Las dilaciones de las Cortes han retrasado la votación, que ya no se hará hasta la semana próxima. Entretanto el Gobierno no tiene medios legales para defender el orden y el régimen. Si surge un conflicto como el que se anuncia, ¿qué hacer? ¿Cruzarnos de brazos? ¿Dejar que se promueva el alboroto y reprimirlo en la calle? A esto repuso Franchy:

—Que se suspendan las garantías constitucionales.

Le quisimos demostrar lo desproporcionado de la medida, que, sin darnos más medios, alarmaría más.

Añadí yo que, entrar en un Gobierno, lleva consigo la eventualidad de cargar con responsabilidades imprevistas, que no pueden esquivarse huyendo de los cargos para conservar una virginidad sin tacha. «Si ahora tuviéramos en la Castellana una muchedumbre amotinada, ¿esperaría usted a que se promulgase la ley de Orden Público para proceder? Hay que vencer la dificultad de hoy, y cargar con las consecuencias. Otra cosa sería faltar a nuestro deber de Gobierno. La dimisión de usted en este día quebranta al Gobierno, y si yo la aceptase, nuestra situación sería insostenible: si usted insiste, dimitimos todos. Tiene usted derecho a salvar su opinión; consta que usted no está conforme con nuestro acuerdo y salva su voto; cuando pasen estos días de peligro, se va usted, si quiere, y yo diré que no le hemos dejado marcharse hoy».

Después de muchas palabras, Franchy accedió a continuar, aplazando su dimisión hasta que desaparezca la amenaza de desorden.

Cuando se levantó el Consejo, Casares me dijo:

—Este señor Franchy ni siquiera es tonto.

Esta mañana he recibido a Marañón con una comisión de valencianos, que venían a hablarme de la construcción del barco para la expedición al Amazonas. Fernando dejó esto en vías de ejecución y ahora Barnés no quiere hacerlo, «por piques de catedráticos», dice Marañón.

A primera hora de la tarde voy a ver al Presidente, en Palacio. (Ya no me cita nunca en su casa, como solía hacer antes). Le entero de los acuerdos del Consejo y de la dimisión aplazada de Franchy. Lo aprueba todo, y dice que si Franchy insiste, le lleve la sustitución.

Desde allí he ido a las Cortes. Le digo a Casares que ya puede poner en ejecución las medidas planeadas por la Dirección de Seguridad; pero que en lo relativo a los militares sospechosos no hagan nada sin contar conmigo y sin informarme personalmente de lo que resulta contra cada uno. Hemos celebrado después Consejo de ministros, y se aprueba, tras de minucioso examen, el decreto traspasando la contribución territorial a la Generalidad.

En la sesión se discutía la ley de Orden Público, ya sin obstrucción. El discurso de Ossorio ha tenido la virtud de ofrecer a los obstruccionistas una oportunidad de rendirse.

Esta noche, a las doce y media, han venido Casares y el Director de Seguridad. Han estado aquí hasta las dos y media. El Director de Seguridad me ha expuesto todo el *panorama* del movimiento que se trata de impedir. Respecto de militares, no veo nada grave. Le recomiendo mucha cautela, para no dar palos de ciego.

Me cuentan que en La Granja, el Presidente distrae sus ocios jugando al tresillo con el comandante Jiménez Orge, jefe del escuadrón de escolta, y con el policía De Miguel, jefe de su ronda. Tal es su sociedad íntima. Al Presidente no le gusta perder. Un día, Orge cometió la imprudencia de darle codillo, y el Presidente no lo ha olvidado. Al empezar la partida le dice siempre:

—Vamos a ver si hoy también me da usted un codillo, amigo Orge.

Jiménez Orge asegura que no lo volverá a hacer.

27 de julio

Anoche, después de votarse las leyes para las que había pedido *quorum*, no hubo sesión. ¡Ya habían trabajado bastante! La ley de Vagos se ha aprobado con mucha rapidez, casi sin discusión, después de admitirle al señor Elola algunas modificaciones. Elola, magistrado del Supremo y diputado radical (una de las combinaciones monstruosas que ha venido a cortar la ley de Incompatibilidades), se ha separado del partido porque no le han hecho vocal del Tribunal de Garantías; los radicales han preferido a Abad Conde, el hombre de las ojeras y de las camisas malva.

Nos reunimos los de Acción Republicana para examinar las bases que han presentado los radicales-socialistas, como programa de un Gobierno de coalición. Lo que tienen de intencionado, va contra los socialistas; lo demás, o es francamente absurdo o no tiene valor ni interés alguno. En mi partido hay también algunos diputados que desean romper la colaboración socialista. Sobresalen en esto los de Albacete, y no está lejos de su posición el propio Giral. Como la presión antisocialista viene de los campos, donde la lucha entre braceros y propietarios es más violenta, el efecto se nota en los diputados por las provincias manchegas, andaluzas y extremeñas. En cambio, los diputados por las grandes ciudades, o por provincias industriales, o por regiones en que la contienda agraria no es tan feroz como en el Sur, ven el problema de otro modo. En el examen de las bases, esta disparidad de opiniones se ha dejado ver. Se ha dejado el asunto para nuevo estudio. Una comisión de tres nos presentará un proyecto de respuesta, que yo tomaré en cuenta para cuando el Gobierno decida a su vez responder a los radicales-socialistas.

Después de la reunión me fui de paseo. A la una y media llegábamos a casa de Mariano, en Las Rozas, a tiempo de presenciar una bronca pintoresca, digna de Arniches.

Para el Consejo de hoy se hacían muchos pronósticos y cábalas, naturalmente partiendo de que la crisis era inevitable y, en cierto modo, deseada por el Presidente. La más firme esperanza la ponían en Franchy, que, en efecto, había ya dicho en Consejo su disconformidad con la aplicación de la ley de Defensa. Pero ayer tarde llamé yo a Franchy, y le dije, en primer término, que si persistía en dimitir, no debía hacerlo en el Consejo de hoy ante el Presidente de la República, sino en el Consejo que celebrará el viernes el Gobierno. Estuvo conforme. Después le hablé del fondo del asunto. Resulta que Casares se ha dado mucha prisa, y todos los detenidos en la última redada

han sido puestos a disposición de los jueces antes de las 72 horas. El señor Franchy me dijo que en esas condiciones no puede decirse que se ha aplicado la ley de Defensa de la República, y él estima que no se ha aplicado; en consecuencia, retira la dimisión. También Rodrigo Soriano opina que no se ha aplicado la ley de Defensa, y así lo dice a los periodistas. Soriano nos llamaba asesinos hace cuatro meses; ahora todo le parece bien porque aspira a ser embajador en Moscú. (¡Para él estaba!).

Parecía tan segura la caída del Gobierno, que en la sesión de ayer, Coraminas y Pi y Suñer se acercaron al banco azul para decirme que si en el Consejo de hoy en Palacio surgía la crisis procurase yo que el decreto de traspaso de la contribución estuviese firmado antes de plantearla.

El Consejo ha empezado a las diez y media, porque el Presidente quería volverse a La Granja. He ido un poco soñoliento. Don Niceto estaba normal. Ha firmado unos decretos, entre ellos, los referentes a las congregaciones religiosas y a la segunda enseñanza, que no le han gustado nada. No le ha faltado más que olerlos. Después se ha acordado en firme el reconocimiento de los soviets. Fernando se habrá quedado tranquilo.

No ha aludido siquiera el Presidente a las cuestiones de Orden Público, y al explicarle yo, por fórmula, los trabajos parlamentarios, que siguen su marcha normal después de la votación de las últimas leyes, dijo que las Cortes «han aprobado leyes que eran encargo tácito de la Constitución». No ha sucedido ni se ha dicho en el Consejo nada de particular. El Presidente ¿esperaba algo? Su expectación ha quedado chasqueada.

Por su parte, la prensa de Miquel, sobre todo *El Sol*, escribe necedades que no por serlo dejarán de hacernos daño. Los más furibundos son García Vela y Corpus Barga, que ahora dirigen *El Sol* y *Luz*. El otro día, rodeado de esos dos acólitos, iba don José Ortega, que al encontrarse con un amigo, le dijo: «¿No aseguraba usted que yo no soy político? Pues aquí me tiene, dueño de la prensa». No sé qué envenenamiento del amor propio le lleva a Ortega a estas cosas, ni a respaldar, más o menos personalmente, una campaña entablada por los móviles más bajos; y detrás de la cual está March.

Entre los colaboradores de *El Sol* que ahora cierran contra mí, se cuenta el desventurado Eugenio Noel. No le conozco personalmente. Parece que está en la miseria y muy enfermo. Desde hace más de un año, su mujer acudía al ministerio y a la Presidencia en demanda de socorro, me escribía cartas lastimosas, pintándome la desolación de su casa, y el mismo Noel también me ha escrito, pidiendo para pan y medicinas. Le he socorrido repetidas veces con dinero, y por asegurarle algo, le recomendé a Guzmán, para que le

publicara sus artículos en *El Sol*. Así se hizo, y le contrataron una colaboración de cuatro a seis artículos al mes, para que no se muriese de hambre. Pues bien: lo primero que ha hecho Noel en cuanto ha cambiado *la política* de *El Sol* es escribir contra mí, rencorosa y despectivamente, por ser grato a sus nuevos amos.

Como el Consejo de ministros terminó pronto, todavía tuve tiempo de recibir en el ministerio a Marcelino Domingo y a Lucio Martínez, que venían a hablar de la ley de Arrendamientos. Han tratado con Lara, representante de los radicales, para llegar a un acuerdo sobre el artículo séptimo, redactando un texto que puedan votar todos. Marcelino no sabe ya lo que quiere, si lo ha sabido alguna vez, y está siendo víctima (y con él, todos) de su poca autoridad, de su timidez y de las intrigas de Feced, presidente de la Comisión, que hace cuanto puede por prolongar la discusión y que no se llegue pronto a su término. Sospecho que Lerroux no es ajeno a los manejos de Feced.

Por la tarde en las Cortes recibo a una comisión de los huelguistas de la fábrica de Trubia, a otra de Vigo, a Tenreiro, que me habla del tratado con el Uruguay, y a Viguri.

Nogués y otros diputados de la mayoría querían presentar una proposición declarando urgente la discusión de lo del Uruguay; con ese propósito me visitan. Les digo que si presentan la proposición haré cuestión de confianza que se rechace, y ellos verán si quieren votar con el Gobierno o en contra. Desisten de presentarla, y les repito lo que ya saben: que el Gobierno se reserva la elección del momento para discutir el tratado, y que lo discutiremos antes de cerrar.

El señor López de Goicoechea, diputado murciano, del corro de Gordón, y *cliente* de Figueroa el Tuerto, no se conformó, y vinieron a decirme que presentaría por su cuenta una proposición para que yo dijese en el salón de sesiones lo que les había dicho particularmente. Dicen que lo hará mañana. No pienso hacerle caso.

También han venido a verme Martínez Barrio y el alcalde de Sevilla, el melodramático señor Lavandera. Pretenden que el Estado saque de apuros al Ayuntamiento de Sevilla, arruinado por la necia aventura de la Exposición. Después de cambiar buenas palabras, me quedé solo con Martínez Barrio, y le hablé de la política futura. Tomé pie de algunas cosas que me dijo en junio, y le apunté que sería conveniente contrastar nuestros puntos de vista, y que supiésemos unos y otros cómo entendíamos la coalición republicana para cuando este Gobierno hubiese terminado su cometido. Me dijo Martínez

Barrio que él creía urgente la salida de los socialistas, pero que no podía pedírseme que yo hiciera un movimiento brusco para separarlos del poder y comprendía la conveniencia de que rematásemos una obra legislativa. En cuanto a la coalición republicana, él tenía su opinión sobre ello, pero no me la comunicaba en el momento porque no quería anticiparse al parecer de Lerroux; hablaría con él, y después conmigo. Ha estado muy amistoso y, en la forma, franco y expansivo.

Ido Martínez Barrio, recibí a Gordón Ordás y Moreno Galvache, que vuelven a pedirme respuesta a las bases de colaboración presentadas por el partido radical-socialista. De esta conversación he sacado el convencimiento de que estamos jugando sobre un equívoco. Cuando los radicales-socialistas presentaron sus bases al Gobierno, entendimos todos, y así lo declararon los ministros de aquel partido, que se trataba de una iniciativa para preparar una acción de Gobierno común y futura; las bases serían estudiadas y enmendadas por los otros partidos, y cuando se llegase a un acuerdo tendríamos un nuevo programa; pero en tanto, el Gobierno actual se sostenía sobre lo declarado ante las Cortes con la confianza, votada sin reservas ni condiciones, por los grupos de la mayoría. De lo que me han dicho Gordón y Moreno Galvache he creído comprender que los ministros radicales-socialistas no han explicado bien ante el Gobierno las intenciones de su partido, o por lo menos, ellos las entienden de un modo y Gordón de otro. Me propongo aclararlo mañana mismo; en tanto, les he dicho a esos señores que el Gobierno contestará cuando pueda.

Últimamente he hablado de política con Companys. «El día que a usted le convenga acabar con esto, dígamelo, y yo me ofrezco para derribar el tinglado».

Al repasar la prensa de esta noche, encuentro en la información política de *La Voz* un suelto que seguramente es de inspiración palatina, a través de Emilio Herrero. Dice el suelto, hablando del Consejo en Palacio, que el Presidente *no ha tenido ocasión de intervenir*, porque según el Gobierno la situación parlamentaria es normal.

Después de cenar he salido de paseo. Vamos hasta el puerto. Mucho frío.

28 de julio

Ya he pensado bastante en lo que sucede y he llegado a una resolución; o, mejor dicho, se me ha cuajado lo que en estos últimos tiempos venía fraguándoseme en el ánimo: la resolución es de acabar. Al vado o a la puente. Mi plan era resistir hasta aprobar la ley de Arrendamientos, y una vez aprobada, plantear lo del tratado con el Uruguay, que haría saltar en pedazos al Gobierno. Pero no aguardo tanto. De los dos caminos inmediatos que se me ofrecen para dar fin a la situación, uno es lo del Uruguay y el otro es la disidencia latente en el partido radical-socialista. Este camino es mejor, porque lo del Uruguay suscitaría una situación difícil en Galicia, y al amigo Casares le crearía un problema insoluble. Procuraré evitárselo.

Dos consideraciones pesan mucho en mi ánimo: la situación de la reforma agraria y la creciente oleada contra los socialistas.

Desde el Consejo en que Domingo nos informó de la marcha de la reforma, estoy desconsolado. No hará nada útil, y habiendo producido inquietud y perturbación, ni Domingo ni sus huestes son capaces de hallar para la República la compensación necesaria, atrayéndose masas de campesinos a quienes se dé tierra. La protesta contra los socialistas aumenta, y es aprovechada por toda la oposición antirrepublicana. La protesta no nace de la legislación social; viene de abajo arriba, y surge del conflicto cotidiano entre propietarios y braceros; la situación anterior era bárbara; el desquite de los obreros ha sido inevitable, y en los más de los casos, justo; pero se cometieron abusos, de una parte y otra, y además se disputan los huesos de una economía rural pobre. Este conflicto rompe los límites del marco político. Fundada o no, la opinión que protesta es muy fuerte, y unos de buena fe, otros pérfidamente, se lo achacan todo a la República. El peligro consiste en que, el día de las elecciones, muchos, por votar contra los socialistas, voten contra la República. Este albur es demasiado fuerte. Lo lógico y prudente sería mejorar las posiciones para afrontar la lucha electoral. Solo temo que la ofuscación y las codicias de partido, en vez de mejorar las posiciones, las empeoren.

Con estos pensamientos he ido al Consejo. El despacho ordinario ha sido insignificante. Después, política. Primeramente hablé de la impertinencia de López Goicoechea, radical-socialista, y de mi respuesta, si presenta su proposición: que no me da la gana de ir a contestarle; y que haga lo que quiera. Después, entramos en lo importante. Les cuento mi entrevista con Gordón y la impresión que he sacado. Considero urgentísimo que los ministros radicales-socialistas despejen su situación con el partido: o les basta la declaración ministerial para apoyar sin condiciones al Gobierno, o no. Si no les basta, que lo digan al punto, con un monosílabo. Necesito saber qué

significa la presencia de dos ministros radicales-socialistas en el Gobierno. Y para que no quede en palabras, y no se hagan interpretaciones erróneas, hoy mismo escribiré una carta a Barnés y Domingo, planteándoles el caso, para que consultado su grupo, me respondan en seguida por escrito.

Domingo estuvo conforme con mis propósitos. Barnés derramó un mar de palabras, para decir que preferiría aplazar el asunto, a ver si se calman. Me negué, anunciándoles que esta noche o mañana recibirán la carta.

Al levantarse el Consejo, Casares me ha dado las gracias.

Fernando nos ha dado nuevas noticias de la tacañería de Alomar, embajador en Roma, que llega a lo vergonzoso. Fernando piensa sustituirlo.

En la Presidencia se ha presentado Gregorio Marañón, a hacer una gestión de parte y en favor de March. Ha hablado con Domenchina. March ofrece *su prensa* al Gobierno, si le ponen en libertad. Tiene prisionero a Miquel por 500 000 pesetas; y puede «deshacer el mito de Miquel» en un momento.

Zulueta, que se marcha a Berlín, ha venido a despedirse. Me cuenta que ha estado en La Granja, a despedirse también del Presidente. No han hablado de política; don Niceto le ha dicho: «Yo no tengo que plantear ningún problema».

30 de julio

Marcelino Domingo pronuncia un discurso en un teatro de Madrid, replicando a lo que dijo Gordón la semana anterior. El discurso de Gordón fue muy malo, y los mismos que se empeñaban en hacer de este insigne albéitar una figura de primer orden están desengañados. Domingo, que más de una vez, en conversaciones particulares, me ha dicho que «ya era bastante socialismo», se lanza sin reservas en su discurso a la unión con los socialistas. Es ya inoportuno. Solo sirve para agravar la dificultad. ¿Dónde se queda el proyecto de concentración republicana?

Agosto, del 1 al 8

Ha comenzado el mes con fúnebres escenas de familia. Se ha muerto mi suegro, y desde el día antes estuve en la casa, apartado de la vida oficial. Amargas horas; pesadumbres; sufrimiento de personas queridas. El martes tocaba celebrar Consejo, pero lo suspendí, porque mi suegro estaba ya

expirando. La gente es tan necia que por los *círculos políticos* corrió la especie de que la enfermedad de mi suegro era una invención mía, un ardid para no celebrar un Consejo que se presentaba difícil. Del diario *Luz* telefonearon a casa de mi suegro, interesándose por su estado, quizá para comprobar si era o no cierto el suceso de la enfermedad.

En estos días, me ha hecho largas visitas Ramón Pérez de Ayala, que está de paso en Madrid. De creerle, Ayala es el eje de la vida diplomática en Londres; pasma su intimidad con el rey y con los primeros personajes de la política inglesa. Se atribuye además la inspiración de la prensa en cuanto escribe de favorable para España y de lisonjero para mí. Me dice redondamente que «es mi *manager*, como lo fue de Belmonte en la prensa de Madrid». Y como hablábamos de la violenta campaña que los periódicos de Miquel y otros llevan contra mí, exclama: «También a mí me combatirían si estuviese aquí». Ayala me envuelve en su protección y, como si dijéramos, se llama a la parte en mi nombradía. Ayala siempre está arrimado a alguien o a algo donde suene influencia, reputación o dinero. Y precisamente ahora se le ha ocurrido publicar un artículo ¡en *El Sol*!, para ensalzar la producción de su amigote y paisano, S. Miranda, autor del *Retablo del Mar*, que pretende vendérselo al Estado y ha reclutado para eso votos en las Cortes. ¡Como si se tratara de una obra maestra y excepcional!

También he hablado con Álvarez del Vayo, que regresa de México con licencia. Me visitó una mañana en el ministerio y me hizo relación de cuanto se sabe respecto de la pérdida del *Cuatro Vientos*. Después tratamos de su gestión como embajador. Vayo me dijo, entre dientes, según costumbre, que en México «se ha hecho ya todo lo posible»; y que, por tanto, continuar allí solo le conduciría al fracaso. (Extraña teoría, fundada en que los cargos sirven para el lucimiento personal).

—¡Ya sé! —pensaba yo—. Quieres la embajada de Moscú.

Y en efecto: la quiere.

El día 4, reunión importante con la comisión de Agricultura. El barullo de las opiniones contradictorias y la indecisión del ministro habían llegado a tal punto, que resolví intervenir personalmente, para introducir un poco de orden y llegar a una conclusión en los artículos principales de la ley de Arrendamientos. Citamos a la comisión para las cuatro de la tarde; y le dije al ministro que asistiera. A la hora convenida, los diputados de la comisión no se reunían y el ministro remoloneaba, con visibles ganas de esquivarse. Tuve que tomarle por un brazo y me lo llevé a la sala donde habíamos de reunirnos. La sesión duró dos horas, lo menos; asistían unos doce a catorce miembros.

Durante todo el tiempo, el ministro permaneció en silencio absoluto; no despegó los labios, no opinó sobre nada.

Yo tenía a cada lado un diputado socialista y enfrente a Feced, con los agrarios y los radicales. (Feced se ha hecho elegir presidente de la comisión conquistando los votos de los vocales agrarios; les dijo que siendo él presidente, habría modo de ponerle chinitas al Gobierno). Los dos socialistas contiguos a mí, me dijeron, cuando más empeñadamente se discutía, que el asunto no les interesaba, y que el único punto importante para ellos era el arrendamiento colectivo. Pero allí estaba también un camarada, Lucio Martínez, que nunca está conforme con nada, y discute hasta las comas.

Les dije a todos que mi presencia tenía por objeto marcar el interés del Gobierno en llegar pronto a una conclusión; que para encontrarla estaba dispuesto a permanecer reunido con ellos cuanto tiempo fuese menester, y que les exhortaba a no suspender ya el trabajo hasta darle fin. Recapitulé los puntos litigiosos: evaluación de las fincas, transferencia de la propiedad a los arrendatarios, tasa de las rentas, retroactividad de la ley, etcétera; que un punto era intocable: el efecto retroactivo de la ley; y que mi opinión personal era contraria a evaluar las fincas capitalizando las rentas actuales, cualquiera que fuese su antigüedad; resultarían favorecidos los que han subido las rentas en estos últimos años, y perjudicados los que no las han modificado. Otros muchos puntos tratamos. Casanueva el agrario dijo que, en vista de todo, desistían de la obstrucción: ¡tenían presentadas doscientas enmiendas a un solo artículo! Feced tomó nota de mis indicaciones y de lo principal que allí se habló, y quedó en redactar para la reunión siguiente un nuevo texto del artículo séptimo. Y nos fuimos. A Feced no le gustó mi presencia en la comisión.

Los ministros radicales-socialistas, por efecto de mi carta, se han reunido con los diputados de su grupo y han examinado, según me han dicho, la cuestión que yo les propuse. Ha prevalecido el criterio de Domingo y han ratificado su confianza en los ministros. Publican una nota oficiosa, pero no pienso darme por enterado mientras no me respondan directamente. Le he preguntado a Galarza si los ministros habían leído mi carta; responde que sí pero que no toda… No lo entiendo. ¿Se recompondrá esta gente y perderemos la ocasión?

Me enviaron de Gobernación el proyecto de decreto convocando las elecciones para vocales del Tribunal de Garantías. Estaba muy mal, y lo he rehecho todo.

He recibido los informes que me mandan los emisarios que envié al Sahara para poner en claro el enigma de los prisioneros. Martín Esteve no ha vuelto, pero sí Maestre, hermano de uno de los supuestos prisioneros. He ayudado con fondos y material a estos exploradores. No han averiguado nada. Maestre sigue creyendo que hay prisioneros, y también Estévez; aseguran que están en el Draa. Pero ninguno aporta prueba digna de crédito. Si se lee con detenimiento la información de Maestre, se advierte que todo lo afirma *de oídas*. He pedido un informe especial a Tienda, que parece más sensato. No resulta nada.

Lo que sí está claro es que Estévez ha sido indiscreto e impertinente con el gobernador del Sahara, comandante Cañizares; el cual, a su vez, se descubre como un monárquico, y enemigo personal mío, por las reformas de Guerra. Se le dio el destino porque su suegro, el diputado Valle, que es republicano y buena persona, respondía de él. Maestre ha formulado parte por escrito contra Cañizares, y le echa la culpa de que su exploración no haya dado fruto. Sigue pareciéndome inverosímil la existencia de cientos de prisioneros, sin que en diez años hayan dado señal alguna de su presencia en la zona sur; pero no se debe negar los medios de investigación.

Abundante comunicación telegráfica con el gobernador del Sahara para preparar la ocupación de Ifni, como se resolvió en Consejo. Todos mis esfuerzos se han encaminado a convencer a Cañizares de que allí se desembarca para abrir una factoría, y que los medios de acción son los regalos y las buenas amistades adquiridas entre los naturales. Cañizares informa que lo tiene todo arreglado y que cuenta con la conformidad de los cabecillas. Este asunto me interesa, y he puesto en él mucha atención, para salir al paso de los proyectos de Francia, que pudieran contrariarnos. Tengo en organización, además, dos unidades de refuerzo para el Sahara, y en preparación un mejoramiento de la aviación colonial para que nuestra presencia en el desierto sea más efectiva. A los franceses no les vendría mal salir al mar por nuestra costa del Sahara, y lo harán por las buenas si no estamos allí de veras. Los telegramas de Cabo Juby denotan todavía alguna confusión. Se mandan nuevas instrucciones y órdenes. Aquí ya están diciendo tonterías: que vamos a *encender otra guerra*. ¡Verdaderamente, son demasiado canallas o demasiado idiotas! Con estos servidores, ¿qué podrá hacer España?

Moles me escribe cosas de interés sobre Marruecos y las futuras negociaciones con Francia. El momento nos es propicio, porque necesitan de

nuestra conformidad para ciertas medidas fiscales indispensables, dada la situación del presupuesto de la zona francesa. Le digo a Moles que deben plantearse todas las cuestiones pendientes en el Protectorado, entre ellas la de límites.

Estando en el Congreso, Besteiro me envió recado con un diputado-secretario para que fuese al salón, porque López Goicoechea quería tratar del Uruguay, y otros pretendían abrir un debate político. Contesté que no iba, porque tenía otras cosas que hacer, y que podía decírselo así a los interesados, para que tomasen la determinación más conveniente. No chistaron.

Hablé también con Martínez Barrio, reanudando el tema que tocamos el otro día. Pero hoy, don Diego, después de tratarlo con Lerroux, se tapa y se reserva; Lerroux cree que *él debe ser el aglutinante*; y no insistimos más. Se advierte que se considera ya seguro, tal vez con promesas explícitas.

He ido al campamento de Carabanchel, para ver el funcionamiento del fusil ametrallador Trapote. Sobre la adopción de este fusil o el Astra, hay ya un expediente formidable, y desde que estoy en el ministerio persigo la pronta solución de este asunto, sin conseguirlo: los técnicos se embarullan y se contradicen, y los burócratas escriben sin cesar. En el fondo, los artilleros de las comisiones quieren amparar a su compañero Trapote, pero no se atreven a decir rotundamente que el fusil es perfecto. Yo he encargado al Consorcio que fabrique un centenar, para repartírselos a los cuerpos y que los usen en la instrucción, a ver qué resultado dan. El manejo diario no admitirá disimulos ni palabras ambiguas. Como la Guardia de Asalto ya tiene Trapotes, dispuse que fuese una escuadra al campamento, provista de ellos, y otra escuadra con fusiles ordinarios. Allí estuvimos haciendo ejercicios comparativos, hasta que fue de noche. Mi opinión personal ya está formada: el Trapote, en su estado actual, no sirve. No seré yo quien cargue con la responsabilidad de adoptarlo para el ejército.

Se ha derogado la ley de Defensa de la República. Algunos periódicos aseguran que *me lo han exigido* los federales: no han hablado siquiera del asunto. Se anunció que la derogaríamos en cuanto se aprobase la de Orden Público. Es notable que ciertos órganos, muy propicios a pedir otras veces la aplicación rigurosa y constante de la ley de Defensa, ahora encuentran mal que esa ley se votase, y aseguran que no ha servido para nada.

Se ha visto y fallado la causa por los sucesos de Castilblanco. Había temores de que se alterara de nuevo el orden con motivo de este juicio, y por eso ha ido demorándose su celebración. Dos o tres veces me lo ha pedido Jiménez Asúa. Al fin, no podía esperarse más y se ha aprovechado una época en que los ánimos estaban tranquilos. No ha ocurrido nada. La sentencia es muy dura. Vendrá al Supremo. Jiménez Asúa y Vidarte, defensores, se me quejan del auditor, Antolín, que según ellos ha hecho todo el daño posible a los procesados.

Otra causa fallada es la del teniente coronel Mangada, procesado desde el suceso de Carabanchel, en junio del 32. Mangada se extralimitó e incurrió en delito militar, seguramente; pero la manifiesta provocación del general Goded, que lo odia, los hechos sobrevenidos en agosto, etcétera, y el tiempo transcurrido, han obrado en favor de Mangada: a los mismos militares que andan en esto les parecía excesivo, extemporáneo e impolítico condenarlo. Hace días estuvo a verme Mangada para suplicarme que se ventilase cuanto antes su causa, y se me echó a llorar, y llorando se fue. Mis noticias anteriores al juicio es que algunos de los vocales del Consejo de guerra estaban dispuestos a absolverle. Mangada ha hecho todo lo posible para que no fuese así. Al terminarse la vista, pidió la palabra y soltó un discurso contra su propio defensor y contra una porción de cosas. Tuvieron que mandarlo callar. No obstante, lo han absuelto. Mangada está loco. Es vegetariano, esperantista y espiritista. Pertenece al tipo de militar no conformista por desequilibrio mental, como había algunos durante la monarquía.

Me ha enviado un folleto escrito en verso, digámoslo así, explicando las reglas del tresillo, con alusiones políticas. Debería ser motivo suficiente para expulsarlo del ejército. Sin embargo, *como es natural*, Mangada tiene popularidad entre los mentecatos del Ateneo, y algunos periódicos le jalean.

El general Rodríguez del Barrio es el único que hasta ahora se ha permitido recomendarme a amigos suyos para ocupar destinos militares. Todas sus recomendaciones recaen sobre sujetos sospechosos. Últimamente, me ha recomendado un comandante para jefe del grupo de Infantería que guarnece al ministerio. El puesto es delicado. Llamé al comandante y me bastó hablar con él cinco minutos para comprender que es un solapado, seguramente enemigo nuestro. He nombrado a Sánchez Paredes, del regimiento número 1 (en el cual sirve Mangada), buen militar y buen republicano. *Rara avis*. Rodríguez del Barrio inspira sospechas a la policía, que ha querido someterlo a vigilancia. Me he opuesto terminantemente, por

innecesario y por inútil, acaso por perjudicial. Los modos de la policía son tan burdos que dan pretexto para que se sientan agraviados los que se percatan de ellos. Algo así ocurrió con el general Goded, y no quiero que se repita el caso.

Hoy, 7, he entregado al general Masquelet unas notas para preparar la reforma del reclutamiento, sobre la base de reducir el tiempo de servicio. Se puede hacer más intensa y rápida la instrucción y ahorrar algún dinero. Quisiera llevar esto al próximo presupuesto, para acabar la reforma del personal, completando lo que se ha hecho con los suboficiales, mejorando los haberes y preparando el nuevo sistema de retribución de la oficialidad, que ha de consistir en separar el sueldo del empleo.

Como no he provisto la cartera de Justicia, cada día circula una patraña nueva. Ahora dicen que la Esquerra *me exige* dos carteras. Nadie me ha pedido nada, ni siquiera Galarza, que aspira al cargo.

8 de agosto

En el Consejo de ministros de hoy, hemos recibido y examinado el nuevo proyecto de la comisión para el artículo séptimo de la ley de Arrendamientos. Se aparta tanto del proyecto del Gobierno que no hemos podido aceptarlo. Tengo la impresión de que Domingo había transigido, con tal de quitarse dificultades. «No pierdan ustedes de vista —ha dicho— que si no aceptamos renacerá la obstrucción».

Hemos hablado largamente de la situación parlamentaria. La mayoría se ha tomado vacaciones y no viene a las sesiones. Casi ningún día llegan a cien los diputados presentes. Como es natural, esto debilita al Gobierno y la prensa enemiga se aprovecha de ello. Si continuamos así la crisis es inevitable, porque no puedo tener paralizado el Parlamento. Se pierde un tiempo precioso, y estos gansos de la mayoría, dejando cada cual para el prójimo el cumplimiento de su deber, trabajan por su propia perdición. El cansancio es grande, y el calor terrible. Pero no pueden ser motivo suficiente para originar una perturbación política grave. Algunos me dicen (entre ellos Araquistáin y Negrín, socialistas) que la falta de asistencia de los diputados se debe en gran parte a la ley de Incompatibilidades, porque muchos saben que no podrán ser reelegidos y ya no les importa el cargo de diputado.

Las dilaciones del Parlamento van a trabajar por su descrédito y en favor de la disolución, que sería desastrosa, o por lo menos, muy peligrosa. A mí no

me importa tanto salvar al Gobierno como salvar a las Cortes. Si mi propósito de retirada inmediata no pudiera realizarse ahora con decoro político, y el Gobierno hubiera de subsistir hasta el otoño o al fin de año, hasta votar el presupuesto (más allá de ninguna manera), quisiera cerrar las Cortes antes de septiembre y convocar las elecciones parciales para primeros de octubre. Hay cerca de treinta vacantes. De ellas, *yendo juntos los partidos que están en el Gobierno*, podríamos ganar doce o catorce puestos, los demás serían para los radicales y las derechas. Mientras estemos en el Gobierno, la coalición electoral puede realizarse sin dificultad, y en muchas provincias, en las que hay una sola vacante, ganaríamos las mayorías; pero en cuanto el Gobierno se deshaga y los socialistas salgan del poder, será dificilísimo que se pongan de acuerdo con los republicanos para las elecciones. En tales condiciones, si se ganaba casi la mitad de los puestos vacantes, reforzábamos la mayoría del Parlamento, y podríamos en todo caso, aunque el Gobierno desapareciera después, acallar la campaña contra las Cortes. Lo que puede esperarse en unas elecciones parciales, mientras subsista este Gobierno, que puede imponer cohesión y disciplina a los partidos que lo forman, no sería probable en unas elecciones generales, presididas por otro ministerio, porque en cuanto este se descomponga, cada partido querrá ir por su lado y serán incapaces de hacer frente a la reacción católica y monárquica que se advierte en el país.

Pero todo esto requiere la clausura de las Cortes durante un mes, para preparar la elección y hacer la campaña electoral. Si no puede conseguirse, porque de las Cortes hemos de sacar la ley de Arrendamientos, y eso tarda, todo se viene abajo.

11 de agosto

Antes del Consejo, ha venido Viñuales al ministerio de la Guerra. Hemos hablado del decreto de valoración de los servicios que se traspasan a la Generalidad de Cataluña, de la marcha del presupuesto y de planes fiscales. El déficit, según Viñuales, sería de 750 millones; pero puede reducirse a 600, que se cubrirán con las emisiones autorizadas. Para el presupuesto de ingresos, examinamos nuevos tributos: recargo del azúcar (que Carner no tocó), sobre el lujo, transporte por carretera y los sueldos. Del decreto de valoraciones, Viñuales me da cuenta ligeramente, diciéndome que se ha atenido estrictamente a lo que yo dije en mi discurso sobre la Hacienda al discutirse el Estatuto. En el Consejo, se ha aprobado el decreto de valoraciones, después de leerlo repetidamente. Observo que se aparta del

proyecto que adelantó la comisión mixta, suprimiendo la aplicación de coeficientes complementarios en ciertos casos.

Prieto dijo que no entendía el decreto, pero que aceptaba la propuesta del ministro de Hacienda. Me sorprendió mucho, porque yo esperaba su oposición, como a todo lo del Estatuto. Me pasó por las mientes la sospecha de si conocería el decreto antes de que haya ido a Consejo. El ministro catalán, Companys, prestó su conformidad, y pasamos a otro asunto. Casi todo el tiempo restante lo ha invertido Viñuales en hablar del presupuesto.

Esta tarde he ido a las Cortes. Me han mareado de lo lindo. Estaba fatigadísimo, y para descansar dos días se me ocurrió irme de viaje. He venido al ministerio a las siete, y le he propuesto a Lola que nos marchemos al norte hasta el martes. Y ahora mismo nos vamos.

15 de agosto

Salimos el once a las nueve y media. Cenamos en Valladolid. Vino a saludarme el general Cruz, que me reconoció al pasar por la calle. Fuimos a dormir a León. El doce por la mañana visitamos la catedral y San Isidoro; nos invitaron a comer en el puerto de Pajares, y llegamos a Oviedo a las siete. Apenas instalados, salimos para Gijón, y estuvimos paseándonos en el Cervigón, a orilla del mar, hasta después de ponerse el sol. El trece por la mañana, a Covadonga; allí, comimos, y luego fuimos por el Fito, que es muy pintoresco, hasta Avilés y Salinas. Quise ver a Pedregal en Avilés, pero estaba de viaje. Nos paseamos un rato por la playa y regresé a Oviedo. Ya de noche, lloviendo a torrentes, visité a Barcia en su casa de Abuli, donde yo había estado en 1915, cuando vivía en ella Labra.

Al día siguiente salimos para Santander. Comimos en Ribadesella. Hermoso tiempo. Ya cerca de Santander se acabó el incógnito y la independencia. Salieron a nuestro encuentro muchos amigos. Visité la Universidad Internacional de la Magdalena, instalada en lo que fue palacio del rey, lugar más adecuado para la holganza contemplativa que para el trabajo. Allí gastamos buena parte de la tarde. Llovió un poco. Después fuimos al faro, y allí estuvimos hasta la puesta del sol. De Santander salimos al cerrar la noche. En el Escudo, niebla muy espesa; por poco no nos estampamos contra un carromato. Cenamos en Burgos, y a las tres y media de la madrugada de hoy estaba en Madrid.

Me he encontrado el cotarro algo revuelto. La causa, el decreto de valoraciones, que al ser conocido oficiosamente por la Generalidad de Cataluña, no ha gustado. Dicen que les deja en la indigencia los servicios traspasados. Ya en Oviedo recibí noticia telefónica, por Esplá, del jollín que se había armado. Le encargué a Esplá que hablase con Barcelona y que les recomendase que se estuvieran callados y no se alborotasen sin motivo; y que procurase calmar la voracidad de la prensa, que ya olfateaba una presa segura. Son lobos fieros. Como era día de Consejo, antes de reunirnos he conferenciado con Viñuales. Dice, con el texto del decreto en la mano, que no hay razón para que los catalanes se alboroten, y que los convencerá. El sistema adoptado en el decreto conduce prácticamente a los mismos resultados que el propuesto por la comisión mixta, y es más conforme al texto del Estatuto. La cuestión ha quedado pendiente para otras conversaciones.

En el Consejo hemos tratado largamente de presupuestos. Se ha aprobado una lista de gobernadores. Después, tratamos de política general. La máquina no funciona bien: hay dos ruedas que rechinan: la presidencial y la parlamentaria. Es inexcusable un esfuerzo, del Gobierno y de los partidos, para vigorizar las Cortes y restablecer la disciplina de la mayoría, o dejarlo todo. (¿Quién nos sucederá? ¡El lerrouxismo! O algo peor. ¡Adiós República, si cae en tales manos!).

He destituido a Cañizares, gobernador del Sahara. Lo de Ifni no ha podido salir peor. La expedición no ha desembarcado. Echó a tierra unos emisarios, que tuvieron que reembarcar. Algunos de los agentes que teníamos en el país lo han pasado muy mal; han muerto dos indígenas, y al hermano del «Sultán Azul», emisario nuestro, que había ido desde Cabo Juby, lo han despojado y maltratado. Los primeros informes dicen que el interventor francés de la zona limítrofe ha estorbado nuestra acción, y ha concitado a los moros contra nuestra proyectada factoría. Necesitamos comprobarlo.

Por la tarde, en las Cortes, larga reunión con Domingo y Feced para redactar un nuevo artículo séptimo. Asisten otros ministros: Companys, Largo y Fernando, que prestan su conformidad al proyecto. Quedamos por fin en que la comisión se reúna mañana y dictamine.

16 de agosto

Copioso despacho con Castelló. Después, audiencia breve. Y luego, larga conversación con Masquelet. Ha hecho un nuevo viaje a Baleares, por encargo mío, y me informa del estado de las obras de artillado y del plan

general de defensa de Mahón. La impresión de Masquelet es pésima. En resumen, Masquelet me dice que las fortificaciones han sido «mal pensadas por gente inepta».

Además del aumento de una batería que decreté (desechando soluciones tímidas) cuando Goded era jefe del Estado Mayor Central, habrá que variar algunas baterías; ¡y aun así…!

(En todas partes y en todos los asuntos tropiezo con lo mismo: ¿dónde está la gente capaz de hacer bien las cosas?).

Me da cuenta Masquelet de que ha terminado el curso de coroneles, innovación que yo introduje en la ley del año pasado, para comenzar una selección del personal harto necesaria. Costará mucho trabajo aclimatarla, porque aquí todo el mundo lo quiere todo, pero sin esfuerzo personal y de ganga.

Después hemos convenido las líneas generales de los nuevos proyectos que me propongo desarrollar: nueva planta del Estado Mayor Central; reforma total de la instrucción militar, desde las escuelas regimentales hasta el centro de estudios militares superiores; supresión de las juntas facultativas; reorganización de las Escuelas de Tiro. Todo ello muy necesario, y de importancia.

A última hora de la mañana me telefonea Domingo que la comisión ha hecho un dictamen sobre el artículo séptimo, pero que los socialistas, miembros de la comisión, no lo aceptan, aunque sus ministros lo habían aprobado. Serán cosas de Lucio Martínez.

18 de agosto

Ayer recibí la visita del nuevo ministro de China. ¿A quién representa este personaje? No lo sé, a punto fijo. En China ¿hay radicales-socialistas? Me inclino a creer que sí.

También vino el Nuncio. (Fue una mañana para la arqueología). El Nuncio traía unas peticiones relativas a las Hermanas de la Caridad, en relación con la ley de Congregaciones.

La tarde, en las Cortes, fue importante. Las oposiciones habían pedido *quorum* (la mitad más uno de los diputados en funciones) para la aprobación de cuatro leyes. Vista la dispersión de la mayoría, esperaban que no reuniésemos número suficiente. Se citó a los diputados con apremio; escribí yo una carta a la mayoría, para que se enterase de lo que iba jugado. Acudieron, pero muy perezosamente. A las seis, aún no era seguro que

hubiese bastantes. Prieto proponía que intentásemos la votación, y si no resultaba con número, dimitir. Largo se opuso. ¿Por qué la dimisión? Si no hay *quorum*, se prepara otro día; la falta de *quorum* no es como una votación perdida, etcétera.

Vidarte, que nos traía nota de los diputados presentes, dudaba si convendría o no aplazar la prueba. Me opuse. Por fin, hecho un recuento, se vio que había 240 diputados adictos. Sobraban votos.

Martínez Barrio pronunció un discurso para explicar la abstención de los radicales, que es todo lo bueno que saben hacer. Hizo apelación a «mi deber». (Mi deber, para Martínez Barrio, es expulsar a los socialistas del Gobierno). Dijo algunas cosas raras respecto de mi persona: que si soy un enigma, que si una esperanza… Le contesté fácilmente, y se votó. Se aprobaron las tres leyes que nos importaban, y la cuarta, que era la adquisición del «retablo» de Sebastián Miranda, no se puso a votación, porque nadie quería conceder el crédito para esa compra; y tienen razón.

La mayoría, viéndose junta y fuerte, estaba muy contenta.

Por la noche, recibí la nota de Pi y Suñer con sus observaciones sobre el decreto de valoración de servicios. Está mucho más cerca de lo que yo pienso que del proyecto de Viñuales. Después de cenar, me fui de paseo hasta la sierra.

Hoy, en el Consejo de ministros, he dado cuenta de la petición del Nuncio, mejor dicho, de las Hermanas de la Caridad. Desean saber si pueden acogerse a la ley de Congregaciones, cuyo texto literal, según ellas, no les alcanza. Hemos mandado el papel al Consejo de Estado. Fernando nos ha hablado de una gran fantasía que ha concebido, ignoro por sugestión de quién. Pretende tomar la iniciativa de unas conversaciones diplomáticas, para llegar a un «pacto mediterráneo». Le hemos autorizado para que haga sondeos oficiosos en Londres; del embajador francés sabemos —por Fernando— que lo encuentra bien. ¿Y los italianos? Punto difícil… Fernando se forja muchas ilusiones sobre tan *glorioso* empeño. Pero se me antoja que antes de poner en pie tan bonito juguete, ya se nos habrá llevado la corriente.

Ha propuesto Fernando para embajador en Moscú al doctor Pascua, diputado socialista. Es muy curioso oírle a Fernando la apología de las personas que le parecen excelentes. (No niego yo que lo sea el doctor Pascua). A cada *descubrimiento* personal que hace Fernando, diríase que el mundo ha estado en tinieblas hasta ese momento. Y la verdad es que su ingenuidad pedante y su falta de mundo le han valido a Fernando chascos terribles. Por ejemplo, los siete jóvenes aspirantes a la celebridad, a quienes regaló actas de

diputado con votos socialistas y que luego no han hecho, desde las filas de distintos partidos republicanos, más que combatirlo y votar en contra. Cuando fue ministro de Justicia, Fernando, llevado de la proclividad del profesor hacia el «primero de la clase», se rodeó de jóvenes primerizos. Recuerdo haberle oído entonces hablar de la necesidad de una *efebocracia*. ¡Buenos han quedado sus efebos!

Prieto y Largo se han opuesto terminantemente a la designación de Pascua, porque su partido tiene acordado, para no perder puestos en las Cortes, que no se nombre a ningún diputado socialista para cargo incompatible. Ha habido una pequeña disputa entre Largo y Fernando, que ha retirado al fin su propuesta.

En vista de la situación de Sevilla, se ha acordado declarar el estado de prevención en aquella provincia.

Nuevamente nos hemos ocupado del puerto de Mahón y de las obras del dragado, que como todo lo de Baleares, me preocupa. Después de convocar la subasta para el dragado hubo que anularla, porque supimos que concurrían casas extranjeras. Se tomó otro camino, y ahora resulta también el hecho raro de que una de las empresas ofrece realizar los trabajos por un precio irrisorio, que hace pensar en una subvención de país extranjero. Se ha encontrado el medio de salvar la dificultad. ¡Qué de tiempo y de trabajo cuesta todo! Lo de Baleares, que he impulsado enérgicamente, no adelanta como yo quisiera. La gente funciona despacio; y no está en curso más que una parte: Menorca, y falta organizar Mallorca.

También ha dado Prieto minuciosas explicaciones sobre los enlaces ferroviarios.

En las Cortes se ha votado el artículo séptimo de la ley de Arrendamientos. Todo llega.

He estado hablando mucho rato con Fernando sobre la cuestión de Ifni y todo el problema del Sahara. Fernando se va esta noche a San Sebastián y tratará de esclarecer con el embajador de Francia la disposición de aquel país. Le he explicado al ministro todos los antecedentes del caso y cuáles son nuestros intereses y propósitos en la zona del Sahara, dándole instrucciones.

En esta misma conversación hemos tratado del Patronato de la Universidad de Barcelona y del Estatuto por el que ha de regirse. Barnés me dio ayer el proyecto para que lo examinase. Se lo he devuelto, con mis observaciones. Hasta ahora, este asunto marcha bien.

A continuación, entrevista con Pi y Suñer sobre la valoración de servicios. Hemos esperado en vano a Viñuales, para examinar juntos la cuestión.

Viñuales anda huido.

He entrado un momento en el salón de sesiones y mientras discutían un artículo, he charlado largamente con Araquistáin sobre las facultades del Presidente de la República en relación con la Cámara y con el Gobierno. Después he venido al ministerio. Viñuales no aparece. Ni en el ministerio, ni en su hospedaje, ni en casa de su novia (sabemos que va a casarse), saben dónde está; probablemente, en algún restaurante de las afueras. He dicho a la Dirección de Seguridad que lo busquen.

19 de agosto

Al salir al despacho, me encuentro a Barnés, esperándome. Venía a explicarme su plan de sustitución de la enseñanza de las congregaciones. Volubilidad, facundia, palabras húmedas, magníficos ojos, barba moruna. Yéndose por las ramas (apoyado en su muletilla: «¿Usted se da cuenta, don Manuel?»), pasa del asunto que le trae, a la política general, a la política *de izquierdas*, y no sé cómo, me habla del gobernador de Ávila, de Sánchez Albornoz, de Acción Republicana, etcétera. Después afirma que hemos de formar una «izquierda republicana», cuando en el congreso radical-socialista se ventile el pleito con Gordón. Se creará un directorio, en el que yo, «si no de momento», acabaré por presidir. Me declara su entusiasmo por Marcelino Domingo y por mí: «Marcelino es el *pensamiento* de la República, y usted, don Manuel, la *voluntad* de la República». Resulta que, según Barnés, Domingo es todo pensamiento, y yo, todo acción.

Quería hablar con el Presidente de la República de la incautación de los edificios pertenecientes a las Congregaciones, y en caso de oponerse el Presidente, dimitir. Le contengo: ni habla usted de eso con el Presidente, ni dimite ante él. Luego me elogia la conducta de Galarza, que aspira a la cartera de Justicia, vacante, pero no pide nada, ni se queja, y es muy leal y disciplinado. Por fin me explica su plan. Es diferente del que habían formado Fernando y el otro Barnés. Le digo que ha de llevarlo a Consejo de ministros.

Después he recibido a García Morente, decano de la facultad de Letras, antiguo conocido mío, íntimo de Ortega, subsecretario de Instrucción Pública en tiempo de Berenguer, y preceptor un tiempo de la duquesa de Alba, cuando a unos cuantos *filósofos* les dio por rozarse con la aristocracia y cuando a algunos aristócratas (Alba, la Villavieja, la Dúrcal, etcétera) les dio por exhibir en sus tertulias a tal o cual fenómeno de la sapiencia. Morente ha ido en el crucero por el Mediterráneo con los estudiantes embarcados en el

Ciudad de Cádiz; y ahora regresa como un nuevo Simónides, con su pequeño naufragio y todo, porque en aguas del Pireo por poco no se le ahogan dos o tres de sus pupilos. Me ha entregado una voluminosa memoria, de la que, quieras o no, me ha leído unas páginas. Pasa a otros asuntos, y critica la selección del personal para los nuevos centros de enseñanza. Morente es muy locuaz y muy redicho. La conversación se hizo pesada. En estas llegó Viñuales, y la entrevista se prolongó.

Ya solos, estuvimos discutiendo el asunto de las valoraciones. Viñuales es un hombre extraño: tímido, sonriente, huidizo, escucha mis observaciones, se angustia, retrocede, concede, vuelve a negar, y por debajo de su timidez hay una terquedad aragonesa inconmovible. Hace ahora, con esta discusión, lo mismo que cuando procuré convencerle para que fuese ministro. Estrechándolo, acaba por decir que sí; y en cuanto se marcha, dice que no. Hoy ha salido por un registro nuevo: que aceptar los coeficientes de población, extensión territorial, etcétera, como supletorios para la valoración de servicios, cuando el presupuesto esté indotado, es contrario a la Constitución. La tesis es absurda, y hasta ahora no me había dicho nada de eso.

Cuando estábamos en la conversación, llegó Pi y Suñer, llamado por mí. Por fin conseguía que hablasen en mi presencia. Discutieron mucho. Los argumentos de hecho, que exponía Pi, en relación con ciertos servicios (Obras Públicas, por ejemplo, y otros), son incontestables. En último resultado convinimos en que yo redactase un nuevo artículo, en que se salvasen los escrúpulos de Viñuales y se atendiese como es justo a los servicios indotados. Con esto, se fueron.

Gran parte de la culpa de este conflicto la tiene Prieto, que en su prevención contra la autonomía catalana (en cambio, le parece muy bien el monstruoso concierto económico con Vizcaya), ha distribuido el presupuesto de Obras Públicas sin hacer asignaciones para Cataluña.

Vino luego Cruz Marín, a preguntarme si podía concederse el *placet* al nuevo embajador de Cuba. Le dije que sí. García Kohly se ha marchado sin realizar sus planes de sustituir a Machado en la Presidencia. Los sucesos de Cuba demuestran cuánto había de fantástico en las ambiciones de García Kohly.

Zulueta me ha hablado por teléfono desde Berlín, contándome sus primeras impresiones.

21 de agosto

Esta tarde he recibido una carta de Viñuales insistiendo en sus puntos de vista sobre las valoraciones y declarándose fracasado en el empeño de redactar un texto conciliatorio. La carta es casi una dimisión. Antes de nuestra entrevista del otro día, Viñuales le había dicho a Pi, sin duda por quitárselo de encima y siguiendo su táctica de la huida, que dejaba el asunto en mis manos; pero a mí no me había dicho otro tanto. Como resultado de nuestra entrevista, yo creía en su propósito de conciliación, y escribí una cuartilla que, con toda prudencia, resolvía el caso. Recibida la carta de Viñuales, le he hecho venir. Hemos tenido una entrevista penosa. En la discusión, se escurre de entre mis razones. No comprende el aspecto político de la cuestión, y quiere dimitir. Le he dicho que eso es absolutamente imposible. Yo no hago, por tal cuestión, una crisis de ministro de Hacienda. Se diría que Viñuales abandonaba el ministerio por defender los «sagrados intereses de la Hacienda nacional», y que yo quiero dilapidarlos, etcétera, etcétera. «Si usted dimitiera —le digo— nos iríamos todos, y se acabó la política que representamos. Piense usted en la gravedad del caso». Le he leído la cuartilla hecha por mí. «Usted verá lo que hace mañana en Consejo de ministros». Viñuales estaba muy emocionado y confuso.

Me llegan noticias de Cabo Juby. Cañizares no nos había informado bien, o porque él no estaba enterado a fondo de la situación en Ifni, o porque aun estándolo ha querido correr una aventura, tentando la suerte.

22 de agosto

Visto el giro que toma el asunto de las valoraciones, y el argumento «constitucional» de Viñuales, pedí hora a La Granja y fui a hablar con el Presidente. «Cualquiera que sea la solución que arbitre el Gobierno, yo parto de que la admisión de los coeficientes no es anticonstitucional», le he dicho al Presidente.

—En efecto, no lo es —me contestó—. Obtenga usted la conformidad de Viñuales, porque la dimisión del ministro de Hacienda sería grave.

—No pienso en tal cosa.

Ha firmado unos decretos de agricultura, sobre comunidades de campesinos. «Bueno —dice—, todo esto será literatura de nuestro buen amigo…».

(De esta visita han querido sacar partido los mentideros políticos. Y la

gente es tan tonta, que en los pasillos del Congreso se decía que al salir yo del Palacio de La Granja había dado un fuerte portazo cuando cerré mi automóvil, y era signo de malísimo humor y descontento. «Hombre —dije al que me lo contaba—, la portezuela la cierra un soldado»).

En el Consejo de hoy, prolija discusión sobre los asuntos de Andorra. Aquí nos tropezamos también con Francia, que realiza en Andorra una política de absorción, desconociendo la igualdad de derechos de España. El obispo de Urgell sigue una conducta poco atenta al interés nacional. La situación es muy enojosa, y por el momento, lo mejor sería prolongar el estado actual de cosas, sin suscitar discusiones, en las que no conseguiríamos por ahora hacer triunfar nuestro punto de vista. En este asunto, la tesis que sustenta Fernando de los Ríos es justa. Conoce bien este asunto, que estudió hace años y sobre el que publicó un libro. Los franceses afirman que la mitra de Urgell solo tiene en Andorra potestad espiritual. Nosotros sostenemos que el obispo de Urgell tiene sobre Andorra el mismo señorío que tuvo la casa de Foix, y que fue incorporado al Estado francés. El sucesor de los derechos del copríncipe eclesiástico debería ser el Estado español. Pero en este camino, no se ha dado ningún paso. Los franceses no quieren ni oír hablar de ello.

Acerca de este asunto, Barnés ha hecho unas propuestas que denotan un aturdimiento maravilloso. Por lo menos, producirían la ruptura con Francia.

Se ha convenido en nombrar a Álvarez del Vayo embajador en Moscú. La candidatura de Pascua, que fracasó por la oposición de Largo y Prieto, tampoco le gustaba al Presidente de la República. Fernando ha estado ayer en La Granja y don Niceto le habló mal de Pascua, a quien odia, porque Pascua y otros diputados socialistas, médicos, se opusieron a la elección de don Niceto alegando que está loco. Y don Niceto lo sabe.

También don Niceto le habló mal de Domingo, «como de persona ya muerta políticamente y apartada», me dice Fernando. Le habló mal de su casamiento, y de su mujer. Fernando, un poco azorado, le dijo: «Quizá la mujer de Domingo no ha aportado aquella dosis de ecuanimidad y recogimiento que son necesarios en el matrimonio…».

Don Niceto le interrumpió:

—¿Ecuanimidad? ¡Qué cosas tiene usted, don Fernando! Pregúntele sobre ello a Prieto.

Fernando está escandalizado.

Después de lo de Andorra, hemos vuelto en Consejo al asunto de las valoraciones. He hecho una exposición total y a fondo del asunto, refutando los argumentos que me ha dado Viñuales. Después, Viñuales expuso su

criterio, impugnando el mío. Más que un Consejo, parecía aquello un Parlamento. Viñuales ha descubierto que no tenía ningún deseo de ayudarme; y ha empleado argumentos excesivos, que, en el fondo, me tranquilizan, porque me hacen ver que no puede apoyar su tesis en bases razonables. Prieto, que declaró el otro día no entender el decreto, se ha sumado hoy al dictamen de Viñuales. ¿Lo habrá entendido mejor?

El asunto no llegó a votarse, porque se hizo tarde y algunos ministros querían hablar aún. Resulta de todo esto que Viñuales sorprendió al Consejo el otro día, quizá sin darse cuenta, no marcando bien la discrepancia entre su texto y lo que el Gobierno, según mis declaraciones en las Cortes, se proponía hacer. No dudo de la buena intención de Viñuales. Pero ha abusado también de la ilimitada confianza que puse en él. La culpa es mía, por no ser bastante receloso. Si le hubiera pedido, cuando vino a verme antes del Consejo, un cotejo de los textos, las cosas habrían pasado de otro modo.

Por la tarde, en el Congreso, Domingo me cuenta que el viernes, antes del Consejo en que se presentó el decreto de valoraciones, Prieto sabía que «Viñuales llevaba una bomba». Es decir, que Prieto estaba advertido, y yo no. Recuerdo que en aquel Consejo se me pasó por las mientes la sospecha de que Prieto estaba enterado, y la deseché, como una fea malicia. Ahora resulta que mi instinto acertaba. No recrimino a nadie, más que a mí mismo, por haber dejado este asunto en manos de otro. Pero el ministro me dijo: «Todo va conforme a lo dicho por usted en las Cortes». Y no es así. Grande es mi disgusto. No consigo dominar moralmente el caso; estoy intranquilo y enojado. En otra cuestión, la salida sería fácil: con dimitir al ministro, en paz. Pero no puedo dejar que el de Hacienda se vaya por esta causa. Se interpretaría muy mal, con mayor daño para el Gobierno. Podremos irnos todos. El incidente con Viñuales, ¿logrará lo que no consiguió Sanjurjo? En el fondo, y detrás de Viñuales, sospecho que hay una influencia silenciosa e intrigante, harto conocida. Todos los recelos son ya permitidos.

Por la tarde, he ido a las Cortes, que trabajan *en ralentí*, desgastándose estúpidamente y desgastando al Gobierno. Esto es un aburrimiento. En el régimen que nos hemos dado, y en el estado actual de las pasiones, los nueve décimos de la atención, de la energía y del tiempo se gastan en defender el instrumento de Gobierno, y para gobernar queda muy poco de todo. Es increíble la locura con que las gentes se lanzan a destruir lo que no podrán reemplazar, y que una vez destruido echarán de menos.

En la inacción general, he gozado de un asueto de dos horas, rodeado de amigos y curiosos, que me hacían tertulia en un pasillo del Congreso,

esperando quizá noticias o «declaraciones» políticas. He hablado por los codos, presa de una locuacidad extraña, inusitada, que a mí me sorprendía más que a nadie. Habrá sido un modo de descanso, una escapatoria. Todos celebraban mi buen humor. La verdad es que uno de los castigos que impone el Gobierno es la falta de conversación. Se pasa uno lo más del día hablando con gentes tristes, preocupadas, ávidas, estériles, y no se puede nunca conversar libremente, dejando correr las palabras a gusto de la fantasía. Todos estos políticos tienen un rictus profesional, como los jugadores de oficio.

A última hora, he vuelto al ministerio. Viene Ramos, y nos ocupamos del asunto de Ifni.

He visto que *El Liberal* de hoy hace un «suceso» de que yo me pasease a pie, anteanoche, con dos amigos, por Recoletos. ¡Oh, provincia!

Después de cenar hemos salido al campo. Más allá de Guadarrama nos paseamos por la carretera que va al Escorial, lugar muy de mi gusto. He bebido agua fresca en la fuente de Fernando VII. Un hombre, liado en su manta, dormía junto a la pila. Un borriquillo pastaba. Sentados en un pretil, gozamos de la noche, oscura, profunda, estrellada. Un fragor de viento suave en los grandes árboles de la fuente, que ya eran viejos cuando yo estudiaba en El Escorial. Olor de pasto seco. Al pie del pretil, se pone en pie de pronto una piara de toros, y trotan alejándose de la carretera. Sobre la amarillez del suelo, resaltan los largos espinazos negros en fuga.

Hemos vuelto a Madrid tarde, después de detenernos, como muchas noches, en un «establecimiento» solitario de la carretera. Nadie. Silencio. Atisbos de Madrid, distante. Chicharras en los rastrojos. ¡Qué bien, lejos de todo! Durmamos.

23 de agosto

Recibo a una gran comisión de «fuerzas vivas» de Sevilla, capitaneada por Martínez Barrio. No falta, claro es, el melodramático alcalde. Vienen a pedir dinero. La manía de grandezas y un errado cálculo de provechos que engendraron la exposición de Sevilla, y la desaforada granujería que presidió en su administración, han sumido a Sevilla en la bancarrota, más el acrecimiento de criminalidad que la azota. Quieren ahora estos señores que el Estado vierta más millones para salvar al Ayuntamiento sevillano. Así están

incontables ayuntamientos de España, a causa de los despilfarros a que se arrojaron en tiempos de Primo de Rivera. Hemos cambiado buenas palabras.

Después me han visitado algunos coroneles, de los que hacían el curso, y he despachado con el subsecretario.

También ha venido Fernando. Tocamos el asunto de las valoraciones. Fernando me dice que estuve muy duro con Viñuales. Le hago ver cuál es mi posición de jefe del Gobierno y de jefe del partido a que pertenece Viñuales, que se ha olvidado de ambas cosas, y en vez de colaborar en mis propósitos, los estorba. Recomiendo a Fernando que lea toda la documentación que les he proporcionado, y me diga después su juicio.

Por la tarde se ha reunido el Consejo de ministros en el despacho del Congreso. Hemos aprobado el decreto de Traspaso del Orden Público a la Generalidad y otro transfiriendo el servicio de Aviación civil.

Después, hemos hablado de las valoraciones. Largo Caballero y Fernando han dicho que, después de examinar los textos, opinan en el asunto exactamente igual que yo. Ante esta inesperada salida de los socialistas, que son poco «estatutistas», Virtuales ha hecho algunos equilibrios dialécticos. Acepta los coeficientes para la revisión periódica de la Hacienda de la Generalidad, pero no para su primer establecimiento. ¿Por qué?

Últimamente, y como en retirada, asegura que se llega a los mismos resultados prácticos por unos procedimientos que por otros, y que lo demostrará así con los datos que piensa traer al Consejo. La cuestión se aplaza de nuevo.

Se ha discutido, despacio, la ley de Arrendamientos, y luego otra ley relativa al profesorado. Barnés ha hablado en esta discusión, como ministro, y ha dicho tales ligerezas que los diputados las comentaban en los pasillos con asombro y regocijo. Este hombre se hará célebre, si dura.

A las ocho, después de recibir en el Congreso muchas visitas, vuelvo al ministerio, y escribo.

26 de agosto

En el Consejo de anteayer, jueves, con el Presidente, hubo pocas cosas. Habló don Niceto de sus planes de viaje, etcétera. Y dijo que convendría hacer en cada provincia un tanteo de la situación electoral. Supongo que se refiere a las elecciones municipales, que han de celebrarse en noviembre, y que me preocupan, si los partidos republicanos y el socialista van a ir a ellas

dispersos, o peor, en riña. El sondeo ya está hecho y la situación puede ser grave si no hay bastante sentido político e instinto de conservación para luchar juntos contra el enemigo común. Los radicales están cada vez más confundidos con las derechas, y creyendo que así se robustecen, se entregan a ellas: el pretexto es: ensanchar la República. Los socialistas acaban de votar una ley electoral que hemos planeado juntos partiendo del supuesto de la coalición, que nos aseguraría grandes mayorías. Que ahora, vigente esa ley, quieran, como piden ya algunos, romper la coalición, será un suicidio. En caso tal, yo no afronto las elecciones municipales, porque no quiero presidir desastres. Todo es de temer de las cabezas duras.

Al final del Consejo, me dijo el Presidente:

—Usted no irá esta tarde a La Granja, ¿verdad? Como tiene luto reciente, no asistirá a fiestas…

Yo no recordaba que por la tarde había concurso hípico en La Granja, en el que tomaban parte los oficiales de la Escolta y los de Artillería de Segovia. El ministerio de la Guerra había dado una copa para un premio. La pregunta del Presidente me hizo recordar esto, y creí advertir en su tono el deseo de que yo no fuese.

Le dije que iría, por tratarse de una fiesta militar…

Al levantarse el Consejo todos los ministros dijeron que habían entendido como yo la pregunta del Presidente, y se reían.

En esto, cruzó por la sala del Consejo Sánchez Guerra, y con gran afán me preguntó:

—¿Va usted a La Granja esta tarde?

—Sí.

—¡Cuánto, cuánto me alegro, querido Azaña! —repuso con acento melodramático.

Guerra Civil

CRÓNICA DE DOS DÍAS (1936)

19 de febrero. Madrid

A las seis de la mañana me despierta Esplá con una llamada telefónica. «Ha empezado lo de Cuatro Vientos», me dice. Se trataba, al parecer, de una sublevación del aeródromo, parte de un plan de rebelión militar de que se viene hablando hace días, y en el que se supone complicados al general Franco, y a Goded. Conocíamos el anuncio de este golpe, preparado para impedir la entrada en el poder de los republicanos y de los socialistas, y también eran públicas las precauciones adoptadas por el Gobierno. Consisten en rodear de Guardia Civil y de policía los cuarteles sospechosos. Me había acostado a las cuatro de la madrugada. Hasta esa hora estuvimos en casa de Viñuales. Apenas había dormido una hora. La llamada de Esplá no me hizo gracia. Me dio algunos detalles. Lo de Cuatro Vientos había sido sofocado, pero en otros lugares del campamento, había fuerte tiroteo. Esplá lo sabía por el partido de Izquierda Republicana, y se lo confirmaban los socialistas. A pesar de esto, recibí la noticia con incredulidad. A las once de la noche, me había llamado por teléfono un joven del partido, y muy emocionado había dicho: «Ha empezado lo de Cuatro Vientos». Resultó que no había empezado nada. Eran las mismas palabras que después me repetía Esplá, y conociendo a la gente quise creer más bien que se trataba de la misma *noticia*, ampliada después de rodar por Madrid toda la noche.

Motivos para darle crédito no faltaban. Martínez Barrio me había dicho la tarde anterior, estando en mi casa, que el Gobierno creía en la existencia del plan de rebelión. El general Pozas, inspector general de la Guardia Civil, había revelado al Gobierno que el general Franco, jefe del Estado Mayor Central, y en realidad dueño del ministerio de la Guerra por nulidad del ministro, le había enviado un emisario invitándole a sumarse, con la Guardia Civil, a las determinaciones que hubiera de tomarse en defensa del orden y en bien de España. Una cosa así era. El emisario fue otro militar, yerno del propio general Pozas; la respuesta, según Pozas, había sido una repulsa

terminante. El Gobierno, conocedor de ese propósito, en vez de arrestar a los generales inquietos, se limitó a asustarse, y revolverse en el más lastimoso barullo. Martínez Barrio me describió el desbarajuste de Portela, «hombre derrumbado». Por añadidura, el director de Seguridad había salido de mañana para Zaragoza, con motivo de un alboroto callejero. Le mandaron volver, pero a las tres de la mañana, cuando estábamos en casa de Viñuales, aún no había regresado.

Estas alarmas no vencían mi incredulidad. Desde hace dos años vivimos así, y algo apunto en *Mi rebelión en Barcelona*[1]. Pasar de la murmuración y de las fantasías a la acción no es tan fácil. Hace poco, el ministro de Agricultura, Álvarez Mendizábal, que es muy basto, ha soltado unas declaraciones respecto a las probabilidades de acción por parte de los militares, que son una imprudencia y una pifia en boca de un ministro, pero que expresan la pura verdad. No creo que haya ninguno resuelto a jugarse nada en serio.

Cuando me levanté por la llamada de Esplá había amanecido. Me asomé al balcón. Por la calle de Serrano empezaban a transitar algunas gentes que salían al trabajo. La hora era demasiado tardía para iniciar un movimiento sedicioso. Pocos minutos después volvió a llamar Esplá. Muy confuso, me dijo que la noticia era falsa. Pedía mil perdones por haberme molestado sin motivo. Lo eché a broma. Vinieron a poco Saravia, Ramos y Santos Martínez por la misma alarma. A las siete se fueron y me acosté.

A las diez, me llama por teléfono Martínez Barrio: Portela no quiere oír nuestra opinión de que demore la dimisión del Gobierno. Lo regular sería, en nuestro sentir, que el Gobierno aguardase a la reunión de las Cortes para dimitir. Hoy, ni siquiera sabemos exactamente cuál es el resultado electoral, ni por tanto, qué mayoría tenemos. Falta repetir la elección en algunas provincias. Todos estábamos en la creencia de que, aún ganando, no entraríamos en el Gobierno hasta dentro de unas semanas y no tengo nada preparado respecto del personal. Me parecía necesario disponer de unos días para estos asuntos y para las primeras disposiciones del Gobierno. Entrando de improviso, y a un mes de distancia de la apertura de Cortes, nuestra situación será más delicada y difícil, sin el respaldo del Parlamento. Hay, por otra parte, la cuestión del Presidente de la República, de quien he disentido y cuya política he atacado públicamente. Le atacarán también, en las Cortes, y en la parte de esos ataques que coincida con mis juicios anteriores, no puedo ni debo tomar su defensa. Esto puede originar una situación delicada. No obstante, Portela, según me cuenta Martínez Barrio, tal vez abandone el poder

hoy mismo, sin aguardar siquiera a que se haga el escrutinio de la elección del domingo, y que habrá de realizarse mañana. El susto de anoche ha concluido de derrumbar el ánimo de Portela. Huye. Teme a lo que puedan hacer las masas victoriosas; entre otras cosas, teme que tomen por asalto las casas de los Ayuntamientos, cuyos concejales están suspendidos. Ya se le dijo hace un mes, cuando empezaba a montar su artilugio electoral, que tan ruidosamente se ha venido al suelo, que no pensase solo en el día 16, sino en el siguiente, y en lo que podía ocurrir en los pueblos donde los partidos populares ganasen la elección, si se encontraban con un Ayuntamiento suspendido por orden del Gobierno. No hizo caso. Al tropezar hoy con esta realidad, lo único que se le ocurre es darse a la fuga.

Me llegan noticias de lo ocurrido en el Consejo de ministros. Han acordado dimitir. Ya tenemos ahí el poder, para esta misma tarde. Siempre he temido que volviésemos al Gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores. Una vez más hay que segar el trigo en verde. Durante estas semanas últimas, lo mismo que en la propaganda del año pasado, he procurado aumentar las dificultades, las condiciones, las reservas, a fin de que el Gobierno no viniese fatalmente a mis manos. Es inútil. La gente quiere que gobierne yo. Y los que tal vez podían gobernar se quitan de delante. Conocen lo mismo que yo las dificultades de la situación, y otra vez, como en 1931, me tocará afrontar lo que a todos les asusta.

A las dos y media me ha telefoneado Sánchez Guerra para que, entre cuatro y cinco de la tarde, dicte por teléfono mi consulta al Presidente de la República, con motivo de la crisis. El mismo procedimiento se emplea con los otros consultados, para ganar tiempo.

A las tres y media ha venido Martínez Barrio. Me lee la nota que piensa dictar por teléfono a Palacio para despachar su consulta. Examinamos la situación, que no es risueña. Está conforme con mis puntos de vista. Ya ayer hablamos de la composición del Ministerio y me dio algunos nombres de gente de su partido. Escogeré los más tolerables. Todos estos de Unión Republicana tienen la antipatía de las gentes, porque proceden del Partido Radical y por su conducta en las elecciones de 1933. Me ha costado un triunfo hacer que los de Izquierda Republicana y los socialistas consientan en ir con ellos en la misma candidatura…

En nuestra conversación de ayer tarde, al hablar del posible Gobierno, convinimos en que él sería Presidente de las Cortes. Yo había pensado llevarle al ministerio de la Guerra, pero después desistí. En el ministerio de la Gobernación no quería ponerle, porque hubiera desagradado a los demás

partidos. Mucho tiempo estuve pensando qué hacer de Marcelino. Lo mejor sería una embajada. Pero en justicia hay que llevarlo al Gobierno, para que no se crea que doy la razón a los que le han difamado, y de no llevarle al Gobierno, pensaba hacerle Presidente de las Cortes. Así se lo dije a Martínez Barrio. No se opuso, aunque dudó de las condiciones de carácter de Marcelino para tal puesto. Es también mi opinión. «No sé qué hacer —le dije —, a no ser que quiera usted ocupar la presidencia». Accedió, como si esperase la oferta, y me alegró. A Domingo lo llevaré a Instrucción, de ningún modo a Agricultura, como tal vez desea.

Estando aquí Martínez Barrio, llamo por teléfono a Masquelet, que tiene destino en Mallorca; a Ruiz Funes, que ayer se fue a Murcia; a Domingo en Tortosa, y a Amós Salvador en Logroño. La mitad del Ministerio está de viaje.

A las cuatro, Martínez Barrio habla desde mi teléfono con la secretaría de Palacio y dicta la nota que traía escrita. A continuación hablo yo, sin nota previa, y doy la consulta en pocas palabras. Al cabo de un rato me llama otra vez Sánchez Guerra: el Presidente quiere que vaya a Palacio para «ampliar» la consulta, y que «diez minutos» después de salir yo para allá vaya Martínez Barrio.

Al salir para Palacio, la casa ya se me había llenado de gente. No he tenido tiempo de hablar con nadie. Grupos de curiosos en la calle. Delante de Palacio, una multitud. Desde hace meses, y dado el giro que ha llevado mi campaña, son millones los españoles que están pensando en este suceso, mi vuelta a Palacio, unos con regocijo y con el maligno gusto de la derrota que significa para don Niceto, otros con temor, muchos con curiosidad. Por mi gusto, hubiera preferido encontrar ya el Palacio desalquilado, o con otro inquilino; pero se cumple lo que hace pocos días anuncié en un discurso: «A donde se ha salido dando portazos, solamente se vuelve hundiendo las puertas. La elección las ha hundido».

Sánchez Guerra me recibe con alborozo. Asegura que está muy contento de verme otra vez por la casa. Sus funciones oficiales le han obligado a ser reservado, y le han impedido manifestarme sus simpatías en algunas ocasiones, pero me ha acompañado siempre… Bien, muy bien. Tras una corta espera, paso al despacho de don Niceto. Está en pie y se adelanta a mi encuentro.

—Mis respetos, señor Presidente —le digo cuando me alarga la mano.

Contesta unas palabras de saludo, que no recuerdo, y nos sentamos. Está envejecido. Hundido en la butaca donde le dejé hace casi dos años, guiña los

ojos y habla con volubilidad un poco forzada, hasta entrar en materia. Me pregunta por ¡mi familia! y después:

—¿Y Cipriano?

—¿Cipriano? En La Habana.

—¿Y qué hace allí?

—Está con la compañía… (lo sabe de sobra, pero se ve que anda con rodeos para dominar su impresión y asegurarse).

Tal ha sido el comienzo de esta entrevista que todos, desde fuera, se imaginarán muy dramática. En realidad, como si nos hubiéramos visto ayer tarde. Así debía ser y así iba yo decidido a que fuese. Por suerte, él también lo ha comprendido.

Inmediatamente ha entrado en materia, hablándome de la fuga de Portela. No ha conseguido retenerlo unos días más. Esta mañana, Portela le ha dicho que los cargos de ministro y presidente no son concejiles ni obligatorios, y que nada podía obligarlo a continuar en ellos. Ha tirado el poder, sin reparar en las consecuencias. Don Niceto cree que en caso de triunfo electoral, al vencedor le corresponde señalar la fecha de la crisis. De pocas cosas más me habla, acerca del mismo asunto. Anuncian que ha llegado Martínez Barrio y salgo del despacho para que lo reciba. Temía yo que quisiera hacernos «la escena del sofá», como a Portela y a Maura, cuando descartó a Miguel para hacer Presidente al otro, de quien fiaba más para sus planes electorales. Entre Martínez Barrio y yo todo está hablado, y aunque yo hubiese preferido que se encargase ahora él del Gobierno, la gente no lo comprendería. En su consulta, Martínez Barrio le ha dicho que debo presidir yo. Me guste o me disguste, así viene impuesto por la lógica.

La conversación con Martínez Barrio ha durado diez minutos. Los he pasado conversando con Sánchez Guerra y con un amigo de Martínez Barrio que le acompañaba. Les cuento que el Presidente estaba muy preocupado con los desórdenes que apuntaban en algunos pueblos de Andalucía, y especialmente con unas violaciones cometidas en Jumilla.

—La noticia es falsa —dice Sánchez Guerra—. Se me ha olvidado comunicárselo al señor Presidente.

—Pues dígaselo, porque está asustado. Ya me figuraba yo que sería falso. ¿Qué tiene que ver el triunfo electoral de las izquierdas con el virgo de las mozas de Jumilla?

Nos reímos. Sale don Diego y vuelvo al despacho de don Niceto. Me encarga de formar el Gobierno. En seguida pregunta qué propósitos tengo sobre la composición del Ministerio. Le digo los que ya le tengo formados:

que habrá tres ministros de Unión Republicana; los demás, de Izquierda Republicana. Ningún socialista. Que en contra de lo que mucha gente cree, no tomaré el ministerio de la Guerra. Le parece bien. Nunca he pensado en volver a él siendo Presidente del Consejo, porque no podría atender a los dos cargos y al Parlamento. Como no veo al político que pudiera ocupar ese puesto, porque no se puede confiar a un novato, se la daré a un general adicto, Masquelet, que secundará mi política. Suelto algunos nombres más, entre ellos el de Ramos y el de Domingo, pero no le digo los puestos que ocuparán. Al oír el nombre de Marcelino me dice que ha sido el mejor ministro de Instrucción Pública que ha tenido España en este siglo; con todo, y sin que sea oponerme reparos a lo que yo resuelva, cree que Domingo debiera ser ministro sin cartera y vicepresidente del Consejo.

Poco más hablamos. Agrega que estará en Palacio hasta las siete. Si antes de esa hora compongo el Gobierno, puedo llevarle la lista. Después de esa hora, puedo decírsela por teléfono a su casa. Persiste su designio de que yo no vaya a despachar en su feo domicilio. A mí me viene muy bien este plan y me ahorra conversaciones y situaciones ingratas.

A la salida, tropel de periodistas que preguntan simplezas. Me limito a decirles que voy a formar el Gobierno. La muchedumbre en la plaza de Oriente aplaude. Me dirijo al Congreso para cumplir el rito de visitar al Presidente de las Cortes. Alba no estaba, o porque no se esperase para tan pronto la visita, o porque haya querido evitar el encuentro. Al entrar por los pasillos, camino del despacho de Alba, algunos periodistas y ociosos que hay por allí vitorean a la República.

Voy después a Gobernación, en busca del Presidente dimisionario. Portela estaba en su despacho de ministro, con el general Pozas, inspector general de la Guardia Civil, y alguna otra persona. Nunca había yo cruzado la palabra con Portela. Enjuto, el pelo rizoso, blanco, la mirada azul muy dura. Me dice palabras vagas y triviales. Produce la impresión de un fantasma, no de un jefe de Gobierno. Quiero llevar la conversación a los asuntos del día y le pregunto qué hay de cierto en las alarmas de ayer: «Yo, del ejército, no sé nada —responde—, solamente ayer Pozas y el director de Seguridad me hablaron de eso». Renuncio a proseguir la conversación, confía en mis dotes, en mi estrella, etcétera… Me parece que se ha dado cuenta de que no le he hecho caso. Todo en su actitud y en sus palabras corrobora la impresión de que es un transeúnte, un intruso desorientado.

Me despido lo antes posible. Apenas si hemos hablado diez minutos. Quiso presentarme a Pozas, que me saludaba cuadrado, y tal vez no estaba

seguro de cómo iba a acogerle. (Pozas fue el instructor de las diligencias previas cuando mi detención en Barcelona y no se portó mal conmigo).

—Ya conozco al general, hace tiempo —dije, cortando las palabras de presentación—. ¡En qué situaciones más extrañas nos hemos encontrado usted y yo! ¿Verdad, general?

Y le di unas palmaditas en el brazo.

Pozas, todavía un poco azorado, se sintió más a gusto. Venía a mi memoria la camareta del *Cádiz* bañada en luz eléctrica, donde Pozas me recibió una noche de octubre de 1934, cuando fui a reclamarle que me pusiera en libertad.

—Si dependiera de mí, le libertaría ahora mismo. Pero depende usted del Supremo.

No hubiera podido creer entonces el general que sería posible el encuentro de hoy.

Desde Gobernación voy a casa de Sánchez Román, por pura cortesía y amistad, puesto que hasta hace un mes, en que se apartó de la coalición, ha trabajado con nosotros. Martínez Barrio, que es amigo de componendas, me insinuó ayer la idea de llamar a Sánchez Román al Ministerio. A mí me hubiera gustado hacerle ministro de Agricultura; pero después de separarse del Frente Popular, como llaman a la coalición, hacerle ministro hubiera sentado muy mal en los partidos, y su situación política estaría muy quebrantada. Así se lo dije a Martínez Barrio. Supuse también que el propio Sánchez Román lo comprendería así y no esperaría que se contase con él ahora para nada. En efecto, Sánchez Román me ha agradecido infinito la visita y, sin que yo le hablase de nada, ha dado por supuesto que él no podía colaborar en el Ministerio. No he necesitado explicarle por qué. Se me ha ofrecido para todo lo que yo quiera, si puede serme útil desde fuera del Gobierno.

He vuelto a casa. Me esperaba Martínez Barrio. He hecho en diez minutos el Gobierno. Llamé a Barcia, para decirle que sería ministro de Estado. Como aún no tenía ministro de Marina, le dije a Giral por teléfono: «Venga usted, que le voy a hacer la pascua». También llamé a Ramos. Y poco después al general Miaja, para encargarle interinamente de la cartera de Guerra, y a Fernández Clérigo y Rodríguez Mata, subsecretarios.

Pude comunicar la lista del Gobierno al Presidente a las ocho. Pero Domingo no había llegado a Madrid, y quería guardarle la consideración de decirle a él personalmente, antes de publicarlo, que no sería ministro de Agricultura, como deseaba, sino de Instrucción. Pedí noticias del viaje de

Domingo. Se sabía que estaba en la carretera, pero no se esperaba su regreso a Madrid hasta las nueve o las diez. Me convenía dar inmediatamente la lista del Gobierno, para calmar la intranquilidad pública y reducir al mínimo la transición. No esperé más a Domingo. Hablé por teléfono con Salmerón, su íntimo amigo, y le dije las razones de la urgencia. Salmerón me contestó que no aguardase más tiempo y que él tomaba sobre sí la responsabilidad de aconsejármelo, en cuanto pudiera afectar a Domingo.

Fui a la presidencia, Portela llegaba al mismo tiempo que yo. En el despacho presidencial hablamos unos minutos, y por teléfono di cuenta a don Niceto de la composición del Ministerio. Se lo dije de memoria, y se me olvidó uno: precisamente Casares. A los pocos minutos me llamó: «¿Quién es el ministro de Obras Públicas?», preguntó. Entonces caí en la cuenta del olvido y le di el nombre. Seguramente habrá querido ver alguna malicia en la omisión. En estas llegó Amós, que venía de Logroño. «Aquí tiene usted —le dije a Portela— su sucesor en Gobernación». Amós se quedó pálido, porque aún suponiendo que esperara ser ministro, no aguardaría un encargo de ese porte. No le dejé protestar. Me despedí de Portela. La «transmisión de poderes», como decía Lerroux, ha sido aún más simple que la que yo le hice a Lerroux en septiembre del 33. Reteniéndome una mano entre las suyas, Portela me ha dicho unas cuantas frases hechas. Confía en mis dotes, en mi estrella. «Recuerde usted que se lo dije en las Constituyentes, después de su discurso sobre el artículo 26 de la Constitución», añade. La verdad es que no lo recuerdo. Mientras hablaba, desde lo profundo de las órbitas me dirigía una mirada que sería más enérgica si no hubiese en ella algo de desvarío. No me ha hablado de ningún asunto de gobierno, de ningún problema urgente, de ninguna preocupación que al nuevo Gobierno pudiera importarle conocer. Como si me entregase las llaves de un piso desalquilado. Y así es, en efecto, porque este hombre, sin importancia en tiempos de la monarquía, sin votos para salir diputado en las elecciones del 33, ha salido de la oscuridad por capricho de Alcalá-Zamora, para ganar las elecciones desde Gobernación y fabricarle un partido al Presidente. Fracasado el propósito, nada tiene que decir, nada que hacer, como no ha hecho ni dicho durante su corta presidencia.

Portela se fue con Amós a darle posesión del ministerio de la Gobernación. Entregué la lista del Gobierno a los periodistas. Entró de golpe gente, fotógrafos. A las diez he vuelto a casa.

Ha venido Domingo, con Salmerón, que le ha dicho la solución de la crisis. Muchos abrazos, muy emocionado. Le cuento rápidamente lo sucedido

y cómo he resuelto llevarlo al ministerio de Instrucción Pública. Está contento. «A veces —dice—, uno ha pensado en volver a Agricultura para sacarse la espina…; pero los tiempos no están para pensar en esas cosas». El Gobierno les parece bien compuesto.

Después de cenar, voy a Gobernación. Atravieso la muchedumbre congregada en la Puerta del Sol. Aplausos y vítores. Encuentro a Amós sentado a su mesa, rodeado de amigos oficiosos, y haciendo gobernadores interinos por teléfono. Casi todos los gobernadores de Portela han huido, abandonando las provincias. En algunas, también se ha marchado el secretario del Gobierno. No hay autoridades en casi ninguna parte y la gente anda suelta por las calles.

En Gobernación me encuentro a Echeguren, subsecretario con Portela, y al capitán Santiago, director de Seguridad. Echeguren, desde un modesto cargo municipal en Melilla, ha saltado a la subsecretaría. Acaban de derrotarlo en Melilla, por donde se presentaba diputado. Es hombre turbio, de no muy buena reputación. Según le ha contado a Ansó el agente de policía Martín, que, cuando los sucesos de Barcelona, me hizo la doble faena de «protegerme» y espiarme, y que contribuyó eficazmente a mi detención, Echeguren, cada vez que en estos tiempos pasados se encaraba con algún jefe de policía, preguntaba: «¡Qué! ¿Cuándo asesinan a Azaña?». Ha sido el ejecutor de los manejos electorales de Portela. En cuanto a Santiago, va a ser relevado esta misma noche o mañana, así que llegue de Alicante Alonso Mallol, a quien he llamado por teléfono. Ya la conducta de Santiago en la rebelión del 10 de agosto del 32 fue bastante sospechosa; entonces era jefe de la oficina de Información. Colaborador de Valdivia; premiado por Lerroux con la Dirección General de Seguridad por los «servicios» que le prestó también el 10 de agosto. Dejó impune el asesinato de Manuel Andrés Casaus, director general en los últimos meses de mi anterior Gobierno, y muerto a tiros en San Sebastián en septiembre del 34 por motivos que acaso no sean desconocidos en la propia Dirección General.

Se habló de venganza policíaca. Lo cierto es que no pusieron interés en descubrir nada. Santiago participó en las «operaciones de policía» a que dio ocasión el movimiento de octubre. Cuando Valdivia hubo de abandonar el puesto de director, por los motivos que todos conocen, Santiago fue hombre de confianza de Portela y llegó a ocupar el cargo en propiedad.

La Puerta del Sol, mientras estábamos en el despacho del ministro, ha ido llenándose de gente. No cabía una persona más, gritaban, aplaudían. Algunos novatos estaban muy impresionados, pero yo recordaba la noche del 14 de

abril del 31 y la de mayo que precedió a la quema de los conventos, y todo esto de hoy me parecía una verbena. La Guardia de Seguridad había sacado los caballos a las diez o las once de la noche, empujando a la gente para dispersarla. Golpes y protestas. Santiago quería sacar la fuerza otra vez, para despejar la plaza. Le dije que no. «Ya verá usted cómo se van tranquilamente», le dije. En efecto, a la una, como arreciaban los clamores, salí al balcón. Gran estruendo. Conseguí, con el ademán, que se callaran. Llevándome un dedo a los labios, les hice guardar silencio, y hasta que no cesó el último grito, no hablé. No se oía una voz, no se movía nadie. Como si la plaza, atestada, se hubiese quedado vacía. Les dije unas cuantas palabras y les invité a disolverse pacíficamente. Aplaudieron. Media hora después, no quedaba en la Puerta del Sol más que la circulación normal a tales horas.

Seguía habiendo demasiada gente en el despacho del ministro. Me aparté un poco con Martínez Barrio y hablamos de lo que podía hacerse con la amnistía. Nos ha parecido imposible que la gente se aguante más de un mes, hasta que las nuevas Cortes puedan votarla. Saldremos a motín por día. Después de dar vueltas al asunto, quedamos en presentar a la Diputación permanente de las Cortes actuales un proyecto de decreto de Amnistía. En la Diputación no tenemos más que cinco votos, de 21. Pero cabe esperar que, bajo la presión de las circunstancias, las derechas voten la propuesta del Gobierno. Martínez Barrio se ha encargado de hacer las exploraciones convenientes, empezando por Maura.

A las dos y media hemos conseguido quedarnos solos el ministro, Martínez Barrio y yo. Hacemos casi toda la combinación de gobernadores.

Llegan noticias de disturbios en algunas provincias: Huelva, Alicante, Játiva…

En los penales hay motines. Los promueven los presos por delitos comunes, que se alborotan porque los presos políticos van a salir y ellos no. Con este motivo han ocurrido cosas graves los días pasados en Burgos y Cartagena. En Burgos, los presos comunes han estado a punto de asesinar a González Peña, y, en Cartagena, los consejeros de la Generalidad han corrido serio peligro. Esta noche, se han sublevado los penados de Chinchilla, San Miguel de los Reyes, Santoña y algún otro penal más. Es urgente conceder la amnistía, aunque en el pacto electoral se conviene en someterlo a las nuevas Cortes.

Vuelvo a casa a las cuatro de la madrugada. ¡Qué jornada! ¡Y qué sueño!

20 de febrero. Madrid

A las once, en la presidencia, primer Consejo. Hago planes de trabajo para los ministros de Obras Públicas, Agricultura y Hacienda. Después examinamos la situación del orden público. Continúan los alborotos en algunos puntos de Andalucía y Levante. En Valencia hay un lío tremendo por la sublevación de los presos de San Miguel de los Reyes. Han quemado parte del penal. Están revueltos los presos comunes y los políticos, que han caído como en rehenes de aquellos. En Alicante han quemado alguna iglesia. Esto me fastidia. La irritación de las gentes va a desfogarse en iglesias y conventos, y resulta que el Gobierno republicano nace, como el 31, con chamusquinas. El resultado es deplorable. Parecen pagados por nuestros enemigos.

Hemos hecho después nombramientos de personal. Casi todos los gobernadores y algunos altos cargos. Le ofrecí ayer la subsecretaría de la presidencia a Esplá, que me haría buen servicio en este puesto, porque tiene experiencia política y es muy mañoso; pero no aceptó: quiere seguir en el periódico (aunque, como se lo advertí hace tiempo, no tendría público) y emplearse en la propaganda si el Gobierno organiza algo para ese servicio. He designado a Fernández Clérigo, que espero ha de hacerlo bien, aunque le falta costumbre de los cargos de gobierno. He colocado a la mejor gente del partido, en el que hay un personal de segunda fila muy lucido y capaz, y muy honesto. De él podía salir un buen puñado de gobernantes, si nos dan tiempo para que hagan el aprendizaje y se formen. Este es uno de los mayores obstáculos: la falta de gente apta para gobernar. No existe el centenar de personas que se necesita para los puestos de mando. Así ha salido eso de los gobernadores. La talla ha bajado tanto, que hombres muy modestos se ofenden si se les ofrece un Gobierno Civil. Así hoy Lezama, subdirector de *La Libertad*. Marcelino Domingo ha propuesto en Consejo que le hiciéramos gobernador de Valladolid; se le consultó por teléfono y rehusó, haciendo saber al intermediario que la oferta le molestaba como una vejación. Aspirará a una embajada, como todo periodista que se respete.

En el Consejo, Barcia ha planteado algunas cuestiones imprecisas referentes a Ginebra, de las que no parece todavía muy enterado. Tengo que buscarle un buen subsecretario que le saque de la tela de araña que urdirá la gente de la casa.

He hecho preguntar por teléfono al Presidente de la República cuándo podrá recibir al Gobierno. Ha contestado que «la costumbre es que el

Gobierno se presente en el primer Consejo que se celebre en Palacio». Esa costumbre es nueva para mí. En mi otra etapa de Gobierno, recibió a los ministros al constituirse el Gabinete. Es un síntoma del aprecio en que nos tiene.

Por la tarde he ido a Gobernación, para decir unas palabras ante el micrófono. Lo habíamos acordado en Consejo, a fin de calmar el desordenado empuje del Frente Popular y aconsejar a todos la calma[2].

En el despacho de Amós encontré a Giménez y Fernández, el segundo o tercer personaje de la CEDA, a quien se atribuye una tendencia opuesta a la de Gil Robles. Este parece más guerrillero, despótico y fascista; Giménez presume de un democratismo «cristiano-social». Recuerdo que Herbette, hace un año, me habló con elogio de Giménez y Fernández. Era el tiempo en que Herbette no creía que en España hubiese «azañistas». Giménez era ministro cuando los sucesos de octubre y desde la radio habló anunciando mi «captura». Después, en los pasillos de la Cámara, ha pronosticado mi vuelta al poder por cuatro años, en vista de la política que hacía la CEDA. Asegura que no le separa de mí más que la política religiosa. Nunca le he oído hablar, ni leído nada suyo. Ignoro si vale para algo. Es hombre joven, de aspecto tosco, como de señoritón, y, por lo que hasta mí llega de sus ideas políticas, me parece un conservador utópico, para discursos en los juegos florales, formado en academias escolares, con el aditamento de querer ser «moderno» y avanzado y no «asustarse de nada». Estos cristianos sociales reeditan la posición de Ossorio hace veinte años. Rigurosamente fracasada. En España lo «cristiano» es específicamente católico. Lo social, en cuanto sale de academias y ateneos (a veces, sin salir) y abarca intereses vivos de las clases, es anticatólico. Y el catolicismo militante es acérrimo defensor del orden establecido. No sé cómo pueden conciliarse en una política ambas tendencias. Quien la mantenga de buena fe y con miras de conservación social está destinado al fracaso y la soledad, sobre todo entre las clases conservadoras. Porque las otras, ni siquiera lo oyen.

Amós me ha presentado a Giménez y Fernández, que reprimía su azoramiento. Me ha dicho que su partido votaría la amnistía en la Diputación permanente de las Cortes, como una medida de «pacificación social». Tienen un miedo horrible. Ahora quieren pacificar, para que las gentes irritadas se calmen y no los hagan pupa. Si hubiesen ganado las elecciones, no se habrían cuidado de pacificar y, lejos de dar la amnistía, habrían metido a la cárcel a los que aún andan sueltos.

Giménez y Fernández se quejaba al ministro de algunos atropellos y

asaltos cometidos por la muchedumbre contra los centros y periódicos de la CEDA. A propósito de esto cambiamos algunas palabras. Le dije que ese era el resultado fatal de una opresión de casi dos años y que debían haber comprendido que no serían eternos. Me aseguraba Giménez y Fernández que confían en mí. «Tienen ustedes que convencerse —le dije riendo— que la derecha de la República soy yo y ustedes unos aprendices extraviados».

Cuando me dirigía a la habitación donde habían instalado la radio, encontré a Maura, que llegaba. También está conforme con que se dé la amnistía ahora, y si tropezamos con alguna dificultad en la Diputación permanente, que la dicte por decreto. Le contesté que de ningún modo lo haría. Si creen que la amnistía es necesaria y urgente, que la voten en la Diputación. El decreto sería ilegal y me lo echarían en cara. Lo que yo quiero, naturalmente, es que den sus votos para ello, y tienen tanto miedo que, si no llevase el proyecto de ley a la Diputación de las Cortes, acabarían por venir a pedírmelo.

CUADERNO DE LA POBLETA (1937)

20 de mayo

Han pasado tantas cosas en estos quince días, que no me será fácil contarlas, por lo menos con algún orden. Sin embargo, para intentar recordarlas y ordenarlas, escribo precisamente. Hoy tengo un día tranquilo, aunque apesarado por la situación de Bilbao. Nada de lo que viene ocurriendo y va a ocurrir por allí me sorprende. Pero, esto, lejos de ser algún alivio, me atormenta. Desde hace meses no hago otra cosa que contar los minutos que faltan para el cumplimiento de mis previsiones. Hago estos apuntes lejos de la algarabía valenciana y de la hedionda capitanía, mi alojamiento oficial, donde reina el aberrado gusto del país, la vetustez sucia de los centros oficiales y el olor a las pomadas y tintes de todos los capitanes generales que allí se han albergado durante un siglo. En este campo, silencio absoluto, sol mediterráneo, olor a flores. Parece que no ocurre nada en el mundo.

Empiezo por lo de Barcelona, muy grave, y que ha podido ser la escena final, por lo menos, en cuanto a mí se refiere. No quiero entretenerme en los antecedentes, porque sería muy largo. Hay para escribir un libro con el espectáculo que ofrece Cataluña, en plena disolución. Ahí no queda nada: Gobierno, partidos, autoridades, servicios públicos, fuerza armada; nada existe. Es asombroso que Barcelona se despierte cada mañana para ir cada cual a sus ocupaciones. La inercia. Nadie está obligado a nada, nadie quiere ni puede exigirle a otro su obligación. Histeria revolucionaria, que pasa de las palabras a los hechos para asesinar y robar; ineptitud de los gobernantes, inmoralidad, cobardía, ladridos y pistoletazos de una sindical contra otra, engreimiento de advenedizos, insolencia de separatistas, deslealtad, disimulo, palabrería de fracasados, explotación de la guerra para enriquecerse, negativa a la organización de un ejército, parálisis de las operaciones, gobiernitos de cabecillas independientes en Puigcerdá, La Seo, Lérida, Fraga, Hospitalet, Port de la Selva, etcétera. Debajo de todo eso, la gente común, el vecindario pacífico, suspirando por un general que mande, y se lleve la autonomía, el

orden público, la FAI, en el mismo escobazo. Todos estaban inquietos. Companys hablaba a tontas y a locas de dar la batalla a los anarquistas, pero no tenía ganas ni medios. Al parecer, el más enérgico era el consejero de Seguridad, Aiguadé, asistido por un comisario o jefe de Seguridad, Rodríguez Salas, renegado de la CNT, buen conocedor de sus gentes, a las que odia y que le odian. Les ha dado dos o tres golpes duros, o más bien escandalosos, porque de ellos no resultó nada: asunto de la exportación de alhajas por unas mujeres muy bien relacionadas en las esferas de la Seguridad interior y en el Gobierno catalán; detención (rectificada a las pocas horas, cediendo a las amenazas) de los asesinos del socialista Roldán en Hospitalet. Contra Aiguadé y Rodríguez Salas había una fuerte oposición en los sindicatos anarquistas, etcétera. Ya en las últimas crisis habían tratado de eliminarlos, no accediendo Companys. En tal situación, el lunes 3 de mayo, se le ocurre a Aiguadé ocupar por la fuerza la Telefónica, para instalar en ella a un comisario del Gobierno. La Telefónica estaba en poder de la CNT y de la UGT, habiéndola repartido *por pisos*. Aiguadé no dio cuenta de su decisión a los demás consejeros de la Generalidad y, según me ha contado Tarradellas, a él se lo dijo cuando ya tenía dadas las órdenes. Tarradellas me asegura que le pareció aventurada la decisión de Aiguadé, porque no contaban con medios para vencer las resistencias que hubiese; pero le dejó hacer, sin duda por el hábito de que cada cual hiciese cuanto se le antojara e incapacidad de mandar. Todo esto ha de tenerse en cuenta para comprender por qué se acabó la insurrección y por qué los revoltosos dijeron, no sin alguna razón, que habían triunfado. El lunes, a eso de las cinco de la tarde, Aiguadé llamó por teléfono a mi secretario y le encargó a Santos que me dijese que la Generalidad se había incautado de la Telefónica y no ocurría novedad. Era la primera vez que desde el Gobierno catalán me daban noticia de ninguna cosa, y como yo no estaba entonces enterado de los antecedentes, no entendí el recado. «¿Y eso qué es? —le pregunté a Santos—. ¿Qué me cuentan a mí de la Telefónica?». «No ha dicho más», contestó Santos. Como habían ocurrido algunos incidentes con mis conferencias telefónicas, supuse, por suponer algo, que Aiguadé me decía aquello para mi satisfacción y sobreentendiendo que ya no se repetirían ciertas cosas. No presté más atención, y seguí escribiendo lo que traía entre manos. No volví a saber nada ni a enterarme de nada anormal hasta ser de noche. Después he sabido (*después*, como siempre) que la mecanógrafa (Rocío) se había presentado en la oficina diciendo que había agitación en las calles y tiros en la plaza de Cataluña. Nadie traspasó la puerta de mi despacho para contármelo. El señor Viqueira, jefe de la Escolta, decidió irse al cine. Por

fortuna, Lola no había salido aquella tarde, como solía. Lo ocurrido era lo siguiente: Los guardias de asalto, enviados por Aiguadé, se presentaron ante la Telefónica. Los recibieron a tiros, ocuparon la planta baja, ignoro si alguna otra más. Desde ese momento, empezó el motín. Cuando supimos todo esto en mi residencia, telefoneamos a Aiguadé. Nos dijo que no ocurría nada grave, y que tenía *preparada la fórmula* para arreglarlo. Creo que la fórmula consistía en dejar las cosas como estaban antes, aunque con los guardias en la planta baja del edificio. Vinieron a decirnos que fuera de las verjas del parque circulaban grupos sospechosos. Se le comunicó a Aiguadé: Los grupos eran pocos, *incontrolados*, y se retirarían en seguida, gracias a la fórmula. Ordené que cerrasen las verjas y pregunté cuánta gente teníamos. ¡Casualidad! Toda la Escolta estaba de paseo, y no volvería hasta las nueve, si la dejaban entrar. Teníamos doce hombres y un cabo. Ningún oficial, excepto el ayudante de servicio. En estas condiciones, se trató de buscar a Viqueira, que ya había salido del cine para su casa. Como las calles podían estar peligrosas, se pidió a Aiguadé que enviase protección a Viqueira para traérmelo; pero, suponiendo yo que no lo haría, mandé uno de los coches de nuestra policía, con cuatro agentes. Entonces se descubrió la gravedad de la situación. En la puerta del parque, los grupos se acercaron al coche, desarmaron a sus ocupantes, estuvieron a punto de asesinar al conductor, y les obligaron a volver atrás. «Las pistolas —dijeron— se las pedís a Eroles». Cuando subieron a contarme el caso, quise llamar por teléfono a Valencia, para comunicar con el Gobierno. La telefonista me dijo: «En la central se niegan a dar conferencias para Valencia». (La *fórmula* de Aiguadé no había, pues, servido). Cuando me disponía a utilizar el telégrafo, llama por teléfono Bolívar, desde Valencia. Admitían aún las llamadas desde fuera de Barcelona, pero no a la inversa. Bolívar y Sindulfo estaban en Valencia para asuntos administrativos, y Parra en Madrid, por enfermedad grave de su mujer. Aproveché la llamada de Bolívar, le conté lo que pasaba, y le encargué que inmediatamente informase de todo al jefe del Gobierno. Al Presidente se le ocurrió llamar a Companys. Bolívar me transmitió, hora y media más tarde, la respuesta. Companys dijo que el suceso no tenía importancia, que los pequeños grupos se habían retirado, y que inmediatamente el primer consejero de la Generalidad acudiría a mi residencia para presentarme sus excusas. Después de enterar a Bolívar de la respuesta de Companys, el jefe del Gobierno se acostó. En el intervalo de las dos conversaciones, se había repetido el incidente del coche. En vista de las seguridades de Aiguadé respecto de su fórmula, decidí enviar otra expedición de policías. También los

desarmaron y obligaron al coche a volverse. Oída de Bolívar la respuesta del jefe del Gobierno, le encargué que le visitase de nuevo, haciéndole saber que no se podía entrar en mi residencia ni salir de ella, que estábamos asediados, y que Barcelona caía en pleno motín. Que lo de darme excusas era una estupidez o una añagaza para no descubrir la verdad al Gobierno. Que yo no era en Barcelona el embajador de Inglaterra o de los Estados Unidos a cuyo cocinero han apaleado y detenido los agentes de la autoridad, la cual se apresura a dar explicaciones y a prometer el castigo de los infractores. Que yo no estaba agraviado con la Generalidad en la persona de mis policías, pues lo que ocurría era una rebelión o un motín muy grave. Que sobraban las excusas y se echaban de menos las medidas de gobierno, etcétera. No supe más del Gobierno aquella noche, aunque me consta que Bolívar consiguió levantar de la cama al Presidente del Consejo. Cenamos tarde. Terminábamos, ya cerca de las once, cuando se presentó Tarradellas. Venía tan aturdido que, en lugar de ir a mi despacho, se dirigió al comedor. Desde la Generalidad, de donde había salido después de las nueve, nos habían preguntado dos veces, con alarma, si Tarradellas estaba con nosotros. No sabíamos nada de él, y temimos por su suerte. Llegó. Había tardado hora y media desde la Generalidad hasta el Parlamento. Le obligaron a apearse del coche en todas las barricadas (por él supe que estaban haciéndolas), y a parlamentar largamente, humillándole. Cuando quiso empezar el tema de las excusas, recalcándolo con que estaba avergonzado como catalán, le atajé, repitiéndole las observaciones ya apuntadas a Bolívar para el Presidente del Consejo. «No ha lugar a excusas, sino a dominar el motín, y por lo que a mí toca, a garantizar mi seguridad y la libertad de mis movimientos». Me confesó que el Gobierno de la Generalidad no dominaba en la calle; que las fuerzas estaban en sus cuarteles, pero no las sacaban, porque sacándolas, habría tiroteo. «Con tal de que no lo haya —le dije—, consienten ustedes que Barcelona esté en poder de los anarquistas». Añadió que los pueblos también estaban levantados. Censuró mucho a Aiguadé por haberse lanzado a una batalla sin prepararla, y a Companys, por hablar tanto de darla, con lo que había puesto en alarma a los anarquistas. Creía que al fin se arreglaría todo mediante negociaciones. Ya estaban los delegados en la Generalidad, para tratar, y se restablecería la calma aunque fuese *sacrificando a Aiguadé y Rodríguez Salas* (a quienes él y Companys habían dejado obrar a su gusto). Se fue Tarradellas. Viqueira había logrado entrar, solo y a pie, pero evitó el ponérseme delante. Le pregunté a Masquelet dónde estaban los demás jefes del Cuarto militar. No habían venido. «Me sirven ustedes menos que las criadas de mi mujer», le

dije. Entonces los llamó por teléfono. Jiménez Orge, en el camino, fue detenido y llevado a una *checa*. Al darse a conocer, le dijeron: «Llama por teléfono al Parlamento, para comprobarlo, pero no hables, o te volamos la cabeza». «¿Tenéis ahí —le dijeron a Masquelet— a un teniente (coronel) Jiménez Orge?». «Sí, sí. Soltadlo, y que venga». Lo soltaron. El otro, Azcárate, también fue detenido. No sé cómo se las arregló, o qué dijo (tal vez se afilió en la CNT); el caso es que le trajeron en coche al Parlamento sus mismos aprehensores. Toda la noche estuvieron los revoltosos dueños de la ciudad, levantando barricadas, ocupando edificios y puntos importantes, sin que nadie se lo estorbase. Además se reprodujeron las entradas en las casas, y los paseos. Se oían algunos tiros. En las cercanías de mi residencia no pasaba nada. Por eso, y porque no teníamos cosa mejor que hacer, nos acostamos tranquilamente. Yo no estaba preocupado, aunque sí molesto por la situación en que me habían puesto. Percibía además vagamente que toda aquella trifulca no iba directamente conmigo, y hasta pensaba que, empeorándose las cosas, pudiese ser útil para conseguir la paz. Lo que me desazonaba y enfadaba era el escandalazo que iba a darse en el mundo con esta rebelión, la utilidad que sacarían de ella los otros rebeldes, y la repercusión de todo ello en la guerra. Aguardaba también decisiones del Gobierno, que esperaba conocer al día siguiente.

El martes, poco antes de las ocho, nos despertó el fuego. Se oía un estruendo descomunal, de ametralladoras, morteros, fusilería y bombas de mano. Toda el área del parque estaba rodeada. Frente a la salida de mi residencia, los revoltosos ocupaban la estación de Francia, con ametralladoras en una azotea, y las casas del Borne, cortando el camino hacia el paseo de Colón. Tenían también el paseo de San Juan, la estación del Norte, y las vías que comunican con la de Francia. Desde los balcones de la fachada principal se veía muy bien a los atacantes en la terraza, parapetados en sacos terreros. En toda la ciudad había fuego. Funcionaba el teléfono dentro de la población y pudimos preguntar a algunos sitios. En todas partes, lo mismo. No pudiendo hablar por teléfono con Valencia y estando sin noticias del Gobierno, me serví del telégrafo. Por suerte, no se habían apoderado del Centro telegráfico. Me pusieron en comunicación con la presidencia del Consejo. El Presidente no había llegado. Se puso al habla el subsecretario de Guerra. Le recordé el aviso verbal dado la noche antes por Bolívar, le conté lo que estaba sucediendo y le ordené que se lo comunicase al Presidente, y me diese cuenta de las medidas que adoptase. Prometió hacerlo. Pero no volví a saber nada del Presidente del Consejo, ni me llamó, ni me envió recado alguno. ¡No sé qué habrá de ocurrir

en España para que al Presidente del Consejo se le ocurra hablar con el de la República! Lo mismo han hecho los señores de la Generalidad. Desde que Tarradellas se fue de mi residencia, el lunes por la noche, hasta el viernes por la mañana, en que salí de Barcelona, nadie de la Generalidad ha preguntado por mí, ni ha tratado de hablarme, ni se ha interesado por nuestra situación. Era más que una grosería escandalosa, era un acto de hostilidad sorda, pues ninguno de aquellos hombres desconocía mis juicios sobre la política que seguían y muchos habían oído mis advertencias. Añadiré que de toda Barcelona solamente dos personas llamaron preguntando por mí: Guimet y Trabal. Nadie más. ¡Temían comprometerse!

El martes, muy temprano, Aiguadé envió unos guardias para proteger la verja del parque. Galarza me ha dicho después que Aiguadé le aseguró haber enviado quinientos hombres. A nosotros nos dijo Aiguadé que enviaba ciento cincuenta. En realidad, fueron ochenta. Se parapetaron en la verja, para responder al fuego que hacían desde la estación y el Borne. El comandante fue herido en seguida, y le tuvimos en una cama de nuestra casa hasta que se lo llevaron al hospital. Cayó muerto el alférez, y quedó solo un capitán, bastante asustado, que pedía refuerzos sin haber tenido bajas (no podía recibirlos de ninguna parte), y oía a unos emisarios de los revoltosos que le invitaban a rendirse. Trajeron los guardias un mortero, con solo cinco granadas, de las cuales no estallaron cuatro; la quinta cayó en una barricada próxima, mató a tres hombres y los demás pusieron bandera blanca. Yo no tenía más que sesenta soldados en la Escolta, armados de fusil, con pocas municiones, sin ametralladoras. Cuatro que teníamos en Palacio fueron llevadas a Sigüenza en un día de apuro, y no he conseguido que me den otras, no obstante tener ametralladoras hasta los barberos. Ahora, después de los sucesos, ya nos las han dado, pero ha sido menester que vuelva Saravia a tener mando (dirige la defensa antiaérea) para obtenerlas. Dispuse que los soldados de la Escolta, cuyo uniforme es muy conocido, no se diesen a ver, ni tomaran parte en la refriega, para ahorrar municiones, a no ser que los revoltosos asaltasen el parque. No lo intentaron. Tiraban contra los guardias parapetados detrás de la verja, pero hacían poco daño. Por suerte, las granadas de mano no llegaban hasta la verja, y no tenían morteros en la estación. Contra el Palacio no tiraban directamente, y llegaban algunas balas perdidas y las de un «paco» nada más. En esta situación hemos estado cuatro días, salvo unas horas de calma, el jueves, sin duda por efecto de negociaciones en curso. A las cuatro del jueves, se reprodujo la función, con más furia. Supimos ese día que los rebeldes habían puesto tres cañones en la estación del Norte, y

otro en la Meridiana, con ánimo de usarlos al siguiente día. También tiraron con cañón desde una batería baja de Montjuich y desde la plaza de España cañonearon un cine del Paralelo, ocupado por la Guardia Civil, matando a ochenta guardias. La comandancia de carabineros se rindió, y otros centros policíacos y militares. El parque de artillería estaba desde julio en poder de la FAI (allí me llevó Companys un día, en enero, y me indigné de lo que vi, y se lo reproché, inútilmente), y de él sacaron cuanto les hizo falta. Todas las barriadas estaban en poder de los revoltosos. La Generalidad, la Consejería de Gobernación, la Delegación de Hacienda, etcétera, etcétera, sitiadas. Lo más recio fue en la plaza de Cataluña. Allí llevaron tres carros blindados de la CNT, armados con tres ametralladoras cada uno, que hicieron muchas bajas. Creo que eso fue el martes o el miércoles. El mismo día, por la tarde, apareció otro carro, que fue destruido con granadas de mano por los socialistas que ocupaban el hotel Colón, combatiendo por el Gobierno. En lo más recio del conflicto estaban nuestros amigos Amós y Casares. Amós en el Bristol, ocupado por los guardias de asalto (allí por poco matan a Amós), y Casares en otro hotel, cuyo nombre no recuerdo, en poder de la FAI, que se defendía de los ataques de los guardias. En este mataron a Ascaso. Estábamos preocupadísimos por ellos, sobre todo por Casares, rodeado de faístas en rebelión. No les ha ocurrido nada, aparte del susto. En la misma fonda que Casares se hospedaba el general Martínez Monje. Cuando Ascaso cayó muerto, los rebeldes invitaron a Martínez Monje a que los dirigiese en la resistencia, como técnico. Martínez Monje se excusó, alegando su condición de militar al servicio del Gobierno, y su neutralidad en la contienda. He de advertir que la consigna lanzada por los rebeldes, y aceptada de hecho por la Generalidad con su conducta, fue que se trataba de una riña *entre catalanes*, con la que nada tenían que ver los demás, y, *naturalmente*, el Gobierno de la República. Los escrúpulos de Martínez Monje fueron escuchados y no le ocurrió nada. Días después, presentándose a Pozas, y después de extrañarse de que el nombramiento no haya recaído en él, dijo: «¿Sabes que en cierto momento me han *ofrecido la dirección* del movimiento?». «Celebro que no la hayas aceptado. Te habría fusilado». A don Manuel, comisario jefe de mi ronda, le hicieron prisionero el martes y no le soltaron hasta el sábado. Creímos que lo habían asesinado. Estuvo preso, con dos capitanes, dos curiales y otras personas más, en una de las casas del Borne desde donde hacían fuego los revoltosos. Aunque ha debido de oír cosas de interés, no se ha enterado de nada. Dentro del Parlamento se habían quedado los policías, los mecánicos, los ujieres, etcétera, hasta sesenta personas de extraordinario.

El martes se acabaron los víveres. Pudimos comer algo el miércoles porque estaba preparándose un envío de comestibles a Madrid y había unas cajas con bacalao, huevos y arroz. Pero todo se acababa rápidamente, siendo tantos. El jueves pudo salir el cocinero a comprar algo, aprovechando la calma pasajera. Yo me entretenía en leer, dictar a la mecanógrafa el texto de *La velada en Benicarló*, y en hablar por telégrafo con Prieto. Algunos días he pasado cinco horas al pie del Hughes. Conservo todas las cintas de estos cuatro días, y espero poder darlas a conocer, para que se comprenda hasta qué extremo ha llegado conmigo el Gobierno.

Ya he dicho que el Presidente del Consejo, ni directa ni indirectamente ha intentado comunicarse conmigo. Tampoco dio cuenta de mi situación a los ministros. Prieto me habló por el teléfono el martes, a media mañana. Conocía el alboroto de Barcelona, pero no se daba, ni podía darse, no viéndolo, cuenta cabal de mi situación. Me dijo que enviaba dos destructores al puerto de Barcelona, que llegarían a medianoche, para ponerse a mis órdenes. Que saldrían veinte aviones para Reus y el Prat. Que Gobernación y Guerra mandaban dos columnas, y que se transportaban a Reus mil soldados de aviación. Prieto estaba muy alarmado y dispuesto a que se aplastase la rebelión. Pero ni en sus entrevistas con Largo aquella mañana ni en el Consejo de ministros de por la noche, le dieron a conocer mi comunicación telegráfica al Presidente del Consejo. Es claro: en ella se aludía al aviso verbal del lunes por la noche, y habría sido difícil justificar la indiferencia con que fue recibido. A preguntas mías, Prieto me dijo que sus conversaciones conmigo eran de su iniciativa personal, y que no tenía encargo del Gobierno ni del Presidente para hacerlas. En el Consejo de aquella tarde acordaron el rescate del Orden público y el nombramiento de Pozas para el mando del ejército en Cataluña. Se lo comunicaron por telégrafo a mi secretaría, pidiendo aprobación para los decretos. La di, porque no tenían más defecto que el retraso.

Llegaron los destructores en la madrugada; pero, como ya le había advertido a Prieto, los marinos no pudieron llegar a mi residencia. El comandante del *Lepanto* consiguió meterse en la Generalidad, y no pudo salir hasta las cuatro de la tarde, para volverse a la base de Aeronáutica, desde donde me telefoneó. Le ordené que no intentase venir al Parlamento, y que se volviera a bordo, que era su sitio, y que desamarrase los barcos del muelle.

El miércoles por la mañana hablé de nuevo por telégrafo con Prieto y le dije en sustancia que llevaba cuarenta y ocho horas privado del ejercicio de mi función, que esperaba las decisiones del Gobierno para reintegrarme en

ella inmediatamente, y que, si no lo hacía, tomaría yo bajo mi responsabilidad alguna iniciativa, de consecuencias incalculables. Que llamase al Presidente de las Cortes y le diese a leer lo que acababa de comunicarle, y que pues el Gobierno, en la persona de su Presidente, no tenía nada que decirme, también yo limitaba a una información personal para Prieto lo que acababa de transmitirle. Prieto estaba muy alarmado, seriamente preocupado, hacía cuanto estaba a su alcance en mi servicio, pero aun así, no se percataba exactamente del suceso. Lo prueba que esa misma mañana me dijo que, en opinión del Gobierno, *convenía que me trasladase a Valencia*. No acababa de enterarse del cerco que me tenían puesto. «La dificultad —le dije— no es que yo acceda a ir a Valencia, sino que no puedo asomarme a la calle». Martínez Barrio acudió al telégrafo, leyó la cinta, y tal impresión debía hacerle que, sin esperar al término de la conferencia, salió apresuradamente a ver a Caballero. Volvió pronto, diciéndome que el Gobierno iba a hacer esto y lo otro, y que tuviese calma. Le contesté convenientemente y no hubo más. Al Gobierno se le ocurrió enviar dos columnas por tierra, que hallaron resistencia en Tortosa y Amposta. «A ese paso —le dije a Prieto— tardarán mucho». (En efecto, llegaron a Barcelona el sábado, cuando se había acabado todo). Le aconsejó que enviasen fuerzas por mar, las cuales, estando el puerto dominado por los destróyers, desembarcarían fácilmente en el corazón de la ciudad. Así lo resolvieron, pero no pudieron salir hasta el viernes. Es de advertir que en Bétera, junto a Valencia, está acantonado el batallón presidencial, perfectamente armado, instruido y disciplinado. Menéndez fue a ofrecerlo. Embarcándolo el martes, habría llegado por la noche, y desde el puerto se habría abierto paso fácilmente hasta el Parlamento, por el paseo de Colón, cogiendo de revés a los de la estación, y me habría dado después la satisfacción de ir a desbloquear a Companys. Pero Menéndez está aguardando todavía la respuesta a su iniciativa.

Otras muy felices tomó el Gobierno, por ejemplo: enviar una comisión de la CNT y la UGT, con García Oliver, para aconsejar a los revoltosos que *volvieran al trabajo* (como si fuese una huelga), y a gestionar una formulita de arreglo. Trabajosamente llegaron a la Generalidad. Los recibieron muy mal, por aquello de que era una cuestión entre obreros catalanes, o simplemente entre catalanes. No les dieron cama ni comida. Solamente Oliver pudo conseguir medio panecillo y un chorizo. No sé lo que hablarían. El caso es que se volvieron a Valencia furiosos por el recibimiento y el fracaso. También fue a Barcelona Federica Montseny y echó un discurso por la radio, como lo habían hecho García Oliver y otros prohombres de la CNT. Federica

Montseny se arrancó diciendo que llevaba la representación del Gobierno y de la CNT, y rogaba que *depusiesen su actitud* los rebeldes y los camaradas guardias, que se repararían los agravios, etcétera. Después, los cenetistas han dicho por ahí que la rebelión se acabó por pacto con el Gobierno, negociado por la Montseny. Caballero me ha asegurado después que es falso, y lo creo. Habló también por la radio Mariano R. Vázquez, alias Marianet, secretario de la CNT, aconsejando la paz, amenazando con que sería considerado faccioso quien no se sometiera. Entretanto, hubo crisis en la Generalidad. Se formó un nuevo Gobierno, con un miembro de la CNT, otro de la UGT, un «rabassaire» y un esquerrano. Excluyendo a Aiguadé y relevando a Rodríguez Salas. Era el triunfo de los rebeldes. Por eso, en la orden final de cese de hostilidades, dada el viernes por la mañana, han podido decir que habían obtenido satisfacción de sus agravios. En el nuevo Gobierno figuraba un tal Sesé, de la UGT. Al salir de la Generalidad para encaminarse a su Consejería, atravesó una barricada: se dio a conocer, le dejaron pasar, y cuando hubo pasado le asesinaron con toda su escolta de policía. En la rebelión tomaban parte más activa el POUM, el Estat Català, los Ateneos libertarios, y elementos de la CNT, aunque no todos, ni mucho menos. Algunas columnas de la CNT abandonaron el frente y se dirigieron a Barcelona para ayudar a los rebeldes. (En el frente de Aragón hay tres divisiones de CNT). Una de las columnas fue contenida por la aviación, pero algunas fuerzas llegaron de todos modos.

El Gobierno había acordado, el martes, asumir los servicios de Orden público, nombrar a Pozas para el mando de la cuarta división y de todo el ejército del frente de Aragón, y al coronel Escobar para delegado del Gobierno en la jefatura de Orden público en Cataluña. El miércoles, el comité nacional de la CNT visitó a Caballero para pedirle que no se emplease la violencia contra los revoltosos. El Presidente del Consejo se negó a sus pretensiones. No sé por iniciativa de quién, pero me figuro que por la de los ministros de la CNT, volvía a ponerse en discusión lo del rescate del Orden público. También Irujo, como autonomista vasco, hacía remilgos ante esa decisión del Gobierno, y me parece recordar que salvó su voto, por principios. Me enteré por Prieto de esas vacilaciones, y le dije que no podía admitir la derogación de los decretos, ya aprobados, por la simple omisión de publicarlos en la *Gaceta*. Si querían derogarlos, se necesitaba nuevo acuerdo, que habrían de someter a mi aprobación. No pensaba darla. Los decretos se publicaron el miércoles, en *Gaceta* extraordinaria. El público, en Barcelona, los esperaba con ansia, pero los de la Generalidad los recibieron muy mal, no obstante estar convencidos de su necesidad. Se había tratado de que la

Generalidad pidiese ella misma la vuelta del Orden público al Estado. Companys dio una respuesta ambigua, de la que en todo caso se desprende que la medida era inevitable, a juicio de los mismos gobernantes de Cataluña. Companys tuvo buen cuidado de decir, en una nota, que el rescate del Orden público se había hecho «por iniciativa del Gobierno de la República». El nombramiento de Pozas para el mando del ejército implicaba la desaparición de la Consejería de Defensa, cuyo menor defecto era su ilegalidad. Esto les parecía aún peor, y durante tres o cuatro días Companys ha estado haciendo creer a la gente que Pozas era el nuevo titular de la Consejería de Defensa. Desde el mes de diciembre le había aconsejado yo a Tarradellas la supresión de la Consejería de Defensa y le demostraba la urgente necesidad de reorganizar la división y las jerarquías militares de Cataluña, bajo la dependencia del ministerio de la Guerra. Las razones eran tantas y tan claras, que Tarradellas me decía: «Tiene usted razón; eso sería lo conveniente. Pero es imposible hacerlo». También se lo aconsejaba a Largo, que se conformaba con mi parecer; pero no se atrevía a intentarlo, porque podría moverse un conflicto y no tenía fuerzas para sofocarlo. Han tenido que hacerlo en pleno conflicto.

Pozas estaba en Borjas Blancas. Cuando dieron con él, logró llegar al Prat, donde pasó la noche. El jueves entró en Barcelona y pudo meterse en la Generalidad, desde donde me habló. Se disponía a instalarse en la antigua Capitanía, ocupada por la Consejería de Defensa. Le pintaban la empresa como imposible, o peligrosísima. No les gustaba nada la presencia de Pozas en el edificio militar de que se había apropiado la Generalidad. Yo le animé a que fuese a Capitanía, bien seguro de que no le opondrían resistencia, como pretendían hacérselo creer. Fue, en efecto, con una guardia de carabineros y no ocurrió nada. Conservó la guardia de carabineros y para no provocar descontentos ni rupturas, otra igual de la CNT. Me habló Pozas, ya desde Capitanía, para ofrecerse, diciéndome que pensaba ir a saludarme. Le aconsejé que lo demorase hasta despejar la calle, para que no le ocurriese lo que al coronel Escobar. Protestó de que era una vergüenza lo que estaba ocurriendo, y que al siguiente día se presentaría en el Parlamento, fuese como fuese.

Escobar estaba en Barcelona, pero desde Valencia no daban con él. Le busqué yo y le encontré pronto. Me habló desde un cuartel de la Guardia Civil. Ya sabía su nombramiento y pensaba trasladarse a la Consejería de Gobernación para posesionarse. Le llamé la atención sobre los peligros a que se exponía, atravesando Barcelona, y le indiqué que sería más ventajoso

empezar a funcionar desde donde estaba y tomar allí mismo el mando. Creyó mejor marcharse, y cuando llegaba a Gobernación, le pasaron el cuerpo de un balazo, gravísimo. Escobar, el 19 de julio, decidió la jornada poniéndose con la Guardia Civil a las órdenes del Gobierno de la Generalidad. Después estuvo en los frentes de Madrid y Talavera, siendo herido malamente. Su conducta cuando el ataque a Navalcarnero fue ejemplar. Y aquí, donde Eligio es comandante, Escobar no ha tenido quién le dé las gracias ni le otorgue una recompensa. La baja de Escobar fue grave contrariedad. De haber tomado el mando, las cosas habrían ido de otro modo. Faltando él, se trató de buscar sustituto. El general Aranguren, jefe sonámbulo de la cuarta división desde julio, me habló por teléfono desde Gobernación para darme cuenta de la desgracia. «Busquen ustedes uno —le dije— que esté ya ahí, para que no se repita el caso». «Eso es. Hemos pensado en el teniente coronel Arrando, que manda el mayor grupo de guardias de asalto». «¿Es de confianza?». «Todos lo son». «Mucho es. Me alegro». «Lo propone —añadió Aranguren— el señor Martí Feced (nuevo consejero del recientísimo Gobierno de la Generalidad), pero él no se atreve a hacer la indicación directamente al ministro de la Gobernación, por si lo interpreta mal, viniendo de él la propuesta, y quiere que la haga yo». Hicieron la propuesta, el ministro Galarza la aprobó en seguida y quedó en funciones Arrando.

No le identificaba por el apellido. Me hicieron recordar sus señas personales, inconfundibles, y que le había recibido en audiencia. Es más bien bajo, delgado, sin ningún pelo en la cabeza. Creo que está así desde la infancia. Lleva un peluquín pegado al cráneo, y las cejas pintadas. Su aspecto es horrendo. El contraalmirante segundo, jefe del Cuarto militar, que desde mi llegada a Barcelona se ha hecho muy amigo y contertulio de algunos hombres de la Generalidad, me dijo que Arrando es muy buen jefe. No era esa la impresión que a mí me había dejado cuando le recibí, meses atrás. Nombrado, y posesionado del cargo, le llamé por teléfono y le pedí noticias de la situación, de las órdenes del Gobierno y de los planes que tuviera. Me contestó con evasivas y ambigüedades. No conocía bien el estado de las cosas, según dijo. Cosa extraña, puesto que tenía un mando importante, sus fuerzas debían de estar combatiendo y él residía en el edificio de Gobernación, centro de noticias y de órdenes. Añadió que las del Gobierno eran vagas, de carácter general. «Desde luego, restablecer el orden. Voy a hacer algunas gestiones para que cese el fuego, y espero que den resultado. De no ser así, emplearé la mayor energía». Le llamé la atención sobre la situación en que yo estaba y le añadí que el Gobierno deseaba que se abriese

comunicación con el puerto, para que yo pudiera salir. Contestó que el Gobierno nada le había dicho de eso, y que además necesitaba refuerzos. Le hablé entonces en otro tono, que ya no era el de pedir información. Contestaba: «Sí, ya, ya; desde luego». Irritado, colgué el teléfono, después de ordenarle que dos horas más tarde me llamase para darme cuenta. Como Prieto me había hablado de las órdenes de Galarza, y de que la aviación y los barcos esperaban que desde tierra les señalasen objetivos para batirlos, llamé de nuevo por telégrafo al ministerio de Marina, para contarle a Prieto las respuestas de Arrando y la mala impresión que me producía este jefe. Añadí, después, que según nuevos informes, Arrando había presidido en Barcelona, el verano pasado, el comité de obreros y soldados, que no era una recomendación en estas circunstancias. Como resultado de esta conversación, debieron de decirle algo a Arrando desde el ministerio de la Gobernación, porque al hablar nuevamente por teléfono me dijo que antes no se había atrevido a ser más explícito conmigo, porque las comunicaciones estarían seguramente intervenidas. Añadió una cosa extraordinaria: que las gestiones iban por muy buen camino, y que no sucedería ya nada grave, porque contaba con la garantía de que la rebelión iba a cesar. «¿La garantía de quién?», pregunté. «La garantía de los responsables del movimiento». La autoridad del Gobierno, recién rescatada, había caído en tales manos. Me expliqué entonces la propuesta de Martí Feced, por qué la había enmascarado detrás de Aranguren, y me pareció claro que seguían en vigor los métodos que habían conducido a un estado de impotencia, de anarquía y descrédito.

El jueves por la mañana se presentó en el Parlamento el comandante del *Lepanto* y otros marinos. Eran las horas de calma, de que ya hice mención. El comandante venía a tomar órdenes. Estaba muy ufano, porque lejos de hostilizarle, los revoltosos habían aplaudido a los marinos. Eran 5 o 6, y llegaron en coche. Concibió el absurdo propósito de salir nuevamente a recorrer las calles de Barcelona, en busca de aplausos. No se lo consentí, y le retuve hasta que resolviéramos sobre nuestra salida. Yo estaba persuadido de que no podíamos esperar nada de una acción desde el exterior. Ya el día antes había hablado por teléfono con el coronel Díaz Sandino, jefe de la Aviación. Díaz Sandino estuvo en peligro de ser capturado por los revoltosos, que le tenían ganas. Pudo salir de su alojamiento y con grandes dificultades llegó a un centro oficial, no recuerdo ahora si la Consejería de Defensa o la de Gobernación. Su segundo, el comandante Luna, estuvo detenido por los rebeldes doce horas, y creo que algún otro oficial de Aviación. Así me lo refirieron Díaz Sandino y Luna, en el Prat, cuando llegué para tomar el avión.

Digo, pues, que hablé con Sandino por teléfono. Tenía el propósito de trasladarse al Prat por mar. Le pregunté qué pensaban hacer. Los aviones estaban en Reus. Si había que atacar, necesitaban que desde tierra les señalasen los objetivos. Me expuso las dificultades para atacar la población y los inconvenientes que resultarían de un ataque a ciegas. «¿No pueden ustedes ahuyentar a los de la estación de Francia? Es cuanto necesito para salir de aquí, como desea el Gobierno. El punto de ataque está aislado, entre el parque, el puerto y el paseo de Colón. No hay error posible. Y ni siquiera hace falta bombardear. Con que les vean a ustedes volar bajo y les disparen las ametralladoras, huirán». Contestó que si yo les daba orden de atacar lo harían al momento, pero que probablemente no serviría de nada y podía empeorarse la situación. Mi réplica fue que yo no ordenaba nada y que en todo caso se atuviese a las órdenes del ministro o del general Pozas. No hablamos más.

Por todo esto, comprendí que la situación debía resolverla yo solo. Las columnas, si los revoltosos se empeñaban en hostilizarlas, podían tardar tres o cuatro días en llegar. La flotilla no haría nada, ni la aviación, mientras no llegasen las fuerzas de tierra. Y las que había en Barcelona, bajo la conducta de Arrando, harto harían con sostenerse. Los grupos de resistencia del Gobierno estaban muy aislados, y el del parque sin posibilidad de reforzarse ni municionarse. Prieto seguía apremiándome para que saliese al puerto, aprovechando diez minutos de calma. Como Presidente de la República, no podía contar más que con los buenos deseos de Prieto y los muy condicionales auxilios de la flotilla y la aviación, anulados virtualmente por la glacial indiferencia de Caballero y la sorda hostilidad y el manifiesto abandono de la Generalidad. Sus hombres, casi los mismos, me habían puesto, por iguales procedimientos, en una situación análoga, pero más grave, a la del 6 de octubre de 1934. Tenía, pues, que hacerme la cuenta de que Manuel Azaña se hallaba en un trance comprometido, del que si quería zafarse, había de ser por su cuenta y riesgo. La opción era entre dos términos: quedarnos allí, a esperar los acontecimientos, cuyo final no parecía cercano ni favorable, y exponerse a que nos sepultaran a cañonazos o nos cogieran prisioneros; o salir en el coche hacia el puerto, pasando entre las ametralladoras de la estación y las del Borne. Pienso ahora que mi inclinación natural era la de quedarme, porque era la más fácil, la más lógica, y en último resultado, puesto a considerar lo peor, se me antojaba muy en la línea del destino que yo acabase mi carrera pereciendo trágica e injustamente en Barcelona. Pero tenía a mi lado a mi mujer, y la aprensión de exponerla por

mi causa a perder la vida me turbaba el juicio y me frenaba la voluntad. Esta criatura ha dado ahora otra prueba admirable de serenidad, de entereza, de paciencia, de buen humor. No se ha asustado, ni parecía preocupada, ni ha alterado el tono de sus conversaciones con todos. Y no ciertamente porque no se diera cuenta de la situación; pero no quería que su presencia contribuyera a desazonarme ni a agravar mis preocupaciones. Le hice ver el pro y el contra de las determinaciones posibles. «Haz lo que te parezca mejor», me dijo. Llevábamos aquel día, jueves, algunas horas de calma. Empezaba la tarde, sin tiros. Después de una nueva conversación con Prieto, más apremiante cada vez, y en la que tal vez se traslucía la creencia de que yo me resistía a correr la aventura, decidí salir. Hicieron las maletas, se avisaron los coches, mi mujer me esperaba ya con el sombrero puesto, y todavía andaba yo enredado en una conferencia telegráfica de Prieto. Es posible que a su irrestañable verbosidad le debamos la vida, porque retrasó nuestra salida quince minutos, y cuando bajábamos la escalera (ya estaban los equipajes en los autos), se reprodujo el fuego de ametralladora y bombas con más violencia que nunca. Los de la estación tiraban con saña. Suspendimos la salida, es claro. Toda aquella rociada nos habría caído encima. Llamé de nuevo a Arrando y le pregunté cómo andaban las cosas. Aparentaba gran optimismo. Y como yo le hiciese observar que se había reproducido el fuego, echó la culpa a los guardias, que no obedecían bien sus órdenes de no disparar y, «es claro, los de las barricadas contestan». Le aseguré que de los guardias del parque no había partido la iniciativa, y después de hacerse de nuevas respecto a la refriega que se estaba reproduciendo en la estación, soltó otra cosa enorme: «Ahora mismo le mando un recado a esos de la estación diciéndoles *que no puedo tolerar que hagan fuego*». Aguardamos más de dos horas. Nuevas llamadas de Prieto. Consigno que en una de nuestras conversaciones me dijo que no convenía emplear la aviación en dominar a los ocupantes de la estación para despejarme el camino del puerto, porque se produciría un estrago que, al conocerse causado en servicio mío, me perjudicaría mucho y me restaría popularidad. Esta preocupación debió de sugerírsela Sandino. No insistí. La radio CNT-FAI dio una nota desautorizando a todos los amigables componedores que habían exhortado a la paz, y ordenando que las juventudes libertarias se concentrasen en sus sindicatos, donde solamente recibirían órdenes de sus comités. Se recibieron noticias de nuevos movimientos de columnas confederales que abandonaban el frente, camino de Barcelona. El capitán que mandaba en el parque del Parlamento nos trajo un croquis con la situación de las piezas de artillería que habían conseguido localizar. Por estos

y otros hechos que, según Prieto, no anunciaban nada bueno para la mañana siguiente, y siguiendo sus apremiantes consejos, decidí un nuevo intento de salida al anochecer. Iría delante el coche de los marinos, a reconocer el terreno, y, si no los hostilizaban (hacía tres cuartos de hora que no se oían tiros), volverían a buscarme. Abriendo ellos marcha, iría yo detrás en mi coche, con mi mujer, y un secretario. Ningún otro coche más, para no hacer caravana que llamase la atención. En la avenida del parque, que prolonga el paseo de Colón, se quedaría pronto a salir un coche de la policía, para auxiliarnos si mi coche se averiaba por el tiroteo. Estuvimos todos en el porche del palacio, cuando cerraba la noche, presenciando la salida de los marinos. Abrieron las puertas del parque y salieron a todo correr. Se oyeron algunos tiros. Esperamos. «Han pasado muy bien», decían algunos. Y un policía de la Generalidad, que formaba parte de mi Escolta, repetía: «Es una temeridad que salga así el señor Presidente, es una temeridad». Se hizo de noche. Los marinos no volvieron. Nos cansamos de esperar y subimos de nuevo a mis habitaciones. Al poco rato, desde la base aereonáutica, llamó el comandante del *Lepanto*. «No he vuelto, porque está muy peligroso el paso, y es una responsabilidad…». Harto ya de todas estas cosas, le dije: «Mañana, a las cinco de la mañana, esté usted aquí, y saldremos como sea». Comuniqué a Prieto por telégrafo nuestro segundo fracaso. «Lo lamento», me contestó. Y ya no hubo más que aguardar el nuevo día. Mi mujer se retiró pronto. Yo estuve todavía un rato con los jefes y oficiales del Cuarto militar, y de nuevo Masquelet logró impacientarme por su embobamiento y susto. Creo que le chillé, contra mi costumbre. Me fui a acostar y estuve leyendo hasta las cuatro de la mañana un libro de Jules Romains, que me gustó en extremo. No dejé de pensar en lo extraño y difícil de mi situación, y sobre todo en la conducta del Gobierno. Si yo hubiese visto de su parte el celo, la decisión, el interés que debían esperarse, no me habría quejado de nada ni de nadie, por muy mal que hubiesen ido las cosas. Pero el abandono efectivo en que Caballero me dejaba, me parecía intolerable. Si yo he de resolver esto por mi cuenta y riesgo, el mismo trabajo que irme al *Lepanto* me costaría irme al *Du Guerne*. Ante la insolente conducta del jefe del Gobierno, no sé qué habría hecho otro menos paciente que yo. Deben de estar muy seguros de mi lealtad a la causa; si no lo estuvieran y temieran de mí algún estropicio, se conducirían de otro modo. Todavía hablé con mi mujer de la eventualidad del día siguiente. «Para mí es una responsabilidad terrible comprometerte en esta decisión. Si nos quedamos aquí, y nos pasa algo, dirán: “claro: a quién se le ocurre no marcharse” y si por marcharnos, nos tiran una bomba, las gentes sensatas me

criticarán, por haber juzgado ligeramente la *Primera Magistratura de la Nación*, que es como los periódicos llaman a la Presidencia. Todo eso no me importa. ¿Pero, y tú? ¿Qué tienes que ver con todo esto?». Sí tenía que ver, pero yo me empeñaba en negarlo, porque me horrorizaba ver su destino personal de tal modo ligado al mío, que en un trance así pudiera perder la vida a consecuencia de la resolución que iba yo a tomar. Su vida me parecía sagrada, entregada a mi custodia y protección; y hubiese querido ponerla con mi amor donde no la alcanzasen las intemperies. Nunca ha influido mi mujer en ningún acto político mío, ni lo pretende, porque todo lo que hago y digo le parece bien y no ve más que por mis ojos, y no ha tenido otra vocación que la de hacerme llevaderos todos los disgustos y sinsabores de la vida pública rodeándome de ternura. Y, en realidad, tampoco ahora influyó, porque me resolví a lo que hicimos creyendo que era lo mejor, con su anticipado consentimiento. Pero no creo que fuese ilícita mi preocupación ni confusión indebida de mis sentimientos personales con mis deberes públicos, dada la situación que he descrito y el estar conferido el lance a mi resolución personal. Después no ocurrió nada: salimos, y no nos ametrallaron. Si nos hubiéramos quedado, como la rebelión se acabó, tampoco hubiese habido ninguna desgracia. Así a veces el azar disuelve las nubes más negras. Pero los datos que teníamos la noche del jueves no lo hacían prever, y he consignado mis desazones de aquellas horas antes que el tiempo las borre, precisamente por la causa de que nacían. Es mi deuda menor.

Consideré también mil veces, con amargura y despecho, lo que la trifulca barcelonesa significaba para la guerra y la política. ¡Conclusión de diez meses de ineptitud delirante, aliada con la traición! Las radios facciosas lo celebraban con entusiasmo, e incitaban a los revoltosos a perseverar, y a cometer nuevos crímenes. Sin embargo, oficialmente, era una lucha entre obreros catalanes, que defendían las conquistas de la revolución.

A las cinco de la mañana nos despertaron. Ya habían llegado los marinos. Todo estaba tranquilo. Poco más tarde, serían las seis, me dieron a conocer una nota que acababan de dar por la radio de la CNT. En ella decían que, habiéndose obtenido satisfacción de los agravios inferidos a los proletarios, debían volver todos al trabajo a las nueve de la mañana. «Ahora sí podremos salir», dije. En efecto: tomamos el coche, y en la disposición acordada la tarde anterior emprendimos el viaje. En sus puestos estaban los combatientes. Nos vieron pasar sin hacernos caso. No creo que se enterasen de quiénes éramos. En pocos minutos recorrimos el paseo de Colón y llegamos al embarcadero. Tomamos una gasolinera del puerto, que nos llevó al Prat. Para acercarnos a

la playa, hubimos de transbordar a un bote, y salimos a tierra en hombros de unos soldados de aviación. Allí nos recibieron Sandino, Luna, Robles y otros oficiales. Por radio le comunicaron a Prieto nuestra llegada, como le habían dado nuestra salida del Parlamento. Esperaba Prieto estas noticias impacientísimo. Nos desayunamos en la casa de los oficiales, hablamos un buen rato y, embarcándonos en un *Douglas* pocos minutos antes de las ocho, a las nueve y un minuto tomábamos tierra en Manises. El viaje fue muy agradable y tranquilo.

En Manises me esperaba casi todo el Gobierno, con su presidente, y las autoridades de Valencia y muchos altos funcionarios, militares y civiles. Estaba incluso (según me dijeron más tarde) el ministro Juan López, cenetista. Como yo no le había visto nunca, no le conocí, ni le saludé, ni supo acercarse. En aquel momento se presentó Besteiro, que iba a tomar el avión para trasladarse a Francia, camino de Londres, como embajador extraordinario en la coronación del rey de Inglaterra. Besteiro había llegado a Valencia al empezar los sucesos de Barcelona, donde pensaba visitarme antes de salir para Londres. Como no pudo hacer el viaje, pues como yo mismo le dije, no conseguiría verme, me había consultado por telégrafo si, en vista de la situación de Barcelona, no sería mejor desistir de su embajada. Le aconsejé que no desistiera. De ese modo vinimos a coincidir en Manises. Como yo tenía proyectado hablar largamente con él sobre su viaje a Londres, aproveché la inesperada ocasión y nos metimos en una de las dependencias del aeródromo, y hablamos cerca de una hora. Le informé de la situación, que él conocía mal, le resumí todas las gestiones que en el exterior se habían hecho y cómo había yo pretendido encauzarlas. Le expliqué el origen, antigüedad y fundamento de mi idea sobre la retirada de los extranjeros y le encargué que hablase de todo ello con el ministro inglés, así como de las perspectivas que yo veía para la República después de la paz. Le inculqué mis ideas sobre la llamada mediación, suspensión de hostilidades, etcétera. Pareció encontrarlas acertadas. El Gobierno y demás personajes estaban esperando el fin de nuestra conversación, y supongo que a Largo no le haría mucha gracia todo esto. Concluimos, por fin me despedí de todos, y el Presidente me preguntó cuándo podría recibirle. Le contesté que ya le avisaría. Quería antes orientarme y saber cómo andaba el cotarro.

Aquella misma mañana, que era la del viernes, día 7, empezaron a afluir las visitas. De todas mis conversaciones saqué esta conclusión: que en Valencia, ni los mismos personajes oficiales, fuera de tres o cuatro ministros (Prieto, Giral, Esplá, Just), se habían dado cuenta cabal de lo ocurrido en

Barcelona. No me pesaba. Valía más que el escándalo no cundiese. A Martínez Barrio le completé el conocimiento que tenía de los hechos en general, y de la conducta del Gobierno. Le declaré la importancia que yo daba al caso, y que la medida se había colmado. Vinieron los ministros republicanos, muy indignados por la conducta de su Presidente. También vino Prieto, a quien llamé para agradecerle su celo. Vinieron comisiones de partidos y centros, etcétera. Pero con ellos no estuve tan explícito. Cité a Caballero para las siete de la tarde. Llegó muy sonriente y afable, con un cartapacio de decretos. No me dijo ni palabra de lo de Barcelona, ni aludió a ello, ni al trance por que habíamos pasado. Entró en conversación como si nos hubiéramos visto todos los días, o como si yo llegase de una excursión de recreo; y ni aun eso, pues probablemente en caso tal me hubiera preguntado si me había divertido. Pensé muy bien lo que convenía hacer por mi parte en esta primera entrevista. Mi impulso espontáneo me llevaba a pedirle explicaciones de su conducta. Pero bien madurado todo, desistí, y si él no hablaba de ello, tampoco diría yo nada. Estaba seguro de que en cuanto yo sacase la conversación, se enredarían las cosas de tal modo que no podría marcharse de allí siendo Presidente del Consejo. Y yo estaba decidido, desde noviembre, a no relevarlo de sus funciones por una decisión personal mía, y menos aún, por un motivo en que pudiese verse un desquite de mi justificado enojo. Callé. En el estado que me encontré las cosas, se apuntaba una tempestad mucho más fuerte que la que yo traía de Barcelona. Él mismo, en el curso del despacho, me puso sobre la mano la caja de los truenos: el propósito de destituir al general Miaja.

La desavenencia de Caballero y Miaja no es nueva. El Presidente ya se me había quejado del general, a quien le imputa estar entregado a los comunistas y estorbar los planes militares del Presidente, rehusando la colaboración de las fuerzas de su mando. Miaja, por su parte, vanílocuo y ligero como es, no se recata para hablar mal del jefe del Gobierno. Miaja ha incurrido en la debilidad de *hacerse* comunista. La cosa es risible: ¡de dónde le habrá venido a Miaja el comunismo, cuando hace cuatro años, siendo yo ministro de la Guerra, me decía que era muy republicano, pero que con los socialistas no podía transigir y había que fusilarlos! Lo más probable es que su aproximación a los comunistas sea una medida de precaución, para ganarse el apoyo y la defensa de un partido político. El caso es que no ha podido ocurrírsele cosa más desagradable para Largo, que está a matar con los comunistas, de quienes me dice pestes, y de sus mentores e inspiradores rusos. El «comunismo» de Miaja se traduce, según Largo, en que todos los

mandos importantes de Madrid se dan a comunistas; que las columnas mandadas por ellos obtienen cuanto piden, en tanto que se escatiman los recursos a las demás, etcétera, etcétera. Irritado ya con Miaja por lo del comunismo, su presidencia de la Junta de Defensa de Madrid ha empeorado las relaciones. Largo se me quejaba de la tendencia a absorber poderes que descubría la junta. El caso es que un día, sin avisar a nadie, ni siquiera a sus componentes ni al propio general, Largo ha disuelto la junta, que se ha enterado de su desaparición por los periódicos. Nuevo motivo de agravio. Los enemigos de Largo aseguran que le enoja la popularidad de Miaja, como todo lo que puede hacer sombra a su importancia personal. Así las cosas, Largo adoptó los planes del Estado Mayor para realizar una ofensiva en Extremadura. Creo que ha estudiado la operación el teniente coronel de Caballería, diplomado, Segismundo Casado, que fue jefe de mi Escolta hasta septiembre último. Iba a hacerse con grandes fuerzas, parte de las cuales habrían de sacarse de Madrid. Largo me dijo que pensaba trasladarse a Extremadura, *para dirigir la operación en persona*, con objeto de impedir que las rivalidades entre los mandos lo echasen todo a perder. Supongo que, en realidad, no dirigiría nada, y que de hecho se limitaría a firmar las órdenes que le sometiese el Estado Mayor. No es dudoso que estaba muy apegado al proyecto, del que aguardaría sin duda las ventajas militares que sus consejeros le habrían explicado, y la de orden político y personal de aparecer, a ojos del vulgo, como director de una operación victoriosa. En este propósito se apoyan los que hablan de su emulación con Miaja. Dadas las órdenes, han surgido en Madrid, o Caballero cree que han surgido, algunas dificultades, que achaca a Miaja y a los comunistas, y que han puesto la cuestión en el punto de acritud en que está. Ya el sábado, 1 de mayo, Largo me telefoneó desde Valencia diciéndome que necesitaba verme con urgencia para un asunto grave. Convinimos en que nos veríamos el martes, en Benicarló. El lunes por la noche, al iniciarse los sucesos de Barcelona, le hice saber, también por Bolívar, que dado el cariz de las cosas, no me parecía oportuno alejarme de Barcelona, y que sería mejor aplazar la entrevista para el miércoles, si mejoraban. Contestó aceptando el aplazamiento, aunque le contrariaba mucho por la urgencia del caso. No pude yo entonces imaginarme que se trataba del asunto Miaja y me figuré que pretendía hablarme, como otras veces, de discordias interiores del Gobierno.

En el curso, pues, de esta nuestra primera conversación en Valencia, el mismo día 7, Caballero me dijo: «Ahora hablaré al señor Presidente de un asunto muy grave, del que quería tratar en la entrevista proyectada». Me

contó que Miaja estaba insubordinado; que no había dado cumplimiento a las órdenes de enviar a Extremadura siete brigadas de la guarnición de Madrid, y que, no contento con eso, había autorizado una reunión de los comandantes de división y de cuerpo de ejército en Madrid, en la que se trató del propósito de retirar de allí las 7 brigadas, de la cual reunión salió un escrito firmado por algunos de los jefes más importantes, en que se desaprobaba aquel propósito, como peligroso para la defensa de Madrid, escrito dirigido al ministro de la Guerra y que había traído a Valencia un jefe, creo que Burillo. Copias del escrito habían sido entregadas al Presidente de las Cortes, a Prieto, y al secretario del Partido Comunista. Caballero me dio a leer el escrito. A su juicio, era un caso de insubordinación, un acto militarista, que pretendía imponer al Gobierno la voluntad de los generales, «continuando los tiempos antiguos», y que no podía tolerarlo. Se proponía someter al Gobierno el relevo de Miaja. Habló largamente, y a cada momento se traslucía el enojo personal, porque, a su entender, le habían estorbado la proyectada operación extremeña, en la que iban a tomar parte, me dijo, 75 000 hombres. «Supongo —le repuso— que no me trae usted esta cuestión para que entre los dos acordemos el relevo de Miaja». «De ninguna manera. Informo al señor Presidente de lo que ocurre, y para que esté prevenido de lo que puede ocurrir en Consejo de ministros». Le hice notar que, estrictamente, era de la incumbencia del ministro de la Guerra remover a un general, pero que la importancia del caso, los motivos alegados y las consecuencias posibles, hacían del caso una cuestión de gobierno, que el Consejo de ministros debía resolver bajo su responsabilidad. Añadí que si el Gobierno acordaba relevar a Miaja, yo no rechazaría el decreto, para que no surgiese de ahí una cuestión política peligrosa, como sería el caso, pues daba al asunto el carácter de un choque con un general, pero que le llamaba la atención sobre algunos puntos. Que debía cerciorarse de si se habían o no cumplido sus órdenes, o estaban en curso de cumplirse. Que en cualquiera de ambos casos, no podía negarse a ningún general en jefe el derecho de manifestar al Gobierno los inconvenientes de tales o cuales medidas, en el orden militar, después de acatarlas. Que en el escrito se afirmaba que las órdenes habían sido cumplidas. Que en la conducta de Miaja advertía yo algunas incorrecciones: la menor, la de haber reunido a los jefes para deliberar; una cosa como esta podía tener la excusa de conocer su dictamen sobre las consecuencias de retirar del frente siete brigadas de las mejores; y tenía además la disculpa de que ese sistema de las deliberaciones y reuniones de los jefes de columnas, y aun dentro de las columnas, venía siendo cometido por el Gobierno, sin duda

por necesidad, lo que le quitaba fuerza para ponerse bruscamente serio por causa de ello; que la incorrección mayor era la de haber dado copias a diversas personas del escrito dirigido al ministro, y algunas expresiones del escrito mismo. Que todo esto pide ser corregido, y en adelante evitado; pero que debe meditarse si el correctivo y la enmienda han de ser la destitución de Miaja. Que Miaja representa un papel útil, en el que no tiene por hoy sustituto. Madrid le aclama por ser su salvador, y el ejército le quiere. Cualquiera que sea el concepto que se tenga del valor real de Miaja, es innegable, por de pronto, que, de perderse Madrid, sobre el general habría recaído la culpa; es justo, y beneficioso, que recoja la popularidad de la resistencia. Destituirlo, produciría malestar y descontento en Madrid y en las tropas. También en el extranjero se tiene a Miaja por el salvador de Madrid. Quitarlo, rebajaría, por lo menos, la moral, y denotaría descomposición en la defensa. A Miaja, probablemente, no le desagradaría ser relevado, porque en Madrid no puede hacer más de lo que ha hecho, y solo puede esperar dificultades y peligro de fracaso. Marcharse destituido por Caballero le permitiría ponerse la venda de perseguido, cosa poco conveniente. Añadí, por fin, que no me parecía sistema aceptable el pasarse los meses refunfuñando de un subordinado, y de pronto echarlo a rodar; que su obligación de gobernante era utilizar los servicios de Miaja, hoy muy valiosos, e impedir al mismo tiempo que se salga de su función y de su rango, ejerciendo la autoridad de gobierno *todos los días*, y no de tiempo en tiempo, para enfadarse. De todos modos, si el Gobierno acordaba el relevo, que lo relevase, pero mirando antes muy bien en lo que se metía.

Aquella misma noche, uno de mis ayudantes me entregó un paquete de papeles que le había remitido un amigo suyo, del Estado Mayor de Miaja. Eran las copias de las órdenes cursadas por el Estado Mayor del Ejército del Centro para cumplimiento de las instrucciones del ministro de la Guerra en cuanto al traslado de las siete brigadas. Contiene las órdenes de relevo de las unidades, las de transporte, horarios de trenes, etcétera. Parecen probar que las instrucciones de Caballero se cumplían. Seguramente en el ministerio de la Guerra las conocen. ¿Se las han dado a conocer al ministro? En todo caso, él no me ha hablado de ellas.

Aquel mismo día, y al siguiente, me visitaron representaciones de los partidos del Frente Popular. Con Martínez Barrio no hablé de la situación política. Creo recordar que, de pasada, se aludió a la situación del Gobierno, y le oí decir, sin contradecirle, que era muy aventurado tratar de sustituirlo. Giral me visitó en representación de los partidos republicanos. Me dijo que

tanto los republicanos como los socialistas y comunistas estaban persuadidos de que la situación no podía prolongarse. Los comunistas estaban decididos a darle la batalla a Largo en el primer Consejo que se celebrase. No estaban conformes con la política de Guerra ni con la política de Orden público. No querían que Largo continuase con la Presidencia y con la cartera de Guerra. No podían soportar más tiempo que Largo hiciera y deshiciera a su antojo sin dar cuenta al Gobierno. Cuando algún ministro preguntaba por los asuntos de Guerra y pedía noticias, Caballero contestaba: «Se enterará usted por los periódicos». Tampoco contaba para nada con el Consejo Superior de Guerra, que apenas se reunía. (Organización inútil, por lo demás, tal como la había organizado Largo, siguiendo la pauta de las comisiones sindicales). Añadió Giral que los republicanos, socialistas y comunistas formaban una piña que facilitaría cualquier solución, pero que, al menos los republicanos, no querían lanzarse a nada que pudiese colocarme en una situación difícil o sin salida. Aunque Giral no se explicó más, comprendí que las conversaciones entre los tres partidos estaban muy adelantadas. Sí, me dijo que, en el próximo Consejo, los comunistas tomarían la iniciativa pidiendo una rectificación de política, y de no obtenerla se retirarían del Gobierno. Los socialistas y los republicanos los apoyarían en su demanda. Vinieron por los socialistas Cordero y Vidarte. Por los comunistas, Díaz y La Pasionaria. En el fondo, todos dijeron lo mismo: ineptitud de Largo, desorden público, entrega de Largo a la CNT, influencia perniciosa del cortejo personal de Largo, falta de autoridad, de iniciativa, etcétera, etcétera. Transigirían con que Largo presidiera un nuevo Gobierno, pero no con que continuase en el ministerio de la Guerra. Los sucesos de Barcelona, sobre los que les di algunos detalles impresionantes, habían colmado la indignación y la alarma de estos partidos. Siguiendo así, íbamos a la catástrofe. Los comunistas y sobre todo los socialistas insistían en el manifiesto fracaso de las sindicales, metidas en funciones de gobierno, etcétera. Escuché a todos, procurando no descubrir mi opinión personal sobre la conducta del Gobierno. Tampoco, es verdad, podía aprobarla. Les dije en primer lugar que daba a sus visitas el carácter de una información verbal, pero que en modo alguno podría aceptar el sobreentendido de que se tomaba mi venia para montar una ofensiva contra el Gobierno. A esto respondieron bien: querían informarme de cómo estaban las cosas, pero nada más. Les hice notar que a los partidos representados en el Gobierno les incumbía una responsabilidad muy grande. Desde el mes de septiembre anterior yo no tenía ningún órgano político responsable en quien apoyar mis decisiones, fuera del propio Gobierno en funciones. Que, contra

mi opinión y por decisión unánime y pública del Gobierno Giral, el Ministerio republicano se había retirado del poder para dar paso al Gobierno de Largo Caballero, llamado «el de la victoria». Que no solamente contra mi opinión, sino con mi protesta más airada, se impuso la modificación ministerial de noviembre, con la entrada de la CNT y los anarquistas, aconsejada como inevitable y útil por los mismos republicanos. Ahora, al cabo de los meses, los mismos que habían levantado a Largo y admitido a la FAI, no podían soportarlos, y se volvían hacia mí, como llamado a resolver la dificultad. Sin hacer sobre el caso ningún comentario sarcástico, ni desconocer tampoco que entre gentes de poca perspicacia política y vacilante valor cívico, ciertos escarmientos son dolorosamente inevitables para curarse de boberías, me creía en el caso de llamarles la atención sobre lo crítico de las circunstancias. Largo se creía poderoso en la UGT, y manifiestamente le apoyaba (¡quién lo creyera!) la CNT. Era también conocida su cólera contra los comunistas, y su ninguna gana de soltar el poder. Más aún: tenía yo la impresión de que Largo se consideraba como el único artífice de la victoria. El Gobierno apenas cuenta con fuerzas armadas; las sindicales tienen las armas en la mano. El Parlamento, muy a mi pesar, no funciona. Cuantas veces le he dicho al Gobierno que convenía convocarlo, ha ido difiriéndolo; yo no tengo potestad para convocarlo personalmente. La cuestión actual, planteada en las Cortes, se resolvería de un modo normal. Tampoco hay prensa. Los periódicos parecen escritos por la misma mano, no imprimen más que diatribas «contra el fascismo internacional», y seguridades de victoria, con más, disputas entre sindicatos y comités. Ni asomos de indicaciones políticas útiles. Los partidos tampoco funcionan, fuera de recolectar prosélitos de cualquier manera, y de toda procedencia, y de repetir lugares comunes sobre «la revolución». Todos hablan de revolución. Diríase que no hay ya partidos diferentes, ni clases. En cuanto a los problemas políticos y de gobierno actuales, nadie los toca. Así, todos los elementos del juego político de que el Presidente de la República se asiste en trance de crisis, están en suspenso o han desaparecido. No me quedan más que mis observaciones personales, cuyo alcance y conclusión me reservo. Ahora bien: estoy decidido a no quitarle el poder a Caballero por un simple acto que sea o parezca de inspiración caprichosa. Noten ustedes que, desde hace muchos meses, no se lee ni se oye otra cosa que elogios de Caballero y adhesiones a su política, y que las censuras han recaído precisamente sobre otros. Yo no he creado el mito, ciertamente. Si ha de cambiarse de política, será porque los partidos cambian de actitud, no porque el Presidente de la República cambie de opinión, que no ha cambiado. Y si

cambian, díganlo en la plaza pública. Pesen el pro y el contra de todo, y una vez que resuelvan y den a conocer su decisión, me tocará resolver, sabiendo a lo que voy. Antes no. (Esto es lo sustancial de mis conversaciones con los representantes de los partidos).

Se celebró el Consejo, del que se suponía que saldría la crisis, y no ocurrió nada. Sorpresa general entre los enterados, y también sorpresa mía, dada la fiera actitud de los partidos y la al parecer irrevocable decisión de los comunistas. Lo sucedido, según me contaron, fue lo siguiente: Largo abrió el Consejo planteando la cuestión de Miaja como un conflicto entre la autoridad del ministro, y por tanto del Gobierno, y la insubordinación del general. Casi todos los ministros, y especialmente los comunistas, creyeron que eso era una habilidad del Presidente para cazarlos, creído de que se opondrían al relevo del general. Si le negaban su voto para eso, o reorganizaba el Gobierno prescindiendo de ellos, o planteaba la crisis total, echando sobre los que no secundasen su criterio la responsabilidad de haber dejado al Gobierno a los pies de Miaja. Por este motivo, cuyo valor no taso, los comunistas no contradijeron a Largo; afirmaron que en ningún caso ampararían a un general desobediente y aprobarían su destitución si se probaba cualquier acto de insubordinación. Que se depurase lo ocurrido y si el ministro de la Guerra encontraba motivos para el relevo, que lo trajera a Consejo y ellos no se opondrían. Parece ser que Largo no insistió, por el momento, y el asunto quedó en suspenso. A mí todo esto me pareció deplorable, porque con tanto hablar y discutir en torno a Miaja, iban a convertirlo en un valor político, prestándole lo que no tiene, después de haber asumido el papel de militar agasajado por la popularidad. Dejado así el asunto y desbaratada la que, con fundamento o sin él, creyeron ser una maniobra de Caballero, estimaron que no era oportuno plantear en el mismo Consejo la cuestión política general, y lo dejaron para otro día. Así me lo contaron confusamente. Largo no vino a despachar conmigo. Para tener referencias directas llamé a Giral. Estuvo a verme el domingo, a última hora de la tarde. De sus referencias no deduje nada nuevo, porque, aparte de lo referente a Miaja, todo lo demás que me dijo sobre la reserva y silencio de los comunistas se basaba en conjeturas.

En el despacho siguiente con Caballero, me habló con personal interés de dos proyectos con los que estaba encariñado. La ofensiva por Extremadura y la agitación que estaba preparando en Marruecos. Por fin, el proyectado ataque que «los comunistas habían *saboteado* dos veces», entraba en vías de realización. Caballero pensaba salir de Valencia el domingo siguiente, para el teatro de las operaciones. En cuanto a lo de Marruecos, era cuestión de días,

tal vez de horas, que se produjera una rebelión de las cabilas en favor del Gobierno de la República. Me había dicho otras veces que de este asunto no había hablado con los ministros. Lo llevaba secretamente con dos o tres personas. Supongo que una sería Baráibar, que se las da de conocedor de Marruecos. Baráibar había hecho un viaje a Tánger y a la Zona francesa. Allí habían ido con la misión de preparar el alzamiento algunos oficiales de confianza. Yo sabía muy bien quién era uno de ellos. «¿Está allí el teniente coronel Ayza?». «¿Ayza? No sé quién es. No le conozco». En efecto, seguramente no le conocía, o se habría olvidado de su nombre. Pero Ayza estaba allí. Para ser un asunto entre contadísimas personas, Caballero no parecía muy al tanto de los ejecutores. El plan se reducía a repartir dinero entre algunos moros notables, para que se sublevaran. Consideré el caso con escepticismo. «Usted sabe lo informales que son los moros, y cuántos granujas pululan en tales asuntos. No sería imposible que los mismos a quienes ustedes pagan, coman a dos carrillos, y les vendan la confidencia a los agentes de los rebeldes en la Zona. Fuera de eso, ¿han pensado ustedes en lo que harán las autoridades francesas delante de un propósito de alborotar nuestra Zona, que ya les será conocido?». Me contestó con vagas palabras, y sin duda para hacerme comprender la finura del proyecto me contó que de la Zona de Marruecos se había autorizado que vinieran a juntarse con las tropas marroquíes operantes en Vizcaya, las mujeres moras, las cuales se proponían inducir a sus hombres a sublevarse, a tirar las armas o a pasarse a nuestras filas… La confianza en tales recursos cuadra muy bien con la manera de ser de mi interlocutor. Es la conclusión de una especie de *milagrerismo* popular. Como el de quien desprecia la medicina y a los médicos y se fía de un curandero. Le pregunté sobre la marcha de los asuntos en Cataluña, especialmente en lo de Orden público. No ocurría novedad, todo iba bien. Convencido como estoy de que las cosas de Cataluña las conoce y las entiende aquí poca gente, y aun es menor la que se decide a afrontarlas, volví a recitarle la lección de siempre, explicándole la posición de las cosas allí, tal como las conozco a fondo. Y respecto del Orden público y política militar, le esbocé un plan, no de campaña, para el frente de guerra, sino interno y político para asegurar la acción del Gobierno en Cataluña. Se lo detallé extremadamente. De ello me habían oído hablar algunas de las personas que me rodean, entre otras, el teniente coronel Menéndez. Dos días después de mi conversación con Largo, estuvo Menéndez en el ministerio de la Guerra, y un colaborador del Presidente le dijo: «Don Paco está muy decidido en lo de Cataluña. Ha dicho que hay que hacer esto y esto, y lo otro y lo de más allá».

Menéndez se aguantaba la risa, porque eran las mismas cosas que me había oído a mí, y que yo había inculcado a Largo. Es terco y malicioso en lo que cree conocer, porque toca a su experiencia personal, y en lo que afecta a alguna pasión suya, pero maleable, dúctil, candoroso en lo que no se le alcanza ni le afecta de ninguno de aquellos modos. Así he podido obtener de él, dos o tres veces, rectificaciones sorprendentes por lo fáciles, y otras —habitualmente— he tropezado con un muro sordo y frío.

El viernes siguiente se declaró oficialmente la crisis, que estuvo en suspenso veinticuatro horas, desde la noche del jueves. La tregua salida del Consejo en que se trató del relevo de Miaja, era muy insegura. Los partidos no solamente seguían en sus trece, sino que el retardo en plantear la cuestión producía desconcierto y enojo. El jueves (13) hubo Consejo de ministros, desde las cuatro hasta las diez y media. A esta hora, inusitadamente, Caballero llamó por teléfono pidiendo verme aquella misma noche. «Ya está el toro en la plaza», me dije. Vino al momento. Me refirió brevemente, y con la imprecisión huidiza a que no me acostumbro, lo sucedido. Larguísimo Consejo, enojosas discusiones, palabras duras. Los comunistas habían hecho una crítica violenta de la política de Guerra y de Orden público, exigiendo una rectificación inmediata y solemne. Parece ser que Largo les dijo que no tenía nada que rectificar, y que el que no estuviera conforme ya sabía lo que tenía que hacer. Por conclusión, los dos ministros comunistas se levantaron, abandonando el Consejo. Cuando Largo se calló, sin haberme dicho nada todavía de su dimisión, hablé yo un poco, para examinar la situación que se creaba y su gravedad, sus consecuencias. Mientras yo hablaba, Largo, fruncidos los párpados, me clavaba una mirada aguda, como si quisiera penetrar hasta el fondo de mis intenciones. He pensado después, sobre todo al conocer lo que me dijeron Prieto y Giral aquella misma noche, si Largo traería la intención o la esperanza de que yo le autorizase simplemente para sustituir a los dos ministros comunistas. El caso fue que cuando terminé de hablar, sin haberme salido de las generalidades primeras, y le dije: «¿Qué me propone usted o me aconseja?», se decidió a lo que tal vez no venía dispuesto: «Le presento al señor Presidente mi dimisión». Hablé otra vez, ya sobre el caso concreto, y le dije que vista su importancia y que a tales horas yo no podía convocar a consultas, me tomaría toda la noche para meditar, y al día siguiente por la mañana le comunicaría mi resolución; que, entretanto, no dijese a nadie lo que ocurría ni permitiese dar informaciones en la prensa. Largo me ponderó mucho la inoportunidad de la crisis, porque había razones de interés nacional que aconsejaban la continuación de su Gobierno, a fin de

cumplir planes importantísimos, como los de Extremadura y Marruecos, y que suspenderlos sería una catástrofe. Habló contra los comunistas diciendo que la razón última de su hostilidad era que él, Largo, se había negado a disolver el POUM, como ellos pedían, con motivo de los disturbios de Barcelona. «Yo soy hombre de ideas, *¿noverdá?* —me dijo—, y no puedo emplear la violencia en esa forma. Si de las investigaciones judiciales resulta algo, responderá quien sea; pero me niego a tomar sin más ni más una medida como la que desean los comunistas. Si les hubiera complacido, no habrían hecho esto». Al marcharse Largo, vi por entre puertas que en la pieza inmediata le aguardaban Galarza y Llopis, con cara de ansiedad, más propia de quien viene a explorar y a ver qué pasa que quien acompaña a un Presidente ya decididamente dimisionario.

Hice venir aquella misma noche a Prieto y Giral, para conocer mejor lo ocurrido en Consejo y cité a Martínez Barrio para primera hora de la mañana siguiente. Los dos ministros se quedaron admirados cuando les dije que Largo había dimitido. El Consejo había sido penosísimo, de inusitada violencia y groserías. Largo llamó a los comunistas «embusteros y calumniadores». Y, en cosas tales, gastaron seis horas. Los socialistas, por boca de Negrín, habían apoyado las tesis de los comunistas y también los republicanos habían dicho algo. Cuando los comunistas abandonaron la sala del Consejo, los demás ministros consideraron la conveniencia de hacerlos volver y algunos se ofrecieron y se encargaron de hablar con ellos, para disipar la tormenta y que asistieran a otro Consejo. La sesión se había levantado sin que Largo hablase de su propósito de dimitir, y como tenía anunciado que saldría de Valencia dos o tres días después, creyeron que la cuestión política no se plantearía hasta que Largo volviese de Extremadura. Cuando los ministros se separaron, Largo se quedó en la presidencia, y ni Prieto ni Giral sabían a qué atribuir la repentina decisión de venir a verme y dimitir. (Por esto he sospechado que no vino a dimitir, y que aconsejado tal vez por sus íntimos, después del Consejo, quiso probar a echarle un remiendo al Gobierno, prescindiendo de los comunistas; de ahí también la escrutadora atención con que seguía mis palabras). Respecto de la crisis, Giral y Prieto, aun creyéndola inevitable y conveniente, creían que debía aplazarse («hay que taponar la crisis», decía Prieto), sobre todo si Largo daba alguna razón valedera para prolongar su estancia en la presidencia y en Guerra. Prieto añadía que las operaciones de Extremadura no eran motivo bastante, pues de todos modos, si convenía, podían hacerse. (De lo de Marruecos no hablamos, porque ninguno de los dos tenía informes precisos y a mí me parecía una aventura descabellada).

A la mañana siguiente, Martínez Barrio me declaró que consideraba la crisis muy peligrosa, por la actitud que podían tomar las sindicales en el caso de prescindir de Largo. No desconocía el mal estado del Gobierno, y la dificultad de que continuase tal como estaba. Era, en suma, partidario de aplazar la cuestión, que podría ser, una vez publicada, un salto en lo desconocido. Yo no lo temía así, enteramente; salvo el peligro de una alteración del orden por parte de algunos sindicatos y de los anarquistas. A Largo se le creía mucho más poderoso en la UGT de lo que realmente era. Y la gente, en general, estaba harta de abusos y de ineptitudes. De todos modos, yo me había propuesto demostrarle a Largo y a sus parciales, que su irremediable fracaso no era apreciación personal mía, ni su inevitable caída y la sustitución fruto de un enojo del Presidente ni de una veleidad antiobrerista. El punto era de interés, porque ya en marzo o abril Largo me había dicho que presentía «una nueva expulsión de los proletarios del poder, como la de 1933». Por salud pública era indispensable que quienes se considerasen «expulsados» del poder lo fuesen por oposición conocida de otros que tuvieran los mismos títulos para hablar en nombre de los proletarios. Cuando llegó Martínez Barrio ya tenía yo decidido, luego de pesar mucho el pro y el contra, intentar el aplazamiento de la crisis, como si, diciéndolo figuradamente, no bastándome la madurez del fruto, quisiera aguardar a que se manifestara la justificación. Había llamado al Presidente, y al anunciarme su llegada Martínez Barrio se retiró. Le dije a Largo que después de pensar sobre el caso, y oídas algunas opiniones, creía preferible aguardar unos días para el planteamiento de la crisis. Como había invocado ante mí razones de interés nacional —entre otras, la repercusión de la crisis en las operaciones de guerra—, no quería privarle de consumar su plan, ya iniciado. No le costaría trabajo convencer a los comunistas, diciéndoles el motivo del aplazamiento, para que se reintegrasen al Gobierno. Si el plan sobre Extremadura salía bien y volvía con un buen éxito a Valencia, como él esperaba, la situación se despejaría mucho y tendría un argumento decisivo para confundir a sus detractores. Aceptó en seguida, y como pensaba marcharse el sábado o el domingo, *ya no reuniría el Consejo de ministros hasta su regreso*, con lo que evitaría un nuevo choque con los comunistas. Esta indicación me sonó a raro, pero no la recogí, ni le pedí más aclaraciones, porque no podía sospechar que envolviese una línea de conducta tan extravagante como la que adoptó Largo. Su dimisión tenía por causa la retirada de los comunistas. Aplazar la crisis, por la causa mentada, suponía naturalmente que el Presidente llamaría a los ministros dimisionarios y haría que se reintegrasen al Gobierno, y, no

pudiendo conseguirlo, el aplazamiento era imposible, porque ni Largo ni nadie puede pretender que unos ministros, separados ya del Gobierno, continúen aparente y ficticiamente dentro de él, compartiendo responsabilidades de las que han querido separarse en el momento de dimitir. Así, pues, todo el día estuve en la creencia de que el Presidente había hecho lo necesario para seguir contando con todos, y, reuniese o no el Consejo, que los partidos continuaban de hecho y de derecho juntos en el Gobierno. No era así. Largo no habló con los comunistas, ni les dijo nada del aplazamiento de la crisis. Las consecuencias no se hicieron esperar. A las diez y media de la noche del viernes, Caballero solicitó verme. «Vengo —me dijo— a lo mismo que anoche. Le traigo mi dimisión». «¿Pues cómo?». Había recibido una carta de la Ejecutiva del Partido Socialista, diciéndole que, retirándose del Gobierno los comunistas, los ministros socialistas no podían permanecer en él, y que los tuviese también por dimisionarios. Supongo que esta orden de la Ejecutiva no la acatarían Largo, Galarza ni Vayo; pero con que la acatasen Prieto, Negrín y De Gracia, ya era bastante. Y aunque no fuese así —que sí era— la decisión del organismo director del Presidente era muy sobrada para producir el desmoronamiento del Ministerio. Al comprender que Largo había omitido lo más elemental para el propósito de conservar al Gobierno, me abstuve de hacerle ya ninguna observación sobre su extraña manera de comprender la solidaridad ministerial. Largo habrá creído que su omisión con respecto a los comunistas para reinstalarlos en el Gobierno era muy astuta. Precisamente por ella se han introducido los socialistas que le son adversos, y la han aprovechado para forzarle la mano, e impedirle la escapatoria del aplazamiento. Ninguna utilidad tenía ya hacérselo entender. «En esas condiciones —le dije— no se puede demorar la crisis. Mañana por la mañana haré las consultas. Deme usted ahora su opinión sobre lo que puede hacerse. ¿Qué me aconseja usted?». «¡Yo no tengo nada que aconsejar al señor Presidente!». «¡Cómo! —repuse riendo—. Es de rigor, y no simple protocolo, que el Presidente dimisionario le dé al de la República un consejo, una opinión sobre la solución de la crisis. Y hoy, más necesario que nunca, pues no se ha producido la crisis en el Parlamento. Si el Presidente de la República, en uso de su derecho, hubiera relevado de sus funciones al jefe del Gobierno, tal vez esa opinión se podría excusar. Pero dimitiendo usted *porque el Ministerio se le ha deshecho entre las manos,* debe usted aconsejarme, porque en su cargo ha sido, y es, mientras no le sustituyan, el director de la política nacional». Entonces, descubriendo su enojo, silbó, más que dijo: «Encargue el señor Presidente de formar Gobierno a los comunistas…». «Yo le pedía a

usted un consejo en serio, y ese no lo es… Primeramente, usted sabe de sobra que los comunistas no pueden formar el Gobierno. Y, segundamente, en cuanto al fondo, si usted achaca a los comunistas tan perversas intenciones y tantos deservicios, ¿cómo puede aconsejarme que su poder aumente?». «¿No son ellos los que derriban al Gobierno?, pues que gobiernen». Era un recuerdo, no sé si intencionado, de lo que me había oído decir en las Constituyentes cuando los radicales, de gloriosa memoria, y la CEDA monárquica hacían obstrucción a mi Gobierno, con el disparatado concurso de Maura y los federales. Desistí de hacerle comprender la diferencia entre una crisis por derrota en el Parlamento y la que se abría en aquel momento. Poco más hablamos, y no pude obtener una opinión franca. Su ánimo parecía ser: «después de mí, el diluvio», y no dudo de que lo creyera sinceramente. Le dije algunas palabras de cortesía y de consideración personal, en lo que no se le alcanza gran cosa, y bien poco merecidas, viniendo de mí, después de cuanto ha pasado; pero yo no le permito al Presidente de la República apartarse en sus relaciones oficiales de una afabilidad cortés que suprime o evita enojos y es la mejor defensa de mi respeto. Se fue, reprimiendo la contrariedad. «¿Qué esperaba de mí este hombre?», pensaba yo luego, a solas. Tres días después me dijo Martínez Barrio que, en una de las conversaciones que sostuvieron durante la tramitación de la crisis, Caballero le había preguntado: «¿Cree usted que el Presidente de la República desea que yo me marche del Gobierno?».

Despaché rápidamente las inevitables consultas en la mañana del sábado, de nueve a una. Todos coincidían en algo: Debía formarse un Gobierno de igual composición que el actual. Los que más enojados o alarmados estaban por la conducta de la CNT arreciaban verbalmente en su enojo y alarma; pero la *extracción* de la CNT les parecía tan arriesgada, que no se atrevían a aconsejarla. Tenía muchos partidarios la reducción del número de ministros (¡había dieciocho!) de que ya otras veces le había hablado yo a Largo. Los comunistas y los socialistas se desataron contra la ineptitud de Largo, contra su camarilla, contra su incomunicación con el Gobierno y el Consejo Superior de Guerra, contra su desconfianza de los rusos, etcétera, etcétera. Me dijeron los comunistas (Díaz: «asín», «presona») que aceptarían incluso que Largo conservara la presidencia del Consejo… («¡ah!, en eso estamos», dije entre mí), pero en modo alguno el ministerio de la Guerra. La presidencia y el ministerio debían separarse, en todo caso. Y nunca volver el ministerio a manos de Largo. Me hicieron un nutridísimo capítulo de cargos contra él, por su política militar. Y otro, poco menos, contra Galarza, por su política de

Orden público. Estaba claro que la cuestión batallona iba a ser la atribución de la cartera de Guerra y su separación de la presidencia, y que el eje de giro del cambio de política sería la cerrada resistencia de los comunistas a tolerar por más tiempo a Largo en Guerra. Quedaba por ver hasta dónde llegaba la resistencia. Reconozco que la he sometido a pruebas peligrosas; pero lo juzgué indispensable, para sortear otros peligros. A las dos de la tarde llamé a Largo y le encargué de formar Gobierno. Pareció muy satisfecho. «Ninguno de los consultados se opone a que usted continúe presidiendo. Ni siquiera los comunistas. Algunos aconsejan vehementemente la continuación de usted. (Estaban en eso, claro, la CNT y la UGT, con sobreentendidos poco correctos. Las notas oficiales de las consultas se publicaron en la prensa). Así, lo indicado es que usted intente formar el Ministerio». Le aconsejé que redujese el número de ministros, y que siendo la cuestión principal el ministerio de la Guerra, buscase una solución conciliatoria, puesto que desde la presidencia del Consejo podía y debía tener vara alta sobre ese ministerio como sobre todos. No dijo nada, pero sin ser zahorí se descubría que no pasaría por eso. Lo imposible de presumir era lo que discurrió al cabo de dos días.

Empezaron aquella tarde los cabildeos, idas y venidas propias del caso, y no tardó en ser manifiesto que la solución, en manos de Largo, sería laboriosa y difícil. Desconozco el pormenor de sus tratos preliminares con los partidos y sindicales. Pero no podía desconocer, por reflejarse en la prensa y mostrarse en la calle, la campaña que algunos celosos amigos de Largo habían emprendido desde la publicación de la crisis. Apretaban cuanto podían para presentarlo a ojos de todos, y supongo que a los míos, como jefe insustituible del Gobierno y del ministerio de la Guerra. En la calle hubo algunos conatos de manifestación, pero sin importancia. Los de la CNT se agitaban. En seguida dieron a conocer oficiosamente que habían despachado emisarios a todas partes, con instrucciones reservadas. La ansiedad pública era grande; los más deseaban la salida de Largo, y, sobre todo, de la CNT, y quienes más la deseaban eran probablemente los que más temían una tarascada de la Confederación, en protesta de su caída. Era muy corriente la creencia de que si la crisis se resolvía excluyendo a la Confederación, apelarían a las armas. La facilidad con que la gente se lanza a las amenazas y fanfarronadas abultaba el peligro. Me pareció prudente llamar a Peiró, único de los cuatro ministros de la CNT que se acreditaba de moderado y sensato, y le dije, para su conocimiento y el de su organización, que la crisis surgía del conflicto entre Largo y los comunistas, como él había podido comprobar, y que no podía autorizarse ni darse crédito a la posición de que la CNT era objeto y víctima

de una maniobra. «Ya sabemos —dijo Peiró— que la maniobra va contra Largo, no contra nosotros». Las instrucciones que llevaron los emisarios de la CNT debieron de ser mucho más inofensivas de lo que algunos temían, pues se tradujeron en un chaparrón de telegramas que cayó sobre mi secretaría, pidiendo la continuación de Largo.

El domingo, cerca del anochecer, vino Giral, y me contó las cosas que sabía del curso de la crisis. Hablando estábamos en el horrendo despacho de la división, cuando sentí una trepidación lejana, persistente, y, a poco, los cristales de los balcones vibraron. «Son los aviones, Giral. Deben de estar cerca». En aquel punto, sonaron los estampidos de las antiaéreas, se abrió una puerta y entró Menéndez: «Están bombardeando. Hay que bajar al refugio». Oímos entonces las explosiones. Se apagó la luz. Salí en busca de mi mujer, que tenía de visita a la de Ureña y la de Morla. Cuando bajábamos la escalera, los estampidos hacían retumbar la techumbre de cristal. Al llegar al refugio, ya se había concluido todo, por lo menos, en las inmediaciones. Estuve en el refugio un rato, con las señoras y Giral. A poco, apareció Casares, que venía a saber de nosotros. Nos comunicaron que habían caído bombas en la plaza contigua, donde hay algunos ministerios, dos de ellas muy cerca del ministerio de Marina. El despacho de Prieto quedó averiadísimo. Casualmente, en aquel momento, Prieto estaba en otro aposento hablando con el ministro inglés. Estando todavía en el refugio, entró de pronto mi sobrina Anita, deshecha en llanto. Yendo con su marido en un autobús, una bomba estalló cerca; su marido cayó herido y estaba desangrándose en la Casa de Socorro, donde no había medios de atender a tantas víctimas como llegaban. La pobre Anita había venido como loca, a pedirme auxilio. No sabía por dónde ni con quién había hecho el camino. Quiso tomar un taxi y se encontró dentro con un niño sin cabeza. El espanto la tenía medio trastornada. El espectáculo de la Casa de Socorro debía de ser horrible. Antonio, su marido, tenía una herida junto a la cadera. Tendido en el suelo, entre muertos y heridos, estaba en peligro de morir por falta de asistencia. Salieron inmediatamente Bolívar y un ayudante mío para la Casa de Socorro. Giral también se fue, en busca de nuestro amigo, el doctor Puche. Y esperamos, tratando en vano de consolar y reanimar a la pobre criatura. Un practicante había hecho una cura provisional a Antonio y decía que no era grave, que podían llevarlo a su casa. Yo había dicho que lo trajeran a la división. Un médico, encontrado no sé por quién ni dónde, lo reconoció mejor, y dispuso que con toda urgencia lo llevasen al hospital, pues había que operarlo. Así lo hicieron. Ya en el hospital, llegaron otros médicos, y Negrín envió otro más.

Mi sobrino, ingeniero agrónomo, era jefe del cultivo del tabaco en esta región, y en ese concepto subordinado a Negrín, que le conocía y apreciaba mucho. Incluso ha ido a visitarle dos veces. Hora y media después del accidente, y estando ya el herido en la cama de operaciones, los médicos me telefonearon preguntándome qué hacían, si operaban en seguida, como era conveniente, o quería yo que se buscase algún otro operador. Los dos que había allí eran buenos. Contesté que me remitía a su pericia y su celo. Operaron. Tenía Antonio una triple perforación del intestino. Soportó medianamente la operación. Los médicos dijeron que si en cuarenta y ocho horas no se presentaban complicaciones, podría salvarse. Así trataban de hacérmelo creer, y sobre todo a su pobre mujer. Nunca tuvo esperanzas. Antonio tenía una lesión pulmonar y, según se ha sabido ahora, no sé qué cosa cardíaca. ¡Qué había de resistir! Murió en la noche del martes al miércoles, fallándole el corazón, cuando empezaba a presentarse la peritonitis. Deja a su viuda con veinticinco años, dos niños, el mayor de tres años, y otro en camino. Me ha afectado profundamente, por Antonio, que era muy simpático, modesto y bueno, y por mi sobrina, que tiene tan mala suerte como todos sus hermanos y como la tuvo su padre. En Valencia ha habido muchas víctimas. La indignación es grande. Ahora, querrán tomar represalias, las cuales darán pretexto para otros estragos, y así, hasta el infinito destrozo. «¿Pero es que hemos de aguantarnos y no responder?», dicen muchos. No sé qué será lo peor.

Vuelvo a la crisis. Largo había elaborado un proyecto de reorganización del Gobierno y unas bases a las que debían ajustarse la colaboración de los partidos y las sindicales. Me lo trajo el lunes, pero no completo. Pensaba comunicárselo a todos, para que diesen su conformidad. Reducía los ministros a catorce. «No es mucha reducción. Bastarían ocho o diez», le dije. Repuso que habiendo de contar con todos, era imposible reducirlos a menos. El argumento era falaz. Partía de la resolución de otorgar al Partido Socialista y a la UGT una representación preponderante, y aplicando luego la aberrada práctica de las participaciones *proporcionales* llegaba a dieciséis ministros. Lo peor no era eso. En su proyecto, el Presidente del Consejo, es decir, él personalmente, no solamente conservaba la cartera de Guerra, ¡sino que tomaba las de Marina y Aire! Y habiéndose producido la crisis porque no le querían en Guerra, ofrecía, para *transigir* y recomponer el Gobierno, quedarse con los demás ministerios militares. Semejante trágala hubiera podido entenderse como un medio para hacer imposible la solución y dejar el Gobierno. Pero, en el caso actual, esa mediocre habilidad no era del juego,

pues Largo no quería dejar el Gobierno de ninguna manera, y para dejarlo podía haber rehusado el encargo de formarlo de nuevo. Era un paso más en la absorción de funciones; y, además, el modo de aprovechar la oportunidad de la crisis para echar a Prieto de un ministerio de mando. «¿Va usted a prescindir de Prieto? ¿Con los servicios que ha prestado y la opinión que tiene?». No prescindía de él. Quería nombrarle ¡ministro de Agricultura, Industria y Comercio! para que en estos departamentos de la economía nacional se hiciese una política acorde con Hacienda, donde seguiría Negrín. Prescindía de Galarza en Gobernación, y era la única satisfacción que daba en el proyecto, aunque le parecía injusto el descrédito de Galarza. Y había más: en el funcionamiento del Consejo Superior de la Guerra (el cual había servido de pantalla para sustraer al Consejo de ministros el conocimiento de muchos asuntos, y luego, no convocándolo, anular o esterilizar el propio Consejo de Guerra), la facultad decisoria se atribuía al ministerio de la Guerra. Conocido, sin más análisis, el proyecto, saltaba a la vista que Largo no formaría Ministerio. Un examen más detenido había mostrado que, aun sin la oposición de los partidos, el plan era inadmisible.

Comunicó Largo el proyecto a sus presuntos colaboradores. Los comunistas lo rechazaron. Los socialistas no querían entrar en el Gobierno si no participaban los comunistas. Las cartas y declaraciones en que cada grupo explica su posición están en los periódicos. Vino a media tarde a decirme que no podía formar Gobierno. Entonces puse por obra un propósito concebido cuando vi el giro de las cosas, y los amagos de tormenta que se percibían. Le dije a Largo que antes de renunciar al encargo recibido de mí, me proponía realizar una gestión personal cerca de los partidos del Frente Popular, para ver si obtenía una concordia. «Los citaré aquí para dentro de una hora y convendría que asistiese usted». Me rogó que le dispensase de asistir, si no era absolutamente indispensable, para evitar una situación enojosa. Convinimos en que estaría en el ministerio, y si yo le llamaba en el curso de la reunión, acudiría. Llamados, asistieron con la representación de sus partidos Martínez Barrio, Díaz, Lamoneda, Quemades, y además Giral y Prieto. Les dije que lo excepcional del trámite a que les convocaba era signo de lo excepcional de las circunstancias. Que la ruptura entre los partidos me ponía a dos dedos de no tener un instrumento de gobierno. Que mi esfuerzo se encaminaba a conservar la unión del Frente Popular. Que debían todos secundar ese esfuerzo. Que yo tenía medidas las responsabilidades propias y sabía muy bien adónde podía llegar y adonde no. Que midiesen los demás las suyas, e hiciese cada cual lo necesario para poner en pie un Gobierno sobre

bases de concordia. Hablé un corto rato, sobriamente y con gravedad. Opinaron después todos, empezando por Prieto. Los republicanos se avenían a todo, con tal de que se formase en seguida el Gobierno. Lamoneda llegó a indicar que pasarían por la presidencia de Largo con la cartera de Guerra, si los comunistas lo aceptaban. Se negaron terminantemente. Para el ensayo y demostración que yo necesitaba hacer me faltaba la presencia de Largo. Le llamé. La discusión entre ellos rebotó. Largo se defendió con calor y reprimido encono de los cargos del comunista, pero soltó que, conservando él la cartera de Guerra con la presidencia, estaba dispuesto a revisar las demás bases del proyecto de Gobierno. Después de esto, todo dependía de los comunistas. «Si todos ustedes —le dije a Díaz— aceptan que en el nuevo Gobierno entren las sindicales, unos porque lo aprueben, otros porque se allanen o se resignen, y siendo Largo Caballero el único Presidente que admiten las sindicales, es preciso dejar en claro que si tal Gobierno no se forma depende de que los comunistas no transigen con Largo en Guerra y de que Largo no quiera tampoco soltar esa cartera». (Largo, con dura energía, había dicho varias veces que irreductiblemente no volvería al Gobierno sin tener personalmente el ministerio de la Guerra, por considerar de interés nacional su presencia en el cargo). Le hice algunas reflexiones a Díaz, tal vez con más calor que el conveniente, y le hicieron por eso alguna mella. No cedió. Para concluir la reunión (eran las nueve y media), le propuse a Díaz que consultase por última vez con el comité de su partido y así lo ofreció. Largo se retiró el primero. Ya en pie, todavía hablaba animadamente. Un esbozo de sonrisa irónica en la comisura de los labios, y un poco de emoción en los ojos. Afirmó que, lejos de abandonar sus puntos de vista, si hubiese vuelto, o si volviera a la cartera de Guerra, tomaría determinaciones, que había aplazado, y que estimaba indispensables. Se refería sin duda a Miaja y a los mandos comunistas.

No habíamos concluido de cenar cuando me trajeron una nota que Díaz acababa de dejar en mi secretaría, reiterando la negativa de los comunistas. Se lo comuniqué a Largo por teléfono. «Ya no hay nada que hacer. Mañana por la mañana resolveré». Me decidí a encargar del Gobierno a Negrín. El público esperaría que fuese Prieto. Pero estaba mejor Prieto al frente de los ministerios militares reunidos, para los que, fuera de él, no había candidato posible. Y en la presidencia, los altibajos del humor de Prieto, sus «repentes», podían ser un inconveniente. Me parecía más útil, teniendo Prieto una función que llenar, importantísima, adecuada a su talento y a su personalidad política, aprovechar en la presidencia la tranquila energía de Negrín. A primera hora

de la mañana hablé con Martínez Barrio. «¿Qué haría usted?». «Pues yo he compuesto dos proyectos de Ministerio, como si el encargo lo hubiese recibido yo, pero endosándoselo a otro; por ejemplo, a Álvarez del Vayo». «¿Pero usted cree —le repliqué— que Álvarez del Vayo es capaz de dirigir un Gobierno?». «No, señor». «Entonces…». «Bueno; pues a otro». «He pensado en Negrín, que vendrá ahora mismo». «Muy bien». Me dio dos listas de nombres, una con sindicales, otra sin ellas. Discurriendo sobre las eventualidades previsibles, le dije que, con las sindicales, Negrín no formaría Gobierno. Pero no era imposible que tampoco lo formase sin ellas, si la UGT o el Partido Socialista se dejaban maniobrar por los caballeristas, o si no se entendían en la atribución de carteras, etcétera. En caso de fracasar Negrín, no tenía más camino que encargar a un republicano, el cual fracasaría en el acto; y llegadas ahí las cosas, tendría que dar por descompuesto e inutilizado el Frente Popular. «Como fuera de él no hay nada, ¿qué hacer? Me iré a las Cortes a decirles la verdad de lo que pasa, y a pedirles que me den una orientación. Es creíble que el Gobierno dimisionario se negase a reunir para eso el Parlamento. Entonces haré un mensaje escrito a las Cortes, las cuales, por otra parte, pueden reunirse en cuanto quieran sin convocatoria del Gobierno, y haré un discurso por radio a todo el país, refiriéndole cuanto pasa y la situación del Presidente». «Eso sería el canto del cisne», dijo Martínez Barrio. «Es posible. Pero no conozco otro camino. Porque lo que muchos desean: que me encargue yo personalmente del poder, es un despropósito en que nunca incurriré. Y si no se puede gobernar con el Frente Popular no hay Gobierno. ¡Como no encargue de formarlo al general Miaja para que haga de liquidador!». Llegó Negrín. No le sorprendió demasiado el encargo. Opuso algunos reparos, fundados en que había otras personas de mayor relieve. No le dejé continuar. Le recomendé mucho que redujese el Ministerio a la mitad, para lo que convendría que las representaciones de los partidos fuesen en lo posible unipersonales. La reunión de los ministerios militares en la persona de Prieto le pareció que no encontraría obstáculos. Quedamos en que el ministro de Estado sería Giral. Ofrecería *un* puesto en el Gobierno a la CNT y otro a la UGT. Me pidió permiso para dar cuenta del encargo que había recibido al Comité Ejecutivo socialista. Y con esto se fue. Todo el día transcurrió en espera del resultado. Había opiniones para todos los gustos. Era seguro que las sindicales no aceptarían la presidencia de Negrín ni la reducción de sus representantes. Además, el puesto que se les ofreciera no sería ni en ministerios de mando de fuerzas ni en los relacionados con la economía. Rehusada la colaboración por las sindicales, Negrín debía intentar formar el

Gobierno sin ellas. Parecía persuadido de que lo conseguiría. Pasada la medianoche vino Negrín a darme cuenta de sus trabajos y me dio la lista del nuevo Gobierno, que aprobé, citándolos para ser recibidos a la mañana siguiente.

31 de mayo

El nuevo Gobierno ha sido recibido con general satisfacción. La gente ha hecho *¡uf!* y ha respirado. Se espera de él energía, decisión, voluntad de gobernar, restauración de los métodos normales en la vida pública, apabullamiento de la indisciplina. La ansiedad pública, sin desentenderse de los peligros de la guerra, se calma pensando que el Gobierno arreglará prontamente el desbarajuste de la retaguardia. Ahí está la llaga más dolorosa. El nuevo Presidente tiene gran confianza en sus designios, en su autoridad, afirma que la guerra durará mucho todavía (¡otro año!), y que se prepara para ello. Negrín, poco conocido, joven aún, es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas, sabe ordenar y relacionar las cuestiones. Podrá estarse conforme o no con sus puntos de vista personales, pero ahora, cuando hablo con el jefe del Gobierno, ya no tengo la impresión de que estoy hablando a un muerto. Esto, al cabo de los meses, es para mí una novedad venturosa. Parece hombre enérgico, resuelto, y en ciertos respectos, audaz. Algunos creerán que el verdadero jefe del Gobierno será Prieto. Se engañan. No solamente porque Prieto es sobrado inteligente para salirse de su papel, sino porque el carácter de Negrín no sirve para eso. Deseo ardientemente que les acompañe el acierto.

Me ha contado Negrín que Álvarez del Vayo no esperaba su cese, y que se han hecho gestiones, hasta última hora, por parte de la UGT y de los comunistas para su permanencia en Estado. Se le ha conservado la delegación para el Consejo de Ginebra, decisión recomendada incluso por motivos de oportunidad. A Just le ha sabido muy mal dejar el ministerio. Es incomprensible —quiero decir, injustificable— que la agradable peripecia de abandonar el poder se tome como una desgracia y enlutezca el alma. Just está muy triste y amargado. Personalmente, y como valenciano. Él y sus paisanos se quejan de que «Valencia» ha sido maltratada en esta crisis. Por la misma razón, el partido de Izquierda Republicana de Valencia está muy encrespado. Han perdido puestos. No queda más que un ministro de Izquierda Republicana, lo mismo que de Unión Republicana, y se creen vejados y desconsiderados. Han arremetido contra el Consejo Nacional, por haber

aceptado la colaboración ministerial en esas condiciones, y, según me cuentan, algunos me atacan personalmente, porque «no he defendido a Izquierda Republicana» obligando a Negrín a aumentar el número de ministros del partido. Era inevitable que, instalado aquí el Gobierno y convertido Valencia en centro de la política, las pretensiones localistas arreciasen. Aseguran que el ministerio de Obras Públicas, durante la gestión de Just, ha sido un puro derrame de bienes sobre Valencia. Ahora, al cesar, no sé quién habrá movido los hilos para que delante de mí desfilen comisiones lamentando que Just se vaya del ministerio. Han movilizado hasta el Tribunal de las Aguas. Y vengan telegramas y pliegos sobre lo mismo. Como si hubiéramos perdido a Colbert… He aprovechado la visita de unos delegados del Congreso de Juventudes de Izquierda Republicana, que han venido con el secretario general del partido, para decirles que yo desde la presidencia no «protejo» a ningún partido, y que si alguien espera en Izquierda Republicana que yo haga en su favor lo que don Niceto hacía por los partidos que le agradaban se lleva chasco, y tendríamos que admitir la consecuencia de que he salido del partido tan desconocido como entré en él. Los jóvenes aprobaron con entusiasmo mis palabras. El secretario, a quien en realidad iban dirigidas para que se las transmitiera a otros, callaba.

Recibí al Gobierno —menos al nuevo ministro de la Gobernación, que estaba en Bilbao— a la mañana siguiente de constituirse. No celebramos Consejo, pero tenía tantas cosas que decirles, que la conversación se prolongó más de una hora. Felicité a Negrín por su acierto, y a Prieto le dije cuánto se esperaba de él. Hablé de la política de Orden público, y de ahí pasé necesariamente a la situación de Cataluña. Les dije que el Gobierno necesitaba y estaba obligado a trazarse con urgencia una política catalana, que no podía ser la de inhibirse y abandonarlo todo. Que el Gobierno anterior, no obstante mis repetidas instancias y exhortaciones a Caballero, había incurrido en el gravísimo error de desentenderse de los asuntos de Cataluña, limitándose a lamentar enojadamente los abusos e insubordinaciones de la Generalidad. Lo hacía así, en parte, por la inclinación natural hacia la línea de menor esfuerzo, por evitarse nuevos quebraderos de cabeza, teniendo ya tantos, por rehuir un conflicto grave, refugiándose en lo de: «¡allá los catalanes!». Que por muchas y muy enormes y escandalosas que hayan sido las pruebas de insolidaridad y despego, de hostilidad, de «chantajismo» que la política catalana de estos meses ha dado frente al Gobierno de la República, no son razón para inhibirse, sino para lo contrario. Que con autonomía y todo, siempre hay materia de gobierno allí que incumbe al poder de la República,

como es por ejemplo lo económico y social; y ahora, por fin, el Orden público y lo militar. El Gobierno debe restablecer en Cataluña su autoridad en todo lo que le compete, manteniéndose estrictamente dentro de la ley, para que nadie se queje con nosotros de extralimitaciones ni invasiones, y, dentro de la ley, adelantar con firmeza, sin perder día ni hora. Que en Cataluña, el Gobierno de la República tiene que respetar la Constitución, el Estatuto, las leyes generales de la República que según la Constitución y el Estatuto son aplicables en Cataluña; las leyes dictadas por el Parlamento catalán en uso de su potestad; los decretos de traspasos de servicios (menos el de Orden público, rescatado), y las disposiciones y decretos de la Generalidad en cuanto no violen ni contradigan las disposiciones legales enumeradas, que es lo vigente en Cataluña. Manteniéndose dentro de ese cuadro, la actividad del Gobierno en Cataluña sería irreprochable e inatacable, y muy bien recibida por la opinión pública catalana, que está harta de abusos, de locuras y de traiciones, y no se manifiesta porque la aterrorizan. Que incluso el Gobierno debiera basar su política para Cataluña en el propósito de restablecer y mantener la autonomía, según el Estatuto, hoy secuestrada. La autonomía es un sistema basado en la democracia, y en su expresión legal, el sufragio, del cual sale el órgano principal autonómico, el Parlamento, llamado a elegir al Presidente de la Generalidad, que forma el Gobierno responsable ante el Parlamento mismo. Que todo este sistema ha sido destruido: Parlamento, partidos, libertad de opinión no existen o no funcionan. Tampoco los organismos administrativos, judiciales, etcétera, creados por el Estatuto y sus complementos. Que no puede admitirse que la autonomía se convierta en un despotismo personal, ejercido nominalmente por Companys, y en realidad por grupos irresponsables que se sirven de él. Que al desaparecer el sistema autonómico, no puede admitirse que surja una dictadura mediante la absorción de los poderes atribuidos a la democracia, y la usurpación de otros que no le correspondían, y se mantenga un despotismo a pretexto de que Cataluña era o debe ser autónoma. Que al derrumbarse el sistema, el Estado no debe enterrarlo, sino acudir a resucitarlo. Añadí que, a mi juicio, lo urgente era consolidar la autoridad en materia de Orden público y de Guerra, para lo cual ya se habían perdido bastantes días y algunas ocasiones excelentes. Hace falta una remoción general de personas. Ninguno de los funcionarios que durante estos diez meses ha tenido nominalmente a su cargo funciones que según ley corresponden al Estado puede seguir en su puesto, porque no tienen autoridad, ni espíritu, ni muchas veces ganas de servir fielmente al Gobierno; lo mismo en lo militar que en lo civil; lo mismo si son jefes que si son guardias. Hace

falta ocupar prontamente los servicios, recuperar cuarteles, fronteras, vías y medios de transporte, disolver grupos armados, recoger el material, clausurar centros clandestinos, investigar los crímenes cometidos y castigarlos, y ocupar las posiciones necesarias para que la autoridad del Gobierno sea respetada y temible. Estas previsiones se fundan en el gravísimo riesgo de que la autoridad del Estado fracase. Estoy persuadido de que se hará todo lo posible para que el fracaso llegue. A los hombres de la Generalidad les ha sabido muy mal perder el Orden público. Su mayor anhelo, dada la vitola de algunos varones, será poder decir que tampoco el Estado acierta a mantener el orden. Pondrán a la gestión del Gobierno todas las dificultades posibles. Menos les ha gustado, si cabe, la desaparición de la Consejería de Defensa. Alegué el testimonio del comandante Sanjuán (catalán, por cierto), sobre lo que allí pasaba. El mayor obstáculo para la acción del Gobierno será la política tortuosa de los hombres de la Generalidad; así viene ocurriendo desde julio, con las desastrosas consecuencias para la marcha de la guerra que ya no se le ocultan a nadie Ahora pondrán mil asechanzas y estarán agazapados en espera de una ocasión. No tengo duda —le dije al Gobierno— de que ciertas personas llegarán a entenderse con los faístas para armarnos otro «6 de octubre», como el de 1934. Lo harán invocando la autonomía, etcétera. Ya hay un periodiquito de la FAI, escrito en catalán y separatista. Prestará normas el Estat Català. No me extrañaría que Casanovas, dos veces fugitivo de Cataluña, y, en apariencia al menos, reñido con Companys, volviera ahora a Barcelona. Hay que tener muy presente la posibilidad de otro 6 de octubre, y prevenirse, política y militarmente, contra él. No para repetir el error del Gobierno Lerroux, que convirtió en mártires de las «libertades» de Cataluña a unos simples políticos fracasados, sino para lo contrario: es decir, para presentarse, lealmente, como mantenedores del régimen legal en la región. Me parece que en el Gobierno prevalece una tendencia muy semejante a mis opiniones. La cuestión es que puedan y sepan implantarlas. La mayor dificultad, hoy, es la escasez de fuerzas.

Me cuentan que los comunistas están entusiasmados conmigo. Especialmente Díaz, a pesar de lo que cargué sobre él la tarde de la crisis, me pone en las nubes. Dice que debiera ser yo quien dirigiese a todos. ¡Hum! ¡Si les dirigiese veinticuatro horas, buena se armaría! De todos modos, si contra toda apariencia, Díaz se percató de lo que había en las bambalinas de aquella escena, hay que darle un galón.

Cuando el nuevo ministro de la Gobernación llegó de Bilbao por los aires, con gran escolta de aviones, Negrín me lo trajo aquí a La Pobleta, ya entrada la noche. Zugazagoitia (sus amigos le llaman Zuga) es director de *El Socialista*. Vasco taciturno, siempre se me ha mostrado muy deferente y respetuoso. Era de los socialistas azañistas que había en las Constituyentes. Diputado por Bilbao, no vio con placer mi candidatura por aquella circunscripción en 1933, que le costó a él ser derrotado. Por entonces no estaba muy bien con Prieto; por lo menos, Prieto se quejaba de zafiedades y desaires de Zuga. Ahora, por lo visto, están compuestos, y en la escisión socialista, pertenece al grupo anticaballerista. En la dirección de *El Socialista* se ha señalado, desde que empezó la guerra, por la discreta reserva con que ha juzgado los acontecimientos, librándose, cuando empeoró la situación, de la insana estupidez de casi todos los periódicos, tan parecidos a los del 98. Algunos querían ver en eso inspiraciones de Prieto, aunque él negaba rotundamente que interviniese en la política de *El Socialista*… No sé a qué atenerme. Con todo, tampoco *El Socialista* se libró de tocar a deshora las trompetas del triunfo, ni de cometer indiscreciones como aquella de «los seis días» que faltaban para tomar la ofensiva. Sin ser un periodista sobresaliente, ni mucho menos, es discreto, sesudo y razonable, muy apto para el público a que se dirige, necesitado de cierta machaconería. Lo malo es que a veces pretende «hacer estilo», y debe de creer, y otros lo creen sin duda, que muy bueno. Desde hace algunos años, a casi todos los folicularios españoles les ha dado por escribir, venga o no a pelo, con frasecitas cortas, con cláusulas breves, creyéndose con ello más «modernos». Cuando se trata de gentes sin talento literario, ni formación de escritor, ni conocimiento siquiera superficial de la lengua escrita, se contentan con tronchar las oraciones, cortándolas a cada dos o tres vocablos con un punto seguido arbitrario, sin observar correspondencia alguna entre el desarrollo de la frase y el de la idea o pensamiento que pretenden expresar. Así resulta una frase cojitranca y jadeante. La atención del lector, como la materia suele ser parva y muy cursada, corre más veloz que la elocución del articulista, y se ve forzada a detenerse en las pausas indebidas de la prosa, desligadas de las pausas del discurso. Queriendo ser rápidos, son tartamudos. Pero ¡bueno!, ¿a qué viene ahora hablar de estilos? Hablamos de política toda la hora que Negrín y Zugazagoitia pasaron aquí. También de Bilbao. El nuevo ministro me dijo que no creía que Bilbao se rindiese, sobre todo si llegaban refuerzos de aviación. Me permití llevarle la contraria, moderadamente. Estoy persuadido de que Bilbao no tiene salvación. Ni toda la zona Norte, si los rebeldes, mejor

aconsejados y dirigidos, se han dado cuenta de nuestra irremediable debilidad en aquella parte y se proponen tomarla. De que Bilbao por lo menos se perderá en cuanto lo ataquen con fuerzas bastantes, estoy yo convencido desde hace tres meses, convicción formada a través de los enmarañados y palabreros informes que el ministro Irujo me daba en Barcelona. Aquellos informes, escuchados por mí sin pestañear, se dirigían a probarme la facilidad de la inminente reconquista de Miranda y Vitoria, seguida, inmediatamente de la de Navarra, después de lo cual, el ejército vasco, «que se batía con ardor gracias a la concesión del Estatuto autonómico», descendería por Soria hasta Sigüenza para resolver la situación de Madrid… No sé por qué, estas consejas me traían a la memoria un brevísimo diálogo en la ínsula Barataria:

«—¿Quién es aquí mi secretario?

»—Yo, que soy vizcaíno y además sé leer y escribir.

»—Pues con esas partes, podéis ser secretario del mesmo emperador».

¿Qué conexión me recordaba este diálogo? No sé. Lo consigno ahora como materia posible para un más apretado análisis.

Todo lo que me contaban Irujo y otros, sobre organización, disciplina, mandos y moral del ejército vasco, era nacido del buen deseo, y de la racional necesidad de que las cosas fuesen así. Pero no lo eran. Hay tres organismos militares en el norte: el de Asturias, sobre Oviedo, sangría suelta que ha consumido enormes recursos, y que representa, en escala reducida, un error militar (concebido y mantenido por aficionados a la milicia) semejante al de los rebeldes sobre Madrid, y menos disculpable; el de Santander (también el ejército de Santander se proponía resolver él la guerra, según me dijo Ramón Ruiz Rebollo en abril), y el de Vizcaya. La unificación de mando bajo Llano Encomienda ha sido una filfa. El Gobierno vasco no ha tardado en tarifar con Llano, que se ha ido a Santander, y se ha erigido en director de las operaciones el inevitable consejero de Defensa, que no sé si es Leizaola u otro así. Dentro de Vizcaya, la unidad de acción y de moral de las tropas no está lograda. Continúan las columnas y unidades de vario color político. Y las emulaciones de pueblo a pueblo. La deliberante presunción de conquistar Navarra y… Sigüenza, nacida de una confianza poco ilustrada, explicaría, sin justificarlo, el hecho de que en diez meses no se hayan tomado sobre el terreno las disposiciones necesarias para hacerlo infranqueable. Los angostos desfiladeros y valles vizcaínos han podido, en tanto tiempo, barrearse y armarse en forma tal, que el acceso a Bilbao fuese imposible. Muchos menos recursos naturales (o ninguno) brindan la Casa de Campo o Somosierra, y todavía no los han pasado los atacantes. Lo que la gente ha dado en llamar

«cinturón de Bilbao», suponiendo que existe lo que lógicamente debería existir, es una invención de la fantasía. Es más: temo que Bilbao, ciudad, no se defienda cuando el enemigo esté a sus puertas. No me refiero solamente a las razones de orden militar que aconsejen no encerrarse con grandes fuerzas en una plaza que no puede ser socorrida, ya que estas serían copadas, sino a los motivos de orden moral y político que tal vez produzcan el abandono de la villa. Defenderse casa por casa, calle por calle, como en Madrid, es un caso que no se repetirá. El caso de Madrid es el inverso de Bilbao. Madrid no quiso ni supo defenderse en Mérida, en Navalmoral, en Talavera, en Toledo, en Arenas, etcétera, lugares en que un esfuerzo y unos sufrimientos mucho menores que los suministrados y aceptados desde noviembre hasta hoy habrían evitado a Madrid su sacrificio; Madrid no se defendió en el campo, y empezó a defenderse cuando el enemigo entró en los arrabales. En Bilbao será al revés. Cuando esté vencida la defensa en el campo, la villa no resistirá. Y temo aun otra cosa: Caído Bilbao es verosímil que los nacionalistas arrojen las armas, cuando no se pasen al enemigo. Los nacionalistas no se baten por la causa de la República ni por la causa de España, a la que aborrecen, sino por su autonomía y semiindependencia. Con esta moral es de pensar que, al caer Bilbao, perdido el territorio y desvanecido el Gobierno autónomo, los combatientes crean o digan que su misión y sus motivos de guerra han terminado. Conclusión a que la desmoralización de la derrota prestará un poder de contagio muy temible. Y los trabajos que no dejará de hacer el enemigo. Y la resistencia, cuando no sea oposición, a que el caserío, las fábricas y otros bienes de Bilbao y su zona padezcan o sean destruidos. Esto es lo que yo pienso del asunto, y de casi todo ello hablé a Negrín y a Zugazagoitia, menos de la posible defección de los nacionalistas, que puede ser una aprensión mía, y he de cuidar de no ensombrecer sin utilidad conocida el ánimo de los ministros.

Reunión de Ginebra. La comedia habitual. Esta Sociedad de casi todas las Naciones se ha convertido, tiempo ha, en una especie de Congreso de Viena permanente. En ella recogeremos tantos zapatazos como en el Congreso. Ahora ni siquiera tenemos en el cónclave ginebrino la aureola de pueblo heroico que ha defendido su independencia contra el tirano, como la tuvimos en 1815, aunque la agresión que padece España es más cínica, criminal e indisculpable que la de 1808. Pero entonces, la actitud del pueblo español, resistiendo al emperador de la revolución, enemigo de Inglaterra, iba en el mismo surco que la política reaccionaria de los Gobiernos representados en Viena. Ahora la actitud del pueblo español, defendiendo su derecho a no ser

invadido, ni sojuzgado por ejércitos extranjeros, no gusta demasiado a los poderosos que manejan el cotarro internacional. La razón, el motivo de que Ginebra, secundando la política británica, se desentienda de nuestro pleito, es primeramente la debilidad de España. Si en lugar de docena y media de barcos de escaso poder, tuviéramos en el Mediterráneo ocho o diez grandes acorazados, el derecho de España brillaría en Ginebra con tanta fuerza como el sol valenciano, y ningún mucamo se atrevería a mirarlo cara a cara. Los grandes se disputarían nuestra amistad, y su preferencia repercutiría en la asamblea de las naciones, servilmente. Pareció que la Sociedad iba a ser el amparo de los débiles. Se ha convertido en un cortejo de satélites. El año 31 o 32, Ángel Marvaud vino al ministerio de la Guerra a tomarme una *interview* para *Le Temps*. Me preguntó, entre otras cosas, algo sobre la gestión de Madariaga en Ginebra. Sin decirle mi opinión entera, le contesté: «Sería mucho más eficaz, si estuviese apoyada por una poderosa escuadra». El pedante de Madariaga encontró mal esta salida. Pero es conforme con la realidad. Será desgarrador, y un poco sanchopancesco, si se quiere, pero así es. La experiencia, ya antigua, lo tiene probado, para cualquier observador. Esto no ha querido comprenderse nunca en España. Últimamente se había puesto en circulación la tesis de que nuestro papel en Ginebra podía y debería ser considerable, poniéndonos a la cabeza de las repúblicas americanas… Por su parte, Madariaga inventó aquel truco de adscribirse al grupo de los ocho, que sin él habría sido de siete. Total: arengas, y *manigances* de entre bastidores. No me alegro del fracaso y descrédito de la Sociedad. Muchos lo celebran con sarcasmo como un desquite del crudo realismo político sobre no sé que «idealismos». Declarar el derecho, aunque sea en pura doctrina, es todavía una quijotada. Porque ni eso hemos obtenido. Ahora bien: desde el reparto de Polonia, no se había cometido en Europa un crimen político comparable al que está cometiéndose con España. Para hacerse oír, y ser atendidos en la Sociedad de Ginebra, arca de la paz, definidora y guardadora del derecho, hay que ser poderoso, hay que estar preparado para la guerra, dispuesto a definirse a sí mismo el derecho, resuelto a imponerlo cuando sea desconocido. Nosotros somos débiles. No desconozco cuanto hemos hecho los españoles para, dentro de nuestra debilidad, amenguar nuestra respetabilidad. No me refiero sola y principalmente a los hechos acaecidos en el territorio republicano, muchas veces desatinados, inútiles, perjudiciales. Sin llegar a eso, el hecho mismo de la rebelión, aunque no hubiese sido reconocida ni apoyada por nadie, basta para hacer zozobrar el prestigio de un país. Mas, la Sociedad de Naciones no puede abrir la boca sino para invocar

el derecho, razón de su existencia. Como el derecho está enteramente de nuestro lado, la Sociedad se hace la sorda y enmudece. Y los «pequeños pueblos», séquito del inglés, o del francés, o de quien fuese, aguardan las consignas de las grandes capitales, mientras les llega el turno de padecer la suerte de España. Nuestro mayor enemigo hasta ahora ha sido el Gobierno británico. Todos los artilugios inventados para la no-intervención y sus incidentes han dañado al Gobierno de la República y favorecido a los rebeldes. La hipocresía ha llegado a ser tan transparente que parecía cinismo infantil. Gran cosa es decir que se trabaja por conservar la paz europea. Pero creer que Alemania o Italia iban a declarar la guerra a Inglaterra y a Francia si el Gobierno español compraba material en estos dos países es una estupidez. No lo harían, ni aun ahora, después de haber conseguido tantas ventajas en la Península. Por mi parte, nunca he deseado, ni deseo hoy, que esta guerra se convierta en general, no lo deseo por razones de interés español. Aparte de las razones que hay siempre para no desear una guerra más. Pero el mejor medio de evitar la guerra no es consentir que Alemania e Italia hagan en España lo que quieran. ¿En qué puede convenir a los intereses británicos el triunfo de los rebeldes, paniaguados de Alemania e Italia? A no ser que, en los cálculos ingleses, entre el de tomar bajo su protección a Franco, sustrayéndolo a la tutela italiana y alemana, para influir mediante él en toda la Península, puesto que ya tiene a Portugal. Si eso fuera, podría temerse que, en el momento oportuno, Inglaterra hiciese entre nosotros el papel de Du Guesclin.

Las sesiones de Ginebra han transcurrido como siempre. Los documentos del libro blanco han venido a abrir una puerta abierta. ¿Había que suponer que el mundo ignoraba los hechos que allí se prueban? Y una vez probados, ¿para qué ha servido? Álvarez del Vayo dice que el discurso de Eden ha sido peor para nosotros que todos los anteriores. Otros testigos lo niegan. Achacan la opinión de Vayo a que ya no es ministro porque ha hecho este comentario: «Ahora se convencerán en Valencia de que el cambio de Gobierno no ha servido para nada».

2 de junio

El suceso de *Deutschland* ha cobrado toda la amenazadora gravedad que podría temerse. Incidentes de esta clase eran previsibles desde que los barcos italianos y alemanes, aliados de los rebeldes, vigilaban nuestras costas en nombre de la neutralidad y de la no-intervención. La verdad es que el empirismo inglés ha llegado en estas componendas más allá de lo que permite

el buen sentido. Todo este suceso se ha presentado desde el primer momento como muy desfavorable para el Gobierno de la República. Por fortuna, la brutalidad de los alemanes, bombardeando Almería, ha obrado una reacción en ventaja nuestra. El día de la ocurrencia, Negrín me telefoneó, a primera hora de la noche, diciéndome que unos aviones habían bombardeado el *Canarias*, en el puerto de Ibiza, y que le habían tocado. Poco después me llamó nuevamente: el barco bombardeado era alemán, creía que el *Almirante Spee*, que estaba ardiendo y a punto de hundirse, si ya no se había hundido. Grave cosa. Me puse de muy mal humor, y concebí las peores preocupaciones sobre las resultas del caso. Venía además en el momento crítico, cuando el proyecto de retirada de los extranjeros había hecho mucho camino en la opinión inglesa y francesa, y en el punto en que iba a discutirse formalmente en el Comité de Londres, donde era seguro que obtuviese gran mayoría de votos, poniendo a Alemania e Italia en una situación difícil. Puesto que el suceso les favorecía para entorpecer más la dudosa marcha del Comité, no solamente era lógico prever que lo aprovecharían en nuestro daño, sino lícito imaginar que lo hubieran provocado y agrandado. Los despachos cruzados el día antes entre el almirante alemán y el ministro de Defensa autorizan a pensar que existía la resolución de ir derechamente a un conflicto. También habían caído bombas en las inmediaciones de un barco de guerra inglés, en Palma. Conservo copia de la cortés comunicación del ministro británico, pidiendo que se desmarcase una zona en la costa de Mallorca, donde sus barcos pudiesen estar libres de peligros, como se hizo. En la comunicación se alude a las bajas producidas en la oficialidad de un crucero italiano, en la misma ocasión. Los italianos se contentaron con encargar a Grandi que diese unas cuantas voces en el Comité de Londres; y no pasó más, porque nadie tenía derecho a agraviarse por lo ocurrido en Palma. Los telegramas del almirante alemán anunciaban otros propósitos. Producido el hecho, era creíble cualquier atrocidad. El Gobierno temió, ateniéndose a confidencias que decían llegadas de Mallorca, un ataque naval y aéreo sobre Valencia, para aquella misma noche. Se dio la señal de alarma, y miles de personas se salieron de la ciudad, yéndose a dormir a los pueblos del contorno o a campo raso. Los informes que indirectamente se tenían de la actitud de Berlín anunciaban determinaciones decisivas. Y, en general, la primera impresión en el exterior nos era desfavorable. ¡Ya se ve! ¡Atreverse dos aviones «rojos» a hostilizar a un pacífico crucero alemán, descansando en un puerto español, mientras los soldados y las máquinas alemanas hacían la guerra al Gobierno en la Península! ¡Qué ocasión para rasgarse las vestiduras y condenar a los

que violaban el derecho de gentes! Al siguiente día, hablé con Negrín y Prieto. Ya se sabía que el barco era el *Deutschland* y que no se había hundido. Pedí pormenores del suceso. Había que atenerse a los partes de los aviadores. Iban en reconocimiento sobre Ibiza, vieron un barco, creyeron que era el *Canarias*, y le atacaron. Antes de que le tirasen una bomba, el barco alemán disparó. Los aviadores eran rusos. Se ha dicho oficiosamente que eran españoles. Que fuesen rusos, no aumenta la presunsión favorable a un ataque deliberado sobre el barco alemán. Al contrario. Más verosímil hubiese sido de parte de aviadores españoles. Los rusos observan una disciplina rigurosísima, y sus jefes inmediatos, así como su Gobierno, saben muy bien que debe esquivarse cualquier conflicto con los alemanes. Su conducta lo prueba diariamente. El nublado reventó sobre la desgraciada Almería. El escandalazo de la agresión, de todo punto odiosa e indisculpable, nos ha favorecido. Es seguro que los alemanes, absteniéndose de esa atrocidad, hubieran podido obtener de las otras potencias algo más dañoso para nosotros. Aquí, la opinión, si se juzga por la prensa, se ha enardecido mucho. Todo se vuelve injurias a los nazis, bravatas y jácaras de lo que antes se llamaba patriotismo, y ahora antifascismo y espíritu revolucionario. No dan más chispas los unos que el otro. No he visto en los periódicos cuatro renglones con sentido común. Y donde lo hubiese, queda sepultado en los malos hábitos de decirlo todo descompasadamente y a puros gritos. En el fondo me parece que «la gente» está asustada por lo que puede ocurrir. Algunos, más pesimistas, encuentran en un choque abierto con Alemania una especie de consuelo. «Si hemos de perder, más vale que perdamos aplastados por Alemania e Italia». He presidido un Consejo de ministros para conocer el criterio del Gobierno, y darles a conocer el mío. El Gobierno estuvo reunido unas cuantas horas, y luego fue a la división, donde continuó la deliberación en mi presencia, hasta las tres de la tarde. Al Gobierno se le ha ocurrido pedir al Estado Mayor Central, nuevamente reorganizado por Prieto, un informe sobre la situación que resultaría de una ruptura con Alemania; es decir, de que Alemania nos haga francamente la guerra por mar y arrecie su aportación terrestre y aérea al ejército de los rebeldes; porque ruptura ya la hay, desde que reconoció al Gobierno de Burgos. No conozco los términos de la pregunta del Gobierno al Estado Mayor Central, y así no puedo juzgar si el Estado Mayor Central en su informe (de que guardo copia) se ha excedido en la respuesta. Si no se ha excedido, el exceso estará en la pregunta del Gobierno, porque el Estado Mayor aconseja que se responda con la fuerza a la agresión alemana, que nos coloquemos frente a Alemania en un estado de guerra, y eso no tenía que

preguntárselo el Gobierno. Lo que pudo preguntarle es si existían medios de afrontar una situación tal, ya nos fuese impuesta por las circunstancias, ya la buscase el Gobierno deliberadamente. El caso es que después de aconsejar una acción ofensiva, dice que los barcos solo tienen combustible para diez días. ¡Siempre la imaginación española echando humos sobre la cruda realidad! Y evadiéndose del rigor de los problemas. En el Consejo no se habló de ese informe. Pero le he dicho algo a Negrín, más tarde. Negrín le quita todo valor y alcance. En la reunión del Consejo, el Presidente me dijo que habían examinado cuidadosamente la situación, y que en el fondo había unanimidad, si bien se marcaban por parte de algunos ministros ciertos matices que no llegaban a ser discrepancias. Me pidió que autorizase a los ministros de Estado y de Defensa para exponer los diversos aspectos del asunto, en vez de hacerlo él, presidente, según se usa. Habló Giral. Refirió la situación diplomática, las impresiones recogidas en París y Londres, las comunicaciones a los embajadores, y los puntos capitales de la nota preparada por el Gobierno y que se enviará a los de Inglaterra y Francia, exponiendo la tesis española. Naturalmente, Giral opinaba que debía hacerse todo lo posible por no agravar el conflicto y no adoptar disposiciones de violencia. Prieto, después de resumir los hechos, tales como habían sido comprobados oficialmente, y de aportar las noticias últimas sobre lo de Almería, respiró por la herida. Se revolvía —sin alzar la voz ni alterarse— contra la humillación y el ultraje; hablaba de la razón que nos asiste, y del perfecto derecho que tendríamos para contestar con la violencia; se impacientaba contra la resignación de soportar el bombardeo de las ciudades y el torpedeo de nuestros barcos, etcétera. No proponía ninguna decisión, ni, en el fondo, sus palabras denotaban una discrepancia con la política del Gobierno. Ignoro si en la primera parte del Consejo su actitud fue más resuelta, y, habiéndose encontrado en minoría, se abstuvo de insistir en mi presencia. Invité a hablar a los ministros que lo desearan. Habló el de Instrucción Pública, comunista. Se traía una lección muy bien aprendida: era de todo punto inconveniente, perjudicial, acudir al terreno a que nos incitaba Alemania. No podríamos sostener una guerra, cuya primera consecuencia sería el bloqueo riguroso de toda la costa mediterránea, privándonos de todo. Adujo algunas consideraciones muy realistas sobre la situación y se sumó, reforzándolo, al parecer de Giral. No habló ninguno más. Dije yo unas pocas palabras, bastante deshilvanadas, porque estaba cansadísimo. Aprobé lo dicho por el ministro de Instrucción Pública. «No puedo aconsejar al Gobierno —añadí— determinaciones que agraven el conflicto y nos pongan en hostilidades con

Alemania en el Mediterráneo». No se trataba de hacer lo más justo, sino lo más conveniente. Debíamos aspirar a que las cosas no pasaran más adelante, a salir de la dificultad con el menor daño posible, y a que lo de Alemania fuese el último acto. Esto podía conseguirse por las conversaciones diplomáticas ya entabladas, gracias a la presión que Londres y París hacían para que Alemania no se lanzase a más agresiones. Si las repetía, habríamos de repelerlas; pero valía más que no nos viésemos en ese trance. Mi consejo, mi opinión, no son muy lucidos; pero por claro que sea nuestro derecho, no es menos clara nuestra debilidad, y a eso me atengo. Seguir otra conducta sería volar la santabárbara, «hundir el templo», como suele decirse; un acto de desesperación; pero el templo nos cogería a nosotros solos debajo. Es seguro que nadie nos acompañaría en nuestra desesperación ni acudiría en nuestro socorro. «Hay que evitar —dije— que el *Deutschland* sea nuestro *Maine*». El año 98, un ministro, descargando un puñetazo en la mesa del Consejo exclamó: «¡Yo no transijo con esos cochinos!». Y el vulgo, casi toda España, se extasiaba ante ese arranque de energía, de españolismo. Cuando, pasados los años, los mismos americanos reconocieron la injusticia de la acusación que se nos hizo por la voladura del *Maine*, nadie ha pensado en devolvernos las colonias. Nos hemos pasado cuarenta años maltratando a los políticos y a los Gobiernos de entonces. ¿Van a reaparecer ahora los mismos arrebatos? Si nos metemos a ciegas por un camino de perdición, cuando los historiadores reconozcan mañana la razón que nos asiste, no se subsanará la catástrofe. En el curso que siguen los sucesos, hay que esperar un sobresalto de Francia e Inglaterra, cuando las provocaciones alemanas e italianas no permitan dudar de sus propósitos. Pero ese momento no ha llegado.

Todavía estuvimos hablando, ya de pie, pero lo esencial queda apuntado.

4 de junio

El otro día recibí en audiencia a Baráibar, que venía a despedirse por haber cesado en el cargo de subsecretario de Guerra. Estamos ahora muy finos. He aprovechado la ocasión para pedirle noticias exactas de los planes que tenían sobre Marruecos, de los que es autor y director. Él ha estado en la Zona francesa, siendo ya subsecretario. De creerle, la insurrección en nuestra Zona es inminente. Cuestión de días; cuando terminen no sé qué fiestas religiosas. Le propuse, en forma de dudas, todas las serias objeciones que se me ocurren (y a cualquiera) contra la posibilidad del proyecto, y los peligros que entraña. Insistí particularmente en lo que podrán pensar y hacer las

autoridades francesas, a quienes supongo perfectamente enteradas de lo que se trama. Baráibar me dijo que por parte de las autoridades francesas no había dificultades. Él había hablado personalmente con el Presidente francés, que se había limitado a darle algunos consejos de tipo político; por ejemplo, que no se les hablase a los moros de autonomía, etcétera. «¿Pero cómo puede creerse que los franceses vean, no ya con placer, pero ni con indiferencia, una alteración de la paz en la Zona?». Baráibar insiste. Si en virtud del movimiento proyectado, restableciésemos en un punto de nuestra Zona la autoridad del Gobierno legítimo, los franceses, desde su Zona, están dispuestos a entenderse con el alto comisario que allí represente a la República. «¿No estarán ustedes siendo víctimas de una explotación, y de un doble juego, y los supuestos moros adictos no venderán también el secreto a los rebeldes de Tetuán?». Baráibar me cita algunos personajes marroquíes, cuyos nombres no retengo. De alguno confiesa que es un sinvergüenza. Pero de otros está seguro. Hombres de influencia y formalidad. Se ha repartido dinero. No necesitan armas. No se les han hecho promesas de orden político general. Sí de algunas reformas, y, sobre todo, de conceder cargos y mandos a los interesados. Se quejó de los cónsules españoles, que estorban cuanto pueden, porque no se ha querido contar con ellos para realizar el plan. Según Baráibar, no conocen Marruecos, y uno de ellos, no sé si el de Rabat, no sabe siquiera francés. «¿Han informado ustedes de todo eso al nuevo ministro?». «A mí nadie me ha preguntado nada». Suponía Baráibar que Caballero había informado a Prieto. Corté la conversación, de la que ya no podía esperar más, y se fue. Después he recibido una carta de Baráibar, en la que confirma cuanto me había dicho, y añade que el estallido es ya cuestión de horas, más que de días. Me cuenta que ha hablado con Ayza, presente en Valencia porque el ministro le ha llamado para enterarse. Ayza está muy confiado en el buen éxito. Siento que Ayza no haya venido a verme. Le conozco muy bien, y a través de lo que me contase, habría yo encontrado algo para formar juicio propio. De mi conversación con Baráibar y de la carta ulterior, he dado cuenta al jefe del Gobierno. Ya cuando se formó el Ministerio le llamé la atención sobre este asunto, le revelé mi desconfianza en el resultado y el temor de que todo concluyese en un despilfarro más, y en una «plancha», cuando no en alguna dificultad con las autoridades francesas. Negrín me trajo a los pocos días la copia de un informe del coronel González Arnao, enteramente desfavorable al proyecto y a los procedimientos empleados para desarrollarlo. «¿Qué le parece a usted?», me preguntó Negrín. «Me parece que tiene razón el coronel. De todos modos, entéreme a fondo de lo que allí pasa, y si es lo

que yo me figuro córtenlo de raíz. Estoy persuadido de que muchos de esos moros a quienes Baráibar soborna, están igualmente sobornados por Tetuán, y comen a dos carrillos». «Esa es también mi impresión», dijo Negrín. Hemos vuelto hoy sobre el caso. Parece que el Gobierno está dispuesto a despejar este enredo y a cortar los víveres. Lo más chusco de tantos desvaríos (a mí, al menos, me lo parecen) es el capítulo de las mujeres moras viniendo a la Península para que [sus esposos] arrojen las armas y se pasen a nuestras filas. ¡Tendría que ver! La influencia de las moras en los moritos… Acaso lleguen a imponerse, y hagamos una adaptación marroquí de *Lisístrata*.

Negrín me ha informado de cómo van los asuntos de Orden público en Cataluña. Se ha hecho mucho, comparativamente, pero no es más que el comienzo. La opinión está contenta, y los hombres de la Generalidad estorban cuanto pueden, con triquiñuelas administrativas. He vuelto a darle a Negrín una conferencia sobre la cuestión. La normalidad es ya completa en toda la frontera y en las carreteras. En Benasque, las gentes del valle acudieron a la raya a convencerse de que otra vez ondeaba la bandera nacional. Como allí se han mandado carabineros, los sacripantes del Consejo de Aragón, creación de Galarza, se permitieron no darse por enterados. Con este motivo le he preguntado al Presidente cuándo disuelve ese Consejo, sustituyéndolo por uno o varios gobernadores. Está dispuesto a hacerlo. Y a meterlos en la cárcel, para lo que hay motivo sobrado, en particular respecto de Ascaso. He sabido con asombro que uno de los «consejeros» de Aragón es un sujeto que fue *chauffeur* mío en Madrid, en 1935. Ahora gobierna en Caspe como sucesor de don Martín el Humano. Los consejeros, con Ascaso, han venido a Valencia para *tratar* con el Gobierno. Ni el Presidente ni los ministros los han recibido. Bien está, pero hay que suprimir el Consejo.

5 de junio

Unos impresos americanos me traen nuevas muestras de impertinencias y chabacanerías que se refieren a mí. Esta vez, pretenden ser amistosas y consideradas, pero no dejan de ser necias. Como apenas tengo historia pública anterior a 1930, muchos desocupados se entretuvieron en inventarla cuando la política me puso en evidencia. El fenómeno es normal. Lo raro es que, estando tan a la vista mi modo de vivir, y habiendo residido en Madrid, con pocas interrupciones, desde 1898, se hayan empeñado, amigos y enemigos, en descifrar un «enigma» que no existe, y en atribuirme un pasado más o menos

novelesco, cuando no tenebroso, y un carácter en armonía con la solución del enigma. En los primeros meses de la República llovieron folletos y artículos, laudatorios o vejatorios, algunos con pretensiones de análisis psicológico, todos disparatados. Unos me representaban, adolescente, caminando desde mi pueblo hasta Madrid, con un atillo al hombro, para buscarme la vida. Otros me hacían pasar la niñez en una humilde casucha de aldea, a bofetadas con el hambre. El de más allá averiguaba que yo había pasado treinta años sumergido en una sombría biblioteca, leyendo millares de libros y enfrascado en abstractas meditaciones sobre los problemas del Estado y de España, como preparación para gobernar en cuanto adviniere la República. No habiendo sido nunca arribista, pedante, histrión, pedigüeño, ni menos adulador o envidioso, sino más bien despreciativo de los tontos, burlón y bastante despachado en mostrar mis preferencias o mis repugnancias, la vulgaridad de la gente, que no encontraba dónde morderme ni argumentos para ponerme en ridículo, se resistía a creer en mi naturalidad y ha preferido inventarla. Creo que fue Domenchina quien habló una vez de mi «aplastante naturalidad». El calificativo me hizo pensar que, en efecto, quizá mi naturalidad sea insoportable, molesta, y por su misma inverosimilitud, dadas mi edad y experiencias, tenida por simulación y máscara. Alcalá-Zamora le decía a Sánchez Román: «Cualquiera sabe cuáles son las intenciones de Azaña». El hombre se resistía a creer que estuviesen tan ingenuamente a la vista. He llegado a persuadirme que tal es mi defecto más grave para la política y el gobierno, porque me ha llevado demasiadas veces a creer, por reflejo, en la espontaneidad ajena, sin lograr siempre que se acepte la mía y no parezca astucia; lo peor es que lo tomen a uno por taimado y astuto, no siéndolo. Así, los más finos psicólogos de cuarta plana, no pudiendo admitir que mi «carrera» no se ajustara al curso sabido y pisoteado de tantas otras conocidas en Madrid, que daban la pauta, ni que estuviese influida por accidentes y encuentros menos usuales, se esforzaban en presentar mis años de relativa oscuridad como un sombrío y repugnante drama, a propósito para que Lenormand lo escenifique. Según ellos, había yo pasado veinte años reconcomido de ambiciones frustradas, royendo fracasos, almacenando odios, para desquitarme en cuanto una revolución política me diese medios de vengarme, o entrometiéndome en la revolución precisamente para vengarme. Mucho me tengo reído de tales despropósitos, en la buena compañía de quien o quienes conocen la realidad verdadera igual que yo. ¡Para qué voy a desmenuzar los motivos de la risa! Pero no todas las sandeces impresas contra mí eran para tomarlas a broma; no porque me vulnerasen, sino por el abismo

de maldad de que surtían. Cabalmente, estos meses pasados, al encontrar en la prensa de Barcelona la firma de un libelista, ha revivido en mi memoria una proeza suya, bien negra. Un tal Ezequiel Enderiz, periodista, publicó en *La Tierra*, periódico de March, que por cuenta de este filibustero hacía una campaña perturbadora, de demagogia revolucionaria, una semblanza mía, en la que para probar lo arraigado que tengo el instinto de crueldad contaba que mi diversión favorita, en la niñez, era saltarles los ojos a los pajarillos, y que los frailes, mis maestros, me castigaban a besar la mano de mi madre, castigo el más duro que podían imponerme, porque yo la aborrecía, y la maté a disgustos… Esto se ha impreso, y como habrá gentes para no creerlo, guardo entre mis papeles el artículo recortado. Para que nada falte, el año 1935, el mismo Enderiz, cuando advirtió de qué cuadrante soplaba el viento, imprimió un folleto titulado *El pueblo con Azaña*, hecho principalmente con recortes de mis discursos de Comillas. Lo puso a la venta, porque eso entonces daba dinero, y tuvo la desfachatez de obsequiarme con un paquete. En él dice que soy un dios, o un semidiós, y que merezco manejar el rayo. Además que me quiere mucho y me admira. Ahora, como otra vez «hay revolución», Enderiz (a quien no conozco ni de vista) y los demás folicularios de *La Tierra*, huyendo de Madrid, han ido a volcar su podredumbre en *La Soli*, de Barcelona, donde, con sus firmas, han reaparecido los antiguos temas de difamación y de escarnio que tanto gustaron en el periódico de March. En realidad, deben de estar furiosos conmigo, porque, en seis años, no he querido sobornarlos.

Por otro estilo, son muy cargantes los que a título de amigos, de admiradores o de confidentes inventan anécdotas a la medida de su cacumen, para ensalzarme tal vez, o más seguramente para ensalzarse. Como los que se retratan siempre junto al torero o el tenor. O junto al político, que padece igual publicidad. Conozco yo dos o tres personas, a las que trato poco, pero a las que veo siempre a mi lado en las fotografías de actos públicos, banquetes, etcétera. Me han salido docenas de compañeros de la infancia, de contertulios de café, a quienes no he visto nunca. Nada tiene de extraordinario, ni de dañino, como no sea las estupideces que me atribuyen, y en las que ellos juegan siempre un papel. Ahora, un periodista argentino (supongo que es argentino) cuenta que en los años de veintitantos era asiduo contertulio mío, y que al retirarnos del café, *a las altas horas de la madrugada* (¡claro!, ¡no podía ser otra cosa!), me acompañaba a pie hasta mi casa, y yo, *saliendo de mi taciturnidad*, le hacía confidencias muy personales. Era previsible que entre las cualidades propias de un hombre misterioso, en espera de los

decretos del destino, se contase la taciturnidad. ¡Qué diablo de hombre! La verdad es que si el haber sido contertulio mío da charol a un periodista en América, se satisfacen con poco. Cierta réplica de Valle-Inclán vendría aquí muy a pelo. Más vale callar.

Me ha visitado el nuevo subsecretario de Guerra, Fernández Bolaños. Ha estado en Francia y América, con misiones del Gobierno, desde que empezó la guerra. Ha venido a posesionarse del cargo, y ha pedido el reingreso en el ejército, porque es comandante de ingeniería, retirado. Con tan larga ausencia, parece un poco poseído del ánimo del emigrado: facilidad para concebir proyectos salvadores, en pleno desvarío. Explicándome la situación con Francia, asegura que sería más útil ofrecerle la isla de Menorca, a cambio de que se pusiera francamente a nuestro lado.

10 de junio

He recibido a Manuel Pedroso, diputado socialista por Ceuta, que pasa a Varsovia, como encargado de Negocios, en sustitución de Ruiz Funes, promovido a la embajada en Bruselas. Pedroso viene de Tánger. Le pido noticias de la Zona, y sobre todo del famoso plan de Baráibar. Pedroso se ríe de los disparates que han hecho. Me habla con elogio de nuestro ministro en Tánger, Prieto del Río, que ha sabido sortear situaciones dificilísimas, y que es ajeno a la invención y ejecución del plan. En Tánger, todo bicho viviente está enterado de lo que se tramaba. Los agentes oficiosos del Gobierno y algunos gerifaltes del Frente Popular tangerino han sido los primeros en propalarlo. Me refiere el caso de un enviado del ministerio de la Guerra, que, si la memoria no me engaña, fue diputado socialista por Sevilla, llegado a Tánger con dinero. En el café, lleno de público, decía a voces: «Aquí tengo doscientos mil francos que me ha dado Largo Caballero para comprar armamento». Y enseñaba los billetes. Pedroso afirma que los agentes moros estaban vendidos a la Comisaría de los rebeldes en Tetuán, enterada de todo. Cree que no puede intentarse nada por tal camino.

12 de junio

Comienzo a recibir visitas de embajadores y ministros que vienen a Valencia para el alarde convocado por el Gobierno. Era indispensable poner

en comunicación directa al Gobierno con sus agentes en el extranjero, proveerles de una doctrina, de unos planes, de instrucciones, hacerles conocer la situación interna, etcétera. Antes no se hacía. Algunos se habían lamentado de no recibir instrucciones. Otros se han limitado al papel de informadores, y, a veces, al de espectadores. Cuando no al de refugiados. Cada cual ha hecho en su puesto lo que le ha parecido conveniente. En todos estos meses he echado de menos una actividad diplomática incesante, que debía haberse extendido, por caminos rodeados, hasta los Gobiernos alemán e italiano. Una vez se lo indiqué a alguien, mostrándole incluso el camino, bastante fácil, y me salió haciendo corcovos. A Largo era inútil hablarle de estas cosas. Diríase que «no cree en la realidad del *mundo exterior*». Con Vayo también hablé varias veces. Estaba de acuerdo. Pero Vayo llevaba las cosas interiores del ministerio con un desorden increíble, según ahora se comprueba, y la acción exterior, aparte de sus hábitos y cánones de periodista internacional, consistía en pensar lo que podría hacerse en Ginebra y en comentar lo que se había hecho. El trabajo directo, incansable, cerca de los Gobiernos, a compás de las situaciones de cada día, faltaba. Tal es mi impresión, y, en algún caso muy señalado, no es impresión, sino certidumbre. En cuanto se constituyó el nuevo Gobierno, traté del asunto con el Presidente, y le insté a que pusiera remedio a todo eso. Negrín pensaba lo mismo, y me anunció su propósito de hacer venir a nuestros representantes y celebrar con ellos dos reuniones por lo menos: una, más amplia, a la que asistirían todos, para informarles de la situación y de los planes del Gobierno, y otra muy restringida, a la que convocaría solamente a nuestros embajadores en Londres, París, Moscú y Washington. Me pareció bien. Ya van llegando. De aquí a mañana o pasado acabarán de llegar todos.

He recibido hasta ahora a Ruiz Funes y a Pascua. Ruiz Funes, que viene de Varsovia, para no volver, porque se le nombra embajador en Bruselas, no me cuenta cosas de gran interés en relación con los asuntos de España. El medio oficial polaco nos es hostil, salvo un ministro, de cuyo nombre ya no me acuerdo. Simpatías populares, y algunos grupos intelectuales. También los judíos. Ruiz Funes hace la propaganda que puede, con resultados que no parecen brillantes. Me habla de la situación interna de Polonia, de la militarización del país, del miedo a Rusia, de la influencia francesa disminuida, de los asuntos de Danzig, etcétera.

A Pascua le he visto ya un par de veces este invierno pasado. Su situación, como embajador de España, es excepcional, pero no le basta eso para estar libre de misterios, de espionaje y de un relativo aislamiento. Hay embajadores

de otros países que no han conseguido aún hablar con Stalin, y le ven solamente en los desfiles y ceremonias al aire libre. Otras veces le había yo dicho a Pascua mis puntos de vista sobre lo que debería ser la política de la República en España, para que, si tenía oportunidad, y sin ocultar su origen, los confrontase con los del dictador ruso. Asegura Pascua que Stalin los comparte por entero. Terminantemente le reitera que aquí no persiguen ningún propósito político especial. España, según ellos, no está propicia al comunismo, ni preparada para adoptarlo, y menos para imponérselo, ni aunque lo adoptara o se lo impusieran podría durar, rodeado de países de régimen burgués, hostiles. Pretenden impedir, oponiéndose al triunfo de Italia y Alemania, que el poder o la situación militar de Francia se debilite. (Lo chusco del caso es que a la situación militar de Francia le sale un protector benévolo, porque Francia se conduce como si la posible debilitación le importase menos). El Gobierno ruso tiene un interés primordial en mantener la paz. Sabe de sobra que la guerra pondría en grave peligro al régimen comunista. Necesitan años todavía para consolidarlo. Incluso en el orden militar están lejos de haber logrado sus propósitos. Escuadra, apenas tienen, y se proponen construirla. La aviación es excelente, según se prueba en España. El ejército de tierra es numeroso, disciplinado y al parecer bien instruido. Pero no bien dotado en todas las clases de material. Al Gobierno y al régimen comunistas empieza a nacerles un problema del lado del ejército. Tan vasto como es, no puede estar formado exclusivamente por comunistas. Se mantiene la tendencia a no abandonar la acción política dentro del ejército, principalmente en los cuerpos que están en Asia; pero en la Rusia propia iba ganando terreno la tendencia a sobreponer las cualidades profesionales, descuidando o abandonando la acción política. El complot, o lo que sea, que ha determinado el último proceso, ha cundido entre los que seguían la segunda. (Si han aprendido a decir: «somos militares *antes* que comunistas», ya tienen lo suficiente). Fusilando a ocho militares de categoría, el régimen da una prueba tremenda de vigor y de audacia; pero necesita darla, lo cual es ya una comprobación del disentimiento. Hasta dónde llega y qué gravedad tenga, Pascua no puede apreciarlo; pero no cree que con los fusilamientos se haya resuelto el problema. El pueblo ruso sigue con pasión el curso de la guerra, muy al día y con el mayor detalle. El Gobierno toma increíbles precauciones para los envíos de material, nunca en barcos soviéticos. Singularísimo régimen a que han estado sometidos, en un pueblo de Armenia, los jóvenes españoles que fueron a adiestrarse para pilotos. Gran interés en no tropezar con Inglaterra. (La URSS parece el hombre a quien se admite en sociedad

porque no hay otro remedio, pero de quien nadie quiere ser amigo. Es una causa de debilidad, porque nunca puede aventurarse a salir del límite que la necesidad pone a su trato). Me habla también Pascua del sistema comercial exterior de la URSS y su correspondiente política monetaria; del nacionalismo ruso, etcétera.

14 de junio

Visita de Azcárate. Taciturno, como siempre. Cuesta trabajo sacarle las palabras, y como gusta de medirlas mucho, y opinar con muchas reservas, es difícil saber a qué atenerse. Estima que, en general, la opinión pública inglesa se ha modificado bastante en nuestro favor. De una manera más o menos directa, no deja de hacer alguna presión sobre el Gobierno, que no puede prescindir de ella. Esa corriente desaprueba la política del «balancín» que mantiene el Ministerio inglés. Puede suponerse que la caída de Bilbao, si sobreviene, le venga bien a Eden para justificar y reforzar esa política, como si dijera: «¿Veis como las cosas no están claras?».

Le comunico mi temor de que la conducta de aquel Gobierno esconda una verdadera hostilidad, que aguarda el momento oportuno para declararse. A mi juicio, el Comité de No-Intervención se creó precisamente para intervenir en España, no como lo ha hecho hasta ahora, encubriendo la intervención alemana e italiana, sino de un modo declarado y colectivo cuando convenga a los intereses británicos, o, dicho de otro modo, al interés de «conservar la paz». Una política de balancín no es nada para sí misma. Algo se propone, algo esconde. Ganar tiempo: ¿para qué? Es creíble que la caída de Bilbao, ya inminente, e inevitable, preste la ocasión. (Recuerdo la mención de ese suceso en la conversación Eden-Besteiro). Los actos de la marina inglesa, cuando se pronunció el ataque sobre Bilbao, parecían prometer otra cosa, y que no agradaba al Gobierno ver aquella cuenca en otras manos. Pero consumada su pérdida, se presentará la conveniencia de acomodarse al hecho irreparable, y puede cambiar todo.

Azcárate no cree que la pérdida de Bilbao determine una variación a fondo en la política del Gobierno británico. A su juicio, Eden no nos es personalmente hostil. Lo era el primer ministro saliente, y otros miembros del Gabinete. De Chamberlain cree saber que es antifascista. (Lo será para dentro de su país, pero eso, ¿de qué nos vale?). Está convencido de que el Gobierno ha tomado en serio lo de la retirada de los extranjeros y quiere llevarla a cabo.

Eso es importante, y si lo realizasen a fondo, sin condiciones, ganaríamos la guerra inmediatamente. Italia y Alemania lo saben mejor que nosotros. No puede desconocerlo el Gobierno inglés. Pero Alemania e Italia, para retirar sus tropas, si alguna vez las retiran, pedirán y habrán de darles algo. ¿El qué? Porque ni Francia ni Inglaterra van a echar todo su peso para obtener la retirada pura y simple de los extranjeros. No se advierte que Inglaterra viese con agrado el triunfo completo de la República. Es creíble que tampoco le agrade el triunfo de Italia y Alemania en la Península. La retirada total de los extranjeros, hecha a tiempo, es darle la puntilla a la rebelión. Entonces, ¿a través de quién desea ganar Inglaterra en España? (Sobre estas cuestiones quisiera yo que emplease su actividad el embajador, y, cuando menos, las explorase).

Azcárate confiesa que ha sufrido una gran decepción con los ingleses. No ha empleado esa misma palabra, pero venía a decir lo mismo. Azcárate, como todos cuantos proceden más o menos de la Institución Libre, está educado en el respeto admirativo de «la cosa inglesa».

A última hora de la tarde han venido a La Pobleta, llamados por mí, el Presidente del Consejo y el ministro de Estado. Quería conocer más al detalle el programa de la reunión de mañana, e inculcarles algunas ideas mías. «Llevo un año —he venido a decirles— a la cabecera del enfermo, observándole día y noche. Creo conocer su mal. En el orden militar, aunque se ha progresado mucho en organización y disciplina, subsisten defectos de casi imposible remedio. En cuanto a los aprovisionamientos, dependemos casi en absoluto de las importaciones. Ninguna guerra se puede ganar en la Península si no se domina el mar, sobre todo estando cerrada o siendo hostil la frontera francesa. Desgraciadamente, nosotros perdimos el dominio del mar, gracias a la situación de la escuadra. Bastará que aprieten un poco el bloqueo, para que nos priven de materias indispensables, como la gasolina. Por este lado, vivimos en precario. El problema de los mandos no se ha resuelto. Nos faltan en cantidad y de calidad. Aunque los fabricásemos en serie, y de cualquier manera, para cubrir los puestos y las bajas, siempre nos faltarían profesionales competentes. A poquísimos les cabe esta guerra en la cabeza. La ingenuidad del pueblo y el interés de partido crean ídolos. A veces, un hombre arrojado, o simplemente duro y brutal, pasa por un gran jefe. Todos sabemos lo que eso vale. No hemos logrado formar un ejército con poder ofensivo. Lo que tenemos resiste ya bien, aunque lo sucedido en Vizcaya sea poco alentador. Pero un ejército, clavado en la defensiva, mientras el enemigo se refuerza continuamente en hombres y en material, y

conserva la iniciativa, está destinado a la derrota. Que nuestro ejército carezca de poder ofensivo, no depende de las tropas, que ya están aguerridas y se baten con valor, depende de la falta de cuadros. Sin buenos y suficientes cuadros, un ejército no puede moverse, ni maniobrar, ni tomar la ofensiva con buen éxito. La frase tópica: "llevar un ejército a la victoria", no está vacía de sentido. El auxilio de los técnicos rusos es muy útil, pero los envíos de material son lentos, y comparados a las necesidades, escasos. Seguimos siendo inferiores al enemigo en toda clase de material, por más que he oído hablar últimamente de grandes expediciones de aviación. El problema, pues, sigue siendo el mismo que en septiembre del año pasado. Han aumentado, han engrosado sus miembros, pero la expresión es la misma. No es un problema puesto en una pizarra, para que al cabo de días, de años, una mente aguda lo resuelva. Es una guerra en actividad. Echen la cuenta de las provincias perdidas desde septiembre hasta hoy, y se verá que el tiempo no trabaja por nosotros, como dicen algunos tontos».

«Con tales observaciones, mi convicción es, *aunque contraríe el optimismo juvenil del Presidente del Consejo*, que la guerra no puede desenlazarse a nuestro favor por la fuerza de las armas. Convicción casi tan antigua como el problema, y que no he ocultado a quienes debían conocerla. No necesito decir con cuánto placer recibiría la humillación de verme desmentido por el suceso. Hay que preparar políticamente el desenlace de la guerra, empezando por buscar los medios políticos que puedan influir en la situación actual de los factores de la guerra, alterándolos en nuestra ventaja. Me refiero expresamente a la retirada de los extranjeros. Sobre esto debe cargar la actividad de nuestros diplomáticos. Aunque no tengamos voz ni voto en el Comité de Londres, no por eso vamos a limitarnos a ser espectadores. Hay una presión que ejercer cerca de los Gobiernos más interesados. Se ha de vigilar paso a paso la marcha de la cuestión, y hacer a los Gobiernos, en tiempo oportuno, las sugestiones que puedan parecer útiles a nuestra causa. Si se obtuviera, para pronto, y total, la retirada de los extranjeros, podría ir acompañada de acuerdos entre las potencias, que la facilitasen, siempre que el Gobierno español no tuviera que suscribir tales acuerdos. Por otra parte, si el Gobierno está dispuesto a admitir comisiones de neutrales para comprobar la retirada, no veo por qué no aceptaría la suspensión de hostilidades para realizarla. El cansancio de la guerra cunde. Si se suspendiesen las hostilidades, sería fácil no reanudarlas. En tal momento debería recaer la iniciativa exterior de "pacificación", mejor si procedía de América. La pacificación tiene para nosotros un postulado: conservar la República y no

menguar ni ensombrecer la legitimidad de sus instituciones. Lo demás es materia opinable, y habría que ser realistas, porque la cuestión no se ventilaría entre españoles, sino entre el Gobierno y los "pacificadores", que no pueden desposarse con todos nuestros programas. Salvando lo esencial, y con lealtad, ya se arreglaría después lo restante. Es menester que todos se habitúen a la idea de que, aun no yendo la guerra a peor (y muy bien pudiera ir), y careciendo nosotros del instrumento necesario para reconquistar la gran parte del territorio nacional que nos tienen tomada, es ilusorio esperar que nos devuelvan gratis y sin sacrificios todo eso, ni que las potencias lo impongan, generosamente. Añado, como observación marginal, que si en vez de cosechar reveses, alcanzásemos victorias capaces de desnivelar la balanza a nuestro favor, no tardaría en sentirse, por caminos rodeados, la acción británica, para impedirnos vencer a fondo y aplastar al adversario. En el caso inverso, no creo hasta ahora que nadie se interpusiese para impedir nuestro aplastamiento». (Giral no está conforme con este último supuesto).

«Otro punto a que debe encaminarse la actividad de nuestros diplomáticos es el de afirmar y esclarecer los fines, propósitos y porvenir de la República victoriosa. Para eso, la política interior debe proveer de argumentos a los embajadores. Ello plantea todo el problema del gobierno interno del país. Los que me escuchan, piensan como yo. Es muy difícil, cuando a favor de la "revolución", los sindicatos se incautan de empresas extranjeras, obtener que el Gobierno, del que son súbditos los dueños de la empresa, se pongan benignamente de nuestra parte. No faltan razones para que de todos modos lo hicieran; pero ya se ve que les cuesta trabajo».

He tocado también (cuasi una fantasía…) lo del pacto de garantías.

Giral traía unas notas. Tanto él como Negrín me han dicho que sus puntos de vista coincidían, salvo algunos pormenores, con los míos, y que en tal sentido pensaban orientar su conversación con los embajadores. Negrín ha vuelto a insistir en que ganaremos la guerra. Será muy larga. Toma sus medidas para sostenerla otro año, o más. Y traza los planes de la política económica futura. Su idea es que España se emancipe de la tutela o preponderancia franco-inglesa sobre su economía. Hay que orientarla hacia la URSS y los Estados Unidos. Larga explicación de todo eso. Para terminar, le dije: «Con todo lo que hemos hablado no pretendo forzar la mano al Gobierno, que tiene sobre sí la responsabilidad de la decisión. Yo no gobierno, no resuelvo; pero tengo la obligación de opinar ante ustedes y aconsejarles. Por fortuna, como ya esperaba, ustedes están conformes con mi

pensamiento en sus líneas generales. Grave hubiera sido que no lo estuviesen, porque la situación resultante habría sido de imposible solución».

17 de junio

Ossorio me pidió audiencia y le invité a venir a merendar a La Pobleta. Tendríamos más tiempo para hablar. Estuvo aquí hasta la noche. Le encuentro un poco envejecido, pero tan resuelto, tajante y «personal» como siempre. Nuestra conversación ha tenido de todo. Empecé por reprocharle que el día de tomar posesión de la embajada en París, y al mismo tiempo que me enviaba el telegrama de ritual, hubiese enviado otros a Companys y Aguirre. «Eso siempre sería un *gaffe*, porque usted es embajador de España, y, protocolariamente, representa usted al jefe del Estado; pero no es usted embajador de Cataluña ni de Euzkadi ni representa a esos presidentes, que tienen categoría de jefes de Gobierno, pero no otra. En las circunstancias actuales es peor, por la conducta de la Generalidad y del Gobierno vasco, tanto en relación con el Gobierno de la República como en el exterior, donde quieren jugar a la diplomacia. Se lo dije al ministro de Estado, para que le recomendara a usted que no sea tan genial». Nada de esto le gustó, es claro. Pasó rápidamente por unas justificaciones que no lo eran, y, para desviar la conversación, dijo: «Gracias a ese telegrama, he podido aconsejar a Companys lo que le he aconsejado». «¿Y qué es?». «Le he aconsejado que dimita». «¿Y él se ha aguantado?», repuse yo, pensando al mismo tiempo qué tendría que ver con eso el telegrama indiscreto. Me imagino que Ossorio ha hablado mucho de los asuntos de Cataluña con los catalanes emigrados, que le habrán informado del descrédito de Companys, no solamente como es en realidad, sino cargando la mano. Ossorio, en Barcelona, visitó a Companys, y le dijo que necesitaba hablarle de un asunto grave, pero en presencia de su mujer. «Mi mujer —observó Companys— no se mezcla en los asuntos políticos». «No importa. Quiero que me oiga». Ossorio se proponía que sus argumentos impresionaran al matrimonio junto, para impedir que, en otro caso, la impresión lograda sobre Companys se desvirtuase por obra de la mujer. Habló, pues, delante de ambos, de la impopularidad inevitable, del rápido desgaste en tiempos tan difíciles, de la injusta necesidad de cargar con los yerros propios y los ajenos, de la conveniencia de retirarse temporalmente para preservar el porvenir, etcétera, etcétera. Asegura Ossorio que el matrimonio se quedó convencido. «¿Usted cree que dimitirá?». «Eso me ha

dicho». «La dimisión de Companys facilitaría algunas cosas. Pero ya verá usted como no dimite».

Lo más de nuestra conversación versó sobre sus impresiones de Bélgica. En París no ha tomado tierra aún y no me cuenta nada. Hablamos de la propaganda dirigida por él en Bruselas, que ha sido constante, activa y extensa, con resultados apreciables. La casa real, la aristocracia, el alto clero (muy enconadamente, el arzobispo), nos son hostiles. Los católicos están divididos. Ossorio concede demasiada importancia a unos grupos de católicos disidentes. Las católicos, cuando disienten, dejan de serlo. Pone en las nubes a Huysmans, Vandervelde, Brouckère y otros. Repite lo que ya me contó en una carta acerca de las triquiñuelas que le pusieron para la presentación de credenciales. Está descontento de Spaak, socialista, pero germanófilo. No concede importancia a la conversación que tuvo con él, y de la que poseo referencia escrita, cuando el ministro le preguntó, fingiéndose acosado por el Partido Socialista, «qué podía hacer por España». La dimisión de Vandervelde fue provocada por Van Zeeland, en una agria escena del Consejo de ministros. Según Ossorio, es bobo alegrarse de la derrota electoral de Degrelle, porque el fascismo ya está implantado en Bélgica. El rey lo encabeza y lo representa y Van Zeeland lo sirve. El Presidente Van Zeeland ha estado muy grosero con Ossorio, rehusando sus invitaciones. El embajador le escribió una carta, preguntándole si podría tener la satisfacción de sentarle a su mesa. Van Zeeland contestó que estaba muy atareado con las elecciones, y que seguramente saldría de ellas tan cansado que, en mucho tiempo, no podría aceptar convites. A los pocos días, Van Zeeland asistía a un banquete en otra embajada. Le dije a Ossorio que siempre hay medio de evitar tales desaires, mediante exploraciones oficiosas, que son usuales y corrientes, antes de lanzar una invitación oficial no esperada. Ossorio es así, y no quiere saber de estas cosas.

Otra peor ha tenido que aguantarse. Ossorio ostenta una gran admiración por el difunto cardenal Mercier. El día del aniversario de su muerte, envió a dos secretarios de la embajada con una gran corona para depositarla en el enterramiento del cardenal. La corona llevaba unas cintas con los colores de la República y esta inscripción: «El embajador de España al insigne belga cardenal Mercier». Dos clérigos, de guardia en el enterramiento, recibieron con mucho agrado la corona, y la colocaron en el lugar más visible. Al día siguiente, un periódico católico, cuyo nombre no recuerdo, publicó un suelto en estos términos: «El embajador rojo ha tenido la audacia de enviar una corona, etcétera. Su Eminencia el cardenal Van… (no sé cuántos) ha

ordenado que se corten las cintas…». En otras circunstancias, el incidente habría originado reclamaciones, satisfacciones. Ossorio se ha callado, devorando el ultraje… Se le había olvidado que el Nuncio en Bruselas no le había devuelto la visita protocolaria. ¡Siempre la incurable manía de hacerse simpático a los enemigos irreconciliables, como para conquistar su perdón! Y el olvidarse de que, en saliendo de Madrid, ya no se es «don Ángel». ¿De quién querrá ganarse las simpatías en París? Imprevisible. Podrá llevar coronas al «muro de los federados», a la tumba de Napoleón o a la del conde Albert de Mun, que al fin era cristiano-social, como a él le gustan.

He ventilado con él un asuntillo que me escarbaba desde hace meses y que no había tenido ocasión de tratar mano a mano. Desde Bruselas me escribió una carta, diciéndome, en sustancia: 1.º Que el jefe del Estado no podía vivir recluido en un monasterio. 2.º Que mi eclipse había tenido por consecuencia el eclipse de los republicanos, que habían desaparecido de la República. Comencé a dictar una respuesta, pero me salía tan áspera y contundente, que preferí rasgarla. «Si se la mando —pensé—, se enoja a lo mejor y dimite». Por teléfono le dije algo de lo que pensaba de su carta. «Si no se dejara usted influir por la propaganda facciosa, no admitiría usted la idea de que estoy recluido en ninguna parte. ¿Por qué no en un manicomio? En cuanto a los republicanos que han huido, si alguno le ha dicho a usted que lo hace por consejo mío, dígale que miente». Volví a tocar el punto en nuestra entrevista. «La carta de usted era infundada, y, en la parte que se refiere a los republicanos, un poco calumniosa. ¿De dónde ha sacado usted lo de mi reclusión en un monasterio? Dos meses largos he estado durmiendo en Montserrat, hasta que me he hartado; pero ni un solo día he faltado de Barcelona, en mi residencia oficial, ni de recibir visitas y audiencias, ni de recorrer los caminos, visitar pueblos, etcétera. Una vez sola falté de Barcelona, porque la nieve y la niebla pusieron intransitable el camino. Mi comunicación con el Gobierno era la que debía ser, y la que el Gobierno quiso que fuese. Aparte de otros motivos para residir en Barcelona, no tendrá usted la pretensión de que yo viviese en Valencia en una fonda, como tuve que hacer la primera vez que vine, porque al Gobierno no se le había ocurrido que el jefe del Estado necesitaba en Valencia un alojamiento propio. Le doy a usted estos detalles, sin obligación de hacerlo, para que usted se percate de lo infundado de su apreciación, cuando me suponía tal vez sumido en la biblioteca de Montserrat, descifrando textos. Error de hecho, querido don Ángel, y ligereza en el reproche. Pero esto no tiene importancia. Lo importante es que usted atribuya la desaparición de los republicanos a mi

ejemplo personal. ¿He desaparecido yo de mi puesto? En primer lugar, no han desaparecido *los* republicanos. Han desaparecido republicanos (muchos, por desgracia) señalados y hasta eminentes. ¿Por qué? Lo ignoro. Todos se han ido sin mi anuencia, sin mi consejo, y algunos (se los nombré), engañándome. Los que han querido quedarse ahí están, y no les ha ocurrido nada. Del Gobierno que yo presidí en febrero del año pasado, ¿sabe usted cuántos ministros quedaron en España? Dos: Casares y Giral. Si alguien corría aquí peligro, era Casares. En Madrid está. De los embajadores "políticos" que yo nombré, solo uno, al cesar en su cargo, ha venido a Valencia a saludar al Presidente de la República y a ponerse a las órdenes del Gobierno: Díez-Canedo. Los demás se quedaron en Francia. En un año, no han tenido tres días ni trescientas pesetas para cruzar la frontera y venir a verme. A muchos los saqué yo de la nada y a todos volvía a ponerlos a flote, después del naufragio de 1933, y les he hecho diputados, ministros, embajadores, subsecretarios, etcétera, etcétera. Todos tenían con la República la obligación de servirla hasta última hora, y conmigo la de acompañarme mientras estuviese en pie. Dos o tres lo han comprendido así, tardíamente, y han vuelto. En París hay doce exconsejeros de la Generalidad. Todos habían emigrado antes de llegar yo a Barcelona, menos Gassol, que se fue después, porque temía ser asesinado. Usted tiene de secretario a un Gubern. Pregúntele si él y toda la familia, con el Presidente del Tribunal de Casación de Cataluña, han emigrado por mi consejo o por mi ejemplo. Los republicanos siguen teniendo en la política la importancia que ellos pueden o saben conquistar. A usted le consta que, el año pasado, el único que persistía en mantener un Gobierno republicano era yo. Y usted sabe bien, porque se lo conté yo mismo, en qué circunstancias desapareció aquel Gobierno. ¿Con qué razón me habla usted de eclipses míos, origen de otros más graves? Se han marchado, los que se fueron, porque lo daban todo por perdido y tenían miedo a los rebeldes o a los revolucionarios, o a unos y otros. A nadie le he hecho reproches, ni le digo lo que debe hacer, *ni pienso llamar a ninguno* (eso quisieran más de cuatro), y si los vuelvo a ver no pienso preguntarles dónde han estado ni por qué se fueron. ¡Pero que se marchan por influjo, consejo o invitación mía, es calumnioso! ¡Ya ve usted: Domingo está en México, Zulueta en Bogotá…! Me río; pero no crea usted más que los he invitado al viaje».

Cuando se me cortó el chaparrón, dijo Ossorio:

—Está visto que al jefe del Estado no se le puede hablar con franqueza.

—Tampoco es eso, Ossorio. Hablamos como buenos amigos, y solamente a título de tales es posible esta conversación. Yo me tengo por gran amigo de

usted y he recibido de usted, en ocasión difícil, pruebas de que usted lo es mío, y no lo he olvidado, créame. Si no fuese así, no le habría recibido aquí, en mi casa, sino en la Capitanía de Valencia, y no le llamaría a usted don Ángel, u Ossorio, sino embajador; y usted no me llamaría don Manuel, sino señor presidente. Si había usted pensado en el papel de consejero provecto, que por su autoridad puede decirle al jefe del Estado cuatro frescas o amonestarle paternalmente, abandónelo, porque no nos sienta bien a ninguno de los dos. Como amigo, en cuya lealtad y rectitud fío, y cuyos servicios agradezco, puede usted decirme cuanto guste; pero bajo condición de oír también lo que, por el mismo título, pueda yo replicar. Sin que tenga usted después derecho a llamarse a engaño. Soy el de siempre. Podía usted presumir que no soy hombre para escuchar de rodillas admoniciones paternales. No le recrimino por nada. Trato sencillamente de que usted conozca los hechos, como fueron, y de deshacer una interpretación personalísima, falsa desde el origen.

No aseguro que le haya convencido; es muy probable que se haya picado. Más tarde, en el comedor, afectando una compunción burlesca, le decía a mi mujer: «Esta tarde me han regañado mucho mucho…». «¡Ah, sí! ¿Quién?». «El señor presidente…».

Hemos hablado también de la situación de la guerra. Le hago la confianza de decirle que andamos bastante mal. «Sigo pensando como en septiembre del año pasado». En efecto, cuando ocurrían los desastres de Talavera y sus contornos, Ossorio estuvo en Palacio. «¿Qué hay, en realidad, debajo del optimismo oficial y periodístico?». Le suministré algunos datos y como él me hablase de la victoria, repliqué:

—La victoria es una ilusión.

Palideció, estuvo unos momentos sin hablar. «Pero, bueno…, entonces no queda más camino que tratar con Franco».

—No lo creo. Hay que defenderse, y procurar que no perdamos la guerra en el exterior. Ahí está todo.

Esbocé lo que yo creía necesario intentar en el orden internacional. Como él había de ir a Ginebra, convenía que lo madurase, y que empleara su actividad en explorar el terreno, aunque solo fuese en conversaciones de pasillos, y en preparar los ánimos, etcétera. Me quedé con la impresión de que mis puntos de vista le parecían disparatados. Al despedirse, ya de pie, me decía: «Nada, nada. Se ganará la batalla de Talavera, se ganarán todas las batallas, y saldremos adelante». «Como usted quiera, Ossorio».

Aunque madrileño, hay en su carácter un no sé qué de baturro. Es el hombre del «porque sí». Cabalmente, lo que más me irrita y me carga, cualquiera que sea la conclusión a que se llegue «porque sí». Cuando, falto de razones, no puede más, se refugia en la Providencia, o bien la echa por delante, para excusar mayor análisis. A veces («para hablar con los incrédulos», suele decir) sustituye a la Providencia con la «lógica de la historia». Comodín famoso. En mi presencia ha hecho de él un uso excesivo. Estuvo a verme poco después de ocurrir los espantosos sucesos de la Cárcel Modelo. No le oculté mi abatimiento, mi horror, ni el conflicto de conciencia en que el caso me había puesto.

—¡Vaya! ¡Nos ha engañado usted, o nos hemos engañado! ¡Le creíamos a usted un hombre terrible, y resulta que es usted una buena persona! ¡Qué chasco! Yo no justifico nada; no. Pero está en la lógica de la historia. Note usted que muchos de esos hombres, hace dos años, creyéndose los amos del país, hicieron algunas atrocidades, y a usted mismo le envolvieron en una maraña, en la que participaron políticos, magistrados, policías y algunos militares, con el sano propósito de fusilarlo a usted. ¡Pues ya ve usted: son ellos los fusilados! El pueblo no se había olvidado de aquellas atrocidades. Está en la lógica de la historia.

—También han matado al juez Alarcón.

—Lo sé. Otro prevaricador. Y todavía en esta situación andaba por ahí diciendo palabras imprudentes.

—Para mí ha sido un trago amargo, precisamente porque me persiguió. Si yo hubiese sabido que Alarcón corría peligro, hubiera sido capaz de esconderlo en Palacio.

—¡Quijotismo, del más peligroso! ¡El Presidente de la República escondiendo a un faccioso!

—¿Para librarlo del asesinato? Sin dudarlo. Aparte la piedad, ¿no se da usted cuenta del daño que nos hacen esas cosas?

La actitud de Ossorio, normal aunque no aceptable en persona de distinta extracción, me confundía. ¿He estado yo durante tantos años candorosamente equivocado sobre el valor de ciertas cosas, de tales convenciones, acerca de las que estaban los demás de vuelta, o, como se dice, al cabo de la calle? Ossorio, monárquico sin rey hasta los primeros meses de la República, era la expresión de la estricta «juridicidad». Cuando en 1932 ocurrió la insurrección de Fígols, me dijo en mi despacho de las Cortes que prefería ver a los insurrectos legalmente fusilados antes que arbitraria y temporalmente deportados. «No pensarán ellos lo mismo», le repliqué. «No se trata de su

parecer, sino de la conducta del Gobierno». «Es una arbitrariedad generosa, para no matarlos». «La arbitrariedad es mala y la generosidad no será agradecida». «Lo supongo. Si les diesen a elegir entre el fusilamiento y la deportación, optarían por la deportación. Pero ellos naturalmente querrían que ni los fusilaran ni los deportaran, ni les hiciesen nada. De modo que, a poco que se les haga, aun salvando la vida de muchos de ellos, se sentirán perseguidos. No se trata de eso. Es que no quiero fusilar a nadie. Alguien ha de empezar aquí a no fusilar a troche y moche. Empezaré yo».

Los recuerdos se enredan como cerezas. Haré punto con el siguiente. Cuando Ossorio supo, porque yo se lo conté, mi intervención personal para librar a Primo de Rivera del asesinato que iban a perpetrar algunos fanáticos de Alicante, se quedó callado. «¡Cómo! ¿Le parece que he hecho mal? ¿Me he excedido?». «No sé, no sé…». «¿Resultará que ha sido una pifia?». «¿Por qué no…?».

Ossorio es un caso de estudio. Inteligente, se tropieza pronto en él con la terquedad. Íntegro, de buena intención, con el grano de malicia para no caer en el papanatismo. Chistoso, mordaz, pronto al apasionamiento. Con fuertes nociones conservadoras sobre el Estado, la autoridad, el Gobierno, etcétera, y ganoso de popularidad. La busca, y a veces la encuentra, precisamente por el contraste de su conservadurismo oficial y de abolengo con una manera de democratismo a la madrileña, declarado casi siempre en desparpajo y llaneza. Si no hubiese sido maurista, los periódicos le habrían clasificado entre los «castizos». Gastoso, amigo de vivir bien, dolorido cuando cree que le olvidan, con ganas (muy legítimas) de figurar, de representar un papel. Católico, oficialmente. En el fondo, escéptico. De los que pretenden extraer de la religión, inventada para salvar las almas, el remedio que resuelva los conflictos entre el capital y el trabajo, aunque no quieran oír hablar de ello la mayoría de los burgueses creyentes ni la mayoría de los proletarios incrédulos. Dentro de la clase de ilustres abogados y políticos, está en la cima: aunque la deformación profesional se le conoce, no hay en él ni asomos del político curial pirata; venera la toga y cuanto representa. Se interesa ruidosamente (Ossorio es hombre ruidoso) por cosas ajenas a su doble profesión; publica libros, muchos artículos, conferencias, etcétera, etcétera. Pero con huecos abismáticos en la amplitud y en la educación de los gustos. Por ejemplo: cree que la Masa coral de Madrid es cosa buena, y *Curro Vargas* el ápice del arte lírico. Finalmente, caprichoso, autoritario, indómito.

Volvamos a nuestra última conversación. Le recordé y ratifiqué mis opiniones de septiembre pasado, que tanto le escandalizaron. Ahora, los

Gobiernos andan disputando por fabricar un proyecto en cuya forma aparente queda algo y aun algo de lo que yo proponía el año pasado; con estas diferencias en nuestro perjuicio: 1.º Que no se hace por iniciativa y a propuesta del Gobierno español, como pudo intentarse a tiempo, sino en contra de sus intereses legítimos. 2.º Que ha pasado un año, durante el cual, como yo le anuncié, no hemos hecho más que perder terreno. Las posiciones están tomadas, políticas, militares y de prestigio. Mucho será que de todo esto no salga un cartucho que vuele lo que resta de la República. Sobre todo si Inglaterra nos toma como moneda de cambio para zanjan aunque sea provisionalmente, sus querellas con Italia. «Todo esto viene, en gran parte, de no haber advertido, de no haber creído que la victoria militar de la República era una ilusión». Entonces era yo «pesimista», que es por donde salen los que se niegan a discurrir. Entonces el Presidente estaba «deprimido»… ¡Ya, ya! En cuanto se deja de gritar «muera el fascismo internacional», se pierde el tono.

Para lo que Ossorio haya de hacer en París, me he remitido a las instrucciones que le dé el Gobierno.

Otra tarde ha venido Fernando de los Ríos. No nos veíamos desde hace más de un año. También se le conoce el tiempo transcurrido. Más plateada la barba. Parece como nunca un modelo del Greco. El encuentro le impresiona. Me dice cuánto se ha acordado de mí, y cree comprender lo que estoy pasando. No lo dudo. Mejor que casi todos lo comprenderá él, por ciertas analogías de formación intelectual, que apenas ningún otro político tiene conmigo. Fernando se lamentaba del destino de «nuestra generación» y de cuánto le toca padecer. Le atajé porque en este caso no me parece aceptable ese modo de agrupar. Lo que padezca nuestra generación recae también sobre la que todavía nos precede, y con más violencia en ciertos respectos sobre las que nos siguen, especialmente sobre la más joven que participa en la guerra. Nosotros, que entramos ya en la declinación de la vida, no podremos dejar de ser como hemos sido, y a ello nos agarraremos, cualquiera que sea nuestra suerte, la de unos precursores o la de unos retrasados; viviremos, o nos enterrarán (o quedaremos de pasto para los grajos), persuadidos de que nada de esto era lo que había que hacer. Pero los que tienen ahora veinte años reciben una lesión moral de la que acaso no se dan cuenta, y, por lo mismo, no tratarán de remediarla. Por otra parte, las generaciones están divididas. Dentro de cada división, de cada bando, los hay que padecen y se angustian, pero los hay que triunfan y se exaltan, porque incluso de nuestro lado abundan los que reciben esta catástrofe como una bendición, o siquiera como

una ocasión ventajosa, excepcional, un saldo al martillo. Y no digamos en el lado contrario, pues ellos la han suscitado. El drama profundo, insoluble, está reservado a los que saben emanciparse de la ansiedad del momento, rastrean el origen de los sucesos, aquilatan su valor, y se anticipan al pasado mañana. El espíritu se inclina naturalmente a pensar que, de tanto mal, puede, y aun debe, salir algún bien, mucho bien; pues, a poco generoso que sea, rehúsa, por necesidad vital, aceptar el presagio de que el hombre esté amarrado al mal purísimo, a la aflicción y al crujir de dientes, sin bien posible (idea que incluso el pesimismo cristiano ha desterrado del valle de lágrimas, relegándola al infierno); o, más aún, que la distinción de bien y mal, operada trabajosamente en el corazón humano, así como carece de correspondencia posible en la naturaleza exterior, tampoco la tenga en el transcurso de la historia del hombre, sometido a eventos que soplan de una esfera donde aquella clasificación ya no respira ni se mantiene, como no van nuestros pájaros a los vientos demasiado altos sobre la corteza terrestre. Movidos de aquella repulsa, de tal necesidad, es placentero, aprisionados en el mal, abrir la escapatoria de los bienes imaginables que del propio mal van a salir, o, más exactamente, con ocasión y por utilidad de su presencia. Es fácil trazar un capítulo de filosofía de la historia futura, o en vías de hacerse. Tarea útil, aunque los pronósticos queden desmentidos. Las acciones, triunfantes o vencidas, quedarán adscritas al nombre inventado por sus explicadores. Es además un principio de ordenación, de disciplina; y puede ser un camino para el descubrimiento del ser propio, o para crearlo, si antes no había nacido. Por lo que a nosotros se refiere, cumplen aquella tarea algunos intelectuales, extranjeros los más, y en España la amplifican, muchas veces con grosería y liviandad, los políticos y los periodistas. En ciertas ocasiones, el vehículo despierta sospechas sobre la calidad de la mercancía. Es prudente desconfiar de los salvadores de sociedades y de los creadores de mundos nuevos. A través de la historia, esos oficios han consistido en beberse la sangre de los prójimos. Parece lícito exigir a los salvadores y creadores prendas de abnegación, porque se está viendo que la «sociedad salvada» o el mundo de nueva creación son proyección cabal del interés propio de sus pregoneros. Ante aquellas anticipaciones del rumbo de la historia, quien pone en duda, no ya la verosimilitud del pronóstico (cuya contingencia se admite), sino el valor y la autenticidad de la explicación, pasa por no estar «a la altura de las circunstancias». Pero no todas van niveladas por el mismo rasero. Las hay muy bajas, a la altura del cieno. La más alta de todas, la menos voceada, es bracear en «la muy verde» tormentosa, sabiendo que no existe la isla de

Calipso. Hombres de este tipo acaparan lo más desgarrador. Había pocos fuera de «nuestra generación», y dentro de ella son raros. Se dice: «un mundo nuevo, una creación». Muy bien. ¡Qué más quisiéramos. Ayudémosla. Sea bienvenida…! Inspiración anterior a la experiencia. Sentados al borde de un camino, se ven los campos, el pueblo, los pueblos, las muertes, las hambres, la inmensa desventura; una verdad me arrasa el alma: empujada por la barbarie, España rueda otra vez al abismo de su miseria. Sería estúpido considerarlo desde el punto de vista de clase: caen unos para que otros se pongan en pie. Quien subía trabajosamente la pendiente, con un peñasco a cuestas, era el pueblo entero; sus desazones, cansancio y pavor de la subida. Rueda todo él hasta el fondo, aunque otra cosa se imaginen los que conserven el poder. Tan hundidos estarán como los otros. En mucho tiempo no se medirá la vastedad del estrago, la profundidad de la desventura. No habrá nadie que se lo diga y se lo demuestre a las generaciones actuales. Los gananciosos borrarán cuanto pueda ensombrecer su triunfo. Los perdidosos lo mirarán desde su desposesión política y económica. Se tejerá una historia oficial, para los vencedores, y acaso una antihistoria, no menos oficial, para los proscritos. Solamente las generaciones que ahora nacen podrán comprender lo que todo esto significa de malaventura y perdición, siempre que por fin nazca el español inteligente que echo de menos, con agudeza y fortaleza suficientes para penetrar la verdad y «rieptar» a los *zamoranos*, a los muertos y a los vivos…

Reconozco que la presencia real de España en mi ánimo ha influido de muy diversas maneras: a veces, freno; a veces, motor. Es sin duda la entidad más cuantiosa de mi vida moral, capítulo predominante en mi educación estética, ilación con el pasado, proyección sobre el futuro. Sería trivial y un poco inexacto decir: «amo a España». No. Es otra cosa: mayor, menor, pero diferente. Incluso me cargan las frases típicas: «nuestra querida España», u otras, como si hablaran de una persona familiar. No. Me siento vivir en ella, expresado por ella, y, si puedo decirlo así, indiviso. No soy indulgente con sus defectos (tampoco con los míos): con su locura, su violencia, su desidia, su atraso, su envidia. Pero no son razón de volverle la espalda, y despegarse, ni de subirse al trípode de hombre superior. Al contrario: su destino trágico me avasalla. Pululaban en la época de mi adolescencia los ensayos y especulaciones sobre España. Arbitrarios en el método, pobres de resultado, poco han dejado que valga, incluso los más resonantes. Siempre me ha parecido que la conducta de España debía depender de la inteligencia, que no quiere decir de los intelectuales. Cuando el azar, el destino, o lo que fuere, me

llevó a la política activa, he procurado razonar y convencer. Ningún político español de estos tiempos ha razonado y demostrado tanto como yo, parezcan bien mis tesis o parezcan mal. Querer dirigir el país, en la parte que me tocase, con estos dos instrumentos: razones y votos. Se me han opuesto insultos y fusiles. En paz sea dicho. Algunos aduladores e interesados me soplaban al oído, en tiempos de pujanza (por ejemplo: después del 10 de agosto), la urgencia y la conveniencia de asumir un poder personal. Lo tomaba a broma. «Bonita manera de trabajar por España: ¡aherrojarla! Si el camino es ese, no lo seguiré. Es indigno de mí». Algunos me han tachado de «ideólogo». No es cierto. No se me ha ocurrido escribir la mejor Constitución para Polonia. Ni siquiera escribir la de España. Lerroux, un día que quiso lanzarme un calificativo, a su parecer injurioso, me llamó «ensayista». No tal. Para mí, los «grandes principios» de cierto orden no resplandecen en sus enunciados sino en las obras. Estaba dispuesto a trabajar con lo que hubiera, con lo que me dieran, como un artesano, y sin esperar ni desear que me pusieran las carambolas como a Fernando VII Lo que don Niceto, torcidamente, llamaba mi «audacia». Cuando yo hablaba de paz, de libertad, de independencia del espíritu, etcétera, etcétera, no estaba recitando textos librescos, ni mociones de congresos políticos u otros, sino la traducción política de observaciones españolas que tenían expresión plástica inmediata en la vida cotidiana de mi país. Todas impregnadas de olores y sabores terrícolas, lo mismo del Madrid vocinglero de mis andanzas juveniles, venido a mayor edad, que de la ciudad embalsamada en el sudario de historias podridas, que del pueblecito pastor o de la calma fría de la Morcuera. Esta presencia real, nunca promulgada, subsiste, con su doble acción de freno y motor, que ahora se ejerce sobre el juicio, y las emociones, y los pronósticos, pues de Presidente, y en guerra, poco tengo que promover ni resolver. De ahí proviene el drama que estoy viviendo (sin menosprecio de la sensibilidad ajena), con más violencia y hondura que nadie. «¿Se acuerda usted —le he preguntado a Fernando de los Ríos— de una lamentación mía en Consejo de ministros, cuando en presencia de los peligros que se cernían sobre la República, hablé de los “islotes” que de tarde en tarde aparecen en la historia política de España? ¿Se acuerda? Fue en presencia de Alcalá-Zamora, a la sazón Presidente de la República. Pues bien, querido amigo: estamos en el islote».

Por esta vía han corrido mis reflexiones en la conversación con Fernando de los Ríos, y las suyas, correlativas. No coincidentes, aunque no se contradigan. Tiene otra procedencia intelectual y política. Menos personal que

yo, más metódico, gusta, como suele decirse, de «empezar por el principio», y de emplear sus doctrinas en la traza de vastos frescos, donde se encaja la cuestión española, que no se reduce, naturalmente, ni para él ni para mí, a la guerra ni a sus antecedentes y consecuencias inmediatas. En el fondo, estamos de acuerdo.

De su embajada hemos hablado largamente. Me ha dado minuciosa cuenta de su labor de propaganda, del cuantioso número de conferencias que ha dado, etcétera. Cree que la opinión, en general, no nos es hostil, y, en algunos núcleos de importancia, francamente favorable. A lo que ayuda mucho la aversión al fascismo y a Hitler. Sus conversaciones con Roosevelt han sido muy útiles. La primera vez que le recibió, Roosevelt le dijo: «Espero que si Franco triunfa, establecerá en España un régimen liberal». (Así estaba de informado aquel señor). Fernando, impresionado, le pidió permiso para explicarle a fondo y con detalles lo que ocurre en España, que obtuvo al momento, y ayudándose de unas notas, le hizo al Presidente (no sé bien si en aquella misma entrevista, o en otra) una exposición del problema, muy acabada. En su disertación, Fernando tocó el punto (lo mencionó por ser específico del caso) de la influencia de los Estados Unidos en América y de las consecuencias que para la política de Roosevelt en particular podría tener la implantación en España de un régimen bajo la tutela alemana, y qué rumbos podría tomar la acción de nuestro país en las Repúblicas hispánicas.

—Eso es muy profundo y muy exacto —afirmó el Presidente.

Total: en sentir de Fernando de los Ríos, estos coloquios han estado tan lejos de ser estériles, que tal vez, influido por ellos, Roosevelt modificase algún extremo del discurso que después pronunció en la Conferencia de Buenos Aires. Afirma que el Presidente ve con simpatía nuestra causa, pero ni de él ni de su Gobierno (el secretario de Relaciones Exteriores nos es hostil) se puede esperar nada. Una iniciativa presidencial para *pacificar* España surgiría solamente cuando tuviera la seguridad del buen éxito. Lo cual supone que ya el conflicto, en su fase europea, estaría en vías de solución.

Entre otras anécdotas, Fernando me ha referido su conversación con el ministro de Canadá en Washington. Le dijo el ministro que en caso de guerra europea, el Canadá no ayudaría a Inglaterra con las armas. Su lazo con la Corona es puramente sentimental, y la independencia política del Canadá no está garantizada por Inglaterra, ni puede garantizarla, sino por los Estados Unidos, y en el orden económico, el Canadá sufre perjuicios, porque su producción industrial no se desarrolla como pudiera, gracias a la metrópoli.

Me dijo también que, con motivo del rearme, los encargos ingleses absorben toda la capacidad de producción del Canadá en material de guerra.

Fernando va por unos días a Madrid, y después a Almería, a visitar a su madre, que tiene ochenta años. Sabe que está muy fuerte y animosa.

18 de junio

Las noticias de Bilbao son cada día peores, y muestran, no ya que aquello se pierde, sino que se deshace. Los últimos retrocesos ponen a los atacantes en posesión de las alturas que dominan la ciudad, a sus mismas puertas. Y unos telegramas hablan de que fuerzas enemigas han logrado «infiltrarse» por la orilla izquierda del Nervión. Eso puede ser el copo. Hoy se ha presentado el síntoma peor: que no hay noticias. Nadie dice ni comunica lo que allí pasa. Confusión agónica. Esta mañana, en la división, un oficial me decía, risueño: «Parece que hemos recuperado Archanda». ¿Para qué desanimarlo? Otros hacen cuentas con el valor defensivo del foso del Nervión. La gente está acostumbrada a discurrir por cadencias verbales, y, al saltar de una en otra, se imagina hacer un juicio riguroso. Se ha estado hablando del nuevo «sitio» de Bilbao, porque ya sostuvo otros. A nadie se le ha ocurrido pensar en las diferencias capitales entre aquellas situaciones y la actual, todas en desventaja nuestra, porque entonces el ejército atacante de Bilbao podía ser «maniobrado» desde fuera, y ahora no. Era ilusorio pensar que Bilbao aguantase un sitio, enclavado como está en una zona a su vez sitiada y sin posibilidad de socorro, porque no dominamos el mar. Para mí, desde que, perdido Irún (y ya va fecha) y probada nuestra ineficacia militar en el Cantábrico, no se logró tampoco fundir en una sola mano la dirección política y militar del Norte, la suerte de aquella zona es cosa juzgada. No se ha perdido antes, porque el enemigo, aferrado en morder sobre Madrid, o por otras causas que ignoro, no se lo ha propuesto. Si lo hubiese intentado a fondo desde hace meses, lo habría logrado con más facilidad aún que ahora, pues en todo ese tiempo se han llevado ahí recursos que antes no había. Hace poco tiempo recibí en Valencia la visita de unos delegados de Santander, presididos por mi amigo el diputado Ruiz Rebollo. Estaban tan contentos de lo que había progresado la organización militar, que Rebollo me dijo: «El Ejército del Norte será el que gane la guerra». Esta buena fe, esta ilusión, son desgarradoras. Pero las condiciones políticas y militares dominantes en toda la zona no permitían prever más que desastres. Un ejército vasco, otro con el mando en Santander, lo de Asturias; en unas partes, revolución; en otras,

nacionalismo; disputas menos que provinciales, de cabeza de partido. Viento en las cabezas, inexperiencia. El aislamiento territorial ha hecho imposible la presión directa del Gobierno para ordenar todo eso. Así se quería contrarrestar una tromba militar, armada con los más poderosos elementos de guerra. Para después de la caída de Bilbao, el porvenir no me ofrece duda. Le he dicho a Negrín que preveo en el norte una catástrofe colosal, la mayor de esta guerra, porque coparán toda la zona, con cuantos elementos de guerra nos queden en ella. No van a tirarse de cabeza al mar.

20 de junio

De esta manera he sabido la pérdida de Bilbao. Anoche, alguien de esta casa abrió la radio, contra lo que se usa. Salió una estación hablando en catalán. Creíamos un momento que sería Barcelona. Pero, no: bien pronto se advirtió que era una estación de los enemigos. Describía la entrada del ejército victorioso en Bilbao. Aun despojando a la narración de los adornos propios del caso, se recibía la impresión de que los vencedores habían entrado, más que en orden de ataque, como si desfilaran en columna. Después, repitieron el relato en castellano. Encargué que llamaran por teléfono al Estado Mayor Central, en Valencia, pidiendo informes sobre lo que acababa de oír. Serían las doce de la noche cuando un ayudante mío habló con un jefe del Estado Mayor. No tenían noticias de la caída de Bilbao. Telegramas oficiales no habían llegado ninguno. Noticias particulares se recibían algunas, pero eran contradictorias. Sin otra novedad.

22 de junio

Hemos tenido un Consejo de ministros, con motivo de la pérdida de Bilbao. Los telegramas decían aún que, evacuada la ciudad, se sostenían las fuerzas en la zona minera y fabril, defendiendo la línea del Cadagua. Poca esperanza se podía poner en eso. Irujo, en el Consejo, estaba pálido como un muerto, y derrumbado en un sillón. Más afectado aún debía de estar Prieto, aunque lo mostrase menos. He procurado darle a entender sabiamente que me daba cuenta de ello. En el Consejo se examinó la situación, y se pasó revista a los esfuerzos realizados para ayudar indirectamente a Bilbao, así como a los envíos de material de aviación, los estorbos, interiores y exteriores (Francia), que hemos encontrado, y las graves pérdidas de aparatos que hemos sufrido,

tanto en el transporte como en los malos campos de Vizcaya. El Gobierno ha dado o va a dar una proclama que creo obra de Prieto, para levantar la moral. Ocurrirá como en el caso de Málaga. Gran depresión. Después, la gente se recobra y hasta otra. En el Consejo les dije cuantos detalles tenía de la entrada de los enemigos en Bilbao. No los conocían. «¿Y de dónde procedían esas informaciones?». «Las he oído por la radio. ¿No hay un servicio de escucha en el ministerio de Propaganda? Es de suponer que lo oyesen también, y podían habérselo comunicado al Gobierno».

A mis juicios sobre la marcha de la guerra, les antepuse la observación de que no estaban deformados por la impresión inmediata de la pérdida de Bilbao, suceso con el que ya contaba desde hacía tiempo, y como un dato más para formar opinión. En el Consejo no se tomó ningún acuerdo especial. No dejará de explotarse injustamente contra el Gobierno este suceso desgraciado.

Hoy por la mañana he recibido a Prieto del Río, nuestro ministro en Tánger. Su situación allí es muy difícil y ha pasado por momentos de peligro. Todos los informes coinciden en que Prieto lo ha hecho y lo hace bien. A los líos propios del régimen tangerino y de las disputas de influencia, se junta ahora la actividad de los españoles del «Frente Popular» allí formado y los manejos de los rebeldes. Le he preguntado por los proyectos de levantar algunas cabilas de la Zona. Prieto está enterado de ello, pero oficialmente no sabe nada, porque a los representantes de España en Tánger y en la Zona francesa no se les ha puesto al corriente de lo que se trama, o se tramaba. Se ha llegado al extremo de enviar a nuestra Legación en Tánger un secretario (no sé si primero o segundo) de la confianza personal de Baráibar, con instrucciones reservadas que el ministro, su jefe, no había de conocer. Y ese secretario funcionaba en la Legación, sin dar cuenta de lo que hacía, en todo lo referente a la proyectada sublevación. Cree Prieto que todo el mundo está enterado, y más que nadie, la Comisaría de Tetuán. Que los espías rondan por todas partes, y, una vez, escondido bajo un diván, ha escuchado uno de ellos la conversación del secretario con alguno de sus agentes. Es casi seguro que, muchos de ellos, lo son dobles, y cobran con las dos manos. Las contraseñas de los confidentes son conocidas de las autoridades rebeldes, etcétera. Opina que de eso no saldrá nada, como no sea un escándalo.

Entre las demás visitas, una comisión de jóvenes poetas, presididos por León Felipe. Forman la redacción, o parte importante de ella, de la revista *Hora de España*. Salvo a León Felipe, que ya no es joven, no conocía personalmente a ninguno. Simpatía de la juventud, entusiasmo, ilusiones.

Mantienen el «fuego sagrado». Algunos se esfuerzan en componer y declarar la teoría moral de esta guerra del pueblo. El estilo nuevo (relativamente) de hacer versos se había abierto poco camino entre el público lector, y es todavía menos a propósito para llegar al corazón de las muchedumbres. Si es que verdaderamente se lo proponen. En nuestro tiempo, se concibe mal que la gran masa del pueblo vaya al combate templada por los acentos de una lira. Complejidad moral y política de la guerra, y necesidad de descomponer en varios colores el rayo blanco del patriotismo. Me parece corto, escaso, el impulso que lleva, más o menos a sabiendas, a *cantar* el heroísmo. La guerra no se compone toda de heroísmo, ni principalmente. Habría que mostrar, con la evidencia comunicativa de lo poético, el sufrimiento humano, dentro del cuadro grandioso y terrible de la guerra; el eterno sufrimiento del hombre, aherrojado por su destino implacable. Y tratándose de nosotros, para encontrar el acento español y su valor nacional, encadenarlo con nuestro rastro histórico; el auténtico y profundo, no el recompuesto, anecdótico y tendencioso. Y ojo a los tópicos, que pueden ser de tan mala y caediza retórica como las invocaciones a Marte y a Belona. Influencia de la guerra en las artes: desastrosa por el momento, porque las suprime. Solamente unos cuantos poetas trabajan, y en peligro de contaminarse de las proclamas. Pero no tan desastrosa como la influencia de la política en la literatura. En la guerra hay lugar para lo grandioso, sin dejar de ser el mal. Vanas disputas acerca de «la independencia del arte» y del «arte al servicio del pueblo». Opinión sensata de Antonio Machado: «Se escribe para el pueblo cuando se escribe como Cervantes, Shakespeare o Tolstoi». La creación artística pertenece a una facultad independiente. Como la obra de arte, conseguida, tiene por sí un valor propio, y no es mejor ni peor en razón de los fines, ajenos a la expresión artística, perseguidos en ella, por muy aparentes que estén y por muy directa y exclusivamente que se hayan buscado. Ningún movimiento pujante, victorioso, que se apodera de la dirección de una sociedad, deja de pretender que el arte se le subordine. Cuando lo consigue, por disciplina, los artistas viven y el arte se muere. Otra cosa es que un movimiento de aquella índole lleve en sí virtud de emoción suficiente para embargar la facultad creadora. Hay un punto de coincidencia *religiosa* entre la creación personal y la afluencia de aquel motivo exterior. Entonces todo transcurre sin daño de nada. Y otra cosa es también que un artista tome ciertos valores, plásticos o no, donde los encuentre, sin que en el fondo se le dé nada de cuanto representan. En la España de los «nacionales» ningún poeta podrá ser mejor que Arriaza. (Quisiera yo saber qué elegía podrá escribir el poeta Jorge Guillén a la

memoria de su camarada García Lorca). Triunfante «el pueblo», digámoslo así, habría necesariamente más libertad, a pesar de todas las «líneas» y del espíritu de clase. Lo cual no quita para que un pintor como Frans Hals pudiese hacer un estupendo cuadro agrupando, por ejemplo, a los cabecillas de la Columna de Hierro…

Estos días he visto también al señor Semprún, ministro en La Haya. Estuvo casado con una hermana de Miguel Maura, a quien oí muchas veces elogiar a su cuñado. Cuando se proclamó la República, Maura, ministro de la Gobernación, le nombró gobernador de Toledo, con ánimo de valerse de él como agente oficioso cerca del arzobispo. No he conocido personalmente a Semprún hasta el año 35; fue a visitarme y me dio algunas de sus publicaciones. Después hemos hablado cuatro o cinco veces. Es hombre perfectamente educado, inteligente e instruido. Católico y lealísimo a la República. He leído algunos artículos suyos en revistas extranjeras, tratando de la situación de la Iglesia católica en España, muy justos de razonamiento y muy serenos.

24 de junio

El ministro de Defensa me envía copia de los telegramas del norte, participando las deserciones y defecciones ocurridas. La catástrofe es completa. Aquello de sostenerse en la línea del Cadagua era vano. El Gobierno vasco está todavía, según creo, en un pueblecito de la provincia de Vizcaya. No durará mucho. Prieto opina, como yo, que lo mejor que puede ocurrir es que el enemigo se empeñe en conquistar todo el norte, en lugar de echarse sobre el frente de Aragón, totalmente desorganizado y mal guarnecido. Y no será porque falten allí armas y municiones. Ha sido un pozo sin fondo. Pero mientras no se restablezca la autoridad del Gobierno, de un modo total e indiscutible, no solamente será imposible hacer allí la guerra, sino que se está a la merced de cualquiera. ¡Terrible responsabilidad para los autores y explotadores de aquel desorden, y de la parálisis militar de las regiones aragonesa y catalana! Un año, casi completo, para organizar la guerra, plazo inesperado y respiro milagroso, que no se ha querido aprovechar. Y, entretanto, vengan rótulos en los periódicos: «Ayudemos a Euzkadi». Sí, sí. A buena hora.

La caída de Bilbao es gravísima, por lo que representa en el interior y en el exterior. Es posible que sus efectos no se toquen en las primeras semanas, pero ya se tocarán. No todos lo ven así. Aunque en este borrador no consigno

todos los disparates que por ahí se ponen en circulación, algunos, por su calibre, merecen nota especial. Hay quien opina que el perderse todo el País Vasco, teatro secundario de la guerra, donde no puede ocurrir nada decisivo, *elimina un problema político para el día de la victoria*. Se fundan en la actitud insubordinada que tenía el Gobierno vasco, y ahora, caído, expulsado de su territorio, no podrá el día de mañana, en el momento de la paz, imponerse ni crear dificultades.

28 de junio

Ayer tarde estuvo aquí Giral con su mujer. Están muy contristados, porque hace dos o tres días ha muerto en la Casa de Campo, de un balazo en el corazón, su pariente el joven Barnés, hijo del exministro don Francisco. Tenía 21 años. Le hirieron al realizar una descubierta, y llegó muerto al puesto de socorro, donde le recibió su primo y cuñado, el hijo de Giral. Iban a emparentar de nuevo, según me dijo don José, porque el muchacho era novio de una hija suya. El muerto era un mozo despejado, simpático y pundonoroso. Se vino de París, contra la voluntad de su padre, y se alistó para servir *de veras*, no para pindonguear vestido de máscara. «Quiero —parece que decía — que el apellido de mi padre quede bien». Aludía con eso a la conducta de algunas personas de su familia. Su tío Domingo, embajador de España en Cuba, al dejar el cargo durante el Gobierno de Caballero, no se ha dignado venir a España, y se quedó en Francia. El padre, don Francisco, ministro al ocurrir la rebelión, está completamente deshecho. Tiene a su mujer y a otro hijo prisioneros en Ávila. Su desesperación aumenta porque él se empeñó en llevarlos a esa ciudad, creyendo que allí estarían más seguros, ya comenzada la insurrección. Don Francisco se fue a París, de donde le hizo volver la falta de recursos. Me figuro cómo estará el pobre.

Hablamos de muchos asuntos del ministerio. El personal, adventicio y nombrado a capricho, no trabaja ni sirve para nada. Giral no encuentra antecedentes de ningún asunto, ni documentos sobre nada. No había en el ministerio copia de las notas cambiadas con el Gobierno inglés acerca del control. Ha tenido que hacerlas buscar en los periódicos, porque se publicaron. Para consolarle, le dije que eso debía de ser una tradición sagrada de la Casa. Recuerdo que Fernando de los Ríos, siendo ministro de Estado, me contó que de los famosos acuerdos de Cartagena no había otro antecedente que el menú de la comida a bordo de un barco de la escuadra. Parece también que la mujer de Vayo era muy activa colaboradora de su

marido. Iba al ministerio todos los días, recibía allí visitas e intervenía en todo. Como su hermana, en París. Otras señoras iban por allí a mangonear. La expedición de pasaportes diplomáticos era un abuso tremendo. En los cinco primeros meses de este año, el ministerio de Estado ha expedido seiscientos. Giral ha cortado el chorro. Me dijo que estos días ha pedido pasaporte diplomático el Marianet, secretario de la CNT, y se lo ha denegado. El servicio de valija se empleaba en transportar mil cosas, hasta zapatos. Un día se encontró Giral un pasillo convertido en bazar; eran los objetos para la valija. Lo ha prohibido, y su personal murmura. Es de creer que a través de la valija se haya hecho espionaje. Me contó también que el encargado de Negocios de Francia se ha marchado, muy descontento, porque el ministro le ha dicho que con quien quiere tratar es con el embajador, ausente de España desde hace casi un año. También en la embajada de Francia hay refugiados: unos ochocientos. Hace tiempo me contaron que *madame* Herbette se prestó a pasar a Francia alhajas y valores. En el mismo fregado fue sorprendido el embajador de Chile. Esto de los diplomáticos extranjeros albergando a los miedosos, a los rebeldes, a los traidores y desertores, es uno de los capítulos más miserables de cuanto aquí pasa. Bastantes legaciones y consulados han montado en gran escala la explotación de este negocio, y algunas, no contentándose con cobrar naturalizaciones, etcétera, ilícitas, ni con lucrarse a lo fondista, han llegado a establecer casas de citas, bajo la protección de sus banderas. De una persona muy conocida mía sé yo que fue a pasar la noche de bodas a uno de estos albergues *extraterritoriales*, digámoslo así. Pero no se requería, naturalmente, la exhibición de la partida de casamiento.

Hoy, en Valencia, he recibido al Presidente del Consejo. Me ha traído una porción de decretos, casi todos de personal, sin interés. Entre ellos he visto copiosos nombramientos de Obras Públicas para afiliados de Unión Republicana. Este partido, que empieza en Martínez Barrio y acaba en su secretario particular, no se descuida. Hasta el secretario particular mismo es director general. «Debe de estar ya colocado el partido entero», me dice Negrín. No lo improvisan. Cuando el Partido Radical vino al poder, en 1933, montaron sus diputados una oficina que podría llamarse de «alumbramiento de empleos», a cargo de los más zahoríes. No iban a contentarse con los cargos políticos que siempre mudan al variarse el Gobierno. Con método y paciencia grandes, proporcionados a su avidez, desmenuzaron toda la administración española y sus aledaños, dentro y fuera del país; no hubo ministerio, monopolio, delegación, comisaría, consorcio, confederación, compañía concesionaria o arrendataria, instituto, etcétera, etcétera, donde no

introdujesen el gatillo y extrajesen algo. Desde los tiempos del conde de San Luis a los menos remotos de Romero Robledo no se había visto en España un rigodón comparable. Dicen que así se hacen los partidos, será verdad. Lo cierto es que los más recientemente llegados a la política, como la CNT y la FAI, dan ciento y raya a sus predecesores, sean o no marxistas.

Me ha contado Negrín que Martínez Barrio le llevó el otro día las quejas de la CNT. Quieren volver al Gobierno. Se quejan de que los persiguen. La censura trata a sus periódicos con más rigor que a nadie. El ministerio de Defensa está retirando del frente de Aragón las columnas confederales, y temen que para desarmarlas Negrín le ha demostrado a don Diego lo infundado de las quejas y lo inútil de las pretensiones. Hemos hablado —ya me indicó algo en nuestra última conversación, y, ayer, Giral también tocó el punto— de un proyecto de operaciones en Madrid. Parece que había dos planes: uno patrocinado por los rusos, y otro por Rojo y el Estado Mayor Central. Ha prevalecido el último. Supongo que ya lo sabrá el enemigo. Por su parte, los periódicos de Madrid están retozando por decirlo. Se habla mucho del espionaje de los rebeldes, y, en efecto, lo tienen bien organizado. Pero tal vez sin necesidad, porque aquí se cuenta todo. Cuando la ofensiva última en dirección de Segovia, puramente demostrativa, para descongestionar Bilbao, el enemigo supo no solamente el día en que iba a comenzar el ataque, sino el día en que iba a darse por terminado, y, en efecto, la víspera, se llevó otra vez a Vizcaya la aviación. Temo que ahora suceda lo mismo. De todos modos, será igual.

Entre los libros llegados hoy, encuentro dos de América. El uno, cuyo título no recuerdo en este instante (no sé qué de España), es parto de Basilio Álvarez, el cura goliardo, gallego y radical, que anda por la Argentina de merodeo. Me lo envía con dedicatoria y una carta que no he leído aún. En el coche, al regresar de Valencia, lo he hojeado y he visto que me «consagra» un capítulo. Me estudia como si me mirase por un catalejo. Es la impresión. Forzosamente. Resulta ahora que para Basilio soy un grande hombre por todos cuatro costados: orador, escritor, gobernante, «prócer castellano», ¡eche usted! Y, al recordar rápidamente algunos hechos de mi acción política, mienta (¡cómo no! El perro vuelve a su vómito) lo de Casas Viejas. Para escandalizarse de la campaña demagógica que las derechas hicieron contra mí por aquel caso, en que a unos guardias «se les fue la mano…». Sí, sí, Basileus: por las derechas y por todo el Partido Radical, a que su merced pertenecía. Si el Partido Radical no hubiese amparado aquella infame campaña, aprovechándola contra mí personalmente (un diputadillo radical

empezó por organizar en Cádiz el tenebroso enredo), el escándalo no habría pasado a mayores. «Sangre, fango y lágrimas», dijo Martínez Barrio en nombre de su partido. Recuerdo, como si estuviera viéndolo (porque hacía mucho bulto), a Basilio agitarse y bracear en su escaño, mesarse la guedeja rubia, congestionársele la faz rubicunda y pecosa, botar el bandullo ensotanado, de puro entusiasmo y calurosa aprobación cada vez que en aquellos atroces debates arrojaban sobre mí y sobre el Gobierno vilezas increíbles. El mismo Basilio pronunció después en Galicia un discurso afirmando que yo era un verdugo y que no tengo corazón. Para probarlo, citaba unas frases de mi *Jardín de los frailes*, sacadas de la escena de la muerte y entierro de un colegial, allí contados. ¡Si será listo y sensible el hombre! Es, además, tan aprovechado, que vendía por cinco duros a sus clientes las cartas que recibía de los ministerios en respuesta a sus recomendaciones. Recuerdo haberle ordenado entonces a Saravia, que no contestase nunca al Álvarez. El cual se quejaba de ello. Un hombre de esta calaña me ensalza ahora hasta las nubes. Si no fuese yo Presidente, escribiría un artículo diciéndole todo esto. Pero no puedo. Verdad es que si yo no fuese Presidente no me habría ensalzado. Es igual. Me honraban más sus insultos. Con razón dice que hay que acercárseme con precaución. Las gentes como él, desde luego. No sabe hasta dónde llega —pero lo presume— la tenacidad de mi repugnancia y mi desprecio. (El libro se llama —ya recuerdo— *España en crisol*).

29 de junio

Esta tarde ha estado aquí Prieto, llamado por mí. Tenía que hablarle de algunos destinos del Cuarto militar. Hemos tratado de otras muchas cosas, más importantes. Me ha ampliado las noticias que ya tenía sobre la defección de los nacionalistas en Bilbao. Cinco batallones se pasaron al enemigo, entregándole la orilla izquierda del Cadagua. También se pasaron los que defendían Portugalete, dejando emparedados a los que querían defender Baracaldo. En el propio Bilbao se formó una línea de desertores, que armaron además a unos centenares de presos políticos, y se interpusieron todos entre nuestra primera línea y la retaguardia. Parece ser que fueron dominados. Hace algunas semanas, Leizaola, miembro del Gobierno vasco, hablando en Valencia con Prieto delante de Belarmino Tomás, dijo que para él era un problema de conciencia la situación de Vizcaya y del Partido Nacionalista, porque el situarse este partido enfrente de Franco y lanzarse a la guerra, había

sido obra personal del propio Leizaola, de Aguirre, de Irujo, de Basterrechea, de Monzón y no sé si alguno más. Que este hecho y el curso que llevaba la guerra en el País Vasco, le tenían muy preocupado, etcétera. Sobre la situación resultante, Leizaola entregó un documento al Gobierno. Cuando, terminada la entrevista, se retiró Leizaola, Belarmino Tomás dijo: «No le ha descubierto todo su pensamiento. Yo le he oído decir que era partidario de un acuerdo con Franco para el País Vasco». El comandante Navarro, marino, se fue con dos destróyers, llevándose a Francia unos doscientos nacionalistas significados. Dejaron abandonado el barco petrolero que acababa de llegar, y que el enemigo ha capturado. No cree Prieto que el enemigo prosiga hacia el oeste el ataque a Santander. Lo harán desde el sur, que es más fácil. Opina también que más vale que se obstinen en conquistar todo el norte, en vez de echarse sobre alguno de estos frentes de por aquí. Preguntándole yo si era cierto el fusilamiento de Espinosa, miembro del Gobierno vasco, que volvía de Francia en avión y tuvo que aterrizar en país enemigo, contesta que no lo sabe. Solo está seguro de que lo han condenado a muerte. Espinoza se había fugado de Bilbao hace ya quince o veinte días. Refugiado en Francia, le dijeron tantas cosas y le hicieron tantos reproches, que resolvió regresar; el accidente de aviación le ha sido fatal.

También hemos hablado de lo ocurrido en Huesca. Pero no le pido detalles, porque Giral me ha enviado hoy la copia de una información confidencial sobre el asunto. El mismo desorden, las imprudencias, las rivalidades y la impericia de siempre. Una vez más viene a mi memoria, con sonrojo, la proclama de Pozas a los defensores de Huesca.

Sobre la operación de Madrid me dice que, a su juicio, nos descubrirá lo que va a ser la guerra para nosotros. Si fracasa, cree Prieto que ya no hay nada que hacer. El ejército de Madrid no puede ser llevado a otra parte. Es el mejor, y se le está reforzando. Se llevará toda la aviación disponible, y una masa de artillería. Si con tales elementos no se consigue un buen éxito, no podrá obtenerse en ninguna parte. Si la operación resulta bien, el efecto militar, y más aún el moral, serán muy grandes y podremos respirar. Por mi parte creo que esa operación, aun saliendo bien, aliviará la situación de Madrid, pero sobre el resultado total de la guerra quizá no influya tanto como se espera.

—¿Y si las cosas salen mal y usted adquiere la convicción de que no se puede ganar la guerra, qué se hace? A mi parecer, habría, llegado el caso, que emprender una política consecuente con esa convicción. Lo difícil, lo imposible, es decirle a la gente desde el Gobierno que la guerra se va a perder.

—No puede decirse —me responde Prieto—. No hay más que aguantar hasta que esto se haga cachos. O hasta que nos demos de trastazos unos con otros, que es como yo he creído siempre que concluiría esto.

Me habla de la situación de la retaguardia. El trabajo en las fábricas no rinde. Roban jornales. En Cataluña, implantada la jornada de cuarenta horas, no es posible conseguir de los obreros que trabajan en obras militares que alarguen la jornada ni una hora más.

Le pregunto por los comunistas. «Su política —me dice— consiste en apoderarse de todos los resortes del Estado. El decreto que he publicado, prohibiendo que se hagan afiliaciones políticas en el ejército, les habrá sabido a rejalgar. Es posible que su enemiga hacia Largo se deba a que este quería cortarles el camino. El Comisariado de Guerra es un organismo casi enteramente comunista, donde Álvarez del Vayo hace de hombre de paja. Entre los militares han captado a muchísimos, invitándoles a ingresar en el partido, con promesas, o imponiéndose con amenazas. Ahora se han apoderado de la Dirección General de Seguridad». Ortega, director general, además de bobo, según Prieto, es comunista. Y todos los asuntos los consulta o los somete a la oficina política del partido. Interinamente desempeñó la dirección, después de la crisis, Burillo. Le dijo al ministro: «Estoy sometido a tres disciplinas: la militar, la masónica y la comunista. Pero seré un subordinado leal». Prieto me cuenta que, en efecto, Burillo despachaba con el ministro y acataba sus decisiones. No así Ortega, que obra como mandatario de su partido. Acerca de esto, Prieto me descubre un hecho muy grave. La policía detuvo en Barcelona a muchos afiliados al POUM, entre ellos a Andrés Nin. El motivo era una organización de espionaje. Leí en los periódicos que Nin había sido traído a Valencia y que se instruía sumario. Prieto me cuenta que Nin fue trasladado a la cárcel de Alcalá, y que allí se presentaron una noche unos individuos, no sé si de la policía, o con autorización de la policía, o simplemente «por las buenas», y se lo llevaron. No se sabe dónde estará. Zugazagoitia le ha dicho a Prieto que tienen una pista. Los raptores eran comunistas. Prieto le ha escrito sobre eso una carta a Negrín, a consecuencia de una gestión de Víctor Basch, llamándole la atención sobre la importancia del suceso. También le hablaré yo, mañana. A propósito de presos, he llevado la conversación sobre la prisión de Luis Lucia. «¿Por qué sigue preso?». «No sé. Parece que no resulta nada contra él», me responde Prieto. «Hay que ponerlo en libertad, en ese caso. Siempre sería justo y debido hacerlo; pero además es conveniente. No vayan a raptarlo. Que lo matasen en la calle, sería escandaloso; pero que le ocurriese algo en la

cárcel, un bochorno más. Negrín me ha dicho que tenía el propósito de que Lucia asistiese a las Cortes, si quería. No se compagina eso con mantenerlo preso. Porque la práctica de encarcelar a las personas para que estén más seguras y a salvo de cualquier atentado es inadmisible. Y los resultados han sido desastrosos, incluso para muchos desventurados que se acogieron a ese sistema como a un mal menor, pensando que sería su salvación».

También ha salido a relucir el general Miaja, a quien «le han hecho comunista», como dice con profunda exactitud Prieto. Durante la crisis, me contó Martínez Barrio que había hablado por teléfono con Miaja. Desde Madrid le pedía noticias sobre la solución probable, y como Martínez Barrio le contestó que aún no la había, repuso: «Todo eso lo voy a arreglar yo personalmente». Esta *boutade* debió de llegar a conocimiento del Gobierno dimisionario, por lo menos del Presidente, porque en Teléfonos lo escuchan todo. No le concedo gravedad, pero es bastante para mostrar la ligereza de Miaja y los humos que gasta. Con Prieto ha tenido ya una escena. «El otro día —me cuenta— le he parado los pies a Miaja». Estaba empeñado en que fuese jefe de Sanidad militar en Madrid un protegido suyo. El nombramiento corresponde al ministro. Miaja se anticipó a nombrar a uno. Prieto le telegrafió que no tenía competencia el general para eso, y que su designación valdría como una interinidad, hasta que llegase el nombrado por el Gobierno. Miaja ha venido a Valencia para tratar de las operaciones proyectadas, y se ha presentado en el despacho del ministro, en compañía de su candidato para el cargo, diciéndole al ministro que ese debía ser el nombrado. El cual, según Prieto, pronunció a continuación un discurso muy pedante. Prieto le dijo a Miaja: «Mire usted general, de ahora para siempre: cada uno tiene que estar en su sitio. Yo en el mío, de ministro, y usted en el suyo, de general en jefe. El nombramiento de jefe de Sanidad en Madrid lo hago yo, a propuesta del director del servicio. Ya lo he firmado, y ocupará el cargo. No me importa lo que opinen sobre eso ni el Ejército del Centro… ni el Imperio británico. El Ejército del Centro o el Imperio británico podrán echarme de aquí, pero mientras sea ministro, yo dispongo. Que conste». Miaja respondió con evasivas. También le pidió aumento de sueldo, porque cobra poco y no le alcanza: tiene que mandar dinero a sus hijos que están en El Cairo. «Muy bien; eso es fácil de arreglar. Pero más lógico sería que en vez de enviar usted dinero a El Cairo, sus hijos se lo enviasen a usted desde allí». Prieto me explica que un hijo y no sé si un yerno, u otro pariente, de Miaja, se han apoderado de la legación en El Cairo, expulsando al funcionario que allí

teníamos, y se han quedado en el cargo o los cargos de la legación, repartiéndose los emolumentos.

Prieto ha asistido a alguna de las reuniones de nuestros embajadores y ministros plenipotenciarios en Valencia, en días pasados. «En su mayoría, me parecen una colección de ilustres fugitivos». «No crea usted que valgan más los del otro lado. Al contrario».

—En Londres —me replica— necesitaríamos un hombre que supiera verlas venir. ¿Y Ceferino Palencia? Un país que tiene de ministro a Ceferino no merece ganar la guerra.

Hablando de nuevo de la situación militar, y como yo le preguntaba sobre la organización de fuerzas nuevas, dijo: «Los llamamientos forzosos nos dan gente poco de fiar. A estas alturas, los que no se han alistado voluntariamente, o son enemigos, o van a la fuerza. Se producen muchas deserciones. También continúan desertando oficiales. Últimamente, se han marchado dos del propio ministerio de la Guerra». Teme que en Cataluña, llegado el caso, se produzca algún fenómeno análogo al de Vizcaya. De la ayuda rusa en material está descontento. Se produce con demasiada parsimonia. Cree que los torpedeamientos continuarán y no tendríamos entonces recursos para subsistir. Del norte ha llegado un muchacho que se fugó de Pasajes escondido en la carbonera de un vapor belga. Cuenta y no acaba sobre los imponentes desembarcos de material de guerra que hacen los alemanes en aquel puerto. En San Sebastián hay muchos alemanes, y millares de catalanes (asegura que 40 000), que estaban emigrados y se han vuelto a España por Irún. Asegura que hay grande enojo en las poblaciones contra la insolencia de los extranjeros. El reclutamiento se hace a la fuerza, cogiendo en medio de la calle a la gente joven y poniéndola en la alternativa de cargar con el fusil o ser pasado por las armas. Gente así enrolada va a primera línea, con vigilancia de unos a la espalda, que los ametrallan si no avanzan. Cuenta también el fugitivo que ha creído ver en territorio francés grandes trabajos de fortificación en curso.

Le hablé de lo de Marruecos. Prieto recibe cada dos o tres días un telegrama de Ayza o de Cazorla, asegurándole que el alzamiento es inminente. Prieto no cree en tales cosas. Se había propuesto hacer venir a España a los agentes que envió Baráibar. Han convenido en el Gobierno, y con el Estado Mayor Central, esperar un plazo prudencial, antes de llamarlos. Prieto no quiere precipitarse, para que luego no salgan diciéndole que por su culpa se ha malogrado el plan. También le hablan de lo que harán los moros en Vizcaya. De nada de esto le había informado el Gobierno anterior. Le

refiero que, cuando vino a verme de despedida Baráibar, le pregunté lo mismo, y le indiqué que, como es normal, un ministro saliente debe transmitir al sucesor todos los asuntos en curso, por reservados que parezcan. No lo han hecho. A Prieto le dio posesión el secretario del ministro saliente, y aunque él intentó por tres veces hablar con Largo, no lo consiguió. Me cuenta que el hijo de Largo está en Sevilla, libre. Desde aquí le enviaron en una ocasión doscientas pesetas. Le recogieron los billetes, que allí no son reconocidos, y Queipo le mandó cincuenta pesetas, y ofrecimiento de darle más, si lo necesitaba.

He apuntado las principales cosas de mi conversación, porque me parece de interés el ánimo en que hoy se encuentra el ministro de Defensa Nacional. Le hice notar el contraste entre sus sombríos presentimientos y la tranquila confianza de Negrín:

—Es cuestión de temperamento. La confianza de Negrín no es fingida. Cree lo que dice. Yo he sido pesimista desde el comienzo.

—A Negrín —repuse— le he dicho, entre burlas y veras, que está gastando ahora su ardimiento de primerizo.

—Sin embargo, ha encanecido. ¿No lo ha notado usted?

Prieto, tras unas palabras afectuosas, masculladas más que dichas, se ha marchado, con su andar indeciso y balanceante de miope y de obeso.

1 de julio

Anoche, a las once, recibí al Presidente del Consejo. Vino a darme cuenta de la reunión que por la mañana habían tenido con los representantes de Vizcaya, Santander y Asturias, llegados a Valencia. El representante de Vizcaya es Leizaola. Abundando en lo que acerca de este señor me había dicho Prieto, el Presidente me cuenta que Leizaola pretendía conocer el estado general de los asuntos militares y políticos, tanto en el interior como en el exterior, y los planes y propósitos del Gobierno, para, en vista de todo ello, adoptar o iniciar en el norte una política que, según ha entendido Negrín, a vueltas de muchas reticencias de Leizaola, consistiría en tantear una mediación con los rebeldes. ¿Una mediación de quién? Negrín ha entendido que el Gobierno vasco pretendía ser mediador entre los rebeldes y el Gobierno de la República. Añadió que los otros comisionados del norte afirman que Aguirre no es de esa opinión. El Presidente le ha dicho a Leizaola que no hay nada que intentar por ese camino, ni es posible la mediación. Los de Santander y Asturias dicen que todavía es posible la resistencia…

Negrín me informó de que en la madrugada pensaba salir en avión con Giral para París, siguiendo una indicación que Azcárate le había hecho desde Londres. Se trata de los problemas de la no-intervención, pero no sabe concretamente el motivo de la llamada. Cree que asistirá a la conferencia, además de Azcárate, el embajador soviético en Londres, y alguna persona más, inglesa, pero que Negrín no ha logrado identificar a través de las embozadas alusiones de nuestro embajador. He aprobado el viaje. Estamos en un momento decisivo. Temo que el «interés británico» nos eche ya un dogal al cuello, o más bien apriete el que nos tiene puesto.

Un periodiquito de Valencia viene publicando trozos de unas memorias íntimas de Alcalá-Zamora. De que son auténticas, no hay duda. Basta leer dos líneas: el estilo es el hombre. Ignoro cómo han ido al periódico esas memorias. Probablemente se las habrán robado de su casa. El gusto del escándalo incita a sus poseedores a publicarlas. Parecen muy mutiladas por la censura. He leído algunos trozos. Más que relato de hechos que pongan al lector en el secreto de tales o cuales acontecimientos, contienen reflexiones personales, generalmente acerbas, sobre personas y sucesos políticos que son, o se sobreentiende que son, conocidos o recordados generalmente. Por lo menos, así son las *Memorias* en cuanto de ellas he leído. Habla de todos nosotros, siempre mal, o casi siempre. Maltrata a los que pasaban por más amigos suyos, como el desventurado Martínez de Velasco, empujado por el propio Alcalá-Zamora a encaramarse a un puesto y asumir un papel muy superior a su capacidad; como Miguel Maura, como el propio Sánchez Guerra. Exhibe una sorprendente ternura por Lerroux, tratándole con cierta benevolencia, entre respetuosa y compasiva (¡por Lerroux, a quien en 1930, cuando se barajaban nombres para el primer Gobierno republicano, le puso el veto, negándose a que fuera ministro de Justicia, «porque si lo fuese —dijo, con su incorregible incontinencia verbal—, se venderían las sentencias de los Tribunales»!); y confía mucho en el porvenir político de Martínez Barrio. De mí también habla, es claro, aunque hasta hoy mucho menos y no tan mal como podía esperarse, dado el lugar que por lo visto ocupo en las febriles imaginaciones de don Niceto. Se había limitado a decir —en lo que se ha hecho público— que convenía aprovechar mi entendimiento para la política, pero que hay el estorbo de «mis malas pasiones». ¿Cuáles serán? Lamento que no lo diga. Iracundo no soy, como saben cuantos me tratan, y si algo hubiera tenido que corregir en esto, la vida pública me ha sometido a un perpetuo ejercicio de paciencia, rayana con la mansedumbre. Codicioso de bienes, menos aún, como lo prueba toda mi vida desde que en la juventud

perdí, por bobería y sin malicia, mi patrimonio. Rencor no le tengo a nadie. Es incompatible con la paz interior. Es muy incómodo vivir rencoroso, y aunque, como todo el que cursa la vida pública, y más de lo que es habitual, he recibido agravios horribles y padecido injusticias crueles, no guardo rencor. Mi espíritu repele la pasión rencorosa, como mi organismo repele el alcohol. ¡Nunca podría ahogar mis penas en vino! Algunos me reprochan mi modo de ser, me tildan de bobo y de inocentón, porque no soy vengativo. Yo creo que es sabiduría. Como sea, no puedo remediarlo. Ahora mismo, no siento el más mínimo deseo de vengarme de los rebeldes, ni en conjunto ni personalmente. Por muy escandalosa que sea la indigna conducta de algunos. De otras pasiones «malas» que pudieran trascender a la vida pública, no hallo ni el nombre. En el trozo de las *Memorias* de don Niceto que da origen a estos renglones, encuentro quizás una: la desenfrenada ambición de poder, nacida, por lo visto, de *mi falta de rectitud*… Lo que me ha ocurrido en el trato y conocimiento de don Niceto es descomunal. Que las personas se acerquen y se apeguen o se separen y se aborrezcan por las cualidades y defectos que unas en otras descubren, o de las que se hastían, o de que se desengañan, es normal; y que los temperamentos choquen, o los intereses, o la ambición. Pero jugar con fantasmas, al cabo de tres años de comunicación diaria, versando sobre mil asuntos y gentes, sufriendo tantas impresiones comunes, con la facilidad de observar la reacción de cada uno ante lo imprevisto, ante lo grave y lo leve, en la conversación y en la polémica, en la conspiración y en el gobierno, es desconcertante. Don Niceto no me ha conocido. No pudiendo negar ciertas cosas que estaban demasiado a la vista para ponerlas en tela de juicio, ha concebido en todo lo demás que se refiere a mi carácter y a los móviles de mi conducta un verdadero monstruo de feria. ¿Por qué? No atino. ¡Qué voy a hacerle! Repito la expresión parodística que le apliqué en 1934, cuando me descubrió su ignorancia: «He gobernado tres años con un desconocido y he tenido tres Ministerios con él». Que Alcalá-Zamora me conozca o no, poca importancia tiene, ni siquiera para mí, y menos aún para el interés público. Pero el trozo de sus *Memorias*, que hoy ve la luz, es otra cosa. Pretende apuntar datos históricos. Y sobre las monstruosidades que piensa de mí, edifica una explicación de los sucesos de 1934 no solamente caprichosa, sino calumniosa. Lo grave del caso es que, a mi juicio, don Niceto estaba persuadido de la veracidad de sus opiniones cuando las escribía. El pasaje es tan auténtico que, a través de sus frases encabalgadas y atormentadas, me parece ver aquella expresión delirante, visionaria, y oír aquella alocución calurosa, bordeados de espuma los labios, de que tantas veces nos ofreció el

espectáculo en Consejo de ministros. La página que comento parece corresponder a febrero de 1934. Llegó a don Niceto la copia de una carta, no destinada a él, escrita desde Barcelona, en la que se describía con todo detalle un plan revolucionario, de que yo era el director. Angustiado, don Niceto llama a Lerroux y Martínez Barrio. En opinión de don Niceto, podría ser garantía contra una locura, no la rectitud mía, *sobre la que no se hace ilusiones*, sino mi elevación mental y mis dotes de gobernante. *Elevación mental* —que no es lo mismo que talento o inteligencia despierta, sino mucho más—, pero *sin rectitud*. Y allí se estuvieron dos horas, discurriendo sobre las consecuencias de mi falta de rectitud en presencia de Lerroux, sobre cuya rectitud y elevación mental tenían tan ninguna duda los otros dos señores, que el uno era su brillante segundo y discípulo y el otro le había hecho Presidente del Consejo. ¡Y qué desgracia: la República había tropezado con la falta de rectitud de Azaña! Prosigue don Niceto: «Sabíamos *por noticias ciertas*, no solo que Azaña era quien dirigía toda la conjura revolucionaria, sino el que había preparado la colaboración catalana desde su viaje a Barcelona en vísperas de las elecciones municipales». En estas líneas está al descubierto el resorte que movió algunos pequeños hechos de aquellos meses, y que por fin desencadenó contra mí la estúpida persecución de octubre del mismo año y el proceso del alijo de armas en Asturias. Los tres señores tenían («teníamos», escribe Alcalá-Zamora; luego la información era común y creída por igual) noticias ciertas. Largo Caballero era solamente «el adelantado visible de la conjuración»; pero el director efectivo era yo, y el llamado a disfrutar del golpe revolucionario, implantando un poder personal, disimulado por una mayoría parlamentaria obtenida a toda costa. Esto pensaban de mí aquellos señores en febrero de 1934. He contado en *Mi rebelión en Barcelona* toda mi acción política desde octubre de 1933 a igual mes del 34. Lo he contado todo, con claridad deslumbradora, y todavía con la discreción impuesta a un libro destinado a la publicidad inmediata, omitiendo algunos detalles, pasando ligeramente sobre algunas escenas, que sin añadir nada al valor probatorio del libro, habrían mortificado o dejado en evidencia a gentes de mi estimación y de conocida buena fe. Del libro se han vendido 25 000 ejemplares. En casi dos años que hace desde su publicación, no ha habido nadie, alto o bajo, amigo ni enemigo, que haya podido rectificarme ni una sílaba. A ciertas personas se les habría caído la cara de vergüenza, leyéndolo, si hubiesen tenido vergüenza. Es probado que no la tienen. Si hago nueva edición del libro, insertaré en él esta página de las memorias de don Niceto, para que no haya dudas acerca de la inspiración que me convirtió, dentro de la República,

en «hombre sospechoso». Ahora puedo, sin daño de nadie ni de nada, ampliar algunas noticias de mi libro, que ya están sustancialmente en él, pero que se destacan con perfil más crudo si las retoco. Me limito a los puntos a que aluden las delirantes aberraciones de don Niceto y sus consejeros.

1.º *Largo Caballero, adelantado visible del movimiento revolucionario dirigido por mí*. Mis relaciones políticas y las de mi partido, y en general las de los otros republicanos de izquierda, con los socialistas eran muy tirantes desde la caída de mi Gobierno, en septiembre del 33. Más exacto sería decir que no manteníamos relación alguna. Yo conservaba trato con algunos socialistas, como Prieto, Besteiro, Fernando de los Ríos, y otros, que siempre habían sido amigos míos. Conservaba también popularidad entre las masas, como probaron los actos públicos convocados por mí; popularidad y prestigio poco gratos a los pontífices del extremismo revolucionario. Pero la tendencia «caballerista» predominante en el partido nos era hostil. A Caballero, «adelantado visible» de mi insurrección en cierne no había vuelto a encontrármele más que una vez, en las Cortes, la noche en que cayó el primer Gobierno Lerroux, después de mi discurso. Y no le vi más ni hablamos, desde esa fecha, *hasta julio de 1934*, en la ocasión que diré. Cuando dejé de ser Presidente del Consejo, en septiembre, todos los ministros vinieron a visitarme y a despedirse en mi casa, menos Largo Caballero, que no entiende de ceremonias. Motivos de la tirantez entre los republicanos, especialmente de mi partido de Acción Republicana, y la tendencia dominante en el socialista: Uno de carácter general, anterior a mi salida del poder, y otro más agudo: la solución dada a la crisis producida por la caída de Lerroux y de la que nació el Gobierno de Martínez Barrio. La coalición republicano-socialista funcionaba bien en el Gobierno, y regularmente en las Cortes; pero cada vez peor a medida que se descendía en la escala de la jerarquía del poder o de los organismos políticos. En los pueblos, socialistas y republicanos solían andar a la greña, por cuestiones locales, ya políticas, ya de orden social. Los republicanos se quejaban de las Casas del Pueblo. Los socialistas se quejaban de los republicanos. Yo bien comprendía que por ahí habría de venir la ruptura de la coalición, que en las Cortes y en el Gobierno era infrangible. Yo deseaba que el acabamiento de la coalición se produjese sin ruptura ni riña, para que el Partido Socialista siguiese, en la oposición, siendo un partido colaboracionista y de turno en la República. Así habríamos acabado, y la coalición no habría llegado más que hasta el verano del 33, o menos, si la brutalidad de Lerroux, el desatino político de quienes le ayudaron, no hubiese atravesado en el camino la atrocidad de la obstrucción. La salida normal de

los socialistas estaba sobreentendida, y más que sobreentendida en mi discurso de Santander[3], meses antes, discurso que fue conocido y aprobado en esa parte por todo el Gobierno antes de ser pronunciado. La obstrucción lo echó todo a perder, sin ventaja para nadie. Cuando en junio del 33, muy contra mi voluntad, hube de reconstituir un Gobierno y presidirlo, me tracé un programa muy limitado. Sacando la ley de Orden público, indispensable, quería hacer aprobar la de Arrendamientos y la de Reconstitución del patrimonio municipal o comunal, que por fin habían logrado parir los colaboradores de Marcelino Domingo. Perdimos el tiempo. Hubo en la Comisión un Lucio Martínez Gil, socialista, que por su terquedad, suficiencia y palabrería, obstruyó más que todas las oposiciones juntas. Y un señor Feced, amigo de Sánchez Román, aunque afiliado al Partido Radical-Socialista, que con habilidades, aplazamientos y tergiversaciones, inspiradas por otros, no permitía adelantar un paso. Es sabido que para construir algo en política hace falta mucho tiempo, mucho esfuerzo, grandes medios. Para estorbar e impedir que otros hagan, sin proponer cosa mejor y más hacedera, con poco basta. Aprobar aquellas leyes podía llevar, dados los hábitos de nuestro Parlamento, dos o tres meses. Por ganar tiempo, no pensé siquiera en cerrarlo durante el verano. Es seguro que don Niceto se hubiera opuesto a la clausura, porque esperaba vernos fracasar en él. Oponiéndose o no, siempre hubieran podido las Cortes, por acuerdo propio, suspender sus sesiones hasta el otoño. No me presté a ello y las hice trabajar julio y agosto, como el año anterior. Los diputados lo llevaban muy a mal. Aprobadas aquellas leyes, vería si me quedaba tiempo para votar un nuevo presupuesto, y en todo caso, con presupuesto o sin él, dimitir a fines de año, antes de la vacación parlamentaria, dando por cumplido lo principal del programa de la coalición republicano-socialista, para dar paso a un Gobierno de coalición republicana, que naturalmente yo no había de presidir ni formar en él, aunque mi partido lo apoyaría de todos modos, tuviese o no participación en el Ministerio. Sosteniendo un Gobierno puramente republicano, las Cortes hubieran podido durar algún tiempo aún, y el Gobierno, con lealtad a las leyes de las Constituyentes, ahuyentar de las imaginaciones soliviantadas el coco de la «revolución marxista» y de la «dictadura del proletariado», ¡de que se me quería hacer a mí representante y protector!, y prepararse sin reñir con los socialistas el terreno para unas elecciones generales, concebidas sobre una especie de «pacto de no agresión» entre todos los partidos mantenedores del régimen. Este plan me parecía entonces el más prudente, el menos aventurado y peligroso, el más favorable a la consolidación del sistema. Los hechos no

han desmentido mi creencia. Sin duda podía discurrirse cosa mejor. Pero las que se hicieron y se implantaron fueron de tal modo desatinadas que aun ahora, a tal distancia, me afirmo en mi parecer y mis consejos de aquellos días. Don Niceto conocía mis intenciones. Nunca me dijo si las tenía por acertadas o desacertadas. Evitó incluso hacer conversación sobre ellas, como evitaba las ocasiones de encontrarse conmigo. Estaba al acecho de una ocasión para darnos la puñalada.

Las discordias, la hostilidad entre republicanos y socialistas por esas provincias y esos pueblos, dio su primer fruto político en la elección, a fines de agosto, de los vocales para el Tribunal de Garantías. Otros frutos peores había de dar. Los partidos de la coalición no supieron ni quisieron llegar a un acuerdo o una disciplina común para esas elecciones. En cada región electoral, y dentro de cada región, en cada Ayuntamiento, el partido o la facción dominante hizo lo que le dio la gana. El Gobierno había acordado estar neutral en la elección, no darle carácter político, no prestarse a que fuera una votación de confianza en el Gobierno o de censura. Resultaron elegidos algunos republicanos y socialistas, pero los más eran de la derecha, incluso monárquicos y hombres de la Dictadura. Esto ocurrió sobre todo en los colegios electorales restringidos, como universidades, colegios de abogados, etcétera. La explotación política del suceso era inevitable, y no dejaron de explotarla las oposiciones, como era normal, y también la explotó don Niceto, con menos derecho, dados los antecedentes del caso y los resultados. Mas, lo peor, fue el efecto causado en el propio campo de los partidos ministeriales. Los ánimos, ya encrespados, se enfurecieron. Vinieron los reproches, las imputaciones de falta de lealtad, etcétera. Los republicanos se quejaban de que sus candidatos habían sido atropellados por los socialistas; estos, de que los republicanos no habían votado con disciplina. Por primera vez, el oleaje alcanzó al Ministerio. En un Consejo, Largo, recogiendo los agravios de los socialistas, me dijo solemnemente que la coalición electoral republicano-socialista estaba rota. «Entonces —repuse— se habrá roto todo». ¿Se imaginaba Largo que la situación podía mantenerse y que yo me prestaría a sostener una ficción, después que el más autorizado representante de los socialistas me hacía en Consejo una declaración tan grave? Increíble. Las circunstancias se bastaban por sí solas para impedirlo. Tenía yo el propósito, ya antiguo, de convocar para fines de septiembre elecciones parciales para cubrir más de treinta vacantes en las Cortes. Teníamos también a la vista las elecciones municipales que, según ley, debían celebrarse en noviembre. Para ambas elecciones era necesario, entre otras condiciones, conservar la

coalición electoral. A las elecciones parciales les daba yo gran importancia, no para la prolongación de la vida del Gobierno, sino para la vida de las Cortes, que era lo principal. De las treinta y tantas vacantes, suponían los entendidos que los partidos ministeriales podrían obtener catorce y dieciséis, que reforzarían la mayoría, y las restantes irían a los radicales y otros partidos republicanos de oposición, siendo muy reducido el número que podían obtener las derechas hostiles al régimen. Mi plan prescindía de este cálculo, y se fundaba en otro mucho más general. Un triunfo electoral brillante, no podíamos esperarlo. Que tuviéramos una votación honrosa, ya bastaba para la solidez y autoridad del Gobierno. Pero aun obteniendo la minoría de los puestos vacantes, si entre los que ganasen los partidos ministeriales y los que ganasen los *partidos republicanos de oposición* se lograba, como creían todos, incluso las oposiciones, la mayoría de los puestos, las Cortes quedarían corroboradas y autorizadas en su estructura vigente. Sería derrotado el Ministerio, pero no las Cortes, que podrían continuar, adelantándose la renovación ministerial que yo creía conveniente para fin de año, con el indiscutible argumento de una demostración del sufragio. Por último, quedaba la eventualidad de una derrota en toda la línea, de un triunfo de las derechas. En este caso, el tanteo de las elecciones parciales habría sido más útil todavía. Era preferible perder veinte o treinta actas en la prueba, que no lanzarse a ciegas a perder doscientas. La derrota, si sobrevenía en las parciales, serviría de aviso y lección y pondría alarma en todos, incluso en el Presidente de la República, y tal vez se adoptara una táctica de defensa y unión para el caso de disolución del Parlamento. Ni las elecciones parciales ni las municipales podían hacerse si nuestra coalición ministerial estaba rota. «No me presto a presidir un desastre», les dije a aquellos señores. No hubo lugar a pensarlo mucho, porque don Niceto se adelantó a provocar la crisis con el motivo de las elecciones municipales.

Lo ocurrido en aquella crisis, ya contado en otro lugar, no pertenece a esta nota, en la que solamente me refiero a lo que denota su epígrafe. Derrotado el primer Gobierno Lerroux en la última sesión de las Constituyentes, los socialistas, por boca de algunos de sus catedráticos, que definieron la doctrina, promulgada en las Cortes y en su periódico, afirmaron que según el artículo 75 de la Constitución no solamente no podía formar nuevo Gobierno el Presidente censurado por el Parlamento, sino que tampoco podía recibir el encargo de formarlo ninguno de los ministros del Gabinete derrotado, ni siquiera entrar en el nuevo Ministerio. La interpretación del artículo era, a mi ver, desatinada e impolítica, y, en todo caso, una ligereza propia de inexpertos

e imprevisores. Tal declaración resultó un cepo para los socialistas mismos. La imposibilidad de «tragársela» impidió que formasen el Gobierno de Martínez Barrio, a lo que estaban dispuestos. Desde que este Gobierno se formó sin ellos, y sobre todo después de las elecciones, Largo y sus amigos no se hartaron de vociferar que los socialistas habían sido expulsados, arrojados del poder con la complicidad de los republicanos de izquierda. Todavía en febrero de 1936, Largo, en unas declaraciones que conservo, insistía en el tema, y reprochaba a los republicanos que hubiesen dado ministros para el Gobierno encargado de disolver las Constituyentes. Nunca he querido rectificar a Largo, ni confundirle con los datos irrebatibles que poseo, como testigo excepcional, para no agravar las discordias ni contribuir a rompimientos irreparables, conducta que he observado siempre, bien poco estimada ni recompensada. Las cosas ocurrieron de esta manera:

Martínez Barrio, al encargarse de formar Gobierno, quiso dar participación a los socialistas. Así lo aconsejaban los otros partidos republicanos. Lerroux, jefe del Partido Radical, base de la combinación, se opuso a la colaboración de los socialistas. Pasó toda una tarde y casi toda una noche gastadas en negociaciones. Marcelino Domingo, después de hablar con Martínez Barrio, me buscó en la sección del Congreso donde yo estaba con los diputados de mi partido, y me propuso que fuésemos juntos a casa de Lerroux, para convencerle de que debía levantar su veto a los socialistas. Los diputados se oponían a ese paso, estimándolo depresivo, después de lo que Lerroux me había dicho en la Sesión de Cortes. Dije que yo no estaba ofendido con Lerroux, y que en todo caso, si mi visita podía ser útil, valía la pena hacerla, con tal de asegurar la formación del nuevo Gobierno. Fuimos a casa de Lerroux, ya acostado. Nos recibió en su alcoba. Le impresionó mi presencia, me llamó «querido Azaña», y en pocas palabras accedió a que «Diego» hiciese lo que quisiera. Volvimos al Congreso, ya cerca de la madrugada. Ahí me tropecé con Largo en un pasillo y me dijo que de haberlo sabido a tiempo me habría aconsejado que no hiciera la visita. A Martínez Barrio y a los socialistas les dijimos que Lerroux aceptaba su presencia en el Ministerio. Estábamos con Besteiro, en su despacho de Presidente, Martínez Barrio, Prieto, Fernando de los Ríos, Domingo y yo, no recuerdo si alguien más. Entonces, después de nuevas palabras, y de consultas al grupo parlamentario socialista, se trató de redactar una nota explicando por qué ese partido estaba en el Gobierno, a pesar de lo que había dicho sobre el alcance del artículo 75 de la Constitución. (Martínez Barrio había sido ministro en el Gabinete derribado). Prieto se sentó a la mesa de Besteiro y se puso a

pergeñar la difícil nota. Mientras, yo hablaba con Martínez Barrio. Se le conocía la satisfacción de traer al Gobierno a los socialistas. Tampoco yo estaba disgustado. Al cabo de más de dos años de maltratarme porque gobernaba con ellos, distinguiéndose en eso los radicales, se formaba un Ministerio radical con socialistas, aunque fuese reducida su representación. Martínez Barrio me declaró que no se presentaría en las Cortes con el nuevo Ministerio. «Después de lo que han dicho sobre el artículo 75, no quiero que discutan al Presidente de la República por la solución dada a la crisis, encargándome a mí de constituir el Gobierno. Aquí le acusarían de infringir la Constitución». Como esto significaba la disolución del Parlamento, le contesté que, al entrar en el Gobierno, los socialistas arrinconaban su tesis sobre el artículo 75. Que el Presidente, si le discutían, le defendería el Ministerio, manteniendo otra doctrina menos rígida. Que su Gobierno, teniendo dentro a uno o dos socialistas, con ministros de Acción Republicana, radicales-socialistas y el concurso más numeroso de los radicales, con el que yo no había contado desde diciembre del 31, tendría una base parlamentaria amplísima, semejante a la del Gobierno provisional, y que a mi juicio valía la pena de intentar mantener las Cortes algún tiempo, con esa formación, para suavizar el tránsito a otra política, y no precipitarse en la aventura electoral. Añadí que Lerroux, obcecado por su soberbia y por enconos de partido y aun personales, se había negado a mis requerimientos en la última sesión para que suavizase la hostilidad de su declaración ministerial y no pusiera a la mayoría bajo la amenaza de votarle la confianza en blanco o disolver. Que si hubiera tenido la sagacidad de recoger el cable que yo le tendí, la mayoría, o por lo menos los republicanos de la mayoría, habrían votado con él, y podido gobernar, sustituyendo los votos socialistas por los radicales. Lo que Lerroux no quiso hacer, lo podía hacer él, y retrasar la disolución, y las elecciones, y que en el estado actual de los partidos podían ser un desastre para la República, y marcar el fin de la normalidad política del régimen. No se convenció. Más exactamente, no entró a examinar mis razones. Se conocía que su encargo era limitado y estricto, incluso en la composición del Ministerio, pues entre otras cosas me soltó que la presencia del señor Botella Asensi en la cartera de Justicia era una condición *sine qua non*, la clave de la combinación. Y como yo no encubriese mi asombro, don Diego se sonrió enigmáticamente y abrió los brazos, como diciendo: «¡Qué le voy a hacer!». Insistió en que de ninguna manera consentiría que el Presidente fuera zarandeado en las Cortes. (Entonces estaban aquellos señores en la luna de miel del «nicetismo», que les subía al poder y les hacía presidentes, ministros,

etcétera. El Presidente se había permitido dar nombres de favoritos suyos para algunas carteras, y hasta para gobernadores). No era difícil averiguar de dónde procedía la consigna de que el Presidente no fuese discutido. En cuanto a las elecciones, no temía nada de ellas si los partidos se coligaban, si no se «triangulaban» las candidaturas. «Ahora, si empiezan a triangular las candidaturas, será un desastre». «Cuente usted con ello, en el estado actual de las cosas. Habrá candidatura socialista, de republicanos de izquierda y la ministerial, cuyos límites no preveo». «Confío en que el buen sentido se imponga». «Pues, yo, no». (Más adelante, el Gobierno adoptó la política de amalgamar la candidatura ministerial con la de derechas, y así salió ello). El Presidente de la República estaba decidido a disolver las Cortes. «No podrá —le dije— sin un Gobierno que le refrende el decreto. Y si todos los partidos de la mayoría, que van a estar representados en él, le aconsejan que no disuelva, no lo hará». «Algunos partidos de esa mayoría —me contestó Martínez Barrio— se han allanado ya a la necesidad de disolver. Los socialistas pretenden cohonestar su entrada en el Gobierno y sus declaraciones sobre el artículo 75, precisamente porque este nuevo Gobierno está llamado a presidir las elecciones y quieren vigilarnos, digámoslo así. Si nosotros no disolvemos, el Presidente podrá nombrar otro Gobierno extraparlamentario y darle el decreto de disolución; por mi parte, yo no vengo a estas Cortes con el Gobierno que forme». En eso estábamos, cuando Prieto prorrumpió en exclamaciones de enojo. Acudimos a la mesa donde trabajaba. Había comenzado a emborronar un papel, tachó, volvió a escribir; no le gustaba lo que hacía. Por último, con un ademán colérico, rasgó los papeles, y hechos una bola los arrojó al cesto. «No sé cómo se puede decir algo que no sea una paparrucha. No sé. No acierto. Es imposible…». Se levantó y allí se concluyó todo. Quería, en efecto, decir que la próxima disolución de las Cortes aconsejaba la presencia de los socialistas en el Gobierno que presidiera las elecciones; simplemente como testigos y observadores… Pero estaban tan recientes otras demostraciones, la cólera entre radicales y socialistas había llegado a tales extremos, que la propia honradez de los sentimientos de Prieto se atravesaba como un obstáculo insuperable. Eran las cinco de la mañana. Todos estábamos rendidos de cansancio, de mal humor, descontentos, con prisa. Es de creer que a otra hora, y hallándose reposado, tranquilo, Prieto habría acertado a hilvanar una explicación, aceptable con buena voluntad. El caso fue que los socialistas desistieron. Su grupo parlamentario, reunido hasta una hora antes, se había separado, y los diputados ídose a dormir. No había lugar a más deliberaciones. Martínez Barrio quería y necesitaba salir de allí

con una solución, para llevársela al Presidente a primera hora de la mañana. «¿Y qué se hace?», preguntaba Domingo. «¡Qué se va a hacer! —dijo Besteiro—, formen ustedes Gobierno los republicanos». Los otros asintieron. Y cada cual se fue a su casa. Los socialistas que han estado más de tres años propalando que fueron expulsados del Gobierno, y atacando a los republicanos de izquierda que dieron ministros al Gobierno para disolver las Cortes, no dicen verdad ni tienen derecho a censurar a nadie. Ellos iban a entrar en el Gobierno, «como una mesa electoral», no solamente sabiendo el propósito de disolver las Cortes, sino porque iban a ser disueltas.

Artículo principal en nuestra tirantez política con los socialistas fue la táctica electoral y sus resultados. Los socialistas se negaron a una coalición general pactada. Muchos de ellos la aconsejaban, como Prieto; pero en vano. En cualquier situación esa negativa conducía al desastre, pero más aún después de dos años de gobierno, en la oposición y con el ministerio de la Gobernación en contra. Había además en la actitud de los socialistas una contradicción gravísima e increíble. Acabábamos de retocar la ley Electoral, dejando subsistente el sistema mayoritario, con una fortísima prima a la mayoría. Cuando en Consejo de ministros se examinó el proyecto, todos los partidos allí representados, y principalmente los socialistas por boca de Largo, afirmaron la necesidad de mantener ese sistema, que exigía y postulaba la coalición, porque con él los partidos de izquierda estaban seguros de obtener una mayoría compuesta. Y no solamente se mantuvo el sistema, sino que iba a aplicarse a las elecciones municipales. Pues bien: a las pocas semanas de votada la ley, hecha sobre el supuesto de subsistir la coalición, los socialistas la rompían, para luchar solos, con lo que, además de renunciar a las ventajas del sistema, las ponía enteramente, como una masa, en manos de la coalición de derechas y radicales que en sus mismas narices estaba formándose. Es inconcebible, pero así ocurrió. No hubo razonamientos capaces de convencerles. Hice cuanto pude. Inútilmente. Mi último llamamiento fue el discurso en el teatro de la Princesa, de Madrid, en octubre[4]. Expuse, con la clarividencia del desinterés, lo que podía ocurrir. El mismo día, los socialistas de Madrid votaban contra la coalición. Los personajes socialistas con quien hablé se escudaban en la voluntad de las masas; las masas estaban descontentas de los republicanos, irritadas, desconfiaban de la República, etcétera, etcétera. Creo que la agrupación de Bilbao, por influencia de Prieto, fue la única que mantuvo la alianza electoral. En *Mi rebelión en Barcelona* he recordado algo de esto, y mencionado que los números electorales de noviembre demostraron la enormidad del error cometido. En Badajoz, por

ejemplo, la candidatura socialista fue derrotada por 4000 votos. Una candidatura de republicanos de izquierda obtuvo 7000 votos, que no sirvieron para nada. Sumados a los socialistas, la coalición hubiera triunfado por 3000 votos. Cosa parecida aconteció en Alicante, en la provincia de Madrid, en Ciudad Real, y otras. Los catalanes por su lado remacharon el clavo, yendo divididos los republicanos, con lo que perdieron bastantes puestos. De haberse hecho las cosas como el buen sentido pedía, el lado derecho de las nuevas Cortes habría contado cincuenta o sesenta lugares menos, que trasladados al lado izquierdo, habrían equilibrado de otra manera aquel Parlamento, y la política, en ninguno de los dos lados, habría seguido los nefastos derroteros que tomó. No es esta la ocasión de probarlo, caso por caso, hasta sus consecuencias últimas. En mi opinión, la ruptura de la coalición electoral en noviembre del 33 es el mayor dislate político cometido después del de disolver las Constituyentes en tan mala oportunidad.

Los socialistas, enojados por la derrota (pensaban ganar quince o veinte puestos más y perdieron treinta) y agraviados por las persecuciones del Gobierno, empezaron a chillar, casi siempre con fondo de razón, pero se excedieron en el tono y en los términos. Fernando de los Ríos, en un discurso en Granada, dijo que renegaban de la República. Ese fue el tono de los más. La República era una engañifa, tan mala como la monarquía, no tenían nada que esperar de ella; los republicanos, burgueses al fin, los habían engañado; en la República no había sitio para los proletarios, etcétera, etcétera. Toda la propaganda, desde aquella fecha hasta octubre, partió de ese tema, bordándolo infinitamente, y su consecuencia inevitable era la actitud revolucionaria. El periódico del partido no cesó, en todo ese tiempo, de disparar coces contra los republicanos. De vez en cuando, alguna pluma amiga me dedicaba en *El Socialista* algunas líneas de respeto, o de afecto, salvándome del anatema general. Pero eso no me consolaba de nada. Apareció la imagen del «disco rojo», y todo lo que siguió. El día 2 de enero del año 34, vino a verme Fernando de los Ríos, y tuvimos en mi casa una conversación larga y dramática, de la que guardo notas. Amós Salvador asistió a una porción de ella. Le dije a Fernando que no se me pasaba por las mientes entrometerme en las cosas del Partido Socialista, si bien en las cuestiones tocantes con la política general de España me creía con derecho a juzgar su conducta, y a dar un consejo; que, en todo caso, nuestra amistad personal y el recuerdo de nuestro compañerismo en el Gobierno autorizaban esta conversación. Lo aceptó muy gustoso y con toda franqueza. —Amós quiso retirarse, pero Fernando no lo consintió, porque le agradaba que hubiera un testigo—. Me

hizo relación de las increíbles y crueles persecuciones que las organizaciones políticas y sindicales de los obreros padecían por obra de las autoridades y de los patronos. La Guardia Civil se atrevía a lo que no se había atrevido nunca. La exasperación de las masas era incontenible. Los desbordaban. El Gobierno seguía una política de provocación, como si quisiera precipitar las cosas. ¿En qué pararía todo? En una gran desgracia, probablemente. Le argüí en el terreno político y en el personal. No desconocía la bárbara política que seguía el Gobierno ni la conducta de los propietarios con los braceros del campo, reduciéndolos al hambre. Ni los desquites y venganzas que, en otros ramos del trabajo, estaban haciéndose. Ya sé la consigna: «Comed República», o «que os dé de comer la República». Pero todo eso, y mucho más que me contara, y las disposiciones del Gobierno, y la política de la mayoría de las Cortes, que al parecer no venía animada de otro deseo que el de deshacer la obra de las Constituyentes, no aconsejaba, ni menos bastaba a justificar que el Partido Socialista y la UGT se lanzasen a un movimiento de fuerza. Era desatinado hacer cundir entre las masas el sentimiento de que nada podía esperarse de la República. Una injusticia, una ingratitud y un yerro gravísimo envolver a todos los republicanos y a las instituciones de la República en la misma aversión y en el mismo anatema que al Gobierno actual y a su mayoría parlamentaria. No basta decir que las masas sienten esto o lo otro. Los sentimientos de las masas pueden ser cambiados o encauzados, y ese es el deber de los jefes, los cuales no deben ponerse al servicio de aquellas cuando íntimamente están convencidos, como de seguro lo estaba él, de que pretenden un disparate. Hay obligación de decirlo así, aunque se pierda la popularidad, y cuando no pueda remediarse de otro modo se abandona el puesto. Una derrota electoral, y sus desastrosas consecuencias, debe repararse en el mismo terreno. Se habían cometido muchos errores, subsanables en lo venidero, pero el error de promover una insurrección, llamada al fracaso, no sería ya subsanable, y pondría a la República y a España en trances de perdición. Porque no había que esperar que las derechas se estuviesen quietas, ni que se limitasen a restablecer el orden, sino que abusarían de la victoria e irían mucho más allá de lo que estaba pasando y de lo que se anunciaba. El país no les secundaría porque en sus cuatro quintas partes no es socialista. La consigna de que no se pretendía hacer la revolución social ni implantar el programa completo del Partido Socialista era disparatada, porque no podía concebirse una insurrección de los proletarios, invocando el espíritu y los intereses de clase, para emplear el esperado triunfo en remendar la política republicana y obtener algunas «reformas», por importantes que pareciesen;

tampoco podía esperarse que ningún republicano se prestase a recibir el poder de manos de una insurrección proletaria victoriosa, y era igualmente ilusorio creer que, triunfante el movimiento, gobernarían los moderados, no ya republicanos, pero ni siquiera socialistas. A un Gobierno así nacido, no le obedecería nadie, fuera de los afiliados en la Internacional, y, para eso, no todos; su poder alcanzaría a donde alcanzasen las pistolas. Una situación de tal índole era insoportable a mi pensamiento político, e insostenible en la realidad, dando pretexto a una reacción espantosa. Tenía por otra parte la evidencia de que, si las cosas pasaban a mayores, se estrellarían en un fracaso sangriento. El Gobierno disponía de medios sobrados. Ya conocía él cómo estaba la Guardia Civil. El ejército soportaba a duras penas la República. Yo había sostenido con mucha constancia la doctrina y la práctica de mantener al ejército alejado de la política, y más aún de las luchas sociales, no empleándolo ni para sofocar los levantamientos anarquistas. Había deshecho los núcleos más importantes del caciquismo militar, y eliminado con causa justificada a los generales más señalados por su desafección al régimen. Manteniendo este sistema durante algunos años, y mejorando al propio tiempo la situación profesional de los militares, podía esperarse que al fin echásemos piel nueva; pero sobre todo importaba que los ambiciosos y levantiscos perdieran la esperanza de ser protegidos desde el poder. Las señas eran de que todo eso se venía abajo, y que de un modo o de otro se haría volver a sus puestos a los más peligrosos. Que aun sin eso, el ejército entero se lanzaría gustoso a una represión, en cuanto se lo mandasen, e incluso podría temerse que se lanzara sin mandárselo nadie. Lo mismo harían las demás fuerzas, incluso las gubernativas. Contra eso, los proletarios en armas no podrían resistir. Era quimérico suponer que ganarían la partida con una huelga general, por muchos motes de revolucionaria que le pusiesen, y por muchos puestos de la Guardia Civil que destruyesen. No ignoraba los trabajos que intentaban en los cuarteles. Tenía la impresión de que los directores carecían de experiencia y de conocimiento cabal del ejército para medir bien el valor de esos trabajos. Que en tal o cual regimiento hubiese dos o tres sargentos socialistas, o una célula comunista, o que unos cuantos oficiales se inscribiesen en la Casa del Pueblo o en el Partido Socialista, no significaba nada. Si le iban a contar a Largo, o a quien fuese, que la tropa, antes que disparar sobre sus hermanos proletarios, desobedecería a sus jefes, se engañaban y le engañaban, y que sería ceguera muy culpable no reconocerlo y saberlo. Después le hablé de su posición personal. Le dije cosas tremendas. No sé cómo me las aguantó. Además de aguantarlas, le impresionaron

profundamente, le emocionaron. En cierto momento, se le saltaron las lágrimas. Me dijo, en resumen, que su situación era trágica. Estaba pasando una terrible crisis de conciencia. Su formación intelectual y moral, su acción de profesor y de militante, sus miras sobre España, etcétera, etcétera, le habían encaminado siempre hacia otros métodos que los actualmente en boga dentro de su partido. Ejercía en él una función de buen consejo, y en el Comité figuraba entre los prudentes y moderados, cada vez más impopulares. Y que aun pareciéndole mal ciertas cosas, y demasiado terribles, lastimosas, como para caer en desengaño, no podía abandonar a su partido en tales momentos, y con gran repugnancia le seguiría. Después, cualquiera que fuese el resultado, estaba resuelto a abandonar la política. Me pareció aturullado, angustiado, presa de un chasco doloroso, y no libre de temores. No se pasa uno la vida envuelto en un chaquet, con un cartapacio bajo el brazo, profesando cosas graves y hablando de los valores de la cultura, para, de la noche a la mañana, en virtud de un plebiscito de las masas, verse obligado a tomar sitio en las barricadas.

Nuestra conversación tuvo un débil eco público. Fernando de los Ríos debió de hablar con sus correligionarios de lo que yo le había dicho. No sé con quiénes ni cuándo, seguramente con Largo Caballero, porque transcurrido poco tiempo Largo aludió duramente en un discurso a los que se permitían «dar consejos» y se entrometían en lo que no era de su incumbencia. Alusión clarísima, para mí; indescifrable para los demás.

En febrero pronuncié un discurso en el teatro Pardiñas, de Madrid[5]. Tuvo gran resonancia, no obstante haber prohibido Martínez Barrio, ministro de la Gobernación, que se transmitiese por radio. Mezquina torpeza (que él atribuyó a Lerroux), y que le valió de mi parte un leve arañazo. Más merecía, aunque, bien mirado, si estaba persuadido, como afirma don Niceto, de que yo iba a sublevarme, es lo menos que pudo hacer… Aproveché el discurso para, incidentalmente, rebatir unas alocadas proposiciones de Prieto, muy recientes, acerca de la movilización de las reservas de oro y de la política militar de los socialistas, consistente en que los soldados llevasen en la mochila el bastón de mariscal. Me fastidió mucho que un hombre como Prieto dijese esa bobada, fácil de poner en relación con los trabajos de propaganda entre la tropa. (Me encontré a Prieto en el Congreso, y le dije: «No estoy conforme: Para que los soldados lleguen a mariscales hacen falta grandes y muchas guerras. ¿Van ustedes a sostenerlas? Y, cuando un soldado llega a mariscal, se pasa al partido de los mariscales y deja de pertenecer —lo deja mucho antes— al partido de los soldados»). Todo el discurso era la

afirmación de una política republicana que pudiese inspirar confianza a los partidos obreros y desacreditar el tópico de que en la República no cabían ni tenían nada que hacer. Quería mostrar la diferencia entre los partidos y el régimen mismo. Quería quitar pretextos a la propaganda revolucionaria, fundada en la inutilidad de la acción política normal. En las circunstancias del momento, era el mejor servicio que podía prestar. ¿Lo entendió así el Gobierno? No lo parecía. El zorro de Alba se dio cuenta. «Es el acto político más importante de estos meses», dijo en el Congreso. Pero Alcalá-Zamora seguía creyendo en mi ambición de poder.

Ya no tuve más relación, directa ni indirecta, con los propósitos del socialismo (salvo algún coloquio con Fernando de los Ríos, con Prieto y algún otro, pero sin tocar a fondo la cuestión) hasta el mes de julio. Parecía oportuno emprender una gran campaña, rehaciendo las huestes de la oposición bajo un plan común para aprovechar, ante la opinión pública, el desgaste de la política gubernamental. El barullo interno de la situación había devorado ya tres Ministerios, y el vigente, presidido por Samper, no prometía más que fracasos. Llegar a Samper para jefe del Gobierno denotaba un rápido agotamiento de las combinaciones posibles. La impresión de desbarajuste, de falta de dirección y de autoridad, de inseguridad era general. Y los anuncios de golpes de fuerza, constantes, creídos por el propio Alcalá-Zamora. Conseguida, no sin trabajo, la unificación de los tres partidos que concurrían a formar el nuevo de Izquierda Republicana, era conveniente y debido tomar la iniciativa para imprimir a la opinión de izquierdas el tono y las aspiraciones que nos parecían más razonables y útiles. No quería yo que el nuevo partido de Izquierda Republicana cayese en los desvaríos verbales del antiguo Radical-Socialista. Para eso, hice lo necesario desde la presidencia del Partido. Todo el Consejo nacional me secundaba. Como entre los afiliados había quienes parecían tocados de la fiebre revolucionaria, con demasiada frivolidad, y se dejaban trabajar por los propagandistas del hecho de fuerza, aproveché la primera ocasión para declarar, ante el partido de Madrid, que nosotros éramos republicanos de la Constitución, y que nuestras fronteras existían, lo cual no era estorbo para una política de colaboración con otros. Pero que si algunos se sentían «disminuidos» en las filas de Izquierda Republicana, o se avergonzaban de seguir llamándose demócratas, o desesperaban de la acción política normal, no tenían puesto en Izquierda Republicana y debían marcharse. La reunión acogió estas palabras con aclamaciones, como si se aliviasen de un gran peso. En efecto, estaba

entonces muy de moda la coacción de menospreciar a los que resistían el contagio de la violencia.

En el Consejo del partido se habló largamente de una posible inteligencia con los socialistas y los republicanos catalanes. Era difícil, dado el giro que llevaba la política de Caballero y de las Juventudes Socialistas, que en sus periódicos y en sus discursos no maltrataban solamente a todos los republicanos, sino a Prieto, Besteiro y los de su tendencia, más acorde con la tradición del partido. Algo podía intentarse, y cuando menos sabríamos a qué atenernos. Después de algunos recados y cartas, se celebró en Madrid una reunión, la noche del 14 de junio del 34, en casa de José Salmerón. Asistieron Marcelino Domingo y Salmerón, representando conmigo a Izquierda Republicana; Largo, De Francisco y otro, cuyo nombre ignoro, por el Partido Socialista y la UGT; Lluhí, por los republicanos catalanes, y no recuerdo si alguien más. Hablé casi una hora. Examiné la situación dominante, sus quiebras, sus fracasos, las probabilidades de duración, etcétera. Hice una alusión a lo que había sido la coalición anterior, y, sin pretender resucitarla en igual forma, ponderé la necesidad de la unión y del acuerdo sobre un fin común. «Estoy persuadido —les dije— de que, dada la situación de las cosas, articular nosotros un plan político común, y publicar solemnemente el acuerdo produciría grandes e inmediatos efectos en el curso de la política». No hubo ocasión de pasar al examen del plan y de los fines. Habló Largo Caballero. Dijo que habían acudido a la reunión «por deferencia personal» a quienes la convocaban, pero que no les interesaba el objeto de ella. «Si entrásemos en tratos con los republicanos —concluyó—, nosotros los socialistas quedaríamos disminuidos moral y materialmente ante nuestras masas». ¡Tal pensaba mi *adelantado visible*, como le llama don Niceto! Habría sido torpe, poco decoroso y perjudicial entrar en discusiones. Tampoco quise levantar la reunión sobre palabras de ruptura. «Cada cual —vine a decir— maduraría sus pensamientos, por si las circunstancias aconsejaban modificarlos». Nos separamos. En el número de *El Socialista* del 15 o del 16 de julio hay un artículo en primera plana, que ratifica la negativa y alude, en forma solo comprensible para los enterados, a la reunión anterior. No volví a ver a Caballero hasta muchos meses más tarde, cuando en la primavera de 1935 visité en la cárcel de Madrid a los presos políticos.

La situación que he descrito en esta nota era de dominio público en Madrid, con la excepción de algunos detalles de carácter personal, conocidos de pocos. A cualquier político se le ofrecía diariamente ocasión de comprobarla. ¿Cómo es posible, pues, que Alcalá-Zamora y sus consejeros

tuviesen «noticias ciertas» de que yo conspiraba, resguardado detrás de Largo Caballero? No entro en investigaciones. El hecho es que sobre recelos, sobresaltos, alarmas, resentimientos, nacidos de alucinaciones del mismo tipo y valor, ha fundado resoluciones políticas, preferencias y repulsas decisivas, y los frutos de su imaginación propensa al delirio han pesado gravemente en la gobernación de la República. No puedo enorgullecerme de ser el único que ha excitado la facultad de alucinarse de don Niceto, aunque sí la he excitado más que ninguno. Cualquier político de importancia, en sus tratos con Alcalá-Zamora, ha tenido ocasión también de comprobarlo a su propia costa.

3 de julio

He recibido por la tarde al jefe del Gobierno, que venía a darme cuenta de su viaje a París. Se fue hace tres días, en avión, con el ministro de Estado, y han vuelto esta mañana. Estuvo aquí el martes, por la noche, después de las doce, con decretos y otros papeles. Me habló de la ofensiva en Madrid, que está muy preparada. Luego me contó que Azcárate, desde Londres, les había recomendado, como muy oportuna y útil, una visita a París, para hablar con el nuevo Gobierno francés, ya que los asuntos del Comité de Londres pasan por una fase crítica. Azcárate iría también a París. Negrín me dijo que, si yo no me oponía, pensaba marcharse de madrugada con Giral, y estar de regreso el miércoles por la noche o el jueves por la mañana. No me opuse, lejos de eso. Desde París me han llamado dos o tres veces por teléfono; primeramente Ossorio, para decirme, de parte de Negrín, que tenían buenas impresiones; después el propio Negrín, que estaba muy satisfecho.

Aquí, nadie o casi nadie se ha percatado de su ausencia, pero ya anoche una agencia francesa comunicaba algo de este viaje. Querían hacerlo con el mayor secreto posible. Primeramente vieron a Blum. Ahora que no es Presidente dice que tiene mayor libertad de movimiento. Cuando presidía el Gobierno, tenía que hacer de árbitro y componedor. No siéndolo, puede tomar iniciativas que antes no le eran posibles. Chautemps pasa, a su vez, al papel que antes le incumbía a Blum. Aseguró que Delbos está muy cambiado respecto del asunto de España, y que ahora nos es favorable. Blum les puso en relación con el Presidente del Consejo. De su conversación con Chautemps, Negrín está contento. También hablaron con Delbos, creo que en presencia del jefe del Gobierno. Están decididos a no pasar por las pretensiones alemanas. En este sentido le han dado instrucciones a su embajador en Londres. Delbos les leyó el telegrama. Se atienen al proyecto de suplir con barcos ingleses y franceses a los italianos y alemanes que abandonan el control. Quieren mantener el Comité de Londres, pero si los planes franco-ingleses no prosperan, volverían a la libertad de comercio de armas. No aceptan nada relativo a la beligerancia de los rebeldes. En eso están más firmes que los ingleses; y aseguraron que no cederán. Le preguntaron a Negrín cuáles daños para la República se derivarían del reconocimiento de la beligerancia. Negrín se los enumeró y estuvieron conformes. En caso de levantarse el embargo sobre el material de guerra, afirmaron que en Francia no podríamos comprar nada, o casi nada, porque en momentos de peligro,

como los actuales, no sería posible desprenderse de ningún armamento; pero que podríamos utilizar el tránsito por Francia. Negrín asegura que, en efecto, Delbos está muy cambiado. Ha ofrecido también enviarnos un embajador, y hasta le dio un nombre, creo que es el actual ministro en Praga. Quisieron saber si nosotros nos avendríamos al reconocimiento de la beligerancia, *después* que se hubiesen marchado de España todos los extranjeros. A eso contestó Negrín que, siendo efectiva la retirada de los extranjeros, tal vez pudiéramos hablar de lo otro, aunque siempre con nuestra protesta formal. Esto no me ha gustado, y así se lo he dicho al Presidente del Consejo. No había para qué dar esa respuesta, y temo que los hayan comprometido, o que se hayan dejado explorar demasiado para futuras combinaciones que nos perjudiquen. No se puede hacer la diplomacia tan por las buenas y sin reservarse nada. Estoy desazonado con esto y se lo repito a Negrín, que se esfuerza en tranquilizarme. Chautemps les dijo que esperaba tener con ellos nuevos *entretiens*, y que confiaba en salvar la República.

Del exterior me había traído algunas impresiones directas Besteiro, al regresar de su viaje a Londres. Le invité a almorzar aquí, para tener tiempo de hablar. Lo recuerdo en este momento porque sus conversaciones de París no parecían gratas. Vio a León Blum, que escuchó atentamente a Besteiro, pero no destapó su opinión ni le dijo nada de interés. Como yo comentaba esto con Negrín, me contestó que no era extraño, porque Blum y Besteiro no pertenecen a la misma tendencia, y se deben querer poco. No sé qué hay de cierto. Es mucho cuento este de las *tendencias* y de las capillas socialistas. En el Gobierno actual, no obstante el predominio de los socialistas moderados, me parece que Besteiro tiene pocos amigos. Yo hubiese preferido que le nombrasen embajador en París, mejor que a Ossorio. En los medios políticos del Frente Popular Francés ya saben quién es Besteiro, y les suena a persona conocida y amiga. De Ossorio no saben nada, como no sea su reputación de católico y conservador. Sin esperar milagros de Besteiro, que nadie puede hacerlos, temo a las genialidades de Ossorio, madrileño neto, «que lleva arrastrando la capa de Lavapiés», como yo suelo decirle. Ossorio ha trabajado mucho y bien en Bruselas, pero su excesivo afán de atraerse ciertas aprobaciones le ha valido una coz del cardenal belga. ¡Con tal de que en París no se empeñe en hacerse simpático a las extremas derechas! El Gobierno no quiso tomar en cuenta la candidatura de Besteiro para París. Confusamente alegaron no sé qué desafinaciones entre Besteiro y el grupo de Blum. En Ginebra, Jean Longuet se ha lamentado ante Cipriano de que no se hiciese el nombramiento.

Besteiro, pues, me había referido también su conversación con Eden. Le explicó toda la «papeleta» de que yo impuse a Besteiro en nuestra entrevista del 7 de mayo, en Manises. Besteiro asegura que había encontrado a Eden muy bien dispuesto, y con simpatía por nuestra causa. Hablaron largamente de la retirada de los extranjeros. Temo que Besteiro se haya confundido al relacionar este asunto con una posible suspensión de hostilidades, o simplemente se ha confundido al darme cuenta de la conversación. Yo le encargué que demostrase a Eden la imposibilidad de aceptar la suspensión, antes de acordarse la retirada. La suspensión solo podría venir para dar lugar a la retirada de todos los que no eran españoles el 16 de julio y toman parte en la guerra, de cualquier modo que participen en ella. De su referencia he sacado la aprensión de que alteró involuntariamente el orden de esas operaciones. Pero quizá sea una cavilosidad mía. Además, conforme van las cosas, poco importa. Lo del armisticio previo es tan disparatado, que ya se ha venido al suelo. Eden concedía mucha importancia a la situación de Bilbao y daba a entender que su caída podía estorbar gravemente el plan.

Al marcharse Negrín he recibido a Carlos Pi y Suñer, Pedro Bosch Gimpera y Juan Comorera, consejeros del nuevo Gobierno catalán. Los he retenido más de dos horas, porque no pierdo ocasión de inculcar a los catalanes la buena doctrina de gobierno y llamarles a la reflexión. Este invierno pasado, Pi y Suñer, alcalde nominal de Barcelona, me ha visitado tres o cuatro veces en mi residencia del Parlamento, para desahogar sus penas y condolernos de la suerte de la República. Pi es uno de los pocos políticos catalanes con quien se podía hablar noblemente. Le tengo buena estimación personal, y es sin duda uno de los más serios y capaces de su partido. Muchas más veces me ha visitado en Barcelona Bosch Gimpera, que me es simpático, y con quien he hablado de todo, incluso de política. Me he valido de él para enviar algunos recados a los embajadores en Bruselas y Londres. En vano, por lo demás. A Comorera lo he visto un par de veces, pero sin mantener conversación. No he querido tocar particularmente en ninguna de las cuestiones presentes de Cataluña, por lo mismo que han venido a hablarle al Gobierno de ellas. Pero he discurrido largamente sobre lo que debe ser la política y el gobierno en Cataluña, especialmente en cuanto a la guerra y servicios de Orden público. Comorera estaba puntualmente de acuerdo con todas mis opiniones. Bosch dejaba traslucir su conformidad. Quien disentía en ocasiones era Pi, con sorpresa mía, acordándome de sus conversaciones del invierno pasado. Sobre todo se alarma por la política que vaya a seguirse con la CNT, tan poderosa que tiene en sus manos la vida económica de Cataluña.

«Nadie puede proponer una política de persecución —le digo—, ni siquiera de animadversión; pero de respeto a las leyes y al Gobierno, sí. Por temor a las huelgas y a los atentados, no puede entregarse Cataluña a la tiranía de la FAI y usted no puede negarme que en Cataluña se ha estado gobernando bajo un inmenso chantaje». Comorera asentía. «La opinión pública catalana —añadí— está contra todo eso. Ustedes, los catalanes, saben producir desorden, pero son incapaces de superarlo. ¿Por qué? No lo acierto. Son ustedes demasiado blandos, por una parte; y por otra, en el fondo, hay siempre una camaradería entre catalanes, en virtud de la cual nunca riñen unos con otros seriamente. Así no se puede gobernar. Hay que arrastrar la impopularidad. Pretender conservarse como el ídolo de todos es un imposible. Camino seguro del fracaso». Pi admite que los catalanes son blandos, pero niega lo de la camaradería. «Si yo pudiese ir disfrazado a ser capitán general en Cataluña, vería usted cómo lo ponía en dos semanas, con el aplauso del noventa por ciento de la población del país, sin excluir, como ve, a buena parte de la clase obrera. Y empezando por restablecer la autonomía, secuestrada desde julio en provecho de una facción. O si en vez de estar en la presidencia de la República anduviese suelto por ahí, haría lo que no he hecho nunca en Cataluña: política; y ya vería usted qué baile». Pi se sonreía con discreta incredulidad. En el fondo, todos reconocen que las intromisiones y excesos de la Generalidad contra el Estado han sido inhábiles y contraproducentes; Pi y Suñer, sin embargo, se queja de que la aportación de Cataluña a la guerra sea desconocida, o rebajada con exceso. A Comorera le parecía conveniente que se declarase el estado de guerra en Cataluña y en toda España. «Por lo que toca a Cataluña —le digo—, lo he desaconsejado». «Mal hecho». «No lo crea. El estado de guerra no es la purga de Benito. Se necesita un organismo muy complejo y disciplinado que lo aplique. Si no, es irrisorio, o peligrosísimo. Ustedes no han dejado en Cataluña ni rastros de la organización militar. Mientras no se monte otra, en todas sus jerarquías, ¿quién aplicaría y administraría en Cataluña el estado de guerra? ¿Los comandantes militares de la FAI?».

Les pregunto por qué la CNT no ha querido a última hora entrar en el Gobierno. «Porque son incompatibles conmigo», dice Bosch. «¿Pero no sabían que usted era consejero ya en el primer Gobierno, en el que ellos participaban, según la lista que se dio?». «Supongo que lo sabían». «¿Entonces…?». «La verdad es —interrumpe Comorera— que se han retirado de la combinación, por rivalidades entre los capitostes. No pudiendo entrar todos, han preferido que no entre ninguno».

La explicación podrá ser cierta, pero no me convence enteramente. Me ha dicho Negrín que en París atribuyen la retirada de la CNT a una intervención del Gobierno de la República, y lo celebran. «Me he guardado —dice Negrín — de sacarlos de su error».

4 de julio

Continúa la nota sobre un fragmento de las *Memorias* de Alcalá-Zamora.

2.º *Había preparado la colaboración catalana en la conjura revolucionaria, desde mi viaje a Barcelona en vísperas de las elecciones municipales*. Este segundo punto de las imputaciones de Alcalá-Zamora, que voy comentando, es aún más deleznable que el primero. La narración de mis interioridades ha de ser también más breve, porque en *Mi rebelión en Barcelona*, dedicado precisamente a mi imaginaria participación en los sucesos de Cataluña, las he contado casi todas, después que los fiscales, los jueces, los magistrados más celosos (el celo de la enemistad o del rencor político), sin privarse de los medios que suministra la prevaricación, examinaron al trasluz e hilo a hilo mi conducta y no hallaron en ella nada reprochable; después que las Cortes, y su comisión acusatoria, estuvieron algunos meses queriendo destilar de las fojas de unos sumarios un átomo de culpabilidad contra mí, sin encontrarlo; después que las Cortes mismas, y el Tribunal Supremo tuvieron que archivar los papeles y resignarse a que yo no hubiera cometido ningún delito. Más de seis meses, los reporteros y articulistas de la prensa enemiga estuvieron babeando de rabia sobre el caso, y todo cuanto pudieron inventar se redujo a un repertorio de insultos inéditos. ¡Qué más hubieran querido ellos, sino que yo hubiera perdido el juicio hasta el punto de mezclarme en una insurrección catalana! Es seguro que, de haber sido así, me habrían injuriado mucho menos. (Teniendo escrito aquel libro, dudé un poco si lo publicaría o no, porque temí que pudiera utilizarse como un ataque terrible contra el régimen. Por suerte, nadie lo tomó por ese lado. A todo evento, estimé más útil decir la verdad, y de eso hay huella en los últimos párrafos de la obra).

Digo, pues, que desde la caída del Gobierno en septiembre del 33, la primera relación que volví a tener con los políticos catalanes se produjo al acercarse las elecciones de diputados a Cortes. Sabíamos en Madrid que los republicanos catalanes, azotados del mismo mal que todas las izquierdas, no se entendían para luchar juntos. Algunos le echaban la culpa de todo a Macià; pero los amigos de Macià echaban la culpa a las excesivas ambiciones de los

partidos que debían aliarse con la Esquerra, y más concretamente a la Acció Catalana. No poseía entonces ni poseo ahora los datos necesarios para opinar en la disputa. En Cataluña siempre ha habido demasiados partidos, y su número excesivo arguye en contra de su robustez. En Barcelona, las organizaciones políticas pululan fácilmente. Debe de ser efecto del carácter impresionable y movible de la gente mediterránea. Nacen partidos, se escinden, se refunden, se confederan, se combaten, abrevian sus rótulos con iniciales no siempre fáciles de descifrar, con una rapidez comparable a su fugacidad. En 1930, cuando fue a Barcelona un grupo de escritores madrileños, entre quienes me contaba, leí un manifiesto impreso en el que nos saludaban veintinueve organizaciones, si bien no todas arbolaban el nombre de partido. No sé cuántas había en noviembre de 1933. La más poderosa era sin duda la Esquerra, que en 1931 se había visto sorprendida con un triunfo electoral sin precedentes. Votado el Estatuto, que las derechas catalanas abandonaron torpemente a la propaganda política y, de resultas, al usufructo de sus adversarios; presidente Macià, con mayoría en el Parlamento regional, y ocupando los más de los puestos, la Esquerra propendía naturalmente a la absorción. Había disidentes, había otros partidos republicanos, pero en disputas sobre si eran mucho o poco importantes se consumieron las ganas y las probabilidades de un acuerdo. No tardó en ser firme la desunión, y cada cual por su camino se enderezó hacia la derrota.

Ya escindidos los republicanos catalanes ante la contienda electoral, me llamó por teléfono desde Barcelona Nicolau d'Olwer. Me dijo que por Barcelona corría la noticia de que yo iba a figurar en la candidatura de la Esquerra; deseaba saber si era verdad, y más o menos rodeadamente me dio a entender la extrañeza que eso le producía y también su contrariedad, como si se doliese de que me hubiese dejado o fuera a dejarme «sorprender». He tenido siempre por Nicolau d'Olwer una gran consideración, que ha subido con el tiempo a justa estimación de sus condiciones personales y a buena amistad. No le conocí personalmente hasta fines del año 30, cuando apareció en las reuniones del Comité revolucionario, que presidía don Niceto, como delegado de los grupos catalanes. Después, en el primer Gobierno provisional, fue ministro. Es hombre correcto, cortés, muy frío de expresión y de actitudes, inteligente, y con buenas letras. No peca de expansivo, ciertamente, pero se puede uno fiar de lo que dice. De un catalanismo muy pronunciado, es más bien moderado en política general. Durante su presencia en el Gobierno de la República, mostró gran calma y tenacidad, y supo aguantar en silencio no pocas destemplanzas y hasta groserías de otros ministros, enojados por los

asuntos de Cataluña. Cuando, ya bajo los Gobiernos lerrouxistas, llovían sobre mí personalmente las más atroces y arbitrarias diatribas, con pretexto de la gestión del Gobierno provisional, Nicolau tuvo la elegante delicadeza de escribirme espontáneamente una carta, recordando la solidaridad de todos los componentes de aquel, y recabando para sí la satisfacción de proclamarla, de no renegar de ella. Por entonces me escribió también, poco después, Fernando de los Ríos, sobre lo mismo. Los demás partidos, partícipes en el Gobierno provisional, no dijeron nada. En la guerra, la conducta de Nicolau ha sido intachable. En Madrid, Barcelona y Valencia hemos conversado varias veces sobre el curso de los sucesos, y nuestros juicios han coincidido en lo principal.

Al hablarme por teléfono desde Barcelona, en la ocasión que refiero, le dije que había recibido, en efecto, algunas indicaciones para que mi nombre figurase en tal o cual candidatura barcelonesa, pero que no aceptaría ninguna, como no fuese que los republicanos todos se unieran, como aconsejaban las circunstancias, porque yo no podía prestarme, no teniendo en Barcelona un partido importante, a que se me utilizara como refuerzo de unos grupos republicanos contra otros.

La invitación formal había venido de la Esquerra. Carlos Pi y Suñer, ministro del Trabajo en el Gobierno de Martínez Barrio, me visitó en mi casa, ofreciéndome con muy corteses razones el primer puesto en la candidatura republicana de Barcelona. El buen éxito era para mí seguro y brillante; mas, a pesar de eso, y de lo conveniente que sería, dadas las circunstancias, presentarse en las Cortes con una votación copiosísima, la representación de Barcelona, tan satisfactoria por un lado, no acababa de contentarme, porque podía tomar un carácter excesivo e impropio. No tenía yo el menor propósito de plantar mis tiendas en la política catalana, ni de hacer allí, no ya una política de prestigio personal, pero ni siquiera de partido. Menos aún, el de ligarme a ninguno de los que existían, netamente catalanes. En condiciones tales, mi elección por Barcelona no podría ser más que un hecho impar y de meras circunstancias, muy parecido a una demostración de *gratitud*. Esto yo no lo quería de ninguna manera. Y no tenía tampoco por qué presentarme en las Cortes, confundido con los electos por Cataluña, como el representante titular del Estatuto. Eso les correspondía a los catalanes; a mí, no. De todo esto, apenas le indiqué algo a Pi y Suñer, porque la propia índole de mis razones las hacía difícilmente discutibles. Me aferré, pues, a la división manifiesta entre los republicanos catalanes, y al propósito de no tomar parte en ella. Si lograban la coalición hablaríamos. Más tarde, me escribió Macià

una carta (publicada en *Mi rebelión en Barcelona*), haciéndome oficialmente la oferta. Rehusé, en términos amistosos. Al triunfo seguro y cómodo en Barcelona, preferí la lucha, difícil y dudosa, por la circunscripción de Bilbao. Allí había un partido republicano importante, que siempre había tenido diputados en las Cortes, casi todo él incorporado a Acción Republicana; en coalición con los socialistas, íbamos a luchar con las derechas y los nacionalistas. La elección por Bilbao tendría para mí un carácter distinto que la de Barcelona. Es probable que estos escrúpulos habrían hecho reír a más de cuatro. Me atuve a ellos y rehusé ser diputado por Barcelona. Este apartamiento voluntario, con la renuncia consiguiente a poner mano en los resortes políticos de Cataluña, se había transformado, mes y medio más tarde, según las memorias de don Niceto, nada menos que en la conclusión de una alianza revolucionaria con los catalanes. Es preciso reconocer que había preparado mal el terreno.

Los republicanos catalanes perdieron las elecciones de Cortes en noviembre. Macià murió en diciembre. La renovación de los Ayuntamientos en todo Cataluña debía hacerse a mediados de enero. Sea que el descalabro reciente los aleccionase, sea (como me dijeron algunos disidentes) que con Macià había desaparecido el principal obstáculo para la coalición, el caso fue que se logró para las elecciones municipales. Prepararon un gran mitin para el domingo anterior a la votación, en la Plaza Monumental de Barcelona. Me invitaron a participar en él, con otros políticos de Madrid, entre ellos Prieto. Realmente, no podía rehusar la asistencia, después de haber aconsejado tanto la coalición electoral. La víspera del mitin, por la mañana, salí de Madrid, con algunos amigos de Acción Republicana, y llegamos a Barcelona ya de noche. Recibí en el hotel algunas visitas y comisiones, y al día siguiente se celebró el acto. Fue clamoroso, imponente. La plaza de toros estaba atestada. En el discurso de Prieto me llamaron la atención sus inesperados fervores autonomistas y los juegos malabares que, oratoriamente, hizo con el corazón de Macià. Recordé lo que le había oído en Consejo de ministros, y su actitud cuando mi discurso sobre el Estatuto. Visitas a la tumba de Macià. Almuerzo en la Font del Lleó. Éramos una veintena de personas. Se habló de todo y de nada. En modo alguno de conspiraciones y rebeliones. Prieto pronosticaba, sin alegría, que el año iba a ser muy duro, por la tensión en que estaban los dos bandos españoles más encrespados, o sea los proletarios de un lado y las derechas de otro. Para nadie tuvo aquella reunión otro valor que el de un pasatiempo entre amigos. Los que habíamos estado con él en el Gobierno, fuimos desde allí a visitar a Carner, ya operado, y desahuciado. Don Jaime se

emocionó mucho al vernos, y se retiró, llorando. Yo hice luego una visita de cumplido a la viuda de Macià, y me volví al hotel, a disponer el regreso. Mucha gente vino a despedirme, entre otros Companys. Me llevó un momento aparte, y con calurosas expresiones me dio las gracias por el servicio que habíamos prestado asistiendo al mitin. «Usted me manda, don Manuel… Usted es mi jefe…», llegó a decirme. Respondí a sus cortesías, pero me abstuve de tomar por algo más que una hipérbole improvisada todas aquellas protestas. Al día siguiente, estaba en Madrid. Esa fue toda la conjura revolucionaria que yo anudé en Barcelona. En realidad, durante aquellos meses, desde que concluyó la campaña electoral de noviembre, me ocupé muy poco de asuntos políticos. Sabía yo de sobra que, dadas las circunstancias, los republicanos no podían hacer más que capear el temporal, reorganizarse, mantener en lo posible la propaganda, y esperar a que el inevitable y pronto descrédito de la situación nueva, les prestase ocasión y fundamento para combatirla. Mi actividad política, reducida cuanto pude, consistía en ir de vez en cuando a las Cortes, donde pronuncié uno o dos discursos de escasa importancia (y no dejé de defender al Presidente de la República, atropellado en su prerrogativa por el Gobierno, con motivo de la ley de Amnistía), y en presidir semanalmente el Comité nacional de Acción Republicana. Hice también dos o tres discursos públicos, algunos de ellos muy de circunstancias, como el dirigido a los jóvenes republicanos. Eso era todo. El único asunto político a que presté atención y en el que puse empeño fue el de la fusión de los partidos republicanos de izquierda. El Radical-Socialista había sido barrido totalmente. Un solo diputado de esa procedencia había logrado puesto en las Cortes, y, para eso, era disidente. Acción Republicana se había reducido a seis u ocho diputados. Del Partido Gallego había salido Casares y no sé si alguno más. Se imponía una reorganización a fondo y una sola dirección, fundiendo todas las agrupaciones locales existentes. De los restos de tres partidos pequeños, saldría seguramente un núcleo ya importante por el solo hecho de la fusión, y que tendría fuerza y autoridad para atraerse a muchos otros republicanos, siendo seguro su crecimiento rápido. En realidad, pocas personas querían de veras la fusión en los tres partidos. Acción Republicana miraba con desconfianza a los radicales-socialistas, por su conducta en las Constituyentes y por su propensión a la demagogia. Los radicales-socialistas veían en la fusión una posible pérdida de importancia, porque bien claro estaba que la dirección del nuevo partido no iría a ellos. Se atravesaban disputas y rivalidades personales o de grupito. Todos los inconvenientes se vencieron. Deseché los términos

medios y las evasivas. El nuevo partido de Izquierda Republicana quedó constituido en abril. Fuera de eso, todas mis horas transcurrían en la aparente y placentera inacción que sigue al recobro de la intimidad de la vida privada. Desde chico he sido siempre muy apegado al rincón casero. Volver a él, significaba para mí entrar en un clima apacible. Despertar de una pesadilla. Reposo profundo, después de una caminata. Silencio, después de tanto estruendo. Sobre todo, silencio. ¡Con qué gozo respiraba mi libertad, como si el aire fuese más puro, al considerar que no solo aquel día primero, sino el siguiente, y el mes venidero y muchos más, podría ser a mi gusto el que fui antes, dueño de mi vida interior, en una felicidad doméstica confortativa, suave, albergue de un peregrino! Había trabajado, me había afanado tanto para los demás, se había respondido tan bárbaramente a mis propósitos más elevados, que bien podrá disculparse aquel abandono pasajero de lo que con excesiva pompa llamarían otros un exigente deber cívico, y perdonarse que me retrajera cuanto fue posible de la plaza pública para esparcirme, digámoslo así, en las afueras. A esta distancia juzgo que la disposición de mi ánimo en aquellos meses venía a ser como un anhelo, más o menos discernido, de hacerle una jugarreta al destino. En fin, recobré el trato con mis libros y papeles. Me di un hartazgo de lectura colosal. Sed atrasada. Régimen correctivo de una deformación peligrosa. Porque nada estrecha tanto la mente, apaga la imaginación y esteriliza el espíritu como la política activa y el gobierno. Quiero decir que, en esas aplicaciones (tal vez en ninguna, no siendo en la pura especulación intelectual), la capacidad del espíritu no se ensancha, ni se ahonda, ni se mejora. Para trabajar en política y en el gobierno he tenido que dejar amortizadas, sin empleo, las tres cuartas partes de mis potencias, por falta de objeto, y desarrollar en cambio fenomenalmente la otra parte. Por donde se quiebra el equilibrio y se va, con lastimoso descuido, al profesionalismo. Lo corriente es cultivarlo desde la juventud, en política como en todo. Mi caso era otro, y el desequilibrio interior, de que sufría, me sentaba muy mal: como si temiese un paulatino embrutecimiento. Una de las asperezas de la vida política es la aridez, la sequedad, la triste cerrazón espiritual del mundo en que uno queda sumergido. Donde apenas es posible una conversación placentera, desinteresada; donde las gracias nunca han puesto la planta. Así, pues, recobrar la independencia y renovar antiguas relaciones me sabía a desquite. Hallé entre mis papeles algunos trabajos míos, sin concluir, de cuya existencia ya no me acordaba, y me puse a continuarlos con el mejor humor del mundo. Tales eran mis preocupaciones y afanes desde noviembre del 33 y durante la mayor parte del 34. Quien los conoce igual que

yo se ha reído mucho al saber por mí las maquinaciones diabólicas que don Niceto me atribuye, «porque me era insufrible la vida en la oposición». Sí, nos hemos reído mucho.

En Cataluña existía un pequeño partido de Acción Republicana, y otro radical-socialista formado principalmente por los amigos de Marcelino Domingo en la provincia de Tarragona. La fusión tropezó con más inconvenientes que en ninguna parte, y no es de este lugar decir por qué. Se logró, en apariencia cuando menos, algún tiempo después. Los representantes de Acción Republicana, antes de la fusión, y los de Izquierda Republicana, después de lograda, me escribían con frecuencia quejándose de la sorda hostilidad de la Esquerra y de los desaires que recibían de ella y de Companys. Este asunto motivó alguna carta mía a Companys, transmitiéndole las reclamaciones de mis correligionarios e invitándole a que las tomara en cuenta. Entre mis papeles han de estar algunas muestras de aquella correspondencia. De su inutilidad estaba ya de sobra convencido, porque en Cataluña, a un partido que no era exclusivamente catalán, todos los demás le tratarían mal, y, a ser posible, ignorarían su existencia. Es preciso reconocer, además, que tanto a nuestra Acción Republicana en Cataluña, como después a Izquierda Republicana (que, por supuesto, se empeñaron en ser partidos autónomos), no les acompañó la suerte en la elección de directores y representantes. A fines del invierno —no recuerdo con exactitud la fecha—, Companys estuvo en Madrid. Nos reunimos una sola vez, para comer en Fuentelarreyna. Estaban presentes algunas otras personas. Se habló de la situación política general, y del desequilibrio existente entre la significación del Gobierno autónomo y el de la República. Encontré a Companys muy cambiado. Como yo persistía en no desesperarme por la derrota electoral de noviembre, y confiaba en que, acumulándose las experiencias se llegaría, después de los violentos vaivenes electorales de los primeros años del régimen, a una situación más estable, Companys casi se burlaba de mi liberalismo. Entonces le oí por vez primera un concepto bastante extraño, que parecía haber descubierto recientemente: el de la «democracia expeditiva». Companys, abundante en palabras, me decía con su sonrisa característica: «El pueblo quiere realizaciones, don Manuel… El pueblo no comprende los métodos dilatorios de las leyes… Hay que darle obra hecha…». Sobre eso disertaba ampliamente, aunque sin demasiada precisión, y no sé por qué, para representarme con plasticidad la aplicación de todo aquello, me imaginaba a Companys gobernando a las masas a fuerza de echarles discursos desde un balcón. Advertí también la novedad de su nacionalismo catalanista. Antes, no

se lo conocía. Procedente de las filas republicanas, Companys no era más catalanista que cualquier catalán, y lo era mucho menos que las personas y los grupos que han hecho de aquella palabra su apellido político. Era republicano, sencillamente. Ni siquiera sabía hablar el catalán lo bastante bien para pronunciar discursos correctos en esa lengua. De su nacionalismo, nunca se había oído hablar. Este nuevo color de Companys me sorprendió mucho menos que su «democracia expeditiva», la cual no tiene otra traducción en el vocabulario corriente que la de «despotismo demagógico». No tenía yo entonces noticias del importante cambio operado en la composición del Gobierno de la Generalidad; mejor dicho, conocía el hecho del cambio, pero no me habían enterado de su valor. El señor Selvas, consejero de Gobernación, se murió, sustituyéndole el señor Dencás. Procedente de la derecha, nacionalista exaltado, era también muy afecto a los métodos «expeditivos», aunque no eran precisamente democráticos. De su tiempo en la Consejería de Gobernación data la formación de milicias políticas, *escamots*, y otros pelotones de combate, y los desfiles, paradas y alardes a lo militar. Entonces, todos los partidos en España (menos los republicanos) iban entrando en ese peligroso y estúpido juego. Había milicias de Estat Català y de los nacionalistas vascos, requetés, centurias falangistas, comunistas y socialistas… Los únicos que no entraron por ese camino fueron los republicanos de verdad, porque los otros, como Acción Popular, también se formaban en batallones. Juego peligroso, porque ya les ardía en la sangre a unos y a otros la guerra civil, y la formación, aunque de juguete, del instrumento de guerra, les incitaba a ella. Y juego estúpido, porque, puestos a jugar todos a los soldados, no se daban cuenta de que también querrían entrar en la diversión los que lo eran de verdad. El caso fue que Barcelona padeció, y no la última, ese mal. No tengo información bastante para tasar la influencia que las inclinaciones del señor Dencás pudieron ejercer sobre Companys; pero todo el mundo hablaba de la preponderancia de aquel, y para nadie es un secreto su peso decisivo en el desate de la rebelión de la Generalidad, en octubre siguiente.

Esas conexiones y conversaciones, y no otras, tuve yo con la política y los políticos catalanes durante aquel semestre. Surgió el conflicto llamado de «la ley de Cultivos», votada por el Parlamento catalán. El Gobierno Samper, sin saber qué hacer, tomó la estúpida decisión de personarse ante el Tribunal de Garantías para impugnar la ley. Sin estar en los secretos del Gobierno, me bastaba lo que contaron los periódicos y el conocimiento de las personas para comprender que tal decisión no era original del Gobierno. No me ofrecía duda

que alguien se la había apuntado. Supe más tarde que el apuntador fue Cambó, que para sus combinaciones políticas metió al pobre de Samper en aquel tremendo lío. Es preciso recordar que Samper ha sido en España Presidente del Consejo; su elevación fue uno de los antojos de don Niceto que han costado más al país. Mala intención, sí la tenía el hombre; pero no le acompañaban el talento, la destreza ni la autoridad. Cuando le hicieron por vez primera ministro (del Trabajo, en el Gobierno Lerroux de septiembre del 33) declaró a los periodistas, luego de posesionarse del cargo, que era necesario reformar los Jurados Mixtos, porque muchos de sus presidentes eran prevaricadores, *¡según le había dicho el Presidente de la República!* A un hombre de este tacto le cayó por banda presidir el Gobierno en mayo del 34 y afrontar un conflicto grave —más grave por su torpeza— con la Generalidad de Cataluña. Solamente Alcalá-Zamora, tan desatinado para elegir a las personas, podía descubrir en Samper alguna capacidad útil para el gobierno, como no fuese la de hacer «lo que le había dicho el Presidente de la República», y aun eso, sería a condición de no contárselo a los periodistas. Al ser nombrado Presidente del Consejo, los periodistas de provincias a quienes telefoneaban la noticia desde Madrid, no querían creerla, y la tomaban por una broma de sus compañeros madrileños. Recuerdo muy bien la sesión de Cortes en que Samper se presentó con su flamante Gobierno. Daba mucha risa, también tristeza, y —la verdad— un poco de coraje, ver tan caída la autoridad y la prestancia de la función. No teniendo tarjeta personal que presentarnos, nos dijo en aquel discurso que él era «discípulo de Costa, de Pi y Margall y de Blasco Ibáñez». ¡Qué número! Hacía falta un provincianismo retestinado para querer caracterizarse de ese modo ante un Parlamento. Más adelante, en un día de apuro, llegó a citar, para adornarse, un verso de Emilio Carrere… Engañado por Cambó, el Presidente del Consejo se arrojó a impugnar ante el Tribunal de Garantías, en nombre del Gobierno, la ley catalana. Sobre ella, la opinión en Cataluña se dividía apasionadamente. Creer que podía gobernarse con sentencias, y reducirse la agitación política a los términos de un pleito, era pueril. Siendo inútil el recurso, convertía además al Gobierno de la República en parte litigante con la Generalidad, perdiendo con eso su posición superior y abrazando, aunque no hubiese sido tal su propósito, la causa política de los impugnadores de aquella ley dentro de Cataluña. Error gigantesco. Por añadidura, el recurso, mal planteado, provocó una sentencia que iba mucho más allá de cuanto hubiera podido convenirle al Gobierno. Tuvo que pasar por la insolencia de que el Parlamento catalán votase de nuevo la ley, después de anularla el Tribunal. Nadie hubiera sido capaz de

amontonar más desatinos. No intervine para nada, ni tenía por qué, en la tramitación de este asunto. Pronuncié en las Cortes un discurso explicando el criterio de nuestro grupo republicano. Eso fue todo. No hay en él más que consejos y llamamientos a la cordura y el respeto a las leyes, lo mismo que al Estatuto[6]. Cambó, quebrándose de sutil, como siempre, trató de demostrar que, por mi culpa, se había demorado la aplicación del Estatuto. ¡Hombre! Lo que me preocupaba, en el apartamiento de todas aquellas intrigas, eran los tonos amenazadores. Desde Madrid parecía que en Barcelona estaban deseando, o por lo menos esperaban con arrogante jactancia, el sentirse *provocados*. Por su parte, en algunos centros políticos y oficiales de Madrid, hablaban también demasiado, y ciertos ministros no recataban su deseo de aprovechar la ocasión para hacer un escarmiento. Todo ello me ponía de mal humor y confirmaba mi amarga experiencia de que la gentecilla política, vanidosa y sin medios, echa a perder cuanto toca. Tres o cuatro catalanes de significación, entre ellos el señor Hurtado, me visitaron en Madrid, a preguntarme mi parecer. Como yo estaba persuadido de que el Gobierno, por muchas ganas que tuvieran algunos de sus miembros o de sus mentores, no se lanzaría a hechos de violencia, como no fuese en caso de extrema necesidad, les dije a todos que no iban a quitarles el Estatuto, ni siquiera el Orden público, y que era necesario que de Barcelona no diesen ni asomo de pretexto a una política de represalias. Un correligionario mío, el señor Esplá, fue a Barcelona con el encargo personal de aconsejar esa conducta y disipar las alarmas. Cuando el conflicto, poco después, entró en la vía de las negociaciones, de las componendas, del toma y daca, la tensión cedió, y no volví a pensar más en ello. Entrado el verano, estuve un mes en un pueblecito catalán, tomando aguas. He referido las circunstancias de aquel viaje en *Mi rebelión en Barcelona*. Añadiré aquí algún dato. Uno es el relativo a la visita de Companys. El Presidente de la Generalidad estuvo una tarde en el balneario, a cumplimentarme. Hablamos largo y tendido. De toda la conversación noté tres puntos principales: 1.º La persuasión de que la autonomía de Cataluña estaba en peligro. 2.º El convencimiento de que habían, por el pronto, alcanzado una victoria sobre el Gobierno de Madrid, aunque abrigaba dudas sobre la duración y solidez del triunfo. Lo más extraño es que, después de tantas bravatas, la Generalidad no estaba descontenta del Gobierno Samper, del que habían obtenido ventajas en el traspaso de algunos servicios. Y 3.º El exaltado nacionalismo del Presidente, ahora más fervoroso, o más franco todavía, que cuando nos vimos en Madrid. Companys me repitió verbosamente los más sobados tópicos del nacionalismo de Prat de la Riba o

del doctor Robert. No faltaba ninguno, ni siquiera el de que la Península es una meseta estéril rodeada de jardines; que el pueblo castellano produjo en otros tiempos un tipo de hombre «delante del cual hay que quitarse el sombrero», pero ha degenerado, y ahora las cualidades cívicas y humanas residen en los nacidos en la periferia. No me habló de «la tierra y los muertos» porque no creo que Companys haya sabido nunca nada de Barrès, pero se le conocía mucho lo reciente de su impregnación nacionalista y la desenvoltura con que la aceptaba. Sobre la utilización política del nacionalismo, me dijo algo de muy singular: Había que exaltar el ideal patriótico de Cataluña, como una fuerza unificadora de los catalanes, para contrarrestar la escisión de las clases. Pudiera creerse que Companys se hallaba en las menguadas posiciones de quienes se imaginan que un problema de carácter general, permanente, cambia de carácter y de valor con estrechar los limites geográficos dentro de los que se plantea. Sobre todo, si en el área así marcada vive un pueblo a quien se le hace creer en su condición privilegiada, excepcional. Por ese camino parecía echar Companys. Lo mismo piensan de su país los nacionalistas vascos. De creerlos, allí no hay lucha de clases; ni existe motivo para que la haya, de «patriarcales» que son. Naturalmente, los empresarios salen ganando. No podía ser esa la intención de Companys que, personalmente y por su partido, ha procurado dejar siempre muy borrosas las fronteras políticas con el proletariado. Es preciso estar habituado al ejercicio de traducir, al lenguaje común y claro, las tergiversaciones y los sobreentendidos de la política barcelonesa. Detrás de aquella exaltación del patriotismo catalán, para contener las escisiones de clase, había la necesidad y la dificultad de imbuir el catalanismo en la porción más numerosa del proletariado de Cataluña. Otros han dicho más claramente: «Hay que catalanizar el campo». Es decir, que tanto el campesino como el obrero industrial fuesen, antes que marxistas o sindicalistas, nacionalistas. Antes que Marx o Sorel o Bakunin, Ramón Berenguer IV o Macià… Durante la guerra, se han visto en Barcelona algunos ensayos de esa táctica. Era la peor ocasión y el resultado parece ínfimo, porque una de las consecuencias, no de la guerra, sino de la insurrección confederal y anarquista, ha sido la de sumergir al catalanismo y relegar a los políticos nacionalistas a una impotencia que inspira compasión.

Companys hablaba como un iluminado; como hombre seguro de su fuerza, del porvenir, engreído por el triunfo fácil que le había procurado el Gobierno. Escuché cuanto me dijo con vivo interés, para mi instrucción personal; pero me abstuve de entrar en discusiones, impropias de las

circunstancias, y además de enojosas, estériles. Le hice, sin embargo, alguna observación, principalmente la de que las Cortes habían votado la autonomía de Cataluña como una prenda de concordia y medida de pacificación, abriendo con el Estatuto, aunque muy restringido respecto del programa de Nuria, un cauce muy vasto. Si querían trabajar por el engrandecimiento de Cataluña, tenían tarea para dos generaciones, a condición de que la política autonomista no degenerase en politiquería de campanario, y de que la autonomía fuese practicada lealmente por todos, en Madrid y en Barcelona. Cualquiera que faltase a la lealtad, cometería un yerro enormísimo. Añadí que la autonomía tampoco podía usarse como instrumento para intentar imponer la hegemonía de Cataluña sobre el resto de España, acerca de lo cual había leído algunas opiniones desatinadas. Quienes lo pretendieran cosecharían inmediatamente un estruendoso fracaso. Le dije esto a Companys, además de por ser cierto, porque era muy oportuno. Corría entonces otro conflicto del Gobierno de la República con los Ayuntamientos vascos. Quienquiera que tuviese razón, me sabía muy mal que desde Barcelona se ofreciese ayuda y protección, como si se ofreciera a un país ajeno, amigo y aliado. Los vascos habían enviado a Cataluña un emisario para tratar estas cosas. A mí me escribieron y telegrafiaron para que asistiera, como diputado por Bilbao, a las asambleas y demás demostraciones que se preparaban contra la política del Gobierno. No hice caso. Insistieron, explicándome que era tradicional en Vizcaya considerar a los diputados a Cortes como delegados y representantes de los municipios. Contesté que esa doctrina me era desconocida y podían habérmela enseñado antes de elegirme, pero yo no la aceptaba. El colegio electoral de Bilbao me había elegido diputado de la nación, y como tal podía discutir el caso en las Cortes o hablar directamente con el Gobierno, pero que dado el cariz que tomaba la cuestión, no lo autorizaría con mi presencia. Sabía yo que algunos diputados catalanes se disponían a asistir a la asamblea de los alcaldes vascos. A más de uno de aquellos diputados le aconsejé que no fuese. No todos me hicieron caso. Me bastaba ese viaje para abstenerme. Algunos amigos de Bilbao llevaron a mal mi reserva; pero ocurrieron poco después tantas y tan graves cosas, que se les olvidó el sinsabor. A mí también. ¡Cuántas insensateces vomitaba entonces la prensa! Casi tantas como ahora, en tiempo de guerra. Salió a relucir de nuevo aquella estupidez, fruto de la monomanía de remedar con palabras, de la «triple alianza» de Cataluña, Vasconia y Galicia… La ridiculez de imitar, llevada hasta lo bufo, ha dado, en esa línea, no menos fruto, cuando, después de la caída de Bilbao, se habla en Barcelona del «eje». Barcelona-Bilbao.

Al día siguiente escribí a Casares, que veraneaba en su tierra, una carta de varios pliegos haciéndole relación minuciosa de mi conversación con Companys, y participándole los temores que me asaltaban. Era forzoso poner en relación el ánimo levantisco dominante en la Generalidad con la doctrina de la «democracia expeditiva» y la táctica de acción directa, filofascista, de Dencás.

A fines de agosto pronuncié un discurso en Barcelona (incorporado a *Mi rebelión en Barcelona*[7]), para complacer a mis amigos de Acción Republicana. Organizaron un banquete y el hotel se atestó con representaciones de todos los partidos de izquierda. Estaba allí, menos Companys, a quien no se invitó por el cargo que ejercía, la plana mayor de la Esquerra. Aplaudieron a rabiar, incluso un párrafo, no de amenaza, que siempre hubiera sido indiscreta y, en aquella situación, ridícula, puesto que yo no ejercía ningún poder, pero sí de advertencia; una divisoria. Lo entendieron muy bien. No debió de gustar en las altas esferas barcelonesas. Al día siguiente, los periódicos dieron de mi discurso unos jirones mutilados, inconexos, anodinos, deliberadamente ininteligibles. (Por su parte, un periódico de Madrid contaba que en mi discurso yo había sostenido «la conveniencia de ser un malvado…»). La consigna a que obedecieron los periódicos barceloneses tenía el motivo ocasional de aquel pasaje de mi discurso, y otro anterior, más duradero. Mis idas y venidas por tierras catalanas, y la afectuosa acogida que hallaba en todas partes, empezaban a molestar. ¿Sospecharon o temieron algunos que yo trataba de crear, a su costa, una fuerza política en Cataluña? Parece increíble. Más verosímil es que mi actitud, estrictamente republicana, estatutista y gubernamental (lo que en tales momentos no quería decir ministerial), se les antojase un estorbo, una sombra en el panorama. Lo cierto es que el recelo existía. Algunas personas de mi conocimiento, muy metidas en los interiores de la Generalidad, me trajeron estas palabras: «Con Azaña acabo yo en Cataluña en tres días. Bastan los periódicos». Es indudable que estuvieron a punto de acabar conmigo, por otros medios.

En Barcelona me contaron que los servicios de Seguridad o de Orden público del Gobierno autónomo tenían gran empeño en concluir con los atentados de pistoleros y atracadores. Se empeñaban en ello, no solo por deber normal en toda autoridad, sino por una especie de amor propio político, de emulación con el Estado, para que el Orden público no fracasara en las nuevas manos que lo regían. Se usaban todos los procedimientos. Mi desventurado amigo Arturo Menéndez, que tan inmerecida y cruel muerte,

precedida de horribles suplicios, ha encontrado en las garras de los rebeldes, me dijo que en su presencia y la de otras personas, hallándose en el café, uno de los más altos funcionarios del Orden público se había jactado de haber muerto por su mano a un pistolero apodado el *Céntim*. Estas cosas reavivaron la hostilidad enconada de ciertos grupos sindicales y anarquistas hacia los republicanos de la Generalidad, y en el movimiento de octubre los dejaron solos. La explicación no es invento mío: me la dieron, después de los sucesos, algunos consejeros de la Generalidad, presos conmigo en el *Ciudad de Cádiz*, los mismos que llamaban a su excompañero Dencás, traidor y agente provocador. Si el asunto valiese la pena, se encontraría, rebuscando en las colecciones de la prensa confederal de Barcelona, alguna comprobación. Consignaré aquí otros hechos relacionados con el objeto de esta nota, más larga ya de cuanto yo creía, porque la exactitud lo exige. En septiembre del 34 tuve que salir dos veces de Madrid, por fúnebres motivos. La primera vez a San Sebastián, donde Manuel Andrés, exdirector de Seguridad, había sido asesinado. Fui al entierro. Me encontré allí a Prieto. En San Sebastián se comentaba el descubierto intento de un alijo de armas en Asturias. No sabía yo entonces de ese asunto más que las noticias embozadas que el Gobierno quiso dar. Camino del cementerio, le pregunté a Prieto, que venía de Asturias, la realidad de lo ocurrido. Prieto, con pleno derecho, estuvo reservado, evasivo. No insistí. La otra salida fue a Barcelona, para el entierro de don Jaime Carner, en los últimos días de septiembre. Ampliaré los detalles de una escena, en la que recibí un gran disgusto, al que solo hice una vaga alusión en el relato de *Mi rebelión en Barcelona*. Estuvimos, como allí cuento, a comer en la Font del Lleó, invitados por Casanovas, casi las mismas personas que habíamos concurrido en el mismo lugar algunos meses antes, y otras más. Había yo observado ciertos apartes entre algunos socialistas de Madrid y otros políticos catalanes. Entre mis compañeros de expedición, que presumían de bien enterados, se decía que los socialistas llevaban un mensaje o recado para la Generalidad. De sobremesa, se habló como siempre de política. Como las izquierdas temían un golpe de Estado de las derechas, y las derechas temían un alzamiento de las izquierdas, y por todas partes se oían amenazas y atroces pronósticos, Prieto dijo, comentando los peligros de tal situación, que el primero que se lanzase a las calles sería aplastado por el otro. Quien tomase la iniciativa llevaba las de perder. Esto era aún más seguro si quien apelase a la violencia había de hacerlo en contra del Estado y de sus fuerzas, pensaba yo, abundando en la opinión de Prieto. Intervine en la conversación, lamentando la ruptura, más que simple desacuerdo, entre republicanos y socialistas.

Recordaba la desabrida respuesta de Largo en el mes de julio a nuestros planes de coalición, y sin hacer mención expresa del caso, discurrí en torno de la situación resultante. «Los republicanos y los socialistas, si queremos gobernar y equilibrar la República, necesitamos unos de otros. Cada cual debe aportar lo que tiene, para una obra común; no digo yo que en la forma del año 31 y 32, porque acaso la colaboración socialista en el Gobierno no sea posible en mucho tiempo, pero en otra distinta. Los republicanos, después de la aproximación de Lerroux a las derechas, que concluye en absorción, no tenemos bastante fuerza electoral. Ustedes, los socialistas, pueden tener un grupo numeroso, pero insuficiente para gobernar. Es posible que a los republicanos, distanciados de los socialistas, nos toque perder entre las dos agrupaciones extremas. Pero es seguro que los socialistas no pueden ir tampoco a ninguna parte sin los republicanos; porque no se puede pensar que la República va a ser socialista».

Entonces, Fernando de los Ríos, con irónico desdén, me replicó:

—Por eso, cuando se trata de hacer una revolución, se prescinde de los republicanos, de importantes que son…

Estas palabras, dichas por otro, no me habrían causado mella. Viniendo de quien venían, me molestaron, me enojaron profundamente. No se me había olvidado mi conversación con De los Ríos en los primeros días del año, sus justificadas angustias, su crisis de conciencia, su resolución de apartarse de la política, cualquiera que fuese el resultado de la tragedia que preveía. Salirse ahora por aquel registro, me irritó. No le recordé nuestro coloquio, pero me apoyé en lo que habíamos hablado entonces para combatir la posibilidad de una revolución proletaria. Me explayé calurosamente durante largo rato, con una vehemencia de seguro injustificable para todos los presentes, que desconocían sus motivos. Nicolau d'Olwer, sentado junto a mí, aprobó con fuerza lo que yo decía. Otros republicanos, también. Prieto guardó durante toda la discusión un silencio de piedra. Probablemente, todas nuestras palabras le parecían ociosas, y quizá no le faltase razón. Creía yo saber que Prieto tampoco aprobaba los propósitos de insurrección armada, pero entraba en ellos por fatalismo, por creerlos incontenibles, por disciplina de partido. Se expuso más que otros muchos, que ostentaban un revolucionarismo intransigente. En premio, después del fracaso, algunos exaltados le llamaban traidor.

Tales fueron, hasta en sus mínimos detalles, mis relaciones con la política y los políticos catalanes desde noviembre del 33 hasta octubre del 34. Para los sucesos de ese mes en Barcelona, y lo que de ellos me resultó, me remito a la

narración incontestable, ya mentada, que publiqué en 1935. Sin embargo, don Niceto *sabía*, en febrero del 34, mi conexión revolucionaria con la Generalidad. Podría perdonársele una ofuscación pasajera, nacida de su imaginación febril y de las hablillas que le llevaban los recoveros y ojeadores que repartía por todos los ámbitos políticos de Madrid. Pasó tiempo. La conducta de cada cual respondió de sus intenciones. ¿Habrá rectificado don Niceto? No lo sé; pero lo dudo. Estaba obligado a estampar en sus *Memorias*: «No ha resultado cierto que Azaña pensara sublevarse con los socialistas y la Generalidad». Y eso, en nota marginal. Es lo menos que puede esperarse de su rectitud.

5 de julio

En Valencia he recibido a Augusto Pi y Suñer, Jesús M. Bellido y Rosendo Carrasco Formiguera, catedráticos de la Universidad de Barcelona; y más tarde a un periodista, Luis Fischer, con quien he hablado muchísimo tiempo. Carrasco es hermano del diputado catalanista del mismo apellido, hombre de derechas y muy exaltado catalanista, que cayó en poder de los rebeldes cuando navegaba de Bilbao a Francia. Le tienen preso en Burgos, sometido a Consejo de Guerra y el fiscal le pide pena de muerte. Es de creer que no lo maten, porque Carrasco tiene muy buenas aldabas en la Iglesia. Me hablaron de la Universidad de Barcelona, en la que han reanudado los cursos de medicina. Muy bien, muy bien. ¿Pero cuándo se volverá a estudiar en España, siquiera lo poco que se estudiaba antes?

A Luis Fischer le conozco hace cuatro o cinco años. Me visitó en 1933, y el año pasado, a poco de constituirse el Gobierno de febrero. Es un periodista que bulle mucho. Me parece que, en otro tiempo, no le éramos muy simpáticos los republicanos. Ahora trabaja con ahínco por la República, y según me ha dicho Negrín ha prestado muy buenos servicios en los Estados Unidos, desinteresadamente. Le he retenido casi dos horas, para explicarle a fondo la situación, y mis puntos de vista en el orden internacional. Cuanto le he dicho le ha interesado profundamente. Le he mostrado la ilación que hay entre la retirada de los extranjeros, la suspensión de hostilidades, la «pacificación», y las miras de la República para el porvenir. Nosotros no queremos abolir la democracia. Lo más útil y aprovechable de esto que llaman la revolución será la reforma de la propiedad territorial y del sistema de explotación del campo. Y, con eso, la nacionalización de ciertos grandes servicios e industrias. Está conforme con que ha sido un fracaso el ensayo

sindical, y las colectivizaciones a todo pasto. En el extranjero, lo que la opinión simpatizante con la República espera y desea, es el restablecimiento del régimen democrático y de la libertad de cultos. «Debían ustedes abrir las iglesias», me dice. Tal es el propósito del Gobierno. El problema es de policía y de Orden público. En los pueblos no puede ahora hacerse nada. Pero acaso pueda ya intentarse en Madrid y en alguna otra capital. Opina Fischer que la guerra ha producido un nacionalismo «español», superior y diferente del nacionalismo «feudal» de los vascos y del demagógico de Cataluña. Cree que esa consecuencia de la guerra es buena y debe favorecerse. Le hablo del «pacto de cinco» como garantía del futuro régimen republicano y democrático de España. «Eso es difícil —responde— porque sería tanto como perder la guerra Alemania e Italia». «Es evidente. Pero si no se hace eso, o algo parecido, perderán la guerra Inglaterra y Francia. La cuestión es, pues, saber si a estos dos países no les importa que ganen los otros». Estos trabajos deberán hacerlos en el ministerio de Propaganda, porque lo mejor es verter ideas útiles en las cabezas que puedan comprenderlas y hacerlas valer. Pero allí se limitan a imprimir hojas con exclamaciones antifascistas y glosas a la prensa de los rebeldes.

El Presidente del Consejo me ha entregado la copia de un informe del fiscal general de la República, sobre casos y cosas ocurridos en Barcelona. La verdad es que si quisiera investigar, el fiscal necesitaría escribir una tonelada de papel. En este informe se limita a cuatro o seis casos, que son de dominio público en Barcelona. Uno de ellos es el caso de Barriobero, que se «incautó» de la Audiencia y montó una «oficina jurídica», mediante la cual ha robado unos ocho millones de pesetas, vendiendo sentencias y libertades, decretando multas y confiscaciones, etcétera. Todo el mundo lo sabía y lo veía en Barcelona, y muchos lo padecían. En cierta ocasión, llegó el escándalo a tal punto, que Companys se decidió a suprimir la «oficina» y a recuperar la Audiencia. Supimos por los periódicos que Barriobero y cincuenta milicianos se habían parapetado en la Audiencia, dispuestos a resistir. Companys me dijo que no pasaría nada, porque la suspensión de la oficina se la había pedido el propio Barriobero, y que todo aquello era un *paripé*. En efecto, no ocurrió nada. Barriobero publicó una nota asegurando que su oficina había entregado 800 000 pesetas en la Consejería de Defensa, para las milicias, equivalente al diez por ciento de lo recaudado. La Consejería lo desmintió: allí no habían entregado ni una peseta.

El tal Barriobero ha sido siempre así. Turbio y turbulento, abogado de malas causas, nutriéndose de los delitos ajenos, con un pie en los centros

sindicalistas y revolucionarios y otro en la Dirección de Seguridad o en Gobernación. Delator, según cuentan. Por supuesto, federal. Dirigía una de las tres ramas en que últimamente se había dividido el federalismo, que estando reunido, no representaba nada, o más bien, representaba una tendencia a lo maniático. Era uno de los republicanos indeseables, merodeadores, descrédito y deshonra de la política, a quienes me propuse anular el año pasado, cuando me cupo dirigir las elecciones del lado republicano. Yo le había tratado siempre con el pie y le negaba hasta el saludo. Como todos los de su cuerda, es cobarde y cínico, y mis desaires le hacían palidecer. No obstante, al llegar las elecciones, quiso verme, me escribió, me echó emisarios, para que le incluyese en la candidatura de Asturias. Me negué a verlo y a escribirle. Algunos republicanos «templados» se lamentaban de mi intransigencia. No cedí. Tenía derecho a depurar una mayoría que iba yo a dirigir. Tenía razón, como se ve. No fue el único caso, ciertamente. Hubo otros, en que mis motivos no provenían de presunciones de delincuencia, sino de comprobadas bajezas morales y perversidades en la acción, intolerables; pero que, a juicio de sus autores, no tenían importancia y no justificaban mi rigor. Tal fue, por ejemplo, Botella Asensi, y otros menos conocidos.

Le he dicho al Presidente que, en el informe del fiscal, hay base para una querella que deba presentarse al juzgado y proceder a un escarmiento saludable, muy necesario. Está conforme. Pero cree que debe aguardarse a que los servicios de policía y de Orden público estén bien organizados en Barcelona y completamente en manos del Gobierno, para meterse a fondo en esas cuestiones, y no precisamente por Barriobero, sino porque en los hechos denunciados por el fiscal hay complicados algunos sujetos de mayor cuenta, y que han tenido o tienen aún cargos en Cataluña.

Es de notar que Barriobero estuvo a punto de ser fiscal de la República, allá por febrero o marzo. Lo proponía García Oliver. Claro. Lo leí en los periódicos de Barcelona, y al punto creí que se trataba de una gacetilla enviada por el propio Barriobero. Por si acaso, llamé a Giral y le advertí que si el asunto iba a Consejo se opusiera, sabiendo que yo no firmaría tal decreto. En efecto, García Oliver quería nombrarlo y tenía extendido el nombramiento. Lo daban tan por hecho que, antes de reunirse el Consejo, Barriobero se presentó a tomar posesión, y la tomó en el acto. Al reunirse el Consejo, aquel mismo día, se trató del caso. Parece ser que Prieto hizo una biografía muy lucida de Barriobero, y el decreto no se aprobó. García Oliver salió diciendo que ignoraba todas aquellas cosas. ¡*Sancta simplicitas*!

El fiscal de ahora es Eduardo Ortega, hermano del filósofo, y uno de los jabalíes de las Constituyentes. No sería adular a don José decirle que tiene más talento que don Eduardo. En el reparto de los dones personales, don José se ha quedado con el talento y don Eduardo con el pelo, que lo tiene hermoso, rubio y rizoso, en una disposición entre leonina y dantoniana. Hacía su carrera política, como miembro del copioso clan de los Gasset, a la sombra de la monarquía. Fue director general en Justicia, en una situación liberal. Cuando advino la dictadura, se puso enfrente y la combatió. Su conversión al republicanismo debió de ser profundísima, porque después le ha gustado repartir patentes de republicano. Fue de los que vieron con menos agrado mi para ellos brusca e imprevista elevación. A su juicio, yo no era buen republicano. No tenía dieciséis cuarteles de republicanismo. ¡Chuscadas de la comedia política! Se metió en la campaña de Casas Viejas furiosamente. ¿Por qué? ¿Tan solo por hacer daño al Gobierno y a mí? Hablaba de aquel caso con la obtusa seguridad de un fanático, más aferrado a lo que cree que no a lo que ve. El año pasado aún no había hecho acto de contrición, otros lo han hecho, aunque demasiado tarde para su limpieza moral y para el crédito de su agudeza. Ahora está muy fino conmigo, muy respetuoso. Le he recibido dos veces, como fiscal, con la amabilidad sonriente y candorosa que me cumple. No habrá advertido, ni en un pestañeo, que me acuerdo de sus injustas brutalidades. Es mi obligación, después de todo.

Más informes reservados. Prieto me ha remitido uno muy voluminoso, de autor para mí incógnito hasta ahora, en que se pretende describir la situación del campo rebelde. El ministro concede al informe bastante valor, sin duda porque conocerá al autor y le inspira una confianza suplementaria en el documento. No dudo del buen propósito de quien lo haya escrito; pero el resultado no corresponde al esfuerzo. Declara que ha estado *tres días* en las provincias sometidas a los rebeldes, llegando hasta la línea, desde Irún, y que ha tardado un mes en ordenar su dictamen. En tres días, o cuatro, poco puede averiguarse que no esté ya sabido y a la vista de todo el mundo. Buena parte del informe se compone de documentos oficiales de los rebeldes: decretos, órdenes de servicio, proclamas, etcétera. Todo ello enseña poco y prueba menos. Queipo es muy popular, como lo demuestra el hecho de que en muchos pueblos han dado su nombre a otras tantas calles o plazas. Hay abundancia de todo, y los precios son ínfimos, comparados con los nuestros. Pero sufren «la tragedia del oro». Hace gran caso de la organización, número y poder de las fuerzas combatientes, pero nada sabe ni dice de los extranjeros. Le parece bien el actual Gobierno de la República; pero encuentra mal que se

prescinda de las sindicales. Ha «pulsado» la opinión extranjera. Por ejemplo: ha pasado un día en Londres, y, convidado a almorzar en un club liberal, cuenta lo que oyó. En general, en el extranjero, la expresión más cabal de España es don Quijote; los rebeldes asumen a ojos de muchos el quijotismo. Etcétera, etcétera.

No tenemos suerte. O mejor, no tenemos habilidad para organizar un servicio de información. Ni para informar a los demás, como lo prueba nuestra propaganda. Por otra parte, los ojos españoles no parecen enseñados a ver la realidad. Será por quijotismo.

10 de julio

El discurso de Charles Corbin en la sesión del Comité de Londres es bueno, y responde puntualmente a lo que el Gobierno francés les dijo a Negrín y a Giral. Mientras Francia se mantenga en eso, nuestra posición es favorable. ¿Se mantendrá? El encargo dado al Gobierno inglés de que busque una transacción entre las proposiciones opuestas, o es el último responso a la desacreditada no-intervención o puede ser el medio de abrir brecha en contra nuestra, dada la táctica inglesa de contemporizar. Lo que estos días me preocupa es que se conjugue una supuesta o aparente retirada de los extranjeros con un reconocimiento de la beligerancia, más o menos condicional. Giral me ha dado sobre esto muchas seguridades tranquilizadoras, y lo ocurrido ayer en Londres las confirma. Pero aún no es tarde. Lo que nos importaría ahora sería la desaparición del embolismo de la no-intervención, en virtud de ser radicalmente inconciliables las tesis conocidas. Además de la resistencia francesa, nos viene bien en estos momentos que los rebeldes se nieguen a la retirada de los combatientes extranjeros, porque negándose no podrá haber componendas sobre ese punto. Si desapareciese el Comité y todo lo que representa, como el conflicto seguiría en pie, y, sin apariencias de solución, podría volverse sobre el tema de la repatriación de los extranjeros, de otra manera, y como medida de pacificación, que podría ser recomendada y votada por la Sociedad de Naciones, si Inglaterra y Francia quieren entrar por ese camino.

Hoy se clausura en Valencia el Congreso de intelectuales antifascistas. He rehusado asistir a la sesión, no obstante las extemporáneas y tardías invitaciones que se me han hecho esta misma tarde, «a título particular», o quizás a causa de ellas. El mes pasado me visitó Bergamín, con otros escritores para mí desconocidos personalmente. Me habló del Congreso y de

mi posible asistencia a una sesión. Le contesté que no me comprometía a nada, que trataría de ello con el Gobierno, y que dependería todo de lo que fuese el Congreso mismo y de las circunstancias políticas y militares del momento. Nadie volvió a hablarme del asunto. La víspera de la inauguración, por la tarde, el subsecretario de Instrucción Pública telefoneó a Bolívar, preguntándole si asistiría yo, como se había en cierto modo anunciado. Le hice contestar que yo no sabía nada del caso, que era para tratado y resuelto con el jefe del Gobierno, y que por tanto, para el día siguiente, que no contasen conmigo. El Congreso no ha valido nada. Ha venido poca gente y poquísima de renombre. La aportación española no ha sido más lucida. A la inauguración asistió parte del Gobierno, con su Presidente. Después los han llevado a Madrid, a celebrar dos sesiones en un cine, y varios banquetes. Aguantaron una noche de bombardeo. Veo en los periódicos que una de las sesiones la presidió la señorita León, y que en otra Corpus Barga propuso una censura contra André Gide. El Congreso le cuesta un dineral al Estado, y el día de la primera sesión no tenían máquinas de escribir, ni lápices, ni papel, ni taquígrafos. Así me lo contó Domenchina. Cuando vino Negrín a La Pobleta a despedirse para Madrid, porque deseaba estar presente al empezar las operaciones, me habló del Congreso de los intelectuales. Se disculpó de no haberlo hecho antes, pero se le había olvidado. Le dije francamente que se me habían quitado las ganas de ir a hacer un discurso en la sesión de clausura. El Presidente se marchó a Madrid y no ha vuelto. Allí están Prieto y Zugazagoitia. También creo que está ausente el ministro de Instrucción Pública, cosa extraña, habiendo de por medio una ceremonia de intelectuales. El caso es que anoche su subsecretario volvió a hablar del asunto con Bolívar. Le hice decir que era cosa acordada con el jefe del Gobierno que no iría a la sesión. Y esta tarde, Bergamín habla por teléfono, «a título particular», lamentando que no vaya, quizás a causa de un *malentendu*, y pidiendo verme unos minutos. Encargué a Bolívar que le hiciese saber que, sintiéndolo mucho, no iría. Es probable que todos se piquen. Por lo visto, es inútil esperar que haya gente capaz de hacer bien las cosas, sobre todo cuando es menester tacto y cortesía para hacerlas bien.

12 de julio

Ayer tarde, domingo, vino Giral con su mujer. Estuvieron aquí hasta el anochecer. Hablé largamente con el ministro de las cosas de Londres. Me trajo los últimos despachos de Azcárate y de Ossorio. Estos señores se

inclinan a pensar que es el fin del Comité de No-Intervención. Por si acaso, rogué a Giral que hablase nuevamente con los embajadores para que busquen contacto con los Gobiernos, y procuren averiguar a tiempo lo que se urde, e insistir especialmente cerca del Gobierno francés para que no se cueza un nuevo pastel que nos haga daño. «Si lo de Londres se disuelve —le dije al ministro— habrá que volver inmediatamente a Ginebra. ¿No le parece?». Está conforme. Pasamos revista a otros asuntos: evacuación de refugiados en las embajadas, canje de rehenes y prisioneros, etcétera. También se habló de la última sesión del Consejo de escritores. Asistió Giral, y Martínez Barrio, invitado a última hora. ¡Qué bien ha estado la ausencia! Como yo me figuraba: una birria. Los congresistas, en mangas de camisa, fumando. La sesión no era ya de clausura, porque han acordado «clausurarse» en París. Habló Fernando de los Ríos. Muy aplaudido. Giral me dijo que no había comprendido su discurso. Y cuatro palabras de Martínez Barrio.

Extrañándome de que el ministro de Instrucción Pública no concurriese al acto, vine a averiguar que en Valencia no había ayer más ministro que Giral. Me incomodé, y él también lo está. Casi todos los ministros se han ido a Madrid, a farolear, quién sabe si a ganar personalmente una batalla. Como no quiero decirle a Negrín ciertas cosas por telégrafo, le encargué a Giral que le llame desde el ministerio y le diga de mi parte el desagrado y la contrariedad que me causa ese proceder. Hay quien toma la guerra como un medio de propaganda personal y política. Y, si se consigue algo en esta ocasión, poder gritar mañana: «Yo estuve allí, haciendo *una gran labor*». En nuestro mundo político abundan las vicetiples: quieren que les echen todo el foco.

Anochecido, Fernando de los Ríos preguntó por teléfono si podía venir a despedirse. Vino, en efecto, y hablamos media hora. Sobre todo, de nuestra acción posible en el exterior, y de las orientaciones que pueden sugerirse en Washington y otras capitales americanas. Insistí mucho en esto, y le rogué que tuviera presente, y lo dejase entender cuando conviniera, mi decisión de echar en la balanza, en el momento crítico, todo el peso de mi autoridad y de mi popularidad. Me habló también de su arraigado liberalismo y de su humanismo, y espera que estos conceptos, y cuanto encierran para la política, se restauren, en virtud de las lecciones de esta experiencia. Por algo los españoles hemos inventado la palabra *liberal*. Cree que es nuestra aspiración más profunda. Y no ha abandonado su convicción de que una sociedad puede transformarse sin necesidad de proceso revolucionario.

Hoy he ido a Valencia. Varias comisiones y funcionarios. El general Martínez Cabrera, que ha regresado del norte. Le he encargado que me haga

una relación sucinta de lo que allí ha visto. Ramón Tenreiro, que viene de Castro Urdiales, donde veraneaba al estallar la insurrección. Está muy flaco. Ha perdido veinte kilos. «Hemos pasado hambre —me dice—. Muchos días, mi mujer y yo no hemos comido nada; mi mujer tenía que hacer jornadas de quince o veinte kilómetros para encontrar un poco de alimento para nuestros hijos». Me describe los horrores que han pasado al desembarcar en San Juan de Luz. No tiene nada y busca trabajo. Lo que me cuenta de allá, lo sé de sobra.

A última hora he recibido a don Pedro Corominas. Hablamos de los asuntos de Cataluña. Va a asistir a la reunión de la Comisión permanente del Parlamento catalán. Como los poderes del Parlamento expiran en noviembre, y hay que convocar elecciones con tres meses de anticipación, me dice Corominas que habrá de ser disuelto el mes que viene, o prorrogado. Le arguyo que la prórroga no puede hacerla nadie, y no van a incurrir en la arbitrariedad escandalosa de que el propio Parlamento prorrogue su existencia. «Durante la guerra —contesta— así lo hizo Francia». «El caso no es igual. Francia tenía diez provincias invadidas, y movilizados unos cuantos millones de hombres. Estaban ante una invasión extranjera, en que se jugaba la existencia nacional. El Parlamento entonces existente no había dejado de funcionar, y estaba completo, menos las bajas de guerra. Lo de Cataluña es muy diferente, en todos los puntos». Corominas lo reconoce así, y añade que el argumento de más peso, para él, en favor de la disolución y de la convocatoria de elecciones, no es la ilegalidad de la prórroga, sino el hecho de que el Parlamento actual ha desaparecido casi por completo. No se juntarían más de veinte diputados, de setenta y cuatro que son. Y los que quedan son los peores, «los de menos significación y prestigio». Se lamenta de que se haya prescindido del Parlamento; ha sido un error, un disparate, impuesto por los sindicalistas. «¡Ahora caen ustedes en la cuenta! —le digo—. ¡Cuántas veces les he dicho, a los de aquí y a los de allí, que un día echarán de menos al Parlamento y a las Cortes!». Corominas afirma que siempre ha sido ese su criterio. No lo dudo. Pero esté o no comprendido entre ellos, ha habido muchos republicanos, convencidos de que ya esas cosas habían pasado a la historia, y que se implantaba lo que Companys llama «la democracia expeditiva», que viene a ser una demagogia irresponsable traducida por un arbitrio personal. Le hago notar además el buen efecto que produciría la celebración de elecciones, cualquiera que fuese su resultado. Corominas asiente. Hace muchos argumentos contra la posibilidad de unas elecciones libres. La CNT no acudirá a ellas. «Tanto mejor». «Pero, con sus métodos,

impediría que se vote libremente». «De aquí a las elecciones —respondo— hay tiempo sobrado de hacer en Cataluña la política de Orden público necesaria para que tales cosas no prevalezcan». También apunta el temor de que la CNT resolviese votar y llevarse al Parlamento un grupo perturbador y tal vez predominante. Las sindicales no tienen por qué intervenir en las contiendas políticas. Son organizaciones del trabajo. La política deben conducirla los partidos. «Ahora bien —prosigue Corominas—, en Cataluña, además de lo que puede hacer la CNT, tenemos el caso de que la UGT ha absorbido, por coacciones, grandes masas de republicanos de izquierda, que se han visto obligados a entrar en los sindicatos para poder ejercer una profesión». Teme Corominas que, en caso de elección, todos esos republicanos de izquierda, refugiados en la UGT, no pueden votar según un criterio de partido, y se les imponga para eso una disciplina sindical. En el orden de los partidos, y respecto de la libertad que cabe en las elecciones, Corominas se pregunta si se podrá ser en ellas «regionalista». «¿Por qué no?». «Los hombres más significados de la Lliga, como Cambó, Ventosa, Rodés y otros, están con los facciosos. José Puig y Cadafalch, no. Lo regionalista sonará a fascista». «El caso es, en efecto, difícil, y cualquiera que sea el remedio no se podría augurar a ese partido un porvenir electoral inmediato de mucha consideración; quizá de ninguna, porque no se aventurarán grandes núcleos de electores a sostenerlo. Es un argumento serio contra la autenticidad del resultado electoral; pero es el mal menor. El mayor es que las cosas continúen como están. Y de todos modos, ahora o más adelante, al salir de este caos, siempre se encontraría un partido moderado, sospechoso, en aquella situación, para empezar. Por otra parte, las personas que usted ha nombrado, y otras muchas, no van a venir ahora a Cataluña. Pero se ha de admitir que un núcleo de opinión moderada, o conservadora, se organice y actúe en las elecciones, llámese regionalista o de otro modo, y aunque en el fondo le parezcan a usted fascistas. Los españoles tendrán que convencerse de la necesidad de vivir juntos y de soportarse a pesar del odio político. Si lo hubiesen comprendido así a tiempo, nos habríamos ahorrado todos estos horrores. Es una estupidez pensar que España quedará nivelada políticamente a fuerza de ejecuciones. Los ejecutores se revuelcan en la bestial satisfacción de decirse: “fulano ya no molestará más; mengano lleva su merecido”. La molestia y el merecido la aprecia o lo discierne cada cual según su pasión. Pero la sangre de fulano y mengano retoñará envenenada. España tendrá que soportar, además de sus dificultades permanentes, el peso accesorio de una montaña de cadáveres. Horrible. Nosotros los republicanos debemos

aprovechar todas las ocasiones para inculcar estas ideas a todos, por lo que valga, y mostrar el camino de la normalidad, tratar de despejarlo. En el caso de que hablábamos, se puede hacer un ensayo provechoso, no obstante los inconvenientes para su realización, que no desconozco». Corominas conviene en que, aun restándole autoridad o autenticidad las condiciones en que transcurriera la elección, un nuevo Parlamento catalán sería muy ventajoso y reconstituiría la vida política normal en Cataluña. «Celebro mucho que piense usted así. En el primer Consejo que tuve con el actual Gobierno hablé de los asuntos catalanes, y dirigiéndome especialmente a Aiguadé dije que era preciso renovar aquel Parlamento, convocando elecciones. Aiguadé se quedó con la boca abierta y puso cara de asombro y desconcierto, como si oyera un dislate. Le repito a usted lo que he dicho a otros: el Estatuto está perdido por culpa de ustedes, por desatinadas ambiciones catalanistas y por blandura y lenidad ante las invasiones y chantajes sindicalistas. Deseo que se restablezca, pero todo el sistema, no en pedacitos. No puede restablecerse sin darle su base, que es democrática y parlamentaria. La autonomía no es el despotismo de un grupo, etcétera, etcétera». Corominas se lamenta de los disparates que han cometido en Barcelona. El mayor, a su juicio, origen de otros muchos, es el haberse metido en los asuntos de guerra, inventando la Consejería de Defensa, el ejército catalán y todo lo que siguió. «Muchas veces —le digo— se lo he demostrado así a Tarradellas, a Companys, a Largo Caballero y a otros. Lo notable del caso es que me daban la razón, pero aseguraban que era imposible hacer lo que yo aconsejaba. Hasta que el conflicto de mayo ha obligado a todos a enterarse y someterse». «Bienvenido sea el conflicto de mayo —declara Corominas—, que ha servido para eso. El mayor culpable de lo que pasaba en Barcelona no es Companys, aunque tiene mucha culpa. La mayor es de Tarradellas, que era presidente de *La Falç*, donde se agrupaban *los locos*. ¿Quién nos metía a nosotros a hacer ejército, ni moneda, ni otras cosas? Lo que me interesaba —prosigue— era la ampliación del Estatuto en materia de enseñanza y cultura. Y eso podríamos haberlo obtenido ahora, pero por otros caminos y con otro comportamiento».

Habló del propósito de reunir el Parlamento, tal como está, para convertir en leyes los decretos de la Generalidad. Le hago notar que eso sería ir en busca de un conflicto, porque la mayor parte de los decretos son abusivos e inconstitucionales, sin perjuicio de ser también nocivos, y muchos de ellos inaplicables, e inaplicados realmente. Una convalidación por el Parlamento obligaría al Gobierno a interponer recursos para su anulación, produciéndose una situación grave. Corominas cree que no se llegará a dar fuerza de ley a los

decretos de la Generalidad; lo cree, y lo espera así, no por mi argumento, sino porque casi todos esos decretos son rechazados en la práctica, no se cumplen, y, de hecho, no rigen.

Como resumen de sus opiniones, Corominas me dice: «España ha atravesado por una revolución, que ha sido vencida». «¿Vencida por quién?». «Es verdad, no la ha vencido nadie. No ha sabido triunfar». Discutimos un poco sobre la «revolución». Corominas compara la situación actual a la de 1836. También entonces hubo una revolución, que en el orden de la propiedad hizo profundísimas reformas; que, al pronto, no sabía muy bien qué hacer, hasta que culminó en Mendizábal. Durante la revolución, todos eran *liberales*. Después se dividieron, y gobernaron los moderados. Cree que ahora va a pasar lo mismo. Vencida la revolución, estamos ya en la etapa de descenso y hay que evitar que se llegue demasiado lejos. «Como nos separan —le digo— algunas diferencias al apreciar la "revolución", no podemos estar conformes en esa consecuencia. No veo el descenso ni el retroceso. No calificará usted así al simple hecho de que el Gobierno vuelva poco a poco a ocupar el área que le es propia, por la cual se extendía a sus anchas la revolución. Si eso es vencer a la revolución, convengamos en que no era muy fuerte. Ningún Gobierno la ha prohijado, como no fuese, en ocasiones, el catalán. Y usted mismo confiesa que los decretos más revolucionarios de la Generalidad no se cumplen. ¿Por qué? ¿Quién se lo impedía, cuando mandaban a pistoletazos? Lo primero que habría hecho una revolución de verdad hubiera sido apoderarse del Gobierno. Abundancia de desorden, improvisaciones, falta de pensamiento político, de plan, de autoridad y de hombres. Han estorbado para la guerra, me temo que irreparablemente; pero, a su vez, la presencia grave de la guerra les ha estorbado a ellos, porque no podían desconocer que, lanzándose a fondo contra el poder y usurpándolo, perdían la guerra en pocas semanas. No hay retroceso, ni descenso. Muy distinto es que por una fuerza centrípeta vuelvan a rodar en torno de su centro muchas cosas que estaban violentamente desorbitadas. Precisamente, para que no haya retroceso es menester reconstruir el Estado, la función de gobierno, etcétera. Y averiguar en qué ha habido verdadero progreso y utilidad. Dolorido como estoy, y a pesar del hachazo que tantas desventuras ha descargado en mi antes robusto optimismo, si alguna vez me veo forzado a volver a la política activa, será precisamente para cooperar a que los frutos posibles de esta conmoción no se pierdan todos; para que no ocurra como al concluirse la guerra de la Independencia». «Siento encontrarme tan viejo —repuso—, que no podré cooperar en esa obra». «¿Viejo?». «Sí. Las piernas no me sostienen».

«Mientras el caletre funciona, no se es viejo para la política, don Pedro». Volviendo a las cosas del Parlamento, me habló de Casanovas, desabridamente. Casanovas se cree el hombre de la situación, superior a Companys, y aspira a suplantarlo. Según Corominas, Casanovas es ambicioso y presuntuoso, pero no tiene ninguna cualidad. Companys tiene por lo menos sobre él la ventaja de un cierto tacto, de una flexibilidad de que Casanovas carece. De Carlos Pi y Suñer tiene muy buena opinión. Le estima mucho. Pi y Suñer está muy quebrantado. De ánimo, más aún que de salud. Ha prolongado voluntariamente en La Junquera una convalecencia, por si se veía en la necesidad de huir a Francia. A pesar de sus servicios, le han saqueado la casa familiar en Rosas, su pueblo natal. «¿Qué se ha de hacer, para ser respetado?», pregunta Corominas. En cuanto a Augusto Pi y Suñer, tiene el drama en casa. Su mujer, de derechas, ha emigrado a Francia y no quiere volver. Cree Corominas que Augusto concluirá por expatriarse.

Dos veces me ha visitado hoy el subsecretario de la presidencia, una en Valencia, otra aquí, trayéndome a la firma unos decretos con la combinación de gobernadores y la disolución, por fin, del Consejo de Aragón. Se nombra un gobernador general de los territorios aragoneses que están bajo el Gobierno de la República, con iguales atribuciones que los demás gobernadores. Ahora falta el pedirles cuentas de sus tropelías. Tal parece ser el propósito del Gobierno, pero el ministro ha creído preferible apelar previamente a esos señores. He firmado los decretos de Gobernadores, autorizando al subsecretario para que los publique. Esta combinación ha sido objeto de rebatiña entre los partidos, por la desastrosa decisión de que se «pongan de acuerdo», antes de resolver el Presidente y el ministro de la Gobernación. También he firmado lo del Consejo de Aragón, pero le encargo que no se publique, hasta que yo hable con el Presidente del Consejo, o con el ministro de la Gobernación, que también está en Madrid. Por cierta nota que ha publicado Ascaso, colijo que puedan ofrecer resistencia y promover un conflicto. Deseo saber qué disposiciones se han adoptado para prevenirlo, no sea que se lancen demasiado alegremente a la operación, y salga mal. En Aragón predominan las fuerzas confederales.

Asimismo le he dicho al subsecretario que no me traiga más decretos a la firma, porque no pienso admitirlos, mientras no regrese de Madrid el Presidente del Consejo, que es la única persona que puede venir a despachar conmigo y darme cuenta de los asuntos. O el ministro que le sustituya interinamente. Por esto he retenido dos decretos de Guerra, que me trajo también Prat, y que luego pidieron para modificarlos.

Cosa de orates. L'Humanitat, de Barcelona, atribuye a Companys estas declaraciones: «… Cataluña, de acuerdo con las democracias de Europa, defenderá la integridad de España».

Humildad. Julio Just da una conferencia. Tema: «Crear». Los oyentes habrán saludado al orador con el himno *Veni, Creator*. En una fotografía del acto he visto en el escenario un retrato mío, tan grande como todo el foro. Me incluyo de grado en la creación de Just.

15 de julio

Anoche, a las doce, recibí al jefe del Gobierno, que venía de Náquera, donde habían celebrado Consejo. Estaba de regreso en Valencia desde la madrugada anterior. Por la tarde me había llamado Prieto por teléfono, desde Valencia. Acababa de regresar en avión. «¿Qué hay en Madrid?», le dije. «He salido de allí a las dos. Aquello está ahora un poco parado. El peligro está en la zona de Teruel». «Ya me he dado cuenta». En efecto, como era fácil de presumir, de no aprovecharse rápidamente y a fondo en las primeras cuarenta y ocho horas el resultado de la sorpresa, la ofensiva tendría que detenerse ante la acumulación extraordinaria de recursos lograda por el enemigo.

Negrín me ha referido sus observaciones en Madrid. En primer lugar, estima que la presencia de Prieto en el teatro de las operaciones ha sido utilísima. «Yo llego a más —le interrumpo—. La creo indispensable». «Tampoco creo que la mía haya sido inútil», añade, un poco tímidamente. «Lo admito. ¿Pero y los demás ministros? Nada tienen que hacer allí». Le habían pedido permiso casi todos para ausentarse de Valencia el sábado y con diversos motivos se fueron a Madrid tres o cuatro. Negrín tuvo el pensamiento de celebrar en Madrid un Consejo, si se tomaba Majadahonda, que habría significado la consolidación de los primeros avances. Después, desistió.

Tanto Negrín como Prieto están contentos de los resultados obtenidos y de cómo han funcionado los servicios. Mucho mejor de cuanto podía esperarse. No ha habido confusiones, ni atascos. Sobre todo, la preparación ha sido perfecta. Se consiguió que el enemigo no se enterase de lo que se iba a hacer. No hemos tenido excesivas bajas. El enemigo ha llevado allí lo mejor de cuanto tiene. Nuestra aviación ha trabajado mucho y con suerte. Nuestra mayor dificultad es la falta de mandos. No hay jefes bastantes para mover

tales masas de gente. Se podría hacer más, y, según Negrín, llegar hasta Navalcarnero, si nos decidiéramos a empeñar todas nuestras reservas y agotarlas. Pero se estima peligroso, habiendo la amenaza por la parte de Teruel, donde pueden hacernos falta. Tal piensa Rojo, que hace dos días salió de Madrid para la provincia de Cuenca, a examinar la situación. Rojo ha preparado todo lo de Madrid. Están muy contentos de él. Prieto ha atendido minuciosamente a todo, hasta en sus detalles. Su presencia en Madrid ha servido de mucho, resolviendo con su autoridad de ministro una porción de cuestiones del momento, y cortando los piques y disidencias entre los jefes. El heroico general Miaja no ha dejado de promover alguna dificultad, tal vez celoso de Rojo. Miaja, según Negrín, es un chisgarabís, no sirve para nada, no sabe por dónde va el frente, no le caben en la cabeza cuatro soldados. Rojo es muy trabajador, competente, silencioso, disciplinado. Debía ser el verdadero general, pero le faltan dotes de mando. Opina Negrín que la experiencia ha sido buena, aunque no se consiguiera ya nada más, porque demuestra el progreso del ejército y la seguridad de que se perfecciona en su poder ofensivo.

—Todo eso estaría muy bien si no tuviéramos que contar con la actividad del enemigo, que no nos dará reposo para alcanzar esa perfección. Ya pueden ustedes estar alertas en la zona de Teruel.

Hablamos de la situación exterior. Ossorio ha comunicado desde París lo que él cree sobre la propuesta inglesa. La prensa de hoy lo confirma: Observadores neutrales en nuestros puertos. Beligerancia a las dos partes en cuanto empiece a realizarse la retirada de combatientes extranjeros. Aplicación del control a los barcos que naveguen con nuestro pabellón. Desastroso. En pocas palabras: el bloqueo, en vista de que el control naval no nos ha asfixiado. Inglaterra nos aprieta el garrote. Siempre lo he temido. Y suavemente introduce lo de la beligerancia. Les bastará a los rebeldes prestarse a la comedia de reembarcar un batallón para que el reconocimiento se haga y funcione en nuestro perjuicio. Todo ello parece una farsa concertada. ¿Querrá el Gobierno francés mantener su criterio último? De su resolución depende. Porque de la oposición de la URSS no puede esperarse mucho. Ni le harían gran caso. Y ya dicen los comentarios oficiosos: «Veremos si hay alguien que quiera cargar con la responsabilidad de suprimir la política de no-intervención y de disolver el Comité de Londres». La advertencia no va hecha a Alemania e Italia, sino a Francia. Espero que nosotros no aceptaremos nada de eso. Más vale que nos destruyan de una vez y a cara descubierta.

Vuelvo a hablarle a Negrín de la reunión de Cortes. Hoy le ha visitado Martínez Barrio para lo mismo. La Lonja está ya arreglada para la celebración de las sesiones. Ahora salen diciendo que allí no tienen sitio las Comisiones. «Pues que se reúnan en otro sitio. Pero las sesiones públicas pueden hacerse en La Lonja». Es el parecer de Negrín. Ahora quieren los valencianos que el Estado pague los gastos de restauración de la Casa Ayuntamiento, estropeada por un bombardeo, que dejó sin su albergue provisional al Parlamento. Algunos grupos políticos no ven con gusto la reapertura de las Cortes. Me dice Negrín que le ha visitado Llopis, subsecretario con Largo Caballero, diciéndole que si hay sesiones Largo atacará fuertemente al ministro de Instrucción Pública, y que acaso valdría más esperar… Le digo a Negrín que eso no puede ser obstáculo. Que ataque quien quiera y los atacados se defenderán, si saben y pueden.

Le entrego, firmados, los decretos que estaban aquí, esperando su regreso. Hablamos del asunto del Consejo de Aragón. Le encargo mucho que el ministro de la Gobernación se cerciore de cómo están allí las cosas, y se prevenga contra cualquier veleidad de desobediencia, que acarrearía un conflicto muy grave. Me dice Negrín que han enviado tres compañías de guardias a Caspe. Si hubiera lo que yo temo, muy poco es. El Presidente se percata de mis razones y queda en tratar del asunto con el ministro.

No hablamos de ninguna otra cosa importante. Me dijo que el Gobierno deseaba que hiciese yo un discurso el domingo próximo, con motivo del aniversario de la rebelión. Lo haré, claro está, aunque he de frenarme mucho para no echar los pies por alto con motivo de las picardías británicas.

Hoy por la mañana he estado en Valencia. Visitas, entre otras, la de Emilio González López, que se despide para París, donde asistirá a un Congreso de derecho penal. «Debía venir García Oliver», dice riendo. «Ya ve usted —añade—, aún está en Justicia, presidiendo la Comisión asesora, Pavón; y Ortega continúa de fiscal. ¡Cómo está la juridicidad!». González López me cuenta que ha llegado a Valencia, evadido de La Coruña, un hijo del general Caridad Pita. Confirma que su padre fue fusilado, así como el general Enrique Salcedo, por orden de Franco, que lo estimaba necesario para la política militar. Somoza y Veiga, diputados de Izquierda Republicana, viven, escondidos. A Rufilanchas no le han fusilado aún, y se espera lograr que no lo maten. Miguel Salvador, otro de los visitantes, regresa de París, de un Congreso aduanero. Ha visto allí a Teófilo Hernando, que huyó de Madrid y de España. No está con los rebeldes. Le ha aconsejado que vuelva, a lo que

parece inclinado. Ha oído decir que a un hijo de Pérez de Ayala, alistado voluntario en las filas rebeldes, le han dado un balazo.

También he recibido a Rafael Sánchez Guerra. No le había visto desde la noche en que fuimos a Palacio acompañando a Martínez Barrio, Presidente interino, después de la destitución de don Niceto. Aquella noche, Sánchez Guerra estaba naturalmente de muy mal humor, y no lo disimulaba. Posteriormente, no hizo cerca de mí ni el más leve intento de cumplir con las apariencias. Al empezar la rebelión —así me lo refiere— veraneaba en San Rafael. Pudo volver a Madrid, y las milicias no querían dejarle entrar. Entró, por fin. La situación era difícil —creo yo— por las relaciones con Alcalá-Zamora. Ha tenido el acierto de conducirse bien. Ocupó su puesto en el Ayuntamiento, y no ha abandonado Madrid. Ahora está bienquisto y nadie le ha molestado. Acaban de darle un destino en no sé qué banco y venía a dar las gracias. Le he retenido un rato largo, hablándole de todo con llaneza y confianza, para que se convenza de que yo no tengo nada contra él.

16 de julio

La propuesta inglesa es lo que anunciaban las primeras informaciones, pero mucho más laberíntica y peligrosa todavía. Lo más irritante es la hipocresía. El Gobierno británico, deseoso de echar una mano a los rebeldes, como viene haciéndolo en todas las ocasiones críticas, no se lanza solo y por su cuenta a reconocerlos. ¡Sería un acto de intervención! Pero entre todos, ¿ya no lo es? De esa manera, no se contenta con prestarles su ayuda, sino que arranca la de los demás. Respecto del Gobierno francés, las impresiones no son buenas. Giral me ha comunicado una nota, recibida de París, con lo que se supone que ha ocurrido en el Consejo de ministros. Profunda división entre los socialistas, y algún radical, y los otros ministros. Bastaría que Francia se aferrase a que no se hable de beligerancia mientras quede un extranjero en España, para que el plan inglés fracasara, o fuese menos dañino. Pero Francia no arrostrará una situación tirante con Inglaterra. Y la URSS, quizá menos. Es muy débil su posición, y necesita de las «buenas gracias» británicas. Azcárate nos dice que nadie ha querido cargar con la responsabilidad de que el Comité se disuelva, y por eso han aceptado todos el proyecto inglés como base de discusión. Precisamente en hacer jugar ese temor consiste la coacción inglesa. Hacen como que creen en la guerra inminente. ¡Y quién se atreve a provocar la guerra! Estiman preferible regalarle sin lucha al agresor los objetivos de su guerra. ¡Y pensar que Francia, después de negarse y por haberse negado a

transigir por las buenas y amistosamente con la República alemana, ha tenido y tiene ahora que ceder, una vez y otra, ante las amenazas de Hitler, y aguantarse sus patadas!

17 de julio

A última hora de la tarde, llamados por mí, han venido el Presidente del Consejo y el ministro de Estado. Quería que conociesen los puntos principales de mi discurso de mañana, que pienso dedicar casi entero a la actualidad internacional[8]. Les he leído, apuntados en un papelito, los temas, y luego he expuesto mis opiniones. Todo lo han aprobado. Del asunto de Londres, no saben nada nuevo. Ossorio tiene instrucciones para trabajar cerca del Gobierno francés. Creen saber que dentro de este, la situación no es buena, y se hacen esfuerzos para remediarla. También creen saber que el nuevo ministro de Hacienda ha advertido en Consejo que no conservará la cartera si los socialistas no bajan el tono de su propaganda.

Negrín me ha traído varios decretos, entre ellos, el relevo del director de Seguridad, Ortega. Era ya necesario. «¿No han protestado los comunistas?». «No. Se ha presentado el caso como si los servicios de Ortega fuesen más necesarios en el ejército». No tenía candidato para el cargo. Le he indicado a Escobar, recientemente ascendido a general, y que ha prestado buenos servicios en Barcelona y en el frente de Madrid. No es ajeno a las funciones de Seguridad, porque procede de la Guardia Civil. Ha de conocer bien Barcelona, y parece hombre enérgico.

18 de julio

A las once y media me he ido a Valencia, para pronunciar mi discursito. Ha durado una hora y diez minutos. Nos hemos congregado en el paraninfo de la universidad. El ministerio de Estado ha cometido la *gaffe*, netamente provinciana, de invitar al cuerpo diplomático. La índole del acto no lo aconsejaba. Pero no me consultaron. El calor, irresistible. Nunca he sudado tanto. El discurso ha gustado mucho. No estoy del todo satisfecho. Me parece que no se me ha ido la mano, pero yo sé muy bien que no estaba «en forma»; había dormido poco, y, en general, por las mañanas estoy siempre menos dueño de mis recursos que por la tarde. Creo también que, como no lo practico, se me está olvidando el oficio de orador. De todos modos, el público

está contento. La primera mitad del discurso ha sido muy bien recibida, no obstante las amargas previsiones que podrían sacar de ella. Cuando he hablado contra la política de exterminio y de venganza, y de la necesidad de habituarse a vivir juntos, por mucho que los españoles se odien, el auditorio se ha puesto en pie, aclamando estruendosamente, con delirio, con alegría. Una señora le ha dicho después a mi mujer: «¡Qué valiente es el señor Presidente! ¡Decir esas cosas en estos momentos!». «Pues ya ves —he contestado— que el público está deseando que se las digan». Así es, y por eso se las digo, además de porque las pienso. Mucha gente las siente también, aunque no se atreva a decirlas temiendo pasar por tibia, e incluso no se atreven a formularlas en su interior, no sabiendo si es esa la moral que han de tener. Ahora ya se atreverán, y lo dirán, y podrá ir creándose un espíritu nuevo. Sobre todo, pensando en el porvenir. Las alusiones a ciertas cosas y personas de la retaguardia han sido entendidas por todos. En realidad, estas reflexiones y orientaciones, debieran hacerlas y proponerlas los partidos, sus directores y oradores. Pero hay poca gente que discurra por cuenta propia, y menos aún que sepa desenredarse del barullo de cada día, y todavía menos que se atreva a no seguir la corriente. Me toca a mí, como tantas veces, dar el *la*. Mi discurso de enero alivió el ánimo de mucha gente. Veremos si el de hoy es, por lo menos, tan útil. Preveo, para dentro de algún tiempo, la necesidad de decir otras cosas, que no se quieren tomar ahora en cuenta. Llegará la oportunidad, y la aprovecharé. Pero estoy seguro de que en algún momento se producirá el disentimiento.

Por la tarde, ha estado aquí Bernardo Giner, que me habla de su viaje a Madrid. Me asegura que la defensa de las presas del Lozoya es ya completa. Sorprende que en un año no hayan dejado a Madrid sin agua. Por lo visto no se han dado cuenta de lo fácil que era. También me habla de los trabajos del ferrocarril de Tarancón a San Fernando, en los que hay empleados ocho mil hombres, y harían falta veinte mil, para terminarlo en tres meses, con lo que se resolvería el abastecimiento de Madrid. Por fin, se ha adquirido una estación de radio muy potente, que ha llegado, después de muchas peripecias, a las inmediaciones de Valencia, donde va a ser instalada.

19 de julio

He ido a Valencia y recibido la visita de Aguirre, el Presidente del Gobierno vasco. Estuvo en el acto de ayer. Larga conversación. Muy afectuoso, muy respetuoso. «Yo sé a quién hablo —me dice— y por eso me

expresaré con franqueza». Describe la tragedia «del País», que se ha consumado por lo que él llama «indefensión», es decir por falta de aviación. Ya no atribuye la falta —por lo menos, no me lo ha dicho— a indiferencia y abandono del Gobierno de la República. Pero atribuye una importancia decisiva al efecto desmoralizador de esa falta. Me refiere casos de heroísmo de las tropas vascas. A fines de abril, los técnicos militares (Llano, Montant, Ciutat, Arrambarri, etcétera), convocados a junta, opinaron que el enemigo tardaría de cuatro a ocho días en llegar a Bilbao. Los militares, a juicio de Aguirre, no sentían emoción alguna por la causa, y se desmoralizaban, desmoralizando a los demás. Se decidió, en vista de eso, a asumir el mando, aunque no le correspondía, porque estaba seguro de levantar así el ánimo de la gente, como ocurrió. Se le escapa decir que el «cinturón» de Bilbao no estaba armado en esa fecha, porque no se creía en un peligro inminente. Del general Gamir asegura que es buena persona y de excelente intención, pero que «estos militares de la antigua escuela» no son los más adecuados. Se queja de la propaganda comunista, que en el «País» produce malísimo efecto, porque allí son demócratas y cristianos, y las ideas y criterios «mongólicos» repugnan. Me enseña unos cuadernos de propaganda, con dibujos y fotos que le escandalizan. Los batallones vascos llevaban capellán. La caída de Bilbao produjo el desmoronamiento de la moral del ejército. Perdida la tierra, ya nada tenían que hacer. Él no está conforme con eso; hay que defender el País fuera de él. No tienen más que una palabra, y quiere recordarme lo que me había dicho en Madrid: que se batirían con entusiasmo si les otorgaba la autonomía. Niega que se hayan pasado al enemigo batallones enteros. Mucha gente se ha pasado, creyéndolo todo perdido, al perderse Bilbao; pero unidades en masa, no. Se dejó en Baracaldo y contornos una fuerza de gente de las Encartaciones, porque conocen mejor el terreno. A muchos de estos hombres, sus propias familias los indujeron a entregarse. Bastantes lo han pagado con la vida. Se ha opuesto el Gobierno vasco a que se hiciesen destrucciones bárbaras e innecesarias, como querían los militares y los rusos. Se han resistido a aniquilar las fábricas y otras riquezas acumuladas en tantos años de trabajo. Los militares querían volar unos altos hornos que valen sesenta millones de pesetas. Bastaba, y ha bastado, apagarlos, y algún desperfecto bien pensado, para que no puedan utilizarlos en muchos meses. Lo mismo han hecho con la fábrica de explosivos de Galdácano. Aguirre pudo convencer a Gamir de que no volasen el pantano que surte de agua potable a Bilbao. La obra es costosísima, y volarla habría producido, además, la inundación de varios pueblos, causando víctimas. Era suficiente abrir las

compuertas. «Hemos procedido así —dice Aguirre— porque pensamos volver a nuestro país. Si no tuviéramos ese pensamiento, la desesperación podría habernos inspirado otra conducta». A los prisioneros políticos ha sido necesario ponerlos en libertad. No sabían qué hacer de ellos, y corrían algún peligro. Formaban una columna de dos mil personas, que caminaba a pie por las carreteras, en un estado lamentable, porque los camiones eran para la tropa. Gracias a estas determinaciones, en Bilbao no ha ocurrido nada, o casi nada, al entrar los rebeldes.

La ofensiva sobre Vizcaya la emprendió el enemigo con unos 30 000 hombres, y treinta y tantos aviones de bombardeo, sin contar la caza. Después han llevado más. Estima Aguirre que las bajas del ejército leal ascienden a treinta mil. Hay batallones reducidos a setenta hombres. Cree que las bajas de los rebeldes son más. Lo cual, admitido, obliga a pensar que su ejército sería mucho mayor de lo que dice Aguirre. Es innegable que reunió una aviación numerosísima. En el Gobierno se han llevado bien con los comunistas. La CNT se ha portado bien, en general, durante la campaña. Hubo algún incidente grave, dentro de Bilbao, con un batallón de la CNT, pero se cortó, y no se ha repetido. Confirma que Espinosa, miembro del Gobierno vasco, y el comandante de artillería, Aguirre, han sido fusilados por los rebeldes. Tomaron tierra detrás de sus líneas, al regresar de Francia. Aquí creíamos que por accidente. Aguirre afirma que por traición del piloto, Yanguas, que tomó tierra en la playa de Zarauz, de la que precisamente habían quitado las casetas. Tenían mucha confianza en Yanguas. Varias veces le había dicho a Aguirre que esperaba tener la satisfacción de llevarlo en algún viaje. Cree ahora Aguirre que tenía intención de entregarlo.

Le pregunto por algunos oficiales fugitivos. De Montant, teniente coronel de ingenieros, me dice que es muy buen jefe, y adicto a la República. Admiraba mucho las virtudes militares de las tropas vascas. Le hacía muchas protestas de adhesión a la República democrática y al propio Aguirre, en su función de Presidente, como representante del Estado. Alguien le ha dicho que Montant ha aparecido muerto; pero las más de las informaciones coinciden en que se fue a Francia, cree Aguirre que por miedo de ser asesinado. ¿Por quién? Vagamente me dice que por los extremistas. De Naranjo, jefe de la Guardia Civil, que estos años últimos brujuleaba mucho en la inspección general del cuerpo, y fue ayudante, o cosa así, de Cabanellas, opina que también se ha fugado por miedo. Naranjo le suplicó que no lo dejase ir a Santander, adonde le destinaban, y que con cualquier pretexto lo retuviese a su lado. Así se hizo. Naranjo afirmaba que en cuanto llegase a

Santander lo matarían. ¿Quién? Aguirre parece encontrar en tales temores, si no justificación, excusa para esos hombres. También me habla del marino Navarro, que fue ayudante mío, o, mejor dicho, lo era cuando desertó de su puesto de jefe de las fuerzas navales del norte. Parece que Navarro me quería mucho —lo dice Aguirre— y me ponía en las nubes. Atribuye su fuga también al miedo, pero la conducta de Navarro ha sido tan escandalosa y dañina, que Aguirre se embarulla y no insiste. En realidad, Navarro estaba «derrumbado» desde el principio.

Sobre la situación actual en el norte, hace los más negros presagios. Los mismos que yo formo, hace meses. Aquella zona pasa hambre, a causa del bloqueo. Los dos destróyers y los tres submarinos que tenemos allí, no hacen nada. El Gobierno vasco pidió y obtuvo que las tripulaciones sublevadas fuesen sustituidas por tripulantes vascos; pero, en cuanto han ido a Santander, han sacado a los vascos y restituido las antiguas tripulaciones. No hacen más que pasearse por la ciudad. Así, el *Cervera*, casi solo, se basta para mantener el bloqueo. Los barcos mercantes ingleses que quieren entrar en Santander ceden a la primera intimidación, aconsejados en eso por los destróyers ingleses. La política del Gobierno inglés ha cambiado completamente hace mes y medio. Lo advirtió Aguirre en sus conversaciones con el cónsul en Bilbao. La consideración de que tienen el mar a su espalda, difunde la inquietud y la zozobra entre los habitantes. Si los rebeldes consiguen dar un corte, por ejemplo, hacia Reinosa, se producirá un desastre incalculable. Así lo creo. Se agrava la situación con la presencia de cien mil y tantos evacuados de Vizcaya. Repartidos en toda la zona norte, dice Aguirre que los llevados a Asturias están mejor incluso que en sus pueblos; no así los de Santander. (Ni aun en estas circunstancias, las estúpidas rivalidades y celos provincianos ceden). Aguirre se queja de que el Gobierno vasco, refugiado en Santander, padece vejaciones y desprecios. No sé bien si entre ellos se cuenta el hecho de que los hayan alojado en una casa próxima a una batería de la costa, lo que les ha valido ya algún bombardeo. Me refiere el caso, quizá para incluirlo en la lista de los desprecios, pero no lo aseguro. Al tomar el avión para venir a Valencia, la policía ha estado descortés, obligándole a presentar su documentación personal, no obstante haberse dado a conocer… Sacar del norte a los vascos refugiados es una necesidad, incluso para la guerra. Aguirre quisiera que el Gobierno vasco dirigiese la operación. Las autoridades de Santander se oponen. Pretende Aguirre que el Gobierno de la República conceda al Gobierno vasco una especie de jurisdicción particular sobre los fugitivos del País. No creo que pueda ni deba hacerse, porque los emigrados

de Vizcaya no son una tribu peregrinando por tierra extranjera. La pretensión es significativa, por el sentimiento de que procede. El de no «contaminarse». Hay un no sé qué de hebraico en todo eso. Como no cuenten con la promesa de que Dios separe las aguas del Cantábrico para que los vascos vayan a pie enjuto desde Santander a Burdeos. Y nadie más que ellos. Aunque en esta conversación no había para qué tocar ningún problema político de fondo, las palabras y juicios de Aguirre destellan con frecuencia un particularismo violento, cerrado.

Pero lo más significativo apareció al final. Hablando de lo ocurrido en el frente de Aragón, que, a juicio mío y de casi todos, era el lugar de donde debía haber partido una ofensiva nuestra para auxiliar al norte, y de las causas del fracaso, Aguirre me pregunta qué tal estaría traer unas divisiones vascas a Huesca, para emplearlas en esa zona. Sin pararme a examinar los motivos de la propuesta (si es que tales divisiones no hacen falta donde están, cosa poco creíble; o que no quieren batirse fuera de su tierra; o que los bilbaínos no gustan de defender Santander…), le opongo la imposibilidad de realizarla: «¿Por dónde iban a venir? Por mar, es imposible, y por Francia no lo consentirían». «¡Qué sé yo…! Como heridos…». «¿Heridos? También son combatientes, si no quedan inútiles. Y a nadie le haría usted creer que íbamos a transportar quince o veinte mil heridos de una región a otra». «Pues es lástima. El cuerpo de ejército vasco, ya reorganizado, rehecha su moral, se batiría muy bien poniéndolo sobre Huesca. Se enardecería en cuanto le dijésemos que íbamos a conquistar Navarra». «¿Navarra?». «Sí. No es que tengamos el designio político de dominarla nosotros… Pero ha sido desleal a la causa vasca. El ir sobre ella entusiasmaría a nuestra gente…».

No dije nada. Recordé las frívolas expansiones de Irujo, este invierno, cuando para después de tomar Vitoria y Miranda, me prometía la conquista de Navarra. E Irujo es de Pamplona, según creo. Y ahora, este Gobiernito vasco, derrotado, expulsado de su territorio, sin súbditos, apenas con tropas, y desmoralizadas, se encandila, y cree que encandilaría a sus gentes (a lo mejor es verdad), pensando en «la conquista» de la provincia limítrofe y rival. Su resorte, para una acción coordinada en la causa común, sería el ir a desquitarse de mortificaciones y discordias locales. Es mi tema: guerra de provincias, y aun de cabezas de partido. Por eso: mil (1000) consejeros de Defensa en Cataluña, y hasta un ministro de Marina en Burjasot.

Aguirre se va a Madrid a conferenciar con Prieto. Antes de volverse al norte, vendrá a verme de nuevo. He observado que Aguirre habla y pronuncia el castellano como un burgalés.

He recibido también a Sapiña, diputado por Castellón, nuevo director general de Minas. Me refiere cosas que ya le había oído a su antecesor. Una de las gracias del Consejo de Aragón es haber reducido, con sus acertadas medidas, la producción de carbón en Utrillas *a la décima parte* de lo que solía ser. Me dice Sapiña que está resuelto a hacer frente al Consejo. Sabe, como yo, por los periódicos, que ayer estuvo en Valencia Ascaso. Y añade que le acompañaba una guardia de veinticuatro hombres. «¡Qué ocasión —exclama — para detener a toda la banda!». Han detenido a un secretario de Ascaso, que era agente de March. ¡Qué casualidad! Por cierto que de este asunto le hablé de nuevo anteayer al Presidente del Consejo, instándole a que lo resuelva. Me dijo que el ministro de la Gobernación tiene preparados once batallones de asalto. Ya creo que bastan.

Pedagogía: Sapiña me confirma lo que ya sabía acerca de los fusilamientos que los rebeldes han hecho en Teruel. Fusilaron a Vilatela, diputado de mi partido, y a otros muchos republicanos, entre ellos al presidente provincial del partido, que se apellidaba Andrés, y era director del Instituto de Segunda Enseñanza. El piquete de ejecución lo formaron los alumnos mayorcitos del propio instituto.

Esta tarde ha estado aquí Amós Salvador. Me ha contado cosas de su viaje a Madrid, que coincidió con el de los congresistas intelectuales extranjeros. Pasaron un susto morrocotudo. Algunos, viendo que la estancia en Madrid se prolongaba más de lo anunciado, y hallando sin duda la broma un poco pesada, se marcharon a Cuenca, que es ciudad más apropiada al turismo. Estando en un banquete, se recibieron unas banderas que enviaba presentadas un jefe de columna, como acabadas de coger al enemigo. No faltó quien lo achacase a comedia, y entonces se les invitó a ir hasta las líneas. Los llevaron a Brunete. Algunos hubieron de pasar tres horas tirados en la cuneta, a causa del fuego. Amós dice que el abastecimiento de Madrid había mejorado mucho: un día de la semana había carne, y otro, pescado. Pero con la movilización para la ofensiva, las cosas han vuelto a estropearse, porque todos los caminos se han necesitado para el transporte y avituallamiento de las tropas.

20 de julio

Los periódicos han recibido en general muy bien mi discurso. Algunos vienen ditirámbicos, otros se limitan a lo informativo. El periódico comunista, *Frente Rojo*, me dedica un largo artículo, y pretende que de mi discurso se deduce la necesidad, casi el consejo, de llegar a la unificación de los partidos proletarios. Parecen propagandistas de un jarabe o de unas pastillas: siempre han de rematar el *boniment* recomendando la droga. Por otro lado el periódico de Largo también cree encontrar en mi discurso razones que abonan sus tesis y su táctica. *El Heraldo*, de Madrid, se descuelga con un artículo encomiástico que hace reír. *CNT*, de Madrid, ni siquiera da noticia de que se haya pronunciado tal discurso. No hacía tanto el *ABC* monárquico. Todos, aun los más fervorosos en el aplauso, dejan sin comentar aquello del odio y del exterminio. Sí, ya sé. Ahí duele.

Me entero, por el subsecretario, de que el Presidente del Consejo se ha ido al frente de Teruel, para apreciar por sí mismo lo que allí sucede. Nada bueno, en mi opinión. También ha estado por allí Rojo. Pero no conozco sus impresiones. A última hora de la tarde ha venido a visitarme Angel Riaño, jefe de Estado Mayor de Aviación. Tenía su puesto de mando en Alcalá durante la ofensiva de Madrid, y se ha visto obligado a que lo evacuen por enfermo. Apenas si se tiene de pie. Está hecho un espectro. Me ha contado minuciosamente los servicios prestados por la aviación, está muy contento. El nuevo personal es magnífico. En los combates de Madrid de estos días se le han derribado al enemigo más de cincuenta aparatos, a cambio de muy pocos nuestros. Riaño supone en los aviadores enemigos falta de moral. Admira mucho a «Montenegro», el primer general de Aviación que ha visto en funciones, es decir, manejando la armada aérea como fuerza independiente y con giros propios, además de las misiones de acompañamiento. Escena diaria de «Montenegro» con los mandos de Aviación para examinar los resultados de la jornada y preparar las órdenes de la siguiente. Minuciosidad. Precisión. Conocimiento y aprobación del jefe de operaciones. Dejadez española: «¿Para qué vas a leerme ese rollo?». La cifra de bajas del enemigo en los combates de Madrid, que Riaño recibe de informes de «los amigos», me parece fantástica, por lo exagerada. Pero él dice que esos informes suelen ser muy seguros.

A las diez de la noche me ha llamado Giral para contarme que el Subcomité de Londres ha aplazado *sine die* sus sesiones, en vista de que el italiano no quiere discutir la retirada de «voluntarios» mientras no se restablezcan los observadores extranjeros en la frontera francesa. Si, en efecto, es ese el motivo, concluiremos por sentir lástima de las «grandes»

potencias. ¡Qué de bofetones! Existe probablemente el propósito de poner a Francia en el trance de ceder humildemente o de cargar con la «responsabilidad» de que se acabe la política de no-intervención. Estamos viendo cosas que parecían imposibles. ¡Un Gobierno inglés declarando en la Cámara que el artillado de las posiciones españolas frente a Gibraltar no tiene importancia!

22 de julio

Ayer por la tarde vino Aguirre, a despedirse. Ha estado en Madrid, ha visitado algunas líneas. Naturalmente, las obras de fortificación que ha visto son muy inferiores a las que habían hecho ellos en Vizcaya. Le parece que Prieto está muy pesimista. Asegura que Prieto ha encontrado bueno el proyecto de traer al frente de Aragón unas divisiones vascas, y que le ha autorizado para que busque los medios de realizarlo. También cree y espera que el Gobierno le satisfará en lo de la evacuación de los fugitivos vascos. Le pregunto por la suerte que hayan corrido algunas personas. En general, Aguirre cree saber que los rebeldes han fusilado a poca gente en Bilbao. «Verdad es —añade— que todos los que tenían alguna significación política han huido». La emigración ha sido mucho mayor en la población rural del país que en la urbana. En Bilbao se habrán quedado unas sesenta mil personas. El recibimiento hecho a los vencedores ha sido frío, despegado. También Guipúzcoa continúa hostil. Cuenta Aguirre que entre los rebeldes se dice «Guipúzcoa no se convierte». Le retuve poco tiempo. La conversación no podía dar mucho de sí. Aguirre se ha mantenido en el terreno de las generalidades vagas, superficiales. ¿Deliberadamente? Tal creo. No me ha dicho más que una mínima parte de lo que sabe, y nada de lo que verdaderamente piensa sobre el pasado. ¿O será que no ve más? Parece increíble.

El Presidente del Consejo me anunció que vendría a última hora de la tarde. Como es tan desordenado, le hice decir que viniese a cualquier hora, siempre que no fuese descompasada. En efecto, se presentó aquí a las doce y cuarto de la noche. Estaba molido, y un poco aplanado. Me confesó que no había logrado dormir las dos noches anteriores. Firmamos unos decretos de personal y después se trató de cosas importantes. «¿Qué hay de Madrid?», le pregunté. «Traigo aquí una carta de Prieto, referente a eso». Leí la carta. En ella dice Prieto que el enemigo, dándose cuenta de toda la importancia de

nuestra ofensiva (supongo que no esperarían otra cosa), ha acumulado enormes elementos de combate, y tal vez se dispone a una contraofensiva a fondo, de la que solo sería un ataque demostrativo el de anteayer, no obstante su inusitada violencia. La moral de nuestras fuerzas es inmejorable. Aguantan horas y horas los ataques de la aviación, sin moverse. No se les puede pedir más. Dos cosas preocupan a Prieto: los mandos y la aviación. Tenemos escasez de mandos, y, por añadidura, algunas unidades de milicianos se niegan a admitir a los militares profesionales, ni siquiera como asesores. La aviación es un arma que se desgasta rápidamente. Hasta ahora hemos tenido mucha suerte. Las cifras dadas oficialmente son ciertas. Pero, si continuamos así, dentro de veinte o treinta días podemos encontrarnos sin aviación, y repetirse la situación de Vizcaya. Lo mismo opinan los rusos del Estado Mayor. Prieto ha telegrafiado a Pascua, para que de la URSS envíen con urgencia más aparatos. No sirve mandarlos por decenas, hacen falta por centenas. Ruega Prieto que el Presidente del Consejo hable con el embajador soviético, si ha vuelto, y que telegrafíe a Moscú.

—Siempre estamos lo mismo —le digo—. Había oído hablar de grandes arribos de material de aviación, y creía que por ese lado estábamos a cubierto.

—Recuerde usted que hace unas semanas teníamos más aviones que aviadores.

—Lo sé. Eso quiere decir que nos faltaba personal, pero no que sobrasen aparatos. ¿A qué se debe la lentitud con que se traen? ¿A parsimonia en los pedidos o en los envíos?

—Seguramente no envían más, y más aprisa, porque no pueden.

—¿Y de la fabricación en España, qué hay?

El Presidente no tenía datos positivos. Cree que ya deben de producirse algunos, pero no sabe cuántos.

—Total: la ofensiva de Madrid puede darse por terminada. Y ahora nos tocará a nosotros aguantar.

—No lo creo. Tengo entendido que cuando no se pueda sacar más ventajas en el actual frente de combate, se intentará otro ataque por la parte de Aranjuez o Seseña.

—Nada entre dos platos, créame usted. No me entrometo en lo que no me incumbe, y menos en dirigir la guerra. Pero usted sabe, como lo sabía Largo, que en mi profano entender, la liberación de Madrid no debía intentarse saliendo de las mismas líneas de Madrid, sino desde otras bases, y sobre puntos más débiles.

—El Estado Mayor Central, y el Estado Mayor de Madrid, y cuantos intervienen en este asunto, opinan que de Madrid no puede retirarse fuerza alguna para atacar en otra parte. La defensa de Madrid tiene sus flancos muy expuestos, por ejemplo, El Escorial y lo del Jarama. Debilitarla podría exponernos a un desastre.

—No lo discuto. La opinión de Rojo tiene para mí gran autoridad. Apenas le conozco personalmente, pero todo lo que sé de él me hace pensar muy bien de su competencia. Muchos militares como él hubiese yo querido conocer en otro tiempo.

Pasamos a la situación del frente de Teruel. Negrín extiende sobre la mesa un plano de las posiciones. Ha estado día y medio recorriendo la parte de Segorbe, subiendo hasta los observatorios más avanzados. Un día de estos se propone visitar la parte de Cuenca. Como se sabe, el terreno en aquella parte es muy difícil, más de cuanto puede imaginarse quien no lo haya visto. Una sola carretera, fácil de cortar y de defender con pocos elementos. No cree que se pueda llegar por ella hasta el mar. Las fuerzas que guarnecen esta parte son «confederales». Están acantonadas por los pueblos, como veraneando. Las líneas están casi desguarnecidas. Ni las fuerzas, ni su jefe, un coronel viejo, valen gran cosa. Incluso dice Negrín que valdría más que no hubiese nadie. En cuanto a disposiciones tomadas, bastará un dato. Por una pista recientemente construida se llega, y Negrín llegó, a un pueblecito, cuyo nombre no recuerdo ahora, el más próximo a la primera línea; desde él, hay unos caminos de herradura para subir a los puestos de observación. A cinco kilómetros de aquel pueblo, hay otro, creo que Cascante, sin comunicación. Por no haberse construido cinco kilómetros más de pista, que serviría de acceso a la otra del frente, los refuerzos y material que van hacia el norte de la provincia de Cuenca tienen que dar un rodeo de cerca de ¡trescientos kilómetros!

—¿Pero eso no lo ha visto nadie? ¿Ni ha ido nunca nadie por allí?

—Así parece. Toda esa parte de Teruel ha funcionado como una organización autónoma.

—Autónoma querrá decir que las fuerzas y servicios de ese sector formaban una organización independiente de las del sector inmediato, pero no independiente de toda autoridad, y, desde luego, no independiente de la del ministerio de la Guerra. Los de Barcelona tenían la pretensión de dirigir también la campaña en el frente de *Terol*, como ellos dicen. Pero esto se zanjó, según me dijo Largo, mucho antes de salir del Gobierno, poniendo todo

ese frente bajo la dependencia del ministerio de la Guerra y desde el ministerio se planeó y organizó aquella ofensiva, que fracasó en dos días.

—Mañana mismo llamaré al coronel Azcárate, jefe de la Inspección de Ingenieros, para que hagan la pista. Con trescientos trabajadores se construye en muy pocos días.

—Está bien. Pero eso es un detalle. O si usted lo prefiere, un síntoma. Imponga usted de todo al ministro y a Rojo. Así no se puede estar. Y, de lo que ocurre por parte de Bronchales, ¿qué me dice usted?

—No he podido ir hasta allí por falta de tiempo y de comunicación fácil. Pero voy a ir inmediatamente. La situación, con el plano a la vista, se aprecia bien leyendo este parte del Estado Mayor.

Puso sobre la mesa un parte, o sucinto informe, más bien, suscrito por Fontán, colaborador de Rojo, y a sus órdenes en el Estado Mayor Central, como antes en Madrid. Consiste en una cuartilla, escrita a máquina por una cara, y dos o tres líneas más en la otra. La fecha y la firma son de mano de Fontán, y unas palabras más, al pie. Lo leí dos veces. Las fuerzas con que ataca el enemigo son pocas, sostenidas por dos baterías del diez y medio y la aviación. Cabalmente, que consigan ventajas con pocos elementos caracteriza la gravedad del caso. Describe la línea en que hemos quedado, con el Guadalaviar por foso. Nos falta allá gente, artillería y aviones. Se han mandado dos brigadas de refuerzo, *pero no hay armamento para ellas*… Sin salirse de la fría concisión profesional, el parte es muy alarmante.

—Me recuerda —le digo a Negrín— los partes del mes de septiembre pasado. Varían los datos geográficos. La situación que descubre, las causas de ella y el efecto de la lectura son los mismos.

—Sí, en efecto. Lo recuerda mucho.

—Que los enemigos intentarían algo por ese lado, era de temer. Incluso habían anuncios de ello. ¿Cómo está tan descuidado?

—Todos los recursos disponibles están acumulados en Madrid y en el sur.

—Pero este flanco de Teruel es una amenaza tremenda. Usted se da cuenta de lo que sería cortarnos las comunicaciones con Cataluña, y es evidente que el enemigo piensa en ello, o que nos tomaran Cuenca.

—Sería la catástrofe.

—Pues lo que dice aquí Fontán es gravísimo.

—Creo que tiene fácil remedio.

—Remedio, lo tiene; no sé hasta qué punto será fácil. Lo dudoso es que se ponga. Esto es gravísimo, Negrín. ¿Usted tiene la facultad de atormentarse?

—Sí, señor, y mucho. Por eso no duermo. Disimulo y me callo por no atormentar a los demás.

—Conmigo no tiene usted que disimular. También me atormento, y es útil, por más que digan. A veces me reprocho el no haberme atormentado bastante. Llame usted sobre todo eso, la atención de Prieto, por más que ya lo sabe y conoce su importancia, y la de Rojo.

—Habrá que sacar algunas fuerzas de Madrid.

—Eso lo sabrá el Estado Mayor. No nos incumbe resolverlo. Tampoco voy yo ahora a establecer ninguna relación entre lo que significa lo de Teruel y la gran ofensiva desde Madrid. Pero no faltará quien la establezca, si la ofensiva sale mal, o por lo menos se esteriliza, como parece seguro. Las críticas son fáciles, conocido el éxito.

—Mientras esté empeñada la batalla de Madrid, no podrán acumular grandes recursos en este lado.

—No se fíe usted de eso, ni se tranquilice porque se trata de operaciones locales y con pocas fuerzas. De esa manera consiguen ventajas que pueden darles o prepararles las bases de partida que ahora no tengan para las operaciones de mañana. Ya ve usted, de tener nosotros la sierra de Albarracín a no tenerla, la diferencia es enorme. Ahora se han asegurado la carretera a Molina de Aragón, etcétera. Su utilidad, y la de otras ventajas, se tocará mañana. Le recuerdo a usted, o le cuento, si no lo sabe, lo que ocurrió con Navalmoral de la Mata. Dos meses estuve preguntando (por curiosidad, si se quiere, pero muy legítima y fundada): «¿Qué pasa en Navalmoral? ¿Qué se hace sobre Navalmoral?». «Allí no hay más que un centenar de guardias civiles sublevados, que merodean por los contornos», me contestaban. Que hubiese solamente cien guardias en Navalmoral, no era un motivo para desistir de ocuparlo, sino al contrario. Más había en Albacete, y se ocupó desde los primeros días, porque la necesidad de hacerlo era manifiesta y urgente. Como por Navalmoral, aparentemente, *no se iba a ninguna parte*, nadie se propuso en serio su ocupación. Se habría logrado, al principio, igual o más fácilmente que la de Albacete; o, por lo menos, debió acometerse. Unas milicias holgaban en Talavera. Mientras tanto, nos rompíamos los dientes en el Alto del León y en Somosierra y en el asedio del Alcázar, donde llegó a haber siete u ocho mil hombres, en acecho de una hecatombe. Luego resultó que Navalmoral, con tiempo para fortificarse y armarse, sirvió de espolón avanzado, y con otros puestos, como Almaraz y el Mirabete, jalonaba la marcha del ataque a Madrid. De pronto, aquellos puertos, al parecer poco armados, entraron en tensión y formaron los anillos de una cadena. En fin, no

quiero tirar de estos recuerdos. No se fíe usted de las operaciones locales sin importancia. Todo es importante. Lo de Teruel me parece gravísimo, Presidente. Lo repito. No descanse usted hasta que le pongan remedio, y pronto.

—Sí, inmediatamente. Además, iré en persona a ver lo de Cuenca, siempre se hace uno cargo con mayor precisión.

—No me parece bien que el jefe del Gobierno haga esas cosas, ni que se exponga inútilmente. Ya sé la locura que hicieron ustedes en Villanueva de la Cañada. En serio: acuérdese usted de su representación y de su responsabilidad.

—No pasa nada. Y aunque me ocurriese algo: ¡cuántas cosas me quitaría de encima!

—¡Vaya! Eso es fatiga; duerma usted más. Y no se me derrumbe.

No poco disgusto me produce descubrir, por el parte de Fontán, que escasea el armamento. Harían falta, según Negrín, doscientos cincuenta mil fusiles más. La conversación volvió a recaer sobre las operaciones de Madrid.

—Tengo mala impresión —le digo— sobre el conjunto de la guerra y sobre la famosa ofensiva. Todos dicen que en acciones de este género, la sorpresa es factor capital. Pero si en el primer momento no se aprovecha bien la sorpresa, para obtener ventajas muy importantes, que luego no haya más que completar y explotar, todo falla. Ustedes dicen que la sorpresa se ha conseguido; las declaraciones de los prisioneros lo confirman, y los primeros resultados. Lo que parece seguro, también, por lo que cuentan los que vienen de allí, es que no se supo aprovechar bien la sorpresa. Es la consecuencia de la falta de buenos mandos. Miaja decía que llegar a Brunete iba a costar cuatro días. Se llegó y se ocupó el pueblo en unas horas. La sorpresa. Pero no se continuó. Muchos que lo han visto opinan que, prosiguiendo sin dilación, se habría llegado lo mismo a Alcorcón, sobre la carretera general, con lo que el éxito de la operación habría sido grandioso. Toda esa zona del oeste de Madrid quedaba copada. Calcule usted los resultados. Como la orden decía: «Ocupar Brunete», una vez allí, ya estaba cumplida la misión. Ni en Brunete mismo, ni el escalón superior inmediato, ni en parte alguna, hubo nadie que se diese cuenta de la situación y resolviese aprovechar la imprevista facilidad del avance. Sin embargo, en eso consiste el talento militar: en sacar partido de lo imprevisto (la facultad de «atinar presto», de los clásicos) y en agotar las ventajas. La rapidez de la mente para apoderarse de los datos nuevos, fallar y decidir, lo que vulgarmente se llama inspiración, ha faltado. Por algo me decía Prieto, desde Madrid, al tercer día: «Las operaciones van bien, aunque

presididas por una lentitud desesperante». Desde entonces opiné mal del resultado. Lentitud, esterilidad de la sorpresa, malogro de sus frutos, fracaso. ¡Qué vamos a hacerle!

—Sin embargo, se han conseguido ventajas importantes, que ponen en muy mala situación a una parte del frente enemigo.

—No lo dudo. Podría suceder, en consecuencia, que sin habérnoslo propuesto, nos viésemos empeñados en una batalla decisiva junto a Madrid. Hipótesis que no se aparta mucho de ciertas apreciaciones de Prieto.

Me habló el Presidente del espionaje. En Madrid se han hecho descubrimientos importantes. Yo no los conocía. Una emisora, instalada en un sótano, daba noticia de todo a los rebeldes. Se ha encontrado el plano cuadriculado de Madrid, hecho por un arquitecto llamado Golfín, que está convicto y confeso, y que parece haber servido para dar indicaciones a la artillería. Cuenta Negrín que se consiguió revelar unas líneas escritas con tinta simpática, al dorso del plano, parte en claro, parte en cifra, que resultó ser una que había usado el Estado Mayor. De las indicaciones obtenidas así resultó la detención de Nin y de doscientos o más individuos, casi todos del POUM, que no niegan sus inteligencias con los rebeldes. Sobre esto, vuelvo a preguntar por el caso de Nin. Dice el Presidente que una noche se presentaron en la cárcel de Alcalá unos individuos con uniforme de las brigadas internacionales, maniataron a los guardianes y se llevaron al preso. No cree, como se ha dicho, que fuese obra de los comunistas. Por supuesto, los comunistas se indignan ante la sospecha. Negrín cree que lo han raptado por cuenta del espionaje alemán y de la Gestapo, para impedir que Nin hiciese revelaciones. No parece que lo hayan matado. El asunto ha sido entregado a un juez instructor, para que lo esclarezca.

—¿No es demasiado novelesco?

—No, señor. Ahí está lo ocurrido al Estado Mayor ruso, de Madrid, que también parece obra de la Gestapo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Creí que se lo había contado. El Estado Mayor ruso, en Madrid, se hospedaba en Gaylors. Una noche han estado a punto de perecer todos envenenados. Dos, entre ellos el jefe, estuvieron entre la vida y la muerte. El espionaje alemán es formidable. Las brigadas internacionales tienen dentro muchos espías nazis. Algunos han sido descubiertos y fusilados.

Esta mañana he ido a Valencia. Terrible calor. La división apesta. Algunas audiencias. Tenreiro, de despedida. Va de segundo secretario a Berna. Está muy emocionado por el discurso del otro día, y espera que tenga

frutos. «Ningún jefe de Estado ha hablado nunca así —exclama—. ¿Qué pueden oponer a tanta razón?». «La sordera, la indiferencia. Si tuviéramos ocho acorazados en el Mediterráneo, sería otra cosa. Ya me contentaría yo con que diese frutos en el interior de España. No lo espero. He dicho lo que creo ser la verdad en el orden político. Y estoy seguro de haber dicho la verdad sobre mis sentimientos personales, aunque no lo he dicho todo respecto de nuestro país».

José Xirau regresa de Bratislava, de un Congreso. Hablamos también de Cataluña. Cree Xirau que aquello no tiene remedio. Critica a los socialistas, que parecían resueltos a exigir la dimisión de Companys, y después se han vuelto atrás.

Xirau conoce los consejos de Ossorio a Companys para que dimitiese. Y me cuenta la última razón de Companys para continuar: «Después de la caída de Bilbao, no puedo dimitir».

24 de julio

Anoche me he desvelado extraordinariamente. La vida sedentaria me destruye. Entre otras cosas, me priva del sueño normal. Los ejercicios violentos me están ya vedados. El desquite era andar. En Madrid me las arreglaba para hacer caminatas de diez o doce kilómetros, en busca de un cansancio sano, restaurador. Aquí no es posible. Entre la sofoquina canicular, que nos obliga a cobijarnos en lo más fresco de la casa, y la falta del campo apropiado a mis gustos, me paso las semanas en inacción corporal. Todo está cultivado y poblado en estos alrededores; las carreteras, intransitables, por exceso de tráfico. El caso de Madrid es singular para una capital. A los quince minutos de salir de casa, puede uno emboscarse en un monte solitario, disolverse en el natural, no corregido por nadie. Sin hablar de la calidad del paisaje. Aquellos lugares infunden en el ánimo el tónico acendrado de su hermosura. Profunda, sin ostentación imponente. Solemne. Por vía de la cual aprendí a evadirme de lo cotidiano y a restaurar en su nuda vetustez las cosas, como siempre fueron, antes de la mecánica, del turismo, de los deportes. Los riscos que señorean el Hoyo de Manzanares, abren un balcón sobre el valle de Cerceda, delante de la Maliciosa y la Pedriza. Un navazo alfombrado de yerbas olorosas: el horizonte, desde Gredos al Ocejón: Navachescas. Espesar de las encinas antiguas. Gamos en libertad. Suavidad incógnita del valle del Manzanares. Y aquel altozano, más allá de Alpedrete, de cara al circo de Siete Picos y Cabeza de Hierro, brillante como acero, húmedo de nieves derretidas,

de chorros que se despeñan. Más lejos, la majestad del pinar de Balsaín. Y los ocasos en Cueva Valiente, teñidos de rojo, de malva, los celajes sobre la tierra segoviana. Apropiándome por la emoción tales lugares, he sido más fabulosamente rico que todos los potentados del mundo. Por aquí no hay nada comparable.

Cuando las preocupaciones públicas y los deberes anejos me lo consienten leo, muy poco, o emborrono papel con las notas del día. En verdad, no sé para qué, pues nunca espero tener ya ocasión de aprovecharlas. En cierto modo, me restituyen poco a poco al hábito de mover la pluma. La noche me es gravosa. «¡Un día más!», me digo; o bien, con una esperanza triste: «¡Un día menos!». A veces se me interpone un insomnio, inesperadamente, como el de anoche. La imaginación se prende en un tema y trabaja con furia, no sé si por desasirse o por agotarlo. Anoche, con un brío, una abundancia, una plasticidad hace tiempo no conocidos por mí. Hasta hace unos años, ocho o diez, estas orgías me eran habituales y las provocaba a voluntad, sobre todo a favor del estado de duermevela. En mi juventud inexperta, creía yo que eso era una mina para el trabajo literario. Pero he aprendido después que no es así, ni ese es el camino. Anoche la imaginación no inventaba, era la memoria quien llevaba el grano a moler. Me han galopado por la fantasía, en tromba, como escuadrones desbocados, recuerdos que yo no tenía conciencia de conservar. Una resurrección. Sobre datos ciertos de la memoria, ¡qué trabajo el de la imaginación encandilada, animándolos, prestándoles una fecundidad prodigiosa, con una presencia, una evidencia, inflamadas por el delirio! Hechos y personas de mi mocedad en Alcalá, del Madrid de 1905 o 1906, y de un Madrid también que puedo situar hacia 1918 o 1920. Se tocaba en un punto y aparecía un brote poderoso, como una fontana que rompe la costra de tierra y surte a borbollones. Enlazados los sucesos de un modo nuevo, abolida la perspectiva en el tiempo, entrando los volúmenes unos en otros, iluminados por luces arbitrarias, no era una simple revisión o repaso de lo ya sabido y al parecer olvidado, sino descubrimiento de valores relativos, por contrastes de pura invención. He apurado casos que no lo fueron al tiempo de ocurrir. He completado series que la vida real dejó interrumpidas. He solventado conflictos en que, otros o yo mismo, naufragamos realmente. Todo ello con tranquila aquiescencia, aun a lo triste, con mortales alejamiento y desdén, templados por la benignidad, como si todos hubiéramos pasado a otra esfera, la esfera de la compasión sobrehumana, y, mejor inspirados, nos enviásemos mutuas absoluciones. Signo de este trabajo, la rapidez vertiginosa. Creía yo que entraba la mañana cuando acordé mirar el reloj: las tres. No obstante: la

abundancia y profusión de la materia removida podía bastar, en apariencia, organizándola, para llenar tres o cuatro volúmenes. Nunca es así. La materia, tan densa y coherente en la representación, es tenue, volátil, inasible. Hay que dejarla pasar y girar a capricho, o espantarla, si es desabrida o fatigosa. Mi actitud es la de un paciente. Pero si se pretende, delante de ese espectáculo, recuperar el gobierno de la actividad mental para aprovecharlo, al primer rayo de la atención crítica se disipa. Ahora me acuerdo muy bien del fenómeno, y, si puede decirse así, de su huella, pero es imposible recomponer su desarrollo y sus invenciones, aunque los datos ciertos de la memoria que lo han provocado me pertenezcan y pueda catalogarlos.

Hoy he recibido, del general Martínez Cabrera, la pequeña memoria que encargué sobre la campaña del norte hasta la caída de Bilbao. Sin descender a muchos detalles, y aparte de algunas consideraciones ociosas, el documento es muy instructivo. En general, confirma lo que ya sabíamos. Nunca, a pesar de lo que decía el Gobierno vasco, se ha organizado allí un verdadero ejército, no obstante haber gente y material de sobra para ello. Han faltado disciplina, mandos, unidad de acción, voluntad de cooperar en un fin común. Predominio del localismo, fatuidad, descuido, imprevisión optimista. El Gobierno vasco tarifó con el general Llano, negándose a seguir sus indicaciones, y asumió la dirección de la guerra. Todos los oficiales asesores del Gobierno vasco se han pasado al enemigo. Corrobora la defección de batallones nacionalistas, con sus mandos. El optimismo de Aguirre —asegura Martínez Cabrera— estorbó que se retirase todo el material; así cayeron en poder del enemigo cuarenta y cinco millones de cartuchos. No hay por qué extractar aquí toda la memoria. Sobre el porvenir de lo que queda en el norte, sus cálculos son muy pesimistas, por el bloqueo y la falta de municiones. Cree Martínez Cabrera que, pudiendo abastecerse, la zona montañesa puede resistir ocho meses. No encuentro la base del pronóstico.

26 de julio

Ayer, día de soledad ministerial en Valencia. El Presidente se fue a Madrid el sábado, y, antes que él, Uribe, ministro de Agricultura. Allí está Prieto. El ministro de Estado, según me dijeron por la tarde, se había marchado a pasar el domingo en Cocentaina, donde están sus hijos, que trabajan en unos laboratorios de guerra. Deseoso de noticias, llamé a la presidencia del Consejo, en Valencia. No había nadie. Llamé a Hacienda;

estaba solamente el jefe del gabinete telegráfico. Llamé a Gobernación: el ministro se encontraba en Bétera, en la casa de Prieto; el subsecretario en Ifach, de excursión. Logré hablar con el ministro; no tenía noticias. Se llamó a Madrid, a la presidencia del Consejo. El Presidente acababa de salir. A las nueve, Giral, de regreso en Valencia, me habló por teléfono. No sabía nada de Madrid. «¿Es que está usted intranquilo por aquello?», me preguntó. «Hay motivo. Hemos perdido Brunete…». «Pero ya decían anoche en el parte que lo habíamos recuperado parcialmente». Yo no lo creí. Me sé demasiado bien el uso inveterado: cuando perdemos una posición o una plaza importantes, siempre quedamos «a un kilómetro de distancia» y el enemigo en situación apurada. Por fin, a las once, me llamó Negrín. Volvía del campo y le habían dado mi recado. «¿Qué pasa ahí?». «Ahora la situación está estabilizada». «Pero Brunete, ¿de quién es?». «De ellos. Lo evacuamos ayer tarde y han entrado hoy por la mañana». «¿Nuestra aviación sufrió ayer mucho?». «No perdimos material ni personal». «¿Y del frente de que hablamos el otro día?». «Se han enviado personas y cosas». Me anunció que hoy por la noche volverá a Valencia. Mis previsiones, o si se quiere, mis aprensiones sobre la ofensiva, se confirman. Lo malo será que ahora empezarán las recriminaciones y la explotación política del fracaso, como se habría explotado el buen éxito. Cada cual pretenderá tener razón contra los demás. Ya empieza a decirse que la operación se emprendió en contra del parecer del Estado Mayor Central. Creo poder decir que eso es falso.

Hoy por la mañana he ido a Valencia. Recibo al embajador de México, en visita particular de despedida. Llamado por su Presidente, para informar sobre la situación de España, se propone hacer un viaje rápido y volver en seguida. Alaba mi discurso, muy necesario. Era menester que España dijese esas cosas. Tiene informes telegráficos del efecto causado en el mundo político de su país y en Washington y asegura que ha sido muy bueno; espera que muy útil. Me abstengo de mostrar mi escepticismo. El embajador me pregunta sin rodeos qué puede decirle al Presidente Cárdenas, con ocasión de este viaje, y qué podrá hacer en favor nuestro su Gobierno, no ya por su sola cuenta, sino de concierto con otras repúblicas americanas y con Roosevelt; «por fortuna», están ahora en buenos términos con los yanquis. «Hay que procurar» —le digo—, dentro de los límites que marcaré, la más pronta conclusión de la guerra. No puede fiarse ciegamente su fin a que derrotemos a Italia y Alemania. Siguiendo así las cosas, puede cuando menos temerse una prolongación de la guerra, que consuma de raíz las energías de España, y no queden aquí más que ruinas de toda especie. O que Alemania e Italia,

arreciando en su apoyo a la rebelión, consigan vencernos. Sin contar el peligro de guerra general, que sería un desastre pavoroso. El primer paso para la terminación de la guerra sería la repatriación de los combatientes extranjeros. Le explico minuciosamente la antigüedad de esta idea en mí, cómo he procurado adelantarla, su contenido, las restricciones que pueden admitirse y cuáles no. Lo mejor que de momento puede hacerse, es favorecer la consecución del propósito y su realidad sin atenuaciones. Caso de lograrlo, y con motivo de llevar a ejecución el acuerdo, convendría la suspensión de hostilidades, no el armisticio suscrito por ambas partes, sino la suspensión acordada, aun en contra de la voluntad de los contendientes. Si la suspensión de hostilidades llegase, es muy probable que la guerra no se reanudase. Todo el mundo está cansado, con excepción acaso de los combatientes mismos. Reanudándose o no la guerra, y aun sin suspensión de hostilidades, sería llegado el momento, con el reembarque de los extranjeros, es decir, no siendo ya una guerra de invasión, de que América, por iniciativa de Roosevelt, o de una república hispánica, pero concertándose todas o las más importantes, tomaran la iniciativa para la *pacificación* de España. No se hable de mediación ni intervención. El requerimiento para la pacificación, dirigido no solo a todos los españoles, sino a las potencias europeas en relación con los asuntos de España, fundado en móviles humanitarios y, en lo posible, en los sentimientos que pueda suscitar la *fraternidad* hispano-americana, debe llevar implícitos ciertos supuestos. Nuestra aspiración y nuestro deber consisten en restaurar la paz y la República. No podríamos admitir nada que ponga en duda o menoscabe la legitimidad ni la autoridad de la República y de sus instituciones, y las del Gobierno que la represente. Respetado este supuesto, lo demás sería hacedero. Y hay además otro: un principio que las democracias americanas, y sobre todo Roosevelt, no pueden desconocer, incluso en sus consecuencias inmediatas para España: o sea que el país tiene derecho a decir libremente cómo quiere estar regido. Ninguno de estos supuestos puede perderse de vista un momento. Examino la tesis oficial italo-alemana: combatir al comunismo. Ya sabemos que es una máscara. Ninguna probabilidad de establecerse el comunismo en España. Le indico la solución del pacto de cinco, para garantizar el régimen democrático de España. Pondero sus dificultades. El embajador no las cree tan grandes. Insisto en que lo son. Pero eso podría ser un artículo del futuro pacto occidental, si no es ilusión pensar en él. El embajador ofrece calurosamente hablar de todo ello con el Presidente Cárdenas, para después expresar las voluntades en Washington. Le prevengo que nuestro embajador conoce estos puntos de

vista. En el curso de la conversación, el embajador afirma que el resultado de esta guerra influirá mucho en América, y que si triunfase Franco, no solamente en los países que ya lo tienen todo dispuesto en favor de un fascismo, pero en el propio México, sería de temer un movimiento en tal sentido. Las embajadas italiana y alemana en México lo trabajan.

Después he recibido al general Llano Encomienda, que ha vuelto del norte, adonde le enviaron para *mandar*. No ha logrado mandar nada. Cree que Bilbao habría caído de todos modos, dada la superioridad de medios del atacante; pero pudo haber resistido tres meses más, y si hubieran los vascos consentido en dejarse guiar militarmente, aún se estaría combatiendo lejos de su capital. Llano está muy «hinchado» contra Aguirre. Para mi ilustración personal, le pido que me haga una memoria de lo que ha visto. Al punto, se resistía. «Los hechos —viene a decir— están demasiado recientes, y ya no tienen remedio. ¿Para qué salir ahora *echando veneno* contra nadie?».

—Necesito estar enterado a fondo de lo que allí ha ocurrido. Usted no tiene por qué echar veneno contra nadie en el trabajo que le pido. Tampoco deseo que me haga usted una memoria de Estado Mayor. Recoja usted los hechos más salientes, cuénteme usted las cosas que haya visto, tal como han pasado ante usted. No le encargo que inculpe ni que disculpe a nadie. Yo formaré mi opinión. Debo advertirle que lo que usted escriba, es para mí solo.

El general ha ofrecido hacerlo.

A continuación, audiencia de los delegados socialistas que vienen a cumplimentarme con motivo del Congreso de su partido: González Peña, Cruz Salido y Llaneza. La conversación ha versado sobre los asuntos militares del norte. González Peña me dice: «Retorciéndonos el corazón, tenemos que callar lo que sabemos, lo que hemos visto, para no hacer daño a la causa común». Están indignados por la presunción, el despego, la insolidaridad de los nacionalistas vascos y del Gobierno. Los vascos —dice Peña— no son mejores ni peores que los asturianos o los santanderinos. Son buena gente, trabajan bien, pero no tenían la experiencia de la guerra que nosotros habíamos adquirido en Asturias. Los bombardeos de aviación y de artillería son horrorosos, y aparte de que hagan más o menos bajas, agotan los nervios. En Asturias llevábamos muchos meses aguantándolos y la gente está acostumbrada. Los vascos no los habían sufrido hasta que empezó la ofensiva desde Álava. Cuando ocurrieron los primeros reveses, los asturianos propusieron llevarse a Oviedo las unidades vascas más castigadas y desmoralizadas, para tenerlas allí en posiciones menos expuestas y

reorganizarlas, llenando las bajas con gente de Asturias, ya aguerrida, y sustituyendo esas unidades en el frente alavés con otras sacadas de Oviedo. El Gobierno vasco se negó. A las columnas asturianas que fueron en socorro de Álava las llamaban los vascos «tropas expedicionarias». Propusieron también suspender toda actividad en Asturias y formar un cuerpo de maniobra que atacase por los confines de Santander y Burgos. Los vascos no aceptaron. (Me pregunto qué falta hacía su aceptación). Se pensó en constituir un ejército de reserva, situándolo a espaldas de Bilbao: Igual negativa. Al parecer, hubo como un proyecto de encerrarse en Bilbao y resistir un sitio. A González Peña le pareció muy bien. Pudieron quedarse en Bilbao 20 000 hombres. Había víveres para más de un año y abundantísimo material. Dejándose cercar, Bilbao no habría caído, porque de Asturias y Santander se habría sacado un ejército de socorro, que al decir de Peña, habría ido a levantar el sitio con entusiasmo. Les indigna que se haya dejado caer en manos del enemigo una cantidad de material inmensa.

Cruz Salido dice que *El Liberal*, de Bilbao, donde él trabajaba, era tachado de españolista. La censura no le dejó comentar a fondo ciertos extremos de mi discurso de enero. Refieren cosas pintorescas nacidas de la vanidad pueril y de primerizos de los gobernantes vascos, en punto a honores, guardias y otras ostentaciones. (Recuerdo para mí que Aguirre, entre sus quejas contra los santanderinos, me dijo que no le habían rendido honores: «No sé bien los que me corresponden», añadía, como si los hubiese echado de menos también en Valencia). «Ahora le han colmado las medidas en Barcelona —observa uno de los presentes—: Se ha proclamado el eje Barcelona-Bilbao». «Lo malo —arguye Peña— es que Bilbao está en poder de los facciosos…». «Y lo peor, es ponerse en ridículo». Al marcharse dicen: «No perdemos la confianza».

Lo ocurrido en el País Vasco, más exactamente, en Vizcaya, desde que empezó la ofensiva a fines de marzo o primeros de abril (y aun antes, si se toma en cuenta la preparación política y militar del suceso), quedará seguramente sepultado en las ruinas de todo, si se pierde la guerra, y servirá, cuando más, para alimentar versiones fabulosas, apropiadas al gusto y al interés de cada bando. Si la guerra se ganase, o, cuando menos, no se perdiese del todo, aquellas ocurrencias cobrarían un volumen político extraordinario, con resultados imprevisibles hoy.

A última hora me anunciaron a Casares, que llegó anoche de Madrid. Me lo he traído a almorzar a La Pobleta. Está de paso para Barcelona, en busca de su mujer, que regresa de Francia. Hemos hablado de las cosas del día. Sobre

lo de Madrid tiene la misma impresión que yo. Algún detalle que me suministra casa muy bien con mis juicios. Por ejemplo, cuenta que la entrada en Brunete se hizo «por las buenas», sin que la tropa tuviese necesidad de apearse de los camiones. (Tesis de la sorpresa; de la *demasiada* sorpresa, es decir, común). La ferocidad de la guerra llega a extremos repugnantes. Unos trescientos hombres de la columna que manda El Campesino quedaron copados y prisioneros. Cuando se entró en uno de los pueblos tomados, encontraron a los trescientos hombres fusilados y con las piernas cortadas. Poco después, cayó prisionero un tabor de moros; el jefe de la fuerza que los apresó ordenó, en represalias, fusilar a cuatrocientos. Creo que en Quijorna fueron encontrados dos mil cadáveres de enemigos. A esto se le llama «el nacer de una nueva España». Era preferible la «vieja», con todas sus lacras. En rigor, esto que pasa, es una de las lacras de la España «vieja». Llevaba esto en la sangre. Luego la preferencia iría a otro estado del mismo ser. Abstengámonos de dar cortes arbitrarios en la sucesión. Y que no me hablen de un nacer a fuerza de degollinas. En el lenguaje figurado de la política se abusa de las imágenes. Cuando estén colmadas de muertos las cuencas de España, muchos creerán haber engendrado una nueva patria; o lo dirán, para que la sangre de sus manos parezca la sangre de un parto. Se llaman padres de la patria, o sus comadrones, y no son más que matarifes.

He preguntado a Casares qué se dice en Madrid del envenenamiento del Estado Mayor ruso. Le doy la versión que tengo. Casares se ríe: «¿La Gestapo? ¡No! Esos rusos se pusieron malos por haber comido unos tomates en mal estado. La policía detuvo a veinticuatro personas, de las que veintidós están ya en libertad. Uno de los libertados es el antiguo *maître* de Fuentelarreyna, que ha venido a verme el otro día. Todo se ha puesto en claro, y los dos que aún están presos saldrán a la calle. Nada de la Gestapo. Tomates un poco podridos».

Más vale. Y echaré *todo* este suceso a risa. Aunque puestos a aquilatar, no faltarían motivos para enojarse.

Se ha despertado en mucha gente un instinto policíaco arrollador. En otros tiempos, me divertía yo en demostrar, con argumentos más o menos paradójicos, que ciertos rasgos de nuestro carácter impiden a los españoles ser buenos policías y buenos actores. En lo tocante a los actores, mi opinión se mantiene; en lo tocante a los policías, está «en crisis», y es obvio que si esta parte de mi tesis se derrumba, arrastraría a la otra. ¿Será que la «facultad» policíaca estaba sin cultivo? En el brote de vocaciones se advierte, sin embargo, la condición sobreentendida de la arbitrariedad omnímoda e

irresponsable, que podrá ser muy española, pero infringe todas las reglas y los supuestos «del arte». Jugando así, es fácil ganar. Ejemplo: el secuestro, ya remediado, del yerno del coronel Vidal.

28 de julio

Ayer tarde me trajeron una carta de Companys, dejada por un secretario suyo en la Capitanía de Valencia, donde oficialmente resido. Me dice que ha enviado dos cartas al Presidente del Consejo, relativas, la primera, a la detención y proceso de Nin y otros del POUM, y la segunda, a que al Congreso del Partido Socialista de Cataluña hayan asistido el general Pozas, el jefe del Estado Mayor, Cordón, el comisario general político en Cataluña, Llanos, y el jefe de Policía, Burillo. Los tres primeros pronunciaron discursos. Después habla de «continuos hechos aislados…, enojosos porque atacan los sentimientos de Cataluña, forman la apariencia de una línea de conducta política que no es favorable a la unidad ni a la satisfacción de importantes sectores de la opinión republicana de Cataluña».

La carta es un síntoma. Repetidamente le he dicho al Presidente del Consejo y al Gobierno en pleno que las gentes de la Generalidad, mal avenidas con su fracaso, con la impopularidad resultante y con el rescate de servicios, tratarían de mover un conflicto, en cuanto hallasen pretexto para hablar de la catalanidad ofendida, o de las libertades holladas, etcétera, etcétera, y una ocasión propicia. En suma, que se apresurarían a ponerse la venda, y a presentarse ante la opinión catalana como defensores de la *terra*. Había que prevenirse y gobernar con mucho tacto, pero sin dejarse ganar la mano. Tengo la impresión de que se está perdiendo el tiempo. Ya está aquí la carta de Companys, hablando de los sentimientos de Cataluña lastimados… Como si me lo hubieran dicho; por más que no hacía falta demasiada sagacidad para adivinarlo, sin que nadie me lo dijera. No sería extraño que aprovechasen el caso de Nin. Que Companys finja escandalizarse, como campeón del derecho, después de cuanto ha ocurrido en Cataluña bajo su mando personal, es de un cinismo insufrible. Otro tanto hay que decir respecto de la presencia de unos militares en un mitin. Mal está lo que han hecho, y espero que el ministro, después de prohibir tan ruidosamente el proselitismo político en el ejército, sabrá corregir a esos distinguidos «prosélitos». ¡Pero quejarse de ello Companys! ¡Si no han hecho otra cosa los militares en Cataluña, durante casi un año! ¿Quedaban rastro ni memoria de la disciplina militar en Cataluña? No quedaban, y se ha hecho todo lo necesario,

y algo más, para que no renaciese. No necesito que nadie me lo cuente. ¿Va a resultar ahora que Companys pretende hacer el Escipión…? Lo mejor de los políticos catalanes es no tratarlos.

29 de julio

Anoche a las nueve vino el Presidente del Consejo. Habló, entre otras cosas, del profundo desagrado que le ha producido el acuerdo del Consejo Ejecutivo de Izquierda Republicana, expulsando del partido a Ansó, subsecretario de Justicia. A su juicio, ese acuerdo es agresivo para el Gobierno, que nombró a Ansó en uso de su derecho indiscutible; es un caso de deslealtad; etcétera. Quería nada menos que plantear la crisis en el Consejo de hoy. Me ha costado algún trabajo convencerle de que eso sería un disparate. La expulsión de Ansó, injusta y mezquina, no tiene por qué repercutir en la política general y en el Gobierno. Se lo he demostrado. «Tomarlo de otro modo —le digo— es propio de primerizos». «Yo lo soy». «Pues empiece a dejar de serlo. No se puede dejar el Gobierno caprichosamente, y menos por cosas de estas. Si usted se siente lastimado porque el partido de Izquierda Republicana, sin contar con usted ni prevenirle siquiera, haya tomado una determinación así con un alto funcionario, replique usted dándole a Ansó una nueva prueba de confianza. Por ejemplo, que ofrezca su dimisión y que el Gobierno no la acepte, declarándose satisfecho de sus servicios. No debe pasar de ahí el asunto. ¿A quién se le ocurre hablar de crisis total por caso semejante?».

Le pedí noticias de Madrid. Los medios del enemigo son muy superiores a los nuestros: su aviación es tres o cuatro veces más numerosa. Aunque nuestro personal es mejor. La gente de tierra soporta cuanto es posible bombardeos atroces. Se ha producido algún movimiento de pánico, pero se contuvo. Anteanoche volvía de Madrid el Presidente, y ya cerca de Tarancón le avisaron por teléfono de que un batallón, o más, de la onceava brigada internacional se había ido de la primera línea, sublevado, y marchaba sobre Madrid, para apoderarse del Gobierno. Negrín desanduvo el camino. El suceso tenía menos importancia. Se trataba de unos grupos, que presas del pánico, se habían desmandado y se retiraban sobre Madrid. Fuerzas seguras, apostadas convenientemente, los redujeron, haciéndolos prisioneros. Otros volvieron a su unidad. El hecho produjo en los que permanecieron en sus puestos, una reacción favorable y de mayor ardimiento.

—¿Y cuáles son las perspectivas?

—La ofensiva no puede continuar. Aguantaremos donde estamos todo lo que se pueda, siempre que no nos cueste pérdidas enormes. Los cálculos más moderados cifran las bajas del enemigo en unas quince mil. Las nuestras son doce mil. Para hacer algo de provecho es menester que Rusia se decida a proveernos de material, sobre todo de aviación, en cantidades muy grandes. Enviarlo despacio y por pequeñas cantidades no sirve más que para ir perdiéndolo.

—Evidente. Ya le dije a usted el otro día que, sin tener datos ciertos, había oído ponderar tanto los arribos de material, como para creernos bien provistos. ¿Y qué peligros trae para Madrid el fracaso de la ofensiva?

—A juicio de los militares, ninguno.

—Negrín me habla de proyectos militares en el norte y en Teruel, para los primeros días de agosto.

Del exterior no tiene más noticias que las contenidas en una comunicación que anoche me hizo Giral. «Respecto de la actitud del Gobierno francés, ¿no saben ustedes nada nuevo?». «No, señor. Nada nuevo».

Le leí la carta de Companys y la comenté ampliamente, subrayando lo que puede anunciar. Me dijo Negrín que lo relativo a los militares que asistieron a un mitin comunista, se lo ha pasado a Prieto. Y en cuanto a lo del POUM, ha contestado a Companys que el asunto se halla en manos del juez. Y ahora andan en tiquismiquis sobre el lugar en que puede celebrarse una entrevista pedida por Companys, que no quiere venir a Valencia. (Ahora no le aguarda aquí ninguna ovación). Negrín asegura que no tendría ningún inconveniente en ir a Barcelona, como ha ido otras veces, pero si Companys hace cuestión de etiqueta o de amor propio no venir aquí, tampoco irá él, ni aceptará que se partan las distancias, reuniéndose en Benicarló. (Lamentable). El Presidente está muy irritado por los incidentes a que ha dado ocasión el paso de Aguirre por Barcelona. «Aguirre —dice— no puede resistir que se hable de España. En Barcelona afectan no pronunciar siquiera su nombre. Yo no he sido nunca —agrega— lo que llaman españolista ni patriotero. Pero ante estas cosas, me indigno. Y si esas gentes van a descuartizar a España, prefiero a Franco. Con Franco ya nos las entenderíamos nosotros, o nuestros hijos, o quien fuere. Pero esos hombres son inaguantables. Acabarían por dar la razón a Franco. Y mientras, venga pedir dinero, y más dinero…».

Después me habló de un proyecto de viaje largo, que estima absolutamente indispensable, por razones militares y financieras, y que me parece peligroso, por el viaje mismo y por la ausencia de aquí. Me leyó unos telegramas de Pascua, según los cuales no se sabe «cuál es la situación» de

Gaikiss, el embajador ruso en España, ni la de otro personaje que intervenía en cosas comerciales y financieras. No hemos decidido nada anoche.

El ánimo de Negrín respecto de los asuntos catalanes está justificado en general. Y en lo que tiene de extremoso, es disculpable; a condición de que no le prive de serenidad y buen juicio. Además, esa opinión está ya muy esparcida. La defección de Cataluña (porque no es menos) se ha hecho palpable. Los abusos, rapacerías, locuras y fracasos de la Generalidad y consortes, aunque no en todos sus detalles de insolencia, han pasado al dominio público. Y no ciertamente porque la prensa los haya divulgado. Los periódicos nunca han dicho la verdad acerca de Cataluña. ¿Por qué? Por ignorancia y falta de discernimiento, en parte; por bobería y optimismo revolucionario; por espíritu de imitación; por miedo; por seguir la corriente desbaratada y anárquica; por reflejo de la actitud del Gobierno Largo, que había decidido suprimir de sus preocupaciones los asuntos catalanes… ¡Qué sé yo! El caso es que de Cataluña se había hecho un tabú. Incluso, durante la rebelión de mayo, las iras de los periódicos recaían sobre los ejecutores del hecho, pero apenas si hubo una fugaz alusión a los verdaderos causantes. La cruda realidad se ha abierto paso. Ya, o no se habla de Cataluña, o empieza a hablarse de otra manera. Podrá ser un caso en que la prensa, en vez de dirigir la opinión, es empujada por ella. Hay además algunas circunstancias fortuitas. Cruz Salido ha sustituido a Baráibar en la dirección de *Adelante*, periódico socialista de Valencia. He podido comprobar el otro día cómo piensa Cruz Salido sobre estos asuntos. Y en el número de hoy publica un artículo bastante duro, en el que les dice unas cuantas verdades. Y *El Socialista*, de Madrid, ayer inserta otro, por el mismo estilo, tomando pie de la zafiedad enconada de un articulista barcelonés, que pedía la prohibición de publicar periódicos en castellano, que es el enemigo, o el dominador… algo así. (El ministro de la Gobernación ha ordenado que metan en la cárcel al autor). Ya está la polémica armada. Vendrá ahora la réplica de Barcelona, ¡y medraremos! Las cosas van por sus pasos contados a una situación inextricable.

Hoy por la mañana he ido a Valencia. La primera visita, Casanovas, presidente del Parlamento catalán, y aspirante, según cuentan, a la sucesión de Companys. ¡Que ya es gana de suceder! No le veía desde hace muchos meses. Y en todo el tiempo que he estado en Barcelona, cuando alguna vez ha ido por allí, no me ha visitado. Afecta creer que nos vimos en los días anteriores al llamado «complot del Estat Català», de que le hicieron responsable y que por poco le cuesta la vida. No nos vimos, pero hago como que me lo creo. El

hombre no acierta a disculparse o a disimular de otro modo su descortesía. Viene ahora muy fino, muy sonriente y afectuoso, con protestas de respeto. Apenas entramos en conversación vuelve a mentar el complot: «Supongo que el señor Presidente no lo creería». «No poseo detalles del caso; pero si he de ser franco, no lo tome muy en serio. Como otras varias cosas, Casanovas». Fue una prueba más de la persecución de que es objeto por parte de la CNT, de la FAI y de algunos republicanos. (Se sobreentiende Companys). Salió del Gobierno catalán el verano pasado, por efecto de una conjuración contra él. En aquella ocasión, las cosas llegaron a tal extremo (porque Casanovas, según dice, se oponía a que entrasen en el Gobierno la CNT y la FAI) que, despachando con él, Companys le dijo: «Yo también tengo mi banda para los que me estorban». A Casanovas siempre le ha parecido mal la colaboración de los confederales. Cuando se trataba de formar el Gobierno catalán en que participaron, Casanovas le dijo a Companys, como último argumento: «Vas a poner en situación difícil al Gobierno de Madrid, porque también querrán entrar en él». «Que se las compongan como puedan», respondió Companys. Aunque él, Casanovas, representa (anoto lo esencial de sus respuestas a las cuestiones que he ido proponiéndole) lo más avanzado del catalanismo (recuerdo que Companys me dijo que esa era una actitud que adoptaba Casanovas para «rehacerse»), siempre ha creído necesario gobernar en buen acuerdo con el Gobierno de la República. La jornada del 19 de julio la ganaron los guardias civiles, los de asalto, y los mozos de escuadra, pero no los obreros, que no los hubo. Al día siguiente, no se había perdido aún ningún resorte de gobierno, ningún servicio. Pudieron conservarse, pero Companys no quiso hacerlo. «Te entrego el Gobierno», le dijo Companys, cuando le confió el mando. «No me entregas nada, porque no hay nada». Se preocupó, mientras dirigió el Gobierno, de ir «recogiendo» la autoridad que se había perdido y al dejarlo las cosas estaban ya maduras para ello. Quiso disolver el «Comité de milicias antifascistas», que era omnipotente, y Companys lo impidió. Desde que salió del Gobierno ha estado en peligro. Viviendo en París, ha tenido barruntos de que pretendían secuestrar a su hijo. Ahora, el joven Casanovas, comprendido en el llamamiento militar, está en Barcelona. Entra en filas dentro de pocos días, y ya de uniforme, se hallará más seguro. «El coronel le protegerá».

El ochenta por ciento de la opinión catalana es contraria a la CNT y a su participación en el Gobierno. También es contraria (aunque no se les puede decir a los interesados, porque se irritan) a Companys, Tarradellas, Pi y Suñer y otros esquerranos. La situación política no se ha despejado porque era

necesaria una crisis presidencial. (También Casanovas ha hablado de esto con Ossorio, en París). Companys no ha querido marcharse, alegando que si dimitía, el Gobierno de la República nombraría un gobernador federal de Cataluña y se acababa la autonomía. Los sucesos de mayo son un caso igual a los de octubre del 34. (Coincidimos plenamente). «Ya recordará lo que le decía en la Font del Lleó, aquel año. No me parecía bien lo que se preparaba». «Y usted —respondo— recordará lo que yo les decía, mientras me tuvieron preso con ustedes: que si a mí me hubieran hecho una jugada igual siendo Presidente del Consejo, habría metido en la cárcel a los culpables, pero al siguiente día hubiese reunido al Parlamento catalán para que eligiese otro Gobierno. La opinión catalana se habría regocijado. Habría conservado la institución y acabado con la significación y la carrera política de los autores de aquel desatino, en vez de convertirlos en campeones y casi en mártires de las "libertades" de Cataluña. Que eso hizo aquel Gobierno. ¿Lo recuerda usted?». «Sí, señor».

Desde que el Orden público está en manos del Gobierno de la República, las cosas han mejorado. Hay tranquilidad y la gente está contenta, porque lo primero es vivir. A los de la Generalidad, que están indignados porque les han quitado el Orden público, hay que decirles que ellos lo han perdido, por sus errores. También cree que se va arreglando el frente de Aragón… Lo ocurrido en todos estos meses, *desde que él se fue del Gobierno*, sirve para criar fascistas. «A los fascistas que pueden derrotarnos en la guerra, no les temo. Temo a los que puedan formarse en el interior de Cataluña». Ahora los comunistas quieren preponderar en Cataluña. Es imposible. Cataluña es el país menos comunista posible. El otro día ha habido unas votaciones, para asuntos agrícolas y los comunistas han sido totalmente derrotados.

El Parlamento catalán no puede renovarse, porque las elecciones, estando movilizados los electores, son imposibles. Tampoco puede decretar por sí mismo la prórroga de sus poderes. Casanovas habla, un poco confusamente, de un arreglo, que conduciría a la prórroga, pero consentido o aprobado por las Cortes de la República. No cree que el Parlamento catalán dé fuerza de ley a todos los decretos de la Generalidad, contrarios a la Constitución y al Estatuto, inaplicables muchos y rechazados por la opinión general.

Me explica por qué ha ocupado una habitación para dormir en el edificio del Parlamento catalán, mi residencia oficial. No pretendía apoderarse de ella. Allí sigue la insignia presidencial, y los servicios que yo dejé, y mis habitaciones, tales como estaban. No tenía donde meterse, y allí está mejor

para su seguridad personal. Si yo pienso volver a Cataluña, podría buscarse un palacio. Le digo que hable de eso con el Gobierno.

Al despedirle, como le hablaba, en tono burlón, de la incapacidad de los barceloneses para superar el desorden, me dice: «Espero que el señor Presidente no me confundirá con otros políticos de allá».

Se me ha presentado el teniente coronel San Juan, destinado ahora a la sección de organización del Estado Mayor Central. Es un oficial de mérito. Número uno de su promoción en la Academia de Infantería, de la que Rojo fue el segundo, número uno de su promoción en la Escuela Superior de Guerra, como lo fue Rojo de la suya. Es también piloto aviador. Sabe idiomas. Muy trabajador y muy exigente con sus subordinados, lo que le hace poco simpático. No se ha sublevado nunca. Cuando yo era ministro de la Guerra, oí hablar mucho de San Juan, que entonces servía en el regimiento 1. No le conocía. Me hablaba mal de él Goded, tachándolo de díscolo y de «comunista», muy peligroso. No era comunista, ni lo es hoy. Díscolo, tampoco. Pero es «muy suyo» y amigo de «poner discos», como dicen los militares. El motivo de la enemistad contra San Juan, bastante extendido en el cuerpo de Estado Mayor, es que formó parte de un tribunal de honor cuando los líos de la Escuela Superior de Guerra, hace años, líos causados por las disputas entre los partidarios del Estado Mayor, «cuerpo especial», y los partidarios del Estado Mayor «servicio», a cargo de los diplomados. La emprendieron con San Juan, haciendo lo imposible para impedir que se diplomara. Pero no lo consiguieron.

Un compañero de San Juan me ha referido una anécdota, que transcribo por lo que revela. Algunos meses antes de la rebelión, se produjo una vacante en la Escuela de Tiro de Infantería. Se presentaron veintitrés aspirantes al destino. Como era lo reglamentario, la junta de la escuela elevó al ministro una propuesta, en la que San Juan figuraba el primero de los veintitrés. Alguien le aconsejó que se presentara al ministro. «No. Ya estoy satisfecho. Si no me destinan, qué le voy a hacer». Le destinaron. Y el ministro le llamó: «Quería conocerle a usted. Me han llovido recomendaciones para los otros veintidós solicitantes del destino. De usted solo he oído hablar mal».

El coronel Sandino, en audiencia de despedida. Le imponen el sacrificio de ir a París, como agregado militar. Por lo visto, no han encontrado otra manera de quitárselo de encima. Ha sido el primero en desempeñar, digámoslo así, la prodigiosa Consejería de Defensa de la Generalidad. Juguete, víctima, y aparentemente actor muy señalado en la pueril aberración

de creer que, derrumbado todo (y cooperando al derrumbamiento), iban a improvisar un orden y unos métodos nuevos, nunca usados. En aquellos meses, todo el mundo, con rarísimas excepciones, se dejaba mecer suavemente en el vuelo planeado de la fantasía. La prensa de Barcelona y la de Madrid, manteniendo el ánimo público en una tensión, en una ansiedad perniciosa, hacía creer que el heroico Sandino, el heroico coronel Villalba, el heroico Pérez Farrás, el heroico capitán Medrano y el más heroico que nadie, Durruti, iban a conquistar de un momento a otro Huesca y Zaragoza: sin tropas, ni mandos, ni artillería ni aviación. Sandino bullía mucho, por su cargo y sus actividades de aviador. Desde Madrid se le imaginaba uno siempre en el aire, expidiendo a Companys, desde las nubes, radios de victoria. Poco después de ser nombrado ministro de Marina y Aire, Prieto hizo un viaje a Barcelona. Al regreso nos contó que Sandino no se le había presentado. Se encontró con él en la Generalidad: su actitud era la de «un ministro de una potencia extranjera». Fuera de sus conocimientos profesionales y de su lealtad republicana, Sandino no entiende de cosa alguna, y menos que nada, de política y de gobierno. Sacarlo de su oficio y de su puesto subalterno era enviarlo al fracaso. Como sucedió, hace meses. Pero en Barcelona, las nuevas categorías y jerarquías no se han establecido con mayor seriedad.

En septiembre del año pasado, Sandino estuvo en Madrid, y pidió audiencia. Le recibí, ya de noche, en aquella terrible sala blanca del piso bajo, que veía a la Puerta de Oriente. Se me presentó acompañado de Santillán, uno de los próceres de la CNT. Sandino, de uniforme. Santillán, con un atuendo de *cowboy* y pistola al cinto. «Tomaremos Huesca el día que queramos», respondió a preguntas mías. Me dijo que cuatro mil hombres de la CNT estaban dispuestos a venir a Madrid para apoderarse del oro del Banco. «¿Por cuenta de la Generalidad?», le pregunté. No. Pero pronunciándose una amenaza seria contra Madrid, el oro debía depositarse en Barcelona. Descubrió por fin el objeto de la visita, que yo había admitido creyéndola de mero cumplido. Se trataba nada menos que de una propuesta en serio: vista la gravedad de la situación, y como único remedio posible, debía yo hacerme dictador, asumiendo un poder absoluto, y dirigir la guerra y la política. Lo tomé a broma, y paternalmente traté de demostrarle que su plan no tenía ni pies ni cabeza; entonces, levantándose, dijo gravemente: «Si es así, no queda más recurso que liar el petate y marcharse al extranjero». «Eso sería desertar. Usted no piensa lo que dice». No di importancia a la opinión de Sandino, que me pareció una impertinencia candorosa, hija tal vez de un buen deseo y de su

desconocimiento de los asuntos públicos. Paré la atención en el desaliento que las palabras de Sandino descubrían, tan discorde con el optimismo oficial; pero como la situación era mala y todos los augurios desfavorables se confirmaban, no podía hacerle cargos por eso. De todos modos, me sorprendió mucho que Sandino, de carácter tímido y hasta débil, saliese por aquel registro; más que la propuesta misma, me chocaba su incongruencia con la condición del autor. Así lo comenté con algunos íntimos, entre ellos Saravia. Lo atribuí, en suma, a un efecto de su elevación a personaje, que lo había engreído. Más tarde, puse en duda esta explicación, aunque no he llegado a formar otra más sólida. Acababa de incorporarse al Gobierno catalán la CNT. Arreciaba la campaña para que entrase también en el Gobierno de la República, a lo que se oponía resueltamente Largo, con mi aprobación. La CNT publicó un manifiesto en el que decía, entre otras cosas, que estaba muy conforme con que Manuel Azaña continuase en la presidencia de la República, a lo que sus exegetas querían dar el valor de una ratificación de mi elección. La misma CNT me envió unos emisarios pretendiendo celebrar conmigo entrevistas secretas, a lo que me negué, poniéndolo en conocimiento del Presidente del Consejo. Apenas llegué a Barcelona, lo que pude observar sobre la situación de Sandino y sus amistades con la CNT y la FAI, me hizo recordar su extraña visita en Madrid, en la compañía imprevista de Santillán, que no habló casi nada y más parecía un testigo… Todas estas circunstancias me hicieron concebir la sospecha de que Sandino no me llevó el fruto de su inspiración personal, sino tal vez una embajada, o cuando menos, una exploración. No quiero incurrir en cavilosidades. Después de todo, lo mismo da, porque el caso no tuvo más consecuencias, por lo menos, que yo sepa. Con la visita de hoy, han venido a mi memoria estas cosas. La curiosidad podía haberme inducido a preguntar a Sandino el porqué de su ocurrencia. Pero, sobre que no iba a confesar ahora lo que entonces me ocultó, no me ha parecido decoroso mostrar interés por aquel paso. Y si fue inspiración suya, es posible que ya ni lo recuerde.

Otra vez el embajador de México, que vuelve a puntualizar algunas cosas de las que tratamos el otro día. Hemos hablado diez minutos. Nada nuevo.

Para remate de la copiosa audiencia de hoy, y tras algunas visitas sin interés, recibo la de Tarradellas. No nos habíamos visto desde la noche del lunes 3 de mayo. Estuvo en Valencia hace algunas semanas, y pidió verme. No siendo posible concertar las horas, por encontrarme en La Pobleta, se aplazó la audiencia. Su opinión sobre las cosas de Cataluña se resume en esto:

«Bajo una aparente normalidad, hay malestar». «¿A qué se debe, después de haber formado ustedes ese Gobierno tan bueno?». «Sí, sí; pero nos peleamos más que nunca, más que cuando estaba la CNT». La razón del malestar y de las peleas es, según Tarradellas, la política invasora y absorbente de los comunistas, a través del PSUC, en cuya representación está Comorera en el Gobierno. «Los comunistas no son nadie en Cataluña, no tienen nada que hacer allí». Sin embargo, aspiran a dominar. Se presentan como republicanos y demócratas, pero van a lo suyo. Se teme que se implante en Cataluña una dictadura militar comunista. «¡Pero hombre…!». «Sí, señor Presidente. Se han dado consignas…». «¿Qué consignas? ¿Quién las ha dado?». «En nuestras discusiones, Comorera nos ha dicho que hemos de pasar por lo que ellos quieran, o de lo contrario se nombrará un gobernador general de Cataluña y se suprimirá la Generalidad». (Recuerdo que Comorera era partidario de implantar el estado de guerra). Muy naturalmente, ese hilo le lleva a hablar de lo que han hecho los jefes militares asistiendo al mitin del PSUC. Se dispara contra Pozas. Pactó con la CNT para poder ir al frente. Nombró subsecretario de Defensa (?) a un confederal. Tiene guardia de la CNT. El Parque de Artillería, «que es del Estado» (¿ahora caen en la cuenta?), continúa en manos de la FAI; para que no dominen allí solos, han mandado ochenta hombres de la Esquerra. El frente de Aragón continúa tan desorganizado como antes. Companys lo ha visitado y ha vuelto con muy mala impresión. Si el Estado manda ya allí, ¿por qué no lo arregla? Otro tanto dice del Orden público. Ya es del Estado, ya tiene allí muchos miles de hombres. ¿Qué se hace? Casi nada. No echa de menos una persecución contra la CNT, eso no debe hacerse; pero el desarme no avanza. Lo de las fronteras estuvo muy bien hecho, y pronto. Después, casi nada. ¿No decían que había tantos y tantos miles de fusiles? ¿Por qué no van a buscarlos donde están? ¿Por qué no se ocupa la casa de la FAI que es un arsenal? Ahora han llegado a Barcelona seiscientos carabineros más, sin armas. El Gobierno quiere que la Generalidad les entregue fusiles de la Guardia Civil. La Generalidad se ha negado. ¿No hay tantos fusiles escondidos? Pues que vayan por ellos… (¡oh, la lealtad!). La CNT tiene gran fuerza en Cataluña. Los comunistas, ninguna. Quieren hacer una política opresora y militarista. Cataluña nunca ha sido militarista. Entre la CNT, con todos sus errores, y los comunistas, es preferible la CNT. Nos empujan hacia ella. «Eso no sería novedad», le interrumpo. Tarradellas, que nunca había sido de la Esquerra, se ha inscrito en el partido, del que le harán secretario. Piensan reorganizar el republicanismo. La Esquerra, *Acció Catalana*, Izquierda Republicana y los federales

constituirán un «Frente Democrático», y, dentro de tres meses, serán más fuertes que nadie en Cataluña. Menciona también las elecciones del otro día, para no sé qué fines de sindicación agrícola, en las que han sido derrotados los comunistas. Y se refiere, de pasada, a unos proyectos que los comunistas han llevado, al Gobierno de la Generalidad, sobre reparto de tierras, que Tarradellas considera disparatados.

Antes de pasar a verme, Tarradellas ha estado esperando un rato en la secretaría. Apenas se han saludado él y Casanovas. Con el personal de la secretaría, Tarradellas se ha desfogado, muy discretamente, y de modo principal contra el Gobierno. Asegura que con el rescate del Orden público, el Gobierno ha enviado a Cataluña un ejército de ocupación, *que vive a costa del país*… De Madrid se está haciendo un mito, para emplearlo en favor de la política centralista, antiautonomista. En el frente de Madrid hay ¡cuarenta mil catalanes! Si ha podido emprenderse la ofensiva, se debe a que Cataluña ha dado tantos y cuantos millares de cartuchos. El frente de Aragón es el único que no ha retrocedido nunca, en tanto que no se ha hecho más que correr desde Cádiz hasta Madrid… Y otras agudezas por el estilo.

Son materiales para el conflicto venidero. Si dan tiempo a que estalle.

Hace días pasó por aquí a despedirse el teniente coronel Viqueira, destinado a Alcalá, para organizar y mandar una brigada de caballería. Ha cesado por tanto en el mando de la Escolta. Parece que tratan de organizar cuatro brigadas.

De esto me habló Bolaños, subsecretario de Guerra, la primera vez que me visitó. «Buena falta nos habría hecho en Guadalajara una fuerza de caballería, y gran servicio. ¿Pero hay elementos para organizarla?». «Sí, señor. Hay de todo». «¿Caballos también?». «También». Viqueira ha escrito al teniente coronel Parra, y le dice desde Alcalá, que no tiene soldados, ni equipos, y que no encuentra caballos en ninguna parte. «De modo que la brigada de caballería soy yo».

Adición: Entre las cosas que dijo Tarradellas mientras estuvo hablando con los de la secretaría, figura esta: «Después de todo, en Cataluña resolvimos el problema en cuarenta y ocho horas, librándonos de la rebelión en todo nuestro territorio. Por eso hemos podido hacer política. En los demás sitios, no han sabido hacer otro tanto».

Este punto de vista, que no es privativo de Tarradellas, descubre mucho más de lo que tal vez quisieran quienes lo adoptan y propalan. Es la

separación radical de la causa de Cataluña y la causa general de España. La explicación de cuanto viene ocurriendo en Cataluña no es otra, completando esa actitud de insolidaridad o semiindependencia con la irrupción sindicalista, cooperante con la Generalidad para anular al Estado y demoliendo a su vez, por cuenta propia, los poderes públicos específicamente catalanes. Que Cataluña correrá, como siempre, en esta guerra, la misma suerte que el resto de España, es una verdad palmaria, que ningún catalán desconoce ni niega; pero no basta para apearlos de aquella opinión ni de cuanto denota. Se mueve entre la deslealtad y la obtusidad.

Una persona de mi conocimiento asegura que es una ley de la historia de España la necesidad de bombardear Barcelona cada cincuenta años. El sistema de Felipe V era injusto y duro, pero sólido y cómodo. Ha valido para dos siglos.

Hoy he recibido unas notas del teniente coronel de la Guardia Civil, Buzón, sobre la situación de Vizcaya y Bilbao, adonde fue destinado hace meses. Las notas son anteriores a la caída de Bilbao, y han tardado semanas en llegar a mi poder, con una carta del autor a mi secretario, fechada en Gijón. Las notas confirman lo que ya sabíamos. Procuro reunir el mayor número de estos testimonios directos, escritos en caliente, durante el desarrollo de los sucesos mismos. Después, todo lo que escriban será para la historia, y *ad probandum*.

31 de julio

Anoche estuvo aquí a cenar el coronel Hernández Saravia, que regresa de Madrid, donde ha estado, como jefe de los servicios de defensa antiaérea, durante toda la ofensiva. Opina como yo respecto de los inconvenientes de una iniciativa de tal importancia en los contornos de Madrid. Nuestras bajas, según ha oído a los servicios de Sanidad, se acercan a 20 000; cree que en ese cómputo no se incluyen los muertos, porque de ellos no se da parte a la Sanidad, sino directamente al Estado Mayor. Las bajas del enemigo quizá no lleguen a tanto. La aviación enemiga es tres veces más numerosa que la nuestra, y su artillería es también superior en número. Tienen más artillería antiaérea que nosotros, y de más calibre. Saravia tenía su puesto de mando en la Casa del Pino. Le han bombardeado varias veces. Las cuatro baterías de cañones antiaéreos que tenía han sufrido unas cincuenta bajas. El cuartel

general estaba en la casa del conde de las Almenas, el Canto del Pico, en Torrelodones, que conozco bien. Allí iba Prieto a comer todos los días. Al perderse Brunete, algunos oficiales nuestros quedaron prisioneros y han debido de decir dónde estaba el cuartel general, porque al día siguiente, precisamente a la hora de comer, lo bombardearon furiosamente. Se rompieron todos los cristales, sin más daños, ni bajas. Las tropas se han conducido muy bien, con entusiasmo y valor; no puede pedírseles más, no obstante haberse producido alguna de esas retiradas que se designan con la astrosa palabra de «chaqueteo». (Invasión de la jerga matonesca). Le pido detalles que confirmen o destruyan la sospecha a que me indujo un parte oficial nuestro, después de empezada la contraofensiva del enemigo, en el que decían que unas fuerzas nuestras habían abandonado sus posiciones al oeste del río Guadarrama, pasando a ocupar otras al este. «Conociendo el terreno, y la disposición de las líneas, deduje que esas fuerzas habían quedado cortadas. ¿Es así?». «Sí, señor. Quedaron en muy mala situación, y han estado cinco días sin beber agua. Pero lograron volver a su base». No cree Saravia que en Quijorna se hallasen dos mil muertos del enemigo. Ha entrado en algunos pueblos al día siguiente de tomarlos, y no ha visto tantos cadáveres como se dice. Las fuerzas de choque de los rebeldes han sido los moros y unidades de Navarra, que se baten muy bien. Extranjeros, no han encontrado en el ejército de tierra. Sí en la aviación. Todos los aviadores capturados son alemanes.

Saravia confirma rotundamente lo que he sabido y comprobado tantas veces: no hay mandos. En cuanto se inutiliza uno de los pocos jefes útiles que tenemos, sustituirlo es casi imposible. En cuanto el coronel Jurado, atacado de angina de pecho, dejó el mando, la acción del dieciochavo cuerpo empezó a bajar, y eso que lo reemplazó su jefe de Estado Mayor, Casado, que es un oficial muy competente. Siguiendo el hilo de mis juicios sobre este problema, en relación con los efectos de la ofensiva, le pregunto algunas cosas a Saravia. Nuestro ataque sorprendió, en efecto, al enemigo. Por primera vez, en un año, una operación, y de tal importancia, se ha emprendido sin que los rebeldes estuviesen enterados. Saravia ha interrogado a un comandante de artillería enemigo, prisionero. Declara que no esperaban ningún ataque, tanto que, el mismo día, el comandante se había marchado a Majadahonda a cobrar la paga, y al regresar, le hicieron prisionero en el camino. Se admira de que no le hayan fusilado y de que no le hayan quitado el dinero; también le produjo asombro que todos los oficiales del ejército republicano fuesen españoles, y no rusos, como se les había dicho. En Brunete se cogieron prisioneras dos señoritas de la nobleza, que estaban allí descuidadamente. Más que todas las

informaciones vale el hecho de que en Brunete se penetró, en efecto, con facilidad y sin choque.

—¿No cree usted que si hubiese habido allí un mando capaz de apreciar sobre el terreno la importancia de la ventaja conseguida, la habría proseguido, o cuando menos hubiese propuesto al mando superior su prosecución, si al Estado Mayor no se le ocurría?

—Es seguro, o muy probable, que, no perdiendo tiempo, habría podido llegarse lo mismo a Navalcarnero o Alcorcón. En los dos primeros días, el enemigo no acumuló masas de artillería ni de aviación, como hizo luego, ni le habían llegado refuerzos. Nuestra aviación había incendiado enormes depósitos de gasolina en Navalcarnero y Leganés, produciendo un estrago que debió de dejarles bastantes horas escasos de combustible. Desde el principio de la guerra —añade Saravia— se observa que los partes de los jefes de columna no dicen muchas veces la verdad; se engañan, quizás, y engañan al mando, diciéndole que han tomado posiciones o pueblos en que no han entrado. En las alturas, hay el escepticismo correspondiente. Yo he oído en el cuartel general, al leerse un parte anunciando la toma de un pueblo, esta salida: «¿Que han tomado X? ¡Pero qué han de haber tomado esos!». Unas veces aciertan, y otras no. En esta ofensiva han ocurrido los dos casos. Comunicaron del campo la ocupación de Romanillos y otras posiciones, sin ser verdad. Pero cuando dieron parte de la toma de Brunete, *tampoco lo creyeron*. Hubo que insistir, y confirmar la noticia desde el mismo pueblo.

Hablamos de Miaja. «¿Sigue siendo comunista?». «Dice que no es político. A veces se le escapan algunas imprudencias. Le he oído que entre él, Líster y El Campesino arreglarían la política en España».

—Eso dicen los generales rebeldes.

—Precisamente. Así le contesté. Para eso, mi general, nosotros estamos aquí de más, porque nos batimos para que los militares no se metan a gobernar ni pretendan dirigir la política.

Miaja echa pestes contra Largo Caballero, sin recatarse delante de nadie. También lo hacía cuando Largo presidía el Gobierno. Miaja asegura que tiene preparado un folleto contra Largo y que lo dará a la imprenta si lo estima necesario. «No haga usted eso, mi general —le ha dicho Saravia—. Son los procedimientos de Queipo».

Queipo y Miaja se han insultado muchas veces por la radio. Arma de guerra que no se les ocurrió emplear, por ejemplo, a Joffre ni a Von Kluck antes de la batalla del Marne. Ni después, claro está. ¡Qué espectáculo! Monarquía, república, fascismo, revolución, sindicalismo, comunismo…

Bien, bien: pero cada palabra de los directores de este pueblo es una derogación de la hombría.

Anoche, a las doce, pregunté al ministerio de Estado si tenían noticias de lo ocurrido en la reunión del Comité de Londres. Las últimas recibidas databan de las seis de la tarde, y alcanzaban a la intervención del embajador de Alemania. Nada más. Cualquier mediano periódico está mejor servido. Hoy por la tarde me envía Giral copia de un telegrama de Azcárate, de *cuatro* líneas, puesto anoche en Londres, diciéndonos, tal vez por si no hemos leído la prensa, que la reunión se aplazó hasta la semana próxima por la imposibilidad de conciliar tendencias divergentes. Esto es cuanto sabe el Gobierno y, por lo visto, el embajador.

6 de agosto

Anoche estuvo aquí el Presidente del Consejo, con un fardo de decretos. Han tenido Consejo el sábado, el domingo y el lunes, porque tenían muchos asuntos pendientes, a causa de las ausencias del Presidente en Madrid y del ministro de Defensa, que regresó el viernes. Me cuenta que ha habido —los periódicos lo han publicado— temores y alarmas sobre el Orden público, anunciándose una intentona por parte de grupos más o menos dirigidos por la CNT y los anarquistas. Negrín relaciona esto con lo sucedido en el frente de Teruel, donde las columnas confederales han huido, cediendo terreno a los rebeldes. Han sido desarmados los fugitivos, y se siguen juicios sumarísimos, para lo cual han enviado allá cinco auditores. Es de creer —dice Negrín— que el abandono de las posiciones fuese una parte del plan, haciéndolo coincidir con disturbios en la retaguardia. El Gobierno afirma que ha tomado todas las medidas, y que los presuntos revoltosos están atemorizados.

Lo del Consejo de Aragón se va a realizar ya de un momento a otro. Asegura Negrín que se han adoptado todas las precauciones posibles, y espera que el asunto se desenlace sin incidentes graves.

Hablamos también de las cosas de Cataluña. Por fin, Companys ha dicho que estaba dispuesto a venir a Valencia, a conferenciar con el Gobierno. En vista de eso, Negrín ha decidido ir él a Barcelona, donde creo que está hoy. Persiste en su propósito de trasladar a Barcelona todo el Gobierno y los ministerios.

Respecto de los militares que asistieron al mitin de Barcelona, el ministro está dispuesto a corregirlo, y a que no suceda más. Las disposiciones tomadas

en Consejo para ese fin no fueron del agrado de los comunistas. Uribe visitó a Negrín para decirle que la oficina política del partido no estaba conforme con la decisión ministerial. Negrín le contestó que, dada la importancia del asunto, lo tratarían en Consejo. En efecto, en uno de los que han celebrado estos días, y como cuestión previa, el Presidente planteó el caso. Todos los ministros estuvieron firmes en que no podía consentirse ninguna acción política dentro del ejército, menos los comunistas, pero recogieron velas, diciendo que su indicación al Presidente no tenía la importancia que este le había dado, y se sometieron al acuerdo del Gobierno, afirmando, con todo, que en estas circunstancias el ejército debía ser político. «Conformes —opinó el Gobierno — si por ello se entiende su adhesión a la República, pero no un ejército de partido, ni trabajado por las propagandas de partido».

Le pedí noticias del asunto Nin. Creen ahora, después de las minuciosas pesquisas hechas, que Nin no fue secuestrado, y que se trata de una evasión. Negrín ha recibido la visita de unos delegados de la Segunda Internacional, que venían a hablarle del caso. El secretario (cuyo nombre, un poco raro, no he retenido) le dijo al Presidente que creían saber que Nin, Gorkín y Andrade habían sido asesinados en una carretera, por un grupo de comunistas, ocupantes de un camión que se atravesó delante del que conducía a los presos. Negrín se lo negó, y como no le viese muy convencido, le dijo: «¿Quiere usted hablar con Gorkín?». «¡Ah! Eso sería magnífico». «Pues le daremos a usted un salvoconducto, para que lo vea en la cárcel de Madrid». «No tengo tiempo de ir a Madrid». «Muy bien. Pues haré que traigan a Gorkín y le verá usted mañana mismo». Así se lo pidió al ministro de la Gobernación, pero la orden no fue necesaria, porque ese día Gorkín era trasladado a Valencia, habiéndolo pedido así el tribunal que entiende en el proceso. La visita del delegado extranjero a Gorkín creo que se celebra hoy. A propósito de este asunto, llamé la atención del Presidente sobre la feroz campaña que realiza parte de la prensa, pidiendo el castigo inexorable, el escarmiento, el exterminio de todos los acusados. «No sé por qué lo consienten ustedes, teniendo la censura. Esa campaña siempre estaría mal; pero, tratándose de gente que está ya sometida a los tribunales, peor. ¿A quién se pretende impresionar? ¿Al Tribunal, al Gobierno, a la opinión? Por grande que sea la capacidad imitativa de los comunistas, aquí no podemos adoptar los métodos moscovitas, que cada tres o cuatro meses descubren un complot y fusilan a unos cuantos enemigos políticos. Supongo que el proceso aún tardará, pero sepa usted desde ahora, y sépalo el Gobierno, que no estoy dispuesto a que los

partidos se ensañen unos contra otros ferozmente; mañana fusilando a los del POUM, pasado a los de otro».

—No creo que las cosas lleguen a ese extremo —dijo Negrín—. En todo caso, el Gobierno tampoco lo consentiría.

Me ha leído unos telegramas de Pascua. Comunica que ha hablado con Stalin y Voroshilov, sobre los pedidos de material, y que serán atendidos, si no en su totalidad, casi todos. Y anuncia, sin decir el motivo, que viene a España. Ignoramos la razón. Negrín ha aplazado el viaje a Moscú, que me hacía poca gracia, aunque cree que todavía puede verse obligado a hacerlo por cuestiones financieras. Sigue ignorándose el paradero de Gaikiss, embajador soviético en Valencia, que se fue con licencia a su país. Los informadores rusos aseguran que los planes ingleses de acomodo con Italia tienen como solución para los asuntos de España una restauración, en la persona de un infante.

—Podrá ser o no —le digo—; pero si Inglaterra se desenmascara hasta ese punto, no tenemos nada que hacer.

—No sería el nuestro el primer país que resistiese una imposición de ese género.

—Seguramente. Lo que creo es que con Inglaterra no podemos. Contra la agresión italiana y alemana, todavía nos defendemos. Pero contra Inglaterra no podríamos, sin necesidad de que Inglaterra tome parte directa en la contienda. Le bastaría la acción diplomática, en la que arrastraría a todos, sin exceptuar a Francia.

Me habló también de la industria de guerra catalana. No rinde. Hay que tomar una determinación. Siguiendo así, no se podría continuar la guerra indefinidamente. Por último, insistí en la apertura de las Cortes. Con motivo de esto y de la oposición anunciada, Negrín me cuenta que ha recibido una carta de Largo Caballero, muy agria e insolente, protestando porque le han puesto vigilancia. Negrín no lo sabía.

Ha regresado el teniente coronel Menéndez, que se reincorpora a su destino en la Casa presidencial. Viene de Madrid, donde ha servido en el Estado Mayor del ejército durante la ofensiva. Sus noticias corroboran las que ya tengo, y añade sobre algunos puntos ciertos detalles.

Ha visto que el Estado Mayor de Madrid trabaja mucho y bien. Los servicios han funcionado con regularidad: municiones, víveres, sanidad, etcétera. El campo y los transportes muy bien organizados. Las tropas se han conducido en general admirablemente, soportando jornadas terribles, agravadas por el espantoso calor y la sed. Si hubiese habido un cuerpo de

ejército enteramente fresco y descansado, cree Menéndez que se habría podido hacer un relevo en las líneas y llegar mucho más lejos. Los morteros de infantería no han funcionado, porque no había municiones. Calcula nuestras bajas en 20 000 y en unas 15 000 las del enemigo, que tenía por fuerzas de choque a los moros y a los navarros. Lo que falla son los mandos. Los nuevos oficiales subalternos no tienen instrucción ni experiencia bastantes para ocuparse de la comodidad de las tropas, fuera del combate. Faltan buenos jefes de batallón. Bastantes unidades superiores tienen un solo oficial de Estado Mayor, y como en general escasean en todas partes, su trabajo es abrumador. En las grandes unidades hay, por jefes supremos, gente improvisada, sin conocimientos: El Campesino, Líster, Modesto, Cipriano Mera… que prestan buenos servicios, pero que no pueden remediar su incompetencia. El único que sabe leer un plano es el llamado Modesto. Los otros, además de no saber, creen no necesitarlo. Menéndez ha visto cómo le entregaban a El Campesino un plano de la situación, y sin mirarlo siquiera, El Campesino lo extendió sobre la mesa, con el dibujo hacia abajo, para que sirviera de mantel. A Modesto, jefe de una división, le enviaron un coronel del ejército, Verdú, de segundo jefe. Verdú fue a buscarlo en el puesto de mando; estaba en el puesto de combate, y allá se dirigió el coronel. Se presentó oficialmente, y le dijo además unas palabras expresivas de sus buenos deseos y voluntad de ayudarle en cuanto hiciese falta. Modesto, sin contestar, descolgó el teléfono: «Si no me quitáis ahora mismo de aquí este coronel, dejo el mando». Se lo quitaron. El coronel decía: «Para hacer este papelón, no sé por qué me han sacado de donde estaba». No se quieren bien unos a otros los caudillos populares. La división de Líster estuvo en lo de Brunete. Perdió mucha gente, y, según Menéndez, todos sus oficiales. Se encontró en una situación muy difícil. Al saberlo, decía El Campesino: «¡Ah! ¿Sí? ¿Pues no echaba tantas roncas? ¡Que resuelva él su papeleta!». Tampoco son cosa del otro jueves los consejeros rusos. Menéndez le ha oído a Modesto (como no fuese a Cipriano Mera…) chillar contra los rusos, llamándolos «tertulia de suegras». En cuanto a Miaja… Menéndez ha presenciado esto: entrar Miaja en el despacho donde trabajaban los jefes del Estado Mayor, y decirles:

—¡Bueno! ¿Qué estáis urdiendo ahí que no queréis decirme…?

Tratan mal a los oficiales. Dos han muerto, a manos de uno de aquellos, que aparecieron como bajas causadas por la aviación. Menéndez refiere una escena de El Campesino con el capitán de una batería. Pistola en mano, El

Campesino le gritaba: «Tú te estás ahí haciendo fuego, como si fuese con ametralladora, hasta que se fundan las piezas».

La tragedia del oficial leal está por componer.

7 de agosto

Ayer tarde estuvo aquí Martínez Barrio. Venía a hablarme del viaje de los diputados que han de ir a la Conferencia Interparlamentaria, me contó el programa de las sesiones, el reparto de temas que se ha hecho entre los delegados españoles, y me ofreció darme a conocer los discursos que habrán de leer para que haga los reparos convenientes, si ha lugar. Es probable que también asista a la Conferencia el propio Martínez Barrio.

Hablamos de la situación general, militar y política. Opina que la retaguardia está peor, aunque no en el aspecto de orden público. Hay mayor desconfianza, como lo prueba la rapidísima e insoportable subida de los precios, que puede ocasionar disturbios y alborotos de gravísimas consecuencias. Está conforme en que la resolución de la guerra por el empuje victorioso nuestro es muy improbable. «Creo que el Gobierno se inclina —me dijo— a una política de resistencia, de simple aguante en la defensiva. Pero eso, ¿cuánto puede durar? ¿Y después…?». Hace falta una orientación política interior, acorde con esas miras. Le informo de las impresiones que tengo recogidas acerca de lo que se esperaba de la ofensiva de Madrid y de lo que pudiera significar su fracaso. Le repito que la guerra no es cuestión de amor propio, y que una cosa es la capacidad de resistencia y otra la posibilidad de victoria. Nuestra resistencia, salvo en el caso de un desastre militar decisivo (Martínez Barrio hizo una mueca de duda), puede durar mucho, pero si la posibilidad de victoria se desvanece, hay que hacer lo necesario para no ir dejándose desplumar poco a poco. Nuestra posición actual y los recursos que tenemos son importantes, y si un día se llega al convencimiento de que no bastan para vencer, habrá que darse cuenta de que sirven para negociar, mientras no los aniquilen. Esa es la opinión también de Martínez Barrio. Si Inglaterra, por fin, se desenmascarara y nos toma como prenda para acomodarse con Italia, Martínez Barrio cree como yo que no tenemos salida. Añade que, en caso de tal, Francia no tardaría en seguir a Inglaterra, y la URSS tendría que aguantarse. Le explico en qué consiste, a mi juicio, la debilidad de la URSS. Le he enterado —diciéndole que por su función debe conocerlas— de mis conversaciones con el embajador de México. Le parecen bien. En lo que nosotros no podemos transigir es en lo

tocante a la legitimidad del régimen y de sus instituciones fundamentales, no en cuanto a las personas que las representen, pues ninguna de ellas sería estorbo para la obra de pacificación. Todo lo demás es opinable. No puede tampoco perderse de vista la situación en que podrían quedar los adictos a la República en caso de derrota. No es concebible que emigren de España un millón o dos de republicanos y socialistas. Faltaría hasta la posibilidad material, porque Francia les cerraría su frontera. Por falta de una política previsora, fundada en la realidad, ¿iban a quedar ahí abandonados a las horribles represalias de los rebeldes?

Martínez Barrio explica que ante la eventualidad de perderse todo, la actitud de las organizaciones obreras revolucionarias no es la misma que la de los republicanos. Para aquellos, el fracaso es un accidente temporal, y de una manera o de otra, en tal o cual terreno, proseguirían su acción y sus fines de clase. Para los republicanos sería el acabamiento de todo, porque no se puede pensar que, ni en veinte ni en treinta años, volviese a existir en España una República liberal. «Y gracias —dice— si podemos encontrar un rincón en el mundo para acabar la vida».

Esto nos lleva a tratar de la terapéutica política en los primeros momentos de la rebelión. «El curso de los sucesos —le digo a Martínez Barrio— no ha hecho más que confirmarme en que mi propósito, al intentar que se formase un Gobierno nacional, era bueno. El caso no podía tratarse más que como una rebelión militar, en contra de la Constitución y de la República. La respuesta, en el orden político, me pareció que debía ser un Gobierno formado por todos los que estaban dentro de la Constitución, desde las derechas republicanas hasta los comunistas. Sin más consigna ni etiqueta que la de restablecer el orden y someter a los militares. Casi nadie quiso entenderlo así. Yo mismo hablé por teléfono con Maura, que estaba en La Granja, invitándole con ahínco a que entrase en el nuevo Gobierno. Era extraordinario que el Presidente de la República hiciese una gestión así; pero lo excepcional y urgente del caso lo justificaba. Maura, como usted sabe, me dijo que él no podía participar en tal Gobierno y "que era tarde para todo". Partidario de una solución dictatorial, como se aprende en los artículos publicados con su firma en *El Sol* poco antes (con grandes elogios a la juventud fascista), debió de creer que ya estaba todo perdido. Otras resistencias se encontraron también, por distintos motivos. Se me dirá (yo me lo digo a mí mismo) que una solución tan prudente, tan razonable, no lo sería tanto, cuando no pudo realizarse. En realidad, el argumento prueba poco contra mi tesis. Para ser realizable la solución, era menester que fuese comprendida la necesidad que

la dictaba. También era muy razonable, muy prudente, el encargo de formar Gobierno que yo le di a Prieto en mayo, y los cortos de vista que se movían por pequeñeces de partido lo impidieron. Muchos han reconocido tardíamente que mi indicación era la buena. Que la solución pensada en las horas difíciles del 17 de julio fuese posible o imposible, dependía de que comprendiesen la situación unas docenas de personas. Ya sé yo que en los partidos no iba a entrar de súbito la percepción cabal de la necesidad, ni que las masas invitadas, asustadas, enfurecidas por la traición, iban a formar como quintos a la voz de mando. Estas dificultades habían que afrontarlas. Aunque se hubiese fracasado, nunca hubiera sido peor, desde el punto de vista de la autoridad, que lo ocurrido después. Se creyó que era el momento de un gran avance político y social, confundiendo lastimosamente los tiempos: o sea, el tiempo actual de defenderse contra la rebelión, y el tiempo venidero de sacar de ella las consecuencias inevitables. Más urgente que combatir a los rebeldes pareció combatir a los burgueses y al capitalismo. Ahora bien: todo lo que se ha hecho de eficaz en el orden de la guerra, desde entonces acá, ha sido precisamente en contra de aquel estallido. En Madrid no quisieron comprenderlo, y menos aún en Barcelona, donde se lanzaron a toda clase de improvisaciones demoledoras, de las que aún no nos hemos repuesto. Sé muy bien cuál era el ánimo de las gentes. Hasta en el partido de Izquierda Republicana, del que yo acababa de salir con el prestigio y la autoridad que usted conoce, cuando supieron el conato de Gobierno, fulano, zutano y perengano (los conozco) empezaron a gritar contra el Presidente de la República, llamándome *traidor*. ¡Ya usted ve: traidor! No desconozco tampoco que, después de la negativa de Maura y de otros, y de la negativa de los socialistas, el Gobierno que nacía no era lo que yo deseaba, ni correspondía a mi propósito, el cual había fracasado casi desde su planteamiento. Y vea usted si las opiniones son tenaces. Hace pocas semanas he recibido un libro de Marcelino Domingo, con sus discursos en América, y un apéndice, poco congruente con lo principal, en el que sin disimular su resentimiento porque no le encargué del poder en aquella ocasión, o en otra anterior, remacha y recuerda sus pronósticos de que tal Gobierno suscitaría protestas, y aduce lo ocurrido en Izquierda Republicana. Los pronósticos, yo mismo se los oí. Los hechos los confirmaron. Pero todo eso prueba, cuando más, que entre las desgracias acarreadas por la rebelión, una de las más graves, y de momento la más importante, consistía en que la excitación popular barrease el camino para llegar a un buen Gobierno».

—Conocía el libro de Domingo —dice Martínez Barrio sonriendo—, y no le hablaba a usted de él por si no lo había leído… El Gobierno que logré formar aquella noche nacía sin fuerza, y para ser aplastado de un lado por los rebeldes y de otro por las masas revolucionarias. Tuvimos noticias ciertas aquella madrugada de que, pocas horas después, nadie nos obedecería. Veinticuatro horas antes, quizás un Gobierno así hubiera podido desarmar, contener la rebelión en algunas capitales. El mismo Aranda, que estuvo hasta el final jugando con dos barajas… Es lo ocurrido en Valencia. ¿Usted no conoce el discurso que ha pronunciado Franco el día 18 de julio?

—No, señor.

—Pues ha dicho que yo cometí en Valencia una miserable traición, porque vine aquí a impedir la sublevación, prometiendo que se formaría un Gobierno de orden, y luego entregué a los oficiales a las iras revolucionarias.

Estas opiniones de Martínez Barrio me parecen un poco embarulladas con la realidad, y, algunas, formadas posteriormente a los sucesos. No se me alcanza por qué el Gobierno que no pudo formarse en la noche del sábado al domingo hubiera tenido más probabilidades de vida en la noche del viernes al sábado. Podrá ser; pero no se me alcanza la razón, porque las causas que lo estorbaron ya existían. El recuerdo de Aranda es particular. Martínez Barrio pensó en él para ministro de la Guerra de su Gobierno. Me pareció una enormidad y se lo quité de la cabeza. Claro que a tales horas Aranda no se había sublevado aún descaradamente, hablaba por teléfono con el ministerio de la Guerra y afectaba cumplir sus órdenes. Que Aranda jugaba con dos barajas, es indudable, como jugaron todos los jefes militares hasta el momento de declararse contra el Gobierno. Pero que estuviese indeciso, no lo creo. Las medidas que tomó en Asturias antes de manifestarse en rebelión abiertamente lo prueban. Después de recibir el encargo de formar Gobierno, Martínez Barrio trató de ponerse al habla con algunos de los generales, más o menos presuntos jefes de la rebelión. Habló con Martínez Monje, que mandaba en Valencia, creo también que con Mola, no sé si con alguno más. Las respuestas debieron de desanimarle. Su brusca resignación de poderes y dimisión me hizo en el primer momento el efecto de que obedecía a haber comprobado la imposibilidad de apaciguar o de reducir cuando menos el conflicto. Las manifestaciones callejeras de Madrid contra el nuevo Gobierno no tenían importancia, según dijeron personas que las habían visto. Yo no podía apreciarlo, desde Palacio, ni tampoco medir las amenazas de desobediencia. Todo esto quedará siempre muy oscuro. La imputación de Franco a Martínez Barrio —de la que he consignado la referencia— es

completamente infundada. Martínez Barrio no trajo a Valencia ninguna misión, oficial ni oficiosa. Se marchó de Madrid el domingo, pocas horas después de constituirse el Gobierno Giral, y se fue, no ya sin encargo, pero sin conocimiento de nadie. De mí no se despidió ni me anunció su viaje. En la tarde del domingo necesité de él, para hablarle de algunas cosas, y por teléfono estuvieron llamándole a todos los sitios donde pudiera estar. Nadie daba razón. Muy entrada la tarde supimos por un correligionario suyo, creo que Torres Campañá, que don Diego, en compañía de Lara, iba camino de Valencia. Que el Presidente de las Cortes, eventual Presidente interino de la República, se marchase de Madrid y nos dejara, pocas horas antes de que la guarnición sublevada chocara con el Gobierno, teniendo yo el núcleo más fuerte de la rebelión a trescientos metros de mi despacho, me produjo pasmo. El incomparable Giral lo supo por mí, y no fue menor su pasmo. Más tarde, el Gobierno decretó, con poco gusto mío, la formación de la junta delegada en Valencia, que presidió Martínez Barrio. Es completamente erróneo que Martínez Barrio entregara a las masas revolucionarias a los oficiales de la guarnición de Valencia. Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre el tino que presidió en las gestiones hechas en Valencia (atacadas en aquel momento de frenesí levantino) por delegación o en representación del Gobierno, la imputación es falsa. Apenas se supo que la guarnición deponía su actitud rebelde y empezaron a salir tropas a la calle con permiso, una turba sin nombre asaltó los cuarteles y cometió terribles excesos. La gente, desmandada; los resortes de mando, nulos. Si hubiese habido menos conversaciones, dudas y tergiversaciones, y todo el mundo hubiese estado en su puesto desde el primer momento, acaso no habrían ocurrido tales cosas, con satisfacción de todos, y más que de nadie, de quienes tenían que ejercer en Valencia una semejanza de autoridad. Lo que no comprendo es qué pretende Martínez Barrio sacando a relucir aquella imputación falsa de Franco. Una versión de los rebeldes, dirigida precisamente a incriminarle, ¿va a servir para acreditar la tesis de que su Gobierno, veinticuatro horas antes, hubiera podido contener la rebelión, *como en Valencia*? Porque él positivamente no hizo ni pudo hacer, por las circunstancias dichas, a la guarnición de Valencia la promesa de que se constituiría *un Gobierno de orden*. (Es la primera vez que oigo hablar de esto).

Hablando de la situación general y de las probables soluciones, Martínez Barrio conviene conmigo en que, a pesar de las jornadas terribles que me ha tocado vivir, el día más duro para mí no ha llegado aún. Se sobreentiende que será el día en que mi convicción respecto de las posibilidades de la guerra

difiera radicalmente de la del Gobierno y tal vez de la opinión pública. El momento no ha llegado, porque aún no está todo perdido, ni mucho menos; pero lo presagio, si los enredos internacionales continúan como van.

Tocamos otra vez el tema de las Cortes. Ya está aderezado un nuevo local. Reitero mi opinión de que han de reunirse cuanto antes. «Si yo hubiese sido Presidente del Consejo durante la guerra, habría tenido abierto el Parlamento con frecuencia. Mucha disciplina, mucha prudencia, pero abierto. Lo mismo —he dicho— aconsejo a los catalanes». Martínez Barrio asiente. Respecto de los anuncios de oposición que lanzan los amigos de Largo, creemos que más vale llevar esa oposición a las Cortes que no dejarla desahogarse en los mítines, bajo el espolazo de los públicos enardecidos, y sin respuesta inmediata. «Con este motivo —dice Martínez Barrio—, he aconsejado a unos y otros socialistas que eviten las escisiones y desuniones. El Partido Socialista es hoy por hoy el nervio de la situación. Si entran por el camino de las desuniones, que tan fatal ha sido a los republicanos, están y estamos perdidos». A propósito de la nunca obtenida unión de los republicanos, y de los males consiguientes, Martínez Barrio reflexiona en alta voz y me dice que está releyendo mis discursos, en los cuales hay párrafos que iluminan esta cuestión. No le pregunto qué párrafos, ni cómo iluminan, por no entrar en conversaciones y discusiones que en mi puesto me están vedadas, y más aún con otro político en acción, del cual he recibido, tiempo atrás, algunos encontronazos. Tampoco quería decirle nada que le sonase a reproche; no tengo gusto ni voluntad de hacerlo. Pero algunas consideraciones no podía dejar de hacer, unas para mí solo, otras declaradas, que han suscitado en Martínez Barrio ciertas expansiones, muy curiosas.

Desde la niñez estoy oyendo hablar de la unión de los republicanos, como de la extinción de la langosta y otras plagas del campo. La unión es muy buena táctica, dentro de ciertos límites, y a condición de que aumente la fuerza y no la enflaquezca. Hay modos de enflaquecer en política que no consisten precisamente en perder votos. ¿Íbamos a unirnos, solamente porque fuesen republicanos, con los granujas? ¿Íbamos a unirnos con los federales, maniáticos y majaderos muchos de ellos, filibusteros otros, sin opinión detrás, o con votos sonsacados a los sindicalistas? ¿Íbamos, en fin, a hacernos *lerrouxistas*? Conocíamos la inmoralidad del lerrouxismo, sospechábamos su traición el 10 de agosto, teníamos la certidumbre de su incapacidad. Alguna vez le dije yo a Lerroux que su fracaso como jefe de la oposición auguraba su fracaso en el Gobierno. La historia de la República en los años 34 y 35 corroboró nuestros temores, con hechos que rebasaban cuanto nuestra

aprensión, nuestra repugnancia pudo imaginar. En nombre de la unión entre republicanos, ¿íbamos a confundirnos con el lerrouxismo? Don Diego me dice:

—He estado 30 años con Lerroux. Le conocía poco personalmente. Yo vivía siempre en Sevilla. Nuestra relación política era epistolar. Después, en Madrid, formé otra opinión. Lerroux es muy afectuoso, muy simpático… me quería mucho. Pero en el Partido Radical no se podía estar. Me dirán que he aguardado demasiado tiempo. Sí, sí. ¡Había tantos afectos! En las Cortes del 33, yo no conocía en el partido más que a cuarenta o cincuenta diputados republicanos. Los demás eran tanto o más monárquicos que los de Gil Robles. Yo no estaba además conforme con ciertas cosas. En las Cortes Constituyentes, mientras Lerroux le hacía a usted la obstrucción, yo le hacía la obstrucción a Lerroux. Cuando, el año 34, inicié mi separación del Partido Radical, a Lerroux no le faltó nada para suplicarme de rodillas que no me fuera. Me tomó un odio profundo… Lerroux quería deshonrarme. Sí, sí: quería comprometerme en alguna operación política deshonrosa, como fue después la represión de Asturias, o cosa análoga. Por eso me fui.

Después de esto, ¿podrá Martínez Barrio reprochar a nadie *el no haber ido*? Como no estoy para discusiones, me abstengo de recordarle que al marcharse del Partido Radical, para no deshonrarse, no se sumó a otro de los partidos republicanos existentes, sino que, en uso de su derecho, fundó uno nuevo. Lo que no se acomoda a los postulados de unión.

Añade Martínez Barrio que Alcalá-Zamora le aconsejaba vivamente que no abandonase el Partido Radical, «base de la República», y en el que, por la vejez y desgaste de Lerroux, le aguardaban su herencia y sucesión:

—Yo le decía a Alcalá, que el problema no era ese; que se trataba de cosa muy diferente. Para Alcalá no había, por lo visto, mejor razón, que la perspectiva de suceder a Lerroux en las dos presidencias, la del partido y la del Gobierno. Para mí, no es una tentación. El día que salí del Gobierno, en mi casa, donde nunca bebemos, destapamos unas botellas de *champagne*.

Volviendo a las Cortes, le pregunto si por fin, como me ha dicho el Presidente del Consejo, van a venir Maura y Portela.

—Parece que Maura ha desistido de venir, por motivos de carácter familiar. No así Portela, que tiene mucho empeño en hacer el viaje.

—¿Y cómo recibiría el Frente Popular a Portela, que tanto le combatió?

—No lo recibirá mal. Sobre todo, cuando oiga la declaración o revelación muy importante que Portela quiere hacer ante las Cortes.

—¿Cuál?

—Recordará usted que, inmediatamente después del primer escrutinio, el 16 de febrero, Portela se empeñó en dimitir, y que usted opinaba que el Gobierno debía continuar hasta la reunión del Parlamento, o por lo menos, hasta que se concluyeran las operaciones electorales.

—¡Claro! Era lo normal, lo correcto. Aquel Gobierno se dio a la fuga y me puso y nos puso en una situación apurada.

—Bien. Pues Portela quiere decir públicamente que don Niceto se empeñaba en que continuase el Gobierno, y rogó e instó a Portela para que no entregase el poder, a pesar de las elecciones. Portela se negó, y añade que si algún ministro de aquel Gobierno se hubiera prestado a ello, don Niceto le habría confiado el poder.

—A propósito de Portela —digo yo entonces—, usted sabe que Barcia pasó por Valencia hace unas semanas, y estuvo a verme. Barcia como siempre concede gran atención a lo que opina Portela, ignoro la causa, como no sea la de fraternidad masónica. Portela le ha dicho a Barcia que al sucederle yo en la presidencia del Consejo, me entregó un decreto, firmado por el Presidente de la República, estableciendo el estado de guerra en toda España. Cualquiera que sea el valor que Portela pretende dar a ese hecho, insisto, como ya le dije a Barcia, en que no es cierto. Al transmitirme el poder, Portela no me dio más que un apretón de manos, y lo único que me dijo fue que esperaba de mi buena suerte, de mi patriotismo y de no sé qué más, el acierto para vencer tantas dificultades. Quise preguntarle algunas cosas relativas al Orden público, pero en sus primeras respuestas evasivas advertí que no sabía nada de nada. Me pareció un lunático, fatigado, ausente. Por mala que sea mi memoria (y no lo es tanto), el hecho de entregarme un decreto semejante me habría causado impresión bastante para no olvidarla. Y el Consejo de ministros lo habría conocido, pues no podía dejar de darle cuenta de que las cosas habían llegado a tal extremidad. Y el propio Presidente de la República me hubiera pedido cuentas o noticias de un decreto firmado por él. Y no habría habido más que rasgarlo en su presencia. A mí no me hubiera servido de nada aquel decreto, pues aún suponiendo que mi Gobierno se hubiera propuesto declarar el estado de guerra, en lo que nunca pensó, la firma de Portela ya no era válida para el caso.

—Lo sé. Tiene usted razón. Es una falla en la memoria de Portela.

—Según y como, pudiera más bien ser una confusión. Porque una falla de la memoria sirve para explicar que desaparezca de ella un hecho que existió, pero no para explicar que se inserte en ella un hecho del que no ha habido ni asomos de realización. Se puede conjeturar que el Gobierno y el Presidente

pensaron en el estado de guerra, y, extremando la conjetura, que llegaron a extender el decreto. Así puede explicarse que, a esta distancia, Portela crea de buena fe que, en vez de guardarse o de rasgar el decreto, me lo entregó a mí. Es conjetura, nada más. Después de todo, en lo que toca al Gobierno de febrero, poco importa.

Pasamos a hablar de don Niceto, siguiendo ese hilo.

—A medida que ha transcurrido tiempo y se han desarrollado los sucesos se me ha robustecido el convencimiento de que si no hubiésemos destituido a don Niceto, habría dado él un golpe de Estado —afirma Martínez Barrio—. Estoy seguro de que, después de las elecciones de febrero, un día cualquiera habría destituido al Gobierno que usted presidía, nombrado otro extraparlamentario, y disuelto las Cortes.

—Y eso que usted no asistía a los Consejos de ministros en Palacio. Pero allí tenía usted amigos políticos.

—Algo me contaba Blasco Garzón.

—Nos encontramos con un enemigo furioso, encarnizado, en el Presidente de la República. Sofocando apenas el enojo, la aversión política y personal, con espuma en la comisura de los labios, nos echaba en Consejo de ministros unos discursos dignos de Goicoechea. Desde luego impropios del jefe del Estado, aunque tenga que soportar un Gobierno que le sea antipático. Parecía el jefe de la oposición antirrepublicana. Un día le contesté largamente. Hablé quince o veinte minutos, en voz baja, sin ademanes ni exclamaciones, para decirle cosas irrebatibles. Creo que es lo mejor que yo he hecho. No conservo notas, porque todo fue improvisado, según las circunstancias. Se lo tragó todo, sin chistar. Cuando pudo recobrar la palabra, ¿sabe usted lo que me dijo? «El señor Presidente del Consejo es ahora más fuerte que yo». Enorme. Ahí se revela de cuerpo entero.

—Alcalá quería gobernar la República —prosigue Martínez Barrio— con una izquierda formada por el Partido Radical, una derecha dirigida por amigos suyos, interinamente, hasta que pudiera dirigirla él en persona, y una especie de «oposición de S. M»., representada por el Partido Socialista. La realidad no se acomodaba a eso.

—Pero además se encorajinaba con quienes no se sometían a su férula. Y a veces, también con quienes se sometían.

—Mientras estuve en el Gobierno, durante los primeros meses del 34 —añade don Diego—, hice los mayores esfuerzos porque Alcalá y Lerroux no riñeran, diciéndole a cada cual que el otro no tenía tan malas intenciones

como parecía. Cuando me separé del Partido Radical anuncié que, antes de dos meses, los dos Presidentes reñirían.

—Riñeron antes. Por lo menos, don Niceto había concebido una aversión sin límites contra Lerroux, y confidencialmente les dijo a unas cuantas personas, que Lerroux era un traidor, que había estado de acuerdo con Sanjurjo en lo del 10 de agosto, y que por tal compromiso había hecho aquel tremendo gatuperio de la amnistía. Se lo dijo, entre otros, a Fernando de los Ríos, que me lo contó a mí, a fines de abril.

Martínez Barrio esquiva el temor, único, de cuantos conozco, en que don Niceto tenía plenamente razón, aunque no se atrevió a hacerlo valer hasta el fin, por desgracia suya y de la República. Retrae el asunto de la amnistía al primer Consejo de ministros en que se habló de ella.

—Cuando, después de las elecciones del 33, se formó el segundo Gobierno Lerroux, en el que yo seguí de ministro, celebramos un primer Consejo en Palacio, presidido por Alcalá-Zamora. Nos dijo, respecto de la amnistía, que no estaba dispuesto a que volviesen a activo los militares condenados por lo del 10 de agosto, que no autorizaría ningún proyecto de ley que lo permitiese ni firmaría ningún decreto reponiéndolos en sus mandos. Al levantarse el Consejo —prosigue Martínez Barrio— me aparté con algunos ministros, entre ellos Samper, al hueco de uno de los ventanales del salón, y les dije: «Bueno; esto es una confianza limitada y condicionada». Algún tiempo después, recordamos esta conversación, y Samper no había olvidado el detalle del lugar en que hablamos.

El enigmático don Diego no dice más. Supongo que eso de la confianza limitada o condicionada, cuestión para ventilada directamente por el Gobierno con el Presidente, no será argumento en defensa o disculpa de lo que después se hizo en la formación y votación de la ley de Amnistía, o más bien, de los artículos introducidos de contrabando, ni de la imposición al débil Presidente para que la promulgase. Todo el mundo lo supo entonces en Madrid y don Niceto se lo contó indignado a cuantos lo visitaban. Alba y Lerroux trataron al Presidente como a un perro sarnoso. Y restituyeron al ejército a todos los sublevados, en recompensa y estímulo de su infidelidad.

—En la situación actual lo que más le desespera y le enrabia a don Niceto —agrega Martínez Barrio— es la conducta de sus dos hijos, que se han incorporado al ejército de la República.

—Ya sé que protestó en la prensa francesa, diciendo que se los habían secuestrado, para asesinarlos, y los puso bajo la protección de la conciencia universal.

—No varía. Siempre viendo visiones.

—En efecto. Le he oído cosas tremendas. En aquellos tiempos, me las callaba, para no envenenar más las cosas. Cuando en el verano del 34 fui a llevarle aquella carta o mensaje que habíamos convenido con Sánchez Román y Maura, les di a ustedes noticia de la respuesta en lo que se refería a mi encargo. ¡Pero qué atrocidades me dijo de todos!

—Éramos (usted no) el «sindicato de mando», como en noviembre del 33, a nuestras reuniones electorales las llamaba el «consejo de regencia».

—A mí me dijo que solo faltaba que ustedes le llevasen a Sevilla y le declarasen loco, como a Fernando VII

—Pero a usted también le incluyó en el partido de los réprobos. Usted me lo ha contado.

—Sí, señor. La noche víspera de formarse el Gobierno Lerroux-Gil Robles, fui a su casa, ya tarde, para hacer un último esfuerzo, aconsejándole que no tomase esa determinación. Me dijo que yo era emisario de la masonería y que me había pasado a la revolución. Todo lo entendía así. Cuando ya se había presentado la propuesta de destitución, estuve en Palacio, con el ánimo de que no se resistiera. Le faltó poco para echarme del despacho. Se levantó en seguida y con el ademán fue mostrándome la puerta. Veinte minutos estuvimos hablando de pie, junto a la mampara, sin que disimulara su impaciencia. Y recuerde usted cómo tomó el recado que le enviamos con su amigo Centeno, poco antes de ponerse a votación la propuesta. Lo que era una deferencia personal, le sonó a insulto e intimidación.

—Nunca tomé por lo trágico las diferencias con don Niceto. Bien veía que le era muy antipático, y que nuestros pensamientos políticos se encontraban rara vez. No creí que pasara de ahí. Además, yo me daba cuenta de que siendo tan distinta nuestra formación y tan dispares los gustos, teníamos muy limitado el lenguaje común. Solamente el año 34, en la ocasión que usted sabe, me di cuenta de que había mucho más, y más grave.

—A usted le odiaba. Era usted su obsesión, su pesadilla. Ha tenido que haber revolución para que yo le diga a usted esto. A mí me dijo que usted era el caudillo de la revolución del 34.

—¡Bah! Me lo figuraba. ¡Se lo dijo a tanta gente! Como que esa especie que tantos disgustos me costó, y que pudo serme fatal, él la acreditó y la autorizó. Sin eso, ni las autoridades subalternas, ni el propio Gobierno, se habrían atrevido conmigo. Creo haberlo hecho comprender así en un libro mío.

—La conducta que usted adoptó después de salir de su cárcel era la que podía exasperarle e irritarle más.

—¡Ah! ¿Sí? Pues mire usted; no pensé en ello. No había otra.

—Si usted hubiese ido a Palacio, aunque fuese a reñir con él, a recriminarlo, aunque hubiesen ustedes salido malamente, le habría enojado menos, que el no poner allí los pies y dedicarle aquellos discursos.

—No le dedicaba sino lo estrictamente indispensable, cuando su intervención personal en la política era notoria, como el proyecto de Reforma constitucional. Tres discursos en un año no son muchos; aparte del que hube de hacer en las Cortes para defenderme en lo del contrabando de armas. Creo que en ese fue donde le ataqué más, aunque el público quizá no cayó en todas las alusiones; pero él si caería[9]. Se lo mereció, porque su conducta en aquel asunto y su declaración ante el juez son monstruosas. En cuanto a lo de ir a Palacio, imposible. Ya en septiembre del 33, cuando las consultas motivadas por la crisis, me dijo que me llamaba para cumplir el protocolo, porque había sido yo Presidente de Consejo. Mi opinión no le importaba nada. Don Niceto, como otros muchos, creía entonces que yo había dejado de existir políticamente. En aquella ocasión fue cuando dijo que, en la oposición, yo no duraría tres meses, porque no tenía amigos. Le engañaba el deseo, el cual, con la ilusoria creencia resultante, han sido causa de algunos errores y obstinaciones bastante graves, que no se habrían cometido de haberse visto con más calma la realidad. Volví a otras consultas. Don Niceto tenía tal idea de mí, que en una ocasión preguntó si yo había *estado fino* con los ayudantes de servicio, y se extrañaba de que estuviese con él respetuoso y cortés, como era debido. No tardaba yo en conocer estas majaderías, porque él, como usted sabe, se lo contaba todo a todo el mundo, y a gritos, por si alguien era un poco sordo. Todavía, no obstante, estuve en Palacio cuando la crisis de la que surgió el famoso Gobierno de Samper. Don Niceto desvió la conversación de todo tema político: Me habló del teatro, de la compañía de Margarita Xirgu, de los proyectos teatrales de mi cuñado, etcétera, etcétera. ¡Increíble, verdad! Sin decirle nada, resolví no volver más. Una de las causas segundas que me retuvieron en Barcelona durante los primeros días de octubre del 34 fue el deseo de no encontrarme con don Niceto en ningún momento de la tramitación de la nueva crisis, y poder cumplir sin violencia mi propósito. Ocurrido el levantamiento de octubre, y teniéndome preso (gracias a las sucias prevaricaciones del Presidente del Tribunal Supremo, del Presidente de las Cortes y del Gobierno), la conducta personal de don Niceto para conmigo fue abominable. Él le dijo a Gil Robles que, en 1933, yo había preparado un

abastecimiento de armas a los revolucionarios asturianos, para reconquistar por la fuerza el poder. Gil Robles lo soltó en la siguiente sesión del Congreso. Se lo dijo a otros, por ejemplo, a Sánchez Román, y por lo visto, también a usted, como acaba de contarme. Cuando al cabo de ochenta días salí de mi cárcel flotante, no dije nada. Esperé a que llegase la ocasión de deshacer en las Cortes aquella trama. Como la deshice. ¿Se acuerda usted de la sesión? ¿Y del discurso que me asestó Lerroux en respuesta del mío? Del discurso de Lerroux me dijo usted: «Tiene el corazón lleno de pus». Ante la Cámara y la opinión pública, el asunto quedó allí muerto. Pero en el Tribunal Supremo continuaba el proceso. Hubo por entonces una crisis; no recuerdo cuál. El secretario general de la presidencia de la República me escribió, convocándome a consulta, en nombre del Presidente. A la hora señalada, envié a mi taquígrafo, con una carta para el secretario general, diciéndole que yo no podía llevar a su excelencia los consejos de un presunto delincuente. La carta se publicó. Pareció bien, unánimemente, a los amigos y a los enemigos. Era cuestión de dignidad. Creo que era el primero de los tres discursos que bastaron para demostrarle a don Niceto lo que no quería entender: dije que yo no volvería a Palacio más que a lomos de la opinión pública. De suerte que lo de no ir por Palacio, le gustase o le disgustase a don Niceto, no nacía del propósito de mortificarle personalmente. Era una conducta natural; era lo que dignamente cabía hacer. Cuando volvimos, siendo Gobierno, nos recibió como le he dicho a usted.

—Pues verá usted. En febrero del año pasado, cuando ya era usted otra vez Presidente del Gobierno, estuve en Palacio —dice don Diego—, no sé con cuál motivo. Se habló de política, salió el nombre de usted y don Niceto dijo algo desagradable… no recuerdo bien. Yo le rectifiqué… Yo soy capaz de admiración… Total… «No —le dije—. No se puede desconocer que don Manuel tiene estas dotes y las otras y las de más allá…». Don Niceto me contestó, furioso: «Sí sí: Tiene muchísimo talento. Yo soy un majadero, un necio; *pero soy un hombre de bien*».

—Ya no me impresiona oírlo. La verdad es que yo he hecho el primo con don Niceto. Para eso estuve dos años en la presidencia del Consejo guardándole el secreto de sus extravagancias y cubriéndole contra su inevitable impopularidad. Si no hubiese sido por mi paciencia y mi prudencia don Niceto se habría desacreditado mucho antes, tanto entre las izquierdas como entre las derechas. Creo que era lo que debía hacer, y no me arrepiento. ¿Y qué opina usted sobre su supuesto conocimiento de los planes de esta rebelión?

—Creo que Alcalá-Zamora conocía la disposición de Alemania e Italia con respecto a España.

Sobre una información más directa acerca de la sublevación, Martínez Barrio no dice nada.

—Acerca de eso —añado por mi cuenta—, recuerdo una brevísima conversación con don Niceto. Un día de febrero del año pasado, concluyendo de despachar con él, y ya de pie, me preguntó cómo estaba el Orden público. Pasábamos por unos días tranquilos y después de informarle de cuanto sabía, le dije: «Lo que produce inquietud es el rumor de conspiraciones militares. El Gobierno anterior no nos ha dejado sobre esto información alguna. ¿Usted tiene algún antecedente que pueda sernos útil?». Don Niceto, sin contestar de palabra, se sonrió, y abrió un poco los brazos, como dando a entender que no tenía noticias. Pasados los meses, y ya en plena guerra, me he acordado muchas veces de aquella sonrisa enigmática, que entonces me pareció irónica, burlona. Pero no quiero dar paso a las cavilaciones.

La conversación volvió un momento a los enredos políticos de los primeros meses del 34, a la crisis de abril y de mayo, en las que se aconsejaba o se desaconsejaba la disolución de las Cortes elegidas en noviembre del 33. Don Niceto era el primer convencido de que la mayoría parlamentaria ni legislaba ni gobernaba, ni tenía gentes capaces de dirigirla. Pero en cuanto a una disolución prematura, tropezaba, además de otros inconvenientes, con el de que, según el artículo 81 de la Constitución, el nuevo decreto de Disolución era el último que podía expedirse. El trance era difícil; y como la imaginación de don Niceto lo inflama todo, aseguraba que la nueva Cámara, indisoluble, *sería una convención*. Ya desde las Constituyentes, don Niceto veía la convención en todas partes.

—Cuando se vio ante esa dificultad —le digo a Martínez Barrio—, don Niceto se desfogó echándome a mí la culpa. A varias personas les dijo que, cuando él dimitió, en octubre del 31, la presidencia del Gobierno provisional, y yo le sucedí, me abstuve, por indolencia o por egoísmo, o por lo que fuese, de impedir que las Constituyentes votasen algunos artículos que a don Niceto le parecían mal; entre otros, el 81. Pero don Niceto sabía tan bien como usted y como yo, que el Gobierno provisional había acordado desde el principio abstenerse de ser ponente en el debate constitucional ni de presentar proyecto ni texto de Constitución como obra del Gobierno. El sistema sería malo, pero con razón o sin ella, se creyó, dada la composición heterogénea del Ministerio, que no se podía adoptar otro. Así, los ministros, cuando intervenían en el debate de la Constitución, lo hacían expresando su criterio

propio y el de su partido, no el del Gobierno, para lo que no hubieran tenido títulos, bases, ni autorización. Y así intervenía don Niceto, que en varios discursos, obtuvo modificaciones en el proyecto correspondiente a su opinión personal y a la del partido que presidía. Cuando defendía enmiendas al proyecto desde la presidencia del Gobierno no lo hacía en su carácter de Presidente, sino en cierto modo, a pesar de serlo, dado el acuerdo de abstenerse que adoptó el Ministerio. Y así hablé yo en la discusión del artículo 26, proponiendo una solución arbitrada en el partido de Acción Republicana, pero me guardé muy bien de decir que lo proponía en nombre del Gobierno. En cuanto al artículo 81, uno de los empeños de las Constituyentes era limitar a toda costa la facultad de disolver, y contra ese artículo no se protestó formalmente. A los dos años y medio, olvidándose de estas cosas, don Niceto me echaba a mí la culpa de que se hubiera aprobado el artículo 81. Por lo visto, tenía la pretensión de que, desde la presidencia del Gobierno, me hubiese yo empleado en forzar a las Cortes a que votasen una Constitución que le gustase a él. ¿En nombre de qué? En nombre del Gobierno no podía ser. ¿En nombre de una convicción que ni mi partido ni yo teníamos? Hubiera tenido que ser en nombre de don Niceto… Por lo visto, ha habido una época en Madrid en que hasta de la sequía o del mal tiempo tenía la culpa Azaña.

—Cuando Alcalá dimitió la presidencia del Gobierno provisional —dice sonriendo Martínez Barrio—, estuvo una temporada sin ir a las Cortes y sin volver a ocuparse del proyecto de Constitución. En todo ese tiempo, ya no creía que iba a ser Presidente de la República, y acaso no le desagradaba dejar que ese mochuelo del artículo 81 fuese para otro.

Como he visto a Martínez Barrio en vena inusitada de confidencias, aproveché la ocasión para ventilar con él un punto que nos afecta personalmente, sacado de los fragmentos de las memorias de Alcalá-Zamora que publica un periódico valenciano. Lo he hecho en los términos que transcribo a continuación.

Se agiganta la figura de don Niceto. Una calumnia en busca de autor. He dejado ya en estos apuntes una nota relativa a un pasaje de las memorias de Alcalá-Zamora. Es aquella que se refiere al supuesto complot revolucionario que yo había de dirigir y aprovechar y del que sería «adelantado visible» Largo Caballero. La hoja del periódico *La Hora*, correspondiente al 1 de julio, queda incluida entre las páginas de este borrador. La lectura del texto impreso me indujo a sospechar, por ciertas oscuridades e incoherencias del relato, que estuviese mutilado por la censura, fuese la oficial o la del mismo periódico.

Picado de una curiosidad muy natural, gestioné y obtuve que se me diera una copia literal del texto. Lo conseguí, no sin dilaciones. Al leerlo, me quedé estupefacto. Lo publicado, no había solamente padecido cortes, sino arreglos de fondo. (Martínez Barrio debe de tener algún amigo en la redacción del periódico). Sin más comentarios, transcribo ese pasaje de la copia literal de las *Memorias*, correspondiente al 3 de febrero de 1934, para que, cotejado con el del periódico, resalten más claramente las enormidades que contienen los trozos suprimidos.

Dice, pues, don Niceto:

> Dormido con esa preocupación, ha hecho la casualidad que doce horas después llegara a mí la copia de una carta, que sin pensar en tal conocimiento, se había escrito desde Barcelona, relatando el peligro y la conspiración, con detalles de personas, medios y lugares. Ante coincidencia confirmatoria, ratifiqué mi propósito de citar en casa a Lerroux y Martínez Barrio, para hablar del problema, y la entrevista por la noche, durante unas dos horas, pertenece a lo inolvidable aun cuando no lo escribiera. Expuestos mi temor y previsión, añadí que posible en la locura, en espíritus incultos o ligeros, creía que contra ellos había de garantizarme, no la rectitud, sobre la cual no me hago ilusiones, de Azaña, pero sí su elevación mental y sus dotes y experiencia de gobernante. *Asintió a tal esperanza y a sus fundamentos Lerroux, pero Martínez Barrio, con amargada sonrisa, nos dijo que abandonáramos tal ilusión, por ser cierto*, no solo que Azaña era quien dirigía toda la conjura revolucionaria, sino el que había preparado la colaboración catalana desde su viaje a Barcelona en vísperas de las elecciones municipales. Corroborando tan grave revelación, *nos ha dicho como ministro encargado del orden público, que precisamente* había llegado unas horas antes el exdiputado de las Constituyentes y consejero de la Generalidad, Lluhí, para pedir a los directores del plan en Madrid, si no el desistimiento, la espera ante el pánico que en la «Esquerra» produce que, al lanzarse, la desbordaran sindicalistas y anarquistas con un cuadro de horrores. Esta confirmación de lo que me parecía imposible, estimola reveladora de ambición más criminal e insensata que el mismo contacto entre los revolucionarios y los marroquíes, para soliviantarlos contra España, mediante aventureros alemanes, cuyas andanzas ha acordado el Gobierno vigilar, mediante barcos ligeros, según manifestaron Lerroux y *Martínez Barrio*. Este, como particular, añadió que en almuerzo que tuvo a petición de Azaña, con este, y que se prolongó con sobremesa hasta tres horas, este no ocultó que para él es intolerable vivir en la oposición y que reconquistaría el Gobierno fuese como fuese. Cierto, *según le dijo*, de que le *odiaba* media España, pero confiando en que le *apoyaban* fuerzas poderosas, aunque numéricamente menores, no ocultó por lo visto su plan de gobernar sin respeto ni cuartel para sus adversarios, restaurando y agravando el sistema de gobernar con fondo de dictadura, disimulada por una mayoría parlamentaria satisfecha, impuesta o arrancada al país, sea como sea. Tampoco debió ocultar Azaña que el complemento indispensable para eso era un Presidente de la República nominal, buzón para la firma, e instrumento dócil para toda aventura, y por consiguiente *que, como el propio Martínez Barrio recordó haberme dicho ha ya más de un año y medio*, el obstáculo, para ese Gobierno desbocado y permanente, para ser un Hitler, un Mussolini o un Pilsudski de izquierdas, era yo, por mi propósito resuelto de mantener el régimen constitucional abierto a las mudanzas ministeriales y legislativas que la opinión pública trazara libremente en las elecciones.
>
> *Llevada la conversación a ese orden por Martínez Barrio*, expuso el programa de los conjurados, de los que solo es adelantado visible Largo Caballero y director efectivo Azaña, consintiendo aquel en abrir un nuevo y largo período constituyente, tirar al hecho de fuerza, legislando sin freno ni miramientos por decretos, que ratificarían nuevas Cortes, de mayoría lograda a toda costa.
>
> Si interesante ha sido cuanto vengo consignando, no ha dejado de serlo para actualidad más cercana, la actitud que yo observaba con cuidado de mis dos interlocutores Lerroux no perdió su

optimismo, y al quedar luego solo para la firma, me dijo que en la actitud distinta de Diego, pesaban otros motivos y otros vínculos, aludiendo claramente al influjo masónico, pero sin cambiar el temperamento, fuese dibujando en el rostro de don Alejandro, y era harto justificado, el asombro, así como, para reaccionar contra los anuncios con algo más que una duda de restar en las proporciones y una protesta de firmeza, veíase la vacilación, o mejor dicho, la debilidad de un hombre, intensa y visiblemente cansado. *Martínez Barrio* no ocultaba el deseo egoísta, por ello humano, de no ser él, como ministro de la Gobernación ahora, quien hubiera de reprimir en pocos meses dos movimientos revolucionarios de izquierda, el nuevo más extenso y cruento. Por ello, aun estando seguro de dominarlo, le temía a la victoria, procurando en la ofuscación de todo egoísmo, endosar esa tarea a un Gobierno solo de derechas. Yo no podía participar en tal criterio, *etcétera, etcétera*.

(He subrayado las palabras omitidas o modificadas en el texto del periódico).

Para qué hablar de la moralidad personal y profesional de los redactores que alteran un texto ajeno, con el propósito de hacerle decir lo que no dice. He preguntado quiénes son. Al parecer, se trata de unos mozalbetes de la juventud Socialista Unificada, que, a lo mejor, no se han dado cuenta de la ilicitud de su acción, y más que favorecer directamente a Martínez Barrio quitándole de encima lo que resulta contra él de la lectura del texto auténtico, pueden haber buscado maliciosamente el mayor ennegrecimiento de la conducta de Lerroux y Alcalá-Zamora. Por más que no deja de ser notable el esmero con que, no solamente en las enmiendas del texto, sino en los titulillos y encabezamientos, se procura dejar en buen lugar a don Diego. Puede que alguno de esos jóvenes sea masón.

En rigor, quien tiene derecho a quejarse de su atrevimiento es Lerroux, a quien le imputan la originalidad de la calumnia, y también don Niceto, que con las enmiendas hechas parece participar en ella, y es, además, atropellado en sus derechos de relator. En ese respecto, yo no tengo por qué quejarme personalmente. Poniéndola, con mayor o menor claridad, a cargo de otro, no han agravado ni aligerado la imputación calumniosa. Quien puede estarles agradecido es Martínez Barrio. La publicación íntegra del relato habría producido un gran escándalo, al que yo no habría podido asistir con indiferencia, y no se pueden calcular los efectos de un mentís público.

En cuanto al fondo del asunto, habría mucho que decir y que ponderar. Pero ya estoy curado de espanto. Me limito a unas observaciones elementales. El relato de don Niceto, al notar lo que otros le contaban, ¿es veraz? Seriamente, no tengo ningún motivo para dudarlo. Una cosa son los juicios personales de don Niceto, sus aprensiones, sus tergiversaciones, el aprecio que haga de las intenciones y conducta de los prójimos, con todo lo cual se podrá o no estar conforme, después de contrastarlo con el temperamento ansioso y sobresaltado del autor, y otra cosa las referencias directas de hechos

ocurridos en su presencia. De todo lo que va publicado de las *Memorias* de don Niceto, este es uno de los pocos pasajes en que sus fallos y reconvenciones vienen fundados en un hecho ajeno a su inspiración personal, minuciosamente descrito. ¿Inventó don Niceto la confidencia de Martínez Barrio, desde el plan de la supuesta conspiración (en la cual creía de antemano), hasta el almuerzo de las tres horas, en que yo revelé al ministro de la Gobernación mis desenfrenados apetitos de mando? No lo creo. Era capaz, y ejercía de continuo su capacidad, de entender torcidamente lo que se le decía, y aun de poner, él de su parte, un poco para retorcerlo; de interpretar una acción en la forma más molesta o despectiva para su autor; de juntar palabras o hechos distantes e inconexos, para conjugarlos arbitrariamente; de convertir un grano de arena en una montaña, de levantar sobre la punta de un alfiler un escorial de sospechas y resquemores; pero era menester que existiese el grano de arena o la punta del alfiler. Cualquiera que sea el ápice donde resida la última explicación del estado de espíritu de Alcalá-Zamora, puedo decir, mirándolo con mis ojos de profano, que le he visto a diario elaborar fabulosamente los datos más triviales, humildísimos, de la realidad, y subir, con la lógica fascinante de la alucinación, caudalosa, caliente, como su verbosidad, a las lindes paroxísticas del rapto mental de que solían ser acompañamiento exterior los ribetes de espuma en la boca y el ennegrecimiento sanguíneo del rostro y, cuando se levantaba de su sitial o iba a tomarlo, un desvío de la pierna derecha, como si quisiera gobernarse suelta o por su cuenta, fuera de la línea o de los movimientos normales del cuerpo. Pero el dato mínimo, punto de partida de su extravío, nunca lo inventaba; por lo menos, yo no lo recuerdo, y en la copiosa colección de anécdotas que tales estados de don Niceto me proporcionaron durante más de dos años, y aún después, siempre le he visto aferrado a un hecho primero, cuya existencia no se podía discutir, empezando los disparates al juzgar de su valor. Para este ejercicio de la fantasía le ayudaba no poco su técnica de pleitista. La incapacidad de mentirse a sí mismo a sabiendas, reforzada por sus escrúpulos de conciencia, muy ostentados, así como la de frenar o expulsar las ideas delirantes, debían de contribuir mucho a agravar sus torturas. La imaginación de Alcalá-Zamora no era fértil, vivaz, caprichosa, sino árida, triste, monótona dentro de su complicación interna como las fojas de un pleito, y sus más desmandadas invenciones concluían en un tormento personal, como nacidas de la persuasión de que todos se conjuraban para vejarlo y atormentarlo. Esta es la principal razón que tengo cuando creo que don Niceto no ha inventado la confidencia atribuida a Martínez Barrio.

Por otra parte, el relato tiene tal sello de fresca impresión, la actitud de los personajes cuadra tan bien con lo que sabemos de ellos, los detalles abundan con una naturalidad tan poco buscada, que sin incurrir en un pecado de hipercrítica no se podría dudar de la veracidad del relator. Don Niceto escucha la revelación de Martínez Barrio con espanto y abatimiento: no confía en mi rectitud (pues ya para entonces tendría averiguado que no soy hombre de bien), sino en otras cualidades que nunca me ha negado. Es característico el primer movimiento de Lerroux, sumándose a la confianza de don Niceto, y por iguales motivos. Pero no lo es menos la «amargada sonrisa» de don Diego, cuando descubre su escepticismo. No es invención, siendo tan visible, el detalle de que Lerroux y Martínez Barrio iban a vigilar «con barcos ligeros» las andanzas de los aventureros alemanes encargados de sublevar por mi cuenta a los marroquíes. Merced a las concordancias que puedo establecer, y de que habrá rastros en mis apuntes antiguos, adquiere valor demostrativo el recuerdo de que «año y medio antes» ya Martínez Barrio había advertido al Presidente de la República, que él, don Niceto, era el único obstáculo a mis propósitos de ser un Hitler o un Mussolini. Año y medio antes, o sea hacia octubre de 1932, cuando los radicales, que no habían encontrado aún el repugnante comodín de Casas Viejas, mordían vanamente en la solidez del Gobierno y aparentaban temores de dictadura. Lerroux, en un discurso del Congreso, llegó a preguntarme si, en efecto, tenía yo la intención de proclamarme dictador. Tuve la paciencia de contestarle un poco en broma, en vez de insolentarme con él, y cantarle la cartilla. Seguramente me lo habrían censurado todos, en nombre de la cordialidad entre republicanos.

Aunque no se hubiera tratado de un hombre ya mal prevenido, como don Niceto, cualquier Presidente se habría impresionado oyendo decir lo que él oyó al ministro de la Gobernación. Calculo que si mañana vinieran Negrín y Zugazagoitia a decirme que tal o cual político importante conspira, me costaría trabajo no darles crédito, a no ser que mi conocimiento personal del supuesto conspirador sirviera para descubrir lo inverosímil de la imputación y para instar a los ministros a un mejor contraste y depuración de sus informaciones. En aquel caso, el conocimiento personal que don Niceto debía haber formado de mí, y que yo tenía derecho a suponer, e incluso moralmente a exigir en él, no funcionó. Me he lamentado algunas veces, incluso en público, de que don Niceto desconociera enteramente mi verdadera condición, y al repasar ahora aquella escena y trío de personajes preocupados, el primer impulso es atribuir la ciega credulidad de don Niceto ante las denuncias de Martínez Barrio a un desconocimiento total de quien yo era, a confundirme

con un aventurero sin escrúpulos ni responsabilidad. Pero no es así, tan llanamente como parece. Analizando las palabras de don Niceto, se echa de ver que los datos del conocimiento, recogidos por su observación personal, le llevan primeramente a no creer en mi propósito subversivo, y hasta a esperar que me opondré a él; confía en la «elevación mental y en las dotes y experiencia de gobernante» que me hace el obsequio de reconocerme, y este reconocimiento se lo impone con tal fuerza que, de primera intención, avasalla a la desconfianza en mi rectitud. Y ese reconocimiento, tan fuerte, que incluso en tal ocasión salía a luz, debiera haberle bastado para desechar toda sospecha y hacerme la justicia que se me debía, sino le hubieran oscurecido los vapores de sus enconados sentimientos personales, sobre los que venía soplando pérfidamente de tiempo atrás y sopló con más violencia en aquel momento la mala voluntad y el peor entendido interés político de otras personas. En efecto, un hombre con «elevación mental» (que no es despejo o agudeza del talento, sino la confluencia de lo intelectual y lo moral) y con dotes y experiencia de gobernante no podía ignorar: 1.º, empezando por lo más inmediato, que la aventura subversiva, de existir, era descabellada, destinada al fracaso, al hundimiento y ruina de los hombres y partidos que lo intentasen y a favorecer lo que hubiese querido destruir; 2.º, desde el punto de vista más general de la política republicana y su porvenir, que un hecho tal era destruir los títulos, los principios y los ansiados efectos pacificadores de la República, dejando, no ya la posesión del Gobierno, sino la existencia del régimen a merced de los choques de fuerzas, y 3.º, desde mi posición política personal, después de cuanto había hecho y predicado desde el Gobierno, en orden a la autoridad y prestigio del poder, arrojarse a tal aventura, sin motivo suficiente y sin utilidad duradera para la República aun en caso de triunfo, sería una estupidez redonda. (Estas mismas razones pesaron en mí cuando, en octubre del 34, desaprobé y desaconsejé la vana y alharaquienta rebeldía de la Generalidad, aunque entonces se había producido el hecho extraordinario de entregar el poder a la CEDA).

¿Por qué estas consideraciones, que don Niceto no podía dejar de atribuirme, si quieren decir algo las cualidades que, ciertamente sin haberlo yo suplicado ni pleiteado, me concede, no prevalecieron en su ánimo? Porque los temores, los resentimientos, las antipatías, las pequeñas mortificaciones del amor propio, el desprecio que sentía por casi todos nosotros, podían más, y no siendo tonto ni bruto, torcían su juicio y le inducían a creer tonterías a puño cerrado. Que el ministro de la Gobernación deshiciese hilo a hilo, fríamente y con amargada sonrisa, los restos de la trama racional en que don

Niceto podía apoyar su confianza en mi conducta, asegurándole que el Presidente de la República era el único obstáculo que encontraban mis pretensiones al hitlerismo o al mussolinismo, era más de cuanto podía soportar serenamente un espíritu enfermizo tocado de manía persecutoria. Un Presidente que declaraba *enemistad oficial* y retiraba el saludo personal al subsecretario de la presidencia, Ramos, creyendo que había ordenado mudar unos muebles del palacio de La Granja para molestarle; que se encrespaba con el ministro de Instrucción Pública porque no quería colocar en la Escuela del Hogar a una recomendada suya; que se consideraba mal servido por Carner y el subsecretario de Hacienda, porque no le concedieron un pingüe empleo en Petróleos a un señor sin más mérito que los de haber nacido, tabique por medio, a la misma hora del mismo día que don Niceto, en Priego; tan quisquilloso, en fin, y tan susceptible a los enojos más pequeños, no necesitaba tanto como le dijo Martínez Barrio ese día de febrero de 1934. *Pero ya le había dicho lo mismo año y medio antes*. En realidad, la increíble aversión de don Niceto hacia mí no fue puro resultado de una antipatía invencible. En gran parte se la inculcaron, y con gran perseverancia la cultivaron. Ya directamente, ya mediante los recovecos que don Niceto desparramaba por los centros políticos en busca de noticias, chismes y rumores, le decían, apuntándome con el dedo: «Ese es tu enemigo». Se lo creyó plenamente. De esa manera, me deservían cerca de don Niceto por dos móviles: 1.º, por la ofuscación que en los políticos aspirantes produce quien brilla demasiado tiempo en el poder; 2.º, porque un instinto más sutil les prevenía contra la posibilidad de que una buena inteligencia entre el Presidente y yo me convirtiera en su hombre de confianza, de lo cual ambos hemos estado lejos. El primer móvil obraba contra mí con fuerza excepcional en razón de que, en vísperas de la República, yo era oficialmente desconocido. No podían soportar mi encumbramiento, que, por rápido, les parecía ilegítimo e inmerecido. Fruto de la casualidad, decían. Maura me advirtió un día en las Cortes, como si pretendiera curarme de un engreimiento, que yo ocupaba la presidencia del Consejo «accidentalmente».

—Es claro —le contesté—, todos son presidentes accidentalmente, ¿o es que usted aspira a serlo por título hereditario?

No pudiendo conmigo en las Cortes, incubaron con habladurías, enredos y sospechas en torno del Presidente, por las que, en virtud de su carácter ansioso y débil, se dejó poseer. Iban y venían las hablillas, las invenciones, los recaditos, que no llegaban siquiera a la intriga palaciega o cortesana de antiguo estilo, manteniéndose en la línea de un mentidero de caciques de

pueblo. Con aire de suficiencia, de apresurarse y de andar en el secreto. Adecuado al provincianismo inexperto de casi todos los actores. Tonto y cursi. Azote del personal directivo de la política. Claro es que mis incorregibles defectos de sobriedad, de contención, de frío desprecio de las intrigas, no eran lo más a propósito para corregir aquella mala obra. De tantas invenciones, la más gorda, enorme entre todas, fue la de que don Niceto me estorbaba para los planes de dictadura. Añeja invención, pues databa, como se ha visto, del otoño de 1932 cuando menos. Que don Niceto la creyese, como resulta de su narración, no está justificado, pero se explica siguiendo el rastro de sus aprensiones personales, y conocido el sobo tenaz de que era objeto.

—Pero, entonces, si el relato de don Niceto es veraz… ¿don Diego?

—Pues, ahí verá usted: eso mismo pregunto yo: ¿don Diego?

Lo más llano es preguntárselo a él, ya que al otro no podemos ahora preguntarle nada. He aprovechado la visita de que hago referencia más arriba. Cuando ya la conversación se extinguía, le pregunté:

—¿Usted tiene buena memoria, don Diego?

—Sí, señor.

—Pues ayudará a la mía, que tampoco es mala. ¿Recuerda usted que a fines de noviembre o primeros de diciembre de 1933 le visité en el ministerio de Marina?

—Lo recuerdo perfectamente.

—El objeto de la entrevista se me ha olvidado; debía de ser para cosas de las elecciones.

—No. Las elecciones habían terminado. Fue para asuntos relacionados con el nuevo Parlamento.

—Así sería. El objeto de la visita importa poco. De la conversación solamente conservo un detalle. Que yo, echándomelas de veterano, porque había sufrido dos años la presidencia, le pregunté a usted qué tal se encontraba en el cargo. Y usted me contestó: «Una gran amargura moral». Tampoco tengo presente por qué nos vimos en el ministerio de Marina.

—Para que nuestra conferencia no llamase la atención convinimos en que no se celebrase en la presidencia. Yo le dije a Pita que iríamos a Marina entrando usted por una puerta y yo por otra. Nadie se enteró.

—Muy bien. El caso es que nos vimos en el ministerio de Marina, en aquella ocasión, y ya no volvimos a encontrarnos hasta pasado mucho tiempo.

—¿Recuerda usted dónde?

—Creo que sí.

—Nos encontramos ya en el mes de mayo, invitados a almorzar, por Gonzalo Figueroa, duque de las Torres, en una casita de recreo que poseía en la Ciudad Lineal.

—En efecto así fue. Yo me había ya separado del Partido Radical.

—El motivo de la invitación fue que por entonces empezaban aquellas conversaciones entre nosotros dos, Maura y Sánchez Román, suscitadas por los planes atribuidos a Salazar Alonso, y otros radicales, con elementos de las derechas. Figueroa, para facilitar las cosas, nos reunió a los cuatro.

—Exactamente.

—Pero desde nuestra conversación en Marina hasta el convite de Figueroa, usted y yo no habíamos vuelto a encontrarnos, ni menos a almorzar juntos. Andábamos entonces en escarceos polémicos, dentro y fuera de las Cortes.

—En las Cortes, no.

—Bueno. Pero no hablamos ni comimos juntos. Ni antes tampoco. Es más: yo creo que desde el famoso almuerzo en Lhardy, a fines del año 31, cuando iba a concluir el Gobierno provisional, usted y yo no nos habíamos sentado a la misma mesa, hasta aquel día de la Ciudad Lineal, como no fuera en algún banquete oficial.

—Todo es como usted lo recuerda. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Para que sepa usted con quien ha estado barajando. ¿Usted lee las *Memorias* de don Niceto?

—Leo lo que publica un periódico de Valencia.

—Ha salido un fragmento, desfigurado, en el que se cuenta la conversación de usted y Lerroux con el Presidente el 3 de febrero de 1934. Me he procurado el texto completo. En él, don Niceto le atribuye a usted la revelación de que nosotros dos habíamos almorzado juntos, a petición mía, y que en una sobremesa de tres horas yo le confesé a usted mis proyectos subversivos y el estado de mi ánimo, que no podía sufrir la vida en la oposición.

—¿Y me lo iba usted a venir a contar a mí, ministro de la Gobernación?

—Ese argumento es poderosísimo contra la verosimilitud de mi confesión con usted. Pero ni usted ni yo la necesitamos, porque bien sabemos que tal conversación no existió. A don Niceto no se le ocurrió ni era fácil, porque hubiera sido poner en duda la veracidad de usted. No se le ocultará a usted la importancia de que el Presidente de la República ponga más aún que por testigo, por autor de una revelación semejante al ministro de la Gobernación.

Limitémonos a los hechos. ¿Usted no le dijo al Presidente lo del almuerzo conmigo, y sus anejos?

La fantasía no llega a inventar un almuerzo que no existió. Martínez Barrio ha permanecido impasible durante este diálogo, como suele. No ha dejado aparecer ni el menor movimiento de sorpresa, de enojo, de protesta, al enterarse de cuanto don Niceto le atribuye. Es admirable el dominio que tiene de sí. No me ha parecido decoroso llevar más adelante la investigación. Había obtenido lo principal. En mi posición me está vedado entrar en forcejeos, ni soy tampoco naturalmente inclinado a «estrechar a preguntas» ni a hacer «incurrir en contradicciones» a un interlocutor; como hacen en los atestados policíacos. Con lo averiguado, hay bastante, al menos por ahora. La nota que escribí analizando las imputaciones de don Niceto, como que es una narración de hechos, subsiste íntegra. Tanto da que el Presidente soñara mi proyectada rebelión, como que se la sugirieran otros. En realidad, todos pusieron la mano en ello. Me abstengo de fallar en esta causa. Por otra parte: ¿qué más da? Cuando don Niceto y don Diego se encuentren, pónganse de acuerdo. ¿La política es siempre así en todas partes, entre toda clase de gentes? Cuando pienso en el impulso innovador, en el ansia de trabajo, en la confianza con que miraba el porvenir de mi país y de la República, que me alentaban contra todas las dificultades, y compruebo las miserables asechanzas que iban tendiendo a mis pies, me domina, no el desengaño, sino la tristeza. No me quejo, no me he quejado nunca, de la oposición, incluso truculenta, desaforada, de los enemigos políticos. Me ha escandalizado la injusticia de algunas gentes; pero no me ha desalentado. Pero si los que tienen más motivos para conocer y comprender no conocen ni comprenden, ¿adónde volver los ojos? Muchas veces me he vuelto a hablar directamente al pueblo, y en un lenguaje que en opinión de todos no estaba habituado a oír; o sea, limpio de demagogia. No estoy descontento, lejos de eso. Pero el pueblo, por sí solo, nada puede; necesita, como el ejército, cuadros de mando; es decir, jerarquías. Las del antiguo régimen no estaban hechas para gobernar con el pueblo, sino para excluirlo. La República no ha tenido tiempo ni buenos métodos para organizar las suyas. Las causas son múltiples, y no intento siquiera comenzar a enumerarlas en estas apostillas. Durante la República se ha comprobado, en este problema, lo malos que eran los centros de enseñanza y educación de la monarquía. Si yo acertase, recogiendo mis observaciones personales, a clasificar todas aquellas causas y a mostrar cómo han obrado, habría extraído quizá la lección más útil de toda mi experiencia política.

9 de agosto

He ido por la mañana a Valencia. El Presidente del Consejo, recién llegado de Barcelona, fue a contarme sus conversaciones con aquellos señores. La impresión de Negrín es desagradable. Muchas quejas de ellos por cosas menudas. Imposibilidad de concertar nada serio. Enredo, palabras, doblez. Negrín cree, como en un descubrimiento, que Companys es hombre sin pensamiento, sin elevación alguna. Han elaborado un proyecto para el régimen de las industrias de guerra, con el propósito de alejar a todos los que hasta ahora han venido interviniendo en ellas, entre otros a Vallejo.

He recibido también a Miaja. Difícil mantener con este hombre una conversación interesante. Locuaz, anecdótico, salta de una cosa a otra, como un pájaro. Sonriente, satisfecho. Que él no es político: militar solamente. Que en Madrid hay demasiada política, entre la CNT y los comunistas. Que necesita gente, o bien, armas automáticas. Hemos tenido en la última ofensiva 1800 muertos y 17 000 heridos (la desproporción salta a la vista). Que si no se hubiera demorado dos días la toma de no sé qué Villanueva, hubiéramos salido a la carretera de Alcorcón, y hecho un gran copo. Que en la contraofensiva enemiga, el Estado Mayor hablaba de retirada, a lo que se opuso, después de escribir en un papelito los nombres de Annual, Xauen, y otros, como ejemplos de retiradas desastrosas. Valía más perder una brigada que no exponerse a perder un ejército. Nuestro soldado es bueno para el ataque, y hasta va más allá de donde se le dice, pero que en las retiradas, se desmanda, y también va más allá. Los nuevos reclutas son buenos, y bien encuadrados se baten tan bien o mejor que los veteranos. Los Campesino, Modesto y otros son toscos guerrilleros, buenos para la defensiva, pero no saben nada. Él los ha cepillado un poco, enseñándoles a saludar, a quitarse la gorra y a mirar cara a cara… poco más.

Después, audiencia de varias comisiones, dos de ellas extranjeras.

12 de agosto

En Valencia he recibido al encargado de negocios de Finlandia. Muy afecto, muy admirador «del heroico pueblo español». El Gobierno de su país simpatiza con nuestra causa. Este ministro, que habla perfectamente el castellano, se queda en Valencia, después de cerrar la legación en Madrid, y las siete casas que tenían alquiladas para los refugiados. Me cuenta que se ha quedado sin ninguno, repartiéndolos en otras legaciones y embajadas. Le

parece muy mal el abuso que se ha hecho del llamado derecho de asilo, que ha servido, entre otras cosas nocivas, para que algunos funcionarios subalternos de las misiones, en ausencia de los jefes, realicen negocios sucios de contrabando y de expedición de documentos. Eso dice este señor y él sabrá por qué.

Después, audiencia a una comisión de delegados de la CNT, que venía a exponerme sus quejas por la política de persecución que, a su juicio, les aplica el Gobierno, y por la absorción de poderes del Partido Comunista. También se quejan de la mala conducta de la guerra, sobre todo de la ofensiva de Madrid. Me han entregado una larga exposición, que no he leído aún. Les parece muy mal que se abran procesos por los hechos ocurridos en los primeros días del movimiento y que se hagan prisioneros y se pidan responsabilidades por ello. También se han quejado de la supresión del Consejo de Aragón, y de que al mismo tiempo se haya publicado la noticia del mandamiento judicial de prisión contra Ascaso. Insisten en la abusiva campaña de proselitismo de los comunistas en el ejército, que por cuenta del partido realiza en Madrid Margarita Nelken. De los tres delegados, uno de ellos, el de Cataluña, ha dicho que quieren una representación, y creo que puede entenderse como parte en el Gobierno. Pero otro ha dicho que no quieren ministerios, y que harto trabajo les costó convencer a sus masas para que transigieran con la participación en el Gobierno. Quieren que no se les persiga, que «haya comprensión», que se respete lo que la CNT representa. No han dejado de aludir repetidamente a la desmoralización y descontento de «los camaradas» y que si se produjera otro suceso como el de mayo en Barcelona, quizá sus esfuerzos para aplacarlo fueran inútiles. El fin común es ganar la guerra, pero si esta política de persecución ha de producir el aniquilamiento o la sujeción de la CNT a fuerzas nuevas e improvisadas, *preferible es que se hunda todo*.

Les he contestado sobriamente, diciéndoles en resumen que transmitiría sus reclamaciones al Gobierno, exhortando a todos para que no surjan diferencias irreparables entre los defensores de la República.

Más tarde llegó el Presidente del Consejo, que me traía unos decretos, resultado del Consejo de ayer. Me ha dicho que la disolución del Consejo de Aragón se hizo ayer sin incidentes, y que Ascaso ha sido preso por auto del juez, como culpable del contrabando de alhajas. Al contarle la visita de los delegados confederales, me ha dicho que uno de ellos, Vázquez, está procesado, y en libertad provisional, por el mismo asunto. Mañana va a recibir la visita de los mismos sujetos. Pascua, que ha llegado de Moscú, le trae buenas impresiones en cuanto a la ayuda de material soviético. Espero

ver a Pascua mañana o pasado, y procuraré averiguar algo de la posición de la URSS en lo internacional y con respecto a la reunión de Ginebra. En relación con esto, le he llamado la atención sobre unas declaraciones atribuidas a Vayo en la prensa extranjera, y según las cuales, vamos a Ginebra a pedir «sanciones». Es lo bastante para que todos nos vuelvan la espalda, antes que meterse en ese lío.

Por fin las Cortes se abrirán el día 20. Negrín está muy preocupado con el discurso que ha de pronunciar, porque no tiene costumbre. Me ha pedido amistosamente que le haga las indicaciones que me parezcan oportunas sobre los puntos a tratar.

He recibido otras visitas, militares y civiles, sin interés.

13 de agosto

Ha venido a verme Pascua, embajador en Moscú. El Gobierno le había encargado de realizar ciertas gestiones para el envío de material de guerra y también para iniciar conversaciones para la apertura de créditos, y otros asuntos comerciales y financieros. Después de hablar con Voroshilov, Molotov y Stalin, a los que encontró muy bien dispuestos en todo, Stalin le preguntó: «¿Cómo va usted a dar cuenta de todo esto a su Gobierno?». «Yéndome a Valencia». «Me parece muy bien», repuso Stalin, que, como todos los hombres de aquel Gobierno, desconfía de los medios de comunicación escritos.

Pascua me cuenta que el Gobierno soviético continúa dispuesto a hacer todo lo que pueda en punto a abastecimiento de material de guerra, siempre que un bloqueo más riguroso, en cuya probabilidad cree, no lo impida, y aconsejando una vez más que se multiplique la producción de material en España, como es posible hacerlo, no solo en previsión del bloqueo, sino para reducir el gasto ruinoso, que además tiene un límite, no muy lejano, en opinión de Pascua. Le interrogo sobre lo que se piensa en los centros oficiales soviéticos acerca de la situación internacional de nuestro asunto. Creen que Inglaterra juega por Franco, y que sus intentos de acuerdo con Italia, si se logra, se harán a nuestra costa, contra nosotros. Opinan que Inglaterra favorecería una restauración de la monarquía, después de la victoria de los rebeldes. No le desagradaría tampoco que Alemania, Italia y la URSS se metieran *de bruces* en el asunto de España, que sería un modo de quebrantarse militarmente. Factor importante en los planes de Inglaterra, a juicio de los soviéticos, es el dejar a España extenuada, sumamente débil,

eliminándola así de hecho de los asuntos del Mediterráneo, y poniéndola bajo su férula en lo económico. Pascua subraya que teniendo Stalin la preocupación o la sospecha de que a Inglaterra le convendría verlos metidos aquí de bruces debe entenderse que no están dispuestos a hacerlo, y sí a extremar la prudencia.

—A mí me parece —le digo—, en contra de lo que por ahí se cree, que la cooperación rusa tiene un límite, que no es el posible bloqueo, sino la amistad oficial inglesa. Opino que la URSS no hará nada en favor nuestro que pueda embarullar gravemente sus relaciones con Inglaterra ni comprometer su posición en la política de amistades occidentales.

—Eso no ofrece duda ninguna. Para la URSS el asunto de España es *baza menor*.

—Así lo he visto yo siempre, pero no todos quieren comprenderlo.

Agrega Pascua que la preocupación del Gobierno soviético es grande, por la visible y progresiva disminución de la personalidad internacional de Francia, su principal aliada, y que hay cierta tensión porque las conversaciones del pacto franco-soviético no se aplican. Todavía no se han concertado los pactos militares que se derivan de aquel, y a las iniciativas rusas, París se hace el sordo.

Ni Pascua, ni las personas con quien habla de estos asuntos en Moscú dudan de la mala voluntad de Inglaterra para con nosotros. A esa mala voluntad atribuye el fracaso de la iniciativa del Gobierno español, cuando envió a París y Londres el memorándum de febrero. Los ingleses se dieron maña para sustraerlo al secreto diplomático y comunicárselo inmediatamente a los rebeldes, provocando una campaña de prensa que impidió, no ya un acuerdo, sino las negociaciones mismas.

Ha visitado con Prieto algunas fábricas de material en Cataluña, entre otras las de aviones de Reus, donde la intervención rusa es mayor de lo que creen en Moscú. Por tanto no puede achacársenos enteramente la tardanza. Sobre ello informará al Gobierno soviético. Ha visto el primer avión fabricado. Le han dicho que podrán producir cinco por semana. No es mucho. Ni para cubrir bajas.

—Y el Gobierno soviético ¿cree en nuestro triunfo militar? —le pregunto.

—Lo consideran muy difícil. Sin embargo, confían en que puede formarse aquí un gran ejército.

Con estos datos y los que yo poseo (Pascua tampoco cree en nuestra victoria militar), le pregunto si, a juicio suyo, no sería útil que, entabladas conversaciones entre Inglaterra e Italia, procurase España introducir en ellas

una palabra suya, mostrándose el Gobierno español propicio a facilitar por su parte el acuerdo anglo-italiano. Nos costaría sacrificios, políticos o de otro orden. Pero más cuesta un mes de guerra y más costará el fracaso total. Pascua conviene en que, puesta Inglaterra decididamente al lado de los rebeldes, no tenemos defensa.

—Ese intento podría plantearse, bien directamente ante el Gobierno inglés, bien a través de otro…

—Que no podrá ser el de Moscú —dice Pascua.

—Conforme. Podría ser París.

Pascua no niega la posible utilidad del propósito, pero aprecia (yo también) grandes dificultades de fondo, y también de ejecución: «¿Quién haría aquí eso?». «Pues los socialistas y los republicanos, e incluso los comunistas si se lo aconsejaban desde Moscú». «Los socialistas, difícilmente, por el estado de división interna en que están. Y la opinión no está preparada». «En último caso, lo haría yo —le respondo—, si fuese posible llegar a una solución salvadora para la República. Me sobra entereza para pronunciar un discurso ante el micrófono, diciendo lo que conviene hacer». «Muy peligroso». «Sin duda, pero no pierda usted de vista que todo el mundo está harto de la guerra, por mil razones; y me figuro que otro tanto ocurre en el otro lado. Quizá los únicos que no están cansados son los combatientes». «Es verdad». Pascua viene a decir que en el estado actual de las cosas y de la opinión pública, ese arbitrio, aunque llevase a algún resultado, sería prematuro. «Cierto que —añade— si aguardamos a última hora, sería como pedir los últimos sacramentos».

Ha visto a Ossorio en París. Le ha encontrado «brusco de razones». Quiere decir que, desgarradamente, afirma que allí no hay nada que hacer, ni nada que obtener ni sacar, y que con los ministros franceses emplea un tono impropio, pendenciero. Pascua cree que no debe hacerse; que es preciso tener paciencia, discutir, insistir, sacar lo que se pueda, no irritarse, ni irritar.

También me habla de Companys. Se han visto en Barcelona. Le ha parecido muy mal la disolución del Consejo de Aragón. Companys le ha rogado que al pasar por Barcelona, en su viaje de vuelta, no deje de visitarlo. Pascua no lo hará, porque ya está advertido de lo que se busca con ese género de pleitesías.

De Rusia me ha contado algunas cosas que denotan, según él, la profunda huella asiática en aquel carácter. Servilismo, humillación, adulación incomprensibles para un occidental. Indiferencia o aceptación resignada de vejaciones increíbles. Me describe la entrada de Stalin en la gran asamblea de

tres mil o más personas en que iba a aprobarse el proyecto de Constitución. Aplausos «mecanizados» durante cinco minutos. Cuando se extinguía, el ministro de Transportes, Kaganovich, inicia otra ovación, que dura siete u ocho minutos. Y, al acabarse, el Presidente de la República toca las palmas, para reanudar la ovación, que se prolonga todavía más. En honor de Stalin, a quien nadie llama más que «líder de pueblos». Pascua no cree que el fusilamiento de los ocho o diez generales haya quebrantado al ejército, salvo lo que signifique la pérdida de algunas de sus mejores capacidades.

Me figuraba que la disolución del Consejo de Aragón desagradaría en Barcelona. Como todo lo que sea recuperar sus funciones el Gobierno de la República. En realidad, esa medida es lo mejor de cuanto ha hecho hasta ahora este Gobierno en el orden político. Ahora falta que no se quede todo en decretos, sino que se restablezca el orden legal, se reparen los entuertos cometidos y se recuperen los inmensos arsenales de armas y municiones que tenían allí los confederales, suficientes para sostener una ofensiva. A Companys y otros se les acaba la estúpida comedia de que las tierras aragonesas las había conquistado Cataluña, para *la gran Catalonia*. Y no les conviene nada que, en la raya occidental de Cataluña, reaparezca una autoridad responsable, suprimiendo la anarquía, con la que no les iba mal; incluso para asustar.

La policía del Estado en Barcelona ha descubierto en Hospitalet, gran reducto de la FAI, un depósito de joyas y títulos robados que ascienden a sesenta millones; y, junto con ello, muchas armas. Es una pequeña muestra. Todo esto, y más, se sabía en Barcelona, y lo mismo que la policía del Estado ha dado con ello, pudo hacerlo la de la Generalidad. Pero no se quería. ¡Eran tan revolucionarios y tan *antifeixistes*! Todavía hay quien reproche allí al Gobierno que, al rescatar el Orden público, ha enviado «un verdadero ejército de ocupación».

15 de agosto

Ayer tarde le pregunté a Giral si había llegado Azcárate. Está aquí desde el jueves. No me ha visto aún, según Giral, porque le tiene acaparado trabajando sobre lo de Ginebra. Vendrán aquí el lunes.

—Bueno, bueno —le dije—. ¿Y qué impresiones trae Azcárate?

—¿De la actitud del Gobierno inglés?

—Es claro.

—No tiene ninguna. No sabe lo que el Gobierno inglés se propone, porque tampoco lo sabe el propio Gobierno inglés…

—¡Qué me dice usted!

—Sí, señor. Eso cuenta Azcárate.

(¡Qué le voy a hacer! ¡Peor sería no verlo!).

En los partes de Santander que me comunican esta mañana, primeros ataques de la nueva ofensiva del enemigo. Ruptura de nuestras líneas en dos sitios… Esto se oculta en lo que publican los periódicos. No sé con cuánta utilidad. (Hace pocos días *íbamos* a tomar la ofensiva en el norte, y, acaso, a reconquistar Bilbao. Cierto que tuve que aguantarme para no decir lo que se me ocurrió, al oírlo. Así llevo un año. ¿A cómo van las cabezas claras?).

16 de agosto

En Valencia, muchas visitas. Entre otras, la del senador sueco Branting, a quien ya había recibido en Madrid el verano pasado. Viene a España con frecuencia, con motivo de las funciones de socorro a los niños, y su envío al extranjero, que realiza una organización internacional de que forma parte. Hemos hablado un buen rato. Considera que nuestra causa es también la de los países escandinavos. En su país, el ochenta por ciento de la opinión pública está a nuestro favor. Damos algunas vueltas al tema del Comité de Londres, al de la reunión de Ginebra, etcétera. Branting se fía de todo esto tan poco como yo. Respecto de lo que pudiera hacerse en la Sociedad de Naciones me dice que el Gobierno de su país tiene que seguir la política de Londres.

Odón de Buen, que acaba de ser libertado por canje, viene acompañado de su hijo Demófilo. Ha estado prisionero en Palma desde el comienzo de la rebelión. Aún quedan allí más de dos mil prisioneros, no obstante las

numerosísimas ejecuciones. Ahora dominan en la isla los requetés, en contra de los falangistas. Los requetés se jactan de no haber cometido asesinatos. El pobre de Antonio Espina, que acababa de posesionarse del Gobierno Civil de Palma, al estallar la rebelión, sigue preso y procesado, y desde un frustrado canje en Barcelona, tiene la razón medio perdida. Ha intentado suicidarse. Un hijo de Odón de Buen, Sadi, ha sido fusilado en Sevilla. Tiene otro hijo en Cáceres, preso, sometido a trabajos forzados. Motivo: que son una familia no católica. Suerte ha tenido Demófilo no cayendo en sus manos. Le profesan horror señaladísimo, porque no está bautizado. En Mallorca se han ensañado especialmente con las profesiones liberales: maestros, médicos, abogados, etcétera, etcétera.

También he recibido a Bosch Gimpera, actual consejero de Justicia de la Generalidad. Viene a Valencia acompañando a dos eruditos ingleses, el director de la Wallace Collection y *sir* no sé cuántos Kennion, director jubilado del Museo Británico, y, por su libre vocación, papirólogo. El viaje de estos señores se originó de la réplica e invitación públicas que nuestro embajador en Londres opuso a las afirmaciones de uno de ellos, que, guiado de los informes del duque de Alba, aseguraba que las colecciones del Prado y otros tesoros habían sido destruidos por los «rojos». En Cataluña, los dos ingleses han visitado la catedral de Barcelona, que creían derruida, el Monasterio de Pedralbes, Vich, los depósitos provisionales de Olot y Viladrau, Poblet, la catedral de Tarragona, donde un cura, director del museo provincial, les enseñó el tesoro, intacto. Aquí, en Valencia, verán la instalación de las Torres de Serranos y del Patriarca. Después irán a Madrid. Dice Bosch que para Kennion la comprobación de que el duque de Alba no les ha dicho la verdad, es una sacudida muy profunda, un descubrimiento.

¡Pero cómo se hace todo! Le decía yo a Bosch que a los dos ingleses les encargara, si hablan o escriben de su visita, que no divulguen los lugares donde están los principales depósitos. Bosch estaba conforme, pero me dijo que, en el pabellón español de la Exposición de París, hay una foto de las Torres de Serranos, con un letrero publicando que allí están guardados los cuadros del museo. Después he sabido también, por alguien de esta casa, que los periódicos de Valencia publicaron en su día fotos de las Torres cuando se estaban metiendo en ellas las colecciones… ¡Es un sino!

Hemos hablado ligeramente de la política catalana. No es cierto, según Bosch, que a Companys le haya parecido mal la disolución del Consejo de Aragón. Lo consigno, porque contrasta con lo que decía Pascua. Bosch añade que ha modificado algunas opiniones suyas acerca de Companys, «que había

sido tan discutido», y aprecia en él un esfuerzo de gobernar con autoridad. Las cosas han mejorado mucho, ni el mismo Companys discute la necesidad del rescate del Orden público por el Estado. Hay pequeños rozamientos de detalle, pero no tienen importancia, etcétera, etcétera.

Por la tarde han estado aquí Giral y Azcárate. He visto con alarma que Giral no está bueno. Tiene unos fenómenos nerviosos muy raros. Contracciones faciales, guiños, dificultad para encontrar las palabras. Y su aspecto extraño. Disminuido corporalmente. Con otra faz. Según me ha dicho Bolívar, anteayer le vio el doctor Puche, y no cree que sea grave. Exceso de trabajo, de preocupaciones, etcétera. Le ha recomendado reposo absoluto.

Nuestra conversación ha durado tres horas. Creo que he hablado yo más que los otros dos juntos. No intento anotarla toda. Informe sobre la política del Gobierno británico: Azcárate afirma que su línea sigue siendo indecisa, vacilante, y muy al día. Puede decirse que el Gobierno no sabe lo que quiere. No hay ahora nadie en la política de estos países que haga o conciba planes a más largo plazo.

—Me cuesta trabajo creer que el Imperio británico está gobernado por majaderos.

—Pues, sí, ya ve usted: Han hecho primer lord del Almirantazgo a Duff Cooper, con asombro general, porque nadie ignora su cortedad de alcances. Lo que dijo hace unos días en los Comunes, me pareció una salida digna de nuestro Marraco…

Dentro del Gobierno, más por la calidad que por el número de los opinantes, predomina la desconfianza acerca de la República y de lo que pueda hacer. Pero eso no quiere decir que adopten el partido de los rebeldes. Hay, sí, quienes lo prefieren. El Gobierno sigue su política de balancín, habla de los dos «bandos», de Valencia y Salamanca, etcétera, gana tiempo, y, quizás en el fondo, conserva una vaga idea de mediación.

—Aquí, los provincianos —le digo a Azcárate— opinamos que esa política, traducida en la no-intervención, es de gran favor a los rebeldes.

(Observaciones mías sobre el derecho de no comerciar: Tienen el de no vendernos armas, como el de no comprarnos naranjas; pero el efecto político del uso de aquel derecho es lo que importa más).

Entre las cuatro o cinco ideas principales por que se guía Chamberlain, está la de afirmar la amistad con Francia. Francia pesa hoy en Londres más que durante el Gobierno Baldwin. Las anunciadas conversaciones con Italia no tienen tal vez la importancia que los italianos les dan; quizá los italianos quieren colocar a Inglaterra en mala postura con el asunto de Abisinia. Acaso

lo que Chamberlain busca es, simplemente, poner las relaciones con Italia en términos más suaves, que eviten el incidente diario.

(Observaciones mías sobre la necesidad de poner de acuerdo la política interior con lo que exige la situación internacional. Repaso a la obra de este Gobierno. Prolongación en el extranjero de los efectos, a que ha aludido Azcárate, de la propaganda rebelde. Ejemplos y garantías que el Gobierno debe dar).

Sobre el alcance de las conversaciones anglo-italianas: «A lo mejor —les digo— la pretensión inglesa se limita a que los italianos evacuen las Baleares».

—Pudiera ser —responde Azcárate.

Intercalo mi propuesta: Que España haga saber al Gobierno inglés que está dispuesta a hacer lo posible para facilitar el acuerdo anglo-italiano, uno de cuyos temas ha de ser los intereses vitales nuestros.

Razonamiento, partiendo de que, sin la retirada de los extranjeros, es imposible ganar la guerra por las armas. Giral está conforme. Que nosotros vamos a romper el frente enemigo y a llevarlo a empujones hasta el mar es una estupidez. Puede ser trabajoso, por mal conocimiento de la realidad, formarse una convicción: pero es mucho más difícil, una vez formada, poner la conducta de acuerdo con la convicción. Cómo he entendido mi deber, a pesar de todo. Azcárate asiente a que he hecho lo que debía. Para continuarlo: aprovechar todos los caminos que se ofrezcan para restablecer la paz y la República.

Nuestras fuentes de guerra: el oro y el material ruso. Cuándo y en qué circunstancias pueden cegarse. Obligación de no aguardar a ese momento. Responsabilidad de mañana, si se desperdiciase cualquier ocasión. Pueden aceptarse sacrificios económicos: más cuesta un semestre de guerra. En lo político, no puede aceptarse nada que menoscabe o destruya a la República. Dentro de la República, todo es opinable; pero dentro de algún tiempo, lo que hoy es opinable, podrá ser forzoso e incompensable. Necesidad de reconocerlo así. (Tendré que decirlo también yo en un discurso, en vista de que nadie lo dice).

Objeciones de Azcárate: Que nuestra indicación, si fuese acogida por Inglaterra, produciría un nuevo brinco de Italia, que creería, o lo aparentaría, que Inglaterra tomaba partido por la República. Describe su hipotética conversación con Eden, y lo que ocurriría en el seno del Gabinete al llevar el ministro ese asunto a deliberación. ¡Una complicación más, un enredo más! ¡No, no!

Explico más minuciosamente el trámite. Si Inglaterra, en las anunciadas conversaciones, se propone obtener, a cambio de lo que sea, que Italia se retire de España con sus fuerzas, todo lo que hay de favorable para nosotros, de perjudicial para los rebeldes, en el intento, vaya contenido en la propuesta misma, hecha por Inglaterra sola. Si Italia, ante esa proposición, en tal forma, no se encabrita ni se echa atrás, no se concibe por qué había de hacerlo si a la propuesta inglesa se le añade un arreglo con el Gobierno español, prometedor de ventajas que Inglaterra no puede ofrecer en nuestro país.

Hemos hablado mucho sobre ello. Vagamente se conviene en que la ocasión de hacer las exploraciones necesarias sería la reunión de Ginebra.

—Todo esto —les digo— es una sugestión que hago al Gobierno, de la que hablaré con el Presidente, para que el Gobierno resuelva bajo su responsabilidad. Lo que no puede hacerse es permanecer con los brazos cruzados, por las razones que he dicho.

(Azcárate rechina un poco, al oír eso de los brazos cruzados, tomándolo como una imputación de inactividad. Pero no es eso).

Hablamos de las relaciones con Francia. Esto le da motivo a Giral para contar la hostilidad y el desprecio unánimes del Gobierno para todo lo que se refiere a la diplomacia. Grandes disgustos de Giral, por esta razón, y violentos excesos en el Consejo último. Causa: el cónsul francés en Barcelona. Su conducta, dice Giral, es «presidiable». El ministro de la Gobernación quiere meterlo en la cárcel. Giral se ha opuesto en todos los tonos. Ha ordenado repetidas veces a Ossorio que pida su relevo. El Gobierno francés no hace caso, y encima, a modo de réplica, ha anunciado que no admitiría en Francia más refugiados españoles, porque ya tiene cuarenta mil, y se ha enfurruñado mucho, hasta el punto de pedir excusas, porque la policía ha detenido en Valencia a unos cuantos *españoles* que, con pasaportes franceses, se disponían a embarcar. El encargado de negocios francés alegaba que esas gentes estaban bajo la protección del pabellón de su país. Inadmisible. En la última entrevista de Ossorio con Chautemps, el Presidente francés ha insistido mucho sobre ese asunto. Tampoco son oídas las repetidas indicaciones para que sea sustituido Herbette por un embajador que resida en Valencia. La situación no puede ser más enojosa y desagradable. Recuerdo que Pascua me dijo, como opinión o consejo de Moscú, que debía insistirse en París para obtener el libre tránsito del material. Sobre ello, desengañé a Pascua. Y recordé también lo que me contó acerca de las «buenas razones» de Ossorio. Sin descubrir el origen de la información, apunté algo acerca de la táctica del embajador. Giral no cree que existan tales brusquedades; más bien se lamenta

de excesos en sentido contrario, o sea en el de la humildad. Se funda en una carta (de la que posee copia) dirigida por el embajador al Quai d'Orsay. En ella se apela a invocar los sentimientos que siempre ha tenido por Francia, lo que le debe en su formación, etcétera, etcétera. Giral se resiste a creer que la haya redactado el mismo Ossorio. Pero, sí la ha firmado…

—¡Cómo se habrán reído en el ministerio! —observo yo.

—Sí. Ya tienen materia para trabajar una temporada —añade Azcárate.

El mismo Azcárate apunta que, tal vez, en la embajada de París, se padece el error de creer que todo consiste en visitar al jefe del Gobierno o al ministro. Hay que trabajar a los altos funcionarios del ministerio, a los directores de los servicios. Evidente, a poco que se conozca la verdadera situación del ministro, francés o inglés, en su departamento.

Volviendo a las cosas inglesas, Azcárate afirma que la decisión más clara del Gobierno y de la opinión es la de evitar a toda costa una guerra. El motivo es la demostrada vulnerabilidad de Londres por un ataque aéreo. Las experiencias han probado que no podía impedirse la destrucción, en pocas horas, de los órganos vitales de la capital del Imperio. Esta preocupación lo domina todo. Azcárate llega a decir que Inglaterra se retirará del Mediterráneo, antes que aceptar una guerra. Cree saber que están haciéndose, o están hechos, los estudios para organizar las comunicaciones comerciales y militares con Asia por el cabo de Buena Esperanza. En esta eventualidad, las Canarias tienen una importancia decisiva. Hablamos exclusivamente de las Baleares, y nunca de las Canarias. Si estas islas estuviesen en manos hostiles a Inglaterra, todas sus rutas quedarían cortadas. No puedo apreciar el fundamento que tengan estas informaciones. Comprendo de sobra que, para evitar el inmenso desastre de una nueva guerra general, se hagan sacrificios importantes, incluso de prestigio; pero el sistema de evitar el choque, regalando gratuitamente al agresor los frutos de su hipotética guerra, no parece sostenible a la larga, porque una vez al descubierto, sirve de cebo a la política de agresión y de aventuras, en vez de calmarla.

Hablamos de la reunión de Ginebra. «En mi opinión —les digo—, no iremos allí a pedir sanciones, ni tampoco a retirarnos de la Sociedad». Están conformes. La prensa extranjera le atribuye a Álvarez del Vayo, miembro de la delegación, unas declaraciones, según las cuales el Gobierno español va a pedir que se apliquen sanciones a los agresores. Me parece mal. En cuanto pronunciemos esa palabra, todos nos volverán la espalda. Nadie querrá meterse en un enredo así, y precisamente con Italia, después de lo ocurrido. También conformes. Planteamiento de la cuestión: último acuerdo del

Consejo, en que se aceptaba y se tenía por comprobado el hecho de la invasión, y se remitía el asunto al Comité de Londres. Fracaso y nulidad del Comité. Necesidad de que la Sociedad recoja el problema. Petición primordial: que el problema sea reducido a sus límites estrictos de cuestión interna española, en la que nada tienen que ver otras potencias ni la misma Sociedad. Acción consiguiente: la retirada de los extranjeros. Peticiones que pueden hacerse, en orden al derecho internacional, sin apelar al artículo 16. Declaraciones que debe hacer el Presidente del Consejo, jefe de la delegación española, acerca de lo que es y se propone la República y su Gobierno.

Azcárate encuentra acertado el planteamiento. Cree posible, incluso, una declaración de principio, más o menos platónica, votada por la Asamblea. Lo que no cree, es que surja de allí nada en virtud de lo cual cese la intervención italiana en España, ni un mecanismo que la haga efectiva. Hemos hablado de esto un rato largo. Tengo que resignarme a la impresión de que nos volveremos de allí con las manos vacías. En último resultado no se hará más que la conveniencia de Inglaterra y Francia. «En cambio —les digo—, ustedes van a ir a Ginebra, según andan las cosas, con dos provincias menos».

Por incidente, se habla de los supuestos proyectos de restauración, en la persona del infante don Juan, que se dice patrocinados por Inglaterra. Azcárate no cree que tal sea la intención de aquel Gobierno. La información que me dio Pascua, recogida en Moscú, debe de ser la misma noticia que Maisky dio en Londres a Azcárate, y que telegrafiada a la URSS ha dado la vuelta hasta aquí. Por otra parte, dice Giral que Alfonso XIII ha desautorizado el proyecto de entronizar a su hijo. La prensa de la zona rebelde ha traído unas declaraciones de Franco, en que hablaba de sus preferencias monárquicas, pero afirmando que Alfonso XIII era imposible. Giral toma pie de esto para hablar con mucho detalle de las divergencias en la retaguardia enemiga, entre las autoridades de Burgos, Salamanca y Sevilla, entre falangistas y requetés, y dentro de la propia Falange. Casi todo ello, conocido. «¿Y nosotros no aprovechamos eso?», le pregunto. «Tratamos de aprovecharlo. Se han enviado algunas personas». Con este motivo se alude a los proyectados canjes de algunos señalados jefes de Falange, que están en poder del Gobierno. Me permito exponer mis dudas acerca de la utilidad de proveer a los falangistas de jefes que tengan prestigio entre ellos. También me dice Giral que, según informes de la Cruz Roja internacional, no es cierto que hayan sido fusilados Rufilanchas, Vera Coronel ni Leopoldo Alas. Pobres amigos, mucho lo celebraría. Pero yo no sé dónde toma sus noticias la Cruz Roja. Porque del fusilamiento de Rufilanchas sabemos por un periódico de

Vigo, que lo publicó, con la fecha, el lugar de la ejecución y los nombres de otras víctimas, inmoladas con Rufilanchas. No parece creíble que se lo hubieran dejado publicar siendo falso. Lo de Vera Coronel se supo por un evadido de Zaragoza, información más dudosa. Y en lo del pobre Alas, se movió una protesta internacional en los centros universitarios, a la que dieron la callada por respuesta. Poco trabajo les hubiera costado decir que Alas vivía. Ha sido una de las más crueles iniquidades.

Al final de nuestra larga conversación, convinimos en reunirnos otro día con el Presidente del Consejo.

19 de agosto

En la audiencia de hoy, en Valencia, he recibido, además de otras personas, al general Escobar, de la Guardia Civil, ascendido recientemente, con muchas instancias mías. Se condujo muy bien en Barcelona el día de los sucesos, el año pasado, y a él se debe en gran parte la disposición lealista de las fuerzas que mandaba, y cuya intervención fue decisiva. Trasladado al frente de Madrid, en los días peores del avance enemigo sobre la capital, su comportamiento fue ejemplar. Le hirieron. Estaba en Barcelona cuando la insurrección de mayo, y nombrado jefe de Orden público, en las circunstancias que he contado, le hirieron gravísimamente, y aún no está restablecido. La bala le tocó la columna vertebral, y se sostiene de pie difícilmente, a consecuencia de una paraplejía. Es un valiente y hombre leal. Diciéndole yo cuánto lamentaba el grave percance de su herida, contesta: «Si hubiera podido entrar en funciones, las cosas hubieran ido de otra manera. Se habría sofocado todo en pocas horas». Es lo que yo me figuraba. ¡Cuánto se perdió, con aquel accidente! Le he dicho las palabras de felicitación y de aliento que se merece. No las oirá en todas partes.

Entre los visitantes de hoy, Claudio Sánchez Albornoz, que ha entrado azaradísimo, y sin saber qué decirme ni por dónde romper. Nombrado por mí embajador en Lisboa, estuvo allí hasta la ruptura con Portugal, y lo pasó malamente. Desembarcado en Francia, allí se quedó, hasta ahora. Me había escrito varias veces, la última hace quince días, y telegrafiado en fechas señaladas. Nunca le he contestado, porque su conducta me parecía intolerable, como la de otros muchos. Por lo visto, Amós Salvador, que gusta de templar desafinaciones, le ha escrito diciéndole que yo estaba enojado con él. E

inmediatamente que lo ha sabido, según cuenta, ha tomado el avión para venir a verme. No ha tardado más que un año en caer en ello.

Como venía a explicarse y a explicarme, para desvanecer mi enojo, le he dicho que por excepción, y puesto que su visita no tenía otro objeto, le iba a enterar de lo que pensaba de su conducta. Se lo he explicado a fondo, y sin reservas ni atenuaciones. Muy amigos, pero la verdad por delante. Tres cuartos de hora ha estado oyendo graves e irrebatibles objeciones a su proceder. Y en el tono que convenía. No las repito, porque, con carácter general, creo haber apuntado ya lo principal de ellas en este borrador. Al principio, quería evadirse por algunos agujeritos, pero se los he tapado todos. También pretendía reducir el caso a una falta en la relación personal, de amigo a amigo. No se lo he consentido. Mis reproches van al incumplimiento de sus obligaciones públicas con el régimen, con España y, *políticamente*, conmigo. Me ha hablado de sus hijos, de sus padres ancianos, despojados de todo… (Si hubiese estado en España, habría cobrado las 12 000 pesetas de diputado y su sueldo de catedrático, por lo menos, y no habría pasado los apuros que dice que pasa. Pero tenía la pretensión de que le enviasen esas consignaciones al extranjero). Acaba por decirme que, al llegar a París, se encontró allí con tantísimos republicanos emigrados, que le convencieron de que todo estaba perdido, y que era locura venir a España…

—Vamos, si —le digo— se dejó usted contagiar el miedo prematuro de los fugitivos.

—Es verdad, no he sido un héroe.

—No hacía falta serlo para venir a España. Tener miedo es humano, y si usted me apura, propio de hombres inteligentes. Pero es obligatorio dominarlo, cuando hay deberes públicos que cumplir.

—Sí. Me he conducido mal. Perdóneme usted. Ya ve que, en cuanto Amós me ha dicho algo, he venido.

—Eso es lo lamentable; que no se le ocurriese a usted solo y a tiempo.

—Lo que yo quiero es seguir siendo para usted lo que siempre he sido.

—Muy bien. No tema usted que yo haga una ficha con el nombre de usted y la nota de indeseable, para guardarla en mi archivo. Esta conversación, penosa sin duda para usted, servirá todo lo más para iluminarle el espíritu acerca de su errada conducta, y de su deplorable ejemplo, dentro y fuera de España, y de la descalificación en que ha incurrido ya, cualquiera que sea el fin de la guerra. ¡Republicanos para ser ministros y embajadores en tiempos de paz; republicanos para emigrar cuando hay guerra! Y dejarme solo en

Madrid, desde el Presidente de las Cortes hasta el último diputado, con la excepción de Giral y pocos más. ¡Abominable!

Me ha dicho que asistirá a las sesiones de Cortes. Claro. Y que se volverá a su cátedra temporal de Burdeos.

Giral me envía unas notas informativas sobre los manejos de los «restauradores». Hablan de una carta del rey de Italia al de Inglaterra. Entrevista de Gaetano de Borbón-Parma con Chilton, embajador inglés… en San Juan de Luz.

Copia de una carta dirigida a Ossorio por un antiguo amigo suyo, sobre la situación de la retaguardia enemiga, discordias políticas y orientaciones respecto de Falange.

He visto al teniente coronel Viqueira, que viene de Alcalá. Por fin, ha conseguido organizar el primer regimiento de su brigada de caballería, y está en camino de organizar el segundo. Me cuenta que los enemigos bombardean Alcalá con mucha frecuencia. Muchas casas derruidas. Me da lástima del triste pueblo. ¡Y yo que pensaba arreglarlo y mejorarlo tanto! Humo…

21 de agosto

Hoy por la mañana ha venido el coronel Saravia, a despedirse. Le han dado el mando del frente de Teruel, donde se organiza un nuevo ejército. Se ha quedado a almorzar con nosotros y hemos podido hablar largamente. Viene ahora de Caspe y Lérida, donde ha estado todavía como jefe de la defensa antiaérea, para instalar unas baterías, con motivo de las operaciones que se preparan en el frente de Aragón. En Caspe ha recogido noticias de lo que ha sido el gobierno del Consejo, disuelto hace poco. Asombroso. Continúa la recolección de armas y municiones que estaban ocultas, aunque no se obtiene lo bastante, dado lo que tenían. Las poblaciones estaban aterrorizadas, y ahora respiran. Parece que el nuevo gobernador general, Mantecón, es hombre muy enérgico, y hace cara a todos, incluso a los caudillos populares que gustarían de implantar su militarismo propio. Ha recorrido algunas zonas de aquel frente, encontrándolas absolutamente desguarnecidas. En la parte de Teruel, donde él va a mandar, se han hecho profundas modificaciones en la composición de las unidades. Se han quitado mandos, se han disuelto batallones, la tristemente célebre columna de hierro ha desaparecido, por fin. Muchos de sus componentes están ahora presos en las torres de Cuarte, en Valencia. Otros han sido sometidos a consejos de

guerra, por su comportamiento en las operaciones de hace unas semanas, cuando los enemigos avanzaban sobre la provincia de Cuenca. Saravia se muestra algo escéptico sobre la importancia, e incluso sobre la realidad de las sublevaciones en el campo enemigo. Todas las noticias que se tienen de ello son muy vagas.

23 de agosto

Ayer tarde, a última hora, recibí al Presidente del Consejo. El resumen de los informes que me trajo viene a ser este: lo de Santander va cada día peor, y, en fin de cuentas, lo da por perdido. Le hablé del telegrama del que me ha mandado copia Prieto, expedido por Luna, jefe de la aviación del norte, en que se habla de la desmoralización de las fuerzas combatientes, y de la poca resistencia que ofrecen, incluso cuando la aviación enemiga no actúa. También se ha recibido en la presidencia una carta del teniente coronel Buzón, pintando una situación muy sombría. Negrín aún quería tener esperanzas, y afirmaba, al principio, que mientras no cayese Santander, no desconfiaba enteramente de que allí se pudiera resistir algún tiempo. Pero luego, daba por hecho que Santander se perdía, y confirmó que las fuerzas no rendían el resultado que podría esperarse. Le pregunté qué pensaba del rechazo que tendría en otros frentes aquella operación, y si creía posible que resistieran cuando el enemigo acumule sobre alguno de ellos tantos medios como tiene ahora allí. A su parecer, todavía les llevaría bastante tiempo la conquista de todo el norte, especialmente Asturias; la ofensiva desgasta, y si se revuelven contra algún otro frente, hay medios para contrarrestarlos. La dificultad mayor en el norte ha sido el bloqueo. Se intenta por nuestra parte una operación en Aragón, que amenace a Zaragoza, para ayudar a los del norte. Cree posible tomar Zaragoza. Lo pongo en duda, y añado que el esfuerzo hecho inútilmente en Madrid, quizás hubiera sido más fructífero en otra parte, donde el enemigo fuese menos fuerte. La ofensiva última en Madrid, asegura el Presidente, ha reportado la utilidad de retrasar algunas semanas los ataques a Santander. La opinión unánime de los militares era que aquella ofensiva no debía intentarse en Extremadura, como se pensaba, porque en caso de no salir bien podía convertirse para nosotros en un inmenso desastre. En Madrid no podía ocurrir eso. Tampoco valía la pena de intentarla por la parte de Teruel. Se estimaba que para salvar Teruel, el enemigo no hubiera abandonado la empresa del norte, ni siquiera momentáneamente. Y más al norte, en Zaragoza y Huesca, no se estaba en condiciones de hacer

nada. Ahora, con la amenaza a Zaragoza, que lleva ya varios días preparándose, esperan conseguir algo.

Está enterado por Giral de la conversación que tuve con él y Azcárate el otro día. Con este motivo, Negrín me pinta con los más negros colores nuestra situación ante el *Foreign Office*, dominado por gentes de la derecha. Cree que nos desdeñan o nos aborrecen. Supone que el marasmo en que ha caído el Comité de Londres es debido, además de las dificultades internas del Comité, a que el Gobierno británico cree saber quizás, y espera, que los rebeldes dominen rápidamente en el norte, y que, con eso y el bloqueo que les consientan hacer a los italianos en el Mediterráneo, la cuestión quede resuelta pronto.

—Si eso fuera así, la guerra se acabaría en octubre o noviembre.

—De ninguna manera —me responde—, todas mis previsiones están tomadas para sostener la guerra otro año.

—Lo considero imposible. Pero dejemos eso. ¿Usted no estima que vale la pena de intentar lo que yo les dije a Giral y Azcárate?

—Sí, señor; desde luego. Hay que aprovechar todas las oportunidades.

—Lo peor que puede ocurrir —le repito— es que no obtengamos nada. Pero nadie podría reprocharle a usted el haberlo intentado.

Aunque escéptico, en cuanto a la utilidad práctica del intento, quedamos convencidos en que se aprovecharán las conversaciones de Ginebra para hacer una exploración. Añado por mi parte que debe buscarse el apoyo indirecto del Gobierno francés, para ese propósito. La conversación recae sobre Ossorio. El Gobierno no parece contento de él, y el Presidente me deja entrever la probabilidad de trasladarlo a Buenos Aires, llevando a París a Pascua. Preveo que Ossorio no aceptará el *descenso*. También me da cuenta de que ha enviado a París una persona de su confianza, como agente oficioso, para ver de trabar contacto con las representaciones del Vaticano.

Respecto del bloqueo, que estos días se agrava por el torpedeo de barcos españoles por los italianos, cree Negrín que pudiera en gran parte contrarrestarse sus efectos, poniendo en plena producción la industria catalana. Para lo cual es necesario resolver un difícil problema político en Cataluña. Negrín está cada vez más quejoso de lo que hacen allí. Sigue acariciando la idea de trasladar allí todo el Gobierno, en cuanto se presente oportunidad, la cual, para ser fructífera, y no perniciosa, no podrá consistir más que en un mejoramiento importante de la situación militar. Poco previsible. Negrín se lamenta de las dificultades que encuentra para gobernar. «En realidad, yo no gobierno», me dice. Se queja del tiempo y la energía que

le hacen gastar las triquiñuelas personales y de partido. Y de la lentitud y endeblez de algunos resortes. «He tenido que aguardar unas cuantas semanas para hacer lo del Consejo de Aragón, tan urgente. Ahora es necesario que el Estado ponga mano en la industria catalana. ¡Qué de dificultades y de estorbos!».

Como ayer mismo me había proporcionado una copia del informe que el diputado inglés Brochway, creo que del ILP, ha redactado, para el Comité de Defensa de la Revolución Española, sobre la situación del POUM, volví a hablarle al Presidente de este asunto, recordándole lo que ya le tenía dicho acerca de la imposibilidad de entrar por los caminos de la eliminación de los adversarios políticos, y que por mucha que sea la culpabilidad de los detenidos, es preciso refrenar la propensión a lo novelesco que se advierte en algunas propagandas. El Presidente está enteramente conforme. El asunto del POUM está en manos de los tribunales. Recordando a su vez lo que yo le dije sobre el tono feroz de algunos periódicos, me informó de que se han hecho gestiones, dando algún rodeo, para que eso no continúe, y cree que ya se advierte el resultado. «Hay que estar prevenidos —le digo— contra la acción de ciertos grupos extremistas del exterior, que no son precisamente los comunistas, como se aparenta creer fuera de España, y que aprovechan nuestra terrible guerra para combatir aquí la revolución social. Lo más desatinado que podemos decir y creer los españoles es que no puede combatirse a la dictadura sin combatir al mismo tiempo por la revolución social. Es la tesis de los rebeldes, invertida. No es esa la opinión de la mayoría de los que resisten de veras a la rebelión, que no son los mismos que se aprovechan de ella. Y hoy lo es menos aún que hace un año. Del informe de Brochway resulta probado lo que ya sabíamos: que el POUM está mechado de extranjeros. Lo mejor es ponerlos en la frontera, sean o no combatientes, y que vayan a ensayar la revolución en su país. Pero todo eso no es bastante para que se haga con ese partido un escarmiento excesivo y sanguinario. Con ponerlos en la imposibilidad de hacer daño basta».

El Gobierno ha acordado aplazar hasta octubre la apertura de las Cortes. Le expresé a Negrín, vivamente, mi desagrado, mi contrariedad. Razones, quiso darme muchas; las más, deleznables, y todas de entre bastidores. La más fuerte, y que parece haber determinado en el Gobierno la unanimidad sobre el aplazamiento, es que al Gobierno le conviene esperar a que Largo Caballero deje de ser secretario de la UGT, Asegura Negrín que el Consejo o Comité Nacional de la UGT va, en su próxima reunión, a relevar a la comisión ejecutiva, y por tanto a Largo. Como se ha colocado en oposición al

Gobierno, y en tal sentido piensa hablar en las Cortes, el Presidente y los ministros creen que conviene aguardar a que eso se haga, para que, relevado de sus funciones, Largo no pueda decir que habla en nombre de un millón de trabajadores. Esta razón, y otras más fútiles (la inminente caída de Santander, las operaciones que empiezan hoy en Aragón…), no me convencieron. Le dije al Presidente que estando convenido desde que se formó el Gobierno, y anunciado, que se presentaría a las Cortes, demorarlo más, y por motivos que no pueden hacerse públicos, redunda en perjuicio de la autoridad y la formalidad del Ministerio. Que encontrar oposición en las Cortes no es un mal, ni siquiera un peligro temible para el Gobierno, pues, para todo lo que puedan decir, hay respuestas. Que este Gobierno significa, en todo, una restauración de la autoridad del Estado y un retorno al funcionamiento de sus órganos, entre los cuales está el Parlamento. Sobre esos supuestos les conferí el poder, y me causa una decepción profunda que no se realicen en punto tan principal. No puedo avenirme a la supresión total de las Cortes, ni aun estando reducidas a la mitad. Mi situación es difícil porque no puedo abrir una crisis; pero no se puede tirar tanto de la cuerda, que al fin se rompa… En fin, quedamos en que no se retrasará la convocatoria más allá del 1 de octubre.

Le pido noticias sobre el avituallamiento de Madrid. Las que yo tengo son desastrosas. Cada quince días enviamos un camión o dos con víveres para los funcionarios de la presidencia que aún están allí, y cuando ha ido la última expedición, han dicho que venía muy bien, porque están pasando el momento más duro desde que empezó el asedio. «¿Cuál es el secreto —le pregunto a Negrín— de que en tantos meses no se haya logrado organizar medianamente el aprovisionamiento?». El Presidente me dice que es imposible abastecer a Madrid por carretera, con camiones (supongo yo que será por no haber bastantes). El nuevo ferrocarril transversal, de Tarancón a San Fernando, cuya conclusión se anunciaba para julio, no está terminado aún; dicen que lo estará a fines de septiembre… «Ponga usted —le interrumpo— que para enero…». El apuro actual proviene de que, durante la ofensiva, todos los transportes se acapararon para el ejército y se consumieron las pocas reservas de víveres que se había logrado formar. Añade que ya va remediándose la situación.

Este asunto, tan grave, es ejemplar. Durante los tres primeros meses de guerra, se hizo en Madrid un destrozo fabuloso de víveres. Formaba parte del jolgorio general. Quemar gasolina (gratis) y agotar los almacenes fue la diversión mayor. Hay que haberlo visto. Sé muy bien, por mi mujer, el despilfarro que se hacía en los hospitales, sin provecho para los enfermos.

Toda la parte ganadera de la provincia de Madrid fue arrasada. Se mató a casi todos los animales de producción, para satisfacer el apetito de un día. Dijérase que una horda de hambrientos se había lanzado sobre el cajón del pan; pero los que conocemos las costumbres de Madrid sabemos muy bien que no tenían hambre atrasada. Era el placer del derroche, un signo de la vida nueva. No se daban cuenta de que estaban preparando el hambre de mañana. Previsión regular, no hubo ninguna. Cada cual hacía lo que le daba la gana. Recuerdo haberle oído contar al ministro de Hacienda que, el entonces alcalde de Madrid se lanzó a contratar en Yugoslavia ganado de carne por valor de 20 millones de pesetas de oro, sin ocurrírsele contar con el Gobierno, que era quien debía aportar las pesetas. Eso sí: ciertos grupos sindicales formaron, por todos los procedimientos, depósitos inmensos, para uso de sus afiliados. Durante algunos meses, para no pasar hambre en Madrid, había que ser de la CNT. Como medio de propaganda, pocos le superan. Hasta que en octubre quedó cortado el ferrocarril, pudo introducirse en Madrid carbón y víveres de primera necesidad, suficientes para todo el invierno. Pero entre los delirantes, que llamaban a los desgraciados choques de Talavera «nuestra batalla del Marne», o aseguraban que Madrid sería la tumba del fascismo, y los desesperados que lo daban todo por perdido y solo pensaban en huir, no quedó lugar para la prudencia previsora. El *derrame* sindical, entorpeciendo los servicios, vino a complicarlo todo. No pude averiguar, durante el Gobierno de Caballero, quién o quiénes eran los directores y responsables del abastecimiento de Madrid. Recuerdo que una de las últimas veces que le vi en Valencia, antes de la crisis le hablé de esto, con gran preocupación, estimulándole a que no dejase de la mano el problema: «Sí, sí —me contestó —, hoy mismo he escrito una carta sobre ello al ministro de Comercio y otra al de Obras Públicas».

En nuestra conversación, Negrín me da cuenta de la visita que le han hecho los delegados de la CNT, entre otras cosas, para quejarse de la persecución de que son objeto. «La entrevista fue larga —dice el Presidente —, y no parece que se fueron muy descontentos. En ese momento, no había leído aún el escrito que han enviado al Gobierno. Si lo hubiera leído, no les habría dado audiencia». Tratamos de las pretensiones más o menos claras de la Confederación para volver al Gobierno, y de los apoyos que puede encontrar, así como del antiguo proyecto, del que me deslizó alguna insinuación Largo Caballero, de formar un Gobierno con las sindicales.

Sepa usted, Presidente —le digo—, que yo no podré autorizar nunca un Gobierno de las sindicales. Si me pusieran en ese trance, presentaría la

dimisión. Ya se lo dije también a Largo.

—Estaría perfectamente justificado —responde Negrín.

Esta mañana, en Valencia, algunas visitas. Gómez Lobo, presidente de Izquierda Republicana en Ciudad Real, nombrado gobernador de Cuenca, me cuenta cosas tristes de esta provincia. «Aquello es el Rif. No hay caminos, no hay teléfonos. Estoy incomunicado con muchos pueblos. La provincia está arrasada por las columnas de milicias irregulares. Por allí anduvieron, en el otoño, los valientes de Del Rosal, que después de estorbar y correr en Madrid, en cuanto arreció el peligro, aparecieron milagrosamente situados a noventa kilómetros a retaguardia. (Como se lo había yo pronosticado a Galarza). Ahora, los confederales que han abandonado el frente de Albarracín se han instalado en más de veinte pueblos de la provincia, viven en los pinares, durmiendo en hamacas colgadas de los árboles, se acuestan con la mujer que quieren, lo devoran todo». Gómez Lobo ha venido a pedir fuerzas para dominarlos. El subsecretario le ha prometido seiscientos carabineros. El gobernador vive *acampado* en el edificio del Gobierno Civil, totalmente vacío, a causa de los saqueos. Su predecesor, un tal Papy, huyó con el coche, diciendo que iba a dar un paseo. Y el anterior, socialista, también abandonó el cargo, por miedo.

La visita de un señor Bedoya, director de *Crítica*, de Buenos Aires, me favorece con un dato más de cómo se hacen aquí las cosas. Este señor Bedoya, que se presenta acompañado de un corresponsal de la United Press, tenía la pretensión de que yo escribiera unos artículos en su periódico, explicando la *estupenda* obra que realiza el Gobierno español y el heroísmo del pueblo. He tratado de hacerle comprender que yo no escribo en los periódicos, y por qué. Se ha contentado con una foto. El caso es que, en el curso de la conversación, y desplegando él las frondosas alas de su entusiasmo, me habla de la ofensiva sobre Zaragoza, y de las operaciones en Aragón, etcétera, etcétera, como quien está al cabo de la calle. Dos periodistas extranjeros… ¿Cómo no lo sabrá el enemigo? Verdad es que, según me cuentan, en Valencia no se habla de otra cosa. Y un periódico ha dicho el otro día que «en Caspe reina mucha animación con motivo de la próxima ofensiva».

24 de agosto

Ayer, anochecido, vino Azcárate a despedirse. Hablamos otra vez de todo. De su opinión sobre la política inglesa en general tengo ahora un resumen escrito, que me envió por la mañana. En la conversación me dijo, entre otras cosas, que en la opinión pública inglesa tropezamos con el efecto producido por los desmanes y anarquía de los primeros meses, que la propaganda supo aprovechar. Costará mucho tiempo desvanecer esa impresión, a pesar de la conducta del Gobierno actual. Afirma también que el crédito político de los rebeldes disminuye mucho, porque han probado que no saben ni pueden organizar un Estado. Cuando se hablaba de la beligerancia, parece que se aconsejó a los rebeldes la formación de un Gobierno. Los nombres que empezaron a circular produjeron mal efecto. Para eso, más vale que no hagan nada. Si los directores de un país fuesen capaces de conocer exactamente a otro, en sus personas, en sus valores políticos, etcétera, habría un argumento que hacer a los ingleses para demostrarles (fuera ya de toda apreciación jurídica y moral) la monstruosidad de lo que ocurre en España: «¿Se puede, no ya justificar, pero ni disculpar o excusar *a posteriori*, con las ventajas de buen gobierno obtenidas, para que una nación sea puesta a sangre y fuego, arruinada, envenenada, que la gobiernen el señor Pemán, el general Jordana o el conde Rodezno?». Azcárate cree también que las ventajas territoriales de los rebeldes no tienen una importancia decisiva para la situación internacional, como cree que *ahora* ya tampoco la tendría la caída de Madrid… Hago mis reservas, porque la doctrina es fácil de reducir al absurdo. Sigue convencido de que es inútil tentar nada directamente en conversaciones con el Gobierno británico. Para Inglaterra, toda la cuestión española, y su posición en ella, depende del problema general de Europa. A su juicio, es en París donde se puede trabajar con más fruto. Por último, comparte mi opinión de que Inglaterra no nos dejaría obtener una victoria total, en el supuesto de que fuese posible. Tal vez no ha abandonado un vago propósito de mediación, sin saber bien en qué puede consistir.

Esta mañana me ha enviado Prieto la copia de unos telegramas sobre lo sucedido en Santoña con algunas tropas vascas, insubordinadas, que han dado un golpe de fuerza en aquella población y pretendían embarcarse en unos vapores ingleses. Ya, ayer, el ministro de Justicia me trasladó el telegrama que Aguirre le enviaba para mí, lamentándose de que el Gobierno hubiese denegado la autorización para transportar aquellas fuerzas al frente de Aragón. Ignoro en qué consiste la decisión del Gobierno y sus motivos. Pero siendo a mi juicio absolutamente imposible llevar fuerza armada, ni por mar ni por tierra, desde el Cantábrico hasta Aragón, ese propósito, que según

Aguirre, estaba en vías de realizarse, bien pudiera ser un modo de conseguir la salida, a toda costa, de la situación en que se hallan. Para dirigirse no sé a dónde, porque, embarcados, no iban a dar la vuelta a la península, teniendo que cruzar el estrecho, y por Francia no los dejarían pasar. Esta observación, que parece incontestable, ya se la hice yo a Aguirre, cuando me habló del asunto. Me dijo que ya encontraría medio de arreglárselas, que era no decir nada, y eludió la dificultad. ¿Con el propósito real, pero escondido, de intentar sustraer a sus paisanos vascos a la terrible dificultad que les aguardaba después de perderse Bilbao? Los hechos parecen confirmarlo. Aguirre llega a decir en su telegrama que, prohibiéndoles la salida, las tropas vascas se pondrán en contra de la República. Vamos, que desertarán.

25 de agosto

Hoy a venido el teniente coronel Menéndez, que regresa de Madrid, adonde habían vuelto a enviarlo para mandar el 20 cuerpo de ejército, que como reserva iba a formarse y acantonarse en Albacete o Ciudad Real. Algunas de sus fuerzas iban a sacarlas de Madrid. Menéndez se ha vuelto, porque el 20 cuerpo no está en ninguna parte, y las fuerzas de Madrid que debían estar en él, han sido enviadas a Aragón. El Estado Mayor le ha dicho que aguarde aquí órdenes. Menéndez está descorazonado por la situación general y por lo que ha visto en Madrid. Las cosas que se le ocurren sobre mandos, reservas, fortificaciones, etcétera, son evidentes. Algunas son, por desgracia, irrealizables, faltando los elementos necesarios. Otras no; pero dificilísimas. Tiene la misma opinión que yo sobre el sistema de dirigir la campaña desde el ministerio de la Guerra. En el ejército de Madrid, demasiada política, singularmente de los comunistas. Me dice también que entre Miaja y Rojo hay cierta tirantez. Miaja representa muy bien su papel, la gente le quiere, le respeta y le admira. Si tuviese otras dotes que le faltan, gran servicio podría prestar en ciertos instantes. Una partida considerable hay que inscribir en el haber de Miaja, fuera de lo militar: ha salvado la vida a muchas personas. No se lo reconocerán, ni acaso se lo agradezcan. Pero es así.

Por la tarde he recibido a don Pedro Corominas, que se marcha a París como presidente de la delegación española en la Conferencia de la Unión Interparlamentaria. Me ha dado a conocer el discurso que leerá en la Conferencia. Hemos hablado cuatro palabras de la sesión celebrada por el Parlamento catalán. Dice Corominas que estuvo en ella algún tiempo, pero

que se marchó y no quiso permanecer, disgustado porque en tales momentos prevalezcan los enconos de grupo a grupo. Le disgusta mucho la absorción que a su juicio pretende ejercer el PSUC y las ínfulas que han tomado algunos de sus hombres.

26 de agosto

En Valencia, día de visitas. Larga conversación con don Antonio Lara, que ha llegado de París. No le disimulo lo que pienso de la situación. Parece que él opina lo mismo, pero no toco el punto de las soluciones posibles. Cree que la repercusión de los desórdenes en el extranjero, nos ha sido fatal, y que los amigos miran a los españoles republicanos que andan por ahí con conmiseración. De nada sirve que el Presidente de la República hable de democracia y liberalismo, si al propio tiempo las películas que nuestra propaganda hace exhibir en los cines acaban siempre con los retratos de Lenin y Stalin. Sánchez Albornoz ha venido a despedirse. Vuelve a Francia, a ocupar su cátedra temporal en la universidad de Burdeos, por la que le pagan cinco mil francos al mes. Como aquí no le necesitan para nada —me ha dicho —, se marcha para seguir ganándose la vida… Está algo mohíno, desde la entrevista del otro día. Ya me di cuenta —y se lo dije— de que ponía a prueba su amistad. Hoy me ha repetido que sigue siendo mi amigo de siempre. «No tiene usted ningún motivo para dejar de serlo», le he contestado. ¡Lo único que faltaba es que se pusiese la venda!

Ha regresado de África el teniente coronel Ayza, que fue enviado allí para la ejecución de aquellos planes de levantamiento en nuestra Zona. He pedido que lo destinen al Cuarto militar, puesto que se llevan al teniente coronel Parra, para mandar no sé qué unidad de carros. Hoy se me ha presentado Ayza, y me ha ofrecido contarme lo que ha ocurrido y lo que ha dejado de ocurrir en el asunto. Ayza es oficial diplomado, inteligente, animoso, siempre dispuesto a servir. Fue ayudante mío en el ministerio de la Guerra. Cuando constituí el Cuarto militar de la presidencia, no lo traje de ayudante porque quería renovar el personal que iba a rodearme, para que no pareciese una camarilla particular, no porque él no lo mereciese. De los antiguos ayudantes, llamé solamente a Riaño, de Aviación, porque además de ser un hombre intachable y leal, en el estado en que se hallaba el cuerpo de Aviación, no quería aventurarme a nuevos ensayos. De los ayudantes nuevos que nombré, no conocía personalmente a casi ninguno: Así Fernando Casado, artillero; De

los Mozos, ingeniero; Viqueira, de Caballería; Parra, de Infantería. Al único que conocía era a Fernández Quintero, de Estado Mayor. De los ayudantes de don Niceto se quedó uno, el marino, y los tres agregados al Cuarto militar, entre ellos el hermano menor de Fermín Galán, oficial de Carabineros. Casi todos han salido a campaña desde los primeros momentos, y así continúan, menos Riaño, que se ha dado de baja, gravemente enfermo. También Quintero tuvo que dejarlo, después de estar poco tiempo de jefe de Estado Mayor en el sur, porque tiene una lesión cardíaca muy seria. Fernando Casado fue a Guadarrama en julio del 36 y organizó la defensa artillera con gran acierto. Nombrado después comandante general de Artillería en Madrid, ha dirigido durante muchos meses, y dirige aún, todo ese servicio, con la competencia y el buen éxito que todos reconocen y admiran. Excelente en su profesión, es además discreto, correcto, de pocas palabras. Me recuerda, aunque con diferencia de estilo, a su compañero Mariano Zapico, hombre todo virtud, implacablemente fusilado por los rebeldes en Cádiz. Quien ha sufrido hasta ahora, de todo el personal del Cuarto militar, la suerte más cruel, ha sido Cueto, teniente coronel de Carabineros. Me lo encontré en el Cuarto militar, y allí lo dejé, sin que me lo pidiera, no obstante haber solicitado el puesto otros compañeros suyos. No le había tratado, pero yo sabía muy bien quién era. En mis tiempos de ministro de la Guerra, Cueto promovió algunos expedientes con reclamaciones de carácter administrativo, en las que no fue posible complacerle. Se enojó y, no sé si como pararrayos, la tomó con Saravia. Habiendo venido Saravia a desempeñar mi secretaría particular en la presidencia de la República, quise mantener a Cueto en su cargo, no fuese a tomar el relevo por despique mío o del propio Saravia. Por otra parte, yo sabía de sobra que enviarle a otro destino era enviarle a las disputas, expedientes y «partes por escrito» de sus jefes o contra sus jefes. Cueto era muy buena persona, incapaz de hacer daño a una mosca; pero terco y pleitista como buen vasco. No todos sabían ni querían llevarle el genio. El caso es que se quedó donde estaba. Tal vez hubiera sido mejor para él quitarlo, porque de estar en alguna comandancia o al frente de cualquier unidad de su cuerpo, acaso no le hubieran enviado al norte. Como allí faltaban jefes, y su presencia en el Cuarto militar no era imprescindible, lo destinaron a Vizcaya. El mismo Cueto me dio la noticia de lo que se proyectaba, con gran alborozo, porque al pobre le entusiasmaba ir a defender su tierra natal. Cuando supe que le habían dado mando de tropas en primera línea, me disgusté (por él y por lo que el caso revelaba), pues un jefe de Carabineros, ya entrado en años, apartado profesionalmente de toda instrucción de campaña, no parecía el más indicado

para el caso. Estuvo un poco de tiempo en Ochandiano y después lo destinaron a Bilbao. Allí cayó prisionero. Nos han contado que al retirarse de Bilbao las últimas fuerzas, alguien envió una camioneta para recoger a Cueto, que estaba gravísimamente enfermo de un ataque al corazón, y que sintiéndose morir, rehusó marcharse. Otros refieren que cuando salía, en un coche o en un camión, le apresaron dentro de Bilbao gentes rebeladas en favor de los invasores. Sea como quiera, le formaron consejo de guerra y le han fusilado. Una autoridad militar de Bilbao le ha escrito a la viuda una carta atroz, para darle la noticia de la ejecución. Deja además dos criaturas. Podrán vivir, si dura la República. En otro caso, ¡pobrecillos! Como tantos y tantos. De tantas lástimas, la más aflictiva es la de los niños.

Se está consumando en Santander lo que era fácilmente previsible. Y, además, inevitable una vez rota la resistencia. Los atacantes han cortado la comunicación con Asturias. Me dicen que las fuerzas que han quedado al este se trasladan por mar a Gijón. Aunque así sea, muchas tendrán que sacrificarse, para que puedan irse otras. Y van a encerrarse en Asturias. Naturalmente, lo primero que han hecho en tal situación, los directores del cotarro asturiano, es constituirse en «Gobierno soberano». O sea, rebelarse contra el Gobierno, por las buenas. Digo «naturalmente» porque la reacción espontánea de cada cual, ante las dificultades, consiste en erigirse en «mandamás».

Las operaciones en Aragón han comenzado. Se toman unos pueblos, se mejoran unas líneas, se atrae la atención del enemigo (con tal de que no la *atraigan* demasiado…), para auxiliar al norte. Ignoro el volumen de la operación, sus objetivos, las fuerzas que toman parte en ella. Desde luego, nadie ha pensado, aunque otra cosa apunten los periódicos y crea la gente, en la conquista de Zaragoza. Pero yo ahora recuerdo las razones que se daban para justificar la ofensiva en Madrid: no se podía restar fuerzas de aquel ejército, y las que tenía se reforzaron con otras y con material llevado de diversos sitios. Se necesitó bastante tiempo para la acumulación de tantos recursos. No se obtuvo nada, como no fuese un gran desgaste. Ahora ha parecido necesario tomar la iniciativa en otro frente, sacando fuerzas de Madrid. Me pregunto si el esfuerzo hecho en Madrid, más el que ahora se realiza, no habrían podido dar fruto concentrándolos lejos de la capital, incluso en la zona misma de Aragón, donde el enemigo fuese menos fuerte. Mi previsión es que tampoco ahora se logrará nada importante, que como auxilio al norte, llega demasiado tarde, y que si el enemigo no se empeña en conquistar Covadonga, pronto atacarán, supongo que por Teruel y Cuenca, o

para cercar totalmente a Madrid, o para cortar la comunicación con Cataluña. Lo que ha dicho Mussolini en Palermo (que Madrid no se ha tomado porque no lo han atacado seriamente) puede entenderse como un anuncio de que lo van a hacer.

28 de agosto

Ayer por la tarde recibí aquí la visita de Felipe Sánchez Román, que ha llegado de París. Hablamos cerca de dos horas, de lo pasado, del presente y del mañana. Me dijo que lleva una vida muy retirada, cultiva pocas relaciones y no tiene especial información acerca de nada. Nuestros puntos de vista, en general, coinciden. Le he enterado de algunas de las cosas que han pasado aquí y le indico otras que pueden pasar. Está convencido de que no podemos ganar la guerra militarmente; pero no parecía haber considerado a fondo la posibilidad de que la perdamos. Sus razones son de orden moral: ¿Es posible condenar a muerte a la mitad de una nación, pues a eso equivaldría el triunfo total de los rebeldes? ¿No significa ni vale nada el heroísmo con que el pueblo se defiende? Le expongo los datos del que yo llamo «problema de fondo», en cuanto se refiere a mis deberes y responsabilidad. Lo aprecia como yo. Espera que si se presenta una coyuntura en la política internacional, sabré aprovecharla. Me ha dado una noticia que pudiera tener interés. Portela le ha contado en París que, en una visita al ministro de Hacienda francés, *monsieur* Bonnet, le ha dicho que, mediante ciertas modificaciones en el Gobierno de la República, obtendríamos de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos (?) armas, dinero y hombres. Y que siendo difíciles de conseguir aquellas modificaciones por simple movimiento espontáneo, o por el juego de los partidos, ellos, el Gobierno francés, se encargarían de hacer lo necesario para facilitarlo indirectamente. Portela tomó notas de la conversación, que le leyó a Sánchez Román, el cual le aconsejó que se las comunicase al embajador, y que solamente con su autorización se encargaría de transmitírselas al Gobierno español. Como esa autorización no la ha recibido, e incluso ignora si Portela ha hablado de ello con Ossorio, se ha abstenido de decirle nada al Gobierno, pero me lo ha dicho a mí, haciendo muchas salvedades de que hablaba del caso al amigo, pero que de no ser así, no se lo habría contado tampoco al Presidente de la República. Creo que no tiene razón, y así se lo dije, porque una información que puede ser de importancia debo conocerla yo, aunque no fuésemos amigos. En fin, fuera de distingos, el caso es que me

lo ha dicho, anunciándole yo expresamente que usaría de sus noticias del modo más discreto posible.

Sánchez Román se marcha por unos días a Madrid, y hemos quedado en vernos a su regreso.

Esta mañana he recibido al Presidente del Consejo, que me ha traído unos decretos, y hemos hablado de asuntos políticos. Respecto de los contingentes vascos y del telegrama de Aguirre, el Presidente me asegura que en ningún momento se había autorizado el transporte a tierras de Aragón. Aguirre habló de ello con Prieto, que remitió el asunto al Comité de Guerra del Gobierno, por lo que había en ello de político. El Comité, además de apreciar la imposibilidad material de realizar el propósito, consideró, de una parte, que trasladar a los vascos, y no a los asturianos o santanderinos, habría sido injusto, y que, de otra, todo ello parecía no ser más que una máscara para quitarse bonitamente de en medio. Por eso no lo autorizó. Me cuenta además Negrín que el decaído Gobierno vasco ha pedido que se le giren cien millones. Denegado. Y que al tratar de traer a Valencia al personal burocrático, se han encontrado con que en la presidencia del Gobierno, hay más funcionarios que en la presidencia del Consejo de ministros, y por el mismo estilo andan en otros departamentos, en alguno de los cuales figuran setenta empleados, para un ramo de la administración autónoma que, desde hace casi un año, apenas excedía de los límites de Vizcaya. Se han hecho, y se hacen, extraños manejos, para salvarle a Sota su flota mercante. Sota, después de intentar el abanderamiento de sus barcos en América y de disimularlos en una sociedad de fachada inglesa, ha pedido auxilio al Gobierno, *en vista de que Franco le persigue*. El Gobierno estaba dispuesto, pero dejando resguardados los derechos del Estado sobre los barcos. En torno de esto ha habido muchas intrigas y Negrín me ha hablado de una *firma sorprendida* por habilidades turbias de un alto funcionario.

La aplazada reunión de Cortes ha dado también origen a enredos políticos. Largo Caballero, acompañado de Galarza, Araquistáin, Llopis, Carrillo y algún otro, fueron a visitar al Presidente de las Cortes, quejándose del aplazamiento. Querían criticar la obra del Gobierno en lo político y en lo militar. En lo político, por la preponderancia de los comunistas y de los rusos (Negrín asegura que ahora es cuando se les empieza a atar corto, y que nunca han mandado menos) y por la persecución de que se considera víctima la CNT. En lo militar, por el curso que lleva la campaña y singularmente por haber realizado la ofensiva de Brunete. Afirman aquellos señores —sigue informando Negrín— que el Gobierno se decidió a esa empresa con la

esperanza de aliviar la situación de Madrid, y volver a la capital, dejando en mala postura al Gobierno que la abandonó. (No tienen presente que todos los ministros del Gobierno actual, menos uno, formaban parte del que se marchó de Madrid. Me consta, además, positivamente, que el Gobierno no tenía el propósito de trasladarse a Madrid, aunque la ofensiva hubiese triunfado; las cosas no habían quedado por eso en condiciones de tomar tal determinación).

Martínez Barrio trasladó estas quejas al Gobierno. Se dijo a los quejosos que, en vísperas de perderse Santander y comenzando las operaciones en Aragón, habría parecido inoportuno venir al Parlamento, con lo que aquellos se mostraron conformes. Entonces propuso alguien que el Gobierno reuniese a los jefes de los grupos parlamentarios, para explicarse sobre la situación. El Gobierno se negó, ofreciendo, si lo querían los otros, reunir a la Diputación permanente de las Cortes, y discutir allí lo que fuese. Me dice el Presidente que Caballero y sus amigos rehusaron, porque eso sería darle un triunfo al Gobierno. Últimamente, han accedido a esperar hasta octubre.

La tensión política, en opinión de Negrín (y además está a la vista), se forma ahora contra los comunistas. Cuando la CNT estaba en el Gobierno, los comunistas parecían hijas de Solón. Ahora, figurando en la izquierda del Gobierno, son los que, por su táctica absorbente, por su ruidosa propaganda y por lo que significa su apellido político, sin dejar de ganarse partidarios, suscitan más recelos, antipatías y miedo. Por más que se desgañiten hablando de la República democrática. Todo el mundo sabe que están bien aconsejados desde fuera, y parece seguro que en Moscú no piensan en un régimen español comunista. Pero ya al recibir y necesitar los consejos de fuera, aunque sean prudentes, discretos, es peyorativo. Y no falta quien crea que los propósitos de Moscú puedan ser unos y los de aquí acariciar otros, para el soñado día de la victoria. Cabalmente, uno de los argumentos de Caballero es que, con la preponderancia comunista, el Gobierno y la República se enajenan la simpatía de la Segunda Internacional.

He dado cuenta a Negrín, sin decirle por quién tengo la referencia, de la conversación de Portela con el ministro francés. Es posible que todo ello no valga nada; que se trate de una opinión personal, más o menos fantástica. Hay que averiguarlo. Quedamos, 1.º, que se dirá a Ossorio lo pertinente para que se entere de la conversación, y que no corte su hilo con alguna genialidad, hasta que reciba instrucciones, y 2.º, que una persona de la confianza de Negrín, después de hablar con Portela, haga una exploración cerca de *monsieur* Bonnet, para darle cuenta del alcance de sus palabras, antes de que se ocupe oficialmente del caso el embajador. En un momento de esta

conversación, Negrín se ha sonreído de un modo particular, como quien de pronto halla una coincidencia o una alusión casual y sorprendente. «¿Por qué se sonríe usted? Cualquiera diría que ya lo sabía usted». No sin alguna vacilación, me ha dicho: «Eso, no lo sabía. Pero entre las mil cosas que le pasan a uno por la cabeza, se me había ocurrido lo mismo que al ministro francés. Y también que solo es realizable por el camino rodeado y largo que él indica. Como esta cuestión no puedo plantearla en el Gobierno, ni entre partidos, he hablado hace pocos días con un delegado soviético; sin proponerle nada, ni pedirle nada. Simplemente sugestiones, aspectos, ventajas e inconvenientes en el orden interior y exterior… Ese delegado ha salido para Rusia ayer».

Hemos quedado también en que comunicaría a Pascua lo principal de la conversación Portela-Bonnet.

Sobre la guerra, me ha dicho que Prieto le ha comunicado esta mañana que estaba satisfecho del curso de las operaciones, pero preocupado por el desgaste de la aviación. De Santander, el Presidente no tenía noticias, ni se reciben desde hace dos días. Lo supone perdido. ¡Cómo iba a tenerlas! En mi mesa estaban las hojas de información repartidas hoy por la subsecretaría de Propaganda, donde ya se encuentran, tomadas de fuentes facciosas, las descripciones de la entrada del general Dávila y los italianos en Santander. En las mismas hojas he visto contada la entrega y rendición de los batallones vascos, seis u ocho, cuyos nombres dan, y el de los pueblos donde se han entregado. Es decir, se cumple lo que Aguirre me anunciaba en su telegrama.

29 de agosto

Anoche me envió el Presidente del Consejo un pliego que contenía, entre otros papeles, la copia de un teletipo expedido por Prieto desde Bujaraloz. Es del día 25, y se refiere a cosas ya añejas. Menciona el telegrama del coronel Pradas, del que recibí copia aquel día, notificando que se hacía cargo del mando en Santander, por no saber el paradero del general en jefe. Acababan de ser cortadas las comunicaciones con Asturias. El general está en Ribadesella, según se ha sabido después. Pero aún se ignora si Pradas, con la gente que le quedó, ha podido ir por mar a Gijón. También habla Prieto de la defección de los batallones vascos. Después dice que no está satisfecho de la marcha de las operaciones en Aragón, «que no han tenido en su fase inicial el ritmo acelerado que necesitaban para obtener todo el fruto posible de la sorpresa». Precisamente, el jefe del Gobierno me había contado por la

mañana, que una de las divisiones empeñadas en la operación se había puesto en movimiento con bastante retraso, porque las cisternas de gasolina enviadas para abastecer a los transportes, *llegaron vacías*. Increíble desidia, aturdimiento o traición (en la que habrían de haber participado muchas personas); estoy de todos modos seguro de que en torno de cada cisterna, de cada depósito, etcétera, habría docena y media de individuos hablando y gesticulando, pero las cisternas llegan vacías. Indudablemente, no sabemos hacer las cosas pronto, que es la mitad de hacerlas bien. La agilidad de la mente se estrella con la inercia común. Cuando el mando no falla, falla la obediencia. Esto ya lo había observado, con desesperación, cuando he estado en el Gobierno, habiendo paz. Nunca estaba uno seguro, al mover una palanca, de lo que podía salir. A veces, entre lo *mandado* y lo *obedecido*, la distancia era enorme, monstruosa. En la guerra, este defecto resalta más y produce daños gravísimos.

Los otros papeles son una comunicación telegráfica de Ossorio, trasladando otra de Pascua, en la que por conversación con nuestro embajador en París, cree averiguada una mejor disposición del Gobierno francés, y recomienda que se aproveche para la adquisición y tránsito del material. Yo no tenía noticia de esa mejor disposición. Y un despacho de Ossorio en que se habla de un propósito del Gobierno británico: convocar una conferencia internacional sobre los asuntos de España, con lo que parece conforme el Gobierno francés; que el embajador inglés en Roma tiene encargo de obtener la aquiescencia italiana; que el primer ministro inglés aceptaría cambiar impresiones con Negrín, si va a Ginebra.

Este u otro camino semejante hay que seguir, si hemos de salir de este conflicto lo menos mal posible para la República y para España. Mi idea del pacto de cinco podía cuajar, aunque sea difícil, mediante una reunión de ese género. Pero el caso es que, mientras aquí sigan convencidos de que vamos a reconquistar Sevilla y Bilbao, etcétera, no querrán oír hablar de nada. Y cuando pierdan la convicción, será tarde.

30 de agosto

Ayer tarde estuvo aquí Giral. Hablamos dos horas, principalmente de la marcha de la guerra en relación con la política exterior. Giral tiene, sobre la situación militar, la misma opinión que yo. De no haberse retirado los ejércitos extranjeros, resulta el imposible de ganar la guerra. Los abastecimientos de material van a reducirse considerablemente, a causa del

bloqueo. Madrid pasa hambre, y en toda nuestra zona los víveres escasean cada día más. Respecto del ejército, hemos considerado los resultados de la ofensiva en Madrid. Giral me da una noticia, para mí nueva, y muy alarmante. De las 20 000 bajas que aproximadamente hemos sufrido en aquella operación, la mitad son de desertores más o menos disimulados. No se recuperan. Los soldados se hacen hospitalizar por una indisposición ligera, o una herida leve, y al ser dados de alta en pocos días, no se reincorporan, se van a sus pueblos, o adonde pueden. Esto es más grave que el número mismo de las bajas. Nadie me lo había dicho hasta hoy. Añadió que el Gobierno ha organizado unas brigadas de recuperación, para buscar a los soldados que se marchan. También me dijo que los reclutas forzosos de los últimos reemplazos no tienen buen espíritu. Aprecia igual que yo las consecuencias probables de la ocupación por el enemigo de toda la Zona Norte. Cree imposible sostener otra campaña de invierno, y aludió, con referencia al propio Negrín, al agotamiento no lejano de los recursos de dinero. Supone Giral que los ministros Irujo y Aiguadé opinan como él. Nada sabe de lo que pueda pensar el ministro de Unión Republicana. Me traía también Giral algunas cartas y telegramas de Ossorio, con informaciones sobre lo que se urde entre bastidores. Ossorio conocía ya la conversación de Portela y Bonnet, y, según dice, ha procurado convencer a Portela de que es imposible lo que insinúa el ministro francés. Le ha dicho Ossorio, entre otras cosas, que además de las cuatro potencias interesadas en el problema, hay una quinta potencia: los milicianos. Y añade que ha dado a Portela una figurita que representa un miliciano, para que se la regale a Bonnet cuando tenga ocasión… Es lo que yo me imaginaba. Por algo le encargué yo a Negrín que se apresurase a dar instrucciones a Ossorio, en previsión de su genialidad. Después de hablar de lo que puede hacerse en la Asamblea de Ginebra, tratamos de lo que significaría la conferencia internacional que, según dicen, preparan los ingleses sobre los asuntos de España. «Eso sería, si llegan a un acuerdo, que siempre había de ser a costa nuestra, la intervención conjunta para una mediación impuesta. Logrado el acuerdo entre esas cuatro potencias, no podríamos resistirnos a aceptarlo. Y puesto que Chamberlain asegura que está dispuesto a conversar con Negrín, es preciso convencer a nuestro Presidente para que no rechace de plano el proyecto, en lo que nos afecta, y trate de hacer saber las condiciones mínimas de nuestra conformidad, la primera de las cuales tendría que ser el mantenimiento de las instituciones republicanas. Dentro de la República, todo lo demás es opinable, y como estamos en camino de perder la guerra, habríamos de procurar, antes de que la

derrota sea inevitable a ojos de todos, obtener las condiciones menos malas. República y paz: este debe ser nuestro programa. En bien de todos, y del país en general. Si he recomendado al Gobierno que procurase alguna ingerencia oficiosa con motivo de las anunciadas conversaciones anglo-italianas, con mayor razón habrá de hacerse, si la cuestión española va a ser tema de una conferencia internacional. El Gobierno debe, hablando con los ministros de Francia e Inglaterra, presentarse para ese caso como un colaborador para la paz, y no esperar su sentencia como un procesado. Porque si la sentencia se dicta, no habrá más que sufrirla, sin remedio alguno».

Giral acepta estas miras y aprueba que, dada la convicción que dicta el curso de la guerra, hay que hacer una política de acuerdo con aquella. Tropezamos, según Giral, con el irreductible optimismo del jefe del Gobierno. Quedamos convenidos en celebrar dentro de dos o tres días una reunión con él. Examinaremos el asunto a fondo, y mi deseo es que se trace, milímetro por milímetro, el plan de las conversaciones que hayan de mantenerse en el exterior. A esta o a otra reunión de nosotros tres, quisiera que asistiese Prieto, como ministro de Defensa. Le comuniqué a Giral mi deseo de que, cuando Prieto regrese de Aragón, el Comité de Guerra, formado por algunos ministros más el jefe del Estado Mayor Central, celebre una sesión en mi presencia, si el Gobierno no ve inconveniente en ello. Necesito saber oficialmente lo que piensan los directores de la guerra. Y cuando el Presidente y Giral regresen de Ginebra, con impresiones directas de los Gobiernos francés e inglés, recapitularemos todo, para tomar la decisión que convenga. «¡Qué situación la del Gobierno que haya de aconsejar la paz!», dice Giral. «Lo comprendo. Vea usted ahí una razón más para no dejar suelta a la prensa. Pero si nadie lo dice, habré de decirlo yo, como otras veces. En mis dos discursos, el de enero y el de julio[10], hay ya muchas cosas, que tal vez no se han entendido bien. O se ha hecho como si no se hubieran entendido, o se aparenta entenderlas al revés. No me importa dar un paso más». «Su último discurso, en su segunda parte —observa Giral—, ha producido gran impresión en todas partes, incluso entre los enemigos». «Estoy persuadido de que la inmensa mayoría del país, en uno y otro campo, está harta de la guerra, y desea que se acabe de cualquier modo. Los que se lanzaron a ella alegremente habrán visto ya que cuesta demasiado cara, y que el triunfo, si lo lograsen, ya no sería siquiera un triunfo político, sino el de dos países extranjeros. A costa de las vidas y haciendas de los mismos españoles que los han traído aquí, como de las de todos. España es un pueblo que se hace la guerra a sí mismo, en provecho de otros. Lo más terrible de esta guerra, sobre

los horrores ya conocidos, es su inutilidad. La guerra no resolverá nada. Y cuando unos y otros se enteren de esto: ¿qué van a hacer? De parte del Gobierno, era y es obligatorio resistir a la rebelión y a la invasión. Mientras haya esperanza razonable de contenerlas el deber subsiste. Pero no más allá. La obligación actual es aprovechar el tiempo y trabajar en el campo de la política internacional, de donde todavía puede salir una solución de paz que ponga término al estrago. Se entiende que yo deseo la paz con la República. Porque para que en España reine una paz fúnebre, después del aplastamiento de la República y del fusilamiento de todos los republicanos, no hace falta calentarse los sesos. Basta seguir como vamos. Yo lo veo así, amigo Giral». «También yo, señor Presidente».

En la prensa valenciana encuentro algunas informaciones sobre lo que era el Gobierno del Consejo de Aragón. Mientras la plaga ha estado asolando aquella tierra, ningún periódico se ha atrevido a decir nada, cuando hubiera sido tan útil denunciar sus estragos para contribuir a cortarlos. Ahora que ha pasado, vienen las exclamaciones y las protestas, los relatos espeluznantes. Cuando esa publicidad no puede hacer más que daño.

No sé quién me ha traído un ejemplar de *L'Esquetlla de la Torratxa* dedicado a hacer la «historia de la revolución», en Cataluña, con el tono humorístico y satírico que tenía de antiguo este periódico. Todo lo que dice es verdad. Me sorprende que se hayan atrevido a publicarlo. Mucho han debido de cambiar las cosas en Barcelona, para eso.

Una de las primeras cosas que hace en nuestro país cualquier movimiento político es cambiar los nombres de las calles. Inocente manía, que parece responder a la ilusión de borrar el pasado hasta en sus vestigios más anodinos y apoderarse del presente y del mañana. En el fondo, es una muestra del subjetivismo español, que se traduce en indiferencia, desamor o desprecio hacia el carácter impersonal de las cosas. Madrid, administrado casi siempre por forasteros y analfabetos, ha dado sobre el particular ejemplos de muy mal gusto, y no ahora, sino desde hace mucho tiempo. Sobre todo, cuando le sobrevienen a un concejal ataques agudos de cursilería, y encuentra poco distinguido, impropio de una gran ciudad, que ciertas calles se llamen del Lobo, o La Gorguera, o El Soldado, o ¡Válgame Dios!, etcétera, etcétera. En mi triste Alcalá he visto convertirse la calle de las *Flores* en calle de Navarro y Ledesma; la de *Libreros* en general Allendesalazar; la de *Roma*, nada menos, en general Fernández Silvestre… (consúltese el *Anuario Militar*). Conviene perfectamente a la inconsciente sorna e impensada ironía de los

alcalaínos, de que tanto se regocijaba mi tío don Félix, el que al advenir la República diesen el nombre de Plaza de la Libertad a la antigua glorieta de San Bernardo, tan gustada por mí, y que es una plazuela cerrada en tres de sus caras por la cárcel, un convento y el archivo. Ahora, con motivo de la guerra y la revolución, se han visto ocurrencias divertidas, dentro del afán de rebautizar las calles. La de Alcalá-Zamora, antes de Alfonso XII, en Madrid, se llama «de la Reforma Agraria». En Valencia ha aparecido una «Plaza de los Derechos del Niño». Y en la antigua de la Lealtad, después de Antonio Maura, también de Madrid, se llama «calle de las Milicias de Retaguardia de las Juventudes Socialistas Unificadas». Concisión telegráfica. Una *mística*, como dicen por ahí impropiamente, reemplaza a otra: en Madrid tenían calles propias la Santísima Trinidad, el Divino Pastor, el Amor de Dios, etcétera, sin contar las que derivaban su nombre de la vecindad de alguna iglesia o convento; pero este motivo, puramente local, es cosa distinta. La manía es común a todas las banderías políticas. Si los rebeldes tomasen Madrid, veríamos probablemente a la calle del Barquillo, la del Arenal o la de Carretas cambiar su nombre típico por el de algún general cargado de laureles. En el siglo pasado, los progresistas impusieron a la calle de Alcalá el nombre del general Espartero. Después nos hemos contentado con mantener en esa calle la imagen broncínea del caudillo liberal. Si los italianos acaban por triunfar, quizá se la lleven a Roma, como trofeo, para juntarla al «león de Judá», que sacaron de Addis Abeba.

31 de agosto

Esta tarde ha venido Prieto a contarme lo que sucede en el frente de Aragón. Hacía muchas semanas que no nos veíamos. Prieto cree que la ofensiva hubiera podido dar resultados importantísimos, si todo hubiese funcionado con la celeridad y la exactitud requeridas en tales casos. No ha sido así. Prieto lo achaca a la falta de mandos. En cuanto se presenta una dificultad imprevista, no hay quien sepa resolverla sobre el terreno. El enemigo ha tardado algunos días en dar importancia a la operación y traer refuerzos. Esta ventaja se ha perdido, como el efecto de la sorpresa. Me ha dejado una breve nota enumerando las ventajas obtenidas de este ataque. Una de ellas, que se buscaba, ya no es posible, porque Santander se ha perdido con mucha rapidez. Me confirma Prieto que los asturianos se han constituido en «Gobierno soberano» (es lo que quiere ser aquí todo el mundo), han destituido a Gamir, sustituyéndole con Pradas, y hacen contra el Gobierno de

la República «una campaña terrible», echándole la culpa de la catástrofe. La cual es tan grande, por lo menos, como yo me figuraba. Los prisioneros pasan de 40 000. Se ha perdido casi todo el material de aviación. Quedan allí cuatro o cinco aparatos. Es cierta la defección de unos cuantos batallones vascos. En relación con esto y con los fantásticos proyectos de Aguirre, Prieto afirma que nunca accedió al plan de traer a Aragón las divisiones vascas. Lo tuvo por irrealizable, y, además, le parecía injusto embarcar a unos y no a otros. Respecto de la moral del ejército me dice que un batallón, sacado de Madrid para enviarlo a Aragón, pernoctó en la plaza de toros de Valencia, y al enterarse del punto de su destino se sublevó. Se consiguió desarmarlo, sin escándalo, le enviaron al frente, y han sido sumariados doce o catorce de los promotores del hecho. Pero la moral de la división a que pertenece (la de Gallo) se ha resentido, y ayer, o esta mañana, ha cedido terreno. Los soldados del reemplazo forzoso en el ejército enemigo se pasan con facilidad a nuestras filas, en cuanto pueden. No así los demás. Respecto del porvenir de la guerra las previsiones de Prieto son muy pesimistas. No tiene ninguna duda sobre la imposibilidad de resistir un ataque tan fuerte como el que han lanzado sobre el norte. En los demás frentes, el terreno es todavía más favorable para el empleo de las máquinas de guerra, en que tiene gran superioridad el atacante. «Creo que nuestro destino es sucumbir aquí». Ha estado en Barcelona, y visto a Companys. «Companys está loco —dice—, pero loco de encerrar en un manicomio». En una comida con más de treinta personas, se desató en imprecaciones y quejas contra el Gobierno, en lamentos sobre su situación personal, que estima desairada e insostenible. Apuntó el deseo de recobrar el Orden público. Está muy enojado porque en el preámbulo del decreto que disolvió el Consejo de Aragón hay unas frases que él considera de ataque al régimen autonómico.

Le anuncié que, de un momento a otro, esperaba la visita del jefe del Gobierno y del ministro de Estado. Como íbamos a hablar de la situación general y yo tenía el propósito de que el Consejo Superior de Guerra celebrase una sesión en mi presencia, podía quedarse, si no tenía otro quehacer. Prieto aprobó lo de reunir al Consejo de Guerra, pero prefería no asistir a la entrevista que yo le anunciaba. Él ya le había dicho al jefe del Gobierno que venía a visitarme esta tarde, y como el Presidente no había recogido la indicación, creía mejor no estar presente, a no ser que yo le necesitase.

Cuando se marchaba Prieto, llegaron Negrín y Giral. Hemos tenido una larga conversación. Primeramente habló Giral, razonando su juicio

desfavorable a la situación militar y al porvenir: Estado del reclutamiento, crisis de mandos, falta de material, efectos del bloqueo, escasez de víveres, hambre en Madrid, etcétera. Intervine yo para decirle al jefe del Gobierno que, al plantear en esta forma cuestiones tan graves, no se trata de promover una cuestión política, ni de añadir una dificultad más a las muchas con que se tropieza. El caso es examinar en común una situación gravísima y ver de hallar la solución menos mala para la República y para España. El Presidente contestó que él no es un inconsciente y no ignora el apuro en que estamos; pero que necesita decirse y convencerse de que vamos a ganar la guerra para poder seguir adelante. No se niega a tomar en cuenta las observaciones que le hacíamos, ni a tantear el terreno para encontrar la posible salida. Tanto no se niega a considerar ciertas disposiciones, que si la ofensiva en Aragón hubiese producido algún resultado grande, por ejemplo, la toma de Zaragoza, habría propuesto la publicación de una amnistía. Hallándole en tan buena disposición, y reconociendo conmigo que la solución solo puede venir de fuera, he insistido en la importancia de las conversaciones que van a tener en Ginebra, aparte de lo que ocurra en las reuniones de la Sociedad de Naciones. He recapitulado mis antiguos puntos de vista: Paz-República-Pacto de garantía de que en España no habrá dictadura ni bolchevismo. Conservándose las instituciones republicanas, en lo esencial, son posibles muchas concesiones. Es preciso asumir en esas conversaciones el papel de *colaboradores* para la paz, tanto en España como en Europa, y deslizar en los oídos del Gobierno francés las palabras convenientes, partiendo de la conveniencia general de la pacificación. Creo que hemos quedado de acuerdo. Para la sesión del Consejo Superior de Guerra a que deseo asistir, hay que esperar el regreso del jefe del Estado Mayor Central.

2 de septiembre

Día de visitas, en Valencia. El pobre Francisco Barnés viene a despedirse. La muerte de su hijo le ha destrozado. Además tiene a su mujer y a otro hijo en Ávila. Está inconsolable.

Manuel Muñoz, diputado por Cádiz, exdirector general de Seguridad, me trae unas notas informativas sobre cosas de Cataluña. Se las he dado al jefe del Gobierno. También Muñoz me ha dicho que Companys está loco. Le ha visto en Barcelona, se le ha quejado amargamente del Gobierno, que no comprende la situación desairada en que le han puesto. No tiene jurisdicción ni mando sobre nada. Cataluña tiene por él un amor maternal. Está resuelto a

dimitir y a no ser más que Luis Companys, para hablar en la plaza pública y levantar el ánimo de su país, de que es el hijo más querido, etcétera, etcétera.

Cerca de las dos, vino el Presidente del Consejo. Me trajo unos decretos, y, sobre todo, unos despachos del embajador en París trasladándonos ciertas resoluciones que ha tomado el Gobierno francés. Son buenas, pero a mi entender, tardías. Hace un año, con la décima parte de lo que nos comunica Ossorio, la guerra no habría llegado al punto en que está. Negrín cree que este cambio puede ser decisivo. Yo no lo creo.

3 de septiembre

El ministro de Defensa y el Presidente me envían dos documentos de interés. Uno es del general Miaja, sobre la situación de Madrid; el otro es un dictamen de no sé qué servicio militar sobre el estado en que se halla el ferrocarril en construcción de Tarancón a San Fernando. Las consideraciones que el general Miaja somete al Gobierno, sobre todo en lo que respecta al abastecimiento de Madrid y organización del mando en aquella plaza, no pueden ser más atinadas. Es incomprensible que, estando el enemigo en las afueras de la capital y siendo la ciudad misma una posición militar, no se haya establecido el estado de guerra. Allí sí hay una organización que permita el funcionamiento del sistema. El Gobierno de Largo ideó una división de Madrid en zonas: la calle de Bailén, por ejemplo, sería zona de guerra, pero no la calle del Arsenal o la de San Bernardo. Es absurdo.

Lo del ferrocarril es todavía peor. Hace poco, Negrín me dijo que esperaba verlo concluido en octubre. «Ponga usted enero», le contesté, creyendo que agotaba las previsiones pesimistas… ¡Sí, sí! Del informe resulta que se necesitaría un año para terminarlo. ¡Y en qué condiciones! El documento basta, por sí solo, para demostrar por qué vamos tan mal. Podrían coleccionarse cientos de ellos, con igual valor. Para ejemplo, es suficiente. Es todo un sistema. Cuando yo acentúo mi radical desconfianza en la capacidad y eficacia de las gentes, parezco un descontentadizo, un exigente, o bien, un pesimista. Nunca falta un hecho que me dé la razón.

5 de septiembre

Prieto me envía la copia de una conversación telegráfica que ha sostenido con el teniente coronel Cordón, jefe de Estado Mayor del ejército de

operaciones en Aragón. Resulta que al ministro le dieron la noticia de la toma de Belchite antes de que se lograra. Los jefes de columna casi nunca informan con exactitud. Prieto, en esa conversación, recrimina con razón sobrada. «¿Es que la mentira en la guerra es incorregible?», pregunta. «La mentira es tan antigua como la guerra», le contesta Cordón. «De la misma antigüedad gozan los medios de impedirla», replica el ministro. Y menos mal que, por fin, Belchite se ha tomado. Prieto, tan celoso de su autoridad y tan sensible al ridículo, debe de estar furioso. Motivos no le faltan.

Del jefe del Gobierno he recibido tres papeles: una carta, en el original, de Azcárate; una nota con el extracto de la conversación de Bonnet y Portela, y otra con la conferencia telefónica, de hoy mismo, entre Negrín y Moch. La carta de Azcárate, aunque es del día dos, no alcanza a las últimas resoluciones que el ministro del Interior francés ha comunicado a Ossorio; pero las prevé y explica su origen. Sobre la actitud del Gobierno inglés nada nuevo. Parece que el encargado de los Estados Unidos en París se burla de la política británica. Sobre lo que pueda pesar la disposición del Gobierno francés en la conducta de Londres, Azcárate no puede hacer más que conjeturas. La nota Bonnet-Portela no añade nada esencial a lo que sabíamos. Moch y Negrín han hablado sobre la proyectada conferencia de Estados mediterráneos. Todos estamos convencidos, también en París, de que es un nuevo artilugio británico para que la Sociedad de Naciones no conozca del asunto. El Gobierno español no puede asistir a una conferencia donde están presentes los rebeldes. Esa conferencia, ausente nuestro Gobierno, sería otro Comité de No-Intervención. El criterio es que se examine el problema en la Asamblea de Ginebra. Cree Negrín que el Gobierno francés comparte este criterio y esperaba que se lo dijésemos.

6 de septiembre

Hoy en Valencia, he recibido a Giral, que venía a despedirse para Ginebra. Hemos cambiado nuestras últimas ideas sobre el problema. Le veo profundamente adherido a la convicción que compartimos sobre el único modo de acabar la guerra.

Insisto mucho en la importancia de la ocasión que se le ofrece. «Traiga usted un albor de paz —le digo—, aunque sea remoto, y habrá usted prestado el mejor servicio a nuestro país». Me ha hablado del próximo canje de un importante falangista, preso en Valencia. Asegura que está en contra de los militares rebeldes, y de la invasión extranjera. Si le canjean, no irá a la otra

zona. Se quedará en Francia. Ha leído las cuartillas del otro falangista, que nos envió Ossorio, y las aprueba.

También he recibido a Nicolau, que forma parte de la delegación ginebrina. Ve las cosas como yo. Encuentra que el mayor obstáculo estaría en el interior, por lo que pudiesen hacer ciertos partidos.

La visita más interesante de hoy ha sido la del padre agustino Isidoro Martín. Le conocí en 1894 o 1895 en el colegio universitario de El Escorial, donde yo cursaba entonces los primeros años de la carrera de leyes. Fray Isidoro era «inspector» o, como si dijéramos, uno de los encargados de «mantener el orden» entre los colegiales. Muy joven aún, y de poca autoridad, creo que le hacíamos rabiar más de lo justo. No recuerdo si le he nombrado en *El jardín de los frailes*. Con los años, subió de categoría, le encargaron de alguna cátedra y llegó a rector o director de aquel establecimiento. Durante muchos años le perdí de vista, y aunque hice, entre mis muchas excursiones al Escorial, alguna visita a los frailes de mi tiempo en el colegio, no recuerdo haberme tropezado con él. Vi al padre Montes (el padre Mariano del *Jardín*), al padre Serra, que ha muerto hace dos meses, y a algún otro, pero no a Isidoro. Sin embargo, cuando se proclamó la República y yo fui ministro de la Guerra, el padre Montes me escribió una carta de felicitación, en la que me trataba de vuestra excelencia. Para corresponder a su fineza, una tarde de aquel verano (solía yo pasar en El Escorial de sábado a lunes) fui a la «universidad», como la llamaban. Me recibieron el padre Isidoro y el padre Norberto. A poco, llegó presuroso el padre Montes. Me estrechó convulsamente las manos, se decidió a abrazarme, lloró de alegría. Me habló de tú, como por excepción había hecho siempre, aunque ahora con cierta timidez. «Así es como debe usted hablarme y no con tratamientos oficiales… ¿No soy ya el mismo para usted?». El padre Montes, aunque joven todavía cuando yo le conocí, era un hombre grave, exigente, de muy pocas palabras. Desde que fui su alumno (en el curso de derecho romano de 1894-1895), cobró por mí una especie de afecto paternal vivísimo, nunca desmentido. Le recordé casos de la vida escolar, que ya se habían borrado de su decadente memoria. Él la conservaba y me habló de otros, sobre todo, de nuestras excursiones campestres, de los madrugones, tan penosos en mis catorce años, para escalar la cima de San Benito, donde freíamos huevos y desayunábamos; de la cena en la Posada de San Rafael, bloqueados por la nieve… «Has de venir a comer con nosotros un domingo de estos… ¿Me lo prometes? ¡Ya verás qué pichones!». El padre Montes estaba más caduco de lo que correspondía a su edad. A veces no parecía tener la cabeza muy firme. Murió

pocos años después. Los otros dos frailes me preguntaron (porque ya iba a discutirse la Constitución) qué les pasaría: «Supongo que a ustedes nada grave».

Después, he cambiado con el padre Isidoro cuatro o cinco cartas. Me escribió, caso extraordinario, cuando yo estaba preso en el puerto de Barcelona, en la misma ocasión en que muchas personas a quienes yo había encumbrado, haciéndolas ministros, embajadores, etcétera, se olvidaban de escribirme, para no comprometerse. Mis respuestas, que conservaba, le han salvado la vida, según dice. Hace pocos días recibí una carta suya, desde Madrid, en la que invocaba los «tiempos antiguos» para solicitar mi protección. Yo desconocía en absoluto cuál había sido su suerte. Le envié un coche y al comisario de mi Escolta para que viniese a Valencia, si quería, trayéndose a algunos más de sus compañeros que pudieran hacer el viaje. Ha venido él solo. Se le ha proporcionado alojamiento en una fonda, hasta que resolvamos sobre su situación. Cuando le he visto entrar, como no lleva hábito, parecía reducido a la mitad. Un poco encorvado y flaco, con cara de hambre, por más que fray Isidoro, aun en su juventud, siempre tuvo un semblante demacrado, ascético, como de mala salud. Traía un terno color sangre de toro, muy ajado, y botas marrón, nuevecitas.

—Me las he comprado para venir a ver a su excelencia —dice sonriendo.

Hago todo lo necesario para disipar su encogimiento y me cuenta las penalidades que ha sufrido. Seguía siendo rector del colegio donde yo le conocí.

—Cuando se clausuró nuestra universidad e hice entrega del local a don Rubén Landa, que se portó muy bien con nosotros, establecimos en Madrid un «estudio», en una casa de Ruiz Jiménez, en la calle de la Princesa. Yo lo dirigía, hasta agosto, que nos prendieron.

—Pues no sé de dónde había yo sacado que últimamente era usted prior del Escorial.

—No, señor. Era prior el padre Monedero.

—No le conocía.

—Seguramente, no… Pero él conocía muy bien al señor Presidente. Cuando el incidente del padre Gerardo, yo le dije al padre Monedero que debía escribirle a vuestra excelencia una carta, explicándole lo ocurrido. No accedió. Era de Roa, un poco integrista…

—¿Qué ha sido de él?

—Ha perecido, con otros muchos, unos sesenta, que estaban presos en San Antón, y de los que no hemos vuelto a tener noticia. A nosotros, los de la

calle de la Princesa, nos registraron la casa y sin hacer destrozos, nos quitaron cuanto teníamos. Económicamente, nos han hundido, aunque nunca hemos tenido mucho dinero. En la residencia de la calle de Valverde han hecho horrores. El cinco de agosto se presentó una patrulla: «Todos al camión». Creímos que nos darían el paseo. Nos llevaron a San Antón. Allí he estado hasta noviembre. Me juzgaron varios tribunales, me absolvieron, fui puesto en libertad. Un día, en la cárcel, nos registraron a todos, porque se había perdido una pistola. El policía que me registró me pidió la cartera. Sacó de ella una carta de vuestra excelencia, que estaba allí por casualidad, y en cuanto vio la firma, me devolvió todo y no insistió. No sé por qué, me pareció leer en su cara que aquel hombre se había convertido en mi protector. En la cárcel no me molestaron más; tampoco al padre Serra. Muñoz Seca, que estaba preso con nosotros, me decía: «Usted es aquí Orfeo…».

—¿Y por qué no me ha escrito usted hasta ahora? (Hubiera tenido la satisfacción de intentar ayudarle, como he ayudado y salvado a otros).

—No me atrevía.

—¿Qué temía usted de mí? ¿Que no le hiciera caso? ¿Que le buscase algún daño?

—¡Oh, no, señor Presidente! Era cortedad, falta de decisión.

—Bueno. Si ha necesitado usted atreverse a principios de septiembre, lo mismo pudo hacer ocho meses antes, o más. Acaso hubiera sido más útil. No se lo reprocho, lo lamento. Usted sabe de sobra que nunca les he querido mal, aunque sus colegios y su enseñanza no me parezcan buenos.

—Lo sabemos. Estamos convencidos de que, a no ser por vuestra excelencia, la Constitución nos hubiera suprimido. Se lo dije al Nuncio, después de votarse el artículo 26: «Ha entregado como carnaza a los jesuitas, para lo que podía haber algunas razones políticas, y nos ha salvado a los demás».

—Como cuestión de hecho, eso es indiscutible. Si yo me hubiese callado aquella tarde, no habría pasado mucho tiempo sin que se encontraran todos ustedes en la reverenda calle… Podrían encontrarlo unos bien, otros mal. Sigo pensando que en aquella oportunidad no podía hacerse otra cosa. Disolver a las órdenes religiosas me parecía, sin salirme del terreno político, un disparate.

—Así lo ha comprendido mucha más gente de lo que el señor Presidente cree.

—Podrá ser, pero no lo he notado. ¿No sabe usted que me pintan como un furibundo enemigo de la Iglesia católica? Es estúpido. Desde mi punto de

vista, llamarme enemigo de la Iglesia católica es como llamarme enemigo de los Pirineos o de la cordillera de los Andes. Lo que no admito es que mi país esté gobernado por los obispos, por los priores, las abadesas o los párrocos. Tampoco me he opuesto a que las órdenes religiosas practiquen su regla y prediquen la doctrina cristiana a quien quiera oírla. A lo que me opongo es a que enseñen a los seglares filosofía, derecho, historia, ciencias… Sobre eso tengo una experiencia personal más valiosa que todos los tratados de filosofía política. Y así en otras muchas cosas, que no hay por qué referirlas a mí, sino a las miras y necesidades de la República. La intransigencia, la ferocidad del todo o nada, nos ha traído la situación actual.

—Las derechas no han sabido adaptarse, no han querido consentir en ningún sacrificio.

—El sacrificio de dejarse cortar un dedo, para salvar la mano. Las aspiraciones de la República, por muchos motivos, tenían que ser moderadas. Se empeñaron en creer que eran expoliadoras y demoledoras. Ya ve usted: se ha perdido la mano, y todo el brazo, y temo que perdamos los dos, quedándose España como un tronco manco. Usted no tiene ningún motivo para ser republicano, pero los tiene usted, y muy graves, para condenar la violencia, las rebeliones, las guerras, por las mismas doctrinas que ustedes me enseñaban en El Escorial. Pues ya ve usted: sus amigos fervorosos, los apasionados de la religión y del orden, son los causantes, no solamente de la desventura personal de usted y de sus compañeros, sino de las instituciones a que pertenecen. Si en julio del año pasado no se hubieran sublevado los padres de los jóvenes que ustedes enseñaban, y casi todos los jóvenes enseñados por ustedes, los compañeros de usted seguirían en El Escorial, diciendo misa y rezando en el coro, porque en cinco años de República nadie se lo había prohibido, que yo sepa.

—Así es. Mis exculpaciones ante los tribunales, que me han valido la absolución, las he sacado de nuestras doctrinas y de las enseñanzas de León XIII sobre la propiedad.

—He visto en los periódicos de estos días, que su compañero el padre Revilla ha sido absuelto en Madrid, después de alegar las mismas doctrinas, pero añadiendo que es del partido sindicalista. ¡Vea usted qué correligionario le ha salido a Pestaña!

—Sí… En fin… El fiscal estuvo terrible.

—Lo he leído, y no censuro al padre Revilla, después de todo. Pero a usted mismo le hace sonreír.

—Es notable que yo he pasado por tibio, o por sospechoso, a ojos de algunas personas de las derechas, sin duda porque no he sido intransigente. A Luca de Tena le dije que no debía dar al periódico el tono que le daba; que seguramente su padre (por los motivos que fuese) habría adoptado otra actitud. Le rogué que no nos visitase en la casa de la calle de la Princesa, porque nos comprometía… Se molestó y casi me retiró el saludo. Cuando vino la República y el señor Presidente fue ministro, Angel Herrera mandó un corresponsal para pedirnos informes de su conducta en el colegio. No sé qué esperaría… Le dije al corresponsal que, en lo político, me abstenía de opinar, y que teníamos buen recuerdo del señor Presidente como estudiante. Le supo a rejalgar. Los de *El Debate* dijeron que yo era masón.

—¿Y cómo ha vivido usted en Madrid todo este tiempo?

—Con muchos apuros. Estaba en una pensión de la calle de Montserrat. Me socorrían algunos amigos. De entre nosotros, los más jóvenes trabajaban, saliendo al campo a cortar leña y la vendían en Madrid. Con eso ganaban un jornal.

—Ahora dígame usted lo que quiere hacer. Aquí no corre usted ningún peligro. Pero si quiere usted marcharse, procuraré que le expidan pasaporte, cosa no difícil, puesto que no está usted en edad militar.

El padre Isidoro prefiere, naturalmente, irse a descansar a Francia, en Bayona, donde tiene amigos, y, a lo que entiendo, hay algún «estudio» o residencia más o menos disimulada. Está muy nervioso. La primera noche que durmió en Valencia, hubo una tronada muy ruidosa, y el fraile, creyendo que era un bombardeo, se asustó mucho. Después, se rio de su miedo, según dice. Padece del hígado y aquí no puede seguir el régimen…

—Bueno, bueno: vaya usted donde guste. Y si tiene usted intención de ir a cualquiera de sus casas en la zona rebelde, no se preocupe, que no le voy a estorbar el viaje por eso.

No. Ir a la zona rebelde «no le trae cuenta». No se consideraría seguro. Cuando ha sabido por mí, que el exministro católico Giménez y Fernández, ha sido asesinado en Sevilla, se ha llevado las manos a la cabeza, horrorizado.

—No tendrá usted dinero.

—Después de comprarme las botas, me quedan ciento veinticinco pesetas.

—Ya le habrán dicho que su hospedaje está pagado. Usted no se molestará si le ofrezco algo para que se compre lo más preciso.

—No, señor, no me molesta. Al contrario.

Todavía hablamos un ratito. Cuando le despido, ya en pie, le digo unas palabras que le conmueven. Se va llorando. Pocos minutos después, al tomar

el coche en el zaguán, veo al padre Isidoro pasar entre las dos filas de soldados, trasponer el umbral, y, estevado, cabizbajo, indiferente, con su andar pasicorto de fraile, perderse en la plaza, llena de sol.

La Iglesia española ha participado en esta guerra como en una cruzada contra infieles. Ahora cuenta con los moros, y los infieles son otros. Muchos eclesiásticos han perecido, e incluso en el bando «nacional» han sacrificado a algunos. Los consejos de guerra de Bilbao condenan a muerte a los capellanes de los batallones vascos. Aunque la Iglesia se creyese atacada, y atacada con injusticia, su papel era muy otro. No debió alentar los enconos políticos. Ni azuzar a unos españoles (a unos prójimos) contra otros. La religión no se defiende tomando las armas ni excitando a los demás a que las empuñen. La religión la han propagado los mártires, los confesores, los misioneros; pero no los guerrilleros, muy poco los teólogos y nada los sociólogos, por cristianos que sean. Después de catorce meses de matanza, todavía no ha pronunciado nadie, con autoridad en la jerarquía, las palabras de paz, de caridad, de perdón que les corresponde decir, si de verdad su reino no es de este mundo.

7 de septiembre

Ayer, a última hora de la tarde, vino a despedirse Sánchez Román, que se vuelve a Francia. Regresa de Madrid, admirado de lo que ha visto. Hablamos mucho tiempo, pero nada nuevo. En su opinión, yo debería olvidarme un poco de mi papel oficial y conducir personalmente la política exterior. Le explico que eso es imposible. A espaldas del Gobierno no iba a hacerlo; de acuerdo con él, ya lo procuro, en el único modo posible, o sea razonando mis puntos de vista y procurando inculcárselos. Sánchez Román me ha dado la noticia, que me alegra, de que nuestro antiguo compañero, don Jerónimo González, presidente de una Sala del Supremo, está vivo en Asturias. En tanto tiempo como ha pasado, don Jerónimo no ha tenido ocasión de dar noticias de su persona al tribunal a que pertenecía ni al Gobierno. Cosa extraña. Sánchez Román no cree posible que su antiguo maestro simpatice con los rebeldes. En conclusión me dice: «Si yo hubiera sido Presidente de la República en estas circunstancias habría enloquecido o hecho muchas tonterías». Por la noche, después de las once, vino Negrín, a despedirse para París y Ginebra. Esta mañana ha salido en avión. Prieto se encarga de presidir el Gobierno. Hablamos breve rato, sobre los asuntos exteriores. «No le veo a usted muy resuelto —le dije— a llevar las cosas por los caminos de que hemos tratado». «Sí que lo estoy. No me explayo más, porque me rinde el cansancio. He

tenido un día tremendo». En efecto, apenas podía abrir los ojos. Le despedí en seguida, para que se fuera a dormir, si podía.

8 de septiembre

He dejado de consignar que, en mi conversación de anteanoche con Negrín, le pregunté qué pensaba del documento de Miaja y del informe militar sobre el ferrocarril de Tarancón. Negrín es contrario a declarar el estado de guerra en Madrid, a pesar de las razones aparentes que para ello hay, porque todas las atribuciones irían a Miaja, cuya gestión al frente de la Junta de Defensa de Madrid fue desastrosa. «¡Ah! ¡Si Miaja fuese un talento!». En cuanto al informe sobre el ferrocarril, cree que es tendencioso y que hay en su origen motivos políticos. El ministro de Obras Públicas asegura que, si obtiene los medios que ha pedido, espera concluir la obra en octubre. ¿Qué puedo decir yo?

Por la tarde, a las cinco, ha venido Prieto, en su nuevo papel de Presidente. Entre otras cosas, hemos hablado de las operaciones militares. Lo de Aragón está parado por ahora. Se espera poder empezar por la parte de Villanueva de Gállego. La aviación enemiga ha incendiado los depósitos de gasolina de Tarragona, lo que origina una nueva dificultad. La lentitud, la falta de mandos han malogrado en Aragón lo mejor de la empresa. Como en Madrid. «¿Conoce usted —le pregunto— unos artículos publicados en Alemania sobre la operación de Brunete? Vienen a confirmar mi opinión, que creo es la de usted, de que por falta de conocimientos, de experiencia y de decisión, no se aprovechó la sorpresa y se perdió un triunfo muy importante». «Así es —responde—, y lo mismo ha ocurrido ahora en Aragón, a cargo de las mismas personas». Me habla de unas posibles operaciones en el norte de la provincia de Guadalajara. La situación en el Mediterráneo sigue siendo mala. Además de los torpedeamientos, un barco que nos traía material se ha pasado al enemigo. Había otros dos, que debían llegar hace dos días. Salió la escuadra de Cartagena, a protegerlos. Se presentó el *Canarias*. Hubo combate. No ocurrió nada, pero aprovechando el momento, los dos barcos viraron, yendo a encallar en la costa argelina. Los rusos siguen retirando personal. Se fue «Douglas», se fue Montenegro, ahora Grigorievitch. Prieto cree que los del norte se marcharán directamente a Rusia. Disminuyen paulatinamente el número y la categoría de sus hombres. Con esto «las masas rusas», que nunca han llegado a un millar de personas, repartidas por diversos servicios, se acercan rápidamente a casi nada. No es para lamentarlo. Algunos

corresponsales extranjeros, después de viajar por España, escriben que en las calles de Valencia no se oye hablar más que ruso. Pero, sin ir a los corresponsales extranjeros: una señora, habitante en una casa de las afueras de Madrid, próximo a la cual había un puesto antiaéreo, aseguraba que los servidores de las piezas hablaban en ruso. Precisamente.

Prieto está indignado y dolido con la disparatada conducta de los asturianos. Se ha conseguido sacar de allí al general Gamir, destituido por aquel «Gobierno soberano», y debe de estar en Francia, aunque el ministro no tenía noticias suyas. No dejan salir de allí a nadie. Todos han de morir… La comunicación aérea ya no funciona, desde que han derribado al avión regular con Francia y matado al piloto.

Hablamos un poco de política interior. Los comunistas, que se salían de madre con el asunto del POUM, están ya muy aplacados, después de tirarles suavemente de las riendas. Ahora vuelve a encresparse la CNT. Han tenido un mitin en Madrid; hablaron García Oliver, el Marianet y otros gerifaltes. Han emplazado al Gobierno para la vuelta de Ginebra. Si les dieran un serretazo equivalente a lo que se ha hecho en Aragón, se pondrían como un guante. Ossorio transmite informes de París, anunciando que se prepara otro movimiento anarquista en Barcelona para antes del 15. Me permito dudarlo. En la costa catalana se ha aprehendido un barco que pretendía alijar armas para la FAI. También cree saber Prieto, por telegrama de Ossorio, que el Gobierno francés, cediendo a la presión británica, ha dado un paso atrás con respecto a sus últimas decisiones. Hablamos de la nota rusa a Italia. «Supongo —le digo— que no será más que una posición diplomática con vistas a la conferencia mediterránea». Opina lo mismo. Ha visto al encargado de Negocios soviético y ha sabido por él que la URSS pedirá que se invite a España a la conferencia, pero sin hacer de ello cuestión cerrada, porque estiman que no conviene su presencia. De las conversaciones, planes y trazos para una solución desde el exterior, Prieto cree que no existe camino practicable que permita llegar a su realización. Ha recibido en audiencia al jefe falangista, preso en Valencia, y de cuyo canje se habla. Le ha dicho a Prieto que es partidario de acabar esta guerra, desastrosa para España. Está contra Franco. No hace hincapié en que le pongan en libertad, pero si la obtiene se irá a la otra zona para trabajar por la paz, porque de una manera o de otra, esta guerra pone a España a merced del extranjero.

Prieto está grave y lacónico, como nunca. Siente, mejor que ningún otro político —no en vano es el más sagaz—, la dificultad de la situación y las responsabilidades que tiene encima. Su caso es muy extraordinario. Su

escepticismo radical, abrupto y desengañado, no le impide trabajar con ahínco ni cumplir con su deber tan bien o mejor que nadie.

Al marcharse Prieto, he recibido a Giner, ministro interino de Estado. La conversación ha sido larga, sobre la situación en general y sus perspectivas. Resulta que Giner ve el problema lo mismo que yo, y me ha dicho terminantemente que su parecer es igual al mío respecto de lo que pueda ser nuestro deber el día de mañana. Acerca de lo que piensa su jefe don Diego, nada me ha dicho en concreto. Es innecesario anotar la conversación, puesto que nuestras opiniones coinciden. En algunos puntos, sin embargo, he procurado traerle a una percepción más cabal de la realidad. Decía Giner que, para el caso de cortar el enemigo la comunicación con Cataluña, al Gobierno le convenía estar situado en Barcelona, lo que le permitiría no perder el mando en aquella región. Le he hecho notar que, de producirse aquel suceso, sería igualmente desastroso, política y militarmente, estando el Gobierno en Barcelona como estando en Valencia u otro sitio. Si el Gobierno estaba aquí, cortado de Cataluña, lo seguro es que Cataluña se rendiría, o se defendería poco y mal, entre convulsiones anárquicas. Y si el Gobierno estaba en Barcelona, quedaría separado de la parte mayor de su territorio, incluido Madrid, y veríamos a estas provincias, sin dirección, caer en el desorden de juntas y gobiernitos, entregándose poco a poco. Lo que falta es que la cortadura no se haga, porque de hacerse sería necesariamente el fin.

Le pregunto por el ferrocarril de Tarancón. Dice que se ha dado un plazo a sí mismo, y que con las máquinas ya recibidas, y otras que espera, podrá terminarse en octubre. No insisto, pero lo pongo en cuarentena. Hablando en general, le repito lo que le decía antes a Prieto: «En España hay muy pocas personas que sepan *hacer* las cosas».

Esta tarde he tenido dos visitas más: la de Bosch Gimpera y la de De Brouckère. Ambos habían mostrado mucho empeño en verme con urgencia, porque se marchan mañana y los he hecho venir aquí. Aparentemente, Bosch ha venido a Valencia para tratar asuntos de la Universidad de Barcelona, de cuyo patronato, rehecho, forma parte. En realidad, yo sospecho que ha venido a otra cosa, y por su empeño en verme, creo que ha venido a informarme de algunos líos de allí. No es inverosímil que le hayan comisionado para eso, sabiendo que tenemos amistad personal. El hecho ocasional no es más que este: En Barcelona se designó un juzgado especial para investigar los crímenes cometidos desde los primeros tiempos de la rebelión y la revolución: el juzgado trabaja, recibe denuncias, encuentra enterramientos clandestinos, identifica a algunas víctimas, encarcela y

procesa a los presuntos culpables… «Mientras todo eso —dice Bosch— ha ido recayendo en gente de la FAI, todos muy contentos. Pero en algunos de los casos descubiertos, parecen autores gentes del Partido Socialista. Y ya esto disgusta a los del PSUC. El consejero de Trabajo, Vidiella, socialista, habló del asunto en el Consejo de la Generalidad, manteniendo que esos sumarios no podían continuar, porque se trataba de hechos revolucionarios, y no podía hacerse el proceso de la revolución. En el Consejo no se tomó ningún acuerdo. Pues bien: ayer Vidiella redactó una nota y la envió a los periódicos. La censura consultó al delegado de Orden público, que no sabía qué hacer, viniendo la nota de un miembro del Gobierno catalán. Se consultó a Companys, quien ordenó que no se publicara. Estábamos tranquilos, creyendo que se había evitado un escándalo, cuando a las dos y media de la madrugada me telefonean que el delegado de Orden público, por instancias y apremio de Vidiella, había autorizado que la nota saliese a luz. Como ha salido. Y además la dieron a los periódicos de Valencia, que la insertan hoy. Véala usted». Bosch me entrega un recorte, con el texto en catalán. (Lo dejo entre estos apuntes[11]). Vidiella les dice a los familiares de algunos «revolucionarios y antifascistas» detenidos, que el Consejo de la Generalidad, unánime, ha aceptado su tesis, y que los presos en virtud de aquellos sumarios serán puestos en libertad. Bosch dispara contra Vidiella y los socialistas catalanes, que, no estando ahora en el Gobierno la CNT, asumen el papel que antes desempeñaba la Confederación. Niega que la Generalidad tomara aquel acuerdo. «A los jueces —dice— no puede dárseles una orden así». Pero desviando la cuestión, arremete contra el delegado de Orden público, un socialista bilbaíno, amigo de Zugazagoitia o de Prieto. Su enojo contra él traduce el de todo el Gobierno catalán (supongo que menos Vidiella), y creo que este es el objeto principal de los informes de Bosch. Con el teniente coronel Burillo, transigen; pero no con el delegado. Se conduce como en país conquistado. «Y habiendo llegado a Barcelona —sigue diciendo Bosch— en los momentos en que el descrédito de Companys y de la Generalidad había alcanzado, con justo motivo, el máximo, está muy poseído de su trascendental misión. Su conducta siembra el descontento y puede originar un conflicto». De cuanto me dice Bosch resulta bien claro el deseo de que destituyan al delegado. ¿Por qué? ¿Por la causa formal de que ha desatendido unas instrucciones de Companys para que no se publicara la nota, o porque su publicación ha descubierto lo que tal vez se quería mantener secreto? Es difícil creer que Vidiella se arroje a afirmar que la Generalidad había tomado tan grave acuerdo, no siendo cierto, sabiendo que podían desmentirlo al

instante. Y el caso es que, hasta ahora, nadie le ha desmentido; por lo menos, no lo he visto en los periódicos. Claro que el mentís sería la crisis del Gobierno «autónomo», y con Vidiella y los suyos no pueden. Tampoco es improbable que el acuerdo, sin haberse tomado escuetamente y en firme, consistiera en eso que llaman «un cambio de impresiones», en el que, en efecto, dominase la tendencia o el propósito de aceptar la tesis de Vidiella, para aplicarla a la sorda y bajo mano, trampeando, y que Vidiella, o por audacia o por torpeza, le haya dado una precisión y sobre todo una publicidad con la que no contaban. La posición de Bosch, consejero de Justicia, y hombre de significación conservadora, es difícil. ¿Va a prestarse, con sus antecedentes, a dejar impunes tantos crímenes bajo el absurdo pretexto de que son «hechos revolucionarios»? Espero que no. Pero Bosch deja de pisar terreno firme cuando habla con sarcasmo de la renovada actividad de los jueces y magistrados, «que durante tantos meses han estado escondidos debajo de una mesa y ahora, que vuelve la normalidad y la legalidad, se apresuran a llenar hojas y más hojas de papel sellado, a procesar, a expedir órdenes…». Bosch pierde de vista que si ahora hay un «ejército de ocupación» (como les gusta decir) en Cataluña, ejército del Gobierno legítimo, que por fin ha podido sacar a Cataluña misma y a las tierras de Aragón adonde llega, de las garras del bandidaje, todo aquel país ha estado meses y meses bajo el ejército de ocupación de las patrullas, «controles», tribunales clandestinos, etcétera, etcétera, para indignación, martirio y bochorno de la mayoría de los catalanes; y que una de las primeras consecuencias del restablecimiento de la normalidad, emprendido por el Gobierno de la República, tenía y tiene que ser la restauración de las funciones de justicia, representadas demasiado tiempo en Barcelona, sin oposición por parte de la Generalidad, por la «oficina jurídica» de Barriobero (contra quien, al cabo, se ha dictado auto de prisión). Bosch me cuenta que, en la Cárcel Modelo de Barcelona, hay setecientos curas y frailes presos; algunos de ellos absueltos ya por los tribunales, pero retenidos en prisión gubernativamente. Achaca al delegado de Orden público la prolongación de estas prisiones, que administra las órdenes de libertad como favores personales. Cree Bosch que se ha de proceder con pausa en la excarcelación de los eclesiásticos, porque precisamente ahora se está encarcelando a muchos anarquistas y el contraste podría originar un conflicto. Le pregunto por qué en tanto tiempo no se han resuelto las causas de esos presos. Cree saber que muchos no están procesados. Durante los meses de terror, las familias preferían que los suyos estuviesen en la cárcel, como una relativa garantía de

seguridad, sentimiento a que no eran extraños los presos mismos. Ahora que ya se vive seguro, todos tienen prisa por salir. Bosch muestra por Companys una consideración afectuosa, inesperada en él, como si creyera que, pasada la época de los errores y desprestigio, Companys está en vías de recobrar, si no ha recobrado ya, la popularidad y el respeto de todos. Por último, me pregunta si no me propongo volver pronto a Barcelona. En efecto, tenía y tengo ese propósito; pero como Casanovas se ha instalado en el Parlamento, donde yo vivía, y aunque no ocupa más que una pequeña parte, aquella es, después de todo, su residencia oficial, y habría que buscar otra para mí, bastante capaz, en que cupiesen las oficinas y dependencias de la Casa presidencial, ahora repartidas en tres sitios. Bosch se alegra mucho de estos propósitos y se ofrece a buscar una nueva residencia con buenas condiciones; se alegra, porque mi presencia en Barcelona «haría mucho bien». Al acabar de contarme todo lo que traía, le he dicho que estimaba en mucho la deferencia de venir a informarme, y que celebraba muy de veras que me pusiera al corriente de la situación, pero que, no por deferencia, sino por obligación, debía referírselo ce por be al Gobierno de la República, para que, por su ministro de Justicia y el fiscal, y por el ministro de la Gobernación, responsable del Orden público, se tomen las disposiciones necesarias, a fin de impedir enormidades. He oído hablar de estos asuntos al Presidente del Consejo, sin referirse especialmente a Barcelona, sino en general, y, como podía esperarse, está dispuesto a que no se cierren los ojos ni se eche tierra sobre los crímenes y depredaciones; y así ha comenzado a hacerse, no solamente en Cataluña, sino en otras partes. En cuanto a la gestión del delegado de Orden público, es también para examinada por el Gobierno. Yo no puedo aconsejarle ni recomendarle que releve a un funcionario en quien tiene confianza, a no ser que yo poseyera pruebas de alguna incorrección grave. De todo ello hablaré con el jefe del Gobierno, para esos fines y con las salvedades dichas. Refiriéndome a los posibles conflictos de que hablaba Bosch, he añadido: «La autonomía atraviesa una crisis grave. Supongo que se habrá usted dado cuenta de ello». «Así es, en efecto». «Pues bien: aquí nadie piensa en arrancarles a ustedes el Estatuto, pero medite usted las consecuencias posibles de lo que ha ocurrido en Cataluña; y también en lo que ha dejado de ocurrir. Se alega que durante muchos meses el poder público en Cataluña ha estado sumergido por la explosión revolucionaria; no quiero entrar ahora a examinar por qué y cómo se dejó sumergir, ni en qué manera se aprovechó la explosión por los mismos que decían ser víctimas de ella. Valga la alegación, en cuanto expresa una situación de hecho. Pero solamente puede valer a condición de que, restablecido el mando, el Gobierno de la

Generalidad se apresure a gobernar con autoridad y legalidad, ganando tiempo; la opinión pública, absorta por la guerra, no ha dejado, sin embargo, de echar una ojeada a las cuestiones catalanas, ni de presentir lo que allí pasa, ni de escandalizarse. Si un día se desembarazara de la guerra, y vuelve su atención a lo que se ha hecho, y de mala gana deja de hacerse en Cataluña, la borrasca puede ser tremenda, como no se den ustedes prisa a ponerse en regla».

Bosch me ha contado también que está preso Aurelio Fernández, uno de los personajes más importantes en la política barcelonesa durante la situación pasada. Le imputan ser inductor del atentado contra el presidente de la Audiencia. Parece ser que, estando juntos el Aurelio Fernández y Tarradellas, les llegó la noticia del suceso, y, a Fernández se le escapó decir: «¡Qué brutos! Se han atrevido». Opina Bosch que no podrán probarle nada y tendrán que ponerlo en libertad.

De nuestro coloquio he sacado una impresión fastidiosa. Diríase que el ambiente político de la Generalidad se va tragando a Bosch, y que este hombre, tan firme, tan claro, tan seguro de sus opiniones hace poco tiempo, se va deslizando, quizá sin darse cuenta, hacia la turbiedad indecisa, desconfiada y desconfiable, de la táctica dominante en Barcelona. Cada palabra de aquellos hombres requiere un triple análisis, y cuando el análisis da algo, suele ser disgustoso. Deseo mucho que Bosch Gimpera no acabe así.

9 de septiembre

La última visita de ayer tarde fue la de Luis de Brouckère. Le había recibido en Madrid, el año pasado, a principios de agosto. Es un viejo simpático, muy alto y fornido, prognata como Carlos V; lo disimula bajo una barba blanca, alargada, en la que casi todo es mandíbula. Habla con rapidez, con precisión, sabiendo poner por orden las ideas. Así, el tiempo cunde. Viene de Madrid, ha visitado algunos frentes. Le admira la animación de la ciudad y el estado del ejército. Comparándolo con la situación del año pasado, me dice que el esfuerzo realizado es superior al que se hizo durante la guerra europea en los ejércitos belga y francés. Creo que exagera, como no se tenga en cuenta que lo de aquí ha sido pasar de la nada al ser. Ha visto a los principales socialistas. Supongo que para templar gaitas y recomendarles la concordia. Hablamos sobre todo de la situación internacional, que encuentra muy mejorada para nosotros, aunque no todo lo que fuera menester. Pero los síntomas son favorables. El año pasado, al regresar de España, llegó a París

cuando se ponía en marcha la política de no-intervención. Habló de ello con Blum toda una tarde. Blum no podía tomar otro camino. Si hubiese dado armas a España, la guerra civil en Francia no habría tardado en estallar. Blum le dijo que no tenía seguridad del ejército. El Estado Mayor era opuesto a que se ayudase a España. La opinión se hubiera puesto en contra de Blum, acusándole de servir a Moscú. Inglaterra no le habría secundado en caso de guerra extranjera. De Brouckère habla del «miedo a Inglaterra» como uno de los motivos de aquella política. Inglaterra quiere evitar a todo trance una guerra, antes de concluir el rearme, planeado para cinco años, pero que se terminará en tres y medio, y le proporcionará un poderío militar fantástico. Cree saber que, a una sola empresa suiza, el Gobierno inglés le ha encargado doce mil cañones antiaéreos, para entregarlos en tres años y medio. Haciéndoles a algunos de sus «camaradas» ingleses la observación de que la política británica actual puede conducir a la pérdida de las rutas y posiciones del Mediterráneo, le contestaban: «No importa. Las recobraremos». Tan seguros están de su incontrastable poder futuro. El cambio de posición del Gobierno francés, que ha visto confirmado en algunos artículos de *Le Populaire*, se explica por el descaro de Mussolini, cuyos telegramas a Franco han producido en Francia gran impresión, y por las mismas victorias de los rebeldes en el norte. Chautemps puede hacer lo que Blum no podía, porque no le tacharán de servidor de Moscú. Pero, lo que llamamos cambio de política del Gobierno francés, no es más que un síntoma, y hay que contar siempre con el freno británico. Lo más delicado es la situación en el Mediterráneo. No es fácil prever lo que puede salir de eso. Emplea el ejemplo conocido: dejarse coger un dedo por una máquina, y detrás va todo el cuerpo. Cree que la URSS no ha mandado la nota a Italia sin hacérselo saber antes a Francia, por más que, como le hago observar, el Quai d'Orsay afecta sorprenderse. En tal situación, el papel de la Internacional, que no puede hacer milagros, tenía que limitarse a influir sobre una posición favorable a la República española. Primero, por recelo de la opinión pública y ejercer la presión posible sobre los Gobiernos. También en la Internacional existe el freno inglés. Las organizaciones británicas han estado siempre muy reacias, o francamente opuestas, a tomar comunismo, y además por el peso que hacen los sindicatos obreros cristianos, que suman el 15 por 100 de la organización total. En Inglaterra no ha habido escisión sindical, pero aquellos sindicatos manifestaban alguna tendencia escisionista, que aterroriza a los directores. En la primera reunión de la Internacional después de empezada la guerra, los delegados ingleses recibieron muy fríamente a los españoles. Después,

cuando se acercaba la fecha de la reunión en que fue aprobada la propuesta española, los ingleses pidieron que se les enviara copia escrita de la proposición. Estuvieron discutiéndola dos días, caso extraordinario entre ingleses, dice De Brouckère, y la aprobaron sin quitarle ni ponerle nada. Así se aprobó también en la reunión general. Por todos estos antecedentes, atribuye una importancia histórica al acuerdo últimamente votado por los laboristas sobre la observancia del derecho internacional, libertad de comercio, etcétera, con respecto a España. De Brouckère ensalza mucho el tono y la importancia de los debates planteados por los laboristas en los Comunes con motivo de estos asuntos. Le pregunto por la situación política de su país y me traza un cuadro muy completo de lo que allí ocurre; los datos son todos conocidos. Pondera la influencia de la Iglesia en Bélgica. Ha favorecido las tendencias fascistas. Supone que ahora ya no le parecerán tan buenas. El rey, desde la trágica muerte de su mujer, padece monomanía religiosa. Atribuye aquella desgracia a un castigo del cielo, que le hace expiar las culpas de su dinastía. Está entregado al clero. La experiencia Van Zeeland no ha dado resultados apreciables. No se puede intentar en Bélgica una formación de Frente Popular, porque todas las combinaciones electorales posibles no le darían la mayoría. Repasa las soluciones probables, y cree que, si los católicos quieren recobrar el poder, podrán lograrlo con un fuerte apoyo de los conservadores. Me describe la situación del Partido Socialista Belga, que se parece mucho a la del español. Antes de la guerra, entre los demócratas liberales y los comunistas (poco importantes en Bélgica), trabajando por las mismas cuestiones de tendencia y de colaboración. Espera que cuando vuelva a España, las cosas hayan cambiado totalmente a nuestro favor.

Entre las visitas recibidas esta mañana en Valencia, anoto la de los diputados de Izquierda Republicana por Asturias, Menéndez y Laredo, que vinieron para la anunciada reunión de Cortes, aplazada después. La situación que pintan es como yo había podido figurármela y luego componerla agrupando los datos recogidos. Truenan contra Belarmino Tomás y su desmesurada ambición de mando y de dirigirlo todo. Los republicanos han estado y están reducidos en Asturias al papel de gente tolerada, cuando no oprimida. Reconocen que la empresa sobre Oviedo, el afán de tomar la ciudad, las fanfarronadas sobre el triunfo fácil y la dirección de las operaciones han sido funestas. En Asturias, aún antes de formarse eso que han llamado «Gobierno soberano», existía un Ministerio, con trece o catorce ministros, más subsecretarios, directores generales, etcétera, etcétera. El afán de Belarmino era ser ministro de la Guerra y mandar las tropas. Reprueban la

formación de ese Gobierno extravagante y su conducta. Creen que Asturias, con sus recursos industriales y merced a la buena cosecha de este año, podría resistir hasta mayo, a poca cabeza que hubiese. Pero entre el Sella y el Nalón hay trescientos mil refugiados de Santander y Vizcaya, lo que agrava muchísimo la situación. A pesar de ello, el Gobierno soberano ha dispuesto que de Asturias no salga nadie. En Gijón, el número de habitantes apiñados pasa de los trescientos mil. La ciudad está atestada. Una sola bomba de aviación hizo el otro día treinta muertos. Han dejado salir al general Gamir y a unos cuantos rusos que había en los servicios de Estado Mayor. A nadie más. Mi buen amigo, el diputado por Santander, Ruiz Rebollo, que formaba parte de la Junta delegada del Gobierno de la República, disuelta al constituirse el que ahora manda allí, está en Gijón, sin que le permitan marcharse. «A lo mejor, si el caso llega —dicen mis interlocutores—, los que se vayan serán los que prohíben la salida de los demás, porque tienen a su disposición las lanchas de los sindicatos». En Santander, cuando era apremiante embarcarse, dispusieron que primeramente se embarcarían los de la CNT, después los socialistas y, si quedaba sitio, los republicanos. He sabido por estos amigos, con profundo disgusto, que en Santander ha perecido el comandante de Infantería Gállego. La noticia procede del exgobernador de la provincia. Cuenta que, encerrado con doscientos hombres en no sé qué edificio, Gállego se suicidó. Era un oficial muy bueno, serio y competente. Estuvo a despedirse de mí, a principios de julio del año pasado, con licencia de verano. La rebelión le sorprendió en el norte, donde ha prestado grandes servicios, que han puesto a prueba no solamente su competencia profesional, sino su paciencia y abnegación. Entre otros casos, me cuentan el del copo de una columna enemiga, malogrado por desobedecer las órdenes urgentes de Gállego. El enemigo se escapó, y, cuando el comandante fue a investigar la causa, se encontró con que las fuerzas de su mando esperaban a que el Comité deliberase si se obedecía o no lo ordenado. Tal ha sido, durante muchos meses, el modo de hacer la guerra. Por lo visto, en el norte perdura, como lo prueba este otro suceso. El oficial de Artillería, jefe de los servicios de municionamiento en la región, supo por el chófer de su coche que de allí a pocos días se iba a emprender una operación importante. Asombrado, fue a ver al jefe del Estado Mayor, Linares; era cierta la noticia del chófer, pero el Comisariado había dispuesto que se tuviese todo en el mayor secreto y no podía decirle nada. La víspera de la operación, al anochecer, el oficial recibió la orden de que tuviese dispuestos para la mañana siguiente dieciocho mil proyectiles de artillería. Casos de arbitrariedad incompetente abundan. Un

batallón llevaba seis meses ocupando cierta posición. Conocía, pues, perfectamente el terreno y la posición frontera del enemigo. Un día se decidió tomársela, y la víspera del ataque, el batallón fue sacado de allí, trasladado a veinte kilómetros y sustituido por otro que no sabía el terreno que pisaba. Es claro, el ataque fracasó. En otro lugar, un destacamento de cien hombres defendía bien y sin peligro una posición. Enfrente había otra, en poder del enemigo, pero que requería, para sostenerse en ella, dos batallones. Contra el parecer del Estado Mayor, Belarmino decidió conquistarla. Se conquistó, pero a los dos días hubo de abandonarse, con muchas bajas, porque ni los dos batallones bastaron. Hechos significativos como estos, que probablemente nadie contará al público ni pasarán a la historia, son decisivos para explicar lo que sucede, porque no hay una sola posición en todo el extensísimo teatro de operaciones que serpentea sangrientamente por España, donde no se hayan repetido veinte veces. La verdad es que no se ha visto causa más justa servida más torpemente; ni buena voluntad tan fervorosa como la de los combatientes auténticos, peor aprovechada. Hablo de los casos en que la fatuidad ignorante, la pedantería y la indisciplina selvática operan, no de aquellos en que se ve entrar de soslayo, anteponiéndose al fin principal, las rivalidades, la capacidad o las ambiciones de personas y gremios, porque eso es mucho peor, abominable.

También me ha visitado hoy José Xirau, que ha venido a Valencia con Bosch. Es del Patronato de la Universidad de Barcelona. Este Xirau, a quien he tratado más que a sus hermanos, habla mucho, calurosamente, casi siempre en torno de su posición política personal. Ahora es de apartamiento, pero no quiere marcharse de Barcelona, donde considera que es de su deber estar, aunque nada tiene que hacer allí. Dice pestes de la marcha política de la Generalidad. Companys le parece un aventurero. Catalanista convencido, estima que Cataluña no ha sabido ponerse en pie y dar razón de su personalidad. Lo que ha ocurrido es el fracaso de Cataluña. Montada la autonomía, en cuanto tropieza con algo, se rompe como una cascarilla. Cataluña no está catalanizada. No es un país industrial, sino de payeses y menestrales. Siempre dominado por los extraños, que sean los reyes de Aragón… o Lerroux. El cual no fue a Cataluña a combatir el separatismo, sino al socialismo, y favoreció a los anarquistas y a la CNT. La Confederación y la FAI han nacido del lerrouxismo. Habría que acabar con las ficciones y hacer o una Cataluña catalanizada o una Cataluña castellanizada. Xirau no me dice si acepta esa disyuntiva ni lo que hay dentro. Echa de menos (con razón) a Carner, que hubiera presidido la Generalidad

con buen espíritu republicano y catalán, y con autoridad moral. Macià había sido carlista y era hombre de derechas. Companys ha sido de todo. Hablando, hablando, Xirau se enfermiza, toca en muchas ideas, algunas contradictorias, y me produce la impresión de que su pensamiento corre de aquí para allá, como buscando evadirse de una jaula. Cree que el hombre para Cataluña podría ser Nicolau, si se realiza la proyectada fusión de la Esquerra y de *Acció Catalana*… Xirau es un ejemplo del desconcierto y la desorientación reinantes en Cataluña.

El teniente coronel Ayza me ha entregado una copia de la memoria que eleva al Gobierno sobre su comisión en Marruecos. No trae muchos detalles, ni forma un relato de sus andanzas. Más que nada, refiere sus diferencias con los cónsules españoles, la hostilidad que les tenían y sus malas consecuencias. Esto concuerda, en parte, con lo que me dijo Baráibar sobre el apartamiento en que se tenía a los cónsules respecto de esta cuestión. Gran despropósito. Si no tenían confianza en ellos, cambiarlos. Pero que el Gobierno, al margen o a espaldas de su organización oficial, monte otra clandestina, es absurdo. Así Ayza se ha visto vigilado como sospechoso de fascismo. Y los cónsules, si no eran afectos, ¡qué más querían! Dadas las personas, se tocan aquí los efectos del incurable resabio de gentes sin experiencia del gobierno, de la administración, ni de nada, que pretenden sustituir todo eso con emisarios oficiosos, comités secretos (a voces) y contraseñas ridículas. ¡Cuando pienso en que, según Largo, las mujeres de los moros iban a venir de la Zona para sublevar a sus amos contra Franco!

10 de septiembre

El Gobierno ha decretado la tasa de los artículos de comer. El alza era escandalosa y peligrosa. Por el momento, el efecto instantáneo ha sido que desaparezcan del mercado todos los comestibles. Ayer en Valencia no había nada que comprar. Por lo menos, en público. Porque la gente, en vez de ayudar al Gobierno denunciando a los ocultadores, los favorece y se aprovecha de ellos, con tal de obtener, cada uno para sí, lo que puede, a cualquier precio. Sin la cooperación general, la tasa encarecerá los víveres, y el que los consiga, no los hallará más baratos. Ignoro si el Gobierno dispone de los organismos reguladores necesarios para evitarlo.

He concluido de leer un libro: *The life and death of a Spanish town* que refiere, animada y prolijamente, los hechos de la rebelión, del desembarco de la expedición de Bayo, y de su fracaso en un puertecito ibicenco: Santa

Eulalia. El autor, Elliot Paul, es ardiente amigo de la causa popular. No examino ahora la calidad literaria de la obra. Está construida por acumulación de innumerables pequeños rasgos de costumbres y caracteres, de menudas observaciones, hasta lograr la expresión de un ambiente de paz, muchas veces secular, donde irrumpen de pronto la revolución y la guerra. La rigurosa veracidad de la narración es indisputable. Encuentro algunas observaciones y noticias que corroboran lo que ya sabíamos del origen y procedimientos de aquella desatinada tentativa, y que, en el fondo, son aplicables a ciertos caracteres permanentes de esta guerra. Por ejemplo: en unos periódicos de Valencia, que los aviones dejaron caer sobre Santa Eulalia, el autor lee: «Hoy tomaremos Ibiza», y seguidamente, el plan de la expedición, las fuerzas de que se compone, etcétera. Comentándolo, escribe:

> *… I was discouraged and depressed. I had such high hopes for the distinguished conduct of the people's government of Spain that I had foolishly thought its publicists might have seen the folly of undermining the people's faith by continually misleading them. Also I had grave fears for the success of a military expedition, the strategy and resources of which had been published in advance. On the other hand, if the Government could afford to pay attention to such an unimportant place in Ibiza its plight could not be so grave as the fascists had claimed. I told myself that I must keep in mind that we knew less than nothing. In fact I used the old methods of insuring myself against too devastating a disappointment*. Y más adelante: *The Diario on Tuesday announced that Ibiza was to become a part of the new Catalan Free State, and in view of this it seemed fitting that Barcelona troops should replace the Valencians in the various* Cuarteles…

Estas líneas me hacen recordar algunas otras circunstancias de aquella disparatada expedición, nacida de la tartarinesca vanidad, petulancia y desvariante ambición de algunos políticos barceloneses. El autor del libro se sorprende y se asusta de la estruendosa publicidad que se daba a la empresa. Más le hubiera sorprendido el conocimiento cabal de ella. Que hubiera sido muy útil recuperar las Baleares, nadie lo ponía en duda. Que existieran los medios adecuados, era para examinarlo y discutirlo. Que no servían para el caso los que se juntaron, estaba fuera de discusión para cualquier persona enterada. Militarmente, era una improvisación loca. Gente allegadiza, sin mandos, ni disciplina, sin espíritu combativo, sin material bastante, sin sanidad ni hospitales, sin abastos se lanza a desembarcar a viva fuerza en una isla bien defendida, sin que a nadie, en Barcelona, se le hubiese ocurrido informarse del ministerio de la Guerra acerca de los recursos y fuerzas que podía haber en Mallorca. ¡Pero qué es informarse! Todo lo hicieron sin conocimiento, y, desde cierto día, contra las órdenes del Gobierno de Madrid. Dispusieron de su material, de sus oficiales, le secuestraron dos o tres barcos de guerra, y cuando en Madrid no había *ni una sola ametralladora* para cortar el paso de la sierra, en Mallorca eran echadas al mar ochenta máquinas, y un

par de baterías, después de perder 500 hombres muertos y no sé cuántos heridos. En un semanario francés, *Vendredi* o *Marianne*, u otro de ese tipo, leí algún tiempo después una narración de un médico francés que se agregó en Barcelona a la expedición. Allí se palpa el desorden, la imprevisión, la chiquillada. El Gobierno había despachado desde Valencia un barquito de guerra, el *Xauen*, para recoger en Mahón unos millones de cartuchos y otro material. Los expedicionarios de Bayo secuestraron también el *Xauen*, hasta que la empresa terminó. Recuerdo que hablé por teléfono con Companys sobre el caso, me dio muy buenas palabras, pero sin resultado. Me parece que el Gobierno nunca logró echar mano al material de Mahón. Fracasado el empeño, nadie ha querido cargar con la responsabilidad de haberlo ordenado. He interrogado sobre ello a muchas personas y todas responden con evasivas. Alguien me ha hablado (creo que Sandino, pero no estoy seguro), de un acta levantada en Barcelona, que no he logrado ver y que parece referirse más bien al caso de dar por concluida la expedición y a las órdenes para su reembarco. Lo que sí referí entonces es que la tripulación del *Jaime I*, por sí y ante sí, se presentó con un acorazado en aguas de Mallorca y obligó a los destróyers que llevaba Bayo, y por tanto, a toda la expedición, a volverse.

Políticamente, el suceso fue todavía peor. Algunos, en Barcelona, habían por lo visto decidido aprovechar la ocasión para constituir la «gran Cataluña», sometiendo a las otras provincias cercanas. Quisieron «conquistar» Aragón. También las Baleares. Bayo me telegrafiaba todos los días contándome los progresos de la expedición que había emprendido «por orden de la Generalidad de Cataluña». En otros despachos se decía que conquistaba las Baleares para Cataluña. Cuando desembarcó en Mallorca, pidió a Barcelona cien banderas catalanas. La Generalidad abrió créditos al Ayuntamiento de Ibiza. Estando en curso la expedición, me visitó en Madrid don Pedro Corominas. Le demostré, abrumadoramente, y con dureza, la enormidad del desatino que se estaba cometiendo, tanto en el orden militar como en el político. Y no escatimé los calificativos que merecían sus propulsores y organizadores, al parecer anónimos, puesto que Companys me había dicho que él no se mezclaba en tales asuntos y debía ser cosa de la Consejería de Defensa. Corominas, un tanto chafado, me contestó:

—Para nosotros, era una cuestión sentimental…

—¿Se imagina usted que la guerra puede conducirse según lo que ustedes llaman sentimentalismo en Barcelona?

—Mallorca es también una base desde la que pueden bombardear Barcelona…

Nada menos que eso, pues: El programa de Jaime el Conquistador y que no bombardeen Barcelona. Megalomanía y egoísmo. El caso de que voy tratando es de seguro el más enorme ejemplo de esa guerra provincial, o local, que padecimos durante demasiado tiempo y que ha persistido en el norte hasta última hora.

Elliot Paul atribuye a Prieto, «miembro influyente del Gobierno Caballero», la decisión de reembarcar a Bayo y sus gentes. Tomándolo de un periódico de Barcelona, refiere que Prieto creía más necesario defender otros lugares, y que al retirar las fuerzas expedicionarias, dejaba abandonados a una muerte segura a muchos buenos adictos a la República. No es así. Prieto no fue ministro hasta el 5 de septiembre, cuando el fracaso de la expedición era inevitable. Como ministro de Marina, no le correspondía ordenar los movimientos del ejército; y de dar órdenes alguien, las habría dado el ministro de la Guerra. De los hechos mismos resulta que el Gobierno no era obedecido por aquellas fuerzas. En lo que seguramente acertaban los periódicos de Barcelona (Elliot Paul no los nombra) era en suponer que Prieto no habría autorizado un disparate como el que se cometió. Y las imputaciones que a ese propósito le hacían significan el comienzo de una campaña contra él, sostenida durante todo el Gobierno Caballero.

Finalmente, en el libro se cuenta que las tropas de Bayo, desembarcadas en Ibiza, se condujeron con humanidad. El Comité local rehusó juzgar a los presos políticos. En cuanto se marcharon las fuerzas de la expedición, tomó tierra en Ibiza un destacamento de 400 hombres de la FAI. Los aviones fascistas bombardearon la ciudad, matando a 55 personas, de las cuales 42 eran mujeres o niños menores de diez años. Uno de los fascistas prisioneros en el castillo de Ibiza se insolentó con sus guardianes. Y afirma el autor que, horrorizados por el estrago de la aviación e inflamados por la arrogancia del prisionero, los anarquistas le fusilaron, y a todos los demás que había en el castillo, hasta 239. Hecho lo cual, los de la FAI tomaron sus barcos y volvieron a la Península. Las víctimas de la aviación eran todas inocentes, y acaso también cinco de los fusilados en el castillo, según el narrador. Volvieron los fascistas, reocuparon la isla, y fusilaron a 400 republicanos… Así, unos y otros verdugos estarán satisfechos: a lo mejor creen haber cumplido una gran obra patriótica, digo yo. Será, como decía el año pasado una persona de mi conocimiento, que estamos alumbrando una nueva civilización. Reconózcase que el parto es demasiado doloroso. El engendro no sería vividero.

12 de septiembre

He visto en la prensa valenciana un confuso extracto del discurso de Daladier. Es importante que el ministro de la Guerra francés hable por primera vez en público (que yo sepa) del peligro posible en la frontera pirenaica. Y de la eventualidad de tener que decir *¡no!* algún día; temo que cuando se vean *forzados* a decirlo, sea tarde.

Hoy no he sabido nada de Ginebra. Ayer me llamó desde allí Giral, pero no pudimos hablar, porque la línea estaba mal. Por la tarde, Giner me comunicó que había hablado con Esplá, que estimaba favorables para nosotros los acuerdos de Nyon. (Todavía hay por aquí quien habla de la conferencia de Lyon). Espero a conocerlos en un texto definitivo para juzgar. No es imposible, ni siquiera inverosímil, que nos resulte de ellos algún mal.

Un señor Thomas Connaught, a quien no conozco, me escribe dándome noticias del fallecimiento del padre agustino Serra, a quien conocí en el colegio del Escorial. Era muy buena persona, bondadoso y sufrido con los estudiantes. Le vi por última vez hará unos dos años, paseándome yo por el jardín de los frailes, con mi sobrinito José Ramón. El padre Serra se asomó a la galería, me conoció y me llamó afectuosamente, diciéndome muchas expresiones cariñosas. Estaba ya muy viejo y, sobre todo, muy atropellado. José Ramón, que tendría unos cinco años, estaba muy sorprendido de que a su tío le hablasen como si fuese también un chico. El señor Thomas me dice: «… Me encargó el padre Serra durante su enfermedad, y me lo recordó momentos antes de morir, no dejase de comunicar su muerte a vuecencia, declarándole, señor Presidente, que en todos los acontecimientos culminantes de la vida pública de vuecencia… él, el padre Serra, le escribió siempre, aunque nunca obtuvo contestación, lo que atribuyó a discrepancia de criterio con sus superiores jerárquicos, a los que por lealtad no quiso el padre Serra burlar el derecho de fiscalizarle la correspondencia… El padre Serra vivió y murió queriéndole apasionadamente…». En efecto, nunca he recibido las cartas del padre Serra a que el señor Thomas alude. Seguramente, los «superiores jerárquicos» creerían saber que soy un monstruo. El padre Serra, informado en mejores fuentes, era mi amigo. No he sabido de él en esta borrasca aunque lo he procurado. El pobre anciano no tenía la culpa de nada. Me habría gustado ampararlo, o al menos procurarle el consuelo de mi afecto, que tenía en tanto aprecio, agradable vestigio de aquellos tiempos, no siempre placenteros.

13 de septiembre

Me traen dos telegramas de Giral, con noticias de Ginebra. Dudosa la reelección de España. Los acuerdos de Nyon nos son favorables, según Delbos, porque la protección abarca a los buques extranjeros que nos traigan material. No están comprendidos los barcos de pabellón español. La entrevista de Negrín con Delbos, satisfactoria en general, sobre lo que anuncia información detallada por carta.

En Valencia, Martínez Barrio, que regresa de Cataluña, adonde ha ido para instalar a su familia en un pueblo, me refiere su entrevista con Companys. Le ha encontrado muy nervioso, irritado, quejándose del papel a que le han reducido, como el de un alcalde mayor, y de que hayan vuelto «los tiempos de la incomprensión». Recibe comunicaciones que le envían directamente los ministerios, sin darle siquiera tratamiento, y olvidándose de que representa al Estado en Cataluña. El patriotismo catalán es un sentimiento muy vivo, muy arraigado, y todos los días le hieren de algún modo. Lo que Cataluña ha pedido son armas, porque hombres hay de sobra. Le han enviado un ejército de ocupación, sin duda porque no se fía el Gobierno de la lealtad del pueblo catalán. Después de decir que él está dispuesto a sacrificarse y a continuar hasta el final resignándose a esta situación, afirma, por el contrario, que dimitirá, y en su casa de la Rambla será Luis Companys, con menos representación, pero con más popularidad que nunca. Traza un paralelo histórico, a su manera, aunque Martínez Barrio cree que se lo ha *insuflado* alguien, para que lo repita. Es así: estamos en la misma situación que en tiempos de Felipe IV. Entonces España estaba en guerra con media Europa, y con el pretexto de la guerra envió a Cataluña un ejército, que cometió muchos abusos. Cuando los nobles catalanes fueron a la Corte, creyendo que el rey les recompensaría o les agradecería sus servicios en la guerra, se encontraron con que la Corte, por la política del Conde Duque, se revolvió contra Cataluña. Pero hubo alguien que no se conformó, Claris, que se entendió con Richelieu para hacer la guerra a España. Gracias a eso, la pérdida total de las libertades de Cataluña se retrasó medio siglo, hasta el advenimiento de Felipe V.

Esto le ha dicho el Presidente de la Generalidad al Presidente de las Cortes. Poco encubierta amenaza, y amenaza de traición. «¿Quién sería ahora Richelieu?», pregunta Martínez Barrio. «Acaso Mussolini», le respondo. «Lo que ofrece poca duda es que Companys sueña con Claris». Martínez Barrio cree, por sus informaciones personales, que en Cataluña domina la opinión

favorable a concluir la guerra de cualquier modo, y gran resistencia a incorporarse a filas.

De esto, hemos pasado a tratar de la situación general. Ha perdido la esperanza de ganar militarmente la guerra, en vista de la ayuda a fondo que prestan a los rebeldes Italia y Alemania. Está conforme con que ha de hacerse una política correspondiente a la situación. Prieto, con quien ha hablado de todo esto, al darle cuenta de su conversación con Companys, no lo contradice; pero asegura que ningún ministro se atreverá a plantearlo en el Gobierno. Opina Martínez Barrio que no puede aceptarse el sistema de ir tirando; de dejar correr las cosas. Debe pensarse en la suerte de los millones de españoles adictos a la República, y que tendrán que pagar las consecuencias de ese abandono. Acepta mi tesis de que todavía somos un valor, y que es la ocasión de cotizarlo, para intentar una solución pacificadora que deje subsistente la República. «Hay que hacerlo —dice— antes de fin de año, procurando primero una suspensión de hostilidades por un plazo bastante a articular la paz». Habla de la conveniencia de trasladar el Gobierno a Barcelona, para contener a la Generalidad. «Esto fue lo acordado —le digo—, por consejo mío, en octubre pasado. No lo cumplieron». «Es que —observa Martínez Barrio— todo el mundo ha procedido por móviles secundarios…». «Todo el mundo, menos los republicanos». «Así es la verdad. Los republicanos lo han entregado todo. Largo —prosigue Martínez Barrio— prefirió quedarse en Valencia, porque aquí contaba con una fuerza socialista importante, de su misma tendencia, y en Barcelona tenía mal ambiente». Recuerda también la campaña de los «caballeristas» contra los primeros intentos de organización de un ejército de voluntarios al que llamaban ejército de la contrarrevolución; no obstante lo cual, sus amigos pretenden atribuir a Largo el mérito de haber creado el «instrumento de la victoria». En cuanto a la guerra, lo que está pasando en el norte es una prefiguración, en tamaño reducido, de lo que ocurriría por estas tierras, si no se acude oportunamente al remedio, buscando la paz para conservar la República. La situación aquí puede ser caótica, y las sospechas de lo que ocurriría en Cataluña, si prevalece allí una deslealtad, no son para tranquilizarse. En cuanto en la retaguardia se produjese un hecho así, no habría remedio.

—El hecho, sin prever ahora su forma, se producirá —le contesto— en cuanto tengamos un revés importante, y seguramente si el enemigo cortase las comunicaciones con Cataluña.

Algo más hemos hablado, pero esto es lo principal.

Ha llegado por fin a Valencia el diputado por Santander, Ruiz Rebollo, cuya suerte me inquietaba. Hoy me ha visitado, con el último gobernador, que me parece llamarse Olazarán. Se fueron de Santander la última noche, en un submarino, que tardó veinticuatro horas hasta Gijón. Ya se habían marchado todas las demás autoridades y los mandos militares. El alcalde se quedó y lo han fusilado. El general Gamir, a quien consideran leal, pero inferior a las circunstancias, tardó demasiado en dar las órdenes de evacuación, y cuando creían contar aún con veinticuatro horas, solamente dispusieron de seis u ocho. La noche en que ellos salieron, había cien mil personas en los muelles queriendo embarcarse. Unos militares, pistola en mano, se pusieron detrás de Rebollo y el gobernador, siguiéndolos a todas partes, y diciendo que en el mismo momento y por igual procedimiento que los dos, se irían ellos. Pudieron desembarazarse de su compañía. No es cierto que se hiciera una clasificación de partidos para el embarque, dejando los últimos a los republicanos. Todos los componentes del Frente Popular —dice Rebollo— fueron atendidos por igual, y aún se han quedado allí más socialistas que de otros partidos; entre ellos, el alcalde. La pérdida de Santander era inevitable, pero hubiera podido retrasarse quince o veinte días, importantes para la situación de Asturias, a no ser por la defección de los batallones vascos. Estas fuerzas estaban acantonadas en Castro, Colindres, Laredo y algún otro puerto. Solamente había tres batallones vascos en la línea de combate, encargados de defender los pasos del Saja, y la bajada a Cabezón. *Aguirre había dicho a los batallones vascos que no tendrían que combatir más en el frente norte, y que Prieto y el Presidente de la República estaban conformes con eso*. Al agravarse la situación, se dio orden a los batallones vascos que estaban en la costa, de trasladarse al frente. Se negaron, y no solamente ellos, sino que los tres batallones apostados en los pasos de Saja abandonaron la posición y se fueron a Laredo. El enemigo pasó por allí sin disparar un tiro.

De Asturias no cuentan gran cosa. Se ha acumulado allí una cantidad enorme de valores y dinero; lo hacen subir a seis mil millones. Están guardados en ochocientas cajas. Rebollo ha salido en un barco con cinco mil fugitivos, ancianos, mujeres y niños; para lo que se prevé en Asturias, debería hacerse lo contrario, porque esos fugitivos son los que menos peligro corren, agravan aquí las dificultades del abastecimiento, y se disminuyen los problemas de los rebeldes cuando ocupen todo Asturias. Pero a toda la gente política se la deja allí, que es condenarla a muerte. Elogian al coronel Pradas y a Gállego, cuya muerte confirman.

14 de septiembre

No hago más que abrir los periódicos y encuentro esta perla: «Barcelona: El general Pozas y el comisario político del Ejército del Este han enviado al señor Companys el siguiente telegrama: "En nombre de este ejército, y en el nuestro propio, manifestamos nuestra adhesión en la gloriosa fecha del 11 de septiembre. Estar con Cataluña es estar con España. ¡*Vivan las libertades de todos los pueblos oprimidos*!"». He telefoneado a Prieto y le he recitado el telegrama. No lo conocía. Por lo visto, no le hacen un servicio de prensa. Prieto dice que Pozas es muy buen señor, que habrá firmado como si firmara en blanco. Sin duda la ocurrencia es del comisario político, que le habrá metido en eso. Va a destituir hoy mismo al comisario.

Llega un corto telegrama de Giral, comunicando que Eden visitó ayer a Negrín, conversando durante media hora. Ofrece enviar información sobre la entrevista. Tiene impresiones favorables sobre la reelección de España.

Anoche estuve revolviendo papeles después de cenar, y cuando se retiraron todos, leí hasta muy tarde. El antiguo trasnochador reaparece con cualquier pretexto. Lo bueno es que nunca he podido trabajar útilmente a tales horas. Gran cansancio. Me he levantado repuesto y animoso, vencida la *rafale de l'aurore*. Pero es a costa de alterar la distribución normal de las horas de vigilia y de sueño. Tendré que pasarme una noche en claro, para restablecerla. El día está tranquilo. Gran calma, silencio. Un niñito llora en el jardín. Reaparece el calor, pero ya oigo, desde mi despacho, los clamores del ventarrón engargantado en estos barrancos. El clima es aquí más agradable que en Valencia, aunque la distancia es corta y la altura no mucho mayor. Pero se vive en seco, quiero decir, fuera del vaho caliente e irrespirable de La Albufera y de los regadíos, y lejos de los ruidos estruendosos de la capital, incesantes a toda hora. Hemos tenido cinco o seis días de grandes tormentas, con espesas mangas de agua y granizo, que han hecho daño en los cultivos. Las tormentas parecen favorecer este macizo montañoso. Muchas veces ha llovido aquí a torrentes, mientras en Valencia se asaban de calor. La tierra roja, caliente, impregnada de aromas y esencias del pinar, destilados por el sol, se sorbe un diluvio con ansia y al siguiente día vuelve a haber polvo. La sequedad, no obstante los manantiales que aprovechan los labradores de Serra para regar naranjos y hortalizas en los tablares escalonados hasta el fondo del barranco, es fuerte, generosa, excitante. Anochecido, un pino viejo nos cobija en la punta del jardín. Piñas nuevas, todavía verdes, henchidas de jugos, gotean resina. El pavo real, precavido en la rama de un árbol, lanza su grito de

alarma, porque la noche llega y nadie sabe lo que puede pasar. Los bichos, en abundancia casi tropical, pululan, se persiguen, se destruyen. Sapos, cigarras, chicharras, cebolleros, abejorros, grillos, variedad de mariposas, el murciélago desvariante, escuadras de mosquitos, el ejército innumerable de lo que surca, se arrastra, salta y revolotea, pueblan la noche, la animan, agitan su misterio con fiebre vital. Un gusano, en su puesto de observación entre las hierbas, nos enfoca el rayo blanco de su tripita. La salamanquesa inofensiva jadea, despatarrada en la pared, al acecho de una mosca, ignorante de las prevenciones ominosas que el vulgo le echa encima. Cánticos nupciales y destrucción. Un alcotán ha destrozado a la oca. Los mastines han descuartizado unas gallinas. (Cuando los sueltan, los mastines se van a Serra, como si buscaran refugio en una embajada). El murciélago se atasca de mosquitos. Los mosquitos nos chupan la sangre. No nos matan porque no pueden. Y así todos. Armonía universal, basada en la destrucción. Pero los bichos no lo saben. ¡Digo yo, que no lo sabrán! Les falta el discurso, y no pueden levantar construcciones morales sobre los hechos puros de su instinto. Lo saben muy bien, por su parte, los que vienen de noche, con rayos y llamas, a incendiar pueblos. Oímos el roncar de los motores, vemos el fulgor que incendia un arco de cielo. Las granadas, ungiendo sobre los montes, puntean las nubes con estallidos de carmín. Haces de luz blanca tantean el espacio. Un avión brilla en el fajo luminoso, maniobra, se evade, perseguido por el fuego. Estos saben lo que es destrucción.

Las tormentas, muy fragorosas en estos cerros, han embellecido el paisaje, prestándole la grandeza, el patetismo de que habitualmente carece. Montañas de nubes negras venían rodadas de tierra adentro, zumbando, tronando, rayadas por exhalaciones de lumbre. Nuestros pinares del poniente, negros y profundos como el toldo de nubarrones. Los cerros de Levante, lívidos, pavorosos, bajo una luz indirecta y un cielo dorado, con oro gaseoso, brillante, húmedo. Pasaba el turbión, y en el aire lavado aparecían términos, matices, lejanías que el sol de agosto borra. Los muros de la antigua cartuja, oscurecidos por la lluvia, al alcance de la mano. El boquete de Porta Celi descubre en las tierras lejanas líneas puras, formas escuetas, limpias, gradaciones de color, abrasadas antes en polvo y sol. Los chubascos han hecho callar al campo. ¡Tremendo estrago! Ahora el anochecer es silencioso. Un vientecillo crudo pica, anuncio del otoño.

15 de septiembre

Esta mañana hablé con Prieto por teléfono, y de resultas, ha venido a verme esta tarde. La conversación ha sido larga, tocando en muchos puntos. Anoto los más interesantes. Ha llegado el general Gamir. Muy consternado. Desde Bayona había telegrafiado a mi ayudante, el teniente coronel Parra, preguntándole si aquí correría algún peligro. Parra me consultó. «Póngalo usted en conocimiento del ministro y dígale a Gamir que aquí nada le amenaza y para ser correcto debe, desde allí mismo, ponerse a las órdenes de su jefe y venir a Valencia». Gamir le ha dicho a Prieto que se reconocerá culpable de todas las faltas que se quiera, pero que nunca ha desfallecido su lealtad. Le ha encargado el ministro que redacte un informe o memoria, de la que me promete copia. Le ha sustituido, por decisión del Gobierno de Asturias, el coronel Pradas, que ahora es comunista. Gamir pregunta cómo se designó a Pradas para el norte. «A petición de usted», responde el ministro. Gamir lo duda. Pero el ministro ha encontrado el telegrama de Gamir en que se hacía la propuesta. Falta saber si es auténtico.

El destróyer *José Luis Diez* había entrado en Falmouth a reparar averías. Las autoridades de Marina solamente le permitían permanecer allí el tiempo necesario para las reparaciones indispensables antes de hacerse a la mar, pero no para todas. El servicio de información de los rusos trajo la noticia de que había tratos con el comandante del *Diez*, para que lo entregara a los rebeldes; las autoridades inglesas no lo veían con desagrado, y ponían por condición que la entrega se hiciese fuera de sus aguas. El ministro ordenó entonces al agregado naval en Londres que se presentara a bordo y tomara el mando. Así lo ha hecho. El comandante anterior, el comisario político y otros oficiales, con parte de la tripulación, desertaron. Por el telegrama que me ha mostrado Prieto se percibe que acaso los restantes hagan lo mismo. Con este motivo le he recordado a Prieto lo que hace muchos meses le dije: «La escuadra terminará en explosiones, encalladuras y fugas a puertos extranjeros». Ya se puede echar la cuenta.

Me entrega una nota de un oficial francés que ha estado en Vizcaya como asesor de aquel Gobierno. Cuanto dice sobre la desorganización de aquel ejército confirma lo que yo sabía y opinaba. Este oficial, ahora en Valencia, le ha dicho a Prieto que está dispuesto a trabajar en lo que se le mande, no solo por simpatía a la República, sino por defensa de su país, para quien esta guerra es cuestión de vida o muerte. Opina que debe aprovecharse la simpatía que los vascos despiertan entre sus vecinos franceses, y entre los católicos, para formar una brigada u otra unidad con gente de aquel país, y situarla en el norte de Aragón. Prieto cree que en esa unidad se infiltrarían vascos

franceses, y quizá fuese un medio de reclutar gente. A Prieto no se le ha escapado la posibilidad de que a Francia le interese tener cerca de sus fronteras, y en las cercanías del País Vasco, una fuerza armada que de alguna manera le inspire confianza, para el caso de derrota de la República, tal vez con el lejano propósito de tomar posiciones en las Vascongadas. Al oficial francés se lo ha dicho: «Yo soy de una franqueza brutal, y le voy a declarar a usted mi pensamiento a medida que se va formando». Al conocer el pensamiento, el francés se ha sonreído. Prieto no se opone a que se forme la unidad vasca, a condición de que no estuviese sola. La encuadrarían otras. En Barcelona ha habido manifestaciones callejeras, con pretexto de la escasez de víveres. El informe de la policía pretende que esas demostraciones, hasta ahora sin importancia, están manejadas ocultamente por los interesados en producir desórdenes y dificultades. Prieto cree que debe declararse el estado de guerra en todas partes. Negrín opina de otro modo, y los comunistas se oponen. Le hago notar que, antes de declarar el estado de guerra, hay que disponer de la organización militar indispensable, en lo gubernativo y lo judicial, y que conviene pensar en ello y prepararla. Prieto ya lo ha hecho. Está firmada una combinación de mandos militares locales para Cataluña, comandantes de plaza, auditores, etcétera, pendientes de publicación. Se ha detenido porque el juez especial que instruye sumario por la pérdida de Málaga ha visitado al ministro, y le ha dicho que si las diligencias que va a practicar en Almería no modifican su criterio, tendrá que procesar a tres generales: Asensio, M. Cabrera y M. Monje. Como por lo visto, Prieto pensaba disponer de alguno de estos tres señores, he retrasado la publicación de las órdenes «para no hacer una plancha», si después los procesan. Las relaciones de Prieto con los comunistas son un poco tirantes, porque Prieto se mantiene, con razón, en no dejarse manejar por nadie. La orden circular del ministerio de Defensa prohibiendo el proselitismo político en el ejército, fue aprobada en Consejo, sin que los comunistas chistaran. Después, la comisión política del partido encontró mal la orden. Los dos ministros comunistas visitaron a Prieto, para comunicarle su disgusto, y como les hizo recordar su tácita aprobación en Consejo, replicaron que habían creído que se trataba de «una recomendación». «¿Pero cómo quieren ustedes que yo haga recomendaciones a mis subordinados? No puedo más que darles órdenes». Les dijo además que no estaba dispuesto a seguir las inspiraciones del *buró* político comunista, ni de otro cualquiera; que como ministro, tenía una responsabilidad personal, y no hay otro modo de gobernar. Hernández, ministro de Instrucción Pública, apuntó que «si Prieto tuviera mejor carácter»,

él iría con frecuencia al ministerio y hablarían, para marchar de acuerdo. Réplica de Prieto: Que tampoco eso era posible, y que llevasen al Consejo de ministros o al Consejo de Guerra los asuntos que quisieran o los puntos de vista que les importase mantener. Por aquellos días, Prieto se fue a Madrid, con motivo de las operaciones. Los dos ministros comunistas se fueron tras él, y consiguieron de Negrín que se celebrase una conferencia, en la presidencia del Consejo, a la que asistieron el Presidente, Prieto, Uribe y Hernández. A Prieto le pareció mal, y se lo dijo, el hecho mismo de la entrevista y su objeto, porque él no tenía que explicar su conducta más que ante el Gobierno. Hablaron de los mandos y del Comisariado político en el ejército. Según Prieto, el 33 por 100 de los comisarios son comunistas; las Juventudes Unificadas Socialistas, que también son un organismo comunista, tienen el 16 por 100 del Comisariado; de modo que la mayoría está en manos de ese partido. Los republicanos tienen una minoría reducidísima, y tampoco los socialistas han conseguido la proporción que estiman correspondiente a su importancia. A pesar de esto, y aunque no tiene gran entusiasmo por el Comisariado, lo ha mantenido, esperando que al ir produciéndose vacantes pudiera corregirse aquella desigualdad. En los mandos, ha seguido las propuestas del Estado Mayor Central. En la designación de comisarios, solo ha puesto el veto a uno, por incapacidad conocida, a quien proponían para comisario de brigada, con sueldo de general. Era el yerno de Margarita Nelken. Álvarez del Vayo le llevaba en lista, con otros, y como Prieto le hizo observar la inutilidad del sujeto, Vayo dijo: «¡Quién resiste a esa mujer!». «La resisto yo», y tachó el nombre. Los comunistas arguyeron, en cuanto a la composición del Comisariado, que no debía plantearse sobre una proporción de las fuerzas políticas; es una cuestión de eficacia; sus gentes «han dado el pecho», etcétera. Prieto insistió de nuevo en que su criterio y su conducta eran incompatibles con el propósito de que gobiernen los comités de los partidos. Previno a los comunistas de que contra él es innecesario empeñarse en los forcejeos que emplearon contra Largo para hacerle caer. Estuvieron cinco semanas pugnando sobre eso. Con él, bastan cinco minutos. Está en el Gobierno por deber, pero si le abren las puertas, con un ligero empujón es suficiente, y se irá muy contento. Hernández y Uribe estaban muy complacidos de esta conversación, porque con ella se disipaban recelos y desacuerdos, más lamentables que nunca, ahora que van a fundirse los partidos Socialista y Comunista: «Me tiene sin cuidado que los partidos se unan o no, porque en cuanto se acabe la guerra, de cualquier modo que sea, tengo resuelto, si salvo el pellejo, dar por terminada y liquidada mi vida

política, para siempre. En el primer barco que salga para el país de habla española más lejano, tomaré pasaje», repuso Prieto. Le he oído decir esto con mucha firmeza, varias veces, como decisión que parece irrevocable. Le pregunto por la actitud de los caballeristas. Según cuenta, en la votación ocurrida en el Comité Nacional de la UGT, en que fueron derrotados los de aquella tendencia, se incurrió en la debilidad de dejar a Largo en la secretaría. Ahora, para prevenir posibles y anunciados riesgos de esa índole en la próxima reunión, están expulsando de la UGT a los sindicatos adversos, pretextando la falta de pago de las cuotas, siendo así que, desde el comienzo de la guerra, nadie, o casi nadie, las ha pagado. Han expulsado, entre otros, al Sindicato Minero Asturiano, que es el más importante. La fábrica de Reus funciona, pero con menos rendimiento del que podía esperarse, porque no hay obreros. Los que se han llevado a Barcelona se vuelven a marchar; no encuentran viviendas, y el sobresueldo que se les da no compensa el gasto de dejar a sus familias en Barcelona. Prieto pensó resolver la dificultad construyendo un gran bloque de viviendas, para el que hizo los planos Zuazo, en París. Pero no se ha decidido a realizarlo, porque en seguida han subido los jornales, disminuido las horas de trabajo, no garantizan el rendimiento mínimo, y en esas condiciones nadie puede calcular lo que costaría la obra. Sobre el ferrocarril de Tarancón a Madrid no sabe más que lo del plazo que el ministerio de Obras Públicas se ha puesto a sí mismo. Conoce los informes de los militares acerca de la obra. No cree que se termine tan pronto como haría falta. Con esta coyuntura, me habla de los estorbos que pone el ministro Giner por su intransigencia en cuanto a la militarización de algunos servicios de Comunicaciones, y por el afán de crear otros, que duplican la acción, sin ventaja alguna. Ahora Obras Públicas quiere tener transportes propios, con sus camiones, que estarían a disposición del ejército cuando los necesitase… Hace días quedó destruida por el bombardeo una de las vías del puente de Culera. La otra, poco después, fue también averiada, aunque ligeramente. Hemos tenido interrumpida la comunicación ferroviaria con Francia 48 horas. El ministro aseguró en Consejo que la avería estaba recompuesta; pero debía de estar mal informado —dice Prieto— porque han tenido que arreglarlo los servicios militares. En Cerbère hay 500 vagones cargados con mercancías para España, detenidos porque no tienen material a que transbordarlas. No hay quien recomponga los vagones averiados. La compañía francesa insta para que le dejen libre su material, o se lo llevará. El tránsito de armas y municiones por Francia parece asegurado. Han señalado dos puertos: Sète y Pouillac. Otra cosa es la adquisición en la misma Francia. Sin embargo,

parece que podrá adquirirse material de aviación, y que vendrán, en pruebas, unos aviones con cañón. Ha llegado a la frontera, y vendrá a Valencia hoy o mañana, el falangista que se relacionaba con Ossorio, y acerca de cuya personalidad hay dudas, después de lo que ha dicho el otro que está aquí preso. Hablarán. «Veremos lo que ofrecen», dice Prieto.

Respecto de operaciones, hay preparadas una por la parte de Molina y otra frente a Zaragoza. Pero están en suspenso, mientras no se conozcan mejor las intenciones del enemigo, de quien se anuncia una aparatosa ofensiva en Aragón, para distraer, y otra más efectiva sobre Madrid. También se habla de un desembarco en Almería.

Hemos hablado después sobre el pasado y el porvenir político de España, y de las dificultades inmensas que encontrará quien haya de gobernar. «Si en el otro lado hay personas de buen juicio —le digo—, ¿no cree usted que se darán ya cuenta de la enormidad que han hecho, y del daño que de todos modos se han causado ellos mismos y a España?». «Estarán espantados». Prieto hace algunas reflexiones sobre la democracia, su fracaso, etcétera. «Todo eso —le respondo— lo miro yo exclusivamente con relación a España… (Prieto asiente). No me pongo a trazar doctrinas generales. En España, la democracia que había se acabó al empezar la guerra. Porque el sistema imperante desde entonces no es la democracia. Es una revolución, que no ha llegado a cuajar y solo ha producido desorden, y una invasión sindical que ha fracasado, después de agarrotar y paralizar al Estado y al Gobierno. Demos por fracasada la democracia, también fracasó y volvería a fracasar la dictadura, como fracasó la monarquía… España es un pueblo difícil de someter a una disciplina de libertad y de razón. Todos son violentos. Hay pocos sesos en España, o no estamos enseñados a usarlos. Vivimos de las reacciones del carácter. Mi clima político es otro, lo confieso. Usted tiene más motivos para estar asqueado y desengañado, porque ha vivido siempre en la política activa, yo no. En estos años pasados, desde que caí en ella, me alentaba una esperanza española grandiosa, y a pesar de todas las dificultades, y de la repugnancia y la fatiga que me producía el bracear continuamente con tantos ineptos y majaderos, quería contar con el tiempo, y con el crecimiento normal de la nación, que no se empobrecía ni se disminuía. Todo esto pasará, y el país saldrá a vía libre… Lo que me ha dado un hachazo terrible, en lo más profundo de mi intimidad, es, con motivo de la guerra, haber descubierto la falta de solidaridad nacional… (“Yo la conocía”, interrumpe Prieto). A muy pocos nos importa la idea nacional… usted es uno de ellos… pero a qué pocos… Ni aun el peligro de la guerra ha servido de soldador. Al contrario: se

ha aprovechado para que cada cual tire por su lado…». Como también coinciden nuestras opiniones sobre la marcha de la guerra, Prieto me dice: «Usted y yo, cuando nos juntamos, nos echamos el uno al otro oleadas de negrura. Hacía falta aquí una tercera persona». «Una tercera persona… ¿para qué?». «Para demostrarnos que no tenemos razón». «¡Como no llamemos a Ossorio!, porque otros que andan muy ternes, están bastante decaídos. Observo un deseo general de que la guerra termine de cualquier modo». «Eso no tiene duda ninguna», responde Prieto.

16 de septiembre

Me envía Prieto la copia de una carta que ha escrito al general Pozas, con motivo de su desdichado telegrama a Companys. ¡No dirá el general que le tratan duramente!

Entre los partes oficiales que recibo hoy, figura uno de Asturias, pidiendo un refuerzo de 10 000 hombres y municiones. Tendrán que entregarse, porque se les acaban. Califica de criminal el abandono en que se les deja. ¿Qué querrán del Gobierno? Es tarde para todo.

En *Adelante*, periódico socialista, he visto un artículo durísimo contra el Gobierno vasco, que se ha establecido en Bayona en lugar de venir a España.

Debe de ser de Cruz Salido, que, cuando volvió de Bilbao, echaba lumbre contra los nacionalistas.

18 de septiembre

Hoy por la mañana ha venido Prieto a despachar. Traía unos pocos decretos, sin gran importancia. Hemos hablado de otras cosas. Sabemos de Ginebra que las Repúblicas hispanoamericanas regatean sus votos para la reelección de España, y quieren negociarlos a cambio de concesiones sobre la cuestión de los refugiados en las embajadas. Opina Prieto que el asunto español debería plantearse en la asamblea a rajatabla, pasara lo que pasara; se figura que tanto Francia como Inglaterra hacen presión sobre nuestros delegados, para que no sea así, y evitarse dificultades. El falangista que ha venido de París, y que hoy habrá sido recibido por Prieto, no es el que suponíamos, ya en relación con Ossorio. Se trata de L. Hace muchos elogios del orden que ha visto en su viaje. («No sé si quiere darnos coba», dice Prieto). Lo del otro lado es un fracaso en el orden político, asegura L. Han

reaparecido todos los viejos políticos de antaño, y eso desencanta e irrita a los falangistas. Si Franco publica el decreto que tiene preparado, obligándolos a ponerse la boina de los requetés, se sublevarán seis mil. «Me parece que es tarde para sacar partido de esa situación». «Opino lo mismo», responde. Las cosas de Cataluña van de mal en peor. Bosch Gimpera habló con Prieto del asunto Vidiella. La arremetida era contra el delegado de Orden público, el cual, por su parte, afirma que ni directa ni indirectamente supo nada de la oposición de Companys a que se publicara la nota. Quien le pidió que no se publicara fue el consejero de Gobernación, Sbert; y como después, Vidiella, también consejero, pedía lo contrario, era seguro que uno de los dos se disgustaría, aunque ninguno tiene nada que ver con la censura. Prieto le ha dicho a Bosch que el hecho de publicar la nota de Vidiella no tiene la importancia que se le quiere dar; lo importante es el acuerdo de la Generalidad, el cual ya había sido hecho público por Vidiella al recibir a las comisiones de familiares de los presos, y eso bastaba para que lo supiera todo el mundo. La inserción de la nota en la prensa ha multiplicado su publicidad, pero no es el origen de la cuestión ni lo principal de ella. Es un asunto interno de la Generalidad, y, si las cosas son como las refiere Bosch, se resuelve haciendo dimitir a Vidiella. No acepta que la Generalidad le cargue el asunto al Gobierno de la República. Después, ha surgido otro enredo. El 6 de septiembre expiró el plazo para la entrega voluntaria del oro y valores extranjeros. Se creó un juzgado especial, con jurisdicción en todo el territorio nacional, para entender en las causas por infracción del decreto e investigar los casos de ocultación, etcétera. El ministro de Hacienda pidió al de Justicia que nombrase el juez, y el señor Irujo designó al presidente de la Audiencia de Madrid. Con instrucciones del ministerio de Hacienda, el juez comenzó a trabajar en Barcelona, abriendo algunas cajas en los Bancos. La Generalidad se ha atravesado, diciendo que los tribunales de Justicia dependen de ella en Cataluña y que el juez no puede actuar allí. Dice Prieto que algunos personajes de la política catalana (entre ellos el del *retrè*, y su segundo) tienen oro y valores en sus cajas, y ya habían empezado a llevárselos al extranjero. Se han detenido en la frontera unos paquetes con quince kilos de oro, y por haber llegado tarde, han podido pasar otros con sesenta kilos. Irujo, que según Prieto ha procedido con dudosa buena fe, al enterarse de la oposición de la Generalidad, protestó en Consejo, y por carta, contra la conducta del subsecretario de Hacienda, acusándole de no haber dicho cuál era la misión del juez. Examinado el asunto en Consejo, se ha aprobado lo hecho por el subsecretario en cumplimiento de su obligación y por el juez, con la protesta

de Irujo y Aiguadé. Las cajas de los Bancos han sido precintadas. Santaló, diputado por Gerona, de la Esquerra, ha visitado a Prieto para repetirle la historia de las desconsideraciones y desdenes de que se hace objeto a Companys. También se ha quejado de que el delegado de Orden público haya detenido a unos alcaldes de la provincia de Gerona, a petición del consejero de Abastecimientos de la Generalidad. Todas las quejas y reclamaciones pendientes han de estar resueltas, según Santaló, antes del 1 de octubre, porque en otro caso, los diputados de Esquerra cambiarían de actitud en las Cortes. «Es una amenaza —dice Prieto—; si la realizaran será peor para ellos, porque habrá mucho que decirles. En realidad, están saboteando la guerra desde Cataluña». «Recuerde usted lo que les dije al formarse este Gobierno: que tendríamos un choque con la Generalidad. Mis observaciones en Barcelona me hacían pensar así y la marcha de los asuntos lo confirma». «Creo lo mismo». El subsecretario de Armamentos ha estado en Barcelona, para intentar una vez más un arreglo que permita aprovechar a fondo la industria catalana. Imposible. «¡Ese Tarradellas…!», exclama Prieto. Le han entretenido allí cuatro días, y se ha vuelto sin lograr nada. «Lo que quieren es dinero —dice Prieto—, y hacer ellos lo que les dé la gana».

Le he hablado a Prieto del libro de Elliot Paul, en el que se le atribuye la orden poniendo fin a la expedición de Bayo sobre Mallorca. «Yo tenía entendido que había sido el *Jaime* el que los obligó a volver». «En efecto. Fue la escuadra. Cuando yo me posesioné del ministerio de Marina, la expedición de Bayo no se había acabado; pero los barcos que salieron para ponerle fin zarparon cuando todavía Giral era ministro de Marina».

19 de septiembre

Ayer por la tarde vino Carlos Pi y Suñer, llegado de Barcelona y que había pedido verme con urgencia. Le cité para las siete y acudió puntual. «Tengo tantas cosas que decirle… si no es abusar, le pido que me dedique una hora». «Y aunque sean dos», le respondí. En efecto, fueron dos horas. El pretexto del viaje han sido unos asuntos de Instrucción Pública. Su verdadero motivo, el hacerme esta visita, acordada en Barcelona. Han deliberado sobre ellos los republicanos del Gobierno catalán, con el Presidente. Trae la representación de todos. Companys no ha venido por no dar resonancia al caso ni llamar la atención, pero está dispuesto a venir, si hace falta. «De modo —añade—, que cuanto yo diga aquí lo dicen todos ellos, y es como si lo dijera también Companys». Quiere hablarme como jefe del Estado y como

amigo de Cataluña. No en son de queja, ni para pedirme nada que yo no pueda ni deba hacer, sino para hacerme llegar la opinión de los republicanos catalanes, que son además parte principal del Gobierno autónomo. Lo que pensaba contarme serviría también para contrarrestar lo que hayan podido decirme otros. En Cataluña *no va a haber un 6 de octubre*, ni ese es el camino. (Por lo visto, han llegado a sus oídos algunas de mis advertencias. Mucho me alegro). Otras salvedades hizo Pi y Suñer, encaminadas a que yo no interpretase mal la intención de su visita. Me pidió que le permitiera exponer el conjunto de la situación según el plan que traía. Sacó un guión y entró en materia. Le dejé hablar mucho tiempo. Raras veces le interrumpí. Después hablé yo, y al final la entrevista se convirtió en un diálogo animado. No lo reproduzco literalmente, sino los puntos principales. Pi y Suñer es hombre inteligente, de buenas maneras, moderado en la expresión. No hace falta mucha sagacidad para advertir que al tocar ciertas materias, que seguramente le acaloran, se refrena. Mientras hablaba solo, soltó frases, en las que asomaba la posición política apasionada y polémica. Cuando recogí algunas, para rebatírselas, las rectificó, o las aclaró, o trataba de persuadirme que no había dicho o querido decir tal cosa. La visita de Pi y Suñer confirma la suposición que hice sobre la anterior de Bosch Gimpera, que no llegó a declarar la representación oficiosa que, a mi entender, traía.

Al constituirse el actual Gobierno de Cataluña —dice, en resumen, Pi y Suñer—, queríamos que fuese un Gobierno de recobramiento de la autoridad que revigorizase el espíritu del pueblo catalán. Eso significa su presencia en el Gobierno, y la de Bosch Gimpera, por lo menos. Deseaban ir de acuerdo con el Gobierno de la República, para todos los fines de guerra y políticos, y coordinar la acción de uno y otro, dentro de la situación creada en Cataluña. El Gobierno de la República no lo ha entendido así, y desarrolla en Cataluña una acción, sostenida y sistemática, de rebajamiento del Gobierno autónomo, de vejaciones y de provocación. El Gobierno de la República, que sigue en todo una conducta vacilante, débil, desorientada, solo es firme y parece saber adónde va cuando se trata de Cataluña. *El único aglutinante del actual Gobierno es su política catalana*. El resultado es una molestia, una alarma, una desconfianza creciente entre los republicanos catalanistas. ¿A qué se va? ¿A suprimir el Gobierno de la Generalidad? Se ha hablado de un gobernador general para Cataluña. La impresión es que, apretando los tornillos, tomando posiciones, menguando a la Generalidad, Cataluña se hallará, al terminarse la guerra, privada de su régimen. *Así, los jóvenes catalanes que están en el frente, no saben por qué se baten*. A favor de esta explosión de nacionalismo

español, provocada por la guerra, se recrudece la tendencia centralista. (Alude al preámbulo del decreto que disolvió el Consejo de Aragón). *La historia se repite*. Larga enumeración de agravios, ordenada por ministerios o servicios. Disposiciones de Hacienda sobre el comercio exterior, que perjudican a Cataluña, por más que Pi y Suñer siempre ha reconocido que ese servicio debía dirigirlo el Estado. El abastecimiento se hace mal. El Gobierno de la República no parece haberse dado cuenta de que los abastos son un problema de guerra, y que la retaguardia, descontenta, puede hacérnosla perder. No se consigue que los trenes enviados al frente con material para el ejército, que vuelven vacíos, carguen el trigo comprado en Aragón para Cataluña. El Estado le debe a la Generalidad más de sesenta millones por servicios de guerra. El abastecimiento del ejército de Aragón sale naturalmente de los recursos de Cataluña: desde que lo tiene Intendencia, funciona peor. Disposiciones de Hacienda sobre los billetes de circulación local, emitidos en Cataluña. Por orden de Hacienda, y desconociéndolo el ministro de Justicia, un juez, de nueve a diez de una mañana, ha sellado las cajas de los Bancos, sin consultarse el asunto a la Generalidad, ni ponerlo siquiera en su conocimiento, haciéndose pasar por «suspectos» a los miembros del Gobierno. Perjuicios originados a particulares y reclamaciones consulares. Han sido destituidos cien agentes de policía de la Generalidad —¿eran fascistas?— y han entrado trescientos o cuatrocientos comunistas. Funciona un servicio de investigación o de información del Estado, que ni siquiera depende del delegado de Orden público, el cual servicio tiene ya dos o tres cárceles propias, volviéndose a los tiempos de las prisiones no oficiales. Todos los mandos del personal de Orden público han sido renovados, con traslados, cesantías o jubilaciones. No queda ninguno. También han quitado a los jefes y oficiales que servían en la Consejería de Defensa. La censura funciona en contra del Gobierno catalán. No se ha permitido publicar una nota oficiosa desmintiendo los rumores de nuestros tratos con los rebeldes para una paz separada… («Pues yo la he leído en la prensa de Valencia», le interrumpo. «Allí no la han dejado pasar»). Hemos hablado de la cuestión de la censura con el ministro de la Gobernación. Sostiene que el responsable del Orden público debe tener en su mano todos los resortes de disciplina social, entre otros la censura. No lo discuten. Pero es manifiesto que se aplica con desconsideración grave para el Gobierno catalán, creándole conflictos como el de la publicación de la nota de Vidiella.

—Lo importante en ese asunto —le interrumpo—, no es que la nota de Vidiella se haya publicado, sino saber si el acuerdo de la Generalidad existía

o no. Si no habían tomado ustedes el acuerdo de que Vidiella habla en su nota, ha mentido. Debían rectificarle y dimitirlo. ¿Existía el acuerdo?

—No, señor. Se había hablado en Consejo de esa cuestión. Los jueces repetían demasiado lo de los cementerios clandestinos. Se convino en que el consejero de Justicia hablase de ello al presidente de la Audiencia.

—Eso se parece mucho a lo que dice Vidiella en su nota, aunque no sea el mismo acuerdo. ¿Ustedes han creído y acordado, bajo su responsabilidad, que a pretexto de ser actos revolucionarios, no debían perseguirse ciertos desmanes, porque valdría lo mismo que procesar a la revolución? Esto no admite medias tintas. Cara o cruz. Si con invocar la revolución, los delincuentes quedan impunes, ¡buena manera de recobrar la autoridad!

—Usted sabe que hay muchas maneras de acuerdos. No es lo mismo aprobar un decreto que marcar un criterio de gobierno o dar unas instrucciones a unos funcionarios.

—Con usted y con Bosch he hablado de este asunto. No es posible, por lo visto, penetrar en el fondo de él. Pero tenga usted presente una cosa: Mientras esas declaraciones de Vidiella no sean rectificadas y él continúe en el Gobierno, todos ustedes cargan con esa responsabilidad. ¿Por qué no le sustituyen? Cuando sobreviene una divergencia tan grave (si es que la hay, como usted dice), todo se arregla con una dimisión. ¿Por qué no se la exigen?

—No se puede…

—Entonces, no se quejen, ni hagan consistir la cuestión en si el delegado de Orden público acertó o desacertó al acceder a los requerimientos de Vidiella para que publicase la nota…

—Complació al amigo.

—Porque ya les había dicho lo mismo a unas comisiones y lo sabía todo Barcelona, y al enojarse con el censor parece que lo que a ustedes les escuece es que se haya dado tanta publicidad a una cosa, que en sí misma es inadmisible, disparatada, ilegal, y que políticamente no les hará ganar a ustedes prestigio ni autoridad en Cataluña, porque usted sabe de sobra lo que la opinión general reclama.

—Los servicios de Orden público —prosigue Pi— en manos del Estado deben coordinarse con la acción del gobierno de la Generalidad. En el Orden público hay siempre una parte política, y esta se lleva ahora en contra de lo que representan los republicanos catalanes. Su Gobierno no interviene en nada, se prescinde de él o se le contraría metódicamente. Ya saben ellos que desde julio del 36 han ocurrido muchas modificaciones políticas y sociales, y tal vez no tienen ahora la misma representación numérica que entonces. A

pesar de eso, creen que siguen siendo la mayoría, como lo han probado las elecciones para los sindicatos agrícolas celebradas en Gerona. Y aunque así no fuese, la representación moral auténtica del país, que es de pequeña burguesía democrática, y la legal, las tienen, así como deben ser, para el mañana, los que rehagan la democracia en Cataluña. Nada de esto se tiene en cuenta. Por graves que hayan sido las faltas allí cometidas, también se han prestado y se prestan servicios de todo orden, que no se quiere reconocer. Ya que se tuvo la suerte, aunque no fuese un mérito, de derrotar el primer día a la rebelión y llevar la guerra a doscientos kilómetros de las fronteras catalanas, la región ha hecho cuanto ha podido… La influencia de Cataluña en la política general de España, durante la paz, era proporcionada a la importancia de la región, relativamente a todo el territorio. *Pues ahora que, por haberse reducido mucho el territorio que obedece al Gobierno de la República, la influencia de Cataluña en la política general debería haber aumentado en proporción a ese achicamiento geográfico; ha disminuido, por el contrario.* Pesa menos que nunca. Instrumento de toda esa política en Cataluña es un partido, el PSUC, que pretende absorberlo y avasallarlo todo, favorecido por el Gobierno.

A continuación afirma que no duda de la buena voluntad de Negrín, de Zugazagoitia, e incluso de Prieto; pero sin duda se interponen los funcionarios y centros subalternos. Tuvieron una conferencia con Negrín. El Presidente del Consejo, «como es así», se los llevó de paseo a una playa, y allí, paseando, trataron de estas cuestiones, pero sin el sosiego necesario ni poder entrar en detalles. En todo cuanto se hace, se olvida que Companys, es decir, *el Presidente de la Generalidad, es el representante del Estado en Cataluña*, y nada pasa por su mano. Personalmente, Pi y Suñer se ha entendido bien con el ministerio de Instrucción Pública, para el arreglo de la cuestión de la universidad, que había tomado el nombre de Universidad de Cataluña, y ha vuelto a ser la Universidad Autónoma de Barcelona, restableciéndose el patronato. Es opuesto a las demasías del lenguaje y a las exageraciones. Ha reprochado que se hablase de «Iberia» y otras cosas por el estilo. (Alusión a lo que dije en mi último discurso[12]). Me entrega un folleto de propaganda, con un prólogo suyo en que habla como español, y de España. Las extralimitaciones que ha habido por parte de la Generalidad, en su relación con el Estado, ocupando servicios y bienes propios suyos, ocurrieron en los momentos de revolución; era un hecho revolucionario. *Si la paz se hubiese restablecido, a los tres meses, todo eso habrían sido otros tantos triunfos en su mano*. Pero al cabo de catorce meses, esa situación no se puede sostener. Si

sus quejas y reclamaciones no se atienden: ¿Qué va a ser del Gobierno, de lo que representa? ¿Qué van a hacer? De unas palabras confusas, que no recuerdo con precisión, porque acaso tenían el propósito de no decir nada concreto, saco la impresión de que se aguantarán; o porque verdaderamente lo piensan así, o porque ahora no se resuelven a decir más. Les importa sobre todo el porvenir, lo que será de Cataluña, si la guerra se gana. No les importa nada este o el otro texto. *Están dispuestos a abandonar cualquier texto que el Gobierno de la República estime inconveniente, siempre que tengan la seguridad, la garantía, de que al restablecerse la paz, Cataluña recobrará su régimen propio*. Insiste de nuevo en su voluntad de colaboración con el Gobierno de la República, y en la conveniencia de sostener en Cataluña la política republicana. El país se dará el día de mañana el régimen que le plazca; pero no quieren que desde ahora quede Cataluña imposibilitada de expresar su voluntad. Aunque no creo que haya llegado a expresarla redondamente, queda flotando la angustiosa pregunta de si el Estatuto será o no suspendido. Anoto, por último, que al censurar la «política de provocación» me ha citado como ejemplos los registros en algunos locales de la CNT, la clausura de otros, y algunas prisiones. En mi respuesta, después de agradecerle la franqueza con que me habla (a lo que me tienen deshabituado) y la información general que me proporciona, le llamo la atención sobre mi papel de Presidente:

—Yo no soy jefe de un Gobierno ni de un partido que tome sobre sí el empeño lícito de hacer triunfar en el país esta o la otra política. En términos generales nunca he pretendido desde la presidencia, antes de la guerra, imponerle a un Gobierno una conducta determinada, ni tal solución para un conflicto. Menos lo he pretendido desde las primeras semanas de la guerra, entre otros motivos de valor permanente, porque en la confusión y el desbarajuste generales durante este período, en que han ocurrido tantas cosas reprobables y funestas, que me ha sido imposible evitar, he acentuado mi circunspección y mi reserva. Casi desde el comienzo de la guerra estoy privado del normal funcionamiento de aquellos instrumentos políticos que deben servir al Presidente para formarse un parecer y adoptar una decisión que no sean estrictamente personales. Las Cortes, reducidas a la mitad, se reúnen de tarde en tarde y no discuten nada. Los partidos no hacen más que reclutar afiliados, en el caso mejor, pero no examinan los problemas ni orientan a nadie. La prensa parece escrita toda por la misma mano, casi siempre tosca y jaranera, y sus polémicas versan sobre enconos de grupo a grupo. Y así en todo. El único órgano de la vida pública y del Estado,

subsistente en cuanto se relaciona con mi función, ha sido el Gobierno, este o los anteriores. Mi esfuerzo, en situación tal, frente a necesidades y apuros terribles, se ha dirigido a no perder nunca de vista la obligación primera, inexcusable, que se traducía en mi muda presencia, obligación a la que he sacrificado muchas más cosas, pasadas y venideras, de lo que se imagina la gente. Nada de esto ha sido ni es obstáculo, sino al contrario, ha sido estímulo, para opinar ante los Gobiernos, y con más frecuencia y eficacia, ante sus Presidentes, respecto de las cuestiones importantes, y aconsejarles lo que me parecía más acertado. Sobre los asuntos de Cataluña he opinado y aconsejado, ya al Gobierno anterior, ya al actual, y también en Barcelona, a ciertos políticos de la Generalidad. El mismo día que se formó el actual Gobierno y se me presentaron los ministros, les hablé largo rato de Cataluña: no en vano había yo asistido en Barcelona, estupefacto, al desarrollo de la más desatinada aventura que se puede imaginar. La contestación que puedo dar a cuanto acabo de oír es la que corresponde al Presidente de la República. Si yo fuese el jefe del Gobierno, mi respuesta, aun basándose en el mismo fondo, sería algo distinta, porque iría tejida con resoluciones, métodos y planes de acción, pertinentes a mi pensamiento y a mi responsabilidad, y además podríamos entrar en un análisis y una discusión que nuestros puestos respectivos y el carácter de su visita no consienten. Después de estas salvedades, que casan con las muy discretas que usted, al empezar, me ha hecho, puedo asegurarle unas cuantas cosas. Nadie piensa, en el Gobierno ni en sus alrededores, suprimir la Generalidad. Ni a los Presidentes del Consejo, ni a los ministros, les he oído nunca nada que de cerca o de lejos descubra tamaño propósito. La supresión no podría ser más que un acto de violencia, y solamente sería aplicable y justificable en el caso de repeler otra violencia en que estuviese complicada la Generalidad. Aun así, lo más discreto sería hacer responsables a los hombres y respetar la institución, al revés de lo que se hizo en octubre del 34. Pero es preciso reconocer que, si llegase el caso, después de cuanto ha ocurrido en Barcelona, la institución sería difícilmente salvable. Insisto en que ni siquiera ha sido examinada esta eventualidad por el Gobierno. No niego que en Barcelona se hable del nombramiento de un gobernador general: hablarán de ello quienes lo desean, quienes lo temen, quienes hayan hecho méritos bastantes para temerlo. Que alguien lo desea me consta, sin que usted me lo diga, porque antes de los sucesos de mayo, no faltaron catalanes para decirme que debía encargarse del mando en Cataluña un general. (Recuerdo de un catalán, catalanista, que llegó a decirme: «Envíen ustedes aunque sea un Martínez Anido». Todavía no he vuelto de mi

asombro). Todas esas habladurías acerca del gobernador no tienen fundamento, por la razón que he dicho. Las habladurías de Barcelona son capaces de socavar el Imperio romano… Otra cosa es la declaración del estado de guerra. Delante de Comorera y de Bosch me oyó usted decir aquí mismo que yo había aconsejado al Gobierno que no declarase el estado de guerra, sin tener antes montado el mecanismo gubernativo y judicial encargado de aplicarlo. Mis razones, desgraciadamente, se fundaban en hechos conocidos. Supongo que el Gobierno se habrá preocupado del asunto. Pero en cuanto a la declaración misma del estado de guerra, parece que no la considera por ahora necesaria. El estado de guerra, como usted sabe, previsto en las leyes, no suprime la Generalidad ni la suspende. Tampoco es exacto que el vínculo del Gobierno sea la política que desarrolla en Cataluña. El vínculo del Gobierno es el compromiso, la obligación y el interés de sostener la guerra. Si no fuese ese, no sé cuál podría ser. Desde luego, no es la política «anticatalana», más: este Gobierno tiene mejor disposición respecto de los asuntos de Cataluña que el anterior, a pesar de que figuraban en él cuatro ministros de la CNT, tres de ellos catalanes. No tendrá usted la pretensión de hacerme creer en el catalanismo de la Confederación…

—Muchos no son catalanes.

—En efecto, pero muchísimos lo son. Les importan otras cosas distintas del catalanismo, que es principalmente republicano y burgués. Las vejaciones y desconsideraciones, de que ustedes se quejan, no son en el fondo más que actos de gobierno para restablecer en Cataluña las funciones que por ley corresponden al Estado. Podrá haber faltas de tacto, palabras excesivas, incorrecciones en alguna conducta personal: no lo discuto. Todo eso es fácilmente corregible, en cuanto ustedes se lo hagan ver al Gobierno. Lo que importa es la cuestión de fondo. Companys repite ahora que el Presidente de la Generalidad es el representante del Estado en Cataluña. Perfecto. Pero con dos observaciones: 1.ª, que esa representación obliga al Presidente de la Generalidad a cooperar lealmente con el Estado en los fines que le son propios en Cataluña, y en modo alguno le autoriza para interponerse como un estorbo; 2.ª, es lastimoso que Companys no se haya acordado en tantos meses de que tenía, como Presidente de la Generalidad, aquella representación. Su deber más estricto, moral y legal, de lealtad política, e incluso personal, era haber conservado para el Estado, desde julio acá, los servicios, instalaciones y bienes que le pertenecían en Cataluña. Se ha hecho lo contrario. Desde usurparme (y al Gobierno de la República, con quien lo comparto) el derecho de indulto, para abajo, no se han privado de ninguna transgresión, de ninguna

invasión de funciones. Asaltaron la frontera, las aduanas, el Banco de España, Montjuich, los cuarteles, el parque, la Telefónica, la Campsa, el puerto, las minas de potasa… ¡Para qué enumerar! Crearon la Consejería de Defensa, se pusieron a dirigir su guerra, que fue un modo de impedirla, quisieron conquistar Aragón, decretaron la insensata expedición a Baleares, para construir la gran Cataluña, de Prat de la Riba…

—Era un momento revolucionario.

—Una revolución de tipo social, si usted quiere, o más bien anárquica. Porque ustedes, desde la Generalidad, no han proclamado una revolución nacionalista o separatista. Querían hacerla pasar a favor del río revuelto. Un programa del 6 de octubre, ampliado. Ya que entonces no pudieron ustedes contar con un levantamiento de los sindicatos, que no les importa nada el Estatuto, han aprovechado el levantamiento de julio y la confusión posterior para crecer impunemente, gracias a la debilidad en que la rebelión militar dejaba al Estado. No alegue usted, para justificar todo eso, que el momento era revolucionario, porque se sacaría la consecuencia de que ustedes son unos políticos, unos partidos, en acecho de la primera ocasión para faltar a la lealtad. Acaba usted de decirme, con ingenuidad, que todas aquellas invasiones, si la paz se hubiese restablecido pronto, habrían sido otros tantos triunfos en sus manos. No era menester confesarlo, porque los hechos hablan solos. Además, Lluhí, cuando era ministro, dijo, en el primer Consejo que se celebró en Palacio después de la rebelión, que cada cual procuraría ocupar posiciones para ser el más fuerte el día de la paz. Cálculo compartido por muchas organizaciones y poderes, no exclusivo de los catalanistas. Pero en Barcelona había un Gobierno regular y responsable, y su culpa es mayor. Cuando estábamos en vísperas del 6 de octubre, usted me oyó pronosticar el fracaso más estrepitoso. Pues el 6 de octubre gigantesco que allí han creído realizar no estaba destinado a un fracaso menor, aunque la paz se hubiese restablecido en seguida y ustedes hubiesen tenido en su mano todos los triunfos soñados, incluso las Baleares. La reacción habría sido terrible y toda España se habría revuelto contra un hecho así. ¡Que muchas de aquellas usurpaciones y excesos los cometían directamente los sindicatos, la FAI! ¡Ya sé! Pero no solamente sin oposición, sino con la tolerancia o la connivencia útil del Gobierno catalán. Apoderarse la Generalidad del Banco, o de otros establecimientos y servicios, con el pretexto de que lo hacían para que no los tomase la FAI, es caso miserable, se acepte o se rechace la realidad inmediata del pretexto. En suma: la Generalidad, cuyo Presidente, como recuerda ahora Companys, es representante del Estado, ha vivido no solamente en

desobediencia, sino en franca rebelión e insubordinación, y si no ha tomado las armas para hacerle la guerra, será o porque no las tiene o por falta de decisión, o por ambas cosas; pero no por falta de ganas, porque la intención está conocida. Cuando, abrumados por la opinión pública, tuvieron ustedes que resignarse a que el Estado rescatase el servicio de Orden público y se suprimiese la Consejería de Defensa, Cataluña respiró. Eran las medidas más urgentes, porque iban a remediar lo más escandaloso. Se las había aconsejado yo a Caballero, y al propio Tarradellas le dije muchas veces en Barcelona que lo de la Consejería de Defensa era un dislate. Me contestaba que tenía razón, pero que era imposible suprimirla. Las disposiciones consiguientes a esas medidas solo adolecen de lentitud, de parsimonia. Si han expulsado a cien agentes de la Generalidad, es un caso específico del que debe responder el ministerio de la Gobernación. Pregúntenle los motivos. Si han entrado trescientos agentes comunistas, me parece mal. Apoyaré cerca del Gobierno cualquier reclamación de ustedes, siempre que sea fundada y tienda a impedir que la policía pertenezca a un partido. Que hubiesen renovado todos los mandos de Orden público, lo ignoraba; me parece acertadísimo, porque nadie que haya ejercido funciones de autoridad en Barcelona, durante los tiempos pasados, está en condiciones de seguir ejerciéndolas: están desmoralizados, entregados, demasiado hechos a la desobediencia y a la anarquía. Por otro estilo, sucedía lo mismo con los jefes y oficiales del ejército metidos en la Consejería de Defensa: demasiado columpiarse entre la anarquía, la Generalidad insubordinada, y sus deberes de militares al servicio del Estado. Yo conozco un oficial catalán que se marchó de Barcelona entristecido de lo que allí ocurría, entristecido por su tierra, a la que quiere, y por la República española, a la que sirve fielmente. Hablaba usted del comercio exterior. ¿Leyó usted, a su tiempo, la nota publicada por Peiró, catalán de Mataró, de la CNT, ministro de Comercio en el Gobierno de Largo? La publicó pocos días antes de salir del Gobierno, creo que durante la crisis. Ignoro cuál fue su intención. Es un acto de acusación contra ustedes. No lo achacarán a nacionalismo españolista, ni a centralismo. En fin de cuentas, ocurre que la Generalidad se ha desbordado. Hay que volver al cauce normal. Y cada vez que el Gobierno, lentamente, empuja hacia ese cauce, repone un servicio, etcétera, ustedes protestan, gritan que se les veja y desconsidera, como si el abuso corregido fuese un derecho indiscutible que les perteneciese. Es necesario que cada cosa, cada función, vuelva a sus quicios. Es más: ustedes no podrán entenderse con el Gobierno de la República, este u otro, mientras esa rectificación no se cumpla, y el acuerdo depende de hacerla y de la buena

voluntad que ustedes pongan en ello. Ya que no el entusiasmo, ni el convencimiento, ni el interés político, debería obrar en ustedes el peso de la necesidad. Lo que usted se alaba de haber hecho en el asunto de la Universidad, soltando «un triunfo», hay que hacerlo en todos los servicios y funciones. Lo mejor sería que partiera de ustedes. El Gobierno lo ha de hacer, de todos modos. Nadie podrá quejarse con razón. Le he aconsejado que gobierne en Cataluña con estricta sujeción a su derecho y que defienda su patrimonio, es decir, el del Estado, en todos los órdenes. Cuando esté cumplido, no se le habrá mermado a Cataluña ninguna facultad del Estatuto. Esta acción de gobierno solamente puede impedirse de una manera: perdiendo la guerra. Entonces, los que sobrevivan tendrán ocasión de saborear el fruto de sus torpezas, de sus locuras, de sus cálculos egoístas y de su deslealtad. Le he oído a usted que los catalanes no saben por qué se baten…

—No es eso. He querido decir que no saben lo que será de Cataluña, el día de la paz, siguiendo por este camino.

—Viene a ser igual. Si no saben por qué se baten, díganselo. Se baten por la República española, por la libertad de España, de la que es parte integrante Cataluña, con su régimen autonómico.

—Yo también sirvo a la República española y soy de la España de la República.

—Muy bien. Reconozca usted que se ha hecho todo lo necesario, y más, para hacerles creer que empuñarían las armas y se les llamaba a filas para otra cosa. (No digamos batirse, porque desde septiembre del 36 hasta hace muy poco, en el frente de Aragón no se ha dado golpe). Las extralimitaciones y abusos de la Generalidad, de que hablábamos antes, y la mayor parte de los decretos publicados por sus Gobiernos, son de tal índole, que no caben ni en el federalismo más amplio. ¿Qué significan? Añada usted el tono general de los periódicos catalanistas, de los discursos y arengas oficiales, su ambigüedad, cuando no su descaro. Delegaciones de la Generalidad en el extranjero. Eje Bilbao-Barcelona. La Generalidad emite billetes (que en opinión de Nicolau, son pura moneda falsa) sin consultar ni prevenir siquiera al Gobierno, y la prensa dice: «Se ha creado la moneda catalana». Se publica el decreto de movilización incumplido, por cierto, y el comentario es: «Ha sido creado el ejército catalán». El Gobierno español envía a París y Londres aquel memorándum en que se hablaba de Marruecos: Declaración de Companys: «No creo que sea cierta la noticia, porque no me han consultado, y *todos los pueblos ibéricos* tienen intereses en Marruecos». Los periódicos publican los partes de guerra bajo dos rúbricas diferentes: una dice Cataluña;

la otra, España. ¿Recuerda usted la algazara que los mismos papeles movieron cuando el acorazado inglés *Nelson*, después de visitar el puerto de Valencia y de saludar al Gobierno, se presentó en aguas de Barcelona? Fue tal, que el acorazado zarpó a las pocas horas. Que Cataluña asiste a esta guerra como nación, se lee a menudo en la prensa barcelonesa, y con muy buenas firmas. A lo que replican algunos: «como nación neutral».

—¿Neutral? Si tiene 150 000 de sus hijos en filas.

—Cuando se dice un despropósito mortificante, hay que esperar una réplica igual.

—Pues ya ve usted, la censura no ha permitido decir que en los combates de Brihuega tomó parte una columna catalana.

—Mezquindad, si en efecto había allí esa fuerza catalana. Pero no querrá usted presentarme ese error de la censura, ni el hecho mismo de la participación catalana en aquella acción, como contrapeso ni disculpa de cuanto vengo diciendo. No hay paridad. Ni correspondencia en el tiempo, porque todo ha ocurrido antes de Brihuega. A nada de cuanto he dicho puede usted oponer el menor reparo. Los catalanes están obligados a batirse por lo que es y representa la República española. Si la guerra se gana, o no se pierde del todo, Cataluña puede muy bien llegar hasta el fin con su régimen intacto. Pero que llegue o no, o que lo conserve después, depende principalmente de la conducta que observen en adelante. Poniéndose en regla con el Gobierno y con la República. Debo advertirle que soy irreductiblemente opuesto a que el Gobierno entre en tanteos y regateos con la Generalidad, en transacciones y componendas sobre los abusos e ilegalidades. No firmaré ningún decreto que pretenda dar apariencias de legalidad y de permanencia aceptada a las invasiones de que el Estado ha sido víctima en Cataluña. Me figuro a qué alude usted con su expresión de que «la historia se repite». No tome usted demasiado al pie de la letra ese tópico. Lo que llamamos repetición de la historia, considerando ciertas circunstancias generales, no impide que algún factor principal sea diferente y varíe sustancialmente la solución de cada caso.

—Pero hay situaciones parecidas…

—Bien. Me doy por enterado. Ahora no estamos en guerra con Luis XIII ni hay un Richelieu, aunque no falte en Barcelona quien sueñe con Claris.

—Companys, ¡no!

—No le he nombrado. Pero alguien sueña.

—Companys, no; Companys, no…

—Mejor. Eso prueba que no ha perdido el juicio. En cuanto a que el PSUC, imbuido de comunismo, pretenda, favorecido por el Gobierno,

avasallarlo todo en Cataluña, es un error de hecho. Es preciso un desconocimiento absoluto de la situación, para creer que el Gobierno favorece en ninguna parte la política de los comunistas. En no pocas cuestiones los ha frenado. Lo sé muy bien. Pero no hace falta saberlo para comprender que un gobierno formado por republicanos y socialistas no querrá suicidarse; y a eso equivaldría lo que usted dice. Se queja usted de que un partido obrerista pretende avasallar a los republicanos en Cataluña. Hasta hoy, no los ha avasallado. Pero ustedes han vivido muchas veces en coyunda con la Confederación y la FAI. Tienen ahora poca autoridad para quejarse. Usted sabe de sobra que durante ese tiempo, el Gobierno catalán había casi desaparecido. Venía a ser una comisión de delegados, que no gobernaba ni administraba nada. ¿No recuerda usted lo que hablábamos las dos o tres veces que estuvo usted a visitarme en Barcelona, siendo alcalde? A mí no se me han olvidado sus tristezas, su desánimo, su desencanto. No tenía usted nada que hacer en la alcaldía… ¿Por qué? Porque mandaban otros. Una anécdota. Un puñado de mozalbetes libertarios derrocó unos monumentos en el parque de la Ciudadela. Emplearon varios días en su tarea, delante de grupos curiosos. Usted, como alcalde, no impidió que le saquearan así el parque municipal. No había más que hacer respetar la policía urbana, pero usted no pudo, sin duda. ¿Qué era? ¿Aquiescencia, impotencia? Cuando se ha gobernado así meses y meses (porque la anécdota simboliza un sistema), no es congruente protestar en nombre de Cataluña y de su autonomía porque un partido pretende sobreponerse a los republicanos catalanistas.

—Pero lo que ocurría entonces en Cataluña era una cosa viva, callejera…

—Quiere decirse que las cosas «vivas», «callejeras», aun siendo puro desmán, las soportan ustedes y les sirven de tapadera, de pretexto, o de guerra auxiliar para sus fines propios. Lo que les ocurre a ustedes, republicanos catalanes, no es distinto de lo que padecen los republicanos de otras regiones. En todas partes, los partidos obreros y los sindicatos acosan a los republicanos, prescinden de ellos cuanto pueden, los atacan, y usted sabe que en Cataluña bastantes republicanos han perecido con ocasión de aquel movimiento «vivo y callejero». Los republicanos se aguantan, protestan o se defienden como pueden. No pasan de ahí. Pero como ustedes, republicanos catalanes, son además y principalmente catalanistas y nacionalistas, todo lo ven a través de ese cristal, y aquel fenómeno, común en toda la República, toma en labios de ustedes el valor de un ataque a la catalanidad. Que otros partidos les miren a ustedes como enemigos, porque los consideren como burgueses, no es caso peculiar de Cataluña. Que esos u otros grupos sean

menos catalanistas que ustedes, o sobrepongan al catalanismo otros propósitos, ¿va usted a negar que es su derecho? No puedo tomar en serio la indicación de que la influencia política de Cataluña debería aumentar, porque ha disminuido el territorio de la República. Estas cuestiones no se miden por metros. Ha disminuido el territorio, pero lo que el Estado es y representa, por sí y en sus relaciones con otros organismos y entidades públicas, no se estira ni se encoge según los movimientos de las tropas sobre el suelo. La misma pretensión que ustedes podrían ostentar Cuenca y Almería… La conclusión de su doctrina vendría a ser que reducido el territorio leal a lo que es Cataluña, el Estado tendría que desaparecer. Percibo muy bien el punto de arranque, que es psicológico y moral, de esa indicación. Lamentable, pero, no lo dude tampoco: inadmisible. He sabido que algún diputado catalán le ha dicho al Gobierno que, si todas estas cosas no se arreglan antes del 1 de octubre, los parlamentarios de Esquerra cambiarán de actitud en las Cortes. No me corresponde decirles a los grupos parlamentarios lo que deben hacer. Pero sepa usted que ese sería el penúltimo disparate a que pueden ustedes lanzarse; fíjese bien: el penúltimo. El último sé muy bien cuál podrá ser; no se lo digo ahora. Se lo avisaré con tiempo suficiente. Me ha hablado usted también alegando que soy amigo de Cataluña. Es menester no dejarse extraviar por esa expresión, y como es ambigua, lo mejor sería no emplearla. En alguno de mis discursos en Barcelona, posteriores a la aprobación del Estatuto, he aludido a eso. Ustedes no son, no eran, un pueblo desvalido, que hayan encontrado en mí su tutor. Soy amigo de Cataluña, ciertamente; también lo soy de León o de Granada. Cuando yo vine a la política, hacía años que estaba vivo aquel complejo de discordias irritantes llamado el problema catalán. Cuando presidí por primera vez el Gobierno, ya estaba planteada en el Parlamento la cuestión del Estatuto. Ni el uno ni la otra fueron inventos míos. Me apliqué a resolverlo, en el terreno político y parlamentario, con entusiasmo, no pensando especialmente en el programa de ustedes, sino en la concordia de toda España. En mi discurso sobre el Estatuto creo haber dicho que el «problema catalán» no era una cuestión de Cataluña, sino de toda la nación, cuyo arreglo se buscaba en una estructura nueva del Estado, de la que había puesto las bases la Constitución, discutida y aprobada en esa parte bajo la presidencia y dirección de Alcalá-Zamora. Por lo visto, es más fácil hacer una ley, aunque sea el Estatuto, capaz de satisfacer las aspiraciones de Cataluña, que arrancar la raíz psicológica del recelo, de la desconfianza, de las emulaciones viciosas y, sobre todo, la raíz de ese sentimiento deprimente de pueblo incomprendido y vejado, que ostentan algunos de ustedes. Con el

temperamento que tengo, si yo fuese catalán, ese sentimiento me avergonzaría. Pensaba yo haber adquirido cerca de ustedes cierta autoridad de consejero desinteresado, para, sin mezclarme en sus políticas, como usted sabe que nunca me he mezclado, poder decirles oportunamente unas palabras de cordura. Después de mi discurso de agosto del 34 en Barcelona, y, sobre todo, después de los sucesos de octubre de aquel año, estoy convencido de que no es así. Del honroso título de amigo de Cataluña (a condición de entenderlo bien) ni ustedes ni yo hemos sacado nada útil para el interés público, que es lo importante. Lo he comprobado durante mi estancia en Barcelona, hasta los sucesos de mayo. Con todo, le diré a usted que sigo siendo fiel al régimen autonómico. Deseo que se restablezca en Cataluña el régimen del Estatuto, pero completo, en todos sus órganos y sobre la base de la democracia. El despotismo de un grupo o de una persona, abrogando todas las garantías de responsabilidad y violando todos los límites del Estado, no es la autonomía. Así me lo han oído todos los catalanes que me han visitado, incluso Casanovas, que representa, según me dijo, lo más extremo del catalanismo. («Pero nadie lo cree», interrumpe Pi, sonriendo). Y todos ellos me han dado su conformidad. La salvación y el prestigio de la autonomía depende de ustedes. No han sido ni el Estado ni los «centralistas» quienes los han comprometido. Recuerde usted que las izquierdas miraban con simpatía el régimen nuevo de Cataluña, por ser obra de la República, que daría satisfacción a los catalanes, base de la concordia.

—¿Y hemos perdido esa simpatía? ¿Se ha cambiado en hostilidad?

—No diría yo tanto, porque no puedo aquilatarlo. Por diversos motivos, la opinión general no conoce puntualmente todo lo ocurrido en Cataluña y hasta dónde ha llegado la Generalidad. De algo está enterada, y concluirá por enterarse del todo, a medida que se disuelva el confusionismo revolucionario. Los sucesos de mayo han producido escándalo, indignación. Está muy extendida la creencia de que Cataluña no ha cooperado en la guerra como debiera. Todo ello puede tener consecuencias desagradables. Si no perdemos la guerra, el porvenir de la autonomía depende de que desde ahora observen ustedes una conducta irreprochable. No es menester que renuncien a ningún texto. Basta acatar los vigentes. Yo no creo que la guerra produzca, subsistiendo la República, cambios en la estructura del Estado tan profundos como algunos pensaban. Republicanos circunspectos, moderados, que en las Cortes se resistían a votar el Estatuto, han dicho ahora en sus discursos, o a mí, en conversaciones privadas, que España sería una federación de repúblicas, con lazos muy débiles, entrando y saliendo en la federación

libremente… ¡Liviandad de las cabezas sin pensamiento propio, a merced del viento que sopla! Lo tengo a gran disparate.

—Tampoco yo creo posible…

—Claro está que si al pueblo español se le coloca en el trance de optar entre una federación de repúblicas y un régimen centralista, unitario, la inmensa mayoría optaría por el segundo. Pero debe evitarse la opción entre dos extremos. Para conseguirlo, en cuanto les interesa a ustedes especialmente como catalanes, no hay más camino que el de observar lealmente el régimen, entenderse con el Gobierno, y ayudarle a sortear la guerra. Tenemos el ejemplo de las industrias de Cataluña. Todas debieran estar bajo la dirección superior del ministerio de Defensa. No solamente ha sido imposible lograrlo; tampoco se logra que el Gobierno intervenga lo más mínimo en la producción de material en Cataluña. Cuatro veces ha ido Prieto a Barcelona para ello, sin resultado. Acaba de regresar de allí el subsecretario de Armamento, con igual éxito. Muchas personas dicen que eso es *sabotear* la guerra.

Pi y Suñer protesta. Entramos al final de la conversación. Como se habla de nuevas entrevistas con el Gobierno y de la probable venida de Companys, le digo que yo no puedo hacer otro papel que el de este diálogo, pero lo repetiré con quien se estime conveniente. Tal vez por no separarnos bajo una impresión penosa, o porque realmente lo espera, Pi y Suñer me dice al despedirse: «Bueno: confiemos en que todo se irá arreglando con buena voluntad». «Sin duda. Y no teman ustedes que los avasallen. Ya ve: la CNT les ha tenido varios meses en su mano, y al fin ha soltado la presa».

20 de septiembre

Anoche a la una me llamó Negrín desde Ginebra. Me informó del estado en que se encontraba el asunto de la reelección de España y el vergonzoso tratado que el delegado chileno, en nombre de varias delegaciones americanas, pretendía arrancarle al Gobierno a cambio de sus votos. Proponían que los millares de asilados en las embajadas (en algunas de las cuales funcionan incluso unos Estados Mayores, en connivencia con los rebeldes) salieran libremente, comprendidos los militares desertores, los delincuentes comunes, los hombres en edad militar, etcétera, poniéndolos el Gobierno español en un puerto. El lastimoso y denigrante asunto de los asilados en las embajadas no podía tener un final más feo. Ya se necesita cinismo y poca vergüenza para ligar con esa cuestión la de votar o no la

candidatura de España. Negrín me dijo que su opinión era contraria a aceptar la propuesta del chileno, pero antes de contestar quería conocer mi criterio. En suma, le dije que por importante que fuese la reelección de España, no podía comprarse con la dignidad del Gobierno. Lo celebró mucho, y me dijo que en el acto escribiría la carta desechando la proposición.

Hoy, a media mañana, me ha telefoneado Prieto para decirme que la candidatura de España había sido rechazada, faltándonos nueve o diez votos para el quórum.

Después he ido a Valencia, por ser día de visitas. Allí he recibido a Prieto, que me llevaba la firma. Me ha leído también una carta de Negrín. Es muy lacónico escribiendo. Dice que se cansa de hacerlo, «quizá porque no sabe». No me saca de ninguna duda. Ya anoche le pregunté qué había de las conversaciones proyectadas. Contestó que las había iniciado, pero que aquellos señores, «por motivos que me diría de palabra», no tenían interés en zanjar el asunto rápidamente. No dijo más; ni en la carta tampoco.

He dado cuenta a Prieto de lo principal de mi conversación con Pi y Suñer. También han hablado ellos, largamente. Y además, con Bosch y Santaló. Prieto se enoja por el tiempo que le hacen perder. «Hoy, cuatro horas de catalanismo —le dijo a Pi— encima de todos mis quehaceres. Es imposible». A Pi y Suñer le ha soltado esto: «Mire usted: yo soy de una franqueza brutal. Todo lo que pasa con Cataluña proviene de que están ustedes gobernados por un enfermo, como Companys, y por dos miserables canallas como Tarradellas y Comorera». Son incapaces de una reacción noble, me dice.

Por la tarde, llama el ministro de la Gobernación para comunicarme que las fuerzas de Orden público de Barcelona se han apoderado del edificio de los Escolapios, en la ronda de San Pablo, y se ha encontrado un depósito de varios cientos de fusiles, unas ametralladoras, ocho mil bombas, algunos millones de cartuchos, dieciséis coches, etcétera. Hubo alguna resistencia. Un muerto. La operación duró ocho horas. ¿Será esta la política de provocación de que hablaba Pi? También, en el edificio de la Nunciatura en Madrid, se han encontrado armas y municiones, que no pertenecen a las derechas, según me dice el ministro.

23 de septiembre

Ha venido Prieto a despachar. Hemos hablado de los asuntos de Ginebra, de los que no espera nada. Cree que una vez más se tratará de ganar tiempo,

en espera de que la guerra se decida en nuestra contra. A su parecer, Inglaterra desea la ruina total de España, para que el vencedor quede a su merced. También hablamos de las operaciones militares. El enemigo ya sabe lo que se proyectaba en el norte de Guadalajara y se ha prevenido. Respecto de lo que ocurre en la zona de Huesca, tiene la impresión de que por allí no hay enemigo. Me habla de un proyecto de socorro a Asturias, que consistía en formar un gran convoy en los puertos franceses, para llevarlo a Gijón, escoltados por todos los destróyers que pudieran reunirse. El Estado Mayor se opone. Le he pedido un informe escrito y me ofrece enviarme copia. Ha hablado con unos evadidos de Santander. Referencias horrorosas de los últimos momentos en la ciudad, antes de la entrada del enemigo.

24 de septiembre

Bolívar, que ha estado en Barcelona estos días, me trae una carta de Bosch Gimpera, acompañando a una nota sobre el asunto Vidiella y a tres artículos de periódicos sobre lo mismo. Los artículos de *La Publicitat* son correctos. En la nota de Bosch se repite que no existió el acuerdo de la Generalidad, a que se refería Vidiella. En rigor, seguimos sin saber a qué atenernos, porque como hay varias clases de acuerdos, según he oído el otro día, es probable que todo verse sobre un equívoco.

Por la tarde, Prieto telefonea preguntando si puede venir a traerme un decreto. Ha venido, en efecto. «Lo del decreto —me dice— es un pretexto para venir. Ayer me sentó muy bien el paseo hasta aquí, e incluso me sentí poeta entre estos pinares, contemplando el paisaje. Hoy he tenido molestias del corazón. Lo que más siento, es que mi capacidad de trabajo disminuye mucho». Le digo que puede venir aquí cuando quiera y el tiempo que quiera, a descansar. Pero no tiene ni un momento libre. Ha pasado después al comedor, donde estaba parte de mi familia y algunos amigos. Le ha dado por hacer chistes acerca del régimen de alimentación a que le someten los médicos, y cómo lo burla, cuando puede. Estaba muy ocurrente y parlanchín, y ha recordado con gracia anécdotas del primer Gobierno de la República. Su desgarrado escepticismo acerca de las personas y de las cosas le presta una mordacidad de acero. Varios de los presentes no le conocían, y se han maravillado de que la «fiera» tenga tan buenos ratos de humor. Se ha ido después de anochecer.

25 de septiembre

Me envía Prieto la copia del informe del Estado Mayor sobre el proyecto de socorrer a los de Asturias. Desechan el proyecto, a mi juicio, con razón. De la fraseología de uno de los documentos vale más no hablar. El estado de la Marina, que se pinta en el escrito del jefe de Estado Mayor, es como yo lo imaginaba. Habla de «la atención que ejercen los puestos extranjeros sobre las dotaciones».

He leído el texto del discurso pronunciado por Negrín en un banquete de periodistas, en Ginebra. No me ha parecido bien. Violencia, no ya inútil e ineficaz, sino perjudicial. Ante la reclamación alemana por los ataques a Hitler, el Gobierno suizo ha dicho «que no podía proceder contra el señor Negrín, porque le ampara la inmunidad diplomática».

Un diputado de Unión Republicana, Fulgencio Diez Pastor, se ha encontrado en Barcelona con un funcionario de mi secretaría particular, y en una larga conversación le ha dicho pestes de su jefe, Martínez Barrio, y de sus acólitos más inmediatos. Ha trazado unas cuantas semblanzas, muy divertidas, pero que no me descubren nada nuevo. Lo nuevo es otra cosa: Según Diez Pastor, en octubre del año pasado, Martínez Barrio les dijo a unos amigos que yo estaba dispuesto a marcharme de España de un momento a otro. «Deben ustedes hacer todo lo necesario para impedir que don Manuel se marche», les decía. El propio Diez Pastor se lo oyó. ¿Dónde bebería su inspiración Martínez Barrio? En Madrid no sería, porque desde el 18 de julio, en que desapareció sin decir adiós, no volvió a la capital hasta mucho después, y solamente por brevísimas horas, las indispensables para reunir a la Diputación permanente y cumplir la fórmula de promulgar el «estado de alarma». Se conoce que el espanto de verse obligado a ocupar mi sitio le hacía ver visiones. Los que se pasan de maliciosos dan al caso una explicación distinta, y hasta contraria. No la creo, precisamente por la situación.

27 de septiembre

Al salir de mis habitaciones para ir a Valencia, me entregan unos partes de guerra. En Zuera ha habido un contratiempo grave. Parece ser que habiendo comenzado ya el despliegue de fuerzas para una operación que iban a realizar conjuntamente el Ejército del Centro, el de Teruel y el de Aragón, un teniente coronel de Caballería se ha pasado al enemigo, llevándose las órdenes y los planes de las operaciones. Ha sido menester suspenderlo todo.

Lo de Asturias, perdiéndose poco a poco. Ayza me ha dado la memoria que le pedí sobre las operaciones y los sucesos de Asturias el año pasado. No es enteramente lo que yo quería, porque se limita a contar las operaciones militares en que él intervino. Sin embargo, es útil para conocer las condiciones generales en que se planteó allí la resistencia, y se apuntan algunas de las enormes faltas cometidas, sin exceptuar la inicial.

En Valencia me han visitado el Presidente del Consejo y Giral, que regresaron anoche de París. Hablamos cerca de dos horas, un poco *à bâtons rompus*, pues aunque yo no los he interrumpido con preguntas ni observaciones, Negrín, que ha llevado lo principal del relato, no lo traía organizado ni puesto en orden.

Tono dominante: hemos hecho cuanto hemos podido. Pero ¡aquel ambiente!, ¡aquellas gentes! *Un peu penauds*, como quien vuelve de la feria sin haber vendido la ternera. Persisten la hostilidad y la desconfianza, pero se ha ganado mucho. La conducta del Gobierno es generalmente bien apreciada, y se estima que ha realizado un esfuerzo provechoso, como no se podía esperar. La sumisión de los anarquistas, ¿es efectiva?, ¿no se trata de una apariencia?, ¿el Gobierno tiene medios para imponer su autoridad? Son las preocupaciones dominantes en cuanto a la situación interior. Negrín ha tratado de inculcar en sus interlocutores la convicción de que la guerra será todavía muy larga; puede durar año y medio o dos años. Afirma Negrín que esto produce mucho efecto, y estimula a buscar la solución, por el peligro que tal situación entraña. Se ha abstenido, y así se lo han aconsejado nuestros mejores amigos, de descubrir la realidad de nuestras dificultades, porque si apareciésemos en situación desesperada, nos abandonarían todos. Es obvio. A esa perspectiva de guerra larga, ha añadido que no deseamos nada tanto como la paz, subsistiendo las instituciones republicanas. No es cierto que en el Gobierno francés se haya considerado conveniente la retirada de los comunistas. Lo han negado separadamente Blum, en conversación con Giral, y Auriol, hablando con Negrín. Auriol ha añadido: «Eso será la opinión personal de quienes quisieran vernos también a nosotros fuera del Gobierno».

Pondera Negrín la falta de una política definida y clara, tanto en Francia como en Inglaterra. En su primera entrevista, Eden estuvo reservado. En conversaciones posteriores se condujo con más franqueza, y le hizo a Negrín confidencias que estima desusadas en las habituales circunspección y cautela británicas. Eden está convencido de que a su país no le conviene el triunfo de Franco. El Gobierno británico está dividido. El primer ministro teme que el comunismo ponga la garra en la Europa occidental. El Imperio británico sufre

las consecuencias, según Eden, de su política de desarme. Ha tenido que aguantar indignidades. Inglaterra cree tener, y de seguro tendrá, fuerza bastante para oponerse a Italia y Alemania juntas. Pero la opinión pública inglesa no aceptaría la guerra, como no llegase a persuadirse de que las indignidades son insoportables, y del peligro del Imperio. Londres no puede todavía defenderse eficazmente de un ataque aéreo. Las destrucciones serían gravísimas, y aunque no fuesen mortales y se pudiera dar la réplica, existe el peligro de que el pueblo inglés se echara atrás, si no estaba convencido de la necesidad de la guerra. En Inglaterra nada puede hacerse contra la opinión pública. El pueblo inglés es lento. Como Negrín le hizo observar que sus discursos en Ginebra no parecían muy de acuerdo con esas ideas, Eden replicó que él, en Ginebra, tenía que hacer también política interior para su país, y sus discursos tenían que agradar al Gobierno y a la opinión que le sostiene. Eden se fue a Londres porque el Gobierno se reunía en Consejo. Se anunció la reunión del Gobierno francés, para examinar lo que en Londres se hubiera deliberado. Negrín se marchó a París para hablar con algunos ministros, antes del Consejo. No se reunió, por fin, el Gobierno francés, porque el británico tampoco se había reunido, para no introducir un elemento nuevo en la situación creada después de la gestión realizada en Roma por los encargados de Negocios de los dos países.

La posición del Gobierno francés no es más segura. El Presidente prefiere apagar todos los motivos de alarma que pudieran inquietar a la opinión. Algunos ministros le han dicho a Negrín: «Eso, no se lo diga usted al Presidente…». «No conviene hablarle de tal o cual cosa». No es enteramente exacto que Francia vaya a remolque de Inglaterra; pero Francia conoce que, con sus fuerzas y las de la URSS, no podría afrontar un conflicto sin la colaboración de Inglaterra. El miedo a distanciarse de ella es decisivo. Opina Negrín que Francia quiere llegar a una transacción con Italia, valedera por más o menos tiempo. Ha hablado con Chautemps un par de veces. El Presidente francés se lamentó de las declaraciones que Largo Caballero ha hecho en París, de las cuales se deducía que, de no resolver los Gobiernos el problema en Ginebra, las Internacionales provocarían una agitación interna. «Nos amenaza con la guerra civil». Que esto lo diga quien hace cuatro meses presidía el Gobierno español, ha causado un efecto deplorable. (Largo se dejó cazar por el repórter de *Le Matin*. Paletismo. Tontería. Ignorancia del terreno que se pisa. Después ha habido una carta o nota de Largo, aclaratoria, o de rectificación. Pero el efecto estaba logrado. Con no irse de la lengua, sobran las aclaraciones). Chautemps no supo qué hacer. «Haberle puesto en la

frontera», respondió Negrín. «No me atreví, tratándose de un ex Presidente del Gobierno español».

El tránsito de material por Francia parece ya seguro. Han llegado a sus puertos uno o dos barcos de Rusia. Material francés no podemos comprar, porque lo necesitan. Según Negrín, las maniobras últimas han demostrado la situación «desastrosa» de la aviación. Preocupación consiguiente, porque la italiana es muy buena. Daladier admite que vengan a España oficiales franceses de la reserva. «No aguantarían ocho días», le digo a Negrín. «Conocen muy bien lo que ocurre». «Una cosa es conocerlo y otra aguantarlo. Los franceses son muy militares y muy exigentes. No se avendrían con los usos imperantes». Me importaba más que nada saber si habían tocado en sus conversaciones el punto fundamental, de que tanto hablamos. Averiguo, con poca precisión, que tanto uno como otro han dicho algo; pero con timidez, vagamente, y apresurándose a recoger velas. Negrín, en su última entrevista con Chautemps, le aseguró nuestros deseos de paz, conservando la República. Negrín no me ha puntualizado esta parte de su conversación. Espero lograrlo otro día, cuando hablemos más despacio. Por su lado, Giral, no ha podido tratar de ello con Delbos, en Ginebra, pero se ha encontrado con Blum en Praga. Si no llega a morirse Masaryk, se habrían vuelto con el encargo inédito. Con la salvedad, completamente inoficiosa y problemática, de que nunca aceptaremos una mediación o intervención (¿por qué decir más de lo necesario?), Giral le instruyó de que el Gobierno español recibiría y estudiaría con la mayor atención cualquier sugerencia que el Gobierno francés quisiera hacerle para restablecer la paz, siempre que se conservase la República. «Con este criterio —añadió— está conforme el Presidente de la República». Blum le contestó: «¡Ah! Es la primera vez que me hablan ustedes de esa manera». (Al oír a Giral, pensaba yo que esta respuesta me sonaba a cosa conocida. Ya la habían dado alguna vez, a propósito de lo mismo, tiempo hace. Negrín debió de pensar algo parecido, porque observó: «No sé cómo Blum puede decir eso, porque ya sabía nuestro punto de vista»). Giral remachó su indicación, para que Blum y el Gobierno «piensen en ella y la mediten». Esto ha sido todo. El ministro está muy satisfecho del recibimiento que les han hecho en Praga. Habló tres cuartos de hora con Benes, que le dijo mil cosas amables para la República y el Presidente.

—Y ahora: ¿cuál es el plan de ustedes? —pregunté.

—Hay que esperar el resultado del viaje de Mussolini, y en qué forma se plantea la conversación anunciada en Francia, Inglaterra e Italia.

—¿Ustedes no han podido colegir ningún indicio de lo que será la posición francesa y la inglesa respecto de la retirada de los extranjeros?

—No. Parece que tampoco en eso tienen plan común.

—Las impresiones que ustedes me traen no cambian nada de mi opinión anterior a su viaje. Por unos motivos o por otros, la táctica general es la de ganar tiempo o gastarlo en espera de que la cuestión se resuelva aquí malamente para la República.

Se habló después de las Cortes y del discurso que piensa hacer Negrín; pero aún no lo tiene preparado. Será de afirmación republicana, de condenación de todas las dictaduras, etcétera. Las gentes con quien ha hablado otorgan mucha importancia a que se hagan en el Parlamento ciertas declaraciones. Me dijo también Negrín que piensa pedir una ley de autorización para conceder amnistías.

Era ya muy tarde y levanté la reunión. Rápidamente informé al Presidente de mi conversación con Pi y Suñer y de otros asuntos de menos importancia.

Esta tarde he tenido la satisfacción de comunicarle personalmente por teléfono a Saravia, que está en Barracas, la llegada de su hija, prisionera de los rebeldes desde julio del 36, rescatada por canje. He percibido la impresión que le causaba la noticia, porque ha estado un rato sin poder decirme nada. Saravia ha llevado la pesadumbre del cautiverio de su hija (que pasaba una temporada en Cádiz con el pobre Zapico, fusilado por los rebeldes) con el estoicismo, la entereza, el dominio de sus emociones que le caracterizan y que de tal modo contrastan con el ánimo desmayado de otros. Pero Saravia no hay más que uno.

Ha pasado unos días con nosotros mi sobrina Ana. Su marido pereció en uno de los bombardeos de Valencia. Retirada en Almansa, con sus cuñadas, se le ha muerto allí el menor de dos chiquitines que tenía. Y aguarda otro para octubre. Como las clínicas, embargadas por la guerra, no están bien atendidas, la he convencido de que se vaya a dar a luz a Perpiñán, en un establecimiento a propósito, donde la acompañará una de sus hermanas. El niño que le ha quedado es monísimo, listo, fuerte y muy sociable. Aunque solo cuenta veintiséis meses, habla, discurre y juega como si tuviera cuatro años. Nos hemos hecho muy amigotes. Último vástago de la familia. ¿Qué será de él?

30 de septiembre

En Valencia me visita Corominas. Cuenta lo ocurrido en las sesiones de la Unión Interparlamentaria, los incidentes suscitados por los italianos, etcétera. Corominas está satisfecho del efecto del viaje. Asegura que la delegación española ha quedado bien. Se lamenta de que no se aprovechen todas las ocasiones para influir en la opinión extranjera. Le pregunto qué va a hacer el grupo parlamentario de Esquerra en las sesiones de Cortes:

—Apoyar al Gobierno —responde—. Nos colocamos de cara a la guerra, no de cara a la retaguardia. Hemos convenido que ciertas cuestiones de gobierno no deben plantearse ahora en el Congreso.

—¿Entonces, lo que Santaló le dijo al Gobierno?

—Ha sido desechado. Por unanimidad.

Lo celebro mucho, era un disparate, como lo será todo cuanto pueda contribuir a desgastar al Gobierno. Hay que tener presente que el número de combinaciones ministeriales posibles es limitadísimo, y la conducta que los Gobiernos deben seguir ofrece todavía menos posibilidad de elección. Espero que no me pongan los demás en la necesidad de hablar por la radio a todo el país, contándole los dislates a que conduce una política egoísta, de puros intereses locales o de partido.

Después de otras visitas, entre ellas las de unos mexicanos, Consejo de ministros. El Presidente me indica ligeramente las líneas generales de la declaración ministerial. Como Negrín trabaja mucho, pero con desorden, todavía no tiene bien terminado ni apuntado el plan de su discurso. Le he sugerido alguna idea que concuerde con las suyas, pero recomendándole que la subraye. Al parecer, todos los partidos apoyarán al Gobierno. Negrín concede cierta importancia, para el exterior, al hecho de que vengan a las sesiones Portela y otros diputados ajenos al Frente Popular. Le hubiera gustado que viniese también Maura, pero en contra de lo que dice la prensa, cree que no ha venido. Les he dicho que vayan a las Cortes sabiendo que este Gobierno, por la política que representa, tiene detrás al Presidente de la República. El Gobierno significa para mí que se ha concluido la anarquía, que a todo el mundo se le hará entrar en razón, primeramente con razones, y si no bastan, con la fuerza de la ley. El único defecto que le pongo a la política general del Gobierno es que no va tan aprisa como fuera de desear. He insistido en la necesidad de proseguir sin descanso el rescate de las atribuciones, servicios, etcétera, usurpados al Estado, y he renovado ante el

Gobierno mi decisión de no poner mi firma en nada que pretenda convalidarlas. Le recuerdo a Irujo eso de los indultos concedidos abusivamente por los Gobiernos autónomos. Contesta que está esperando la llegada de los expedientes, para que esta cuestión quede resuelta. Respecto de la situación internacional, el Gobierno carece de informes recientes y auténticos. Por más que pregunto y repregunto, y apuro los datos que puedo recoger, no se obtiene nada en limpio. Los agentes diplomáticos de la República saben, por lo visto, lo que quieren contarles. No averiguan nada, no husmean, están congelados. Se habla de otras cosas, a la ligera. El Consejo no ha tenido más importancia. Levantado el Consejo, Negrín se quedó para firmar. Me cuenta que, esta mañana, el grupo parlamentario socialista ha relevado a Largo del cargo de Presidente. Parece ser que Largo se ha resistido, y pedía que antes se reuniera el congreso del partido. También en la Unión General hay marejada contra Largo. Negrín insiste en la conveniencia de trasladar el Gobierno a Barcelona.

1 de octubre

Esta tarde ha venido a verme Ruiz Funes. Llegó ayer de Bruselas para asistir a las sesiones de Cortes. Su placidez contrasta con el mal humor de Ossorio al hablar del Gobierno belga. Según cuenta, su relación con Van Zeeland es normal y cortés. Al devolver la visita a nuestro embajador, se detuvo en larga conversación, pero rehuyendo el asunto de España. Le dijo, simplemente: «Yo soy un amigo de España y de su Gobierno». En otro momento le ha preguntado si no sería oportuna la mediación. Ruiz Funes me describe la disposición de los partidos, con respecto a nosotros. Es lo ya conocido. Quizá los más inabordables son ciertos grupos liberales de la gran burguesía, donde está Solvay. Hablamos de la «carta colectiva» de los obispos españoles, profusamente repartida en Bélgica por las autoridades eclesiásticas. Ruiz Funes ha visto una edición que lleva, entre otros, un grabado de Guernica después del bombardeo. Al parecer un obispo que se negó a firmar la carta (creo que Múgica) ha dado una copia de la circular que dirigió el arzobispo de Toledo, Gomá, a sus hermanos, pidiéndoles la firma para aquella epístola. Alega dos motivos. Primero, que la propaganda ha hecho mella en algunos o muchos católicos, y simpatizan con el Gobierno de la República. Segundo: que se habla de mediación y hay que impedirla, porque la guerra debe concluir con el exterminio de los «rojos». De la

circular, facilitada por Múgica, se ha hecho gran difusión en Bélgica, y ha impresionado mucho, por su barbarie, a los católicos.

Ruiz Funes ha asistido a la sesión de esta mañana. Todo le ha parecido bien.

El Comité Nacional de la UGT ha destituido hoy a Largo del cargo de secretario de la organización. La prensa, en general, disimula todo lo posible este batacazo, continuación del que ha sufrido en el grupo parlamentario.

A esto se ha venido a parar, al cabo de un año. Recuerdo mis conversaciones con los políticos republicanos y con los socialistas del otro matiz, a fines de agosto del 36, antes de formarse «el Gobierno de la victoria», y una vez más me admira que no viesen entonces lo que estaba ya bien claro. ¿Tenía yo razón o no? Prieto y otros pensaban como yo, y con razones sacadas de una experiencia más rica que la mía. De sobra sé que no podían hacerse oír. Las consignas de la petulancia y de la ambición incompetente eran otras.

2 de octubre

En el bombardeo de ayer sobre Barcelona, un proyectil ha caído en un colegio de niños. Iban retirados de entre los escombros, al comunicarme por teléfono el suceso, treinta muertos. Cuando lo sepa el arzobispo de Toledo, entonará el cántico de Simeón.

3 de octubre

Esta tarde han venido Giral con su mujer, y Ramos. Hemos hablado de los asuntos de Ginebra, y un poco de política interior. Giral asegura que todos creían en Ginebra que la asamblea aprobaría la resolución de la comisión sexta. ¿Teniendo allí Alemania e Italia sus peones? Demasiado optimismo. Aquella creencia, si existía, agrava el fracaso. Ya el Gobierno sabe que hay una nota franco-inglesa a Italia. Giral me enseña un telegrama de Ossorio, diciéndole que ha sido enviada la nota, «según dice la prensa». «Para eso —le digo a Giral con mal humor— nos bastaría tener en París la Agencia Fabra». ¡Cuánta saliva he gastado en balde las semanas pasadas! Me da también la noticia de que por fin el Gobierno francés nombra un nuevo embajador, quitando a Herbette. Los últimos escándalos del espionaje en el país vasco-francés han acabado por demoler a Herbette. Todas las noticias son de que

estaba a partir un piñón con los rebeldes. Este señor se ha portado con nosotros puercamente, en todos los terrenos, y estoy seguro de que sus informes tendenciosos no habrán dejado de perjudicar a la República ante el Gobierno francés. Cuando el año 31 vinieron de Rusia a la embajada de Madrid, estaban sobrecogidos de miedo, efecto del régimen policíaco de Moscú. Por todas partes veían agentes secretos, espías, misterios, peligros. En la embajada se ha distinguido por su tacañería. Daba comidas venenosas y cigarros peseteros. Todavía el año pasado, tres ministros se me pusieron malos a consecuencia de una cena de Herbette. Esto, en la casa de Francia, el país de la *bonne chère*, donde lo mejor, después de la literatura, es el arte culinario; y como estéticamente no son incompatibles, no es forzoso preferir ni escoger. Quizá la cocina tenga más devotos que las letras. *Madame* Herbette, según contaba ella misma, hacía la compra personalmente en la plaza del Carmen para que no la sisaran. ¡Había que oír a la Bibesco hacer la caricatura de la embajadora! Afectaba una distinción tardía, postiza, con pretensiones de ser graciosa. De un burguesismo estrecho, fin de carrera, oliente a interior mal ventilado. Les chocaba que la Bibesco y yo nos tratásemos con mucha confianza y que delante de gentes serias nos dijésemos algunas gracias un poco desvergonzadas. *¡Oh! Madame Bibesco, ¡elle n'est pas convenable…! ¡Oh, no!*, decía *madame* Herbette. *Un rat d'Opéra*, era la mejor palabra que la Bibesco tenía para ella. Aseguraba que había sido del cuerpo de baile de la Ópera… Sugestión diabólica… representarse a *madame* Herbette con tonelete de gasas, bailando en las tablas. Personas que pasan por bien enteradas cuentan que *madame* Herbette, al empezar la guerra, se empleó en sacar a Francia las joyas de un marqués madrileño, y que ella misma regateó el precio del servicio.

Giral y Ramos me han dicho que se ha conseguido liberar la prenda oro, depositada en Mont-de-Marsan cuando se hizo la operación de crédito con el Banco de Francia. Negrín me había hablado del asunto, prometiéndoselas muy felices, pero yo le opuse mis dudas, porque estaba en la creencia de que el contrato no permitía el reembolso en francos papel. Negrín aseguraba que sí. Como ha pasado tanto tiempo, puedo estar engañado. El Presidente no me ha dicho que el asunto se haya resuelto. Aunque estos amigos lo aseguran, mientras el ministro de Hacienda no me lo diga, mantengo mis dudas. También Giral me ha contado una nueva botaratada de Irujo: Sin encomendarse a Dios ni al diablo, Irujo, por su cuenta, se ha dirigido a los cónsules americanos pidiéndoles que intervengan para hacer respetar la capitulación concertada en Santoña entre el jefe italiano y los batallones

vascos, capitulación anulada por los agentes de Franco, cuando empezaba a cumplirse. Hablaré de esto con el jefe del Gobierno, a ver si por fin se acaba este juego. De las sesiones de Cortes, opinan que han sido grises, sin nervio. Ha faltado un gran discurso. «Yo le insinué a Prieto que hablara, con cualquier pretexto», les digo. Ha producido disgusto, y un poco de recelo, el discurso de La Pasionaria, sobre todo en lo que toca al ejército. Cuando abogaba por los ascensos, todos han comprendido que se refería a los «caudillos» comunistas. A Prieto le ha sentado muy mal, y con razón, puesto que los comunistas están en el Gobierno. «Todo eso va contra mí», le decía Prieto a Giral. Se ha callado, una vez más, para no descomponer el retablo. Sin embargo, Giral cree y teme que Prieto, disgustado, le haya dicho algo de ello al Presidente del Consejo. E incluso que dimita. Me parece excesivo. Por noticias particulares sé que en Ginebra, cuando Negrín ha regresado a España, los delegados españoles han hablado mucho de política interior, haciendo cábalas y planes de mudanza ministerial. Ya lo pensarán mejor.

4 de octubre

Día de audiencia. Portela, Barcia, Lara (entre los inmigrantes temporeros), Emilio Palomo, unos militares, Victoria Kent, etcétera. Las conversaciones no han tenido interés. Casi todos los que vienen de París se quejan de Ossorio, del aislamiento en que vive, de su desconfianza respecto del personal que le rodea, de su manía de hacerlo todo por sí y de despachar y leer todos los papeles, hasta los más insignificantes. Alguno de estos señores cree que está haciendo, emigrado, un gran papel y prestando eminentes servicios. He visto una vez más el caso del vanidoso abatido que, en cuanto percibe un resquicio de esperanza, pierde la chaveta y se exalta y perora como un *détraqué*. Portela, escurridizo, vago, suave, desvariante, asegura que se va «muy confortado». Cree que yo puedo arreglarlo todo… Hace grandes elogios del carácter de los castellanos, «que por algo son el núcleo de la nacionalidad». Me cuenta, o empieza a contarme, su ya manoseada conversación con Bonnet, pero le recorté el relato, porque estoy al cabo de la calle. En las Cortes le han recibido bastante bien, y otra vez ha repetido la historia del decreto declarando el estado de guerra, que no publicó y me entregó a mí. Del extracto del discurso de Portela, leído en los periódicos, se deduce algo así como si el Presidente de la República le hubiera metido en el bolsillo aquel famoso y nonato decreto, cuya no publicación pretende hacer pasar ahora Portela como un servicio a la política republicana. Es obvio que si Portela

tenía ese decreto, sería porque el Gobierno lo acordó y le pidió al Presidente que le autorizase. Si tan mal le parecía el decreto, con no haberlo propuesto ni adoptado, en paz. Es inimaginable qué pretende demostrar Portela con ese cuento. Probablemente, todo es fruto de su flaqueza mental. No he llevado la conversación hacia ese asunto, para no darle una importancia de que carece y no verme tampoco obligado, sin necesidad, a demostrarle que todo ello es un embeleco. Por más que registro los rincones de mi memoria no la hallo de que me diese a mí semejante papel; ni los ministros de mi Gobierno de febrero recuerdan nada de eso; ni el Presidente de la República me preguntó nunca, como habría sido lógico y natural, qué había hecho de él para rasgarlo en su presencia, pues a mí en ningún caso me servía para nada. Barcia se cierne en las más altas nubes de la política internacional. El bombardeo de ayer le ha traído bruscamente a otras realidades. Con Lara he hablado largamente, con el propósito, y el encargo, de que le repita a Ossorio lo sustancial de la conversación. Recapitulo mis hasta ahora inútiles exhortaciones para que comprenda, no solo la parte formal de su cometido, sino el fondo de sus gestiones cerca del Gobierno francés, lo más importante de las cuales, con serlo mucho, no consiste en obtener que pasen unos vagones de material. Hace falta, sobre todo, otra cosa: la explicación de lo que puede ser la República en tanto esté presidida por mí, y lo que significa el hecho de que continúe presidiéndola. Política posible para la paz y desde el día de la paz, y su preparación por este Gobierno, mientras mantenga y acentúe la conducta que lleva. Medios de que puedo disponer para restablecer el orden normal de una democracia en España; posibilidad de echar un día toda mi fuerza personal sobre ese objetivo. Utilidad de graduar exactamente el factor presidencial en un momento decisivo. Informes que deben darse sobre el particular. Actitud recíproca: el apoyo moral y diplomático resultante de comprender la coincidencia de dos intereses nacionales. Acción persuasiva sobre los personajes políticos franceses, sin olvidarse de los jefes de la oposición republicana. No empeñarse en conquistar a los arzobispos porque nunca los tendrá, y utilidad de establecer contacto con los diplomáticos del Vaticano, y que no le envíe a Bonnet estatuitas de miliciano. Algunos de los que están cerca de Ossorio dicen: «Es un rústico». Yo les digo: «No. Es un madrileño».

El último bombardeo ha derrumbado en el Grao ochenta casas. ¡Sea todo por la civilización occidental!

5 de octubre

He tenido aquí a Saravia, que ha hecho una escapada de unas horas a Valencia, desde su puesto de mando en Barracas, para hablar con el ministro y con el jefe de Estado Mayor Central. Progresa la reorganización del ejército en la zona de Teruel. Cuando llegó a encargarse del mando, nuestras fuerzas estaban a 30 kilómetros de los puestos enemigos. Nadie se ocupaba de la guerra. Las columnas estaban desperdigadas por los pueblos. Se carecía de todo. En los primeros días, Saravia no tuvo ni coche para trasladarse a las posiciones. En el cuartel general, no había qué comer ni con qué. Ha variado mandos. Ha disuelto unidades. Todavía le quedan un par de brigadas «confederales», mandada una de ellas por un antiguo sargento de la Guardia Civil. Se están construyendo tres líneas de fortificaciones. En un año no se había hecho nada. Se ha construido también el trozo de camino que faltaba, y que por no haberse construido antes, dividió el frente en dos partes incomunicadas. Cree Saravia que no ha debido suspenderse la operación proyectada. Continúa la falta de tino en la designación de algunos mandos, sin duda por mala información. A Saravia le han enviado un segundo jefe del Estado Mayor, que estuvo complicado el 10 de agosto. Ha pedido su relevo inmediato.

La hija de Saravia cuenta muchas cosas tristes de su cautiverio. Al pobre comandante Zapico le fusilaron el 6 de agosto. Sus compañeros, que le condenaron a muerte, han dicho después que se resistían a firmar la sentencia, pero que Franco les obligó a ello. Hasta última hora estuvieron instando a Zapico para que se pasase a la rebelión. No ignoraban lo que valía. Escribió una carta de despedida a su mujer, y no se la han entregado hasta un año después del fusilamiento. También los compañeros de Zapico han querido costearle la lápida de la sepultura. Su viuda se ha negado a aceptarlo. La hija de Saravia y la de Zapico estuvieron tres meses encarceladas en una comisaría de Cádiz, oyendo desde su cuarto de encierro los tormentos que daban a los presos. Veían salir los camiones cargados con las víctimas destinadas al pelotón. Un oficial las insultaba y amenazaba: «Arriba tengo un harem, donde no entra nadie más que yo. Allí iréis vosotras». Dormían por turno: mientras una descansaba, la otra estaba de guardia. Después las instalaron en una casa de Medina Sidonia. Al dueño se lo llevaron los falangistas y lo mataron. Esta muchacha cuenta cómo se agarraba a ellas, gritando, hasta que le arrancaron de ellas a viva fuerza. A la viuda de Zapico no le permiten cobrar unas pequeñas rentas de una tierra que tiene en Valladolid. Lo han pasado muy

mal; dormían sobre paja, y apenas podían comer. Un hijo de Muñoz, el diputado por Cádiz, ha muerto tuberculoso en la cárcel de Sevilla. No tenía 15 años. Al ingeniero José Lobo, casado con Dolores Ibáñez Marín, le fusilaron en Sevilla porque tenía una radio. A su hermana la tienen presa desde el primer día, por el delito de haber sido maestra. La han sacado de la cárcel para operarla de un cáncer en el pecho, y después la han encarcelado de nuevo. Sospecho que la hija de Saravia cuenta algo más, que me toca muy de cerca.

6 de octubre

El domingo me dejó Giral la copia de un escrito, que no he leído hasta hoy, porque se me quedó revuelto con otros papeles. Es una carta larguísima dirigida al secretario de Mussolini por el monárquico-falangista desengañado que ya había tenido alguna relación con Ossorio. El documento es curioso, más que por las noticias que contiene, mejor o peor sabidas, por el estado de espíritu que revela. Desengañado porque a la Falange no le hacen el caso que a su juicio merece, se duele del estrago que sufre España, protesta contra la invasión extranjera, descubre que Franco es tonto y ambicioso, comprueba que lo del bolchevismo de Valencia es una filfa, anhela la paz, y se le ocurre que Mussolini sea el pacificador de España. Para asegurar el dominio del Mediterráneo y dar jaque a Inglaterra, cuya preponderancia es incompatible con la grandeza de España… Los «viejos políticos» se han apoderado de Salamanca y de Burgos: esto decorazona a los falangistas: Gil Robles es el culpable de esta guerra atroz, etcétera. Lo que me llama la atención de este documento no es el desbaratado confusionismo de quien lo piensa, sino la mezcla repulsiva de la sensiblería y ternura patrióticas con la acción sanguinaria. El autor no habrá matado a nadie, pero no ignora que los suyos han sacrificado cruelmente a millones de sus compatriotas. Incluso se envanece de que la Falange empezó la guerra de guerrillas (atentados personales) contra el régimen, y después ha aportado más fuerzas que nadie a la guerra civil franca. Si el estrago del país les aflige, ¿tenían más que no haber comenzado la guerra? Si Franco les parece incapaz, ¿tenían más que no haberle secundado? Si la invasión extranjera los humilla, ¿tenían más que no haberla solicitado ni consentido? El nombre de España, la salvación de la patria, la «grandeza imperial» (¡ah, la grandeza imperial! El concurso para proveer la plaza de emperador ha quedado desierto…), les sirvió para cohonestar la rebelión y sus crueldades. Cualquier persona de buen juicio

podía predecir lo que ahora ocurre. El nombre de España, la salvación del país, etcétera, les sirve también (en este escrito) para cohonestar el fracaso, el desengaño. Empleados a tiempo, una sensibilidad menos lacrimosa, y un discernimiento menos pueril, o menos senil, habrían impedido que muriese medio millón de españoles, para satisfacer «el orgullo y la ambición de una familia». Los anarquistas han matado también a mucha gente (menos que los «autoritarios», sin duda; pero no le hace, tan criminales son unos como otros); pero declaran y confiesan que lo hacen por odio de clase, y no sé de ningún anarquista que haya querido justificar el derramamiento de sangre invocando el nombre de España. En el fondo, se percibe que al autor del escrito (y habla por muchos) le amarga, le enloquece, que si la rebelión triunfa, mandarán otra vez en España Gil Robles, Ventosa, el señor Chapaprieta… El resultado no vale la pena. Cierto. ¡Podían esperar otro! Cuando se hablaba del fascismo en España, mi opinión era esta: Hay o puede haber en España todos los fascistas que se quiera. Pero un régimen fascista, no lo habrá. Si triunfara un movimiento de fuerza contra la República, recaeríamos en una dictadura militar y eclesiástica de tipo español tradicional. Por muchas consignas que traduzcan y muchos motes que se pongan. Sables, casullas, desfiles militares y homenajes a la Virgen del Pilar. Por ese lado, el país no da otra cosa. Ya lo están viendo. Tarde. Y con difícil compostura.

El escultor Adsuara me cuenta algunas cosas de Castellón, su tierra natal, donde reside ahora como miembro delegado de la junta para la conservación de obras de arte. Han salvado en aquella provincia muchas y muy importantes cosas, y las tienen depositadas lo mejor posible. La importancia de los destrozos no parece tanta como se temió al principio. Ahora hay que resistir a la tendencia localista, que pretende instalar un museíto en cada pueblo. (Recuerdo lo que ocurría hace pocos años con los tapices de Pastrana). En Segorbe hay uno de aquellos depósitos provisionales. Y un individuo de la subjunta local le ha dicho a Adsuara: «Si yo hubiese sabido que todo esto iría a parar al Estado, *se lo habría regalado a los catalanes*».

En Benicarló hallaron también, cuando los de la FAI tuvieron que huir, obras de arte almacenadas. Y en una mesa del mismo local, los restos de una comilona, aún no devorada del todo.

El verano pasado entró en Castellón una «centuria», quemó el Registro de la Propiedad, el Archivo de la Audiencia, asaltó otros edificios públicos, sacó de la cárcel a ciento dos presos y los fusiló. Otro día, asesinó a setenta y cinco presos que estaban en un barco. Dice Adsuara que la República ha renacido

en toda la provincia, y que la CNT, después de haberla dominado en absoluto, está muy en baja.

Hoy me han pedido oficialmente el placet para el nuevo embajador de Francia. Los antecedentes que se tienen de él no me descontentan.

9 de octubre

Todavía no tengo el texto íntegro del discurso de Roosevelt. El encargado de Negocios ha prometido enviárnoslo en cuanto lo reciba. He visto los extractos que da la prensa francesa. Bastan para conocer lo principal y su importancia. Roosevelt ha dicho lo que decentemente debía decir. El caso de España está claramente comprendido en su tesis. Es también la nuestra, y en vano la he repetido yo dentro y fuera de España, y los representantes de la República en Ginebra. Como no tenemos una gran escuadra, de poco sirve tener razón. Los Estados Unidos son poderosos y su Presidente habla el lenguaje de la justicia. ¡Gran fortuna! Los imbéciles y los miedosos que dirigen las «grandes democracias» europeas sentirán algún alivio. Sin duda, los asuntos de China han servido de acicate y han producido en la política del Presidente Roosevelt el movimiento que los conflictos de la pobre y pequeña España no habían logrado suscitar. No importa: la doctrina es buena y aplicable en todas partes. Roosevelt alude claramente al Mediterráneo y sus piratas, y a la intromisión en nuestra guerra civil. Lo que me interesa es que Roosevelt no ha entonado un himno a la paz, ni se declara partidario de mantenerla o restablecerla a cualquier precio, sino que sostiene el principio de respetar la independencia y la libertad de los pueblos. Y anuncia una participación activa en el propósito de salvar la paz, sobre esa base. ¿Tanteo de la opinión? Me parece poco, para un suceso de tal resonancia. Falta saber si detrás de eso hay algún plan, ya concebido. Espero ver a Negrín, para averiguar si se les ha ocurrido algo más que publicar declaraciones en los periódicos, y, en todo caso, sugerírselo. Recuerdo mi conversación con el embajador de México y el encargo que le di. No he vuelto a saber nada de él. Inútil pretender averiguarlo por nuestros representantes oficiales. Pero la ocasión es que ni pintada. Trataré de dar otra vuelta a la rueda del timón.

10 de octubre

Anoche me telefoneó Prieto el extracto de la respuesta italiana a la nota franco-inglesa (la nota en cuya existencia no creía el Gobierno, 48 horas *después* de ser presentada). Poco después me llamó Negrín, con igual propósito. La respuesta italiana es como se suponía. Ganar tiempo. Si la réplica máxima a que se lanzan los Gobiernos de París y Londres consiste en declarar abierta la frontera, ¡mal año!, y no digo nada si el asunto vuelve al Comité de Londres. En fin, sea como quiera, espero que esto se aclare pronto y sabremos cómo vamos a llamarnos.

Ayer por la tarde recibí la visita de Esplá. Con sus informes de testigo presencial, completo los que ya tenía sobre nuestra función ginebrina. La impresión es mala. Negrín personalmente ha caído allí bien, porque es simpático y habla varios idiomas. Las interioridades de nuestra delegación, risibles o lamentables. Me asegura Esplá que Azcárate y Vayo eran partidarios de aceptar la propuesta chilena, haciendo depender el voto favorable a la reelección de España, de la salida de los refugiados en las embajadas. Piques, vanidades, emulaciones. Cree Esplá que algunos de estos señores consideran las cosas de Ginebra como propias, y les molesta que otros intervengan en ellas, aunque sea el jefe del Gobierno. Conducta de Motta con los rebeldes, que le parece bien a Fabra Ribas, nuestro ministro. Torpezas acumuladas de Fabra. Nadie aprueba su conducta, empezando por Giral, pero no lo relevan. Desagradable impresión que les ha producido la conducta de Blum. Sumisión de Delbos a los funcionarios de su ministerio. Indiferencia de Litvinov. Según Esplá, a los embajadores de la delegación nada les preocupaba tanto como el ser agradables a los ministros de los países en que están acreditados.

No se ha hecho nada de lo que yo encargué, y todo lo más, se ha apuntado algo, con timidez provinciana, en conversaciones extemporáneas. Borroso papel del ministro de Estado.

Esplá me dio copia de una información relativa a las conversaciones entre los rebeldes y el embajador inglés, Chilton, sobre empréstitos y otros asuntos.

De Estado me envían telegramas de los embajadores en Washington, París y Londres, sobre la respuesta italiana y el discurso de Roosevelt. Ninguna novedad. También recibo informes sobre la próxima ofensiva del enemigo en Aragón, donde hay ciento cinco mil italianos. Y de un próximo ataque a Menorca. Esto podría tener mucha importancia para la situación exterior.

11 de octubre

Para hoy tenía bastantes audiencias concedidas, pero la mayor parte del tiempo disponible se lo ha llevado Aguirre, el Presidente del expatriado Gobierno vasco. Hemos hablado de muchas cosas, pero ninguna nueva. De la conducta de la Iglesia española, de las dificultades que su actitud presente crearía en lo porvenir, del disgusto con que según Aguirre se ve en el Vaticano la conducta de los obispos, de la carta del cardenal Gomá, etcétera, etcétera. Incluso ha salido a relucir aquella expresión mía: «España ha dejado de ser católica», que muchos entendieron, o aparentaron entender (entre estos, Unamuno), como si yo negase que gran número de españoles profesa el catolicismo. Aguirre me dice que él, católico practicante, está conforme con aquellas palabras mías, entendidas como realmente las dije y se deduce del contexto. Ha vuelto a recordar su propósito de trasladar a Cataluña las divisiones vascas. Asegura que Delbos le ofreció no poner límites al tránsito «de heridos». Se lamenta del acuerdo negativo del Consejo de la Guerra. Me promete copia de un expediente sobre los hechos de la capitulación de Santoña. Justifica que el Gobierno vasco se haya instalado en Francia, por la necesidad de atender a más de ochenta mil refugiados de su país. Sobre esto, me expone las pretensiones que va a formular ante el Gobierno, para que se les deje seguir administrando la marina mercante de matrícula bilbaína, y ocuparse directamente de los servicios de asistencia a los emigrados, así como de los servicios de cultura. En fin, quieren seguir con su autonomía en el extranjero. (*L'Esquetlla de la Torratxa* decía que los catalanes emigrados en París iban a pedir el traspaso del Orden público). Hace protestas de lealtad y de adhesión a la República, a la que nunca ha querido faltar. Su lealtad a la República será inquebrantable *mientras dure la guerra*. Después ya se verá lo que sucede. Quiere sincerarse conmigo de las extralimitaciones que se les imputan en el orden internacional. Nunca han hecho actos de carácter político, ni se han dirigido a ningún Estado extranjero. Sus gestiones han sido de carácter comercial y social. Reconoce que su proclama, pocos días antes de caer Bilbao, no sería muy correcta, pero es disculpable en aquellos momentos de desesperación. Se queja de Ossorio, porque no secunda ni favorece sus iniciativas. Se promete muy felices resultados de la propaganda que realizan entre ciertos grupos católicos extranjeros. Su compañero Monzón ha ido ahora a Malinas para hablar con el arzobispo y tratar de ponerlo en buenas relaciones con el embajador.

Acompañado de Bergamín he recibido al escritor ruso Kelyn. Es muy agradable, habla correctamente el castellano, y le apasionan las cosas de España. «Tengo dos patrias —me dice—: la Unión y España, y no sé a cuál

dar preferencia». «Pues yo no tengo más que una —le respondo— y ya es bastante peso». Hemos hablado largo rato y muy animadamente de letras y literatos españoles, que conoce bastante bien, y de cuya traducción y difusión en ruso se ocupa con entusiasmo.

Entre las otras visitas, la de Antonio Velao. Me cuenta algunos de los enredos interiores del partido de Izquierda Republicana y del grupo parlamentario. El partido está como la clase del colegio, en cuanto el maestro se ausenta: los chicos se tiran a la cabeza los libros y los tinteros. ¡Con el trabajo que me costó formarlo hasta llegar a las Cortes con 85 diputados! Velao ha querido dimitir la presidencia del grupo parlamentario, porque algunos colegas suyos le atribuían una maniobra para que vuelva al Gobierno la CNT. No le han admitido la renuncia.

Esta noche he llamado a la embajada de España en París, para un asunto particular. No estando allí la persona que yo buscaba, se ha puesto Ossorio al teléfono. Le pido las últimas noticias. No las hay. Cree que se trata de buscar nuevas dilaciones en la cuestión planteada por la nota franco-inglesa. Quería leerme un despacho cifrado que había enviado al ministro. «Hombre, no. Si es cifrado no me lo lea usted. Ya me lo darán aquí».

12 de octubre

Ha venido a verme Nicolau, a quien no pude recibir ayer por falta de tiempo. Hablamos de Ginebra. Tiene interés en decirme que la actitud de Blum le ha parecido repugnante, haciendo de abogado del diablo. Nicolau insinúa que los manejos de Blum han encontrado demasiada docilidad en la delegación española, donde había muchas personas de su partido. Cree saber de buena fuente que Blum hace lo mismo dentro del Gobierno francés y que los radicales-socialistas quieren ir más lejos que los socialistas. Razones: que Blum se resiste a reconocer que la política adoptada el año pasado por su Gobierno fue un grave error. Estima muy urgente la reapertura de la frontera francesa; la expresión es un eufemismo, pues no entraría solamente material, sino hombres, y tal vez jefes, dirigidos por el Estado Mayor Central francés. El Estado Mayor es casi nuestro único abogado en Francia, por motivos de defensa nacional. Le pregunto qué significan las declaraciones de Companys, anunciando que no aceptaría reelección, al terminar su mandato. «Una comedia. También me lo ha dicho a mí. Pero lo que pretende es que todos le pidan que acepte la reelección. Ya se la están pidiendo, y la aceptará».

Nicolau añade que, dada la dificultad de la situación, lo menos malo es que continúe Companys.

Hemos examinado después la situación general, interior y exterior. Nicolau me ha parecido más desalentado que nunca, y bastante sombrío. En su opinión esta guerra y sus anejos han probado que España no ha variado desde la conclusión de la primera guerra civil. El país está como Marruecos, antes del protectorado, pero las tribus no están delimitadas geográficamente, sino superpuestas en capas. «Yo encuentro más bien —le digo— que en España hay vetas arcaicas que atraviesan la sociedad española de alto abajo». En 1930, prosigue, nos equivocamos, creyendo que en España había lo que no hay. El régimen más adecuado al país es una dictadura como la de Primo de Rivera, sin crueldades. La guerra ya está perdida para los republicanos; ahora solo cabe esperar que no la ganen los militares. Los momentos son críticos. Sería oportuna una política exterior que nos permitiera sacar el mejor partido de lo que aún somos. Las cosas se llevan —dice— como si hubiera la decisión de ir defendiéndose hasta enterrarse en Peñíscola. La opinión general en Cataluña, la que no está encuadrada por los partidos, desea la paz. Deseo avivado por las dificultades crecientes en el aprovisionamiento. Le parece mal que el Gobierno se traslade a Barcelona. Motivo que alega: Producirá pésimo efecto en la opinión, como mala señal. Advierto el mal humor que a Nicolau le causa el proyecto de traslado. Si no es pasarse de mal pensado, lo achaco a que le desagrada como catalanista. Le recuerdo que el año pasado, cuando el Gobierno consideraba la necesidad de marcharse de Madrid, mi opinión era que se trasladara a Barcelona. Así se acordó. Vigente este acuerdo, salí yo de Madrid, por decisión del Gobierno, y fui directamente a Barcelona, donde esperaba encontrar a los ministros al día siguiente. Aplazaron la salida y después, sin comunicarme la rectificación del acuerdo, se quedaron en Valencia. Yo permanecí en Barcelona siete meses, creyendo que mi presencia era allí más útil. Ahora, el proyecto tiene ventajas e inconvenientes. Tengo dudas sobre la oportunidad del momento. Las razones se las he expuesto al Presidente. En todo caso, si el Gobierno lo acuerda, yo no voy a atravesarme para impedir que lo realicen. Conozco los motivos de Negrín, que son de peso. Y no puedo oponerle más que dudas, que pueden nacer de aprensiones y figuraciones personales.

Volviendo a lo de Ginebra, Nicolau opina como yo que la propuesta chilena no podía aceptarse: era denigrante. Tampoco se aseguraba con eso la reelección de España, aunque los delegados sudamericanos hubiesen cumplido el compromiso, porque no bastaban sus votos. Inglaterra nos ha

votado, pero no ha hecho campaña en favor nuestro. Así, algunos satélites suyos han votado en contra. Nicolau cree saber, por informes recogidos en París, que la elección de Bélgica estaba convenida desde un mes antes.

En el comité de redacción de la propuesta aprobada por la comisión sexta, la delegación española pidió aclaraciones sobre el alcance de la expresión *bref délai*. El representante inglés, Elliot, contestó que no se podía concretar en un número de días, pero que había de entenderse en su propio sentido. Entabladas negociaciones para la retirada de los combatientes extranjeros, se daba por supuesto que durante ellas no se enviaría a España ninguno más y que, de enviarse, la negociación se rompería. La negociación misma debería llegar a un resultado prontamente, sin admitirse dilaciones, y en otro caso, se reconsideraría la política de no-intervención. Cuentan que ese señor Elliot es algo aficionado a beber y que en una expansión alcohólica ha dicho que en España combaten los fascistas y los comunistas, y que unos y otros son igualmente aborrecibles para los ingleses; por tanto, cuantos más se maten, mejor.

Recuerda Nicolau la proposición del delegado neozelandés en Ginebra: convertir temporalmente a España en un país de mandato. «¡Qué solución de tranquilidad!», le digo riendo. Esto nos lleva a hablar del desprestigio de España y de sus consecuencias.

—Un país se desprestigia por sus propias locuras: ¿y cuál mayor que la rebelión militar? Luego queremos que nos tomen en serio. Nosotros nos burlamos mucho de las Repúblicas americanas, en las que cada lunes y cada martes, un general o un coronel derriba a otro de la presidencia y del Gobierno. Lo de aquí es peor, porque no se han sublevado contra una tiranía, sino contra un régimen en el que ya habían gobernado y en el que tenían abiertos los caminos para volver a gobernar.

—En efecto —dice Nicolau—, como quiera que fuese, las derechas ganaron las elecciones el 33 y gobernaron dos años. Podían haberlas ganado otra vez, y pronto, según iban las cosas.

—Por mi cuenta —les respondo—, el Frente Popular no hubiera podido llegar compacto al mes de octubre. Faltaba la lealtad de fondo para con el Gobierno republicano. Siendo todavía Presidente del Consejo, en uno de mis pocos discursos en las Cortes, hablé ya de ello; dije que no bastaba la lealtad formal y escrita; hacía falta otra, más importante. Era muy regateada, más que por mala fe, por brutalidad y ceguedad.

Nicolau está tan desengañado que, de creerle, aunque ganásemos la guerra, las derechas volverían a mandar antes de dos años, y no se podría

vivir en España.

Coincidimos en que esta es la fase decisiva de la guerra. Le recuerdo mi posición personal en el asunto, y mis previsiones para un día crítico, en que tendré necesidad de plantear un problema de fondo, problema que todos conocen, pero que nadie quiere tocar. Lo difícil no es comprenderlo. El caso es conocer, sin anticiparse ni retrasarse, cuál es el día crítico.

—No nos hemos consolado —me dice al marcharse.

13 de octubre

Una representación del Partido Comunista me había pedido audiencia, mediante el ministro de Instrucción Pública. Los he recibido en Valencia esta mañana. Se han presentado La Pasionaria, Checa y Comorera. Traían dos asuntos: el traslado del Gobierno a Barcelona y las relaciones del Gobierno mismo con la CNT. Alrededor de estos temas, hemos hablado de otras cosas. Les interesaba esta conversación conmigo, porque otras que hemos tenido —dice Pasionaria— les han sido muy útiles para orientarse. Los comunistas son opuestos al traslado del Gobierno. La Pasionaria, hablando por todos, argumenta con el efecto desmoralizador que esa medida producirá en la opinión. De paso, añade que su partido no está muy conforme con la política del Gobierno. Cree advertir en los socialistas una tendencia a la dictadura. En este mismo asunto del traslado, el Presidente procede por sí y ante sí, y cuando todo el mundo está enterado de sus propósitos y se han hecho en Barcelona gestiones para obtener locales suficientes, todavía el Consejo de ministros no ha tratado de ello. Hace quince días que no se reúne el Consejo. Ellos no están conformes con ninguna clase de dictaduras, a pesar de que en su programa figura la del proletariado.

—Supongo —le digo riéndome— que eso de la dictadura del proletariado lo habrán aplazado ustedes por una temporadita.

—Sí, señor Presidente, porque tenemos sentido común.

—Todos los partidos se imputan los unos a los otros propósitos dictatoriales. También a ustedes se los achacan, especialmente al PSUC en Cataluña, al que se supone favorecido en sus ambiciones por la policía.

Comorera se ríe y lo contradice. Secunda los argumentos de La Pasionaria, y como yo le llamo la atención sobre lo que ocurre con la industria catalana, asegura que la cuestión está resuelta con el nombramiento de la comisión única, decretada hace poco, como lo venían pidiendo. La industria de guerra debería estar nacionalizada y militarizada. (Esto es muy bueno:

¿quién lo ha impedido?). Le recuerdo a Comorera la negativa de los obreros a suprimir la semana inglesa, a trabajar horas extraordinarias, etcétera. Y el caso escandaloso ocurrido hace pocos días en Barcelona, negándose los obreros municipales a trabajar el sábado por la tarde y el domingo en el descombro de unas casas bombardeadas y en el salvamento de las víctimas. La respuesta es notable: «La disposición de los obreros no es esa; *son cosas de los comités*».

Empiezan a hacer cábalas sobre lo que sucedería si, estando el Gobierno en Barcelona, el enemigo cortase las comunicaciones de Cataluña con el resto de España, y de ello quieren sacar argumentos contra el traslado.

—Miren ustedes el mapa —les digo mostrándoles el que hay en el despacho—; si el supuesto se realiza, tan malo será que el Gobierno esté en Valencia como en Barcelona. Si está en Barcelona, toda esta parte del territorio, con Madrid, quedaría abandonada a su arbitrio. Anarquía y desmoronamiento rápido. Si el Gobierno está en Valencia, ¿puede usted decirme, Comorera, lo qué ocurriría en Cataluña, aislada?

Comorera se calla.

—Sobre el supuesto del corte de las comunicaciones —prosigo— no se puede argumentar. Lo mejor será hacer todo lo posible por que no ocurra, porque si ocurre sería la pérdida de la guerra, y solo podría pensarse en salvar lo que se pudiera de la República.

Pasionaria asiente: «Sí, señor. Eso sería perder la guerra, indudablemente, y habría que ver entonces qué se podía salvar».

En cuanto a la decisión que les preocupa, les hago un breve resumen de cuáles han sido mis opiniones, desde septiembre del año pasado, y las decisiones que se adoptaron y no se cumplieron, y les recuerdo las tristes condiciones en que el Gobierno salió de Madrid, por no tomar en cuenta mis consejos. En el caso actual, habiendo sido siempre partidario de que el Gobierno estuviese en Barcelona, no sé si el momento es oportuno. Lo mejor sería ir allí después de obtener un mejoramiento sensible en la situación interior, o en la exterior o en ambas. El Gobierno no me ha planteado la cuestión, puesto que como ellos mismos dicen, no ha sido tratado siquiera en Consejo. Cuando me den las razones, podré examinarlas, pero deben estar seguros de que, si el Gobierno toma esa resolución, yo no tengo el propósito de crear por ello una dificultad, que podría ser grave, y por tanto, dañosa. Respecto de la Confederación, mis visitantes no han dicho con claridad lo que quieren. Reconocen expresamente que no existe persecución alguna contra la CNT. Hablan de la conveniencia de incorporarla al Frente Popular, sobre lo

cual hacen campaña los periódicos confederales, y «eso es una bandera», que puede atraer a muchos. Nadie les va a la mano en esa campaña.

—Comprenda usted —le digo a La Pasionaria— que si la censura no les dejase hablar de ello, se quejarían de que los persiguen.

Creen que debería buscarse un camino para darles algunos puestos de responsabilidad.

—Me parece haber oído decir al Gobierno, cuando se constituyó —respondo—, que se proponía aprovechar los servicios de algunos cenetistas, fuera del Ministerio, en funciones de otro orden. Ese podía ser el camino.

En cuanto a la colaboración ministerial de la CNT, les pregunto si no están convencidos de que el ensayo anterior nos causó graves daños, tanto en el interior como en el exterior. Así lo reconocen, pero La Pasionaria echa la culpa a la debilidad del Gobierno, que no supo disciplinar a los ministros anarquistas y obligarlos a trabajar por el interés común. Cuenta una anécdota, para mí nueva: Llegó a Barcelona un vapor cargado de armas. La FAI se apoderó de ellas. En Consejo de ministros, Largo dio cuenta del caso y requirió a los ministros cenetistas para que su organización sindical devolviese las armas. «A lo cual —prosigue La Pasionaria— García Oliver, sonriendo desdeñosamente, repuso que la FAI las devolvería si el Gobierno les entregaba unos cuantos aviones. Largo, en vez de meter al ministro en la cárcel, se aguantó».

Como las alusiones a Largo menudean, les invito a recordar que el año pasado todos los partidos del Frente Popular lo impusieron como el hombre salvador. «Nosotros, no», replica La Pasionaria. (No me presto a discutir el punto. Se les ha olvidado que los más ardientes propugnadores de la presidencia de Largo eran entonces los comunistas, que tal vez creían haber encontrado su hombre). Y añade: «Yo no era tampoco partidaria de la colaboración ministerial de los comunistas. Cuando se formó el Gobierno Largo, estaba yo en París. Recibí la noticia en la embajada y no oculté mi sorpresa ni mi contrariedad: ¿Adónde vamos por este camino?».

Hablamos de los asuntos de Cataluña. Comorera cree que Companys aceptará la reelección. No es posible otro candidato. Ellos, los del PSUC, no quieren el puesto, ni el Parlamento elegiría a un socialista o comunista. Tendrían que elegir a Casanovas, mucho peor, con el que no transigen. Le digo que se han equivocado prorrogando los poderes del Parlamento actual. Debieron disolverlo y hacer elecciones, que habrían sido una demostración muy útil, dentro y fuera de España, y sus antecedentes de mucha fuerza, además de reconstituir en su integridad el Parlamento, muy menoscabado. Así

se lo he aconsejado a todos los políticos catalanes que han hablado conmigo. No podía hacer otra cosa, porque ni el Presidente ni el Gobierno de la República tienen jurisdicción sobre el Parlamento catalán. En agosto, cuando se habló de eso y debió hacerse la disolución, parecía que el mes de noviembre estaba muy lejos, y que antes pasarían muchas cosas. Ya estamos casi en noviembre, y se ha perdido la ocasión de hacer una cosa buena, restaurando el sufragio universal en Cataluña.

Comorera me contesta que tal es también su opinión, pero que ignoraba la mía.

—No iba yo a plantarme en Barcelona para decírselo a usted, Comorera.

—Claro, si usted no ha venido a hablar con el Presidente… —añade La Pasionaria.

—Todavía estamos a tiempo de hacerlo —replica el otro.

No dejo de decirle a Comorera que con el Gobierno en Valencia o en Barcelona es indispensable proseguir rectificando todas las extralimitaciones antiestatutarias de la Generalidad. Comorera tiene el *culot* de decirme que ya están enmendadas. Advierto así que se coloca sin buena fe en una actitud polémica, y le hago entender que no estoy hablando con ellos para discutir nada. Lo discutirán con el Gobierno. Pretende justificar lo ocurrido en Cataluña por la desaparición del Estado.

—Muy bien —le digo—, se aprovecha la rebelión militar para acabar con el poder del Estado en Cataluña, y luego quiere usted disculparlo todo, alegando que el Estado no existía. Si hubieran ustedes cumplido el deber de respetarlo, se habrían ahorrado el placer de la suplantación.

—No hay que olvidar la situación social creada en Cataluña, a consecuencia de la rebelión.

—No lo olvido. Pero no espere usted hacerme admitir el absurdo de que su revolución social y las usurpaciones de la Generalidad son la misma cosa y obedecen a los mismos móviles.

Comorera está muy satisfecho de la situación del Orden público en Cataluña. «¿Entonces usted no es de los que creen que el Gobierno ha enviado allí un ejército de ocupación?», le pregunto. «¡Quién puede creer eso!». Me aconseja que haga una excursión por Cataluña, a fin de apreciar el cambio que se ha producido.

Para concluir, les digo que las dificultades mayores con que la República tropieza para defenderse proceden de que al fin primordial de ganar la guerra se han antepuesto fines secundarios, no todos legítimos, pero que aún siéndolos, deben ceder a lo principal. Cada uno por su lado ha querido tomar

posiciones para ser el más fuerte el día de la paz, que se imaginaban próxima y fácil, con lo que todos han sido débiles en los días de la guerra. Pasionaria asiente, Comorera no lo admite. «Es una cuestión de hecho. Y que eso fue la aspiración de todos, lo confesó en Consejo un ministro catalán, en Madrid, en julio del año pasado». «Sería tonto», observa Comorera. «No es tonto. Habló con tal franqueza, porque sin duda creía seguro salirse con la suya».

14 de octubre

Negrín ha venido a despachar esta mañana, a las once. Ha estado aquí hasta cerca de la una. Después de la firma, hablamos de muchas cosas. Negrín está muy descontento de su discurso en las Cortes, y llega a decirme que casi se siente avergonzado de no haber sabido hacerlo mejor. Procuro animarlo, y le digo que lo de menos es el buen éxito oratorio. La posición política del Gobierno ha quedado bien clara y las Cortes la han aprobado. Todo ha salido bien. «Pero si las sesiones hubieran durado dos o tres días más —observa—, no sé lo que habría ocurrido». Negrín está muy contrariado con las intrigüelas de los grupos y las camarillas. «Tendré que ponerles un pesebre para que no hagan daño». Negrín no sabe nada de la iniciativa de Irujo cerca de los coroneles americanos. «Pues me lo ha dicho el ministro de Estado». A propósito de Irujo, vuelvo a insistir en la impertinencia de la comisión nombrada para *arreglar* los servicios de Justicia en Cataluña, y le reitero lo que manifesté en el último Consejo de ministros. «Esa comisión, ¿ha sido nombrada por acuerdo del Gobierno?». «Creo que no, debe de ser cosa del ministro». «No se olvide usted de que, como jefe del Gobierno, le corresponde dirigir la política, y no debe permitir a sus ministros que tomen determinaciones de ese género. Pida usted la orden constituyendo esa comisión y averigüe sus fines. Si expresamente está nombrada para preparar el restablecimiento del Estatuto en materia de justicia, no digo nada, aunque ninguna falta hacía la comisión. Si es para otra cosa, para transigir y regatear, corte usted el camino desde ahora, y no se confíe en que sus acuerdos sean oficiosos y no tendrán valor mientras no los apruebe el Gobierno». Le pregunto si ha ocurrido algo anómalo en el Palacio de Justicia. Según mis noticias, unos guardias de asalto se presentaron allí y pusieron en libertad a unos agentes, encartados en no sé qué sumario. En efecto; así ha ocurrido, y por eso no hice el decreto relevando a Morón de las funciones de director general, a quien sustituye De Juan. «¿No les ha gustado a ustedes el nombre de Escobar, que yo le indiqué a usted?». «Sí, señor. Pero el general Escobar

procede de la Guardia Civil, y como a consecuencia de la fusión de los escalafones hay piques y rivalidades entre los de aquel origen y los guardias de asalto, no hemos nombrado a Escobar, para no crear un nuevo motivo de discordia». Me informa de que a Eduardo Ortega, fiscal de la República, le van a conceder un mes de licencia para el extranjero, prólogo de su cese en el cargo. Motivo: parece ser que a Ortega le han amenazado los de la FAI, si no pone inmediatamente en libertad a Aurelio Fernández y a otros. «No me extraña —le digo—, son todavía consecuencias del pasado. Usted no ignora que Ortega no me parece el hombre más a propósito para el cargo que ocupa. Pero que un funcionario sea amenazado para que falte a su obligación, no es motivo para relevarlo ni para que dimita. Ahora, si ustedes quieren desprenderse de Ortega, o él desea marcharse, lo mejor sería sustituirlo desde luego». «No hemos encontrado todavía la persona».

«De Juan habría estado mejor en la Fiscalía que en la Dirección de Seguridad». Le recomiendo que busquen una persona competente y con autoridad. Como Negrín me dice que no tiene bastantes conocimientos en ese ramo, le doy algún nombre.

De la situación exterior hemos tratado largamente. Los últimos telegramas de los embajadores en París y Londres, que me ha remitido Giral, producen mala impresión. Azcárate está muy pesimista. Hay un telegrama de Fernando de los Ríos, en que se refiere a una conversación con Roosevelt: «Depende de lo que China y España puedan aguantar». Le explico a Negrín lo que a mi juicio podría hacerse, o por lo menos tantearse en Washington. Asiente y toma unas notas. Hablará con Giral. Ya sé que Washington está muy lejos y que en el camino pueden evaporarse las intenciones.

Se recibe poco material. El torpedeo del *Santo Tomé* nos ha privado de una gran partida. Sus informes sobre el arribo a puertos franceses de unos barcos procedentes del Báltico, son confusos. No saco nada en limpio. Me entero de que Vayo ha ido a París y Londres para hablar oficiosamente de una posible evacuación de Asturias, protegida por Francia.

En cuanto a la liberación de la prenda oro depositada en Mont-de-Marsan, no es lo que me habían contado y que yo me resistía a creer; pero tampoco ha sido lo que yo temía. No se ha *liberado* el oro. Se ha vendido, se ha pagado, con un beneficio, según Negrín, de más de mil millones de francos, porque no han exigido el pago con arreglo al valor oro del franco al hacerse el contrato.

Sobre el traslado del Gobierno a Barcelona, nada hay resuelto. Va a plantear el asunto con el Consejo de hoy. En resumen, la decisión de Negrín se funda en la urgencia y necesidad de asentar definitivamente la autoridad

del Gobierno en Cataluña y de poner en pleno rendimiento la industria de guerra, lo que solamente puede conseguirse estando allí. También quiere prevenirse, con el traslado del Gobierno, contra ciertos manejos de que la prensa ha hablado para negar que existan, pero en cuya realidad cree Negrín. Pretende también desvanecer la impresión de que el Gobierno no puede ir a Cataluña, y de que hay *dos* Gobiernos que rivalizan. Prevé por último un revés en el frente de Aragón, y para este caso espera que la presencia del Gobierno en Barcelona produzca en el exterior un resultado que a mí se me antoja quimérico. Cree probable la venida de Companys a Valencia. Aguirre ha tenido la ocurrencia de proponer a Negrín que *celebremos* una conferencia *los cuatro* presidentes. «Yo no tengo nada que hacer en esa conferencia», le digo. «Es claro. Así se lo he hecho entender a Aguirre». La posición de Negrín, en todos estos asuntos de las regiones autónomas, es la justa. Tratarían de envolverlo de mil maneras, siendo una de las más peligrosas, e inaceptable, la de «marchar de acuerdo». Por fortuna, está muy sobre aviso.

Esta tarde han venido Díez-Canedo, Amós, y Rosario, la mujer de Fernando Salvador. Hemos hablado de mil cosas, ajenas casi todas a la política. ¡Buena falta me hace! Díez-Canedo se ha encargado ahora de dirigir la revista *Madrid*, de la que han salido dos números. Antes, la patrocinaba la Casa de la Cultura, abigarrada creación del ministerio de Instrucción Pública, después disuelta, y rehecha sobre otras bases. Me dice Canedo que la tirada casi entera de la revista ha estado secuestrada en un sótano del ministerio, sin repartirse hasta ahora. Libros, revistas, papeles, ¿dónde están? A Rosario le han fusilado a sus dos hermanos en Logroño, oficiales de Artillería. Eran republicanos. Cuentan que el jefe militar que ordenó el fusilamiento había sido tutor de los dos muchachos, y compañero de su padre, el coronel Quincoces.

16 de octubre

A última hora de la tarde, me trajo ayer Bolívar unos decretos que le había enviado Negrín, diciéndole que él no podía venir porque se marchaba a Madrid. Ni del objeto del viaje, ni del viaje mismo, tuve otra noticia. Al recibir la prensa de la noche, encontré en la primera plana de *La Voz Valenciana*, y con titulares muy grandes, la noticia de que el Presidente del Consejo, a las diez y media de la noche de hoy, pronunciaría por la radio un discurso dirigido a la opinión mundial, dando cuenta de los trascendentales

acuerdos tomados en Consejo de ministros. Como los periódicos pasan por la censura, supuse que la noticia, más que cierta, era un anuncio oficioso. Yo no tenía noticia de que el Consejo hubiera tomado acuerdos trascendentales, ni había visto al Presidente después de su celebración. Me pareció demasiado. Llamé por teléfono a Giral, le participé mi sorpresa, y le encargué que averiguase el paradero de Negrín en Madrid, para que se comunicara conmigo. Poco después de las doce, el Presidente me llamó. Le pregunté qué significaba lo que decía el periódico, qué acuerdos eran esos, y qué discurso el suyo, dirigido a la opinión mundial, sin que yo supiera nada. Negrín no conocía el suelto de *La Voz*. Su discurso no tenía importancia. Era uno de tantos como pueden pronunciar los ministros. Pensaba dedicárselo a los madrileños.

—¿Tampoco va usted a hablar del traslado a Barcelona?

—De ninguna manera, puesto que aún no lo ha aprobado usted.

—Entonces, nada tengo que decir, como no sea recomendarle a usted que los servicios de la censura no dejen pasar esas cosas.

Me dijo que pensaba volver a Valencia el domingo o el lunes. Esta fue en sustancia la conversación. No había pasado media hora, cuando Negrín llamó de nuevo desde Madrid, y le dijo a quien tomó el recado que estaría de regreso en Valencia a última hora de la tarde de hoy, y me rogaba que lo recibiese inmediatamente.

Me sorprendió mucho. ¿Qué mosca le había picado? A lo mejor, se había enojado por su propia inadvertencia. Incurre en algunas, que no le tomo en cuenta, ni me molestan, porque las atribuyo a falta de práctica y sobra de desorden. De todos modos, temí que el enojo, cualquiera que fuese el motivo, le indujese a tomar una decisión disparatada. No se me ha olvidado que quiso dimitir porque al subsecretario de Justicia le habían expulsado del partido de Izquierda Republicana. Estuve pensando en esa eventualidad, desvelado, y empeoró mi humor, que ya por la tarde, debido a otras cosas, era muy negro. Corriendo más que los acontecimientos, y aun que las verosimilitudes, adopté mi línea de conducta y mis decisiones irrevocables si la ligereza de los demás me ponía ante un conflicto grave.

En los periódicos de esta mañana, he visto que ya el Presidente no hará el discurso anunciado. «Continúan —me he dicho— las decisiones malhumoradas». Llamé a Giral por teléfono. Le conté lo sucedido. No estaba lejos de compartir mis aprensiones. Dijo que hablaría con Prieto.

Por la tarde ha venido Giral, trayéndome un paquete de telegramas, cartas y notas relativas a la reunión del Comité de Londres y el extracto telegráfico

de la sesión celebrada hoy. Comentamos todo eso, que es muy desagradable. El discurso de Eden, cuya importancia no desconozco, habría sido importantísimo hace un año, por lo menos. Es de temer que de estas nuevas conversaciones y discusiones, salga alguna nueva iniquidad, que les permita a todos ir tirando. Hablamos de Washington. Negrín no le ha hablado todavía a Giral de este asunto. Respecto del malhumor que descubre el anticipado regreso del Presidente del Consejo y la supresión de su discurso, le confío a Giral la gravedad que tendría cualquier ligereza, y cuál va a ser mi línea de conducta. Giral reconoce que tengo razón, pero está seguro de que no ocurrirá nada. Cree saber que el viaje a Madrid se debe a una mocedad del Presidente. Prieto va a salir a su encuentro y le hablará.

Después de cenar ha llamado Giral. El Presidente del Consejo, al llegar de Madrid y después de hablar con Prieto, ha desistido de visitarme. Parece que estaba algo molesto, porque yo le había recriminado. Pero ya ha recobrado la calma y no pasará nada.

17 de octubre

Hoy al mediodía he salido al jardín, con propósito de leer a la sombra de un árbol. Imposible. La embriaguez de la mañana me ha quitado la atención, y luego el deseo. Decimos que es otoño, porque no hace calor. Pero un sol deslumbrante, y como un trabajo profundo, invisible, de germinación y crecimiento. Densidad de primavera. Aromas fuertes, de resina y flores. Un vientecillo ágil. Revolotean, sobre las dalias encarnadas, dos mariposas. Un labrador ara los bancales y canta a grito pelado. La tierra está blanda, migosa, suave. Después, silencio, calma luminosa. Acordes de silencio y luz. No sé qué sentido capta una vibración, ni luminosa ni sonora. Imposible adaptarse a un ritmo. Se escapa, se va. Me deja atrás, se va uno de fondo, como piedra… El perro ha venido a hacerme compañía. Se acerca a la estanquilla, derriba un tiesto, bebe, con fuertes chasquidos de lengua, brinca sobre un arriate, troncha unos tallos, y se me queda plantado delante, mirándome de hito en hito. A los lados de la cabezota, los muñones de las orejas cortadas le ponen dos acentos puntiagudos. «¿Qué quieres, Tom? ¡Estás flaco! ¿Te echan poco de comer?». Es un mastín cachorro, manso y sociable. Poco inteligente, no entiende lo que le digo, pero le gusta que le hable. No sería el primer caso. Entiende bien que soy su amigo. Se echa en el suelo tan largo como es, apoya la cabeza en las manos, su mirada me envía dos hilitos brillantes por entre los párpados entornados. Es feliz, porque nadie le hace daño, y su índole perruna no se

sustrae como yo a la fascinación del natural. ¡Qué día insolente, provocador del hombre! La vida no es como aparenta en este rincón. Ni siquiera para los perros. Pienso que lo sabrían los cartujos retraídos aquí en otro tiempo, y que por saberlo se retraían. ¡Qué atroz indiferencia por el sufrimiento humano, esta calma falaz, sin moraleja posible! La matanza continúa.

Por la tarde han venido Giral y Amós. Hemos hablado de todo y de nada. Giral me dice que mañana llega Companys a Valencia.

18 de octubre

Día de audiencia. Pedro Carrasco, decano de la Facultad de Ciencias de Madrid y director del Observatorio, me cuenta cómo salió de San Sebastián, con su familia, el año pasado, atravesando Irún, ya abandonado, poco antes de ocuparlo el enemigo. Ha estado en Madrid unos cuantos meses. Meritoriamente defendió a su personal, librándolo de los «paseos». El bombardeo ha causado daños en las instalaciones del Observatorio. Ahora trabajan aquí, y han reanudado las publicaciones. Al repartir el último *Anuario*, se les ha ocurrido enviarlo también, como siempre, a los establecimientos científicos de Italia, Alemania y Portugal. De Italia, ninguna respuesta. Un tardío y tímido acuse de recibo de Portugal. Los centros alemanes han contestado con el sello de recepción en las bibliotecas. La Academia de Ciencias de Prusia añade al acuse de recibo unas palabras: «¡Con mucha simpatía!».

Gaos, rector de la Universidad de Madrid, me trae un álbum de fotografías del pabellón español en la Exposición de París, en cuya dirección y organización ha tomado mucha parte. Cree que el pabellón español, deficiente y todo como es, representa un esfuerzo extraordinario, dadas las circunstancias, y que así lo han apreciado cuantos lo han visto. Enorme afluencia de visitantes. Llevo la conversación hacia los emigrados voluntarios, suponiendo que Gaos conoce las andanzas de algunos. Gaos es muy circunspecto y comedido. Ha visto a pocos emigrados, que, en general, se retraen. Lamenta lo que han hecho, sobre todo algunos con quien le unía estrecha amistad. No han visto que ahora no se trataba de ser amigo o enemigo de este o aquel Gobierno, de tal o cual político, sino de servir a la causa nacional, puesto que se liquida la vida de España. Se marcharon al extranjero para conservar en el porvenir ciertas posiciones, creyendo que la guerra se acabaría en seguida con el triunfo de los rebeldes. La inesperada duración de la guerra los ha puesto en una situación sin salida. Si no estaban

conformes con algo o con nada de lo que aquí se hacía, han podido decir que tampoco lo estaban con lo que hacen en el otro lado. Se han abstenido, porque eso habría sido un modo de comprometerse. Han querido jugar en los dos paños, y pueden perder en los dos. A alguno de los ilustres emigrados (Gaos se reserva el nombre) le han hecho saber desde Burgos, contestando a una exploración, que en ningún caso le admitirían en su campo.

—Algunas de esas personas —le interrumpo— han querido reservarse para escribir, como si dijéramos, el último capítulo de la filosofía de la historia, y ya en posesión del dato definitivo, demostrar fácilmente que siempre tuvieron razón y que ya ellos lo habían dicho… En la vida pública es menester exponerse a fracasar. Cuando se supedita todo a suprimir ese riesgo, el fracaso es seguro.

Gaos asiente. Le pregunto por algunos antiguos amigos, pero no tiene noticia de ellos. Sabe que García Morente, después de ser eliminado del escalafón de catedráticos («cosa difícil de evitar», observa), se marchó a Francia y después, con toda su familia, a Tucumán, donde le han dado una cátedra de filosofía. «¿Qué puede ser la filosofía en Tucumán?», pregunto. Gaos no lo sabe, y se ríe. Ortega reside en un pueblecito holandés, cerca de Leyden, mal de salud y de recursos. «¿Usted cree que Ortega corría algún peligro en Madrid?», le digo. «Ninguno». «Sé que estaba muy enfermo. Fuera de eso, cualquier Gobierno, el más distante de los puntos de vista de Ortega, no solamente le habría protegido si le amenazaba algún peligro, sino que le hubiese puesto en las condiciones que él quisiese para servir al interés público». «En general, esa emigración nos ha hecho mucho daño», confirma Gaos. Hablamos de otras cosas. Valor de la experiencia de estos quince meses para el futuro de España. Cuál habría sido la situación si la guerra se hubiese concluido victoriosamente para la República en agosto o septiembre del año pasado. Estado de la educación política del pueblo español, cualidades que descubre o confirma en estas circunstancias, etcétera.

Don Ignacio Bolívar (muy animoso, con sus ochenta y siete años), Royo Gómez, Cuatrecasas, y Antonio Zulueta, todos del Museo de Ciencias Naturales, me traen un volumen de la obra de Mutis (manuscrito y láminas originales), que va a publicarse como ensayo. Unas sesenta láminas (el total pasa de seis mil), de cuya reproducción me enseñan varias pruebas. La edición de este volumen costará unos cincuenta mil duros, para cuatrocientos ejemplares. Este monumento de la ciencia española merecía harto un esfuerzo así, para perpetrarlo y difundirlo. En tiempos de paz, me ocupé de este asunto y traté de impulsarlo y ayudar un poco. Celebro mucho que no lo hayan

abandonado. La obra de Mutis quedó terminada en 1815. El Estado español no había tenido tiempo, hasta ahora, de ocuparse de ella.

La visita más interesante ha sido la de dos miembros de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, O'Connell y Bernard, amigos políticos y personales de Roosevelt. Viajan por España, enterándose de la situación y son adictísimos a nuestra causa. Mañana van a Madrid. Han de estar en su país para la reunión extraordinaria del Congreso, el 15 de noviembre, y tienen pedida y concedida audiencia, para antes de ese día, con el propósito de informar al Presidente sobre lo que han visto aquí. Hemos hablado largamente de todos los aspectos de la cuestión, principalmente del internacional y de lo que puede y debe esperarse de la acción de Roosevelt. Según O'Connell, el departamento de Relaciones Exteriores, o de Estado, ha tenido engañado a Roosevelt acerca de la cuestión española. Cuando se oyen estas cosas, hay que consolarse de otras de por acá. Aseguran que la inmensa mayoría de la opinión pública secunda al Presidente. Les he explicado a fondo el origen, los fines y medios de la rebelión y la guerra; sus objetivos, en la política interior y en la de Europa; los métodos posibles de pacificación, empezando por la retirada de todos los extranjeros; las condiciones necesarias para el afianzamiento de la República democrática; cómo y por qué no hay comunismo en España; el alcance limitado del auxilio soviético y su fundamento, ajeno al régimen social español; los caracteres típicamente españoles de la dictadura militar y eclesiástica que implantan los rebeldes, cualesquiera que sean los lemas que enarbolen y el color de sus camisas, etcétera, etcétera. Les he dado algunas cifras sobre el régimen de terror imperante en la zona «blanca», y una referencia sobre la conducta de los obispos. Ambos diputados son católicos. A uno de ellos le acompaña su mujer, bastante agraciada. O'Connell se lamenta de que Roosevelt y yo no nos conozcamos personalmente, porque podríamos hacer algo de útil para el mundo. «Washington está muy lejos… —les digo—, acorten ustedes la distancia». Aunque nuestra conversación sea infructuosa, he hecho lo que debía, y seguramente lo que nadie se ha tomado el trabajo de hacer en «la esfera de las marmotas».

A última hora he recibido a Miguel Moreno Laguía, antiguo amigo personal, juez de instrucción, encargado del sumario por la desaparición de Nin. De todo lo actuado lleva dos copias y ha consultado siempre sus resoluciones con el fiscal de la República. Por lo que resulta del sumario, Moreno no puede asegurar si el desaparecido está en secuestro o lo han asesinado, o si está escondido. A lo que parece inclinarse es a creer que la

policía lo sabe todo, y no lo dice. Quedan en la policía algunos sujetos poco recomendables, y no precisamente de los más antiguos. Resulta que Nin no estaba preso en la cárcel celular de Alcalá, como creía el Presidente del Consejo cuando me habló del caso, sino en un hotelito de las afueras, en la carretera de Aragón. No le ha sido posible al juez obtener las llaves de la casa para reconocer el local. Las declaraciones de los guardianes de Nin se contradicen. El juez, con anuencia del fiscal, decretó el procesamiento y prisión de varios funcionarios de Policía, entre otros de un tal Vázquez, que había sido comisario jefe en Madrid. Detenido en Valencia, y teniéndolo a su disposición en el Palacio de Justicia, se presentó un emisario de la Dirección de Seguridad, con un volante, reclamando al preso. El juez se negó a entregarlo, y añadió que si la Dirección General tenía razones para llevárselo, que se lo dijera por oficio. La réplica fue presentarse un capitán de asalto con un pelotón de guardias, en busca del detenido, y con una orden del director general para detener también al juez, si se resistía. Moreno contestó al capitán que no podía detenerlo, y que podía hacer con él lo que quisiera, pero que no le seguía. En cuanto al detenido Vázquez, el juez dio cuenta por teléfono al fiscal, quien, para evitar mayores males y un escándalo, le aconsejó o le autorizó la entrega. Así lo hizo. Ahora está en libertad. Todo esto es más grave que la misma desaparición de Nin. Se lo haré ver así al Presidente del Consejo. No basta haber sustituido al director general. De poco sirve hacer el autoritario, si los instrumentos mismos de la autoridad se quiebran. Es preciso que el Gobierno no se deje ganar la mano ni un segundo, porque recaería pronto en la situación del Gobierno de Largo Caballero.

20 de octubre

En Valencia he recibido la visita de Companys. Venían con él Comorera, Pi y Suñer y Sbert. La conversación ha durado una hora y no ha sido de gran interés. Nos hemos mantenido todos, deliberadamente por mi parte, y creo que por la suya también, en la línea de las consideraciones generales. Si Companys hubiera venido solo, tal vez la entrevista hubiese tenido más importancia. Acaso, para que no la tuviera, se ha presentado con tanto séquito. Querían «cumplimentarme», nada más. He aludido a su probable reelección. Companys, con el verbo indeciso, zigzagueante, que usa para no decir con claridad su pensamiento, afirma que preferiría, con toda sinceridad, cesar en su cargo, y que si encontraran una personalidad, con prestigio no gastado, podría sustituirle con ventaja para todos, porque ahora las

circunstancias son otras, etcétera. Los demás señores opinan que no hay sustituto posible… Bien. Queda sobreentendido que aceptará la reelección. Pi y Suñer desliza que bastará acaso un voto de confianza del Parlamento catalán. Se lo niego. «Un voto de confianza se da al Presidente de un Gobierno, en este caso al del Gobierno de la Generalidad, para que continúe en el cargo mientras tiene título para permanecer en él. Ahora no es así, puesto que el propio Presidente ha dicho que su mandato expira legalmente. Es preciso renovarle el título, mediante una elección en forma». No sé quién de ellos apunta que, prorrogados los poderes del Parlamento, pueden entenderse prorrogados los del Presidente, y que el Parlamento catalán, interpretándolo así, obraría correctamente. También se lo niego. Al Parlamento no le corresponde interpretar las leyes. Aparte de que, en la práctica, ya sabemos lo que eso significa. Alegan el caso de la reposición de Companys en su presidencia, en febrero del 36. No me cuesta trabajo demostrarles que la equivalencia no existe, porque entonces volvieron a sus cargos en virtud de haber sido anulada, por el Tribunal de Garantías, la ley que suspendió el Estatuto. Companys parece estar de acuerdo con mi opinión; pero no aseguraría yo que se priven de hacer las cosas mal. Companys reconoce que la situación política ha mejorado, que la solidez del Gobierno no ofrece duda. Únicamente advierte que se sigue una política demasiado «mecánica», y que no se cuida bastante del tono del espíritu público. Sbert dice que hay disminución de confianza, «una caída vertical». Entre las cosas que Companys va a tratar con el Gobierno, figura su instalación en Barcelona. Se queja de que unos funcionarios subalternos han requisado allí no sé cuántos edificios, *manu militari*. Me han hablado también de mi posible alojamiento. Quieren que vaya a Pedralbes. Respecto de la guerra, se abstienen de opinar. Admiten, sin embargo, que de no retirarse todos los combatientes extranjeros, no podemos ganar la guerra en el campo. Se exceptúa Comorera: con la terca cerrazón que le caracteriza, afirma que aun así puede ganarse: es menester la convicción.

—La convicción sirve para creer en el misterio de la Trinidad —le respondo—, pero no da los ejércitos que nos faltan.

—Hay que acumular reservas —replica—. Quedan ocho quintas por llamar.

—Delas usted por llamadas. ¿Dónde están las armas y, sobre todo, los cuadros de mando para esas reservas?

—Se crean más escuelas de oficiales.

—Todo eso son consignas para los mítines. La realidad es otra.

—En año y medio o dos años que aún va a durar la guerra, hay tiempo.

—Si la guerra durase dos años, habría tiempo, suponiendo que hubiese dinero. Pero hay que contar con el enemigo.

—Todo depende de la convicción.

—Habrá que nombrarle a usted generalísimo.

—No soy militar.

—Ya se conoce.

Pi y Suñer apunta: «Si hacen una ofensiva tremenda, con todos sus elementos, y entran en Cataluña… Es de suponer que el Estado Mayor lo tenga previsto».

—Es de suponer —respondo—. La situación no es desesperada. La solución podría venir de una mejora en el aspecto internacional del problema. Cuando todos los caminos estuviesen cerrados, no habrá más remedio que plantear la cuestión en el Gobierno y ante el país.

—Claro, claro —comenta Sbert—; para liquidar.

Poco después de regresar a La Pobleta, recibo los telegramas que me envía Prieto relativos a Asturias. Ya los de ayer hablaban de la desmoralización de algunas fuerzas, del abandono de posiciones, de indisciplina; en fin, el cuadro completo que se podía prever. Prieto había dado orden de destruir el submarino C-6, averiado por la aviación, en el caso que no pudiera navegar, y que el destróyer *Císcar*, el mejor de todos, se marchara de Gijón. En los telegramas de esta tarde, a primera hora, comunican que el *Císcar* ha sido echado a pique. También se ha ordenado que los seis aviones restantes, aún en Gijón, se retiren. Supongo que podrán llegar a alguna parte. Hace unos meses que estoy representándome lo que iba a ocurrir, y ya ocurre, en Asturias. Espantoso. Mientras tanto, la prensa, censurada, sigue haciendo creer que los heroicos defensores de Asturias rechazan al enemigo. Poco talento hay para todo en nuestro país y lo poco que hay no puede socializarse.

Esta tarde ha venido el Presidente del Consejo. No traía firma, ni asunto especial alguno. De Londres no había noticias, porque a tales horas estaría reuniéndose el Comité de No-Intervención. Aunque Companys me dijo esta mañana que no había empezado sus conversaciones con el Gobierno hasta cumplir la cortesía de visitarme, Negrín me informa de que han conferenciado ya durante dos horas. He leído en los periódicos que los dos Presidentes se proponen ir a Madrid y hablar desde allí por la radio. Me lo confirmó Companys esta mañana, pintándolo como un empeño del Presidente del Consejo; no ha habido tal empeño, según Negrín. Le ha parecido conveniente llevar a Companys a Madrid, y que pronuncie una alocución, con algunas

palabras «de españolismo». No ha necesitado insistir. «Prevéngase usted —le digo— contra el peligro de que en esa alocución, o en otra forma, Companys pretenda presentar el traslado del Gobierno a Barcelona como un pacto o convenio. No sería extraño que lo pretendiese, ya que no puede impedir el traslado». El Presidente asegura que no se hablará de eso, y que se concertará lo que haya de decir Companys. En su primera conversación, han salido a relucir las situaciones *de hecho* que se han producido en Cataluña, cuya consolidación pretenden, a la que me opongo, y también el Gobierno, salvo lo que opinen Irujo y Aiguadé. Sobre eso, el Presidente del Consejo me ha reiterado su propósito de no ceder, y le ha hecho saber a Companys que no hay más normas posibles que las de la Constitución y el Estatuto. Añade Negrín que, en la tarea de ir volviendo las cosas a su cauce, le parece de buena política no llevarlas a tambor batiente, y aprovechar las ocasiones, a medida que lleguen a madurez. Los catalanes le han indicado que, una vez el Gobierno en Barcelona, podría hacerse una modificación, reduciéndose el número de consejeros de la Generalidad y aumentándose el de los ministros catalanes con el Gobierno de la República. «¿Lo ve usted? —le digo a Negrín —. Ya salen las combinaciones. Son como la yedra. Se le subirán a usted por las piernas, hasta envolverlo». Negrín me repite las obvias razones que les ha dado para rechazar la indicación. Prosiguiendo en estos asuntos, le pregunto: «¿Ha visto usted *El Mercantil Valenciano* de esta mañana?». «No, señor». «Pues dígame qué le parece esto», añado presentándole un número. Con motivo de la llegada de Companys, *El Mercantil* publica en primera plana un artículo titulado «Cataluña visita a España». «Esto no se puede tolerar. Está visto que la censura no sirve para nada. ¿Quién la dirige? ¿Un tonto? ¿Un separatista?». Negrín se disgusta mucho, con tanto más motivo cuanto que el periódico pasa por seguir sus inspiraciones, según me confiesa. Yo lo ignoraba. El director es un amigo suyo, nombrado para esos fines. «Pues se ha lucido». Amplío mis observaciones al tono general de la prensa al tratar las cosas de Cataluña. Se advierte una infiltración de la fraseología, tópicos y confusiones procedentes de Barcelona. Le cito algunos ejemplos. «Estoy persuadido de que nadie tiene tacto para manejar las cuestiones catalanas, ni siquiera la fundamental. Pero la actitud de usted es sana en esa materia. ¿Por qué en el ministerio de la Gobernación no aplican la misma doctrina? Convendría explicársela a los directores de los periódicos y hacerla observar mediante la censura. Poco a poco, se van disolviendo las tesis de la República sobre las cuestiones regionales; hay que restablecerlas. Conviene surtir a los periódicos, por lo menos a los adictos, de un corto número de ideas generales

sobre ese particular, aparte de otros». Negrín me cuenta que está organizando en la presidencia un Gabinete político y de prensa. Ya era hora. Y ofrece ocuparse de todo esto, conforme a mis indicaciones.

Le he dado noticia de lo que ocurre con el sumario por la desaparición de Nin, según mis informes. Negrín ignoraba que los policías mandados detener por el juez estuviesen en libertad. Quedamos en que pondrá mano en ello. Le refiero algo de mi conversación con los catalanes, esta mañana, e incidentalmente sale a la colación el parecer de Comorera sobre la duración de la guerra. «Sí —exclama Negrín—, esas cosas se dicen porque no hay más remedio, y tenemos que afirmar siempre nuestra decisión de resistir. Pero no cuentan con el factor económico, no tienen idea de lo que se gasta, ni del límite a que podemos llegar».

Por último: «¿Qué motivo tuvo usted para precipitar su regreso de Madrid, donde pensaba usted estar dos días, y suspender su discurso?», le pregunto. «Creí advertir que usted me reconvenía, o que estaba enojado, o que no tenía confianza en lo que yo pudiera decir, y no me parecía delicado hacer el discurso hasta aclarar la situación. Regresé a Valencia, hablé con unos amigos y se disiparon mis dudas».

—¿Ha llegado usted a ver este número de *La Voz Valenciana*? —le digo, mostrándole el que publicó aquella información.

—Lo vi en Valencia y tuve un gran disgusto, que ha dado origen a otros con los autores de esa ligereza.

—Por el disgusto de usted puede calcular el mío, al saber por un suelto de apariencia oficiosa que el Presidente del Consejo iba a comunicar a la opinión mundial los trascendentales acuerdos del Gobierno. Reconocerá usted que lo menos que podía yo hacer era preguntarle si eso era cierto. Me dijo usted que no, y me quedé tranquilo. Si me hubiese usted dicho que la información era exacta, ¿habría usted encontrado excesivo de mi parte que le interrogase sobre sus propósitos, antes de que el público los conociera?

—No, señor. De ningún modo.

—Pues eso es todo. Celebro mucho que unos amigos le disiparan a usted las dudas, evitando que me las trajera.

—Las relaciones oficiales entre el Presidente de la República y el del Gobierno son fáciles de establecer, y el que seamos amigos personales no es como para complicar la situación, precisamente. Pero eso no entra en juego. Me alegro mucho de que el Presidente del Consejo sea, además, un amigo mío. Esté usted seguro, sin embargo, de que en la crisis de mayo, aunque hubiese sido usted mi mayor enemigo personal, también le habría hecho

Presidente, existiendo las razones que aconsejaron la solución, todavía vigente. Usted no ignora que, con la significación política del Gobierno, es decir, hablando sin rodeos…, con lo que usted y Prieto representan, no como socialistas, sino como gobernantes, estoy conforme. No siempre he podido decirle lo mismo a un Presidente del Consejo. Si se presentara un motivo grave, e insuperable, que me obligase a mudar de opinión, se lo diría a usted con la misma franqueza.

Como eran las cinco y media, y el Consejo de ministros estaba citado para las seis, he puesto fin a la entrevista.

21 de octubre

Prieto me envía las últimas informaciones recibidas de Asturias y las que se han captado de las emisoras del enemigo. Es seguro que aquello se ha concluido. Lo que aquí llaman la «quinta columna», se ha hecho dueña de Gijón, mucho antes de la llegada del ejército enemigo. Algunas radios hablan de un gran movimiento de coches hacia El Musel, en los que se fugaban «los dirigentes rojos». ¿Será el *Gobierno soberano*? Y, ahora, «a fusilar tocan».

A última hora de la tarde ha venido Giral a despachar en ausencia de Negrín. Traía mucha firma. Entre ellos, ciertos mandamientos de magistrados del Supremo. Se los he devuelto, sin firmarlos. Hace unas semanas, me trajo Negrín las mismas propuestas. Una de ellas me pareció escandalosa. Di mis razones, y le hicieron tanta mella, que en mi presencia Negrín rasgó los recretos. Ahora vienen de nuevo. Le refiero a Giral lo ocurrido y me asegura que no han pasado por el Consejo de ministros… Será otro desliz de Irujo. Con motivo de preguntarle cuándo nombran nuevo fiscal del Supremo, y a quién, Giral me dice que Ortega, sin esperar la licencia, ni menos el relevo, se ha marchado de España. Vamos, que se ha fugado. ¡También se ha marchado Benito Pavón, a quien su camarada García Oliver había hecho presidente de la Comisión Jurídica Asesora! Es de notar que el entonces subsecretario de Justicia, Sánchez Roca, está ahora en la cárcel, con Barriobero, que también fue candidato a la fiscalía.

Hemos invertido lo más del tiempo en examinar la propuesta italiana en la última sesión del Comité de No-Intervención, su alcance y sus consecuencias. Lo más probable, a mi juicio, es que acepten cualquier cosa que permita decir que continúa la política de no-intervención. Lo que ahora proponen, aun concediendo la mayor buena fe posible, y la más enérgica voluntad de hacerlo cumplir, supone un lapso de tiempo de dos o tres meses. Es cuanto pueden

necesitar, para asegurarse nuevas e importantísimas ventajas militares. «De todas maneras —le digo a Giral—, si en Londres se llega a un acuerdo sobre la retirada de los combatientes extranjeros, en firme, cualesquiera que sean los rodeos y aplazamientos implícitos en el modo de ejecución, hay que procurar poner en curso la segunda parte de mi pensamiento sobre el problema general, que ya les he expuesto a ustedes más de una vez». «¿Cuál?». «La suspensión de hostilidades, para dar lugar a la ejecución del acuerdo primero. Solamente así se conseguirá que el acuerdo tenga eficacia desde el comienzo, y que no funcione en contra nuestra, como sucedería si se hacen reembarcos parciales, sean o no proporcionados al número total, y, en todo caso, si continúan operando los ejércitos italianos todavía unos meses». Hace tres o cuatro días le apunté algo de esto al mismo Giral. No le pareció bien. «La suspensión de hostilidades —me contestó— produciría pésimo efecto en la opinión». Se conoce que ha pensado en ello, y hoy estaba conforme con mis razones. Añade algunas más. Está persuadido de que no tenemos medios para resistir una gran ofensiva. Me refiere algunos incidentes ocurridos en las operaciones de Aragón, por ejemplo, la pérdida de veinticinco tanques modernísimos, en Fuentes de Ebro, porque la infantería no secundó el ataque. (Hace pocos días, Riaño me aseguraba que las tropas de tierra no combaten. En general, se ha probado que les falta empuje, *mordant*, acaso porque no hay cuadros de mando). En tal situación, Giral admite que la suspensión de hostilidades nos favorecería. «Tanto —le replico— que lo dudoso sería que la aceptase el enemigo». Le recuerdo a Giral cuántas veces, desde hace más de un año, he hablado yo con él, y con otros, de este asunto, y habiendo considerado siempre como primero y principal paso lo de los extranjeros, lo he ligado con la subsiguiente suspensión de la guerra. Y no solo por lo que conviene a nuestra situación, sino porque tengo el presentimiento de que, suspendida la guerra, quizá no se reanudase; con lo que ganaríamos todos, y en general la nación. Aunque ya no necesito vencer ninguna resistencia de Giral, le recuerdo también que hace meses, cuando se empezó a hablar públicamente de la retirada de extranjeros, aparecieron en Londres algunas indicaciones sobre el cese de las hostilidades, y que entonces mi opinión y mi consejo, aceptados por el Gobierno (más exactamente por el Presidente y el ministro de Estado), fueron que la suspensión no podía anteponerse al acuerdo sobre la retirada, pero que era convenientísima, y debía procurarse para ejecutarlo. Besteiro, por encargo mío, se lo dijo así a Eden. Para obtener del Comité de Londres (como tampoco de la Sociedad de Naciones) un acuerdo de aquella importancia, nuestros medios diplomáticos son escasísimos, por no decir

nulos. Lo que en ellos se obtenga, vendrá dictado por lo que su interés propio aconseje a Francia e Inglaterra, si logran coincidir. Pero tal vez no suceda lo mismo en cuanto a la suspensión de hostilidades, si llega a tomarse una decisión general en el primer punto. Le indico a Giral qué exploraciones, llegado el caso, habría que hacer en París y Londres, sobre el supuesto de que otra potencia, o un grupo de potencias no interesadas directamente en el asunto de España tomaran la iniciativa de proponer la suspensión. La idea no perjudica a los fines que en definitiva persiga el Gobierno británico, sean los que fueren, salvo que se proponga el triunfo de Franco, lo cual no está probado. Mucho menos a los de Francia, que no dejaría de percibir la inmensa ventaja de apagar un incendio tan peligroso. Que Italia estorbaría, no lo dudo. El quid está en hallar el artificio diplomático bastante fuerte para hacer irresistible un propósito de pacificación. Apunto la conveniencia de trabajar sobre ello en Washington, y la posibilidad de una acción conjunta de casi toda América. Giral encuentra muy acertados mis puntos de vista. Espero los resultados de Londres. Si se produce alguno medianamente aceptable, *aunque no sea más que aparente*, es preciso aprovechar la ocasión. «Hablaré con usted y con el Presidente —le digo—, y después convocaremos el Consejo de Guerra, para oír la opinión de los técnicos sobre las ventajas y desventajas de la suspensión de hostilidades en el orden militar. Yo no veo más que ventajas. Oída esa opinión, reuniré al Gobierno, no para plantearles a ustedes una cuestión política, sino para someter a su deliberación un propósito de interés nacional. Si el Gobierno no lo acepta, la responsabilidad será suya». Giral cree que los militares aprobarían el propósito. Cree que el Gobierno también. Acaso los comunistas rechinen un poco, pero no le parece imposible convencerlos, sobre todo si oyen al general ruso que hay en el Estado Mayor Central, y que conoce a fondo la situación.

También me ha traído Giral las últimas noticias recibidas de Asturias. Ya deben de estar los enemigos en Gijón.

Entre los decretos de hoy, figura el de ascenso de Rojo a general.

Hay alguno más que también merece ser distinguido. Otro decreto suprime buen número de exenciones del servicio militar. Parece que este decreto ha sido discutido durante tres horas en el Consejo de ministros, porque a los comunistas no les hacen gracia algunas de las modificaciones. También han rechinado un poco algunos ministros socialistas. Los republicanos y Negrín han apoyado el proyecto de Prieto. En otros tiempos, se procuraban exenciones del servicio militar los ricos, los frailes, etcétera. Ahora se contradice al ministro de la Guerra para sacar o mantener

exenciones a favor de tales o cuales obreros. ¿Hablábamos de igualdad ante la ley? *C'est une vue de l'esprit*…

Los periódicos dan cuenta de que los generales Asensio, M. Cabrera y Martínez Monje han sido procesados y presos, por disposición del juez que instruye el sumario sobre la pérdida de Málaga. Ya me había dicho Prieto algo de esto, hace unas semanas. Ignoro de qué les acusan.

22 de octubre

Más telegramas sobre lo de Asturias. Han llegado a puertos franceses algunos barcos, con fugitivos. Parece ser que entre ellos está Pradas, jefe de aquellas fuerzas, y muchos oficiales de su Estado Mayor, marinos, etcétera. No encuentro los nombres de los «dirigentes» políticos. Aseguran que había medios preparados para evacuar a cincuenta mil personas. Si lo hubieran hecho a tiempo, en vez de dificultarlo, y hasta prohibirlo, se habría evitado la angustiosa situación de tanta gente.

25 de octubre

En Valencia, día de visitas. El nuevo director general de Seguridad, De Juan, que ya fue subdirector el año pasado, no parece poseído de gran entusiasmo por su cargo. No es malo eso, si proviene, como creo, de que conoce las dificultades de la función y el estado interno de la casa. Me habla de un proyecto de organización definitiva del personal, fijando los escalafones y las plantillas, y de la necesidad de acabar con las capillitas, formadas en torno a tal o cual jefe, o por las inclinaciones políticas. Me ha dicho claramente que aún no ha llegado con el ministro de la Gobernación a la identidad de propósitos y métodos necesaria, que espera lograr. «Tal vez no era yo su candidato», dice. Tiene el sano propósito de extinguir la acción policíaca de las milicias antifascistas de retaguardia, que pueden probar su ardimiento en el frente, aplicando el excelente decreto de Prieto sobre exenciones del servicio militar. Creo haberle entendido que hay cuatro mil funcionarios de exceso sobre lo que sería la plantilla para todo el territorio nacional. La vocación de policías, que se les ha despertado a muchos españoles, me llama la atención. El fenómeno es común a las dos «zonas», como se dice ahora. Debe de ser por el gusto castizo de montarse en las

narices del prójimo y molestarlo. En estos tiempos de revuelta y barullo, un modo de procurarse alguna inmunidad. Cuando no impunidad.

Galarza ha venido a contarme algunas de las cosas que ocurren en el Partido Socialista y en la des-Unión General de Trabajadores, o, más exactamente, entre Caballero y sus amigos y el Gobierno. Con el propósito, o al menos el deseo, de que yo haga de mi parte lo posible para calmar y apaciguar a unos y a otros. Me entrega copia de la carta que le ha escrito a Negrín. Cree Galarza que si, en el Comité Nacional del Partido y en el de la Unión, se reservasen unos puestos de minoría a la fracción caballerista, las rencillas en curso se acallarían, y esas cuestiones se resolverían dentro de los comités. El sábado último, los agentes de policía, de orden del Gobierno, no permitieron a Largo que hiciese un viaje a Alicante, y desde el Perelló le obligaron a volverse a Valencia. Largo se hizo comunicar la orden escrita y la testimonió ante notario. También protestó ante el Presidente de las Cortes. Galarza teme que por este camino se llegue a una situación de violencia. Le he hecho notar a Galarza que yo no puedo ni debo mezclarme en las contiendas que de antiguo están planteadas dentro del Partido Socialista, ni en las de ningún otro, y que tampoco le puedo hacer al Gobierno amonestaciones sobre ese particular, que podrían significar una mengua de la confianza que debo mantenerle. Galarza asiente. Fuera de eso, y por los medios que están a mi alcance, siempre he de aconsejar la calma, la transigencia, y que las discordias internas de los partidos, seguramente inevitables, no paralicen ni estorben la acción de defensa de la República.

No me extrañaría nada, en el estado actual de los ánimos, que estas indicaciones de los caballeristas, y la propia carta de Galarza, se tomen como una palinodia, y como una demostración del triunfo de la opinión contraria.

Giral, en ausencia del Presidente, que ha ido a Tarragona, me trae la firma, poca y sin importancia, y un informe del director de Seguridad sobre la prohibición del viaje de Largo. El Gobierno ha prohibido todos los mítines y manifestaciones públicas, entre aquellos, el que debía celebrarse en Alicante con asistencia de Largo. Un periódico dio la noticia de que Largo iría de todos modos, y convocaba a los trabajadores en un local social. Por los términos del llamamiento, el gobernador de Alicante y el ministerio han creído que se intentaba celebrar el mitin, aunque fuese en la calle, a pesar de la prohibición. Y de ahí que prohibieran a Largo continuar el viaje. Dudo de las ventajas del procedimiento, que puede llevar muy lejos. También me ha dado Giral unas notas sobre los efectivos italianos en el ejército de invasión. Los calculan en unos noventa mil hombres. Después hemos hablado de la instalación de la

Casa presidencial en Barcelona. También me ha visitado el general Leobardo Ruiz, encargado de Negocios de México. Me traía la noticia, ya conocida, de que el Gobierno mexicano me concedía una condecoración, y de paso quería reiterar cuáles son las disposiciones de su Gobierno respecto de la República y cómo se propone desempeñar su función de encargado de Negocios, en el aspecto político. Para que yo conozca todo eso del modo más auténtico, me entrega el original de la carta del general Cárdenas, dándole instrucciones, cuando le confirió este destino en Valencia.

Otras visitas, casi todas de militares que vienen a presentarse. Y Honorato Castro, que me da algunos informes sobre las medidas tomadas para el abastecimiento de petróleo, con motivo del bloqueo.

29 de octubre

Anoche, después de cenar, vino el Presidente del Consejo, a traerme la firma del Consejo de ministros de anteayer. Muchos decretos, entre otros, el de traslado del Gobierno a Barcelona. Negrín me dice que todo está dispuesto para hacer el cambio cuando se quiera, con la celeridad o con la pausa que convenga. Como yo me figuraba, Companys y sus amigos han pretendido aprovechar la ocasión para sacar ventajas políticas y han insinuado alguna combinación, encaminada a predominar en el Gobierno, o absorberlo. El Presidente, conforme con mis advertencias, se ha negado a todo y les ha dicho que se mantendrá estrictamente en el Estatuto, ni una línea más, ni una menos. En cuanto a las situaciones de hecho creadas a favor de la revuelta, seguirá una política prudente de rectificaciones parciales, según las circunstancias. Cuando mentan las situaciones de hecho, ponen por ejemplo las colectivizaciones. Abolirlas, originaría un conflicto grave, dicen. «Eso es lo que menos prisa corre —le digo al Presidente—; las cuestiones de orden económico vendrán forzosamente a composición un día, porque es desatinado suponer que una parte de España va a tener una economía organizada sobre bases distintas de las del resto del país. Lo que ha de corregirse cuanto antes es lo relativo al poder del Estado, reajustado el de la Generalidad a lo que le es propio. Claro que las colectivizaciones se han decretado con abuso de poder. Pero a mi juicio urge ante todo cegar su origen».

En su último viaje a Madrid, desde donde hablaron por la radio, el Presidente le recomendó a Companys que en su discurso no tocase temas de política internacional, y que se abstuviese de incurrir en el error de hablar de Cataluña y de España como de dos entidades diferentes. Negrín se procuró las

cuartillas que iba a leer Companys, y corrigió algunas cosas, de poca importancia.

Hoy he recibido copia del escrito enviado por Largo Caballero al Presidente de las Cortes, protestando contra la prohibición de su viaje a Alicante, y contra la orden de retirarse a su domicilio, que viene a ser la detención ilegal de un diputado. El escrito es duro, agresivo y saca todo el partido posible del incidente. Se atribuye su redacción a Araquistáin. Hay algunos rasgos que, en efecto, parecen suyos. Le he hablado del asunto al Presidente, y también le he dado cuenta de la visita de Galarza y de sus proposiciones de paz, digámoslo así. Pregunto si no es posible acabar con todos estos piques, reproches y rencillas, siquiera mientras la guerra esté como está. No me mezclo en las interioridades de los partidos. Pero cuando salen tan fuertemente al exterior y pueden repercutir en el Gobierno, es fuerza poner atención en ellas. El Presidente refiere lo ya conocido: prohibición de los mítines, texto provocador de un periódico de Alicante anunciando la visita de Largo. El Presidente añade que se rogó a Largo que desistiera del viaje, para evitar que sus amigos de Alicante promovieran un caso desagradable. «Yo no tengo nada que ver con lo que hagan allí», respondió. (Esto es muy de Largo). Como insistía en ir, el ministro de la Gobernación y el Presidente decidieron impedírselo, porque entre que se produjera un alboroto en Alicante, que podía costar víctimas, o molestar a Largo, les pareció menos malo esto último. Asegura Negrín que Largo tiene detrás muy poca opinión, o ninguna. No le permitirá que cause daño, ni a sus acólitos y consejeros, aunque tenga que meterlos en la cárcel, o llevarlos ante el Tribunal especial, porque en Valencia propagan el «derrotismo». Ni el Gobierno, ni él personalmente toman parte en las discordias de la UGT, hasta el punto de que los directores de la Unión están descontentos, etcétera. Insisto en recomendarle prudencia, y transigencia dentro de sus organizaciones, no vayan a tirar tanto de la cuerda que al fin se rompa.

Hemos hablado después de las cosas de Londres y de la guerra. Respecto de lo primero, le he repetido lo que ya le dije a Giral, sobre la suspensión de hostilidades. El Presidente lo encuentra acertado; pero falta que se produzca el supuesto que yo creo necesario. En la guerra no hay nada nuevo por ahora. Los militares que vienen de Asturias le dicen que los contingentes del enemigo no eran allí tan numerosos como se ha supuesto. De nuestra gente, han salido y logrado desembarcar en Francia unos 16 000 o 18 000 hombres. Todavía continúa embarcándose gente en San Juan de Nieva. Los mismos informantes aseguran que la resistencia, mejor dirigida, podía haberse

prolongado unas cuantas semanas. No les faltaban víveres, para cuyo envío se hizo un esfuerzo extraordinario, desatendiendo otras necesidades. Han caído en poder del enemigo grandes depósitos. Las tropas de Asturias desembarcadas en Francia entran en España por Puigcerdá.

—¿Y Belarmino, se ha salvado?

—Sí, señor. Le esperamos aquí de un día para otro.

—¿Y qué dirá?

Negrín mueve la cabeza. «¡Ah! ¡El día que pueda escribirse la historia!», exclama. A este propósito me habla de los telegramas enviados por él a Belarmino en las últimas semanas. Espero obtener unas copias.

Le pregunto por otros asuntos. «¿Y el ferrocarril de Bernardo Giner?». «¿Cómo?». «Sí: el de Tarancón a San Fernando…». «Señor Presidente, no me abochorne». «No es eso. Como se hablaba de su terminación en julio…». «En julio, no. Yo confiaba en que se acabaría para septiembre u octubre». «Sin haber visitado las obras, le dije a usted que si se terminaba para enero, sería todo lo de Dios. Como ustedes alargan sus plazos, tengo que alargar también el mío». «Pues es muy necesario». «Estoy convencido. ¿Qué opina el ministro? Un día me dijo que su crédito profesional estaba comprometido en la pronta terminación de la obra, si le daban los medios necesarios. Es de suponer que no se los hayan dado».

Otro tema. «¿Qué sabe usted de la ausencia del fiscal de la República?». El Presidente cree que se ha ido a pasar una temporada en el extranjero, con permiso verbal del ministro. «Eso no tiene pies ni cabeza. ¿Qué hace el fiscal en el extranjero?». El Presidente no parece muy al tanto. «Precisamente el subsecretario de Justicia ha venido conmigo —me dice—, podemos preguntarle». Hago pasar a Ansó. Resumen de sus noticias. Ortega estuvo en París unos días con permiso. Al regreso se presentó al subsecretario y le dijo que al siguiente día sin falta necesitaba volverse a Francia, para someterse a una operación quirúrgica. Ansó le hizo notar que eso no lo creería nadie. «Algún otro motivo tendrá usted». Ortega se confesó. Al pasar por Barcelona, García Oliver y Sánchez Roca, ministro y subsecretario que hicieron el nombramiento de Ortega, le llamaron, pidiéndole que pusiera en libertad a Aurelio Fernández. Y como Ortega rehusase, le replicó García Oliver: «Nosotros no avisamos más que una vez». Bajo esta amenaza quería marcharse, ya que había dado bastante a la República… Ansó no podía darle el permiso. Ortega habló con el ministro. Sospecha Ansó que al ministro no le habló con tanta franqueza, ni, por su parte, Irujo se ha dado por entendido con el subsecretario de la situación de Ortega. El hecho es que ha desaparecido.

«Eso no puede tolerarse —le digo a Negrín—, es preciso que mañana mismo resuelva usted el asunto con el ministro de Justicia, y me traiga usted el decreto correspondiente». Negrín quedó en hacerlo así.

También hemos hablado de la posibilidad de un viaje a Madrid, antes de trasladarme a Barcelona.

Hoy ha estado aquí Casares, de paso para Barcelona. Viene de Madrid. La última vez que me visitó, tenía cuarenta grados de fiebre. En Madrid ha pasado un arrechucho muy fuerte, y ha adelgazado siete kilos. Me dice que en Madrid la moral ha bajado un poco. Lo de Asturias ha impresionado más que la pérdida de Bilbao. Casares sabe de su hija mayor, prisionera en La Coruña. Está, desde hace mucho tiempo, muy mal de salud. Separada de una niña pequeña que tiene, la han recluido en un hospital, incomunicada. Ahora la permiten comunicarse con otro recluso, loco.

Un viajero me ha contado que cierto embajador español dice: «El Presidente de la República es un derrotista y quiere hacer un pastel». Y otras veces: «Si se pierde la guerra, ¿qué va a ser de mí?». (No le vendría mal entonces un poco de pastel).

30 de octubre

Anoche cenó aquí Saravia, que ha venido de Barracas por unas horas. La reorganización del ejército de su mando progresa. Todavía tiene una división de confederales, pero la van encuadrando y ya está encajada en la organización regular. Le faltan, para cubrir sus líneas, 14 000 hombres. Están terminándose las fortificaciones del puesto. Se han hecho en dos meses. En todo el tiempo anterior, desde que empezó la guerra, no se había trabajado nada. Tampoco había sobre Teruel ni un solo cañón. Los transportes ferroviarios y automóviles del enemigo circulaban a horas fijas, a la vista de nuestros puestos, sin que nadie se lo estorbase. Ha cambiado muchos mandos. Las tropas carecen de prendas de abrigo. Saravia opina que el cuerpo de ejército que se organiza en Daimiel debería trasladarse a este frente, y situarlo en Cuenca. La conversación, dedicada sobre todo a repasar algunos sucesos del año pasado, se prolongó hasta la una.

Hoy, a las cinco, he recibido al embajador en Londres. Ha llegado en avión esta mañana, para hablar con el Presidente del Gobierno y con el ministro de los acuerdos que se preparan en el Comité de No-Intervención. Pero esta misma mañana, Negrín y Giral se han marchado a Barcelona. Azcárate se irá allí, en su busca. Quería conocer mi opinión y mis

orientaciones sobre la cuestión pendiente y las consecuencias del acuerdo, si llega a tomarse. Hemos tratado largamente de todo. Le he dejado ir de previsión en previsión, hasta que lógicamente ha saltado el tema de la suspensión de hostilidades. Puedo hablarle de ello con libertad y sin incorrección, porque ya lo he tratado con el jefe del Gobierno. Le expongo con todo detalle lo que yo pienso. Azcárate está conforme. Observa, únicamente, en cuanto al método, que tal vez fuese preferible que la suspensión de hostilidades, que sería apoyada por el 90 por 100 de la opinión inglesa, surgiera como una propuesta de los técnicos, a que la propusieran otras potencias.

Tratamos también de lo que podrá hacerse si se llega al nombramiento de las comisiones internacionales.

Estima Azcárate que el crédito político del Gobierno ha subido mucho, aunque no tanto como ha descendido el de Franco. Está persuadido de que ni el Gobierno británico ni la mayoría de la opinión desean el triunfo de los rebeldes, pero que en ciertas cabezas subsiste la preocupación del peligro comunista en España. En relación con esto, Eden le ha dicho a Azcárate, en una conversación de hora y media que tuvieron hace dos días, que al Presidente de la República no se le puede pedir que haga ciertas cosas, que podrían ser arriesgadas, y sin utilidad visible. Azcárate comenta que la utilidad de esas cosas tendría que garantizarla el Gobierno británico, y que Eden sabe muy bien que no lo conseguiría. Por eso habla así. Cree también Azcárate que Londres buscará un acuerdo con Alemania. Con este motivo, hablamos de nuestro memorándum de febrero, que Azcárate encontró muy acertado. A su juicio, ese documento puede no ser inútil todavía.

«El Gobierno británico —le ha dicho Eden— no adoptará una política de *bluff*». O sea, que detrás de un lenguaje firme, incluso conminatorio, para contener a Italia, tendría que haber la resolución de afrontar las consecuencias de una repulsa, aunque fuese la guerra, y hasta una guerra preventiva. Tal resolución no existe, sino más bien la contraria. Siendo así, el hueco no puede llenarse con discursos.

Cuando le despedía, recuerdo la liberación de su hermano: «He sabido que Justino ha sido canjeado por una falangista muy importante. ¿Está ya en libertad?».

—Está en un pueblecito de Francia.

—¿No viene a España?

—Después de trece meses de cárcel, su estado de salud es deplorable.

—Supongo que vendrá a dar las gracias al Gobierno.

—Seguramente, en cuanto pueda hacer el viaje.

Al ser nombrado Pablo Azcárate embajador en Londres, su hermano Justino, a quien la rebelión sorprendió en León, le escribió una carta durísima, reprochándole que aceptara el cargo, aceptación que ponía en peligro la libertad o la vida de Justino.

En igual forma escribieron a Pablo otros amigos o allegados de su hermano. Justino figuraba en la lista del abortado Gobierno de Martínez Barrio, el 19 de julio.

He hablado con Prieto por teléfono, a propósito del decreto llamando a filas al reemplazo de 1939. Le pregunto si el decreto sobre Exenciones del Servicio Militar le proporcionará mucha gente.

—No lo sé todavía exactamente, pero muchísima. La inmoralidad había llegado en eso a lo increíble.

—Es una de las mejores cosas que ha hecho usted.

—Buen trabajo ha costado.

—Lo sé.

Me dice que un avión italiano ha hundido en la costa catalana a un mercante inglés, con los inspectores del «control» a bordo.

1 de noviembre

Audiencias. Noto lo más interesante de ellas. El ya general Rojo ha venido a presentarse, con motivo de su ascenso. Hemos hablado de la situación militar. La dificultad insuperable es la falta de mandos. Necesita diez o doce mil oficiales, y las escuelas populares creadas rinden muy poco. Se ha autorizado a los jefes de ejército para habilitar como oficiales en campaña a los hombres que más se distingan, y se les da una instrucción sumaria. Ante el apremio de la necesidad no hay ahora otro camino, pero está permitido dudar de la solidez del resultado. Cada reemplazo que se llama produce unos cincuenta mil hombres. Con los del 39 no se organizarán unidades nuevas. Cuando estén instruidos servirán para cubrir bajas. El ejército «de maniobra» que se forma en La Mancha cuenta con unos cien mil hombres. Con él quisiera Rojo intentar algo definitivo. Había pensado operar en el sur y en Extremadura, donde el enemigo es más débil, y anticiparse a la nueva ofensiva que se anuncia por Aragón. Sobre ello elaboró un plan, que sometió al Consejo de la Guerra y no lo aceptó. Para operar con elementos suficientes, hubiera sido necesario retirarlos de otros sitios, dejando únicamente lo indispensable, y el Consejo ha preferido esperar la ofensiva del

enemigo, sin debilitarse en ninguna parte. Tampoco estamos sobrados de municiones. Cree Rojo que la ofensiva del enemigo podría producirse dentro de diez o doce días. Es probable que amaguen sobre Madrid, para impedir que salgan de allí fuerzas; pero el golpe, muy fuerte, supone que lo descargarán en Aragón, al norte del Ebro, y apoyándose por la derecha en el río. «Eso es lo que yo haría, en su caso», dice Rojo. El propósito es cortarnos las comunicaciones y aislar Cataluña. Si lo consiguen, la guerra se habrá concluido, en opinión de Rojo. Podrían tardar en todo eso, dos meses a lo sumo. Desde el punto de vista militar, cree inconveniente el traslado de todo el Gobierno a Barcelona. Así lo ha hecho constar en un informe. Le pregunto su parecer sobre una posible suspensión de hostilidades, para la evacuación de extranjeros, como resultado de un acuerdo del Comité de Londres, si se logra. «Militarmente, todo serían ventajas para nosotros», responde.

He recibido a un labrador de Caberuela (Toledo), que se apellida Cuadrado, a quien conozco desde 1918, cuando hice en aquellas tierras mi primera campaña electoral. Se encuentra accidentalmente en Valencia, y ha querido verme porque tiene noticias personales de los desastres ocurridos en los pueblos del distrito. Entre otras cosas me entrega una relación nominal de los veinticuatro hombres y las seis mujeres fusilados por los rebeldes en El Torrico, lugar de unos seiscientos vecinos. ¿Qué sumaría la lista de toda España? Entre los muertos del Torrico figura el alcalde, Ildefonso Ávila, un personaje cervantino, no solo por el carácter, sino por la vestimenta. Todavía en estos tiempos se presentaba en Madrid de calzón y pellico blanco. Mediano de estatura, anguloso, la boca delgada y sumida, duro y enérgico el mirar, de elegancia natural los movimientos, y la actitud altanera, sin proponérselo. ¡Había que verlo en su pueblecito, empuñando la vara! Este rustico, pobre y sin letras hablaba un castellano portentoso. Deleite de oírle nombrar las cosas con la eterna novedad que los escritores ignoran. Gracia y exactitud de los giros, pureza cristalina de la dicción. Lenguaje sorbido de bruces en el manantial. Hace muchos años, en la clase de don Francisco Giner, alguien dijo que los campesinos de la provincia de Ávila hablan como Santa Teresa. «Pero no dicen las mismas cosas», observaba don Francisco. Cierto. No lo es menos, que el buen lenguaje es de por sí una categoría intelectual. Era evidente que Ildefonso y todos los Ildefonsos desesperados hubieran aprendido y sabido muy bien cuanto puede decirse en aquel idioma. Nadie se lo había dicho. Tenían de su raza el carácter y el habla. De los tiempos presentes, la exaltación política. Le pesaba su miseria. ¡Pobre Ildefonso! Ahora descansas de tu afanosa vida, de tu horrible muerte. Si te hubiesen

dicho que morías para salvar la civilización cristiana en occidente, no lo habrías entendido.

Contraste: Araquistáin, Llopis, Pascual Tomás y Ginés Ganga, del grupo «caballerista», vienen a entregarme un ejemplar, con la firma autógrafa de Largo, del escrito de protesta que envió a las Cortes, a propósito de su detención. A Ginés Ganga le conocía solamente de vista, desde que apareció en el Congreso como diputado. Es alto y flaco; entonces gastaba una barba fosca y descuidada. Llamaba mucho la atención. Prieto decía: «Es hijo de Fernando y de La Pasionaria». Ahora, afeitado, no le hubiera conocido. Me han hecho nueva relación de lo acaecido en el viaje de Largo. Como yo no veía claro el porqué de entregarme con tanta solemnidad aquel pliego, les he dicho que la cuestión, en todo caso, sería de fuero parlamentario, y que en las Cortes debía resolverse. Deseaba una solución decorosa para todos. Si el incidente de que me hablaban tenía además el valor de un conflicto político entre un grupo y el Gobierno, yo no podía mezclarme en eso, por no ser de mi función. Me limito a aconsejar a todos transigencia, y si no la paz, por lo menos un armisticio, indispensable en estas circunstancias. «Yo no debo salirme de mi cometido —les digo—; pero, además, no quiero». Con Araquistáin he hablado ligeramente de los asuntos de Londres.

Llegó después Prieto. Me traía un telegrama del Presidente del Consejo, proponiendo que el próximo sábado hiciésemos el viaje a Madrid. Prieto encontraba mal la fecha, porque precisamente el domingo se harán en Madrid no sé qué fiestas y demostraciones en honor de la URSS. Le parecía inconveniente que yo coincidiese allí con esos festejos. «Es indudable —respondo—. Dígaselo a Negrín, y haremos el viaje más adelante». Después hablamos de la guerra. Respecto del traído y llevado decreto suprimiendo exenciones del servicio militar, combatido por los comunistas, me dice que tampoco Negrín le apoyó en la disposición que se refiere a los que forman parte de los comités sindicales. Aludo a lo que he hablado con Rojo. Prieto lo corrobora. No parece que tiene mucha confianza en poder aguantar la ofensiva en Aragón. Si el enemigo consigue cortarnos la comunicación con Cataluña, dependerá de lo que el Gobierno francés haga en la frontera, el que podamos defendernos en aquella región. No estoy conforme. «Si eso ocurre, la guerra se ha perdido; usted lo reconoce. Sería absurdo prolongar una resistencia, que conduciría a repetir el caso de Asturias». Prieto, delante de las gigantescas dificultades que debe afrontar, se ha crecido y engrandecido. Ahora se sostiene sobre el mejor fondo de su carácter. Es de los poquitos —

me sobran dedos en una mano para contarlos— que valen hoy más que antes de la guerra.

Hoy me ha entregado un amigo, que la ha recibido de Araquistáin, copia de una carta política enviada por la Agrupación Socialista Madrileña a la ejecutiva del partido. Es una arremetida a fondo contra los comunistas. El autor maneja sus armas de polemista. Peca por exceso. Prueba demasiado.

A última hora de la tarde me envía Prieto copia de la comunicación del Gobierno francés al ministro de Estado, a propósito del hundimiento del barquito *Chasseur 91*, en la bahía de Turells, y un proyecto de respuesta. La comunicación francesa es muy desagradable: injusta en el fondo, y desabrida de tono.

2 de noviembre

Ha venido a despedirse Martínez Barrio, que se marcha oficialmente a Barcelona, con las Cortes. Me ha referido el accidente de automóvil en que estuvo a pique de perecer. Después hablamos por largo de la situación militar y política. Nada que no hayamos dicho ya otras veces. Le comunico las últimas impresiones, que he recogido en mis entrevistas con Rojo y con Prieto. Ciertos detalles le eran desconocidos, y le hacen mella. También le informo de lo que tengo hablado con Negrín, Giral y Azcárate acerca de la suspensión de hostilidades. Su opinión es igual a la mía. «El caso del norte, todavía en mayor escala —le digo—, no debe repetirse. Mis trabajos de persuasión cerca de algunos ministros y del Presidente han avanzado mucho, pero no lo bastante. ¿Usted cree que debo tomar personalmente una iniciativa ante el Consejo de ministros, sin estar seguro de su aquiescencia?». «No, señor. Se produciría una situación dificilísima». «Eso temo yo, si el Gobierno me dice: *no*, en materia tan grave, el Gobierno o yo dimitiríamos».

«No tiene usted otro Gobierno posible, y cualquiera que se formase sería aún más intransigente en esa cuestión». Le hago notar que sea cualquiera el resultado de la comedia de Londres, el proyecto de retirada de los extranjeros va perdiendo, a medida que pasa el tiempo, la importancia decisiva que pudo tener hace seis meses. Es posible que los extranjeros se retiren cuando ya no les hagan falta a los rebeldes. Martínez Barrio asiente. Por eso intento buscar otros caminos para sacar el mejor partido posible de la situación, antes de que empeore. Es necesario preocuparse de la suerte de millones de españoles cuya vida, libertad, haciendas y trabajo penden del resultado de la guerra y de la manera de acabarla. «Es muy fácil —dice Martínez Barrio— hacer el

numantino en los periódicos o en los mítines. Pero a última hora, los numantinos se van». Cree Martínez Barrio que la consigna de «hasta el último hombre, hasta la última peseta», tiene cada vez menos partidarios. (En mi opinión, aunque el triunfo militar fuese seguro, pero a largo plazo, sería preferible triunfar un poco menos en campaña con tal de acortar la guerra un poco más. La cuestión deja de ser dudosa si, por las señas, nuestro triunfo en campaña parece imposible y estamos expuestísimos al del enemigo. En 1918, el mando francés no vaciló, para ahorrar cincuenta o cien mil vidas, en aceptar el armisticio, eso que tenía ya vencido al alemán, y aunque se trataba de una guerra cuyos estragos materiales y gastos se pensaba en cargárselos al enemigo. Aquí, la monstruosidad de la guerra civil recae exclusivamente sobre los españoles). «¿Sabe usted —le digo— que no faltan gentes para tacharme de derrotista y de querer fabricar un pastel?». «Hacen mal. En la intención de usted nadie puede ver egoísmo, porque es evidente que los primeros sacrificados serían los que están más altos en la República».

Un cuñado de Martínez Barrio ha venido a Valencia, desde Sevilla, por canje. Preso desde el comienzo de la rebelión, son —dice— otros tantos días en capilla. Todas las tardes se presentaba un funcionario y leía los nombres apuntados en un papel. Los ponían aparte, para fusilarlos. Cada cual oía la lectura con la ansiedad imaginable. Cree saber que el número de fusilados en Sevilla pasa de veinte mil. La devoción se alía terriblemente con el movimiento político. Todo el mundo luce insignias del Corazón de Jesús. Cuando suena el toque de oración, es obligatorio pararse y aguardar, haciendo el saludo fascista, hasta que el toque acabe. Al hijo de Largo le tienen puesto asedio para que se confiese. «A lo mejor, están aguardando a eso para matarlo». A los presos se les obliga a rezar el rosario. Un sábado, el director de la prisión donde estaba el cuñado de Martínez Barrio reunió a los presos: «Mañana habrá misa. Puede asistir el que quiera. No se fuerza a nadie. Los que no deseen oírla que den un paso al frente». Uno se atrevió. «Puesto que el señor director dice que es voluntaria la asistencia, prefiero no ir. Nunca he oído misa». «Muy bien, muy bien. No es obligatorio». Aquella noche le fusilaron.

Martínez Barrio me ha informado de que la Diputación permanente de las Cortes, reunida hoy, ha acordado dar por concluido el incidente Largo Caballero-Zugazagoitia. Han aprobado un texto evasivo, sin que Araquistáin, presente, votara en contra.

Si con eso se apaciguan bien está.

He tenido también aquí a Bugeda. Había mostrado mucha prisa por verme. Mañana se va a Barcelona y después a París, donde ejerce no sé qué funciones de Hacienda, en representación del Gobierno. Me cuenta algunas cosas políticas y diplomáticas que, más o menos, conozco. Novedad: defiende al embajador. Ossorio ha estado algún tiempo muy retraído y hasta esquinado. Bugeda lo achaca a enfermedad. Pero ya es otra cosa. Es muy activo, visita mucha gente, está en contacto frecuente con los ministros franceses, recibe. Se queja de que el Gobierno no le da instrucciones. Bugeda me trae además el eco de algunas conversaciones de emigrados, y de ciertas cosas pintorescas que ocurren por ahí, muy divertidas, pese a todo, y como para reírse sin gana. Por muchas quejas que haya contra Ossorio, cree Bugeda que no se le debe cambiar: lo mejor sería que tuviera a su lado un hombre político. (¿Pues qué es Ossorio? ¿Un técnico?). Como del caluroso apremio con que me habla Bugeda parece inferirse la esperanza o el propósito de que haga yo alguna indicación le contesto: «Mire usted, Bugeda; lo que yo puedo hacer es dejarme la barba, que ya debe de estar blanca, ponerme unas gafas ahumadas, con lo que nadie me conocerá, y si Negrín se compromete a convencer a las gentes de que estoy recluido en mi habitación por enfermo, me iré a París, haciendo de embajador entre bastidores…». Bugeda se ríe. «Quiero decir con esto que ni yo, ni nadie, puede ser al mismo tiempo Presidente de la República, Presidente del Consejo, ministro de Estado, delegado en Ginebra, embajador en París y general en jefe; o sea que no puedo inyectar fecundidad, imaginación ni inventiva a quien le falten». En concreto, lo único que puedo decirle para Ossorio es que me urge mucho mucho, la venida del nuevo embajador francés. El no haberlo tenido a mi alcance en tanto tiempo, aparte de la desconsideración que denota por parte del Gobierno francés, ha sido un corte de comunicaciones muy dañoso.

Bugeda me refiere los comentarios de algunos emigrados que últimamente pasaron por aquí y la *impresión asombrosa* que produjo cierta conversación. ¡Muy bien! Pero ya es tarde. «Hace cuatro años, sin asombrarse de nada, pues no hay de qué, pudieron haber sido más clarividentes. Para otra vez, cuando se encuentren con otro Manuel Azaña, ya sabrán utilizarlo mejor».

3 de noviembre

Por la tarde han venido Giral y Amós. Me informan de las disposiciones tomadas para mi instalación en Barcelona. Partiendo de que la residencia oficial esté en Pedralbes, creen haber hallado un lugar a propósito para mi

casa particular. Convenimos en que mañana vayan a Barcelona el comandante del batallón de la guardia y el arquitecto de la presidencia para estudiar sobre el terreno la solución mejor.

Amós se retiró, y hablé de política con Giral. Ha conferenciado con Negrín y Azcárate en Barcelona. Tanto él como el Presidente le han dicho al embajador que sería utilísima la suspensión de hostilidades, para lo cual podría servir de ocasión el nombramiento de las comisiones internacionales que vendrán a España, a hacer como que averiguan el número de combatientes extranjeros. A condición de que no aparezca pedida por el Gobierno. «Pedida, claro está que no —le respondo—, pero no basta que ustedes le den una opinión a Azcárate. Hay que hacer una exploración, y sobre ello deben darle instrucciones». «Desde luego, desde luego». Hago referencia a mi conversación con Azcárate y menciono su opinión de que una propuesta de suspensión de hostilidades debería partir de los técnicos del Comité de Londres. Después de pensar en ello, me inclino a creer que este camino sería equivocado, porque supuesta la negativa o la resistencia de Italia a la suspensión, las discusiones entre técnicos son un magnífico expediente para estorbarla. Si puede lograrse será por la presión moral que haga en la opinión pública inglesa y en los Gobiernos interesados la autoridad de quienes tomen la iniciativa. Giral comparte mi opinión. Me complace mucho que el ministro apadrine con calor el propósito de que tantas veces hemos hablado, y no menos que el Presidente reconozca la utilidad de plantearlo, aunque las probabilidades de buen éxito no sean demasiadas. Le recuerdo que en mi plan entraba, antes de examinarlo en Consejo de ministros, oír la opinión del Consejo de Guerra. Y como ya tengo la de Rojo, que es decisiva, respecto de lo que significa el proyecto para la situación militar, se la comunico a Giral, como apoyo de mi tesis, aunque ya no lo necesito cerca de él. También le hablo del plan de operaciones en Extremadura, presentado por Rojo, y desechado por el Consejo de Guerra. «Después de oír a Rojo —observa Giral —, todos votamos en contra, sin excluir a Prieto. Se parte de que el frente enemigo en Extremadura es débil, y había la posibilidad de aislar sus fuerzas de Andalucía de las del centro y el norte. Admitiendo que, después de debilitar todas nuestras posiciones, se consiguiera algún resultado importante en el primer empujón, y ya se ha visto lo que han dado de sí los de Madrid y Belchite, nos quedaríamos formando cuña entre las dos masas del enemigo, y además incapaces de resistir sus contraataques en otros frentes. Pero lo más grave, y lo que más influyó en nuestra decisión, fue el estado general del ejército. No hay oficiales. Faltan municiones para varios calibres de artillería.

Nuestra aviación es muy inferior en número a la del enemigo. No hay cuero para calzar a las tropas ni paño para vestirlas. Están en los frentes con una camisa desgarrada, empapados en agua. Alguna de las unidades que pasan por más sólidas ha flaqueado en Aragón… En estas condiciones no se puede pensar en ofensivas». «Todo eso —le respondo—, además de recomendar la urgencia en el tanteo de la suspensión de hostilidades, sirve de fundamento a mi criterio en la cuestión principal. Usted ya lo conoce, y creo que lo comparte». Aunque no con la misma rotundidad que yo, Giral admite, un poco *a son corps défendant*, que es imposible la victoria militar. También recuerda que ha sido muy optimista, pero lo es cada día menos. «Estas opiniones —insisto— no son para que nos las digamos usted y yo a solas. Hay que hacerlas valer. Aún estamos a tiempo, quiero creerlo, de obtener una solución decorosa para la República. En mi discurso de enero, sabiendo lo que hacía, dije que nuestros fines de guerra eran resistir y rechazar la invasión y conservar la República. Ni menos ni más. Parece que todos se han hecho los desentendidos. Mis discursos se aplauden, los Gobiernos los aprueban, incluso antes de ser pronunciados, pero nadie los realiza. Un verdadero hombre de Estado estaría desde ahora procurando la solución pacificadora y decorosa de que hablo. Es estúpido dejarse hipnotizar por frases vacías, como lo del abrazo de Vergara. Si yo fuese Presidente del Consejo, encarrilaría resueltamente la política hacia aquella solución. Hay que atreverse a arrostrar la impopularidad, suponiendo que la paz sea impopular… Como no soy más que Presidente de la República, no puedo hacer otra cosa que aconsejar y proponer… Ahora bien: las responsabilidades han de quedar discernidas. Cuando sea el momento de llevar esto a Consejo de ministros, levantaremos un acta. Ya le he dicho al Presidente y a otros, que no pienso plantearles una cuestión política. Yo no gobierno, no mando. Si la decisión del Gobierno no fuese acertada, me sería imposible reemplazarlo con otro más sensato, más cuerdo, más responsable. Usted, el Presidente y Prieto son los que pueden ver estas cuestiones con mayor independencia y serenidad».

Giral no cree que una solución decorosa para la República fuese impopular. Todo el mundo está cansado de la guerra. Y ahora, con el decreto que suprime las exenciones del servicio militar, muchos que galleaban en la retaguardia están doblados, porque no es lo mismo cargar con un fusil que enardecer a otros para que lo aguanten.

Giral se vuelve a Barcelona pasado mañana, donde espera recibir las comunicaciones sobre los acuerdos del Comité de Londres.

4 de noviembre

Me ha visitado el coronel Pradas, que regresa de Asturias. Ha tenido mando en el norte desde julio, y después de la caída de Santander, relevado Gamir, asumió la jefatura de todas las fuerzas. Salvo en los detalles, lo que cuenta Pradas, tanto como sabido lo tenía yo adivinado, y no principalmente respecto de los desastres militares, sino de sus causas profundas.

«La suerte del norte estaba prevista», dice Pradas. ¡Ya lo creo! Había podido escribirse la crónica anticipadamente, sin más que dejar en blanco las fechas. Cuando él llegó, no había una verdadera organización militar. La moral era muy baja. Los soldados (vascos y santanderinos) no sabían por qué se batían. El Comisariado que, según Pradas, ha dado muy buenos frutos en otras partes, ha sido desastroso en el norte. Servía para que los grupos políticos colocasen con buenos sueldos a los amigos. Santander no se ha resistido. La provincia es muy de la derecha, y el 85 por 100 de los soldados procedía del reclutamiento forzoso. Mucha política, intrigas, rivalidades. Jactancias verbosas: «Si Madrid vende heroísmo —decía un periódico de Santander—, nosotros lo regalamos». Se hacía una guerra «de chalets y automóviles». Quiere decir que los jefes se preocupaban de tener una vivienda bonita y un buen coche, pero de poco más. Han conquistado la provincia en diez días. «En unas maniobras no hubieran podido ir más de prisa». En las operaciones de la provincia hemos tenido cien heridos de bala de fusil, «lo cual prueba que no se ha combatido». Con los aviones y la artillería han tenida de sobra. Los batallones se retiraban sin aguantar. Las unidades, reducidísimas: batallones de menos de cuatrocientos hombres. Sin relevo posible. El descanso consistía en llevarlos una semana a las trincheras de Oviedo. Disposiciones militares absurdas, como la de mantener «por motivos sentimentales» (?) la *bolsa* de Reinosa, donde estuvieron copados veintidós batallones; pudieron salvarse dieciséis. El general Gamir, según Pradas, estaba desmoralizado. Elogia a Ciutat, jefe de Estado Mayor, y a Gállego, acerca de cuyo fin rectifica las informaciones que yo tenía. La que llaman «quinta columna» ha obrado en Santander con decisión y oportunidad. Ordenes salidas de ella, corriendo velozmente entre la tropa, determinaron que miles de soldados se agolparan en los muelles de Santander, para embarcarse. Hubo que emplazar las ametralladoras para que despejasen. Emborracharon a la tropa. Desde hacía mucho tiempo no había coñac ni jerez. El último día aparecieron miles de cajas, a disposición de la fuerza. Todavía Pradas pudo apoderarse de dos mil cajas de coñac y encerrarlas. Pradas, que

se había dejado cercar en Santander, se fue a última hora. «Reuní a las autoridades y les dije que no estaba dispuesto a dejarme coger vivo en mi despacho». Salió en un coche, precedido de otro más ligero en que iba Gállego. Le perdió de vista. Unos soldados hicieron fuego contra el coche de Pradas. Se apeó, y cruzado de brazos les increpó: «¿Sabéis quién soy?». «¡Sí!, el coronel». «¿Por qué tiráis, idiotas? ¿Creéis que me paso al enemigo?». Le dijeron que también habían hecho fuego sobre el otro coche, y no sabían si el comandante estaría herido. Siguieron viaje. Después se echaron al monte, tropezaron con una patrulla italiana, que huyó, y en un puertecito (creo que San Pedro del Mar) tomaron una lancha y salieron afuera, hasta que un pesquero los recogió, llevándolos a Asturias. Cree Pradas que en esos momentos cayó prisionero Gállego. Lo cierto es que, llevado a Salamanca, lo fusilaron. Gállego se había inscrito en la CNT, noticia que me sorprende. Pradas se lo reprochó: «Ha sido una debilidad, pero no tuve más remedio. Así encontré quién me protegiera».

En Asturias, las cosas no estaban mucho mejor, salvo que las tropas se han batido más, y algunas con heroísmo trágico. En ciertas posiciones, los defensores se han dejado exterminar hasta el último. Pradas había aconsejado o propuesto al ministro el relevo de Gamir. Se adelantó a destituirlo el «Gobierno soberano» de Asturias, que allí llamaban «el gobiernín». Nombró a Pradas comandante en jefe. Gamir estaba en peligro, y su sucesor instaba para que lo dejasen salir de allí, como al fin salió. Su presencia era un estorbo, según el coronel, porque siendo necesario adoptar medidas enérgicas contra los mandos que desfallecían, no podía tomarlas sin exponerse a que Gamir, en represalias, fuese asesinado. Cuando el general se fue en avión a Francia, Pradas se resolvió a emplear la manera fuerte contra los que se desbandaban o no se batían. Un día fusiló a tres jefes de brigada, a seis jefes de batallón y otros más, hasta diecisiete. Al día siguiente fusiló a ocho. Así restableció la disciplina y levantó la moral relativamente. Porque ha habido casos de poner las ametralladoras detrás de nuestras líneas, amenazando a quienes las defendían, o a quienes las abandonaban. Ciertas referencias de Pradas denotan para qué servía todo eso. Por ejemplo: una fuerza de retirada del frente, desmoralizada. Se encuentran con un «responsable» que les recrimina y quiere convencerles de que, obrando así, entrarán los rebeldes y los fusilarán: «¿A nosotros? No. Te fusilarán a ti, que eres un dirigente». Del gobiernín, Pradas dice pestes. El más señalado era Belarmino, enteramente sometido a la CNT. La política que se ha seguido allí servía para fabricar fascistas. En Gijón, incautándose del pequeño comercio, de las pequeñas propiedades,

etcétera, han logrado hacerse odiosos. Encarcelaban a niños de ocho años porque sus padres eran fascistas y a muchachas de 16 o 18 años, sobre todo si eran guapas. Cuenta Pradas que el jefe de Policía de Gijón fue a lamentarse con él, llorando, de todas estas aberraciones. Pradas asegura que no podía evitarlas. A pesar de las advertencias del coronel, el gobiernín no quería creer que en Asturias hubiese «quinta columna». Belarmino contestaba: «En Asturias la roja, no hay fascistas». El sangriento equívoco de la *rojez* de Asturias estaba dando los últimos frutos. Así como el engreimiento vano, muy típico, que ha desperdiciado tanto tiempo y tantos recursos. En efecto: dentro de Avilés, la «quinta columna» atacó a una brigada, le hizo muchas bajas. Desertaron doscientos soldados. En Gijón no les han cortado la retirada porque Pradas, de acuerdo con el gobiernín, dispuso el embarque en dos horas, sorprendiendo al enemigo —dice— la tarde antes de que les cerraran el camino del Musel. Se embarcó el Estado Mayor, las autoridades civiles, y hasta doce mil combatientes, utilizando pesqueros, lanchas y algún vapor. De haber tenido los barcos que pidió, supone que hubieran salido de Asturias cuarenta mil hombres. Algunos militares rehusaron embarcarse, en sentir de Pradas con la intención de desertar. Las fuerzas del norte han tenido desde el comienzo de la campaña treinta mil muertos y cien mil heridos. En ningún momento —añade— el ejército ha pasado allí de setenta mil hombres. Estos datos son imprecisos, porque Pradas, llegado en julio a Santander, no debe de estar muy enterado de cuáles han sido los efectivos y las bajas en Vizcaya, desde que empezó la ofensiva; ni tampoco de lo sucedido en Guipúzcoa, el año pasado. Como repite muchas veces que desde los primeros días, y sobre todo vista la campaña de Santander, estaba convencido de que todo aquello se perdía, le digo: «A mi parecer, ateniéndose únicamente a la utilidad militar, y siendo tal la situación, hubiera sido mucho mejor renunciar a defenderse en Asturias a la desesperada, y embarcar al ejército. Aquí se creía, fundándose en los informes de los propios asturianos, y antes en los de Santander, que la resistencia podría prolongarse mucho, con lo que se alejaba la ofensiva sobre otros frentes. Yo tenía mis dudas, pero ese era el criterio dominante. No inculpo a nadie, porque el Gobierno estaba mal informado y, además, los políticos de Asturias apenas le escuchaban, y en modo alguno le obedecían. Lo peor de esta guerra no es que casi nadie diga la verdad de lo que ve y sabe, sino que muchas personas responsables son incapaces, por tener los cascos llenos de viento, de darse cuenta exacta de lo que ven y de apreciar el valor propio de lo que saben. Así, muchas determinaciones que se toman tienen un fundamento movedizo, o son extemporáneas. Con buen conocimiento de la

realidad, hubiera sido más sensato, perdido Santander, dejar una cortina defensiva en los pasos hacia Asturias, y bajo una protección embarcar a los heridos, el material y todos los batallones disponibles. Lo mismo que han pasado por Francia doce mil hombres, habrían pasado cuarenta mil. La ventaja de haber retenido unas semanas al enemigo en los vericuetos asturianos no nos compensa de lo que allí se ha perdido, ni del efecto desastroso de la derrota consumada. ¿Qué opina usted?». «Seguramente habría sido mejor. ¿Pero lo habrían aceptado?». Pradas ha sido destinado al sur. Mandará las fuerzas de Almería, Granada y parte de las de Córdoba. «Aquello debe de estar mediano», le digo. «Mis noticias —responde— son que está todo por organizar».

6 de noviembre

El Presidente del Gobierno y Giral han llegado de Barcelona al mediodía, en avión. Por la tarde han venido aquí, con Prieto. Hemos hablado más de dos horas. Negrín parecía creer que se ha dado a Azcárate un encargo muy preciso y terminante; Giral se atravesó para decir que no lo era tanto. Pongo en claro que no les parece bien la exploración oficiosa cerca del Gobierno inglés. Procuro hacer entender mejor mi indicación, que no se dirigía a solicitar la suspensión, ni a pedirle a Inglaterra que ella la proponga, sino saber cómo la recibiría si alguien la propusiese. Otros equívocos saltan en la conversación, que me esfuerzo en desvanecer, porque a Giral le parecía inadecuada la gestión de Azcárate, como si se tratara de dar una respuesta a preguntas que nadie nos ha hecho. Hablaron con el embajador de que otra potencia, Checoslovaquia, lanzase la idea, y de que aprovechara una ocasión para tratar de ello con el delegado checo en el Comité. «¿A qué llama usted una ocasión? —pregunto—. ¿A un encuentro casual? ¿A un incidente en las negociaciones de Londres? La ocasión hay que suscitarla, y no estar siempre a la expectativa». Les propongo que consulten con el embajador si no será posible y conveniente que un periódico inglés, moderado o de la derecha, lance la idea de la suspensión de hostilidades. Lo aprueban, y quedamos en que lo harán mañana mismo.

Respecto de una iniciativa del ministro mexicano, les explico las razones que tengo para creer que es una ocurrencia amistosa y personal. El ministro de Estado opina lo mismo. Prieto no lo contradice. Después de muy largo examen, y a sabiendas de lo difícil que es llegar a un resultado, convenimos en no desperdiciar la oportunidad, y que el ministro mexicano se dirija a su

Gobierno proponiéndole que se haga una exploración en Washington. «Lo mejor —le digo a Giral— es que usted mismo redacte el texto de la comunicación, en forma que no comprometa al Gobierno español, y se la entregue al ministro para que la curse. Su buena disposición es tal, que seguramente lo aceptará».

Después, y antes, y en medio de esos temas, he hablado de la situación general, pues de la conveniencia de la supresión de hostilidades, era forzoso pasar a las perspectivas de la guerra. Prieto cree, como yo, que no se puede ganar la campaña. Aprovechando que tenía a los tres reunidos, he recapitulado mis opiniones y mis consejos y vuelto a repetir que la misión de un hombre de Estado sería la de acelerar el fin de la guerra en condiciones decorosas para la República, y de no lograrse y perderse la guerra, preocuparse *a tiempo* de la situación en que van a quedar millares y millares de personas. «Hace un año, o algo más —les digo—, eran posibles cosas que cuando las indiqué producían boqueadas de asombro; ya no son hacederas. Hoy todavía pueden lograrse otras que dentro de algún tiempo se harán también imposibles». Negrín declara que en el fondo opina como yo. Nunca aconsejaría ni cometería el dislate de prolongar la guerra veinticuatro horas más de lo necesario. Está dispuesto a utilizar todos los resquicios que se presenten. Para él es una necesidad creer en la posibilidad del triunfo, porque de otro modo no podría trabajar. Acerca de la ofensiva próxima, Prieto dice que nuestro ejército no tiene empuje ofensivo; pero que puede defenderse, y quizá resistir el ataque que se espera, calificándolo de tromba. Le preocupa el desgaste de la aviación. Hay unos 130 aparatos. Desde mayo los rusos no envían nada. Suponiendo que la aviación enemiga sea por lo menos el doble, nosotros podemos hacerles un gran destrozo, pero a costa de nuestra propia destrucción. Los enemigos pueden reponer sus pérdidas día por día. Se habla de la posibilidad del corte de comunicaciones con Cataluña y de algunas previsiones tomadas para el caso. «Eso, en mi opinión, y en la de Rojo, sería la guerra perdida». Prieto asiente; y como observo algunas dudas, repito: «Sería la guerra perdida al menos para mí». Oigo después algunas consideraciones para el «último momento», relativas a Menorca, que podrían parecer inspiradas en la desesperación. Eso, de ningún modo. Jamás.

7 de noviembre

Han estado aquí a comer el Presidente del Consejo, Prieto, Giral y el Presidente del Tribunal Supremo con su señora. La tertulia se ha prolongado

hasta muy avanzada la tarde. No hemos hablado de cosas actuales importantes y nada de política. Pero sí de hombres y cosas del pasado. Alguien ha mentado una carta de Lerroux a Samper, reproducida en los periódicos mexicanos, y que Prieto considera como auténtica. A propósito de Lerroux, el Presidente del Supremo ha referido lo siguiente: Después de la sublevación del 10 de agosto, fue detenido José Matres, íntimo de Sanjurjo. (Prieto me recuerda que fue él quien dijo al ministro de la Gobernación que Matres debía de estar enterado de todo). Matres prestó una primera declaración, ante la policía, descubriendo la connivencia de Lerroux con Sanjurjo. El fiscal de la República, Martínez de Aragón, retuvo en su poder el documento y no lo dio a conocer a la Sala sexta del Tribunal (presidido entonces por este mismo don Mariano Gómez que preside ahora el Supremo), hasta después de sustanciado y fallado el juicio sumarísimo contra Sanjurjo. Cuando lo comunicó a la Sala, el Presidente le preguntó por qué no lo había hecho antes. «Porque no lo he estimado conveniente», respondió. Como la Sala no podía imponer corrección al fiscal, se hizo constar en el «libro de acordadas» que esa omisión lo había privado de un elemento de juicio muy importante. Cree el Presidente que si la primera declaración de Matres se hubiese incorporado al sumario, Lerroux habría sido necesariamente implicado en el proceso. A su parecer, la connivencia consistía en que, si el movimiento triunfaba, Lerroux ocuparía el poder; y si fracasaba, quedaba comprometido a obtener la amnistía. Este compromiso caracterizó las elecciones del 33, y produjo poco después aquella ley que tantas rabietas le costó a don Niceto. En la primera declaración de Matres palpitaba su enojo contra los que habían abandonado a Sanjurjo, y quería tal vez salvarlo descorriendo un poco el velo. En declaraciones posteriores, ya ante el juez, se desdijo de lo que primeramente había confesado. Alguno de estos señores cree que en el ajo del 10 de agosto no estaba comprometido solo Lerroux, sino otros radicales, y no de los menos importantes. (Recuerdo personal mío: La carta que me escribió Lerroux felicitándome porque había defendido bien a la República contra la sublevación).

También don Mariano Gómez cuenta que, en 1934, cuando la Sala de Gobierno del Supremo iba a informar sobre el indulto del comandante Pérez Farrás, condenado a muerte por su participación en los sucesos de Barcelona, el Gobierno hizo presión sobre los magistrados, para que votaran en contra, porque de concederlo estallaría una sublevación militar. A don Mariano Gómez se lo dijo el propio ministro de la Guerra, un radical, llamado el señor Hidalgo. Hecha la votación en la Sala de Gobierno, de la que resultó un

dictamen desaconsejando el indulto, el Presidente, don Diego Medina, exclamó: «Ahora respiro, porque si lo hubiésemos propuesto, se habría producido una sublevación militar». Entonces comprendió don Mariano Gómez, votante a favor de la concesión, que también a otros les habían propinado la receta del ministro de la Guerra. El magistrado don Santiago del Valle protestó indignado contra las palabras del Presidente, por lo mismo que había votado en contra del indulto. (Se obtuvo, al fin, por empeño decidido de Alcalá-Zamora).

Recordando algunos hechos del año pasado, le pregunto a don Mariano Gómez su juicio sobre el origen de los horribles sucesos de la Cárcel Modelo de Madrid, en la noche del 22 al 23 de agosto, puesto que él estuvo allí desde las primeras horas de la mañana del 23, trabajó con entereza y no pocos riesgos en poner término a tales atrocidades, y tiene más motivos que otros para haber recogido desde el primer momento una información directa sobre el caso. Cuenta el Presidente que se presentó con otros magistrados en la cárcel y muy a primeras horas de la mañana. El espectáculo era atroz. Interrogó a unos y otros y lo que sacó en consecuencia fue esto: La cárcel estaba abarrotada; gran parte de los presos políticos, capitaneados por Ruiz de Alda, en actitud levantisca; tenían armas; fraguaron, en combinación con los funcionarios de Prisiones, un plan de evasión: se produciría un incendio, y a favor de la confusión se fugarían; se encontró en la cárcel cantidad de leña de la que se gasta en los hornos de pan y algunas escaleras de mano, de la altura de las tapias que cercan la cárcel; el incendio se produjo el 22 por la tarde; una masa enorme se congregó delante de la cárcel; entraron los bomberos y algunos milicianos para apagar el incendio; los presos políticos, desde las galerías (las celdas estaban abiertas), los recibieron con denuestos y tiros; hubo algunos heridos… «Una provocación como cinco —dice— produce una reacción como quinientos». Los milicianos se apoderaron de la cárcel, que no conocían. Se fugaron más de doscientos presos y los empleados que estaban de servicio. Los milicianos se apoderaron del registro y fueron escudriñando los nombres que más les sonaban, buscándolos uno a uno por el laberinto de galerías y celdas, y apartándolos en un banco. Después los bajaban a un sótano y los fusilaban. Así perecieron más de treinta, bastantes de ellos personas conocidas. (Conocidas o no, la atrocidad sería la misma, pero su notoriedad agravaba el caso, desde el punto de vista político). De las autoridades de Madrid, quien estuvo bien fue el ministro de la Gobernación, general Pozas, que hizo cuanto pudo por restablecer el orden. Otros brillaron por su ausencia. Cuando los magistrados, con el presidente, se presentaron en

la cárcel, todavía sonaban tiros. Consiguieron que todo cesara, al entrar en funciones.

Tal es en resumen lo que cuenta don Mariano Gómez. Coincide, en sustancia, con lo que me dijo el Gobierno, cuando estuvo en condiciones de decirme algo.

(Recuerdo personal: Tarde de un agosto madrileño: contemplo la plaza desde una ventana: humaredas: síntomas de inquietud: noticia del incendio en la cárcel: anochecido: que todo se ha acabado y hay tranquilidad: a las once y media, conversación telefónica con Bernardo Giner, ministro de Comunicaciones: Primeras noticias del suceso: mazazo: la noche triste: problema, en busca de mi deber: desolación: a las siete de la mañana, Giral me lee por teléfono el decreto creando los tribunales populares: «Salvamos así algunos miles de vidas», exclama. Pesadumbre de esta razón. Duelo por la República. Desde mi cuarto, el solar en obras de la antigua caballeriza, abrasado de sol. Lejos, en la vertiente de la sierra, humareda del cañoneo. Insondable tristeza. Por la tarde, lágrimas del Presidente del Consejo).

8 de noviembre

En Valencia. Visitas. El teniente coronel Buzón, que viene de Asturias. Me cuenta que el gobiernín tenía preparada la huida en el *Císcar*, con una parte del Estado Mayor, pero dejándose en tierra a los jefes. El hundimiento del *Císcar* obligó a cambiar de plan. Buzón se embarcó en un vaporcito de doscientas toneladas, con más de seiscientas personas. Para desatracar, tuvieron que armar una ametralladora, porque desde el muelle, las gentes que todavía pedían sitio en el barco los amenazaban con bombas de mano. Salieron sin dotación y sin los instrumentos precisos para navegar. Un hijo de Buzón, que ha hecho un curso de un año en una escuela de náutica, dirigió el barco. Tres días en el mar, sin comida, hasta que alcanzaron Burdeos. El *Cervera* los vio, pero no hubo nada, porque se dirigía sobre otra presa. Se cruzaron con un barco francés. Los fugitivos querían hacerle fuego, para que los apresara y, por lo menos, les diese de comer. Uno se suicidó. Buzón habla bien, en general, del valor, de la disciplina de los combatientes asturianos; pero a medida que se iba subiendo en la jerarquía, todo era peor. Está haciendo una relación de cuanto ha visto en el norte, para entregármela. El ministro Irujo le ha preguntado: «¿Cuál ha sido la causa de la pérdida de Bilbao?». *Buzón*: «En un cincuenta por ciento la aviación enemiga; en lo

restante, Aguirre». *Irujo*: «Claro, claro; los hombres no pueden improvisarse».

El coronel Sicardo, comandante militar de Alicante, gravemente lesionado del corazón, me dice: «Quería verle otra vez, señor Presidente, antes de morirme». Afecto tomarle a broma y le pondero su buen aspecto. Desvío la conversación. Me refiere cosas que ya él mismo me había contado sobre Málaga y Almería, donde han ocurrido, en el orden militar, algunas muy oscuras. Ha declarado en el sumario instruido por la pérdida de aquella provincia, al que ha aportado documentos de interés, segur dice. Como sacó copia de todo ello, me ofrece enviarme otra. Carezco de información suficiente para fundar una opinión acerca de todo eso.

El Tribunal de las Aguas (procesión de abultadas blusas negras) viene a despedirse, porque supone que ya pronto me iré a Barcelona. Lamentan que ni el Gobierno ni yo permanezcamos aquí. De paso me recuerdan que, para el Tribunal de las Aguas, el ministro de Obras Públicas insustituible es el señor Just.

He sabido que don Ramón Menéndez Pidal, a quien el ministro de Instrucción Pública sacó de Madrid poco menos que en andas («¡cráneos privilegiados!», que diría el pobre Valle-Inclán), no contento con pasarse a los rebeldes, ha dado en Nueva York, precisamente en la Casa de Italia, una conferencia sobre «La idea imperial de Carlos V». ¡En la Casa de Italia, que está asolando imperialmente la tierra de don Ramón! Vergonzosa manera de formar en la murga.

16 de noviembre. (Excursión a Madrid)

Hemos hecho la excursión a Madrid. El viernes 12, por la tarde, el Presidente del Consejo y Giral, que habían llegado de Barcelona en avión, vinieron a buscarme. Prieto y el general Rojo, también procedentes de Barcelona, se adelantaron, siguiendo el viaje en vuelo, para recibirnos en Madrid. El mío duró más de lo ordinario: desde las cinco a las once. Tiempo lluvioso, la carretera mojada, y por caso raro dos pinchazos. Apenas traspusimos los puertos, me supo bien, después de tantos meses de extrañamiento, repasar los pueblecitos por los que se va a mi tierra. Olor de lumbres de leña, del ganado labrador, acidez de bodega. Dos mocitos curiosean y se ríen bajo la luz del surtidor de gasolina. Las ventanas iluminadas de un café lugareño, desierto. Fantasmas de niebla en las callejas solitarias. Los coros vocingleros que el año pasado atronaban con bullangas

muchos de estos pueblos han desaparecido. También las gentes armadas y el estorbo de sus parapetos. (Recuerdo que en Fuentidueña o Perales había un tronco enorme, de cuneta a cuneta, montado sobre un pivote, para hacerlo girar al paso de los autos). Algunas patrullas de guardias. Nadie más, en leguas y leguas. «La espaciosa y triste España» del poeta. En ese ambiente, sensaciones triviales, insignificantes de por sí, excitan, reavivan los sentimientos que se formaron en su compañía. El zumbido del motor, la estrella de tres puntas brillantes en el morro del coche, el banderín terso en el aire de la carrera me retraen al dolorido sentir que, junto con ellos, paseaba por esta y otra carreteras el otoño pasado. Pareció que se agotaba, a fuerza de expresarse, en mi última visita nocturna a Alcalá, empezando octubre del 36. Pero ahí está, con su profundidad abismática, vertiginosa.

Como el tráfico era casi nulo, pregunté: «¿Por dónde se abastece Madrid?».

—Harían falta mil camiones —respondió Negrín.

—Bien, pero los que hay, ¿por dónde andan?

Me explican que lo principal del tráfico se dirige sobre la vía férrea, hasta Aranjuez, y desde allí por carretera a Madrid.

Azcárate, llamado a Barcelona por el Gobierno, me había pedido audiencia para el mismo día 12. No vino. El Presidente del Consejo me dice que había tomado sobre sí el aconsejar a Azcárate que desistiera de visitarme, porque era urgente su ida a París para tratar ciertos asuntos relativos al tránsito de material. «Como supe su llegada, y me anunció que vendría con ustedes a verme, creí que traía alguna cosa importante. ¿Ocurre algo?». «No, señor, nada». «¿Y de aquello que hablamos sobre la suspensión de hostilidades?». «No ha encontrado —responde Giral— ni el menor resquicio para ello». Sale a relucir nuevamente el mal efecto que en nuestros amigos del exterior causan los rumores sobre un armisticio. «Lo del armisticio sé muy bien que es una patraña, pero ni en eso, ni en nada, podemos guiarnos del propósito de no desanimar a nuestros amigos del exterior —replico yo—; peor efecto les haría que hubiesen ustedes de solicitarlo y no lo obtuvieran».

«¿Han sabido ustedes algo del mexicano?», añado. «Nada en absoluto».

Llevé la conversación al nombramiento de un delegado *comercial* inglés cerca de la Junta de Salamanca, acuerdo cuya importancia no se puede exagerar. El Presidente ha hablado de ello con Azcárate. Según el embajador, la decisión del Gobierno británico ha sido mal recibida por la opinión pública y cree que no irán más lejos. El Presidente, y lo mismo el embajador, esperan que pueda aprovecharse la oportunidad para obtener del Gobierno de Londres

que su embajada se instale en Barcelona y deje Biarritz. Yo me callo. Una vez más pienso que no soy bastante tonto ni bastante inexperto para hacer el papel de «príncipe» y comulgar con ruedas de molino. Lo restante de la conversación giró sobre temas vagos. Negrín habló mucho de la mediocridad de los políticos que dirigen la gobernación en otros países, como Inglaterra y Francia. No le llevé la contraria, y hasta exageré la cuantía con que la pujanza de un país contribuye a engrandecer a un hombre o a darle apariencia de grande; como si pusiese del revés aquella máxima de Saavedra, que dice sobre poco más o menos: «Desgraciados los sujetos grandes que nacen en las monarquías cadentes, etcétera». Parece que Negrín admira mucho a Disraeli, ignoro si a través de su reciente biógrafo. De conclusión en conclusión, casi casi llegamos a averiguar que en Inglaterra no ha habido apenas hombres de Estado… Es posible que Negrín prefiera el tipo «heroico» en la función de Gobierno. Su tranquila audacia así lo hace presumir. Su confianza, cerrada voluntariamente a toda duda, me sorprende en un hombre de formación intelectual. «Aunque mi preparación científica —dijo más tarde— me ha hecho materialista, concedo una importancia primordial, decisiva, al factor psicológico». (No me entrometo a demostrarle que la salvedad contenida en el «aunque» está de sobra). Después habló del futuro, que se deja pintar como uno quiera, y de las grandes cosas que habrán de cumplirse en España cuando se gane la guerra. Cumplida la condición, lo demás no ofrece duda.

Rendimos viaje en la presidencia del Consejo. Allí nos esperaban Prieto, Miaja y las autoridades. Los locales están todavía como yo los puse y como los dejé. Una bomba había caído en el jardinillo de la entrada, sin causar daño. Allí cenamos. Se repasó el programa para el siguiente día. En él figuraba una visita a las trincheras de la Ciudad Universitaria. Miaja se opuso: «Yo no cargo con esa responsabilidad», dijo. Quedó suprimido el número. Habíamos entrado por las Ventas y la calle de Goya; en este trayecto, y después por la Castellana, desde la presidencia a mi alejamiento, ni una luz, ni alma viviente. Silencio sepulcral. De vez en cuando, algún estampido lejano. La ciudad, aplastada por el silencio, parece transferida a la tiniebla eterna. ¿Qué es de Madrid? —me preguntaba—. ¿Dónde está? Duerme, o lo finge. ¡Qué drama en cada hogar, qué pesadumbres! Esa quietud tenebrosa, que parece olvido, indiferencia o desdén por el destino, qué angustias encubre. ¡Declara la actitud de aguardar, minuto por minuto, durante un año, la visita de la muerte. Con todo, qué sensación de alivio, de quitárseme un peso de encima, solamente por estar en Madrid! Sentimiento muy complejo, formado sobre datos positivos al par que sobre ilusiones; e incluso sobre

representaciones imaginarias, corregidas por la realidad de la presencia. Madrid existe, a pesar de todo. Y por dos o tres días, se suspende la expatriación. Es formidable para la libertad del juicio cómo el lugar me devuelve la propia imagen de mis ensueños, que, al parecer arbitrariamente, había proyectado sobre él.

Me alojaron en una de las primeras casas de la colonia del Viso, entre la prolongación de Serrano y el paseo de Ronda. Me pareció entender que allí reside ahora el Estado Mayor de la Aviación. (No sé cómo puede gustar este estilo de vivienda, sin ninguna apariencia de hogar, sin ningún muro lleno, sin un rincón donde guarecerse del exterior). El cansancio me hizo dormir bien; pero a las siete de la mañana, un centinela, que debía de tener frío en los pies, y pateaba para meterlos en calor, me despertó. Ya no llovía. Nieblas. Hacia el oeste, cañonazos. Vinieron a buscarme el Presidente, los ministros y los jefes militares. A las nueve y media salimos para Palacio. Por las calles del centro, poca menos gente que de ordinario a tales horas, pero toda del mismo cariz. La sensación de vacío, o de parálisis, viene principalmente de la falta de tráfico. Circulan algunos coches militares, pocos camiones, y nada más. Nuestra caravana llama la atención. El público mira, nos descubre, se precipita. Pasado el ministerio de Hacienda, aparecen los solares producidos por el bombardeo. De algunas casas, nada queda en pie; de otras, las paredes maestras agujereadas. En el extremo de la calle del Arenal empiezan los parapetos. La antigua placita de Isabel II (no sé cómo se llamará ahora) es difícil de identificar. Entramos en Palacio. Ha padecido mucho. En el patio principal abundan los destrozos causados por la artillería. Uno de los grandes pilares de la galería baja se ha derrumbado; dos arcos amenazan ruina, apuntalados. Un golpe más y se hundirá un gran trozo. La balaustrada que corría por encima de los aleros ha desaparecido en mucha parte. Se ven otras llagas, lastimosas. Han entrado proyectiles en el comedor de gala y en el antiguo salón del trono. A la biblioteca no le ha pasado nada todavía. Subimos a un observatorio, en las guardillas del ángulo noroeste. Toda la fachada sobre el Campo del Moro está destrozada. Los balcones, arrancados, cuelgan sobre la azotea baja; las pilastras y columnas, machacadas, rotas. Se han ensañado sobre este edificio que ofrece un blanco seguro, pero en el que no hay ninguna instalación militar, como no sea el puesto de observación. Con destruir la ornamentación de la estructura, nada se adelanta. ¡Quién tendrá después gusto y dinero bastantes para rehacerlo! Solamente reponer los cristales rotos en Palacio costará más de un millón. Desde el observatorio, aunque el día está muy cubierto, puedo examinar la disposición de nuestras líneas, y hacerme

cargo de la situación. En el fondo, a mi derecha, se advierte entre la niebla la marcha oscura de Garabitas. Del boscaje de la Casa de Campo, queda mucho más de lo que podía esperarse. El edificio principal de la Estación del Norte parece, a la vista, intacto. Una máquina va y viene por las vías desembarazadas. Me dicen que transporta carbón de los depósitos del norte. Verde y dorado, entre sutiles jirones de bruma, este panorama maravilloso, al que tantas veces me he asomado en el curso de mi vida, me sorprendía con algún rasgo nuevo. ¿Qué era? Miraba y remiraba… Era el gran silencio. Faltaba el antiguo estruendo, el fragor, como un trueno sostenido, que subía en otros tiempos de esta parte baja de Madrid. Allí se ha instalado la guerra, y tampoco se hacía oír. Ni un disparo, ni una explosión. Los pobres combatientes, agazapados en el barro, acechan. Entre dos nubes, un brazo de luz plateado se alarga hasta la copa de las arboledas. Cendales gaseosos flotan. Ninguna señal de vida. Todo parece ya acabado para siempre. Este paisaje, más penetrante, más fino que nunca, se calla como un cementerio. Y eso es, en suma. Además de un degolladero, donde Madrid se ha desangrado.

Nos arrancamos del lugar. Visito otras dependencias del Palacio. El Presidente quiere que firme allí mismo unos decretos y le complazco. No sé qué valor quiere darle a eso. Salimos. Ya saben en todas partes que estoy aquí y los curiosos se agolpan. Por la calle de Bailén y la plaza de España, entramos en el barrio de Argüelles, que parece haber padecido un terremoto. A la izquierda de la calle de la Princesa se ven manzanas enteras derruidas. Se supone que entre los escombros debe de haber muchos cadáveres; en las casas no tocadas, y aun entre las ruinas, vive todavía alguna gente, muy tranquila. Pasada la ronda del Conde-Duque, la calle recobra un aspecto normal. Mucho tránsito, a mi parecer más que en el centro, tranvías, vendedores (¿qué diablos venden?), tiendas. A unos centenares de metros de las trincheras. En general, circula por Madrid un reguero parduzco y desaliñado, como un residuo de las privaciones terribles y del cataclismo económico y social desencadenado por la guerra. Y uno mira, se admira, recuerda y se entristece. Pero la tristeza, en el lugar mismo, es más comunicativa, menos lúgubre que la de hace un año en Barcelona, cuando recibía noticia de los bombardeos de Madrid. Virtud de la presencia.

En el suntuoso hospital levantado hace unos años cerca de los Cuatro Caminos (me parece que se llama, y no de ahora, Hospital para Obreros) invertimos parte de la mañana. Había pocos heridos. Hablé con todos los de una sala; ninguno grave. Nos hicieron pasar a la sala de operaciones, donde estaban curando a un capitán, estropeado de la cara. Hablé con otras personas,

que no eran los heridos, precisamente, y las hice hablar, mientras les miraba a los ojos. Advertí en algunos aquella pantalla que corta el paso a lo que, de otra manera, vendría a sus pupilas. Si a tales hombres se les pudiera *sonar*, como a una moneda contra el mármol, el sonido declararía su calidad.

Desde el hospital fuimos al Pardo. (Rehusé ir a La Quinta, sin decir el motivo, que a nadie le importaba). Atravesamos el monte: ¡más destrozos! Y por Navachescas salimos a Torrelodones. A propósito del camino que seguíamos, rehecho en pocos días por los soldados antes de la ofensiva sobre Brunete, Negrín y Rojo discuten sobre la militarización de algunos servicios y sobre las ventajas del estado de guerra. Este camino pertenece ahora a Obras Públicas, ministerio muy celoso de su jurisdicción, pero, sin duda por falta de medios, la consolidación y terminación de la obra están en suspenso. Oigo que Negrín da unas órdenes, reiteradas después al general Miaja. Es lícito temer que no sirvan de nada. En un puesto de mando, que resultó ser la antigua casa del señor García Prieto (la llamaban el Peñón de Alhucemas) contemplamos, hasta donde la niebla lo permitía, y con ayuda de planos y algunas explicaciones de los oficiales, la situación por aquella parte. Después de la ofensiva, las posiciones del enemigo son más dominantes y ventajosas que las nuestras.

Cruzando El Pardo, nos lamentábamos de la suerte del monte. Negrín me aseguró que se habían dado órdenes de no cortar árboles, y que se aprovechara la leña seca y los troncos carbonizados por el bombardeo. Sí, sí: las señales son otras. Una campaña de invierno más, y el monte quedará arrasado, sin remedio, porque repoblarlo de encinas es una empresa larguísima, que nadie sostendrá. «No sé si usted sabrá que he librado muchas batallas por la integridad y la conservación del Pardo, y no todas las he ganado. En las Constituyentes tuve un día que amenazar con la cuestión de confianza para impedir que le arrancasen seis kilómetros cuadrados con destino a una barriada de casas baratas. ¡Ya ve usted! En Madrid, rodeado de miles de hectáreas de tierra calma y erial, no había por lo visto mejor sitio que el encinar del Pardo para un ensayo de arquitectura social. Hay hombres que no están seguros de su dominio sobre la naturaleza mientras no le han dado por el pie a un árbol viejo. Posteriormente, en tiempos del señor Chapaprieta, también se quiso quitarle al monte dos mil hectáreas, para entregárselas a una compañía de urbanización. Tarde o temprano, y no habiendo nadie para impedirlo, se saldrán con la suya. Y encima le harán creer a Madrid que se cumple una gran obra de progreso. Cuando gane usted la guerra, Negrín, me permitirán ustedes que deje de ser Presidente de la República, a cambio de

que me nombre usted para el cargo que más me gusta». «¿Cuál?». «Guarda mayor y conservador perpetuo del Pardo, con mero y mixto imperio dentro del monte, para hacer de él lo que en cualquier país de gusto estaría hecho desde hace mucho tiempo. Sin retribución alguna, ni otra recompensa que el derecho de vivir en cualquiera de estas casas, no en Palacio, ciertamente». Negrín se ríe, y como le gusta hacer planes para después de la guerra, le sigo el humor, hablando de algunas de las cosas que pueden hacerse, y de las que deben prohibirse para conservación y aumento del Pardo. Recuerdo las que yo empecé el año pasado. «Lo peor de todo —le digo— es el desamor a las cosas y la falta de continuidad. Mi apego a la eternidad relativa de las cosas es irresistible, tanto, que supera mi apego a las instituciones. Más exactamente, una institución se degrada si entre sus fines primordiales no se cuenta el de inculcar la religión de las cosas nobles y venerables que particularmente le atañen, o están bajo su acción, y el de crear otras nuevas. Aplíquelo usted al Estado. En España tiene más obligaciones que en ninguna parte, porque nadie puede reemplazarlo ni suplir lo que él no haga en ese orden. La Casa real, que tantos ejemplos debía haber dado, ya sabe usted cómo se condujo. Aquí, en El Pardo, incurrió en el mezquino despropósito de someterlo a explotación, para sacar renta. Verdaderamente, a la dinastía le faltaba, entre otras cosas, ánimo regio. Estoy persuadido de que por falta de educación no se daban cuenta del valor de lo que tenían a su cargo. Así anduvo y así acabó todo ello». Disertamos sobre lo que uno de los presentes llamó, con lenguaje de la *Gaceta*, «función cultural y educativa del Estado». Cabría plantear, sin método, algunas dudas previas: si existe el Estado español y dónde se le encuentra. Sí: el concepto, la hechura legal y los poderes, ya los conozco. Pero el Estado carece de pensamiento y de espíritu propios, lo mismo para innovar que para conservar. La posición conservadora del Estado no es tal, sino resistencia e inercia, que no es lo mismo. De aquella falta proviene que el Estado se diferencie demasiado poco del temperamento, ocurrencias y manías de tal o cual individuo que le representa en una u otra función. Muchas veces decimos: «¡Qué ha hecho el Estado!». Y el Estado *ha consistido* durante un minuto (el minuto de la decisión) en Juanito o Periquito, aburrido en su poltrona de director general o de subsecretario, harto de recibir visitas, de dictar cartas para su distrito y de firmar el «despacho ordinario», y que no tiene tiempo, humor ni capacidad para pensar en más. Es menester que algún resorte del Estado caiga en manos de un hombre excepcionalmente activo y emprendedor, para que la máquina simule que empieza a andar. Pero entonces puede ocurrir un caso de peligro. Un enorme paquidermo está inmóvil, bien

asentadas las patas en tierra. Llega el emprendedor. Grita, pincha, hostiga. El paquidermo alza y encorva un remo. Los otros siguen quietos. Postura incómoda, insostenible. «¿Qué quiere ese hombre? ¿Enseñarle a bailar?», preguntan unos. «No. Es un loco —responden otros—, cree que los paquidermos deben tener tres patas nada más». Y no falta quien grita: «¡Bravo, bravo! ¡Va a cortarle un remo al paquidermo!». «Señores —replica por fin el hombre—, quería tan solo hacerle andar». Experiencia como esta, conocí yo una, inolvidable, hace seis años, apenas instaurada la República.

Al tomar en Fuencarral la carretera nueva que lleva al Pardo, pasamos cerca de los terrenos de La Veguilla. Esto me hizo recordar la conversación que cuatro o cinco años antes había tenido con Negrín, precisamente. «Cuando usted desempeñaba la secretaría de la Ciudad Universitaria y yo presidía el Gobierno, me trajo usted a ver las obras. Le hablé entonces de mis planes sobre La Veguilla. Me pareció que estos terrenos, cuya extensión, si la memoria no me engaña, es doble que la del Retiro, debían destinarse a plantar el nuevo jardín botánico, a instalar en grande el Museo de Ciencias Naturales y otros establecimientos científicos análogos. Le pareció a usted muy bien, así como el propósito de unir las nuevas instalaciones con la avenida central de la Ciudad Universitaria, por Peña Grande. Todo ello serviría además de norma para redondear la urbanización de Madrid en esta zona. Publiqué el decreto correspondiente, atribuyendo los terrenos al Museo. Pues bien: al volver al Gobierno en 1936, me encontré con que no se había dado puntada en el asunto. El ministerio de Instrucción Pública ignoraba la existencia del decreto. Aunque sea lamentable, no me sorprendía que el ministerio y los ministros hubiesen dado carpetazo al proyecto, porque era mío; pero ni en el propio Museo lo tomaron con interés, salvo una o dos personas de mi particular conocimiento. Si hubiese decretado que en los terrenos se construyesen grupos escolares, piscinas y campos de deporte, todo el mundo lo habría comprendido, y ya estarían hechos. Muy bien está hacerlos. Pero vaya usted a interesar al “poder público”, es decir, a unos ministros, unos subsecretarios y directores desvanecidos, en la obra impersonal de crear un museo, un jardín botánico, unos laboratorios, que no dicen nada a las clientelas. Es un ejemplo de la falta de espíritu en el Estado y de la falta de continuidad. Podría citar más de una docena, sin salirme del corto tiempo de mi acción en el Gobierno».

El jardín botánico hizo saltar en la conversación el nombre de Carlos III. «Supongo —decía el Presidente— que no le tendrá usted por un grande hombre, pero acertó a rodearse de gente ilustrada y útil». «En la vida de

Carlos III he encontrado un rasgo que viene aquí muy al caso, precisamente a propósito de un árbol en el camino del Pardo: “Cuando yo me muera”, decía el rey, “¿quién cuidará de ti, pobre arbolito?”. Tirando de este hilo se descubre una sensibilidad muy simpática. En mis andanzas de cazador por la Alcarria, conocí hace muchos años a un rústico, guarda de monte, apasionado también por un árbol. “Venga usted a ver mi nogal, señorito Manolo” (entonces me llamaban así), me dijo un día. Nogal estupendo. A su sombra me he guarecido de algunas sofoquinas de agosto. El tío Eugenio, viejo, desdentado, con más arrugas que las nueces de su nogal, era dueño del árbol, pero no del suelo en que crecía, solitario en muchos cientos de metros a la redonda, como un poema nutrido por los jugos de aquella tierra ardiente, color sangre de toro. Único bien del tío Eugenio, le sacaba un puñado de reales cada año. Nunca consintió en venderlo, aunque le ofreciesen *una almorzada de onzas*. ¡Un tipo a lo Carlos III, ea! Pero él no lo sabía. El árbol solitario es una elegía típica del campo español. Aparece en el nombre de un pueblecito de Salamanca, nombre que únicamente puede formarse en lengua castellana: Encinasola de los Comendadores… ¡Eche usted! Encinasola de los Comendadores… ¡Qué onda! ¡Qué acento! Se está viendo, sobre un horizonte frío, remoto, el árbol solitario, como el del tío Eugenio, reliquia de un bosque desaparecido. Es claro, el tío Eugenio nunca fue comendador. Guarda, nada más».

Pienso que, por desquite o consuelo fingidos, el estado miserable de Madrid me encarrilaba la imaginación hacia todo lo que se ha ideado de útil o provechoso para el engrandecimiento de la villa y su mejora, como si ya la viésemos remozada en virtud de ese depósito de intenciones. La verdad es que no guardo sobre esto ninguna ilusión. La ruina de Madrid durará muchos años. Hay quien piensa que las destrucciones mismas allanan el camino de la reforma, porque han eliminado algunos problemas. De esa manera, concluiríamos que el destrozo ha sido una bendición. El doctor Pangloss saca discípulos donde menos se espera. Mi parecer es otro. La potencia económica de Madrid era muy limitada. De todos modos insuficiente no ya para impulsar con vigor el crecimiento de la villa, sino para acompañarlo, por lento que fuese. Así Madrid prolifera barriadas nuevas, feas, desordenadas, agrias, sin comodidad ni carácter, inferiores a las antiguas. Con chinches y todo, emigradas de Leganitos o de Barquillo, como las grandes invasiones, en busca de un sitio al sol. La llamada Gran Vía ha tardado cerca de treinta años en hacerse (y aún creo que no está edificada toda), pese al cebo de la especulación sobre el terreno. ¡Qué será ahora, menguada terriblemente

aquella potencia, como la de toda España, y teniendo que partir de cero! Lo ocurrido no es traslado o nueva repartición de riquezas, sino pérdida seca, escombros, humo. Ya sé: el Estado. Todo gravitará sobre él. Pero harto tendrá que hacer para reconstituir sus instalaciones y servicios propios, dentro y fuera de Madrid. Cada piedra que el Estado reponga en Madrid agriará la emulación recelosa de otras ciudades. El caso inaudito de Valencia, haciéndose pagar por el Estado las reparaciones de su Casa consistorial, so pretexto de que allí se alojaban las Cortes, será regla general. En fin, está por ver qué política prevalecerá en Madrid. El porvenir de la capital depende vitalmente del sistema político que en ella presida.

Volvemos desde Torrelodones por la carretera de Hoyo de Manzanares y Colmenar Viejo. También Colmenar ha padecido bombardeos, aunque no se perciba a primera vista, porque en estos pueblos serranos la frontera entre una casa habitada y una ruina suele ser borrosa. Pasamos por delante de los cuarteles nuevos que yo comencé, después de adquirir un gran terreno del duque del Infantado. Iba a instalar allí el acuartelamiento de todas las fuerzas de Infantería de la guarnición, con campo de tiro y de instrucción anejo. He visto construidos cuatro o cinco pabellones, pero el proyecto implica muy cerca de cuarenta edificios. Era una gran cosa, sin embargo, qué resistencias tuve que vencer. ¡Menos mal que no han destruido lo ya hecho!

Fuimos a comer a la presidencia del Consejo. Estaban casi las mismas personas que la noche anterior, entre ellas el gobernador y el alcalde. Allí se concertó la recepción en el Ayuntamiento, para las siete de la tarde. Negrín hubiese querido que yo hiciera un «gran» discurso, para radiarlo a toda España y retransmitirlo a América. Rehusé. El curso de mis pensamientos no me llevaba a hacer un discurso de ese tipo, en el que para ser leal conmigo mismo habría tenido que decir algunas cosas inconvenientes o por lo menos guardar sobre ellas un silencio inexplicable. Más que nada, sobre la situación exterior. Le propuse a Negrín, y así quedó acordado, que el acto en que él pensaba se sustituyera por una visita al Ayuntamiento, en la que el alcalde podría decir unas palabras y yo contestar con las que me inspirase la situación, dirigidas especialmente a los madrileños. En algún detalle de poca importancia, descubrí los síntomas de ese desbarajuste crónico que me saca de quicio. Delante de mí, Negrín dio unas órdenes para la radio, disponiendo lo que debía anunciarse, cuándo y cómo, respecto de la recepción en el Ayuntamiento. Un poco más tarde supimos por un periodista que se había hecho exactamente lo contrario de lo ordenado por el Presidente. Nadie pudo

decir por iniciativa de quién, ni, pasado el primer movimiento de contrariedad, se persistió en averiguarlo.

La comida, poco amena, se prolongó demasiado. De mi parte ninguna gana de hablar. Mi atención andaba por las nubes. Creo que cada cual tendría su preocupación, y los temas se mantenían largo rato por su propia insignificancia, flotantes de acá para allá, como un corcho. Ya en los postres, Miaja hablaba recatadamente con Negrín (sentado frente a mí), pero no podía dejar de oírlos, aun sin querer, porque era angosta la mesa. Miaja ponderaba la conveniencia de beber al final de las comidas vino espumoso, porque hace eructar, cosa sana. «Precisamente cuando vivía en familia, todos los domingos descorchaba una botella». Negrín examinaba el caso como fisiólogo. Hubiera querido pasarles un papelito con la advertencia de Don Quijote a Sancho sobre el vocablo más feo del castellano.

Mientras aguardábamos la hora de salir nuevamente, Miaja me contó, en un corrillo donde estaban Negrín y Rojo, las condiciones en que se hizo cargo del mando en Madrid el 7 de noviembre del 36. A las ocho de la noche recibió del Gobierno un pliego cerrado, con orden de no abrirlo hasta las seis de la mañana siguiente. Se lo entregó el subsecretario de Guerra. Otro igual, con la misma orden, recibió el general Pozas. Ambos generales se reunieron, pliego en mano, y después de considerar la gravedad de la situación (debían de conocer, oficiosamente al menos, la retirada del Gobierno), decidieron incumplir la orden. «Una hora después de recibirlos —dice Miaja— abrimos los pliegos. Por cierto que estaban cambiados: en el sobre que entregaron a cada uno iba el oficio dirigido al otro». Se les comunicaba la salida del Gobierno y se investía a Miaja de la suprema autoridad en la capital, como presidente de la Junta de Defensa. Miaja balbuce, se congestiona, ponderando el disparate de dejar a Madrid sin autoridad ni Gobierno algunos durante doce horas, con el enemigo a la vista. Razón le sobra. He apuntado en otro lugar los antecedentes personales que yo tengo de este asunto lastimoso, hasta el 17 de octubre. Me contó también Miaja que al constituir la Junta de Defensa dejaron de presentarse algunas de las personas designadas. Habían desaparecido. Me ha dicho los nombres, pero no los recuerdo. Estos días últimos han publicado los periódicos el acta primera de la Junta, en que se habla del caso. El abandono de Madrid fue tan precipitado que, al posesionarse de cierto ministerio, un miembro de la junta halló una caja llena de brillantes, producto de registros, incautaciones y secuestros. Nadie la custodiaba. No había inventario ni cuenta alguna. «Hubieran podido cogerse los brillantes a puñados», dice Miaja. En otra habitación, gran número de

objetos de oro y plata, en igual situación. Todo lo entregaron en la Dirección General de Seguridad.

17 de noviembre. (Continúa la excursión a Madrid)

A media tarde, revista militar en la carretera de Vicálvaro. Están formados los cuatro batallones de la brigada 43. La formación se alarga mucho, porque la carretera es estrecha. Mal tiempo. Nubes bajas, oscuras, chispea, poca luz. Hacia Vallecas y Villaverde, cañonazos. Recorremos la línea de tropas. Están bien presentadas, dentro de lo que es posible en campaña. Llevan calzado fuerte, capote kaki. La uniformidad falla en los cascos: Son de tres modelos distintos. El kaki nunca es lucido, ni aun siendo nuevo; mucho menos tan usado. Algunos capotes parecen hechos para gente más corpulenta. Casi toda la de estos batallones es campesina. No faltan mozos de buena talla, recios; pero abundan con exceso los escuálidos y pequeñuelos, con todos los estigmas de la miseria fisiológica heredada. Metidos en el uniforme, se nota más. «¡Qué raza! —le digo a Negrín—. Es un dolor». «En cuanto se alimente bien, será otra». «No lo niego, pero ¿cuándo? Nosotros no lo veremos». ¡Y qué gente más dura! Algunos de estos batallones han estado en las trincheras desde noviembre del año pasado hasta hace quince días, sin relevo. Tan campantes. Voy mirándolos y pienso en su porvenir, en su presente. Les miro a los ojos, por donde asoma, bajo la uniformidad militar, el ser de cada uno. En el semblante descolorido, anguloso, cortado por el capacete a ras de las cejas, los ojos parecen agrandarse, más negros y brillantes. Trazo riguroso de las líneas, armas presentadas, posición rígida de la cabeza, molde de la disciplina que compacta a los hombres en masa; no hay, al parecer, otra cosa, pero en las cabezas inmóviles las miradas destellan, y al soslayo, de reojo, buscan la mía, y durante el segundo en que se cruzan, cada mirada me trae el mensaje de un hombre. De un hombre, con su vida trabajosa a cuestas. ¿Qué significan? ¿Curiosidad, tan solo? No. Demasiado profundo el encuentro para que cada cual no haya pensado, un instante siquiera, en su destino, como yo pensaba en el de todos. Se me quedó impreso un largo reguero de pupilas oscuras, relucientes. Desfile. Los coches se apartan en un rastrojo, para franquear la carretera. Estruendo de tambores. Cornetas alegres. Las compañías llegan, machacando el betún del camino. «¡Vista a la derecha!»… «¡Viva la… República!», «¡Viva!», corea la tropa. Estallido, más que grito de ordenanza. (Sí, amigos míos… ¡Viva la República, y viváis también vosotros!). Marchan bien, pero se echa de ver que han perdido elasticidad,

soltura en la quietud de las trincheras. Algún paticorto alarga el compás, para no rezagarse. Oscurece. El tronco pardo de la columna se estira, se aleja, rayando una costanilla con tres líneas de cascos plomizos. Cuando pasan los últimos camilleros (pértigas al hombro, como picas antiguas), los últimos carros, y tambores y cornetas callan, me doy cuenta de que, pese a su estruendo, todo ha transcurrido en un silencio prodigioso, que ahora nos envuelve y nos cubre, silencio de campos desiertos, de nubes espesas y bajas, en las que suena sin retumbar —¡pam, pam!— el estampido de algún cañón lejano.

Al tomar los coches, diluvia. Entramos en Madrid por Atocha. En Antón Martín más destrucciones. Tiendas abiertas, luces atenuadas, mucho tráfago. De la iglesia de San Sebastián queda un pórtico. Delante del teatro Calderón, gran golpe de público. Vamos a visitar en la calle de Arlabán el puesto de mando de Artillería. El jefe es mi ayudante, teniente coronel Fernando Casado, hombre de mérito, comandante general de Artillería del Ejército del Centro. Están con él otros artilleros, como Zamarro, Remeces, eminentes en su profesión. También trabaja allí un profesor de la Escuela de Caminos, cuyo apellido no recuerdo bien (¿Salcedo?). Recorro las instalaciones, veo funcionar algunos aparatos, me exhiben gráficos, hojas de información, etcétera. Casado me cuenta algunas de las dificultades cuasi novelescas que han encontrado en materia de armamento y municiones. Es un alivio hablar con hombres que trabajan bien y saben lo que hacen. En este mundillo del «sobre poco más o menos», crispado, embarullado y chillón, la serenidad silenciosa de unas cuantas personas competentes sirve de reposo a la inteligencia.

Siguió la visita al Ayuntamiento, instalado en la casa de Amboage, calle de Velázquez, lo cual no le impidió al alcalde, mi paisano Henche, decir en su discurso que nos hallábamos en «la casa solariega» de la villa. No. Ni siquiera era la casa solariega de Amboage. El local, atestado. (Advierto que la banda republicana, a fuerza de no trabajar, desafina). Cumplidas las presentaciones y salutaciones oficiales, pasamos a un gran estrado. Habló el alcalde. Hablé yo[13]. La pesadumbre de Madrid gravitaba sobre mi alma. Sentía una gran congoja. Nunca me había levantado a hablar tan sin haber pensado de momento qué diría. Pero algunos de mis pensamientos de esta temporada acudieron solícitos y únicamente tuve que emplear la atención en ponerles un diafragma muy estrecho, para no expresarlos con crudeza indebida y no decir lo que en tal ocasión hubiera sido inoportuno o impertinente. El auditorio aplaudió con frenesí cuando hablé de la restauración de la República y de su

permanencia. Es lo que desea y pide casi todo el mundo. Más que por su texto literal, por lo que transparenta, este discurso es un paso adelante, respecto del de julio, en Valencia. Nadie ha dejado de percibirlo. Y aún he de dar otros, que serán más difíciles cada vez. Mi impresión es que la masa general de la opinión me acompaña; sin contar con lo que yo puedo contribuir a esclarecerla. Concluida la ceremonia, el alcalde nos ofreció un agasajo, y de allí a poco nos marchamos.

Estuve en la presidencia del Consejo hasta la hora de cenar, conversando con Giral y después con Negrín y con Prieto, que entraba y salía. Giral, muy emocionado, me dio las gracias por el recuerdo que había dedicado a su Gobierno. «No exagero nada —le respondí—, cada cual es dueño de pensar como guste sobre la gestión de aquel Gobierno, y yo también lo soy. Lo que debe admirarse y agradecerse sin reservas es el valor tranquilo con que usted se encargó del mando, cuando nadie quería obedecer y cuando el que más y el que menos engrasaba el coche para fugarse. Harto se vio que no todos eran capaces de hacer lo que usted». Giral recuerda la situación en que se halló, minada no solamente por el barullo y la indisciplina visibles, sino por el despego sordo y la hostilidad mal encubierta de algunas organizaciones cuyo concurso había derecho a esperar, como la UGT, en la que era entonces omnipotente Largo Caballero. Todos los días iba Largo Caballero a formular protestas ante el Presidente del Consejo, para «salvar su responsabilidad». Una de sus protestas fue contra que los milicianos en la sierra no tenían agua mineral para beber. Giral conserva la carta en que Largo desaprobaba las disposiciones del Gobierno encaminadas a reconstituir un ejército, que sería «el ejército de la contrarrevolución». No admitía más que milicias populares. Una de las primeras cosas que hubo de hacer Largo fue militarizar a los milicianos. Las conversaciones de Largo con Giral llegaron a ser tan enojosas y mortificantes, que un día Giral le echó del despacho y ya no se vieron hasta la crisis del Gobierno republicano.

Negrín me mostró su satisfacción por mi discurso. «Para otra vez —decía —, aunque usted diga que no se retransmita por radio, no le haré caso, sin decírselo». «Mire usted —le respondí—, gane usted la guerra y entonces haré de buena gana un discurso que se podrá oír en todas partes. Esta tarde le he hecho a usted el discurso ministerial que otros no hacen». Creo, de verdad, que la política general de la República carece ahora de una expresión autorizada. La virtud de la palabra está al servicio de las polémicas exasperantes entre partidos y clases. La penuria de ideas y la torpeza de expresión, desconsuelan. El caletre español, recalentado por la guerra, no da

señales de fertilidad. «Si, como cree el Presidente —les digo a Negrín y a Giral—, se va a ganar la guerra, pienso que mi sitio debería ser otro. Para ese caso, en la presidencia de la República estoy amortizado. Valdría más que yo anduviese libre, preparando el porvenir y haciéndole al Gobierno una oposición colaboradora, pero oposición, desde el campo republicano. Ahora el Gobierno no tiene más oposición que la de los sindicatos descontentos. Sobre eso nada puede fundarse. Los republicanos confunden la colaboración con la desaparición, y se borran porque nadie les inculca lo que deben ser». Ambos me contradicen. «Ya verá usted, cuando se gane la guerra, si le queda qué hacer en la presidencia de la República».

Prieto me trajo las cuartillas de mi discurso. Entraron otras personas. Mientras releía el texto, muy bien tomado, Prieto contaba anécdotas de la vida política. Entre otras, le oí la siguiente: «Después de pronunciar en las Cortes el discurso apoyando la propuesta de destitución de Alcalá-Zamora, se me acercó el conde de Romanones y me dijo: "En estas Cortes no hay nadie más que usted capaz de hacer lo que ha hecho. Espero oírle a usted algún día el discurso que haga pidiendo la destitución de Azaña"». Prieto y los demás se reían mucho, como yo.

En otro rato que estuvimos solos, Prieto me contó alguno de sus altercados con Miaja. El más fuerte, que estuvo a punto de producir la destitución del general, se originó del empeño de Miaja de conservar para sí, a su disposición, a un prisionero alemán. Se trataba de un aviador, capturado con otros de su nacionalidad durante las operaciones sobre Brunete. Los prisioneros fueron entregados a los agentes del Gobierno, menos uno, a quien Miaja alojó muy cómodamente en un hotelito de las cercanías de Madrid. Lo guardaba para canjearlo por personas de su especial interés, presas o retenidas por el enemigo. La Cruz Roja concertó el canje de los aviadores, y cuando el representante de la institución fue a dar cuenta de ello a Prieto, le dijo: «Es probable que el señor ministro tropiece con alguna dificultad, porque el general Miaja rehúsa entregar al que tiene preso». Prieto montó en cólera. Habló por teléfono con el general, que, en efecto, contestaba con evasivas, escurría el bulto y se quejaba de que el Gobierno no procurase el canje de las personas que él quería. Prieto me repite la última conversación, de trazos bastante gruesos, que mantuvo con Miaja, conminándole a obedecer. «Aquel día —añade Prieto—, el jefe del Gobierno estaba en Valencia y estuve a punto de ir yo mismo a llevarle a usted el decreto relevando a Miaja y el nombramiento de Rojo para sucederle. Rojo ya estaba en camino, por orden mía». Pero Miaja cedió y no ocurrió nada.

Cenamos en el ministerio de Hacienda, invitados por el general Miaja. La mesa estaba puesta en uno de los sótanos, donde el general ha tenido mucho tiempo la oficina de mando. Muy complicados son estos subterráneos del ministerio, que desconocía. Fuera de los ministros, del gobernador y del alcalde, y de algunas personas de mi séquito, todos los demás, hasta cincuenta o sesenta, eran militares. A casi todos los conocía. Sobre otros me llamaron la atención. En el último puesto de la mesa principal, comía, con señales de buen apetito, un militar de ojos brillantes, poca nariz, el bigote negro y corrido hasta la barba, negra también. «Aquel es El Campesino», me dice Miaja, que esta vez se sienta a mi izquierda. «¡Ah! Nunca le había visto. Por los retratos no le habría reconocido». «Yo le digo, precisamente —añade Miaja—, que con esa barba parece un tenorino de ópera». «Más bien Amonasro, un poco descolorido».

«El que está junto al teniente coronel Riaño —me apunta Giral— es Cipriano Mera». Nada en su persona me había llamado la atención. Es hombre seco, la faz terrosa, rasurado, las cejas espesas y prominentes, en cuya sombra se cobijan los ojos, que deben de ser pequeños. Avellanado y taciturno, es él quien parece un campesino, y no el otro. Miaja me cuenta una vez más sus habilidades para domesticar a estos y otros caudillos de igual procedencia. Tuvo que empezar por enseñarles a saludar, a que le hablasen mirándole a la cara, a descubrirse cuando él está descubierto, etcétera. Entre las cualidades que han formado la popularidad de Miaja se cuenta cierta *bonhomie* y desfachatez que gustan mucho y hacen efecto. Una vez recibió a un comité de no sé cuál sindicato que le llevaba ciertas pretensiones inadmisibles. La conversación subió de tono y los del sindicato alzaron la voz. Entonces Miaja: «A mí no me ha chillado nadie más que mi mujer. Ahora no está aquí y no hay quien me chille… Con que…». Así los desarmaba. Miaja, en reprimendas paternales, le ha tirado algunas veces de la barba a El Campesino y no le ha sucedido nada.

Durante la cena le oí decir al gobernador que probablemente de allí a dos o tres días se acabaría el pan en Madrid. Al advertir mi contrariedad, el Presidente del Consejo explicó que se estaba formando una reserva de víveres para seis meses, a la cual no se tocaba aunque faltase algún día para el consumo. Todo ello en previsión de un cerco. Era preferible pasar necesidad a disminuir los depósitos, que aún estaban lejos de llenarse. Por eso hay un servicio de abastecimiento doble: el que atiende en lo posible al consumo inmediato y el destinado a los depósitos; etcétera, etcétera. (Pero esto no quita importancia a la falta de pan, por mucho trigo que tengan almacenado.

Quisiera yo haberlo visto. Y un día sin pan, los madrileños ¿qué comen?, ¿optimismo?).

Entre las reflexiones que le oí a Miaja se cuenta la siguiente: «¿Qué habría dicho Carlos III si hubiese podido saber que en este edificio que él construyó cenaría el Presidente de la República?». No me detuve a conjeturarlo. Prestaba atención al coloquio bastante animado de Giral y el gobernador. Giral se quejaba de que en la nueva Diputación provincial, el partido de Izquierda Republicana que él representa hubiese visto disminuidos sus puestos injustamente. El gobernador trataba de explicarlo, a su manera. Después la conversación recayó en las dificultades para el aprovisionamiento y sus causas. Entre los dos asuntos había un nexo político. Yo dejé caer una observación. El gobernador, queriendo ser cortés, me dijo: «No puedo permitirme discutir con el señor Presidente». «¡Ah, claro! —le respondí—. Si yo fuese el Gobierno, lo que acabo de decir no sería una opinión, sino un decreto y todo el mundo lo cumpliría, porque estamos hartos de saber que mucha gente abre la boca para gritar mientras no hay una autoridad que se la cierre». La conversación se extinguió.

El general Miaja se levantó para brindar. Habló cinco minutos y me dio las gracias por el «canto al ejército» que había hecho en el discurso del Ayuntamiento. Le contesté, en menos de diez minutos, y como estaba entre militares, recordé mis antiguos proyectos para dotar a España de un ejército nacional. «No diré que soñaba con el ejército, pero sí que soñaba con un ejército, el que podía hacernos falta. Las dificultades no eran de orden técnico ni económico, sino político. Yo no quería que se enseñase a nadie a convertir un despacho de oficial en patente de corso para secuestrar a los demás españoles su libertad. Por haberlo intentado he sido el político más villanamente insultado en nuestro país». El general Cardenal me decía luego: «Las palabras del señor Presidente me han hecho recordar tantas cosas…». ¡Motivos tiene! Cipriano Mera le confesó a Riaño que este discurso le parecía mejor que el de por la tarde, porque era *más sincero*. El criterio de la sinceridad es popular.

Acabada la cena, Miaja llamó a los jefes de cuerpo de ejército y me los presentó: «¿Y El Campesino?». «Manda una división».

Al día siguiente, por la mañana, camino de Guadalajara. Estoy en terreno propio. El Jarama, crecido, babea un agua rojiza, espumarajos y broza. Puente de Viveros: las frondosas moreras alfombran de hojas cobrizas la calzada. En la estación, una máquina, sola, suelta un chorrito de humo blanco, que el viento disipa. Puente de Torote. El moto de la legua, límite de los paseos con

mi abuelo. Un momento, la visual enfila el cauce del Henares, en un tramo recto, cuando sale entre filas de chopos de la curva perezosa de la Rinconada. Antes se ha desbaratado en el estruendo de las presas (la presa «del Colegio», la presa de la Pintora, la presa de los Garcías…) y canta, en la luz de estos soles de plata, la canción inmemorial de los molinos. La torre de San Justo amarillea sobre el caserío de Alcalá. Allí estuvo el quemadero de caballos, la «gran industria» de Paco el Loco; aquella es la huerta del tío Cayo, y la Fuente del Juncar, con el frontón romano que recuerda una victoria del César… La Casilla del Manco, la huerta del Chato. Y el paredón del Milagro, bruñido por veinte siglos. El circo de agrias barrancadas del Zulema limita el paisaje. Las líneas desgraciadas de una fábrica nueva lo adulteran. Todo ello se va, desaparece para siempre jamás, con la sensibilidad de los hombres que lo han descubierto en sus contemplaciones. Desaparece, aunque los volúmenes, las líneas, la luz permanezcan. Desaparece como si nunca hubiese nacido, como el ser que muere antes de arribar a la conciencia. Porque no ha logrado la expresión pura, perenne (debiera ser musical), desprendida de los accidentes personales e históricos. Se restaura un templo, un palacio, pero no un punto de la sensibilidad depurada, fugaz e inasible por su propia delicadeza. Vendrá quien ame y contemple otras cosas, en manera distinta. Pero aquellas, desde el mundo de los sentimientos vuelven a la nada. ¡Guerra y revolución en Alcalá! Increíble. El mundo se desquicia. Ya sé: el artista padece más que nadie. ¡Fuego de Dios en el querer bien! Elegía del Campo Laudable.

Entramos en Alcalá. Las puertas de San Justo, de par en par, dejan ver, vacío, el sitio que ocupaba el sepulcro de Cisneros. Era una obra muy buena. La aviación de los rebeldes la ha destruido y gran parte de la iglesia. Por la Calle Mayor, llegamos a la plaza, atestada de tropas. El pueblecito me parece más triste, más pobre, abandonado como nunca lo estuvo. En la plaza un jefe, con muy elegante uniforme, se me acerca, se cuadra, y derramándosele por la barba una sonrisa meliflua: «Forman siete mil quinientos», dice. Era El Campesino. La mitad de su división ocupa la plaza, en dos masas. Los balcones, cargados de gente. Mucha más en la calle. Revista. El aspecto de la tropa es muy bueno, cien veces mejor que el de las revistadas en Vicálvaro. Se lo hago notar al general Miaja. «Es la mejor división del ejército», dice muy satisfecho El Campesino, que me ha oído. En el otro extremo de la plaza me detengo unos segundos, para darme cuenta del destrozo de Santa María. Los bombardeos han convertido en solar la antigua capilla «del oidor», que estaba en un ángulo de la iglesia, un poco fuera de su planta general. La

iglesia misma parece muy estropeada. Veo muros almenados. Creo que no tiene techumbre. Pero la insignificante y fea torre está intacta. Santa María es una iglesia muy buena, pero sin acabar. Debió de faltar el dinero para una obra tan importante, y la cerraron de cualquier manera. El cerramiento y la torre, pobrísimos, descendían de la gran traza de la iglesia. Allí guardaban la partida de bautismo de Cervantes. Los fundadores de la iglesia —un matrimonio cuyo nombre no recuerdo— tenían un túmulo, con dos estatuas yacentes. Hace muchos años, no sé qué párroco, con motivo de unas obras, levantó los dos bultos y los colocó adosados a un muro, en posición erecta, de modo que los almohadones en que reposaban las cabezas vinieron a parecer maletas que gravitaban sobre los hombros. Así los he conocido yo siempre. Recuerdo que mi abuelo, en vejez, cuando se arrellanaba en un sillón para dormir la siesta y se hacía colocar una almohada detrás de la cabeza, le decía al sirviente: «Ponme como los fundadores de Santa María». Quiere decirse que todo el mundo se reía de aquel disparate. Tengo la noción muy imprecisa de que al fin se remedió, en una restauración de la iglesia.

Después de la revista, desfile, que presenciamos desde un balcón de la calle de Libreros. Entre el gentío, descubro algunas caras conocidas, ya bajo la máscara de la vejez, que me sonríen y a las que me es imposible darles un nombre. En un balcón frontero se agolpa una familia. Al fondo por encima de las cabezas de la gente menuda, una señora grave no me quita ojo. Creerá que está viendo al *monstruo*, a quien seguramente conoció de pequeño. Rápida visita al Ayuntamiento. El público se arremolina, vocifera, nos corta el paso. Mujeres del pueblo se suben al estribo del coche, golpean en los cristales. Y una, muy dramática, llorosa, se desgañita: «Le he llevado en brazos… Sí… En la calle de la Imagen… Le he llevado en brazos…». ¡Pobre! Mucho tiempo ha pasado. Ya no podría conmigo, cuando recaiga en la segunda infancia.

Seguimos a Guadalajara. En la entrada, revista de un batallón de carabineros, muy maltratado, que se reconstituye y descansa. También este pueblo ha padecido mucho. Ruina del Palacio del Infantado. Camino de Torija, por aquella frondosa cañada. Valdenoches… ¡Buena gente había aquí, en otros tiempos! En Torija, casas derruidas. Permanece el torreón amarillento, cadavérico, con aquel boquete que mira a la llanura. Más tropas. Aspecto malo. Muchos soldados con alpargatas. Dejamos los coches en los alrededores de Trijueque y fuimos a un observatorio, al borde de la meseta, desde donde se descubría un vasto panorama. Las cuestas que bajan al valle del Henares, y todos aquellos campos en lo hondo, parecían sin relieve,

alisados, bruñidos por la distancia. Todo desierto. Humanes, Hita… Unos cerros pelados, en los que el sol juega con la lluvia. Al fondo, entre brumas, se encumbra el Ocejón, que señorea toda esta comarca. En las posiciones, calma. Únicamente algunos cañonazos a nuestra derecha, que baten los trabajos de fortificación. Negrín, para ser optimista en todo, me habló de la fertilidad de aquel terreno. «¡Hombre, no! De eso entiendo algo más que usted. ¿Qué se va a criar aquí?», le respondí, removiendo con el pie los menudos pedazos de caliza que cubrían el suelo. «¡Alacranes! Arar esta tierra no da ni para rejas, como dicen los labradores. Vea usted el rastrojo que hay, aunque el año no ha sido malo». Esta provincia de Guadalajara, por más que en muchas partes es llana, boscosa y soleada, se me representa siempre como la más fosca, tétrica e inquietante de toda España… En fin, no quiero ahora tirar de este hilo.

Empezó a llover. Desde el observatorio, recobrados los coches, fuimos a Brihuega. Pasamos por la Cabañuela, donde he cazado muchas veces. Aquí se ha batallado de firme. Se echa de ver. Reconozco otros montes, o el lugar donde estuvieron los que en el curso de los años han descuajado bárbaramente. Brihuega es un montón de ruinas. El antiguo castillo, donde estaba el cementerio, y el gran bulto de lo que fue fábrica de paños (cerrada desde principios del siglo pasado) se mantienen de pie. Todavía en mi juventud, en las familias labradoras del país, pasaban de padres a hijos prendas cortadas en paño de aquella fábrica; «un paño como ya no se hace», decían ponderando su calidad. Lo más notado por el orgullo local de Brihuega —aparte de tales reliquias— era la «fuente de los doce caños». Lo más pintoresco, mi amigo el boticario, que solía estar presente, un poco alcoholizado, en las cacerías de la Cabañuela. ¿Quién había oído hablar de Brihuega en el mundo? En el recuesto donde está, emboscada entre encinares, sobre una vega angosta y jugosa de que ha vivido siglo tras siglo, emparedada en sus yesones, sin otro azote que el viento del Ocejón, brava, embarrancada y sola, Brihuega, en este rincón de España, parecía tan fuera del alcance de los zarpazos de la historia… Cuando, antes de la gran guerra, andábamos por estos términos, ¡quién hubiese creído que vendría a batallar en ellos un ejército extranjero! Gratuita confianza formada en la era de paz, así como sintiéndose vivir en plena salud la enfermedad y la muerte parecen amenazar solamente a los otros. Sin embargo, lindante con la Cabañuela, está el campo de batalla de Villaviciosa, donde españoles y extranjeros se rompieron la crisma por si reinaba o no reinaba el bisnieto de Luis XIV. Como si de ello hubiera dependido la felicidad de estos pueblos. Y más tarde, los efectivos de

las columnas napoleónicas, acribilladas a navajazos, se deshacían por los mismos lugares. Están, por lo visto, en una ruta necesaria. Fatalidad de la geografía.

18 de noviembre. (Prosigue la excursión a Madrid)

Al empezar la tarde volvimos a Madrid, pero no entramos en la capital. Nos quedamos a comer en una casita de la carretera de Vicálvaro, donde reside el general Miaja, cerca de su puesto de mando, establecido en la alameda de Osuna. La casita se llama *El mío rinconcín*. «Será de algún asturiano», le dijo a Giral. Miaja nos hace los honores de la casa, requisada para el ejército. «La he cambiado el nombre, precisamente —me dice el general—, ahora se llama *El mío rinconcín*…, se llama *El mío rinconcín*, sí, señor, precisamente». Miaja es asturiano.

Cuando nos sentábamos a la mesa, el general preguntó, con mucha seriedad: «¿Quién ha quitado el bando?». Los oficiales presentes no supieron dar razón. «Habrá sido cosa del capitán… X». «¡Que venga!». Compareció el capitán, con uniforme de aviación. «¿Ha mandado usted quitar el bando?». «Yo no, mi general. No sé nada». «Haga usted que lo busquen». «Es un bando —me dice— que estaba puesto en el portal, precisamente para mantener el orden. A lo mejor lo han quitado porque no les parece bien que lo vea el señor Presidente». «¿Que no lo vea yo? ¿Y por qué?». Volvió el capitán con una hoja grande, que el general me entregó. Tenía el membrete y el sello del puesto de mando, y la firma de Miaja. El bando consta de dos artículos: por el primero se prohíbe iniciar y mantener conversaciones obscenas durante las comidas; por el segundo se castiga a los infractores con multa de cinco pesetas, destinadas «a un fondo para fines benéficos (*champagne*)». «Con esta gente joven no se puede», dice el general, «en una comida recaudé ciento veinticinco pesetas». «¿Usted no ha pagado ninguna multa, general?». «Yo, no, señor Presidente». «Veo que conservan ustedes el buen humor. Me alegro».

La copiosa comida, reto a la voracidad de los estómagos, fue honrada cuanto podía soñarlo el anfitrión. Había allí gente de muy buen saque, pero a todos dejó atrás, y con mucho, el Presidente del Gobierno. ¡Qué robusto apetito! Para empezar, se tomó dos platos de sopa, muy colmados. Nunca había visto yo cosa igual. Junto a Negrín, don Lope de Sosa es un inapetente. Se habló de asuntos triviales, ajenos a la guerra y a la política. Observé que Miaja insistía mucho cerca de Prieto sobre una petición, ya antigua. Al final,

Prieto firmó un papel y entregándoselo al general: «Vaya, tome usted, Miaja. Me ha sacado usted otro coche a punta de capote».

Poco después se deshizo la compañía. Prieto se fue a Barajas, para volver a Valencia en avión, aprovechando la hora de luz que quedaba. Se había pensado volver por Cuenca y visitar aquel frente, pero ya no había tiempo. Negrín quería estar en Barcelona a la mañana siguiente, ya que no podía ser aquella misma noche. Por Alcalá, tomamos la carretera de Pastrana, y luego, por Tielmes, la general hasta Valencia. Llevaba en mi coche al Presidente del Consejo, a Giral y a Rojo. Se habló poco durante el viaje. A propósito de las operaciones que se prevén, el general Rojo dijo: «Hoy debíamos estar atacando Sevilla». En el calendario de la ofensiva sobre Andalucía, propuesta por Rojo al Gobierno para adelantarse a la del enemigo, se marcaba la fecha del 14 para esa acción. «Les vi a ustedes —añadió el general— en tal unanimidad para rechazar la propuesta, que no insistí». ¿Decía eso el general Rojo para que yo me enterase, suponiendo que podría no estarlo? No lo creo. Pero aunque es muy parco en palabras y juicios, prosiguió: «En la ofensiva que preparan los rebeldes, nos lo jugamos todo. Si rompen el frente y no podemos contenerlos, la guerra está perdida. Si acertamos a contenerlos, ganaremos tiempo para seguir organizando el ejército. Con mi plan, también nos lo jugábamos todo, pero si salía bien, la guerra estaba ganada».

A las once de la noche llegamos a La Pobleta, donde mis acompañantes se despidieron. Apenas entré, me dieron una carta de Prieto acompañando a un proyecto de alocución al Ejército del Centro. En Madrid me había hablado el general Rojo de la conveniencia de dirigir una proclama a las tropas, con motivo de mi visita. Me pareció bien, y como yo no tenía tiempo ni humor para escribir nada, le conferí el encargo a Prieto. «Si no le fastidio a usted demasiado —le dije—, escríbala y yo la firmaré». Prieto aceptó, creo que con satisfacción, como yo deseaba. En la carta me decía que, como yo regresaba tarde, había transmitido por telégrafo la alocución a Madrid, para publicarla al día siguiente, si el texto nos parecía bien. Aun violentando lo que se llama mi «exquisitez literaria», había dado al documento un tono algo ampuloso y cursi, pero estábamos a tiempo de modificarlo. Le llamé por teléfono. «Está muy bien la proclama —le dije—, excepto una palabra, *hogareño*, que yo no empleo nunca. Es de zarzuela grande». Prieto se reía a carcajadas. «Podemos telegrafiar a Miaja para que la tache». «Hombre, no. ¡Qué disparate! ¡No vale la pena!». Algunas personas se han olido que la alocución no es mía.

21 de noviembre

He recibido algunos documentos de interés. La memoria del teniente coronel Buzón sobre lo ocurrido en el norte, desde que él llegó a Bilbao hasta la caída de Gijón; las copias del auto de procesamiento de los generales Asensio, Cabrera y Martínez Monje, y del escrito de exculpación que ha presentado Asensio. El informe de Buzón, en su cruda desnudez, corrobora y amplía todo lo peor que aquí nos habíamos imaginado; mejor que extractarlo, prefiero dejarlo unido a estos apuntes[14]. Del auto de procesamiento se saca la relación de lo ocurrido en los últimos días de la *resistencia* de Málaga. Asensio se sacude toda responsabilidad, porque, como subsecretario, no hizo más que cumplir las órdenes del ministro. También Sicardo me ha enviado unos papeles, pero tienen menos interés, y no son todos los que me ofreció.

Me comunican los recortes de algunos periódicos que aluden emboscadamente a mi discurso de Madrid. La prensa lo recibió muy bien. Quien mejor lo entendió fue *El Socialista*. Como siempre, no faltaron algunos para hacer creer que cuanto yo había dicho se amoldaba a la tesis de su partido, o las reforzaba. Quien no leyese más que el artículo de *El Sol*, creería que yo me había dedicado a recomendar la «unidad» del proletariado, que es la *marotte* de los comunistas. ¡Qué voy a hacerle! Es indudable que a todos les sonaba a algo que no están habituados a oír, y es menester que se habitúen prontamente. Pasados unos días, ciertos periódicos tiran indirectas, ya que no pueden combatirlo claramente. Por ejemplo, *La Soli*, de Barcelona, publica con letras gordas este letrero: «Nosotros queremos ganar la guerra y la revolución» (para que yo me entere). Un diario de Valencia habla, para condenarlos, de los rumores de armisticio o de componendas, que toman cuerpo a favor de tales o cuales circunstancias «y de algún discurso». Y no falta quien (creo que *Nosotros*, de la FAI) ponga en guardia al proletariado contra quienes jesuíticamente quisieran hacernos volver a la situación anterior al 19 de julio. Araquistáin le dijo a Amós Salvador que seguramente había compuesto yo mi discurso después de hablar con Azcárate para algún efecto en el exterior. Como Amós le hizo saber que yo no había visto a Azcárate, Araquistáin replicó: «Entonces, el Presidente está en desacuerdo con el Gobierno».

24 de noviembre

El Gobierno se ha trasladado en pleno a Barcelona, no obstante haberme dicho que se quedaría aquí algún ministro, probablemente Giral. El último en marcharse ha sido Prieto. Ahora todos tienen prisa porque yo me traslade también. Pero no han acabado de arreglarme un alojamiento. La residencia oficial estará en Pedralbes, pero aquello está inhabitable y es menester otra. Por fin ya no será en Valencia la recepción del nuevo embajador francés, que ha llegado a Barcelona, sino en Pedralbes. El jefe del Gobierno se ha lanzado a hacer unas declaraciones, desmintiendo los rumores de armisticio, que estimo impolíticas, por excesivas, con todo y ser verdad que no hay propósitos de esa índole. Es impolítico hablar más de lo necesario, contestar a lo que nadie pregunta, y aun cuando lo pregunten, ir más allá de una negativa en cuanto al hecho. Me parece muy mal cerrarse todos los caminos, a la ligera. ¿O qué pretenden? ¿Decir «¡ahí queda eso!» si un día la realidad quebrantase sus robustas esperanzas? Como únicamente puedo comunicarme con Negrín por teléfono, no le he hablado de esto todavía.

28 de noviembre

El Gobierno ha dejado pasar dos semanas largas antes de contestar a la nota de Londres que comunicaba los acuerdos del Comité de No-Intervención. Por dos motivos: algunos ministros, y principalmente Prieto, temen que una vez dada la respuesta, se apresure el cierre de la frontera francesa, por donde nos llega ahora todo el material; y porque faltaban unos documentos complementarios. Han dedicado al asunto tres o cuatro Consejos. Encargaron a Giral un proyecto de respuesta. El mismo Giral me comunicó por teléfono que su proyecto no había sido aceptado y que Prieto tenía el encargo de hacer otro. Ayer en la mañana Prieto me transmitió por telégrafo el texto que pensaba llevar al Consejo. Me pareció bien, haciéndole una indicación respecto de la nacionalidad de los marroquíes, que Prieto aceptó. El Consejo de ministros lo aprobó por la tarde y Prieto me telegrafió de nuevo la parte reformada, que no tiene la rotundidad y la precisión que yo hubiese preferido. Que los marroquíes son extranjeros en España no se puede discutir en serio. Claro que de nada servirá insistir sobre eso; mas, por qué no hacerlo constar, siquiera para que no se olvide una de las cosas más graves que han dejado hacer.

La respuesta se la lleva a Londres Azcárate, que estos días ha estado en Barcelona, y también ha hecho declaraciones sobre «el armisticio». Azcárate

dice que «no se podrá contar con él para eso». Yo creía que el papel de los embajadores era otro.

29 de noviembre

Esta mañana, Albornoz telefoneó a la secretaría, pidiendo día y hora para visitarme. Como ya habían terminado las audiencias y no era tarde, le hice contestar que podía venir en el acto, si lo deseaba. En efecto, fue a la división. Gran sorpresa, no por la visita misma, sino por lo que el visitante me ha dicho. Albornoz se ha pasado muchos meses escribiendo artículos en pro de la revolución, de sus conquistas, y sobre la España futura, organizada sobre esas bases. Se mofaba de los republicanos que todavía hablan de la República democrática y parlamentaria como bandera de esta guerra. Ha puesto en las nubes la importancia política del movimiento anarquista, de raíz muy española, etcétera. Pues bien: Albornoz me ha dicho que estima necesario hacer una política vigorosamente republicana. Siempre ha creído que en España debía producirse, y convenía que se produjera, una revolución. Pero la que se ha intentado con motivo del alzamiento militar ha fracasado. Ninguno de los grupos y partidos revolucionarios han sabido darle carácter nacional. Discuten tesis y propagan consignas exóticas. «El primer objetivo de una revolución —le digo— es apoderarse del Gobierno. Aquí, por diversos motivos, no han sabido, no han podido o no han querido hacerlo. Por su parte, los Gobiernos no han aceptado ni prohijado la revolución. Todo ha quedado en desbarajuste, indisciplina, despilfarro de energías. Los Gobiernos lo han soportado mientras no podían revolverse contra ellos». Albornoz asiente. Tampoco cree que pueda formarse un buen ejército. Se funda en sus observaciones personales. «Cuando veo —dice— que fulano y zutano son jefes y mandan unidades, no me parece posible que haya ejército». Está muy preocupado. A su juicio, no puede ya hablarse de ganar la revolución, ni siquiera de ganar la guerra: «Hay que ganar la paz», exclama. Esta misma expresión la he empleado yo con ciertas personas, hablando de estos asuntos. ¿Se le ha ocurrido a Albornoz, delante de una situación que entra por los ojos, o se la ha sugerido alguna de aquellas personas a quien Albornoz ha visto recientemente? Para el caso es lo mismo. Hace algunas semanas, ciertos espíritus maquiavélicos querían valerse de Albornoz (tengo referencias directas de ello), sugiriéndole la idea de acaudillar un nuevo partido proletario-sindical. Y un periódico de la CNT escribía la semana pasada que hacen falta muchos republicanos como Albornoz. Su posición actual no

parece muy acorde con todo eso. Me ha hablado en relación con sus preocupaciones del momento, de un plan de seis artículos, que publicaría bajo el título general de «Entre la paz y la guerra» (si la censura no lo tacha), en los que, después de examinar todas las soluciones posibles de este conflicto, llega al resultado de que la República es la única fórmula nacional. No me parece que esté entusiasmado con el actual Gobierno. Juzga inoportunas y excesivas las declaraciones de Negrín sobre el armisticio. Pero cuando yo le hablo con elogio de Prieto y de la abnegada aplicación con que trabaja, no obstante su escepticismo radical, Albornoz asiente. Cuanto me ha dicho es un síntoma muy importante del cambio que está operándose en mucha gente, cambio previsible, pero un poco tardío, y adquirido en virtud de experiencias demasiado costosas.

2 de diciembre

El ministerio de Estado me envía el discurso de presentación que el nuevo embajador de Francia ha entregado, para leerlo en la ceremonia de su recepción, y el proyecto de respuesta elaborado por la sección de protocolo. El discurso del embajador no es como para alborozarse, sobre todo por lo que se calla. Parece pensado con un espíritu de mediación. El proyecto de respuesta no sirve para nada. He redactado yo otro, enteramente nuevo, que acaso no se amolde del todo a los usos protocolarios, pero no quiero desperdiciar la ocasión y hacer algunas declaraciones e insinuaciones que contribuyan no solamente a afirmar mi opinión personal, sino a esclarecer y orientar en lo posible la de otras personas. He enviado el discurso a Barcelona para que el ministro de Estado y el Presidente del Consejo lo examinen, y decidan si les parece bien o mal, porque, como es debido, lo que yo diga, ha de estar aprobado por el Gobierno.

5 de diciembre

He hablado esta tarde con el jefe del Gobierno. El ministro de Estado, enfermo, no podrá asistir a la recepción del embajador. Le sustituirá el Presidente. Nos iremos a Barcelona dentro de dos o tres días y probablemente nos quedaremos ya allí, suponiendo que mi residencia esté disponible. Cambio de decoración, creo que para el último acto. ¿Estará *escrito* que esta tragedia se desenlace en Barcelona?

PEDRALBES: 1938

22 de abril

1.º Decretos. El Decreto Ley. No me da cuenta de su contenido. Enmiendas que hago a la redacción, impropia. Averiguo su importancia porque, después de haberse marchado, su sucesor me envía recado con Bolívar sobre la urgencia del decreto sobre la plata. Reclamo el decreto para nuevo examen y averiguar si el Gobierno conoce su alcance.

Un nombramiento ridículo para el Consejo de Estado provoca observaciones mías sobre la categoría de las personas. ¿Dónde las buscan? Evasivas. Que el Consejo no sirve para nada.

Los cuarenta y cinco condenados. Mi protesta contra una atrocidad. Razones jurídicas, humanitarias y políticas. Carezco de iniciativa en la materia, consigno mi oposición y protesta, como lo haré ante el Gobierno. El delito no puede computar cuarenta y cinco jefes.

Replica que su resolución es inquebrantable. Ahorrará vidas. Amedrenta a los que conspiran para asaltarnos. Evita *paseos*. Irritación mía. Crueldad por crueldad, allá se van. Le recuerdo mi oposición en otros casos personales muy señalados. En esos, opina como yo. Recuerda, en apoyo de su criterio actual, que se opuso al indulto de Sanjurjo, aunque le era simpático por su carácter de *bon vivant* y de juerguista. Afirmo que no estoy arrepentido de haberlo indultado. La simpatía no juega aquí, en pro ni en contra. No me era simpático. Los juerguistas, buenos para el cabaret, no en las funciones de gobierno. Declara que le gusta disfrutar de la vida. «No me corresponde —le digo— predicar la templanza». Como ejemplo de rigor, cita el caso de Casement. Analizo las diferencias. Han sido juzgados los regimientos y solo han condenado a muerte a los primeros jefes. Ante mi acalorada insistencia, observa que no conoce el caso; cuando llegue lo estudiará. Si es espionaje, votará por que se cumpla la sentencia.

Caso del reo martirizado. Averiguación judicial suspendida por amenazas al juez.

Le hablo de lo que me dijo ayer el de *la calor*. Insinuaciones del letón. El ministro no le ha dicho nada. Que se informe, pero sin darse por enterado de que lo sabe por noticia mía. No quiero más choques con el piafante. En eso, yo he sido el único en ser elegante.

Cuadro del exterior que le hago: Acuerdos de Roma, propósitos del Gobierno francés, discurso de Lebrun, que nuestros periódicos destacan: vale para Salamanca; recuerda al de Labonne; Polonia; Checoslovaquia; cómo se ha recibido la propuesta a Ginebra, etcétera. «¿Espera usted todavía, algo bueno del exterior? Porque esa era una de las razones de la resistencia».

Responde: «Muy poco».

—O sea: nada —le digo.

—Aún no nos han cerrado la frontera —replica.

—¿Sigue usted creyendo en el triunfo?

—Sí, señor Presidente. Creo que aún…

—Yo no. (Desde cuando: septiembre del 36. Razón: la no-intervención y el modo de aplicarla. A quién se lo dije entonces. Lo que aconsejé. Le recuerdo nuestras conversaciones en La Pobleta el otoño pasado).

—No nos han ayudado quienes podían.

—¿Se ha intentado siquiera?

Entonces me enumera lo que en sus conversaciones con franceses e ingleses ha dicho sobre los fines de guerra de la República y su política. Si se hubiera solicitado directamente, habría sido la derrota, y una puñalada por la espalda.

Le hago el cuadro de lo militar: «Si hace un año le hubieran preguntado a usted su opinión sobre un panorama como el actual (Norte, Teruel, Alcañiz, Lérida, Tortosa, Vinaroz…), habría usted dicho: “Todo estaría perdido”. Ahora, realizado, se obstina en creer que no. Si hoy le pregunto su opinión sobre el panorama de perder Madrid, o Valencia, o Tarragona, no dejaría usted de confesar que ya no habría esperanza. Cuando suceda, dirá que la hay».

Pretende explicarme lo de Aragón por la traición y el espionaje. Se recuperan tropas, pero no mandos. Los pueblos, evacuados sin combate, ocupados 24 o 48 horas después por el enemigo, que se entera de la evacuación por nuestro parte oficial radiado.

—Así está peor —le digo.

—Es una fe indispensable en la victoria —replica.

—No basta.

Y como amplío mis razones y observaciones, exclama, casi en un grito:

—No me la quite usted. No me muestre esa verdad.

—Es mi obligación primera. Ponerle ante la verdad y ante su responsabilidad, gigantescas. Le pedirán cuentas los vivos, en nombre de los que mueren sin necesidad.

—Yo creo que podemos ganar. Además, no se puede hacer otra cosa.

—¡Alto! Pongamos las cosas claras. Soy de tierra de claridad. Usted gobierna porque representa una política basada en el supuesto de que se puede ganar la guerra. Personalmente, no lo admito; me opongo a él. Se lo he dicho a usted cien veces, y al Consejo de ministros, y a los representantes de los partidos. Usted es Presidente del Consejo porque los partidos y organizaciones del Frente Popular aceptan el supuesto, primero, de su política, o no lo contradicen. Por lo menos, así resulta de sus conversaciones, como la del 4 de abril, y de sus declaraciones públicas. Pero no es usted Presidente porque no haya otra política posible. Esa es opinión personalísima de usted. Otros, y yo, creemos lo contrario. No se puede estar en el Gobierno por la afirmativa y la negativa, por lo que se es y por lo que no se es. Sería una especie de totalitarismo inadmisible. No puedo encargar de formar Gobierno a otro, que represente una política distinta, porque el Frente Popular, que le secunda a usted, no le apoyaría. Pero otra política no solo es posible, sino urgente. Si una iluminación súbita le hiciese a usted abandonar aquel supuesto, base de su política, y razón primera, según usted, para gobernar, la razón segunda (o sea, que no hay otra política posible), ya no le valdría para sostenerse en el Gobierno. Claro que yo tendría derecho a exigirle a usted que la hiciera, obligándole a liquidar la situación en que se ha metido (*Negrín asiente con la cabeza*), pero quizá le encargase a otro. Algún día tendrá usted que pedir la paz. No aguardará a que los últimos defensores de la República pasen la frontera a bayonetazos. Los que en proclamas y arengas se desposan con la muerte, se divorcian antes de consumar el matrimonio (caso del norte), y se van. Quedan millares entregados a la venganza. No todos perecerán. Lo que digan los supervivientes le horrorizará a usted, si está en condiciones de oírlo. Cuanto antes lo haga, para evitar ese suceso, mejor. No aconsejo la rendición, pura y simple; la resistencia ha de valer para aprovecharla preparando la solución urgente.

Me contesta que todos están conformes con su política.

—Ahí está el grave equívoco —le respondo—. Usted mantiene una política sobre el supuesto de que vamos a ganar la guerra. No puedo

cambiarla porque los partidos le secundan. Por eso es usted Presidente del Consejo. Pero los partidos le secundan, porque, sin estar enterados de la situación militar (según tuvieron el valor de decirme en la reunión del 4 de abril), se fían de lo que le oyen a usted, porque lo dice el Presidente del Consejo. ¿Ve usted el círculo vicioso? ¿Cómo romperlo? He hablado claramente ante el Consejo y en aquella reunión. No sirve de nada. ¿Me llevarán ustedes ante un tribunal, por derrotista? Desde el 18 de julio del 36, soy un valor político amortizado. Desde noviembre del 36, un Presidente desposeído. Cuando usted formó Gobierno, creí respirar, y que mis opiniones serían oídas, por lo menos. No es así. Tengo que aguantarme. Soy el único a quien se puede violentar impunemente en sus sentimientos, poniéndome siempre ante el hecho consumado. Me aguanto por el sacrificio de los combatientes de verdad, lo único respetable. Lo demás, vale poco. ¿Hasta cuándo he de aguantar? ¿Hasta qué? Usted mismo, Juan Negrín, no cree en lo que dice. Necesita usted tonificarse con esa ilusión. Pero le sobre a usted inteligencia para no conocer que es ilusión.

Lo niega, con más decisión que antes. Afirma que no es un héroe, ni le gusta ese papel. Tiene miedo de las balas y otros peligros. Quisiera que le costase menos peligro sobreponerse. Después, vaguedades: la época en que nos ha tocado nacer, etcétera…

Contesto: «Hay que sobreponerse al miedo para reconocer la verdad y decirla. El drama es terrible, y muy doloroso aceptar sus términos. Pero se ha de pensar en los demás, en los que no tienen aviones, y en el estrago inútil, etcétera».

2 de mayo

El sábado me trajo, entre otros, el decreto sobre los Tribunales. Masculló unas explicaciones. Que lo habían hecho en el Tribunal Supremo. Como el ministro es incompetente, y las explicaciones mostraban que tampoco estaba enterado, me lo guardé, para estudiarlo. Leído, me pareció mal. Cité al presidente del Tribunal Supremo para hoy, para conocer su opinión y exponerle mis dudas. Larga conversación. Le repito mis objeciones. Que he protestado, sin fruto, ante el Presidente del Consejo. Hemos sostenido que los abusos y violencias eran contra la voluntad del Gobierno. Pero no puede pasarse porque se organice la arbitrariedad. La falta de garantías. La incompetencia de los miembros iletrados. La crueldad impolítica, innecesaria y repulsiva de los fallos. No deshonrarse. Está conforme, en general. Lo peor,

la designación de *delegados*. El juez profesional, cohibido. Denuncias sin firma del SIM[15]. Unos mozalbetes condenados a muerte por cantar un himno. El delator no sabía cuál era. Malos tratos: uno sordo, otro ciego. Todo se disminuiría si el Gobierno se comprometiera a pasar al Tribunal Supremo para informe las sentencias de muerte. Le expongo mi criterio personal, opuestísimo, y la inutilidad de mis protestas. Relato que ante el Presidente del Consejo he recordado mi oposición en el caso de S. A. y P. de R. Fue una barbaridad. (Como él tomó sobre sí la responsabilidad del Consejo en lo de S. A., se inmuta un poco y recuerda nuestra conversación y las razones que dio). Le encomiendo que, por la autoridad de su cargo, haga presión sobre el Presidente del Consejo para que comprenda mejor el asunto y acepte otro sistema.

Su conversación con Uribarri, en presencia del fiscal, de la que me habían llegado versiones exageradas. Uribarri tacha de desafecto a Rojo, y de ineptos o peligrosos a Prieto y Negrín. Que tienen oro… Hipótesis del presidente del Tribunal Supremo: Una exploración por si les arrancaba palabras imprudentes, o una mentecatez. Uribarri alega su ignorancia sobre lo de Sitges. Según don Mariano, han perecido los que por sus declaraciones han descubierto más del complot.

3 de mayo

Viene porque le he llamado. Le devuelvo el mamotreto del Estado Mayor que me entregó el sábado. (Quiso llevárselo, después de enseñármelo, para hacerme un extracto. Me negué. He sacado copias. Ya tenía una, además, obtenida de Rojo por R). Le hablo del decreto de Tribunales. Mi oposición. Amplitud del diálogo. Que en el Gobierno no hay juristas: No puede comprender un fisiólogo el punto de vista de los letrados. Reitero mis argumentos políticos, jurídicos, morales. Caso que cito. ¡Quisiera saber quién lo cuenta! Me lo ha dicho el presidente del Tribunal Supremo. Derechos de defensa del acusado. No acepta. Desvaríos: que admira el heroísmo de los que se juegan la vida. Los tribunales son una máquina de guerra, como un mortero o ametralladora.

—¡Es usted anarquista!

—Yo creía lo contrario.

—No me refiero a una doctrina que usted crea profesar. Usted es otra mente anárquica. Usted no cree en el valor moral de la legalidad que

representa. La *admiración* por el héroe es anarquismo. No tienen ustedes formación ninguna, fuera de su especialidad profesional.

Es imposible entenderse. Renuevo mis protestas y exhortaciones. Le propongo un artículo adicional para que todas las causas de pena capital vayan al Supremo. Rechazado. Se queja de las lentitudes inventadas por los abogados. Alusión al proceso de Golfín y su retraso. «Mi padre, que, como toda mi familia, es más bien de derechas, preso en Canarias. Amenazas de fusilarlo, si fusilo a Golfín. ¡Qué voy a hacer! Se cumplirá la sentencia, y si le ocurre algo a mi padre, lo lamentaré».

—Estoy sometido a la opresión de firmar todos los disparates que ustedes me traen, so pena de promover un conflicto desastroso. (Ya el sábado discutimos a propósito del decreto sobre la Tabacalera: «Es nulo», le dije. No entendió. «¡Hemos hecho ya tantas cosas!». «¡Porque nadie ha reclamado, pero ya verá usted si pueden reclamar!». Es echar agua en una cesta).

Sobre el informe del Estado Mayor: Que debe dar conocimiento al Gobierno, para que los ministros formen opinión, y a través de ellos, o en otra forma, los partidos. Ofrece que lo estudiará, pero hay cosas que los ministros no deben conocer. Nueva disertación mía sobre la responsabilidad colectiva del Gobierno y sobre los supuestos en que descansa su posición. Necesidad de confirmarlos expresamente o remudarlos. Larga discusión: «Que sería una crisis latente». No tal: es situación de hecho. Y si entiende que es crisis latente, a él le corresponde despejarla, asegurándose de la conformidad de todos. La gobernación de la República no puede consistir en un diálogo de los dos Presidentes. Alega el voto de confianza de la Diputación permanente. Le explico su valor ninguno. La Diputación no suple para eso al Parlamento pleno. Reunión amañada. Insisto en que debe funcionar. Si tuviera potestad para ello, lo convocaría yo solo.

Sobre los trece puntos: Ridículos elogios de la prensa pagada. Preferibles los actos. ¿Por qué no deshacer colectivizaciones? Argumenta con la electricidad. No basta. Lo religioso. ¿Por qué no ha contestado a Vidal?: Espera la visita de su hermano.

También habla de su miedo. Y de que llora mucho. Y de los ataques de angina de pecho. Y que no le importa su reputación.

Que no es político, sino hombre de Estado, aunque modestísimo.

Le recuerdo lo de la suspensión de hostilidades. Oportunidad de gestionarla, con motivo de los acuerdos de Londres y cierre de la frontera.

Ha durado una hora y tres cuartos.

He recibido también a Cudenet. Encargos para París sobre la suspensión.

4 de mayo

El que piafa. Despedida. ¿Se ha quedado usted con copia de la nota enviada a Londres? Reconoce que ya está convencido de mi razón de que Francia no nos ayudará nada, ni puede esperarse nada. ¡Ahora! ¡Se lo habrá dicho Cudenet! Le hablo de la suspensión, sus ventajas y oportunidad. Que el Presidente la aceptaría, con una protesta formularia. Le encargo que estudie el asunto y tantee. También lo del Vaticano.

Waldo Frank. Larga conversación. Mis puntos de vista sobre un llamamiento de Roosevelt y Repúblicas americanas para la *pacificación*.

5 de mayo

Bosch Gimpera. Alega el miedo, para no opinar. Ridículo: para opinar ante mí no se arriesgan. Y estando en el Gobierno, aceptan la responsabilidad. Si no están conformes, que dimitan.

Reunión de la minoría de Izquierda Republicana: 32 diputados. Sánchez Albornoz, reintegrado. Discurso elogioso para el Presidente de la República, Martínez Barrio se opone a que el Parlamento funcione. Lo que le dije ayer a Muñoz: depende de la voluntad de los diputados.

Ayer, Saborit.

3 de mayo

Leído en prensa estos días placet Gordón Cuba. Extrañeza. No me habían prevenido. Hoy, Pedralbes, viniendo a despachar, me quejo y recrimino. No se deben hacer esos nombramientos ni pedir placet sin contar conmigo; explicaciones: que continúa Gordón en México. No se le traslada. Se amplía su representación a Cuba.

Este mismo día, Cudenet.

4 de mayo

El piafante viene a despedirse. Que Cudenet salió muy impresionado de su visita, ayer. Por su parte, el piafante «está ya convencido que tenía yo

razón cuando afirmaba que de Francia no se puede esperar nada». Mañana, jueves, se marcha.

6-8 de mayo

El viernes 6 han tenido Consejo. No estaba Vayo, de viaje; ni Giral, enfermo. No recibo ningún recado del Presidente ni sé nada del Consejo en todo el día, ni tampoco el sábado ni el domingo. A primera hora de la tarde, del domingo, un secretario del Presidente (antiguo mozo de su laboratorio) telefonea a Bolívar que le mandará un paquete de decretos del último Consejo, no pudiendo traerlos el Presidente porque está enfermo desde ayer. Llegan los decretos, entre ellos el del nombramiento de Gordón para Cuba, «que conserva la embajada de México». Le digo a Bolívar que guarde los decretos hasta que Negrín se ponga bueno y pueda venir a despachar conmigo.

9 de mayo

En la *Hoja Oficial* de hoy, leo con asombro que el Presidente del Consejo estuvo ayer tarde en la función del Liceo y recibió las ovaciones del público. ¡Estaba enfermo para venir a despachar, no para ir al teatro! ¿Por qué evita el verme?

La explicación llega hoy mismo.

Bolívar viene a la hora de comer. Amós le ha dicho para mí, de parte de Giral, que en el Consejo del viernes se acordó nombrar a Prieto embajador en México. Giral no asistió, pero lo sabe por Velao. Además se comenta ya por Barcelona. Cree Giral que debe avisarme. Añade que Vayo lleva el encargo de hablar a Prieto en París, donde se halla hace pocos días, y convencerle. Como Vayo se marchó el jueves, es indudable que cuando me visitó el día antes ya lo tendrían pensado. Tanto él, como el Presidente, en nuestra conversación del martes, me lo ocultaron ciudadosamente.

Respingo que pego. Está clara la maniobra. Alejarlo. Quitarse de delante un posible sucesor. Como el Presidente sabe que mis puntos de vista son casi iguales a los de Prieto, privarme de una solución política posible, aislarme, quedarse solo, como único Presidente posible, encerrarme. Llamo por teléfono a Prieto. Hasta las seis no consigo hablar con él. «¿Es verdad?». «Sí, señor». «¿Qué ha dicho usted?». «No he contestado. Viene un delegado de la

CAP para convencerme». «Pues yo soy opuestísimo». «Facultades tiene usted…». «No se trata de eso. Es una baja maniobra». «Se lo diré al que venga». «No. Demore usted la respuesta hasta su regreso y que hablemos». «Se sabrá, por la comunicación telefónica». «No me importa. Voy a decírselo al Presidente en cuanto logre verlo».

El otro motivo de esquivarme: al empezar la tarde, telefonazo de Cipriano. Lectura de un oficio bárbaro: el memo y el hipócrita se han vengado. Dio las órdenes Negrín, el sábado, y para no hablarme de esta coz, hasta que hubiera dado en el blanco, no me ve.

Le hago buscar. Se ha ido al frente, por la mañana. Hasta las doce de la noche, no llega aquí, cubierto de barro, indecente.

Firmamos. No hay noticias. No sabe nada. Ha estado ausente… «¿Entonces, no tiene usted que darme cuenta de ningún asunto?». «No, señor».

Pregunta: «¿Por qué la destitución de Cipriano?».

«¡Ah! ¿Pero le han destituido?». Se hace el loco. Información que recibió de Pascua. Instrucciones que dio. «¿No pudo usted ponerme al corriente?». «Tenía 38 y medio de fiebre, y en cuanto colgué el teléfono, no pensé más en ello». Escena: las voces se oían abajo. Ruin venganza, coces, patadas a mí; distinción entre el funcionario y la cortesía conmigo. Brutalidad de las órdenes. Plazo para salir. Que si Vayo ha sido ligero, le destituirá. Risa que me da. Hipocresía. Insolencia. ¡Ya se han salido con la suya! Estupidez de la imputación. Que lo hace por defenderme. Comentarios y reproches durísimos. Todo se lo traga.

Al llegar al decreto de Gordón, le pregunto si es verdad lo que se dice por Barcelona, sobre Prieto. «Sí, es verdad. Los ministros son tan indiscretos».

Arremetida: que el procedimiento: grosería, descortesía, olvido y menosprecio de mi función tramitando el asunto sin mi anuencia y sin mi conocimiento: lo saben el Gobierno, los partidos, el interesado, el Gobierno mexicano, la legación en Londres, el público barcelonés, y yo no. No es desidia, ni ignorancia de los usos. *Fourberie* de ocultármelo. Por el fondo: decapitar una función de la opinión pública; mal disimulado extrañamente; al servicio de los comunistas; privar de recursos políticos al Presidente de la República. Someterlo a un Gobierno único. Desposeerlo de su libertad, ya muy limitada.

Alega: que lo ha pedido el Partido Socialista. No lo creo. «¿Ahora se preocupa de hacerle una carrera diplomática?». «Todos los partidos piden

para sus afiliados», farfulla… Que prestará muy buenos servicios: los petróleos, las armas… «Otro lo puede hacer igual —contesto—. Paseándose por las Ramblas, sirve más que en México. Tiene gran opinión; más de lo que ustedes se figuran; gran talento; gran patriota; figura nacional. Hace falta aquí. También me opondría al extrañamiento de Largo, de Martínez Barrio o de algún otro. El Gobierno puede embarrancar. ¿De quién echo mano? ¿De su amigo Portela?». Una hora de sermón. Apenas me contradice. Está rojo. «Como no voy a repetir diez veces los mismos argumentos —concluyó—, váyase en la persuasión de que su proyecto es gravísimo; gravísimo, y no puedo aprobarlo». (En la URSS los fusilan; aquí los hacen embajadores).

Salió el caso de Uribarri y su coloquio con Mariano Gómez y el fiscal. «¿Lo ha destituido usted ya?». «Sí, señor». Ahora parece muy amedrentado.

Mi papel constitucional, según Negrín: «Si soy un estorbo para el Frente Popular, dígamelo. No he conseguido en dos años que ni una sola de mis ideas, ni un solo de mis consejos sea ensayado, incluso los que usted y otros encuentran buenos». ¡Negrín cree que disputo por mayores atribuciones de mando! «¿Soy necesario?». «¡Oh, y cómo!». «Entonces, ¿a condición de pasar por todas las barbaridades que a ustedes se les ocurran?». «Le oímos con respeto, por la función y por la persona. Pero cuando no se sigue su parecer, es que no ha convencido al jefe del Gobierno, que es el responsable. Así es la Constitución». Divaga sobre lo que debió de haber sido la Constitución. «Usted siempre puede destituir al Presidente del Consejo y nombrar otro libremente». Le hago observar cuáles son los límites de esa *libertad*. «Pues si yo fuera Presidente de la República, nombraría Presidente del Consejo a quien me pareciese». «Tendría usted, como todos, que atenerse a las circunstancias políticas. Esa libertad, teórica, es la que usted quiere menguarme con lo de Prieto».

10-11 de mayo

Martes y miércoles, empleados en el disgusto ginebrino. Remiendo. Brutalidades piafantes. Retroceso de Negrín. Superficial justificación. Recaba para sí la responsabilidad de lo ocurrido.

12 de mayo

Prieto, por la mañana. Llegó ayer. Por fortuna, convencido de que mi oposición no implica nada mortificante para él; al contrario. Ultrajes que ha recibido del Gobierno: Intento de complicarle en el estúpido asunto de la amiga de Camacho. Espionaje ejercido sobre una antigua amante, cuyo domicilio conyugal ha registrado la policía, descubriendo el marido el antiguo enredo, y deshaciéndose la familia. Recado oficioso para que no esté en París, porque le *perjudica*, atribuyéndole gestiones derrotistas. Información notable; entrevista concertada con el falangista canjeado y el primo del ingeniero don Juanito. No quiso hacerlo sin autorización de Negrín. Que lo hiciera por su cuenta, que no se oponía a la conversación, pero que si se traslucía algo, lo desautorizaría. Así, no teniendo la aprobación expresa de Negrín, desistió. Le echaron del Gobierno porque se negó a firmar una carta, que le llevó redactada un agente ruso, pidiendo a Hacienda que les librase millón y medio de dólares para gastos de personal militar, sin justificación alguna. Negándose, quince días después no era ministro. Recuerda un artículo de *Frente Rojo*, dedicado a él, como derrotista y traidor. Y otro, «La ola de hierro», en *La Vanguardia*, poco antes de los asesinatos de Sitges. Cree (¿exagera?) en la connivencia de Negrín. Por este motivo hablamos de Uribarri. Se ha fugado a Francia, llevándose cien mil francos. Desde Perpiñán ha escrito que no vuelve. Allí amenazó con la cárcel a un pariente de P., empleado en la Policía. (Negrín me dijo que lo había destituido).

Ha hablado con la Ejecutiva sobre su asunto. La Ejecutiva ya sabe que yo me opongo. Se lo ha dicho Zuga, que solo puede saberlo por el Presidente. La Ejecutiva le despachó a París a Cruz Salido, para convencerle. Prieto se resiste. Ve la maniobra. No quiere que le pongan puente de plata. Ni se compre su alejamiento. Si estorba, se irá a donde le digan, pero sin nombrarle nada. Le ha dicho a la Ejecutiva que el Presidente de la República no tiene ya libertad para cambiar de política, si lo estima conveniente, porque todos los mandos están copados por los comunistas, y se resistirían. Nombramientos hechos sobre una lista dada a Negrín, y en personas que Negrín no conoce. El Ministerio no funciona. Negrín no se ocupa de nada. Lo único que podría hacerle aceptar el nombramiento es la misión reservada de que le han hablado Cruz y la Ejecutiva: Preparar la emigración de cien mil o más españoles, cuando llegue la derrota. (De esta misión reservada, Negrín no me ha dicho ni jota). Aceptaría esa misión, si el Gobierno, o su Presidente, se la encomiendan, bajo su responsabilidad, y comprometiéndose como él. De otro modo, no.

Le resumo las razones que tengo para oponerme, con o sin misión reservada. Hace falta aquí. No puedo quedar prisionero de Negrín. La misión reservada se da de cachetes con la política que Negrín ostenta. Cree que Negrín tiene tomadas sus precauciones personales. Órdenes de entrega de fondos, en blanco, depositadas en el banco ruso. El caso de Uribarri es de extradición. No cree que la pidan, porque le tienen miedo. Sabe muchas cosas. Esta tarde hablará con el Presidente del Consejo.

13 de mayo

Fernando de los Ríos. Tres horas. Exposición general de la situación militar y política, así como la exterior. Estamos de acuerdo en todo. «Le digo a usted todo esto para que, si un día recibe una noticia que le deje con la boca abierta, no se sorprenda demasiado». Le hago historia de la crisis y de la situación en que está el Gobierno. Aprecio que hago de los servicios de Prieto y de su representación política.

14 de mayo

Just. Divagaciones verbosas. Todo lo había dicho ya él y lo había propuesto. Se declara muy impresionado por mis informes. (También estuvo a verme Albornoz, el martes o miércoles: me oyó, poniéndose a veces pálido. Que la revolución que él creía necesaria ha fracasado. El jueves estuvo Palomo, nuevo presidente de la minoría. Otra conferencia, aplastante. Me dan la razón, y luego votan cobardemente).

Vidarte, a quien vi hace días, regresa del Consejo de Niza. Me da cuenta. Y, luego, dos puntos:

1.º La información necesaria para opinar.

2.º El asunto de Prieto.

Que dio cuenta de mi encargo a sus compañeros de la Ejecutiva, y que no pueden opinar porque no se les informa. Le cuento lo ocurrido con la memoria del Estado Mayor, y que ya la tiene el Presidente. Que se lo diga a sus compañeros. Lo hará. Apunto que el Presidente quizá se niegue. Entonces, y ahora, existiendo la memoria, pueden hacer una de dos cosas: renunciar a enterarse a conocerla, pero no podrán alegar ignorancia; o exigir la información, en cualquier forma. Que en la reunión del 4 de abril, Peña representaba a la UGT, no al Partido Socialista. «¿Pero no preside los dos?».

«Sí». «¿Entonces?». «Yo le pregunté si traía ambas representaciones, y contestó que sí. Dice que estaba un poco sobrecogido por la gravedad del asunto y que no conocía la opinión de sus compañeros del Partido Socialista». (Todo esto me parecen evasivas para disimular el *lâchage* de Prieto).

Sobre el otro asunto: trae el encargo de hacerme saber que la Ejecutiva nunca ha dado el nombre de Prieto para la embajada. Enterados de la dificultad que pongo, la Ejecutiva ha visitado a Negrín, para hacer constar ante él, que ellos no proponen ni han propuesto candidato. Desean únicamente que sea un socialista. Afirma Vidarte que, en esa entrevista, Negrín reconoció que así era la verdad.

En la reunión de la Diputación permanente celebrada el sábado 14, Negrín expuso la situación: Ha *mejorado* lo militar y lo internacional. Lo de Ginebra ha sido un triunfo. Las dificultades crecen en los abastos, por falta de divisas; créditos bloqueados o en litigio. Pero también se arreglará. Tímidas observaciones de Palomo, Santaló (si en el plebiscito se discutirá la personalidad de Cataluña) y un vasco. Voto de confianza al Gobierno. Después, Martínez Barrio hizo que se retiraran los taquígrafos y, ya sin ellos, discurseó afirmando que el Parlamento en pleno está detrás del Gobierno.

16 de mayo

Reunión del grupo parlamentario de Izquierda Republicana. Propuesta de Albornoz para que los trece puntos se apliquen desde ahora. Desechado. Discurso de Velao. Negrín es el único español que afronta la situación con una moral no de derrota. Con verdades, *o con mentiras*, ha rehecho la moral del público, y el Gobierno, que era un guiñapo, se ha convertido en un Gobierno de guerra. Clasifica la opinión en tres grupos: los que creen en la victoria; los que optan por la resistencia en espera de un suceso exterior o interior que nos favorezca; los que creen que no hay opción y no puede hacerse otra cosa. Declara que pertenece al segundo y al tercero. (De modo que no cree en la victoria que el Gobierno de que forma parte ofrece alcanzar).

21 de mayo

El Viejo de la Montaña me visita, porque se va a una de sus juntas internacionales, y quiere saber mi opinión sobre ciertas exploraciones que

podrían hacerse en aquel país para tantear la posibilidad de una avenencia con los italianos. ¡A buena hora! «Le hablé a usted de la ofensiva sobre Extremadura —me dice— y del asunto Miaja; pero no de otro, *porque no estaba maduro*». Se refiere a las indagaciones hechas por el concuñado del que piafa. Yo las conocía. Y él también. Pero cuando podía, no hizo caso y dejó robustecerse lo de «Vergara». Ahora le parece bien, y quiere aparentar que siempre lo ha pensado así.

Curioso: como yo he recordado a amigos suyos la frase de que «la guerra no es cuestión de amor propio», se conoce que se lo han contado, y me hace memoria de ello, como para acreditar la continuidad de su pensamiento. En suma: resulta ahora que sobre la guerra opina como yo. Lo que podría ofrecerse: comercial e internacional. Le digo que me parece bien explorar, aunque ya es demasiado tarde para eso. Cuando yo lo indiqué, en 1936 y 1937, lo rechazaban. *No lo entendían*. Creo que, por otro estilo, tampoco ahora. Claro que no puedo darle una autorización… «¡Desde luego!», exclama. «No es eso». Le parece mal lo de Prieto. Sus amigos le han aconsejado que no acepte.

El mismo día y a continuación, Ossorio, que ha venido a despedirse para Buenos Aires. Le he tenido tres horas. Le he contado todo: política, gobierno, crisis, guerra, justicia, etcétera.

—¿Por qué se dedicó usted a la política?

Alusiones que me ha hecho en un artículo sobre Gambetta. Que continuará luchando, aun derrotado. Y que habré de hacer lo mismo. Que como discurro bien, todo lo encierro en la lógica, irrebatible. Pero hay que contar con *la biología*. «Si tuviera usted dos adarmes de memez, sería más feliz…», me dice.

He sabido más tarde que desde París se despidió por teléfono de Cipriano y le contó nuestra conversación: «Ha estado hablándome solo, dos horas y media, con una inteligencia que asusta…».

23 de mayo

El Piafante. Historias del lago. Por qué hizo lo que hizo. ¿Desvirtúa mi conversación con Cudenet? Insisto en la necesidad de una política, detrás de la resistencia. Caben tres direcciones: con los anglo-franceses, para la suspensión de armas y el plebiscito; con Italia, para hacer la paz, sobre bases comerciales e internacionales; con los rebeldes, sobre la unión nacional contra

los extranjeros. Esta última le parece la mejor. Noto que es la más difícil. Pero hay que hacer alguna. Me ofrezco a un discurso llamando a la unión contra los extranjeros. Le parece bien. Hablará con el Presidente.

25 de mayo

Viene a las ocho y media. Han tenido Consejo desde por la mañana. Me he ido de paseo por la costa, para hacer tiempo. Hoy, quince días justos que no le veía. Despacho. No me habla de lo de México; como si no hubiera pasado nada. De los indultos. Nuevas instancias y razones mías. Casos que le recomiendo. «Que lo inicie con otro ministro, porque él no puede, sin perder autoridad. Si resultara condenado un hijo suyo, o su madre, también los fusilaría, aunque se pegase un tiro después…». (Lo mismo dicen y hacen los del otro lado. Todos iguales. ¡Qué raza! ¿Pertenezco a otra?). Me trae el telegrama de Pascua sobre las exploraciones oficiosas para la suspensión. Y me deja copia de la respuesta. (Debe de ser resultado de mi conversación con Cudenet).

7 de junio

El Viejo regresa de su viaje. Me cuenta su estancia en Ginebra. ¡Como no estaba Cipriano ni Munters no ha podido hablar de nada! Creía, por lo visto, que iba a incoar una negociación. Ha ido a París y Londres. Visto a Auriol. Le confirma que lo del control tardará mes y medio. Cerrada la frontera, nada podremos esperar. Esto me lo cuenta como una información original e importante. En Londres ha visto a Citrine: que cerca de Spaak un enviado del Gobierno español hizo gestiones para la mediación o suspensión. Era el general austríaco, exministro en su país. Spaak escribió el caso a Citrine. El cual le ha enseñado la carta al Viejo. Por su consejo, Citrine vio a Halifax. El cual le contestó que dijese a Spaak que no hiciera nada, porque el Gobierno inglés tomaba la iniciativa. Halifax ha asegurado a Citrine que el Gobierno británico no hace presión sobre el francés, que tiene plena libertad de conducta; que no desean el triunfo de Franco; que desean el rápido fin de la guerra, triunfe el que triunfe… El Viejo está completamente ganado a la opinión favorable a la suspensión y al arreglo. ¡Ahora! Oyéndole, se diría que siempre ha pensado lo mismo… Cree y espera en un cambio de actitud del

Partido Socialista. Asegura que González Peña ha prometido poner término a la situación actual del partido.

El día 5 me visitaron Vidal y Jesús Pérez Salas. Truenos contra los comunistas. El hijo de Vidal, en el frente de Aragón. La tabla de logaritmos, clave con el enemigo… El mismo, al sur del Ebro, manda un grupo nuevo del 76. Orden de hacer fuego rápido durante dos horas. Observación: «Me quedaré sin piezas». Reiterada. A la media hora, inutilizado todo el grupo. Enfermo de la rabieta.

—Anoche —dice Vidal— teníamos para cenar un pedazo de pan y un poco de mantequilla.

El día 6 me vio Velao. Larga conversación.

29 de julio

La entrevista de Vich.

3 de agosto

Visita de Marcelino Domingo. Me entrega copia de su carta a Negrín. El papel que quiere representar. Su terror. Que no viene, ¡por lo que declaró un día Negrín al salir de un Consejo! El asesinato de su hermano y del cuñado. Tortosa. Lo que se hace y no se hace en París. «¡Lo que usted quiera de mí, lo que usted me mande!». Efusiones que corto. «¡Tanto tiempo sin vernos!». «Así hay más de que hablar».

5 de agosto

Parra me trae una carta importante de Leopoldo Menéndez, y copias de otras a Miaja y Rojo.

Cuando Rojo telefonea a Miaja pidiéndole informes sobre la situación en Levante: «No se preocupe. No ocurre nada. ¡Ocúpese de la nota que le di!». ¡Era una petición para que la pensión de la laureada pueda transmitirse a los herederos! Le colgó el teléfono.

6 de agosto

Visita del Comité de enlace de los partidos republicanos. Importantes advertencias que les hago.

Id: Visita de Miravitlles, que me refiere su conversación con Bonnet, «*cet imbécile* de… Piafante». Los numantinos con avión y con c/c en Suiza.

El embajador guarda diez días de luto por la muerte de su perro.

10 de agosto

El fiscal, llamado por mí, para enterarme del caso de Gómez Ulla. Su criterio es el mío. Me quedo relativamente tranquilo.

11 de agosto

Ya de noche, telefonea Tarradellas pidiendo audiencia urgente para mañana.

Poco después, Dalmau Costa pregunta a Santos qué hay de la crisis. Extrañeza.

Telefoneo a Giral. «¿Qué hay?». Terminado el Consejo a las cinco y media, se han puesto a *almorzar* a las seis. Después, muy cansado, se ha acostado. Muy discutidos tres decretos: subordinando las industrias de guerra de Cataluña a la subsecretaría de Armamentos; estableciendo en Cataluña una Sala especial para los delitos de evasión de capitales; militarizando los tribunales populares y de urgencia. Contra este, por inconstitucional (artículo 95), han votado *cinco* ministros republicanos. Méndez ha votado en pro, y gracias a eso, mayoría de siete.

Le hablo de la espantosa información leída esta noche en la prensa: 64 sentencias aprobadas. ¿Se publicará con las notas oficiosas una lista de las bajas causadas? Me dice que han tenido violentísima discusión y se han quedado en minoría.

12 de agosto

Atroces artículos recordando la ejecución de Goded.

Tarradellas, a las 12: Que han dimitido Aiguadé e Irujo. Companys se fue ayer a Francia, ignorando lo que iba a pasar. Le han llamado por telégrafo. Se reunió anoche el Consejo de la Generalidad. Me piden que aplace la firma de los decretos hasta su regreso. Distinción que hago: los dos primeros, cuestiones de gobierno y partido; allá los partidos. El tercero, inaceptable. No lo firmaré. Si quieren echarme a mí el toro (como le dije anoche a Giral), lo lidiaré. Pero me llevan a un choque con el Gobierno, de consecuencias incalculables. Deben resolver la cuestión los partidos con el Presidente del Consejo, puesto que los republicanos votaron en contra. Me dice que esta tarde se reúnen con la Comisión de enlace. Ha dimitido Quero y dimitirá Nicolau.

Comorera y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, que están a matar con los comunistas del Partido Comunista[16], van de acuerdo con todos los de la Generalidad.

Blanco, de la CNT, llevaba instrucciones para votar en contra; pero Negrín le sometió.

Tarradellas me cuenta que ayer fusilaron a 58. Datos que me envía Irujo. Horrible. Indignación mía por todo eso. A los ocho días de hablar de piedad y perdón[17], me refriegan 58 muertos. Sin decirme nada, ni oír mi opinión. Me entero por la prensa, después que está hecho.

Desde el 18 de julio no he visto al Presidente del Consejo, ni me ha hablado siquiera por teléfono.

Por la tarde, Esplá, llamado por mí, para enterarle de todo esto, que desconocía, y lleve tales asuntos a la reunión que el Consejo y la minoría de Izquierda Republicana celebran esta tarde. Cree que asistirá Méndez Aspe, y le pedirán cuentas de su voto.

Le hablo de los fusilamientos. Es preciso que Izquierda Republicana cumpla con su deber. Me veré obligado a dimitir.

A las seis viene Bosch Gimpera. Nueva edición del mismo asunto. Repetimos lo que nos hemos dicho tantas veces.

Por la noche, hablo por teléfono con Esplá, que me cuenta la reunión del partido. No sabían nada, ni los ministros. Vuelven a reunirse mañana.

14 de agosto

Por la mañana, Companys. La cadena de los incisos. Resumen de dos horas: lista de agravios, industria, economía, justicia, etcétera. No le hablan. Que los decretos son ya cosa secundaria. Lo principal es cambiar la política. Así, no continuar ni un momento más. También es partidario de Miaja, para la sucesión.

Día de rumores. Companys cree que se trata de un engaño para hacer presión.

Por la tarde vienen Masquelet, Riaño y Domenchina. El oficio de guerra recibido por Masquelet, previniéndole del «complot» dirigido por los facciosos; órdenes dadas por Franco…

Se quedó aquí Riaño. Precauciones.

15 de agosto

En Pedralbes. Nicolau que ha anunciado al Presidente su dimisión. Capítulo de quejas. Anécdota: 25 florines denegados por Méndez Aspe, porque los pedía la Generalidad. «Si Franco nos quita el Estatuto, y la República no lo respeta, ¿para qué luchamos?», dice.

El coronel de Artillería Fuentes: Que lo del Ebro no ha salido mejor todavía, por falta de *velocidad*. Se hubiera llegado a Alcañiz.

Tomados al enemigo unos millares de fusiles y treinta piezas: «Ahora lo difícil es quitárselas a los amigos».

Por la noche, viene a cenar Hernández Saravia.

Las tropas del Ebro son buenas. Tienen impulso. El paso del río fue muy bueno. Dieron en blando. Ningún disparo de cañón enemigo; no le dieron tiempo. Se pudo ocupar Gandesa. No mejores resultados por falta de cuadros de mando. Confirma que no quieren entregar las armas capturadas. A todo esto, la división 42, desarmada a su tránsito por Francia, continúa sin fusiles. Modesto no quiere soltar los 5000 o 6000 fusiles de que se apoderaron. Tendría que meterlo en un castillo, o fusilarlo. ¡La que se armaría! Hernández Saravia se propone retirarle una división, y mandarle la 42 desarmada.

Casi todo el Ejército del Ebro es comunista. Hay una especie de disciplina *interior* en cada unidad.

Rojo le ha dicho que ya no hay republicanos. Que Hernández Saravia está en el siglo XVIII.

Rivalidades y disputas por los ascensos. Esto no tiene remedio.

16 de agosto

Continúo sin saber nada del Presidente del Consejo. El domingo ya anochecido, llamé a Giral y le pregunté si no creía que el Gobierno debía darme cuenta de los rumores alarmantes y precauciones. «Je, Je ¡Claro!». Me añadió que el Presidente estaba en Valencia. «¿Pero entonces, alguien hará cabeza?». «Supongo —contesta— que será Vayo». «Dígale que se ponga al habla conmigo». Una hora más tarde, telefonea Negrín desde Barcelona, y habla con Riaño. Le han dicho que yo quería hablarle, y si es así, vendrá esta misma noche. Que ha llegado esta mañana de Valencia, muy cansado, y está poniendo en limpio unos decretos que me llevará a la firma mañana. Le hago decir que no me hace falta que venga, y que me proponía saber del Gobierno mediante el ministro de Estado, creyéndole ausente.

El lunes, ni me llevó los decretos, ni me visitó, ni me dijo nada.

Hoy, martes, nota oficiosa en *La Vanguardia* y *El Diluvio*, anunciando que esta misma tarde se hallará una solución que componga las diferencias entre el Gobierno y la Generalidad. Comentario de *La Vanguardia*. Lista de nombres. ¿Están ellos fraguando un Gobierno nuevo, a mis espaldas? Chasco que les espera.

A las tres de la tarde, carta de Bosch. Dice que la nota y comentarios de *La Vanguardia* deben ser una maniobra, porque la realidad es otra.

Aguirre me pide por teléfono una entrevista urgente.

Visita de Aguirre, el martes por la tarde. Cree que todo podría arreglarse, y conviene arreglarlo. Noticias de la visita de Negrín a Companys, como fuera de sí. Que Companys debe ser presidente del Consejo. Que él es un salvaje y necesita las manos libres para hacer su voluntad. Cada diez días, otra mujer. Que se va a Zurich esta misma tarde. Aguirre quiere visitar a Negrín para proponerle un arreglo. ¿Qué me parece? Que vaya. No tengo deseo de que haya crisis. Si puede decirle que me ha visto: no tengo inconveniente.

Está reunido toda la tarde el partido de Izquierda Republicana para contestar a una pregunta de Negrín.

A las nueve me telefonea Esplá, que los tres ministros de Izquierda Republicana han salido para ver a Negrín, llevándole la nota del partido: Que contestará a la pregunta cuando la haga quien puede hacérsela.

Un cuarto de hora después, Negrín me pide audiencia. Queda en venir a las diez y media. Llega a las doce.

Entrevista para no olvidarla.

30 de agosto-9 de septiembre

El 30 de agosto, me visita Leeche con Cowan. Presume de adicto. Alabo su función, y espero buenos resultados. Tachas: los fusilamientos. Declaro mi opinión. Lo celebra. Ya ha hablado de ello con el ministro. «Parece que mis argumentos le han impresionado». «¿Cuándo?». «El domingo».

Dos días después, veo en la prensa la carta de Vayo a la Comisión de Canjes. ¡Han necesitado que se lo digan los ingleses!

El 5 de septiembre: Visita de Chetwood.

A su regreso de Zurich, el Presidente del Consejo me cuenta su conversación con unos alemanes franquistas. Que quisieron atraerse a Negrín y Prieto. Lo que dicen de mí. Mis gestiones con Alemania e Italia.

El 4 de septiembre, en Llavaneras, vi a Giral. Me ratifica lo que después de la crisis me contó: Que los tres ministros de Izquierda Republicana no le habían ofrecido a Negrín su colaboración, y a su pregunta, ratificaron la nota.

Me visitó Albornoz, en los últimos días de agosto. Sus trabajos de exploración, como si fuese a formar Gobierno. Que Largo propone un Gobierno republicano-socialista, presidido por un republicano. Que Martínez Barrio se lamenta de que no me ve. Extrañeza mía. Yo soy quien puede quejarse.

El 6 de septiembre, llamo a Martínez Barrio. Le explico que es él quien debe visitarme, cuando quiera. Repasamos la situación. Le cuento lo ocurrido en la crisis. Que Negrín le consultó como amigo y, *en cierto modo*, como Presidente de las Cortes. Que el partido de Unión Republicana no opinó, ni él habló en su nombre. Que Negrín es insustituible ahora.

El 7 de septiembre, viene el Presidente del Consejo. Hablamos de las perspectivas de guerra, y de lo que debe hacerse. De Ginebra y sus planes: dependerá de lo que hablen con Bonnet y Halifax.

Del artículo de Fischer. (Ya protesté anoche ante Vayo, cuando vino a despedirse). Resulta que Fischer, según Negrín, es hombre muy peligroso. ¿Le tiene miedo porque posee algún secreto? «Usted verá lo que hace —le he dicho a Vayo— si le retira el pasaporte y el saludo».

Noticia de la negativa de Pérez Salas a obedecer unas órdenes, al frente de su cuerpo de ejército en Extremadura. Negrín atribuye a eso el fracaso de una contraofensiva.

Decreto de asimilación del CASE, que le devuelvo.

Ridículo decreto de Instrucción Pública, sobre el Consejo de cultura.

Como trata a los ministros (el «monólogo», según Martínez Barrio): Me dijo Giral que, después del último Consejo, le llamó por teléfono: «Creo que se me ha olvidado dar cuenta del decreto de movilización de dos quintas… ¿Está usted conforme?». Está conforme con el decreto y con el procedimiento.

El día 9, Prieto pide verme cuanto antes. Viene a mi casa por la mañana. Que estando en Argelès, y también Sánchez Román, le avisaron a este para que viniese con urgencia a Barcelona, llamado por Negrín. Vino. Negrín no le recibió. Le habló el ministro de Estado, para que procure convencer a Prieto que acepte la embajada de México. En su ida a Ginebra, Vayo ha buscado a Prieto, y le ha insistido sobre lo mismo. Prieto llegó anoche, quiere saber mi actitud. Es la misma. Entonces decide escribir a Negrín, rechazando la oferta, porque él nada tiene que hacer en México, y no quiere ser causa de un conflicto entre mí y Negrín. Le indico que no es necesario, y acaso sea peligroso, decir que me ha visto hoy. No se convence. Mi conversación con él, cuando estaba en París, fue tomada, y la tiene Companys.

Temo que el conflicto se produzca lo mismo, en cuanto Negrín sepa que hemos hablado y que por eso desiste. Porque es un pique de amor propio y quiere darme en la cabeza, además de su plan de alejarlo.

Me dice que el Comité socialista, ante el que informó Prieto, aprobó su designación, y le dijo que aceptara.

Doblez y deslealtad de proseguir esas gestiones, sin prevenirme. Táctica del hecho consumado.

El timo de cinco millones de francos, cuando los apuros de abril, hecho por la Generalidad, a Méndez Aspe, enviándole una caja con oro y valores. Situados los millones en París, a las 48 horas desaparecieron. Pero el contenido de la caja, no ha sido habido. Eran para Companys y los políticos y funcionarios de la Generalidad, si tenían que emigrar.

16 de noviembre

Dalmau me trae carta de Companys, pidiéndome audiencia. Le cito para mañana, aquí. Todavía no estoy restablecido del todo, y temo ir a Pedralbes solo para eso.

Por la tarde viene Negrín. Cartapacio de firma. Me comunica los últimos despachos de Londres y el resumen de los informes de Pascua, que ha venido a Barcelona, sobre la próxima conferencia de París. Los franceses han sido más explícitos *sobre el propósito de hablar* del asunto español; pero se ignora con qué planes, ni siquiera si tienen alguno. Situación en el Ebro, después de repasar el río. No se fía del Ejército del Este, donde subsisten muchos de los antiguos defectos. Espera, para fin de año, nuevos arribos importantes de material, que permitirán sostener la guerra seis meses. Y se estudia la organización *del contrabando* (!) para el caso, que no prevé por ahora, de cerrarse la frontera.

Con motivo de las declaraciones de Casanovas —reproducidas por el periódico oficioso, y explotadas duramente, estableciendo «entronques» con otros políticos— me dice que en el Gobierno francés hay algún ministro (De Monzie) que juega con el catalanismo en pro de la influencia francesa en Cataluña y alienta la idea de una Cataluña separada y *protegida*. «Es posible —dice— que el Quai d'Orsay no sea ajeno a lo de Casanovas». Hablamos de los asuntos del Gobierno con la Generalidad, y en relación con esto, me repite algunas cosas que ya le oí en otra conversación, y que reducen su programa sobre la autonomía, a una reedición del de Royo Villanova. «Usted —me dice — debe levantar la bandera del unitarismo, cuando se acabe la guerra». Como yo me río, y muestro mi cansancio, y mi propósito de no levantar ya más banderas («eso para ustedes, los nuevos; ya se las arreglarán como puedan»), replica: «No, señor. A usted le quedan muchos años de acción política. Hace un año, no lo hubiera dicho, pero hoy estoy persuadido de que usted será el único que salga con su prestigio intacto de todo esto…». (El mismo que hace cuatro meses me dijo que mis discursos «caían en el vacío»). Me desbordo un poco, entre burlón y enojado: «Ustedes han hecho lo posible para que no sea así, y han procedido como si les estorbase, me han borrado todo lo posible, y si sobrenado es a pesar de ustedes. Habituado a meter la cabeza entre los hombros cuando hay tormenta. ¿Habéis hecho ya bastantes tonterías?». Le recuerdo que soy el único español que ha reunido 500 000 oyentes; más de la mitad, proletarios; lo cual no disminuye la importancia. Si convocara otro mitin, irían más. «¿Sabe usted por qué el pueblo confía en mí? Porque nunca le he engañado, y está seguro de ello». Etcétera, etcétera. (¿Para qué me ha dicho eso? ¿Qué sugestiones, qué descubrimientos se lo dictan? ¿La escena

del Liceo, el día del concierto Casals, que los dejó admirados? ¿La actitud del público el día del desfile? La censura tachó las declaraciones a la prensa de la Comisión extranjera de Canjes, que asistió al teatro y se quedó pasmada de tanta popularidad. ¿O es una chapucería, para endulzarme el sabor malo que me ha dejado el incidente Cordón-Bolívar, y un modo de decirme que él no comporte las opiniones de Cordón?).

Sobre los asuntos de la Generalidad, me dice que mañana por la mañana se reunirá el Consejo de ministros, para hablar de ello. «Entonces —le digo— tendremos Consejo por la tarde, a las cinco. Iré a presidirlo, aunque aún tengo décimas, y así me dan ustedes cuenta de lo acordado».

Todo el tiempo ha estado en que desde aquí se iría al cuartel general de Saravia, que está esperándole. Al marcharse, cerró unos sobres, para enviarlos a Barcelona, con la firma, y él seguiría el viaje. Sobre eso nos despedimos. Bajó la escalera, y al llegar a la puerta, varió de idea, y se fue a Barcelona. Eran las ocho y media, y se le había hecho tarde.

Por su encargo, se telefoneó a Saravia que no le esperase ya. Saravia, que me tenía anunciada su visita, y la había retrasado aguardando al Presidente, se presentó aquí a cenar. Hablamos, entre otras cosas, del Ebro.

Perdida la sierra de Cavalls, teóricamente inexpugnable, no podía sostenerse la situación. La sierra se perdió, como siempre, por un pánico, motivado por una infiltración de moros a retaguardia de las posiciones. Como siempre también, faltan mandos subalternos competentes. Rojo estuvo allí, y autorizó a Modesto para ordenar la retirada a la orilla izquierda cuando lo estimase necesario. («Manera —dice— de eludir una responsabilidad»). Teniendo la autorización y con el río a la espalda, no han tardado en usarla. El paso a la orilla izquierda se hizo a las seis de la tarde. A Saravia, que es el jefe de todos, no se lo comunicaron hasta las tres de la mañana. Gracias a una orden de Saravia, se pasó a tiempo la artillería, que al día siguiente hubiera sido copada. Insiste en que él desaprobó la operación, que no tenía porvenir, proponiendo en cambio la de Lérida. El enemigo se encuentra ahora con siete u ocho divisiones libres. Lo del Segre ha dado poco resultado. No ha podido reducirse la cabeza de puente de Serós, por falta de celeridad y empuje. Ya la otra vez ocurrió lo mismo. Cree que ahora caerán sobre lo que ocupamos a la derecha del Segre. Optimismo. Porque sí. (Cuando uno quiere descubrir los motivos del optimismo, para adoptarlos, no encuentra nada). Ha sido destituido El Campesino.

17 de noviembre

Companys, por la mañana. Muy nervioso. Nueva recapitulación de agravios. Agravados por la «explotación» que se ha hecho de lo de Casanovas. Mención del piquete de ejecución por *La Vanguardia*. La Generalidad no puede pagar a los empleados. Las divisas y alhajas que guarda, de las que entregó parte; comprendo que lo retiene como arma, y base de trato. Ardorosa defensa de Cataluña, y el catalanismo, y el patriotismo catalán. Inquietud (¿fingida?) porque se hagan tratos en el extranjero a costa de Cataluña. Que no puede más, y un día dará un escándalo. Etcétera.

Por la tarde, presido el Consejo. Se ha conseguido calentar Pedralbes. Notas sobre las pérdidas del Ebro: tres mil y tantos muertos; 31 000 heridos; 75 aviones de caza; 8 de bombardeo. Poco material. En el Consejo no han hablado del asunto de la Generalidad. Lo han dedicado a la diplomacia. Nota a los Gobiernos francés y británico. (Anoche me dio Negrín una copia de la declaración sobre los judíos). Fuertes y razonadas consideraciones mías sobre lo de la Generalidad, tomándolo como el problema de conjunto pide. Lo más miserable: la insurrección contra el Estado, y su despojo. Enumeración: en el interior y el exterior. Defensa del Estado, representación de España y la República. Recuerdo lo que dije al primer Gobierno Negrín. Cómo se debe gobernar en Cataluña y con qué leyes. La razón de cada uno. Que mientras subsista el sistema legal, hay que respetarlo, y nadie tiene derecho a quejarse. Me extiendo bastante.

El ministro de Hacienda aporta unos datos. Cree que la Generalidad le debe al Estado doscientos millones.

Insisto en la necesidad de hacer cuentas claras. Ese saldo a favor del Estado resulta, según el ministro, después de descargar a la Generalidad de todo lo que ha pagado por cuenta del Estado.

El ministro del Trabajo, Moix, habla también, para decir que la cuestión no es de números, como cree el de Hacienda, sino más amplia. Califica de «magistral» la exposición que he hecho.

El Presidente asegura que no se propone el Gobierno hacer naufragar a la Generalidad. Las cuentas no se han hecho por dilaciones que no proceden del Gobierno. La doctrina mía es la suya, pero hay que contar con las circunstancias y realidades de la política. Él no es enemigo de las regiones autónomas. Si, después de la guerra, se modifica la Constitución, llegará en esa materia tan lejos como el que más; y si el pueblo catalán quiere separarse

pacíficamente, no se opondría. «Ahí no llego yo», le digo. (Recuerdo lo que me dijo el día antes, sobre *la bandera del unitarismo*. Asombroso).

Llamo la atención del Gobierno sobre los amigos oficiosos que hacen gestiones diplomáticas en París y Londres, sembrando el desconcierto y rebajando la autoridad del Gobierno. Hacen daño. Necesidad de acabar con eso, y desautorizarlo.

Cuestión de los ascensos militares. Aspecto legal; que me corresponde firmarlos. Problema que se está creando con la prodigalidad. Negrín: que hay que revisarlos. Necesidad de estimularlos. Mi alegato sobre el soldado anónimo, que será tan pobre hoy como mañana; a los otros, ya los empujan y los pavonean.

Otra vez la cuestión del culto y relaciones con Roma.

Al levantarse el Consejo, el ministro de Estado se despide; va a París, antes de las conversaciones anglo-francesas.

19 de noviembre

Por la mañana, viene Pascua, que ha estado aquí dos días para informar al Gobierno y recibir instrucciones (?). Me habla de la situación de Francia. Respecto de lo nuestro, Bonnet le ha soltado varias veces la conveniencia de poner fin a la guerra. ¡Una tercera campaña de invierno! En el otro lado, cansadísimos. Y en la zona leal, hambre y sufrimientos. Le dice claramente que se ocuparán del asunto de España. Al embajador en Londres, no le han dicho nada seguro sobre eso. Cree Pascua que el memorándum que ha hecho el Gobierno no encaja en los propósitos anglo-franceses sobre la guerra de España.

(Todo lo que me cuentan sobre la conducta de Pascua en la embajada es desastroso y bufo. *Gaffes*. Desinvitación de Asúa. No vio ni recibió a Velao. El perro. Expulsión del personal. Dicen que tiene manía persecutoria. Sospecho que soy yo el único que le trata con deferencia).

Por la tarde, Besteiro. Cuatro horas de conversación. Recibió el aviso que le mandé por Flores y la recomendación que le hizo Giral para que viniese. Ha visto a Prieto, Negrín, Companys, la Comisión Ejecutiva. Me ha dejado para lo último. No sabía si el visitarme me comprometería. Se funda en la algarada que movió la *Hoja Oficial*, atribuyendo importancia política a su

viaje. (Creímos todos que era una maniobra del Gobierno; pero, según Companys, no es así. Han sido encarcelados dos periodistas de la *Hoja*, a quien se supone autores del comentario tendencioso; y amenazan con no soltarlos mientras no digan quién se lo inspiró. Companys cree que se lo achacan a él; y niega que tenga parte en ello).

Llopis quiere que Besteiro conferencie con Prieto y Largo juntos. Dispuesto a ello. Llopis le ha dicho que ha tanteado a los otros dos. Uno ha contestado: «Aunque sea en un café». El otro: «¿Quién cita?». «Con eso los ha retratado», dice Besteiro. El de la cita es Largo, siempre reglamentista. El otro es Prieto. No sabe si por fin los verá mañana, último día de su estancia en Barcelona. Ha venido con mucho gusto, y para que no se crea que le desagrada venir a Barcelona. Su papel está en Madrid, donde presta una función útil. Estaba muy alarmado por el pase a Hacienda del Tesoro artístico. Le explico lo que hay sobre eso. Asiente a mi pensamiento de que es más valioso que la República. Me trae una memoria de la Junta de Reconstrucción de Madrid. Es opuesto a los grandes planes de reforma y demoliciones, que algunos proponen «para aprovechar la ocasión».

Le designaron para formar parte del Comité Ejecutivo del partido, como a Largo. Ha hecho saber que no acepta. Fue destituido en un congreso. Solamente el congreso del partido podría nombrarle. No *usará* de los derechos que han querido conferirle con la designación. Actuando en el comité, habría discusiones y votaciones, en las que cada cual le atribuiría una posición, más o menos auténtica. No quiere *desdibujar* la posición que ha tomado. Asistió el otro día a una reunión del comité, donde dijo lo que pensaba, y ofreció contestar a lo que le preguntasen. «No me preguntaron nada». Allí dijo que Negrín es comunista y que se introdujo en el partido, como el caballo de Troya. Cuando ha visitado a Negrín, empezó por decirle lo que había opinado de él en el comité: «Prefiero que lo sepa usted por mí». Negrín estuvo muy afectuoso. Por incidencia, le habló de unas declaraciones de Besteiro a un australiano, que pasó por Madrid (como no fuese neozelandés), en que decía lo mismo de Negrín. Ha querido decirme «que tiene un arma». Cuando aparecieron las declaraciones, Negrín quiso hacerlas reproducir en la prensa española, creyendo que perjudicaría a Besteiro. Pero Prat le dijo: «Será una gran satisfacción para Besteiro». Y no las publicó.

Hablando del carácter de Negrín, dice: «Es un Karamazov». Su anticomunismo es enconado y violento. Achaca a la URSS la destrucción de la Sociedad de Naciones. «También en México les espera buena». Cree que Inglaterra se adapta a la realidad de su decadencia, y será la que salga mejor

librada. Respecto de nuestro asunto, lo estima perdido. Conveniencia y urgencia de hacer la paz. Nunca ha tenido deseos de presidir un Gobierno, pero ahora, después de lo que ha visto y oído en Barcelona, menos. Si tuviera que aceptar ese cargo, tomaría precauciones, y haría que se pusiese por escrito la misión que se le confiara. Alude con esto a su *misión* en Londres, de la que nadie le ha vuelto a hablar. Importancia que da a su papel entonces, y cómo se le ha desfigurado a distancia. Prieto y Largo han dicho por ahí —a él no se lo han dicho aún— que no tienen noticia de tal misión.

Parece mostrar una imprevista simpatía por Companys, quien, comparado con los demás políticos, tiene, *al menos*, una pasión: Cataluña.

De Madrid, está admirado. En el verano del 36 se sintió chasqueado y desilusionado respecto de Madrid; pero ahora piensa otra cosa, en vista de cómo se conduce. La niña *cursi* de Madrid está muy bien, muy digna y seria.

Por mi parte, le explico por qué deseaba verle, y por qué le envié un recado. No podía pasar de un deseo, porque en realidad no tenía nada que encargarle, y sí solo conocer su opinión y su ánimo. Le cuento lo ocurrido el 4 de abril. («La cobardía de siempre», dice). Y con la modificación de septiembre, y escena con Negrín. Le cuento detalles de lo que pasa en el ejército. «¡A eso hemos llegado!», exclama. «¡Cómo a eso! Estamos ya mucho mejor», respondo. Advierto con eso que no está muy enterado.

Le refiero toda la discusión sobre las penas de muerte; y mi posición, la de Negrín. Mi preocupación por las 500 que quedan: «¿Sería demasiado que yo me plantase, pasara lo que pasara, o estaría justificado?».

—Seguramente —responde.

Reconozco los rasgos de carácter que me son familiares desde hace casi cuarenta años. Cuando le hablo de sus antiguos amigos (y míos), Pedregal, Uña, Hoyos, etcétera, elude los comentarios.

21 de noviembre

Entre otras visitas, Jiménez de Asúa, nombrado delegado en la Sociedad de Naciones. Me hace el resumen de su hoja de servicios diplomáticos y de la competencia y preparación que ha adquirido. Que no tiene ambición política, y desea solo volver a su cátedra y a sus trabajos de jurista, en los que sí quisiera realizar muchas cosas. Pero si han de utilizarle ahora, que sea donde pueda aprovechar su preparación. Por eso ha rechazado la embajada de México, aunque por conveniencia y seguridad, otro la habría aceptado. El Gobierno quería encargarle de centralizar en el extranjero el servicio de

información, mejor en París. Pero allí chocaría con el embajador, de quien dice pestes. «¿Usted no sabía que Pascua es tonto?», me pregunta. Prefiere quedarse en Barcelona.

En un rato de conversación, Riaño, que ha ascendido a coronel, me cuenta detalles de la orgía de los ascensos. Ha enviado un escrito al ministerio, agradeciendo el ascenso, pero protestando contra que le atribuyan méritos y servicios que no ha prestado, por ejemplo, que contribuyó a sofocar la rebelión en Cuatro Vientos. Le han ascendido a él, y a otro republicano, para *arropar* el ascenso de varios comunistas, ascensos discutidos y protegidos por el partido, entre otros el del subsecretario de Aviación Núñez Maza. Su conversación agitada con Núñez Maza, que está arrepentido de haberse afiliado al Partido Comunista. Dice que no puede más. La aviación es un caos. A Riaño y otros, les ha encargado que en *un mes* hagan los reglamentos de servicio, *que no existen aún*. El plazo inverosímil de un mes proviene de que Hidalgo se ha ido con licencia por ese tiempo, y quieren que a su regreso se lo encuentre hecho. Hidalgo no sabe mandar. A capricho. Escudándose con los rusos, aunque muchas veces en falso. Cuando se fue, por sí y ante sí dio la orden de que le reemplazase Camacho, que vino de Valencia. No había contado con nadie. Negrín lo anuló, ordenando a Camacho que se volviera a Valencia, y que se encargara del mando ¡el subsecretario! Ya hay *ocho* coroneles de aviación. No había destinos para los cuatro que teníamos. «El resultado —dice Riaño— será que los ocho coroneles servirán de argumento para crear generales».

Moisés Barrio, diputado de Izquierda Republicana por Burgos, me trae al señor Andrade, canjeado. Ha estado en el penal de Burgos desde diciembre del 37 a junio del 38, y después en la cárcel de Tolosa, en una mazmorra, con otros cien. Fue auditor en el Ejército del Norte. No lo han sabido. Me extraña que haya podido estar dos meses libre en Burgos, y que le hicieran un expediente, del que salió bien. Era del grupo de Maura, y creo que ahora de Izquierda Republicana. Me confirma el fusilamiento del general Mena Zueco.

24 de noviembre

Mantecón, que fue gobernador general de Aragón hasta el desastre de abril, y ahora comisario general del Ejército del Este. En Caspe, siendo gobernador, Líster le propuso *dar el paseo* a los del Consejo regional de

Aragón. Se opuso. «El juego era claro —me dice—. Los habría fusilado, y luego me habría echado la culpa a mí, presentándose como defensor de los proletarios».

El Ejército del Este *está débil*, dice, por falta de mandos. Que vaya a verlo. Me trae un folleto en lujoso papel que fabrican los soldados en una fábrica de que se ha incautado. Me pide permiso para reimprimir mis discursos, a fin de que los comisarios conferenciantes tengan un cuerpo de doctrina para sus pláticas. Se da el caso de algún comisario que da conferencias a la tropa sobre «Ulises y la guerra», o sobre «la civilización griega». Los medianamente instruidos se ríen. Los otros protestan.

Cruz Salido, que me agradeció tanto lo cariñoso que estuve con él en el Liceo, el día del concierto de Casals. Hablamos largo; comprendo que quiere decirme muchas cosas, pero no sale de las medias palabras y de las alusiones, y yo me quedo en lo mismo. Se ve claro que está como casi todo el mundo. Afirma que la gente se percata de mi situación dramática, y me sigue con simpatía. Echa de menos mis discursos. Debería hablar más. Le indico mis razones, y lo estricto de mi posición. Le hablo con cierto calor del problema general, presente y venidero, de mi firmeza, de mi entereza, y de la razón que tengo para sobreponerme a todo. Me duele que no hayan sabido utilizarme mejor. En lo futuro, si los acontecimientos lo permiten, no querré nada con quien no sienta con grandeza.

Carta del jefe del Gobierno, remitiéndome un telegrama de Vayo, y comunicándome algunas impresiones sobre las conversaciones de París.

25 de noviembre

El Presidente me pide que nos veamos esta tarde, para que él y el ministro de Estado, que llegó anoche, me cuenten lo que han hablado en París. Los cito para las cinco, en Pedralbes.

El Presidente ha llegado conduciendo él, en el coche oficial, con Vayo dentro. Sin más compañía. Habla el ministro. Su conversación con Bonnet, Reynaud, Mandel y otros. Bonnet afectaba no conocer la declaración de Chamberlain en los Comunes, que el pacto anglo-italiano no significaba variación en el plan de Londres. Bonnet habló tres veces de mediación. «¿Qué entiende usted por eso?». «No sé. Podríamos empezar a hablar». Le aseguró que *por el momento* no se concedería la beligerancia. Así lo había acordado el Consejo de ministros. Después supo que no lo había acordado aún, sino que lo

acordó al día siguiente. Vayo le habló de una cooperación de España para un arreglo en el Mediterráneo, y le recordó el memorándum de febrero del 37. Dice que a Bonnet pareció interesarle, y que tomó notas. En conversación con Reynaud, impresión favorable sobre lo de la electricidad y el depósito del oro. «De Monzie también nos ayuda…».

—Buen dinero nos cuesta —interrumpe el Presidente.

—¡Cómo! —exclamo.

—Sí. Cuando no directamente, a él irá a parar.

Están contentos porque, al menos, no hay beligerancia. No saben nada del informe de Hemming. Conocen el cambio de opinión del mariscal Chetwood, que ha hecho, con motivo de su venida a España, «la rectificación más fuerte de su vida». Bonnet cree saber que la situación en la zona facciosa es mala. Gran cansancio. «Están pagando —dice Vayo— el error de haber anunciado que no habría otra campaña de invierno». Malas impresiones sobre la situación en Francia. Se cae el Gobierno. Nuestros amigos no disparan contra Reynaud, para reservarle, por su disposición en el asunto de España. Podría ser ministro de *Affaires Étrangères* o de la Guerra. Otros hablan de Boncour para los *Affaires Étrangères*. Se prevé un Gobierno Herriot; también quiere ser Presidente Frossard.

El placet de Clérigo ha llegado. Mi recomendación para que se acuerden de Cubas. Mal funcionamiento de los consulados. Tremoya, inspector. Me habla del general Miranda y de sus pifias.

Se propone nombrar a Quero.

Me trae los decretos destituyendo a cuatro magistrados del Tribunal Supremo que han absuelto a Barriobero. Dos de ellos (L. de G. y M). lo son por *gracia* del Gobierno.

Después vuelvo a hablar de los ascensos militares, de la orgía actual y del problema que crean. Vayo parece asentir. Negrín me contesta chapucerías: Que hay que revisarlos; que el mismo volumen de la carga hará inexcusable su reducción, después de la guerra; que ya se ha negado a unificar todos los *ramos* de la oficialidad; profesional, milicias, en campaña. Nada entre dos platos.

Que el embajador viene el día 5, y lo ha retrasado porque está haciéndose el uniforme.

(Adición a lo de Besteiro: Que lo mejor sería que la URSS se rompiera en cuatro o seis estados. No saben gobernar una aglomeración así. Los Estados Unidos sí saben, herederos de la tradición inglesa. Juicios despectivos sobre Benes, prestigio formado en Ginebra).

26 de noviembre

Entre otras visitas, el doctor Jerez, que ahora es médico de Carabineros (todo el mundo es algo de Carabineros). Desde Tarragona se lo han llevado a Camprodón, con otros muchos servicios de Sanidad. Se figura que en previsión de los ataques próximos esperados en el este. La moral de los soldados *maduros*, pertenecientes a los reemplazos antiguos, es mediana: la casa, la mujer, los hijos, pueden más que cualquier idea política.

Bahamonde, todavía cojo, que va a París como secretario del Comité de ayuda a España.

El teniente coronel Coello, de Portugal. Transportes. Dificultades graves.

El otro día, el teniente coronel San Juan, que han nombrado para dirigir la Escuela de Táctica.

Trifón Gómez viene a visitarme, porque le han nombrado intendente general del ejército. Ya era, y continúa, director general de Abastecimientos. Como yo le felicito por la designación, dice: «Creo que llegamos tarde». Con esto, entramos en una conversación muy instructiva. Hora y media.

Situación de catástrofe, según Trifón.

Datos: según el ministerio de Agricultura, la cosecha de trigo en la zona leal ha sido de ocho millones de quintales. Trifón cree que bastante menos. Sean los que fueren: ¿dónde están? El ministerio de Agricultura no lo sabe. La cosecha ha sido ya dispersada. En Cataluña, donde no interviene el ministerio de Agricultura, y lo lleva todo la dirección de Abastecimientos, se tiene la estadística, pueblo por pueblo, de las existencias, situación, etcétera, y de las necesidades de consumo y siembra.

Ha recibido, ayer u hoy, un telegrama de Vázquez Humasqué, subsecretario de Agricultura, pidiéndole desde Madrid cinco mil toneladas *de trigo de importación* para la capital.

—Si en noviembre —dice Trifón— Madrid necesita ya esa cantidad de trigo de importación, es que no van a comer.

El ministro de Agricultura metió *de contrabando*, en Consejo de ministros, un decreto prorrogando el de tal fecha de 1937… Sin más explicaciones, que nadie pidió (¡qué Consejos!). Después Negrín se enteró de que era nueva autorización para disponer de la cosecha de trigo del 38.

Desde 1 de julio del 38 a 31 de octubre la Intendencia militar ha comprado de la cosecha en España algo menos de diez mil toneladas de trigo. En el mismo tiempo se han dado a los ejércitos ciento seis mil toneladas de trigo importado. En pleno año agrícola, ¿qué significan estas cifras? Cuando

Trifón se reunió con la Comisión de ministros (Hacienda, Agricultura y Tomás Bilbao) encargada de los abastos, se lo explicó: Significan que harán falta seis millones de libras solamente para trigo. El ministro de Hacienda lo declaró imposible.

La Intendencia militar no paga. Le debe a la Dirección general de Abastos, ciento veintisiete millones de pesetas. A la Campsa, doscientos cincuenta millones. No paga tampoco a los campesinos, que están reacios y se niegan ya a vender.

El ministro de Agricultura dijo que la cosecha de arroz era de 88 000 toneladas. Solía pasar de 100 000. Trifón cree que se quedará en algo más de 40 000. ¿Dónde están?

El mismo ministerio dictó una orden sobre racionamiento de patatas, autorizando a los productores para reservarse la cantidad para la siembra, y otra *para el consumo de todo el año*, a razón de tantos gramos al día. El ministerio no sabía que las patatas no pueden guardarse todo el año. El resultado fue que los productores dispusieron en el acto de las patatas que podían guardar para su consumo del año.

Un día recibió la denuncia (sospecha que provenía de la CNT) de que en un gran local de Barcelona había almacenadas diez mil toneladas de harina. Averiguado el caso, resultó que eran del ministerio de Agricultura, que las tenía allí escondidas, no se sabe con qué propósito. Trifón obtuvo de Negrín autorización para rescatarlas. El ministerio de Agricultura se negó a entregarlas. Era en unos días en que había de traerse la harina de Gerona para no dejar sin pan a Barcelona. Por no dar el escándalo de tomarla a la fuerza, entró en negociaciones. El ministerio de Agricultura accedió a *vender* (!) una parte a la Dirección de Abastecimientos. Pedía a 150 pesetas. Por presión del propio ministerio, la harina está tasada a 88 pesetas, siendo su precio verdadero de más de 140. Pero cuando se trataba *de vender*, pedía a 150. Cuando se rescató, a ese precio, buena parte de ella se había estropeado y era impanificable. (¿Cómo puede ser todo esto? ¿Qué funcionamiento de ministerio y de administración? Increíble).

La Dirección de Abastecimientos no ha perdido dinero. Al contrario. El balance del último semestre (primero de 1938) se cierra con un beneficio de 27 millones, no obstante haber perdido 14 en el trigo y harina. En el cuarto trimestre del 37, ganó cinco millones.

Trifón habló con un tal García, antiguo militante de la organización sindical de la panadería de Madrid, y que actualmente interviene con funciones importantes en el Sindicato de Panificación y en el abasto de

Madrid en ese ramo. Quería Trifón enterarse de algunos pormenores en la parte comercial. García le dijo: «En confianza, Trifón: el secreto está en que nosotros no pagamos la harina».

Como esto, me ha contado muchas cosas.

¡La cuenta de la Intendencia militar es de un millón setecientas mil raciones diarias!

También hemos hablado un poco de política. Como yo le hablo de la situación del Partido Socialista, me dice que las cosas avanzan en él más de prisa de lo que parece. Cree que Besteiro debería residir en Barcelona. Refiriéndose a cosas pasadas, me cuenta que el año 34, cuando por influjo de Caballero progresaba el desatino de la insurrección armada, Prieto, en algunas reuniones de la Ejecutiva, se desesperaba, y hasta lloraba. Quería ahogar a Caballero. Besteiro le contestaba: «No hay que ponerse así, ni tomarlo de ese modo. No hay más que resistirle». Me parece que su disposición es pesimista. Del último Congreso internacional en Luxemburgo, refiere que los ingleses se quejaron de la campaña que los periódicos de aquí hacían contra Citrine. Por conservador que sea, tiene a las *Trade Unions*. Es un disparate atacarlo. A su regreso, Trifón habló de ello en la Ejecutiva y la campaña ha cesado; era de inspiración comunista, porque Citrine y las *Trade Unions* no aceptan la consigna de la «unidad»; ya la tienen, puesto que nada los divide, y no quieren nada con los comunistas. Los mismos ingleses le dijeron que habían hablado con el Gobierno británico sobre lo de España, y que el Gobierno les había dicho que estaría dispuesto a aceptar «la legalidad republicana»; pero ¿quién habría de representarla y administrarla? Preguntándole qué significa eso, cree que responde a un vago propósito de control, en los primeros tiempos. También cree Trifón que «salvar las 200 000 vidas que sacrificarían los facciosos sería un gran servicio».

1 de diciembre

En las audiencias de hoy, los delegados de la Unión Democrática de Cataluña, Romeva, diputado del PC, y Trias i Peixt. Me habían enviado una nota informativa sobre la situación de la Iglesia y tratos con Roma. Amplían de palabra. Larga conversación. Les declaro cómo veo yo el problema, y los esfuerzos que he hecho para que el Gobierno lo tomara en serio, y lo hiciese progresar. Tiempo que se ha perdido. Dificultades que ellos mismos han tenido con la jerarquía. Ya hay un vicario apostólico, con poderes bastantes para tratar con el Gobierno. Los sacerdotes son ahora acogidos, en algunas

partes muy bien, incluso demasiado bien; pero en otras, ha habido desapariciones. No tienen nada en la zona del centro (catalanismo puro). Juicios ásperos sobre el obispo de Barcelona. Una expresión característica de su apasionado sentir: «Se habla —dice Romera— de si lo han matado o no. Yo creo que no lo han matado, *porque no merecía el martirio*». Trias tiene un hermano condenado a muerte, en virtud de declaraciones arrancadas, según dice, por el tormento. También sobre este asunto les declaro mis puntos de vista.

En el curso de las audiencias, Negrín pregunta por teléfono si puede venir. Que le avisaré cuando me quede libre. Al poco rato, me habla por teléfono. Le urge darme cuenta de que, como réplica a las declaraciones de Spaak, el Gobierno ha acordado retirar de Bruselas al embajador y al personal diplomático. «¿Pero ustedes han pensado en la posible consecuencia?». Me explica que el Gobierno cree en una maniobra, para ir deshaciendo el Comité de Londres, y echar por delante a los pequeños países, para ir reconociendo a Franco. Me lee la nota para la prensa, que quiere publicar esta misma tarde; de ahí las prisas. La nota es tan escueta, que parece significar que se rompe toda relación con Bélgica. Le indico una modificación, que acepta.

2 de diciembre

La prensa publica la nota del *Foreign Office* sobre la suspensión de las penas capitales y la negativa de Burgos. Es lo que yo aconsejé a Cowan hace tiempo, para que la opinión británica esté informada, y pese en el asunto. A pesar del comentario restrictivo de *La Vanguardia*, la publicación de esa nota, a estas alturas y distancia, me hizo creer que el Gobierno había renovado ahora su compromiso, y me alegré. Pero no es así. Por la tarde, en el concierto del Liceo, vi al ministro Bilbao, que me habló de ello. No han vuelto a tratar de la cuestión. Este ministro, al comenzar la conversación, se mostraba así como persuadido de que no habría más remedio que restablecer las ejecuciones; pero yo le contradije, y le expliqué las razones en contra, y resultó que estaba conforme conmigo; creía que la situación no cambiaría y que el Gobierno no se volvería atrás, salvo alguno *que querrá hacer de eso una bandera*.

Visita de Albornoz. Me cuenta lo de las cartas de Marcelino a Martínez Barrio, sobre el deber republicano que hay que cumplir en París… Albornoz cree que Marcelino Domingo quiere una misión oficial en el extranjero.

6 de diciembre

La embajada que regresa de Ankara viene a contarme su viaje. Después, retengo unos minutos a Giner, para hablarle del incidente Cordón, de que fue testigo, y que deshaga las absurdas imputaciones que estampa en su escrito al Presidente. Lo promete así.

Pous y Pagés, que, en nombre de la intelectualidad catalana, me habla del conflicto de la Generalidad con el Gobierno. Nada nuevo me dice ni le digo. Queriendo explicar el porqué de no entenderse Negrín y Companys, lo atribuye en gran parte a que Companys carece de inteligencia.

También recibo a Nicolau, que se marcha a un viaje de quince días, y está autorizado por el ministro para hablar con el diplomático italiano; y a Bosch, que regresa de Inglaterra.

16 de diciembre

En el concierto del Liceo, se presenta en mi palco Negrín. El día antes estuvo en el frente. Ha llovido mucho. El terreno, encharcado. Atribuyen a esto el retraso de la ofensiva, esperada para el día 10, como me dijo el 9 por la tarde en Pedralbes. Que la tropa tiene muy buena moral. Grita en las trincheras: «¡Qué salga el toro!». Modesto ha abierto —dice— un oratorio, para que no haya ofensiva; y Líster reza el rosario, para lo mismo, por si sirve de algo. (Aunque no sean más que palabras, significa mucho respecto de la confianza que tienen). En nuestra conversación del día 9, me dijo que todas las medidas estaban tomadas. Creía que aunque avanzasen algo (hasta Artesa…), se contendría. «Y, en fin, hemos hecho lo que hemos podido. No se ha podido hacer más, y ese era nuestro deber». Estas palabras, y el tono, me suenan a nuevo en él. Algo de esto ha debido traslucirse también en su conversación del día 7 u 8 con las delegaciones de los partidos a quienes llamó. Los alarmistas decían por ahí que Negrín había declarado que no podría contenerse la ofensiva. No lo creí, e hice bien. Pero es cierto que la gente andaba asustada por lo solemne de la llamada y por las advertencias que hizo. Pidiéndole que me refiriese aquella entrevista y lo que les dijo, todo lo que me cuenta es normal y atinado. Falta que sea verdad…

La misma impresión tenían algunos políticos catalanes, por ejemplo, Sbert, que me visitó el jueves, y me dijo que su transigencia en los asuntos financieros de la Generalidad, la achacaban en parte a que lo ve todo muy mal.

En la misma conversación del día 9, me dijo, en líneas generales, en qué consiste el acuerdo con la Generalidad; anulación de los decretos bancarios de la Generalidad; entrega de valores y joyas, etcétera; auxilio del Estado y liquidación.

Durante el entreacto, Giral me comunica la negativa de Burgos al canje del obispo por mis papeles.

Le digo a Negrín que vaya a verme en Pedralbes después del concierto. Allí hablamos una hora. Le pregunto por lo de Bélgica. Resultado del viaje de Vayo a Lyon. Diálogo con los socialistas belgas y Huysmans. Queja de ellos: la forma en que se ha hecho. Que si nosotros queremos, derribarán a Spaak; pero el Gobierno sucesor hará lo de Burgos. Bases de arreglo: limitar a lo comercial el carácter del agente de Burgos; nombrar un embajador en Barcelona; volverá el nuestro a Bruselas. Hemos pedido que, dentro de algunas semanas, el delegado belga en el Comité de No-Intervención provoque una declaración de incumplimiento, y se retire, con libertad de vendernos armas. Dudoso que lo acepten. Se conformará el Gobierno con las dos primeras condiciones.

—¿Qué ha sido lo de Motril? —pregunto. (Sé, por Riaño, que la operación se inició y no prosiguió).

—¿Cómo sabe usted lo de Motril? —me responde.

—Se habla de ello en los cafés —digo.

Resulta que ha habido una filtración de informes, que llegaron al enemigo, y se previno. Absurdo: las órdenes, además de los jefes militares, las firmaban los comisarios. Los cuales se pusieron a dar conferencias a la marinería, sobre la significación e importancia de lo proyectado…

En un café de Barcelona, unos oficiales del ministerio de Defensa le han explicado a Santos todos los preparativos de nuestra defensiva, número de reservas, etcétera.

Están imprimiéndose: *Fresdeval*[18], para la revista *Madrid*; un volumen con mis cuatro discursos de guerra[19], que hace el ministerio de Estado; el primer tomo de Valera (si por fin tengo papel…) y *Plumas y palabras*[20], para la edición de seis volúmenes míos que hace Propaganda, destinada a la Exposición de Nueva York. ¡Qué actividad! Hay motivos para dudar de que todo ello se logre.

Los supervivientes de la tragedia se hartarán de insultar a los muertos.

En unas cajetillas de tabaco para la tropa, leo esto, impreso: «El jefe del Gobierno al ejército de la República». No se desperdicia nada.

23 de diciembre

Quiere verme con urgencia, antes del concierto. Citado para las cuatro, a las cuatro y veinticinco no había aparecido. Me voy al teatro. Llegó en el descanso. Excusas: no estaba toda la firma. Hablamos aparte. No hay nada del frente. (Resultó luego que la ofensiva había empezado por la mañana). Manifestaciones callejeras de mujeres, en Madrid, por falta de víveres. Se debe a que los transportes estaban absorbidos por las necesidades del Ejército del Sur. Ha dado órdenes para que se remedie. Y ha enviado a Madrid cuatro ministros. Se fugó un secretario de Camacho con un avión, conocedor de los planes sobre Córdoba, y ha habido que suspenderlos. Lo de los documentos de la valija inglesa en San Sebastián es cosa nuestra. «Nuestro servicio de información es mejor que el de los rebeldes», me asegura. Que el enemigo está muy confuso e incierto en sus propósitos.

Después del concierto, en Pedralbes. Firma. No ha hecho lo de París, aún.

Lo que cuentan las hermanas de Velao, que ayer estuvieron en casa. Sucesos en Segovia. Horror de la cárcel de Valladolid.

Por la noche, noticias de la ofensiva. Estos hombres aún no han aprendido a apreciar el valor de los hechos sintomáticos.

24 de diciembre

Me traen el proyecto de discurso del nuevo embajador francés. Audiencias: coronel Sánchez Plaza: quejas porque se prescinde de los militares profesionales. Algunos quieren retirarse. Que ayer los enemigos ganaron tres posiciones, solo con la artillería, defendidas por confederales, que las abandonaron.

Ots Capdequí, que vuelve de Colombia. Muchas noticias de allí, México y Cuba, y de los valientes intelectuales que luchan en las *vanguardias* de ultramar.

Quieren suprimir los de Instrucción Pública la Junta de Ampliación de Estudios. Acuden sus miembros a Negrín. Solución del Presidente: «No obedezcan ustedes».

La directora de Primera Enseñanza (E. Antich) por la Comisión del Día del Niño. Rivalidades con la Comisión de auxilio femenino del ministerio de Defensa. Ni para dar juguetes a los niños pueden ir juntos.

PEDRALBES: 1939

4 de enero

En el Liceo, concierto. Asisten los parlamentarios franceses. En el antepalco, escena con Ragassol, que pretendía traérmelos. Lección sobre lo que deberían haber hecho, para ser correctos. No les daré día mientras no se presenten al Gobierno. Y después, que me los presente el Gobierno.

Después, en Pedralbes, despacho con Negrín. Que todo va regular, mejor de lo que se pensaba. Que mientras tengamos a la gente en la mano, no pasará nada grave, aunque perderemos terreno. Ha habido *fallas*, pero no se puede castigar a los jefes responsables.

Tirantez entre Saravia y Rojo. Entre Saravia y Modesto. Repercusión: sin aludir a esos tropiezos, Negrín me dice que necesitará de Masquelet para una comisión, «porque es un gran técnico, todos lo dicen»; y que yendo a otro servicio, podría nombrarse a Menéndez…, o a Saravia, para el Cuarto militar. (Él no sabe que estoy enterado). Respondo: que puede disponer de Masquelet, para la guerra; pero que no lo sustituyo. Para eso hay un segundo jefe. Saravia y Menéndez están muy bien en campaña. (Buscaba sustituir o destituir disimuladamente a Saravia. Si quiere que lo haga de frente).

7 de enero

Recibo a los franceses. Larga disertación mía. Les explico todo, *ab ovo*. Están bien impresionados. Asiste Quero.

12 de enero

En Pedralbes. Viene Negrín, con Vayo, que se despide para Ginebra. Me leen el informe de la Comisión holandesa, que es, en efecto, bueno.

Me proponen a Zuga y Pi para México y Moscú.

Condiciones en que espera que se haga el arreglo con Bélgica.

Informes de Fernando: Lo que le ha dicho Sumner Welles: que ellos, ni Inglaterra, quieren que gane Franco.

Indicaciones oficiosas a Fernando sobre una propuesta de armisticio, por Roosevelt, que no aceptaría Burgos, y sí el Gobierno de la República, lo que realzaría su posición y facilitaría la derogación de la ley de Neutralidad.

Me leen la respuesta al embajador, acordada en Consejo, y enviada ya: Ninguna mediación mientras los extranjeros estén en España. Medias tintas y salvedades para no desairar a Roosevelt.

14 de enero

Por los telegramas reservados de Negrín, he ido viendo que se pronunciaba el desastre. Anoche, recado de Saravia, para que me vaya de aquí.

15 de enero

Envío a Santos al cuartel general, para hablar con Saravia. Vuelve por la tarde. Enorme desastre. Ha desaparecido el ejército. Los del Ebro, casi sin combatir. Peor que lo de abril. «Si dentro de quince días no tenemos doscientos aviones y gran refuerzo de artillería, no hay nada que hacer».

Telefoneo a Giral. «¿Está usted enterado?». Por su cachazuda respuesta, conozco que sabe lo aparente (un ejército que se retira combatiendo), pero no el fondo (la desbandada). Le cito para mañana.

16 de enero

En Pedralbes. Larga conversación con Giral. Le explico lo que pasa. Recuerdo lo que Negrín me apuntó, el día que estuvo aquí con Vayo, de una conversación suya con el embajador francés. «Que estamos dispuestos a seguir resistiendo, y si se perdiera Cataluña, nos iríamos al centro, a continuar». Disparatado propósito. Le digo a Giral, que habrá que señalar un límite. Perdidas Barcelona y la frontera, ¿qué íbamos a hacer? Lo reconoce.

Cree que, en ese caso, casi todo el Gobierno me seguiría. Incluso Negrín. «¿Cree usted que se atreverían los ministros a disentir del *jusqu'au boutisme* de su Presidente?». «En aquellas circunstancias, y viniendo de usted, sí señor».

Después, Negrín, llamado por mí, para que me dé cuenta de la situación. Lo hace con todas las atenciones posibles. En seguida se esparce y divaga sobre los arribos de material, etcétera.

Que me traerá al general Rojo. (¿Cuándo?).

Sobre mi nuevo alojamiento: improvisaciones. Encarga a Giral que busque casa para mí, en la zona que conozca. «Conviene que esté usted cerca del Gobierno, y que el batallón presidencial pueda servir para defenderlo contra un golpe de mano». (¿Eso temen?).

Otra cosa oscura y mascullada. Reconoce, por fin, que no se pueden ejecutar las sentencias de muerte, ya consabidas. Repasa las razones que tantas veces le di: humanidad, política, prestigio, etcétera. Añade que sería mayor crueldad, después que los reos están persuadidos de que no los ejecutan. Está dispuesto a ser inexorable con los que delincan de nuevo, en cosa que toque a la seguridad. Pero a los anteriores, no. Hay presiones para que se los mate, para amedrentar, en vista de que la guerra va mal. Resiste esas presiones. Está incluso dispuesto a decir que se han cumplido las sentencias, y esconder a los reos en un sitio que ya tiene preparado. Bajo su responsabilidad. Que haga cuenta de que no me ha dicho nada. Pasmo que me produce. Argumentos que le hago. Tiene la imaginación enferma.

Una vez más, me dice: «Hemos hecho lo que se ha podido».

Organiza veinte batallones de ametralladoras. Improvisación.

En la primera semana de enero estuvo a verme Martínez Barrio, de cuya abstención había hecho comento con Negrín. «No vengo a verle porque me lo haya dicho el Presidente del Consejo». Muy optimista. «El milagro de la resistencia…». Hablamos de cosas políticas pasadas.

Me dice Negrín que están buscando, por la parte de Gerona, instalación para el Gobierno.

Por la noche, vino a cenar Saravia. Detalles del desastre. Al comenzar la ofensiva, teníamos 90 000 fusiles. Hoy, en el este, hay 17 000. En el Ebro, 14 000. El ejército del Ebro, 60 000 bajas. Conducta de los *caudillos* aficionados.

El coronel La Iglesia, jefe de Estado Mayor de Levante, me visitó el martes. «Que se ha sido demasiado tolerante con los jefes populares no profesionales, cuando han sido incapaces». La Iglesia es comunista.

18 de enero

En el Consejo de ministros de hoy, me dice Negrín que han estado Martínez Barrio y Companys.

19 de enero

Bolívar me trae informes del Consejo de ayer, dados por Giral. Martínez Barrio aconsejó que haya ministros de la Esquerra.

Oímos el bombardeo de Igualada…

CARTA A ÁNGEL OSSORIO

La Prasle,
Collonges-sous-Salève (H. S).,
28 de junio de 1939

Señor don Ángel Ossorio,
Buenos Aires

Querido amigo: En la segunda quincena de abril llegó a mis manos su carta de usted, fechada el 13 de marzo. Ya la echaba de menos, pero no tengo que arrepentirme de ningún mal pensamiento, porque estaba seguro de que no me privaría usted de sus noticias. Ha llegado otra carta, que reproduce y amplía la primera. Se las agradezco. Tardar en contestarle no es pura pereza. El tiempo se me escurre entre los dedos, sin gran adelanto, aunque casi no hago otra cosa que mover la pluma. He tenido que roer una correspondencia bastante copiosa, arreglar una masa de papeles, ocuparme en trabajos urgentes, completar en lo posible mi instalación… ¡Qué sé yo! Y en todo llego tarde. También en el propósito de contestarle a usted. No me lo lleve a mal.

Estamos instalados en una casa de hechura saboyana, algo vieja y bastante destartalada, que por encargo mío alquiló Cipriano el año pasado. A su espalda hay unas praderas, una frondosa arboleda, y un huertecito, pertenecientes a la finca. Todo ello lo trabaja un portugués, que tiene la ventaja de llamarse Nascimento, y es nuestro proveedor de hortalizas. Nascimento es dueño legítimo de una mujer regordeta y de un perro de presa, canelo, que unas veces admite de nuestra mano un terrón de azúcar, y otras nos muerde, sin miramiento alguno. He de enviarle a Gordón una consulta sobre el carácter de este perro. El pueblecito es insignificante, pero en situación amena, bien comunicado. Mi casa está a trescientos metros de la frontera suiza, y a quince minutos de Ginebra, teatro de nuestros triunfos. Nos gobierna, en nombre de la República francesa, un alcalde muy bueno, antiguo combatiente, exdiputado, solterón, y con álbum, en el que me ha hecho escribir un pensamiento profundísimo. Me ha regalado una biografía de su

papá, que fue consejero de *arrondissement* y un librito sobre Rousseau. Es decirle a usted que con las autoridades estoy a partir un piñón. También tengo un policía sagaz, encargado de impedir que los facciosos me asesinen. El perro de Nascimento, que debe de ser falangista, le mordió el otro día en una pantorrilla. En fin, un auténtico príncipe ruso, que suena así como Cherebochef, venido a menos desde la revolución, y muy amigo personal de Alfonso XIII, nos provee de leche. La princesa viene todos los días a traérnosla, y como debe de haber averiguado que no somos comunistas, nos sonríe. El barbero es italiano, como su mujer, «muy fermosa e garrida», que inquieta a algunos varones de la pequeña colonia formada en torno nuestro. Quien no se inquieta por nada es el barbero. Añádese a todo esto la imponente contigüidad del boscoso Salève, que hasta hace quince días nos ha tenido envueltos en brumas y chaparrones. Y está hecho el catálogo de los incentivos con que la sociedad y la naturaleza concurren a hacerme llevadero el destierro.

Hemos llegado a ser aquí treinta y una personas; naturalmente, no cabían en la casa, y se han albergado en el pueblo. Además, tengo en Montpellier a mi hermana y su marido, a las hijas y nietos de mi hermano, y a un cuñado de mi sobrina viuda. Otras diez personas. A mi hermana le han confiscado todos sus bienes. Nuestra casa de Alcalá, convenientemente saqueada, alberga ahora a la falange. No pudiendo ayudarlos de otra manera, me he traído a vivir aquí provisionalmente a unos cuantos emigrados; entre ellos el coronel Parra, que en los últimos tiempos era jefe de la guardia presidencial, y al general Menéndez. Menéndez logró embarcarse en Gandía, cuando ya Valencia, y Gandía mismo, estaban en poder de los falangistas. Lo facturaron para Londres, y he conseguido del Gobierno francés que le dejen venir aquí. Su mujer y sus hijas están en España. Ahora ando en gestiones para encontrarles colocación en México o en Colombia. A Saravia no he podido traerlo conmigo, porque son once de familia. Vive malamente en una aldea cerca de Marsella. Los que distribuyen los fondos de socorro a los emigrados son tan miserables, que a Saravia no le han dado un céntimo, porque no era comunistoide y sí republicano y amigo mío. Esta aglomeración de la Prasle no puede, es claro, durar mucho tiempo. Ha empezado a disgregarse. Mi cuñado Manolo, con su mujer y su hijo, están ya en México. Manolo ha sido colocado en la Casa de España. No conozco exactamente los fines de este instituto. A él pertenecía ya Díez-Canedo. He obtenido del presidente Cárdenas un puesto, también en la Casa de España, para Domenchina, que ha estado tres meses en Toulouse, con su familia, pasando las penas derramadas. Otras personas,

desconocidas para usted, que estaban aquí, se han embarcado igualmente. Cada despedida corta un lazo más con el pasado. Dentro de poco me quedaré en la estricta intimidad familiar y a solas con mis pensamientos.

No son muy lisonjeros, que digamos. En el orden personal no me quebrantan, y lo que me ha pasado a mí, particularmente, me importa poco, o nada, cualesquiera que sean las dificultades del mañana. Tanto me da vivir en un palacio como en una aldea. Todo lo que soy lo llevo conmigo. Por lo visto, conservo un fondo casticísimo de indiferencia estoica, y me digo como Sancho: *Desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano*. Por otra parte, las grandes experiencias a que hemos asistido, y en las que me ha tocado ser, unas veces angustiado espectador, otras actor, y otras la víctima, son un acontecimiento prodigioso, no en la historia del mundo, sino en nuestra corta vida personal, y la colman, la profundizan. Si yo fuera un intelectual puro, podría ahora consagrarme, impasible, a extraer el meollo «sustantífico» de todo lo que ha pasado. Veo en los sucesos de España un insulto, una rebelión contra la inteligencia, un tal desate de lo zoológico y del primitivismo incivil, que las bases de mi racionalismo se estremecen. En este conflicto, mi juicio me llevaría a la repulsa, a volverme de espaldas a todo cuanto la razón condena. No puedo hacerlo. Mi duelo de español se sobrepone a todo. Esta servidumbre voluntaria me ha de acompañar siempre y nunca podré ser un desarraigado. Siento como propias todas las cosas españolas, y aun las más detestables hay que conllevarlas, como una enfermedad penosa. Pero eso no impide conocer la enfermedad de que uno se muere; o más exactamente de que nos hemos muerto; porque todo lo que podemos decir ahora sobre lo pasado suena a cosa del otro mundo.

Me gustaría, puesto que se lamenta usted de estar mal informado, contarle puntualmente los sucesos. Resultaría un mamotreto. Le daré a usted una impresión abreviada. Lo de Cataluña era fatal, en cuanto los facciosos acabaran de comprender que el nudo de la guerra estaba allí, y en ninguna parte más. Todavía no se ha explicado nadie por qué en marzo del 38 cuando tomaron Lérida, no llegaron a Barcelona. Entre ambas capitales no había fuerza alguna. Tal vez no supieron a tiempo la inmensidad del desastre que nos habían causado. Desde entonces, Cataluña era, militarmente, una plaza asediada, que no podía reponer el desgaste diario de hombres y material, de municiones, víveres, etcétera. En tanto que el sitiador se reforzaba continuamente. Su artillería era diez veces más numerosa que la nuestra y su aviación cinco o seis veces. Nosotros no teníamos cuadros de mando, el ejército era una masa sin esqueleto, propicia al pánico y a la desbandada. La

desventurada ocurrencia de decretar la «movilización general» (expresión que en nuestro país carece de sentido, porque nadie tenía instrucción militar), sin duda para impresionar a la opinión con un *bluff* inoperante, metió en filas una muchedumbre de gentes sin preparación alguna, sin moral, sin entusiasmo político, derrotadas de antemano, que en cuarenta y ocho horas pasaba de la oficina o del taller a la trinchera, empuñando un fusil del que ignoraban el manejo, y llevando sobre sí la impresión desastrosa de la retaguardia. Los conflictos entre el Gobierno y la Generalidad, llevados con groseras faltas de tacto y de lealtad por ambas partes, produjeron en los catalanes más o menos influidos por la táctica de la Esquerra y otros grupos análogos, un despego (llamémoslo así) que no se disimulaba. Pi y Suñer, como otros personajes de Barcelona, me dijo que, en virtud de la política anticatalana de Negrín, los catalanes *ya no sabían por qué se batían*… Es verdad que tipos como Rovira y Virgili escribían artículos asegurando que *els pits catalans* opondrían al invasor una barrera inexpugnable, y de paso escarnecían la resistencia de Madrid (que había sido defendido por los barberos…); pero la procesión iba por dentro. La ofensiva facciosa empezó el 23 o el 24 de diciembre. El 1 de enero, como el jefe del Gobierno no me decía claramente la situación, pregunté por teléfono al general Saravia: «¿Cómo va eso?». «Tenemos sesenta mil desaparecidos», respondió. Los soldados habían arrojado las armas en cuanto quedó rota la primera línea, y se escondían en las bodegas, en los pajares, aguardando la llegada de los facciosos, o vagaban por los montes; desde la ocupación de Borjas Blancas, ya no se combatía. Los atacantes no tuvieron apenas bajas desde ese día. Avanzaron a la velocidad de los camiones. Así cruzaron las sierras, camino de Tarragona, y así cruzaron Garraf, sin tropezar en ninguna obra de defensa. Tampoco las había en los contornos de Barcelona, donde el enemigo entró casi sin resistencia. Verdad es que no había con qué hacérsela.

Como usted sabe, nosotros vivíamos en las inmediaciones de Tarrasa. Nadie del Gobierno se ocupó de nuestra suerte. Cuando Saravia instaló su Cuartel General a nuestra espalda, vino a decirme que no debíamos continuar allí ni un día más. Rehusé tomar ninguna determinación, mientras el Gobierno no lo estimase necesario. Estuvimos allí hasta el sábado 21 de enero. Ese día, Carmen con los niños, venciendo por consejo mío la oposición de los optimistas, salió por la mañana en dirección de Collonges. Nosotros nos fuimos por la tarde a una casa próxima a Caldetas. Todavía al día siguiente pudimos sacar a todo nuestro personal; pero la familia de un *chauffeur* que vivía en Tarrasa ya no pudo salir. Marchándonos el sábado, el enemigo ocupó

nuestra casa el martes o el miércoles siguiente. Conseguir que saliera de Barcelona todo el personal, militar y civil, de la Casa Presidencial, fue tarea dificilísima, penosa. Nadie los atendía. Por fin, se organizó un tren, que estuvo catorce horas parado en la estación de Barcelona, y tardó cerca de treinta en llegar a Figueras. La casa que, desde junio, nos estaban preparando en Llavaneras no podía utilizarse aún. Pasamos la noche en otra, a 150 metros de la carretera, y a las pocas horas de llegar nos bombardearon sin más consecuencias que la rotura de cristales. Al día siguiente, pudimos ya ocupar la otra casa, que también bombardearon. No es que nos buscasen a nosotros; lo daba el sitio, que era de mucho tráfico. Giral se tomó el trabajo de buscarnos otro lugar, y el lunes por la tarde, en el único coche que nos quedaba (los demás se habían ido rompiendo o andaban perdidos en aquel barullo, para sacar gente de Barcelona), nos fuimos al castillo de Perelada, donde estaba depositado lo principal del Museo del Prado. Tardamos seis horas. Tal estaba la carretera. Al día siguiente ya no se podía pasar.

En Perelada estuvimos ocho o nueve días. El castillo estaba intacto, atestado de obras de arte, propiedad de Mateu, y del Estado. Yo no vivía, pensando que todo aquello iba a arder. El Gobierno publicó el lunes una nota diciendo que permanecería en Barcelona. La gente, mal enterada, supuso que la situación daba espera, y muchas personas demoraron la salida. Allí se han quedado. Pero el mismo lunes, por la noche, el Gobierno se marchó de Barcelona. Se dejaron allí hasta los archivos secretos del ministerio de Estado, incluso los papeles del servicio de espionaje e información en la zona franquista, en Alemania e Italia. Las consecuencias han debido de ser fatales para muchas personas. El martes le echaron a Saravia el mochuelo de la defensa de Barcelona para que cargara con la pérdida de la plaza; los facciosos estaban ya en Molins y en el Tibidabo. La defensa corría a cargo de unas fuerzas heterogéneas, que no llegaban a seis batallones, de ellos, dos mil quinientos guardias de asalto; muchos se marcharon, alegando que tenían órdenes del ministerio de la Gobernación. Aparecieron algunos días después en Ripoll. Perdida Barcelona, y llegado el enemigo a Masnou, Saravia, que seguía siendo nominalmente jefe *de los ejércitos* de Cataluña, propuso que el Ejército del Ebro, mandado por Modesto, comunista, en derrota desde hacía un mes, fuese sacado de línea, para reorganizarlo, y sustituido por el Ejército del Este, que se conservaba casi intacto. Destitución fulminante de Saravia, y diligencias previas instruidas para depurar *las responsabilidades* de la rendición de Barcelona. Con el fin de protegerle un poco de semejante

canallada, le nombré mi ayudante, pensando que así evitaría una medida rencorosa contra él. ¡Se había atrevido a contrariar a los comunistas!

Me enteré de la rendición de Barcelona por las arengas radiadas del vencedor. No le extrañe a usted: Todavía no ha habido ningún Gobierno que me haya comunicado la rendición de Málaga. ¡Hacía más de una semana que el jefe del Gobierno no me visitaba! Y en la mañana del sábado, 28, algún ministro ponía en duda la pérdida de Barcelona. Ventajas del optimismo, que acorta, por el comienzo, la duración de las pesadumbres. La fuga había ya empezado. Las autoridades francesas hicieron repasar la frontera a doce o trece mil soldados, con los que el mando militar quería reorganizar unos batallones para tapar los boquetes abiertos en el frente. Figúrese usted su utilidad. Estando ya los facciosos en Arenys y Granollers, la desbandada cobró una magnitud inmensurable. Una muchedumbre enloquecida atascó las carreteras y los caminos, se desparramó por los atajos, en busca de la frontera. Paisanos y soldados, mujeres y viejos, funcionarios, jefes y oficiales, diputados, y personas particulares, en toda suerte de vehículos: camiones, coches ligeros, carritos tirados por mulas, portando los ajuares más humildes, y hasta piezas de artillería motorizadas, cortaban una inmensa mesa a pie, agolpándose todos contra la cadena fronteriza de La Junquera. El tapón humano se alargaba quince kilómetros por la carretera. Desesperación de no poder pasar, pánico, saqueos, y un temporal deshecho. Algunas mujeres malparieron en las cunetas. Algunos niños perecieron de frío o pisoteados. Un funcionario de la Presidencia, que volvía de Francia, pasó diecisiete horas dentro de su automóvil, preso en el atasco. Se tardó dos o tres días en restablecer la circulación. Las gentes quedaron acampadas al raso, y sin comer, en espera de que Francia abriera la puerta. Dejaban pasar a muy pocos, no sé ya cual día se logró que ampliaran el permiso hasta unos miles de personas. Aún no había llegado a la raya el alud de los combatientes. El 15 de enero quedaban en línea y encuadrados setenta y ocho mil hombres. Según los datos oficiales, han pasado la frontera 220 mil soldados de todas las armas. Estas cifras le permitirán a usted formarse idea de la magnitud del desastre.

El sábado 28, escribí a Negrín diciéndole que por muy urgentes que fuesen sus ocupaciones, debía venir a verme con el general jefe del Estado Mayor Central. Y al general Rojo le envié un ayudante, con un recado análogo. Rojo contestó que deseaba mucho la celebración de la entrevista, y en presencia de mi ayudante telefoneó a Negrín para concertarse. Se me presentaron a las once de la noche. Invité a Rojo a que me expusiera la

situación. Estuvo hablando cerca de una hora. Me describió el estado de la *línea* que en grandes trozos había desaparecido, dejando anchos boquetes sin defensa. En otras partes, era sumamente tenue, indefendible. La retirada se hacía en tales condiciones, que no había lugar donde detenerse para organizar la resistencia. Se trataba de enviar al frente unos pocos batallones (habló de tres o cuatro), formados con fugitivos recuperados. El enemigo podía llegar a Gerona cuando quisiera, en 24 horas o en tres días, según la velocidad que imprimiera a su avance. Existía la impresión de que no deseaba precipitarse, para dar tiempo a que la masa de fugitivos fuera pasando la frontera. Escaseaban los recursos para todo, y la moral faltaba en absoluto. La conclusión de Rojo era: no hay nada que hacer. Le opuse las objeciones que podía concebir el más optimista, con el propósito de hacerle repetir, en otra forma, lo que ya me había dicho. Rojo deshizo fácilmente mis observaciones. Poniendo entonces la atención en nuestros vecinos militares de la zona centrosur; hice el argumento que estaba al alcance de un niño: teniendo el enemigo acumulado sobre Cataluña todo su poder ofensivo, nuestras fuerzas del centro y del sur no han podido realizar ninguna operación, salvo el simulacro de ofensiva por Extremadura, para el cual faltaban hasta las municiones. Concluida la campaña en Cataluña, tampoco podremos resistir en el centro, cuando se revuelvan sobre él con los elementos que aquí tienen. Rojo opinaba lo mismo.

—¿Qué dice usted, en vista de todo esto? —le pregunté a Negrín.

—Todavía hay recursos para resistir —contestó—. Pero cuando un pueblo no quiere defenderse, no hay nada que hacer.

—En el terreno estrictamente oficial —repuse yo— me limito a decirle a usted esto: reúna usted mañana el Consejo de ministros, y que el general Rojo repita ante él lo que acabamos de oír…

—Lo repetiré, añadiendo otros detalles que he omitido para no cansar al señor Presidente —me dijo el general.

—Bien. El Gobierno, después de escuchar ese informe —proseguí yo— tomará un acuerdo, y usted, Presidente, me lo comunicará. Yo podré entonces conformarme con el acuerdo, o rechazarlo. Mi posición oficial no puede ser otra. Ahora bien, en mi deseo de ayudar al Gobierno, aunque no sea más que con un consejo, a salir de esta situación, le diré a usted mi criterio personal. Lo único que puede hacerse, y a toda prisa, es recabar los buenos oficios de Francia e Inglaterra, y si es posible, de otra tercera potencia, para obtener una suspensión de hostilidades, y concertar las mejores condiciones de paz, que no pueden ya ser de carácter político, sino puramente humanitario, para

asegurar la salida de España a los jefes y oficiales del ejército, a los políticos y funcionarios, etcétera, más amenazados, y obtener garantías respecto de la vida y la libertad de los que se queden.

El Presidente del Consejo no hizo objeción alguna ni de principio ni de oportunidad, a mi propuesta. El general Rojo tampoco objetó nada; no a la decisión política consejada por mí —en la que no tenía por qué opinar—, sino al convencimiento manifiesto en que sobre el resultado de la guerra mi proposición se fundaba. Era el momento de decirme: «¡Cómo, señor Presidente! ¿Pedir la paz? Aún podemos continuar la guerra, con probabilidades de ganarla». No me lo dijo. ¿Cómo iba a decírmelo, después de su informe? Por lo que uno y otro hablaron, y por lo que no dijeron, quedé absolutamente convencido de que compartían mi opinión; Es notable el estado de abatimiento de Negrín durante la entrevista. Completamente «derrumbado», como suele decirse. Le veía así por vez primera, y me causó mayor impresión.

Hablé también del peligro que corría el tesoro artístico, y de la urgencia de ganar horas para ponerlo en salvo. Negrín asintió; y mezclando conjuntamente este asunto y el principal, me dio a entender que el ministro de Estado había ido a Francia con instrucciones muy reservadas. Las vagas reticencias de Negrín, su asentimiento tácito a mi propuesta, y su decaimiento, condujeron a producirme la impresión clarísima, firme, de que con el viaje de Álvarez del Vayo a Perpiñán, donde residían los representantes de Francia e Inglaterra, Negrín se había adelantado a mi propuesta y de que ya se estaba haciendo algo en ese sentido. No es posible ninguna duda sobre que Negrín tuvo la intención de hacérmelo entender así; o porque realmente pensaba hacerlo, o por otro motivo que no se me alcanza cuál fuera. Terminada la entrevista, cuando me reuní con las personas que me acompañaban en el castillo de Perelada, contesté a sus impacientes preguntas con esta sola palabra: «Paz…». Tal era la impresión obtenida por mí, y todos advirtieron la alegría que me causaba el posible término inmediato de la estéril tragedia.

Pasó todo el día siguiente, domingo, sin que Negrín se comunicase conmigo. Anochecido, le telefoneé, con algo de mal humor: «¿Qué ha acordado el Gobierno?», pregunté. «No hemos acordado nada todavía —respondió—, porque no nos han llegado unos datos que esperamos del extranjero». Relacionada esta respuesta con los antecedentes referidos, me confirmó en la creencia de que se estaba o se iba a estar pronto en negociaciones para preparar la suspensión de armas y la paz.

Así transcurrió casi todo el lunes. A media tarde fue a verme Martínez Barrio, que, contra su costumbre, me visitaba ahora casi todos los días. (Desde noviembre del 37 a enero del 39, nos habíamos visto seis veces, dos de ellas en actos oficiales). Le referí mi conversación con Negrín y Rojo, mi propuesta, y cómo estaba esperando el acuerdo del Gobierno. Martínez Barrio estaba enteramente conforme con mi iniciativa, pero respecto del Gobierno me dijo que había estado reunido muchas horas el domingo, y en la mañana del lunes; que Rojo había informado ante los ministros, pero Negrín no había hecho proposición alguna en el sentido que yo aconsejaba. Mi capacidad de asombro no estaba agotada, y me asombré. Hice que llamaran por teléfono a Negrín, invitándole a que fuese a verme. Prometió hacerlo en seguida. Eran las 5. Transcurrió una hora, y Negrín no llegaba. «Verá usted como no viene», le decía yo a Martínez Barrio. «No es posible». Le envié un motorista con nuevo recado. A las 7 no había aparecido. «¿Lo ve usted?», dije. Martínez Barrio se fue al teléfono. No sé qué le diría; el caso es que, un rato después, apareció Negrín, sonriente y optimista como nunca.

Mientras esperábamos al Presidente, Martínez Barrio me comunicó sus impresiones últimas. «¿Usted sabe cómo están las cosas?», me preguntó. «Creo que sí. Muy mal». Había tenido que abandonar su casa, en un pueblecito cercano de Gerona, para instalarse en Darnius, donde también estaba Companys. Las condiciones de la vivienda eran, según parece, humillantes. El Cuartel General se había establecido en la Agullana, a cuatro kilómetros de la raya, decisión que, según Martínez Barrio, aumentó la desmoralización. Lo que me contó de la situación militar era, sobre poco más o menos, ya sabido. Martínez Barrio temía que en pocas horas los facciosos se presentasen en Gerona. No se sabía quién había dado la orden de evacuar esa ciudad, y se produjo otro atasco enorme en la carretera hasta Figueras. Algún ministro hizo el trayecto a pie. Ni en este ni en ningún otro problema se había tomado ninguna medida de previsión. El desbarajuste llegó a tal punto, que el ministro de la Gobernación se creyó en el caso de regular él personalmente, pistola en mano, la circulación. Los juicios de Martínez Barrio se resumían en esto: «No funciona nada». No había Estado, ni Gobierno, ni servicios. Un «sálvese el que pueda» general. Los Consejos nacionales de los partidos y sindicatos pasaban la frontera; algún personaje muy conocido pasó dentro de una ambulancia de la Cruz Roja. Un alto funcionario se llevó la colección de sellos del correo submarino, que los coleccionistas pagan a buen precio. A Perelada llegaban camino de Francia expediciones de las colonias infantiles, de noche, en camiones descubiertos, bajo una lluvia torrencial. Abrigábamos

a los niños en el castillo y les dábamos de comer algo caliente, aunque apenas había qué. Pero en Barcelona se habían quedado víveres, para dos años algunos millones de litros de gasolina, y no podíamos mover los coches por falta de combustible, y doscientos mil equipos de tropa completos, habiendo tanta gente desnuda. A Martínez Barrio le alarmaba mucho mi situación personal. Creí comprender que había hablado de ello con el jefe del Gobierno, una de cuyas preocupaciones principales era, según dijo, velar por mí. «Usted no puede permanecer en este sitio ni un día más», me decía Martínez Barrio. El peligro mayor no era el bombardeo. Estábamos entre tres aeródromos militares, atacados todos los días; pero contra mi residencia no tiraban, supongo que para no destruir la magnífica propiedad del señor Mateu, nombrado ya alcalde de Barcelona, y porque ignoraban el inverosímil caso de mi residencia en aquel lugar. Lo más grave que podía ocurrir —y ese era el temor de Martínez Barrio— era quedar sumergidos por la inundación de fugitivos. Iba a reproducirse en la ruta de Francia, la situación de tres días antes, pero en proporciones todavía mayores. Se nos venía encima el reflujo del Ejército del Este, en retirada, atacando ya los enemigos en la dirección Vich-Ripoll. Reaparecían las patrullas y controles «espontáneos». Los pueblecitos del contorno, ocupados por servicios y destacamentos militares más o menos indisciplinados y en fuga, no eran transitables, si no se contaba con la benevolencia de los ocupantes. Así nuestro aislamiento era cada día mayor. No conseguí que me pusieran un teléfono directo con Figueras; dos días nos tuvieron sin gota de gasolina. En el camino de Figueras, unas pandillas de fugitivos nos robaron el coche de servicio del batallón de la guardia. Como defensa, contaba con una compañía de fusiles. Las otras compañías del batallón, no pudiendo alojarse en Perelada, estaban acantonadas en otros pueblos. (Por cierto que, 20 días antes, habían querido desarmarme el batallón, alegando que sus 700 fusiles eran necesarios en el frente. Como si la falta fuese de esas pocas armas. Saravia se opuso, y gracias a eso tuve una fuerza adicta hasta el último momento. También Negrín me habló del batallón en Barcelona: Me dijo que, cuando tuviéramos que retirarnos hacia el Pirineo, el Presidente de la República debería instalarse muy cerca del Gobierno, para que el batallón de la guardia protegiese también a los ministros. ¡Tal confianza tenía el Gobierno en *sus fuerzas*!). A las instancias de Martínez Barrio contesté que no desconocía el peligro, pero que carecía de medios y de iniciativa para trasladarme a otro sitio. Me habían ofrecido el castillo de Requesens, en la misma raya, pero no lo acepté, por lo difícil del acceso, por su aislamiento absoluto, y porque no era habitable. Mi

traslado, o lo que hubiera de hacerse, debiera de ser resolución del Gobierno, o de su Presidente. Aceptaría lo que me propusiesen. En el caso peor, si los facciosos se nos echaran encima (por ejemplo, si pasaban de Gerona), antes de que se resolviese nada sobre mi residencia, yo no me creía obligado a dejarme coger prisionero, para que me paseasen por la calle de Alcalá con una cuerda al cuello, que sería peor que la muerte. Proveería yo solo a mi defensa y seguridad, para lo que no me faltaría tiempo ni gente.

Llegado Negrín, le pregunté qué había resuelto el Gobierno. «No puedo someter a deliberación del Consejo de ministros lo que usted desea —respondió—. Si lo hiciese, a la media hora lo sabría todo el mundo, y seguramente se produciría un levantamiento en contra. Yo no tengo medios ni resortes de gobierno para garantizar la vida de nadie».

¿Qué había pasado para que a las 48 horas saliese Negrín por ese registro? Lo ignoro. ¿Por qué durante ese tiempo, siendo preciosos los minutos, me mantuvo en la creencia de que tomaba en cuenta mi proposición? Tampoco lo sé. Acaso para entretenerme, dar lugar a que se produjese lo irreparable, y ponerme una vez más ante el hecho consumado, cortando la posibilidad de cualquier iniciativa. La fuerza de su argumento, de tener alguna, habría sido mayor dos días antes, pues por momentos se aceleraba la descomposición militar y de gobierno. Pero no me lo presentó en aquella ocasión. En realidad, el argumento era deleznable, por consideraciones de fondo, y por la circunstancia de que un ejército y un pueblo en desbandada no iban a responder con sublevaciones a una acción de gobierno encaminada a librarlos del pánico. Llegué a decir a Negrín que llevase el asunto al Consejo como un mensaje mío, como una propuesta del Presidente. Rehusó. Martínez Barrio opinó también que yo no debía dar un paso de tal gravedad. Explorando los propósitos de Negrín, empresa difícil, creí comprender, a través de palabras masculladas, que tenían resuelto dar orden a los jefes de columna para que fuesen avanzando bandera blanca, cuando ya no pudiesen aguantar más. No llegó a hacerse así, como los acontecimientos posteriores prueban. ¿Bajo qué impresiones estaba entonces la insegura y errática fantasía de Negrín, para concebir una cosa semejante? No aventuro una explicación, pero relaciono el caso con una declaración hecha ulteriormente en París por Negrín. Cuando volvieron a Francia huyendo de la sublevación casadista, secundada por todos los partidos menos el comunista, Negrín y sus ministros celebraron «consejo» en París. Se había producido el rompimiento violentísimo de Negrín y Rojo, de quien recibió Negrín unas cartas atroces. Explicándose sobre este suceso, Negrín les dijo a los ministros que «unos días antes de salir de La Vajol, le

había propuesto Rojo la rendición sin condiciones de todo nuestro ejército, con un plan detallado para llevarla a cabo». (La Vajol es el último pueblecito donde estuvimos, antes de salir de España). ¿Esta imputación tardía de Negrín es fundada? ¡Quién podrá asegurarlo! Si lo fuese podríamos ver en aquellas proyectadas órdenes de enarbolar bandera blanca una deformación más o menos voluntaria del plan de rendición. Lo seguro es que Negrín no quería hacer nada que equivaliese a reconocer que la guerra se había perdido sobre el terreno. (Virtualmente, estaba perdida desde muchísimo tiempo antes). Tal reconocimiento había necesitado, en la conocida posición de Negrín, un heroísmo incompatible con su falta de seriedad.

Antes y después de esta conversación, exploré el terreno diplomático, decidido a intentar por mi cuenta y riesgo lo que otros, por estupidez, cobardía, sumisión a consignas exóticas o por pura falta de conciencia no querían hacer. Envié con mi cuñado Manolo una carta al embajador de Francia, invitándole a visitarme en Perelada. Creíamos al embajador en Port-Vendres, pero no se le encontró allí; supimos más tarde que estaba en Perpiñán. El atasco de la carretera le impidió a mi cuñado volver a darme cuenta de la inutilidad de su viaje, y perdimos unos días esperando en vano. El mismo sábado 28, por la mañana, Álvarez del Vayo, todo mieles, me había dicho: «He sabido que el embajador de Francia desea ver al señor Presidente. En cuanto el embajador pueda pasar y venga a Figueras, le encaminaré aquí». «Yo también deseo verle con urgencia», respondí. Supe más tarde que el embajador estuvo en Figueras, cuando yo había salido de Perelada; pero el ministro no le puso en relación conmigo.

El martes 31, Martínez Barrio me comunicó que había encontrado un lugar donde instalarme: Masanet de Cabrenys, una aldea pirenaica, fuera de toda ruta. Martínez Barrio no conocía personalmente el sitio, pero le aseguraban que era apropiado y me aconsejaba el traslado inmediato. En el pueblecito había un pequeño destacamento de carabineros, que podía quitarse de allí, para sustituirlo con la guardia presidencial. Antes de resolver, envié aquella noche al coronel Parra a reconocer el alojamiento. Volvió el miércoles por la mañana. «Allí no puede usted estar de ninguna manera —me dijo—. La casa que le ofrecen es un gran corral, donde hay dos habitaciones, al que se llega por un sendero de fango. El pueblo, a 14 kilómetros de la frontera, no tiene salida ninguna. El pequeño destacamento de carabineros es todo un batallón, mandado por un hombre de la íntima confianza del Presidente del Consejo. No vaya usted». Se recibió una tarjeta de Martínez Barrio al coronel Parra, diciendo: «Supongo que aquellas personas habrán dormido ya esta

noche en Masanet». Parra se detuvo en Darnius, para decirle a Martínez Barrio que no nos habíamos movido. Contrariedad de Martínez Barrio. «¿Pero ustedes no se dan cuenta de la situación?». «Sí que nos damos cuenta. Pero a Masanet no puede ir el Presidente». Y le dio sus razones.

Al mediodía de aquel miércoles, recibimos las peores noticias de la situación de los pueblos. Algunos vehículos que venían a Perelada, o salían, no lograron pasar. Como el celo (verdaderamente conmovedor), de Martínez Barrio, no daba fruto alguno, y el Gobierno, disperso, no se ocupaba de nosotros, hice telefonear al Cuartel General de Rojo, en la Agullana. Me contestaron que el jefe del Gobierno y Rojo iban a salir para visitar el frente. «Aplacen ustedes la salida —le dije al general— y espéreme ahí, que voy a hacerle una visita. Avise al Presidente del Consejo». Negrín vivía fuera de la Agullana, monte arriba. Tomamos los coches, y no encontramos en los pueblos dificultad alguna. Comprobé una vez más que los recelos y temores de algunos políticos respecto de la actitud popular, o eran infundados o no rezaban conmigo.

Rojo y el coronel Fontán estaban instalando los servicios de Estado Mayor en una casa que debe de ser la expresión de la fantasía «modernista» de algún nuevo rico. Me ofrecieron desalojarla, para que me quedase en ella. «Pero no se lo aconsejo a usted. El enemigo ya sabe que estamos aquí, la casa se ve demasiado, y no tardarán en bombardear». «Aguardemos al Presidente del Gobierno para que resuelva», contesté. Con Negrín acordamos que me instalara en La Vajol, aldehuela enriscada en el Pirineo, la última de España. «En La Vajol creo que no hay nada», opinaba Rojo. Le dio un papel, firmado en blanco, al coronel Parra, para que se adelantase a La Vajol y ordenase allí lo que tuviese por conveniente. A Rojo se le ocurrió ofrecernos los furgones del Estado Mayor. Eran bastante buenos: un furgón cocina, un furgón despacho y comedor, un furgón con literas. Los acepté, y ya anochecido, subimos al pueblecito, siguiéndonos los furgones. Parra había descubierto una casita, de dos plantas, como de ocho metros de lado, a la salida del pueblo. Se albergaban en ella, desde bastante tiempo atrás, el subsecretario de la Gobernación, Mario Pittaluga, otro médico cuyo nombre no recuerdo, y un oficial de carabineros. No estaban allí cuando llegó Parra, que tomó posesión de la casa, en medio de los alaridos desgarradores de una criada gallega. Pudimos traer de Perelada algún personal de servicio, ropas y menaje de casa. Muy entrada la noche cenamos en los furgones, y cuando Mario Pittaluga y otro de los inquilinos de la casa se vieron desahuciados, aceptaron con buena

gracia el trueco por nuestro dormitorio ambulante. Allí estuvimos hasta la madrugada del domingo.

El mismo miércoles, 1 de febrero, las Cortes celebraron sus últimas sesiones. Malamente han vivido durante la guerra las Cortes de la República. Su conclusión no ha sido más brillante. Asistieron sesenta y tantos diputados. Bastantes de ellos repasaron la frontera con ese fin, y los alabaron mucho. Otros lo pensaron más y se volvieron a Francia desde Le Perthus. Recibí aviso de algunos republicanos, dispuestos a ir a España, si los necesitaba, en cuanto los llamase. La verdad es que yo no los necesitaba, pero de necesitarlos, tampoco los hubiese llamado. En esta sesión, como en todas las celebradas durante la guerra, y no obstante ser la situación tan patética y conmovedora, tampoco hubo nadie para hablar con grandeza. Para explicar las causas, los resultados, y anunciar los posibles remedios del desastre que estaba a la vista (y en el oído) de todos los presentes. Negrín pronunció un discurso que merecería llamarse gedeónico, si las circunstancias no le diesen el carácter de una bufonada siniestra. Llegó a decir que el mejor plebiscito a favor del Gobierno era el hecho de la fuga general de la población, delante de los invasores. Nadie se sintió injuriado en su buen sentido al oír tamaño despropósito, que en boca de un observador, ajeno a nuestro drama, habría sido de un humorismo atroz. Al día siguiente, Martínez Barrio me dio cuenta bastante limitada de lo ocurrido en la sesión. Me leyó una proposición, redactada por él, aceptada por el Gobierno, que los diputados votaron unánimes. Es muy ambigua, contiene declaraciones de carácter general, y no menciona la política de gobierno. Martínez Barrio subrayó esta última circunstancia, como si demostrase que las Cortes se desentendían, ya que no las rechazase expresamente, de las tesis de Negrín. Pero Martínez Barrio no me dijo que, antes de esa proposición, y por iniciativa del mismo don Diego, que interpretaba así los discursos de los representantes de los partidos, las Cortes aprobaron su voto de confianza en el Gobierno. ¿Martínez Barrio no me lo dijo porque supuso que me había informado o me informaría el Presidente del Consejo? Bien. El valor de todo eso era igual a cero. Pero si se quería darle alguno, era muy inocente habilidad la pretensión de que una asamblea (la rabadilla de una asamblea) se desligara de ninguna responsabilidad, rompiera ninguna solidaridad votando un texto anodino después de ratificar su confianza en el Gobierno.

El cual Gobierno en boca de su Presidente dijo que estaría dispuesto a hacer la paz bajo tres condiciones: garantías de que España conservaría su independencia, no sometiéndose a tutela extranjera; que los españoles serían

consultados para decidir libremente sobre su régimen político; y que no habría represalias. A tales alturas, las tres condiciones representaban a lo vivo el cuento del portugués caído en el pozo. Para acabar con lo que quedaba de la República, los enemigos no necesitaban aceptarla. En realidad, esos «tres puntos», reducidos tardíamente a uno, respondían, quisiérase o no, a la condición tácita de que la guerra estaba perdida. En conjunto, implicaban el desistimiento, la resignación a entregar el poder, bajo esas condiciones, a los vencedores. De no ser así ¿para qué las condiciones? Ahora bien, proponer las dos primeras era una extravagancia: porque ambas, en su contenido político, habían sido el objeto mismo disputado en la guerra, y a la hora de perderla, parecía puramente caprichoso esperar que nuestro vencedor renunciase a su propósito principal, o lo pusiera de nuevo en litigio. Como si los alemanes, al pedir el armisticio en 1918, hubieran puesto la condición de que se les reservaría la Alsacia-Lorena. Se ve pues claro que mi propuesta del 28 de enero (buscar la suspensión de hostilidades y la paz, mediante condiciones de humanidad y piedad para los vencidos) no fue desestimada por lo que 48 horas después me dijo el Presidente del Consejo, sino porque su política y la de su Gobierno era muy otra, y más ambiciosa. Tal política tenía, entre otros, el inconveniente de su enorme retraso con respecto a los acontecimientos. Cuando el 17 de febrero el Gobierno se resignó, o dijo que se resignaba, a reducir sus pretensiones a la tercera condición (o sea, a lo propuesto por mí 21 días antes), resultó que también era tarde para lograrlo. A este propósito prescindiendo de tanteos anteriores me place recordar que desde septiembre del 37 (viaje de Negrín y Giral a Ginebra), había yo aconsejado e instado vivamente al jefe del Gobierno a que buscara una solución en condiciones bastante parecidas a las dos primeras de las que él proclamó en las Cortes de Figueras. (La 3.ª había estado felizmente de sobra). Mis propuestas no fracasaron, porque no se las sometió al ensayo de la experiencia. Fracasé yo en el empeño de verlas admitidas. Todavía en agosto y septiembre del 38, cuando manifiestamente era ya tarde para ponerlas en circulación, agentes al servicio del Gobierno me escarnecían por ellas. En esa fecha, Luis Fischer, periodista internacional, a quien, según dicen (no me consta), nuestro Gobierno había dado gruesas sumas para propaganda, publicaba en *L'Ordre* de París (subvencionado desde Barcelona) unos artículos de inspiración oficiosa. En uno de ellos decía que Negrín y Vayo representaban la voluntad nacional, mientras que el Presidente de la República, mal ayudado por Prieto y el partido de Izquierda Republicana, no tenía poder bastante para imponer sus planes de transacción, basada en un plebiscito. Me trataba poco menos

que de imbécil, porque *fiaba en un plebiscito realizado en presencia de los moros y de los italianos*. Todo esto salía del ministerio de Estado. Pienso legar a mis sobrinos curiosamente transcrito en vitela, ese pasaje del artículo de Fischer, confesión de parte, que hace fe, como ejecutoria de nobleza. Cierro el tema, llamándole a usted la atención sobre la extraordinaria escena final de las Cortes: Levantada la sesión, un diputado, arrimándose a un rincón de la sala, se orinó.

Mientras tanto, en La Vajol ocurrían algunos incidentes extraños. Más allá de la minúscula aldea, atestada de refugiados, el camino corre por una meseta pintoresca, y se bifurca. La rama de la derecha pasa junto a una masía, una gran casa, ya muy estropeada, y remonta a un puertecito, a pocos cientos de metros, que es la frontera. La rama izquierda desciende a un barranco, hasta cierta mina de no sé cuál sustancia. En la mina, aprovechando sus instalaciones, y en otras construidas para el caso, estaban depositados los cuadros que no cupieron en Perelada, y joyas y otros objetos que según me dijo Negrín valían 200 millones. Una fuerza de carabineros, alojada en la gran masía y en un barracón, custodiaba el tesoro, manifiestamente a salvo del peligro de bombardeo. Otro destacamento, con servicio y mando independientes del anterior, ocupaba La Vajol. En la mina tenía su vivienda el ministro de Hacienda, con otras personas. Apenas instalados, recabé y obtuve del Presidente del Consejo la orden para que los carabineros desalojaran la masía y el pueblo, que ocuparía el batallón de la guardia. Sorpresa: a la mañana siguiente, además de continuar en su sitio los carabineros, apareció en La Vajol aquel batallón del mismo instituto que estaba en Masanet, el pueblo adonde yo no había querido ir. Su comandante no se me presentó, como era su obligación, ni se presentó al coronel Parra, que lo descubrió dormido en una casa. Pedí explicaciones al jefe del Gobierno. ¡No sabía nada! «Pero usted es el jefe de esas fuerzas. ¿Quién y por qué las ha enviado aquí?» —repuse. Confesó que se les había dado orden de evacuar Masanet, pero ignoraba por qué habían ido a La Vajol. «¿Quiere usted —le dije— hacerme creer que a una fuerza militar se le ordena evacuar un pueblo sin marcarle punto de destino?». Prometió enterarse. «No basta que usted se entere. Necesito que se vayan inmediatamente». Ofreció hacerlo. El jueves por la noche me visitó el nuevo director de Seguridad, o director interino, porque el propietario se había fugado. Estuvo cortesísimo, y se me ofreció de mil modos. ¡Creo que el pobre era republicano! «No necesito aquí fuerzas —le dije—, lo que puede usted hacer con sus guardias es poner retenes a la entrada de los caminos que parten de la carretera, para que no se desvíe hacia aquí la

masa de fugitivos». El viernes, al levantarme, me enteré de que habían llegado al pueblo 50 guardias de asalto. Interpelé al teniente. «¿Qué viene usted a hacer aquí?». «Me han dado orden de ocupar el pueblo». Telefoneé a Negrín: No sabía el jefe del Gobierno quién era ni cómo se llamaba el nuevo director de Seguridad. Como estas conversaciones eran inútiles, envié un ayudante a Figueras, para tratar del caso. La explicación fue que habían sido mal interpretadas las órdenes dadas a los guardias. El mismo viernes se marcharon. Martínez Barrio, en una de sus acostumbradas visitas, coincidió en mi albergue con don Mariano Gómez, Presidente del Tribunal Supremo. Les informé de lo que pasaba. «Usted, como eventual sucesor mío, y usted, como alto dignatario del Estado, deben estar enterados de mi situación. Estoy a la merced de estas gentes. El verdadero Presidente de la República, o mejor dicho, el dueño del Presidente de la República, es el comandante de ese batallón de carabineros». Allí, sobre el terreno, las eventualidades de una situación extraña se percibían mejor que a través de este relato. Ambos señores se impresionaron mucho. Ignoro lo que ocurrió después. Anochecido, los carabineros empezaron a marcharse, y llegó una compañía de mi guardia. En la noche, entró todo el batallón, última fuerza disciplinada y con buena moral que quedaba en Cataluña; desde ese momento, estuvimos a cubierto de cualquier desmán.

En su visita del jueves, Martínez Barrio me contó que el jefe del Gobierno le había preguntado si yo estaría dispuesto a trasladarme a Madrid, Valencia u otro punto de la zona central. «Creo que no», respondió Martínez Barrio. «Bien. Pero yo no puedo dejar de preguntárselo oficialmente al Presidente», repuso Negrín. El cual añadió que en Consejo de ministros habían tratado de mi situación. La mayoría del Gobierno era favorable a que me trasladase al centro. Concluyeron por darle a Negrín un voto de confianza, para que decidiese lo más oportuno. «Claro es —dijo por fin— que resolveremos como el Presidente quiera». A Martínez Barrio le parecían dificilísimas las condiciones en que habría de hacerse mi ya inevitable salida de España. En el avión no se podía pensar. La carretera hasta Le Perthus iba obstruyéndose de nuevo y parecía seguro que la inminente caída de Gerona, y el repliegue del Ejército del Este, produjeran otra oleada humana, a través de la cual no podríamos pasar, o nos expondríamos a una situación muy desagradable. No habría otra salida, llegado el caso, que el camino del puertecito, a nuestra espalda, al pie del cual está el primer pueblo francés, Las Illas. Me desagradaba profundamente esta solución. Teniendo que salir, prefería marcharme en el coche oficial, con mi séquito. No se me logró este modesto

deseo, aunque tal vez habría sido fácil de alcanzar. El estado de la carretera, no podía ya observarlo, como lo hice al salir de Perelada, y debía atenerme a lo que me contaban. Por otra parte, no podía desconocer que otras personas políticas tendrían también que salir, preferentemente conmigo, y para no mortificar a ninguna me abstuve de decir que las reacciones de la masa, si cada cual topaba con ella por separado, acaso no fuesen iguales para todos. La conversación no pasó de ahí, hasta que llegase el día de resolver. Martínez Barrio encontró una casa en La Vajol, a la que se trasladó, el jueves o el viernes, desde Darnius.

Entre los políticos que me visitaron aquellos días, se cuenta Companys. También había abandonado su residencia en Darnius por una masía cerca de la Agullana, guarnecida por los mozos de escuadra. Echaba lumbre contra Negrín. Como siempre, en el problema general, intercalaba la situación especial de Cataluña, sobre cuya suerte no se le consultaba. Naturalmente, lo que quedaba de la Generalidad se lo había llevado el viento. Y allí se estaba el hombre, con numerosa cohorte de amigos, en espera de los acontecimientos. No saldría de España mientras yo no saliese, pero ni una hora después. Quería estar informado. Al parecer, Negrín le pagaba en la misma moneda, según me refirió Martínez Barrio, hasta el extremo de que no pensaba en asegurarle una salida, y sí dejarlo abandonado a su suerte. Martínez Barrio se había propuesto y le había prometido a Companys, velar por él, teniéndole al tanto de lo que se resolviera.

No había yo dejado de procurar ponerme en relación con el embajador de Francia. El jueves, el subsecretario de Estado, señor Quero, que volvía de Perpiñán (muchos altos funcionarios, entre ellos el ministro, solían pernoctar allí), me envió a decir desde la Agullana, que deseaba verme. Le hice subir a La Vajol. Me dijo que el ministro era un loco, que no se enteraba de la situación, ni preveía la gigantesca catástrofe que se nos echaba encima. Estaba muy optimista, pensando en la inminente guerra general. No se hacía nada de positivo ni de eficaz para paliar en lo posible las consecuencias inmediatas de la gran derrota. El embajador francés, en Perpiñán, parecía extrañado de que nadie le dijese nada. Un poco vagamente me informó de que en Figueras, el Presidente del Consejo había hablado con un ministro extranjero (creo que el británico), y se había mostrado dispuesto a tratar de paz bajo las condiciones declaradas en la sesión de Cortes del día 1. Impuse al subsecretario de cuanto yo había hablado y propuesto desde mi conversación con Negrín y Rojo, el 28 de enero, y le rogué que hiciera lo necesario para traerme al embajador francés.

El ministro de Estado me dijo el viernes que, mediante enojosas y difíciles gestiones, se había hecho un contrato con la Secretaría general de la Sociedad de Naciones, para depositar en Ginebra las obras de arte guardadas en Perelada, La Vajol y Figueras. En este asunto había yo aconsejado tiempo atrás ciertas previsiones, que no fueron tomadas en cuenta, porque como ¡íbamos a ganar la guerra…! En Valencia, la instalación de los cuadros era perfecta, y así lo comprobaron, no sin pasmo, aquellos dos personajes de erudición británica que estuvieron en España para enterarse. En contra de la opinión, respetable, de algunos políticos, y de muchos artistas, apoyé, sin resultado, el propósito de hacer una exposición permanente en París, Londres o Ginebra. Se me objetaba con los peligros del viaje. Pero como yo estaba seguro de que tarde o temprano habrían de viajar, si se quería librarlos de la destrucción, era mejor que viajasen con tiempo y en buenas condiciones. Cuando en previsión del corte de comunicaciones por Tortosa, los museos fueron llevados a Cataluña (al pasar por Benicarló un balcón se desprendió de una casa bombardeada, y estropeó un poco el *Malasaña* de Goya), las garantías de buena custodia eran mucho peores. Los de Perelada estaban en grave peligro de bombardeo, porque en los jardines del castillo ¡había un parque de material de guerra! Faltaban también algunos requisitos para la conservación de las pinturas. Quienes las tenían directamente a su cargo, el pintor Pérez Rubio y José Giner, que han sido los héroes de esta empresa, me visitaron muy alarmados, suplicándome que intercediera cerca del Gobierno para que se tomasen las disposiciones necesarias. Así lo hice. El 19 de julio del 39, en el Ayuntamiento de Barcelona, sostuve una conversación, algo violenta por mi parte, con el ministro de Hacienda: «¿Puede usted dormir teniendo esa responsabilidad?», le dije, Aseguró que no dormía. Como el sujeto es morfinómano debía de vivir generalmente en una euforia provocada. Dejé traslucir la impresión de que siendo el ministro hombre de estadísticas y expedientes, preocupado de «alumbrar nuevas fuentes de riqueza», carecía tal vez de la sensibilidad necesaria para percibir la importancia del caso. El ministro se lastimó. Efecto bueno, porque recuerdo haber leído en los libros de la universidad, que «excitar el celo» es uno de los menesteres de la administración. Repetidamente le llamé la atención a Negrín. «El Museo del Prado —le dije— es más importante para España que la República y la monarquía juntas». «No estoy lejos de pensar así», respondió. «Pues calcule usted qué sería si los cuadros desaparecieran o se averiasen gravemente». «Un gran bochorno». «Tendría usted que pegarse un tiro», le repliqué. Negrín me informó de que se hacían trabajos en una mina, para aprovecharla como

depósito. Resultó ser la de La Vajol. Pero en cuanto a poner a salvo anticipadamente todos los museos, no se hizo nada. De la verdadera situación de todo esto, no me enteré hasta que fui a residir en Perelada. Debajo de nuestro comedor estaban los Velázquez. En un edificio anejo, otro gran depósito. Cada vez que bombardeaban en las cercanías, me desesperaba. Temí que mi destino me hubiese traído a ver el museo hecho una hoguera. Era más de cuanto podía soportarse. El del tiro hubiese sido yo.

Tardíamente, cuando ni Álvarez del Vayo podía dudar de que los enemigos llegarían pronto a la frontera, dislocados todos los servicios, obstruidas las carreteras y bombardeadas, escasos los transportes, con el enemigo en los talones, se concertó el traslado arriesgadísimo de uno de los grandes tesoros del mundo. Según el ministro, el Gobierno francés no cumplió la promesa de enviar 75 camiones para el transporte de los cuadros. Una vez más hubo de improvisarse lo que no se había tenido el valor de organizar a tiempo. Durante mi última noche en España estuve desvelado contando los camiones que desde la mina de La Vajol pasaban por delante de mi puerta, camino de Francia. Cada uno que contaba, como si me quitaran de encima otro tanto peso. Cuando pasamos la frontera, no había, ni con mucho, terminado la operación. Uno de los últimos camiones salidos de Perelada o de Figueras fue alcanzado por el bombardeo y se quedó en España. Algunas cajas de cuadros, no pudiendo ya utilizarse la carretera, pasaron de La Vajol a Francia atravesando la montaña, llevados en hombros por los carabineros, que trabajaron con tanto tesón como si los cuadros fuesen suyos o los hubiesen pintado ellos. Desde París les enviaron una recompensa en metálico, pero algún intermediario se guardó el dinero, y los pobres hombres, en recompensa de su servicio, han ido al infierno de un campo de concentración. Casi otro tanto ha podido ocurrirles a Pérez Rubio y a Giner, abandonados a su suerte por el Gobierno. Llegaron a Ginebra con la expedición, y cuidaron de ella hasta que los delegados de Burgos la recibieron. El capital de los dos funcionarios ascendía a dos francos suizos. Se habrían muerto de hambre, si el ministro de México, señor Fabela, no los hubiese recogido en su casa, juntamente con una sobrina de Gómez de la Serna, empleada también en el Patronato. Cuatro meses han estado en casa de Fabela. Todo lo que consiguieron con sus reclamaciones fue que el señor Méndez Aspe les enviase desde París, para ellos solos, mil francos franceses. Y no ha habido nadie para hacerles la justicia que se merecen. Según la prensa, los cuadros se han salvado gracias al pintor Sert y… ¡al señor Avenol! El ministro Fabela tiene también recogidos a dos niños cordobeses que deben de ser hijos de algún

anarquista, porque el mayor (ocho años) se llama Germinal… Las dos criaturas habían perdido a su padre en la guerra. Se retiraban hacia la frontera, en un grupo de fugitivos, cuando un bombardeo les mató a la madre, con otras gentes de la expedición. El niño mayor cargó a cuestas con el pequeño y así anduvo una semana, pasando a Francia sin saber adónde iba. Fabela se los encontró, y los guarda en su casa.

Mi última jornada en España fue la del sábado, 4 de febrero. Ya se había perdido Gerona, y empezado la evacuación de Figueras. El Cuartel General del Ejército del Este en retirada fue a parar precisamente a Perelada; es decir, que rebasó la carretera general. La pretenciosa vanidad de algunas personas les indujo a colocar el puesto de mando en el castillo, porque yo había estado en él. Me preguntaron por teléfono desde el Cuartel General, si quedaban en el castillo gentes o servicios de la Presidencia. Cometí el error de contestar francamente que no. Entonces me comunicaron la decisión de instalarse allí. Hice notar que eso sería poner en peligro el edificio mismo y las valiosas colecciones de propiedad particular que guardaba. Alegaron las «necesidades militares», como si yo fuese algún bobo. Telefoneé a Negrín, a Rojo, para que lo impidieran. Me dieron buenas palabras. Era de temer que estableciéndose el mando, con todos sus anejos, en el castillo, fuese bombardeado en seguida, y que los soldados, en el desorden de la retirada, cometiesen depredaciones. Ya en Francia, supe que el Cuartel General se había salido con la suya, y mis temores, según me contó Giner, se realizaron, ignoro en qué cuantía. Me sirvió de grave disgusto, por los objetos preciosos que hayan destruido.

En la mañana del sábado bombardearon el Cuartel General de la Agullana y la residencia de Negrín, en la que metieron una bomba. No había defensas antiaéreas. El suceso acreció la inquietud de Martínez Barrio, previendo que se repetiría a diario, más de una vez. Desde la situación eminente de La Vajol se domina una gran parte del Ampurdán. Podíamos esperar tranquilamente a que la cabeza de las columnas enemigas asomara por el llano. No había ninguna decisión tomada respecto de nuestra salida de España, ni yo había hablado aún personalmente de eso con el jefe del Gobierno. No la creíamos tan próxima. A primera hora de la tarde fui a visitar el alojamiento del batallón en la gran masía fronteriza, para darme cuenta de las condiciones en que estaba instalado. Recorriendo la casa, hallé que en la cocina se albergaban siete u ocho señores del partido de *Acció Catalana*, entre ellos Ragassol y Peipoch. Hablamos un momento. Se ocupaban en confeccionar una proclama al pueblo catalán. Revisté el batallón a la llegada. Hablé con oficiales y soldados. Pese a todo, conservaban un espíritu magnífico. ¡Lástima de gente!

Al marcharme, el batallón formó de nuevo. Tambores y trompetas batieron. Desde la cabeza de la formación, descubierto, grité: «Soldados, ¡viva la República!». Respondieron con frenesí. De entre las filas, un soldado clamó: «Viva don Manuel Azaña…». La misma respuesta. Del grupo de los políticos catalanistas, un poco apartado, partió una voz: «Visca Catalunya!». No contestó nadie. La escena, en su sencillez, era desgarradora. Todos (y yo mismo, un poco por sorpresa), nos dimos cuenta de lo que significaba. Me alejé despacio, solo, delante del acompañamiento que me seguía en silencio. La verdad es que yo no podía más. Dos días antes había recogido la bandera del batallón, que ahora, desplegada en una de las paredes de mi cuartito de trabajo, es tema de contemplación ascético-política, porque me servirá de mortaja.

Regresando a casa, tropecé, poco antes de llegar a ella, con el embajador de Francia, acompañado del señor Fouques Duparc, que iba a visitarme. Hablé un rato a solas con el embajador, sentados junto a la lumbre en el misérrimo comedor de nuestro albergue. En sustancia, le dije: que deseaba intentar cuanto estuviera de mi parte para impedir la consumación de una catástrofe sin semejanza; que nadie podía razonablemente abrigar dudas acerca de la conclusión de la guerra, y que era disparatado prolongarla 24 horas; que debía procurarse salvar la libertad y la vida de miles de personas, no solamente en Cataluña, sino en la zona central de España; que el medio de conseguirlo era obtener una suspensión de hostilidades, preparatoria de la paz, a fin de proceder a la evacuación de las gentes más amenazadas; que transmitiese a su Gobierno esta indicación mía, con el ruego de que París tomase la iniciativa, y se concertase con el Gobierno británico para ofrecer sus buenos oficios y proponer el armisticio; que si una proposición franco-inglesa llegaba simultáneamente a Burgos y al Gobierno republicano, yo haría todo lo necesario para que de nuestra parte fuese aceptada, pero que si el Gobierno la rechazaba, y ante la imposibilidad de constituir otro, presentaría yo la dimisión publicando el motivo. Añadí que cuando el Gobierno decidiese mi viaje a Francia, se le avisaría oficialmente. Y que mientras fuese Presidente, en España o fuera de ella, me emplearía en trabajar por la solución propuesta. El embajador, muy impresionado, dijo que se extrañaba de no haber recibido ninguna indicación en tal sentido. La indefensión y la caída de Barcelona habían causado un efecto abrumador. Ensalzó mi determinación, que le pareció muy bien inspirada. Hablamos de otras cosas, entre ellas, de la política de falso prestigio seguida por el Gobierno, que no podía engañar a nadie, y se despidió para Perpiñán, desde donde, sin perder tiempo, se pondría

en comunicación con París. Llegó Martínez Barrio, le conté el coloquio, aprobó mi decisión, e insistió una vez más en que el Gobierno debía hacer lo necesario para que no quedasen abandonados a la venganza del vencedor los que en la zona central defendían a la República. La manera de salvarlos era concertar su salida durante una suspensión de hostilidades. Me anunció Martínez Barrio la inminente visita del jefe del Gobierno y el ministro de Estado para tratar de mi salida de España.

Anochecido, se presentaron Negrín y Álvarez del Vayo. Martínez Barrio estuvo presente en la entrevista. El Presidente del Consejo me dijo que el Gobierno iba a marcharse en avión a Valencia o Madrid. Él se quedaría algunos días más, para dirigir la salida del ejército. Me preguntó si yo estaba dispuesto a ir también al centro.

—Resueltamente, no —le contesté—. Aparecer yo en la zona central sería prestar valor y aprobación a los propósitos de resistencia y de prolongar la guerra, que desapruebo. Estaré aquí hasta que el Gobierno acuerde que me vaya. Pero si cruzo la frontera, no se puede contar conmigo para nada, como no sea para hacer la paz. De ningún modo y en ningún caso para volver a España.

—El Gobierno —repuso Negrín— cubre la decisión del señor Presidente. Publicaremos una nota diciendo que el señor Presidente se ha ido a Francia, por acuerdo del Gobierno, y que más adelante, cuando parezca oportuno, el señor Presidente podrá ir a Madrid.

—Publique usted las notas que guste, si le parecen útiles. Pero con notas y sin notas, insisto en mi resolución, por el motivo que he dicho. No vuelvo a España.

Nadie hizo la menor objeción. Se trató entonces de fijar la fecha de mi salida. «Yo creo —dijo Negrín— que el señor Presidente podía estar aquí todavía un día más. Pero el señor Presidente de las Cortes me ha llamado la atención sobre el bombardeo de esta mañana y sobre su repetición probable. Mi deber es velar por la seguridad del señor Presidente. Creo que debe salir de España mañana de madrugada».

—Será un acuerdo del Gobierno —observé.

—Tengo un voto de confianza de todos los ministros para resolver. Yo acompañaré al señor Presidente hasta el primer pueblo francés. Le acompañará además el Presidente de las Cortes y un ministro. ¿Qué ministro desea que le acompañe?

—Lo mismo me da.

—¿Le parece bien el señor Giral?

—Muy bien.

Hablamos de mi instalación en Francia. Anuncié el propósito, acorde con mi resolución anterior, de retirarme desde luego a esta casa de Collonges. A Negrín le pareció que mi sitio era la embajada de París, porque en ella aún estaría en España. No era un secreto (incluso la prensa hablaba de ello) el inmediato envío de un agente oficioso francés a Burgos, para preparar el reconocimiento. Pensando en esta eventualidad, les dije: «Con situarme en la embajada, me exponen ustedes a un trance muy desairado y ridículo: el de tener que salir de ella de prisa y corriendo, en cuanto reconozcan al Gobierno de Burgos». Álvarez del Vayo, con sonrisa de suficiencia, replicó: «El reconocimiento está muy lejos todavía. En el Gobierno francés no hay unanimidad, y en la Cámara la oposición al reconocimiento es muy fuerte». Y repitió una especie grandiosa que ya le había oído el viernes: «Hay que sostenerse dos o tres días más. Para el martes se anuncia un discurso de Mussolini, del que saldrá la guerra general. Entonces, nuestra situación cambiará». Estaba yo tan harto, que no recogí el despropósito. El optimismo de Vayo era muy robusto; la semana siguiente, emigrado el Gobierno a Francia, e instalado el Ministro de Estado en Perpiñán, muy creído de que el Gobierno francés lo dejaría funcionar allí, les dijo a sus subalternos: «Nunca hemos estado más cerca que ahora de ganar la guerra». Por vez primera, un empleado tuvo el valor de protestar contra la insania.

Resolví (me lo han reprochado como una debilidad) aceptar el criterio de Negrín, al que con suaves ruegos se sumó Martínez Barrio. Pensé que desde la embajada y todavía con mi título de Presidente, podría trabajar útilmente en favor de la paz inmediata. Tuve que vencer una repugnancia instintiva, que los hechos justificaron prontamente. Convinimos en que iría a Collonges, para dejar a mi familia, y después a París, con el señor Giral.

Ya no hubo más. Álvarez del Vayo escribió allí mismo una carta al embajador francés, que el secretario de la Presidencia le entregó en Perpiñán a medianoche, avisándole de mi paso a Francia, para conocimiento de su Gobierno y de las autoridades locales. Licencié la Casa Presidencial. Comuniqué al Cuarto Militar que desde las 7 de la mañana siguiente quedaban relevados de servicio, y en libertad de obrar con arreglo a las circunstancias, si el Gobierno no les daba alguna orden. Mis coches oficiales pasaron la frontera, para esperarnos en Las Illas. En ellos salieron los últimos criados que conservábamos a nuestro lado. A los restantes y a todo el personal civil de la Presidencia, con sus familias y las del personal militar, sobre doscientas personas, había ido poniéndolos en Francia durante el curso de la

semana. Pese a mis mejores deseos y empeños, no todos esos funcionarios se libraron del campo de concentración, especialmente los militares, empezando por el general Masquelet, y otros jefes; tal era la animadversión con que eran recibidos, sobre todo los que vestían uniforme. Alguno, como el coronel Fernández Quintero, excelente persona y buen militar, incurrió a las pocas semanas de estar en Francia, en la debilidad de irse a Burgos, seguramente incitado por su mujer y su hija. Le han condenado a reclusión perpetua.

El domingo 5, a las 6 de la mañana, emprendimos el camino del destierro. Todavía algún personaje temía no sé qué obstáculos misteriosos, porque una ventana del pueblecito se iluminó cuando íbamos a salir, creyó que nos acechaban. Sobre estas debilidades, en tales circunstancias, es preferible no insistir. Éramos una veintena de personas. Martínez Barrio no se había olvidado de Companys, pero como el séquito del Presidente de la Generalidad le pareció a Martínez Barrio demasiado numeroso y abigarrado, creyó mejor que no saliese en nuestra compañía. Citó a Companys en La Vajol, pero con una hora de retraso; así, cuando llegase, ya habríamos salido nosotros y él seguiría el mismo camino. Unos cuantos jóvenes: Diego Mesa, Daniel Tapia y otros fueron delante, a situarse en el puerto. Nos acomodamos en los coches de la policía, capaces de trepar por aquel derrumbadero. Dos días antes, mi mujer se había torcido un pie y estaba en malas condiciones para andar. A Martínez Barrio, con unas personas de su familia, a quien no vi, se le ocurrió meterse en un cochecillo que, antes de remontar la pendiente, se rompió, obstruyéndome el paso. ¡Allí vería usted al Presidente del Consejo empujar con todas sus fuerzas el coche de don Diego, para sacarlos del atolladero! Inútil. Hicimos lo restante a pie. Ya en lo alto apenas clareaba, los bultos de los carabineros, cuadrados con mucho respeto, nos vieron pasar. El descenso, por una barrancada cubierta de hielo, fue difícil. Martínez Barrio se cayó y se lastimó. También se cayeron Giral, Riaño y otros. No me pasó nada. De algo habría de servirme la práctica de andarín. En Las Illas, Negrín se despidió de todos y no he vuelto a verle más.

Visité en Le Boulou a mi hermana y sobrinas, que residían allí desde dos años. Gastamos todo el día en Perpiñán, arreglando papeles a quienes no los tenían. Viniendo de la desolación barcelonesa, Perpiñán me pareció una gran capital. Las calles iluminadas, las tiendas bien surtidas, el descuido y la tranquilidad de la gente me asombraban. En los caminos de la frontera a Perpiñán, tomados por los gendarmes y los senegaleses, se daba caza al español fugitivo. Empezaba una de esas tragedias que parecen reservadas a la desventura de nuestro pueblo. ¡Cómo los han tratado y los tratan! Peor que a

bestias. Unos días más tarde, comiendo con nosotros en la embajada, el señor Álvarez del Vayo dijo: «Han pasado más de cuatrocientas mil personas, y las previsiones eran para sesenta mil».

A lo que el coronel Parra replicó: «¿Esperaban ustedes que los otros se pasaran a los facciosos? Porque solamente el ejército pasaba de doscientos mil hombres».

Cuando han sido magnánimos, los gobernantes franceses han discurrido contratar en los campos de concentración trabajadores voluntarios para construir caminos, etcétera. Trabajan nueve horas, comen la misma bazofia que en los campos, y les pagan un sueldo de quince francos al mes. Me lo cuenta uno de esos desgraciados trabajadores, antiguo soldado del batallón presidencial, que para desfogar conmigo sus cuitas se ha gastado en sellos dos días de su haber.

Finalmente, en Perpiñán me despedí de Giral y Saravia, dormimos en Nimes, y el lunes a última hora rendimos viaje en el paisaje nevado de La Prasle. Tal es la crónica abreviada de quince días.

Interrumpí esta carta hace un mes. Primeramente, la enfermedad súbita de Carmen, que nos dio un susto espantoso, del que ya hemos salido felizmente, no me dejaba pensar en otra cosa; después han llegado los papeles de mi archivo, que andaban rodando por ahí, y unas cajas de libros que logré sacar de España, y he tenido con ello grande y minucioso entretenimiento. Dispense usted esta infidelidad. Tengo aún mil cosas que contarle. Pero lo mejor será cerrar esta carta para que la reciba usted alguna vez, y ya proseguiré mi relato. Con ser tan prolijo, no contiene sino una selección de sucesos e impresiones. Va mezclado lo político y lo personal, pero siendo para usted, creo que puedo tomarme esa licencia, porque usted tiene buena voluntad para recibir lo uno y lo otro.

Todos los de aquí envían a ustedes sus más afectuosos recuerdos, a los que se juntan los míos con un cordial abrazo para usted de su siempre amigo

MANUEL AZAÑA

Notas

[1] Archivo de la Secretaría de la Junta para Ampliación de Estudios, Residencia de Estudiantes. *Gaceta de Madrid*, 29 de septiembre de 1911. El cambio oficial en 1911 era de 1,08 pesetas por franco. <<

[2] Lo recuerda con estas palabras en *Diarios*, 1 de julio de 1937, para mostrar que nunca fue «codicioso de bienes». <<

[3] Solicitud de prórroga, fechada en París, con denegación firmada por José Castillejo: Archivo de la JAE. Los cuatro meses y veintitrés días de rehabilitación o prórroga concedidos por R. O. de 20 de enero de 1912, *Gaceta de Madrid*, 30 de enero de 1912, se refieren a la pensión que ya disfrutaba. En carta de 17 de julio de 1912, Azaña reconoce a Vicario que legalmente ya debía estar en Madrid, pero reafirma su propósito de permanecer hasta octubre si los del Ministerio «no se ponen muy pesados», en *Obras Completas*, ed. de Juan Marichal, México, 1967, vol. III, p. 689; (en adelante, *OC*, y número de volumen). <<

[4] Los «Diarios íntimos», con notas de 1912/1927 están publicados en el vol. III de *OC*; las «Memorias políticas y de guerra» ocupan todo el vol. IV de la misma edición; los «cuadernos robados» fueron publicados como *Diarios, 1932-1933* por Crítica, Barcelona, 1997. <<

[5] Las diferencias entre estos textos quedaron perfectamente aclaradas por Juan Marichal, que se refiere a todos ellos como «diarios», en «Las jornadas de un estadista (1931-1939)», introducción al vol. IV de *OC*. <<

[6] Como señala, con la precisión que siempre caracteriza sus trabajos, Enrique de Rivas, *Comentarios y notas a «Apuntes de Memoria» de Manuel Azaña y a las cartas de 1938, 1939 y 1940*. Valencia, Pre-Textos, 1990. <<

[7] Con esas palabras reinició sus notas el 20 de mayo de 1937. <<

[8] Sin contar más que a sus compañeros en el Gobierno provisional, memorias y recuerdos publicaron Niceto Alcalá-Zamora, Miguel Maura, Alejandro Lerroux, Diego Martínez Barrio, Álvaro de Albornoz, Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto. <<

[9] *Diarios*, 1 de febrero, 17 de julio, 9 de septiembre de 1912; y 29 de enero de 1932. <<

[10] Manuel Azaña, «Cuadernillo de apuntes», París, 1912, *OC*, III, pp. 799-800. Tal vez recordaba la serie publicada por Miquel de los Santos Oliver, en *La Vanguardia*, en 1907, recogida en *La literatura del desastre*, Barcelona, Península, 1974, pp. 69-117. <<

[11] Josep María de Sagarra, *Memorias*, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 775-776. Josefina Carabias, *Azaña. Los que le llamábamos don Manuel*, Barcelona, Plaza Janés, 1980, p. 14, que se refiere a un encuentro en 1930. <<

[12] *Diarios*, 26 de febrero de 1915. <<

[13] Manuel Azaña, «El esfuerzo francés», *España*, 111, 8 de marzo de 1917, pp. 7-8 <<

[14] Acordada en septiembre de 1919, no debe confundirse con una pensión. En 1914 había presentado otra solicitud de pensión para estudiar en Londres los seguros contra el paro y la invalidez, que tampoco fue atendida. <<

[15] Azaña lamenta haber «infringido el precepto de Renan: Pas d'amitiés particulières», en carta a Cipriano Rivas, 27 de enero de 1925. Y Rivas, sin percatarse del sentimiento de soledad que dejaba en su amigo por un viaje a América decidido sin consultarle, le replica: «Pas d'amitiés particulières?… Miente Renan. Es lo único que vale la pena»: *Retrato de un desconocido*, Barcelona, Grijalbo, 1981, pp. 588-593. Noticia de la boda, *El Sol*, 2 de marzo de 1929. <<

[16] Tres de estos cuadernos fueron robados por Antonio Espinosa San Martín, vicecónsul de España en Ginebra, en diciembre de 1936, y permanecieron en posesión de la familia Franco hasta diciembre de 1996. Fueron objeto de la espuria publicación de Joaquín Arrarás en el diario *ABC* de Sevilla en 1937 y como *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, de donde procede la descripción citada, p. 30. <<

[17] *Diarios*, 1 y 4 de julio y 7 de agosto de 1937. <<

[18] Manuel Azaña, *Mi rebelión en Barcelona*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935. En «Querella por rebelión militar contra Don Manuel Azaña Díaz y Don Luis Bello Trompeta», Archivo Histórico Nacional, Fondos Modernos, Tribunal Supremo, Leg. 2.1, Azaña dio cuenta detallada de sus movimientos en Barcelona. <<

[19] Publicadas por Enrique de Rivas en *Retrato*, pp. 661-692 <<

[20] Pulcramente editados, con cinco cartas, por Enrique de Rivas, *Apuntes de Memoria y cartas, 1938-1939-1940*. Valencia, Pre-Textos, 1990. <<

[21] Carta a Ossorio, desde Collonges-sous-Salève, *OC*, III, pp. 535-554. <<

[22] Así escribe a Gonzalo Rodríguez Lafora, 12 de julio de 1938, *Apuntes de memoria*, p. 298. <<

[23] *Diarios*, 8 de septiembre y 8 de diciembre de 1932. <<

[24] *Diarios*, 17 de septiembre de 1931, para su entusiasmo por el «gran discurso» del Presidente. <<

[25] *Diarios*, 14 de septiembre de 1937. <<

[26] *Diarios*, 2 y 18 de agosto de 1931, 14 de octubre de 1931 y 25 de diciembre de 1932. <<

[27] *Diarios*, 5 de junio de 1937. <<

[28] *Diarios*, 14 de septiembre y 17 de noviembre de 1937. <<

[29] Discurso en Valladolid, 14 noviembre de 1932, OC, vol. II, p. 459. <<

[30] Los diarios como «reflejo exterior de su propio yo», Jesús Ferrer Solà, *Manuel Azaña: una pasión intelectual*, Barcelona, Anthropos, 1991, p. 237. La intrusión del yo en sus discursos, Aldo Garosci, *Los intelectuales y la guerra de España*, Madrid, Júcar, 1981, pp. 82-99. <<

[31] Martínez Ruiz, «La vida», *Arte Joven*, 15 de abril de 1901. «La protesta», *El País*, 28 de junio de 1905. Manuel Azaña, *El problema español. Conferencia pronunciada por… el día 4 de febrero de 1911 en el local de aquella sociedad*, Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, ed. facsímil, 1987, p. 28. <<

[32] Salvador Rodrigo [Manuel Azaña], «El paso honroso», *Gente Vieja*, 10 de marzo de 1901, *OC*, I, p. 17. <<

[33] Manuel Azaña, «La responsabilidad de las multitudes» (1900) y «La libertad de asociación», *OC*, III, pp. 615-641 y I, pp. 58-75. Para el debate, *El Imparcial*, 6, 9 y 20 de enero de 1902. <<

[34] La exaltación nacional a propósito de Echegaray puede percibirse en *El Liberal*, «Hay Patria», 20 de marzo de 1905. <<

[35] «Carta a Pidal», *El Imparcial*, 11 de noviembre de 1906. <<

[36] Manuel Azaña, *El problema español, passim*. <<

[37] Martín Piñol [Manuel Azaña], «Vistazo a la obra de una juventud», *La Correspondencia de España*, 25 de septiembre de 1911, *OC*, I, pp. 83-86. <<

[38] «Elecciones en el Ateneo. Ramón y Cajal, presidente» y «La presidencia del Ateneo. Elección de Labra», *El Imparcial*, 7 y 20 de febrero de 1913; «El Ateneo contra la oligarquía» y «La elección en el Ateneo. Ramón y Cajal no acepta», *El País*, 8 de febrero de 1913; y carta de Azaña a José María Vicario, 2 de febrero de 1913, *OC*, vol. III, p. 695. <<

[39] José-Carlos Mainer, «Ortega: primeras armas (1902-1914)», en J. L. García Delgado, ed., *La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura*, Madrid, 1985, pp. 438-439. <<

[40] Ortega a Unamuno, [6 de enero de 1904], *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, ed. de Laureano Robles, Madrid, 1987, pp. 33 y 30. Vicente Cacho, «Ortega y el espíritu del 98», *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, 1997, pp. 117-171. <<

[41] Hay una amplia reseña de la conferencia de Buenavista, escrita por algún temprano admirador de Azaña que llama la atención sobre «los merecimientos excepcionales del hablista, su extraordinaria cultura y su privilegiada inteligencia», en *El Liberal*, 7 de diciembre de 1913. <<

[42] *Diarios*, 20 de marzo de 1915, para la intervención de Ortega; 14 de mayo, para la de Azaña. <<

[43] Mitin del Odeón, *El Liberal*, 5 de mayo de 1919. <<

[44] Para el carácter sagrado de la Gran Guerra y el mito de la regeneración de la política por los combatientes, Emilio Gentile, «Un'apocalisse nella modernità. La Grande Guerra e il Mito della Rigenerazione della politica», *Storia Contemporanea*, XXVI: 5 (octubre 1995) pp. 733-787. <<

[45] Manuel Azaña, «Reims y Verdun», *OC*, I, pp. 130-133. <<

[46] De la que fue testigo Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 67. Vicente Guarner también recordaba a Azaña, durante estos meses, «tras un rimero enorme de libros»: *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, G. del Toro, 1975, p. 23. <<

[47] Ponencia de Guerra y Marina leída por Manuel Azaña en la Asamblea del Partido Reformista, *El Sol*, 1 de diciembre de 1918. <<

[48] Manuel Azaña, *Estudios de política francesa. La política militar*, *OC*, I, p. 260. Las tres primeras características atribuidas al ejército español fueron adelantadas en su artículo «Las reformas militares», *El País*, 22 de noviembre de 1915; las dos últimas aparecen también en «Le problème militaire», *Hispania*, Tomo I (enero-diciembre 1918), pp. 267-272. <<

[49] Manuel Azaña, «Los motivos de la germanofilia», 25 de mayo de 1917, *OC*, I, 143-146. <<

[50] Ramiro de Maeztu, «Ignorancia y silencio» y «Diretes. Los del 98», *El Sol*, 5 de junio y 13 de octubre de 1923. <<

[51] Manuel Azaña, «La defección de un hombre del 98» y «¡Todavía el 98!», *España*, 9 de junio y 20 de octubre de 1923. Al recoger este artículo en *Plumas y palabras*, Azaña modificó por «Opina un escritor» lo que en 1923 había sido «Opina el señor Maeztu». <<

[52] «El cirujano de hierro, según Costa», *España*, 24 de noviembre de 1923; *OC*, I, pp. 560-563. <<

[53] Manuel Azaña, «Sobre Luis Araquistáin», *La Pluma*, marzo de 1921, y «Balance de una empresa de reconstrucciones», *España*, 22 de diciembre de 1923, *OC*, vol. I, pp. 441-443 y 558-560. <<

[54] En *Diarios*, 25 de enero de 1915, Azaña escribe haber pasado cuatro horas trabajando en su Ganivet. Publicó «En torno a Ganivet» en *La Pluma*, febrero de 1921, pp. 87-96. *El 'Idearium' de Ganivet* apareció en *Plumas y palabras*, recogido en *OC*, I, pp. 568-619. <<

[55] José A. Maravall califica el trabajo de Azaña como obra de historiador en *Las Comunidades de Castilla*, Madrid, 4.ª ed., 1984, p. 38. Joseph Pérez llama la atención sobre la frase citada en *La revolución de las Comunidades de Castilla*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 254 y 474. La cita final es del «Discurso a los republicanos catalanes», 30 de agosto de 1934, *OC*, II, p. 996. <<

[56] [Manuel Azaña], «¡Rompan filas!», *España*, 22 de septiembre de 1923. <<

[57] La carta de Azaña a Melquíades Álvarez fue publicada por Enrique de Rivas en el catálogo de la exposición *Azaña*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1990, pp. 45-47. Una edición de *El problema español* y *Apelación a la República*, con una introducción mía, apareció en Aguilar, 1990. <<

[58] [Manuel Azaña], «Santos y señas», *España*, 23 febrero 1924, pp. 863-864. <<

[59] Id., *ibid*. <<

[60] «Tres generaciones del Ateneo», *OC*, I, pp. 634-636. <<

[61] «Al pie del monumento de Cartagena», *España*, 17 de noviembre de 1923, *OC*, I, p. 567. <<

[62] La llamada de Ortega a la destrucción de la Monarquía cierra «El error Berenguer», *El Sol*, 15 de noviembre de 1930. La conferencia de Azaña es del día 20 del mismo mes. <<

[63] González Ruano, en *ABC*, 10 de noviembre de 1934; Salvador de Madariaga, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Madrid, Espasa-Calpe, 14.ª ed., 1979, p. 316; Julio Caro, *Los Baroja*, Madrid, Taurus, 1978, pp. 238-240 y 170; lo último es de Lerroux, *La pequeña historia*, Buenos Aires, Cimera, 1945, p. 138. <<

[64] «El resentimiento jugó en el arranque de su vida política», escribe Jesús Pabón, *Cambó*, Barcelona, Alpha, vol. II, p. 211. <<

[65] José Ortega y Gasset, discurso en las Cortes Constituyentes, 30 de julio de 1931, en *Obras Completas*, Madrid, Alianza, 1983, vol. 11, pp. 354-355; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 397; «El decreto de retiros», *La Correspondencia Militar*, 30 de abril de 1931. <<

[66] *Diarios*, 2 y 11 de septiembre de 1931 para la Comisión de Responsabilidades; 31 de mayo de 1937 para su recuerdo de la entrevista. Lo demás, en Discurso en la sesión de Cortes de 18 de diciembre de 1932, *OC*, II, 459-519 <<

[67] Antonio Ramos Oliveira, *Politics, economics and men of Modern Spain*, Londres, Víctor Gollancz, 1946, p. 317 <<

[68] Aldo Garosci, *Los intelectuales*, p. 84; Josep Pla, «Manuel Azaña. Un assaig de crítica política (I)», 14 de enero de 1933, *Obra Completa*, vol. 41, *Cròniques Parlamentàries (1933-1934)*, Barcelona, Destino, 1982, 41, p. 9. <<

[69] *Diarios*, 1 y 9 de septiembre de 1931. <<

[70] *Diarios*, 13 y 14 de octubre de 1931. La versión de Lerroux, coincidente en lo esencial, en *La pequeña historia*, pp. 119-121; la crónica de Josep Pla, «Azaña», 17 de octubre de 1931, en *OC*, 40, Barcelona, p. 398. <<

[71] El nombramiento de Azaña como «presidente del Gobierno de la República» fue realizado por «las Cortes Constituyentes, en uso de su soberanía», *Gaceta de Madrid*, 15 de octubre de 1951. <<

[72] Entre los diversos orígenes que se atribuyen a la guerra civil, este de Salvador de Madariaga se cuenta entre los más peregrinos, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, p. 316. <<

[73] Para la crisis, *Diarios*, 13, 14 y 15 de diciembre de 1931. Lerroux reprocha a Alcalá Zamora «no haber apartado a los socialistas del gobierno, encargándole de formarlo a quien pudiera prescindir de ellos», en *La pequeña historia*, p. 135. <<

[74] *Diarios*, 24 de diciembre de 1932. <<

[75] Azaña habla de despotismo ministerial en «Las reformas militares», *El País*, 22 noviembre 1915. Para su afirmación de no haber hecho «ningún favor político a ningún consecuente de Acción Republicana, ni a nadie por ventura», discurso de 16 de octubre de 1933, *OC*, II, p. 876. <<

[76] *Diarios*, 27 de mayo de 1932. <<

[77] Para el golpe de Estado, *Diarios*, 9 y 10 de agosto; planes de Madrid, 3 de diciembre de 1932. <<

[78] «La segunda parte del discurso —con ser excelente la primera— es quizá la manifestación más alta de entendimiento político y de plenitud intelectual que ha dado el sr. Azaña desde que se reveló como gran gobernante de la República… No estaba España habituada a que se le hablara este lenguaje», decía el editorial de *El Sol*, «El discurso de Valladolid», 15 de noviembre de 1932. <<

[79] *Diarios*, 25 de diciembre de 1932. <<

[80] *Diarios*, 5 de febrero de 1933. Azaña entiende que Lerroux se enfade por la negativa, pero le parecía increíble que hubiera parlamentarios «que se enojen conmigo porque sostengo la primacía de las Cortes y el juego limpio». <<

[81] Depresión por el relato de los hechos y asco por la reacción del «grupo extremista» y de los radicales, *Diarios*, 23 de febrero de 1933. <<

[82] Notas sobre Aznar de 29 de noviembre de 1932 y 2 de junio de 1933. Lo dicho por Unamuno, *El Sol*, 29 de noviembre de 1932 y 17 de enero de 1933; *Diarios*, 29 de noviembre de 1932 y 18 de enero de 1933. Sobre Ortega y la salida de Francisco Ayala de *Revista de Occidente*, *Diarios*, 15 de julio de 1933. <<

[83] *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*, 17 de mayo de 1933 para la votación y 2 de junio de 1933 para la promulgación. <<

[84] La «Declaración del Episcopado sobre la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas» y la «Encíclica de S. S. Pío XI "Dilectissima Nobis", sobre España» de 2 y 3 de junio de 1933, pueden verse en *Historia de la persecución religiosa en España,* Madrid, BAC, 1961, pp. 655-682. <<

[85] *Diarios*, 6 de junio de 1933. <<

[86] *Diarios*, 11 de junio de 1933. <<

[87] Todo lo entrecomillado procede de *Diarios*, 8 al 12 de junio de 1933. <<

[88] Josep Pla, «Don Manuel Azaña. Un assaig de crítica política (IV)», 12 de febrero de 1933, *OC*, vol. 41, p. 19. <<

[89] *Diarios*, 28 de julio de 1933. <<

[90] Último debate como presidente del Gobierno y notificación de la crisis, *DSCC*, 6 y 8 de septiembre de 1933. <<

[91] Discursos en la clausura de la asamblea de Acción Republicana y en la sociedad «El Sitio» de Bilbao, 16 de octubre de 1933 y 21 de abril de 1934, *OC*, I, p. 877 y III, pp. 20-21. <<

[92] Discurso en la sesión de Cortes de 3 de octubre de 1933, *OC*, II, p. 873. <<

[93] Conversación de Azaña con Herbette, Herbette a Delbos, 10 de julio de 1936, *Documents diplomatiques français, 1932-1939* [DDF], 2.ª serie, vol. II, doc. 423. El relato más fiel de sus iniciativas durante estas semanas es el escrito por él mismo en sus cartas a Rivas, *Retrato*, pp. 662-692. <<

[94] François Furet se atiene a ella cuando afirma que los comunistas, además de matar la revolución popular, enregimentar al anarquismo, marginar al partido socialista, obligaron a Azaña y Negrín a seguirles, *Le passé d'une illusion*, París, Robert Laffon y Calmann Levy, 1995, p. 302. <<

[95] *La velada en Benicarló, OC*, III, p. 429. Para la visita de Ossorio, Cipriano de Rivas, *Retrato*, pp. 345-347. Lo que hablaron, en *Diarios*, 17 de junio de 1937. Claudio Marón, personaje de *La velada*, repite la misma invocación a la lógica de la historia a la que Ossorio había recurrido para explicar los crímenes de la cárcel Modelo, p. 430. <<

[96] *La velada*, p. 395 <<

[97] Todo esto lo dice Garcés en *La velada*, pp. 417-423. Azaña volvió sobre estos temas en sus «Artículos sobre la guerra de España», especialmente, «El Estado republicano y la revolución» y «La revolución abortada», *OC*, IV, pp. 493-504; en ellos, la lejanía de los hechos y una preocupación más didáctica atempera la pasión que impregna los diálogos de Benicarló. <<

[98] Anotaciones sin fecha, en *Apuntes de memoria*, p. 26. <<

[99] Carlos Pi Sunyer, *La República y la guerra*, México, Oasis, 1975, pp. 418-419. <<

[100] Indalecio Prieto, «Manuel Azaña y el oro español», *El Socialista*, 13 de noviembre de 1956. <<

[101] Indalecio Prieto, «Manuel Azaña», 5 de noviembre de 1940, en *Palabras al viento*, México, Oasis, 1969, pp. 278-284. <<

[102] *La velada*, pp. 442-443. <<

[103] *Apuntes de memoria*, pp. 19 y 95. <<

[104] *Diarios*, 17 de junio y 1 de agosto de 1937, visitas de Ángel Ossorio y Claudio Sánchez Albornoz. <<

[105] Alocución por radio, 23 de julio de 1936 y «La moral de la retaguardia y las probabilidades de la paz», *OC*, III, 607-608 y 521; Discurso en el Ayuntamiento de Valencia, 21 de enero de 1937. *OC*, III, 330-341; Garcés en *La velada*, p. 420; conversación con Negrín, *Diarios*, 22 de abril de 1938, IV, p. 877. <<

[106] *Apuntes de memoria*, p. 26, y *Diarios*, 22 de abril de 1938. <<

[107] Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 372-373. Para los escrúpulos constitucionalistas de Togliatti, «Informe del 21-22 de abril de 1938», *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 195. <<

[108] Azaña a Gonzalo R. Lafora, 12 de junio de 1938, incluida en *Apuntes de memoria*, pp. 302-303. <<

[109] Observación sobre el Lenin español, Rivas, *Retrato*. Nota de Giral, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, RE 133, carp. 9. <<

[110] Conversación con Labonne, Labonne a Delbos, 25 de febrero de 1938, DDF, VIII, 275. Llegada e instalación en Montserrat, Carles Gerhard, *Comissari de la Generalitat a Montserrat (1936-1939)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1982, pp. 382-389. Conversación con Giral recogida por el telefonista Sebastià Pujol, Arxiu de Montserrat, «Conferències Telefòniques del President de la República, 2 novembre 1936 – 25 gener 1937», Leg. 37. Que todos se iban picando suela dijo alguien desde Madrid al chófer de Azaña para darle cuenta del desalojo de Palacio. A la conferencia con Largo se refiere este en su carta a Azaña, 4 de noviembre de 1936, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, RE 137, carp. 2. También, Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, México, Ed. Reunidas, 1976, p. 176, que añade su amenaza de dimisión si Azaña no firmaba. <<

[111] Comité nacional del Partido Socialista, «A los comités de las Agrupaciones socialistas», Marzo de 1937, y Comisión ejecutiva del PSOE, «Al comité de…», 6 de enero de 1937. Servicio Histórico Militar [SHM], arm. 46, leg. 63. <<

[112] *Diarios*, 20 de mayo de 1937 para las tribulaciones sufridas en Barcelona. Hay un documento complementario: las cintas telegráficas de sus comunicaciones con Valencia los días 4 a 6, en SHM, leg. 461. Martínez Barrio lo incluye parcialmente en *Memorias*, p. 380. <<

[113] *Apuntes de memoria*, pp. 51-53. <<

[114] *Diarios*, 20 de mayo de 1937. En el texto 9 de *Apuntes de memoria*, una entrada dice: «Que no puede haber una rep[ública] sindical». <<

[115] *Diarios*, 20 de mayo de 1937. Cuando al final de la guerra habló ante la Diputación Permanente del Congreso de los Diputados, Negrín se refirió a su nombramiento diciendo: «En mayo de 1937 convinieron los partidos políticos y decidió el jefe del Estado que yo era quizá la persona más adecuada para dirigir en aquellos momentos los negocios del Estado», Sesión de 31 de marzo de 1939, p. 5. Martínez Barrio recuerda que en el día de la consulta colectiva «se proyectó, en el horizonte, la figura de Juan Negrín», *Memorias*, p. 372. <<

[116] *Diarios*, 17 de junio de 1937, conversación con Ossorio de septiembre del año anterior. <<

[117] *Apuntes de memoria*, texto 7: «Mensaje mío a Azcárate, con Bosch» y charla con Ossorio. Conversación de Azcárate con Cadogan, 2 de diciembre de 1936, Public Record Office [PRO], FO 371/20552. <<

[118] *Apuntes de memoria*, texto 8: «Propuesta de Besteiro para la coronación. Sentará mal en otros sectores, me dice Largo. Besteiro, después de algunas dudas, acepta mi oferta telefónica». Marcelino Pascua, embajador en Moscú, consideró esta iniciativa de Azaña «muy grave en sus secuelas», Archivo Histórico Nacional, Pascua, caja 5, exp. 2 <<

[119] Reunión con el gobierno y conversación con Negrín y Giral, *Diarios*, 31 de mayo y 14 de junio de 1937. <<

[120] Garcés en *La velada*, p. 408; *Diarios*, 31 de mayo de 1937. <<

[121] Pastrana en *La velada*, p. 410. Algo similar había dicho a Jean-Richard Bloch en las primeras semanas de la rebelión, «Diga a los franceses que la derrota del Frente Popular en España no representaría tan solo la derrota del Frente Popular en vuestro país, sino de la democracia francesa y de la República», en «Impidamos el suicidio de Francia», 14 de agosto de 1936, ¡*España*!, ¡*España*!, Lleida, Pagès/Universitat de Lleida, 1996, pp. 155 y 161. También Jean-Richard Bloch a J. Álvarez del Vayo, 16 de septiembre de 1936, en Carlos Serrano, *L'enjeu espagnol*, París, Messidor/Ed. Sociales, 1987, pp. 179-181. <<

[122] Azaña recuerda su advertencia a Blum, y la respuesta de este, al embajador francés, Labonne a Delbos, 25 de febrero de 1938, cit. Carta y plan de Madariaga a Eden, y minutas, 6 de noviembre de 1936, PRO, FO 371/20548. Para la política británica y francesa: Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión*, Madrid, Siglo XXI, 1996 y Juan Avilés Farré, *Pasión y farsa*, Madrid, Eudema, 1994. <<

[123] Conversación de Eden con Pizzardo, 10 de mayo de 1937, PRO, FO 371/21158 y carta de Eden a Dummond, embajador en Roma, dándole cuenta, *Documents on British Foreign Policy*, Second Series, XVIII, 1937, pp. 744-745. <<

[124] De la propuesta de Eden y de la conversación con Gomá dio cuenta Pizzardo al embajador de Italia ante la Sante Sede, 27 de mayo de 1937, Archivio del Ministero degli Affari Esteri, Roma, Serie Santa Sede, 1937, busta 35. <<

[125] Conversación de Azaña con Labonne, Labonne a Delbos, 25 de febrero de 1938, cit. <<

[126] Labonne a Paul-Boncour, dando cuenta de la visita de Negrín y Giral el 16 de marzo de 1938, *DDF*, VIII, 455. <<

[127] Azaña tomó notas de este consejo de ministros, *Apuntes de memoria*, texto 13. Enrique de Rivas restablece la fecha y cita otros testimonios, *Comentarios*, pp. 125-130. Negrín había tildado de traidores a los que se complacían en destacar «la superioridad momentánea en armamento de que goza el enemigo», *Discurso del presidente del Consejo de Ministros Don Juan Negrín pronunciado el día 26 de febrero de 1938*, Barcelona, Ed. Españolas, p. 12. <<

[128] Labonne a Paul-Boncour, 1 de abril de 1938, DDF, IX, 102. <<

[129] Rivas, *Retrato*, p. 390. Martínez Barrio recuerda que asistieron Negrín, Companys, Monzón, González Peña, Vázquez, Díaz, Quemades y él, *Memorias*, p. 372. <<

[130] *Diarios*, 22 de abril de 1938. <<

[131] Avilés, *Farsa*, pp. 130-132, donde puede verse la documentación pertinente. <<

[132] *Diarios*, 12 de mayo de 1938, para la conversación con Prieto. Lo mismo recuerda al nuevo embajador francés, Jules Henry, en conversación de 4 de febrero de 1939, DDF, XIV, 38. <<

[133] Se refiere, claro está, a su último y más célebre discurso de guerra, pronunciado en el Ayuntamiento de Barcelona el 18 de julio, *OC*, III, 365-378. <<

[134] Conversación de Azaña con John Leche, 29 de julio de 1938, y minutas, PRO, FO 371/22660. En *Diarios*, 29 de julio de 1937, solo escribe: «La entrevista de Vich». Trata de esta entrevista Luigi Paselli, «L'illusion déçue de Manuel Azaña. Vich, 29 juillet 1938», en Jean P. Amalric y P. Aubert, ed., *Azaña et son temps*, Madrid, Casa de Velázquez, 1993, pp. 387-398. El Cuartel general de Franco fue informado de esta propuesta por un colaborador del SIPM en nota de 14 de agosto: SHM, Cuartel General del Generalísimo, leg. 277, carp. 8. <<

[135] Conversación de Chamberlain con Hitler, 30 de septiembre de 1938, *Documents on British Foreign Policy*, Third Series, vol. II, pp. 635-640. <<

[136] *Diarios*, 19 de noviembre de 1938. De la visita hay varios informes a cargo del Servicio de Investigación y Policía Militar, en SHM, CGG, arm. 4, leg. 248, carp. 7. <<

[137] Planes de Casado y entrevistas con emisarios del SIPM: SHM, CGG, arm. 4, leg. 248, carp. 4. En una de ellas, Casado califica a Azaña de «monstruo abominable». <<

[138] Conversación de Azaña con Henry, 4 de febrero de 1939, cit. Stevenson a Halifax, 8 de febrero de 1939, PRO, FO 425/426, W 2559/8/41. <<

[139] Telegrama de Stevenson de 4 de febrero de 1939, FO, PRO 371/24147. <<

[140] Conversación Rivas Cherif y Georges Bonnet, en «Note du Cabinet du Ministre», 15 de febrero de 1939, DDF, XIV, 125. <<

[1] Juan Pujol. <<

[2] Ramón La Guardia. <<

[3] Manuel Azaña firmaba sus artículos, por entonces, con el seudónimo de *Martín Piñol*. <<

[4] Daniel Alarcón. <<

[5] Se dice del público que asiste gratis a un espectáculo. <<

[6] Novela incluida en el tomo I de las *Obras completas*, Ediciones Oasis, México, 1966. <<

[7] Incluido en el tomo I de las *Obras completas, op. cit*., p. 919. <<

[8] Unión Patriótica. <<

[9] Notable geógrafo y catedrático del Instituto de San Isidro de Madrid. <<

[1] Martín Luis Guzmán. <<

[2] Ruiz Fornells. <<

[3] Cipriano de Rivas Cherif y su hijo, Ramón de Rivas. <<

[4] Acción Republicana. <<

[5] Doña Dolores Rivas Cherif de Azaña. <<

[6] Ramón Franco. <<

[7] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, 4 vols., Ediciones Oasis, S. A., México, 1966-1968, p. 19. <<

[8] *El jardín de los frailes*, novela incluida en el tomo I de las *Obras completas*, p. 663. <<

[9] Al lado del párrafo anterior hay un recorte de periódico, pegado, que dice: «Ahora el Gobierno se propone continuar sus trabajos para abordar la parte del programa mínimo que el Comité revolucionario tenía preparado, y que no había sido llevado aún a la práctica.

»Refiriéndose a lo tratado en relación con el problema de la economía, dijo que era probable que se pidieran asesoramientos a personas técnicas, no solo de España, entre las que hay muy enteradas de estos problemas, sino recogiendo la indicación de don José Ortega y Gasset, parte de la cual ya tenía el Gobierno el propósito de realizar, del extranjero. Entre estas últimas personalidades figurarán León Blum y Auriol, diputados socialistas franceses especializados en estas materias y que habían sido ya requeridos por el Gobierno para venir a España.

»Según noticia que me ha dado el señor Fabra Ribas —siguió diciendo—, el señor Auriol llegará aquí el 10 de agosto. Estos asesoramientos tendrán un carácter semioficial, y veremos si en estos problemas de Economía y de Hacienda, y por medio de la formación de un comité asesor con los técnicos citados, se llega a una solución satisfactoria. Yo he hecho presente en el Consejo que me encuentro desatendido y a merced de consejos aislados, que en lugar de fortificar el criterio de un ministro lo sumen en un mar de confusiones». <<

[10] Pegado, al lado del párrafo anterior, hay un recorte del periódico *Crisol* que dice: «HOMENAJE A LA FIGURA DE AZAÑA. La alusión justiciera y encomiástica de don José Ortega y Gasset a la labor realizada por el señor Azaña en el ministerio de la Guerra, ha desbordado deseos latentes de un homenaje el ilustre ateneísta.

»Estos reflejos, que recogen lo actuante y actual, afirman:

»Cuanto contribuya a hacer hombres para la República nos parece noble empeño; cuanto pueda significar estímulo al gobernante para que labore, llevándole calor y ambiente, nos parece magnífico; cuanto significa aplauso afirmativo y no censura sistemática tendrá nuestra acogedora simpatía.

»Hay que cambiar el sistema tan español de la censura sistemática por la cordialidad alentadora; hay que empujar a los hombres, fortaleciendo su fuerza ascensional; hay que colaborar con afirmaciones esperanzadoras.

»Y si este homenaje merecidísimo, al señor Azaña por su labor positiva, se hiciera extensible a todos sus compañeros, por lo que por sí colaboraron y por la adhesión y fuerza que al ministro de la Guerra prestaron, miel sobre hojuelas; y si en él no se olvida al ejército, como también propuso el señor Ortega y Gasset, admirable y total la justicia, porque el ejército que queda y el que se fue, callada y patrióticamente, contribuyó con su admirable disciplina.

»De este modo, el homenaje sería de justa amplitud, y estamos seguros de que al señor Azaña aún le halagaría más, máxime por haber sido él causa y motivo inicial».

Hay, además, otro recorte con una mala caricatura de Azaña y el pie: «Don Manuel Azaña, a quien se proyecta rendir un homenaje nacional». Azaña ha añadido, con su letra, el siguiente comentario: «Y esta es la “figura” a quien se proyecta rendir…, etcétera, etcétera. ¡He pasado a ser artículo de reclamo!». <<

[11] *Estudios sobre Juan Valera*, ensayos incluidos en el tomo I de las *Obras completas*, p. 917. <<

[12] Véase tomo I de las *Obras completas*, *op. cit.*, p. 825. <<

[13] Periodiquillo clandestino, durante los últimos tiempos de la monarquía, en que, sin firma, colaboró Azaña mismo alguna vez. <<

[14] Santiago Casares Quiroga. <<

[15] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 29. <<

[16] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 45. <<

[17] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 49. <<

[18] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 59. <<

[19] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 65. <<

[20] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, *op. cit.* y p. 71. <<

[21] Horacio Echevarrieta. <<

[22] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, *op. cit.* y p. 75. <<

[23] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, *op. cit.* y p. 81. <<

[24] Véase tomo I de las *Obras completas*, *op. cit.*, p. 729. <<

[25] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 85. <<

[26] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 103. <<

[27] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 111. <<

[28] Véase tomo III de las *Obras completas, op. cit.*, p. 571. <<

[29] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, *op. cit*. y p. 127. <<

[30] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 133. <<

[31] Discursos incluidos en el tomo II de las Obras completas, pp. 145 y 161, respectivamente. <<

[32] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 139. <<

[33] *Ibid*., p. 165. <<

[34] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 167. <<

[35] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, *op. cit*., p. 173. <<

[36] El artículo a que se refiere no figura en el cuaderno. <<

[37] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 185. <<

[38] *Ibid*., p. 191. <<

[39] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 198. <<

[40] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 201. <<

[41] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 219. <<

[42] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, *op. cit*., p. 223. <<

[43] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 231. <<

[44] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas*, p. 239. <<

[45] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 245. <<

[46] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 249. <<

[47] Véase tomo I de las *Obras completas*, *op. cit.*, p. 620. <<

[48] Incluidos en el tomo II de las *Obras completas*, pp. 311 y 313, respectivamente. <<

[49] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 317. <<

[50] Incluidos en el tomo II de las *Obras completas*, pp. 327 y 331, respectivamente. <<

[51] Ramón de Rivas, hijo mayor de Cipriano de Rivas Cherif. <<

[52] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 355. <<

[53] La «digresión humorística» que refiere Zulueta era una alusión malévola al diputado socialista Álvarez Angulo, propietario del cine Pardiña. <<

[1] Se incluye en el tomo III de las *Obras completas, op. cit*., p. 23. <<

[2] Las breves palabras de Azaña, que en esta ocasión dirigió por la radio a todos sus compatriotas (y que hemos tomado del número de *Ahora* correspondiente al 21 de febrero de 1936), son las siguientes:

«A todos los ciudadanos españoles, el Gobierno de la República se dirige con palabras de paz, como corresponde al poder legítimo de la nación, constituido en virtud de la voluntad manifestada en las elecciones pasadas. El Gobierno espera que toda la nación corresponda a los propósitos de pacificación, al restablecimiento de la justicia, de la libertad, de la vigencia de la Constitución y del espíritu republicano que él tiene desde la hora en que se ha constituido.

»El Gobierno es el único ejecutor del programa político que ha servido de base a la coalición electoral. Nadie ignora que este programa comprende, en primer término, las decisiones necesarias para sanar las heridas causadas en el cuerpo nacional en estos últimos tiempos, y restaurar hasta los últimos efectos de las desventuras ocurridas. A este propósito, el Gobierno, en su reunión de esta mañana, ha dado ya las disposiciones necesarias para que hoy mismo se reinstalen los Ayuntamientos populares suspendidos gubernativamente. Asimismo, se han dado instrucciones a los ministerios para que comience y se lleve a cabo con toda rapidez la reparación de las ilegalidades cometidas con los funcionarios públicos, restituyéndolos a los destinos de que arbitrariamente hayan sido privados, y se han hecho ya las primeras gestiones para que, en un plazo brevísimo, el anhelo de la amnistía, que nos ha llevado a todos a la contienda electoral, sea una realidad.

»Cumplidos estos primeros actos del Gobierno, se emprenderá, con el concurso de las Cortes, una gran obra de restauración nacional en defensa del trabajo y de la producción, impulsando las obras públicas, atendiendo a los problemas del paro y a todos los demás puntos que han servido de motivo para la coalición de los partidos republicanos y proletarios que hoy están representados en el poder.

»El Gobierno de la República tiene el convencimiento de que todos los españoles, sin distinción de ideas políticas y depuestos ya los ardimientos de la contienda electoral, muy legítimos, pero que deben terminar cuando la contienda cesa, cooperarán en la obra que el Gobierno trata de emprender bajo su responsabilidad exclusiva. Por tanto, esperamos que los que nos han

ayudado a reinstalar la política republicana sean nuestros primeros colaboradores, manteniéndose dentro de la ley, no perturbando la paz». <<

[3] Incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 429. <<

[4] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 875. <<

[5] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 911. <<

[6] Discurso incluido en el tomo II de las *Obras completas, op. cit*., p. 977. <<

[7] En la edición de las *Obras completas* se incluye en el tomo II, op. cit., p. 983. <<

[8] Discurso incluido en el tomo III de las *Obras completas*, *op. cit*., p. 343; reeditado en *Los españoles en guerra*, Crítica, Barcelona, 1977, pp. 45-77. <<

[9] Los cuatro discursos aquí mencionados se incluyen, bajo el título general de *Discursos en campo abierto*, en el tomo III de las *Obras completas*, *op. cit*., p. 181. <<

[10] Discursos incluidos en el tomo III de las *Obras completas*, pp. 329 y 343, respectivamente. <<

[11] El recorte a que se refiere no figura en el cuaderno. <<

[12] El de 18 de julio, en Valencia, citado en la nota 6. <<

[13] Discurso incluido en el tomo III de las *Obras completas, op. cit*., p. 357; reeditado en *Los españoles en guerra*, *op. cit*., pp. 79-95. <<

[14] El informe a que se refiere no figura en el cuaderno. <<

[15] Policía militar (secreta) republicana. <<

[16] Los comunistas catalanes con los del «Partido» de la organización general española. <<

[17] El autor se refiere a su discurso del 18 de julio, incluido en el tomo III de las *Obras completas, op. cit*., pp. 365-378, especialmente p. 378; reeditado en *Los españoles en guerra, op. cit.*, pp. 97-129, especialmente p. 129. <<

[18] Incluido en el tomo I de las *Obras completas, op. cit*., p. 825. <<

[19] *Los españoles en guerra*, tomo III de las *Obras completas*, *op. cit*., p. 323; reeditado por Crítica, Barcelona, 1977. <<

[20] Incluidos en el tomo I; reeditado el segundo por Crítica, Barcelona, 1976. <<